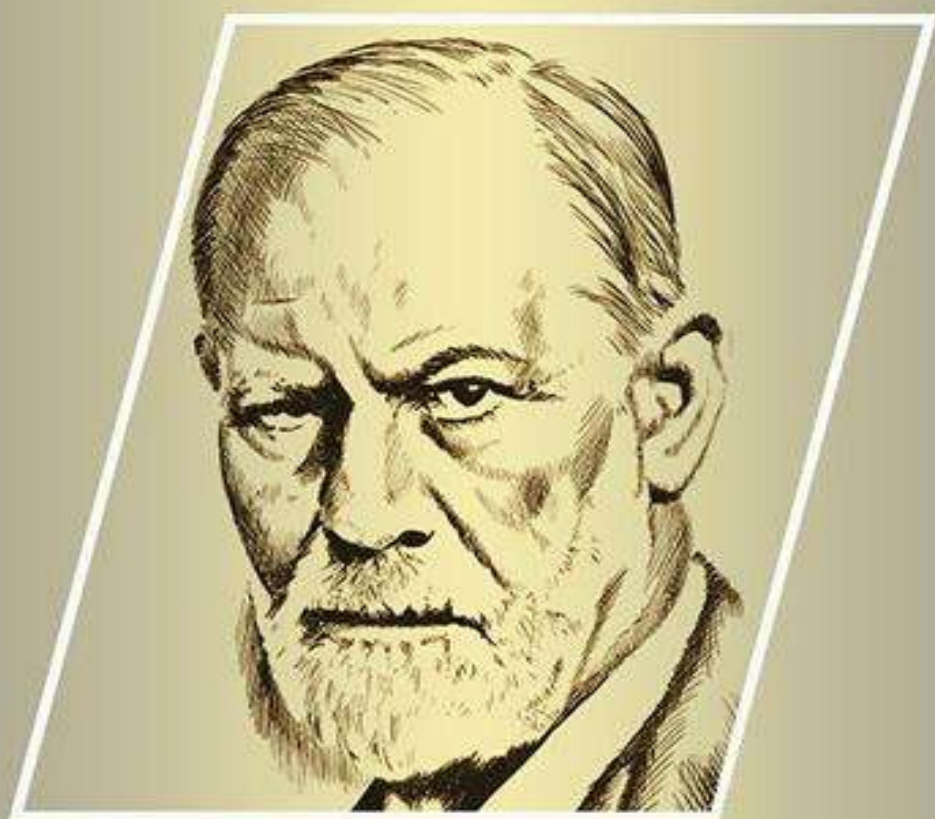


S I G M U N D
FREUD

OBRAS COMPLETAS



TRAD. LUIS LÓPEZ BALLESTEROS Y DE TORRES

Esta edición de las *Obras Completas* de Sigmund Freud pone a disposición de los lectores y estudiosos hispanohablantes la traducción de una obra fundacional. Entre los rasgos destacados de esta edición ya clásica se cuenta la traducción directa del alemán de Luis López-Ballesteros, que mereció el elogio del propio Freud. A este exhaustivo trabajo se suma la revisión de los textos de Jacobo Numhauser y su ordenamiento cronológico según el criterio de la edición de James Strachey y Ana Freud y el aparato crítico, que contribuye a esclarecer conceptos y referencias.



Sigmund Freud

Obras completas

ePub r1.3

Titivillus 21.09.2018

Sigmund Freud, 2001

Traducción: Luis López Ballesteros y de Torres

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Al cumplirse el cincuentenario de nuestra primera edición de las Obras Completas de Sigmund Freud, y con motivo de haberse publicado, a título póstumo, muchos trabajos del profesor vienés todavía inéditos, Biblioteca Nueva inicia con este primer volumen una nueva edición definitiva de la magna labor científica desarrollada por el creador del psicoanálisis.

Esta nueva edición se ha orientado a ordenar cronológicamente toda la obra de Freud, de acuerdo con el criterio sustentado por la edición inglesa a cargo del doctor James Strachey y de la doctora Ana Freud, hija y continuadora de su padre en la investigación psicoanalítica. Esta tarea ha sido encomendada al médico psicoanalista chileno Jacobo Numhauser Tognola, que ha efectuado las correcciones, modificaciones y agregados que las nuevas investigaciones sobre la obra freudiana aconsejan.

Al propio tiempo, el doctor Numhauser ha redactado, junto a los centenares de notas, de diverso género, contenidas en nuestras precedentes ediciones, para la presente, otras no menos expresivas, que figuran en el texto señaladas con asteriscos.

En esta edición, inexcusablemente figura el prólogo que a la primera de 1922 suscribió el filósofo español José Ortega y Gasset, quien fue, precisamente, el que propuso a Biblioteca Nueva la magna empresa de enriquecer la bibliografía en lengua española con la magistral versión del traductor Luis López Ballesteros y de Torres, y que tan elogiosos comentarios críticos motivó por parte de Sigmund Freud en la carta que insertamos en el presente volumen.

También hemos de expresar, una vez más, nuestro reconocimiento a los doctores José Germain y Ramón Rey Ardid por su respectiva aportación a las anteriores ediciones de las Obras de Freud.

Para un mejor estudio y valoración del acervo científico freudiano, el ilustre doctor Juan Rof Carballo aporta un estudio de orientación general y particular

para este volumen primero, que será complementado en volúmenes sucesivos.

En este tomo primero hemos incluido todos los escritos psicológicos de Freud hasta la aparición, en 1905, de *El Chiste y su relación con lo inconsciente*.

Además, en la presente edición figura una selección iconográfica del autor y varias ilustraciones más, directas o marginales, relacionadas con su obra y procedentes de la historia del arte universal.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

1922

La BIBLIOTECA NUEVA se propone publicar, vertidas al castellano, las obras completas del gran psiquiatra vienés Sigmund Freud. La empresa me parece sobre manera acertada y contribuirá enérgicamente a atraer la atención de un público amplio sobre los asuntos psicológicos. Han sido, en efecto, las ideas de Freud la creación más original y sugestiva que en los últimos veinte años ha cruzado el horizonte de la Psiquiatría. Su aparición motivó ardientes y dilatadas polémicas. En torno a Freud se fue formando un tropel cuantioso de discípulos y fieles, que propagaron por todo el mundo la nueva fe, fundaron revistas, anuarios y bibliotecas. La claridad, no exenta de elegancia con que Freud expone su pensamiento, proporciona a su obra un círculo de expansión indefinido. Todo el mundo —no sólo el médico o el psicólogo— puede entender a Freud y, cuando no convencerse, recibir de sus libros fecundas sugerencias.

Como en el orden de la funcionalidad corporal o fisiológica casi todos los grandes progresos durante el siglo XIX han sido debidos a los médicos, esto es, a la necesidad inaplazable de curar al enfermo, así estas teorías psicológicas se han originado en la urgencia clínica del psiquiatra. Los laboratorios aportaban escasísimos recursos al médico para actuar sobre las enfermedades propiamente mentales, a las que no se ha logrado descubrir una base de perturbación somática. Muy cuidadosa la investigación de la exactitud en los métodos que empleaba, prefería ser fiel a ellos, que ensayar audazmente procedimientos empíricamente eficaces. Así quedaba demorado todo avance clínico hasta las calendas griegas.

Freud tuvo la osadía de querer curar, cualquiera que fuese la castidad lógica

de los procedimientos. Para ello se resolvió a tomar en serio el carácter de «mentales» y no somáticos, que se atribuye a ciertos trastornos. Pensó que, en verdad, la psique, como tal, podía hallarse valetudinaria, sufrir heridas psíquicas, padecer como hernias espirituales, a que sólo podía aplicarse una cirugía psicológica. De aquí nació la PSICOANÁLISIS, terapéutica de sesgo extraño y dramático, que en tomos sucesivos hallará expuesta el lector.

De tal propósito surgió para Freud la necesidad de elaborar todo un sistema psicológico, construido con observaciones auténticas y arriesgadas hipótesis. No hay duda de que algunas de estas invenciones —como la «represión»— quedarán afincadas en la ciencia. Otras parecen un poco excesivas y, sobre todo, un bastante caprichosas. Pero todas son de sin par agudeza y originalidad.

Lo más problemático en la obra de Freud es, a la vez, lo más provechoso. Me refiero a la atención central que dedica a los fenómenos de la sexualidad. Para Freud, neurosis y psicosis son perturbaciones engendradas por conflictos sexuales de la infancia. Freud amplía notablemente el concepto de la sexualidad que suele llamar «libido», pero aun así, ¿no deja su obra siempre la inquietud de que se nos invita a aceptar una hipótesis desmesurada? Sin embargo, cualquiera que sea la medida dentro de la cual este sexualismo psiquiátrico de Freud puede considerarse verídico, ha servido para que, al cabo, entre la ciencia a ocuparse seriamente del erotismo, tradicionalmente cerrado a la investigación. Lo que hasta ahora podría decirse de la LIBIDO era tan poco, que contrastaba absurdamente con la innegable importancia de esta función biológica dentro de la vida psíquica.

La necesidad de descubrir los escondrijos del «alma» donde vienen a ocultarse esos tumores afectivos, generadores, según Freud, de las enfermedades mentales, le llevó a penetrar en el territorio de los sueños. Su libro sobre la vida de los sueños es una de las producciones más interesantes del pensamiento contemporáneo. En él desarrolla Freud la idea de que nuestra conciencia fabrica constantemente símbolos de la sexualidad, a veces de una pureza sublime y de una inmaterialidad platónica inefable.

El descubrimiento de este símbolo permitió al médico de hoy extender su clínica a los tiempos pasados y aplicar la psicoanálisis a los genios del pretérito, a las mitologías, religiones y formas sociológicas.

El libro presente es el más adecuado para introducir en el pensamiento freudiano a las gentes curiosas que hasta ahora lo desconocían. Poco a poco se va viendo en él aparecer el ingenioso edificio de observaciones y supuestos con

que Freud pone cerco al secreto palpitante de nuestra intimidad psíquica.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

1922

PRÓLOGO A LAS EDICIONES PRECEDENTES

La finalidad de una edición de obras completas puede ser considerada desde diversos puntos de vista. No sólo han de incluirse en estas colecciones los clásicos, sino también autores modernos cuya producción, aún en plena madurez y desarrollo, ha alcanzado tal amplitud y dispersión que exige una reunión en volumen para ser mejor conocida y estudiada. De este tipo son muchas de las obras completas últimamente publicadas. Por primera vez dan posibilidad al lector para recorrer cuanto ha escrito un autor y leer muchos trozos inéditos y obras agotadas, imposibles de encontrar.

Entre aquellas obras completas de clásicos —que constituyen un homenaje a su memoria— y éstas de autores modernos, que son, en gran parte, un instrumento más vivo, una ayuda que se presta al estudioso, cabe situar otro tipo de edición: la que se refiere a la producción total de un autor recientemente fallecido, con objeto de reunir en ella su aportación original y de presentar así, en forma cómoda y práctica, el legado histórico de su pensamiento.

A esta categoría pertenece la serie de volúmenes que iniciamos hoy para presentar en castellano las obras completas del profesor Sigmund Freud, fallecido en Londres a los ochenta y dos años, aún en plena actividad intelectual.

Este empeño se justifica primeramente por la importancia histórica que tiene el pensamiento de Freud y por la necesidad de seguirlo en su desenvolvimiento a través de sus publicaciones sucesivas. En este caso, una edición de conjunto constituye una necesidad y representa verdaderamente una aportación de ineludible valor. Como documentos científicos, donde se expone y desarrolla esta teoría tan discutida, presentamos unidos los diversos tomos de la obra de Freud, dándoles de esta suerte el rango y categoría que científica e históricamente le pertenecen.

Por otro lado, juzgamos oportuno presentar esta obra al público español y de habla castellana, por considerar que ha llegado ya el tiempo en que, después de

los entusiasmos y de las críticas del primer momento, se hace posible y necesaria una posición más serena y objetiva ante la extensa producción del profesor Freud.

Ha transcurrido tiempo suficiente para que sea lógica esa postura; pero, además, son tantas las escuelas y disidencias que han ido surgiendo del primitivo tronco psicoanalítico, y tan variadas las críticas que se han hecho a la doctrina, que bien vale la pena presentar todos los documentos originales reunidos para estudiarlos con serenidad en cada caso. De este modo podremos saber cuándo debemos dar la razón a la crítica, cuándo a la propia teoría primitiva, cuándo, en fin, a alguna de las escuelas disidentes.

No intentamos sentar posición; únicamente aspiramos a que la pulcritud de nuestro trabajo y la buena intención de nuestro esfuerzo sean reconocidas y apreciadas por todos.

Conviene hacer resaltar que el término «psicoanálisis» se aplica, en realidad, a tres cosas diferentes:

1.^a A un *método* de investigación mediante el cual las regiones más íntimas y ocultas del espíritu pueden ser puestas en evidencia y estudiadas. Esto puede considerarse —según Moodie— como la disección de la mente y el estudio de su *anatomía*.

2.^a Una *teoría* que se elabora con los resultados de este análisis, llevado a cabo en muchos casos semejantes que se estudian comparativamente para poner en evidencia rasgos y reacciones características en cada uno. De esta suerte se elabora una verdadera *fisiología* de la mente y se señalan las normas de su funcionamiento. Es la teoría psicodinámica del desarrollo de la personalidad.

3.^a Una *técnica* de aplicación que tiene por finalidad adoptar el método analítico —conocida la estructura de la mente y su funcionamiento— al tratamiento de los desequilibrios del espíritu. Esta acción *terapéutica* a través del inconsciente es la que verdaderamente ha de llevar el nombre de técnica analítica o de psicoanálisis.

En un principio, como es natural, la investigación y la teoría estaban forzosamente entremezcladas con la aplicación; esto es, con la actividad práctica curativa que de la teoría se desprendía. Cada enfermo era entonces sujeto en tratamiento y objeto de estudio.

Con el tiempo, sin embargo, la separación se ha establecido, y hoy día estamos en el momento histórico en que ambos caminos, al deslindarse,

permiten ser recorridos con cierta independencia.

Por ello es conveniente que la posición primitiva de Freud sea exactamente conocida y estudiada, y por eso juzgamos conveniente esta contribución que hacemos a la información bibliográfica nacional.

Tanto si se es ortodoxo en estas cuestiones como si se sigue un camino opuesto o diferente, dentro del cauce de alguna de las escuelas disidentes, el poseer reunida en un volumen la obra completa de Freud resultará, más que una ventaja, una verdadera necesidad.

El ortodoxo precisará de esta fuente para no apartarse de la línea trazada por el maestro; el disidente, para fundamentar mejor las razones de su disidencia, y el que no acepta la doctrina, para estudiar en ella la causa de su posición.

Este mejor conocimiento de unos y de otros servirá para separar aún más claramente la teoría psicoanalítica —que para evitar confusiones debemos denominar teoría psicodinámica del espíritu— de las aplicaciones prácticas; esto es, del análisis o psicoanálisis propiamente dicho.

Ello contribuirá grandemente a hacer desaparecer muchos prejuicios que alrededor de estas cuestiones se han ido elaborando al correr de los años.

Estos prejuicios son de dos órdenes. De un lado existe la repulsa que el contenido mismo del psicoanálisis ha suscitado en el mundo en general, y que se explica como reacción subconsciente del individuo ante la penetración de su vida íntima, que le molesta y le desconcierta. De otro, la no aceptación desde un plano más elevado y por razones fundamentalmente morales de una teoría y de una técnica que no encajan exactamente dentro de la trayectoria cristiana de nuestro pensamiento.

Respecto al primer punto, podemos contestar con los mismos psicoanalistas, sean o no ortodoxos, diciendo que se trata de un mecanismo de defensa primitiva que es precisamente necesario analizar para aclararlo y hacerlo desaparecer. Hasta qué punto esto es cierto, es asunto que no intentamos puntualizar, ya que nuestra postura hoy es fundamentalmente expositiva.

Para contestar al segundo punto recurrimos a la autoridad del padre Gemeli, rector y profesor de la Universidad Católica de Milán y presidente de la Academia Scientiorum del Vaticano. Este ilustre profesor y hombre de ciencia considera que el psicoanálisis debe ser estudiado con espíritu claro y ecuaníme por el psicólogo e interpretado con un sentido cristiano. Lo mismo que los escolásticos hicieron de Aristóteles un filósofo cristiano, así, hoy día, podemos hacer que cuanto hay de útil en la doctrina de Freud sea aplicado con equilibrada

medida al mejor conocimiento de la mente humana. Con ello habremos ayudado al progreso de la ciencia y beneficiado al enfermo.

En estos momentos existe una razón más que explique y justifique esta publicación, y es la boga que están adquiriendo en los laboratorios de psicología y en las clínicas psiquiátricas las llamadas técnicas o *test* proyectivos. Estos *test* se basan en la interpretación psicodinámica de la mente humana. Manejarlos sin haber estudiado previamente la teoría psicoanalítica es, indudablemente, cometer un grave error. Muchos de estos *test* han llegado a nuestros laboratorios y clínicas. Entre ellos podemos citar el Rorschach, el «Thematic Apperception Test», el «Picture Frustration Test», el «Minnesota Multiphasic Personality Inventory» y tantos otros. Creemos rendir un serio y señalado servicio a los psicólogos y psiquiatras españoles dándoles ocasión para documentarse debidamente antes de abordar este tipo de exploración psicodinámica de la personalidad.

Esto por sí solo justifica la necesidad práctica de esta edición.

En cuanto al aspecto más general de la doctrina —el que se refiere al contenido del pensamiento freudiano—, no cabe duda de que el poseer reunidos en tres volúmenes y ordenados cronológicamente todos los trabajos de Freud facilitará grandemente su estudio y permitirá abarcar debidamente el alcance de esa doctrina, sus limitaciones y también sus errores. Pues si «en gran parte debemos a Freud y a sus discípulos —como ha escrito el padre T. Moore— el que la psiquiatría comience a reconocer la importancia que tiene, desde un punto de vista psicológico, el *comprender* al paciente», también hemos de reconocer que, «desgraciadamente, Freud y su escuela no han intentado desarrollar una psicología empírica sana».

Al clínico le corresponderá resolver con tacto y habilidad el problema en cada caso, ya que, como ha dicho también el padre Moore, siempre es posible infundir una moral cristiana dentro de cualquier sistema psicoterápico, puesto que —volvemos a insistir— una cosa es la teoría y otra la aplicación práctica.

Finalmente, podemos decir que también ha llegado el momento de separar la doctrina del hombre. Muerto éste, puede ya trazarse su trayectoria como hombre, como científico, sin que los juicios que merezca —apasionados en uno y otro sentido, como han sido hasta ahora— influyan en modo alguno sobre la doctrina por él elaborada. Depurada de prejuicios y aislada de la aplicación práctica o psicoanálisis, debe ser estudiada con serenidad y objetividad por psicólogos y psiquiatras.

«La importancia de Freud no está en haber creado y enseñado el psicoanálisis con su completa y discutible técnica y, sobre todo, con esa fanática superestructura teórica —dice el padre Gemeli—, sino en ser el primero que ha dicho que para conseguir una psicología verdadera se precisa comprender las acciones humanas en su génesis y en su desenvolvimiento».

Freud ha estado durante cuarenta años trabajando ocho y diez horas diarias, analizando caso tras caso y elaborando al mismo tiempo sus teorías. Antes de criticar debemos considerar cuál es la propia experiencia de los expertos y pensar si la postura honesta no es la de acercarse sin prejuicios a la obra y considerarla con claro espíritu científico. Después, libre está cada cual de fijar su posición.

Aún es pronto para decir cuántos elementos de su doctrina se incorporarán a la psicología del futuro; pero lo que no podemos menos de admitir es que Freud ha abierto un nuevo camino a la investigación psicológica y elaborado una interpretación dinámica del psiquismo que es de un alto valor práctico en la clínica. «Las interesantes especulaciones y observaciones de Freud y de sus discípulos —ha dicho Th. V. Moore— constituyen la escuela de psicopatología más importante de nuestra época».

EL EDITOR.

INTRODUCCIÓN A ESTE TOMO PRIMERO

Una nueva edición de las *Obras completas* de Freud, emprendida casi al transcurrir el medio siglo de la primera traducción de las mismas al castellano requiere, ante todo, un breve comentario histórico. No en cuanto a la situación de la obra de Freud dentro de la evolución de la Medicina contemporánea, empresa que, desde diversos puntos de vista y siempre con admirable penetración ha sido acometida múltiples veces entre nosotros por Laín Entralgo, sino alrededor de la circunstancia, hoy también importante, de que la traducción de Freud al castellano que ahora se reedita, con las modificaciones y aditamentos que el editor explica, ha adquirido por sí sola singular y sobresaliente significación dentro no ya de la historia de la Medicina sino de la historia de nuestra cultura.

Hasta cierto punto habría que darle la razón a Víctor von Weizsäcker, adivinador de tantas cosas que iban a venir, cuando en sus recuerdos sobre Sigmund Freud tras declarar que sería «empresa remuneradora» analizar la «crisis de la Medicina» dentro del gran marco histórico en el que se ha desenvuelto, agrega: «Creo, no obstante, que la época del historismo está concluida y que se está desarrollando en catarata una nueva época que no va a tener para la historia ni tiempo, ni energías, ni suficiente interés». Como tantas cosas esta afirmación era a la vez cierta y errónea, y lo demuestra la coexistencia, en estos días, de una absoluta indiferencia y, a la vez, de un interés vivísimo por el proceso histórico de nuestra civilización.

Gracias a la Editorial Biblioteca Nueva y al meritorio Luis López-Ballesteros y de Torres, estimulado por don José Ortega y Gasset, disponíamos los estudiantes españoles hace ya casi medio siglo, de una traducción de los escritos de Freud que el propio autor elogia, en una curiosa carta que dice entre líneas mucho más de lo que parece. Ya que en ella confiesa que «aprendió, sin maestros, la bella lengua castellana», por el deseo de leer *Don Quijote* en el original. Alguna vez he señalado la omisión por los biógrafos de Freud de este

hecho revelador. Freud, adolescente, funda con su amigo Fluss, nacido como él en Friberg, una especie de sociedad secreta, la «Academia española». Como lenguaje críptico, para que los demás no les entiendan, utilizan el castellano. Una de las pocas cosas que nadie le ha discutido a Freud es su excelente estilo. Freud es, por de pronto, uno de los grandes escritores de nuestro tiempo. También en sus recuerdos sobre Freud dice Víctor von Weizsäcker:

«Dentro del terreno de la expresión personal entra también el estilo de los escritos de Freud. No sé si se estará de acuerdo conmigo en que el alemán, desde el viejo Goethe, desde Ranke y desde Humboldt, no ha hecho más que entrar en decadencia. Todavía Helmholtz, y Hering escriben de manera impecable. Pero el lenguaje de los investigadores y de los sabios se vuelve cada vez más descuidado. A pesar de su maestría en obtener efectos espectaculares el propio Nietzsche es cuestionable. Observemos que hasta pensadores importantes como Scheler o médicos tan ejemplares como Krehl, escriben en un estilo deplorable. El buen lenguaje ya no preocupa y el arte clásico ha llegado a su fin. Freud es en esto una excepción. Su lenguaje ya no es clásico, pero va guiado por principios artísticos. Tales son: limitación rigurosa a las palabras esenciales; una cierta levedad etérea, una gracia que desdeña el énfasis y los superlativos; la conservación de la lógica inherente a nuestra cultura; la huida de las metáforas y adornos; el equilibrio entre la objetividad científica y la humana subjetividad; el yo del autor se transparenta siempre a través de la honestidad de la exposición...»

Concluye el fundador de la Antropología médica con estas palabras: «Es imposible no ensalzar superlativamente este estilo de Freud...» Estilo que ha sido sometido en época reciente a un análisis cuidadoso tratando de explicar su gracia singular y atribuyéndola a que Freud introduce a su lector, sin que éste se percate, en un «diálogo ficticio», en el que le hace «pensar con él», haciéndole creer que del lector nacen sus propias refutaciones y objeciones. Me he permitido sugerir que el gran maestro de este «diálogo ficticio» y por tanto el maestro secreto del estilo de Freud, fue Cervantes que también tiene, en su estilo, de manera imperceptible, esta cortesía extremada hacia el lector. No es un azar que en sus juegos literarios primeros Freud hubiese adoptado como seudónimo el nombre de uno de los canes del «Diálogo de los perros» de las «Novelas ejemplares». Contemplada desde esta perspectiva la carta de Freud a su traductor español, en la que le dice el vivo agrado que le produce la lectura de su pensamiento en nuestro propio idioma «por la correctísima interpretación de

mi pensamiento y la elegancia del estilo», tiene para nosotros resonancias emocionales que, a mi juicio, no han sido suficientemente subrayadas. Freud debió encontrarse, otra vez adolescente, con lo más íntimo de su ser, al repasar, vertidas al castellano sus ideas. *Don Quijote* había sido una de sus lecturas más decisivas. He destacado esta circunstancia que confiere a la traducción española de las obras de Freud un valor excepcional diciendo: «Estaba lejos de pensar don José Ortega y Gasset, cuando aconsejó la traducción al castellano de la obra de Freud, que sin saberlo, cerraba con ello uno de esos círculos misteriosos que a veces traza la historia del espíritu humano».

También estaba lejos de pensar don José Ortega y Gasset que llegaría un día en que la obra de Freud, pasando del lector curioso y de manos de psicólogos y médicos a la de los filósofos iba a constituir uno de los temas más fundamentales y críticos del pensamiento del último tercio del siglo xx. Ya Max Scheler en su gran obra *Esencia y formas de la simpatía*, publicada en 1926, había dedicado minuciosa atención a la obra de Freud. Tras un período de menosprecio y de rechazo la situación cambia, de manera radical, hacia 1960. Aparece entonces el libro de A. Hesnard: *L'Oeuvre de Freud et son importance pour le monde moderne*, al cual pone un prólogo Maurice Merleau-Ponty. Este prólogo puede considerarse como histórico y como tal ha sido traducido en la revista *The human context* (Vol. II, diciembre 1970). En él se sostiene, comentando las relaciones del psicoanálisis con la fenomenología: «A su turno, el pensamiento freudiano confirma a la fenomenología en su descripción de una conciencia, la cual no es tanto conocimiento o representación como investimento; le aporta un material que añade peso a lo que ya había sido capaz de decir, en general, de las relaciones con el mundo y con el vínculo interhumano». Agrega más adelante que, aunque Freud no tiene el genio filosófico, no obstante, es «soberano escuchador de los confusos ruidos de la vida». A la aproximación —más o menos cuestionable— entre la moderna fenomenología y el psicoanálisis, consagran varios trabajos De Wahlen en sus *Reflexions sur les rapports de la Phénoménologie et de la Psychanalyse* e Hippolyte, en su *Phénoménologie de Hegel et Psychanalyse*. El filósofo francés Paul Ricoeur va a escribir sobre el psicoanálisis dos grandes libros, uno de más de 500 páginas titulado *De l'interprétation* y otro, cuatro años más tarde, *Le conflit des interprétations*. He comentado alguna vez el asombro que tendría Ludwig Binswanger que en su conferencia famosa *Mi camino hacia Freud* explica cómo decidió seguir, en

Psiquiatría, el camino fenomenológico y no el psicoanalítico, si hubiese podido asistir, en las postrimerías de su vida, a este acercamiento inesperado y rotundo entre psicoanálisis y fenomenología.

Me lleva esto a recordar otra de las grandes afirmaciones que Víctor von Weizsäcker hizo sobre la obra de Freud y en la que se demuestra pronosticador sagacísimo de nuestra cultura. Dice hablando de Freud: «Constituye un fenómeno de tal magnitud que, tranquilamente, puedo parangonarlo con la filosofía de Hegel». Estas graves palabras vienen, en sus recuerdos sobre Freud, al término de unas consideraciones que, en estos días, adquieren inusitada actualidad. Acaba de lamentarse el ilustre internista de que, ante sus esfuerzos por fundar una Medicina antropológica, la juventud de aquellos días le vuelva las espaldas o sólo le siga *halbherzig*, con medio corazón. Lo atribuye —estamos todavía en 1926 a la «indecisión» de aquella juventud que «quería sobre todo participar en la lucha política y que creía que sólo en este terreno puede conseguirse la reforma de la Medicina. No tenían paciencia y ya no esperaban nada del investigador como tal...» Aunque, a primera vista, las cosas parecen haber cambiado y hoy todo se espera de un cierto estilo de la investigación, el problema de la tergiversación del psicoanálisis con las reformas políticas y sociales se nos presenta de nuevo en la actualidad, con gran virulencia y en forma distinta. Pero confirmando otra de las increíbles adivinaciones de Víctor von Weizsäcker: «El psicoanálisis ha sido rechazado por los políticos que guían a las masas; se muestra vehículo del individualismo y con frecuencia de una actitud aristocrática, o bien se le valora como componente fundamental de la era de la burguesía, por lo menos de su etapa postrera...» Asombra ver que estas líneas han sido escritas en 1954, anunciando una crisis, la que más estupefacción hubiera producido a Sigmund Freud si hubiera sobrevivido para asistir a ella.

Ya que los ataques que el psicoanálisis recibió de todas partes, ante todo de la psiquiatría oficial, pero también de muchos otros sectores, acusándole de pensamiento sectario, de fantasías intelectuales sin base teórica, anunciando, año tras año, durante tres cuartos de siglo, su inminente desaparición, son ahora reemplazados por la actitud contraria. El psicoanálisis representa —se dice— el último baluarte del pensamiento burgués, los postreros reductos del mundo capitalista. De ser repudiado como novedad intolerable pasa ahora a ser combatido como actitud reaccionaria y retrógrada.

Lo que más asombro produce cuando recorremos retrospectivamente el camino de las ideas de Freud a lo largo de los tres primeros cuartos de siglo, es

su inmensa, su innegable, su inextinguible fecundidad. Las gentes de las más varia condición: psiquiatras, médicos, psicólogos, filósofos, sociólogos, lingüistas, antropólogos, críticos literarios, escritores de toda índole adoptan ante él las posiciones más variadas. Son unas veces seducidos, otras se indignan; sienten fascinación o repulsa, reaccionan con crítica, con admiración, con enmiendas, con rechazo. Se habla de la agonía del psicoanálisis, de su muerte casi inmediata, de su acción nefasta sobre la cultura, de su falsedad. Pero, no obstante, no es posible en la actualidad hacer seriamente filosofía, antropología cultural, psicología, de cualquier índole que sea, antropología médica, neurología, psiquiatría sin un enfrentamiento dialéctico con el pensamiento de Freud. Como un gigante, desde sus páginas escritas en lengua diáfana y bella, que como acabamos de ver restablece los fueros del idioma germano, preside nuestro siglo. Su obra forma parte inexcusable de la biblioteca de todo hombre culto. Quiéralo o no, acéptelo o no; cualquiera que sea la actitud que frente a Freud se adopte.

Dos filósofos franceses bien dispares, Paul Ricoeur y Michel Foucault, coinciden en la tesis de que los tres pensadores que determinan la peculiar toma de conciencia del hombre moderno que caracteriza a nuestro tiempo son Marx, Nietzsche y Freud. Ricoeur, filósofo cristiano, afirma: «No cabe la menor duda de que la obra de Freud es tan importante para la toma de conciencia del hombre moderno como la de Marx y la de Nietzsche; el parentesco entre estas tres críticas de la conciencia “falsa” es evidentísimo... la significación para nuestro tiempo de estos tres exegetas del hombre moderno no podrá ser realzada más que conjuntamente para todos ellos... Ante todo concentran su ataque sobre la misma ilusión, ilusión aureolada de un hombre prestigioso: la ilusión de la conciencia de sí... La filosofía formada en la escuela de Descartes sabe que las cosas son dudosas, que no son tales como aparecen; pero en cambio de lo que no duda es de que la conciencia sea tal como se aparece a ella misma; en ella coinciden sentido y conciencia del sentido. Ahora bien, a partir de Marx, de Nietzsche y de Freud esto es lo que ponemos en duda. Tras la duda sobre la cosa, hemos entrado en la duda sobre la conciencia...» Similar, aunque desde un punto de vista filosófico radicalmente opuesto es la opinión de Foucault. Si para Ricoeur Nietzsche, Marx y Freud son los tres grandes *maestros de la sospecha*, para Foucault es el lenguaje el que en nuestro tiempo debe ser motivo de sospecha. La cual tiene dos modalidades: la primera es la de que el lenguaje *no dice exactamente lo que dice*. Detrás o por debajo de lo que aparenta decir, el

lenguaje *dice otra cosa*, más importante que la primera. La segunda sospecha es todavía más grave. Hay, además del lenguaje verbal, *otros lenguajes*. Hay tres obras capitales para el mundo moderno; el *Capital*, de Marx, el *Nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche, la *Interpretación de los sueños*, de Freud. En todas ellas se lleva a cabo lo que ya Ricoeur denominaba *demistificación de la razón*. Obligándonos a interpretarnos a nosotros mismos nos llevan a una posición de autorreflexión, de crítica. Este aspecto, hasta ahora inédito del psicoanálisis, el de ser la única ciencia que ejerce a fondo la *autorreflexión*, esto es la reflexión a fondo sobre aquellas motivaciones de orden subconsciente, personal, emotivo que van, de manera insensible condicionando el conocimiento ha sido puesto admirablemente en evidencia por el sociólogo alemán Jürgen Habermas, en su libro *Erkenntnis und Interesse* que muchas veces he comentado.

Sostiene Jürgen Habermas que Freud, en realidad, lo que hace es fundar una nueva *ciencia humana*, pero una ciencia humana que no deja nunca de ser *ciencia natural*. Ya Víctor von Weizsäcker replicaba en 1954 a los que sostenían que el psicoanálisis nada tenía que ver con la ciencia y, sobre todo, con las ciencias naturales que, por el contrario: «Una cosa es, desde luego, segura, a saber que el psicoanálisis también lo primero que hace, antes de intentar explicar, es percibir, observar, describir. Comienza como una ciencia empírica. Y lo curioso es que esto es precisamente lo que ha pasado inadvertido a sus adversarios» (*Natur und Geist*, pág. 176). Para Jürgen Habermas, en 1969, la cosa ya no tiene ninguna duda. «El psicoanálisis es, en realidad, lo único que ha convertido a la psicología en una ciencia» (*Erkenntnis und Interesse*, pág. 301). En su libro Habermas pone en evidencia, de manera sistemática y convincente el substrato de intereses que subyace siempre tras el conocimiento y que, por tanto, afecta a la posibilidad del conocimiento como tal. La autorreflexión sería a la vez un darse cuenta y un emanciparse, un percibir estos intereses y al mismo tiempo una liberación o intento de liberación de esta dependencia dogmática y, por lo general, inconsciente, pues está anclada en el substrato histórico de la ciencia.

Al hablar de *la autorreflexión como una nueva ciencia* pone Habermas como ejemplo a Freud. Dice: «A fines del siglo XIX surge una disciplina, primero como obra de un solo hombre, que se mueve ya desde el principio en el elemento de la autorreflexión y, al propio tiempo, pretende ser legitimada de manera rigurosa como científica... El psicoanálisis es, para nosotros, el único ejemplo hasta

ahora tangible y relevante de una ciencia que toma como exigencia metódica la autorreflexión...»

Ya sé que estas consideraciones más suscitarán no pocas indignaciones. Refiriéndome a la ciencia que durante años he cultivado y que es impensable sin el psicoanálisis dije, hace bastantes años, sin ser entendido: Basta con proseguir con rigor el camino de la Medicina científico-natural hasta sus últimas consecuencias y en forma suficientemente crítica, para encontrarse con la Medicina psicosomática. El gran físico y filósofo Cari Friedrich v. Weizsäcker, sobrino del fundador de la Antropología médica, ha sostenido recientemente una tesis parecida. Según él esa Medicina que no ve a la persona humana ni al espíritu y que reprochaba al psicoanálisis no ser una ciencia natural, de lo que peca, a su juicio, es de *no ser todavía suficientemente científico-natural*, esto es, de no ser todo lo autocrítica que debiera.

* * *

Es evidente que hay algo de enigmático en esta poderosa vitalidad del pensamiento de Freud, en su fecundidad que ha llegado a penetrar por todos los resquicios de nuestra civilización y que se expresa en la novela, en la crítica literaria, en el cine, en la mentalidad de la gente, en la ciencia. Cada uno hemos tratado de explicarlo a nuestra manera. Merleau-Ponty habla de «una civilización en la cual el psicoanálisis es *tolerado demasiado bien* y en la que sus conceptos, diluidos y trivializados han perdido sus enigmas...» Pero lo cierto es que la oposición al psicoanálisis en la enseñanza oficial continúa con la misma tenacidad que en la época en que Víctor von Weizsäcker al referirnos su vida, a partir de la famosa reunión en Baden-Baden, en 1926, en la que pudo nacer una Medicina nueva, pues en ella se reunieron por primera vez con psicoanalistas, internistas, ginecólogos, pediatras y psiquiatras nos dice, a continuación, con melancolía: A partir de este momento comenzó también la segregación de los psicoterapeutas de la Medicina oficial. Y añade «Ninguno de los hombres que con todas sus fuerzas se consagraron a la empresa psicoterápica, llegó a conseguir una cátedra universitaria, lo mismo si procedía de la psiquiatría o de la Medicina interna. Ya Freud, en la Introducción a sus lecciones sobre psicoanálisis previno de ello y anunció este destino a sus partidarios. Tenía razón... Soy una de las poquísimas excepciones... aunque no la única».

He aquí, por un lado, unas ideas, de enorme fecundidad que empapan todo el pensamiento contemporáneo, con las que ha de enfrentarse todo investigador de «ciencias humanas» y, por el otro, el «tabú» mantenido, de manera pertinaz. Los frutos del psicoanálisis, su importancia, han sido examinados en multitud de libros y de trabajos por filósofos, sociólogos, psicólogos y psiquiatras. Solamente la lista de los estudios que de esto se ocupan llenaría mucho espacio. Me referiré tan sólo al libro de David Riesman, *Freud und die Psychoanalyse*, traducción alemana del original *Individitism Reconsidered*, a la obra colectiva, dirigida por Theodor Adorno y Walter Dirks: *Freud en la actualidad*; al libro de John Wisdom, *Philosophy and Psychoanalysis*; a los ya mencionados de Paul Ricoeur, A. Hesnard y Michel Foucault; a los estudios de Jürgen Habermas, a que antes he aludido y a las consideraciones sobre este problema que hago en mi libro *Biología y psicoanálisis*.

Pienso que la obra de Freud se inserta en dos grandes movimientos que subyacen tras la historia contemporánea. El primero, la ampliación de la realidad del hombre. La cual está definida por lo que denomino *la supresión del menosprecio*. El menosprecio al subconsciente marchaba paralelamente con el menosprecio al menesteroso, al trabajador, al hombre desposeído de medios de fortuna. Y también con el menosprecio a pueblos que despectivamente llamábamos primitivos o bárbaros. Y con el menosprecio a otras religiones y culturas. El segundo movimiento es el desarrollo de la autocrítica, de la autorreflexión al que antes me he referido y que descansa sobre la *ruptura de unos tabús* que, sin que nos diéramos cuenta de ello marcaban nuestra cultura. Desconocíamos que toda clasificación, que toda dicotomía, en cuerpo y alma, en cerebro de la vida de relación y en sistema visceral, en arte y ciencia, en cultura humanística y cultura científica responde a una sección quirúrgica que, inevitablemente, pasa por el sector más importante de la realidad, destruyéndolo y haciéndolo desaparecer ante nuestros ojos. Sólo tras la autorreflexión sobre las condiciones psicológicas y sobre los intereses, emocionales o de clase, económicos o colectivos, históricos, etc., que condicionan esta eliminación de lo más rico de la realidad al pretender ordenarla, clasificarla, somos capaces de *recuperar lo perdido*, de darnos cuenta de la grave amputación de que, inconscientemente, llevamos a cabo en una parte esencial de lo real.

Quizá sea éste el momento de explicar por qué razón se ha encomendado este prólogo a quien no es más que médico, internista, como lo fue Víctor von Weizsäcker antes de que las circunstancias oficiales le llevasen a ser Profesor

ordinario de Neurología. En uno de los certeros prefacios que Strachey escribió para la edición completa de las obras de Freud, *The Standard Edition*, se recuerda una vez más la famosísima frase de Charcot, frase que le obsesionaba ya desde su regreso de París. Cuando Freud le argüía que ciertas hipótesis no se armonizaban con los hechos, Charcot replicó: «Esto no les impide existir». Ciertamente los hechos existen, están ahí; lo que ocurre es que muchas veces no los vemos. En el presente tomo se incluyen los «Estudios sobre la histeria». La experiencia sobre la histeria que hizo Freud en la Salpêtrière fue lo que llevó directamente a la génesis sexual de los trastornos. Recientemente mi amigo León Chertok ha puesto de manifiesto la importancia que tuvieron las emociones que Freud experimenta en París para sus concepciones y como, pese a que su memoria le hizo la conocida traición de ocultar el recuerdo, la idea de que siempre en la histeria existe, como base, un trauma sexual procedía en realidad de Charcot. En su interesante apéndice a una de las mejores exposiciones críticas del psicoanálisis que conozco, la de mi maestro Gustavo Bally, apéndice que se refiere a la «Sociología del psicoanálisis» se señala que en el mundo de Charcot empezaba a perderse la fe religiosa. La secularización del mundo iniciaba ya la disgregación del grupo humano. Las fantasías eróticas que Freud descubría eran, en realidad, la búsqueda, en la fantasía, de un regazo afectivo, de un vínculo emocional con profundas raíces biológicas. Pero, además, existía la injusticia social. Las lecciones de Charcot ante un público de damas elegantes oscurecía la evidente realidad de que aquellas pobres mujeres que se contorsionaban y mostraban parálisis o cegueras a voluntad del investigador, encontraban con su enfermedad un asilo, una cierta protección. Con frase definitiva lo expresa Bally diciendo que en tales circunstancias a las pacientes no les quedaba otra alternativa que la neurosis o la barricada. Es bueno recordarlo ahora, en el momento en que un importante grupo psicoanalítico de habla española comienzan a poner en cuestión sus métodos de tratamiento, de base burguesa y se preguntan si, para curar a sus pacientes, no es menester antes cambiar la estructura de la sociedad. Los aspectos sociólogos del psicoanálisis inquietan cada vez en todo el mundo. Freud y Marx son aproximados, a veces en forma confusa y, en virtud de ello, puestos los actuales psicoanalistas al igual que las histéricas de Charcot, ante el dilema de la psicoterapia analítica clásica con honorarios elevados e incorporación tácita a la sociedad burguesa y las barricadas, o sea, la revolución no ha de extrañar que, en ocasiones, se inclinen resueltamente por esta última. Véase a este respecto dos libros representativos:

Cuestionamos, Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis, escritos por Marie Langer, José Bleger y un grupo numeroso de psicoanalistas y el del filósofo y crítico francés Gilíes Deleuze, en colaboración con Félix Guattari, *Capitalisme et schizophrénie*, del cual hasta ahora solamente ha aparecido el primer tomo: *L'anti-Oedipe*.

Pero junto a estos hechos sociales, a los cuales las teorías más o menos encubridoras *no les impiden existir* tenemos también los hechos biológicos. Otro de los importantes trabajos de Freud que se incluyen en este primer tomo es el del llamado «Entwurf» o *Proyecto de una psicología para neurólogos*, como se titula en la traducción castellana. Digo en mi libro *Biología y psicoanálisis*: «... El manuscrito de Freud no llevaba título alguno. Procede de 1895. Los ingleses lo han traducido por *Project for a scientific psychology* y representa el intento de Freud para dar expresión a sus hallazgos en términos de neurofisiología». Considero en mi libro que es hora ya de terminar con la idea de que prescindir de la expresión neurofisiológica de los descubrimientos de la clínica es un principio fecundo y con la convicción arraigada de que es nefasto para el progreso del psicoanálisis pensar los problemas psicoanalíticos en términos de neurofisiología. Persistir en este camino alejaría al psicoanálisis de su raíz médica, de sus orígenes en la clínica, en la observación de los enfermos, realizada por un hombre de genio que pasó muchos años de su vida estudiando las estructuras cerebrales. Sí; es cierto, las teorías no han de imponerse a los hechos. Jamás impiden que éstos existan —como decía Charcot— que *estén ahí*. Y los hechos que están ahí son, por un lado, circunstancias sociológicas, estructuras sociales más o menos injustas, juegos de intereses históricos y de fuerzas colectivas opresoras. Pero también están ahí el cerebro límbico, las complejas estructuras de la amígdala y del hipocampo y un enorme caudal de datos que vienen a confirmar y rubricar muchos de los descubrimientos del psicoanálisis. *También éstos son hechos*, a los cuales poco les importan las teorías. Las cuales no son capaces de impedir que el rinencéfalo o cerebro interno *existan*. Como existe también la inmadurez cerebral y el progresivo proliferar de las ramificaciones de las neuronas bajo la tutela afectiva. Y los sistemas enzimáticos que perfilan sus características en la primera relación constitutiva. Y los nuevos descubrimientos sobre la herencia. El psicoanálisis corre hoy el peligro de ser arrastrado por el camino de los progresos de la moderna sociología y, a la vez, el riesgo no menor de prescindir de ella, de no tener en cuenta que el ser individual es, como tantas veces he dicho, una

abstracción, si no se le estudia inmerso en la realidad social. Ya hemos visto que Víctor von Weizsäcker, en tiempos que ahora ya nos parecen remotos se dio cuenta de ello, del riesgo de esta posición aristocrática e individualista de la práctica psicoanalítica, tal como viene llevándose a cabo dentro de la sociedad burguesa. Y recordemos también la frase del filósofo Ricoeur «... la significación para nuestro tiempo de estos tres exegetas del hombre moderno (Marx, Nietzsche y Freud) no podrá ser realizada más que conjuntamente para todos ellos...» Pero por eso mismo es imprescindible, al menos a mi parecer, que el psicoanálisis nunca pierda el suelo firme de la clínica y que debe retornar, en la medida en que los avances de nuestros conocimientos lo permiten, a sus bases biológicas, genéticas, neurofisiológicas y bioquímicas. Ésta ha sido la motivación de mi libro *Biología y Psicoanálisis*.

Éste es también el motivo por el que pienso, al igual que Víctor von Weizsäcker al que tantas veces he citado en este prólogo, que la Antropología médica o, si se quiere la Medicina psicosomática no es únicamente una aplicación del psicoanálisis a la Medicina, sino algo sustancialmente importante para la misma esencia del psicoanálisis. El cual, jamás debemos olvidarlo, *nace de la clínica*, esto es de la observación de los enfermos. Y es creado, vuelvo a repetirlo, por un hombre que ha pasado largas horas de su vida examinando las células nerviosas al microscopio.

En este primer tomo que ahora se publica se incluyen las primeras obras clínicas de Freud, de las que nace toda su obra posterior, sus «observaciones» sobre pacientes, sus notas a la sugestión como método terapéutico, el estudio comparativo entre las parálisis motrices orgánicas y las histéricas. Los médicos actuales ya no tienen presente la importancia que alcanzaba todavía en la época en que comencé mis estudios este diagnóstico diferencial. Recuerdo que en sus oposiciones a la cátedra de Madrid, Nóvoa Santos, en el llamado «ejercicio clínico», dio una brillantísima lección sobre el paciente en este problema del diagnóstico que era, en aquella época, no sólo frecuente sino uno de los que más acreditaban a un maestro.

Probablemente hoy los casos incluidos por Freud en sus «estudios sobre la histeria» serían juzgados de otra manera. Investigaríamos la estructura familiar de donde procedían, y pondríamos el acento no sólo en los mecanismos dinámicos de la conversión, sino en la penuria interior del núcleo de la persona nacida de su desamparo afectivo. Recordaré, una vez más, a mi maestro el gran Gustavo Bally que, en su *Introducción al psicoanálisis de Sigmundo Freud*, dice:

«Si el psicoanálisis parte, históricamente, del problema de la histeria, esto no sucede por casualidad, sino porque las enfermas... se servían de la neurosis para escapar *gracias a ella, gracias a su neurosis*, al desamparo social y económico en que les deja la cruel estructura de la sociedad burguesa de la época...» La clientela con la que Freud se encuentra a su vuelta a Viena no era el proletariado desamparado de París, sino la burguesía judía, racialmente desarraigada. Pero en ella, en la familia, se iniciaba ya el desamparo afectivo que deja al núcleo de la persona, como va a decir Guntrip, vacío y menesteroso.

Hoy no nos sería difícil ver en algunos de los casos descritos en este volumen como «histeria» lo que ahora denominamos «neurosis liminares» o «esquizoidias», con un núcleo paupérrimo en el centro del «sí mismo», nacido de un deficiente mundo relacional, en esas emociones básicas que tejen la raíz de la persona.

La importancia del «Proyecto», comprendido en este tomo, ha sido subrayada por el gran neurofisiólogo Karl Pribram en su trabajo «Freud's Project. An Open, Biological Based Model for Psychoanalysis», publicado en el libro *Psychoanalysis and Cúrrente Biological Thought*. Pribram sostiene que el «modelo psicoanalítico» del cual deriva actualmente una gran parte de la psicología y psiquiatría moderna, en realidad, bien examinado, es un modelo neurofisiológico enmascarado. Pese al aparente abandono del pensamiento neurológico expresado en el «Proyecto», en realidad este subsiste, de manera subterránea, por debajo del pensamiento psicoanalítico. Lo curioso es que los enormes avances hechos por la neurofisiología desde que Freud escribió su proyecto y que ahora permiten «someterlo a prueba» demuestran —como hace Pribram— que tal «proyecto» está colmado de certerísimas intuiciones de lo que luego iba a descubrir la investigación experimental. Algo similar ha puesto de manifiesto Paul Kline al señalar cómo la psicología conductista de nuestros días viene también a confirmar los principales postulados del psicoanálisis (*Fact and Fantasy in Freudian Theory*, Methuen 1972). Ocuparía demasiado espacio —y no es de este lugar— seguir a Pribram en su demostración de la incompatibilidad entre el «modelo» del funcionamiento cerebral al que el mismo llega ahora tras ingeniosos y pacientes estudios experimentales y el modelo psicoanalítico. Este intento es precisamente el que me ha llevado a escribir *Biología y psicoanálisis*. Que la aparente ruptura de Freud con su primitiva neurofisiología del «Proyecto», por muy vestida que esté de motivaciones personales su separación de la neurología oficial, su autoanálisis, etc., no es tal

ruptura, sino que más bien habría que aplicar a esta *negación* de su historia personal neurofisiológica la misma Sospecha que él aplica a toda «negación», ha sido puesto de relieve, a la vez por Robert R. Holt, en el mismo libro que acabo de mencionar (en el capítulo titulado: «A review of Some of Freud's Biological Assumptions and Their Influence on His Theories»), por Joseph Nuttin (Cañad. J. Psychol. 10, 167, 1956) y por el propio James Strachey en sus valiosos comentarios a la edición de sus obras completas de Freud en lengua inglesa. Holt se refiere a una tesis de M. Peter Amacher titulada «La influencia de la neuroanatomía, neurofisiología y psiquiatría de los maestros de Freud en sus teorías psicoanalíticas».

«Seríamos muy malos psicólogos —dice Holt— si aceptásemos que no hay una cierta continuidad en el cambio de Freud. No se desprende uno a la ligera, de cualquier modo, de veinte años de consagración apasionada al estudio del sistema nervioso, por la decisión de Freud de convertirse en un psicólogo en lugar de trabajar con un modelo abstracto e hipotético...» Hoy ha desaparecido la razón primordial que se oponía a que este modelo funcionase y que residía en el error de la neurofisiología de la época de Freud de pensar al sistema nervioso como un aparato pasivo, sometido únicamente a acciones reflejas. Pero vuelvo a repetir que el apasionante análisis de lo que subsiste en el psicoanálisis de su primitivo «Proyecto» y la conciliación de estos puntos de vista de su viejo texto con los datos de la actual neurofisiología nos llevaría muy lejos del intento inicial de este Prólogo. El cual trata de mostrar que los textos incluidos en este primer volumen tienen mucha más trascendencia que las de ser un preludeo histórico al gran edificio del psicoanálisis freudiano. Ya en ellos está, bien visible desde el primer momento, la garra del genio. Y, en germen, quizá lo que hoy es más importante de toda la teoría psicoanalítica, esa esperanza que, en el fondo, nunca abandonó a Freud de que, un día su teoría llegase a integrarse con una neurología cuyo desarrollo, seriedad y hondura tuviesen verdadero valor biológico. Pienso que los progresos fascinantes que esta ciencia viene realizando en los últimos años van confirmando, poco a poco, esta secreta esperanza que, en lo más recóndito de su subconsciente albergaba el fundador del método psicoanalítico.

Dice Miguel Foucault que *La interpretación de los sueños* es, con el *Nacimiento de la tragedia*, de Nietzsche, y con *El capital*, de Marx, una de las tres obras fundamentales del mundo moderno. No lo pareció así cuando fue publicada. Su autor, sin embargo, se dio perfecta cuenta de que se trataba de una

obra de gran trascendencia. En una carta escrita a su amigo, Wilhelm Fliess, el 12 de junio de 1900, le dice: «Crees tú, en realidad, que en el futuro se podrá leer en esta casa una lápida de mármol en la que diga:

EN ESTE LUGAR, EL 24 DE JULIO DE 1895, DESVELÓ
EL DR. SIGM. FREUD EL SECRETO DE LOS SUEÑOS».

Esto no obstante, la obra, que apareció el 4 de noviembre de 1899 (aunque fechada en la portada 1900), tardó en venderse y recibió, por lo general, críticas despectivas. Según datos de Ernesto Jones, se tiraron solamente 600 ejemplares. En las primeras seis semanas solamente se vendieron 123. En los dos años siguientes fueron despachados 228. A Freud, el editor le abonó como honorarios 522,40 florines. El propio Freud lamentábase (en la *Historia del movimiento psicoanalítico*) de que su libro no fue «ni siquiera comentado en la literatura especializada y en los pocos casos en que esto ocurrió fue criticado con superioridad compasiva o con sarcasmo». En el tomo primero de su *Biografía de Freud*, Ernesto Jones cuenta que el periódico vienés *Zeit* publicó, a las seis semanas de haber aparecido *La interpretación de los sueños*, una crítica despreciativa y sin el menor ingenio de Burckhard, antiguo director del famoso *Burgtheater*, y que, a partir de ese momento, en Viena todo el mundo dejó de interesarse por este libro. El 3 de marzo de 1900 se publicó una breve nota en el *Umschau*, y el 10 de marzo, otra, en el *Wiener Fremdenblatt*. Y añade: «Ni siquiera la influencia de Fliess logró que se hiciese una buena crítica del libro en Berlín».

En su *Autobiografía* refiere Freud que un asistente de la clínica psiquiátrica, que más tarde fue hecho profesor, Raimann, escribió un libro, *Die hysterische Geistesstörung*, tan sólo con la finalidad de refutar la tesis de Freud de la interpretación de los sueños. Pero él mismo confesaba que no había leído el libro de Freud, añadiendo para justificarse, «que no valía la pena». Poco después Raimann dio, ante 400 estudiantes, probablemente en la misma aula donde escuché muchas lecciones de Neurología a Pötzl, a Hoff y a otros discípulos de Wagner-Jauregg, una lección sobre la histeria, que terminó con estas palabras: «Como ustedes ven, estos enfermos tienen la tendencia a aliviarse de su síntomas hablando. Un colega de esta ciudad ha utilizado esta circunstancia para construir sobre este simple hecho toda una teoría con la que se está llenando los bolsillos».

De las críticas en las revistas de Psicología y de Psiquiatría afirma Jones fueron tan aniquiladoras como hubiera podido serlo un silencio mortal. El psicólogo Wilhelm Stern señala en el libro un grave peligro, el de que «gentes poco críticas se pongan con complacencia a jugar con estas ideas perdiéndose en un total misticismo y en una arbitrariedad caótica» (*Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, XXVI, 133, 1901). Más severo fue aún el Profesor Liepmann, de Berlín, afirmando que «las ideas fantásticas de un artista habían triunfado sobre el investigador científico» (*Monatschrift für Psychiatrie und Neurologie*, 1901, pág. 237).

Recientemente, Trudy Schmidt, de Basilea, tras recordar esta historia, por otra parte bien conocida, de la desastrosa acogida que tuvo entre sus conterráneos y colegas este libro, que va a ser considerado, sin disputa, como uno de los más trascendentales del siglo xx, y por filósofos que están hoy al frente del pensamiento contemporáneo, ha desenterrado la única crítica favorable que se publicó sobre *La interpretación de los sueños*. La firmaba Carlos Metzentin y apareció en el extraordinario dominical de un periódico que veía la luz en Nueva York, probablemente destinado a la colonia de lengua alemana, puesto que está redactado en alemán: el *New Yorker Staats-Zeitung*, el 7 de enero de 1900.

En una conferencia que di hace años sobre «La Escuela médica de Viena», hablaba de una carta muy importante que el fundador de la moderna medicina norteamericana, el que va a ser Sir William Osler, escribe desde la capital austríaca comentando, a la vez que la evidente decadencia de la medicina vienesa, las condiciones que ha de reunir una ciudad y un país para que hacia ellos vuele esa Minerva que floreció en un tiempo en Padua; después, en París; más tarde, en Viena y en Berlín^[1]. Todavía la que hoy conocemos como poderosa y eficaz medicina norteamericana no había apenas iniciado su gigantesco vuelo de águila. ¿Conoció Osler *La interpretación de los sueños*? Pienso que sí, porque era un gran curioso de libros y no dejaría de hojearlos por las librerías del barrio médico.

¡Reflexionemos, por un instante, en este escalofriante detalle histórico! En el momento en que uno de los mejores diagnosticadores médicos, Osler, promulga para la medicina vienesa un pronóstico fatal; cuando los colegas de Freud, ciegos y sordos para la obra del genio, continúan haciendo su pequeño trabajo, en la gran mayoría de los casos hoy olvidado, únicamente un pequeño periódico

norteamericano, redactado en alemán, hace justicia a la evidente importancia histórica del presente libro. ¡Muy lejos estaban de pensar, tanto los editores del diario como el Sr. Metzentin, que iban a pasar a la posteridad por esta crítica^[2]!

De la cual, por su aguda perspicacia y por enseñarnos que ya en el año en que comienza nuestro siglo hubo alguien que interpretó a Freud mejor que muchos de sus posteriores comentaristas, citaré tan sólo el párrafo final: «El mismo (Freud) está muy lejos de pensar, al final de esta obra, que abre toda una nueva época, que no debe sólo valorarse la importancia que el sueño pueda tener para el conocimiento del futuro. Más bien sirve para el conocimiento del pasado...» Y, termina con unas frases del propio Freud, tan acertadamente escogidas, que tres cuartos de siglo más tarde tienen para nuestra época, apasionadamente embarcada en toda suerte de utopías, significación singular: «Ya que, en todos sus aspectos, el sueño nace del pasado. Aun cuando la vieja creencia de que el sueño sirve para indicarnos el futuro también tiene su parte de verdad. Puesto que si el sueño nos muestra como satisfecho un deseo, de esta suerte nos lleva hacia el futuro; ahora bien, este futuro que el que sueña toma como actual está modelado, por la indestructibilidad de nuestro deseo, a imagen y semejanza del pasado». Si el gran pensador alemán Ernesto Bloch, el autor de *Principio Esperanza*, hubiese meditado este párrafo de Freud, quizá modificase sus conclusiones de que el fundador del psicoanálisis no supo ver esa constitutiva apertura hacia el futuro que es radical condición del ser humano.

Strachey nos dice que el primer dato que pone de manifiesto el interés de Freud por los sueños es una nota al pie de página en el primero de sus casos clínicos, en los *Estudios sobre la histeria* (1895), de Breuer y Freud. Dice allí que habiéndose visto obligado durante varias semanas a cambiar de lecho, tuvo sueños frecuentes que recordaba en el primer cuarto de hora del despertar. Entonces fue cuando se molestó en describirlos y en tratar de interpretarlos. Strachey subraya la importancia del *Proyecto*, recogido en el volumen anterior, y de la correspondencia con Fliess, que con motivo de esta obra se cruza entre los dos amigos, como la base de la concepción freudiana sobre los sueños. Agrega Strachey: «No es exagerado decir que una gran parte del séptimo capítulo de *La interpretación de los sueños* y, en realidad, los ulteriores estudios ‘metapsicológicos’ de Freud sólo se han vuelto completamente inteligibles después de la publicación del *Proyecto*. Sostiene Strachey que pese a que Freud abandonó, tras muchas enmiendas y rectificaciones, su primitivo *Proyecto*, éste

es de gran interés para los lectores de *La interpretación de los sueños*, porque dentro de esta obra subsiste no sólo el esquema general del *Proyecto*, sino muchos de sus elementos fundamentales. Así el ‘sistema de neuronas’ del *Proyecto* es sustituido por sistemas *psíquicos* o agentes; se comienza a hablar de una ‘catexis’ hipotética de la energía psíquica, en lugar de las ‘cantidades’ físicas que tanto papel juegan en el *Proyecto*, sobre todo, el ‘principio de inercia’ pasa a servir de base al ‘principio de placer’» Tampoco hay que olvidar la atención de Freud a los ‘sistemas mnémicos’ o engramas, cuestión que, como vamos a ver, tras muchos años de olvido, la moderna investigación neurofisiológica actual pone en el centro de problemas que hoy estimamos guardan estrecha relación: los sueños, la memoria y el aprendizaje.

La parte fundamental de *La interpretación de los sueños* estaba, según nos dice el propio Freud, concluida en sus elementos esenciales ya a comienzos de 1896. Pero la similitud entre la estructura de los síntomas neuróticos y los sueños fue ya vista por él en 1895 (en el *Proyecto*). La idea de escribir el libro sobre la interpretación de los sueños es mencionada en la correspondencia con Fliess en mayo de 1897, pero el auto-análisis le hace dejarla de lado. En el verano de este año descubre Freud la importancia del complejo de Edipo y es sólo al final del mismo cuando comienza a escribir *La interpretación de los sueños*. En la forma definitiva del libro parece que Fliess ha tenido no poca parte, siendo el responsable de la omisión de un sueño del propio Freud, al parecer bastante importante.

Pese a la ingrata acogida que tuvo el libro en un principio, acabó suscitando una bibliografía inmensa sobre los sueños. Una gran parte de ella ha sido recogida en el importante libro de W. v. Siebenthal, *Die Wissenschaft vom Traum. Ergebnisse und Probleme*, aparecido en Springer, en 1953, y que, probablemente por no ser su autor uno de los freudianos ortodoxos y por ello mostrarse a veces muy riguroso en sus críticas, no ha encontrado el eco que, a mi juicio, merecía por su ponderación y por su información casi exhaustiva. ¡En él se analizan 1300 citas bibliográficas! Sin embargo, podemos encontrar en este libro datos interesantes sobre algo que fue uno de los motivos más poderosos para rechazar en un principio la teoría freudiana de los sueños: que en ella se ponía de manifiesto un rico simbolismo sexual. Un trabajo de Kurth descubre en el famoso libro de Artemidoro de Dalcis, el primer libro sobre los sueños que llega intacto hasta nosotros, una simbólica sexual todavía más osada y atrevida que en Freud. Señala W. Kurth cómo los complejos de castración, el narcisismo

y el complejo de Edipo ya se encuentran observados por Artemidoro. En un libro publicado en Praga, en 1938, Th. Hopfner, investigador que nada tiene que ver con el psicoanálisis, descubre el simbolismo sexual en el mundo griego y romano en la misma profusión y riqueza que encontramos en la obra de Freud^[3]. Comenta Siebenthal: «Queda uno asombrado de la multitud de nombres y de imágenes que aparecen en lugar de los genitales...» A continuación añade que habiendo aparecido el libro de Hopfner en 1938, de ninguna manera puede pensarse que Freud pudo inspirarse en el mismo para su obra.

En realidad, sólo hasta nuestra época no ha empezado a comprenderse toda la trascendencia no sólo para el psicoanálisis, sino también para el pensamiento contemporáneo de *La interpretación de los sueños*. Fijémonos en las dos palabras que componen el título de este libro: *interpretación* y *sueños*. Por primera vez se plantea el problema de que un fenómeno ha de ser «interpretado», es decir «descifrado», ya que se presenta en forma encubierta y escondida. El problema de los sueños tiene que ver, por consiguiente, con temas que había puesto Jaspers sobre la mesa: la distinción entre explicar, entender y comprender. Y sobre todo con el «deuten» o sea *la interpretación*. Ya al comienzo de su libro Siebenthal nos habla del «círculo hermenéutico». Explicar supone poner en claro la conexión causal entre dos fenómenos. Las habituales —hoy más que nunca— tesis neuro-fisiológicas del sueño, en realidad, nos dicen que éste ocurre en relación con unos centros nerviosos, pero en cuanto a *explicarlo*, son tan insuficientes como puede serlo la afirmación de que el papel *nos explica* el contenido de las Sagradas Escrituras. Una relación de dependencia no es una relación causal (v. Siebenthal). Entender supone un conocimiento de la red de conexiones en que se produce un fenómeno. Es preciso situar lo conocido dentro de un esquema ordenador. Entender es, a la vez, conocimiento de las relaciones entre las cosas y también conocimiento de ésta dentro de las conexiones que le ligan a un orden superior. Lo primero que hay que hacer es, como Freud, reunir datos aislados. Después hay que referirlos a la totalidad de la psique dentro de la que se producen. Tanto más numerosos los hechos que se coleccionan, tanto más amplio se vuelve el círculo dentro del que han de insertarse. El círculo hermenéutico, constantemente ampliado, exige cada vez un mayor esfuerzo para darle sentido.

En nuestro tiempo, la hermenéutica filosófica ha alcanzado un extraordinario desarrollo, ante todo en manos de Hans George Gadamer, partiendo de la

metafísica de Heidegger. Gadamer en su obra *Wahrheit und Methode*, no menciona ni a Freud ni el intento, muy estimable de Siebenthal, de situar la «ciencia de los sueños» dentro de la hermenéutica. En cambio, como ya indiqué anteriormente en esta «Introducción» a las Obras Completas de Freud, tanto el filósofo francés Paul Ricœur como el alemán Jürgen Habermas dan una gran importancia dentro del problema genérico, filosófico, de la «interpretación» a la obra de Freud, ante todo a *La interpretación de los sueños*. Paul Ricœur dedica uno de los capítulos centrales de su obra *De l'interprétation* a poner de manifiesto lo que llama el «privilegio del sueño», es decir, la posición privilegiada que ocupa el sueño en la explicación de una serie de fenómenos culturales importantes, tales como la obra de arte. En este sentido puede decirse que el presente volumen es una obra en la que se inicia ya el desarrollo adoptado en nuestro tiempo por un amplio sector de la crítica literaria y, en general, de la crítica de la obra de arte y de la teoría del fenómeno estético. Desarrollo más o menos declaradamente psicoanalítico.

Los libros sobre los sueños aparecidos después de Freud son tan numerosos, que sería vana empresa tratar ni siquiera de mencionarlos. Desde el de Leonhard hasta el de Kemper, pasando por el muy importante y meritorio de Ángel Garma^[4], quizás una de las mejores y más originales exposiciones psicoanalíticas sobre este tema. Ya hice referencia a la obra de Siebenthal donde se formula una crítica de la tesis de Freud, que no excluye la admiración. Del reproche de Jaspers de que Freud ha «aguado» los hondos conocimientos que debemos a Nietzsche y a Bachofen, trivializándolos, le defiende Siebenthal arguyendo que nadie como Freud ha vuelto accesible los sueños a la investigación científica, con el intento grandioso y logrado de traducir sus contenidos en lenguaje concreto y manipulable, poniéndolo además, así, al servicio de la psicoterapia.

A la objeción que tantas veces se le ha hecho a Freud —yo mismo alguna vez lo he señalado— de que no se ha ocupado de los aspectos «prospectivos» del sueño, es decir, del sueño estudiado «en serie» y en su proyección hacia el futuro, puede replicarse que Freud conoció desde el primer momento el valor del «sueño inicial», es decir, la importancia de ese primer sueño que se comunica al psicoanalista y en el que está, en cierto modo, encerrado todo el problema del paciente que, ulteriormente, va a irse desarrollando y ampliando en el análisis ulterior. Por otra parte, las tesis que en un principio pudieron parecer

heterodoxas de Bjerre, Stekel, Maeder, Schultz-Hencke, etc., por no citar más que algunas sobre el sueño, acaban confluyendo con la doctrina ortodoxa cuando el análisis seriado de los sueños es llevado a cabo, con paciencia interpretativa, como hizo Th. French, en su libro en varios tomos *The Integration of Behaviour*. Sobre las modernas tesis de las escuelas post-kleinianas y sobre la crítica de mi maestro Gustavo Bally a *La interpretación de los sueños*, de Freud, crítica desde luego admirativa, he hablado en algunos de mis libros.

Suele por los adversarios de Freud cometerse la confusión de confundir al sueño como fenómeno fisiológico, que estudia la neurología y la neurobioquímica y *los sueños*; esto es, el *contenido* simbólico que el sueño, fenómeno fisiológico, sometido a ritmos importantísimos, sirve para expresar. Decir que Freud no hubiera llegado nunca a descubrir lo que hoy sabemos sobre el sueño, sus ritmos rem (movimientos rápidos de los ojos) o períodos de sueño paradójico, con imágenes vivaces y períodos de sueño profundo, con menos colorido onírico, así como también las perturbaciones de estos ritmos en ciertas afecciones, principalmente en las depresiones, es incurrir en una confusión, sólo explicable por el apasionamiento que siempre se pone cuando se trata de enjuiciar la obra del gran médico vienés. Hay que separar netamente la investigación del *sueño* de la del *soñar*. No obstante, puede decirse que estas investigaciones modernas, al poner en evidencia que el hombre al que se priva del «sueño paradójico», es decir, de los períodos del sueño en que la mente se carga de «imágenes», forzosamente enferma, dan plenamente la razón a Freud cuando presenta a los sueños como un fenómeno importantísimo de la vida psíquica que es indispensable para la salud mental.

Creo que estamos en nuestros días en el umbral de una nueva época en la investigación de los fenómenos oníricos, en la que se aliará lo que el psicoanálisis de los sueños nos enseña con lo aprendido por los neurofisiólogos en sus experiencias sobre el fenómeno biológico del sueño. Las investigaciones actuales remiten constantemente a un amplio orbe de cuestiones, tales como la neurofisiología de la memoria y del aprendizaje. Probablemente, como he indicado en *Biología y psicoanálisis*, el soñar tiene secreta relación con los fenómenos del aprendizaje y de la memoria permanente. Su importancia en el proceso creador está documentada desde el famoso sueño de Kekulé, que ha dado origen a la fórmula capital de la química orgánica, hasta millares de ejemplos similares. En los múltiples caminos que el presente libro, publicado en

los primeros días del siglo xx, ha abierto en los más diversos campos, en la Psicoterapia, en la Fisiología, en la Filosofía, en la Estética, se pone de manifiesto, casi mejor que en ninguno otro de su vasta obra, la genialidad de Sigmund Freud.

* * *

Finaliza este primer tomo de las *Obras Completas*, de Freud, con la *Psicopatología de la vida cotidiana*, junto al famoso análisis del «caso Dora», *Sobre psicoterapia* y *El chiste y su relación con lo inconsciente*. La *Psicopatología de la vida cotidiana* es obra que refleja, bien patente, la marca del genio. Sobre un tema en apariencia trivial, los errores y faltas de la lengua hablada, Freud ahonda en los mecanismos subconscientes de la vida de todos los días y, con su habitual sencillez, exenta de dogmatismo, entra en el misterio del lenguaje en forma que todavía, a mi juicio, no ha sido lo debidamente valorada. El «caso Dora» ha dado posteriormente lugar a multitud de comentarios. Tanto *La psicopatología de la vida cotidiana* como *El chiste y su relación con lo inconsciente* representan, para el traductor, obras de una considerable dificultad, pues su tema fundamental se refiere al lenguaje y se ilustra con ejemplos concretos, de muy difícilísima versión a otra lengua que no sea su original el alemán. James Strachey insiste en sus prefacios a ambas obras en este aspecto y nos expone las dificultades que tuvo que vencer Brill para su primera versión en lengua inglesa de un libro que, no obstante, como el de *El chiste*, figura entre los que han alcanzado mayor número de ediciones de las obras de Freud.

Nadie, que yo sepa, ha elogiado la extraordinaria habilidad con que López-Ballesteros ha solventado este enorme obstáculo en sus versiones. Recuerdo, casi como una remembranza infantil, haberme deleitado en mis años mozos en la lectura de estas dos grandes obras de Freud, la *Psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste*. He de confesar que ni por un momento me percataba de que la argumentación del autor, para no perder su fuerza, tenía que ser constantemente modificada o anotada en castellano. Creo que ésta es la mejor alabanza que puede hacerse de un traductor que rara vez se encuentra ante empresa tan difícil como la que tuvo que afrontar López-Ballesteros en su versión. Naturalmente, los críticos exigentes pueden hacer las observaciones que quieran. Pero convertir el texto de Freud en unas páginas que se leen casi de un

tirón y que, en su versión castellana, no pierden ni un ápice de su amenidad original, es mérito que ahora, al cabo de muchos años, creo es justo que debamos realzar.

Strachey emplea el término de «parapraxis» para designar las «Fehlleistung» del original alemán. La primera mención que hace Freud de sus observaciones se encuentra en una carta que escribe a Fliess el 26 de agosto de 1898. A la obra, publicada en 1904, no dejó de hacer incesantes adiciones, que han sido integradas en la versión completa de la «Edición standard». Los capítulos III y XI fueron agregados en 1907. En la biblioteca de Freud se descubrió una copia de la edición de 1904, a la que Freud había hecho de su mano una multitud de acotaciones.

En *La psicopatología de la vida cotidiana*, Freud expresa con nitidez evidente la existencia de un doble funcionar en la vida psíquica y por ello los ejemplos aducidos vuelven a ser empleados por él con frecuencia cuando trata de introducir a sus oyentes en sus ideas, tal como ocurre en sus Conferencias preliminares en 1916-17 y en su contribución a la enciclopedia de Marcuse.

EL origen de *El chiste y su relación con lo inconsciente*, obra que iba a crear una de las primeras fundamentaciones científicas del enigmático fenómeno del *humor* y del humorismo, proviene, según Strachey, de una observación que hizo Fliess al leer las pruebas de *La interpretación de los sueños*, en el otoño de 1899. Fliess señala que muchos sueños están contruidos como si fuesen un chiste. En una carta que Freud escribe a Fliess desde Berchtesgaden, el 11 de septiembre de 1899, anuncia a su amigo que va a ocuparse de esclarecer este hecho singular.

Piensa Strachey que, de todas maneras, Freud ya tenía en su mente este problema, antes de que Fliess recabase la atención sobre él. Fúndase para ello en la rapidez con que contesta a la sugestión de su amigo, lo que a mi modo de ver no es una prueba suficiente. Ciertamente, *La interpretación de los sueños* está llena de ejemplos, por decirlo así, «chistosos», mostrando cómo la estructura del soñar muchas veces adopta las pautas enigmáticas del humorismo. El hombre, en su apariencia normal más circunspecto y solemne en sus sueños puede ser un formidable y burlón humorista. No hay que olvidar de todo modos que Freud es judío y el interés por los chistes y cuentos humorísticos es quizás mayor en este medio racial que en otros.

Strachey destaca la influencia que pudo tener sobre *El chiste y su relación con lo inconsciente* la obra de Teodoro Lipps. El cual vivió entre 1851 y 1914 y era en Munich profesor de psicología y estética. A él se debe el término

«Einfühlung» o sea *empatía*, que tanta significación e importancia iba a alcanzar no sólo en las sucesivas teorías estéticas, principalmente Dilthey, sino sobre todo en la psicoterapia, incluso en la psicoterapia psicoanalítica. Sabemos por una carta de Fliess, que entre agosto y septiembre de 1898 Freud leía un libro de Lipps sobre *Los hechos básicos de la vida mental*, pero que en 1898 apareció una famosa obra de Lipps titulada *Komik und Humor*. Esta obra fue la que le animó a emprender el estudio de los chistes y del humorismo.

En 1905, uno de los años decisivos en la historia del psicoanálisis, Freud publicó tres obras fundamentales: los *Tres ensayos para una teoría sexual*, *El caso Dora*, que había sido escrito en los cuatro años anteriores, pero que vio la luz en el otoño de 1905, y *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Ernesto Jones cuenta que Freud tenía los manuscritos de los *Tres ensayos* y de su obra sobre el humor en dos mesas separadas y que trabajaba indistintamente en ambos a la vez.

El chiste y su relación con lo inconsciente dista mucho de ser una obra trivial, de tener en cuenta tan sólo en la historia del psicoanálisis o un argumento en pro de la importancia del subconsciente en la vida humana. Inicia, a mi juicio, uno de los campos en los que la investigación psicoanalítica va a ser más revolucionaria y fecunda: el de la estética: el análisis profundo de la estructura de la obra de arte. El chiste o el humor tienen que ver profundamente con *el juego*, pero también con los hondos mecanismos de la percepción sensorial, como va a demostrar, en 1953, un psicoanalista. Eherenzweig, en su libro *El psicoanálisis de la visión y de audición artística*, en el cual el capítulo central estudia la «estructura inarticulada del chiste», partiendo de la obra de Freud.

El chiste es un puente de enlace entre el mundo onírico y el de la obra de arte. Los libros de Marta Wolfenstein, *Children's Humour*, y Edmund Bergler, *Laughter and the Sense of Humor*, preludian el de Ernesto Kris, *Psychoanalytic Explorations in Art*, una pieza capital en el gran tema de la visión del arte, desde el punto de vista psicoanalítico. Otro libro psicoanalítico digno de mención es el de Martín Grotjahn, *Beyond Laughter*, en el que se desarrollan los puntos de vista del fundador del psicoanálisis.

A partir de este momento, todo autor que se ha ocupado del enigmático fenómeno del humor y del humorismo ha tenido que tomar *El chiste y su relación con lo inconsciente* como ineludible punto de partida. Pensemos que el humorismo es tema habitualmente eludido, por razones misteriosas, no sólo por su complejidad, de la mayoría de las Estéticas, en las que todo lo más se le

despacha con consideraciones habitualmente superficiales. Pero su profunda relación con otra de las realidades más misteriosas no sólo del ser humano, sino de la biología, con el juego, ya debería indicarnos que no hay teoría estética estimable si no resuelve, en primerísimo término, esta ardua cuestión del humor, elusiva, sutil, que se escapa en su enigmática entraña a toda consideración racional. Debemos reflexionar en ello para darnos cuenta de la trascendencia que tiene, en la historia del pensamiento humano, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, obra pionera que abre un camino, hasta entonces inédito, que concierne a uno de los misterios mejor guardados de la condición humana. Remito al lector que quiera hacerse con rapidez una idea de estos problemas al libro de William F. Fry, *Sweet Madness. A Study of Humor*, y al de Celestino F. de la Vega, *El sentido del humor*.

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA DE LAS OBRAS DE FREUD

Por

JACOBO NUMHAUSER TOGNOLA

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA DE LAS OBRAS DE FREUD^[5]

- 1) 1873 Carta sobre el bachillerato (a Emil Fluss), [1941]
- 2) 1887-1902 Cartas a Wilhelm Fliess. Manuscritos y notas [1950]
- 3) 1888-9 Prólogo y notas al libro de Bernheim *De la suggestion et des ses applications a la thérapeutique* [1899]
- 4) 1888-93 Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas [1893]
- 5) 1892 Carta a Josef Breuer [1941]
- 6) 1892 Sobre la teoría del acceso histérico [1940]
- 7) 1892 Nota [1941]
- 8) 1892-3 Un caso de curación hipnótica y algunas observaciones sobre la génesis de síntomas histéricos por voluntad contraria
- 9) 1893 El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos (Comunicación preliminar (Freud y Breuer)
- 10) 1893 Charcot
- 11) 1894 Las neuropsicosis de defensa
- 12) 1894 Obsesiones y fobias [1895]
- 13) 1894 Sobre la justificación de separar de la neurastenia un cierto complejo de síntomas a título de neurosis de angustia [1895]
- 14) 1895 Prólogo a la primera edición de *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud)
Historiales clínicos de *Estudios sobre la histeria*: La señora Emy de N. Miss Lucy R.
Catalina
Señorita Isabel de R.
- 15) 1895
- 16) 1895 Psicoterapia de la histeria
- 17) 1895 Crítica de la neurosis de angustia
- 18) 1895 Proyecto de una psicología para neurólogos [1950]
- 19) 1896 La herencia y la etiología de las neurosis
- 20) 1896 Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa

- 21) 1896 La etiología de la histeria
- 22) 1898 La sexualidad en la etiología de las neurosis
- 23) 1898-9 La interpretación de los sueños [1900]
- 24) 1900-1901 Los sueños [1900-1]
- 25) 1899 Los recuerdos encubridores
- 26) 1899 Una premonición onírica cumplida [1941]
- 27) 1900 Prefacio a *La interpretación de los sueños*
- 28) 1900-1929 Agregados y modificaciones a *La interpretación de los sueños*
- 29) 1900-1 Psicopatología de la vida cotidiana [1901-4]
- 30) 1901 Análisis fragmentario de una histeria (caso Dora) [1905]
- 31) 1903 El método psicoanalítico de Freud [1904]
- 32) 1904 Sobre psicoterapia [1905]
- 33) 1905 Psicoterapia, tratamiento por el espíritu
- 34) 1905 El chiste y su relación con el inconsciente
- 35) 1905 Una teoría sexual y otros ensayos
- 36) 1905 La sexualidad en la etiología de las neurosis [1906]
- 37) 1905-6? Personajes psicopáticos en el teatro
- 38) 1906 El diagnóstico de los hechos y el psicoanálisis
- 39) 1906 Prólogo para la primera edición de la Recopilación de ensayos sobre la teoría de las neurosis
- 40) 1906 El delirio y los sueños en la *Gradiva*, de W. Jensen [1907]
- 41) 1907 Los actos obsesivos y las prácticas religiosas
- 42) 1907 La ilustración sexual del niño (carta abierta al doctor M. Fürst)
- 43) 1907 El poeta y la fantasía [1908]
- 44) 1908 Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad
- 45) 1908 El carácter y el erotismo anal
- 46) 1908 La moral sexual cultural y la nervosidad moderna
- 47) 1908 Teorías sexuales infantiles
- 1908 Prólogo para un libro de Wilhelm Stekel (*Nervöse*)

- 48) Angstzusicinde)
- 49) 1908 Prólogo a la segunda edición de La interpretación de los sueños
- 50) 1908 Prólogo a la segunda edición de Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)
- 51) 1908 Generalidades sobre el ataque histérico [1909]
- 52) 1908 La novela familiar del neurótico [1909]
- 53) 1909 Apéndice a La interpretación de los sueños
- 54) 1909 Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Juanito)
- 55) 1909 Análisis de un caso de neurosis obsesiva (El hombre de las ratas)
- 56) 1909 Psicoanálisis (cinco conferencias pronunciadas en la Clark University de U. S. A.) [1910]
- 57) 1909 Prólogo para un libro de Sandor Ferenczi (Lélekelomzés, értekezések a pszichoanalisis köréből [1910]
- 58) 1910 Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci
- 59) 1910 El porvenir de la terapia psicoanalítica
- 60) 1910 El doble sentido antitético de las palabras primitivas
- 61) 1910 Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre
- 62) 1910 Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión
- 63) 1910 El psicoanálisis silvestre
- 64) 1910 Contribuciones al simposio sobre el suicidio
- 65) 1910 Carta al doctor Friedrich S. Krauss sobre la Antropophyteia
- 66) 1910 Ejemplos de cómo los neuróticos revelan sus fantasías patógenas
- 67) 1910 Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito (Schreber)
- 68) 1910-1 Los dos principios del funcionamiento mental [1911]
- 69) 1911 El empleo de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis
- 70) 1911 Grande es Diana efesia
- 71) 1911 El significado de la aliteración de las vocales
- 72) 1911 Prólogo a la tercera edición de La interpretación de los sueños

- 73) 1911 Apéndice al caso Schreber [1912]
- 74) 1911-3 Tótem y tabú [1912-3]
- 75) 1912 La dinámica de la transferencia
- 76) 1912 Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico
- 77) 1912 Sobre una degradación general de la vida erótica
- 78) 1912 Sobre los tipos de adquisición de la neurosis
- 79) 1912 Algunas observaciones sobre el concepto de lo inconsciente en el psicoanálisis
- 80) 1912 Contribuciones al simposio sobre la masturbación
- 81) 1913 La iniciación del tratamiento
- 82) 1913 Un sueño como testimonio
- 83) 1913 Sueños con temas de cuentos infantiles
- 84) 1913 Dos mentiras infantiles
- 85) 1913 La disposición a la neurosis obsesiva
- 86) 1913 Múltiple interés del psicoanálisis
- 87) 1913 El tema de la elección del cofrecillo
- 88) 1913 Experiencias y ejemplos de la práctica analítica
- 89) 1913 Prefacio para un libro de Oscar Pfister (*Diepsychoanalytische Methode*)
- 90) 1913 Prólogo para un libro de Maxim Steiner (*Die psychischen Störungen des männlichen Polenz*)
- 91) 1913 Prólogo para un libro de John Gregory Bourke (*The Excretory Functions in Psychoanalysis and Folklore*)
- 92) 1913 El Moisés, de Miguel Ángel [1914]
- 93) 1914 La «fausse reconnaissance» (*Déjà raconté*) durante el análisis
- 94) 1914 Sobre la psicología del colegial
- 95) 1914 Recuerdo, repetición y elaboración
- 96) 1914 Historia del movimiento psicoanalítico
- 97) 1914 Introducción al narcisismo
- 98) 1914 Prólogo a la cuarta edición de *La interpretación de los sueños*
- 99) 1914 Representación de la *gran hazaña* en el sueño
- 100) 1914 Apéndice a *La interpretación de los sueños*

- 101) 1914 Observaciones sobre el amor de transferencia [1915]
- 102) 1914 Prólogo a la tercera edición de *Tres ensayos para la teoría sexual* [1915]
- 103) 1914 Historia de una neurosis infantil (caso del *Hombre de los lobos*) [1918]
- 104) 1915 Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica
- 105) 1915 Los instintos y sus destinos
- 106) 1915 La represión
- 107) 1915 Lo inconsciente
- 108) 1915 Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte
- 109) 1915 Lo perecedero [1916]
- 110) 1915 El duelo y la melancolía [1917]
- 111) 1915 Adición metapsicológica a la teoría de los sueños [1917]
- 112) 1915? Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal [1917]
- 113) 1915 Carta a la doctora Hermine von Hug-Hellmuth [1919]
Lecciones introductorias al psicoanálisis [1916-7]
- 114) 1915-7 Introducción (lección I)
Los actos fallidos (lecciones II-IV)
Los sueños (lecciones V-XV)
Teoría sexual (lecciones XVI-XXVIII)
- 115) 1916 Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica
- 116) 1916 Un paralelo mitológico a una representación obsesiva plástica
- 117) 1916 Una relación entre un símbolo y un síntoma
- 118) 1916 Una dificultad de psicoanálisis [1917]
- 119) 1917 Un recuerdo infantil de Goethe en *Poesía y verdad*
- 120) 1917 El tabú de la virginidad [1918]
- 121) 1918 Prólogo a la quinta edición de *La interpretación de los sueños*
- 122) 1918 Los caminos de la terapia psicoanalítica [1919]
- 123) 1918 Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la universidad [1919]
- 124) 1919 Lo siniestro.
- 124) 1919 Pegan a un niño

- 125) 1919 Introducción al simposio sobre las neurosis de guerra
- 126) 1919 Prólogo para un libro de Theodor Reik (*Problème der Religionspsychologie*)
- 127) 1919 En memoria de James J. Putnam
- 128) 1919 En memoria de Víctor Tausk
- 129) 1919 La Editorial Psicoanalítica Internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos
- 130) 1919-20 Más allá del principio del placer [1920]
- 131) 1920 Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina (muchacha de dieciocho años)
- 132) 1920 Para la prehistoria de la técnica psicoanalítica
- 133) 1920 Asociación de ideas de una niña de cuatro años
- 134) 1920 Complementos a la teoría onírica
- 135) 1920 En memoria de Anton von Freund
- 136) 1920 Prólogo para la cuarta edición de Tres ensayos para la teoría sexual
- 137) 1920-1 Psicología de las masas (y análisis del YO) [1921]
- 138) 1921 Prólogo para un libro de J. Varendonck (Ueber vorbewusste phantasierende Denken)
- 139) 1921 Prólogo para un libro de J. J. Putnam (Addresses on Psycho-Analysis)
- 140) 1921 Prólogo a la sexta edición de La interpretación de los sueños
- 141) 1921 Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad [1922]
- 142) 1921 Psicoanálisis y telepatía [1941]
- 143) 1922 El sueño y la telepatía
- 144) 1922 Observaciones sobre el inconsciente
- 145) 1922 Apéndice al análisis de Juanito
- 146) 1922 Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación onírica [1923]
- 147) 1922 Una neurosis demoníaca en el siglo XVII [1923]
- 148) 1922 Psicoanálisis y la libido [1923]

- 149) 1922 Teoría de la libido (artículo de Enciclopedia) [1923]
- 150) 1922 La cabeza de medusa [1940]
- 151) 1923 El YO y el ELLO
- 152) 1923 La organización genital infantil
- 153) 1923 J. Popper-Lynkeus y la teoría onírica
- 154) 1923 Prólogo para un libro de Max Eitingon (Bericht über die Berliner psychoanalytische Poliklinik)
- 155) 1923 A Sandor Ferenczi (nota onomástica)
- 156) 1923 Carta al señor Luis López-Ballesteros
- 157) 1923 Adición al caso del Hombre de los lobos
- 158) 1923 Neurosis y psicosis [1924]
- 159) 1923 Esquema del psicoanálisis [1924]
- 160) 1923-5 Introducción y adición a Historiales clínicos [1925]
- 161) 1924 El problema económico del masoquismo
- 162) 1924 El final del complejo de Edipo
- 163) 1924 La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis
- 164) 1924 Comunicación del Director de Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse
- 165) 1924 Carta a la revista Le Disque Vert
- 166) 1924 Apéndice al caso de Emmy
- 167.) 1924 Apéndice al caso de Catalina
- 168) 1924 Las resistencias contra el psicoanálisis [1925]
- 169) 1924 Autobiografía [1925]
- 170) 1924 El block maravilloso [1925]
- 171) 1925 La negación
- 172) 1925 La significación ocultista del sueño
- 173) 1925 Los límites de interpretabilidad de los sueños
- 174) 1925 La responsabilidad moral por el contenido de los sueños
- 175) 1925 Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica
- 176) 1925 Mensaje para la inauguración de la Universidad Hebrea
- 177) 1925 Prefacio para un libro de August Aichhorn (Verwahrloste Jugend. Die Psychoanalyse in der Fürsorgeerziehung)

- 178) 1925 En memoria de José Breuer
- 179) 1925 Carta al editor de la Jüdische Presszentrale Zurich
- 180) 1925 Inhibición, síntoma y angustia [1926]
- 181) 1925 Psicoanálisis, escuela freudiana (artículo en la Enciclopedia Británica) [1926]
- 182) 1926 Nota para un trabajo de E. Pickworth Farrow (Eine Kindheiterinnerung aus dem 6. Lebensmonat)
- 183) 1926 A Romain Rolland (en su sesenta onomástico)
- 184) 1926 En memoria de Karl Abraham
- 185) 1926 Psicoanálisis y Medicina (Psicoanálisis profano)
- 186) 1926 Discurso a los miembros de B'Nai B'rith [1941]
- 187) 1926 Carta a David Eder [1945]
- 188) 1927 El porvenir de una ilusión
- 189) 1927 Fetichismo
- 190) 1927 El humor
- 191) 1927 Apéndice al Moisés, de Miguel Ángel
- 192) 1927 Apéndice al Análisis profano
- 193) 1927 Una experiencia religiosa [1928]
- 194) 1927 Dostoiewsky y el parricidio [1928]
- 195) 1929 Carta a Maxim Leroy sobre un sueño de Descartes
- 196) 1929 A Ernest Jones en su 50 aniversario
- 197) 1929 Prólogo a la octava edición de La interpretación de los sueños
- 198) 1929 El malestar en la cultura [1930]
- 199) 1930 Prólogo del folleto Décimo aniversario del Instituto Psicoanalítico de Berlín
- 200) 1930 Mensaje para la Medical Review of Reviews
- 201) 1930 Carta al doctor Alfons Paquet (premio Goethe)
- 202) 1930 Discurso en la casa de Goethe
- 203) 1930 La peritación forense en el proceso Halsmann [1931]
- 204) 1930 Prólogo para un libro de Edoardo Weiss (Elementi di Psicoanalisi [1931])
- 205) 1930 Prólogo para la edición hebrea de Tótem y tabú [1934]
- 206) 1930 Prólogo para la edición hebrea de Introducción al psicoanálisis

- [1934]
- 207) 1931 Prólogo para la tercera edición inglesa de La interpretación de los sueños
- 208) 1931 Carta al burgomaestre de la ciudad de Príbor
- 209) 1931 Carta a Paul Fedem
- 210) 1931 Sobre los tipos libidinales
- 211) 1931 Sobre la sexualidad femenina
- 212) 1931 Sobre la conquista del fuego [1932]
- 213) 1931 Prefacio para un libro de Hermann Nunberg (Allgemeine Neurosenlehre auf psychoanalytischer Grundlage)
- 214) 1932 Mi relación con Josef Popper-Lynkeus
- Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis [1933]
- Revisión de la teoría de los sueños (lección XXIX)
- Sueño y ocultismo (lección XXX)
- La división de la personalidad psíquica (lección XXXI)
- 215) 1932 La angustia y la vida instintiva (lección XXXII)
- La feminidad (lección XXXIII)
- Aclaraciones, aplicaciones y observaciones (lección XXXIV)
- Una concepción del universo (Weltanschauung) (lección XXXV)
- 216) 1933 Prólogo para un libro de Marie Bonaparte
- 217) 1933 En memoria de Sandor Ferenczi
- 218) 1933 El porqué de la guerra (carta a Albert Einstein)
- 219) 1933 Thomas Woodrow Wilson, un estudio psicológico [1967]
- 220) 1934-8 Moisés y la religión monoteísta [1937-9]
- 221) 1935 Apéndice al estudio biográfico
- 222) 1935 La sutileza de un acto fallido
- 223) 1935 A Thomas Mann (en su sesenta onomástico)
- 224) 1936 Un trastorno de la memoria en la Acrópolis (carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario)
- 225) 1936 Borrador de una carta a Thomas Mann [1941]
- 226) 1936 Carta a Bárbara Low [1945]

- 227) 1937 Lou Andreas-Salomé (nota necrológica)
- 228) 1937 Análisis terminable e interminable
- 229) 1937 Construcciones en psicoanálisis
- 230) 1938 Un comentario sobre el antisemitismo
- 231) 1938 Carta al editor de Time and Tide sobre el antisemitismo en Inglaterra
- 232) 1938 Escisión del Yo en el proceso de defensa [1940]
- 233) 1938 Compendio del psicoanálisis (versión inglesa) [1940]
- 234) 1938 Algunas lecciones elementales de psicoanálisis [1940]
- 235) 1938 Conclusiones, ideas, problemas [1941]
- 236) 1938 Tres cartas a Theodor Reik [1952]
- 237) 1938-9 Dos cartas a David Abrahamson (sobre Weiniser) [1946]
- 238) 1939 Carta a Charles Berg sobre su libro War in the mind [1941]

UNAS PALABRAS DEL PROFESOR FREUD SOBRE LA VERSIÓN CASTELLANA DE SUS OBRAS COMPLETAS

Sr. D. Luis López-Ballesteros y de Torres.

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal «Don Quijote» en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

FREUD.

Viena, 7 de mayo de 1923

NOTA AUTOBIOGRÁFICA^[6]:

FREUD, SIGMUND, Viena. Nacido el 6 de mayo de 1856 en Freiberg, Moravia. Estudió en Viena. Alumno del fisiólogo Brücke. Promoción (título de médico) en 1881. Alumno de Charcot en París de 1885-1886. Habilitado en 1885 (designado *Privendozent*). Ha trabajado como médico y docente en la Universidad de Viena, desde 1886. Propuesto como Profesor Extraordinario, en 1897. Inicialmente los trabajos de Freud versaron sobre la histología y anatomía del cerebro y posteriormente sobre temas clínicos de neuropatología; ha traducido los escritos de Charcot y de Bernheim. *Über Coca*, de 1884, es un trabajo introductor de la cocaína en la Medicina. De 1891 es *Zur Auffassung der Aphasien*. De 1891 y 1893 son las monografías sobre las parálisis infantiles, que culminaron, en 1897, en el volumen sobre el tema *Handbuch*, de Nothnagel. *Studien über Hysterie*, de 1895 (con el Dr. J. Breuer). Desde entonces Freud se ha dedicado al estudio de las psiconeurosis y especialmente la histeria, y en una serie de cortos ensayos ha puesto énfasis en el significado etiológico de la vida sexual en las neurosis. También ha desarrollado una nueva psicoterapia de la histeria, de lo que muy poco ha sido publicado. Un libro está en prensa: *Die Traumdeutung* («La interpretación de los sueños»).

NOTA PRELIMINAR

Al cumplirse cincuenta años de la primera edición en español de las «Obras Completas» de Sigmund Freud, deseáramos examinar brevemente la influencia que ésta haya tenido en el público lector. En una mirada panorámica a los países de habla hispánica y refiriéndonos a ese sector de lectores y estudiosos, si bien pequeño en número amplio en irradiación por referirse a los discípulos de Freud, llegamos a la conclusión de que el desarrollo de tal influencia científica se ha demorado con respecto al occidente europeo y presenta distintas características en el continente iberoamericano. Y no nos extraña, puesto que hacia 1923, año de esta publicación, el Movimiento Psicoanalítico Internacional ya había alcanzado considerable difusión en Europa e incluso en Estados Unidos de Norteamérica. A partir de entonces, con treinta o más años de retraso, llega Freud al público lector en castellano. Ello fue posible gracias fundamentalmente al filósofo Ortega y Gasset que promovió y prologó la versión española. También en la América Latina hubo algunos visionarios aislados que anticiparon la importancia de la obra de Freud, y a los que éste cita en algunos de sus trabajos:

En su *Historia del Movimiento Psicoanalítico* (1914) escribe: «Un médico de Chile defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires, en 1910, la explicación de la sexualidad infantil y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos». Se trataba del Dr. Gustavo Greve y su trabajo se titulaba *Sobre psicología en ciertos estados angustiosos*.

Posteriormente y a partir de 1923 (!) las referencias de Freud a vanguardistas del psicoanálisis son más numerosas. En *Esquema del psicoanálisis* dice: «... entre las revistas de lengua románica que dedican especial atención al psicoanálisis, debemos mencionar la ‘Revista de Psiquiatría’, dirigida por Honorio Delgado, de Lima, Perú». En su *Esquema autobiográfico* comenta: «De la viva participación de los países de habla

española (profesor Honorio Delgado, de Lima), testimonia la edición de mis “Obras Completas”, actualmente en curso de publicación en Madrid (traducción de López-Ballesteros)». La carta de 1923 dirigida al citado traductor está incluida en el texto y es, además, comentada por otro de los prologuistas de esta edición. En otra destinada a Ferenczi, fechada en 1928, Freud manifiesta su complacencia por la noticia de que en Sao Paulo, Brasil, se acababa de constituir un grupo de psicoanalistas. Un poco antes, en 1926, recuerda la visita de un psiquiatra de Río de Janeiro, el profesor Porto-Carrero. Las citas y las cartas se multiplican y son numerosos los científicos e intelectuales de Iberoamérica que exhiben con legítimo orgullo tal correspondencia autógrafa de Freud. En mi país, Chile, cabe mencionar al sabio Alejandro Lipschütz y a los psicoanalistas Alliende Navarro e Ignacio Matte Blanco, también merece aludirse al trabajo del antropólogo Ricardo Latcham titulado *La psicoanálisis de Freud y el totemismo* (1926). Finalmente, culmina estas notas el relevante hecho de que un grupo de escritores argentinos, con Xavier Bóveda a la cabeza, invita a Freud a establecerse en Argentina dado el clima antisemita austríaco que le tocaba padecer a Freud en dichos momentos. Estábamos en 1933, cuando el nazismo incrementaba su persecución Freud, emocionado, declina esta ponderable oferta diciendo lo siguiente: «... leo y entiendo el hermoso idioma en que usted escribe sus versos, pero no me tengo confianza para escribir en él...»

A más de treinta años de haber fallecido Freud son muchas las asociaciones de psicoanalistas de habla castellana y portuguesa que han dejado de ser ilusionados proyectos. Vemos como algunas de ellas se han desarrollado hasta alcanzar magnífica estatura, especialmente el grupo de Buenos Aires, al que con justicia se le considera constituye una de las grandes corrientes del pensamiento psicoanalítico contemporáneo, las seis asociaciones fecundas de Brasil (Río de Janeiro, Sao Paulo y Porto Alegre), Colombia (Bogotá), Chile (Santiago), México (México), Uruguay (Montevideo) y recientemente Venezuela (Caracas), a las que se hallan adscritos importantes institutos didácticos. En la propia península ibérica Barcelona, Madrid, Lisboa contemplan el desarrollo de sus respectivos centros analíticos.

Recientemente al XXVII Congreso Internacional de Psicoanálisis (Viena, 1971) concurrió casi un centenar de delegados iberoamericanos de España y de Portugal, en atención a los cuales el español fue declarado uno de los cuatro idiomas oficiales del Congreso.

Al término de esta nota preliminar quisiéramos testimoniar nuestra

consideración y agradecimiento por las dos grandes obras que tanto nos han ayudado para esta nueva edición: la traducción inglesa de James Strachey y la biografía de su maestro escrita por Ernest Jones. Ambas publicaciones aportan no sólo el conocimiento y la precisión de toda investigación sino que, fundamentalmente, nos enseñaron una norma de trabajo llena de cuidado y afecto hacia Freud y su obra. No podía ser diferente tratándose de Freud maestro en esta técnica.

Santiago, Junio de 1972.

JACOBO NUMHAUSER T.

SIGMUND FREUD
OBRAS COMPLETAS

I

CARTA SOBRE EL BACHILLERATO^[7]

1873 [1941]

Por la noche.

Viena, 16 de junio de 1873.

QUERIDO amigo:
Si no temiese escribir la majadería más abyecta de nuestro siglo majadero, con toda razón podría exclamar: «¡El bachillerato ha muerto; viva el bachillerato!» Pero este chiste me gusta tan poco que preferiría haber pasado ya también por el segundo bachillerato^[8]. Después del examen escrito, desperdicié toda una semana preso de secretos remordimientos y de angustias, y sólo desde ayer estoy en camino de recuperar el tiempo perdido y de rellenar mil y una lagunas hartas antiguas. Usted, por supuesto, nunca quiso escucharme cuando yo me acusaba de pereza, pero creo que hay algo de cierto en ello y, a fin de cuentas, soy yo quien mejor debe saberlo.

Su curiosidad por tener noticias de mis exámenes habrá de darse por satisfecha con unas pocas sobras frías, pues llega demasiado tarde, concluida ya la

comida y levantada la mesa. Desgraciadamente, ya no puedo ofrecerle una patética descripción de todas las esperanzas y vacilaciones, del desconcierto y del júbilo, de las luces que repentinamente se le encienden a uno y de los inexplicables golpes de la suerte que se comentan «entre colegas»: para todo eso, el examen escrito ha perdido ya demasiado del interés que tenía para mí. Quisiera escatimarle los resultados: se entiende que tuve ya suerte, ya desgracia;

en ocasiones tan importantes, la benévola providencia y el maligno azar siempre meten baza. Ocasiones como éstas no se ajustan al común suceder de las cosas. En suma, ya que no quiero, después de todo, dejarlo pendiente de algo tan trivial, le diré que en las cinco pruebas obtuve las calificaciones de *sobresaliente*, *bueno*, *bueno*, *bueno*, *suficiente*^[9]. En cuanto a fastidioso, bien que lo fue. En latín nos dieron un pasaje de Virgilio que casualmente había leído, cierto tiempo atrás, por mi cuenta; eso me indujo a hacer el trabajo precipitadamente, en la mitad del tiempo prescrito, malográndome de tal modo el «distinguido». Así, otro sacó esta nota, y mi trabajo fue el segundo, con «bueno». La traducción del alemán al latín parecía muy fácil, pero en esa facilidad residía su dificultad; empleamos sólo la tercera parte del tiempo para hacerla, con la consecuencia de que fue un vergonzoso fracaso, o sea «suficiente». Otros dos examinandos alcanzaron sólo a «bueno». La prueba de griego, para la que dieron un pasaje de 33^[10] versos del *Edipo rey*, salió algo mejor: «bueno»; el único «bueno» que hubo. También este pasaje lo había leído por mi cuenta, sin ocultar tal circunstancia. El examen de matemáticas, que habíamos enfrentado temblando de pánico, fue un éxito completo: anoté «bueno» porque todavía no conozco la calificación definitiva. Por fin, asignaron un «sobresaliente» a mi prueba de alemán. Tratábase de un tema eminentemente moral —«Sobre las consideraciones en la elección de una profesión»—, y yo escribí más o menos lo mismo que dos semanas antes le había escrito a usted, sin que por ello me asignara un «sobresaliente». Mi profesor me dijo, al mismo tiempo —y es la primera persona que ha osado decirme tal cosa—, que yo tendría eso que Herder tan elegantemente ha llamado «un estilo idiótico»^[11]; es decir, un estilo que es al mismo tiempo correcto y característico. Quedé maravillado como corresponde por ese hecho increíble, y me apresuro a difundir a los cuatro vientos un suceso tan feliz, el primero que me ocurre en su especie. Se lo comunico a usted, por ejemplo, que seguramente no se sospechaba que ha estado carteándose con un estilista de la lengua alemana. Ahora, empero, se lo aconsejo como amigo —no como parte interesada—: ¡consérvelas, átelas, guárdelas bien, que nunca se sabe!...

He aquí, mi querido amigo, las pruebas escritas de mi bachillerato. Deséeme usted metas más vastas, y éxitos más puros, y rivales más fuertes, y afanes más serios: ¡cuánto podría deseármese, sin que el resultado mejorara ni en un ápice! Si el bachillerato fue fácil o difícil: no atino a decirlo en términos generales;

admita usted que fue cómodo.

Estuve ya dos veces en la exposición. Hermoso; pero no me subyuga ni me maravilla. Mucho de lo que a otros debe gustarles, ante mis ojos no sale bien parado, pues no soy ni esto ni lo otro, ni soy, en realidad, nada muy a fondo. Así, sólo me cautivaron los objetos de arte y los efectos generales. No pude encontrar allí una vasta imagen coherente de la humana actividad, como esas láminas pretenden representarla, tal como en un herbario tampoco alcanzaría a distinguir los rasgos de un paisaje. En suma, nada más que una exhibición de ese mundo espiritual, incauto e irreflexivo, que por otra parte también es el que acude a verla. Después de mi «martirierato» (así deformamos entre nosotros el «bachillerato») pienso ir allí día tras día. Es divertido y distrae. ¡Además, puede uno estarse allí tan maravillosamente solo, en medio del gentío!

Naturalmente, le escribo todo esto con pura intención aviesa, para recordarle cuán problemático es que usted llegue a ver estas maravillas y cuán dolorosa le resultará la partida, si llega a venir pronto, pues puedo identificarme perfectamente con su estado de ánimo. Dejar la hermosa comarca natal, los seres queridos, los bellos alrededores, esas ruinas en la más próxima cercanía: me detengo; si no, me pondría tan triste como usted. ¡Es usted quien mejor ha de saber lo que dejará tras sí! Apuesto a que no pondría ningún reparo si a su futuro jefe se le ocurriera arrancarle dentro de un mes a las felicidades de su tierra. ¡Ay Emil!: ¿por qué será usted un judío tan prosaico? En situaciones semejantes a la suya, más de un joven artesano de fervor cristiano-germánico se echaría a componer las más hermosas de las canciones.

En cuanto a mis «preocupaciones por el futuro», las toma usted demasiado a la ligera. Con sólo temer a la mediocridad, ya se está a salvo: he aquí el consuelo que usted me ofrece. Mas yo le pregunto: ¿A salvo de qué? ¿No se estará a salvo en la certeza de no ser un mediocre? ¿Qué importa lo que uno teme o deja de temer? ¿Acaso lo más importante no es que las cosas sean efectivamente como tememos que sean? Es evidente que también espíritus mucho más fuertes se han sentido presos de dudas acerca de sí mismos; pero ¿será por eso un espíritu fuerte todo aquel que ponga en duda sus propios méritos? Bien podría ser un pobre de espíritu, aunque al mismo tiempo fuese, por educación, por costumbre o quizá por el mero afán de atormentarse, un hombre sincero. No pretendo pedirle que desmenuce implacablemente sus sentimientos cada vez que se encuentre en alguna situación dudosa; pero si llegara a hacerlo, vería cuán poca certeza encuentra en usted mismo. Lo maravilloso del mundo reposa

precisamente en esta multiplicidad de las posibilidades: lástima que sea un terreno tan poco sólido para conocernos a nosotros mismos.

Si usted no alcanza a comprenderme —pues estoy reflexionando con una filosofía un tanto somnolienta—, no haga caso alguno de mis pensamientos. Desgraciadamente, no pude escribirle de día; dentro de veintitrés días llegará por fin ese día, el más largo de los días, ese día en el cual..., etcétera. Dado que en este breve tiempo debo meterme dentro la sabiduría a paladas, no me queda la menor esperanza de poder escribir cartas inteligibles. Me consuelo pensando que, a fin de cuentas, no se las escribo a un entendimiento común, y me despido de usted con toda clase de esperanzas.

Suyo,
Sigmund Freud.

II

PROLOGO Y NOTAS AL LIBRO DE BERNHEIM

«De la Suggestion et de ses applications á la thérapeutique^[12]»

(1888-1889)

EL presente libro ya ha sido calurosamente recomendado por el profesor Forel, de Zurich, y cabe esperar que sus lectores sepan hallar en él todas las virtudes que indujeron al traductor a presentarlo en lengua alemana. Comprobarán, en efecto, que la obra del doctor Bernheim, de Nancy, ofrece una admirable introducción al estudio del hipnotismo, un tema que ya no puede ser soslayado por el médico; que en muchos sentidos es estimulante y hasta reveladora; que es perfectamente apta para destruir la creencia de que el hipnotismo sigue rodeado de una «aureola de absurdidad», como Meynert lo sostiene.

El éxito de Bernheim y de sus colegas de Nancy que siguen la misma orientación consiste precisamente en haber librado de su carácter extraño a las manifestaciones del hipnotismo, vinculándolas con los fenómenos ya familiares de la vida psíquica normal y del dormir. Según mi opinión, el principal valor de este libro radica en las pruebas que ofrece sobre las relaciones entre los fenómenos hipnóticos y los procesos habituales de la vigilia y del sueño, revelando al mismo tiempo las leyes psicológicas que rigen en ambos sectores. De tal manera, el problema de la hipnosis es trasladado íntegramente a la esfera de la psicología, y la «sugestión» queda establecida como núcleo del hipnotismo y como clave para su comprensión. Además, en los últimos capítulos se reseña la

importancia de la sugestión en sectores ajenos al de la hipnosis. En la segunda parte de este libro se demuestra que el uso de la sugestión hipnótica dota al médico con un poderoso método terapéutico, que parece ser, en efecto, el más adecuado para combatir ciertos trastornos nerviosos y el más adaptado a su mecanismo. Con ello, el presente volumen adquiere una extraordinaria importancia práctica. Su insistencia en el hecho de que tanto la hipnosis como la sugestión hipnótica pueden ser aplicadas, no sólo en casos de histeria y en los neuropatas graves, sino también en la mayoría de las personas sanas, está destinada a extender el interés del médico por este método terapéutico mucho más allá del restringido círculo de los neuropatólogos.

El tema del hipnotismo ha tenido la recepción más desfavorable que se pueda imaginar entre las luminarias de la profesión médica alemana, salvo escasas excepciones, como Krafft-Ebing y Forel, entre otros. No obstante, es lícito aventurarse a expresar que el anhelo de que los médicos alemanes dediquen su atención a este problema y a esta técnica terapéutica, recordando que en el campo de las ciencias naturales sólo la experiencia, y nunca la autoridad sin experiencia, puede pronunciar el veredicto final, sea éste en favor o en contra. Así, las objeciones que hasta ahora se han hecho oír en Alemania contra el estudio y la aplicación de la hipnosis, sólo son atendibles en virtud del renombre de sus autores, de modo que al profesor Forel le ha resultado fácil refutar en su breve trabajo una multitud de tales objeciones.

Hace unos diez años, la opinión dominante en Alemania todavía era de duda en cuanto a la realidad de los fenómenos hipnóticos, explicando los hechos respectivos por una combinación de credulidad por parte del observador, con simulación por parte de los sujetos sometidos a las experiencias. Tal posición ya no es defendible actualmente, gracias a los trabajos de Heidenhain y Charcot, para nombrar sólo a los más famosos entre quienes profesan su creencia en la realidad del hipnotismo. Aun los más violentos de sus opositores se han percatado de ello, y en consecuencia suelen incluir en sus publicaciones intentos de explicar la hipnosis, reconociendo así, de hecho, la existencia de los respectivos fenómenos, a pesar de que traducen todavía su evidente propensión a negar la realidad de aquélla.

Otro punto de vista hostil a la hipnosis la condena como peligrosa para la salud mental del sujeto, endilgándole el epíteto de «una psicosis experimentalmente provocada». La demostración de que la hipnosis puede llevar a consecuencias nocivas en casos aislados no contradice, empero, su utilidad

general, como, por ejemplo, la ocurrencia de casos aislados de muerte en la narcosis por cloroformo no excluye su aplicación en la anestesia quirúrgica en general. Es muy notable, sin embargo, que esta analogía no sea susceptible de extensión, pues el mayor número de accidentes en la narcosis por cloroformo afecta a aquellos cirujanos que realizan el mayor número de operaciones, mientras que la mayoría de los informes sobre las consecuencias nocivas de la hipnosis proceden de aquellos observadores que menos práctica han tenido con ella, mientras que todos los investigadores que disponen de una larga experiencia son unánimes en cuanto a la inocuidad de este procedimiento. Por tanto, para evitar los efectos deletéreos de la hipnosis probablemente sólo sea preciso aplicarla en forma cautelosa, con suficiente aplomo y seguridad, y en casos adecuadamente seleccionados. Cabe agregar que nada se gana con llamar a las sugerencias «ideas compulsivas», y a la hipnosis, «una psicosis experimental». Es más probable que las ideas compulsivas puedan ser aclaradas por su comparación con las sugerencias que recíprocamente, y quien se asuste ante el epíteto de «psicosis» bien puede preguntarse si nuestro natural fenómeno del dormir no posee por lo menos los mismos títulos para tal calificación, si es que algo se gana siquiera con la aplicación de términos técnicos fuera de su propia esfera. No; de este sector no le amenaza a la causa del hipnotismo peligro alguno, y en cuanto un número suficiente de médicos estén en condiciones de comunicar observaciones tales como las contenidas en la segunda parte de este libro de Bernheim, podrá darse por establecido el hecho de que la hipnosis es una condición inocua, y su inducción, un procedimiento «digno» de todo médico.

EN este libro se plantea también otra cuestión que actualmente divide a los partidarios del hipnotismo en dos campos opuestos. Los unos, cuyas opiniones son propugnadas aquí por el doctor Bernheim, sostienen que todos los fenómenos del hipnotismo reconocen el mismo origen; es decir, que proceden de una sugestión, de una representación consciente infundida en el cerebro de la persona hipnotizada por una influencia exterior y aceptada por aquélla como si hubiese surgido espontáneamente. De acuerdo con esta concepción, todas las manifestaciones hipnóticas serían, pues, fenómenos psíquicos, electos de la sugestión. El otro partido, por el contrario, insiste en que por lo menos una parte de las manifestaciones hipnóticas se fundan en alteraciones fisiológicas; es decir, en desplazamientos de la excitabilidad en el sistema nervioso, sin participación

alguna de aquellos sectores del encéfalo cuya actividad entraña la consciencia, de modo que prefieren hablar de «fenómenos físicos o fisiológicos de la hipnosis».

El tema principal de esta controversia es el *grande hypnotisme*^[13], o sea el conjunto de fenómenos descrito por Charcot en sujetos histéricos hipnotizados (véanse págs. 81 y sig.). A diferencia de las personas normales hipnotizadas, dichos casos histéricos exhibirían tres niveles de hipnosis, cada uno de los cuales se distingue por determinados signos físicos muy particulares, como la enorme hiperexcitabilidad neuromuscular, las contracturas sonambúlicas, etc. Se comprenderá fácilmente cuánta importancia tiene la citada controversia conceptual para este conjunto de hechos. Si los partidarios de la teoría de la sugestión están en lo cierto, todas las observaciones efectuadas en la Salpêtrière son inválidas y aun se convierten en errores de observación. La hipnosis de las histéricas no tendría entonces ninguna característica propia, y cualquier médico podría producir a su gusto una sintomatología cualquiera en sus pacientes hipnotizados. El estudio del *grande hypnotisme* no nos enseñaría qué alteraciones de la excitabilidad se suceden en el sistema nervioso de los casos histéricos como consecuencia de determinados estímulos aplicados; sólo averiguaríamos qué intenciones sugirió Charcot a sus sujetos de experiencia, en una forma inconsciente para él mismo, y esto sería absolutamente indiferente para nuestra comprensión de la hipnosis tanto como de la histeria.

Es fácil advertir adonde conducen las implicaciones de esta concepción y cuán conveniente explicación nos ofrece para la sintomatología de la histeria en general. Si la sugestión por el médico falsea los fenómenos de la hipnosis histérica, es muy posible que también interfiera en la observación de la restante sintomatología histérica; es decir, que establezca para los ataques, las parálisis, las contracturas histéricas, etc., ciertas leyes cuyo único y exclusivo vínculo con la neurosis radica en dicha sugestión y que, por tanto, carecerán de todo valor en cuanto otro médico observe casos histéricos en otro lugar. Esta conclusión debe ser deducida con todo rigor y, en efecto, ya ha sido sustentada. Hückel^[14] ha expresado su convicción de que el primer *transfert*^[15] ⁹ (transferencia de la sensibilidad de una parte del cuerpo a la parte homóloga del lado opuesto) manifestado por una histérica le había sido sugerido en cierta ocasión histórica, y que desde entonces los médicos han seguido reproduciendo constantemente, por medio de la sugestión, este síntoma pretendidamente fisiológico.

Estoy convencido de que esta concepción será muy bien venida para todos aquellos que tienden a negar que los fenómenos histéricos están gobernados por leyes, opinión que aún hoy predomina en Alemania. He aquí un flagrante ejemplo de cómo el descuido del factor psíquico de la sugestión indujo a un gran observador al error de crear un tipo clínico falso y artificial, gracias al carácter caprichoso y fácilmente maleable de una neurosis.

Sin embargo, no es difícil demostrar en detalle la objetividad de la sintomatología histérica. Las críticas de Bernheim bien pueden estar plenamente justificadas frente a investigaciones como las de Binet y Féré; en todo caso, harán sentir su importancia por el hecho de que en toda investigación futura de la histeria y del hipnotismo se tendrá más en cuenta la necesidad de excluir el factor de la sugestión. Los elementos principales de la sintomatología histérica, empero, se hallan a salvo de toda sospecha de haber sido originados por la sugestión del médico. En efecto, informes procedentes de tiempos pasados y de países remotos, que Charcot y sus discípulos han recopilado, ya no dejan lugar a duda de que las particularidades de los ataques histéricos, de las zonas histerógenas, de las anestесias, las parálisis y las contracturas, se han manifestado en todas partes y en todas las épocas tal como se presentaron en la Salpêtrière, cuando Charcot realizó allí sus memorables investigaciones sobre esa magna neurosis. Precisamente el *transfert*, que parece prestarse tan fácilmente para demostrar el origen sugestivo de los síntomas histéricos, es sin lugar a dudas un proceso genuino. Es dable observarlo en casos de histeria que no han sido influidos en modo alguno, pues a menudo se observan pacientes cuya hemianestesia, típica en todo sentido, deja indemne un órgano o una extremidad que en el lado insensible del cuerpo conserva su sensibilidad, mientras que la zona correspondiente del lado indemne se ha tornado anestésica. Además, el *transferí* es un fenómeno fisiológicamente explicable, pues, como lo han demostrado las investigaciones realizadas en Alemania y en Francia, constituye meramente la exageración de una relación que existe normalmente entre las partes simétricas del cuerpo, o sea que en forma rudimentaria puede ser producido también en personas normales. Otros muchos trastornos histéricos de la sensibilidad arraigan asimismo en relaciones fisiológicas normales, como tan elegantemente lo han demostrado las investigaciones de Urbantschitsch. No es ésta la oportunidad adecuada para justificar detalladamente toda la sintomatología de la histeria, pero podemos dar por establecido que en lo esencial es de índole real y objetiva y que no es falseada por la sugestión

emanada del observador. Esto no implica negar en modo alguno que el mecanismo de las manifestaciones histéricas sea psíquico, pero dicho mecanismo no es el de la sugestión por parte del médico.

Con la demostración de que en la histeria intervienen fenómenos fisiológicos objetivos, ya no es necesario renunciar a la posibilidad de que el «gran» hipnotismo histérico presente manifestaciones que no obedecen a la sugestión por parte del observador. La demostración de su ocurrencia real ha de quedar librada a una futura investigación especialmente destinada a este fin. Por consiguiente, la escuela de la Salpêtrière deberá probar que las tres fases de la hipnosis histérica pueden ser inequívocamente demostradas, aun en un sujeto recién ingresado y manteniendo el investigador la mayor escrupulosidad en su conducta frente al mismo. No cabe duda de que tal demostración será accesible a corto plazo, pues ya ahora la descripción del *grande hypnotisme* contiene síntomas decididamente reacios a una concepción psicológica. Me refiero al aumento de la excitabilidad neuromuscular durante la fase letárgica. Quien haya tenido oportunidad de observar cómo durante la letargia una suave presión sobre un músculo —aunque sólo se trate de un músculo facial o de uno de los tres músculos externos del pabellón auricular, que nunca son contraídos en vida— precipita en contracción tónica todo el fascículo afectado por la compresión, o cómo la presión sobre un nervio superficial revela su distribución terminal: todo el que haya visto esto se verá forzado a admitir que dicho efecto debe ser atribuido a razones fisiológicas o a un entrenamiento deliberado, y no vacilará en excluir como causa posible toda sugestión no intencionada. La sugestión, en efecto, no puede producir nada que no se halle ya entre los contenidos de la consciencia o que no haya sido introducido en ella. Nuestra consciencia, empero, sólo conoce el resultado final de un movimiento, y nada sabe de la acción o la disposición de cada músculo interviniente, ni de la distribución anatómica de los nervios relacionados con aquéllos. En un trabajo que ha de aparecer en breve^[16] demostraré que la caracterización de las parálisis histéricas depende de este hecho y que ése es el motivo por el cual la histeria no presenta parálisis de músculos aislados, ni parálisis periféricas, ni parálisis faciales centrales. El doctor Bernheim no debía haber dejado de producir el fenómeno de la *hyperexcitabilité neuromusculaire*^[17], omisión que constituye una sensible brecha de su argumentación en contra de las tres fases.

Existen, pues, fenómenos fisiológicos, por lo menos en el gran hipnotismo

histórico; pero en el pequeño hipnotismo normal, que, como Bernheim insiste con razón, es más importante para nuestra comprensión del problema, todas las manifestaciones obedecerían a la sugestión, se producirían por medios psíquicos. Aun el mismo sueño hipnótico sería una consecuencia de la sugestión, apareciendo merced a la sugestibilidad normal del ser humano, cuando Bernheim suscita la expectación del dormir. En otras ocasiones, sin embargo, el mecanismo del sueño hipnótico parecería ser distinto. Todo el que haya hipnotizado asiduamente se habrá encontrado con sujetos que sólo difícilmente pueden ser dormidos por medio de la palabra, mientras que responden con facilidad si se les hace fijar la vista durante cierto tiempo. Más aún: ¿quién no ha tenido la experiencia del paciente que cae en sueño hipnótico sin que se lo quiera hipnotizar y sin que poseyera, evidentemente, la menor concepción previa de la hipnosis? Así, una enferma toma asiento para someterse a un examen oftalmológico o a una laringoscopia, no teniendo el médico ni la paciente la menor expectación del sueño hipnótico; no obstante, apenas cae sobre sus ojos el reflejo de la lámpara, aquélla se duerme y, quizá por vez primera en su vida, se encuentra hipnotizada. Es evidente que en tal caso cabe excluir la intervención de todo nexo psíquico consciente. Nuestro sueño natural, que Bernheim ha comparado tan acertadamente con la hipnosis, muestra análogas reacciones. Por lo general, nos provocamos el sueño por medio de la sugestión, mediante una preparación y expectación psíquica del mismo, pero en ocasiones nos domina sin el menor esfuerzo por nuestra parte, como consecuencia del estado fisiológico de la fatiga. Cuando se mece a un niño para dormirlo o se hipnotiza a un animal manteniéndolo inmovilizado, tampoco sería lícito invocar una causación mental. Llegamos así al punto de vista que Preyer y Binswanger han adoptado en la *Realencyklopädie* de Eulenburg: hay en el hipnotismo fenómenos psíquicos tanto como fisiológicos, y la hipnosis misma puede ser provocada de una o de otra manera. Hasta en la propia descripción que Bernheim ha dado de su hipnosis es inconfundible la intervención de un factor objetivo independiente de la sugestión. Si no fuera así, la hipnosis sería distinta, de acuerdo con la individualidad de cada experimentador, como lógicamente lo ha señalado Jendrassik^[18]; sería imposible comprender por qué el aumento de la sugestibilidad sigue siempre una secuencia regular, por qué la musculatura únicamente puede ser influida en el sentido de la catalepsia, y así sucesivamente.

Debemos dar la razón a Bernheim, empero, en cuanto a que la división de los

fenómenos hipnóticos en fisiológicos y psíquicos despierta en nosotros una impresión harto insatisfactoria y exige urgentemente un lazo de conexión entre ambas series. La hipnosis, sea producida de una o de otra manera, es siempre una y la misma y presenta idénticas manifestaciones. La sintomatología de la histeria^[19] insinúa en múltiples sentidos un mecanismo psicológico, aunque no es preciso que éste sea el de la sugestión. Finalmente, el problema de la sugestión es mucho menos dificultoso que el de las correlaciones fisiológicas, ya que su modo de acción es indudable y relativamente claro, mientras que nada sabemos acerca de las influencias mutuas de la excitabilidad nerviosa a las cuales deben reducirse los fenómenos fisiológicos. En las siguientes consideraciones espero poder exponer someramente el tan buscado nexo entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos del hipnotismo.

En mi opinión, el empleo inconstante y ambiguo del término «sugestión» confiere a dicha antítesis una agudeza que no posee en realidad. Merece la pena analizar qué puede considerarse, legítimamente, como «sugestión». Es evidente que dicho término entraña alguna especie de influjo psíquico, y me inclino a opinar que la sugestión se distingue de las demás formas de influencia psíquica, como la orden, la comunicación o la instrucción, entre otras, porque en su caso se despierta en un cerebro ajeno una representación que no es examinada en cuanto a su origen, sino que es aceptada como si hubiese surgido espontáneamente en dicho cerebro. Un ejemplo clásico de tal sugestión lo tendríamos cuando el médico dice a un sujeto hipnotizado: «Su brazo debe quedar en la posición en que yo lo coloco», apareciendo a continuación el fenómeno de la catalepsia; o bien cuando el médico vuelve a levantar el brazo del sujeto cada vez que éste lo deja caer, hasta que aquél adivina que quiere verle levantado. En otras ocasiones, empero, hablamos de sugestión cuando el mecanismo de origen es evidentemente distinto. Así, por ejemplo, en muchos sujetos hipnotizados aparece la catalepsia sin la menor orden previa: el brazo levantado permanece así espontáneamente, o el sujeto hipnotizado conserva la posición en la cual fue dormido, a menos que se intervenga en sentido contrario. Bernheim también llama «sugestión» a este fenómeno, declarando que la posición se sugeriría a sí misma su propio mantenimiento; pero en este caso la parte desempeñada por el estímulo exterior es evidentemente menor, y la del estado fisiológico del sujeto mismo, que coarta todo impulso al cambio de posición, indudablemente mayor que en los casos anteriores. La diferencia entre

una sugestión directa (psíquica) y una indirecta (fisiológica) quizá se advierta más claramente en el siguiente ejemplo. Si le digo a un sujeto hipnotizado: «Su brazo derecho está paralizado; no puede moverlo», estoy impartiendo una sugestión psíquica directa. En lugar de ello, Charcot aplica un leve golpe sobre el brazo del hipnotizado [y el sujeto queda incapacitado para moverlo]^[20], o le dice: «¡Mire esa cara tan horrible; golpéela!», y el sujeto la golpea, dejando caer luego el brazo, paralizado. (*Leçons du Mardi a la Salêtrière*, tomo I, 188-1888.) En estos dos casos, el estímulo exterior ha comenzado por producir en el brazo una sensación de agotamiento doloroso, la cual sugiere a su vez la parálisis, espontánea e independientemente de toda intervención del médico, si es que en estas condiciones puede hablarse aún de «sugestión». En otras palabras, no se trata, en estos casos, de sugestión, sino más bien de una estimulación a *autosugestiones*, las cuales, como fácilmente se advierte, entrañan un factor objetivo, independiente de la voluntad del médico, y revelan una conexión entre diversos estados de inervación o de excitación en el sistema nervioso. Es a causa de tales autosugestiones que se originan las parálisis histéricas espontáneas, y la tendencia a las mismas es mucho más característica de la histeria que la sugestibilidad por el médico, con la cual aquélla no parece guardar paralelo alguno.

No es necesario destacar que también Bernheim recurre con la mayor asiduidad a tales sugestiones indirectas; es decir, a estimulaciones de la autosugestión. Su método para inducir el sueño, tal como lo describe en las primeras páginas de este libro, es esencialmente un método mixto; es decir, la sugestión abre de golpe las puertas que para la autosugestión se abrirían lentamente por sí mismas.

Las sugestiones indirectas, en las cuales una serie de eslabones intermedios surgidos de la propia actividad del sujeto se insertan entre el estímulo exterior y el resultado, siguen siendo, a pesar de todo, procesos psíquicos, pero ya no se hallan expuestas a la plena luz de la consciencia, que ilumina, en cambio, las sugestiones directas. En efecto, estamos mucho más acostumbrados a concentrar nuestra atención en las percepciones exteriores que en los procesos internos. Por tanto, las sugestiones o autosugestiones indirectas pueden ser calificadas como fenómenos fisiológicos no menos que psíquicos, y el término «sugestión» adquiere el mismo significado que la provocación recíproca de estados psíquicos, de acuerdo con las leyes de la asociación. La oclusión de los ojos

lleva al sueño porque está vinculada a la representación del sueño, como una de sus más constantes manifestaciones acompañantes: una de las partes de los fenómenos del sueño sugiere los demás fenómenos que integran la manifestación total del sueño. Este proceso de vinculación radica en la disposición misma del sistema nervioso, y no en el arbitrio del médico; no puede ocurrir, a menos que se funde en alteraciones de la excitabilidad de las partes respectivas del cerebro, en la inervación de los centros vasomotores, etc., y presenta así una faz psicológica a la vez que una fisiológica. Como es el caso con cualquier otra conexión entre estados del sistema nervioso, también ésta puede desarrollarse en ambas direcciones. La representación de dormir puede llevar a sensaciones de fatiga en los ojos y en los músculos, y a un estado correspondiente de los centros vasomotores; en otras ocasiones, el estado de la musculatura o un estímulo que actúe sobre los nervios vasomotores pueden, de por sí, despertar al durmiente, y así sucesivamente. Sólo cabe decir que sería tan unilateral considerar únicamente la faz psicológica del proceso como atribuir a la inervación vascular toda la responsabilidad de los fenómenos de la hipnosis.

¿Cómo afecta todo esto la antítesis entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos de la hipnosis? Aquélla podía ser significativa mientras se concibiese la sugestión como una influencia psíquica directa ejercida por el médico, que a su gusto podía imponer cualquier sintomatología al sujeto hipnotizado; pero dicha antítesis pierde su significado en cuanto se reconoce que aun la sugestión sólo puede desencadenar series de manifestaciones que están basadas en las particularidades funcionales del sistema nervioso del sujeto, y que en la hipnosis se hacen sentir también otras características del sistema nervioso, además de la sugestibilidad. Aún cabría preguntar si todos los fenómenos de la hipnosis deben pasar *en algún punto* a través de la esfera psíquica, o sea si los cambios de excitabilidad que ocurren en la hipnosis siempre afectan únicamente la corteza cerebral, pues éste es el único sentido que dicha pregunta admite. Al verterla así en otros términos parecería que ya hubiésemos decidido su respuesta. En efecto, no hay justificación alguna para establecer tal contraste entre la corteza cerebral y el resto del sistema nervioso: es improbable que una modificación funcional tan profunda de la corteza cerebral no sea acompañada por importantes alteraciones de la excitabilidad en las demás partes del encéfalo. No poseemos ningún criterio que nos permita discernir exactamente un proceso psíquico de otro fisiológico, un acto que ocurre en la corteza cerebral de otro que tiene lugar en los centros subcorticales, pues la «consciencia», sea ésta lo que

fuere, no forma parte de todas las actividades de la corteza cerebral ni corresponde a cualquiera de ellas siempre en igual medida; no es una cosa vinculada a ninguna localización particular en el sistema nervioso^[21]. Creo, por consiguiente, que la cuestión de si la hipnosis exhibe fenómenos psíquicos o fenómenos fisiológicos debe ser rechazada en estos términos generales, subordinando la decisión a una investigación particular para cada fenómeno individual.

En este sentido me considero con derecho a afirmar que la obra de Bernheim, aunque, por un lado, trasciende el campo de la hipnosis, deja, por el otro, una parte del tema fuera de consideración. Cabe esperar, sin embargo, que también los lectores alemanes de la obra de Bernheim tengan ahora la oportunidad de reconocer cuán instructiva y valiosa es la contribución de dicho autor al describir el hipnotismo desde el punto de vista de la sugestión.

Viena, agosto de 1888.

NOTAS DEL TRADUCTOR

En el capítulo II de la obra citada (pág. 34 de la traducción alemana), Bernheim describe la hipnosis de un sujeto «de temperamento nervioso», señalando dos párrafos más adelante que «se trata de un hombre inteligente, que no es histérico ni nervioso en absoluto». Freud agrega la siguiente nota:

Me veo obligado a señalar esta contradicción del autor, que acaba de calificar al mismo enfermo de *naturellement nerveux*.

En el capítulo IV («Manifestaciones orgánicas de la hipnosis»), al referir el autor las observaciones de «estigmas» por extravasación sanguínea efectuadas en sujetos sugestionados por Mabilie, citando el caso famoso de la «estigmatizada» Louise Lateau, agrega Freud (pág. 72):

Véanse las experiencias similares realizadas por Jendrassik (*Neurol. Centralblatt*. núm. 11, 1888) y por Krafft-Ebing.

En el capítulo VIII («Teoría del autor para explicar los fenómenos de la sugestión»), Bernheim establece que «las manifestaciones hipnóticas... obedecen exclusivamente a la sugestión, es decir, a la influencia ejercida

por una idea sugerida y aceptada por el cerebro. Pero lo más notable en el sujeto hipnotizado es su automatismo... Éste parece ser, a primera vista, un estado no natural y antifisiológico...» Para restablecer la conexión entre los fenómenos hipnóticos y los de la vida normal destaca la intervención de múltiples mecanismos automáticos en la conducta vigil, atribuyéndolos a la abolición parcial del control cerebral y a la liberación de los mecanismos medulares. Freud discrepa de tal interpretación en la siguiente nota (pág. 116):

Me parece injustificado e innecesario admitir que un acto de ejecución cambie de localización en el sistema nervioso, si ha comenzado con consciencia, para continuar luego inconscientemente. Es mucho más probable que la zona respectiva del cerebro pueda operar con una magnitud variable de atención (o de consciencia).

Bernheim continúa su argumentación (pág. 117) invocando el desarrollo del encéfalo, en particular su mielinización progresiva en el recién nacido, y concluyendo que el cerebro no mielinizado sería inerte, sin citar en tal texto a Flechsig. Freud agrega:

Este pasaje contiene algunas afirmaciones que ya no concuerdan con nuestros actuales conocimientos, sin que tal rectificación afecte la demostración perseguida por el autor. Así, numerosas experiencias, las últimas de las cuales han sido efectuadas por Exner y por Paneth, demuestran que la corteza cerebral también es excitable en el animal recién nacido. Además, quien se inclinara a suponer que la corteza del recién nacido *contient a peine quelques tubes nerveux ébauchés*, menospreciaría en grado sumo la estructura real de dicho órgano. Finalmente, es mucho más justo atribuir a Flechsig [que a Parrot] el mérito de haber señalado la inmadurez del cerebro infantil y su paulatino desarrollo.

Dos notas de las págs. 122 y 162 son simplemente aclaratorias de locuciones francesas intraducibles. En la pág. 198 Bernheim cita bibliografía alemana y Freud señala que no la ha verificado. En la pág. 244 agrega al título «Afecciones histéricas» la observación de que «el traductor no ha querido modificar la clasificación a que el autor somete sus casos, aunque la considera decididamente objetable». Finalmente, al título de la pág. 295: «Neuropatías diversas», agrega: «principalmente neurasténicas».

EPILOGO DEL TRADUCTOR

La publicación de esta segunda parte se ha retrasado algunos meses con respecto a la fecha anunciada, debido a circunstancias personales del traductor. Con toda probabilidad, ni aun así habría llegado a concluir mi labor si el doctor Otto von Springer no hubiese tenido la inapreciable gentileza de encargarse de la traducción de todas las historias clínicas que integran esta segunda parte, por lo cual le expreso mi más caluroso agradecimiento.

Viena, enero de 1889.

III

ESTUDIO COMPARATIVO DE LAS PARÁLISIS MOTRICES ORGÁNICAS E HISTÉRICAS

«Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques», en francés el original. [*Anch. Neurol.*, 26 (77), 29-43.]

1888-93 [1893]

C HARCOT, cuyo alumno fui en 1885 y 1886, me confió en esta época la labor de realizar un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas, basado en las observaciones efectuadas en la Salpêtrière y encaminado a descubrir algunos caracteres generales de la neurosis y a conducirnos a una concepción de la naturaleza de tal enfermedad. Causas accidentales y personales me han impedido durante mucho tiempo obedecer a su inspiración. De este modo no quiero aportar ahora sino algunos resultados de mis investigaciones, dejando a un lado los detalles necesarios para una demostración completa de mis opiniones.

I HABREMOS de comenzar por algunas observaciones generalmente admitidas sobre las parálisis motrices orgánicas. La clínica nerviosa reconoce dos clases de parálisis motrices: la parálisis periférico-espinal (o bulbar) y la parálisis cerebral. Esta distinción armoniza perfectamente con los datos de la anatomía del sistema nervioso, los cuales nos demuestran que no hay en el recorrido de las fibras conductoras motrices sino dos segmentos: uno, que

va desde la periferia hasta las células de los cuernos anteriores de la medula, y otro, que va desde ellos hasta la corteza cerebral.

La nueva histología del sistema nervioso, fundada en los trabajos de Golgi, Ramón y Cajal, Koelliker, etc., traduce estos hechos, diciendo que «el trayecto de las fibras de conducción motrices se halla constituido por dos neuronas (unidades nerviosas célulofibrilares), que se encuentran para entrar en relación al nivel de las células llamadas motrices de los cuernos anteriores». Clínicamente, la diferencia esencial de estas dos clases de parálisis está en que *la parálisis periféricoespinal es una parálisis detallada y la parálisis cerebral es una parálisis conjunta*. El tipo de la primera es la parálisis facial en la enfermedad de Bell, la parálisis en la poliomielitis aguda de la infancia, etc. Ahora bien: en estas afecciones cada músculo, e incluso podríamos decir cada fibra muscular, puede quedar paralizado individual y aisladamente. Ello no depende sino de la situación y la extensión de la lesión nerviosa, no existiendo regla fija alguna para que uno de los elementos periféricos escape a la parálisis, mientras otro la padece de un modo constante.

Por el contrario, la parálisis cerebral es siempre una afección que ataca a una gran parte de la periferia, una extremidad, un segmento de ésta o un complicado aparato motor. Jamás se limita a afectar individualmente a un músculo, por ejemplo, el bíceps del brazo o el tibial, aisladamente, y si existen aparentes excepciones a esta regla (la dosis cortical, por ejemplo), se ve muy bien que se trata de músculos que realizan por sí solos una función de la cual son el único instrumento.

En las parálisis cerebrales de las extremidades podemos observar que los segmentos periféricos sufren siempre más que los próximos al centro. Así, la mano se muestra más paralizada que el hombro. No hay, que yo sepa, una parálisis cerebral aislada del hombro, conservando la mano su movilidad, mientras que lo contrario es regla general en las parálisis que no son completas.

En un estudio sobre las afasias (Viena, 1891) he intentado demostrar que la causa de esta importante diferencia entre la parálisis periférico-espinal y la parálisis cerebral debe ser buscada en la estructura del sistema nervioso. Cada elemento de la periferia corresponde a un elemento en el eje gris, que es, según las palabras de Charcot, su *aboutissement* nervioso. La periferia es, por decirlo así, proyectada punto por punto y elemento por elemento sobre la sustancia gris de la medula. Así, proponemos denominar a la parálisis periférico-espinal detallada *parálisis de proyección*. No sucede, en cambio, lo mismo por lo que

respecta a las relaciones entre los elementos de la medula y los de la corteza. El número de fibras conductoras no bastaría para establecer una segunda proyección de la periferia sobre la corteza. Hemos de suponer que las fibras que van de la medula a la corteza no representan ya cada una a un solo elemento periférico, sino más bien a un grupo de ellos, y que, por otra parte, un elemento periférico puede corresponder a varias fibras conductoras espinocorticales. Existe, en efecto, un cambio de ordenación que ha tenido efecto en el punto de conexión entre los dos segmentos del sistema motor.

Así, pues, la reproducción de la periferia en la corteza no es ya una reproducción exacta punto por punto ni una verdadera proyección, sino una relación por medio de fibras, a las que podemos calificar de representativas. En consecuencia proponemos para la parálisis cerebral el nombre de *parálisis de representación*.

Naturalmente, cuando la parálisis de proyección es total y de una gran extensión, es también una parálisis de conjunto, quedando así desvanecido su gran carácter distintivo. Por otra parte, la parálisis cortical, que se distingue entre las parálisis cerebrales por su mayor aptitud de disociación, presenta, sin embargo, siempre el carácter de una parálisis de representación.

Las demás diferencias entre las parálisis de proyección y de representación son harto conocidas. De ellas citaremos la integridad de la nutrición y de la reacción eléctrica en la última de dichas dos enfermedades. Aunque muy importantes clínicamente, no tienen estos signos el alcance teórico que hemos de adscribir al primer carácter diferencial por nosotros recogido, o sea la distinción entre parálisis *detallada* y parálisis *conjunta*.

Se ha atribuido con gran frecuencia a la histeria la facultad de *simular* las afecciones nerviosas orgánicas más diversas. Se trata de saber si de un modo más preciso simula los caracteres de las dos clases de parálisis orgánicas; esto es, si hay parálisis histéricas de proyección y parálisis histéricas de representación, como en la sintomatología orgánica. Resalta aquí un primer hecho importante: la histeria no simula jamás las parálisis periférico-espinales y de proyección; las parálisis histéricas comparten tan sólo los caracteres de las parálisis orgánicas de representación. Es éste un hecho muy interesante, puesto que la parálisis de Bell, la parálisis radial, etc., se cuentan entre las afecciones más comunes del sistema nervioso.

Creo conveniente hacer constar, para evitar toda confusión, que trato aquí exclusivamente de la parálisis histérica flácida y no de la contractura histérica.

Me parece imposible someter la parálisis y la contractura histérica a las mismas reglas. Sólo refiriéndonos a las parálisis histéricas flácidas podemos sostener que no afectan jamás a un único músculo, excepto en el caso en que este músculo es el instrumento único de una función que son siempre parálisis totales y que corresponden en este sentido a la parálisis de representación o cerebral orgánica. Además, en lo que concierne a la nutrición de las partes paralizadas y a sus reacciones eléctricas, la parálisis histérica presenta los mismos caracteres que la parálisis cerebral orgánica.

Si la parálisis histérica se enlaza así a la parálisis cerebral, y particularmente a la parálisis cortical, que presenta una mayor facilidad de disociación, no deja tampoco de distinguirse de ellas por caracteres importantes. En primer lugar, no aparece sometida a la regla constante en las parálisis cerebrales orgánicas de que el segmento periférico resulta siempre más afectado que el segmento central, En la histeria, el hombro o muslo pueden aparecer más paralizados que la mano o el pie. No es nada difícil producir artificialmente una parálisis aislada del muslo, de la pierna, etc., y la clínica nos presenta con bastante frecuencia estas parálisis aisladas contrariamente a las reglas de la parálisis orgánica cerebral.

En este importante sentido la parálisis histérica es, por decirlo así, intermedia entre la parálisis de proyección y la parálisis de representación orgánica. Si no posee todos los caracteres de disociación y de aislamiento propios de la primera, tampoco se halla sujeta a las estrictas leyes que rigen la parálisis cerebral.

Con estas restricciones podemos sostener que la parálisis histérica es también una parálisis de representación, pero de una representación especial cuya característica falta aún por hallar^[22].

II PARA avanzar en la dirección antes indicada me propongo estudiar los demás rasgos distintivos entre la parálisis histérica y la parálisis cortical, tipo el más perfecto de la parálisis cerebral orgánica. Hemos mencionado ya el primero de tales caracteres distintivos, o sea el de que la parálisis histérica puede aparecer más disociada y sistematizada que la parálisis cerebral. Los síntomas de la parálisis orgánica se nos muestran en la histeria como fragmentados. De la hemiplejía común orgánica (parálisis de los miembros superior e inferior y del facial inferior), la histeria no reproduce sino la parálisis de los miembros, e incluso disocia con gran frecuencia y con la mayor facilidad la parálisis del brazo, de la pierna, presentándolas separadas en forma de monoplejías. Del síndrome de la afasia orgánica reproduce la afasia motriz en estado de

aislamiento, y, cosa inaudita en la afasia orgánica, puede crear una afasia total (motriz y sensitiva) para un idioma determinado, sin atacar en absoluto la facultad de comprender y articular otro distinto, fenómeno observado por mí en varios casos aún inéditos. Este mismo poder de disociación se manifiesta en las parálisis aisladas de un segmento de miembro, con integridad completa de todas las partes restantes del mismo, o también en la abolición completa de una función (abasia, astasia), con integridad de otra función ejecutada por los mismos órganos. Esta disociación es aún más sorprendente cuando la función respetada es la más compleja, pues en la sintomatología orgánica, cuando existe una debilitación desigual de varias funciones, es siempre la función más compleja y posteriormente adquirida la más atacada a consecuencia de la parálisis.

La parálisis histérica presenta, además, otro carácter, que es como la rúbrica de la neurosis, y que viene a agregarse al anteriormente indicado. En efecto, como varias veces lo he oído al propio Charcot, la histeria es una enfermedad de manifestaciones excesivas, que entraña una tendencia a producir sus síntomas con la mayor intensidad posible. Es éste un carácter que no sé muestra únicamente en las parálisis, sino también en las contracturas y anestias. Sabido es hasta qué grado de contorsión pueden llegar las contracturas histéricas, casi sin igual en la sintomatología orgánica. Conocemos también cuán frecuentes son en la histeria las anestias absolutas y profundas, de las cuales no pueden reproducir las lesiones orgánicas sino un débil esquema. Lo mismo sucede con las parálisis. Con frecuencia son absolutas en un grado insuperable: el afásico no prefiere una sola palabra, mientras que el afásico orgánico conserva casi siempre algunas sílabas, el «sí» y el «no», una interjección, etc.; el brazo paralizado cuelga absolutamente inerte, etc. Este carácter es demasiado conocido para que insistamos en él. Por el contrario, sabemos que en la parálisis orgánica la paresia es siempre más frecuente que la parálisis absoluta.

La parálisis histérica es, pues, de una *limitación exacta* y de una *intensidad excesiva*. Posee estas dos cualidades a la vez, y contrasta así máximamente con la parálisis cerebral orgánica, en la cual *no se asocian nunca estos dos caracteres*. También en la sintomatología orgánica existen *monoplejías*, pero son siempre monoplejías *a potiori* y no delimitadas exactamente. Si el brazo se halla paralizado a consecuencia de una lesión cortical orgánica, hay casi siempre ataque concomitante menor del facial y de la pierna, y si esta complicación no se ve ya en un momento dado, ha existido siempre al principio de la enfermedad.

La monoplejía cortical es siempre, a decir verdad, una hemiplejía, alguna de cuyas partes aparece más o menos borrosa, pero siempre reconocible. Para ir más allá, supongamos que la parálisis no haya afectado más que al brazo, esto es, que se trate de una monoplejía cortical pura. Veremos entonces que la parálisis es de una intensidad moderada. En cuanto esta monoplejía aumente en intensidad convirtiéndose en parálisis absoluta, perderá su carácter de monoplejía pura y aparecerá acompañada de perturbaciones motoras de la pierna o el rostro. *No puede hacerse absoluta y permanecer a la vez limitada.*

En cambio, nos muestra de continuo la clínica que tal simultaneidad puede darse muy bien en la parálisis histérica. Esta parálisis afecta, por ejemplo, al brazo de un modo exclusivo, sin que encontremos el menor indicio de ella en la pierna ni en la cara. Además, al nivel del brazo es tan fuerte como lo pueda ser otra parálisis cualquiera. Esto constituye una sorprendente diferencia con la parálisis orgánica; diferencia que da mucho que pensar.

Naturalmente, hay casos de parálisis histérica en los cuales la intensidad no es excesiva, ni ofrece la disociación nada singular. Éstos los reconocemos por otros caracteres, pero son casos que no presentan el sello típico de la neurosis y que, no pudiendo darnos ningún dato sobre la naturaleza de la misma, no poseen interés ninguno desde el punto de vista aquí adoptado.

Añadiremos algunas observaciones de importancia secundaria y que incluso van más allá de los límites de nuestro tema.

En primer lugar, haremos constar que las parálisis histéricas aparecen acompañadas de perturbaciones de la sensibilidad con mucha más frecuencia que las parálisis orgánicas. En general, tales perturbaciones son más profundas y frecuentes en la neurosis que en la sintomatología orgánica. Nada más común que la anestesia o la analgesia histérica. Recuérdese, en cambio, con qué tenacidad persiste la sensibilidad en los casos de lesión nerviosa. Si seccionamos un nervio periférico, la anestesia será menos en extensión e intensidad de lo que podía esperarse. Si una lesión inflamatoria ataca los nervios espinales o los centros de la medula, hallaremos siempre que la motilidad sufre en primer lugar y que la sensibilidad permanece indemne o queda tan sólo algo debilitada, pues persisten siempre en alguna parte elementos nerviosos que no se hallan totalmente destruidos. En los casos de lesión cerebral, conocemos la frecuencia y la duración de la hemiplejía motriz, mientras que la hemianestesia concomitante es indistinta, fugaz, y no aparece en todos los enfermos. Sólo algunas localizaciones completamente especiales pueden producir una afección de la

sensibilidad, intensa y duradera, e incluso este hecho no está exento de dudas.

Esta manera de ser de la sensibilidad, diferente en las lesiones orgánicas y en la histeria, no es aún explicable hoy en día. Parece existir aquí un problema, cuya solución nos revelaría quizá la naturaleza íntima de las cosas.

Otro punto que me parece digno de mención es la existencia de algunas formas de parálisis cerebral que no aparecen realizadas en la histeria, como tampoco las parálisis periférico-espinales de proyección. Débese citar, en primer término, la parálisis del facial inferior, manifestación la más frecuente de una afección orgánica del cerebro, y permitiéndonos pasar por un momento a las parálisis sensoriales, la hemianopsia lateral homónima. Sabemos que es una temeridad querer afirmar que un determinado síntoma no se encuentra en la histeria, cuando las investigaciones de Charcot y de sus alumnos descubren en ella, casi cotidianamente, síntomas nuevos insospechados antes. Pero no es preciso tomar las cosas tal y como actualmente se hallan. La parálisis facial histérica es muy discutida por Charcot, y si hemos de creer a los partidarios de este hombre de ciencia, se trata de un fenómeno extraordinariamente raro. La hemianopsia no ha sido aún vista en la histeria, y, a nuestro juicio, no lo será jamás.

Pero ahora, ¿de dónde viene que las parálisis histéricas, no obstante simular muy precisamente las parálisis corticales, difieren de ellas en los rasgos distintivos que hemos intentado enumerar? ¿Y cuál es el carácter genérico de la representación general al que habremos de enlazarlas? La respuesta a estas interrogaciones contendría una parte muy considerable e importante de la teoría de la neurosis.

III NO cabe ya la menor duda sobre las condiciones que dominan la sintomatología de la parálisis cerebral. Tales condiciones están constituidas por los hechos de la anatomía, la construcción del sistema nervioso, la distribución de sus vasos y la relación entre estas dos series de hechos y las circunstancias de la lesión. Hemos dicho que el menor número de fibras que van desde la medula a la corteza, en comparación con el número de fibras que van desde la periferia a la medula, es la base de la diferencia entre la parálisis de proyección y la de representación. Igualmente todo detalle clínico de la parálisis de representación puede hallar su explicación en un detalle de la estructura cerebral, e inversamente, podemos deducir la construcción del cerebro de los caracteres clínicos de las parálisis. Creemos, pues, en la existencia de un

perfecto paralelismo entre estas dos series.

De este modo, si para la parálisis cerebral común no hay una gran facilidad de disociación, es porque las fibras de conducción motrices se hallan, en un largo trecho de su trayecto intracerebral, demasiado próximas para ser lesionadas separadamente. Si la parálisis cortical muestra una mayor tendencia a las monoplejías, es porque el diámetro del haz conductor braquial, crural, etc., va creciendo hasta la corteza. Si de todas las parálisis corticales es la de la mano la más completa, ello proviene, a nuestro juicio, de que la relación crucial entre el hemisferio y la periferia es para la mano más exclusiva que para cualquier otra parte del cuerpo. Si el segmento periférico de una extremidad sufre más de la parálisis que el segmento central, supondremos que las fibras representativas del segmento periférico son mucho más numerosas que las del segmento central, de manera que la influencia cortical se hace más importante para el primero que para el segundo. Si las lesiones algo extensas de la corteza no llegan a producir monoplejías puras, concluimos que los centros motores existentes sobre la corteza no se hallan precisamente separados entre si por campos neutrales, o que existen acciones a distancia que anularían el efecto de una separación exacta de los centros.

Igualmente, si en la afasia orgánica hay siempre una mezcla de perturbaciones de distintas funciones, ello se explica por el hecho de que todos los centros del lenguaje se hallan alimentados por ramas de la misma arteria, o, si se acepta la opinión enunciada en mi estudio crítico sobre la afasia, por la circunstancia de no tratarse de centros separados, sino de un territorio continuo de asociación.

Las singulares asociaciones que tan frecuentemente se observan en la clínica de las parálisis corticales —afasia motriz y hemiplejía derecha, alexia y hemianopsia derecha— se explican por la vecindad de los centros lesionados. La hemianopsia misma, síntoma muy curioso y extraño para el espíritu no científico, no se comprende sino por el entrecruzamiento de las fibras del nervio óptico en el quiasma, constituyendo la expresión clínica del mismo, como todos los detalles de las parálisis cerebrales constituyen la expresión clínica de un hecho anatómico.

Dado que no puede haber sino una sola anatomía cerebral verdadera, y ésta ha de hallar su expresión en los caracteres clínicos de las parálisis cerebrales, es evidentemente imposible que tal anatomía pueda explicar los rasgos distintivos de la parálisis histérica. Por esta razón no es admisible deducir para la anatomía

cerebral conclusiones basadas en la sintomatología de estas parálisis.

Seguramente es necesario tener en cuenta la naturaleza de la lesión para obtener esta espinosa explicación. En las parálisis orgánicas, la naturaleza de la lesión desempeña un papel secundario, siendo más bien la extensión y la localización de la lesión las que en las condiciones estructurales dadas del sistema nervioso producen los caracteres antes indicados de la parálisis orgánica. ¿Cuál podrá ser en la parálisis histérica la naturaleza de la lesión que por si sola domina la situación, independientemente de la localización de la extensión de la lesión y de la anatomía del sistema nervioso?

Charcot afirma repetidamente que se trata de una lesión cortical, pero puramente dinámica o funcional.

Es ésta una tesis de la que se comprende bien el lado negativo. Equivale a afirmar que en la autopsia no se hallará modificación alguna apreciable en los tejidos. Pero desde un punto de vista más positivo, su interpretación está muy lejos de hallarse exenta de equívocos. ¿Qué es, en efecto, una lesión dinámica? Estoy seguro que muchos lectores de Charcot creen que la lesión dinámica es desde luego una lesión, pero una lesión de la cual no se encuentra en el cadáver huella alguna, como un edema, una anemia o una hiperemia activa. Pero tales lesiones existen y son verdaderas lesiones orgánicas, aunque no persistan después de la muerte y sean ligeras y fugaces. Es necesario que las parálisis producidas por lesiones de este orden compartan en todo los caracteres de la parálisis orgánica. El edema y la anemia no podrían, mejor que la hemorragia y el reblandecimiento, producir la disociación y la intensidad de las parálisis histéricas. La única diferencia sería que la parálisis por el edema, por la constricción vascular, etc., debe ser menos duradera que la parálisis por destrucción del tejido nervioso. Todas las demás condiciones les son comunes, y la anatomía del sistema nervioso determinará las propiedades de la parálisis, lo mismo en los casos de anemia fugaz que en los de anemia permanente y definitiva.

No creo que estas observaciones sean del todo gratuitas. Si leemos que «debe de existir una lesión histérica» en tal o cual centro, el mismo cuya lesión orgánica produciría el síndrome orgánico correspondiente, y recordamos que se ha tomado la costumbre de localizar la lesión histérica dinámica del mismo modo que la lesión orgánica, nos inclinaremos a creer que bajo el término de «lesión orgánica» se esconde la idea de una lesión como el edema o la anemia, que son realmente afecciones orgánicas pasajeras. Por el contrario, afirmo yo

que la lesión de las parálisis histéricas debe ser completamente independiente de la anatomía del sistema nervioso, puesto que la histeria se comporta en sus parálisis y demás manifestaciones como si la anatomía no existiese o como si no tuviese ningún conocimiento de ella.

Muchos de los caracteres de las parálisis histéricas justifican en verdad esta afirmación. La histeria ignora la distribución de los nervios, y de este modo no simula las parálisis periférico-espinales o de proyección. No conoce el quiasma de los nervios ópticos, y, por tanto, no produce la hemianopsia. Toma los órganos en el sentido vulgar, popular, del nombre que llevan: la pierna es la pierna hasta la inserción de la cadera, y el brazo es la extremidad superior, tal y como se dibuja bajo los vestidos. No hay razón para unir a la parálisis del brazo la parálisis del rostro. El histérico que no sabe hablar carece de motivo para olvidar la inteligencia del lenguaje, puesto que la afasia motriz y la sordera verbal no poseen afinidad ninguna para la noción popular, etc. No puedo sino asociarme plenamente en este punto a la opinión que Janet ha expuesto en los últimos números de los *Archivos de Neurología*. Las parálisis histéricas la demuestran tan bien como las anestесias y los síntomas psíquicos.

IV INTENTARÉ, por último, exponer *cómo podría* ser la lesión causa de las parálisis histéricas. No quiere esto decir que vaya a mostrar cómo de hecho es tal lesión. Trátase tan sólo de indicar la trayectoria mental, susceptible de conducir a una concepción que no contraiga las propiedades de la parálisis histérica, en cuanto difiere de la parálisis orgánica cerebral.

Tomaremos los términos «lesión funcional o dinámica» en su sentido propio de «alteración de una función o de un dinamismo», o alteración de una propiedad funcional. Una tal alteración sería, por ejemplo, la disminución de la excitabilidad o de una cualidad fisiológica, que en estado normal permanecen constantes o varían dentro de límites determinados.

Se nos dirá quizá que nada nos impide considerar la alteración funcional como uno de los aspectos de la alteración orgánica. Así, una anemia pasajera del tejido nervioso disminuirá su excitabilidad.

Mas, por nuestra parte, intentaremos demostrar que puede haber alteración funcional sin lesión orgánica concomitante, o, por lo menos, sin lesión reconocible, aun por medio del más sutil análisis. O dicho de otro modo: intentaremos dar un ejemplo apropiado de una alteración funcional primitiva. No pedimos para hacerlo más que el permiso de pasar al terreno de la Psicología,

imposible de eludir cuando de la histeria se trata.

Con Janet, afirmamos que en las parálisis histéricas, como en las anestias, es la concepción vulgar, popular, de los órganos y del cuerpo en general la que entra en juego. Ésta concepción no se funda en un conocimiento profundo de la anatomía nerviosa, sino en nuestras percepciones táctiles y, sobre todo, visuales. Si tal concepción es la que determina los caracteres de la parálisis histerica, esta última deberá mostrarse ignorante de toda noción de la anatomía del sistema nervioso e independiente de ella. La lesión de la parálisis histerica será, pues, una alteración, por ejemplo, de la concepción o idea del brazo. Pero ¿de qué clase es esta alteración para producir la parálisis?

Considerada psicológicamente, la parálisis del brazo consiste en que la concepción del brazo queda imposibilitada de entrar en asociación con las demás ideas que constituyen el yo, del cual el cuerpo del individuo forma una parte importante. La lesión sería, pues, la *abolición de la accesibilidad asociativa de la concepción del brazo*. El brazo se comporta como si no existiese para el juego de las asociaciones. Seguramente, si las condiciones materiales que corresponden a la concepción del brazo se encuentran profundamente alteradas, tal concepción se perderá también, pero habremos de demostrar que puede ser inaccesible sin hallarse destruida y sin que su substrato material (el tejido nervioso de la región correspondiente de la corteza) se halle lesionado.

Comenzaremos por algunos ejemplos tomados de la vida social. Conocida es la historia cómica del súbdito entusiasta que juró no volver a lavarse la mano que su rey se había dignado estrechar. La relación de su mano con la idea del rey parece tan importante a la vista psíquica del individuo, que él mismo rehúsa hacerla entrar en otras relaciones. Al mismo impulso obedecemos nosotros cuando rompemos la copa en la que hemos bebido a la salud de unos recién casados. Asimismo, las antiguas tribus salvajes, que con el cadáver de su jefe quemaban su caballo, sus armas e incluso sus mujeres, obedecían a esta idea de que nadie debía tocarlos después de él. El motivo de todos estos actos es bien transparente. El valor afectivo que atribuimos a la primera asociación de un objeto nos impide hacerlo entrar en una nueva asociación con otros, y de este modo hace inaccesible a la asociación la idea de tal objeto.

En los dominios de la psicología de las concepciones sucede algo idéntico. Si la concepción del brazo ha entrado en una asociación de un gran valor afectivo, será inaccesible al libre juego de las demás asociaciones. El *brazo quedará paralizado en proporción a la persistencia de dicho valor afectivo o de su*

disminución por medios psíquicos apropiados. Tal es la solución del problema que antes planteamos, pues en todos los casos de parálisis histérica se comprueba que el órgano paralizado o la función abolida se hallan en una asociación subconsciente, provista de un gran valor afectivo, y se puede demostrar que el brazo queda libre en cuanto dicho valor afectivo es hecho desaparecer. En este purito, la concepción del brazo existe en el substrato material, pero no es accesible a los impulsos y asociaciones conscientes, porque toda su afinidad asociativa se halla integrada en una asociación subconsciente con el recuerdo del suceso traumático que ha producido la parálisis.

Charcot ha sido el primero en enseñarnos que para la explicación de la neurosis histérica es preciso recurrir a la Psicología. En nuestra Memoria preliminar sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos^[23] hemos seguido Breuer y yo su ejemplo. En esta Memoria demostramos que los síntomas permanentes de la histeria llamada no traumática se explican (excepción hecha de los estigmas) por el mismo mecanismo que Charcot ha reconocido en las parálisis traumáticas. Pero exponemos también la razón por la cual estos síntomas persisten y pueden ser curados por medio de un procedimiento especial de psicoterapia hipnótica. Todo suceso, toda impresión psíquica, se hallan provistos de un cierto valor afectivo, del cual se libertó el yo, bien por medio de una reacción motriz, bien mediante una labor psíquica asociativa. Si el individuo no puede o no quiere poner en práctica estos medios, el recuerdo de la impresión de que se trate adquirirá la importancia de un trauma y se constituirá en causa de síntomas permanentes de histeria. La imposibilidad de la eliminación se impone cuando la impresión permanece en lo subconsciente. Ésta es la teoría a la que hemos dado el nombre de «derivación por reacción de los incrementos de estímulo».

En resumen: de acuerdo con la opinión general que sobre la histeria hemos formado, según las enseñanzas de Charcot, hemos de aceptar que la lesión existente en las parálisis histéricas no consiste sino en la inaccesibilidad de la concepción del órgano o de la función para las asociaciones del yo consciente; que esta alteración, puramente funcional (con integridad de la concepción misma), es causada por la permanencia de esta concepción en una asociación subconsciente con el recuerdo del trauma, y que esta concepción no se liberta y hace accesible en tanto que el valor afectivo del trauma psíquico no ha sido eliminado por medio de la reacción motriz adecuada o del trabajo psíquico

consciente. De todos modos, aunque este mecanismo no tenga afecto y sea siempre necesaria para la parálisis histérica una idea autosugestiva directa, como en los casos traumáticos de Charcot, habremos conseguido mostrar de qué naturaleza *debería ser* en la parálisis histérica la lesión, o más bien la alteración, para explicar sus diferencias con la parálisis orgánica cerebral.

IV

UN CASO DE CURACIÓN HIPNÓTICA^[24]

Y ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA GENESIS DE SÍNTOMAS
HISTÉRICOS POR «VOLUNTAD CONTRARIA»

1892-1893

ME decido a publicar aquí la historia de una curación obtenida mediante la sugestión hipnótica por tratarse de un caso al que una serie de circunstancias accesorias de mayor transparencia y fuerza probatoria de las que suelen entrañar la mayoría de nuestros resultados terapéuticos de este orden.

La mujer a la cual me fue dado auxiliar así, en un momento muy importante de su existencia, me era conocida desde muchos años atrás, y permaneció luego varios otros sometida de mi observación. La perturbación de la cual le libertó la sugestión hipnótica había ya surgido una vez con anterioridad, siendo ineficazmente combatida e imponiendo a la sujeto una penosa renuncia, que la segunda vez logré evitarle con mis auxilios. Todavía, un año después, volvió a presentarse, por vez tercera, la dicha perturbación, para ser de nuevo suprimida con iguales medios, pero ahora ya de un modo definitivo, no volviendo a atormentar a la sujeto en todo el tiempo que hubo de ejercer la función sobre la cual recaía. Además, creo haber conseguido en este caso descubrir el sencillo mecanismo de la perturbación y relacionarlo con procesos análogos del campo de la neuropatología.

Trátase, para no continuar hablando en adivinanzas, de un caso en el que una

madre se vio imposibilitada de amamantar a su hijo recién nacido hasta la intervención de la sugestión hipnótica, y en el cual lo sucedido después de un parto anterior y otro posterior permitió una comprobación, sólo raras veces posible, del resultado terapéutico.

El sujeto del historial clínico que sigue es una mujer joven, entre los veinte y los treinta años, a la que casualmente trataba yo desde sus años infantiles, y que por sus excelentes cualidades, su serena reflexión y su naturalidad, no había dado jamás, ni tampoco a su médico de cabecera, una impresión de nerviosismo. Teniendo en cuenta los sucesos que a continuación me propongo relatar, hemos de considerarla, siguiendo la feliz expresión de Charcot, como una *hystérique d'occasion*, categoría perfectamente compatible con las mejores cualidades y una intacta salud nerviosa en todo otro punto. De su familia conozco a su madre, mujer nada nerviosa, y a una hermana menor, muy semejante a ella y perfectamente sana. En cambio, un hermano suyo padeció una neurastenia juvenil, que echó por tierra todos sus planes para lo futuro. La etiología y el curso de esta enfermedad, cuyo desarrollo, muy parecido siempre, tengo todos los años repetidas ocasiones de observar, me son bien conocidos. La buena constitución primitiva del sujeto pereció asaltada por las corrientes dificultades sexuales puberales, el trabajo excesivo de los años de estudios y su intensificación al llegar el examen final, una gonorrea y, enlazada a ella, la súbita explosión de una dispepsia, acompañada de un tenaz estreñimiento, de intensidad casi increíble, que meses después desapareció, siendo sustituido por pesadez de cabeza, mal humor e incapacidad para el trabajo. A partir de este momento se desarrolló una alteración del carácter del sujeto, que le convirtió en constante tormento de su familia. No me es posible decir, de momento, si esta forma de la neurastenia puede o no adquirirse en su totalidad. Así, pues, y teniendo, además, en cuenta que no conozco a los restantes parientes de mi enferma, dejaré indecisa la cuestión de si hemos de suponer en su familia una disposición hereditaria a las neurosis.

Al nacimiento de su primer hijo había tenido la paciente intención de criarlo sin auxilio ninguno ajeno. El parto no fue más difícil de lo habitual en las primerizas, terminando con una leve aplicación de *fórceps*. Pero la madre no consiguió, a pesar de su excelente constitución física, su ilusión de ser una buena nodriza. Tenía poca leche, sentía intensos dolores al dar el pecho al niño. Perdió el apetito, tomó repugnancia a la comida y pasaba las noches insomne y excitada. De este modo, y para no poner en grave peligro la salud del niño y la

suya propia, hubo necesidad de declarar fracasada la tentativa, a los catorce días, y buscar un ama, desapareciendo enseguida todas las molestias de la madre. Haré constar que de esta primera tentativa de lactancia no puedo informar como médico ni como testigo.

Tres años después tuvo la sujeto su segundo hijo, y también por circunstancias exteriores resultaba deseable evitar la lactancia mercenaria. Pero los esfuerzos de la madre en este sentido parecieron tener aún menos éxito y provocar fenómenos más penosos que la vez primera. La joven madre vomitaba todo alimento, no dormía y se manifestaba tan deprimida por su incapacidad, que los dos médicos de la familia, los acreditados doctores Breuer y Lott, se opusieron a toda continuación de la tentativa, aconsejando como último medio experimentable la sugestión hipnótica. De este modo, el cuarto día, por la tarde, fui llamado a la cabecera de la enferma.

A mi llegada, la encontré en la cama, con las mejillas muy arrebatadas y furiosa por su incapacidad para criar al niño, incapacidad que crecía a cada nueva tentativa, no obstante poner ella todo su esfuerzo en dominarla. Para evitar los vómitos no había tomado alimento en todo aquel día. El epigastrio aparecía abultado, y colocando la mano sobre el estómago, se advertían continuas contracciones. La enferma se quejaba, además, de un constante mal sabor de boca. Ni ella ni sus familiares me recibieron como a persona de quien se espera auxilio, sino sólo en obediencia a lo indicado por los otros médicos. No podía, pues, contar con gran confianza de su parte.

En el acto intenté producir la hipnosis, haciendo fijar a la paciente sus ojos en los míos y sugiriéndole los síntomas del sueño. A los tres minutos yacía la enferma en su lecho, con la tranquila expresión de un profundo reposo, sirviéndome entonces de la sugestión para contradecir todos sus temores y todas las sensaciones en las que dichos temores se fundaban: «No tenga usted miedo; será usted una excelente nodriza y el niño se criará divinamente. Su estómago marcha muy bien; tiene usted un gran apetito y está deseando comer», etc. La enferma continuó durmiendo cuando la abandoné por breves instantes, y al despertarla mostró una total amnesia con respecto a lo sucedido durante la hipnosis. Antes de marcharme hube aún de rechazar una observación del marido sobre el peligro de que la hipnosis perturbarse para siempre los nervios de su mujer.

Los hechos que al día siguiente me comunicaron los familiares de la enferma, a los cuales no parecían haber causado impresión ninguna,

constituyeron para mí una garantía de éxito. La sujeto había cenado sin la menor molestia, había dormido bien y se había desayunado, a la mañana, con gran apetito. En todo este tiempo había amamantado a su hijo sin la menor dificultad. Pero a la vista del almuerzo, demasiado copioso, despertó de nuevo su repugnancia, y antes de haber probado nada reaparecieron los vómitos. Desde este momento le fue imposible volver a dar el pecho al niño, y a mi llegada mostraba los mismos síntomas que el día anterior. Mi argumento de que no tenía por qué preocuparse, una vez comprobado que su malestar podía desaparecer y había, en realidad, desaparecido por casi medio día, no le hizo efecto ninguno.

Recurriendo, pues, de nuevo a la hipnosis, desarrollé una mayor energía que el día anterior, sugiriéndole que cinco minutos después de mi partida había de encontrarse, un tanto violentamente, con los suyos y preguntarles cómo es que no le daban de cenar, si es que se habían propuesto matarla de hambre, si creían que de este modo iba a poder criar a su hijo, etc. A mi tercera visita no precisaba ya la sujeto de tratamiento alguno. Nada le faltaba ya; gozaba de buen apetito, tenía leche bastante para el niño, no le causaba dolor ninguno darle el pecho, etc. A su marido le había inquietado que después de mi partida hubiera dirigido a su madre ásperos reproches, contra su general costumbre. Pero desde entonces todo iba bien.

Mi intervención terminó aquí por esta época. La sujeto amamantó a su hijo durante ocho meses, teniendo yo ocasión de comprobar varias veces en este período el buen estado de salud de ambos. Únicamente hube de encontrar incomprensible e irritante que nadie de la familia volviera a hablarme del buen resultado obtenido con mi intervención.

Pero un año después obtuve mi desquite. Un tercer hijo planteó de nuevo el problema, presentándose otra vez la imposibilidad de criarlo. Encontré a la sujeto en el mismo estado que la vez anterior, indignada contra sí misma al ver que toda su fuerza de voluntad no llegaba a vencer la repugnancia a alimentarse y los demás síntomas. La primera sesión de hipnosis no produjo otro resultado que el de desesperanzar más a la enferma. Pero después de la segunda quedó de nuevo tan completamente anulado el complejo de síntomas, que no hubo necesidad de más. La sujeto crió también a este niño, que hoy tiene ya año y medio, sin molestia alguna, y goza de buena salud.

Ante esta repetición del éxito terapéutico, modificó el matrimonio su actitud para conmigo, y me confesaron el motivo a que obedecía. «Me daba vergüenza —dijo la mujer— reconocer que el hipnotismo conseguía lo que toda mi fuerza

de voluntad no era suficiente a lograr». De todos modos, no creo que ni ella ni su marido hayan dominado la aversión que les inspiraba la hipnosis.

PASAMOS ahora a explicar cuál fue el mecanismo psíquico de la perturbación de nuestra paciente, suprimida por sugestión. No tuve como en otros casos, de los que más adelante trataré, noticia directa de dicho mecanismo, sino que hube de adivinarlo.

Existen representaciones con las cuales se halla enlazado un afecto expectante, y son de dos órdenes: representaciones de que haremos esto o aquello, o sea propósitos, y representaciones de que nos sucederá algo determinado, o sea *expectaciones*. El afecto a ellas enlazado depende de dos factores: en primer lugar, de la importancia que el suceso pueda tener para nosotros, y en segundo, del grado de inseguridad que entraña la expectación del mismo. La inseguridad subjetiva, la «contraexpectación», aparece representada por una serie de representaciones a las que damos el nombre de *representaciones contrastantes penosas*. Cuando se trata de un propósito, dichas representaciones contrastantes son las de que no conseguiremos llevarlo a cabo por oponerse a ello tales o cuales dificultades, faltarnos las cualidades necesarias para alcanzar el éxito y saber que otras personas determinadas han fracasado en análogas circunstancias. El otro caso, o sea el de la expectación, no precisa de esclarecimiento alguno. La contra-expectación reposa en la reflexión de todas las posibilidades con que podemos tropezar en lugar de la deseada. Continuando la discusión de este caso, llegaríamos a las *fobias*, que tan amplio papel desempeñan en la sintomatología de las neurosis. Por ahora permaneceremos en la primera categoría, o sea en los propósitos. Habremos de preguntarnos, en primer lugar, cuál es el destino de las representaciones contrastantes en la vida mental normal. A nuestro juicio quedan inhibidas, coartadas y excluidas de la asociación, a veces hasta tal extremo, que su existencia no se hace evidente, casi nunca, frente al propósito, siendo únicamente el estudio de las neurosis el que nos las descubre. En cambio, en las neurosis —y no me refiero solamente a la histeria, sino al *status nervosus* en general— *existe, primariamente*, una tendencia a la depresión anímica y a la disminución de la conciencia del propio yo, tal y como la encontramos, a título de síntoma aislado y altamente desarrollado, en la melancolía. En la neurosis presentan, asimismo, gran importancia las representaciones contrastantes con el propósito, por adaptarse muy bien su contenido al estado de ánimo propio de esta afección o quizá porque

la neurosis hace surgir representaciones de este orden, que sin ella no se hubieran constituido.

Esta intensificación de las representaciones contrastantes se nos muestra, en el simple *status nervosus* y referida a la expectación, como una general tendencia pesimista, y en la neurastenia de ocasión, por asociación con las sensaciones más causales, a las múltiples fobias de los neurasténicos. Transferido a los propósitos, crea este factor aquellas perturbaciones que pueden ser reunidas bajo el nombre de *folie de doute*, y cuyo contenido es la desconfianza del sujeto con respecto al propio rendimiento. Precisamente en este punto se conducen las dos grandes neurosis —la neurastenia y la histeria— de un modo por completo distinto y característico para cada una. En la neurastenia, la representación contrastante patológicamente intensificada se une a la representación de la voluntad positiva para formar un solo acto de conciencia, y sustrayéndose de ella da origen a aquella falta de voluntad de los neurasténicos, de la cual se dan perfecta cuenta estos enfermos. En la histeria, el proceso se diferencia de éste en dos puntos, o quizá en uno sólo. Como corresponde a la tendencia de la histeria a la *disociación de la conciencia*, la representación contrastante penosa, aparentemente coartada, es disociada del propósito y perdura, inconsciente para el enfermo, en calidad de representación aislada. Es característico de la histeria el hecho de que esta representación coartada se objetiviza luego, por intervención somática, cuando llega el momento de realizar el propósito, con igual facilidad y en la misma forma que en estado normal la representación de la abolición positiva. La representación contrastante se constituye, por decir así, en una «voluntad contraria», y el enfermo se percata con asombro de que toda su voluntad positiva permanece impotente. Tales dos factores se funden, quizá, en uno sólo, como ya antes indicamos, sucediendo muy probablemente que si la representación contrastante encuentra un medio de objetivizarse es porque no se halla coartada por su enlace con el propósito en la misma forma que ella lo coarta^[25].

En nuestro caso, de una madre a la cual una perturbación nerviosa impide amamantar a su hijo, una neurasténica se hubiera conducido en la forma siguiente: hubiera sentido graves temores ante la labor maternal que se le planteaba y dado infinitas vueltas en su pensamiento a todos los accidentes y peligros posibles, acabando, sin embargo, por criar a su hijo perfectamente, aunque atormentada por constantes dudas y temores, a menos que la

representación contrastante resultara victoriosa, en cuyo caso habría abandonado la sujeto su propósito, considerándose incapaz de llevarlo a cabo. La histérica se conduce en forma muy distinta. No tiene, quizá, conciencia de sus temores, abriga la firme intención de llevar a cabo su propósito y emprende, sin vacilación alguna, el camino para lograrlo. Pero a partir de este momento se comporta como si abrigase la firme voluntad de no amamantar al niño, y esta voluntad provoca en ella todos aquellos síntomas subjetivos que una simuladora pretendería experimentar para eludir el cumplimiento de sus obligaciones maternas, o sea la falta de apetito, la repugnancia a todo alimento y la imposibilidad de dar el pecho al niño a causa de los terribles dolores que ello le originaba. Pero, además, como la voluntad contraria es superior a la simulación consciente, en lo que respecta al dominio del cuerpo, presentará la histérica toda una serie de síntomas objetivos que la simulación no consigue hacer surgir. En contraposición a la *falta de voluntad* de la neurastenia, existe aquí una *perversión de la voluntad*, y en vez de la resignada indecisión de la neurasténica, muestra la histérica asombro e indignación ante la dualidad para ella incomprensible.

Creo, pues, justificado considerar a mi paciente como una *hystérique d'occasion*, dado que bajo la influencia de un motivo ocasional le fue posible producir un complejo de síntomas, de mecanismo tan exquisitamente histérico. Como causa ocasional podemos considerar aquí la excitación anterior al primer parto o el agotamiento consecutivo, puesto que el primer parto constituye la mayor conmoción que el organismo femenino puede experimentar; conmoción después de la cual suele producir la mujer todos aquellos síntomas neuróticos a los que se halla predispuesta.

El caso de mi enferma es, probablemente, típico para una amplia serie de otros en los que la lactancia u otra análoga función quedan perturbadas por influencias nerviosas y nos aclara su naturaleza. Pero como en él no se me reveló directamente el correspondiente mecanismo psíquico, sino que llegué a él por inducción especulativa, me apresuré a asegurar que la investigación de los enfermos en la hipnosis me ha revelado muchas veces la existencia de un mecanismo psíquico semejante de los fenómenos histéricos^[26].

Expondré aquí uno de los más singulares ejemplos de este orden. Hace años tenía sometida a tratamiento a una señora histérica, de voluntad muy enérgica para todo lo que no se relacionara con su enfermedad, pero gravemente afectada,

por otro lado, de numerosas y tiránicas incapacidades y prohibiciones histéricas. Entre otros síntomas presentaba el de producir de cuando en cuando, a manera de un tic, un sonido inarticulado, un singular chasquido o castañeteo, que se abría paso entre sus labios contraídos. Al cabo de varias semanas le pregunté en qué ocasión había surgido por vez primera aquel síntoma. La respuesta fue: «No lo sé. Hace ya mucho tiempo». De este modo me inclinaba ya a considerarlo como un tic auténtico, cuando un día se me ocurrió interrogar de nuevo a la paciente, hallándose ésta en un profundo sueño hipnótico. En la hipnosis disponía esta enferma —sin necesidad de sugestión ninguna— de todo su acervo de recuerdos o, como estoy muy inclinado a afirmar, de toda la amplitud de su conciencia, restringida durante el estado de vigilia. A mi pregunta de cuándo se había producido por vez primera aquel síntoma, respondió en el acto: «Lo tengo desde que una vez me hallaba velando a mi hija menor, enferma de gravedad, y me propuse guardar el más absoluto silencio para no perturbar el sueño que por fin había conciliado, después de un día de continuas convulsiones. Luego desapareció y no volvió a molestarme hasta muchos años después, consecutivamente al suceso que voy a relatarle. Yendo en coche con mis hijas a través de un bosque, nos sorprendió una tormenta, y los caballos se espantaron al caer un rayo en un árbol cercano. Entonces pensé que debía evitar todo ruido para no asustar más a los caballos; pero contra toda mi voluntad, produje el chasquido que desde entonces me es imposible reprimir». Una vez referido en esta forma el singular chasquido a su fuente de origen, desapareció por completo y para muchos años, convencíéndome así que no se trataba de un «tic» auténtico. Fue ésta la primera ocasión que se me ofreció de comprobar la génesis de un síntoma histérico por objetivación de la representación contrastante penosa, o sea por «voluntad contraria». La madre, agotada por el temor y los desvelos que le ocasiona la enfermedad de su hija, se propone guardar el más absoluto silencio para no perturbar el anhelado reposo de la enferma. Pero hallándose en un estado de gran agotamiento, la representación contrastante de que acabaría por producir algún ruido demuestra ser la más fuerte, consigue dar origen a una inervación de la lengua, inervación que el propósito de permanecer en silencio había, quizá, olvidado de impedir; rompe la contracción de los labios y produce un ruido, el cual adquiere un carácter fijo a partir de este momento, especialmente después de la repetición del mismo suceso.

Para llegar a una completa comprensión de este proceso hemos de atender aún a una determinada objeción. Podrá, en efecto, preguntárenos cómo, dado un

agotamiento general —que establece, desde luego, la disposición a tal proceso —, vence, precisamente, la representación contrastante. Nuestra respuesta sería que dicho agotamiento no es tan sólo parcial. Se hallan agotados aquellos elementos del sistema nervioso que constituyen los fundamentos materiales de las representaciones asociadas a la conciencia primaria. En cambio, las representaciones excluidas de esta cadena de asociaciones —del yo normal— no se hallan agotadas, y predominan así en el momento de la disposición histérica.

Ahora bien: todo conocedor de la histeria observará que el mecanismo psíquico aquí descrito aclara no sólo algunos accidentes histéricos aislados, sino amplios sectores del cuadro sintomático de la histeria y uno de sus rasgos característicos más singulares. Nuestra afirmación de que las representaciones contrastantes penosas, coartadas y rechazadas por la conciencia normal fueron las que pasaron a primer término y hallaron el camino de la inervación somática en el momento de la disposición histérica, nos da también la clave de la peculiaridad de los delirios que acompañan a los ataques histéricos. No es un hecho casual el que los delirios histéricos de las monjas, en las epidemias de la Edad Media, consistieran en graves blasfemias y un desenfrenado erotismo, ni tampoco que precisamente los niños mejor educados y más formales sean los que en sus ataques histéricos se muestren más groseros, insolentes y «mañosos». Las series de representaciones trabajosamente reprimidas son las que quedan en estos casos convertidas en actos, a consecuencia de una especie de voluntad contraria, cuando la persona sucumbe al agotamiento histérico. Esta relación es aquí más estrecha que nunca, pues precisamente es dicha laboriosa represión la que provoca el referido estado histérico, en cuya descripción psicológica no hemos entrado, por limitarnos en el presente trabajo a la explicación de por qué —dado previamente tal estado de disposición histérica— aparecen los síntomas en la forma que los observamos.

La histeria debe a esta emergencia de la voluntad contraria aquel carácter demoníaco que tantas veces presenta y que se manifiesta en que los enfermos se ven imposibilitados, en ciertas ocasiones, de realizar aquello que más ardientemente desean, hacen precisamente lo contrario de lo que se les ha pedido y calumnian aquello que les es más querido o desconfían de ello.

La perversión del carácter, propia del histérico; el impulso a hacer el mal o a enfermar cuando más desea la salud, constituye una coerción a la que sucumben los más intachables caracteres cuando quedan abandonados por algún tiempo a la acción de las representaciones contrastantes.

La interrogación referente al destino de los propósitos inhibidos parece carecer de sentido por lo que se refiere a la vida intelectual normal. Podría contestarse diciendo que no llegan a existir. Pero el estudio de la histeria muestra que, por el contrario, toman vida; esto es, que la modificación material a ellas correspondiente queda conservada, sobreviviendo tales propósitos, como fantasmas de un tenebroso reino, hasta el momento en que logran emerger y apoderarse del cuerpo que hasta entonces habría servido fielmente a la conciencia del yo.

He dicho antes que este mecanismo es típico de la histeria, y he de añadir ahora que no es exclusivo de esta afección. Volvemos a encontrarlo en el «tic» convulsivo, neurosis de tan grande analogía sintomática con la histeria, que todo su cuadro sintomático puede aparecer como fenómeno parcial de la misma, resultando así que Charcot, después de un detenido estudio, sólo pudo establecer, como diferencia, la de que el «tic» histérico llega a desaparecer, perdurando, en cambio, el «tic» auténtico. El cuadro de un grave «tic» convulsivo se compone de movimientos involuntarios que presentan con frecuencia (siempre, según Charcot y Guinon) el carácter de gestos o movimientos adecuados en alguna ocasión anterior, coprolalia, ecolalia y representaciones obsesivas, de las correspondientes a la *folie de doute*. Ahora bien: sorprende leer en Guinon, autor que no penetró en el mecanismo psíquico de estos síntomas, la afirmación de que algunos de sus enfermos habían llegado a sus gestos y contracciones por medio de la objetivación de la representación contrastante. Tales enfermos indican haber visto en determinada ocasión un análogo «tic», o a un cómico, que contraía intencionadamente su rostro en dicha forma, habiendo sentido entonces el temor de verse forzosamente impulsados a imitar tan feas y ridículas contracciones.

Y, en efecto, a partir de aquel momento habían comenzado a imitarlas. Realmente, sólo una pequeñísima parte de los movimientos involuntarios surge de ese modo en los *liqueurs*. En cambio, nos inclinamos a adscribir este mecanismo a la coprolalia, nombre que damos al incoercible impulso que obliga a los *liqueurs*, contra toda su voluntad, a pronunciar las palabras más groseras. La raíz de la coprolalia sería la percepción del enfermo de que le es imposible dejar de emitir ciertos sonidos. A esta percepción se enlazaría luego el temor a perder el dominio sobre otros sonidos, especialmente sobre aquellas palabras que los hombres bien educados evitan pronunciar, y este temor los llevaría a la realización de lo temido. No encuentro en Guinon ninguna anamnesis que

confirme esta hipótesis, y, por mi parte, no he tenido ocasión de interrogar a ningún enfermo de coprolalia. En cambio, encuentro en el mismo autor la exposición de otro caso de «tic», en el que las palabras involuntariamente pronunciadas no pertenecían a la terminología de la coprolalia. Era el sujeto de este caso un hombre adulto, que se veía obligado a pronunciar constantemente el nombre de «María». Siendo estudiante, se había enamorado de una muchacha que llevaba este nombre, enamoramiento que le absorbió durante mucho tiempo y le predispuso a la neurosis. Por entonces comenzó ya a pronunciar en voz alta durante las horas de clase el nombre de su adorada, y este nombre se constituyó en un «tic» que perduraba aún más de veinte años, después de cesar el enamoramiento del sujeto. A mi juicio, lo que sucedió en este caso fue que el firme deseo del sujeto de mantener oculto el nombre de su amada se transformó, al llegar un momento de especial excitación, en la voluntad contraria, perdurando desde entonces el «tic», como en el caso de mi segunda enferma.

Si la explicación de este ejemplo es exacta, habremos de atribuir igual mecanismo al «tic» propiamente coprolálico, pues las palabras groseras son secretos que todos conocemos y cuyo conocimiento procuramos siempre ocultarnos unos a otros^[27].

V

CHARCOT

1893

EL fallecimiento de J. M. Charcot, que el 16 de agosto del presente año (1893) sucumbía a una muerte rápida y sin sufrimientos, después de una vida feliz y gloriosa, ha privado prematuramente a la joven ciencia neurológica de su máximo impulsor; a los neurólogos, de su maestro, y a Francia, de una de sus más preeminentes figuras. Recién cumplidos los sesenta y ocho años, sus energías físicas y su juventud espiritual parecían asegurarle, en armonía con su deseo, francamente manifestado, aquella longevidad de la que han gozado no pocos de los grandes intelectuales de este siglo. Los nueve nutridos volúmenes de sus «Obras completas» —en los cuales han reunido sus discípulos sus aportaciones a la Medicina y la Neuropatología—, las *Leçons du mardi*, las Memorias anuales de su clínica de la Salpêtrière, etc.; todas estas publicaciones, que continuarán siendo caras a la Ciencia y a sus discípulos, no pueden compensarnos la pérdida del hombre que aún hubiera podido ofrecernos tantas enseñanzas, y a cuya persona o cuyos libros nadie se acercó que no aprendiera.

Manifestaba Charcot una naturalísima satisfacción por sus éxitos, y gustaba de hablar sobre sus comienzos y sobre el camino recorrido. Su curiosidad científica quedó tempranamente orientada hacia el rico material que ofrecían los fenómenos neuropatológicos, inexplorados por entonces. Cuando en calidad de interno del Hospital, y muy joven aún, visitaba con el médico propietario alguna de las salas de la Salpêtrière, observando los intrincados cuadros sintomáticos —

parálisis, contracturas, convulsiones, etc.—, para los cuales no se halló por más de cuarenta años nombre ni comprensión algunos, solía decir: «Faudrait y retourner et y rester», y supo cumplir su palabra. Nombrado *médecin des hopitaux*, gestionó enseguida ser destinado a una de aquellas salas de la Salpêtrière dedicadas a las enfermedades nerviosas, y conseguido su deseo, permaneció en dicho puesto, sin hacer jamás uso del derecho concedido a los médicos de su clase de cambiar por riguroso turno, de hospital y de sala, y con ello de especialidad.

Así, pues, sus primeras impresiones profesionales, y el propósito que las mismas hicieron surgir, fueron decisivas para su desarrollo científico ulterior. El hecho de tener a su alcance en la Salpêtrière un amplio material de enfermas nerviosas crónicas le permitió emplear a fondo sus particulares dotes. No era Charcot un pensador, sino una naturaleza de dotes artísticas, o, como él mismo decía, un «visual». Sobre su método de trabajo nos comunicó un día lo que sigue: Acostumbraba considerar detenidamente una y otra vez aquello que no le era conocido y robustecer así, día por día, su impresión sobre ello hasta un momento en el cual llegaba de súbito a su comprensión. Ante su visión espiritual se ordenaba entonces el caos, fingido por el constante retorno de los mismos síntomas, surgiendo los nuevos cuadros patológicos, caracterizados por el continuo enlace de ciertos grupos de síndromes. Haciendo resaltar, por medio de cierta esquematización, los casos complejos y extremos, o sea los «tipos», pasaba luego de éstos a la larga serie de los casos mitigados; esto es, de las *formes frustrées*, que, teniendo su punto inicial en uno cualquiera de los signos característicos del tipo, se extendían hasta lo indeterminado. Charcot decía de esta labor mental, en la que no había quien le igualase, que era «hacer nosografía», y se mostraba orgulloso de ella. Muchas veces le hemos oído afirmar que la mayor satisfacción de que un hombre podía gozar era ver algo nuevo; esto es, reconocerlo como tal, y en observaciones constantemente repetidas, volvía sobre la dificultad y el merecimiento de una tal «visión», preguntándose a qué podía obedecer que los médicos no vieran nunca sino aquello que habían aprendido a ver, y haciendo resaltar la singularidad de que fuera posible ver de repente cosas nuevas —estados patológicos nuevos— que, sin embargo, eran probablemente tan antiguas como la Humanidad misma. Así, él mismo se sentía obligado a confesar que veía ahora en sus enfermas cosas que le habían pasado inadvertidas durante treinta años. Todos los médicos tienen perfecta consciencia de la riqueza de formas que la Neuropatología debe a

Charcot y de la precisión y seguridad que el diagnóstico ha adquirido merced a sus observaciones. A los discípulos que pasaban con él la visita a través de las salas de la Salpêtrière, museo de hechos clínicos cuyos nombres y peculiaridades habían sido hallados por él en su mayor parte, les recordaba a Cuvier, el gran conocedor y descriptor del mundo zoológico, al cual nos muestra su estatua del *Jardín des Plantes* rodeado de multitud de figuras animales, o los hacía pensar en el mito de Adán, que debió de gozar con máxima intensidad de aquel placer intelectual, tan ensalzado por Charcot, cuando Dios le confió la labor de diferenciar y dar un nombre a todos los seres del Paraíso.

Charcot no se fatigaba nunca de defender los derechos de la labor puramente clínica, consistente en ver y ordenar, contra la intervención de la medicina teórica. En una ocasión nos reunimos en su visita unos cuantos médicos y estudiantes extranjeros, penetrados de respeto a la fisiología «oficial» alemana, que acabamos por irritarle levemente, discutiendo sus novedades clínicas. «Eso no puede ser —observó uno de nosotros—, pues contradice la teoría de Young-Helmholtz». Charcot no respondió como hubiera sido de esperar: «Tanto peor para la teoría. Los hechos clínicos tienen primacía». Pero pronunció una frase que nos impresionó intensamente: «La théorie c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister».

Durante largos años desempeñó Charcot en París la cátedra de Anatomía patológica; pero lo que le dio rápida fama, incluso en el extranjero, fueron sus conferencias y trabajos sobre Neuropatología; labor espontánea, que llevaba a cabo al margen de sus ocupaciones oficiales. Sin embargo, para la Neuropatología fue una fortuna esta dualidad, por la cual el mismo hombre de ciencia creaba, mediante la observación clínica, los cuadros patológicos, y demostraba luego en el tipo y en la *forme frustrée* la existencia de igual modificación anatómica como base de la enfermedad. Los resultados positivos, fruto de este método anatómico-clínico de Charcot, en el campo de las enfermedades nerviosas orgánicas, de las tabes, la esclerosis múltiple, la esclerosis lateral amiotrófica, etcétera, son generalmente conocidos. Con frecuencia se precisaban largos años de paciente espera hasta descubrir en estas afecciones crónicas la modificación orgánica, y sólo en un hospital de las condiciones y características de la Salpêtrière podía observarse y conservar a las enfermas a través de tanto tiempo. Sin embargo, y por una singular casualidad, Charcot realizó la primera demostración de este género antes de su entrada en la Salpêtrière. El azar llevó a su casa, en sus tiempos de estudiante, a una criada

que padecía de singular temblor, y cuya consiguiente falta de seguridad en el manejo de los utensilios domésticos le dificultaba encontrar colocación. Charcot reconoció en su estado la *paralysie choreiforme*, descrita ya por Duchenne, pero de la que no se sabía el origen, y conservó a su servicio a la interesante criada, no obstante representar una pequeña fortuna los platos, tazas y copas que rompía, hasta que la muerte le permitió comprobar que la *paralysie choreiforme* era la expresión clínica de la esclerosis cerebro-espinal múltiple.

La Anatomía patológica presta a la Neurología un doble auxilio. A más de descubrir las alteraciones patológicas, fija su localización, y todos sabemos que en los dos últimos decenios ha sido este último tema uno de los que más interés han suscitado, realizándose en él grandes progresos. Charcot colaboró grandemente a esta labor, aunque no se deban a él los descubrimientos más importantes. Al principio siguió las huellas de nuestro compatriota Tuerck, cuyas investigaciones no hallaron ambiente muy favorable entre nosotros, y que luego, al surgir las dos grandes novedades, iniciadoras de una nueva época para nuestro conocimiento, de la «localización de las enfermedades nerviosas» —los experimentos de Hitzig-Frisch y los descubrimientos de Flechsig—, realizó con sus conferencias una meritísima labor, encaminada a conciliar con la clínica las nuevas teorías. Por lo que especialmente respecta a la realización del sistema muscular con la zona motora cerebral, recuerdo cuán largo tiempo permanecieron indecisas la naturaleza y la tónica de esta relación (representación común de ambas extremidades de los mismos lugares, representación de la extremidad superior en la circunvolución central anterior y de la inferior en la posterior, o sea ordenación vertical), hasta que continuadas observaciones clínicas y experimentos de estímulo y extirpación, realizados en sujetos vivos con ocasión de intervenciones quirúrgicas, decidieron la cuestión a favor de Charcot y Pitres, según los cuales el tercio medio de las circunvoluciones centrales integraba el centro correspondiente a las extremidades superiores, y el tercio superior, el de las inferiores, existiendo, por tanto, una ordenación horizontal de la región motora.

No sería posible demostrar por medio de una enumeración detallada la importancia de Charcot para la Neuropatología, pues en los dos últimos decenios no ha habido muchos temas de alguna significación en cuyo planteamiento y discusión no haya participado ampliamente la «escuela de la Salpêtrière», la cual era, claro está, Charcot mismo, que con su amplia experiencia, la luminosa claridad de su exposición y la plástica de: sus descripciones, se transparentaba

siempre en las obras de sus discípulos. Entre los médicos y estudiantes que Charcot atrajo a sí e hizo partícipes de sus investigaciones, hubo varios que se elevaron hasta la consciencia de su individualidad y adquirieron renombre personal, llegando algunos de ellos a emitir juicios que el maestro consideró más ingeniosos que exactos y combatió, no sin cierto sarcasmo, en sus conversaciones y conferencias, pero sin que jamás se alterasen por ello sus afectuosas relaciones con los criticados. Deja, en efecto, Charcot tras de sí una legión de discípulos cuya calidad intelectual, de la que muchos han dado ya afortunadas pruebas, garantiza que la Neuropatología no descenderá tan pronto en París del nivel al que Charcot la ha hecho elevarse.

En Viena hemos tenido ya repetidas ocasiones de comprobar que la importancia intelectual de un profesor académico nos trae consigo necesariamente aquel influjo sobre las jóvenes generaciones que se exterioriza en la creación de una escuela importante y numerosa. Si Charcot fue mucho más feliz a este respecto, hemos de atribuirlo a sus cualidades personales, al intenso atractivo de su figura y de su palabra, a la amable franqueza que caracterizaba su conducta para con todos en cuanto el trato había traspasado su primer estadio de desconocimiento mutuo, a la afabilidad con que ponía a disposición de sus discípulos todo cuanto éstos precisaban y a la fiel amistad que supo conservarles toda su vida. Las horas que pasaba en su clínica, dedicado a la observación de los enfermos, eran horas de cordial intercambio de ideas con todo su estado mayor médico. Jamás se aisló en estas ocasiones. El más joven y menos significado de los internos encontraba siempre ocasión de verle trabajar, y de esta misma libertad gozaban también los extranjeros, que en épocas ulteriores no faltaban nunca en su visita. Por último, cuando la señora de Charcot, secundada por su hija, muchacha inteligentísima y de gran semejanza física y espiritual con su padre, abría las puertas de su hospitalario hogar a una escogida sociedad los invitados hallaban siempre en torno del maestro, y como formando parte de su familia, a sus discípulos y auxiliares.

Los años 1882 y 1883 trajeron consigo la estructuración definitiva de la vida de Charcot y de su labor científica. Francia reconoció en él una gloria nacional, y el Gobierno, a la cabeza del cual se hallaba Gambetta, antiguo amigo de Charcot, creó para éste una cátedra de Neuropatología en la Facultad de Medicina, a la cual se transfirió Charcot, dejando la de Anatomía patológica y una clínica, auxiliada por diversos institutos científicos, en la Salpêtrière. «Le service de monsieur Charcot» comprendió entonces, a más de las antiguas salas para

enfermas crónicas, varias salas clínicas, en las que fueron admitidos también hombres; una gigantesca ambulancia, la *consultation externe*, un laboratorio histológico, un museo, una sala de electroterapia, otra para enfermos de los ojos y de los oídos y un estudio fotográfico propio; instituciones que permitían ligar duraderamente y en puestos fijos en la clínica a los auxiliares y discípulos de Charcot. El vetusto edificio, de dos pisos, con sus patios circundantes, nos recordaba singularmente nuestro Hospital General de Viena; pero aquí cesaban las analogías. «Nuestro local no es ciertamente muy bonito —decía Charcot a los visitantes—, pero encontramos en él sitio para todo».

Charcot se hallaba en el cenit de su vida cuando el Gobierno francés puso a su disposición todos estos medios de enseñanza e investigación. Era un trabajador infatigable; a mi juicio, el más aplicado siempre de toda la escuela. Su consulta privada, a la que acudían enfermos de todos los países no le hizo descuidar ni un momento sus actividades pedagógicas e investigadoras. El extraordinario número de enfermos que a él afluía no se dirigía tan sólo al famoso investigador, sino igualmente al gran médico y filántropo, que siempre sabía hallar algo beneficioso para el enfermo, adivinando cuando el estado de la Ciencia no le permitía saber. Se le ha reprochado repetidamente su terapia, que, por su riqueza de prescripciones, tenía que repugnar a una consciencia racionalista. Pero ha de tenerse en cuenta que no hacía sino seguir los métodos usados en su tiempo y esfera de acción, aunque sin abrigar grandes ilusiones sobre su eficacia. Por lo demás, su actitud con respecto a la terapia no era nada pesimista, y nunca se negó a ensayar en su clínica nuevos métodos curativos. Como pedagogo, Charcot era extraordinario; cada una de sus conferencias constituía una pequeña obra de arte de tan acabada forma y exposición tan penetrante, que era imposible olvidarlas. Rara vez presentaba en sus lecciones un solo enfermo. Por lo general, hacía concurrir a toda una serie de ellos, comparándolos entre sí. El aula en que desarrollaba sus conferencias se hallaba ornamentada con un cuadro que representaba al «ciudadano» Pinel en el momento de quitar las ligaduras a los infelices dementes de la Salpêtrière. Este establecimiento, que tantos horrores presenció durante la Revolución, fue también el lugar donde se llevó a cabo la humanitaria rectificación médica en el cuadro representada. Charcot mismo causaba en sus conferencias una singular impresión. Su rostro, rebosante siempre de alegre animación, adquiría en estas ocasiones un severo y solemne continente bajo el gorro de terciopelo con que cubría su cabeza, y su voz bajaba de tono y sonoridad. Esta circunstancia ha

movido a algunos espíritus malignos a hallar en sus conferencias cierta teatralidad. Pero los que así han hablado estaban habituados a la sencillez de las conferencias clínicas alemanas u olvidaban que Charcot sólo daba una por semana, pudiendo así prepararla con todo esmero.

Si con estas solemnes conferencias, en las que todo estaba preparado y había de desarrollarse conforme a un estudiado plan, seguía Charcot, muy probablemente, una arraigada tradición, no dejaba también de sentir la necesidad de presentar a sus oyentes un cuadro menos artificial de su actividad. Para ello se servía de la ambulancia de la clínica, cuyo servicio desempeñaba personalmente en las llamadas *Leçons du mardi*. En estas lecciones examinaba casos que hasta aquel momento no había sometido a observación; se exponía a todas las contingencias del examen y a todos los errores de un primer reconocimiento; se despojaba de su autoridad para confesar, cuando a ello había lugar, que no encontraba el diagnóstico correspondiente a un caso, o que se había dejado inducir a error por las apariencias, y nunca pareció más grande a sus oyentes que al esforzarse, así en disminuir, con la más franca y sincera exposición de sus procesos deductivos y de sus dudas y vacilaciones, la distancia entre el maestro y sus discípulos. La publicación de estas conferencias improvisadas ha ampliado infinitamente el círculo de sus admiradores, y nunca ha conseguido una obra de Neuropatología un tan clamoroso éxito entre el público médico.

Simultáneamente a la fundación de la clínica y al trueque de la cátedra de Anatomía patológica por la de Neuropatología, experimentaron las inclinaciones científicas de Charcot un cambio de orientación, al que debemos uno de sus más bellos trabajos. Declaró, en efecto, cerrada la teoría de las enfermedades nerviosas orgánicas y comenzó a dedicarse casi exclusivamente a la histeria, la cual quedó así constituida, de una sola vez, en foco de la atención general. Esta enfermedad, la más enigmática de todas las de los nervios, y para cuyo enjuiciamiento no habían hallado aún los médicos ningún punto de vista válido, se encontraba precisamente bajo los efectos de un descrédito que se extendía a los médicos dedicados a su estudio. Era opinión general que en la histeria todo resultaba posible y se negaba crédito a las afirmaciones de tales enfermas. El trabajo de Charcot devolvió primeramente a este tema su dignidad y dio fin a las irónicas sonrisas con las que se acogían las lamentaciones de las pacientes. Puesto que Charcot, con su gran autoridad, se había pronunciado en favor de la autenticidad y la objetividad de los fenómenos histéricos, no podía tratarse, como se creía antes, de una simulación. Así, pues, repitió Charcot, en pequeño,

el acto liberador de Pinel, perpetuado en el cuadro que exornaba el aula de la Salpêtrière. Una vez rechazado el ciego temor a ser burlados por las infelices enfermas, temor que se había opuesto hasta el momento a un detenido estudio de dicha neurosis podía pensarse en cuál sería el modo más directo de llegar a la solución del problema. Un observador ingenuo y poco perito en la materia hubiera establecido el siguiente proceso deductivo: Si encontramos a un sujeto en un estado que presenta todos los signos propios de un afecto doloroso, habremos de sospechar la existencia en dicho sujeto de un proceso psíquico, del cual serían manifestaciones perfectamente justificadas dichos fenómenos somáticos. El individuo sano podría en este caso manifestar qué impresión le atormenta. En cambio, el histérico alegaría ignorarlo, y de este modo surgiría en el acto el problema de por qué el histérico aparece dominado por un afecto cuya causa afirma ignorar. Si mantenemos entonces nuestra conclusión de que ha de existir un proceso psíquico correspondiente al efecto, dando, sin embargo, crédito a las manifestaciones del enfermo, que niega su existencia, y reunimos los múltiples indicios de los que resulta que la enferma se conduce como obediente a un motivo, investigamos la historia y circunstancias personales del paciente y hallamos en esta labor un motivo o trauma susceptible de crear los fenómenos observados, nos sentiremos inclinados a suponer que el enfermo se halla en un especial estado psíquico, en el que la coherencia lógica no enlaza ya todas las impresiones y reminiscencias, pudiendo un recuerdo exteriorizar su afecto mediante fenómenos somáticos, sin que el grupo de los demás procesos anímicos, o sea el yo sepa nada ni pueda oponerse. El recuerdo de la conocida diferencia psicológica del sueño y la vigilia mitigaría la singularidad de esta hipótesis, no pudiendo objetarse tampoco que un observador ingenuo y no especializado jamás llegaría a la hipótesis de una disociación de la consciencia como solución del enigma de la histeria. En realidad la Edad Media escogió ya esta solución al admitir como causa de los fenómenos histéricos la posesión por el demonio. Todo se reduce, pues, a sustituir la terminología religiosa de aquella oscura y supersticiosa época por la científica de los tiempos presentes.

Charcot no siguió este camino para llegar a una explicación de la histeria, aunque sí acudió al rico material de datos contenidos en los procesos por hechicería y posesión satánica, para demostrar que los fenómenos de las neurosis habían sido los mismos en todos los tiempos. Considerando la histeria como uno de los temas de la Neuropatología, dio la descripción completa de sus fenómenos, demostró que los mismos seguían determinadas leyes y normas y

enseñó a conocer los síntomas que permitían diagnosticar la histeria. A él y a sus discípulos debemos concienzudas investigaciones sobre las perturbaciones histéricas de la sensibilidad de la piel y de las regiones más profundas, y sobre las alteraciones de los órganos sensoriales, las peculiaridades de las contracturas y parálisis histéricas, las perturbaciones tróficas y los trastornos de la nutrición. Después de describir las diversas formas del ataque histérico, se estableció un esquema que presentaba dividida en cuatro estadios, la estructura típica del «gran» ataque histérico, y permitía referir al «tipo» el «pequeño» ataque corrientemente observado. Asimismo se hizo objeto de estudio la situación y frecuencia de las llamadas zonas histerógenas y su relación con los ataques, etc. Todos estos conocimientos sobre el fenómeno de la histeria condujeron a una serie de sorprendentes descubrimientos. Así se comprobó la histeria en sujetos masculinos, especialmente en individuos de la clase obrera, con insospechada frecuencia, y se llegó a la convicción de que determinados accidentes, atribuidos antes a la intoxicación por el alcohol o por el plomo, eran de naturaleza histérica, aprendiéndose, además, a incluir en este concepto afecciones hasta entonces aisladas e incomprensibles y a circunscribir la participación de la histeria en aquellos casos, en los que la neurosis se había aliado a otras enfermedades, formando complejos cuadros patológicos. La investigación recayó también con máxima amplitud sobre las enfermedades nerviosas consecutivas a graves traumas; esto es, sobre las «neurosis traumáticas», cuya naturaleza se discute todavía hoy, y con respecto a las cuales defendió Charcot, con éxito, los derechos de la histeria.

Una vez que esta extensión del concepto de la histeria condujo a rechazar con gran frecuencia diagnósticos etiológicos, se hizo sentir la necesidad de penetrar en la etiología de la histeria misma. Charcot condensó esta etiología en una fórmula muy sencilla: la única causa de la histeria sería la herencia. Por tanto, no constituiría esta neurosis sino una forma de degeneración, un miembro de la famille névrotique. Todos los demás factores etiológicos no desempeñarían sino el papel de *agents provocateurs*.

La construcción de este gran edificio científico no se llevó a cabo sin enérgica oposición; pero era ésta la oposición estéril de la vieja generación, que no quería ver modificadas sus opiniones. En cambio, los neurólogos jóvenes, incluso los alemanes, aceptaron las teorías de Charcot, en mayor o menor medida. El mismo Charcot se hallaba totalmente seguro del triunfo de sus teorías sobre la histeria. Cuando se le objetaba que en ningún país fuera de Francia se

habían observado, hasta el momento, los cuatro estadios del ataque ni la histeria masculina, etc., alegaba que también a él le habían pasado inadvertidos tales fenómenos, y repetía que la histeria era la misma en todos los tiempos y lugares. Le irritaba sobre manera oír decir que los franceses eran una nación más nerviosa que ninguna otra, siendo la histeria un vicio nacional, y tuvo una gran alegría cuando una publicación sobre «un caso de epilepsia» en un granadero alemán le permitió establecer, a distancia, el diagnóstico de histeria.

En un punto de su labor sobrepasó Charcot el nivel de su general tratamiento de la histeria y dio un pasó que le asegura para siempre el renombre del primer esclarecedor de tal enfermedad. Ocupado en el estudio de las parálisis histéricas surgidas después de traumas, se le ocurrió reproducir artificialmente estas parálisis, que antes había diferenciado minuciosamente de las orgánicas, y se sirvió para ello de pacientes histéricos, a los que transfería por medio de la hipnosis al estado de sonambulismo. De este modo consiguió demostrar, por medio de un riguroso encadenamiento deductivo, que tales parálisis eran consecuencia de representaciones dominantes en el cerebro del enfermo, en momentos de especial disposición, quedando así explicado por vez primera el mecanismo de un fenómeno histérico. A este incomparable resultado de la investigación clínica enlazaron sus estudios Janet, discípulo de Charcot; Breuer y otros, desarrollando una teoría de la neurosis coincidente con el concepto medieval de esta afección, con la única diferencia de sustituir el «demonio» por una fórmula psicológica.

El estudio llevado a cabo por Charcot de los fenómenos hipnóticos en sujetos histéricos situó en primer término este importantísimo sector de hechos hasta entonces descuidados y despreciados, dando fin, de una vez para siempre, a las dudas sobre la realidad de los fenómenos histéricos. Pero esta materia, puramente psicológica, no se adaptaba al tratamiento exclusivamente nosográfico que encontró en la escuela de la Salpêtrière. La limitación del estudio de la hipnosis a los histéricos, la diferenciación de grande y pequeña hipnosis, el establecimiento de tres estadios de la «gran hipnosis» y su caracterización por fenómenos somáticos, todo esto perdió la estimación de los contemporáneos cuando Bernheim, discípulo de Liébault, emprendió la labor de construir la teoría del hipnotismo sobre una más amplia base psicológica y hacer de la sugestión el nódulo de la hipnosis. Sólo aquellos adversarios del hipnotismo que encubren su propia falta de experiencia en esta materia remitiéndose a las opiniones de cualquier autoridad continúan fieles a la teoría

de Charcot y gustan de alegar una afirmación de sus últimos años, que niega toda significación a la hipnosis como medio terapéutico.

También habrán de experimentar en breve importantes modificaciones y correcciones las hipótesis etiológicas expuestas por Charcot en su teoría de la *famille néuropathique*, de las cuales hizo el maestro la base de su concepción total de las enfermedades nerviosas. Charcot exageraba tanto la herencia como causa, que no dejó espacio alguno para la adquisición de las neuropatías. No concedía a la sífilis sino un modestísimo puesto entre los *agents provocateurs*, ni diferenciaba suficientemente, tanto con respecto a la etiología como a los demás conceptos las afecciones nerviosas orgánicas de las neurosis. Es indudable que el progreso de nuestra ciencia, aumentando nuestros conocimientos desvalorizará parte de las enseñanzas de Charcot; pero ningún cambio de los tiempos ni de las opiniones disminuirá la fama del hombre cuya pérdida se llora hoy en Francia y fuera de ella.

Viena, agosto 1893.

VI

ESTUDIOS SOBRE LA HISTERIA^[28]

1895

Los «Estudios sobre la histeria», escritos en colaboración por los doctores José Breuer y S. Freud, aparecieron por vez primera en 1895, publicada por Deuticke, Leipzig-Viena.

Siguiendo la pauta que nos traza la edición alemana de las obras completas del profesor Freud, no recogemos en esta edición castellana sino la parte que de dichos «Estudios» corresponde privativamente a Freud, excepción hecha de los capítulos A, B y C, que corresponden a ambos colaboradores.

A) PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN (Breuer y Freud)

NUESTRAS experiencias recogidas con un nuevo método de exploración y tratamiento de los fenómenos histéricos las publicamos en 1893 en forma de una «Comunicación preliminar^[29]», agregándoles de la manera más concisa todas las concepciones teóricas que a la sazón habíamos alcanzado. Dicha «Comunicación» vuelve a ser impresa aquí a manera de tesis, que habrá de ser ilustrada y ampliada.

Ahora continuamos esa exposición con una serie de observaciones clínicas en cuya selección no pudimos, por desgracia, dejarnos gobernar exclusivamente por razones científicas. En efecto, nuestras experiencias han sido recogidas en la práctica profesional privada, en el seno de una clase social culta e ilustrada, y su

contenido roza en múltiples sentidos la vida y los destinos más íntimos de nuestros pacientes. Significaría cometer un grave abuso de confianza publicar tales revelaciones, a riesgo de que los pacientes sean identificados y de que en sus círculos se difundan hechos que sólo pudieron ser confiados al médico. De ahí que hayamos tenido que renunciar a las observaciones más instructivas y demostrativas, que en primer lugar conciernen, naturalmente, a aquellos casos en los cuales las condiciones sexuales y matrimoniales tuvieron importancia etiológica. Tal es el motivo de que sólo hayamos podido demostrar muy fragmentariamente nuestro concepto de que la sexualidad, en tanto que fuente de traumas psíquicos y motivo de la «defensa», de la represión de ideas fuera de la consciencia, desempeña un papel cardinal en la patogenia de la histeria. Simplemente hemos tenido que excluir de esta publicación las observaciones más crudamente sexuales.

A las historias clínicas les sigue una serie de consideraciones teóricas^[30], y en un capítulo final de índole terapéutica exponemos la técnica del «método catártico» tal como se ha desarrollado en manos del neurólogo.

Si en algunos pasajes aparecen opiniones dispares y aun contradictorias, ello no debe interpretarse como indicio de una concepción vacilante, sino que corresponde a las legítimas diferencias de opinión entre dos observadores que, si bien concuerdan fundamentalmente en cuanto a los hechos y los principios básicos, no coinciden siempre en sus interpretaciones y en sus presunciones.

Abril de 1895.

J. BREUER & S.FREUD

B) PRÓLOGOS DE LA SEGUNDA EDICIÓN (de Breuer y de Freud)

1908

EL creciente interés que se le viene dedicando al psicoanálisis parece orientarse ahora también a los *Estudios sobre la histeria*^[31]. El editor desea publicar una nueva edición de este volumen, actualmente agotado. Helo aquí reimpresso sin modificaciones, a pesar de que las concepciones y los

métodos expuestos en la primera edición han experimentado en el ínterin amplias y profundas modificaciones. En lo que a mí respecta, desde entonces no he vuelto a ocuparme activamente con el tema, no he tenido parte alguna en su importante desarrollo y nada podría agregar a lo dicho en 1895. Así, sólo me cabe desear que mis dos trabajos incluidos en dicha obra^[32] vuelvan a aparecer en su forma original al reeditarse la misma.

J. BREUER

La reproducción inalterada del texto de la primera edición es también la única posibilidad que veo para la parte que me corresponde en el presente libro. La evolución y las modificaciones que mis conceptos han experimentado en el curso de trece años de labor son demasiado vastas como para incorporarlas a la exposición que de ellas hice entonces, sin desvirtuar totalmente el carácter que ésta posee. Por otra parte, carezco de todo motivo que pudiera inducirme a suprimir este testimonio de mis opiniones iniciales. Aún hoy no puedo considerarlas erróneas, sino merecedoras de aprecio como primeras aproximaciones a conocimientos que sólo un esfuerzo continuado durante largo tiempo permitió captar con mayor integridad. De cuanto posteriormente se agregó a la teoría de la catarsis —el papel de los factores psicosexuales, el del infantilismo, la importancia de los sueños y del simbolismo inconsciente, entre otras cosas—, el lector atento sabrá encontrar los gérmenes ya en este libro. Finalmente, a quien se interese por la evolución que condujo de la catarsis al psicoanálisis, no podría darle mejor consejo que el de comenzar con los *Estudios sobre la histeria*, recorriendo así el mismo camino que yo hube de seguir.

Vierta, en julio de 1908.

FREUD

C) EL MECANISMO PSIQUICO DE LOS FENOMENOS HISTERICOS^[33]

(COMUNICACIÓN PRELIMINAR) (Breuer y Freud)

1893

I Estimulados por una observación casual, venimos dedicándonos hace ya tiempo a investigar la motivación de los diversos síntomas y formas de la histeria, o sea aquel proceso que hizo surgir por vez primera, con frecuencia muchos años atrás, el fenómeno de que se trate. En la mayoría de los casos, el simple examen del enfermo no basta, por penetrante que sea, para descubrirnos tal punto de partida; resultado negativo, debido en parte a tratarse muchas veces de sucesos que al enfermo desagrada recordar; pero, sobre todo, a que el sujeto no recuerda realmente lo buscado, e incluso ni sospecha siquiera la conexión causal del proceso motivador con el fenómeno patológico. Casi siempre es necesario hipnotizar al paciente y despertar en él durante la hipnosis los recuerdos de la época en la que el síntoma apareció por vez primera; procedimiento que nos permite ya establecer del modo más preciso y convincente la conexión buscada.

Con este método de investigación hemos obtenido en un gran número de casos resultados valiosísimos, tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico.

Por lo que respecta a la teoría, nos han demostrado, en efecto, dichos resultados que el factor accidental posee en la patología de la histeria un valor determinante, mucho más elevado de lo que generalmente se acepta y reconoce. En la histeria «traumática» está fuera de duda que es el accidente lo que ha provocado el síndrome, y cuando de las manifestaciones de los enfermos de ataques histéricos nos es posible deducir que en todos y cada uno de sus ataques vive de nuevo por alucinación aquel mismo proceso que provocó el primero que padecieron, también se nos muestra de una manera evidente la conexión causal. No así en otros distintos fenómenos.

Pero nuestros experimentos nos han demostrado que síntomas muy diversos, considerados como productos espontáneos - «idiopáticos», podríamos decir— de la histeria, poseen con el trauma causal una conexión tan estrecha como la de los fenómenos antes mencionados, transparentes en este sentido. Hemos podido referir a tales factores causales neuralgias y anestias de formas muy distintas, que en algunos casos venían persistiendo a través de años anteriores; contracturas y parálisis; ataques histéricos y convulsiones epileptoides, diagnosticadas de epilepsia por todos los observadores; *petit mal* y afecciones de la naturaleza de los «tics»; vómitos persistentes y anorexia, llevada hasta la repulsa de todo alimento, perturbaciones de la visión, alucinaciones visuales continuas, etc.,

etcétera. La desproporción entre el síntoma histérico, persistente a través de años enteros, y su motivación, aislada y momentánea, es la misma que estamos habituados a observar en la neurosis traumática. Con frecuencia, la causa de los fenómenos patológicos, más o menos graves, que el paciente presenta, está en sucesos de su infancia.

En muchas ocasiones es tan perceptible la conexión, que vemos con toda evidencia cómo el suceso causal ha dado origen precisamente al fenómeno de que se trata y no a otro distinto. Dicho fenómeno aparece entonces transparentemente determinado por su motivación. Así sucede —para elegir un ejemplo vulgarísimo— cuando un afecto doloroso, surgido en ocasión de hallarse comiendo el sujeto, y retenido por el mismo, produce después malestar y vómitos, que luego perduran a través de meses enteros en calidad de vómitos histéricos. Una muchacha, que llevaba varias noches velando angustiada a su padre, enfermo, cayó una de ellas en un estado de obnubilación, durante el cual se le durmió el brazo derecho, que tenía colgando por encima del respaldo de la silla, y sufrió una terrible alucinación. Todo ello originó una «pereza» de dicho brazo, con anestesia y contractura. Además, habiendo querido rezar, no encontró palabras, hasta que, por fin, consiguió pronunciar una pequeña oración infantil en inglés; y cuando algún tiempo después se vio aquejada por una grave y complicada histeria, olvidó por completo durante año y medio su idioma natal, no pudiendo hablar, escribir ni comprender sino el inglés^[34]. Una señora, cuya hija se hallaba gravemente enferma, puso toda su voluntad, al verla conciliar el sueño, en evitar cualquier ruido que pudiera despertarla; pero precisamente a causa de tal propósito («voluntad contraria histérica») acabó produciendo un singular chasquido con la lengua. Posteriormente, en otra ocasión, en la que deseaba también guardar un absoluto silencio, volvió a dejar escapar dicho ruido, el cual pasó ya a constituirse en un «tic», que durante años enteros acompañó toda excitación^[35]. Un sujeto de gran inteligencia hubo de asistir a un hermano suyo en una operación quirúrgica, encaminada a corregir una anquilosis de la articulación de cadera. En el momento en que la articulación cedió, crujendo a los esfuerzos del operador, sintió en igual lugar de su cuerpo un agudo dolor, que persistió luego cerca de un año.

En otros casos no es tan sencilla la conexión; entre la motivación y el fenómeno patológico no existe sino una relación simbólica, semejante a la que el hombre sano constituye en el sueño cuando, por ejemplo, viene a unirse una

neuralgia a un dolor anímico, o náuseas al efecto de repugnancia moral. Hemos observado enfermos que acostumbran hacer amplio uso de un tal simbolismo^[36]. En una tercera serie de casos no logramos descubrir al principio una semejante determinación. A esta serie pertenecen precisamente los síntomas histéricos típicos, tales como la hemianestesia, la disminución del campo visual, las convulsiones epileptiformes, etc. Más adelante, al entrar ya de lleno en la discusión de la materia, expondremos nuestra opinión sobre este grupo de fenómenos.

Estas observaciones no parecen demostrar la analogía patógena de la histeria común con la neurosis traumática y justificar una extensión del concepto de «histeria traumática». En la neurosis traumática, la verdadera causa de la enfermedad no es la leve lesión corporal, sino el sobresalto, o sea el *trauma psíquico*. También con relación a muchos síntomas histéricos nos han revelado análogamente nuestras investigaciones causas que hemos de calificar de traumas psíquicos. Cualquier afecto que provoque los afectos penosos del miedo, la angustia, la vergüenza o el dolor psíquico puede actuar como tal trauma. De la sensibilidad del sujeto (y de otra condición, que más adelante indicaremos) depende que el suceso adquiera o no importancia traumática. En la histeria común hallamos muchas veces, sustituyendo el intenso trauma único, varios traumas parciales, o sea un grupo de motivaciones, que sólo por su acumulación podían llegar a exteriorizar un efecto traumático, y cuya única conexión está en constituir fragmentos de un mismo historial patológico. En otros casos son circunstancias aparentemente indiferentes las que por su coincidencia con el suceso, realmente eficaz, o con un instante de gran excitabilidad, adquieren la categoría de traumas, que nadie sospechaba poseyeran, pero que conservan ya a partir de ese momento.

Pero la conexión causal del trauma psíquico con el fenómeno histérico no consiste en que el trauma actúe de «agente provocador», haciendo surgir el síntoma, el cual continuaría subsistiendo independientemente. Hemos de afirmar más bien que el trauma psíquico, o su recuerdo, actúa a modo de un cuerpo extraño; que continúa ejerciendo sobre el organismo una acción eficaz y presente, por mucho tiempo que haya transcurrido desde su penetración en él. Esta actuación del trauma psíquico queda demostrada por un singularísimo fenómeno, que confiere además a nuestros descubrimientos un alto interés práctico.

Hemos hallado, en efecto, y para sorpresa nuestra, al principio, que *los distintos síntomas histéricos desaparecían inmediata y definitivamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador, y con él el afecto concomitante, y describía el paciente con el mayor detalle posible dicho proceso, dando expresión verbal al afecto*. El recuerdo desprovisto de afecto carece casi siempre de eficacia. El proceso psíquico primitivo ha de ser repetido lo más vivamente posible, retrotraído al *status nascendi*, y «expresado» después. En esta reproducción del proceso primitivo, y tratándose de fenómenos de excitación, aparecen éstos —convulsiones, neuralgias, alucinaciones, etc.— nuevamente con toda intensidad, para luego desaparecer de un modo definitivo. Las parálisis y anestias desaparecen también, aunque, naturalmente, no resulte perceptible su momentánea intensificación^[37].

No parece muy aventurado sospechar que de lo que en estos casos se trata es de una sugestión inintencionada. El enfermo esperaría verse libertado de su dolencia por el procedimiento descrito, y esta esperanza, y no el hecho mismo de dar expresión verbal al recuerdo del proceso provocador y a su efecto concomitante, sería el verdadero factor terapéutico. Pero no es así. La primera observación de este género en la cual fue analizado^[38] en la forma indicada un complicadísimo caso de histeria, siendo suprimidos por separado los síntomas separadamente originados, procede del año 1881, o sea de la época «presugestiva»; fue facilitada por autohipnosis espontánea del enfermo y causó al observador la mayor sorpresa.

Invirtiendo el principio de *cessante causa, cessat effectus*, podemos muy bien deducir de estas observaciones que el proceso causal actúa aún de algún modo después de largos años y no indirectamente, por mediación de una cadena de elementos causales intermedios, sino inmediatamente como causa inicial, del mismo modo que un antiguo dolor psíquico, recordado en estado de vigilia, provoca todavía las lágrimas. Así, pues, *el histérico padecería principalmente de reminiscencias*^[39].

II En un principio parece extraño que sucesos tan pretéritos puedan actuar con tal intensidad; esto es, que su recuerdo no sucumba al desgaste, al que vemos sucumbir todos nuestros demás recuerdos. Las consideraciones siguientes nos facilitarán quizá la comprensión de estos hechos.

La debilitación o pérdida de afecto de un recuerdo depende de varios factores

y, sobre todo, de *que el sujeto reaccione o no enérgicamente al suceso estimulante*. Entendemos aquí por reacción toda la serie de reflejos, voluntarios e involuntarios —desde el llanto hasta el acto de venganza—, en los que, según sabemos por experiencia, se descargan los afectos. Cuando esta reacción sobreviene con intensidad suficiente, desaparece con ella gran parte del afecto. En cambio, si se reprime la reacción, queda el afecto ligado al recuerdo. El recuerdo de una ofensa castigada, aunque sólo fuese con palabras, es muy distinto del de otra que hubo de ser tolerada sin protesta.

La reacción del sujeto al trauma sólo alcanza un efecto «catártico» cuando es adecuado; por ejemplo, la venganza. Pero el hombre encuentra en la palabra un subrogado del hecho, con cuyo auxilio puede el afecto ser también casi igualmente *descargado por reacción (Abreagiert)*. En otros casos es la palabra misma el reflejo adecuado a título de lamentación o de alivio del peso de un secreto (la confesión). Cuando no llega a producirse tal reacción por medio de actos o palabras, y en los casos más leves, por medio de llanto, el recuerdo del suceso conserva al principio la acentuación afectiva.

La «descarga por reacción» no es, sin embargo, el único medio de que dispone el mecanismo psíquico normal del individuo sano para anular los efectos de un trauma psíquico. El recuerdo del trauma entra, aunque no haya sido descargado por reacción, en el gran complejo de la asociación, yuxtaponiéndose a otros sucesos, opuestos, quizá, a él, y siendo corregido por otras representaciones. Así, después de un accidente, se unen al recuerdo del peligro y a la reproducción (atenuada) del sobresalto el recuerdo del curso ulterior del suceso, o sea el de la salvación, y la conciencia de la seguridad presente. El recuerdo de una ofensa no castigada es corregido por la rectificación de los hechos, por reflexiones sobre la propia dignidad, etc., y de este modo logra el hombre normal la desaparición del afecto, concomitante al trauma, por medio de funciones de la asociación.

A esto se añaden luego aquella debilitación general de las impresiones y aquel empalidecer de los recuerdos, que constituyen lo que llamamos «olvidos», el cual desgasta, ante todo, las representaciones, carentes ya de eficacia afectiva.

Ahora bien: de nuestras observaciones resulta que aquellos recuerdos que han llegado a constituirse en causas de fenómenos histéricos se han conservado con maravillosa nitidez y con toda su acentuación afectiva a través de largos espacios de tiempo. Hemos de advertir, sin embargo, que los enfermos no disponen de estos recuerdos como de otros de su vida; hecho singularísimo que

más adelante utilizaremos para nuevas deducciones. Por el contrario, *¡ales sucesos faltan totalmente en la memoria de los enfermos, hallándose éstos en su estado psíquico ordinario, o sólo aparecen contenidos en ella de un modo muy sumario.* Ahora bien; sumido el sujeto en la hipnosis, y sometido durante ella a un interrogatorio, emergen de nuevo dichos recuerdos con toda la intacta vitalidad de sucesos recientes.

Una de nuestras pacientes reprodujo así en una serie de sesiones de hipnotismo, que duró medio año, todo aquello que en iguales días del año anterior (durante una histeria aguda) había constituido para ella motivo de excitación. Un «Diario», que su madre llevaba, ignorado por ella, confirmó la absoluta exactitud de la reproducción. Otra enferma vivió de nuevo con alucinante precisión, parte en el sueño hipnótico y parte por medio de ocurrencias espontáneas, todos los sucesos de una psicosis histérica padecida diez años antes, sucesos con respecto a los cuales presentaba una total amnesia hasta el momento mismo de su nueva emergencia. También algunos recuerdos etiológicamente importantes, de quince a veinte años de fecha, demostraron haberse conservado asombrosamente intactos y precisos, actuando a su retorno con toda la fuerza afectiva de sucesos nuevos.

La razón de esta singularidad no puede estar sino en que tales recuerdos constituyen una excepción de la regla general de desgaste, a la que antes nos referimos. *Se demuestra, en efecto, que tales recuerdos corresponden a traumas que no han sido suficientemente «descargados por reacción»*, y examinando con detención las razones que lo han impedido, llegamos a descubrir, por lo menos, dos series de condiciones en las cuales no ha existido reacción alguna al trauma.

En el primer grupo de estas condiciones incluimos aquellos casos en los que los enfermos no han reaccionado a traumas psíquicos porque la naturaleza misma del trauma excluía una reacción, como sucede en la pérdida irreparable de una persona amada; porque las circunstancias sociales hacían imposible la reacción o porque, tratándose de cosas que el enfermo quería olvidar, las reprimía del pensamiento consciente y las inhibía y suprimía. Tales sucesos penosos se encuentran luego en la hipnosis como fundamento de fenómenos histéricos (delirios histéricos de los santos y las monjas, de las mujeres continentes y de los niños severamente educados).

La segunda serie de condiciones no aparece determinada por el contenido de los recuerdos, sino por los estados psíquicos con los cuales han coincidido en el enfermo los sucesos correspondientes. En la hipnosis hallamos también,

efectivamente, como causa de síntomas histéricos, representaciones carentes en sí de importancia, que deben su conservación a la circunstancia de haber surgido en graves afectos paralizantes (por ejemplo, el sobresalto) o directamente en estados psíquicos anormales, como el estado semihipnótico del ensueño diurno, la autohipnosis, etc. En estos casos es la naturaleza de estos estados la que impidió toda reacción al suceso.

Ambas condiciones pueden también coincidir, y de hecho coinciden muchas veces. Tal sucede cuando un trauma eficaz en sí sobreviene en un estado de afecto grave y paralizante o en un estado de alteración de la conciencia. Pero también parece suceder que el trauma psíquico provoca en muchas personas algunos de los estados anormales antes mencionados, el cual impide entonces, a su vez, toda reacción.

Por otra parte, es común a ambos grupos de condiciones el hecho de que en los traumas no descargados por reacción se ve también negada la descarga por elaboración asociativa. En el primer grupo el propósito del enfermo de olvidar los sucesos penosos excluye a éstos, en la mayor medida posible, de la asociación; en el segundo, la elaboración asociativa fracasa porque entre el estado normal de la conciencia y el estado patológico en el que surgieron tales representaciones no existe una amplia conexión asociativa. En páginas inmediatas tendremos ocasión de volver más detenidamente sobre estas circunstancias.

Podemos, pues, decir que las representaciones devenidas patógenas se conservan tan frescas y plenas de afecto porque les está negado el desgaste normal mediante la descarga por reacción o la reproducción en estados de asociación no cohibida.

III Al indicar las condiciones de la cuales depende, según nuestras observaciones, que los traumas psíquicos originen fenómenos histéricos, hubimos de hablar ya de estados anormales de conciencia, en los que surgen tales representaciones patógenas, y tuvimos que hacer resaltar el hecho de que el recuerdo del trauma psíquico eficaz no aparece contenido en la memoria del enfermo, hallándose éste en su estado normal, y sólo surge en ella cuando se le hipnotiza. Cuando más detenidamente fuimos estudiando estos fenómenos, más firme se hizo nuestra convicción de que *aquella disociación de la conciencia, que tan singular se nos muestra como «double consciencie» en los conocidos casos clásicos, exista de un modo rudimentario en toda histeria, siendo la*

tendencia a esta disociación, y con ella a la aparición de estados anormales de conciencia, que reuniremos bajo el calificativo de «hipnoides», el fenómeno fundamenta! de esta neurosis. En esta opinión coincidimos con Binet y con los dos Janet, sobre cuyas singularísimas observaciones en sujetos anestésicos carecemos, por lo demás, de experiencia.

A la conocida afirmación de que «la hipnosis es una histeria artificial», agregaremos, pues, nosotros la de que la existencia de estados hipnoides es base y condición de la histeria. Tales estados hipnoides, muy diversos, coinciden, sin embargo, entre sí y con la hipnosis en la circunstancia de que las representaciones en ellos emergentes son muy intensas, pero se hallan excluidas del comercio asociativo con el restante contenido de la conciencia. Pero entre sí pueden dichos estados asociarse, y su contenido de representaciones puede alcanzar por este camino grados diferentemente elevados de organización psíquica. Por lo demás, la naturaleza de estos estados y el grado de su exclusión de los demás procesos de la conciencia podría variar, análogamente a como varía la hipnosis, la cual se extiende desde la más ligera somnolencia hasta el somnambulismo, y desde el recuerdo total hasta la amnesia absoluta.

Cuando tales estados hipnoides existen ya antes de la aparición manifiesta de la enfermedad, constituyen el terreno en el que el afecto instala el recuerdo patógeno, con sus fenómenos somáticos consecutivos. Esta circunstancia corresponde a la predisposición a la histeria. Ahora bien: resulta de nuestras observaciones que un trauma grave (como el de la neurosis traumática) o una penosa represión (por ejemplo, la del afecto sexual) pueden también producir en el hombre no predispuesto una disociación de grupos de representaciones. Éste sería el mecanismo de la histeria psíquicamente adquirida. Entre los extremos de estas dos formas hemos de suponer existente una serie, dentro de la cual varían en sentido contrario la facilidad de disociación en el sujeto y la magnitud afectiva del trauma.

Nada nuevo podemos decir sobre el fundamento de los estados hipnoides de predisposición. Únicamente indicaremos que con frecuencia se desarrollarían partiendo de los «sueños diurnos», tan frecuentes incluso en los individuos sanos, y a los que, por ejemplo, ofrecen tan amplia ocasión las labores manuales femeninas. La cuestión de por qué las «asociaciones patológicas» que en tales estados se forman son tan firmes, y ejercen sobre los procesos somáticos una influencia mucho más enérgica que la que en general ejercen las representaciones, coincide con el problema del afecto de las sugerencias

hipnóticas. Nuestras observaciones no nos han proporcionado ningún dato nuevo sobre este punto; en cambio, nos han descubierto la existencia de una contradicción entre el principio de que «la histeria es una psicosis» y el hecho de que entre los histéricos nos es dado hallar individuos de clarísima inteligencia, gran fuerza de voluntad, enérgico carácter y sutil juicio crítico. En estos casos, tales caracteres corresponden al pensamiento despierto del individuo, el cual sólo en sus estados hipnoides aparece enajenado, como todos lo somos en el fenómeno onírico. Pero mientras que nuestras psicosis oníricas no ejercen influencia alguna sobre nuestro estado de vigilia, los productos de los estados hipnoides se extienden a la vida despierta en calidad de fenómenos histéricos.

IV Con respecto a los ataques histéricos, podemos repetir casi las mismas observaciones que dedicamos a los síntomas histéricos duraderos. Conocida es la descripción esquemática, hecha por Charcot, del «gran» ataque histérico, según la cual el ataque completo mostraría cuatro fases: primera, la epileptoide; segunda, la de los grandes movimientos; tercera, la de las actitudes pasionales (la fase alucinatoria), y cuarta, la del delirio final. Las diversas formas del ataque histérico, más frecuentes que el gran ataque completo, se caracterizarían por la falta de alguna de estas fases, su aparición aislada o su mayor o menor duración.

Nuestra tentativa de aclaración viene a enlazarse a la tercera fase, o sea a la de las actitudes pasionales. En los casos en que está fase aparece con suficiente intensidad entraña la reproducción alucinatoria de un recuerdo importante para la explosión de la histeria; esto es, del recuerdo del único gran trauma de la llamada histeria traumática o de una serie de traumas parciales conexos, tales como los que constituyen el fundamento de la histeria común. O, por último, hace el ataque retornar aquellos sucesos que por su coincidencia con un momento de especial disposición quedaron elevados a la categoría de traumas.

Pero hay también ataques que aparentemente sólo consisten en fenómenos motores, faltando en ellos la fase pasional. Cuando durante uno de estos ataques, compuesto de contracciones generales o rigidez cataléptica, o en *un attaque de sommeil* conseguimos ponernos en *rapport* con el enfermo, o, mejor aún, cuando logramos provocar el ataque durante la hipnosis, hallamos que también estos casos entrañan, en su base, el recuerdo del trauma psíquico o de una serie de traumas, recuerdo que en otras ocasiones se hacía visible en la fase alucinatoria. Una niña venía sufriendo desde varios años atrás ataques de convulsiones

generales, que se suponían epilépticas. Hipnotizada con el fin de establecer un diagnóstico diferencial, sufrió en el acto uno de tales ataques, e interrogada sobre lo que en aquel momento veía, contestó: «El perro. ¡Que viene el perro!», resultando luego, efectivamente, que el primero de sus ataques lo padeció a raíz de haber sido perseguida por un perro rabioso. El éxito de la terapia confirmó después nuestro diagnóstico.

Un empleado que había enfermado de histeria a consecuencia de haber sido maltratado por su jefe, padecía ataques en los que caía redondo al suelo, presa de furiosas convulsiones, pero sin hablar palabra ni delatar alucinación alguna. Provocado el ataque durante la hipnosis, se reveló que volvía a vivir en su curso la escena en que el jefe se le acercó en la calle, insultándole y golpeándole con un bastón. Pocos días después acudió de nuevo a la consulta, quejándose de haber sufrido otro ataque, y esta vez se comprobó, en la hipnosis, que había reproducido la escena a la cual se enlazaba realmente el principio de su enfermedad; esto es, la que se desarrolló ante el tribunal de justicia, que le negó satisfacciones por los malos tratos recibidos.

Los resultados que surgen en los ataques histéricos o pueden ser despertados durante éstos corresponden también, en todos sus demás componentes, a los sucesos que se nos han revelado como fundamentos de síntomas histéricos duraderos. Como ellos se refieren a traumas psíquicos que han eludido la anulación mediante la descarga de reacción o la labor intelectual asociativa, faltan por completo, o en sus componentes esenciales, en el acervo mnémico de la conciencia normal y se muestran pertenecientes al contenido de representaciones de los estados hipnoides de conciencia con asociación restringida. Además, admiten la prueba terapéutica. Nuestras observaciones nos han mostrado muchas veces que un tal recuerdo que venía provocando ataques queda incapacitado para ello cuando se le lleva en la hipnosis a la reacción y a la rectificación asociativa.

Los fenómenos motores del ataque histérico pueden ser interpretados, unos, como normas generales de reacción del afecto concomitante al recuerdo (análogamente al pataleo del niño de pecho), y en parte, como movimientos expresivos, directos de dicho recuerdo. Una tercera parte elude, como los estigmas histéricos entre los síntomas permanentes, esta explicación.

Atendiendo ahora a la teoría antes indicada de que en la histeria existen grupos de representaciones nacidos en estados hipnoides y excluidos del

comercio asociativo con los demás, pero asociables entre sí, que representan un rudimento más o menos organizado de una segunda conciencia o de una *condition seconde*, llegamos a una especial concepción del ataque histérico. El síntoma histérico permanente corresponderá entonces a una extensión de este segundo estado a la inervación somática, regida en cualquier otro momento por la conciencia normal, y el ataque histérico testimoniará de una superior organización de este segundo estado y significará, siendo aislado, un momento en el que dicha conciencia hipnoide se ha apoderado de toda existencia, o sea una histeria aguda. Cuando se trate de un ataque repetido, que contiene un recuerdo, significará el retorno de tal momento. Charcot ha expresado ya el pensamiento de que el ataque histérico sería el rudimento de una *condition seconde*. Durante el ataque, el dominio sobre la inervación somática aparece transferido a la conciencia hipnoide. Sin embargo, la conciencia normal no queda anulada totalmente mientras tanto, y puede incluso percibir los fenómenos motores del ataque, al paso que los procesos psíquicos del mismo escapan a su percatación.

El curso típico de una grave histeria es el de formarse primero, en estados hipnoides, un contenido de representaciones, que luego, suficientemente crecido, se apodera de la inervación somática y de la existencia del enfermo; durante un período de «histeria aguda» crea síntomas duraderos y ataques, y desaparece luego, dejando algunos restos. Si el sujeto logra recobrar el dominio de sí mismo, tales restos supervivientes del contenido hipnoide de representaciones retornan en ataques histéricos y le hacen volver temporalmente a estados análogos, susceptibles nuevamente de influencia y capaces de acoger nuevos traumas. En esta situación se establece con frecuencia una especie de equilibrio entre los grupos psíquicos reunidos en el mismo individuo. El ataque y la vida normal caminan paralelamente, sin influirse entre sí. El ataque surge entonces espontáneamente, como suelen también surgir en nosotros los recuerdos; pero puede también ser provocado del mismo modo que, según las leyes de la asociación, nos es dado despertar cualquier recuerdo. La provocación del ataque puede resultar de la excitación de una zona histerógena o de un nuevo suceso análogo al patógeno. Esperamos poder demostrar que entre ambas condiciones, aparentemente tan diversas, no existe diferencia alguna esencial, y que en ambos casos es herido un recuerdo hiperestético. En otras ocasiones, el equilibrio indicado es muy estable, y el ataque aparece, como manifestación del resto de conciencia hipnoide, en cuanto el sujeto sufre, por fatiga u otra causa cualquiera,

una disminución de su capacidad funcional. El ataque puede también surgir en estos casos, despojado de significación primitiva, como una simple reacción motora.

Como tema de subsiguientes investigaciones queda aún el referente a las condiciones de las cuales pueda depender el que una individualidad histérica se manifieste en ataques, en síntomas permanentes o en una mezcla de ambos fenómenos.

V Resulta ya comprensible cómo el método psicoterápico que aquí exponemos actúa curativamente. *Anula la eficacia de la representación no descargada por reacción en un principio, dando salida, por medio de la expresión verbal, al afecto concomitante, que había quedado estancado, y llevándola a la corrección asociativa por medio de su atracción a la conciencia normal (en una ligera hipnosis) o de su supresión por sugestión médica, como sucede en los casos de somnambulismo con amnesia.*

La aplicación de este procedimiento nos parece constituir un importante progreso terapéutico. Naturalmente no curamos la histeria, en tanto es disposición, ni conseguimos nada contra el retorno de estados hipnoides. Tampoco, durante el estado productivo de una histeria aguda, puede evitar nuestro procedimiento que los fenómenos trabajosamente suprimidos queden sustituidos enseguida por otros. Pero cuando, pasado este estado, sólo quedan algunos restos del mismo, en calidad de síntomas permanentes y ataques histéricos, nuestro método, actuando radicalmente, logra suprimirlos con frecuencia para siempre y nos parece superar en mucho la eficacia de la supresión sugestiva directa, tal y como hoy es empleada por los psicoterapeutas.

Si bien tenemos conciencia de haber avanzado algunos pasos hacia el descubrimiento del mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos por el camino que Charcot fue el primero en iniciar con la explicación e imitación experimental de las parálisis histerotraumáticas, no se nos oculta, sin embargo, que nuestros trabajos no nos han acercado sino al conocimiento del mecanismo de los síntomas histéricos y no al de las causas internas de la histeria. No hemos hecho sino rozar la etiología de la histeria y sólo hemos podido aclarar, en realidad, las causas de las formas adquiridas, o sea la importancia del factor accidental en la neurosis.

D) APORTACIONES A LA COMUNICACION PRELIMINAR DE LOS «ESTUDIOS SOBRE LA HISTERIA^[40]»

1) CARTA A JOSEF BREUER

1892 [1941]

29-6-1892

M I estimado Breuer:

La inocente satisfacción con que le entregué esas pocas páginas más ha cedido el lugar a la inquietud que tan a menudo acompaña los incesantes dolores de la reflexión. Me atormenta, en efecto, el problema de cómo será posible dar una imagen bidimensional de algo tan corpóreo como nuestra teoría de la histeria. Sin duda alguna, la cuestión decisiva es si habremos de darle una exposición histórica, comenzando con todas las historias clínicas, o con las dos mejores entre ellas, o si no convendría más bien empezar con una enunciación dogmática de las teorías que hemos elaborado a modo de explicación. Por mi parte, me inclino más a esto último, y optaría por distribuir el material de la siguiente manera^[41]:

1) Nuestras teorías:

- a) El teorema de la constancia de las sumas de excitación.
- b) La teoría de la memoria.
- c) El teorema según el cual los contenidos de diferentes estados de consciencia pueden ser asociados entre sí.

- 2) La génesis de los síntomas histéricos crónicos: sueños, autohipnosis, afecto y acción del trauma absoluto. Los tres primeros factores se relacionan con la disposición; el último, con la etiología. Los síntomas crónicos corresponderían al mecanismo normal; representan [intentos de reacción, en parte por vías anormales; su carácter histérico reside en su persistencia. La razón de su persistencia radica en el teorema c)] desplazamientos, en parte por vías anormales (modificación interna), de sumas de excitación [tema subsidiario] que no han sido liberadas. Motivo del desplazamiento: intento de reacción; motivo de la

persistencia: teorema c) del aislamiento asociativo. — Comparación con hipnosis — *Tema subsidiario*: Sobre la índole del desplazamiento: Localización de los síntomas histéricos crónicos.

- 3) *El ataque histérico*: también es un intento de reacción por la vía del recuerdo, etc.
- 4) *La génesis de los estigmas histéricos*: sumamente oscura, sólo insinuaciones.
- 5) *La fórmula patológica de la histeria*: histeria disposicional e histeria accidental. La serie [complementaria^[42]] que yo he establecido. La magnitud de las sumas de excitación, concepto del trauma, el estado segundo de consciencia.

2) SOBRE LA TEORÍA DEL ACCESO HISTÉRICO

(En colaboración con Josef Breuer)

1892 [1940]

Hasta donde alcanza nuestra información no se ha propuesto hasta ahora ninguna teoría del ataque histérico, sino sólo una descripción del mismo, hecha por Charcot, que se refiere al *grande attaque hystérique*, más bien raro en su manifestación completa. Tal ataque «típico» consta, según Charcot, de cuatro fases:

1) la fase epileptoidea; 2) los grandes movimientos; 3) la fase de las *altitudes passionelles*; 4) el *delire terminal*^[43]. En la medida en que una o varias de estas fases se independizan, se prolongan, se modifican o desaparecen, surgen, de acuerdo con Charcot, todas las múltiples formas de ataques histéricos que el médico tiene ocasión de observar mucho más frecuentemente que el típico *grande attaque*.

Esta descripción nada nos dice sobre una posible conexión entre las distintas fases sobre el significado que el ataque tiene en el cuadro general de la histeria

ni sobre las modificaciones de los ataques en los casos individuales. Quizá no estemos errados al suponer que la mayoría de los médicos tienden a concebir el ataque histérico como una «descarga periódica de los centros motores y psíquicos de la corteza cerebral».

Hemos logrado nuestras concepciones sobre el ataque histérico tratando casos de esta enfermedad por medio de la sugestión hipnótica e investigando sus procesos psíquicos, durante el ataque mismo, por medio del interrogatorio en plena hipnosis. Así dejamos establecidos los siguientes postulados para el ataque histérico, pero debemos anticipar que para la explicación de los fenómenos histéricos consideramos imprescindible aceptar una disociación, una escisión del contenido de la consciencia.

- 1) El contenido invariable y esencial de un ataque histérico (recurrente) es el retorno de un estado psíquico que el paciente ya ha vivenciado alguna vez, o sea, en otros términos, es el *retorno de un recuerdo*.

Consideramos, pues, que el elemento esencial del ataque histérico radica en la fase de las *altitudes passionelles* de Charcot. En muchos casos es bien evidente que esta fase implica un recuerdo de la propia vida del paciente, recuerdo que es, a menudo, siempre uno y el mismo. En otros casos, sin embargo, parece faltar semejante fase, y el ataque se manifiesta como si consistiera únicamente de fenómenos motores —sacudidas epileptoideas, estados de inquietud cataléptica o hipnoidea—, pero aun en tales casos *el examen durante la hipnosis evidencia sin lugar a dudas la intervención de un proceso mnemónico psíquico*, igual al que en otros casos se manifiesta abiertamente en la *phase passionelle*.

Los fenómenos motores del ataque nunca se presentan inconexos de su contenido psíquico; ya constituyen la expresión general de la emoción concomitante, ya corresponden exactamente a las acciones implícitas en el proceso mnemónico alucinatorio.

- 2) *El recuerdo que forma el contenido del ataque histérico no es un recuerdo cualquiera, sino que es el retorno de aquella vivencia que causó el desencadenamiento de la histeria, o sea el trauma psíquico.*

Una vez más, esta circunstancia es bien evidente en aquellos casos clásicos de histeria traumática que Charcot demostró en pacientes del

sexo masculino, y en los cuales un individuo no histérico anteriormente cae de pronto en la neurosis después de un susto único e intenso, como un accidente de ferrocarril, una caída, etc. En tales casos, el contenido del ataque consiste en la reproducción alucinatoria de aquel suceso que puso en peligro la vida del sujeto, acompañada quizá por el tren de ideas y por las impresiones sensoriales que se originaron en esa ocasión. La conducta de dichos pacientes, empero, no discrepa en modo alguno de la histeria femenina común, sino que constituye un ejemplo por excelencia de la misma. Si se examina con el método arriba indicado el contenido de los ataques de una de estas mujeres histéricas, aparecen vivencias que por su naturaleza son igualmente aptas para actuar como traumas (sustos, mortificaciones, defraudaciones). Aquí, sin embargo, el gran trauma único es reemplazado a menudo por una serie de traumas menores, vinculados por sus similitudes o por representar partes de una misma historia de infortunios. Por consiguiente, tales enfermas también sufren con frecuencia ataques de distinta especie, cada uno con su contenido mnemónico particular. Esta circunstancia nos induce a extender considerablemente el concepto de la histeria traumática.

En un tercer grupo de casos, el contenido de los ataques consta de recuerdos a los cuales de por sí no se conferiría carácter traumático, pero que evidentemente lo adquieren por el hecho de haber coincidido con un momento en el cual la disposición histérica del sujeto se hallaba patológicamente exaltada, promoviéndolos así a la categoría de traumas.

- 3) *El recuerdo que forma el contenido del ataque histérico es un recuerdo inconsciente o, expresado con mayor propiedad, pertenece al estado segundo de consciencia que toda histeria presenta en forma más o menos altamente organizada.* Por tanto, dicho recuerdo falta totalmente en la memoria del paciente cuando éste se halla en su estado normal, o bien sólo aparece de manera sumaria. Si logramos atraer tal recuerdo totalmente a la consciencia normal, cesa su capacidad de producir ataques. En el curso del ataque mismo el paciente se encuentra total o parcialmente sumido en el estado segundo de consciencia. En el primer caso, todo el ataque queda cubierto por la

amnesia durante la vida normal; en el segundo caso, el paciente se percata del cambio de su estado y de sus manifestaciones motrices, pero el proceso psíquico operado durante el ataque le queda oculto. Con todo, éste siempre puede ser evocado por la hipnosis.

- 4) El problema del origen del contenido mnemónico de un ataque histérico coincide con el de las condiciones que determinan si una vivencia particular (una representación, una intención, etc.) ha de ser incorporada a la segunda consciencia, en lugar de ingresar a la consciencia normal. De estas condiciones determinantes hemos hallado dos con certeza en los casos de histeria.

Si el histérico quiere olvidar intencionalmente una vivencia o si trata de repudiar, inhibir y suprimir violentamente una intención, una representación, estos actos psíquicos ingresan consiguientemente en el estado segundo de consciencia; desde éste producen sus efectos permanentes y el recuerdo de los mismos retornan como ataque histérico. (Histeria de las monjas, de las mujeres abstinentes, de los niños bien educados, de las personas con inclinación al arte, al teatro, etc.)

Ingresan asimismo al estado segundo de consciencia todas aquellas impresiones que han sido recibidas en el curso de estados psíquicos extraordinarios (conmociones afectivas, estados de éxtasis, autohipnosis).

Cabe agregar que estas dos condiciones determinantes a menudo se combinan entre sí por vínculos internos y que, además de ellas, pueden existir aún otras.

- 5) *El sistema nervioso tiene la tendencia de mantener constante, en sus condiciones funcionales, algo que cabe denominar «suma de excitación». Procura mantener esta precondition de la salud, resolviendo asociativamente todo incremento sensorial de la excitación o descargándolo por medio de una reacción motriz apropiada.* Si partimos de este teorema —que, por otro lado, es de mucho más amplio alcance— se comprueba que las experiencias psíquicas que forman el contenido de los ataques histéricos poseen una característica en común. Todas ellas son, en efecto, *impresiones que*

han quedado privadas de una descarga adecuada, ya sea porque los pacientes rehusaron resolverlos por miedo a conflictos psíquicos dolorosos, ya sea porque (como en el caso de las impresiones sexuales) se lo impidieron el pudor o las circunstancias sociales, o, finalmente, porque sufrieron esas impresiones en el curso de estados en los cuales el sistema nervioso era incapaz de enfrentar su resolución.

Alcánzase por este camino, además, una definición del trauma psíquico que ha de ser provechosa para la teoría de la histeria: toda impresión que el sistema nervioso tiene dificultad en resolver por medio del pensamiento asociativo o de la reacción motriz se convierte en un trauma psíquico.

3) NOTA «III»

1892 [1941]

En lo que antecede hubimos de aceptar, como un hecho de observación, que los recuerdos subyacentes a los fenómenos histéricos no se encuentran en la memoria accesible al paciente, mientras que pueden ser evocados con alucinatoria vivacidad en el estado de hipnosis. También hemos señalado que una serie de tales recuerdos se refieren a sucesos ocurridos en condiciones particulares, como la cataplexia provocada por sustos, estados crepusculares, la autohipnosis y otros semejantes, cuyos contenidos se sustraen a la vinculación asociativa con la consciencia normal. Por tanto, hasta ahora nos fue imposible considerar las condiciones patógenas de los fenómenos histéricos sin apoyarnos en cierta hipótesis, tendente a caracterizar la disposición histérica, una hipótesis según la cual la histeria implica una propensión a la disociación temporaria del contenido de la consciencia y a la separación de complejos ideacionales particulares, que no se hallan asociativamente conectados. Así, buscamos la esencia de la disposición histérica en la circunstancia de que tales estados surgen en ella espontáneamente (por causas internas), o bien son fácilmente provocados por influencias exteriores, siendo complementariamente variable la participación relativa de cada factor.

A dichos estados los hemos calificado de *hipnoideos* y señalamos como su característica esencial que sus contenidos se hallan más o menos aislados del restante contenido de la consciencia, quedando así privados de la posibilidad de su resolución asociativa, tal como en el sueño y en la vigilia —*modelos de dos estados psíquicos distintos— no tendemos a asociar, sino sólo a [...] entre sí*^[44]. En las personas con disposición histérica, un afecto cualquiera podría llevar a tal separación, y una impresión recibida en el curso del afecto convertiríase así en un trauma, aunque por sí misma no fuese susceptible de ejercer tal acción. Además, la impresión misma también podría producir dicho efecto. En su forma plenamente desarrollada, estos estados hipnoideos, asociables entre sí, representan la *condition seconde*, etc., que tan bien conocemos a través de los casos clínicos. Siempre existirían, empero, rudimentos de tal disposición, que podrían ser desarrollados por traumas apropiados, aun en personas no predispuestas. La vida sexual se presta particularmente para *formar el contenido* [de tales traumas^[45]], debido al profundo contraste en que se encuentra con el resto de la personalidad y a la imposibilidad de abreaccionar sus contenidos ideacionales.

Se comprenderá que nuestra terapia consista en anular los efectos de las representaciones no abreaccionadas, ya sea haciendo revivir el trauma en el estado somnambúlico, para luego abreaccionarlo y corregirlo, ya sea llevándolo a la consciencia normal en el estado de hipnosis ligera.

E) HISTORIALES CLINICOS^[46]

1895

1) LA SEÑORA EMMY DE N. (cuarenta años) de Livonia

EL día 1 de mayo de 1889 comencé a prestar asistencia médica a una señora de aproximadamente cuarenta años, cuyo padecimiento y personalidad llegaron a inspirarme tan vivo interés, que hube de dedicarle gran parte de mi tiempo, poniendo un tenaz empeño en lograr su curación. Tratábase de una histérica a la que no presentaba dificultad alguna sumir en estado de somnambulismo, y habiendo advertido esta circunstancia, decidí emplear con

ella el método iniciado por Breuer de la investigación en la hipnosis, método que me era conocido por los datos que mi colega hubo de proporcionarme sobre el historial clínico de su primera paciente. Era éste mi primer ensayo de dicho método terapéutico; estaba aún muy lejos de dominarlo y, en realidad, no llegué a profundizar suficientemente en el análisis de los síntomas patológicos, ni tampoco lo ajusté a un plan suficientemente regular. Para dar una idea precisa del estado del enfermo y de mi propia conducta médica, creo ha de ser lo mejor transcribir aquí las notas diarias tomadas por mí durante las tres primeras semanas del tratamiento. En llamadas e intercalaciones iré dando cabida al mejor conocimiento que sobre algunos puntos me ha proporcionado mi experiencia ulterior.

1 de mayo de 1889. - Encuentro a la paciente, mujer de aspecto aún juvenil y rasgos fisonómicos muy finos y característicos, tendida en un diván, con un almohadón bajo la nuca. Su rostro presenta una expresión contraída y doliente. Tiene los ojos entornados, la mirada baja, fruncido el entrecejo e intensamente señalados los surcos nasolabiales. Habla trabajosamente y en voz muy baja. A veces tartamudea, presa de una afasia espasmódica. Sus dedos, entrelazados, muestran una constante agitación. Frecuentes contracciones, a manera de «tics», recorren los músculos de su cara y cuello, algunos de los cuales, especialmente el esternocleidomastoideo, resaltan plásticamente. Con frecuencia se interrumpe al hablar para producir un singular sonido inarticulado^[47].

Su conversación es perfectamente coherente y testimonio de una cultura y una inteligencia nada comunes. De este modo me resulta tanto más extraño ver que cada dos minutos se interrumpe de repente, contrae su rostro en una expresión de horror y repugnancia, extiende una mano hacia mí con los dedos abiertos y crispados y exclama con voz cambiada y llena de espanto; «¡Estese quieto! ¡No me hable! ¡No me toque!» Se halla, probablemente, bajo la impresión de una terrorífica alucinación periódica y rechaza con tales exclamaciones la intervención de toda persona extraña^[48]. Este fenómeno cesa luego tan repentinamente como surgió, y la enferma continúa la interrumpida conversación sin aludir para nada a aquél, ni tampoco excusar o aclarar su conducta, por lo cual es de sospechar que no se ha dado cuenta de la interrupción^[49].

Sobre sus circunstancias personales me es conocido lo siguiente: Su familia,

originaria de la Alemania Central, reside, hace ya dos generaciones, en las provincias rusas del mar Báltico, en las cuales se halla ricamente afincada. De catorce hermanos que fueron —ella hacía el número trece—, sólo cuatro quedan con vida. Su madre, mujer enérgica y severa, la había educado cuidadosamente, aunque con excesivo rigor. A los veintitrés años casó con un rico industrial, muy inteligente y laborioso, pero mucho mayor que ella, el cual murió repentinamente de un ataque al corazón, después de corta vida matrimonial. Este doloroso acontecimiento y las preocupaciones y disgustos que le ha originado la educación de sus dos hijas, las cuales cuentan hoy dieciséis y catorce años, respectivamente, y han sido siempre muy enfermizas, hallándose afectadas de diversas perturbaciones nerviosas, constituyen, según ella, las causas de su padecimiento. Desde la muerte de su marido, hace catorce años, ha estado siempre enferma, con mayor o menor intensidad. Hace cuatro años, un tratamiento combinado de masaje y baños eléctricos le procuró un pasajero alivio. Fuera de esto, todos sus esfuerzos para recobrar la salud han sido totalmente infructuosos. Ha viajado mucho y da muestras de vivo interés intelectual. Actualmente reside en una finca que posee a orillas del Báltico, próxima a una importante ciudad. Pero hace cuatro meses hubo de sentirse peor, y se trasladó a Abazia, buscando en vano un alivio a sus males, y luego, de aquí a Viena, donde lleva seis semanas sometida a tratamiento por una de nuestras primeras autoridades médicas.

Al acudir a mi acepta sin objeción alguna mi propuesta de separarse de sus hijas, dejándolas al cuidado de la institutriz, y entrar en un sanatorio, en el que yo pueda verla diariamente.

El día 2 de mayo acudo por la tarde al sanatorio, y observo que la enferma acusa un violento sobresalto cada vez que la puerta de su habitación se abre inesperadamente. En consecuencia, recomiendo al personal del establecimiento que no entre sino después de llamar y oír la contestación de «¡Adelante!». A pesar de esto, la paciente se estremece cada vez que alguien entra.

En este día se queja principalmente de frío y dolores en la pierna derecha. Le prescribo baños templados y masaje en todo el cuerpo dos veces al día.

Es extraordinariamente asequible a la hipnosis. Poniendo un dedo ante sus ojos y ordenándole: «¡Duerma usted!», cae en el acto hacia atrás, con una exclamación de confusión y estupor. Le sugiero un sueño tranquilo, mejoría de todos sus síntomas, etc., y me escucha con los ojos cerrados, pero dando muestras de intensa atención, mientras que su fisonomía va serenándose poco a

poco, hasta adquirir una expresión completa de paz. Después de la primera sesión de hipnosis conserva un oscuro recuerdo de mis palabras durante aquélla, pero a partir de la segunda se presenta un somnambulismo total (amnesia). Antes de comenzar el tratamiento le había anunciado que iba a hipnotizarla, a lo cual no puso objeción alguna. No ha sido hipnotizada nunca, pero sospecho que ha leído algo sobre la hipnosis, aunque no sé cuál puede ser la idea que del estado hipnótico se forma^[50].

El tratamiento de baños templados, masaje y sugestión hipnótica fue continuado en los siguientes días. La enferma dormía bien, se reponía a ojos vistas y pasaba la mayor parte del día tranquila y reposada. Le estaba permitido ver a sus hijas, leer y despachar su correspondencia.

El día 8 de mayo, en mi visita matinal, me relata terroríficas historias de animales, hallándose aparentemente en estado normal. Así, me señala un ejemplar del *Frankfurter Zeitung* y me dice haber leído en él que un muchacho, aprendiz, ha maniatado a un niño y le ha introducido en la boca un ratón blanco, muriendo el niño del susto. Luego me cuenta que el doctor K. ha remitido a Tiflis un cajón, lleno de ratas blancas. Una profunda expresión de espanto acompaña sus palabras. Extendiendo hacia mí su mano crispada, exclama repetidamente: «¡Estese quieto! ¡No me hable! ¡No me toque! ¡Mire que si en mi cama hubiera escondido alguno de esos bichos!... (*Espanto.*) ¡Figúrese lo que pasará al abrir el cajón! ¡Entre las ratas hay una muerta, to-da ro-í-da!»

Durante la hipnosis me esforcé en disipar tales alucinaciones zoológicas. Mientras la enferma dormía, cogí el periódico y encontré la noticia de que un muchacho, aprendiz, había sido objeto de malos tratos, pero sin que se tratara en ella para nada de ratas ni ratones. Esto último constituía, pues, un delirio de la enferma, agregado por ella a su lectura.

Por la tarde le hablé de nuestra conversación matinal sobre las ratas blancas. No recuerda nada de ella, se asombra de haber dicho tales cosas y acaba riendo alegremente^[51].

Antes de mi visita ha tenido algo de jaqueca, pero «muy corta; sólo le ha durado dos horas».

Durante la hipnosis la invito a hablar, consiguiéndolo después de leve esfuerzo. Habla en voz baja y reflexiona un momento antes de cada respuesta. Su expresión cambia correlativamente al contenido de su relato, serenándose en cuanto pongo fin, por sugestión, a la impresión que el mismo le causa. Le

pregunto por qué se asusta con tanta facilidad, y me responde: «Son recuerdos de mi primera infancia». ¿De qué época? «Primeramente, de cuando tenía cinco años y mis hermanos me asustaban arrojándome bichos muertos. Por entonces tuve el primer ataque desvanecimiento y convulsiones—; pero mi tía me dijo que debía hacer todo lo posible por dominar tales ataques, y no volví a tener ninguno. Luego, de cuando a los siete años vi a una hermana mía muerta y metida en el ataúd; después, de cuando mi hermano, teniendo yo ocho años, me asustaba disfrazándose de fantasma con una sábana blanca, y por último, de cuando, a los nueve años, entré a ver el cadáver de mi tía y, hallándome ante él, se le abrió de repente la boca».

Esta serie de motivos traumáticos, que la paciente me comunica en respuesta a mi pregunta de por qué era tan asustadiza, debía de hallarse ya constituida y organizada en su memoria, pues en caso contrario no le hubiera sido posible buscar y reunir, en un espacio tan breve como el que medió entre mi pregunta y su contestación, los recuerdos de sucesos pertenecientes a épocas tan diversas de su infancia. Al finalizar cada uno de los fragmentos de su relato experimenta contracciones generales y muestra una expresión de espanto. Después del último abre con violencia la boca y respira como angustiada. Las palabras correspondientes a la parte temerosa de su relato surgen trabajosa y anhelantemente de sus labios. Por fin vuelve a serenarse su fisonomía.

Preguntada, confirma que durante su narración veía plásticamente ante sí, con sus colores correspondientes, las escenas que iba refiriendo. En general, piensa con gran frecuencia en dichas escenas, y durante los últimos días las ha rememorado especialmente. Cada vez que piensa en ellas las ve surgir ante sí con todo el vivo relieve de la realidad. Ahora comprendo por qué me habla con tanta frecuencia de escenas en las que intervienen animales y cadáveres. Mi terapia consiste en desvanecer tales imágenes de manera que no puedan volver a surgir ante sus ojos. Para robustecer la sugestión paso varias veces mis manos sobre sus párpados.

9 de mayo, por la tarde. — Ha dormido bien, sin que haya sido necesario renovar la sugestión; pero por la mañana ha tenido dolores de estómago, que ya se le iniciaron ayer en el jardín, donde permaneció demasiado tiempo con sus hijas. Accede, sin dificultad, a limitar a dos horas y media la permanencia de aquéllas a su lado. Pocos días antes se había reprochado tenerlas muy abandonadas. Hoy la encuentro algo excitada; muestra la frente contraída,

produce el singular chasquido antes descrito y se interrumpe, con frecuencia, al hablar. Durante el masaje me cuenta que la institutriz de sus hijas ha traído consigo un atlas de historia de la civilización, en el que había estampas —unos indios disfrazados de animales— que la han asustado mucho. «¡Imagínese que de repente adquirieran vida!...» (*Espanto.*)

En la hipnosis le pregunto por qué la han asustado tanto aquellas estampas, siendo así que ya no le dan miedo los animales, y me contesta que la han recordado visiones que tuvo cuando la muerte de su hermano (teniendo ella diecinueve años). Sobre este recuerdo volveré más adelante. Luego le pregunto si ha hablado siempre interrumpiéndose y tartamudeando de cuando en cuando, y desde qué tiempo padece aquel «tic» (el singular chasquido)^[52]. Responde que el tartamudeo es un fenómeno de su enfermedad, y que el «tic» lo tiene desde una vez que, hace cinco años, se hallaba velando a su hija menor, enferma de gravedad, y se propuso guardar el más absoluto silencio. Intento debilitar la importancia de este recuerdo diciéndole que, después de todo, a su hija no le ha pasado nada, etcétera. Ella: «Pero el “tic” me vuelve cada vez que me asusto o me sobresalto». Le mando no asustarse más de las estampas de los indios. Lo que deben causarle es risa, y ella misma habrá de llamarme la atención sobre aquéllas. Así sucede, en efecto, al despertar. Busca el libro; me pregunta si lo he visto ya; lo abre por la página en que se halla la estampa tan temida, y se ríe a carcajadas de las grotescas figuras; todo ello sin la menor señal de miedo y con rostro sereno. En esto entra inesperadamente el doctor Breuer, acompañado por el médico del sanatorio. La paciente se asusta y da muestras repetidas de gran excitación, de manera que los dos visitantes abandonan enseguida la estancia. Entonces explica su excitación diciendo que la habitual aparición del médico del sanatorio con los otros visitantes la impresiona desagradablemente.

Durante esta sesión de hipnotismo hago, además, desaparecer, por medio de pases, el dolor de estómago, y digo a la paciente que después de la comida esperará que se le vuelva a iniciar, pero que no será así.

Al anochecer. — Por vez primera la encuentro alegre y decidora. Da muestras de un gracejo que yo no sospechaba en mujer de continente tan severo, y, revelando una plena conciencia de su mejoría, se burla del tratamiento prescrito por mi antecesor. Hacía ya tiempo que tenía intención de sustraerse a él, pero no encontraba una fórmula cortés para llevarlo a cabo, hasta que una observación del doctor Breuer, al que consultó una vez, le proporcionó una

salida. Viendo que parezco extrañar su relato, se asusta y me reprocha vivamente haber cometido una indiscreción, pero se deja luego tranquilizar, aparentemente, por mí. No ha tenido dolores de estómago, a pesar de haberlos esperado.

En la hipnosis le digo que me comunique otros sucesos más que la hayan atemorizado duraderamente, y con igual prontitud que la vez primera me relata otra serie de ellos, procedentes de años posteriores, afirmando de nuevo que ve con frecuencia ante sí dichas escenas, con todos sus detalles. Teniendo quince años vio cómo se llevaban al manicomio a una prima suya; quiso pedir auxilio, pero no pudo, y perdió la voz hasta la noche de aquel día. Como durante el estado de vigilia suele hablarme muchas veces de manicomios y sanatorios para enfermos mentales, la interrumpo y la invito a comunicarme otras ocasiones de su vida en las que se haya tratado de locos. Me cuenta entonces que su madre estuvo también algún tiempo en un manicomio. Además, tuvieron una criada que había servido a una señora, internada después en uno de tales establecimientos, y que solía referirle historias terroríficas a ellos referentes, tales como la de que los enfermos eran atados a la silla y cruelmente golpeados, etc. Durante este relato, la enferma crisper sus manos, dando muestras de espanto y denotando que ve plásticamente todo aquello de que habla. Por mi parte, me esfuerzo en rectificar su idea de los manicomios, y le aseguro que en adelante podrá oír hablar de estos establecimientos sin que ello suponga relación alguna con su propia persona. Estas palabras devuelven a su rostro la serenidad.

Luego continúa su relación de recuerdos atemorizantes. Teniendo quince años encontró un día a su madre tendida en el suelo, conmocionada por los efectos de un rayo caído en las proximidades, y cuatro años después, al volver un día a su casa, la halló muerta, con el rostro todo contraído. Naturalmente, me es mucho más difícil debilitar estos recuerdos. Después de largas explicaciones le aseguro que en adelante tampoco verá ante sí tales imágenes sino de un modo muy borroso y pálido. Por último me cuenta que, teniendo diecinueve años, alzó una piedra, y al ver un sapo bajo ella perdió el habla durante algunas horas^[53].

En esta hipnosis me convengo de que sabe todo lo que en la sesión anterior sucedió, mientras que en estado de vigilia no recuerda nada de ello.

10 de mayo, por la mañana. — Hoy ha tomado, por vez primera, un baño de salvado, en lugar del baño caliente habitual. La encuentro con expresión malhumorada y contraída, envueltas las manos en un chal y quejándose de frío y dolores. A mis preguntas, responde que los dolores se los ha producido la

incomodidad del baño en el que se ha bañado, demasiado corto. Durante el masaje comienza de nuevo a reprocharse su indiscreción del día anterior con respecto al doctor Breuer; la tranquilizo con la piadosa mentira de que sabía todo lo sucedido antes de contármelo ella, y de este modo desaparece su excitación (chasquidos, contracción del rostro). Mi influencia sobre la enfermedad se manifiesta ya siempre desde el comienzo de la sesión de masaje. Recobra la tranquilidad y la claridad intelectual, y encuentra, sin necesidad de interrogarla en la hipnosis, los motivos de su malestar anterior. La conversación que mantiene conmigo durante el masaje no es tampoco tan falta de significación como parece, sino que contiene la reproducción casi completa de los recuerdos y nuevas impresiones que han influido sobre ella desde nuestra última entrevista, y recae con frecuencia, inesperadamente, sobre reminiscencias patógenas, que la misma enferma se prohíbe sin necesidad ya de invitación por mi parte. Sucede como si se hubiera apropiado mi procedimiento y utilizara la conversación aparentemente sin objeto y guiada tan sólo por la casualidad para completar la hipnosis. De este modo llega hoy a hablar de su familia, y mediante toda clase de rodeos, a la historia de un primo suyo —hombre raro y de inteligencia limitada—, al que sus padres hicieron extraer en una sesión toda la dentadura. Este relato se desarrolla acompañado de gestos de espanto y repetida exclamación de la fórmula protectora: «¡Estese quieto! ¡No me hable! ¡No me toque!» Después vuelve a serenarse su fisonomía y se muestra alegre y contenta. Compruebo, pues, que su conducta en el estado de vigilia es determinada por la experiencia adquirida en el estado de somnambulismo, de la cual, despierta, creía no saber nada.

En la hipnosis vuelvo a preguntarle qué es lo que le ha disgustado, y recibo las mismas respuestas, pero en orden inverso: 1.^a Su indiscreción del día anterior. 2.^a Los dolores causados por la incomodidad del baño. Hoy le pido me explique la significación de las frases «¡Estese quieto!», etc., y me dice que cuando tiene ideas angustiosas teme ver interrumpido su curso, pues entonces se embrolla aún más su pensamiento y crece su malestar. La frase «¡Estese quieto!» se explica por el hecho de que las figuras de animales que se le aparecen en estados de malestar adquirirían movimiento y se arrojaban sobre ella en cuanto alguien hacía un movimiento ante su vista. Por último, la advertencia «¡No me toque usted!» se enlaza a los siguientes sucesos: 1.^o Su hermano, enfermo por el abuso de la morfina, padecía terribles ataques, y en uno de ellos (teniendo la

paciente diecinueve años) la había asido fuertemente entre sus brazos. 2.º Un conocido suyo había sufrido un súbito ataque de locura hallándose de visita en su casa, y la había agarrado de un brazo. 3.º Un caso análogo que no recuerda con precisión. 4.º Su hija menor, en el curso de una enfermedad, se le había abrazado, delirando, al cuello con tanta fuerza, que casi la ahoga. Cuando este último suceso, tenía la paciente veintiocho años. No obstante pertenecer estos sucesos a tan diversas épocas, la paciente me los refiere en rápida sucesión y dentro de una sola frase, como si constituyeran un único acontecimiento en cuatro actos. Advirtiéndome que la función de la fórmula protectora es guardarla de la repetición de sucesos semejantes, hago desaparecer por sugestión tal temor y consigo así que no vuelva a pronunciarla.

Al volver por la tarde la encuentro muy contenta. Riendo, me cuenta haberse asustado de un perrito que le ha ladrado en el jardín. Sin embargo, observo en ella cierta excitación interna, que sólo desaparece después de preguntarme si me ha desagradado una observación que me hizo el día anterior durante el masaje y negarlo yo. Hoy, después de un intervalo de sólo catorce días, ha vuelto a presentársele el período. Le prometo conseguir su regularización por medio de la sugestión hipnótica, y fijo en la hipnosis un intervalo de veintiocho días^[54].

Además le pregunto si recuerda lo último que hubo de relatarme y si no tiene idea de que ayer nos quedara algún punto por aclarar. Pero, como era lo correcto, comienza por referirse a la frase «¡No me toque!», de la que tratamos en la sesión matinal de hipnosis. Tengo, pues, que retrotraerla al tema del día anterior, en el cual la había interrogado sobre el origen de su tartamudeo periódico, recibiendo por toda contestación un rotundo «No lo sé^[55]». Por esta razón le había encargado que recordase dicho extremo hasta la hipnosis de hoy, en la cual me da, sin reflexión previa ninguna, pero muy excitada y con interrupciones espasmódicas del habla, la respuesta siguiente: «Cuando una vez se desbocaron los caballos del coche en que iban mis hijas, y cuando otra vez iba yo en coche con ellas por el bosque, y cayó un rayo en un árbol delante de los caballos, y los caballos se espantaron, y yo pensé: Ahora tienes que procurar no hacer ruido ninguno, pues si gritas, los caballos se asustarán más y el cochero no podrá retenerlos. Entonces empezó el tartamudeo». Este deshilvanado relato la ha excitado extraordinariamente. Luego me dice que el tartamudeo se inició a raíz del primero de los sucesos referidos, pero desapareció a poco, retornando después del segundo, análogo, para hacerse ya crónico. Borro el recuerdo

plástico de tales escenas y la invito luego a representárselas de nuevo. La paciente da muestras de intentarlo, pero ya sin alterarse. A partir de aquí habla durante la hipnosis corrientemente, sin interrupción ninguna espasmódica^[56].

Como la encuentro bien dispuesta a proporcionarme aclaraciones, le pregunto también que otros acontecimientos de su vida la han asustado igualmente, hasta el punto de conservar su recuerdo plástico. En su respuesta incluye una serie de tales sucesos: 1.º Un año después de la muerte de su madre se hallaba en casa de una señora francesa, amiga suya. Ésta la envió, en unión de otra muchacha, a buscar un diccionario en una habitación contigua, y al penetrar en ella vio levantarse de una cama a una persona idéntica a la que había dejado en la habitación de la que venía. Ante tan extraña aparición quedó como clavada en el suelo. Luego le dijeron que se trataba de un muñeco preparado para embromarla. Por mi parte, le explico que aquello tuvo que ser una alucinación, y apelo a su buen juicio actual, consiguiendo que desaparezca de su fisonomía toda señal de alteración. 2.º Su hermano, enfermo por el abuso de la morfina, sufría terribles ataques, en los cuales la asía fuertemente, asustándola. De este mismo suceso me había hablado ya esta mañana, y como prueba le pregunto en qué otras ocasiones la había asido alguien con violencia. Para mi mayor satisfacción y sorpresa reflexiona esta vez largo rato y pregunta luego, insegura: «¿Mi hija pequeña?», siéndole ya imposible recordar los otros dos sucesos análogos que por la mañana me había referido. Así, pues, mi prohibición y el sugerido desvanecimiento de tales recuerdos han obrado eficazmente. 3.º Hallándose junto al lecho de su hermano una tía suya, que había acudido con el empeño de convertirle al catolicismo, asomó de repente su pálido rostro por encima de un biombo. Observando haber llegado aquí a la raíz de su constante temor a las sorpresas, le pregunto cuáles otras ha experimentado, obteniendo la siguiente serie: 1.^a Un amigo, que pasaba temporadas en su casa, solía entrar furtivamente en las habitaciones y asustar a los que en ellas estaban. 2.^a Después de la muerte de su madre enfermó de algún cuidado, y le fue prescrita una cura de aguas en determinado balneario. Hallándose en éste, una loca, hospedada en su mismo hotel, se equivocó varias noches de habitación y entró en la suya, llegando hasta la misma cama. 3.^a En su viaje desde Abazia a Viena, un desconocido abrió cuatro veces la portezuela de su coche, quedándose mirándola fijamente cada una de ellas durante un gran rato. La singular conducta de aquel individuo acabó por asustarla tanto, que llamó al revisor.

Como final, borro todos aquellos recuerdos, despierto a la paciente y le aseguro que aquella noche dormirá bien, suprimiendo por hoy la sugestión correspondiente en la hipnosis. De la mejoría de su estado general testimonia su observación de que hoy no ha dedicado un solo momento a la lectura. Ella, que, llevada antes por su interior tranquilidad, tenía siempre que estar haciendo algo, vive ahora en un feliz ensueño.

11 de mayo, por la mañana. — Hoy es el día señalado por el doctor N. para reconocer a la hija mayor de la paciente, que se ha quejado de trastornos de la menstruación. Encuentro a mi enferma algo intranquila; pero su excitación se manifiesta ahora por signos somáticos más débiles que antes. De vez en vez exclama: «Tengo miedo; tanto miedo, que me parece que voy a morirme». Le pregunto si es acaso el doctor N. quien le inspira temor, y me responde que tiene miedo, pero no sabe a qué ni a quién. Hipnotizada luego, antes de la visita del doctor N., me confiesa que tiene miedo de haberme ofendido con una observación que me hizo ayer durante el masaje, observación que ahora le parece descortés. También le tiene miedo a todo lo nuevo, y, por tanto, al nuevo médico. Logro tranquilizarla, y luego, despierta ya, se conduce muy bien en la visita del doctor N. Tan sólo dos veces da alguna muestra de sobresalto, pero no tartamudea ni chasca la lengua. Terminada la visita, vuelvo a hipnotizarla para hacer desaparecer un posible resto de excitación. Está muy satisfecha de su conducta y pone grandes esperanzas en su curación. Por mi parte, aprovecho estas manifestaciones para demostrarle que no hay por qué asustarse de lo nuevo, que también puede ser bueno^[57].

Por la tarde la encuentro muy tranquila, y en la conversación que mantenemos antes de la hipnosis, se descarga de muchos reparos y escrúpulos. En la hipnosis le pregunto cuál es el suceso de su vida que ha dejado en ella un efecto más duradero y surge con mayor frecuencia en su memoria. Respuesta: «La muerte de mi marido». La invito a relatarme este suceso con todo detalle y así lo hace, dando muestras de profunda emoción, pero sin tartamudear ni chascar la lengua.

Hallándose ambos en un lugar de la Riviera que les gustaba mucho, iban un día de paseo, y al atravesar un puente, su marido sufrió un ataque cardíaco y cayó al suelo, donde permaneció como muerto algunos minutos; pero se repuso pronto y pudo volver a casa por su pie. Poco tiempo después, estando ella en la cama, convaleciente de un parto, su marido, que almorzaba a su lado en una

mesita, se levantó de repente, la miró con expresión extraña y cayó muerto al suelo. Ella se tiró de la cama y mandó llamar al médico, pero todo fue inútil. La paciente hace aquí una pausa y continúa luego: «La niña que por entonces había yo dado a luz, y que sólo contaba unas semanas, estuvo enferma durante más de seis meses, y yo misma tuve también que guardar cama con pertinaces fiebres».

A continuación, adoptando una expresión de enfado, como cuando nos referimos a una persona de la que estamos hartos, expone, cronológicamente ordenadas, todas las molestias y preocupaciones que su hija menor le ha causado; «Durante mucho tiempo se había mostrado extraña y anormal; gritaba y lloraba de continuo; no dormía, y sufría una parálisis de la pierna izquierda, de cuya curación llegaron a desesperar los médicos. A los cuatro años tenía visiones, y no andaba ni hablaba, de manera que llegaron a creerla idiota. Los médicos declararon que padecía meningitis, mielitis y otras diversas afecciones graves».

Al llegar aquí la interrumpo, indicándole que aquella niña goza hoy de una floreciente salud normal, y la despojo de la posibilidad de ver nuevamente aquellos tristes sucesos, no sólo desvaneciendo el recuerdo plástico, sino expulsando de su memoria toda la reminiscencia, como si jamás hubiese existido en ella. Asimismo, le prometo que de este modo cesará la temerosa espera de sucesos desgraciados que de continuo la atormentan y desaparecerán los dolores generales, de los que precisamente ha vuelto a quejarse durante su relato, después de no haber hablado de ellos en varios días^[58].

Para mi sorpresa, inmediatamente después de mi última sugerencia, comienza a hablar del príncipe L., cuya fuga de un manicomio constituía por entonces el suceso del día, y manifiesta nuevas representaciones terroríficas referentes a los establecimientos de este género, tales como la de que para calmar a los enfermos se los somete a duchas heladas o se los sujeta a un aparato giratorio que los hace dar vueltas rápidas. Tres días antes, cuando me expresó por vez primera su miedo a los manicomios, había yo interrumpido sus manifestaciones al terminar de contarme una primera historia —la de que los enfermos eran amarrados a sillas—, y observo ahora que talcs interrupciones son contraproducentes, y que lo mejor es escuchar hasta el final las manifestaciones de la enferma sobre cada punto concreto. La dejo, pues, agotar ahora el tema y borro las nuevas imágenes terroríficas, apelando a su buen juicio actual, y argumentando que debe prestar a mis palabras mayor crédito que a las temerosas historias relatadas por una

estúpida criada.

Observando que tartamudea un poco, le pregunto nuevamente de qué procede aquel defecto. Silencio. «¿No lo sabe usted?» «No». «¿Por qué?» (*Con violencia y enfado.*) «¿Por qué? Porque no bebo». En esta manifestación creo ver un resultado de mis sugerencias; pero a seguida expresa el deseo de ser despertada, y yo accedo a ello^[59].

12de mayo. — Contra mi esperanza, ha dormido poco y mal. La encuentro muy angustiada, pero sin que su angustia se revele con los habituales signos somáticos. No quiere decir lo que le pasa, y manifiesta únicamente haber tenido malos sueños y continuar viendo las mismas cosas. «¡Qué espanto si de repente adquiriesen vida!» Durante el masaje me hace varias preguntas que la apaciguan, y luego me relata la vida que hace en sus posesiones, a orillas del Báltico, nombrándome a las personas importantes que residen en ciudades vecinas y van a pasar temporadas a su casa, etc.

Hipnosis. — Ha tenido sueños horribles. Las patas y los respaldos de las sillas se convertían en serpientes; un monstruo con pico de buitre se arrojaba sobre ella y la devoraba; otras fieras la perseguían, etc. Luego pasa a relatar otros delirios zoológicos, distinguiéndolos de los anteriores con la advertencia: «Esto es verdad» (y no un sueño). Así, cuenta que una vez (hace ya tiempo) fue a coger del suelo un vellón de lana, y cuando llegaba casi a tocarlo vio que echaba a correr, pues era una rata blanca; otra vez, yendo de paseo, vio acercarse a ella, saltando, un repugnante sapo... Observo, pues, que mi prohibición general ha sido totalmente inútil y que habré de desvanecer por separado cada una de estas impresiones temerosas^[60]. En el curso del diálogo llego a preguntarle por qué ha tenido también dolores de estómago, y cuál es el origen de los mismos. Por lo que había observado, estos dolores se le presentaban siempre que tenía un ataque de zoopsia. De mala gana me responde que no sabe nada de lo que le pregunto, y le doy de plazo hasta mañana para recordarlo. Entonces, francamente malhumorada ya, me dice que no debo estar siempre preguntándole de dónde procede esto o V. aquello, sino dejarla relatarme lo que desee.

Accedo a ello, y sin otros preliminares, me dice: «Cuando se lo llevaron fuera, aún no podía yo creer que estuviera muerto». (Me habla, pues, nuevamente, de su marido, y de este modo reconozco la causa de su mal humor en el hecho de haber sufrido bajo los efectos de los restos retenidos en esta

historia.) Después odió durante tres años a su hija menor, pues se decía que si el embarazo y el parto no se lo hubiesen impedido, hubiera podido cuidar mejor a su esposo y quizá salvarle. Al quedarse viuda no tuvo, además, sino disgustos y contrariedades. La familia de su marido, que se había opuesto al casamiento, y a la que luego irritaba la felicidad de que gozaban, pretendió que le había envenenado; hasta tal extremo, que ella estuvo a punto de pedir se iniciase una investigación judicial para dejar patente su inocencia. Por medio de un odioso testafarro, le plantearon luego toda clase de litigios. Este abyecto individuo disponía de agentes, que actuaban contra ella, y publicaba en los periódicos locales artículos difamantes, enviándole luego los recortes. De esta época procede su misantropía y su odio a las personas nuevas para ella. Después de las palabras apaciguantes que enlazo a su relato, se manifiesta más tranquila.

13de mayo. — También ha dormido poco a causa de los dolores de estómago. Anoche no ha cenado. Además, se queja de dolores en el brazo izquierdo. Sin embargo, la encuentro tranquila y de buen humor. Desde ayer me trata con especial atención. Me pregunta mi opinión sobre cosas muy diversas que cree importantes, y se preocupa y excita sobre manera cuando, por ejemplo, no hallo en el sitio de costumbre los paños necesarios para el masaje, y tengo que buscarlos. El chasquido y el «tic» facial se presentan hoy con frecuencia.

Hipnosis. — Anoche ha descubierto de repente por qué los animales pequeños crecen ante su vista hasta adquirir proporciones gigantescas. La primera vez que vio algo semejante fue en una obra teatral, en la que salía un inmenso lagarto. Este recuerdo la había atormentado durante todo el día anterior^[61].

El retorno del chasquido procede de que ayer tuvo dolores de vientre, y se esforzó en no revelarlos, sollozando; del verdadero origen del mismo, tal y como me lo relató en una sesión anterior, no sabe ya nada. Recuerda que ayer le encargué que averiguase el origen de sus dolores de estómago, pero no le ha sido posible, y solicita mi ayuda. Le pregunto si alguna vez se ha forzado a comer después de haber experimentado una impresión intensa.

Mi suposición resulta exacta. Al morir su marido perdió durante mucho tiempo el apetito, y sólo el deber de vivir para sus hijas la hacía sustentarse. Por entonces comenzó a padecer dolores de estómago. Con algunos pases sobre el epigastrio los hago desaparecer, y la paciente me habla luego espontáneamente

de aquello que la ha excitado. «Le he dicho a usted que durante algún tiempo no quise a mi hija menor; debo añadirle ahora que nadie pudo advertir en mi conducta una tal falta de cariño. He hecho por ella todo lo necesario. Todavía hoy me reprocho querer más a la mayor».

14de mayo. — Está bien y contenta. Ha dormido hasta las siete y media, y sólo se queja de leves dolores en la mano, la cabeza y la cara. La conversación, en la que la enferma se desahoga, dando libre curso a sus preocupaciones, va adquiriendo cada día más importancia. Hoy no tiene casi nada terrorífico que contarme. Se queja de dolor e insensibilidad en la pierna derecha, y cuenta que en 1871, convaleciente apenas de una enfermedad *intestinal*, tuvo que cuidar a su hermano, enfermo, presentándose entonces los dolores de vientre que aún la aquejan a veces, y provocan, alguna, una parálisis de la pierna derecha.

En la hipnosis le pregunto si le será posible volver ya a entrar en contacto con las gentes o si predomina todavía en ella el miedo a las personas extrañas. Me responde que aún le es muy desagradable sentir a alguien cerca de ella, y con este motivo me relata nuevos casos en los que la brusca aparición de una persona le ha producido desagradable sorpresa. Yendo de paseo con sus hijas por las cercanías de Ruegen surgieron repentinamente de detrás de unos arbustos dos individuos de aspecto sospechoso, y las insultaron. Otra tarde, en Abazia, le salió de pronto al paso un mendigo y se arrodilló ante ella. Luego resultó ser un loco inofensivo. Por último, me relata una nocturna tentativa de robo, de la que fue objeto en su finca aislada en medio del campo; suceso que la asustó sobre manera.

Sin embargo, se observa fácilmente que su miedo a la gente procede, sobre todo, de las persecuciones de que fue víctima después de la muerte de su marido^[62].

Por la tarde. - La encuentro muy serena en apariencia, pero me recibe exclamando: «Me muero de miedo. No puede usted figurarse el miedo que tengo. Me odio a mí misma». Luego me entero de que el doctor Breuer ha estado a visitarla, sobresaltándose ella al verle entrar. Como el doctor advirtiese el efecto que su aparición causaba, le ha dicho la paciente: «Ésta es la última vez que me asusto», pues la apenaba, por mí, no haber podido reprimir aquel resto de su anterior pusilanimidad. En general, he tenido ocasión de observar durante estos últimos días cuán dura es para consigo misma y cuán dispuesta se halla

siempre a reprocharse como graves faltas los más nimios descuidos, tales como el de que no estén en su sitio habitual los paños necesarios para el masaje o el periódico que leo mientras duermo. Una vez derivada la capa primera y más superficial de reminiscencias atormentadoras, aparece su personalidad moralmente hipersensible y afectada de una tendencia a disminuirse. Tanto en la vigilia como en la hipnosis le repito, parafraseando el antiguo principio de *minima non curat praetor*, que entre lo bueno y lo malo existe todo un amplio grupo de cosas pequeñas e indiferentes, de las que nadie debe hacerse un reproche. Pero me parece observar que no hace de estas enseñanzas caso mayor del que haría un asceta de la Edad Media, que vería la mano de Dios y la tentación del demonio en los menores sucesos, y sería incapaz de imaginarse por un solo momento el mundo, o siquiera una mínima parte de él, exento de relación con su propia persona.

En la hipnosis añade algunas imágenes terroríficas a las relatadas en sesiones anteriores. Así, cuenta que en Abazia veía cabezas sangrientas bailando en la cresta de las olas. Luego hago repetir los consejos que le he dado en estado de vigilia.

15de mayo. — Ha dormido hasta las ocho y media, pero por la mañana se ha sentido intranquila. «Tic», castañeteo y dificultad para hablar. «Me muero de miedo». Interrogada, me cuenta que la pensión en la que se hospedan sus hijas se halla en un cuarto piso y que ayer solicitó que las dejaran también utilizar el ascensor para bajar; petición de la que ahora se arrepiente, pues el ascensor no es de confianza, según le ha manifestado el mismo dueño de la pensión. En un accidente de ascensor murió en Roma la condesa de Sch... Pero yo conozco la pensión de que se trata, y me parece inverosímil que el mismo dueño, que menciona en sus anuncios el ascensor como una de las comodidades de su casa, prevenga después a sus huéspedes contra él. Opino, pues, que se trata de una confusión de la memoria, producida por la angustia. Se lo comunico así, y logro sin dificultad que ella misma se ría de la inverosimilitud de sus temores. Esto mismo me confirma en mi sospecha de que la causa de su angustia era muy otra, y me propongo interrogar luego sobre la materia a su conciencia hipnótica. Durante el masaje, que emprendo hoy de nuevo, después de varios días de interrupción, me relata sucesivamente varias historias sin conexión alguna entre sí, pero que pueden ser verdad, hablándome así de un sapo que encontró en una bodega; de una mujer excéntrica, que cuidaba a un hijo idiota con un singular

procedimiento, y de otra mujer, que padecía de melancolía y fue encerrada en un manicomio. De este modo revela las reminiscencias que atraviesan su pensamiento cuando se apodera de ella el malestar. Después de haberse desahogado con estos relatos se serena y me habla de la vida que hace en su finca y de las relaciones que mantiene con personas notables de Alemania y Rusia, resultándome difícil conciliar este aspecto social de su personalidad con la idea de una mujer tan intensamente nerviosa.

En la hipnosis le pregunto por qué estaba esta mañana tan intranquila, y en lugar de repetirme sus temores con respecto al ascensor, me dice haber temido que se le presentara de nuevo el período, obligándola a una nueva interrupción del masaje^[63].

A continuación hago que me relate la historia de sus dolores de piernas. Comenzando como ayer, narra después una larga serie de sucesos penosos y debilitantes, al tiempo de los cuales padeció dichos dolores, y cuyos efectos hubieron de intensificarlos, hasta producirle una parálisis y anestesia de ambas piernas. Análogamente sucede con los dolores en los brazos, que comenzaron simultáneamente a los que dice sentir en la nuca una vez que se hallaba asistiendo a un enfermo. Sobre los dolores en la nuca me dice que sucedieron a singulares estados de intranquilidad y mal humor, y consisten en una sensación de «presión helada» en la nuca, rigidez y frío doloroso en las extremidades, incapacidad de hablar y postración. Suelen durarle de seis a doce horas. Mis tentativas de reducir este complejo de síntomas a una reminiscencia fallan por completo, siendo contestadas negativamente las preguntas, a dicho fin encaminadas, sobre si su hermano, al que asistió en ocasión de hallarse delirando, la cogió alguna vez por la nuca. En definitiva, no sabe de dónde provienen tales ataques^[64].

Por la tarde la encuentro muy contenta y dando muestras de un excelente humor. Lo del ascensor —me dice— no era como antes me lo había contado. Luego me dirige una serie de preguntas, en las que no hay nada patológico. Ha tenido fuertes dolores en la cara, en la mano, por la parte del pulgar y en la pierna. Cuando había estado sentada mucho tiempo o mirando fijamente algún punto sentía rigidez y dolor en los ojos. El intento de levantar algún objeto pesado le producía dolores en los brazos. El reconocimiento de la pierna derecha revela sensibilidad relativamente buena del muslo, intensa anestesia de la rodilla para abajo y menor en la región de los riñones.

En la hipnosis me dice que de cuando en cuando tiene aún representaciones angustiosas, tales como las de que sus hijas pueden enfermar y morir prematuramente, o que a su hermano, ahora en viaje de novios, puede ocurrirle algún accidente o morírsele su mujer, pues todos los hermanos han tenido la desgracia de enviudar pronto. Se ve que abriga aún otros temores, pero no logro hacérselos revelar. Le reprocho aquella necesidad que siente de angustiarse, aunque no exista motivo alguno para ello, y me promete no hacerlo más «porque yo se lo pido». Siguen otras sugerencias relativas a los dolores que sufre, etc.

16 de mayo. — Ha dormido bien. Se queja aún de dolores en la cara, brazos y piernas; pero está contenta y de buen humor. Faradización de la pierna anestésica.

Por la tarde. — La encuentro muy sobresaltada. «Me alegro mucho de que venga usted. Estoy muy asustada». Muestra todas las señales de espanto, «tic» y tartamudez. Antes de la hipnosis, le hago relatarme lo que le ha sucedido, y extendiendo hacia mí sus manos crispadas, en una magnífica personificación del terror, me dice: «Estando en el jardín, una rata monstruosa ha saltado de repente por encima de mi mano, desapareciendo luego. Por todas partes surgían y desaparecían ratas y ratones. (*Ilusión producida quizá por los juegos de sombras.*) En los árboles había también muchos ratones. ¿No oye usted piafar a los caballos en el circo? Ahí al lado se queja un señor. Debe de tener dolores, de resultas de la operación. ¿Estoy quizá en Ruegen? Allí tenía una estufa parecida». Perdida en la multitud de pensamientos que por su imaginación cruzaban, se esforzaba en fijar, en medio de su confusión, el presente. No sabe contestar a mis preguntas sobre cosas actuales; por ejemplo, a la de si sus hijas habían estado con ella.

En la hipnosis intento deshacer la confusión de este estado.

Hipnosis. — «¿De qué se ha asustado usted?» Me repite la historia de los ratones, dando nuevas muestras de espanto, y agrega que luego, al subir la escalera había en ella un animal repugnante, que desapareció, al acercarse, ante su paso. Le declaro que todo aquello son alucinaciones y le reprocho su miedo a los ratones, indicándole que es propio de los alcohólicos (que le inspira gran repugnancia). Luego le cuento la leyenda del obispo Hatto^[65], que ella conoce ya, a pesar de lo cual la oye dando muestras de espanto. «¿Cómo se le ha

ocurrido a usted hablarme del circo?» Dice que oye perfectamente cómo piafan los caballos en el establo, enredándose las patas en los ramales, cosa que puede hacerlos caer y herirse gravemente. Cuando esto pasaba, solía Juan ir al establo a desatarlos. Le discuto la proximidad del establo y niego que haya podido oír quejarse al vecino. Luego le pregunto si sabe dónde está. Ahora lo sabe; pero antes creía estar en Ruegen. ¿Cómo ha podido creer tal cosa? Antes han hablado de que en el jardín había un sitio muy oscuro, y esto le ha hecho recordar la terraza de Ruegen, desprovista en absoluto de sombra. «¿Qué recuerdos penosos tiene usted de su estancia en Ruegen?» Padeció allí terribles dolores en brazos y piernas; se perdió entre la niebla en varias excursiones; fue dos veces perseguida por un toro, etc. «¿Cómo ha tenido usted hoy este ataque?» Ha escrito muchas cartas. Se ha pasado tres horas escribiendo, y esto le ha cargado la cabeza. Puedo, por tanto, suponer que la fatiga ha provocado el ataque de delirio, cuyo contenido ha quedado determinado por reminiscencias surgidas al estímulo de ciertas analogías de lugar, tales como la parte soleada del jardín, etc. Repito los consejos de costumbre y la dejo adormecida.

17 de mayo. — Ha dormido muy bien. En el baño de salvado prescrito para hoy ha gritado varias veces, pues las partículas de salvado se le antojaban gusanos. Esto lo sé por la enfermera, pues ella rehúye contármelo. Se muestra satisfecha y alegre, pero se interrumpe frecuentemente con gritos inarticulados y gestos de espanto, tartamudeando más que en los últimos días. Ha soñado que andaba sobre un suelo plagado de sanguijuelas. Durante la noche anterior había tenido también horribles sueños, en los que se veía obligada a amortajar varios cadáveres y a colocarlos en sus ataúdes. Pero no podía decidirse nunca a cerrar la tapa de los mismos. (Seguramente, una reminiscencia de la muerte de su marido.) Cuenta luego que en su vida le han sucedido numerosas aventuras con animales; la más terrible, una vez que encontró un murciélago en su tocador, y tuvo que salir del cuarto a medio vestir. Su hermano le regaló por aquella ocasión un imperdible que figuraba un murciélago para curarla de su miedo, pero no pudo ponérselo jamás.

Hipnosis. - Su miedo a los gusanos procede de una vez que le regalaron una almohadilla para clavar alfileres, y al ir a utilizarla vio salir de ella multitud de pequeños gusanos, nacidos de la humedad del salvado que la rellenaba. (¿Alucinación? Quizá realidad.) Le pido me cuente más historias de animales.

Una vez que iba de paseo con su marido por un parque vieron que el camino que conducía al estanque se hallaba cubierto de sapos, y tuvieron que dar la vuelta. Ha tenido épocas en las que no se atrevía a dar la mano a nadie, de miedo a que al hacerlo se convirtiese en un animal repugnante, caso que ya había sucedido muchas veces. Intento libertarla de su miedo a los animales, nombrándole gran cantidad de ellos uno por uno, y preguntándole cada vez si aquél le daba miedo. Unas veces me contesta negativamente, y otras, «No debo asustarme^[66]». Le pregunto por qué ha tartamudeado y mostrado tanto sobresalto ayer y hoy. «Eso lo hago siempre que tengo miedo^[67]»⁵². «¿Y por qué tenía usted ayer tanto miedo?» Estando en el jardín ha pensado en muchas cosas que la preocupan. Entre ellas, en cómo podría evitar una posible recaída cuando yo diera por terminado el tratamiento. Le repito las tres razones que tiene para hallarse más esperanzada y que ya le he indicado en la vigilia: 1.^a Que está ya mejor y tiene una mayor resistencia. 2.^a Que se acostumbrará a hablar tranquilamente a una persona que se halle a su lado. 3.^a Que una porción de cosas que ahora la preocupan le serán luego indiferentes. Además, la ha preocupado no haberme dado ayer las gracias por mi última visita y el pensamiento de que, habiendo empeorado en estos días, acabará por hacerme perder la paciencia. Asimismo le ha impresionado mucho oír cómo uno de los médicos de la casa preguntaba a un señor en el jardín si se encontraba ya con valor para operarse. La mujer del interrogado se hallaba presente, y debió de pensar, como ella, que aquella tarde podía ser la última del pobre enfermo. Después de este relato parece desvanecerse su malestar^[68].

Por la tarde se muestra muy serena y satisfecha. La hipnosis no revela nada importante. Me dedico al tratamiento de los dolores musculares y a restablecer la sensibilidad de la pierna derecha, cosa que logro fácilmente en la hipnosis. Pero al despertar vuelve la anestesia, aunque algo menor. Antes de dar por terminada mi visita me expresa su asombro por no haber tenido desde hace muchos días los dolores de la nuca, que surgían antes siempre que el tiempo amenazaba tormenta.

18 de mayo. — Esta noche ha dormido como hacía muchos años que no lo conseguía; pero desde la hora del baño se queja de frío en la nuca, tirantez y dolores en la cara, manos y pies. Su rostro aparece contraído y crispadas sus manos. La hipnosis no revela ningún contenido psíquico de este estado, que

consigo luego aliviar, despierta ya la paciente, por medio del masaje^[69].

Espero que el precedente extracto de la crónica de las tres primeras semanas de tratamiento bastará para ofrecer al lector un cuadro evidente del estado de la enferma, de la naturaleza de mi labor terapéutica y de sus resultados. Completaré ahora el historial clínico.

El delirio histérico, últimamente descrito, fue también la última perturbación importante del estado de la señora Emmy de N. Como yo no me dedicaba a buscar síntomas patológicos, sino que esperaba a que se presentasen o a que la enferma me comunicase un pensamiento temeroso, las hipnosis resultaron pronto ineficaces, y las utilicé en su mayor parte para imbuirle enseñanzas que habían de perdurar siempre presentes en su pensamiento y evitar que al reintegrarse a su hogar cayera de nuevo en semejantes estados. Por entonces me hallaba por completo bajo el dominio de la obra de Charcot sobre la sugestión, y esperaba de tal influencia instructiva más de lo que hoy esperaría. El estado de mi paciente mejoró tanto en poco tiempo, que ella misma aseguraba no haberse encontrado nunca mejor desde la muerte de su marido. A las siete semanas de tratamiento la autoricé a volver a su residencia, en las orillas del Báltico.

Siete meses después recibió noticias suyas el doctor Breuer. Su mejoría se había mantenido a través de varios meses, pero había acabado por sucumbir a una nueva conmoción psíquica. Su hija mayor, que ya durante su primera estancia en Viena había imitado a la madre, presentando calambres en la nuca y leves estados histéricos, padecía principalmente de dolores al andar, provocados por una *retroflexio-uteri*, y por indicación mía había ido a consultar al doctor N., uno de nuestros más reputados ginecólogos, el cual corrigió, por medio del masaje, la retroflexión indicada, librando a la enferma de sus molestias por algunos meses. Pero hallándose ya la familia en su residencia, volvieron aquéllas a presentarse, y la madre se dirigió a un ginecólogo de la cercana ciudad universitaria, el cual prescribió a la muchacha una terapia combinada, local y general, que le provocó una grave enfermedad nerviosa. Probablemente no fue esto sino la primera manifestación de la disposición patológica de la muchacha, la cual tenía entonces diecisiete años; disposición que se evidenció un año después en una modificación de su carácter. La madre, que había puesto a su hija en manos de los médicos con su habitual mezcla de obediencia y desconfianza, se hizo objeto de los más duros reproches al comprobar el mal resultado del tratamiento, y por un camino mental que yo no había sospechado llegó a la

conclusión de que el doctor N. y yo éramos responsables de la enfermedad de la muchacha por haber calificado como leve su grave dolencia. En esta creencia anuló, por medio de una enérgica volición, los efectos de mi tratamiento y cayó enseguida en los mismos estados de los que yo la había libertado. Un excelente médico de su región y el doctor Breuer, con el que comunicaba por escrito, consiguieron convencerla de nuestra inocencia; pero la animosidad surgida en esta época contra mí perduró en ella, a pesar de todo, en calidad de resto histérico, y declaró que leerá imposible volver a ponerse en mis manos. Siguiendo el consejo del médico al que antes aludimos, ingresó en un sanatorio de Alemania del Norte, y por indicación de Breuer comuniqué yo al director de dicho establecimiento qué modificación de la terapia hipnótica se había demostrado eficaz en aquel caso.

Esta tentativa de transferencia fracasó por completo. La enferma pareció no entenderse desde un principio con el médico, se agotó en una tenaz resistencia contra todo lo que con ella se emprendía, perdió el apetito y el sueño y no se repuso hasta que una amiga suya, que iba a visitarla al sanatorio, la sacó de él casi subrepticamente y se la llevó a su casa, donde le prodigó sus cuidados. Poco tiempo después, precisamente el año de su primera visita a mi consulta, volvió a Viena y se puso de nuevo en mis manos.

La encontré mucho mejor de lo que por sus cartas me había imaginado. Animada y exenta de angustiosos temores, mostraba conservar, a pesar de todo, gran parte de mi obra terapéutica. Se quejaba principalmente de frecuente confusión mental o, para decirlo con sus propias palabras, de tener «una tempestad en el cerebro». Además, padecía insomnios, se pasaba a veces llorando horas enteras y se entristecía al llegar determinada hora de la tarde (las cinco); esto es, la hora en que solía visitar a su hija enferma mientras ésta permaneció en un sanatorio. Tartamudeaba y castañeteaba la lengua con gran frecuencia, se retorció las manos como si estuviese encolerizada, y cuando le pregunté si veía muchos animales, me respondió tan sólo: «¡Oh, calle usted!»

En la primera tentativa de hipnotizarla cerró enérgicamente los puños y gritó: «No quiero inyecciones de antipirina. Prefiero que no se me quite el dolor. No quiero ver al doctor R.; me es muy antipático». Se hallaba, pues, dominada por la reminiscencia de una hipnosis en el sanatorio en que últimamente había residido, y se tranquilizó en cuanto la transferí a su situación presente.

Al principio mismo del tratamiento realicé un descubrimiento muy instructivo. Preguntada la paciente desde cuándo había vuelto a tartamudear, me

respondió que desde un susto que había recibido aquel invierno, hallándose en D. Un camarero de la fonda en que habitaba se había escondido en su cuarto. En la oscuridad, creyó ella que se trataba de un gabán caído de una percha, y al ir a cogerlo se alzó de repente ante ella el intruso. Una vez borrada por sugestión esta imagen mnémica, no volvió a tartamudear sino imperceptiblemente, ni en la hipnosis ni en la vigilia; pero, movido yo por no sé qué impulso, me propuse someter el buen resultado obtenido a una prueba definitiva, y al volver aquella tarde le pregunté, aparentando la mayor inocencia, como había de hacer, al irme dejándola dormida, para cerrar la puerta de manera que nadie pudiese penetrar en la habitación. Con gran sorpresa mía se sobresaltó extraordinariamente al oír lo que antecede, comenzó a castañetear los dientes y retorcerse las manos, e indicó que en D. había recibido un susto de este género, pero no pude conseguir que me lo relatara. Sin embargo, pude observar que se trataba del mismo suceso que me había narrado por la mañana en la hipnosis y que yo creía haber borrado de su pensamiento. En la hipnosis siguiente me hizo ya un relato más detallado y fiel del mismo. Una tarde que paseaba presa de gran excitación por los pasillos de la fonda, halló abierta la habitación de la camarera que le servía y quiso entrar para sentarse allí un momento. La camarera intentó evitarlo, pero ella no hizo caso, y al entrar vio junto a la pared un bulto oscuro, que luego resultó ser un hombre. Lo que movió a la enferma a hacerme un relato inexacto de esta pequeña aventura fue, sin duda, un matiz erótico. Pero de este modo me reveló que los relatos hechos por los enfermos en la hipnosis carecían, cuando eran incompletos, de todo efecto curativo, y a partir de este día me fui habituando a ver en el rostro de los pacientes cuándo me silenciaban una parte esencial de su confesión.

La labor que ahora había de llevar a cabo con esta enferma era la de anular, por medio de la sugestión hipnótica, las impresiones desagradables que había recibido durante el tratamiento de su hija y durante su propia estancia en el sanatorio alemán. Se hallaba colmada de ira contra el médico de dicho establecimiento que la había obligado, en la hipnosis, a deletrear la palabra «sapo», y me hizo prometerle que jamás le haría pronunciar tal palabra. En este punto me permití utilizar la sugestión un poco en broma, único abuso de la hipnosis, bien inocente por cierto, de que he de acusarme con esta paciente, asegurándole que su estancia en X quedaría en adelante tan alejada de su memoria, que ni siquiera recordaría bien el nombre de dicha localidad, dudando, cada vez que quisiera pronunciarlo, entre Valle..., Monte..., Bosque..., y otros

comienzos análogos. Así sucedió, en efecto, y pronto fue su vacilación al pronunciar tal nombre la única perturbación que se podía observar en el habla de la paciente hasta que, obedeciendo a una observación del doctor Breuer, la libérté de esta forzada paramnesia.

Mayor tiempo que con los restos de estos sucesos tuve que luchar con los estados que la enferma describía diciendo sentir una «tempestad en el cerebro». La primera vez que la vi en tal estado yacía sobre un diván con el rostro contraído, el cuerpo en constante inquietud, apretándose la frente entre las manos y repitiendo perdidamente el nombre de «Emmy», que era el suyo y el de su hija mayor. En la hipnosis explicó que aquel estado constituía la repetición de los muchos ataques de desesperación que solían acometerla durante la enfermedad de su hija, después de largas horas de meditar en vano cómo sería posible remediar el fracaso del tratamiento. Cuando entonces comenzaba a sentir que sus ideas se embrollaban, se habituó a repetir en alta voz el nombre de su hija, sirviéndose de él como un punto de apoyo para recobrar la lucidez, pues por aquellos días, en los que el estado de su hija le imponía nuevos deberes y sentía que la nerviosidad volvía a dominarla, se había propuesto que lo que se refiriera a aquella hija debía ser respetado con su confusión mental, aunque todo lo demás sucumbiese a ella.

Al cabo de algunas semanas quedaron también dominadas estas reminiscencias y la paciente recobró la salud; pero, a instancias mías, permaneció aún algún tiempo en observación. Próximo ya el día señalado para su partida de Viena, sucedió algo que relataré detalladamente, por arrojar viva luz sobre el carácter de la enferma y sobre la génesis de sus estados.

Un día que fui a visitarla a la hora del almuerzo la sorprendí en el momento en que arrojaba al jardín —donde lo recogieron los hijos del portero— un objeto envuelto en papeles. Interrogada, confesó que era el postre lo que así tiraba todos los días. Este descubrimiento me llevó a inspeccionar los demás restos de su almuerzo, comprobando que se lo había dejado casi todo. Preguntada por qué comía tan poco, me respondió que no acostumbraba a comer más y que le haría daño, pues era lo mismo que su difunto padre, el cual se mantuvo siempre extremadamente sobrio. Al enterarme luego de lo que bebía, me contestó que sólo toleraba líquidos de cierta consistencia, tales como la leche, el café, el cacao, etcétera, y que siempre que bebía agua natural o mineral se le estropeaba el estómago. Todo esto presentaba el sello inconfundible de una elección nerviosa. Efectué un análisis de orina y la encontré muy concentrada.

Consideré, pues, conveniente aconsejarle que bebiese más agua y me propuse aumentar también su alimentación. No se hallaba excesivamente delgada, pero de todos modos me pareció deseable algo de sobrealimentación. Pero cuando en mi visita siguiente le prescribí un agua mineral alcalina y le prohibí que arrojase al jardín el postre, se excitó visiblemente y me dijo: «Lo haré porque usted me lo manda, pero desde ahora le aseguro que me sentará mal, pues es contrario a mi naturaleza, y ya a mi padre le pasaba lo mismo». En la hipnosis le pregunté luego por qué no podía comer más ni beber agua, contestándome ella, de muy mal humor, que lo ignoraba. Al día siguiente me comunicó la enfermera que la paciente había comido bien, sin dejarse nada, y bebido un vaso entero de agua alcalina. Pero, al entrar a verla, la encontré tendida en el diván, profundamente malhumorada y quejándose de dolor de estómago: «¿No se lo dije a usted? Ya hemos perdido todo lo que tanto trabajo nos ha costado conseguir. Me he estropeado el estómago, como siempre que bebo agua o tomo más alimento que de costumbre. Ahora tendré que estar a dieta seis u ocho días, hasta poder volver a tolerar la comida». Le aseguré que no tendría que ponerse a dieta, pues era imposible que un poco más de alimentación y un vaso de agua alcalina le estropearan el estómago. Los dolores eran una consecuencia del miedo con el que había comido y bebido. Pero esta explicación mía no debió de causarle impresión alguna, pues cuando, después, quise dormirla, fracasó la hipnosis por primera vez, y en la colérica mirada que me dirigió reconocí que se hallaba en rebelión completa contra mí y que la situación era hartamente grave. Renunciando a la hipnosis, le anuncié que le daba veinticuatro horas para reflexionar y convencerse de que sus dolores de estómago no provenían sino de su miedo. Transcurrido dicho plazo, le preguntaría si continuaba opinando que un vaso de agua mineral y una modesta comida podían estropearle el estómago para ocho días, y si me contestaba afirmativamente, daría por terminada mi misión facultativa cerca de ella y le rogaría se encomendase a otro médico. Esta pequeña escena contrastó intensamente con el tono general de nuestras relaciones, fuera de ella muy amistosas.

Veinticuatro horas después la encontré humilde y dócil. A mi pregunta de cuál era su opinión sobre el origen de sus dolores de estómago, me respondió, incapaz de fingimiento: «Creo que son consecuencia de mi miedo, pero sólo porque usted me lo asegura así». Inmediatamente la hipnosis y le pregunto de nuevo: «¿Por qué no puede usted comer más?».

La respuesta siguió en el acto, y consistió en una serie cronológicamente

ordenada de motivos dados en su memoria: «Siendo niña, me negaba a veces, por puro capricho, a comer la carne que me servían. Mi madre se mostraba siempre muy severa en tales ocasiones, y como castigo me hacía comer dos horas después lo que me había dejado, sin calentarlo ni cambiarlo de plato. La carne estaba entonces fría y la grasa se había solidificado en derredor... (*Repugnancia*.) Aún veo ante mí el tenedor que mi madre me hacía coger... Una de sus púas estaba algo doblada. Cuando ahora me siento a la mesa veo siempre delante el plato con la carne fría y la grasa solidificada. Muchos años después viví con un hermano mío, oficial del Ejército, que padecía una terrible enfermedad. Yo sabía que era contagiosa y tenía un miedo horrible de equivocarme y usar sus cubiertos (*Terror*); pero, sin embargo, comía con él para que nadie advirtiera que estaba enfermo. Poco después hube de asistir a otro hermano mío, tuberculoso. Durante su enfermedad comíamos junto a su lecho, y a su lado, encima de la mesa, tenía siempre una escupidera (*Terror*), en la cual escupía por encima de los platos. Todo esto me causaba terrible repugnancia, a la que no podía dar expresión por temor a ofender a mi hermano. Ahora, cuando me siento a comer, veo ante mí la escupidera de entonces y me da asco». Después de borrar todas estas reminiscencias motivo de asco, le pregunté por qué no podía beber agua. Su respuesta fue que, teniendo diecisiete años, pasó por Munich algunos meses con su familia, padeciendo casi todos ellos catarros intestinales, debidos a las malas condiciones de potabilidad del agua natural. Todos curaron pronto, menos ella, que permaneció enferma bastante tiempo, no obstante haber sustituido el agua natural por agua mineral. Al encomendarle el médico tal sustitución, pensó que ya no iba a servirle de nada. Desde esta época volvió a padecer innumerables veces tal intolerancia en relación al agua natural y mineral.

El efecto terapéutico de esta investigación hipnótica fue inmediato y duradero. La enferma cesó en su propósito de guardar dieta durante ocho días, y ya al siguiente comió y bebió sin preocupación ni trastorno ulterior alguno. Dos meses después me escribía: «Como muy bien y he engordado mucho. Del agua mineral que usted me prescribió, he bebido ya cuarenta botellas. Dígame si debo seguir bebiéndola».

Un año después vi a la paciente en su finca de X. Su hija mayor, aquélla cuyo nombre solía repetir en sus estados de «tempestad de cerebro», entró, por esta época, en una fase de desarrollo anormal, mostrando un desmesurado amor propio, desproporcionado a sus escasas dotes, y tornándose rebelde e incluso

agresiva para con su madre. Yo poseía aún la confianza de esta última y fui llamado por ella para dar mi opinión sobre el estado de su hija. La transformación psíquica de la muchacha me produjo mala impresión; tanto más, cuanto que para establecer mi pronóstico había de tener en cuenta que todas las hermanastras de la muchacha (hijas de un primer matrimonio de su padre) habían sucumbido a la demencia paranoica. En la familia de su madre tampoco faltaban individuos neurópatas, aunque ninguno de los miembros más cercanos a ella sufriera una psicosis declarada. La madre, a la que manifesté claramente mi opinión, la acogió serena y comprensivamente. Había recobrado sus fuerzas, presentaba un aspecto floreciente, y durante los nueve meses transcurridos desde la terminación del tratamiento había gozado de buena salud, sólo perturbada por algunos dolores en la nuca y otros pequeños trastornos. Durante los días que, en esta ocasión, pasé en su casa fue cuando pude darme buena cuenta de la extensión de sus ocupaciones, deberes e interés intelectuales. Una conversación con el médico que allí solía asistirle me demostró también que había acabado por reconciliarse con nuestra profesión.

La enferma había mejorado extraordinariamente, pero los rasgos fundamentales de su carácter habían variado poco, a pesar de todas mis sugerencias instructivas. No parecía haber aceptado mi proposición de establecer una amplia categoría de «cosas indiferentes», y su tendencia a atormentarse por nimiedades era apenas menor que durante el tratamiento. Su disposición histérica no había reposado tampoco durante este tiempo. Así, se quejaba de que durante los últimos meses se le había manifestado una incapacidad de resistir largos viajes en ferrocarril, y una rápida y forzada tentativa de disipar tal incapacidad no reveló sino diversas impresiones desagradables, exentas de importancia, experimentadas por la sujeto en sus últimos viajes a X y sus alrededores. Pude observar también que en la hipnosis no se mostraba tan dócil como antes, y ya por este tiempo surgió en mí la sospecha de que estaba en vías de sustraerse nuevamente a mi influencia y de que la secreta intención de su incapacidad de viajar era la de impedirle acudir otra vez a mi consulta de Viena.

En estos días fue también cuando se lamentó de haber observado en su memoria lagunas que se referían «precisamente a los sucesos más importantes de su vida», afirmación de la cual deduje que mi labor terapéutica de hacía dos años había ejercido sobre la paciente una profunda y duradera influencia. Paseando un día por un camino que llevaba desde la casa a una pequeña ensenada, me atreví a preguntarle si por allí solía haber muchos sapos. La respuesta fue una dura

mirada de reproche, no acompañada, sin embargo, de signo alguno de terror, y luego: «Pues sí que los hay». Durante la hipnosis, en la que me dediqué a desvanecer su repugnancia a los viajes en ferrocarril, se mostró ella misma insatisfecha de sus respuestas y expresó el temor de no obedecer ahora a mis sugerencias tan dócilmente como antes. Decidí, pues, convencerla de lo contrario. Escribí algunas líneas en un papel y se lo entregué, diciéndole: «En el almuerzo de hoy me servirá usted un vaso de vino, como ayer lo hizo. Luego, cuando me vea llevarme el vaso a los labios, me dirá usted: “Hágame el favor de servirme también vino”, y al extender yo la mano hacia la botella, exclamará, deteniéndome: “¡Déjelo! Prefiero no beber”. En seguida se echará usted mano al bolsillo y sacará y leerá el papel que ahora le entrego, el cual contiene estas mismas palabras». Esto era por la mañana, y pocas horas después se desarrolló, en el almuerzo, la escena descrita, sin que ninguno de los comensales advirtiera nada singular. La sujeto pareció luchar consigo misma al pedirme que le sirviera vino —jamás lo bebía—, y después de volver de su acuerdo, con visible satisfacción, echó mano al bolsillo, sacó el papel en el que constaban las palabras antes transcritas y, moviendo perpleja la cabeza, me miró asombrada.

Desde esta visita a la señora N., en mayo de 1890, fueron haciéndose cada vez menos frecuentes sus noticias. Indirectamente supe que el mal estado de su hija, fuente inagotable de penosas excitaciones para ella, acabó por dar al traste con su mejoría. Por último (1893), recibí una breve carta suya, en la que me rogaba diese mi autorización para que la hipnotizase otro médico, pues se hallaba enferma de nuevo y no podía venir a Viena. Al principio no comprendí por qué precisaba de tal autorización, hasta que recordé que en 1890 le había sugerido, a su demanda, la prohibición correspondiente, para evitarle el peligro de sufrir el penoso dominio de un médico que no le inspirara confianza ni simpatía, como sucedió con el del sanatorio del Monte... (Valle..., Bosque...). Así, pues, renuncié inmediatamente por escrito a mi exclusivo derecho anterior.

EPICRISIS

Sin una previa y detallada fijación del valor y el significado de la palabra «histeria», no es fácil decidir si un caso patológico puede situarse bajo dicho concepto o incluirse entre las demás neurosis (no puramente neurasténicas). Por otra parte, tampoco en el sector de las neurosis mixtas corrientes se ha llevado aún a cabo una labor ordenadora de diferenciación y delimitación. De este modo,

si para diagnosticar la histeria propiamente dicha acostumbramos, hasta ahora, guiarnos por la analogía del caso de que se trate con los casos típicos conocidos de tal enfermedad, es indudable que el de Emmy de N. debe ser diagnosticado de histeria. La frecuencia de los delirios y de las alucinaciones, en medio de una absoluta normalidad de la función anímica; la transformación de su personalidad y de la memoria durante el somnambulismo artificial; la anestesia de la extremidad dolorosa, ciertos datos de la anamnesia, etc., no dejan lugar a dudas sobre la naturaleza histérica de la enfermedad o, por lo menos, de la enferma. Si, a pesar de todo esto, puede ofrecernos alguna duda tal diagnóstico, ello depende de determinado carácter de este caso, que nos da pretexto para desarrollar una observación de orden general. Según ya hemos expuesto en el primer capítulo del presente trabajo, consideramos los síntomas histéricos como efectos y restos de excitaciones que han actuado en calidad de traumas sobre el sistema nervioso. Cuando la excitación primitiva queda derivada por reacción o mediante una elaboración intelectual, no subsisten tales restos. Así, pues, habremos ya de tener en cuenta cantidades, aunque no mensurables, y describiremos el proceso diciendo que una magnitud de excitación afluyente al sistema nervioso queda transformada en síntomas permanentes, en aquella medida, proporcional a su montaje, en la que no ha sido utilizada para la acción exterior. Ahora bien: en la histeria estamos acostumbrados a comprobar que una parte importante de la «magnitud de la excitación» del trauma se transforma en síntomas puramente somáticos. Esta peculiaridad de la histeria es lo que ha constituido durante mucho tiempo un obstáculo para considerarla como una afección psíquica.

Si en gracia a la brevedad denominamos «conversión» a la transformación de la excitación psíquica en síntomas somáticos permanentes, característica de la histeria, podemos decir que el caso de Emmy de N. muestra un escaso montante de conversión; la primitiva excitación psíquica permanece circunscrita en él, casi por completo, al sector psíquico, haciéndole así presentar una gran analogía con los de neurosis no histéricas. Existen casos de histeria en los que la conversión afecta a todo el incremento de excitación, de manera que los síntomas somáticos de la histeria emergen en una conciencia aparentemente normal. Sin embargo, es más corriente la conversión incompleta, de suerte que por lo menos una parte del afecto concomitante al trauma perdura en la conciencia como componente del estado de ánimo.

Los síntomas psíquicos de nuestro caso de histeria con escaso montante de conversión pueden agruparse bajo los conceptos de transformación de estado de

ánimo (angustia, depresión, melancolía), fobias y abulias. Estas dos últimas clases de perturbación psíquica, consideradas por los psiquiatras de la escuela francesa como estigmas de la degeneración nerviosa, se muestran en nuestro caso suficientemente determinadas por sucesos traumáticos, constituyendo, en su mayor parte, como luego demostraremos, fobias y abulias traumáticas.

Algunas de las fobias podían contarse, sin embargo, entre las primarias, comunes a todos los hombres y especialmente a los neurópatas. Así, ante todo, la zoofobia (miedo a las serpientes, a los sapos y a todas aquellas sabandijas que reconocen por soberano a Mefistófeles), el miedo a las tormentas, etc. Pero también estas fobias fueron intensificadas por sucesos traumáticos. Así, el miedo a los sapos, por la impresión de la sujeto, siendo niña, el día que su hermano le arrojó un sapo muerto, lo que le produjo un ataque de contracciones histéricas; el miedo a las tormentas, por el sobresalto ya descrito, que dio lugar al vicio de castañetear la lengua, y el miedo a la niebla, por sus paseos en Ruegen. De todos modos, el miedo primario y, por decirlo así, instintivo desempeña, considerado como estigma psíquico, el papel principal en este grupo.

Las demás fobias, más especiales, aparecen también determinadas por sucesos particulares. El miedo a un sobresalto súbito e inesperado es consecuencia de la tremenda impresión recibida al ver morir repentinamente a su marido, fulminado por un ataque al corazón. El miedo a las personas extrañas, y en general a todo el mundo, demuestra ser un residuo de la época en la que se vio perseguida por la familia de su marido y creía descubrir en cada desconocido un agente de sus perseguidores o pensaba que todo el que a ella se aproximaba conocía las infamias que verbalmente o por escrito se difundían sobre ella. El miedo a los manicomios y a sus infortunados huéspedes se relaciona con toda una serie de tristes sucesos acaecidos en su círculo familiar y con los relatos que, siendo niña, escuchó de labios de una estúpida criada. Esta última fobia se apoya, además, por un lado, en el horror instintivo primario del hombre sano al demente y, por otro, en su preocupación, común a todo nervioso, de sucumbir a la locura. El miedo, particularmente especializado, a tener a alguien detrás de ella aparece motivado por varias temerosas impresiones de su infancia y épocas posteriores. Después del suceso del hotel, particularmente penoso para el sujeto por integrar un elemento erótico se acentuó más que nunca su miedo a la entrada subrepticia de una persona extraña en su cuarto. Por último, el miedo a ser enterrada viva, tan frecuente en los neurópatas, encuentra una completa explicación en su creencia de que su marido no estaba muerto cuando sacaron de

la casa el cadáver, creencia en la que se manifiesta conmovedoramente la incapacidad de aceptar la brusca interrupción de la vida de la persona amada. Por lo demás, todos estos factores *psíquicos* sólo pueden explicar, a mi juicio, la elección de las fobias, pero no su duración. Por lo que a esta respecta, hemos de tener en cuenta un factor *neurótico*, o sea, la circunstancia de que la paciente observaba desde años atrás una completa abstinencia sexual, motivo frecuentísimo de *tendencia a la angustia*.

Menos aún que las fobias, pueden ser consideradas las abulias de nuestros enfermos como estigmas psíquicos consiguientes a una disminución general de la capacidad funcional. El análisis hipnótico del caso demuestra más bien que las abulias se hallan condicionadas por un doble mecanismo físico, simple en el fondo. La abulia puede ser de dos clases. Puede ser, sencillamente, una consecuencia de la fobia, y así sucede cuando la fobia se enlaza a un acto propio (salir de casa, buscar la sociedad de los demás, etc.) en lugar de a una expectación (que alguien pueda introducirse subrepticamente en el cuarto, etc.), siendo entonces la angustia enlazada con el resultado del acto la causa de la coerción de la voluntad. Sería equivocado presentar esta clase de abulias al lado de sus fobias correspondientes como síntomas especiales; pero ha de tenerse en cuenta, sin embargo, que tales fobias pueden existir, cuando no son demasiado intensas, sin conducir a la abulia. La otra clase de abulias se halla basada en la existencia de asociaciones no desenlazadas y saturadas de afecto, que se oponen a la constitución de otras nuevas, sobre todo a las de carácter penoso. La anorexia de nuestra enferma nos ofrece el mejor ejemplo de una tal abulia. Si come tan poco, es porque no halla gusto ninguno en la comida, y esto último depende, a su vez, de que el acto de comer se halla enlazado en ella, desde mucho tiempo atrás, con recuerdos repugnantes, cuyo montante de afecto no ha experimentado disminución alguna. Naturalmente, es imposible comer con repugnancia y placer al mismo tiempo. La repugnancia concomitante a la comida desde muy antiguo no ha disminuido porque la sujeto tenía que reprimirla todas las veces, en lugar de libertarse de ella por medio de la reacción. Cuando niña, el miedo al castigo la forzaba a comer con repugnancia la comida fría, y en años posteriores, el temor a disgustar a sus hermanos le impidió exteriorizar los afectos que la dominaban mientras comía con ellos.

He de referirme aquí a un pequeño trabajo en el que intenté dar una explicación psicológica de las parálisis histéricas, llegando a la conclusión de que la causa de tales parálisis era la inaccesibilidad de un círculo de

representaciones —por ejemplo, del correspondiente a una extremidad— a nuevas asociaciones. Esta inaccesibilidad asociativa procedería, a su vez, de que la representación del miembro paralizado se hallaba incluida en el recuerdo del trauma, cargado de afecto no derivado. Con ejemplos tomados de la vida ordinaria mostraba que tal catexis de una representación por afecto no derivado trae siempre consigo cierta medida de inaccesibilidad asociativa, o sea, de incompatibilidad con nuevas catexis^[70].

No me ha sido posible todavía demostrar tales hipótesis en un caso de parálisis motora por medio del análisis hipnótico, pero puedo aducir la anorexia de Emmy de N. como prueba de que el mecanismo descrito es, efectivamente, el de algunas abulias, y las abulias no son sino parálisis psíquicas muy especializadas o —según la expresión francesa— «sistematizadas».

El estado psíquico de Emmy de N. puede caracterizarse haciendo resaltar dos extremos: 1.º Perduran en ella, sin haber experimentado derivación alguna, los efectos penosos de diversos sucesos traumáticos; así, la tristeza, el dolor (desde la muerte de su marido), la cólera (desde las persecuciones de que fue objeto por parte de la familia del muerto), la repugnancia (desde las comidas que se vio forzada a ingerir), el miedo (desde los múltiples acontecimientos terroríficos de que fue protagonista o testigo), etc. 2.º Existe en ella una intensa actividad mnémica, que tan pronto espontáneamente como a consecuencia de estímulos del presente (por ejemplo, en el caso de la noticia de haber estallado la revolución de Santo Domingo) atrae a la conciencia actual, trozo por trozo, los traumas, con todos sus efectos concomitantes. Mi terapia se enlazó a la marcha de dicha actividad mnémica e intentó solucionar y derivar, día por día, lo que en cada uno de ellos surgía a la superficie hasta que la provisión asequible de recuerdos patógenos pareció quedar agotada.

A estos dos caracteres psíquicos, propios, a mi juicio, de todos los paroxismos histéricos, podríamos enlazar varias observaciones, que aplazaremos hasta haber dedicado alguna atención al mecanismo de los síntomas somáticos.

No es posible aceptar para todos los síntomas somáticos la misma génesis. Por el contrario, incluso en el caso de Emmy de N., poco instructivo desde este punto de vista, nos muestra que los síntomas somáticos de una histeria surgen de muy diversos modos. A mi juicio, una parte de los dolores de la sujeto se hallaba orgánicamente determinada por aquellos leves trastornos (reumáticos) musculares, a los que ya nos referimos antes; trastornos más dolorosos para los

nerviosos que para los normales. En cambio, otra parte de sus dolores era, muy probablemente, un símbolo mnémico de las épocas de excitación en las que hubo de asistir a enfermos de su familia, épocas que tanto lugar habían ocupado en la vida de la paciente. Estos últimos dolores pudieron tener también alguna vez, primitivamente, una justificación orgánica, pero después fueron objeto de una elaboración que los adaptó a los fines de la neurosis. Estas afirmaciones sobre los dolores de Emmy de N. se apoyan en observaciones realizadas en otros casos, que más adelante expondré, pues su propio caso no llegó a proporcionarme aclaración suficiente con respecto a este punto concreto.

Parte de los singulares fenómenos motores de la sujeto eran simplemente una manifestación, nada difícil de reconocer como tal, de sus estados de ánimo. Así, al extender las manos crispando los dedos (manifestación del terror), la contracción del rostro, etc. De todos modos, esta expresión de los estados de ánimo era más viva y menos retenida de lo que la mímica habitual de la sujeto, su educación y su raza hacían esperar. En efecto, fuera de los estados histéricos, la paciente era muy mesurada y sobria en la expresión de sus emociones. Otra parte de sus síntomas motores se hallaba, según ella, en conexión directa con sus dolores. Si agitaba incesantemente sus dedos (1888) o se retorció las manos (1889), era para retenerse de gritar, motivación que recuerda uno de los principios establecidos por Darwin para el esclarecimiento de los movimientos expresivos; esto es, el principio de la «derivación de las excitaciones», por medio del cual explica, por ejemplo, el agitar la cola de los perros. La sustitución de los gritos por otras inervaciones motoras en los casos de estímulos dolorosos es algo que todos conocemos. Aquel que se propone mantener inmóvil la boca y la cabeza durante la intervención del dentista y evita también separar las manos de los brazos del sillón, acaba siempre por mover los pies.

Los movimientos análogos a «tics» observables en la sujeto —el castañetear la lengua, la tartamudez, la repetición del nombre «Emmy» en sus accesos de confusión mental y la fórmula compuesta: «Estese quieto. No hable usted. No me toque», muestran una complicada forma de conversión. Dos de estas manifestaciones motoras, la tartamudez y el castañeteo, encuentran su explicación en un mecanismo calificado por mí de «objetivación de la representación contrastante» en un ensayo publicado por la *Revista de Hipnotismo* (tomo primero, 1893). Este proceso sería, en el caso que nos ocupa, el siguiente: «La histérica, agotada por la fatiga y la preocupación que le ocasiona la enfermedad de su hija, se halla sentada a la cabecera del lecho en el

que la misma yace, y comprueba que, ¡por fin!, ha logrado conciliar el sueño. En su vista, formula el firme propósito de evitar lodo el ruido que pudiera despertar a la enfermita. Este propósito hace surgir, probablemente, una representación contrastante, el temor de que, a pesar de todo, haría algún ruido que despertase a la pequeña del tan deseado reposo. Tales representaciones contrastantes, opuestas al propósito, se constituyen en nosotros, singularmente, cuando no nos sentimos seguros de la ejecución de un propósito importante».

El neurótico, en cuya conciencia de sí mismo falta muy pocas veces un rasgo de depresión y expectación angustiosa, forma gran cantidad de tales representaciones contrastantes o las percibe con mayor facilidad, dándoles, además, mayor importancia. En el estado de agotamiento de nuestra paciente, la representación contrastante, que en otras circunstancias hubiera sido rechazada, demuestra ser la más fuerte y es la que se objetiva, originando, con espanto de la sujeto, el tan temido ruido. Para la explicación total del proceso, habremos de suponer que el agotamiento de la paciente no es sino parcial, recayendo únicamente, para expresarnos en los términos de Janet y sus discípulos, sobre el yo primario de la sujeto, y no teniendo por consecuencia una igual debilitación de la representación contrastante.

Suponemos, además, que el factor que da al suceso un carácter traumático y fija el ruido producido por la sujeto, en calidad de síntoma somático evocador de toda la escena, es el espanto que le causó comprobar que, contra toda su voluntad, acababa por producirlo. Llego incluso a creer que el carácter mismo de este «tic», consistente en varios sonidos espasmódicamente emitidos y separados por ligeras pausas, revela huella del proceso al que debe su origen. Parece haberse desarrollado una lucha entre el propósito y la representación contrastante —la «voluntad contraria»—, lucha que ha dado al «tic» su carácter peculiar y limitado la representación contrastante a desusados caminos de inervación de los músculos vocales.

Un suceso de análoga naturaleza dejó tras de sí la inhibición espasmódica del habla, la singular tartamudez, con la diferencia de que el recuerdo no eligió aquí, para símbolo del suceso, el resultado de la inervación final, o sea, el grito sino el proceso mismo de inervación, esto es, el intento de una inhibición convulsiva de los órganos vocales.

Ambos síntomas, el castañeteo y la tartamudez, afines por su génesis, entraron, además, en mutua asociación, y su repetición en una ocasión análoga a las de su origen los convirtió en síntomas permanentes. Una vez llegados a esta

categoría, encontraron distinto empleo. Nacidos en un intento estado de sobresalto, se unieron desde este punto (conforme al mecanismo de la histeria mono-sintomática, del que más adelante trataremos) a todos los estados de este género, incluso a aquellos que no podían dar ocasión a la objetivación de una representación contrastante.

Acabaron, pues, por hallarse enlazados a tantos traumas y por tener tan amplia razón de reproducirse en la memoria, que llegaron a interrumpir constantemente el habla, sin estímulo ninguno que a ello los llevase, a manera de un «tic» falto de todo sentido. Pero el análisis hipnótico pudo demostrar que aquel aparente «tic» poseía un preciso significado, y si el método de Breuer no consiguió, en este caso, hacer desaparecer de una vez y por completo ambos síntomas, ello fue debido a que la catarsis sólo recayó sobre los tres traumas principales, sin extenderse a los secundariamente asociados^[71].

La repetición del nombre «Emmy» en los accesos de confusión mental que, según las normas de los ataques histéricos, reproducen los frecuentes estados de perplejidad de la paciente durante el tratamiento al que su hija estuvo sometida, se hallaba enlazada, por medio de un complicado encadenamiento de ideas, al contenido del acceso y correspondía quizá a una fórmula protectora usada por la enferma contra el mismo. Esta exclamación hubiera sido también, probablemente, susceptible, dado un más amplio aprovechamiento de su significación, de convertirse en un «tic», como ya lo había llegado a ser la complicada fórmula protectora: «No me toque usted», etc.; pero la terapia hipnótica detuvo, en ambos casos, el ulterior desarrollo de estos síntomas. La exclamación «¡Emmy!», recientemente surgida cuando me llamó la atención, se hallaba aún limitada a su lugar de origen; esto es, al acceso de confusión mental.

Cualquiera que sea la génesis de estos síntomas motores —el castañeteo, por objetivación de una representación contrastante; la tartamudez, por simple conversión de la excitación psíquica en un fenómeno motor, y la exclamación «¡Emmy!» y la otra fórmula más extensa, como dispositivos protectores, por un acto voluntario de la enferma, en el paroxismo histérico—; cualquiera que sea su génesis, repetimos, poseen el carácter común de hallarse en una visible conexión —primitiva o permanente— con traumas, de los cuales constituyen símbolos en la actividad mnémica.

Otros de los síntomas somáticos de la enferma no eran de naturaleza histérica; por ejemplo, los calambres en la nuca, que hemos de considerar como

una jaqueca modificada, debiendo incluirse, por tanto, entre las afecciones orgánicas y no entre las neurosis. Pero a ellos suelen enlazarse casi siempre síntomas histéricos. Así, Emmy de N. los aprovechaba como contenido de sus ataques histéricos, no mostrando, en cambio, los fenómenos típicos de esta clase de accesos.

Para completar la característica del estado psíquico de esta paciente, examinaremos ahora las modificaciones patológicas de la conciencia en ella observables. Del mismo modo que los calambres en la nuca, también las impresiones penosas (cf. el último delirio en el jardín) o las alusiones a cualquiera de sus traumas provocaban en la enferma un estado delirante en el cual —según las escasas observaciones que sobre este extremo puedo realizar— dominaban una disminución de la conciencia y una forzosa asociación, análogas a las que comprobamos en el fenómeno onírico, quedando sumamente facilitadas las alucinaciones y las ilusiones, y siendo deducidas conclusiones falsas o hasta insensatas. Este estado, comparable con el de enajenación mental, sustituye verosímilmente al ataque, siendo quizá una psicosis aguda surgida como equivalente del ataque histérico, psicosis que podríamos calificar de «demencia alucinatoria». El hecho de que a veces se revelase un fragmento de los antiguos recuerdos traumáticos, como fundamento del delirio, nos muestra otra analogía de estos estados con el ataque histérico típico. El paso desde el estado normal a este delirio tiene lugar, a veces, de un modo imperceptible. Al principio del tratamiento se extendía el delirio a través de todo el día, haciéndose así difícil decir, con respecto a cada uno de los síntomas, si correspondían únicamente — como los gestos— al estado psíquico, en calidad de síntomas del acceso, o habían llegado a ser, como el castañeteo y la tartamudez, verdaderos síntomas crónicos. Muchas veces, sólo *a posteriori* se lograba diferenciar qué pertenecía al delirio y qué al estado normal. Estos dos estados se hallaban separados por la memoria, asombrándose la paciente cuando se la hacía ver lo que el delirio había introducido en una conversación sostenida en estado normal. Mi primera conversación con ella constituyó un singularísimo ejemplo de cómo se mezclaban ambos estados sin tener la menor noticia de otro. Una sola vez me fue dado comprobar, durante este desequilibrio psíquico, un influjo de conciencia normal, que perseguía el presente. Ello fue cuando me dio la respuesta, procedente del delirio, de que era una mujer del siglo pasado.

El análisis de este delirio de Emmy de N. no pudo llevarse a su último término, porque el estado de la paciente mejoró en seguida, hasta tal punto, que

los delirios se diferenciaron con toda precisión de la vida normal, limitándose a los accesos de calambres en la nuca. En cambio, logré una amplia experiencia sobre la conducta de la paciente en un tercer estado psíquico; esto es, en el somnambulismo artificial. Mientras que en su propio estado normal ignoraba lo que había experimentado psíquicamente en sus delirios o en el somnambulismo, disponía en este último de los recuerdos correspondientes a dichos tres estados, siendo realmente el somnambulismo su estado más normal. Haciendo abstracción, en primer lugar, de que en el somnambulismo se mostraba menos reservada para conmigo que en sus mejores momentos de la vida corriente, hablándome de sus circunstancias familiares, etc., mientras que fuera de dicho estado me trataba como a un extraño, y prescindiendo también de su completa sugestibilidad como sujeto hipnótico, puedo afirmar que durante el somnambulismo se hallaba en un perfecto estado normal. Era muy interesante observar que este somnambulismo no mostraba, por otra parte, ningún carácter supranormal, entrañando todos los defectos psíquicos que atribuimos al estado normal de conciencia. Los siguientes ejemplos aclararán los caracteres de la memoria de la paciente en el estado de somnambulismo. En una de nuestras conversaciones me habló de lo bonita que era una planta que adornaba el *hall* del sanatorio, preguntándome luego: «¿Puede usted decirme cómo se llama? Yo sabía antes su nombre alemán y su nombre latino, pero he olvidado ambos». La paciente era una excelente botánica, mientras que yo hube de confesar mi ignorancia en estas materias. Pocos minutos después le pregunté en la hipnosis: «¿Sabe usted ahora el nombre de la planta que hay en el *hall*?». Y, sin pararse a reflexionar un solo instante, me contestó: «Su nombre vulgar es hortensia; el nombre latino lo he olvidado de verdad». Otra vez, sintiéndose bien y muy animada, me hablaba de una visita a las catacumbas romanas, y al hacerme su descripción le fue imposible hallar los nombres correspondientes a dos lugares de las mismas, sin que luego, en la hipnosis, lograra tampoco recordarlos. Entonces le mandé que no pensase más en ellos, pues al día siguiente, cuando se hallara en el jardín y fueran ya cerca de las seis, surgirían de repente en su memoria.

Al siguiente día hablamos de un tema sin relación alguna con las catacumbas, cuando de súbito se interrumpió, exclamando: «¡La cripta y el *columbarium*, doctor!» «¡Ah! Ésas son las palabras que ayer no podía usted encontrar. ¿Cuándo las ha recordado usted?» «Esta tarde, en el jardín, poco antes de subir». Con estas últimas palabras me indicaba que se había atenido

estrictamente al momento marcado, pues solía permanecer en el jardín hasta las seis. Así, pues, tampoco en el somnambulismo disponía de todo su conocimiento, existiendo aún para ella una conciencia actual y otra potencial. Con frecuencia sucedía también que al preguntarle yo, en el somnambulismo, de dónde procedía determinado fenómeno arrugaba el entrecejo y contestaba tímidamente: «No lo sé». En estos casos acostumbraba yo decirle: «Reflexione usted un poco y en seguida lo sabrá», como así sucedía, en efecto, pues al cabo de algunos instantes de reflexión me proporcionaba casi siempre la respuesta pedida.

Cuando esta inmediata reflexión no tenía resultado, daba a la paciente el plazo de un día para recordar lo buscado, obteniendo siempre la información deseada. La sujeto, que en la vida corriente evitaba con todo escrúpulo faltar a la verdad, no mentía tampoco nunca en la hipnosis: únicamente le sucedía a veces dar informaciones incompletas, silenciando una parte de las mismas, hasta que yo la forzaba a completarlas en una segunda sesión. En general, era la repugnancia que el tema le inspiraba lo que sellaba sus labios en estas ocasiones. No obstante estas restricciones, su conducta en el somnambulismo daba la impresión de un libre desarrollo de su energía mental y de un completo dominio de su acervo de recuerdos.

Su gran sugestibilidad en el somnambulismo se hallaba, sin embargo, muy lejos de constituir una falta patológica de resistencia. En general, mis sugerencias no le producían más impresión que la que era de esperar, dada una semejante penetración en el mecanismo psíquico en toda persona que me hubiese escuchado con gran confianza y completa claridad mental, con la sola diferencia de que esta paciente no podía en su estado normal observar con respecto a mí una disposición favorable. Cuando no me era posible aducirle argumentos convincentes, como sucedió con respecto a la zoofobia, y quería actuar por medio de la sugestión autoritaria, se pintaba siempre una expresión tirante y desconocida en el rostro de la sujeto, y cuando al final le preguntaba: «Vamos a ver: ¿seguirá usted teniendo miedo a ese animal?», su respuesta era: «No... Porque usted me lo manda». Estas promesas, que sólo se apoyaban en su docilidad a mis mandatos, no dieron nunca el resultado apetecido, análogamente a las instrucciones generales que le prodigué, en lugar de las cuales hubiera podido repetir, con igual resultado, la sugestión: «Ya está usted completamente sana».

La sujeto, que conservaba tan tenazmente sus síntomas contra toda sugestión,

y sólo los abandonaba ante el análisis psíquico o la convicción, se mostraba, en cambio, docilísima cuando la sugestión versaba sobre temas carentes de relación con su enfermedad. En páginas anteriores hemos consignado ya varios ejemplos de tal obediencia posthipnótica. A mi juicio, no existe aquí contradicción alguna. En este terreno había también de vencer, como siempre, la representación más enérgica. Examinando el mecanismo de la «idea fija» patológica, la hallamos basada y apoyada en tantos y tan intensos sucesos, que no puede asombrarnos comprobar su propiedad de oponer victoriosa resistencia a una representación contraria no provista sino de cierta energía. Un cerebro del que fuese posible hacer desaparecer por medio de la sugestión consecuencias tan justificadas de intensos procesos psíquicos sería verdaderamente patológico^[72].

Al estudiar el estado de somnambulismo de Emmy de N. surgieron en mí importantes dudas sobre la exactitud del principio de Bernheim: «Tout est dans la sugestión», y de la deducción de Delboeuf, su ingenioso amigo: «Comme qu'il n'y a pas d'hypnotisme». Todavía hoy me es imposible comprender que mi dedo extendido ante los ojos del paciente y el mandato «¡Duerma usted!» hayan podido crear por sí solos aquel especial estado anímico, en el cual la memoria de los enfermos abarca todas sus experiencias psíquicas. Todo lo más, podía haber provocado dicho estado, pero nunca haberlo creado por medio de mi sugestión, dado que los caracteres que presentaba, comunes en general a los estados de este orden, me sorprendieron extraordinariamente.

El historial clínico de esta enferma antes transcrito muestra con suficiente claridad en qué forma desarrollaba yo mi acción terapéutica durante el somnambulismo. Combatía, en primer lugar, como es uso de la psicoterapia hipnótica, las representaciones patológicas dadas por medio de razonamientos, mandatos e introducción de representaciones contrarias de todo género; pero no me limitaba a ello, sino que investigaba la génesis de cada uno de los síntomas para poder combatir también las premisas sobre las cuales habían sido construidas las ideas patológicas. Durante estos análisis sucedía regularmente que la enferma rompía a hablar, dando muestras de violenta excitación, sobre temas cuyo afecto no había hallado hasta entonces exutorio distinto de la expresión de las emociones. No me es posible indicar cuánta parte del resultado terapéutico siempre obtenido correspondía a esta supresión por sugestión *in statu nascendi* y cuánta a la supresión del afecto por medio de la reacción, pues dejé actuar conjuntamente ambos factores. Así, pues, no podemos aducir este caso

como prueba de la eficacia terapéutica del método catártico. Sin embargo, hemos de manifestar que sólo conseguimos hacer desaparecer duraderamente aquellos síntomas con respecto a los cuales llevamos a cabo el análisis psicológico.

El resultado terapéutico fue, en general, muy considerable, pero poco duradero, pues dejó intacta la capacidad de la paciente para volver a enfermar bajo la acción de nuevos traumas. Aquel que quiera emprender la curación definitiva de una tal histeria habrá de penetrar en la conexión de los fenómenos entre sí más de lo que yo intenté. Emmy de N. entrañaba, desde luego, una tara neurótica hereditaria, pues sin una tal disposición es imposible, probablemente, enfermar de histeria. Ahora bien: tampoco tal disposición basta por sí sola para engendrar la histeria; son igualmente necesarios otros factores que, además, han de ser adecuados. Así, pues, con la disposición habrá de concurrir determinada etiología. Dijimos antes que en el caso de Emmy de N. aparecían subsistentes los efectos de numerosos sucesos traumáticos, y que una viva actividad mnémica hacía emerger tan pronto uno como otro de dichos traumas en la superficie psíquica. Ahora creemos poder ya indicar el motivo de la conservación de dichos efectos en este caso, conservación relacionada, ciertamente, con la disposición hereditaria de la enferma. Poseía ésta, en primer lugar, una naturaleza harto violenta, capaz de grandes apasionamientos, y sus sensaciones eran muy intensas. Pero, además, desde la muerte de su marido vivía en un total aislamiento espiritual, y las persecuciones de que había sido objeto la habían tornado desconfiada y celosa de que nadie llegara a adquirir influencia sobre sus actos. Siendo muchos y muy espinosos sus deberes como madre de familia, desarrollaba la labor psíquica por los mismos exigida sin el auxilio de un solo consejero, amigo ni pariente, viendo, además, dificultada su tarea por su concienzuda escrupulosidad, por su tendencia a preocuparse y atormentarse, y en ocasiones por su natural indecisión femenina. La *retención de grandes magnitudes de excitación* es, por tanto, indiscutible en este caso, y se apoya tanto en las circunstancias particulares de la vida de la sujeto como en su natural disposición. Así, era tan grande su repugnancia a comunicar a los demás sus asuntos propios, que cuando me invitó a pasar unos días con ella, en 1891, observé con asombro que ninguna de las personas que la visitaban casi a diario sabía nada de su enfermedad ni de que yo la hubiese asistido en ella.

Las consecuencias que preceden no agotan el tema de la etiología de este caso de histeria. Pienso ahora que debió de existir algún factor más, que habría provocado la explosión de la enfermedad en un momento dado, puesto que las

circunstancias etiológicamente eficaces venían existiendo desde mucho tiempo antes sin haber tenido tal consecuencia. Me parece asimismo singular que en todas las confesiones íntimas que la paciente hubo de hacerme faltara por completo el elemento sexual, más propio, sin embargo, que ningún otro para dar ocasión a traumas. Como las excitaciones de este género no podían haberse desvanecido así sin dejar residuo ninguno, he de suponer que los relatos que oí de labios de la sujeto constituían una *editio ad usum delphini* de la historia de su vida. La paciente era, en actos y palabras, de una absoluta castidad, sin fingimiento alguno al parecer, pero también sin gazmoñería. Pero sí pienso en la reserva con que me relató en la hipnosis la pequeña aventura de la camarera del hotel, llego a sospechar que la sujeto, mujer de intensas sensaciones, no había logrado vencer sus necesidades sexuales sin duros combates, agotándose psíquicamente en su tentativa de represión del instinto sexual, el más poderoso de todos. Una vez me confesó que no se había vuelto a casar, porque, dada su gran fortuna, no creía en el desinterés de sus pretendientes, aparte de que se hubiera reprochado perjudicar los intereses de sus dos hijas con un nuevo matrimonio.

Antes de dar por terminado el historial clínico de Emmy de N. añadiré una nueva observación. El doctor Breuer y yo, que conocimos y tratamos a la sujeto durante mucho tiempo, sonreíamos siempre que se nos ocurría comparar su personalidad con la descripción de la psiquis histérica, integrada desde tiempos muy pretéritos en los libros sobre la materia y defendida por los médicos. Si el caso de Cecilia M. nos había demostrado la compatibilidad de la histeria más grave con amplias y originalísimas dotes intelectuales —hecho que se nos muestra, además, evidente en las biografías de las mujeres famosas en la Historia o la literatura—, el de Emmy de N. nos proporcionó un ejemplo de que la histeria no excluye un intachable desarrollo del carácter y una plena conciencia en el gobierno y orientación de la propia vida. Nuestra paciente era una mujer de extraordinaria valía, en la que Breuer y yo hubimos de admirar una gran rectitud moral con respecto a la concepción de sus deberes, una inteligencia y una energía nada vulgares en su sexo, una extensa cultura y un elevado amor a la verdad, unido todo ello a una sincera modestia interior y a un distinguido trato señorial. Aplicar a una mujer así el calificativo de «degenerada» supondría deformar hasta lo irreconocible la significación de tal palabra. Habremos pues, de diferenciar con todo cuidado entre sí los conceptos «disposición» y «degeneración», si no queremos vernos obligados a reconocer que la Humanidad

debe gran parte de sus conquistas a los esfuerzos de individuos «degenerados».

Confieso también que me es imposible hallar en el historial de esta paciente el menor rasgo de «disminución funcional psíquica», de la que P. Janet hace depender la génesis de la histeria. La disposición histérica consistiría, según este autor, en una angostura anormal del campo de la conciencia (resultante de la degeneración hereditaria), que da ocasión a la negligencia de series enteras de percepciones y, ulteriormente, a la disposición del yo y a la organización de personalidades secundarias. De este modo, lo que queda del yo, después de la sustracción de los grupos psíquicos históricamente organizados, habría de poseer una menor capacidad funcional que el yo normal, y en realidad, según Janet, este yo de los histéricos presenta estigmas psíquicos, se halla condenado al monoideísmo y es incapaz de las más corrientes voliciones de la vida. A mi juicio, ha elevado aquí Janet, erróneamente, estados resultantes de la modificación histérica de la conciencia a la categoría de condiciones primarias de la histeria.

Este tema merece ser objeto de una más amplia discusión, que desarrollaremos en otro lugar. Por lo pronto, haremos constar que en Emmy de N. no pudimos observar el menor indicio de una disminución de la capacidad funcional. Durante el período de mayor gravedad conservó capacidad suficiente para atender a su participación en la dirección de una gran empresa industrial, no perder de vista ni un solo instante la educación de sus hijas y continuar su correspondencia con personas de cultivado espíritu; esto es, para cumplir todos sus deberes, hasta el punto de que nadie sospechaba su enfermedad. Podría preverse que todo esto constituía un considerable *surmenage* psíquico, insostenible a la larga, que había de llevar al agotamiento y a la *misere psychologique* secundaria. Realmente, en la época en que la vi por vez primera comenzaban ya a hacerse sentir tales perturbaciones de su capacidad funcional; pero, de todos modos, la histeria venía subsistiendo con carácter grave desde muchos años antes de la aparición de estos síntomas de agotamiento.

2) MISS LUCY R.

(treinta años)

A fines de 1892, un colega y amigo mío envió a mi consulta a una joven paciente, a la cual tenía en tratamiento a consecuencia de una rinitis supurada crónica. La causa de la tenacidad de su padecimiento era, como más tarde se demostró, una caries del etmoides. En los últimos días se había quejado la enferma de nuevos síntomas, que mi colega, muy perito en la materia, no podía atribuir ya a la afección local. Habiendo perdido por completo el olfato se veía perseguida la paciente, casi de continuo, por una o dos sensaciones olfativas totalmente subjetivas, que se le hacían en extremo penosas. Además de esto, se sentía deprimida y fatigada, sufría pesadez de cabeza, había perdido el apetito y no se encontraba capaz de desarrollar actividad ninguna.

Era esta enferma de nacionalidad inglesa y ejercía las funciones de institutriz en el domicilio del director de una fábrica enclavada en un arrabal de Viena. De constitución delicada y pigmentación muy pobre, gozaba de salud normal, fuera de la indicada afección a la nariz. Padecía depresión y fatiga, se veía atormentada por sensaciones olfativas de carácter subjetivo, y presentaba, como síntoma histérico, una clara analgesia general, conservando, sin embargo, una plena sensibilidad al tacto. Tampoco presentaba disminución ninguna del campo visual. El interior de la nariz se demostró totalmente analgésico y sin reflejos, aunque sensible al tacto. La capacidad de percibir sensaciones olfativas aparecía por completo anulada, tanto con respecto a los estímulos específicos como a los de cualquier otro género (amoníaco, ácido acético). El catarro nasal supurado se encontraba ya, al acudir la enferma a mi consulta, en un período de mejoría.

En la primera tentativa de llegar a la comprensión de este caso hubimos de interpretar las sensaciones olfativas de carácter subjetivo como síntomas histéricos, permanentes, dada su calidad de alucinaciones periódicas. Siendo quizá la depresión el afecto concomitante al trauma, debía de ser posible hallar un suceso en el que tales olores, que ahora se habían hecho subjetivos, fueron objetivos, y este suceso había de ser el trauma del cual constituirían dichas sensaciones olfativas un símbolo que retornaba de continuo a la memoria. O quizá fuera más acertado considerar las alucinaciones olfativas, en unión de la depresión concomitante, como un equivalente del ataque histérico, pues por su naturaleza de alucinaciones periódicas no podían constituir síntomas histéricos permanentes. De todos modos, esta cuestión carecía de importancia en el caso de que se trataba, sólo rudimentariamente desarrollado. Lo esencial era que las sensaciones olfativas de carácter subjetivo mostrasen una especialización que

podiera corresponder a su origen de un objeto real perfectamente determinado.

Esta hipótesis quedó en seguida confirmada. A mi pregunta de cuál era el olor que la perseguía con más frecuencia, contestó que «como a harina quemada». Hube, pues, de suponer que este olor a harina quemada había sido realmente el que había reinado en la ocasión del suceso traumáticamente eficaz. La elección de sensaciones olfativas para símbolos mnémicos de traumas es, ciertamente, muy desusada, pero en este caso podía explicarse por la circunstancia de que la afección nasal de la sujeto la llevaba a conceder especial atención a todo lo relacionado con la nariz y sus percepciones. Sobre la vida particular de la paciente sólo sabía que las niñas cuyo cuidado le estaba encomendado habían perdido, hacía varios años, a su madre, después de breve y aguda enfermedad.

Así, pues, decidí tomar el olor a «harina quemada» como punto de partida del análisis. Relataré la historia de este análisis tal y como hubiera debido desarrollarse en circunstancias favorables. En realidad, aquello que debió resultar de una sola sesión nos ocupó varias, dado que la paciente no podía acudir a mi casa más que a la hora de consulta, durante la cual no podía dedicarle sino poco tiempo. De este modo, y no pudiendo abandonar la sujeto todos los días sus obligaciones, para recorrer el largo camino que la separaba de mi domicilio, resultó que uno sólo de nuestros diálogos analíticos sobre un extremo concreto necesitado de esclarecimiento, se extendía, a veces, a través de más de una semana, quedando interrumpido en el punto al que había llegado al final de una sesión, para ser reanudado en la siguiente.

Miss Lucy R. no caía en estado de somnambulismo al intentar con ella la hipnosis. Así, pues, renuncié al somnambulismo y llevé a cabo todo el análisis hallándose la paciente en un estado que, en general, se diferenciaba quizá muy poco del normal.

Llegado a este punto, creo deber explicarme más detalladamente que hasta aquí sobre la técnica de mi procedimiento. Cuando, en 1889, visité las clínicas de Nancy, oí decir al doctor Liébault, gran maestro en la hipnosis: «Si dispusiésemos del medio de sumir en el estado de somnambulismo a todos los sujetos, la terapia hipnótica sería la más poderosa de todas». En la clínica de Bernheim parecía casi existir tal arte y ser posible aprenderlo en su director. Pero en cuanto quise ejercerlo con mis propios enfermos, observé que, por lo menos para mis fuerzas, existían en este campo estrechos límites, y que cuando a las dos o tres tentativas de hipnotizar a un paciente no llegaba a conseguirlo, podía

ya renunciar en absoluto a utilizar con él dicho método terapéutico. Asimismo, el tanto por ciento de sujetos hipnotizables permaneció en mi práctica médica muy por bajo del nivel indicado por Bernheim.

De este modo se me planteó el dilema de prescindir del método catártico en la mayoría de los casos en que podía encontrar aplicación, o atreverme a emplearlo fuera del somnambulismo en los casos de influencia hipnótica muy ligera o incluso dudosa. El grado de hipnosis al que correspondía —según una de las escalas existentes al efecto— el estado de somnábulo me era por completo indiferente, puesto que cada una de las armas de la sugestibilidad es, de todos modos, independiente de las demás, y así, la provocación de estados de catalepsia o de movimientos automáticos, etc., no supone una mayor facilidad en la reanimación de recuerdos olvidados, tal y como yo la precisaba. De este modo me habitué pronto a prescindir de las tentativas encaminadas a determinar el grado de hipnosis, pues tales tentativas despertaban en toda una serie de casos la resistencia del enfermo, disminuyendo aquélla su confianza en mí, que tan precisa me era para mi labor psíquica, mucho más importante. Por otro lado, me fatigaba ya oír, en los casos de hipnosis poco profunda, que a mi mandato «Va usted a dormir. Duerma usted», contestaba el sujeto: «No me duermo, doctor», y tener entonces que entrar en un distingo demasiado sutil, replicando: «No me refiero al sueño corriente, sino a la hipnosis. Fíjese bien. Está usted hipnotizado. No puede usted abrir los ojos, etcétera. Además, no necesito que duerma», etc. De todos modos, estoy convencido de que muchos de mis colegas en la psicoterapia saben eludir con mayor habilidad que yo estas dificultades, y podrán, por tanto, emplear otros procedimientos. Mas, por mi parte, opino que si tenemos la seguridad de que el empleo de una palabra nos ha de poner en un aprieto, haremos bien en eludir dicha palabra y sus consecuencias. Así, pues, en aquellos casos en los que de la primera tentativa no resultaba el estado de somnambulismo o un grado de hipnosis con modificaciones somáticas manifiestas, abandonaba aparentemente el hipnotismo, exigía tan sólo la «concentración», y como medio para conseguirla, ordenaba al paciente que se tendiese en un diván y cerrase los ojos. Con este procedimiento creo haber conseguido alcanzar el más profundo grado de hipnosis posible en tales casos.

Pero al renunciar al somnambulismo, renuncié quizá también a una condición previa, sin la cual parecía inutilizable el procedimiento catártico, fundado en la circunstancia de que en el estado de ampliación de la conciencia disponían los enfermos de ciertos recuerdos y reconocían ciertas conexiones,

inexistentes, al parecer, en su estado normal de conciencia. Así, pues, faltando la ampliación de la memoria, dependiente del estado de somnambulismo, tenía que faltar también la posibilidad de establecer una determinación causal, que el enfermo no podía comunicar al médico por serle desconocida, pues los recuerdos patógenos son precisamente «los que faltan en la memoria del paciente en su estado psíquico habitual, o sólo se hallan contenidos en ella muy sumariamente».

De esta nueva dificultad me salvó mi recuerdo de haber visto llevar a cabo al mismo Bernheim la demostración de que las reminiscencias del somnambulismo sólo aparentemente se hallaban olvidadas en el estado de vigilia, y podían ser despertadas en éste mediante una ligera intervención del hipnotizador. Así, un día sugirió a una sonámbula la alucinación negativa de que él, Bernheim, no se hallaba presente, y luego trató de hacerse advertir por la sujeto, utilizando para ello toda clase de medios, incluso la agresión, sin que le fuera posible conseguirlo. Acto seguido la despertó y le preguntó qué era lo que le había hecho mientras ella le creía ausente, respondiendo la enferma, con expresión de asombro, que no recordaba absolutamente nada. Pero Bernheim no se satisfizo con esta declaración negativa; aseguró a la sujeto que iba a recordarlo todo en seguida, y colocando una mano sobre su frente, como para ayudarla a concentrar sus pensamientos, consiguió que relatase todo aquello que en el estado de somnambulismo parecía no haber advertido ni saber en el de vigilia.

Así, pues, tomé por modelo este singular e instructivo experimento y decidí adoptar como punto de partida la hipótesis de que mi paciente sabía todo lo que había podido poseer una importancia patógena, tratándose tan sólo de obligarla a comunicarlo. De este modo, cuando llegábamos a un punto en el que a mis preguntas: «¿Desde cuándo padece usted este síntoma?», o «¿De dónde procede?», contestaba la sujeto: «No lo sé», adopté el procedimiento de colocar una mano sobre la frente de la enferma, o tomar su cabeza entre mis dos manos, y decirle: «La presión de mi mano despertará en usted el recuerdo buscado. En el momento en que las aparte de su cabeza verá usted algo o surgirá en usted una idea. Reténgalo usted bien, porque será lo que buscamos. Bien; ahora dígame lo que ha visto o se le ha ocurrido».

Las primeras veces que empleé este procedimiento (no fue con miss Lucy R.) quedé yo mismo sorprendido de comprobar que me proporcionaba, realmente, lo buscado, y debo hacer constar que desde entonces no me ha fallado casi nunca, mostrándome siempre el camino que debía seguir mi investigación y haciéndome posible llevar a término todo análisis de este género sin necesidad

de recurrir al somnambulismo. Poco a poco llegué a adquirir una tal seguridad, que cuando un paciente me manifestaba no haber visto nada ni habersele ocurrido cosa alguna, le afirmaba rotundamente que no era posible. Seguramente habían tenido conocimiento de lo buscado, pero lo habían rechazado, no reconociéndolo como tal. Repetiríamos el procedimiento cuantas veces quisiesen y verían cómo siempre se les ocurriría la misma cosa. Los hechos me dieron siempre la razón. Lo que sucedía en estos casos es que los enfermos no habían aprendido aún a dejar en reposo su facultad crítica y habían rechazado el recuerdo emergente a la ocurrencia, considerándolos inaprovechables y creyendo se trataba de elementos extraños al tema tratado; pero en cuanto llegaban a comunicarlos, revelaban ser lo que se buscaba. Algunas veces, cuando la comunicación tenía efecto a la tercera o cuarta tentativa, manifestaba el sujeto que aquello se le había ya ocurrido la primera vez, pero que no había querido decirlo.

Este procedimiento de ampliar la conciencia supuestamente restringida resultaba harto penoso y, desde luego, mucho más que la investigación en el estado de somnambulismo, pero me hacía independiente de dicho estado y me permitía penetrar un tanto en los motivos de los que depende muchas veces el «olvido» de recuerdos. Puedo afirmar que este «olvido» es, con frecuencia, voluntario, pero que nunca se consigue sino *aparentemente*.

Más singular aún que este hecho me ha parecido el de que cifras y fechas aparentemente olvidadas hace mucho tiempo pueden también ser despertadas de nuevo por medio de un procedimiento análogo, demostrándose así una insospechada fidelidad de la memoria.

La limitación del campo en el que ha de llevarse a cabo la elección, tratándose de cifras y fechas, nos permite apoyarnos en el conocido principio de la teoría de la afasia, de que el conocimiento es, como función de la memoria, menos importante que el recordar espontáneamente.

Así, pues, al paciente que no puede recordar en qué año, mes y día se desarrolló determinado suceso, le vamos diciendo sucesivamente los años de que puede tratarse, los nombres de los doce meses del año y las treinta y una cifras de los días del mes, asegurándole que al llegar la cifra verdadera se abrirán sus ojos automáticamente o sentirán que se trata de lo buscado. En la mayoría de los casos se deciden realmente los pacientes por una fecha determinada, y con gran frecuencia se ha podido comprobar, por notas tomadas en la época correspondiente, que la fecha de referencia había sido acertadamente reconocida.

Otras veces, y con otros enfermos, la conexión de los hechos recordados demostró que la fecha hallada por el procedimiento descrito era, indiscutiblemente, la buscada. El paciente recordaba, por ejemplo, que la tal fecha correspondía al cumpleaños de su padre, y agregaba luego: «Claro, y precisamente porque ese día era el cumpleaños de mi padre esperaba yo que sucediese tal y tal cosa (el suceso sobre el que recaía en aquellos momentos el análisis)».

No puedo aquí sino rozar este tema. La conclusión que de todo esto deduje fue que los sucesos importantes, desde el punto de vista patógeno, con todas sus circunstancias accesorias, son fielmente conservados por la memoria, aun en aquellos casos en los que parecen olvidados y carece el enfermo de la facultad de recordarlos^[73].

Después de esta larga pero indispensable digresión, volvemos al historial de miss Lucy R. Las tentativas de hipnotizarla no llegaban a provocar en ella el estado de somnambulismo, sino un simple estado de influjo más o menos ligero, en el que permanecía tranquilamente echada sobre un diván, con los ojos cerrados, expresión algo rígida e inmovilidad casi completa. Preguntada si sabía en qué ocasión advirtió por vez primera el olor a harina quemada, respondió: «¡Ya lo creo! Fue, aproximadamente, hace dos meses, dos días antes de mi cumpleaños. Me hallaba con las dos niñas de las que soy institutriz en su cuarto de estudio y jugábamos a hacer una comidita en un hornillo preparado al efecto, cuando me entregaron una carta que el cartero acababa de traer. Por el sello y la letra del sobre reconocí que la carta era de mi madre, residente en Glasgow, y me dispuse a abrirla y leerla. Pero las niñas me la arrebataron, gritando que seguramente era una felicitación por mi cumpleaños y que me la reservarían para ese día. Mientras jugaban así, dando vueltas en derredor mío, se difundió por la habitación un fuerte olor a harina quemada. Las niñas habían abandonado su cocinita, y una pasta de harina, que estaba al fuego, había comenzado a achicharrarse. Desde entonces me persigue este olor sin dejarme un solo instante y haciéndose más intenso cuando estoy excitada». «¿Ve usted ahora claramente ante sí esa escena que me acaba de contar?» «Con toda claridad, tal y como se desarrolló» «¿Y cómo explica usted que la impresionase tanto?» «Me impresionó el cariño que las niñas me demostraban en aquella ocasión». «¿No se mostraban siempre así con usted?» «Sí; pero precisamente en aquel momento en que recibía carta de mi madre...» «No comprendo por qué la carta de su madre y

el cariño de las niñas habían de formar un contraste, como parece usted indicar con sus palabras». «Es que tenía intención de volverme a Inglaterra con mi madre, y me costaba trabajo abandonar a las niñas, a las que quiero mucho». «¿Por qué pensaba usted irse con su madre? ¿Es que vive sola y la había llamado a su lado? ¿O estaba enferma por entonces y esperaba usted noticias suyas?» «No; está delicada, pero no precisamente enferma, vive con otra señora». «Entonces, ¿por qué pensaba usted dejar a las niñas?» «Porque mi posición en la casa era un tanto difícil. El ama de llaves, la cocinera y la institutriz francesa, suponiendo que yo trataba de salirme de mi puesto, tramaron en contra mía una pequeña conjura, yendo a contar al abuelo de las niñas toda clase de chismes en perjuicio mío. y cuando, por mi parte, acudí a él y al padre de mis educandas en queja contra tales maquinaciones, no encontré en ellos el apoyo que esperaba. Viendo esto, presenté mi dimisión al padre, el cual me rogó afectuosamente que reflexionara sobre tal extremo un par de semanas y le comunicara entonces mi resolución definitiva. En estas vacilaciones, pero casi decidida a abandonar la casa, me hallaba cuando sucedió la escena relatada. Después he resuelto quedarme». «Y aparte de su cariño a las niñas, ¿no había algo más que la retuviese a su lado?» «Sí; su madre era pariente lejana de la mía, y en su lecho de muerte me hizo prometerle que velaría por sus hijas, no separándome jamás de su lado y sustituyéndola cerca de ellas. Al despedirme de la casa habría, pues, faltado a mi promesa».

Con esto parecía quedar terminado el análisis de la sensación olfativa de carácter subjetivo. Esta sensación había sido, pues, en un principio, objetiva, como yo había supuesto, hallándose íntimamente enlazada con un suceso, una pequeña escena en la cual habían entrado en conflicto afectos contrarios, el sentimiento de abandonar a las niñas y los disgustos que a ello la impulsaban. La carta de su madre hubo de recordarle los motivos de tal resolución, puesto que al dejar la casa pensaba irse con ella. El conflicto de los afectos había elevado el momento a la categoría de trauma, y la sensación olfativa con él enlazada había perdurado como símbolo de dicho trauma. Quedaba aún por aclarar por qué razón había elegido la enferma para símbolo de trauma, y entre todas las percepciones sensoriales, aquella escena, precisamente el olor de harina quemada, inclinándome yo a explicar esta elección por la afección nasal de la sujeto. A mis preguntas directas sobre este extremo contestó que precisamente por dicha época padecía un fuerte catarro que la privaba casi por completo de toda sensación olfativa. En su excitación durante la escena descrita percibió, sin

embargo, el olor a harina quemada, el cual venció su anosmia, orgánicamente motivada.

Con todo, no me di por satisfecho con la explicación así alcanzada. No obstante ser harto plausible, echaba de menos en ella una razón admisible de que la serie de excitaciones experimentadas por la sujeto y el conflicto de los afectos hubiesen conducido precisamente a la histeria. Así, pues, me preguntaba por qué todo ello no se había desarrollado dentro de los límites de la vida psíquica normal o, dicho de otro modo, qué era lo que justificaba la conversión dada en este caso y cuál la razón de que, en lugar de recordar constantemente la escena misma de referencia, prefiriese la paciente rememorar, como símbolo de su recuerdo, la sensación de dicha escena enlazada. Estas preguntas hubieran sido impertinentes y superfluas si se hubiese tratado de una histérica antigua, en la que tal mecanismo de conversión fuese habitual; pero nuestra paciente no había adquirido la histeria sino con ocasión de este trauma o, por lo menos, de este pequeño historial patológico.

Ahora bien: por el análisis de casos análogos sabíamos ya que en los casos de adquisición de la histeria es indispensable la existencia de una previa condición: la de que una *representación sea expulsada voluntariamente de la conciencia* (reprimida) y excluida de la elaboración asociativa.

En esta representación voluntaria veo también el fundamento de la conversión de la magnitud de excitación, sea parcial o total dicha conversión. La magnitud de excitación que no puede entrar en asociación psíquica encuentra, con tanto mayor facilidad, el camino equivocado, que conduce a una inervación somática. El motivo de la represión misma no podía ser sino una sensación displaciente, la incompatibilidad de una idea destinada a la represión con el acervo de representaciones dominantes en el *yo*. Pero la representación reprimida se venga haciéndose patógena.

Del hecho de que miss Lucy R. sucumbiese en el momento de referencia a la conversión histérica deduje, pues, la conclusión de que entre las premisas del trauma debía de existir una que la sujeto silenciaba o dejaba en la oscuridad voluntariamente, esforzándose por olvidarla. Enlazando su cariño a las niñas con su susceptibilidad con respecto a las demás personas de la casa, no cabía sino una sola interpretación, que tuve el valor de comunicar a la enferma: «No creo —le dije— que todas esas razones que me ha dado sean suficientes para justificar su cariño a las niñas. Sospecho más bien que está usted enamorada del padre, quizá sin darse cuenta exacta de ello, y que alimenta usted la esperanza de

ocupar de hecho el puesto de la madre fallecida. De esto dependería también el haberse usted vuelto de repente tan susceptible con respecto a las demás personas de la casa, después de haber convivido pacíficamente con ellas varios años. Teme usted que descubran sus esperanzas y se burlen de ellas».

A estas palabras mías respondió la sujeto con su habitual concisión: «Sí; creo que tiene usted razón». «Y si sabía usted que amaba al padre de las niñas, ¿por qué no me lo ha dicho hasta ahora?» «No lo sabía hasta ahora, o, mejor dicho, no quería saberlo; quería quitármelo de la imaginación; no volver a pensar en ello, y creo que en estos últimos tiempos había llegado a conseguirlo^[74]».

«¿Por qué no quería usted confesar su inclinación amorosa? ¿Es que se avergonzaba usted de querer a un hombre?» «No; no soy tan ñoña como para eso, y sé muy bien que no somos responsables de nuestros sentimientos. Si algo me resulta penoso, era que se tratase de la persona que me tiene a su servicio, en cuya casa vivo y con respecto a la cual no me siento con tan plena independencia como ante cualquier otra. Y siendo yo una muchacha pobre y él un hombre rico y de familia distinguida, todo el mundo se reiría de mí si sospechase algo».

Sin ninguna resistencia, me relata después el nacimiento de aquella inclinación. Durante el primer año de su estancia en la casa había vivido tranquilamente en ella, dedicada al cumplimiento de sus deberes y exenta de todo deseo irrealizable. Pero una vez, el padre de sus educandas, hombre muy serio, constantemente ocupado en sus funciones de director de fábrica y que siempre había observado una gran reserva, inició con ella una conversación sobre las exigencias de la educación infantil, durante la cual se mostró más abierto y cordial que de costumbre, diciéndole cuánto contaba con ella para mitigar la orfandad de sus hijas, mientras que en sus ojos se reflejaba un singular enternecimiento...

En este momento comenzó a amarle y a acariciar la esperanza que tal conversación había despertado en ella. Sólo al ver que aquel diálogo no tenía consecuencia alguna y que, contra sus esperanzas, no llegaba otro momento de igual carácter íntimo y cordial, decidió expulsar de su pensamiento sus amorosas imaginaciones. En la actualidad coincide conmigo en la hipótesis de que la ternura que observó en la mirada de su interlocutor durante la conversación mencionada era provocada por el recuerdo de su esposa muerta. Asimismo se da perfecta cuenta de que sus deseos amorosos son totalmente irrealizables.

Este mi diálogo analítico con la paciente no produjo en el estado de la misma

la inmediata modificación fundamental de su estado que yo esperaba. Miss Lucy continuó quejándose de mal humor y depresión continuos. Sólo por las mañanas se sentía algo tonificada por una cura hidroterápica que hube de prescribirle. El olor a harina quemada, si bien no había desaparecido por completo, era ya más débil y menos frecuente, presentándose únicamente cuando la enferma se excitaba.

La persistencia de este símbolo mnémico me hizo suponer que integraba no sólo la representación de la escena principal relatada, sino la de otros pequeños traumas secundarios, y, por tanto, me dediqué a investigar todo aquello que pudiera hallarse en relación con la escena de la harina quemada, revisando los temas referentes a los disgustos domésticos de la sujeto, la conducta del abuelo de las niñas, etc.; investigación durante la cual fue haciéndose cada vez más rara la sensación olfativa de carácter subjetivo. Por esta época sufrió el tratamiento una larga interrupción, motivada por un recrudecimiento de la afección nasal de miss Lucy, siendo entonces cuando se descubrió que padecía una carie del etmoides.

Al volver a mi consulta me contó que, con ocasión de las fiestas de Navidad, había recibido numerosos regalos, y no sólo por parte del abuelo y el padre de las niñas, sino también del personal doméstico de la casa, como si todos quisieran reconciliarse con ella y borrar de su memoria los conflictos de los pasados meses. Pero esta pública muestra de afecto no le había causado impresión ninguna.

Habiéndole preguntado por el olor a harina quemada, me comunicó que había desaparecido por completo, pero sólo para ser sustituido por un olor a humo de tabaco, olor que ya antes percibía; pero que, mientras existió el de harina quemada, estaba dominado y casi oculto por él. Ahora surgía sin mezcla alguna y muy intenso.

No podía, pues, satisfacerme mucho el resultado de mi terapia. Tropezaba con aquel inconveniente que siempre se atribuye a toda terapia puramente sintomática, o sea el de no hacer desaparecer un síntoma sino para que otro ocupe su lugar. Sin embargo, emprendí con empeño la labor analítica encaminada a conseguir la supresión de este nuevo símbolo mnémico.

Pero esta vez no sabía la paciente de dónde podía provenir su sensación olfativa de carácter subjetivo, ni en qué ocasión importante había sido antes objetiva. «Todos los días fuman los señores en casa —me dijo—, y no puedo recordar ahora si en alguna ocasión importante para mí reinaba verdaderamente

este olor que ahora me persigue». No obstante, persistí en mi propósito e invité a la enferma a hacer un esfuerzo de memoria, auxiliándola yo por medio de la presión de mis manos sobre su frente. Ya indiqué antes que la sujeto pertenecía al tipo «visual», presentando así sus recuerdos una gran plasticidad. Bajo la presión de mi mano surgió, efectivamente, en la sujeto una imagen mnémica, vacilante y fragmentaria al principio. Tratábase del comedor de su casa, en el que esperaba, con las niñas, que los señores vinieran a almorzar. «Ahora estamos sentados todos en derredor de la mesa; los señores, la institutriz francesa, la *gouvernante*, las niñas y yo Pero esto pasa todos los días». «Siga usted mirando la imagen y la verá usted desarrollarse y detallarse». «Es cierto; hay, además, un convidado: el jefe de contabilidad, un señor ya viejo, que quiere a las niñas como si fueran de su familia. Pero este señor viene muchas veces a almorzar y su presencia no significa ahora, por tanto, nada especial». «Tenga usted paciencia y siga considerando lo que ve. Seguramente encontrará algo». «No pasa nada. Nos levantamos de la mesa, las niñas se despiden y suben luego conmigo al segundo piso, como todos los días». «¿Y nada más?» «Espere usted. Realmente pasa algo particular. Ahora veo bien la escena. Al despedirse las niñas, el jefe de contabilidad quiere besarlas. Pero el padre le grita con violencia: ‘¡No bese usted a las niñas!’ Tan inesperada salida de tono me impresionó profundamente, y como los señores estaban fumando, se me quedó fijado el olor a humo de tabaco que en la habitación reinaba».

Ésta había sido, pues, la segunda escena más profundamente situada, que había actuado en calidad de trauma y dejado tras de sí un símbolo mnémico. Mas ¿de dónde procedía la eficacia traumática de esta escena? Para dilucidar esta cuestión pregunté a la paciente; «¿Cuál de las dos escenas se desarrolló antes: la que me acaba de relatar o aquella otra del olor a harina quemada?» «La que ahora le he contado precedió a la otra cerca de dos meses». «Pero si las violentas palabras del padre no se dirigían a usted, ¿por qué la impresionaron tanto?» «De todos modos, no estaba bien que tratase así a un anciano, que además era un buen amigo y un invitado. Todo esto se puede decir cortésmente». «Así, pues, le hirió a usted la grosera forma en que procedió el padre de sus educandas y se avergonzó usted por él, o pensó, quizá, que si por una tal minucia atropellaba de tal modo a un antiguo amigo e invitado, ¿qué no haría con ella si fuese su mujer?» «No; eso no». «Pero, de todos modos, ¿lo que la impresionó a usted fue la violencia del padre?» «Sí; siempre le molestaba que besasen a sus hijas». Llegados a este punto, surge en la paciente, bajo la presión de mi mano, el

recuerdo de una escena más anterior aún, que constituyó el trauma verdaderamente eficaz y prestó a la desarrollada con el jefe de contabilidad su eficacia traumática.

Meses antes había sucedido, en efecto, que una señora, amiga de la casa, había besado a ambas niñas en la boca, al dar por terminada su visita. El padre, que se hallaba presente, dominó su disgusto y no dijo nada a la señora; pero cuando ésta se marchó hizo víctima de su cólera a la desdichada institutriz, advirtiéndole que si alguien volvía a besar a las niñas en la boca, la consideraría responsable de una grave infracción de sus deberes, pues a ella correspondía evitarlo, alegando tener orden suya de proceder en tal forma. Si aquello volvía a suceder, encomendaría a otra persona la educación de sus hijas. Esta violenta escena se desarrolló en la época en que miss Lucy se creía amada y esperaba la repetición de aquel primer diálogo íntimo, y agostó en flor todas sus esperanzas, haciéndola pensar que si con tan pequeño motivo y siendo ella, además, totalmente inocente de lo ocurrido, le dirigía tales amenazas, se había equivocado de medio a medio al suponer que abrigaba algún sentimiento cariñoso hacia ella. El recuerdo de esta penosa escena la asaltó luego, cuando el padre impidió violentamente al jefe de contabilidad que besara a sus hijas.

Cuando dos días después de este último análisis volvió miss Lucy a visitarme, tuve que preguntarle si le había sucedido algo muy satisfactorio, pues la encontré por completo transformada. Su cabeza, antes melancólicamente inclinada, se erguía ahora con toda firmeza, y una alegre sonrisa iluminaba su rostro. Por un momento pensé haberme equivocado en mis juicios, y supuse que el amor de miss Lucy había hallado, por fin, correspondencia. Pero la interesada misma disipó en seguida mis sospechas. «No ha sucedido nada extraordinario. Es que usted no me ha visto sino enferma y deprimida, y desconoce mi verdadero carácter, que siempre fue alegre y animado. Ayer, al despertar, comprobé, que había desaparecido la opresión que en estos últimos tiempos me atormentaba, y desde entonces me encuentro muy bien». «¿Y qué piensa usted ahora de su situación en la casa donde ejerce sus funciones educadoras?» «Me doy clara cuenta de que seguirá siendo siempre la que ahora ocupo, pero esta idea no me hace ya desdichada». «Entonces, ¿podrá usted vivir ya en paz con el restante personal de la casa?» «Creo que todo lo que por este lado me atormentó fue debido únicamente a una exagerada susceptibilidad mía». «Pero ¿sigue usted amando al padre de las niñas?» «Desde luego. Sigo queriéndole, pero sin atormentarme. En su fuero interno puede uno pensar y sentir lo que quiera».

Un reconocimiento de la nariz demostró que la sensibilidad y los reflejos habían retornado casi por completo. La paciente distinguía ya los diversos olores, aunque con cierta inseguridad y sólo cuando eran intensos. De todos modos, esta anosmia había de atribuirse, en gran parte, a la afección nasal de la sujeto.

El tratamiento de esta enferma se había extendido a través de nueve meses. Cuatro después la volví a encontrar, casualmente, en una estación veraniega. Se sentía muy bien y no había vuelto a experimentar trastorno alguno.

EPICRISIS

El caso patológico que precede no carece de interés, a pesar de tratarse de una historia leve, con muy pocos síntomas. Por el contrario, me parece muy instructivo que también una neurosis tan simple necesite tantas premisas psíquicas, y un examen más detenido de su historial clínico me inclina incluso a considerarlo como modelo de un tipo de la histeria; esto es, de aquella forma de histeria que una persona sin tara hereditaria alguna de este género puede adquirir por la acción de sucesos *apropiados* para ello. Entiéndase bien que no hablo de una histeria independiente de toda disposición, pues lo más probable es que no exista tal histeria; pero de este género de disposición sólo hablamos cuando el sujeto muestra ya hallarse histérico, sin que antes se haya revelado en él indicio ninguno de disposición. La disposición neurópata, tal y como generalmente se entiende, es algo distinto y aparece determinada antes de la explosión de la enfermedad por la medida de las taras hereditarias del sujeto o por la suma de sus anormalidades psíquicas individuales. De ninguno de estos dos factores presentaba miss Luccy R. el menor indicio, y de este modo podemos considerar su histeria como adquirida, sin que esto suponga más que la capacidad — probablemente muy extendida— de adquirir la histeria, capacidad cuyas características ignoramos aún casi por completo. En tales casos, lo esencial es la naturaleza del trauma y, desde luego, también la reacción del sujeto contra el mismo. Condición indispensable para la adquisición de la histeria es que entre el yo y una representación a él afluente surja una relación de incompatibilidad. En otro lugar espero demostrar cuán diversas perturbaciones neuróticas surgen de los distintos medios que el yo pone en práctica para librarse de tal incompatibilidad. La forma histérica de defensa —para la cual es necesaria una especial capacidad— consiste en la *conversión* de la excitación en una

inervación somática, consiguiéndose así que la representación insoportable quede expulsada de la conciencia del yo, la cual acoge, en su lugar, la reminiscencia somática nacida por conversión —en nuestro caso, las sensaciones olfativas de carácter subjetivo— y padece bajo el dominio del afecto, enlazado con mayor o menor claridad a tales reminiscencias. La situación así creada no puede experimentar ya modificación alguna, dado que la contradicción que hubiera exigido la derivación del afecto ha sido suprimida por medio de la represión y la conversión. De este modo, el mecanismo que crea la histeria constituye, por un lado, un acto de vacilación moral y, por otro, un dispositivo protector puesto al alcance del yo. Hay muchos casos en los que hemos de reconocer que la defensa contra el incremento de excitación por medio de la producción de una histeria fue, en su momento, la más apropiada; pero, naturalmente, llegamos con mayor frecuencia a la conclusión de que una mayor medida de valor moral hubiera sido ventajosa para el individuo.

Así, pues, el verdadero momento traumático es aquél en el cual llega la contradicción al yo y decide éste el extrañamiento de la representación contradictoria, que no es, por este hecho, destruida, sino tan sólo impulsada a lo inconsciente. Una vez desarrollado este proceso, queda constituido un nódulo o núcleo de cristalización para la formación de un grupo psíquico del yo, núcleo en derredor del cual se reúne después todo aquello que habría de tener como premisa la aceptación de la representación incompatible. La disociación de la conciencia en estos casos de histeria adquirida es, por tanto, voluntaria e intencionada o, por lo menos, iniciada, con frecuencia, por un acto de la voluntad. En realidad sucede algo distinto de lo que intenta el sujeto. Éste quisiera suprimir una representación, como si jamás hubiese existido, pero no consigue sino aislarla psíquicamente.

En el historial de nuestra paciente, el momento traumático corresponde a aquella escena en que el padre de sus educandas la reprendió duramente por haber dejado que las besaran. Pero esta escena no acarrea, al principio, consecuencia alguna, a menos que la depresión y la susceptibilidad de la sujeto comenzaran por entonces, cosa que ignoro. Los síntomas histéricos no surgieron sino más tarde, en momentos que podemos calificar de «auxiliares» y caracterizar por el hecho de que en ellos confluyen temporalmente los dos grupos psíquicos separados, como sucede en la conciencia ampliada del estado de somnambulismo. El primero de estos momentos, en los cuales tuvo efecto la conversión, fue, para miss Luccy R., la escena que se desarrolló cuando el jefe

de contabilidad quiso besar a las niñas. En este punto entró en juego el recuerdo traumático, y la sujeto se condujo como si no hubiese rechazado de sí todo lo que se refería a su inclinación hacia el padre de las niñas. En otros historiales clínicos coinciden estos distintos momentos, y la conversión tiene efecto inmediatamente al trauma y bajo sus efectos.

El segundo momento auxiliar repite el mecanismo del primero. Una intensa impresión restablece pasajeramente la unidad de la conciencia, y la conversión sigue el mismo camino que se abrió ante ella la primera vez. Es muy interesante comprobar que el síntoma surgido en segundo lugar encubre al primero, de manera que éste no es sentido claramente hasta después de suprimido aquél. También me parece digna de atención la inversión del orden cronológico, a la cual nos vemos obligados a adaptar el análisis. En toda una serie de casos me ha sucedido así: que los síntomas posteriormente surgidos encubrían a los primeros y sólo el último hasta el cual penetró el análisis es el que contenía la clave de la totalidad.

La terapia consistió aquí en la coerción que logró la unión del grupo psíquico disociado con la conciencia del yo. El resultado terapéutico no siguió, por circunstancia singular, una marcha paralela y proporcional a la labor del tratamiento; sólo cuando ésta llegó a solucionar la última de las cuestiones planteadas, surgió, de repente, la curación total.

3) CATALINA

EN las vacaciones de 189... emprendí una excursión por la montaña, con el propósito de olvidar durante algún tiempo la Medicina, y especialmente las neurosis, propósito que casi había conseguido un día que dejé el camino real para subir a una cima, famosa tanto por el panorama que dominaba como por la hostería en ella enclavada. Repuesto de la penosa ascensión por un apetitoso refrigerio, me hallaba sumido en la contemplación de la encantadora lejanía, cuando a mi espalda resonó la pregunta; «El señor es médico, ¿verdad?», que al principio no creí fuera dirigida a mí: tan olvidado de mí mismo estaba. Mi interlocutora era una muchacha de diecisiete o dieciocho años, la misma que antes me había servido el almuerzo, por cierto con un marcado gesto de mal

humor, y a la que la hostelera había interpelado varias veces con el nombre de Catalina. Por su aspecto y su traje no debía de ser una criada, sino una hija o una pariente de la hostelera.

Arrancado así de mi contemplación, contesté:

—Sí, soy médico. ¿Cómo lo sabe usted?

—Lo he visto al inscribirse en el registro de visitantes y he pensado que podría dedicarme unos momentos. Estoy enferma de los nervios. El médico de L., al que fui a consultar hace algún tiempo, me recetó varias cosas, pero no me han servido de nada.

De este modo me veía obligado a penetrar de nuevo en los dominios de la neurosis, pues apenas cabía suponer otro padecimiento en aquella robusta muchacha de rostro malhumorado. Interesándome el hecho de que las neurosis florecieran también a dos mil metros de altura, comencé a interrogarla, desarrollándose entre nosotros el siguiente diálogo, que transcribo sin modificar la peculiar manera de expresarse de mi interlocutora:

—Bien. Dígame usted: ¿qué es lo que siente?

—Me cuesta trabajo respirar. No siempre. Pero a veces parece que me voy a ahogar.

No presenta esto, a primera vista, un definido carácter nervioso; pero se me ocurrió en seguida que podría constituir muy bien una descripción de un ataque de angustia, en la cual hacía resaltar la sujeto, de entre el complejo de sensaciones angustiosas, la de ahogo.

—Siéntese aquí y cuénteme lo que le pasa cuando le dan esos ahogos.

—Me dan de repente. Primero siento un peso en los ojos y en la frente. Me zumba la cabeza y me dan unos mareos que parece que me voy a caer. Luego se me aprieta el pecho de manera que casi no puedo respirar.

—¿Y no siente usted nada en la garganta?

—Se me aprieta como si me fuera a ahogar.

Y en la cabeza, ¿nota usted algo más de lo que me ha dicho?

—Sí, me late como si fuera a saltárseme.

—Bien. ¿Y no siente usted miedo al mismo tiempo?

—Creo siempre que voy a morir. Y eso que de ordinario soy valiente. No me gusta bajar a la cueva de la casa, que está muy oscura, ni andar sola por la montaña. Pero cuando me da eso no me encuentro a gusto en ningún lado y se me figura que detrás de mí hay alguien que me va a agarrar de repente.

Así, pues, lo que la sujeto padecía eran, en efecto, ataques de angustia, que

se iniciaban con los signos del aura histérica, o, mejor dicho, ataques de histeria con la angustia como contenido. Pero ¿no contendrían también algo más?

—¿Piensa usted algo (lo mismo siempre), o ve algo cuando le dan esos ataques?

—Sí; veo siempre una cara muy horrorosa que me mira con ojos terribles. Esto es lo que más miedo me da.

Esté detalle ofrecía, quizá, el camino para llegar rápidamente al nódulo de la cuestión.

—¿Y reconoce usted esa cara? Quiero decir que si es una cara que ha visto usted realmente alguna vez.

—No.

—¿Sabe usted por qué le dan esos ataques?

—No.

—¿Cuándo le dio el primero?

—Hace dos años, cuando estaba aún con mi tía en la otra montaña. Hace año y medio nos trasladamos aquí, pero me siguen dando los ahogos.

Era, pues, necesario emprender un análisis en toda regla. No atreviéndome a trasplantar la hipnosis a aquellas alturas, pensé que quizá fuera posible llevar a cabo el análisis en un diálogo corriente. Se trataba de adivinar con acierto. La angustia se me había revelado muchas veces, tratándose de sujetos femeninos jóvenes, como una consecuencia de horror que acomete a un espíritu virginal cuando surge por vez primera ante sus ojos el mundo de la sexualidad^[75].

Con esta idea dije a la muchacha:

—Puesto que usted no lo sabe, voy a decirle de dónde creo yo que provienen sus ataques. Hace dos años, poco antes de comenzar a padecerlos, debió usted de ver u oír algo que la avergonzó mucho, algo que prefería usted no haber visto.

—¡Sí, por cierto! Sorprendí a mi tío con una muchacha: con mi prima Francisca.

—¿Qué es lo que pasó? ¿Quiere usted contármelo?

—A un médico se le puede decir todo. Mi tío, el marido de esta tía mía a quien acaba usted de ver, tenía entonces con ella una posada en X. Ahora están separados, y por culpa mía, pues por mí se descubrieron sus relaciones con Francisca.

—¿Cómo las descubrió usted?

—Voy a decírselo. Hace dos años llegaron un día a la posada dos

excursionistas y pidieron de comer. La tía no estaba en casa, y ni mi tío ni Francisca, que era la que cocinaba, aparecían por ninguna parte. Después de recorrer en su busca toda la casa con mi primo Luisito, un niño aún, éste exclamó: «A lo mejor está la Francisca con papá», y ambos nos echamos a reír, sin pensar nada malo. Pero al llegar ante el cuarto del tío vimos que tenía echada la llave, cosa que ya me pareció singular. Entonces mi primo me dijo: «En el pasillo hay una ventana por la que se puede ver lo que pasa en el cuarto». Fuimos al pasillo, pero el pequeño no quiso asomarse, diciendo que le daba miedo. Yo le dije entonces: «Eres un tonto. A mí no me da miedo», y miré por la ventana, sin figurarme aún nada malo. La habitación estaba muy oscura; pero, sin embargo, pude ver a Francisca tumbada en la cama y a mi tío sobre ella.

—¿Y luego?

—En seguida me aparté de la ventana y tuve que apoyarme en la pared, que me dio un ahogo como los que desde entonces vengo padeciendo, se me cerraron los ojos y empezó a zumbarme y latirme la cabeza como si fuera a romperseme.

—¿Le dijo usted algo a su tía aquel día mismo?

—No; no le dije nada.

—¿Por qué se asustó usted tanto al ver a su tío con Francisca? ¿Comprendió usted lo que estaba pasando, o se formó alguna idea de ello?

—¡Oh, no! Por entonces no comprendí nada. No tenía más que dieciséis años, y ni me imaginaba siquiera tales cosas. No sé, realmente, de qué me asusté.

—Si usted pudiera ahora recordar todo lo que en aquellos momentos sucedió en usted, cómo le dio el primer ataque y qué pensó durante él, quedaría curada de sus ahogos.

—¡Ojalá pudiera! Pero me asusté tanto, que lo he olvidado todo.

(Traduciendo esto al lenguaje de nuestra «comunicación preliminar», diremos que el afecto crea por sí mismo el «estado hipnoide», cuyos productos quedan excluidos del comercio asociativo con la conciencia del yo.)

—Dígame usted: la cara que ve cuando le da el ahogo, ¿es quizá la de Francisca, tal y como la vio al sorprenderla?

—No; la cara que veo es la de un hombre.

¿Quizá la del tío?

No. Al tío no pude verle bien la cara por entonces, pues la habitación estaba muy oscura. Además, me figuro que no tendría en aquel momento una expresión tan horrorosa.

Tiene usted razón.

(Aquí parecía cerrarse de repente el camino por el que habíamos orientado el análisis. Pero, pensando que una continuación del relato iniciado podía ofrecerme alguna nueva salida, continué mi interrogatorio.)

—¿Qué pasó después?

—Mi tío y Francisca debieron de oír algún ruido en el corredor, pues salieron en seguida. Yo seguí sintiéndome mal y no podía dejar de pensar en lo que había visto. Dos días después fue domingo y hubo mucho que hacer. Trabajé sin descanso mañana y tarde, y el lunes volvió a darme el ahogo, vomité y tuve que meterme en la cama. Tres días estuve así, vomitando a cada momento.

La sintomatología histérica puede compararse a una escritura jeroglífica que hubiéramos llegado a comprender después del descubrimiento de algunos documentos bilingües. En este alfabeto, los vómitos significan repugnancia. Así, pues, dije a Catalina:

—El que tres días después tuviera usted vómitos repetidos me hace suponer que, al ver lo que pasaba en la habitación de su tía, sintió usted asco.

—Sí, debí de sentir asco —me responde con expresión meditativa—. Pero ¿de qué?

—Quizá viera usted desnuda alguna parte del cuerpo de los que estaban en el cuarto.

—No. Había poca luz para poder ver algo. Además estaban vestidos. Por más que hago no puedo recordar qué es lo que me dio asco.

Tampoco yo podía saberlo. Pero la invité a continuar relatándome lo que se le ocurriese, con la seguridad de que se le ocurriría precisamente lo que me era preciso para el esclarecimiento del caso.

Me relata, pues, que como su tía notase en ella algo extraño y sospechase algún misterio, la interrogó tan repetidamente, que hubo de comunicarle su descubrimiento. A consecuencia de ello se desarrollaron entre los cónyuges violentas escenas, en las cuales oyeron los niños cosas que más les hubiera valido continuar ignorando, hasta que la tía decidió trasladarse, con sus hijos y Catalina, a la casa que ahora ocupaban, dejando a su marido con Francisca, la cual comenzaba a presentar señales de hallarse embarazada. Al llegar aquí, abandona la muchacha, con gran sorpresa mía, el hilo de su relato y pasa a contarme dos series de historias que se extienden hasta dos y tres años antes del suceso traumático. La primera serie contiene escenas en las que el tío persiguió con fines sexuales a mi interlocutora, cuando ésta tenía apenas catorce años. Así, un día de invierno bajaron juntos al valle y pernoctaron en una posada. El tío

permaneció en el comedor hasta muy tarde, bebiendo y jugando a las cartas. En cambio, ella se retiró temprano a la habitación destinada a ambos en el primer piso. Cuando su tío subió a la alcoba no había ella conciliado aún por completo el sueño y le sintió entrar. Luego se quedó dormida, pero de repente se despertó y «sintió su cuerpo junto a ella». Asustada se levantó y le reprochó aquella extraña conducta: «¿Qué hace usted, tío? ¿Por qué no se queda usted en su cama?» El tío intentó convencerla: «¡Calla, tonta! No sabes tú lo bueno que es eso». «No quiero nada de usted, ni bueno ni malo. No siquiera puede una dormir tranquila». En esta actitud se mantuvo cerca de la puerta, dispuesta a huir de la habitación, hasta que, cansado el tío, dejó de solicitarla y se quedó dormido. Entonces se echó ella en la cama vacía y durmió, sin más sobresaltos, hasta la mañana. De la forma en la que rechazó los ataques de su tío parecía deducirse que no había reconocido claramente el carácter sexual de los mismos. Interrogada sobre este extremo, manifestó, en efecto, que hasta mucho después no había comprendido las verdaderas intenciones de su tío. De momento, se había resistido únicamente porque le resultaba desagradable ver interrumpido su sueño y «porque le parecía que aquello no estaba bien».

Transcribo minuciosamente estos detalles porque poseen considerable importancia para la comprensión del caso. A continuación me contó Catalina otros sucesos de épocas posteriores, entre ellos una nueva agresión sexual de que la hizo objeto su tío un día que se hallaba borracho. A mi pregunta de si en estas ocasiones notó algo semejante a los ahogos que ahora la aquejan, responde con gran seguridad que siempre sintió el peso en los ojos y la opresión que acompañan a sus ataques actuales, pero nunca tan intensamente como cuando sorprendió a su tío con Francisca.

Terminada esta serie de recuerdos, comienza en seguida a relatarme otra en la que trata de aquellas ocasiones en las cuales advirtió algo entre Francisca y su tío. Una vez que toda la familia durmió en un pajar se despertó ella al sentir un ruido y vio cómo su tío se separaba bruscamente de Francisca. Otra vez, en la posada de N., dormía ella con su tío en una alcoba y Francisca en otra inmediata. A medianoche se despertó y vio junto a la puerta de comunicación entre ambas una figura blanca que se disponía a descorrer el pestillo. «¿Es usted, tío? ¿Qué hace usted ahí, en la puerta?» «Cállate, estoy buscando una cosa». «La puerta que da al pasillo es la otra». «Tienes razón, me he equivocado», etcétera.

Al llegar aquí le pregunto si todo esto no despertó en ella alguna sospecha. «No; por entonces no sospeché nada. Me chocaban aquellas cosas, pero no

pasaba de ahí». «¿Sintió usted también miedo en estas ocasiones?» Cree que sí, pero no puede afirmarlo con tanta seguridad como antes.

Agotadas estas dos series de reminiscencias, guarda silencio la muchacha. Durante su relato ha ido experimentando una curiosa transformación. En su rostro, antes entristecido y doliente, se pinta ahora una expresión llena de vida. Sus ojos han recobrado el brillo juvenil y se muestra animada y alegre. Entre tanto he llegado yo a la comprensión de su caso. Los sucesos que últimamente me ha relatado, con un desorden aparente, aclaran por completo su conducta en la escena del descubrimiento. Cuando ésta tuvo efecto llevaba la sujeto en sí dos series de impresiones, que se habían grabado en su memoria, sin que hubiera llegado a comprenderlas ni pudiera utilizarlas para deducir conclusión alguna. A la vista de la pareja sorprendida en la realización del coito, se estableció en el acto el enlace de la nueva impresión con tales dos series de reminiscencias, comenzando en seguida a comprenderlas y simultáneamente a defenderse contra ellas. A esto siguió un corto periodo de incubación, apareciendo luego los síntomas de la conversión, o sea, los vómitos sustitutivos de la repugnancia moral y física. Quedaba, pues, solucionado el enigma. Lo que había repugnado a la sujeto no había sido la vista de la pareja, sino un recuerdo que la misma despertó en ella, recuerdo que no podía ser sino el de aquella escena nocturna en la que «sintió el cuerpo de su tío junto al suyo».

De este modo, una vez que la sujeto terminó su confesión, le dije:

—Ya sé lo que pensó usted cuando advirtió lo que sucedía en la habitación de su tío. Seguramente se dijo usted: «Ahora hace con Francisca lo que quiso hacer conmigo aquella noche y luego las otras veces». Esto fue lo que le dio a usted asco, haciéndole recordar la sensación que advirtió al despertar por la noche y notar el cuerpo de su tío junto al suyo.

—Sí; debió de darme asco aquello y lo debí de recordar luego.

—Bien. Entonces, dígame usted exactamente... Ahora es usted ya una mujer y lo sabe todo.

—Sí, ahora ya sí.

—Dígame entonces exactamente qué parte del cuerpo de su tío fue la que sintió usted junto al suyo.

La sujeto no da a esa pregunta una respuesta precisa. Sonríe confusa y como convicta; esto es, como quien se ve obligada a reconocer que se ha llegado al nódulo real de la cuestión y no hay ya que volver a hablar de ella. Puede, sin dificultad, suponerse cuál fue la sensación de contacto que advirtió en la escena

nocturna con su tío, sensación que muy luego aprendió a interpretar. Su expresión parece decirme también que se da cuenta de que yo he adivinado exactamente, pero evita ya continuar profundizando en aquel tema. De todos modos, he de agradecer a la sujeto la facilidad con que se dejó interrogar sobre cosas tan escabrosas, conducta opuesta a la observada por las honestas damas de mi consulta ciudadana, para las cuales *omnia naturalia turpia sunt*.

Con esto quedaría aclarado el caso. Resta únicamente explicar el origen de la alucinación que retornaba en todos los ataques de la sujeto, haciéndola ver una horrible cabeza, que le inspiraba miedo. Así, pues, la interrogué sobre este extremo, y como si nuestro diálogo hubiese ampliado su comprensión, me contestó en seguida.

—Ahora ya lo sé. La cabeza que veo es la de mi tío, pero no tal y como la vi cuando los sucesos que le he contado. Cuando, después de sorprenderle con Francisca, comenzaron en casa los disgustos, mi tío me tomó un odio terrible. Decía que todo lo que pasaba era por culpa mía y que si no hubiera sido yo tan charlatana no hubiera pedido su mujer el divorcio. Cuando me veía se pintaba en su rostro una feroz expresión de cólera y echaba tras de mí, dispuesto a maltratarme. Yo huía a todo correr y procuraba no encontrarme con él, pero siempre tenía miedo de que me cogiese por sorpresa. La cara que ahora veo, siempre que me da el ahogo, es la de mi tío en aquellos días, contraída por la cólera.

Estas palabras me recordaron que el primer síntoma de la histeria, o sea, los vómitos, desapareció a poco, subsistiendo el ataque de angustia con un nuevo contenido. Tratábase, pues, de una histeria derivada por reacción (*Abreagiert*) en gran parte, circunstancia debida al hecho de haber comunicado poco después la sujeto a su tía el suceso traumático.

—¿Le contó usted también a su tía las demás escenas con su marido?

—Por entonces, no, pero sí después, cuando ya se había planteado la separación. Mi tía dijo entonces: «Todo eso hay que tenerlo en cuenta, pues si en el pleito de divorcio pone alguna dificultad lo contaremos ante los tribunales».

No puede tampoco extrañarnos que el símbolo mnémico procediese, precisamente de esta época ulterior, durante la cual se sucedieron de continuo en la casa las escenas violentas, retrayéndose del estado de Catalina el interés de la tía, absorbido totalmente por sus querellas domésticas, pues por tales circunstancias fue ésta una época de acumulación y retención para la paciente.

Aunque nada he vuelto a saber de Catalina, espero que su conversación

conmigo, en la que desahogó su espíritu, tan tempranamente herido en su sensibilidad sexual, hubo de hacerle algún bien.

EPICRISIS

No tendría nada que objetar a aquellos que en este historial patológico viesan, más que el análisis de un caso de histeria, la solución del mismo por una afortunada adivinación. La enferma aceptó como verosímil todo lo que yo interpolé en su relato, pero no se hallaba en estado de reconocer haberlo vivido realmente. Para ello hubiera sido necesaria, a mi juicio, la hipnosis. Si aceptamos la exactitud de mi interpretación e intentamos reducir este caso al esquema de una histeria adquirida tal y como se nos ha presentado en el de miss Lucy R., podremos considerar las dos series de sucesos eróticos como factores traumáticos, y la escena del descubrimiento de la pareja, como un factor auxiliar. Base de esta equiparación serían las circunstancias de que en dichas series quedó creado un contenido de conciencia, el cual, hallándose excluido de la actividad mental del yo, permaneció conservado sin modificación alguna, mientras que en la escena del descubrimiento hubo una nueva impresión, que impuso la conexión asociativa de dicho grupo aislado con el yo. Al lado de esta analogía existen variantes que han de tenerse asimismo en cuenta. La causa del aislamiento no es, como en el caso de miss Lucy, la voluntad del yo, sino su ignorancia, que le impide toda elaboración de las experiencias sexuales. Desde este punto de vista puede considerarse típico el caso de Catalina. En el análisis de toda histeria basada en traumas histéricos comprobamos que impresiones de la época presexual, cuyo efecto sobre la niña ha sido nulo, adquieren más tarde, como recuerdos, poder traumático, cuando la sujeto, adolescente o ya mujer, llega a la comprensión de la vida sexual. La disociación de grupos psíquicos es, por decirlo así, un proceso normal en el desarrollo de los adolescentes, y no puede parecer extraño que su ulterior incorporación al yo constituya una ocasión, frecuentemente aprovechada, de perturbaciones psíquicas. Quiero, además, expresar aquí mis dudas de que la disociación de la conciencia, por ignorancia, sea realmente distinta de la producida por repulsa consciente, pues es muy probable que los adolescentes posean conocimientos sexuales muchos más precisos de lo que en general se cree, e incluso de lo que ellos mismos suponen.

Otras de las variantes que presenta el mecanismo psíquico de este caso consiste en que la escena del descubrimiento, que hemos calificado de

«auxiliar», puede serlo también de «traumática», pues actúa por su propio contenido y no tan sólo por despertar el recuerdo de sucesos traumáticos anteriores. Reúne, de este modo, los caracteres del factor «auxiliar» y los del «traumático». Pero en esta coincidencia no veo motivo ninguno para abandonar una diferenciación de concepto, a la que en otros casos corresponde también una separación temporal. Otra peculiaridad del caso de Catalina, peculiaridad que, por otra parte, ya nos era conocida, es que la conversión, o sea, la creación de los fenómenos histéricos, no se desarrolla inmediatamente después del trauma, sino después de un intervalo de incubación. Charcot daba a este intervalo el nombre de «época de elaboración-psíquica». La angustia que Catalina padecía en sus ataques era de orden histérico; esto es, constituía una reproducción de aquella que la oprimía con ocasión de cada uno de los traumas sexuales. Omito explicar también aquí el proceso, regularmente comprobado por mí en un gran número de casos, de que la sospecha de relaciones sexuales hace surgir en sujetos virginales un afecto angustioso.

4) SEÑORITA ISABEL DE R.

EN el otoño de 1892, un colega y amigo mío me pidió reconociese a una señorita que desde hacía más de dos años venía padeciendo dolores en las piernas y dificultad para andar. A su demanda añadía que, en su opinión, se trataba de un caso de histeria, aunque no presentaba ninguno de los signos habituales de la neurosis. Conocía algo a la familia de la enferma y sabía que los últimos años habían traído para ella más desdichas que felicidades. Primero, había fallecido el padre de la enferma; luego, tuvo su madre que someterse a una grave operación de la vista, y, poco después, una hermana suya, casada, que acababa de tener un hijo, sucumbía a una antigua enfermedad del corazón. En todas estas enfermedades y desgracias había tomado la sujeto parte activísima, no sólo afectivamente, sino prestando a sus familiares la más abnegada asistencia.

Mi primera confrontación con la señorita de R., que tendría por entonces unos veinticuatro años, no me hizo penetrar mucho más allá en la comprensión de su caso. Parecía inteligente y psíquicamente normal, y llevaba su enfermedad, que la apartaba del trato social y de los placeres propios de su edad, con extraordinaria conformidad, haciéndome pensar en la *belle indifférence* de los histéricos. Andaba inclinada hacia adelante, aunque sin precisar apoyo ninguno ni presentar tampoco su paso carácter patológico u otra cualquiera singularidad visible. Sin embargo, se quejaba de grandes dolores al andar y de que, tanto este movimiento como simplemente el permanecer en pie, le producían pronta e intensa fatiga, viéndose así obligada a guardar reposo, durante el cual, si bien perduraba el dolor, era bastante mitigado. Este dolor era de naturaleza muy indeterminada, mereciendo más bien el nombre de cansancio doloroso. Como foco de sus dolores indicaba una zona bastante extensa y mal delimitada, situada en la cara anterior del muslo derecho. De esta zona era de donde partía con más frecuencia el dolor y donde se hacía más intenso, advirtiéndose en ella una mayor sensibilidad de la piel y de los músculos a la presión y al pellizco, mientras que los pinchazos con una aguja eran recibidos más bien con indiferencia. Esta hiperalgesia de la piel y de los músculos no se limitaba a la zona indicada, sino que se extendía a toda la superficie de las piernas. Los músculos aparecían quizá más dolorosos que la piel, pero tanto los primeros

como la segunda alcanzaban en los muslos su mayor grado de hiperalgesia. Siendo suficientemente elevada la energía motora de las piernas, presentando los reflejos una intensidad media, y no existiendo síntoma ninguno de otro género, no podía diagnosticarse afección alguna orgánica de carácter grave. La sujeto venía padeciendo las molestias referidas desde hacía un par de años, durante los cuales se habían ido desarrollando las mismas poco a poco, siendo muy variable su intensidad.

No era fácil establecer en este caso un diagnóstico determinado; pero, no obstante, decidí adherirme al de mi colega por dos diferentes razones: en primer término, me parecía singular la impresión general de los datos que la sujeto, muy inteligente, sin embargo, me suministraba sobre el carácter de sus dolores. Un enfermo que padece dolores orgánicos los describirá, si no es, además, nervioso, con toda precisión y claridad, detallando si son o no lancinantes, con qué intervalos se presentan, a qué zona de su cuerpo afectan y cuáles son, a su juicio, las influencias que los provocan. El neurasténico^[76] que describe sus dolores nos da, en cambio, la impresión de hallarse entregado a una difícil labor intelectual, superior a sus fuerzas. Su rostro se contrae como bajo el dominio de un afecto penoso; su voz se hace aguda, busca trabajosamente las expresiones y rechaza todos los calificativos que el médico le propone para sus dolores, aunque luego se demuestren rigurosamente exactos. Se ve claramente que, en su opinión, es el lenguaje demasiado pobre para dar expresión a sus sensaciones, las cuales son algo único, jamás experimentado por nadie, siendo imposible agotar su descripción. De este modo, el neurasténico no se fatiga jamás de añadir nuevos detalles, y cuando se ve obligado a terminar su relato, lo hace con la impresión de que no ha logrado hacerse comprender del médico. Todo esto proviene de que sus dolores han acaparado por completo su atención. Isabel de R. observaba, en lo que a esto se refiere, la conducta opuesta, y dado que, sin embargo, concedía a sus dolores importancia bastante, habíamos de deducir que su atención se hallaba retenida por algo distinto, de lo cual no eran los dolores sino un fenómeno concomitante; esto es, probablemente por pensamientos y sensaciones con dichos dolores enlazados.

Pero existía un segundo factor mucho más importante para la determinación de los dolores de la sujeto. Cuando estimulamos en un enfermo orgánico o en un neurasténico una zona dolorosa, vemos pintarse una expresión de desagrado o dolor físico en la fisonomía del paciente, el cual se contrae bruscamente, elude el

contacto o se defiende contra él. En cambio, cuando se oprimía o se pellizcaba la piel o la musculatura hiperalgésica de las piernas de Isabel de R., mostraba la paciente una singular expresión, más bien de placer que de dolor, gritaba como quien experimenta un voluptuoso cosquilleo, se ruborizaba intensamente, cerraba los ojos y doblaba su torso hacia atrás, todo ello sin exageración, pero suficientemente marcado para hacerse pensar que la enfermedad de la sujeto era una histeria y que el estímulo había tocado una zona histérica. Esta expresión de la paciente no podía corresponder en modo alguno al dolor que, según ella, le producía la presión ejercida sobre los músculos o la piel, sino más probablemente al contenido de los pensamientos que se ocultaban detrás de tales dolores, pensamientos que eran despertados en la enferma por el estímulo de las zonas de su cuerpo en ellos asociados. En casos indiscutibles de histeria habíamos observado ya repetidas veces expresiones análogamente significativas, concomitantes al estímulo de zonas hiperalgésicas. Los demás gestos de la sujeto constituían claramente leves signos de un ataque histérico.

En un principio nos fue imposible hallar los motivos de la desacostumbrada localización de la zona histerógena. El hecho de que la hiperalgesia se presentara principalmente en los músculos nos daba también que pensar. El padecimiento que más frecuentemente produce una sensibilidad difusa y local de los músculos a la presión es la infiltración reumática de los mismos, o sea, el corriente reumatismo muscular crónico, sobre cuya propiedad de fingir afecciones nerviosas hemos hablado ya anteriormente. La consistencia de los músculos dolorosos no contradecía esta hipótesis en el caso de Isabel de R., pues el reconocimiento de las masas musculares reveló la existencia de numerosas fibras endurecidas, que se demostraban, además, especialmente sensibles. Así, pues, era muy verosímil la existencia de una modificación orgánica muscular del carácter indicado, en la cual se apoyaría la neurosis y cuya importancia era extraordinariamente exagerada por esta última dolencia.

Para nuestra terapia tomamos como punto de partida esta hipótesis de la naturaleza mixta de los sufrimientos de la sujeto, y prescribimos masaje y faradización sistemáticos de los músculos dolorosos, sin preocuparnos de los dolores que con ello haríamos surgir. Por mi parte, y con sólo el objeto de permanecer en contacto con la enferma, me reservé el tratamiento eléctrico de las piernas. A su pregunta de si debía esforzarse en andar, contestamos afirmativamente.

Conseguimos así una ligera mejoría, y entre tanto fue preparando mi colega

el terreno para iniciar el tratamiento psíquico, de manera que cuando, al cabo de un mes, me decidí a proponérselo a la paciente, dándole algunos datos sobre su método y eficacia, encontré rápida comprensión y sólo muy leve resistencia.

Pero la labor que a partir de este momento emprendí resultó una de las más penosas que se me han planteado, y la dificultad de dar cuenta exacta y sintética de ella no desmerece en nada de las que por entonces hube de vencer. Durante mucho tiempo me fue imposible hallar la conexión entre el historial patológico y la enfermedad, la cual tenía que haber sido provocada y determinada, sin embargo, por la serie de sucesos integrados en el mismo.

La primera pregunta que nos dirigimos al emprender un tal tratamiento catártico es la de si el sujeto conoce el origen y el motivo de su enfermedad. En caso afirmativo no es precisa una técnica especial para conseguir de él la reproducción de su historial patológico. El interés que le demostramos, la comprensión que le hacemos suponer y las esperanzas de curación que le damos, deciden al enfermo a entregarnos su secreto. En el caso de Isabel de R. me pareció desde un principio que la sujeto sabía las razones de su enfermedad y que de este modo lo que encerraba en su conciencia era un secreto y no un cuerpo extraño.

Así, pues, podía renunciar al principio a la hipnosis, reservándome de todos modos el derecho de recurrir a ella cuando en el curso de la confesión surgieran conexiones para cuyo esclarecimiento no bastase su memoria despierta. De este modo, en este mi primer análisis completo de una histeria, llegué ya a un procedimiento que más tarde hube de elevar a la categoría de método, o sea, al del descubrimiento y supresión, por capas sucesivas, del material psíquico patógeno; procedimiento comparable a la técnica empleada para excavar una antigua ciudad sepultada. Primeramente me hice relatar lo que la enferma conocía, teniendo cuidadosamente en cuenta los puntos en los cuales permanecía enigmática alguna conexión o parecía faltar algún miembro de la concatenación causal, y penetraba después en estratos más profundos del recuerdo recurriendo para el esclarecimiento de dichos puntos a la investigación hipnótica o a otra técnica análoga. Premisa de toda esta labor era, naturalmente, mi esperanza de que había de ser posible descubrir una determinación completamente suficiente. En páginas inmediatas hablaremos de los medios empleados para la investigación de los estratos psíquicos más profundos.

El historial patológico que Isabel de R. me relató era muy extenso y se componía de sucesos dolorosos muy diversos. Durante su relato no se hallaba la

paciente en estado hipnótico, sino simplemente tendida en un diván y con los ojos cerrados, pero sin que yo me opusiera a que en el curso de su narración abriese de cuando en cuando los ojos, cambiara de postura se levantase, etc. Cuando una parte de su narración la emocionaba más profundamente, parecía entrar de un modo espontáneo en un estado análogo a la hipnosis, permaneciendo entonces inmóvil sobre el diván con los párpados apretados.

El estrato más superficial de sus recuerdos resultó contener los siguientes: Era la menor de tres hermanas, tiernamente unidas entre sí y a sus padres, y había pasado su juventud en una finca que la familia poseía en Hungría. Su madre padecía desde mucho tiempo atrás una afección a la vista y diversos estados nerviosos. Esta circunstancia hizo que Isabel de R. se enlazase más íntimamente a su padre, hombre de carácter alegre y sereno, el cual solía decir que aquella hija era para él más bien un hijo y un amigo con el que podía sostener un intercambio de ideas. No se le ocultaba, sin embargo, que si bien su hija ganaba así en estímulo intelectual, se alejaba, en cambio, del ideal que nos complace ver realizado en una muchacha. Bromeando, la calificaba de «atrevida y discutidora», la prevenía contra su decidida seguridad en sus juicios y contra su inclinación a decirle a todo el mundo las verdades, sin consideración alguna, y le predecía que había de serle difícil encontrar marido. En realidad, se hallaba la muchacha muy poco conforme con su sexo, abrigaba ambiciosos proyectos, quería estudiar una disciplina científica o llegar a dominar el arte musical, y se rebelaba contra la idea de tener que sacrificar en el matrimonio sus inclinaciones y su libertad de juicio. Entre tanto, vivía orgullosa de su padre y de la posición social de su familia y cuidaba celosamente de todo lo que con estas circunstancias se relacionase. Pero el cariñoso desinterés con el que se posponía a su madre o a sus hermanas cuando llegaba la ocasión, compensaba para los padres las otras facetas, más duras, de su carácter.

Al llegar las hermanas a la adolescencia se trasladó la familia a la ciudad, donde Isabel gozó durante algún tiempo de una vida serena y sin preocupaciones. Pero luego vino la desgracia, que destruyó la felicidad de aquel hogar. El padre les había ocultado, o había ignorado hasta entonces, una afección cardíaca que padecía, y una tarde le trajeron a casa desvanecido a consecuencia de un ataque. A partir de este día, y durante año y medio de enfermedad, no se apartó Isabel de la cabecera del lecho paterno, durmiendo en la misma habitación que el enfermo, levantándose de noche para atenderle, asistiéndole con inmenso cariño y esforzándose en aparecer serena y alegre ante él, que, por

su parte, llevó su padecimiento con tranquila resignación. En esta época debió de iniciar su propia enfermedad, pues recordaba que en los últimos meses de su padre ya tuvo ella que guardar cama un par de días a causa de dolores en la pierna derecha. Pero la paciente afirmaba que dichos dolores habían pasado pronto y no habían llegado a preocuparle, ni siquiera a atraer su atención. En realidad, fue dos años después de la muerte de su padre cuando comenzó a sentirse enferma y a no poder andar sin experimentar grandes dolores.

El vacío que la muerte del padre dejó en aquella familia, compuesta de cuatro mujeres; el aislamiento social en que quedaron al cesar con la desgracia multitud de relaciones prometedoras de serenas alegrías y la agravación del enfermizo estado de la madre, todas estas circunstancias entristecieron el ánimo de nuestra paciente, pero al mismo tiempo despertaron en ella el deseo de que los suyos hallaran pronto una sustitución de la felicidad perdida y la hicieron concentrar en su madre todo su cariño y todos sus cuidados.

Al terminar el año de luto se casó la hermana mayor con un hombre muy inteligente y activo, que ocupaba ya una elevada posición y parecía destinado, por sus grandes dotes intelectuales, a un brillante porvenir, pero que ya en sus primeros contactos con la familia mostró una susceptibilidad patológica y una tenacidad egoísta en la defensa de sus menores caprichos, siendo el primero que en aquel círculo familiar se atrevió a prescindir de las consideraciones de que se rodeaba a la madre. Esto era ya más de lo que Isabel podía resistir y se sintió llamada a combatir con su cuñado siempre que éste le ofrecía ocasión para ello, mientras que las demás hermanas y la madre no daban importancia a los arrebatos de su irritable temperamento. Para la sujeto constituyó un amargo desengaño ver que la reconstrucción de la antigua felicidad de la familia recibía aquel golpe, y no podía perdonar a su hermana casada la neutralidad absoluta que se esforzaba en conservar. De este modo se había fijado en la memoria de Isabel toda una serie de escenas a las que se enlazaban reproches no expresados en parte contra su cuñado. El más grave de ellos era el de haberse trasladado, por conveniencias personales, con su mujer e hijas, a una lejana ciudad de Austria, contribuyendo así a aumentar la soledad de la madre. En esta ocasión vio claramente Isabel su impotencia para procurar a la madre una sustitución de su antigua felicidad familiar y la imposibilidad de realizar el plan que había formado al morir su padre.

El casamiento de la segunda hermana pareció más prometedor para el porvenir de la familia, pues este segundo cuñado, aunque menos dotado

intelectualmente que el primero, era de espíritu más delicado y semejante al de aquellas mujeres educadas en la observación de todas las consideraciones. Su conducta reconcilió a Isabel con la institución del matrimonio y con la idea del sacrificio a ella enlazado. El nuevo matrimonio permaneció al lado de la madre, y cuando tuvo un hijo, lo hizo Isabel su favorito. Desgraciadamente, el año del nacimiento de este niño trajo consigo una grave perturbación. La enfermedad que la madre padecía en la vista la obligó a permanecer durante varias semanas en una absoluta oscuridad, e Isabel no se separó de ella un solo momento. Por último, se hizo necesaria una delicada intervención quirúrgica, y la agitación que en la familia produjo este acontecimiento coincidió con los preparativos de marcha del primer cuñado. Realizada la operación con éxito felicísimo, las tres familias se reunieron en una estación veraniega, e Isabel, agotada por las preocupaciones de los últimos meses, hubiera debido reponerse en esta temporada de tranquilidad, primera que pasaba la familia sin penas ni temores desde la muerte del padre.

Pero precisamente en este tiempo fue cuando sintió la sujeto por vez primera dolores en las piernas y dificultad para andar. Los dolores, que habían ido inclinándose débilmente, presentaron por vez primera gran intensidad después de un baño caliente que tomó en la casa de baños de la pequeña estación termal donde se hallaba veraneando. Habiendo hecho días antes una excursión algo fatigosa, la familia atribuyó a esta circunstancia los dolores de Isabel, opinando que ésta se había cansado con exceso, primero, y enfriado, después.

A partir de este momento fue Isabel la enferma de la familia. Los médicos le aconsejaron que aprovechara el resto del verano para una cura de aguas en el balneario de Gastein, y se trasladó a él acompañada por su madre. Pero ya en estos días había surgido un nuevo motivo de preocupación. La segunda hermana se hallaba encinta y su estado no era nada satisfactorio: tanto, que Isabel vaciló mucho antes de decidirse a emprender el viaje a Gastein. Cuando apenas llevaban dos semanas en este balneario, fueron reclamadas con urgencia al lado de la enferma, que había empeorado de repente.

Fue éste un terrible viaje, en el que a los dolores de Isabel se mezclaron los más tristes temores, desgraciadamente confirmados luego, pues al llegar al punto de destino hallaron que la muerte se les había adelantado. La hermana había sucumbido a una enfermedad del corazón, agravada por el embarazo.

El triste suceso hizo surgir en la familia la idea de que la enfermedad cardíaca constituía una herencia legada por el padre, y recordó a todos que la

muerta había padecido de niña un ataque de corea con ligeros trastornos del corazón, llevándolos esto a reprocharse y a reprochar al médico haber consentido el matrimonio, y al infortunado viudo, haber puesto en peligro la salud de la enferma con dos embarazos consecutivos, sin intervalo casi. A partir de esta época no pudo Isabel apartar de su pensamiento la triste impresión de que una vez que, por raro azar, reunía un matrimonio todas las condiciones necesarias para ser feliz, hubiera tenido su felicidad un tal fin. Además veía nuevamente destruido todo lo que para su madre había ansiado. El viudo, al que nada lograba consolar, se retrajo de la familia de su mujer, cuyo contacto avivaba su dolor, circunstancia que aprovechó su propia familia, de la cual se había alejado durante su feliz matrimonio, para atraerle de nuevo. De todos modos hubiera sido imposible mantener la anterior cohesión familiar, pues el viudo no podía continuar viviendo con la madre, a causa de la presencia de Isabel, soltera todavía. Pero sí hubiera podido confiarles su hijo, y al negarse a ello les dio por vez primera ocasión para acusarle de dureza. Por último —y no fue esto lo menos doloroso—, tuvo Isabel oscura noticia de un disgusto entre sus dos cuñados, disgusto cuyos motivos no podía sino sospechar. Parecía que el viudo había planteado exigencias de carácter económico, que el otro cuñado juzgaba inadmisibles e incluso calificaba duramente.

Ésta era, pues, la historia de los padecimientos de nuestro sujeto, muchacha ambiciosa y necesitada de cariño. Descontenta de su destino, amargada por el fracaso de todos sus pequeños planes para reconstruir el brillo de su hogar, separada por la muerte, la distancia o la indiferencia de las personas queridas y sin inclinación a buscar un refugio en el amor de un hombre, hacía ya año y medio que vivía alejada de todo trato social y dedicada al cuidado de su madre y de sus propios sufrimientos cuando yo la conocí.

Si olvidamos otros dolores humanos más considerables y nos transferimos a la vida anímica de nuestra juvenil paciente, no podremos menos de compadecerla. Ahora bien: desde el punto de vista científico hemos de preguntarnos cuál era el interés médico del historial antes transcrito, cuáles las relaciones del mismo con la dolorosa dificultad de andar de la paciente y qué probabilidades de llegar al esclarecimiento y curación del caso nos ofrecía el conocimiento de los traumas psíquicos referidos.

La confesión de la paciente fue en un principio para el médico un desengaño. Nos encontramos, en efecto, ante un historial integrado por vulgares conmociones anímicas, que no explicaban por qué la sujeto había de haber

enfermado de histeria, ni por qué ésta había tomado precisamente la forma de abasia dolorosa. Dejaba, pues, en completa oscuridad, tanto la motivación como la determinación del caso de histeria correspondiente. Podía únicamente admitirse que la enferma había establecido una asociación entre sus dolorosas impresiones anímicas y los dolores físicos que casualmente había sufrido en la misma época, y empleaba a partir de este momento en su vida mnémica la sensación somática como símbolo de la psíquica. Pero de todos modos quedaban en la oscuridad el motivo que la paciente había podido tener para tal sustitución y el momento en que la misma tuvo efecto. Claro es que se trataba de problemas que los médicos no se habían planteado nunca, antes, pues lo habitual era considerar como explicación suficiente la de que la enferma era una histérica por constitución, y podía desarrollar síntomas histéricos bajo la influencia de excitaciones de *un orden cualquiera*.

Si la confesión de la paciente nos aportaba escasa utilidad para el esclarecimiento del caso, menos aún podía auxiliarnos en su curación. No veíamos qué beneficio podía resultar para la enferma de relatar también a un extraño, que sólo había de consagrarle un mediano interés, la historia de sus penas durante los últimos años, historia bien conocida por todos sus familiares, y, en efecto, su confesión no produjo ningún resultado curativo visible. Durante este primer período del tratamiento no dejó la enferma de repetirme con marcada complacencia: «Sigo mal. Tengo los mismos dolores que antes»; acompañando estas palabras con una mirada de burla y recordándome así los juicios de su padre sobre su carácter atrevido y a veces malicioso. Pero había de reconocer que en esta ocasión no eran del todo injustificadas sus burlas.

Si en este punto hubiese abandonado el tratamiento psíquico de la enferma, el caso de Isabel de R. hubiera carecido de toda significación para la teoría de la histeria. Pero lejos de esto, continué mi análisis, animado por la firme convicción de que en capas más profundas de la conciencia habíamos de hallar las circunstancias que habían presidido la motivación y la determinación del síntoma histérico.

Por tanto, decidí plantear directamente a la conciencia ampliada de la enferma la cuestión de cuál era la impresión psíquica a la que se hallaba enlazada la primera aparición de los dolores de las piernas.

Para llevar a cabo este propósito había de sumir a la sujeto en un profundo estado hipnótico. Desgraciadamente, todos mis esfuerzos no consiguieron provocar sino aquel mismo estado de conciencia en el que se hallaba al

desarrollar su confesión, y aun hube de darme por satisfecho de que esta vez se abstuviera de recalcarle con expresión de triunfo el mal resultado de mi labor. En tal apuro se me ocurrió recurrir al procedimiento de aplicar mis manos sobre la frente de la sujeto, procedimiento cuya génesis relatamos ya en el historial de miss Lucy, y lo puse en práctica con esta nueva enferma, invitándola a comunicarme sin restricción alguna aquello que surgiera ante su visión interior o cruzara por su memoria en el momento de hacer yo presión sobre su cabeza. Después de una larga pausa silenciosa y frente a mi insistencia confesó la paciente que en dicho momento había rememorado una tarde en la que un joven conocido suyo la había acompañado hasta su casa, desde una reunión donde ambos se encontraban, recordando asimismo el diálogo que sostuvieron durante el trayecto y los sentimientos que la dominaban al llegar a su casa y reintegrarse a su puesto junto al lecho de su padre enfermo.

Esta primera alusión de la sujeto a una persona extraña a su familia me facilitaba el acceso a un nuevo compartimiento de su vida anímica, cuyo contenido fui sacando a luz poco a poco. Tratábase ya de algo más secreto, pues, fuera de una amiga común, nadie conocía de sus labios sus relaciones con el referido joven, hijo de una familia a la que trataban desde muy antiguo por residir en un lugar muy cercano a la finca que habitaron antes de trasladarse a Viena, ni tampoco las esperanzas que en tales relaciones había fundado. Este joven, tempranamente huérfano, había tomado gran afecto al padre de Isabel, erigiéndole en guía y consejero suyo, afecto que después fue extendiéndose a la parte femenina de la familia. Numerosos recuerdos de lecturas comunes, de conversaciones íntimas y de ciertas manifestaciones del joven, que le habían sido luego repetidas, fueron llevándola a la convicción de que la comprendía y la amaba y de que el matrimonio con él no le impondría aquellos sacrificios que de una tal decisión temía. Desgraciadamente, era el joven muy poco mayor que ella y se hallaba aún por aquella época muy lejos de poseer la independencia necesaria para tomar estado, pero Isabel había decidido esperarle.

La grave enfermedad de su padre y su constante permanencia junto a él hicieron que cesaran casi de verse. La noche cuyo recuerdo acudió primero a su memoria constituía el momento en que sus sentimientos con respecto al joven alcanzaron su máxima intensidad. Sin embargo, tampoco aquella tarde hubo explicación alguna entre ellos. Ante las repetidas instancias de toda su familia, e incluso de su mismo padre, había accedido Isabel a abandonar en aquella ocasión su puesto de enfermera para asistir a una reunión en la que esperaba

encontrar al joven. Luego quiso retirarse temprano, pero le rogaron que permaneciese algún tiempo, y ella se dejó convencer al prometerle el joven que la acompañaría después hasta su casa. Durante este trayecto sintió con mayor intensidad que nunca su amorosa inclinación; pero al llegar a su casa, radiante de felicidad, encontró peor a su padre, y se dirigió los más duros reproches por haber dedicado tan largo rato a su propio placer. Fue ésta la última vez que abandonó a su padre toda una tarde, y sólo muy raras veces vio ya a su enamorado. Después de la muerte del padre, pareció aquél mantenerse alejado, por respeto al dolor de Isabel. Luego, la vida le condujo por otros caminos, y nuestra heroína hubo de ir acostumbrándose poco a poco a la idea de que el interés que por ella sentía había sido borrado por otros sentimientos. Este fracaso de su primer amor le dolía aún siempre que acudía a su pensamiento.

En estas circunstancias y en la escena antes relatada habíamos, pues, de buscar la motivación de los primeros dolores histéricos. El contraste entre la felicidad que la embargaba al llegar a su casa y el estado en que encontró a su padre dieron origen a un conflicto, o sea, a un caso de incompatibilidad. El resultado de este conflicto fue que la representación erótica quedó expulsada de la asociación, y al afecto concomitante, utilizado para intensificar o renovar un dolor psíquico dado simultáneamente (o con escasa anterioridad). Tratábase, pues, del mecanismo de *una conversión encaminada a la defensa*.

Surgen aquí numerosas observaciones. He de hacer resaltar el hecho de que no me fue posible demostrar, acudiendo a la memoria de la sujeto, que la conversión tuviera efecto en el momento de regresar a su casa. En consecuencia, busqué otros sucesos análogos acaecidos durante la enfermedad del padre, e hice emerger una serie de escenas entre las cuales sobresalía, por su frecuencia, la de haber andado con los pies desnudos sobre el frío suelo al acudir precipitadamente por la noche a una llamada de su padre. Como la enferma no se quejaba tan sólo de dolores en las piernas, sino también de una desagradable sensación de frío, hube de inclinarme a atribuir a estos sucesos cierta significación. Pero no siéndome tampoco posible descubrir entre ellos una escena que pudiera integrar la conversión, pensaba ya en admitir la existencia de una laguna en el esclarecimiento del caso, cuando reflexioné que los dolores histéricos en las piernas no habían surgido aún en la época en que la sujeto asistía a su padre. Su memoria no atestiguaba con relación a dicha época más que de un único ataque de dolores, que sólo duró pocos días, y del que nadie, ni la misma enferma, hizo gran caso. Mi labor investigadora recayó entonces sobre

esta primera aparición de los dolores y consiguió intensificar el recuerdo correspondiente, manifestando la sujeto que por aquellos días fue a visitarlas un lejano pariente, al que no pudo recibir por hallarse en cama, circunstancia que se repitió cuando dos años después les hizo el mismo individuo una nueva visita. Pero la busca de un motivo psíquico de tales primeros dolores fracasó por completo cuantas veces la emprendimos. De este modo creí poder admitir que dichos primeros dolores habían aparecido realmente sin causa psíquica ninguna, constituyendo tan sólo una leve afección reumática, y pude aún comprobar que este padecimiento orgánico, modelo de la ulterior imitación histérica, había de situarse en una época anterior al día en que su enamorado la acompañó hasta casa. Por la naturaleza del caso no era imposible que dichos dolores, dado su carácter orgánico, hubieran perdurado con intensidad muy mitigada y sin que la sujeto les prestase atención durante algún tiempo. La oscuridad resultante de indicarnos el análisis la existencia de la conversión de una magnitud de excitación psíquica en dolor psíquico en una época en la que tal dolor no era seguramente advertido ni recordado, plantea un problema que esperamos resolver mediante ulteriores reflexiones y otros distintos ejemplos^[77].

Con el descubrimiento del motivo de la primera conversión comenzó un segundo más fructífero período de tratamiento. Primeramente, me sorprendió la enferma, poco después, con la noticia de que ya sabía por qué los dolores partían siempre de determinada zona del muslo derecho y se hacían sentir en ella con máxima intensidad. Era ésta la zona sobre la cual descansaba el padre, todas las mañanas, sus hinchadas piernas, mientras ella renovaba los vendajes. Aunque tal escena se había repetido más de cien veces, hasta entonces no había caído la paciente en la relación indicada. De este modo, me proporcionó, por fin, la sujeto, el tan deseado esclarecimiento de la génesis de una zona histerógena *típica*. Pero, además, comenzaron a «intervenir» en nuestros análisis las dolorosas sensaciones de la enferma. Me refiero con esto al siguiente hecho singular: la enferma no sentía generalmente dolor alguno cuando iniciábamos la labor analítica; pero en el momento en que, por medio de una pregunta o ejerciendo presión sobre su frente, despertaba yo en ella un recuerdo, surgía una sensación dolorosa, casi siempre tan intensa, que la sujeto se contraía y llevaba sus manos al lugar correspondiente. Este dolor, así despertado, perduraba mientras la enferma se hallaba dominada por el recuerdo de referencia, alcanzaba su intensidad máxima al disponerse a expresar la parte esencial y

decisiva de su confesión y desaparecía en las últimas palabras de la misma. Poco a poco aprendí servirme del dolor en esta forma provocado como de una brújula. Cuando la paciente enmudecía, pero manifestaba seguir sintiendo dolores, podía tener la seguridad de que no me lo había dicho todo, y la instaba a continuar su confesión hasta que el dolor desaparecía. Sólo entonces despertaba un nuevo recuerdo.

La mejoría, tanto psíquica como somática, acusada por la paciente durante este período de «derivación por reacción» fue tan considerable, que, según hube de decirle, y no completamente en broma, cada una de nuestras sesiones hacia desaparecer una cantidad de motivos de dolor, y cuando los hubiéramos recorrido todos, quedaría totalmente curada. Pronto llegó, en efecto, a pasar libre de dolores la mayor parte del tiempo y se dejó decidir a andar mucho y a hacer cesar el aislamiento en el que hasta entonces vivía. En el curso ulterior de análisis hube de guiarme tan pronto por las alternativas espontáneas de su estado como de mi propio juicio, cuando suponía insuficientemente agotado aún un fragmento de su historial. Esta labor me procuró algunas interesantes observaciones, cuyas enseñanzas me fueron más tarde confirmadas por otros casos.

En primer lugar, comprobé que todas las alternativas del estado de la sujeto se demostraban provocadas asociativamente por un suceso del mismo día. Una vez había oído hablar de una enfermedad que le había recordado la de su padre; otra, había recibido la visita del hijo de su difunta hermana, y el parecido del niño con su madre había despertado en ella el dolor de su pérdida; otra, por fin, había recibido de su hermana casada una carta que transparentaba la influencia del cuñado, tan escaso en consideraciones para con el resto de la familia, y despertaba un nuevo dolor, que hacía precisa la comunicación de una escena de familia aún no relatada en el análisis.

Dado que nunca comunicaba dos veces el mismo motivo de dolor, no parecía injustificada nuestra esperanza de agotarlos y con este fin no puse obstáculo ninguno a que la sujeto realizase actos apropiados para despertar nuevos recuerdos aún no llegados a la superficie. Así, le permití visitar la tumba de su hermana y asistir a una reunión a la que también iba a ir su antiguo enamorado.

En el curso de este periodo se me fue revelando la génesis de una histeria que podía calificarse de *monosintomática*. Hallé, en efecto, que durante la hipnosis se presentaba el dolor en la pierna derecha cuando se trataba de recuerdos de la asistencia prestada al padre en su enfermedad, de sus relaciones

con el joven o de otra cualquier circunstancia perteneciente al primer período de la época patógena, y en la izquierda, en cuanto surgía un recuerdo referente a la hermana muerta, a los cuñados o, en general, a una impresión correspondiente a la segunda mitad de la historia de sus padecimientos. Sorprendido por esta constante particularidad de la localización de los dolores, le hice objeto de una detenida investigación y pude observar que cada nuevo motivo psíquico de sensaciones dolorosas se había ido a enlazar con un lugar distinto de la zona dolorosa de la pierna. El lugar primitivamente doloroso del muslo derecho se refería a la asistencia prestada al padre, y a partir de él había ido creciendo, por oposición y a consecuencia de nuevos traumas, el área atacada por el dolor. Así, pues, no podía hablarse, en rigor, de un *único síntoma* somático enlazado con múltiples complejos mnémicos de orden psíquico, sino de una multiplicidad de síntomas análogos, que, superficialmente considerados, parecían fundidos en uno solo. A lo que no llegué fue a delimitar la zona dolorosa correspondiente a cada uno de los motivos psíquicos, pues la atención de la paciente aparecía apartada de tales relaciones.

En cambio, dediqué especial interés a la forma en que todo el complejo de síntomas de la abasia podía haberse edificado sobre estas zonas dolorosas, y para el esclarecimiento de este extremo interrogué a la paciente, por separado, sobre los dolores que sentía al andar, estando sentada o hallándose acostada, preguntas a las que contestó en parte espontáneamente y, en parte, bajo la presión de mis manos sobre su cabeza. Esta investigación nos proporcionó un doble resultado. En primer lugar, reunió la enferma en grupos diferentes todas las escenas enlazadas con impresiones dolorosas, según se había hallado, durante las mismas, en pie, sentada o acostada. Así, cuando trajeron a su padre a casa, bajo los efectos del primer ataque cardíaco, se hallaba Isabel *en pie* junto a una puerta, donde permaneció, como clavada en el suelo, al darse cuenta de la desgracia. A este primer «susto hallándose *en pie*» enlazó luego otros recuerdos, que se extendían hasta el momento en que se encontró *en pie* ante el lecho de su hermana muerta. Toda esta cadena de reminiscencias tendía a justificar el enlace de los dolores con la posición indicada y podía constituir también una prueba de la asociación entre ambos elementos, pero no debía olvidarse que en todas estas circunstancias había de existir aún otro factor que había dirigido la atención de la sujeto —y por consecuencia, la conversión—, precisamente al hecho de hallarse en pie (o sentada o echada). Esta orientación particular de la atención no puede explicarse sino por el hecho de que el andar o el estar en pie, sentado o acostado,

son actos y situaciones enlazados a funciones y estados de aquellas partes del cuerpo a las cuales correspondían, en este caso, las zonas dolorosas, o sea, de las piernas. Así, pues, la relación entre la astasia-abasia y el primer caso de conversión resultaba fácilmente comprensible en este historial patológico.

Entre las escenas que hicieron dolorosa la deambulaci3n resaltaba la de un largo paseo que la sujeto haba dado con varias otras personas durante su estancia en la pequeña estaci3n veraniega ya mencionada, escena cuyos detalles fue recordando con gran vacilaci3n y dejando gran parte sin aclarar. Su estado de ánimo era aquel día particularmente sentimental, y cuando la invitaron a pasear, se agregó muy gustosa a quienes la invitaban, personas todas de su amistad y agrado. Hacía un día hermosísimo, pero no demasiado caluroso. La madre permaneci3 en casa; la hermana mayor haba partido ya para su residencia habitual, y la menor se sentía algo enferma; pero su marido, que al principio se resistía a salir, por no dejarla sola, acab3 por acompańar a Isabel. Esta escena parecía hallarse en íntima relaci3n con la primera aparici3n de los dolores, pues la sujeto recordaba que regres3 muy fatigada y con fuertes dolores. Lo que no podía precisar era si ya antes de emprender el paseo sentía alg3n dolor, aunque, seg3n le advertí yo, lo más probable era que, en caso afirmativo, no se hubiese decidido a darse tan larga caminata. A mi pregunta sobre cuál podía ser, a su juicio, la causa que haba provocado los dolores en aquella ocasi3n, obtuve la respuesta, no del todo transparente, de que el contraste entre su aislamiento y la felicidad conyugal de su segunda hermana, evidenciada constantemente ante sus ojos por la conducta de su cuńado, le haba sido extraordinariamente doloroso.

Otra escena muy pr3xima a la anterior desempeń3 un papel importante en la conexi3n de los dolores con la posici3n sedente. Era algunos días despu3s de la primera. La hermana y el cuńado habían abandonado ya el balneario. Isabel, excitada y plena de vagos deseos, se levant3 muy de mańana; subi3, como otras veces lo haba hecho en compańía de los ausentes, a una colina desde la cual se divisaba un espléndido panorama, y se sent3 en un banco de piedra dispuesto en la cima, abstrayéndose en sus pensamientos. Se referían éstos de nuevo a su aislamiento y al destino de su familia, y en esta ocasi3n se confes3, por vez primera, su ardiente deseo de llegar a ser tan feliz como su hermana lo era. De esta meditaci3n matinal regres3 con fuertes dolores, y en la tarde de aquel día fue cuando tom3 el bańo despu3s del cual aparecieron definitiva y permanentemente los dolores.

Los dolores que la sujeto sufría al andar o estando sentada se aliviaban, al

principio, cuando se acostaba. Sólo cuando al recibir la noticia de haber enfermado la hermana hubo de salir por la tarde de Gastein y pasó la noche tumbada en los asientos del vagón, atormentada simultáneamente por los más oscuros temores y por intensos dolores físicos, fue cuando se estableció el enlace del dolor con la posición yacente, hasta el punto de que durante algún tiempo sentía más dolores estando acostada que sentada o andando.

De este modo había crecido primeramente, por oposición, el área dolorosa, ocupando cada nuevo trauma de eficacia patógena una nueva región de las piernas, y en segundo lugar, cada una de las escenas impresionantes había dejado tras de sí una huella, estableciendo una «carga» permanente y cada vez mayor de las diversas funciones de las piernas, o sea, una conexión de estas funciones con las sensaciones dolorosas. Mas, aparte de esto, era innegable que en el desarrollo de la astasia-abasia había intervenido aún un tercer mecanismo. Observando que la enferma cerraba el relato de toda una serie de sucesos con el lamento de haber sentido dolorosamente durante ella «lo sola que *estaba*» (*stehen* significa en alemán tanto «estar» como «estar en pie»), y que no se cansaba de repetir, al comunicar otra serie, referente a sus fracasadas tentativas de reconstruir la antigua felicidad familiar, que lo más doloroso para ella había sido el sentimiento de su «impotencia» y la sensación de que «no lograba avanzar un solo paso» en sus propósitos, no podíamos menos de conceder a sus reflexiones una intervención en el desarrollo de la abasia y suponer que había buscado directamente una expresión *simbólica* de sus pensamientos dolorosos, hallándola en la intensificación de sus padecimientos. Ya en nuestra «comunicación preliminar» hemos afirmado que un tal simbolismo puede dar origen a síntomas somáticos de la histeria, y en la epicrisis de este caso expondremos algunos ejemplos que así lo demuestran, sin dejar lugar ninguno a dudas. En el caso de Isabel de R. no aparecía en primer término el mecanismo psíquico del simbolismo; pero aunque no podía decirse que hubiera creado la abasia, sí habíamos de afirmar que dicha perturbación preexistente había experimentado por tal camino una importantísima intensificación. De este modo, en el estado en que yo la encontré, no constituía tan sólo dicha abasia una parálisis asociativa psíquica de las funciones, sino también una parálisis funcional simbólica.

Antes de continuar la historia de mi paciente quiero decir aún algunas palabras sobre su conducta durante este segundo período de tratamiento. En todo este análisis me serví del procedimiento de evocar en la enferma imágenes y ocurrencias, imponiendo mis manos sobre su frente; o sea, de un método

imposible de utilizar si no se cuenta con la completa colaboración y la atención voluntaria del sujeto. La paciente se condujo a maravilla en este sentido durante algunos períodos, en los cuales resultaba sorprendente la prontitud con que surgían, cronológicamente ordenadas, las escenas correspondientes a un tema determinado. Parecía como si leyese en un libro de estampas cuyas páginas fueran pasando ante sus ojos. Otras veces parecían existir obstáculos cuya naturaleza no sospechaba yo siquiera por entonces. Al ejercer presión sobre su frente, afirmaba en estos casos que no se le ocurriría nada, sin que la repetición de la maniobra produjese mejores resultados. Las primeras veces que tropecé con esta dificultad me dejé llevar por ella a interrumpir mi labor, pensando que el día era desfavorable. Pero ciertas observaciones me hicieron variar de conducta. Primeramente comprobé que tales fracasos del método no tenían efecto sino cuando había encontrado a Isabel alegre y exenta de dolores, nunca cuando se hallaba en un mal día, y en segundo lugar, que muchas veces, cuando declaraba no ver ni recordar nada, lo hacía después de una larga pausa, durante la cual su expresión meditativa me revelaba que en su interior se estaba desarrollando un proceso psíquico. Así, pues, me decidí a admitir que el método no fallaba nunca, y que Isabel evocaba siempre, bajo la presión de mis manos, un recuerdo o una imagen, pero que en no todas las ocasiones se hallaba dispuesta a comunicármelos, tratando, por el contrario, de reprimir nuevamente lo evocado. Esta conducta negativa podía atribuirse a dos motivos; esto es, a que la sujeto ejercía sobre la ocurrencia una crítica indebida, encontrándola carente de toda significación e importancia o sin relación alguna con la pregunta correspondiente, o a que se trataba de algo que le era desagradable comunicar. De este modo, procedí como si me hallara totalmente convencido de la seguridad de mi técnica, y cuando la paciente afirmaba que nada se le ocurriría, le aseguraba que ello no era posible. La ocurrencia no podía haber faltado; ahora bien: o ella no había concentrado suficientemente su atención, y entonces tendríamos que repetir el experimento, o había juzgado que la ocurrencia no tenía relación con el tema tratado. En este último caso debía tener en cuenta que estaba obligada a conservar una absoluta objetividad y a comunicarme todo aquello que surgiera en su imaginación, tuviese o no relación, a su juicio, con el tema planteado. Además, yo sabía perfectamente que se le había ocurrido algo, pero que me lo ocultaba, debiendo tener presente que mientras que ocultase algo no se vería nunca libre de sus dolores. Por este medio conseguí que el método no fallase realmente nunca, viendo así confirmada mi hipótesis y extrayendo de este

análisis una absoluta confianza en mi técnica. Muchas veces sucedía que no habiéndome comunicado la paciente ocurrencia ninguna hasta después de imponer por tercera vez mis manos sobre su frente, añadía: «Esto mismo se lo hubiera podido decir ya la primera vez». «¿Y por qué no me lo dijo usted?» «Porque creía que no tenía nada que ver con lo que me preguntaba», «Porque me figuré que podía callarlo, pero luego ha vuelto a ocurrírseme las otras dos veces». Durante esta penosa labor comencé a atribuir a la resistencia que la enferma mostraba en la reproducción de sus recuerdos una más profunda significación y anotar cuidadosamente todas las ocasiones en las que dicha resistencia se presentaba.

En este punto comenzó el tercer período de nuestro tratamiento. La enferma se sentía mejor, más aliviada psíquicamente y más capaz de rendimiento, pero los dolores reaparecían de cuando en cuando con toda su antigua intensidad. Este imperfecto resultado terapéutico correspondía a la imperfección del análisis. No habíamos logrado aún averiguar, en efecto, en qué momento y forma habían nacido los dolores. Durante la reproducción de diversas escenas en el segundo período del tratamiento, y ante la observación de la resistencia opuesta en ciertas ocasiones por la enferma, había surgido en mí determinada sospecha, pero quizá no me hubiese atrevido a orientar en su sentido la marcha ulterior del análisis si una circunstancia puramente casual no me hubiera decidido a ello. Estando un día en plena sesión de tratamiento con la paciente, se oyeron pasos en la habitación contigua y una voz de agradable timbre que parecía preguntar algo; levantóse en el acto Isabel, rogándome que pusiésemos fin a nuestra labor, pues oía a su cuñado que venía a buscarla. Simultáneamente advertí en su expresión que sus dolores, hasta aquel momento dormidos, volvían de súbito a atormentarla. Esta escena acrecentó mis sospechas y me impulsó a no demorar por más tiempo la explicación que suponía decisiva.

Con este propósito interrogué a Isabel sobre las circunstancias y las causas de la primera aparición de sus dolores. Como respuesta, se orientaron sus pensamientos hacia su estancia en el balneario, del que partió luego para Gastein, y surgieron de nuevo algunas escenas de las que ya antes habíamos tratado, aunque no con tanta minuciosidad. Así, volvió a describirme su estado de ánimo en aquella época, su agotamiento después de la delicada operación quirúrgica practicada a su madre y sus dudas sobre la posibilidad de llegar a ser feliz y a realizar algo útil en la vida permaneciendo soltera y sin apoyo ninguno. Hasta estos momentos se había creído suficientemente fuerte para poder

prescindir del auxilio de un hombre, pero de repente se sintió dominada por la conciencia de su femenina debilidad y por un anhelo de cariño en el que, según sus propias palabras, comenzó a fundirse su rígida naturaleza. En tal estado de ánimo, el feliz matrimonio de su segunda hermana hizo en Isabel profunda impresión al ver la ternura con que el marido cuidaba de su mujer, cómo una rápida mirada les bastaba para entenderse y cuán grande era su recíproca confianza. Resultaba, desde luego, sensible que el segundo embarazo hubiera seguido con tan poco intervalo al primero, y la hermana sabía que a ello se debía su enfermedad, pero la aceptaba gustosa por venir de su marido. Cuando Isabel invitó a su cuñado a acompañarla al paseo con el cual hubieron de relacionarse tan íntimamente sus dolores, no quería aquél acceder al principio a ello, prefiriendo quedarse acompañando a su mujer; pero ésta le hizo cambiar de propósito para complacer a su hermana. Isabel paseó, pues, durante toda la tarde con su cuñado, y tan de acuerdo se sintió con él en los diversos temas de su diálogo, que experimentó con mayor intensidad que nunca el deseo de hallar para sí un hombre que se le pareciese. Días después fue cuando subió a la colina que había constituido el paseo favorito del feliz matrimonio, y sentada en un banco de piedra se perdió en el ensueño de haber hallado una felicidad conyugal semejante a la de su hermana y ser amada por un hombre tan grato a su corazón como su cuñado. Al levantarse sintió dolores en las piernas, que desaparecieron a poco; pero aquella misma tarde, después del baño, surgieron de nuevo, y ya definitivamente. Habiendo tratado de investigar qué pensamientos ocuparon su imaginación mientras se bañaba, no pude obtener sino que la proximidad de la casa de baños al departamento ocupado por sus hermanas durante su estancia en el balneario le había llevado a recordarlas.

El problema se iba resolviendo claramente ante mis ojos. La enferma, sumida en gratos y al par dolorosos recuerdos, continuaba la reproducción de sus reminiscencias, sin parecer darse cuenta de la conclusión que las mismas iban imponiendo. Sucesivamente fueron emergiendo de nuevo los días pasados en Gastein, las preocupaciones que fueron despertando las cartas de su hermana, la noticia de que su enfermedad llegaba a inspirar serios temores, la angustiosa espera hasta la salida del tren, el viaje, la temerosa incertidumbre y la noche de insomnio, momentos todos acompañados de un acrecentamiento de sus dolores. Preguntada si durante el viaje había imaginado la triste posibilidad que luego halló confirmada, me respondió que se había esforzado en eludir tal idea, pero que su madre temió desde un principio lo peor. A continuación rememoró su

llegada a Viena, la impresión que les causó la actitud de los parientes que acudieron a recibirlas, el corto viaje desde Viena a la pequeña localidad donde se hallaba por entonces el matrimonio, la llegada ya atardecido, la rápida y angustiada marcha a través del jardín hasta la puerta de la casa y la tétrica oscuridad que en ella reinaba. Llegadas, por fin, a la habitación de la hermana y ante su lecho, comprobaron la triste realidad, y en este momento, que imponía a Isabel la terrible certidumbre de que su hermana había muerto sin tener el consuelo de su compañía ni recibir sus últimos cuidados; en este mismo momento cruzó por su imaginación, como un rayo a través de la tempestuosa oscuridad, un pensamiento de distinta naturaleza: «Ahora ya está él libre y puede hacerme su mujer».

Todo quedaba así aclarado y ricamente recompensada la penosa tarea del analítico. Ante mis ojos tomaban ahora cuerpo con toda precisión las ideas de la «defensa» contra una representación intolerable de la génesis de síntomas histéricos por conversión de la excitación psíquica en fenómenos somáticos y de la formación de un grupo psíquico separado por aquella misma volición que impone la defensa. Tal era, exactamente, lo que en este caso había sucedido. La muchacha había hecho merced a su cuñado de una tierna inclinación, contra cuyo acceso a la conciencia se rebelaba todo su ser moral. Para lograr ahorrarse la dolorosa certidumbre de amar al marido de su hermana creó en su lugar un sufrimiento físico, naciendo sus dolores como resultado de una conversión de lo psíquico en somático, en aquellos momentos en los que dicha certidumbre amenazaba imponérsele (en el paseo con su cuñado, en la ensoñación sobre la colina, en el baño y ante el lecho mortuario de su hermana). Al acudir a mi consulta había llevado ya a cabo totalmente la separación del grupo de representaciones correspondientes a dicho amor, de su psiquismo consciente, pues en caso contrario no hubiese aceptado someterse al tratamiento analítico. La resistencia que opuso repetidas veces a la reproducción de escenas de eficacia traumática correspondía realmente a la energía con la cual había sido expulsada de la asociación la representación intolerable.

Mas, para el terapeuta se inició aquí un difícil periodo. El efecto de la nueva acogida de la representación reprimida fue terrible para la pobre joven. Al resumir yo la situación diciendo secamente: «Resulta, pues, que desde mucho tiempo atrás se hallaba usted enamorada de su cuñado», protestó indignada, sintiendo en el mismo instante violentísimos dolores y haciendo un último y desesperado esfuerzo para rechazar tal explicación de su caso. Aquello no podía

ser verdad; si en algún momento hubiera abrigado tan perversos sentimientos, no se lo perdonaría jamás. No era difícil demostrarle que sus propias palabras no permitían interpretación ninguna distinta, pero aún pasaron muchos días antes que llegaran a hacer impresión en su ánimo mis consoladoras alegaciones de que nadie es responsable de sus sentimientos y que su conducta y la enfermedad contraída bajo el peso de tales circunstancias constituían un alto testimonio de su moralidad.

En este punto del tratamiento había de buscar ya el alivio definitivo de la enferma por diversos caminos. Ante todo, tenía que procurarle ocasiones de «derivar por reacción» la excitación durante tanto tiempo acumulada. Con este propósito investigamos las primeras impresiones de su trato con el marido de su hermana, o sea, los comienzos de la amorosa inclinación relegada a lo inconsciente, descubriendo un considerable acervo de aquellos signos previos y presentimientos que tanta significación adquieren al ser revisados cuando la pasión que anunciaban se encuentra ya en pleno desarrollo. En su primera visita a la casa creyó el futuro cuñado que era Isabel la prometida que le destinaban y la saludó antes que a su hermana, mayor que ella, pero de menos apariencia. Una tarde mantenían tan animado diálogo y parecían comprenderse tan a maravilla, que la hermana los interrumpió con la siguiente sincera observación: «En realidad, tampoco vosotros dos os hubierais entendido mal». Otra vez, hallándose ambas hermanas en una reunión en la que se ignoraba el noviazgo, recayó la conversación sobre el futuro cuñado de Isabel, y una de las señoras presentes manifestó haber advertido en la figura del joven cierto defecto, revelador de que siendo niño había padecido una enfermedad en los huesos. La novia oyó a la señora sin protesta alguna, y en cambio Isabel salió a defender, con un celo que luego le pareció inexplicable, la esbeltez del prometido de su hermana. Estas y otras reminiscencias análogas demostraron a Isabel que su tierna inclinación dormitaba en ella desde mucho tiempo atrás, quizá desde sus primeras conversaciones con el joven, habiéndose disimulado todo aquel tiempo bajo la máscara de un sentimiento puramente familiar.

Esta «derivación por reacción» hizo gran bien a la paciente. Pero aún cabía favorecerla más, ocupándose de sus circunstancias actuales. Con este propósito tuve una entrevista con su madre, mujer comprensiva y de fina sensibilidad, si bien un tanto deprimida por sus desgracias familiares. Por ella supe que la acusación de indelicadeza en asuntos económicos, de la cual había hecho objeto al viudo su otro yerno, y que tan dolorosa había sido para Isabel, carecía de todo

fundamento, y a ruego mío quedó en dar a su hija las explicaciones que sobre este punto habían de serle gratas y provechosas, facilitándole en lo sucesivo ocasiones en las que desahogar lo que sobre su ánimo pesaba, tal y como yo la había acostumbrado a hacerlo.

Pasé luego a averiguar qué posibilidades de realización podían ofrecerse al deseo, ya consciente, de Isabel. Pero aquí tropezamos con circunstancias menos favorables. La madre dijo que desde mucho tiempo atrás había sospechado la inclinación de Isabel hacia su cuñado, aunque no imaginaba que dicha inclinación había surgido ya en vida de su otra hija. Todo aquel que los viera juntos —cosa que ahora sólo raras veces sucedía— tenía que observar en Isabel el deseo de agradar al viudo. Pero ni la madre ni los demás consejeros de la familia se sentían muy inclinados a concertar tal matrimonio. La salud del viudo, nunca muy robusta, había quedado aún más quebrantada por sus desgracias, y tampoco era seguro que se hubiese ya repuesto psíquicamente de la misma tanto como para aceptar sin repugnancia la idea de un nuevo matrimonio. Quizá fuera esta misma la razón que le mantenía retraído de ellas. Dada esta conducta por ambas partes, tenía que fracasar necesariamente la solución deseada por Isabel.

Al día siguiente comuniqué a mi enferma todo lo que su madre me había dicho, y tuve la satisfacción de ver que el esclarecimiento de la conducta de su cuñado en la cuestión ya detallada le hacía mucho bien, suponiéndola además con energías suficientes para conllevar sin trastornos la incertidumbre de su porvenir. El verano, ya muy adelantado, nos imponía dar fin al tratamiento. Isabel se sentía de nuevo mejor y no había vuelto a quejarse de dolores desde que habíamos erigido en tema del análisis las causas que lo habían provocado. Ambos teníamos la sensación de haber llegado al término de nuestra labor, sin más reserva, por mi parte, que la de no parecerme aún muy completa la «derivación por reacción» de la ternura retenida. De todos modos consideraba curada a Isabel y le indiqué, sin protesta ya por su parte, que, una vez iniciada la solución de su caso, ella sola se iría abriendo camino y afirmándose. Poco después salió de Viena, con su madre, hacia una estación veraniega, en la cual las esperaba ya la hermana mayor.

Poco queda ya por decir sobre el curso de la enfermedad de Isabel de R. Algunas semanas después de nuestra despedida recibí una desesperada carta de la madre. Al primer intento de tratar con su hija sobre sus íntimos asuntos se había rebelado Isabel violentamente, experimentando de nuevo intensos dolores en las piernas, ardiendo de indignación contra mí por haber publicado su secreto

y negándose a toda explicación. Así, pues, la cura había fracasado por completo. ¿Qué debían hacer? La enferma no quería ni siquiera oír mi nombre. Nada de esto me sorprendió, pues era de esperar que al dejar de pesar sobre ella mi influencia, intentaría la sujeto rechazar la intervención de su madre y retornar a su impenetrabilidad. Por tanto, dejé incontestada la carta, con cierta seguridad de que todo se arreglaría, dando mi labor analítica el fruto deseado. Dos meses después, de retorno ya a Viena, el mismo colega que dirigió a la paciente a mi consulta me trajo la noticia de que se halla muy bien, observaba una conducta totalmente normal y sólo muy de tarde en tarde sentía aún ciertos dolores. Repetidamente me ha enviado Isabel desde entonces análogas noticias suyas, agregando siempre a ellas la promesa de acudir un día a visitarme y no cumpliendo nunca su promesa, circunstancia esta última característica de la reacción personal que después de un tratamiento de esta naturaleza queda entre el médico y el enfermo. Mi colega, que continuó viéndola como médico de cabecera, me aseguró que su curación era total y bien afirmada. Las relaciones del cuñado con la familia no experimentaron modificación alguna.

En la primavera de 1894 supe que Isabel iba a asistir a una reunión en casa de personas de mi amistad y no quise dejar pasar la ocasión de ver a mi ex paciente entregada a los placeres del baile. Posteriormente ha contraído matrimonio, por libre inclinación, con un extranjero.

EPICRISIS

No siempre he sido exclusivamente psicoterapeuta. Por el contrario, he practicado al principio, como otros neurólogos, el diagnóstico local y las reacciones eléctricas, y a mí mismo me causa singular impresión el comprobar que mis historiales clínicos carecen, por decirlo así, del severo sello científico, y presentan más bien un aspecto literario. Pero me consuelo pensando que este resultado depende por completo de la naturaleza del objeto y no de mis preferencias personales. El diagnóstico local y las reacciones eléctricas carecen de toda eficacia en la histeria, mientras que una detallada exposición de los procesos psíquicos, tal y como estamos habituados a hallarlas en la literatura, me permite llegar, por medio de contadas fórmulas psicológicas, a cierto conocimiento del origen de una histeria. Tales historiales clínicos deben ser juzgados como los de la Psiquiatría, pero presentan con respecto a éstos la ventaja de descubrirnos la íntima relación dada entre la historia de la enferma y

los síntomas en los cuales se exterioriza, relación que buscamos inútilmente en las biografías de otras psicosis.

He procurado entretejer en el historial de la curación de Isabel de R. todas las aclaraciones que podía dar sobre su caso; pero quizá no sea del todo superfluo repetir aquí, enlazándolas, las más esenciales. En la descripción del carácter de la sujeto hicimos ya resaltar ciertos rasgos, que retornan en muchos histéricos, sin que en modo alguno podamos atribuirlos a una degeneración.

Así, sus amplias dotes intelectuales, su ambición, su fina sensibilidad moral, su extraordinaria necesidad de cariño, que encuentra al principio satisfacción en el seno de la familia, y su independencia, más intensa de lo que correspondía a su naturaleza femenina y manifestada en su tenacidad, su combatividad y su repugnancia a comunicar a nadie sus asuntos íntimos. Según me comunicó mi colega, no había que pensar en tara hereditaria ninguna, pues tanto la familia paterna como la materna carecían de antecedentes patológicos. Únicamente la madre había padecido durante largos años una depresión neurótica, cuya investigación no se llevó a cabo; pero tanto el padre como las demás hermanas y los restantes individuos de la familia eran personas equilibradas, nada nerviosas. Tampoco había habido entre los más próximos parientes caso ninguno de neuropsicosis.

Sobre esta naturaleza actuaron luego dolorosas conmociones anímicas, y antes de nada la influencia debilitante de una prolongada asistencia al padre enfermo.

El hecho comprobado de que la asistencia a un enfermo desempeña un importantísimo papel en la prehistoria de las afecciones histéricas no tiene nada de singular. Gran parte de los factores que pueden actuar en tal sentido salta en seguida a la vista. Así, la perturbación del equilibrio físico por la interrupción del reposo, la negligencia de los habituales cuidados personales y los efectos de una constante preocupación sobre las funciones vegetativas. Pero el factor esencial es, a mi juicio, muy otro. La persona cuyo pensamiento se halla absorbido durante meses enteros por los mil y un cuidados que impone la asistencia a un enfermo se habitúa, en primer lugar, a reprimir todas las manifestaciones de su propia emoción, y en segundo, aparta su atención de todas sus impresiones personales, pues le faltan tiempo y energías para atender a ellas. De este modo almacena el enfermero una multitud de impresiones susceptibles de afecto apenas claramente percibidas y, desde luego, no debilitadas mediante la «derivación por reacción» creándose así el material de una histeria de retención.

Si el enfermo sana, queda todo este material desvalorizado; pero si muere, sobreviene un período de tristeza y luto, durante el cual sólo aquello que se relaciona con el desaparecido posee un valor para el superviviente. Entonces llega la hora de las impresiones retenidas, que esperan una derivación, y después de un intervalo de agotamiento surge la histeria, cuya semilla quedó sembrada durante la época de asistencia al enfermo.

Este mismo hecho de la derivación ulterior de los traumas acumulados durante la permanencia a la cabecera del enfermo se nos presenta también en aquellos casos que no nos dan una total impresión patológica, pero en los que se transparenta, sin embargo, el mecanismo de la histeria. Así, conozco a una señora muy inteligente afecta de ligeros trastornos nerviosos, cuya personalidad presenta todos los caracteres de la histeria, aunque jamás haya tenido que recurrir a los médicos ni interrumpir sus tareas. Esta mujer ha asistido ya en su última enfermedad a tres o cuatro personas queridas, llegando con cada una de ellas al más completo agotamiento, pero sin enfermar después. Ahora bien: al poco tiempo de la muerte del enfermo comienza en ella la labor de reproducción, que desarrolla nuevamente ante sus ojos todas las escenas de la enfermedad y el fallecimiento. Cada día vive de nuevo una de tales impresiones, la llora y se consuela —podríamos decir— en sus ocios. Esta derivación se desarrolla paralelamente a sus labores del día, sin que ambas actividades se confundan o perturben entre sí. De este modo va viviendo de nuevo y derivando por orden cronológico todas sus impresiones retenidas. Lo que no sé es si la labor mnémica de un día coincide exactamente con un día completo del pasado. Supongo que esto dependerá de los momentos de ocio que le dejan sus tareas de ama de casa.

Además de estas «lágrimas tardías», que se enlazan después de un corto intervalo a la muerte de la persona querida, guarda esta señora todos los aniversarios de sus diversas desgracias familiares, aniversarios en los cuales su viva reproducción visual y sus manifestaciones afectivas coinciden exactamente con la fecha de la desgracia. De este modo, un día que la encontré llorando amargamente, le pregunté qué le ocurría y obtuve la siguiente respuesta: «A mí, nada. Pero en tal día como hoy fue cuando el médico nos dio a entender que no había ya esperanza ninguna. Por entonces no tuve tiempo de llorar». Se refería a la última enfermedad de su marido, muerto hacía tres años. Hubiera sido interesante averiguar si en estos aniversarios repetía siempre las mismas escenas o si, como yo sospecho en interés de mi teoría, se le ofrecían cada vez para ser derivados por reacción distintos detalles. Pero no fue posible obtener dato alguno

seguro sobre este extremo, pues la sujeto, tan prudente como fuerte, se avergonzaba de la violencia con la que actuaban sobre ella los recuerdos^[78].

Pero como ya indicamos antes, no es éste un caso de enfermedad. La ulterior derivación por reacción que en él se desarrolla no constituye, a pesar de todo, un proceso histérico. Se nos plantea aquí el problema de por qué, después de una penosa época de asistencia a un enfermo, surge la histeria en unos individuos y en otros no. De la disposición personal no puede ciertamente depender esta diferencia, pues en esta paciente era muy amplia tal disposición.

Pero volvamos a Isabel de R. Su primer síntoma histérico, constituido por un intenso dolor en una zona determinada del muslo derecho, surgió durante la enfermedad de su padre. El análisis nos reveló claramente el mecanismo de este síntoma. Era un momento en el que el círculo de representaciones correspondientes a sus deberes filiales entró en conflicto con el contenido de sus deseos eróticos. La sujeto se decidió por los primeros, reprochándose duramente haberlos abandonado por algunas horas, y se creó, al obrar así, el dolor histérico. Conforme a la teoría de la conversión de la histeria, describiríamos el proceso diciendo que la sujeto expulsó de su conciencia la representación erótica y transformó su magnitud de afecto en sensaciones somáticas dolorosas. Lo que no sabemos a punto fijo es si este primer conflicto surgió en el ánimo de la paciente una sola vez o, como eremos más probable, en ocasiones repetidas. Años después volvió a encontrarse ante un conflicto análogo —aunque de mayor importancia moral y más claramente revelado por el análisis—, conflicto que produjo la intensificación de los mismos dolores y su extensión más allá de la zona primitiva. Tratábase otra vez de un círculo de representaciones de carácter erótico, que había entrado en conflicto con todas sus representaciones morales, pues la inclinación amorosa recaía sobre su cuñado, y tanto en vida de su hermana como después de su muerte, no podía serle grato el pensamiento de desear precisamente el amor de aquel hombre. De este conflicto, que constituye el nódulo del caso, nos da el análisis amplia noticia. La inclinación de la sujeto hacia su cuñado, latente desde sus primeras entrevistas, se desarrolló luego favorecida por el agotamiento físico resultante de la asistencia que hubo Isabel de prestar a su madre en su enfermedad a la vista y por el agotamiento moral consiguiente a sus repetidos desengaños. Por esta época comenzó también a fundirse la interior dureza de Isabel hasta llevarla a confesarse que necesitaba el amor de un hombre. Durante su estancia en el balneario, donde la familia pasó

reunida parte del verano y se halló la sujeto en trato constante con su cuñado, llegaron sus amorosos deseos, y simultáneamente sus dolores, a su máximo desarrollo. Con referencia a este mismo período, testimonia el análisis de un particular estado psíquico de la enferma, que, agregado a la inclinación amorosa y a los dolores, nos parece facilitar una explicación del proceso conforme a los principios de la teoría de la conversión.

He de sentar, en efecto, la afirmación de que, no obstante la intensidad de su amorosa inclinación hacia su cuñado, no tenía Isabel en esta época clara *conciencia* de ella, salvo en muy contadas ocasiones, y entonces por brevísimos instantes. De otro modo se hubiera percatado de la contradicción existente entre tal sentimiento y sus ideas morales y hubiera experimentado tormentos espirituales análogos a los que pasó después de nuestro análisis. Como su memoria no integraba huella mnémica alguna de tales sufrimientos anímicos, hemos de deducir que tampoco llegó a darse clara cuenta de su inclinación. Tanto en esta época como todavía en la del análisis, el amor de su cuñado se hallaba enquistado en su conciencia de manera de un cuerpo extraño, sin haber entrado en relación alguna con el resto de su vida mental. Así, pues, el estado de la sujeto con respecto a dicho amor era el de conocerlo e ignorarlo al mismo tiempo, estado característico siempre que se trata de un grupo psíquico separado. A él nos referimos exclusivamente al decir que Isabel no tenía «clara conciencia» de sus sentimientos amorosos; esto es, no queremos indicar en tales términos una cualidad inferior a un grado menor de conciencia, sino una exclusión del libre comercio mental asociativo con el restante acervo de representaciones.

Pero ¿cómo podía suceder que un grupo de representaciones tan intensamente acentuado se mantuviera en un tal aislamiento, cuando en general el papel que una representación desempeña en la asociación crece paralelamente a su magnitud afectiva?

Podremos dar respuesta a esta interrogación teniendo en cuenta dos hechos perfectamente comprobados en el análisis: 1.º Que los dolores histéricos surgieron simultáneamente a la constitución del grupo psíquico separado. 2.º Que la enferma opuso extraordinaria resistencia a la tentativa de establecer la asociación entre el grupo psíquico separado y el contenido restante de la conciencia y experimentó un intensísimo dolor psíquico cuando tal asociación quedó llevada a efecto. Nuestra concepción de la histeria enlaza estos dos momentos al hecho de la disociación de la conciencia, afirmando que el primero

integra su *motivo*, y el segundo, su *mecanismo*. El motivo fue la *defensa* del yo contra dicho grupo de representaciones, incompatible con él, y el mecanismo de la *conversión*, por el cual, en lugar de los sufrimientos anímicos que la sujeto se había ahorrado, aparecieron dolores físicos, iniciándose así una transformación cuyo resultado positivo fue que la paciente eludió un insoportable estado psíquico, si bien a costa de una anomalía psíquica, la disociación de la conciencia, y de un padecimiento físico, los dolores que constituyeron el punto de partida de una astasia-abasia.

No me es posible indicar ciertamente cómo el sujeto establece en sí mismo tal conversión. Desde luego no se trata de un acto voluntario intencionadamente realizado, sino más bien de un proceso que se desarrolla en el individuo bajo el impulso del motivo de la defensa cuando su organización es susceptible de ello o experimenta en dichos momentos una modificación en tal sentido.

Podrá preguntársenos ahora qué es lo que se convierte aquí en dolor físico, a lo cual responderemos prudentemente: algo que hubiera podido y debido llegar a ser dolor psíquico. Y si queremos arriesgarnos más e intentar una especie de exposición algebraica de la mecánica de las representaciones, adscribiremos al complejo de representaciones de la inclinación relegada a lo inconsciente cierto montante de afecto, y consideraremos esta magnitud como el objeto de la conversión. Consecuencia directa de esta concepción sería que el «amor inconsciente» habría perdido con dicha conversión gran parte de su intensidad, quedando reducido a una representación hartamente débil, debilitación que habría hecho posible su existencia como grupo psíquico separado. De todos modos, no es este caso de los más apropiados para esclarecer tan espinosa y complicada materia, pues corresponde muy probablemente a una conversión incompleta. Hay, en efecto, otros casos en los que resulta más fácil hacer ver que existen conversiones totales y que en ellas ha sido expulsada o «reprimida» la representación intolerable, como sólo puede serlo una representación poco intensa, asegurando los enfermos, después de establecido el enlace asociativo, que desde la aparición del síntoma histérico no volvió su pensamiento a ocuparse de la representación intolerable.

—He afirmado antes que Isabel de R. tenía conciencia en algunas ocasiones, aunque sólo muy fugitivamente, de su amor hacia su cuñado. Uno de tales momentos fue, por ejemplo, cuando ante el lecho mortuario de su hermana atravesó por su imaginación la idea de que su cuñado podía ya hacerla su mujer. Estos momentos presentan considerable importancia para la concepción de toda

la neurosis de la sujeto. Creo, en efecto, que para diagnosticar un caso de «histeria de defensa» (*Abwehrysterie*) es necesario que haya existido, por lo menos, uno. La conciencia no sabe con anticipación cuándo surgirá una representación intolerable, y esta representación, que luego es reprimida con todas sus ramificaciones y forma así un grupo psíquico separado, tiene que haber existido antes en el pensamiento consciente, pues si no, no hubiese surgido el conflicto que trajo consigo su exclusión. Así, pues, son precisamente tales momentos los que hemos de considerar como «traumáticos») En ellos tiene efecto la conversión, de la cual resulta la disociación de la conciencia y el síntoma histérico. En el caso de Isabel de R. fueron varios los momentos de esta índole (el paseo, la meditación matinal, el baño, la llegada ante el lecho mortuario de la hermana), e incluso durante el mismo tratamiento debieron de surgir otros más. La multiplicidad de tales momentos traumáticos depende de la repetición de sucesos análogos al que introdujo por vez primera la representación intolerable, sucesos que llevan al grupo psíquico separado nueva excitación y anulan así pasajeramente el resultado de la conversión. El yo se ve obligado a ocuparse de esta representación repentinamente surgida y a restablecer por medio de una nueva conversión el estado anterior. Isabel, en constante trato con su cuñado, se hallaba especialmente expuesta a nuevos traumas. Un caso cuya historia traumática hubiese quedado ya cerrada en el pasado, me hubiera sido más conveniente para esta exposición.

Pasamos ahora a tratar de un extremo que ya apuntamos antes como una de las dificultades opuestas a la comprensión de este estado patológico. Fundándose en el análisis supuse que había tenido efecto una primera conversión cuando, al hallarse la sujeto dedicada a asistir a su padre, entraron en conflicto sus deberes filiales con sus deberes eróticos, y admití que este proceso había constituido el modelo de aquel otro que se desarrolló en el pequeño balneario alpino y produjo la explosión de la enfermedad. Pero de los relatos de la enferma resultó que durante la enfermedad de su padre y en la época inmediatamente posterior, o sea durante aquel espacio de tiempo que calificamos de «primer periodo», *no había padecido dolores en las piernas ni experimentado dificultad alguna de la deambulación*. Sólo poco antes de la muerte del padre se había visto obligada a guardar cama algunos días, a causa de fuertes dolores en los pies, pero es muy dudoso que este ataque correspondiera ya a la histeria. El análisis no nos descubrió relación causal alguna entre estos primeros dolores y una impresión psíquica cualquiera. Lo más probable es que se tratara de simples dolores

musculares de naturaleza reumática. Pero, aun queriendo admitir que este primer ataque de dolores fuera el resultado de una conversión histérica consiguiente a la repulsa de sus pensamientos eróticos de entonces, siempre quedaría el hecho de que los dolores desaparecieron a los pocos días, de manera que la enferma se habría conducido en la realidad muy diferentemente a como parecía mostrar en el análisis. Durante la reproducción de las reminiscencias correspondientes al primer periodo, acompañaba sus relatos sobre la enfermedad del padre, las impresiones de su trato con su primer cuñado, etc., con manifestaciones de dolor, siendo así que la época en que vivió tales sucesos no padeció dolores ningunos. ¿No constituye, acaso, esta circunstancia una contradicción muy apropiada para disminuir nuestra confianza en el valor aclaratorio de tal análisis?

Por mi parte, creo posible desvanecer dicha contradicción aceptando que los dolores —el producto de la conversión— no surgieron cuando la enferma vivía las impresiones del primer período, sino ulteriormente; esto es, en el segundo período, cuando la sujeto reproducía en su pensamiento dichas impresiones. La conversión no habría tenido, pues, efecto con ocasión de las impresiones mismas, sino de su recuerdo. Llego incluso a creer que tal proceso no es nada raro en la histeria y participa regularmente en la génesis de síntomas histéricos. En apoyo de estas afirmaciones, expondré algunos resultados de mi experiencia analítica.

En una ocasión me sucedió que durante el tratamiento analítico de una paciente histérica presentó ésta un nuevo síntoma, circunstancia que me ofreció la oportunidad de emprender la supresión de un síntoma ya desde el día siguiente a su aparición. Incluiré aquí la historia de esta enferma en sus rasgos esenciales; historia bastante sencilla, pero no por eso menos interesante;

La señorita Rosalía H., de veintitrés años, que desde algunos atrás venía estudiando canto con el fin de dedicarse a este arte, se quejaba de que su voz, muy bella, por cierto, no le obedecía en determinados tonos, sintiendo entonces una especie de opresión en la garganta. Por este motivo, no le había permitido aún su maestro salir a escena. Dado que sólo los tonos medios presentaban tal imperfección, no podía ésta atribuirse a un defecto del órgano vocal. Unas veces todo iba bien y el maestro se mostraba satisfecho y esperanzado; pero en seguida, a la menor excitación de la sujeto, e incluso sin causa ninguna aparente, surgía la opresión, impidiendo la libre emisión de la voz. No era difícil reconocer en esta perturbadora sensación una conversión histérica. Lo que no pude

comprobar es si realmente se producía una contractura de las cuerdas vocales^[79]. En el análisis hipnótico me reveló las circunstancias personales que siguen, y con ellas, las causas de sus padecimientos: Huérfana desde muy niña, fue recogida por una tía suya, cargada de hijos, y entró de este modo a formar parte de un hogar nada dichoso. El marido de su tía, hombre de personalidad claramente patológica, trataba con rudeza y grosería a su mujer y a sus hijos, y perseguía con fines sexuales a todas las criadas que en la casa entraban, intemperancia que se iba haciendo cada vez más repugnante conforme los niños eran mayores. Al morir la tía, se constituyó Rosalía en protectora de los infelices niños, tomó con todo empeño su defensa contra el padre y afrontó valerosamente todos los conflictos que esta actitud suya hizo surgir, teniendo que reprimir de continuo y con gran esfuerzo sus impulsos de manifestar a su tío todo el odio y el desprecio que le inspiraba. Por esta época comenzó ya a sentir opresión en la garganta. Todas las veces que se veía obligada a reprimirse para no dar a su tío una merecida respuesta o para permanecer serena ante una indigna acusación, experimentaba un fuerte cosquilleo en la garganta, opresión y afonía; esto es, todas aquellas sensaciones localizadas en la glotis y la laringe, que luego la perturbaban al cantar. En esta situación, no es extraño que buscara una posibilidad de hacerse independiente para salir de aquella casa. Un honrado profesor de canto se encargó desinteresadamente de ella, después de asegurarle que poseía condiciones para este arte; pero la circunstancia de haber acudido repetidas veces a dar clase sintiendo aún la opresión de garganta provocada por una reciente escena con el tío, estableció un enlace entre el canto y la parestesia histérica, enlace iniciado ya por la sensación orgánica propia del cantar. El aparato del cual debía disponer libremente la sujeto al cantar aparecía perturbado por restos de inervaciones, después de las penosas escenas domésticas en las que Rosalía se había visto obligada a reprimir su excitación. Posteriormente había abandonado el hogar de su tío, trasladándose a una ciudad extranjera, con el fin de permanecer lejos de su familia; pero esta decisión no le había procurado alivio ninguno. Fuera del reseñado síntoma histérico, no presentaba la bella y comprensiva muchacha otro ninguno.

Durante el tratamiento me esforcé en resolver esta «histeria de retención» por medio de la reproducción de todas las impresiones excitantes y de la derivación ulterior por reacción. Así, dejé que la paciente exteriorizara toda su indignación contra su tío, relatando sus enormidades, insultándole, etc. Este

tratamiento le hizo mucho bien; pero, por desgracia, las circunstancias en que vivía por entonces tampoco eran muy favorables. Rosalía no tenía suerte con sus parientes. Al venir a Viena se había alojado en casa de otro tío suyo, que la acogió gustoso, pero provocando con ello el desagrado de su mujer, la cual, suponiendo excesivamente interesado a su marido por Rosalía, se encargó de amargar a ésta su estancia en nuestra capital. En su juventud había tenido que renunciar a sus inclinaciones artísticas y envidiaba ahora a su sobrina, no obstante constarle que si ésta trataba de dedicarse al arte no era tan sólo por vocación, sino por la necesidad de hacerse independiente. De este modo se encontraba Rosalía tan cohibida en la casa, que no se atrevía a cantar ni a tocar el piano cuando su tía podía oírla, y evitaba cuidadosamente lucir sus habilidades ante su tío, hermano de su madre, y en los linderos ya de la vejez, si no era en ausencia de la celosa mujer.

Resultó, por tanto, que mientras yo me esforzaba en anular las huellas de antiguas impresiones, esta violenta situación de la sujeto con sus huéspedes hacía surgir otras, que acabaron por perturbar mi tratamiento e interrumpieron prematuramente la cura.

Un día acudió la paciente a mi consulta presentando un nuevo síntoma surgido apenas veinticuatro horas antes. Se quejaba de un desagradable cosquilleo en las puntas de los dedos, que la atacaba, desde el día anterior, cada dos horas, obligándola a hacer rápidos movimientos con las manos. No había yo presenciado ninguno de esos ataques, pues si no, hubiera adivinado su causa sólo con ver dichos movimientos; pero emprendí en el acto el análisis hipnótico encaminado a descubrir los fundamentos del nuevo síntoma (o, en realidad, del pequeño ataque histérico). Dado que su existencia era aún tan corta, esperaba conseguir rápidamente su aclaración y solución. Para mi sorpresa, reprodujo la paciente —sin vacilación ninguna y en orden cronológico— toda una serie de escenas, procedentes las primeras de su infancia, que tenían como elemento común el de haber sufrido sin protestar ni defenderse una injusticia, habiendo podido sentir en ellas, por tanto, el hormigueo en los dedos, como traducción física del impulso de defensa. Por ejemplo, una vez que en el colegio tuvo que extender la mano ante el profesor para recibir un palmetazo. Pero, en general, se trataba de sucesos nimios a los que podía negarse categoría para intervenir en la etiología de un síntoma histérico. No así, en cambio, a una escena que añadió después, procedente de sus primeros años de adolescencia. Su perverso tío, que padecía de reuma, le había mandado darle unas friegas en la espalda, sin que ella

se atreviese a negarse; pero de repente se revolvió en la cama, arrojando la colcha, e intentó atraerla a sí. Rosalía echó a correr y se encerró en su cuarto. Se veía que no recordaba con gusto tal suceso, y no quiso tampoco manifestar si al arrojar su tío, de repente, la colcha le había mostrado alguna desnudez. El hormigueo que ahora sentía en los dedos podía explicarse por el impulso experimentado y reprimido en aquella ocasión de castigar de obra a su tío, o simplemente por el hecho de haber estado dándole friegas cuando la agredió. Sólo después de relatarme esta escena comenzó a hablarme de la que hubo de desarrollarse el día anterior y a continuación de la cual había aparecido el hormigueo en los dedos, como símbolo mnémico. Su otro tío, aquél con el cual vivía ahora, le había pedido que le cantase algo. Rosalía se sentó al piano, creyendo ausente a su tía; pero, de repente, la sintió venir, y con rápido movimiento cerró la tapa del instrumento y alejó de sí el libro de música. No es difícil adivinar qué recuerdo surgió en ella y cuál fue el pensamiento que en aquel instante reprimió; seguramente la indignada protesta contra la injusta sospecha que la hubiera impulsado a abandonar aquella casa, si el tratamiento no le obligase a permanecer en Viena, donde no tenía otro sitio en el cual hospedarse. Durante la reproducción de esta escena en el análisis, repitió el movimiento de los dedos, y pude observar que era como el de quien rechaza de sí —real o figuradamente— un objeto o una imputación.

La sujeto afirmaba con toda seguridad que aquel síntoma no se le había presentado jamás antes, ni siquiera con ocasión de la escena primeramente relatada. Habíamos, pues, de admitir que el suceso del día anterior había despertado el recuerdo de otros análogos, constituyéndose luego un símbolo mnémico, valedero para todo este grupo de recuerdos. La conversión había recaído, pues, tanto sobre el afecto reciente como sobre el recordado.

Reflexionando detenidamente sobre este proceso, nos vemos obligados a reconocer que no constituye una excepción, sino la regla general en la génesis de los síntomas histéricos. Al investigar la determinación de tales estados, he encontrado, casi siempre, un grupo de motivos traumáticos análogos y no un solo motivo aislado (cf. el historial de Emmy de N.), siéndome posible comprobar, en algunos de estos casos, que el síntoma correspondiente había surgido después del primer trauma, desapareciendo a poco, hasta que otro trauma ulterior lo hizo emerger de nuevo, estabilizándolo. Entre esta aparición temporal y la conservación latente después de los primeros motivos, no existe, en realidad, ninguna diferencia esencial, y en una gran mayoría de casos resultó que los

primeros traumas no dejaron tras de sí ningún síntoma, mientras que un trauma ulterior del mismo género hubo de provocar un síntoma, para cuya génesis era, sin embargo, imprescindible la colaboración de los motivos anteriores, y cuya solución exigía tener en cuenta todos los existentes. Traduciendo el lenguaje de la teoría de la conversión este hecho innegable de la suma de los traumas y de la latencia inicial de los síntomas, diremos que la conversión puede recaer tanto sobre el afecto reciente como sobre el recordado, y esta hipótesis resuelve la contradicción aparentemente dada en el caso de Isabel de R. entre el historial patológico y el análisis.

Es un hecho probado que los individuos sanos soportan en gran medida la perduración de su conciencia de representaciones cargadas de afecto no derivado. La afirmación que antes he defendido se limita a aproximar la conducta de los histéricos a la de los sanos. Todo depende de un factor cuantitativo: esto es, del grado de tensión afectiva que una organización puede soportar. También el histérico puede mantener sin derivar cierto montante de afecto; pero si este montante crece en ocasiones análogas a las que lo hicieron surgir, hasta superar la medida que el individuo es capaz de soportar, queda dado el impulso para la conversión. No es, por tanto, ninguna arriesgada hipótesis, sino casi un postulado el que la formación de síntomas histéricos puede tener también afecto sobre la base de afectos recordados.

Me he ocupado, hasta aquí, del *motivo* y del *mecanismo* de este caso de histeria. Quédame por aclarar la *determinación* del síntoma histérico. En efecto, ¿por qué fueron los dolores en las piernas los que precisamente se arrogaron la representación del dolor psíquico? Las circunstancias del caso indican que este dolor somático no fue creado por la neurosis, sino simplemente utilizado, intensificado y conservado por ella. He de hacer constar que en la inmensa mayoría de los casos de dolores histéricos por mí examinados sucedía algo análogo, habiendo existido siempre, al principio, un dolor real de naturaleza orgánica. Los dolores más comunes y extendidos son precisamente los que con mayor frecuencia aparecen llamados a desempeñar un papel en la histeria, sobre todo los periostales y neurálgicos correspondientes a las enfermedades de la boca, los de cabeza y los reumáticos. El primer ataque de dolores en las piernas padecido por Isabel de R., aun durante la enfermedad de su padre, fue, así, a mi juicio, de carácter orgánico, pues al buscarle una causa psíquica no obtuvo resultado ninguno, y confieso sinceramente que me inclino mucho a dar a mi método de provocar la emergencia de recuerdos ocultos un valor de diagnóstico

diferencial, siempre, claro está, que se practique con acierto. Este dolor, originalmente reumático (o espinal neurasténico), se convirtió, para la enferma, en símbolo mnémico de sus dolorosas excitaciones psíquicas, a mi ver, por más de una razón. En primer lugar y principalmente, porque existía con simultaneidad a la excitación de la conciencia, y después, porque se hallaba o podía hallarse enlazado en muy diversas formas al contenido de representaciones dado en aquella época. Por otro lado, también podía ser simplemente una lejana consecuencia de la falta de ejercicio y la irregularidad en la alimentación durante la asistencia de la sujeto a su padre. La enferma no veía claro en esta cuestión, y a mi juicio, lo más probable es que sintiera el dolor en momentos importantes de su asistencia al enfermo; por ejemplo, al saltar de la cama en una fría noche de invierno y acudir presurosa junto a su padre. Pero la orientación que la conversión hubo de tomar quedó decidida por otra distinta forma de conexión asociativa; esto es, por la circunstancia de que durante un largo período de tiempo entró cotidianamente en contacto una de las doloridas piernas de la sujeto con las hinchadas piernas de su padre, mientras le cambiaba los vendajes. La zona de la pierna derecha sobre la que recaía este contacto constituyó, a partir de tal momento, el foco y el punto de partida de los dolores; esto es, una zona histerógena artificial, cuya génesis se nos revela claramente en este caso.

No hay motivo ninguno para extrañar o considerar artificial esta múltiple conexión asociativa entre el dolor físico y el afecto psíquico. En aquellos casos en los que no existe una tan múltiple conexión, tampoco se forma síntoma histérico ninguno ni encuentra la conversión camino por el que desarrollarse, y puedo asegurar que el caso de Isabel de R. era muy sencillo por lo que respecta a la determinación.

En páginas anteriores hemos descrito ya cómo se desarrolló la astasia-abasia de nuestra enferma, tomando como base estos dolores y después que la conversión encontró abierto ante ella determinado camino. Pero afirmamos también que la enferma había creado o intensificado, por simbolismo, su perturbación funcional, que había hallado en la abasia-astasia una expresión somática de su impotencia para modificar las circunstancias y que sus manifestaciones de «no lograr avanzar un paso en sus propósitos» o «carecer de todo apoyo» constituían el puente que conducía a este nuevo acto de la conversión, y queremos apoyar ahora estas afirmaciones con otros ejemplos.

La conversión basada en la simultaneidad, dada, además, una conexión asociativa, es la que exige una menor medida de disposición histérica. En

cambio, la conversión por simbolización precisa de un más alto grado de modificación histérica, tal y como lo comprobamos en el último estadio de la histeria de Isabel de R. El caso de Cecilia M., al que considero como el más difícil e instructivo de los que se me han presentado, me ofreció interesantísimos ejemplos de simbolización. Desgraciadamente, no me es posible reproducir al detalle, por razones que creo haber indicado ya, este historial clínico.

Cecilia M. padecía, entre otros dolores, una violentísima neuralgia facial, que surgía de repente dos o tres veces al año y duraba, cada una de ellas, de cinco a diez días. Los antecedentes patológicos de la sujeto, entre los cuales se contaba un reumatismo agudo, hacían pensar que esta neuralgia, limitada a las ramas segunda y tercera del trigémino, era de carácter gotoso. Éste era también el diagnóstico del médico de cabecera que la había asistido en tales accesos.

Atacada la neuralgia por los medios corrientes —electricidad, aguas alcalinas, purgantes, etc.—, todo resultaba, sin embargo, inútil hasta que un buen día desaparecía, dejando su lugar a otro síntoma diferente. En tiempos anteriores —la neuralgia venía presentándose desde quince años atrás— se atribuyó el dolor a una enfermedad dentaria, y la sujeto sufrió en un solo día siete extracciones, algunas de las cuales fueron harto imperfectas, pues dejaron subsistente parte de las raíces. Tampoco esta cruenta operación dio el menor resultado. La neuralgia duraba en esta época meses enteros. También durante el tiempo de mi tratamiento llamaba la sujeto, cada vez que sentía la neuralgia, al dentista, el cual hallaba siempre alguna raíz enferma y comenzaba su trabajo, sin llegar, en general, a terminarlo, pues en cuanto cesaba la neuralgia, cesaba la enferma de acudir a él. En los intervalos no sentía más dolor de muelas. Un día, en pleno y violento ataque de neuralgia, hipnoticé a la sujeto y le prohibí volver a tener tales dolores, desapareciendo éstos en el acto. Por entonces comencé yo a dudar de la autenticidad de tal neuralgia.

Aproximadamente un año después de este resultado terapéutico, conseguido por medio de la hipnosis, presentó el estado patológico de Cecilia M. una nueva y sorprende faceta. De pronto surgieron estados distintos de los habituales durante los últimos años; pero la enferma declaró, después de corta reflexión, que todos ellos se le habían ya presentado antes, alguna vez, en el largo tiempo que llevaba enferma (treinta años). Efectivamente, fue desarrollándose una multitud de accidentes histéricos que la sujeto pudo localizar en una fecha exacta del pasado, y pronto se revelaron las conexiones mentales, a veces muy complicadas, que determinaban el orden de sucesión de estos accidentes. Era

algo como una serie de imágenes con su texto explicativo, y Pitres debió de referirse a un proceso semejante al establecer su *delire amnésique*. La forma en que eran reproducidos tales estados histéricos, pertenecientes al pasado, resultaba harto singular. Primeramente, y hallándose la sujeto libre de todo trastorno, surgía un peculiar estado de ánimo patológico, en cuya apreciación se equivocaba siempre la paciente, atribuyéndolo a un suceso sin importancia inmediatamente anterior. Luego, y acompañados de una creciente perturbación de la conciencia, seguían diversos síntomas histéricos —alucinaciones, dolores, convulsiones y largos soliloquios declamatorios—, agregándose, por último, a estos síntomas la emergencia alucinatoria de un suceso pretérito, susceptible de explicar el estado de ánimo inicial y de determinar los síntomas aparecidos. Después de este último período del ataque volvía la claridad mental, desaparecían como por encanto todas las molestias y reinaba de nuevo el bienestar... hasta el ataque siguiente, doce horas después. Generalmente, se me enviaba a buscar cuando el acceso llegaba a su grado máximo, y entonces hipnotizaba a la sujeto, provocaba la reproducción del suceso traumático y adelantaba así el final del ataque. Asistiendo a esta enferma en cientos de estos ciclos, se me revelaron interesantísimos datos sobre la determinación de los síntomas histéricos. La observación de este caso, realizada por mí en unión de Breuer, fue la que nos impulsó a la publicación de nuestra «comunicación preliminar».

En esta serie de reproducciones le tocó el turno a la neuralgia facial, abrigando yo gran curiosidad por ver si surgía, con respecto a ella, algún motivo psíquico. Cuando intenté hacer emerger la escena traumática, se vio transferida la sujeto a una época de gran excitación anímica contra su marido, y me habló de un diálogo con él y de una observación suya, que ella había considerado gravemente ofensiva. Luego, de repente, se llevó la mano a la mejilla, gritando de dolor, y exclamó: «Fue como si me hubiera dado una bofetada». Con esto terminaron el dolor y el ataque.

No cabe duda de que se trataba aquí de un símbolo. La sujeto había sentido como si realmente la abofeteasen. Ahora bien: hemos de preguntarnos cómo la sensación de recibir una bofetada puede llegar a exteriorizarse en una neuralgia limitada a las ramas segunda y tercera del trigémino y que se intensificaba al abrir la boca y al mascar (en cambio, al hablar, no).

Al día siguiente volvió la neuralgia, para desaparecer esta vez después de la reproducción de otra escena, cuyo contenido era una nueva ofensa recibida por

la sujeto. Esto se repitió durante nueve días, pareciendo resultar así que, a través de años enteros, ofensas verbales recibidas por la sujeto habían provocado, por simbolismo, nuevos ataques de esta neuralgia facial.

Por fin conseguimos penetrar hasta el primer ataque de neuralgia (quince años atrás). Aquí no encontramos ya un simbolismo, sino una conversión por simultaneidad. Se trataba de un espectáculo doloroso, a cuya vista surgió en la sujeto un reproche que la impulsó a reprimir otra serie de pensamientos. Era, pues, un caso de conflicto y defensa. La génesis de la neuralgia en este momento no resultaba explicable sino admitiendo que por entonces padecía nuestra enferma un ligero dolor de muelas o de la cara, cosa nada inverosímil, pues se hallaba en los meses iniciales de su primer embarazo.

Resultó así, que la neuralgia se había constituido, por el ordinario camino de la conversión, en signo de determinada excitación psíquica, pero que ulteriormente podía ser despertada de nuevo por ecos asociativos de la vida mental y mediante una conversión simbolizante. En realidad, lo mismo que descubrimos al estudiar el caso de Isabel de R.

Añadiremos todavía un segundo ejemplo, que evidencia la eficacia del simbolismo en otras condiciones distintas. Durante cierto período atormentó a Cecilia M. un violento dolor en el talón derecho, que le impedía andar. El análisis nos condujo a una época en que la sujeto se hallaba en un sanatorio extranjero. Desde su llegada, y durante una semana, había tenido que guardar cama. El día que se levantó acudió el médico a la hora de almorzar para conducirla al comedor, y al tomar su brazo sintió por vez primera aquel dolor, que en la reproducción de la escena desapareció al decir la sujeto: «Por entonces me dominaba el miedo a *no entrar con buen pie* entre los demás huéspedes del sanatorio».

Este ejemplo de génesis de un síntoma histérico por simbolización, mediante la expresión verbal, parece inverosímil y hasta cómico. Pero examinando más detenidamente las circunstancias dadas en aquellos momentos se nos hace en seguida más admisible. La enferma sufría por entonces dolores en los pies, que la habían obligado a guardar cama y podemos suponer que el miedo que la acometió al dar los primeros pasos había elegido uno de los dolores simultáneamente dados el del talón, muy apropiado como símbolo —para desarrollarlo especialmente y darle una particular duración.

Si en estos ejemplos se nos muestra relegado a segundo término como es lo regular el mecanismo de la simbolización, sé también de otros que parecen

constituir una prueba de la génesis de síntomas histéricos por simple simbolización. Uno de los más acabados es el que sigue, referente también a Cecilia M.: Teniendo quince años, estaba una vez en la cama bajo la vigilancia de su abuela, mujer enérgica y severa. De repente empezó a quejarse diciendo sentir penetrantes dolores en la frente, entre ambos ojos, dolores que luego la atormentaron durante varias semanas. En el análisis de este dolor, que se produjo al cabo de casi treinta años, me refirió que su abuela la había mirado tan «penetrantemente» que sintió su mirada en el cerebro. Resultaba que por entonces tenía miedo de ver reflejarse en los ojos de la abuela cierta sospecha. Al comunicarme esta idea se echó a reír la sujeto y desaparecieron sus dolores. No encontramos aquí sino el mecanismo de la simbolización, el cual constituye en cierto modo el punto medio entre los de la *autosugestión* y la *conversión*.

El caso de Cecilia M. me ha permitido reunir una colección de estas simbolizaciones. Toda una serie de sensaciones físicas, consideradas generalmente como de origen orgánico, tenían en esta paciente un origen psíquico o, por lo menos, admitían una interpretación psíquica. Cierta serie de sucesos aparecía acompañada en ella de la sensación de una herida en el corazón («Aquello me hirió en el corazón»). El clásico dolor de cabeza de la histeria («dolor de clavo») había de interpretarse en ella como procedente de un problema mental («No sé qué tengo en la cabeza»), y desaparecía en cuanto llegaba a la solución. Paralelamente a la sensación del aura histérica en la garganta, se desarrollaba el pensamiento de «Eso tengo que tragármelo», cuando tal sensación surgía al recibir la sujeto la ofensa. Existía, pues, toda una serie de sensaciones y representaciones paralelas, en las cuales unas veces la sensación había despenado, como interpretación suya, la representación, y otras era la representación la que había creado, por simbolización, la sensación. Por último, había ocasiones en las que no podía decidirse cuál de los dos elementos había sido el primario.

No he vuelto a hallar en ninguna otra paciente un tan amplio uso de la simbolización. Ciertamente es que Cecilia M. era una persona de dotes nada comunes, principalmente artísticas, cuyo alto sentido de la forma se revelaba en bellas poesías. Pero, a mi juicio, el acto mediante el cual crea un histérico, por simbolización, una expresión somática, para una representación saturada de afecto, tiene muy poco de personal y voluntario. Tomando al pie de la letra las expresiones metafóricas de uso corriente y sintiendo como un suceso real, al ser ofendida, la «herida en el corazón» o la «bofetada», no hacía uso la paciente de

un abusivo retruécano, sino que daba nueva vida a la sensación a la cual debió su génesis la expresión verbal correspondiente. En electo, si al recibir una ofensa no experimentáramos cierta sensación precordial, no se nos hubiera ocurrido jamás crear tal expresión. Del mismo modo, la frase «tener que tragarse algo», que aplicamos a las ofensas recibidas sin posibilidad de protesta, procede realmente de las sensaciones de inervación que experimentamos en la garganta en tales casos. Todas estas sensaciones e inervaciones pertenecen a la «expresión de las emociones», que, según nos ha mostrado Darwin, consiste en funciones originariamente adecuadas y plenas de sentido. Estas funciones se hallan ahora tan debilitadas, que su expresión verbal nos parece ya metafórica, pero es muy verosímil que primitivamente poseyera un sentido literal, y la histeria obra con plena justificación al restablecer para sus inervaciones más intensas el sentido verbal primitivo. Llego incluso a creer que es equivocado afirmar que la histeria crea por simbolización tales sensaciones, pues quizá no tome como modelo los usos del lenguaje, sino que extraiga con él sus materiales de una misma fuente^[80].

F). OMISIONES A LOS HISTORIALES CLÍNICOS

1924

a) A la nota 25 de la pág. 43 hay que agregar:

Algunos años más tarde, su neurosis se transformó en una demencia precoz.
(Caso de P. Janet.)

b) La historia clínica de Emmy continúa con el siguiente apéndice de 1924:

Bien sé que ningún analista leerá hoy esta historia clínica sin cierta sonrisa conmisericordiosa. Recuérdese, empero, que éste fue el primer caso en el cual apliqué sin restricciones el método catártico. De ahí que me incline por dejar a la exposición su forma original, por no adelantar ninguna de las críticas que hoy sería tan fácil hacerle, por renunciar a todo intento de colmar *a posteriori* las abundantes lagunas. Sólo dos cosas quiero agregarle: mi reconocimiento, ulteriormente adquirido, de la etiología actual de la enfermedad y algunas noticias sobre su curso posterior.

Cuando pasé, como ya he narrado, algunos días como invitado en su casa de campo, tuvimos por comensal a un hombre que yo no conocía y que a todas luces se esforzaba por caerle bien a la dueña de la casa. Después de su partida, ésta me preguntó si dicha persona me había gustado, agregando como al descuido: «Imagínese que ese hombre se quiere casar conmigo». En conexión con otras manifestaciones que no había sabido valorar en su momento, hube de convencerme de que ella anhelaba entonces contraer un segundo matrimonio, pero que la existencia de sus dos hijas, herederas de la fortuna paterna, le representaba un obstáculo para la realización de sus propósitos.

Varios años después me encontré en un congreso científico con un renombrado médico oriundo de la misma región que la señora Emmy. Al preguntarle yo si la conocía y si sabía algo de su vida me respondió que sí: y que él mismo había sometido a un tratamiento hipnótico. Con él, así como con muchos otros médicos, había llegado a la misma situación que conmigo. Había acudido a él en sus estados más lastimosos, había respondido con extraordinario éxito al tratamiento hipnótico, pero sólo para enemistarse entonces con el médico, abandonándolo y reactivando la enfermedad en toda su magnitud. Tratábase de un inconfundible «impulso de repetición».

Sólo al cabo de cinco lustros volví a tener noticias de la señora Emmy. Su hija mayor, la misma a la cual yo había formulado otrora un pronóstico tan desfavorable, se dirigió a mí solicitándome un certificado sobre el estado mental de su madre, con motivo de haber sido paciente mía. Proponíase actuar judicialmente contra ella, describiéndola como una tirana cruel y poco escrupulosa. La madre había repudiado a ambas hijas y se negaba a asistirles en su estrechez material. En cuanto a la firmante de la carta, se había doctorado y estaba casada.

c) La historia clínica de Catalina concluye con el siguiente apéndice de 1924:

Después de tantos años me atrevo a abandonar la discreción observada entonces, dejando establecido que Catalina no era la sobrina, sino la hija de la huéspeda, o sea, que había caído enferma bajo la influencia de seducciones sexuales por el propio padre. No cabe duda que, tratándose de una historia clínica, no es lícito introducir una deformación como la que en este caso he realizado, pues la misma no es tan diferente para la comprensión como, por ejemplo, el hecho de haber trasladado de una montaña a otra el lugar del sucedido.

G). PSICOTERAPIA DE LA HISTERIA

1895

EN nuestra «comunicación preliminar» expusimos haber descubierto, al investigar la etiología de los síntomas histéricos, un método terapéutico al que adscribimos considerable significación práctica. *Hemos hallado, en efecto, y para sorpresa nuestra, al principio, que los distintos síntomas histéricos desaparecían inmediata y definitivamente en cuanto se conseguía despertar con toda claridad el recuerdo del proceso provocador, y con él el afecto concomitante, y describía el paciente, con el mayor detalle posible, dicho proceso, dando expresión verbal al afecto.*

Procuramos luego hacer comprensible la forma en que actúa nuestro método psicoterápico: *Anula la eficacia de la representación no descargada por reacción en un principio, dando salida, por medio de la expresión verbal, al afecto concomitante, que había quedado estancado, y llevándola a la reacción asociativa por medio de su atracción a la conciencia normal (en una ligera hipnosis) o de su supresión por sugestión médica, como sucede en los casos de somnambulismo con amnesia.*

Cúmplenos hoy desarrollar una completa exposición de los alcances de este método, de sus ventajas sobre otros, de su técnica y de las dificultades con las que tropieza, aunque lo más esencial de estos extremos se encuentre ya contenido en los historiales clínicos que anteceden y hayamos de incurrir en repeticiones.

IPOR mi parte puedo decir que mantengo en sus extremos esenciales las afirmaciones de nuestra «comunicación preliminar». He de hacer constar, sin embargo, que en los años transcurridos desde aquella fecha —años de constante labor sobre los problemas allí tratados— se me han impuesto nuevos punto de vista, los cuales han traído consigo una distinta agrupación del material de hechos que por entonces nos era conocido. Sería injusto echar sobre Breuer parte de la responsabilidad correspondiente a este último desarrollo de las ideas que, en colaboración, expusimos en el indicado trabajo. Así, pues, cúpleme hablar ahora en mi sólo nombre.

Al intentar aplicar a una amplia serie de pacientes el método iniciado por Breuer de curación de síntomas histéricos por investigación psíquica y

derivación por reacción en la hipnosis, tropecé con dos dificultades, y mis esfuerzos para vencerlas me llevaron a una modificación de la técnica y de mi primitiva concepción de la materia. En primer lugar, no todas las personas que mostraban indudables síntomas histéricos, y en las que regía muy verosímilmente el mismo mecanismo psíquico, resultaban hipnotizables. En segundo, tenía que adoptar una actitud definida con respecto a la cuestión de qué es lo que caracteriza esencialmente la histeria y en qué se diferencia ésta de otras neurosis.

Más adelante detallaré cómo llegué a dominar la primera dificultad y qué es lo que aprendí en esta labor. Por el momento quiero exponer cuál fue mi conducta en la práctica profesional con respecto al segundo problema. Es muy difícil ver acertadamente un caso de neurosis antes de haberlo sometido a un minucioso análisis; a un análisis tal y como sólo puede conseguirse empleando el método de Breuer. Pero la decisión del diagnóstico y de la terapia adecuada al caso tiene que ser anterior a tal conocimiento. No quedaba, pues, otro remedio que elegir para el método catártico aquellos casos que podíamos diagnosticar provisionalmente de histeria, por presentar uno o varios de los estigmas o síntomas característicos de esta enfermedad. Sucedió así algunas veces que los resultados terapéuticos eran pobrísimos, no obstante haber diagnosticado la histeria, y que ni siquiera el análisis extraía a la luz nada importante. Otras, en cambio, intenté tratar con el método de Breuer neurosis que nadie hubiera sospechado fueran casos de histeria, y hallé, para mi sorpresa, que el método lograba actuar sobre ellas y hasta curarlas. Así me pasó, por ejemplo, con las representaciones obsesivas en casos que no presentaban carácter alguno de histeria. Por tanto, el mecanismo psíquico que nuestra «comunicación preliminar» había revelado no podía ser exclusivo de la histeria. Mas tampoco podía decidirme a acumular a la histeria, en méritos de tal mecanismo, una serie indefinida de neurosis. De todas estas dudas me sacó, por fin, el propósito de tratar todas las neurosis que se me presentaran como si de histerias se tratase, investigando en todas la etiología y la naturaleza del mecanismo psíquico, y hacer depender del resultado de esta investigación la confirmación del diagnóstico de histeria previamente sentado.

De este modo, y partiendo del método de Breuer, llegué a ocuparme de la etiología y del mecanismo de las neurosis en general. Por fortuna obtuve, en un plazo relativamente breve, resultados utilizables. En primer lugar hube de reconocer que dentro de la medida en que podía hablarse de una motivación

mediante la cual se *adquirieran* las neurosis, habíamos de buscar la etiología en factores *sexuales*, y a esto se agregó luego el descubrimiento de que factores sexuales diferentes daban origen a diferentes enfermedades neuróticas. Por tanto, dentro de lo que esta relación permitía, podíamos atrevernos a utilizar la etiología para diferenciar las neurosis, estableciendo una precisa distinción de los cuadros patológicos de estas enfermedades. Si las características etiológicas coincidían constantemente con las clínicas, quedaría plenamente justificada nuestra conducta. Por este procedimiento hallé que a la *neurastenia* correspondía, en realidad, un cuadro patológico muy monótono, en el cual, como mostraban los análisis, no intervenía «mecanismo psíquico» alguno. De la neurastenia se diferenciaba en gran manera la *neurosis obsesiva*, con respecto a la cual se descubría un complicado mecanismo, una etiología análoga a la histérica y una amplia posibilidad de curación por medio de la psicoterapia. Por otro lado, me parecía necesario separar de la neurastenia un complejo de síntomas neuróticos, que dependía de una etiología muy diferente, e incluso, en el fondo, contraria, mientras que los síntomas de este complejo aparecían estrechamente unidos por un carácter común, ya reconocido por E. Hecker^[81]. Son, en efecto, síntomas o equivalentes y rudimentos de *manifestaciones de angustia*, razón por la cual he dado a este complejo, separable de la neurastenia, el nombre de *neurosis de angustia*, afirmando que nace por acumulación de estados de tensión física de origen sexual. Esta neurosis no tiene tampoco todavía un mecanismo psíquico, pero actúa regularmente sobre la vida psíquica, siendo sus manifestaciones peculiares la «expectación angustiosa», las fobias y las hiperestesias, con respecto a los dolores. Tal y como yo la defino, la neurosis de angustia coincide ciertamente en parte con aquella neurosis que algunos autores agregan a la histeria y a la neurastenia, dándole el nombre de *hipocondría*; pero ninguno de ellos delimita exactamente, a mi ver, esta neurosis. Además, el empleo del nombre «hipocondría» queda siempre limitado por su estricta relación con el síntoma del «miedo a la enfermedad».

Después de haber fijado así los sencillos cuadros patológicos de la neurastenia, la neurosis de angustia y la neurosis obsesiva, me dediqué a concretar la concepción de aquellos corrientes casos de neurosis que comprendemos bajo el diagnóstico general de la histeria. Me parecía equivocado aplicar, como era uso habitual, el nombre de histeria a toda neurosis que presentara en su complejo de síntomas algún rasgo histérico, y aunque no

extrañaba esta costumbre, por ser la histeria la más antigua y mejor conocida de las neurosis, me era preciso reconocer que había llegado a ser abusiva, habiendo acumulado injustificadamente a la histeria multitud de rasgos de perversión y degeneración. Siempre que en un complicado caso de degeneración psíquica se descubría un rasgo histérico, se daba a la totalidad el nombre de «histeria», pudiendo así resultar reunido bajo esta etiqueta lo más heterogéneo y contradictorio. Para huir de la inexactitud que este diagnóstico suponía, habíamos de separar lo que correspondiera al sector neurótico, y conociendo ya, aisladas, la neurastenia, la neurosis de angustia, etc., no debíamos prescindir de ellas cuando las encontrásemos como elementos de alguna combinación.

Así, pues, la concepción más justa parecía ser la siguiente: las neurosis más frecuentes son, en su gran mayoría, «mixtas». No son tampoco raras las formas puras de neurastenia y neurosis de angustia, sobre todo en personas jóvenes. En cambio, es difícil hallar formas puras de histeria y de neurosis obsesiva, pues estas dos neurosis aparecen combinadas, por lo general, con la de angustia. Esta frecuencia de las neurosis mixtas se debe a que sus factores etiológicos se mezclan con gran facilidad, casualmente unas veces, y otras a consecuencia de relaciones causales entre los procesos, de los que nacen los factores etiológicos de las neurosis. De estas circunstancias, fácilmente demostrables en cada caso, resulta, con respecto a la histeria, lo que sigue: 1.º No es posible considerarla aisladamente, separándola del conjunto de las neurosis sexuales. 2.º En realidad, no representa sino un solo aspecto del complicado caso neurótico. 3.º Sólo en los casos límites llega a presentarse como una neurosis aislada, y puede ser tratada como tal. En toda una serie de casos podemos, pues, decir: A POTIORI FIT DENOMINATIO.

Examinaremos ahora, desde este punto de vista, los historiales clínicos antes detallados, con el fin de comprobar si confirman o no nuestra concepción de la falta de independencia clínica de la histeria. Ana O., la paciente de Breuer, parece contradecir nuestro juicio y padecer una histeria pura. Pero este caso, que tan importante ha sido para el conocimiento de la histeria, no fue examinado por su observador desde el punto de vista de la neurosis sexual, y, por tanto, no puede sernos de ninguna utilidad para nuestros fines actuales. Al comenzar el análisis de Emmy de N. no abrigaba yo la menor sospecha de que la base de la histeria pudiera ser una neurosis sexual. Acababa de regresar de la clínica de Charcot y consideraba el enlace de la histeria con el tema de la sexualidad como

una especie de insulto personal, conducta análoga a la observada, en general, por las pacientes. Pero cuando ahora reviso mis notas de entonces sobre esta enferma me veo obligado a reconocer que se trataba de un grave caso de neurosis de angustia, con expectación angustiosa y fobias, originado por la abstinencia sexual y combinado con una histeria.

El caso de miss Lucy R. es, quizá, el que con mayor justificación podemos considerar como un caso límite de histeria pura. Constituye una histeria breve, de curso episódico y etiología innegablemente sexual, tal y como correspondería a una neurosis de angustia. Trátase, en efecto de una mujer ya en los linderos de la madurez y soltera aún, cuya inclinación amorosa despierta con rapidez excesiva, impulsada por una mala interpretación. Por defecto del análisis o por otras causas no encontré aquí indicio ninguno de neurosis de angustia. El caso de Catalina puede considerarse como el prototipo de aquello que hemos denominado «angustia virginal», consistente en una combinación de neurosis de angustia e histeria. La primera crea los síntomas, y la segunda los repite y labora con ellos. Por otra parte, se trata de un caso típico de las frecuentes neurosis juveniles, calificadas de «histeria». El caso de Isabel de R. tampoco fue investigado desde el punto de vista de las neurosis sexuales. Mi sospecha de que se hallaba basado en una neurastenia espinal no llegó a tener confirmación. Pero he de añadir que desde esta fecha aún se me han presentado menos casos de histeria pura, y que si pude reunir como tales los cuatro que anteceden y prescindir en su solución de toda referencia a las neurosis sexuales, ello se debió tan sólo a tratarse de casos anteriores a la época en la que comencé a investigar intencionada y penetrantemente la subestructura neurótica sexual. Y si en lugar de cuatro casos no he comunicado doce o más, cuyo análisis confirma en todos sus puntos nuestra teoría del mecanismo de los fenómenos histéricos, ha sido por forzarme a silenciarlos la circunstancia de que el análisis los revela como neurosis sexuales, aunque ningún médico les hubiera negado el «nombre» de histeria. Pero la explicación de estas neurosis sexuales sobrepasa los límites que nos hemos impuesto en el presente trabajo.

Todo esto no quiere decir que yo niegue la histeria como afección neurótica independiente, considerándola tan sólo como manifestación psíquica de la neurosis de angustia, adscribiéndole únicamente síntomas «ideógenos», y transcribiendo los síntomas somáticos (puntos histerógenos, anestias) a las neurosis de angustia. Nada de eso. A mi juicio, puede tratarse aisladamente de la histeria, libre de toda mezcla desde todos los puntos de vista, salvo desde el

terapéutico, pues en la terapia se persigue un fin práctico: la supresión del estado patológico en su totalidad, y si la histeria aparece casi siempre como componente de una neurosis mixta, nos encontraremos en situación parecida a la que nos plantea una infección mixta, en la cual la salvación del enfermo no puede conseguirse combatiendo uno sólo de los agentes de la enfermedad.

Por tanto, es de gran importancia para mí separar la parte de la histeria en los cuadros patológicos de las neurosis mixtas de la correspondiente a la neurastenia, la neurosis de angustia, etc., pues una vez realizada esta separación, me resulta ya posible dar expresión concreta y precisa al valor terapéutico del método catártico. Puedo, en efecto, arriesgar la afirmación de que en principio es susceptible de suprimir cualquier síntoma histérico, siendo, en cambio, impotente contra los fenómenos de la neurastenia, y no actuando sino muy raras veces y por largos rodeos sobre las consecuencias psíquicas de la neurosis de angustia. De este modo su eficacia terapéutica dependerá en cada caso de que el componente histérico del cuadro patológico ocupe en él o no un lugar más importante, desde el punto de vista práctico, que los otros componentes neuróticos.

No es ésta la única limitación de la eficacia del método catártico. Existe aún otra, de la que ya tratamos en nuestra «comunicación preliminar». El método catártico no actúa, en efecto, sobre las condiciones causales de la histeria, y, por tanto, no puede evitar que surjan nuevos síntomas en el lugar de los suprimidos. En consecuencia, podemos atribuir a nuestro método terapéutico un lugar sobresaliente dentro del cuadro de la terapia de las neurosis, pero limitando estrictamente su alcance a este sector. No siéndome posible desarrollar aquí la exposición de una «terapia de las neurosis» tal y como sería necesaria para la práctica médica, agregaré únicamente a lo ya dicho algunas observaciones aclaratorias:

1.^a No puedo afirmar haber logrado, en todos y cada uno de los casos tratados por el método catártico, la supresión de los síntomas histéricos correspondientes. Pero sí creo que tales resultados negativos han obedecido siempre a circunstancias personales del paciente y no deficiencias del método. A mi juicio, puede prescindirse de estos casos en la valoración del mismo, análogamente a como el cirujano que inicia una nueva técnica prescinde para enjuiciarla de los casos de muerte durante la narcosis o por hemorragia interna, infección casual, etc. Cuando más adelante nos ocupemos de las dificultades e

inconvenientes de nuestro procedimiento, volveremos a tratar de los resultados negativos de este orden.

2.^a El método catártico no pierde su valor por el hecho de ser un método sintomático y no causal, pues una terapia causal no es, en realidad, más que profiláctica: suspende los efectos del mal, pero no suprime necesariamente los productos ya existentes del mismo, haciéndose precisa una segunda acción que lleve a cabo esta última labor. Esta segunda acción es ejercida insuperablemente en la histeria por el método catártico.

3.^a Cuando se ha llegado a vencer un período de producción histérica o un paroxismo histérico agudo, y sólo quedan ya como fenómenos residuales los síntomas histéricos, se demuestra siempre eficaz y suficiente el método catártico, consiguiendo resultados completos y duraderos. Precisamente en el terreno de la vida sexual se nos ofrece con gran frecuencia una tal constelación, favorable a la terapia, a consecuencia de las grandes oscilaciones de la intensidad del apetito sexual y de la complicación de las condiciones del trauma sexual. En estos casos resuelve el método catártico todos los problemas que se planteen, pues el médico no puede proponerse modificar una constitución como la histeria, y ha de satisfacerse con suprimir la enfermedad que tal constitución puede hacer surgir con el auxilio de circunstancias exteriores. De este modo se dará por contento si logra devolver al enfermo su capacidad funcional. Por otro lado, puede considerar con cierta tranquilidad el futuro por lo que respecta a la posibilidad de una recaída. Sabe, en efecto, que el carácter principal de la etiología de las neurosis es la *sobredeterminación* de su génesis; o sea, que para dar nacimiento a una de estas afecciones es necesario que concurren varios factores, y, por tanto, puede abrigar la esperanza de que tal coincidencia tarde mucho en producirse, aunque algunos de los factores etiológicos hayan conservado toda su eficacia.

Podría objetarse que en tales casos, ya resueltos, de histeria van desapareciendo de todos modos por sí solos los síntomas residuales. Pero lo cierto es que tal curación espontánea no es casi nunca rápida ni completa; caracteres que puede darle la intervención terapéutica. La interrogación de si la terapia catártica cura tan sólo aquello que hubiera desaparecido por curación espontánea o también algo más que nunca se hubiese resuelto espontáneamente, habremos de dejarla por ahora sin respuesta.

4.^a En los casos de histeria aguda, esto es, en el período de más intensa producción de síntomas histéricos y de dominio consecutivo del yo por los

productos patológicos (psicosis histérica), el método catártico no consigue modificar visiblemente el estado del sujeto. El neurólogo se encuentra entonces en una situación análoga a la del internista ante una infección aguda. Los factores etiológicos han actuado con máxima intensidad en una época pretérita, cerrada ya a toda acción terapéutica, y se hacen ahora manifiestos, después del período de incubación. No hay ya posibilidad de interrumpir la dolencia, y el médico tiene que limitarse a esperar que la misma termine su curso, creando mientras tanto las circunstancias más favorables al paciente. Si durante tal período agudo suprimimos los productos patológicos, esto es, los síntomas histéricos recién surgidos, veremos aparecer en seguida otros en sustitución suya. La desalentadora impresión de realizar una labor tan vana como la de las Danaides, el constante y penoso esfuerzo de todos los momentos y el descontento de los familiares del enfermo hacen difícilísima al médico, en estos casos agudos, la aplicación del método catártico. Pero contra estas dificultades ha de tenerse en cuenta que también en tales casos puede ejercer una benéfica influencia la continuada supresión de los productos patológicos, auxiliando al yo del enfermo en su defensa y preservándole, quizá, de caer en la psicosis o en la demencia definitiva.

Esta actuación del método catártico en los casos de histeria aguda, e incluso su capacidad de restringir visiblemente la producción de nuevos síntomas patológicos, se nos muestran con claridad suficiente en el historial clínico de Ana O., la paciente en la que Breuer aprendió a ejercer por vez primera tal procedimiento psicoterápico.

5.^a En los casos de histeria crónica con producción medida, pero continua, de síntomas histéricos, se nos hace sentir más que nunca la falta de una terapia de eficacia causal; pero también aprendemos a estimar más que nunca el valor del método catártico como terapia sintomática. Nos hallamos en estos casos ante una perturbación dependiente de una etiología de actuación crónica y continua. Todo depende de robustecer la capacidad de resistencia del sistema nervioso del enfermo, teniendo en cuenta que la existencia de un síntoma histérico significa para este sistema nervioso una debilitación de su resistencia, y representa un factor favorable a la histeria. Como por el mecanismo de la histeria monosintomática podemos deducir, los nuevos síntomas histéricos se forman con máxima facilidad, apoyándose en los ya existentes y tomándolos por modelo. El camino seguido por un síntoma en su emergencia permanece abierto para otros y

el grupo psíquico separado se convierte en núcleo de cristalización, sin cuya existencia nada hubiera cristalizado. Suprimir los síntomas existentes y las modificaciones psíquicas, dadas en su base, equivale a devolver por completo al enfermo toda su capacidad de resistencia, con la cual podrá vencer la acción de su padecimiento. Una larga y constante vigilancia y un periódico *chimney sweeping* puede hacer mucho bien a estos enfermos.

6.^a Hemos afirmado que no todos los síntomas histéricos son psicógenos, y luego, que todos pueden ser suprimidos por un procedimiento psicoterápico. Esto parece contradecirse. La solución está en que una parte de estos síntomas no psicógenos constituye un signo de enfermedad, pero no puede considerarse como un padecimiento por sí misma (por ejemplo, los estigmas), resultando así carente de toda importancia práctica su subsistencia ulterior a la solución terapéutica del caso. Otros de estos síntomas parecen ser arrastrados por los psicógenos en una forma indirecta, siendo así de suponer que dependen también indirectamente de una causa psíquica.

Pasamos ahora a tratar de las dificultades e inconvenientes de nuestro procedimiento terapéutico, tema del cual ya hemos expuesto mucho en los historiales clínicos detallados y en las observaciones sobre la técnica del método. Nos limitaremos, pues, aquí a una simple enumeración. El procedimiento es muy penoso para el médico y le exige gran cantidad de su tiempo, aparte de una intensa afición a las cuestiones psicológicas y cierto interés personal hacia el enfermo. No creo que me fuera posible adentrarme en la investigación del mecanismo de la histeria de un sujeto que me pareciera vulgar o repulsivo, y cuyo trato no consiguiera despertar en mí alguna simpatía; en cambio, para el tratamiento de un tabético o un reumático no son necesarios tales requisitos personales. Por parte del enfermo son precisas también determinadas condiciones. El método resulta inaplicable a sujetos cuyo nivel intelectual no alcanza cierto grado, y toda inferioridad mental lo dificulta grandemente. Es, además, necesario un pleno consentimiento del enfermo y toda su atención; pero, sobre todo, su confianza en el médico, pues el análisis conduce siempre a los procesos psíquicos más íntimos y secretos. Gran parte de los enfermos a los que se podría aplicar tal tratamiento se sustraen al médico en cuanto sospechan el sentido en el que va a orientarse la investigación. Estos enfermos no han cesado de ver en el médico a un extraño. En aquellos otros que se deciden a poner en el médico toda su confianza, con plena voluntad y sin exigencia ninguna por parte

del mismo, no puede evitarse que su relación personal con él ocupe debidamente por algún tiempo un primer término, pareciendo incluso que una tal influencia del médico es condición indispensable para la solución del problema.

Esta circunstancia no tiene relación alguna con el hecho de que el sujeto sea o no hipnotizable. Ahora bien: la imparcialidad nos exige hacer constar que estos inconvenientes, aunque inseparables de nuestro procedimiento, no pueden serle atribuidos, pues resulta evidente que tiene su base en las condiciones previas de las neurosis que se trata de curar, y habrán de presentarse en toda actividad médica que exija una estrecha relación con el enfermo y tienda a una modificación de su estado psíquico. No obstante haber hecho en algunos casos muy amplio uso de la hipnosis, nunca he tenido que atribuir a este medio terapéutico daño ni peligro alguno. Si alguna vez no ha sido provechosa mi intervención médica, ello se ha debido a causas distintas y más hondas. Revisando mi labor terapéutica de estos últimos años, a partir del momento en que la confianza de mi maestro y amigo el doctor Breuer me permitió aplicar el método catártico, encuentro muchos más resultados positivos que negativos, habiendo conseguido en numerosas ocasiones más de lo que con ningún otro medio terapéutico hubiera alcanzado. He de confirmar, pues, lo que ya dijimos en nuestra «comunicación preliminar»: el método catártico constituye un importantísimo progreso.

He de añadir aún otra ventaja del empleo de este procedimiento. El mejor medio de llegar a la inteligencia de un caso grave de neurosis complicada con más o menos mezcla de histeria, es también, para mí, su análisis por el método de Breuer. En primer lugar, conseguimos así hacer desaparecer todo aquello que muestra un mecanismo histérico, y en segundo, logramos interpretar los demás fenómenos y descubrir su etiología, adquiriendo con ello puntos de apoyo para la aplicación de la terapia correspondiente. Cuando pienso en la diferencia existente entre los juicios que sobre un caso de neurosis formo antes y después del análisis me inclino a considerar indispensable tal análisis para el conocimiento de todo caso de neurosis. Además, me he acostumbrado a enlazar la aplicación de la psicoterapia catártica con una cura de reposo, que en caso necesario puede intensificarse hasta el extremo de la cura de Weir-Mitchell. Este procedimiento combinado tiene la doble ventaja de evitar, por una parte, la intervención perturbadora de nuevas impresiones durante el tratamiento psicoterapéutico, excluyendo, por otra, el hastío de la cura de reposo, que da ocasión a los enfermos para ensoñaciones nada favorables. Podría suponerse que

la labor psíquica, a veces muy considerable, impuesta al enfermo durante una cura catártica, y la excitación consiguiente a la reproducción de sucesos traumáticos, han de actuar en sentido contrario al de la cura de reposo de Weir-Mitchell e impedir su éxito. Pero en realidad sucede todo lo contrario, pues por medio de la combinación de la terapia de Breuer con la de Weir-Mitchell se consigue toda la mejora física que esperamos de esta última y un resultado psíquico más amplio del que jamás se obtiene por medio de la sola cura de reposo sin tratamiento psicoterápico simultáneo.

II DIJIMOS antes que en nuestras tentativas de aplicar en amplia escala el método de Breuer tropezamos con la dificultad de que gran número de enfermos no resultaban hipnotizables, a pesar de haber sido diagnosticada de histeria su dolencia y ser favorables todos los indicios a la existencia del mecanismo psíquico por nosotros descrito. Siéndonos precisa la hipnosis para lograr la ampliación de la memoria, con objeto de hallar los recuerdos patógenos no existentes en la conciencia ordinaria, teníamos, pues, que renunciar a estos enfermos o intentar conseguir tal ampliación por otros caminos.

La razón de que unos sujetos fueran hipnotizables y otros no me era tan desconocida, como, en general, a todo el mundo, y de este modo no me era factible emprender un camino causal para salvar esta dificultad. Observé únicamente que en algunos enfermos era aún más considerable el obstáculo, pues se negaban incluso a la sola tentativa de hipnotizarlos. Se me ocurrió entonces que ambos casos podían ser idénticos, significando ambos una voluntad contraria a la hipnosis. Así, no serán hipnotizables aquellos sujetos que abrigaran recelos contra la hipnosis, se negasen o no abiertamente a toda tentativa de este orden. Pero en la hora presente no sé aún si debo o no sostener esta hipótesis.

Tratábase, pues, de eludir la hipnosis y descubrir, sin embargo, los recuerdos patógenos. He aquí cómo llegué a este resultado:

Cuando, al acudir a mí por vez primera los pacientes, les preguntaba si recordaban el motivo inicial del síntoma correspondiente, alegaban unos ignorarlo por completo, y comunicaban otros algo que les parecía un oscuro recuerdo, imposible de precisar y desarrollar. Si, ciñéndonos entonces a la conducta de Bernheim en la evocación de recuerdos correspondientes al somnambulismo y aparentemente olvidados, los apremiaba yo, asegurándoles que no podían menos de saberlo y recordarlo, emergía en unos alguna ocurrencia y ampliaban otros el recuerdo primeramente evocado. Llegado a este punto,

extremaba yo mi insistencia, hacia tenderse a los enfermos sobre un diván y les aconsejaba que cerrasen los ojos para lograr mayor «concentración»; circunstancias que daban al procedimiento cierta analogía con el hipnotismo, obteniendo realmente el resultado de que, sin recurrir para nada a la hipnosis, producían los pacientes nuevos y más lejanos recuerdos, enlazados con el tema de que tratábamos. Estas observaciones me hicieron suponer que había de ser posible conseguir por el simple apremio la emergencia de las series de representaciones patógenas seguramente dadas, y como este apremio constituía por mi parte un esfuerzo, hube de pensar que se trataba de vencer una resistencia del sujeto. De este modo concreté mis descubrimientos en la teoría de que *por medio de mi labor psíquica había de vencer una fuerza psíquica opuesta en el paciente a la percolación consciente (recuerdo) de las representaciones patógenas*. Esta energía psíquica debía de ser la misma que había contribuido a la génesis de los síntomas histéricos, impidiendo por entonces la percatación consciente de la representación patógena. Surgía aquí la interrogación de cuál podría ser esta fuerza y a qué motivos obedecía. Varios análisis, en los que se me ofrecieron ejemplos de representaciones patógenas olvidadas y rechazadas de la conciencia, me facilitaron la respuesta, descubriéndome un carácter común a este orden de representaciones. Todas ellas eran de naturaleza penosa, muy apropiadas para despertar afectos displacientes, tales como la vergüenza, el remordimiento, el dolor psíquico o el sentimiento de la propia indignidad; representaciones, en fin, que todos preferimos eludir y olvidar lo antes posible. De todo esto nacía como espontáneamente el pensamiento de la *defensa*. Sostienen, en general, los psicólogos que la acogida de una representación nueva (acogida en el sentido de creencia o de reconocimiento de su realidad) depende de la naturaleza y orientación de las representaciones ya reunidas en el yo, y han creado diferentes denominaciones técnicas para la censura^[82], a la que es sometida la nueva representación afluyente. En nuestros casos ha afluido al yo del enfermo una representación que se demostró intolerable, despertando en él una energía de repulsión, encaminada a su defensa contra dicha representación. Esta defensa consiguió su propósito, y la representación quedó expulsada de la conciencia y de la memoria sin que pareciera posible hallar su huella psíquica. Pero no podía menos de existir tal huella. Al esforzarme yo en orientar hacia ella la atención del paciente, percibía, a título de *resistencia*, la misma energía que antes de la génesis del síntoma se había manifestado como *repulsa*. Si me era

posible demostrar que la representación había llegado a ser patógena, precisamente por la repulsa y la represión de que había sido objeto habría quedado cerrado el razonamiento. En varias de las epicrisis de los historiales clínicos que preceden, y en un breve trabajo sobre las neurosis de defensa^[83], he intentado exponer las hipótesis psicológicas, con cuyo auxilio podemos explicar estos extremos, o sea, el hecho de la *conversión*.

Así, pues, una fuerza psíquica —la repugnancia del yo— excluyó primitivamente de la asociación a la representación patógena y se opuso a su retorno a la memoria. La ignorancia del histérico depende, por tanto, de una volición más o menos consciente, y el cometido del terapeuta consiste en vencer, por medio de una labor psíquica, esta *resistencia a la asociación*. Este fin se consigue, en primer lugar, por el «apremio», o sea, por el empleo de una coerción psíquica que oriente la atención del enfermo hacia las huellas de las representaciones buscadas. Pero no basta con esto; la labor del terapeuta toma en el análisis, como luego demostraré, otras distintas formas, y llama en su auxilio a otras fuerzas psíquicas.

Veamos primero el apremio. Con la simple afirmación «No tiene usted más remedio que saberlo. Reflexione un poco y se le ocurrirá», se adelanta muy poco. A las pocas frases, y por intensa que sea su «concentración», pierde el hilo el paciente. Pero no debemos olvidar que se trata aquí siempre de una comparación cuantitativa de la lucha entre motivos diferentemente enérgicos e intensos. El apremio ejercido por el médico no integra energía suficiente para vencer la «resistencia a la asociación» en una histeria grave. Hemos tenido, pues, que buscar otros medios más eficaces.

En primer lugar nos servimos de un pequeño artificio técnico. Comunicamos al enfermo que vamos a ejercer una ligera presión sobre su frente; le aseguramos que durante ella surgirá ante su visión interior una imagen, o en su pensamiento una ocurrencia, y le comprometemos a darnos cuenta de ellas, cualesquiera que sean. No deberá detenerlas, pensando que no tienen relación con lo buscado, o, por serles desagradable, comunicarlas. Si nos obedece y prescinde de toda crítica y toda retención, hallaremos infaliblemente lo buscado. Dicho esto, aplicamos la mano a la frente del enfermo durante un par de segundos y, retirándola luego, le preguntamos con entonación serena, como si estuviéramos seguros del resultado: «¿Qué ha visto usted o qué se le ha ocurrido?»

Este procedimiento me ha descubierto muchas cosas, conduciéndome

siempre al fin deseado. Sé, naturalmente, que podía sustituir la presión sobre la frente del enfermo por otra señal cualquiera, pero la he elegido por ser la que resulta más cómoda y sugestiva. Para explicar la eficacia de este artificio podría decir que equivalía a una «hipnosis momentáneamente intensificada», pero el mecanismo de la hipnosis tiene tanto de enigmático, que prefiero no referirme a él en una tentativa de aclaración. Diré, pues, más bien, que la ventaja de este procedimiento consiste en disociar la atención del enfermo de sus asuntos y reflexiones conscientes, análogamente a como sucede fijando la vista en una bola de vidrio, etcétera. Pero la teoría que deducimos del hecho de surgir siempre bajo la presión de nuestra mano los elementos buscados es la que sigue: la representación patógena, supuestamente olvidada, se halla siempre preparada «en lugar cercano», y puede ser encontrada por medio de una asociación asequible; trátase tan sólo de superar cierto obstáculo. Este obstáculo parece ser la voluntad misma del sujeto, y muchos de éstos aprenden a prescindir de tal voluntad y a mantenerse en una observación totalmente objetiva ante los procesos psíquicos que en ellos se desarrollan.

No es siempre un recuerdo «olvidado» lo que surge bajo la presión de la mano. Los recuerdos realmente patógenos rara vez se encuentran tan próximos a la superficie. Lo que generalmente emerge es una representación, que constituye un elemento intermedio entre aquella que tomamos como punto de partida y la patógena buscada, o es, a su vez, el punto inicial de una nueva serie de pensamientos y recuerdos, en cuyo otro extremo se encuentra la representación patógena. La presión no ha descubierto, entonces, la representación patógena — la cual, sin preparación previa y arrancada de su contexto, nos resultaría, además, incomprensible, pero nos ha mostrado el camino que a ella conduce, indicándonos el sentido en el que debemos continuar nuestra investigación. La representación primeramente despertada por la presión puede corresponder también a un recuerdo perfectamente conocido y nunca reprimido. Cuando en el camino hacia la representación patógena pierde de nuevo el hilo la paciente, se hace necesario repetir el procedimiento para reconstituir el enlace y la orientación.

En otros casos despertamos con la presión un recuerdo que, no obstante ser familiar al paciente le sorprende con su emergencia, pues había olvidado su relación con la representación elegida como punto de partida. En el curso ulterior del análisis se hace luego evidente esta relación. Todos estos resultados de nuestro procedimiento nos dan la falsa impresión de que existe una

inteligencia superior, exterior a la conciencia del enfermo, que mantiene en orden, para determinados fines, un considerable material psíquico, y ha hallado un ingenioso arreglo para su retorno a la conciencia. Pero, a mi juicio, esta segunda inteligencia no es sino aparente.

En todo análisis algo complicado laboramos repetidamente, o mejor aún, de continuo, con ayuda de este procedimiento (de la presión sobre la frente), el cual nos muestra, unas veces, el camino por el que hemos de continuar, a través de recuerdos conocidos desde el punto en el que se interrumpen las referencias despiertas del enfermo; nos llama, otras, la atención sobre conexiones olvidadas; provoca y ordena recuerdos que se hallaban sustraídos a la asociación desde muchos años atrás, pero que aún pueden ser reconocidos como tales, y hace emerger, en fin, como supremo rendimiento de la reproducción, pensamientos que el enfermo no quiere reconocer jamás como suyos, no *recordándolos* en absoluto, aunque confiesa que el contexto los exige indispensablemente, convenciéndole luego por completo al ver que precisamente tales representaciones traen consigo el término del análisis y la cesación de los síntomas.

Expondré aquí algunos ejemplos de los excelentes resultados de este procedimiento técnico. En una ocasión hube de someter a tratamiento a una muchacha, afecta desde seis años atrás de una insoportable tos nerviosa, que tomaba nuevas fuerzas con ocasión de cada catarro vulgar, pero que integraba, desde luego, fuertes motivos psíquicos. Habiendo fracasado todos los remedios puestos en práctica con anterioridad, intenté la supresión del síntoma por medio del análisis psíquico. La sujeto no sabía sino que su tos nerviosa comenzó cuando tenía catorce años y se hallaba viviendo con una tía suya. No recordaba haber experimentado por aquella época excitación psíquica ninguna, ni creía que su enfermedad tuviera un motivo de este orden. Bajo la presión de mi mano, se acordó, en primer lugar, de un gran perro. Luego reconoció esta imagen mnémica: era el perro de su tía, que le tomó mucho afecto y la acompañaba a todas partes. Inmediatamente, y sin auxilio alguno, recordó que este perro enfermó y murió; que entre ella y otros niños le hicieron un entierro solemne, y que al volver de este entierro fue cuando surgió por vez primera su tos. Preguntada por qué y auxiliándola de nuevo por medio de la presión sobre la frente, surgió la idea que sigue: «Ahora estoy ya sola en el mundo. Nadie me quiere. Este animal era mi único amigo y lo he perdido». Luego prosiguió su relato: «La tos desapareció al dejar yo de vivir con mi tía, pero me volvió año y

medio después». «¿Por qué causa?» «No lo sé». Volví a poner mi mano sobre su frente y la sujeto recordó la noticia de la muerte de su tía, al recibir la cual tuvo un nuevo ataque de tos. Luego emergieron pensamientos análogos a los anteriores. Su tía había sido la única persona de su familia que le había demostrado algún cariño. Así, pues, la representación patógena era la de que nadie la quería, prefiriendo todos siempre a los demás y siendo ella, en realidad, indigna de cariño, etc. Pero, además, la idea de «cariño» se adhería algo contra cuya comunicación surgió una tenaz resistencia. El análisis quedó interrumpido antes de llegar a un completo esclarecimiento.

Hace algún tiempo me fue confiada la labor de liberrar de sus ataques de angustia a una señora ya entrada en años, cuyo carácter no era apropiado para el tratamiento psíquico. Desde la menopausia, había caído en una exagerada devoción y me recibía siempre, como si fuese el demonio, armada de un pequeño crucifijo de marfil que ocultaba en su mano derecha. Sus ataques de angustia, de naturaleza histérica, venían atormentándola desde su juventud, y provenían, a su juicio, del uso de un preparado de yodo que le recetaron contra una ligera inflamación del tiroides. Naturalmente, rechacé yo este supuesto origen e intenté sustituirlo por otro, más de acuerdo con mis opiniones sobre la etiología de los síntomas neuróticos. A mi primera pregunta en busca de una impresión de su juventud, que se hallase en relación causal con los ataques de angustia, surgió, bajo la presión de mi mano, el recuerdo de la lectura de uno de aquellos libros llamados de devoción, en el cual se integraba una mención de los procesos sexuales. Este pasaje hizo a la sujeto un efecto contrario al que el autor se proponía. Rompió a llorar y arrojó el libro lejos de sí. Esto sucedió antes del primer ataque de angustia. Una nueva presión sobre la frente de la enferma hizo surgir otra reminiscencia: el recuerdo de un preceptor de su hermano, que le demostraba una respetuosa inclinación y le había inspirado también amorosos sentimientos. Este recuerdo culminaba en la reproducción de una tarde que pasó con sus hermanos y el joven profesor en amena y gratísima conversación. Aquella misma noche la despertó el primer ataque de angustia, enlazado más bien con una rebelión de la sujeto contra un sentimiento sexual que con el medicamento que entonces tomaba. Sólo nuestra técnica analítica podía permitir el descubrimiento de tal conexión, tratándose de una paciente como ésta, tan obstinada y tan prevenida contra mí y contra toda terapia mundana.

Otra vez se trataba de una señora joven, muy feliz en su matrimonio, que ya en sus primeros años juveniles aparecía todas las mañanas tendida sin movimiento en su lecho, presa de un estado de estupor, rígida, con la boca abierta y la lengua fuera, ataques que habían comenzado a repetirse, aunque no con tanta intensidad, cuando acudí a mí. No siéndome posible hipnotizarla con la profundidad deseable, emprendí el análisis en estado de concentración, y al ejercer por vez primera la presión sobre su frente, le aseguré que iba a ver algo directamente relacionado con las causas de aquellos estados de su infancia. La sujeto se condujo tranquila y obedientemente, viendo de nuevo la casa en que había transcurrido su niñez, su alcoba, la situación de su cama, la figura de su abuela, que por entonces vivía con ellos, y la de una de sus institutrices a la que había querido mucho. Luego se sucedieron varias pequeñas escenas sin importancia, que se desarrollaron en aquellos lugares y entre aquellas personas, terminando la evocación con la despedida de la institutriz, que abandonó la casa para contraer matrimonio. Ninguna de estas reminiscencias parecía poderme ser de alguna utilidad, pues no me era posible relacionarlas con la etiología de los ataques. Sin embargo, integraban diversas circunstancias, por las que revelaban pertenecer a la época en que dichos ataques comenzaron.

Pero antes de poder reanudar el análisis en busca de más amplios datos, tuve ocasión de hablar con un colega, que había sido el médico de cabecera de los padres de la sujeto, asistiéndola cuando comenzó a padecer los ataques referidos. Era entonces nuestra paciente todavía una niña, pero de robusto y adelantado desarrollo. Al visitarla, hubo de observar mi colega el exagerado cariño que demostraba a su institutriz, y concibiendo una determinada sospecha, aconsejó a la abuela que vigilara las relaciones entre ambas. Al poco tiempo le dio cuenta la señora de que la institutriz acudía muchas noches al lecho de su educanda, la cual, siempre que esto ocurría, aparecía a la mañana con el ataque. No dudaron, pues, en alejar, sin ruido, a la corruptora. A los niños, e incluso a la madre, se les hizo creer que la institutriz abandonaba la casa para contraer matrimonio.

La terapia consistió en comunicar a la paciente esta aclaración, cesando, por lo pronto, los ataques.

En ocasiones, los datos que obtenemos por el procedimiento de la presión sobre la frente del sujeto surgen en forma y circunstancias tan singulares, que nos inclinamos nuevamente a la hipótesis de una inteligencia inconsciente. Así,

recuerdo de una señora, atormentada desde muchos años atrás por representaciones obsesivas y fobias, que, al interrogarla yo sobre el origen de sus padecimientos, me señaló como época del mismo sus años infantiles, pero sin que supiera precisar las causas que en ellos produjeron tales resultados patológicos. Era esta señora muy sincera e inteligente, y no oponía al análisis sino muy ligera resistencia. (Añadiré aquí que el mecanismo psíquico de las representaciones obsesivas presenta *gran* afinidad con el de los síntomas histéricos, empleándose para ambos en el análisis la misma técnica.)

Al preguntar a esta señora si, bajo la presión de mi mano, había visto algo o evocado algún recuerdo, me respondió que ninguna de las dos cosas, pero que, en cambio, se le había ocurrido una palabra. «¿Una sola palabra?» «Si, y, además, me parece una tontería». «Dígala, de todos modos». «Porteros». «¿Nada más?» «Nada más». Volviendo a ejercer presión sobre la frente de la enferma, obtuve otra palabra aislada: «Camisa». Me encontraba, pues, ante una nueva forma de responder al interrogatorio analítico, y repitiendo varias veces la presión sobre la frente, reuní una serie de palabras sin coherencia aparente: «Portero-camisa-cama-ciudad-carro». Luego pregunté qué significaba todo aquello y la paciente, después de un momento de reflexión, me contestó como sigue: «Todas esas palabras tienen que referirse a un suceso que ahora recuerdo. Teniendo yo diez años y doce mi hermana mayor, sufrió ésta, por la noche, un ataque de locura furiosa, y hubo que atarla y llevarla en un carro a la ciudad. Me acuerdo que fue el portero quien la sujetó y la acompañó luego al manicomio».

Prosiguiendo en esta forma la investigación, obtuvimos otras series de palabras, y aunque no todas nos revelaron su sentido, sí fueron suficientes para continuar la historia iniciada y enlazarla con un segundo suceso. Pronto se nos descubrió también la significación de esta reminiscencia. La enfermedad de su hermana la había impresionado tanto porque tenía con ella un secreto común. Ambas dormían en el mismo cuarto y cierta noche habían ambas tolerado contactos sexuales por parte de la misma persona masculina. La mención de este trauma sexual sufrido en la niñez nos descubrió no sólo el origen de las primeras representaciones obsesivas, sino también el trauma patógeno ulterior. La singularidad de este caso consistía tan sólo en la emergencia de palabras aisladas que habíamos de transformar en frases, pues la aparente falta de relación y de coherencia es un carácter común a todas las ideas y escenas que surgen al ejercer presión sobre la frente de los sujetos. Luego, en el curso ulterior del análisis, resulta siempre que las reminiscencias aparentemente incoherentes se hallan

enlazadas, en forma muy estrecha, por conexiones mentales, conduciendo directamente al factor patógeno buscado.

Así, recuerdo con agrado un análisis en el que mi confianza en los resultados de mi técnica fue duramente puesta a prueba, al principio, para quedar luego espléndidamente justificada: una señora joven, muy inteligente y aparentemente feliz, me consultó sobre un tenaz dolor que sentía en el bajo vientre y que ninguna terapia había logrado mitigar. Diagnostiqué una leve afección orgánica y ordené un tratamiento local.

Al cabo de varios meses volvió la sujeto a mi consulta, manifestándome que el dolor había desaparecido bajo los efectos del tratamiento prescrito, sin atormentarla de nuevo durante mucho tiempo, pero que ahora había surgido otra vez, y ésta con carácter nervioso. Reconocía este carácter en el hecho de no sentirlo como antes, al realizar algún movimiento, sino sólo a ciertas horas —por ejemplo, al despertar— y bajo los efectos de determinadas excitaciones. Este diagnóstico, establecido por la propia enferma, era rigurosamente exacto. Tratábase, pues, de encontrar la causa de tal dolor, para lo cual se imponía el análisis psíquico. Hallándose en estado de concentración y bajo la presión de mi mano, al preguntarle yo si se le ocurría algo o veía alguna cosa, se decidió por esto último y comenzó a describirme sus imágenes visuales. Veía algo como el sol con sus rayos, imagen que, naturalmente, supuse fuese un fosfeno producido por la presión de mi mano sobre sus ojos. Esperé, pues, que a continuación vendría algo más aprovechable para nuestros fines analíticos, pero la enferma prosiguió: «Veo estrellas de una singular luz azulada, como de luna; puntos luminosos, resplandores, etcétera». Me disponía, por tanto, a contar este experimento entre los fracasados y a salir del paso en forma que la sujeto no advirtiese el fracaso, cuando una de las imágenes que iba describiendo me hizo rectificar. Veía ahora una gran cruz negra, inclinada hacia un lado, circunscrita por un halo de la misma luz lunar que había iluminado las imágenes anteriores y coronada por una llama. Esto no podía ser ya un fosfeno. Luego, y siempre acompañadas del mismo resplandor, fueron surgiendo otras muchas imágenes: signos extraños, semejantes a los de la escritura del sánscrito; figuras triangulares y un gran triángulo bajo ellas; otra vez la cruz... Sospechando que esta última imagen pudiera tener una significación alegórica, pregunté sobre ello a la sujeto. «Probablemente es una alusión a mis dolores». A esto objeté yo que la cruz era, más corrientemente, un símbolo de una pesadumbre moral, e inquirí si en este caso se escondía algo semejante detrás de sus padecimientos físicos;

pero la enferma no supo darme respuesta alguna y continuó atendiendo a sus imágenes visuales: un sol de dorados rayos, que interpretó como símbolo de Dios; la fuerza original, un monstruoso lagarto, un montón de serpientes; otra vez el sol, pero menos brillante y con rayos de plata, e interpuesta entre él y su propia persona, una reja que le oculta su centro.

Seguro de que todas estas imágenes eran alegorías, pregunté a la sujeto cuál era la significación de la última imagen, obteniendo sin vacilación ni reflexión algunas la siguiente respuesta: «El sol es la perfección, el ideal, y la reja son mis defectos y debilidades, que se interponen entre el ideal y yo». «Pero ¿es que está usted descontenta consigo misma y se reprocha algo?» «¡Ya lo creo!» «¿Desde cuándo?» «Desde que formo parte de una sociedad teosófica y leo los escritos que publica. De todos modos, nunca he tenido gran opinión de mí». «¿Qué es lo que le ha impresionado más en estos últimos tiempos?» «Una traducción del sánscrito, que la sociedad está publicando ahora por entregas». Momentos después me hallaba al corriente de sus luchas espirituales y oía el relato de un pequeño suceso que le dio motivo para hacerse objeto de un reproche y con ocasión del cual aparecieron por vez primera, como consecuencia de una conversión de excitación, sus dolores, antes orgánicos. Las imágenes que al principio supuse fosfenos eran símbolos de pensamientos ocultistas y quizá emblemas de las cubiertas de los libros ocultistas leídos por la sujeto.

He alabado tan calurosamente los resultados del procedimiento auxiliar de ejercer presión sobre la frente del sujeto y he descuidado tan por completo, mientras tanto, la cuestión de la defensa o la resistencia, que seguramente habré dado al lector la impresión de que por medio de aquel pequeño artificio no es posible vencer todos los obstáculos psíquicos que se oponen a una cura catártica. Pero tal creencia constituiría un grave error. En la terapia no existe jamás tan gran facilidad, y toda modificación de importancia en cualquier terreno, exige una considerable labor. La presión sobre la frente del enfermo no es sino una habilidad para sorprender al yo, eludiendo así, por breve tiempo, su defensa. Pero en todos los casos algo importantes reflexiona en seguida el yo y desarrolla de nuevo toda su resistencia.

Indicaremos las diversas formas en las que esta resistencia se exterioriza. En primer lugar, la presión fracasa a la primera o segunda tentativa, y el sujeto exclama, decepcionado: «Creía que se me iba a ocurrir algo, pero nada se ha presentado». El paciente toma ya, así, una actitud determinada, pero esta

circunstancia no debe contarse aún entre los obstáculos. Nos limitamos a decirle: «No importa; la segunda vez surgirá algo». Y así sucede, en efecto. Es singular cuán en absoluto olvidan, con frecuencia, los enfermos —incluso los más dóciles e inteligentes— el compromiso solemnemente contraído al comenzar el tratamiento. Han prometido decir todo lo que se les ocurriera al poner nuestra mano sobre su frente, aunque les pareciera inoportuno o les fuera desagradable comunicarlo; esto es, sin ejercer sobre ello selección ni crítica alguna. Pero jamás cumplen esta promesa, que parece superior a sus fuerzas. La labor analítica queda constantemente interrumpida por sus afirmaciones de que otra vez vuelve a no ocurrírseles nada, afirmaciones a las que el médico no debe dar crédito ninguno, suponiendo siempre que el paciente silencia algo, por parecerle nimio o serle desagradable comunicarlo. Manifestándolo así al enfermo, renovará entonces la presión hasta obtener un resultado. En tales casos, suele el sujeto añadir: «Esto se lo hubiera podido decir ya la primera vez». «¿Y por qué no me lo dijo?» «Porque suponía que no tenía relación alguna con el tema que tratábamos. Sólo al ver que volvía a surgir una y otra vez es cuando me he decidido a decírselo» o «Porque creí que no era lo que buscábamos y esperaba poder evitarme el desagrado que me produce hablar de ello. Pero cuando me di cuenta de que no había medio de alejarlo de mi pensamiento, resolví decírselo». De este modo delata el enfermo, *a posteriori*, los motivos de una resistencia que al principio no quería reconocer, pero que no puede por menos de oponer a la investigación psíquica.

Es singular detrás de qué evasivas se oculta muchas veces esta resistencia: «Hoy estoy distraído. Me perturba el tictac del reloj o el piano que suena en la habitación de al lado». A estas aseveraciones he aprendido ya a contestar: «Nada de eso. Ha tropezado usted ahora con algo que no le es grato decir y quiere eludirlo». Cuanto más larga es la pausa entre la presión de mi mano y las manifestaciones del enfermo, mayor es mi desconfianza y más las probabilidades de que el sujeto esté dedicado a arreglar a su gusto la ocurrencia emergida, mutilándola al comunicarla. Las manifestaciones más importantes aparecen a veces —como princesas disfrazadas de mendigas— acompañadas de la siguiente superflua observación: «Ahora se me ha ocurrido algo, pero no tiene nada que ver con lo que tratamos. Se lo diré a usted, sólo porque lo quiere saber todo». Después de esta introducción surge casi siempre la solución que veníamos buscando desde mucho tiempo atrás. De este modo, extremo mi atención siempre que un enfermo comienza a hablarme despreciativamente de alguna

ocurrencia. El hecho de que las representaciones patógenas parezcan, al resurgir, tan exentas de importancia, es signo de que han sido antes victoriosamente rechazadas. De él podemos deducir en qué consistió el proceso de la repulsa: consistió en hacer de la representación energética una representación débil, despojándola de su afecto.

Así, pues, reconocemos el recuerdo patógeno, entre otras cosas, por el hecho de que el enfermo lo considera nimio, y, sin embargo, da muestras de resistencia al reproducirlo. Hay también casos en los que el enfermo intenta todavía negar su autenticidad: «Ahora se me ha ocurrido algo, pero seguramente me lo ha sugerido usted». Una forma especialmente hábil de esta negación consiste en decir: «Ahora se me ha ocurrido algo, pero me parece que no se trata de un recuerdo, sino de una pura invención mía en este momento». En todos estos casos me muestro inquebrantable, rechazo tales distingos y explico al enfermo que no son sino formas y pretextos de la resistencia contra la reproducción de un recuerdo que hemos de acabar por reconocer como auténtico.

En el retorno de imágenes se hace más fácil nuestra labor que cuando se trata de representaciones. Los histéricos, sujetos visuales en su mayor parte, oponen menos dificultades que los pacientes afectos de representaciones obsesivas a la labor del analítico. Una vez emergida la imagen, declara el enfermo mismo verla fragmentarse y desvanecerse conforme avanza en su descripción. *El paciente la va gastando y extinguiendo al ir traduciéndola en palabras.* Así, pues, la misma imagen mnémica nos marca el sentido en el que hemos de proseguir nuestra investigación. «Considere usted de nuevo la imagen. ¿Ha desaparecido ya?» «En conjunto, sí; pero aún veo tal o cual detalle». «Entonces es que aún conserva algún significado. Surgirá todavía algo nuevo o se le ocurrirá algo relacionado con ese detalle subsistente». Terminada la labor, queda libre el campo visual y podemos provocar otra imagen. Sin embargo, hay veces que una tal imagen permanece tenazmente presente a la visión interior del sujeto, y entonces he de suponer que aún le queda por decir algo muy importante sobre el tema correspondiente. En cuanto así lo hace, desaparece la imagen.

Para el progreso del análisis es, naturalmente, de extrema importancia que el médico conserve su autoridad sobre el enfermo, pues si no, dependerá de lo que éste quiera o no comunicarle. Es, por tanto, consolador oír que el procedimiento de la presión no falla, en realidad, nunca, salvo en un único caso, del que luego trataré, adelantando, por ahora, que depende de un motivo especial de resistencia. También sucede, a veces, que empleamos el procedimiento en

circunstancias en las que no puede extraer nada a la luz (por ejemplo, continuando la investigación de la etiología de un síntoma cuando ya ha quedado agotada, o investigando la genealogía psíquica de un síndrome somático). En estos casos afirma también el enfermo que nada se le ocurre, y esta vez con razón. Por tanto, es imprescindible no perder de vista ni un momento, durante el análisis, el rostro del paciente, y de este modo aprendemos, sin grandes dificultades, a distinguir la serenidad espiritual propia de la verdadera falta de reminiscencias, de la tensión y el afecto que invaden al sujeto cuando trata de negar, impulsado por la resistencia, el recuerdo emergente. En estas experiencias reposa la aplicación de nuestro procedimiento como diagnóstico diferencial

Así, pues, tampoco la labor con el procedimiento auxiliar de la presión deja de ser trabajosa. Se obtiene únicamente la ventaja de que, por los resultados de este procedimiento, averiguamos en qué dirección hemos de investigar. En muchos casos basta con esto; lo esencial es adivinar el secreto y confrontar con él al sujeto, el cual tiene entonces que hacer cesar su resistencia. En otros casos es preciso algo más; la resistencia del sujeto se exterioriza en la incoherencia de los elementos mnémicos emergentes, que no surgen sino incompletos y borrosos. Cuando en un período ya avanzado del análisis volvemos la vista a los anteriores, nos asombra comprobar cuán fragmentarias fueron las ocurrencias y las imágenes que arrancamos al sujeto por medio de la presión. Faltaba en ellas, precisamente, lo esencial, la relación con la persona o con el tema, y esta falta hacia incomprensible la imagen. He aquí un par de ejemplos de la acción de una tal censura, ejercida sobre el recuerdo patógeno en su primera emergencia. El enfermo ve un torso femenino, cuyas vestiduras se entreabren como por un descuido; pero sólo en un momento muy posterior del análisis llega a completar este torso con una cabeza, que delata ya a una persona y una relación determinadas. O relata una reminiscencia de su infancia, referente a dos niños — cuyas figuras se le muestran borrosas e irreconocibles— que fueron acusados de cierto vicio, y precisa luego de un largo espacio de tiempo y de grandes progresos del análisis para volver a ver esta reminiscencia y reconocerse a sí mismo en uno de los niños.

¿De qué medios disponemos para vencer esta resistencia continuada? De muy pocos; esto es, de aquellos que, en general, puede emplear un hombre para ejercer una influencia psíquica sobre otro. Ante todo, hemos de decirnos que la resistencia psíquica, y más cuando se halla constituida desde mucho tiempo atrás, no puede ser suprimida sino muy lenta y paulatinamente. Es preciso

esperar con paciencia. Después ha de contarse con el interés intelectual que, una vez iniciada la labor, despierta su curso en el enfermo. Instruyéndole y comunicándole detalles del maravilloso mundo de los procesos psíquicos, en el cual hemos logrado penetrar precisamente por medio de tales análisis, logramos convertirle en colaborador nuestro y le llevamos a observarse a sí mismo con el interés objetivo del investigador, rechazando así la resistencia basada en fundamentos afectivos. Por último —y ésta es nuestra más poderosa palanca—, después de haber acertado los motivos de su resistencia, tenemos que intentar desvalorizar tales motivos o, a veces, sustituirlos por otros más importantes. En este punto cesa la posibilidad de concretar en fórmulas la actividad psicoterápica. Actuamos lo mejor que nos es posible: como aclaradores, cuando una ignorancia ha engendrado un temor; como maestros, como representantes de una concepción universal más libre o más reflexiva, y como confesores, que, con la perduración de su interés y de su respeto después de la confesión, ofrecen al enfermo algo equivalente a una absolución. Intentamos, en fin, hacer al paciente todo el bien que permite la influencia de nuestra propia personalidad y la medida de la simpatía que el caso correspondiente es susceptible de inspirarnos. Para tal actividad psíquica es condición previa indispensable que hayamos acertado aproximadamente la naturaleza del caso y los motivos de la resistencia que manifiesta. Por fortuna, el procedimiento del apremio y la presión nos conducen, justamente, hasta este punto del análisis. Cuantos más enigmas de este orden hayamos resuelto, más fácil nos será resolver otros nuevos y antes podremos emprender la labor psíquica verdaderamente curativa. Es muy conveniente tener siempre en cuenta lo que sigue: como el enfermo se libera de los síntomas histéricos en cuanto reproduce las impresiones patógenas causales, dándoles expresión verbal y exteriorizando el afecto concomitante, la labor terapéutica *consistirá tan sólo en moverle a ello*, y una vez conseguido esto, no queda ya para el médico nada que corregir o suprimir. Todas las sugerencias contrarias que pudieran ser de aplicación las ha utilizado ya durante la lucha contra la resistencia.

Junto a los motivos intelectuales en que nos apoyamos para dominar la resistencia actúa un factor afectivo —la autoridad personal del médico—, del cual sólo muy raras veces podemos prescindir, siendo, en cambio, en un gran número de casos, el único que puede acabar con la resistencia. Pero esto sucede en todas las ramas de la Medicina y ningún método terapéutico renuncia por completo a la colaboración de éste, factor.

III EN el capítulo que precede hemos expuesto con toda claridad las dificultades de nuestra técnica. Ahora bien: habiendo agrupado en él todas las que nos han suscitado los casos más complicados, debemos también hacer constar que en muchos otros no es tan penosa nuestra labor. De todos modos, se habrá preguntado el lector si en lugar de emprender la penosa y larga labor que representa la lucha contra la resistencia, no sería mejor poner más empeño en conseguir la hipnosis o limitar la aplicación del método catártico a aquellos enfermos susceptibles de un profundo sueño hipnótico. A esta última proposición habría que contestar que entonces quedaría para mí muy limitado el número de enfermos, pues mis condiciones de hipnotizador no son nada brillantes. A la primera opondría mi sospecha de que el logro de la hipnosis no ahorra considerablemente la resistencia. Mi experiencia sobre este extremo es singularmente limitada, razón por la cual no puedo convertir tal sospecha en una afirmación; pero sí puedo decir que cuando he llevado a cabo una cura catártica, utilizando la hipnosis en lugar de la concentración, no he comprobado simplificación alguna de mi labor. Hace poco he dado fin a tal tratamiento, en cuyo curso logré la curación de una parálisis histérica de las piernas. La paciente entraba durante el análisis en un estado psíquico muy diferente del de vigilia, y caracterizado desde el punto de vista somático, por el hecho de serle imposible abrir los ojos o levantarse antes que yo le ordenase despertar. Y, sin embargo, en ningún caso he tenido que luchar contra una mayor resistencia. Por mi parte, no di valor alguno a aquellas manifestaciones somáticas, que al final de los diez meses, a través de los cuales se prolongó el tratamiento, resultaban ya casi imperceptibles. El estado en que entraba esta paciente durante nuestra labor no influyó para nada en la facultad de recordar lo inconsciente ni en la peculiarísima relación personal del enfermo con el médico, propia de toda cura catártica. En el historial de Emmy de N. hemos descrito un ejemplo de una cura catártica realizada en un profundo estado de somnambulismo, en el cual apenas si existió alguna resistencia. Pero ha de tenerse en cuenta que esta sujeto no me comunicó nada que le fuera penoso confesar; nada que no hubiera podido decirme, igualmente, en estado de vigilia, en cuanto el trato conmigo le hubiera inspirado alguna confianza y estimación. Además, era éste mi primer ensayo de la terapia catártica y no penetré hasta las causas efectivas de la enfermedad, idénticas seguramente a las que determinaron las recaídas posteriores al tratamiento; pero la única vez que por casualidad la invité a reproducir una

reminiscencia en la que intervenía un elemento erótico, mostró una resistencia y una insinceridad equivalentes a las de cualquiera de mis enfermas posteriores, tratadas sin recurrir al estado de somnambulismo. En el historial clínico de esta sujeto he hablado ya de su resistencia durante el estado hipnótico a otras sugerencias y mandatos. El valor de la hipnosis para la simplificación del tratamiento catártico se me ha hecho, sobre todo, dudoso, desde un caso en el que la más absoluta indocilidad terapéutica aparecía al lado de una completa obediencia en todo otro orden de cosas, hallándose la sujeto en un profundo estado de somnambulismo. Otro caso de este género es el de la muchacha que rompió su paraguas contra las losas de la calle, comunicado en el primer tercio del presente trabajo. Por lo demás, confieso que me satisfizo comprobar esta circunstancia, pues era necesaria a mi teoría la existencia de una relación cuantitativa, también en lo psíquico, entre la causa y el efecto.

En la exposición que antecede hemos hecho resaltar en primer término la idea de la *resistencia*. Hemos mostrado cómo en el curso de la labor terapéutica llegamos a la concepción de que la histeria nace por la represión de una representación intolerable, realizada a impulso de los motivos de la defensa, perdurando la representación como huella mnémica poco intensa y siendo utilizado el afecto que se le ha arrebatado para una inervación somática. Así, pues, la representación adquiriría carácter patógeno, convirtiéndose en causa de síntomas patológicos, a consecuencia, precisamente, de su represión. Aquellas histerias que muestran este mecanismo pueden, pues, calificarse de *histerias de defensa*. Ahora bien: Breuer y yo hemos hablado repetidas veces de otras dos clases de histeria a las cuales aplicamos los nombres de «histeria hipnoide» e «histeria de retención». La histeria hipnoide fue la primera que surgió en nuestro campo visual. Su mejor ejemplo es el caso de Ana O., investigado por Breuer, el cual ha adscrito a esta histeria un mecanismo esencialmente distinto del de la defensa por medio de la conversión. En ella se haría patógena la representación por el hecho de haber surgido en ocasión de un especial estado psíquico, circunstancia que la hace permanecer, desde un principio, exterior al yo. No ha sido, por tanto, precisa fuerza psíquica alguna que mantenga fuera del yo a la representación, la cual no debería despertar resistencia ninguna al ser introducida en el yo. con ayuda de la actividad del estado de somnambulismo. Así, el historial clínico de Ana O. no registra el menor indicio de resistencia.

Me parece tan importante esta distinción, que ella me decide a mantener la existencia de la histeria hipnoide, a pesar de no haber encontrado en mi práctica

médica un solo caso puro de esta clase. Cuantos casos he investigado han resultado ser de histeria de defensa. No quiere esto decir que no haya tropezado nunca con síntomas nacidos, evidentemente, en estados aislados de conciencia y que por tal razón habrían de quedar excluidos del yo. Esta circunstancia se ha dado también en algunos de los casos por mí examinados; pero siempre que se me ha presentado he podido comprobar que el estado denominado hipnoide debía su aislamiento al hecho de basarse en un grupo psíquico previamente disociado por la defensa. No puedo, en fin, reprimir la sospecha de que la histeria hipnoide y la defensa coinciden en alguna raíz, siendo la defensa el elemento primario. Pero nada puedo afirmar con seguridad sobre este extremo.

Igualmente inseguro es, por el momento, mi juicio sobre la «histeria de retención», en el cual tampoco tropezaría la labor terapéutica con resistencia alguna. Una vez se me presentó un caso^[84] que me pareció típico de la histeria de retención, haciéndome esperar un éxito terapéutico pronto y sencillo. La labor catártica se desarrolló, en efecto, sin dificultad ninguna, pero también sin el menor resultado positivo. Así, pues, sospecho nuevamente, aunque con todas las reservas impuestas por mi imperfecto conocimiento de la cuestión, que también en el fondo de la histeria de retención hay algo de defensa, que ha dado carácter histérico a todo el proceso. Observaciones ulteriores decidirán si con esta tendencia a la extensión del concepto de la defensa a toda la histeria corremos peligro de caer en error.

He tratado hasta aquí de la técnica y las dificultades del método catártico, y quisiera agregar ahora algunas indicaciones de cómo con esta técnica se lleva a cabo un análisis. Es éste un tema para mí muy interesante; pero claro es que no puedo esperar que despierte igual interés en los que no han realizado ninguno de tales análisis. Nuevamente hablaré de la técnica, pero esta vez trataré de aquellas dificultades intrínsecas de las que no puede hacerse responsable al enfermo, dificultades que en parte habrán de ser las mismas en los casos de histeria hipnoide o de retención que en los de histeria de defensa, tomados aquí por modelo. Al iniciar esta última parte de mi exposición lo hago con la esperanza de que las singularidades psíquicas que aquí vamos a revelar puedan tener algún día cierto valor como materia prima para una dinámica de las representaciones.

La primera y más intensa impresión que tal análisis nos causa es, sin duda alguna, la de comprobar que el material psíquico patógeno que aparentemente ha sido olvidado, no hallándose a disposición del yo ni desempeñando papel alguno

en la memoria ni en la asociación, se encuentra, sin embargo, dispuesto y en perfecto orden. No se trata sino de suprimir las resistencias que cierran el camino hasta él. Logrado esto, se hace consciente, como cualquier otro complejo de representaciones. Cada una de las representaciones patógenas tiene con las demás y con otras no patógenas, con frecuencia recordadas, enlaces diversos, que se establecieron a su tiempo y que quedaron conservados en la memoria. El material psíquico patógeno parece pertenecer a una inteligencia equivalente a la del *vu* normal. A veces, esta apariencia de una segunda personalidad llega casi a imponérsenos como una realidad innegable.

No queremos entrar a examinar por el momento si esta impresión responde efectivamente a un hecho real o si lo que hacemos es transferir a la época de la enfermedad la ordenación que nos muestra el material psíquico después de lograda la solución del caso. De todos modos, como mejor podemos describir la experiencia lograda en estos análisis es colocándonos en el punto de vista que, una vez llegados al fin de nuestra labor, adoptamos para revisarla.

La cuestión no es casi nunca tan sencilla como se ha representado para determinados casos; por ejemplo, para el de un síntoma histérico nacido en un único gran trauma. En la inmensa mayoría de los casos no nos encontramos ante un único síntoma, sino ante cierto número de ellos, en parte independientes unos de otros y en parte enlazados entre sí. No esperaremos, pues, hallar un único recuerdo traumático, y como nódulo del mismo una sola representación patógena, sino, por el contrario, series enteras de traumas parciales y concatenaciones de procesos mentales patógenos. La histeria traumática monosintomática representa un organismo elemental, un ser monocelular, comparada con la complicada estructura de las graves neurosis histéricas corrientes.

El material psíquico de estas últimas histerias se nos presenta como un producto de varias dimensiones y, por lo menos de una *triple estratificación*. Espero poder demostrar en seguida estas afirmaciones. Existe, primero, un *nódulo*, compuesto por los recuerdos (de sucesos o de procesos mentales) en los que ha culminado el factor traumático o hallado la idea patógena su más puro desarrollo. En derredor de este nódulo se acumula un distinto material mnémico, con frecuencia extraordinariamente amplio, a través del cual hemos de penetrar en el análisis, siguiendo, como indicamos antes, tres órdenes diferentes. Primeramente se nos impone la existencia de una ordenación *cronológica lineal* dentro de cada tema. Como ejemplo, citaré la correspondiente al análisis de Ana

O., llevado a cabo por Breuer. El tema era aquí el de «quedarse sorda» o «no oír», diferenciado conforme a siete distintas condiciones, cada una de las cuales encabezaba un grupo de diez a cien recuerdos cronológicamente ordenados. Parecía estar revisando un archivo, mantenido en el más minucioso orden. También en el análisis de mi paciente Emmy de N., y, en general, en todo análisis de este orden, aparecen tales «inventarios de recuerdos», que surgen siempre en un orden cronológico tan infaliblemente seguro como la serie de los días de la semana o de los nombres de los meses en el pensamiento del hombre psíquicamente normal y dificultan la labor analítica por su particularidad de invertir en la reproducción el orden de su nacimiento; el suceso más próximo y reciente del inventario emerge primero como «cubierta» del mismo, y el final queda formado por aquella impresión con la cual comenzó realmente la serie.

A esta agrupación de recuerdos de la misma naturaleza en una multiplicidad linealmente estratificada, análoga a la constituida por un paquete de legajos, le he dado el nombre de formación de un *tema*. Ahora bien: estos temas muestran una segunda ordenación; se hallan *concéntricamente estratificados en derredor del nódulo patógeno*. No es difícil precisar qué es lo que constituye esta estratificación y conforme al aumento o la disminución de qué magnitud queda establecida la ordenación. Son *estratos* de la misma *resistencia*, creciente en dirección al nódulo, y con ello, *zonas de la misma modificación de la conciencia*, a las cuales se extienden los demás temas dados. Los estratos periféricos contienen de los diversos temas aquellos recuerdos (o inventarios de recuerdos) que el sujeto evoca con facilidad, habiendo sido siempre conscientes. Luego, cuanto más profundizamos, más difícil se hace al sujeto reconocer los recuerdos emergentes, hasta tropezar, ya cerca del nódulo, con recuerdos que el enfermo niega aun al reproducirlos.

Esta estratificación concéntrica del material psíquico-patógeno es, como más tarde veremos, la que presta al curso de nuestros análisis rasgos característicos. Hemos de mencionar todavía una tercera clase de ordenación, que es la esencial y aquélla sobre la cual resulta más difícil hablar en términos generales. Es ésta la ordenación conforme al contenido ideológico, el enlace por medio de los hilos lógicos que llegan hasta el nódulo; enlace al que en cada caso puede corresponder un camino especial, irregular y con múltiples cambios de dirección. Esta ordenación posee un carácter dinámico, en contraposición del morfológico de las otras dos estratificaciones antes mencionadas. En un esquema espacial habrían de representarse estas últimas por líneas rectas o curvas, y, en cambio, la

representación del enlace lógico formaría una línea quebrada de complicadísimo trazado, que yendo y viniendo desde la periferia a las capas más profundas y desde éstas a la periferia, fuera, sin embargo, aproximándose cada vez más al nódulo, tocando antes en todas las estaciones. Sería, pues, una línea en zigzag, análoga a la que trazamos sobre el tablero de ajedrez en la solución de los problemas denominados «saltos de caballo». O más exactamente aún: el enlace lógico constituiría un sistema de líneas convergentes y presentaría focos en los que irían a reunirse dos o más hilos, que a partir de ellos continuarían unidos, desembocando en el nódulo varios hilos independientes unos de otros o unidos por caminos laterales. Resulta así el hecho singular de que cada síntoma aparece con gran *frecuencia múltiplemente determinado o sobredeterminado*.

Esta tentativa de esquematizar la organización del material psíquico-patógeno quedará completada introduciendo en ella una nueva complicación. Puede, en efecto, suceder que el material patógeno presente más de un nódulo; por ejemplo, cuando nos vemos en el caso de analizar un segundo acceso histérico, que poseyendo su etiología propia se halla, sin embargo, enlazado a un primer ataque de histeria aguda dominado años atrás. No es difícil imaginar qué estratos y procesos mentales han de agregarse en estos casos para establecer un enlace entre los dos nódulos patógenos.

A este cuadro de la organización del material patógeno añadiremos aún otra observación. Hemos dicho que este material se comporta como un cuerpo extraño y que la terapia equivaldría a la extracción de un tal cuerpo extraño de los tejidos vivos. Ahora podemos ya ver cuál es el defecto de esta comparación. Un cuerpo extraño no entra en conexión ninguna con las capas de tejidos que lo rodean, aunque los modifica y les impone una inflamación reactiva. En cambio, nuestro grupo psíquico-patógeno no se deja extraer limpiamente del yo. Sus capas exteriores pasan a constituir partes del yo normal, y en realidad, pertenecen a este último tanto como a la organización patógena. El límite entre ambos se sitúa en el análisis convencionalmente, tan pronto en un lugar como en otro, habiendo puntos en los que resulta imposible de precisar. Las capas interiores se separarán del yo cada vez más, sin que se haga visible el límite de Jo patógeno. La organización patógena no se conduce, pues, realmente como un cuerpo extraño, sino más bien como un infiltrado. El agente infiltrante sería en esta comparación la resistencia. La terapia no consiste tampoco en extirpar algo —operación que aún no puede realizar la psicoterapia—, sino en fundir la resistencia y abrir así a la circulación el camino hacia un sector que hasta

entonces le estaba vedado.

(Me sirvo aquí de una serie de comparaciones incompatibles entre sí y que no presentan sino una limitada analogía con el tema tratado. Pero dándome perfecta cuenta de ello, estoy muy lejos de engañarme sobre su valor. Ahora bien: mi intención es más que la de presentar claramente, desde diversos puntos de vista, una cuestión nueva, nunca expuesta hasta ahora, y por este motivo me habré de permitir la libertad de continuar en páginas posteriores tales comparaciones, a pesar de su reconocida imperfección.)

Si una vez resuelto el caso pudiéramos mostrar el material patógeno en su descubierta organización complicadísima y de varias dimensiones a un tercero, nos plantearía éste, seguramente, la interrogación de cómo un tan amplio producto ha podido hallar cabida en la conciencia de cuya «angostura» se habla tan justificadamente. Este término de la «angostura de la conciencia» adquiere sentido y nueva vida a los ojos del médico que practica tal análisis. Nunca penetra en la conciencia del yo sino un solo recuerdo. El enfermo que se halla ocupado en la elaboración del mismo no ve nada de lo que detrás de él se agolpa y olvida lo que ya ha penetrado con anterioridad. Cuando el vencimiento de este recuerdo patógeno tropieza con dificultades (por ejemplo, cuando el enfermo mantiene su resistencia contra él y quiere reprimirlo y mutilarlo), queda interceptado el paso e interrumpida la labor. Nada nuevo puede emerger mientras dura esta situación, y el recuerdo en vías de penetración permanece ante el enfermo hasta que el mismo lo acoge en el área de su yo. Toda la amplia masa que forma el material patógeno tiene así que ir filtrándose a través de este desfiladero, llegando, por tanto, en fragmentos a la conciencia. De este modo, el terapeuta se ve obligado a reconstituir luego con estos fragmentos la organización sospechada, labor comparable a la de formar un *puzzle*.

Al comenzar un análisis en el que esperamos hallar tal organización del material patógeno, deberemos tener en cuenta que es *totalmente inútil penetrar directamente en el nódulo de la organización patógena*. Aunque llegáramos a adivinarla, no sabría el enfermo qué hacer con la explicación que le proporcionásemos, ni produciría en él tal explicación modificación psíquica alguna.

No hay, pues, más remedio que limitarse en un principio a la periferia del producto psíquico-patógeno. Comenzamos, pues, por dejar relatar al enfermo todo lo que sabe y recuerda, orientando su atención y venciendo, por medio del procedimiento de la presión, las ligeras resistencias que puedan presentarse.

Siempre que este procedimiento abre un nuevo camino, podemos esperar que el enfermo avance por él algún trecho sin nueva resistencia.

Una vez que hemos laborado en esta forma durante algún tiempo, surge por lo general en el paciente una fuerza colaboradora. Evoca, en efecto, multitud de reminiscencias, sin necesidad de interrogatorio por nuestra parte. Esto quiere decir que nos hemos abierto camino hasta una capa interior, dentro de la cual dispone ahora espontáneamente el sujeto de todo el material de igual resistencia. Durante algún tiempo deberemos entonces dejarle evocar sus recuerdos sin influir sobre él. No podrá, ciertamente, descubrir así enlaces importantes, y los elementos que vaya reproduciendo parecerán muchas veces incoherentes, pero nos proporcionarán el material al que más tarde dará coherencia el descubrimiento de la conexión lógica.

Hemos de guardarnos, en general, de dos cosas. Si coartamos al enfermo en la reproducción, de las ocurrencias emergentes, puede quedar «enterrado» algo que luego ha de costarnos trabajo extraer a luz. Por otro lado, tampoco hemos de confiar demasiado en su «inteligencia» inconsciente, abandonándole la dirección del análisis. Esquematizando nuestra forma de laborar, podríamos, quizá, decir que tomamos a nuestro cargo la penetración en los estratos interiores, la penetración en dirección radial, y dejamos al enfermo la labor periférica.

La penetración se lleva a cabo venciendo la resistencia en la forma antes indicada. Sin embargo, hemos de realizar aún previamente una labor distinta. Tenemos, en efecto, que hacernos con una parte del hilo lógico, sin cuya guía no podemos abrigar esperanza alguna de penetrar en el interior. No debemos tampoco confiar en que las libres manifestaciones del enfermo, o sea, el material correspondiente a los estratos más superficiales, revelen al analítico el lugar del que parte el camino hacia el interior; esto es, cuál es el punto al que vienen a enlazarse los procesos mentales buscados. Por el contrario, queda este extremo cuidadosamente encubierto. La exposición del enfermo parece completa y segura sin conexiones ni apoyos de ningún género. Al principio nos encontramos ante ella como ante un muro que tapa por completo la vista y no deja sospechar lo que al otro lado pueda haber.

Pero cuando consideramos críticamente la exposición que sin gran trabajo ni considerable resistencia hemos obtenido del enfermo, descubrimos siempre en ella lagunas y defectos. En unos puntos aparece visiblemente interrumpido el curso lógico y disimulada la solución de continuidad con un remiendo cualquiera; en otros, tropezamos con un motivo que no hubiera sido tal para un

hombre normal. El enfermo no quiere reconocer estas lagunas cuando le llamamos la atención sobre ellas. Pero el médico obrará con acierto buscando detrás de estos puntos débiles el acceso a los estratos más profundos y esperando hallar aquí precisamente los hilos del enlace lógico. Así, pues, decimos al enfermo: «Se equivoca usted; eso no puede tener relación ninguna con lo demás de su relato. Tenemos que tropezar con algo distinto que va a ocurrírsele a usted ahora bajo la presión de mi mano».

Podemos, en efecto, exigir a los procesos mentales de un histérico, aunque se extienda hasta lo inconsciente, iguales concatenación lógica y motivación suficiente que a los de un hombre normal. La neurosis carece de poder bastante para debilitar estas relaciones. Si las concatenaciones de ideas del neurótico, y especialmente del histérico, nos dan una impresión diferente, y si en estos casos parece imposible explicar, por condiciones únicamente psicológicas, la relación de las intensidades de las diversas representaciones, ello no es sino una apariencia, debida, como ya indicamos, a la *existencia de motivos inconscientes ocultos*. Así, pues, siempre que tropezamos con una solución de continuidad en la coherencia o una motivación insuficiente, habremos de suponer existentes tales motivos.

Naturalmente, hemos de mantenernos libres, durante esta labor, del prejuicio teórico de que nos las habernos con cerebros anormales de degenerados y desequilibrados, a los que fuese propia, como estigma, la libertad de infringir las leyes psicológicas generales de la asociación de ideas, pudiendo crecer en ellas extraordinariamente y sin motivo de intensidad de una representación cualquiera y permanecer otra inextinguible sin razón psicológica que lo justifique. La experiencia muestra que en la histeria sucede todo lo contrario: una vez descubiertos y tomados en cuenta los motivos —que muchas veces han permanecido inconscientes—, no presenta la asociación de ideas histéricas nada enigmático ni contrario a las reglas.

De este modo, o sea, descubriendo las lagunas de la primera exposición del enfermo, disimuladas a veces por «falsos enlaces», nos apoderamos de una parte del hilo lógico en la periferia, y desde ella nos vamos abriendo luego camino hacia el interior.

Sin embargo, sólo muy raras veces conseguimos penetrar hasta los estratos más profundos guiados por el mismo hilo lógico. La mayor parte de las veces queda interrumpido en el camino, no proporcionándonos ya el procedimiento de la presión resultado ninguno, o proporcionándonos resultados que rehúyen toda

aclaración y continuación. En estos casos aprendemos pronto a no incurrir en error y a descubrir en la fisonomía del enfermo si realmente hemos llegado a agotar el tema, si nos hallamos ante un caso que no precisa de aclaración psíquica, o si se trata de una extraordinaria resistencia que nos impone un alto en nuestra labor. Tratándose de esto último, y cuando no logramos vencer en breve plazo tal resistencia, podemos pensar que hemos perseguido el hilo hasta un estrato por ahora impenetrable. Deberemos, pues, abandonarlo y seguir otro, que podrá igualmente no llevarnos sino hasta el mismo estrato, y una vez que hemos perseguido todos los hilos conducentes a él, hallando así el punto de convergencia, del que no pudimos pasar siguiendo un hilo aislado, podemos disponernos a atacar de nuevo la resistencia.

No es difícil darse cuenta de lo complicada que puede llegar a ser tal labor. Penetramos, venciendo constantes resistencias, en los estratos interiores; adquirimos conocimiento de los temas acumulados en estos estratos y de los hilos que los atraviesan; probamos hasta dónde podemos penetrar con los medios de los que por el momento disponemos y los datos adquiridos; nos procuramos, por medio del procedimiento de la presión, las primeras noticias del contenido de las capas inmediatas; abandonamos y recogemos los hilos lógicos, los perseguimos hasta los puntos de convergencia, volvemos constantemente atrás y entramos, persiguiendo los «inventarios de recuerdos», en caminos laterales, que afluyen luego a los directos. Por último, avanzamos así hasta un punto en el que podemos abandonar la labor por capas sucesivas y penetrar por un camino principal directo hasta el nódulo de la organización patógena. Con esto queda ganada la batalla, pero no terminada. Tenemos aún que perseguir los hilos restantes y agotar el material. Mas el enfermo nos auxilia ya enérgicamente, habiendo quedado ya rota, por lo general, su resistencia.

En estos estados avanzados de la labor analítica es conveniente adivinar la conexión buscada y comunicársela al enfermo antes que el mismo análisis la descubra. Si acertamos, apresuraremos el curso del análisis, y si nuestra hipótesis es errónea, nos auxiliará de todos modos, obligando al enfermo a tomar partido y arrancándole energías negativas, que delatarán un mejor conocimiento.

De este modo observamos con asombro *que no nos es dado imponer nada al enfermo con respecto a las cosas que aparentemente ignora ni influir sobre los resultados del análisis orientando su expectación*. No hemos comprobado jamás que nuestra anticipación modificara o falsease la reproducción de los recuerdos ni la conexión de los sucesos, circunstancia que se habría manifestado en alguna

contradicción. Cuando algo de lo anticipado surge, efectivamente, luego queda siempre testimoniada su exactitud por múltiples reminiscencias insospechables. Así, pues, no hay temor alguno de que las manifestaciones que hagamos al enfermo puedan perturbar los resultados del análisis.

Otra observación que siempre podemos comprobar se refiere a las reproducciones espontáneas del enfermo. Podemos afirmar que durante el análisis no surge una sola reminiscencia carente de significación. En ningún caso vienen a mezclarse imágenes mnémicas impertinentes, asociadas en una forma cualquiera a las importantes. No debe, pues, admitirse una excepción de esta regla para aquellos recuerdos que, siendo nimios en sí, constituyen, sin embargo, elementos intermedios indispensables, pues forman el puente por el que pasa la asociación entre los recuerdos importantes. El tiempo que un recuerdo permanece en el desfiladero de acceso a la conciencia del enfermo es, como ya dijimos, directamente proporcional a su importancia. Una imagen que se resiste a desaparecer es que necesita ser considerada por más tiempo; un pensamiento que permanece fijo es que demanda ser continuado. Pero una vez agotada una reminiscencia o traducida una imagen en palabras, jamás emergen por segunda vez. Cuando esto sucede, habremos de esperar; con toda seguridad, que la segunda vez se enlazarán a la imagen nuevas ideas —o a la ocurrencia nuevas deducciones—; esto es, que no ha tenido efecto un agotamiento completo. En cambio, observamos con gran frecuencia, sin que ello contradiga las afirmaciones que preceden, un retorno de la misma reminiscencia o imagen con intensidades diferentes, emergiendo, primero, como simple indicación, y luego, con toda claridad.

Cuando entre los fines del análisis figura el de suprimir un síntoma susceptible de intensificación o retorno (dolores, vómitos, contracturas, etc.), observamos durante la labor analítica el interesantísimo fenómeno de la *intervención* de dicho síntoma. Éste aparece de nuevo o se intensifica cada vez que entramos en aquella región de la organización patógena que contiene su etiología y acompaña así la labor analítica con oscilaciones características muy instructivas para el médico. La intensidad del síntoma (por ejemplo, de las náuseas) va creciendo conforme vamos penetrando más profundamente en los recuerdos patógenos correspondientes, alcanza su grado máximo inmediatamente antes de dar el enfermo expresión verbal a dichos recuerdos y disminuye luego de repente o desaparece por algún tiempo. Cuando el enfermo dilata mucho la expresión verbal de los recuerdos patógenos, oponiendo una

enérgica resistencia, se hace intolerable la tensión de la sensación —en nuestro caso de las náuseas—, y si no logramos forzarle por fin a la reproducción verbal deseada, aparecerán incoerciblemente los vómitos. Recibimos así una impresión plástica de que el «vómito» sustituye a una acción psíquica, como lo afirma la teoría de la conversión.

Esta oscilación de la intensidad del síntoma histérico se repite cada vez que tocamos en la labor analítica una nueva reminiscencia patógena por lo que al mismo respecta. Si, por el contrario, nos vemos obligados a abandonar por algún tiempo el hilo al que dicho síntoma se enlaza, retorna éste a la oscuridad para volver a emerger en un ulterior período del análisis. Estas alternativas duran hasta que el síntoma queda totalmente derivado por el descubrimiento de todo el material patógeno correspondiente.

En un sentido estricto se conduce aquí el síntoma histérico exactamente como la imagen mnémica o la idea reproducida que hacemos emerger con la presión de nuestra mano sobre la frente del sujeto. En ambos casos la derivación es exigida por el mismo retorno obsesivo en la memoria del enfermo. La diferencia está tan sólo en la emergencia aparentemente espontánea de los síntomas histéricos, mientras que, en cambio, recordamos haber provocado las escenas y ocurrencias. Pero la serie ininterrumpida de *restos mnémicos* no modificados de sucesos y actos mentales saturados de efectos, siempre nos lleva hasta los síntomas histéricos, sus *símbolos mnémicos*.

El fenómeno de la intervención del síntoma histérico en el análisis trae consigo un inconveniente práctico, con el cual quisiéramos reconciliar al enfermo. Es imposible llevar a cabo el análisis de una sola vez o distribuir las pausas de la labor de manera que coincidan en momentos de reposo en la derivación. Lo más corriente es que las interrupciones impuestas por las circunstancias accesorias del tratamiento recaigan en momentos nada oportunos, precisamente cuando íbamos acercándonos a un desenlace o cuando se iniciaba un nuevo tema. Es éste el mismo inconveniente que presenta la lectura de los folletines, en los cuales tropezamos con el «Se continuará» cuando más interesados estamos. En nuestro caso el tema iniciado, pero no agotado, o el síntoma intensificado y pendiente aún de aclaración, perdurarán en la vida anímica del enfermo, originando mayores perturbaciones que nunca. Pero es éste un mal irremediable. Hay enfermos que, una vez iniciado un tema en el análisis, no pueden ya abandonarlo, lo mantienen presente como una obsesión, incluso durante el intervalo entre dos sesiones del tratamiento, y como no les es posible

conseguir por sí solos su derivación, sufren al principio más que antes de ponerse en cura. Pero también estos enfermos acaban por aprender a esperar al médico y a transferir a las horas del tratamiento todo el interés que les inspira la derivación del material patógeno, comenzando así a sentirse más libres en los intervalos.

También el estado general del enfermo durante tal análisis merece especial atención. Al principio pasa por un período en el cual no ejerce sobre él influencia alguna el tratamiento, dominando aún los factores primitivamente eficaces; pero después llega un momento en que el análisis absorbe el interés del enfermo, y desde entonces su estado general va dependiendo cada vez más del estado de la labor. Siempre que conseguimos un nuevo esclarecimiento y damos un paso importante en el análisis, siente el enfermo alivio, algo como un anticipo de la próxima liberación. Inversamente, cada detención del trabajo o cada amenaza de perturbación del mismo acrecienta la carga psíquica que le oprime y eleva su sensación de infortunio y su incapacidad funcional. Felizmente dura poco esta agravación, pues el análisis sigue su curso, sin vanagloriarse de los momentos de bienestar ni preocuparse de los períodos de agravación, satisfaciéndonos en general haber logrado sustituir las oscilaciones espontáneas del estado del enfermo por aquellas otras que provocamos y comprendemos, del mismo modo que nos satisface ver surgir, en lugar de la desaparición espontánea de los síntomas, aquel orden del día que corresponde al estado del análisis.

Por lo general, se hace la labor al principio tanto más oscura y difícil cuanto más hondamente penetramos en el producto psíquico estratificado antes descrito. Pero una vez llegados al nódulo, se hace la luz, y no es ya de temer ninguna agravación en el estado general del enfermo. Sin embargo, no hemos de esperar el premio de nuestros esfuerzos, o sea, la cesación de los síntomas patológicos, hasta haber llevado a cabo el análisis completo de todos los síntomas. Es más: cuando cada uno de éstos se halla enlazado a los restantes por múltiples conexiones, ni siquiera obtenemos resultados positivos parciales que nos animen en nuestra labor. A causa de las múltiples conexiones causales existentes, cada una de las presentaciones patógenas aún no derivadas actúa como motivo de todas las creaciones de la neurosis, y sólo con las últimas palabras del análisis desaparece todo el cuadro patológico, siguiendo una conducta análoga a la de cada una de las reminiscencias aisladamente reproducidas.

Una vez descubierto por la labor analítica e introducido en el yo un recuerdo

o un enlace patógeno, sustraídos antes a la conciencia del yo, observamos que la personalidad psíquica así ampliada manifiesta su enriquecimiento en diversas formas. Con especial frecuencia sucede que el enfermo, después de haberle impuesto nosotros, a fuerza de penoso trabajo, cierto conocimiento, alega haber sabido siempre aquello, habiéndonoslo podido comunicar desde un principio. Los más penetrantes reconocen luego que se trata de una ilusión y se acusan de ingratitud. Aparte de esto, la actitud del yo con respecto a la nueva adquisición depende del estrato del análisis del que la misma proceda. Aquello que pertenece a los estratos más exteriores es reconocido sin dificultad, pues continuaba siendo propiedad, del yo, y sólo su enlace con los estratos más profundos del material patógeno constituían para aquél una novedad. Lo perteneciente a estos estratos más profundos acaba también siendo reconocido por el enfermo, pero sólo después de largas reflexiones y vacilaciones. Naturalmente, le es más difícil negar las imágenes mnémicas visuales que las huellas mnémicas de simples procesos mentales. Muchas veces dice al principio: «Es posible que haya pensado eso, pero no puedo recordar cuándo», y sólo después de haberse familiarizado con nuestra hipótesis llega a reconocerla como cierta, recordando y demostrando, por medio de múltiples conexiones secundarias, haber tenido, realmente, tales pensamientos. Por mi parte, sigo en el análisis el principio de hacer indispensable la valoración de una reminiscencia emergida de su reconocimiento o repulsa por parte del enfermo. No me cansaré de repetir que estamos forzados a aceptar todo aquello que extraemos a luz con nuestros medios. Si entre ello hubiera algo ilegítimo o inexacto, la coherencia posterior nos enseñaría a separarlo. Dicho sea de paso, apenas si he tenido alguna vez que rechazar una reminiscencia provisionalmente admitida. Todo lo emergido se ha demostrado luego exacto, a pesar de la engañosa apariencia de una contradicción.

Las representaciones procedentes de una mayor profundidad, que constituyen el nódulo de la organización patógena, son las que más trabajo cuesta al enfermo reconocer como recuerdos. Incluso cuando el enfermo se encuentra ya dominado por la coerción lógica y convencido del efecto curativo que acompaña precisamente a la emergencia de tales representaciones y acepta haber pensado tal o cual cosa, suele aún añadir: «De todos modos, no puedo *recordar* haber pensado así». En estos casos nos ponemos fácilmente de acuerdo con él manifestándole que se trataba de pensamientos *inconscientes*. Pero se nos plantea aquí la cuestión de cómo conciliar esta circunstancia con nuestras

propias opiniones psicológicas. ¿Deberemos prescindir de esta negativa de reconocimiento por parte del enfermo, negativa que, una vez terminada la labor, carece de motivo, o habremos de suponer que se trata realmente de ideas que no han llegado a existir; esto es, de ideas para las cuales sólo había una posibilidad de existencia, aceptando así que la terapia consistiría en la realización de un acto físico no cumplido? Es imposible decir nada sobre esta cuestión, o sea, sobre el estado del material patógeno *antes* del análisis, sin una previa aclaración de nuestras opiniones fundamentales sobre la naturaleza de la conciencia. Habremos de reflexionar sobre el hecho de que en tales análisis podemos perseguir un proceso mental desde lo consciente a lo inconsciente (esto es, a lo no reconocido como recuerdo), viéndole atravesar luego de nuevo lo consciente y terminar otra vez en lo inconsciente, sin que este cambio de la «iluminación psíquica» produzca en modificación alguna ni alteración de su estructura lógica ni de la coherencia de sus elementos. Si este proceso mental se nos presentase en su totalidad de una vez, no podríamos adivinar cuál parte de él era reconocida por el enfermo como un recuerdo y cuál otra no. Veríamos tan sólo penetrar en lo inconsciente los extremos del proceso mental, inversamente a como se ha afirmado de nuestros procesos psíquicos normales.

Voy a tratar, por último, de una circunstancia que en la realización de tal análisis catártico desempeña un papel indeseadamente importante. He indicado ya la posibilidad de un fracaso del procedimiento de la presión, caso en el cual no obtenemos, a pesar de todo nuestro apremio, reminiscencia alguna. Indiqué también que cuando así pasa, puede suceder que estemos investigando realmente un punto sobre el cual nada queda ya por decir al enfermo —circunstancia que reconocemos en su expresión serena— o que hayamos tropezado con una resistencia Sólo más tarde dominable; esto es, que nos hallamos ante un nuevo estrato en el que aún no podemos penetrar. Esto último lo reconoceremos en la expresión contraída del enfermo, que testimonia de su intenso esfuerzo mental. Pero es posible aún un tercer caso, que también supone un obstáculo ya no intrínseco, sino tan sólo exterior. Este caso se presenta cuando queda perturbada la relación del enfermo con el médico, y constituye el obstáculo más grave que puede oponerse a nuestra labor. Desgraciadamente, hemos de contar con él en todo análisis algo serio.

He indicado ya qué importante papel corresponde a la persona del médico en la creación de motivos encaminados al vencimiento de la resistencia. En no pocos casos, especialmente tratándose de sujetos femeninos y de la aclaración de

procesos mentales eróticos, la colaboración del paciente se convierte en un sacrificio personal, que ha de ser compensado con un subrogado cualquiera de carácter sentimental.

El interés terapéutico y la paciente amabilidad del médico bastan como tal subrogado. Cuando esta relación entre el enfermo y el médico sufre alguna perturbación, desaparecen también las buenas disposiciones del enfermo, y al intentar el médico investigar la idea patógena de turno, se interpone en el enfermo la conciencia de sus diferencias con el médico. Por lo que sé, aparece este obstáculo en tres casos principales:

1.º Cuando la enferma se cree descuidada, menospreciada u ofendida por el médico o ha oído algo contrario a éste o al tratamiento. Es éste el caso menos grave. El obstáculo queda fácilmente vencido con algunas explicaciones y aclaraciones mutuas, aunque la susceptibilidad y el rencor de los histéricos pueden manifestarse a veces con insospechada intensidad.

2.º Cuando la enferma es presa del temor de quedar ligada con exceso a la persona del médico, perder su independencia con respecto a él o incluso llegar a depender de él sexualmente. Este caso es más grave, por hallarse menos individualmente condicionado. El motivo de este obstáculo se encuentra contenido en la naturaleza de la labor terapéutica. La enferma tiene entonces un nuevo motivo de resistencia, la cual se manifiesta ya, no sólo con ocasión de un determinado recuerdo, sino en toda tentativa de tratamiento. Por lo general, se queja la enferma de dolor de cabeza cuando queremos emplear el procedimiento de la presión. Su nuevo motivo de resistencia permanece para ella inconsciente casi siempre, y se exterioriza por medio de un nuevo síntoma histérico. El dolor de cabeza significa su repugnancia a dejarse influir.

3.º Cuando la enferma se atemoriza al ver que transfiere^[85] a la persona del médico representaciones displacientes emergidas durante el análisis, caso muy frecuente e incluso regular en ciertos análisis. La transferencia al médico se lleva a cabo por medio de una *falsa conexión*. Expondré aquí un ejemplo de este género: En una de mis pacientes, el origen de cierto síntoma había sido el deseo, abrigado muchos años atrás y relegado en el acto a lo inconsciente, de que un hombre, con el cual sostenía en una ocasión un íntimo diálogo, la abrazase y le diera un beso. Al terminar una de las sesiones de tratamiento, surgió en la paciente este mismo deseo referido a mi propia persona. Horrorizada, pasó la enferma una noche de insomnio, y a la sesión siguiente, aunque no se negó al

tratamiento, su estado hizo inútil toda labor. Una vez averiguada la naturaleza del obstáculo y vencido éste, continuamos el análisis, surgiendo entonces el deseo que tanto había asustado a la enferma, como el recuerdo patógeno más próximo y exigido por el enlace lógico. Así, pues, había sucedido lo siguiente: Primeramente, había surgido en la conciencia de la enferma el contenido del deseo, sin el recuerdo de los detalles accesorios que podían situarlo en el pasado, y el deseo así surgido fue enlazado, por la asociación forzosa, dominante en la conciencia, con mi persona, de la cual se ocupaba el pensamiento de la enferma en otro sentido totalmente distinto. Esta falsa conexión despertó el mismo afecto que en su día hizo rechazar a la enferma el deseo ilícito. Una vez conocido este proceso, puede ya el médico atribuir toda referencia a su persona a tal transferencia por falsa conexión. Pero los enfermos sucumben siempre al engaño.

Sólo sabiendo vencer las resistencias emergentes en estos tres casos nos es posible llevar a término un análisis. Conseguimos tal victoria tratando este síntoma, recientemente producido, en la misma forma que los antiguos.

Primeramente se nos plantea la labor de hacer consciente en la enferma el «obstáculo». Con una de mis pacientes, en la que de pronto comenzó a no obtener resultado alguno el procedimiento de la presión, teniendo ya motivos para sospechar la existencia de una idea inconsciente de las indicadas en el caso 2.º, procedí la primera vez por sorpresa. Le dije que, indudablemente, había surgido un obstáculo contrario a la continuación del tratamiento, pero que el procedimiento de la presión poseía, al menos, el poder de hacerla ver cuál era dicho obstáculo. A seguidas, puse en práctica tal procedimiento y la enferma exclamó: «¡Qué disparate! Le veo a usted sentado en esta butaca». Esta frase me bastó para encontrar la explicación deseada.

En otra enferma no solía revelarse así el «obstáculo», respondiendo directamente a la presión de mi mano sobre su frente, pero se me descubría en cuanto lograba situar a la paciente en el momento en que dicho obstáculo había surgido, cosa que jamás nos niega el procedimiento de la presión. Con el hallazgo del obstáculo quedaba salvada la primera dificultad, pero aún subsistía otra más considerable: la de hacer comunicar a la sujeto, cuando aparentemente se trataba de relaciones personales, en qué ocasión la tercera persona coincidía con la del médico.

Al principio no me satisfacía nada este incremento de mi labor psíquica, hasta que comprobé que se trataba de un fenómeno regular y constante, y

entonces observé también que tal transferencia no imponía, en realidad, un mayor trabajo. La labor de la paciente era la misma; esto es, la de vencer el afecto displaciente de haber abrigado por un momento un tal deseo, y con respecto al resultado, parecía indiferente que instituyésemos en tema de nuestras tareas analíticas la repulsa psíquica de dicho deseo, en el caso primitivo o en el reciente. Las enfermas aprendían también poco a poco a darse cuenta de que en tales transferencias sobre la persona del médico no se trata sino de una engañosa imaginación, que se desvanece al terminar el análisis. Pero creo que si prescindiéramos de explicarles la naturaleza del «obstáculo», no haríamos sino sustituir un nuevo síntoma histérico, aunque menos grave, a otro espontáneamente desarrollado.

Creo suficientes las indicaciones que preceden sobre la práctica de tales análisis y lo que en ellos descubrimos. Algunas cosas parecen en ellas más complicadas de lo que realmente son, pues muchas de ellas aparecen claras en el curso de una tal labor. No he enumerado las dificultades de la tarea analítica para despertar la impresión de que sólo en muy pocos casos vale la pena de emprender un análisis catártico. Por mi parte, opino todo lo contrario. No puedo detallar aquí las indicaciones precisas del método terapéutico cuya descripción antecede. Para ello habría de entrar en el tema, más amplio e importante, de la terapia de las neurosis en general. Muchas veces he comparado la psicoterapia catártica con una intervención quirúrgica y calificado mis curas de *operaciones psicoterápicas* persiguiendo sus analogías con la apertura de una cavidad llena de pus, el raspado de un hueso cariado, etc. Tal analogía encuentra su justificación no tanto en la separación de lo enfermo como en el establecimiento de mejores condiciones de curación para el curso del proceso.

Repetidamente he oído expresar a mis enfermos, cuando les prometía ayuda o alivio por medio de la cura catártica, la objeción siguiente: «Usted mismo me ha dicho que mi padecimiento depende probablemente de mi destino y circunstancias personales. ¿Cómo, no pudiendo usted cambiar nada de ello, va a curarme?» A esta objeción he podido contestar: «No dudo que para el Destino sería más fácil que para mí curarla, pero ya se convencerá usted de que adelantamos mucho si conseguimos transformar su miseria histérica en un infortunio corriente. Contra este último podrá usted defenderse mejor con un sistema nervioso nuevamente sano».

VII

LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA^[86]

1894

ENSAYO DE UNA TEORÍA PSICOLÓGICA DE LA HISTERIA
ADQUIRIDA, DE MUCHAS FOBIAS Y REPRESENTACIONES OBSESIVAS
Y DE CIERTAS PSICOSIS ALUCINATORIAS

EL detenido estudio de varios enfermos nerviosos aquejados de fobias y representaciones obsesivas nos sugirió un intento de explicación de esos síntomas, que ulteriormente nos ha permitido descubrir el origen de tales representaciones patológicas en otros nuevos casos, razón por la cual lo creemos digno de publicación y examen. Simultáneamente a esta *teoría psicológica de las fobias y las representaciones obsesivas*, resultó de nuestra observación de los enfermos una aportación a la teoría de la histeria, o más bien una modificación de tal teoría, modificación que responde a un importante carácter común a la histeria y a la neurosis mencionada. Hemos tenido, además ocasión de penetrar en el mecanismo psicológico de una forma patológica de innegable carácter psíquico, y al hacerlo hallamos que la orientación de nuestro nuevo punto de vista permitía establecer un visible enlace entre tales psicosis y las dos neurosis a que nos venimos refiriendo. Al final del presente ensayo exponremos la hipótesis auxiliar, de la que en los tres casos indicados nos hemos servido.

ICOMENZAREMOS por presentar la modificación que nos parece indispensable introducir en la teoría de la neurosis histérica.

Desde los excelentes trabajos de P. Janet, J. Breuer y otros, parece indiscutible que el complejo sintomático de la histeria justifica las hipótesis de una disociación de la conciencia, con formación de grupos psíquicos separados. En cambio, por lo que respecta a las opiniones sobre el origen de esta disociación de la conciencia y sobre el papel que este carácter desempeña en la neurosis histérica, no reina tanta claridad.

Según la teoría de Janet^[87], la disociación de la conciencia es un rasgo primario de la modificación histérica, y depende de una debilidad congénita de la capacidad de síntesis psíquica, o sea de una angostura del «campo de conciencia», que testimonia en calidad de estigma psíquico, de la degeneración de los individuos histéricos.

A la teoría de Janet, contra la cual pueden elevarse, a nuestro juicio, numerosas objeciones, se opone la desarrollada por J. Breuer en nuestra comunicación sobre la histeria^[88]. Según Breuer, es «base y condición» de la histeria la existencia de singulares estados de conciencia oniriformes, con disminución de la facultad asociativa, para los cuales propone el nombre de «estados *hipnoides*». La disociación de la conciencia es entonces una disociación secundaria adquirida, motivada por el hecho de que las representaciones surgidas en los estados hipnoides se hallan excluidas del comercio asociativo con los restantes contenidos de la conciencia.

Como prueba de nuestras anteriores afirmaciones, podemos presentar ahora dos o tres formas extremas de la histeria, en las cuales no puede considerarse primaria, en el sentido de Janet, la disociación de la conciencia. En la primera de dichas formas nos ha sido posible demostrar repetidas veces que la disociación del contenido de la conciencia es consecuencia de una volición del enfermo, siendo iniciada por un esfuerzo de la voluntad, cuyo motivo puede ser determinado. Naturalmente, no afirmamos con esto que el enfermo se proponga provocar una disociación de la conciencia. La intención del enfermo es muy otra, y no llega a cumplirse, acarreando, en cambio, una disociación de la conciencia.

En una tercera forma de la histeria, que se no ha descubierto en el análisis psíquico^[89] de enfermos inteligentes, desempeña la disociación de la conciencia un papel insignificante o quizá nulo. Son éstos los casos en los que sólo perdura la reacción a estímulos traumáticos, y que pueden ser curados por derivación del trauma, o sea, las puras *histerias de retención*.

A los fines de nuestro estudio de las fobias y las representaciones obsesivas

sólo nos interesa la segunda forma de la histeria, a la cual damos, por motivos fácilmente visibles, el nombre de histeria de *defensa*, distinguiéndola así de las histerias hipnoides y de las de retención.

Igualmente podríamos presentar por lo pronto estos casos de histeria como «adquiridos», pues en ellos no podrá hablarse para nada de una grave tara hereditaria ni de una propia disminución degenerativa.

Los dos pacientes por mí analizados habían gozado, en efecto, de salud psíquica hasta el momento en que surgió en su vida de representación un caso de incompatibilidad; esto es, hasta que llegó a su *yo* una experiencia, una representación o una sensación, que al despertar un afecto penosísimo movieron al sujeto a decidir olvidarlos, no juzgándose con fuerzas suficientes para resolver por medio de una labor mental la contradicción entre su *yo* y la representación intolerable.

Tales representaciones intolerables florecen casi siempre, tratándose de sujetos femeninos, en el terreno de la experiencia o la sensibilidad sexuales, y las enfermas recuerdan con toda la precisión deseable sus esfuerzos para rechazarlas y su propósito de dominarlas y no pensar en ellas. Nuestra actividad clínica nos ha dado a conocer multitud de casos de este género, entre los que citaremos el de una muchacha que, hallándose asistiendo a su padre enfermo, se reprochaba duramente pensar en un joven que la había hecho experimentar una ligera impresión erótica^[90] el de una institutriz, enamorada del señor de la casa, que decidió ahogar su amorosa inclinación por un sentimiento de orgullo^[91].

No puedo afirmar que tal esfuerzo de la voluntad por expulsar del pensamiento algo determinado sea un acto patológico, ni tampoco que aquellas personas que bajo iguales influencias psíquicas permanecen sanas, consigan realmente el deseado olvido. Sólo sé que en los pacientes por mí analizados no había sido nunca alcanzado, llevándolos, en cambio, a diversas reacciones patológicas, que produjeron, bien una histeria, bien una representación obsesiva o una psicosis alucinatoria. En la capacidad de provocar con el indicado esfuerzo de la voluntad uno de dichos estados, enlazados todos con una disociación de la conciencia, hemos de ver la expresión de una disposición patológica, que, sin embargo, no ha de identificarse necesariamente con una «degeneración» personal o hereditaria.

Sobre el camino que conduce desde el esfuerzo de voluntad del paciente hasta la emergencia del síntoma histérico me he formado una opinión, que en el

lenguaje abstracto-psicológico usual puede formularse aproximadamente como sigue: la labor que el yo se plantea de considerar como *non arrivée* la representación intolerable es directamente insoluble para él; ni la huella mnémica ni el afecto a ella inherente pueden ser hechos desaparecer una vez surgidos. Pero hay algo que puede considerarse equivalente a la solución deseada, y es lograr *debilitar* la representación de que se trate, despojándola del afecto a ella inherente; esto es, de la magnitud de estímulo que consigo trae. La representación así debilitada no aspirará ya a la asociación. *Mas la magnitud de estímulo de ella separada habrá de encontrar un distinto empleo.*

Hasta aquí muestran la histeria y las fobias y representaciones obsesivas iguales procesos. No así en adelante. En la histeria, la representación intolerable queda hecha inofensiva por la *transformación de su magnitud de estímulo en excitaciones somáticas*, proceso para el cual proponemos el nombre de *conversión*^[92].

La conversión puede ser total o parcial, y sucede a aquella inervación motora o sensorial más o menos íntimamente enlazada con el suceso traumático. El yo consigue con ello verse libre de contradicción; pero, en cambio, carga con un símbolo mnémico que en calidad de inervación motora insoluble o de sensación alucinatoria de continuo retorno habita como un parásito en la conciencia y perdura hasta que tiene lugar una conversión opuesta. La huella mnémica no desaparece por ello, sino que forma a partir de aquí el nódulo de un segundo grupo psíquico.

En pocas palabras expondré nuestra anunciada opinión de los procesos psicofísicos en la histeria; constituido tal nódulo de una disociación histérica en un «momento traumático», crece luego en otros momentos, a los que podemos llamar «momentos traumáticos auxiliares», en cuanto una nueva impresión de igual género consigue traspasar las barreras alzadas por la voluntad, aportar nuevo afecto a la representación debilitada e imponer por algún tiempo el enlace asociativo de ambos grupos psíquicos hasta que una nueva conversión restablece la defensa. La distribución del estímulo que así se establece en la histeria resulta casi siempre harto inestable. La excitación, impulsada por un falso camino (por el de la inervación somática), retrocede entre tanto hasta la representación, de la que fue separada, y fuerza entonces al sujeto a su elaboración asociativa o a su descarga en ataques histéricos, como lo prueba la conocida antítesis, formada por los ataques y los síntomas permanentes. El efecto del método catártico de Breuer

consiste en crear un retroceso de la excitación desde lo físico a lo psíquico y conseguir luego solucionar la contradicción por medio del trabajo mental del sujeto y descargar la excitación por medio de la comunicación oral.

Si la disociación de la conciencia en la histeria adquirida reposa sobre un acto de la voluntad, se explica ya fácilmente el hecho singular de que la hipnosis amplíe siempre la restringida conciencia de los histéricos y haga accesible el grupo psíquico disociado. Sabemos, en efecto, que todos los estados análogos al sueño suprimen aquella distribución de la energía, sobre la que reposa la «voluntad» de la personalidad consciente.

Consideramos, pues, como el factor característico de la histeria no la disociación de la conciencia, sino la *facultad de conversión*, y vemos una parte muy importante de la disposición a la histeria, por lo demás aún desconocida, en la transferencia a la inervación somática, de tan grandes magnitudes de inervación.

Esta propiedad no excluye por si sola la salud psíquica, y no conduce a la histeria más que en el caso de una incompatibilidad psíquica o de un almacenamiento de la excitación. Con esta orientación nos acercamos Breuer y yo a las conocidas definiciones dadas por Oppenheim^[93] y Struempell^[94], separándonos, en cambio, de Janet, que atribuye un papel demasiado amplio en la característica de la histeria a la disociación de la conciencia. Con la exposición que antecede esperamos, por nuestra parte, haber hecho comprensible el enlace de la conversión con la disociación histérica de la conciencia.

II CUANDO en una persona de disposición nerviosa no existe la aptitud a la conversión, y es, no obstante, emprendida para rechazar una representación intolerable la separación de la misma de su afecto concomitante, *este afecto tiene que permanecer existiendo en lo psíquico*. La representación así debilitada queda apartada de toda asociación en la conciencia, *pero su afecto devenido libre se adhiere a otras representaciones no intolerables en sí, a las que este «falso enlace» convierte en representaciones obsesivas*. Ésta es, en pocas palabras, la teoría psicológica de las representaciones obsesivas y las fobias, a la que aludimos al iniciar el presente estudio.

Indicaremos ahora cuáles de los eslabones de esta teoría son directamente comprobables y cuáles otros han sido añadidos por nosotros a modo de complemento. Directamente comprobable es, en primer lugar, a más del término del proceso, o sea la representación obsesiva, la fuente de la que nace el afecto

falsamente enlazado. En todos los casos por mí analizados era la *vida sexual* la que había suministrado un afecto penoso de la misma calidad exactamente que el enlazado a la representación obsesiva. Teóricamente no es imposible que este afecto nazca alguna vez en otros sectores; mas nuestra experiencia clínica no nos ha presentado hasta ahora caso ninguno de este género. Por otro lado, es comprensible que la vida sexual sea la que más ocasiones dé para la emergencia de representaciones intolerables.

Directamente comprobable es también, por las inequívocas manifestaciones de los enfermos, el esfuerzo de voluntad, la tentativa de defensa, a la que nuestra teoría da singular importancia, y en toda una serie de casos afirman los enfermos mismos que la fobia o la representación obsesiva surgió cuando el esfuerzo de voluntad parecía haber alcanzado su intención. «Una vez me sucedió algo muy desagradable, y me propuse con todas mis fuerzas apartarlo de mi imaginación y no pensar en ello. Por fin lo conseguí; pero entonces surgió esto que ahora me pasa y de lo que no he conseguido librarme». Con estas palabras me confirmó una paciente los puntos principales de la teoría aquí desarrollada.

No todos los enfermos de representaciones obsesivas ven tan claramente el origen de las mismas. Por lo general, cuando llamamos la atención del enfermo sobre la representación primitiva, de naturaleza sexual, obtenemos la respuesta siguiente: «No; eso no tiene nada que ver con mi estado actual. Nunca pensé mucho en ello. Al principio sí me asustó un poco; pero luego dejó de preocuparme, y no me ha vuelto a intranquilizar». Esta objeción tan frecuente integra una prueba de que la representación obsesiva constituye un sustitutivo o un subrogado de la representación sexual intolerable y la ha sustituido en la conciencia.

Entre el esfuerzo de voluntad del paciente, que consigue reprimir la representación sexual inaceptable, y la emergencia de la representación obsesiva, que, poco intensa en sí, aparece aquí provista de un afecto incomprensiblemente intenso, se abre la laguna que nuestra teoría intenta llenar. La separación de la representación sexual de su afecto, y el enlace del mismo con otra representación adecuada, pero no intolerable, son procesos que se desarrollan sin que la conciencia tenga noticia de ellos, y que, por tanto, sólo podemos suponer, sin que nos sea dable demostrarlos por medio de un análisis clinopsicológico. Quizá fuera más exacto decir que no se trata de procesos de naturaleza psíquica, sino de procesos físicos, cuya consecuencia psíquica se manifiesta como si lo expresado con los términos de «separación de la representación de su afecto y

falso enlace de este último» hubiera sucedido realmente.

Junto a los casos que demuestran una sucesión de la representación sexual intolerable y la representación obsesiva hallamos otros, en los que se nos muestra una coexistencia de representaciones obsesivas y representaciones sexuales de carácter penoso.

Estas últimas no pueden calificarse apropiadamente de «representaciones obsesivas sexuales», pues carecen de un carácter esencial de las representaciones obsesivas, toda vez que se muestran perfectamente justificadas, mientras que el carácter penoso de las representaciones obsesivas comunes constituye un problema para el médico y para el enfermo. En cuanto me ha sido dado penetrar en casos de este género, he podido comprobar que se trata de una defensa continuada contra representaciones sexuales distintas, incesantemente emergentes, o sea, de una labor que no había llegado a término.

Los enfermos suelen ocultar sus representaciones obsesivas en tanto tienen conciencia de su procedencia sexual. Cuando se lamentan de ellas manifiestan generalmente su asombro de sucumbir al efecto correspondiente, angustiarse, experimentar determinados impulsos, etc. En cambio, el médico, perito en la materia, encuentra justificado y comprensible el afecto, hallando tan sólo singular su enlace con una representación que no lo justifica. O dicho de otro modo: el afecto de la representación obsesiva le parece *dislocado* o *transpuesto*, y si ha adoptado la teoría aquí descrita, intentará en toda una serie de casos de representaciones obsesivas sus transposición regresiva a lo sexual.

Para el enlace secundario del afecto devenido libre puede ser utilizada cualquier representación que por su naturaleza sea susceptible de conexión con un afecto de la *cualidad* dada o tenga con la intolerable ciertas relaciones, a consecuencia de las cuales aparezca utilizable como subrogado suyo. Así, la angustia devenida libre, y cuyo origen sexual no debe ser recordado, se enlaza a las comunes fobias primarias de los hombres, a los animales, a las tormentas, a la oscuridad, etcétera, o a cosas de innegable relación asociativa con lo sexual, tales como los actos de orinar y defecar, y, en general, a la impureza y al contagio.

La ventaja que obtiene el yo, eligiendo para la defensa el camino de la *transposición* del afecto, es menor que la que ofrece la conversión histérica de excitación psíquica en inervación somática. El afecto bajo el cual ha padecido el yo permanece intacto, con la sola diferencia de que la representación intolerable queda excluida del recuerdo. Las representaciones así reprimidas constituyen por

su parte el nódulo de un segundo grupo psíquico, accesible, a nuestro parecer, también sin la ayuda de la hipnosis. El que en las fobias y las representaciones obsesivas y las representaciones obsesivas falten aquellos visibles síntomas concomitantes a la formación de un grupo psíquico independiente, obedece probablemente a que en el primer caso toda la modificación permanece circunscrita a lo psíquico, no experimentando cambio alguno la relación entre la excitación psíquica y la inervación somática.

Con algunos ejemplos de naturaleza probablemente típica-aclararemos lo dicho hasta aquí sobre las representaciones obsesivas:

1) Una muchacha padece de reproches obsesivos. Cuando en el periódico lee haberse descubierto, una falsificación de moneda o un crimen, cuyo autor se ignora, piensa en seguida estar complicada en la falsificación, o se pregunta con angustia si no habrá sido ella la homicida, dándose, sin embargo, clara cuenta de lo absurdo de tales imaginaciones. Durante algún tiempo tal conciencia de su culpabilidad adquirió tan gran dominio sobre ella, que llegó a ahogar su juicio crítico, llevándola a acusarse ante sus familiares y su médico de haber cometido realmente semejantes delitos. Un penetrante interrogatorio descubrió el origen de su conciencia de culpabilidad. Excitada por una sensación voluptuosa, casualmente experimentada, y arrastrada por los consejos de una amiga suya, había comenzado a masturbarse, y venía practicándola desde varios años atrás, con plena conciencia de su falta, que se reprochaba duramente, pero, como de costumbre en estos casos, sin conseguir enmienda. Un exceso cometido al retorno de un baile provocó la emergencia de la psicosis. La paciente curó después de algunos meses de tratamiento y de severa vigilancia.

2) Otra muchacha padecía el temor de verse atacada de incontinencia de orina desde que un vehemente deseo de orinar la había obligado a abandonar en una ocasión un teatro durante un concierto. Esta fobia la había incapacitado poco a poco para toda vida social. Sólo se sentía tranquila cuando sabía tener próximo un w. c. al que poder llegar disimuladamente. No existía en ella vestigio alguno de enfermedad orgánica que pudiese justificar sus temores. Hallándose en su casa, entre sus familiares, no experimentaba jamás el temido incoercible deseo, ni tampoco durante la noche. Un detenido examen descubrió que dicho deseo la había acometido por vez primera en las siguientes circunstancias: en la sala de conciertos se hallaba sentado cerca de ella un caballero, que no le era indiferente. Al verle comenzó a pensar en él y a imaginarse ser su mujer y estar sentada a su lado. Durante esta ensoñación experimentó aquella sensación que en

las mujeres hemos de comparar a la erección masculina, y que en su caso — ignoramos si en todos— terminó con un ligero deseo de orinar. La referida sensación sexual, habitual en ella, la asustó en esta ocasión, porque había formado el firme propósito de combatir su inclinación amorosa, e inmediatamente el afecto inherente a la misma se transfirió al deseo de orinar que la acompañaba, viéndose obligada la sujeto, después de una penosa lucha, a abandonar la sala. Esta joven, a quien toda realidad sexual horrorizaba, no concibiendo siquiera que pudiera casarse algún día, era, por otro lado, de una tal hiperestesia sexual, que en las ensoñaciones eróticas a que se abandonaba gustosa experimentaba regularmente la referida sensación voluptuosa. El deseo de orinar había acompañado siempre a la erección, sin haberla impresionado hasta el día del concierto. El tratamiento alcanzó la curación casi completa de la fobia.

3) Una joven, casada, que en cinco años de matrimonio sólo había tenido un hijo, se me quejaba de sentir un impulso obsesivo de arrojarle por el balcón, y de que a la vista de un cuchillo se apoderaba de ella el miedo a verse impulsada a cogerlo y matar con él a su hijo. A mis preguntas confesó que sólo muy raras veces practicaba ya el comercio matrimonial, y siempre con precauciones para evitar la concepción, añadiendo que ello no le disgustaba nada, pues era de naturaleza poco sensual. Por mi parte hube de manifestarle que lo cierto era que a la vista de los hombres surgían en ella representaciones eróticas, y que este hecho la había llevado a perder su confianza en sí misma, apareciéndose como una persona degradada y capaz de todo. Esta retraducción de la representación obsesiva a lo sexual alcanzó pleno éxito. La paciente confesó llorando su miseria conyugal, por tanto tiempo ocultada, y me comunicó más tarde varias representaciones penosas de carácter sexual no modificado, tales como la sensación frecuentísima de que se le entraba algo por debajo de las faldas.

Terapéuticamente he aprovechado estas repetidas experiencias para orientarme, a pesar de las protestas del enfermo, en los casos de fobias y representaciones obsesivas hacia las representaciones sexuales reprimidas, y cegar, cuando ello es posible, las fuentes de que provienen. Naturalmente, no puedo afirmar que todas las fobias y todas las representaciones obsesivas nazcan en la forma aquí descrita, pues, en primer lugar, mi experiencia no comprende sino un número de formas muy limitado en comparación con las muchas que toman estas neurosis, y en segundo, sé muy bien que estos síntomas

«psicasténicos» (según la calificación de Janet) no son todos equivalentes^[95]. Hay, por ejemplo, fobias puramente histéricas. Pero, a mi juicio, el mecanismo de la *transposición* del afecto es propio de la gran mayoría de las fobias y representaciones obsesivas, y creo que estas neurosis, que tan pronto hallamos aisladas como combinadas con la histeria o la neurastenia, no deben ser confundidas con la neurastenia, en la que no se puede suponer un mecanismo *psíquico* como síntoma fundamental.

III EN los dos casos hasta ahora examinados, la defensa contra la representación intolerable tenía efecto por medio de la disociación de su afecto concomitante. La representación permanecía en la conciencia, si bien aislada y debilitada. Pero hay aún otra forma de la defensa mucho más enérgica y eficaz, consistente en que el yo rechaza la representación intolerable conjuntamente con su afecto y se conduce como si la representación no hubiese jamás llegado a él. *En el momento en que esto queda conseguido sucumbe el sujeto a una psicosis que hemos de calificar de «locura alucinatoria».* Un único ejemplo aclarará ésta nuestra afirmación.

Una muchacha ha ofrendado a un hombre su primera inclinación amorosa, y cree firmemente ser correspondida, en lo cual se equivoca, pues si el joven frecuenta su casa es por distinto motivo. Pronto comienza a sufrir desilusiones. Al principio se defiende de ellas convirtiendo históricamente la experiencia dolorosa, y conserva así su fe en que el amado volverá un día y pedirá su mano. Pero a consecuencia de una conversión imperfecta y de constantes impresiones penosas se siente desgraciada y enferma. Su esperanza se concentra, por último, en determinado día, en el que se celebra en su casa una fiesta familiar. Mas el día transcurre sin que el joven acuda. Pasados todos los trenes en los que podía llegar, cae la sujeto en una locura alucinatoria: su amor ha llegado; oye su voz en el jardín y baja a recibirle. A partir de este momento vive por espacio de dos meses en un dichoso sueño: el joven está siempre a su lado; no la abandona un instante, y todo ha vuelto a ser como antes (como en época anterior a las desilusiones, tan trabajosamente rechazadas). La histeria y la depresión de ánimo han quedado vencidas. Durante toda la enfermedad no habla la sujeto para nada de la última época de dudas y sufrimientos. Es feliz mientras se la deja tranquila, y sólo se exalta cuando alguna medida de sus familiares le impide realizar alguna lógica consecuencia de su dichoso ensueño. Esta psicosis, incomprensible en su tiempo, queda explicada diez años más tarde en un análisis hipnótico.

El hecho sobre el que yo quiero llamar la atención es el de que el contenido de una tal psicosis alucinatoria consiste precisamente en la acentuación de la representación, amenazada por el motivo de la enfermedad. Puede, por tanto, decirse que el yo ha rechazado la representación intolerable por medio de la huida a la psicosis. El proceso que lleva a este resultado escapa tanto a la auto-percepción del sujeto como el análisis psicologicoclínico. Debe ser considerado como la expresión de una elevada disposición patológica y puede, quizá, describirse como sigue: el yo se separa de la representación intolerable, pero ésta se halla inseparablemente unida a un trozo de la realidad, y al desligarse de ella, el yo se desliga también, total o parcialmente, de la realidad. Esto último es, a mi juicio, la condición para reconocer a las propias representaciones vida alucinatoria, y con ello cae el sujeto, una vez alcanzada la repulsa de la representación intolerable, en la locura alucinatoria.

No dispongo sino de muy pocos análisis de psicosis de este género; pero creo ha de tratarse de un tipo muy frecuentemente utilizado de enfermedad psíquica, pues en ningún manicomio faltan los casos, análogamente interpretables, de la madre que, enajenada por la muerte de su hijo, mece incansablemente en sus brazos un trozo de madera, o de la novia despreciada, que todos los días espera, durante años y años, la llegada de su novio, y se compone para recibirle.

No es, quizá, superfluo acentuar que las tres formas de la defensa aquí descritas, y con ellas las tres formas de enfermedad, a las que la defensa lleva, pueden presentarse reunidas en una misma persona. La aparición simultánea de fobias y síntomas histéricos, tan frecuentemente observada en la práctica, es uno de los factores que dificultan la separación de la histeria de las demás neurosis, y obligan a establecer las «neurosis mixtas». La locura alucinatoria no es con frecuencia compatible con la perduración de la histeria, ni por lo regular con la de las representaciones obsesivas. En cambio, no es nada raro que una psicosis de defensa irrumpa episódicamente en el curso de una neurosis histérica o mixta.

Recordaré, por último, con pocas palabras, la idea auxiliar, de la cual me he servido en esta descripción, de las neurosis de defensa. Tal idea es la de que en las funciones psíquicas debe distinguirse algo (montante del afecto, magnitud de la excitación), que tiene todas las propiedades de una cantidad —aunque no poseamos medio alguno de medirlo—; algo susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga, que se extiende por las huellas mnémicas de las representaciones como una carga eléctrica por las superficies de los cuerpos.

Esta hipótesis, en lo que se basa ya nuestra teoría de la «derivación por reacción», puede utilizarse en el mismo sentido que los físicos utilizan la de la corriente de fluido eléctrico. De todos modos, queda por lo pronto justificada por su utilidad para la síntesis y la explicación de muy diversos estados psíquicos.

VIII

OBSESIONES Y FOBIAS^[96] 1894 [1895]

SU MECANISMO PSÍQUICO Y SU ETIOLOGÍA

COMENZAREMOS por negar dos aserciones muy frecuentemente repetidas con relación a los síntomas objeto de este estudio, o sea a las obsesiones y las fobias. Es preciso afirmar: 1.º Que no forman parte de la neurastenia propiamente dicha, puesto que los enfermos atacados de estos síntomas son unas veces neurasténicos y otras no. 2.º Que no es exacto hacerlos depender de la degeneración mental, pues los hallamos en personas no más degeneradas que la mayoría de los neuróticos, y, además, suelen corregirse, e incluso en algunas ocasiones curarse.

Las obsesiones y las fobias son neurosis aparte, de un mecanismo especial y de una etiología que en un cierto número de casos me ha sido posible descubrir; mecanismo y etiología que espero volver a hallar en un gran número de casos nuevos.

Para mejor delimitar nuestro tema dejaremos a un lado una cierta clase de obsesiones intensas, que no son sino recuerdos, imágenes no alteradas de sucesos importantes. Citaré como ejemplo la obsesión de Pascal, que creía ver abrirse un abismo a su izquierda «desde el día en que la carroza en que iba estuvo a punto de volcar y precipitarse en el Sena». Estas obsesiones y estas fobias, que podríamos calificar de traumáticas, se enlazan a los síntomas de la histeria.

Una vez separado este grupo, es necesario distinguir otros dos: *a)* Las obsesiones propias; y *b)* las fobias. Su diferencia esencial es la siguiente:

En toda obsesión hay dos elementos: 1.º Una idea que se impone al enfermo. 2.º Un estado emotivo asociado. Ahora bien: en las fobias, este estado emotivo es siempre la angustia, mientras que en las obsesiones propias puede ser igualmente cualquier otro, tal como la duda, el remordimiento o la cólera. Ante todo, trataré de explicar el mecanismo psicológico, verdaderamente singular, de las obsesiones propias, muy diferente del de las fobias.

I EN muchas obsesiones verdaderas es evidente que el estado emotivo es lo principal, puesto que persiste inalterado, variando, en cambio, la idea a él asociada. Así, la sujeto de nuestra observación número 1 tenía remordimientos muy varios: de haber robado, de haber maltratado a sus hermanas, de haber fabricado moneda falsa, etc. Igualmente, las personas que dudan, dudan de muchas cosas a la vez sucesivamente. El estado emotivo permanece en estos casos invariable, mutándose, en cambio, la idea. En otros es ésta también fija, como en la muchacha de nuestra observación número 4, que profesaba un odio incomprensible a todas las criadas de la casa, cambiando, no obstante, de persona.

Pues bien: un escrupuloso análisis psicológico de estos casos muestra que el estado *emotivo como tal está siempre justificado*. La muchacha número 1, que siente remordimientos, tiene suficientes motivos para ello; las mujeres de la observación número 3, que dudaban de su resistencia contra las tentaciones, sabían muy bien por qué, y la muchacha número 4, que detestaba a las criadas, tenía perfecta razón para quejarse de ellas. El sello patológico de estos casos consiste, pues, únicamente en los dos singulares caracteres siguientes: 1.º Que el estado emotivo se ha eternizado. 2.º Que la idea asociada no es ya la idea justa, la idea original, relacionada con la etiología de la obsesión, sino una idea sustitutiva de la misma.

Prueba de ello es que en los antecedentes del enfermo, y en la época inicial de la obsesión, puede hallarse siempre la idea original, después sustituida. Tales ideas sustituidas tienen caracteres comunes, correspondiendo a impresiones verdaderamente penosas de la vida sexual del individuo, que éste se ha forzado en olvidar, sin conseguir más que reemplazar la idea inconciliable por otra, poco apropiada para asociarse al estado emotivo, el cual, por su parte, ha permanecido sin alteración. A esta forzosa conexión del estado emotivo y la idea asociada es a la que se debe el carácter absurdo de las obsesiones. Expondré aquí mis observaciones y daré luego como conclusión una tentativa de explicación

teórica.

Observación número 1. — Una muchacha, que se hacía reproches de haber robado, fabricado moneda falsa, etc., según sus lecturas cotidianas, dándose, sin embargo, cuenta de lo absurdo de tales reproches.

Rectificación de la sustitución. — Se reprochaba el onanismo, que practicaba en secreto, sin poder renunciar a él.

Quedó curada por medio de una escrupulosa observación, que la impidió masturbarse.

Observación número 2. — Un joven estudiante de Medicina, que padecía una obsesión análoga. Se reprochaba múltiples actos inmorales: haber matado a su prima, desflorado a su hermana, incendiado una casa, etc. Llegó a sentir la necesidad de volverse continuamente en la calle para convencerse de que no había matado al transeúnte con quien acababa de cruzarse.

Rectificación. — Había leído en un libro de divulgación médica que el onanismo, al cual se entregaba, desmoralizaba al individuo, habiéndole impresionado mucho la noticia.

Observación número 3. — Varias mujeres que se quejaban de la obsesión de arrojar por la ventana, herir a sus hijos con cuchillos, tijeras, etc.

Rectificación. Tentaciones obsesivas típicas. — Tratábase de mujeres insatisfechas en su matrimonio, que se debatían contra los deseos y las ideas voluptuosas que surgían en ellas a la vista de otros hombres.

Observación número 4. — Una joven perfectamente sana de espíritu y muy inteligente, que mostraba un odio infinito contra las criadas de la casa. Este odio se había despertado en ella ante los descaros de una criada y se había ido transmitiendo luego de criada en criada, haciendo imposible el servicio de la casa. Como motivo de este sentimiento —mezcla de odio y de repugnancia— alegaba la sujeto que las suciedades de aquellas criaturas le estropeaban su idea del amor.

Rectificación. — La joven había sido testigo involuntario de una escena amorosa de su madre. Al sorprenderla se cubrió el rostro y se tapó los oídos, haciendo luego todo lo posible por olvidar la escena, que la repugnaba, y cuyo recuerdo la hubiera obligado a separarse de su madre, a la que amaba tiernamente.

Consiguió, en efecto, el deseado olvido; pero la cólera que despertó en ella ver ensuciada su idea del amor persistió en su ánimo, asociándose a ella poco después la idea de una persona que pudiese reemplazar a su madre.

Observación número 5. — Una joven se había aislado casi completamente a consecuencia de un miedo obsesivo a la incontinencia de orina. No podía salir de su cuarto ni recibir una visita sin haber orinado múltiples veces.

Hallándose en su casa y en reposo no sentía miedo alguno.

Rectificación. — Se trataba de una tentación o una desconfianza obsesiva. De lo que desconfiaba no era de su vejiga, sino de su resistencia contra un impulso amoroso. Así lo demostraba el origen de la obsesión. Una vez, en el teatro, había sentido, a la vista de un hombre que le gustaba, un deseo amoroso, acompañado (como siempre en la polución espontánea de las mujeres) de ganas de orinar. Habiéndose visto obligada a abandonar el teatro, fue presa desde aquel momento del miedo a volver a sentir la misma sensación; pero el deseo de orinar se substituyó al deseo amoroso.

Curó completamente.

Las observaciones precedentes, si bien muestran diversos grados de complejidad, tienen de común que la idea original (inconciliable) ha sido substituida por otra.

En las que a continuación pasamos a exponer, la idea original ha sido también substituida, pero ya no por otra idea, sino por actos o impulsos que sirvieron originariamente de alivio o de procedimientos protectores, y que ahora se hallan en una grotesca asociación con un estado emotivo, con el que no armonizan, pero que es el original, y continúa estando tan justificado como en un principio.

Observación número 6. Aritmomania obsesiva. — Una mujer había contraído la obsesión de contar las losas de la acera, los escalones, etc., y lo realizaba de continuo, presa de un ridículo estado de angustia.

Rectificación. — Había comenzado a contar para distraerse de sus ideas obsesivas (tentaciones), y lo había conseguido, pero quedando substituida la obsesión primitiva por el impulso a contar.

Observación número 7. Especulación obsesiva (Gruebelsucht). — Una mujer padecía ataques de esta obsesión, que no cesaban sino durante los períodos, siendo entonces reemplazados por miedos hipocondriacos. El tema del ataque era una parte del cuerpo o una función; por ejemplo, la respiración. ¿Por qué es necesario respirar? ¿Y si yo no quisiera respirar? Etcétera.

Rectificación. — Al principio había tenido miedo de volverse loca; fobia hipocondriaca, muy frecuente en las mujeres no satisfechas por su marido, caso que era el suyo. Para convencerse de que no iba a volverse loca y de que aún

gozaba de su inteligencia, había comenzado a plantearse cuestiones y a ocuparse de problemas de importancia. Con esto consiguió al pronto tranquilizarse, pero la especulación mental llegó a sustituirse a la fobia. Desde hacía quince años padecía alternativamente períodos de miedo (patofobia) y de especulación obsesiva.

Observación número 8. Duda obsesiva. — Varios casos que mostraban los síntomas típicos de esta obsesión, pero que se explicaban sencillamente. Estas personas habían padecido o padecían aún obsesiones diversas, y la conciencia de que la obsesión había perturbado sus actos e interrumpido el curso de sus pensamientos, les hacía dudar legítimamente de la fidelidad de su memoria. Todo el mundo siente vacilar su seguridad en sus propios actos, y se ve obligado a releer una carta o a rehacer una cuenta cuando su atención ha sido repetidamente distraída varias veces durante la ejecución del acto. La duda es una consecuencia lógica de la presencia de las obsesiones.

Observación número 9. Duda obsesiva (vacilación). — La sujeto de la observación número 4 se había vuelto excesivamente lenta en todos los actos de la vida ordinaria, particularmente en los de su tocado. Le eran necesarias horas enteras para anudar los cordones de sus zapatos o para arreglarse las uñas. Por su parte, lo explicaba diciendo que no podía atender a su tocado mientras la preocupaban las ideas obsesivas ni inmediatamente después de cada retorno de las mismas.

Observación número 10. Duda obsesiva. Temor a los papeles escritos. — Una joven, que había sentido escrúpulos después de haber escrito una carta, y que a partir de tal momento recogía todos los papeles que veía, dando como explicación el temor de haber confesado un amor secreto.

A fuerza de repetirse sin cesar el nombre de su amado, había surgido en ella el miedo de que dicho nombre se hubiese escapado de su pluma, habiéndolo trazado sobre un papel cualquiera en un momento de ensimismamiento.

Observación número 11. Misofobia. — Una mujer, que se lavaba las manos cien veces al día, y por no tocarlos con ellas abría los pestillos de las puertas empujándolos con el codo.

Rectificación. — Era el caso de lady Macbeth. Las abluciones tenían un carácter simbólico y se hallaban destinadas a sustituir por la pureza física la pureza moral, que la sujeto lamentaba haber perdido. Se atormentaba con el remordimiento de una infidelidad conyugal, cuyo recuerdo había decidido ahogar.

Por lo que respecta a la teoría de esta sustitución, me limitaré a dar respuesta a tres cuestiones que aquí se plantean:

1.^a ¿Cómo puede llevarse a cabo tal sustitución?

Parece constituir la expresión de una disposición psíquica especial. Por lo menos, hallamos muy frecuentemente en las obsesiones la herencia similar, como en la histeria. Así, el enfermo de la observación número 2 me comunicó que su padre había padecido síntomas semejantes, y un día me presentó a un primo hermano con obsesiones y «tic» convulsivo, y a la hija de su hermana, niña de once años, que mostraba ya obsesiones (probablemente remordimientos).

2.^a ¿Cuál es el motivo de tal sustitución?

A mi juicio, podemos considerarla como un acto de defensa del yo contra la idea inconciliable. Entre mis enfermos hay algunos que recuerdan el esfuerzo de voluntad realizado para expulsar la idea o el recuerdo penoso del campo de la conciencia (observaciones números 3, 4 y 11). En otros casos, esta expulsión de la idea inconciliable se produjo de un modo inconsciente, que no ha dejado huella alguna en la memoria de los enfermos.

3.^a ¿Por qué el estado emotivo asociado a la idea obsesiva se ha perpetuado, en lugar de desvanecerse como los demás estados de nuestro yo?

La respuesta a esta interrogación consta en la teoría sobre los síntomas histéricos, fruto de mi colaboración con Breuer. Aquí sólo haré observar que el hecho mismo de la sustitución hace imposible la desaparición del estado emotivo.

II A estos dos grupos de obsesiones propias se añade el de las fobias. Éstas se diferencian de las obsesiones —según antes hubimos de indicar— en que el estado emotivo a ellas concomitante es siempre la angustia. Añadiremos ahora que las obsesiones son múltiples y más especializadas, y, en cambio, las fobias, más bien monótonas y típicas.

También en las fobias podemos distinguir dos grupos, caracterizados por el objeto de la angustia: primero, fobias comunes: miedo exagerado a aquellas cosas que todo el mundo teme algo, tales como la noche, la soledad, la muerte, las enfermedades, las serpientes, los peligros en general, etc.; y segundo, fobias ocasionales: angustia emergente en circunstancias especiales que no inspiran temor al hombre sano. Así, la agorafobia y las demás fobias de la locomoción. Es interesante observar que estas últimas fobias no son obsesivas, como las obsesiones propias y las fobias comunes. El estado emotivo no surge en estos

casos, sino en circunstancias especiales, que el enfermo evita cuidadosamente.

El mecanismo de las fobias es totalmente diferente del de las obsesiones. No se trata ya de una sustitución, ni resultaba posible descubrir, por medio del análisis psíquico, una idea inconciliable sustituida. Sólo se encuentra un estado emotivo de angustia, que por una especie de elección ha hecho resaltar todas las ideas susceptibles de llegar a ser objeto de una fobia. En los casos de agorafobia, etc., se encuentra con frecuencia el recuerdo de un ataque de angustia, y en realidad lo que el enfermo teme es la emergencia de tal ataque en aquellas circunstancias especiales en las que cree no podrá escapar a él.

La angustia de este estado emotivo existente en el fondo de las fobias no se deriva de ningún recuerdo. Habremos, pues, de preguntarnos cuál puede ser el origen de esta potente condición del sistema nervioso.

En respuesta a esta interrogación espero poder demostrar otra vez que está justificado establecer una neurosis especial, la neurosis de angustia^[97], de la cual es el síntoma principal dicho estado emotivo^[98]. Enumeraremos sus diversos síntomas e insistiremos en la necesidad de distinguir esta neurosis de la neurastenia, con la cual se halla ahora confundida. Así, las fobias forman parte de la neurosis de angustia y aparecen acompañadas casi siempre de otros síntomas de la misma serie.

La neurosis de angustia es también de origen sexual, pero no se enlaza a ideas tomadas de la vida sexual, ni en realidad posee un mecanismo psíquico. Su etiología específica es la acumulación de la tensión genésica, provocada por la abstinencia o la irritación genésica frustrada (por el efecto del coito reservado, de la impotencia relativa del marido, de las excitaciones sin satisfacción ulterior de los novios, de la abstinencia forzada, etc.).

En estas condiciones, extraordinariamente frecuentes, sobre todo para la mujer, en la sociedad actual, es en las que se desarrolla la neurosis de angustia, de la cual las fobias son una manifestación psíquica.

Para concluir, indicaremos que las fobias y las obsesiones propiamente dichas pueden combinarse y se combinan, efectivamente, con gran frecuencia. Así, podemos hallar que en los comienzos de la enfermedad existía una fobia, desarrollada como síntoma de la neurosis de angustia. La idea que constituye la fobia y a la cual se encuentra asociado el miedo puede ser sustituida por otra idea o más bien por el procedimiento protector que parece aliviar al miedo. La observación número 6 (especulación obsesiva) constituye un acabado ejemplo de

esta clase, o sea de una fobia doblada de una obsesión propiamente dicha, por sustitución.

IX

LA NEURASTENIA Y LA NEUROSIS DE ANGUSTIA^[99]

SOBRE LA JUSTIFICACIÓN DE SEPARAR DE LA NEURASTENIA
CIERTO COMPLEJO DE SÍNTOMAS A TÍTULO DE «NEUROSIS DE
ANGUSTIA»

1894 [1895]

MIENTRAS se continúe dando a la palabra «neurastenia» todos los significados en los que Beard hubo de emplearla, será difícil decir nada generalmente válido sobre la enfermedad a la que califica. A mi juicio, ha de ser muy ventajoso para la Neuropatología intentar separar de la neurastenia propiamente dicha todas aquellas perturbaciones neuróticas, cuyos síntomas se hallan más firmemente enlazados entre sí que con los síntomas neurasténicos típico^[100] que por otra parte en su etiología y en su mecanismo difieren esencialmente de la neurosis neurasténica típica.

Esta labor clasificadora nos proporcionará pronto una imagen relativamente uniforme de la neurastenia, y habrá de permitirnos distinguir de la neurastenia auténtica, con mayor precisión que hasta ahora, diversas seudoneurastenias, tales como el cuadro clínico de la neurosis refleja nasal, orgánicamente provocada; las perturbaciones nerviosas de las caquexias y de la arteriosclerosis y de los estadios iniciales de la parálisis progresiva y de algunas psicosis. Además, se hará posible separar —siguiendo la propuesta de Moebius— algunos estados nerviosos de los degenerados hereditarios, y se encontrarán razones para

adscribir más bien a la melancolía algunas neurosis de naturaleza intermitente o periódica, a las que hoy se da el nombre de neurastenia. Pero el paso decisivo consiste en separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas que a continuación describiremos y que llena muy cumplidamente las condiciones antes detalladas. Los síntomas de este complejo se muestran clínicamente mucho más próximos unos a otros que a los neurasténicos (esto es, aparecen con frecuencia juntos, y se representan unos a otros en el curso de la enfermedad), y tanto la etiología como el mecanismo de la neurosis a la que corresponden son fundamentalmente distintos de los propios de la neurastenia auténtica, tal y como ésta queda después de efectuar la iniciada separación.

Damos a este complejo de síntomas el nombre de «neurosis de angustia» por la circunstancia de que todos sus componentes pueden ser agrupados en torno a uno principal, que es la angustia. En un principio creímos original esta interpretación nuestra de los síntomas de la neurosis de angustia; pero un día cayó en nuestras manos una interesante conferencia de Hecker, en la que hallamos desarrollada clara y cumplidamente igual teoría^[101]. Sin embargo, Hecker no separa de la neurosis, como yo me propongo hacerlo, los síntomas, en los que reconoce equivalentes o rudimentos del ataque de angustia, sin duda por no haberse dado cuenta de la diferencia etiológica existente. El conocimiento de esta diferencia nos deja en libertad para dar a los síntomas de la neurosis de angustia un calificativo distinto del de neurasténicos, haciéndonos así más fácil establecer afirmaciones generales.

A) SINTOMATOLOGÍA CLÍNICA DE LA NEUROSIS DE ANGUSTIA

LA perturbación a la que damos el nombre de «neurosis de angustia» surge completa o sólo rudimentariamente desarrollada, aislada o en combinación con otras neurosis. Los casos en cierto modo completos, y al mismo tiempo aislados, son, claro está, los que más especialmente dan la impresión de que la neurosis de angustia posee plena independencia clínica. En otros casos se nos plantea la labor de separar de un complejo de síntomas correspondientes a una «neurosis mixta» aquellos que no pertenecen a la neurastenia, la histeria, etc., sino a la neurosis de angustia.

El cuadro clínico de la neurosis de angustia comprende los siguientes síntomas:

1) *La excitabilidad general* — Es éste un síntoma nervioso muy frecuente, propio como tal de muchos estados nerviosos. Lo incluimos aquí porque surge siempre en la neurosis de angustia, y es teóricamente muy importante. Una elevada excitabilidad indica siempre acumulación de excitación o incapacidad de resistirla; esto es, acumulación absoluta o relativa de excitación. Dentro de esta elevada excitabilidad, me parece digna de especial mención su manifestación en una *hiperestesia auditiva*, una hipersensibilidad con respecto a los ruidos; síntomas explicables seguramente por la íntima relación innata entre las impresiones auditivas y el sobresalto. La hiperestesia auditiva aparece muchas veces como causa de *insomnio*, del cual más de una forma pertenece a la neurosis de angustia.

2) *La espera angustiosa*. — No nos es posible explicar el estado a que así nos referimos más que por el nombre mismo a él asignado y la exposición de algunos ejemplos. Así, el de una mujer que cada vez que oye toser a su marido, propenso a los catarros, piensa en la posibilidad de que contraiga una pulmonía mortal, y ve en su imaginación pasar el entierro. Cuando al volver a casa ve dos o tres personas ante su puerta no puede por menos de pensar que alguno de sus hijos se ha caído desde un balcón, y si oye doblar las campanas se figura en el acto que es por algún ser querido, siendo así que ninguno de estos casos entraña nada que pueda significar una mera posibilidad.

La espera angustiosa se da también mitigada en lo normal, comprendiendo todo aquello que designamos con los nombres de «ansiedad, tendencia a la visión pesimista de las cosas», etc., pero sobrepasa siempre que ello es posible el nivel natural, y muchas veces es reconocida por los mismos enfermos como una especie de obsesión. Para una de las formas de la espera angustiosa, esto es, para la que se refiere a la propia salud, puede reservarse el viejo término médico de *hipocondría*. La hipocondría no sigue siempre una trayectoria paralela a la de la espera angustiosa general, pues demanda como condición previa la existencia de parestesias y sensaciones físicas penosas, y de este modo resulta ser la forma que los neurasténicos prefieren en cuanto sucumben a la neurosis de angustia, cosa muy frecuente.

Otra manifestación de la espera angustiosa es la tendencia, tan frecuente en personas de sensibilidad moral, al miedo a la propia conciencia, a los escrúpulos exagerados; tendencia que puede también ir desde lo normal hasta lo patológico.

La espera angustiosa es el síntoma nodular de la neurosis. En él se nos hace patente la exactitud de toda una parte de nuestra teoría sobre tal perturbación. Puede, quizá, concluirse que nos hallamos ante un *quantum* de angustia, libremente flotante, que durante la espera domina la elección de las representaciones, y se halla dispuesto en todo momento a enlazarse a cualquier idea apropiada.

3) No es ésta la única forma en que puede manifestarse la espera angustiosa, latente casi siempre para la conciencia, pero constantemente en acecho. Puede, en efecto, irrumpir de repente en la conciencia sin ser despertado por el curso de la imaginación y provoca así un ataque de angustia. Tal ataque puede consistir tan sólo en la sensación de angustia, no asociada a ninguna representación, o unida a la de la muerte o la locura, o también en dicha misma sensación, acompañada de una parestesia cualquiera (análoga al aura histérica), o enlazada a la perturbación de una o más funciones físicas, tales como la respiración, la circulación, la inervación vasomotora o la actividad glandular. De esta combinación hace el paciente resaltar tan pronto unos factores como otros, quejándose de «palpitaciones, disnea, sudores, bulimia», etc., y en sus lamentos deja con frecuencia sin mencionar la sensación de angustia o alude ligeramente a ella, calificándola de «malestar», etc.

4) Para el diagnóstico presenta gran importancia el hecho de que la proporción de los indicados elementos en el ataque de angustia es infinitamente variable, pudiendo además cada uno de los síntomas concomitantes constituir por sí solos el ataque, lo mismo que la angustia. Hay, en consecuencia, *ataques de angustia rudimentarios y equivalentes del ataque de angustia*, todos ellos, probablemente, de igual significación, que muestran una gran riqueza de formas, hasta ahora poco estudiadas. El detenido estudio de estos estados larvados de angustia (Hecker) y su diferenciación de otros ataques constituye una labor que reclama urgentemente la atención de los neurólogos.

He aquí una relación de las formas del ataque de angustia que hasta ahora me son conocidas:

a) Con perturbaciones de la actividad cardíaca: palpitaciones, arritmias breves, taquicardia duradera y hasta graves estados de debilidad del corazón, difíciles de diferenciar de una afección orgánica.

b) Con perturbaciones de la respiración: formas diversas de disnea nerviosa, ataques análogos a los de asma, etc. He de advertir que estos ataques no aparecen siempre acompañados de angustia perceptible.

- c) Ataques de sudor, a veces nocturno.
- d) Ataques de temblores y convulsiones, fáciles de confundir con los histéricos.
- e) Ataques de bulimia, acompañados a veces de vértigos.
- f) Diarreas emergentes en forma de ataques.
- g) Ataques de vértigo locomotor.
- h) Ataques de las llamadas congestiones; esto es, de aquello a lo que se ha dado el nombre de neurastenia vasomotora.
- i) Ataques de parestesia (raras veces sin angustia o un malestar análogo).

5) El *pavor nocturnus* de los adultos, acompañado generalmente de angustia, disnea, sudores, etc., no es, muchas veces, sino una forma del ataque de angustia. Esta perturbación condiciona una segunda forma del insomnio, dentro del cuadro de la neurosis de angustia. Se me he hecho, además, indudable que también el «pavor nocturno» de los niños muestra una forma perteneciente a la neurosis de angustia. El matiz histérico y el enlace de la angustia con la reproducción de un suceso o un sueño adecuados dan al *pavor nocturnus* de los niños la apariencia de un caso especial. Pero este pavor surge también aislado, sin sueño ni alucinación ningunos.

6) En el grupo de síntomas de la neurosis de angustia ocupa un lugar sobresaliente el «vértigo», que en su forma más leve es un simple «mareo», y en la más grave, la del «ataque de vértigo», con angustia o sin ella, constituye uno de los más temibles síntomas de la neurosis.

El vértigo de la neurosis de angustia no es un vértigo giratorio, ni permite tampoco hacer resaltar, como el vértigo de Menière, varios planos y direcciones. Pertenece a la forma locomotora o coordinatoria, como el producido por la parálisis de los músculos del ojo, y consiste en un malestar específico, acompañado de la sensación de que el suelo oscila, se hunden en él las piernas y resulta imposible continuar en pie. Las piernas del sujeto tiemblan y se doblan, pesándole como si fuesen de plomo. Sin embargo, éste vértigo no provoca la caída del enfermo. En cambio, hemos de afirmar que tal ataque de vértigo puede quedar representado por un ataque de profundo desvanecimiento. Otros estados de desvanecimiento de la neurosis de angustia parecen depender de un colapso cardíaco.

El ataque de vértigo se presenta muchas veces acompañado de angustia de la peor clase y combinado con perturbaciones respiratorias y del corazón. En la neurosis de angustia aparece también, según mis observaciones, el vértigo de las

alturas, pero no sé si estará justificado suponer igualmente en estos casos la existencia adjunta de un «vértigo *a stomacho laeso*».

7) Sobre la base de la espera angustiosa, por un lado, y por otro de la tendencia a los ataques de angustia y de vértigo, se desarrollan dos grupos de fobias típicas, referente uno a las amenazas fisiológicas generales y otro a la locomoción. Al primer grupo pertenece el miedo a las serpientes, a las tormentas, a la oscuridad, a los insectos, etc.; la exagerada escrupulosidad típica y varias formas de la *folie de doute*. En estas perturbaciones, la angustia disponible es simplemente utilizada para intensificar repugnancias instintivas, comunes a todos los hombres. Mas, por lo general, la fobia de carácter análogo al obsesivo no emerge hasta el momento en que aparece una reminiscencia de un suceso en que el miedo pudo exteriorizarse; por ejemplo, después de haber sido sorprendido el enfermo por una tormenta en campo raso. No es acertado querer explicar estos casos como mera perduración de una impresión violenta. Lo que da importancia a estos sucesos y hace perdurar su recuerdo es tan sólo la angustia que en ellos surgió y que puede volver a emerger en cualquier momento. O, dicho de otro modo, tales impresiones sólo conservan su fuerza en personas enfermas de «espera angustiosa».

El grupo contiene la *agorafobia* con sus especies secundarias, caracterizadas todas por su referencia a la locomoción. Con frecuencia hallamos aquí, como base de la fobia, un anterior ataque de vértigo, pero no creo deba darse a tales ataques la significación de una premisa indispensable. Hallamos, en efecto, muchas veces que después de un primer ataque de vértigo sin angustia, y no obstante quedar ya la locomoción constantemente afecta de la sensación de vértigo, no experimenta tal función restricción alguna, fallando, en cambio, por completo en determinadas condiciones, tales como la falta de un acompañante o el paso por calles estrechas, etc., cuando el ataque de vértigo fue acompañado de angustia.

La relación de estas fobias con las de la neurosis obsesiva, cuyo mecanismo hemos descrito en nuestro estudio titulado *Las neuropsicosis de defensa*^[102], es la siguiente: coinciden ambas perturbaciones en el hecho de hacerse obsesiva una representación por su enlace con un afecto disponible, pudiendo así adscribirse a ambas clases de fobias el mecanismo de la transposición del afecto. Pero en las fobias de la neurosis de angustia es este afecto siempre el mismo, la angustia, y no procede de una representación reprimida, demostrándose tan

irreducible por medio del análisis psicológico como rebelde a toda acción psicoterápica. Así, pues, el mecanismo de la sustitución no es aplicable a las fobias de la neurosis de angustia.

Ambas clases de fobias (o representaciones obsesivas) se presentan con frecuencia juntas, aunque las fobias atípicas, fundadas en representaciones obsesivas, no tienen que arraigar necesariamente en el terreno de la neurosis de angustia. Con frecuencia tropezamos con otro mecanismo, aparentemente más complicado, cuando en una fobia originariamente sencilla de la neurosis de angustia es sustituido el contenido de la fobia por otra representación; esto es, cuando la sustitución viene a agregarse, *a posteriori*, a la fobia. Para tal sustitución se emplean con máxima frecuencia aquellas «medidas preventivas» que primitivamente se ensayaron para combatir la fobia. Así, la obsesión especulativa surge de la aspiración a darse el sujeto a sí mismo una prueba de que no está loco, como la fobia hipocondriaca le afirma. Las vacilaciones y dudas, o más bien repeticiones de la *folie de doute*, nacen de la duda justificada en la seguridad del propio pensamiento, dado que el sujeto tiene conciencia de la tenacísima perturbación de sus procesos mentales, por la representación obsesiva. Puede, por tanto, afirmarse que también muchos síndromes, tanto de la neurosis obsesiva como de la *folie de doute* y otras perturbaciones análogas, deben ser adscritos clínicamente, ya que no conceptualmente, a la neurosis de angustia.

8) La actividad digestiva no experimenta en la neurosis de angustia sino muy pocas perturbaciones, pero muy características. No son nada raras sensaciones de náuseas y malestar, y el síntoma de la bulimia puede constituir por sí solo o con otros (congestiones) un ataque de angustia rudimentario. En calidad de perturbación crónica, análoga a la espera angustiosa, hallamos la tendencia a la diarrea, que ha dado ocasión a los más originales errores de diagnóstico. Si no me equivoco, es esta diarrea la que Moebius^[103] ha señalado a la atención médica en un reciente estudio.

Sospecho además que la diarrea refleja de Peyer, dependiente, según éste autor, de enfermedades de la próstata^[104], no es sino tal diarrea de la neurosis de angustia. La relación refleja es una mera apariencia, desmentida por el hecho de intervenir en la génesis de tales afecciones prostáticas los mismos factores que en la etiología de la neurosis de angustia.

La neurosis de angustia ejerce sobre el estómago y el intestino una influencia

contraria a la de la neurastenia.

Los casos mixtos muestran con frecuencia la conocida «alternativa de diarrea y estreñimiento». La poliuria de la neurosis obsesiva es análoga a la diarrea.

9) Las parestesias que pueden acompañar al ataque de vértigo o angustia resultan interesantes, por asociarse entre sí, como las sensaciones del aura histérica, formando una serie. Pero, al contrario de las histéricas, estas sensaciones asociadas nos parecen atípicas y variables. Otra analogía con la histeria es producida por el hecho de tener también lugar, en la neurosis de angustia, una especie de *conversión* en sensaciones físicas. Así, un gran número de reumáticos leves, de lo que padecen realmente es de neurosis de angustia. Al lado de este incremento de la sensibilidad al dolor hemos observado en muchos casos de neurosis de angustia una tendencia a las alucinaciones que no puede ser considerada como histérica.

10) Varios de los síntomas citados que acompañan o representan al ataque de angustia se representan también en forma crónica, siendo entonces más difícil descubrirlos, toda vez que la sensación de angustia concomitante es menos precisa que en el ataque de angustia. Así sucede especialmente con la diarrea, el vértigo y las parestesias.

Como el ataque de vértigo por el desvanecimiento, puede el vértigo crónico quedar representado por una tendencia duradera de cansancio, depresión, etc.

B) Aparición y etiología de la neurosis de angustia

EN algunos casos de neurosis de angustia nos resulta imposible descubrir un proceso etiológico, siendo precisamente en estos casos en los que se nos hace más fácil comprobar la existencia de una grave tara hereditaria.

Pero cuando poseemos algún fundamento para creer que se trata de una neurosis adquirida, hallamos siempre, después de un cuidadoso examen, como factores etiológicos, una serie de perturbaciones e influencias nocivas provenientes de la vida sexual. Tales factores parecen, al principio, de naturaleza diferente, pero dejan pronto transparentar el carácter común que explica su idéntico efecto sobre el sistema nervioso, y se muestran bien aislados, bien unidos a otras perturbaciones «banales» a las que ha de adscribirse un efecto corroborativo. Esta etiología sexual de la neurosis de angustia es tan

predominante, que creo poder permitirme, a los fines de este breve estudio, dejar a un lado los casos de etiología distinta o dudosa.

Para la más precisa exposición de las condiciones etiológicas, bajo las cuales surge la neurosis de angustia, será conveniente separar los casos según el sexo del sujeto. Así, pues, diremos que la neurosis se presenta en las mujeres — abstracción hecha de su disposición— en los casos siguientes:

a) Como angustia virginal o angustia de los adolescentes. Un gran número de observaciones personales me han demostrado que el primer contacto con el problema sexual, en forma de una súbita revelación de lo hasta entonces encubierto, bien por la visión de un acto sexual, bien por una lectura o en una conversación, puede provocar en las adolescentes la emergencia de una neurosis de angustia, combinada casi típicamente con una histeria.

b) Como angustia de las recién casadas. Aquellas recién casadas que en las primeras cohabitaciones han permanecido anestésicas contraen con frecuencia una neurosis de angustia, que desaparece luego cuando la anestesia es sustituida por la sensibilidad normal. Dado que la mayoría de las recién casadas inicialmente anestésicas no contraen, sin embargo, tal neurosis, hemos de considerar necesaria para su aparición la concurrencia de otras condiciones, que más adelante indicaremos.

c) Como angustia de las mujeres cuyos maridos se hallan aquejados de *ejaculatio praecox* o de grave disminución de la potencia.

d) De aquellas otras cuyos maridos practican el *coitus interruptus* o *reservatus*. Estos casos forman uno solo, pues el análisis de numerosos ejemplos nos ha impuesto la convicción de que el factor decisivo es exclusivamente, que la mujer llegue o no a alcanzar en el coito la satisfacción sexual. El caso negativo entraña la condición de la emergencia de la neurosis de angustia. En cambio, aquellas mujeres cuyos maridos padecen de *ejaculatio praecox*, pero pueden repetir inmediatamente el coito, con mejores resultados, permanecen protegidas contra la neurosis. El *congressus reservatus* por medio del preservativo no perjudica a la mujer cuando el marido es muy potente y ella rápidamente excitable; pero, en caso contrario, es esta forma del comercio preventivo tan nociva como las demás. El *coitus interruptus* es casi siempre perjudicial para quienes lo practican, con la circunstancia de que para la mujer sólo es cuando el marido lo realiza sin consideración hacia ella; esto es, interrumpiendo el coito en cuanto siente próxima la eyaculación, sin cuidarse del curso de la excitación en la mujer. Cuando, por el contrario, espera el hombre

hasta la satisfacción de la mujer, el coito tendrá para ésta el valor normal; pero, en cambio, será el hombre el que contraerá la neurosis de angustia. Estas afirmaciones me han sido impuestas por los resultados de múltiples observaciones y análisis.

e) Como angustia de las viudas y de las mujeres voluntariamente abstinentes, combinada muchas veces de un modo típico con representaciones obsesivas.

f) Como angustia en el período climatérico, durante la última gran elevación de la necesidad sexual.

Los casos c), d) y e) contienen las condiciones en las cuales la neurosis de angustia ataca más frecuentemente y con mayor independencia de la propensión hereditaria a los sujetos femeninos. Con respecto a estos casos —adquiridos y curables— de neurosis de angustia intentaremos demostrar que la práctica sexual descubierta constituye realmente el factor etiológico de las neurosis. Pero antes expondremos las condiciones sexuales de la neurosis de angustia en los hombres, estableciendo los grupos siguientes, todos los cuales tienen en los anteriores, femeninos, sus analogías.

a) Angustia de los abstinentes voluntarios, combinada muchas veces con síntomas de *defensa* (representaciones obsesivas, histeria). Los motivos en que se funda la abstinencia voluntaria hacen que esta categoría incluya gran cantidad de sujetos hereditariamente predispuestos, originales, etc.

b) Angustia de los hombres que sufren de excitación frustrada (durante el noviazgo) y de aquellas personas que por miedo a las consecuencias del comercio sexual se contentan con tocar o contemplar a la mujer. Este grupo de condiciones, que puede ser transferido sin modificación alguna al otro sexo, proporciona los casos más puros de neurosis.

c) Angustia de los hombres que practican el *coitus interruptus*. Como ya hemos dicho, el *coitus interruptus* perjudica a la mujer cuando es practicado sin cuidado alguno por su satisfacción, y, en cambio, al hombre, cuando éste, para conseguir la satisfacción de la mujer, dirige voluntariamente el coito, aplazando la eyaculación. De este modo se hace comprensible que en los matrimonios que practican el *coitus interruptus* sólo enferme, por lo general, uno de los cónyuges. Por lo demás, el coito interrumpido no produce sino muy pocas veces, en el hombre, una neurosis de angustia pura, siendo, por lo general, su consecuencia una neurosis mixta de neurosis de angustia y neurastenia.

d) Angustia de los hombres en la edad crítica. Hay hombres que pasan, como las mujeres, por un período climatérico, contrayendo una neurosis de angustia al

tiempo que declina su potencia y aumenta su libido^[105].

Por último, añadiremos dos casos válidos para ambos sexos:

a) Los neurasténicos que han contraído su enfermedad a consecuencia de la masturbación^[106] caen en la neurosis de angustia en cuanto abandonan tal forma de satisfacción sexual, pues estos sujetos llegan a ser especialmente incapaces de soportar la abstinencia.

Como dato muy importante para la comprensión de la neurosis de angustia haremos constar que sólo en hombres aún potentes y en mujeres no anestésicas adquiere esta perturbación un desarrollo considerable. En los neurasténicos cuya potencia ha quedado gravemente dañada por la masturbación, la neurosis de angustia emergente en caso de abstinencia no adquiere sino muy escaso desarrollo, limitándose casi siempre a la hipocondría y a un ligero vértigo crónico. A las mujeres ha de suponérselas siempre «potentes», pero es también indudable que una mujer verdaderamente impotente, esto es, realmente anestésica, será siempre menos accesible a la neurosis de angustia y resistirá singularmente bien los efectos nocivos indicados.

Por ahora no queremos entrar en la cuestión de hasta qué punto sería exacto suponer entre algunos factores etiológicos y algunos síntomas del complejo de la neurosis de angustia relaciones constantes.

b) La última de las condiciones etiológicas que nos proponemos mencionar no parece, al principio, ser de naturaleza sexual. La neurosis de angustia surge también, en efecto, en los dos sexos, como consecuencia de un *surmenage* o un esfuerzo agotador; por ejemplo, después de largas vigiliass nocturnas, de una continuada asistencia a un enfermo o incluso de una grave dolencia del propio sujeto.

La objeción principal contra mi teoría de una etiología sexual de la neurosis de angustia será, quizá, la de que tales anormalidades de la vida sexual son tan frecuentes que siempre las encontramos a mano, por poco que nos molestemos en buscarlas. Así, pues, su aparición en los casos de neurosis de angustia antes descritos no probarían su cualidad de factores etiológicos de la neurosis. Además, el número de personas que practican el coito interrumpido, etc., es incomparablemente mayor que el de las que padecen neurosis de angustia, habiendo, por tanto, una inmensa mayoría que resiste sin la menor perturbación las indicadas prácticas nocivas.

A esta objeción hemos de responder, en primer lugar, que, dada la

extraordinaria frecuencia reconocida de las neurosis, y especialmente de la neurosis de angustia, no era de esperar el descubrimiento de un factor etiológico que sólo raras veces se diese; en segundo, que el hecho de descubrirse en una investigación etiológica el factor etiológico con mayor frecuencia que su efecto, constituye precisamente el cumplimiento de un postulado de patología, ya que para que dicho efecto se produzca pueden ser precisas otras condiciones (propensión, agregación de la etiología específica, apoyo de otras influencias inocuas de por sí), y, por último, que la detallada clasificación antes expuesta de los casos apropiados a la emergencia de la neurosis de angustia demuestra inequívocamente la significación del factor sexual. Pero de momento nos limitaremos al factor etiológico constituido por el *coitus interruptus* y a la exposición de algunas experiencias probatorias.

1) Mientras la neurosis de angustia de una mujer joven no se halla aún plenamente constituida, sino que surge en ramificaciones que desaparecen luego espontáneamente, puede demostrarse que cada uno de tales impulsos de la neurosis depende de un coito en el que la satisfacción fue incompleta. Dos días después del mismo, o al día siguiente, en personas menos resistentes, aparece regularmente el ataque de angustia o de vértigo, al que se unen otros síntomas neuróticos, desapareciendo luego todo junto, cuando el comercio matrimonial es poco frecuente. Un viaje casual del marido o una estancia de la mujer en alguna estación de altura, unidos a la interrupción del comercio matrimonial, mejoran generalmente a la enferma. Lo mismo sucede con el tratamiento ginecológico, al que casi siempre se recurre al principio, en estos casos, en cuanto trae consigo la interrupción del trato carnal. Pero tanto la cura de altura como el tratamiento local resultan singularmente ineficaces en cuanto los esposos vuelven a cohabitar. En cambio, si el médico, conocedor de esta etiología, hace sustituir a los cónyuges del *coitus interruptus* por el normal, obtendrá siempre, en los casos de neurosis aún no constituida, la prueba terapéutica de nuestras afirmaciones, pues la angustia cesará para no volver a presentarse sin un nuevo motivo análogo.

2) En las anamnesis de muchos casos de neurosis de angustia comprobamos, tanto en los hombres como en las mujeres, una singular oscilación de la intensidad de los fenómenos y de las alternativas de todo el estado patológico. Un año es casi bueno, y el siguiente, horrible; unas veces la mejoría pareció obedecer a una cura determinada, pero esta misma cura fracasa luego por completo en otro ataque, etc. Si investigamos entonces el número de hijos del

matrimonio y su orden de sucesión y confrontamos esta crónica conyugal con el extraño curso de la neurosis, hallaremos que los períodos de mejoría o bienestar coinciden con los embarazos de la mujer, durante los cuales no había, naturalmente, motivo para practicar el comercio preventivo, confirmándose igualmente que el marido obtuvo mejoría en todas aquellas curas^[107], cualquiera que haya sido su clase, cuyo término coincidió con un principio de embarazo en su mujer.

3) De la anamnesis de los enfermos resulta muchas veces que los síntomas de la neurosis de angustia han venido a sustituir, en una época determinada, a los de otra neurosis; por ejemplo, a los de la neurastenia. Es estos casos se demuestra siempre que poco tiempo antes de tal mudanza del cuadro clínico ha tenido efecto un cambio correlativo de la práctica sexual nociva.

Estas experiencias, multiplicables a voluntad, imponen al médico, para toda una categoría de casos, la etiología sexual, existiendo otros casos que, por lo menos, se nos hacen comprensibles por medio de la clave que supone tal etiología, sin la cual no nos sería posible tampoco clasificarlos. Tales casos, muy numerosos, son aquéllos en los cuales hallamos, desde luego, todo lo que en la otra categoría hemos descubierto, o sea, por un lado, los fenómenos de la neurosis de angustia, y por otro, el factor específico representado por el *coitus interruptus*, pero en los que además viene a interpolarse algo nuevo, un largo intervalo entre la etiología sospechada y su efecto, y quizá también factores etiológicos de naturaleza no sexual. Veamos un ejemplo: un sujeto sufre, al recibir la noticia de la muerte de su padre, un ataque al corazón, y a partir de este momento enferma de neurosis de angustia. El caso resulta así incomprensible, pues el sujeto no había mostrado hasta entonces ningún indicio de disposición nerviosa y la muerte de su padre, muy anciano ya, ocurrió en circunstancias totalmente normales, no pudiendo contarse el fallecimiento normal y esperado de un padre anciano entre los sucesos que suelen hacer enfermar a personas sanas. Pero, en cambio, sabemos que el sujeto practica hace ya once años el coito interrumpido, cuidando de que su mujer obtenga en él plena satisfacción, y esta circunstancia arroja ya viva luz sobre la etiología del caso, pues el sujeto presenta exactamente los mismos fenómenos comprobados en otras personas después de una corta práctica del indicado manejo sexual y sin la intervención de otro trauma. Análogamente hemos de juzgar el caso de una mujer que enferma de neurosis de angustia al perder un hijo, y el de un estudiante el que la neurosis

de angustia estorba la preparación de unas oposiciones. En ninguno de estos dos casos encuentro explicado el efecto por las causas etiológicas indicadas. Se puede estudiar sin llegar al agotamiento; y la reacción de una madre sana a la pérdida de un hijo no suele ser sino la tristeza normal. Pero ante todo yo esperarí­a que el trabajo agotador hubiera producido al estudiante una debilidad cerebral, y que al morir su hijo hubiera la madre adquirido una histeria. La circunstancia de enfermar ambos de neurosis de angustia me hace dar valor etiológico a los hechos de llevar la madre ocho años practicando con su marido el *coitus interruptus* y mantener el estudiante, desde hacía tres años, unas íntimas relaciones amorosas con una joven «honrada», a la que no debe dejar embarazada.

Todo esto nos lleva a afirmar que la nocividad específica sexual del coito interrumpido, cuando no llega a provocar por sí sola la neurosis de angustia, predispone, por lo menos, a su adquisición. La neurosis de angustia surge entonces en cuanto al efecto latente del factor específico viene a agregarse el de otro factor inocuo. Este último puede representar cuantitativamente el factor específico, pero no sustituirlo cualitativamente. El factor específico permanece siendo siempre el que determina la forma de la neurosis. Espero demostrar también este principio en lo que se refiere a la etiología de otras neurosis.

Estas últimas reflexiones contienen además la hipótesis, nada inverosímil en sí, de que las prácticas sexuales nocivas, como el coito interrumpido, llegan a adquirir significación etiológica por la acumulación de otros factores. Según la disposición de cada individuo y las demás taras de su sistema nervioso, tardará más o menos tiempo en hacerse visible el efecto de tal acumulación. Los individuos que resisten sin aparente perjuicio el coito interrumpido, quedan, en realidad, predispuestos, por su práctica, a las perturbaciones de la neurosis obsesiva, que en una ocasión cualquiera espontáneamente, o después de un trauma sin importancia, pueden emerger con toda intensidad, del mismo modo que el alcohólico crónico acaba adquiriendo, por acumulación, una cirrosis u otra enfermedad o cayendo en el delirio bajo la influencia de un estado febril.

C) Primeras aportaciones a una teoría de la neurosis de angustia

LAS consideraciones que siguen no aspiran a otro valor que al de una primera tentativa, cuyo enjuiciamiento no deberá influir en la admisión de los hechos descritos en los apartados anteriores. Por otra parte, la admisión de la «teoría de la neurosis de angustia», que vamos a intentar desarrollar, se hace aún más difícil, por el hecho de no constituir sino un fragmento de una más amplia exposición de las neurosis.

Lo que hasta aquí llevamos dicho sobre la neurosis de angustia abarca ya algunos extremos que nos permiten penetrar un tanto en el mecanismo de esta neurosis. Así, en primer término, la sospecha de que puede tratarse de una acumulación de excitación y además el hecho importantísimo de que la *angustia* en la que se basan los fenómenos de la neurosis *no es susceptible de una descarga psíquica*. Una descarga sería, por ejemplo, posible si la base de la neurosis de angustia fuera un sobresalto —único o repetido— justificado, que constituyera, desde su ocurrencia, la disposición a la angustia. Pero no es éste el caso.

A causa de un sobresalto único puede adquirirse una histeria o una neurosis traumática, nunca una neurosis de angustia. Al principio, viendo resaltar en primer término, entre las causas de la neurosis de angustia, el *coitus interruptus*, creíamos que la fuente de la angustia continua podía hallarse en el miedo repetidamente experimentado en cada acto camal de que la técnica preventiva fracasase y se originara un embarazo. Pero más tarde descubrimos que este estado de ánimo del hombre o de la mujer durante el coito interrumpido carece de toda relación con la génesis de la neurosis de angustia, y que las mujeres a las que no asusta la posibilidad del embarazo se hallan tan expuestas a la neurosis como aquellas otras a las que tal posibilidad espanta. El factor decisivo es, única y exclusivamente, la falta de satisfacción que uno de los cónyuges ha de experimentar en la práctica del coito interrumpido.

Nuestro descubrimiento del mecanismo de la neurosis de angustia encuentra apoyo en la observación, aún no mencionada, de que en series enteras de casos se inicia la neurosis de angustia con una patente disminución de la libido sexual, del *placer psíquico*, haciendo que al comunicar a los enfermos que su dolencia proviene de una «satisfacción incompleta», nos respondan todos negando la posibilidad de un tal origen, toda vez que precisamente en los últimos tiempos viven sin experimentar la menor necesidad sexual. Todos estos indicios, o sea, el hecho de tratarse de una acumulación de excitación; el de que la angustia, que

probablemente corresponda a dicha excitación acumulada, sea de origen somático, siendo, por tanto, acumulada excitación somática; el de que esta excitación somática sea de naturaleza sexual, existiendo paralelamente una disminución en la participación psíquica en los procesos sexuales; todos estos indicios, repetimos, favorecen la sospecha de que el *mecanismo de la neurosis de angustia ha de ser buscado en la desviación de la excitación sexual somática, de lo psíquico, y en un consiguiente aprovechamiento anormal de dicha excitación.*

Podemos aclarar algo más esta representación del mecanismo de la neurosis de angustia exponiendo las siguientes consideraciones sobre el proceso sexual, referentes, en primer lugar, al hombre. El organismo masculino, llegado ya a la madurez sexual, produce —probablemente de un modo continuo— excitación sexual somática, que, periódicamente, llega a constituir un estímulo psíquico. Para fijar mejor nuestras ideas intercalaremos aquí que esta excitación sexual somática se manifiesta bajo la forma de una presión sobre las paredes, provistas de nervios, de las vesículas seminales, de manera que al crecer de continuo la excitación visceral llegará un momento en el que vencerá las resistencias opuestas a su llegada a la corteza cerebral y se exteriorizará como estímulo psíquico. En este momento queda cargado de energía el grupo de representaciones sexuales dado en la psique y nace el estado psíquico de tensión libidinosa, estado que trae consigo el impulso a hacer cesar dicha tensión. Pero una tal descarga psíquica no es posible sino por un solo medio, al que daremos el nombre de acto *específico* o *adecuado*. Este acto adecuado consiste, para el instinto sexual masculino, en un complicado acto reflejo espinal, que tiene por consecuencia la descarga de los nervios antes indicados, y en todos los preparativos psíquicos necesarios para la producción de tal reflejo. Nada que no sea el acto adecuado puede lograr aquí eficacia, pues la excitación sexual somática se transforma continuamente, una vez alcanzado cierto nivel, en excitación psíquica. Tiene que sobrevenir necesariamente aquello que liberta a las fibras nerviosas de la presión que sobre ellas gravita, suprimiendo con ello toda la excitación somática de momento existente, y permitiendo a la conducción subcortical restablecer su resistencia.

No queremos seguir representando de este modo casos complicados del proceso sexual. Nos limitaremos a afirmar que el esquema precedente puede aplicarse también en lo esencial a la mujer, no obstante el problema que plantean las confusas y artificiales oscilaciones del instinto sexual femenino. También en la mujer hemos de admitir una excitación sexual somática y un estado en el que

esta excitación se convierte en estímulo psíquico, en libido, y provoca el impulso hacia el acto específico, al cual se enlaza la sensación de voluptuosidad. Lo que no podemos indicar en la mujer es el proceso correspondiente a la distensión de las vesículas seminales.

Dentro de los límites de esta descripción del proceso sexual podemos integrar la etiología, tanto de la neurastenia auténtica como de la neurosis de angustia. La neurastenia surge siempre que la descarga adecuada —el acto adecuado— es sustituida por otra menos adecuada, esto es, siempre que el coito normal en condiciones favorables queda sustituido por la masturbación o la polución espontánea. A la neurosis de angustia llevan todos aquellos factores que impiden la elaboración psíquica de la excitación sexual somática. Los fenómenos de la neurosis de angustia surgen por el hecho de que la excitación sexual somática desviada de la psique se gasta subcorticalmente en reacciones nada adecuadas.

Intentaremos comprobar ahora si las condiciones etiológicas antes expuestas de la neurosis de angustia dejan reconocer el carácter común que hubimos de atribuirles. Para el hombre hemos fijado como primer factor etiológico, la abstinencia. Consiste ésta en la renuncia al acto específico que en todo otro caso sigue a la libido. Una tal renuncia tendrá dos consecuencias: la acumulación de excitación somática y la desviación de la misma por caminos distintos por los cuales espera hallar una descarga antes que por el que pasa por la psique. Resultará así que la libido disminuirá y se exteriorizará la excitación subcorticalmente en forma de angustia. Cuando la libido no disminuye o es gastada la excitación somática en poluciones espontáneas o cesa de producirse al ser rechazada, puede surgir todo menos una neurosis de angustia. La abstinencia es igualmente el factor eficiente en el segundo grupo etiológico, o sea, en el de la excitación frustrada. El tercer caso, el del coito interrumpido realizado cuidando de que la mujer llegue a la satisfacción; actúa perturbando la disposición psíquica al curso sexual por introducir junto a la labor de dominar el efecto sexual una distinta labor psíquica, produciendo así una desviación de la psique. También esta desviación psíquica hace desaparecer paulatinamente la libido, siguiendo entonces el proceso, a partir de este punto, el mismo curso que en el caso de la abstinencia. La angustia que surge en la edad crítica del hombre precisa distinta explicación. En este caso no hay disminución de la libido, pero, en cambio, tiene lugar, como durante el período climatérico de la mujer, un incremento de la producción de excitación somática tan considerable que la

psique resulta relativamente insuficiente para dominarla.

La subordinación de las condiciones etiológicas en la mujer al punto de vista indicado no opone tampoco grandes dificultades. El caso de la angustia virginal es especialmente claro. En él no se hallan aún suficientemente desarrollados los grupos de representaciones a los que ha de enlazarse la excitación sexual somática. En las recién casadas anestésicas la angustia no surge sino cuando las primeras cohabitaciones despiertan una magnitud suficiente de excitación somática. Allí donde faltan los signos locales de una tal excitabilidad, falta también la angustia. El caso de la *ejaculatio praecox* y el *coitus interruptus* se explica análogamente a como en el hombre, por el hecho de ir desapareciendo paulatinamente la libido correspondiente al acto psíquicamente insatisfactorio, mientras que la excitación correlativa es gastada subcorticalmente. En la mujer es más rápida y más difícil de suprimir que en el hombre la emergencia de un extrañamiento entre lo somático y lo psíquico durante el curso de la excitación sexual. El caso de la viudez o la abstinencia voluntaria y el de la edad crítica se resuelven en la mujer lo mismo que en el hombre, si bien en el de la abstinencia viene a agregarse la represión intencionada del círculo de representaciones sexuales; represión a la que con frecuencia se ve obligada la mujer abstinente, que lucha contra la tentación. Análogamente, en la época de la menopausia ha de intervenir también la repugnancia que la mujer ya envejecida siente contra el exagerado incremento de su libido.

También las dos condiciones etiológicas expuestas en último lugar parecen subordinarse sin dificultad a nuestro nuevo punto de vista.

La tendencia a la angustia de los masturbadores que han llegado a enfermar de neurastenia, se explica por la facilidad con que estos sujetos pasan al estado de «abstinencia» después de hallarse habituados durante mucho tiempo a proporcionar a toda excitación somática, por pequeña que fuese su magnitud, una descarga, si bien defectuosa. Por último, el caso final, o sea, la génesis de la neurosis de angustia a consecuencia de una grave enfermedad, de un esfuerzo agotador, de una larga asistencia a un enfermo, etc., resulta explicable por el hecho de que la desviación de la psique la hace insuficiente para dominar la excitación somática; labor que se le plantea de continuo. Sabemos ya cuán extraordinariamente puede disminuir la libido en estas condiciones, siendo estos casos un acabado ejemplo de neurosis, que si bien no presentan una etiología sexual, muestran, en cambio, un mecanismo de este orden.

La teoría aquí expuesta presenta en cierto modo los síntomas de la neurosis

de angustia como subrogados de la acción específica omitida sobre la excitación sexual. En su apoyo recordemos ahora que también en el coito normal se gasta secundariamente la excitación en diversos fenómenos físicos, tales como palpitaciones, aceleración del ritmo respiratorio, sudores, congestión, etc. En el correspondiente ataque de angustia de nuestra neurosis nos hallamos ante tales mismos fenómenos separados del coito e intensificados.

Podría preguntárenos aún por qué la falta de capacidad psíquica para dominar la excitación sexual conduce al sistema nervioso al singular estado afectivo, constituido por la angustia. A esta pregunta contestaremos que la psique es invadida por el afecto de angustia cuando se siente incapaz de suprimir por medio de una reacción adecuada un peligro procedente del exterior, y cae en la neurosis de angustia cuando se siente incapaz de hacer cesar la excitación (sexual), endógenamente nacida. Se conduce, pues, como si proyectase dicha excitación al exterior. El afecto y la neurosis a él correspondiente se hallan en íntima relación, siendo el primero la reacción a una excitación exógena, y la segunda, la reacción a la excitación endógena análoga. El afecto es un estado rápidamente pasajero, y la neurosis, un estado crónico, pues la excitación exógena actúa como un impulso único, y la endógena como una fuerza constante. El sistema nervioso reacciona en las neurosis contra una fuente de excitación interior, del mismo modo que en el afecto correspondiente contra una excitación análoga exterior.

D) Relaciones con otras neurosis

EXPONDEREMOS aún algunas observaciones sobre las relaciones de la neurosis de angustia con las otras neurosis.

Los casos más puros de neurosis de angustia son también casi siempre los más marcados. Estos casos se dan en sujetos jóvenes y potentes, cuya enfermedad data de fecha próxima, y presentan una etiología unitaria.

De todos modos, es más frecuente la aparición conjunta y simultánea de síntomas de neurosis de angustia y otros de neurastenia, histeria, melancolía o neurosis obsesiva. Si ante esta mezcla clínica nos retrajésemos de reconocer a la neurosis obsesiva el carácter de una unidad independiente, tendríamos también que renunciar, obrando consecuentemente, a la separación, tan trabajosamente

lograda, de la histeria y la neurastenia.

Con respecto al análisis de la «neurosis mixta», podemos sentar el siguiente importante principio: en todo caso de neurosis mixta puede descubrirse la existencia de una mezcla de varias etiologías específicas.

Esta multiplicidad de factores etiológicos, condición de la neurosis mixta, puede establecerse de un modo casual; por ejemplo, cuando una nueva acción nociva viene a sumar sus afectos a los de otra ya existente. Tal será el caso de una mujer histérica, que al cierto tiempo de su matrimonio comienza a practicar el coito interrumpido, y añade entonces a su histeria una neurosis de angustia. O el de un masturbador, que su práctica lo ha llevado a la neurastenia, y al que las excitaciones frustradas de un noviazgo ulterior hacen contraer como nueva enfermedad una neurosis de angustia.

En otros casos, la multiplicidad de factores etiológicos no obedece a la casualidad, siendo uno de tales factores el que ha hecho entrar en acción al otro. Así, una mujer con la que su marido realiza el coito interrumpido sin preocuparse de su satisfacción, y que se ve obligada a masturbarse después del coito insatisfactorio para acallar la penosa excitación residual. Esta sujeta, a más de los síntomas de la neurosis de angustia, fruto de la práctica del coito interrumpido, mostrará otros neurasténicos, producto de la masturbación. O también la excitación residual del coito interrumpido provocará en la sujeta ideas voluptuosas, contra las cuales querrá defenderse, y contraerá así, a más de la neurosis de angustia, representaciones obsesivas. O, por último, la práctica del coito interrumpido le hará perder el amor a su marido y experimentar una nueva inclinación, que mantendrá cuidadosamente secreta, mostrando entonces una mezcla de neurosis de angustia e histeria.

En una tercera categoría de neurosis mixtas es aún más íntima la conexión de los síntomas, siendo una misma condición etiológica la que inicia regular y simultáneamente las dos neurosis. Así, la súbita revelación sexual, causa de la angustia virginal, engendra siempre también histeria, y la inmensa mayoría de los casos de abstinencia voluntaria se enlazan desde un principio con representaciones obsesivas. Igualmente, el coito interrumpido sin satisfacción para el hombre no puede engendrar nunca, a nuestro parecer, una neurosis de angustia pura, sino siempre una mezcla de neurosis de angustia y neurastenia.

De estas reflexiones resulta que es necesario diferenciar también de las condiciones etiológicas de la aparición de las neurosis sus factores etiológicos específicos. Las primeras (por ejemplo, el coito interrumpido, la masturbación y

la abstinencia) presentan aún múltiples facetas, y cada una de ellas puede producir distintas neurosis. Sólo los factores etiológicos de ellas abstraídos, tales como la descarga inadecuada, la insuficiencia psíquica y la defensa con sustitución, poseen una relación específica e inequívoca con la etiología de cada una de las diversas grandes neurosis.

Por lo que respecta a su esencia, muestra la neurosis de angustia interesantísimas coincidencias y disparidades con las otras grandes neurosis, especialmente con la neurastenia y la histeria. Con la neurastenia comparte un principalísimo carácter el de radicar la fuente de la excitación, o sea el motivo de la perturbación, en el terreno somático y no en el psíquico, como sucede en la histeria y en la neurosis obsesiva. Por lo demás, se advierte más bien una especie de oposición entre los síntomas de la neurastenia y los de la neurosis de angustia; oposición que puede expresarse sintéticamente con la antítesis «acumulación-disminución de la excitación». Esta antítesis no impide que las dos neurosis se mezclen entre sí; pero se muestran en el hecho de que en ambas los casos extremos son también los más puros.

Con la histeria muestra la neurosis de angustia una serie de coincidencias sintomatológicas aún poco estudiada. La aparición de los fenómenos, bien como síntomas duraderos, bien en ataques; las parestesias, agrupadas a modo de aura; las hiperestesias y puntos sensibles, que se muestran en ciertos subrogados del ataque de angustia en la disnea y en el ataque cardíaco; la intensificación de los dolores, quizá orgánicamente justificados (por medio de la conversión); estos y otros caracteres comunes hacen incluso suponer que mucho de lo que atribuimos a la histeria debería serlo a la neurosis de angustia. Pasando al mecanismo de ambas neurosis, en cuanto hasta ahora nos ha sido posible descubrirlo, hallamos ciertos caracteres que nos permiten considerar la neurosis de angustia como la contrapartida somática de la histeria. Tanto en una como en otra se trata de una acumulación de la excitación, paridad en la que se basa quizá la analogía antes descrita de los síntomas. En ambas se da también una insuficiencia psíquica, a consecuencia de la cual surgen procesos somáticos anormales. Por último, también en las dos surge, en lugar de una elaboración psíquica, una desviación de la excitación hacia lo somático, con la única diferencia de que la excitación en cuya desviación se manifiesta la neurosis es en la neurosis de angustia puramente somática (la excitación sexual somática) y en la histeria psíquica (provocada por un conflicto). No podemos, pues, extrañar que la histeria y la neurosis de angustia se combinen regularmente entre sí, como sucede en la

«angustia virginal» o en la «histeria sexual», ni que la histeria tome de la neurosis de angustia toda una serie de síntomas. Estas íntimas relaciones de la neurosis de angustia con la histeria proporcionan un nuevo argumento para la necesidad de separar la neurosis de angustia de la neurastenia, pues rechazando esta separación no podemos tampoco mantener la diferenciación que tan imprescindible nos es entre la neurastenia y la histeria.

X

CRÍTICA DE LA NEUROSIS DE ANGUSTIA^[108] 1895

EN el número 2 de la *Neurologisches Zentralblatt*, de Mendel, correspondiente al año 1895, publiqué un breve estudio en el que intenté separar de la neurastenia toda una serie de estados nerviosos, reuniéndolos en un grupo independiente bajo el nombre de «neurosis de angustia^[109]». Me movió a ello una constante coincidencia de caracteres clínicos y etiológicos suficiente para justificar una diferenciación. Había descubierto, en efecto, que los síntomas de referencia pertenecían todos a la expresión de la angustia, descubrimiento en el cual vi luego que me había precedido Hecker, y mis investigaciones sobre la etiología de las neurosis me permitieron agregar que tales elementos del complejo «neurosis de angustia» poseían condiciones etiológicas particulares casi opuestas a la etiología de la neurastenia. Mis experiencias me habían enseñado que en la etiología de las neurosis (por lo menos en los casos *adquiridos* y en las formas susceptibles de *adquisición*) desempeñan un importante papel, poco o nada estudiado hasta ahora, factores sexuales, de manera que la afirmación de que «la etiología de las neurosis reposa en la sexualidad» se hallaba, pese a toda su inevitable inexactitud *per excessum et defectum*, más cerca de la verdad que las demás teorías actualmente aceptadas. Otra aserción a la que me obligaban también mis observaciones fue la de que las diferentes prácticas sexuales viciosas no actuaban indistintamente en la etiología de todas las neurosis, sino que existían relaciones especiales entre sus diferentes órdenes y determinadas neurosis. Hube así de suponer que había descubierto las causas especiales de las distintas neurosis. A continuación intenté

encerrar en una breve fórmula la característica de las faltas sexuales que constituyen la etiología de las neurosis de angustia, y apoyándome en mi concepción del proceso sexual (véase el estudio citado), obtuve la conclusión de que la neurosis de angustia tenía por causa todo aquello que desviaba de lo psíquico la tensión sexual somática, perturbando su elaboración psíquica. Pasando a las circunstancias concretas en las cuales se realiza este principio, resultó entonces que los factores etiológicos específicos de los estados denominados por mí «neurosis de angustia» eran la abstinencia voluntaria o involuntaria, el comercio sexual sin satisfacción completa, el coito interrumpido, la desviación del interés psíquico de la sexualidad, etc.

Al publicar el estudio al que vengo refiriéndome no me hacía ilusión alguna sobre su poder de convencimiento. En primer lugar, sabía no haber realizado en él sino una exposición sintética incompleta y a trozos difícilmente comprensible de la materia suficiente sólo, quizá, para preparar la atención del lector. Además, apenas si citaba algunos ejemplos; no daba cifra alguna; no describía la técnica de la anamnesis; no tomaba en consideración, para evitar errores de juicio, más que las objeciones más próximas, y sólo acentuaba de la teoría el principio fundamental sin hacer resaltar de igual manera sus restricciones. Quedaba así el lector en libertad completa para enjuiciar adversamente la coherencia de toda la construcción teórica que se le ofrecía. Pero no era éste el único de los factores que me hacían contar con una mala acogida de mi teoría. Sé muy bien que con la «etiología sexual» de las neurosis no he descubierto nada nuevo, sino algo conocido incluso por la Medicina oficial escolástica. Pero esta última ha hecho como si lo ignorase, evitando deducir de ello conclusión alguna. Esta conducta ha de tener algún profundo fundamento, consistente quizá en una especie de horror a lo sexual o en una reacción contra antiguas tentativas de aclaración, que se consideran ya superadas. De todos modos, al emprender la tentativa de hacer verosímil a otros algo que ellos hubieran podido descubrir por si mismos sin gran trabajo, era de esperar tropezase con una vigorosa resistencia.

En tal situación hubiera sido quizá más adecuado no responder a objeción crítica ninguna hasta después de haber expuesto con todo detalle el complicado tema y haberlo hecho claramente comprensible. Pero no me es dado resistir a los motivos que me mueven a contestar sin más dilación a una crítica de mi teoría de la neurosis de angustia publicada en estos últimos días. Lo hago así, en primer lugar, por la persona del crítico L. Loewenfeld, de Munich, autor de la *Patología y terapia de la neurastenia* y hombre cuya opinión ha de pesar mucho en el

público médico; en segundo, por la necesidad de rechazar una errónea concepción que se me atribuye en dicha crítica, y en tercero, porque quiero combatir desde un principio la impresión de que mi teoría puede rebatirse sin trabajo alguno con las primeras objeciones halladas a mano.

Con segura intuición ve Loewenfeld lo esencial de mi trabajo en mi afirmación de que los síntomas de la angustia tienen una etiología unitaria y específica de naturaleza sexual. No siendo esto un hecho, desaparecerá la razón principal para separar de la neurastenia una neurosis de angustia independiente. Ahora bien: como los síntomas de la angustia representan también innegables relaciones con la histeria, resultará que, aceptando la opinión de Loewenfeld, queda igualmente dificultada la diferenciación de la histeria y la neurastenia. Para Loewenfeld desaparece esta dificultad acudiendo a la herencia como causa común de todas estas neurosis.

Veamos los argumentos con que Loewenfeld apoya su crítica de mi teoría:

1) Hemos considerado esencial para la comprensión de la neurosis de angustia el hecho de que la angustia de las mismas no es susceptible de una derivación psíquica, no pudiendo ser adquirida la disposición a la angustia que constituye el nódulo de la neurosis por un sobresalto único o repetido psíquicamente justificado. El sobresalto provocaría una histeria o una neurosis traumática, pero nunca una neurosis de angustia. Esta negación no es sino la contrapartida de mi afirmación de contenido positivo de que la angustia en mi neurosis correspondía a una tensión sexual somática desviada de lo psíquico, que de otro modo hubiera actuado como el libido.

Contra esto afirma Loewenfeld que en un gran número de casos «surgen estados de angustia inmediatamente o al poco tiempo de un *shock* psíquico (simple sobresalto o accidente unido a él), dándose circunstancias que hacen muy improbable la colaboración de faltas sexuales de la especie indicada». Como ejemplo convincente, cita brevemente una observación clínica (una sola). Trátase en ella de una mujer de treinta años, casada hacia cuatro y con taras hereditarias, que un año antes de acudir a él había tenido un parto difícil. Pocas semanas después de su alumbramiento se asustó al ver a su marido presa de un repentino ataque, y levantándose en camisa anduvo por la habitación largo rato. A partir de este día enfermó, presentándose primero estados nocturnos de angustia con taquicardia, y más tarde ataques de temblor convulsivo, fobias, etcétera, hasta quedar constituido el cuadro clínico completo en una neurosis de angustia plenamente desarrollada. «En este caso —concluye Loewenfeld— los

estados de angustia tienen un indudable origen psíquico, habiendo sido provocados por el sobresalto experimentado».

No dudo que mi distinguido contradictor disponga de muchos ejemplos análogos. Yo mismo puedo ofrecerle toda una serie de ellos. Quien no haya visto tales casos de explosión de la neurosis de angustia después de un *shock* psíquico, no puede siquiera permitirse intervenir en una discusión sobre tal neurosis. Pero he de advertir que la etiología de tales casos no ha de integrar siempre necesariamente un sobresalto o una espera angustiada; cualquiera otra emoción produce el mismo efecto. Repasando rápidamente mis recuerdos de este orden, encuentro en seguida los siguientes ejemplos: un hombre de cuarenta y cinco años, que sufrió el primer ataque de angustia (con colapso cardíaco) al recibir la noticia de la muerte de su anciano padre, desarrollando luego una plena y típica neurosis de angustia con agorafobia; un joven que cayó en la misma neurosis por la excitación que le producían las querellas domésticas entre su mujer y su madre, sufriendo en cada una de estas ocasiones un nuevo ataque de agorafobia; un estudiante desaplicado, que comenzó a sufrir los primeros ataques de angustia en una época de trabajo intenso al que le obligaban la proximidad de un importante examen y la severidad con que su padre castigaba su anterior desaplicación; una mujer que no tenía hijos y enfermó a causa de la preocupación que le ocasionaba la salud de una sobrinita. Y así muchos casos. El hecho mismo que Loewenfeld opone a mis teorías es indiscutible.

No así su interpretación. No creemos lícito aplicar en esta ocasión el sencillo principio de *post hoc ergo propter hoc*, prescindiendo de toda colaboración crítica de la materia prima. Conocemos, por el contrario, muchos casos en los que la última causa provocadora no pudo mantenerse ante el análisis crítico como causa eficiente. Recuérdese, por ejemplo, la relación entre el trauma y la gota. El papel desempeñado por el trauma en la provocación de un ataque de gota en el miembro al que ha afectado no es distinto del que podría desempeñar en la etiología de la tabes y de la parálisis. Ahora bien: en este ejemplo de la gota nadie se atreverá a sostener el absurdo de que el trauma había «causado», y no meramente provocado, el ataque. El hecho de encontrar factores etiológicos de este orden —a los que podemos dar el calificativo de «vulgares»— en la etiología de los más diferentes estados patológicos debe movernos a reflexión. El sobresalto es también uno de estos factores vulgares, y del mismo modo que la neurosis de angustia puede producir la corea, la apoplejía, la *paralysis agitans* e infinidad de enfermedades más. No me sería lícito seguir argumentando que a

causa de tal ubicuidad no podían satisfacernos las causas corrientes, debiendo haber, además, causas específicas, pues argumentar así supondría anticipar el principio que queremos demostrar. Pero si tengo derecho a sentar la conclusión de que si en la etiología de todos los casos de neurosis de angustia, o de su inmensa mayoría, descubrimos la misma causa específica, no tenemos por qué preocuparnos de que la explosión de la enfermedad tenga efecto después de la acción de cualquier factor general, como lo es la emoción.

Así sucedió en mis casos de neurosis de angustia. El hombre que al recibir la noticia de la muerte de su padre enfermó tan inexplicablemente (y hago esta observación porque la muerte del padre no fue inesperada ni sucedió en circunstancias extraordinarias); este hombre, repito, venía practicando, desde hacia once años, el coito interrumpido, cuidando de que su mujer obtuviese en él satisfacción^[110]; el joven que no pudo soportar las querellas domésticas entre su mujer y su madre practicaba también el coito reservado desde el primer día de su matrimonio, para evitar la procreación; el estudiante que con un exceso de trabajo contrajo la neurosis de angustia, en lugar de la debilidad cerebral que era de esperar, mantenía, desde très años atrás, relaciones amorosas íntimas con una muchacha a la que no debía embarazar^[111]; la mujer sin descendencia propia, que contrajo la neurosis de angustia con ocasión de una enfermedad de su sobrina, estaba casada con un impotente y no había obtenido jamás una plena satisfacción sexual. Y así sucesivamente. No todos estos casos son igualmente claros ni demuestran con igual fuerza mi tesis. Pero si los agregamos a otros muchos en los que la etiología nos muestra tan sólo el factor específico, se adaptarán plenamente a nuestra teoría y nos permitirán ampliar nuestra comprensión etiológica más allá de los límites actuales.

Si alguien quisiera demostrarme que en las consideraciones precedentes he disminuido indebidamente la importancia de los factores etiológicos vulgares, tendría que oponerme observaciones en las cuales faltase por completo mi factor específico, o sea casos de emergencia de la neurosis de angustia después de un *shock* psíquico en sujetos que observan una vida sexual totalmente normal. El lector juzgará si el caso presentado por Loewenfeld llena esta condición. Mi distinguido crítico no se ha dado cuenta, sin duda, de tal necesidad, pues de lo contrario no hubiera dejado en la oscuridad la vida sexual de su paciente. Por mi parte, quiero prescindir del hecho de que el caso aducido se halla claramente complicado con una histeria, enfermedad de cuyo origen psíquico soy el último

en dudar, y concedo, naturalmente, sin discusión, que al lado de esta histeria se haya desarrollado una neurosis de angustia. Pero antes de utilizar un caso en favor o en contra de la teoría de la etiología sexual de las neurosis, es preciso haber estudiado más detenidamente de lo que Loewenfeld lo hace en esta ocasión la conducta sexual de la paciente. No es posible contentarse con la conclusión de que habiendo sufrido la señora el *shock* al poco tiempo de un parto no podía haber desempeñado papel alguno durante el último año el coito interrumpido, faltando, por tanto, toda influencia procedente de prácticas sexuales viciosas. Conozco casos de neurosis de angustia, a pesar de sucesivos embarazos anuales, pues a partir del coito fecundante cesaba todo comercio carnal entre los esposos, resultando así que la mujer, teniendo cada año un hijo, sufría, no obstante, de privación sexual. Ningún médico desconoce la existencia de mujeres que conciben de maridos muy poco potentes, incapaces de proporcionarles una plena satisfacción sexual. Por último, y es éste un hecho con el que debían contar los defensores de la etiología hereditaria, existen mujeres afectas de una neurosis de angustia congénita; esto es, mujeres que traen consigo o desarrollan, sin perturbación exterior visible, una vida sexual análoga a la que se adquiere con la práctica del coito interrumpido u otras faltas sexuales. En un cierto número de estas mujeres descubrimos que padecieron durante su juventud una enfermedad histérica, a partir de la cual quedó perturbada su vida sexual y desviada de lo psíquico la tensión sexual. Las mujeres de esta clase de sexualidad son incapaces de satisfacción, incluso en el coito normal, y desarrollan la neurosis de angustia, bien espontáneamente, bien después de la emergencia de otros factores eficaces. ¿Qué es, de todo esto, lo sucedido en el caso de Loewenfeld? No lo sé, pero repito que este caso sólo probará en contra mía si la sujeto que a un sobresalto único respondió con una neurosis de angustia gozaba antes de una vida sexual normal.

Si al interrogar al enfermo nos limitamos a acentuar todo lo que nos vaya diciendo, contentándonos con lo que quiera comunicarnos, no nos será posible utilizar la anamnesis para investigaciones etiológicas. Si los especialistas de la sífilis hicieran depender de la confesión de los enfermos la referencia de las manifestaciones luéticas primarias al comercio sexual, habrían de achacar a un simple enfriamiento numerosos casos de chancros en individuos sedicientemente vírgenes. Tampoco los ginecólogos tropezarían con dificultades para comprobar en sus clientes solteras el milagro de la partenogénesis. Nada puede obligarnos a los neurólogos a partir, en las anamnesis de las grandes neurosis, de análogos

perjuicios etiológicos.

2) Alega en segundo lugar Loewenfeld haber visto emerger y desaparecer muchos estados de angustia en casos en los que no existía, seguramente, modificación alguna de la vida sexual, interviniendo, en cambio, otros factores. También nosotros hemos tenido múltiples ocasiones de comprobar este mismo hecho, pero sin que haya logrado inducirnos a error, y también hemos hecho desaparecer, por medio del tratamiento psíquico o de una acción terapéutica general, etc., los estados de angustia. Pero, naturalmente, no hemos deducido de ello que la falta de tratamiento fuese la causa de los accesos de angustia. No está tampoco en mi ánimo atribuir a Loewenfeld una tal conclusión. Con la observación precedente pretendo sólo indicar que la cuestión es lo bastante complicada para quitar todo valor a la objeción de Loewenfeld. No me ha sido difícil enlazar el hecho de que aquí se trata con mi afirmación de la etiología específica de la neurosis de angustia. Se me concederá fácilmente que existen factores etiológicamente eficaces que, para producir su efecto, tienen que actuar con una determinada intensidad (o cantidad) y durante un cierto espacio de tiempo, siendo, por tanto, factores que actúan por acumulación. El efecto del alcohol es un ejemplo de una tal causación por acumulación. En consecuencia, habrá de existir un período de tiempo en el que la etiología específica se halla absorbida en su trabajo, sin que su efecto se haga común, manifiesto. Durante este tiempo el sujeto no está aún enfermo, pero sí propenso a una determinada enfermedad; en nuestro caso, la neurosis de angustia, y el sobrevenir cualquier factor corriente, hará emerger la neurosis del mismo modo que la hubiera hecho surgir una intensificación de la acción del factor específico. Esto mismo puede expresarse también en la forma siguiente: no basta la existencia del factor específico etiológico; es necesario que exista en cierta cuantía, y para alcanzar este nivel puede ser sustituida una cantidad de factor específico por una cantidad de factor vulgar. Si este último desaparece luego, el nivel vuelve a descender, y los fenómenos patológicos desaparecerán también. Toda la terapia de las neurosis reposa en la posibilidad de hacer descender por bajo del límite el nivel de la carga que gravita sobre el sistema nervioso por medio de diversas influencias ejercidas sobre la mezcla etiológica. Pero de esta circunstancia no puede deducirse conclusión alguna sobre la existencia o la falta de una etiología específica.

Creemos que estas reflexiones son inatacables y evidentes. Sin embargo, para aquéllos a quienes no basten, expondremos un nuevo argumento. Según la

opinión de Loewenfeld y de otros muchos, la etiología de los estados de angustia ha de buscarse en la herencia. Ahora bien: la herencia escapada a toda modificación. Pero si la neurosis de angustia puede ser curada por medio de un tratamiento, el mismo Loewenfeld habrá de concluir que la herencia no puede contener la etiología.

Por lo demás, me hubiera podido evitar el trabajo de rebatir las dos indicadas objeciones de Loewenfeld sólo con que mi estimado contradictor se hubiera tomado la molestia de dedicar alguna mayor atención a mi estudio. Ambas están ya previstas y contestadas en él. No tenía, pues, más que repetir mis argumentos, y así lo he hecho, analizando de nuevo aquí los mismos casos clínicos. También las fórmulas etiológicas que antes hice valer se hallaban contenidas en nuestro primer escrito. Las consignaremos de nuevo: existe, para la neurosis de angustia, un factor etiológico específico cuya acción puede ser reemplazada cuantitativamente por influencias nocivas vulgares, pero nunca sustituida cualitativamente. Este factor específico determina, sobre todo, la forma de la neurosis, mientras que la emergencia o la falta de la enfermedad neurótica dependen de la carga total que pesa sobre el sistema nervioso (en proporción con su capacidad para soportarla). Por lo regular, las neurosis se muestran *sobre de ter mina das*, actuando en sus etiologías variados factores.

3) Menos trabajo aún ha de costarme rebatir las restantes observaciones de Loewenfeld, en parte porque atacan menos directamente a mi teoría, y en parte por limitarse a hacer resaltar dificultades que yo mismo reconozco. Dice Loewenfeld: «La teoría freudiana es insuficiente en absoluto para explicar al detalle la emergencia y la desaparición de los ataques de angustia. Si los estados de angustia, esto es, los fenómenos de la neurosis de angustia, fueron simplemente motivados por la acumulación subcortical de la excitación sexual somática y el aprovechamiento anormal de la misma, los enfermos de ataques de angustia tendrían que sufrir de tiempo en tiempo, en tanto su vida sexual no cambiase, uno de tales ataques, del mismo modo que los epilépticos sus ataques de *grand mal* y de *petit mal*. Pero la experiencia cotidiana testimonia en contrario. Los ataques de angustia surgen, en su gran mayoría, sólo en determinadas circunstancias, y el paciente que logra evitarlas o paralizar su influjo permanece al abrigo de todo ataque, lo mismo si practica el coito interrumpido que sí goza de una vida sexual normal».

Sobre esto habría mucho que decir. Ante todo, es de advertir que Loewenfeld impone a mi teoría una deducción que la misma no tiene por qué aceptar. Que la

acumulación de la excitación sexual somática haya de motivar procesos de curso análogo a los dependientes de la acumulación del estímulo provocador de las convulsiones epilépticas, es una hipótesis para la cual no hemos dado ocasión alguna, no siendo tampoco la única posible. Para destruir la conclusión de Loewenfeld nos bastará admitir que el sistema nervioso puede dominar cierta medida de excitación sexual somática, aunque ésta se halle desviada de su fin, y que las perturbaciones no surgen sino cuando la cuantía de tal excitación experimenta un súbito incremento. Pero no hemos querido desarrollar nuestra teoría en esta dirección, porque no esperábamos hallar en ella sólidos puntos de apoyo. Me limitaré, pues, a indicar que no debemos representarnos la producción de tensión sexual como independiente de su gasto y que en la vida sexual normal se conforma esta producción de un modo muy distinto, según sea estimulada por el objeto sexual o suceda en estado de reposo psíquico, etc.

A la otra afirmación de Loewenfeld de que los estados de angustia sólo emergen en determinadas circunstancias, evitando las cuales no se presentan nunca, cualquiera que sea la vida sexual del sujeto, hemos de oponer que nuestro contradictor no debe de haber tenido en cuenta, seguramente, al hablar así, más que la angustia de las fobias, como lo prueban los ejemplos que aduce. De los ataques de angustia espontáneos, constituidos por vértigos, taquicardia, disnea, temblores, sudores, etc., no dice absolutamente nada. Y, sin embargo, no nos parece nuestra teoría incapaz de explicar la emergencia y la falta de tales ataques. En toda una serie de estos casos de neurosis de angustia se da realmente la apariencia de una periodicidad de los ataques de angustia análoga a la observada en la epilepsia, con la diferencia de que el mecanismo de tal periodicidad se muestra aquí mucho más transparente. Una detenida investigación nos descubre con gran regularidad un proceso sexual excitante (esto es, capaz de producir tensión sexual), al cual se enlaza, después de un determinado intervalo, a veces constante, el ataque de angustia. Tales procesos son en las mujeres abstinentes la excitación menstrual, las poluciones nocturnas, también de retorno periódico, y, sobre todo, el comercio sexual nocivo por su imperfección, que transmite a sus consecuencias, o sea los ataques de angustia, su propia periodicidad. Cuando se presentan ataques de angustia que interrumpen la acostumbrada periodicidad, se consigue casi siempre referirlos a causas ocasionales, de aparición más rara e irregular, tales como una experiencia sexual aislada, una lectura, una representación, etc. El intervalo antes indicado oscila entre algunas horas y dos días, siendo el mismo con el que en otras

personas se presenta, a consecuencia de iguales causas, la conocida jaqueca sexual, relacionada seguramente con el complejo de síntomas de la neurosis de angustia.

Al lado de estos hay otros muchos casos en los que el estado de angustia es provocado por la acumulación de un factor vulgar o por una cualquier excitación. Así, pues, en la etiología del estado de angustia aislado pueden tener los factores vulgares la misma intervención cuantitativa que en la causación de la neurosis total. El hecho de que la angustia de las fobias obedezca a otras condiciones no tiene nada de extraño. Las fobias poseen una contextura más complicada que los ataques de angustia meramente somáticos. La angustia se encuentra enlazada en ellas al contenido de una representación o una percepción determinadas, y la emergencia de este contenido psíquico es la condición principal para la de la angustia. La angustia es desarrollada entonces análogamente a como lo es la tensión sexual por el despertar de representaciones libidinosas. Pero, de todos modos, la conexión de este proceso con la teoría de la neurosis de angustia no ha quedado aún aclarada.

No veo por qué habría de procurar ocultar las lagunas ni los puntos débiles de mi teoría. Para mí, el rasgo principal del problema de las fobias está en el hecho de que tales perturbaciones no surgen jamás dada una vida sexual normal del sujeto, o sea cuando no aparece cumplida la condición, consistente en la existencia de una perturbación de la vida sexual en el sentido de un extrañamiento entre lo somático y lo psíquico. Por muy densa que sea aún la oscuridad en que permanece el mecanismo de las fobias, sólo podrá rebatirse nuestra teoría sobre ellas demostrando su aparición en sujetos de vida sexual normal o la falta de una perturbación específicamente determinada de la misma.

4) Nuestro distinguido crítico hace aún otra observación que no queremos dejar sin respuesta.

En nuestro estudio sobre la neurosis de angustia decimos así:

«En algunos casos de neurosis de angustia nos resulta imposible descubrir un proceso etiológico, siendo precisamente estos casos en los que se nos hace más fácil comprobar la existencia de una grave tara hereditaria.

»Pero cuando poseemos algún fundamento para creer que se trata de una neurosis adquirida, hallamos siempre, después de un cuidadoso examen, como factores etiológicos, una serie de perturbaciones e influencias nocivas provenientes de la vida sexual». Loewenfeld reproduce este pasaje y lo glosa en la forma siguiente: «Así, pues, Freud considera ‘adquirida’ la neurosis siempre

que le es dado hallar causas ocasionales en la misma».

Si es éste el sentido que se deduce de mis palabras, habré de confesar que no he acertado a expresar con ellas mi verdadero pensamiento. Ya habrá visto el lector que mi valoración de las causas ocasionales es bastante más severa que la de Loewenfeld. Si hubiese de aclarar el pasaje antes copiado, lo haría ampliándolo en la siguiente forma: «Pero cuando poseemos algún fundamento para creer que se trata de una neurosis adquirida...», *puesto que no nos resulta posible comprobar la existencia de una tara hereditaria...* En concreto, mi verdadero pensamiento es éste: creo que se trata de una neurosis adquirida cuando no hallo en el caso huella alguna de herencia. Obrando así me conduzco como todos, quizá con la pequeña diferencia de que algunos ven también una etiología hereditaria en aquellos casos en los que nada la hace suponer, prescindiendo así, en absoluto, de la categoría de las neurosis adquiridas. Ahora bien: esta diferencia no puede serme sino favorable. De todos modos, confieso haber dado fácil ocasión al error de interpretación de Loewenfeld al hablar de «casos de neurosis de angustia» en los que «nos resulta imposible descubrir un proceso etiológico». No extrañaré tampoco oír que mi investigación de las causas específicas de las neurosis es totalmente superflua, toda vez que la verdadera etiología de la neurosis de angustia, como de las demás neurosis, no es otra que la herencia, no pudiendo coexistir en ningún caso dos causas primeras. Y no habiendo yo negado el papel etiológico de la herencia, todas las demás etiologías no serían sino causas ocasionales de un igual valor muy secundario.

No comparto ciertamente esta opinión sobre la significación de la herencia, y siendo éste el tema al que menos espacio concedí en mi breve comunicación sobre la neurosis de angustia, intentaré ahora compensar tal omisión, para que no se me acuse de no haber atendido en mi estudio a todos los problemas que la cuestión tratada planteaba.

Para formarnos una idea lo más precisa posible de las circunstancias etiológicas, realmente muy complicadas, de las neurosis, creo conveniente fijar los siguientes conceptos etiológicos:

a) Condición, b) Causa específica, c) Causa concurrente y como término de valor inferior a los anteriores, d) Motivación inmediata o causa provocadora.

Para hacer frente a todas las posibilidades, supondremos que se trata de factores etiológicos susceptibles de transformación cuantitativa, o sea de aumento y disminución.

Aceptando la representación de una ecuación etiológica de varios términos,

que habrá de cumplirse para que el efecto se produzca, la motivación o causa provocadora será aquella que se incorpore en último lugar a la ecuación, precediendo así inmediatamente a la emergencia del efecto. Este factor temporal es lo que constituye exclusivamente la esencia de la motivación. Cualquiera de las demás causas puede así desempeñar en su caso este papel.

Llamamos *condiciones* a aquellos factores faltando los cuales no surgiría nunca el efecto, pero que son incapaces de producirlo por sí solos, cualquiera que sea su magnitud. Es necesario que se agregue a ellos la causa específica.

Esta *causa específica* es aquella que no dejamos jamás de hallar en los casos de emergencia del efecto, bastándole para producirlo alcanzar una cierta intensidad o cantidad, siempre que las condiciones se encuentren cumplidas.

Causas concurrentes son aquellos factores que no siendo indispensables ni pudiendo producir por sí solos el efecto, cualquiera que sea su intensidad, colaboran con las condiciones y la causa específica en el cumplimiento de la ecuación etiológica.

La peculiaridad de las causas concurrentes o auxiliares no presentan oscuridad alguna. Pero ¿cómo distinguir entre sí las condiciones y las causas específicas, indispensables ambas, pero insuficiente cada una para producir, por sí solas, el efecto?

Las siguientes circunstancias parecen permitirnos su diferenciación. Entre las «causas necesarias» encontramos varias que retornan en las ecuaciones etiológicas de muchos otros efectos, revelando así no hallarse especialmente enlazadas a la producción de uno determinado. En cambio, una de tales causas se opone, desde este punto de vista, a todas las demás, por el hecho de no aparecer casi en ninguna otra fórmula etiológica, pudiendo así aspirar a la categoría de causa específica del efecto correspondiente. Además, las condiciones y las causas específicas se diferencian con especial precisión en aquellos casos en los que las condiciones tienen el carácter de estados duraderos, correspondiendo, en cambio, la causa específica a un factor de acción reciente.

Intentaremos dar un ejemplo de este esquema etiológico completo:

Efecto: Phtisis pulmonum.

Condición: Disposición. Hereditaria casi siempre, por constitución orgánica.

Causa específica: El bacilo de Koch.

Causas auxiliares: Todo lo que trae consigo una despotenciación. Tanto una emoción como una infección o un enfriamiento.

El esquema de la etiología de la neurosis de angustia es análogamente:

Condición: Herencia.

Causa específica: Un factor sexual que actúa en el sentido de desviar de lo psíquico la tensión sexual.

Causas auxiliares: Todas las influencias nocivas vulgares: la emoción, el sobresalto o el agotamiento por enfermedad o por exceso de trabajo.

Examinando detalladamente esta fórmula etiológica de la neurosis de angustia, podemos agregar aún a ella las siguientes observaciones. No es posible decidir aún con seguridad si para la emergencia de la neurosis es precisa una especial constitución personal (que no necesitaría hallarse confirmada hereditariamente), o si cualquier hombre normal puede contraer tal enfermedad a causa de un incremento eventual del factor específico. Sin embargo, me inclino mucho a suponer esto último. La disposición hereditaria es la condición más importante de la neurosis de angustia, pero no es indispensable, pues falta en toda una serie de casos límites. El factor específico sexual se nos evidencia en la inmensa mayoría de los casos. En otros (congénitos) no se distingue de la herencia, sino que queda cumplido con ella misma, o sea que los enfermos llevan en sí como un estigma aquella particularidad de la vida sexual (la insuficiencia psíquica para dominar la tensión sexual somática), que en las demás ocasiones conduce a la adquisición de la neurosis. Por último, en otra serie de casos límites, la causa específica se halla contenida en una concurrente. Así, sucede, por ejemplo, cuando la indicada insuficiencia psíquica es debida al agotamiento, etc. Todos estos casos forman series continuas y no categorías aisladas, siendo en todos ellos uno mismo el destino de la tensión sexual, y pudiéndose aplicar a su gran mayoría la distinción entre condición, causa específica y causa auxiliar, conforme a la estructura de la ecuación etiológica antes indicada.

Mi experiencia clínica no integra aún caso alguno de neurosis de angustia en el que la disposición hereditaria y el factor específico sexual siguieran una conducta opuesta. Por el contrario, estos dos factores etiológicos se apoyan y complementan mutuamente. El factor sexual no actúa casi siempre, sino sobre personas con taras hereditarias. Por su parte, la herencia no puede, por sí sola, producir una neurosis de angustia, sino que espera la aparición de una magnitud suficiente de la influencia sexual específica nociva. De este modo, el descubrimiento de la tara hereditaria no evita la investigación de un factor específico, cuyo descubrimiento es, además, lo interesante desde el punto de vista terapéutico. ¿De qué puede, en efecto, servirnos terapéuticamente el

descubrimiento de la herencia como etiología? La herencia viene pesando sobre el enfermo desde su nacimiento, y lo acompañará hasta su muerte. Por sí sola no puede explicarnos la emergencia episódica de una neurosis ni tampoco su desaparición bajo los efectos de un tratamiento. No es más que una *condición* de la neurosis, muy importante, desde luego, pero exageradamente valorada en perjuicio de la terapia y de la comprensión teórica. Recuérdese, para llegar por medio del contraste de los hechos a un mayor convencimiento, aquellos casos de enfermedades nerviosas familiares (corea crónica, enfermedad de Thomsen, etc.) en los cuales reúne en sí la herencia todas las condiciones etiológicas.

Para concluir, repetiré aquellas frases sintéticas en las que he integrado las relaciones mutuas de los diversos factores etiológicos:

1) La génesis de una enfermedad neurótica depende de un factor cuantitativo, de la carga total del sistema nervioso en proporción a su capacidad de resistencia. Todo lo susceptible de mantener a este factor por debajo de un determinado nivel o reducirlo a él tiene eficacia terapéutica, evitando el cumplimiento de la ecuación etiológica. Sobre la base de ciertas hipótesis referentes a la función nerviosa resultaría fácil explicar más detalladamente lo que hemos de entender por «carga total» y «capacidad de resistencia» del sistema nervioso.

2) La extensión de la neurosis depende, en primer lugar, de la medida de la tara hereditaria. La herencia actúa como un multiplicador interpolado en un circuito eléctrico, que hace aumentar en cierto número de veces la desviación de la aguja.

3) La forma de la neurosis depende exclusivamente del factor etiológico específico procedente de la vida sexual.

Espero que, en conjunto, y no obstante las muchas dificultades aún no solucionadas que la cuestión plantea, ha de ser mi estudio de la neurosis de angustia mucho más fructífero para la comprensión de las neurosis que la tentativa de Loewenfeld de solucionar el mismo problema con el descubrimiento de *una reunión de síntomas neurasténicos e histéricos en forma de ataque*.

XI

PROYECTO DE UNA PSICOLOGÍA PARA NEURÓLOGOS^[112]

1895 [1950]

A) ADVERTENCIA DE LA EDICIÓN ALEMANA

E L siguiente manuscrito data del otoño de 1895. Su primera y su segunda parte fueron comenzadas ya en el tren, mientras Freud regresaba de un encuentro con Fliess (carta del 23-9-1895), y una parte de estas páginas está escrita con lápiz; fueron concluidas el 25 de septiembre (véase la fecha que encabeza la parte II). La tercera parte fue comenzada el 5 de octubre de 1895, y el día 8 del mismo mes Freud remitió a Fliess las tres partes juntas.

Una cuarta parte, que debía referirse a la psicología de la represión, considerada por Freud como «la clave de todo el enigma», no fue, a todas luces, concluida nunca. En el curso de la elaboración de este problema se intensificaron en Freud las reservas contra la utilidad del enfoque intentado en el *Proyecto*, dudas que comenzaron a surgir poco después de terminar esta labor, iniciada con tan febril interés. Ya el 29 de noviembre de 1895 (carta núm. 36), Freud se muestra escéptico: «Ya no acierto a comprender mi propio estado de ánimo cuando me hallaba dedicado a incubar la psicología». En la carta número 39, del 1.º de enero de 1896, intenta una revisión de sus hipótesis sobre las interrelaciones de los tres tipos de neuronas, aclarando en particular la posición de las «neuronas perceptivas». Más de un año después de haber escrito el

Proyecto, su concepción había evolucionado a punto tal que pudo esbozar un modelo del aparato psíquico, más o menos en el mismo sentido en que se halla representado en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (carta núm. 52, del 6 de diciembre de 1896). A partir de esa fecha se extinguió su interés por el intento de representar el aparato psíquico en términos neurofisiológicos. Años después aludió al fracaso de sus esfuerzos en este sentido con las siguientes palabras: «La investigación científica ha demostrado irrefutablemente que la actividad psíquica está vinculada a la función del cerebro más que a la de ningún otro órgano. La comprobación de la desigual importancia que tienen las distintas partes del cerebro y de sus relaciones particulares con determinadas partes del cuerpo y con determinadas actividades psíquicas nos lleva un paso más adelante, aunque no podríamos decir si este paso es grande. Pero todos los intentos realizados para deducir de estos hechos una localización de los procesos psíquicos, es decir, todos los intentos de concebir las ideas como almacenadas en las células nerviosas y las excitaciones como siguiendo el curso de las fibras nerviosas, han fracasado por completo». Las más recientes investigaciones neurofisiológicas ratifican, en términos generales, esta concepción; véase, al respecto, el brillante trabajo de E. D. Adrian sobre *Los orígenes mentales y físicos de la conducta*. [Adrian, 1946].

Bajo el manto de la terminología neurofisiológica, empero, el *Proyecto* revela un cúmulo de hipótesis psicológicas concretas, de presunciones teóricas generales y de sugerencias diversas. Después de la reestructuración impuesta por la renuncia al enfoque fisiológico, muchas de estas ideas ingresaron en las obras posteriores de Freud y algunas de ellas forman parte del fondo seguro y establecido de hipótesis psicoanalíticas. Otras partes del *Proyecto*, en cambio — como el desarrollo de la psicología cogitativa, en la tercera parte —, no hallaron consideración similar en los escritos de Freud. a pesar de que ciertas nociones aquí expuestas bien podrían adaptarse al sistema de las hipótesis psicoanalíticas.

La continuación inmediata del *Proyecto* en los trabajos publicados de Freud debe buscarse en *La interpretación de los sueños*. Sin embargo, la nueva formulación de la naturaleza del aparato psíquico, que se intenta en el capítulo VII de dicha obra, que, por lo menos en un punto, muy por detrás de las hipótesis adelantadas en el *Proyecto*: en efecto, la posición de la función perceptiva no pudo ser totalmente explicada en la obra ulterior. (Véase, al respecto, *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños*. 1915). Este problema sólo fue resuelto por las hipótesis de Freud sobre la estructura

psíquica, desarrolladas en *El «yo» y el «ello»* [1923] y ulteriormente. Pero es precisamente este desarrollo el que se halla prefigurado en el *Proyecto*, en la hipótesis exhaustivamente fundamentada de una «organización yoica» permanentemente caracterizada, hipótesis que fructificó en la mente de Freud después de un intervalo de treinta años.

En la época en que redactó su *Proyecto*, el interés de Freud estaba concentrado principalmente en los aspectos neurofisiológicos del problema. Al fracasar las hipótesis que había adoptado al respecto, también abandonó por un tiempo otras reflexiones pertinentes al mismo problema. Esto bien podría ser particularmente cierto en cuanto a las hipótesis sobre el *yo*, que en el *Proyecto* se vinculan a un grupo específicamente determinado de neuronas.

Inmediatamente después de haber redactado el *Proyecto*, el interés de Freud se orientó hacia cuestiones muy distintas. Con su retorno a la labor clínica, durante el otoño de 1895, la teoría de las neurosis ocupa el primer plano en sus inquietudes, y su principal descubrimiento de ese período concierne a la distinción entre las condiciones genéticas de la neurosis obsesiva y de la histeria. (Cartas número 34 y sig.)

A fin de facilitar al lector la comprensión de los pensamientos expuestos aquí en máxima condensación, hemos antepuesto a la reimpresión del manuscrito un índice temático, y cuando en el texto se interrumpe la exposición de un tema determinado, hemos indicado en notas al pie el punto en que la misma se reasume.

[El traductor inglés ha insertado algunas aclaraciones más en el texto mismo y ha agregado algunas notas al pie. Estos agregados se hallan debidamente caracterizados^[113] se comprende que todas las demás notas al pie son de los recopiladores de la edición alemana. En la traducción inglesa los capítulos están numerados para facilitar la referencia a los mismos. I.]

B) PRIMERA PARTE

ESQUEMA GENERAL

INTRODUCCIÓN

LA finalidad de este proyecto es la de estructurar una psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, dando así a esos procesos un carácter concreto e inequívoco. El proyecto entraña dos ideas cardinales:

1. lo que distingue la actividad del reposo debe concebirse como una cantidad (Q) sometida a las leyes generales del movimiento;
2. como partículas materiales en cuestión deben admitirse las neuronas. N y $Q\dot{\eta}$ [neuronas y cantidad]^[114]. Actualmente se emprenden muchos intentos de esta especie^[115].

[1] PRIMERA TESIS BÁSICA

LA CONCEPCIÓN CUANTITATIVA

ESTA concepción, se deriva directamente de observaciones clínicopatológicas, en particular de las relativas a las representaciones hiperintensas, tal como ocurren en la histeria y en la neurosis obsesiva, donde, como veremos más adelante, el carácter cuantitativo se destaca con mayor claridad que en condiciones normales. [Véase la segunda parte.] Procesos tales como los de estimulación, sustitución, conversión y descarga, que son observados y descritos en relación con dichos trastornos, inducen directamente a concebir la excitación neuronal como cantidades fluentes^[116]. Parecía lícito, pues, intentar una generalización de lo que en estos casos se había comprobado. Partiendo de esta concepción, se pudo establecer un principio básico de la actividad neuronal con referencia a la cantidad (Q), un principio que prometía ser muy ilustrativo, ya que parecía comprender la función [neuronal] en su totalidad. Me refiero al *principio de la inercia neuronal*, según el que las neuronas tienden a descargarse de cantidad (Q). La estructura y el desarrollo de las neuronas, así como su función, deben ser concebidos sobre esta base.

El *principio de inercia* explica, en primer lugar, la división estructural de las neuronas en dos clases —motrices y sensitivas—, como un *dispositivo destinado a contrarrestar la recepción de cantidad* (Q) por medio de su descarga. El movimiento reflejo se comprende ahora como una forma establecida de efectuar

tal descarga. El principio de inercia nos da el motivo del movimiento reflejo. Si desde este punto retrocedemos en nuestro examen, podemos vincular, en primer término, el sistema neuronal (como heredero de la irritabilidad general del protoplasma) con la superficie exterior irritable de la célula, segmentada por vastos sectores [de sustancia^[117]] no irritable. Un sistema neuronal primario emplea esa cantidad ($Q\dot{\eta}$), así adquirida, [únicamente] para descargarla hacia los mecanismos musculares a través de las vías correspondientes, manteniéndose así libre de estímulos. Este proceso de descarga constituye la función primaria de los sistemas neuronales.

Es éste el punto en que puede desarrollarse una *función secundaria*, pues entre los diversos métodos de descarga son preferidos y conservados aquellos que entrañan un cese de la estimulación: *fuga del estímulo*. En general, se mantiene aquí una proporción entre la cantidad de excitación y el esfuerzo requerido para la fuga del estímulo, de modo que el *principio de inercia* no sea violado por ello.

Desde un comienzo, sin embargo, el principio de inercia es trasgredido por otra condición. A medida que aumenta la complejidad interna [del organismo], el sistema neuronal recibe estímulos de los propios elementos somáticos — estímulos endógenos—, que también necesitan ser descargados. Se originan en las células del organismo y dan lugar a las grandes necesidades [fisiológicas]: hambre, respiración, sexualidad. El organismo no puede sustraérseles, como lo hace frente a los estímulos exteriores, o sea que no puede emplear la cantidad (Q) que poseen para aplicarla a la fuga del estímulo. Aquellos estímulos cesan únicamente bajo determinadas condiciones que deben ser realizadas en el mundo exterior. (Piénsese, por ejemplo, en las necesidades nutricias). Para llevar a cabo tal acción [creadora de dichas condiciones]-una acción que bien merece ser calificada de «específica»— se requiere un esfuerzo que es independiente de las cantidades endógenas ($Q\dot{\eta}$) y que, por lo general, es mayor [que ellas], ya que el individuo se encuentra sometido a condiciones que cabe designar como *apremio de la vida*^[118]. Con ello, el sistema neuronal se ve obligado a abandonar su primitiva tendencia a la inercia; es decir, al nivel [de tensión] = 0. Debe aprender a tolerar la acumulación de cierta cantidad [$Q\dot{\eta}$] suficiente para cumplir las demandas de la acción específica. En la forma en que lo hace se traduce, sin embargo, la persistencia de la misma tendencia, modificada en el sentido de mantener, por lo menos, la cantidad ($Q\dot{\eta}$) en el menor nivel posible y de

defenderse contra todo aumento de la misma; es decir, de mantener constante [su nivel de tensión]. Todas las funciones del sistema neuronal deben ser sometidas al concepto de la función primaria o al de la función secundaria, impuesta por el apremio de la vida^[119].

[2] SEGUNDA TESIS BÁSICA

LA TEORÍA DE LA NEURONA

LA idea de combinar esta «teoría de la cantidad» ($Q\eta$) con la noción de la neurona, establecida por la histología moderna, constituye el segundo pilar de nuestra teoría. La esencia de esta nueva noción es la de que el sistema neuronal está formado por neuronas discretas, homólogas en su estructura, que contactan entre sí a través de una sustancia intermedia extraña, que terminan las unas en las otras como si lo hicieran sobre trozos de tejido extraño y en las cuales se hallan preestablecidas determinadas direcciones de conducción, ya que reciben estímulos a través de las prolongaciones celulares [dendritas] y los emiten por un cilindroeje [axón]. A ello se agregan sus exuberantes ramificaciones de diverso calibre.

Si se combina esta representación de las neuronas con la concepción de la teoría de la cantidad ($Q\eta$), se llega a la noción de una neurona (N) catectizada, llena de determinada cantidad ($Q\eta$), aunque en otras ocasiones puede estar vacía. El principio de inercia halla expresión en la hipótesis de una *corriente* dirigida desde las prolongaciones celulares [dendritas] hacia el cilindroeje [axón]. Cada neurona aislada es así un modelo del sistema neuronal en su totalidad, con su división en dos partes, siendo entonces el cilindroeje su órgano de descarga. En cuanto a la función secundaria, que requiere una acumulación de cantidad ($Q\eta$) se concibe admitiendo que existen resistencias opuestas a la descarga; la estructura misma de la neurona induce a localizar todas esas resistencias en los *contactos* [entre las neuronas], que de tal modo funcionarían como *barreras*. La admisión de estas *barreras de contacto* es fructífera en múltiples sentidos.

[3] LAS BARRERAS DE CONTACTO^[120]

LA primera justificación de esta hipótesis radica en la consideración de que la conducción pasa en este punto por un protoplasma indiferenciado, en lugar de transcurrir por protoplasma diferenciado, como lo hace en el restante recorrido por el interior de la neurona, siendo probable que este último sea un protoplasma más apto para la conducción. Esta circunstancia sugiere que la capacidad de conducción estaría ligada a la diferenciación, siendo de suponer pues, que el propio proceso de conducción crea una diferenciación en el protoplasma y, con ello, una mejor capacidad para la conducción ulterior.

Además, la teoría de las barreras de contacto tiene las siguientes ventajas. Una de las características principales del tejido nervioso es la memoria, es decir, en términos muy generales, la capacidad de ser permanentemente modificado por procesos únicos, característica que contrasta tan notablemente con la conducta de una materia que deja pasar un movimiento ondulatorio, para retornar luego a su estado previo. Toda teoría psicológica digna de alguna consideración habrá de ofrecer una explicación de la «memoria». Ahora bien: cualquier explicación de esta clase tropieza con la dificultad de admitir, por un lado, que una vez transcurrida la excitación, las neuronas queden permanentemente modificadas con respecto a su estado anterior, mientras que, por otra parte, no es posible negar que las nuevas excitaciones inciden, en términos generales, sobre las mismas condiciones de recepción que hallaron las excitaciones anteriores. Así, las neuronas habrían de estar al mismo tiempo modificadas e inalteradas o, dicho de otro modo, «indiferentes». No es dable imaginar de primera intención un aparato capaz de tan complejo funcionamiento. La salida radica, pues, en adjudicar a *una* clase de neuronas la capacidad de ser permanentemente influidas por la excitación, mientras que la inmutabilidad, o sea, la característica de estar vírgenes ante toda nueva excitación, correspondería a *otra* clase de neuronas. Así surgió la distinción corriente entre «células perceptivas» y «células mnemónicas», una distinción que no concuerda, empero, con ningún contexto y que nada puede invocar en su favor.

La *teoría de las barreras de contacto*^[121] adopta esta salida formulándola en los siguientes términos. Existen dos clases de neuronas: primero, aquellas que dejan pasar cantidad ($Q\eta$) como si no poseyeran barreras de contacto, o sea, que después de cada pasaje de una excitación quedan en el mismo estado que antes; segundo, aquéllas en las cuales se hacen sentir las barreras de contacto; de modo

que sólo difícil o parcialmente dejan pasar cantidad ($Q\eta$) a través de ellas. Las neuronas de esta segunda clase pueden quedar, después de cada excitación, en un estado distinto al anterior, o sea, que ofrecen *una posibilidad de representar la memoria*^[122].

Así, pues, existen neuronas *permeables* (que no ofrecen resistencia y que nada retienen), destinadas a la percepción, y neuronas *impermeables* (dotadas de resistencia y tentativas de cantidad [$Q\eta$]), que son portadoras de la memoria, y con ello, probablemente, también de los procesos psíquicos en general. Por consiguiente, desde ahora llamaré al primer sistema de neuronas « ρ », y al segundo, « φ »^[123].

A esta altura conviene aclarar qué presunciones acerca de las neuronas y son imprescindibles si pretendemos abarcar con ellas las características más generales de la memoria. La argumentación es la siguiente: Dichas neuronas son permanentemente modificadas por el pasaje de una excitación (o bien, aplicando la teoría de las barreras de contacto: sus barreras de contacto quedan en un estado permanentemente alterado). Ahora bien: como la experiencia psicológica nos enseña que existe algo así como un «sobreaprendizaje», basado en la memoria, esa alteración debe consistir en que las barreras de contacto se tornen más aptas para la conducción —menos impermeables—, o sea, más semejantes a las del sistema ρ . Designaremos este estado de las barreras de contacto como «grado de *facilitación*» [*Bahnung*]^[124]. En tal caso, podremos afirmar que *la memoria está representada por las facilitaciones existentes entre las neuronas φ* .

Supongamos que todas las barreras de contacto φ estén igualmente facilitadas [*gebahnt*] —o lo que es lo mismo, que ofrezcan la misma resistencia—: en tal caso, evidentemente, no se podrá deducir de ellas las características de la memoria. Ésta es, en efecto, una de las fuerzas determinantes y orientadoras en relación con la vía que adoptan las excitaciones, y si la facilitación fuese igual por doquier, no se explicaría por qué una vía habría de ser preferida a otra. De ahí que sea más correcto afirmar que *la memoria está representada por las diferencias de facilitación entre las neuronas φ* .

Ahora bien: ¿de qué depende la facilitación en las neuronas φ ? De acuerdo con la experiencia psicológica, la memoria (es decir, la fuerza persistente de una vivencia) depende de un factor que es dable describir como «magnitud» de la impresión, así como de la frecuencia con que una misma impresión se repite. O bien, en los términos de nuestra teoría: la facilitación depende de la cantidad

($Q\dot{\eta}$) que pasa a través de una neurona en el proceso excitativo y del número de veces que este proceso se repite. Adviértese así que la cantidad ($Q\dot{\eta}$) es el factor efectivo, que *cantidad* y *facilitación* son el resultado de la cantidad ($Q\dot{\eta}$) y, al mismo tiempo, lo que puede sustituir la cantidad^[125].

Estas consideraciones nos llevan a recordar, casi involuntariamente, que la tendencia primaria de los sistemas neuronales, una tendencia sostenida a través de todas las modificaciones, es la de evitar ser cargados con cantidad ($Q\dot{\eta}$) o la de disminuir en lo posible esta carga. Bajo la presión del apremio de la vida, empero, el sistema neuronal se ha visto obligado a conservar una reserva de cantidad ($Q\dot{\eta}$). Con este fin ha tenido que aumentar el número de sus neuronas, y los elementos agregados han debido ser impermeables. Pero ahora evita, por lo menos en parte, la repleción con *cantidad* ($Q\dot{\eta}$) —es decir, evita la catexia—, por medio del establecimiento de *facilitaciones*. Adviértase, pues, que las *facilitaciones sirven a la función primaria*.

La necesidad de localizar la memoria en la teoría de las barreras de contacto exige aún algo más: es preciso que a cada neurona φ le correspondan, en general, varias vías de conexión con otras neuronas; es decir, varias barreras de contacto. De ello depende, en efecto, la posibilidad de la selección [de vías por la excitación. *I.*], que a su vez es determinada por la facilitación. Siendo esto así, es evidente que el estado de facilitación de cada barrera de contacto debe ser independiente del de todas las demás barreras de una misma neurona φ , pues de otro modo no subsistiría, una vez más, ninguna preferencia [entre las vías]; es decir, ninguna motivación. De esto puede derivarse una inferencia negativa acerca de la índole del estado *facilitado*. Si se imagina una neurona llena de cantidad ($Q\dot{\eta}$) —es decir, catectizada—, sólo cabe concebir que esta cantidad ($Q\dot{\eta}$) esté uniformemente distribuida por todas las regiones de la neurona, o sea, también por todas sus barreras de contacto. En cambio, nada obsta para que nos imaginemos que en el caso de una cantidad ($Q\dot{\eta}$) fluente ésta siga sólo una vía particular a través de la neurona, de modo que sólo una de sus barreras de contacto quede sometida a la acción de la cantidad ($Q\dot{\eta}$) fluente y conserve luego la facilitación que ésta le proporciona. Por tanto, la facilitación no puede fundarse en una catexia retenida, pues ello no daría lugar a diferencias de facilitación en las barreras de contacto de una misma neurona.

Queda por ver en qué consiste, aparte de esto, la facilitación. De primera

intención podría pensarse que consiste en la absorción de cantidad ($Q\eta$) por las barreras de contacto. Este punto quizá sea aclarado más adelante. La cantidad ($Q\eta$), que ha dejado tras sí una Facilitación, es descargada, sin duda alguna, precisamente merced a dicha facilitación, pues ésta aumenta la permeabilidad. A propósito de esto, sea dicho que no es necesario que la facilitación persistente después de un pasaje de cantidad ($Q\eta$) sea tan grande como fue durante el pasaje mismo de aquélla. Es posible que sólo subsista una fracción de ella, en forma de *facilitación permanente*. De la misma manera, aún no es posible establecer si un solo pasaje de una cantidad $3 Q\eta$ es equivalente a tres pasajes de una cantidad $Q\eta$ ^[126]. Todos estos puntos habrán de ser considerados una vez que la teoría haya experimentado nuevas adaptaciones a los hechos psíquicos.

[4] EL PUNTO DE VISTA BIOLÓGICO

LA admisión de dos sistemas neuronales ρ y φ , el primero de los cuales está formado por elementos permeables y el segundo por elementos impermeables, permite explicar, pues, una de las particularidades de todo sistema neuronal: su capacidad de retener y de permanecer, no obstante, receptivo. Toda adquisición psíquica consistiría entonces en la articulación del sistema φ por suspensiones parciales y topográficamente determinadas de la resistencia a nivel de las barreras de contacto, resistencia que distingue ρ de φ . Con el progreso de esa articulación la libre receptividad del sistema neuronal llegaría efectivamente a un límite.

Con todo, quien se dedique a la construcción de hipótesis científicas sólo podrá tomarlas en serio una vez que se adapten desde más de una dirección a los conocimientos ya establecidos y siempre que de tal modo sea posible restarles su carácter arbitrario de construcciones *ad hoc*. Contra nuestra hipótesis de las barreras de contacto podría objetarse que presupone la existencia de dos clases de neuronas, fundamentalmente distintas en sus condiciones funcionales, a pesar de que a primera vista parece faltar toda base para tal distinción. Morfológicamente al menos —es decir, desde el punto de vista histológico—, no se conoce ninguna prueba en apoyo de la misma.

¿Dónde más podría buscarse un fundamento para esta división en dos clases?

De ser posible en el desarrollo biológico del sistema neuronal, que, como todo lo demás, es para el científico natural algo que se ha formado sólo paulatinamente. Quisiéramos saber si las dos clases de neuronas pueden haber tenido distinta significación biológica y, en caso afirmativo, merced a qué mecanismo se habrían desarrollado hasta alcanzar dos características tan dispares como la permeabilidad y la impermeabilidad. Naturalmente, la solución más satisfactoria sería la de que el mecanismo que perseguimos se desprendiera directamente de sus [respectivas] funciones biológicas primitivas, pues en tal caso habríamos hallado una sola respuesta para ambas preguntas.

Recordemos ahora que el sistema neuronal tuvo, desde un principio, dos funciones: recibir estímulos del exterior y descargar las excitaciones de origen endógeno. Se recordará también que fue precisamente de esta última función de donde surgió la necesidad de un mayor desarrollo biológico, bajo la presión del apremio vital. Podríase suponer ahora que nuestros dos sistemas ρ y ϕ , habrían sido los que asumieron respectivamente cada una de esas funciones primarias. El sistema ρ sería entonces aquel grupo de neuronas que recibe los estímulos exteriores, mientras que el sistema ϕ contendría las neuronas que reciben las excitaciones endógenas. En tal caso no habríamos *inventado* ρ y ϕ , sino que simplemente los habríamos *descubierto*, restando sólo el problema de identificarlos con los elementos ya conocidos. Efectivamente, la anatomía nos enseña que existe un sistema de neuronas (la sustancia gris medular) que se encuentra exclusivamente en contacto con el mundo exterior y otro sistema superpuesto (la sustancia gris del cerebro) que no posee contactos periféricos directos, pero que es el substrato del desarrollo del sistema neuronal ϕ de las funciones psíquicas. El cerebro primitivo concuerda bastante bien con nuestra caracterización del sistema ϕ , siempre que podamos admitir que el cerebro tiene vías de conexión directa e independientes de ρ con el interior del cuerpo. Ahora bien: los anatómicos desconocen el origen y el significado biológico original del cerebro primitivo; de acuerdo con nuestra teoría, tendría que haber sido nada menos que un *ganglio simpático*. He aquí la primera posibilidad de ensayar nuestra teoría, cotejándola con un material fáctico^[127].

Por el momento identificaremos, pues, el sistema ϕ con la sustancia gris del cerebro. Ahora se comprende fácilmente, partiendo de nuestras consideraciones biológicas iniciales, que es precisamente [el sistema] ϕ el que más debe estar sujeto a un desarrollo progresivo por multiplicación de sus neuronas y por

acumulación de cantidad; también se advierte cuán adecuado es que ϕ esté constituido por neuronas impermeables, dado que de otra manera no podría cumplir los requerimientos de la acción específica. Mas ¿de qué manera adquirió ϕ la característica de la impermeabilidad? Después de todo, también ρ posee barreras de contacto, y si éstas no cumplen función alguna, ¿por qué habrían de cumplirla las de ϕ ? Suponer que existe una diferencia primordial en el valor de las barreras de contacto de ρ y de ϕ tendría, una vez más, el cariz dudoso de lo arbitrario, aunque bien podríamos pretender, siguiendo la línea del pensamiento darwiniano, que las neuronas impermeables son imprescindibles y que, por tanto, deben subsistir.

Otra salida de esta dificultad, empero, parece más fructífera y menos ambiciosa. Recordemos que aun las barreras de contacto de ϕ quedan sometidas, en última instancia, a la facilitación, y que es precisamente la cantidad ($Q\eta$) la que las facilita. Cuanto mayor sea la cantidad ($Q\eta$) que interviene en el curso de la excitación, tanto mayor será la facilitación, pero ésta entraña una aproximación a las características de las neuronas ρ . Así, pues, atribuyamos la diferencia no a las neuronas, sino a las cantidades con que ellas se ven enfrentadas, y entonces tendremos buenas razones para presumir que por las neuronas ρ transcurren cantidades frente a las cuales la resistencia de las barreras de contacto es insignificante, mientras que a las neuronas ϕ sólo llegan cantidades del mismo orden de magnitud que esa resistencia. De ser así, una neurona ρ se tornaría impermeable y una neurona ϕ permeable, siempre que pudiésemos intercambiar su localización y sus conexiones; pero retienen sus características distintivas simplemente porque las neuronas ρ sólo están conectadas con la periferia y las neuronas ϕ sólo con el interior del cuerpo. De tal modo, una distinción de esencia queda reemplazada por una distinción del *medio* al que [las neuronas] están destinadas.

Ahora, empero, tendremos que examinar nuestra presunción de que las cantidades de estimulación que llegan a las neuronas desde la periferia exterior serían de un orden superior a las que les llegan desde la periferia interior del cuerpo.

Existen, en efecto, muchos datos en favor de tal presunción. En primer lugar no cabe duda alguna de que el mundo exterior es la fuente de todas las grandes cantidades de energías, pues la física nos enseña que aquél consiste en poderosas

masas en violento movimiento y que este movimiento es transmitido por dichas masas. El sistema ρ , que está orientado hacia ese mundo exterior, tendrá la misión de descargar con la mayor rapidez posible las cantidades ($Q\eta$) que incidan sobre las neuronas, pero en cualquier caso estará siempre sometido a la influencia de cantidades considerables (Q).

Según todos nuestros conocimientos, el sistema ϕ está fuera de contacto con el mundo exterior; únicamente recibe cantidades (Q), por un lado, de las propias neuronas ρ , y por el otro, de los elementos celulares del interior del cuerpo, quedando ahora por establecer tan sólo si es probable que estas cantidades de estimulación sean de una magnitud relativamente baja. A primera vista quizá parezca contradictorio que a las neuronas ϕ deban atribuírsele dos fuentes de estimulación tan dispares como ρ y las células somáticas, pero es precisamente en este punto donde recibimos un decidido apoyo de la más reciente histología de los sistemas neuronales. Ella nos enseña, en efecto, que las *terminaciones* de las neuronas y las *conexiones* entre las neuronas se ajustan a un mismo patrón estructural, y que las neuronas terminan las unas sobre las otras, de la misma manera que terminan en los elementos somáticos; probablemente también sea homólogo el carácter funcional de ambos procesos. De tal manera es admisible que en las terminaciones nerviosas actúen cantidades similares que en las conexiones intercelulares. También es verosímil suponer que los estímulos *endógenos* sean del mismo orden de magnitud *intercelular*. A propósito, es aquí donde se nos abre una segunda oportunidad para examinar la validez de nuestra teoría.

[5] EL PROBLEMA DE LA CANTIDAD

NADA sé acerca de la magnitud absoluta de los estímulos intercelulares, pero me aventuro a suponer que es de una magnitud relativamente inferior [a la magnitud de los estímulos teloneuronales, (*Nota del T.*)] y del mismo orden de resistencia de las barreras de contacto, cosa que, de confirmarse, sería fácilmente comprensible. Esta hipótesis dejaría a salvo la similitud esencial de las neuronas ρ y ϕ y al mismo tiempo explicaría biológica y mecánicamente su diferencia en cuanto a la permeabilidad.

A falta de pruebas al respecto, son tanto más interesantes ciertas perspectivas y concepciones que arrancan de dicha hipótesis. Ante todo, si realmente nos hemos formado una impresión correcta de la magnitud de las cantidades (Q) en el mundo exterior, podemos preguntarnos si la tendencia fundamental del sistema neuronal, o sea, la de mantener su cantidad (Q) reducida a cero, es suficientemente realizada mediante la rapidez de descarga, o si no actúa ya en el proceso de la recepción misma de estímulos. Comprobamos, en efecto, que las neuronas ρ no terminan libremente en la periferia, sino a través de formaciones celulares, siendo éstas y no dichas neuronas las que reciben los estímulos exógenos. Estos «aparatos teleneuronales^[128]» —en el sentido más amplio del término— bien podrían tener la finalidad de impedir que las cantidades exógenas (Q) incidan con toda su intensidad sobre ρ , sino que sean previamente atenuadas. En tal caso cumplirían la función de «pantallas de cantidad» (Q), que sólo dejarían pasar *fracciones* de las cantidades exógenas (Q).

Con ello concordaría el hecho de que el otro tipo de terminaciones nerviosas —el de las terminaciones libres, sin órgano teleneuronal— sea, con mucho, el más común en la periferia *interna* del cuerpo. Allí parecen ser innecesarias las pantallas de cantidad (Q), probablemente porque las cantidades ($Q\eta$) que allí son recibidas no necesitan ser reducidas al nivel intercelular, dado que de por sí ya se hallan en ese nivel.

Siendo posible calcular las cantidades (Q) recibidas por las terminaciones de las neuronas ρ , ello quizá ofrezca un recurso para formarse una noción de las magnitudes que pasan entre las neuronas ϕ y que, como vimos, son del mismo orden que las resistencias de las barreras de contacto.

Además, aquí asoma una tendencia que bien podría determinar el hecho de que el sistema neuronal esté formado por *varios* sistemas: una tendencia cada vez más amplia a mantener la cantidad ($Q\eta$) apartada de las neuronas. Así, la *estructura* del sistema neuronal serviría al propósito de *apartar* la cantidad ($Q\eta$) de las neuronas, mientras que su *función* serviría al propósito de *descargar* dicha cantidad.

ODOS los dispositivos de índole biológica tienen un límite de eficiencia, más allá del cual fracasan. Esta falla se traduce por fenómenos rayanos en lo patológico y que, en cierto modo, constituyen los prototipos normales de las manifestaciones patológicas. Hemos visto que el sistema neuronal está instalado de tal manera que las grandes cantidades exteriores (Q) quedan apartada de ρ y aún más de ϕ . Esta finalidad es cumplida por las pantallas teloneuronales y por el hecho de que ϕ se halla sólo indirectamente conectado con el mundo exterior. ¿Existe algún fenómeno que pueda ser interpretado como el equivalente del fracaso de estos dispositivos? Tal fenómeno es, según creo, *el dolor*.

Cuanto sabemos del dolor concuerda con este concepto. El sistema neuronal tiene la más decidida tendencia a la *fuga del dolor*. Vemos en ella una manifestación de su tendencia primaria a evitar todo aumento de su tensión cuantitativa ($Q\eta$) y podemos concluir que el dolor consiste en *la irrupción de grandes cantidades (Q) hacia ϕ* . De esta manera ambas tendencias quedan reducidas a una y la misma.

El dolor pone en función el sistema ρ tanto como el sistema ϕ ; ningún obstáculo puede oponerse a su conducción; es el más imperativo de todos los procesos. Las neuronas ϕ parecen ser, pues, permeables al mismo, de modo que el dolor debe consistir en la acción de cantidades (Q) de un orden relativamente elevado.

La causa desencadenante del dolor puede consistir, por un lado, en un aumento de cantidad: toda excitación sensible (aun las de los órganos sensoriales más elevados) tiende a convertirse en dolor a medida que aumenta el estímulo, cosa que cabe interpretar sin lugar a dudas como una falla [del mecanismo, (*Nota del T.*)]. Por otra parte, puede ocurrir dolor en presencia de *pequeñas* cantidades exteriores, caso en el cual aparece siempre vinculado con una solución de continuidad; es decir, una cantidad exterior (Q) que actúa directamente sobre las terminaciones de las neuronas ρ sin mediación de los «aparatos teloneuronales», origina dolor. Con ello el dolor queda caracterizado como la irrupción de cantidades (Q) excesivas hacia ρ y ϕ ; es decir, de cantidades (Q) que son de un orden de magnitud aún mayor que el de los estímulos ρ .

Es fácil comprender el hecho de que el dolor recorra todas las vías de descarga. Según nuestra teoría de que cantidad (Q) produce facilitación, es

evidente que el dolor deja tras sí facilitaciones permanentes en ϕ , como si la descarga de un rayo hubiera pasado por ella. Es posible que estas facilitaciones barran por completo la resistencia de las barreras de contacto y establezcan [en ϕ] vías de conducción como las que existen en ρ .

[7] EL PROBLEMA DE LA CUALIDAD

HASTA ahora ni siquiera hemos mencionado el hecho de que toda teoría psicológica, además de cumplir los requisitos planteados por el enfoque científico natural, debe satisfacer aún otra demanda fundamental. En efecto, habrá de explicarnos todo lo que conocemos de la más enigmática manera, a través de nuestra «consciencia», y dado que esta consciencia nada sabe de lo que hasta ahora hemos estado presuponiendo —de cantidades y de neuronas—, dicha teoría habrá de explicarnos también esta falta de conocimiento.

Al punto se nos torna explícita una premisa que hasta ahora nos ha guiado sin que nos apercibiéramos de ella. En efecto, hemos venido tratando los procesos psíquicos como algo que bien podría prescribir de ser conocido por la consciencia, de algo que existe independientemente de ella. Estamos preparados para comprobar que algunas de nuestras presunciones no sean confirmadas por la consciencia, y si rehusamos dejarnos confundir por esta discrepancia, lo hacemos como consecuencia lógica de nuestra presunción de que la consciencia no nos daría una información completa ni fidedigna de los procesos neuronales, pues la totalidad de éstos debería ser considerada de primera intención como inconsciente y a ser inferida igual que todos los demás fenómenos naturales.

En tal caso, sin embargo, el contenido de la consciencia habrá de ser situado en la serie de nuestros procesos ϕ cuantitativos. La consciencia nos suministra ese algo que se ha dado en llamar *cualidades*, o sea, sensaciones que en una amplia gama de variedades son *distintas* y cuya *alteridad* es discernida en función de las relaciones con el mundo exterior^[130]. En esta alteridad aparecen series, similitudes, etc., pero en realidad no hay en ella nada cuantitativo. Cabría preguntarse *cómo* se originan las cualidades y *dónde* se originan; pero son éstas cuestiones que requieren la más detenida investigación y que sólo podremos abordar aquí con carácter aproximado.

¿Dónde se originan las cualidades? No, por cierto, en el mundo exterior, pues de acuerdo con nuestra concepción científico-natural, a la que aquí pretendemos someter también la psicología, en el mundo exterior sólo existen masas en movimiento y nada más. ¿Acaso se originan en el sistema ρ ? Esto estaría de acuerdo con el hecho de que las cualidades aparezcan vinculadas a la percepción, pero lo contradicen todos los datos que, con justa razón, hablan en favor de la localización de la consciencia en los niveles más altos del sistema neuronas. ¿Se originan entonces en el sistema ϕ ? Contra ello cabe aducir una importante objeción. Los sistemas ρ y ϕ actúan conjuntamente en la percepción; pero existe un proceso psíquico que evidentemente tiene lugar tan sólo en ϕ ; me refiero a la reproducción, al recuerdo; mas precisamente este proceso se halla, en términos generales, *desprovisto de cualidad*. Normalmente el recuerdo no produce nada que posea el carácter peculiar de la cualidad perceptiva. De tal modo cobramos ánimo suficiente para admitir que podría existir un *tercer sistema* de neuronas —«neuronas perceptivas» podría llamárselas—, que serían excitadas juntamente con las otras en el curso de la percepción, pero no en el de la reproducción, y cuyos estados de excitación darían lugar a las distintas cualidades, o sea, que serían las *sensaciones conscientes*^[131].

Si adherimos firmemente a la noción de que nuestra consciencia sólo suministra cualidades, mientras que las ciencias naturales únicamente reconocen *cantidades*, se desprende, como si fuera por regla de tres, una característica de las neuronas perceptivas. En efecto, mientras la ciencia se ha impuesto como objeto el reducir todas nuestras *cualidades* perceptivas a *cantidad exterior*, cabe presumir que la estructura del sistema neuronal consiste en dispositivos destinados convertir la *cantidad exterior* en *cualidad*, con lo que se impondría una vez más la tendencia primaria al apartamiento de toda cantidad. Vimos que los aparatos teloneuronales constituyen una pantalla destinada a permitir que sólo fracciones de la cantidad exterior lleguen a actuar sobre ρ , mientras que, al mismo tiempo, ρ efectúa la descarga gruesa de cantidad. De tal modo, el sistema ϕ ya quedaría protegido de las cantidades de orden mayor y sólo se vería enfrentado con las de magnitud intercelular. Prosiguiendo este razonamiento cabe presumir que el sistema W ^[132] sea movido solamente por cantidades aún más reducidas. Podría ser que el carácter cualitativo (es decir, la sensación consciente) sólo aparezca cuando las cantidades han quedado excluidas en la medida de lo posible. Claro está que no es posible eliminarlas por completo,

pues también esas neuronas perceptivas deben ser concebidas como catectizadas con cantidad ($Q\dot{\eta}$) y tendientes a lograr su descarga.

Con esto no encontramos, empero, frente a una dificultad que parecería insuperable. Hemos visto que la permeabilidad depende del efecto producido por la cantidad ($Q\dot{\eta}$) y que las neuronas ϕ ya son de por sí impermeables. Pero como las cantidades ($Q\dot{\eta}$) intervinientes son aún más pequeñas, las neuronas perceptivas habrán de ser todavía más impermeables. Es inadmisibles, sin embargo, atribuir tal característica a las neuronas portadoras de la consciencia, pues la rápida mutabilidad de su contenido, el carácter fugaz de la consciencia, la fácil y rápida combinación de cualidades simultáneamente percibidas, todo esto sólo es compatible con una permeabilidad total de las neuronas perceptivas y con su completa *restitutio in integrum*^[133]. Las neuronas perceptivas se conducen como verdaderos órganos de percepción y en ellas no encontramos ningún dato para localizar la memoria. Hemos aquí, pues, ante una permeabilidad, una completa facilitación, que no proceden de cantidades. ¿De dónde proceden entonces?

Sólo ve una salida: revisar nuestra hipótesis básica sobre el decurso de cantidad ($Q\dot{\eta}$). Hasta ahora sólo pude concebirlo como una transferencia de cantidad ($Q\dot{\eta}$) de una neurona a otra, pero debe poseer otra característica más — una característica de índole *temporal*—, pues también la mecánica de los físicos le concede este atributo temporal aun a los movimientos de masas en el mundo exterior. Designaré esta característica simplemente como «el *período*» y admitiré entonces que la resistencia de las barreras de contacto rige sólo para la transferencia de *cantidad* (Q), pero que el *período* del movimiento neuronal se propaga a todas partes sin inhibición alguna, como si fuera por un proceso de inducción.

Mucho queda por hacer aquí en cuanto a la aclaración de los aspectos físicos pues las leyes generales del movimiento también deben regir aquí sin contradicciones. Mi hipótesis, empero, va aún más allá, admitiendo que las neuronas perceptivas serían incapaces de recibir cantidades ($Q\dot{\eta}$), pero que en cambio asumen el *período* de la excitación, y que esta condición suya de ser afectada por un período, mientras admiten sólo una mínima carga de cantidad ($Q\dot{\eta}$), constituye el fundamento de la consciencia. También las neuronas ϕ tienen, naturalmente, su período, mas éste se halla desprovisto de cualidad o, mejor dicho, es monótono^[134]. Las desviaciones de este período psíquico

específico llegan a la consciencia en forma de cualidades.

¿Dónde se originan estas diferencias del *período*? Todo parecería indicar los órganos de los sentidos, cuyas cualidades pretendemos representar por diferencias de período del movimiento neuronal. Los órganos de los sentidos no sólo actúan como pantallas de cantidad (Q) —como todos los demás aparatos teleneuronales—, sino también como cribas, pues sólo dejan pasar estímulos procedentes de ciertos procesos con períodos determinados. Es probable que transfieran luego estas diferencias a ρ , comunicando al movimiento neuronal cualquier período cuya diferencia [cuya característica diferencial (Nota del T.)] sea en algún modo análoga [a la de los procesos del mundo exterior. (Nota del T.)] o sea, energía específica, y son estas modificaciones las que pasan de ρ a través de ϕ hacia W , para engendrar allí, donde están casi desprovistas de cantidad, sensaciones conscientes de cualidad^[135]. Esta transmisión de cualidad no es durable, no deja tras de sí rastro alguno y no puede ser reproducida.

[8] LA CONSCIENCIA

SOLO mediante hipótesis tan complicadas y poco evidentes he podido hasta ahora incluir los fenómenos de la consciencia en el conjunto de la psicología cuantitativa.

Naturalmente, es imposible tratar de explicar por qué los procesos excitativos de las neuronas perceptivas (ωN) traen aparejada la consciencia. Para nosotros sólo se trata de hallar en las neuronas perceptivas (ωN) procesos que coincidan con las características de la consciencia conocidas por nosotros y cuyas variaciones sean paralelas a las de ellas. Ya veremos que no es difícil lograrlo, aun en sus detalles.

Antes, sin embargo, digamos algunas palabras sobre la relación de esta teoría de la consciencia con otras teorías. De acuerdo con una teoría mecanicista moderna, la consciencia no sería más que un mero apéndice agregado a los procesos fisiológico-psíquicos, un apéndice cuya ausencia nada modificaría en el curso del suceder psíquico. De acuerdo con otra teoría, la consciencia sería la faz subjetiva de todo suceder psíquico, o sea, que sería inseparable de los procesos fisiológico-anímicos. La teoría que aquí desarrollo se encuentra entre

estas dos. La consciencia es aquí la faz subjetiva de *una parte* de los procesos físicos [que se desarrollan] en el sistema neuronal —a saber, de los procesos perceptivos (procesos ω)—, y su ausencia *no dejaría* inalterado el suceder psíquico, sino que entrañaría la ausencia de toda contribución del sistema W (ω) [136].

Si representamos la consciencia por neuronas perceptivas (ωN) surgen varias consecuencias. Estas neuronas deben tener una descarga por más pequeña que ella sea, y debe existir alguna manera de llenar las neuronas perceptivas con cantidades ($Q\dot{\eta}$), en la escasa medida que les es imprescindible. La descarga se realiza, como toda otra descarga, en la dirección de la motilidad, debiéndose recordar aquí que la conversión motriz entraña, evidentemente, la pérdida de toda característica cualitativa, de toda peculiaridad periódica. La repleción de las neuronas perceptivas con cantidad sólo puede hacerse desde ϕ , puesto que no estamos dispuestos a admitir ninguna conexión directa de este tercer sistema con ρ . No atinamos a indicar cuál puede haber sido el primitivo valor biológico de las neuronas perceptivas.

Hasta ahora, empero, sólo pudimos describir muy parcialmente el contenido de la consciencia, pues además de las series de cualidades sensoriales encontramos en ella otra serie muy distinta: la de las sensaciones de *placer* y *displacer*, que ahora habremos de interpretar. Dado que hemos establecido con certeza una tendencia de la vida psíquica hacia la *evitación del displacer*, estaríamos tentados de identificarla con la tendencia primaria de la inercia. En tal caso el *displacer* coincidiría con un aumento del nivel cuantitativo ($Q\dot{\eta}$) o con un aumento cuantitativo de la presión: equivaldría a la percepción sensación [137] cuando se produce un aumento de cantidad ($Q\dot{\eta}$) en ϕ . El *placer* sería la [correspondiente] sensación de descarga. Dado que se supone que el sistema W debe ser llenado desde ϕ , se desprende que la catexia aumentaría en W al elevarse el nivel en ϕ y disminuiría al caer éste. Placer y displacer serían entonces las sensaciones correspondientes a la propia catexia de W , a su propio nivel, funcionando W y ϕ , en cierto modo, como vasos comunicantes. De idéntica manera también llegarían a la consciencia los procesos cuantitativos en ϕ , o sea, una vez más, como cualidades [véase el parágrafo 7].

Las sensaciones de placer y de displacer entrañan la pérdida de la capacidad de percibir las cualidades sensoriales, que están localizadas, por así decirlo, en la

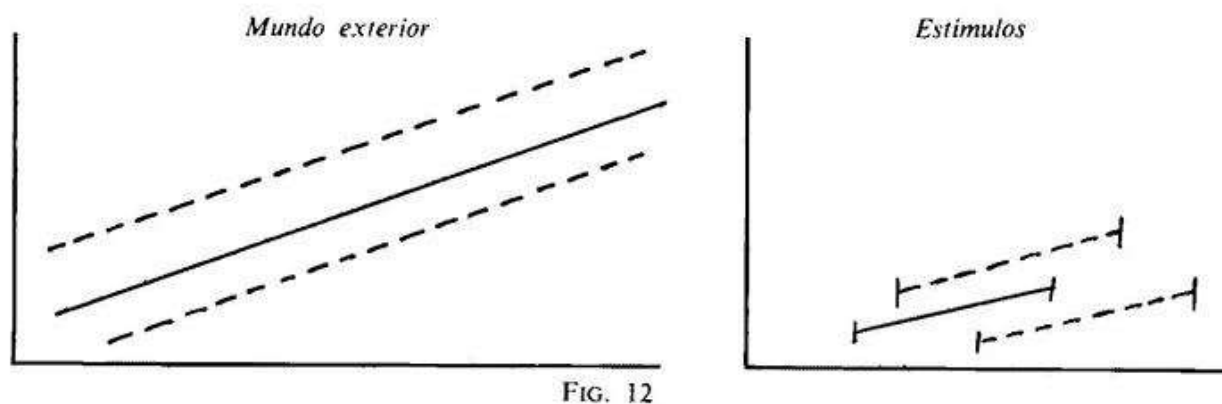
zona indiferente entre placer y displacer^[138]. Esto podría traducirse así: las neuronas perceptivas (ωN) exhiben una capacidad óptima para admitir el *período* del movimiento neuronal cuando tienen una catexia determinada, mientras que al elevarse ésta surge el displacer, y al debilitarse, el placer, hasta que la capacidad receptiva se extingue por completo cuando falta toda catexia. Sería preciso concebir la forma de movimiento [en cuestión] que corresponda a estos datos.

[9] FUNCIONAMIENTO DEL APARATO

PODEMOS formarnos ahora la siguiente concepción sobre el funcionamiento del aparato constituido por $\rho \neq \omega$.

Desde el exterior inciden magnitudes de excitación sobre las terminaciones del sistema ρ , topándose primero con los aparatos teloneuronales, que los fragmentan en fracciones cuyo orden de magnitud probablemente sea superior al de los estímulos intercelulares (¿o quizá aun del mismo orden?). Aquí nos encontramos con un primer umbral: por debajo de determinada cantidad no puede constituirse ninguna fracción eficaz, de modo que la efectividad de los *estímulos* está limitada en cierto modo a las cantidades de magnitud *mediana*. Al mismo tiempo, la naturaleza de las envolturas nerviosas actúa como una criba, de manera que en las distintas terminaciones nerviosas no todos los tipos de estímulos pueden ser efectivos. Los estímulos que realmente llegan a las neuronas ρ poseen una cantidad y una característica cualitativa^[139]; en el mundo exterior forman una serie de la misma cualidad [que los estímulos] y de creciente [magnitud de] cantidad, desde el umbral hasta el límite del dolor.

Mientras los *procesos* forman en el mundo exterior un continuo bidireccional —[ordenado de acuerdo] con la cantidad y con el período (cualidad)—, los *estímulos* que les corresponden se hallan, de acuerdo con la cantidad, *reducidos* primero y luego *limitados* por selección, y en cuanto a su cualidad son *discontinuos*, de modo que ciertos períodos ni siquiera pueden actuar como estímulos [Véase la Fig. 12.].



La característica cualitativa de los estímulos se propaga ahora sin impedimentos por ρ , a través de ϕ , hacia ω , donde genera la sensación; está representada por un período particular del movimiento neuronal, que no es, por cierto, el mismo que el del estímulo, pero que guarda con él determinada relación, de acuerdo con una fórmula de reducción desconocida por nosotros. Este período no se mantiene durante largo tiempo y se extingue hacia el lado de la motilidad; además, como puede pasar sin impedimento, tampoco deja tras de sí ninguna memoria.

La *cantidad* del estímulo ρ excita la tendencia a la descarga en el sistema nervioso al convertirse en una excitación motriz proporcional. El aparato de la motilidad está directamente acoplado a ρ ; las cantidades así convertidas producen un efecto que les es cuantitativamente muy superior, pues ingresan en los músculos, las glándulas, etc., actuando en ellos por *liberación* [de cantidad], mientras que entre las neuronas sólo tiene lugar una *transferencia* [de cantidad].

A nivel de las neuronas ρ terminan también las neuronas ϕ , a las que es transferida una parte de la cantidad ($Q\eta$), pero sólo una parte; quizá una fracción correspondiente a la magnitud de los estímulos intercelulares. Llegados aquí podríamos preguntarnos si la cantidad [$Q\eta$] transferida a ϕ no sería por ventura proporcional a la cantidad [Q] que corre por ρ , de modo tal que un estímulo más considerable produzca también un efecto psíquico más considerable. Aquí parece actuar un dispositivo especial que, una vez más, mantiene cantidad (Q) apartada de ϕ . Las vías sensitivas de conducción en ρ poseen, en efecto, una estructura peculiar, ramificándose continuamente y presentando vías de variable grosor que concluyen en numerosos puntos terminales, lo que quizá tenga el siguiente significado: un estímulo más poderoso sigue una vía distinta que otro

más débil. Así, por ejemplo, $Q\eta_1$ recorrerá únicamente la vía I y en el punto terminal α transmitirá una fracción a ϕ . $Q\eta_2$ [es decir, una cantidad dos veces mayor que $Q\eta_1$] no transmitirá en α una fracción dos veces mayor, sino que podrá pasar también por la vía II, que es más delgada, y abrirá un segundo punto terminal hacia ϕ [en β]; $Q\eta_3$ abrirá la más delgada de las vías y transferirá asimismo por el punto terminal γ [véase la figura]. De tal manera, la vía ρ única quedará aliviada de su carga y la mayor *cantidad* en ρ se traducirá por el hecho de catectizar *varias* neuronas en ϕ , en lugar de una sola. Cada una de las catexias de las distintas neuronas ϕ puede, en tal caso, ser de magnitud aproximadamente igual. Si $Q\eta$ en γ produce una catexia en ϕ , entonces $Q\eta_3$ se expresa por catexia en $\phi_1 + \phi_2 + \phi_3$. Así, *cantidad* en ρ se expresa por *complejidad* en ϕ . De tal manera la cantidad (Q) queda apartada de ϕ , por lo menos dentro de ciertos límites. Esto nos recuerda mucho las condiciones postuladas por la ley de Fechner^[140], que de tal modo admitiría una localización [determinada].

De esta manera, ϕ es catectizada desde ρ con cantidades (Q) que normalmente son pequeñas. Mientras la *cantidad* de la excitación ρ se expresa en ϕ por la *complejidad*, su *cualidad* se expresa por la *topografía*, dado que, de acuerdo con las relaciones anatómicas, los distintos órganos sensoriales sólo se comunican a través de ρ con determinadas neuronas ϕ . Pero ϕ también recibe catexia del interior del cuerpo, de modo que sería admisible dividir las neuronas ϕ en dos grupos: las neuronas del *pallium*, que son catectizadas desde ρ , y las neuronas *nucleares*, que son catectizadas desde las vías endógenas de conducción^[141].

[10] LAS VÍAS DE CONDUCCIÓN ϕ

LA porción nuclear de ϕ está conectada con aquellas vías por las cuales ascienden las cantidades endógenas [Q] de excitación. Sin excluir la posibilidad de que estas vías estén conectadas con ρ , debemos seguir sustentando nuestra presunción original de que hay una vía directa que lleva del interior del cuerpo a las neuronas ϕ . Esto implica, empero, que ϕ se halla expuesto sin protección alguna a las cantidades (Q) procedentes de esa dirección, y en este

hecho [como veremos en la página siguiente] radica precisamente el *impulso motor* del mecanismo psíquico.

Cuanto sabemos acerca de los estímulos *endógenos* puede expresarse en la hipótesis de que son de índole intercelular, que se generan en forma continua y que sólo periódicamente se convierten en estímulos psíquicos. La idea de su acumulación es inevitable y la intermitencia de su efecto psíquico conmina a admitir que en el curso de su conducción tropiezan con resistencias superables únicamente al aumentar la cantidad [de excitación]. Las vías de conducción se encuentran, pues, articuladas en serie, con varias barreras de contacto intercaladas hasta llegar al núcleo ϕ . Por encima de determinada cantidad $[Q]$, empero, los estímulos endógenos actúan en forma continua, y todo aumento de la cantidad (Q) es percibido como un aumento del estímulo ϕ . Esto implica entonces un estado en el cual la [vía de] conducción se ha tornado permeable. La experiencia demuestra, además, que una vez descargado el estímulo ϕ , la [vía de] conducción vuelve a recuperar su resistencia.

Un proceso de esta especie se denomina *sumación*. Las vías de conducción ϕ se llenan por sumación hasta que se tornan permeables. Evidentemente, lo que permite que ocurra la sumación es la pequeñez del estímulo individual. También se ha comprobado la sumación en las vías de conducción ρ —por ejemplo, en la conducción del dolor—, pero en este caso sólo interviene en presencia de pequeñas cantidades. El reducido papel que desempeña la sumación en el sector ρ hablaría en favor de que allí actúan, efectivamente, cantidades de magnitud más considerable. Las cantidades muy pequeñas parecen ser retenidas por la acción liminal de los aparatos teloneuronales, mientras que, no existiendo éstos en el sector ϕ , sólo actúan pequeñas cantidades $[Q\dot{\eta}]$ ^[142].

Es digno de mención que las neuronas de conducción ϕ puedan allí mantenerse alternando entre las características de la permeabilidad y de la impermeabilidad, gracias a que recuperan casi por completo su resistencia a pesar del pasaje de cantidad ($Q\dot{\eta}$). Esta propiedad es absolutamente contradictoria con aquella otra que hemos atribuido a las neuronas γ , o sea, la de quedar permanentemente facilitadas por el pasaje de cantidad ($Q\dot{\eta}$) [parágrafo 3]. ¿Cómo explicar esta contradicción? Admitiendo que el restablecimiento de la resistencia al cesar el pasaje de una corriente es un atributo general de las barreras de contacto. No existe entonces dificultad alguna en conciliar esto con el hecho de que las neuronas γ son influidas [por el pasaje de cantidad] en el

sentido de la facilitación. Para ello sólo necesitamos suponer que la facilitación restante después del pasaje de cantidad [Q] no consiste en la abolición de *toda* resistencia, sino en su reducción a un imprescindible mínimo permanente. Durante el pasaje de cantidad (Q) la resistencia está suspendida, pero luego se restablece, aunque sólo hasta un nivel particular, dependiente de la cantidad (Q) transcurrida, de modo que la vez siguiente podrá pasar una cantidad menor (Q), y así sucesivamente. Una vez establecida la facilitación más completa, subsistirá todavía cierta resistencia, igual para todas las barreras de contacto, que también exigirá, pues el acrecentamiento de las cantidades (Q) hasta un umbral determinado, a fin de que éstas puedan pasar. Tal resistencia sería una constante. Por consiguiente, el hecho de que las cantidades endógenas ($Q\eta$) actúen por sumación no significa otra cosa sino que estas cantidades están compuestas por magnitudes de excitación muy pequeñas y menores que la constante. De ahí, pues, que las vías endógenas de conducción se hallen totalmente facilitadas.

De esto se desprende, sin embargo, que las barreras de contacto ϕ son, en general, más altas que las barreras de las vías [endógenas] de conducción, de modo que en las neuronas nucleares puede producirse una nueva acumulación de cantidad ($Q\eta$). Desde el momento en que la vía de conducción alcanza su nivel de saturación, dicha acumulación no tiene límite alguno. Aquí, ϕ se encuentra a merced de la cantidad (Q), y de tal modo surge en el interior del sistema el impulso que sustenta toda actividad psíquica. Conocemos esta fuerza en la forma de la *voluntad*, el derivado de los *instintos*^[143] [véase el final del párrafo 18].

[11] LA VIVENCIA DE SATISFACCIÓN

LA repleción de las neuronas nucleares en ϕ tendrá por resultado una tendencia a la descarga, una *urgencia* que se libera hacia la vertiente de la motilidad. De acuerdo con la experiencia, la primera vía que es recorrida en tal proceso es la que conduce a la *alteración interna* (expresión de las emociones, grito, inervación vascular). Pero como demostramos inicialmente [párrafo 1], ninguna descarga de esta especie puede agotar la tensión, pues a pesar de aquélla persiste la recepción de estímulos endógenos, que restablece la tensión ϕ . En este caso la estimulación sólo puede ser abolida por medio de una intervención que

suspenda transitoriamente el desprendimiento de cantidad ($Q\eta$) en el interior del cuerpo, y una intervención de esta índole requiere una alteración en el mundo exterior (aporte de alimento, aproximación del objeto sexual), que, siendo una *acción específica*, sólo puede ser alcanzada a través de determinadas vías. El organismo humano es, en un principio, incapaz de llevar a cabo esta acción específica, realizándola por medio de la *asistencia ajena* al llamar la atención de una persona experimentada sobre el estado en que se encuentra el niño, mediante la conducción de la descarga por la vía de la alteración interna [por ejemplo, mediante el llanto del niño 1.]. Esta vía de descarga adquiere así la importantísima función secundaria de la *comprensión* [*comunicación* con el prójimo. (*Nota del T.*)], y la indefensión original del ser humano conviértese así en la fuente *primordial de todas las motivaciones morales* [véase la tercera parte]^[144].

Una vez que el individuo asistente ha realizado para el inerte el trabajo de la acción específica en el mundo exterior, el segundo se encuentra en situación de cumplir sin dilación, por medio de dispositivos reflejos, la función que en el interior de su cuerpo es necesaria para eliminar el estímulo endógeno. La totalidad de este proceso representa entonces una *vivencia de satisfacción*, que tiene las más decisivas consecuencias para el desarrollo funcional del individuo. En efecto, tres cosas se producen en su sistema ϕ : 1) Se efectúa una descarga permanente, poniendo fin con ello a la urgencia que generó displacer en W. 2) Se produce la catectización de una o de varias neuronas del *pallium*^[145], que corresponde a la percepción de un objeto. 3) A otros puntos del *pallium* llegan las noticias de la descarga lograda mediante el desencadenamiento del movimiento reflejo que siguió a la acción específica. Entre estas catexias [2) y 3)] y las neuronas nucleares [que fueron catectizadas a partir de fuentes endógenas durante el estado de urgencia. 1.] establécese entonces una facilitación.

(Las noticias de la descarga refleja surgen gracias a que todo movimiento, en virtud de sus consecuencias accesorias, da lugar a nuevas excitaciones sensitivas —de piel y músculos—, que producen en ϕ una *imagen motriz* [o *quinestética*]).

En cuanto a la facilitación, se origina de una manera que nos ofrece una visión más profunda del desarrollo de ϕ . Hasta ahora hemos visto que las neuronas ϕ son influidas por las neuronas ρ y por las vías de conducción endógena, mientras que las distintas neuronas ϕ están aisladas las unas de las otras por barreras de contacto con poderosas resistencias. Existe, sin embargo,

una ley fundamental de *asociación por simultaneidad*, que actúa durante la actividad y pura (durante el recuerdo reproductivo) y que constituye la base de todas las conexiones entre las neuronas ϕ . Comprobamos que la consciencia (es decir, la catexia cuantitativa) pasa de una neurona ϕ (α) a otra (β), siempre que la (α) y (β) hayan sido, en algún momento, catectizadas simultáneamente desde ρ o desde alguna otra parte. En otros términos, la catectización simultánea α - β ha llevado a la facilitación de una barrera de contacto. De ello se desprende, expresándolo en los términos de nuestra teoría, que una cantidad $[Q\eta]$ pasa más fácilmente de una neurona a otra catectizada, que a una no catectizada.

Así, la catexia de la segunda neurona actúa de la misma manera que un aumento de catexia en la primera. En este caso, una vez más, *la catexia se revela como algo que, con respecto al pasaje de cantidad $[Q\eta]$, es equivalente a la facilitación.* [Véase el párrafo 3.]

Aquí nos encontramos, pues, con un segundo factor de importancia para la determinación del curso que sigue una cantidad $[Q\eta]$. Una cantidad en la neurona a no sólo se dirigirá en dirección de la barrera más facilitada, sino también hacia la que esté catectizada en su vertiente opuesta. Estos dos factores pueden reforzarse mutuamente o aun antagonizarse en determinados casos.

Así, la vivencia de satisfacción conduce a una facilitación entre las dos imágenes mnemónicas [la del objeto deseado y la del movimiento reflejo. I.] y las neuronas nucleares que han sido catectizadas durante el estado de urgencia. (Es de suponer que en [el curso de] la descarga producida por la satisfacción, también las imágenes mnemónicas quedan vacías de cantidad $[Q\eta]$.) Con el restablecimiento del *estado de urgencia* o *de deseo*, la catexia pasa también a los dos recuerdos, reactivándolos. Es probable que el primero en experimentar esta *activación desiderativa* sea la imagen mnemónica del objeto.

No tengo duda alguna acerca de que la activación desiderativa produce en primer término algo similar a una percepción, o sea, una *alucinación*. Si ésta lleva a la realización del acto reflejo, su consecuencia ineludible será la defraudación.

N condiciones normales, ϕ está expuesto a cantidad ($Q\dot{\eta}$) desde las vías endógenas de conducción, y en condiciones anormales (aunque todavía no patológicas, lo está en aquellos casos en que cantidades excesivas (Q) irrumpen a través de los dispositivos de pantalla en ρ , o sea, en el caso del *dolor*. El dolor produce en ϕ : 1) un gran aumento del nivel [de cantidad], que es sentido como displacer por W ; 2) una tendencia a la descarga, que puede estar modificada en determinados sentidos; 3) una facilitación entre esta tendencia a la descarga y una imagen mnemónica del objeto algógeno. Además, es indudable que el dolor posee una cualidad especial que se manifiesta paralelamente al displacer.

Si la imagen mnemónica del objeto (hostil) [es decir, algógeno] es recatectizada por un motivo cualquiera (por ejemplo, por nuevas percepciones), surge un estado que no es el del dolor, pero que guarda con él cierta semejanza. Este estado incluye el *displacer* y la tendencia a la descarga que corresponde a la vivencia de dolor. Dado que el displacer significa un aumento del nivel [de cantidad], surge la cuestión de origen de esta cantidad ($Q\dot{\eta}$). En la vivencia del dolor propiamente dicha, era la cantidad exterior (Q) irrumpiente la que elevaba el nivel en ϕ . En su reproducción —en el *afecto*— la única cantidad ($Q\dot{\eta}$) que se le agrega es la cantidad [Q] que catectiza el recuerdo, siendo evidente que ésta es de la misma índole que cualquier otra percepción y que no puede resultar, pues, en un aumento general de cantidad ($Q\dot{\eta}$).

Nos vemos obligados a admitir así que la catectización de los recuerdos *desencadena* displacer en el interior del cuerpo, o sea, que hace surgir nuevas cantidades de displacer. El mecanismo de este desencadenamiento sólo cabe imaginarlo de la siguiente manera. Tal como existen neuronas motrices que en presencia de cierto grado de repleción conducen cantidades ($Q\dot{\eta}$) hacia los músculos, descargándolas, deben existir también neuronas «secretoras» que al ser excitadas causan en el interior del cuerpo la generación de algo que actúa como estímulo sobre las vías endógenas de conducción hacia ϕ , o sea, que influyen sobre la producción de cantidades endógenas ($Q\dot{\eta}$) y, en consecuencia, no *descargan* cantidad ($Q\dot{\eta}$), sino que la *aportan* por vías indirectas. A estas neuronas secretoras^[146] las llamaremos «neuronas llave^[147]». Es evidente que sólo son excitadas a partir de cierto nivel en ϕ . Merced a la vivencia dolorosa se establece una excelente facilitación entre la imagen mnemónica del objeto hostile y estas neuronas llave, en virtud de la cual se libera entonces displacer en el

afecto.

Esta hipótesis tan desconcertantes pero indispensable, es confirmada en cierta manera por lo que ocurre en la liberación de impulsos sexuales. Al mismo tiempo se nos impone la presunción de que los estímulos endógenos estarían constituidos en ambos casos por *productos químicos* cuyo número y variedad bien puede ser considerable. Dado que la liberación de displacer puede ser extraordinariamente grande, aun frente a una minúscula catexia del recuerdo hostil, es dable concluir que el dolor deja tras de sí facilitaciones particularmente abundantes y extensas. Es en este conexo cómo llegamos a presumir que la facilitación depende totalmente de la [magnitud de la] cantidad [$Q\eta$] alcanzada, de modo que el efecto facilitante de $3Q\eta$ puede ser mucho mayor que el de $3 \times Q\eta$ [$Q\eta$ repetida tres veces].

[13] AFECTOS Y ESTADOS DESIDERATIVOS

LOS residuos de los dos tipos de vivencias [de satisfacción y de dolor] que acabamos de considerar son los afectos y los estados desiderativos, que tienen en común el hecho de entrañar un aumento de la tensión cuantitativa en ϕ , producido en el *afecto* por un desprendimiento repentino, y en el *deseo*, por sumación. Ambos estados tienen la mayor importancia para el pasaje de cantidad en ϕ , dado que dejan tras de sí motivaciones de tipo convulsivo en favor de dicho pasaje. El estado desiderativo produce algo así como una *atracción* positiva hacia el objeto deseado, o, más bien, hacia su imagen mnemónica, mientras que de la vivencia dolorosa resulta una *repulsión*, una aversión a mantener catectizada la imagen mnemónica hostil. He aquí, pues, la *atracción desiderativa* primaria y la *defensa* [rechazo] primaria^[148].

La atracción desiderativa se explica fácilmente admitiendo que la catexia del recuerdo amable en el estado de deseo supera ampliamente en cantidad ($Q\eta$) a la catexia en el caso de la simple percepción, de modo que en el primer caso existe una facilitación particularmente buena entre el núcleo ϕ y la correspondiente neurona del *pallium*.

Más difícil de explicar es la *defensa* [rechazo] primaria o *represión*, es decir, el hecho de que una imagen mnemónica hostil sea abandonada lo más

rápida-mente posible por la catexia^[149]. Sin embargo, su explicación bien podría residir en el hecho de que las vivencias dolorosas primarias fueron resueltas y terminadas por una defensa refleja. La emergencia de otro objeto, en lugar del hostil, actuó entonces como señal de que la vivencia dolorosa había terminado; ahora el sistema ϕ , aprendiendo por su experiencia biológica, trata de reproducir el estado en ϕ que indicó otrora el cese del dolor. Con la expresión *aprender por la experiencia biológica* acabamos de introducir una nueva base de explicación que habrá de gravitar por sí sola, aunque al mismo tiempo no excluye. sino que requiere, la reducción a principios mecánicos. es decir. a factores cuantitativos^[150]. En el caso que estamos considerando, bien podría ser el aumento de cantidad ($Q\eta$), producido invariablemente cada vez que se catectizan recuerdos hostiles, el que impulsa forzosamente a una intensificación de la actividad de descarga y con ello al drenaje [de cantidad] también de los recuerdos.

[14] INTRODUCCIÓN [DEL CONCEPTO] DEL «YO^[151]»

CON nuestra hipótesis de la *atracción desiderativa* y de la tendencia a la represión ya nos hemos referido de hecho a un estado de ϕ no considerado todavía, pues estos dos procesos indican que en ϕ se ha establecido una organización cuya presencia dificulta pasajes [de cantidad] que al ocurrir por primera vez se realizaron de una manera determinada [es decir, que fueron acompañados por satisfacción o por dolor. I.]. Esta organización se denomina el yo. Resulta fácil imaginarla si consideramos que la recepción regularmente repetida de cantidades endógenas [$Q\eta$] por determinadas neuronas (del núcleo) y la consiguiente acción facilitante emanada de esa recepción repetida, darán por resultado un grupo de neuronas que retiene una catexia constante [véase parágrafo 10], o sea, que corresponde al portador de la reserva [de cantidad] que, según vimos, se deduce perentoriamente de la función secundaria^[152]. El yo debe ser definido, pues, como la totalidad de las catexias ϕ existentes en un momento dado, siendo necesario distinguir en ellas una porción permanente y otra variable. Resulta fácil comprender que las facilitaciones entre neuronas ϕ también forman parte del dominio del yo, ya que representan otras tantas

posibilidades de determinar la extensión que de momento en momento habrá de tener el yo cambiante.

Aunque este yo debe tender por fuerza a librarse de sus catexia por la vía de la satisfacción, no consigue hacerlo de otra manera, sino determinando la repetición de vivencias de dolor y de afectos, proceso que debe cumplir por la siguiente vía, que en términos generales se califica como la de la *inhibición*.

Una cantidad ($Q\eta$) que irrumpa desde cualquier parte en una neurona se propagará a través de la barrera de contacto que esté más facilitada y dará lugar a una corriente dirigida en dicho sentido. Expresándolo más claramente: la corriente de cantidad ($Q\eta$) se distribuirá hacia las distintas barreras de contacto en proporción inversa a sus respectivas resistencias, y cuando una fracción [de cantidad] incida sobre una barrera de contacto cuya resistencia sea superior a aquélla, no pasará prácticamente nada a través de ésta. Es fácil que tal distribución sea distinta para cada magnitud de cantidad ($Q\eta$) que se halle en la neurona, ya que en tal caso podrán formarse fracciones que excedan los umbrales de otras barreras de contacto. Así, el curso adoptado dependerá de las cantidades ($Q\eta$) y de las intensidades relativas de las facilitaciones. Hemos llegado a conocer, empero, un tercer factor poderoso. Si una neurona adyacente está catectizada simultáneamente, ello actúa como una facilitación transitoria de las barreras de contacto entre ambas neuronas, modificando así el curso [de la corriente], que de otro modo habría seguido la dirección de la única barrera de contacto facilitada. Así, pues, una *catexia colateral* actúa como *inhibición para el pasaje de cantidad* ($Q\eta$). Imaginemos el yo como una red de neuronas catectizadas y bien facilitadas entre sí: aproximadamente así: En tal caso, una cantidad ($Q\eta$) que, habiendo penetrado desde el exterior (ρ) en [la neurona] α , hubiese seguido la neurona b en caso de no ser influida, es ahora influida de tal modo por la catexia colateral α , en [la neurona] a , que sólo cederá una fracción [de cantidad] a b , o quizá ni siquiera llegue a ésta [neurona] b . En otros términos, cuando existe un yo, por fuerza debe *inhibir* los procesos psíquicos primarios.

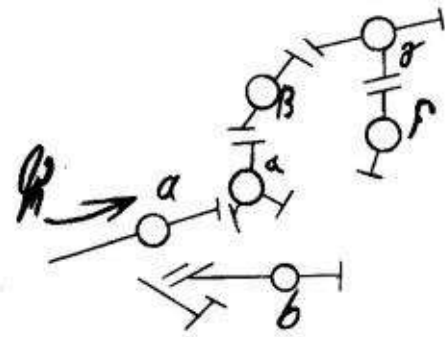


FIG. 14

Tal inhibición, empero, representa una decidida ventaja para ϕ . Supongamos que a sea un recuerdo hostil y b una neurona-llave para el displacer: en tal caso

la evocación de a tendrá por efecto primario una liberación de displacer, que quizá sea superflua y que en todo caso lo es cuando se despliega en plena magnitud. Pero existiendo la acción inhibidora de α , el desencadenamiento de displacer quedará muy reducido, y al sistema neuronal se le habrá evitado, sin sufrir ningún otro daño, el desarrollo y la descarga de cantidad. Ahora podemos imaginarnos fácilmente que el *yo*, con la ayuda de un mecanismo que llama su *atención*^[153] sobre la inminente recatectización de la imagen mnemónica hostil, sea capaz de llegar a inhibir el pasaje [de cantidad] desde la imagen mnemónica hacia el desencadenamiento del displacer, por medio de una copiosa catexia colateral que pueda ser reforzada de acuerdo con las necesidades. Más aún: si admitimos que el desencadenamiento displacentero inicial [de cantidad $Q\eta$] sea recibido por el propio *yo*, tendremos en este mismo [desencadenamiento] la fuente de la cantidad que la catexia colateral inhibidora exige del *yo*.

La defensa [rechazo] primaria será entonces tanto más poderosa cuanto más intenso sea el displacer.

[15] EL PROCESO PRIMARIO Y EL PROCESO SECUNDARIO EN ϕ

DE lo que hasta aquí hemos expuesto se desprende que existen dos situaciones en las cuales el *yo* en ρ (que en cuanto a sus tendencias podemos considerar como la totalidad del sistema nervioso) está expuesto a caer, ante procesos no influidos en ϕ , en un estado inerte y a sufrir el daño consiguiente.

La primera de estas situaciones se da cuando el *yo*, encontrándose en *estado de deseo*, recatectiza de nuevo el recuerdo del objeto y pone luego en función el proceso de descarga, no pudiéndose alcanzar entonces la satisfacción, porque el objeto no existe en la *realidad*, sino sólo como un pensamiento imaginario. En un principio, ϕ es incapaz de establecer esta distinción, pues sólo puede operar sobre la base de la secuencia de estados análogos entre sus neuronas [es decir, sobre la base de su experiencia previa de que la catectización del objeto fue seguida por satisfacción. I.]. Así, necesita disponer de un criterio venido de otra parte para distinguir entre la *percepción* y la *representación* [idea]^[154].

En segundo lugar, ϕ necesita un signo que dirija su atención a la recatectización de la imagen mnemónica hostil y que le permita prevenir, por

medio de catexia colaterales, el consiguiente desencadenamiento de displacer. Si ϕ es capaz de efectuar esta inhibición a tiempo tanto el desprendimiento de displacer como la defensa consiguiente serán leves, mientras que en caso contrario se producirá un displacer enorme y una excesiva defensa primaria.

Tanto la catexia desiderativa como el desprendimiento de displacer, cuando se produce la recatectización del recuerdo respectivo, pueden ser biológicamente perjudiciales. La catexia desiderativa siempre lo es cuando sobrepasa determinada medida y favorece con ello la descarga, mientras que el desencadenamiento de displacer, siempre lo es, por lo menos cuando la catexia de la imagen mnemónica hostil emana (por asociación) de ϕ mismo y no del mundo exterior. También en este caso se necesita, pues, un signo que permita distinguir la percepción del recuerdo (representación).

Ahora bien: probablemente sean las neuronas perceptivas las que suministran este signo, el *signo de realidad*. Ante cada percepción exterior se produce en W una excitación cualitativa que en un principio carece, empero, de toda importancia para ϕ . Es preciso agregar, pues, que la *excitación* perceptual conduce a una descarga perceptual y que de ésta (como de todo otro tipo de descarga) llega una noticia a ϕ . *Es esta noticia de una descarga procedente de W (ω) la que constituye el signo de cualidad o de realidad para ϕ .*

Si el objeto deseado es catectizado copiosamente, al punto de ser alucinatoriamente activado, también dará lugar al mismo signo de descarga o de realidad que comúnmente sigue a la percepción exterior. En este caso fracasará, pues, el criterio [de diferenciación]. Pero si la catexia desiderativa se realiza bajo *inhibición*, como podrá ocurrir si el yo está patentizado, cabe concebir el caso cuantitativo de que la catexia desiderativa no sea la suficientemente intensa como para producir un *signo de cualidad*, mientras que la [correspondiente] percepción exterior lo habría producido. En este caso, pues, el criterio conserva su valor. La diferencia entre estos dos casos radica en el hecho de que, mientras el signo de cualidad derivado del exterior aparece siempre, cualquiera que sea la intensidad de la catexia, el derivado de ϕ sólo se da en presencia de intensidades elevadas. Por consiguiente, *es la inhibición por el «yo» la que facilita un criterio para la diferenciación entre la percepción y el recuerdo*. La experiencia biológica enseñará entonces a no iniciar la descarga mientras no haya llegado el signo de realidad y a no impulsar con tal fin, por encima de una determinada medida, la catexia de los recuerdos deseados.

Por otro lado, la excitación de las neuronas perceptivas también puede servir para proteger el sistema ϕ en el segundo de los casos previstos, es decir, al dirigir la atención de ϕ hacia la presencia o la ausencia de una percepción. Con tal fin debemos aceptar que las neuronas perceptivas (ωN) poseían originalmente una conexión anatómica con las vías procedentes de los distintos órganos sensoriales y que su descarga volvió a ser dirigida hacia los aparatos motores pertenecientes a esos mismos órganos sensoriales. En tal caso la noticia de esta última descarga (o sea la noticia de la *atención refleja*) actuará para y como una señal biológica de que debe enviar una cantidad de catexia hacia las mismas direcciones.

Resumiendo: en presencia de inhibición por un yo catectizado, los signos de descarga ω sirven, en términos muy generales, como *signos de realidad* que ϕ aprende a aprovechar por experiencia biológica. Si el yo se encuentra en estado de tensión desiderativa en el momento en que surge tal signo de realidad, hará que la descarga se dirija en el sentido de la acción específica. Si el signo de realidad coincide con un aumento del displacer, ϕ producirá una defensa de magnitud normal, merced a una catexia colateral adecuadamente grande y situada en el lugar indicado. Si no ocurre ninguna de estas dos circunstancias, es decir, si no existe un estado desiderativo ni un aumento del displacer en el momento en que se recibe un signo de realidad. I.], la catexia podrá desarrollarse sin impedimento alguno y de acuerdo con las condiciones en que se encuentren las facilitaciones. La catexia desiderativa, llevada hasta el punto de la alucinación, y el desencadenamiento total de displacer, que implica un despliegue completo de la defensa, los consideramos como *procesos psíquicos primarios*. En cambio, aquellos procesos que sólo son posibilitados por una buena catexia del yo y que representan versiones atenuadas de dichos procesos primarios, los denominamos *procesos psíquicos secundarios*. Se advertirá que la precondition ineludible de estos últimos es una correcta utilización de los *signos de realidad*, que a su vez sólo es posible si existe una inhibición por parte del yo^[155].

[16] EL PENSAMIENTO COGNOSCITIVO Y EL PENSAMIENTO REPRODUCTIVO^[156]

HEMOS adelantado, pues, la hipótesis de que, en el curso del proceso

desiderativo, la inhibición por parte del yo lleva a una moderación de la catexia del objeto deseado, que permite reconocer a ese objeto como no real. Continuemos ahora nuestro análisis de este proceso, y advertiremos que puede darse más de una posibilidad.

Supongamos, como primer caso, que la catectización desiderativa de la imagen mnemónica sea acompañada por la percepción simultánea de la misma [es decir, por la percepción del propio objeto al que se refiere el recuerdo. *I.*]. En tal caso las dos catexias se superpondrán (situación que no es biológicamente aprovechable); pero al mismo tiempo surge de *W* un signo de realidad que, como la experiencia lo demuestra, lleva a una descarga eficaz^[157]. Así, este caso queda resuelto fácilmente.

En el segundo caso existe una catexia desiderativa y, concomitantemente, una percepción; pero ésta no concuerda por completo con aquélla sino sólo en parte. Es oportuno recordar, en efecto, que las catexias perceptivas nunca son catexias de neuronas únicas, sino siempre de complejos [de neuronas]. Hasta ahora hemos podido pasar por alto esta característica; pero ha llegado el momento de tomarla en cuenta. Supongamos que la catexia *desiderativa* afecte, para expresarlo en términos muy generales, neurona *a* + neurona *b*, mientras que las catexias *perceptivas* estén fijadas a neurona *a* + neurona *c*. Siendo éste el caso más común —más común, por lo menos, que el de la identidad—, merece una consideración particular. También aquí la experiencia biológica enseña que es arriesgado iniciar la descarga mientras los signos de realidad no hayan confirmado la totalidad del complejo, sino sólo una parte del mismo. Ahora, empero, se encuentra un método para perfeccionar la similitud, convirtiéndola en identidad. Comparando este complejo *W* [perceptivo] con otros complejos *W*, se puede descomponerlos en dos porciones: el primero, que por lo general permanece constante, es precisamente esa neurona *a*, y el segundo es la neurona *b*, habitualmente variable. El lenguaje establecerá más tarde, para denominar este proceso de análisis, el término *juicio*, descubriendo al mismo tiempo la semejanza que realmente existe, por un lado, entre el núcleo del yo y la porción constante del complejo perceptual, y por el otro, entre las catexias cambiantes del *pallium* y la porción inconstante del complejo perceptual; además, el lenguaje calificará la neurona *a* como «la cosa», y la neurona *b*, como su actividad o atributo; en suma, como su *predicado*.

Así, la *judicación* es un proceso ϕ que sólo se torna posible merced a la

inhibición ejercida por el *yo* y que es provocarlo por la semejanza entre la *catexia desiderativa* de un recuerdo y una *catexia perceptiva* que le sea similar. De esto se desprende que la coincidencia de estas dos *catexia* habrá de convertirse en una señal biológica para poner fin a la actividad del pensamiento [al acto cogitativo. (*Nota del T.*)] e iniciar la descarga^[158]. Al no coincidir las dos *catexia* surge el impulso a la actividad del pensamiento, que volverá a interrumpirse cuando coincidan.

Es posible proseguir el análisis de este proceso. Si la neurona *a* coincide [interviene tanto en la *catexia desiderativa* como en la *perceptiva*.*I.*], pero en lugar de la neurona *b* es percibida la neurona *c*, entonces la actividad del *yo* seguirá las conexiones de esta neurona *c* y hará surgir nuevas *catexia* a lo largo de estas conexiones mediante el flujo de cantidad, hasta que finalmente se abra un acceso a la neurona *b* faltante. Por regla general, aparece una imagen motriz intercalada entre las neuronas *c* y *b*, y al ser reactivada esta imagen por la realización efectiva de un movimiento, quedará establecida la percepción de la neurona *b* y, con ello, la identidad perseguida. Supongamos, por ejemplo [para tomar el caso del lactante. *I.*], que la imagen mnemónica deseada sea la del pecho materno con el pezón, visto de frente, pero que la primera percepción real obtenida de dicho objeto haya sido una visión lateral, sin el pezón. La memoria del niño contendrá entonces una experiencia adquirida casualmente al mamar, según la cual la imagen frontal se convierte en una imagen lateral cuando se realiza un determinado movimiento cefálico. La imagen lateral percibida ahora lo conduce al movimiento de la cabeza, y una prueba le demostrará que éste debe efectuarse en sentido inverso, a fin de obtener la percepción de la imagen frontal.

En este ejemplo aún no interviene en gran manera el juicio, pero representa una de las posibilidades de llegar, mediante la reproducción de las *catexias*, a una acción que ya pertenece al sector accidental de la acción específica.

No cabe duda de que el elemento subyacente a esta migración a lo largo de las neuronas facilitadas es cantidad ($Q\eta$) procedente del *yo* catectizado y que dicha migración no es reñida por las facilitaciones, sino por un fin. ¿Cuál es entonces este fin y cómo puede ser alcanzado?

El fin es retornar a la neurona *b*, faltante, y suscitar la sensación de identidad, es decir, el momento en el cual sólo se encuentra catectizada la neurona *b* y la *catexia migratoria* está a punto de desembocar en ella. Dicho fin se alcanza

desplazando experimentalmente la cantidad ($Q\eta$) por todas las vías [posibles], y es claro que para tal propósito será necesario emplear una cantidad, ora mayor, ora menor, de catexia colateral, según que se pueda aprovechar las facilitaciones preexistentes o que sea necesario contrarrestarlas. La lucha entre las facilitaciones fijas y las catexias fluctuantes caracteriza el proceso secundario del pensamiento reproductivo, en contraste con la serie primaria de asociaciones.

¿Qué es lo que dirige el curso de esta migración? El hecho de que el recuerdo de la representación desiderativa se mantiene catectizado durante todo el tiempo en que la cadena asociativa es perseguida desde la neurona *c*. Como ya sabemos, gracias a esta catectización de la neurona *b* todas sus eventuales conexiones se tornarán, a su vez, más facilitadas y accesibles.

En el curso de esta migración puede suceder que una cantidad ($Q\eta$)^[159]b no puede ser alcanzada por dicho camino, la corriente se apartará inmediatamente de la catexia en cuestión. No obstante, las vías displacenteras conservan todo su valor como orientadoras de la corriente de reproducción.

[17] MEMORIA Y JUICIO

EL pensamiento reproductivo tiene, pues, un propósito práctico y un fin biológicamente establecido, a saber: volver a dirigir hacia la catexia neuronal faltante una cantidad ($Q\eta$) que se halla emigrando desde la percepción sobrante. En tales condiciones se alcanza la identidad y, al mismo tiempo, el derecho a la descarga, siempre que aparezca además el signo de realidad desde la neurona *b*. Pero el proceso también puede independizarse de este último fin [o sea, de la descarga], tendiendo únicamente a la identidad. En tal caso nos encontraremos ante un puro acto cogitativo [de pensamiento], pero que, en todo caso, más tarde podrá ser prácticamente aprovechado. Además, en estas condiciones el yo catectizado se conduce de manera exactamente igual.

Abordemos ahora una tercera posibilidad que puede darse en el estado desiderativo [para las dos primeras, véase antes parágrafo 16]: la de que en

presencia de una catexia desiderativa pueda surgir una percepción que no coincida en *ninguna* forma con la imagen mnemónica deseada (que llamaremos *Mem +*). En tal caso surgirá un interés por *(re)conocer*^[160] esta imagen perceptiva, de modo que quizá se logre encontrar, a pesar de todo, un camino que conduzca desde aquélla hacia *Mem +*. Es de suponer que con este fin [toda] la percepción sea hipercatectizada asimismo desde el *yo*, como en el caso anterior lo fue únicamente el elemento neuronal *c*. Si la percepción no es absolutamente nueva, hará *recordar* y *evocar* ahora el recuerdo de alguna percepción con la cual coincida por lo menos en parte. El proceso cogitativo que ya hemos descrito será repetido entonces frente a esta imagen mnemónica, aunque ahora lo será, en cierto modo, sin el *fin* que antes le ofreció la representación desiderativa catectizada.

En las medidas en que las catexias coinciden, no dan motivo a la actividad cogitativa. Pero las porciones discrepantes, en cambio, «despiertan el interés» y pueden dar lugar a dos clases de actividad cogitativa. O bien la corriente se dirigirá a los recuerdos *evocados* y pondrá en función una actividad mnemónica errátil (que será dirigida, pues, por las diferencias y no por las semejanzas), o bien permanecerá concentrada en las porciones recién surgidas [de la percepción], poniendo entonces en función una *actividad judicativa* igualmente errátil.

Supongamos que el objeto presentado por la percepción sea similar al propio sujeto [percipiente]: que sea, en efecto, un *semejante*. En tal caso, el interés teórico que se le dedica queda explicado también por el hecho de que un objeto *semejante* fue, al mismo tiempo, su primer objeto satisfaciente, su primer objeto hostil y también su única fuerza auxiliar. De ahí que sea en sus semejantes donde el ser humano aprende por primera vez a *(re)conocer*. Los complejos perceptivos emanados de estos sus semejantes serán entonces en parte nuevos e incomparables, como, por ejemplo, sus *rasgos*, en la esfera visual: pero otras percepciones visuales (los movimientos de sus manos, por ejemplo) coincidirán en el sujeto con su propio recuerdo de impresiones visuales muy similares emanadas del propio cuerpo, recuerdos con los cuales se hallarán asociados otros recuerdos de movimientos experimentados por él mismo. Igualmente ocurrirá con otras percepciones del objeto; así, por ejemplo, cuando éste emita un grito, evocará el recuerdo del propio grito del sujeto, y con ello el de sus propias vivencias dolorosas. De tal manera, el complejo del semejante se divide en dos

porciones, una de las cuales da la impresión de ser una estructura constante que persiste coherente como una *cosa*, mientras que la otra puede ser *comprendida* por medio de la actividad de la memoria, es decir, reducida a una información sobre el propio cuerpo del sujeto^[161]. Este proceso de analizar un complejo perceptivo se llama *(re)conocerlo*; implica un *juicio* y llega a su término una vez alcanzado este último fin. Como se advierte, el juicio no es una función primaria, sino que presupone la catexia de la porción dispar [no coincidente] del complejo a partir del *yo*. En un principio el juicio no tiene ninguna finalidad práctica, y parecería que en el curso del enjuiciamiento fuese descargada la catexia de los elementos dispares [del complejo], pues ello explicaría por qué las actividades, los «predicados», tienen sólo una frágil vía de conexión con el elemento «sujeto» del complejo. [Véase la tercera parte de este *Proyecto*].

Estas consideraciones podrían inducirnos a profundizar el análisis del acto judicativo; pero con ello nos apartaríamos de nuestro tema actual.

Conformémosnos, pues, con dejar bien establecido que es el primitivo interés en establecer la situación de satisfacción el que lleva en un caso a la *reflexión reproductiva* y en el otro a la *judicación*, como medios para llegar, desde la situación perceptual dada en la realidad, a la situación que es deseada. En todo esto sigue siendo una condición ineludible que los procesos ϕ no transcurran libres de toda inhibición, sino sometidos a la actividad del *yo*. Con ello quedaría demostrado el sentido eminentemente práctico de toda actividad cogitativa.

[18] PENSAMIENTO Y REALIDAD

A SÍ, el fin y el término de todos los procesos cogitativos es el establecimiento de un *estado de identidad*, el traspaso de una cantidad de catexia ($Q\eta$) emanada del exterior a una neurona catectizada desde el *yo*. El pensamiento *cognoscitivo* o *judicativo* persigue una identidad con una catexia corporal, mientras que el pensamiento *reproductivo* persigue una identidad con una catexia psíquica (con una vivencia propia del sujeto). El pensamiento judicativo opera con anticipación al reproductivo, ofreciéndole facilitaciones ya listas para el ulterior tránsito asociativo. Si una vez concluido el acto cogitativo se le agrega a la percepción el signo de realidad, entonces se habrá alcanzado un *juicio de realidad*, una *creencia*, llegándose con ello al objetivo de toda esa actividad.

En lo que se refiere al juicio, cabe agregar todavía que su condición es, evidentemente, la presencia de experiencias somáticas, sensaciones e imágenes motrices en el propio sujeto. Mientras falten estos elementos, la porción variable^[162] del complejo perceptivo no podrá llegar a ser comprendida, es decir, podrá ser reproducida, pero no establecerá orientación alguna para nuevas vías de pensamiento. Así, por ejemplo —hecho que tendrá importancia más adelante [en la segunda parte]—, ninguna experiencia sexual podrá producir efecto alguno mientras el sujeto no haya tenido sensaciones sexuales, es decir, en términos generales, antes del comienzo de la pubertad.

El *juicio primario* parece presuponer un menor grado de influencia por el yo catectizado que los actos reproductivos de pensamiento. Aunque [por lo general] se trata entonces de una asociación que es perseguida a través de una coincidencia parcial [entre la catexia desiderativa y la catexia perceptiva.*I.*], sin ser modificada en absoluto, también existen casos en los cuales el proceso asociativo del juicio se lleva a cabo con plena corriente de cantidad. La percepción equivaldría aproximadamente a un objeto nuclear *más* una imagen motriz. Mientras se percibe *W*, se imita los movimientos mismos, es decir, se inerva la propia imagen motriz (que ha sido suscitada por la coincidencia con la percepción), en grado tal que realmente se llega a efectuar el movimiento. Puede hablarse así de que una percepción tiene un *valor imitativo*. O bien la percepción evoca la imagen mnemónica de una propia sensación dolorosa, de modo que se siente entonces el displacer correspondiente y se repiten los movimientos defensivos adecuados. He aquí el *valor conmisericordioso*^[163] de una percepción.

No hay duda de que estos dos casos nos presentan el *proceso primario* actuando en el juicio; podemos admitir que toda judicación secundaria surgió por atenuación de esos procesos puramente asociativos. Así, el juicio, que más tarde se convertirá en un medio de *(re)conocimiento* de un objeto que quizá tenga importancia práctica, es en su origen un proceso de asociación entre catexia que llegan desde el exterior y catexia derivadas del propio cuerpo: una identificación entre noticias o catexia procedentes de ρ y del interior. Quizá no sea errado suponer que el enjuiciamiento también indica la manera en que cantidades (*Q*) procedentes de ρ pueden ser transmitidas y descargadas. Lo que llamamos *las cosas* son residuos que se han sustraído al juicio.

El ejemplo del juicio nos ofrece un primer indicio de las discrepancias cuantitativas que es preciso estatuir entre el pensamiento y el proceso primario.

Es lícito suponer que en el acto del *pensamiento* parte de ϕ una tenue corriente de inervación motriz, pero, naturalmente, sólo si en el curso de dicho acto se ha inervado una neurona motriz o una neurona-llave [es decir, secretora]. Con todo, sería equivocado considerar esta descarga como el propio proceso cogitativo, del cual no es más que un efecto accesorio y no intencionado. El *proceso cogitativo* consiste en la catectización de neurona ϕ , con alteración de las facilitaciones obligadas [previas] por una catectización colateral desde el yo. Desde un punto de vista mecánico es comprensible que en dicho proceso sólo una parte de la cantidad ($Q\eta$) pueda seguir las facilitaciones y que la magnitud de esta parte sea constantemente regulada por las catexias. Pero no es menos evidente que con ello se economiza, al mismo tiempo, cantidad ($Q\eta$) suficiente para hacer que la reproducción sea provechosa. De otro modo, *toda* la cantidad ($Q\eta$) que se necesitará para la descarga final sería gastada durante su pasaje en los puntos de salida motriz. Así, *el proceso secundario es una repetición del primitivo curso [de excitación] en y, pero en un nivel atenuado y con cantidades menores.*

¡Con cantidades ($Q\eta$) menores aún —se podrá objetar aquí— que las que normalmente corren por las neuronas! ¿Cómo es posible abrir a cantidades tan pequeñas ($Q\eta$) las vías que sólo son transitabas para cantidades mayores que las que y recibe habitualmente? La única respuesta posible es que esto debe ser una consecuencia mecánica de las catexias colaterales. Tendremos que encontrar condiciones tales que en presencia de una catexia colateral puedan pasar cantidades pequeñas ($Q\eta$) por facilitaciones que de otro modo únicamente habrían sido viables para cantidades grandes. La catexia colateral *liga*^[164], por así decirlo cierta magnitud de la cantidad ($Q\eta$) que corre por la neurona.

El pensamiento debe satisfacer también otra condición: no habrá de alterar sustancialmente las facilitaciones establecidas por los procesos primarios, pues si lo hiciera falsearía las trazas de la realidad. Respecto a esta condición, baste observar que la facilitación probablemente sea el resultado de un pasaje único de una cantidad considerable y que la catexia, por más poderosa que sea en el momento, no deja tras de sí un efecto de comparable duración. Las pequeñas cantidades (Q) que pasan en el curso del pensamiento no pueden, en general, superar las facilitaciones.

Sin embargo, no cabe duda de que el proceso cogitativo deja tras de sí trazas permanentes, dado que el siguiente repensar demanda un esfuerzo mucho menor que el primer pensar. Por tanto, a fin de que la realidad no sea falseada, deben

existir trazas especiales —verdaderos signos de los procesos cogitativo— que constituyen una «memoria cogitativa»: algo que hasta ahora no es posible formular. Más adelante veremos de qué manera las trazas de los procesos cogitativos se diferencian de las que deja la realidad^[165].

[19] PROCESOS PRIMARIOS: EL DORMIR Y EL SUEÑO

PLANTÉASE ahora el problema de cuáles son los medios cuantitativos que sostienen el *proceso primario* ϕ . En el caso de la vivencia de *dolor*, trátase evidentemente de la cantidad (Q) que irrumpe desde el exterior; en el caso del *afecto*, es la cantidad liberada por facilitación; en el proceso secundario del *pensamiento reproductivo*, es evidente que una cantidad mayor o menor ($Q\eta$) puede ser transferida desde el *yo* a la neurona c ^[166]; dicha cantidad puede ser calificada de *interés cogitativo*, siendo proporcional al *interés afectivo*, cuando éste es susceptible de desarrollarse. La cuestión es si existen procesos y de índole primaria para los cuales sea suficiente la cantidad ($Q\eta$) traída desde ρ , o si a la catexia ρ de una percepción se le agrega automáticamente un aporte de ϕ (la atención), siendo sólo éste el que torna posible un proceso ϕ . Esta alternativa habrá de quedar abierta a la posibilidad de ser resuelta por referencia a algunos hechos psicológicos particulares.

Uno de estos hechos importantes es el de que los *procesos primarios* ϕ , similares a los que han sido gradualmente suprimidos por la presión biológica en el curso de la evolución de ϕ , vuelven a presentárenos diariamente durante el estado de dormir. Un segundo hecho de idéntica importancia es el de que los mecanismos patológicos, revelados por el más detenido análisis en las psiconeurosis, guardan la más estrecha analogía con los procesos oníricos. De esta comparación, que desarrollaremos más adelante, se desprenden las más decisivas conclusiones. [Véase también al final del párrafo 20]^[167].

Antes, empero, es preciso adaptar el hecho del dormir al conjunto de nuestra teoría. La precondition esencial del sueño es fácilmente reconocible en el niño. El niño duerme mientras no lo atormenta ninguna necesidad física o ningún estímulo exterior (por ejemplo, el hambre o las sensaciones de frío y humedad). Se duerme una vez que ha obtenido su satisfacción (en el pecho). Así, también el

adulto se duerme con facilidad *post coenam et coitum* [después de la comida y del coito]. Por consiguiente, la condición previa del dormir es la *caída de la carga endógena en el núcleo de ϕ* , que torna innecesaria la función secundaria. En el sueño, el individuo se encuentra en el estado ideal de inercia, libre de la acumulación de cantidad ($Q\dot{\eta}$).

En el estado de vigilia esta reserva se encuentra acumulada en el *yo*, y podemos admitir que es la descarga del *yo* la que condiciona y caracteriza el sueño. Con ello está dada, como se advierte al punto, *la condición previa de los procesos psíquicos primarios*.

En el adulto no es seguro si el *yo* queda, al dormir, *completamente* libre de su carga. En todo caso, si embargo, retrae un sinnúmero de sus catexia, aunque al despertar éstas pueden ser restablecidas inmediatamente y sin esfuerzo alguno. Esto no contradice ninguna de nuestras presuposiciones, pero señala a nuestra atención el hecho de que debemos admitir que entre las neuronas bien intercomunicadas es preciso aceptar la existencia de corrientes que afectan el nivel total [de la catexia], como ocurre en los vasos comunicantes, aunque el nivel alcanzado en cada neurona en particular sólo debe ser proporcional y no necesariamente uniforme.

Las características del sueño revelan más de un hecho insospechado. El sueño se caracteriza por una *parálisis motriz*, una *parálisis de la voluntad* [véase abajo]. La voluntad es la descarga de toda la cantidad ϕ ($Q\dot{\eta}$). Al dormir, el tono espinal queda parcialmente relajado (es probable que la descarga motriz de ρ se manifieste en el tono); otras inervaciones persisten, junto con las fuentes de su excitación.

Es sumamente interesante que el estado del dormir comience y sea provocado por la oclusión de aquellos órganos sensoriales que pueden ser cerrados. Al dormir no han de producirse percepciones; nada perturba más el sueño que la aparición de impresiones sensoriales, que la catectización de ϕ desde ρ . Esto parecería indicar que durante la vigilia se dirige una catexia constante, aunque desplazable (es decir, una *atención*), hacia las neuronas del *pallium* que reciben percepciones desde ρ , siendo, pues, muy posible que los procesos primarios ϕ se lleven a cabo con este aporte de ϕ . (Queda por ver si las propias neuronas del *pallium* o las neuronas nucleares adyacentes ya se encuentran precatectizadas.) Si ϕ retira estas catexia del *pallium*, las percepciones inciden sobre neuronas no catectizadas, no pasan de ser leves y

quizá hasta sean incapaces de emitir desde las percepciones un signo de cualidad^[168]. Como ya hemos presumido, al vaciarse las neuronas perceptivas (ωN), cesa asimismo una inervación de descarga que eleva la atención. También la explicación del enigma del hipnotismo podría arrancar de este punto. La aparente inexcitabilidad de los órganos sensoriales en dicha condición bien podría obedecer a tal retirada de la catexia de atención.

Así, por medio de un mecanismo automático, que vendría a ser el símil opuesto del mecanismo de atención ϕ , puede, mientras se encuentre incatectizado, excluir las impresiones de ρ .

Lo más extraño empero, es que durante el dormir ocurran efectivamente procesos ϕ : me refiero a los sueños, con sus múltiples características aún incomprendidas.

[20] ANÁLISIS DE LOS SUEÑOS^[169]

LOS sueños exhiben todos los grados de transición hacia la vigilia y de combinación con los procesos ϕ normales; no obstante, es fácil discernir lo que constituye su carácter onírico propiamente dicho.

1. Los sueños *carecen de descarga motriz* y, por lo general, también de elementos motores. En el sueño se está paralizado.

La explicación más fácil de esta característica es la falta de precatexia espinal por cese de la descarga ρ . Dado que las neuronas no están catectizadas, la excitación motriz no puede superar las barreras. En otros estados oniroideos, el movimiento no está necesariamente excluido: no es ésta la característica esencial del sueño.

2. En los sueños, las conexiones son, en parte, contradictorias y, en parte, idióticas o aun absurdas, o extrañamente demenciales.

Este último atributo se explica por el hecho de que en el sueño impera la compulsión asociativa que, sin duda, rige también primariamente en la vida psíquica en general. Parecería que dos catexia coexistentes necesariamente deben ponerse en mutua conexión^[170]. He podido reunir algunos ejemplos cómicos del predominio de esta compulsión en la vida vigil. (Por ejemplo, unos espectadores provincianos que se encontraban en el Parlamento francés durante

un atentado llegaron a la conclusión de que cada vez que un diputado pronunciaba un buen discurso se le aplaudía...a tiros)^[171].

Los otros dos atributos, que en realidad son idénticos, demuestran que una parte de las experiencias psíquicas del soñante han sido olvidadas. En efecto, todas aquellas experiencias biológicas que normalmente inhiben el proceso primario están olvidadas, y ello se debe a la insuficiente catexia del yo. El carácter insensato e ilógico de los sueños probablemente obedezca a este mismo hecho. Parecería que las catexias ϕ que no han sido retiradas se nivelaran, en parte, de acuerdo con las facilitaciones más próximas y, en parte, según las catexias vecinas. Si la descarga del yo fuese completa, el dormir tendría que estar necesariamente libre de sueños.

3. Las ideas oníricas son de carácter alucinatorio, despiertan consciencia y hallan crédito.

Ésta es la característica más importante del dormir^[172], una característica que se manifiesta al punto en las alternativas del duermevela: cerrados los ojos, se alucina, y apenas abiertos, se piensa en palabras^[173]. Existen varias explicaciones del carácter alucinatorio de las catexias oníricas. En primer lugar, podría admitirse que la *corriente* de ρ a la motilidad [en la vida vigil] habría impedido toda catectización retroactiva de las neuronas ρ desde ϕ , y que al cesar dicha corriente ρ sería retroactivamente catectizada, dándose con ello las condiciones para la producción de cualidad^[174]. El único argumento contrario es el de que las neuronas ρ deberían encontrarse protegidas contra la catectización desde ϕ por el hecho de estar descatectizadas, igual que ocurre con la motilidad. Es característico del dormir el que toda la situación se encuentre invertida: el dormir suspende la descarga motriz desde ϕ y facilita la descarga retroactiva hacia ρ . Sería tentador atribuir aquí el papel determinante a la gran corriente de descarga que en la vigilia va de ρ a la motilidad. En segundo lugar, podríamos invocar la naturaleza del proceso primario, señalando que el recuerdo primario de una percepción es siempre una alucinación [véase abajo] y que sólo la inhibición por parte del yo nos ha enseñado a no catectizar nunca W de manera tal que pueda transferir [catexia] retroactivamente a ρ . Para hacer más admisible esta hipótesis podría aducirse que la conducción de ρ a ϕ , es, en todo caso, más fácil que la de ϕ a ρ , de modo que una catexia ϕ de una neurona, aun cuando sea mucho más intensa que la catexia perceptiva de la misma neurona, no debe

entrañar necesariamente una conducción retroactiva. Esta explicación es apoyada aun por el hecho de que, en el sueño, la vivacidad de la alucinación es directamente proporcional a la importancia (es decir, a la catexia cuantitativa) de la idea respectiva. Esto indicaría que es la cantidad (Q) la que condiciona la alucinación. Si en la vigilia llega una percepción desde p , la catexia de ϕ (el interés) la torna más nítida, pero no más vivida, o sea, que no altera su carácter cuantitativo.

4. La finalidad y el sentido de los sueños (por lo menos de los normales) pueden ser establecidos con certeza. Los sueños son *realizaciones de deseos*^[175], es decir, procesos primarios que siguen a experiencias de satisfacción; no son reconocidos como tales, simplemente por que la liberación de placer (la reproducción de las descargas placenteras) es escasa en ellos, pues en general se desarrollan casi sin afecto alguno (o sea, sin desencadenamiento motor). Es muy fácil demostrar, empero, que ésta es su verdadera índole. Justamente por esta razón me inclino a deducir que las *catexias desiderativas primarias también deben haber sido de carácter alucinatorio*.

5. Es notable cuán mala es la memoria de los sueños y cuán poco daño hacen los sueños, en comparación con otros procesos primarios. Sin embargo, esto se explica fácilmente por el hecho de que los sueños siguen en su mayor parte las viejas facilitaciones y no motivan por ello cambio alguno. Además, porque las vivencias ϕ se mantienen apartadas de los sueños y porque, debido a la parálisis de la motilidad, no dejan tras de sí rastro alguno de descarga.

6. Por fin, también es interesante que, en el sueño, la *consciencia* suministre cualidad con la misma facilidad que en la vigilia. Esto demuestra que la consciencia no está restringida al yo, sino que puede agregarse a cualquier proceso ϕ . Esto nos advierte contra una posible identificación de los procesos primarios con los procesos inconscientes. *¡He aquí dos consejos inapreciables para lo que ha de seguir!*

Si al recordar un sueño interrogamos a la consciencia en cuanto a su contenido, comprobaremos que el significado de los sueños como realizaciones de deseos se halla encubierto por una serie de procesos ϕ , todos los cuales volveremos a encontrar en las neurosis, siendo allí característico de la índole patológica de dichos trastornos.

NUESTRA consciencia de las ideas oníricas es, sobre todo, discontinua: no conscienciamos toda una cadena de asociaciones, sino sólo algunos de sus puntos, entre los cuales se encuentran eslabones intermedios inconscientes que podemos descubrir con facilidad una vez despiertos. Si nos detenemos a investigar las razones de estos «saltos», he aquí lo que encontramos. Supongamos que *A* sea una idea onírica conscienciada que lleva a *B*; en lugar de *B*, empero, aparece *C* en la consciencia, simplemente porque se encuentra en la vía que conduce de *B* a otra catexia *D*, simultáneamente presente. Así, se produce una desviación debida a una catexia simultánea de otra especie, que, además, no es consciente. De tal modo, *C* ha tomado el lugar de *B*, aunque *B* concuerda mejor con la concatenación de ideas: es decir con la realización del deseo.

Por ejemplo, [sueño que] O. le ha hecho a Irma una inyección de propil [*A*]. Luego, veo muy vívidamente ante mí «trimetilamina» y alucino su fórmula [*C*]. El pensamiento simultáneamente presente es el de que la enfermedad de Irma es de índole sexual [*D*]. Entre este pensamiento y el del propil hay una asociación [*B*] acerca de una conversación sobre el quimismo sexual con W. Fl. [Wilhelm Fliess], en cuyo curso me llamó especialmente

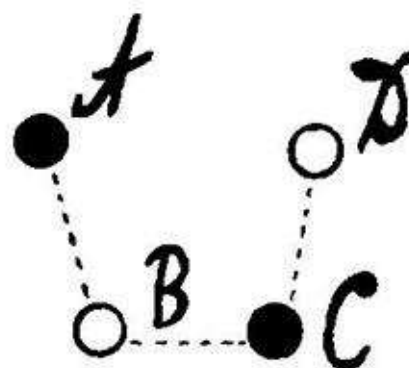


FIG. 15

la atención hacia la trimetilamina. Esta última idea se consciencia, entonces, merced al impulso desde ambas direcciones^[176]. Es muy curioso que no se consciencie también el eslabón intermedio (quimismo sexual [*B*]), ni la idea desviadora índole sexual de la enfermedad [*D*]), cosa que necesita ser explicada. Podríase suponer que las catexias de *B* o de *D* no son, por sí solas, suficientemente intensas para imponer la alucinación retroactiva, mientras que *C*, estando catectizada desde aquellas dos [ideas] podría conseguirlo. Sin embargo, en el ejemplo que acabo de dar, *D* (la índole sexual de la enfermedad) era, por cierto, tan intensa como *A* (la inyección de propil), y el derivado de estas dos (la fórmula química [*C*]) era enormemente vívido.

El problema de los eslabones intermedios inconsciente rige también para el pensamiento vigil, en el que hechos similares aparecen a diario. Lo que sigue siendo característico del sueño, empero, es *la facilidad del desplazamiento de cantidad ($Q\eta$)*, y con ello, *la manera en que B es sustituida por una [idea] C, cuantitativamente superior*.

Algo semejante ocurre, en general, con la realización de deseos en el sueño. No sucede, por ejemplo, que un deseo se torne consciente y que luego se alucine su realización, sólo esta última será consciente, mientras que el eslabón intermedio [el deseo] deberá ser inferido. No cabe duda de que ha sido saltado, sin tener oportunidad de elaborarse cualitativamente. Se comprende, sin embargo, que la catexia de la idea desiderativa nunca podrá ser más poderosa que el motivo que impele hacia ella. Así, el decurso psíquico en el sueño se lleva a cabo de acuerdo con la cantidad (Q); pero no es la cantidad (Q) la que decide qué habrá de ser conscienciado.

De los procesos oníricos quizá podamos deducir todavía que la consciencia se origina en el curso de un pasaje de cantidad ($Q\eta$); es decir, que no es despertada por una catexia constante. Además, bien podemos suponer que una intensa corriente de cantidad [$Q\eta$] no es favorable a la génesis de la consciencia, dado que la conscienciación aparece vinculada más bien con el *resultado* del movimiento [neuronas o sea en cierto modo, con una persistencia más bien estática de la catexia. Es difícil hallar el camino a las verdaderas condiciones determinantes de la consciencia entre estas determinaciones mutuamente contradictorias. Además, para lograrlo también tendremos que tener en cuenta las condiciones en las cuales emerge la consciencia en el proceso secundario.

La peculiaridad de la consciencia onírica, que acabamos de indicar, quizá se explique suponiendo que una corriente retroactiva de cantidad ($Q\eta$) hacia ρ es incompatible con una corriente más bien enérgica hacia las vías de asociación φ . Los procesos conscientes de ρ , en cambio, parecen ser regidos por otras condiciones.

C) SEGUNDA PARTE

PSICOPATOLOGÍA

INTENTO primera parte de este *Proyecto* contiene todo lo que pude deducir, en cierto modo *a priori*, de su hipótesis básica. remodelándolo y corrigiéndolo de acuerdo con unas pocas experiencias objetivas. En esta segunda parte procuro determinar con mayor precisión este sistema erigido sobre dicha hipótesis básica, recurriendo para ello al análisis de ciertos procesos patológicos. En una tercera parte intentaré estructurar, fundándome en las dos anteriores, las características del suceder psíquico normal.

PSICOPATOLOGÍA DE LA HISTERIA

[1] *La compulsión histérica*

COMENZARÉ por ocuparme de algunos fenómenos que se encuentran en la histeria, sin ser necesariamente privativos de la misma.

A quienquiera que haya observado esta enfermedad le habrá llamado ante todo la atención el hecho de que los casos de histeria se encuentran sometidos a una *compulsión* ejercida por ideas *hiperintensas*^[177]. Así, por ejemplo, una idea puede surgir en la consciencia con una frecuencia particular, sin que lo justifique el curso de los hechos, o bien puede ocurrir que la activación de esta neurona sea acompañada por consecuencias psíquicas incomprensibles. La emergencia de la idea hiperintensa tiene resultados que, por una parte, no pueden ser suprimidos y, por la otra, no pueden ser comprendidos: desencadenamientos de afectos, inervaciones motrices, inhibiciones. El individuo no carece, en modo alguno, de endospección [*insight*] en cuanto al extraño carácter de la situación en que se encuentra preso.

Las ideas hiperintensas también ocurren normalmente, siendo ellas las que confieren al yo su carácter peculiar. No nos sorprenden cuando conocemos su desarrollo genético (educación, experiencia) y sus motivaciones. Estamos acostumbrados a ver en ellas el resultado de poderosos y razonables motivos. Las *ideas hiperintensas histéricas*, por el contrario, nos llaman la atención por su extravagancia: son representaciones que no producirían efecto alguno en otras

personas y cuya importancia no atinamos a comprender. Nos parecen intrusas, usurpadoras y, en consecuencia, ridículas.

Por consiguientes, la *compulsión histérica* es: 1) incomprensible; 2) refractaria a toda elaboración intelectual; 3) incongruente en su estructura.

Existe una *compulsión neurótica simple* que puede ser confrontada con la histérica. Así, por ejemplo, supóngase que un hombre haya corrido peligro de muerte al caer de un coche y que desde entonces se sienta impedido de viajar en coche. Semejante compulsión es: 1) comprensible, pues conocemos su origen: 2) congruente, pues la asociación con el peligro justifica la vinculación del viajar en coche con el miedo. Tampoco esta compulsión es, sin embargo, susceptible de ser resuelta por elaboración intelectual 2). Mas dicha característica no puede ser considerada como absolutamente patológica, pues también nuestras ideas hiperintensas normales suelen ser insolubles por la reflexión. Estaríamos tentados de negar a la compulsión histérica todo carácter patológico, si la experiencia no nos demostrara que tal compulsión sólo persiste en una persona normal durante un breve espacio a partir de su causación, desintegrándose luego gradualmente. La persistencia de una compulsión es, pues, patológica y traduce una *neurosis simple*.

Ahora bien: nuestros análisis demuestran que una compulsión histérica queda resuelta en cuanto es explicada; es decir, en cuanto se la torna comprensible. Así, estas dos características serían esencialmente una y la misma. En el curso del análisis también llegamos a conocer el proceso por el cual ha surgido la apariencia de absurdidad e *incongruencia*. El resultado del análisis es, en términos generales, el siguiente.

Antes del análisis, A es una idea hiperintensa que irrumpe demasiado frecuentemente a la consciencia y que, cada vez que lo hace, provoca el llanto. El sujeto no sabe por qué A le hace llorar; considera que es absurdo, pero no puede impedirlo.

Después del análisis, se ha descubierto que existe una idea B, que con toda razón es motivo de llanto y que con toda razón se repite a menudo, mientras el sujeto no haya realizado contra ella cierta labor psíquica hartamente complicada. El efecto de B no es absurdo, le resulta comprensible al sujeto y aún puede ser combatido por él.

B guarda cierta relación particular con A, pues alguna vez hubo una vivencia que consistía en B + A. En ella, A era sólo una circunstancia accesorio, mientras que B era perfectamente apta para causar dicho efecto permanente. La

reproducción de este suceso en el recuerdo se lleva a cabo ahora como si *A* hubiese ocupado el lugar de *B*. *A* se ha convertido en un sustituto, en un *símbolo* de *B*^[178]. De ahí la incongruencia: *A* es acompañada de consecuencias que no parece merecer, que no se le adecuan.

También normalmente tiene lugar la *formación de símbolos*. El soldado se sacrifica por un trapo de colores izado en una pértiga, porque éste ha llegado a ser para él el símbolo de la patria, y a nadie se le ocurriría considerarlo por eso neurótico. Pero el *símbolo histérico* funciona de distinta manera. El caballero que se bate por el guante de su dama *sabe*, en primer lugar, que el guante debe toda su importancia a la dama, y en segundo lugar, su veneración del guante no le impide en modo alguno, pensar también en la dama y rendirle servicio de otras maneras. El *histérico* que es presa del llanto a causa de *A*, en cambio, no se percata de que ello se debe a la asociación *A-B*, y *B* misma no desempeña el menor papel en su vida psíquica. Aquí, la *cosa* ha sido totalmente sustituida por el símbolo.

Esta afirmación es cierta en el más estricto sentido. Cada vez que desde el exterior o desde las asociaciones actúa un estímulo que debería, en propiedad, catectizar *B*, es evidente que en su lugar aparece *A* en la consciencia, al punto de que la naturaleza de *B* puede inferirse fácilmente de las motivaciones que tan extrañamente suscitan la emergencia de *A*. Cabe formular estas condiciones expresando que *A* es *compulsiva* y que *B* está *reprimida* (por lo menos de la consciencia). El análisis ha llevado al sorprendente resultado de que a cada *compulsión* le corresponde una *represión*, que para cada irrupción excesiva a la consciencia existe una amnesia correspondiente.

El término «hiperintenso» traduce características *cuantitativas* y es lógico suponer que la *represión* tenga el sentido cuantitativo de una sustracción de cantidad (*Q*); así, la suma de *ambos* [es decir, de la compulsión *más* la represión] equivaldría a lo normal. En tal caso, sólo la *distribución* [de cantidad] estaría alterada. Algo se le ha agregado a *A*, que le ha sustraído a *B*. El proceso patológico es un proceso de *desplazamiento*, tal como hemos llegado a conocerlo en los sueños, o sea un proceso *primario*.

[2] Génesis de la compulsión histérica.

Plantéanse ahora varias preguntas muy significativas. ¿En qué condiciones

ocurre semejante formación patológica de un símbolo o (por otro lado) semejante represión? ¿Cuál es la fuerza impulsora que interviene? ¿En qué estado se encuentran las neuronas respectivas de la idea hiperintensa y de la idea reprimida?

Nada habría que revelar en todo esto y nada se podría deducir de ello, si no fuese porque la experiencia clínica nos enseña dos hechos. Primero, que la represión afecta exclusivamente ideas que despiertan en el yo un afecto penoso (displacer); segundo, que dichas ideas pertenecen al dominio de la vida sexual.

Podemos presumir sin vacilaciones que es ese afecto displacentero el que impone la represión, pues ya hemos admitido la existencia de una *defensa* primaria, que consistiría en la inversión de la corriente cogitativa apenas tropieza con una neurona cuya catexia desencadene displacer.

Dicha presunción quedó justificada por dos observaciones: 1) una catexia neuronal de esta última especie no es, por cierto, la que puede convenir a la finalidad original del proceso cogitativo, o sea a establecer una situación ϕ de satisfacción; 2) cuando una experiencia de dolor es terminada de manera refleja la percepción hostil queda reemplazada por otra. [Véase el final del párrafo 13].

Sin embargo, podemos adquirir una convicción más directa acerca del papel desempeñado por los efectos defensivos. Si investigamos el estado en que se encuentra la [idea] *B* reprimida, comprobamos que es fácil hallarla y llevarla a la consciencia. Esto resulta sorprendente, pues bien podíamos haber supuesto que *B* realmente estaría olvidada y que no habría quedado en ϕ el menor rastro mnemónico de la misma. Nada de eso: *B* es una imagen mnemónica como otra cualquiera; no está extinguida; pero si, como sucede habitualmente, *B* es un complejo de catexia, entonces se eleva una *resistencia* extraordinariamente poderosa y difícil de eliminar contra toda elaboración cogitativa de *B*. Es perfectamente lícito interpretar esta resistencia contra *B* como la medida de la *compulsión* ejercida por *A*, y también es dable concluir que la fuerza que antes reprimió *B* vuelve a actuar ahora en la resistencia. Al mismo tiempo, empero, averiguamos algo más. Hasta ahora, sólo sabíamos que *B* no podía tornarse *consciente*, pero nada sabíamos sobre la conducta de *B* frente a la catexia cogitativa. Pero ahora comprobamos que la resistencia se dirige contra toda elaboración cogitativa de *B*, aun cuando ésta haya llegado a ser parcialmente consciente. Así, en lugar de «excluida de la consciencia», podemos decir

excluida del proceso cogitativo [de la elaboración intelectual. (*Nota del T.*)].

Por tanto, es un proceso defensivo emanado del «yo» *catectizado* el que conduce a la represión histérica, y con ello, a la compulsión histérica. En tal medida, el proceso parece diferenciarse de los procesos ϕ primarios.

[3] *La defensa patológica.*

Con todo, estamos lejos de haber hallado una solución. Como sabemos, el resultado de la *represión histérica* discrepa muy profundamente del que arroja la defensa normal, acerca de la que contamos con precisos conocimientos. Es un hecho de observación general el de que evitamos pensar en cosas que despiertan únicamente displacer y que lo conseguimos dirigiendo nuestros pensamientos a otras cosas. Sin embargo, aun cuando logremos que la idea *B*, intolerable, surja raramente en nuestra consciencia, merced a que la hemos mantenido lo más aislada posible, nunca logramos olvidarla en medida tal que alguna nueva percepción no nos la vuelva a recordar. Tampoco en la histeria es posible evitar semejante reactivación; la única diferencia radica en que [en la histeria] lo que se torna consciente —es decir, lo que es catectizado— es siempre *A*, en lugar de *B*. Por consiguiente, es esta inmovible *simbolización* la que constituye aquella función que excede de la defensa normal.

La explicación más obvia de esta «función en exceso» consistiría en atribuirle a la mayor intensidad del afecto defensivo. La experiencia demuestra, sin embargo, que los recuerdos más penosos, que necesariamente deberían despertar el mayor displacer (recuerdos de remordimiento por malas acciones), no pueden ser reprimidos y reemplazados por símbolos. La existencia de una segunda precondition necesaria para la defensa patológica —la sexualidad— también sugiere que la explicación habría de ser buscada por otra parte.

Es absolutamente imposible admitir que los afectos sexuales penosos superen tan ampliamente en intensidad a todos los demás afectos displacenteros. Debe existir algún otro atributo de las ideas sexuales para explicar por qué sólo ellas están expuestas a la represión.

Cabe agregar aquí aún otra observación. Es evidente que la represión histérica tiene lugar con ayuda de la *simbolización*, del *desplazamiento* a otras neuronas. Podríase suponer ahora que el enigma radicase exclusivamente en el mecanismo de este desplazamiento y que la represión misma no estuviera

necesitada de explicación alguna. Sin embargo, cuando lleguemos al análisis de la neurosis obsesiva, por ejemplo, ya veremos que en ella existe una *represión sin simbolización*; más aún: que la represión y la sustitución se encuentran allí separadas en el tiempo. Por consiguiente, el proceso de la *represión* sigue siendo la clave del enigma.

[4] *La πρωτον φεύδος*^[179] [*Proton Pseudos*] *histérica*.

Como hemos visto, la compulsión histérica se origina por un tipo particular de movimiento cuantitativo (simbolización) que probablemente sea un *proceso primario*, dado que es fácil demostrar su intervención en el sueño^[180]. Vimos, además, que la fuerza impulsora de este proceso es la *defensa* por parte del yo, la cual, sin embargo, nada realiza en este caso que exceda de la función normal. Lo que necesitamos explicar es el hecho de que un *proceso yoico* pueda llevar a consecuencias que estamos habituados a encontrar únicamente en los procesos primarios. Tendremos que atenernos, pues a comprobar la intervención de condiciones psíquicas muy particulares. La observación clínica nos enseña que todo esto sólo ocurre en la esfera de la sexualidad, de modo que dichas condiciones psíquicas especiales quizá puedan ser explicadas derivándolas de las características naturales de la sexualidad.

Ahora bien: realmente existe en la esfera sexual una constelación psíquica particular que bien podría ser aplicable para nuestros fines y que, conocida por nosotros empíricamente, será ilustrada ahora por medio de un ejemplo^[181].

Emma se encuentra dominada por la compulsión de no poder entrar *sola* en una tienda. La explica con un recuerdo que data de los doce años (poco antes de su pubertad), cuando entró en una tienda para comprar algo y vio a los dos dependientes (a uno de los cuales recuerda) riéndose entre ellos, ante lo cual echó a correr presa de una especie de *susto*. En tal conexo se pudo evocar ciertos pensamientos en el sentido de que los dos sujetos se habrían reído de sus vestidos y de que uno de ellos le había agradado sexualmente.

Tanto la relación de estos fragmentos entre sí como el efecto de la experiencia resultan incomprensibles. En caso de que hubiese sentido algún displacer porque se reían de sus vestidos, hace mucho que dicho afecto debería haberse corregido, por lo menos desde que viste como una dama. Además, nada

cambia en sus vestidos el que entre en una tienda sola o acompañada. El hecho de que no necesita protección se desprende de que, como sucede en la agorafobia, ya la compañía de un niño pequeño basta para hacerla sentirse segura. Luego está el hecho, totalmente incongruente, de que uno de los hombres le gustó, tampoco esto sería modificado en lo mínimo por entrar en la tienda acompañada. Por consiguiente, los recuerdos evocados no explican ni el carácter compulsivo ni la determinación del síntoma.

Prosiguiendo la investigación se descubre un segundo recuerdo que, sin embargo, niega haber tenido presente en el momento de la escena I y cuya intervención tampoco es posible demostrar. Cuando contaba ocho años fue dos veces a una pastelería para comprarse unos confites, y en la primera de esas ocasiones el pastelero la pellizcó los genitales a través de los vestidos. A pesar de esa primera experiencia, volvió una segunda y última vez. Más tarde se reprochó haber retornado a la pastelería, como si con ello hubiese querido provocar el atentado. En efecto, su torturante «mala conciencia» pudo ser atribuida a dicha vivencia.

Ahora atinamos a comprender la escena I (con los dependientes), combinándola con la escena II (con el pastelero). Sólo necesitamos establecer el eslabón asociativo entre ambas. La propia paciente indica que dicho eslabón estaría dado por *la risa*. La risa de los dependientes le habría recordado la mueca sardónica con que el pastelero acompañó su atentado. Ahora podemos reconstruir todo este proceso de la siguiente manera. Los dos dependientes se *ríen* en la tienda, y esa risa le evoca (inconscientemente) el recuerdo del pastelero. La segunda situación tiene otro punto de similitud con la primera, pues una vez más se encuentra sola en una tienda. Junto con el pastelero, recuerda el pellizco a través de los vestidos; pero entre tanto ella se ha vuelto púber y el recuerdo despierta —cosa que sin duda no pudo hacer cuando ocurrió— un *desencadenamiento sexual* que se convierte en angustia. Esta angustia le hace temer que los dependientes puedan repetir el atentado, y se escapa corriendo.

Es evidente que aquí nos hallamos ante dos clases de procesos y que se intrican mutuamente y que el recuerdo de la escena II (con el pastelero) se produjo en un estado distinto al de la primera. El curso de los hechos podría representarse de la siguiente manera:

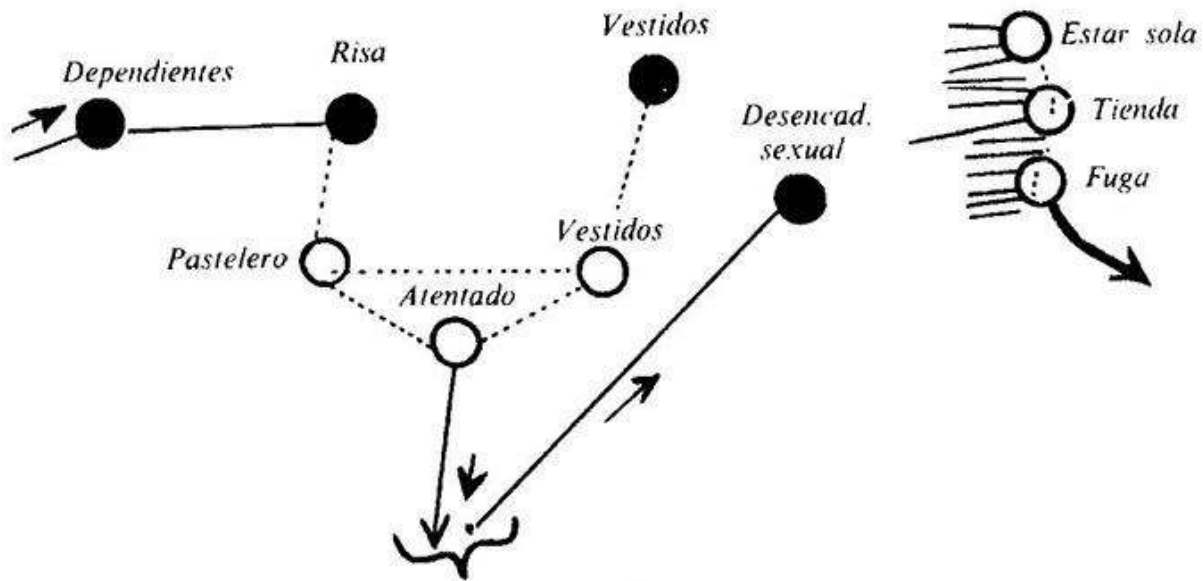


FIG. 16

En esta figura, las ideas representadas por puntos negros corresponden a percepciones que además fueron recordadas. El hecho de que el desencadenamiento sexual había ingresado en la consciencia es demostrado por la idea, incomprensible de otro modo, de que se sintió atraída por el dependiente que se reía. Su decisión de no permanecer en la tienda por miedo a un atentado era perfectamente lógica, teniendo en cuenta todos los elementos del proceso asociativo. Pero del proceso aquí representado nada entró en la consciencia salvo el elemento «vestidos», y el pensamiento *conscientemente* operante estableció dos conexiones falsas en el material respectivo (dependientes, risa, vestidos, atracción sexual); primero, que se reían de ella por sus vestidos, y segundo, que se había sentido sexualmente excitada por uno de los dependientes.

El complejo en su totalidad (indicado por la línea de puntos) estaba representado en la consciencia por la sola idea de «vestidos»: a todas luces la más inocente. En este punto se había producido una represión acompañada de simbolización. El hecho de que la conclusión final —el síntoma— quedase construido con entera lógica, de modo que el símbolo no desempeña ningún papel en él, es en realidad una característica privativa de este caso.

Se podría considerar perfectamente natural que una asociación pase por un número de eslabones intermedios inconscientes antes de llegar a uno consciente, como ocurre en este caso. Entonces, el elemento que ingresa a la consciencia sería aquel que despierta especial interés. Pero lo notable de nuestro ejemplo es,

precisamente, el hecho de que no ingresa a la consciencia aquel elemento que despierta interés (el atentado), sino otro, en calidad de símbolo (los vestidos). Si nos preguntamos cuál puede haber sido la causa de este proceso patológico interpolado, sólo podemos indicar una: el *desencadenamiento sexual*, del que también hay pruebas en la consciencia. Éste aparece vinculado al recuerdo del atentado, pero es muy notable que no se vinculase al atentado cuando el mismo ocurrió en la realidad. Nos encontramos aquí ante el caso de que un recuerdo despierte un afecto que no pudo suscitar cuando ocurrió en calidad de vivencia, porque en el ínterin las modificaciones de la pubertad tomaron posible una nueva comprensión de lo recordado.

Ahora bien: este caso es típico de la represión que se produce en la histeria. Siempre comprobamos que se reprime un recuerdo, el cual *sólo posteriormente* llega a convertirse en un trauma. El motivo de este estado de cosas radica en el retardo de la pubertad con respecto al restante desarrollo del individuo^[182].

[5] *Condiciones determinantes de la πρώτον φεῦδοζ ὕψι [Proton Pseudos histérica].*

Aunque no es habitual en la vida psíquica que un recuerdo despierte un afecto que no lo acompañó cuando era una vivencia, tal es, sin embargo, lo más común en el caso de las ideas sexuales, precisamente porque el retardo de la pubertad constituye una característica general de la organización. Toda persona adolescente lleva en sí rastros mnemónicos que sólo pueden ser comprendidos una vez despertadas sus propias sensaciones sexuales; toda persona adolescente, pues, lleva en sí el germen de la histeria. Claro está que habrán de intervenir también otros factores concurrentes, ya que esta tendencia tan general queda limitada al escaso número de personas que realmente se tornan histéricas.

Ahora bien: el análisis nos demuestra que lo perturbador en un trauma sexual es, sin duda, el desencadenamiento afectivo, y la experiencia nos enseña que los histéricos son personas de las que sabemos que, en unos casos, se han tornado *prematuramente* excitables en su sexualidad, por estimulación mecánica y emocional (masturbación), y de las que, en otros casos, podemos admitir que poseen una predisposición al desencadenamiento sexual precoz. El *comienzo* prematuro del desencadenamiento sexual y la *intensidad* prematura del mismo

son, a todas luces, equivalentes, de modo que esta condición queda reducida a un factor cuantitativo.

¿Cuál es, pues, el significado de esta *precocidad* del desencadenamiento sexual? Todo el acento debe caer aquí sobre la maduración precoz, pues no es posible sostener que el desencadenamiento sexual origine, de por sí, la represión, dado que ello convertiría, una vez más, la represión en un proceso de frecuencia normal.

[6] *Perturbación del pensamiento por el afecto*

Nos vimos obligados a admitir que la perturbación del proceso psíquico normal depende de dos condiciones: 1) de que el desencadenamiento sexual arranque de un recuerdo, en lugar de una vivencia; 2) de que el desencadenamiento sexual ocurra *prematuramente*. En presencia de estas dos condiciones se producirá una perturbación que excede lo normal, pero que puede hallarse ya preformada en la normalidad.

La más cotidiana experiencia nos enseña que el despliegue afectivo inhibe el curso normal del pensamiento y que lo hace de distintas maneras. En primer lugar, pueden ser olvidadas muchas vías de pensamiento que de otro modo habrían sido tomadas en cuenta, como también ocurre, por otra parte, en los sueños. Así, por ejemplo, en la agitación causada por una intensa preocupación me ha sucedido que olvidara recurrir al teléfono, que acababa de ser instalado en mi casa. La vía recientemente establecida sucumbía aquí en el estado afectivo; la *facilitación*, es decir, la *antigüedad*, ganaba el predominio. Con semejante olvido se pierde la capacidad de selección, la adecuación y la lógica del proceso, tal como ocurre también en el sueño. En segundo lugar, también sin que haya olvido alguno pueden adoptarse vías que de otro modo habrían sido evitadas: en particular, vías que conducen a la descarga, como, por ejemplo, acciones realizadas bajo la influencia del afecto. En suma, pues, el proceso afectivo se aproxima al proceso primario no inhibido.

De esto se desprenden varias consecuencias. Primero, que en el desencadenamiento afectivo se intensifica la propia idea desencadenante; segundo, que la función principal del yo catectizado consiste en evitar nuevos procesos afectivos y en reducir las viejas facilitaciones afectivas. Estas condiciones sólo podemos representárnoslas de la siguiente manera.

Originalmente, una catexia perceptiva en su calidad de heredera de una vivencia dolorosa, desencadenó displacer, siendo reforzada por la cantidad $[Q\dot{\eta}]$ así desencadenada y avanzando luego hacia la descarga por vías de derivación que ya se encontraban en parte prefacilitadas. Una vez establecido un yo catectizado, la función de la «atención» para nuevas catexia perceptivas se desarrolló de la manera que ya conocemos [véase el final del párrafo 13], y esta atención sigue ahora, con catexia colaterales, el curso adoptado por la cantidad que emana de $W^{[183]}$. De tal manera, el desencadenamiento de displacer queda cuantitativamente restringido y su comienzo actúa, para el yo, como una señal de poner en juego la defensa normal. Así se evita la fácil y excesiva generación de nuevas experiencias de dolor, con todas sus facilitaciones. Cuanto más intenso sea, empero, el desprendimiento de displacer tanto más difícil será la tarea a cumplir por el yo, pues éste, con sus catexia colaterales, sólo es capaz de proveer hasta cierto límite un contrapeso a las cantidades $[Q\dot{\eta}]$ intervinientes, de modo que no puede impedir por completo la ocurrencia de un *proceso primario*.

Además, cuanto mayor sea la cantidad que tiende a derivarse, tanto más difícil será para el yo la labor cogitativa que, según todo parece indicarlo, constituiría en el desplazamiento experimental de pequeñas cantidades ($Q\dot{\eta}$). La «reflexión» en una actividad del yo que demanda tiempo y que se torna imposible cuando el nivel afectivo entraña grandes cantidades ($Q\dot{\eta}$). De ahí que el afecto se caracterice por la precipitación y por una selección de métodos similar a la que se adopta en el proceso primario.

Por consiguiente, el yo procura no permitir ningún desencadenamiento de afecto, ya que con ello admitiría también un proceso primario. Su instrumento para este fin es el mecanismo de la atención. Si una catexia desencadenante de displacer escapase a la atención, el yo llegaría demasiado tarde para contrarrestarla. Tal es, precisamente, lo que ocurre en la *proton pseudos* histérica. La atención está enfocada sobre las percepciones, que son los factores desencadenantes normales del displacer. Aquí, en cambio, no es una percepción, sino una traza mnemónica, la que inesperadamente desencadena el displacer, y el yo se entera de ello demasiado tarde, ha permitido que se llevara a cabo un proceso primario, simplemente porque no esperaba que ocurriera.

Existen, sin embargo, también otras ocasiones en las que un recuerdo desencadena displacer, cosa que es plenamente normal en el caso de los recuerdos recientes. Ante todo, si un trama (una vivencia de dolor) ocurre por

primera vez cuando ya existe un yo —los primeros de todos los traumas escapan totalmente al yo—, prodúcese un desencadenamiento de displacer, pero simultáneamente actúa también el yo, creando catexia colaterales. Si más tarde se repite la catectización de la traza mnemónica, también se repite el displacer, pero entonces se encuentran ya presentes las facilitaciones yoicas, y la experiencia demuestra que el segundo desencadenamiento de displacer es de menor intensidad, hasta que, después de suficientes repeticiones, queda reducida a la intensidad de una mera señal, tan conveniente para el yo^[184]. Así, pues, lo esencial es que en ocasión del *primer* desencadenamiento de displacer no falte la inhibición por el yo, de modo que el proceso no tenga el carácter de una vivencia afectiva primaria «póstuma». Tal es precisamente lo que ocurre empero, cuando el *recuerdo* es el primero en motivar el desencadenamiento de displacer, como es el caso en la *proton pseudos* histérica.

Con todo esto quedaría confirmada la importancia de una de las ya citadas precondiciones que nos ofrece la experiencia clínica: *el retardo de la pubertad posibilita la ocurrencia de procesos primarios póstumos*.

D) TERCERA PARTE

INTENTO DE REPRESENTAR LOS PROCESOS y NORMALES

5-10-1895

[1]

Debe ser posible explicar mecánicamente los denominados «procesos secundarios», atribuyéndolos al efecto que una masa de neuronas con una catexia *constante* (el yo) ejerce sobre otras neuronas con catexia *variables*. Comenzaré por intentar una descripción psicológica de tales procesos.

Si por un lado tenemos el yo y por el otro *W* (percepciones) —es decir, catexia en ϕ venidas de ρ ; (del mundo exterior)—, entonces tendremos que encontrar un mecanismo que induzca al yo a seguir las percepciones y a influir sobre ellas. Ese mecanismo radica, según creo, en el hecho de que, de acuerdo

con mis hipótesis, toda percepción excita ω ^[185]; es decir, emite un signo de cualidad^[186]. Dicho más correctamente, excita consciencia (consciencia de una cualidad) en W , y la descarga de la excitación perceptiva provee a ϕ con una noticia que constituye precisamente, dicho signo de cualidad. Por consiguiente, propongo la sugerencia de que serían estos signos de cualidad los que *interesan* a ϕ en la percepción [véase parágrafo 19 de la primera parte].

Tal sería, pues, el mecanismo de la atención psíquica^[187]. Me resulta difícil dar una explicación mecánica (automática) de su origen. Creo, por tanto, que está *biológicamente* determinada, es decir, que se ha conservado en el curso de la evolución psíquica, debido a que toda otra conducta por parte de ϕ ha quedado excluida en virtud de ser generadora de displacer. El efecto de la *atención psíquica* es el de catectizar las mismas neuronas que son las portadoras de la catexia perceptiva. Este estado de atención tiene un prototipo en la *vivencia de satisfacción* [parágrafo 11 de la primera parte], que es tan importante para todo el curso del desarrollo, y en las repeticiones de dicha experiencia: los estados de *anhelo* desarrollados hasta convertirse en estados de *deseo* y estado de *expectación*. Ya demostré [primera parte, parágrafo 16-18] que dichos estados contienen la *justificación* biológica de todo pensar. La situación psíquica es, en dichos estados, la siguiente: el anhelo implica un estado de tensión en el *yo* y, a consecuencia de éste, es catectizada la representación del objeto amado (la idea *desiderativa*). La experiencia biológica nos enseña que esta representación no debe ser catectizada tan intensamente que pueda ser confundida con una percepción, y que su descarga debe ser diferida hasta que de ella partan signos de cualidad que demuestren que la representación es ahora real; es decir, que su catexia es perceptiva. Si surgiera una percepción que fuese idéntica o similar a la idea desiderativa, se encontraría con sus neuronas ya *precatectizadas* por el deseo; es decir, algunas de ellas, o todas, estarán ya catectizadas, de acuerdo con la medida en que coincidan la representación [idea desiderativa] y la percepción. La diferencia entre dicha representación y la percepción recién llegada da origen, entonces, al proceso cogitativo [del pensamiento], que tocará a su fin cuando se haya encontrado una vía por la cual las catexias perceptivas sobrantes [discrepantes] puedan ser convertidas en catexia ideativas: en tal caso se habrá alcanzado la *identidad*^[188].

La *atención* consistirá entonces en establecer la situación psíquica del estado de expectación también para aquellas percepciones que no coinciden, ni siquiera

en parte, con las catexias desiderativas. Sucede, simplemente, que ha llegado a ser importante emitir catexia al encuentro de *todas* las percepciones. En efecto, la *atención* está *biológicamente* justificada, sólo se trata de guiar al *yo* en cuanto a *cuál* catexia expectante debe establecer, y a tal objeto sirven los signos de cualidad.

Aun es posible examinar más de cerca el proceso de [establecer una] *actitud psíquica* [de atención]. Supongamos, para comenzar, que el *yo* no esté prevenido y que entonces surja una catexia perceptiva, seguida por sus signos de cualidad. La estrecha facilitación entre estas dos noticias intensificará todavía más la catexia perceptiva, produciéndose entonces la catectización atenta de las neuronas perceptivas. La siguiente percepción del mismo objeto resultará (de acuerdo con la segunda ley de asociación) en una catexia más copiosa de la misma percepción, y sólo esta última será la percepción psíquicamente utilizable.

(Ya de esta primera parte de nuestra descripción se desprende una regla de suma importancia: la catexia perceptiva, cuando ocurre por primera vez, tiene escasa intensidad y posee sólo reducida cantidad (Q), mientras que la segunda vez, existiendo ya una precatexia de ϕ , la cantidad afectada es mayor. Ahora bien: la atención no implica, en principio, ninguna alteración intrínseca en el juicio acerca de los atributos cuantitativos del objeto, de modo que la cantidad externa (Q) de los objetos no puede expresarse en ϕ por cantidad psíquica ($Q\eta$). La cantidad psíquica ($Q\eta$) significa algo muy distinto, que no está representado en la realidad, y, efectivamente, la cantidad externa (Q) está expresada en ϕ por algo distinto, a saber, por la complejidad de las catexias. Pero es por este medio que la cantidad externa (Q) es mantenida apartada de ϕ [parágrafo 9 de la primera parte]).

He aquí una descripción todavía más satisfactoria [del proceso expuesto en el penúltimo párrafo]. Como resultado de la experiencia biológica, la atención de ϕ está constantemente dirigida a los signos de cualidad. Estos signos ocurren, pues, en neuronas que ya están precatectizadas, alcanzando así una cantidad suficiente magnitud. Los índices de cualidad así intensificados intensifican a su vez, merced a su facilitación, las catexias perceptivas, y el *yo* ha aprendido a disponer las cosas de modo tal que sus catexias atentas sigan el curso de ese movimiento asociativo al pasar de los signos de cualidad hacia la percepción. De tal manera [el *yo*] es guiado para que pueda catectizar precisamente las percepciones

correctas o su vecindad. En efecto, si admitimos que es la misma cantidad ($Q\eta$) procedente del yo la que corre a lo largo de la facilitación entre el signo de cualidad y la percepción, hasta habremos encontrado una explicación mecánica (automática de la catexia de atención. Así, pues, la atención abandona los signos de cualidad para dirigirse a las neuronas perceptivas, ahora hipercatectizadas.

Supongamos que, por uno u otro motivo, fracase el mecanismo de la atención. En tal caso no se producirá la catectización desde ϕ de las neuronas perceptivas y la cantidad (Q) que a ellas haya llegado se transmitirá a lo largo de las mejores facilitaciones, o sea, en forma puramente asociativa, en la medida en que lo permitan las relaciones entre las resistencias y la cantidad de la catexia perceptiva. Probablemente este pasaje de cantidad no tardaría en llegar a su fin, puesto que la cantidad (Q) se divide y no tarda en reducirse, en alguna de las neuronas siguientes, a un nivel demasiado bajo para el curso ulterior. El decurso de las cantidades vinculadas a la percepción (Wq) puede, bajo ciertas circunstancias, suscitar ulteriormente la atención o no; en este último caso terminará silenciosamente en la catectización de cualquier neurona vecina, sin que lleguemos a conocer el destino ulterior de dicha catexia. Tal es el curso de una percepción no acompañada por atención, como ha de ocurrir incontables veces en cada día^[189]. Como lo demostrará el análisis del proceso de la atención, dicho curso no puede llegar muy lejos, circunstancia de la cual cabe inferir la reducida magnitud de las cantidades vinculadas a la percepción (Wq).

En cambio, si el sistema W ha recibido su catexia de atención, puede ocurrir toda una serie de cosas, entre las cuales cabe destacar dos situaciones: la del *pensar común* y la de sólo *pensar observando*. Este último caso parecería ser el más simple; corresponde aproximadamente al estado del investigador que, habiendo hecho una percepción, se pregunta: «¿Qué significa esto? ¿Adónde conduce?» Lo que sucede entonces es lo siguiente (pero en aras de la simplicidad tendré que sustituir ahora la compleja catectización perceptiva por la de una única neurona). La neurona perceptiva está hipercatectizada, la cantidad, compuesta de cantidad externa y de cantidad psíquica (Q y $Q\eta$) fluye a lo largo de las mejores facilitaciones y supera cierto número de barreras, de acuerdo con las resistencias y la cantidad intervinientes. Llegará a catectizar algunas neuronas asociadas, pero no podrá superar otras barreras, porque la fracción [de cantidad] que llega a incidir sobre ellas es inferior a su umbral^[190]. Seguramente serán catectizadas neuronas más numerosas y más alejadas que en el caso de un mero

proceso asociativo que se desarrolle sin atención. Finalmente, empero, la corriente desembocará, también en este caso, en determinadas catexia terminales o en una sola. El resultado de la atención será que en lugar de la percepción aparecerán una o varias catexia *mnemónicas*, conectadas por asociación con la neurona inicial.

En aras de la simplicidad, supongamos también que se trate de una imagen mnemónica *única*. Si ésta pudiese volver a ser catectizada (con atención) desde y, el juego se repetiría: la cantidad (Q) volvería a fluir una vez más y catectizaría (evocaría) una nueva *imagen mnemónica*, recorriendo para ello la vía de la mejor facilitación. Ahora bien: el propósito del *pensamiento observador* es a todas luces el de llegar a conocer en la mayor extensión posible las vías que arrancan del sistema W , pues de tal modo podrá agotar el conocimiento del objeto perceptivo. (Se advertirá que la forma de pensamiento aquí descrita lleva el *(re)conocimiento*). De ahí que se requiera una vez más una catexia ϕ para las imágenes mnemónicas ya alcanzadas; pero también se requiere un mecanismo que dirija dicha catexia a los lugares correctos. ¿Cómo, sino así, podrían saber las neuronas y en el yo adónde debe dirigirse la catexia? Un mecanismo de atención como el que anteriormente hemos descrito vuelve a presuponer, sin embargo, la presencia de signos de cualidad. ¿Acaso aparecen éstos en el decurso asociativo? De acuerdo con nuestras presuposiciones, normalmente no; pero bien podrían ser obtenidos por medio del siguiente nuevo dispositivo. En condiciones normales, los signos de cualidad sólo emanan de la percepción, de modo que todo se reduce a extraer una percepción del decurso de cantidad ($Q\dot{\eta}$). si el decurso de cantidad ($Q\dot{\eta}$) entrañara una *descarga* además del mero pasaje, esa descarga daría, como cualquier otro movimiento, un signo de movimiento. Después de todo, los mismos signos de cualidad son noticias de descarga. (Más adelante podremos considerar *de qué tipo* de descarga son noticias). Ahora puede ocurrir que durante un decurso cuantitativo ($Q\dot{\eta}$) también sea catectizada una neurona motriz, que a continuación descargará la cantidad ($Q\dot{\eta}$) y dará origen a un signo de cualidad. Mas se trata de que obtengamos tales descargas de *todas* las catexias. Pero no todas [las descargas] son motrices, de modo que con este propósito deberán ser colocadas en una firme facilitación con neuronas motrices.

Esta finalidad es cumplida por las *asociaciones verbales*^[191], que consisten en la conexión de neuronas y con neuronas empleadas por las representaciones

vocales^[192] y que, a su vez, se encuentran íntimamente asociadas con imágenes verbales motrices. Estas asociaciones [verbales] tienen sobre las demás la ventaja de poseer otras dos características: son circunscritas (es decir, escasas en número) y son exclusivas. La excitación progresa, en todo caso, de la imagen vocal a la imagen verbal y de ésta a la descarga. Por consiguiente, si las imágenes mnemónicas son de tal naturaleza que una corriente parcial pueda pasar de ellas a las imágenes vocales y a las imágenes verbales motrices, entonces la catexia de las imágenes mnemónicas estará acompañada por noticias de una descarga, y éstas son signos de cualidad, o sea, al mismo tiempo signos de que el recuerdo es consciente. Ahora bien: si el yo precatectiza estas imágenes verbales, como antes precatectizó las imágenes de la descarga de percepciones, se habrá creado con ello el mecanismo que le permitirá dirigir la catexia ϕ a los recuerdos que surjan durante el pasaje de cantidad $[Q\eta]$ ^[193]. He aquí el *pensamiento observador consciente*.

Además de posibilitar el (re)conocimiento, las asociaciones verbales efectúan aún otra cosa de suma importancia. Las facilitaciones entre las neuronas y constituyen, como sabemos, la *memoria*, o sea, la representación de todas las influencias que ϕ ha experimentado desde el mundo exterior. Ahora advertimos que el propio yo también catectiza las neuronas ϕ y suscita corrientes que seguramente deben dejar trazas en la forma de facilitaciones. Pero ϕ no dispone de ningún medio para discernir entre estos resultados de los procesos cogitativos y los resultados de los procesos perceptivos. Los procesos perceptivos, por ejemplo, pueden ser (reconocidos) y reproducidos merced a su asociación con descargas de percepción; pero de las facilitaciones establecidas por el *pensamiento* sólo queda su *resultado*, y no un *recuerdo*. Una misma facilitación cogitativa puede haberse generado por un solo proceso intenso o por diez procesos menos susceptibles de dejar una impronta. Los *signos de descarga verbal* son los que vienen ahora a subsanar este defecto, pues equiparan los procesos cogitativos a procesos perceptivos, confiriéndoles realidad y *posibilitando su recuerdo*. [Véase más adelante el párrafo 3.]

También merece ser considerado el desarrollo *biológico* de estas asociaciones verbales, tan importantes. La inervación verbal es primitivamente una descarga que actúa como válvula de seguridad para ϕ , sirviendo para regular en ella las oscilaciones de cantidad ($Q\eta$) y funcionando como una parte de la vía que conduce a la *alteración interna* y que representa el único medio de descarga

mientras todavía no se ha descubierto la *acción específica*. Esta vía adquiere una función secundaria al atraer la atención de alguna persona auxiliar (que por lo común es el mismo objeto desiderativo) hacia el estado de necesidad y de apremio en que se encuentra el niño; desde ese momento servirá al propósito de la *comunicación* quedando incluida así en la acción específica.

Como ya hemos visto [parágrafos 16-17], cuando se inicia la función judicativa las percepciones despiertan interés en virtud de su posible conexión con el objeto deseado y sus complejos son descompuestos en una porción no asimilable (la «cosa»)^[194] y una porción que es conocida por el yo a través de su propia experiencia (los atributos, las actividades [de la cosa]). Este proceso, que denominamos *comprender*, ofrece dos puntos de contacto con la expresión verbal [por el lenguaje]. En primer lugar, existen objetos (percepciones) que nos hacen *gritar*, porque provocan dolor; esta asociación de un sonido —que también suscita imágenes motrices de movimientos del propio sujeto— con una percepción que ya es de por sí compleja destaca el carácter *hostil* del objeto y sirve para dirigir la atención a la percepción; he aquí un hecho que demostrará tener extraordinaria importancia. En una situación en que el dolor nos impediría obtener buenos signos de cualidad del objeto, la *noticia del propio grito* nos sirve para caracterizarlo. Esta asociación conviértese así en un recurso para concienciar los recuerdos que provocan *displacer* y para convertirlos en objetos de la atención: la primera clase de *recuerdos conscientes* ha quedado así creada^[195]. Desde aquí sólo basta un corto paso para llegar a la invención del lenguaje. Existen objetos de un segundo tipo que por sí mismos emiten constantemente ciertos sonidos, o sea, objetos en cuyo complejo perceptivo interviene también un sonido. En virtud de la *tendencia imitativa* que surge en el curso del proceso del juicio [parágrafo 18 de la primera parte] es posible hallar una noticia de movimiento [de uno mismo] que corresponda a esa imagen sonora. También esta clase de recuerdos puede tornarse ahora consciente. Sólo hace falta agregar asociativamente a las percepciones sonidos *deliberadamente producidos*, para que los recuerdos despertados al atender a los signos de descarga tonal se tornen conscientes, igual que las percepciones, y puedan ser catectizados desde ϕ .

Así hemos comprobado que lo característico del proceso del *pensamiento cognoscitivo* es el hecho de que la atención se encuentre desde un principio dirigida a los signos de la descarga cogitativa, o sea, a los signos verbales [del

lenguaje]. Como sabemos, también el denominado pensamiento «consciente» se lleva a cabo acompañado por una ligera descarga motriz^[196].

El proceso de seguir el decurso de la cantidad (Q) a través de una asociación puede ser proseguido, pues, durante un lapso indefinido de tiempo, continuando por lo general hasta llegar a elementos asociativos terminales, que son «plenamente conocidos». La fijación de esta vía y de los puntos terminales constituye el «(re)conocimiento» de lo que fue quizá una nueva percepción.

Bien quisiéramos tener ahora alguna información *cuantitativa* sobre este proceso del pensamiento cognoscitivo. Ya sabemos que en este caso la percepción está hipercatectizada, en comparación con el proceso asociativo simple, y que el proceso mismo [del pensamiento] consiste en un desplazamiento de cantidades ($Q\dot{\eta}$) que es regulado por la asociación con signos de cualidad. En cada punto de detención se renueva la catexia ϕ , y finalmente tiene lugar una descarga a partir de las neuronas motrices de la vía del lenguaje. Cabe preguntarse ahora si este proceso significa para el yo una considerable pérdida de cantidad ($Q\dot{\eta}$), o si el gasto consumido por el pensamiento es relativamente leve. La respuesta a esta cuestión nos es sugerida por el hecho de que las inervaciones del lenguaje derivadas en el curso del pensamiento son evidentemente muy pequeñas. No hablamos *realmente* [al pensar], como tampoco nos movemos *realmente* cuando nos representamos una imagen de movimiento. Pero la diferencia entre imaginación y movimiento es sólo cuantitativa, como nos lo han enseñado las experiencias de «lectura del pensamiento». Cuando pensamos con intensidad realmente podemos llegar a hablar en voz alta. Pero ¿cómo es posible efectuar descargas tan pequeñas si, como sabemos, las cantidades pequeñas ($Q\dot{\eta}$) no pueden cursar y las grandes se nivelan en masa a través de las neuronas motrices?

Es probable que las cantidades afectadas por el desplazamiento en el proceso cogitativo no sean de considerable magnitud. En primer lugar, el gasto de grandes cantidades ($Q\dot{\eta}$) significaría para el yo una pérdida que debe ser limitada en la medida de lo posible, dado que la cantidad ($Q\dot{\eta}$) es requerida para la acción específica, tan exigente. En segundo lugar, una cantidad considerable ($Q\dot{\eta}$) recorrería simultáneamente varias vías asociativas, con lo cual no dejaría tiempo suficiente para la catectización del pensamiento y causaría además un gasto considerable. Por consiguiente, las cantidades ($Q\dot{\eta}$) que cursan durante el proceso del pensamiento deben ser forzosamente reducidas. No obstante^[197], de

acuerdo con nuestra hipótesis, la percepción y el recuerdo deben estar hipercatectizados en el proceso del pensamiento, y deben estarlo en medida más intensa que en la percepción simple. Además, existen diversos grados de intensidad de la atención, lo que sólo podemos interpretar en el sentido de que existen diversos grados de intensificación de las cantidades catectizantes ($Q\eta$). En tal caso el proceso de la vigilancia observadora [de las asociaciones] sería precisamente tanto más difícil cuanto más intensa fuese la atención, lo que sería tan inadecuado que ni siquiera podemos admitirlo.

Así nos encontramos frente a dos requerimientos aparentemente contradictorios: fuerte catexia y débil desplazamiento. Si quisiéramos armonizarlos nos veríamos obligados a admitir algo que podría calificarse como *un estado de «ligadura»^[198] en las neuronas, que aun en presencia de una catexia elevada permite sólo una escasa corriente*. Esta hipótesis se torna más verosímil considerando que la corriente en una neurona es evidentemente afectada por las catexias que la rodean. Ahora bien: el propio yo es una masa de neuronas de esta especie que mantienen fijadas sus catexias; es decir, que se encuentran en estado de ligadura, cosa que evidentemente sólo puede ser el resultado de su influencia mutua. Por tanto, bien podemos imaginarnos que una neurona perceptiva, catectizada con atención, sea por ello en cierto modo transitoriamente absorbida por el yo, y que desde ese momento se encuentre sujeta a la misma ligadura de su cantidad ($Q\eta$) que afecta a todas las demás neuronas yoicas. Si es catectizada más intensamente la cantidad (Q) de su corriente puede quedar *disminuida* en consecuencia, y no necesariamente aumentada (?). Podemos imaginarnos, verbigracia, que en virtud de esta ligadura sea librada a la corriente precisamente la cantidad externa (Q), mientras que la catexia de la atención quede ligada; un estado de cosas que no necesita ser, por cierto, permanente.

Así, el proceso del pensamiento quedaría mecánicamente caracterizado por esta condición de «ligadura» que combina una elevada catexia con una reducida corriente [de cantidad]. Cabe imaginar otros procesos en los cuales la corriente sea *proporcional* a la catexia, o sea, procesos con descarga no inhibida.

Espero que la hipótesis de semejante estado de «ligadura» demuestre ser mecánicamente sostenible. Quisiera ilustrar las consecuencias psicológicas a que conduce dicha hipótesis. Ante todo, parecería adolecer de una contradicción interna, pues si el estado de «ligadura» significa que en presencia de una catexia

de esta especie sólo restan pequeñas cantidades (Q) para efectuar desplazamientos, ¿cómo puede dicho estado llegar a incluir nuevas neuronas; es decir, a hacer pasar grandes cantidades (Q) hacia nuevas neuronas? Planteando la misma dificultad en términos más simples: ¿cómo fue posible que se desarrollara siquiera un yo así constituido?

De esta manera nos encontramos inesperadamente ante el más oscuro de todos los problemas: el origen del yo; es decir, de un complejo de neuronas que mantienen fijada su catexia, o sea, que constituyen por breves períodos un complejo con nivel constante [de cantidad]^[199]. La consideración genética de este problema será la más promisoría. Originalmente el yo consiste en las neuronas nucleares, que reciben cantidad endógena ($Q\dot{\eta}$) por las vías de conducción y que la descargan por medio de la alteración interna. La «vivencia de satisfacción» procura a este núcleo una asociación con una percepción (la imagen desiderativa) y con una noticia de movimiento (la porción refleja de la acción específica). La educación y el desarrollo de este yo primitivo tienen lugar en el estado repetitivo del deseo, o sea, en los estados de *expectación*. El yo comienza por aprender que no debe catectizar las imágenes motrices (con la descarga consiguiente), mientras no se hayan cumplido determinadas condiciones por parte de la percepción. Aprende además que no debe catectizar la idea desiderativa por encima de cierta medida, pues si así lo hiciera se engañaría a sí mismo de manera alucinatoria. Si respeta, empero, estas dos restricciones y si dirige su atención hacia las nuevas percepciones, tendrá una perspectiva de alcanzar la satisfacción perseguida. Es claro entonces que las restricciones que impiden al yo catectizar la imagen desiderativa y la imagen motriz por encima de cierta medida son la causa de una acumulación de cantidad ($Q\dot{\eta}$) en el yo y parecerían obligarlo a transferir su cantidad ($Q\dot{\eta}$), dentro de ciertos límites, a las neuronas que se encuentren a su alcance.

Las neuronas nucleares hipercatectizadas inciden, en última instancia; sobre las vías de conducción desde el interior del cuerpo, que se han tornado permeables en virtud de su continua repleción con cantidad ($Q\dot{\eta}$); debido a que son prolongaciones de estas vías de conducción, las neuronas nucleares también deben quedar llenas de cantidad ($Q\dot{\eta}$). La cantidad que en ellas exista se derivará en proporción a las resistencias que se opongan a su curso, hasta que las resistencias más próximas sean mayores que la fracción de cantidad [$Q\dot{\eta}$] disponible para la corriente. Pero una vez alcanzado este punto, la totalidad de la

masa catéctica se encontrará en un estado de equilibrio, sostenida, de una parte, por las dos barreras contra la motilidad y el deseo; de la otra parte, por las resistencias de las neuronas más lejanas, y hacia el interior, por la presión constante de las vías de conducción. En el interior de esta estructura que constituye el yo la catexia no será, en modo alguno, igual por doquier; sólo necesita ser *proporcionalmente* igual; es decir, en relación con las facilitaciones. [Véase el párrafo 19].

Si el nivel de catectización asciende en el núcleo del yo, la amplitud de éste podrá dilatarse, mientras que si desciende, el yo se constreñirá concéntricamente. En un nivel determinado y en una amplitud determinada del yo no habrá obstáculo alguno contra el desplazamiento [de catexia] dentro del territorio catectizado.

Sólo queda por averiguar ahora cómo se originan las dos barreras que garantizan el nivel constante del yo, en particular el de las barreras contra las imágenes de movimiento que impiden la descarga. Aquí nos encontramos ante un punto decisivo para nuestra concepción de toda la organización. Sólo podemos decir que cuando aún no existía esta barrera y cuando, junto con el deseo, producíase también la descarga motriz, el placer esperado debió de faltar siempre y el desencadenamiento continuo de estímulos endógenos concluyó por causar displacer. Sólo esta amenaza de *displacer*, vinculada a la descarga prematura, puede corresponder a la barrera que aquí estamos considerando. En el curso del desarrollo ulterior la facilitación asume una parte de la tarea [de llevar a cabo las restricciones]. Sigue en pie, sin embargo, el hecho de que la cantidad ($Q\eta$) en el yo se abstiene de catectizar, sin más ni más, las imágenes motrices, pues si así lo hiciera *llevaría a un desencadenamiento de displacer*.

Todo lo que aquí describo como una *adquisición biológica* del sistema neuronal me lo imagino representado por semejante *amenaza de displacer*, cuyo efecto consistiría en que *no* sean catectizadas aquellas neuronas que conducen al desencadenamiento de displacer. Esto constituye la *defensa primaria*, lógica consecuencia de la tendencia básica del sistema neuronal [párrafo 1 de la primera parte]. El displacer sigue siendo el único medio de educación. No atino a decidir, por supuesto, cómo podríamos explicar mecánicamente dicha *defensa primaria*, esa no-catectización por amenaza de displacer.

De aquí en adelante me atreveré a omitir toda representación mecánica de tales reglas biológicas basadas en la amenaza de displacer; me conformaré con

poder dar, fundándome en ellas, una descripción admisible y consecuente del desarrollo.

Existe sin duda una segunda regla biológica derivada por abstracción del proceso de expectación: la de que es preciso dirigir la atención a los signos de cualidad (porque éstos pertenecen a percepciones que podrían conducir a la recién surgida). En suma, el mecanismo de la atención tendrá que deber su origen a una regla biológica de esta naturaleza que regule el desplazamiento de las catexias del yo^[200].

Podríase objetar que tal mecanismo, actuando con ayuda de los signos de cualidad, es superfluo. El yo —se argumentará— podría haber aprendido biológicamente a catectizar por sí solo la esfera perceptiva en el estado de expectación, en vez de esperar que los signos de cualidad lo conduzcan a tal catectización. No obstante, podemos señalar dos puntos en justificación del mecanismo de atención: 1) el sector de los signos de descarga emanados del sistema $W(\omega)$ es a todas luces menor y comprende menos neuronas que el sector de la percepción; es decir, de todo el *pallium* de ϕ que está conectado con los órganos sensoriales. Por consiguiente, el yo se ahorra un extraordinario gasto si mantiene catectizada la descarga en lugar de la percepción. 2) Los signos de descarga o los signos de cualidad también son originariamente signos de realidad, destinados a servir precisamente a la distinción entre las catexias de percepciones reales y las catexias de deseos. Vemos, pues, que no es posible prescindir del mecanismo de atención. Además, éste siempre consiste en que el yo catectiza *aquellas neuronas* en las que ya ha aparecido una catexia.

Mas la *regla biológica de la atención*, en la medida en que concierne al yo, es la siguiente: *cuando aparezca un signo de realidad, la catexia perceptiva que exista simultáneamente deberá ser hipercatectizada*. He aquí la segunda regla biológica; la primera era la de la *defensa primaria*.

[2]

De lo que antecede podemos derivar asimismo algunas insinuaciones generales para la explicación mecánica, como, por ejemplo, aquella que ya mencionamos, en el sentido de que la cantidad externa no puede ser representada por $Q\dot{\eta}$, o sea, por cantidad psíquica. En efecto, de la descripción del yo y de sus

oscilaciones se desprende que tampoco el nivel [de catexia] tiene relación alguna con el mundo exterior, o sea, que su reducción o elevación generales nada modifican, normalmente, en la imagen del mundo exterior. Dado que esta imagen se basa en facilitaciones, ello significa que las oscilaciones generales del nivel [de cantidad] nada modifican tampoco en dichas facilitaciones. Ya hemos mencionado también un segundo principio: el de que cantidades pequeñas pueden ser desplazadas con mayor facilidad cuando el nivel es alto que cuando es bajo. He aquí unos pocos puntos a los cuales habrá de ajustarse la caracterización del movimiento neuronal, absolutamente desconocido todavía para nosotros.

Retornemos ahora a nuestra descripción del proceso del pensamiento observador o *cognoscitivo*. En él, al contrario de lo que ocurre en los procesos de *expectación*, las percepciones no inciden sobre catexia *desiderativas*, o sea, que son los primeros signos de realidad los que dirigen la atención del yo hacia la región perceptiva que habrá de ser catectizada. El decurso asociativo de la cantidad (Q) que [las percepciones] traen consigo tiene lugar por neuronas que ya están precatectizadas, y en cada pasaje vuelve a liberarse la $Q\rho$ (la cantidad perteneciente a las neuronas ρ), que es desplazada [a lo largo de esas neuronas precatectizadas]. Durante este decurso asociativo se generan los signos de cualidad (del lenguaje), a consecuencia de los cuales el decurso asociativo se consciencia y se torna reproducible.

Una vez más podríase cuestionar aquí la utilidad de los signos cualitativos argumentando que lo único que hacen es inducir al yo a enviar una catexia hacia un punto en el que la catexia surgiría de todos modos durante el decurso asociativo. Pero no son ellos mismos los que proveen estas cantidades catectizantes ($Q\dot{\eta}$), sino que a lo sumo aportan a ellas, y siendo esto así, el propio yo podría sin su ayuda hacer que su catexia corriera a lo largo del curso adoptado por la cantidad (Q).

No cabe duda que esto es muy cierto, pero la consideración de los signos de cualidad no es, por ello, superflua. En efecto, cabe destacar que la regla biológica de la atención que acabamos de establecer es una abstracción derivada de la *percepción* y que en un principio sólo rige para los signos de *realidad*. También los signos de descarga por medio del lenguaje son, en cierto sentido, signos de realidad —aunque sólo signos de la realidad *cogitativa* y no de la exterior^[201]—; pero en modo alguno ha podido imponerse para estos signos de

realidad cogitativa una regla biológica como la que estamos considerando, ya que su violación no entrañaría ninguna amenaza constante de displacer. El displacer producido al pasar por alto el (re)conocimiento no es tan flagrante como el que se genera al ignorar el mundo exterior, aunque ambos casos son, en el fondo, uno y el mismo. Así, pues, existe realmente una especie de *proceso cogitativo observador*, en el que los signos de cualidad nunca son evocados, o únicamente lo son en forma esporádica, siendo posibilitado dicho proceso porque el *yo sigue automáticamente* con sus catexia el decurso asociativo. Ese proceso cogitativo hasta es, con mucho el más frecuente de todos, y en modo alguno puede considerárselo anormal es nuestro pensamiento de tipo común; inconsciente, pero con ocasionales *irrupciones*^[202] a la consciencia; en suma, es el denominado «pensamiento consciente», con eslabones intermedios inconscientes que pueden, empero, ser conscienciados^[203].

No obstante, el valor de los signos cualitativos para el pensamiento es incuestionable. En primer lugar, la suscitación de signos de cualidad intensifica las catexias en el decurso asociativo y asegura la atención automática, que, si bien no sabemos cómo, está evidentemente vinculada a la emergencia de catexia. Además —lo que parece ser más importante— la atención dirigida a los signos cualitativos asegura la imparcialidad del decurso de asociación. En efecto, al *yo* le resulta muy difícil colocarse en la situación del puro y simple «investigar» [explorar]. El *yo* casi siempre tiene catexias intencionales^[204] o desiderativas, cuya presencia durante la actividad exploradora influye, como veremos más adelante sobre el curso de asociación, produciendo así un falso conocimiento de las percepciones. Ahora bien: no existe ninguna protección mejor contra esta falsificación por el pensamiento que la de una cantidad normalmente desplazable ($Q\eta$) que sea dirigida por el *yo* hacia una región incapaz de manifestar (es decir, de provocar) ninguna desviación semejante del decurso asociativo. Sólo existe un expediente de esta clase: la orientación de la atención hacia los signos de cualidad, pues éstos no equivalen a ideas intencionales, sino que, por el contrario, su catectización acentúa todavía más el decurso asociativo, al contribuir con nuevos aportes de la cantidad catectizante.

Por tanto, *el pensamiento que es acompañado por la catectización de los signos de realidad cogitativa o de los signos de lenguaje representa la forma más alta y segura del proceso cogitativo cognoscitivo.*

Dado que la suscitación de signos cogitativos es evidentemente útil,

podemos presumir la existencia de dispositivos especialmente destinados a asegurarla. En efecto, los signos de pensamiento no surgen espontáneamente y sin la colaboración de *y*, a diferencia de los signos de realidad. La observación nos demuestra al respecto que dichos dispositivos no tienen en todos los procesos cogitativos la misma efectividad que poseen en los exploradores. Una condición previa para la suscitación de signos cogitativos es, en principio, su catectización con atención en tales condiciones esos signos surgen en virtud de la ley según la cual la facilitación queda mejorada entre dos neuronas conectadas y simultáneamente catectizadas. No obstante, la *atracción* ofrecida por la precatectización de los signos cogitativos sólo tiene hasta cierto punto la fuerza suficiente para superar otras influencias. Así, por ejemplo, toda otra catexia vecina al decurso asociativo (como una catexia intencional o afectiva), competirá con aquélla [con la precatexia de atención] y tenderá a inconscienciar el decurso asociativo. Como lo confirma la experiencia, será producido un efecto similar si las cantidades que intervienen en el decurso asociativo son más considerables, pues elevarán el caudal de la corriente y acelerará con ello todo el decurso. La expresión cotidiana de que «algo ocurrió en uno con tal rapidez que uno ni siquiera se dio cuenta» es, sin duda, absolutamente correcta, y también es un hecho sabido que los afectos pueden interferir la suscitación de los signos cogitativos.

De todo esto se desprende una nueva regla para nuestra descripción mecánica de los procesos psíquicos: la de que el decurso asociativo, que no puede ser alterado por el nivel [de catexia], puede serlo, en cambio, por la propia magnitud de la *cantidad (Q) fluente*. En términos generales, *una cantidad (Q) de gran magnitud adopta, a través de la red de facilitaciones, una vía distinta que la seguida por una cantidad menor*. Creo que no será difícil ilustrar esta circunstancia.

Para cada barrera hay un valor umbral por debajo del cual ninguna cantidad (*Q*) puede pasar, ni mucho menos una fracción de la misma. Dichas cantidades demasiado pequeñas [subliminales] (*Q*) se distribuirán por otras dos vías cuyas facilitaciones alcancen a superar. Pero si la cantidad (*Q*) aumenta, también la primera vía podrá entrar en función, facilitando el pasaje de las fracciones que le correspondan; además, las catexias que excedan de la barrera ahora superable también podrán llegar a hacerse sentir. Aún existe otro factor susceptible de adquirir importancia. Cabe admitir que no todas las vías de una neurona sean receptivas para una cantidad (*Q*) [en un momento dado. (*Nota del T.*)], y esta

diferencia puede considerarse como la *anchura de vía*. La anchura de vía es en sí misma independiente de la resistencia, pues esta última puede ser alterada por la cantidad en decurso (*Abq*)^[205], mientras que la anchura de vía permanece constante. Supongamos ahora que al aumentar la cantidad (*Q*) se abra una vía que pueda hacer sentir su anchura, caso en el cual advertiremos la posibilidad de que el decurso de la cantidad (*Q*) sea fundamentalmente alterado por un aumento en la magnitud de la cantidad (*Q*) fluente. La experiencia cotidiana parece corroborar expresamente esta conclusión.

Así, la suscitación de los signos cogitativos parece estar subordinada al pasaje de *pequeñas* cantidades (*Q*). Con esto no pretendo afirmar que todo otro tipo de pasaje deba quedar *inconsciente*, pues la suscitación de los signos de lenguaje^[206] no es el único camino para la conscienciación.

¿Cómo podemos representarnos gráficamente, empero, aquel tipo de pensamiento que se consciencia *esporádicamente*, es decir, las ocurrencias repentinas? Recordemos que nuestro común pensamiento errátil [no intencional], aunque es acompañado por precatectización y por atención automática, no da mayor importancia a los signos cogitativos, ni se ha demostrado biológicamente que éstos sean imprescindibles para el proceso. No obstante, suelen aparecer: 1) cuando el curso liso y llano [de asociación] llega a un término o tropieza con un obstáculo; 2) cuando suscita una idea que, en virtud de otras razones, evoca signos cualitativos, es decir, consciencia. Llegado aquí, empero, he de abandonar la presente exposición.

[3]

Existen, evidentemente, otras formas del proceso cogitativo que no persiguen el desinteresado fin del (re)conocimiento, sino algún otro fin de índole práctica. Así, el estado de expectación, a partir del cual se desarrolló el pensamiento en general, es un ejemplo de este segundo tipo de pensamiento. En él se retiene firmemente una catexia desiderativa, mientras que una segunda catexia, perceptiva, emerge y es perseguida con atención. Pero el propósito de este proceso no es descubrir adónde conducirá *en general* [dicha catexia perceptiva], sino averiguar por qué vías conducirá a la activación de la catexia desiderativa que en el ínterin ha sido retenida. Este tipo de proceso cogitativo — biológicamente más primitivo — puede ser fácilmente representado basándonos

en nuestras hipótesis. Sea $+V$ la idea desiderativa que se mantiene especialmente catectizada, y $W^{[207]}$ la percepción que habrá de ser perseguida: en tal caso el primer resultado de la catectización atenta de W consistirá en que la $Q\rho$ [la cantidad perteneciente a las neuronas ρ] fluya hacia la neurona a , la mejor facilitada; de ésta pasaría una vez más a la mejor vía, si no fuese interferida por la existencia de catexia colaterales. Si de a partiesen tres vías — b , c y d , en el orden de su [grado de] facilitación— y si d estuviera situada en la vecindad de la catexia desiderativa $+V$, el resultado bien podría ser que la $Q\rho$, a pesar de las facilitaciones, no fluyera hacia c y b , sino hacia d , y de allí hacia $+V$, revelándose así que la vía buscada era $W - a - d - +V$. Vemos actuar aquí el principio, que ya hemos admitido hace tiempo [parágrafo 11 de la primera parte], de que la catexia puede no seguir la facilitación, o sea, que también puede actuar contra ella y que, en consecuencia, la catexia colateral puede modificar el decurso de cantidad [$Q\dot{\eta}$]. Dado que las catexias son modificables, está dentro del arbitrio del yo cambiar el curso adoptado desde W en el sentido de cualquier catexia intencional.

Bajo «catexia intencional» cabe entender aquí, no una catexia uniforme, como la que afecta todo un sector en el caso de la atención, sino una catexia en cierto modo «enfanzante», que sobresale por encima del nivel yoico. Probablemente sea preciso admitir que en este tipo de pensamiento con catexia intencionales simultáneamente fluye también cantidad [$Q\dot{\eta}$] desde $+V$, de modo que el decurso [asociativo] desde W puede ser influido, no sólo por $+V$, sino también por los puntos sucesivos que recorre. La única diferencia es, en tal caso, que la vía desde $+V$... es conocida y está fijada, mientras que la vía que parte de W ... a ... es desconocida y aún debe ser descubierta. Dado que en realidad nuestro yo siempre alimenta catexias intencionales —a menudo hasta muchas al mismo tiempo—, podemos comprender ahora la dificultad de llevar a cabo un pensamiento puramente cognoscitivo, así como la posibilidad de alcanzar en el curso del pensamiento práctico las vías más dispares, en distintos momentos, bajo distintas circunstancias y por distintas personas.

El pensamiento práctico también nos permite apreciar en su justo valor las *dificultades del pensamiento* en general, que ya conocemos por propia experiencia. Retomemos nuestro ejemplo anterior, en el que la corriente $Q\rho$ fluiría naturalmente [siguiendo las facilitaciones] hacia b y c , mientras que d sobresale por su estrecha conexión con la catexia intencional o con la idea

derivada de ella. Puede ocurrir entonces que la influencia de la facilitación a favor de $b...c$ sea tan considerable, que supere ampliamente la atracción hacia $d... + V$. A fin de que, no obstante, el decurso [de asociación] se dirija hacia $+ V$, sería necesario que la catexia de $+ V$ y de sus ideas derivadas fuese intensificada aún más; quizá sería necesario también que la atención hacia W fuese modificada en el sentido de alcanzar un mayor o menor grado de «ligadura» y un nivel de corriente que sea más favorable a la vía $d... + V$. Tal gasto requerido para superar buenas facilitaciones con el objeto de atraer la cantidad (Q) hacia vías menos facilitadas, pero más próximas a la catexia intencional, corresponde plenamente a la dificultad del pensamiento.

El papel desempeñado por los signos de cualidad en el pensamiento práctico apenas difiere del que tienen en el pensamiento cognoscitivo. Los signos cualitativos aseguran y fijan el decurso [asociativo]; pero no son absolutamente indispensables para el mismo. Si reemplazamos las neuronas y las ideas individuales, respectivamente, por complejos de neuronas y de ideas, nos topamos con una complejidad del pensamiento práctico que se sustrae a toda posibilidad de descripción, aunque comprendemos que precisamente en estos casos sería conveniente llegar a conclusiones rápidas [véase parágrafo 4 de esta tercera parte]. En el curso del pensamiento práctico, empero, los signos cualitativos no suelen ser plenamente suscitados, y es precisamente su completo desarrollo el que sirve para amortiguar y complicar el decurso asociativo. Cuando dicho curso desde una percepción particular a determinadas y particulares catexia intencionales haya sido seguido repetidamente y se encuentre estereotipado por facilitaciones mnemónicas, generalmente no existiría ya motivo alguno para la suscitación de los signos de cualidad.

El fin del pensamiento práctico es [el establecimiento de] la *identidad*, es decir, el desemboque de la catexia $Q\rho$, desplazada, en la catexia desiderativa, que en el ínterin habrá sido firmemente retenida. Como consecuencia puramente biológica, cesa con ello toda necesidad de pensar y se posibilita, en cambio, la plena y total invasión de las *imágenes motrices* que hayan sido tocadas durante el pasaje [de cantidad], imágenes que en tales circunstancias constituyen un elemento accesorio permisible de la *acción específica*. Dado que durante el pasaje [de cantidad] la catexia de estas imágenes motrices sólo era de carácter «ligado», y dado que el proceso cogitativo partió de una percepción (W) que únicamente fue perseguida en calidad de imagen mnemónica, todo el proceso

cogitativo puede independizarse tanto del proceso expectacional como de la realidad, progresando hacia la identidad sin experimentar modificación alguna. Así [el proceso cogitativo] parte de una mera *representación* [idea], y ni siquiera lleva a la acción una vez que ha concluido, pero [en el ínterin] habrá producido un *conocimiento práctico* que, dada una oportunidad real, podrá ser utilizado. La experiencia demuestra, en efecto, que conviene tener preparado el proceso cogitativo práctico cuando se lo necesite en virtud de las condiciones de la realidad, y no tener que improvisarlo en tal ocasión.

Ha llegado el momento de restringir una afirmación establecida anteriormente: la de que la memoria de los procesos cogitativos sólo es posible gracias a los signos de cualidad, ya que en otro caso no se podrían diferenciar sus trazas de las que dejan las facilitaciones perceptivas. Podemos atenernos a que un *recuerdo real* no debería modificarse, normalmente, al reflexionar sobre el mismo; pero, por otra parte, es innegable que el pensar sobre un tema deja trazas extraordinariamente importantes para una próxima reflexión al respecto^[208], y es muy dudoso si tal resultado surge exclusivamente de un pensar acompañado de signos cualitativos y de consciencia. Deben existir, pues, facilitaciones cogitativas [facilitaciones del pensamiento], pero sin que obliteren las vías asociativas originales. Como únicamente puede haber, empero, facilitaciones de una sola clase, se podría pensar que estas dos conclusiones serían incompatibles. No obstante, debe ser posible encontrar una manera de conciliarlas y de explicarlas en el hecho de que todas las facilitaciones cogitativas sólo se originaron una vez alcanzado un alto nivel [de catexia], y que probablemente también se hagan sentir sólo en presencia de un alto nivel, mientras que las facilitaciones asociativas, originadas en pasajes [de cantidad] totales o primarios, vuelven a exteriorizarse cuando se dan las condiciones de un decurso libre^[209] [de cantidad]. Con todo esto no se pretende negar, sin embargo, todo posible efecto de las facilitaciones cogitativas sobre las asociativas.

Hemos logrado así la siguiente caracterización adicional del movimiento neuronal, todavía desconocido. La memoria consiste en facilitaciones. Las facilitaciones no son modificadas por un aumento del nivel [de catexia]; pero existen facilitaciones que sólo funcionan en un nivel particular. La dirección adoptada por el pasaje [de cantidad] no es alterada, en un principio, por el cambio de nivel; pero sí lo es por la cantidad de la corriente y por las catexias colaterales. Cuando el nivel es alto, las cantidades pequeñas (*Q*) son las más

fácilmente desplazables.

Junto al pensamiento *cognoscitivo* y al pensamiento práctico, debemos diferenciar un pensamiento reproductivo o *recordante*, que en parte coincide con el práctico, pero que no lo cubre totalmente. Este *recordar* es la condición previa de todo examen realizado por el pensamiento crítico; persigue un determinado proceso cogitativo en sentido retrógrado, retrocediendo posiblemente hasta una percepción, y al hacerlo procede, una vez más, sin un fin dado (en contraste con el pensamiento práctico) y recurriendo copiosamente a los signos de cualidad. En este curso retrógrado el proceso se encuentra con eslabones intermedios que hasta entonces permanecieron inconscientes y que no dejaron tras de sí ningún signo de cualidad, pero cuyos signos cualitativos emergerán posteriormente [*ex post facto. I.*]. De esto se desprende que el decurso cogitativo puede dejar trazas por sí mismos, sin necesidad de signos cualitativos. Claro está que en algunos casos parecería que ciertos trechos [de un tren de ideas] sólo pueden ser conjeturados porque sus puntos inicial y terminal están dados por signos de cualidad.

La reproductibilidad de los procesos cogitativos sobrepasa ampliamente, en todo caso, la de sus signos de cualidad; pueden ser conscienciados *a posteriori*, aunque el resultado de un decurso cogitativo quizá deje trazas con mayor frecuencia que sus estadios intermedios.

En el decurso del pensamiento, sea éste *cognoscitivo*, *crítico* o *práctico*, pueden ocurrir múltiples y variados sucesos que merecen una descripción. El pensamiento puede conducir al *displacer* o puede llevar a la *contradicción*.

Examinemos el caso de que el pensamiento práctico, acompañado por catexia intencionales, lleve a un desencadenamiento de *displacer*. La experiencia cotidiana nos enseña que semejante suceso actúa como obstáculo para el proceso cogitativo. ¿Cómo es posible entonces que ocurra siquiera? Si un recuerdo genera *displacer* al ser catectizado, ello se debe, en términos muy generales, al hecho de que en su oportunidad, cuando acaeció, la percepción correspondiente generó *displacer*, o sea, que formó parte de una vivencia de dolor. La experiencia demuestra también que las percepciones de esta clase atraen un alto grado de atención, pero que no suscitan tanto sus propios signos de cualidad, sino más bien los de la reacción que dichas percepciones desencadenan; por tanto, están asociadas con sus propias manifestaciones de afecto y de defensa. Si perseguimos las vicisitudes de tales percepciones una vez que se han convertido en *imágenes mnemónicas*, comprobamos que sus *primeras* repeticiones todavía

despiertan afecto, tanto como displacer, pero que con el correr del tiempo pierden esta capacidad. Simultáneamente experimentan otra transformación. Al principio conservan el carácter de las cualidades sensoriales; pero cuando dejan de ser capaces de suscitar afectos pierden también dichas cualidades sensoriales y se asemejan progresivamente a otras imágenes mnemónicas. Si un tren de ideas se topa con aquel tipo de *imagen mnemónica aún «indómita»*, se generan los signos cualitativos que le corresponden —a menudo de carácter sensorial—, además de sensaciones displacenteras y de tendencias a la descarga, cuya combinación caracteriza un afecto determinado, y con esto queda interrumpido el curso del pensamiento.

¿Qué podría ocurrir con los *recuerdos* susceptibles de generar afecto, para que concluyan por quedar *dominados*? No cabe suponer que el «tiempo» debilite su capacidad de repetir la generación de afecto, dado que normalmente dicho factor contribuye más bien a *intensificar* una asociación. Es evidente que a esas repeticiones debe ocurrirles, en el «tiempo», algo que lleve al sometimiento de los recuerdos, y ese algo sólo puede consistir en que [los recuerdos] lleguen a ser dominados por alguna relación con el yo o con las catexias del yo. Si dicho proceso tarda en estos casos más de lo que tarda normalmente, es preciso encontrarle un motivo particular; en efecto, tal motivo radica en el origen de esos recuerdos capaces de generar afecto. Siendo trazas de vivencias de dolor, han estado catectizados (de acuerdo con nuestra hipótesis del dolor) con excesiva $Q\rho$ [cantidad perteneciente a las neuronas ρ] y han adquirido una excesiva facilitación hacia el desencadenamiento de displacer y de afecto. Por consiguiente, deberán recibir del yo una «ligadura» especialmente considerable y reiterada, a fin de poder compensar esa facilitación hacia el displacer.

El hecho de que los recuerdos sigan teniendo carácter alucinatorio durante tan largo tiempo, también requiere una explicación, que sería de importancia precisamente para nuestro concepto de la alucinación misma. Es lógico suponer que la capacidad de un recuerdo para generar alucinaciones, como su capacidad de generar afectos, son signos de que la catexia del yo todavía no ha adquirido ninguna influencia sobre el recuerdo y de que en éste predominan los métodos primarios de descarga y el proceso total o primario.

Estamos obligados a suponer que en los estados de alucinamiento la cantidad (Q) fluye retrógradamente hacia ρ , y con ello hacia W (ω); por tanto, una neurona ligada no permite tal reflujo. Cabe preguntarse también si lo que

posibilita dicho reflujo es la excesiva magnitud de la cantidad que catectiza el recuerdo, pero aquí debemos recordar que tal cantidad considerable (Q) únicamente se encuentra en la primera ocasión, en la vivencia misma del dolor. Al producirse sus repeticiones sólo nos encontramos ante catexia mnemónicas de magnitud habitual, que, no obstante, genera alucinación y displacer. Sólo podemos presumir que lo logran en virtud de una facilitación extraordinariamente intensa. De ello se desprende que una cantidad ρ de magnitud común basta perfectamente para asegurar el reflujo y para excitar la descarga, con lo cual gana importancia el efecto inhibitor de la ligadura por el yo.

Finalmente se logrará catectizar el recuerdo del dolor en forma tal que ya no pueda exhibir reflujo alguno y que sólo pueda desencadenar un mínimo displacer. Estará entonces dominado, y lo estará por una facilitación cogitativa suficientemente poderosa para sostener un efecto permanente y para volver a ejercer una inhibición cada vez que se repita posteriormente dicho recuerdo. La vía que conduce al desencadenamiento de displacer aumentará gradualmente su resistencia en virtud del desuso, pues las facilitaciones están sujetas a una gradual decadencia (es decir, al olvido). Sólo una vez que esto haya ocurrido, el recuerdo habrá llegado a ser un recuerdo dominado, como otro cualquiera.

Parece, empero, que este proceso de sometimiento del recuerdo deja tras de sí rastros permanentes en el proceso cogitativo. Dado que antes quedaba interrumpido el curso del pensamiento cada vez que se activaba la memoria, y se suscitaba displacer, surge ahora una tendencia a inhibir el curso del pensamiento en cuanto al recuerdo sometido genere su traza de displacer. Esta tendencia es muy conveniente para el pensamiento práctico, pues un eslabón intermedio que lleve al displacer, de ningún modo puede hallarse en la vía perseguida hacia la identidad con la catexia desiderativa. Así surge una *defensa cogitativa primaria*, que en el pensamiento práctico toma el desencadenamiento de displacer como señal de que una vía determinada habrá de ser abandonada, es decir, de que la catexia de la atención deberá dirigirse *en otro sentido*^[210]. Aquí, una vez más, es el displacer el que dirige la corriente de cantidad ($Q\dot{\eta}$), tal como lo hizo de acuerdo con la primera regla biológica. Se podría preguntar por qué esta defensa cogitativa no se dirigió contra el recuerdo cuando aún era capaz de generar afecto. Cabe presumir, sin embargo, que en esa oportunidad se le opuso la *segunda* regla biológica, la regla que postula la atención frente a todo signo de

realidad y la memoria aún indómita era perfectamente susceptible de imponer la producción de signos reales de cualidad. Como vemos, ambas reglas se concilian perfectamente en un mismo propósito práctico.

Es interesante observar cómo el pensamiento *práctico* se deja guiar por la regla biológica de *defensa*. En el pensamiento *teorético* (cognoscitivo y crítico) ya no se comprueba la intervención de dicha regla. Esto es comprensible, pues en el pensamiento intencional se trata de encontrar un camino *cualquiera*, pudiéndose descartar todos los que estén afectados de displacer, mientras que en el pensamiento teorético habrán de ser explorados *todos* los caminos.

[4]

Cabe preguntarse todavía cómo es posible que ocurra el *error* en el curso del pensamiento. ¿Qué es el error?

Tendremos que examinar aún más detenidamente el proceso del pensamiento. El pensamiento práctico, del que procede todo pensamiento, sigue siendo también la meta final de todo proceso cogitativo. Todas las demás formas son derivados de aquél. Es una evidente ventaja si la conversión cogitativa que tiene lugar en el pensamiento práctico ha podido ser cumplida de antemano y no necesita ser realizada una vez surgido el estado de expectación, pues: 1) se gana un tiempo que podrá ser dedicado a la elaboración de la acción específica; 2) el estado de expectación está lejos de ser particularmente favorable al decurso cogitativo. El valor de la prontitud durante el breve intervalo que media entre la percepción y la acción se evidencia considerando la celeridad con que cambian las percepciones. Si el proceso del pensamiento ha persistido demasiado, su resultado se habrá invalidado en el ínterin. Por tal razón, *premeditamos*.

El primero de los procesos cogitativos derivados [del pensamiento práctico] es el de la *judicación*, a la cual el yo llega gracias a algo que descubre en su propia organización: gracias a la ya mencionada coincidencia parcial entre las catexias perceptivas y las noticias del propio cuerpo. En virtud de ella, los complejos perceptivos se dividen en una parte constante e incomprensible —la *cosa*— y una parte cambiante y comprensible: los atributos o movimientos de la cosa. Dado que el «complejo-cosa» sigue reapareciendo en combinación con múltiples «complejos-atributo», y éstos, a su vez, en combinación con múltiples «complejos-cosa», se da la posibilidad de elaborar vías de pensamiento que

lleven de estos dos tipos de complejos hacia el «estado de cosa» deseado, de una manera que tenga, en cierto modo, validez general y que sea independiente de la circunstancial y momentánea percepción real^[211]. La actividad cogitativa realizada con juicios, en lugar de complejos perceptivos desordenados, significa, pues, una considerable economía. Pasamos por alto aquí la cuestión de si la unidad psicológica así alcanzada también está representada en el decurso del pensamiento por una unidad neuronal correspondiente y si ésta es otra que la unidad de la imagen verbal.

El error puede inmiscuirse ya en el establecimiento del juicio. En efecto, los complejos-cosa a los complejos-movimiento no son nunca totalmente idénticos, y entre sus elementos discrepantes puede haber algunos cuya omisión vicia el resultado en la realidad. Este defecto del pensamiento tiene su origen en la tendencia (que efectivamente estamos imitando aquí) a sustituir el complejo por una neurona única, tendencia a la que nos impele la inmensa complejidad [del material]. He aquí las *equivocaciones del juicio por defectos de las premisas*.

Otra fuente de error puede radicar en la circunstancia de que los objetos perceptivos de la realidad no sean percibidos completamente por hallarse fuera del campo de los sentidos. He aquí los *errores por ignorancia*, ineludibles para para todo ser humano. Cuando no es éste el caso, puede haber sido defectuosa la precatectización psíquica (por haber sido distraído el yo de las percepciones) llevando a percepciones imprecisas y a decursos cogitativos incompletos: he aquí los *errores por atención insuficiente*.

Si ahora adoptamos, como material de los procesos cogitativos, los complejos ya juzgados y ordenados, en vez de los complejos vírgenes, se nos ofrecerá la oportunidad de abreviar el propio proceso cogitativo práctico. En efecto, si se ha demostrado que el camino que lleva de la percepción a la identidad con la catexia desiderativa pasa por una imagen motriz *M*, será biológicamente seguro que, una vez alcanzada dicha identidad, esta *M* quedará totalmente inervada. La simultaneidad de la percepción con *M* creará una intensa facilitación entre ambas, y toda próxima percepción evocará *M* sin necesidad de ningún decurso asociativo. (Esto presupone, naturalmente, que sea posible establecer en cualquier momento una conexión entre dos catexia.) Lo que originalmente fue una conexión cogitativa laboriosamente establecida, conviértese ahora, merced a una catectización total simultánea, en una poderosa facilitación. Sólo cabe preguntarse acerca de ésta si sigue siempre la vía

originalmente descubierta, o si puede recorrer una línea de conexión más directa. Esto último parecería ser lo más probable y al mismo tiempo lo más conveniente, pues evitaría la necesidad de fijar vías de pensamiento que deben quedar disponibles para otras conexiones de la más diversa especie. Además, si la vía cogitativa no está sujeta a la repetición, tampoco podrá esperarse en ella facilitación alguna, y el resultado se fijará mucho mejor por medio de una conexión *directa*. Quedaría por establecer, empero, de dónde procede la nueva vía, problema que sería simplificado si ambas catexia, *W* y *M*, tuviesen una asociación común con una tercera.

La porción del proceso cogitativo que pasa de la percepción a la identidad, a través de una imagen motriz, también podrá ser resaltada y suministrará un resultado similar si la atención fija la imagen motriz y la pone en asociación con las percepciones, que asimismo habrán vuelto a ser fijadas. También esta facilitación cogitativa se restablecerá cuando ocurra un caso real.

En este tipo de actividad cogitativa, la posibilidad de errores no es obvia a primera vista; pero no cabe duda de que se podrá adoptar una vía cogitativa inadecuada o que se podrá resaltar un movimiento antieconómico, dado que, después de todo, en el pensamiento práctico la selección depende exclusivamente de las experiencias reproducibles.

Con el creciente número de recuerdos surgen cada vez nuevas vías de desplazamiento. De ahí que se considere conveniente seguir todas las percepciones hasta el final para hallar, entre todas las vías, las más favorables. Ésta es la función del pensamiento *cognoscitivo*, que así aparece como una preparación para el pensamiento práctico, aunque en realidad sólo se haya desarrollado tardíamente de este último. Sus resultados tienen valor para más de una especie de catexia desiderativa.

Los errores que pueden ocurrir en el pensamiento cognoscitivo son evidentes: la parcialidad, cuando no se evitan las catexias intencionales, y la falta de integridad, cuando no se han recorrido todos los caminos posibles. Claro está que en este caso es de incalculable utilidad que los signos de cualidad sean evocados simultáneamente. Cuando estos procesos cogitativos seleccionados son introducidos en el estado de expectación, es posible que todo el decurso asociativo, desde su eslabón inicial hasta el terminal, pase por los signos cualitativos, en vez de pasar por toda la extensión del pensamiento, y ni siquiera es necesario que la serie cualitativa coincida entonces totalmente con la serie cogitativa.

El displacer no desempeña ningún papel en el pensamiento teórico, de ahí que éste también sea posible en presencia de recuerdos «dominados».

Quédanos por considerar otra forma de pensamiento: el *crítico* o *examinador*. Este tipo de pensamiento es motivado cuando, a pesar de haberse obedecido todas las reglas, el estado de expectación, con su acción específica consiguiente, no lleva a la satisfacción, sino al displacer. El pensamiento crítico, procediendo tranquilamente, sin ninguna finalidad práctica y recurriendo a todos los signos de cualidad, trata de repetir todo el decurso de cantidad ($Q\eta$)^[212], con el fin de comprobar algún *error de pensamiento* o algún *defecto psicológico*. El pensamiento crítico es un pensamiento cognoscitivo que actúa sobre un objeto particular: precisamente sobre una serie de pensamientos [cogitativa], ya hemos visto en qué pueden consistir estos últimos [¿los defectos psicológicos? *I.*]; pero ¿en qué consisten los *errores lógicos*?

Brevemente dicho, en la inconsideración de las *reglas biológicas* que gobiernan el decurso cogitativo [las series de pensamientos]. Estas reglas establecen hacia dónde debe dirigirse en cada ocasión la catexia de la atención y cuándo debe detenerse el proceso del pensamiento. Están protegidas por amenazas de displacer, han sido ganadas por la experiencia y pueden ser traducidas sin dificultad a las reglas de la lógica, lo que habrá de ser demostrado en detalle. Por consiguiente, el displacer intelectual de la contradicción, ante el que se detiene el pensamiento examinador [crítico], no es otra cosa sino el displacer acumulado para proteger las reglas biológicas, que ahora es activado por el proceso cogitativo incorrecto.

La existencia de estas reglas biológicas queda demostrada precisamente por la sensación de displacer provocada por los errores lógicos^[213].

En cuanto a la acción, sólo podremos imaginárnosla ahora como la catectización total de aquellas imágenes motrices que hayan sido destacadas durante el proceso cogitativo, y también quizá de aquellas que hayan formado parte de la porción arbitraria [¿intencional? *I.*] de la acción específica (siempre que haya existido un estado de expectación). Aquí se renuncia al estado de ligadura y se retraen las catexias atentas. En cuanto a lo primero [el abandono del estado de ligadura], obedece sin duda a que el nivel del yo ha caído inconteniblemente ante el primer pasaje [de cantidad] desde las neuronas motrices. No se debe pensar, naturalmente, que el yo quede completamente descargado a consecuencia de actos aislados, pues ello sólo podrá suceder en los

actos de satisfacción más exhaustivos. Es muy instructivo comprobar que la acción no tiene lugar por inversión de la vía recorrida por las imágenes motrices, sino a lo largo de vías motrices especiales. De ahí también que el afecto agregado al movimiento no sea necesariamente el deseado, como debería serlo si se hubiese producido una simple inversión de la vía original. Por eso es que en el curso de la acción debe efectuarse una nueva comparación entre las noticias de movimiento entrantes y los movimiento ya precatectizados, y debe producirse una excitación de las inervaciones correctoras, hasta alcanzar la identidad. Aquí nos encontramos con la misma situación que ya comprobamos en el caso de las percepciones, con la única diferencia de que aquí es menor la multiplicidad, mayor la velocidad y existe una descarga constante y *total*, que allí faltaba por completo. Pero la analogía es notable entre el pensamiento práctico y la acción eficiente. Esto nos demuestra que las imágenes motrices son *sensibles* [sensoriales. I.]. Sin embargo, el hecho peculiar de que en el caso de la acción sean adoptadas nuevas vías, en lugar de recurrir a la inversión mucho más simple de la vía original, parece demostrar que el sentido de conducción de los elementos neuronales está perfectamente fijado, al punto que el movimiento neuronal quizá tenga distinto carácter en uno y en otro caso.

Las imágenes motrices son percepciones, y en calidad de tales poseen, naturalmente, cualidad y despiertan consciencia. También es evidente que en ocasiones pueden atraer la más considerable atención. Pero sus cualidades no son muy llamativas y quizá no sean tan multiformes como las del mundo exterior; no están asociadas con imágenes verbales, sino que en parte sirven más bien a esta asociación. Es preciso recordar, sin embargo, que no proceden de órganos sensoriales altamente organizados y que su cualidad es evidentemente monótona [véase el parágrafo 9 de la primera parte].

XII

LA HERENCIA Y LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS^[214]

1896

ME dirijo especialmente a los alumnos de J. M. Charcot, para presentarles algunas objeciones contra la teoría etiológica de las neurosis, que nuestro común maestro nos ha transmitido.

Conocido es el papel atribuido a la herencia nerviosa en esta teoría. Trataríase de la única causa verdadera e indispensable de las afecciones neuróticas, no pudiendo aspirar las demás influencias etiológicas sino a la categoría de agentes provocadores.

Así lo han afirmado, a más del mismo maestro, sus discípulos Guinon, Guilles de la Tourette y Janet, por lo que respecta a la histeria, sosteniéndose también en Francia, y un poco en todas partes, esta misma opinión con relación a las demás neurosis, aunque por lo que se refiere a estos estados, análogos a la histeria, no haya sido enunciada de un modo tan solemne y decidido.

Hace ya mucho tiempo que vengo sospechando de la exactitud de esta teoría, pero me ha sido necesario esperar hasta encontrar en la práctica cotidiana del médico hechos en que apoyarme. Ahora mis objeciones son ya de dos órdenes: argumentos de hecho y otros productos de la especulación.

Comenzaré por los primeros, ordenándolos según la importancia que les concedo.

a) A veces se han creído nerviosas, y demostrativas de una tendencia neuropática

I hereditaria, afecciones extrañas al dominio de la Neuropatología, y que no dependen necesariamente de una enfermedad del sistema nervioso. Así, las neuralgias faciales y muchas cefalalgias, que se creían nerviosas, siendo más bien consecuencias de alteraciones patológicas postinfecciosas y de supuraciones en el sistema cavitario faringonasal. Por mi parte, estoy persuadido de que sería ventajoso para los enfermos el que nosotros, los neurólogos, abandonásemos más frecuentemente el tratamiento de tales afecciones a los rinólogos.

b) Se ha aceptado como razón suficiente para suponer en un enfermo taras nerviosas hereditarias todas las afecciones nerviosas halladas en su familia, sin tener en cuenta su frecuencia ni su gravedad. Esta manera de ver las cosas parece contener una precisa separación entre las familias indemnes de toda predisposición nerviosa y las familias sujetas a ella sin límite ni restricción, siendo así que los hechos abogan más bien en favor de la opinión contraria, según la cual existen transiciones y grados de disposición nerviosa, sin que ninguna familia se halle en absoluto indemne de ella.

c) Nuestra opinión sobre el papel etiológico de la herencia en las enfermedades nerviosas habrá de ser, desde luego, el resultado de un examen estadístico imparcial y no de una *petitio principii*. En tanto este examen no haya sido realizado, deberá suponerse tan posible la existencia de neuropatías adquiridas como la de neuropatías hereditarias. Ahora bien: si puede haber neuropatías adquiridas por hombres no predispuestos, no se podrá negar que las afecciones nerviosas halladas en la familia del paciente tengan en parte este origen, y entonces no será tampoco posible invocarlas como pruebas concluyentes de la disposición hereditaria, impuesta al enfermo por razón de su historia familiar, puesto que el diagnóstico retrospectivo de las enfermedades de los ascendientes o de los familiares ausentes sólo raras veces tiene éxito.

d) Aquellos que siguen a Fournier y a Erb en lo que respecta al papel etiológico de la sífilis en la tabes dorsal y en la parálisis progresiva han visto que es preciso reconocer en la patogenia de ciertas enfermedades la colaboración de poderosas influencias etiológicas distintas de la herencia, importante para producirlas por sí solas. Sin embargo, Charcot fue hasta su última época —según lo demuestra una carta privada que de él poseo— absolutamente opuesto a la teoría de Fournier, la cual va ganando cada día más terreno.

e) Es indudable que ciertas neuropatías pueden desarrollarse en individuos perfectamente sanos y de familia irreprochable. Así se observa cotidianamente

con respecto a la neurastenia de Beard. Si la neurastenia se limitase a los individuos predispuestos, no habría adquirido jamás la importancia y la extensión que le conocemos.

f) En la patología nerviosa hay la herencia similar y la herencia llamada disimilar. Por lo que respecta a la primera, no hay nada que objetar, siendo incluso muy singular que en las afecciones dependientes de la herencia similar (enfermedad de Thomsen, de Friedreich, miopatías, corea de Huntington, etcétera) no se encuentra jamás la huella de otra influencia etiológica accesoria. Pero la herencia disimilar, mucho más importante que la otra, deja lagunas, que sería necesario llenar para llegar a una solución satisfactoria de los problemas etiológicos. Nos referimos al hecho de que los miembros de la misma familia se muestran visitados por las neuropatías más diversas, funcionales y orgánicas, sin que pueda descubrirse una ley que dirija la sustitución de una enfermedad por otra o el orden de su sucesión a través de las generaciones. Al lado de los individuos enfermos hay en estas familias personas que permanecen sanas, y la teoría de la herencia disimilar no nos dice por qué estas últimas soportan la misma carga hereditaria sin sucumbir a ella, ni por qué los individuos enfermos han escogido entre las afecciones que constituyen la gran familia neuropática una determinada enfermedad en lugar de otra; la histeria en lugar de la epilepsia, la locura, etc. Como en la patogenia nerviosa no puede concederse lugar alguno al azar, habremos de reconocer que no es la herencia la que preside la elección de la neuropatía que se desarrollará en el miembro de una familia afecto de predisposición, suponiendo, en cambio, la existencia de otras influencias etiológicas de una naturaleza menos incomprensible^[215]; influencias que merecerán entonces el nombre de *etiología específica* de tal o cual afección nerviosa. Sin la existencia de este factor etiológico especial, la herencia no hubiera podido hacer nada, y si dicha etiología específica hubiera sido sustituida por otra influencia, se hubiera prestado a la producción de otra distinta neuropatía.

II TALES causas específicas y determinantes de las neuropatías han sido poco investigadas, por tener cautivada la atención de los médicos la grandiosa perspectiva de la condición etiológica hereditaria.

Sin embargo, merecen ciertamente que se les haga objeto de un asiduo estudio. Aunque su potencia patógena no sea, en general, sino accesoria a la de la herencia, ha de ser interesantísimo el conocimiento de esta etiología

específica, que proporcionará a nuestra labor terapéutica un punto de ataque, mientras que la disposición hereditaria, fijada de antemano para el enfermo desde su nacimiento, detiene nuestros esfuerzos, mostrándose como un poder inabordable.

Por mi parte, vengo entregándome desde hace años a la investigación de la etiología de las grandes neurosis (estados nerviosos funcionales análogos a la histeria), y las líneas que siguen contienen el resultado de estos estudios. Para evitar todo posible error de interpretaciones, expondré en primer lugar dos observaciones sobre la nosografía de las neurosis y sobre la etiología de las neurosis en general.

Me ha sido necesario comenzar mi trabajo por una innovación nosográfica. He hallado razones suficientes para situar al lado de la histeria la neurosis obsesiva como afección autónoma e independiente, aunque la mayoría de los autores coloquen las obsesiones entre los síndromes de la degeneración mental o las confundan con la neurastenia. Por mi parte, he descubierto, examinando su mecanismo psíquico, que las obsesiones se hallan enlazadas a la histeria más íntimamente de lo que se cree.

La histeria y la neurosis obsesiva forman el primer grupo de las grandes neurosis por mí estudiadas. El segundo contiene la neurastenia de Beard, que yo he descompuesto en dos estados funcionales diferentes, tanto por su etiología como por su aspecto sintomático: la *neurastenia* propiamente dicha y la *neurosis de angustia*, denominación esta última que, dicho sea de paso, no acaba de satisfacerme. En un estudio, publicado en 1895, he expuesto las razones de esta separación, que creo necesaria^[216].

En cuanto a la etiología de las neurosis, pienso que se debe reconocer en teoría que las influencias etiológicas, diferentes entre sí por su categoría y por el orden de su relación con el efecto que producen, pueden agruparse en tres clases: *condiciones*, *causas concurrentes* y *causas específicas*. Las condiciones son indispensables para la producción de la afección de que se trate, pero su naturaleza es universal, y se encuentran igualmente en la etiología de muchas otras enfermedades. Las causas concurrentes colaboran también en la causación de otras afecciones, pero no son, como las condiciones, indispensables para la producción de una determinada.

Por último, las causas específicas son tan indispensables como las condiciones, pero no aparecen más que en la etiología de la afección, de la cual

son específicas.

Pues bien; en la patogenia de las grandes neurosis, la herencia representa el papel de una *condición*, poderosa en todos los casos, y hasta indispensable en la mayor parte de los mismos. No podría ciertamente prescindir de la colaboración de las causas específicas, pero su importancia queda demostrada por el hecho de que las mismas causas, actuando sobre un individuo sano, no producirían ningún efecto patológico manifiesto, mientras que su acción sobre una persona predispuesta hará surgir la neurosis, cuya intensidad y extensión dependerán del grado de tal condición hereditaria.

La acción de la herencia es, pues, comparable a la del hilo multiplicador en el círculo eléctrico, que exagera la desviación visible de la aguja, pero no puede jamás determinar su dirección.

En las relaciones existentes entre la condición hereditaria y las causas específicas de la neurosis hay aún algo que anotar. La experiencia nos muestra algo que de antemano podíamos haber supuesto, o sea, que no deben despreciarse en estas cuestiones de etiología las cantidades relativas, por decirlo así, de las influencias etiológicas. Lo que no se hubiera adivinado en el hecho siguiente, que parece resultar de mis observaciones: la herencia y las causas específicas pueden reemplazarse en lo que respecta a su lado cuantitativo, y así, la concurrencia de una seria etiología específica con una disposición mediocre, y la de una herencia nerviosa muy intensa con una influencia específica ligera, producirán el mismo efecto patológico. De este modo, aquellas neurosis, en las que en vano buscamos un grado apreciable de disposición hereditaria, no serán sino un extremo de la serie así constituida, siempre que dicha falta se halle compensada por una poderosa influencia específica.

Como causas concurrentes o accesorias de las neurosis podemos enumerar todos los agentes vulgares encontrados en otras ocasiones: las emociones morales, el agotamiento somático, las enfermedades agudas, las intoxicaciones, los accidentes traumáticos, el *surmenage* intelectual, etc. A mi juicio, ninguno de ellos, ni aun el último, entra regular o necesariamente en la etiología de la neurosis, y sé muy bien que enunciar esta opinión es situarse enfrente de una teoría considerada universal o irreprochable. Desde que Beard declaró que la neurastenia era el fruto de nuestra civilización moderna, sólo creyentes ha encontrado. Mas por mi parte me es imposible agregarme a esta opinión. Un laborioso estudio de las neurosis me ha enseñado que la etiología específica de las mismas se sustrajo al conocimiento de Beard.

No está en mi ánimo despreciar la importancia etiológica de tales agentes vulgares. Son muy varios y frecuentes, y siendo acusados casi siempre por los enfermos mismos, se hacen más evidentes que las causas específicas de las neurosis: etiología oculta e ignorada. Con gran frecuencia desempeñan la función de agentes provocadores, que hacen manifiesta la neurosis, hasta entonces latente, enlazándose a ellos un interés práctico, puesto que la consideración de estas causas vulgares puede prestar puntos de apoyo a una terapia que no se proponga una curación radical y se contente con retrotraer la afección a su anterior estado de latencia.

Ahora bien: jamás se consigue comprobar una relación constante y estricta entre una de estas causas vulgares y una determinada afección nerviosa. Así, la emoción moral se encuentra tanto en la etiología de la histeria, las obsesiones y la neurastenia como en la de la epilepsia, la enfermedad de Parkinson, la diabetes y otras muchas.

Las causas concurrentes vulgares pueden también reemplazar a la etiología específica en cuanto a la cantidad, pero jamás sustituirla completamente. Hay muchos casos en los que todas las influencias etiológicas están representadas por la condición hereditaria y la causa específica, faltando las causas vulgares. En los otros casos, los factores etiológicos indispensables no bastan por su cantidad para provocar la neurosis, resultando así que durante mucho tiempo puede ser mantenido un estado de salud aparente, que no es en realidad sino un estado de predisposición neurótica. Basta entonces que una causa vulgar añada su acción para que la neurosis se haga manifiesta. Pero en tales condiciones es preciso tener en cuenta que la naturaleza del agente vulgar sobrevenido es indiferente. Cualquiera que sea dicho agente —emoción, traumatismo, enfermedad infecciosa, etc.—, el efecto patológico será el mismo, pues la naturaleza de la neurosis dependerá siempre de la causa específica preexistente.

¿Cuáles son, pues, estas causas específicas de la neurosis? ¿Es acaso una sola o son varias? ¿Puede quizá comprobarse una relación etiológica constante entre tal causa y tal efecto neurótico, de modo que a cada una de las grandes neurosis podamos adscribir una etiología particular?

Apoyado en un examen laborioso de los hechos, he de afirmar que esta última suposición corresponde exactamente a la realidad; que cada una de las grandes neurosis enumeradas tiene por causa inmediata una perturbación particular de la economía nerviosa, y que estas modificaciones patológicas funcionales reconocen como origen común la vida sexual del individuo, sea un

desorden de la vida sexual actual, sean sucesos importantes de la vida pretérita.

No es ésta en verdad una afirmación nueva e inaudita. Entre las causas de la nerviosidad se han admitido siempre los desórdenes sexuales, pero subordinándolos a la herencia, coordinándolos con los demás agentes provocadores y restringiendo su influencia etiológica a un número limitado de casos observados. Los médicos han llegado incluso a adquirir la costumbre de no buscarlos si el enfermo no se refiere a ellos espontáneamente. En cambio, fundándome yo en los resultados de mis investigaciones, elevo tales influencias sexuales a la categoría de causas específicas; reconozco su acción en todos los casos de neurosis, y encuentro, en fin, un paralelismo regular; prueba de una relación etiológica particular entre la naturaleza de la influencia sexual y la especie morbosa de la neurosis.

Estoy seguro de que esta teoría provocará una tempestad de contradicciones por parte de los médicos contemporáneos. Pero no es éste el lugar de presentar los documentos y las experiencias que me han impuesto mi convicción ni de explicar el verdadero sentido de la expresión, un tanto vaga, «desórdenes de la economía nerviosa». Todo ello será realizado con la mayor amplitud en una obra que preparo sobre la materia^[217]. En el presente estudio me limitaré a enunciar mis resultados.

La neurastenia propiamente dicha, de un aspecto clínico muy monótono en cuanto se separa de ella la neurosis de angustia (fatiga, sensación de asco, dispepsia flatulenta, estreñimiento, parestesias espinales, debilidad sexual, etc.), no reconoce como etiología específica más que el onanismo (inmoderado) o las puluciones espontáneas.

La acción prolongada e intensa de esta perniciosa satisfacción sexual se basta para provocar la neurosis neurasténica o para imponer al sujeto el sello neurasténico especial, que se manifiesta más tarde bajo la influencia de una causa ocasional accesorio. He hallado también personas que presentaban los signos de constitución neurasténica, y en las cuales no he conseguido evidencia la etiología citada, pero por lo menos he logrado comprobar que la función sexual no se había desarrollado nunca en ellas hasta el nivel normal, pareciendo dotadas por herencia de una constitución sexual análoga a la que en el neurasténico se produce a consecuencia del onanismo.

La neurosis de angustia, cuyo cuadro clínico es mucho más rico (irritabilidad, estado de espera angustiosa, fobias, ataques de angustia completos

o rudimentarios, de miedo, de vértigo, temblores, sudores, congestión, disnea, taquicardia, etcétera; diarrea crónica, vértigo crónico de locomoción, hiperestesia, insomnios, etc.), se revela fácilmente como el efecto específico de diversos desórdenes de la vida sexual, que no carecen de un carácter común a todos. La abstinencia forzada, la excitación genital frustrada (no satisfecha por el acto sexual), el coito imperfecto o interrumpido, los esfuerzos sexuales que sobrepasan la capacidad psíquica del sujeto, etc., todos estos agentes, frecuentísimos en la vida moderna, coinciden en perturbar el equilibrio de las funciones psíquicas y somáticas en los actos sexuales, impidiendo la participación psíquica necesaria para libertar a la economía nerviosa de la tensión genésica.

Estas observaciones, que contienen quizá el germen de una explicación teórica del mecanismo funcional de la neurosis de angustia, muestran al mismo tiempo que no es aún posible hoy en día desarrollar una exposición completa y verdaderamente científica de la materia, siendo previamente necesario abordar el problema fisiológico de la vida sexual desde un punto de vista nuevo.

Diré, por último, que la patogénesis de la neurastenia y de la neurosis de angustia puede prescindir de la concurrencia de una disposición hereditaria. Así lo comprueban, en efecto, mis observaciones cotidianas. Pero si la herencia concurre, ejercerá una formidable influencia sobre el desarrollo de la neurosis.

Para la segunda clase de las grandes neurosis, la histeria y la neurosis obsesiva, la solución del problema etiológico es sorprendentemente sencilla y uniforme. Debo mis resultados al empleo de un nuevo método de psicoanálisis^[218], al procedimiento explorador de J. Breuer, un tanto sutil, pero insustituible por su eficacia para iluminar los oscuros caminos de la ideación inconsciente. Por medio de este procedimiento —cuya descripción no hemos de emprender aquí^[219]— se persiguen los síntomas histéricos hasta su origen, constituido siempre por un suceso de la vida sexual del individuo, muy apropiado para producir una emoción penosa. Explorando paso a paso el pretérito del enfermo, dirigidos siempre por el encadenamiento orgánico de los síntomas, los recuerdos y los pensamientos en estado de vigilia, hemos conseguido llegar al punto de partida del proceso patológico y hemos comprobado que en el fondo de todos los casos sometidos al análisis existía lo mismo la acción de un agente que había de ser aceptada como causa específica de la histeria.

Trátase, desde luego, de un recuerdo relativo a la vida sexual, pero que ofrece dos caracteres de máxima importancia. El suceso del cual ha conservado el sujeto un recuerdo inconsciente es una experiencia sexual precoz con excitación real de las partes genitales, seguida de un abuso sexual practicado por otra persona y el período de la vida en el que acaeció este suceso funesto es la infancia hasta la edad de ocho o diez años, antes de haber llegado el niño a la madurez sexual.

Así, pues, la etiología específica de la histeria está constituida por una *experiencia de pasividad sexual anterior a la pubertad*.

Añadiremos sin dilación algunos hechos detallados y algunos comentarios al resultado enunciado para evitar la desconfianza que sabemos han de despertar nuestras afirmaciones. Hemos podido practicar el psicoanálisis completo de trece casos de histeria, tres de los cuales eran verdaderas combinaciones de la histeria con la neurosis obsesiva (y no histeria con obsesiones). En ninguno de ellos faltaba el suceso antes descrito, hallándose representado por un atentado brutal cometido por una persona adulta o por una seducción menos rápida y menos repulsiva, pero conducente al mismo fin. De los trece casos, se trataba en siete de relaciones entre sujetos infantiles; esto es, de relaciones sexuales entre una niña y un niño algo mayor que ella, casi siempre su hermano, víctima a su vez de una seducción anterior. Estas relaciones habían continuado algunas veces durante años enteros, hasta la pubertad de los pequeños culpables, repitiendo siempre el niño con su pareja, sin innovación alguna, las mismas prácticas de que antes había él sido objeto por parte de una criada o una institutriz, y que a causa de este origen eran muchas veces de naturaleza repugnante. En algunos casos concurrían las relaciones infantiles y el atentado o el abuso brutal reiterado.

La fecha de la experiencia precoz era variable. En dos casos comenzaba la serie a los dos años (?) del infantil sujeto. Pero la edad más frecuente era entre los cuatro y los cinco años. Será quizá un azar, pero mis observaciones me han dado la impresión de que una experiencia de pasividad sexual posterior a la edad de ocho a diez años no puede ya servir de base a la constitución de una neurosis.

¿Cómo llegar a convencerse de la realidad de estas confesiones obtenidas en el análisis que pretenden ser recuerdos conservados desde la primera infancia y cómo precaverse contra la inclinación de mentir y la facilidad de invención atribuidas a los histéricos? Yo mismo me acusaría de credulidad censurable si no dispusiese de otras pruebas más concluyentes. Pero es que los enfermos no

cuentan jamás estas historias espontáneamente ni van nunca a ofrecer al médico en el curso del tratamiento el recuerdo completo de una tal escena. No se consigue despertar la huella física del suceso sexual precoz sino por medio de la más enérgica presión del procedimiento analítico y en lucha contra una enorme resistencia. Es necesario arrancar el recuerdo trozo a trozo, y mientras el mismo despierta en su conciencia, se muestran los pacientes invadidos por una emoción difícil de fingir.

El suceso sexual precoz deja una huella imperecedera en la historia del caso, apareciendo representado en ella por una multitud de síntomas y de rasgos particulares que no admiten otra explicación, siendo exigido de un modo perentorio por el encadenamiento sutil, pero sólido, de la estructura intrínseca de la neurosis. Por último, cuando no se penetra hasta dicho suceso, falla el efecto terapéutico del análisis, y de este modo no hay más remedio que aceptarlo o refutarlo todo en conjunto.

¿Pueden comprenderse que una tal experiencia sexual precoz sufrida por un individuo cuyo sexo apenas se ha diferenciado todavía llegue a constituirse en origen de una anomalía psíquica persistente, como la histeria? ¿Y cómo armonizar una tal hipótesis con nuestras ideas actuales sobre el mecanismo psíquico de esta neurosis? A la primera de estas interrogaciones podemos dar una respuesta satisfactoria: precisamente por tratarse de un sujeto infantil no produce en su fecha la excitación efecto alguno, pero su huella psíquica perdura. Más tarde, cuando con la pubertad queda desarrollada la reactividad de los órganos sexuales hasta un nivel inconmensurable con relación al estado infantil, es reanimada esta huella psíquica inconsciente, y a causa de la transformación debida a la pubertad, despliega el recuerdo una potencia de la que careció totalmente el suceso mismo. El recuerdo actúa entonces como si fuese un suceso presente. Trátase, pues, por decirlo así, de una acción póstuma de un trauma sexual.

Por lo que sabemos, este despertar del recuerdo sexual después de la pubertad, habiendo acaecido el suceso mismo en una época muy anterior a tal período, constituye la única posibilidad psicológica de que la acción inmediata de un recuerdo sobrepase la del suceso actual. Pero ha de tenerse en cuenta que se trata de una constelación anormal, que ataca un lado débil del mecanismo psíquico y produce necesariamente un efecto psíquico patológico.

A mi juicio, esta relación inversa entre el efecto psíquico del recuerdo y el del suceso entraña la razón por la cual el recuerdo permanece inconsciente.

Llegamos así a un problema psíquico muy complejo, pero que debidamente apreciado promete arrojar algún día una viva claridad sobre las cuestiones más delicadas de la vida psíquica.

Las ideas aquí expuestas, teniendo como punto de partida el hecho de que el psicoanálisis nos revela siempre, como causa específica de la histeria, el recuerdo de una experiencia sexual precoz, no se hallan de acuerdo con la teoría psicológica de la neurosis sostenida por Janet ni con ninguna otra, pero si armonizan perfectamente con mis propias especulaciones sobre las neurosis de defensa.

Todos los sucesos posteriores a la pubertad, a los cuales es preciso atribuir una influencia sobre el desarrollo de la neurosis histérica y sobre la formación de sus síntomas, no son en realidad sino causas concurrentes, *agentes provocadores*, como decía Charcot, para el cual ocupaba la herencia nerviosa el puesto que yo reclamo para la experiencia sexual precoz. Estos agentes accesorios no están sujetos a las condiciones estrictas que pesan sobre las causas específicas. El análisis demuestra de un modo irrefutable que sólo por su facultad de despertar la huella psíquica inconsciente del suceso infantil gozan de una influencia patógena en relación con la histeria. Su conexión con la huella patógena primaria es lo que lleva su recuerdo a lo inconsciente, facultándolos así para contribuir al desarrollo de una actividad psíquica sustraída al poder de las funciones conscientes.

La neurosis obsesiva proviene de una causa específica muy análoga a la de la histeria. Encontramos también en ella un suceso sexual precoz acaecido antes de la pubertad, cuyo recuerdo es activado en esta época o después de ella, y los mismos razonamientos y observaciones expuestos con ocasión de la histeria pueden aplicarse a los casos observados de esta neurosis (seis, tres de ellos muy puros). No hay más que una diferencia importante. En el fondo de la etiología histérica hemos hallado un suceso de pasividad sexual, una experiencia tolerada con indiferencia o con enfado o temor. En la neurosis obsesiva se trata, por el contrario, de un suceso que ha causado placer, de una agresión sexual inspirada por el deseo (sujeto infantil masculino) o de una gozosa participación en las relaciones sexuales (sujeto infantil femenino).

Las ideas obsesivas, reconocidas por el análisis en su sentido íntimo, reducidas, por decir así, a su más simple expresión, no son sino reproches que el sujeto se dirige por el goce sexual anticipado, si bien reproches desfigurados por una labor psíquica inconsciente de transformación y de sustitución.

El hecho mismo de que tales agresiones sexuales tengan lugar a una edad tan tierna parece denunciar la influencia de una seducción anterior, de la cual es consecuencia la precocidad del deseo sexual. En los casos por mí analizados ha quedado siempre confirmada esta sospecha. De este modo queda explicado un hecho constante en estos casos de neurosis obsesiva; esto es, la complicación regular del cuadro sintomático por un cierto número de síntomas simplemente histéricos.

La importancia del elemento activo de la vida sexual en la etiología de las obsesiones y la de la pasividad en la patogenia de la histeria parecen incluso revelar la razón de la conexión más íntima de la histeria con el sexo femenino y de la preferencia del masculino por la neurosis obsesiva. A veces hallamos dos neuróticos que en su infancia formaron una pareja de infantiles amantes, y en estos casos el hombre padece una neurosis obsesiva y la mujer una histeria. Cuando se trata de hermano y hermana, no es difícil incurrir en el error de atribuir a la herencia nerviosa lo que no es sino un efecto de experiencias sexuales precoces.

Existen, desde luego, casos aislados y puros de histeria o de neurosis obsesiva independientes de la neurastenia o de la neurosis de angustia; pero no es esto lo general. Por lo regular, la psiconeurosis se presenta como accesoria o la neurosis neurasténica, como evocada por ella, o siguiendo su declinación. Ello obedece a que las causas específicas de estas neurosis, o sea, los desórdenes actuales de la vida sexual, actúan al mismo tiempo como causas accesorias de las psiconeurosis, cuya causa específica —el recuerdo de la experiencia sexual precoz— despiertan y reaniman.

Por lo que respecta a la herencia nerviosa, estoy aún muy lejos de saber evaluar justamente su influencia en la etiología de las psiconeurosis. Concedo que su presencia es indispensable en los casos graves, y dudo que lo sea en los leves; pero estoy convencido de que por sí sola no puede producir la psiconeurosis cuando su etiología específica —la excitación sexual precoz— falta. Llego incluso a opinar que la cuestión de determinar cuál de las neurosis —la histeria o la neurosis obsesiva— se desarrolla en un caso dado no depende de la herencia, sino de un carácter especial de dicho suceso sexual precoz.

XIII

NUEVAS OBSERVACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA^[220] 1896

EN un breve estudio^[221], publicado en 1894, hube de reunir bajo el nombre de «neuropsicosis de defensa» la histeria, las representaciones obsesivas y algunos casos de locura alucinatoria, fundándome en que los síntomas de todas estas afecciones son un producto del mecanismo psíquico de la defensa (inconsciente), surgiendo, por tanto, a consecuencia de la tentativa de reprimir una representación intolerable, penosamente opuesta al yo del enfermo. En el libro que sobre la histeria^[222] he publicado después en colaboración con el doctor Breuer he expuesto, con ayuda de varias observaciones clínicas, el sentido en que ha de interpretarse este proceso psíquico de la «defensa» o la «represión» describiendo también el método psicoanalítico, penoso pero seguro, de que me sirvo en estas investigaciones, las cuales constituyen, simultáneamente, una terapia.

Los resultados obtenidos en estos dos últimos años de trabajo han robustecido mi inclinación a considerar la defensa como el nódulo del mecanismo psíquico de las mencionadas neurosis y me han permitido, además, proporcionar a la teoría psicológica una base clínica. Para mi propia sorpresa he tropezado con algunas soluciones sencillas, pero precisamente determinadas, de los problemas de las neurosis; soluciones que me propongo exponer en el presente estudio. No pudiendo integrar en él, por su forzosa brevedad, las pruebas de mis afirmaciones, espero darles cabida en una próxima publicación, más amplia.

A) LA ETIOLOGÍA «ESPECÍFICA» DE LA HISTERIA

YA en otras ocasiones anteriores hemos expuesto Breuer y yo la teoría de que los síntomas de la histeria sólo se nos hacen comprensibles cuando nos referimos a experiencias de efectos «traumáticos» o traumas psíquicos de carácter sexual. Lo que hoy me propongo agregar a lo ya expuesto, como resultado uniforme del análisis de trece casos de histeria, se refiere, por un lado, a la naturaleza de estos traumas sexuales, y por otro, al período de la vida individual en el que acaecen. Para la causación de la histeria no basta que en una época cualquiera de la vida surja un suceso, relacionado en algún modo con la vida sexual y que llegue a hacerse patógeno por el desarrollo y la represión de un afecto penoso.

Es preciso que tales traumas sexuales sobrevengan en la temprana infancia del sujeto (la época anterior a la pubertad) y su contenido ha de consistir en una excitación real de los genitales en procesos análogos al coito.

En todos los casos de histeria por mí analizados (entre ellos dos de histeria masculina) he hallado cumplida esta condición específica de la histeria —la pasividad sexual en tiempos presexuales—, condición que, a más de disminuir considerablemente la significación etiológica de la disposición hereditaria, explica la frecuencia infinitamente mayor de la histeria en el sexo femenino, el cual ofrece durante la infancia mayores atractivos a la agresión sexual.

Contra este resultado se objetará, seguramente, que los atentados sexuales cometidos en sujetos infantiles aún impúberes son demasiado frecuentes para poder concederles un serio valor etiológico. O también que, por tratarse de sujetos cuya sexualidad no está aún desarrollada, no pueden tener tales sucesos efecto alguno. Por último, se alegará la posibilidad de ser nosotros mismos los que sugerimos al paciente tales recuerdos durante el tratamiento y se nos prevendrá contra una aceptación demasiado crédula de las manifestaciones de estos enfermos, tan dados a fantasear. Y a estas dos últimas objeciones he de contestar que para poder emitir algún juicio sobre este oscuro sector es necesario haberse servido alguna vez del único método susceptible de arrojar alguna luz sobre él; esto es, del psicoanálisis, por medio del cual logramos hacer consciente lo inconsciente^[223]. Las dos primeras quedarán contestadas en lo esencial con la observación de que no son los sucesos mismos los que actúan traumáticamente,

sino su *recuerdo*, emergente cuando el individuo ha llegado ya a la madurez sexual.

Mis trece casos de histeria eran todos graves y databan ya de muchos años, algunos de ellos a pesar de un largo tratamiento médico ineficaz. Los traumas infantiles que en ellos descubrió el análisis eran todos de orden sexual y en ocasiones de un carácter extraordinariamente repugnante. Entre los culpables de estos abusos de tan graves consecuencias figuraban, en primer lugar, niñeras, *nurses* y otras personas del servicio, a las cuales se abandona imprudentemente el cuidado de los niños, y luego, con lamentable frecuencia, personas dedicadas a la enseñanza infantil. En siete de los trece casos indicados se trataba, en cambio, de inocentes agresores infantiles, casi siempre hermanos, que habían mantenido durante años enteros relaciones sexuales con sus hermanas, poco menores que ellos. Por lo común, el origen de estas relaciones era uno mismo: el hermano había sido objeto de un abuso sexual por parte de una persona perteneciente al sexo femenino, y despertaba así, prematuramente, su libido, había repetido años después, con su hermana, exactamente las mismas prácticas a las que antes le habían sometido.

La masturbación activa debe ser excluida de la lista de las influencias sexuales patógenas productoras de la histeria. El hecho de aparecer tan frecuentemente asociada a esta enfermedad depende de ser, con mayor frecuencia de lo que se cree, una secuela del abuso o la seducción. No es raro que los dos miembros de la pareja infantil enfermen ulteriormente de neurosis de defensa, mostrando el hermano representaciones obsesivas y la hermana una histeria, lo cual da al caso una apariencia de disposición neurótica familiar. Pero esta pseudoherencia revela en seguida su inexactitud. En uno de mis casos se hallaban enfermos el hermano, la hermana y un primo algo mayor. El análisis del hermano me descubrió que se reprochaba obsesivamente ser la causa de la enfermedad de su hermana. Por su parte, él había sido pervertido por su primo, y éste, a su vez, según me comunicó la familia, había sido víctima de la sexualidad de su niñera.

No me es posible indicar con seguridad el límite de edad hasta el cual una influencia sexual puede constituirse en factor etiológico de la histeria, pero dudo mucho de que la pasividad sexual pueda ya suscitar una represión después de los ocho o los diez años, a menos que la capaciten para ello sucesos anteriores. El límite inferior alcanza tanto como la facultad de recordar, o sea, hasta la tierna edad de año y medio o dos años (dos casos). En un cierto número de los casos

analizados el trauma sexual (o serie de traumas) había sobrevivido entre los tres y los cuatro años. Yo mismo me resistía a creer estos extraños descubrimientos, si el desarrollo de la neurosis ulterior no impusiera su aceptación. En todos los casos hallamos una serie de costumbres patológicas, síntomas y fobias que sólo por medio de su referencia a tales experiencias infantiles resultan explicables, y el enlace lógico de las manifestaciones neuróticas hace imposible rechazar dichos recuerdos de la niñez, fielmente conservados. Claro está que sería inútil querer interrogar a un histérico sobre estos traumas infantiles fuera del psicoanálisis, pues su huella no se encuentra jamás en la memoria consciente y sí sólo en los síntomas patológicos.

Las experiencias y las excitaciones que preparan o motivan, en el período posterior a la pubertad, la explosión de la histeria no hacen sino despertar la huella mnémica de aquellos traumas infantiles, huella que tampoco se hace entonces consciente, pero provoca el desarrollo de afectos y la represión. Con este papel de los traumas ulteriores, armoniza el hecho de que no aparecen sometidos a la estricta condicionalidad de los traumas infantiles, sino que pueden variar en intensidad y constitución, desde la verdadera violación sexual hasta la simple aproximación de igual orden, la percepción de actos sexuales realizados por otras personas o la audición de relatos de procesos sexuales^[224].

En mi primera comunicación sobre las neurosis de defensa quedó inexplicado cómo la tendencia del sujeto hasta entonces sano a olvidar una tal experiencia traumática podía producir realmente la represión propuesta y abrir con ellos las puertas a la neurosis. Este resultado no podía depender de la naturaleza de la experiencia, puesto que otras personas permanecían sanas, no obstante haber sufrido idéntico trauma. Así, pues, la histeria no quedaba totalmente explicada por la acción del trauma, debiéndose aceptar que ya antes del mismo existía en el sujeto una capacidad para la reacción histérica.

En el lugar de esta indeterminada disposición histérica podemos situar ahora, total o fragmentariamente, el efecto póstumo del trauma sexual infantil. La «represión» del recuerdo de una experiencia sexual penosa de los años de madurez sólo es alcanzada por personas en las que tal experiencia pueda activar la acción de un trauma infantil^[225].

Las representaciones obsesivas tienen también como premisa una experiencia infantil de un orden distinto al de las descubiertas en los histéricos. La etiología de ambas neurosis de defensa ofrece la siguiente relación con la

etiología de las dos neurosis simples: la neurastenia y la neurosis de angustia. Estas dos últimas afecciones son efectos inmediatos de las prácticas sexuales nocivas (caso que ya explicamos en un estudio sobre la neurosis de angustia, publicado en 1895^[226]). En cambio, las dos neurosis de defensa son consecuencias mediatas de influencias sexuales nocivas, que han actuado antes de la madurez sexual; esto es, consecuencias de las huellas mnémicas psíquicas de tales influencias. Las causas actuales que producen la neurastenia y la neurosis de angustia desempeñan muchas veces al mismo tiempo el papel de causas despertadoras de las neurosis de defensa. Por otro lado, las causas específicas de las neurosis de defensa pueden constituir la base de una neurastenia ulterior, no siendo tampoco raro que una neurastenia o una neurosis de angustia sean mantenidas, en lugar de por prácticas sexuales nocivas actuales, sólo por el recuerdo perdurable de traumas infantiles^[227].

B) ESENCIA Y MECANISMO DE LA NEUROSIS OBSESIVA

EN la etiología de la neurosis obsesiva tienen las experiencias sexuales de la temprana infancia la misma significación que en la histeria; pero no se trata ya de la pasividad sexual, sino de agresiones de este orden, llevadas a cabo con placer o de una gozosa participación en actos sexuales; esto es, de actividad sexual. De esta diferencia en las circunstancias etiológicas depende la mayor frecuencia de la neurosis obsesiva en el sexo masculino.

Por otra parte, en el fondo de todos mis casos de neurosis obsesiva he hallado síntomas histéricos, que el análisis demostraba dependientes de una escena de pasividad sexual anterior a la intervención sexual activa. A mi juicio, esta coincidencia es regular, y la agresión sexual prematura supone siempre una experiencia pasiva anterior. No me es posible presentar aún una exposición definitiva de la etiología de la neurosis obsesiva. Pero tengo la impresión de que el factor que decide si de los traumas infantiles ha de surgir una histeria o una neurosis obsesiva se halla relacionado con las circunstancias temporales de la libido.

La esencia de la neurosis obsesiva puede encerrarse en una breve fórmula: las representaciones obsesivas son reproches transformados, retornados de la represión; y referentes siempre a un acto sexual de la niñez ejecutado con placer.

Para explicar esta fórmula será necesario describir el curso típico de una neurosis obsesiva.

Los sucesos que contienen el germen de la neurosis se desarrollan en un primer período, al que podemos dar el nombre de «la inmoralidad infantil». Primero, en la más temprana infancia, tienen efecto las experiencias pasivas, que más tarde hacen posible la represión, sobreviniendo luego los actos de agresión sexual contra el sexo contrario, los cuales motivan ulteriormente los reproches.

A este período pone fin la iniciación —a veces también adelantada— de la «maduración» sexual. Al recuerdo de aquellos actos placenteros se enlaza entonces un reproche, y la conexión en que se hallan con las experiencias iniciales de pasividad hace posible —con frecuencia después de un esfuerzo consciente—, recordando luego su represión y sustitución por un síntoma primario de defensa. Los escrúpulos, la vergüenza, la desconfianza en sí mismo son síntomas de este orden, con los cuales comienza el tercer período: el de la salud aparente y, en realidad, de la defensa conseguida.

El período siguiente —el de la enfermedad— se caracteriza por el retorno de los recuerdos reprimidos, o sea, por el fracaso de la defensa, siendo aún indeciso si el despertar de dichos recuerdos es con mayor frecuencia casual y espontáneo, o consecuencia y efecto secundario de perturbaciones sexuales actuales. Los recuerdos reanimados y los reproches de ellos surgidos no pasan nunca a la conciencia sin sufrir grandes alteraciones, y así, aquello que se hace consciente como representaciones y afectos obsesivos, sustituyendo para la vida consciente el recuerdo patógeno, son transacciones entre las representaciones reprimidas y las represoras.

Para describir precisa y exactamente los procesos de la represión y de la formación de representaciones transaccionales habríamos de decidarnos a admitir hipótesis muy definidas sobre el substrato del suceder psíquico y de la conciencia. Mientras queramos evitar tales hipótesis habremos de contentarnos con las siguientes observaciones: existen dos formas de neurosis obsesiva, según que el paso a la conciencia sea forzado tan sólo por el contenido mnémico de la acción, base del reproche, o también por el afecto concomitante. El primer caso es el de las representaciones obsesivas típicas, en las cuales el contenido atrae toda la atención del enfermo, no sintiendo éste como afecto sino un vago displacer en lugar del correspondiente al reproche, único que armonizaría con el contenido de la representación. Este contenido de la representación obsesiva aparece doblemente deformado con relación al acto infantil motivador,

mostrándose sustituido lo pasado por algo actual, y reemplazado lo sexual por algo análogo no sexual. Estas dos transformaciones son obra de la tendencia a la represión, aún perdurante; tendencia que hemos de atribuir al yo. La influencia del recuerdo patógeno reanimado se muestra en el hecho de que el contenido de la representación obsesiva es todavía fragmentariamente idéntico al reprimido, o se deduce de él de un modo lógico. Si con ayuda del método psicoanalítico reconstruimos la génesis de una representación obsesiva, hallamos que de una impresión actual parten dos procesos mentales, uno de los cuales, el que integra el recuerdo reprimido, se demuestra tan correctamente lógico como el otro, a pesar de no ser capaz de conciencia ni susceptible de rectificación. Cuando los resultados de estas dos operaciones psíquicas no coinciden, no tiene lugar la supresión lógica de la contradicción existente entre ambas, sino que al lado del resultado mental normal entra en la conciencia, a título de transacción entre la resistencia y el resultado mental patológico, una representación obsesiva aparentemente absurda. Cuando ambos procesos mentales dan el mismo resultado, se robustecen mutuamente, resultando así que un resultado mental normal se conduce como una representación obsesiva. Toda obsesión neurótica, emergente en lo psíquico, tiene su origen en la represión. Las representaciones obsesivas tienen, digámoslo así, curso psíquico forzoso, no por su propio valor, sino por la fuente de la que emanan o que las ha intensificado.

La neurosis obsesiva toma una segunda forma cuando lo que alcanza una representación en la vida psíquica consciente no es el contenido mnémico reprimido, sino el reproche, reprimido también. El afecto correspondiente al reproche puede transformarse por medio de un incremento psíquico en cualquier otro afecto displaciente.

Sucedido esto, nada hay ya que se oponga a que el afecto sustitutivo se haga consciente. De este modo el reproche (de haber realizado en la niñez el acto sexual de que se trate) se transforma fácilmente en vergüenza (de que otra persona lo sepa), en miedo hipocondríaco (de las consecuencias físicas de aquel acto), en miedo social (a la condenación social del delito cometido), en miedo a la tentación (desconfianza justificada en la propia fuerza moral de resistencia), en miedo religioso, etc. En todos estos casos, el contenido mnémico del acto motivo del reproche puede también hallarse representado en la conciencia o quedar completamente desvanecido; circunstancia esta última que dificulta extraordinariamente el diagnóstico. Muchos casos que después de una investigación superficial se consideran como de hipocondría vulgar

(neurasténica) pertenecen a este grupo de los afectos obsesivos. Así, la llamada «neurastenia periódica» o «melancolía periódica» resulta ser, con insospechada frecuencia, una neurosis obsesiva de esta segunda forma; descubrimiento de no escasa importancia terapéutica.

Al lado de estos síntomas transaccionales, que significan el retorno de lo reprimido, y con ello el fracaso de la defensa primitivamente conseguida, forma la neurosis obsesiva otros, de un origen totalmente distinto. El yo intenta, en efecto, defenderse de las ramificaciones del recuerdo, inicialmente reprimido, y crea en esta lucha defensiva síntomas que podríamos reunir bajo el nombre de «defensa secundaria». Son estos síntomas, en su totalidad, «medidas preventivas», que prestan buenos servicios en la lucha contra las representaciones y los afectos obsesivos. Si estos elementos auxiliares consiguen efectivamente en la lucha defensiva reprimir de nuevo los síntomas del retorno, impuestos al yo, la obsesión se transferirá a las medidas preventivas mismas, y creará una tercera forma de la «neurosis obsesiva»: los actos obsesivos. Estos actos no son nunca primarios ni contienen otra cosa que una defensa, y jamás una agresión. El análisis psíquico demuestra que, no obstante su singularidad, resultan siempre explicables refiriéndolos al recuerdo obsesivo, contra el cual combaten^[228].

La defensa secundaria contra las representaciones obsesivas puede consistir en una violenta desviación del pensamiento hacia otras ideas, lo más opuestas posible. Así, en el caso de la especulación obsesiva recae ésta sobre temas abstractos, contrapuestos al carácter, siempre concreto, de las representaciones reprimidas. En otras ocasiones intenta el enfermo dominar cada una de sus ideas obsesivas por medio de un proceso mental lógico, y acogiendo a sus recuerdos conscientes; conducta que le lleva al examen y a la duda obsesivos. La preferencia que en este examen obsesivo da el enfermo a la percepción sobre el recuerdo le impulsa primero y le fuerza después a coleccionar y conservar todos los objetos con los que entra en contacto. La defensa secundaria contra los afectos obsesivos da origen a una gran serie de medidas preventivas, susceptibles de transformarse en actos obsesivos. Tales medidas preventivas pueden clasificarse, según su tendencia, en los siguientes grupos: medidas de penitencia (ceremoniales molestos, observaciones de los números); de preservación (fobias de todas clases, superstición, minuciosidad, incremento del síntoma primario de los escrúpulos); del miedo a delatarse (colección cuidadosa de todo papel

escrito^[229], misantropía); de aturdimiento (dipsomanía). Entre todos estos actos e impulsos obsesivos, corresponde a las fobias el lugar más importante.

Hay casos en los que se puede observar cómo la obsesión se transfiere desde la representación o el afecto a la medida preventiva; en otros oscila periódicamente la obsesión entre el síntoma del retorno y el de la defensa secundaria. Por último, hay también casos en los que no se forma ninguna representación obsesiva, quedando inmediatamente representado el recuerdo reprimido por la medida de defensa, aparentemente primaria. En estos casos es alcanzado de un salto el estadio final de la neurosis, ulterior a la lucha defensiva. Los casos graves de esta afección culminan en la fijación de los actos ceremoniales y la emergencia de la locura de duda, o en una existencia extravagante del enfermo, condicionada por las fobias.

El hecho de no encontrar crédito la representación obsesiva ni ninguno de sus derivados procede quizá de que en la primera represión quedó ya constituido el síntoma de la escrupulosidad, que ha adquirido también un carácter obsesivo. La seguridad de haber vivido moralmente durante todo el período de la defensa conseguida hace imposible dar crédito al reproche que la representación obsesiva envuelve. Sólo esporádicamente, al emerger una nueva representación obsesiva, o en estados melancólicos de agotamiento del yo, logran crédito los síntomas patológicos del retorno. El carácter «obsesivo» de los productos psíquicos aquí descritos no tiene, en general, nada que ver con su aceptación como verdaderos, ni debe tampoco confundirse con aquel factor, al que damos el nombre de «fuerza» o «intensidad» de una representación. Su carácter esencial es más bien la imposibilidad de hacerlos desaparecer por medio de la actividad psíquica, capaz de conciencia: carácter que no varía por el hecho de que la representación obsesiva aparezca más o menos clara e intensa.

La causa de esta condición inatacable de la representación obsesiva o de sus derivados es su conexión con el recuerdo infantil reprimido, pues una vez que conseguimos hacer consciente tal recuerdo, para lo cual parecen bastar los métodos psicoterápicos, se desvanece la obsesión.

C) ANÁLISIS DE UN CASO DE PARANOIA CRÓNICA^[230]

ESDE hace mucho tiempo vengo sospechando que también la paranoia —o

Dalgún grupo de casos pertenecientes a la paranoia— es una neurosis de defensa, surgiendo, como la histeria y las representaciones obsesivas, de la represión de recuerdos penosos, y siendo determinada la forma de sus síntomas por el contenido de lo reprimido. Peculiar a la paranoia sería un mecanismo especial de la represión, como lo es la represión en la histeria por el proceso de la conversión en invasión somática, y en la neurosis obsesiva la sustitución (el desplazamiento a lo largo de ciertas categorías asociativas). Varios casos por mí observados se mostraban favorables a esta observación, pero no había encontrado ninguna que la demostrara totalmente, hasta que hace unos meses la bondad del doctor Breuer me permitió someter al psicoanálisis, con un fin terapéutico, el caso de una mujer de treinta y dos años, muy inteligente, cuya enfermedad había de diagnosticarse de paranoia crónica. Me apresuro a exponer en este trabajo los datos adquiridos en tal análisis por no tener probabilidades de estudiar la paranoia sino en casos aislados, y esperar que estas observaciones aisladas muevan a algún psiquiatra a incorporar la teoría de la «defensa» a la viva discusión actual sobre la naturaleza y el mecanismo de la paranoia. Por mi parte, con la observación única aquí expuesta no pretendo sino demostrar que se trata de un caso de psicosis de defensa, e indicar la posibilidad de que en el grupo de la «paranoia» existan otros de igual naturaleza.

La sujeto de este caso es una señora de treinta y dos años, casada hace tres, y madre de un niño de dos. Sus padres no padecieron enfermedad alguna nerviosa; en cambio, sus dos hermanas son neuróticas. Parece ser que hacia los veinte años padeció una depresión pasajera, con obnubilación del juicio; pero posteriormente gozó de salud y capacidad normales, hasta que seis meses después del nacimiento de su hijo se iniciaron en ella los primeros signos de su enfermedad actual. Comenzó por hacerse reservada y desconfiada, rehuyendo el trato con las hermanas de su marido, y lamentándose de que los habitantes de la pequeña población de su residencia habían variado de conducta para con ella, mostrándose descorteses y negándole toda consideración. Poco a poco fueron ganando estas quejas en intensidad, aunque no en precisión. Se tenía contra ella algo que no podía adivinar. Pero no le cabía la menor duda de que todos — parientes y amigos— la desconsideraban y hacían lo posible por irritarla. Por más que se rompía la cabeza para averiguar el porqué de aquella mudanza, no lo conseguía. Algún tiempo después empezó a quejarse de ser observada de continuo por los vecinos, que adivinaban sus pensamientos y sabían todo lo que en su casa pasaba. Una tarde se le ocurrió de repente que la espían por la

noche, mientras se desnudaba, y desde entonces este momento inició al acostarse toda una serie de complicadas medidas preventivas, no desnudándose sino a oscuras y después de meterse en la cama. Viendo que rehuía todo trato, aparecía constantemente deprimida y casi no se alimentaba, decidió la familia llevarla a un balneario durante el verano de 1895; pero el efecto de la cura de aguas fue desastroso, pues se intensificaron los síntomas ya existentes y aparecieron otros nuevos. Ya en la primavera anterior, hallándose un día la sujeto sola con su doncella, había experimentado una singular sensación en el regazo, pensando al sentirla que la muchacha que la acompañaba tenía en aquel momento un pensamiento indecoroso. Esta sensación se hizo durante el verano casi continua. «Sentía sus genitales como si sobre ellos gravitase el peso de una mano». Después comenzó a ver imágenes que la espantaban: alucinaciones de desnudos femeninos, especialmente el regazo femenino de una mujer adulta, y a veces también genitales masculinos. La imagen del regazo femenino y la sensación de peso sobre sus propios genitales aparecían casi siempre unidas. Estas alucinaciones le eran especialmente penosas, pues surgían siempre que se hallaba con otra mujer, y las interpretaba suponiendo que las desnudeces que veía pertenecían a la persona con quien se hallaba, la cual, a su vez, la veía a ella en igual forma. Simultáneamente a estas alucinaciones visuales —que después de surgir durante la estancia en el balneario desaparecieron por espacio de varios meses— comenzó a oír voces desconocidas, cuya procedencia no podía explicarse. Cuando iba por la calle oía: «Ésa es Fulana. Ahí va. ¿Dónde iría?». Se comentaban todos sus actos y ademanes, y a veces oía amenazas y reproches. Todos estos síntomas se intensificaban cuando se hallaba en sociedad o salía a la calle: todo lo cual la hizo encerrarse en su casa. Poco después comenzó a negarse a comer, alegando repugnancia y náuseas, desmejorándose así rápidamente.

Todo esto lo supe cuando en el invierno de 1895 me fue confiada la enferma para su tratamiento. Lo he expuesto al detalle para hacer presente que se trata de una forma muy frecuente de paranoia crónica; diagnóstico con el cual armonizan otros detalles sintomáticos, que más adelante expondré. Al principio no pude comprobar la existencia de delirios, interpretadores de las alucinaciones, bien porque la enferma me los ocultase, bien porque no hubiesen surgido todavía. La sujeto conservaba intacta su inteligencia, siéndome únicamente referida, como detalle singular, la circunstancia de haber hecho venir a su casa repetidas veces a su hermano, alegando tener que confiarle algo, pero sin llegar nunca a la

anunciada confidencia. No hablaba nunca de sus alucinaciones, y en la última época tampoco se refería sino muy raras veces a las persecuciones de que era objeto.

Lo que sobre esta enferma me propongo exponer se refiere principalmente a la etiología del caso y al mecanismo de las alucinaciones. La etiología se me reveló al aplicar a la enferma, como si se tratase de una histérica, el método de Breuer para la investigación y supresión de las alucinaciones. Al obrar así partí del supuesto de que en esta paranoia debían existir, como en las otras dos neurosis de defensa por mí estudiadas, pensamientos inconscientes y recuerdos reprimidos, susceptibles de ser atraídos a la conciencia venciendo una determinada resistencia. La enferma confirmó en seguida esta hipótesis, comportándose en el análisis exactamente como, por ejemplo, una histérica, y produciendo bajo la presión de mis manos (véanse mis estudios sobre la histeria) ideas que no recordaba haber tenido, que no comprendía en un principio y que contradecían sus esperanzas. Quedaba, pues, demostrado que también en un caso de paranoia existían importantes ideas inconscientes, dándose así la posibilidad de referir también a la represión la obsesión de la paranoia. Únicamente resultaba singular el hecho de que la enferma oía interiormente, a modo de alucinación, los datos procedentes de su inconsciente.

Con respecto al origen de las alucinaciones visuales descubrí que la imagen del regazo femenino coincidía casi siempre con la sensación de peso sobre sus propios genitales; pero que esta última vez era casi constante, y se presentaba muy frecuentemente sola.

Las primeras imágenes de desnudos femeninos habían surgido en el balneario pocas horas después de haber visto efectivamente la sujeto a otras bañistas desnudas en la piscina general. Eran, pues, simples reproducciones de una impresión real, habiendo de suponerse que si tales impresiones se reproducían era porque la paciente había enlazado a ellas un intenso interés. Como explicación manifestó la sujeto que había sentido vergüenza por aquellas mujeres que se mostraban en tal forma, y que desde entonces se avergonzaba de desnudarse ante cualquier persona. Habiendo de considerar este pudor como algo obsesivo, deduje, conforme al mecanismo de la defensa, que la paciente debía de mantener reprimido el recuerdo de un suceso en el que no se había avergonzado, y la invité a dejar de emerger todas aquellas reminiscencias relacionadas con el tema del pudor. Rápidamente reprodujo entonces una serie de escenas cronológicamente descendentes desde los diecisiete a los ocho años,

en las que se había avergonzado de hallarse desnuda ante su madre, su hermano o el médico. Por último, esta serie de recuerdos culminó con el de haberse desnudado una noche, teniendo seis años, ante su hermano, sin haber sentido vergüenza ninguna. A mis preguntas confesó que tal escena se había repetido muchas veces, pues durante varios años habían tenido ella y su hermano la costumbre de mostrarse mutuamente sus desnudeces al ir a acostarse. Esta confesión me explicó su repentina idea obsesiva de que la espiaban mientras se desnudaba para acostarse. Tratábase de un fragmento inmodificado del antiguo recuerdo reprochable, y la sujeto sentía ahora la vergüenza que antes no había experimentado.

La sospecha de que también en este caso se trataba de relaciones sexuales infantiles, tan frecuentes en la etiología de la histeria, quedó confirmada por los progresos del análisis, los cuales proporcionaron al mismo tiempo la solución de ciertos detalles, muy frecuentes en el cuadro de la paranoia. El principio de la enfermedad coincidió con un disgusto entre su marido y su hermano, el cual se vio obligado a no volver a casa. La sujeto, que había querido siempre mucho a su hermano, le echó extraordinariamente de menos durante este tiempo. Además hablaba de un momento de su enfermedad en que «se lo explicó todo»; esto es, en el que llegó al convencimiento de que sus sospechas de que todos la despreciaban y la herían intencionadamente eran una realidad. Esta convicción se le impuso un día en que, hablando con su cuñada, oyó decir a ésta: «Si a mí me pasara algo semejante, no me preocuparía en modo alguno». Al principio no paró mientes la sujeto en estas palabras; pero después de irse su cuñada le pareció que contenía un reproche, como si la hubiera querido tachar de despreocupada, y a partir de este momento tuvo por seguro que todo el mundo la criticaba. Interrogada por mí sobre el motivo que había tenido para suponer que su cuñada se refería a ella con aquellas palabras, me respondió que el tono con que las había pronunciado le había convencido de ello, si bien este convencimiento no surgió en el momento de oírlas, sino algún tiempo después, detalle característico de la paranoia. En el curso del análisis la obligué a recordar la conversación que había precedido a aquellas manifestaciones de su cuñada, resultando que esta última se había referido a los disgustos que sus hermanos habían originado en la familia, añadiendo la observación siguiente: «En toda familia pasan cosas que deben ocultarse. Pero si a mí me sucediera algo semejante, me tendría sin cuidado». La sujeto hubo de confesarse entonces que la causa verdadera de sus ideas de persecución había sido la primera frase. «En

toda familia pasan cosas que deben ocultarse». Ahora bien, habiendo reprimido esta frase, que podía despertar en ella el recuerdo de sus relaciones infantiles con su hermano, y recordando tan sólo la segunda, carente de significación, tenía que enlazar a esta última la impresión de que su cuñada la hacía objeto de un reproche, y como el contenido mismo de la frase no ofrecía punto alguno de apoyo que justificase tal idea, hubo de fundamentarla en el tono con que había sido pronunciada. Hallamos aquí una prueba probablemente típica de qué los errores de interpretación de la paranoia reposan sobre una represión.

En el curso ulterior del análisis quedó también explicada la siguiente conducta de la sujeto al hacer venir repetidamente a su hermano, alegando la necesidad de comunicarle algo para luego no cumplir tal anuncio. Según la propia enferma, obró así porque creía que sólo con verle comprendería su hermano sus padecimientos. Siendo su hermano realmente la única persona que podía saber la etiología de su enfermedad, resultaba que la sujeto había obrado a impulsos de un motivo que no comprendía desde luego conscientemente, pero que se demostraba plenamente justificada en cuanto se la adscribía un sentido inconsciente.

Conseguí después llevar a la sujeto a la reproducción de las diversas escenas en las que habían culminado sus relaciones sexuales con su hermano (desde los seis a los diez años). Durante esta labor de reproducción se presentó la sensación de peso en el regazo, como sucede regularmente en el análisis de restos mnémicos histéricos. La visión de un regazo femenino desnudo (pero reducido ahora a proporciones infantiles y sin los caracteres propios de la madurez sexual) acompañaba o no a la sensación de peso, según que la escena correspondiente se había desarrollado con luz o en la oscuridad. También la aversión a los alimentos halló su explicación en un detalle repugnante de estos sucesos. Después de la reproducción de toda esta serie de escenas desaparecieron la sensación de peso y las alucinaciones visuales, para no volver a surgir por lo menos hasta el día.

Todo esto me descubrió que las alucinaciones descritas no eran sino fragmentos del contenido de los sucesos infantiles reprimidos, o sea, síntomas del retorno de lo reprimido.

Pasé entonces al análisis de las voces. Tratábase ante todo de aclarar por qué frases tan inocentes como las de «Ahí va Fulana», «Está buscando casa», etc., podían causar a la sujeto una impresión tan penosa, hallando luego la razón de que estas frases indiferentes hubiesen llegado a recibir una intensificación alucinatoria. Desde luego, aparecía claro que tales «voces» no podían ser

recuerdos alucinatoriamente reproducidos, como las imágenes y las sensaciones, sino más bien pensamientos que se habían hecho audibles.

La primera vez que oyó voces fue en las siguientes circunstancias: había leído con gran interés la bella narración de O. Ludwig titulada *Die Heiterethei*, lectura que la había sugerido infinidad de pensamientos. Inmediatamente había salido a pasear por la carretera, y al pasar ante la casita de unos labradores había oído unas voces que le decían: «Así era la casita de la Heiterethei. Mira la fuente y el matorral. ¡Qué feliz era en su pobreza!» Luego le repitieron las voces pasajes enteros de su reciente lectura, pero sin que pudiera explicar por qué la casa, el matorral y la fuente de la Heiterethei y los trozos menos importantes de toda la obra eran lo que precisamente se imponía a su atención con energía patológica. Sin embargo, no era difícil la solución del enigma. El análisis mostró que durante la lectura habían surgido en ella otros distintos pensamientos, siendo también otros pasajes de la obra los que más le habían interesado. Pero contra todo este material —analogías entre la pareja de la narración y la que ella formaba con su marido, recuerdos de intimidades de su vida conyugal y de secretos de familia—; contra todo este material, repito, se había trazado una resistencia represora, pues él mismo se enlazaba por una serie de asociaciones fácilmente evidenciables a su repugnancia sexual, y así, en último término, al despertar de los antiguos sucesos infantiles. A consecuencia de esta censura ejercida por la represión recibieron los preferidos pasajes inocentes e idílicos, enlazados también con los rechazados por el contraste y la vecindad, la intensificación que les permitió hacerse audibles. La primera de las circunstancias reprimidas se refería, por ejemplo, a las críticas que la vida solitaria de la heroína de la narración inspiraba a sus vecinos. No era difícil para la paciente establecer aquí una analogía entre el personaje novelesco y su propia persona. También ella vivía en un pueblo sin tratarse casi con nadie y también se creía criticada por sus vecinos. Esta desconfianza hacia sus vecinos tenía un fundamento real. Al casarse había ido a vivir con su marido a una casa de varios pisos, instalando su alcoba en un cuarto colindante al de otros inquilinos. En los primeros días de su matrimonio sin duda por el despertar inconsciente del recuerdo de sus relaciones infantiles en las que había jugado con su hermano a ser marido y mujer surgió en ella un gran pudor sexual que la hacía preocuparse constantemente de que los vecinos pudieran oír alguna palabra o algún ruido a través del tabique, preocupación que acabó transformándose en desconfianza hacia los vecinos.

Así, pues, las voces debían su génesis a la represión de pensamientos, que en el fondo constituían reproches con ocasión de un suceso análogo al trauma infantil, siendo, por tanto, síntomas del retorno de lo reprimido y al mismo tiempo consecuencia de una transacción entre la resistencia del yo y el poder de dicho retorno, transacción que en este caso había producido una deformación absoluta de los elementos correspondientes, resultando éstos irreconocibles. En otras ocasiones en que pude analizar las voces oídas por esta enferma resultaba menor la deformación, pero las palabras percibidas presentaban siempre una imprecisión muy diplomática, apareciendo profundamente escondida la alusión penosa y disfrazada la coherencia de las distintas frases por la elección de giros desacostumbrados, etc., caracteres todos comunes a las alucinaciones auditivas de los paranoicos, y en los que veo la huella de la deformación causada por la transacción. La frase «Ahí va Fulana. Está buscando casa», integraba la amenaza de que no curaría nunca, pues para someterse al tratamiento se había instalado provisionalmente en Viena, y yo le había prometido que al terminar aquél podría volver al pueblo en que residía con su marido.

En algunos casos percibía también la sujeto amenazas más precisas. Por lo que en general sé de los paranoicos, me inclino a suponer una paralización paulatina de la resistencia que debilita los reproches, resultando así que la defensa acaba por fracasar totalmente y que el reproche primitivo que el paciente quería ahorrarse retorna sin modificación alguna. De todos modos, no sé si se trata de un proceso constante, ni si la censura contra los reproches puede faltar desde un principio o perseverar hasta el fin.

Sólo me queda utilizar los datos adquiridos en el análisis de este caso de paranoia para una comparación entre tal enfermedad y la neurosis obsesiva. Tanto en una como en otra se nos muestra la represión como el nódulo del mecanismo psíquico, siendo en ambos casos lo reprimido un suceso sexual infantil. Todas las obsesiones proceden también en esta paranoia de la represión. Los síntomas de la paranoia son susceptibles de una clasificación análoga a la que llevamos a cabo con los de la neurosis obsesiva. Una parte de los síntomas —las ideas delirantes de desconfianza y persecución— procede de nuevo de la defensa primaria. En la neurosis obsesiva, el reproche inicial ha sido reprimido por la formación del síntoma primario de la defensa, o sea, por la desconfianza en sí mismo. Con ello queda reconocida la justicia del reproche. En la paranoia, el reproche es reprimido por un procedimiento al que podemos dar el nombre de

proyección^[231], transfiriéndose la desconfianza sobre otras personas.

Otros síntomas del caso de paranoia descrito deben ser considerados como síntomas de retorno de lo reprimido, y muestran también, como los de la neurosis obsesiva, las huellas de la transacción que les ha permitido llegar a la conciencia. Así sucede con la idea de ser espiada al desnudarse y con las alucinaciones visuales, táctiles y auditivas. La idea citada entraña un contenido mnémico casi inmodificado que sólo adolece de imprecisión. El retorno de lo reprimido en imágenes visuales se acerca más bien al carácter de la histeria que al de la neurosis obsesiva, si bien la histeria acostumbra repetir sin modificación alguna sus símbolos mnémicos, mientras que la alucinación mnémica paranoica experimenta una deformación análoga a la que tiene efecto en la neurosis obsesiva. Así, en lugar de la imagen reprimida surge una análoga actual (en nuestro caso, el regazo de una mujer adulta en lugar del de una niña). En cambio, es absolutamente peculiar a la paranoia el retorno de los reproches reprimidos en forma de alucinación auditiva, para lo cual tienen tales reproches que pasar por una doble deformación.

El tercer grupo de los síntomas hallados en la neurosis obsesiva, o sea, el de los síntomas de la defensa secundaria, no puede existir como tal en la paranoia, puesto que los síntomas del retorno encuentran crédito sin que se alce contra ello defensa ninguna. Pero, en cambio, presenta la paranoia una tercera fuente de la formación de síntomas. Las ideas delirantes que la transacción lleva a la conciencia plantean a la labor mental del yo la tarea de hacerlas admisibles sin objeción alguna. Ahora bien: siendo por sí mismas inmodificables, tiene el yo que adaptarse a ellas, y de este modo corresponde aquí a los síntomas de la defensa secundaria propia de la neurosis obsesiva la manía de interpretación que termina en una modificación del yo. Nuestro caso era incompleto en este punto, pues en la época de su tratamiento no mostró ninguna de estas tentativas de interpretación, las cuales surgieron más tarde. Pero de todos modos, creo indudable que la aplicación del psicoanálisis a este estadio de la paranoia ha de darnos un importante resultado. Hallaremos, en efecto, que la debilidad de la memoria de los paranoicos es de carácter tendencioso, siendo motivada por la represión a cuyos fines coadyuva. Son, en efecto, reprimidos y sustituidos *a posteriori* aquellos recuerdos en sí no patógenos pero que se hallan en contradicción con la modificación del yo, imperiosamente exigida por los síntomas del retorno.

XIV

LA ETIOLOGÍA DE LA HISTERIA 1896^[232]

I CUANDO queremos formarnos una idea de la causación de un estado patológico como la histeria, emprendemos primero una investigación anamnésica, preguntando al enfermo o a sus familiares a qué influencias patógenas atribuyen la emergencia de los síntomas neuróticos. Lo que así averiguamos surge, naturalmente, falseado por todos aquellos factores que suelen encubrir a un enfermo el conocimiento de su estado, o sea, por su falta de comprensión científica de las influencias etiológicas, por falsa conclusión de *post hoc ergo propter hoc*, y por el displacer de recordar determinados traumas y sucesos sexuales o de comunicarlos. Observamos, por tanto, en esta investigación anamnésica la conducta de no aceptar las opiniones del enfermo sin antes someterlas a un penetrante examen crítico, no consintiendo que los pacientes desvíen nuestra opinión científica sobre la etiología de la neurosis. Reconocemos, desde luego, la verdad de ciertos datos que retornan constantemente en las manifestaciones de los enfermos, tales como el de que su estado histérico es una prolongada consecuencia de una emoción pretérita; pero, por otro lado, hemos introducido en la etiología de la histeria un factor que el enfermo no menciona nunca y sólo a disgusto acepta: la disposición hereditaria. La escuela de Charcot, tan influyente en estas cuestiones, ve en la herencia la única causa verdadera de la histeria, y considera como meras causas ocasionales o «agentes provocadores» todos los demás factores dañosos, de tan diversa naturaleza e intensidad.

No se me negará que sería hartamente deseable la existencia de un segundo medio de llegar a la etiología de la histeria con mayor independencia de los datos del

enfermo. Así, el dermatólogo puede reconocer la naturaleza luética de una lesión por sus características visibles y sin que le haga vacilar la oposición del paciente, que niega la existencia de una fuente de infección. Igualmente, el médico forense posee medios de precisar la causación de una herida sin tener que recurrir a la declaración del lesionado. Pues bien: en la histeria existe asimismo tal posibilidad de llegar al conocimiento de las causas etiológicas partiendo de los síntomas. Para esclarecer lo que este nuevo método es con respecto a la investigación anamnésica habitual, nos serviremos de una comparación basada en un progreso real alcanzado en un distinto sector científico.

Supongamos que un explorador llega a una comarca poco conocida, en la que despiertan su interés unas ruinas consistentes en restos de muros y fragmentos de columnas y de lápidas con inscripciones borrosas e ilegibles. Puede contentarse con examinar la parte visible, interrogar a los habitantes, quizá semisalvajes, de las cercanías sobre las tradiciones referentes a la historia y la significación de aquellos restos monumentales, tomar nota de sus respuestas... y proseguir su viaje. Pero también puede hacer otra cosa: puede haber traído consigo útiles de trabajo, decidir a los indígenas a auxiliarle en su labor investigadora, atacar con ellos el campo en ruinas, practicar excavaciones y descubrir, partiendo de los restos visibles, la parte sepultada. Si el éxito corona sus esfuerzos, los descubrimientos se explicarán por sí mismos: los restos de muros se demostrarán pertenecientes al recinto de un palacio; por los fragmentos de columnas podrá reconstituirse un templo y las numerosas inscripciones halladas, bilingües en el caso más afortunado, descubrirán un alfabeto y un idioma, proporcionando su traducción insospechados datos sobre los sucesos pretéritos, en conmemoración de los cuales fueron erigidos tales monumentos. *Saxa loquuntur*^[233].

Si queremos que los síntomas de una histeria nos revelen de un modo aproximadamente análogo la génesis de la enfermedad, habremos de tomar como punto de partida el importante descubrimiento de Breuer de que los *síntomas de la histeria* (con excepción de los *estigmas*) *derivan su determinación de ciertos sucesos de efecto traumático vividos por el enfermo y reproducidos como símbolos mnémicos en la vida anímica del mismo*. Ha de emplearse su método —u otro de naturaleza análoga— para dirigir retroactivamente la atención del sujeto desde el síntoma a la escena en la cual y por la cual surgió, y una vez establecida una relación entre ambos elementos, se

consigue hacer desaparecer el síntoma, llevando a cabo en la reproducción de la escena traumática una rectificación póstuma del proceso psíquico en ella desarrollado.

No me propongo exponer aquí la complicada técnica de este método terapéutico ni los esclarecimientos psicológicos que su aplicación nos procura. Había de enlazar al descubrimiento de Breuer mi punto de partida, porque los análisis de este investigador parecen facilitarnos simultáneamente el acceso a las causas de la histeria. Sometiendo a este análisis series enteras de síntomas en numerosos sujetos, llegamos al conocimiento de una serie correlativa de escenas traumáticas en las cuales han entrado en acción las causas de la histeria. Habremos, pues, de esperar que el estudio de las escenas traumáticas nos descubra cuáles son las influencias que generan síntomas histéricos y en qué forma.

Esta esperanza ha de cumplirse necesariamente, puesto que los principios de Breuer se han demostrado exactos en un gran número de casos. Pero el camino que va desde los síntomas de la histeria a su etiología es más largo y menos directo de lo que podíamos figurarnos.

Ha de saberse, en efecto, que la referencia de un síntoma histérico a una escena traumática sólo trae consigo un progreso de nuestra comprensión etiológica cuando tal escena cumple dos condiciones esenciales. Ha de poseer *adecuación determinante* y *fuerza traumática* suficientes. Un ejemplo nos aclarará mejor que toda explicación estos conceptos. En un caso de vómitos histéricos creemos haber descubierto la causación del síntoma (excepto para un cierto residuo) cuando el análisis lo refiere a un suceso que hubo de provocar *justificadamente* en el paciente *una intensa repugnancia*; por ejemplo, la vista de un cadáver en descomposición. Si en lugar de esto resulta del análisis que los vómitos proceden de un fuerte sobresalto experimentado, por ejemplo, en un accidente ferroviario, habremos de preguntarnos, insatisfechos, cómo un sobresalto puede producir precisamente vómitos. Falta aquí toda *adecuación determinante*. Otro caso de explicación insatisfactoria será, por ejemplo, la referencia de los vómitos al hecho de haber mordido el sujeto una fruta podrida. Los vómitos aparecen entonces determinados desde luego, por la repugnancia, pero no comprendemos que ésta haya podido ser tan poderosa como para eternizarse en un síntoma histérico. Falta en este caso la *fuerza traumática*.

Veamos ahora en qué proporción cumplen las escenas traumáticas descubiertas por el análisis de numerosos síntomas y casos histéricos las dos

condiciones señaladas. Nos espera aquí un primer desengaño. Sucede, desde luego, algunas veces que la escena traumática en la que por vez primera surgió el síntoma posee, efectivamente, las dos cualidades de que precisamos para la comprensión del mismo: adecuación determinante y fuerza traumática. Pero lo más frecuente es tropezar con alguna de las tres posibilidades restantes, tan desfavorables para la comprensión del síntoma. La escena a la cual nos conduce el análisis, y en la que el síntoma apareció por primera vez, se nos muestra inadecuada para la determinación del síntoma, no ofreciendo su contenido relación alguna con la naturaleza del mismo. O bien el suceso, supuestamente traumático, ofrece dicha relación con el síntoma, pero se nos presenta como una impresión normalmente inofensiva y generalmente incapaz de tal efecto. O, por último, se trata de una «escena traumática» tan inocente como ajena al carácter del síntoma histérico analizado.

(Hacemos observar, accesoriamente, que la teoría de Breuer sobre la génesis de los síntomas histéricos no queda rebatida por el hallazgo de escenas traumáticas de contenido nimio. Supone Breuer, en efecto, siguiendo aquí a Charcot, que también un suceso insignificante puede constituir un trauma y desplegar fuerza determinante suficiente cuando el sujeto se encuentra en un estado psíquico especial, el llamado *estado hipnoide*. Por mi parte, opino que en muchas ocasiones carecemos de todo punto de apoyo para suponer la existencia de tal estado. Además, la teoría de los estados hipnoides no nos presta auxilio ninguno para resolver las dificultades que plantea la frecuencia con que las escenas traumáticas carecen de adecuación determinante).

Añádase ahora que a este primer desengaño que nos proporciona la práctica del método de Breuer viene a agregarse en seguida otro, especialmente doloroso para el médico. Cuando el análisis de un síntoma lo refiere a una escena traumática, carente de las condiciones antes señaladas, el efecto terapéutico es nulo. Fácilmente se comprenderá cuán grande se hace entonces para el médico la tentación de renunciar a proseguir una labor tan penosa.

Pero quizá una nueva idea pueda sacarnos de este atolladero y aportarnos valiosos resultados. Héla aquí: sabemos por Breuer que existe la posibilidad de resolver los síntomas histéricos cuando nos es dado hallar, partiendo de ellos, el camino que conduce al recuerdo de un suceso traumático. Ahora bien: si el recuerdo descubierto no responde a nuestras esperanzas, deberemos, quizá, continuar avanzando por el mismo camino, pues quién sabe si detrás de la primera escena traumática no se esconderá el recuerdo de otra que satisfaga

mejor nuestras aspiraciones, y cuya reproducción aporte un mayor efecto terapéutico, no habiendo sido la primeramente hallada sino un anillo de la concatenación asociativa. Y es también posible que esta interpolación de escenas inocuas, como transiciones necesarias, se repita varias veces en la reproducción, hasta que consigamos llegar, por fin, desde el síntoma histérico a la auténtica escena traumática, satisfactoria ya por todos conceptos, y tanto desde el punto de vista terapéutico como desde el analítico. Pues bien: estas hipótesis quedan totalmente confirmadas. Cuando la primera escena descubierta es insatisfactoria decimos al enfermo que tal suceso no explica nada, pero que detrás de él tiene que esconderse otro anterior más importante, y siguiendo la misma técnica le hacemos concentrar su atención sobre la cadena de asociaciones que enlaza ambos recuerdos: el hallado y el buscado^[234]. La continuación del análisis conduce entonces siempre a la reproducción de nuevas escenas, que muestran ya los caracteres esperados. Así, tomando de nuevo como ejemplo el caso antes elegido de vómitos histéricos, que el análisis refirió primero al sobresalto sufrido por el enfermo en un accidente ferroviario, suceso desprovisto de toda adecuación determinante, y continuando la investigación analítica, descubriremos que dicho accidente despertó en el sujeto el recuerdo de otro anterior, del que fue mero espectador, pero en el que la vista de los cadáveres destrozados de las víctimas le inspiró horror y repugnancia. Resulta aquí como si la acción conjunta de ambas escenas hiciera posible el cumplimiento de nuestros postulados, aportando la primera, con el sobresalto, la fuerza traumática, y la segunda, por su contenido, el efecto determinante. El otro caso antes citado, en el que los vómitos fueron referidos por el análisis al hecho de haber mordido el sujeto una manzana podrida, quedará quizá completado por la ulterior labor analítica en el sentido de que la fruta podrida recordó al enfermo una ocasión en la que se hallaba recogiendo las manzanas caídas del árbol y tropezó con una carroña pestilente.

No he de volver ya más sobre estos ejemplos, pues he de confesar que no corresponden a mi experiencia real, sino que han sido inventados por mí, y probablemente mal inventados, pues yo mismo tengo por imposibles las soluciones de síntomas histéricos en ellos expuestas. Pero me veo obligado a fingir ejemplos por varias causas, una de las cuales puedo exponerla inmediatamente.

Los ejemplos verdaderos son todos muchísimo más complicados, y la

exposición detallada de uno sólo agotaría todo el espacio disponible. La cadena de asociaciones posee siempre más de dos elementos, y las escenas traumáticas no forman series simples, como las perlas de un collar, sino conjuntos ramificados, de estructura arbórea, pues en cada nuevo suceso actúan como recuerdos dos o más anteriores. En resumen: comunicar la solución de un único síntoma equivale a exponer un historial clínico completo.

En cambio, queremos hacer resaltar un principio que la labor analítica nos ha descubierto inesperadamente. Hemos comprobado *que ningún síntoma histérico puede surgir de un solo suceso real, pues siempre coadyuva a la causación del síntoma el recuerdo de sucesos anteriores. asociativamente despertado*. Si este principio se confirma, como yo creo, en todo caso y sin excepción alguna, tendremos en él la base de una teoría psicológica de la histeria.

Pudiera creerse que aquellos raros casos en los que el análisis refiere en seguida el síntoma a una escena traumática de adecuación determinante y fuerza traumática suficientes, y con tal referencia lo suprime, como se nos relata en el historial clínico de Anna O., expuesto por Breuer, contradicen la validez general del principio antes desarrollado. Así parece, en efecto; mas por mi parte tengo poderosas razones para suponer que también en estos casos actúa una concatenación de recuerdos que va mucho más allá de la primera escena traumática, aunque la reproducción de esta última pueda producir por sí sola la supresión del síntoma.

A mi juicio, es algo muy sorprendente que sólo mediante la colaboración de recuerdos puedan surgir síntomas histéricos, sobre todo cuando se reflexiona que, según las manifestaciones de los enfermos, en el momento en que el síntoma hizo su primera aparición no tenían la menor conciencia de tales recuerdos. Hay aquí materia para muchas reflexiones, pero estos problemas no han de inducirnos por ahora a desviar nuestro punto de mira, orientado hacia la etiología de la histeria. Lo que habremos de preguntarnos será, más bien, adonde llegaremos siguiendo las concatenaciones de recuerdos asociados que el análisis nos descubre, hasta dónde alcanzan tales concatenaciones y si tienen en algún punto su fin natural, y habrán, quizá, de conducirnos a sucesos de cierta uniformidad, bien por su contenido, bien por su fecha en la vida del sujeto, de suerte que podamos ver en estos factores siempre uniformes la buscada etiología de la histeria.

Mi experiencia clínica me permite contestar ya a estas interrogaciones. Cuando partimos de un caso que ofrece varios síntomas, llegamos por medio del

análisis, desde cada uno de ellos, a una serie de sucesos cuyos recuerdos se hallan asociativamente enlazados. Las diversas concatenaciones asociativas siguen, al principio, cursos retrógrados independientes; pero, como ya antes indicamos, presentan múltiples ramificaciones. Partiendo de una escena, alcanzamos simultáneamente dos o tres recuerdos, de los cuales surgen, a su vez, concatenaciones laterales, cuyos distintos elementos pueden también hallarse enlazados asociativamente con elementos de la cadena principal. Fórmase, de este modo, un esquema comparable al árbol genealógico de una familia cuyos miembros hubiesen contraído también enlaces entre sí.

Otras distintas complicaciones de la concatenación resultan de que una sola escena puede ser despertada varias veces en la misma cadena, presentando así múltiples relaciones con otra escena posterior y mostrando con ella un enlace directo y otro por elementos intermedios. En resumen: la conexión no es, en modo alguno simple, y el descubrimiento de las escenas en una sucesión cronológica inversa (circunstancia que justifica nuestra comparación con la excavación de un campo de ruinas) no coadyuva ciertamente a la rápida impresión del proceso.

La continuación del análisis nos aporta nuevas complicaciones. Las cadenas asociativas de los distintos síntomas comienzan a enlazarse entre sí. En determinado suceso de la cadena de recuerdos correspondiente, por ejemplo, a los vómitos, es despertado, a más de los elementos regresivos de estas escenas, un recuerdo perteneciente a otra distinta, que fundamenta otro síntoma diferente; por ejemplo, el dolor de cabeza. Tal suceso pertenece, así, a ambas series y constituye, por tanto, uno de los varios *nudos*^[235] existentes en todo análisis. Esta circunstancia tiene su correlación clínica en el hecho de que a partir de cierto momento surgen juntos los dos síntomas, en simbiosis, pero sin dependencia interior entre sí. Todavía más hacia atrás hallamos *nudos de naturaleza diferente*. Convergen en ellos las distintas cadenas asociativas y hallamos escenas de las cuales han partido dos o más síntomas. A uno de los detalles de la escena se ha enlazado la primera cadena, a otro la segunda, y así sucesivamente.

El resultado principal de esta consecuente prosecución del análisis consiste en descubrirnos que en todo caso, y cualquiera que sea el síntoma que tenemos como punto de partida, *llegamos indefectiblemente al terreno de la vida sexual*. Quedaría así descubierta una de las condiciones etiológicas de los síntomas

históricos. La experiencia hasta hoy adquirida me hace prever que precisamente esta afirmación, o por lo menos su validez general, ha de despertar vivas contradicciones. O, mejor dicho, la tendencia a la contradicción, pues nadie puede aún apoyar su oposición en investigaciones llevadas a cabo por igual procedimiento y que hayan proporcionado resultados distintos. Por mi parte, sólo he de observar que la acentuación del factor sexual en la etiología de la histeria no corresponde, desde luego, en mí, a una opinión preconcebida. Los dos investigadores que me iniciaron en el estudio de la histeria, Charcot y Breuer, se hallaban muy lejos de tal hipótesis e incluso sentían hacia ella cierta repulsión personal, de la que yo participé en un principio. Sólo laboriosas investigaciones, llevadas a cabo con la más extremada minuciosidad, han podido convertirme —y muy lentamente, por cierto— a la opinión que hoy sustento. Mi afirmación de que la etiología de la histeria ha de buscarse en la vida sexual se basa en la comprobación de tal hecho en dieciocho casos de histeria y con respecto a cada uno de los síntomas: comprobación robustecida, allí donde las circunstancias lo han permitido, por el éxito terapéutico alcanzado. Se me puede objetar, desde luego, que los análisis diecinueve y veinte demostrarán, quizá, la existencia de fuentes distintas para los síntomas histéricos, limitando a un 80 por 100 la amplitud de la etiología sexual. Ya lo veremos. Mas, por lo pronto, como los dieciocho casos citados son también todos los que hasta ahora he podido someter al análisis, y como nadie hubo de molestarse en elegirlos para favorecerme, no extrañará que no comparta aquella esperanza y esté, en cambio, dispuesto a ir más allá de la fuerza probatoria de mi actual experiencia. A ello me mueve, además, otro motivo de carácter meramente subjetivo hasta ahora. Al tratar de sintetizar mis observaciones en una tentativa de explicación de los mecanismos fisiológico y psicológico de la histeria se me ha impuesto la intervención de fuerzas sexuales motivacionales como una hipótesis indispensable.

Así, pues, una vez alcanzada la convergencia de las cadenas mnémicas llegamos al terreno sexual y a algunos pocos sucesos acaecidos, casi siempre, en un mismo período de la vida; esto es, en la pubertad. De estos sucesos hemos de extraer la etiología de la histeria y la comprensión de la génesis de los síntomas histéricos. Mas aquí nos espera un nuevo y más grave desengaño. Tales sucesos traumáticos aparentemente últimos, con tanto trabajo descubiertos y extraídos de la totalidad del material mnémico, son, desde luego, de carácter sexual y acaecieron en la pubertad del sujeto; pero fuera de estos caracteres comunes, presentan *gran disparidad y valores muy diferentes*. En algunos casos se trata,

efectivamente, de sucesos que hemos de reconocer como intensos traumas; una tentativa de violación, que revela, de un golpe, a una muchacha aún inmadura toda la brutalidad del placer sexual; sorprender involuntariamente actos sexuales realizados por los padres, que descubren al sujeto algo insospechado y hiere sus sentimientos filiales y morales, etc. Otras veces se trata, en cambio, de sucesos nimios.

Una de mis pacientes mostraba como base de su neurosis el hecho de que un muchachito, amigo suyo, le había acariciado una vez tiernamente la mano y había apretado en otra, una de sus piernas contra las suyas, hallándose sentado junto a ella, mientras se revelaba en su expresión que estaba haciendo algo prohibido. En otra joven señora, la audición de una pregunta de doble sentido, que dejaba sospechar una contestación obscena, había bastado para provocar un primer ataque de angustia e iniciar con él la enfermedad. Tales resultados no son ciertamente favorables a una comprensión de la causación de los síntomas histéricos. Si lo que descubrimos como últimos traumas de la histeria son tanto sucesos graves como insignificantes y tanto sensaciones de contacto como impresiones visuales o auditivas, nos inclinaremos, quizá, a suponer que los histéricos son —por disposición hereditaria o por degeneración— seres especiales en los que el horror a la sexualidad, que en la pubertad desempeña normalmente cierto papel, aparece intensificado hasta lo patológico y subsiste duramente, o sea, en cierto modo personas que no pueden satisfacer psíquicamente las exigencias de la sexualidad. Pero esta interpretación deja inexplicable la histeria masculina, y aunque no pudiésemos oponerle una objeción tan grave, no habría de ser muy grande la tentación de satisfacernos con ella, pues da una franca impresión de incomprensividad, oscuridad e insuficiencia.

Por fortuna para nuestro esclarecimiento, algunos de los sucesos sexuales de la pubertad muestran una nueva insuficiencia que nos impulsa a seguir la labor analítica. Resulta, en efecto, que también tales sucesos carecen de adecuación determinante, aunque con mucha menor frecuencia que las escenas traumáticas de épocas posteriores. Así, las dos pacientes citadas antes como casos de sucesos de pubertad realmente nimios comenzaron a padecer, consiguientemente a tales, singulares sensaciones dolorosas en los genitales, que se constituyeron en síntoma principal de la neurosis, y cuya determinación no pudo derivarse de las escenas de la pubertad ni de otras posteriores, pero que no admitían ser incluidas entre las sensaciones orgánicas normales ni entre los signos de excitación sexual.

Habíamos, pues, de decidirnos a buscar la determinación de estos síntomas en otras escenas anteriores, siguiendo de nuevo aquella idea salvadora que antes nos había conducido desde las primeras escenas traumáticas a las concatenaciones asociativas existentes detrás de ellas.

Ahora bien: obrando así, se llegaba a la primera infancia; esto es, a una edad anterior al desarrollo de la vida sexual, circunstancia a la cual parecía enlazarse una renuncia a la etiología sexual. Pero ¿no hay, acaso, derecho a suponer que tampoco a la infancia le faltan leves excitaciones sexuales y que quizá el ulterior desarrollo sexual es influido de un modo decisivo por sucesos infantiles? Aquellos daños que recaen sobre un órgano aún imperfecto y una función en vías de desarrollo suelen causar efectos más graves y duraderos que los sobrevenidos en edad más madura. Y quizá aquellas reacciones anormales a impresiones de orden sexual con las que nos sorprenden los histéricos en su pubertad tengan, en general, como base tales sucesos sexuales de la infancia, que habrían de ser, entonces, de naturaleza uniforme e importante. Llegaríamos así a la posibilidad de explicar como tempranamente adquirido aquello que hasta ahora achacamos a una predisposición, inexplicable, sin embargo, por la herencia. Y dado que los sucesos infantiles de contenido sexual sólo por medio de sus *huellas mnémicas* pueden manifestar una acción psíquica, tendríamos aquí un complemento de aquel resultado del análisis, según el cual sólo mediante la cooperación de los recuerdos pueden surgir síntomas histéricos.

II NO es difícil adivinar que si he expuesto tan detalladamente el proceso mental que antecede es por ser el que después de tantas dilaciones ha de llevarnos, por fin, a la meta. Llegamos, en efecto, al término de nuestra penosa labor analítica y hallamos ya cumplidas todas las aspiraciones y esperanzas mantenidas en nuestro largo camino. Al penetrar con el análisis hasta la más temprana infancia, esto es, hasta el límite de la capacidad mnémica del hombre, damos ocasión al enfermo en todos los casos para la reproducción de sucesos que por sus peculiaridades y por sus relaciones con los síntomas patológicos ulteriores han de ser considerados como la buscada etiología de la neurosis. Estos sucesos *infantiles* son, nuevamente, de contenido *sexual*, pero de naturaleza mucho más uniforme que las escenas de la pubertad últimamente halladas. No se trata ya en ellos de la evocación del tema sexual por una impresión sensorial cualquiera, sino de experiencias sexuales en el propio cuerpo de relaciones sexuales (en un amplio sentido). Se me confesará que la

importancia de tales escenas no precisa de más amplia fundamentación. Nos limitaremos a añadir que sus detalles nos revelan siempre aquellos factores determinantes que en las otras, posteriormente acaecidas y reproducidas con anterioridad, habíamos echado aún de menos.

Sentamos, pues, la afirmación de que en el fondo de todo caso de histeria se ocultan —pudiendo ser reproducidos por el análisis, no obstante el tiempo transcurrido, que supone, a veces, decenios enteros— *uno o varios sucesos de precoz experiencia sexual*, pertenecientes a la más temprana infancia^[236]. Tengo este resultado por un importante hallazgo: por el descubrimiento de una *caput Nili*^[237] de la Neuropatología; pero al emprender su discusión vacilo entre iniciarla con la exposición del material de hechos reunido en mis análisis o con el examen de la multitud de objeciones y de dudas que, estoy seguro, comenzarán a posesionarse de vuestra atención. Escogeré eso último, con lo cual podremos, quizá, examinar luego más tranquilamente los hechos.

a) Aquellos que se muestran hostiles a una concepción psicológica de la histeria y no quisieran renunciar a la esperanza de ver referidos un día los síntomas de esta enfermedad a «sutiles modificaciones anatómicas», habiendo rechazado la hipótesis de que las bases materiales de las modificaciones histéricas han de ser de igual naturaleza que las de nuestros procesos anímicos normales; éstos, repetimos, no podrán abrigar, naturalmente, confianza alguna en los resultados de nuestros análisis. La diferencia fundamental entre sus premisas y las nuestras nos desliga de la obligación de convencerlos en una cuestión aislada.

Pero también otros, menos enemigos de las teorías psicológicas de la histeria, se inclinarán a preguntar, ante nuestros resultados analíticos, qué seguridades ofrece el empleo del psicoanálisis y si no es muy posible que tales escenas, expuestas por el paciente como recuerdos, no sean sino sugestiones del médico o puras invenciones y fantasías del enfermo. A esta objeción habré de replicar que los reparos de orden general, opuestos a la seguridad del método psicoanalítico, podrán ser examinados y desvanecidos una vez que realicemos una exposición completa de su técnica y de sus resultados. En cambio, los relativos a la autenticidad de las escenas sexuales infantiles pueden ya ser rebatidos hoy con más de un argumento. En primer lugar, la conducta de los enfermos mientras reproducen estos sucesos infantiles resulta inconciliable con la suposición de que dichas escenas no sean una realidad penosamente sentida y

sólo muy a disgusto recordada. Antes del empleo del análisis no saben los pacientes nada de tales escenas y suelen rebelarse cuando se les anuncia su emergencia. Sólo la intensa coerción del tratamiento llega a moverlos a su reproducción; mientras atraen a su conciencia tales sucesos infantiles, sufren bajo las más violentas sensaciones, avergonzándose de ellas y tratando de ocultarlas, y aun después de haberlos vivido de nuevo, de modo tan convincente, intentan negarles crédito, haciendo constar que en su reproducción no han experimentado, como en la de otros elementos olvidados, la sensación de recordar^[238].

Este último detalle me parece decisivo, pues no es aceptable que los enfermos aseguren tan resueltamente su incredulidad si por un motivo cualquiera hubiesen inventado ellos mismos aquello a lo que así quieren despojar de todo valor.

La sospecha de que el médico impone al enfermo tales reminiscencias, sugiriéndole su representación y su relato, es más difícil de rebatir, pero me parece igualmente insostenible. No he conseguido jamás imponer a un enfermo una escena por mí esperada, de manera que pareciese revivirla con todas sus sensaciones correspondientes. Quizá a otros les sea posible.

Existe, en cambio, toda una serie de garantías de la realidad en las escenas sexuales infantiles. En primer lugar, su uniformidad en ciertos detalles, consecuencia necesaria de las premisas uniformemente repetidas de estos sucesos, si no hemos de atribuirlos a un previo acuerdo secreto entre los distintos enfermos, y, además, el hecho de describir a veces los pacientes, como cosa inocente, sucesos cuya significación se ve que no comprenden, pues si no, quedarían espantados, o tocar, sin concederles valor, detalles que sólo un hombre experimentado conoce y sabe estimar como sutiles rasgos característicos de la realidad.

Tales circunstancias robustecen, desde luego, la impresión de que los enfermos han tenido que vivir realmente aquellas escenas infantiles que reproducen bajo la coerción del análisis. Pero la prueba más poderosa de la realidad de dichos sucesos nos es ofrecida por su relación con el contenido total del historial del enfermo. Del mismo modo que en los rompecabezas de los niños se obtiene, después de algunas tentativas la absoluta seguridad de qué trozo corresponde a determinado hueco, pues sólo él completa la imagen y puede simultáneamente adaptar sus entrantes y salientes a los de los trozos ya

colocados, cubriendo por completo el espacio libre; de este mismo modo demuestran las escenas infantiles ser, por su contenido, complementos forzosos del conjunto asociativo y lógico de la neurosis, cuya génesis nos resulta comprensible —y a veces, añadiríamos, natural— una vez adaptados estos complementos.

Aunque sin intención de situar este hecho en primer término, he de añadir que toda una serie de casos resulta posible también una demostración terapéutica de la autenticidad de las escenas infantiles. Hay casos en los que se obtiene una curación total o parcial sin tener que descender a los sucesos infantiles, y otros, en los que no se consigue resultado alguno terapéutico hasta alcanzar el análisis su fin natural con el descubrimiento de los traumas más tempranos. A mi juicio, los primeros ofrecen el peligro de una recaída. Espero, en cambio, que un análisis completo signifique la curación radical de una histeria. Pero no nos adelantemos a las enseñanzas de la experiencia.

Constituiría también una prueba inatacable de la autenticidad de los sucesos infantiles sexuales en que los datos suministrados en el análisis por una persona fueran confirmados por otra, sometida también al tratamiento o ajena a él. Tales dos personas habrían tomado parte, por ejemplo, en el mismo suceso infantil, habiendo mantenido, quizá, de niños relaciones sexuales. Semejantes relaciones infantiles no son, como en seguida veremos, nada raras, y es también bastante frecuente que ambos protagonistas enfermen luego de neurosis; pero, no obstante, considero como una casualidad, singularmente afortunada, el que de los dieciocho casos me haya sido posible encontrar en dos una tal confirmación objetiva. En uno de ellos fue el hermano mismo de la paciente, exento de todo trastorno neurótico, quien, sin yo perdírselo, me refirió escenas sexuales desarrolladas entre él y su hermana, no perteneciendo, desde luego, a su más temprana infancia, pero sí a una época posterior de su niñez, y robusteció mi sospecha de que tales relaciones podían haberse iniciado en períodos anteriores. Otra vez resultó que dos de las enfermas sometidas a tratamiento habían tenido en su infancia relaciones sexuales con una misma tercera persona masculina, habiéndose desarrollado algunas escenas *à trois*. En ambas pacientes había surgido luego un mismo síntoma, que se derivaba de aquellos sucesos infantiles y testimoniaba de la indicada comunidad.

b) Las experiencias sexuales infantiles, consistentes en la estimulación de los genitales, actos análogos al coito, etc., han de ser, pues, consideradas en un último análisis, como aquellos traumas de los cuales parten la reacción histérica

contra los sucesos de la pubertad y el desarrollo de síntomas histéricos. Contra esta afirmación se alzarán, seguramente, desde distintos sectores, dos objeciones contrarias entre sí. Dirán unos que tales abusos sexuales, realizados por adultos con niños o por niños entre sí, son muy raros para poder cubrir con ellos la condicionalidad de una neurosis tan frecuente como la histeria. Observarán, en cambio, otros, que estos sucesos son, por el contrario, muy frecuentes, demasiado frecuentes para poder adscribirles una significación etiológica. Objetarán, además, que no resultaría difícil hallar multitud de personas que recuerdan haber sido objeto en su niñez de abusos sexuales y no han enfermado jamás de histeria. Por último, se nos opondrá como más poderoso argumento el de que en las capas sociales inferiores no surge, ciertamente, la histeria con mayor frecuencia que en las superiores, mientras que todo hace suponer que el precepto de la interdicción sexual de la infancia es transgredido con mucha mayor frecuencia entre los proletarios.

Comenzaremos nuestra defensa por su parte más fácil. Me parece indudable que nuestros hijos se hallan más expuestos a ataques sexuales de lo que la escasa previsión de los padres hace suponer. Al tratar de documentarme sobre este tema se me indicó, por aquellos colegas a los que acudí en busca de datos, la existencia de varias publicaciones de pediatría en las que se denunciaban la frecuencia con que las nodrizas y niñeras hacían objeto de prácticas sexuales a los niños a ellas confiados, y recientemente ha llegado a mi poder un estudio del doctor Stekel, de Viena, en el que se trata del «coito infantil» (*Wiener Medizinische Blätter*, 18 de abril de 1896). No he tenido tiempo de reunir otros testimonios literarios: pero aunque su número ha sido hasta aquí muy limitado, sería de esperar que una mayor atención literaria respecto al tema confirmase muy pronto la gran frecuencia de experiencias y actividades sexuales infantiles.

Por último, los resultados de mis análisis pueden también hablar ya por sí mismos. En cada uno de los dieciocho casos por mí tratados (histeria pura e histeria combinada con representaciones obsesivas, seis hombres y doce mujeres) he llegado, sin excepción alguna, al descubrimiento de tales sucesos sexuales infantiles. Según el origen del estímulo sexual, pueden dividirse estos casos en tres grupos. En el primer grupo se trata de atentados cometidos una sola vez o veces aisladas en sujetos infantiles, femeninos en su mayor parte, por individuos adultos ajenos a ellos, que obraron disimuladamente y sin violencia, pero sin que pudiera hablarse de un consentimiento por parte del infantil sujeto, y siendo para éste un intenso sobresalto la primera y principal consecuencia del

suceso. El segundo grupo aparece formado por aquellos casos, mucho más numerosos, en los que una persona adulta dedicada al cuidado del niño —niñera, institutriz preceptor o pariente cercano— hubo de iniciarle en el comercio sexual y mantuvo con él, a veces durante años enteros, verdaderas relaciones amorosas, desarrolladas también en dirección anímica. Por último, reunimos en el tercer grupo las relaciones infantiles propiamente dichas, o sea, las relaciones sexuales entre dos niños de sexo distinto, por lo general hermanos, continuadas muchas veces más allá de la pubertad, y origen de las más graves y persistentes consecuencias para la pareja amorosa. En la mayor parte de mis casos se descubrió la acción combinada de dos o más de estas etiologías, resultando en algunos verdaderamente asombrosa la acumulación de sucesos sexuales de distintos órdenes. Esta singularidad resulta fácilmente comprensible si se tiene en cuenta que todos los casos por mí analizados constituían neurosis muy graves, que amenazaban incapacitar totalmente al sujeto.

Cuando se trata de relaciones sexuales entre dos niños, conseguimos alcanzar algunas veces la prueba de que el niño que desempeña también aquí el papel agresivo— había sido antes seducido por una persona adulta de sexo femenino, e intentaba repetir luego con su pareja infantil, bajo la presión de su libido, prematuramente despertada, y a consecuencia de la obsesión mnémica, aquellas mismas prácticas que le habían sido enseñadas, sin introducir por su parte modificación alguna personal en las mismas.

Me inclino, por tanto, a creer que sin una previa seducción no es posible para el niño emprender el camino de la agresión sexual. De este modo, las bases de las neurosis serían constituidas siempre por personas adultas, durante la infancia del sujeto, transmitiéndose luego los niños entre sí la disposición a enfermar más tarde de histeria. Si tenemos en cuenta que las relaciones sexuales infantiles, favorecidas por la vida en común, son especialmente frecuentes-entre hermanos o primos, y suponemos que doce o quince años más tarde surgen entre los jóvenes miembros de la familia varios casos de enfermedad, habremos de reconocer que esta emergencia familiar de la neurosis resulta muy apropiada para inducirnos a error, haciéndonos ver una disposición hereditaria donde no existe más que una *seudo-herencia* y, en realidad, una infección transmitida en la infancia.

Examinemos ahora la otra objeción, basada precisamente en el reconocimiento de la frecuencia de los sucesos sexuales infantiles y en la existencia de muchas personas que recuerdan tales escenas y no han enfermado

de histeria. A esta objeción habremos de replicar, en primer lugar, que la extraordinaria frecuencia de un factor etiológico no puede ser empleada como argumento contra su importancia etiológica. El bacilo de la tuberculosis flota en todas partes y es aspirado por muchos más hombres de los que luego enferman, sin que su importancia etiológica quede disminuida por el hecho de precisar de la cooperación de otros factores para provocar su efecto específico. Para concederle la categoría de etiología específica basta con que la tuberculosis no sea posible sin su colaboración. Lo mismo sucede en nuestro problema. Nada importa la existencia de muchos hombres que han vivido en su infancia escenas sexuales y no han enfermado luego de histeria; sí, en cambio, todos aquellos que padecen esta enfermedad han vivido tales escenas. El círculo de difusión de un factor etiológico puede muy bien ser más extenso que el de su efecto; lo que no puede es ser más restringido. No todos los que entran en contacto con un enfermo de viruela o se aproximan a él contraen su enfermedad, y, sin embargo, la única etiología conocida de la viruela es el contacto.

Si la actividad sexual infantil fuese un suceso casi general, no podría concederse valor alguno a su descubrimiento en todos los casos examinados. Pero, en primer lugar, semejante afirmación habría de ser muy exagerada; y, en segundo, la aspiración etiológica de las escenas infantiles no se basa tan sólo en la regularidad de su aparición en la anamnesis de los histéricos, sino principalmente en el descubrimiento de enlaces asociativos y lógicos entre ellas y los síntomas histéricos, enlaces que la exposición de un historial clínico completo evidencia con meridiana claridad.

¿Cuáles pueden ser, entonces, los factores que la «etiología específica» de la histeria necesita para producir realmente la neurosis? Es éste un tema que deberá ser tratado aparte y por sí solo. De momento me limitaré a señalar el punto de contacto en el que engranan los dos elementos de la cuestión: la etiología específica y la auxiliar. Habrá de tenerse en cuenta cierto número de factores: la constitución hereditaria y personal, la importancia interna de los sucesos sexuales infantiles y, sobre todo, su acumulación. Unas breves relaciones sexuales con un niño cualquiera, luego indiferente, serán mucho menos eficaces que las sostenidas durante varios años con un hermano. En la etiología de las neurosis, las condiciones cuantitativas alcanzan igual importancia que las cualitativas, constituyendo valores liminares, que han de ser traspasados para que la enfermedad llegue a hacerse manifiesta. De todos modos, no tengo por completa la anterior serie etiológica, ni creo resuelto con ella el problema de

cómo no es más frecuente la histeria entre las clases inferiores. (Recuérdese, además, la extraordinaria difusión de la histeria masculina en la clase obrera, afirmada por Charcot.) Pero debo también advertir que yo mismo señalé hace pocos años un factor, hasta entonces poco atendido, al que atribuyo el papel principal en la provocación de la histeria después de la pubertad. Expuse en tal ocasión que la explosión de la histeria puede ser atribuida casi siempre a un *conflicto psíquico*, en el que una representación intolerable provoca la *defensa* del yo e induce a la represión. Por entonces no pude indicar en qué circunstancias logra esta tendencia defensiva del yo el efecto patológico de rechazar a lo inconsciente el recuerdo penoso para el yo y crear en su lugar un síntoma histérico. Hoy puedo yo completar mis afirmaciones añadiendo que *la defensa consigue su intención de expulsar de la conciencia la representación intolerable cuando la persona de que se trata, sana hasta entonces, integra, en calidad de recuerdos inconscientes, escenas sexuales infantiles, y cuando la representación que ha de ser expulsada puede ser enlazada, lógica o asociativamente, a tal suceso infantil.*

Teniendo en cuenta que la tendencia defensiva del yo depende del desarrollo moral e intelectual de la persona, comprendemos ya perfectamente que en las clases populares sea la histeria mucho menos frecuente de lo que habría de permitir su etiología específica.

Volvamos ahora a aquel último grupo de objeciones, cuya réplica nos ha llevado tan lejos. Hemos oído y reconocido que existen muchas personas que recuerdan claramente sucesos sexuales infantiles y, sin embargo, no han enfermado de histeria. Este argumento es de por sí muy poco consistente, pero nos da pretexto para una importante observación. Las personas de este orden no pueden, según nuestra comprensión de la neurosis, enfermar de histeria, o, por lo menos, enfermar a consecuencia de las escenas conscientemente recordadas. En nuestros enfermos, dichos recuerdos no son nunca consistentes y los curamos precisamente de su histeria haciendo conscientes sus recuerdos inconscientes de las escenas infantiles. En el hecho mismo de haber vivido tales sucesos no podíamos ni precisábamos modificar nada. Vemos, pues, que no se trata tan sólo de la existencia de los sucesos sexuales infantiles, sino también de determinada condición psicológica. Tales escenas han de existir en calidad de *recuerdos inconscientes*, y sólo en cuanto y mientras lo son pueden crear y mantener síntomas histéricos. De qué depende el que estos sucesos dejan tras de sí recuerdos conscientes o inconscientes, si de su contenido, de la época de su

acaecimiento o de influencias posteriores, son interrogaciones que plantean un nuevo problema, en el cual nos guardaremos muy bien de entrar por ahora. Haremos constar únicamente que el análisis nos ha aportado, como primer resultado, el principio de que *los síntomas histéricos son derivados de recuerdos inconscientemente activos*.

c) Para mantener nuestras afirmaciones de que los sucesos sexuales infantiles constituyen la condición fundamental, o, por decirlo así, la disposición de la histeria, si bien no crean inmediatamente los síntomas histéricos, sino que permanecen en un principio inactivos, y sólo actúan de un modo patógeno ulteriormente, al ser despertados como recuerdos inconscientes en la época posterior a la pubertad; para mantener estas afirmaciones, repetimos, hemos de contrastarlas con las numerosas observaciones que señalan ya la aparición de la histeria en la infancia anterior a la pubertad. Las dificultades que aquí pudieran surgir quedan resueltas al examinar con algún detenimiento los datos conseguidos en el análisis sobre las circunstancias temporales de los sucesos sexuales infantiles. Vemos entonces que la eclosión de síntomas histéricos comienza, no por excepción, sino regularmente, en los graves casos por nosotros analizados, hacia los ocho años, y que los sucesos sexuales que no muestran un efecto inmediato se extienden cada vez más atrás, hasta los cuatro, los tres e incluso los dos años de la vida del sujeto. Dado que la cadena formada por los sucesos patógenos no aparece interrumpida, en ninguno de los casos examinados, al cumplir ocho años el sujeto, hemos de suponer que esta edad, en la que tiene efecto la segunda dentición, forma para la histeria un límite, a partir del cual se hace imposible su causación. Aquellos que no han vivido anteriormente sucesos sexuales no pueden ya adquirir disposición alguna a la histeria. En cambio, quienes los han vivido pueden ya comenzar a desarrollar síntomas histéricos. La aparición aislada de la histeria anterior a este límite de edad (anterior a los ocho años) habría de interpretarse como un signo de madurez precoz. La existencia de dicho límite se halla probablemente enlazada a los procesos evolutivos del sistema sexual. El adelantamiento del desarrollo sexual somático es un fenómeno frecuente, y puede incluso pensarse en su impulsión por prematuros estímulos sexuales.

Observamos así la necesidad de cierto infantilismo, tanto en las funciones psíquicas como del sistema sexual, para que una experiencia sexual acaecida en este período desarrolle luego, como recuerdo, un efecto patógeno. Sin embargo, no me atrevo a sentar afirmaciones más precisas sobre la naturaleza de este

infantilismo psíquico ni sobre su limitación cronológica.

d) Pudiera también preguntárenos cómo es posible que el recuerdo de los sucesos sexuales infantiles desarrolle tan magnos efectos patógenos cuando el hecho mismo de vivirlos no provocó trastorno alguno. Realmente, no estamos habituados a observar que de una imagen mnémica emanen fuerzas de las que careció la impresión real. Se advertirá, además, con cuánta consistencia se mantiene en la histeria el principio de que sólo los recuerdos pueden producir síntomas. Todas las escenas posteriores, en las cuales nacen los síntomas, no son verdaderamente eficaces, y los sucesos a los que corresponde eficacia auténtica no producen en un principio efecto alguno. Pero nos hallamos aquí ante una cuestión que podemos muy bien desglosar de nuestro tema. Sentimos, ciertamente, la necesidad de llevar a cabo una síntesis de toda la serie de singulares condiciones a cuyo conocimiento hemos llegado. Para la producción de un síntoma histérico es necesario que exista una tendencia defensiva contra una representación penosa; esta representación ha de hallarse enlazada lógica y asociativamente con un recuerdo inconsciente, por conducto de elementos intermedios más o menos numerosos, que por el momento permanecen también inconscientes; el contenido de dicho recuerdo inconsciente ha de ser necesariamente sexual y consistir en un suceso acaecido en determinado período infantil, y no podemos menos de preguntarnos cómo es posible que este recuerdo de un suceso inocuo en su día tenga *a posteriori* el efecto anormal de llevar a un resultado patológico un proceso psíquico como el de la defensa, permaneciendo por sí mismo inconsciente en todo ello.

No obstante, habremos de decirnos que se trata de un problema puramente psicológico, cuya solución hace necesarias ciertas hipótesis sobre los procesos psíquicos normales y sobre el papel que en ellos desempeña la conciencia, pero que de momento puede quedar insolucionado, sin que ello disminuya el valor de nuestros descubrimientos sobre la etiología de los fenómenos histéricos.

III EL problema antes planteado se refiere al *mecanismo* de la producción de síntomas histéricos. Pero nos vemos obligados a exponer la causación de estos síntomas sin atender a aquel mecanismo, circunstancia que ha de disminuir la claridad de nuestra exposición. Volvamos al papel desempeñado por las escenas sexuales infantiles. Temo haber hecho formar un concepto exagerado de su fuerza productora de síntomas. Haré, pues, resaltar de nuevo que todo caso de histeria presenta síntomas cuya determinación no procede de sucesos infantiles,

sino de otros ulteriores y a veces recientes, si bien otra parte de los síntomas depende, desde luego, de sucesos de las épocas más tempranas. A ella pertenecen principalmente las tan numerosas y diversas sensaciones y parestesias genitales y de otras partes del cuerpo, síndromes que corresponden simplemente al contenido sensorial de las escenas infantiles, alucinatoriamente reproducido y muchas veces dolorosamente intensificado.

Otra serie de fenómenos histéricos mucho más corrientes —deseo doloroso de orinar, dolor al defecar, trastornos de la actividad intestinal, espasmos laríngeos y vómitos, perturbaciones digestivas y repugnancia a los alimentos — demostró ser también en el análisis, y con sorprendente regularidad, derivación de los mismos sucesos infantiles, quedando fácilmente explicada por peculiaridades constantes de los mismos. Las escenas sexuales infantiles son difícilmente imaginables para un hombre de sensibilidad sexual normal, pues contienen todas aquellas transgresiones conocidas por los libertinos o los impotentes, alcanzando en ellas un impropio empleo sexual la cavidad bucal y la terminación del intestino. El asombro que este descubrimiento produce queda pronto reemplazado en el médico por una comprensión total. De personas que no reparan en satisfacer en sujetos infantiles sus necesidades sexuales no puede esperarse que se detengan ante ciertas formas de tal satisfacción; pero, además, la impotencia sexual de la infancia impone irremisiblemente aquellos actos subrogados a los que el adulto se rebaja en los casos de impotencia adquirida. Todas las extrañas condiciones en que la desigual pareja prosigue sus relaciones amorosas: el adulto que no puede sustraerse a la mutua dependencia concomitante a toda relación sexual, pero que al mismo tiempo se halla investido de máxima autoridad y del derecho de castigo, y cambia constantemente de papel para conseguir la satisfacción de sus caprichos; el niño indefenso y abandonado a tal arbitrio, precozmente despertada su sensibilidad y expuesto a todos los engaños, interrumpido con frecuencia en el ejercicio de las funciones sexuales que le son encomendadas por su incompleto dominio de las necesidades naturales, todas estas incongruencias, tan grotescas como trágicas, quedan impresas en el desarrollo ulterior del individuo y en su neurosis, provocando un infinito número de afectos duraderos, que merecería la pena examinar minuciosamente. En aquellos casos en los cuales la reacción erótica se ha desarrollado entre dos sujetos infantiles, el carácter de las escenas sexuales continúa siendo repulsivo, puesto que toda relación infantil de este orden supone la previa iniciación de uno de los protagonistas por un adulto. Las consecuencias

psíquicas de tales relaciones infantiles son extraordinariamente hondas. Los dos protagonistas quedan unidos para toda su vida por un lazo invisible.

En ocasiones son detalles accesorios de estas escenas sexuales infantiles los que en años posteriores alcanzan un poder determinante con respecto a los síntomas de la neurosis. Así, en uno de los casos por mí examinados, la circunstancia de haberse enseñado al niño a excitar con sus pies los genitales de una persona adulta bastó para fijar a través de años enteros la atención neurótica del sujeto en sus extremidades inferiores y su función, provocando finalmente una paraplejía. En otro caso se trataba de una enferma cuyos ataques de angustia, que solían presentarse a determinadas horas del día, sólo se calmaban con la presencia de una de sus hermanas, careciendo de tal eficacia el auxilio de las demás. La razón de esta preferencia hubiera permanecido en el misterio si el análisis no hubiese descubierto que la persona que en su infancia le había hecho objeto de atentados sexuales preguntaba siempre si se hallaba en casa dicha hermana, por la que temía, sin duda, ser sorprendida.

La fuerza determinante de las escenas infantiles se oculta a veces tanto, que un análisis superficial no logra descubrirla. Creemos entonces haber hallado la explicación de cierto síntoma en el contenido de alguna de las escenas posteriores; pero al tropezar luego, en el curso de nuestra labor, con una escena infantil de idéntico contenido, reconocemos que la escena ulterior debe exclusivamente su capacidad de determinar síntomas a su coincidencia con la anterior. No queremos, por tanto, negar toda importancia a las escenas posteriores. Si se me planteara la labor de exponer aquí las reglas de la producción de síntomas histéricos, habría de reconocer como una de ellas la de ser elegida para síntoma aquella representación que es hecha resaltar por la acción conjunta de varios factores y despertada simultáneamente desde diversos lados, regla que en otro lugar he tratado de expresar con el aserto de que los *síntomas histéricos se hallan super-determinados*.

Hemos dejado antes aparte, como tema especial, la relación entre la etiología reciente y la infantil. Pero no queremos abandonar la cuestión sin transgredir, por lo menos, con una observación nuestro anterior propósito. Ha de reconocerse la existencia de un hecho que desorienta nuestra comprensión psicológica de los fenómenos histéricos y parece advertirnos que nos guardemos de aplicar una misma medida a los actos psíquicos de los histéricos y de los normales. Nos referimos a la desproporción comprobada en el histérico entre el estímulo psíquicamente excitante y la reacción psíquica, desproporción que tratamos de

explicar con la hipótesis de una excitabilidad general anormal o, en un sentido fisiológico, suponiendo que los órganos cerebrales dedicados a la transmisión presentan en el enfermo un especial estado psíquico o se han sustraído a la influencia coercitiva de otros centros superiores. No quiero negar que ambas teorías pueden proporcionarnos en algunos casos una explicación exacta de los fenómenos histéricos. Pero la parte principal del fenómeno, la reacción histérica anormal y exagerada a los estímulos psíquicos, permite una distinta explicación, en cuyo apoyo pueden aducirse infinitos ejemplos extraídos del análisis. Esta explicación es como sigue: *La reacción de los histéricos sólo aparentemente es exagerada; tiene que parecernoslo porque no conocemos sino una pequeña parte de los motivos a que obedece.*

En realidad, esta reacción es proporcional al estímulo excitante y, por tanto, normal y psicológicamente comprensible. Así lo descubrimos en cuando el análisis agrega a los motivos manifiestos, conscientes en el enfermo, aquellos otros motivos que han actuado sin que el enfermo los conociese ni pudiera, por tanto, comunicarlos.

Podría llenar página tras página con la demostración del importante principio antes enunciado en todos y cada uno de los elementos de la actividad psíquica total de los histéricos, pero habré de limitarme a exponer algunos ejemplos. Recuérdese la frecuente *susceptibilidad* psíquica de los histéricos, que ante la menor desatención reaccionan como si de una mortal ofensa se tratase. ¿Qué pensaríamos si observásemos una tan elevada susceptibilidad ante motivos insignificantes entre dos personas normales; por ejemplo, en un matrimonio? Deduciríamos que la escena conyugal presenciada no era únicamente el resultado del último motivo insignificante y que en el ánimo de los protagonistas habían ido acumulándose poco a poco materias detonantes que el último pretexto había hecho estallar en su totalidad.

En la histeria sucede lo mismo. No es la última insignificante molestia la que produce el llanto convulsivo, el ataque de desesperación y el intento de suicidio, contradiciendo el principio de la proporcionalidad entre el efecto y la causa. Lo que pasa es que dicha mínima mortificación actual ha despertado los recuerdos de múltiples e intensas ofensas anteriores, detrás de las cuales se esconde aún el recuerdo de una grave ofensa jamás cicatrizada, recibida en la infancia. Igualmente cuando una joven se dirige los más espantosos reproches por haber permitido que un muchacho acariciase secretamente su mano y contrae a partir de aquel momento una neurosis, puede pensarse en un principio que se trata de

una persona anormal, excéntrica e hipersensitiva, pero no tardaremos en cambiar de idea al mostrarnos el análisis que aquel contacto recordó a la sujeto otro análogo experimentado en su niñez y enlazado con circunstancias menos inocentes, de manera que sus reproches se refieren en realidad a aquella antigua historia. Por último, el enigma de los puntos histerógenos encuentra también aquí su explicación. Al tocar uno de tales puntos realizamos algo que no nos proponíamos. Despertamos un recuerdo que puede provocar un ataque de convulsiones, y cuando se ignora la existencia de tal elemento psíquico intermedio se ve en el ataque un efecto directo del contacto. Los enfermos comparten tal ignorancia y caen, por tanto, en errores análogos, estableciendo constantemente falsos *enlaces* entre el último motivo consciente y el efecto dependiente de tantos elementos intermedios. Pero cuando se ha hecho posible al médico reunir para la explicación de una reacción histérica los motivos conscientes y los inconscientes, se ve obligado a reconocer que la reacción del enfermo, aparentemente exagerada, es casi siempre proporcionada y sólo anormal en su forma.

Contra esta justificación de la reacción histérica a estímulos psíquicos se objetará con razón que de todos modos no se trata de una reacción normal, pues los hombres sanos se conducen de muy distinto modo, sin que actúen en ellos todas las excitaciones pasadas cada vez que se presenta un nuevo estímulo. Se experimenta así la impresión de que en los histéricos conservan su eficacia todos los sucesos pretéritos a los que ya han reaccionado con tanta frecuencia y tan violentamente, pareciendo estos enfermos incapaces de llevar a cabo una descarga de los estímulos psíquicos. Hay en esto algo de verdad. Pero no debe olvidarse que los antiguos sucesos vividos por los enfermos actúan al ser estimulados por un motivo actual como *recuerdos inconscientes*. Parece así como si la dificultad de descarga y la imposibilidad de transformar una impresión actual en un recuerdo inofensivo dependieran precisamente de los caracteres peculiares de lo psíquico inconsciente. Como se ve, el resto del problema es nuevamente psicología, y psicología de un orden muy distinto al estudiado hasta ahora por los filósofos.

A esta psicología que hemos de crear para nuestras necesidades —a la futura *psicología de las neurosis* he de remitirme también al exponer como final algo en lo que se verá, quizá, al principio, un obstáculo a nuestra iniciada comprensión de la etiología de la histeria. He de afirmar, en efecto, que la importancia etiológica de los sucesos sexuales infantiles no aparece limitada al

terreno de la histeria, extendiéndose también a la singular neurosis obsesiva e incluso, quizá, a la paranoia crónica y a otras psicosis funcionales. No puedo hablar aquí con la precisión deseable, porque el número de mis análisis de neurosis obsesivas es aún muy inferior al de histeria. Con respecto a la paranoia, sólo dispongo de un único análisis suficiente^[239] y algunos otros fragmentarios. Pero lo que en estos casos he hallado me ofrece garantías de exactitud y me promete resultados positivos en futuros análisis. Se recordará, quizá, que en ocasiones anteriores he sostenido ya la síntesis de la histeria y la neurosis obsesiva bajo el título de *neurosis de defensa*, aunque no había llegado aún al descubrimiento de su común etiología infantil. Añadiré ahora que todos mis casos de representaciones obsesivas me han revelado un fondo de síntomas histéricos, en su mayoría sensaciones y dolores, que podían ser referidos precisamente a los más antiguos sucesos infantiles. ¿Qué es lo que determina que de las escenas sexuales infantiles haya de surgir luego, al sobrevenir los demás factores patógenos, bien la histeria, bien la neurosis obsesiva o incluso la paranoia? Esta extensión de nuestros conocimientos parece disminuir el valor etiológico de dichas escenas, despojando de su especialidad a la relación etiológica.

No me es posible dar todavía una respuesta precisa a esta interrogación, pues no cuento aún con datos suficientes. He observado, hasta ahora, que las representaciones obsesivas se revelan siempre en el análisis como *reproches*, disfrazados y deformados, correspondientes a agresiones sexuales infantiles, siendo, por tanto, más frecuentes en los hombres que en las mujeres, y desarrollándose en aquéllos con mayor frecuencia que la histeria. De este hecho puede deducirse que el carácter activo o pasivo del papel desempeñado por el sujeto en las escenas sexuales infantiles ejerce una influencia determinante sobre la elección de la neurosis ulterior.

De todos modos, no quisiera disminuir con esto la influencia correspondiente a la edad en que el sujeto vive dichas escenas infantiles y a otros distintos factores. Sobre este punto habrán de decidir nuestros futuros análisis. Pero una vez descubiertos los factores que rigen la elección entre las diversas formas posibles de las neuropsicosis de defensa, se nos planteará de nuevo un problema, puramente psicológico: el relativo al mecanismo que estructura la forma elegida.

Llego aquí al final de mi trabajo. Preparado a la contradicción, quisiera dar aún a mis afirmaciones un nuevo apoyo antes de abandonarlas a su camino.

Cualquiera que sea el valor que se conceda a mis resultados, he de rogar no se vea en ellos el fruto de una cómoda especulación. Reposan en una laboriosa investigación individual de cada enfermo, que en la mayoría de los casos ha exigido cien o más horas de penosa labor. Más importante aún que la aceptación de mis resultados es para mí la del método del que me he servido, totalmente nuevo, difícil de desarrollar, y, sin embargo, insustituible para nuestros fines científicos y terapéuticos. No es posible contradecir los resultados de esta modificación mía del método de Breuer, dejando a un lado este método y sirviéndose tan sólo de los hasta aquí habituales. Ello equivaldría a querer rebatir los descubrimientos de la técnica histológica por medio de los datos logrados en la investigación macroscópica. Al abrirnos este nuevo método de investigación, el acceso a un nuevo elemento del suceder psíquico, a los procesos mentales inconscientes, o, según la expresión de Breuer, *incapaces de conciencia*, nos ofrece la esperanza de una nueva y mejor comprensión de todas las perturbaciones psíquicas funcionales. No puedo creer que la psiquiatría dilate por más tiempo el servirse de él.

XV

LA SEXUALIDAD EN LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS^[240]

1898

MINUCIOSAS investigaciones realizadas estos últimos años me han llevado al convencimiento de que las causas más inmediatas y prácticamente importantes de todo caso de enfermedad neurótica han de ser buscadas en factores de la vida sexual. Esta teoría no es totalmente nueva. Desde siempre, y por todos los autores, se ha concedido a los factores sexuales cierta importancia en la etiología de las neurosis, y algunas corrientes inferiores de la Medicina han reunido también siempre la curación de los «trastornos sexuales» y de la «debilidad nerviosa» en una sola promesa. No será, pues, difícil discutir a esta teoría la originalidad, si alguna vez se renuncia a negar su exactitud.

En algunos breves trabajos publicados durante estos últimos años en las revistas *Neurologisches Zentralblatt*, *Revue Neurologique* y *Wiener Klinischer Rundschau*, he tratado de indicar el material y los puntos de vista que ofrecen un apoyo científico a la teoría de la «etiología sexual de las neurosis». Lo que no he llevado aún a cabo es una exposición detallada de tal teoría, porque al tratar de explicar el conjunto de datos efectivamente comprobados se nos plantean de continuo nuevos problemas, cuya solución exige una labor preparatoria aún no realizada.

No me parece, en cambio, prematura una tentativa de orientar hacia los resultados de mis investigaciones el interés del médico práctico, para

convencerle, a un mismo tiempo, de la exactitud de mis afirmaciones y de las ventajas que su conocimiento puede aportarle en el ejercicio de su actividad.

Sé muy bien que se intentará apartar al médico de este camino empleando argumentos moralistas. Para adquirir la convicción de que las neurosis de sus enfermos tienen realmente una relación con la vida sexual de los mismos, habrá de interrogarlos insistentemente sobre su vida sexual hasta lograr un completo y sincero esclarecimiento, y en esta investigación se ve un peligro, tanto para el individuo como para la sociedad. El médico —se dice— no tiene derecho a penetrar en los secretos sexuales de sus pacientes, lastimando su pudor, sobre todo cuando se trata de personas de sexo femenino. Su torpe intervención no puede sino destruir la felicidad familiar, ofenderla inocencia de los pacientes jóvenes y suplantar la autoridad de sus padres; dar, en fin, a su propia relación con los enfermos adultos un carácter embarazoso y forzado. Constituye, pues, para él un deber de carácter ético permanecer ajeno a toda cuestión sexual.

Todo esto no es sino la expresión de una mojigatería indigna del médico, mal encubierta con deleznales argumentos. Si realmente se reconoce a los factores de la vida sexual la categoría de causas patógenas, su estudio y discusión constituirán para el médico un deber ineludible. Al obrar así, no se hace reo de un mayor atentado contra el pudor que al reconocer, por ejemplo, los órganos genitales de una paciente para curar una afección local. De mujeres ya maduras, residentes en lugares alejados de la capital, se oye contar aún, alguna vez, que han preferido irse agotando en repetidas hemorragias genitales, a consentir un reconocimiento médico. La influencia educativa ejercida por los médicos ha logrado, en el curso de una generación, que entre las mujeres de hoy sean ya muy raros tales casos de resistencia, y si aún surge alguno, es considerado como una ridícula gazmoñería. ¿Vivimos acaso en Turquía —preguntaría el médico—, donde las mujeres enfermas sólo pueden mostrar al médico el brazo pasándolo a través de un agujero de la pared?

No es exacto que el examen y la revelación de las circunstancias sexuales den al médico un peligroso poder sobre la paciente. La misma objeción hubiera podido oponerse a las narcosis, que despoja al enfermo de su conciencia y de su voluntad y le entrega en manos del médico sin que sepa cuándo las recobrará, ni si las recobrará siquiera. Y, sin embargo, se ha hecho indispensable, por los servicios insustituibles que presta a la terapia, habiendo agregado el médico a sus ya graves deberes la responsabilidad de su empleo.

El médico puede siempre causar daños cuando carece de habilidad o de

conciencia, pero lo mismo en cualquiera de sus intervenciones profesionales que en la investigación de la vida sexual. Naturalmente, aquellos que después de un severo examen de su personalidad no se concedan el tacto, la severidad y la discreción necesarios para el examen de los neuróticos, y sepan que los descubrimientos de orden sexual han de despertar en ellos un voluptuoso cosquilleo en lugar de un riguroso interés científico, harán muy bien en permanecer alejados del tema de la etiología de las neurosis. Por nuestra parte, sólo les pedimos, además, que no se dediquen al tratamiento de enfermos nerviosos.

Tampoco es exacto que los enfermos opongan obstáculos insuperables a una investigación de la vida sexual. Los adultos suelen poner término en seguida a sus vacilaciones, reflexionando que el médico puede saberlo todo. Para muchas mujeres, forzadas a ocultar en la vida de relación sus impulsos sexuales, constituye un alivio advertir que el médico antepone a todo su curación, estándoles permitido adoptar, por fin, alguna vez una franca actitud, puramente humana, ante las cosas sexuales. En la conciencia vulgar parece haber existido siempre un oscuro conocimiento de la importancia de los factores sexuales para la génesis de la nerviosidad. En mi consulta he presenciado numerosas escenas del tenor siguiente: Se nos presenta un matrimonio. Uno de los cónyuges padece de neurosis. Al cabo de muchos rodeos y de reflexiones, tales como la de que si el médico quiere alcanzar algún éxito en estos casos ha de prescindir de ciertas convenciones, etc., les comunicamos nuestra sospecha de que el motivo de la enfermedad reposa en ciertas prácticas sexuales, antinaturales y dañosas, adoptadas por ellos después del último parto de la mujer: Ante estas palabras, uno de los cónyuges se dirige al otro y le dice: «¿Lo ves? Ya te dije que eso me haría enfermar». Y el interpelado responde: «También yo lo pensaba, pero ¿qué íbamos a hacer?»

En otras distintas circunstancias (por ejemplo, cuando se trata de muchachas jóvenes, a las que se educa generalmente en un encubrimiento sistemático de su vida sexual) ha de contentarse el médico con una menor sinceridad. Cuidará entonces de no afrontar la cuestión sexual sin una minuciosa preparación, de manera que no haya de demandar de la enferma esclarecimiento alguno previo, sino tan sólo la confirmación de sus hipótesis. Aquellos que consientan ceñirse a mis indicaciones sobre la forma de traducir al lenguaje etiológico la morfología de la neurosis, no precisarán acudir, en gran medida, a las confesiones de los pacientes. Con la descripción de sus síntomas patológicos —revelada siempre de

buen grado— les informarán los enfermos, por lo general, los factores sexuales que detrás de tales síntomas se esconden.

Sería muy ventajoso que los enfermos se dieran mejor cuenta de la seguridad con la que el médico puede ya interpretar los trastornos nerviosos que los aquejan y deducir su etiología sexual. Ello los llevaría a prescindir de toda ocultación desde el momento en que se decidieron a pedir el auxilio de la Ciencia. A todos interesa que también en las cuestiones sexuales se llegue a observar entre los hombres, como un deber, una mayor sinceridad. Con ello ganaría mucho la moral sexual. Actualmente, todos, enfermos y sanos, nos hacemos reos de hipocresía en este orden de cosas. La general sinceridad habría de traer consigo una mayor tolerancia a todos conveniente.

Algunos de los problemas debatidos por los neurólogos no han logrado atraer aún el interés de los médicos. Así, la estricta diferenciación de la histeria y la neurastenia, la distinción de una histeroneurastenia, la adscripción de las representaciones obsesivas a la neurastenia o su reconocimiento como una neurosis especial, etc., etc., En realidad, tales diferenciaciones pueden serles indiferentes en tanto no enlacen a ellas un conocimiento más profundo de la enfermedad y una norma terapéutica y se limiten a aconsejar al paciente, en todos los casos, una cura hidroterápica, o a decirle que su dolencia es puramente imaginaria. No así, en cambio, si aceptan nuestros puntos de vista sobre las relaciones causales de la sexualidad con la neurosis. Despierta entonces un nuevo interés hacia la sintomatología de los diversos casos neuróticos, y adquiere gran importancia práctica saber disociar con exactitud los componentes del complicado cuadro patológico y dar a cada uno su nombre exacto. Resulta, en efecto, fácil traducir en etiología la morfología de las neurosis, y de este conocimiento etiológico se derivan por sí mismas nuevas indicaciones terapéuticas.

El examen minucioso de los síntomas nos permite siempre establecer un importante diagnóstico diferencial, mostrándonos si el caso de que se trate presenta los caracteres de la neurastenia o los de una psiconeurosis (histeria, representaciones obsesivas). (Surgen también con extraordinaria frecuencia casos mixtos, en los cuales los signos de la neurastenia aparecen unidos a los de una psiconeurosis; pero de ellos trataremos más adelante.) El examen del enfermo sólo en las neurastenias nos descubre ya los factores etiológicos sexuales, que en estos casos son conocidos por el paciente y pertenecen a la actualidad o, mejor dicho, al período que se extiende a partir de la época de su

madurez sexual (aunque de todos modos no pueda aplicarse a todos los casos esta limitación). En las psiconeurosis tal examen nos proporciona escaso rendimiento. Sólo nos facilita, eventualmente, el conocimiento de factores a los que hemos de reconocer la categoría de motivos patógenos ocasionales, y que pueden tener o no una relación con la vida sexual del sujeto. En el primer caso resultan iguales a los factores etiológicos de la neurastenia, no presentando, por tanto, un carácter específico en lo que se refiere a la causación de la neurosis. Y, sin embargo, también la etiología de las psiconeurosis reposa siempre nuevamente en la sexualidad. Dando un singular rodeo, del que más tarde hablaremos, logramos llegar al conocimiento de esta etiología y a comprender que el enfermo no supiera decirnos nada de ella. Los sucesos y las influencias en el fondo de toda psiconeurosis no pertenecen a la actualidad, sino a una época muy pretérita de la vida del sujeto, a su primera infancia, habiendo sido olvidados luego, aunque sólo en cierto sentido, por el enfermo.

Todos los casos de neurosis poseen, pues una etiología sexual; pero tal etiología se halla constituida por sucesos actuales en las neurastenias, e infantiles en las psiconeurosis, siendo ésta la primera antítesis importante en la etiología de las neurosis. Una segunda antítesis se deriva de la diferencia que presenta el cuadro sintomático de la neurastenia. En esta enfermedad hallamos, por un lado, casos que presentan en primer término ciertos trastornos característicos de la neurastenia (pesadez de cabeza, fatiga, dispepsia, estreñimiento, irritación espinal, etc.) existiendo, en cambio, otros en los que el cuadro sintomático aparece formado por síndromes distintos, relacionados todos con la «angustia» como perturbación central (sobresalto, inquietud, temores, ataque de angustia rudimentarios y suplementarios, vértigo locomotor, agorafobia, insomnios, hiperestesia, etc.). Dejando al primero de estos tipos de neurastenia el nombre de tal, hemos dado al segundo el de «neurosis de angustia»; diferenciación que hubimos de justificar ya en un trabajo anterior^[241], en el que intentamos también explicar la general aparición conjunta de ambas neurosis. Para nuestros fines actuales nos bastará hacer resaltar que a la diferencia sintomática de estas dos formas de neurosis corresponde una diferente etiología. La neurastenia es imputable siempre a cierto estado del sistema nervioso, surgido a consecuencia de la masturbación excesiva o de continuadas poluciones espontáneas. En la génesis de la neurosis de angustia hallamos con regularidad influjos sexuales que presentan como carácter común la continencia o la satisfacción incompleta; así,

el coito interrumpido, la abstinencia en individuos de libido muy intensa, las llamadas excitaciones frustradas, etc. En el breve ensayo^[242], en el que intentamos introducir en la morfología de las neurosis la neurosis de angustia, formulamos ya el principio de que la angustia es, en general, libido desviada de sus fines.

En los casos mixtos en los cuales surgen conjuntamente síntomas de neurastenia y de neurosis de angustia, nos atenemos al principio, empíricamente descubierto, de que una mezcla de neurosis corresponde a una acción conjunta de varios factores etiológicos. Este principio resulta siempre confirmado en la práctica, y sería interesante examinar con cuánta frecuencia quedan enlazados orgánicamente entre sí estos factores etiológicos por la conexión de los procesos sexuales (por ejemplo, el coito interrumpido o la potencia insuficiente del hombre) con la masturbación.

Una vez seguramente diagnosticado un caso de neurosis neurasténica, y exactamente agrupados sus síntomas, podemos ya traducir la sintomatología en etiología, y pedir luego al enfermo la confirmación de nuestras hipótesis. Sin dejarnos desorientar por su negativa inicial, insistiremos en nuestras deducciones, y nuestra firme convicción acabará con vencer toda resistencia. En esta labor aprendemos lo suficiente como para componer un tratado altamente instructivo sobre la vida sexual del hombre, imponiéndonos cada vez más la necesidad de libertar a la ciencia sexual de la interdicción que sobre ella pesa. Teniendo en cuenta que las pequeñas desviaciones de la normalidad sexual son demasiado frecuentes para conceder un valor a su descubrimiento, sólo aceptaremos del enfermo neurótico, como explicación de su dolencia, una grave y duradera anormalidad de su vida sexual, sin que esta insistencia nuestra en la rebusca de una etiología sexual pueda nunca decidir a un enfermo psíquicamente normal a atribuirse, como alguna vez se ha sospechado, pecados sexuales imaginarios.

Siguiendo con nuestro paciente este procedimiento, adquirimos además la convicción de que la teoría de la etiología sexual de la neurastenia carece de excepciones. Esta convicción ha llegado a ser en mí tan absoluta, que el resultado negativo del examen toma a mis ojos un valor diagnóstico, haciéndome suponer que tales casos no pueden ser de neurastenia. De este modo he llegado a diagnosticar varias veces una parálisis progresiva en lugar de una neurastenia por no haberme sido posible comprobar que el enfermo se entregase a una

masturbación excesiva, premisa necesaria de mi teoría, y el curso ulterior de estos casos me ha dado siempre la razón. En otro enfermo, que sin presentar claras modificaciones orgánicas se quejaba de dolores de cabeza y dispepsia, y oponía a mis sospechas sexuales una firme y constante negativa, de cuya sinceridad no podía dudarse, se me ocurrió diagnosticar una supuración latente en una de las cavidades nasales, y un rinólogo confirmó totalmente este diagnóstico, deducido del examen sexual negativo, curando totalmente al enfermo por medio de una operación, en la que hubo de provocar la salida de una gran cantidad de pus fétido, contenido en la cavidad de Highmor.

La existencia de «casos negativos» puede quedar también fingida por otras circunstancias. Hallamos, en efecto, casos en los que el examen revela una vida sexual normal, tratándose, no obstante, de enfermos cuya neurosis presenta a primera vista todos los caracteres de una neurastenia o una neurosis de angustia. Pero una más penetrante investigación acaba siempre por descubrirnos la verdad. Detrás de tales casos, en los que al principio creímos ver una neurastenia, se esconde como psiconeurosis una histeria o una neurosis obsesiva. Especialmente la histeria, que tantas afecciones orgánicas imita, puede fácilmente fingir una de las formas de las neurosis actuales^[243], elevando sus síndromes a la categoría de síntomas histéricos. Tales histerias de forma neurasténica no son nada raras. Sin embargo, no debe creerse que el arbitrio de acogerse a las psiconeurosis en los casos de neurastenia con examen sexual negativo no se halla exento de dificultad. Para establecer el nuevo diagnóstico hemos de recurrir al único método que puede llevarnos sin error al descubrimiento de una histeria; esto es, el psicoanálisis, del que más adelante hablaremos.

Aunque aquellos que se hallen dispuestos a tener en cuenta en sus enfermos neurasténicos la etiología sexual se inclinarán, quizá, a juzgarnos unilaterales al ver que no invitamos al médico a atender también a los demás factores citados por los tratadistas como causas de la neurastenia. Así, pues, hemos de hacer constar que está muy lejos de nuestro ánimo sustituir totalmente dichos factores por la etiología sexual y negarles de este modo toda influencia. Nos limitamos a afirmar que a todos los factores etiológicos reconocidos por los tratadistas en la génesis de la neurastenia deben agregarse los sexuales, desatendidos hasta hoy. Ahora bien: estos factores sexuales ocupan, a nuestro juicio, en la serie etiológica, una situación preeminente, por ser los únicos que se presentan en todo caso de neurastenia, sin excepción alguna, y los únicos capaces de producir

la neurosis por si solos, quedando así rebajados los demás factores a la categoría de una etiología auxiliar y suplementaria. Sólo estos factores sexuales permiten al médico descubrir relaciones indudables entre su diversidad y la variedad de los cuadros patológicos. En cambio, aquellos casos en los que el sujeto ha enfermado de neurastenia, supuestamente a consecuencia del exceso de trabajo, de emociones intensas, de una fiebre tifoidea, etc., no muestran en sus síntomas nada común, ni me permiten deducir de la etiología el probable cuadro sintomático, o inversamente, de los síndromes, la causa etiológica.

Las causas sexuales son también las que antes ofrecen al médico un punto de apoyo para su acción terapéutica. La herencia es indudablemente un factor importante cuando realmente existe, pues permite la emergencia de graves defectos patológicos en casos que sin ella hubieran sido leves. Pero la herencia resulta inaccesible al influjo del médico. Cada individuo trae consigo al mundo determinadas predisposiciones, contra las que nada podemos. Sin embargo, tampoco debemos olvidar que precisamente en la etiología de las neurastenias ha de negarse a la herencia el primer puesto. La neurastenia (en sus dos formas pertenece a aquellas afecciones que todo individuo exento de taras hereditarias puede adquirir sin dificultad. Si así no fuera, sería increíble su extraordinario incremento actual, tan lamentado por todos los tratadistas. Por lo que respecta a la civilización, a la cual se suele atribuir la causación de la neurastenia, quizá tengan también razón los autores (aunque en distinto sentido del que afirman); pero el estado de nuestra civilización es igualmente inmodificable por la acción individual, siendo además un factor cuya influencia general sobre los miembros de una misma sociedad no explica nunca la elección de la forma patológica. El médico no neurasténico se halla bajo la misma influencia, supuestamente nefasta, de la civilización que el enfermo neurasténico al que ha de tratar. La importancia de las influencias agotadoras queda subsistente con la restricción antes indicada. En cambio, se abusa extraordinariamente del *surmenage* como factor etiológico de la neurosis. Es exacto que el individuo predispuesto a la neurastenia por sus dañosas prácticas sexuales soporta mal el trabajo intelectual y los esfuerzos psíquicos de la vida; pero el trabajo y la excitación por sí solos no conducen a nadie a la neurosis. Por el contrario, el trabajo intelectual es una excelente protección contra las enfermedades neuróticas. Precisamente los trabajadores intelectuales más resistentes son respetados por la neurastenia, y el *surmenage*, a que los neurasténicos achacan su enfermedad, no merece casi nunca, ni por su cantidad ni por su calidad, el nombre de «trabajo intelectual».

Los médicos habrán de acostumbrarse a explicar al empleado que dice haberse matado a trabajar en su oficina, o a la mujer a quien se hace excesivamente pesado el gobierno de su casa, que no han enfermado por haber intentado realizar sus deberes, fáciles en realidad para un cerebro civilizado, sino por haber descuidado y estropeado groseramente mientras tanto su vida sexual.

Sólo la etiología sexual nos facilita además la comprensión de todos los detalles de los historiales clínicos de los neurasténicos, descubriéndonos las causas de sus enigmáticas mejorías en pleno curso de la enfermedad y de sus agravaciones, no menos incomprensibles, relacionadas habitualmente por los enfermos y los médicos con la terapia emprendida. En mi colección, que abarca más de doscientos casos, encuentro el de un individuo que, después de una cura en el establecimiento de Woerishofen^[244], pasó un año entero extraordinariamente mejorado. Al cabo de este tiempo recayó y acudió de nuevo afeitado balneario, con la esperanza de nueva mejoría, sin obtener esta vez alivio alguno. Una ojeada a la crónica familiar de este enfermo nos resolvió el doble enigma. Seis meses y medio después de su primer retorno de Woerishofen tuvo su mujer un niño. Resulta, pues, que al separarse de su mujer para emprender la cura se encontraba aquélla al principio de un embarazo aún ignorado, y a su retorno pudo el sujeto practicar con ella un comercio sexual normal. Pero cuando después del parto volvió a realizar el coito interrumpido, surgió de nuevo la neurosis, y la nueva cura no dio resultado alguno, toda vez que al volver a su casa hubo de continuar la práctica patógena.

Otro caso análogo, en el que también se hizo posible aclarar un inesperado efecto de la terapia, resultó aún más instructivo por presentar una enigmática transformación de los síntomas de la neurosis. Un joven nervioso había sido enviado por su médico a un establecimiento hidroterápico excelentemente dirigido en busca de alivio de una neurastenia típica. El estado del enfermo comenzó en seguida a mejorar visiblemente, haciendo esperar que nuestro sujeto abandonaría el balneario convertido en partidario entusiasta de la hidroterapia. Pero en la sexta semana sobrevino un cambio. El enfermo «no toleraba ya el agua»; se hallaba cada vez más nervioso, y al cabo de dos semanas más abandonó el establecimiento. Cuando luego acudió a mí, quejándose de tal engaño de la terapia, hice que me enterase de los síntomas que le habían atacado en medio de la cura, comprobando en ellos un cambio singular. Al llegar al balneario sufría pesadez de cabeza, dispepsia y cansancio, y los síntomas que

interrumpieron la cura habían sido excitación, ataques de opresión, vértigos al andar e insomnios. Pude entonces decirle lo siguiente; «Es usted injusto con la hidroterapia. Como usted sabe muy bien, su enfermedad se debe a una continuada masturbación. En el balneario ha cesado usted de practicar este género de satisfacción sexual, y ha obtenido con ello una rápida mejoría. Pero cuando ya empezaba a sentirse bien ha cometido usted la imprudencia de entablar, quizá con una señora del mismo balneario, unas relaciones que sólo podían conducir a excitaciones sexuales sin satisfacción ulterior. Tales relaciones, y no una repentina intolerancia de la hidroterapia, le han hecho recaer en su enfermedad. De su actual estado deduzco además que todavía continúa usted viendo aquí, en la capital, a dicha señora». El enfermo confirmó punto por punto mis palabras.

La terapia actual de la neurastenia, tal y como es practicada en los mejores balnearios, tiende a conseguir el alivio de los estados nerviosos, tonificando y tranquilizando al paciente. A mi juicio, sólo puede reprochársele el desatender las condiciones sexuales del caso, mi experiencia me inclina a desear que los médicos directores de tales establecimientos se den clara cuenta de que sus enfermos no son víctimas de la civilización o de la herencia, sino —*sit venia verbo*— inválidos de la sexualidad. De este modo se explicarían mejor tanto sus éxitos como sus fracasos, y tenderán además a alcanzar nuevos resultados positivos, encomendados hoy al azar o a la conducta espontánea del enfermo. Cuando se saca de su casa a una mujer aquejada de angustia y neurastenia y se la envía a un balneario, en el cual, libre de todo cuidado, se la somete a un régimen de baños, ejercicios gimnásticos y alimentación adecuada, se tenderá a ver en la brillante mejoría, conseguida en algunas semanas o meses, un resultado del reposo gozado por la enferma y de la tonificación, obra de la hidroterapia. Puede ser; pero pensando así se olvida que al alejar a la paciente de su casa se ha producido también una interrupción del coito conyugal, y que esta exclusión de la causa patógena es la que hace posible conseguir una mejoría, con el auxilio de una terapia adecuada. El olvido de este punto de vista etiológico queda luego vengado por la efímera duración de la mejoría obtenida. Al poco tiempo de reanudar la paciente su vida habitual vuelven a surgir los síntomas patógenos, obligándola periódicamente a pasar una temporada en tales establecimientos o a orientar hacia otros medios sus esperanzas de curación. Resulta, pues, indudable que en los casos de neurastenia la acción terapéutica debe atacar directamente las circunstancias en que el paciente vive y no aquéllas a las que es transferido en el

balneario.

En otros casos nuestra teoría etiológica puede dar al médico de balneario la clave de los fracasos sufridos por la hidroterapia y proporcionarle el medio de evitarlos. La masturbación es en las muchachas púberes y en los hombres maduros mucho más frecuente de lo que se cree, y resulta dañosa, no sólo por dar origen a síntomas neurasténicos, sino por mantener a los enfermos bajo el peso de un secreto vergonzoso. El médico no acostumbrado a traducir en masturbación la neurastenia atribuye el estado patológico a la anemia, a una alimentación insuficiente o al *surmenage*, y encomienda la curación del enfermo a una terapia adecuada a tales causas. Mas para su sorpresa, alternan en el paciente períodos de mejoría con otros de profundo ensombrecimiento e intensificación de todos los síntomas. El resultado de tal tratamiento es siempre dudoso. Si el médico supiera que el enfermo lucha todo el tiempo con su hábito sexual, cayendo en una lúgubre desesperación cuando se ha visto obligado a ceder a él una vez más, y si poseyera el medio de arrancarle su secreto, disminuiría su gravedad a los ojos del paciente, y al apoyarle en su lucha contra la costumbre patógena, el éxito terapéutico quedaría asegurado.

La deshabitación del onanismo es una de las nuevas labores que el reconocimiento de la etiología sexual plantea al médico, y sólo puede llevarse a cabo, como todas las demás curas de este género, en un establecimiento médico y bajo la continua vigilancia del terapeuta. Abandonado a sí mismo, el masturbador recurre a la cómoda satisfacción habitual siempre que experimenta alguna contrariedad. El tratamiento médico no puede proponerse aquí otro fin que conducir de nuevo al neurasténico, tonificando por una adecuada terapia auxiliar, a la actividad sexual normal, pues la necesidad sexual, despertada una vez y satisfecha durante un largo periodo, no se deja ya acallar, y si únicamente derivar por otro camino. Esta observación puede aplicarse también a las demás curas de abstinencia, cuyos resultados positivos seguirán siendo aparentes y efímeros mientras el médico se limite a quitar al enfermo el medio narcótico, sin preocuparse de la fuente de la que surge la necesidad imperativa del mismo. El «hábito» no es sino una mera locución, sin valor aclaratorio alguno. No todos los individuos que han tenido ocasión de tomar durante algún tiempo morfina, cocaína, etc., contraen la toxicomanía correspondiente. Una minuciosa investigación nos revela generalmente que estos narcóticos se hallan destinados a compensar —directa o indirectamente— la falta de goces sexuales, y en aquellos casos en los que no es ya posible restablecer una vida sexual normal

puede esperarse con seguridad una recaída.

La etiología de la neurosis de angustia plantea al médico otra nueva labor, consistente en mover al enfermo a abandonar todas las formas perjudiciales del comercio sexual y a iniciar relaciones sexuales normales. Este deber incumbe, naturalmente, al médico de cabecera, el cual hará graves perjuicios a sus clientes si se considera demasiado distinguido para ocuparse de tales asuntos.

Tratándose aquí generalmente de parejas matrimoniales, los esfuerzos del médico no tardan en tropezar con la tendencia malthusiana a limitar el número de embarazos. Es indudable que en nuestra clase media van adquiriendo estas tendencias cada vez mayor difusión. He encontrado matrimonios que comenzaron a ponerlas en práctica después del nacimiento de su primer hijo, y otros que las observaron ya la noche de bodas. El problema del malthusianismo es muy amplio y harto complicado para que podamos discutirlo aquí con el detenimiento que requería la terapia de las neurosis. Habremos, pues, de limitarnos a indicar cuál es la mejor actividad que pueden adoptar ante él aquellos médicos que reconozcan la etiología sexual de la neurosis:

Lo más equivocado sería, desde luego, no tenerlo en cuenta, cualquiera que fuera la razón alegada. Lo que es necesario no puede estar por bajo de mi dignidad médica, e indudablemente es necesario auxiliar con el consejo médico a un matrimonio que se propone limitar el número de hijos, si no se quiere exponer a uno de los cónyuges o a ambos a la neurosis. Es indiscutible que las prevenciones malthusianas puedan llegar a ser alguna vez de absoluta necesidad en un matrimonio, y teóricamente constituiría uno de los mayores triunfos de la Humanidad y una de las más importantes liberaciones de la coerción natural, a la que nuestra especie se halla sometida, conseguir elevar el acto de la concepción, que tanta responsabilidad entraña, a la categoría de acto voluntario e intencionado, desligándolo de su amalgama con la precisa satisfacción de una necesidad natural.

El médico prudente tomará, pues, a su cargo decidir en qué circunstancias está justificado el empleo de medios preventivos de la concepción, y habrá de explicar cuáles de estos medios son perjudiciales y cuáles inofensivos. Perjudicial es todo lo que se oponga al logro de la satisfacción sexual. Mas, por ahora, no poseemos medio alguno preventivo de la concepción que satisfaga todas las condiciones justificadamente exigidas; esto es, que siendo cómodo y seguro, no disminuya la sensación de placer del coito ni ofenda la sensibilidad de la mujer. Se plantea aquí a los médicos una labor práctica, cuya solución

compensaría sus esfuerzos. Aquel que llenase esta laguna de nuestra técnica médica habría logrado conservar a infinitos seres humanos la salud y el goce de la vida, si bien iniciando al mismo tiempo una decisiva transformación de nuestras circunstancias sociales.

No terminan aquí las sugerencias emanadas del reconocimiento de la etiología sexual de las neurosis. El resultado principal que se nos hace posible alcanzar en favor de los neurasténicos tiene un carácter profiláctico. Si la masturbación es la causa de la neurastenia en la juventud, y adquiere luego también, por la consiguiente disminución de la potencia, una importancia etiológica con respecto a la neurosis de angustia, su evitación habrá de constituir una labor a la que deberá prestarse mayor atención que hasta hoy. Teniendo en cuenta los perjuicios generales, más o menos visibles, causados por la neurastenia, cada vez más difundida, según los tratadistas, habremos de reconocer un interés social en que los *hombres conserven intacta su potencia al iniciar las relaciones sexuales*. Pero en las cuestiones profilácticas es casi impotente el esfuerzo individual. La colectividad ha de tomar interés en ellas y dar su aquiescencia a la adopción de medidas generales. Por ahora nos hallamos muy lejos de toda posibilidad de tal auxilio, y en este sentido sí puede hacerse responsable a nuestra civilización de la difusión de la neurastenia. Antes de lograr el apoyo de la colectividad para esta labor profiláctica tendrán que variar mucho las cosas. Habrá de romperse la resistencia de toda una generación de médicos, que no quieren recordar su propia juventud; habrá de vencerse el orgullo de los padres, que no quieren descender ante sus hijos al nivel de la Humanidad, y habrá de combatirse el incomprensivo pudor de las madres, que consideran hoy como una fatalidad inescrutable, pero inmerecida, el que «precisamente sus hijos hayan enfermado de los nervios». Pero ante todo ha de hacerse lugar en la opinión pública a la discusión de los problemas de la vida sexual; ha de poderse hablar de ellos sin ser acusados de perturbar la tranquilidad pública o de especular con los más bajos instintos. Todo esto plantea ya trabajo para un siglo entero, durante el cual aprendería nuestra civilización a tolerar las aspiraciones de nuestra sexualidad.

El valor de una exacta diferenciación diagnóstica de las psiconeurosis y la neurastenia reposa también en el hecho de que las primeras reclaman una distinta orientación práctica y medidas terapéuticas especiales. Las psiconeurosis surgen en dos diferentes condiciones: bien independientemente, bien acompañando a las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia). En este último caso nos

hallamos ante un nuevo tipo, muy frecuente, de neurosis mixtas. La etiología de la neurosis se convierte en etiología auxiliar de la psiconeurosis, resultando un cuadro patológico en el que predomina quizá la neurosis de angustia, pero que contiene además rasgos de neurastenia propiamente dicha, histeria y neurosis obsesiva. Ante tal mezcla no es conveniente renunciar a una separación de los distintos cuadros patológicos neuróticos, siendo fácil explicarse el caso en la forma siguiente: El desarrollo predominante de la neurosis de angustia demuestra que la enfermedad ha surgido bajo la influencia etiológica de un daño sexual actual. Ahora bien: el sujeto se hallaba además predispuesto a una o varias psiconeurosis por una etiología especial, y hubiera enfermado alguna vez de psiconeurosis, bien espontáneamente, bien al sobrevenir algún factor debilitante. Así, pues, la etiología auxiliar que aún faltaba para la emergencia de la psiconeurosis ha sido agregada por la etiología actual de la neurosis de angustia.

Para tales casos se ha impuesto justificadamente como práctica terapéutica la de prescindir de los componentes psiconeuróticos del cuadro patológico y tratar tan sólo la neurosis actual. En muchos de ellos se consigue dominar también la neurosis adjunta combatiendo adecuadamente la neurastenia. En cambio, aquellos otros casos de psiconeurosis que surgen espontáneamente o permanecen como restos independientes después del curso de una enfermedad mixta de neurastenia y psiconeurosis, han de ser enjuiciados de un modo muy distinto. Al hablar de una emergencia «espontánea» de una psiconeurosis, no quiero decir que en la investigación anamnésica correspondiente echemos de menos todo factor etiológico. Así puede, en efecto, suceder; pero puede también señalársele un factor indiferente; por ejemplo, una emoción, la debilidad consiguiente a una enfermedad orgánica, etc. Pero ha de tenerse en cuenta en todos los casos que la verdadera etiología de las psiconeurosis no reside en estos meros agentes provocadores, siendo inaprehensible por el procedimiento anamnésico habitual.

A esta brecha que se ha intentado cerrar con la hipótesis de una disposición neuropática especial, se debe que la terapia de tales estados patológicos no presentara hasta ahora grandes probabilidades de éxito. La disposición neuropática misma era interpretada como un signo de degeneración general, esgrimiéndose así de continuo esta última palabra contra los pobres enfermos, a quienes el médico no sabía ayudar. La disposición neuropática existe, desde luego, pero hemos de negar terminantemente que baste para generar la psiconeurosis. Tampoco es cierto que la coincidencia de la disposición

neuropática con causas provocadoras, sobrevenidas en la vida ulterior, constituye una etiología suficiente de las psiconeurosis. Se ha ido demasiado lejos en la atribución de los destinos patológicos del individuo a la vida de sus ascendientes, olvidando en ello que entre la concepción y la madurez del sujeto se extiende un largo e importante período: la niñez, en el cual pueden ser adquiridos los gérmenes de la enfermedad ulterior. Así sucede, efectivamente, en la psiconeurosis. Su verdadera etiología se halla en sucesos acaecidos en la infancia del individuo, y precisa y exclusivamente en impresiones relativas a la vida sexual. Es un error desatender por completo, como se viene haciendo, la vida sexual de los niños, capaces, según mi repetida y constante experiencia, de todas las funciones sexuales psíquicas y de muchas somáticas. Así como los genitales exteriores y las dos glándulas seminales no constituyen todo el aparato sexual del hombre, tampoco su vida sexual comienza sólo con la pubertad, como una observación superficial pudiera fingirnos. Es, en cambio, exacto que la organización y el desarrollo de la especie humana tienden a evitar una amplia actividad sexual durante la infancia. Parece como si las fuerzas instintivas sexuales del hombre hubieran de ir almacenándose para actuar luego, al desencadenarse en la pubertad, al servicio de grandes fines culturales (Wilh, Fliess). Esta circunstancia nos explica, quizá, por qué las experiencias sexuales de la infancia han de tener un efecto patógeno. Pero la acción que tales experiencias desarrollan en la época de su acaecimiento es insignificante, siendo mucho más intensa su *acción ulterior*, que puede iniciarse en épocas más tardías de la vida individual. Esta acción ulterior parte luego de las huellas psíquicas dejadas por los sucesos sexuales infantiles. En el intervalo entre tales impresiones y su reproducción (o más bien la intensificación de los impulsos libidinosos de ellas emanados), tanto del aparato sexual somático como el aparato psíquico han experimentado un importante desarrollo, y de este modo la acción de aquellas tempranas experiencias sexuales provoca una reacción psíquica anormal, surgiendo productos psicopatológicos.

Podemos ya indicar los factores principales en los que se apoya la teoría de las psiconeurosis: la acción ulterior y el infantilismo del aparato sexual y del instrumento psíquico. Para facilitar una verdadera comprensión del mecanismo de la génesis de las psiconeurosis se haría precisa una más amplia exposición. Ante todo sería inevitable presentar determinadas hipótesis, que creo totalmente nuevas, sobre la composición y el funcionamiento del aparato psíquico. En un

libro que ahora preparo sobre la «interpretación de los sueños^[245]» tendré ocasión de plantear tales fundamentos de una psicología de las neurosis. El sueño pertenece, en efecto, a aquella misma serie de productos psicopatológicos en la que incluimos las ideas histéricas fijas, las representaciones obsesivas y las ideas delirantes.

Los fenómenos de la psiconeurosis, emanados de huellas psíquicas inconscientes bajo el influjo de la acción ulterior de las impresiones sexuales infantiles, resultan a consecuencia de este mismo origen accesibles a la psicoterapia, si bien por caminos distintos del único hasta ahora conocido, o sea, la sugestión con hipnosis o sin ella.

Partiendo del procedimiento «catártico», iniciado por Breuer, hemos dado forma en los últimos años a un nuevo método terapéutico, el método «psicoanalítico», al que debemos numerosos éxitos, y cuya eficacia esperamos aumentar aún considerablemente. En la obra titulada *Estudios sobre la histeria*^[246], publicada en colaboración con J. Breuer en 1895, incluimos ya una primera comunicación de la técnica y el alcance de este método. Pero desde entonces he introducido en él diversas modificaciones, que lo han perfeccionado mucho. Por aquella época nos limitábamos a afirmar modestamente que sólo podíamos tender a la supresión de los síntomas histéricos y no a la curación de la histeria misma. Hoy puedo ya asegurar que el método por mí establecido encierra la posibilidad de curar tanto la histeria como las representaciones obsesivas. Me ha interesado, pues, vivamente leer en las publicaciones de mis colegas que el ingenioso método descubierto por Breuer y Freud había fracasado en tal o cual caso, o que no cumplía lo que parecía prometer. Estas frases me hacían una impresión semejante a la del hombre que lee en un periódico la noticia de su muerte, pero al que su mejor conocimiento conserva la tranquilidad. El método psicoanalítico es tan difícil que ha de ser previamente aprendido su desarrollo y no puedo recordar que ninguno de mis críticos haya acudido a mí en demanda de explicaciones ni creo tampoco que se haya ocupado de él, como yo, con intensidad suficiente para descubrirlo por sí mismo. Las indicaciones contenidas en los *Estudios sobre la histeria* son totalmente insuficientes para facilitar al lector el dominio de esta técnica y no tienden tampoco en modo alguno a semejante fin.

La terapia psicoanalítica no es, por ahora, generalmente aplicable, presentando, que yo sepa, las siguientes limitaciones: exige una determinada

madurez intelectual en los enfermos, siendo, por tanto, inútil en los niños y en los adultos mentalmente débiles o incultos. Cuando se trata de personas de mucha edad, la duración del tratamiento, correlativa a la cantidad de material acumulado, resultaría excesiva, coincidiendo acaso su fin con el comienzo de un período de la vida en el que no se concede ya gran valor a la salud nerviosa. Por último, sólo es posible cuando el enfermo conserva un estado psíquico normal, partiendo del cual puede dominarse el material patológico. Durante una confusión histérica o una manía o melancolía interpolada, los medios psicoanalíticos no logran resultado alguno. Tales casos sólo pueden ser sometidos a nuestro método después de haber conseguido apaciguar con los medios acostumbrados los fenómenos tormentosos. Prácticamente se obtienen mejores resultados en los casos crónicos de psiconeurosis que en los de crisis aguda, en los cuales lo principal es obtener una rápida derivación. De este modo el terreno más favorable para la nueva terapia está constituido por las fobias histéricas y las distintas formas de la neurosis obsesiva.

Esta limitación de nuestro método se explica en gran parte por las condiciones en que hemos tenido que desarrollarlo. El material clínico de que disponemos está formado por nerviosos crónicos, pertenecientes a la clase cultivada. Creo muy posible la constitución de procedimientos suplementarios para sujetos infantiles y para el público de los hospitales. He de indicar también que hasta ahora sólo he probado mi terapia en graves casos de histeria y de neurosis obsesiva. No sé, por tanto, cuál sería su eficacia en aquellos casos leves que parecen curar al cabo de algunos meses de un tratamiento cualquiera. Como es natural, una terapia nueva, que exige múltiples sacrificios, no podía contar sino con enfermos que habían ensayado ya sin resultado los procedimientos oficialmente reconocidos o cuyo estado justificaba el temor de que tales métodos, más cómodos y breves, resultarían ineficaces. De este modo me he visto obligado a afrontar desde un principio, con un instrumento aún imperfecto, las más difíciles tareas. En compensación, los resultados obtenidos presentan así una mayor fuerza probatoria.

Las dificultades principales que aún se oponen a la terapia psicoanalítica no se debe ya a sus propias características, sino a la incomprensión de la esencia de las psiconeurosis, tanto por parte de los médicos como del público en general. Esta absoluta ignorancia justifica que los médicos se crean con derecho a consolar a los enfermos con vanas seguridades o a hacerles aceptar inútiles medidas terapéuticas. «Venga usted a pasar seis semanas a mi sanatorio y

desaparecerán sus síntomas» (miedo a los viajes, representaciones obsesivas, etc.). En realidad, tales establecimientos son indispensables para el apaciguamiento de los ataques agudos emergentes en el curso de una psiconeurosis, mas para la curación de los estados crónicos resultan totalmente ineficaces, y tanto los sanatorios más distinguidos, supuestamente dotados de una dirección científica, como los balnearios más vulgares.

Sería más digno y más tolerable para el enfermo que el médico dijese la verdad, tal y como todos los días se le impone: las psiconeurosis no son nunca enfermedades leves. Una vez iniciada una histeria, nadie puede predecir cuándo terminará. Por lo general, se consuela al enfermo con la vana profecía de que su dolencia desaparecerá un día de repente. La curación no es, con frecuencia, sino un acuerdo de tolerancia recíproca, establecido entre el hombre sano y el enfermo que en sí lleva el paciente, o resulta de la transformación de un síntoma en una fobia. La histeria, trabajosamente ocultada, de una muchacha reaparece, después de una breve interrupción, durante los primeros tiempos felices del matrimonio, siendo ahora el marido, como antes la madre, quien se encarga de silenciar, por interés propio, la enfermedad. Cuando la enfermedad no trae consigo una incapacidad manifiesta, produce siempre, por lo menos, una imposibilidad de desplegar libremente las energías psíquicas. Las representaciones obsesivas retornan una y otra vez a través de toda la vida, y la terapia se ha demostrado hasta ahora impotente contra las fobias y otras limitaciones de la voluntad. Todo esto es ocultado a los profanos, y de este modo el padre de una muchacha histérica se espanta cuando ha de prestar, por ejemplo, su aquiescencia a un tratamiento de un año de duración para una enfermedad cuyos primeros signos han parecido desvanecerse al cabo de unos meses. El profano se halla íntimamente convencido de la superfluidad de todas estas psiconeurosis, y no soporta con paciencia el curso de la enfermedad ni se muestra dispuesto a los sacrificios exigidos por la terapia. Si ante un tifus de tres semanas de duración, o la fractura de una pierna, cuya curación exige seis meses, se conduce más comprensivamente, y si al advertir en sus hijos las primeras huellas de una desviación de la columna vertebral acepta en el acto un tratamiento ortopédico que ha de durar años enteros, esta diferente actitud se debe a una mejor comprensión de los médicos, que transfieren honradamente su labor al profano. La sinceridad de los médicos y la docilidad de los profanos se extenderán también a las psiconeurosis, una vez que el conocimiento de la esencia de estas afecciones llegue a ser del dominio médico común.

De todos modos, el tratamiento radical psicoterápico de las mismas necesitará siempre una preparación especial y será incompatible con el ejercicio de otra actividad médica. En cambio, tales especialistas médicos, numerosos seguramente en lo futuro, hallarán ocasión de brillantes éxitos y llegarán a un profundo conocimiento de la vida anímica de los hombres.

XVI

LOS RECUERDOS ENCUBRIDORES^[247]

1899

EN mis tratamientos psicoanalíticos (de histerias, neurosis obsesivas, etc.), he tenido repetidas ocasiones de ocuparme de los recuerdos fragmentarios de los primeros años infantiles, conservados en la memoria individual. Tales recuerdos poseen, como ya en otro lugar hemos indicado, una gran importancia patógena. Pero, aparte de esto, el tema de los recuerdos infantiles ofrece siempre interés psicológico por hacerse en ellos visible una diferencia fundamental entre la conducta psíquica del niño y la del adulto. Es indudable que los sucesos de nuestros primeros años infantiles dejan en nuestra alma huellas indelebles; pero cuando preguntamos a nuestra *memoria* cuáles son las impresiones cuyos efectos han de perdurar en nosotros hasta el término de nuestra vida, permanece muda o nos ofrece tan sólo un número relativamente pequeño de recuerdos aislados, de valor muy dudoso con frecuencia y a veces problemático. La reproducción mnémica de la vida, en una concatenación coherente de recuerdos, no comienza sino a partir de los seis o los siete años, y en algunos casos hasta después de los diez. Mas de aquí en adelante se establece también una relación constante entre la importancia psíquica de un suceso y su adherencia a la memoria. Conservamos en ella todo lo que parece importante por sus efectos inmediatos o cercanos. Olvidamos, en cambio, lo que suponemos nimio. Si nos es posible recordar a través de mucho tiempo determinado suceso, vemos en esta adherencia a nuestra memoria una prueba de que dicho suceso nos causó, en su época, profunda impresión. El haber olvidado

algo importante nos asombra aún más que recordar algo aparentemente nimio^[248].

Esta relación, existente para el hombre normal, entre la importancia psíquica y la adherencia a la memoria, desaparece en ciertos estados anímicos patológicos. Así, el histérico presenta una singular amnesia, total o parcial, en lo que respecta a aquellos sucesos que han provocado su enfermedad, los cuales, por esta misma causación, e independientemente de su propio contenido, han adquirido, sin embargo, para él máxima importancia. En la analogía de esta amnesia patológica con la amnesia normal, que recae sobre nuestros años infantiles^ quisiéramos ver un significativo indicio de las íntimas relaciones existentes entre el contenido psíquico de la neurosis y nuestra vida infantil.

Estamos tan acostumbrados a este olvido de nuestras impresiones infantiles, que no solemos advertir el problema que detrás de él se esconde, y nos inclinamos a atribuirlo al estado rudimentario de la actividad psíquica del niño. En realidad, un niño normalmente desarrollado nos muestra ya a los tres o cuatro años una respetable cantidad de rendimientos psíquicos muy complicados, tanto en sus comparaciones y deducciones como en la expresión de sus sentimientos, no existiendo razón visible alguna para que estos actos psíquicos, plenamente equivalentes a los posteriores, hayan de sucumbir a la amnesia.

El estudio de los problemas psicológicos enlazados a los primeros recuerdos infantiles exige como premisa indispensable la reunión de material suficiente, determinándose por medio de una amplia información qué recuerdos de esta edad puede comunicar un número considerable de adultos normales. C. y V. Henri iniciaron esta labor en 1895, difundiendo un interrogatorio por ellos formulado. Los interesantísimos resultados de esta información, a la que respondieron ciento veintitrés personas, fueron publicados luego (1897) por sus iniciadores en *L'Année psychologique* (tomo III, «Enquête sur les premiers souvenirs de l'enfance»), Por nuestra parte, no proponiéndonos tratar aquí este tema en su totalidad, nos limitaremos a hacer resaltar aquellos puntos a los que hemos de enlazar nuestro estudio de los recuerdos calificados por nosotros de «encubridores».

La época en la que se sitúa el contenido de los recuerdos infantiles más tempranos es, por lo general, la que se extiende entre los dos y los cuatro años (así sucede en ochenta y ocho casos de los reunidos por C. y V. Henri). Hay, sin embargo, individuos cuya memoria alcanza más atrás, incluso hasta poco tiempo

después de cumplir su primer año, y otros, en cambio, que no poseen recuerdo alguno anterior a los seis, los siete o los ocho años. No se sabe aún de qué dependen tales diferencias. Únicamente se observa —dicen los Henri— que una persona cuyo recuerdo más temprano corresponde a una edad mínima (por ejemplo, al primer año de su vida) dispone también de otros diversos recuerdos inconexos de los años siguientes, y que la reproducción de su vida en una cadena mnémica continua se inicia en ella antes que en otras personas cuyo primer recuerdo pertenece a épocas posteriores. Así, pues, lo que se adelanta o retrasa en los distintos individuos no es tan sólo el momento del primer recuerdo, sino toda la función mnémica.

La cuestión de cuál puede ser el *contenido* de estos primeros recuerdos infantiles presenta especialísimo interés. La psicología de los adultos nos haría esperar que del material de sucesos vividos serían seleccionadas aquellas impresiones que provocaron un intenso afecto o cuya importancia quedó impuesta a poco por sus consecuencias. Algunas de las observaciones de los Henri parecen confirmar esta hipótesis, pues presentan como contenidos más frecuentes de los recuerdos infantiles, bien ocasiones de miedo, vergüenza o dolor físico, bien acontecimientos importantes: enfermedades, muertes, incendios, el nacimiento de un hermano, etcétera. Nos inclinaríamos así a suponer que las normas de la selección mnémica son idénticas en el alma del niño y en la del adulto. Por su parte, los recuerdos infantiles conservados habrán de indicarnos las impresiones que cautivaron el interés del niño, a diferencia del de un adulto, y de este modo nos explicaremos, por ejemplo, que una persona recuerde la rotura de unas muñecas con las que jugaba a los dos años y haya olvidado totalmente, en cambio, graves y tristes sucesos, de los que pudo darse cuenta en aquella misma época.

Habrá, pues, de extrañarnos, por contradecir la hipótesis antes formulada, oír que los recuerdos infantiles más tempranos de algunas personas tienen por contenido impresiones cotidianas e indiferentes que no pudieron provocar afecto ninguno en el niño, no obstante lo cual quedaron impresas en su memoria con todo detalle, no habiendo sido retenidos, en cambio, otros sucesos importantes de la misma época, ni siquiera aquellos que, según testimonio de los padres, causaron gran impresión al niño. Cuentan así los Henri de un profesor de Filología, cuyo primer recuerdo, situado entre los tres y los cuatro años, le presentaba la imagen de una mesa dispuesta para la comida, y en ella, un plato con hielo. Por aquel mismo tiempo ocurrió la muerte de su abuela, que, según

manifiestan los padres del sujeto, conmovió mucho al niño. Pero el profesor de Filología no sabe ya nada de esta desgracia, y sólo recuerda de aquella época un plato con hielo, puesto encima de una mesa.

Otro individuo refiere como primer recuerdo infantil el de haber tronchado una ramita de un árbol durante un paseo. Cree poder indicar todavía el lugar en que esto sucedió. Iba con varias personas, y una de ellas le ayudó a cortar la ramita.

Los Henri suponen muy raros tales casos. Por mi parte, he tenido ocasión de hallarlos con bastante frecuencia, si bien, por lo general, en enfermos neuróticos. Uno de los informadores de los Henri arriesga una explicación, que nos parece acertadísima, de estas imágenes mnémicas, incomprensibles por su nimiedad. Supone que en estos casos la escena de referencia no se ha conservado sino incompletamente en el recuerdo, pareciendo así indiferente, pero que en los elementos olvidados se hallaría, quizá, contenido todo aquello que la hizo digna de ser recordada. Mi experiencia está de completo acuerdo con esta explicación. Únicamente nos parecería más exacto decir que los elementos no aparentes en el recuerdo han sido «omitidos» en lugar de «olvidados». En el tratamiento psicoanalítico me ha sido posible descubrir muchas veces los fragmentos restantes del suceso infantil, demostrándose así que la impresión, de la cual subsistía tan sólo un torso en la memoria^[249], confirmaba, una vez completada, la hipótesis de la conservación mnémica de lo importante. De todos modos, no nos explicamos aún de la singular selección llevada a cabo por la memoria entre los elementos de un suceso, pues hemos de preguntarnos todavía por qué es rechazado precisamente lo importante y conservado, en cambio, lo indiferente. Para alcanzar tal explicación hemos de penetrar más profundamente en el mecanismo de estos procesos. Se nos impone entonces la idea de que en la constitución de los recuerdos de este orden particular hay dos fuerzas psíquicas, una de las cuales se basa en la importancia del suceso para querer recordarlo, mientras que la otra —una resistencia— se opone a tal propósito. Estas dos fuerzas opuestas no se destruyen, ni llega tampoco a suceder que uno de los motivos venza al otro —con pérdidas por su parte o sin ellas—, sino que se origina un efecto de transacción, análogamente a la producción de una resultante en el paralelogramo de las fuerzas. La transacción consiste aquí en que la imagen mnémica no es suministrada por el suceso de referencia —en este punto vence la resistencia—, pero sí, en cambio, por un elemento psíquico íntimamente

enlazado a él por asociación, circunstancia en la que se muestra de nuevo el poderío del primer principio, que tiende a fijar las impresiones importantes por medio de la producción de imágenes mnémicas reproducibles. Así, pues, el conflicto se resuelve constituyéndose en lugar de la imagen mnémica, originalmente justificada, una distinta, producto de un *desplazamiento asociativo*. Pero como los elementos importantes de la impresión son precisamente los que han despertado la resistencia, no pueden entrar a formar parte del recuerdo sustitutivo, el cual presentará así un aspecto nimio, resultándonos incomprensible, porque quisiéramos atribuir su conservación en la memoria a su propio contenido, debiendo atribuirle realmente a la relación de dicho contenido con otro distinto, rechazado.

Entre los muchos casos posibles de sustitución de un contenido psíquico por otro, comprobables en diversas constelaciones psicológicas, este que se desarrolla en los recuerdos infantiles, y que consiste en la sustitución de los elementos importantes de un suceso por los más insignificantes del mismo, es uno de los más sencillos. Constituye un desplazamiento por contigüidad asociativa, o, atendiendo a la totalidad del proceso, en una represión, seguida de una sustitución por algo contiguo (local y temporalmente). Ya en otro lugar tuvimos ocasión de exponer un caso muy análogo de sustitución, descubierto en el análisis de una paranoia^[250]. Tratábase entonces de una paciente que oía en sus alucinaciones voces que le recitaban pasajes enteros de la *Heiterethei*, de O. Ludwing, elegidos precisamente entre los más diferentes y menos susceptibles de una relación con sus propias circunstancias. El análisis demostró haber sido otros distintos pasajes de la misma obra los que habían despertado en la paciente sentimientos muy penosos. El afecto penoso motivaba la repulsa de tales pasajes, mas por otro lado no era posible reprimir los motivos que imponían la continuación de estos pensamientos, y de este modo surgió la transacción, consistente en emerger en la memoria con intensidad y claridad patológicas los pasajes indiferentes. El proceso aquí descubierto *conflicto, represión y sustitución transaccional*— retorna en todos los síntomas psiconeuróticos, dándonos la clave de la formación de los mismos. No carece, pues, de importancia su descubrimiento también en la vida psíquica de los individuos normales. El hecho de recaer para el hombre normal precisamente sobre los recuerdos infantiles constituye una prueba más de la íntima relación entre la vida anímica del niño y el material psíquico de la neurosis; relación tan repetidamente

acentuada por nosotros.

Los importantísimos procesos de la defensa normal y patológica y los desplazamientos a los cuales conducen no han sido todavía estudiados, que yo sepa, por los psicólogos, no habiéndose determinado aún los estratos de la actividad psíquica en los que se desarrollan ni las condiciones bajo las cuales se desenvuelven. La causa de esta omisión es, quizá, que nuestra vida psíquica, en cuanto es objeto de nuestra percepción interna *consciente*, no deja transparentar indicio algunos de estos procesos, sea en aquellos casos que calificamos de «errores mentales», sea en ciertas operaciones tendentes a un efecto cómico. La afirmación de que una intensidad psíquica puede desplazarse desde una representación, la cual queda despojada de ella, a otra distinta, que toma entonces a su cargo el papel psicológico que venía desempeñando la primera, nos resulta tan extraña como ciertos rasgos de la mitología griega; por ejemplo, cuando los dioses conceden a un hombre el don de la belleza, transfigurándole y como revistiéndole con una nueva envoltura corporal.

Mis investigaciones sobre los recuerdos infantiles indiferentes me han enseñado también que su génesis puede seguir aún otros caminos, y que su aparente inocencia suele encubrir sentidos insospechados. No quiero limitarme en este punto a una mera afirmación, sino que he de exponer ampliamente el más instructivo de los ejemplos por mí reunidos, que inspirará además una mayor confianza por corresponder a un sujeto nada o muy poco neurótico.

Trátase de un hombre de treinta y ocho años^[251], y de formación universitaria, que, a pesar de ejercer una profesión completamente ajena a nuestra disciplina, se interesa por las cuestiones psicológicas desde que conseguimos curarle de una pequeña fobia, con ayuda del psicoanálisis. Habiendo leído la investigación de C. y V. Henri, me comunicó la siguiente exposición de sus recuerdos infantiles, que ya habían desempeñado cierto papel en el análisis:

«Conservo numerosos recuerdos infantiles muy tempranos, cuyas fechas puedo indicar con gran seguridad, pues al cumplir los tres años abandonamos el lugar de mi nacimiento para establecernos en una ciudad. Los recuerdos a que me refiero se desarrollan todos en mi lugar natal, y corresponden, por tanto, al segundo y tercer año de mi vida. Son en su mayoría escenas muy breves, pero claramente retenidas con todos los detalles de la percepción sensorial, contrastando así con los recuerdos de épocas posteriores, carentes en mí de todo

elemento visual. A partir de mis tres años se hacen mis recuerdos más raros e imprecisos, mostrando lagunas que comprenden a veces más de un año. Sólo desde los seis o los siete años comienzan a adquirir continuidad. Los recuerdos correspondientes a la época anterior a nuestro cambio de residencia pueden dividirse en tres grupos. Incluyo en el primero aquellas escenas que mis padres me han referido posteriormente, y de cuya imagen mnémica no puedo decir si existía en mí desde un principio o se constituyó luego de tales relatos. Observaré, de todos modos, que existen también otros sucesos, cuyo relato me ha sido hecho repetidas veces por mis padres, y a los cuales no corresponde, sin embargo, en mi imagen mnémica ninguna. El segundo grupo tiene, a mi juicio, más valor. Las escenas que lo constituyen no me han sido —que yo sepa— relatadas, y para muchas de ellas no cabe tal posibilidad, puesto que no he vuelto a ver a las personas que en ellas actuaron. Del tercer grupo me ocuparé más tarde. Por lo que respecta al contenido de estas escenas, y consiguientemente al motivo de su conservación en la memoria, no carezco de cierta orientación. No puedo de todos modos afirmar que los recuerdos conservados correspondan a los acontecimientos más importantes de aquella época o a los que hoy juzgaría tales. Del nacimiento de una hermana mía, dos años y medio menor que yo, no tengo la menor idea: nuestra partida de mi ciudad natal, mi primer conocimiento del ferrocarril y el largo viaje en coche hasta la estación no han dejado huella alguna en mi memoria. En cambio, retuve dos detalles nimios del viaje en ferrocarril, de los cuales ya tuvimos ocasión de hablar en el análisis de mi fobia. Una herida en la cara, que provocó una abundante hemorragia e hizo precisos varios puntos de sutura, hubiera debido causarme máxima impresión. Todavía hoy puede advertirse en mi rostro la cicatriz correspondiente, pero no conservo recuerdo alguno que se refiera directa o indirectamente a este suceso. Quizá acaeciese antes de cumplir yo lo dos años.

»Las imágenes y escenas de estos dos grupos no me causan extrañeza. Son ciertamente recuerdos aplazados, en la mayoría de los cuales ha quedado excluido lo esencial. Pero en algunos, tales elementos importantes se hallan por lo menos indicados, y otros me resultan fáciles de completar con el auxilio de ciertos indicios, logrando así enlazar los distintos fragmentos mnémicos, y mostrándoseme claramente el interés infantil que recomendó a la memoria tales escenas. Muy otra cosa sucede con el contenido del tercer grupo. Trátase aquí de un material —una escena de alguna extensión y varias pequeñas imágenes del que yo no sé qué pensar. La escena me parece indiferente e incomprensible su

fijación. Permítame usted que se la describa: Veo una pradera cuadrangular, algo pendiente, verde y muy densa. Entre la hierba resaltan muchas flores amarillas, de la especie llamada vulgarmente “diente de león”. En lo alto de la pradera, una casa campestre, a la puerta de la cual conversan apaciblemente dos mujeres: una campesina, con su pañuelo a la cabeza, y una niñera. En la pradera juegan tres niños: yo mismo, representando dos o tres años; un primo mío, un año mayor que yo, y su hermana, casi de mi misma edad. Cogemos las flores amarillas, y tenemos ya un ramito cada uno. El más bonito es el de la niña; pero mi primo y yo nos arrojamos sobre ellas y se lo arrebatamos. La chiquilla echa a correr, llorando, pradera arriba, y al llegar a la casita, la campesina le da para consolarla un gran pedazo de pan de centeno. Al advertirlo mi primo y yo tiramos las flores y corremos hacia la casa, pidiendo también pan. La campesina nos lo da, cortando las rebanadas con un largo cuchillo. El resabor de este pan en mi recuerdo es verdaderamente delicioso, y con ello termina la escena.

»¿Qué es lo que en este suceso justifica el esfuerzo de retención que me ha obligado a realizar? No acierto a explicármelo, siéndome imposible precisar a qué circunstancia debe su intensa acentuación psíquica: a nuestro mal comportamiento con la niña, a haberme gustado mucho el color amarillo del diente de león, que hoy no encuentro nada bello, o a que después de corretear por la pradera me supo el pan mejor que de costumbre, hasta el punto de llegar a constituir una impresión indeleble. No encuentro tampoco relación alguna de esta escena con el interés infantil, fácilmente visible, que enlaza entre sí las demás escenas infantiles. Tengo, en general, la impresión de que hay en ella algo falso. El amarillo de las flores resalta demasiado del conjunto, y el buen sabor del pan me parece también exagerado, como en una alucinación. Al pensar en estos detalles recuerdo unos cuadros de una exposición humorística, en los cuales aparecían plásticamente sobrepuestos ciertos elementos, y, como es natural, siempre los más inconvenientes; por ejemplo, el trasero de las figuras femeninas. ¿Puede usted mostrarme un camino que conduzca a la explicación o interpretación de este superfluo recuerdo infantil?»

Me pareció juicioso preguntar a mi comunicante desde cuándo le ocupaba tal recuerdo; esto es, si retornaba periódicamente a su memoria desde la infancia o se había emergido en ella posteriormente, provocado por algún motivo que recordase. Esta pregunta constituyó toda mi aportación a la solución del problema planteado, pues lo demás lo halló por sí mismo el interesado, que no era ningún principiante en este orden de trabajos.

He aquí su respuesta: «No había pensado aún en lo que me dice. Pero después de su pregunta se me impone la certeza de que este recuerdo infantil no me ocupó para nada en mi niñez. Me figuro también la ocasión que provocó su despertar con el de otros muchos recuerdos de mis primeros años. Cumplidos ya los diecisiete, volví durante unas vacaciones por vez primera a mi lugar natal, alojándome en casa de una familia con la cual manteníamos relaciones de amistad desde aquellos primeros tiempos. Sé muy bien qué plenitud de emociones me invadieron en esta temporada. Mas para contestar a su pregunta debo relatarle toda una parte de mi vida. En la época de mi nacimiento gozaban mis padres de una regular posición económica. Pero al cumplir yo los tres años el ramo industrial al que mi padre se dedicaba experimentó una tremenda crisis, que dio al traste con nuestra fortuna familiar, obligándonos a trasladarnos a la ciudad. Vinieron luego largos años difíciles, en los que nada hubo digno de ser retenido. En la ciudad no me sentía yo a gusto. La añoranza de los hermosos bosques de mi lugar, a los cuales me escapaba en cuanto aprendí a andar, según testimonia uno de mis recuerdos de entonces, no me ha abandonado nunca. Como ya dije antes, la primera vez que volví a ellos fue a los diecisiete años, invitado a pasar mis vacaciones en casa de una familia amiga, que después de nuestra partida había hecho fortuna. Tuve, pues, ocasión de comparar el bienestar que en ella reinaba con la estrechez de nuestra vida en la ciudad. Pero además he de confesarle otra circunstancia que me produjo vivas emociones. Mis huéspedes tenían una hija de quince años, de la que me enamoré en el acto. Fue éste mi primer amor, bastante intenso, pero mantenido en el más absoluto secreto. La muchacha marchó a los pocos días a un establecimiento de enseñanza, cuyas vacaciones terminaban antes que las mías, y esta separación, después de tan breve conocimiento, contribuyó a avivar mi pasión. Durante largos paseos solitarios por los bellos bosques de mi infancia, vueltos ahora a encontrar, me complacía en imaginar dichas fantasías, que rectificaban mi pasado. Si los negocios de mi padre no hubieran declinado, habiéramos seguido viviendo en aquel lugar, yo me habría criado tan sano y robusto como los hermanos de la muchacha, habría continuado las actividades industriales de mi padre y hubiera podido, por fin, casarme con mi adorada. Naturalmente, no dudaba ni un instante que en las circunstancias creadas por mi fantasía la hubiera amado también con el mismo apasionamiento. Lo singular es que al verla ahora alguna vez, pues ha contraído matrimonio aquí, me es absolutamente indiferente, y, sin embargo, recuerdo muy bien que durante mucho tiempo después no podía

ver nada de un color amarillo, parecido al del traje que llevaba en nuestra primera entrevista, sin emocionarme profundamente».

Esta última observación me parece análoga a la que antes hizo usted sobre el diente de león, afirmando que ya no le gustaba esta flor. ¿No sospecha usted la existencia de una relación entre el color amarillo del vestido de la muchacha y la exagerada intensidad con que resalta este color en las flores de su recuerdo infantil?

«Quizá; pero no es un mismo color. El vestido de la muchacha era de un amarillo más oscuro. Sin embargo, puedo suministrarle una representación intermedia que acaso sea útil. He visto después en los Alpes que algunas flores, de colores claros en los valles, toman en las alturas matices más oscuros. Si no me engaño mucho, se encuentra con gran frecuencia en la montaña una flor muy parecida al diente de león, pero de un color más oscuro, que corresponde exactamente el del traje de mi amada de entonces. Pero déjeme continuar. Debo relatarle aún otro suceso, próximo al anterior, que despertó también mis recuerdos infantiles. Tres años después de mi primer retorno a los lugares de mi infancia fui a pasar las vacaciones a casa de mi tía, en la que encontré de nuevo a mis primeros camaradas infantiles; esto es, a aquellos primos míos que aparecen en la escena cuyo recuerdo nos ocupa. Esta familia había abandonado al mismo tiempo que nosotros nuestra primera residencia, y había logrado rehacer su fortuna en una lejana ciudad».

¿Y se volvió usted a enamorar esta vez de su prima, forjando nuevas fantasías?

«No. Había ingresado ya en la Universidad, y me hallaba entregado por completo a mis estudios, sin que me quedara tiempo para pensar en mi prima. Así, pues, que yo sepa, mi imaginación permaneció quieta. Pero creo que mi padre y mi tío habían formado el proyecto de hacerme sustituir mis estudios abstractos por otros más prácticos; establecerme después en la ciudad donde mi tío residía y casarme con mi prima; proyecto al que renunciaron, quizá, al verme tan absorbido por mi propios planes. Sin embargo, yo debía adivinar algo de él, y cuando al terminar mi carrera universitaria pasé por un período difícil, teniendo que luchar mucho tiempo para conseguir un puesto que me permitiera hacer frente a las necesidades de la vida, debí de pensar muchas veces que mi padre hubiera querido compensarme con aquel proyecto matrimonial del trastorno originado en mi vida por sus pérdidas económicas».

Si con esta época de lucha por el pan cotidiano coincidió su primer contacto

con las cimas alpinas, tendremos ya un punto de apoyo para situar en ella la reviviscencia del recuerdo infantil que nos ocupa.

«Exacto. Las excursiones por la montaña fueron entonces el único placer que podía permitirme. Pero no comprendo bien la relación que usted persigue».

Va usted a verlo. El elemento más intenso de su escena infantil es el buen sabor del pan. ¿No observa usted que esta representación, de la que emana una sensación casi alucinante, corresponde a la idea, fantaseada por usted, de que si hubiera permanecido en su lugar natal se hubiese casado con aquella muchacha y hubiera llevado una vida serena? Esta vida queda simbólicamente representada por el buen sabor del pan, no amargado por la dura lucha para conseguirlo. El color amarillo de las flores es también una alusión a la misma muchacha. Pero además tenemos en la escena infantil elementos que no pueden referirse sino a la segunda fantasía, o sea, al matrimonio con su prima. Arrojar las flores para cambiarlas por un pedazo de pan me parece una clara alusión al proyecto paterno de hacerle renunciar a sus estudios abstractos para sustituirlos por una actividad más práctica que le permitiera ganarse el pan.

«Resulta así que las dos series de fantasía de cómo hubiera podido lograr una vida menos trabajosa se habrían fundido en un solo producto, suministrado una el color “amarillo” y el pan “de mi lugar”, y la otra, el acto de arrojar las flores y los personajes».

Así es; las dos fantasías han sido proyectadas una sobre otra, formándose con ellas un recuerdo infantil. Las flores alpinas constituyen un indicio de la época en que fue fabricado este recuerdo. Puedo asegurarle, que la invención inconsciente de tales productos no es nada rara.

«Pero entonces no se trata de un recuerdo infantil, sino de una fantasía retrotraída a la infancia. Sin embargo, tengo la sensación de que la escena recordada es perfectamente auténtica. ¿Cómo compaginar ambas cosas?»

Para los datos de nuestra memoria no existe garantía alguna. No obstante, quiero aceptar la autenticidad de la escena. Resultará entonces que entre infinitas escenas análogas o distintas de su vida, la ha elegido usted por prestarse su contenido —indiferente en sí— a la representación de las dos fantasías importantes. A tales recuerdos, que adquieren un valor por representar en la memoria impresiones y pensamientos de épocas posteriores, cuyo contenido se halla enlazado al suyo por relaciones simbólicas, les damos el nombre de *recuerdos encubridores*. Su extrañeza ante el frecuente retorno de esta escena a su memoria se desvanecerá ya al comprobar que está destinada a ilustrar los

azares más importantes de su vida y a la influencia de los dos impulsos instintivos más poderosos; el hambre y el amor.

«El hambre queda, en efecto, bien representada; pero ¿y el amor?»

A mi juicio, por el color amarillo de las flores. De todos modos, he de confesarle que la simbolización del amor en esta escena infantil resulta mucho más vaga que en los demás casos por mí observados.

«Nada de eso. Caigo ahora en que precisamente la parte principal de la escena no es sino tal simbolización. Piense usted que el acto de quitar las flores a una muchacha es, en definitiva, desflorarla. ¡Qué contraste entre el atrevimiento de esta fantasía y mi timidez en la primera ocasión amorosa, y mi indiferencia en la segunda!»

Puedo asegurarle que tales osadas fantasías constituyen un complemento regular de la timidez juvenil.

«Pero entonces lo que ha venido a transformarse en un recuerdo infantil no ha sido una fantasía consciente, sino una fantasía inconsciente».

Pensamientos inconscientes que continúan los conscientes. Piensa usted: Si me hubiera casado con ésta o con aquélla, y de estos pensamientos surge el impulso a representarse este casamiento.

«Ahora ya puedo continuar por mí mismo. Para el joven irreflexivo, lo más atractivo de todo el tema es la noche de bodas. ¡Qué sabe él de lo que viene detrás! Pero esta representación no se arriesga a emerger a plena luz. La modestia dominante en el ánimo del sujeto y el respeto hacia la muchacha la mantienen reprimida. De este modo permanece inconsciente...»

Y encuentra una derivación, tomando el aspecto de un recuerdo infantil. Tiene usted razón al afirmar que precisamente el carácter groseramente sensual de la fantasía es lo que impide llegar a constituirse en una fantasía consciente, obligándola a satisfacerse con ser acogida bajo la forma de una *florida* alusión en una escena infantil.

«Pero ¿por qué precisamente en una escena infantil?»

Quizá para parecer más inocente. ¿Puede usted acaso imaginar algo más contrario que los juegos infantiles a tales y tan maliciosos propósitos de agresión sexual? Además, el refugio de pensamientos y deseos reprimidos en recuerdos infantiles se apoya también en razones más generales, pudiendo observarse regularmente en las personas histéricas. Parece ser asimismo que el recuerdo de cosas muy pretéritas es propulsado por un motivo de placer. *Forsan et haec olim*

meminisse juvabit^[252].

«Siendo así, pierdo toda confianza en la autenticidad de la escena, y me explico ahora su génesis en la siguiente forma: En las dos ocasiones citadas, y apoyada por motivos muy comprensibles, surgió en mi la idea de que si me hubiera casado con una u otra muchacha sería mi vida mucho más agradable. La tendencia sensual en mi existente habría repetido la protasis^[253] en imágenes apropiadas para ofrecerle satisfacción. Esta segunda conformación de la misma idea habría permanecido inconsciente, dada su incompatibilidad con la disposición sexual dominante, pero su mismo carácter inconsciente la capacitó para seguir perdurando en la vida psíquica en tiempos en que su forma consciente había quedado ya desvanecida por las modificaciones de la realidad. Esta cláusula inconsciente tendería, obedeciendo, como usted afirma, a una ley regular, a transformarse en una escena infantil, a la que su inocencia permitía devenir consciente. A este fin habría tenido que sufrir una transformación o, mejor dicho, dos transformaciones: una, que despoja a la protasis de todo su carácter arriesgado, expresándola metafóricamente, y otra, que obliga a la apódosis a una forma susceptible de exposición visual, utilizando para ello como representación intermedia la del “pan”. Veo ahora que al forjar tal fantasía realicé algo semejante a una satisfacción de los dos deseos reprimidos: la desfloración y el bienestar material. Pero después de darme así cuenta completa de los motivos que me indujeron a imaginar esta fantasía, he de suponer que se trata de algo que jamás sucedió, habiéndose introducido subrepticamente entre mis recuerdos infantiles».

Ahora soy yo quien tiene que constituirse en defensor de la autenticidad de la escena. Va usted demasiado lejos. Me ha oído decir que todas estas fantasías tienen una tendencia a constituirse en recuerdos infantiles. Pero he de añadir que no lo consiguen sino cuando ya existe una huella mnémica, cuyo contenido presenta con el de la fantasía puntos diversos de contacto. Ahora bien: una vez hallado uno de estos puntos —en nuestro caso, el de la desfloración y el acto de arrancar las flores a la muchacha—, el contenido restante de la fantasía es modificado por todo género de representaciones intermedias (piense usted en el pan), hasta que surgen nuevos puntos de contacto con el contenido de la escena infantil. Es, desde luego, posible que en este proceso sufra también algunas transformaciones la misma escena infantil, quedando así falseados los recuerdos. En su caso, la escena infantil parece haber sido tan sólo cincelada; piense usted

en el excesivo resalte del amarillo y en el exagerado buen sabor del pan. Pero la materia prima era perfectamente utilizable. De no ser así no hubiera podido este recuerdo hacerse consciente con preferencia a tantos otros. No hubiera usted recordado tal escena como un suceso infantil o hubiera recordado quizá otra, pues ya sabe usted que para nuestro ingenio es muy fácil establecer relaciones entre las cosas más dispares. Pero, además de la sensación de autenticidad — muy de tener en cuenta— que le produce a usted su recuerdo, hay aún otra cosa que testimonia a favor de la realidad de la escena. Contiene ésta, en efecto, rasgos que no encuentran explicación en los hechos con el sentido de las fantasías. Así, cuando su primo le ayuda a arrebatarse las flores a la niña. ¿Podría usted hallar un sentido a un tal auxilio en la desfloración? ¿O al grupo formado por la campesina y la niñera ante la casa?

«No lo creo».

Vemos, pues, que la fantasía no cubre por completo la escena infantil, limitándose a apoyarse en algunos de sus puntos. Esta circunstancia habla en favor de la autenticidad del recuerdo infantil.

«¿Cree usted muy frecuente la posibilidad de interpretar así, con exactitud, recuerdos infantiles aparentemente inocentes?»

Según mi experiencia, frecuentísima. ¿Quiere usted que intentemos en chanza ver si los dos ejemplos comunicados por los Henri permiten ser interpretados como recuerdos encubridores de sucesos e impresiones posteriores? Me refiero al recuerdo de un plato con hielo, colocado encima de la mesa dispuesta para comer, y al de haber tronchado durante un paseo, con ayuda de otra persona, una rama de un árbol.

Mi interlocutor reflexionó un momento: «Con respecto al primero, no se me ocurre nada. Probablemente ha tenido efecto en él un desplazamiento, pero me es imposible adivinar los elementos intermedios. En cuanto al segundo, arriesgaría una interpretación si el sujeto fuera un alemán y no un francés».

Ahora soy yo quien no entiende. ¿Qué puede cambiar?

«Mucho, puesto que la expresión verbal facilita probablemente el enlace entre el recuerdo encubridor y el encubierto. En alemán, la expresión “arrancarse una” (*sich einen ausreissen*) constituye una alusión vulgar, muy conocida, al onanismo. La escena retrotraería a la primera infancia el recuerdo de una ulterior iniciación en el onanismo, toda vez que en el acto de arrancar la rama es ayudado el sujeto por alguien. Pero lo que no armoniza con esta interpretación es la presencia, en la escena recordada, de otras varias personas».

Mientras que la iniciación en el onanismo tenía que haberse desarrollado en secreto, ¿no es eso? Precisamente, esta antítesis favorece su interpretación. Es utilizado de nuevo para dar a la escena un aspecto inocente. ¿Sabe usted lo que significa en nuestros sueños ver en derredor nuestro «muchacha desconocida», como sucede con gran frecuencia en aquéllos en los que nos vemos desnudos, sintiéndonos terriblemente embarazados bajo las miradas de los circunstantes? Pues la idea que encierra esta visión es la de «secreto», plásticamente expresada por su antítesis. De todos modos, nuestra interpretación de estos casos de los Henri carece de toda base, pues ni siquiera sabemos si un francés reconocería en la frase *casser une branche d'un arbre*, o en otra semejante, una alusión al onanismo.

Con el anterior análisis, fielmente reproducido, creemos haber aclarado suficientemente nuestro concepto del *recuerdo encubridor* como un recuerdo que no debe su valor mnémico al propio contenido, sino a la relación del mismo con otro contenido reprimido. Según el orden a que tal relación pertenezca, podemos distinguir diversas clases de recuerdos encubridores. De dos de estas clases hemos encontrado ejemplos entre aquellos productos psíquicos que consideramos como nuestros más tempranos recuerdos infantiles, siempre que se incluyan también bajo el concepto de recuerdo encubridor aquellas escenas infantiles incompletas que deben precisamente a este carácter su apariencia inocente. Ha de suponerse que los restos mnémicos de épocas ulteriores de la vida suministran también material para la formación de recuerdos encubridores. No perdiendo de vista los caracteres principales de estos recuerdos —gran adherencia a la memoria, no obstante un contenido indiferente— resulta fácil encontrar en nuestra memoria numerosos ejemplos de este género. Una parte de estos recuerdos encubridores, de contenido ulteriormente vivido, debe su importancia a una relación con sucesos reprimidos de la primera juventud, inversamente a como sucedía en el caso antes analizado, en el cual un recuerdo infantil queda justificado por algo ulteriormente vivido. Según que sea una u otra la relación temporal entre lo encubierto, podemos hablar de recuerdos encubridores *regresivos* o *progresivos*. Conforme a otra relación, distinguimos recuerdos encubridores positivos y negativos, cuyo contenido se halla en una relación antitética con el contenido reprimido. El tema merecería ser tratado con mayor amplitud. Por lo pronto, me conformaré con hacer observar cuán

complicados procesos —totalmente análogos, por lo demás, a la producción de síntomas histéricos— intervienen en la formación de nuestro tesoro mnémico.

Nuestros más tempranos recuerdos infantiles serán siempre objeto de un especial interés, porque el problema planteado por el hecho de que las impresiones más decisivas para el porvenir del sujeto puedan no dejar tras de sí una huella mnémica, induce a reflexionar sobre la génesis de los recuerdos conscientes. Al principio nos inclinaremos seguramente a excluir de los restos mnémicos infantiles, como elementos heterogéneos, los recuerdos encubridores y a suponer, simplemente, que las demás imágenes surgen simultáneamente al suceso vivido, como consecuencia inmediata del mismo, retornando periódicamente, a partir de este momento, conforme a las conocidas leyes de la reproducción.

Pero una observación más sutil nos descubre rasgos que no armonizan con esta hipótesis. Así, ante todo, lo siguiente: en la mayoría de las escenas infantiles importantes, el sujeto se ve a sí mismo en edad infantil y sabe que aquel niño que ve es él mismo; pero lo ve como lo vería un observador ajeno a la escena. Los Henri no omiten hacer notar que muchos de sus informadores insisten en esta peculiaridad de las escenas infantiles. Ahora bien: es indudable que esta imagen mnémica no puede ser una fiel reproducción de la impresión recibida en aquella época. El sujeto se hallaba entonces en el centro de la situación y no atendía a su propia persona, sino al mundo exterior.

Siempre que en un recuerdo aparece así la propia persona, como un objeto entre otros objetos, puede considerarse esta oposición del sujeto actor y el sujeto evocador como una prueba de que la impresión primitiva ha experimentado una elaboración secundaria. Parece como si una huella mnémica de la infancia hubiera sido retraducida luego en una época posterior (en la correspondiente al despertar del recuerdo) al lenguaje plástico y visual. En cambio, no surge jamás en nuestra conciencia nada semejante a una reproducción de la impresión original.

Hay todavía un segundo hecho que prueba, aún con mayor fuerza, la exactitud de esta segunda concepción de las escenas infantiles. Entre los diversos recuerdos infantiles de sucesos importantes, que surgen todos con igual claridad y precisión, hay cierto número de escenas que al ser contrastadas —por ejemplo, con los recuerdos de otras personas— se muestran falsas. No es que hayan sido totalmente inventadas; son falsas en cuanto transfieren la situación a un lugar en el que no se ha desarrollado (como sucede en uno de los casos reunidos por los

Henri), funden varias personas en una sola o las sustituyen entre sí, o resultan ser una amalgama de dos sucesos distintos. La simple infidelidad de la memoria no desempeña precisamente aquí, dada la gran intensidad sensorial de las imágenes y la amplia capacidad funcional de la memoria, ningún papel considerable. Una minuciosa investigación nos muestra más bien que tales falsedades del recuerdo tienen un carácter tendencioso, hallándose destinadas a la represión y sustitución de impresiones repulsivas o desagradables. Así, pues, también estos recuerdos falseados tienen que haber nacido en una época en la que ya podían influir en la vida anímica tales conflictos e impulsos a la represión, o sea en una época muy posterior a aquella que recuerdan en su contenido. Pero también aquí es el recuerdo falseado el primero del que tenemos noticia. El material de huellas mnémicas del que fue forjado nos es desconocido en su forma primitiva.

Este descubrimiento acorta a nuestros ojos la distancia que suponíamos entre los recuerdos encubridores y los demás recuerdos de la infancia. Llegamos a sospechar que todos nuestros recuerdos infantiles conscientes nos muestran los primeros años de nuestra existencia, no como fueron, sino como nos parecieron al evocarlos luego, en épocas posteriores. Tales recuerdos no han *emergido*, como se dice habitualmente, en estas épocas, sino que han sido *formados* en ellas, interviniendo en esta formación y en la selección de los recuerdos toda una serie de motivos muy ajenos a un propósito de fidelidad histórica.

XVII

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS^[254]

Flectere si nequeo superos, acheronta movebo

1898-9 [1900]

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

(1900)

AL proponerme exponer la interpretación de los sueños no creo haber trascendido los ámbitos del interés neuropatológico, pues, el examen psicológico nos presenta el sueño como primer eslabón de una serie de fenómenos psíquicos anormales, entre cuyos elementos subsiguientes, las fobias histéricas y las formaciones obsesivas y delirantes, conciernen al médico por motivos prácticos. Desde luego, como ya lo demostraremos, el sueño no puede pretender análoga importancia práctica; pero tanto mayor es su valor teórico como paradigma, al punto que quien no logre explicarse la génesis de las imágenes oníricas, se esforzará en vano por comprender las fobias, las ideas obsesivas, los delirios, y por ejercer sobre estos fenómenos un posible influjo terapéutico.

Mas precisamente esta vinculación, a la que nuestro tema debe toda su importancia, es también el motivo de los defectos de que adolece el presente trabajo, pues el frecuente carácter fragmentario de su exposición corresponde a otros tantos puntos de contacto, a cuyo nivel los problemas de la formación

onírica toman injerencia en los problemas más amplios de la psicopatología, que no pudieron ser considerados en esta ocasión y que serán motivo de trabajos futuros, siempre que para ello alcancen el tiempo, la energía y el nuevo material de observación.

Además, esta publicación me ha sido dificultada por particularidades del material que empleo para ilustrar la interpretación de los sueños. La lectura misma del trabajo permitirá advertir por qué no podían servir para mis fines los sueños narrados en la literatura o recogidos por personas desconocidas; debía elegir, pues, entre mis propios sueños y los de mis pacientes en tratamiento psicoanalítico. La utilización de este último material me fue vedada por la circunstancia de que estos procesos oníricos sufren una complicación inconveniente debida a la intervención de características neuróticas. Por otra parte, la comunicación de mis propios sueños implicaba inevitablemente someter las intimidades de mi propia vida psíquica a miradas extrañas, en medida mayor de la que podía serme grata y de la que, en general, concierne a un autor que no es poeta, sino hombre de ciencia. Esta circunstancia era penosa pero inevitable, de modo que me sometí a ella para no tener que renunciar, en principio, a la demostración de mis resultados psicológicos. Sin embargo, no pude resistir, naturalmente, a la tentación de truncar muchas indiscreciones, omitiendo y suplantando algunas cosas; cada vez que procedí de tal manera no puede menos de perjudicar sensiblemente el valor de los ejemplos utilizados. Sólo me queda expresar la esperanza de que los lectores de este trabajo comprenderán mi difícil situación, aceptándola benévolamente, y espero, además, que todas las personas que se sientan afectadas por los sueños comunicados no pretenderán negar la libertad del pensamiento también a la vida onírica.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

(1908)

EL hecho de que aun antes de completarse el primer decenio haya sido necesario editar por segunda vez este libro de tan difícil lectura, no se lo debo al interés de los círculos profesionales, a quienes me había dirigido con las presentes páginas. Mis colegas de la psiquiatría no parecen haberse esforzado

por superar la extrañeza inicial que despertó mi nueva concepción del sueño; los filósofos de profesión, por su parte, acostumbrados a dar cuenta de la vida onírica cual si fuera un apéndice de los estados conscientes, concediéndole tan sólo unas pocas palabras —casi siempre las mismas que usan los psiquiatras—, no advirtieron, a todas luces, que precisamente este hilo conduce a muchas cosas que han de provocar un profundo trastrueque de nuestras doctrinas psicológicas. La actitud de la bibliocrítica científica sólo prometía para esta obra mía la condena del silencio; la primera edición de este libro tampoco habría sido agotada por el pequeño grupo de animosos prosélitos que siguen mi guía en la aplicación médica del psicoanálisis y que interpretan sueños de acuerdo con mi ejemplo, para utilizar estas interpretaciones en el tratamiento de los neuróticos. En consecuencia, estoy en deuda con ese vasto círculo de personas ilustradas y ávidas de saber cuyo apoyo es para mí una invitación a emprender otra vez, al cabo de nueve años, esta tarea difícil y de tan múltiples aspectos fundamentales.

Me complace poder decir que hallé poco motivos para introducir modificaciones. Aquí y allá inserté nuevo material, agregué algunos conocimientos surgidos de mi experiencia más extensa, intenté revisiones en unos pocos puntos; mas todo lo esencial sobre el sueño y sobre su interpretación, así como las doctrinas psicológicas derivadas del mismo, no sufrieron cambio alguno; por lo menos subjetivamente, han resistido la prueba del tiempo. Quien conozca mis restantes trabajos (sobre la etiología y el mecanismo de las psiconeurosis) sabrá que jamás hice pasar lo fragmentario por algo acabado y que siempre me esforcé por modificar mis formulaciones de acuerdo con el progreso de mis conocimientos; en el terreno de la vida onírica, en cambio, pude atenerme a mis palabras originales. En los largos años de mi labor con los problemas de las neurosis, muchas veces llegué a vacilar y en múltiples ocasiones me encontré confundido, pero siempre recuperé mi seguridad acudiendo a *La interpretación de los sueños*. Por consiguiente, mis adversarios científicos dan muestras de instintiva prudencia al no querer seguirme justamente en el terreno de la investigación onírica.

También el material de este libro —estos sueños propios, desvalorizados o superados en gran parte por sucesos ulteriores, estos sueños que me sirvieron para ilustrar las reglas de la interpretación onírica— demostró poseer, al revisarlo, una tenacidad que se oponía a toda modificación contundente. Para mí, este libro tiene, en efecto, una segunda importancia subjetiva que sólo alcancé a comprender cuando lo hube concluido, al comprobar que era una parte de mi

propio análisis, que representaba mi reacción frente a la muerte de mi padre, es decir, frente al más significativo suceso, a la más tajante pérdida en la vida de un hombre. Al reconocerlo me sentí incapaz de borrar las huellas de tal influjo. Mas para el lector será indiferente en qué material aprende a considerar y a interpretar los sueños.

Cuando no me fue posible incluir en el contexto original una observación ineludible, indiqué mediante corchetes su pertenencia a la segunda edición^[255].

Berchtesgaden, verano de 1908.

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

1911

MIENTRAS entre las dos primeras ediciones de este libro transcurrió un lapso de nueve años, la necesidad de una tercera edición ya se hizo notar a poco más del primer año. Bien puedo alegrarme por este cambio; pero tal como antes no acepté el desdén de mi obra por parte de los lectores como prueba de su escaso valor, tampoco puedo interpretar el interés ahora manifestado como demostración de su excelencia.

El progreso de los conocimientos científicos tampoco dejó de afectar a *La interpretación de los sueños*. Cuando redacté este libro en 1899, aún no había escrito *Una teoría sexual* y el análisis de las formas complejas de las psiconeurosis todavía estaba en sus comienzos. La interpretación onírica había de ser un recurso auxiliar que permitiera analizar psicológicamente las neurosis; desde entonces la comprensión profundizada de éstas repercutió a su vez sobre la concepción del sueño. La teoría misma de la interpretación onírica ha seguido desarrollándose en un sentido que no fue destacado suficientemente en la primera edición de este libro, pues gracias a la propia experiencia, como a los trabajos de W. Stekel y de otros, pude prestar una consideración más justa a la amplitud e importancia del simbolismo en el sueño, o más bien en el pensamiento inconsciente. De tal manera, en el curso de estos años se han acumulado muchas cosas que exigían ser consideradas. He tratado de tener en cuenta estas novedades mediante múltiples agregados al texto e inclusión de

notas al pie. Si estas adiciones amenazan romper algunas veces el marco de la exposición, o si en ciertas partes no fue posible llevar el texto primitivo al nivel de nuestros actuales conocimientos, ruego se considere benévolamente tales faltas del libro, ya que sólo son consecuencias e índices del acelerado desarrollo que actualmente sigue nuestra ciencia.

También me atrevo a predecir en qué sentidos se apartarán de éstas las futuras ediciones de *La interpretación de los sueños* —siempre que resulten necesarias—. Por un lado habrán de perseguir una vinculación más estrecha con el rico material de la poesía, del mito, los usos del lenguaje y el folklore; por otro, tratarán las relaciones del sueño con las neurosis y los trastornos mentales, aún más detenidamente de lo que aquí fue posible.

El señor Otto Rank me ha prestado grandes servicios en la selección de los agregados y ha tomado a su exclusivo cargo la corrección de las pruebas de imprenta. Tanto él como muchos otros que contribuyeron con colaboraciones y rectificaciones comprometen mi gratitud.

Viena, primavera de 1911.

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

1914

EL año pasado (1913) el doctor A. A. Brill, de Nueva York, concluyó la traducción inglesa de este libro (*The interpretation of dreams*, G. Allen & Co., Londres).

En esta ocasión el doctor Otto Rank no sólo se encargó de las correcciones, sino que también aportó al texto dos contribuciones propias (apéndice del capítulo VI).

Viena, junio de 1914.

PRÓLOGO A LA QUINTA EDICIÓN

1918

EL interés por *La interpretación de los sueños* tampoco ha decrecido durante la guerra mundial, planteando la necesidad de una nueva edición aun antes de que terminara aquélla. Sin embargo, en esta edición no se pudo considerar plenamente la nueva literatura ulterior a 1914, pues, en lo que a la extranjera se refiere, ni siquiera llegó a conocimiento mío o del doctor Rank.

Una traducción húngara por los doctores Hollós y Ferenczi está próxima a su publicación. En mi *Introducción al psicoanálisis*, editada en 1916-17 por H. Heller, de Viena, la segunda parte, que comprende once conferencias, está dedicada a exponer el sueño de manera más elemental y en conexión más íntima con la teoría de las neurosis. En su conjunto estas conferencias constituyen un resumen de *La interpretación de los sueños*, aunque en determinados puntos presenten una exposición aún más minuciosa.

No pude decidirme a efectuar una reelaboración concienzuda de este libro, que si bien lo elevaría al nivel de nuestras concepciones psicoanalíticas actuales, destruiría, en cambio, su peculiaridad histórica. Creo que en su existencia de casi dos decenios ha quedado cumplida su misión.

Budapest-Steinbruch, julio de 1918.

PRÓLOGO A LA SEXTA EDICIÓN

1921

LAS dificultades que actualmente aquejan a las empresas editoriales tuvieron por consecuencia que esta nueva edición se retardara mucho más de lo que habría correspondido a la demanda y que por vez primera sea publicada como reimpresión fiel de la precedente. Tan sólo el índice bibliográfico, al final del volumen, ha sido completado y ampliado por el doctor O. Rank.

Mi presunción de que este libro habría cumplido su misión en casi dos decenios de existencia, no ha sido, pues, confirmada. Podría decir más bien que tiene una nueva misión que cumplir. Así como antes se trataba de ofrecer

algunas nociones sobre la esencia del sueño, ahora no es menos importante contrarrestar los tenaces errores de interpretación a que están expuestas dichas nociones.

Viena, abril de 1921.

PRÓLOGO A LA OCTAVA EDICIÓN

1929

EN el lapso que media entre la última, séptima edición de este libro (1922), y la presente revisión, fueron editadas mis *Obras completas* por el Internationaler Psychoanalytischer Verlag, de Viena. En éstas el segundo tomo contiene el texto restablecido de la primera edición, mientras que todas las adiciones ulteriores están reunidas en el tercer tomo. En cambio, las traducciones aparecidas mientras tanto se ajustan a las publicaciones independientes de este libro, cabiendo mencionar la francesa, de 1. Meyerson, publicada en 1926 con el título *La Science des Rêves*, por la Bibliothèque de Philosophie Contemporaine; la sueca (*Drömtydning*), efectuada en 1927 por John Landquist, y la castellana, de Luis López-Ballesteros y de Torres, que constituye los tomos VI y VII de las *Obras completas*. La traducción húngara, cuya inminente publicación anuncié ya en 1918, aún no ha aparecido.

También en la presente revisión de *La interpretación de los sueños* he tratado la obra esencialmente como documento histórico, introduciendo tan sólo aquellas modificaciones que me parecían imprescindibles para el aclaramiento y la profundizaron de mis propias opiniones. De acuerdo con esta posición, he abandonado definitivamente el propósito de incluir en este libro la bibliografía aparecida desde su primera edición, excluyendo, pues, las secciones correspondientes que contenían las ediciones anteriores. Además, faltan aquí los dos trabajos «Sueño y poesía» y «Sueño y mito» que el doctor Otto Rank aportó a las ediciones precedentes.

Viena, diciembre de 1929.

PROLOGO PARA LA TERCERA EDICIÓN INGLESA DE «LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS^[256]»

1931

EN el año 1909 G. Stanley Hall me invitó a la Universidad de Clark, en Worcester, para que pronunciara allí mis primeras conferencias sobre psicoanálisis. El mismo año el doctor Brill publicó la primera de sus traducciones de obras mías^[257], que al poco tiempo había de ser seguida por otras. Si el psicoanálisis desempeña hoy un papel en la vida intelectual de Estados Unidos o si está destinado a desempeñarlo en el futuro, gran parte del mérito deberá atribuirse a ésta y a las demás actividades del doctor Brill.

Su primera traducción de *La interpretación de los sueños* apareció en 1913. Mucho ha ocurrido desde entonces en el mundo y mucho han cambiado nuestros conceptos acerca de las neurosis. Este libro, empero, con su nueva contribución a la psicología, que tanto sorprendió al mundo cuando fue publicado (1900), sigue subsistiendo sin modificaciones esenciales. Aún insisto en afirmar que contiene el más valioso de los descubrimientos que he tenido la fortuna de realizar. Una intuición como ésta el destino puede depararla sólo una vez en la vida de un hombre.

FREUD.

Viena, 15 de marzo de 1931.

CAPÍTULO I

LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE LOS PROBLEMAS ONÍRICOS^[258]

EN las páginas que siguen aportaré la demostración de la existencia de una técnica psicológica que permite interpretar los sueños, y merced a la cual se revela cada uno de ellos como un producto psíquico pleno de sentido, al que puede asignarse un lugar perfectamente determinado en la actividad anímica de la vida despierta. Además, intentaré esclarecer los procesos de los que depende la singular e impenetrable apariencia de los sueños y deducir de dichos procesos una conclusión sobre la naturaleza de aquellas fuerzas psíquicas de cuya acción conjunta u opuesta surge el fenómeno onírico. Conseguido esto, daré por terminada mi exposición, pues habré llegado en ella al punto en el que el problema de los sueños desemboca en otros más amplios, cuya solución ha de buscarse por el examen de un distinto material.

Si comienzo por exponer aquí una visión de conjunto de la literatura existente hasta el momento sobre los sueños y del estado científico actual de los problemas oníricos, ello obedece a que en el curso de mi estudio no se me han de presentar muchas ocasiones de volver sobre tales materias. La comprensión científica de los sueños no ha realizado en más de diez siglos sino escasísimos progresos; circunstancia tan generalmente reconocida por todos los que de este tema se han ocupado, que me parece inútil citar aquí al detalle opiniones aisladas. En la literatura onírica hallamos gran cantidad de sugestivas observaciones y un rico e interesantísimo material relativo al objeto de nuestro estudio; pero, en cambio, nada o muy poco que se refiera a la esencia de los sueños o resuelva definitivamente el enigma que los mismos nos plantean. Como

es lógico, el conocimiento que de esas cuestiones ha pasado al núcleo general de hombres cultos, pero no dedicados a la investigación científica, resulta aún más incompleto.

Cuál fue la concepción que en los primeros tiempos de la Humanidad se formaron de los sueños los pueblos primitivos, y qué influencia ejerció el fenómeno onírico en su comprensión del mundo y del alma, son cuestiones de tan alto interés, que sólo obligadamente y a disgusto me he decidido a excluir su estudio del conjunto del presente trabajo y a limitarme a remitir al lector a las conocidas obras de sir J. Lubbock, H. Spencer, E. B. Taylor y otros, añadiendo únicamente por mi cuenta que el alcance de estos problemas y especulaciones no podrá ofrecérseles comprensible hasta después de haber llevado a buen término la labor que aquí nos hemos marcado, o sea, la de «interpretación de los sueños».

Un eco de la primitiva concepción de los sueños se nos muestra indudablemente como base en la idea que de ellos se formaban los pueblos de la antigüedad clásica^[259]. Admitían éstos que los sueños, se hallaban en relación con el mundo de seres sobrehumanos de su mitología y traían consigo revelaciones divinas o demoníacas, poseyendo, además, una determinada intención muy importante con respecto al sujeto; generalmente, la de anunciarle el porvenir. De todos modos, la extraordinaria variedad de su contenido y de la impresión por ellos producida hacía muy difícil llegar a establecer una concepción unitaria, y obligó a constituir múltiples diferenciaciones y agrupaciones de los sueños, conforme a su valor y autenticidad. Naturalmente, la opinión de los filósofos antiguos sobre el fenómeno onírico hubo de depender de la importancia que cada uno de ellos concedía a la adivinación.

En los dos estudios que Aristóteles consagra a esta materia pasan ya los sueños a constituir objeto de la Psicología. No son de naturaleza divina, sino demoníaca, pues la Naturaleza es demoníaca y no divina; o dicho de otro modo: no corresponden a una revelación sobrenatural, sino que obedecen a leyes de nuestro espíritu humano, aunque desde luego éste se relaciona a la divinidad. Los sueños quedan así definidos como la actividad anímica del durmiente durante el estado de reposo^[260].

Aristóteles muestra conocer algunos de los caracteres de la vida onírica. Así, el de que los sueños amplían los pequeños estímulos percibidos durante el estado de reposo («una insignificante elevación de temperatura en uno de nuestros miembros nos hace creer en el sueño que andamos a través de las llamas y

sufrimos un ardiente calor»), y deduce de esta circunstancia la conclusión de que los sueños pueden muy bien revelar al médico los primeros indicios de una reciente alteración física, no advertida durante el día^[261].

Los autores antiguos anteriores a Aristóteles no consideraban el sueño como un producto del alma soñadora, sino como una inspiración de los dioses, y señalaban ya en ellos las dos corrientes contrarias que habremos de hallar siempre en la estimación de la vida onírica. Se distinguían dos especies de sueños: los verdaderos y valiosos, enviados al durmiente a título de advertencia o revelación del porvenir, y los vanos, engañosos y fútiles, cuyo propósito era desorientar al sujeto o causar su perdición.

Gruppe (*Griechische Mithologie und Religionsgeschichte*, pág. 390) reproduce una tal visión de los sueños, tomándola de Macrobio y Artemidoro: «Dividíanse los sueños en dos clases. A la primera, influida tan sólo por el presente (o el pasado), y falta, en cambio, de significación con respecto al porvenir, pertenecían los ἐνόπνια, *insomnia*, que reproducen inmediatamente la representación dada o su contraria; por ejemplo, el hambre o su satisfacción, y los φαντασματα, que amplían fantásticamente la representación dada; por ejemplo, la pesadilla, *ephialtes*. La segunda era considerada como determinante del porvenir, y en ella se incluían: 1.º, el oráculo directo, recibido en el sueño (χορηματιμó, *oraculum*); 2.º la predicción de un suceso futuro (ὄραμα, *visio*), y 3.º, el sueño simbólico, necesidad de interpretación (ὄνειρον, *somnium*). Esta teoría se ha mantenido en vigor durante muchos siglos».

De esta diversa estimación de los sueños surgió la necesidad de una «interpretación onírica». Considerándolos en general como fuentes de importantísimas revelaciones, pero no siendo posible lograr una inmediata comprensión de todos y cada uno de ellos, ni tampoco saber si un determinado sueño incomprensible entrañaba o no algo importante, tenía que nacer el impulso o hallar un medio de sustituir su contenido incomprensible por otro inteligible y pleno de sentido. Durante toda la antigüedad se consideró como máxima autoridad en la interpretación de los sueños a Artemidoro de Dalcis, cuya extensa obra, conservada hasta nuestros días, nos compensa de las muchas otras del mismo contenido que se han perdido^[262].

La concepción precientífica de los antiguos sobre los sueños se hallaba seguramente de completo acuerdo con su total concepción del Universo, en la que acostumbraban proyectar como realidad en el mundo exterior aquello que

sólo dentro de la vida anímica la poseía. Esta concepción del fenómeno onírico tomaba, además, en cuenta la impresión que la vida despierta recibe del recuerdo que del sueño perdura por la mañana, pues en este recuerdo aparece el sueño en oposición al contenido psíquico restante, como algo ajeno a nosotros y procedente de un mundo distinto. Sería, sin embargo, equivocado suponer que esta teoría del origen sobrenatural de los sueños carece ya de partidarios en nuestros días. Haciendo abstracción de los escritores místicos y piadosos que obran consecuentemente, defendiendo los últimos reductos de lo sobrenatural hasta que los procesos científicos consigan desalojarlos de ellos—, hallamos todavía hombres de sutil ingenio, e inclinados a todo lo extraordinario, que intentan apoyar precisamente en la insolubilidad del enigma de los sueños su fe religiosa en la existencia y la intervención de fuerzas espirituales sobrehumanas (Haffner). La valoración dada a la vida onírica por algunas escuelas filosóficas—así, la de Schelling— es un claro eco del origen divino que en la antigüedad se reconocía a los sueños. Tampoco la discusión sobre el poder adivinatorio y revelador del porvenir atribuido a los sueños puede considerarse terminada, pues, no obstante la inequívoca inclinación del pensamiento científico a rechazarla hipótesis afirmativa, las tentativas de hallar una explicación psicológica valedera para todo el considerable material reunido no han permitido establecer aún una conclusión definitiva.

La dificultad de escribir una historia de nuestro conocimiento científico de los problemas oníricos estriba en que, por valioso que el mismo haya llegado a ser con respecto a algunos extremos, no ha realizado progreso alguno en determinadas direcciones. Por otro lado, tampoco se ha conseguido establecer una firme base de resultados indiscutibles sobre la que otros investigadores pudieran seguir construyendo, sino que cada autor ha comenzado de nuevo y desde el origen el estudio de los mismos problemas. De este modo, si quisiera atenerme al orden cronológico de los autores y exponer sintéticamente las opiniones de cada uno de ellos, tendría que renunciar a ofrecer al lector un claro cuadro de conjunto del estado actual del conocimiento de los sueños, y, por tanto, he preferido adaptar mi exposición a los temas y no a los autores, indicando en el estudio de cada uno de los problemas oníricos el material que para la solución del mismo podemos hallar en obras anteriores. Sin embargo, y dado que no me ha sido posible dominar toda literatura existente sobre esta materia —literatura en extremo dispersa, y que se extiende muchas veces a objetos muy distintos—, he de rogar al lector se dé por satisfecho, con la

seguridad de que ningún hecho fundamental ni ningún punto de vista importante dejarán de ser consignados en mi exposición.

Hasta hace poco se han visto impulsados casi todos los autores a tratar conjuntamente el estado de reposo y de los sueños, así como a agregar al estudio de estos últimos el de estados y fenómenos análogos, pertenecientes ya a los dominios de la Psicopatología (alucinaciones, visiones, etc.). En cambio, en los trabajos más modernos aparece una tendencia a seleccionar un tema restringido, y no tomar como objeto sino uno sólo de los muchos problemas de la vida onírica; transformación en la que quisiéramos ver una expresión del convencimiento de que en problemas tan oscuros sólo por medio de una serie de investigaciones de detalle puede llegarse a un esclarecimiento y a un acuerdo definitivos. Una de tales investigaciones parciales y de naturaleza especialmente psicológica es lo que aquí me propongo ofreceros. No habiendo tenido gran ocasión de ocuparme del problema del estado de reposo —problema esencialmente fisiológico, aunque en la característica de dicho estado tenga que hallarse contenida la transformación de las condiciones de funcionamiento del aparato anímico—, quedará desde luego descartada de mi exposición la literatura existente sobre tal problema.

El interés científico por los problemas oníricos en sí conduce a las interrogaciones que siguen, interdependientes en parte:

a) Relación del sueño con la vida despierta.

El ingenuo juicio del individuo despierto acepta que el sueño, aunque ya no de origen extraterreno, sí ha raptado al durmiente a otro mundo distinto. El viejo fisiólogo Burdach, al que debemos una concienzuda y sutil descripción de los problemas oníricos, ha expresado esta convicción en una frase, muy citada y conocida (pág. 474): «... nunca se repite la vida diurna, con sus trabajos y placeres, sus alegrías y dolores; por lo contrario, tiende el sueño a libertarnos de ella. Aun en aquellos momentos en que toda nuestra alma se halla saturada por un objeto, en que un profundo dolor desgarrar nuestra vida interior, o una labor acapara todas nuestras fuerzas espirituales, nos da el sueño algo totalmente ajeno a nuestra situación; no toma para sus combinaciones sino significantes fragmentos de la realidad, o se limita a adquirir el tono de nuestro estado de ánimo y simboliza las circunstancias reales». J. H. Fichte (1-541) habla en el mismo sentido de *sueños de complementos* (*Ergaenzugträume*) y los considera como uno de los secretos beneficiosos de la Naturaleza, autocurativa del espíritu. Análogamente se expresa también L. Strümpell en su estudio sobre la naturaleza

y génesis de los sueños (pág. 16), obra que goza justamente de un general renombre: «El sujeto que sueña vuelve la espalda al mundo de la conciencia despierta...» Página 17: «En el sueño perdemos por completo la memoria con respecto al ordenado contenido de la conciencia despierta y de su funcionamiento normal...» Página 19: «La separación, casi desprovista de recuerdo, que en los sueños se establece entre el alma y el contenido y el curso regulares de la vida despierta...»

La inmensa mayoría de los autores concibe, sin embargo, la relación de sueños con la vida despierta en una forma totalmente opuesta. Así, Haffner (pág. 19): «Al principio continúa el sueño de la vida despierta. Nuestros sueños se agregan siempre a las representaciones que poco antes han residido en la conciencia, y una cuidadosa observación encontrará casi siempre el hilo que los enlaza a los sucesos del día anterior». Weygandt (pág. 6) contradice directamente la afirmación de Burdach antes citada, pues observa que «la mayoría de los sueños nos conducen de nuevo a la vida ordinaria en vez de libertarnos de ella». Maury (pág. 56) dice en una sintética fórmula: *Nous rêvons de ce que nous avons vu dit, désiré ou fait*, y Jessen, en su *Psicología* (1855, pág. 530), manifiesta, algo más ampliamente: «En mayor o menor grado, el contenido de los sueños queda siempre determinado por la personalidad individual, por la edad, el sexo, la posición, el grado de cultura y el género de vida habitual del sujeto, y por los sucesos y enseñanzas de su pasado individual».

El filósofo J. G. E. Maas (*Sobre las pasiones*, 1805) es quien adopta con respecto a esta cuestión una actitud más inequívoca: «La experiencia confirma nuestra afirmación de que el contenido más frecuente de nuestros sueños se halla constituido por aquellos objetos sobre los que recaen nuestras más ardientes pasiones. Esto nos demuestra que nuestras pasiones tienen que poseer una influencia sobre la génesis de nuestros sueños. El ambicioso sueña con los laureles alcanzados (quizá tan sólo en su imaginación) o por alcanzar, y el enamorado, con el objeto de sus tiernas esperanzas... Todas las ansias o repulsas sexuales que dormitan en nuestro corazón pueden motivar, cuando son estimuladas por una razón cualquiera, la génesis de un sueño compuesto por las representaciones a ellas asociadas, o la intercalación de dichas representaciones en un sueño ya formado...» (Comunicado por Winterstein en la *Zhl.für Psychoanalyse*.)

Idénticamente opinaban los antiguos sobre la relación de dependencia existente entre el contenido del sueño y la vida. Radestock (pág. 139) nos cita el

siguiente hecho: «Cuando Jerjes, antes de su campaña contra Grecia, se veía disuadido de sus propósitos bélicos por sus consejeros, y, en cambio, impulsado a realizar por continuos sueños alentadores, Artabanos, el racional onirocrítico persa, le advirtió ya acertadamente que las visiones de los sueños contenían casi siempre lo que el sujeto pensaba en la vida despierta».

En el poema didáctico de Lucrecio titulado *De rerum natura* hallamos los siguientes versos (IV, v. 959):

*Et quo quisque fere studio devinctus adhaeret,
aut quibus in rebus multum summus ante moratti
atque in ea ratione fuit contenta megis mens,
in somnis eadem plerumque videmur obire;
causidice causas agere et componere leges,
induperatores pugnare ac proelia obire, etc*^[263].

Y Cicerón (*De Divinatione*, II, anticipándose en muchos siglos a Maury, escribe: *Maximeque reliquiae earum rerum moventur in animis et agitantur, de quibus vigilantes aut cogitavimus aut egirrus*^[264].

La manifiesta contradicción en que se hallan estas dos opiniones sobre la relación de la vida onírica con la vida despierta parece realmente inconciliable. Será, pues, oportuno recordar aquí las teorías de F. W. Hildebrandt (1875), según el cual las peculiaridades del sueño no pueden ser descritas sino por medio de «una serie de antítesis que llegan aparentemente hasta la contradicción» (pág. 8). «La primera de estas antítesis queda constituida por la separación rigurosísima y la indiscutible íntima dependencia que simultáneamente observamos entre los sueños y la vida despierta. El sueño es algo totalmente ajeno a la realidad vivida en estado de vigilancia. Podríamos decir que constituye una existencia aparte, herméticamente encerrada en sí misma y separada de la vida real por un infranqueable abismo. Nos aparta de la realidad; extingue en nosotros el normal recuerdo de la misma, y nos sitúa en un mundo distinto y una historia vital por completo diferente exenta en el fondo de todo punto de contacto con lo real...» A continuación expone Hildebrandt cómo al dormirnos desaparece todo nuestro ser con todas sus formas de existencia. Entonces hacemos, por ejemplo, en sueños, un viaje a Santa Elena para ofrecer al cautivo emperador Napoleón una excelente marca de vinos del Mosela. Somos recibidos amabilísimamente por el desterrado, y casi sentimos que el despertar venga a interrumpir aquellas

interesantes ilusiones. Una vez despiertos comparamos la situación onírica con la realidad. No hemos sido nunca comerciantes en vinos, ni siquiera hemos pensado en dedicarnos a tal actividad. Tampoco hemos realizado jamás una travesía, y si hubiéramos de emprenderla no elegiríamos seguramente Santa Elena como fin de la misma. Napoleón no nos inspira simpatía alguna, sino, al contrario, una patriótica aversión. Por último, cuando Bonaparte murió en el destierro no habíamos nacido aún, y, por tanto, no existe posibilidad alguna de suponer una relación personal. De este modo, nuestras aventuras oníricas se nos muestran como algo ajeno a nosotros intercalando entre dos fragmentos homogéneos y subsiguientes de nuestra vida.

«Y, sin embargo —prosigue Hildebrandt—, lo aparentemente contrario es igualmente cierto y verdadero. Quiero decir que simultáneamente a esta separación existe una íntima relación. Podemos incluso afirmar que, por extraño que sea lo que el sueño nos ofrezca, ha tomado él mismo sus materiales de la realidad y de la vida espiritual que en torno a esta realidad se desarrolla... Por singulares que sean sus formaciones no puede hacerse independiente del mundo real, y todas sus creaciones, tanto las más sublimes como las más ridículas, tienen siempre que tomar su tema fundamental de aquello que en el mundo sensorial ha aparecido ante nuestros ojos o ha encontrado en una forma cualquiera un lugar de nuestro pensamiento despierto; esto es, de aquello que ya hemos vivido antes exterior o interiormente».

b) El material onírico. La memoria en el sueño.

Que todo el material que compone el contenido del sueño procede, en igual forma, de lo vivido y es, por tanto, reproducido —*recordado*— en el sueño, es cosa generalmente reconocida y aceptada. Sin embargo, sería un error suponer que basta una mera comparación del sueño con la vida despierta para evidenciar la relación existente entre ambos. Por lo contrario, sólo después de una penosa y atenta labor logramos descubrirla, y en toda una serie de casos consigue permanecer oculta durante mucho tiempo. Motivo de ello es un gran número de peculiaridades que la capacidad de recordar muestra en el sueño, y que, aunque generalmente observadas, han escapado hasta ahora a todo esclarecimiento. Creo interesante estudiar detenidamente tales caracteres.

Observamos, ante todo, que en el contenido del sueño aparece un material que después, en la vida despierta, no reconoce como perteneciente a nuestros conocimientos o a nuestra experiencia. Recordamos, desde luego, que hemos soñado aquello, pero no recordamos haberlo vivido jamás. Así, pues, no nos

explicamos de qué fuente ha tomado el sueño sus componentes y nos inclinamos a atribuirle una independiente capacidad productiva, hasta que con frecuencia, al cabo de largo tiempo, vuelve un nuevo suceso a atraer a la conciencia el perdido recuerdo de un suceso anterior, y nos descubre con ello la fuente del sueño. Entonces tenemos que confesarnos que hemos sabido y recordado en él algo que durante la vida despierta había sido robado a nuestra facultad de recordar^[265].

Delboeuf relata un interesantísimo ejemplo de este género, constituido por uno de sus propios sueños. En él vio el patio de su casa cubierto de nieve, y bajo ésta halló enterradas y medio heladas dos lagartijas. Queriendo salvarles la vida, las recogió, las calentó y las cobijó después en una rendija de la pared, donde tenían su madriguera, introduciendo además en esta última algunas hojas de cierto helecho que crecía sobre el muro y que él sabía ser muy gustado por los lacértidos. En su sueño conocía incluso el nombre de dicha planta: *asplénium ruta muralis*. Llegado a este punto, tomó el sueño un camino diferente, pero después de una corta digresión tornó a las lagartijas y mostró a Delboeuf dos nuevos animalitos de este género que habían acudido a los restos del helecho por él cortado. Luego, mirando en torno suyo, descubrió otro par de lagartijas que se encaminaban hacia la hendidura de la pared, y, por último, quedó cubierta la calle entera por una procesión de lagartijas, que avanzaban todas en la misma dirección.

El pensamiento despierto de Delboeuf no conocía sino muy pocos nombres latinos de plantas y entre ellos se hallaba el de *asplénium*. Mas, con gran asombro, comprobó que existía un helecho así llamado —el *asplénium ruta muraria*— nombre que el sueño había deformado algo. No siendo posible pensar en la coincidencia casual, resultaba para Delboeuf un misterio el origen del conocimiento que el nombre *asplénium* había poseído en su sueño.

Sucedía esto en 1862. Dieciséis años después, halló Delboeuf, en casa de un amigo suyo, un pequeño álbum con flores secas, semejantes a aquellos que en algunas regiones de Suiza se venden como recuerdo a los extranjeros. Al verlo sintió surgir en su memoria un lejano recuerdo; abrió el herbario y halló en él el *asplénium* de su sueño, reconociendo, además, su propia letra, manuscrita en el nombre latino escrito al pie de la página. En efecto, una hermana del amigo en cuya casa se hallaba había visitado a Delboeuf en el curso de su viaje de bodas, dos años antes del sueño de las lagartijas, o sea, en 1860, y le había mostrado aquel álbum, que pensaba regalar, como recuerdo, a su hermano. Amablemente,

se prestó entonces Delboeuf a consignar en el herbario el nombre correspondiente a cada planta, pequeño trabajo que llevó a cabo bajo la dirección de un botánico que le fue dictando dichos nombres.

Otra de las felices casualidades que tanto interés dan a este ejemplo permitió a Delboeuf referir un nuevo fragmento de su sueño a su correspondiente origen olvidado. En 1877 cayó un día en sus manos una antigua colección de una revista ilustrada, y al hojearla tropezó con un dibujo que representaba aquella procesión de lagartijas que había visto en su sueño del año 1862. El número de la revista era de 1861, y Delboeuf pudo recordar que en esta fecha se hallaba suscrito a ella.

Esta libre disposición del sueño sobre recuerdos inaccesibles a la vida despierta constituye un hecho tan singular y de tan gran importancia teórica, que quiero atraer aún más sobre él la atención de mis lectores, por la comunicación de otros sueños «hipermnésticos». Maury relata que durante algún tiempo se le venía a las mientes varias veces al día la palabra *Mussidan*, de la que no sabía sino que era el nombre de una ciudad francesa. Pero una noche soñó hallarse dialogando con cierta persona que le dijo acababa de llegar de Mussidan, y habiéndole preguntado dónde se hallaba tal ciudad, recibió la respuesta de que Mussidan era una capital de distrito del departamento de la Dordoña. Al despertar no dio Maury crédito alguno a la información recibida obtenida en su sueño, pero el Diccionario geográfico le demostró la total exactitud de la misma. En este caso se comprobó el mayor conocimiento del sueño, pero no fue encontrada la olvidada fuente de dicho conocimiento.

Jessen relata (pág. 55) un análogo suceso onírico de la época más antigua: «A estos sueños pertenece, entre otros, el de Escalígero el Viejo (Hennings I, c., pág. 300), al que, cuando se hallaba terminando un poema dedicado a los hombres célebres de Verona, se le apareció en sueños un individuo que dijo llamarse Brugnolo y se lamentó de haber sido olvidado en la composición. Aunque Escalígero no recordaba haber oído jamás hablar de él, incluyó unos versos en su honor, y tiempo después averiguó en Verona, por un hijo suyo, que el tal Brugnolo había gozado largos años atrás en dicha ciudad un cierto renombre como crítico».

Un sueño hipermnéstico, que se distingue por la peculiaridad de que otro sueño posterior trajo consigo la admisión del recuerdo no reconocido al principio, nos es relatado por el marqués D'Hervey de St. Denis (según Vaschide, pág. 232): «Soñé una vez con una joven de cabellos dorados a la que

veía conversando con mi hermana mientras le enseñaba un bordado. En el sueño me parecía conocerla y creía incluso haberla visto repetidas veces. Al despertar siguió apareciéndoseme con toda precisión aquel bello rostro, pero me fue imposible reconocerlo. Luego, al volver a conciliar el reposo, se repitió la misma imagen onírica. En este nuevo sueño hablé ya con la rubia señora y le pregunté si había tenido el placer de verla anteriormente en algún lado. “Ciertamente —me respondió—; acuérdesse de la playa de ‘Pornic’. Inmediatamente desperté y recordé con toda claridad las circunstancias reales relacionadas con aquella amable imagen onírica”».

El mismo autor (según Vaschide, pág. 233) nos relata lo siguiente:

«Un músico conocido suyo oyó una vez en sueños una melodía que le pareció completamente nueva. Varios años después la encontró en una vieja colección de piezas musicales, pero no pudo recordar haber tenido nunca dicha colección entre sus manos».

En revista que, desgraciadamente, no me es accesible (*Proceedings of the Society for psychical research*) ha publicado Myers una amplia serie de tales sueños hipermnésicos. A mi juicio, todo aquel que haya dedicado alguna atención a estas materias tiene que reconocer como un fenómeno muy corriente éste de que el sueño testimonie poseer conocimientos y recuerdos de los que el sujeto no tiene la menor sospecha en su vida despierta. En los trabajos psicoanalíticos realizados con sujetos nerviosos, trabajos de los que más adelante daré cuenta, se me presenta varias veces por semana ocasión de demostrar a los pacientes, apoyándome en sus sueños, que conocen citas, palabras obscenas, etc., y que se sirven de ellas en su vida onírica, aunque luego, en estado de vigilia, las hayan olvidado. A continuación citaré un inocente caso de hipermnesia onírica, en el que fue posible hallar con gran facilidad la fuente de que procedía el conocimiento accesible únicamente al sueño.

Un paciente soñó, entre otras muchas cosas, que penetraba en un café y pedía un *kontuszowka*. Al relatarme su sueño me preguntó qué podía ser aquello, respondiéndole yo que *kontuszowka* era el nombre de un aguardiente polaco y que era imposible lo hubiese inventado en su sueño, pues yo lo conocía por haberlo leído en los carteles en que profusamente era anunciado. El paciente no quiso, en un principio, dar crédito a mi explicación, pero algunos días más tarde, después de haber comprobado realmente en un café la existencia del licor de su sueño, vio el nombre soñado en un anuncio fijado en una calle por la que hacía varios meses había tenido que pasar por lo menos dos veces al día.

En mis propios sueños he podido comprobar lo mucho que el descubrimiento de la procedencia de elementos oníricos aislados depende de la casualidad. Así, mucho antes de pensar en escribir la presente obra, me persiguió durante varios años la imagen de una torre de iglesia, de muy sencilla arquitectura, que no podía recordar haber visto nunca y que después reconocí bruscamente en una pequeña localidad situada entre Salzburgo y Reichenhall. Sucedió esto entre 1895 y 1900, y mi primer viaje por aquella línea databa de 1886. Años más tarde, hallándome ya consagrado intensamente al estudio de los sueños, llegó a hacérseme molesta la constante aparición de la imagen onírica de un singular local. En una precisa relación de lugar con mi propia persona, a mi izquierda, veía una habitación oscura en la que resaltaban varias esculturas grotescas. Un vago y lejanísimo recuerdo al que no me decidía a dar crédito, me decía que tal habitación constituía el acceso a una cervecería, pero no me era posible esclarecer lo que aquella imagen onírica significaba ni tampoco de dónde procedía. En 1907 hice un viaje a Padua, ciudad que contra mi deseo no me había sido posible volver a visitar desde 1895. En mi primera visita había quedado insatisfecho, pues cuando me dirigía a la iglesia de la Madonna dell' Arena con objeto de admirar los frescos de Giotto que en ella se conservan, hube de volver sobre mis pasos al enterarme de que por aquellos días se hallaba cerrada. Doce años después, llegado de nuevo a Padua, pensé, ante todo, desquitarme de aquella contrariedad y emprendí el camino que conduce a dicha iglesia. Próximo ya a ella, a mi izquierda, y probablemente en el punto mismo en que la vez pasada hube de dar la vuelta, descubrí el local que tantas veces se me había aparecido en sueños, con sus grotescas esculturas. Era realmente la entrada al jardín de un restaurante.

Una de las fuentes de las que el sueño extrae el material que reproduce, y en parte aquel que en la actividad despierta del pensamiento no es recordado ni utilizado, es la *vida infantil*. Citaré tan sólo algunos de los autores que han observado y acentuado esta circunstancia.

Hildebrandt (pág. 23): «Ya ha sido manifestado expresamente que el sueño vuelve a presentar ante el alma, con toda fidelidad y asombroso poder de reproducción, procesos lejanos y hasta olvidados por el sueño, pertenecientes a las más tempranas épocas de su vida».

Strümpell (pág. 40): «La cuestión se hace aún más interesante cuando observamos cómo el sueño extrae de la profundidad a que las sucesivas capas de acontecimientos posteriores han ido enterrando los recuerdos de juventud,

intactas y con toda su frescura original, las imágenes de localidades, cosas y personas. Y esto no se limita a aquellas impresiones que adquirieron en su nacimiento una viva conciencia o se han enlazado con intensos acontecimientos psíquicos y retornan luego en el sueño como verdaderos recuerdos en los que la conciencia despierta se complace. Por lo contrario, las profundidades de la memoria onírica encierran en sí preferentemente aquellas imágenes de personas, objetos y localidades de las épocas más tempranas, que no llegaron a adquirir sino una escasa conciencia o ningún valor psíquico, o perdieron ambas cosas hace ya largo tiempo, y se nos muestran, por tanto, así en el sueño como al despertar, totalmente ajenas a nosotros, hasta que descubrimos su primitivo origen».

Volket (pág. 119): «Muy notable es la predilección con que los sueños acogen los recuerdos de infancia y juventud, presentándonos así, incansablemente, cosas en las que ya no pensamos y ha largo tiempo que han perdido para nosotros toda su importancia».

El dominio del sueño sobre el material infantil, que, como sabemos, cae en su mayor parte en las lagunas de la capacidad consciente de recordar, da ocasión al nacimiento de interesantes sueños hipermnésicos, de los que quiero citar nuevamente algunos ejemplos:

Maury relata (pág. 92) que, siendo niño, fue repetidas veces desde Meaux, su ciudad natal, a la próxima de Trilport, en la que su padre dirigía la construcción de un puente. Muchos años después se ve en sueños jugando en las calles de Trilport. Un hombre, vestido con una especie de uniforme, se le acerca, y Maury le pregunta cómo se llama. El desconocido contesta que es C..., el guarda del puente. Al despertar, dudando de la realidad de su recuerdo, interroga Maury a una antigua criada de su casa sobre si conoció a alguna persona del indicado nombre. «Ya lo creo —responde la criada—; así se llamaba el guarda del puente que su padre de usted construyó en Trilport».

Un ejemplo igualmente comprobado de la precisión de los recuerdos infantiles que aparecen en el sueño nos es relatado también por Maury, el que fue comunicado por fin señor F., cuya infancia había transcurrido en Montbrison. Veinticinco años después de haber abandonado dicha localidad, decidió este individuo visitarla y saludar en ella a antiguos amigos de su familia, a los que no había vuelto a ver. En la noche anterior a su partida soñó que había llegado al fin de su viaje y encontraba en las inmediaciones de Montbrison a un desconocido que le decía ser el señor T., antiguo amigo de su padre. Nuestro sujeto sabía que

de niño había conocido a una persona de dicho nombre, pero una vez despierto no le fue posible recordar su fisonomía. Algunos días después, llegado realmente a Montbrison, halló de nuevo el lugar en que la escena de su sueño se había desarrollado, y que le había parecido totalmente desconocido, y encontró a un individuo al que reconoció en el acto como el señor T. de su sueño. La persona real se hallaba únicamente más envejecida de lo que su imagen onírica la había mostrado.

Por mi parte, puedo relatar aquí un sueño propio, en el que la impresión que de recordar se trataba quedó sustituida por una relación. En este sueño vi una persona de la que durante el mismo sueño sabía que era el médico de mi lugar natal. Su rostro no se me aparecía claramente, sino mezclado con el de uno de mis profesores de segunda enseñanza, al que en la actualidad encuentro aún de cuando en cuando. Al despertar me fue imposible hallar la relación que podía enlazar a ambas personas. Habiendo preguntado a mi madre por aquel médico de mis años infantiles, averigüé que era tuerto, y tuerto también el profesor cuya persona se había superpuesto en mi sueño a la del médico. Treinta y ocho años hacía que no había vuelto a ver a este último, y, que yo sepa, no he pensado jamás en él en mi vida despierta, aunque una cicatriz que llevo en la barbilla hubiera podido recordarme su actuación facultativa.

La afirmación de algunos autores de que en la mayoría de los sueños pueden descubrirse elementos procedentes de los días inmediatamente anteriores, parece querer constituir un contrapeso a la excesiva importancia del papel que en la vida onírica desempeñan las impresiones infantiles. Robert (página 46) llega incluso a observar que, «en general, el sueño normal no se ocupa sino de las impresiones de los días inmediatos», y aunque comprobamos que la teoría de los sueños edificada por este autor exige imprescindiblemente una tal repulsa de las impresiones más antiguas y un paso al primer término de las más recientes, no podemos dejar de reconocer que el hecho consignado por Robert es cierto, y yo mismo lo he comprobado en mis investigaciones. Un autor americano, Nelson, opina que en el sueño hallamos casi siempre utilizadas impresiones del día anterior a aquél en cuya noche tuvo lugar, o de tres días antes, como si las del día inmediato al sueño no se hallaran aún lo suficientemente debilitadas o lejanas.

Varios investigadores, que no querían poner en duda la íntima conexión del contenido onírico con la vida despierta, han opinado que aquellas impresiones que ocupan intensamente el pensamiento despierto, sólo pasan al sueño cuando han sido echadas a un lado por la actividad diurna. Así sucede que en la época

inmediata al fallecimiento de una persona querida y mientras la tristeza embarga el ánimo de los supervivientes, no suelen éstos soñar con ella (Delage). Sin embargo, uno de los más recientes observadores, miss Hallarn, ha reunido una serie de ejemplos contrarios, y representa en este punto los derechos de la individualidad psicológica.

La tercera peculiaridad, y la más singular y menos comprensible de la memoria en el sueño, se nos muestra en la selección del material reproducido, pues se considera digno de recuerdo no lo más importante, como sucede en la vida despierta, sino, por lo contrario, también lo más indiferente y nimio. Dejo aquí la palabra a los autores que con mayor energía han expresado el asombro que este hecho les causaba.

Hildebrandt (pág. 11): «Lo más singular es que el sueño no toma sus elementos de los grandes e importantes sucesos, ni de los intereses más poderosos y estimulantes del día anterior, sino de los detalles secundarios o, por decirlo así, de los residuos sin valor del pretérito inmediato o lejano. La muerte de una persona querida, que nos ha sumido en el más profundo desconsuelo, y bajo cuya triste impresión conciliamos el reposo, se extingue en nuestra memoria durante tal estado, hasta el momento mismo de despertar vuelve a ella con dolorosa intensidad. En cambio, la verruga que ostentaba en la frente un desconocido con quien tropezamos, y en el que no hemos pensado ni un solo instante, desempeña un papel en nuestro sueño...»

Strümpell (pág. 39): «... casos en los que la disección de un sueño halla elementos del mismo que proceden, efectivamente, de los sucesos vividos durante el último o el penúltimo día, pero que poseían tan escasa importancia para el pensamiento despierto, que cayeron en seguida en el olvido. Estos sucesos suelen ser manifestaciones casualmente oídas o actos superficialmente observados de otras personas, percepciones rápidamente olvidadas de cosas o personas, pequeños trozos aislados de una lectura, etc».

Havelock Ellis (1889, pág. 727). «The profound emotions of waking life, the questions and problems on which we spread our chief voluntary mental energy, are not those which usually present themselves at once to dreamconsciousness. It is so far as the immediate past is concerned, mostly the trifling, the incidental, the *forgotten* impressions of daily life which reappear in our dreams. The psychic activities that are awake most intensely are those that sleep most profoundly».

Binz (pág. 45) toma estas peculiaridades de la memoria en el sueño como ocasión de mostrar su insatisfacción ante las explicaciones del sueño, a las que él

mismo se adhiere: «El sueño natural nos plantea análogos problemas. ¿Por qué no soñamos siempre con las impresiones mnémicas del día inmediatamente anterior, sino que sin ningún motivo visible nos sumimos en un lejanísimo pretérito, ya casi extinguido? ¿Por qué recibe tan frecuentemente la conciencia en el sueño la impresión de imágenes mnémicas *indiferentes*, mientras que las células cerebrales, allí donde las mismas llevan en sí las más excitables inscripciones de lo vivido, yacen casi siempre mudas e inmóviles, aunque poco tiempo antes las haya excitado en la vida despierta de un agudo estímulo?»

Comprendemos sin esfuerzo cómo la singular predilección de la memoria onírica por lo indiferente, y en consecuencia poco atendido de los sucesos diurnos, había de llevar casi siempre a la negación de la dependencia del sueño de la vida diurna, y después, a dificultar, por lo menos en cada caso, la demostración de la existencia de la misma. De este modo ha resultado posible que en la estadística de sus sueños (y de los de su colaborador), formada por miss Whiton Calkins, aparezca fijado en un 11 por 100 el número de sueños en los que no resultaba visible una relación con la vida diurna. Hildebrandt está seguramente en lo cierto cuando afirma que si dedicásemos a cada caso tiempo y atención suficientes, lograríamos siempre esclarecer el origen de todas las imágenes oníricas. Claro es que a continuación califica esta labor de «tarea penosa e ingrata, pues se trataría principalmente de rebuscar en los más recónditos ángulos de la memoria toda clase de cosas, desprovistas del más mínimo valor psíquico, y extraer nuevamente a la luz, sacándolas del profundo olvido en que cayeron, quizá inmediatamente después de su aparición, toda clase de momentos indiferentes de un lejano pretérito». Por mi parte, debo, sin embargo, lamentar que el sutil ingenio de este autor no se decidiese a seguir el camino que aquí se iniciaba ante él, pues le hubiera conducido en el acto al punto central de la explicación de los sueños.

La conducta de la memoria onírica es seguramente de altísima importancia para toda teoría general de la memoria. Nos enseña, en efecto, que «nada de aquello que hemos poseído una vez espiritualmente puede ya perderse por completo» (Scholz, pág. 34). O como manifiesta Delboeuf, que «toute impression même la plus insignifiante, laisse une trace inaltérable, indéfiniment susceptible de “reparaître au jour”»; conclusión que nos imponen asimismo otros muchos fenómenos patológicos de la vida anímica. Esta extraordinaria capacidad de rendimiento de la memoria en el sueño es cosa que deberemos tener siempre presente para darnos perfecta cuenta de la contradicción en que incurren ciertas

teorías, de las que más adelante trataremos, cuando intentan explicar el absurdo y la incoherencia de los sueños por el olvido parcial de lo que durante el día nos es conocido.

Podía quizá ocurrírse nos reducir el fenómeno onírico en general al del recordar, y ver en el sueño la manifestación de una actividad de reproducción no interrumpida durante la noche y que tuviese su fin en sí misma. A esta hipótesis se adaptarían comunicaciones como la de von Pilez, de las cuales deduce este autor la existencia de estrechas relaciones entre el contenido del sueño y el momento en que se desarrolla. Así, en aquel período de la noche en que nuestro reposo es más profundo reproduciría el sueño las impresiones más lejanas o pretéritas, y en cambio, hacia la mañana, las más recientes. Pero esta hipótesis resulta inverosímil desde un principio, dada la forma en que el sueño actúa con el material que de recordar se trata. Strümpell llama justificadamente la atención sobre el hecho de que el sueño no nos muestra nunca la repetición de un suceso vivido. Toma como punto de partida un detalle de alguno de estos sucesos, pero representa luego una laguna, modifica la continuación o la sustituye por algo totalmente ajeno. De este modo resulta que nunca trae consigo sino fragmentos de reproducciones; hecho tan general y comprobado, que podemos utilizarlo como base de una construcción teórica. Sin embargo, también aquí hallamos excepciones en las que el sueño reproduce un suceso tan completamente como pudiera hacerlo nuestra memoria en la vida despierta. Delboeuf relata que uno de sus colegas de Universidad pasó en un sueño por la exacta repetición de un accidente, del que milagrosamente había salido ileso. Calkins cita dos sueños, cuyo contenido fue exacta reproducción de un suceso del día anterior, y por mi parte, también hallaré oportunidad más adelante de exponer un ejemplo de retorno onírico no modificado de un suceso de la infancia^[266].

c) Estímulos y fuentes de los sueños.— Aquello que estos conceptos significan podemos explicarlo por analogía con la idea popular de que «los sueños vienen del estómago». En efecto, detrás de dichos conceptos se esconde una teoría que considera a los sueños como consecuencia de una perturbación del reposo. No hubiéramos soñado si nuestro reposo no hubiese sido perturbado por una causa cualquiera, y el sueño es la reacción a dicha perturbación.

La discusión de las causas provocadoras de los sueños ocupa en la literatura onírica un lugar preferente, aunque claro es que este problema no ha podido surgir sino después de haber llegado el sueño a constituirse en objeto de la

investigación biológica. En efecto, los antiguos, que consideraban el sueño como un mensaje divino, no necesitaban buscar para el estímulo ninguno, pues veían su origen en la voluntad de los poderes divinos o demoniacos, y atribuían su contenido a la intención o el conocimiento de los mismos. En cambio, para la Ciencia se planteó en seguida la interrogación de si el estímulo provocador de los sueños era siempre el mismo o podía variar, y paralelamente la de si la explicación causal del fenómeno onírico corresponde a la Psicología o a la Fisiología. La mayor parte de los autores parece aceptar que las causas de perturbación del reposo, esto es, las fuentes de los sueños, pueden ser de muy distinta naturaleza, y que tanto las excitaciones físicas como los sentimientos anímicos son susceptibles de constituirse en estímulos oníricos. En la referencia dada a una y otras de estas fuentes y en la clasificación de las mismas por orden de su importancia como generatrices de sueño es en lo que ya difieren más las opiniones.

La totalidad de las fuentes oníricas puede dividirse en cuatro especies; división que ha servido también de base para clasificar los sueños:

1. *Estímulo sensorial externo (objetivo).*
2. *Estímulo sensorial interno (subjetivo).*
3. *Estímulo somático interno (orgánico).*
4. *Fuentes de estímulo puramente psíquicas.*

1. LOS ESTÍMULOS SENSORIALES EXTERNOS.— Strümpell el Joven, hijo del filósofo del mismo nombre y autor de una obra sobre los sueños, que nos ha servido muchas veces de guía en nuestra investigación de los problemas oníricos, refiere las observaciones realizadas en un enfermo, que padecía una anestesia general del tegumento externo y una parálisis de varios de los más importantes órganos sensoriales. Este individuo se quedaba profundamente dormido en cuanto se le aislaba por completo del mundo exterior, privándole de los escasos medios de comunicación que aún poseía con el mismo. A una situación semejante a la del sujeto de este experimento de Strümpell tendemos todos cuando deseamos conciliar el reposo. Cerramos las más importantes puertas sensoriales —los ojos— y procuramos resguardar los demás sentidos de todo nuevo estímulo o toda modificación de los que ya actúan sobre ellos.

En esta forma es como llegamos a conciliar el reposo, aunque nunca nos sea dado conseguir totalmente el propósito antes indicado, pues ni podemos

mantener nuestros órganos sensoriales lejos de todo estímulo ni tampoco suprimir en absoluto su excitabilidad. El hecho de que cuando un estímulo alcanza una cierta intensidad logra siempre hacernos despertar demuestra «que también durante el reposo ha permanecido el alma en continua conexión con el mundo exterior». Así, pues, los estímulos sensoriales que llegan a nosotros durante el reposo pueden muy bien constituirse en fuentes de sueños.

De tales estímulos existe toda una amplia serie; desde los inevitables, que el mismo estado de reposo trae consigo, o a los que tienen ocasionalmente que permitir el acceso, hasta el casual estímulo despertador, susceptible de poner fin al reposo o destinado a ello. Una intensa luz puede llegar a nuestros ojos; un ruido a nuestros oídos o un olor a nuestro olfato. Asimismo podemos llevar a cabo durante el reposo movimientos involuntarios que, dejando al descubierto una parte de nuestro cuerpo, la expongan a una sensación de enfriamiento, o adoptar posturas que generen sensaciones de presión o de contacto. Por último, puede picarnos un insecto o surgir una circunstancia cualquiera que excite simultáneamente varios de nuestros sentidos. La atenta observación de los investigadores ha coleccionado toda una serie de sueños en los que el estímulo comprobado al despertar coincidía con un fragmento del contenido onírico hasta el punto de hacernos posible reconocer en dicho estímulo la fuente del sueño.

Tomándola de Jessen (pág. 527), reproduciré aquí una colección de estos sueños imputables a estímulos sensoriales objetivos más o menos accidentales. Todo ruido vagamente advertido provoca imágenes oníricas correspondientes; el trueno nos sitúa en medio de una batalla, el canto de un gallo puede convertirse en un grito de angustia y el chirriar de una puerta hacernos soñar que han entrado ladrones en nuestra casa. Cuando nos despertamos soñamos quizá que andamos desnudos o hemos caído al agua. Cuando nos atravesamos en la cama y sobresalen nuestros pies de los bordes de la misma, soñamos a lo mejor que nos hallamos al borde de un temeroso precipicio o que caemos rodando desde una altura. Si en el transcurso de la noche llegamos a colocar casualmente nuestra cabeza debajo de la almohada, soñaremos que sobre nosotros pende una enorme roca, amenazando con aplastarnos. La acumulación del semen engendra sueños voluptuosos; y los dolores locales, la idea de sufrir malos tratamientos, ser objeto de ataques hostiles o de recibir heridas...

«Meier (*Versuch einer Erkläerung des Nachtwandels*, Halle, 1858, pág. 33) soñó una vez ser atacado por varias personas que le tendían de espaldas, le introducían por el pie, por entre el dedo gordo y el siguiente, un palo, y clavaban

luego éste en el suelo. Al despertar sintió, en efecto, que tenía una paja clavada entre dichos dedos. Este mismo sujeto soñó, según Hennigs, 1784 (pág. 258), que le ahorcaban una noche en que la camisa de dormir le oprimía un poco el cuello. Hoffbauer soñó en su juventud que caía desde lo alto de un elevado muro, y al despertar observó que, por haberse roto la cama, había caído él realmente con el colchón al suelo... Gregory relata que una vez que al acostarse colocó a los pies una botella con agua caliente soñó que subía al Etna y se le hacía casi insoportable el calor que el suelo despedía. Otro individuo que se acostó teniendo una cataplasma aplicada a la cabeza soñó ser atacado por los indios y despojado del cuero cabelludo. Otro que se acostó teniendo puesta una camisa húmeda creyó ser arrastrado por la impetuosa corriente de un río. Un sujeto en el que durante la noche se inició un ataque de podagra soñó que la Inquisición le sometía al tormento del potro (Macnish)».

La hipótesis explicativa basada en la analogía entre el estímulo y el contenido del sujeto queda reforzada por la posibilidad de engendrar en el durmiente, sometiéndole a determinados estímulos sensoriales, sueños correspondientes a los mismos. Macnish y después Girón de Buzareingues han llevado a cabo experimentos de este género. Girón «dejó una vez destapadas sus rodillas y soñó que viajaba por la noche en una diligencia». Al relatar este sueño añade la observación de que todos aquellos que tienen la costumbre de viajar saben muy bien el frío que se siente en las rodillas cuando se va de noche en un carruaje. Otra vez se acostó dejando al descubierto la parte posterior de su cabeza y soñó que asistía a una ceremonia religiosa al aire libre. En el país en que vivía era, en efecto, costumbre conservar siempre el sombrero puesto, salvo en ocasiones como la de su sueño.

Maury comunica nuevas observaciones de sueños propios experimentalmente provocados. (Una serie de otros experimentos no tuvo resultado alguno.)

1. Le hacen cosquillas con una pluma en los labios y en la punta de la nariz.—Sueña que es sometido a una horrible tortura, consistente en colocarle una careta de pez y arrancársela luego violentamente con toda la piel del rostro.

2. Frotan unas tijeras contra unas tenazas de chimenea.—Oye sonar las campanas, luego tocar a rebato y se encuentra trasladado a los días revolucionarios de junio de 1848.

3. Le dan a oler agua de Colonia.—Se halla en El Cairo, en la tienda de Juan María Farina. Luego siguen locas aventuras que no puede reproducir.

4. Le pellizcan ligeramente en la nuca.—Sueña que le ponen una cataplasma y piensa en un médico que le asistió en su niñez.

5. Le acercan a la cara un hierro caliente.—Sueña que los *chauffeurs*^[267] han entrado en la casa y obligan a sus habitantes a revelarles dónde guardan el dinero, acercando sus pies a las brasas de la chimenea. Luego aparece la duquesa de Abrantes, cuyo secretario es él en su sueño.

6. Le vierten una gota de agua sobre la frente.—Está en Italia, suda copiosamente y bebe vino blanco de Orvieto.

7. Se hace caer sobre él repetidas veces, a través de un papel rojo, la luz de una vela.—Sueña con el tiempo, con el calor y se encuentra de nuevo en medio de una tempestad de la que realmente fue testigo en una travesía.

D’Hervey, Weygandt y otros han realizado también experimentos de este género.

Muchos autores han observado «la singular facilidad con que el sueño logra entretejer en su contenido súbitas impresiones sensoriales, convirtiéndolas en el desenlace, ya paulatinamente preparado de dicho contenido» (Hildebrandt).

«En mis años de juventud —escribe este mismo autor— acostumbraba tener en mi alcoba un reloj despertador cuyo repique me avisase a la hora de levantarme. Pues bien: más de cien veces sucedió que el agudo sonido del timbre venía a adaptarse de tal manera al contenido de un sueño largo y coherente en apariencia, que la totalidad del mismo parecía no ser sino su necesario antecedente y hallar en él su apropiada e indispensable culminación lógica y su fin natural».

Con un distinto propósito citaré tres de estos sueños provocados por un estímulo que pone fin al reposo.

Volkelt (pág. 68): «Un compositor soñó que se hallaba dando clase y que al acabar una explicación se dirigía a un alumno preguntándole: ‘¿Me has comprendido?’ El alumno responde a voz en grito: ‘¡Oh, sí! ¡Orja!’ Incomodado por aquella manera de gritar, le manda que baje la voz. Pero la clase entera grita ya a coro: ‘¡Orja!’ Después: ‘¡Eurjo!’ Y, por último, ‘¡Feuerjo! (¡Fuego!)’ En este momento despierta por fin el sujeto, oyendo realmente en la calle el grito de ‘¡Fuego!’»

Garnier (*Traité des facultés de l’âme*, 1865) relata que cuando se intentó asesinar a Napoleón, haciendo estallar una máquina infernal al paso de su carruaje, iba el emperador durmiendo y la explosión interrumpió un sueño en el

que revivía el paso del Tagliamento y oía el fragor del cañoneo austríaco. Al despertar sobresaltado, lo hizo con la exclamación: «¡Estamos exterminados!»

Uno de los sueños de Maury ha llegado a hacerse célebre (pág. 161). Hallándose enfermo en cama soñó con la época del terror durante la Revolución francesa, asistió a escenas terribles y se vio conducido ante el tribunal revolucionario, del que formaban parte Robespierre, Marat, Fourquier-Tinville y demás tristes héroes de aquel sangriento período. Después de un largo interrogatorio y de una serie de incidentes que no se fijaron en su memoria, fue condenado a muerte y conducido al cadalso en medio de una inmensa multitud. Sube al tablado, el verdugo le ata a la plancha de la guillotina, bascula ésta, cae la cuchilla y Maury siente cómo su cabeza queda separada del tronco. En este momento despierta presa de horrible angustia y encuentra que una de las varillas de las cortinas de la cama ha caído sobre su garganta análogamente a la cuchilla ejecutora.

Este sueño provocó una interesante discusión que en la *Revue Philosophique* sostuvieron Le Lorrain y Egger sobre cómo y en qué forma era posible al durmiente acumular en el corto espacio de tiempo transcurrido entre la percepción del estímulo despertador y el despertar una cantidad aparentemente tan considerable de contenido onírico.

En los ejemplos de este género se nos muestran los estímulos sensoriales objetivos advertidos durante el reposo como la más comprensible y evidente de las fuentes oníricas, circunstancia a la que se debe que sea ésta la única que ha pasado al conocimiento vulgar. En efecto, si a un hombre culto, pero desconocedor de la literatura científica sobre estas materias, le preguntamos cómo nacen los sueños, nos contestará seguramente citando alguno de aquellos casos en los que el sueño queda explicado por un estímulo sensorial objetivo comprobado al despertar. Pero la observación científica no puede detenerse aquí y halla motivo de nuevas interrogaciones en el hecho de que el estímulo que durante el reposo actúa sobre los sentidos no aparece en el sueño en su forma real, sino que es sustituido por una representación cualquiera distinta relacionada con él en alguna forma. Pero esta relación que une el estímulo y el resultado onírico es, según palabra de Maury, «une affinité quelconque, mais qui n'est pas unique et exclusive» (pág. 72). Después de leer los tres sueños interruptores del reposo que a continuación tomamos de Hildebrandt, no podemos por menos de preguntarnos por qué el mismo estímulo provocó tres resultados oníricos tan distintos y por qué precisamente tales tres:

(Pág. 37): «En una mañana de primavera paseo a través de los verdes campos en dirección a un pueblo vecino, a cuyos habitantes veo dirigirse, vestidos de fiesta y formando numerosos grupos, hacia la iglesia, con el libro de misa en la mano. Es, en efecto, domingo, y la primera misa debe comenzar dentro de pocos minutos. Decido asistir a ella; pero como hace mucho calor, entro, para reposar, en el cementerio que rodea la iglesia. Mientras me dedico a leer las diversas inscripciones funerarias oigo al campanero subir a la torre y veo en lo alto de la misma la campanita pueblerina que habrá de anunciar dentro de poco el comienzo del servicio divino. Durante algunos instantes la campana permanece inmóvil, pero luego comienza a agitarse y de repente sus sonos llegan a hacerse tan agudos y claros que ponen fin a mi sueño. Al despertar oigo a mi lado el timbre del despertador».

Otra comunicación: «Es un claro día de invierno y las calles se hallan cubiertas por una espesa capa de nieve. Tengo que tomar parte en una excursión en trineo, pero me veo obligado a esperar largo tiempo antes que se me anuncie que el trineo ha llegado a mi puerta. Antes de subir a él hago mis preparativos, poniéndome el gabán de pieles e instalando en el fondo del coche un calentador. Por fin subo al trineo, pero el cochero no se decide a dar la señal de partida a los caballos. Sin embargo, éstos acaban por emprender la marcha, y los cascabeles de sus colleras, violentamente sacudidos, comienzan a sonar, pero con tal intensidad que el cascabeleo rompe inmediatamente la tela de araña de mi sueño. También esta vez se trataba simplemente del agudo timbre de mi despertador».

Tercer ejemplo: «Veo a mi criada avanzar por un pasillo hacia el comedor llevando en una pila varias docenas de platos. La columna de porcelana me parece a punto de perder el equilibrio. Ten cuidado —le advierto a la criada—, vas a tirar todos los platos’. La criada me responde, como de costumbre, que no me preocupe, pues ya sabe ella lo que se hace; pero su respuesta no me quita de seguirla con una mirada inquieta. En efecto, al llegar a la puerta del comedor tropieza, y la frágil vajilla cae, rompiéndose en mil pedazos sobre el suelo y produciendo un gran estrépito, que se sostiene hasta hacerme advertir que se trata de un ruido persistente, distinto del que la porcelana ocasiona al romperse y parecido más bien al de un timbre. Al despertar compruebo que es el repique del despertador».

El problema que plantea este error en que con respecto a la verdadera naturaleza del estímulo sensorial objetivo incurre el alma en el sueño ha sido resuelto por Strümpell —y casi idénticamente por Wundt— en el sentido de que

el alma se encuentra con respecto a tales estímulos, surgidos durante el estado de reposo, en condiciones idénticas a las que presiden la formación de ilusiones. Para que una impresión sensorial quede *reconocida* o *exactamente interpretada* por nosotros, esto es, incluida en el grupo de recuerdos al que, según toda nuestra experiencia anterior, pertenece, es necesario que sea suficientemente fuerte, precisa y duradera y que, por nuestra parte, dispongamos de tiempo para realizar la necesaria reflexión. No cumpliéndose estas condiciones, nos resulta imposible llegar al conocimiento del objeto del que la impresión procede, y lo que sobre esta última construimos no pasa de ser una ilusión. «Cuando alguien va de paseo por el campo y distingue imprecisamente un objeto lejano, puede suceder que al principio lo suponga un caballo». Visto luego el objeto desde más cerca, le parecerá ser una vaca echada sobre la tierra, y, por último, esta representación se convertirá en otra distinta y ya definitiva, consistente en la de un grupo de hombres sentados. De igual naturaleza indeterminada son las impresiones que el alma recibe durante el estado de reposo por la actuación de estímulos externos, y fundada en ellas, construirá ilusiones, valiéndose de la circunstancia de que cada impresión hace surgir en mayor o menor cantidad imágenes mnémicas, las cuales dan a la misma su valor psíquico. De cuál de los muchos círculos mnémicos posibles son extraídas las imágenes correspondientes y cuáles de las posibles relaciones asociativas entran aquí en juego, son cuestiones que permanecen aun después de Strümpell, indeterminables y como abandonadas al arbitrio de la vida anímica.

Nos hallamos aquí ante un dilema. Podemos admitir que no es factible perseguir más allá la normatividad de la formación onírica y renunciar por tanto a preguntar si la interpretación de la ilusión provocada por la impresión sensorial no se encuentra sometida a otras condiciones. Pero también podemos establecer la hipótesis de que la excitación sensorial objetiva surgida durante el reposo no desempeña, como fuente onírica, más que un modestísimo papel y que la selección de las imágenes mnémicas que se trata de despertar queda determinada por otros factores. En realidad, si examinamos los sueños experimentalmente generados de Maury, sueños que con esta intención he comunicado tan al detalle, nos inclinamos a concluir que el experimento realizado no nos descubre propiamente sino el origen de uno sólo de los elementos oníricos, mientras que el contenido restante del sueño se nos muestra más bien demasiado independiente y demasiado determinado en sus detalles para poder ser esclarecido por la única explicación de su obligado ajuste al elemento

experimentalmente introducido.

Por último, cuando averiguamos que la misma impresión objetiva encuentra a veces en el sueño una singularísima interpretación, ajena por completo a su naturaleza real, llegamos incluso a dudar de la teoría de la ilusión y del poder de las impresiones objetivas para conformar los sueños.

M. Simon refiere un sueño en el que vio varias personas gigantescas sentadas a comer en derredor de una mesa y oyó claramente el tremendo ruido que sus mandíbulas producían al masticar. Al despertar oyó las pisadas de un caballo que pasaba al galope ante su ventana. Si las pisadas de un caballo despertaron en este sueño representaciones que parecen pertenecer al círculo de recuerdos de los viajes de Gulliver —la estancia de éste entre los gigantes de Probdingnan—, y del virtuoso Houyhnhnms, si me arriesgo a interpretar sin la ayuda del soñador, ¿no habrá sido facilitada además la elección de este círculo de recuerdos, tan ajenos al estímulo, por otros motivos^[268]?

2. ESTÍMULOS SENSORIALES INTERNOS (SUBJETIVOS).— A despecho de todas las objeciones, nos vemos obligados a admitir como indiscutible la intervención durante el reposo, y a título de estímulos oníricos, de las excitaciones sensoriales objetivas. Mas cuando estos estímulos se nos muestran de naturaleza y frecuencia insuficientes para explicar todas las imágenes oníricas, nos inclinaremos a buscar fuentes distintas, aunque de análoga actuación. Ignoro qué autor inició la idea de agregar como fuentes de sueños, a los estímulos externos, las excitaciones internas (subjetivas); pero el hecho es que en todas las exposiciones modernas de la etiología de los sueños se sigue esta norma. «A mi juicio —dice Wundt (página 363)—, desempeñan también un papel esencial en las ilusiones oníricas aquellas sensaciones subjetivas, visuales o auditivas, que en el estado de vigilia nos son conocidas como caos luminoso del campo visual oscuro, zumbido de oídos, etc., entre ellas especialmente las excitaciones subjetivas de la retina, con lo que quedaría explicada la singular tendencia del sueño a presentarnos considerables cantidades de objetos análogos e idénticos —pájaros, mariposas, peces, cuentas de colores, flores, etc.—; en estos casos, el polvillo luminoso del campo visual oscuro toma una forma fantástica, y los puntos luminosos de que se compone quedan encarnados por el sueño en otras tantas imágenes independientes que a causa de la movilidad del caos luminoso son considerados como dotadas de movimiento. Aquí radica quizá también la gran preferencia del sueño por las más diversas figuras zoológicas, cuya riqueza

de formas se adapta fácilmente a la especial de las imágenes luminosas y subjetivas».

Las excitaciones sensoriales subjetivas poseen, desde luego, en calidad de fuentes de las imágenes oníricas, la ventaja de no depender, como las objetivas, de causalidades exteriores. Se hallan, por decirlo así, a la disposición del esclarecimiento del sueño siempre que para ello las necesitamos. Pero, en cambio, presentan, con respecto a las excitaciones sensoriales objetivas, el inconveniente de que su actuación como estímulos oníricos nos resulta susceptible —o sólo con grandes dificultades— de aquella comprobación que la observación y el experimento nos proporcionan en las primeras.

El poder provocador de sueños de las excitaciones sensoriales subjetivas nos es demostrado principalmente por las llamadas alucinaciones hipnagógicas, que han sido descritas por J. Müller como «fenómenos visuales fantásticos», y consisten en imágenes, con frecuencia muy animadas y cambiantes, que muchos individuos suelen percibir en el período de duermevela anterior al dormir y pueden perdurar durante un corto espacio de tiempo después que el sujeto ha abierto los ojos. Maury, en quien eran frecuentísimas tales alucinaciones, las estudió cuidadosamente, y afirma su conexión y hasta su identidad con las imágenes oníricas, teoría que sostiene también J. Müller.

Para su génesis —dice Maury— es necesaria cierta pasividad anímica, un relajamiento de la atención (págs. 59 y sigs.). Pero basta que caigamos por un segundo en un tal letargo para percibir, cualquiera que sea nuestra disposición de momento, una alucinación hipnagógica, después de la cual podemos despertar, volver a aletargarnos, percibir nuevas alucinaciones hipnagógicas, y así sucesivamente, hasta que acabamos por conciliar, ya profundamente, el reposo. Si en estas circunstancias despertamos de nuevo al cabo de un intervalo no muy largo, podremos comprobar, según Maury, que en nuestros sueños durante dicho intervalo han tomado parte aquellas mismas imágenes percibidas antes como alucinaciones hipnagógicas. Así sucedió una vez a Maury con una serie de figuras grotescas, de rostro desencajado y extraños peinados, que, después de importunarle antes de conciliar el reposo, se incluyeron en uno de sus sueños. Otra vez en que, hallándose sometido a una rigurosa dieta, experimentaba una sensación de hambre, vio hipnagógicamente un plato y una mano, armada de tenedor, que tomaba comida con él. Luego, dormido, soñó hallarse ante una mesa ricamente servida y oyó el ruido que los invitados producían con los tenedores. En otra ocasión, padeciendo de una dolorosa irritación de la vista,

tuvo antes de dormirse una alucinación hipnagógica, consistente en la visión de una serie de signos microscópicos que le era preciso ir descifrando uno tras otro con gran esfuerzo. Una hora después, al despertar, recordó un sueño en el que había tenido que leer trabajosamente un libro impreso en pequeñísimos caracteres.

Análogamente a estas imágenes pueden surgir hipnagógicamente alucinaciones objetivas de palabras, nombres, etc., que luego se repiten en el sueño subsiguiente, constituyendo así la alucinación una especie de abertura en la que se inician los temas principales que luego habrán de ser desarrollados.

Igual orientación que J. Müller y Maury sigue en la actualidad un moderno observador de las alucinaciones hipnagógicas, G. Trumbull Ladd. A fuerza de ejercitarse, llegó a poder interrumpir voluntariamente su reposo de dos a cinco minutos después de haberlo conciliado, y sin abrir los ojos hallaba ocasión de comparar las sensaciones de la retina, que en aquel momento desaparecían, con las imágenes oníricas que perduraban en su recuerdo. De este modo asegura haber logrado comprobar, en todo caso, la existencia entre aquellas sensaciones y estas imágenes de una íntima relación, consistente en que los puntos y líneas luminosos de la luz propia de la retina constituían como el esquema o silueteado de las imágenes oníricas psíquicamente percibidas.

Así, un sueño en el que se vio leyendo y estudiando varias líneas de un texto impreso en claros caracteres correspondía a una ordenación en líneas paralelas de los puntos luminosos de la retina. O para decirlo con sus propias palabras: la página claramente impresa que leyó en su sueño se transformó luego en un objeto que su percepción despierta interpretó como un fragmento de una hoja realmente impresa que para verla más precisamente desde una larga distancia la contemplaba a través de un pequeño agujero practicado en una hoja de papel. Ladd opina —sin disminuir la importancia de la parte central del fenómeno— que apenas si se desarrolla en nosotros un solo sueño visual que no tenga su base en los estados internos de excitación de la retina. Esto sucede especialmente en aquellos sueños que surgen en nosotros al poco tiempo de conciliar el reposo en una habitación oscura, mientras que en los sueños matutinos queda constituida la fuente de estímulos por la luz que penetra ya en el cuarto y hasta los ojos del durmiente.

El carácter cambiante y capaz de infinitas variaciones de la excitación de la luz propia corresponde exactamente a la inquieta huida de imágenes que nuestros sueños nos presentan. Si admitimos la exactitud de estas observaciones

de Ladd, no podemos por menos de considerar muy elevado el rendimiento onírico de esta fuente de estímulo subjetiva, pues las imágenes visuales constituyen el principal elemento de nuestros sueños. La aportación de los restantes dominios sensoriales, incluso el auditivo, es menor y más inconstante.

3. ESTÍMULO SOMÁTICO INTERNO (ORGÁNICO).— Habiendo emprendido la labor de buscar las fuentes oníricas dentro del organismo y no fuera de él, habremos de recordar que casi todos nuestros órganos internos, que en estado de salud apenas nos dan noticia de su existencia, llegan a constituir para nosotros, durante los estados de excitación o las enfermedades, una fuente de sensaciones, dolorosas en su mayoría, equivalentes a los estímulos de las excitaciones dolorosas y sensitivas procedentes del exterior. Son muy antiguos conocimientos los que, por ejemplo, inspiran a Strümpell las manifestaciones siguientes (pág. 107):

«El alma llega en el estado de reposo a una conciencia sensitiva mucho más amplia y profunda de su encarnación que en la vida despierta, y se ve obligada a recibir y a dejar actuar sobre ella determinadas impresiones excitantes, procedentes de partes y alteraciones de su cuerpo de las que nada sabía en la vida despierta».

Ya Aristóteles creía en la posibilidad de hallar en los sueños la indicación del comienzo de una enfermedad de la que en el estado de vigilia no experimentábamos aún el menor indicio (merced a la ampliación que el sueño deja experimentar a las impresiones), y autores médicos de cuyas opiniones se hallaba muy lejos el conceder a los sueños un valor profético, han aceptado esta significación de los mismos como anunciadores de la enfermedad (cf. M. Simon, pág. 31, y otros muchos autores más antiguos)^[269].

Tampoco en la época moderna faltan ejemplos comprobados de una tal función diagnóstica del sueño. Así, refiere Tissier, tomándolo de Artigues (*Essai sur la valeur séméiologique des rêves*), el caso de una mujer de cuarenta y tres años que durante un largo período de tiempo, en el que aparentemente gozaba de buena salud, sufría de horribles pesadillas, y sometida a examen médico, reveló padecer una enfermedad del corazón, a la que poco después sucumbió.

En un gran número de sujetos actúan como estímulos oníricos determinadas perturbaciones importantes de los órganos internos. La frecuencia de los sueños de angustia en los enfermos de corazón y pulmón ha sido generalmente observada, y son tantos los autores que reconocen la existencia de esta relación,

que creo poder limitarme a citar aquí los nombres de algunos de ellos (Radestock, Spitta, Maury, M. Simon, Tissié). Este último llega incluso a opinar que los órganos enfermos imprimen al contenido del sueño un sello característico. Los sueños de los cardíacos son, por lo general, muy cortos, terminan en un aterrorizado despertar y su nódulo central se halla casi siempre constituido por la muerte del sujeto en terribles circunstancias. Los enfermos de pulmón sueñan que se asfixian, huyen angustiados de un peligro o se encuentran en medio de una muchedumbre que los aplasta, y aparecen sujetos, en proporción considerable, al conocido sueño de opresión, el cual ha podido también ser provocado experimentalmente por Borner colocando al durmiente boca abajo o cubriéndole boca y nariz. Dado un trastorno cualquiera de la digestión, el sueño contendrá representaciones relacionadas con el sentido del gusto. Por último, la influencia de la excitación sexual sobre el contenido de los sueños es generalmente conocida y presta a la teoría de la génesis de los sueños por estímulos orgánicos su más sólido apoyo.

Asimismo es indiscutible que algunos de los investigadores (Maury, Weygandt) fueron inducidos al estudio de los problemas oníricos por la observación de la influencia que sus propios estados patológicos ejercían sobre el contenido de sus sueños.

De todos modos, el aumento de fuentes oníricas que de estos hechos comprobados resulta no es tan considerable como al principio pudiéramos creer. El sueño es un fenómeno al que están sujetos los hombres sanos —quizá sin excepción y quizá todas las noches—, y no cuenta entre sus necesarias condiciones la enfermedad de algún órgano. Además, lo que se trata de averiguar no es la procedencia de determinados sueños, sino la fuente de estímulos de los sueños corrientes de los hombres normales.

Sin embargo, a poco que avancemos por este camino, tropezamos con una fuente que fluye con más abundancia que las anteriores y promete no agotarse para ningún caso. Si se ha comprobado que el interior del cuerpo deviene, en estados patológicos, una fuente de estímulos oníricos, y si aceptamos que el alma, apartada del mundo exterior durante el reposo, puede consagrar al interior del cuerpo una mayor atención que en el estado de vigilia, fácil nos será ya admitir que los órganos no necesitan enfermar previamente para hacer llegar al alma dormida excitaciones que en una forma aún ignorada pasan a constituir imágenes oníricas. Aquello que en la vida despierta sólo por su calidad, percibimos oscuramente como sensación general vegetativa, y a lo que, según la

opinión de los médicos, colaboran todos los sistemas orgánicos, devendría por la noche, llegado a su máxima intensidad y actuando con todos sus componentes, la fuente más poderosa y al mismo tiempo más común de la evocación de imágenes oníricas. Admitido esto, sólo nos quedarían por investigar las reglas conforme a las cuales se transforman los estímulos orgánicos en representaciones oníricas.

Esta teoría de la génesis de los sueños ha sido siempre la preferida por los autores médicos. La oscuridad en la que para nuestro conocimiento se encuentra envuelto en nódulo de nuestro ser, el *moi splachnique*, como lo denomina Tissié, y aquélla en que queda sumida la génesis de los sueños, se corresponden demasiado bien para que se haya dejado de relacionarlas. La hipótesis que hace de la sensación orgánica vegetativa la instancia formadora de los sueños presenta, además, para los médicos, el atractivo de permitirles unir etiológicamente los sueños y las perturbaciones mentales, fenómenos entre los que pueden señalarse múltiples coincidencias, pues también se atribuye a alteraciones de dicha sensación y a estímulos emanados de los órganos internos una amplia importancia en la génesis de la psicosis. No es, pues, de extrañar que la paternidad de la teoría de los estímulos somáticos pueda adjudicarse con igual justicia a varios autores.

Para muchos investigadores han servido de normas las ideas desarrolladas en 1851 por el filósofo Schopenhauer. Nuestra imagen del mundo nace de un proceso en el que nuestro intelecto vierte el metal de las impresiones que del exterior recibe en los moldes del tiempo, el espacio y la causalidad. Los estímulos procedentes del interior del organismo, del sistema nervioso simpático, exteriorizan a lo más, durante el día, una influencia inconsciente sobre nuestro estado de ánimo. En cambio, por la noche, cuando cesa el ensordecedor efecto de las impresiones diurnas, pueden ya conseguir atención aquellas impresiones que llegan del interior análogamente a como de noche oímos el fluir de una fuente, imperceptible entre los ruidos del día. A estos estímulos reaccionará el intelecto realizando su peculiar función; esto es, transformándolos en figuras situadas dentro del tiempo y el espacio y obedientes a las normas de la causalidad. Tal sería, pues, la génesis del fenómeno onírico. Schemer y luego Volkelt han intentado después penetrar en la más íntima relación de los estímulos somáticos y las imágenes oníricas, relación cuyo estudio dejaremos para el capítulo que hemos de dedicar a las teorías de los sueños.

Después de una consecuente investigación ha derivado el psiquiatra Krauss la génesis de los sueños, así como la de los delirios e ideas delirantes, de un

mismo elemento: de la *sensación orgánicamente condicionada*. Según este autor apenas podemos pensar en una parte del organismo que no sea susceptible de constituir el punto de partida de una imagen onírica o delirante. La sensación orgánicamente condicionada «puede dividirse en dos series: 1.^a, las de los estados de ánimo (sensaciones generales); 2.^a, la de las sensaciones específicas inmanentes a los sistemas capitales del organismo vegetativo, sensaciones de las que hemos distinguido cinco grupos: *a*), las sensaciones musculares; *b*), las respiratorias; *c*), las gástricas; *d*), las sexuales; *e*), las periféricas» (pág. 33 del segundo artículo).

El proceso de la génesis de las imágenes oníricas sobre la base de los estímulos somáticos es explicado por Krauss en la forma siguiente: la sensación provocada despierta, conforme a una ley asociativa cualquiera, una representación afín a ella, con la que se enlaza para constituir un producto orgánico. Mas con respecto a este producto se conduce la conciencia de una manera distinta a la normal, pues no concede atención alguna a la sensación misma, sino que la dedica por entero a las representaciones concomitantes, circunstancia que, desorientando a los investigadores, les había impedido llegar al conocimiento del verdadero estado de cosas (págs. 11 y sigs.). Krauss designa este proceso con el nombre especial de *transustanciación* de las sensaciones en imágenes oníricas (pág. 24).

La influencia de los estímulos somáticos orgánicos sobre la formación de los sueños es casi generalmente aceptada en la actualidad. En cambio, sobre la naturaleza de la relación existente entre ambos factores se han establecido hipótesis muy diversas y con frecuencia harto oscuras. De la teoría de los estímulos somáticos surge la especial labor de la interpretación onírica; esto es, la de reducir el contenido de un sueño a los estímulos orgánicos causales, y si no aceptamos las reglas de interpretación fijadas por Schemer, nos hallamos con frecuencia ante el hecho embarazoso de que fuera del contenido mismo del sueño no encontramos indicio alguno de una fuente orgánica de estímulos.

Lo que sí se ha observado es una cierta coincidencia en la interpretación de varios sueños a los que, por retornar con casi idéntico contenido en un gran número de personas, se ha calificado de «típicos». Son éstos los tan conocidos sueños en que caemos desde una altura, se nos desprenden los dientes, volamos o nos sentimos avergonzados de ir desnudos o mal vestidos. Este último sueño procedería sencillamente de la percepción, hecha durante el reposo, de que

hemos rechazado las sábanas y yacemos desnudos sobre el lecho. El sueño de perder los dientes es atribuido a una excitación bucal no necesariamente patológica; y aquel otro en que volamos constituye, según Strümpell —de acuerdo en este punto con Schemer—, la adecuada imagen elegida por el alma para interpretar el *quantum* de excitación emanado de los lóbulos pulmonares en el movimiento respiratorio cuando la sensibilidad epidérmica del tórax ha descendido ya simultáneamente hasta la inconsciencia. Esta última circunstancia generaría la sensación enlazada a la representación del flotar. El sueño de caer desde una altura es ocasionado por el hecho de que, existiendo una inconsciencia de la sensación de presión epidérmica, separamos un brazo del cuerpo o estiramos una pierna, movimiento con el que se hace de nuevo consciente dicha sensación, siendo este paso de la misma a la conciencia lo que toma cuerpo psíquicamente como sueño de caída Strümpell, pág. 118). La debilidad de estos plausibles intentos de explicación reside claramente en que, sin mayor fundamento, arrebatan a la percepción psíquica o acumulan a ella grupos enteros de sensaciones orgánicas, hasta lograr constituir la constelación favorable al esclarecimiento buscado. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre los sueños típicos y su génesis.

M. Simon ha intentado derivar de la comparación de una serie de sueños análogos algunas reglas relativas al influjo de las excitaciones orgánicas sobre la determinación de sus consecuencias oníricas. Así, dice (pág. 34): «Cuando cualquier aparato orgánico, que normalmente toma parte en la expresión de un afecto, se encuentra durante el reposo y por una distinta causa cualquiera en aquel estado de excitación en el que es de costumbre colocado por dicho afecto, el sueño que en estas condiciones nace obtendrá representaciones adaptadas al efecto de referencia».

Otra de estas reglas dice así (pág. 35): «Cuando un aparato orgánico se halla durante el reposo en estado de actividad, excitación o perturbación, el sueño contendrá representaciones relacionadas con el ejercicio de la función orgánica encomendada a dicho aparato».

Mourly Void (1896) emprendió la labor de demostrar experimentalmente, con relación a un solo punto concreto, la influencia de que la teoría de los estímulos somáticos atribuye a éstos sobre la producción de los sueños. Con este propósito realizó experimentos en los que, variando las posiciones de los miembros del durmiente, comparaba luego entre sí los sueños consecutivos. Como resultado de esta labor nos comunica las siguientes conclusiones:

1. La posición de un miembro en el sueño corresponde aproximadamente a la que el mismo presenta en la realidad. Soñamos, pues, con un estado estático del miembro que corresponde al real.

2. Cuando soñamos con que el movimiento de un miembro es siempre igual a dicho movimiento, es que una de las posiciones por las que el miembro pasa al ejecutarlo corresponde a aquélla en que realmente se halla.

3. En nuestros sueños podemos transferir a una tercera persona la posición de uno de nuestros miembros.

4. Podemos asimismo soñar que una circunstancia cualquiera nos impide realizar el movimiento de que se trata.

5. Uno de nuestros miembros puede tomar en el sueño la forma de un animal o un monstruo. En este caso existirá siempre una analogía entre la forma y la posición verdaderas y las oníricas correspondientes.

6. La posición de uno de nuestros miembros puede sugerir en el sueño pensamientos que poseen con el mismo una relación cualquiera. Así, cuando se trata de los dedos, soñamos con números o cálculos.

De esos resultados deduciría yo que tampoco la teoría de los estímulos somáticos consigue suprimir por completo la contingencia de que nos parece gozar la determinación de las imágenes oníricas.

4. FUENTES PSÍQUICAS DE ESTÍMULOS.— Al tratar de las relaciones del sueño con la vida despierta, y del origen del material onírico vimos que tanto los investigadores más antiguos como los más modernos han opinado que los hombres sueñan con aquello de que se ocupan durante el día y les interesa en su vida despierta. Este interés, que de la vida despierta pasa al estado de reposo, constituye, a más de un enlace psíquico entre el sueño y la vigilia, una fuente onírica nada despreciable, que unida a lo devenido interesante durante el reposo —los estímulos actuales durante el mismo—, habría de bastar para explicar el origen de todas las imágenes oníricas. Pero también hemos hallado una opinión contraria: la de que el sueño aparta al hombre de los intereses del día y que, por lo general, sólo soñamos con nuestras más intensas impresiones diurnas cuando las mismas han perdido ya para la vida despierta el atractivo de la actualidad. Resulta, pues, que conforme vamos penetrando en el análisis de la vida onírica, se nos va imponiendo la idea de que sería equivocado establecer reglas de carácter general.

Si la etiología de los sueños quedase totalmente esclarecida por la actuación

del interés despierto y la de los estímulos externos e internos sobrevenidos durante el reposo, nos hallaríamos en situación de dar cuenta satisfactoria de la procedencia de todos los elementos de un sueño, habríamos conseguido resolver el enigma de las fuentes oníricas y no nos quedaría ya más labor que la de delimitar en cada caso la participación de los estímulos oníricos psíquicos y somáticos. Mas esta total solución de un sueño no ha sido nunca conseguida, y todos aquellos que han intentado interpretar alguno han podido comprobar cómo en todo análisis les quedaban elementos del sueño —casi siempre en número considerable— sobre cuyo origen les era imposible dar ninguna indicación. Los intereses diurnos no presentan, pues, como fuente onírica psíquica, todo el alcance que nos hacía esperar la afirmación de que cada uno de nosotros continúa en el sueño aquello que le ocupa en la vigilia.

Siendo éstas todas las fuentes oníricas conocidas, advertimos en todas las explicaciones de los sueños contenidas en la literatura científica —exceptuando quizá la de Schemer, que más adelante citaremos— se observa una extensa laguna en lo referente a la derivación del material de imágenes de representación más característico para el sueño. En esta perplejidad muestran casi todos los autores una tendencia a reducir cuanto les es posible la participación psíquica en la génesis de los sueños. Como clasificación principal distinguen ciertamente, entre sueños de *estímulo nervioso* y *sueños de asociación*, fijando la reproducción como fuente exclusiva de estos últimos (Wundt, pág. 365), pero no logran libertarse de la duda «de si pueden o no surgir sin un estímulo físico impulsor» (Volkelt, pág. 127). Tampoco resulta posible establecer una característica fija del sueño de asociación: «En los sueños de asociación propiamente dichos no puede ya hablarse de un tal nódulo firme, pues su centro se halla también constituido por una agrupación inconexa. La vida de representación, libertada ya, fuera de esto, de toda razón e inteligencia, no es contenida aquí tampoco por aquellas excitaciones somáticas y psíquicas llenas de peso, y queda de este modo abandonada a su propia arbitraria actividad y a su caprichosa confusión» (Volkelt, página 118). Wundt intenta después minorar la participación psíquica de la génesis de los sueños al manifestar «que los fantasmas oníricos son considerados, quizá erróneamente, como puras alucinaciones. Probablemente, la mayoría de las representaciones oníricas son, en realidad, ilusiones emanadas de las leves impresiones sensoriales que no se extinguen nunca durante el reposo» (págs. 359 y siguientes). Weygandt hace suya esta opinión y la generaliza, afirmando, con respecto a todas las

representaciones oníricas, que la causa inmediata de las mismas se halla constituida «por estímulos sensoriales a los que sólo después se enlazan asociaciones reproductoras» (pág. 17). Tissié va aún más allá en la reducción de las fuentes psíquicas de estímulos (pág. 183): *Les rêves d'origine absolument psychique n'existent pas*. Y en otro lugar (pág. 6): *Les pensées denos rêves nous viennent du dehors*.

Aquellos autores que, como Wundt, adoptan una posición intermedia no olvidan advertir que en la mayoría de los sueños actúan conjuntamente estímulos somáticos y estímulos psíquicos desconocidos o conocidos como intereses diurnos.

Más adelante veremos cómo el enigma de la formación de los sueños puede ser resuelto por el descubrimiento de una insospechada fuente psíquica de estímulos. Mas por lo pronto no hemos de extrañar el exagerado valor que para la formación de los sueños se concede a los estímulos no procedentes de la vida anímica, pues, aparte de que son los más fáciles de descubrir y pueden ser experimentalmente comprobados, la concepción somática de la interpretación de los sueños corresponde en un todo a la orientación intelectual dominante hoy en la psiquiatría. En esta ciencia constituye regla general acentuar intensamente el dominio del cerebro sobre el organismo, pero todo lo que pudiera suponer una independencia de la vida anímica de las alteraciones orgánicas comprobables o una espontaneidad en sus manifestaciones asusta hoy al psiquiatra, como si su reconocimiento hubiera de traer consigo nuevamente los tiempos del naturalismo y de la esencia metafísica del alma. La desconfianza del psiquiatra ha colocado al alma como bajo tutela y exige que ninguno de sus sentimientos revele la posesión de un patrimonio propio. Pero esta conducta no demuestra sino una escasa confianza en la solidez de la concatenación causal que se extiende entre lo somático y lo psíquico. Incluso donde lo psíquico se revela en la investigación como la causa primera de un fenómeno, conseguirá alguna vez un más penetrante estudio hallar la continuación del camino que conduce hasta el fundamento orgánico de lo anímico. Mas cuando lo psíquico haya de significar la estación límite de nuestro conocimiento actual, no veo por qué no reconocerlo así.

d) ¿Por qué olvidamos al despertar nuestros sueños? —Es proverbial que el sueño se desvanece a la mañana. Ciertamente es susceptible de recuerdo, pues lo conocemos únicamente por el que de él conservamos al despertar, pero con gran frecuencia creemos no recordarlo sino muy incompletamente y haber olvidado la

mayor parte de su contenido. Asimismo podemos observar cómo nuestro recuerdo de un sueño, preciso y vivo a la mañana, va perdiéndose conforme avanza el día, hasta quedar reducido a pequeños fragmentos inconexos. Otras muchas veces tenemos conciencia de haber soñado, pero nos es imposible precisar el qué, y en general nos hallamos tan habituados a la experiencia de que los sueños sucumben al olvido, que no rechazamos como absurda la posibilidad de haber soñado, aunque al despertar no poseamos el menor recuerdo de ello. Sin embargo, existen también sueños que muestran una extraordinaria adherencia a la memoria del sujeto. Por mi parte, he analizado sueños de mis pacientes que databan de veinticinco años atrás, y recuerdo con todo detalle un sueño propio que tuve hace ya más de treinta y siete años. Todo esto es muy singular y parece al principio incomprensible.

Strümpell es el autor que con mayor amplitud trata del olvido de los sueños, fenómeno de indudable complejidad, pues no lo refiere a una sola causa, sino a toda una serie de ellas.

En la motivación de este olvido intervienen, ante todo, aquellos factores que provocan un idéntico afecto en la vida despierta. En ella solemos olvidar rápidamente un gran número de sensaciones y percepciones a causa de la debilidad de las mismas o por no alcanzar sino una mínima intensidad la excitación anímica a ellas enlazada. Análogamente sucede con respecto a muchas imágenes oníricas; olvidamos las débiles y, en cambio, recordamos otras más enérgicas próximas a ellas. De todos modos, el factor intensidad no es seguramente el decisivo para la conservación de las imágenes oníricas. Strümpell y otros autores (Calkins) reconocen que a veces olvidamos rápidamente imágenes oníricas de las que recordamos fueron muy precisas, mientras que entre las que conservamos en nuestra memoria se encuentran otras muchas harto vagas y desdibujadas. Por otra parte, solemos también olvidar con facilidad, en la vida despierta, aquello que sólo una vez tenemos ocasión de advertir, y retenemos mejor lo que nos es dado percibir repetidamente, circunstancia que habrá de contribuir asimismo al olvido de las imágenes oníricas, las cuales no surgen, por lo general, sino una sola vez^[270].

Mayor importancia que las señaladas posee aún una tercera causa del olvido que nos ocupa. Para que las sensaciones, representaciones, ideas, etc., alcancen una cierta magnitud mnémica es necesario que, lejos de permanecer aisladas, entren en conexiones y asociaciones de naturaleza adecuada. Si colocamos en un

orden arbitrario las palabras de un verso, nos será muy difícil retenerlo así en nuestra memoria. «Bien ordenadas y en sucesión lógica, se ayudan unas palabras a otras, y la totalidad plena de sentido es fácilmente recordada durante largo tiempo. Lo desprovisto de sentido nos es tan difícil de retener como lo confuso o desordenado». Ahora bien: los sueños carecen, en su mayoría, de orden y comprensibilidad. No nos ofrecen el menor auxilio mnémico, y la rápida dispersión de sus elementos contribuye a su inmediato olvido. Con estas deducciones no concuerda, sin embargo, la observación de Radestock (pág. 168) de que precisamente los sueños más extraños son los que mejor retenemos.

Todavía concede Strümpell una mayor influencia en el olvido de los sueños a otros factores derivados de la relación de los mismos con la vida diurna. La facilidad con que nuestra conciencia despierta los olvidos corresponde, evidentemente, al hecho antes citado de que el fenómeno onírico no toma (casi) nunca de la vida diurna una ordenada serie de recuerdos, sino sólo detalles aislados, a los que separa de aquellas sus acostumbradas conexiones psíquicas, dentro de las cuales los recordamos durante la vigilia. Falto de todo auxilio mnémico, carece el sueño de lugar en el conjunto de series psíquicas que llenan el alma. «El producto onírico se desprende del suelo de nuestra vida anímica y flota en el espacio psíquico como una nube que el hálito de la vida despierta desvanece» (pág. 87). En igual sentido actúa al despertar el total acaparamiento de la atención por el mundo sensorial, que con su poder destruye casi la totalidad de las imágenes oníricas, las cuales huyen ante las impresiones del nuevo día como ante la luz del sol el resplandor de las estrellas.

Por último, hemos de atribuir el olvido de los sueños al escaso interés que en general les concede el sujeto. Así, aquellas personas que a título de investigadores dedican por algún tiempo su atención al fenómeno onírico sueñan durante dicho período más que antes: esto es, recuerdan con mayor facilidad y frecuencia sus sueños.

En esta causa del olvido se hallan contenidas las dos que Bonatelli^[271] añade a las citadas por Strümpell, o sea, que la transformación experimentada por la sensación vegetativa general al pasar el sujeto del estado de reposo al de vigilia, e inversamente, es desfavorable a la reproducción recíproca, y que la distinta ordenación adoptada por el material de representaciones en el sueño hace a éste intraducible para la conciencia despierta.

Dados todos estos motivos de olvido resulta singular —como ya lo indica

Strümpell— que en nuestro recuerdo se conserve, e pesar de todo, tanta parte de nuestros sueños. El continuado empeño de los investigadores en sujetar a reglas nuestro recuerdo de los mismos, equivale a una confesión de que también en esta materia queda aún algo enigmático e inexplicable. Con todo acierto se han hecho resaltar recientemente algunas peculiaridades del recuerdo de los sueños; por ejemplo, la de que un sueño que al despertar creemos olvidado puede ser recordado en el transcurso del día con ocasión de una percepción que roce casualmente el contenido onírico olvidado (Radestock, Tissié). Sin embargo, la posibilidad de conservar un recuerdo exacto y total del sueño sucumbe a una objeción, que disminuye considerablemente su valor a los ojos de la crítica. Nuestra memoria, que tanta parte del sueño deja perderse, ¿no falseará también aquello que conserva?

Strümpell manifiesta asimismo esta duda sobre la exactitud de la reproducción del sueño: «Puede entonces suceder con facilidad que la conciencia despierta intercale involuntariamente en nuestro recuerdo algo ajeno al sueño, y de este modo imaginaremos haber soñado una multitud de cosas que nuestro sueño no contenía».

Jessen declara categóricamente (pág. 547):

«Debe, además, tenerse muy en cuenta en la investigación de sueños coherentes y lógicos la circunstancia, poco apreciada hasta el momento, de que nuestro recuerdo de los mismos no es casi nunca exacto, pues cuando los evocamos en nuestra memoria los completamos involuntaria e inadvertidamente, llenando las lagunas de las imágenes oníricas. Un sueño coherente sólo raras veces o quizá ninguna lo es tanto como nuestra memoria nos lo muestra. Aun para el más verídico de los hombres resulta imposible relatar un sueño singular sin agregarle algún complemento o adorno de su cosecha. La tendencia del espíritu humano a ver totalidades coherentes es tan considerable, que al recordar un sueño hasta cierto punto incoherente corrige esta incoherencia de un modo involuntario».

Las observaciones de V. Egger sobre este punto concreto parecen una traducción de las anteriores palabras de Jessen, no obstante ser seguramente de concepción original: ... *l'observation des rêves a ses difficultés spéciales et le seul moyen d'éviter toute erreur en pareille matière est de confier au papier sans le moindre retard ce que l'on vient d'éprouver et de remarquer, sinon l'oubli vient vite ou total ou partiel; l'oubli total est sans gravité: mais l'oubli partiel est perfide; car si l'on se met ensuite à raconter ce que l'on n'a pas oublié, on est*

exposé à compléter par l'imagination les fragments incohérents et disjoints fournis par la mémoire...; on devient artiste à son insu, et le récit périodiquement répété s'impose à la créance de son auteur, qui, de bonne foi, le présente comme un fait authentique dûment établi selon les bonnes méthodes...

Idénticamente opina Spitta (pág. 338), el cual parece admitir que en la tentativa de reproducir el sueño es cuando introducimos un orden en los elementos oníricos laxamente asociados unos con otros, «convirtiendo la *yuxtaposición* en una *sucesión causal*; esto es, agregando el proceso de la conexión lógica, de que el sueño carece».

Dado que para comprobar la fidelidad de nuestra memoria no poseemos otro control que el objeto, y éste nos falta por completo en el sueño, fenómeno que constituye una experiencia personal y para el cual no conocemos fuente distinta de nuestra memoria, ¿qué valor podremos dar aún a su recuerdo?

e) Las peculiaridades psicológicas del sueño.—En la discusión científica del fenómeno onírico partimos de la hipótesis de que el mismo constituye un resultado de nuestra propia actividad anímica; mas, sin embargo, el sueño completo se nos muestra como algo ajeno a nosotros y cuya paternidad no sentimos ningún deseo de reclamar. ¿De dónde procede esta impresión de que el sueño es ajeno a nuestra alma? Después de nuestro examen de las fuentes oníricas habremos de inclinarnos a negar se halle condicionada por el material que pasa al contenido del sueño, pues este material es común, en su mayor parte, a la vida onírica y a la despierta. Por tanto, podemos preguntarnos si tal impresión no constituye una resultante de modificaciones experimentadas por los procesos psíquicos en el sueño e intentar establecer de este modo una característica del mismo.

Nadie ha acentuado con tanta energía la diferencia esencial entre la vida onírica y la despierta, ni tampoco ha deducido de esta diferencia conclusiones de tanto alcance como G. Th. Fechner en algunas observaciones de sus *Elementos de Psicofísica* (pág. 520, tomo II). Opina este autor que «ni el descenso de la vida anímica consciente por bajo del umbral principal», ni el apartamiento de la atención de las influencias del mundo exterior son suficientes para explicar las peculiaridades que la vida onírica presenta con relación a la despierta. Sospecha más bien que *la escena de los sueños es otra que la de la vida de representaciones despierta*. «Si la escena de la actividad psicofísica fuera la misma durante el reposo y la vigilancia, el sueño no podría ser, a mi juicio, sino una continuación, mantenida en un bajo grado de intensidad de la vida despierta,

y compartiría además con ella su contenido y su forma. Pero, por lo contrario, se conduce de muy distinto modo».

No ha sido aún totalmente esclarecido lo que Fechner significaba con este cambio de residencia de la actividad anímica, ni tampoco sé de investigador alguno que haya seguido el camino indicado en las observaciones apuntadas. A mi juicio, sería totalmente erróneo dar a las mismas una interpretación anatómica en el sentido de la localización fisiológica del cerebro, o incluso con relación a la estratificación histológica de la corteza cerebral. En cambio, revelarán un profundo y fructífero sentido si las referimos a un aparato anímico compuesto de varias instancias, sucesivamente intercaladas.

Otros autores se han contentado con acentuar una cualquiera de las comprensibles peculiaridades psicológicas del sueño y convertirlas en punto de partida de más amplias tentativas de explicación.

Se ha hecho observar acertadamente que una de las principales peculiaridades de la vida onírica surge ya en el estado de adormecimiento anterior al del reposo, y debe considerarse como el fenómeno inicial de este último. Lo característico del estado de vigilia es, según Schleiermacher (pág. 351), que la actividad mental procede por *conceptos* y no por *imágenes*. En cambio, el sueño piensa principalmente en imágenes, y puede observarse que al aproximarnos al estado de reposo, y en la misma medida en que las actividades voluntarias se muestran cohibidas, surgen *representaciones involuntarias*, constituidas en su totalidad por imágenes. La incapacidad para aquella labor de representación que sentimos como intencionadamente voluntaria y la aparición de imágenes, enlazada siempre a esta *dispersión*, son dos caracteres que el sueño presenta en todo caso y que habremos de reconocer en su análisis psicológico como caracteres esenciales de la vida onírica. De las imágenes —las alucinaciones hipnagógicas— hemos averiguado ya que son de contenido idéntico al de las imágenes oníricas^[272].

Así, pues, el sueño piensa predominantemente en imágenes visuales, aunque no deje de laborar también con imágenes auditivas, y en menor escala con las impresiones de los demás sentidos. Gran parte de los sueños es también simplemente pensada o ideada (representada probablemente en consecuencia por restos de representaciones verbales), igual a como sucede en la vida despierta. En cambio, aquellos elementos de contenido que se conducen como imágenes, o sea, aquéllos más semejantes a percepciones que a representaciones mnémicas,

constituyen algo característico y peculiarísimo del fenómeno onírico. Prescindiendo de las discusiones, conocidas por todos los psiquiatras, sobre la esencia de la alucinación, podemos decir, con la totalidad de los autores versados en esta materia, que el sueño *alucina*; esto es, sustituye pensamientos por alucinaciones. En este sentido no existe diferencia alguna entre representaciones visuales o acústicas. Se ha observado que el recuerdo de una serie de sonidos, que evocamos al comenzar el reposo, se transforma al comenzar a quedarnos dormidos en la alucinación de la misma melodía, para dejar de nuevo paso a la representación mnémica, más discreta y de distinta constitución cualitativa, siempre que salimos de nuestro aletargamiento, cosa que puede repetirse varias veces antes de conciliar definitivamente el reposo.

La transformación de las representaciones en alucinaciones no es la única forma en que el sueño se desvía del pensamiento de la vida despierta al que quizá corresponde. Con estas imágenes forma el sueño una situación, nos muestra algo como presente, o, según expresión de Spitta (pág. 145), *dramatiza* una idea. Mas para completar la característica de esta faceta de la vida onírica habremos de añadir que al soñar —generalmente, pues las excepciones precisan de una distinta explicación— no creemos pensar, sino experimentar, y, por tanto, damos completo crédito a la alucinación. La crítica de que no hemos vivido o experimentado nada, sino que lo hemos pensado en una forma especial —soñando—, no surge hasta el despertar. Este carácter separa al sueño propiamente dicho, sobrevenido durante el reposo, de la ensoñación diurna, jamás confundida con la realidad.

Burdach ha concretado los caracteres hasta aquí indicados de la vida onírica en las siguientes observaciones (pág. 476): «Entre las más esenciales características del sueño debemos contar las siguientes: *a)* la actividad subjetiva de nuestra alma aparece como objetiva, dado que la capacidad de percepción acoge los productos de la fantasía como si de productos sensoriales se tratase...; *b)* el reposo es una supresión del poder del ser, razón por la cual hallamos entre las condiciones del mismo una cierta pasividad. Las imágenes del letargo son condicionadas por el relajamiento del poder del ser».

Llegamos ahora a la tentativa de explicar la credulidad del alma con respecto a las alucinaciones oníricas, las cuales sólo pueden surgir después de la supresión de una cierta actividad del ser. Strümpell expone que el alma continúa conduciéndose aquí normalmente y conforme a su mecanismo peculiar. Los elementos oníricos no son en ningún modo meras representaciones, sino

verídicas y verdaderas experiencias del alma, iguales a las que en la vida despierta surgen por mediación de los sentidos (página 34). Mientras que durante la vigilia piensa y representa el alma en imágenes verbales y por medio del lenguaje, en el sueño piensa y representa en verdaderas imágenes sensoriales (pág. 35). Además, hallamos en el sueño una conciencia del espacio, pues, análogamente a como sucede en la vigilia, quedan las imágenes y sensaciones proyectadas en un espacio exterior (pág. 36). Habremos, pues, de confesar que el alma se halla en el sueño, y con respecto a sus imágenes y percepciones, en idéntica situación que durante la vida despierta (pág. 43). Si a pesar de todo incurre en error, ello obedece a que en el estado de reposo carece del criterio que establece una diferenciación entre las percepciones sensoriales procedentes del exterior y las procedentes del interior.

No puede someter a sus imágenes a aquellas pruebas susceptibles de demostrar su realidad objetiva y *además* desprecia la diferencia entre las imágenes intercambiables a *voluntad* y aquellas otras en las que no existe tal arbitrio. Yerra porque no puede aplicar al contenido de su sueño la ley de la causalidad (pág. 58). En concreto, su apartamiento del mundo exterior es también la causa de la fe que presta al mundo onírico subjetivo.

Tras de desarrollos psicológicos, en parte diferentes, llega Delboeuf a idénticas conclusiones. Damos a los sueños crédito de realidad porque en el estado de reposo carecemos de otras impresiones a las que compararlos, y nos hallamos desligados del mundo exterior. Mas si creemos en la verdad de nuestras alucinaciones, no es porque nos falte durante el reposo la posibilidad de contrastarlas. El sueño puede mentirnos toda clase de pruebas, haciéndonos, por ejemplo, tocar la rosa que en él vemos; mas no por esto dejamos de estar soñando. Para Delboeuf no existe criterio alguno, fuera del hecho mismo del despertar —y esto sólo como generalidad práctica—, que nos permita afirmar que algo es un sueño o una realidad despierta. Al despertar y comprobar que nos hallamos desnudos en nuestro lecho es, en efecto, cuando declaramos falso todo lo que desde el instante en que conciliamos el reposo hemos visto (pág. 84). Mientras dormíamos hemos creído verdaderas las imágenes oníricas a consecuencia del hábito intelectual, siempre vigilante, de suponer un mundo exterior, al que oponemos nuestro yo^[273].

Elevado así el apartamiento del mundo exterior a la categoría de factor determinante de los más singulares caracteres de la vida onírica, creemos

conveniente consignar unas sutiles observaciones del viejo Burdach, que arrojan cierta luz sobre la relación del alma durmiente con el mundo exterior y son muy apropiadas para evitarnos conceder a las anteriores deducciones más valor del que realmente poseen: «El estado de reposo —dice Burdach— tiene por condición el que el alma no sea excitada por estímulos sensoriales...; pero la ausencia de tales estímulos no es tan indispensable para la conciliación del reposo como la falta de interés por los mismos^[274]. En efecto, a veces se hace necesaria la existencia de alguna impresión sensorial, en tanto en cuanto la misma sirve para tranquilizar el alma. Así, el molinero no duerme si no oye el ruido producido por el funcionamiento de su molino, y aquellas personas que como medida de precaución acostumbran dormir con luz no pueden conciliar el reposo en una habitación oscura» (página 457).

«El alma se retira de la periferia y se aísla del mundo exterior, aunque sin quedar falta de toda conexión con el mismo. Si no oyéramos ni sintiéramos más que durante el estado de vigilia, y no, en cambio, durante el reposo, nada habría que pudiera despertarlos. La permanencia de la sensación queda aún más indiscutiblemente demostrada por el hecho de que no siempre es la energía meramente sensorial de una impresión, sino su relación psíquica, lo que nos despierta. Una palabra indiferente no hace despertar al durmiente, y, en cambio, sí su nombre, murmurado en voz baja. Resulta, pues, que el alma distingue las sensaciones durante el reposo. De este modo podemos ser despertados por la falta de un estímulo sensorial cuando el mismo se refiere a algo importante para la representación. Las personas que acostumbran dormir con luz despiertan al extinguirse ésta, y el molinero, al dejar de funcionar su molino; o sea, en ambos casos, al cesar la actividad sensorial. Esto supone que dicha actividad es percibida, pero que no ha perturbado al alma, la cual la ha considerado como indiferente o más bien como tranquilizadora» (págs. 460 y sigs.).

Si por nuestra parte no queremos dejar de reconocer el valor nada despreciable de estas objeciones, habremos, sin embargo, de confesar que las cualidades de la vida onírica examinadas hasta ahora y derivadas del apartamiento del mundo exterior no explican por completo la singularidad de la misma, pues en este caso habría de ser posible resolver el problema de la interpretación onírica, transformando de nuevo las alucinaciones del sueño en representaciones y sus situaciones en pensamientos. Ahora bien: este proceso es el que llevamos a cabo al reproducir de memoria nuestro sueño después de

despertar, y, sin embargo, aunque consigamos efectuar totalmente o sólo en parte tal retraducción, el sueño continúa conservando todo su misterio.

La totalidad de los autores admite sin vacilación alguna que el material de representaciones de la vida despierta sufre en el sueño otras más profundas modificaciones. Strümpell intenta determinar una de éstas en las siguientes deducciones (pág. 17): «El alma pierde también con el cese de la percepción sensorial activa y de la conciencia normal de la vida el terreno en que arraigan sus sentimientos, deseos, intereses y actos. También aquellos estados, sentimientos, intereses y valoraciones espirituales, enlazados en la vida despierta a las imágenes mnémicas, sucumben a una presión obnubilante, a consecuencia de la cual queda suprimida su conexión con las mismas; las imágenes de percepciones de objetos, personas, localidades, sucesos y actos de la vida despierta son reproducidos en gran número aisladamente, pero ninguna de ellas trae consigo su valor psíquico, y privadas de él, quedan flotando en el alma, abandonadas a sus propios medios...»

Este despojo que de su valor psíquico sufren las imágenes es atribuido nuevamente al apartamiento del mundo exterior, y, según Strümpell, posee una participación principal en la impresión de singularidad, con la que el sueño se opone a la vida despierta en nuestro recuerdo.

Hemos visto antes que ya el acto de conciliar el reposo trae consigo el renunciamiento a una de las actividades anímicas: a la guía voluntaria del curso de las representaciones. De este modo se nos impone la hipótesis de que el estado de reposo se extiende a las funciones anímicas, alguna de las cuales queda quizá totalmente interrumpida. Nos hallamos, pues, ante el problema de si las restantes siguen también este ejemplo o continúan trabajando sin perturbación, y en este último caso, si pueden o no rendir en tales circunstancias una labor normal. Surge aquí la teoría que explica las peculiaridades del sueño por la degradación del rendimiento psíquico durante el reposo; hipótesis que encuentra un apoyo en la impresión que el fenómeno onírico produce a nuestro juicio despierto. El sueño es incoherente; une sin esfuerzo las más grandes contradicciones; afirma cosas imposibles; prescinde de todo nuestro acervo de conocimientos, tan importante para nuestra vida despierta, y nos muestra exentos de toda sensibilidad, ética y moral. El individuo que en la vida despierta se condujese como el sueño le muestra en sus situaciones sería tenido por loco, y aquel que manifestara o comunicase cosas semejantes a las que forman el contenido onírico nos produciría una impresión de demencia o imbecilidad. Así,

pues, creemos reflejar exactamente la realidad cuando afirmamos que la actividad psíquica queda en el sueño reducida al mínimo, y que especialmente las más elevadas funciones intelectuales se hallan interrumpidas o muy perturbadas durante el mismo.

Con inhabitual unanimidad —de las excepciones ya hablaremos en otro lugar— han preferido los autores aquellos juicios que conducían inmediatamente a una determinada teoría o explicación de la vida onírica. Creo llegado el momento de sustituir el resumen que hasta aquí vengo efectuando por una transcripción de las manifestaciones de diversos autores —filósofos y médicos— sobre los caracteres psicológicos del sueño:

Según Lemoine, la *incoherencia* de las imágenes oníricas es el único carácter esencial del sueño.

Maury se adhiere a esta opinión diciendo (pág. 163):... *il n'y a pas des rêves absolument raisonnables et qui ne contiennent quelque incohérence, quelque anachronisme, quelque absurdité.*

Según Hegel (citado por Spitta), el sueño carece de toda coherencia objetiva comprensible.

Dugas dice: *Le rêve, c'est l'anarchie psychique affective et mentale, c'est le jeu des fonctions livrées à elles-mêmes et s'exerçant sans contrôle et sans but: dans le rêve l'esprit est un automate spirituel*

Volkelt mismo, en cuya teoría sobre el fenómeno onírico se reconoce un fin a la actividad psíquica durante el estado de reposo, señala, sin embargo, en los sueños (pág. 14) «la dispersión, incoherencia y desorden de la vida de representación, mantenida en cohesión durante la vigilia por el poder lógico del yo central».

El absurdo de los enlaces que en el sueño se establecen entre las representaciones fue ya acentuado por Cicerón en una forma insuperable (*De Divin.*, II): *Nihil tarn praespostere, tarn incondite, tarn monstruose cogitari potes, quod non possimus somniare*^[275].

Fechner dice (pág. 542): «Parece como si la actividad psicológica emigrase del cerebro de un hombre de sana razón al de un loco».

Radestock (pág. 145): «En realidad, parece imposible reconocer leyes fijas en esta loca agitación. Eludiendo la severa política de la voluntad racional, que guía el curso de las representaciones en la vida despierta, y escapando a la atención, logra el sueño confundirlo todo, en un desatinado juego de

calidoscopio».

Hildebrandt (pág. 45): «¡Qué maravillosas libertades se permite el sujeto de un sueño; por ejemplo, en sus conclusiones intelectuales! ¡Con qué facilidad subvierte los más conocidos principios de la experiencia! ¡Qué risibles contradicciones puede soportar en el orden natural y social, hasta que la misma exagerada tensión del disparate trae consigo el despertar! Nos parece muy natural que el producto de tres por tres sea veinte; no nos admira en modo alguno que un perro nos declame una composición poética; que un muerto se dirija por su propio pie a la tumba o que una roca sobrenade en el agua, y hacemos con toda seriedad, y penetrados de la importancia de nuestra misión, un viaje al ducado de Bernburg o al principado de Lichtenstein para inspeccionar la Marina de guerra de estos países, o nos enrolamos como voluntarios en los ejércitos de Carlos XII, poco antes de la batalla de Pultava».

Binz (pág. 33), refiriéndose a la teoría onírica que de estas observaciones se deduce, escribe: «De diez sueños, nueve por lo menos presentan un contenido absurdo. Enlazamos en ellos objetos y personas que carecen de toda relación. Mas al cabo de un instante, la agrupación establecida se transforma por completo, como en un calidoscopio, haciéndose quizá aún más disparatada, y este cambiante juego es continuado por el cerebro, incompletamente dormido, hasta que despertamos, nos pasamos la mano por la frente y nos preguntamos si realmente poseemos todavía la capacidad de representación e intelección racionales».

Maury (pág. 50) refleja la relación de las imágenes oníricas con los pensamientos de la vida despierta en una comparación muy impresionante para los médicos: *La production de ces images que chez l'homme éveillé fait le plus souvent naître la volonté, correspond, pour l'intelligence, à ce que sont pour la motilité certains mouvements que nous offrent la chorée et les affections paralytiques*. Por lo demás, se da en el sueño *toute une série de dégradations de la faculté pensante et raisonnante* (pág. 27).

No creemos necesario consignar las manifestaciones de aquellos autores que reproducen con respecto a las más elevadas funciones anímicas el principio de Maury.

Según Strümpell, quedan suprimidas en el sueño —naturalmente también allí donde el desatino no resulta evidente— todas aquellas operaciones lógicas del alma que se basan en relaciones y conexiones (pág. 26). Según Spitta (pág. 148), las representaciones parecen quedar emancipadas por completo de la ley de

causalidad. Radestock y otros acentúan la debilidad de la capacidad de juicio y deducción. Según Jodl (pág. 123), no existe en el sueño crítica ninguna, ni quedan corregidas las series de percepciones por el contenido de la conciencia completa. Este mismo autor manifiesta: «En el sueño aparecen todas las actividades de la conciencia, pero incompletas, cohibidas y aisladas unas de otras». Las contradicciones en que el sueño se sitúa con respecto a nuestro conocimiento despierto son explicadas por Stricker y otros muchos autores por el olvido de hechos, la ausencia de relaciones lógicas entre las representaciones, etc.

Los autores que, en general, juzgan tan desfavorablemente la labor de las funciones psíquicas en el sueño, conceden, sin embargo, que en el mismo perdura un resto de actividad anímica. Wundt, cuyas teorías han servido de norma a tantos otros investigadores de los problemas oníricos, confiesa abiertamente este hecho. Surge, pues, el problema de determinar la naturaleza y composición de este resto de actividad anímica normal que en el sueño se manifiesta. Casi generalmente se concede que la capacidad de reproducción —la memoria— es lo que menos parece haber sufrido, pudiendo incluso producir rendimientos superiores a los habituales en la vigilia, aunque una parte de los absurdos del sueño haya de quedar explicada por la capacidad de olvido de la vida onírica. Según Spitta, es la vida *espiritual* del alma lo que no queda suprimido por el sueño y dirige el curso del mismo. *Espíritu* es, para este autor, «aquella constante reunión de los sentimientos que constituye la esencia subjetiva más íntima del hombre» (página 84).

Scholz (pág. 37) ve una de las actividades anímicas que se manifiestan en el sueño en la *transformación alegorizante de sentido* a la que es sometido el material onírico. Siebeck comprueba también en el sueño la «actividad interpretadora complementaria» del alma (pág. 11), aplicada por ésta a toda percepción. La conducta de nuestra más elevada función anímica —la conciencia— en el fenómeno onírico resulta especialmente difícil de fijar. Dado que sólo por ella sabemos algo de nuestros sueños, no podemos dudar de su permanencia; pero Spitta opina que en el sueño sólo se conserva la conciencia y no la *autoconciencia*. Delboeuf confiesa no alcanzar a comprender esta diferenciación.

Las imágenes oníricas se enlazan incluso a revelársenos en el sueño más conforme a las mismas leyes asociativas que las representaciones, llegando claro y precisamente el origen de dichas leyes. Strümpell (pág. 10): «El sueño se

desarrolla, ora exclusivamente, como parece conforme a las leyes de las representaciones puras, ora conforme a las de estímulos orgánicos, con tales representaciones; esto es, sin que la reflexión, la inteligencia, el gusto estético y el juicio ético intervengan para nada». Los autores cuyas opiniones reproducimos aquí se representan la formación de los sueños aproximadamente en la forma que sigue: la suma de los estímulos sensoriales, procedentes de las diversas fuentes antes estudiadas, y actuantes durante el reposo, despierta ante todo en el alma un acervo de representaciones, que se presentan en calidad de alucinaciones (o, según Wundt, como verdaderas ilusiones, dada su procedencia de los estímulos, externos e internos.) Estas representaciones se enlazan entre sí según las leyes de asociación que nos son conocidas, y evocan a su vez, conforme a las mismas reglas, una nueva serie de representaciones (imágenes). El material total es elaborado en lo posible por el resto, aún en actividad, de las capacidades anímicas ordenadoras y pensadoras (cf. Wundt y Weygandt). Lo que no se ha conseguido descubrir todavía son los motivos que deciden que la evocación de las imágenes no procedentes del exterior se realice conforme a estas o aquellas leyes asociativas.

Se ha observado, sin embargo, repetidamente, que las asociaciones que enlazan a las representaciones oníricas entre sí son de una peculiarísima naturaleza y diferentes por completo de las que actúan en el pensamiento despierto. Así, dice Volkelt (pág. 15): «Las representaciones se persiguen y se enlazan en el sueño conforme a analogías casuales y a conexiones apenas perceptibles. Todos los sueños se hallan entrelazados por tales asociaciones, negligentes y lejanas». Maury concede máxima importancia a este carácter del enlace de las representaciones, que le permite establecer una más íntima analogía entre la vida onírica y ciertas perturbaciones mentales. Reconoce dos caracteres principales del *délire*: 1.º *Une action spontanée et comme automatique de l'esprit*. 2.º *Une association vicieuse et irrégulière d'idées* (pág. 126). Este mismo autor nos refiere dos excelentes ejemplos de sueños, en los que el enlace de las representaciones oníricas fue determinado exclusivamente por la similitud de las palabras. En uno de estos sueños comenzó por emprender una peregrinación (*pèlèrinage*) a Jerusalén o a la Meca, y después de un sinnúmero de aventuras llegó a casa del químico *Pelletier*, el cual, al cabo de una larga conversación, le entregó una pala (*pelle*) de cinc, que en el fragmento onírico siguiente se convirtió en una gran espada de combate (pág. 137). Otra vez soñó que paseaba por una carretera, leía en los guardacantones las cifras indicadoras

de los kilómetros y se detenía después en una droguería, en la que un individuo colocaba pesas de *kilo* en una gran balanza con objeto de pesarle; luego el droguero se dirigía a él y le decía: «No está usted en París, sino en la isla de *Gilolo*». En el resto de este sueño vio la flor llamada *lobelia* y al general *López*, cuya muerte había leído recientemente en los periódicos. Por último, despertó cuando comenzaba a jugar con otras personas en una partida de *lotería*^[276].

Como era de esperar, esta desestimación de los rendimientos psíquicos del sueño ha hallado también sus contradictores. Sin embargo, no parece fácil sostener la afirmación contraria. No posee, en efecto, gran importancia que uno de los autores que rebajan el valor de la vida onírica (Spitta, pág. 118) asegure que los sueños son regidos por las mismas leyes psicológicas que reinan en la vida despierta, ni tampoco que otro investigador (Dugas) manifieste que le *rêve n'est pas déraison, ni même irraison pure*, mientras que ninguno de ellos se tome el trabajo de armonizar estas opiniones con la anarquía y desorganización psíquicas que en el sueño atribuyen a todas las funciones. En cambio, otros autores parecen haber entrevisto que la demencia de los sueños podía no carecer de método, no siendo quizá sino fingimiento, como la del Hamlet shakesperiano. Estos autores tienen que haber huido de juzgar a los sueños por su apariencia, o, de lo contrario, la que los mismos les han ofrecido ha sido muy diferente de la que ofrecieron a los demás.

Así, Havelock Ellis (1899), sin querer detenerse en el aparente absurdo del sueño, lo considera como *an archaic world of vast emotions and imperfect thoughts*, cuyo estudio podría enseñarnos a conocer fases primitivas de la vida psíquica. J. Sully (pág. 362) representa esta misma concepción de los sueños, pero de un modo aún más comprensivo y profundo. Sus manifestaciones son tanto más interesantes y dignas de consideración cuanto que se trata de un psicólogo del que sabemos se hallaba convencido, quizá como ningún otro, del sentido oculto de los sueños. *Now our dreams are a means of conserving these successive personalities. When asleep we go back to the old ways of looking at things and of feeling about them, to impulses and activities which long ago dominated us.* Un pensador como Delboeuf afirma —aunque cierto es que sin presentar prueba alguna contra las aducidas en contrario— que *dans le sommeil, hormis la perception, toutes les facultés on de l'esprit, intelligence, imagination mémoire, volonté, moralité, restent intactes dans leur essence; seulement elles s'appliquent à des objets imaginaires et mobiles. Le songeur est un acteur qui*

joue à volonté les fous et les sages, les bourreaux et les victimes, les nains et les géants, les démons et les anges (pág. 222). El marqués D'Hervey, que sostuvo vivas polémicas con Maury, y cuya obra no me he podido procurar, no obstante haberla buscado con empeño, parece haber sido quien con mayor energía ha negado la degradación del rendimiento psíquico en el sueño. Refiriéndose a él, dice Maury (pág. 19): *M. le marquis d'Hervey, prête à l'intelligence durante le sommeil toute sa liberté d'action et d'attention et il ne semble faire consister le sommeil que dans l'occlusion des sens, dans leur fermeture à un monde extérieur; en sorte que l'homme qui dort no se distingue guère, selon sa manière de voir, de l'homme qui laisse vaguer sa pensée en se bouchant les sens; toute la différence qui sépare alors la pensée ordinaire de celle du dormeur c'est que, chez celui-ci, l'idée prend une forme visible, objective et ressemble, à s'y méprendre, à la sensation déterminée par les objets extérieurs; le souvenir revêt l'apparence du fait présent.*

Pero a continuación añade *qu'il y a une différence de plus et capitale, à savoir, que les facultés intellectuelles de l'homme endormi n'ofrent pas l'équilibre qu'elles gardent chez l'homme éveillé.*

En Vaschide, que nos facilita un más completo conocimiento del libro de D'Hervey, encontramos que este último se pronuncia sobre la aparente incoherencia de los sueños en la forma siguiente: *L'image du rêve est la copie de l'idée. Le principal est l'idée; la vision n'est qu'accessoire. Ceci établi, il faut savoir suivre la marches des idées, il faut savoir analyser le tissu des rêves; l'incohérence devient alors compréhensible, les conceptions les plus fantastiques deviennent des faist simples et parfaitement logiques* (pág. 146). Y (pág. 147): *Les rêves les plus bizarres trouvent même une explication des plus logiques quand on sait les analyser.*

J. Stärcke cita una análoga explicación, dada a la incoherencia onírica por un antiguo autor. Wolf Davidson (1799), desconocido para mí (pág. 136): «Los singulares saltos de nuestras representaciones oníricas tienen todos su fundamento en la ley de la asociación; lo que sucede es que este enlace se realiza a veces en el alma de un modo harto oscuro, resultando así que con frecuencia creemos observar un salto de la asociación en casos en que dicho salto no existe».

La escala de la apreciación del sueño como producto psíquico alcanza en la literatura científica una gran amplitud. Partiendo del más profundo menosprecio, cuya expresión ya nos es conocida, y pasando luego por la sospecha de un valor

aún no descubierto, llega hasta la exagerada estimación, que coloca al sueño muy por encima de los rendimientos de la vida despierta. Hildebrandt, que, como sabemos, encierra en tres antinomias las características psicológicas de la vida onírica, reúne en la tercera de ellas los extremos de esta serie (pág. 19). Esta tercera antinomia es la existente «entre una *elevación* o *potenciación* de la vida anímica, que llega muchas veces hasta el *virtuosismo*, y una *minoración* y *debilitación* de la misma, llevada con frecuencia por bajo del *nivel* de lo humano».

«Por lo que a lo primero se refiere, ¿quién no puede confirmar, por propia experiencia, que en las creaciones del genio del sueño se exteriorizan a veces una profundidad y una cordialidad, una claridad de concepción, una sutileza de observación y una prontitud de ingenio que modestamente negaríamos poseer si nos fueran atribuidas como cualidades constantes de nuestra vida despierta? El sueño posee una maravillosa poesía, una exacta facultad alegórica, un humorismo incomparable y una deliciosa ironía. Contempla el mundo a una peculiarísima luz idealizadora e intensifica el efecto de sus fenómenos con la más profunda comprensión de la esencia fundamental de los mismos. Nos presenta lo bello terrenal en un resplandor verdaderamente celeste; lo elevado, en su más alta majestad; lo que, según nuestra experiencia, es temeroso, en la forma más aterradorante, y lo ridículo, con indescriptible comicidad; a veces nos hallamos, aun después de despertar, tan dominados por una de estas impresiones, que creemos no haber hallado nunca en el mundo real nada semejante».

Surge aquí la interrogación de cómo pueden referirse a un mismo objeto las depreciativas observaciones anteriores y estas entusiásticas alabanzas. ¿No habrán pasado inadvertidos para unos autores los sueños desatinados, y para otros los profundos e ingeniosos? Y si existen sueños de ambas clases, que justifican, respectivamente, ambos juicios, ¿no será ocioso buscar una característica psicológica del sueño, y deberemos limitarnos a decir que en él es todo posible, desde la más baja degradación de la vida anímica hasta una elevación de la misma, desacostumbrada en la vida despierta? Mas, por cómoda que fuera esta solución, tropieza con el inconveniente de que los esfuerzos de todos los investigadores parecen hallarse guiados por la hipótesis de que existe una característica de los sueños, de validez general en sus rasgos esenciales, susceptible de resolver las contradicciones apuntadas.

Es indiscutible que los rendimientos psíquicos del sueño han hallado un más voluntario y caluroso reconocimiento en aquel período, ya pasado, en el que los

espíritus se hallan dominados por la Filosofía y no por las ciencias exactas. Manifestaciones, como la de Schubert, de que el sueño constituye una emancipación del espíritu del poder de la naturaleza exterior, un desligamiento del alma de las ligaduras de la sensualidad, y análogos juicios de Fichte, el joven^[277], y de otros autores, en los que se considera el sueño como una elevación de la vida anímica a un más alto nivel, nos parecen hoy apenas comprensibles. En la actualidad sólo son repetidos por los autores místicos o piadosos^[278]. La disciplina mental científica ha producido una reacción en la apreciación del sueño. Precisamente los autores médicos son los que antes se han inclinado a considerar muy escasa y falta de todo valor la actividad psíquica en el sueño, mientras que los filósofos y los observadores no profesionales — psicólogos de afición—, cuyas aportaciones a estos estudios no deben despreciarse, han continuado sosteniendo, más en armonía con las hipótesis populares, el valor psíquico del sueño. Aquellos que tienden a menospreciar el rendimiento psíquico en el sueño conceden, naturalmente, la máxima importancia etiológica a las fuentes de estímulos somáticos. En cambio, para aquellos otros que atribuyen al alma soñadora la mayor parte de las facultades que la misma posee en la vida despierta, desaparece toda razón de no atribuirle también estímulos oníricos independientes.

Entre los rendimientos extraordinarios que aun después de la más escrupulosa comparación pudiéramos inclinarnos a atribuir a la vida onírica, es el de la memoria el más patente. En páginas anteriores detallamos ya todos los hechos, nada raros, que así lo demuestran. En cambio, otra de las prerrogativas de la vida onírica que con mayor frecuencia ensalzan los autores antiguos —su facultad de franquear libremente las distancias temporales y espaciales— es, como ya observa Hildebrant, por completo ilusoria. El sueño lo hace en forma idéntica a como lo realiza el pensamiento despierto, y precisamente por no ser sino una forma del pensamiento. Con respecto al tiempo, gozaría, en cambio, el sueño de otra distinta prerrogativa, siendo independiente de su curso en un diferente sentido. Sueños como aquél en que Maury se vio guillotinar, parecen demostrar que el fenómeno onírico puede acumular en brevísimos instantes un contenido de percepciones mucho mayor que el contenido de pensamientos que nuestra actividad psíquica puede abarcar en la vida despierta. Esta deducción ha sido, sin embargo, combatida con los más diversos argumentos. Desde los artículos de Le Lorrain y Egger «sobre la aparente duración de los sueños» se ha

desarrollado en derredor de este problema —tan intrincado como el profundo alcance— una interesantísima discusión, que no ha llevado aún a esclarecimiento alguno definitivo^[279].

Después de numerosas investigaciones y de la colección de sueños publicada por Chabaneix, parece ya indiscutible que el sueño puede acoger la labor intelectual del día y conducirla a una conclusión no alcanzada en la vida despierta, resolviendo así problemas y dudas que preocupan al sujeto y constituyendo una fuente de inspiración para los poetas y compositores. Pero aunque este hecho es innegable en sí, la hipótesis construida sobre él sucumbe a importantes objeciones^[280].

Por último, el afirmado poder adivinatorio del sueño constituye otro objeto de discusión, en la que a dudas difíciles de dominar se oponen tenaces afirmaciones. Sin embargo, se evita negar rotundamente —y con razón— lo que de efectivo ha sido observado en este punto, pues para toda una serie de casos existe quizá la cercana posibilidad de una natural explicación psicológica.

0 Los sentimientos éticos en el sueño.

Por motivos que sólo después del conocimiento de mis propias investigaciones sobre el sueño pueden resultar comprensibles, he separado del tema de la psicología del sueño el problema parcial de si las disposiciones y sentimientos morales de la vigilia se extienden —y hasta qué punto— a la vida onírica. La misma contradicción que con respecto a las restantes funciones anímicas hubimos de hallar con extrañeza en las exposiciones de los investigadores, vuelve aquí a surgir a nuestros ojos. En efecto, con la misma seguridad que unos muestran al afirmar que el sueño ignora en absoluto toda aspiración moral, sostienen los otros que la naturaleza moral del hombre perdura también en la vida onírica.

La experiencia onírica parece colocar la exactitud de la primera afirmación por encima de toda duda: Así escribe Jessen (pág. 553): «Tampoco nos hacemos mejores ni más virtuosos en el sueño. Más bien parece que en él calla nuestra conciencia, pues sin compadecernos por nada ni de nadie realizamos con la mayor indiferencia y sin remordimiento alguno los mayores crímenes».

Radestock (pág. 146): «Debe tenerse en cuenta que en el sueño emergen las asociaciones y se enlazan las representaciones, sin que la reflexión, la inteligencia, el gusto estético y el juicio moral puedan intervenir para nada. El juicio es debilísimo, y predomina la *indiferencia* ética». Volkelt (pág. 23):

«Nadie ignora el desenfreno que la vida onírica muestra, especialmente en lo que a la sexualidad se refiere. Del mismo modo que el sujeto se contempla en sus sueños f alto de todo pudor y todo sentimiento ético, ve a otras personas — incluso a las que más respeta — entregadas a actos que en su vida despierta se espantaría de asociar a ellas».

En abierta oposición con estas manifestaciones se hallan otras, como la de Schopenhauer, de que todos obramos y hablamos en sueños *conforme* a nuestro carácter. K. Ph. Fischer^[281] afirma asimismo que en los sueños se revelan los sentimientos y aspiraciones, o afectos y pasiones subjetivos y las peculiaridades morales del durmiente.

Haffner (pág. 25): «Salvo raras excepciones, el hombre virtuoso lo será también en sueños. Rechazará las tentaciones y resistirá al odio, a la envidia, a la cólera y a los demás vicios. En cambio, el hombre pecador hallará generalmente en sus sueños aquellas imágenes que tenía ante sí en la vigilia».

Scholz (pág. 36): «Nuestros sueños entrañan algo verdadero. En ellos reconocemos nuestro propio yo, a pesar del disfraz de elevación o rebajamiento con el que se nos aparece. El hombre honrado no puede tampoco cometer en sueños un delito que le deshonre, y, si lo comete, quedará espantado, como ante algo totalmente ajeno a su naturaleza. El emperador romano que hizo ejecutar a uno de sus súbditos, confeso de haber atentado contra él en sueños, no dejaba de tener razón cuando se justificaba diciendo que el individuo que así soñaba tenía que abrigar en su vida despierta análogos pensamientos. De algo que no puede hallar lugar alguno en nuestro ánimo decimos así, muy significativamente: ‘Esto no puede ocurrírseme ni en sueños’.»

Por el contrario, afirma Platón que los hombres mejores son aquéllos a los que sólo en sueños se les ocurre lo que los demás hacen despiertos.

Pfaff, glosando un conocido proverbio, dice: «Cuéntame durante algún tiempo lo que sueñas, y te diré lo que dentro de ti hay».

El pequeño escrito de Hildebrandt, del que ya se ha extraído tantas interesantes citas, y que constituye la más perfecta y rica contribución que a la investigación de los problemas oníricos me ha sido dado hallar en la literatura científica, da a este tema de la moralidad de los sueños una importancia esencial. También para Hildebrandt constituye una regla fija la de que cuanto más pura es la vida del sujeto, más puros serán sus sueños, y cuanto más impura, más impuros.

La naturaleza moral del hombre perdura, desde luego, en el sueño: «Pero mientras que ningún error de cálculo, ninguna herejía científica ni ningún anacronismo nos hiere, ni se nos hacen siquiera sospechosos, por palpables, románticos o ridículos que respectivamente sean, distinguimos siempre lo malo; la justicia, de la injusticia; la facultad de distinguir lo bueno de la virtud, del vicio. Por mucho que sea lo que de nuestra personalidad despierta perdamos durante el reposo, el “imperativo categórico” de Kant se ha constituido de tal manera en nuestro inseparable acompañante, que ni aun en sueños llega a abandonarnos... Este hecho no puede explicarse sino por la circunstancia de que lo fundamental de la naturaleza humana, el ser moral, se halla demasiado firmemente unido al hombre para participar en el juego calidoscópico, al que la fantasía, la inteligencia, la memoria y demás facultades de igual rango sucumben en el sueño» (págs. 45 y sigs.)

En la discusión de esta materia incurren ambos grupos de autores en singulares desplazamientos e inconsecuencias. Lógicamente, la hipótesis de que la personalidad moral del hombre desaparece en el sueño debiera despojar a sus partidarios de todo interés por los sueños inmorales, permitiéndoles además rechazarla posibilidad de exigir por ellos una responsabilidad al sujeto o atribuirle perversos sentimientos, con la misma tranquilidad que la equivalente de deducir, por el absurdo de los sueños, la carencia de valor de los rendimientos intelectuales del sujeto en la vida despierta. En cambio, aquellos otros autores para los cuales se extiende al fenómeno onírico el dominio del imperativo categórico, deberían aceptar sin limitación alguna la responsabilidad del sujeto con respecto a sus sueños. Habríamos, únicamente, de desearles que sueños propios reprobables no les hicieran errar en la estimación de su propia moralidad, tan segura con respecto a otros dominios distintos del onírico.

Mas, por lo visto, nadie sabe a punto fijo en qué medida es bueno o malo, ni puede tampoco negar haber tenido alguna vez sueños inmorales, pues por encima de su opuesto juicio sobre la moral onírica coinciden ambos grupos de autores en un esfuerzo por esclarecer el origen de los sueños inmorales, surgiendo nuevamente opiniones contradictorias, según se vea dicho origen en las funciones de la vida psíquica o en influencias somáticamente condicionadas, ejercidas sobre la misma. El poder coactivo de la evidencia hace, sin embargo, coincidir a muchos defensores de la responsabilidad y de la irresponsabilidad en el reconocimiento de una fuente psíquica especial para la inmoralidad de los sueños.

De todos modos, aquellos investigadores que extienden a los sueños la moral subjetiva, se guardan muy bien en aceptar la completa responsabilidad de los sueños propios. Haffner dice (pág. 24): «No somos responsables de nuestros sueños, porque nuestro pensamiento y nuestra voluntad quedan despojados en ellos de la base sobre la cual posee únicamente nuestra vida verdad y realidad. Siendo así, nada de lo que en sueños queremos o hacemos puede tenerse por virtud o pecado». Pero el hombre es responsable de sus sueños pecadores en tanto en cuanto los origina indirectamente, y antes de conciliar el reposo tiene, del mismo modo que en el resto de la vigilia, el deber de purificar moralmente su alma.

Hildebrandt ahonda mucho más en el análisis de esta mezcla de negación y afirmación de nuestra responsabilidad con respecto al contenido moral de los sueños. Después de indicar que la forma dramática de exposición adoptada por el fenómeno onírico, la acumulación de los más complicados procesos reflexivos en un brevísimo espacio de tiempo y la desvalorización y confusión —que también reconoce— de los elementos de representación, deben tenerse en cuenta, como circunstancias atenuantes, al juzgar el aspecto inmoral de los sueños, confiesa que tampoco nos es posible negar en absoluto toda responsabilidad por los pecados y faltas que en ellos cometemos.

Página 49: «Cuando queremos rechazar de un modo decidido una acusación injusta referente a nuestros propósitos o sentimientos, solemos servirnos de la expresión: “Eso no se me ha ocurrido ni aun en sueños.” Con esto manifestamos, por un lado, que el dominio de los sueños es para nosotros el último por cuyo contenido pudiera exigírseles responsabilidad, puesto que nuestros pensamientos no poseen en él sino tan escasa y lejana conexión con nuestro verdadero ser, que apenas pueden ya atribuírseles; pero al sentirnos inducidos a negar también la existencia de tales pensamientos en este dominio, confesamos al mismo tiempo indirectamente que nuestra justificación sería incompleta ni no alcanzase también hasta él. A mi juicio, hablamos aquí, siquiera sea inconscientemente, el lenguaje de la verdad».

Página 52: «No podemos suponer ningún hecho onírico cuyo primer motivo no haya cruzado antes en alguna forma a título de deseo, aspiración o sentimiento por el alma del individuo despierto». Este primer sentimiento no lo ha inventado el sueño; se ha limitado a copiarlo y desarrollarlo, elaborando en forma dramática un adarme de materia histórica que halló previamente en nosotros. Así, pues, el fenómeno onírico no hace sino poner en escena las

palabras del Apóstol: «Aquel que odia a su hermano es un homicida». Y mientras que conscientes de nuestra energía moral podemos sonreír, al despertar, ante el amplio cuadro perverso que nuestro sueño pecador nos ha presentado, el nódulo originario causal no presenta faceta alguna que nos mueva a risa. Nos sentimos, por tanto, responsables de nuestros extravíos oníricos; no en su totalidad, pero sí en cierto tanto por ciento. «Comprendemos, en este indiscutible sentido, la palabra de Cristo: ‘Del corazón vienen malos pensamientos’, y no podemos casi defendernos de la convicción de que cada pecado cometido en el sueño trae consigo para nosotros, por lo menos, un oscuro mínimo de culpa».

En los gérmenes de sentimientos reprobables que a título de tentaciones cruzan por nuestra alma en la vigilia encuentra, pues, Hildebrandt la fuente de inmoralidad de los sueños y no vacila en tener en cuenta estos elementos inmorales en la estimación moral de la personalidad. Estos mismos pensamientos y su idéntica valoración es lo que ha hecho acusarse a los santos y a los hombres piadosos de toda época de ser los más grandes pecadores^[282].

No cabe duda alguna sobre la general aparición de estas representaciones *contrastantes* en la mayoría de los hombres y también con relación a dominios distintos del ético. Pero algunas veces se les ha juzgado con menos severidad. Así, Spitta transcribe las siguientes manifestaciones de A. Zeller (pág. 144): «Raras veces se halla tan felizmente organizado un espíritu que posea en todo momento un poder absoluto y no quede estorbada la continua y clara marcha de sus pensamientos por representaciones no sólo insignificantes, sino hasta ridículas y desatinadas. Incluso los más grandes pensadores se han lamentado de esta inoportuna turba de representaciones, semejantes a las de los sueños, que perturba sus más profundas reflexiones y su más seria y sagrada labor mental».

Una observación de Hildebrandt, la de que el sueño nos permite a veces contemplar los repliegues y profundidades de nuestro ser, que durante la vigilia quedan casi siempre ocultos a nuestros ojos, arroja más clara luz sobre la situación psicológica de estos pensamientos de contraste.

Análoga idea expone Kant en un pasaje de su *Antropología* al afirmar que el sueño tiene por función la de descubrirnos nuestras disposiciones ocultas y revelarnos no lo que somos, sino lo que hubiéramos podido llegar a ser si hubiéramos recibido una educación diferente. Radestock (pág. 84) reproduce este juicio cuando dice que el sueño nos revela aquello que no queremos confesarnos a nosotros mismos, siendo esto lo que nos impulsa a calificarlo

injustamente de mentiroso y engañoso. J. E. Erdmann manifiesta: «Nunca me ha revelado un sueño lo que de un hombre debo opinar; pero lo que de él opino y cuáles son mis verdaderos sentimientos con respecto a él, eso sí me lo ha mostrado más de una vez, con gran asombro mío».

En forma semejante opina J. H. Fichte: «El carácter de nuestros sueños nos revela mucho más fielmente nuestro estado de ánimo total que el autoanálisis durante la vigilia». Observaciones como las de Benini y Volkelt, que a continuación transcribimos, nos hacen advertir que la emergencia de estos impulsos, ajenos a nuestra conciencia moral, sólo es comparable a la ya conocida disposición del sueño sobre otro material de representaciones que falta a la vida despierta o desempeña en ella un insignificante papel. Benini: *Certe nostre inclinazioni che ci credevano soffocate e spente da un pezzo, si ridestano; passioni vecchie e sepolte rivivono; cosa e persona a cui non pensiamo mai, ci vengono dinanzi* (pág. 149). Y Volkelt: «También representaciones que se han introducido casi inadvertidamente en la conciencia despierta y quizá no hubieran sido sacados nunca por ella del olvido, suelen revelar al sueño su presencia en el alma» (pág. 105). Por último, es éste el lugar de recordar que, según Schleiermacher, ya el acto de conciliar el reposo se halla acompañado de representaciones (imágenes) *involuntarias*.

En este concepto de «representaciones involuntarias» debemos incluir todo aquel acervo de representaciones cuya emergencia —tanto en los sueños inmorales como en los absurdos— despierta nuestra extrañeza. La única diferencia importante que podemos señalar entre las representaciones involuntarias referentes a la moralidad y las relativas a otros dominios es que las primeras se revelan en oposición con nuestra restante manera de sentir, mientras que las segundas se limitan a despertar nuestra extrañeza. Pero hasta el momento no hemos realizado progreso ninguno que nos permita ampliar esta diferenciación por un conocimiento más completo y profundo de sus términos.

¿Qué significación tiene la emergencia de representaciones involuntarias en el sueño? ¿Y qué conclusiones pueden deducirse para la psicología del alma despierta o soñadora de esta emergencia nocturna de sentimientos éticos contrastantes? Habremos de señalar aquí una nueva diferencia de opinión y una nueva agrupación distinta de los autores. El proceso mental de Hildebrandt y de otros representantes de su opinión fundamental no puede ser continuado sino en el sentido de que los sentimientos inmorales entrañan también en la vigilia un cierto poder —cohibido, desde luego— de llegar a convertirse en actos, y que en

el estado de reposo desaparece algo que, actuando como una retención, nos había impedido advertir este sentimiento. El sueño mostraría así, aunque no en su totalidad, la verdadera esencia del hombre, y pertenecería a los medios de hacer accesible a nuestro conocimiento el oculto interior del alma. Sólo partiendo de tales hipótesis puede Hildebrandt adjudicar al sueño el papel de un consejero que atrae nuestra atención sobre escondidas debilidades morales de nuestra alma, del mismo modo que, según confesión de los médicos, puede anunciar a la conciencia enfermedades físicas que hasta entonces ignorábamos nos aquejaran.

Tampoco Spitta puede guiarse por otra idea cuando señala las fuentes de excitación que, por ejemplo, en la pubertad actúan sobre el alma, y consuela al sujeto diciéndole que ha hecho todo lo que en su mano se hallaba cuando ha sido virtuoso en su vida despierta y se ha esforzado en ahogar siempre los malos pensamientos, no dejándolos madurar y convertir en actos. Conforme a esta concepción, podríamos designar las representaciones *involuntarias* como aquellas que han sido *ahogadas* durante el día, y habríamos de ver en emergencia un fenómeno puramente psíquico.

Mas, según otros autores, esta última conclusión es totalmente errónea. Así, para Jessen, las representaciones involuntarias exteriorizan, por medio de movimientos internos, y tanto en el sueño como en la vigilia y el delirio febril o de otro género, «el carácter de una actividad de la voluntad en reposo y de un proceso *hasta cierto punto mecánico* de imágenes y representaciones» (pág. 360). Un sueño inmoral no significa, con respecto a la vida anímica del soñador, sino que el mismo se había percatado alguna vez del contenido de representaciones correspondiente, pero desde luego no un sentimiento anímico propio. Determinadas manifestaciones de Maury nos inclinan a creer que atribuye al estado onírico la facultad de fragmentar en sus componentes la actividad anímica, en lugar de destruirla, sin sujeción a plan ninguno. Así, de los sueños en los que traspasamos los límites de la moralidad dice: *Ce sont nos penchants qui parient et qui nous font agir, sans que la conscience nous retienne, bien que parfois aile nous avertisse. J'ai mes défauts et mes penchants vicieux à l'état de veille, je tâche de lutter contre eux, et il m'arrive assez souvent de n'y pas succomber. Mais dans mes songes j'y succombe toujours ou, pour mieux dire, j'agis par leur impulsion, sans crainte et sans remords... Evidemment, les visions qui se déroulent devant ma pensée et qui constituent le rêve, me sont suggérées par les incitations que je ressens et que ma volonté absente ne cherche pas à refouler* (pág. 113).

La creencia en la capacidad del sueño para revelar una disposición inmoral del sujeto, realmente existente, pero ahogada o escondida, no puede hallar expresión más exacta que en las siguientes palabras de Maury (pág. 115): *En rêve l'homme se révèle donc tout entier à soi même dans sa nudité et sa misère natives. Dès qu'il suspend l'exercice de sa volonté, il devient le jouet de toutes les passions contre lesquelles à l'état de veille la conscience, le sentiment et honneur, la crainte nous défendent.* En otro lugar halla también la frase exacta (pág. 462): *Dans le rêve, c'est surtout l'homme instinctif qui se revête... L'homme revient, pour ainsi dire, à l'état de nature quand il rêve; mais moins ses idées acquises ont pénétré dans son esprit, plus les penchants en désaccord avec elles conservent encore sur lui et influence dans le rêve.* Como ejemplo aduce que sus sueños le muestran con frecuencia víctima de aquella misma superstición que con más energía ha combatido en sus escritos.

Pero el valor de todas estas ingeniosas observaciones para un conocimiento psicológico de la vida onírica queda disminuido en Maury por su resistencia a no ver en los fenómenos tan acertadamente observados por él sino pruebas del *automatisme psychologique*, que, a su juicio, domina la vida onírica. Este automatismo lo considera como la completa antítesis de la actividad psíquica.

En sus estudios sobre la conciencia dice Stricker: «El sueño no se compone exclusivamente de engaños; cuando en él sentimos miedo de los ladrones, éstos son imaginarios, pero el miedo es real». De este modo se nos advierte que el desarrollo de afectos en el sueño no puede ser juzgado en la misma forma que el resto del contenido onírico, y se nos plantea de nuevo el problema de qué es lo que en los procesos psíquicos del sueño puede considerarse como real; esto es, puede aspirar a ser incluido entre los procesos psíquicos de la vigilia.

g) Teorías oníricas y función del sueño.—Un conjunto de juicios sobre el sueño que intente explicar, desde un determinado punto de vista, la mayor suma posible de los caracteres observados en su investigación y fije al mismo tiempo su situación con respecto a un más amplio campo de fenómenos, merecerá ser calificado de teoría onírica. Las distintas teorías que de este modo puedan establecerse se diferenciarán en el carácter que de los sueños consideren como esencial, enlazando a él las explicaciones y relaciones constitutivas de su contenido. No habrá de ser condición indispensable que de todas y cada una de ellas pueda deducirse una función o utilidad del fenómeno onírico; pero obedeciendo a nuestra acostumbrada orientación teleológica, habremos de preferir aquellas que entrañen el conocimiento de una tal función.

Conocemos ya varias concepciones de los sueños merecedoras, en este sentido, del nombre de teorías oníricas. Así, la antigua creencia de que los sueños eran enviados por los dioses para dirigir los actos de los hombres constituía una teoría completa que explicaba todo lo que en el fenómeno onírico presenta interés. Desde que el sueño ha llegado a ser objeto de la investigación biológica, ha surgido un número más considerable que nunca de teorías oníricas; pero entre ellas existen algunas harto incompletas.

Renunciando a incluirlas en su absoluta totalidad, puede intentarse la siguiente clasificación —no extremadamente rigurosa— de las teorías oníricas, conforme a la hipótesis que sobre la magnitud y la naturaleza de la actividad psíquica en el sueño les sirva de base.

1.º Aquellas teorías que, como la de Delboeuf, hacen perdurar en el sueño la total actividad psíquica de la vigilia. Según ellas, el alma no duerme; su aparato permanece intacto, pero sometida a las condiciones del estado de reposo, distintas de las correspondientes a la vigilia, tiene que producir, aun funcionando normalmente, rendimientos distintos. Surge aquí la duda de si estas teorías consiguen derivar, en su totalidad de las condiciones del estado de reposo, las diferencias que se nos muestran entre el sueño y la reflexión. Pero, además, falta en ellas toda posibilidad de deducir la existencia de una función onírica. No nos explican pura qué soñamos ni por qué el complicado mecanismo del aparato anímico sigue funcionando aun después de haber sido colocado en circunstancias para las que no se halla calculado. En esta situación, las únicas reacciones adecuadas serían dormir sin sueños o despertar cuando sobreviniera un estímulo perturbador; pero nunca soñar.

2.º Aquellas teorías que, por el contrario, aceptan en el sueño un descenso de la actividad psíquica y una debilitación de la coherencia. De estas teorías se deduce una característica psicológica del estado de reposo muy distinta de la establecida por Delboeuf. El reposo se extiende al alma y no se limita a aislarla por completo del mundo exterior, sino que penetra en su mecanismo, haciéndolo temporalmente inutilizable. Si me es permitida una comparación con material psiquiátrico, diré que las primeras teorías construyen el sueño como una paranoia y las segundas lo convierten en el prototipo de la imbecilidad o de una amencia.

La teoría de que en la vida onírica sólo se manifiesta una parte de la actividad anímica paralizada por el reposo es la preferida por los autores médicos y, en general, por el mundo científico. En tanto en cuanto ha de

suponerse un profundo interés por el esclarecimiento de los sueños, puede considerársela como la teoría *dominante*. Su característica es la facilidad con que sortea uno de los mayores peligros que se alzan ante toda explicación de los sueños: el de estrellarse contra una de las antinomias a las que los mismos dan cuerpo.

Considerando el fenómeno onírico como el resultado de una vigilia parcial («una vigilia paulatina, parcial, y al mismo tiempo, muy anómala», dice Herbart, sobre el sueño, en su *Psicología*), puede explicar, por una serie de estados cada vez más cercanos al de vigilia, toda la serie de rendimientos imperfectos del sueño —exteriorizados en el absurdo del mismo— hasta el rendimiento mental perfecto y totalmente concretado.

Para aquéllos a quienes ha llegado a ser indispensable la forma de exposición fisiológica o la encuentran más científica, transcribiré aquí la descripción que Binz hace de esta teoría (pág. 43):

«Este estado (de estupor) camina paulatinamente hacia su fin en las primeras horas de la mañana. Las toxinas que la fatiga acumuló en la albúmina cerebral van disminuyendo cada vez más, destruidas o arrastradas por la continua corriente de la sangre. Algunos grupos de células, despiertos ya, comienzan a funcionar en medio del general letargo, y ante nuestra obnubilada conciencia surge entonces la *actividad aislada* de estos grupos de células, falta del control de las demás partes del cerebro que rigen la asociación. En consecuencia, las imágenes creadas, correspondientes generalmente a las impresiones materiales de un próximo pasado, se agregan unas a otras sin orden ni concierto. Luego, conforme va haciéndose mayor el número de células cerebrales despiertas, va disminuyendo, en proporción, el destino del sueño».

Todos los fisiólogos y filósofos modernos se muestran conformes con esta concepción del sueño como una vigilia incompleta y parcial, o cuando menos, influidos por ella. Maury es quien más ampliamente la desarrolla, pareciendo ver en la vigilia o el reposo estados desplazables por regiones anatómicas, aunque de todos modos se le muestren siempre enlazadas una determinada región anatómica y una determinada función psíquica. Pero quisiera limitarme aquí a indicar que si la teoría de la vigilia parcial se confirmase, habría aún que realizar una importante labor para estructurarla.

Naturalmente, no puede deducirse de esta teoría de la vida onírica una función del sueño. Obra, pues, Binz con toda consecuencia cuando fija la situación e importancia del fenómeno onírico en los siguientes términos (pág.

357): «Todos los hechos tienden, como vemos, a caracterizar el sueño como un proceso *somático*, inútil en todo caso, y hasta patológico en muchos...»

El término «somático», referido al sueño y subrayado por el autor mismo, nos revela la posición de Binz con respecto a varios de los problemas oníricos, y en primer lugar a la etiología de los sueños, de la que Binz se ocupó especialmente al investigar la génesis experimental de sueños por absorción de materias tóxicas. Sobre este problema etiológico coinciden todas las teorías que integran el presente grupo en la tendencia a excluir en lo posible estímulos distintos de los somáticos, su forma más extrema sería aproximadamente la que sigue:

Conseguido el reposo por la supresión de todo estímulo, no tendríamos necesidad ni ocasión de soñar hasta que en las primeras horas de la mañana pudiera reflejarse en un sueño el paulatino despertar provocado por la aparición de nuevos estímulos. Pero sucede que nunca conseguimos mantener nuestro reposo libre de todo estímulo, pues análogamente a los gérmenes de la vida, de cuya inagotable emergencia se lamentaba Mefistófeles, llegan sin interrupción hasta el sujeto estímulos de las más diversas procedencias, externos, internos y hasta de aquellas regiones de su cuerpo a las que nunca ha prestado la menor atención. De este estímulo queda el reposo perturbado, y el alma, sacada ora en un punto, ora en otro, de su letargo, funciona un momento con la parte despertada, para volver luego al reposo. Resulta, pues, que el sueño es la reacción —totalmente superflua— a la perturbación del reposo ocasionada por el estímulo.

Mas al designar el sueño —que de todas maneras continúa siendo un rendimiento del órgano anímico— como un proceso somático, posee aún otro sentido diferente. Se trata de despojarle de la dignidad de proceso psíquico. La comparación, muy antigua y empleada, del sueño con «los sonidos que los diez dedos de un individuo totalmente profano en música producirían en un piano, recorriendo al azar el teclado», constituye quizá la descripción más exacta de la apreciación que en la mayoría de los casos ha hallado el rendimiento onírico en los representantes de las ciencias exactas. En esta concepción se convierte el sueño en algo totalmente ininterpretable, pues no es posible que recorriendo al azar el teclado improvise el profano en música composición alguna.

Contra esta teoría de la vigilia parcial se han elevado desde un principio numerosas objeciones. Así, Burdach escribía en 1830: «Con la afirmación de que el sueño es una vigilia parcial no se explican, en primer lugar, ni el reposo ni

la vigilia, y en segundo, no se dice sino que algunas fuerzas del alma actúan en el sueño mientras otras reposan. Pero esta desigualdad tiene efecto durante la vida...» (pág. 483).

En la teoría dominante, que ve en el sueño un proceso «somático», se apoya una muy interesante concepción de los sueños, desarrollada por Robert en 1866 y que posee el atractivo de atribuir al fenómeno onírico una función y un resultado útil. Toma este autor como base de su teoría dos hechos comprobados, de los que ya tratamos al ocuparnos del material onírico: la frecuencia con que en nuestros sueños se incluyen las impresiones diurnas más secundarias y lo raramente que soñamos con lo que más nos ha interesado en nuestra vida diurna. Robert afirma categóricamente: «Aquellas cosas que hemos pensado con detenimiento y hasta asimilarlas, no se constituyen jamás en estímulos oníricos, sino tan sólo aquellas otras que permanecen inacabadas en nuestro espíritu o sólo lo han rozado fugitivamente» (pág. 10). «Por esta razón no podemos explicarnos la mayoría de nuestros sueños, pues las causas que los originan son precisamente aquellas *impresiones sensoriales diurnas de las que el sujeto no ha llegado a adquirir un suficiente conocimiento*». Para que una impresión pueda llegar a incluirse en un sueño es, por tanto, necesario que su elaboración haya quedado perturbada o que, por ser demasiado insignificante, no haya podido aspirar siquiera a una tal elaboración.

Robert se representa al sueño «como un proceso somático de segregación, que llega al conocimiento nuestro al reaccionar mentalmente a él. *Los sueños son segregaciones de pensamientos ahogados en germen*». «Un hombre al que se despojase de la facultad de soñar contraería en poco tiempo una perturbación mental, pues en su cerebro se acumularía una masa de pensamientos inacabados, no terminados de pensar, y de impresiones insignificantes, bajo cuyo peso quedaría ahogado aquello que a título de todo acabado hubiera de ser incorporado a la memoria». De este modo presta el sueño a la conciencia sobrecargada el servicio de una válvula de seguridad. *Los sueños poseen una fuerza curativa y derivativa*.

Sería equivocado preguntar a Robert cómo por medio del representar onírico puede producirse un desastre del alma, pues lo que de las dos peculiaridades del material onírico antes citadas deduce evidentemente este autor, es que durante el reposo se verifica en *algún modo*, y como proceso somático, una tal expulsión de las impresiones carentes de valor y que el soñar no es ningún proceso psíquico especial, sino únicamente la noticia que de dicha selección obtenemos. Pero no

es una segregación lo único que durante la noche se realiza en el alma. El mismo Robert añade que, además, se lleva a efecto una elaboración de los estímulos del día, y que «aquello que de la materia de pensamiento no asimilada resiste a la segregación es reunido por cadenas de pensamientos tomados de la fantasía, hasta formar una totalidad, e incorporado así a la memoria como una inocua pintura de la fantasía» (pág. 23).

En total contradicción con la teoría dominante se nos muestra, en cambio, la de Robert, por lo que respecta a las fuentes oníricas. Mientras que, según la primera, no soñaríamos en absoluto si los estímulos externos e internos no despertaran de continuo a nuestra alma, según la teoría de Robert, el impulso de soñar reside en el alma misma, esto es, en su sobrecarga, que demanda una derivación. Resulta, pues, por completo consecuente la conclusión establecida por este autor de que las causas condicionantes del sueño, dependientes del estado corporal del sujeto, no ocupan sino un lugar secundario, y no podrían inducir a soñar, en ningún caso, a un espíritu en el que no existiese previamente materia alguna para la formación de sueños, tomada de la conciencia despierta. Debe concederse únicamente que las imágenes fantásticas que, procedentes de lo más profundo del alma del sujeto, se desarrollan en sus sueños, pueden ser influidas por los estímulos nerviosos (pág. 41). De este modo resulta el sueño independiente, hasta cierto punto —según Robert—, de lo somático. No constituye, ciertamente, un proceso psíquico, ni ocupa lugar alguno entre los procesos de este género que se desarrollan en nuestra vida despierta; pero es un proceso somático que se desarrolla todas las noches en el aparato de la actividad anímica y tiene a su cargo una función: la de proteger a este aparato contra una excesiva tensión, o, si se nos permite cambiar de comparación, la de limpiar el alma.

Otro autor, Ives Delage, apoya su teoría en estos mismos caracteres del sueño, que se hacen patentes en la selección del material onírico, siendo muy instructivo observar cómo por una ligera diferencia en la comprensión de un mismo objeto se llega a un resultado final de muy distinto alcance.

Delage comenzó por observar en sí propio, con ocasión de la muerte de una persona querida, que no soñamos con aquello que durante el día ha ocupado nuestro pensamiento, o únicamente soñamos con ello cuando empieza a desvanecerse ante nuevos intereses. Sus investigaciones subsiguientes con otras personas le confirmaron la generalidad de este hecho. Una de las observaciones de este autor, que de confirmarse su general exactitud sería muy interesante, se

refiere a los sueños de los recién casados: *S'ils ont été fortement épris, presque jamais ils non rêvé l'un de l'autre avant le mariage ou pendant la lune de miel; et s'ils ont rêvé d'amour c'est pour être infidèles avec quelque personne indifférente ou odieuse*. Pero, entonces, ¿con qué soñamos? Delage reconoce el material que aparece en nuestros sueños como compuesto de fragmentos y restos de impresiones de los últimos días y de un pretérito más lejano. Todo lo que en nuestros sueños emerge y nos inclinamos a considerar al principio como creación de la vida onírica se nos demuestra, en un más detenido examen, como reproducción ignorada o *souvenir inconscient*. Pero este material de representaciones muestra un carácter común: el de proceder de impresiones que han herido más nuestros sentidos que nuestro espíritu, o de aquellas otras que sólo un brevísimo instante consiguieron retener nuestra atención.

En esencia, son éstas las dos mismas categorías de impresiones —las secundarias y las no terminadas— que Robert establece; pero Delage orienta diferentemente su ruta mental, opinando que tales impresiones no devienen susceptibles de crear un sueño por ser indiferentes, sino por no haber sido agotadas. También las impresiones secundarias se hallan hasta cierto punto inagotadas, y son también por su naturaleza de nuevas impresiones, *autant de ressorts tendus*, que se distenderán durante el sueño. Una impresión intensa, intencionadamente rechazada o cuya elaboración haya quedado detenida casualmente, tendrá mucho más derecho a desempeñar un papel en el sueño que otra más débil y casi inadvertida. La energía psíquica almacenada durante el día a consecuencia de la represión, deviene por la noche el resorte del sueño. En éste se exterioriza lo psíquico reprimido^[283].

Desgraciadamente, las deducciones de Delage se interrumpen al llegar a este punto, y así no puede asignar en el sueño a una actividad psíquica independiente sino el más insignificante papel. Con esto queda agregada su concepción del fenómeno onírico a la teoría dominante del reposo parcial del cerebro: *En somme, le rêve est le produit de la pensée errante, sans but et sans direction, se fixant successivement sur les souvenirs, qui ont gardé assez d'intensité pour se placer sur sa route et l'arrêter au passage, établissant entre eux un lien tantôt faible et indécis tantôt plus fort et plus serré selon que l'activité actuelle du cerveau est plus ou moins abolie par le sommeil*.

3.º En un tercer grupo podemos reunir aquellas teorías que adscriben al alma soñadora la facultad de realizar determinadas funciones psíquicas que la vigilia

no puede llevar a cabo o sólo muy incompletamente. Del empleo de estas facultades es deducida, por lo general, una función útil del sueño. A este grupo de teorías pertenecen en su mayoría las desarrolladas por los viejos autores psicológicos, teorías que creo innecesario exponer aquí detalladamente. Me limitaré, pues, a mencionar la observación de Burdach de que el sueño «es aquella actividad natural del alma que no se halla limitada por el poder de la individualidad y no es perturbada por una conciencia de sí misma ni dirigida por autodeterminación. sino que constituye la vitalidad contingente del punto central sensible» (página 436).

Burdach y otros autores se representan indudablemente este libre uso de las fuerzas propias como un estado en el que el alma se repone y acumula nuevas energías para la labor diurna; esto es, como una especie de vacaciones psíquicas. No es, por tanto, de extrañar que el primero cite y adopte en su obra las amables palabras con que el poeta Novalis ensalza la labor del sueño: «Los sueños nos protegen contra la monotonía y la vulgaridad de la existencia. En ellos descansa y se recrea nuestra encadenada fantasía, mezclando sin orden ni concierto todas las imágenes de la vida e interrumpiendo, con su alegre juego infantil, la continua seriedad del hombre adulto. Sin nuestros sueños, envejeceríamos antes. Habremos, pues, de ver en ellos, ya que no un don directo de los cielos, una encantadora facultad y una amable compañía en nuestra peregrinación hacia el sepulcro».

Purkinje (pág. 456) acentúa aún más intensamente la actividad tónica y curativa del sueño: «Los sueños productivos facilitarían especialmente estas funciones... Son ligeros juegos de la imaginación, exentos de todo enlace con los sucesos del día. El alma no quiere mantener las tensiones de la vida despierta, sino, por el contrario, suprimirlas y reponerse de ellas. Con este objeto crea estados contrarios a los de la vigilia. Cura la tristeza con la alegría, los cuidados con esperanzas e imágenes serenas y entretenidas, el odio con el amor y la cordialidad, el temor con el valor y la confianza; suprime las dudas, sustituyéndolas por el convencimiento y la fe, y nos presenta cumplido aquello que nos parecía esperar o desear en vano. El reposo cura muchas heridas que la vigilia mantenía constantemente abiertas, cerrándolas o preservándolas de nuevas excitaciones. En este hecho reposa en parte el efecto curativo que el tiempo ejerce sobre nuestros dolores. Todos sentimos que el reposo constituye un beneficio para la vida anímica, y la conciencia popular no se deja arrebatar el oscuro presentimiento de que los sueños son uno de los caminos por los que el

reposo prodiga su acción bienhechora».

La tentativa más original y de mayor alcance realizada para explicar el sueño como una especial actividad del alma, que sólo en el estado de reposo puede desarrollarse libremente, ha sido la emprendida por Schemer en 1861. El libro de este autor, escrito en un estilo turbio y ampuloso y pleno de un tan cálido entusiasmo por la materia, que si no logra arrastrar consigo al lector tiene necesariamente que disgustarle, ofrece tan grandes dificultades a un análisis que preferimos limitarnos a transcribir aquí las claras y sintéticas palabras en que Volkelt condensa la teoría en él desarrollada: «Del oscuro conglomerado místico, ampuloso y magnífico, irradia una apariencia de sentido llena de presentimientos, pero que no nos aclara los caminos mentales del autor». Los mismos partidarios de Schemer comparten este juicio de su obra.

Schemer no pertenece a aquellos autores que hacen continuar al alma en el sueño el ejercicio intacto de todas sus facultades. Expone, en efecto, cómo en el fenómeno onírico queda enervada la centralidad, la energía espontánea del yo; cómo a consecuencia de esta descentralización quedan transformados el conocer, el sentir, el querer y el representar, y cómo el residuo de estas fuerzas anímicas no posee un verdadero carácter espiritual, sino únicamente el de un mecanismo. Pero, en compensación, aquella actividad del alma a la que hemos de dar el nombre de *fantasía* se eleva en el sueño, libre de todo dominio de la razón, y con ello de toda norma, a un ilimitado imperio. Toma ciertamente sus materiales de la memoria de la vida despierta, pero construye con ellos algo en absoluto diferente a las formaciones de la vigilia, y se muestra en el sueño no solamente *reproductiva*, sino *productiva*. Sus peculiaridades prestan a la vida onírica sus especiales caracteres. Muestra una predilección por lo *desmesurado*, *exagerado* y *monstruoso*; pero al mismo tiempo adquiere, por su emancipación de las categorías mentales contrarias, una mayor agilidad y flexibilidad y se revela finalmente sensible a los más sutiles estímulos psíquicos que determinan nuestro estado de ánimo y a los efectos agitadores, transformando instantáneamente la vida interior en imágenes plásticas exteriores. La fantasía onírica carece de *lenguaje abstracto*; tiene que representar plásticamente aquello que quiere expresar, y dado que de este modo no pueden los conceptos ejercer una acción debilitante, crea imágenes de intensa y plena plasticidad. Resulta así que su lenguaje, por claro que sea, deviene ampuloso, pesado y torpe. La impresión de que además adolece depende especialmente de la peculiar repugnancia de la fantasía onírica a expresar un objeto por la imagen correspondiente, y de su

preferencia a escoger otra imagen distinta, en tanto en cuanto le es factible expresar por medio de la misma aquella parte, estado o situación que del objeto le interesa exclusivamente representar. Ésta es la *actividad simbólica* de la fantasía. Muy importante también es el hecho de que la fantasía onírica no copia los objetos en su absoluta totalidad, sino tan sólo su contorno, aun éste con la mayor libertad. Sus creaciones plásticas muestran de este modo algo de inspiración genial. Pero, además, la fantasía onírica no se limita a esta mera reproducción del objeto, sino que se ve interiormente obligada a enlazar con él, más o menos estrechamente, el yo onírico, y crear en esta forma una acción. Así, el sueño provocado por un estímulo visual nos hace ver, tiradas por la calle, relucientes monedas de oro que vamos recogiendo alegremente.

El material al que la fantasía onírica aplica su actividad artística es, sobre todo, según Schemer, el de los estímulos orgánicos, tan oscuros durante el día. Resulta, pues, que la teoría, en exceso fantástica, de Schemer, y la quizá demasiado tímida de Wundt y otros fisiólogos —totalmente opuestas, en general—, vienen a coincidir por completo en lo referente a las fuentes y los estímulos del sueño. Pero según la teoría fisiológica, la reacción anímica a los estímulos somáticos internos se limita a la evocación de representaciones a ellos adecuadas, las cuales llaman luego a otras en su auxilio por medio de la asociación, pareciendo quedar terminada con esta fase la serie de los procesos psíquicos del sueño; y, en cambio, según Schemer, los estímulos somáticos no proporcionan al alma sino un material que la misma puede poner al servicio de sus propósitos fantásticos; la formación de los sueños no empieza para Schemer sino precisamente en el punto en que se agota a los ojos de los demás.

No puede, de todas maneras, considerarse congruente lo que la fantasía onírica realiza con los estímulos somáticos. Se permite en ellos un juego burlón, representándose, por medio de un símbolo plástico cualquiera, la fuente orgánica de la que proceden en cada caso los estímulos. Schemer llega incluso a opinar, sin que en ello le sigan Volkelt y otros, que la fantasía onírica posee una determinada representación favorita para la totalidad de nuestro organismo: la casa. Mas, para dicha de sus representaciones, no parece permanecer constante y obligadamente ligada a esta única imagen. Por el contrario, puede emplear series enteras de casas para designar un solo órgano. Así, largas calles para el estímulo intestinal. Otras veces quedan representadas partes del cuerpo por detalles aislados de una casa. Así, en el sueño provocado por el dolor de cabeza, queda ésta representada por el techo de una habitación que el sujeto ve cubierto de

repugnantes arañas semejantes a sapos.

Fuera del simbolismo de la casa, son empleados otros objetos para representar la parte del cuerpo de la que emana el estímulo onírico. «El pulmón y su función anatómica encuentra su símbolo en la estufa encendida y la corriente de aire que en ella se establece; el corazón, en cajones o cestos vacíos, y la vejiga, en objetos redondos en forma de bolsa o sencillamente cóncavos.

»El sueño provocado por un estímulo emanado de los genitales masculinos hace encontrar al sujeto en la calle la boquilla de un clarinete o de una pipa, o también una piel. Los dos primeros objetos evocan aproximadamente la forma del sexo masculino, y el último el vello del pubis. En las mujeres queda representada oníricamente la región pubiana por un angosto patio, y la vagina, por un estrecho sendero, blando y resbaladizo, que los atraviesa y por el que tiene que pasar la sujeto del sueño para llevar, por ejemplo, una carta dirigida a un hombre». (Volkelt, pág. 39.) Muy importante es la circunstancia de que al final de un tal sueño de estímulo somático se desenmascara, por decirlo así, la fantasía onírica, presentando en su forma real el órgano estimulador o su función. Así, el sueño provocado por un estímulo dental termina casi siempre con la caída o extracción de una muela o un diente que el sujeto mismo saca de su boca.

Pero la fantasía onírica no dirige exclusivamente su atención a la forma del órgano estimulador, sino que puede tomar asimismo la sustancia en él contenida como objeto de la simbolización. Así, el sueño de estímulo intestinal hace andar al sujeto por calles cubiertas de excrementos, y el de estímulo vesical le conduce junto a una rápida corriente de agua. El sueño puede representar simbólicamente el estímulo como tal, la naturaleza de la excitación producida y el objeto al que tiende, o bien hace entrar al yo onírico en una relación concreta con las simbolizaciones del estado mismo por el que atraviesa. Así sucede cuando, en los sueños provocados por un dolor, luchamos desesperadamente con perros o toros que nos acometen, o cuando en el sueño femenino de estímulo sexual, se ve perseguida la durmiente por un hombre desnudo. Aparte de la enorme variedad de la representación, hallamos en todo sueño, como fuerza central, una actividad simbolizante de la fantasía. Volkelt intentó después penetrar en el carácter de esta fantasía y señalar a la actividad psíquica así reconocida un puesto concreto en un sistema filosófico. Pero su obra, muy bella y escrita con cálido entusiasmo, resulta difícil de comprender para aquéllos a quienes una previa preparación no ha habituado a desentrañar lo que en realidad oscuramente

presentada existe en los abstractos esquemas filosóficos.

La actividad de la fantasía simbolizante no es enlazada por Schemer a una función útil del sueño. El alma juega soñando con los estímulos que se le ofrecen. Pudiera incluso llegarse a suponer que juega caprichosamente con ellos. Mas también pudiera preguntárenos si nuestro detenido examen de la teoría onírica de Schemer, tan arbitraria como opuesta a todas las normas de la investigación, puede resultar de algún provecho. A esto responderíamos que nos parece injusto rechazarla sin formación de causa, pues se halla basada en las impresiones que los sueños dejaron a un concienzudo y minucioso observador, dotado de una gran capacidad para desentrañar oscuros problemas anímicos. Trata, además, de un objeto que durante muchos siglos ha sido considerado por los hombres como un enigma de amplio contenido y múltiples ramificaciones, enigma a cuyo esclarecimiento no ha contribuido la ciencia sino intentando negarle —en completa contradicción con el sentimiento popular— todo contenido e importancia. Por último, queremos declarar honradamente que no parece fácil huir de lo fantástico en la explicación de los sueños, y ya conocemos casos en los que se llega a fantasear incluso sobre las células ganglionares. El pasaje antes citado, de un investigador tan exacto y concienzudo como Binz, en el que se describe cómo la aurora del despertar va extendiéndose paulatinamente por los dormidos grupos de células de la corteza cerebral, no es menos fantástico ni menos inverosímil que las tentativas de explicación de Schemer. Con respecto a éstas, espero poder demostrar que entrañan algo real, aunque sólo haya sido muy imprecisamente visto y no posea el carácter de generalidad al que debe aspirar una teoría de los sueños. Por lo pronto, la teoría de Schemer nos señala, mostrándose en total contraposición a la teoría médica, los extremos entre los que oscila aún hoy en día el esclarecimiento de la vida onírica.

h) Relaciones entre el sueño y las enfermedades mentales.

Aquellos que hablan de las relaciones del sueño con las perturbaciones mentales pueden referirse a tres cosas: 1.^a A relaciones etiológicas y clínicas, cuando un sueño representa o inicia un estado psicótico o queda como residuo del mismo; 2.^a A las transformaciones que la vida onírica sufre en los casos de enfermedad mental; y 3.^a A relaciones internas entre el sueño y la psicosis; esto es, a analogías reveladoras de una afinidad esencial. Estas diversas relaciones entre ambas series de fenómenos han constituido en épocas anteriores de la Medicina —y vuelven a constituirlo actualmente— un tema favorito de los

autores médicos, como puede verse en la literatura reunida por Spitta, Radestock, Maury y Tissié^[284]. Recientemente se ha ocupado de ellas Sante de Sanctis. Mas para los fines de nuestra exposición nos bastará con rozar esta importante materia.

Con respecto a las relaciones clínicas y etiológicas entre el sueño y la psicosis, quiero comunicar aquí, a título de paradigmas, las siguientes observaciones: Hohnbaum (citado por Krauss) manifiesta haber comprobado que la primera manifestación de la demencia había sido consecutiva en muchos casos a un sueño angustioso y terrible, con el que se mostraba relacionada la idea predominante de la perturbación. Sante de Sanctis publica análogas observaciones con respecto a los paranoicos y declara en alguna de ellas al sueño como la *vraie cause déterminât de la folie*. La psicosis puede surgir de una vez con el sueño causal que entraña la idea delirante o puede desarrollarse poco a poco por una serie de sueños a los que aún opone el sujeto un estado de duda. En uno de los casos citados por de Sanctis subsiguieron al sueño inicial leves ataques histéricos y más tarde un estado melancólico-angustioso. Feré (citado por Tissié) comunica un sueño que tuvo por consecuencia una parálisis histérica. En estas observaciones se nos presenta al sueño como etiología de la perturbación mental, aunque con igual razón podría deducirse de ellas que la perturbación mental se exteriorizó por vez primera en la vida onírica, manifestándose en el sueño. En otros ejemplos contiene la vida onírica los síntomas patológicos o permanece limitada a ella la psicosis. Así, Thomayer llama la atención sobre determinados sueños de angustia, que deben ser considerados como equivalentes de ataques epilépticos. Allison ha descrito casos de locura nocturna (*nocturnal insanity*), en los que individuos aparentemente sanos durante el día padecen durante la noche alucinaciones, ataques furiosos, etc. Análogas observaciones hallamos en Sante de Sanctis (equivalente onírico paranoico en un alcohólico, voces que acusan a la mujer de infidelidad) y en Tissié. Este último comunica una serie de casos en los que de un sueño se derivaron actos de carácter patológico (presunciones delirantes, impulsos obsesivos). Guislain describe un caso en el que el reposo era sustituido por una locura intermitente.

No cabe duda de que ha de llegar un día en que, junto a la psicología de los sueños, ocupará a los médicos una psicopatología de los mismos.

En los casos de curación de una enfermedad mental se revela con especial

claridad el hecho singular de que siendo completamente normal la función diurna, puede perdurar aún la psicosis en la vida onírica. Según Krauss, fue Gregory quien primero hizo notar esta circunstancia. Macario (citado por Tissié) cuenta de un maníaco que revivió en sueños, una semana después de su curación la fuga de ideas y los apasionados impulsos de su enfermedad.

Sobre las transformaciones que la vida onírica experimenta en las psicosis duraderas no se han emprendido hasta el momento sino muy escasas investigaciones. En cambio, la íntima afinidad entre el sueño y la perturbación mental que se revela en la amplia coincidencia de los fenómenos respectivos ha sido estudiada desde muy temprano. Después de Maury, trató de ella Cabanis en sus *Rapports du physique et du moral*, y tras él, Lélut, J. Moreau y muy especialmente el filósofo Maine de Biran. Pero la idea de establecer una comparación entre ambos estados es, seguramente, más antigua. En el capítulo que dedica a este paralelo incluye Radestock una serie de citas, en las que se señalan las analogías entre el sueño y la locura. Kant dice que «el loco es un sujeto que sueña despierto», y Krauss define la locura como «un sueño dentro de la vigilia de los sentidos». Schopenhauer escribe que el sueño es una demencia corta, y la demencia, un sueño largo. Hagen define el delirio como una vida onírica no producida por el reposo, sino por la enfermedad, y Wundt escribe en la *Fisiología psicológica*: «En realidad podemos vivir en sueños todos aquellos fenómenos que en los manicomios nos es dado observar».

Spitta enumera las coincidencias en las que se basa esta comparación en la forma siguiente, muy análoga a la de Maury: «1.^a Supresión o retraso de la autoconciencia y, por tanto, desconocimiento del estado como tal; así, pues, imposibilidad de experimentar asombro y falta de conciencia moral; 2.^a Percepción modificada de los órganos sensoriales: disminuida en el sueño y muy elevada, en general, en la locura; 3.^a Enlace de las representaciones entre sí, exclusivamente conforme a las leyes de la asociación y la reproducción; así, pues, formación automática de series y, por tanto, desproporción de las relaciones entre las representaciones (exageraciones, fantasmas), y como resultado de todo esto: 4.^a Modificación e incluso subversión de la personalidad y a veces de las peculiaridades del carácter (perversiones)».

Radestock agrega aún algunas analogías con relación al material: «Las alucinaciones e ilusiones son en su mayoría visuales o acústicas. En cambio, los sentidos del olfato y del gusto son, como en los sueños, los que menos elementos

proporcionan. En el enfermo febril surgen con el delirio, como en el sujeto de un sueño, recuerdos de un pretérito muy lejano. El durmiente y el enfermo recuerdan cosas que el despierto y el sano parecían haber olvidado». La analogía entre el sueño y la psicosis adquiere su valor total cuando observamos que, como el parecido de familia, se extiende a los gestos y hasta a determinadas singularidades de la expresión fisonómica.

«El sueño concede al sujeto atormentado por sufrimientos físicos y morales aquello que la realidad le negaba —bienestar y dicha—, y del mismo modo surgen en los enfermos mentales las más rientes imágenes de felicidad, poderío, riqueza y suntuosidad. El contenido principal del delirio se halla constituido muchas veces por la imaginada posesión de bienes o realización de deseos, cuya pérdida, ausencia o negación en la realidad nos dan la razón psíquica de la locura, La madre que ha perdido un hijo querido vuelve a vivir, en su delirio, todas las alegrías maternas; el que ha experimentado pérdidas económicas se cree extraordinariamente rico, y la joven engañada se ve amada con infinita ternura».

Este pasaje de Radestock es la síntesis de una sutil exposición de Griesinger (pág. 111), que descubre con toda claridad la *realización de deseos* como un carácter de la representación, común al sueño y a la psicosis. Mis propias investigaciones me han mostrado que en esta hipótesis puede hallarse la clave de una teoría psicológica del sueño y de la psicosis.

«El sueño y la locura se caracterizan principalmente por el barroquismo de las asociaciones y la debilidad del juicio». En ambos fenómenos hallamos una *exagerada estimación* de rendimientos anímicos propios, que nuestro juicio normal considera insensatos; a la *rápida sucesión* de las representaciones oníricas corresponde la *fuga de ideas* de la psicosis. En ambas falta toda *medida de tiempo*. La *disociación que la personalidad* experimenta en la vida onírica, y que, por ejemplo, distribuye el conocimiento del sujeto entre su yo onírico y otra persona ajena, a la cual rectifica en el sueño al primero, es por completo equivalente a la conocida división de la personalidad en la paranoia alucinatoria; el sujeto del sueño oye también sus propios pensamientos, expresados por voces ajenas. Incluso para las ideas delirantes fijas se encuentra una analogía en los sueños patológicos de retorno periódico (*rêve obsédant*). Los enfermos curados de un delirio suelen manifestar que todo el período de su dolencia se les aparece como un sueño, a veces nada desagradable, e incluso que aun durante la enfermedad misma sospecharon, en ocasiones, hallarse soñando, como con gran

frecuencia sucede al durmiente.

Después de todo esto no es de extrañar que Radestock concrete su opinión y la de otros muchos autores manifestando que «la locura, anormal fenómeno patológico, debe ser considerada como una intensificación periódica del estado onírico normal» (pág. 228).

En la etiología, o mejor aún, en las fuentes de excitación, ha intentado fundar Krauss, quizá más íntimamente de lo que la analogía de los fenómenos perceptibles al exterior lo permite, la afinidad entre el sueño y la locura. El elemento fundamental común es, según él, la *sensación orgánicamente condicionada*, esto es, la sensación de los estímulos somáticos o sensación orgánica general, constituida por aportaciones de todos los órganos (cf. Peisse, citado por Maury, pág. 52).

La coincidencia entre el sueño y la perturbación mental, indiscutible y que se extiende hasta detalles característicos, es uno de los más firmes sostenes de la teoría médica en la vida onírica, según la cual el sueño no es sino un proceso inútil y perturbador y la manifestación de una actividad anímica deprimida. Sin embargo, no habremos de esperar que las perturbaciones mentales nos procuren la explicación definitiva de los sueños, pues nuestro conocimiento de dichas perturbaciones es aún muy poco satisfactorio. En cambio, es muy verosímil que una nueva concepción de la vida onírica influya en nuestras opiniones sobre el mecanismo interno de las perturbaciones mentales, y de este modo podemos afirmar que al esforzarnos en esclarecer el enigma de los sueños laboramos también en el esclarecimiento de las psicosis.

APÉNDICE DE 1909.

Creo necesario justificar por qué no he continuado mi exposición de la literatura existente sobre los sueños con la publicada en el período transcurrido desde la primera edición de la presente obra hasta el momento actual. Ignoro si las razones que para justificar tal omisión puedo aducir parecerán suficientes al lector; pero lo cierto es que fueron las que determinaron mi conducta. Con la introducción que precede quedaban plenamente cumplidos los propósitos que me llevaron a iniciar mi estudio con una exposición de la literatura onírica, y la prosecución de este trabajo hubiera exigido una larga y penosa labor, no compensada por utilidad ninguna real. En efecto: durante los nueve años

transcurridos a partir de la primera edición de mi libro no ha surgido ningún punto de vista que haya traído consigo algo nuevo o valioso para la concepción de los sueños. Mi trabajo no ha sido siquiera citado en la mayoría de las publicaciones posteriores, y, naturalmente, donde menos interés ha despertado ha sido entre los investigadores especializados en estas materias, los cuales han dado un brillante ejemplo de la repugnancia propia de los hombres de ciencia a aprender algo nuevo. *Les savants ne sont pas curieux*, ha dicho Anatole France, el fino ironista. Así, pues, si en la Ciencia hay un derecho a la venganza, estaría justificado que a mi vez despreciara la literatura aparecida después de mi libro. Por otro lado, los pocos críticos que en los periódicos científicos se han ocupado de mi obra han revelado tanta incompreensión, que no les puedo contestar sino invitándolos a leerla de nuevo; o, mejor, simplemente a leerla.

En los trabajos de aquellos médicos que se han decidido a emplear la terapéutica psicoanalítica, y en otros autores, han sido publicados e interpretados conforme a mi procedimiento muchos sueños. Al revisar la presente edición he incorporado a los capítulos correspondientes aquello que en tales trabajos iba más allá de una simple confirmación de mis observaciones. Por último, un índice bibliográfico, que al final incluyo, contiene las publicaciones más interesantes aparecidas con posterioridad a la edición primitiva. La extensa obra de Sante de Sanctis sobre los sueños, traducida al alemán poco después de su aparición, vio la luz casi al mismo tiempo que mi *Interpretación de los sueños*; de manera que ni yo pude tener noticia anterior de ella ni tampoco el autor italiano de la mía. Desgraciadamente, el aplicado trabajo de Sante de Sanctis es tan pobre en ideas, que no deja siquiera sospechar la posibilidad de los problemas por mí tratados.

No puedo mencionar sino dos obras, en las que el problema de los sueños aparece tratado en forma análoga a la mía. Un filósofo contemporáneo, H. Swoboda, que ha emprendido la labor de extender a lo psíquico la periodicidad biológica en series de veintitrés a veintiocho días), descubierta por W. Fliess, ha intentado resolver con esta clave, entre otros enigmas, el de los sueños, en un escrito de amplia fantasía^[285]. Pero asigna al fenómeno onírico una importancia menor de la que posee, explicando su contenido por la reunión de todos aquellos recuerdos que en la noche correspondiente completan por primera o enésima vez uno de los períodos biológicos. Una comunicación personal del autor me hizo suponer al principio que él mismo no trataba de defender seriamente esta teoría. Pero parece que me he equivocado al deducir tal conclusión. Mucho más

satisfactorio para mí fue el hallazgo casual, en un lugar totalmente inesperado, de una concepción de los sueños cuyo nódulo coincidía en absoluto con el de mi teoría. Descartada por medio de una simple comparación de fecha toda posibilidad de una influencia ejercida por la lectura de mi obra, debo reconocer aquí el único caso de coincidencia de un pensador independiente con la esencia de mi teoría de los sueños. El libro en el que se halla esta concepción de la vida onírica se publicó en segunda edición en 1900 y ostenta el título de *Fantasías de un realista*, y lleva la firma de Lynkeus^[286].

APÉNDICE DE 1914.

La justificación que antecede fue descrita en 1909. Desde esta fecha han variado mucho las cosas. Mi aportación a la interpretación de los sueños no es omitida ya en los nuevos trabajos sobre esta materia. Pero la nueva situación me hace imposible continuar la información precedente. La *Interpretación de los sueños* ha hecho surgir toda una serie de nuevos problemas y afirmaciones, que han sido muy diversamente discutidos, y, como es lógico, no puedo analizar los trabajos de esta índole hasta haber desarrollado aquéllas de mis opiniones a que los autores se refieren. De lo que en esta literatura me ha parecido más valioso trato en los capítulos de la presente edición.

CAPÍTULO II

EL MÉTODO DE LA INTERPRETACIÓN ONÍRICA

EJEMPLO DEL ANÁLISIS DE UN SUEÑO

EL título dado a la presente obra revela ya a qué concepción de la vida onírica intenta incorporarse. Me he propuesto demostrar que los sueños son susceptibles de interpretación, y mi estudio tenderá, con exclusión de todo otro propósito, hacia este fin, aunque claro está que en el curso de mi labor podrán surgir accesoriamente interesantes aportaciones al esclarecimiento de los problemas oníricos señalados en el capítulo anterior. La hipótesis de que los sueños son interpretables me sitúa ya enfrente de la teoría onírica dominante e incluso de todas las desarrolladas hasta el día, excepción hecha de la de Scherner, pues «interpretar un sueño» quiere decir indicar su «sentido», o sea, sustituirlo por algo que pueda incluirse en la concatenación de nuestros actos psíquicos como un factor de importancia y valor equivalentes a los demás que la integran. Pero, como ya hemos visto, las teorías científicas no dejan lugar alguno al planteamiento de este problema de la interpretación de los sueños, no viendo en ellos un acto anímico, sino un proceso puramente somático, cuyo desarrollo se exterioriza en el aparato psíquico por medio de determinados signos. En cambio, la opinión profana se ha manifestado siempre en un sentido opuesto. Haciendo uso de su perfecto derecho a la inconsecuencia, no puede resolverse a negar a los sueños toda significación, aunque reconoce que son incomprensibles y absurdos, y, guiada por un oscuro presentimiento, se inclina a aceptar que poseen un sentido, si bien oculto, a título de substitutivos de un diferente proceso

mental. De este modo todo quedaría reducido a desentrañar acertadamente la sustitución y penetrar así hasta el significado oculto.

En consecuencia, la opinión profana se ha preocupado siempre de «interpretar» los sueños, intentándolo por dos procedimientos esencialmente distintos. El primero toma el contenido de cada sueño en su totalidad y procura sustituirlo por otro contenido, comprensible y análogo en ciertos aspectos. Es ésta la interpretación *simbólica* de los sueños, que, naturalmente, fracasa en todos aquellos que a más de incomprensibles se muestran embrollados y confusos. La historia bíblica nos da un ejemplo de este procedimiento en la interpretación dada por José al sueño del Faraón. Las siete vacas gordas, sucedidas por otras siete flacas, que devoraban a las primeras, constituye una sustitución simbólica de la predicción de siete años de hambre, que habrían de consumir la abundancia que otros siete de prósperas cosechas produjeran en Egipto. La mayoría de los sueños artificiales creados por los poetas se hallan destinados a una tal interpretación, pues reproducen el pensamiento concebido por el autor bajo un disfraz, correspondiente a los caracteres que de los sueños nos son conocidos por experiencia personal^[287]. Un resto de la antigua creencia en la significación profética de los sueños perdura aún en la opinión popular de que se refieren principalmente al porvenir, anticipando su contenido, y de este modo el sentido descubierto por medio de la interpretación simbólica es generalmente transferido a un futuro más o menos lejano.

Naturalmente, no es posible indicar norma alguna para llevar a cabo una tal interpretación simbólica. Esta depende tan sólo del ingenio y de la inmediata intuición del interpretador; razón por la cual pudo elevarse la interpretación por medio de símbolos a la categoría de arte, para el que se precisaba una especial aptitud^[288]. En cambio, el segundo de los métodos populares, a que antes aludimos, se mantiene muy lejos de semejantes aspiraciones. Pudiéramos calificarlo de *método descifrador*, pues considera el sueño como una especie de escritura secreta, en la que cada signo puede ser sustituido, mediante una clave prefijada, por otro de significación conocida. Si, por ejemplo, hemos soñado con una «carta» y luego con un «entierro», y consultamos una de las popularísimas «claves de los sueños», hallaremos que debemos sustituir «carta» por «disgusto» y «entierro» por «esponsales». A nuestro arbitrio queda después construir con las réplicas halladas un todo coherente, que habremos también de transferir al futuro. En el libro de Artemidoro de Dalcis^[289], sobre la interpretación de los

sueños, hallamos una curiosa variante de este «método descifrador» que corrige en cierto modo su carácter de mera traducción mecánica. Consiste tal variante en atender no sólo el contenido del sueño, sino a la personalidad y circunstancias del sujeto; de manera que el mismo elemento onírico tendrá para el rico, el casado o el orador diferente significación que para el pobre, el soltero, o por ejemplo, el comerciante. Lo esencial de este procedimiento es que la labor de interpretación no recae sobre la totalidad del sueño, sino separadamente sobre cada uno de los componentes de su contenido, como si el sueño fuese un conglomerado, en el que cada fragmento exigiera una especial determinación. Los sueños incoherentes y confusos son con seguridad los que han incitado a la creación del método descifrador^[290].

De la imposibilidad de utilizar cualquiera de los dos métodos populares reseñados en un estudio científico de la interpretación de los sueños, no cabe dudar un solo instante. El método simbólico es de aplicación limitada y nada susceptible de una exposición general. En el «descifrador» dependería todo de que pudiésemos dar crédito a la «clave» o «libro de los sueños», cosa para la que carecemos de toda garantía. Así, pues, parece que deberemos inclinarnos a dar la razón a los filósofos y psiquiatras y a prescindir con ellos del problema de la interpretación onírica, considerándolo como puramente imaginario y ficticio^[291].

Mas por mi parte he llegado a un mejor conocimiento. Me he visto obligado a reconocer que se trata nuevamente de uno de aquellos casos, nada raros, en los que una antiquísima creencia popular, hondamente arraigada, parece hallarse más próxima a la verdad objetiva que los juicios de la ciencia moderna. Debo, pues, afirmar que los sueños poseen realmente un significado, y que existe un procedimiento científico de interpretación onírica, a cuyo descubrimiento me ha conducido el proceso que sigue:

Desde hace muchos años me vengo ocupando, guiado por intenciones terapéuticas, de la solución de ciertos productos psicopatológicos, tales como las fobias histéricas, las representaciones obsesivas, etc. A esta labor hubo de incitarme la importante comunicación de J. Breuer de que la solución de estos productos, sentidos como síntomas patológicos, equivale a su supresión^[292]. En el momento en que conseguimos referir una de las tales representaciones patológicas a los elementos que provocaron su emergencia en la vida anímica del enfermo logramos hacerla desaparecer, quedando el sujeto libre de ella. Dada la impotencia de nuestros restantes esfuerzos terapéuticos, y ante el enigma de

estos estados, me pareció atractivo continuar el camino iniciado por Breuer hasta llegar a un completo esclarecimiento, no obstante, las grandes dificultades que a ello se oponían. En otro lugar expondré detalladamente cómo la técnica del procedimiento fue perfeccionándose hasta su forma actual, y cuáles han sido los resultados de mi labor. La interpretación de los sueños surgió en el curso de estos trabajos psicoanalíticos. Mis pacientes, a los que comprometía a referirme todo lo que con respecto a un tema dado se les ocurriera, me relataban también sus sueños, y hube de comprobar que un sueño puede hallarse incluido en la concatenación psíquica, que puede perseguirse retrocediendo en la memoria del sujeto a partir de la idea patológica. De aquí a considerar los sueños como síntomas patológicos y aplicarles el método de interpretación para ellos establecido no había más que un paso.

La realización de esta labor exige cierta preparación psíquica del enfermo. Dos cosas perseguimos en él: una intensificación de su atención sobre sus percepciones psíquicas y una exclusión de la crítica, con la que acostumbra seleccionar las ideas que en él emergen. Para facilitarle concentrar toda su atención en la labor de autoobservación es conveniente hacerle cerrar los ojos y adoptar una postura descansada. El renunciamiento a la crítica de los productos mentales percibidos habremos de imponérselo expresamente. Le diremos, por tanto, que el éxito del psicoanálisis depende de que respete y comunique todo lo que atraviese su pensamiento y no se deje llevar a retener unas ocurrencias por creerlas insignificantes o faltas de conexión con el tema dado, y otras, por parecerle absurdas o desatinadas. Habrá de mantenerse en una perfecta imparcialidad con respecto a sus ocurrencias, pues la crítica que sobre las mismas se halla habituado a ejercer es precisamente lo que le ha impedido hasta el momento hallar la buscada solución del sueño, de la idea obsesiva, etc.

En mis trabajos psicoanalíticos he observado que la disposición de ánimo del hombre que reflexiona es totalmente distinta de la del que observa sus procesos psíquicos. En la reflexión entra más intensamente en juego una acción psíquica que en la más atenta autoobservación; diferencia que se revela en la tensión expresa la fisonomía del hombre que reflexiona, contrastando con la serenidad mímica del autoobservador. En muchos casos tiene que existir una concentración de la atención; pero el sujeto sumido en la reflexión ejerce, además, una crítica, a consecuencia de la cual rechaza una parte de las ocurrencias emergentes después de percibirlas, interrumpe otras en el acto, negándose a seguir los caminos que abren a su pensamiento, y reprime otras antes que hayan llegado a

la percepción, no dejándolas devenir conscientes. En cambio, el auto-observador no tiene que realizar más esfuerzo que el de reprimir la crítica, y si lo consigue acudirá a su conciencia una infinidad de ocurrencias, que de otro modo hubieran permanecido inaprehensibles. Con ayuda de estos nuevos materiales, conseguidos por su autopercepción, se nos hace posible llevar a cabo la interpretación de las ideas patológicas y de los productos oníricos. Como vemos, se trata de provocar un estado que tiene de común con el de adormecimiento anterior al reposo —y seguramente también con el hipnótico— una cierta analogía en la distribución de la energía psíquica (de la atención móvil). En el estado de adormecimiento surgen las «representaciones involuntarias» por el relajamiento de una cierta acción voluntaria —y seguramente también crítica— que dejamos actuar sobre el curso de nuestras representaciones; relajamiento que solemos atribuir a la «fatiga». Estas representaciones involuntarias emergentes se transforman en imágenes visuales y acústicas. (Cf. las observaciones de Schleiermacher y otros autores, incluidas en el capítulo anterior.)^[293] En el estado que provocamos para llevar a cabo el análisis de los sueños, y de las ideas patológicas renuncia el sujeto, intencionada y voluntariamente, a aquella actividad crítica y emplea la energía psíquica ahorrada o parte de ella en la atenta persecución de los pensamientos emergentes, los cuales conservan ahora su carácter de representaciones. *De este modo se convierte a las representaciones «involuntarias» en «voluntarias».*

Para muchas personas no parece ser fácil adoptar esta disposición a las ocurrencias, «libremente emergentes» en apariencia, y renunciar a la crítica que sobre ellas ejercen en todo otro caso. Los «pensamientos involuntarios» acostumbran desencadenar una violentísima resistencia, que trata de impedirles emerger. Si hemos de dar crédito a F. Schiller, nuestro gran filósofo poeta, es también una tal disposición condición de la producción poética. En una de sus cartas a Körner, cuidadosamente estudiadas por Otto Rank, escribe Schiller, contestando a las quejas de su amigo sobre su falta de productividad: «El motivo de tus quejas reside, a mi juicio, en la coerción que tu razón ejerce sobre tus facultades imaginativas. Expresaré mi pensamiento por medio de una comparación plástica. No parece ser provechoso para la obra creadora del alma el que la razón examine demasiado penetrantemente, y en el mismo momento en que llegan ante la puerta las ideas que van acudiendo. Aisladamente considerada, puede una idea ser hartamente insignificante o aventurada, pero es posible que otra

posterior le haga adquirir importancia, o que uniéndose a otras, tan insulsas como ella, forme un conjunto nada despreciable. = La razón no podrá juzgar nada de esto si no retiene las ideas hasta poder contemplarlas unidas a las posteriormente surgidas. En los cerebros creadores sospecho que la razón ha retirado su vigilancia de las puertas de entrada; deja que las ideas se precipiten *pêle-mêle* al interior, y entonces es cuando advierte y examina el considerable montón que han formado. = Vosotros, los señores críticos, o como queráis llamaros, os avergonzáis o asustáis del desvarío propio de todo creador original, cuya mayor o menor duración distingue al artista pensador del soñador. De aquí la esterilidad de que os quejáis. Rechazáis demasiado pronto las ideas y las seleccionáis con excesiva severidad». (Carta del 1 de diciembre de 1788.)

Sin embargo, una adopción del estado de autoobservación exenta de crítica o, como describe Schiller, la «supresión de la vigilancia a las puertas de la conciencia», no es nada difícil. La mayoría de los pacientes la consiguen a la primera indicación, y yo mismo la logro perfectamente cuando en el análisis de fenómenos propios voy redactando por escrito mis ocurrencias. El montante de energía, en el que de este modo se disminuye la actividad psíquica, y con el que se puede elevar la intensidad de la autoobservación, oscila considerablemente según el tema sobre el que la atención debe recaer.

Los primeros ensayos de aplicación de este procedimiento nos enseñan que el objeto sobre el que hemos de concentrar nuestra atención no es el sueño en su totalidad, sino separadamente cada uno de los elementos de su contenido. Si a un paciente aún inexperimentado le preguntamos qué es le ocurre con respecto a un sueño, no sabrá aprehender nada en su campo de visión espiritual. Tendremos, pues, que presentarle el sueño fragmentariamente, y entonces producirá, con relación a cada elemento, una serie de ocurrencias que podremos calificar de «segundas intenciones» de aquella parte del sueño. En esta primera condición, importantísima, se aparta ya, como vemos, nuestro procedimiento de interpretación onírica del método popular, histórica y fabulosamente famoso, de la interpretación por medio del simbolismo, y se acerca, en cambio, al otro de los métodos populares, o sea, al de la «clave». Como este último constituye una interpretación *en détail* y no *en masse*, y ve en los sueños, desde un principio, algo complejo, un conglomerado de productos psíquicos.

En el curso de mis psicoanálisis de individuos neuróticos he llegado a interpretar muchos millares de sueños: pero es éste un material que no quisiera utilizar aquí para la introducción a la técnica y a la teoría de la interpretación

onírica. Aparte de la probable objeción de que se trataba de sueños de neurópatas, que no autorizaban deducción alguna sobre los del hombre normal, existe otra razón que me aconseja prescindir de dicho material. El tema sobre el que tales sueños recae es siempre, naturalmente, la enfermedad del sujeto, y de este modo habríamos de anteponer a cada análisis una extensa información preliminar y un esclarecimiento de la esencia y condiciones etiológicas de las psiconeurosis, cuestiones tan nuevas y singulares que desviarían nuestra atención de los problemas oníricos. Mi propósito es, por lo contrario, crear, con la solución de los sueños, una labor preliminar para la de los más intrincados problemas de la psicología de la neurosis. Mas si renuncio a los sueños de los neuróticos, que constituyen la parte principal del material por mí reunido, no podré ya aplicar a la parte restante un severo criterio de selección. Sólo me quedan aquellos sueños que me han sido ocasionalmente relatados por personas de mi amistad, y los que a título de paradigmas aparecen incluidos en la literatura de la vida onírica. Pero ninguno de tales sueños ha sido sometido al análisis, sin lo cual no me es posible hallar su sentido.

Mi procedimiento no es tan cómodo como el del popular método «descifrador», que traduce todo contenido onírico dado conforme a una clave fija. Por lo contrario, sé que un mismo sueño puede presentar diferentes sentidos, según quien lo sueñe o el estado individual al que se relacione. De este modo se me imponen mis propios sueños como el material de que mejor puedo hacer uso en esta exposición, pues reúne las condiciones de ser suficientemente amplio, proceder de una persona aproximadamente normal y referirse a las más diversas circunstancias de la vida diurna. Seguramente se me objetará que tales «autoanálisis» carecen de una firme garantía y que en ellos queda abierto el campo a la arbitrariedad. A mi juicio, carece esta objeción de fundamento pues se desarrolla la auto-observación en circunstancias más favorables que las que presiden a la observación de una persona ajena; pero aunque así no fuese, siempre sería lícito tratar de averiguar hasta qué punto podemos avanzar en la interpretación de los sueños por medio del autoanálisis. Muy otras son las dificultades que se oponen a tal empresa. Habréis, en efecto, de dominar enérgicas resistencias interiores: la comprensible aversión a comunicar intimidades de mi vida anímica y el temor a que los extraños las interpreten equivocadamente. Pero es preciso sobreponerse a todo esto. *Tout psychologue* —escribe Delboeuf— *est obligé de faire l'aveu même de ses faiblesses s'il croit par là jeter le jour sur quelque problème obscur*. Asimismo debo esperar que el

lector habrá de sustituir la curiosidad inicial que le inspiren las indiscreciones que me veo obligado a cometer por un interés exclusivamente orientado hacia la comprensión de los problemas psicológicos, que de este modo quedarán esclarecidos.

Escogeré, pues, uno de mis sueños y explicaré en él, prácticamente, mi procedimiento de interpretación. Cada uno de estos sueños precisa de una información preliminar. Habré de rogar al lector haga suyos, durante algún tiempo, mis intereses y penetre atentamente conmigo en los más pequeños detalles de mi vida, pues el descubrimiento del oculto sentido de los sueños exige imperiosamente una tal transferencia.

INFORMACIÓN PRELIMINAR.— A principios del verano de 1895 sometí al tratamiento psicoanalítico a una señora joven, a la que tanto yo como todos los míos profesábamos una cariñosa amistad. La mezcla de esta relación amistosa con la profesional constituye siempre para el médico —y mucho más para el psicoterapeuta— un inagotable venero de inquietudes. Su interés personal aumenta y, en cambio, disminuye su autoridad. Un fracaso puede enfriar la antigua amistad que le une a los familiares del enfermo. En este caso terminó la cura con un éxito parcial: la paciente quedó libre de su angustia histérica, pero no de todos sus síntomas somáticos. No me hallaba yo por aquel entonces completamente seguro del criterio que debía seguirse para dar un fin definitivo al tratamiento de una histeria, y propuse a la paciente una solución que le pareció inaceptable. Llegaba la época del veraneo, hubimos de interrumpir el tratamiento en tal desacuerdo. Así las cosas, recibí la visita de un joven colega y buen amigo mío que había visto a Irma —mi paciente— y a su familia en su residencia veraniega. Al preguntarle yo cómo había encontrado a la enferma, me respondió: «Está mejor, pero no del todo». Sé que estas palabras de mi amigo Otto, o quizá el tono en que fueron pronunciadas, me irritaron. Creí ver en ellas el reproche de haber prometido demasiado a la paciente, y atribuí —con razón o sin ella— la supuesta actitud de Otto en contra mía a la influencia de los familiares de la enferma, de los que sospechaba no ver con buenos ojos el tratamiento. De todos modos, la penosa sensación que las palabras de Otto despertaron en mí no se me hizo muy clara ni precisa, y me abstuve de exteriorizarla. Aquella misma tarde redacté por escrito el historial clínico de Irma con el propósito de enviarlo — como para justificarme— al doctor M., entonces la personalidad que solía dar el tono en nuestro círculo. En la noche inmediata, más bien a la mañana, tuve el

siguiente sueño, que senté por escrito al despertar y que es el primero que sometí a una minuciosa interpretación.

C) SUEÑO DEL 23-24 DE JULIO DE 1895.— En un amplio *hall*. Muchos invitados, a los que recibimos. Entre ellos, Irma, a la que me acerco en seguida para contestar, sin pérdida de momento, a su carta y reprocharle no haber aceptado aún la «solución». Le digo: «Si todavía tienes dolores es exclusivamente por tu culpa». Ella me responde: «¡Si supieras qué dolores siento ahora en la garganta, el vientre y el estómago!... ¡Siento una opresión!...» Asustado, la contemplo atentamente. Está pálida y abotagada. Pienso que quizá me haya pasado inadvertido algo orgánico. La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerle la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran hacerlo en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no la necesita. Por fin, abre bien la boca, y veo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes, singulares escaras grisáceas, cuya forma recuerda al de los cornetes de la nariz. Apresuradamente llamo al doctor M., que repite y confirma el reconocimiento... El doctor M. presenta un aspecto muy diferente al acostumbrado: está pálido, cojea y se ha afeitado la barba... Mi amigo Otto se halla ahora a su lado, y mi amigo Leopoldo percute a Irma por encima de la blusa y dice: «Tiene una zona de macidez abajo, a la izquierda, y una parte de la piel, infiltrada, en el hombro izquierdo» (cosa que yo siento como él, a pesar del vestido). M. dice: «No cabe duda, es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno...» Sabemos también inmediatamente de qué procede la infección. Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección con un preparado a base de propil, propilena..., ácido propiónico..., trimetilamina (cuya fórmula veo impresa en gruesos caracteres). No se ponen inyecciones de este género tan ligeramente... Probablemente estaría además sucia la jeringuilla.

Este sueño presenta, con respecto a otros muchos, una ventaja; revela en seguida claramente a qué sucesos del último día se halla enlazado y cuál es el tema de que se trata.

Las noticias que Otto me dio sobre el estado de Irma y el historial clínico, en cuya redacción trabajé hasta muy entrada la noche, han seguido ocupando mi actividad anímica durante el reposo. Sin embargo, por la información preliminar que antecede y por el contenido del sueño, nadie podría sospechar lo que el mismo significa. Yo mismo no lo sé todavía. Me asombran los síntomas

patológicos de que Irma se queja en el sueño, pues no son los mismos por los que hube de someterla a tratamiento. La desatinada idea de administrar a un enfermo una inyección de ácido propiónico, y las palabras consoladoras del doctor M. me mueven a risa. El sueño se muestra hacia su fin más oscuro y comprimido que en su principio. Para averiguar su significado habré de someterlo a un penetrante y minucioso análisis.

ANÁLISIS.— *Un amplio «hall»; muchos invitados, a los que recibimos.* Durante este verano vivíamos en una villa, denominada «Bellevue», y situada sobre una de las colinas próximas a Kahlenberg. Esta villa había sido destinada anteriormente a casino, y tenía, por tanto, habitaciones de amplitud superior a la corriente. Mi sueño se desarrolló hallándome en «Bellevue», y pocos días antes del cumpleaños de mi mujer. En la tarde que le precedió había expresado mi mujer la esperanza de que para su cumpleaños vinieran a comer con nosotros algunos amigos, Irma entre ellos. Así, pues, mi sueño anticipa esta situación. Es el día del cumpleaños de mi mujer, y recibimos en el gran *hall* de «Bellevue» a nuestros numerosos invitados, entre los cuales se halla Irma.

Reprocho a Irma no haber aceptado aun la «solución». Le digo: «*Si todavía tienes dolores, es exclusivamente por tu culpa*». Esto mismo hubiera podido decírselo o se lo he dicho realmente en la vida despierta. Por aquel entonces tenía yo la opinión (que luego hube de reconocer equivocada) de que mi labor terapéutica quedaba terminada con la revelación al enfermo del oculto sentido de sus síntomas. Que el paciente aceptara luego o no esta solución —de lo cual depende el éxito o el fracaso del tratamiento— era cosa por la que no podía exigírseme responsabilidad alguna. A este error, felizmente rectificado después, le estoy, sin embargo, agradecido, pues me simplificó la existencia en una época en la que, a pesar de mi inevitable ignorancia, debía obtener resultados curativos. Pero en la frase que a Irma dirijo en mi sueño advierto que ante todo no quiero ser responsable de los dolores que aún la aquejan. Si Irma tiene exclusivamente la culpa de padecerlos todavía, no puede hacérseme responsable de ellos. ¿Habremos de buscar en esta dirección el propósito del sueño?

Irma se queja de dolores en la garganta, el vientre y el estómago, y de una gran opresión. Los dolores de estómago pertenecían al complejo de síntomas de mi paciente, pero no fueron nunca muy intensos. Más bien se quejaba de sensaciones de malestar y repugnancia. La opresión o el dolor de garganta y los dolores de vientre apenas si desempeñaban papel alguno en su enfermedad. Me

asombra, pues, la elección de síntomas realizada en mi sueño y no me es posible hallar por el momento razón alguna determinante.

Está pálida y abotagada. Mi paciente presenta siempre, por el contrario, una rosada coloración. Sospecho que se ha superpuesto aquí a ella una tercera persona.

Pienso, con temor, que quizá me haya pasado inadvertida una afección orgánica. Como fácilmente puede comprenderse, es éste un temor constante del especialista que apenas ve enfermos distintos de los neuróticos y se halla habituado a atribuir a la histeria un gran número de fenómenos que otros médicos tratan como de origen orgánico. Por otro lado, se me insinúan —no sé por qué— ciertas dudas sobre la sinceridad de mi alarma. Si los dolores de Irma son de origen orgánico, no me hallo obligado a curarlos. Mi tratamiento no suprime sino los dolores histéricos. Parece realmente como si desease hubiera existido un error en el diagnóstico, pues entonces no se me podría reprochar fracaso alguno.

La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerle la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran hacerlo en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no lo necesita. No he tenido nunca ocasión de reconocer la cavidad bucal de Irma. El suceso del sueño me recuerda el reciente reconocimiento de una institutriz, que me había hecho al principio una impresión de juvenil belleza, y que luego, al abrir la boca, intentó ocultar que llevaba dentadura postiza. A este caso se enlazan otros recuerdos de reconocimientos profesionales y de pequeños secretos, descubiertos durante ellos para confusión de médico y enfermo. Mi pensamiento de que Irma no necesita dentadura postiza es, en primer lugar, una galantería para con nuestra amiga, pero sospecho que encierra aún otro significado distinto. En un atento análisis nos damos siempre cuenta de si hemos agotado o no los pensamientos ocultos buscados. La actitud de Irma junto a la ventana me recuerda de repente otro suceso. Irma tiene una íntima amiga, a la que estimo altamente. Una tarde que fui a visitarla, la encontré al lado de la ventana en la actitud que mi sueño reproduce, y su médico, el mismo doctor M., me comunicó que al reconocerle la garganta había descubierto una placa de carácter diftérico. La persona del doctor M. y la placa diftérica retoman en la continuación del sueño. Recuerdo ahora que en los últimos meses he tenido razones suficientes para sospechar que también esta señora padece de histeria. Irma misma me lo ha revelado. Pero ¿qué es lo que de sus síntomas conozco? Precisamente que sufre de opresión histérica de la

garganta, como la Irma de mi sueño. Así, pues, he sustituido en éste a mi paciente por su amiga. Ahora recuerdo que he acariciado varias veces la esperanza de que también esta señora se confiase a mis cuidados profesionales; pero siempre he acabado por considerarlo improbable, pues es persona de carácter muy retraído. *Se resiste* a la intervención médica, como Irma en mi sueño. Otra explicación sería la de que *no lo necesita*, pues hasta ahora se ha mostrado suficientemente enérgica para dominar sin auxilio ajeno sus trastornos. Quedan ya tan sólo algunos rasgos que no me es posible adjudicar a Irma ni a su amiga: la palidez, el abotagamiento y la dentadura postiza. Esta última despertó en mí el recuerdo de la institutriz antes citada. A continuación se me muestra otra persona, a la que los rasgos restantes podrían aludir. No la cuento tampoco entre mis pacientes, ni deseo que jamás lo sea, pues se avergüenza ante mí, y no la creo una enferma dócil. Generalmente, se halla pálida, y en temporada que gozó de excelente salud engordó hasta parecer abotagada^[294]. Por tanto, he comparado a Irma con otras dos personas que se resistirán igualmente al tratamiento. ¿Qué sentido puede tener el haberla sustituido por su amiga en mi sueño? Quizá el de que deseo realmente una tal sustitución, por serme esta señora más simpática o porque tengo una más alta idea de su inteligencia. Resulta, en efecto, que Irma me parece ahora ininteligente por no haber aceptado mi solución. La otra, más lista, cedería antes. *Por fin abre bien la boca*; la amiga de Irma me relataría sus pensamientos con más sinceridad y menor resistencia que aquélla^[295].

En la garganta veo una mancha blanca y escaras de forma semejante a los cornetes de la nariz. La mancha blanca me recuerda la difteria y, por tanto, a la amiga de Irma, y, además, la grave enfermedad de mi hija mayor, hace ya cerca de dos años, y todos los sobresaltos de aquella triste época. Las escaras que cubren las conchas nasales aluden a una preocupación mía sobre mi propia salud. En esta época solía tomar con frecuencia cocaína para aliviar una molesta rinitis, y había oído decir pocos días antes que una paciente, que usaba este mismo medio, se había provocado una extensa necrosis de la mucosa nasal. La prescripción de la cocaína para estos casos, dada por mí en 1885, me ha atraído severos reproches. Un querido amigo mío, muerto ya en 1885, apresuró su fin por el abuso de este medio.

Apresuradamente llamo al doctor M., que repite el reconocimiento. Esto correspondería sencillamente a la posición que M. ocupaba entre nosotros. Pero

«mi apresuramiento» es lo bastante singular para exigir una especial explicación. Evoca en mí el recuerdo de un triste suceso profesional. Por la continuada prescripción de una sustancia que por entonces se creía aún totalmente inocua (sulfonal) provoqué una vez una grave intoxicación en una paciente, teniendo que acudir en busca de auxilio a la mayor experiencia de mi colega el doctor M., más antiguo que yo en el ejercicio profesional. Otras circunstancias accesorias prueban que es éste realmente el suceso a que en mi sueño me refiero. La enferma, que sucumbió a la intoxicación, llevaba el mismo nombre que mi hija mayor. Hasta el momento no se me había ocurrido pensar en ello, pero ahora se me aparece este suceso como una represalia del Destino y como si la sustitución de personas hubiera de proseguir aquí en un distinto sentido: esta Matilde por aquella Matilde; ojo por ojo y diente por diente. Parece como si fuera buscando todas aquellas ocasiones por las que me puedo reprochar una insuficiente conciencia profesional.

El doctor M. está pálido, se ha quitado la barba y cojea. Lo que de verdad entraña esta parte del sueño se reduce a que el doctor M. presenta a veces tan mal aspecto, que llega a inquietar a sus amigos. Los dos caracteres restantes deben de pertenecer a otras personas. Recuerdo ahora a mi hermano mayor, residente en el extranjero, que llevaba el rostro afeitado y al que, si no me equivoco, se parecía extraordinariamente el doctor M. de mi sueño. Hace algunos días nos llegó la noticia de que un ataque de artrismo a la cadera le hacía cojear un poco. Tiene que existir una razón que me haya hecho confundir en mi sueño a ambas personas en una sola. Recuerdo, en efecto, que me hallo irritado contra ambas por algún motivo: el de haber rechazado una proposición que recientemente les hice.

Mi amigo Otto se halla ahora al lado de la enferma, y mi amigo Leopoldo la percute y descubre una zona de macidez abajo, a la izquierda. Leopoldo es también médico y, además, pariente de Otto. El Destino los ha convertido en competidores, pues ejercen igual especialidad y se los compara constantemente entre sí. Ambos han trabajado conmigo durante varios años, mientras fui director de un consultorio público para niños neuróticos, y con gran frecuencia se desarrollan durante esta época escenas como la que mi sueño reproduce. Mientras yo discutía con Otto sobre el diagnóstico de un caso, había Leopoldo reconocido de nuevo al niño y nos aportaba un inesperado dato decisivo. Entre Otto y Leopoldo existe una fundamental diferencia de carácter^[296]. El primero

sobresalía por su rapidez de concepción, mientras que el segundo era más lento, pero también más cuidadoso y concienzudo. Si en mi sueño coloco frente a frente a Otto y al prudente Leopoldo, ello es claramente para hacer resaltar al segundo. Trátase de una comparación análoga a la que anteriormente efectué entre Irma, paciente nada dócil, y su amiga, a la que tengo por más inteligente. Advierto también ahora una de las vías sobre la que se desplaza la asociación de pensamientos en el sueño, y que va desde la niña enferma al consultorio para niños enfermos. La zona de macidez, abajo, a la izquierda, me hace la impresión de corresponder en todos sus detalles a un caso en el que me admiró la concienzuda seguridad de Leopoldo. Por otra parte, surge en mí vagamente la idea de algo como una afección metastásica; pero pudiera también ser una relación con la paciente que desearía sustituyera a Irma, Esta señora simula, en efecto, y por lo que he podido observar, una tuberculosis.

Una parte de la piel, infiltrada en el hombro izquierdo. Caigo inmediatamente en que se trata de mis propios dolores reumáticos en el hombro, dolores que se hacen sentir siempre que permanezco en vela hasta altas horas de la noche. La letra del sueño confirma esta interpretación, mostrándose aquí un tanto equívoca;... *cosa que ya siento como él*; esto es, que siento en mi propio cuerpo. Además, extraño los términos, nada habituales: «Una parte de la piel infiltrada». A la frase «una infiltración posterosuperior izquierda» estamos acostumbrados. Esta frase se referiría al pulmón, y con ello nuevamente a la tuberculosis.

A pesar del vestido. Esto no es, desde luego, sino una interpolación accesoria. En el consultorio acostubrábamos, como es natural, hacer desnudar a los niños para reconocerlos; detalle que se opone aquí a la forma en que hemos de reconocer a nuestras pacientes adultas. De un excelente clínico solía referirse que nunca reconoció a sus enfermas sino por encima de los vestidos; a partir de aquí se oscurecen mis ideas, o dicho francamente, no me siento inclinado a profundizar más en esta cuestión.

El doctor M. dice: «No cabe duda; es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno». Todo esto me parece al principio absolutamente ridículo; mas, sin embargo, habré de someterlo, como los demás elementos del sueño, a un cuidadoso análisis. Lo que en la paciente he hallado es una difteritis local. De la época en que mi hija estuvo enferma, recuerdo la discusión sobre difteritis y difteria. Esta última sería la infección general, subsiguiente a la difteritis local. Así, pues, es una tal infección general

lo que Leopoldo diagnostica al descubrir la zona de macidez, la cual hace pensar en un foco metastásico. Pero creo que precisamente en la difteria no se presentan jamás tales metástasis. Más bien me recuerdan una piemia.

No hay cuidado. Es ésta una frase de aliento y consuelo, que, a mi juicio, se justifica en la forma siguiente: el fragmento onírico últimamente examinado pretende que los dolores de la paciente proceden de una grave afección orgánica. Sospecho que con esto no quiero sino alejar de mí toda culpa. El tratamiento psíquico no puede ser hecho responsable de la no curación de una difteritis. De todos modos, me avergüenza echar sobre Irma el peso de una tan grave enfermedad no más que para quedarme libre de todo reproche, y necesitando algo que me garantice un desenlace favorable, me parece de perlas poner las palabras de aliento en la boca del doctor M. Pero en este punto me coloco por encima del sueño, cosa que necesita explicación.

Mas ¿por qué es este consuelo tan desatinado?

Disenteria. Una cualquiera representación teórica lejana de que los gérmenes patógenos pueden ser eliminados por el intestino. ¿Me propondré acaso burlarme así de la inclinación del doctor M. a explicaciones un tanto traídas por los cabellos y a singulares conexiones patológicas? La disentería evoca en mí otras ideas distintas. Hace pocos meses reconocí a un joven que padecía singulares trastornos intestinales y al que otros colegas habían tratado como un caso de «anemia con nutrición insuficiente». Comprobé que se trataba de un histérico, pero no quise ensayar en él mi psicoterapia, y le recomendé que hiciese un viaje por mar. Hace pocos días recibí desde Egipto una desesperada carta de este enfermo, en la que me comunicaba haber padecido un nuevo ataque, que el médico había diagnosticado de disentería. Sospecho, ciertamente, que este diagnóstico es un error de un ignorante colega, que se ha dejado engañar por una de las simulaciones de la histeria; pero de todos modos, no puedo por menos de reprocharme el haber expuesto a mi paciente a contraer, sobre su afección intestinal histérica, una afección orgánica. «Disentería» suena análogamente a «difteria», palabra que no aparece en el sueño.

Habré realmente de aceptar que con el pronóstico optimista que en mi sueño pongo en boca del doctor M. no persigo sino burlarme de él, pues ahora recuerdo que hace años me relató él mismo, con grandes risas, una análoga historia. Había sido llamado a consultar con otro colega sobre un enfermo grave, y ante el optimismo del médico de cabecera hubo de señalarle la presencia de albúmina en la orina del paciente. «*No hay cuidado* —respondió el optimista—; la albúmina

se eliminará por sí sola». No cabe, pues, duda alguna de que esta parte de mi sueño entraña una burla hacia aquellos de mis colegas ignorantes de la histeria. Como para confirmarlo así, surge ahora en mi pensamiento la siguiente interrogación: ¿Sabe acaso el doctor M. que los fenómenos que su paciente —la amiga de Irma— presenta, y que hacen temer una tuberculosis, son de origen histérico? ¿Ha descubierto la histeria o se ha dejado burlar por ella?

Mas ¿qué motivo puedo tener para tratar tan mal a un amigo? Muy sencillo. El doctor M. está tan poco conforme como Irma misma con la «solución» por mi propuesta. De este modo me he vengado ya en mi sueño de dos personas: de Irma, diciéndole que si aún tenía dolores era exclusivamente por su culpa, y del doctor M., con el desatinado pronóstico que pongo en sus labios.

Sabemos inmediatamente de qué procede la infección. Este inmediato conocimiento en el sueño es algo muy singular. Un instante antes no sabíamos nada, pues la infección no fue descubierta hasta el reconocimiento efectuado por Leopoldo.

Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección. Otto me había referido realmente que durante su corta estancia en casa de la familia de Irma le llamaron del hotel próximo para poner una inyección a un individuo que se había sentido repentinamente enfermo. Las inyecciones me recuerdan de nuevo a aquel infeliz amigo mío que se envenenó con cocaína. Yo le había aconsejado el uso interno de esta sustancia únicamente durante una cura de desmorfinización, pero el desdichado comenzó a ponerse inyecciones de cocaína.

Con un preparado a base de propil..., propilena..., ácido propiónico. ¿Cómo puede incluirse esto en mi sueño? Aquella misma tarde, después de la cual redacté por cierto el historial clínico de Irma y tuve el sueño que ahora me ocupa, abrió mi mujer una botella de licor, en cuya etiqueta se leía la palabra *ananás* (piña)^[297], y que nos había sido regalada por Otto. Tiene éste la costumbre de aprovechar toda ocasión que para hacer un regalo pueda presentársele; costumbre de la que es de esperar le cure algún día una mujer^[298]. Destapada la botella, emanaba del licor un tal olor amílico, que me negué a probarlo. Mi mujer propuso regalárselo a los criados; pero yo, más prudente, me opuse, observando humanitariamente que tampoco ellos debían envenenarse. El olor a amílico despertó en mí, sin duda, el recuerdo de la serie química: amil, propil, metil, etc., y este recuerdo proporcionó al sueño el preparado a base de

propil. De todos modos, he realizado aquí una sustitución. He soñado con el propil después de haber oído el amil, pero tales sustituciones se hallan quizá permitidas precisamente en la química orgánica.

Trimetilamina. En mi sueño veo la fórmula química de esta sustancia, cosa que testimonia de un gran esfuerzo de mi memoria, y la veo impresa en gruesos caracteres, como si quisiera hacer resaltar su especial importancia dentro del contexto en que se halla incluida. ¿Adónde puede llevarme la trimetilamina sobre la cual es atraída mi atención en esta forma? A una conversación con otro amigo^[299] mío, que desde hace muchos años sabe de todos mis trabajos en preparación como yo de los suyos. Por aquella época me había comunicado ciertas ideas sobre una química sexual, y, entre otras, la de que la trimetilamina le parecía constituir uno de estos productos del metabolismo sexual. Este cuerpo me conduce, pues, a la sexualidad; esto es, a aquel factor al que adscribo la máxima importancia en la génesis de las afecciones nerviosas, cuya curación me propongo. Irma, mi paciente, es una joven viuda. Si me veo en la necesidad de disculpar el mal éxito de la cura en su caso, habré seguramente de alegar este hecho, al que sus amigos pondrían gustosos el remedio. Pero ¡observemos cuán singularmente construido puede hallarse un sueño! La otra señora, a la que yo quisiera tener como paciente en lugar de Irma, es también una joven viuda.

Sospecho por qué la fórmula de la trimetilamina ha adquirido tanta importancia en el sueño. En esta palabra se acumula un gran número de cosas harto significativas. No sólo es una alusión al poderoso factor «sexualidad», sino también a una persona cuya aprobación recuerdo con agrado siempre que me siento aislado en medio de una opinión hostil o indiferente a mis teorías. Y este buen amigo mío, que tan importante papel desempeña en mi vida, ¿no habrá de intervenir aún más en el conjunto de ideas de mi sueño? Desde luego; posee especialísimos conocimientos sobre las afecciones que se inician en la nariz o en las cavidades vecinas, y ha aportado a la Ciencia el descubrimiento de singularísimas relaciones de los cornetes nasales con los órganos sexuales femeninos. (Las tres escaras grisáceas que advierto en la garganta de Irma.) He hecho que reconociera a esta paciente para comprobar si los dolores de estómago que padecía podían ser de origen nasal. Pero se da el caso de que él mismo padece una afección nasal que me inspira algún cuidado. A esta afección alude, sin duda, la *piemia*, cuya duda surge en mí, asociada a la metástasis de mi sueño.

No se ponen inyecciones de este género tan ligeramente. Acuso aquí,

directamente, de ligereza a mi amigo Otto. Realmente creo haber pensado algo análogo la tarde anterior a mi sueño, cuando me pareció ver expresado en sus palabras o en su mirada un reproche contra mi actuación profesional con Irma. Mis pensamientos fueron, aproximadamente, como sigue: «¡Qué fácilmente se deja influir por otras personas, y cuán ligero es en sus juicios!» Esta parte del sueño alude, además, a aquel difunto amigo mío, que tan ligeramente se decidió a inyectarse cocaína. Como ya he indicado antes, al prescribirle el uso interno de esta sustancia no pensé jamás que pudiera administrársela en inyecciones. Al reprochar a Otto su ligereza en el empleo de ciertas sustancias químicas observo que rozo de nuevo la historia de aquella infeliz Matilde, de la que se deduce un análogo reproche para mí. Claramente se ve que reúno aquí ejemplos de mi conciencia profesional, pero también de todo lo contrario.

Probablemente estaría, además, sucia la jeringuilla. Un nuevo reproche contra Otto, pero de distinta procedencia. Ayer encontré casualmente al hijo de una señora de ochenta y dos años, a la que administro diariamente dos inyecciones de morfina. En la actualidad se halla veraneando, y ha llegado hasta mí la noticia de que padece una flebitis. Inmediatamente pensé que debía tratarse de una infección provocada por falta de limpieza de la jeringuilla. Puedo vanagloriarme de no haber causado un solo accidente de este género en dos años que llevo tratándola a diario. Bien es verdad que la total asepsia de la jeringuilla constituye mi constante preocupación. En estas cosas soy siempre muy concienzudo. La flebitis me recuerda de nuevo a mi mujer, que padeció de esta enfermedad durante un embarazo. Después surge en mí el recuerdo de tres situaciones análogas, de las que fueron, respectivamente, protagonistas mi mujer, Irma y la difunta Matilde; situaciones cuya entidad es, sin duda alguna, lo que me ha permitido sustituir entre sí a estas tres personas en mi sueño.

Aquí termina la interpretación emprendida^[300]. Durante ella me ha costado trabajo defenderme de todas las ocurrencias a las que tenía que incitarme la comparación del sentido del sueño con las ideas que tras él se ocultaban. El «sentido» del sueño ha surgido a mis ojos. He advertido una intención que el sueño realiza, y que ha tenido que constituir su motivo. El sueño cumple algunos deseos que los sucesos del día inmediatamente anterior (las noticias de Otto y la redacción, del historial clínico) hubieron de despertar en mí. El resultado del sueño es, en efecto, que no soy yo, sino Otto, el responsable de los dolores de Irma. Otto me ha irritado con sus observaciones sobre la incompleta curación de

Irma, y el sueño me venga de él, volviendo en contra suya sus reproches. Al mismo tiempo me absuelve de toda responsabilidad por el estado de Irma, atribuyéndolo a otros factores, que expone como una serie de razonamientos, y presenta las cosas tal y como yo desearía que fuesen en la realidad. *Su contenido es, por tanto, una realización de deseos, y su motivo, un deseo.*

Todo esto resulta evidente; pero también se nos hace comprensible, desde el punto de vista de la realización de deseos, una gran parte de los detalles del sueño. En éste me vengo de Otto no sólo por su parcialidad en el caso de Irma — atribuyéndole una ligereza en el ejercicio de su profesión (la inyección)—, sino también por la mala calidad de su licor, que apestaba a amílico, y hallo una expresión que reúne ambos reproches: una inyección con un preparado a base de propilena. Pero aún no me doy por satisfecho, y continúo mi venganza situándole frente a su competidor. De este modo me parece que le digo: «Leopoldo me inspira más estimación que tú». Tampoco es Otto el único a quien hago sentir el peso de mi cólera. Me vengo también de mi indócil paciente, sustituyéndola por otra más inteligente y manejable. De igual modo no dejo pasar sin protesta la contradicción del doctor M., sino que, por medio de una transparente alusión, le expreso un juicio de que en este caso se ha conducido como un ignorante («sobrevendrá una disentería», etc.), y apelo contra él ante alguien en cuya ciencia fío más (ante aquel amigo mío que me habló de la trimetilamina), en la misma forma que apelo de Irma ante su amiga, y de Otto, ante Leopoldo. Anuladas las tres personas que me son contrarias, y sustituidas por otras tres de mi elección, quedo libre de los reproches que no quiero haber merecido. La falta de fundamento de estos reproches queda también amplia y minuciosamente demostrada en mi sueño. No me cabe responsabilidad alguna de los dolores de Irma, pues si continúa padeciéndolos es exclusivamente por su culpa al no querer aceptar mi solución. Tales dolores son de origen orgánico, no pueden ser curados por medio de un tratamiento psíquico, y, por tanto, nada tengo que ver en ellos. En tercer lugar, se explican satisfactoriamente por la viudez de Irma (¡trimetilamina!), cosa contra la cual nada me es posible hacer. Además, han sido provocados por una imprudente inyección que Otto le administró con una sustancia inadecuada, falta en la que jamás he incurrido. Por último, proceden de una inyección practicada con una jeringuilla sucia, como la flebitis de mi anciana paciente; complicación que nunca he acarreado a mis enfermos. Advierto, ciertamente, que estas explicaciones de los padecimientos de Irma no concuerdan entre sí, sino que se excluyen unas a otras. Toda mi

defensa —que no otra cosa constituye este sueño— recuerda vivamente la de aquel individuo al que un vecino acusaba de haberle devuelto inservible un caldero que le había prestado, y que rechazaba tal acusación con las siguientes razones: «En primer lugar, le he devuelto el caldero completamente intacto; además, el caldero estaba ya agujereado cuando me lo prestó. Por último, jamás le he pedido prestado ningún caldero». Las razones son contradictorias, pero bastará con que se aprecie una de ellas para declarar al individuo libre de toda culpa.

En el sueño aparecen otros temas, cuya relación con mis descargos respecto a la enfermedad de Irma no se muestra tan transparente: la enfermedad de mi hija y la de una paciente de igual nombre; la toxicidad de la cocaína; la afección de mi paciente, residente en Egipto; mis preocupaciones sobre la salud de mi mujer, de mi hermano y del doctor M., mis propias dolencias, y el cuidado que me inspira la afección nasal de mi amigo ausente. Pero todo ello puede reunirse en un solo círculo de ideas, que podría rotularse: preocupaciones sobre la salud tanto ajena como propia, y conciencia profesional. Recuerdo haber experimentado una vaga sensación penosa cuando Otto me trajo la noticia del estado de Irma. Del círculo de ideas que intervienen en el sueño quisiera extraer ahora, *a posteriori*, la expresión que en él halla dicha fugitiva sensación. Es como si Otto me hubiera dicho: «No tomas suficientemente en serio tus deberes profesionales; no eres lo bastante concienzudo, y no cumples lo que prometes». Ante este reproche se puso a mi disposición el círculo de ideas indicado para permitirme demostrar hasta qué punto soy un fiel cumplidor de mis deberes médicos y cuánto me intereso por la salud de mis familiares, amigos y pacientes. En este acervo de ideas aparecen singularmente algunos recuerdos penosos, pero todos ellos tienden más a apoyar las inculpaciones que sobre Otto acumulo que a mi propia defensa. El conjunto de pensamientos es impersonal, pero la conexión de este amplio material, sobre el que el sueño reposa, con el tema más restringido del mismo, que ha dado origen a mi deseo de no ser responsable del estado de Irma, no puede pasar inadvertida.

De todos modos, no quiero afirmar haber descubierto por completo el sentido de este sueño ni que en su interpretación no existan lagunas. Podría aún dedicarle más tiempo, extraer de él nuevas aclaraciones y analizar nuevos enigmas, a cuyo planteamiento incita. Sé incluso cuáles son los puntos a partir de los cuales podríamos perseguir nuevas series de ideas, pero consideraciones especiales, que surgen de todo análisis de un sueño propio, me obligan a limitar

la labor de interpretación. Aquellos que se precipiten a criticar una tal reserva pueden intentar ser más sinceros que yo. Por el momento me satisfaré con señalar un nuevo conocimiento que nuestro análisis nos ha revelado. Siguiendo el método de interpretación onírica aquí indicado, hallamos que el sueño tiene realmente un sentido, y no es en modo alguno, como pretenden los investigadores, la expresión de una actividad cerebral fragmentaria. *Una vez llevada a cabo la interpretación completa de un sueño, se nos revela éste como una realización de deseos*^[301].

CAPÍTULO III

EL SUEÑO ES UNA REALIZACIÓN DE DESEOS

CUANDO por una angosta garganta desembocamos de repente en una altura de la que parten diversos caminos y desde la que se nos ofrece un variado panorama en distintas direcciones, habremos de detenernos un momento y meditar hacia dónde debemos volver primero nuestros ojos. Análogamente nos sucede ahora, después de llevar a término la primera interpretación onírica. Nos hallamos envueltos en la luminosidad de un súbito descubrimiento: el sueño no es comparable a los sonidos irregulares producidos por un instrumento musical bajo el ciego impulso de una fuerza exterior y no bajo la mano del músico. No es desatinado, ni absurdo, ni presupone que una parte de nuestro acervo de representaciones duerme, en tanto que otra comienza a despertar. Es un acabado fenómeno psíquico, y precisamente una realización de deseos; debe ser incluido en el conjunto de actos comprensibles demuestra vida despierta y constituye el resultado de una actividad intelectual altamente complicada. Pero en el mismo instante en que comenzamos a regocijarnos de nuestro descubrimiento nos vemos agobiados por un cúmulo de interrogaciones. Si, como la interpretación onírica lo demuestra, nos presenta el sueño un deseo cumplido, ¿de dónde procede la forma singular y desorientadora en la que tal realización de deseos queda expresada? ¿Qué transformación han sufrido las ideas oníricas hasta constituir el sueño manifiesto, tal y como al despertar lo recordamos? ¿En qué forma y por qué caminos se ha llevado a cabo esta transformación? ¿De dónde procede el material cuya elaboración ha dado cuerpo al sueño? ¿Cuál es el origen de alguna de las peculiaridades que hemos podido observar en las ideas oníricas; por ejemplo, la de que pueden contradecirse unas

a otras? (Véase la historia del caldero, a finales del capítulo anterior.) ¿Puede el sueño revelarnos algo sobre nuestros procesos psíquicos internos, y puede su contenido rectificar opiniones que durante el día mantenemos? Creo conveniente prescindir por el momento de todas estas interrogaciones y seguir un único camino. Nuestro primer análisis nos ha revelado que el sueño nos presenta el cumplimiento de un deseo, y ante todo habremos de investigar si es éste un carácter general del fenómeno onírico o, por el contrario, única y casualmente del contenido del sueño con el que hemos iniciado nuestra labor analítica (el de la inyección de Irma); pues aun sosteniendo que todo sueño posee un sentido y un valor psíquico, no podemos negar *a priori* la posibilidad de que tal sentido no sea el mismo en todos los sueños. El primero que analizamos era una realización de deseos; otro podrá, quizá, presentarse como la realización de un temor; el contenido de un tercero pudiera ser una reflexión, y otros, por último, limitarse sencillamente a reproducir un recuerdo. Nuestra labor se dirigirá, pues, en primer lugar, a averiguar si existen o no sueños distintos de los realizados de deseos.

Fácilmente puede demostrarse que los sueños evidencian frecuentemente, sin disfraz alguno, el carácter de realización de deseos, hasta el punto de que nos asombra cómo el lenguaje onírico no ha encontrado comprensión hace ya mucho tiempo. Hay, por ejemplo, un sueño, que puedo provocar siempre en mí, a voluntad y como experimentalmente. Cuando en la cena tomo algún plato muy salado, siento por la noche intensa sed, que llega a hacerme despertar. Pero antes que esto suceda tengo siempre un sueño de idéntico contenido: el de que bebo agua a grandes tragos y con todo el placer del sediento. Sin embargo, despierto después y me veo en la necesidad de beber realmente. El estímulo de este sencillo sueño ha sido la sed, que al despertar continúo sintiendo; sensación de la que emana el deseo de beber. El sueño me presenta realizado este deseo, cumpliendo, al hacerlo así, una función que se me revela en seguida. Mi reposo es, generalmente, profundo y tranquilo, y ninguna necesidad física suele interrumpirlo. Si soñando que bebo logro engañar mi sed, me habré evitado tener que despertar para satisfacerla. Se trata, por tanto, de un «sueño de comodidad» (*Bequemlichkeitstraum*). El sueño se sustituye a la acción, como sucede también en la vida despierta. Desgraciadamente, mi necesidad de agua para calmar mi sed no puede ser satisfecha por medio de un sueño, como mi sed de venganza contra mi amigo Otto y contra el doctor M., pero en ambos casos existe una idéntica buena voluntad por arte del fenómeno onírico.

Este mismo sueño se presentó modificado en una reciente ocasión. Antes de

conciliar el reposo, sentí ya sed y agoté el vaso de agua que había encima de mi mesa de noche. Horas después se renovó mi sed y con ella la excitación consiguiente. Para procurarme agua, hubiera tenido que levantarme y coger el vaso que quedaba lleno en la mesa de noche de mi mujer. Adecuadamente a esta circunstancia, soñé que mi mujer me daba a beber en un cacharro de forma poco corriente, que reconocí era un vaso cinerario etrusco, traído por mí de un viaje a Italia y que recientemente había regalado. Pero el agua sabía tan salada — seguramente a causa de la ceniza contenida en el vaso— que desperté en el acto.

Obsérvese con qué minucioso cuidado lo dispone todo el sueño para la mayor comodidad del sujeto. Siendo su exclusivo propósito el de realizar un deseo, puede mostrarse absolutamente egoísta. El amor a la comodidad propia es inconciliable con el respeto a la de otras personas. La intervención del vaso cinerario constituye también una realización de deseos. Me disgusta no poseerlo ya, del mismo modo que me disgusta tener que levantarme para coger el vaso de encima de la mesilla de noche. Por su especial destinación —la de contener cenizas— se adapta, además, al resabor salado que ha provocado en mí la sed que habrá de acabar por despertarme^[302].

Estos sueños de comodidad eran en mí muy frecuentes durante mis años juveniles. Acostumbrado desde siempre a trabajar hasta altas horas de la noche, me era luego muy penoso tener que despertarme temprano, y solía soñar que me había levantado ya y estaba lavándome. Al cabo de un rato, no podía menos de reconocer que aún me hallaba en el lecho; pero, entre tanto, había logrado continuar durmiendo unos minutos más. Un análogo sueño de pereza, especialmente chistoso, me ha sido comunicado por uno de mis colegas que, por lo visto, comparte mi afición al reposo matinal.

La dueña de la pensión en que vivía tenía el encargo severísimo de despertarle con tiempo para llegar al hospital a la hora marcada, encargo cuyo cumplimiento no dejaba de entrañar graves dificultades. Una mañana dormía mi colega con especial delectación, cuando la patrona le gritó desde la puerta: «¡Levántese usted, don José, que es ya la hora de ir al hospital!» A continuación soñó que ocupaba una de las salas del hospital, un lecho sobre el cual colgaba un tarjetón con las palabras: «José H., cand., méd., veintidós años». Viendo esto, se dijo en sueños: «Si estoy ya en el hospital, no tengo por qué levantarme para ir». Y dándose la vuelta continuó durmiendo. Con su razonamiento se había confesado sin disfraz alguno el motivo de su sueño.

He aquí otro sueño cuyo estímulo actúa también durante el reposo: una de mis pacientes, que había tenido que someterse a una operación en la mandíbula, operación cuyo resultado fue desgraciadamente negativo, debía llevar de continuo, sobre la mejilla operada, un determinado aparato. Mas por las noches, en cuanto se dormía, lo arrojaba lejos de sí. Se me pidió que le amonestara por aquella desobediencia al consejo de los médicos, pero ante mis reproches se disculpó la enferma, alegando que la última vez lo había hecho sin darse cuenta y en el transcurso de un sueño. «Soñé que estaba en un palco de la Opera y que la representación me interesaba extraordinariamente. En cambio, Carlos Meyer se hallaba en el sanatorio y padecía horribles dolores de cabeza. Entonces me dije que, como a mí no me dolía nada, no necesitaba ya el aparato, y lo tiré». Este sueño de la pobre enferma parece la representación plástica de una frase muy corriente que acude a nuestros labios en las situaciones desagradables: «¡Vaya una diversión! ¡Como no encuentre nunca otra más agradable...!» El sueño, solícito a los deseos de la durmiente, le proporcionaba la mejor diversión anhelada. El Carlos Meyer al que traslada sus dolores es aquel de sus amigos que menos simpatías le inspira.

Con igual facilidad descubrimos la realización de deseos en algunos otros de los sueños de personas sanas por mí reunidos. Un amigo mío, que conoce mi teoría onírica y se la ha explicado a su mujer, me dijo un día: «Mi mujer ha soñado ayer que tenía el período. ¿Qué puede esto significar?» La respuesta es sencilla: si la joven casada ha soñado que tenía el periodo es, indudablemente, porque aquel mes le ha faltado o se le retrasa, y hemos de suponer que le sería grato verse libre, aún, durante algún tiempo, de los cuidados y preocupaciones de la maternidad. Resulta, pues, que al comunicar su sueño a su marido le anuncia sin saberlo, de una manera delicada, su primer embarazo.

Otro amigo me escribió que su mujer había soñado que advertía en su camisa manchas de leche; también esto es un anuncio de embarazo, pero no ya del primero, pues el sueño realiza el deseo de la durmiente de poder criar a su segundo hijo con más facilidad que al primero.

Una casada joven a la que una enfermedad infecciosa de un hijo suyo había apartado durante algunas semanas de toda relación social, soñó, días después del feliz término de la enfermedad, que se hallaba en una reunión de la que formaban parte A. Daudet, Bourget, Prévost y otros escritores conocidos, mostrándose todos muy amables para con ella. Daudet y Bourget aparecen en el sueño tal y como la durmiente los conoce por retratos; en cambio, Prévost, del

que nunca ha visto ninguno, toma la figura del empleado que había venido el día anterior a desinfectar el cuarto del enfermo y que había sido la primera persona extraña a la casa que desde el comienzo de la enfermedad de su hijo había visto la sociable señora. Este sueño puede quizá interpretarse, sin dejar laguna ninguna, por el pensamiento siguiente de la sujeto: «Ya es hora de que pueda dedicarme a algo más divertido que esta labor de enfermera».

Bastará quizá esta selección para demostrar cómo con gran frecuencia y en las más diversas circunstancias hallamos sueños que se nos muestran comprensibles a título de realizaciones de deseos y evidencian sin disfraz alguno su contenido. Son éstos, en su mayor parte, sueños sencillos y cortos, que se apartan, para descanso del investigador, de las embrolladas y exuberantes composiciones oníricas, que han atraído casi exclusivamente la atención de los autores. A pesar de su sencillez, merecen ser examinados con detención, pues nos proporcionan inestimables datos sobre la vida onírica. Los sueños de forma más sencilla habrán de ser, indudablemente, los de los niños, cuyos rendimientos psíquicos son, con seguridad, menos complicados que los de personas adultas. A mi juicio, la psicología infantil está llamada a prestarnos, con respecto a la psicología del adulto, idénticos servicios que la investigación de la anatomía o el desarrollo de los animales inferiores ha prestado para la de la estructura de especies zoológicas superiores. Pero hasta el presente no han surgido sino muy escasas tentativas de utilizar para tal fin la psicología infantil.

Los sueños de los niños pequeños son con frecuencia simples realizaciones de deseos, y al contrario de los de personas adultas, muy poco interesantes. No presentan enigma ninguno que resolver, pero poseen un valor inestimable para la demostración de que por su última esencia significa el sueño una realización de deseos. Los sueños de mis propios hijos me han proporcionado material suficiente de este género.

A una excursión desde Aussee a Hallstatt, realizada durante el verano de 1896, debo dos ejemplos de estos sueños: uno, de mi hija, que tenía por entonces ocho años y medio, y otro de uno de mis hijos, niño de cinco años y tres meses. Como información preliminar expondré que en aquel verano vivíamos en una casa situada sobre una colina cercana a Aussee, desde la cual se dominaba un espléndido panorama. En los días claros se veía en último término la Dachstein, y con ayuda de un anteojo de larga vista se divisaba la Simonyhuette, cabaña emplazada en la cumbre de dicha montaña. Los niños habían mirado varias veces con el anteojo, pero no sé si habían logrado ver algo. Antes de emprender

la excursión, de la que se prometían maravillas, les había dicho yo que Hallstatt se hallaba al pie de la Dachstein. Desde Hallstatt nos dirigimos al valle de Escher, cuyos variados panoramas entusiasmaron a los chicos. Sólo uno de ellos —el de cinco años— parecía disgustado. Cada vez que aparecía a su vista una nueva montaña me preguntaba si era la Dachstein, y a medida que recibía respuestas negativas se fue desanimando, y terminó por enmudecer y rehusar tomar parte en una pequeña ascensión que los demás hicieron para ver una cascada. Le creí fatigado; pero a la mañana siguiente vino a contarme, rebosando alegría, que aquella noche había subido en sueños a la Simonyhuetten, y entonces comprendí que al oírme hablar de la Dachstein, antes de la excursión, había creído que subiríamos a esta montaña y visitaríamos la cabaña de que tanto hablaban los que miraban por el antejo. Luego, cuando se dio cuenta de que nuestro itinerario era distinto, quedó defraudado y se puso de mal humor. El sueño le compensó de su descanso. Los detalles que de él pudo darme eran, sin embargo, muy pobres: «Para llegar a la cabaña hay que subir escaleras durante seis horas», circunstancia de la que, sin duda, había oído hablar en alguna ocasión.

También en la niña de ocho años y medio despertó esta excursión un deseo, que no habiéndose realizado, tuvo que ser satisfecho por el sueño. Habíamos llevado con nosotros a un niño de doce años, hijo de unos vecinos nuestros, que supo conquistarse en poco tiempo todas las simpatías de la niña. A la mañana siguiente vino ésta a contarme un sueño que había tenido: «Figúrate que he soñado que Emilio era uno de nosotros; os llamaba “papá” y “mamá”, y dormía con nosotros en la alcoba grande. Entonces venía mamá y echaba un puñado de bombones, envueltos en papeles verdes y azules, debajo de las camas». Los hermanos de la pequeña, a los que, indudablemente, no ha sido transmitido por herencia el conocimiento de la interpretación onírica, declararon, como cualquier investigador, que aquel sueño era un disparate. Pero la niña defendió parte del mismo, y es muy interesante para la teoría de las neurosis saber cuál: «Que Emilio vivía con nosotros puede ser un disparate; pero lo de los bombones, no». Para mí era precisamente esto lo que me parecía oscuro, pero mi mujer me proporcionó la explicación. En el camino desde la estación a casa se habían detenido los niños ante una máquina de la que, echando una moneda, salían bombones envueltos en brillantes papeles de colores. Mi mujer, pensando con razón que aquel día había traído ya consigo suficientes realizaciones de deseos, dejó la satisfacción de este último para el sueño, y ordenó a los niños que

continuaran adelante. Toda esta escena había pasado inadvertida para mí. La parte de su sueño que mi hija aceptaba como desatinada me era, en cambio, comprensible sin necesidad de explicación alguna. Durante la excursión había oído cómo nuestro pequeño invitado aconsejaba, lleno de formalidad, a los niños que esperasen hasta que llegasen el papá o la mamá. Esta sumisión interina quedó convertida por el sueño en una adopción duradera. La ternura de mi hija no conocía aún otras formas de la vida común que aquellas fraternales que su sueño le mostraba: por qué los bombones eran arrojados por la mamá precisamente debajo de las camas constituía un detalle imposible de esclarecer sin interrogar a la niña analíticamente.

Un amigo mío me ha comunicado un sueño totalmente análogo al de mi hijo, soñado por una niña de ocho años. Su padre la había llevado de paseo con otros niños, y cuando se hallaban ya cerca del lugar que se habían propuesto como fin, lo avanzado de la hora los obligó a emprender el regreso, consolándose los infantiles excursionistas con la promesa de volver otro día con más tiempo. Luego, en el camino, atrajo su atención un nombre, inscrito en un poste indicador, y expresaron su deseo de ir al lugar a que correspondía; pero por la misma razón de tiempo tuvieron que contentarse con una nueva promesa. A la mañana siguiente, lo primero que la niña dijo a su padre fue que había soñado que iba con él, tanto al lugar que no habían alcanzado la víspera como a aquel otro al que después había prometido llevarlos. Su impaciencia había anticipado, por tanto, la realización de las promesas de su padre^[303].

Igualmente sincero es otro sueño que la belleza del paisaje de Aussee provocó en otra hija mía de tres años y tres meses. Había hecho por primera vez una travesía en bote sobre el lago, y el tiempo había pasado tan rápidamente para ella, que al volver a tierra se echó a llorar con amargura, resistiéndose a abandonar el bote. A la mañana siguiente me contó: «Esta noche he estado paseando por el lago». Esperemos que la duración de este paseo nocturno la satisficiera más.

Mi hijo mayor, que por esta época tenía ocho años, soñó ya una vez con la realización de una fantasía. En su sueño acompañó a Aquiles en el carro de guerra que Diomedes guiaba. La tarde anterior le había apasionado la lectura de un libro de leyendas mitológicas, regalado a su hermana mayor.

Admitiendo que las palabras que los niños suelen pronunciar dormidos pertenecen también al círculo de los sueños, comunicaré aquí uno de los

primeros sueños de la colección por mí reunida. Teniendo mi hija menor diecinueve meses, hubo que someterla a dieta durante todo un día, pues había vomitado repetidamente por la mañana. A la noche se le oyó exclamar enérgicamente en sueños: «Ana F(r)eud, f(r)ésas, f(r)ambuesas, bollos, papilla». La pequeña utilizaba su nombre para expresar posesión, y el *menú* que a continuación detalla contiene todo lo que podía parecerle una comida deseable. El que la fruta aparezca en él repetida constituye una rebelión contra nuestra policía sanitaria casera, y tenía su motivo en la circunstancia, advertida seguramente por la niña, de que la niñera había achacado su indisposición a un excesivo consumo de fresas. Contra esta observación y sus naturales consecuencias toma ya en sueños su desquite^[304].

Si consideramos dichosa a la infancia por no conocer aún al deseo sexual, tenemos, en cambio, que reconocer cuán rica fuente de desencanto y renunciamento, y con ello de génesis de sueños, constituye para ella el otro de los dos grandes instintos vitales^[305].

Expondré aquí un segundo ejemplo de este género. Un sobrino mío, de veintidós meses, recibió el encargo de felicitarme el día de mi cumpleaños y entregarme como regalo un cestillo de cerezas, fruta rara aún en esta época. Su cometido le debió de parecer harto penoso de cumplir, pues, señalado el cestillo, se limitaba a repetir: «Dent(r)o hay cerezas», sin que por nada del mundo se decidiese a entregármelo. Obligado a ello, supo después hallar una compensación. Hasta aquel día solía contar todas las mañanas que había soñado con el «soldado blanco», un oficial de la Guardia imperial que le inspiró una gran admiración un día que le vio por la calle; pero al día siguiente a mi cumpleaños se despertó diciendo alegremente: «Ge(r)mán, comido todas las cerezas», afirmación que no podía hallarse fundada sino en un sueño^[306].

Ignoro con qué soñarán los animales. Un proverbio parece, sin embargo, saberlo, pues pregunta: «¿Con qué sueña el ganso?», y responde: «Con el maíz^[307]». Toda la teoría que atribuye al sueño el carácter de realización de deseos se halla contenida en estas dos frases^[308].

Observamos ahora que hubiéramos llegado a nuestra teoría del sentido oculto de los sueños por el camino más corto con sólo consultar el uso vulgar del lenguaje. La sabiduría popular habla a veces con bastante desprecio de los sueños, parece querer dar la razón a la Ciencia cuando juzga en un proverbio que «los sueños son vana espuma»; mas para el lenguaje corriente es

predominantemente el sueño el benéfico realizador de deseos. «Esto no me lo hubiera figurado ni en sueños», exclama encantado aquel que encuentra superada por la realidad sus esperanzas.

CAPÍTULO IV

LA DEFORMACIÓN ONÍRICA

SÉ desde luego que ante mi afirmación de que todo sueño es una realización de deseos y que no existen por tanto, sino sueños optativos, habrán de alzarse rotundas negativas. Se me objetará que la existencia de sueños interpretables como realizaciones de deseos no es cosa nueva y ha sido observada ya por un gran número de autores (cf. Radestock, págs. 137 y 138; Volkelt, págs. 110 y 111; Purkinje, pág. 456; Tissié, pág. 70; M. Simón, pág. 42 —sobre los sueños de hambre del barón de Trenck durante su encarcelamiento—; Griesinger, pág. 111)^[309], pero que el negar en absoluto la posibilidad de otro género de sueños no es sino una injustificada generalización, fácilmente controvertible por fortuna. Existen, en efecto, muchos sueños de contenido penoso que no muestran el menor indicio de una realización de deseos. E. V. Hartman, el filósofo pesimista, es quien más se aleja de esta percepción de la vida onírica. En su *Filosofía de lo inconsciente* escribe (segunda parte, pág. 344):

«Con los sueños pasan al estado de reposo todos los cuidados de la vida despierta, y no, en cambio, aquello que puede reconciliar al hombre culto con la existencia: el goce científico y artístico...» Pero también observadores menos pesimistas han hecho resaltar la circunstancia de que en los sueños son más frecuentes el dolor y el displacer que el placer (cf. Scholz, pág. 33; Volkelt, página 80, y otros). Las «señoras Sarah Weed y Florence Hallam han formado una estadística de sus sueños, y deducido de ella una expresión numérica para el predominio del displacer en la vida onírica —un 58 por 100 de sueños penosos y un 28,6 por 100 de sueños agradables—. Por otra parte, además de estos sueños,

que continúan durante el reposo los diversos sentimientos penosos de la vida despierta, existen sueños de angustia, en los que esta sensación, la más terrible de todas las displacientes, se apodera de nosotros hasta que su misma intensidad nos hace despertar, y se da el caso de que los niños, en cuyos sueños se nos ha mostrado la realización de deseos sin disfraz alguno, se hallan sujetos con gran frecuencia a tales pesadillas angustiosas» (cf. las observaciones de Debacker sobre el *pavor nocturnas*.)

Los sueños de angustia parecen realmente excluir la posibilidad de una generalización del principio que los análisis incluidos en el capítulo anterior nos llevaron a deducir, o sea, el de que los sueños son una realización de deseos, y hasta demostrar su total absurdo. Sin embargo, no es muy difícil sustraerse a estas objeciones, aparentemente incontrovertibles. Obsérvese tan sólo que nuestra teoría no reposa sobre los caracteres del contenido manifiesto, sino que se basa en el contenido ideológico que la labor de interpretación nos descubre detrás del sueño. Confrontemos, en efecto, el *contenido manifiesto con el latente*. Es cierto que existen sueños en los que el primero es penosísimo. Pero ¿se ha intentado nunca interpretar estos sueños y descubrir el contenido ideológico latente de los mismos? Desde luego, no; y por tanto, no pueden alcanzarnos ya las objeciones citadas, y cabe siempre la posibilidad de que también los sueños penosos y los de angustia se revelen después de la interpretación como realizaciones de deseos^[310].

En la investigación científica resulta a veces ventajoso, cuando un problema presenta difícil solución, acumular a él otro nuevo; del mismo modo que nos es más fácil cascar dos nueces apretándolas una contra otra que separadamente. Así, a la interrogación planteada de cómo los sueños penosos y los de angustia pueden constituir realizaciones de deseos, podemos agregar, deduciéndola de las características de la vida onírica hasta ahora examinadas, la de por qué los sueños de contenido indiferente, que resultan ser realizaciones de deseos, no muestran abiertamente este significado. Tomemos el sueño examinado antes con todo detalle de la inyección de Irma; no es de carácter penoso, y la interpretación nos lo ha revelado como una amplia realización de deseos. Mas ¿por qué precisa de interpretación? ¿Por qué no expresa directamente su sentido? A primera vista no nos hace tampoco la impresión de presentar realizado un deseo del durmiente, y sólo después del análisis es cuando nos convencemos de ello. Dando a este comportamiento del sueño, cuyos motivos ignoramos aún, el nombre de

«deformación onírica» (*Traumentstellung*), surge en nosotros la segunda interrogación: ¿de dónde proviene esta deformación de los sueños?

Si para contestar a esta pregunta echamos mano a las primeras ocurrencias que por su estímulo surgen en nuestro pensamiento, podremos proponer varias soluciones verosímiles; por ejemplo, la de que durante el reposo no existe el poder de crear una expresión correspondiente a las ideas del sueño. Pero el análisis de determinados sueños nos obliga a aceptar una distinta explicación de la deformación onírica. Para demostrarlo expondré la interpretación de otro sueño propio; interpretación que, si bien me fuerza a cometer de nuevo multitud de indiscreciones, compensa este sacrificio personal con un acabado esclarecimiento del problema planteado.

Información preliminar. —En la primavera de 1897 supe que dos profesores de nuestra Universidad me habían propuesto para el cargo de profesor extraordinario; hecho que, a más de sorprenderme por inesperado, me causó una viva alegría, pues suponía una prueba de estimación, independiente de toda relación personal, por parte de dos hombres de altos merecimientos científicos. Pero en el acto me dije que no debía fundar esperanza alguna en la propuesta de que había sido objeto, pues durante los últimos años había hecho el Ministerio caso omiso de todas las que le habían sido dirigidas, y muchos de mis colegas, de más edad, y por lo menos de iguales merecimientos que yo, esperaban en vano su promoción. Careciendo de motivos para esperar mejor suerte, decidí resignarme a que mi nombramiento quedase sin efecto. «Después de todo —me dije—, no soy ambicioso, y ejerzo con éxito mi actividad profesional sin necesidad de título honorífico ninguno, aunque también es verdad que en este caso no se trata de que las uvas estén verdes o maduras, pues lo indudable es que se hallan fuera de mi alcance».

Así las cosas, recibí una tarde la visita de un colega, con el que me unían vínculos de amistad, y que se contaba precisamente entre aquéllos cuya suerte me había servido de advertencia. Candidato desde hacía mucho tiempo al nombramiento de profesor, que hace del médico en nuestra sociedad moderna una especie de semidiós ante los ojos de los enfermos, y menos resignado que yo, solía visitar de cuando en cuando las oficinas del ministerio para activar la resolución de su empeño. De una de tales visitas venía la tarde a que me refiero, y me relató que esta vez había puesto en un aprieto al alto empleado que le recibió, preguntándole sin ambages si el retraso de su nombramiento dependía realmente de consideraciones confesionales. La respuesta fue que, en efecto,

dadas las corrientes de opinión dominantes, no se hallaba S. E., por el momento, en situación, etc., etc. «Por lo menos sé ya a qué atenerme», dijo mi amigo al final de su relato, con el cual no me había revelado nada nuevo, aunque si me había afirmado en mi resignación, pues las consideraciones confesionales alegadas eran también aplicables a mi caso^[311].

A la madrugada siguiente a esta visita tuve un sueño de contenido y formas singulares. Se componía de dos ideas y dos imágenes, en sucesión alternada; mas para el fin que aquí perseguimos nos bastará con comunicar su primera mitad, o sea, una idea y una imagen.

I. Mi amigo R. es mi tío. Siento un gran cariño por él.

II. Veo ante mí su rostro, pero algo cambiado y como alargado, resaltando con especial precisión la rubia barba que lo encuadra. A continuación sigue la segunda mitad del sueño, compuesta de otra idea y otra imagen, de las que prescindo, como antes indiqué.

La interpretación de este sueño se desarrolló en la forma siguiente:

Al recordarlo por la mañana me eché a reír, exclamando: «¡Qué disparate!» Pero no pude apartar de él mi pensamiento en todo el día, y acabé por dirigirme los siguientes reproches: «Si cualquiera de tus enfermos tratase de rehuir la interpretación de uno de sus sueños, tachándolo de disparatado, pensarías que detrás de dicho sueño se escondía alguna historia desagradable, cuya percatación intentaba evitarse. Por tanto, debes proceder contigo mismo como con un tal enfermo procederías. Tu opinión de que este sueño es un desatino no significa sino una resistencia interior contra la interpretación y no debes dejarte vencer por ella. Estos pensamientos me movieron a emprender el análisis.

»R. es mi tío». ¿Qué puede esto significar? No he tenido más que un tío, mi tío José^[312], protagonista por cierto de una triste historia. Llevado por el ansia de dinero, se dejó inducir a cometer un acto que las leyes castigan severamente y cayó bajo el peso de las mismas. Mi padre, que por entonces (de esto hace ya más de treinta años) encaneció del disgusto, solía decir que tío José no había sido nunca un hombre perverso, y sí únicamente un imbécil. De este modo, al pensar en mi sueño que mi amigo R. es mi tío José, no quiero decir otra cosa sino que R. es un imbécil. Esto, aparte de serme muy desagradable, me parece al principio inverosímil. Mas para confirmarlo acude el alargado rostro, encuadrado por una cuidada barba rubia, que a continuación veo en mi sueño. Mi tío tenía realmente cara alargada, y llevaba una hermosa barba rubia. En cambio, mi

amigo R. ha sido muy moreno; pero, como todos los hombres morenos, paga ahora, que comienza a encanecer, el atractivo aspecto de sus años juveniles, pues su barba va experimentando, pelo a pelo, transformaciones de color nada estéticas, pasando primero al rojo sucio y luego al gris amarillento antes de blanquear definitivamente. En uno de estos cambios se halla ahora la barba de mi amigo R., y, según advierto con desagrado, también la mía. El rostro que en sueños he visto es al mismo tiempo el de R. y el de mi tío José, como si fuese una de aquellas fotografías en que Galton obtenía los rasgos característicos de una familia, superponiendo en una misma placa los rostros de varios de sus individuos. Así, pues, habré de aceptar que en mi sueño quiero, efectivamente, decir que mi amigo R. es un imbécil, como mi tío José.

Lo que no sospecho aún es para qué habré podido establecer una tal comparación, contra la que todo en mí se rebela, aunque he de reconocer que no pasa de ser harto superficial, pues mi tío José era un delincuente, y R. es un hombre de conducta intachable. Sin embargo, también él ha sufrido los rigores de la Ley por haber atropellado a un muchacho, yendo en bicicleta. ¿Me referiré acaso en mi sueño a este delito? Sería llevar la comparación hasta lo ridículo. Pero recuerdo ahora una conversación mantenida hace unos días con N., otro de mis colegas, y que versó sobre el mismo tema de la detallada en la información preliminar. N., al que encontré en la calle, se halla también propuesto para el cargo de profesor, y me felicitó por haber sido objeto de igual honor; felicitación que yo rechacé, diciendo: «No sé por qué me da usted la enhorabuena conociendo mejor que nadie, por experiencia propia, el valor de tales propuestas». A estas palabras mías, bromeando, repuso N. : «¿Quién sabe? Yo tengo quizá algo especial en contra mía. ¿Ignora usted acaso que fui una vez objeto de una denuncia? Naturalmente, se trataba de una vulgar tentativa de chantaje, y todavía me costó Dios y ayuda librar a la denunciante del castigo merecido. Pero ¿quién me dice que en el Ministerio no toman este suceso como pretexto para negarme el título de profesor? En cambio, a usted no tienen “pero” que ponerle».

Con el recuerdo de esta conversación se me revela el delincuente de que precisaba para completar la comprensión del paralelo establecido en mi sueño, y al mismo tiempo todo el sentido y la tendencia de este último. Mi tío José — imbécil y delincuente— representa en mi sueño a mis dos colegas, que no han alcanzado aún el nombramiento de profesor, y por el hecho mismo de representarlos tacha al uno de imbécil, y de delincuente al otro. Asimismo, veo

ahora con toda claridad para qué me es necesario todo esto. Si efectivamente es a razones «confesionales» a lo que obedece el indefinido retraso de la promoción de mis dos colegas, puedo estar seguro de que la propuesta hecha a mi favor habrá de correr la misma suerte. Por lo contrario, si consigo atribuir a motivos distintos, y que no pueda alcanzarme el veto opuesto a ambos por las altas esferas oficiales, no tendré por qué perder la esperanza de ser nombrado. En este sentido actúa, pues, mi sueño, haciendo de R. un imbécil, y de N., un delincuente. En cambio, yo, libre de ambos reproches, no tengo ya nada común con mis dos colegas, puedo esperar confiado mi nombramiento y me veo libre de la objeción revelada a mi amigo R. por el alto empleado del Ministerio; objeción que es perfectamente aplicable a mi caso.

A pesar de los esclarecimientos logrados, no puedo dar aquí por terminada la interpretación, pues siento que falta aún mucho que explicar y sobre todo no he conseguido todavía justificar ante mis propios ojos la ligereza con que me he decidido a denigrar a dos de mis colegas, a los que respeto y estimo, sólo por desembarazar de obstáculos mi camino hacia el Profesorado. Claro es que el disgusto que tal conducta me inspira queda atenuado por mi conocimiento del valor que debe concederse a los juicios que en nuestros sueños formamos. No creo realmente que R. sea un imbécil, ni dudo un solo instante de la explicación que N. me dio del enojoso asunto en que se vio envuelto, como tampoco podía creer en realidad que Irma se hallaba gravemente enferma a causa de una inyección de un preparado a base de propilena que Otto le había administrado. Lo que tanto en un caso como en otro expresa mi sueño no es sino mi *deseo de que así fuese*. La afirmación por medio de la cual se realiza este deseo parece más absurda en el sueño de Irma que en el últimamente analizado, pues en éste quedan utilizados con gran habilidad varios puntos de apoyo efectivos, resultando así como una diestra calumnia, en la que «hay algo de verdad». En efecto, mi amigo R. fue propuesto con el voto en contra de uno de los profesores, y N. me proporcionó por sí mismo, inocentemente, en la conversación relatada, material más que suficiente para denigrarle. Repito, no obstante, que me parece necesario más amplio esclarecimiento.

Recuerdo ahora que el sueño contenía aún otro fragmento, del que hasta ahora no me he ocupado en la interpretación. Después de ocurrírseme que R. es mi tío, experimento en sueños un tierno cariño hacia él. ¿De dónde proviene este sentimiento? Mi tío José no me inspiró nunca, naturalmente, cariño alguno; R. es, desde hace años, un buen amigo mío, al que quiero y estimo, pero si me

oyera expresarle mi afecto en términos aproximadamente correspondientes al grado que él mismo alcanza en mi sueño, quedaría con seguridad un tanto sorprendido. Tal afecto me parece, pues, tan falso y exagerado —aunque esto último en sentido inverso— como el juicio que sobre sus facultades intelectuales expreso en mi sueño al fundir su personalidad con la de mi tío. Pero esta misma circunstancia me hace entrever una posible explicación. El cariño que por R. siento en mi sueño no pertenece al contenido latente; esto es, a los pensamientos que se esconden detrás del sueño. Por el contrario, se halla en oposición a dicho contenido, y es muy apropiado para encubrirse su sentido. Probablemente no es otro su destino. Recuerdo qué enérgica resistencia se opuso en mí a la interpretación de este sueño, y cómo fui aplazándola una y otra vez hasta la noche siguiente, con el pretexto de que todo él no era sino un puro disparate.

Por mi experiencia psicoanalítica sé cómo han de interpretarse estos juicios condenatorios. Su valor no es el de un conocimiento, sino tan sólo el de una manifestación afectiva. Cuando mi hija pequeña no quiere comer una manzana que le ofrecen afirma que está agria sin siquiera haberla probado. En aquellos casos en que mis pacientes siguen esta conducta infantil comprendo en seguida que se trata de una representación que quieren *reprimir*. Esto mismo sucede en mi sueño. Me resisto a interpretarlo, porque la interpretación contiene algo contra lo cual me rebelo, y que una vez efectuada aquélla, demuestra ser la afirmación de que R. es un imbécil. El cariño que por R. siento no puedo referirlo a las ideas latentes de mi sueño, pero sí, en cambio, a ésta, mi resistencia. Si mi sueño, comparado con su contenido latente, aparece deformado hasta la inversión, con respecto a este punto habré de deducir que el cariño en él manifiesto sirve precisamente a dicha deformación; o dicho de otro modo: que la deformación demuestra ser aquí intencionada, constituyendo un medio de *disimulación*. Mis ideas latentes contienen un insulto contra R., y para evitar que yo me dé cuenta de ello llega al contenido manifiesto todo lo contrario; esto es, un cariñoso sentimiento hacia él.

Podía ser éste un descubrimiento de carácter general. Como hemos visto por los ejemplos incluidos en el capítulo III, existen sueños que constituyen f raneas realizaciones de deseos. En aquellos casos en que tal realización aparece disfrazada e irreconocible habrá de existir una tendencia opuesta al deseo de que se trate, y a consecuencia de ella no podría el deseo manifestarse sino encubierto y disfrazado. La vida social nos ofrece un proceso paralelo a este que en la vida psíquica se desarrolla, mostrándonos una análoga deformación de un acto

psíquico. En efecto, siempre que en la relación social entre dos personas se halle una de ellas investida de cualquier poder, que imponga a la otra determinadas precauciones en la expresión de sus pensamientos, se verá obligada esta última a deformar sus actos psíquicos, al exteriorizarlos; o dicho de otro modo: a disimular. La cortesía social que estamos habituados a observar cotidianamente no es en gran parte sino tal disimulo. Asimismo, al comunicar aquí a mis lectores las interpretaciones de mis sueños me veo forzado a llevar a cabo tales deformaciones. De esta necesidad de disfrazar nuestro pensamiento se lamentaba también el poeta: Lo mejor que saber puede/no te es dado decírselo a los niños^[313].

En análoga situación se encuentra el escritor político que quiere decir unas cuantas verdades desagradables al Gobierno. Si las expresa sin disfraz alguno, la autoridad reprimirá su exteriorización, *a posteriori*, si se trata de manifestaciones verbales, o preventivamente, si han de hacerse públicas por medio de la imprenta. De este modo el escritor, temeroso de la *censura*, atenuará y deformará la expresión de sus opiniones. Según la energía y la susceptibilidad de esta censura, se verá obligado a prescindir simplemente de algunas formas de ataque, a hablar por medio de alusiones y no directamente o a ocultar sus juicios bajo un disfraz, inocente en apariencia, refiriendo, por ejemplo, los actos de dos mandarines del Celeste Imperio cuando intente publicar los dos altos personajes de su patria. Cuanto más severa es la censura, más chistosos son con frecuencia los medios de que el escritor se sirve para poner a sus lectores sobre la pista de la significación verdadera de su artículo^[314].

La absoluta y minuciosa coincidencia de los fenómenos de la censura con los de la deformación onírica nos autoriza a atribuir a ambos procesos condiciones análogas de la formación de los sueños, dos poderes psíquicos del individuo (corrientes, sistemas), uno de los cuales forma el deseo expresado por el sueño, mientras que el otro ejerce una censura sobre dicho deseo y le obliga de este modo a deformar su exteriorización. Sólo nos quedaría entonces por averiguar qué es lo que confiere a esta segunda instancia el poder mediante el cual le es dado ejercer la censura. Si recordamos que las ideas latentes del sueño no son conscientes antes del análisis, y, en cambio, el contenido manifiesto de ellas emanado si es recordado como consciente, podemos sentar la hipótesis de que el privilegio de que dicha segunda instancia goza es precisamente el del acceso a la conciencia. Nada del primer sistema puede llegar a la conciencia sin antes pasar

por la segunda instancia, y ésta no deja pasar nada sin ejercer sobre ello sus derechos e imponer a los elementos que aspiran a llegar a la conciencia aquellas transformaciones que le parecen convenientes. Entrevemos aquí una especialísima concepción de la «esencia» de la conciencia; el devenir consciente es para nosotros un especial acto psíquico, distinto e independiente de los procesos de inteligir o representar, y la conciencia se nos muestra como un órgano sensorial, que percibe un contenido dado en otra parte. No es nada difícil demostrar que la psicopatología no puede prescindir en absoluto de estas hipótesis fundamentales, cuyo detenido estudio habremos de llevar a cabo más adelante.

Conservando esta representación de las dos instancias psíquicas y de sus relaciones con la conciencia, se nos muestra una analogía por completo congruente entre la singular ternura qué en mi sueño experimento hacia mi amigo R. —tan denigrado luego en la interpretación— y la vida política del hombre. Supongámonos, en efecto, trasladados a un Estado en el que un rey absoluto, muy celoso de sus prerrogativas, y una activa opinión pública luchan entre sí. El pueblo se rebela contra un ministro que no le es grato y pide su destitución. Entonces el monarca, con el fin de mostrar que no tiene por qué doblegarse a la voluntad popular, hará precisamente objeto a su ministro de una alta distinción, para la cual no existía antes el menor motivo. Del mismo modo, si mi segunda instancia, que domina el acceso a la conciencia, distingue a mi amigo R. con una exagerada efusión de ternura, es precisamente porque las tendencias optativas del primer sistema quisieran denigrarle, calificándole de imbécil, en persecución de un interés particular, del que dependen^[315].

Sospechamos aquí que la interpretación onírica puede proporcionarnos, sobre la estructura de nuestro aparato anímico, datos que hasta ahora habíamos esperado en vano de la filosofía. Pero no queremos seguir ahora este camino, sino que, después de haber esclarecido la deformación onírica, volvemos a nuestro punto de partida. Nos preguntamos cómo los sueños de contenido penoso podían ser interpretados como realizaciones de deseos, y vemos ahora que ello es perfectamente posible cuando ha tenido efecto una deformación onírica; esto es, cuando el contenido penoso no sirve sino de disfraz de otro deseado. Refiriéndose a nuestras hipótesis sobre las dos instancias psíquicas, podremos, pues, decir que los sueños penosos contienen, efectivamente, algo que resulta penoso para la segunda instancia, pero que al mismo tiempo cumplen un

deseo de la primera. Son sueños optativos, en tanto en cuanto todo sueño parte de la primera instancia, no actuando la segunda, con respecto al sueño, sino defensivamente, y no con carácter creador^[316]. Si nos limitamos a tener en cuenta aquello que la segunda instancia aporta al sueño no llegaremos jamás a comprenderlo, y permanecerán en pie todos los enigmas que los autores han observado en el fenómeno onírico.

El análisis nos demuestra en todo caso que el sueño posee realmente un sentido y que éste es el de una realización de deseos. Tomaré, pues, algunos sueños de contenido penoso e intentaré su análisis. En parte son sueños de sujetos histéricos, que exigen una larga información preliminar y nos obligan a adentrarnos a veces en los procesos psíquicos de la histeria. Pero no me es posible eludir estas complicaciones de mi exposición.

En el tratamiento analítico de un psiconeurótico constituyen siempre sus sueños, como ya hubimos de indicar, uno de los temas sobre los que han de versar las conferencias entre médico y enfermo. En ellas comunico al sujeto todos aquellos esclarecimientos psicológicos con ayuda de los cuales he llegado a la comprensión de los síntomas; pero estas explicaciones son siempre objeto, por parte del enfermo, de una implacable crítica, tan minuciosa y severa como la que de un colega pudiera yo esperar. Sin excepción alguna se niegan los pacientes a aceptar el principio de que todos los sueños son realizaciones de deseos, y suelen apoyar su negativa con el relato de sueños que, a su juicio, contradicen rotundamente tal teoría. Expondré aquí algunos de ellos:

«Dice usted que todo sueño es un deseo cumplido —me expone una ingeniosa paciente—. Pues bien: le voy a referir uno que es todo lo contrario. En él se me niega precisamente un deseo. ¿Cómo armoniza usted esto con su teoría?» El sueño a que la enferma alude es el siguiente:

«Quiero dar una comida, pero no dispongo sino de un poco de salmón ahumado. Pienso en salir para comprar lo necesario, pero recuerdo que es domingo y que las tiendas están cerradas. Intento luego telefonear a algunos proveedores, y resulta que el teléfono no funciona. De este modo, tengo que renunciar al deseo de dar una comida».

Como es natural, respondo a mi paciente que tan sólo el análisis puede decidir sobre el sentido de sus sueños, aunque concedo, desde luego, que a primera vista se muestra razonable y coherente, y parece constituir todo lo contrario de una realización de deseos. «Pero ¿de qué material ha surgido este

sueño? Ya sabe usted que el estímulo de un sueño se halla siempre entre los sucesos del día inmediatamente anterior».

Análisis. Su marido, un honrado y laborioso carnicero, le había dicho el día anterior que estaba demasiado grueso e iba a comenzar una cura de adelgazamiento. Se levantaría temprano, haría gimnasia, observaría un severo régimen en las comidas y, sobre todo, no aceptaría ya más invitaciones a comer fuera de su casa. A continuación relata la paciente, entre grandes risas, que un pintor, al que su marido había conocido en el café, hubo de empeñarse en retratarle, alegando no haber hallado nunca una cabeza tan expresiva. Pero el buen carnicero había rechazado la proposición, diciendo al pintor, con sus rudas maneras acostumbradas, que, sin dejar de agradecerle mucho su interés, estaba seguro de que el más pequeño trozo del trasero de una muchacha bonita habría de serle más agradable de pintar que toda su cabeza, por muy expresiva que fuese. La sujeto se halla muy enamorada de su marido y gusta de embromarle de cuando en cuando. Recientemente le ha pedido que no le traiga nunca caviar. ¿Qué significa esto?

Hace ya mucho tiempo que tiene el deseo, de tomar caviar como entremés en las comidas, pero no quiere permitirse el gasto que ello supondría. Naturalmente, tendría el caviar deseado en cuanto expresase su deseo a su marido. Pero, por el contrario, le ha pedido que no se lo traiga nunca para poder seguir embromándole con este motivo.

(Esta última razón me parece harto inconsciente. Detrás de tales explicaciones, poco satisfactorias, suelen esconderse motivos inconfesados. Recuérdense a los hipnotizados de Bernheim, que llevan a cabo un encargo post-hipnótico y, preguntados luego por los motivos de su acto, no manifiestan ignorar por qué han hecho aquello, sino que inventan un fundamento cualquiera insuficiente. Algo análogo debe de suceder aquí con la historia del caviar. Observo además que mi paciente se ve obligada a crearse en la vida un deseo insatisfecho. Su sueño le muestra también realizada la negación de un deseo. Mas ¿para qué puede precisar de un deseo insatisfecho?)

Las ocurrencias que hasta ahora han surgido en el análisis no bastan para lograr la interpretación del sueño. Habré, pues, de procurar que la sujeto produzca otras nuevas. Después de una corta pausa, como corresponde al vencimiento de la resistencia, declara que ayer fue a visitar a una amiga suya de la que se halla celosa, pues su marido la celebra siempre extraordinariamente.

Por fortuna, está muy seca y delgada y a su marido le gustan las mujeres de

formas llenas. ¿De qué habló su amiga durante la visita? Naturalmente, de su deseo de engordar. Además, le preguntó: «¿Cuándo vuelve usted a convidarnos a comer? En su casa se come siempre maravillosamente».

Llegado el análisis a este punto, se me muestra ya con toda claridad el sentido del sueño y puedo explicarlo a mi paciente. «Es como si ante la pregunta de su amiga hubiera usted pensado: “¡Cualquier día te convido yo, para que engordes hartándote de comer a costa mía y gustes luego más a mi marido!” De este modo, cuando a la poche siguiente sueña usted que no puede dar una comida, no hace su sueño sino realizar su deseo de no colaborar al redondeamiento de las formas de su amiga. La idea de que comer fuera de su casa engorda le ha sido sugerida por el propósito que su marido le comunicó de rehusar en adelante toda invitación de este género, como parte del régimen al que pensaba someterse para adelgazar». Fáltanos ahora tan sólo hallar una coincidencia cualquiera que confirme nuestra solución. Observando que el análisis no nos ha proporcionado aún dato alguno sobre el «salmón ahumado», mencionado en el contenido manifiesto, pregunto a mi paciente: «¿Por qué ha escogido usted en su sueño precisamente este pescado?» «Sin duda —me responde— porque es el plato preferido de mi amiga». Casualmente conozco también a esta señora y puedo confirmar que le sucede con este plato lo mismo que a mi paciente con el caviar; esto es, que, gustándole mucho, se priva de él por razones de economía.

Este mismo sueño es susceptible de otra interpretación más sutil, que incluso queda hecha necesaria para una circunstancia accesoria. Tales dos interpretaciones no se contradicen, sino que se superponen, constituyendo un ejemplo del doble sentido habitual de los sueños y, en general, de todos los demás productos psicopatológicos. Ya hemos visto que contemporáneamente a este sueño, que parecía negarle un deseo, se ocupaba la sujeto en crearse, en la realidad, un deseo no satisfecho (el caviar). También su amiga había exteriorizado un deseo, el de engordar, y no nos admiraría que nuestra paciente hubiera soñado que a su amiga le había sido negado un deseo. Su deseo propio es, efectivamente, que no se realiza un deseo de su amiga. Pero, en lugar de esto, sueña que no se le realiza a ella otro suyo. Obtendremos, pues, una nueva interpretación si aceptamos que la sujeto no se refiere en su sueño a sí misma, sino a su amiga, sustituyéndose a ella en el contenido manifiesto o, como también podríamos decir, *identificándose* con ella.

A mi juicio es esto, en efecto, lo que ha llevado a cabo, y como signo de tal

identificación se ha creado, en la realidad, un deseo insatisfecho. Pero ¿qué sentido tiene la identificación histérica? Para esclarecer este punto se nos hace precisa una minuciosa exposición. La identificación es un factor importantísimo del mecanismo de los síntomas histéricos, y constituye el medio por el que los enfermos logran expresar en sus síntomas los estados de toda una amplia serie de personas y no únicamente los suyos propios. De este modo sufren por todo un conjunto de hombres y les es posible representar todos los papeles de una obra dramática con sólo sus medios personales. Se me objetará que esto no es sino la conocida imitación histérica, o sea, la facultad que los histéricos poseen de imitar todos los síntomas que en otros enfermos les impresionan, facultad equivalente a una compasión elevada hasta la reproducción. Pero con esto no se hace sino señalar el camino recorrido por el proceso psíquico en la imitación histérica, y no debemos olvidar que una cosa es el acto anímico y otra el camino que el mismo sigue. El primero es algo más complicado de lo que gustamos de representarnos la imitación de los histéricos y equivale a un proceso deductivo inconsciente, como veremos en el siguiente ejemplo: el médico que tiene en su clínica una enferma que presenta determinadas contracciones y advierte una mañana que este especial síntoma histérico ha encontrado numerosas imitadoras entre las demás ocupantes de la sala, no se admirará en modo alguno y se limitará a decir: «La han visto durante un ataque y ahora la imitan. Es la infección psíquica». Está bien; pero tal infección se desarrolla en la forma siguiente: las enfermas saben, por lo general, bastante más unas de otras que el médico sobre cada una de ellas, y se preocupan de sus asuntos respectivos, cambiando impresiones después de la visita. Si una de ellas tiene un día un ataque, las demás se enteran en seguida de que la causa del mismo ha sido una carta que ha recibido de su casa, una renovación de sus disgustos amorosos, etc. Estos hechos despiertan su compasión, y entonces se desarrolla en ellas, aunque sin llegar a su conciencia, el siguiente proceso deductivo: «Si tales causas provocan ataques como ése, también yo puedo tenerlos, pues tengo idénticos motivos». Si esta conclusión fuera capaz de conciencia, conduciría quizá al temor de padecer tales ataques; mas como tiene efecto en un distinto terreno psíquico, conduce a la realización del síntoma temido. Así, pues, la identificación no es una simple imitación, sino una *apropiación* basada en la misma causa etiológica, expresa una equivalencia y se refiere a una comunidad que permanece en lo inconsciente.

La identificación es utilizada casi siempre en la histeria para la expresión de

una comunidad sexual. La histérica se identifica ante todo —aunque no exclusivamente— en sus síntomas con aquellas personas con las que ha mantenido comercio sexual o con aquellas otras que lo mantienen con las mismas personas que ella. Tanto en la fantasía histérica como en el sueño basta para la identificación que el sujeto piense en relaciones sexuales, sin necesidad de que las mismas sean reales. Así, pues, mi paciente no hace más que seguir las reglas de los procesos intelectuales histéricos cuando expresa los celos que su amiga le inspira (celos que reconoce injustificados), sustituyéndose a ella en el sueño e identificándose con ella por medio de la creación de un síntoma (el deseo prohibido). Si tenemos en cuenta la forma expresiva idiomática, podríamos explicar el proceso en la forma que sigue: la sujeto ocupa en su sueño el lugar de su amiga porque ésta ocupa en el ánimo de su marido el lugar que a ella le corresponde y porque quisiera ocupar en la estimación del mismo el lugar que aquélla ocupa^[317].

De un modo más sencillo, aunque siempre conforme al mismo principio de que la no realización de un deseo significa la realización de otro, quedó rebatida la contradicción opuesta a mi teoría onírica por otra de mis pacientes, la más ingeniosa de todas ellas cuyos sueños he analizado. Al día siguiente de haberle comunicado que los sueños eran realizaciones de deseos, me relató haber soñado aquella noche que salía de viaje con su suegra para el punto en que habían acordado pasar juntas el verano. Sabía yo que mi paciente se había resistido con toda energía a ir a veranear con su suegra y había logrado por fin eludir la temida compañía alquilando, hacía pocos días, una casa de campo en un lugar muy lejano a la residencia de aquélla. Y ahora el sueño deshacía esta solución tan deseada. ¿Cabía una más absoluta contradicción a mi teoría de la realización de deseos? Mas para hallar la interpretación de este sueño no había más que deducir su consecuencia. Según él, no tenía yo razón. *El deseo de la paciente era precisamente éste: el de que yo no tuviese razón —y el sueño se lo muestra realizado—*. Pero este deseo de que yo no tuviese razón, realizado con relación al tema de la residencia veraniega, se refería en realidad a un tema distinto y mucho más importante. Por aquellos días había yo deducido del material que los análisis me proporcionaban el hecho de que en un determinado período de la vida le había sucedido algo muy importante para la adquisición de su enfermedad, deducción que ella había rechazado por no hallar en su memoria nada correspondiente. Al poco tiempo quedó, sin embargo, demostrado que tenía

yo razón. Su deseo de que no la tuviese, transformado en el sueño que la muestra saliendo de veraneo en compañía de su suegra, correspondía, por tanto, al deseo justificado de que aquellos sucesos a que yo me había referido y que aún no habían obtenido confirmación no hubiesen sucedido jamás.

Sin análisis, solamente por una sospecha, me permití interpretar un sueño de un amigo mío que durante ocho años había sido condiscípulo mío en segunda enseñanza. Un día me oyó pronunciar una conferencia sobre mi nuevo descubrimiento de que el sueño constituía una realización de deseos. Aquella noche soñó que *perdía todos sus pleitos* —era abogado— y vino a relatarme su sueño como prueba de la inexactitud de mi teoría. Por mi parte, salí del paso con la evasiva de que no todos los pleitos se pueden ganar, pero en el fondo me dije: «Un hombre que ha sido condiscípulo mío durante ocho años, y que estaba siempre entre los medianos mientras yo era el primero de la clase, ¿no habrá conservado de estos años de colegio el deseo de verme alguna vez en ridículo?»

Una muchacha joven, a la que tenía sometida al tratamiento analítico, me relató —también como prueba de la inexactitud de mis afirmaciones— otro sueño más sombrío: «Recordará usted —me dijo— que mi hermana no tiene ya más que un hijo: Carlos. El mayor, Otto, se le murió cuando todavía vivía yo con ellos. Otto era mi preferido; podía decirse que era yo quien había cuidado de él y le había educado. Naturalmente, también quiero al pequeño, pero no tanto como quise a su hermano. Pues bien: esta noche he soñado que Carlos había muerto, y le veía ante mí, colocado ya en su pequeño ataúd, con las manos cruzadas y rodeado de velas, tal y como vi a Otto, cuya muerte me causó tan profundo dolor. ¿Qué puede significar este sueño? Usted me conoce y sabe que no soy tan perversa como para desear que mi hermana pierda el único hijo que le queda. ¿O querrá decir que hubiera preferido que muriera Carlos en lugar de Otto, mucho más querido por mí?»

Esta interpretación debía desecharse, desde luego, y así se lo comuniqué a la paciente. Una corta reflexión me reveló luego, sin necesidad de análisis, el verdadero sentido del sueño, sentido que la sujeto aceptó y confirmó al dárselo a conocer. Claro está que si pude prescindir del análisis fue tan sólo porque me hallaba previamente en posesión de todos los antecedentes necesarios.

Al quedar huérfana siendo aún muy joven, se fue a vivir con una hermana suya mucho mayor que ella, en cuya casa conoció a un hombre que impresionó profundamente su corazón. Durante algún tiempo pareció que aquellas relaciones, apenas manifestadas, iban a terminar en boda. Pero la hermana

estorbó este feliz desenlace, sin que hayan llegado nunca a verse claramente los motivos que para ello pudo tener. Después de la ruptura dejó el pretendiente de visitar la casa, y la muchacha concentró toda su ternura en el pequeño Otto. Muerto éste, abandonó la casa de su hermana y se fue a vivir sola. Pero su amorosa inclinación hacia el amigo de su hermana continuó viva en ella. Su orgullo le ordenaba evitarle, pero le era imposible transferir su amor a otro de los pretendientes que luego la solicitaron. Cuando el hombre amado, que era un conocido literato, daba alguna conferencia, se la hallaba siempre entre los oyentes, y no dejaba pasar ocasión alguna que de verle de lejos se le ofreciera. El día inmediatamente anterior a su sueño me había relatado que pensaba asistir a un concierto en el que seguramente podría gozar de la vista de su amor. Este concierto estaba anunciado para el día mismo en que acudí a relatarme el sueño antes detallado. Con todos estos antecedentes no era difícil hallar la interpretación exacta del mismo. Para confirmarla pregunté a la paciente si recordaba algún suceso acaecido después de la muerte de Otto, obteniendo en el acto la respuesta siguiente: «Sí, el profesor (título que poseía su amado) fue a casa de mi hermana, después de una larga ausencia, y pude verle junto a la caja del pobre Otto». Esto era precisamente lo que yo esperaba, y mediante ello pude ya dar por terminada la interpretación, expresándola como sigue: «Si ahora muriese el otro niño se repetiría la misma escena. Pasaría usted el día en casa de su hermana, el profesor iría seguramente a dar el pésame y volvería usted a verle en situación idéntica a la de entonces. El sueño no significa sino éste su deseo de volver a ver al hombre amado, deseo contra el cual lucha usted interiormente. Sé, además, que lleva usted en el bolsillo el billete para el concierto de hoy. Su sueño es, por tanto, un sueño de impaciencia, que anticipa algunas horas el encuentro que hoy debía realizarse».

Con objeto de encubrir su deseo había escogido la sujeto una triste situación, en la que el mismo había de quedar reprimido, pues es natural que el dolor que experimentamos ante la pérdida de una persona querida aleje nuestro pensamiento de nuestros amores. Sin embargo, es muy posible que tampoco en la situación real que luego el sueño copia, esto es, cuando la muerte de Otto, al que tanto quería, consiguiese la muchacha dominar por completo los tiernos sentimientos que la presencia del hombre amado había de inspirarle.

Otra paciente mía, que antes de enfermar se había distinguido por su vivo ingenio y buen humor, cualidades que aún emergían en sus ocurrencias durante las sesiones del tratamiento, tuvo un sueño muy semejante al anterior, pero de

muy distinto sentido. En él vio, entre otras muchas cosas, a su única hija, una muchacha de quince años muerta y metida en una caja que no tenía forma de ataúd, sino la de aquellas que se usan para guardar objetos. Le hubiera gustado presentarme este sueño como prueba de la inexactitud de mis teorías, pero la detenía la sospecha de que el singular detalle de la «caja» había de indicar el camino de otra distinta interpretación del sueño^[318]. Durante el análisis recordó que en una reunión de la que el día anterior había formado parte, recayó la conversación sobre la palabra inglesa *box* y lo vario de sus significados, pues puede traducirse por caja, palco, cajón, bofetada, etc. De otros elementos del mismo sueño se deducía que la sujeto se había dado cuenta de la afinidad de dicha palabra inglesa con la alemana *Büchse* (estuche) y había recordado que esta última era empleada vulgarmente para designar los genitales femeninos. Teniendo en cuenta la impresión de sus conocimientos de anatomía topográfica, podía, por tanto, suponerse que la niña en la «caja» significaba el feto en la matriz. Cuando le comuniqué esta explicación no negó ya que la imagen onírica correspondía realmente a un deseo suyo. Como tantas otras mujeres jóvenes, consideraba cada nuevo embarazo como una desgracia, y se confesaba más de una vez el deseo de que el feto muriese antes del nacimiento. En una ocasión que tuvo un grave disgusto con su marido, llegó a golpearse el vientre, poseída por la cólera, para matar al hijo que en su seno llevaba. El niño muerto de su sueño era, pues, realmente, una realización de deseos, pero de un deseo rechazado hacía ya más de quince años. No debemos, pues, de extrañar que la realización de un deseo tan pretérito resultase irreconocible. En el intervalo tiene que haberse modificado mucho.

Al tratar de los sueños típicos volveremos a ocuparnos del grupo al que pertenecen los dos últimamente consignados, cuyo contenido es la muerte de personas queridas, y demostraremos con nuevos ejemplos que, a pesar de su contenido indeseado, han de ser interpretados, sin excepción alguna, como realizaciones de deseos. No un enfermo, sino un inteligentísimo jurisconsulto conocido mío, me relató el siguiente sueño, también con la intención de detenerme en una prematura generalización de la teoría del sueño, realizador de deseos: «Sueño —me relata— que llego a mi casa llevando del brazo a una señora. Un coche cerrado me espera ante la puerta. Se me acerca un señor y, después de justificar su personalidad de agente de Policía, me invita a seguirle. Le pido únicamente que me dé tiempo para ordenar mis asuntos. ¿Cree usted que

puedo desear ser detenido?» «Claro que no —tengo que contestarle—. Pero ¿sabe usted por qué le detenían?» «Sí; creo que por infanticidio». «¿Infanticidio? Demasiado sabe usted que. no puede hablarse de este delito más que con respecto a la madre que mata a su hijo recién nacido». «Exacto^[319]». «¿Cuáles son las circunstancias que rodearon su sueño? ¿Qué hizo usted la tarde antes?» «Perdóneme usted; pero preferiría no contarle. Se trata de algo muy personal y delicado». «Siendo así, tendremos que renunciar a la interpretación de su sueño». «Óigame, entonces: no he pasado la noche en mi casa, sino en la de una señora que significa mucho para mí. Al despertar por la mañana hubo de nuevo algo entre nosotros, y después volví a dormirme soñando entonces lo que acabo de contarle». «¿Es una mujer casada?» «Sí». «Y, naturalmente, no querrá usted provocar un embarazo». «No; eso podría delatarnos». «Por tanto, no practica usted con ella el coito normal». «Tomo la precaución de retirarme antes de la eyaculación». «¿Debo suponer que aquella noche realizó usted esta habilidad varias veces y que, en cambio, no quedó usted por la mañana muy seguro de haberlo conseguido?» «Pudiera ser». «Entonces su sueño es una realización de deseos, pues le tranquiliza a usted mostrándose que no ha engendrado un hijo, o lo que es aproximadamente lo mismo, que ha matado usted a un hijo. El proceso deductivo que me ha llevado a esta conclusión es fácilmente evidenciable. Recuerde usted que hace algunos días hablamos sobre la disminución de los nacimientos y sobre la inconsecuencia que supone el haberse permitido realizar el coito en forma que evite la fecundación, mientras que cuando la semilla y el óvulo se han encontrado y han formado un feto es castigada severamente toda intervención. En relación con esto recordamos también la discusión que en la Edad Media se desarrolló sobre el momento en que el alma entraba en el feto, pues sólo a partir de él podía hablarse de asesinato. Seguramente conoce usted también la escalofriante poesía de Lenáu, en la que se equiparan el infanticidio y la evitación de la fecundidad». «Precisamente he estado pensando en Lenáu, sin saber por qué, esta misma mañana». «Sin duda, un nuevo eco de su sueño. Por último, quiero hacerle ver a usted otra pequeña realización de deseo, accesorio, que su sueño presenta. En él llega usted a su casa, llevando a la señora del brazo; esto es, *la trae* usted a su casa en lugar de^[320], como realmente ha sucedido, ir usted a pasar la noche en la de ella. El que la realización de deseos que constituye el nódulo del sueño se oculte bajo una apariencia tan desagradable, obedece quizá a más de una razón. En mi estudio sobre la etiología de la

neurosis de angustia podrá usted ver que considero el *coitus interruptus* como uno de los factores causales de la génesis de la angustia neurótica. No me extrañaría, por tanto, que después de un repetido coito de este género permaneciera usted en desagradable estado de ánimo, que pasa a su sueño como elemento de la composición del mismo. De este malestar se sirve usted también para ocultarse la realización de deseos. Pero lo que aún no me parece suficientemente esclarecida es la acusación de infanticidio. ¿Cómo llega usted a la idea de este delito, esencialmente femenino?» «Le confesaré a usted que hace años me encontré envuelto en un asunto de este género. Tuve la culpa de que una muchacha intentase borrar por medio del aborto las consecuencias de sus relaciones conmigo. Desde luego, no intervine para nada en la realización de tal propósito, pero durante mucho tiempo tuve el natural temor de que aquello pudiera descubrirse». «Ahora queda ya todo aclarado, pues este recuerdo nos proporciona otro motivo de que la sospecha de no haber interrumpido el coito en el momento oportuno le fuera a usted penosa».

Esta interpretación onírica debió de impresionar vivamente a un joven médico que la oyó relatar, pues tuvo en seguida un sueño de forma totalmente análoga, aunque sobre distinto tema. Días antes había presentado en las oficinas de Hacienda la declaración jurada de sus ingresos y siendo éstos aún muy pequeños, no había razón alguna que hubiera podido impulsarle a una ocultación. En su sueño vio a un amigo suyo que había asistido a la sesión de la Junta de impuestos, y venía a comunicarle que todas las declaraciones habían sido aceptadas sin reparo, pero que la suya había despertado general desconfianza, siendo casi seguro que se le impusiera una fuerte multa por tentativa de defraudación. Este sueño es la realización, descuidadamente encubierta, del deseo de pasar por un médico de grandes ingresos, y recuerda la conocida historia de aquella muchacha, a la que se aconsejaba rompiera con su novio, hombre colérico, que seguramente la maltrataría después de casada. A estos consejos respondió la muchacha: «¡Ojalá me pegase ya!» Su deseo de verse casada es tan vivo, que acepta ya e incluso desea los inconvenientes que el matrimonio habrá de traer consigo.

Reuniendo bajo el rótulo de *sueños negativos de deseos* (*Gegenwunschräume*) todos los de este género, muy frecuentes que parecen contradecir directamente mi teoría, puesto que su contenido manifiesto se halla constituido por la negación de un deseo o por algo evidentemente indeseado, advierto que es posible referirlos en general a dos principios, uno de los cuales

no ha sido citado nunca antes de ahora, a pesar de desempeñar, tanto en la vida despierta del hombre como en su vida onírica, un importantísimo papel. Como ya hemos visto, el deseo de que me equivoque es una de las fuerzas determinantes de estos sueños que aparecen siempre en el curso del tratamiento, cuando el enfermo entra en estado de resistencia contra mí. Al ponerle por vez primera al corriente de mi teoría de la realización de deseos puedo también tener la seguridad de provocar en él sueños de este género^[321], y lo mismo habrá de suceder, sin duda, con algunos de mis lectores, los cuales se negarán en sueños un deseo sólo para que pueda realizarse el de que yo me equivoque. El último sueño de este género que aquí voy a comunicar demuestra nuevamente lo mismo. Una muchacha joven, que, después de penosa lucha contra su familia y contra las autoridades médicas consultadas, había conseguido que le permitieran continuar sometiéndose a mi tratamiento, soñó lo siguiente: «En su casa le habían prohibido que continuara acudiendo a mi consulta. Entonces ella me recordaba la promesa que le había hecho de seguir tratándola gratis si llegaba este caso». Pero yo le respondía: «En cuestiones de dinero no puedo guardar consideraciones a nadie».

No es ciertamente nada fácil descubrir aquí la realización de deseos, pero todos estos casos entrañan, además de éste, otro enigma distinto, cuya solución contribuye al primero. ¿De dónde proceden las palabras que el sueño pone en mis labios? Muy sencillo; por mi parte jamás había dicho a la enferma nada semejante, pero uno de sus hermanos tuvo una vez la amabilidad de hablar de mí en términos análogos. El sueño quiere, por tanto, dar la razón al hermano, y este deseo de dar la razón a su hermano no es cosa que la sujeto sienta sólo en sus sueños, sino que constituye el secreto de su vida y el motivo de su enfermedad.

He aquí otro sueño, soñado e interpretado por un médico (August Stärcke), y en el que a primera vista parece imposible hallar realización alguna de deseo: «En la última falange de mi dedo índice advierto una lesión sifilítica primaria».

La claridad y coherencia de este sueño, cuyo único interrogante es lo indeseado de su contenido, pudieran inducirnos a no someterlo a una interpretación aparentemente innecesaria. Pero si no tememos dedicar algún trabajo al análisis, hallaremos que «lesión primaria» (en alemán, *primäraffekt*) puede equipararse a *prima affectio* (primer amor) y que la repugnante úlcera vista en el sueño revela representar, según palabras del mismo Staercke, «realizaciones de deseos cargadas de intenso afecto».

El segundo de los factores a que antes aludimos como motivadores de estos sueños negativos de deseos es tan evidente, que, como sucede con las cosas que más a la vista se hallan, corre el peligro de que no lo advirtamos, y éste ha sido, en efecto, mi caso durante mucho tiempo. En la constitución sexual de muchos hombres existe un componente masoquista, surgido por la transformación en su contrario de los componentes agresivos sadistas. A estos hombres los denominamos masoquistas mentales cuando no buscan el placer en el dolor físico que se les causa, sino en las humillaciones y torturas espirituales. Claramente se ve, sin necesidad de más amplias explicaciones, que estas personas pueden tener sueños negativos y displacientes, sin que los mismos sean en ellos otra cosa que realizaciones de deseos y la satisfacción de sus inclinaciones masoquistas. He aquí uno de estos sueños:

Un joven, que en años anteriores había atormentado mucho a su hermano, hacia el que sentía una secreta inclinación homosexual, tiene, después de pasar por una radical transformación de carácter, el sueño siguiente, compuesto de tres partes: I. Su hermano mayor le «hace rabiarse». II. Dos adultos coquetean entre sí con propósitos homosexuales. III. Su hermano ha vendido la empresa, cuya dirección se reservaba él para su porvenir. Después de este último fragmento onírico despierta, presa de los más penosos sentimientos. Sin embargo, su sueño no es sino una realización de deseos de carácter masoquista, y podríamos interpretarlo por las ideas siguientes: «Me estaría muy bien empleado que mi hermano realizara ahora esa venta, en la que salgo perjudicado, para castigarme por lo mucho que antes le atormenté».

Espero que los ejemplos y reflexiones que anteceden bastarán para mostrar —hasta nuevas objeciones— la posibilidad de interpretar también los sueños penosos como realizaciones de deseos. De todos modos, habré de volver más adelante sobre este tema de los sueños displacientes. Creo asimismo que tampoco podrá ya nadie considerar como una casualidad el hecho de que en la interpretación de estos sueños lleguemos siempre a temas de los que no hablamos sino a disgusto o en los que nos es desagradable pensar. El penoso sentimiento que tales sueños despiertan es sencillamente idéntico a la repugnancia, que tiende a apartarnos —con éxito casi siempre— de la reflexión o discusión sobre tales temas, y que todos y cada uno de nosotros hemos de vencer cuando nos vemos obligados a emprender una tal labor. Este sentimiento de displacer, que retorna en el sueño, no excluye, sin embargo, la persistencia de un deseo. Todo hombre abraza deseos que no quisiera comunicar a los demás, y

otros que ni aun quisiera confesarse a sí mismo. Por otra parte, creemos justificado enlazar el carácter displaciente de todos estos sueños al hecho de la deformación onírica y deducir que si se muestran deformados y aparece en ellos disfrazada la realización de deseos hasta resultar irreconocible, es precisamente porque existe una repugnancia o una intención represora orientadas contra el tema del sueño o contra el deseo que de él emana. Al agregar al conocimiento que ya poseemos de la vida onírica todo lo que el análisis de los sueños displacientes nos ha descubierto, habremos de transformar la fórmula en la que antes intentamos encerrar la esencia del sueño, dándole la siguiente forma: *El sueño es la realización (disfrazada) de un deseo reprimido*^[322].

Sólo nos quedan ya por examinar desde este punto de vista los sueños de angustia, los cuales constituyen un orden especial de los sueños de contenido penoso, y cuya interpretación, como realizadores de deseos, habrá de tropezar con la máxima resistencia por parte de los no iniciados. Pero afortunadamente puedo dejar aquí esclarecida esta cuestión con escasas palabras. Tales sueños no corresponden, en efecto, a una nueva faceta del problema onírico, sino al problema general de la angustia neurótica. La angustia que en sueños sentimos sólo aparentemente queda explicada por el contenido de los mismos. Al someter el contenido onírico a la interpretación, advertimos que la angustia del sueño no queda más ni mejor justificada por el contenido del sueño que, por ejemplo, la angustia de una fobia por la representación de que esta última depende. Es, por ejemplo, cierto que podemos caer al asomarnos a una ventana, y que, por tanto, debemos observar cierta prudencia al efectuarlo, pero no es comprensible por qué en la fobia correspondiente es tan grande la angustia y persigue a los enfermos mucho más allá de sus motivos. La misma explicación se demuestra después, aplicable tanto a la fobia como al sueño de angustia. La angustia no está en ambos casos sino soldada a la representación que la acompaña, y procede de una fuente distinta.

A causa de esta íntima conexión de la angustia onírica con la neurótica tengo que referirme aquí en la discusión de la primera a la segunda. En un cierto estudio sobre la neurosis de angustia (*Neurolog. Zentralblatt*, 1895)^[323] afirmé yo que la angustia neurótica procede de la vida sexual, y corresponde a una libido desviada de su fin, y que no ha llegado a su empleo. Esta fórmula se ha demostrado cada día más verdadera. De ella puede deducirse el principio de que los sueños de angustia poseen un contenido sexual, cuya libido correspondiente

ha experimentado una transformación en angustia. Más tarde tendremos ocasión de apoyar esta afirmación con el análisis de algunos sueños de sujetos neuróticos. Asimismo, en mis ulteriores tentativas de aproximarme a una teoría del sueño, habré de tratar nuevamente de la condición de los sueños de angustia y de su compatibilidad con la teoría de la realización de deseos.

CAPÍTULO V

MATERIAL Y FUENTES DE LOS SUEÑOS

AL revelarme el análisis que el sueño de la inyección de Irma constituía una realización de deseos, se apoderó de nosotros un vivísimo interés por comprobar si con ello habíamos descubierto un carácter general del fenómeno onírico, y acallamos por el momento todas aquellas otras curiosidades científicas que en el curso de la labor de interpretación habían surgido en nuestro ánimo. Mas ahora, una vez llegados al final del camino que en aquella ocasión elegimos entre todos los que ante nosotros se abrían, podemos ya volver sobre nuestros pasos y escoger un nuevo punto de partida para proseguir en un distinto sentido nuestra exploración de los problemas del sueño, aunque de este modo perdamos de vista por algún tiempo el tema, no agotado aún, ni mucho menos, de la realización de deseos.

Desde que mediante la aplicación de nuestro procedimiento de interpretación onírica nos es posible descubrir un contenido *latente* de los sueños, muy superior en importancia a su contenido manifiesto, tenemos que sentirnos incitados a examinar de nuevo uno de los problemas que el fenómeno onírico plantea, para ver si este nuevo conocimiento puede acaso procurarnos la solución de aquellos enigmas y contradicciones que mientras no conocíamos sino el contenido manifiesto de los sueños nos parecían inasequibles.

En nuestro primer capítulo expusimos detalladamente los juicios de los autores sobre la conexión de los sueños con la vida despierta y sobre la procedencia del material onírico. Recordemos ahora aquellas tres peculiaridades de la memoria onírica que, habiendo sido observadas por muchos, nadie había logrado aún esclarecer. Dichas peculiaridades eran:

1.^a Que el sueño prefiere evidentemente las impresiones de los días inmediatos anteriores (Robert, Strümpell, Hildebrandt, Weed-Hallam).

2.^a Que efectúa una selección conforme a principios diferentes de aquéllos a los que se adapta nuestra conciencia despierta, recordando no lo esencial e importante, sino lo accesorio y desatendido.

3.^a Que dispone de nuestras más tempranas impresiones infantiles, llegando hasta reproducir detalles de dicha edad que nos parecen nimios y que en nuestra vida despierta teníamos por olvidados hace ya mucho tiempo^[324]. Claro es que donde los investigadores han observado estas peculiaridades de la selección del material onírico ha sido en el contenido manifiesto.

a) Lo reciente y lo indiferente en el sueño.

Ateniéndome a mi experiencia personal sobre la procedencia de los elementos emergentes en el contenido onírico, habré de sentar en primer término la afirmación de que en todo sueño puede hallarse un enlace con los acontecimientos del *día inmediatamente anterior*. Cualquiera que sea el sueño que escojamos, propio o ajeno, comprobaremos siempre la verdad de este principio que nos proporciona en la investigación del suceso del día anterior que ha podido constituir el estímulo de un sueño, el punto de partida del análisis del mismo. Con gran frecuencia resulta, efectivamente, este cambio el más corto y ventajoso para lograr la interpretación. En los dos sueños que hasta ahora hemos sometido a más minucioso análisis (el de la inyección de Irma y el de mi tío José) esta relación con los sucesos del día anterior aparece tan evidente que no necesita de esclarecimiento ninguno. Mas con el fin de demostrar su generalidad expondré una serie de ejemplos tomados de mi propia crónica onírica, aunque sin comunicar por ahora de cada sueño más que la parte necesaria para el descubrimiento de la fuente onírica buscada:

1. Voy de visita a una casa en la que sólo después de muchas dificultades se me deja entrar. Mientras tanto hago *esperar* a una mujer.

Fuente: Conversación de la tarde anterior con una parienta mía sobre la necesidad de *esperar* antes de realizar una compra que desea.

2. He escrito una *monografía* sobre cierta especie de plantas (indeterminada en el sueño).

Fuente: Por la mañana había visto en el escaparate de una librería una

monografía sobre los ciclámenes.

3. Veo en la calle a dos mujeres, *madre e hija*. Esta última ha sido paciente mía.

Fuente: Una *paciente* a la que tengo en tratamiento me ha comunicado por la tarde las dificultades que su *madre* opone a la continuación del mismo.

4. Voy a la librería y me suscribo a una publicación periódica; el coste de la suscripción es de veinte florines al año.

Fuente: Mi mujer me ha recordado la tarde anterior que le debo veinte florines del dinero que le doy todas las semanas.

5. Recibo una *carta* del comité socialdemócrata, carta en la que se me considera como miembro del mismo.

Fuente: Durante el día he recibido *cartas* del comité electoral liberal y de la Unión humanitaria, de la cual soy socio.

6. Veo a un hombre sobre una *escarpada roca en medio del mar*. Todo ello a la manera pictórica de Böcklin.

Fuente: *Dreyfus en la isla del Diablo* y noticias de parientes míos residentes en Inglaterra, etc.

Podríamos preguntarnos si esta conexión del sueño con la vida diurna no va nunca más allá de los sucesos del día inmediatamente anterior, o si, por el contrario, puede extenderse a impresiones anteriores, dentro siempre de un próximo pretérito. No es ésta cuestión de esencial importancia; pero una vez planteada, me inclinaría a resolverla en el sentido del exclusivo privilegio del último día anterior al sueño, o como en adelante lo denominaremos, del *día del sueño (Traumtag)*. Todas cuantas veces he creído hallar que la fuente de un sueño había sido una impresión anterior al mismo en dos o tres días he podido comprobar después, mediante un más detenido examen, que dicha impresión había sido recordada de nuevo en el día del sueño y que, por tanto, entre el momento del mismo y el día de la impresión se había intercalado — precisamente en el día del sueño — una reproducción de dicha impresión, siéndome dado hallar asimismo la ocasión reciente de la que podía haber partido el recuerdo de la impresión más pretérita. En cambio, no he podido nunca comprobar que entre la impresión diurna estimulante y su retomo en el sueño se hallase intercalado un intervalo regular de importancia biológica (como primer intervalo de este género indica H. Swoboda el de dieciocho horas)^[325].

H. Ellis, que también ha dedicado suma atención a este problema, indica que

no ha podido hallar en sus sueños, a pesar de haberla buscado «con especial cuidado», una tal periodicidad de la reproducción. A este propósito relata un sueño en el que, trasladado a España, sale de viaje en dirección a una localidad cuyo nombre era Daraus, Varaus o Zarauz. Al despertar le fue imposible recordar ningún lugar de nombre parecido y dejó de ocuparse de su sueño. Pero meses después cayó en la cuenta de que Zarauz era una estación situada entre San Sebastián y Bilbao, línea por la que había viajado doscientos cincuenta días antes del sueño.

Así, pues, habremos de opinar que todo sueño posee un estímulo entre los acontecimientos del día a cuya noche corresponde y que las impresiones del pretérito más próximo (con exclusión del día anterior a la noche del sueño) no muestran el contenido onírico una relación diferente a la de otras impresiones cualesquiera pertenecientes a tiempos indefinidamente más lejanos. El sueño puede elegir su material de cualquier época de nuestra vida, por lejana que sea, a la que, partiendo de los sucesos del día del sueño (las impresiones «recientes»), puedan alcanzar nuestros pensamientos.

Pero ¿a qué obedece esta predilección por las impresiones recientes? Sometiendo a más riguroso análisis uno de los sueños antes citados podremos establecer quizá alguna hipótesis sobre este punto. Elegiré para ello *el sueño de la monografía botánica*

Contenido onírico: He escrito una monografía sobre una cierta planta. Tengo el libro ante mí y vuelvo en este momento la página por la que se hallaba abierto y que contiene una lámina en colores. Cada ejemplar ostenta, a manera de herbario, un espécimen disecado de la planta.

Análisis: Por la mañana he visto en el escaparate de una librería un libro nuevo, titulado *Los ciclámenes*, seguramente una monografía sobre este género de plantas.

Los ciclámenes son la *flor preferida* de mi mujer. Me reprocho no acordarme sino pocas veces de *traerle flores*, sabiendo lo mucho que le gustan. El tema *traer flores* me recuerda una historia que he relatado hace poco, en una reunión de amigos míos, utilizándola como prueba de que el olvido constituye con gran frecuencia la realización de un propósito de lo inconsciente y permite siempre deducir una conclusión sobre los secretos pensamientos del olvidadizo. Una señora joven, que se hallaba acostumbrada a recibir de su marido un hermoso ramo de flores el día de su cumpleaños, echa de menos esta muestra de cariño en uno de tales días y rompe a llorar amargamente. El marido no acierta a

explicarse este llanto y cuando ella le revela la causa se excusa, alegando haber olvidado totalmente qué día era, y quiere salir en seguida a comprar las *flores*. Pero la mujer continúa desconsolada, viendo en el olvido de su esposo una prueba de que ya no ocupa ella en sus pensamientos igual lugar que antes. Mi mujer ha encontrado hace dos días a esta señora de L., la cual le dijo que se sentía mejor de salud y le preguntó por mí. En años anteriores había acudido a mi consulta para someterse a tratamiento.

A estas asociaciones libres se agregan luego las que siguen: realmente he escrito en una ocasión algo análogo a una monografía sobre una planta —un estudio sobre la *coca*— que orientó la atención de K. Koller sobre la propiedad anestésica de la cocaína. En mi trabajo se indicaba ya como posible este empleo del citado alcaloide, pero no se estudiaba a fondo la cuestión. Con relación a este tema se me ocurre ahora que en la mañana del día siguiente a este sueño (cuya interpretación no tuve tiempo de emprender hasta las últimas horas de la tarde) ocupó durante algún tiempo mi pensamiento la idea de la cocaína dentro de una especie de fantasía diurna que mi imaginación se entretuvo en construir. Pensé, en efecto, que si alguna vez tenía la desgracia de padecer una glaucoma, iría a Berlín y me haría operar, en casa de un amigo mío, por un médico conocido de él, pero al que no revelaría mi personalidad. No sabiendo quién era yo, me hablaría de la facilidad con que, merced a la introducción de la cocaína, podía ya llevarse a cabo tales operaciones. Por mi parte, me guardaría muy bien de revelar que había tenido participación en dicho descubrimiento. A esta fantasía se enlazaron pensamientos sobre lo embarazoso que es para un médico solicitar para sí propio el auxilio profesional de otros colegas. No dándome a conocer al oculista berlinés, podría pagarle, como otro enfermo cualquiera, sus servicios. Después de surgir en mi memoria el recuerdo de esta ensoñación diurna, advierto que detrás de là misma se esconde el recuerdo de un determinado suceso. Poco tiempo después del descubrimiento de Koller padeció mi padre un glaucoma, siendo operado por el doctor Königstein, oculista y amigo mío. El mismo doctor Koller se encargó de efectuar la anestesia por medio de la cocaína, y al terminar la operación nos hizo observar que para ella nos habíamos reunido las tres personas que habíamos participado en la introducción de dicho alcaloide como anestésico.

Mis pensamientos van ahora, continuando su curso, hasta la última vez en que hube de recordar toda esta historia de la cocaína. Fue esto hace pocos días, cuando leí un escrito de felicitación en el que los alumnos y ex alumnos del

laboratorio testimoniaban su agradecimiento al claustro de profesores del mismo. Entre los títulos de gloria de la institución, se citaba el descubrimiento en ella realizado por K. Koller de la propiedad anestésica de la cocaína. Advierto ahora, de repente, que mi sueño se halla enlazado a un suceso de la tarde anterior. Dialogando precisamente con el doctor Königstein sobre una cuestión que me apasiona siempre que me ocupo de ella, le había ido acompañando hasta su casa. En el portal tropezamos con el profesor *Gärtner* (jardinero) y su joven esposa, no pudiendo yo por menos de felicitarlos por su *florecente* aspecto. El profesor *Gärtner* es uno de los autores del escrito a que antes me referí, y debió, sin duda, recordármelo. También la señora de L., cuyo desencanto en el día de su cumpleaños hube antes de relatar, fue citada, aunque con distinto motivo, en la conversación que sostuvimos el doctor Königstein y yo.

Intentaré interpretar también las restantes determinantes del contenido onírico. La monografía contiene un *espécimen* disecado de la planta, como *si de un herbario* se tratara. A la idea *herbario* enlaza un recuerdo de mis tiempos escolares. El director del establecimiento de enseñanza en que yo estudiaba reunió una vez a los alumnos de las clases superiores, y los encargó de revisar y limpiar el herbario de la casa, en el que se habían encontrado pequeñas larvas de *polilla* (*Buecherwurm*; literalmente, *gusano de los libros*). Desconfiando, sin duda, en la eficacia de mi ayuda, no se me entregaron sino muy pocas hojas, en las que recuerdo había algunos ejemplares de plantas crucíferas. Mis conocimientos de botánica no han sido nunca cosa mayor. Al examinarme de esta disciplina me fue presentada también una crucífera, sin que lograrse reconocerla, y hubiera sido reprobado a no salvarme mis conocimientos teóricos. Desde las crucíferas pasa mi pensamiento a las compuestas. En realidad, la alcachofa es una flor de la familia de las compuestas y precisamente aquélla a la que podría denominar mi *flor preferida*. Más cariñosa que yo, suele mi mujer traerme con frecuencia esta flor del mercado.

Veo ante mí la monografía que he escrito. Tampoco esto carece de una relación. Aquel amigo mío residente en Berlín al que antes hube de referirme, y que posee en alto grado la facultad de imaginación plástica, me escribió ayer: «No dejo de pensar en tu libro sobre los sueños. *Lo veo terminado ante mí, y paso sus hojas lleno de interés*». Le envidio profundamente esta facultad de visión. ¡Ojalá pudiese ver también yo mi libro terminado ante mí^[326]!

La lámina en colores. —Siendo estudiante de Medicina compliqué

extraordinariamente mi trabajo por el afán de no estudiar sino en monografías. A pesar de mis limitados medios económicos, adquirí varias importantes publicaciones médicas, cuyas *láminas en colores me encantaban*. Este afán de buscar lo completo en cada cuestión me enorgullecía. Cuando luego comencé a publicar por mi cuenta, tuve que dibujar las láminas correspondientes a mis trabajos, y sé que una de ellas salió tan imperfectamente, que motivó las burlas de un benévolo colega. A esto se enlaza, no sé muy bien cómo, un muy temprano recuerdo infantil. Mi padre tuvo un día la humorada —apenas justificable desde el punto de vista-educativo— de entregarnos a mí y a la mayor de mis hermanas, para que lo estropeáramos y destruyéramos a nuestro antojo, un libro con *láminas en colores*. (Descripción de un viaje por Persia). Por entonces tenía yo cinco años y mi hermana no llegaba a tres. El cuadro que formábamos mi hermana y yo, destruyendo gozosamente el libro —al que fuimos arrancando las hojas una por una (*como a una alcachofa*)—, es casi el único perteneciente a aquella edad, del que conservo aún un recuerdo plástico. Cuando después comencé mi vida de estudiante, se desarrolló en mí una gran afición a poseer libros (correspondiente a la inclinación a estudiar en monografías; una *afición* como las que aparecen en las ideas del sueño con respecto a los ciclámenes y a las alcachofas). Llegué a ser un *gusano de los libros*^[327] (cf. *herbario*). Desde que hube de comenzar a reflexionar sobre mí mismo, he referido siempre esta primera pasión de mi vida a la impresión infantil antes indicada, o, mejor dicho, he reconocido que dicha escena infantil constituye un *recuerdo encubridor* de mi posterior bibliomanía. Naturalmente, no tardó en mostrárseme que las pasiones nos acarrearán con facilidad amargos sinsabores. Teniendo diecisiete años se me acumuló en la librería una elevada cuenta, en ocasión en la que no disponía de medios para saldarla, y apenas me sirvió de excusa para con mi padre el buen motivo de mis gastos. El recuerdo de este suceso de juventud me lleva en seguida a la conversación que con mi amigo el doctor Königstein mantuve la tarde anterior al sueño; conversación en la que tratamos también del reproche que, como en el citado suceso juvenil, suele hacérseme ahora, de dejarme arrastrar demasiado por mis aficiones y preferencias.

Por razones que no hacen al caso, prescindiré de continuar aquí la interpretación de este sueño, y me limitaré a indicar el camino que a la misma conduce. Durante la labor de análisis me ha sido recordada repetidamente mi conversación con el doctor Königstein. Pasando revista a los temas en ella

tratados, se me hace comprensible el sentido del sueño. Todas las rutas mentales iniciadas, o sea, las referentes a las aficiones de mi mujer y a las mías propias, a la cocaína a las dificultades de la asistencia médica entre colegas, a mi predilección por los estudios monográficos y mi descuido de determinadas disciplinas, como la botánica, todo esto es continuado en la interpretación, hasta desembocar en una cualquiera de las numerosas ramificaciones de mi diálogo con el oculista. Mi sueño presenta nuevamente el carácter de una justificación, de una defensa de mi derecho análogamente al de la inyección de Irma, antes analizado. Pudiera incluso decirse que continúa el tema que en dicho sueño se iniciaba y lo desarrolla en relación con un nuevo material surgido con posterioridad a él. La misma forma expresiva del sueño, en apariencia indiferente, muestra ahora un particularísimo carácter. Así como en el sueño de Irma trato de justificarme alegando ser un médico concienzudo y aplicado, hago constar ahora, en mi sueño, que soy el autor de un valioso y utilísimo trabajo (sobre la cocaína), y tanto en uno como en otro caso me escudo en la alegación correspondiente para afirmar un derecho. Es como si de los méritos expuestos dedujese una conclusión en la forma siguiente: «... siendo así, creo que puedo permitirme...» Pero en el ejemplo presente puedo prescindir de exponer al detalle la interpretación, pues el propósito que me guiaba al comunicar este sueño era tan sólo el de investigar en un caso práctico la relación del contenido onírico con el suceso estimulador del día del sueño. Mientras no me era conocido sino el contenido manifiesto, no se me evidenciaba más que una sola relación del sueño con una impresión diurna; en cambio, una vez efectuado el análisis, se me revela, en otro suceso del mismo día, una segunda fuente del sueño. La primera de estas impresiones a las que el sueño se refiere es de carácter indiferente, constituyendo una circunstancia accesorio: el haber visto en el escaparate de una librería un libro cuyo título atrae fugitivamente mi atención y cuyo contenido apenas debía interesarme. La segunda impresión posee, en cambio, un alto valor psíquico: he dialogado con mi amigo el oculista durante cerca de una hora, haciéndole determinadas indicaciones de gran interés para ambos, y esta conversación ha provocado en mí la emergencia de recuerdos acompañados de los más diversos sentimientos. Además, nuestro diálogo quedó interrumpido, antes de terminar, por la llegada de unos amigos. ¿Qué relación tienen entre sí y con el sueño las dos impresiones diurnas señaladas?

En el contenido manifiesto no encuentro sino una alusión a la impresión indiferente, y de este modo queda confirmado que el sueño acoge con

preferencia en dicho contenido aquello que en la vida diurna no posee sino un carácter secundario. Por el contrario, en la interpretación onírica nos conduce todo al suceso importante, justificadamente estimulador. Si, como constituye la única forma acertada, juzgo el sentido del sueño por el contenido latente que el análisis nos ha revelado, habré llegado inopinadamente a un nuevo e importante conocimiento. El enigma de la preferencia exclusiva del sueño por los fragmentos sin valor de la vida diurna desaparece por completo y queda probada la inexactitud de aquellas afirmaciones que pretende que la vida anímica de la vigilia no continúa en el sueño, y que el mismo prodiga, en cambio, actividad psíquica en materia insignificante. La verdad es totalmente opuesta. Aquello que nos ha impresionado durante el día domina también las ideas del sueño, y sólo por aquellas materias que en la vigilia han estimulado nuestro pensamiento nos tomamos el trabajo de soñar.

La explicación más próxima de por qué sueño con la impresión diurna indiferente, siendo otra, justificadamente estimuladora, la que ha provocado mi sueño, es quizá la de que se trata nuevamente de un fenómeno de la deformación onírica, proceso que antes atribuimos a un poder psíquico que reina a título de censura. El recuerdo de la monografía sobre los ciclámenes es empleado como si constituyese una *alusión* a mi diálogo con Königstein, idénticamente a como en el sueño de la comida fracasada queda representada la amiga de la sujeto por la alusión *salmón ahumado*. Fáltanos averiguar por conducto de qué elementos intermedios puede entrar la impresión producida por la monografía en una relación alusiva con mi conversación con el oculista, pues a primera vista nos es imposible hallar conexión alguna de este género. En el ejemplo de la comida fracasada queda establecida una tal relación desde el primer momento, pues el *salmón ahumado* pertenece, a título de plato preferido de la amiga, al círculo de representaciones que la persona de la misma ha de despertar en la sujeto del sueño. Pero en nuestro nuevo ejemplo se trata de dos impresiones separadas, que al principio no tiene nada común, sino el haber surgido en un mismo día. La monografía me ha llamado la atención por la mañana, y la conversación se desarrolló a finales de la tarde. La respuesta que a estos hechos nos da el análisis es la siguiente: tales relaciones, inexistentes al principio entre las dos impresiones, quedan establecidas subsiguientemente entre los respectivos contenidos de representaciones. En la redacción del análisis he hecho ya resaltar los elementos intermedios correspondientes. A la representación de la monografía sobre los ciclámenes no habría yo enlazado, probablemente, si no

hubieran sobrevenido influencias de distinto origen, más que una sola idea: la de que dicha flor es la preferida de mi mujer, o quizá también el recuerdo de la historia de la señora de L., ideas que no creo hubieran bastado para provocar un sueño.

There needs no ghost, my lord, come from the grave, To tell us this. (Hamlet.)

Pero he aquí que el análisis me recuerda que la persona que interrumpió nuestra conversación se llamaba *Gärtner* (jardinero) y que hallé a su mujer floreciente. Además, recuerdo ahora, *a posteriori*, que en mi conversación con Königstein hablé también de una paciente mía que lleva el bello nombre de *Flora*. Por medio de estos elementos intermedios, pertenecientes al círculo de representaciones de la botánica, es como he debido de llevar a cabo el enlace de los dos sucesos diurnos, el indiferente y el interesante. A continuación fueron estableciéndose otras relaciones, siendo la primera la de la cocaína, la cual podía unir congruente y justificadamente la persona del doctor Königstein y una monografía botánica escrita por mí. Estas relaciones fortifican la fusión de los dos círculos de representaciones en uno sólo, permitiendo de este modo que un fragmento del primer suceso pudiera ser utilizado como alusión al segundo.

Sé que esta explicación será combatida y calificada de arbitraria o artificiosa. ¿Qué hubiera sucedido si no hubiéramos encontrado al profesor *Gärtner* (jardinero) y a su floreciente esposa y si la paciente de que hablamos se hubiese llamado *Ana* y no *Flora*? La respuesta es sencilla. Si estas relaciones de ideas no hubieran existido hubieran sido elegidas otras distintas. Nada más fácil, en efecto, que establecer relaciones de este género; los chistes, adivinanzas y acertijos que nos hacen reír o nos entretienen en la vida diurna lo demuestran constantemente. El dominio del chiste es limitado. Pero aún hay más; si no hubiera sido posible establecer entre las dos impresiones del día relaciones intermedias suficientemente eficaces, habría tomado el sueño una forma distinta; otra cualquiera de las infinitas impresiones indiferentes que durante el día experimentamos y olvidamos casi en el acto habría tomado para el sueño el lugar de la «monografía» y habría entrado en conexión con el contenido de la conversación y representado a éste en el sueño. El que ninguna otra impresión, sino precisamente la de la monografía, fuese llamada a tomar a su cargo este papel es señal de que era la más apropiada para el establecimiento de la conexión. No debe admirarnos nunca, como al Juanito Listo (*Hänschen Schlau*), de Lessing, «que sean sólo los ricos los que más dinero tienen».

En el proceso psicológico por medio del cual llega la impresión indiferente a

constituirse en representación de lo psíquicamente importante tiene que parecernos todavía harto arduo y singular. En otro capítulo nos plantearemos la labor de aproximar más a nuestra inteligencia las peculiaridades de esta operación aparentemente incorrecta, pues, por el momento, queremos limitarnos al resultado de dicho proceso, resultado que los conocimientos deducidos de numerosísimos análisis oníricos nos fuerzan a aceptar. Lo que del proceso advertimos es como si mediante los indicados elementos intermedios se llevase a cabo un *desplazamiento* de lo que podríamos denominar el «acento psíquico», hasta conseguir que representaciones débilmente provistas de intensidad inicialmente adquieran, por apropiación de la intensidad de otras mejor provistas al principio, una energía que las capacite para forzar el acceso a la conciencia. Tales desplazamientos no nos admiran cuando se trata de la aplicación de magnitudes de afecto o en general de actos motores. Que la solterona sin familia transfiera su ternura a sus animales caseros, que el solterón se convierta en apasionado coleccionista, que el soldado defienda hasta la muerte algo que en realidad no es sino una seda de colores, que en las relaciones amorosas nos colme de felicidad un apretón de manos prolongado durante un segundo o que un pañuelo perdido produzca en Otelo un ataque de ira, son ejemplos de desplazamientos psíquicos que nos parecen incontrovertibles. En cambio, el que del mismo modo y conforme a los mismos principios se establezca una conclusión sobre lo que llega a nuestra conciencia y lo que es usurpado a la misma, esto es, sobre lo que pensamos, nos hace la impresión de algo morboso y lo calificamos de error mental cuando lo observamos en la vida despierta. Anticipando aquí el resultado de consideraciones que más adelante habremos de exponer, revelaremos que el proceso psíquico que hemos reconocido en el desplazamiento onírico se nos demostrará, ya que no patológicamente perturbado, sí distinto de lo normal; esto es, como un proceso de naturaleza más bien *primaria*.

De este modo interpretaremos la inclusión de restos de sucesos secundarios en el contenido del sueño como un fenómeno de la *deformación onírica* (por desplazamiento) y recordaremos que en este proceso deformador vimos una consecuencia de la censura que vigila a la comunicación entre dos instancias psíquicas. Esperamos, por tanto, que el análisis onírico nos descubra siempre la fuente verdadera y psíquicamente importante situada en la vida diurna, cuyo recuerdo ha desplazado su acento sobre el recuerdo indiferente. Esta concepción nos sitúa en abierta contradicción con la teoría de Robert, inutilizable ya para

nosotros. En efecto, resulta que el hecho que quería explicar Robert no existe, pues la hipótesis de su existencia se basa en el error que supone la no sustitución del contenido aparente del sueño por el verdadero sentido del mismo. Pero no es ésta la única objeción que puede oponerse a dicha teoría. Si el sueño tuviera realmente la función de libertar nuestra memoria, por medio de una labor psíquica especial, de las «escorias» del recuerdo diurno, el trabajo realizado mientras dormimos sería muy superior al que pudiera significar nuestra actividad anímica despierta. Las impresiones indiferentes del día de las que habíamos de proteger nuestra memoria son infinitamente numerosas, y la noche entera no bastaría para hacerlas desaparecer. Mucho más verosímil es que el olvido de las impresiones indiferentes se realice sin intervención activa de nuestros poderes anímicos.

No obstante, parece haber algo que nos advierte que no debemos todavía echar a un lado sin más detenido examen las teorías de Robert. Hemos dejado inexplicado el hecho de que una de las impresiones indiferentes del día —y precisamente del último— proporcione siempre al contenido onírico un elemento. Entre esta impresión y la verdadera fuente onírica en lo inconsciente no siempre existen relaciones desde un principio, sino que, como ya hemos visto antes, quedan establecidas después, durante la elaboración del sueño, y como para facilitar el desplazamiento que la misma ha de llevar a cabo. Tiene, pues, que existir una coerción que imponga el establecimiento de tales relaciones precisamente con el impresión reciente, aunque nimia, y esta última tiene que ser, por una cualidad particular cualquiera, apropiada para ello. En caso contrario sería igualmente fácil que las ideas latentes desplazasen su acento sobre un fragmento inesencial de su propio contenido de representaciones.

Los conocimientos que a continuación expongo, deducidos de mis análisis, pueden conducirnos a una explicación satisfactoria de esta cuestión. Cuando un día ha traído consigo dos o más sucesos capaces de provocar un sueño quedan ambos mencionados en el mismo por una única totalidad, como si el fenómeno onírico obedeciese a una coerción que le obligase a *formar con ellos una unidad*. Ejemplo: Una tarde de verano subí a un coche del ferrocarril, en el que encontré a dos amigos míos que no se conocían entre sí. Uno de ellos era un colega mío de gran fama, y el otro, un miembro de una distinguida familia a la que presto mi asistencia profesional. Aunque presenté en seguida a ambos señores, no entablaron durante todo el largo viaje conversación seguida entre ellos, sino que se limitaron a tomar parte en las que por separado hube yo de iniciar con cada

uno. En una de ellas rogué a mi colega que recomendase a sus amistades a un conocido común que comenzaba por entonces el ejercicio de la Medicina. Mi colega me observó que estaba convencido de los méritos del principiante, pero que su insignificante figura le había de hacer más difícil el acceso a las casas de personas distinguidas, replicándole yo que precisamente por eso se hallaba necesitado de recomendación. Al otro de mis compañeros de viaje le pregunté poco después por el estado de su tía —madre de una de mis pacientes—, de la que sabía se hallaba gravemente enferma. A la noche siguiente a este viaje soñé que aquel amigo mío para el cual había solicitado ayuda se hallaba en un elegante salón y pronunciaba con toda la serena corrección de un acabado hombre de mundo y ante una selecta concurrencia, en la que situé a todas las personas distinguidas y ricas que me eran conocidas, un discurso necrológico en memoria de la anciana tía de mi compañero de viaje, a la que mi sueño daba ya por muerta. (Confieso francamente que no me hallaba en muy buenas relaciones con esta señora.) Así, pues, mi sueño había hallado de nuevo conexiones entre las dos impresiones del día y había compuesto por medio de ellas una situación unitaria.

Sobre la base de conocimientos análogamente adquiridos por mi experiencia en la interpretación de los sueños sentaré aquí el principio de que para la elaboración onírica existe también una especie de fuerza mayor que la obliga a reunir en una unidad en el sueño todas las fuentes de estímulos dadas^[328]. Esta coerción que actúa sobre la elaboración de los sueños se nos revelará en el capítulo que a esta última consagraremos como una parte de la *condensación*, otro proceso psíquico primario.

Entraremos ahora en el examen de la cuestión de si la fuente onírica a que el análisis nos conduce tiene que ser siempre un acontecimiento externo —e importante—, o si un suceso interior, o sea, el recuerdo de un suceso psíquicamente importante, o un proceso mental, puede asimismo llegar a constituirse en estímulo onírico. Los numerosos análisis realizados nos permiten contestar a esta interrogación en sentido afirmativo. El estímulo de un sueño puede ser un proceso interior que nuestra actividad intelectual diurna ha actualizado. Creo es éste el momento de agrupar en un esquema las fuentes oníricas descubiertas:

La fuente de un sueño puede ser:

1) Un suceso reciente y psíquicamente importante, representado

directamente en el sueño^[329].

2) Varios sucesos recientes e importantes, que el sueño reúne en una unidad^[330].

3) Uno o varios sucesos recientes e importantes, representados en el contenido manifiesto por la mención de un suceso contemporáneo, pero indiferente^[331].

4) Un suceso interior importante (recuerdo, proceso mental) representado *siempre* en el sueño por la mención de una impresión reciente, pero indiferente^[332]. Vemos, pues, que en el contenido manifiesto de todo sueño existe siempre un elemento que repite una expresión del día inmediatamente anterior. Este factor, destinado a ser representado en el contenido manifiesto, puede pertenecer al acervo de representaciones del verdadero estímulo del sueño —como parte esencial o nimia del mismo— o proceder del círculo de ideas de una impresión indiferente, enlazado con el del estímulo onírico por relaciones más o menos numerosas. La aparente multiplicidad de las condiciones depende aquí únicamente de una *alternativa*, esto es, de que *hayan tenido o no lugar un desplazamiento*; alternativa que nos permite explicar los contrastes del fenómeno onírico con igual facilidad que a la teoría médica el progresivo despertar de las células cerebrales.

Observamos, además, en el esquema antes consignado que el elemento psíquicamente importante, pero no reciente (el proceso mental o el recuerdo), puede ser sustituido en el sueño por un elemento reciente, pero psíquicamente indiferente, siempre que en la sustitución se acaten dos condiciones: 1.^a, que el contenido del sueño sea puesto en relación con los recientemente vividos por el sujeto; y 2.^a, que el estímulo onírico sea siempre un proceso psíquicamente importante. En un solo caso, *I*), quedan cumplidas ambas condiciones por una misma impresión. Si reflexionamos, además, que aquellas impresiones indiferentes que son utilizadas por la elaboración del sueño mientras conservan la propiedad de ser recientes pierden esta aptitud en cuanto envejecen un solo día (o varios como máximo), habremos de decidarnos a suponer que la actualidad de una impresión le da de por sí determinado valor psíquico para la formación de sueños, valor que equivale en cierto modo al de los recuerdos o procesos mentales saturados de afecto. Posteriores reflexiones de orden psicológico nos permitirán adivinar en qué puede fundarse este valor de las impresiones *recientes* para la formación de los sueños^[333].

Secundariamente es atraída aquí nuestra atención sobre el hecho de que durante la noche, y sin que nuestra conciencia lo advierta, pueden tener efecto importantes transformaciones de nuestro material de recuerdos y representaciones. El consejo de «consultar con la almohada», esto es, de dejar pasar una noche antes de tomar decisión ninguna importante, se halla plenamente justificado. Pero observamos que con estas consideraciones hemos pasado de la psicología del sueño a la del estado de reposo, acto para el que aún han de presentárenos numerosas ocasiones^[334].

Existe, sin embargo, una objeción que amenaza echar por tierra estas últimas conclusiones. Si las impresiones indiferentes sólo mientras son recientes poseen acceso al contenido onírico, ¿cómo hallamos también en éste elementos de tempranas épocas de nuestra vida que cuando fueron recientes carecieron, según la expresión de Strümpell, de todo valor psíquico y debían, por tanto, hallarse olvidados nace ya mucho tiempo elementos que no son ni recientes ni psíquicamente importantes?

Pero apoyándonos en los resultados obtenidos en psicoanálisis de individuos neuróticos podemos salvar por completo esta objeción. La explicación es que el desplazamiento que sustituye el material psíquicamente importante por otro indiferente (tanto en el sueño como en el pensamiento despierto) ha tenido ya efecto, en estos casos, en dichas tempranas épocas, habiendo quedado fijo desde entonces en la memoria. Tales elementos, originalmente indiferentes, no lo son ya desde que han adquirido, por desplazamiento, el valor del material psíquicamente importante. Aquello que en realidad ha permanecido indiferente no puede tampoco ser reproducido en el sueño.

De las consideraciones que preceden deducirá el lector justificadamente que no existe, a mi juicio, estímulo onírico alguno indiferente y, por tanto, tampoco sueños inocentes. Tal es, en efecto, mi opinión, rotunda y exclusiva, salvo con respecto a los sueños de los niños y quizá algunas breves reacciones oníricas a sensaciones nocturnas. Fuera de estos casos, todo lo que soñamos, o se demuestra psíquicamente importante de un modo manifiesto, o se halla deformado y sólo podemos juzgarlo después de realizar el análisis, el cual nos revelará siempre su importancia. El sueño no se ocupa nunca de cosas nimias, ni nosotros consentimos que nuestro reposo quede alterado por algo que no valga la pena^[335]. Los sueños aparentemente inocentes demuestran no serlo en cuanto nos preocupamos de interpretarlos. Siendo ésta nuevamente una afirmación

contra la que habrán de elevarse innúmeras objeciones, someteré aquí al análisis una serie de sueños «inocentes», aprovechando al mismo tiempo la ocasión para mostrar prácticamente la labor de la deformación onírica.

I. Una señora joven, inteligente y distinguida, pero muy reservada en su vida de relación y hasta un tanto «agua mansa», me refirió un día: «He soñado que llegaba tarde a la plaza y no encontraba ya nada en la carnicería ni en la verdulería». Este sueño muestra, desde luego, un contenido inocente; pero como el relato que de él me hace la sujeto no me parece reflejado con exactitud, le ruego que me lo exponga con más detalle. He aquí el nuevo relato. «Va al mercado con su cocinera, la cual lleva la cesta. El carnicero, al que piden algo, les contesta: ‘No queda ya’, y quiere despacharle otra cosa diferente, observando: ‘Esto también es bueno’. Ella rehúsa la oferta y se dirige al puesto de la verdulera, la cual quiere venderle una extraña verdura atada formando manojo y de color negro. Ella dice entonces: ‘No he visto nunca cosa semejante. No la compro’». La conexión de este sueño con la vida diurna es facilísima de hallar: La sujeto había llegado tarde aquella mañana al mercado y tuvo que volver a su casa sin haber podido comprar nada. Para describir este suceso podríamos usar la frase «la carnicería estaba cerrada». Pero, ¡calle!, ¿no es esta frase —o mejor dicho, la contraria afirmación— una grosera locución con la que se alude a una determinada negligencia en el vestido masculino? Por lo demás, la sujeto no ha empleado la frase en su relato, sino que, por el contrario, ha evitado quizá pronunciarla. Intentemos interpretar los detalles del contenido manifiesto.

Todo lo que en el sueño presenta un carácter verbal, siendo dicho u oído y no solamente pensado —cosa que casi siempre podemos diferenciar con toda seguridad—, procede de aquello que en la vida despierta hemos oído o dicho, aunque la elaboración onírica, considerándolo como materia prima, lo modifique a veces y lo desglose siempre de su contexto (presentándolo aislado)^[336]. Estos elementos verbales pueden ser tomados como punto de partida de la interpretación. ¿De dónde proceden, pues, las palabras del carnicero? Soy yo mismo quien las pronunció hace días, al explicar a la sujeto que en la memoria del adulto *no queda ya nada* de los antiguos sucesos infantiles, pues han sido sustituidos por «transferencias y por sueños». Soy yo, por tanto, el carnicero, y lo que la paciente rechaza es la posibilidad de tales transferencias al presente de ideas y sentimientos pretéritos. ¿De dónde proceden las palabras que ella pronuncia en el sueño: *No he visto nunca cosa semejante. ¡No lo compro!?*

Analicemos por separado cada una de estas dos frases. *No he visto nunca cosa semejante* es una exclamación que la sujeto pronunció realmente el día del sueño riñendo a su cocinera Pero en esta ocasión había añadido: «¡Hágame el favor de conducirse más correctamente!» Se nos evidencia aquí un desplazamiento. De las dos frases que dirigió a su cocinera ha escogido en su sueño la que carece de importancia, reprimiendo, en cambio, la otra —*Hágame el favor de conducirse más correctamente*—, que es precisamente la que forma sentido con el contenido onírico restante. Esta frase es la que se dirigía a alguien que se atreviese a hacer proposiciones indecorosas y olvidase «cerrar la carnicería». La concordancia de estas hipótesis con las alusiones que luego hallamos en la escena con la verdulera nos demuestra que nos hallamos sobre la pista de la verdadera interpretación. Una verdura («alargada», añade luego la sujeto) que se vende por manojos, pero que, además, es negra, no puede ser sino una fusión, efectuada por el sueño, de los espárragos con los rábanos negros (*Rhaphanusniger*). La significación onírica del «espárrago» es ya conocida por todos aquellos que se han ocupado algo de estas materias. Pero también de otra legumbre (*schwarzer, Rettig*) parece aludir, por la analogía de su mismo nombre, con una locución de sentido sexual (*Schawarzer, rett'dich!*)^[337] a aquel mismo tema sexual que desde un principio adivinamos cuando incluimos, en el relato de la paciente, la frase «la carnicería estaba cerrada». No creo necesario revelar por completo el sentido de este sueño; lo expuesto hasta aquí basta para demostrar que es harto significativo y nada inocente^[338] 249.

II. Otro sueño inocente de la misma persona y que constituye, en cierto sentido, la pareja del anterior: «Su marido le pregunta: ¿No hay que mandar afinar el piano? Ella contesta: No vale la pena. De todos modos, hay que forrar los macillos». Nuevamente una reproducción de un suceso real del día anterior. Su marido le hizo la pregunta consignada y ella contestó en forma análoga a como en el sueño lo hace. Pero ¿qué significa esto último? Hablando del piano, dice que es una *caja indecente y de malos sonidos* (mal tono), que su marido poseía ya antes de casarse^[339], etc. ; pero la clave de la solución nos la da la frase: *No vale la pena*. Esta frase procede de una visita que la paciente hizo el día del sueño a una amiga suya. Invitada a quitarse la chaqueta, había rehusado diciendo: «No vale la pena. Me tengo que marchar en seguida». Al oír relatar esta escena a la sujeto, recuerdo que el día anterior, durante la sesión de análisis, se echó mano al pecho, al notar que se le había desabrochado un botón, como si

quisiera decir: «No mire usted, *no vale la pena*». La caja queda así convertida en alusión a la *caja torácica*, y la interpretación del sueño nos conduce directamente a la época del desarrollo físico de la paciente, cuando la misma comenzó a sentirse descontenta de la delgadez de sus formas corporales. Las expresiones «indecente» y «mal tono» nos llevan también a esta temprana época, en cuanto recordamos la frecuencia con la que tanto en la alusión como en el sueño suelen sustituirse los pequeños hemisferios del cuerpo femenino a otros, más amplios, pertenecientes también al mismo.

III. Interrumpiré la serie de sueños de esta enferma para intercalar en ella un breve sueño inocente de un joven. Sueña que ha tenido que *ponerse de nuevo el gabán de invierno, cosa terrible*. El motivo de este sueño parece ser, a primera vista, el frío que de repente había vuelto a hacer. Pero un examen más detenido nos muestra que los dos breves fragmentos de que se compone no concuerdan entre sí, pues el tenerse que poner un gabán de invierno, porque hace frío, no es nada *terrible*. Por desgracia para la inocencia de este sueño, la primera ocurrencia que surge en el análisis es la de que una señora había dicho en confianza a nuestro sujeto, el día anterior, que su último hijo debía su existencia a la rotura de un preservativo. El sujeto reconstruye ahora los pensamientos que le sugirió esta confidencia: los preservativos finos presentan el peligro de romperse, y los gruesos son muy molestos. Un preservativo es como un vestido o gabán. Si a él, soltero, le ocurriese algo como lo que la señora le ha relatado, sería «terrible». Volvamos ahora a nuestra paciente.

IV. «Mete una vela en el candelero. Pero la vela está rota y no se tiene derecha. Las muchachas del colegio dicen que es muy desmañada; pero la maestra la defiende diciendo que no es culpa suya».

También aquí hallamos un suceso real como motivo del sueño. El día anterior puso una vela en un candelero, pero no estaba rota. La vela es un objeto que excita los genitales femeninos. Rota, y no pudiéndose mantener derecha, significa la impotencia del hombre (*no es culpa suya*). Pero ¿cómo es posible que la paciente, cuidadosamente educada, pueda conocer tal empleo de la vela? Casualmente puede indicar el origen de este conocimiento. En una excursión en barca por el Rin, pasó junto a ellos un bote lleno de estudiantes, que con toda tranquilidad iban cantando, a voz en grito, una canción obscena: «Cuando la reina de S. cierra las ventanas y con una “vela de Apolo” (Apollokerze)...»^[340]*

La sujeto no oyó bien o no comprendió esta última palabra, y su marido tuvo

que explicarle lo que significaba. El texto de la canción queda luego sustituido en el contenido onírico por el inocente recuerdo de una comisión de que la encargaron en el colegio y que llevó a cabo muy *desmañadamente*. Esta sustitución queda realizada por medio de un elemento común: *las ventanas cerradas*. La conexión del tema del onanismo con el de la impotencia es suficientemente clara. El elemento «Apolo», del contenido latente, une este sueño con otro anterior, en el que se trataba de la virginal Palas. Todo ello, como vemos, nada inocente.

V. Para que no se crea demasiado fácil el deducir de los sueños conclusiones sobre las verdaderas circunstancias personales del sujeto, expondré un nuevo sueño de esta enferma, inocente también en apariencia. «He soñado algo —me relata— lo que había hecho realmente durante el día; esto es, que metía los libros en un pequeño baúl, que luego me costaba trabajo cerrarlo, y lo he soñado tal y como había sucedido». En este caso, hace resaltar especialmente la sujeto la coincidencia entre el sueño y la realidad. Todos estos juicios y observaciones sobre el sueño pertenecen, aunque hayan creado un lugar en el pensamiento despierto, al contenido latente, circunstancia que ya demostraremos con otros ejemplos. La paciente nos dice, en este caso, que lo que el sueño le ha presentado había sucedido realmente el día anterior. Nos ocuparía demasiado lugar exponer por qué camino llegamos a la ocurrencia de recurrir al idioma inglés como medio auxiliar de la interpretación. Baste con decir que se trata nuevamente de una pequeña *box* (cf. el ejemplo de la niña en su caja, pág. 441) que ha sido llenada hasta el punto de que nada más cabía en ella. En todos estos sueños «inocentes» predomina singularmente el factor sexual como motivo de la censura. Pero es éste un tema de esencial importancia que debemos dejar a un lado por el momento.

b) Lo infantil como fuente onírica.

Como tercera de las peculiaridades del contenido onírico, hemos señalado, de acuerdo con todos los autores (incluso Robert), la de que en el sueño pueden emerger impresiones de tempranas épocas de nuestra vida, de las cuales no dispone nuestra memoria en la vigilia. Fácilmente se comprenderá que no es nada sencillo determinar la frecuencia con que esto sucede, pues al despertar no sabemos reconocer el origen de tales elementos de nuestros sueños. La

demostración de que se trata de impresiones de la infancia tiene, por tanto, que realizarse de un modo objetivo, cosa también difícil, dado que sólo en muy raros casos disponemos de los datos necesarios. A. Maury refiere, como especialmente demostrativa, la historia de un individuo que se disponía a hacer un viaje para visitar su ciudad natal, de la que faltaba hacía veinte años, y la noche anterior a la partida soñó que se hallaba en un lugar desconocido y encontraba en la calle a un señor, también desconocido, con el que entablaba conversación. Llegando luego al fin de su viaje, comprobó que el lugar de su sueño existía realmente en las cercanías de su ciudad natal y que el incógnito individuo era un anciano amigo de su difunto padre. Esta circunstancia prueba que en su niñez había visto tanto el lugar como al individuo de su sueño, el cual debe interpretarse, además, como un sueño de impaciencia, análogo al de aquella paciente mía que pensaba ver al hombre a quien amaba en un concierto para el que ya tenía tomados los billetes, y el del niño al que su padre había prometido llevar de excursión a un lugar determinado. No habiendo sometido este sueño al análisis, no nos es posible, naturalmente, indicar los motivos por los que reprodujo, precisamente, tales impresiones de la infancia del sujeto.

Uno de mis discípulos, que se vanagloriaba de que sólo raras veces sufrían sus sueños los efectos de la deformación onírica, me comunicó uno en el que había visto a su *antiguo preceptor acostado con una criada* que había servido en su casa hasta que él tuvo once años. Asimismo le parecía reconocer la habitación en que dicha escena se desarrollaba. Su hermano, al que relató este sueño, le confirmó, con grandes risas, su completa realidad. Recordaba muy bien —pues en la época a que el sueño se refería tenía ya seis años— que la amorosa pareja le emborrachaba con cerveza cuando hallaba ocasión favorable a su nocturno comercio. Nuestro sujeto, que por entonces sólo tenía tres años, no era considerado como obstáculo, aunque dormía en la misma alcoba.

Existe aún otro caso en el que, sin necesidad de interpretación, puede afirmarse que el sueño contiene elementos de la infancia. Sucede esto cuando se trata de sueños de los denominados *perennes*, o sea de aquellos que habiendo sido soñados por vez primera en la infancia, retornan después, periódicamente, en la edad adulta. Aunque no he tenido nunca tales sueños perennes, puedo citar algunos ejemplos de este género que me ha sido dado observar. Un médico, cercano ya a los treinta años, me refirió que en su vida onírica solía aparecésele, desde su más temprana infancia hasta el presente, un león amarillo, cuya figura podía describir con todo detalle. Un día descubrió que tal imagen onírica

correspondía a un león de porcelana, perdido o roto hace muchos años, que había habido en su casa y constituyó, según le dijo su madre, el juguete predilecto de su más temprana niñez, cosa que él no recordaba en absoluto.

Si desde el contenido manifiesto volvemos la vista a las ideas latentes que el análisis nos revela, comprobaremos, con asombro, que también en aquellos sueños en que nunca se nos hubiera ocurrido sospecharlo colaboran tales sucesos infantiles. Al mismo médico del «león amarillo» debo un ejemplo singularmente interesante e instructivo de tal sueño. Después de leer la descripción que Nansen escribió de su expedición polar, soñó que en medio del desierto de hielo prestaba sus servicios profesionales al valeroso explorador, aplicándole corrientes eléctricas para curarle unos dolores de vientre que le aquejaban. En el análisis de este sueño recordó una anécdota de su niñez, sin la cual no sería posible explicarlo. Teniendo tres o cuatro años, oyó una conversación sobre los *viajes de exploración* (*Entdeckungsreisen*) y preguntó a su padre si aquello era una enfermedad muy grave, confundiendo *los viajes* (*Reisen*) con los retortijones (*Reis sen*). Las burlas de sus hermanos grabaron para siempre en su memoria el recuerdo de este suceso.

En mi sueño de la monografía botánica se da un caso idéntico al que precede. Al analizarlo tropiezo, en efecto, con el recuerdo infantil, conservado, de que teniendo yo cinco años me dio mi padre un libro con láminas en colores, para que lo destruyera a mi antojo. Se me objetará quizá que es dudoso que este recuerdo participase realmente en la conformación del sueño, siendo más probable que la relación con él quedase posteriormente establecida en la labor analítica; pero la riqueza y el enlace de las asociaciones testimonian en contrario; ciclamen-flor preferida-plato preferido-alcachofas-arrancar, como a una alcachofa, hoja por hoja (expresión muy usada en aquel tiempo con referencia al proyectado reparto del Imperio chino) —herbario— «gusano de los libros» (cuyo plato preferido son los libros). Además, puedo asegurar que el último sentido de este sueño, que no hemos expuesto, se halla en íntima relación con el contenido de la escena infantil.

En otra serie de sueños nos enseña el análisis que el mismo deseo que ha provocado el sueño que lo realiza procede de la vida infantil, haciéndonos ver, con asombro, que *en el sueño continúa viviendo el niño con sus impulsos infantiles*.

Proseguiré aquí el análisis de un sueño al que ya debemos interesantes esclarecimientos: el de que mi amigo R. es mi tío. Hemos llevado la

interpretación hasta descubrir como motivo el deseo de ser nombrado profesor, y nos explicamos el cariño del sueño por mi amigo R. como una oposición contra el rebajamiento de mis otros dos colegas contenido en las ideas latentes. Tratándose de un sueño propio, puedo continuar su análisis, declarándome insatisfecho con la solución alcanzada. Sé perfectamente que en la vida despierta hubiera sido muy distinta mi opinión sobre mis dos colegas, tan maltratados en las ideas latentes. El poder del deseo de no compartir su suerte en lo que a la promoción a profesor se refiere, me pareció insuficiente para esclarecer por completo la antinomia que se patentiza entre mis juicios en la vida despierta y los del sueño. Si mi ansia de poseer el citado título fuera realmente tan grande, sería prueba de una ambición morbosa que no creo poseer. No sé cómo opinarían sobre este punto aquellos que creen conocerme bien. Quizá sea realmente ambicioso; pero, aunque así fuera, hace ya mucho tiempo que mi ambición hacia cosas muy distintas del título de profesor.

¿De dónde procede entonces la ambición que el sueño me atribuye? Se me ocurre ahora que una anciana campesina profetizó a mi madre que yo sería un grande hombre. Tales profecías deben ser harto frecuentes, pues nunca faltan madres a quienes halagar ni ancianas —campesinas o no— que, viendo pasado su reino en el mundo, vuelven los ojos al porvenir. Supongo que la buena profecía valdría algo a la vieja sibila. ¿Podrá acaso ser esto lo que me ha inspirado ansia de grandeza? Pero en este momento recuerdo otra impresión de posteriores años infantiles, más apropiada para iluminarnos sobre este punto concreto. Un día que nos hallábamos en una cervecería del Prater, a la que solían llevarme mis padres cuando ya tenía yo once o doce años, nos llamó la atención un individuo que iba de mesa en mesa y por una pequeña retribución improvisaba versos sobre el tema que se le indicara. Mis padres me enviaron a llamarle, y el poeta, agradecido al mensajero, improvisó, antes que se le señalara tema alguno, unos versos en los que indicó la posibilidad de que yo llegara a ser ministro. Recuerdo bien la impresión que me causó esta segunda profecía. Sucedió esto en la época del «Ministerio burgués», y mi padre había traído hacía pocos días a casa los retratos de los ministros doctores Herbst, Giskra, Unger, Berger, etc. Varios de estos ministros eran judíos, de manera que todo buen muchacho de esta confesión podía ya decirse que llevaba la cartera de ministro en sus portalibros. Con las impresiones de aquella época debe hallarse también relacionado el que yo decidiese primero estudiar Derecho, no cambiando de idea sino poco antes de comenzar el plazo de inscripción en la Universidad. La

carrera de Medicina es incompatible con la política y, por tanto, con la aspiración de llegar a ministro. Observo ahora, volviendo a mi sueño, que el mismo me traslada desde el insatisfecho presente a los tiempos, preñados de esperanzas, del Ministerio burgués, y realiza, en lo que le es posible, mi deseo de *entonces*. Maltratando a mis dos colegas, dignos de la mayor estimación, por el hecho de ser judíos, pero bajo el pretexto de que el uno es imbécil y el otro delincuente, me conduzco como si fuera el propio ministro; esto es, me pongo en el lugar que el mismo ocupa. ¡Magnífica venganza! El ministro me niega el nombramiento de profesor y yo le despojo de su puesto en mi sueño.

En otro caso me fue dado observar que, aunque el deseo provocador del sueño sea contemporáneo, queda robustecido por lejanos recuerdos infantiles. Trátase aquí de una serie de sueños cuya base común es el vivo deseo de hacer un viaje a Roma. Por la época en que tuve estos sueños pensaba que dicho deseo habría de quedar incumplido aún mucho tiempo, pues los días que yo podía disponer para un viaje pertenecían a la estación en la que precisamente no debe permanecer en Roma ningún hombre cuidadoso de su salud^[341]. En estas circunstancias soñé una noche que veía a través de la ventanilla del tren el Tiber y el puente de Sant-Angelo; luego echaba a andar el tren en dirección contraria y pensaba yo que tampoco aquella vez se lograba mi deseo de visitar la Ciudad Eterna. El paisaje demi sueño correspondía a un dibujo que el día anterior había visto fugitivamente en casa de un enfermo. En otro sueño me conduce alguien a lo alto de una colina y me muestra Roma envuelta en niebla y tan lejana aún, que me asombro de verla con tanta precisión. El contenido de este sueño rebasa el espacio que aquí desearíamos concederle. En él puede reconocerse fácilmente, a título de motivo, el deseo de «ver desde lejos la tierra de promisión». Lübeck es la primera ciudad que he visto envuelta en niebla, y la colina de mi sueño tiene como antecedente el Gleichenberg. En un tercer sueño me encuentro ya en Roma, según me dice el mismo. Mas, para desencanto mío, veo ante mí un paisaje que no tiene nada de ciudadano: *un pequeño río de oscuras aguas, con negras rocas a un lado, y al otro, extensas praderas matizadas de grandes flores blancas. Veo a un cierto señor Zucker (azúcar), al que conozco superficialmente, y decido preguntarle por el camino que lleva a la ciudad*. Descomponiendo el paisaje del sueño en sus elementos, las flores blancas me recuerdan a *Ravena*, ciudad que conozco y que sustituyó por algún tiempo a *Roma* como capital de Italia. En los pantanos de *Ravena* vimos bellísimos nenúfares en medio del agua

negra. El sueño hace crecer estas flores en las praderas, como nuestros narcisos de Aussee, para evitarnos las molestias que en nuestra estancia en Ravena teníamos que afrontar para cogerlas en medio del pantano. Las negras rocas, tan próximas al río, recuerdan vivamente el valle del Tepl, junto a Karlsbad. Este último nombre me da la explicación del singular fragmento de mi sueño, en el que pregunto al señor Zucker el camino. Descubrimos aquí, en el material con el que el sueño se halla tejido, dos de aquellas divertidas anécdotas judías que suelen entrañar una profunda sabiduría, amarga a veces, y que con tanta frecuencia citamos en nuestras cartas y conversaciones. En una de ellas se nos cuenta de un judío que se introdujo sin billete en el rápido de Karlsbad. Descubierto y expulsado, volvió a subir y volvió a ser descubierto, pero continuó, tenazmente, su manejo, siendo objeto, a cada nueva revisión, de peores tratos. Un conocido que le vio en una de estas ocasiones le preguntó adónde iba y obtuvo la contestación siguiente: «*Si mi constitución (física) lo resiste..., hasta Karlsbad*». Próxima a ésta reposa en mi memoria otra historieta de un judío desconocedor del francés, al que le indujeron a preguntar en París por el camino de la rue Richelieu. También París ha sido durante mucho tiempo objeto de mis deseos, y la felicidad que me invadió al pisar por vez primera su suelo la interpreté como garantía de que también se me lograrían otros deseos. El preguntar el camino es una alusión directa a *Roma*, pues conocido es que «todos los caminos llevan a *Roma*». El nombre *Zucker* (azúcar) alude nuevamente a Karlsbad, balneario al que mandamos los médicos a nuestros enfermos de diabetes, que es una enfermedad *constitucional*. La ocasión de este sueño fue la proposición que mi amigo de Berlín^[342], me había dirigido de reunimos en Praga, aprovechando las fiestas de Semana Santa. De los temas que con él pensaba tratar surgen nuevas relaciones con el *azúcar* y la *diabetes*.

Un cuarto sueño, muy próximo al que antecede, me traslada de nuevo a *Roma*. Estoy ante una esquina y me admira el gran número de anuncios y carteles alemanes en ella fijados. El día antes había escrito —con profética visión— a mi amigo que Praga no debía ser una residencia muy agradable para dos viajeros alemanes. Así, pues, mi sueño expresaba al mismo tiempo el deseo de reunirme con mi amigo en *Roma* y no en una ciudad bohemia, y el de que en Praga se observase una mayor tolerancia con respecto al uso del alemán, deseo este último que procedía sin duda de mis tiempos de estudiante. Por otro lado, recuerdo que en los tres primeros años de vida debí de comprender el checo,

pues he nacido en un pueblo de Moravia cuya población era eslava en su mayoría. Unos versos infantiles checos que oí teniendo diecisiete años se grabaron tan fácilmente en mi memoria, que todavía puedo repetirlos de corrido, a pesar de no tener la menor idea de su significación. Vemos, pues, que tampoco estos sueños carecen de múltiples relaciones con impresiones de mis primeros años infantiles.

Durante mi último viaje por Italia, en el que visité, entre otros lugares, el lago Trasimeno, se me reveló, después de haber llegado hasta el Tiber y haber tenido que emprender, contra mi deseo, el regreso, hallándome a ochenta kilómetros de Roma, el refuerzo que a mi anhelo de la Ciudad Eterna proporcionaban determinadas impresiones de mi infancia. Maduraba por aquellos días el plan de ir a *Nápoles* al siguiente año, sin detenerme en *Roma*, cuando recordé una frase que debía de haber leído en alguno de nuestros clásicos: «No puede decidirse quién hubo de pasear más febrilmente arriba y abajo por su cuarto después de haber hecho el plan de marchar hacia *Roma*, si Aníbal o el rector *Winckelmann*». En mi viaje había yo seguido las huellas de *Aníbal*; como a él, me había sido imposible llegar a *Roma* y había tenido que retroceder hasta *Campania*. *Aníbal*, con quien me hallaba ahora estas analogías, fue mi héroe favorito durante mis años de Instituto, y al estudiar las guerras púnicas, todas mis simpatías fueron para los cartagineses y no para los romanos. Más adelante, cuando en las clases superiores fui comprendiendo las consecuencias de pertenecer a una raza extraña al país en que se ha nacido, y me vi en la necesidad de adoptar una actitud ante las tendencias antisemitas de mis compañeros, se hizo aún más grande ante mis ojos la figura del guerrero semita. *Aníbal* y *Roma* simbolizaron para mí, respectivamente, la tenacidad del pueblo judío y la organización de la Iglesia católica. La importancia que el movimiento antisemita ha adquirido desde entonces para nuestra vida espiritual contribuyó a la fijación de los pensamientos y sentimientos de aquella época. El deseo de ir a Roma llegó de este modo a convertirse, con respecto a mi vida onírica, en encubridor y símbolo de otros varios, para cuya realización debía laborar con toda la tenacidad y resistencia del gran *Aníbal*, y cuyo cumplimiento parece a veces tan poco favorecido por el Destino como el deseo de entrar en Roma que llenó toda la vida de aquel héroe.

Se me revela ahora el suceso de juventud que manifiesta aún su poder en todos estos sentimientos y sueños. Tendría yo diez o doce años cuando mi padre comenzó a llevarme consigo en sus paseos y a comunicarme en la conversación

sus opiniones sobre las cosas de este mundo. Una de estas veces, y para demostrarme que yo había venido al mundo en mucho mejor época que él, me relató lo siguiente: «Cuando yo era joven salí a pasear un domingo por las calles del lugar en que tú naciste bien vestido y con una gorra nueva en la cabeza. Un cristiano con el que me crucé me tiró de un golpe la gorra al arroyo, exclamando: ‘¡Bájate de la acera, judío!’ Y tú, ¿qué hiciste?’, pregunté entonces a mi padre. ‘Dejar la acera y recoger la gorra’, me respondió tranquilamente. No pareciéndome muy heroica esta conducta de aquel hombre alto y robusto que me llevaba de la mano, situé frente a la escena relatada otra que respondía mejor a mis sentimientos: aquélla en la que Amílcar Barca^[343], padre de Aníbal, hace jurar a su hijo que tomará venganza de los romanos. Desde entonces tuvo Aníbal un puesto en mis fantasías».

Todavía creo poder perseguir mi predilección por el general cartaginés hasta un periodo más temprano de mi infancia, resultando así que no se trataría nuevamente en este caso sino de la transferencia a un nuevo objeto de una relación afectiva ya constituida. Uno de los primeros libros que cuando aprendía a leer cayeron en mis manos fue la obra de Thiers titulada *El Consulado y el Imperio*, y recuerdo que pegué en la espalda de mis soldados de madera cartulinas con los nombres de los mariscales, siendo ya entonces *Massena* (*Manasés*)^[344] mi preferido. (Esta predilección puede explicarse también por la circunstancia de coincidir, con cien años de diferencia, la fecha de nuestro nacimiento.) El paso de los Alpes hace también coincidir a *Napoleón con Aníbal*. El desarrollo de este ideal guerrero podría quizá perseguirse, a través de años aún más tempranos de mi infancia, hasta los deseos de mis relaciones —tan pronto amistosas como hostiles— con un niño un año mayor que yo habían de despertar en el más débil de todos.

Cuando más ahondamos en el análisis de los sueños, más frecuentemente descubrimos las huellas de sucesos infantiles que desempeñan, en el contenido latente, el papel de fuentes oníricas.

Vimos ya que sólo muy raras veces llegan a constituir los recuerdos, reproducidos sin modificación ni corte alguno, todo el contenido manifiesto de un sueño. Sin embargo, existen varios ejemplos comprobados de este género de sueños, a los que añadiré algunos más, relacionados nuevamente con escenas infantiles. Uno de mis pacientes tuvo un sueño que constituía la completa reproducción, apenas deformada, de un incidente de carácter sexual,

reproducción que fue reconocida en el acto como un fidelísimo recuerdo. La huella mnémica de dicho incidente no había desaparecido por completo de la memoria despierta del sujeto, pero si se mostraba ya un tanto borrosa y oscura, y su vivificación constituyó un resultado de la labor analítica anterior. Cuando tenía doce años había ido el sujeto a visitar a un compañero suyo que se hallaba en cama, y que al hacer un movimiento, seguramente casual, mostró sus desnudeces. Poseído por una especie de obsesión a la vista de los genitales de su amigo, descubrió el visitante los suyos y echó mano al miembro del otro; pero al ver que éste le miraba con disgusto y asombro se turbó extraordinariamente y retiró su mano. Veintitrés años más tarde repitió un sueño esta escena con todos sus detalles y hasta con los mismos matices de los sentimientos que en ella surgieron, aunque modificándola en el sentido de adjudicar al sujeto el papel pasivo en lugar del activo y sustituir la persona del compañero del colegio por otra, perteneciente al presente.

Regularmente, sin embargo, no es representada la escena infantil en el sueño sino por una alusión, y tiene que ser desarrollada y completada por medio del análisis. La comunicación de ejemplos de este género no puede poseer gran fuerza demostrativa, pues carecemos de toda garantía sobre la exactitud de los sucesos infantiles correspondientes, los cuales no son reconocidos por la memoria cuando pertenecen a épocas muy tempranas. El derecho a deducir de sueños estos sucesos infantiles surge, durante la labor psicoanalítica, de toda una serie de factores, cuyo testimonio conjunto parece merecedor de crédito. Separadas de su contexto para los fines de la interpretación onírica, no harán quizá estas referencias de sueños a sucesos infantiles sino muy escasa impresión, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera puedo comunicar todo el material sobre el que la interpretación se apoya. Sin embargo, no creo que estos motivos sean suficientes para prescindir de su exposición.

I. Todos los sueños de una de mis pacientes presentan como carácter común el apresuramiento. Se apura (*sie hetgtsich*) para llegar a tiempo a alguna parte, no perder un tren, etc. En uno de estos sueños se dispone a visitar a una amiga suya. Su madre le aconseja que tome un *coche*, pero ella echa a correr y cae al suelo una y otra vez. El análisis nos muestra en estos sueños reminiscencias de juegos infantiles de dicho carácter (*Kinderhetzereien*; sabido es también que los vieneses llaman *Hetz* a la confusión o el tumulto, provocados intencionadamente para la consecución de determinados fines), y con respecto especialmente al sueño antes detallado, el recuerdo del conocido trabalenguas infantil consistente

en pronunciar con la mayor rapidez posible, como si de una palabra se tratara, la frase *La vaca corrió hasta que se cayó (Die Kuh rannte bis sie fiel)*. Todos estos inocentes juegos entre infantiles amiguitos son recordados por constituir la sustitución de otros menos inocentes.

II. Otro sueño de una paciente distinta. «Está en una amplia habitación, llena de diversos aparatos, que le parece corresponder a la idea que ella se forma de un establecimiento ortopédico. Oye decir que yo no tengo tiempo y que en la sesión de tratamiento participaron hoy otros cinco. No queriendo aceptar esta comunidad, se niega a echarse en la cama —o lo que sea— para ella destinada y permanece en pie en un rincón, esperando que yo diga que no es verdad. Las otras se burlan de ella mientras tanto. Son tonterías suyas. Al mismo tiempo le parece como si estuviera haciendo pequeños cuadrados». La primera parte de este sueño constituye un enlace del mismo con el tratamiento psicoanalítico y la transferencia sobre mí, siendo su segunda parte la que contiene la alusión a una escena infantil. Ambos fragmentos quedan soldados entre sí por la mención de la cama. El «establecimiento ortopédico» se refiere a palabras mías, en las que comparé el tratamiento, por su duración y naturaleza, con un tratamiento *ortopédico*. Asimismo le había dicho yo al principio de la cura que por el momento *no podía dedicarle mucho tiempo*, pero que más adelante le dedicaría una hora diaria. Esta circunstancia despertó en la paciente su antigua susceptibilidad, carácter principalísimo de los niños predestinados a la histeria, los cuales no se consideran nunca satisfechos, por mucho que sea el cariño que se les demuestre. Mi paciente era la menor de seis hermanas (de aquí, con *otras cinco*), y como tal, la preferida del padre; mas, sin embargo, le parecía que el mismo no le dedicaba aún tiempo y atención suficiente. *El esperar que yo diga que no es verdad* se deriva de los hechos siguientes: su sastre le había enviado un vestido, y ella había entregado su importe al pequeño aprendiz que fue a llevárselo, preguntado después a su marido si tendría que pagar nuevamente en el caso de que aquel chiquillo perdiese el dinero. El marido, para *embromarla*, contestó afirmativamente (las *burlas* del sueño), y ella repitió una y otra vez su pregunta, *esperando que acabase por decirle que no era verdad*. A esto corresponde, en el contenido latente, la idea de si me tendrá que pagar el doble cuando me dedique doble tiempo, idea de carácter «roñoso» o «sucio» (*schmutzig*). (La falta de limpieza en la época infantil es sustituida con gran frecuencia en los sueños por la avaricia, siendo el adjetivo *schmutzig*, con su doble significado de «roñoso» y «sucio», lo que constituye el puente entre ambas

representaciones.) Si el fragmento onírico de «esperar que yo diga que no es verdad», etc., constituye una representación indirecta de la palabra *schmutzig*, concordarán con ello el *permanecer en pie en un rincón* y el *no querer echarse en la cama*, a título de elementos de una escena infantil en que la paciente fue castigada a *permanecer en pie en un rincón* por haber ensuciado la cama, amenazándosela, además, con que papá no la querría ya y sus hermanas se burlarían de ella, etc. Los pequeños cuadrados aluden a una sobrinita suya que le han enseñado la habilidad matemática de inscribir cifras, creo que en nueve cuadrados, de manera que sumadas en cualquier dirección den 15.

III. Un sueño masculino. «Ve a dos muchachos peleándose. Por los utensilios que en derredor de ellos advierte, deduce que son aprendices de tonelero. Uno de ellos tiene derribado al otro. El caído lleva pendientes con piedras azules. Con el bastón en alto, se dirige hacia el vencedor para castigarle. Pero el muchacho se refugia al lado de una mujer que hay junto a una valla, como si de su madre se tratase. Es una mujer de aspecto humilde y está de espaldas al durmiente. Luego se vuelve y le dirige una mirada tan torva y feroz, que echa a correr, asustado. Antes advierte que los párpados inferiores de la mujer, laxos y caídos, dejan asomar la carne roja».

Este sueño ha aprovechado, con gran amplitud, triviales sucesos del día anterior. En él vio, efectivamente, dos muchachos que reñían en la calle, teniendo uno de ellos derribado al otro, y cuando se dirigió a ellos para separarlos, emprendieron ambos la fuga. El elemento «aprendices de tonelero» queda aclarado *a posteriori* por otro sueño en cuyo análisis empleó el sujeto la locución «desfondar el tonel». Sobre los «pendientes con piedras azules», observa que son un adorno muy llevado por las *prostitutas*. Con esta asociación concuerda la reminiscencia de una conocida canción en la que se trata de dos *muchachos*. «El otro muchacho se llamaba María» (esto es, era una muchacha). La mujer, en pie junto a la valla: después de la escena de la riña estuvo paseando por la orilla del Danubio y aprovechó lo solitario de aquellos lugares para orinar *contra una valla*. Continuando su paseo, encontró una mujer, ya entrada en años y decentemente vestida, que le sonrió amable y quiso hacerle aceptar su tarjeta.

La mujer de su sueño aparece junto a la valla en actitud idéntica a la suya cuando se puso a orinar; corresponde, pues, a la representación de una mujer orinando, y con esta representación concuerda perfectamente la repugnante visión de la carne roja asomando por el borde de los párpados inferiores, visión que no puede referirse sino a la de los genitales femeninos, abiertos cuando la

mujer se pone en cuclillas para orinar. El sujeto debió de presenciar alguna vez, en su infancia este espectáculo, y el mismo resurge ahora, en su recuerdo, bajo la forma de «herida» o «carne viva». Su sueño reúne las dos ocasiones en que siendo niño le fue dado contemplar los genitales de sus infantiles compañeras: al *derribarlas* jugando y al *orinar*. En el análisis surge también el recuerdo de los castigos o amenazas de que su padre le hizo objeto al descubrir su temprana curiosidad sexual.

IV. Detrás del siguiente sueño de una señora mayor se esconde toda una serie de recuerdos infantiles reunidos en una fantasía.

«Sale apresuradamente a hacer varias comisiones. Al llegar al “Graben”, se desploma en el suelo de rodillas, como “reventada”. En derredor suyo se arremolina un grupo de gente en el que predominan los cocheros de punto, pero nadie la auxilia. Varias veces intenta en vano incorporarse. Por fin debe de haberlo conseguido, pues la meten en un coche que va a llevarla a su casa. A través de la ventanilla la arrojan una pesada cesta muy voluminosa (parecida a una cesta de la compra)».

La sujeto de este sueño es aquella paciente que en su vida onírica es siempre apurada, como de niña apuraba ella a las demás. La primera escena de su sueño procede, sin duda alguna, del recuerdo de haber visto caer a un caballo en la calle o en las carreras, accidente al que alude también la expresión «como reventada». En años anteriores había sido la sujeto una gran *amazona*, y es de suponer que en sus años infantiles sirviera también alguna vez de *caballo* a sus compañeros de juego. A este tema de la «caída» pertenece su primer recuerdo infantil, referente al hijo de su portero, muchacho de diecisiete años, que, habiendo sufrido en la calle un ataque epiléptico, fue traído a su casa en su coche. Ella no presenció esta escena, sino que solamente la oyó relatar; pero la representación del ataque epiléptico y del «caído» adquirió un gran poder sobre su fantasía e influyó después en la forma de sus ataques histéricos. Cuando una mujer sueña que «cae», suele esto tener, casi siempre, un sentido sexual. Con ello se convierte en una «mujer caída». En nuestro sueño resulta esta interpretación más indudable por el lugar en que la paciente cae: el «Graben», plaza de Viena, conocida como mercado de la prostitución; la «cesta de la compra» es susceptible de varias interpretaciones. En primer lugar, recuerda las muchas «cestas» que la sujeto ha dado a sus pretendientes (expresión alemana equivalente a la española «dar calabazas») y que luego, en una ocasión, cree haber recibido a su vez.

Con este tema se halla también relacionado el que *nadie la quiera ayudar a levantarse*, circunstancia que interpreta como un signo de desprecio. La cesta de la compra recuerda, además, determinadas fantasías, descubiertas en el análisis, en las que se imagina casada con persona de condición muy inferior a la suya y tiene que ir personalmente a la compra. Por último, también puede interpretarse la «cesta» como alusión a una *sirvienta*. A esta representación se añaden recuerdos infantiles referentes a una *cocinera* que, al ser despedida por ladrona, *cayó de rodillas*, suplicante. En la época de este suceso tenía la sujeto doce años. Recuerda también a una doncella que fue despedida por mantener relaciones sexuales con el *cochero* de la casa, el cual la tomó después en matrimonio, rehabilitándola. Este recuerdo nos da la fuente de los *cocheros* del sueño (en el que se niegan, al contrario de como sucedió en la historia real recordada, a «levantar a la mujer caída»). Queda aún por explicar el detalle de arrojar la cesta dentro del coche, y *precisamente a través de la ventanilla*. Este hecho le recuerda la *facturación* de los equipajes en las estaciones, el galanteo por la *ventana* en su residencia campestre y triviales impresiones de su estancia en dicha residencia, tales como la de haber visto a un caballero que desde el jardín iba arrojando ciruelas al interior de la casa, haciéndolas penetrar por una ventana a la que se hallaba asomada una señora, y la del miedo de su hermanita al ver asomarse a la ventana de su cuarto a un aldeano bobo. Por último, emerge detrás de estos recuerdos la oscura reminiscencia de una doncella que tenían en la finca y que solía «perderse» por el campo con un criado. La sujeto tenía por entonces diez años, y es muy posible que advirtiese alguna vez los manejos de aquellos enamorados, los cuales fueron despedidos («facturados», «echados fuera», circunstancia que el sueño representa antinómicamente por la cesta «echada dentro del coche»). A esta historia nos aproximan asimismo, en el análisis, otros caminos. Para designar el equipaje de un criado se usa en Viena la expresión despectiva «las siete ciruelas» (*Sieben Zwetschker*): «¡Coja usted sus siete ciruelas y márchese!»

En mi colección de sueños existe un gran número de éstos, cuyo análisis nos conduce a impresiones infantiles oscuramente recordables u olvidadas por completo, pertenecientes, con gran frecuencia, a los tres primeros años de la vida del sujeto. Sin embargo, sería aventurado deducir de ellos conclusiones sobre la vida onírica en general, pues se trata de sueños de sujetos neuróticos —histéricos especialmente—, y el papel que en ellos desempeñan las escenas infantiles pudiera muy bien depender de la naturaleza de la neurosis y no de la escena del

fenómeno onírico. De todos modos, resulta que también en el análisis de mis propios sueños, independiente de todo motivo terapéutico, tropiezo con igual frecuencia, en el contenido latente, con una escena de mi niñez, o descubro que toda una serie de sueños desemboca en los caminos que parten de un suceso infantil. Ya he detallado varios ejemplos de este género y aún habrán de presentármese diversas ocasiones de comunicar algunos más. Por lo pronto, creo que la mejor manera de terminar el examen de la cuestión que venimos estudiando será exponer algunos sueños propios en los que aparecen conjuntamente, como fuentes oníricas, motivos recientes y sucesos infantiles olvidados hace ya mucho tiempo.

En una ocasión en que al regresar de un viaje hube de acostarme, fatigado y hambriento, actuaron durante mi reposo las grandes necesidades de la vida, y tuve el siguiente sueño: «Entro en una cocina en demanda de un plato de *Mehlspeise*, plato hecho con harina, leche y huevos; literalmente, ‘manjar de harina’. En la cocina encuentro tres mujeres. Una de ellas, que es la dueña de la casa, da vueltas a algo entre sus manos, como si estuviese haciendo albóndigas, y me responde que tengo que esperar hasta que acabe. Me impaciento y me marchó, ofendido. Me pongo un gabán, pero el primero que cojo me está demasiado largo. Al quitármelo, observo con sorpresa que está forrado de piel. Otro que cojo después tiene un largo bordado de dibujo turco. En esto viene un desconocido, de alargado rostro y perilla corta, y me impide ponerme el gabán, alegando que es el suyo. Le muestro entonces que está bordado a la turca. Pero él me pregunta: ‘¿Qué le importan a usted los (bordados, dibujos) turcos...?’ No obstante, permanecemos juntos en buena armonía».

En el análisis de este sueño recuerdo inesperadamente la primera novela que leí —tendría yo unos trece años—, empezándola por el final del primer tomo. Nunca he sabido cómo se titulaba ni quién era su autor, pero, en cambio, conservo un vivo recuerdo de su desenlace. El protagonista pierde la razón y repite incansablemente los nombres de las tres mujeres que han significado la mayor felicidad y la más amarga desgracia de su vida. *Pelagia* es uno de estos nombres. No sé aún para qué podrá serme útil en el análisis este recuerdo. A las tres mujeres de mi sueño se asocian ahora las tres Parcas que tejen los destinos de los hombres, y sé que una de las tres mujeres en el sueño, la dueña de la casa — es la madre, que da la vida al hombre, y con ella, como a mí en este ejemplo, el primer alimento. En el seno femenino coinciden el hambre y el amor. Una anécdota cuenta que un joven, gran admirador de la belleza femenina, exclamó

al oír ponderar la arrogancia de la nodriza que le había amamantado: «¡Lástima no haber podido aprovechar mejor la ocasión!» De esta anécdota me suelo servir para explicar el factor «posterioridad» en el mecanismo de las neurosis. Una de las Parcas mueve las manos una contra otra, como si estuviese haciendo albóndigas, ocupación singular para una Parca y que precisa de urgente esclarecimiento. Afortunadamente, nos lo proporciona en seguida otro recuerdo infantil aún más temprano. Teniendo yo seis años, mi madre, que procuraba ir dándome las primeras lecciones de cosas, me dijo que estábamos hechos de tierra y que, por ello, a la tierra habíamos de volver; cosa que me resistí a aceptar, manifestando mi incredulidad. Entonces, para convencerme, frotó mi madre las palmas de sus manos una contra otra, con movimiento idéntico al de quien hace albóndigas, y me mostró las negras escamas que de este modo quedan arrancadas de la epidermis como prueba de la tierra de que estamos hechos. Asombrado ante esta demostración *ad oculos*, me rendí a la enseñanza contenida en las palabras de mi madre, enseñanza que después había de hallar expresada en la frase de que «todos somos deudores de una muerte a la Naturaleza^[345]». Así, pues, son verdaderamente las Parcas aquellas mujeres que encuentro al penetrar en la cocina en busca de alimento, como acostumbraba hacerlo de niño, cuando sentía apetito y me aconsejaba mi madre que esperase hasta que acabara ella de preparar la comida.

Albóndigas. De por lo menos uno de los profesores a cuya clase asistí en la Universidad, precisamente aquél al que debo mis conocimientos *histológicos (epidermis)*, tenía que recordar ante la palabra «albóndigas» (*Knoedl*) a una persona poco grata para él, como autora de un *plagio* de sus obras. Cometer un plagio, apropiarnos algo que hallamos a nuestro alcance, aunque no nos pertenezca, son temas que conducen a la segunda parte del sueño, en la que se me tomó por el *ladrón de gabanes* que durante una temporada realizó numerosísimos hurtos de este género en los sitios de reunión pública. En el curso del análisis se me ha venido a la pluma espontáneamente la palabra *plagio*, y observo ahora que debe pertenecer también al contenido latente, pues puede servir de *punte* (*Bruecke*) entre los diversos fragmentos del contenido manifiesto.

La cadena de asociaciones. *Pelagia (plagio) plagiostomas* (tiburones)^[346] —vejiga de pescado— enlaza la vieja novela con el asunto Knoedl y con los *gabanes*, que aluden indudablemente a un determinado utensilio de la técnica

sexual. (Cf. el sueño de Maury «Kilolotería», pág. 384.) Ciertamente, es este enlace harto forzado e insensato, pero no me hubiese sido posible establecerlo ahora, en la vigilia, si la elaboración onírica no lo hubiese establecido ya con anterioridad. Y aún más: la palabra *Brücke* (*punte*), surgida antes en el análisis y correspondiente, además, a un apellido que evoca en mi cariñosos sentimientos, sirve, como si para la tendencia a constituir relaciones no hubiese nada sagrado, para recordarme el Instituto del mismo nombre en el que pasé horas felicísimas, consagrado al estudio y libre de todo otro deseo («Cada día hallaréis un mayor placer en los pechos de la Sabiduría»)^[347], al paso que ahora, mientras sueño, me hallo plagado por las más urgentes necesidades.

Por último emerge el recuerdo de otro querido profesor, cuyo nombre (*Fleischl*) evoca de nuevo algo comestible (*Fleisch*-carne), como antes *Knoedl* (*Knoedl-albóndigas*), y además el de una triste escena en la que desempeñan un papel las *escamas epidérmicas* (la madre, dueña de la casa), la demencia (la novela) y un producto que quita el apetito: la cocaína.

De este modo podría proseguir por las laberínticas rutas mentales y esclarecer el fragmento de mi sueño, al que aún no hemos llegado en el análisis; pero los sacrificios personales que ello exigiría son tan grandes que me veo obligado a silenciar el resto de mi labor de interpretación. Recogeré, pues, tan sólo uno de los hilos susceptibles de conducirnos directamente a una de las ideas latentes sobre las que reposa toda la embrollada madeja de este sueño. El desconocido que me impide ponerme el gabán muestra rasgos fisonómicos muy semejantes a los de un comerciante de Spalato en cuya tienda compró mi mujer gran cantidad de telas *turcas*. Este comerciante se llamaba *Popovic*, nombre sospechoso (*Popo-trasero*), que ya inspiró al humorista Stettenheim una divertida observación. «Después de decirme su nombre, me estrechó la mano, ruborizándose». Este aprovechamiento de nombre propio para un chiste es idéntico a los que mi sueño se permite con los de *Palagia*, *Knoedl*, *Brücke* y *Fleischl*. A este uso vicioso de los nombres propios son muy aficionados los niños y constituye una falta de educación; pero si yo incurro en ella en mi sueño, es a modo de venganza, pues mi propio nombre ha sido utilizado muchas veces para tales fines. La general susceptibilidad ante estos juegos con nuestro nombre, al que nos sentimos tan unidos como a nuestra *piel*, fue ya observada por Goethe cuando Herder hizo sobre el suyo los versos:

Tú que descienes de los dioses (Goetter), de los godos (Goten) o del

fango (Kot).
También sois polvo, imágenes de los dioses.

Advierto ahora que la digresión sobre el uso vicioso de los nombres propios no ha sido sino una preparación de esta queja. Pero dejemos ya esto.

Las compras efectuadas en Spalato me recuerdan otras realizadas en Cattaro, en las que me mostré demasiado económico y *perdí la ocasión* de adquirir algunos bellos objetos. (Véase la anécdota del ama^[348].) Una de las ideas latentes que el hambre inspira al sueño es la siguiente: *No debemos dejar escapar nada, sino tomar aquello que a nuestro alcance hallemos, aunque al obrar así cometamos una pequeña falta. No debemos desperdiciar ocasión alguna, pues la vida es corta y la muerte inevitable.* Mas por entrañar un sentido sexual y no querer detenerse ante las barreras éticas, tropieza este *carpe diem* con la censura y tiene que ocultarse detrás de un sueño. A este resultado coadyuvan todas las ideas a él contrarias, el recuerdo de la época en que el *alimento espiritual* me era suficiente y, por último, todas las conveniencias opuestas y hasta la amenaza de los más variables castigos sexuales.

V. La comunicación de otro sueño precisa de una amplia información preliminar. El día inmediatamente anterior fui en coche a la estación del Oeste con objeto de tomar el tren que había de conducirme a Aussee, donde pensaba pasar las vacaciones, y penetré en el andén con los viajeros del tren de Ischl, que salía antes que el mío. Momentos después llegó el conde de Thun, que iba a reunirse en Ischl con el emperador. A pesar de la lluvia, venía en coche abierto. El portero del andén no le reconoció y quiso detenerle para pedirle el billete, pero el conde le rechazó con un ademán y pasó sin darle explicación alguna. Después de la partida del tren de Ischl hubiera debido retornar a la sala de espera, pues no está permitida la permanencia en los andenes entre tren y tren, pero queriendo evitarme el calor que en dicha sala reinaba, decidí infringir tal disposición, y conseguí, no sin algún trabajo, que me dejaran donde estaba. Como pasatiempo, me dediqué a espiar si llegaba alguien hasta el tren para hacerse reservar el sitio, proponiéndome, si así sucedía, exigir que se me concediese igual derecho. Mientras tanto, estuve tarareando una musiquilla que reconocí —a otro le hubiese quizá sido imposible— como el aria de *Las bodas de Fígaro*:

«Si el señor conde quiere bailar..., quiere bailar..., dígnese indicármelo y yo tocaré».

Durante toda la tarde me había sentido de excelente humor, emprendedor y provocativo, y había hecho blanco de mis bromas al camarero y al cochero, supongo que sin llegar a ofenderlos. En armonía con las palabras de Fígaro y con mi recuerdo de la comedia de Beaumarchais, que había visto representar en la *Comédie Française*, barajaba los más atrevidos y revolucionarios pensamientos: la frase sobre los grandes señores que no se han tomado sino el trabajo de nacer, el derecho feudal que Almaziva quiere ejercitar sobre Susana, y los chistes que nuestros malignos periodistas de oposición se permitan hacer con el nombre del conde *Thun* (*Thun-hacer*), llamándole el conde de *Nichts-thun* (de «no hacer nada»). Verdaderamente, no envidio ahora a este político. Junto al emperador le esperan arduos trabajos y preocupaciones, mientras que a mi podría dárseme con toda razón el nombre de conde de «no hacer nada», pues voy a gozar de mis vacaciones y saboreo por anticipado todos los placeres que han de proporcionarme.

En estos pensamientos me sorprendió la llegada de un individuo al que conozco como representante del Gobierno en los exámenes de Medicina y que por la cómoda manera que tiene de desempeñar este cargo —durmiéndose en un sillón de tribunal examinador— ha merecido el halagüeño sobrenombre de *Regierungsbeischlaefer*, *Regierungsvertreter* (representante del Gobierno); («Beischlaefer», el que duerme con alguien, el amante). «Regierung» (Gobierno) es, en alemán, femenino; el sobrenombre «Regierungsbeischlaefer» alude, pues, a la especial actividad desplegada por el citado funcionario en el ejercicio de su cargo, y al mismo tiempo significa, literalmente, «el que duerme en el Gobierno». Por su carácter oficial no paga este individuo sino medio billete, y oí que un empleado decía a otro: «¿Dónde colocamos a este señor, que tiene un medio billete de primera?» Yo no gozo de tal prerrogativa, y tengo que pagar billete entero. Al señalarme luego mi sitio en el tren, lo hicieron en un vagón que, no teniendo pasillo, carecía de retrete. Todas mis protestas fueron vanas, y hube de consolarme proponiendo al empleado que, por lo menos, hiciera un agujero en el suelo del coche para prevenir posibles necesidades de los viajeros. A las dos y cuarto de la mañana desperté, en efecto, sintiendo necesidad de orinar y habiendo tenido el siguiente sueño:

«Una multitud —reunión de estudiantes—. Un conde (el de Thun o el de Taaffe) pronuncia un discurso. Invitado a decir algo sobre los alemanes, declara con gesto de burla que la flor preferida de los mismos es el diente de león (*Huflattich*) y se pone luego en el ojal algo como una hoja toda arrugada, o más

bien como los nervios de una hoja enrollados unos con otros. Me levanto indignado; así, pues, me levanto indignado^[349], pero al mismo tiempo me asombra sentir tal indignación». Luego, más vagamente, continúa el sueño: «Como si fuera un aula cuyas entradas estuviesen tomadas y hubiese que huir. Atravieso una serie de habitaciones muy bien alhajadas —seguramente habitaciones del Gobierno—, con muebles de color castaño y violeta, y llego por fin a un pasillo en el que veo sentada a una mujer ya entrada en años y muy gruesa, un ama de llaves. Intento pasar sin hablarle, pero ella debe de reconocer que tengo derecho a salir por allí, pues me pregunta si quiero que me acompañe con una luz. Le indico o le digo que permanezca en la escalera y me felicito de la habilidad con que he logrado escapar a toda vigilancia. Una vez abajo encuentro ante mí un angosto sendero de empinada cuesta, por el que echo a andar».

De nuevo vagamente: «... Como si ahora se tratase de escapar de la ciudad, de igual manera que antes de la casa. Tomo un coche de caballo y digo al cochero que me lleve a una estación. Luego, contestando a no sé qué objeción que el cochero me opone, como si hubiese ya retenido sus servicios mucho tiempo y se hallase fatigado, añado: ‘Por la vía no puedo ir con usted’. Al decir esto me parece como si hubiera recorrido ya con el coche una distancia que se acostumbra recorrer en ferrocarril. Las estaciones están tomadas. Reflexiono si debo dirigirme a Krems o a Znaim, pero pienso que estará allí la Corte y me decido por Graz u otra ciudad de nombre semejante. Luego estoy ya en el vagón, muy parecido a un tranvía, y llevo en el ojal una cosa larga, singularmente tejida con violetas de un color entre violeta y castaño, hecha de una materia rígida. El singular adorno llama la atención de la gente». Aquí se interrumpe esta escena.

«De nuevo en la estación, pero acompañado esta vez por un individuo de avanzada edad. Discurro un plan para no ser reconocido y lo veo en el acto realizado. Pensamiento y acción son aquí simultáneos. Mi acompañante finge que no ve por lo menos de un ojo, y yo mantengo ante él un orinal de cristal (que hemos comprado o tenemos que comprar en la ciudad). Este orinal es de forma análoga a la de aquellos que se usan en los hospitales para los enfermos masculinos. Soy, pues, el enfermero de mi acompañante y tengo que darle el orinal, porque está ciego. Si el revisor nos ve así habrá de dejarnos escapar sin la menor sospecha. Veo plásticamente la actitud de mi acompañante y su miembro orinado. En este momento despierto con ganas de orinar».

Todo este sueño da, en conjunto, la impresión de una fantasía, que traslada al

durmiente al año revolucionario de 1848, evocado en mi pensamiento por la reciente celebración de su cincuentenario (1898) y por una excursión a *Wachau* durante la cual estuve en *Emmersdorf*, localidad que creí erróneamente había constituido el retiro de Fischhof, el *leader* de los estudiantes al que aluden algunos detalles del contenido manifiesto. La asociación de pensamientos me conduce luego a Inglaterra, a casa de mi hermano, el cual solía embromar a su mujer llamándola *Fifty years ago*, título de una poesía de lord Tennyson, acostumbrando a sus hijos a rectificarle diciendo: *Fifteen years ago*. Pero esta fantasía, enlazada a los pensamientos que mi encuentro con el conde de Thun me había sugerido, es como una de aquellas fachadas de ciertas iglesias italianas, que carecen de toda conexión orgánica con el edificio a que han sido antepuestas. En cambio, se diferencia de estas fachadas en que presenta diversas lagunas, es confusa y deja pasar a su través varios elementos del interior. La primera situación de mi sueño se halla formada por la acumulación de varias escenas, en las que podemos descomponerla. La provocativa actitud del conde está tomada de un suceso real, del que fui testigo en el colegio cuando tenía *quince años*. Disgustados de la ignorancia y antipatía de uno de nuestros profesores, tramamos contra él una conspiración, a la cabeza de la cual se colocó uno de mis condiscípulos, que por cierto parece haber tomado desde entonces como modelo la figura de *Enrique VIII de Inglaterra*. Por mi parte, fui encargado de iniciar las hostilidades, y una discusión sobre la importancia del Danubio para Austria (*¡Wachau!*) nos proporcionó ocasión de declararnos en franca rebeldía. Entre los conjurados se hallaba el único de mis condiscípulos que pertenecía a una familia aristocrática, muchacho al que por desmesurada estatura denominábamos la «jirafa», y su actitud al ser invitado a dar explicaciones por el profesor de *lengua alemana*, nuestro tirano, fue muy semejante al del conde en mi sueño. La declaración de la flor preferida y el ponerse en el ojal algo que tiene también que ser una flor (cosa que evoca en mí el recuerdo de unas orquídeas que el día del sueño llevé a una señora amiga mía, y, además, el de una rosa de *Jericó*) alude claramente a la escena en que Shakespeare nos muestra el punto de partida de la guerra civil de la rosa *roja* y la rosa *blanca*^[350]. La mención de Enrique VIII en el análisis inicia el camino que conduce a esta reminiscencia. De ella no hay mucha distancia a la de los claveles blancos y rojos. (Entremedias se intercalaron en el desarrollo analítico dos versos, uno *alemán* y otro *español*: «Rosa, tulipanes y claveles, —todas las flores se

marchitan—. Isabelita no llores, —que se marchitan las flores». Este último procede también de Fígaro.) Los claveles blancos son en Viena el distintivo de los *antisemitas*, y los rojos, el de los *socialdemócratas*. Detrás de esto surge el recuerdo de una provocación antisemita durante un viaje en ferrocarril por el bello país de Sajonia (*anglosajones*). La tercera escena que ha proporcionado elementos para la formación de la situación inicial de mi sueño pertenece a mis primeros años de estudiante. En una sociedad estudiantil *alemana* se mantenía un debate sobre la relación de la filosofía con las ciencias naturales. Muy joven aún y lleno de entusiasmo por las doctrinas materialistas, tercié en la discusión, defendiendo calurosamente un punto de vista en exceso unilateral. Un colega más reflexivo y maduro, cuyo apellido pertenece al reino zoológico y que ha revelado más tarde una gran capacidad para organizar y dirigir multitudes, pidió entonces la palabra y rebatió con gran energía mis argumentos. También él —dijo— había guardado los cerdos en su juventud, pero después había retornado, lleno de remordimientos, al hogar paterno. Al acabar su discurso *me levanté indignado* (como en mi sueño), *y en forma grosera* (*saugrob*, «grosera como una cerda») le respondí que, sabiendo que había guardado *cerdos*, *no me asombraba* ya el tono de sus discursos. (En el sueño *me asombro* del entusiasmo con que tomo la defensa de los nacionalistas alemanes.) Mis palabras provocaron gran escándalo y se me exigió repetidamente que las retirase, pero yo me mantuve firme. El ofendido fue lo bastante sensato para rechazar la inspiración de *provocarme* en duelo, y las cosas no pasaron de aquí.

Los restantes elementos de la escena onírica proceden de estratos más profundos. ¿Qué puede significar la elección del «diente de león» por el conde como flor preferida de los alemanes? Veamos mis asociaciones: *Diente de león* (*Huflattich*) — *lettuce*^[351] — *ensalada* — *perro de la ensalada* (*Salathund*, expresión de sentido equivalente a la castellana «perro del hortelano»; esto es, el que ni come ni deja comer). Se entrevé aquí una serie de palabras insultantes: *jirafa* (por la división de la palabra alemana *Giraffe* en *Gir-affe*, siendo *Affe* (mono) un insulto corriente), *cochino*, *cerda*, *perro*. El análisis me lleva también, a través de un nombre, a la palabra *burro*, y con ella a una burla sobre otro profesor académico. Además traduzco, no sé si acertadamente, *Huflattich* (diente de león) por el término francés *pisse-en-lit*. El conocimiento de esta palabra me ha sido proporcionado por la lectura de una obra de Zola —*Germinal*—, en la que son enviados unos niños a recoger esta planta para hacer una ensalada. El

perro —*chien*— contiene en su nombre una alusión por similitud a una de las funciones excrementicias (*chier*), como *pisser-en-lit* a la otra (*pisser*). No tardamos en reunir lo indecoroso en todos sus tres estados, pues en el mismo *Germinal* —obra también revolucionaria— se describe una singularísima competencia entre dos individuos en la producción de excreciones gaseosas (*flato*)^[352]. Tengo ahora que observar que el camino que a este flato o viento había de conducirme se hallaba trazado hace ya mucho tiempo y va desde las *flores*, a través del verso español de *Isabelita*, a *Isabel* y *Fernando*, y de aquí, pasando por Enrique VIII y la historia de Inglaterra, al episodio de la Armada Invencible, cuya destrucción por los vientos tempestuosos fue conmemorada en Inglaterra con la acuñación de una medalla en la que se leía: *Fflavit et dissipati sunt*. Ahora bien: estas palabras son las que yo pensaba emplear como lema semihumorístico del capítulo «Terapia», si alguna vez llegaba el caso de exponer ampliamente mi concepción y tratamiento de la histeria. ('Sopló y se disiparon')^[353].

De la segunda escena de mi sueño no puedo dar aquí, por consideraciones relativas a la censura, una tan detallada solución. En ella ocupo el lugar de una elevada personalidad de aquella época revolucionaria que, según se dice, padecía de *incontinentia alvi*; tuvo también una aventura con un *Aguila* (*adler* apellidado), etc., pero *no me creo con derecho a infringir* (a pesar, en el sueño) la censura, en lo que a estas historias se refiere, aunque haya sido un *consejero áulico* (*aula*) quien me las ha referido. La serie de habitaciones que en mi sueño atravieso debe su estímulo al coche salón de S. E. el conde de Thun, visto desde el andén, pero significa, como muy frecuentemente en la vida onírica, *mujeres* (habitación del Gobierno: mujeres sostenidas a costa del Erario)^[354]. La figura del ama de llaves de mi sueño constituye una muestra de ingratitud hacia una anciana señora amiga mía, persona de vivo ingenio que me dispensa siempre una grata acogida en su casa y suele referirme interesantes anécdotas de tiempos pasados. El ofrecimiento que me hace de acompañarme con una luz es una reminiscencia de una encantadora aventura de Grillparzer, que este autor utilizó luego en su *Hero y Leandro* («Las olas del mar y del amor»; la *Armada Invencible* y la *tempestad*)^[355].

No siéndome tampoco posible exponer en detalle el análisis de los dos fragmentos oníricos restantes, me limitaré a consignar dos escenas infantiles a las que el mismo nos conduce y son, realmente, lo que me ha movido a la

comunicación de este sueño. Ya sospechará el lector que lo que me obliga a silenciar los resultados de la labor analítica es el carácter sexual del material mediante ella descubierto. Pero no he de exigirle que se dé por satisfecho con esta sola explicación, pues aunque no cabe discutir la necesidad de hacer ante los demás un secreto de cosas que para nosotros mismos no lo son, también es cierto que en el caso presente no se trata de las razones que me obligan a ocultar la solución, sino de los motivos de la censura interior que me oculta a mí mismo el contenido del sueño. Así, pues, añadiré que el análisis revela los tres fragmentos de mi sueño como impertinentes jactancias, derivación o desahogo de una manía de grandezas ha largo tiempo reprimida en mi vida despierta, pero que se atreve a llegar con algunas ramificaciones hasta el contenido manifiesto de mi sueño (*me felicito de mi habilidad*) y explica perfectamente mi estado de ánimo, emprendedor y provocativo, de la tarde anterior al mismo. Mi jactancia se extiende a todos los terrenos. Así, la mención de la ciudad de *Graz* se refiere a la locución: *¿Cuánto cuesta Graz?*, que suele usarse cuando se tiene el bolsillo bien repleto. Aquellos de mis lectores que conozcan la insuperable descripción que hace Rabelais de la vida y los hechos de Gargantua y de su hijo Pantagruel descubrirán sin trabajo alguno la jactancia contenida en el primer fragmento de mi sueño. A las dos escenas infantiles que antes prometí exponer se refiere el material siguiente: Para mi viaje había comprado calzas nuevas de un color *castaño tirando a violeta*, color que aparece varias veces en mi sueño (las violetas, de un color entre *violeta* y *castaño* y hechas de una materia rígida: los muebles de las habitaciones oficiales). Los niños creen que cuando se ponen algo *nuevo llaman la atención de la gente*. Mis familias me relataron una vez la siguiente escena de mi infancia, cuyo recuerdo ha quedado sustituido por el de su relato. Teniendo yo dos años me oriné una vez en la *cama*, y al oírme reprochar la falta traté de *consolar* a mi padre prometiendo comprarle en N. (la ciudad más próxima) una bonita cama *nueva*, de color *rojo*. (De aquí, en el sueño, la interpolación de que *hemos comprado o tenemos que comprar el orinal en la ciudad*; hay que cumplir lo que se ha prometido.) (Obsérvese, además, la yuxtaposición del orinal para hombres [masculino] con las calzas (también ‘baúl’ en alemán) femeninas. En esta promesa se halla contenida toda la infantil manía de grandezas.

La importancia que para el sueño poseen las cuestiones de orden urinario del niño nos es ya conocida por otra de las interpretaciones oníricas realizadas. (Sueño de la pelea de los muchachos.) Los psicoanálisis de sujetos neuróticos

nos han mostrado la íntima relación de la incontinencia nocturna con la ambición como rasgo de carácter^[356].

De otro suceso infantil —perteneciente ya a mis seis o siete años— conservo un claro recuerdo. Una noche, antes de acostarme, infringí el precepto educativo de no realizar necesidad alguna en la alcoba de mis padres y en su presencia, y en la reprimenda que mi padre me dirigió con este motivo afirmó que nunca llegaría yo a ser nada. Estas palabras debieron herir vivamente mi amor propio, pues en mis sueños aparecen de continuo alusiones a la escena correspondiente, enlazadas casi siempre con una enumeración de mis éxitos y merecimientos, como si quisiera decir: «¿Lo ves cómo he llegado a ser algo?» Este suceso infantil proporciona materiales para el último cuadro de mi sueño, en el que, como venganza, quedan invertidos los papeles. Mi anciano acompañante no es otro que mi padre. La falta de visión de un ojo alude al glaucoma de que padeció^[357]. En mi sueño orina él ante mí como yo ante él en mi niñez. Con la alusión al glaucoma le recuerdo la cocaína, en cuya aplicación como anestésico —que tanto facilitó la operación a que hubo de someterse— tuve yo alguna parte. De este modo es como si yo hubiera cumplido mi promesa. Además me burlo de él; como está ciego tengo que alcanzarle los lentes (juego de palabras entre *Glass*, cristal, lente, y *Urigras*, orinal). Por último, aparecen numerosas alusiones a mis conocimientos sobre la teoría de la histeria, de los cuales me enorgullezco^[358].

Las dos escenas infantiles expuestas se hallan, aparte de esto, enlazadas al tema del ansia de grandeza; pero además contribuyó a evocarlas el hecho de verme obligado a viajar en un vagón sin retrete, circunstancia que había de prepararme a sufrir alguna molestia. Así sucedió, en efecto, pues desperté de madrugada con la sensación correspondiente a una necesidad física. El lector se inclinará quizá a atribuir a esta sensación el papel de estímulo del sueño, mas por mi parte he de dar la preferencia a otra explicación diferente: la de que fueron las ideas latentes las que provocaron en mi dicha necesidad. Mi reposo no suele ser interrumpido nunca —y menos en tales horas de la madrugada— por una necesidad física cualquiera, y en mis viajes no he sentido casi nunca, al despertar antes de la hora acostumbrada, la sensación vesical de que aquí se trata. De todos modos, es ésta una cuestión que no importa dejar indecisa.

Desde que mi experiencia en la interpretación onírica me ha demostrado que también de aquellos sueños cuya total interpretación creemos haber conseguido

—por haber descubierto sin dificultad sus fuentes y estímulos— parten importantes cadenas de pensamientos que llegan hasta los primeros años infantiles del sujeto, he tenido que preguntarme si no habremos de ver en este hecho una condición esencial del soñar. Si nos fuese permitido generalizar tal hipótesis, diríamos que todo sueño posee, a más de un enlace con lo crecientemente vivido, en su contenido manifiesto, una relación, en su contenido latente, con lo vivido en las más lejanas épocas de la existencia del sujeto. De estos sucesos primitivos puede demostrarse realmente en el análisis de la histeria que han permanecido recientes hasta la actualidad. Pero la hipótesis apuntada no parece fácilmente comprobable por ahora. Más adelante, al examinar esta cuestión (capítulo VIII), retornaré sobre la probable significación de estos sucesos de tempranas épocas infantiles con respecto a la formación de los sueños.

De las tres peculiaridades de la memoria onírica antes apuntadas hemos logrado esclarecer satisfactoriamente la referencia a la preferencia de lo secundario en el contenido del sueño, haciéndola depender de la *deformación onírica*. En cambio, no nos ha sido posible derivar de los motivos del sueño ninguna de las dos restantes —la selección de lo reciente y de lo infantil—, aunque así hayamos podido comprobar su efectividad. De ambas volveremos a ocuparnos al tratar de la psicología del estado de reposo o con ocasión de aquellas reflexiones que sobre la estructura del aparato anímico habremos de exponer cuando observemos que a través de la interpretación onírica podemos echar una ojeada, como a través de una ventana, sobre el interior de dicho aparato.

En cambio, quiero recoger aquí, sin aplazamiento alguno, otro resultado de los últimos análisis detallados. El sueño posee con frecuencia *varios sentidos*. No sólo pueden yuxtaponerse en él —como hemos visto en algunos ejemplos— varias realizaciones de deseos, sino que un sentido, una realización de deseos puede encubrir a otra, hasta que debajo de todas hallamos la de un deseo de nuestra primera infancia. También en este punto surge la interrogación de si no será éste un carácter general de todo sueño^[359].

c) Las fuentes oníricas somáticas.

Cuando intentamos despertar el interés de un hombre culto, pero profano en

estas materias, por los problemas del fenómeno onírico y le preguntamos con tal propósito cuáles son a su juicio las fuentes de los sueños, observamos casi siempre que el interrogado cree poseer un exacto conocimiento de una parte por lo menos de esta cuestión. Pensará, en efecto, inmediatamente en la influencia que las digestiones perturbadas o difíciles, la posición del durmiente y los pequeños estímulos exteriores manifiestan ejercer la formación de los sueños, y no parecerá sospechar que después de tener en cuenta todos estos factores quede aún algo necesitado de esclarecimiento.

En nuestro capítulo de introducción examinamos con toda minuciosidad el papel que la literatura científica atribuye con respecto a la formación de los sueños a las fuentes somáticas de estímulos. Por tanto, no necesitamos ahora sino recordar los resultados de dicha investigación. Hemos visto que se distinguían tres clases de fuentes oníricas somáticas; los estímulos sensoriales emanados de objetos exteriores, los estados internos de excitación, de base exclusivamente subjetiva, y los estímulos somáticos procedentes del interior del organismo. Observamos asimismo la predilección de los autores por las fuentes somáticas y su tendencia a situar muy en último término las psíquicas o excluirlas totalmente. Al examinar las pruebas aducidas en favor de las primeras, advertimos: 1.º Que la importancia de las excitaciones objetivas de los órganos sensoriales —Originadas en parte por estímulos casuales sobrevenidos durante el reposo y en parte por aquellos otros que no pueden ser mantenidos a distancia de la vida anímica durmiente— queda comprobada por numerosas observaciones y confirmada experimentalmente. 2.º Que la función de las excitaciones sensoriales aparece demostrada por el retorno de las imágenes hipnagógicas en los sueños; y 3.º Que la amplia referencia efectuada de nuestras imágenes y representaciones oníricas a un estímulo somático interno no es comprobable en toda su extensión, pero encuentra un punto de apoyo en la influencia, generalmente reconocida, que el estado de excitación de los órganos digestivos, urinario y sexual ejerce sobre el contenido de nuestros sueños.

El *estímulo nervioso* y el *estímulo corporal* serían, pues, las fuentes somáticas de los sueños; esto es, las únicas fuentes oníricas, según algunos autores.

Pero, además de esto, hemos acogido en nuestra introducción toda una serie de dudas referentes no tanto a la exactitud como a la suficiencia de la teoría de los estímulos somáticos.

Por muy seguros que hubieran de sentirse los representantes de esta teoría

con respecto a los fundamentos afectivos de la misma —sobre todo en lo relativo a los estímulos nerviosos accidentales y externos, fácilmente comprobables en el sueño—, ninguno de ellos llegó a desconocer por completo la imposibilidad de derivar en su totalidad de estímulos nerviosos exteriores el rico contenido de representaciones del fenómeno onírico. Miss Mary Whiton Calkins ha examinado desde este punto de vista durante seis semanas sus propios sueños y los de otra persona. Sólo en un 13,2 por 100 y un 6,7 por 100, respectivamente, pudo descubrirse una percepción sensorial externa, y únicamente dos de los sueños investigados se demostraron derivables de sensaciones orgánicas. De este modo nos confirma aquí la estadística lo que ya una rápida revisión de nuestra propia experiencia nos había hecho sospechar.

Muchos investigadores se conformaron con hacer resaltar el «sueño de estímulo nervioso», entre las demás formas oníricas, como una especie de sueño mejor y más completamente investigada. Spitta dividía los sueños en «sueños de estímulo nervioso» y «sueños de asociaciones»; pero claro está que una tal solución no podía considerarse satisfactoria mientras no se hubiera conseguido descubrir el lazo de unión entre las fuentes oníricas somáticas y el contenido de representaciones del sueño.

Resulta, pues, que a la objeción antes señalada, relativa a la insuficiente frecuencia con que nos es posible referir los sueños a fuentes de estímulos exteriores, se agrega ahora la de que la admisión de dichas fuentes oníricas no nos proporciona sino un muy incompleto esclarecimiento de cada sueño. Los representantes de esta teoría nos son deudores de dos importantes explicaciones: por qué la verdadera naturaleza del estímulo exterior no es nunca reconocida, sino singularmente equivocada en el sueño (cf. los sueños del despertador, capítulo 2), y por qué el resultado de la reacción del alma a la percepción de este estímulo, cuya verdadera naturaleza no reconoce, puede ser tan indeterminablemente variable. En respuesta a esta interrogación, alega Strümpell, como ya vimos antes, que a consecuencia de su apartamiento del mundo exterior durante el estado de reposo, no se halla el alma en situación de dar la exacta interpretación del estímulo sensorial objetivo, sino que se ve obligada a construir ilusiones sobre la base de la indeterminada excitación dada. He aquí las propias palabras de Strümpell:

«Cuando durante el reposo, y por efecto de un estímulo nervioso, externo o interno, surge en el alma y es percibido por ella un proceso psíquico cualquiera —sensación, complejo de sensaciones, sentimiento, etc.— despierta este

proceso, tomándolas del círculo de impresiones de la vigilia que aún perduran en el alma, imágenes sensitivas, o sea, percepciones anteriores, que aparecen desnudas o revestidas de sus valores psíquicos correspondientes. De este modo reúne dicho proceso en derredor suyo un número más o menos considerable de tales imágenes, las cuales dan a la impresión procedente del estímulo nervioso su valor psíquico. Como lo hacemos al referirnos a nuestra actividad anímica en la vida despierta, decimos también aquí que el alma *interpreta*, durante el estado de reposo, las impresiones producidas por el estímulo nervioso. Resultado de esta interpretación es el *sueño de estímulo nervioso*; esto es, un sueño cuyos elementos se hallan condicionados por el hecho de que un estímulo de dicho género desarrolla su efecto psíquico en la vida anímica conforme a las leyes de la reproducción».

Idéntica en todo lo esencial a esta teoría es la afirmación de Wundt, de que las representaciones oníricas emanan, en su mayor parte, de estímulos sensoriales —incluso de aquellos pertenecientes a la sensación vegetativa general—, siendo, por tanto, casi siempre, ilusiones fantásticas y, sólo en su más pequeña parte, representaciones mnémicas puras elevadas a la categoría de alucinaciones. Para la correlación que de esta teoría resulta entre el contenido onírico y los estímulos del sueño, encuentra Strümpell el excelente paralelo (cap. 2) de «los sonidos que los diez dedos de un individuo profano en música producen al recorrer al azar el teclado de un piano». Conforme a este punto de vista, no aparecería el sueño como un fenómeno anímico originado por motivos psíquicos, sino como el resultado de un estímulo fisiológico que se manifiesta en una sintomatología psíquica por no ser capaz de otra distinta exteriorización del aparato sobre el que el estímulo actúa. En una análoga hipótesis se halla basada, por ejemplo, la explicación que Meynert intentó dar de las representaciones obsesivas por medio de la famosa comparación de la esfera del reloj, en la que resaltan algunas cifras impresas en mayor relieve.

Por predilecta que haya llegado a ser esta teoría de los estímulos oníricos somáticos y por atractiva que parezca, es, sin embargo, fácil descubrir su punto débil. Todo estímulo onírico somático que durante el reposo incita al aparato anímico a su interpretación por medio de la formación de ilusiones, puede motivar un sinnúmero de tales tentativas de interpretación y, por tanto, alcanzar su representación en el contenido onírico por infinitos elementos diferentes^[360]. Pero la teoría de Strümpell y Wundt no nos indica motivo alguno que regule la

relación entre el estímulo externo y la representación onírica elegida para su interpretación, dejando así inexplicada la «singular selección» que los estímulos «llevan a cabo, con gran frecuencia, en su actividad reproductiva» (Lipps: *Hechos fundamentales de la vida onírica*, pág. 170). Contra la hipótesis fundamental de toda la teoría de la ilusión, o sea, la de que durante el reposo no se halla el alma en situación de reconocer la verdadera naturaleza del estímulo sensorial objetivo, se han elevado también diversas objeciones. Así, Burdach, el viejo fisiólogo sostiene la afirmación contraria de que también durante el estado de reposo es el alma capaz de interpretar acertadamente las impresiones sensoriales que hasta ella llegan y reaccionar conforme a tal interpretación exacta. En demostración de su aserto, aduce que determinadas impresiones sensoriales, importantes para el durmiente, quedan excluidas de la general indiferencia del mismo (la nodriza que despierta al más leve rumor del niño), y que nuestro nombre, pronunciado en voz baja, interrumpe nuestro reposo, mientras que otras impresiones auditivas más intensas, pero indiferentes, no obtienen igual resultado, lo cual supone que el alma dormida sabe también diferenciar las impresiones (cap. 2, apart. e). De estos hechos deduce Burdach que durante el reposo no existe una incapacidad para interpretar los estímulos sensoriales, sino una *falta de interés* con respecto a ellos. Los mismos argumentos alegados por Burdach en 1830 retornan luego, sin modificación alguna en la impugnación de la teoría de los estímulos somáticos escrita por Lipps en 1883. Según este punto de vista, se nos muestra el alma semejante a aquel durmiente que a la pregunta: «¿Duermes?», contesta: «No»; pero interpelado a seguidas con la petición: «Entonces préstame diez duros», se escuda con la evasiva: «Estoy dormido».

La insuficiencia de la teoría de los estímulos oníricos somáticos puede todavía demostrarse por otro camino diferente. Puede, en efecto, observarse que los estímulos externos no provocan obligadamente sueños, aunque dado el caso de que soñemos aparezcan representados en el contenido onírico. Ante un estímulo epidérmico o de presión sobrevenido durante el reposo, disponemos de diversas reacciones. En primer lugar, podemos hacer caso omiso de él y ver luego, al despertar, que hemos dormido con una pierna fuera de las sábanas o un brazo en mala postura, sin que nada nos lo haya advertido durante la noche. La Patología nos muestra numerosísimos casos en los que diversos estímulos sensoriales y de movimiento intensamente excitantes, no han tenido efecto alguno durante el reposo. En segundo lugar, podemos advertir la sensación

mientras dormimos a través de nuestro reposo, como sucede regularmente con los estímulos dolorosos, pero sin entretejer en un sueño el dolor percibido. Asimismo podemos despertar con objeto de poner fin al estímulo^[361]. Por último, el que el estímulo nervioso nos induzca a la formación de un sueño no es sino una cuarta reacción posible de frecuencia igual a las otras tres. Esto último no sucedería si *el motivo de los sueños no residiese fuera de las fuentes oníricas somáticas*.

Dándose cuenta de la laguna que antes señalamos en la explicación de los sueños por la intervención de estímulos somáticos, han intentado otros autores —Schemer y luego Volkelt— determinar más estrictamente aquellas actividades anímicas que, tomando como base los estímulos somáticos, hacen surgir toda la variedad de imágenes oníricas. Situando así nuevamente la esencia de los sueños en lo anímico y en una actividad psíquica. Schemer no se limitó a dar una poética descripción, llena de vida, de las peculiaridades psíquicas que se desarrollan en la formación de los sueños, sino que creía firmemente haber descubierto el principio que rige la conducta del alma con respecto a los estímulos que a ella se ofrecen. Desarrollando con plena contingencia su fantasía, libre de sus trabas diurnas, tiende, según Schemer, la elaboración onírica a representar *simbólicamente* la naturaleza del órgano del que se emana el estímulo. Fórmase de este modo una especie de «clave de los sueños» que nos permitiría deducir de las imágenes oníricas las sensaciones somáticas y los estados orgánicos y de excitación que las han provocado. Así, la imagen onírica de un gato es expresión de un malhumorado estado de ánimo, y el pan, con su blanca y lisa superficie, representa, en nuestros sueños, la desnudez. El cuerpo humano, en su totalidad, es representado por la fantasía onírica con la imagen de una casa, y un órgano aislado, por una parte de la misma. En los «sueños de estímulo dental» corresponden a la boca una alta galería abovedada, y al descenso hasta el tubo digestivo, una escalera. En el «sueño de dolor de cabeza» queda precisada la situación dominante de este órgano por la imagen de un techo cubierto de repugnantes arañas semejantes a «sapos» (pág. 274). Para designar un mismo órgano suele emplear el sueño diversos símbolos. El pulmón y su actividad respiratoria quedan simbolizados por una estufa encendida y la corriente de aire que aviva su fuego; el corazón, por cajas y cestos vacíos, y la vejiga, por objetos redondos, en forma de bolsa, o simplemente cóncavos. Muy importante es el hecho de que al final del sueño suele aparecer sin disfraz alguno y casi

siempre adscrito al cuerpo mismo del sujeto el órgano del que parte el estímulo o la función a él correspondiente. Así, el «sueño de estímulo dental» termina, por lo general, con una escena en la que el sujeto extrae de su boca una larga «muela» (pág. 302). Esta teoría de la interpretación onírica no fue ciertamente muy bien acogida por los demás investigadores, que la tacharon de extravagante e incluso se negaron a reconocer lo que, a mi juicio, hay en ella de verdad. Como puede verse, conduce a la habilitación de la interpretación de los sueños por medio de símbolos, empleada por los antiguos, con la única diferencia de que el sector del que ha de extraerse la interpretación queda limitado al perímetro de la personalidad física humana. La carencia de una técnica científica de interpretación tiene que disminuir necesariamente la capacidad de aplicación de la teoría de Schemer. La interpretación onírica en ella basada no excluye tampoco la arbitrariedad, tanto menos cuanto que se admite la posibilidad de que un estímulo halle, en el contenido onírico, diversas representaciones. Así fue ya imposible a Volkelt, continuador de las hipótesis de Schemer, comprobar la simbolización del cuerpo humano en los sueños por medio de la imagen de la casa. También tenía que contribuir a la no aceptación de esta teoría el hecho de considerar la elaboración onírica como una actividad inútil y desprovista de todo fin, asignada al alma, la cual se limitaría a fantasear sobre el estímulo dado, sin tender, ni lejanamente siquiera, a algo semejante a una derivación o supresión del mismo.

Existe, por último, otra objeción que conmueve gravemente la construcción teórica de Schemer de la simbolización de estímulos somáticos por los sueños. No faltando nunca estímulos de este género, y siendo el alma, según opinión general, más accesible a ellos durante el reposo que en la vida despierta, no se comprende cómo no sueña de continuo, a través de toda la noche y cada noche, con todos los órganos. Si queremos eludir esta objeción, alegando que para despertar la actividad onírica es necesario que de los distintos órganos —ojos, oídos, boca, intestinos, etc.— emanen estímulos especiales, tropezaremos con la dificultad de demostrar que tales incrementos de excitación son de carácter objetivo, cosa que sólo en un limitado número de sueños nos resulta posible. Si el sueño de volar constituye una simbolización del movimiento de ascenso y descenso de los lóbulos del pulmón al respirar, debería ser soñado con mucha mayor frecuencia, según observa ya Strümpell, o habría de advertirse durante él una intensificación de la actividad respiratoria. Una tercera posibilidad —quizá la más verosímil— es la de que, periódicamente, surjan motivos especiales para

consagrar atención a las sensaciones viscerales regularmente existentes. Pero este caso nos lleva más allá de los límites de la teoría de Schemer.

El valor de las especulaciones de Schemer y Volkelt reside en precisar una serie de caracteres del sueño necesitados de explicación y cuyo examen promete conducirnos a nuevos conocimientos. Es perfectamente cierto que los sueños contienen simbolizaciones de órganos y funciones somáticos, y también que el agua indica en ellos, con frecuencia, un estímulo de origen vesical, y que los genitales masculinos pueden ser representados por una columna, una vara enhiesta, etc., etc. Aquellos sueños que, en oposición a la pálida policromía de otros, muestran un extenso campo visual y vivos colores, deberán interpretarse, con seguridad casi completa, como sueños de estímulo visual. Asimismo, tampoco puede negarse la colaboración de la formación de ilusiones en aquellos otros que contienen ruidos y murmullos de voces. Sueños como el de Schemer, en el que dos filas de bellos adolescentes rubio, situados frente a frente sobre un puente, se atacan, luchan y vuelven a sus posiciones primitivas repetidamente, hasta que el sujeto se sienta sobre el puente y se extrae de la mandíbula una larguísima muela, o como el análogo de Volkelt que muestra al durmiente dos filas de cajones y termina también con la extracción de una muela, y, en general, todas las formaciones oníricas de esta clase, de las cuales comunican ambos autores numerosos ejemplos, no permiten condenar como ociosa invención la teoría de Schemer sin antes investigar el nódulo de verdad que indudablemente contiene. En caso contrario, habríamos de consagrarnos a procurar un distinto esclarecimiento para la supuesta simbolización del presunto estímulo dental.

Nuestros análisis de sueños nos han proporcionado un importante argumento del que aún no hemos hecho uso en la discusión de las fuentes oníricas. Si por medio de un procedimiento que los demás investigadores no han aplicado a los sueños por ellos examinados, conseguimos demostrar que el sueño posee un valor propio, a título de acto psíquico, que el motivo de su formación se halla constituido por un deseo y que el material inmediato para la constitución de su contenido es proporcionado por los sucesos del día anterior, quedará juzgada, sin necesidad de más amplio proceso, toda otra teoría onírica que no utilice un tan importante instrumento de investigación y considere en consecuencia al sueño como una reacción psíquica, inútil y enigmática a estímulos somáticos. Para no hacer objeto a estas teorías de un tal juicio adverso, habríamos de suponer que existían —cosa harto inverosímil— dos clases de sueños, perteneciendo exclusivamente a una de ellas todos los examinados por los investigadores que

nos precedieron, y a la otra todos los analizados por nosotros. Descartada esta hipótesis, no nos quedará ya más que incorporar a nuestra teoría de los sueños los hechos en que se basa la de los estímulos oníricos somáticos.

Esta labor quedó ya iniciada cuando sentamos el principio de que la elaboración de los sueños se halla bajo el imperio de una fuerza que la obliga a constituir una unidad con todos los estímulos oníricos simultáneamente existentes. Vimos entonces que cuando, como resto del día anterior, perduran dos o más sucesos que trajeron consigo una impresión, quedan reunidos en un sueño los deseos de ellos emanados, y también que para constituir el material del sueño se reúnen la impresión psíquicamente valiosa y los sucesos indiferentes del día anterior, siempre que puedan establecerse entre ambos elementos representaciones comunicantes. El sueño se nos muestra así como una reacción a todo lo actual simultáneamente dado en la psiquis durmiente, y la labor analítica a que hasta ahora hemos sometido el material onírico nos lo presenta como una colección de restos psíquicos —huellas mnémicas— a los que (por la predilección del material reciente e infantil) hemos tenido que atribuir un carácter psicológicamente indeterminable por el momento. No nos es nada difícil predecir lo que sucederá cuando a estas actualidades mnémicas se agregue durante el estado de reposo nuevo material de sensaciones. Tales estímulos resultan asimismo importantes para el sueño por el hecho de ser actuales, y son unidos a las demás actualidades psíquicas, proporcionando con ellas el material para la formación del sueño. O dicho de otro modo: los estímulos sobrevenidos durante el reposo son objeto de una elaboración que los convierte en una realización de deseos, cuyos restantes elementos se hallan constituidos por los restos diurnos psíquicos que ya conocemos. Esta unión no es, desde luego, *obligada*, pues ya hemos visto que podemos reaccionar de varios modos a los estímulos sobrevenidos durante el reposo; pero en aquellos casos en que se lleva a efecto conseguimos hallar un material que constituye en el contenido del sueño una representación de las dos clases de fuentes oníricas, las somáticas y las psíquicas.

La acumulación de material somático a las fuentes oníricas psíquicas no modifica en nada la esencia del sueño, el cual permanece siendo una realización de deseos, cualquiera que sea la forma en que la expresión de la misma quede determinada por el material actual.

La importancia y significación de los estímulos exteriores para el sueño varía conforme a una serie de circunstancias especiales. Imagino que una acción

conjunta de los factores individuales fisiológicos y accidentales dados es lo que decide, en cada caso, la conducta que hemos de seguir con respecto a un intenso estímulo objetivo sobrevenido durante el reposo. Según la profundidad habitual y accidental del reposo y la intensidad del estímulo, quedará éste reprimido de manera a no interrumpir nuestro descanso; nos veremos obligados a despertar o intentaremos dominar el estímulo entretejiéndolo en un sueño. Correlativamente a la variedad de estas constelaciones se manifestarán los estímulos con mayor o menor frecuencia en los sueños de un individuo que en los de otro. Así, por lo que a mí respecta, gozo de tan profundo reposo y me defiendo con tal tenacidad contra todo lo que pudiera perturbarlo, que sólo muy raras veces se mezclan en mis sueños causas externas de excitación, al paso que los motivos de orden psíquico me incitan fácilmente a soñar. De todos los sueños propios por mí anotados, sólo hay realmente uno que pueda ser referido a una fuente de estímulos objetivos (una sensación dolorosa), pero precisamente en él creemos muy instructivo comprobar el resultado onírico del estímulo exterior.

«Voy montado en un caballo gris. Al principio monto con inseguridad y torpeza o como si fuese en una difícil postura, distinta de la corriente. Encuentro a mi colega el doctor P., que viene también a caballo, pero con gran arrogancia, y viste un traje de grueso paño. Al llegar junto a mí, me hace no sé qué advertencia (probablemente la de que voy mal montado). Pero ya voy encontrándome cada vez mejor sobre el inteligentísimo corcel, descanso cómodamente sobre la silla y me siento tranquilo y confiado como si estuviera en mi casa. En lugar de silla lleva el caballo un largo almohadón que cubre por completo su lomo, desde el cuello hasta la grupa. Con gran serenidad paso por el estrecho espacio que dejan entre sí dos carros. Después de avanzar largo trecho por una calle, doy media vuelta y quiero desmontar ante una pequeña capilla abierta, pero luego desmonto realmente junto a otra que se alza poco más allá. El hotel está en la misma calle. Podría dejar que el caballo fuera sólo hasta él, pero prefiero llevarlo de la brida. Es como si me avergonzase de llegar allí montado. A la puerta del hotel hay un “botones” que me enseña una tarjeta que yo mismo he encontrado y se burla de mí. En la tarjeta hay escrito y doblemente subrayado: *No comer*, y después un segundo propósito (impreciso): algo como *No trabajar*. A ello se añade la vaga idea de que me hallo en una ciudad extranjera en la que no trabajo».

Nada indica, a primera vista, que este sueño haya surgido bajo la influencia, o mejor dicho, bajo la coerción de un estímulo doloroso. Durante el día anterior me habían hecho sufrir extraordinariamente, convirtiendo en tortura cada uno de

mis movimientos, varios furúnculos de que venía padeciendo. Uno de ellos, situado en la raíz del escroto, había llegado a alcanzar el volumen de una manzana y me causaba, al andar, insoportables dolores. La fatiga, la alteración febril y la desgana consiguiente, unidas a la intensa labor que, a pesar de todo, hube de realizar durante el día, acabaron de ensombreceer mi ánimo. En esta situación no me hallaba ciertamente muy facultado para consagrarme a mis ocupaciones profesionales, pero teniendo en cuenta el carácter de mi padecimiento y la región de mi cuerpo en la que se manifestaba, existía otra actividad para la que, sin duda alguna, me encontraba aún menos capacitado. Tal actividad es la de *montar a caballo*, y precisamente es la que el sueño me atribuye como la más enérgica negación imaginable de mi padecimiento. Ignoro en absoluto el arte de la equitación, no sueño nunca nada que con ella se relacione, y sólo una vez he montado en un caballo, por cierto en pelo y sin que ello me produjera placer alguno. Pero en mi sueño monto como si no tuviera furúnculo ninguno en el periné, o, mejor dicho, *precisamente porque no quiero tenerlo*. La silla, tal y como el sueño la describe, es la cataplasma que me apliqué al acostarme, y cuyo efecto calmante me ha permitido conciliar el reposo. Así protegido, no he advertido, durante algunas horas, indicio ninguno de mi padecimiento. Luego, cuando las sensaciones dolorosas comenzaron a hacerse más vivas y amenazaron con despertarme, vino el sueño a tranquilizarme, diciéndome: «Puedes seguir durmiendo. No tienes furúnculo ninguno, pues montas a caballo, cosa que no es posible con un divieso en el periné». El dolor quedó de este modo ensordecido y pude, en efecto, seguir durmiendo.

Pero aún hay más. El sueño no se ha limitado a sugerirme la inexistencia del furúnculo, sosteniendo tenazmente una representación incompatible con el mismo —conducta semejante a la que observamos en la demencia alucinatoria de la madre que ha perdido un hijo^[362], o en la del comerciante arruinado—, sino que ha utilizado los caracteres de la misma sensación que niega y los de la representación empleada con objeto de reprimirla, para enlazar a la situación onírica los elementos actuales dados en el alma y proporcionarles un medio de expresión. El color *gris* del caballo en que monto corresponde al del traje que mi colega el doctor P. llevaba la última vez que le vi. (Un traje de color *sal y pimienta*.) Los alimentos *fuertemente especiados* me han sido indicados como causa de mi furunculosis más probablemente que el *azúcar*, en la que se piensa también al investigar la etiología de tal enfermedad. Mi amigo P. acostumbra

mirarme con cierta *arrogancia* desde que me sustituyó en la confianza de una paciente en cuyo tratamiento creía yo haber realizado grandes *habilidades* (*Kunststuecke*) —al principio de mi sueño voy montado en una difícil postura como un jinete que realizase *habilidades* ecuestres en el circo—, *Kunstreiter*), pero que, en realidad, me llevó a donde quiso, como el caballo al inexperto jinete de la conocida anécdota^[363]. De este modo llega el caballo a la categoría de símbolo de dicha paciente (en mi sueño lo encuentro *muy inteligente*). El encontrarme luego a caballo «tan seguro y confiado *como si estuviera en mi casa*», se refiere a la situación que yo ocupaba en casa de dicha enferma hasta que fui sustituido por P. «Yo creí que se mantenía usted más firmemente sobre la silla», me había dicho días antes, aludiendo a este suceso, uno de los pocos grandes médicos de Viena que me son favorables. Por otro lado, ha sido también una difícil habilidad continuar atendiendo a mi labor psicoterápica durante ocho o diez horas diarias, no obstante mis dolores. Sé, sin embargo, que en tal estado no me será posible seguir ejerciendo mi difícil actividad profesional, y el sueño aparece colmado de lúgubres alusiones a las consecuencias de tal interrupción de mi trabajo: *No trabajar y no comer*. Prosiguiendo la interpretación, veo que la elaboración onírica ha conseguido hallar el camino que va desde la situación optativa de montar a caballo hasta muy tempranas escenas de mi infancia (peleas con un sobrino mío, un año mayor que yo, residente hoy en Inglaterra). Mi sueño ha tomado, además, elementos de mis viajes a Italia, pues la calle que en él recorro responde a impresiones visuales recibidas en Verona y en Siena.

Una interpretación más profunda me lleva a ideas latentes de carácter sexual y me hace recordar lo que en una paciente mía, que jamás había estado en Italia, significaban las alusiones oníricas a este bello país (*gen-Italien —genitalien: vea Italia—, genitales*), recuerdo que no carece de relación con la casa en la que presté mi asistencia facultativa antes de ser sustituido por el doctor P., y con la región de mi cuerpo elegida por el furúnculo.

En otra ocasión me fue también posible defenderme análogamente de un estímulo sensorial que amenazaba interrumpir mi reposo, pero esta vez fue pura casualidad lo que me permitió descubrir la conexión del sueño con el estímulo onírico accidental y llegar así a su comprensión. Hallándome durante el verano en un balneario del Tirol, desperté una mañana con la convicción de haber soñado que el *Papa había muerto*. Todos mis esfuerzos para interpretar este sueño no visual resultaron estériles. Como posible antecedente, no recordaba sino el de

haber leído días antes la noticia de que el Pontífice padecía ligera indisposición. Pero en el transcurso de la mañana me preguntó mi mujer: «¿No has oído de madrugada el formidable repique con que nos han obsequiado todas las iglesias y capillas de los alrededores?» No recordaba haber oído nada semejante; pero mi sueño quedaba ya explicado como reacción de mi necesidad de dormir ante el ruido con que los piadosos tirolese querían despertarme. Después de vengarme de ellos con la deducción que constituye el contenido de mi sueño, proseguí durmiendo sin interesarme en absoluto por el campaneo.

Entre los sueños hasta aquí expuestos hay algunos que podemos citar como ejemplos de elaboración de estímulos nerviosos. Uno de ellos es aquel en que bebo agua a grandes sorbos. En él es, aparentemente, el estímulo somático la única fuente onírica y el deseo emanado de la sensación —la sed— el único motivo onírico. Análogamente sucede en otros sueños sencillos, cuando el estímulo somático basta por sí solo para formar un deseo. El sueño de la enferma que arroja lejos de sí, en el transcurso de la noche, el aparato refrigerante que le han mandado conservar aplicado a la mejilla, nos muestra una desacostumbrada forma de reaccionar a estímulos dolorosos con una realización de deseos. Parece, en efecto, como si la paciente hubiera conseguido hacerse insensible, pasajera, al dolor, el cual queda transferido en su sueño a una tercera persona^[364].

Mi sueño de las tres Parcas^[365] es, evidentemente, un sueño de hambre, pero sabe retrotraer la necesidad de alimento hasta el ansia del niño por el pecho materno y utilizar esta ansia para encubrir otra de muy distinto género, a la que no es lícito manifestarse con tanta franqueza. El sueño del conde de Thun^[366] nos ha hecho ver por qué caminos queda enlazada una necesidad física accidentalmente dada con los sentimientos más enérgicos, pero también más enérgicamente reprimidos, de la vida anímica. En el caso comunicado por Garnier, cuando el primer cónsul entreteje en su sueño bélico el ruido producido por la máquina infernal al estallar, antes de despertar a consecuencia del mismo, se nos muestra abiertamente la tendencia en favor de la cual se ocupa la actividad anímica de las sensaciones surgidas durante el reposo. Un joven abogado que se acostó pensando en un asunto importante al que se había consagrado durante el día se condujo, oníricamente, de modo análogo al del gran Napoleón. En su sueño ve primero a cierto señor G. Reich de Hussiatyn, que le es conocido por intervenir en el pleito que le preocupa. Pero el elemento

Hussiatin va adquiriendo cada vez mayor importancia hasta que el sujeto despierta y oye *toser* fuertemente a su mujer, enferma de un catarro bronquial (*Hussiatyn = hustein = toser.*)

Comparamos ahora el citado sueño de Napoleón I, cuyo reposo solía ser muy profundo, con el del estudiante dormilón que ante la advertencia de que ha llegado la hora de ir al hospital sueña que ocupa una cama en una sala del mismo y sigue durmiendo a pierna suelta, tranquilizado por el razonamiento de que si está ya en el hospital no tiene por qué levantarse para acudir a él. Este último ejemplo es un franco sueño de comodidad. El durmiente se confiesa sin rebozo alguno el motivo del mismo y resuelve con ello uno de los enigmas del fenómeno onírico. Todos los sueños son, en cierto sentido, *sueños de comodidad*, pues tienden a facilitar la continuación del reposo, evitando que el durmiente despierte. *El sueño es el guardián del reposo, no su perturbador*. Más adelante justificaremos esta afirmación con respecto a los factores psíquicos que provocan el despertar y, desde luego, podemos ya hacerlo con relación al papel desempeñado por los estímulos exteriores objetivos. El alma puede no ocuparse en absoluto de los estímulos sobrevenidos durante el reposo cuando la intensidad y la significación de los mismos le permite observar esta conducta; puede utilizar el sueño para negar dichos estímulos o disminuir su importancia, y, por último, cuando no tiene más remedio que reconocerlos, puede buscar aquélla su interpretación que presente la sensación actual como parte de una situación deseada y compatible con el reposo. La sensación actual es entretejida en un sueño, con el fin de *despojarla de su realidad*. Napoleón puede seguir durmiendo: Lo que intenta perturbar su reposo no es más que un recuerdo onírico del cañoneo de la batalla de Arcole^[367].

El deseo de dormir mantenido por el yo consciente y que, con la censura onírica^[368], *constituye la colaboración de dicho yo en el soñar, debe, por tanto, ser considerado en todo caso como motivo de la formación de sueños, y todos y cada uno de éstos son realización del mismo*. Más adelante analizaremos cuidadosamente cómo este general deseo de dormir, idéntico siempre a sí mismo y dado en todo caso, se comporta con respecto a los demás deseos que quedan realizados en el contenido onírico. En el deseo de dormir hemos descubierto, además, el factor susceptible de llenar la laguna de que adolece la teoría de Strümpell-Wundt y explicar la insuficiencia y arbitrariedad que hallamos en la interpretación del estímulo exterior. La interpretación exacta de la que el alma

dormida es perfectamente capaz, exigiría un interés activo y con él la interrupción del reposo. De todas las interpretaciones posibles no serán, pues, admitidas sino aquellas que resulten compatibles con la censura que el deseo de dormir ejerce en forma tiránica, y entre las admitidas será escogida aquella que mejor pueda ser enlazada con los deseos que espían, en el alma, la ocasión de realizarse. De este modo es determinado todo inequívocamente y nada queda abandonado a la arbitrariedad. La falsa interpretación no constituye una alusión, sino algo semejante a una evasiva. Habremos, pues, de ver en este proceso, como antes en la sustitución por desplazamiento efectuada a los fines de la censura onírica, una variante del proceso psíquico normal.

Cuando los estímulos nerviosos externos y los somáticos internos son lo bastante intensos para conquistar la consideración psíquica, proporcionan — siempre que su resultado sea un sueño y no la interrupción del reposo— una firme base de sustentación para la formación de sueños, pues pasan a constituir, en el contenido onírico, un nódulo para el que es buscada luego una realización de deseos correspondientes, en forma análoga a como lo son, según vimos antes, las representaciones intermedias entre dos estímulos oníricos psíquicos. Hasta este punto puede, pues, afirmarse que en cierto número de sueños depende el contenido onírico del elemento somático, e incluso resulta que en este caso extremo es despertado, a los fines de la formación del sueño, un deseo no actual. Pero el sueño no puede hacer otra cosa que representar un deseo como realizado en una situación y, por tanto, se halla en cada caso ante la labor de buscar qué deseo puede ser representado como realizado por la sensación del momento actual, aunque el material actual dado sea de carácter penoso o doloroso, no por ello deja de ser aprovechable para la formación de un sueño. La vida anímica dispone también de deseos cuya realización produce displacer, cosa que a primera vista parece contradicción, pero que se explica por la existencia de dos instancias psíquicas y de una censura situada entre ambas.

Como ya hemos visto, existen en la vida anímica deseos *reprimidos* que pertenecen al primer sistema y a cuya realización se resiste el segundo. No quiere esto decir que tales deseos existieran antes del proceso represivo y quedaran luego destruidos por el mismo, nada de eso; la teoría de la represión afirma que tales deseos reprimidos existen todavía, aunque al mismo tiempo exista también una coerción que pesa sobre ellos. La disposición psíquica para que tales deseos reprimidos lleguen a una realización permanece conservada e intacta. Mas cuando tal realización llega a cumplirse, el vencimiento de la

resistencia que a ello oponía el segundo sistema (capaz de conciencia) se exterioriza como displacer. Para terminar estas consideraciones añadiremos que cuando durante el reposo surgen sensaciones de carácter displaciente, emanadas de fuentes somáticas, es utilizada esta constelación por la elaboración onírica para representar —con mayor o menor severidad de la censura— un deseo hasta entonces reprimido.

Esta circunstancia nos permite incluir en la teoría de la realización de deseos toda una serie de sueños de angustia. Con respecto a otra variedad de estas formaciones oníricas displacientes, aparentemente contrarias a dicha teoría, habremos de atenernos a una explicación distinta. La angustia que en sueños experimentamos puede ser, en efecto, de carácter psiconeurótico y proceder de excitaciones psicosexuales, correspondiendo entonces a una libido reprimida. En este caso, tanto la angustia como el sueño en que se manifiesta constituyen un síntoma neurótico y habremos llegado al límite ante el que la tendencia realizadora de deseos, del sueño, se ve obligada a detenerse. Existen también sueños en los que la sensación de angustia posee un origen somático (por ejemplo, la opresión respiratoria de los enfermos cardíacos o del pulmón), y en esta circunstancia es utilizada dicha sensación para proporcionar una realización onírica a aquellos deseos enérgicamente reprimidos que realizados en un sueño obediente a motivos psíquicos hubieran traído consigo igual desarrollo de angustia. No es difícil fundir en una unidad estos dos casos aparentemente distintos. Dados dos productos psíquicos —una inclinación efectiva y un contenido de representaciones— íntimamente ligados entre sí, puede uno de ellos, el actual, sustituir el otro en el sueño, y de este modo tan pronto es sustituido el contenido de representaciones reprimido por la angustia somáticamente dada como el desarrollo de angustia por el contenido de representaciones libertado de la represión y saturado de excitación sexual. En el primer caso puede decirse que un afecto somáticamente dado es interpretado psíquicamente. En el segundo aparece dado todo psíquicamente, pero el contenido que se hallaba reprimido es sustituido fácilmente por una interpretación somática adaptada a la angustia. Las dificultades con que tropezamos para la inteligencia de esta cuestión tienen muy escasa relación con el sueño, pues proceden de que con estas especulaciones rozamos los problemas del desarrollo de angustia y de la represión.

Entre los estímulos oníricos procedentes del interior del soma que imponen su ley a la formación de los sueños debemos contar, desde luego, el estado físico

general del sujeto. No quiere esto decir que pueda proporcionar por sí solo el contenido onírico, pero sí que impone a las ideas latentes una selección entre el material que ha de servir a la representación en dicho contenido, aproximando, como adaptación a su esencia, una parte de dicho material y manteniendo a distancia la parte restante. Además este estado general se halla enlazado desde el día con los restos psíquicos importantes para el sueño. Este estado puede conservarse en el sueño o ser dominado y transformado en su contrario cuando es de carácter displaciente.

Cuando las fuentes oníricas somáticas que actúan durante el reposo —o sea las sensaciones de dicho estado— no poseen desacostumbrada intensidad, desempeñan, a mi juicio, en la formación de los sueños un papel análogo al de las impresiones diurnas que han permanecido recientes, pero que son indiferentes. Quiero decir que son utilizadas en la formación del sueño cuando resultan apropiadas para ser unidas al contenido de representaciones de la fuente onírica psíquica, pero únicamente en este caso. Vemos, pues, que son consideradas como material de escaso valor, del que podemos disponer en todo momento y que utilizamos cuando nos es necesario, mientras que un material precioso prescribe ya por sí mismo las normas de su empleo. Sucede en esto como cuando una persona aficionada a las joyas artísticas lleva al lapidario una piedra rara —un ónice, por ejemplo— para que talle en él un camafeo. El tamaño de la piedra, su color y sus aguas coadyuvarán a determinar la figura o escena que en ella ha de ser tallada, mientras que, dado un material más amplio y uniforme —mármol o granito—, no tiene el artista que ajustarse a normas distintas de su espontánea inspiración. Pensando así es como únicamente resulta comprensible que aquel contenido onírico que proporciona los estímulos orgánicos de intensidad no superior a la ordinaria no aparezca en todo sueño y en sueños todas las noches^[369].

Para la mejor inteligencia de mi opinión sobre este punto concreto expondré un nuevo ejemplo de sueño, retornando así, además, al tema de la interpretación onírica. Durante todo un día me esforcé en investigar cuál podía ser el significado de la sensación de hallarnos paralizados, no poder movernos o terminar un acto que hemos comenzado, sensación muy próxima a la angustia y frecuentísima en la vida onírica. A la noche inmediata tuve el siguiente sueño: «Subo, a medio vestir, por la escalera de una casa, desde el piso bajo al principal. Voy saltando los escalones de tres en tres y me felicito de poder subir una

escalera con tanta agilidad. De repente veo que baja a mi encuentro una criada. Avergonzado, quiero apresurarme, pero en este momento se apodera de mí la parálisis indicada y me resulta imposible avanzar un solo paso».

Análisis. —La situación de este sueño está tomada de la realidad cotidiana. En mi casa de Viena ocupo dos pisos enlazados por un cuerpo de escalera. En el inferior tengo mi consulta y mi despacho, y en el superior, mis habitaciones particulares. Cuando termino de trabajar por las noches en el despacho tengo que subir la escalera para llegar a mi alcoba. La misma noche de mi sueño había realizado este trayecto en una *toilette* realmente algo desordenada, pues me había quitado la corbata, el cuello y los puños. Mi sueño exagera este desorden de mis vestidos; pero, como acostumbra hacerlo en estos casos, no determina con precisión el grado a que el mismo se eleva. El saltar los escalones de tres en tres es, en realidad, la forma en que suelo subir las escaleras y constituye, por otra parte, una realización de deseos reconocida, además, como tal en el sueño, pues la facilidad con que llevo a cabo tal ejercicio me ha tranquilizado muchas veces sobre la marcha de mi corazón. Por último, es esta forma de subir escaleras flagrante contradicción de la parálisis que en la segunda mitad del sueño me acomete y me muestra —cosa que no precisaba de prueba alguna— que el fenómeno onírico no encuentra la menor dificultad para representarse, perfecta y totalmente realizados, actos motores. Recuérdense los sueños en que volamos.

La escalera de mi sueño no es, sin embargo, la de mi casa. Al principio no caigo en cuál puede ser, y sólo al reconocer en la persona que baja a mi encuentro a la criada de una anciana señora a la que visito dos veces al día para ponerle inyecciones, me doy cuenta de que la escalera de mi sueño corresponde a la del domicilio de dicha señora.

Mas ¿por qué sueño con la escalera del domicilio de mi paciente y con la criada que ésta tiene a su servicio? El avergonzarse de ir insuficientemente vestido es, indudablemente, un sentimiento de carácter sexual. Pero la criada con la que sueño es más vieja que yo, regañona y nada atractiva. Recuerdo ahora que al subir por las mañanas la escalera de su casa suele darme tos, y como no hay en ella escupidera ninguna, me veo obligado a escupir sobre el suelo, pues opino que la limpieza no es cuenta mía, sino de la dueña de la casa, que debe ordenar la colocación de una escupidera. El ama de llaves de mi paciente, persona también entrada en años y de áspero carácter, a la que no tengo por qué negar gran amor a la limpieza, sostiene, sin embargo, sobre este punto concreto la opinión contraria, pues espía mis actos siempre que subo la escalera, y cuando

me permito la libertad antes indicada, gruñe y protesta en voz alta y me rehúsa luego, al encontrarse conmigo, toda muestra de cortesía y respeto. Esta actitud fue compartida, el mismo día del sueño, por la otra criada, la cual, al salir a abrirme la puerta, me interpeló ásperamente con la siguiente reprimenda: «El señor doctor podía limpiarse los pies antes de entrar. Hoy ha vuelto a poner perdida la alfombra». Es esto todo lo que puede haber motivado la inclusión de la escalera y de la criada en mi sueño.

Entre los hechos de subir saltando la escalera y escupir en el suelo existe una íntima relación, pues la faringitis y las perturbaciones cardíacas son el castigo del vicio de fumar. Este vicio motiva, asimismo, que tampoco en mi casa —que mi sueño funde en una unidad con la de mi paciente— goce yo de un renombre de exagerada limpieza.

Dejaremos aplazada la continuación del análisis hasta que podamos exponer el origen del sueño típico de semidesnudez, y nos limitaremos a consignar, por el momento, como resultado de la labor analítica a que hemos sometido el sueño últimamente expuesto, que la sensación de parálisis es despertada en nuestros sueños siempre que resulta precisa para un determinado conjunto onírico. La causa de tal contenido onírico no puede ser un estado especial de mi motilidad durante el reposo, pues un momento antes acabo de subir en mi sueño las escaleras de tres en tres, saltando ágilmente los escalones.

d) Sueños típicos.

Para interpretar un sueño ajeno es condición indispensable —y ello limita considerablemente la aplicación práctica de nuestro método— que el sujeto acceda a comunicarnos las ideas inconscientes que se esconden detrás del contenido manifiesto del mismo^[370]. Sin embargo, y en contraposición con la general libertad de que todos gozamos para conformar nuestra vida onírica según nuestras personalísimas peculiaridades, haciéndola así incomprensible a las demás, existe cierto número de sueños que casi todos soñamos en idéntica forma y de los que suponemos poseen en todo individuo igual significación. Estos sueños son, además, merecedores de un especial interés por el hecho de proceder probablemente en todos los hombres de fuentes idénticas, circunstancias que los hace muy adecuados para proporcionarnos un amplio esclarecimiento sobre las fuentes oníricas.

Dados estos interesantes caracteres de los sueños típicos, fundábamos grandes esperanzas en los resultados de su interpretación por medio de nuestra técnica analítica; pero, desgraciadamente, hemos comprobado que la labor interpretadora tropieza en ellos con particulares dificultades. Así, aquellas asociaciones del sujeto, que en todo otro caso nos llevan a la comprensión de su sueño, faltan aquí en absoluto o son tan oscuras e insuficientes, que no nos prestan ayuda ninguna.

Más adelante expondremos las causas de que tales dificultades dependen y los medios de que nuestra técnica se vale para orillarlas, y entonces comprenderá el lector por qué he de limitarme ahora a tratar de algunos de estos sueños típicos dejando el estudio de los restantes para tal ocasión.

e) El sueño de avergonzamiento ante la propia desnudez.

El sueño de hallarnos desnudos o mal vestidos ante personas extrañas suele surgir también sin que durante él experimentemos sentimiento alguno de vergüenza o embarazo. Pero cuando nos interesa es cuando trae consigo tales sentimientos y queremos huir o escondernos, siendo entonces atacados por aquella singular parálisis que nos impide realizar movimiento alguno, dejándonos impotentes para poner término a la penosa situación en que nos hallamos. Sólo en esta forma constituye este sueño un sueño típico, aunque dentro de ella puede el nódulo de su contenido quedar incluido en los más diversos contextos y adornado con toda clase de agregados individuales. Lo esencial en él es la penosa sensación —del carácter de la vergüenza— de que nos es imposible ocultar nuestra desnudez, o, como generalmente deseamos, emprender una precipitada fuga. No creo muy aventurado suponer que la inmensa mayoría de mis lectores conoce por su experiencia onírica esta desagradable situación.

En casi todos los sueños de este género queda impreciso el grado de nuestra desnudez. Alguna vez oiremos decir al sujeto que soñó hallarse en camisa, pero sólo en muy raros casos presenta la imagen onírica tal precisión. Por lo contrario, suele ser tan indeterminada, que para describirla es necesario emplear una alternativa: «Soñé que estaba en camisa o en enaguas». Asimismo, es lo más frecuente que la intensidad de la vergüenza experimentada sea muy superior a la que el grado de desnudez podría justificar. En los sueños de los militares queda

muchas veces sustituida la desnudez por un traje antirreglamentario. Así, sueñan haber salido sin sable, o sin gorra, hallándose de servicio, o llevar con la guerrera unos pantalones de paisano y encontrar en la calle a otros oficiales, etc.

Las personas ante las que nos avergonzamos suelen ser desconocidas, cuya fisonomía permanece indeterminada. Otro carácter del sueño típico de este género es que jamás nos hace nadie reproche alguno, ni siquiera repara en nosotros, con motivo de aquello que tanto nos avergüenza. Por lo contrario, la expresión de las personas que en nuestro sueño encontramos es de una absoluta indiferencia, o, como me fue dado comprobar en un caso especialmente claro, estirado y solemne. Todo esto da que pensar.

El avergonzado embarazo del sujeto y la indiferencia de los demás constituyen una de aquellas contradicciones tan frecuentes en el fenómeno onírico. A la sensación del sujeto correspondería, lógicamente, que los demás personajes le contemplasen con asombro, se burlaran de él o se indignasen a su vista. Esta desagradable actitud de los espectadores ha quedado, a mi juicio, suprimida por la realización de deseos, mientras que la no menos desagradable sensación de vergüenza ha logrado perdurar, mantenida por un poder cualquiera, resultando así la falta de armonía que observamos entre las dos partes de este sueño. La forma en que el mismo ha sido utilizado como base de una fábula nos proporciona un interesante testimonio de que no se ha llegado a interpretar acertadamente su significado, a través de su expresión deformada en parte por la censura. La fábula a que me refiero nos es a todos conocida por la versión de Andersen^[371] y más recientemente ha sido poetizada por L. Fulda en su *Talismán*. En el cuento de Andersen se nos refiere que dos falsarios ofrecen al rey un traje cuya singularísima condición es la de ser visible únicamente para los hombres buenos y honrados. El rey sale a la calle vestido con este invisible traje —o sea desnudo—; pero no queriendo pasar nadie por hombre perverso y ruin fingen todos no advertir su desnudez.

Esta última es, punto por punto, la situación de nuestro sueño. No hace falta aventurarse mucho para suponer que del incomprensible contenido del sueño ha partido un impulso a inventar un disfraz mediante el cual adquiriera un sentido la situación expuesta ante la memoria, quedando entonces despojada esta situación de su significación primitiva y haciéndose susceptible de ser utilizada para fines distintos. Ya veremos más adelante que esta equivocada interpretación del contenido onírico por la actividad intelectual consciente de un segundo sistema

es algo muy frecuente y debe ser considerado como un factor de la conformación definitiva de los sueños. Asimismo, habremos de ver que en la formación de representaciones obsesivas y de fobias desempeñan principal papel análogas interpretaciones erróneas, dentro siempre de la misma personalidad psíquica. Con respecto a estos sueños de desnudez, podemos indicar también de dónde es tomado el material necesario para dicha transformación de su significado. El falsario es el sueño; el rey, el sujeto mismo, y la tendencia moralizadora revela un oscuro conocimiento de que en el contenido latente se trata de deseos ilícitos sacrificados a la represión. Los contextos en que tales sueños aparecen incluidos en mis análisis de sujetos neuróticos demuestran, sin lugar a duda alguna, que se hallan basados en un recuerdo de nuestra más temprana infancia. Sólo en esta edad hubo una época en la que fuimos vistos desnudos, tanto por nuestros familiares como por personas extrañas —visitantes, criadas, etc.—, sin que ello nos causara vergüenza ninguna^[372]. Asimismo, puede observarse que la propia desnudez actúa sobre muchos niños, aun en períodos ya algo avanzados de la infancia, como excitante. En lugar de avergonzarse, ríen a carcajadas, corren por la habitación y se dan palmadas sobre el cuerpo hasta que su madre o la persona a cuya guarda están encomendados les afea su proceder, tachándolos de desvergonzados. Los niños muestran con frecuencia veleidad exhibicionista. Rara es la aldea en que el viajero no encuentra a algún niño de dos o tres años que levanta a su paso —y como en honor suyo— los faldones de su camiseta. Uno de mis pacientes conservaba en su memoria consciente el recuerdo de una escena en que, teniendo ocho años, había intentado entrar en camisa, a la hora de acostarse, en la alcoba de su hermanita, capricho que le fue negado por la criada que de él cuidaba. En la historia infantil de los neuróticos desempeña la desnudez de niños de sexo opuesto al del sujeto un importantísimo papel. La manía de los paranoicos de creerse observados cuando se visten o se desnudan debe ser enlazada a estos sucesos infantiles. Entre los perversos existe un grupo —el de los *exhibicionistas*— en el que el indicado impulso infantil ha pasado a la categoría de obsesión.

Cuando, en la edad adulta, volvemos la vista atrás se nos aparece esta época infantil en la que nada nos avergonzaba como un Paraíso, y en realidad el Paraíso no es otra cosa que la fantasía colectiva de la niñez individual. Por esta razón se hace vivir en él, desnudos, a sus moradores, sin avergonzarse uno ante el otro, hasta que llega un momento en que despiertan la vergüenza y la angustia,

sucede la expulsión y comienza la vida sexual y la labor de civilización. A este paraíso puede el sueño retrotraernos todas las noches. Ya indicamos antes nuestra sospecha de que las impresiones de la primera infancia (del período prehistórico, que alcanza hasta el final del cuarto año) demandan de por sí y quizá sin que en ello influya para nada su contenido, una reproducción, siendo, por tanto, su repetición una realización de deseos. Así, pues, los sueños de desnudez son *sueños exhibicionistas*^[373].

El nódulo del sueño exhibicionista queda constituido por la propia figura del sujeto —no en su edad infantil, sino en la actual— y por el desorden o parvedad de su vestido, detalle este último que, a causa de la superposición de recuerdos posteriores o de imposiciones de la censura, queda siempre indeterminada. A este nódulo se agregan las personas ante las cuales nos avergonzamos. No conozco caso ninguno de que entre estas personas retornen las que realmente presenciaron las pretéritas exhibiciones infantiles del sujeto. El sueño no es, en efecto, casi nunca un simple recuerdo. En todas las reproducciones que el sueño, la histeria y la neurosis obsesiva nos presentan quedan siempre omitidas aquellas personas a las que hicimos objeto de nuestro interés sexual en nuestra infancia. Únicamente la paranoia hace retornar a los espectadores e impone al sujeto la más fanática convicción de su presencia, aunque los deja permanecer invisibles. Aquello con que el sueño los sustituye —«muchacha desconocida» que no presta atención al espectáculo que se le ofrece— constituye la *transformación, en su contrario, del deseo* del sujeto, orientado hacia la persona, familiar y única, a la que siendo niño dedicó su desnudez, en sus exhibiciones infantiles. Esta «gente desconocida» aparece también en muchos otros sueños e intercala en los más diversos contextos, significando entonces «secreto», siempre como transformación, en su contrario, de un deseo^[374]. El retorno de la situación primitiva, que, como antes indicamos, se verifica en la paranoia, queda adaptado asimismo a esta contradicción. El sujeto tiene en ella la convicción de ser observado, pero los que así le observan son «gente desconocida, singularmente indeterminada».

La represión actúa también en estos sueños exhibicionistas. La penosa sensación que durante ellos experimentamos no es sino la reacción del segundo sistema contra el hecho de haber logrado, a pesar de todo, una representación el contenido, por él rechazado, de la escena exhibicionista. Ésta no debía haber sido reproducida, para evitar la sensación desagradable.

Más adelante volveremos a ocuparnos de la sensación de hallarnos paralizados, la cual sirve admirablemente en el sueño para expresar el *conflicto de la voluntad*, el no. La intención consciente demanda que la exhibición prosiga y la censura exige que se interrumpa.

Las relaciones de nuestros sueños típicos con las fábulas y otros temas de creación poética no son ciertamente escasas ni casuales. La penetrante mirada de un escritor ha observado en una ocasión analíticamente el proceso de transformación de que el poeta es, en general, instrumento y ha sabido perseguir el desarrollo de dicho proceso remontando su curso, o sea referir a un sueño la obra poética. Aludo con esto a Gottfried Keller, en cuya obra *Enrique el Verde* me ha señalado un amigo mío el siguiente pasaje: «No le deseo a usted, mi querido Lee, que compruebe por propia experiencia cuál fue la sensación de Ulises al surgir desnudo y cubierto de barro ante Nausicaa y sus compañeras. ¿Que cómo es posible tal comprobación? Helo aquí. Cuando lejos de nuestra patria y de todo lo que nos es querido vagamos por tierras extrañas, vemos y vivimos todo género de cosas, sufrimos y meditamos o nos hallamos quizá miserables y abandonados, soñamos indefectiblemente alguna noche que nos acercamos a nuestros lejanos lares. Los anhelados paisajes patrios aparecen ante nosotros con esplendorosos colores, y suaves figuras amadas salen a nuestro encuentro. Pero entonces nos damos cuenta de que llegamos destrozados, desnudos y cubiertos de polvo. Vergüenza y angustia infinitas se apoderan de nosotros. Intentamos cubrir nuestras desnudeces u ocultarnos, y acabamos por despertar bañados en sudor. Mientras existan seres humanos será éste el sueño del desgraciado al que el Destino hace vagar lejos de su patria. Vemos, pues, que la situación de Ulises ante Nausicaa ha sido tomada por Homero de la más profunda y eterna esencia de la Humanidad».

Ahora bien: esta eterna y más profunda esencia del hombre que todo poeta tiende siempre a despertar en sus oyentes, se halla constituida por aquellos impulsos y sentimientos de la vida anímica, cuyas raíces penetran en el temprano período infantil considerado luego como prehistórico. Detrás de los deseos del expatriado, capaces de conciencia y libres de toda objeción, se abren paso en el sueño los deseos infantiles, reprimidos y devenidos ilícitos, razón por la cual termina siempre en sueño de angustia este sueño que la leyenda de Nausicaa objetiviza.

El sueño antes expuesto, en el que la agilidad de que doy pruebas al subir la escalera se transforma a poco en la imposibilidad de hacer movimiento alguno,

es igualmente un sueño exhibicionista, pues presenta los componentes esenciales de los de este género. Por tanto, habremos de poder referirlo a sucesos infantiles, y el conocimiento de estos sucesos habrá de permitirnos deducir hasta qué punto la conducta de la criada con respecto a mí y el reproche que me dirige de haber ensuciado la alfombra contribuyen a hacerla ocupar un lugar en mi sueño. No resulta, en efecto, nada difícil llegar por este camino a un total esclarecimiento. La labor psicoanalítica nos enseña a interpretar la contigüidad temporal como relación objetiva. Dos ideas, faltas en apariencia de todo nexo, pero que se suceden inmediatamente, pertenecen a una unidad que habremos de adivinar del mismo modo que una *a* y una *b*, escritas una a continuación de otra en el orden marcado, forman la sílaba *ab* y han de ser pronunciadas conjuntamente. Esto mismo sucede con respecto a la relación de varios sueños entre sí. El citado sueño de la escalera forma parte de una serie cuyos restantes elementos me han revelado ya su sentido. Debe, pues, de referirse al mismo tema. Ahora bien: dichos otros sueños tienen todos como base común mi recuerdo de una niñera a la que estuve confiado desde el destete hasta los dos años, persona de la que también mi memoria consciente conserva una oscura huella. Por lo que mi madre me ha referido hace poco sobre ella, sé que era vieja y fea, pero muy trabajadora y lista, y por las conclusiones que de mis sueños puedo deducir, ha de admitir que no siempre se mostraba muy cariñosa conmigo, llegando a tratarme con rudeza cuando infringía las reglas de limpieza a las que quería acostumbrarme. La criada de mi anciana pariente, al tomar a su cargo en la escena real antes detallada la continuación de dicha labor educativa, me da derecho a tratarla en mi sueño como encarnación de aquella vieja niñera de mi época prehistórica. Habremos de admitir, además, que el niño, no obstante los malos tratos de que le hacía objeto, la distinguía con su amor^[375].

f) Sueño de la muerte de personas queridas.

Otros sueños que también hemos de considerar como típicos son aquéllos cuyo contenido entraña la muerte de parientes queridos: padres, hermanos, hijos, etc. Ante todo observamos que estos sueños se dividen en dos clases: aquéllos durante los que no experimentamos dolor alguno, admirándonos al despertar nuestra insensibilidad, y poseídos por una profunda aflicción hasta el punto de derramar durmiendo amargas lágrimas.

Los primeros no pueden ser considerados como típicos y, por tanto, no nos interesan de momento. Al analizarlos hallamos que significan algo muy distinto de lo que constituye su contenido y que su función es la de encubrir cualquier deseo diferente. Recordemos el de aquella joven que vio ante sí muerto y colocado en el ataúd a su sobrino, el único hijo que quedaba a su hermana de dos que había tenido. El análisis nos demostró que este sueño no significaba el deseo de la muerte del niño, sino que encubría el de volver a ver después de larga ausencia a una persona amada a la que en análoga situación, esto es, cuando la muerte de su otro sobrino, había podido contemplar de cerca la sujeto, también después de una prolongada separación. Este deseo, que constituye el verdadero contenido del sueño, no trae consigo motivo ninguno de duelo, razón por la cual no experimenta la sujeto durante el sentimiento alguno doloroso. Observamos aquí que la sensación concomitante al sueño no corresponde al contenido manifiesto, sino al latente, y que el contenido afectivo ha permanecido libre de la deformación de que ha sido objeto el contenido de representaciones.

Muy distintos de éstos son los sueños en que aparece representada la muerte de un pariente querido y sentimos dolorosos afectos. Su sentido es, en efecto, el que aparece manifiesto en su contenido, o sea el deseo de que muera la persona a que se refieren. Dado que los sentimientos de todos aquellos de mis lectores que hayan tenido alguno de estos sueños habrán de rebelarse contra esta afirmación mía, procuraré desarrollar su demostración con toda amplitud.

Uno de los análisis expuestos en páginas anteriores, nos reveló que los deseos que el sueño nos muestra realizados no son siempre deseos actuales. Pueden ser también deseos pasados, agotados, olvidados y reprimidos, a los que sólo por su resurgimiento en el sueño hemos de atribuir una especie de supervivencia. Tales deseos no han muerto, según nuestro concepto de la muerte, sino que son semejantes a aquellas sombras de la *Odisea*, que en cuanto bebían sangre despertaban a una cierta vida. En el sueño de la niña muerta y metida en una caja (pág. 441) se trata de un deseo que había sido actual quince años antes y que la sujeto confesaba ya francamente haber abrigado por entonces. No será quizá superfluo para la mejor inteligencia de nuestra teoría de los sueños el hacer constar aquí incidentalmente que incluso este mismo deseo se basa en un recuerdo de la más temprana infancia. La sujeto oyó, siendo niña, aunque no le es posible precisar el año, que, hallándose su madre embarazada de ella, deseó a causa de serios disgustos que el ser que llevaba en su seno muriera antes de nacer. Llegada a la edad adulta y embarazada a su vez, siguió la sujeto el

ejemplo de su madre.

Cuando alguien sueña sintiendo profundo dolor en la muerte de su padre, su madre o de alguno de sus hermanos, no habremos de utilizar ciertamente este sueño como demostración de que el sujeto desea *en la actualidad* que dicha persona muera. La teoría del sueño no exige tanto. Se contenta con deducir que lo ha deseado alguna vez en su infancia. Temo, sin embargo, que esta limitación no logre devolver la tranquilidad a aquellos que han tenido sueños de este género y que negarán la posibilidad de haber abrigado alguna vez tales deseos con la misma energía que ponen en afirmar su seguridad de no abrigarlos tampoco actualmente. En consecuencia, habré de reconstituir aquí, conforme a los testimonios que el presente ofrece a nuestra observación, una parte de la perdida vida anímica infantil^[376].

Observamos, en primer lugar, la relación de los niños con sus hermanos. No sé por qué suponemos *a priori* que ha de ser cariñosísima, no obstante los muchos ejemplos con que constantemente tropezamos de enemistad entre hermanos adultos, enemistad de la que por lo general averiguamos que comenzó en épocas infantiles. Pero también muchos adultos que en la actualidad muestran gran cariño hacia sus hermanos y los auxilian y protegen con todo desinterés vivieron con ellos durante su infancia en interrumpida hostilidad. El hermano mayor maltrataba al menor, le acusaba ante sus padres y le quitaba sus juguetes; el menor, por su parte, se consumía de impotente furor contra el mayor le envidiaba o temía y sus primeros sentimientos de libertad y de conciencia de sus derechos fueron para rebelarse contra el opresor. Los padres dicen que los niños no congenian, pero no saben hallar razón alguna que lo justifique. No es difícil comprobar que el carácter del niño —aun el más bueno— es muy distinto del que nos parece deseable en el adulto. El niño es absolutamente egoísta, siente con máxima intensidad sus necesidades y tiende a satisfacerlas sin consideración a nadie y menos aún a los demás niños, sus competidores, entre los cuales se hallan en primera línea sus hermanos. Mas no por ello calificamos al niño de «criminal», sino simplemente de «malo», pues nos damos cuenta de que es tan irresponsable ante nuestro propio juicio como lo sería ante los tribunales de justicia. Al pensar así nos atenemos a un principio de completa equidad, pues debemos esperar que en épocas que incluimos aún en la infancia despertarán en el pequeño egoísta la moral y los sentimientos del altruismo, o sea, para decirlo con palabras de Meynert, que un yo secundario vendrá a superponerse al

primario, coartándolo. Claro es que la moralidad no surge simultáneamente en toda línea y que la duración del período amoral infantil es individualmente distinta. Las investigaciones psicoanalíticas me han demostrado que una aparición demasiado temprana (antes del tercer año) de la formación de reacciones morales debe ser contada entre los factores constitutivos de la predisposición a una ulterior neurosis. Allí donde tropezamos con una ausencia de dicho desarrollo moral solemos hablar de «degeneración» y nos hallamos indudablemente ante una detención o retraso del proceso evolutivo. Pero también en aquellos casos en los que el carácter primario queda dominado por la evolución posterior puede dicho carácter recobrar su libertad, al menos parcialmente, por medio de la histeria. La coincidencia del llamado «carácter histérico» con el de un niño «malo» es harto singular. En cambio, la neurosis obsesiva corresponde a la emergencia de una supermoralidad que a título de refuerzo y sobrecarga gravitaba sobre el carácter primario, el cual no renuncia jamás a imponerse.

Así, pues, muchas personas que en la actualidad aman a sus hermanos y experimentarían un profundo dolor ante su muerte, llevan en su inconsciente deseos hostiles a ellos procedentes de épocas anteriores, y estos deseos pueden hallar en sueños su realización. Resulta especialmente interesante observar la conducta de los niños pequeños —de tres años o aún menores— con ocasión del nacimiento de un hermanito. El primogénito, que ha monopolizado hasta este momento todo el cariño y los cuidados de sus familiares, pone mala cara al oír que la cigüeña ha traído otro niño, y luego, al serle mostrado el intruso, lo examina con aire disgustado y exclama decididamente: «¡Yo quiero que la cigüeña vuelva a llevárselo!»^[377].

A mi juicio, se da el niño perfecta cuenta de todos los inconvenientes que la presencia del hermanito le ha de traer consigo. De una señora a la que me unen lazos de parentesco y que en la actualidad se lleva a maravilla con su hermana, cuatro años más joven que ella, sé que al recibir la noticia de la llegada de otra niña exclamó, previniéndose: «Pero ¿no tendré que darle mi gorrita encarnada?» Si por azar se cumple cualquiera de estas prevenciones que en el ánimo de los niños despierta el nacimiento de un hermanito, ella constituirá el punto de partida de una duradera hostilidad. Conozco el caso de una niña de menos de tres años que intentó ahogar en su cuna a un hermanito recién nacido, de cuya existencia no esperaba, por lo visto, nada bueno. Queda así demostrado por esta

y otras muchas observaciones coincidentes, que los niños de esta edad pueden experimentar ya, y muy intensamente, la pasión de los celos. Y cuando el hermanito muere y recae de nuevo sobre el primogénito toda la ternura de, sus familiares, ¿no es lógico que si la cigüeña vuelve a traer otro competidor surja en el niño el deseo de que sufra igual destino para recobrar él la tranquila felicidad de que gozó antes del nacimiento y después de la muerte del primero^[378]?. Naturalmente, esta conducta del niño con respecto a sus hermanos menores no es en circunstancias normales sino una simple función de la diferencia de edad. Al cabo de un cierto espacio de tiempo despiertan ya en la niña los instintos maternales con respecto al inocente recién nacido.

De todos modos, los sentimientos de hostilidad contra los hermanos tienen que ser durante la infancia mucho más frecuentes de lo que la poco penetrante observación de los adultos llega a comprobar^[379].

En mis propios hijos, que se sucedieron rápidamente, he desperdiciado la ocasión de tales observaciones, falta que ahora intento reparar atendiendo con todo interés a la tierna vida de un sobrinito mío, cuya dichosa soledad se vio perturbada al cabo de quince meses por la aparición de una competidora. Sus familiares me dicen que el pequeño se porta muy caballerosamente con su hermanita, besándole la mano y acariciándola; pero he podido comprobar que antes de cumplir los dos años ha comenzado a utilizar su naciente facultad de expresión verbal para criticar a aquel nuevo ser, que le parece absolutamente superfluo. Siempre que se habla de la hermanita ante él interviene en la conversación, exclamando malhumorado: «¡Es muy pequeña!» Luego, cuando el espléndido desarrollo de la chiquilla desmiente ya tal crítica, ha sabido hallar el primogénito otro fundamento en que basar su juicio de que la hermanita no merece tanta atención como se le dedica, y aprovecha toda ocasión para hacer notar que «no tiene dientes^[380]». De otra sobrinita mía recordamos todos que, teniendo seis años, abrumó durante media hora a sus tías con la pregunta: «¿Verdad que Lucía no puede entender aún estas cosas?» Lucía era una hermanita suya, dos años y medio menor que ella.

En ninguna de mis enfermas he dejado de hallar sueños de este género, correspondientes a una intensa hostilidad contra sus hermanos. Un único caso, que pareció presentarse al principio como excepción, demostró al poco no ser sino confirmación de la regla. Habiendo interrogado a una paciente sobre estos extremos, recibí, para mi asombro, la respuesta de que jamás había tenido tal

sueño. Pero momentos después recordó uno que aparentemente caréela de relación con los que nos ocupan y que había soñado por primera vez a los cuatro años, siendo la menor de las hermanas, y luego repetidas veces. «Una multitud de niños, entre los que se hallaban todos sus hermanos, hermanas, primos y primas, juegan en una pradera. De repente les nacen alas, echan a volar y desaparecen». La paciente no tenía la menor sospecha de la significación de este sueño, mas para nosotros no resulta nada difícil reconocer en él un sueño de muerte de todos los hermanos en la forma original escasamente influida por la censura. Así, creo poder construir el análisis siguiente: la sujeto vivía con sus hermanos y sus primos, con ocasión de la muerte de uno de ellos, acaecida cuando aún no había cumplido ella cuatro años, debió de preguntar a alguno de sus familiares qué era de los niños cuando morían. La respuesta debió de ser que les nacían alas y se convertían en ángeles, aclaración que el sueño aprovecha, transformando en ángeles a todos los hermanos, y lo que es más importante, haciéndolos desaparecer. Imaginemos lo que para la pequeña significaría ser la única superviviente de toda la familia caterva infantil. La imagen de los niños jugando en una pradera antes de desaparecer volando se refiere, sin duda, al revolotear de las mariposas, como si la niña hubiese seguido la misma concatenación de ideas que llevó a los antiguos a atribuir a Psiquis alas de mariposa.

Quizá opongan aquí algunos de mis lectores la objeción de que aun aceptando los impulsos hostiles de los niños contra sus hermanos, no es posible que el espíritu infantil alcance el grado de maldad que supone desear la muerte a sus competidores, como si no hubiera más que esta máxima pena para todo delito. Pero los que así piensan no reflexionan que el concepto de «estar muerto» no tiene para el niño igual significación que para nosotros. El niño ignora por completo el horror de la putrefacción, el frío del sepulcro y el terror de la nada eterna, representaciones todas que resultan intolerables para el adulto, como nos lo demuestran todos los mitos «del más allá». Desconoce el miedo a la muerte, y de este modo juega con la terrible palabra amenazando a sus compañeros. «Si haces eso otra vez te morirás, como se murió Paquito», amenaza que la madre escucha con horror, sabiendo que más de la mitad de los nacidos no pasan de los años infantiles. De un niño de ocho años sabemos que al volver de una visita al Museo de Historia Natural dijo a su madre: «Te quiero tanto, que cuando mueras mandaré que te disequen y te tendré en mi cuarto para poder verte siempre».

¡Tan distinta es de la nuestra la infantil representación de la muerte^[381]!.

«Haber muerto» significa para el niño, al que se evita el espectáculo de los sufrimientos, de la agonía, tanto como «haberse ido» y no estorbar ya a los supervivientes, sin que establezca diferencia alguna entre las causas —viaje o muerte— a que la ausencia pueda obedecer^[382]. Cuando en los años prehistóricos de un niño es despedida su niñera y muere a poco su madre, quedan ambos sucesos superpuestos para su recuerdo dentro de una misma serie, circunstancia que el análisis nos descubre en gran número de casos. La poca intensidad con que los niños echan de menos a los ausentes ha sido comprobada, a sus expensas, con muchas madres, que al regresar de un viaje de algunas semanas oyen que sus hijos no han preguntado ni una sola vez por ellas. Y cuando el viaje es a «aquella tierra ignota de la que jamás retoma ningún viajero» los niños parecen, al principio, haber olvidado a su madre, y sólo posteriormente comienzan a recordarla.

Así, pues, cuando el niño tiene motivos para desear la ausencia de otro carece de toda retención que pudiese apartarla de dar a dicho deseo la forma de la muerte de su competidor, y la reacción psíquica al sueño de deseo de muerte prueba que, no obstante las diferencias de contenido, en el niño es tal deseo idéntico al que en igual sentido puede abrigar el adulto.

Pero si este infantil deseo de la muerte de los hermanos queda explicado por el egoísmo del niño, que no ve en ellos sino competidores, ¿cómo explicar igual optación con respecto a los padres, que significan para él una inagotable fuente de amor y cuya conservación debiera desear, aun por motivos egoístas, siendo como son los que cuidan de satisfacer sus necesidades?

La solución de esta dificultad nos es proporcionada por la experiencia de que los sueños de este género se refieren casi siempre, en el hombre, al padre, y en la mujer, a la madre; esto es, al inmediato ascendiente de sexo igual al del sujeto. No constituye esto una regla absoluta, pero sí predomina suficientemente para impulsarnos a buscar su explicación en un factor de alcance universal^[383]. En términos generales, diríamos, pues, que sucede como si desde edad muy temprana surgiese una preferencia sexual; esto es, como si el niño viviese en el padre y la niña en la madre, rivales de su amor, cuya desaparición no pudiese serles sino ventajosa.

Antes de rechazar esta idea, tachándola de monstruosa, deberán examinarse atentamente las relaciones afectivas entre padres e hijas, comprobando la

indudable diferencia existente entre lo que la evolución civilizadora exige que sean tales relaciones y lo que la observación cotidiana nos demuestra que en realidad son. Aparte de entrañar más de un motivo de hostilidad, constituye terreno abonado para la formación de deseos rechazables por la censura. Examinaremos, en primer lugar, las relaciones entre padre e hijo. A mi juicio, el carácter sagrado que hemos reconocido a los preceptos del Decálogo vela nuestra facultad de percepción de la realidad, y de este modo no nos atrevemos casi a damos cuenta de que la mayor parte de la Humanidad infringe el cuarto mandamiento. Tanto en las capas más altas de la sociedad humana, como en las más bajas, suele posponerse el amor filial a otros intereses. Los oscuros datos que en la mitología y la leyenda podemos hallar sobre la época primitiva de la sociedad humana nos dan una idea poco agradable de la plenitud de poder del padre de la tiranía con que el mismo hacía uso de ella. Cronos devora a sus hijos y Júpiter castra a su padre^[384] y le arrebató el trono. Cuanto más ilimitado era el poder del padre en la antigua familia, tanto más había de considerar a su hijo y sucesor como un enemigo, y mayor había de ser la impaciencia del hijo por alcanzar el poder de la muerte de su progenitor. Todavía en nuestra familia burguesa suele el padre contribuir al desarrollo de los gérmenes de hostilidad que las relaciones paterno-filiales entrañan, negando al hijo el derecho de escoger su camino en la vida o los medios necesarios para emprenderlo. El médico tiene frecuentísimas ocasiones de comprobar cómo el dolor causado por la muerte del padre no basta para reprimir la satisfacción de la libertad por fin alcanzada. Sin embargo, los restos de la *potestas patris familias*, muy anticuada ya en nuestra sociedad, son celosamente guardados todavía por todos los padres, y el poeta que coloca en primer término de su fábula la antiquísima lucha entre padre e hijo puede estar seguro de su efecto sobre el público. Las ocasiones de conflicto entre madre e hija surgen cuando esta última, hecha ya mujer, encuentra en aquélla un obstáculo a su deseada libertad sexual y le recuerda, a su vez, que para ella ha llegado ya el tiempo de renunciar a toda satisfacción de dicho género.

Todas estas circunstancias se presentan a nuestros ojos con perfecta evidencia. Pero como no bastan para explicarnos el hecho de que estos sueños sean también soñados por personas sobre cuyo amor filial en la actualidad no cabe discusión, habremos de suponer que el deseo de la muerte de los padres se deriva también de la más temprana infancia.

Esta hipótesis queda confirmada por el análisis y sin lugar a duda alguna, con respecto a los psiconeuróticos. Al someter a estos enfermos a la labor analítica, descubrimos que los deseos sexuales infantiles —hasta el punto de que hallándose en estado de germen merecen este nombre— despiertan muy tempranamente y que la primera inclinación de la niña tiene como objeto al padre, y la del niño, a la madre. De este modo, el inmediato ascendiente del sexo igual al del hijo se convierte para éste en importuno rival, y ya hemos visto, al examinar las relaciones paternas, cuán poco se necesita para que este sentimiento conduzca al deseo de muerte. La atracción sexual actúa también, generalmente, sobre los mismos padres, haciendo que por un rasgo natural prefiera y proteja la madre a los varones, mientras que el padre dedica mayor ternura a las hijas, conduciéndose en cambio ambos con igual severidad en la educación de sus descendientes cuando el mágico poder del sexo no perturba su juicio. Los niños se dan perfecta cuenta de tales preferencias y se rebelan contra aquel de sus inmediatos ascendientes que los trata con mayor rigor. Para ellos, el amor de los adultos no es sólo la satisfacción de una especial necesidad, sino también una garantía de que su voluntad será respetada en otros órdenes diferentes. De este modo siguen su propio instinto sexual y renuevan al mismo tiempo con ello el estímulo que parte de los padres cuando su elección coincide con la de ellos.

La mayor parte de los signos en que se exteriorizan estas inclinaciones infantiles suele pasar inadvertida. Algunos de tales indicios pueden observarse aún en los niños después de los primeros años de su vida. Una niña de ocho años, hija de un amigo mío, aprovechó una ocasión en que su madre se ausentó de la mesa para proclamarse su sucesora, diciendo a su padre: «Ahora soy yo la mamá. ¿No quieres más verdura, Carlos? Anda, toma un poco más». Con especial claridad se nos muestra este fragmento de la psicología infantil en las siguientes manifestaciones de una niña de menos de cuatro años, muy viva e inteligente: «Mamá puede irse ya. Papá se casará conmigo. Yo quiero ser su mujer». En la vida infantil no excluye este deseo un tierno y verdadero cariño de la niña por su madre. Cuando el niño es acogido durante la ausencia del padre en el lecho matrimonial y duerme al lado de su madre hasta que al regreso de su progenitor vuelve a su alcoba, al lado de otra persona que le gusta menos, surge en él fácilmente el deseo de que el padre se halle siempre ausente para poder conservar sin interrupción su puesto junto a su querida mamá bonita, y el medio de conseguir tal deseo es, naturalmente, que el padre muera, pues sabe por experiencia que los «muertos», esto es, personas, como, por ejemplo, el abuelo,

se hallan siempre ausentes y no vuelven jamás.

Si tales observaciones de la vida infantil se adaptan sin esfuerzo a la interpretación propuesta, no nos proporcionan, sin embargo, la total convicción que los psicoanálisis de adultos neuróticos imponen al médico. La comunicación de los sueños de este género es acompañada por ellos de tales preliminares y comentarios, que su interpretación como sueños optativos se hace ineludible. Una señora llega a mi consulta toda conturbada y llorosa. «No quiero ver más a mi familia —me dice—. Tengo que causarles horror». A seguidas y casi sin transición me relata un sueño cuyo significado desconoce. Lo soñó teniendo cuatro años y su contenido es el siguiente: «Ve andar a un lince o una zorra por encima de un tejado. Después cae algo o se cae ella del tejado abajo. Luego sacan de casa a su madre muerta y rompe ella a llorar amargamente». Apenas expliqué a la sujeto que su sueño tenía que significar el deseo infantil de ver morir a su madre y que el recuerdo del mismo es lo que la inspira ahora la idea de que tiene que causar horror a su familia, me suministró espontáneamente material bastante para un total esclarecimiento. Siendo niña, un golfillo que había encontrado en la calle se había burlado de ella aplicándole algunas calificaciones zoológicas, entre las que se hallaba la de «lince», y, posteriormente, teniendo ya tres años, había sido herida su madre por una teja que le cayó sobre la cabeza, originándole intensa hemorragia

Durante algún tiempo he tenido ocasión de estudiar con todo detalle a una niña que pasó por diversos estados psíquicos. En la demencia frenética con que comenzó su enfermedad mostró una especial repulsión hacia su madre, insultándola y golpeándola en cuanto intentaba acercarse a su lecho. En cambio, se mostraba muy cariñosa y dócil para con su hermana, bastante mayor que ella. A este período de excitación surgió otro más despejado, aunque algo apático y con grandes perturbaciones del reposo, fase en la que comencé a someterla a tratamiento y a analizar sus sueños. Gran cantidad de los mismos trataba, más o menos encubiertamente, de la muerte de la madre. Así, asistía la sujeto al entierro de una anciana o se reía sentada en la mesa con su hermana, ambas vestidas de luto. El sentido de estos sueños no ofrecía la menor duda. Conseguida luego una más firme mejoría, aparecieron diversas fobias, entre las cuales la que más le atormentaba era la de que a su madre le había sucedido algo, viéndose incoerciblemente impulsada a retornar a su casa, cualquiera que fuese el lugar en que estuviese, para convencerse de que aún se hallaba con vida. Este caso, confrontado con mi experiencia anterior en la materia, me fue

altamente instructivo, mostrándome, como traducción de un tema a varios idiomas, diversas reacciones del aparato psíquico a la misma representación estimuladora. En la demencia inicial, dependiente, a mi juicio, del *vencimiento* de la segunda instancia psíquica por la primera, hasta entonces reprimida, adquirió poder motor la hostilidad inconsciente contra la madre. Luego, al comienzo de la fase pacífica, reprimida la rebelión y restablecida la censura, no quedó accesible a dicha hostilidad para la realización del deseo de muerte en que se concretaba, dominio distinto del de los sueños, y, por último, robustecida la normalidad, creo, como reacción contraria histérica y fenómeno de defensa, la excesiva preocupación con respecto a la madre. Relacionándolo con este proceso, no nos resulta ya inexplicable el hecho de que las muchachas histéricas manifiesten con tanta frecuencia un tan exagerado cariño a sus madres.

En otra ocasión me fue dado penetrar profundamente en la vida anímica inconsciente de un joven al que la neurosis obsesiva hacía casi imposible la vida, pues la preocupación de que mataba a todos los que con él se cruzaban le impedía salir a la calle. Encerrado así en su casa, pasaba el día ordenando los medios con que le sería posible probar la coartada en caso de ser acusado de algún asesinato cometido en la ciudad. Excuso decir que se trataba de un hombre de elevado sentido moral y gran cultura. El análisis —mediante el cual conseguí una completa curación— reveló, como fundamento de esta penosa representación obsesiva, el impulso de matar a su padre —persona de extremada severidad—, sentido conscientemente con horror por nuestro sujeto a la edad de siete años; pero que, naturalmente, procedía de épocas mucho más tempranas de su infancia. Después de la dolorosa enfermedad que llevó a su padre al sepulcro, teniendo ya el sujeto treinta y un años, surgió en él el reproche obsesivo que adoptó la forma de la fobia antes indicada. De una persona capaz de precipitar a su padre a un abismo, desde la cima de una montaña, ha de esperarse que no estimará en mucho la vida de aquéllos a los que ningún lazo le une. Así, pues, lo mejor que puede hacer es permanecer encerrado en su cuarto.

Según mi experiencia, ya muy repetida sobre estas cuestiones, desempeñan los padres el papel principal en la vida anímica infantil de todos aquellos individuos que más tarde enferman de psiconeurosis, y el enamoramiento del niño por su madre y el odio hacia el padre —o viceversa, en las niñas— forman la firme base del material de sentimientos psíquicos constituido en dicha época y tan importante para la sintomática de la neurosis ulterior. Sin embargo, no creo que los psiconeuróticos se diferencien en esto grandemente de los demás

humanos que han permanecido dentro de la normalidad, pues no presentan nada que les sea exclusivo y peculiar. Lo más probable sea que sus sentimientos amorosos y hostiles con respecto a sus padres no hagan sino presentarnos amplificado aquello que con menor intensidad y evidencia sucede en el alma de la mayoría de los niños, hipótesis que hemos tenido ocasión de comprobar repetidas veces en la observación de niños normales. En apoyo de este descubrimiento nos proporciona la antigüedad una leyenda cuya general impresión sobre el ánimo de los hombres sólo por una análoga generalidad de la hipótesis aquí discutida nos parece comprensible.

Aludimos con esto a la leyenda del rey Edipo y al drama de Sófocles en ella basado. Edipo, hijo de Layo, rey de Tebas, y de Yocasta, fue abandonado al nacer sobre el monte Citerón, pues un oráculo había predicho a su padre que el hijo que Yocasta llevaba en su seno sería un asesino. Recogido por unos pastores, fue llevado Edipo al rey de Corinto, que lo educó como un príncipe. Deseoso de conocer su verdadero origen, consultó un oráculo, que le aconsejó no volviese nunca a su patria, porque estaba destinado a dar muerte a su padre y a casarse con su madre. No creyendo tener más patria que Corinto, se alejó de aquella ciudad, pero en su camino encontró al rey Layo y lo mató en una disputa. Llegado a las inmediaciones de Tebas adivinó el enigma de la Esfinge que cerraba el camino hasta la ciudad, y los tebanos, en agradecimiento, le coronaron rey, concediéndole la mano de Yocasta. Durante largo tiempo reinó digna y pacíficamente, engendrando con su madre y esposa dos hijos y dos hijas, hasta que asolada Tebas por la peste, decidieron los tebanos consultar al oráculo en demanda del remedio. En este momento comienza la tragedia de Sófocles. Los mensajeros traen la respuesta en que el oráculo declara que la peste cesará en el momento en que sea expulsado del territorio nacional el matador de Layo. Mas ¿dónde hallarlo?

*Pero él, ¿dónde está él?
¿Dónde hallar
la oscura huella de la antigua culpa?*

La acción de la tragedia se halla constituida exclusivamente por el descubrimiento paulatino y retardado con supremo arte —proceso comparable al de un psicoanálisis— de que Edipo es el asesino de Layo y al mismo tiempo su hijo y el de Yocasta. Horrorizado ante los crímenes que sin saberlo ha cometido,

Edipo se arranca los ojos y huye de su patria. La predicción del oráculo se ha cumplido.

Edipo rey es una tragedia en la que el factor principal es el Destino. Su efecto trágico reposa en la oposición entre la poderosa voluntad de los dioses y la vana resistencia del hombre amenazado por la desgracia. Las enseñanzas que el espectador, hondamente conmovido, ha de extraer de la obra con la resignación ante los dictados de la divinidad y el reconocimiento de la propia impotencia. Fiados en la impresión que jamás deja de producir la tragedia griega, han intentado otros poetas de la época moderna lograr un análogo efecto dramático, entretejiendo igual oposición en una fábula distinta. Pero los espectadores han presenciado indiferentes cómo, a pesar de todos los esfuerzos de un protagonista inocente, se cumplían en él una maldición o un oráculo. Todas las tragedias posteriores, basadas en la fatalidad, han carecido de efecto sobre el público.

En cambio, el *Edipo rey* continúa conmoviendo al hombre moderno tan profunda e intensamente como a los griegos contemporáneos de Sófocles, hecho singular cuya única explicación es quizá la de que el efecto trágico de la obra griega no reside en la oposición misma entre el destino y la voluntad humana, sino en el peculiar carácter de la fábula en que tal oposición queda objetivizada. Hay, sin duda, una voz interior que nos impulsa a reconocer el poder coactivo del destino en Edipo, mientras que otras tragedias construidas sobre la misma base nos parecen inaceptablemente arbitrarias. Y es que la leyenda del rey tebano entraña algo que hiere en todo hombre una íntima esencia natural. Si el destino de Edipo nos conmueve es porque habría podido ser el nuestro y porque el oráculo ha suspendido igual maldición sobre nuestras cabezas antes que naciéramos. Quizá nos estaba reservado a todos dirigir hacia nuestra madre nuestro primer impulso sexual y hacia nuestro padre el primer sentimiento de odio y el primer deseo destructor. Nuestros sueños testimonian de ello. El rey Edipo, que ha matado a su padre y tomado a su madre en matrimonio, no es sino la realización de nuestros deseos infantiles. Pero, más dichosos que él, nos ha sido posible, en épocas posteriores a la infancia, y en tanto en cuanto no hemos contraído una psiconeurosis, desviar de nuestra madre nuestros impulsos sexuales y olvidar los celos que el padre nos inspiró. Ante aquellas personas que han llegado a una realización de tales deseos infantiles, retrocedemos horrorizados con toda la energía del elevado montante de represión que sobre los mismos se ha acumulado en nosotros desde nuestra infancia. Mientras que el poeta extrae a la luz, en el proceso de investigación que constituye el desarrollo

de su obra, la culpa de Edipo, nos obliga a una introspección en la que descubrimos que aquellos impulsos infantiles existen todavía en nosotros, aunque reprimidos. Y las palabras con que el coro pone fin a la obra: «... miradle; es Edipo; — el que resolvió los intrincados enigmas y ejerció el más alto poder; — aquél cuya felicidad ensalzaban y envidiaban todos los ciudadanos. — ¡Vedle sumirse en las crueles olas del destino fatal!», estas palabras hieren nuestro orgullo de adultos, que nos hace creernos lejos ya de nuestra niñez y muy avanzados por los caminos de la sabiduría y del dominio espiritual. Como Edipo, vivimos en la ignorancia de aquellos deseos inmorales que la Naturaleza nos ha impuesto, y al descubrirlos quisiéramos apartar la vista de las escenas de nuestra infancia^[385].

En el texto mismo de la tragedia de Sófocles hallamos una inequívoca indicación de que la leyenda de Edipo procede de un antiquísimo tema onírico, en cuyo contenido se refleja esta dolorosa perturbación, a que nos venimos refiriendo, de las relaciones filiales por los primeros impulsos de la sexualidad. Para consolar a Edipo, ignorante aún de la verdad, pero preocupado por el recuerdo de la predicción del oráculo, le observa Yocasta que el sueño del incesto es soñado por muchos hombres y carece, a su juicio, de toda significación: «*Son muchos los hombres que se han visto en sueños cohabitando con su madre. Pero aquel que no ve en ellos sino vanas fantasías soporta sin pesadumbre la carga de la vida*».

Este sueño es soñado aún, como entonces, por muchos hombres, que al despertar lo relatan llenos de asombro e indignación. En él habremos, pues, de ver la clave de la tragedia y el complemento al de la muerte del padre. La fábula de Edipo es la reacción de la fantasía a estos dos sueños típicos, y así como ellos despiertan en el adulto sentimiento de repulsa, tiene la leyenda que acoger en su contenido el horror al delito y el castigo del delincuente, que éste se impone por su propia mano. La ulterior conformación de dicho contenido procede nuevamente de una equivocada elaboración secundaria, que intenta ponerlo al servicio de un propósito teologizante (cf. el tema onírico de la exhibición, expuesto en páginas anteriores). Pero la tentativa de armonizar la omnipotencia divina con la responsabilidad humana tiene que fracasar aquí, como en cualquier otro material que quiera llevarse a cabo.

Sobre base idéntica a la de *Edipo rey* se halla construida otra de las grandes creaciones trágicas: el *Hamlet* shakesperiano. Pero la distinta forma de tratar una

misma materia nos muestra la diferencia espiritual de ambos períodos de civilización, tan distantes uno de otro, y el progreso que a través de los siglos va efectuando la represión en la vida espiritual de la Humanidad. En *Edipo rey* queda exteriorizada y realizada, como en el sueño, la infantil fantasía optativa, base de la tragedia. Por lo contrario, en *Hamlet* permanece dicha fantasía reprimida, y sólo por los efectos coactivos que de ella emanan nos enteramos de su existencia, situación análoga a la de la neurosis. La creación shakespeariana nos demuestra, de este modo, la singular posibilidad de obtener un arrollador efecto trágico, dejando en plena oscuridad el carácter del protagonista. Vemos, desde luego, que la obra se halla basada en la vacilación de Hamlet en cumplir la venganza que le ha sido encomendada, pero el texto no nos revela los motivos o razones de tal indecisión, y las más diversas tentativas de interpretación no han conseguido aún indicárnoslas. Según la opinión hoy dominante, iniciada por Goethe, representa Hamlet aquel tipo de hombre cuya viva fuerza de acción queda paralizada por el exuberante desarrollo de la actividad intelectual. Según otros, ha intentado describir el poeta un carácter enfermizo, indeciso y marcado con el sello de la neurastenia. Pero la trama de la obra demuestra que Hamlet no debe ser considerado, en modo alguno, como una persona incapaz de toda acción. Dos veces le vemos obrar decididamente: una de ellas, con apasionado arrebato, cuando da la muerte al espía oculto detrás del tapiz, y otra conforme a un plan reflexivo y hasta lleno de astucia, cuando con toda la indiferencia de los príncipes del Renacimiento envía a la muerte a los dos cortesanos que tenían la misión de conducirla a ella. Qué es, por tanto, lo que paraliza en la ejecución de la empresa que el espectro de su padre le ha encomendado. Precisamente el especial carácter de dicha misión. Hamlet puede llevarlo todo a cabo, salvo la venganza contra el hombre que ha usurpado, en el trono y en el lecho conyugal, el puesto de su padre, o sea contra aquel que le muestra la realización de sus deseos infantiles. El odio que había de impulsarle a la venganza queda sustituido en él por reproches contra sí mismo y escrúpulos de conciencia que le muestran incurso en los mismos delitos que está llamado a castigar en el rey Claudio. De estas consideraciones, con las que no hemos hecho sino traducir a lo consciente lo que en el alma del protagonista tiene que permanecer inconsciente, deduciremos que lo que en Hamlet hemos de ver es un histérico, deducción que queda confirmada por su repulsión sexual, exteriorizada en su diálogo con Ofelia. Esta repulsión sexual es la misma que a partir del *Hamlet* va apoderándose, cada vez más por entero, del alma del poeta, hasta culminar en

Timón de Atenas. La vida anímica de Hamlet no es otra que la del propio Shakespeare. De la obra de Jorge Brandès sobre este autor (1896) tomo el dato de que *Hamlet* fue escrito a raíz de la muerte del padre del poeta (1601); esto es, en medio del dolor que tal pérdida había de causar al hijo y, por tanto, de la reviviscencia de los sentimientos infantiles del mismo con respecto a su padre. Conocido es también que el hijo de Shakespeare, muerto en edad temprana, llevaba el nombre de *Hamnet* (idéntico al de Hamlet). Así como *Hamlet* trata de la relación del hijo con sus padres, *Macbeth*, escrito poco después, desarrolla el tema de la esterilidad. Del mismo modo que el sueño y en general todo síntoma neurótico es susceptible de una superinterpretación e incluso precisa de ella para su completa inteligencia, así también toda verdadera creación poética debe de haber surgido de más de un motivo y un impulso en el alma del poeta y permitir, por tanto, más de una interpretación. Lo que aquí hemos intentado es, únicamente, la interpretación del más profundo estrato de sentimientos del alma del poeta creador^[386].

No puedo abandonar el tema de los sueños típicos de la muerte de parientes queridos sin aclarar aún más, con algunas indicaciones, su importancia para la teoría de los sueños. Se da en ellos el caso, nada común, de que la idea onírica formada por el deseo reprimido escapa a toda censura y aparece inmodificada en el contenido manifiesto. Este hecho tiene que ser facilitado por circunstancias especiales. Hay, en efecto, dos factores que lo favorecen: en primer lugar, no existe deseo alguno del que nos creamos más lejanos. Opinamos que «ni siquiera en sueños podría ocurrírse nos» desear cosa semejante, y de este modo resulta que la censura no se halla preparada a tal monstruosidad, análogamente a como las leyes de Solón no sabían encontrar un castigo proporcionado al delito del parricidio. Pero, además, el deseo reprimido e insospechado recibe con gran frecuencia en estos casos el apoyo de un resto diurno relativo a las *preocupaciones* que durante la vigilia hemos abrigado con respecto a la vida de personas que nos son queridas. Esta preocupación no puede llegar a incluirse en un sueño sirviéndose del deseo de igual sentido, el cual puede, a su vez, disfrazarse bajo la apariencia de la preocupación que nos ha embargado durante el día. Aquellos que opinan que el proceso es mucho más sencillo y que no hacemos sino continuar, durante la noche y en sueños, lo que nos ha preocupado durante el día, habrán de dejar los sueños de muerte de personas queridas fuera de toda relación con el esclarecimiento del fenómeno onírico y conservar sin

resolver, superfluamente, un enigma fácil de desentrañar.

Resulta también muy instructivo perseguir la relación de estos sueños con los de angustia. En los de la muerte de personas queridas ha hallado el deseo reprimido un camino por el que poder eludir la censura y la deformación por ella impuesta. Siempre que esto se verifica en un sueño experimentamos durante el mismo, como fenómeno concomitante, sensaciones dolorosas. Correlativamente, sólo se produce el sueño de angustia cuando la censura es vencida total o parcialmente y, por otro lado, la preexistencia de angustia como sensación actual emanada de fuentes somáticas facilita el vencimiento de la censura. De este modo vemos ya claramente la tendencia en favor de la cual labora la censura imponiendo la deformación, tendencia que no es sino la de *impedir el desarrollo de angustia o de otra forma cualquiera de afecto penoso*.

En páginas que anteceden traté del egoísmo del alma infantil, y quiero reanudar aquí el examen de este tema para demostrar que los sueños han conservado también este carácter. Todos, sin excepción, son egoístas y en todos aparece el amado yo, aunque oculto bajo el disfraz. Los deseos que en ellos quedan realizados son siempre deseos de dicho yo, y cuando el sueño nos parece obedecer a un interés por otra persona, ello no es sino una engañosa apariencia. Someteré aquí al análisis algunos sueños que parecen contradecir esta afirmación.

I. Un niño de menos de cuatro años relata el siguiente sueño: «Ha visto una gran fuente que contenía un gran pedazo de carne asada. De repente se lo comía alguien, de una sola vez y sin cortar. Pero él no veía quién era la persona que se lo había comido^[387]».

¿Quién podrá ser el individuo con cuyo copioso almuerzo sueña el niño? Los sucesos del día del sueño nos proporcionarán, sin duda, el esclarecimiento deseado. El sujeto se halla hace algunos días, por prescripción facultativa, a dieta láctea. Pero la tarde anterior había sido malo y le fue impuesto el castigo de acostarse sin siquiera tomar la leche. Ya en otra ocasión había sido sometido a una análoga cura de ayuno, resistiéndola muy valientemente, sin intentar siquiera que le levantasen el castigo confesando su hambre. La educación comienza ya a actuar sobre él, revelándose en el principio de deformación que su sueño presenta. No cabe duda que la persona que en su sueño almuerza tan a satisfacción, y precisamente carne asada, es él mismo. Pero como sabe que le está prohibido, no se atreve a hacer lo que los niños hambrientos hacen en

sueños (cf. el sueño de mi hija Ana); esto es, darse un espléndido banquete, y el invitado permanece anónimo.

II. Sueño ver en el escaparate de una librería un tomo nuevo de una colección cuyas publicaciones suelo adquirir siempre (monografías artísticas o históricas). *Este tomo inicia una nueva serie titulada: «Oradores (o discursos) famosos» y ostenta en la portada el nombre del doctor Lecher.*

El análisis me demuestra desde el primer momento lo inverosímil de que pueda ocuparme, efectivamente, en sueños, la personalidad del doctor Lecher, famoso por la resistencia que demostró hablando hora tras hora en el Parlamento alemán, durante una campaña obstruccionista. La verdad es que hace algunos días se ha aumentado el número de pacientes que tengo sometidos al tratamiento psíquico y me veo obligado a hablar durante nueve o diez horas diarias. Soy yo, por tanto, el resistente orador.

III. En otra ocasión sueño que un profesor de nuestra Universidad, conocido mío, me dice: *Mi hijo, el miope*. A estas palabras se enlaza un diálogo compuesto de breves frases. Pero luego sigue un tercer fragmento onírico, en el que aparezco yo con mis hijos. En el contenido latente, el profesor M. y su hijo no son sino maniqués que encubren mi propia persona y la de mi hijo mayor. Sobre este sueño habremos de volver más adelante, con motivo de otra de sus peculiaridades.

IV. El siguiente sueño nos da un ejemplo de sentimientos ruines y egoístas, ocultos bajo la apariencia de una tierna solicitud.

«Mi amigo Otto tiene mala cara. Su tez ha tomado un tinte oscuro, y los ojos parecen querer salirse de las órbitas».

Otto es nuestro médico de cabecera. No tengo la menor esperanza de saldar jamás mi deuda de gratitud para con él, pues vela hace ya muchos años por la salud de mis hijos, los ha asistido siempre con éxito y aprovecha además cualquier ocasión que se presenta para colmarlos de regalos. La tarde anterior al sueño que nos ocupa había venido a visitarnos, observando mi mujer que parecía hallarse fatigado y deprimido. Aquella misma noche le atribuye mi sueño dos de los síntomas característicos de la enfermedad de Basedow. Aquellos que se niegan a aceptar mis reglas de interpretación no verán en este sueño sino una continuación de los cuidados que el mal aspecto de mi amigo me había inspirado en la vigilia. Pero una tal interpretación *contradiría* los principios de que el sueño es una realización de deseos y accesible tan sólo a sentimientos egoístas. Además, habríamos de invitar a sus partidarios a explicarnos por qué la

enfermedad que temo aqueje a mi amigo es precisamente el bocio exoftálmico, diagnóstico para el que no ofrece su aspecto real el más pequeño punto de apoyo. En cambio, mi análisis me proporciona el material siguiente, derivado de un suceso acaecido seis años antes. Varios amigos, entre ellos el profesor R., atravesábamos en carruaje el bosque de N., distante algunas horas de nuestra residencia veraniega. Era ya noche cerrada, y el cochero, que había abusado de la bebida, nos hizo volcar en una pendiente, sin grave daño para nuestras personas, pero obligándonos a pernoctar en una vecina hostería, donde la noticia del accidente nos atrajo el interés de los demás viajeros. Un caballero, que mostraba algunos de los signos característicos del *morbus Basedowi* —tez oscura y ojos saltones, como Otto en mi sueño—, se puso por completo a nuestra disposición, preguntándonos en qué podía sernos útil. El profesor R., con su acostumbrada sequedad, le respondió: «Por mí, lo único que puede usted hacer es prestarme una camisa de dormir». Pero la generosidad del amable auxiliador no debía de llegar a tanto, pues alegando que no le era posible acceder a la petición del profesor, se alejó de nuestro lado.

En la continuación del análisis se me ocurre (aunque sin grandes seguridades sobre la exactitud de tal conocimiento) que Basedow no es sólo el nombre de un médico, sino también el de un famoso pedagogo. Mi amigo Otto es la persona a quien he rogado que, en caso de sucederme alguna desgracia, vele por la educación física de mis hijos, especialmente durante la pubertad (de aquí la camisa de dormir). Atribuyéndole luego, en el sueño, los síntomas patológicos de nuestro generoso auxiliador, es como si quisiera decir: «Si me sucede algo, le tendrán tan sin cuidado mis hijos como nosotros en aquella ocasión al barón de L., no obstante sus amables ofrecimientos». Pero el nódulo egoísta de este sueño tenía que quedar encubierto de alguna manera^[388].

Mas ¿dónde se halla aquí la realización de deseos? Desde luego no en la venganza contra mi amigo Otto, cuyo destino es, por lo visto, que yo le maltrate en mis sueños, sino en la siguiente relación: representando a Otto en mi sueño por la persona del barón de L., he identificado mi propia persona con la de otro; esto es, con la del profesor R., pues demando algo de Otto, como el profesor del barón, en aquella circunstancia. El profesor R. ha seguido, como yo, independientemente su camino, y sólo después de largos años ha alcanzado un título que merecía desde mucho antes. Así, pues, deseo nuevamente, en este sueño, el título de profesor. Incluso este «después de largos años» es una

realización de deseos, pues indica que vivo lo suficiente para guiar a mis hijos a través de los escollos de la pubertad.

g) Otros sueños típicos^[389].

No tengo experiencia personal de otros sueños típicos en los que el soñante se encuentra volando en el aire con el acompañamiento de un sentimiento de agrado o de angustia, por lo que todo lo que diga sobre el particular se deriva de los psicoanálisis. Por la información así obtenida debo concluir que también estos sueños reproducen impresiones infantiles; relatan aquellos juegos de movimiento de tanto atractivo para los niños. No existe un tío que no le haya mostrado a un niño volar alrededor de la pieza cogiéndolo entre sus brazos, o que no haya jugado dejándolo caer súbitamente al estar cabalgando en su rodilla y extender de improviso la pierna, o levantándolo en vilo y repentinamente simular dejarlo caer. Los niños gozan con tales experiencias y no se cansan de pedir su repetición, particularmente si ellas les producen un cierto susto o vértigo. Años después se repiten tales escenas en los sueños; pero dejando aparte las manos que los sujetaban, por lo que flotan o caen sin tener apoyo. El placer derivado por los niños en juegos por el estilo (columpio y balancín) es por todos conocido, y cuando ven acrobacias en un circo se reactiva la memoria de dichos juegos^[390]. Ataques histéricos en niños (varones) a veces no son sino meras reproducciones de tales acrobacias, llevadas a cabo con suma destreza. No es infrecuente que suceda en estos juegos de movimiento, aunque inocentes en sí, que den lugar a sensaciones sexuales (ver nota 339 de la pág. 585 en este volumen). El retozar de los niños ('hetzen'), usando un término que corrientemente describe tales actividades, es lo que se repite en los sueños de volar, caer, vértigo, etc., en tanto que el sentimiento placentero a ellas enlazado se transforma en angustia. Muy a menudo, como toda madre lo sabe, el retozar de los niños lleva a terminar en riñas y lágrimas.

Por tanto, tengo bases como para rechazar la teoría que los sueños de volar y caer son producidos por el estado de nuestras sensaciones táctiles o de movimiento pulmonar o algo por el estilo. Por mi parte, pienso que tales sensaciones son en sí reproducidas como una parte del recuerdo al que el sueño retrocede, es decir, son una parte del contenido del sueño pero no su fuente. Sin embargo, no puedo dejar de reconocer mi incapacidad de ofrecer una explicación

completa de este tipo de sueños. Mis conocimientos me han abandonado al llegar a este punto. Debo, sin embargo, insistir en la afirmación general que todas las sensaciones motoras y táctiles en acción en estos sueños típicos, emergen de inmediato cada vez que haya una razón psíquica para hacer uso de ellas y que puedan ser descartadas al no ser necesitadas. Soy también de la opinión que la relación entre tales sueños y las experiencias infantiles se han establecido con seguridad por los hechos obtenidos en los análisis de psiconeuróticos. Sin embargo, no soy capaz de decir que otros significados pueden relacionarse con dichas sensaciones a lo largo de la vida —diferentes significados, tal vez para cada caso individual a pesar de la apariencia típica de estos sueños, y tendría sumo agrado en poder llenar el vacío con un análisis cuidadoso de claros ejemplos. Si alguien se sorprende que pese a la frecuencia de sueños de volar, caer o sacarse un diente, me esté quejando de la falta de material, debo decir que yo mismo no he tenido sueños así desde que empezó mi interés por la interpretación onírica. Los sueños de neuróticos, de los que me he aprovechado, no siempre se pueden interpretar, al menos en muchos casos, como para revelar el total significado oculto. Una fuerza particular, que tuvo que ver con el origen y construcción de la neurosis, llega a actuar una vez más al tratar de resolverla, lo que nos impide interpretar estos sueños hasta su último secreto.

h) El sueño de examen.

Todo aquel que ha terminado con el examen de grado sus estudios de bachillerato puede testimoniar de la tenacidad con que le persigue el sueño de angustia de que va a ser suspendido y tendrá que repetir el curso, etc. Para el poseedor de un título académico se sustituye este sueño típico por el de que tiene que presentarse al examen de doctorado, sueño durante el cual se objeta en vano que hace ya muchos años que obtuvo el deseado título y se halla ejerciendo la profesión correspondiente. En estos sueños es el recuerdo de los castigos que en nuestra infancia merecieron nuestras faltas lo que revive en nosotros y viene a enlazarse a los dos puntos culminantes de nuestros estudios, al *dies irae*, *dies illa* de los rigurosos exámenes. El «miedo de examen» de los neuróticos halla también un incremento en la citada angustia infantil. Terminados nuestros estudios, no es ya de nuestros padres, preceptores o maestros, de quienes hemos de esperar el castigo a nuestras faltas, sino de la inexorable concatenación causal

de la vida, la cual toma a su cargo continuar nuestra educación, y entonces es cuando soñamos con los exámenes —¿y quién no ha dudado de su éxito?— siempre que tememos que algo nos salga mal en castigo a no haber obrado bien o no haber puesto los medios suficientes para la consecución de un fin deseado; esto es, siempre que sentimos pesar sobre nosotros una responsabilidad.

A una interesante observación de un colega, conocedor de estas cuestiones, debo un más amplio esclarecimiento de tales sueños, pues me llamó la atención sobre el hecho, por él comprobado, de que el sueño de tener que doctorarse nuevamente era siempre soñado por personas que habían salido triunfantes de dicho examen y nunca por aquellas otras que en él habían sido suspensas. Estos sueños de angustia, que suelen presentarse cuando al día siguiente ha de resolverse algo importante para nosotros, habrían, pues, buscado en el pretérito una ocasión en que la angustia se demostró injustificada y quedó contradicha por el éxito. Tendríamos aquí un singular ejemplo de interpretación errónea del contenido onírico por la instancia despierta. La objeción interpretada como rebelión contra el sueño: «Pero ¡si ya tengo el título!», etc., sería, en realidad, un aliento proporcionado por el mismo: «No temas; recuerda el miedo que sentiste antes del examen de doctorado y recuerda que nada malo te pasó. Hoy tienes ya tu título», etc. Resulta, pues, que la angustia que atribuíamos al sueño procedía de los restos diurnos. Esta explicación se ha demostrado cierta en todos los sueños de este género, propios y ajenos, que he podido investigar. La medicina legal, asignatura en la que fui suspenso, no me ha ocupado jamás en sueños, mientras que muchas veces he soñado examinarme de Botánica, Zoología y Química, disciplinas en las que mi miedo al examen estaba muy justificado, pero que aprobé por especial favor del Destino o del examinador. Entre las asignaturas de segunda enseñanza escogen siempre mis sueños la Historia, disciplina en la que rayé a gran altura, pero sólo porque mi amable profesor —el tuerto de otro sueño (pág. 358)— se dio cuenta de que al devolverle el programa había hecho con la uña una señal, junto a la segunda pregunta, para advertirle que no insistiera mucho sobre ella. Uno de mis pacientes, que aprobó el examen de doctorado y fue luego suspendido en la Audiencia Militar, me ha confirmado que sueña muchas veces con el primer examen y jamás con el último (se trataba de W. Stekel).

Los sueños de examen presentan, para la interpretación, aquella dificultad que antes señalamos como característica de los sueños típicos. El material de asociaciones que el sujeto pone a nuestra disposición rara vez resulta suficiente,

y de este modo, sólo por la reunión y comparación de numerosos ejemplos nos es posible llegar a la inteligencia de estos sueños. Recientemente experimenté en un análisis la segura impresión de que la frase: «Pero ¡si ya eres doctor!», etc., no se limita a encubrir una intención alentadora, sino que entraña también un reproche: «Tienes ya muchos años y has avanzado mucho en la vida; mas, a pesar de ello, sigues haciendo *bobadas y niñerías*». El contenido latente de esos sueños correspondería, pues, a una mezcla de autocrítica y aliento, y siendo así, no podremos extrañar que el reproche de seguir cometiendo «bobadas» y «niñerías» se refiera, en los ejemplos últimamente analizados, a la repetición de actos sexuales, contra los que hay algo que se opone en nosotros. W. Stekel, que adelantó la primera interpretación de un sueño de examen ('Matura'), era de la opinión que habitualmente se relacionaban con tests sexuales y con madurez sexual. Mi experiencia ha confirmado a menudo este punto de vista.

CAPÍTULO VI

LA ELABORACIÓN ONÍRICA

TODAS las tentativas realizadas hasta el día para solucionar los problemas oníricos se enlazaban directamente al contenido manifiesto, esforzándose por extraer de él la interpretación o fundamentar en él, cuando renunciaban a hallar sentido alguno interpretable, su juicio sobre el fenómeno objeto de nuestro estudio. Somos, pues, los primeros en partir de un diferente punto inicial. Para nosotros se interpola, en efecto, entre el contenido onírico y los resultados de nuestra observación un nuevo material psíquico: el contenido *latente* o ideas *latentes* del sueño que nuestro procedimiento analítico nos lleva a descubrir. De este contenido latente y no del manifiesto es del que desarrollamos la solución del sueño. Así, pues, se nos presenta también una nueva labor que no se planteaba a los autores anteriores: la de investigar las relaciones del contenido manifiesto con las ideas latentes y averiguar por qué proceso ha surgido de estas últimas aquel primero.

Las ideas latentes y el contenido manifiesto se nos muestran como dos versiones del mismo contenido, en dos idiomas distintos, o, mejor dicho, el contenido manifiesto se nos aparece como una versión de las ideas latentes a una distinta forma expresiva, cuyos signos y reglas de construcción hemos de aprender por la comparación del original con la traducción. Las ideas latentes nos resultan perfectamente comprensibles en cuanto las descubrimos. En cambio, el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes. Incurriríamos, desde luego, en error si quisiéramos leer tales signos dándoles el valor de imágenes pictóricas y no de caracteres de una escritura

jeroglífica. Supongamos que tenemos ante nosotros un jeroglífico cualquiera de los muchos que se publican como pasatiempo. En él vemos una casa sobre cuyo tejado descansa una barca, y luego, a continuación, una letra y una figura humana, sin cabeza, corriendo desesperadamente, etc. Ante estas imágenes podríamos expresar la crítica de que tanto su yuxtaposición como su presencia aislada son absurdas e insensatas, pues las barcas no anclan nunca sobre los tejados y un hombre decapitado es incapaz de correr. Asimismo, esta última figura resulta más grande que la casa, y si el conjunto ha de representar un paisaje, sobran las letras, que jamás hemos visto surgir espontáneamente en la Naturaleza. Pero estas objeciones dependen de que formamos sobre el jeroglífico un juicio equivocado. Así, pues, habremos de prescindir de ellas y adaptarnos al verdadero carácter de aquél, esforzándose en sustituir cada imagen por una sílaba o una palabra susceptibles de ser representadas por ella. La yuxtaposición de las palabras que así reuniremos no carecerá ya de sentido, sino que podrá constituir incluso una bellísima sentencia. Pues bien: el sueño es exactamente uno de estos jeroglíficos, y nuestros predecesores en la interpretación onírica han incurrido en la falta de considerar el jeroglífico como una composición pictórica. De este modo no tenía más remedio que parecerles insensato y sin valor alguno.

A) La labor de condensación.

Lo primero que la comparación del contenido manifiesto con las ideas latentes evidencia al investigador es que ha tenido efecto una magna *labor de condensación*. El sueño es conciso, pobre y lacónico en comparación con la amplitud y la riqueza de las ideas latentes. Su relación escrita ocupa apenas media página. En cambio, la del análisis en el cual se hallan contenidas las ideas latentes ocupa seis, ocho o doce veces más espacio. Esta proporción es muy variable, y por lo que hasta el momento hemos podido comprobar, no influye para nada en el sentido de los sueños correspondientes. Generalmente se estima muy por debajo el montante de la comprensión que ha tenido efecto, pues se consideran las ideas latentes descubiertas como la totalidad del material dado, siendo así que no constituyen sino una parte del mismo y que, prosiguiendo el análisis, podemos hallar todavía nuevas series de ideas que se ocultaban detrás del sueño. Ya indicamos antes que jamás podemos estar seguros de haber agotado la interpretación de un sueño. Aunque la solución obtenida nos parezca

completa y satisfactoria, queda siempre la posibilidad de que el mismo sueño haya servido también de exteriorización a otro sentido más. Así, pues, el *montante de condensación* es —en términos rigurosos— indeterminable. Contra el aserto de que la desproporción entre contenido manifiesto e ideas latentes nos fuerza a deducir que en la elaboración onírica ha tenido efecto una amplia condensación del material psíquico, podría elevarse una objeción, a primera vista muy plausible. Pudiera, en efecto, alegarse la impresión que con tanta frecuencia experimentamos de haber soñado muchas cosas a través de toda la noche y haber olvidado después la mayor parte. De este modo el sueño que al despertar recordamos no sería sino un resto de la total elaboración onírica, la cual, recordada por entero, presentaría una amplitud igual a la de las ideas latentes. Hay aquí una parte de verdad, pues la observación de que cuando más fielmente nos es dado reproducir un sueño es cuando intentamos recordarlo inmediatamente después de despertar, mientras que conforme avanza el día va haciéndose su recuerdo cada vez más vago e incompleto, es rigurosamente cierta. Pero, por otro lado, podemos comprobar que el sentimiento de haber soñado mucho más de lo que podemos reproducir reposa muchas veces en una ilusión, cuyo origen aclararemos más adelante. Además, la hipótesis de una condensación en la elaboración onírica no queda contradicha en modo alguno por la posibilidad del olvido de los sueños, pues resulta demostrada por las masas de representaciones pertenecientes a cada uno de los fragmentos oníricos conservados. Lo que sucede cuando realmente ha sido olvidada una gran parte del sueño es que tal olvido nos cierra el acceso a una nueva serie de ideas latentes, pues nada justifica la suposición de que los fragmentos oníricos olvidados no se habrían referido sino a aquellas ideas que ya conocemos por el análisis de los conservados^[391].

Ante la extraordinaria cantidad de ocurrencias que el análisis aporta con respecto a cada elemento del contenido onírico surgirá en nuestros lectores la duda de si podemos considerar como perteneciente a las ideas latentes todo aquello que *a posteriori* se nos ocurre durante la labor analítica; esto es, si debemos suponer que todas estas ideas se hallaban ya en actividad durante el reposo y contribuyeron a la elaboración del sueño, o si no es mucho más verosímil que durante dicha labor surjan nuevas asociaciones de ideas que no tomaron parte alguna en la constitución del mismo. Sólo condicionalmente podemos agregarnos a esta duda. Es, desde luego, cierto que durante el análisis

surgen por primera vez algunas asociaciones, pero siempre nos es dado comprobar que tales nuevas conexiones sólo se establecen entre ideas que se hallaban ya enlazadas de otra manera en el contenido latente. Las nuevas conexiones no son sino contactos o corto circuitos facilitados por la existencia de otros caminos de enlace más profundos. Con respecto a la mayor parte de las masas de ideas descubiertas en el análisis, nos vemos obligados a reconocer que han actuado ya en la elaboración del sueño; pues cuando hemos seguido una cadena de tales pensamientos, que parecen exentos de todo nexo con dicha elaboración, tropezamos bruscamente con una idea que se halla representada en el sueño, es indispensable para la elaboración del mismo y no resulta accesible sino por la persecución de dicha serie de pensamientos, ajena en apariencia a la formación del producto onírico. Recuérdesse a este respecto el sueño de la monografía botánica, que se nos muestra como el resultado de una asombrosa condensación, aunque no hemos comunicado su análisis sino fragmentariamente.

Pero entonces, ¿cómo hemos de representarnos el estado psíquico que durante el reposo precede al soñar? Las ideas latentes, ¿aparecen dadas en conjunto o son recorridas de un modo sucesivo? ¿No podrá ser también que, partiendo de diversos centros, se constituyan varias cadenas de ideas simultáneas, que luego se unan en un punto dado? A mi juicio, no tenemos necesidad ninguna de crearnos una representación plástica del estado psíquico en la elaboración onírica. Bastará con no olvidar que se trata del pensamiento inconsciente y que el proceso puede ser muy distinto del que percibíamos en nosotros en la reflexión voluntaria acompañada de conciencia.

De todos modos, el hecho es que la elaboración onírica reposa sobre una condensación permanente inquebrantable. Ahora bien: ¿cómo se lleva a cabo tal condensación?

Si reflexionamos que de las ideas latentes halladas sólo una minoría queda representada en el sueño por uno de sus elementos de representación, habríamos de concluir que la condensación se verifica por *exclusión*, no siendo así el sueño una fiel traducción o una proyección, punto por punto, de las ideas latentes, sino una reproducción harto incompleta y llena de lagunas de las mismas. Este juicio es, sin embargo, como pronto veremos, harto equivocado. Pero tomémoslo al principio como base y continuemos preguntándonos: si al contenido manifiesto no llegan sino pocos elementos de las ideas latentes, ¿qué condiciones determinan la selección de las mismas?

Para contestar a esta interrogación examinaremos aquellos elementos del

contenido manifiesto que tienen que haber cumplido tales condiciones. El material mejor para esta investigación será, sin duda, un sueño en cuya elaboración haya tenido efecto una condensación particularmente enérgica. Elegiremos el de la monografía botánica, expuesto antes del capítulo V (pág. 448 del presente volumen).

Sueño de la monografía botánica. Contenido manifiesto: «He escrito una monografía sobre una especie (indeterminada) de plantas. Tengo el libro ante mí y vuelvo en este momento la página por la que se hallaba abierto y que contiene una lámina en colores. Cada ejemplar ostenta, a manera de herbario, un espécimen disecado de la planta».

El elemento más evidente de este sueño es la *monografía botánica*. Como ya indicamos, procede de las impresiones del día del sueño, pues la tarde anterior al mismo había visto realmente en el escaparate de un librero una *monografía sobre los ciclámenes*. El contenido manifiesto omite mencionar esta especie y conservar tan sólo la monografía y su relación con la Botánica. La «monografía botánica» demuestra en seguida su relación con mi *estudio sobre la cocaína*, y de esta última se dirige la asociación de ideas, por un lado, al escrito redactado con motivo del aniversario de un laboratorio y a determinados hechos relacionados con tal institución, y por otro, a mi amigo el oculista doctor Koenigstein, que participó en la aplicación de la cocaína como anestésico. A la persona del doctor Koenigstein se enlazan, además, el recuerdo del interrumpido diálogo que sostuve con él la tarde anterior y los diversos pensamientos sobre el pago de los servicios médicos entre colegas. Esta conversación es el verdadero estímulo onírico actual. La monografía sobre los ciclámenes es también una actualidad, pero de naturaleza indiferente. Resulta, pues, que la «monografía botánica» del sueño se demuestra como un *elemento común intermedio* entre ambos sucesos diurnos, tomado sin modificación alguna de la impresión indiferente y enlazado con el suceso psíquicamente importante por amplísimos enlaces de asociaciones.

Pero no sólo la representación compuesta *monografía botánica*, sino también aisladamente cada uno de sus elementos, *botánica* y *monografía*, van profundizando más y más, por medio de múltiples asociaciones, en la madeja de ideas latentes. Al elemento *botánica* pertenecen los recuerdos relativos a la persona del profesor *Gaertner (jardinero)*, a su *florecente* mujer, a aquella paciente mía cuyo nombre era *Flora* y la señora de la que relaté la historia de las *flores* olvidadas. El elemento *Gaertner* me conduce nuevamente al laboratorio y

a la conversación con Koenigstein, a la que pertenece asimismo la mención de mis dos pacientes. De la señora de las *flores* parte un camino mental hasta las *flores* preferidas de mi mujer, punto en el que converge también otro camino cuyo punto de partida es el título de la monografía vista en la vigilia. El elemento «botánica» recuerda, además, el episodio del herbario y un examen de mi época universitaria, y un nuevo tema tratado en mi conversación con el oculista —el de mis aficiones— se enlaza por mediación de la alcachofa, a la que humorísticamente llamo mi *flor preferida*, a la concatenación de ideas por parte de las flores olvidadas. Detrás del elemento «alcachofa» se esconde, en primer lugar, el recuerdo de Italia, y en segundo, el de una escena infantil que inició mis relaciones, tan íntimas luego, con los libros. Así, pues, *botánica* es un verdadero foco de convergencia, en el que se reúnen para el sueño numerosas series de ideas, cuyo enlace quedó efectuado en mi conversación con Koenigstein. Nos hallamos aquí en medio de una fábrica de pensamientos en la que, como en una obra maestra de hilandería y según los famosos versos, se «entrecruzan mil y mil hilos, / van y vienen las lanzaderas, / manan invisiblemente las hebras / y un único movimiento establece mil enlaces». (Goethe: ‘Faust’.)

El elemento «monografía» del sueño procede a su vez de dos temas: lo unilateral de mis estudios y lo costoso de mis aficiones.

De este primer examen sacamos la impresión de que los elementos «monografía» y «botánica» han sido acogidos en el contenido manifiesto por ser los que presentan más considerable número de contactos con la mayoría de las ideas latentes, constituyendo así *puntos de convergencia* en los que van a reunirse muchas de tales ideas; esto es, por entrañar con respecto a la interpretación una *multiplicidad de significaciones*. Expresando en forma distinta el hecho en que basamos esta explicación, podemos decir que cada uno de los elementos del contenido manifiesto demuestra hallarse *superdeterminado* y múltiplemente representado en las ideas latentes.

Investigando la emergencia de los demás elementos del sueño en las ideas latentes realizamos aún nuevos descubrimientos. La lámina en colores contenida en la página por la que abro el libro se refiere (véase el análisis) a un nuevo tema, la crítica de mis obras por mis colegas; a otro ya representado en el sueño, mis aficiones, y al recuerdo infantil de la destrucción de un libro que tenía láminas de colores. El espécimen disecado de la planta se refiere al suceso del herbario escolar y hace resaltar este recuerdo con especial energía. Veo, pues, de

qué género es la relación entre el contenido manifiesto y las ideas latentes: no sólo se hallan múltiplemente determinados los elementos del sueño por las ideas latentes, sino que cada una de éstas se halla asimismo representada en el sueño por varios elementos. De un elemento del sueño conduce el camino de asociación a varias ideas latentes y de una idea latente, a varios elementos del sueño. Así, pues, la elaboración no se verifica suministrando cada una de las ideas latentes o cada grupo por ellas formando una abreviatura destinada al contenido del sueño —como los habitantes de una nación eligen diputados que los representen en Cortes—, sino que la completa totalidad de las ideas latentes es sometida a cierta elaboración conforme a la cual los elementos más firmes y eficazmente sustentados quedan situados en primer término para su acceso al contenido manifiesto, procedimiento análogo al de elección por listas electorales. Cualquiera que sea el sueño que sometamos a esta disección, confirmaremos los mismos principios; esto es, que los elementos del contenido manifiesto quedan constituidos a expensas de la totalidad de las ideas latentes y cada uno de ellos se muestra múltiplemente determinado con relación a dichas ideas.

No es seguramente ocioso demostrar prácticamente esta relación entre contenido manifiesto e ideas latentes con un nuevo ejemplo, caracterizado por la complicada trama de las relaciones recíprocas. Este sueño procede de un enfermo de claustrofobia (miedo a los espacios cerrados) al que tuve sometido a tratamiento. El título que doy a su ingeniosísima construcción onírica se halla plenamente justificado, como el lector verá más adelante.

I. *Un bello sueño*. —«Acompañado por un nutrido grupo de gente, entra en la calle de X, en la cual hay una modesta posada (dato inexacto en la realidad). En las habitaciones de esta posada se está verificando una representación teatral, y él es tan pronto espectador como actor. Al final tienen todos que cambiarse de traje para volver a la ciudad. A este fin se designa a parte del personal las habitaciones del piso bajo y a la otra las del primero. Los de arriba se incomodan porque los de abajo no han acabado todavía y no pueden ellos bajar. Su hermano está arriba; él, abajo, y se incomoda con aquél porque le da tanta prisa (toda esta parte, oscura en el sueño). Además, ya al llegar estaban distribuidas las habitaciones y determinado quién había de estar arriba y quién abajo. Luego camina solitario por la cuesta arriba que la calle X forma en dirección a la ciudad y anda tan difícil y trabajosamente, que apenas avanza. Un caballero anciano se une a él e insulta al rey de Italia. Próximo ya al final de la pendiente comienza a

andar con mayor facilidad».

La fatiga al andar fue tan clara en el sueño, que todavía, al despertar, dudó el sujeto por algunos momentos si se trataba de un sueño o de una realidad.

Si nos atenemos al contenido manifiesto, no presenta este sueño nada que merezca nuestro interés. Contra lo regular, comenzaré la interpretación por el fragmento que el sujeto manifiesta ha sido el más claro y preciso.

La fatiga soñada y probablemente sentida en el sueño, esto es, la disnea al subir la cuesta, es uno de los síntomas que el sujeto mostró realmente hace algunos años y fue atribuido por entonces, con otros fenómenos, a una tuberculosis (simulada probablemente por la histeria). Conocemos ya, por nuestro estudio de los sueños exhibicionistas, esta sensación de parálisis, peculiar al fenómeno onírico, y volvemos a comprobar aquí que es utilizada como un material disponible en todo momento para los fines de otra cualquier representación. El fragmento onírico que describe cómo la subida se hacía muy trabajosa al principio y fácil, en cambio, al final de la pendiente me recordó, al escuchar el relato de este sueño, la conocida y magistral introducción de la *Safo*, de Alfonso Daudet. Un joven sube una escalera llevando en brazos a su amada. Al principio no siente apenas el peso del adorado cuerpo, pero conforme va subiendo va haciéndose más pesada la carga, hasta resultarle intolerable. Esta escena resume la narración de Daudet, en la cual se propone el poeta advertir a la juventud de los peligros de prodigar seria inclinación a mujeres de baja extracción y dudoso pasado^[392]. Aunque sabía que mi paciente había mantenido, y roto poco tiempo antes, relaciones amorosas con una actriz, no esperaba yo que mi espontánea interpretación se demostrase acertada. Además, la escena de *Safo* se desarrollaba en sentido *inverso* a la del sueño, pues en éste es la subida penosa al principio y luego fácil, mientras que para el símbolo de la novela es necesario que aquello que al principio parece ligero resulte luego una pesada carga. Para mi sorpresa, observó el paciente que tal interpretación se adaptaba muy bien al contenido de la obra que la noche anterior había visto representar en el teatro. Dicha obra se titulaba *En derredor de Viena* y desarrollaba la vida de una muchacha de origen humilde que, lanzada a la vida galante, *subía* a capas más altas de la sociedad por sus relaciones con hombres aristócratas, pero acababa *descendiendo* cada vez más bajo. El argumento de esta obra le había recordado otra, titulada *De escalón en escalón*, en cuyos carteles anunciadores se ostentaba una *escalera* de varios escalones.

La interpretación de este sueño continuó luego en la forma siguiente: En la calle X había vivido la actriz con la que últimamente había mantenido relaciones. En dicha calle no hay posada ninguna. Pero una vez que el sujeto había pasado parte del verano en Viena se alojó (*descendió* ‘abgestregen’) en un hotel cercano. Al abandonarlo, dijo al cochero: «Después de todo, no está mal este hotel. Por lo menos no hay en él pulgas ni chinches» (ésta era, además, una de sus fobias). A lo cual respondió el cochero: «No sé cómo se le ha ocurrido a usted venir a parar aquí. Más que un hotel es una *posada*».

Al elemento «posada» se enlaza en seguida el recuerdo de unos versos de Uhland: «Hace poco fui invitado —por un amable *posadero*». El posadero de estos versos es un *manzano*.

Otra cita continúa luego la concatenación de ideas: «Fausto, bailando con la joven: Tuve una vez un *bello sueño*; / veía un *manzano*, / en el que relucían dos bellas manzanas; / me atrajeron y *subí a cogerlas*. / La bella: mucho os gustan las manzanas / desde los tiempos del Paraíso; / y siento una gran alegría / de que también las haya en mi jardín». (Goethe: ‘Faust’.)

No puede abrigarme la menor duda sobre aquello a que se alude con el manzano y las manzanas. Un bello busto era uno de los encantos con los que la actriz había encadenado al sujeto.

El conjunto de este análisis justificaba plenamente la sospecha de que el sueño se retrotraía a una impresión infantil y que, siendo así, tenía que referirse a la nodriza del sujeto, el cual se halla próximo a los treinta años. Para el niño es, efectivamente, el seno de su nodriza la posada donde se alimenta. Tanto la nodriza como *Safo* constituyen en el sueño alusiones a la mujer amada y recientemente abandonada.

En el contenido manifiesto aparece también el hermano (mayor) del paciente. Éste se halla *abajo* y aquél *arriba*, circunstancia que constituye, de nuevo, una *inversión* de las circunstancias reales, pues me es conocido que el hermano ha perdido su posición social, conservándola, en cambio, mi paciente. En la reproducción del contenido manifiesto eludió el sujeto una expresión muy corriente —«Mi hermano estaba arriba y yo *par terre*»—, que hubiera transparentado en demasía, aunque inversamente, la situación real, pues decimos que una persona está *par terre* cuando ha perdido fortuna y posición; esto es, cuando podemos decir también de ella que ha *descendido*. El hecho de que en esta parte del sueño quede algo representado en forma invertida tiene que poseer un sentido, y tal inversión ha de mostrarse extensiva a otra distinta relación entre

las ideas latentes y el contenido manifiesto. El examen de la última parte del sueño en la que la «subida» muestra el carácter *inverso* al de la escena de *Safo*, nos indica claramente cuál es dicha inversión: en *Safo* lleva el hombre en sus brazos a la mujer ligada a él por relaciones sexuales. Así, pues, en las ideas latentes se trata, a la *inversa*, de una mujer que lleva al hombre, y dado que esto no puede suceder sino en la infancia, se referirán dichas ideas a la nodriza que lleva en brazos a la criatura y para la cual constituye la crianza del pequeño ser una pesada carga. De este modo representa el sueño a *Safo* y a la nodriza por medio de un mismo elemento.

Así como el nombre de *Safo* no fue escogido por el poeta sin un propósito alusivo a una costumbre lesbiana, también los fragmentos del sueño que muestran personas ocupadas *arriba* y *abajo* se refieren a fantasías de contenido sexual que ocupan la imaginación del sujeto y que a título de impulsos sexuales reprimidos no carecen de relación con su neurosis. La interpretación misma no nos revela que tales elementos latentes así representados en el sueño sean, en efecto, fantasías y no recuerdos de hechos reales, pues se limita a proporcionarnos un contenido ideológico y deja a nuestro cargo el fijar un valor real. Los sucesos reales y los fantásticos aparecen aquí —y no sólo aquí, sino también en la creación de productos psíquicos de mayor importancia que el sueño— como equivalentes al principio. La mucha gente significa, como ya indicamos, secreto. El hermano no es sino el representante, incluido en la escena infantil, por un «fantasear retrospectivo» de todos los posteriores competidores amorosos. Por último, el episodio del caballero que insulta al rey de Italia se relaciona de nuevo por el intermedio de un suceso reciente, pero indiferente en sí, con el acceso de personas de baja extracción a círculos elevados de la sociedad. Es como si a la advertencia que Daudet dirige a los jóvenes hubiera de yuxtaponerse otra análoga dirigida al niño de pecho^[393].

II. *El sueño del escarabajo de Mayo*. *Contenido onírico*: Como segundo ejemplo para el estudio de la condensación en la elaboración onírica, comunicaré aquí el análisis parcial de otro sueño que debo a una señora, ya de edad madura, sometida a tratamiento psicoanalítico. Correlativamente a los graves estados de angustia que padecía, contenían sus sueños un amplísimo material de ideas sexuales, cuya revelación la sorprendió y atemorizó al principio. No siéndome posible comunicar el análisis completo, parece el material onírico dividirse en varios grupos sin conexión visible.

«Recuerda que tiene encerrados en una caja dos coleópteros (Maikaefer) a los que habrá de dar libertad si no quiere que se ahoguen. Al abrir la caja ve que los dos insectos se hallan muy deprimidos. Por fin, vuela uno a través de la ventana abierta; pero el otro queda machacado contra una de las hojas de la misma al cerrarla ella, obedeciendo a la indicación que alguien le hace en tal sentido (manifestaciones de repugnancia)».

Análisis: Su marido se halla de viaje. Junto a ella, en el lecho conyugal, duerme su hija, muchacha de catorce años. Esta última le advirtió, al acostarse, que había caído una polilla en el vaso de agua; pero ella no se preocupó de sacarla, y al verla por la mañana lamenta la muerte del pobre animalito. En un libro que leyó por la noche se cuenta cómo unos niños arrojan un gato en un caldero de agua hirviendo y se describen las convulsiones de la infeliz víctima. Éstas son las dos impresiones, indiferentes en sí, que motivan el sueño. A continuación pasa al tema de la *crueldad para con los animales*. Su hija mostró en alto grado este defecto durante un verano que pasaron en el campo. Se dedicó a formar una colección de mariposas y le pidió *arsénico para matarlas*. Una mariposa de gran tamaño se le escapó un día de las manos y revoloteó largo rato por la habitación con el cuerpo traspasado por un alfiler. Otra vez se le murieron de hambre unos gusanos que guardaba para observar cómo iban formando el capullo. Esta misma niña solía entretenerse, en años aún más tiernos, arrancando a los coleópteros y a las mariposas las alas y las patas. Afortunadamente se ha corregido ya de estas tendencias crueles y hoy se horrorizaría de tales actos.

Esta contraposición entre los crueles sentimientos anteriores de su hija y la actual bondad de la misma ocupa largo rato su pensamiento y le recuerda otra, la que suele existir entre el *aspecto exterior* de las personas y su condición moral. Así, el *aristócrata* que seduce y abandona a una infeliz muchacha y el obrero de nobles y elevados pensamientos. El carácter de una persona no puede deducirse de su *aspecto exterior*. ¿Quién podría conocer por su *aspecto* los deseos sexuales que a *ella* la atormentaban?

En la misma época durante la cual se dedicaba su hija a coleccionar mariposas se halla toda la región invadida por una plaga del coleóptero *melolontha vulgaris* (Maikaefer —literalmente, coleóptero de mayo—), y los chicos se dedicaban a combatirla, *machacándolos* sin piedad. Por entonces vio también a un hombre que cogía estos insectos, les arrancaba las alas y se los comía. Ella nació y se casó en el mes de mayo. Tres días después de su boda escribió a sus padres una carta diciéndoles que era muy feliz. Pero, la verdad, era

todo lo contrario.

Durante la tarde anterior al sueño había estado revisando cartas antiguas y había leído, a los suyos, varias de ellas, serias unas y cómicas otras. Entre estas últimas se halla una, altamente ridícula, de un profesor de piano que le había hecho la corte de muchacha. Luego leyó otra de un *aristocrático* pretendiente^[394].

Se reprocha no haber podido impedir que una de sus hijas leyese un libro, poco recomendable, de Maupassant^[395].

El *arsénico* que su hija le pidió en la ocasión indicada le recuerda las *píldoras de arsénico* que devuelven las energías juveniles al duque de Mora, en *El Nabab*, de Daudet.

Al elemento «dar libertad» asocia el recuerdo de un pasaje de *La flauta mágica*: «No puedo forzarte a amar, / pero no te devolveré *la libertad*».

A los coleópteros (Maikaefer), las palabras de Kaetchen^[396]: «Estás enamorado como un coleóptero».

En el intermedio recuerda una cita de Tannhäuser: «Porque, poseído por *perverso deseo...*»

Vive preocupada y ansiosa, pensando en su marido ausente. El miedo de que pueda sucederle algo se exterioriza en numerosas fantasías diurnas. Poco antes había expresado en sus pensamientos inconscientes, durante el análisis, una queja sobre su *avejentamiento*. La idea optativa que este sueño encubre quedará transparentada con el dato de que varios días antes del sueño sobresaltó y horrorizó a la sujeto el imperativo *ahórcate*, que dirigido a su marido surgió de improviso en su pensamiento mientras se hallaba realizando sus ocupaciones de ama de casa. Posteriormente se averiguó que algunas horas antes había leído que los ahorcados experimentan en el momento de morir una enérgica erección. Así, pues, el deseo de dicha erección era lo que, bajo tal disfraz atemorizante, resurgía de la represión. El imperativo *ahórcate* significaba tanto como el de «procúrate una erección a cualquier precio». Las píldoras de arsénico del doctor Jenkins, en *El Nabab*, pertenecen a este círculo de ideas. La paciente sabía también que el más enérgico afrodisiaco, la *cantaridina*, se prepara *machacando* los cuerpos de unos *coleópteros*. Tal es el sentido al que tiende la parte principal del contenido manifiesto.

El abrir y cerrar la ventana es una causa constante de discusiones con su marido. Este acostumbra dormir con las ventanas cerradas. Ella, en cambio,

prefiere que permanezcan abiertas.

En los tres sueños cuya comunicación antecede ha hecho resaltar, subrayándolos, aquellos elementos del contenido manifiesto que retornan en las ideas latentes, mostrando así, evidentemente, la múltiple relación de los mismos. Pero dado que en ninguno de estos sueños se ha llevado a término el análisis, creemos conveniente realizar igual labor en un sueño cuyo análisis hallamos comunicado más minuciosamente, demostrando en él la superdeterminación de su contenido. Con este objeto elegiremos el sueño de la inyección de Irma, ejemplo en el que reconocemos sin esfuerzo que la labor de condensación se sirve, en la elaboración del sueño, de más de un único medio.

El personaje principal del contenido del sueño es Irma, mi paciente, que aparece en él con su fisonomía real y, por tanto, se representa al principio a sí misma. Pero ya su colocación, al reconocerla yo junto a la ventana, está tomada de un recuerdo referente a otra persona, aquella señora a la que, según me revelan las ideas latentes, quisiera yo tener como paciente en lugar de Irma. Por el hecho de padecer ésta una difteritis, enfermedad que me recuerda la de mi hija mayor, pasa a representar a ésta, detrás de la cual, y enlazada con ella por la igualdad de nombre, se esconde la persona de una paciente muerta por intoxicación. En el subsiguiente curso del sueño cambia la significación de la personalidad de Irma (sin que su imagen onírica varíe), transformándose en uno de los niños a los que reconocíamos en la consulta pública de nuestra clínica, ocasión en la que demuestran mis dos amigos la diferencia de sus capacidades intelectuales. El paso de una a otra significación quedó, sin duda, facilitado por la representación de mi hija en edad infantil. Por la resistencia que opone a abrir bien la boca, se convierte la misma Irma en alusión a otra señora reconocida por mí una vez, y luego, dentro del mismo contexto, a mi propia mujer. En las alteraciones patológicas que compruebo en su garganta hallo, además, alusiones a toda una serie de otras personas.

Todas estas personas con las que tropiezo al perseguir el elemento «Irma» no entran corporalmente en el sueño, sino que se esconden detrás de la persona onírica «Irma», que queda constituida de este modo como una imagen colectiva con rasgos contradictorios. Por mi atribución a Irma de todos aquellos recuerdos míos referentes a aquellas otras personas sacrificadas en el proceso de condensación, queda convertida en representante de las mismas.

La constitución de tal *persona colectiva*, para los fines de la condensación onírica, puede llevarse también a cabo fundiendo en una imagen onírica los

rasgos actuales de dos o más personas. De este modo es como ha surgido el doctor M. de mi sueño. Este personaje lleva el nombre del doctor M. y habla y actúa como él, pero su aspecto físico y sus padecimientos corresponden a otra persona: a mi hermano mayor. Un único rasgo, la palidez, se halla doblemente determinado, siendo común en la realidad a ambas personas. Un análogo personaje mixto es el doctor R. en el sueño de mi amigo, que es mi tío. Pero en este caso ha quedado constituida la imagen onírica de un tercer modo diferente. No he reunido rasgos físicos del uno con otros del otro, disminuyendo así la imagen mnémica de cada uno en determinados detalles, sino que he puesto en práctica el procedimiento seguido por Galton para lograr sus retratos de familia; esto es, proyectar ambas imágenes una sobre otra, con lo cual resaltan, acentuados, los rasgos comunes y se destruyen los diferentes, apareciendo sólo vagamente en la imagen. De este modo resalta, acentuada, como rasgo común en la vaga fisonomía formada por superposición de las dos personas diferentes, la *barba rubia*, detalle que contiene, además, una alusión a mi padre y a mí mismo, facilitada por la relación al encanecimiento.

La constitución de personas colectivas y mixtas es uno de los principales medios de que se sirve la condensación onírica. No tardaremos en tener ocasión de ocuparnos nuevamente de ella en relación con otras cuestiones.

La asociación «disentería» en el sueño de la inyección se halla también múltiplemente determinada: de una parte, por similitud parafásica con «difteria» (*Dysenterie-Diphaérie*), y de otra, por la relación con el paciente enviado por mí a Egipto y cuya histeria logra burlar al médico.

La mención de la *propilena* en el sueño se demuestra también como un interesante caso de condensación. Lo que las ideas latentes contenían no era *propilena*, sino *amilena*. Pudiera creerse que no ha tenido aquí efecto, en la elaboración del sueño, más que un sencillo desplazamiento. Así, es, en efecto; pero este desplazamiento se halla al servicio de los fines de la condensación, como lo prueba el siguiente apéndice que aquí agregamos al análisis de este sueño. Deteniendo mi atención un momento más en la palabra *propilena*, se me ocurre que es similitud a *propileos* (*Propylen-Propiläen*). Con esta palabra se alude no solamente a Atenas, sino también a Munich. A esta última ciudad fui un año antes de mi sueño, con ocasión de una grave enfermedad de mi amigo. La intervención de este último en mi sueño se hace luego indiscutible por la emergencia del elemento *trimetilamina*, que surge poco después de *propilena*.

Paso por alto la singular circunstancia de que tanto aquí como en otros

lugares del análisis son utilizadas para la conexión de ideas como equivalentes asociaciones de los más diversos valores, y cedo a la tentación de representarme plásticamente el proceso de la sustitución de la *amilena* del contenido latente por la *propilena* del contenido manifiesto.

Supongamos separados, pero enlazados por la contraposición, el grupo de representaciones de mi amigo *Otto*, que no me comprende, me niega la razón y me regala un licor que huele a amilena, y el de mi amigo *Wilhelm*, que me comprende, me daría la razón y al que debo tantos valiosos datos, entre ellos algunos interesantísimos sobre el quimismo de los procesos sexuales.

Lo que del grupo de *Otto* ha de despertar particularmente mi atención se halla determinado por los sucesos recientes provocadores del sueño. La *amilena* pertenece a estos elementos sobresalientes, predestinados a pasar al contenido manifiesto. El amplio grupo de representaciones *Wilhelm* es precisamente animado por la contraposición con el grupo *Otto* y en él quedan acentuados los elementos que recuerdan los ya citados en este último. En mi sueño recurro a una persona que ha despertado mi desagrado ante otra que puedo oponerla a voluntad, y hago que mi amigo responda punto por punto a mi contradictor. De este modo, la amilena de Otto despierta también en el otro grupo recuerdos pertenecientes al círculo de la Química, y la trimetilamina, apoyada por varios lados, llega al contenido manifiesto. También *amilena* podía llegar inmodificada a dicho contenido, pero sucumbe a la actuación del grupo *Wilhelm*, siendo buscado en toda el área mnémica que este nombre ocupa un elemento que pueda proporcionar doble determinación para amilena. Cercana a *amilena* se halla para la asociación *propilena*, y desde el grupo *Wilhelm* sale a su encuentro *Munich* con los *Propileos*. En *propilena-propileos* se encuentran ambos círculos de representaciones, y entonces llega este elemento intermedio, como por una especie de transacción, al contenido manifiesto. Se ha creado aquí una especie de *elemento común intermedio* que permite una múltiple determinación. Vemos así palpablemente que la determinación múltiple tiene que facilitar el acceso al contenido manifiesto. Para la formación de este producto intermedio se ha llevado a cabo un desplazamiento de la atención desde lo realmente pensado a un elemento próximo en la asociación.

El estudio del sueño de la inyección presenta ya más claramente a nuestros ojos los procesos de condensación que tienen efecto en la elaboración onírica. Hemos podido reconocer, como peculiaridades de la labor de condensación de selección de los elementos repetidamente emergentes en las ideas latentes, la

formación de nuevas unidades (personas colectivas y productos mixtos) y la constitución de elementos comunes intermedios. ¿Para qué sirve la condensación y qué es lo que la impulsa? Son interrogaciones que nos plantearemos cuando emprendamos el estudio en conjunto de los procesos psíquicos que se verifican en la elaboración de los sueños. Por ahora nos contentaremos con dejar establecida la *condensación onírica* como una singular relación entre las ideas latentes y el contenido manifiesto de los sueños.

La labor de condensación del sueño se hace más que nunca evidente cuando toma objetos palabras y nombres. Las palabras son tratadas con frecuencia por el sueño como si fueran cosas, y sufren entonces iguales uniones, desplazamientos, sustituciones y condensaciones que las representaciones de cosas. Resultado de estos sueños es la creación de formaciones verbales singularísimas y a veces muy cómicas.

I

Una vez que un colega me remitió un trabajo suyo en el que, a mi juicio, se concedía valor exagerado a un moderno descubrimiento fisiológico y, sobre todo, se trataba de él en términos harto ampulosos, soñé a la noche siguiente una frase que indudablemente se refería a dicho trabajo. Esta frase era: «Es éste un estilo verdaderamente *norekdal*». La solución de este producto verbal me resultó al principio difícil. No cabía duda de que se había formado en calidad de *parodia* de superlativos tales como «colosal» y «piramidal», pero no era fácil adivinar de dónde procedía. Por fin quedó dividido este monstruo verbal en los nombres *Nora* y *Ekdal*, que son los de dos personajes de dos conocidas obras de Ibsen. Poco tiempo antes había leído un artículo periodístico sobre Ibsen, original del mismo autor, cuya última obra criticaba en mi sueño.

II

Una de mis pacientes me comunicaba un breve sueño, que termina en una desatinada combinación verbal. Se encuentra con su marido en una fiesta campesina y dice: «Esto acabará en un *Maistollmütz general*». Al decir esto, tiene en el sueño la oscura idea de que aquella palabra es el nombre de un plato en cuya composición entra la harina de maíz (*mais*), una especie de polenta. El análisis divide la palabra en *mais* (maíz) -*toll* (loco)-*mannstoll* (ninfómana) y

Olmütz (nombre de una ciudad), palabras todas que la sujeto reconoció como restos de una conversación de sobremesa con sus familiares. Detrás de la palabra *mais* se esconde, a más de una alusión a una exposición recientemente inaugurada, las palabras siguientes: *Meissen* (una porcelana de *Meissen* que representaba un pájaro), *Miss* (la institutriz de sus parientes había partido para *Olmütz*), *mies* (que en el *argot* humorístico judío significa «malo»). Una larga concatenación de ideas y asociaciones partía de cada una de las sílabas del ininteligible compuesto verbal.

III

Un joven a cuya casa ha acudido un conocido suyo a última hora de la tarde para dejarle una tarjeta, sueña aquella noche lo siguiente: un operario espera hasta última hora de la tarde para arreglar el timbre. Después que se ha marchado sigue éste sin sonar continuamente y sí solo a golpes. Un criado vuelve a traer al operario, y él dice: «Es curioso que también aquellas personas que, en general, son *tutelrein* no entiendan el manejo de estas cosas».

El indiferente estímulo del sueño no justifica, como se ve, sino un solo elemento del contenido. Además, si ha llegado a constituirse en tal estímulo ha sido únicamente por agregarse a un suceso anterior, indiferente también, pero que la fantasía del sujeto adornó, dándole así importancia. Siendo todavía muchacho y viviendo con su padre, tiró al suelo un vaso de agua, que al traspasar los hilos del timbre lo hizo *sonar continuamente*. Si el sonar continuamente corresponde al mojarse, el «sonar a golpes» será utilizado para representar la caída de gotas de un líquido. La palabra *tutelrein* se divide en tres direcciones distintas; indica así tres de las materias representadas en las ideas latentes; *Tutel* significa, en primer lugar, tutela, cúratela, y es, además, una denominación vulgar del pecho femenino. La sílaba restante *rein* (limpio) se agrega a las primeras sílabas de *Zimmertelegraph* (timbre) para formar *Zimmerrein*, palabra que alude al agua vertida sobre el suelo y presta analogías con un apellido de la familia del sujeto^[397].

IV

En un largo y confuso sueño propio, cuyo centro era aparentemente un viaje por mar, sucedía que la primera escala era *Hearsing* y la siguiente *Fliess*. Este

último nombre es el apellido de mi amigo de B..., por cuya causa he realizado frecuentes viajes. Pero *Hearsing* es un nombre compuesto de la desinencia *ing*, común a gran cantidad de lugares próximos a Viena: *Hiezing*, *Liesing*, *Moedling* (cuyo antiguo nombre fue *Medelit*, *meaedeliciae*, o sea *meine Freud*), y la palabra inglesa *hearsay*, equivalente a calumnia. Esta palabra se relaciona con el estímulo onírico indiferente del día, una poesía del semanario humorístico *Fliegende Blaetter*. Relacionando la desinencia *ing* con el apellido *Fluess* obtenemos *Vlissingen*, nombre real del puerto en que desembarca mi hermano cuando viene a visitarnos desde Inglaterra. El nombre inglés de *Vlissinge* es *Flushing*, que en dicho idioma significa ruborizarse, y me recuerda a una paciente que padece de *miedo a ruborizarse* y una reciente publicación de Bechterew sobre esta neurosis, publicación cuya lectura me ha sido harto desagradable.

V

En otra ocasión tuve un sueño compuesto de dos fragmentos separados. El primero es la palabra *Autodidasker*, precisamente recordada, y el segundo coincide fielmente con una fantasía breve e inocente edificada pocos días antes y cuyo contenido era el de que cuando viera al profesor N. habría de decirle: «El paciente sobre cuyo estado le consume últimamente no padece en realidad sino una neurosis, como usted ya suponía». El neologismo *Autodidasker* habrá, pues, de cumplir dos condiciones: la de entrañar o representar un sentido comprimido y la de que dicho sentido se halle relacionado con mi propósito diurno de dar el profesor N. la citada satisfacción.

Autodidasker resulta fácilmente divisible en *autor*, *autodidacta* y *Lasker*, elemento este último al que viene a agregarse el nombre de Lasalle. Las primeras de estas palabras conducen al motivo del sueño, importante esta vez. Había traído a mi mujer varias obras de un autor amigo de mi hermano (J. J. David) y que, como después he sabido, nació en el mismo lugar que yo. Una tarde me habló de la profunda impresión que le había producido una de estas obras, en la que se describía la triste historia de un talento malogrado, y nuestra conversación recayó después sobre las dotes intelectuales de nuestros hijos. Influida por la reciente lectura, expresó mi mujer su preocupación con respecto al porvenir de los niños, tranquilizándola yo con la observación de que precisamente los peligros a que se refería podían ser alejados por la educación. Por la noche

continuaron ocupándome estos pensamientos, medité a mi vez sobre aquello que preocupaba a mi mujer y entretejí con ello muy diversas ideas. Unas manifestaciones que el poeta había hecho a mi hermano sobre el matrimonio indicaron a mis pensamientos un nuevo camino que podía conducir a lo representado por mi sueño. Este camino me llevó hasta *Breslau*, ciudad en la que se había casado una señora muy amiga nuestra. Con respecto a la preocupación de la posibilidad de malograr una vida a causa de una mujer o de las mujeres, preocupación que constituía el nódulo de mi sueño, encontré los ejemplos de *Lasker* y *Lasalle*, que me permitieron representar simultáneamente los dos géneros de tal influencia desgraciada de la mujer^[398]. El *cherchez la femme*, en el que pueden sintetizarse estos pensamientos, me lleva, aunque en distinto sentido, a mi hermano *Alejandro*, aún soltero. Advierto entonces que *Alex*, como solemos llamarle familiarmente, suena como una transposición del nombre *Lasker* y que este factor tiene que haber contribuido a comunicar a mis pensamientos la dirección del rodeo emprendido pasando por *Breslau*.

Este juego de palabras y sílabas a que aquí me dedico entraña todavía otro sentido. Constituye, en efecto, una representación del deseo de ver fundar a mi hermano una dichosa vida de familia. Esta sustitución se verifica en la forma siguiente: en la novela *L'œuvre*, a la que había de hallarse muy próximo el contenido de mis ideas latentes, describe el poeta en un pasaje episódico su propia felicidad familiar y se presenta él mismo bajo el nombre de *Sandoz*. Para construir este seudónimo siguió seguramente este camino: *Zola*, leído a la inversa (como suelen los niños hacer muchas veces a guisa de entretenimiento), da *Aloz*. Esto resultaba demasiado transparente y, por tanto, sustituyó la sílaba «al», que inicia también el nombre *Alejandro*, por la tercera sílaba —*sand*— del mismo nombre, resultando así *Sandoz*. De un modo análogo surgió, pues, mi *Autodidasker*.

Mi fantasía de que digo al profesor N. que el enfermo por ambos examinado no padece sino una neurosis ha llegado al sueño del siguiente modo: poco tiempo antes del verano vino a mi consulta un paciente cuya enfermedad me fue imposible diagnosticar. Padecía una grave alteración orgánica, probablemente medular, pero sin que pudiera afirmarse con seguridad. Hubiera sido muy tentador diagnosticar una neurosis, con lo cual habrían quedado resueltas todas las dificultades; pero el paciente negó en absoluto toda posible etiología sexual, sin la cual no reconozco jamás la existencia de una neurosis. En mi

incertidumbre, acudí a aquel médico, que me inspira (y no es a mí solo) mayor veneración y ante cuya autoridad me doblego más fácilmente. Oyó mis dudas, las conceptuó justificadas y opinó después: «Continúe usted observando al sujeto. Es seguramente un neurótico». Sabiendo que este ilustre médico no comparte mis opiniones sobre la etiología de las neurosis, me abstuve de contradecirle, fundándome en las declaraciones del paciente, pero no dejé de expresarle mi incredulidad. Días después comuniqué al enfermo que no sabía qué hacer con él y le aconsejé que viera a otro médico. Mas, para mi sorpresa, comenzó a pedirme perdón por haberme mentido, alegando lo había hecho por vergüenza, y me reveló toda la parte de etiología sexual que yo esperaba y me era precisa para diagnosticar una neurosis. Por un lado, fue esto una satisfacción para mí, mas por otro me avergonzaba un tanto, pues tenía que confesarme que mi colega había visto las cosas con más claridad que yo, sin dejarse engañar por las manifestaciones del enfermo. Por tanto, me propuse decirle en cuanto le viese que tenía razón, habiendo sido yo el equivocado.

Esto último es precisamente lo que hago en mi sueño. Pero ¿qué realización de deseos puede haber en él si reconozco que estoy equivocado? Precisamente es éste mi deseo: el de que mis temores o los de mi mujer, que hago míos en las ideas latentes, sean equivocados. El tema a que se refiere en el sueño el acierto o la equivocación no se halla muy lejano de lo que realmente posee un interés en las ideas latentes, pues está constituido por la misma alternativa entre las dos perturbaciones que puede originar la mujer, o, mejor dicho, la vida sexual, esto es, la perturbación orgánica o la funcional, la parálisis tabética o la neurosis. Con esta última se relaciona algo laxamente el desdichado fin de Lassalle.

Si el profesor N. desempeña un papel en este sueño —muy coherente y de una gran transparencia ante una interpretación cuidadosa— no es sólo por esta analogía y por mi deseo de equivocarme, ni tampoco por sus relaciones con Breslau y con la familia de nuestra amiga allí casada, sino por el siguiente pequeño suceso, relacionado con mi consulta con él. Después de darme su opinión sobre el asunto profesional que a su casa me había conducido, pasó a interesarse por mis asuntos personales. «¿Cuántos hijos tiene usted?» «Seis». «¿Varones o hembras?» «Tres y tres. Mis hijos constituyen todo mi orgullo y todas mis riquezas». «Cuidado, pues. Las muchachas son fáciles de educar, pero con los varones suele uno tropezar con más dificultades». A estas palabras objeté yo que hasta el momento se mostraban muy dóciles; pero este diagnóstico sobre el porvenir de mis hijos me agradaba tan poco como el anterior sobre la

enfermedad de mi paciente. Estas dos impresiones quedaron, pues, unidas por la antigüedad, y al acoger en mi sueño la historia de la neurosis quedó sustituida por ella la frase sobre la educación de los hijos, la cual se halla más íntimamente relacionada con las ideas latentes, dado que presenta una firme conexión con los temores posteriormente expresados por mi mujer. De este modo, mi propio temor de que N. pueda acertar con su observación sobre las dificultades de la educación de los hijos varones encuentra acceso a mi sueño escondiéndose detrás de la representación de mi deseo de que tales temores míos sean equivocados. Esta fantasía sirve, sin modificación alguna, para la representación de los dos miembros opuestos de la alternativa.

VI

Marcinowski^[399]: «Esta madrugada he realizado, hallándome en un estado intermedio entre el sueño y el despertar, una interesante condensación verbal. En el curso de una gran cantidad de fragmentos oníricos apenas recordables tropecé con una palabra que vi ante mí como medio escrita y medio impresa. Esta palabra era *erzefilisch* y pertenecía a una frase que pasó a mi memoria consciente totalmente aislada y fuera de todo contexto: “Eso actúa *erzefilisch* sobre el sentimiento sexual.” Al momento me di cuenta de que como realmente debía decirse era *erzieherisch* (educativamente), pero todavía vacilé un par de veces, pensando si no sería más exacto *erzifilisch*. En este momento se me vino a las mientes la palabra *sífilis* y, todavía medio dormido, atormenté mi cerebro comenzando a analizar cómo podía este concepto pasar a mi sueño careciendo yo personal y profesionalmente de todo punto de contacto con tal enfermedad. A continuación se me ocurrió la palabra *erzaehlerisch* (de “erzaehlen”, relatar), asociación que aclara la segunda sílaba de la formación verbal y me recuerda que ayer tarde fui inducido por nuestra *institutriz* (*Erzieherin*) a hablar sobre el problema de la prostitución y para actuar *educativamente* (*erzieherisch*) sobre su vida sentimental, no muy normalmente desarrollada; le di el libro de Hesse titulado *Sobre la prostitución* después de *referirle* (*erzaehlen*) algo relativo a estas cuestiones. Al llegar aquí veo claramente que la palabra *sífilis* no debe ser tomada en su sentido literal, sino en el de *veneno*, relacionándola, naturalmente, con la vida sexual. La frase de mi sueño queda, pues, traducida en la siguiente forma, perfectamente lógica: Con mi *relato* (*Erzaehlung*) he querido actuar *educativamente* (*erzieherisch*) sobre la vida sentimental de mi *institutriz*

(*Erzieherin*), pero al mismo tiempo abrigo el temor de que mis palabras puedan actuar sobre ella como un *veneno*. *Erzefilisch — erzae — (erzieh) — (erzifilisch)*».

Los productos verbales del sueño son muy semejantes a los de la paranoia, que aparecen también en la histeria y en las representaciones obsesivas. Los juegos verbales en que los niños tratan las palabras como objetos, inventando nuevos idiomas y artificiales palabras compuestas, constituyen en este punto la fuente común para el sueño y para las psiconeurosis.

El análisis de los desatinados productos verbales contruidos por el sueño es particularmente apropiado para demostrar la función condensadora de la elaboración onírica. De los escasos ejemplos aquí comunicados no deberá deducir el lector que un tal material sólo muy raras veces o incluso excepcionalmente llega a ofrecerse a la observación. Por lo contrario, es frecuentísimo, pero a causa de la dependencia de la interpretación onírica del tratamiento psicoanalítico son muy pocos los análisis que se anotan y pueden comunicarse, y la mayoría de estos últimos no resultan comprensibles sino para personas conocedoras de la patología de las neurosis. A estos análisis inaccesibles al lector profano pertenece el de un sueño del doctor v. Karpinska (Int., *Zeitschr. f. Psychoanalyse*, II, 1914), que contiene la insensata formación verbal *svingum elvi*. Asimismo es digna de mención la emergencia en el sueño de una palabra que no carece de sentido, pero que despojada del que le es propio reúne diversas otras significaciones, con respecto a las cuales se conduce como una palabra «falta de sentido». Tal es el caso del sueño de la «categoría», soñado por un niño de diez años y comunicado por V. Tausk. En él «categoría» significa el aparato genital femenino, y *categorizar*, orinar.

Allí donde en el sueño aparecen discursos orales perfectamente diferenciados como tales de las ideas se comprueba siempre el principio de que la oración onírica procede de discursos recordados existentes entre el material del sueño. El texto de estos discursos es conservado fielmente unas veces y otras ligeramente desplazada su expresión. Con frecuencia queda compuesta la oración onírica por diversos recuerdos, permaneciendo entonces invariado el texto y modificado, en cambio, el sentido. Tales discursos no sirven con frecuencia sino de alusión a un suceso en el que fueron pronunciadas las frases recordadas^[400].

B) El proceso de desplazamiento.

Al reunir los ejemplos de condensación onírica antes expuestos, hubimos de advertir la existencia de otra relación no menos importante. Observamos, en efecto, que los elementos que se nos revelan como componentes esenciales del contenido manifiesto están muy lejos de desempeñar igual papel en las ideas latentes. E inversamente, aquello que se nos muestra sin lugar a dudas como el contenido esencial de dichas ideas puede muy bien no aparecer representado en el sueño. Hállase éste como *diferentemente centrado*, ordenándose su contenido en derredor de elementos distintos de los que en las ideas latentes aparecen como centro. Así, en el sueño de la monografía botánica, el centro del contenido manifiesto es, sin disputa, el elemento «botánico», mientras que en las ideas latentes se trata de los conflictos y complicaciones resultantes de la asistencia médica entre colegas, y luego, del reproche de dejarme arrastrar demasiado por mis aficiones, hasta el punto de realizar excesivos sacrificios para satisfacerlas, careciendo el elemento «botánica» de todo puesto en este nódulo de las ideas latentes y hallándose, en todo caso, lejanamente enlazado a él por antítesis, dado que la Botánica no pudo contarse nunca entre mis aficiones. El nódulo del «sueño de Safo» antes relatado está constituido por el *subir y bajar*, el *estar arriba y abajo*, mientras que las ideas latentes tratan de los peligros del comercio sexual con personas de *baja* condición, de manera que sólo uno de los elementos latentes aparece incluido en el contenido manifiesto, en el que toma una injustificada expresión. En el sueño de los coleópteros, cuyo tema es la relación de la sexualidad con la crueldad, pasa también al contenido manifiesto uno de los factores latentes —la crueldad—, pero formando parte de un tema distinto y sin conexión alguna con lo sexual; esto es, arrancado de su contexto primitivo y convertido así en algo ajeno a él. En el sueño del amigo que es mi tío, la barba rubia, centro del contenido manifiesto, no muestra relación alguna de sentido con los deseos de grandeza que vimos constituían el nódulo de las ideas latentes. Tales sueños nos dan una impresión de *desplazamiento*. Contrastando con estos elementos, el sueño de la inyección de Irma nos muestra que los elementos oníricos pueden también conservar, a través de la elaboración del sueño, el puesto que ocupaban en las ideas latentes. El descubrimiento de esta nueva relación, de significado totalmente inconsciente, entre las ideas latentes y el contenido manifiesto no puede por menos de despertar, al principio, nuestro asombro. Cuando en un proceso psíquico de la vida normal descubrimos que una representación determinada ha sido elegida entre varias y ha alcanzado una

especial vivacidad para la conciencia solemos considerar este resultado como prueba de que la representación victoriosa posee un valor psíquico particularmente elevado (un cierto grado de interés). Pero advertimos ahora que este valor de los distintos elementos de las ideas latentes no permanece conservado —o no es tenido en cuenta— en la elaboración onírica. De cuáles son los elementos más valiosos de las ideas latentes no cabe dudar un solo instante, pues nuestro juicio nos lo indica inmediatamente.

Ahora bien: estos elementos esenciales, acentuados por un intenso interés, pueden ser tratados en la elaboración onírica como si poseyeran un menor valor, y, en su lugar, pasan al contenido manifiesto otros que poseían seguramente menos valor en las ideas latentes. Experimentamos en un principio la impresión de que la intensidad psíquica^[401] de las representaciones carece de toda significación para la selección onírica, rigiéndose ésta únicamente por la determinación, más o menos multilateral de las mismas. Pudiera creerse que al sueño manifiesto no pasa aquello que posee mayor importancia en las ideas latentes, sino tan sólo lo que en ellas se halla múltiplemente determinado.

Pero esta hipótesis no facilita en lo más mínimo la inteligencia de la formación de los sueños, pues nos resistiremos a creer, en un principio, que los dos factores indicados —la determinación múltiple y el valor intrínseco— puedan actuar sino en un mismo sentido sobre la selección onírica, y juzgamos que aquellas representaciones que en el contenido latente poseen la máxima importancia habrán de ser también las que con mayor frecuencia retornen en él, dado que constituyen a manera de centros de los que parten las diversas ideas latentes.

Y, sin embargo, puede el sueño rechazar estos elementos intensamente acentuados y multilateralmente sustentados y acoger, en su contenido, otros que no poseen sino la última de tales dos cualidades.

Para resolver esta dificultad recordaremos otra de las impresiones que experimentamos al investigar la superdeterminación del contenido manifiesto. No nos extrañaría que algunos de nuestros lectores hubiesen juzgado ya en dicha ocasión que la superdeterminación de los elementos del sueño no constituía ningún descubrimiento de importancia, sino algo natural y esperado. En efecto, puesto que en el análisis se parte de dichos elementos y se anotan todas las asociaciones que el sujeto enlaza a cada uno de ellos, no es maravilla ninguna que en el material de ideas así reunido retornen los mismos con especial

frecuencia. Rechazando desde luego este juicio expondré aquí algo a primera vista muy análogo: entre las ideas que el análisis nos descubre, hallamos algunas muy lejanas al nódulo del sueño y que se comportan como interpolaciones artificiales encaminadas a un determinado fin. Fácilmente descubrimos éste.

Tales ideas establecen un enlace, a veces harto forzado y rebuscado, entre el contenido manifiesto y el latente, y si en el análisis excluyésemos estos elementos, nos encontraríamos con que faltaba a los elementos del sueño no ya una superdeterminación, sino una determinación suficiente por las ideas latentes. Llegamos de este modo a la conclusión de que la múltiple determinación, decisiva para la selección onírica, no es siempre un factor primario de la elaboración del sueño, sino con frecuencia un resultado secundario de un poder psíquico que aún desconocemos. De todos modos tiene que ser muy importante para el paso de los diversos elementos al sueño, pues podemos observar que cuando no surge espontáneamente y sin ayuda alguna del material onírico es laboriosamente constituida.

Habremos de pensar, por tanto, que en la elaboración onírica se exterioriza un poder psíquico que despoja de su intensidad a los elementos de elevado valor psíquico, y crea, además, por la *superdeterminación* de otros elementos menos valiosos, nuevos valores, que pasan entonces al contenido manifiesto. Cuando así sucede habrán tenido efecto, en la formación del sueño, *una transferencia y un desplazamiento de las intensidades psíquicas* de los diversos elementos, procesos de los que parece ser resultado la diferencia observable entre el texto del contenido manifiesto y el del latente. El proceso que así suponemos constituye precisamente la parte esencial de la elaboración de los sueños y le damos el nombre de *desplazamiento*. El *desplazamiento* y la *condensación* son los dos obreros a cuya actividad hemos de atribuir principalmente la conformación de los sueños.

No es, a mi juicio, nada difícil reconocer el poder psíquico que se exterioriza en los hechos del desplazamiento. Resultado de este proceso es que el contenido manifiesto no se muestra igual al nódulo de las ideas latentes, no reproduciendo el sueño sino una deformación del deseo onírico inconsciente. Pero la deformación onírica nos es ya conocida y la hemos referido a la censura que una instancia psíquica ejerce sobre otra en la vida mental; y el desplazamiento constituye uno de los medios principales para la consecución de dicha deformación. *Isfacit cuiprofuit*^[402]. Podemos, pues, suponer que el

desplazamiento nace por la influencia de dicha censura, o sea de la defensa endopsíquica^[403].

En subsiguientes investigaciones nos ocuparemos del desarrollo e influencia recíproca de los procesos de desplazamiento, condensación y superdeterminación dentro de la formación de los sueños, y señalaremos cuál es el factor dominante y cuál el accesorio. Por el momento nos limitaremos a indicar una segunda condición que deben cumplir los elementos que pasan al contenido manifiesto; *la de hallarse libres de la censura de la resistencia*. Con el desplazamiento contaremos ya en adelante, para la interpretación onírica, como un hecho, indiscutible.

C) Los medios de representación del sueño.

Hemos descubierto hasta aquí que en la transformación del material ideológico latente en contenido manifiesto del sueño actúan dos factores principales: la *condensación* y el *desplazamiento oníricos*. Prosiguiendo nuestra investigación, habremos de agregar a ellos dos nuevas condiciones que ejercen una indudable influencia sobre la selección del material constitutivo de dicho contenido manifiesto. Pero previamente, y aun a riesgo de que parezca que hacemos un alto en nuestro camino, creo conveniente echar una primera ojeada sobre los procesos que se desarrollan en la interpretación onírica. No se me oculta que el mejor procedimiento para esclarecer por completo tal labor interpretadora y poner su eficacia a cubierto de posibles objeciones, sería tomar como ejemplo un sueño determinado, desarrollar su interpretación en la forma en que lo hicimos con el sueño de la inyección de Irma (página 412), y una vez reunidas las ideas latentes descubiertas, reconstruir, partiendo de ellas, la formación del sueño, o sea completar el análisis de los sueños con una síntesis de los mismos. Es ésta una labor que he realizado más de una vez para mi propia enseñanza, pero no me es posible emprenderla aquí por impedírmelo numerosas consideraciones referentes al material psíquico y que todos mis lectores habrán de comprender y aprobar sin dificultad. Para el análisis no suponen estas consideraciones un tan grave obstáculo, pues la labor analítica puede quedar incompleta y conservar, sin embargo, todo su valor con tal que nos permita penetrar algo en la trama del sueño. En cambio, la síntesis tiene que ser completa si ha de poseer algún valor convincente. Ahora bien: sólo de sueños de personas

totalmente desconocidas al público lector me habría de ser posible dar una tal síntesis completa. Pero dado que esta posibilidad no me es ofrecida sino por pacientes neuróticos, habré de aplazar esta parte de la representación del sueño hasta que más adelante hayamos avanzado en el esclarecimiento de las neurosis lo suficiente para volver sobre este tema^[404].

Por mis tentativas de reconstruir sintéticamente un sueño partiendo de las ideas latentes, sé que el material descubierto en la interpretación es de muy diferente valor. Hállase constituido, en parte, por las ideas latentes esenciales, que de este modo sustituyen al sueño y bastarían por sí solas para constituir su completa sustitución, si no existiese la censura. El resto de dicho material suele considerarse como poco importante, no concediéndose tampoco valor a la afirmación de que todas estas ideas han participado en la formación del sueño, pues entre ellas pueden más bien encontrarse ocurrencias enlazadas o sucesos posteriores al mismo, acaecidos entre el momento de su desarrollo y el de la interpretación. Esta parte del material descubierto comprende todos los caminos de enlace que han conducido desde el contenido manifiesto hasta las ideas latentes, y también aquellas asociaciones intermediarias y de aproximación, por medio de las cuales hemos llegado en la labor de interpretación al conocimiento de dichos caminos.

Por el momento no nos interesan sino las ideas latentes esenciales, las cuales revelan ser casi siempre un complejo de ideas y recuerdos de complicadísima estructura y con todos los caracteres de los procesos mentales de la vigilia, que nos son conocidos. Con gran frecuencia son concatenaciones de ideas que parten de diversos centros, pero que no carecen de puntos de contacto y casi regularmente aparece junto a un proceso mental su reflejo contradictorio, unido a él por asociaciones de contraste.

Los diversos componentes de esta complicada formación muestran naturalmente las más variadas relaciones lógicas entre sí, constituyendo el primer término y el último divagaciones y aclaraciones, condiciones, demostraciones y objeciones. Cuando la masa total de estas ideas latentes es sometida luego a la presión de la elaboración onírica, bajo cuyos efectos quedan los diversos fragmentos subvertidos desmenuzados y soldados, como los témpanos de hielo a la deriva, surge la interrogación de cuál ha sido el destino de los lazos lógicos que hasta entonces había mantenido la cohesión del conjunto. ¿Qué representación alcanzan en el sueño los términos «sí, porque, tan, aunque,

o... o...» y todas las demás conjunciones sin las cuales nos es imposible comprender una oración o un discurso?

La primera respuesta a esta interrogación es la de que el sueño no dispone de medio alguno para representar estas relaciones lógicas de las ideas latentes entre sí. La mayor parte de las veces deja a un lado todas las conjunciones señaladas y toma únicamente para elaborarlo el contenido objetivo de las ideas latentes. A cargo de la interpretación queda después la labor de reconstruir la coherencia que la elaboración onírica ha destruido.

La falta de esta capacidad de expresión debe depender del material psíquico con el que el sueño es elaborado. A una análoga limitación se hallan sometidas las artes plásticas, comparadas con la poesía, que puede servirse de la palabra, y también en ellas depende tal impotencia del material por medio de cuya elaboración tienden a exteriorizar algo. Antes que la pintura llegase al conocimiento de sus leyes de expresión, se esforzaba en compensar esta desventaja haciendo salir de la boca de sus personajes filacterias en las que constaban escritas las frases que el pintor desesperaba de poder exteriorizar con la expresión de sus figuras.

Quizá se nos presente aquí la objeción de que no es exacto que el sueño renuncie a la representación de las relaciones lógicas, pues existen algunos en los que se desarrollan las más complicadas operaciones mentales, y en los que se demuestra y se contradice, se sutaliza y se compara, del mismo modo que en el pensamiento despierto. Pero también aquí nos engaña una falsa apariencia. Cuando emprendemos la interpretación de tales sueños, averiguamos que todo ello es *material onírico y no representación de una labor intelectual en el sueño*. Lo que el aparente pensar del sueño reproduce es el *contenido* de las ideas latentes y no las *relaciones de dichas ideas entre sí*, en cuya fijación es en lo que consiste el pensamiento. Más adelante expondré algunos ejemplos que ilustrarán estas afirmaciones. Lo que desde luego es fácilmente comparable es que todos los discursos orales que en el sueño aparecen (y son expresamente calificados de tales por el sujeto) son siempre reproducciones exactas o sólo ligeramente modificadas de discursos reales, cuyo recuerdo forma parte del material onírico. El discurso no es con frecuencia sino una alusión a un suceso contenido en las ideas latentes, siendo muy otro el sentido del sueño.

De todos modos, no he de discutir que en la formación de los sueños interviene también una labor intelectual crítica que no se limita a repetir materiales de los productos oníricos. Al final de estas consideraciones habré de

esclarecer la influencia de este factor y entonces veremos que tal labor intelectual no es provocada por las ideas latentes, sino por el sueño mismo, ya constituido en cierto modo.

Queda, pues, fijado, por el momento, que las relaciones lógicas de las ideas latentes entre sí no encuentran en el sueño una representación especial. Allí donde el sueño muestra, por ejemplo, una contradicción, lo que existe es una oposición contra el sueño mismo, o una contradicción surgida del contenido de una de las ideas latentes. Sólo de una manera muy indirecta corresponde una contradicción en el sueño a una contradicción *entre* las ideas latentes.

Pero así como la pintura ha conseguido representar de un modo distinto al primitivo de la filacteria, la intención, por lo menos, de lo que sus figuras habrían de expresar en palabras —ternura, amenaza, consejo, etc.—, también posee el sueño la posibilidad de atender a algunas de las relaciones lógicas de sus ideas latentes por medio de una apropiada modificación de la peculiar representación onírica. Puede comprobarse que esta facultad varía mucho en los diversos sueños. Mientras que unos prescinden por completo del enlace lógico de sus materiales, intentan otros modificarlo lo más completamente posible. El sueño se aleja en este punto muy diversamente del texto que le es ofrecido para su elaboración, comportándose asimismo de un modo igualmente variable con respecto a la relación temporal de las ideas latentes cuando en lo inconsciente existe establecida una tal relación (cf. el sueño de la inyección de Irma).

Mas ¿con qué medios consigue la elaboración del sueño indicar tales relaciones del material onírico, difícilmente representables? Intentaremos enumerarlos.

En primer lugar, rinde su tributo a la innegable coherencia de todos los elementos del contenido latente, reuniéndolos en una síntesis, situación o proceso. Reproduce la *coherencia lógica como simultaneidad*, y obrando así, procede como el pintor que al representar en un cuadro la Escuela de Atenas o el Parnaso reúne en su obra a un grupo de filósofos o poetas que realmente no se encontraron nunca juntos en un atrio o sobre una montaña, como el artista nos lo muestra, pero que constituyen, para nuestro pensamiento, una comunidad.

Es éste el procedimiento general de representación del sueño. Así, siempre que nos muestra dos elementos próximos uno a otro, nos indica con ello la existencia de una íntima conexión entre los que a ellos corresponden en las ideas latentes. Sucede aquí lo que en nuestro sistema de escritura: cuando escribimos *ab* indicamos que las dos letras han de ser pronunciadas como una sola sílaba;

mas si vemos escrito primero *a* y luego *b* después de un espacio libre, lo consideraremos como indicación de que *a* es la última letra de una palabra y *b* la primera de otra. Comprobamos, pues, que las combinaciones oníricas no se constituyen con elementos totalmente arbitrarios y heterogéneos del material del sueño, sino con aquellos que también se hallan íntimamente ligados en las ideas latentes.

Para representar las *relaciones causales* dispone el sueño de dos procedimientos que en esencia vienen a ser la misma cosa. La forma de representación más corriente, cuando, por ejemplo, presentan las ideas latentes el siguiente contenido: «A causa de tales o cuales cosas tuvo que suceder esto o lo otro», consiste en incluir la frase accesoria como sueño preliminar y agregar a ella, como sueño principal, la frase principal. El orden de sucesión puede también ser el inverso, pero la frase principal corresponde siempre a la parte más ampliamente desarrollada.

A una de mis pacientes debo un bello ejemplo de tal representación de la casualidad en un sueño que más adelante comunicaré en su totalidad. Componíase este sueño de un corto preludio y un amplio sueño sucesivo, muy centrado, al que podríamos dar el título de «Por la flor». El sueño preliminar fue como sigue: «Va a la cocina, en la que se hallan las dos criadas, y las regaña por no haber terminado de hacer ‘ese poco de comida’. Mientras tanto, ve una gran cantidad de groseros utensilios de cocina puestos boca abajo a escurrir y formando un montón. Las dos criadas van por agua. Para ello tienen que meterse en un río que llega hasta la casa o entra en el patio».

A continuación se desarrolla el sueño principal, que comienza en la siguiente forma: «La sujeto baja desde un elevado lugar, avanzando por una singular pasarela, y se regocija de que sus vestidos no queden enganchados en ningún sitio...» El sueño preliminar se refiere a la casa paterna de la sujeto. Las palabras que ésta dirige a las criadas las ha debido de oír, sin duda, a su madre en ocasión análoga. El montón de bastos utensilios de cocina procede del recuerdo de la cacharrería que existía establecida en la misma casa. La segunda parte del primer sueño contiene una alusión al padre de la sujeto, el cual acostumbraba interesarse demasiado por las criadas, y que murió a consecuencia de una enfermedad contraída en una inundación; la casa se hallaba situada a orillas de un río. Así, pues, el pensamiento que se oculta detrás del sueño preliminar es el siguiente: «Por proceder yo de una tan humilde e insatisfactoria condición...» El sueño principal recoge este mismo pensamiento y lo expresa en una forma

modificada por la realización de deseos: soy de elevada procedencia. En realidad, pues, por ser de tan baja procedencia, ha sido ésta mi vida.

Por lo que hasta ahora he podido ver, la división de un sueño en dos partes desiguales no significa siempre la existencia de una relación causal entre las ideas correspondientes a cada una de las mismas. Con gran frecuencia, parece como si en ambos sueños fuese representado el mismo material desde dos diferentes puntos de vista. Esto es lo que sucede seguramente en aquellas series de sueños sucesivos de una misma noche, que terminan en una polución, y a través de los cuales va conquistándose la necesidad somática, una expresión cada vez más clara. Puede también suceder que los dos sueños proceden de centros distintos del material onírico, cruzándose sus contenidos, de manera que uno de ellos presenta como centro aquello que en el otro actúa como indicación, y recíprocamente. En cambio, existen otros casos en los que la división en un breve sueño preliminar y un más extenso sueño ulterior significa realmente la existencia de una relación causal entre ambos fragmentos. El segundo procedimiento de representación a que antes nos referimos es puesto en práctica cuando el material dado presenta una menor amplitud, y consiste en que una imagen onírica —de una persona o de una cosa— queda transformada en otra. Pero sólo cuando vemos desarrollarse en el sueño esta transformación es cuando podemos afirmar la existencia de la relación causal, y no, en cambio, cuando observamos simplemente que en lugar de una imagen ha surgido otra. Dijimos antes que los dos procedimientos empleados por el sueño para representar la relación causal venían a ser, en el fondo, una misma cosa. Ambos representan, efectivamente, la *causación* por una *sucesión*. El primero, por la sucesión de los sueños, y el segundo, por la transformación inmediata de una imagen en otra. De todos modos, lo general es que la relación causal no obtenga representación especial alguna, quedando envuelto en la obligada sucesión de los elementos del proceso onírico.

La alternativa «o... o» (o esto o aquello) no encuentra representación ninguna en el sueño, el cual acostumbra acoger todos los elementos que la componen, despojándolos de su carácter alternativo. El sueño de la inyección de Irma nos da un clásico ejemplo de esta conducta del fenómeno onírico. El contenido de las ideas latentes de este sueño es como sigue: no soy responsable de que Irma no experimente mejoría alguna en sus sufrimientos; ello depende o de su resistencia a aceptar mi solución o de las desfavorables circunstancias sexuales en que vive (y que no me es posible modificar) o de que su enfermedad

no es de naturaleza histórica, sino orgánica. Pero el sueño realiza todas estas posibilidades, casi incompatibles, e incluso no vacila en añadir a ellas otras más, tomándolas del deseo onírico. La alternativa hemos tenido, pues, que introducirla nosotros en el conjunto de las ideas latentes después de la interpretación.

Así, pues, allí donde el sujeto del sueño introduce en el relato del mismo una alternativa: era un jardín o una habitación, etc., no muestra el sueño tal alternativa, sino simplemente una yuxtaposición, y lo que al introducir la alternativa queremos significar en nuestro relato del sueño es la vaguedad e imprecisión de un elemento del mismo. La regla de interpretación aplicable a este caso consiste en situar en un mismo plano los diversos miembros de la aparente alternativa y unirlos con la conjunción copulativa «y». Veamos un ejemplo: después de esperar en vano durante algún tiempo que un amigo mío me comunicase las señas de su hospedaje en Italia, sueño recibir un telegrama en el que me las indica, viéndolas yo impresas en tinta azul sobre la blanca cinta telegráfica. La primera palabra aparece muy borrosa y puede ser:

o *vía*

o *villa*, la segunda palabra, clara, es Sezerno.

o incluso (casa).

La segunda palabra, de sonido italiano y que me recuerda nuestras discusiones etimológicas, expresa también mi enfado por haberme mantenido oculto mi amigo su paradero durante tanto tiempo. Cada uno de los miembros de la terna propuesta para la primera palabra se revela en el análisis como un punto de partida, independiente e igualmente justificado, de la concatenación de ideas.

En la noche anterior al entierro de mi padre sueño ver un anuncio impreso — semejante a los que en las salas de espera de las estaciones recuerdan la prohibición de fumar—, en el que se lee la frase siguiente:

Se ruega cerrar los ojos.

O esta otra:

Se ruega cerrar un ojo.

Esta alternativa la podemos representar así:

Se ruega cerrar $\frac{\text{los}}{\text{un}}$ ojo (s).

Cada uno de los dos textos posee un sentido particular y nos lleva, en la interpretación, por caminos que le son peculiares. Para el entierro y los funerales de mi padre había yo elegido el ceremonial más sencillo posible, pues sabía cuáles eran sus ideas sobre este punto. Pero otras personas de mi familia no estaban conformes conmigo y opinaban que tan puritana sencillez había de avergonzarnos ante los concurrentes al duelo. Por esta razón, ruega uno de los textos del sueño «que se cierre un ojo», o sea, según el sentido de esta frase familiar, que seamos indulgentes para con las debilidades de los demás. El significado de la vaguedad que al relatar el sueño describimos con una alternativa resulta aquí fácilmente comprensible. La elaboración onírica no ha conseguido hallar un texto único, pero de doble sentido, para la expresión de las ideas latentes, y de este modo se separan ya en el contenido manifiesto las dos principales series de ideas.

Las alternativas, difícilmente representables, quedan también expresadas, en algunos casos, por la división del sueño en dos partes de igual amplitud.

La conducta del sueño con respecto a la *antítesis* y la *contradicción* es altamente singular. De la contradicción prescinde en absoluto, como si para él no existiese el «no», y reúnen en una unidad las antítesis o las representa con ella. Asimismo se toma la libertad de representar un elemento cualquiera por el deseo contrario a él, resultando que, al enfrentarnos con un elemento capaz de ser contrario, no podemos saber nunca, al principio, si se halla contenido positiva o negativamente en las ideas latentes^[405]. En uno de los ejemplos últimamente citados, cuyo fragmento preliminar interpretamos («por proceder de tan humilde condición»), desciende la sujeto por unas singulares pasarelas, llevando en la («las flores de la muchacha», en '*des Mädchens Blüten*', de Goethe) representa, sujeto son la figura del ángel que en las pinturas de la Anunciación aparece ante (la Virgen la sujeto se llama María) con una vara de azucenas en la mano, y el recuerdo de las niñas vestidas de blanco que acompañan a la procesión de Corpus Christi por las calles tapizadas de verdes ramas, habremos de deducir que la florida rama de su sueño constituye, sin duda alguna, una alusión a la inocencia sexual. Pero tal rama aparece cuajada de flores encarnadas, muy semejante a camelias. La combinación del sueño muestra que al llegar la sujeto

al final de su descenso se han deshojado ya casi todas las flores. Luego siguen claras alusiones al período. De este modo, la misma rama, llevada como una vara de azucenas y como por una muchacha inocente, es, simultáneamente, una alusión a la «dama de las camelias», que, como es sabido, se adornaba siempre con una de estas flores, blanca de ordinario y roja durante los días del período. La florida rama manifiesta una rama florida. Dado que las asociaciones que a esta imagen enlaza la pues, al mismo tiempo la inocencia sexual y su antítesis. Y este mismo sueño, que expresa la alegría de la sujeto por haber conseguido conservarse inmaculada en su camino, deja también transparentarse en algunos lugares (como en el deshojarse de las flores) un pensamiento contrario: el de haberse hecho culpable de diversos pecados contra la pureza (durante su infancia). En el análisis de este sueño nos es fácil diferenciar claramente ambos procesos mentales, de los cuales el satisfactorio y consolador parece ser más superficial, y, en cambio, más profundo el que entraña un reproche. Ambos son radicalmente opuestos, y sus elementos iguales, pero contrarios, han quedado representados en el sueño por los mismos factores.

Tan sólo una de las relaciones lógicas —la de analogía, coincidencia o contacto— aparece acomodable a los mecanismos de la formación onírica, pudiendo así quedar representada en el sueño por medios mucho más numerosos y diversos que ninguna otra^[406]. Las coincidencias o analogías existentes en el sueño constituyen los primeros puntos de apoyo de la formación de los sueños, y una parte nada insignificante de la elaboración onírica consiste en crear nuevas coincidencias de este género cuando las existencias no pueden pasar al sueño por oponerse a ello la resistencia de la censura. La tendencia a la condensación, característica de la elaboración onírica, presta también su ayuda para la representación de la relación de analogía.

La *analogía*, la *coincidencia* y la *comunidad* son representadas generalmente por el sueño mediante la síntesis, en una unidad, de los elementos que las componen. Cuando esta unidad no existe de antemano en el material del sueño, es creada al efecto. En el primer caso, hablamos de *identificación*, y en el segundo, de *formación mixta*. La identificación es utilizada cuando se trata de personas, y la formación mixta, cuando los elementos que han de ser fundidos en una unidad son objetos. No obstante, también quedan constituidas *formaciones mixtas* de personas. Del mismo modo que éstas, son tratados con frecuencia por el sueño los lugares.

La identificación consiste en que sólo una de las personas enlazadas por una comunidad pasa a ser representada en el contenido manifiesto, quedando las restantes como reprimidas para el sueño. Pero en el sueño, esta persona que encubre las otras entra tanto en aquellas relaciones y situaciones que le son propias como en las correspondientes a cada una de las demás. Cuando la formación mixta se extiende a las personas muestra ya la imagen onírica rasgos que pertenecen a las personas por ella representadas, pero que no les son comunes, quedando así determinada, por la reunión de tales rasgos, una nueva unidad, una persona mixta. Esta mezcla puede realizarse de muy varios modos. La persona onírica puede llevar el nombre de una de aquéllas a las que representa —y en este caso «sabemos» en el sueño de qué persona se trata, en una forma análoga a nuestro «saber» en la vida despierta—, presentando, en cambio, los rasgos visuales de otra, o también puede aparecer compuesta la imagen onírica de rasgos pertenecientes a ambas personas. La participación de la segunda persona puede asimismo quedar representada, en lugar de por rasgos visuales, por los ademanes que se atribuyen a la primera, las palabras que se colocan en sus labios o la situación en que se la incluye. En este último caso, comienza a borrarse la definida diferencia existente entre identificación y formación mixta. Pero también puede suceder que fracase la formación de tal persona mixta y entonces es atribuida la escena del sueño a una de las personas, y la otra —generalmente más importante— aparece a su lado, pero sin intervenir para nada en la acción y realizando mero acto de presencia. Al relatar tales sueños dice, por ejemplo, el sujeto: «Mi madre estaba también presente» (Stekel). Tales elementos del contenido manifiesto pueden entonces compararse a los determinativos de la escritura jeroglífica, signos no destinados a la pronunciación, sino a determinar a otros.

La comunidad que justifica y, por tanto, crea la unificación de las dos personas, puede hallarse o no representada en el sueño. Lo general es que la identificación o la formación de persona mixta sirva precisamente para ahorrar la representación de dicha comunidad. Así, en lugar de repetir: *A* es enemigo mío y *B* también, construimos en el sueño una persona mixta con las de *A* y *B* o nos representamos a *A* en un acto que caracteriza a *B*. La persona onírica así constituida se nos muestra en el sueño dentro de una nueva relación cualquiera, y la circunstancia de representar a *A* como *B* nos da derecho a incluir, en el lugar correspondiente de la interpretación, aquello que es común a ambas, o sea su hostilidad hacia mí. De este modo conseguimos con frecuencia una

extraordinaria condensación del contenido onírico, pues podemos ahorrarnos la representación de circunstancias complicadísimas enlazadas a una persona cuando hallamos otra que participa también en ellas, pero en un grado mucho menor. Fácilmente se ve hasta qué punto puede servir también esta identificación para eludir la censura de la resistencia, que tan duras condiciones impone a la elaboración de los sueños. Así, cuando lo que repugna a la censura reposa precisamente en aquellas representaciones enlazadas, dentro del material onírico, a una de las personas y hallamos otra que, encontrándose también en relación con el material rechazado, lo está tan sólo con una parte del mismo. El contacto en los puntos no libres de censura nos da derecho a constituir una persona mixta, caracterizada, en ambas direcciones, por rasgos indiferentes. Esta persona mixta y de identificación resulta entonces apropiada, por estar libre de censura, para pasar al contenido manifiesto, y de este modo habremos satisfecho, mediante el empleo de la condensación, las exigencias de la instancia censora.

Cuando en el contenido manifiesto de un sueño hallamos representada una comunidad de las dos personas, habremos de interpretarlo como una indicación de la existencia de otra comunidad oculta, cuya representación no ha sido permitida por la censura. En estos casos ha tenido efecto, en cierto modo, un desplazamiento de la comunidad en favor de la representabilidad. Del hecho de sernos mostrada la persona mixta en el sueño, con un elemento común indiferente, debemos deducir la existencia de otra comunidad, nada indiferente esta vez en las ideas latentes.

La identificación o la formación de personas mixtas sirve, por tanto, en el sueño para diversos fines: 1.º Para la representación de una comunidad de las dos personas. 2.º Para la representación de una comunidad *desplazada*. 3.º Para expresar una comunidad simplemente deseada. Dado que el deseo de que entre dos personas exista o quede establecida una comunidad coincide frecuentemente con un *intercambio* de las mismas, es expresado también en el sueño tal deseo por medio de la identificación. En el sueño de la inyección de Irma deseo cambiar a esta paciente por otra; esto es, deseo que otra persona llegue a incluirse, como Irma, en el número de mis pacientes. El sueño atiende este deseo, mostrándome una persona que se llama Irma, pero que es sometida a un reconocimiento médico en circunstancias correspondientes exclusivamente a la otra. En el sueño del amigo, que es mi tío, queda constituido este intercambio en centro del sueño y me identifico con el ministro, tratando y juzgando tan adversamente como él a mis colegas.

Sin excepción alguna, he podido comprobar que en todo sueño interviene la propia persona del sujeto. Los sueños son absolutamente egoístas. Cuando en el contenido manifiesto no aparece nuestro yo y sí únicamente una persona extraña, podemos aceptar sin la menor vacilación que se ha ocultado por identificación detrás de dicha persona y habremos de agregarlo al sueño. En cambio, otras veces que nuestro yo aparece en el contenido manifiesto, la situación en que se nos muestra incluido nos indica que detrás de él se esconde por identificación otra persona. Con esto nos advierte el sueño que en la interpretación deberemos transferir a nosotros algo referente a dicha otra persona y que nos es común con ella. Hay, por último, sueños en los que nuestro yo aparece entre otras personas, las cuales revelan ser, una vez solucionada la identificación, otras tantas representaciones suyas. Al interpretar estos casos habremos de enlazar a nuestro yo deduciendo de tales identificaciones determinadas representaciones a las que la censura ha puesto el veto. Así, pues, podemos representar múltiplemente nuestro yo en el sueño, directamente una vez, y otras mediante su identificación con personas distintas. Por medio de unas cuantas identificaciones de este género puede obtenerse la condensación de un abundantísimo material^[407].

Las identificaciones de lugares de nombre determinado son aún más sencillas de solucionar que las de personas, pues falta en ellas la perturbación que siempre introducen en el sueño las poderosas energías del yo. En uno de mis sueños de Roma (véase página 465) sé que me encuentro en esta ciudad, pero me asombra ver en una esquina numerosos carteles anunciadores redactados en alemán. Esta última imagen constituye una realización de deseos, a la que asocio en seguida *Praga*. El deseo en sí procede de un juvenil periodo de nacionalismo. Días antes de este sueño me había propuesto un amigo mío encontramos en *Praga*. La identificación de *Roma* y *Praga* se explica, pues, por una comunidad deseada. Quisiera reunirme con mi amigo en *Roma* mejor que en *Praga*, e intercambiar estas ciudades para nuestro encuentro.

La posibilidad de crear formaciones mixtas es uno de los factores que más contribuyen a dar el sueño su frecuente carácter fantástico, pues con tales formaciones pasan al contenido manifiesto elementos que no pudieron ser jamás objetos de percepción. El proceso psíquico correspondiente a la formación mixta en el sueño es, evidentemente, el mismo que se desarrolla en el estado de vigilia, cuando nos imaginamos un centauro o un dragón. La única diferencia consiste en que la creación fantástica de la vigilia se rige por la impresión que nos

proponemos produzca su resultado, mientras que la formación mixta del sueño queda determinada por un factor exterior a la conformación; esto es, por la comunidad existente en las ideas latentes. La formación mixta onírica puede ser constituida de diversos modos. En su composición más desprovista de arte aparecen representadas únicamente las cualidades de uno de los objetos, y esta representación se nos muestra acompañada de la convicción de que se refiere, al mismo tiempo, a otro objeto. Una técnica más cuidadosa reúne los rasgos de ambos objetos en una nueva imagen, utilizando para ello, hábilmente, las analogías que los mismos pueden poseer en la realidad. La nueva creación puede resultar totalmente absurda o constituir, por el contrario, una bella fantasía, según las condiciones del material y el ingenio que presidía a la fusión. Cuando los objetos que han de ser condensados en una unidad son demasiado heterogéneos, se limita frecuentemente la elaboración onírica a crear un producto mixto con un nódulo preciso, al que se agregan determinantes más borrosos. En estos casos ha fracasado la síntesis en una sola imagen, y las dos representaciones se superponen, engendrando algo semejante a una lucha entre dos imágenes visuales. Si intentamos representarnos gráficamente la formación de un concepto sobre la base de imágenes de percepción, obtendremos una imagen análoga.

Los sueños se muestran, como era de esperar, plagados de tales formaciones mixtas. En los ejemplos analizados hasta aquí hemos señalado ya algunas, a las que ahora agregaremos varias más. El sueño últimamente expuesto, que describe la vida de la paciente, «con la flor» o «desflorada», nos muestra al yo onírico, llevando en la mano una florida rama, que, según averiguamos ya, significa, al mismo tiempo, inocencia y culpabilidad sexuales. Dicha rama recuerda, además, por la distribución de las flores, a las de los *cerezos en flor*, y las flores, aisladamente consideradas, son *camelias*. Por último, rama y flores, tomadas en conjunto, dan la impresión de una planta exótica. Las ideas latentes nos revelan la comunidad existente entre los diversos elementos de esta formación mixta. La rama florida está constituida como un compuesto de alusiones a los regalos que movieron a la sujeto, o debieron moverla, a mostrarse complaciente. Así, en su infancia, las cerezas, y en años posteriores, una planta de camelias. Lo exótico es una alusión a un naturalista que había viajado mucho y pretendido un tiempo a la sujeto, regalándole en una ocasión un dibujo de una planta. Otra paciente creó en un sueño un lugar intermedio entre las *casetas* de los baños de mar, las *garitas* en que suele hallarse instalado el *retrete* en las casas campesinas y los

sotabancos de nuestras viviendas ciudadanas. Los primeros elementos tienen común relación con la desnudez, y por su unificación con el tercero habremos de concluir que también el sotabanco de la casa en que la paciente vivió de niña fue testigo de escenas de dicho género. Un individuo creó en sueños de dos lugares —mi gabinete de consulta y el local público en el que conoció a su mujer— una localidad mixta. (La comunidad entre los dos elementos de esta formación mixta queda proporcionada por la palabra *Kur* (cura y corte). A mi gabinete de consulta acudía el sujeto a someterse a una «cura», como antes acudía al otro local a hacer la «corte» a la mujer a la que más tarde hizo su esposa.) Una muchacha a la que su hermano ha prometido traerle caviar sueña que dicho hermano tiene ambas piernas cubiertas de granitos, *negros como los huevecillos del caviar y de la misma forma y tamaño*. Los elementos *contagio* en sentido moral y el recuerdo de una *erupción* que padeció en su infancia y sembró sus piernas de puntitos *rojos*, en lugar de *negros*, se han unido aquí con los *huevecillos de caviar* para formar un nuevo concepto, el de aquello *que ha recibido de su hermano* («que su hermano le ha contagiado»). En un sueño comunicado por Ferenczi hallamos una formación mixta compuesta por la persona de un *médico* y un *caballo*, imagen que además lleva puesta una *camisa de dormir*. El análisis reveló la comunidad existente entre estos elementos después de demostrar que la camisa de dormir constituía una alusión al padre de la sujeto en una escena de la infancia de esta última. En los tres casos se trataba de objetos de su curiosidad sexual. Siendo niña, la había llevado varias veces su niñera a una yeguada militar, lugar en el que tuvo ocasión de satisfacer su curiosidad sexual, aún no coartada.

He afirmado antes que el sueño carece de medios para representar la relación de antítesis u oposición —el «no»—, y voy ahora a contradecir, por vez primera, tal aserto. Una parte de los casos que hemos de considerar como de «antítesis» y podríamos colocar bajo la rúbrica de *inversamente* o *por el contrario*, alcanza su representación en el sueño del modo siguiente, que casi podríamos calificar de chistoso. El «inversamente» no llega de por sí al contenido manifiesto, sino que exterioriza su existencia en el material con la *inversión* —como a *posteriori*— de un fragmento del contenido manifiesto, relacionado con él por motivos distintos. Este proceso es más fácil de ilustrar que de describir. En el bello sueño «de arriba abajo», descrito anteriormente, la representación onírica del subir muestra la inversión de la escena de *Safo*, que constituye su modelo en las ideas latentes. En el sueño la subida es penosa al principio y luego fácil, al revés de lo

que sucede en dicha escena de la novela de Daudet. Los términos «arriba» y «abajo» referidos al hermano del sujeto son también representados inversamente en el sueño, y todas estas circunstancias indican la existencia de una relación contradictoria o antitética entre dos fragmentos del material de ideas latentes, relación consistente, según vimos, en que la fantasía infantil del sujeto le mostraba llevado en brazos de su nodriza, inversamente a como en la novela llega el protagonista en brazos a su amada. También mi sueño del ataque de *Goethe* contra M. entraña una tal inversión, que hemos de deshacer para conseguir interpretarlo. Su contenido manifiesto expone que *Goethe* ha hecho objeto de un violentísimo ataque literario a un joven escritor, el señor M. La realidad, tal y como se halla contenida en las ideas latentes, es que un amigo mío, hombre de reconocido talento, ha sido atacado por un joven escritor nada conocido. En este sueño establezco un cálculo tomado como punto de partida al año de la muerte de Goethe; en la realidad partía el cálculo del año en que nació el parálítico. La idea dominante del material onírico resulta ser mi oposición a que se trate a Goethe como a un demente, y el sueño me dice: «Lo que sucede es todo lo contrario; si no alcanzas a comprender este libro, el imbécil eres tú y no el autor». En todos estos sueños de inversión parece además hallarse contenida una relación a un sentimiento despectivo («volver la espalda a alguien»); así, en el sueño de *Safo*, con respecto al hermano del sujeto. Es, por último, digna de mención la frecuencia con que tales inversiones aparecen en los sueños provocados por sentimientos homosexuales reprimidos.

La inversión o transformación de un elemento es su contrario en uno de los medios de representación que el sueño emplea con mayor frecuencia, por serle de múltiple utilidad, sirviendo, en primer lugar, para dar cuerpo a la realización de deseos, contraria a un determinado elemento de las ideas latentes. La expresión «¡Ojalá hubiera sido al revés!», es, con frecuencia, la que mejor traduce la reacción del yo contra un recuerdo penoso. Pero cuando la inversión se nos muestra más valiosa es cuando la consideramos desde el punto de vista de la censura, pues crea una considerable deformación de los elementos que de representar se trata, hasta el punto de paralizar, al principio, toda tentativa de comprensión del sueño. Por tanto, cuando un sueño nos rehúsa tenazmente su sentido, deberemos intentar la inversión de determinados fragmentos de su contenido, operación con la cual queda todo aclarado en el acto muchas veces.

A más de la inversión del contenido, habremos también de tener en cuenta la de la sucesión en el tiempo. La deformación onírica emplea, en efecto, con

frecuencia, la técnica consistente en representar, al principio del sueño, el desenlace del suceso o la conclusión del proceso mental, y, al final del mismo, las causas del primero o las premisas del segundo. Aquellos que no tengan en cuenta este medio técnico de la deformación onírica permanecerán perplejos ante la labor de interpretación^[408].

Suele incluso suceder que en algunos casos no conseguimos descubrir el sentido del sueño hasta después de haber llevado a efecto, en el contenido manifiesto, la inversión de múltiples y muy diversas relaciones. De este modo se esconde, por ejemplo, en el sueño de un neurótico obsesivo, el recuerdo de su deseo infantil de la muerte de su temido padre, detrás de las siguientes palabras: *Su padre le regaña porque vuelve muy tarde a casa*. Pero los datos obtenidos con anterioridad en el tratamiento y las ocurrencias del sujeto demuestran que la idea primitiva es la de que se *halla enfadado con su padre*, y que para él siempre volvía éste a casa *demasiado temprano* (demasiado pronto). Hubiera preferido que no hubiera vuelto, deseo idéntico al de su muerte. (Véase página 502). Siendo niño se había hecho culpable el sujeto de una agresión sexual a otra persona durante una larga ausencia de su padre, y había sido amenazado con las palabras: «¡Ya verás cuando vuelva tu papá!»

Si queremos proseguir aún más allá las relaciones entre el contenido manifiesto y las ideas latentes tomaremos como el mejor punto de partida el sueño mismo y nos plantearemos la interrogación de cuál es, con relación a las ideas latentes, el significado de determinados caracteres formales de la representación onírica. A estos caracteres formales, que tienen que despertar nuestra atención al examinar el sueño, pertenecen ante todo las diferencias de intensidad sensorial de los distintos productos oníricos y las de claridad de los diversos fragmentos de un sueño o de sueños enteros Comparados entre sí. Las diferencias de intensidad de los diversos productos oníricos forman toda una escala, que va desde una agudeza de impresión que nos inclinaríamos a colocar por cima de la realidad —aunque claro está que sin garantías— hasta una enfadosa vaguedad, que declaramos característica del sueño, por no ser comparable exactamente a ninguno de los grados de precisión que tenemos lugar de percibir en los objetos de la realidad.

Acostumbradamente calificamos también de «fugitiva» la impresión que de un borroso objeto onírico recibimos, mientras que de los objetos oníricos más precisos opinamos que han permitido una más larga percepción. Surge aquí la

interrogación de cuáles son las condiciones del material onírico a las que obedecen estas diferencias de vitalidad de los diversos trozos del contenido manifiesto.

Habremos de rebatir ante todo algunas hipótesis que parecen imponerse a este respecto. Dado que en el material onírico pueden hallarse incluidas, desde luego, sensaciones reales percibidas durante el reposo, se supondrá, probablemente, que estas sensaciones o los elementos oníricos de ellas derivados se significan, en el contenido manifiesto, por una especial intensidad; o inversamente, que aquello que en el sueño muestra una especial intensidad podrá ser referido a dichas sensaciones reales. Ahora bien: mi experiencia no me ha confirmado jamás estas hipótesis. No es exacto que aquellos elementos del sueño que son derivados de sensaciones percibidas durante el reposo (estímulos nerviosos) se distingan, por su mayor intensidad, de los que proceden de recuerdos. El factor realidad carece de toda influencia sobre la determinación de la intensidad de las imágenes oníricas.

Podría también suponerse que la intensidad sensorial (vivacidad) de las diversas imágenes oníricas se hallaba en relación con la intensidad psíquica de los elementos correspondientes en las ideas latentes. En estas últimas, la intensidad coincide con el valor psíquico, y los elementos más intensos no son otros que los más importantes, los cuales constituyen el nódulo. Ahora bien: sabemos que precisamente la mayor parte de estos elementos no consiguen pasar, por impedírselo la censura, al contenido manifiesto. Sin embargo, podría ser que aquéllos más próximos derivados suyos, que los representan, mostrasen en el sueño un más alto grado de intensidad, sin que por ello tuvieran que constituir el centro de la representación onírica. Pero también esta sospecha queda destruida por la observación comparativa del sueño y el material onírico. La intensidad de los elementos del primero no tiene nada que ver con la de los que constituyen el segundo, y entre el material onírico y el sueño tiene, efectivamente lugar una completa *transmutación de todos los valores psíquicos*. Un elemento fugitivamente animado y encubierto por imágenes más intensas, es muchas veces el único que descubrimos, constituye un derivado directo de aquello que en las ideas latentes dominaba en absoluto.

La intensidad de los elementos del sueño aparece determinada en otra forma distinta y por los factores independientes entre sí. En primer lugar advertimos sin esfuerzo la especial intensidad con la que se nos muestran representados en el sueño aquellos elementos en los que se exterioriza la realización de deseos, y en

segundo, nos descubre el análisis que aquellos elementos que aparecen dotados de una vitalidad son a la vez los que constituyen el punto de partida de un más amplio número de rutas mentales y los mejor determinados. Este principio, empíricamente establecido, puede ser formulado en los siguientes términos: los elementos que mayor intensidad muestran en el sueño son aquéllos cuya formación ha exigido una mayor *labor de condensación*. Esta condición y la anteriormente señalada de la realización de deseos habrán de poder ser encerradas en una única fórmula.

El problema al que las precedentes consideraciones se refieren, o sea el de las causas de la mayor o menor intensidad o precisión de los diversos elementos del sueño, no debe ser confundido con el que plantea la distinta claridad de sueños enteros o fragmentados, lo contrario de precisión es vaguedad; en el segundo, confusión. Sin embargo, es innegable que las cualidades ascendentes y descendentes de ambas escalas se presentan en mutua correspondencia. Aquellos fragmentos de un sueño que muestran una mayor claridad contienen, en su mayor parte, elementos intensos, y por el contrario, un sueño oscuro se halla constituido por muy escasos elementos intensos. Pero el problema planteado por la escala que se extiende desde lo aparentemente claro hasta lo impreciso y confuso es mucho más complicado que el de las oscilaciones de la vivacidad de los elementos del sueño, y por razones que más adelante expondremos, no nos es posible someterlo todavía a discusión. En algunos casos observamos, no sin sorpresa, que la impresión de claridad o imprecisión producida por un sueño no depende en absoluto del proceso de su constitución, sino que procede del material onírico, a título de componente del mismo.

Así, recuerdo un sueño que me pareció, al despertar, tan especialmente bien constituido, coherente y claro, que antes de disipar por completo en mí el aturdimiento del reposo, me propuse establecer una nueva categoría de sueños no sometidos a los mecanismos de la condensación y el desplazamiento, y que habrían de calificarse de «fantasía durante el reposo». Pero un más detenido examen me demostró que ese sueño poco común presentaba en su constitución las mismas fisuras y soluciones de continuidad que otro cualquiera, con lo cual hube de renunciar a la categoría de las fantasías oníricas^[409]. Su contenido era que yo exponía a mi amigo Fliess una difícil teoría de la bisexualidad, constituida al cabo de trabajosas investigaciones, y la fuerza realizadora de deseos hacia que dicha teoría (que, por lo demás, no era comunicada en el sueño)

nos pareciese clara y sin lagunas. Así, pues, aquello que yo había considerado como un juicio sobre el sueño completo era una parte, y precisamente la esencial, del contenido onírico. La elaboración onírica parecía extenderse, en este caso, a los comienzos del pensamiento despierto y me ofrecía como *juicio* sobre el sueño aquella parte del material onírico cuya exacta representación no le había sido dado conseguir en el mismo. Análogo a éste es el caso de una paciente mía que, hallándose sometida al tratamiento psicoanalítico, se resistió a relatarme un sueño, cuyo análisis había de formar parte del mismo, alegando que «era demasiado impreciso y confuso». Por último, entre repetidas protestas de la insegura vaguedad de las representaciones oníricas, relató que su sueño le había presentado varias personas —ella misma, su marido y su padre—, siendo como si ella no hubiese sabido si su marido era su padre o quién era su padre o algo parecido. La comparación de este sueño con las ocurrencias de la sujeto durante la sesión demostró, sin lugar a dudas, que se trataba de la vulgar historia de una criada que había tenido que confesar hallarse embarazada y a la que se expresaban dudas sobre «quién sería el padre» (del esperado hijo)^[410]. La oscuridad que el sueño mostraba era, pues, también en este caso, una parte del material que hubo de provocarlo, y esta parte quedaba representada en la *forma* misma del sueño. *La forma del sueño o del soñar es utilizada con sorprendente frecuencia para la representación del contenido encubierto.*

Las glosas del sueño, esto es, las observaciones aparentemente inocentes sobre el mismo, tienden con frecuencia a ocultar, con el mayor refinamiento, un fragmento de lo soñado, aunque lo que en realidad hagan es revelarlo. Así, cuando un sujeto dice: «Al llegar aquí se *borra* (se limpia) el sueño», y descubre luego el análisis una reminiscencia infantil de haber espiado a una persona que se limpiaba después de defecar. Y en este otro caso, que precisa de una más amplia comunicación. Un joven tiene un claro sueño, que le recuerda una fantasía infantil de la cual ha conservado conciencia. Se encuentra por la noche en un hotel y, equivocándose de habitación, sorprende a una señora ya madura y a sus dos hijas, que se están desnudando para acostarse. Al llegar a este punto de su relato dice el sujeto: «*Aquí presenta el sueño varios huecos, como si faltase algo*, y luego prosigue con la aparición en el cuarto de un hombre que quiere expulsarme y con el que tengo que luchar». Después de inútiles esfuerzos del sujeto por recordar el contenido y la intención de la fantasía infantil, a la que su sueño alude abiertamente, advertimos que dicho contenido resulta dado en sus

propias manifestaciones sobre el fragmento onírico impreciso. Los huecos se refieren a los genitales de las mujeres que se desnudan para acostarse, y la frase *como si faltara algo* describe el carácter principal del órgano sexual femenino. En sus arios infantiles ardía el sujeto en curiosidad por ver unos genitales femeninos, y se inclinaba aún a la teoría sexual infantil que atribuye a la mujer la posesión de un miembro viril.

Una análoga reminiscencia revistió parecida forma en otro sujeto: «Sueño que *entro con la señorita de K. en el restaurante del parque*; luego sigue una parte oscura, una interrupción...; *después me encuentro en la sala de una casa de prostitución, en la que veo a dos o tres mujeres, una de ellas en camisa y pantalones*».

Análisis. —La señorita de K. es la hija de un antiguo jefe suyo, y como el mismo sujeto indica, una persona sustitutiva de su hermana. No ha tenido sino muy pocas ocasiones de hablar con ella; pero una vez entablaron una conversación en la que «reconocieron» su diferencia de sexo, como si se hubieran dicho: «Yo soy un hombre y tú una mujer». En el restaurante de su sueño no ha estado sino una sola vez, acompañando a la hermana de su cuñado, muchacha que le es por completo indiferente. Otra vez acompañó a tres señoras hasta la entrada del mismo. Dichas tres señoras eran su hermana, su cuñada y la citada hermana de su cuñado, indiferentes las tres para él, pero pertenecientes a la serie de la hermana. Sólo rarísimas veces —dos o tres en toda su vida— ha entrado en una casa de prostitución.

La interpretación se apoyó en la *parte oscura* o la *interrupción* del sueño, y confirmó que, siendo niño, había sido llevado el sujeto por su curiosidad a contemplar, aunque sólo muy raras veces, los genitales de su hermana. Algunos días después surgió en él el recuerdo consciente del reprochable acto a que el sueño aludía.

Todos los sueños de una misma noche pertenecen, por lo que a su contenido respecta, a la misma totalidad, y tanto su división en varios fragmentos como la agrupación y el número de los mismos son muy significativos y deben ser considerados como una parte de la exteriorización de las ideas latentes. Esta interpretación de sueños constituidos por varios fragmentos principales o, en general, de aquellos que pertenecen a una misma noche, no debemos olvidar tampoco la posibilidad de que tales sueños sucesivos y diferentes posean la misma significación y expresen los mismos sentimientos por medio de un distinto material. El primero de tales sueños homólogos suele ser entonces, muy

frecuentemente, el más deformado y tímido, y el segundo se muestra más atrevido y claro.

Ya el sueño bíblico de las espigas y las vacas, soñado por el faraón e interpretado por José, perteneció a esta clase. Josef o la expone más detalladamente que en la Biblia (*Antigüedades judías*, tomo II, caps. 5 y 6). Después de relatar el primer, sueño, dice el rey: «A continuación de este primer sueño desperté intranquilo y medité qué es lo que podía significar, pero luego volví a quedarme dormido y tuve otro sueño mucho más extraño, que me produjo aún más espanto y confusión». Al terminar de escuchar el relato del faraón dice José: «Tu sueño, ¡oh rey!, es, en apariencia, doble, pero sus dos visiones poseen una misma significación».

En su *Beitrag zur Psychologie des Geruechtes*^[411], refiere Jung cómo un disfrazado sueño erótico de una colegiala fue comprendido y reproducido en diversas variantes por sus compañeras sin necesidad de interpretación ninguna, y observa, con relación a estos relatos de sueño, «que el pensamiento final de una larga serie de imágenes oníricas contiene exactamente aquello mismo que ya se intentó representar en la primera imagen de la serie. La censura rechaza el complejo durante el mayor tiempo posible por medio de encubrimientos simbólicos, desplazamientos, transformaciones en materia inocente, etc., renovados de continuo» lugar (cit., pág. 434). Schemer conoció perfectamente esta peculiaridad de la representación onírica y la describe, al desarrollar su teoría de los estímulos orgánicos, como una ley especial (pág. 399): «Por último, observa la fantasía en todas las formaciones oníricas emanadas de determinados estímulos nerviosos la ley general de no pintar al principio del sueño sino las más lejanas y libres alusiones al objeto estimulante y, en cambio, al final, cuando se agota el material pictórico, representa clara y desnudamente el estímulo mismo o, correlativamente, el órgano que a él corresponde o su función, con lo cual acaba el sueño revelando por sí mismo su motivo orgánico...»

En su trabajo *Un sueño que se interpreta a sí mismo*, nos da Otto Rank una amplia confirmación de esta ley de Schemer. El sueño que en él nos comunica se compuso de dos fragmentos oníricos soñados una misma noche por una muchacha y terminado el segundo con un orgasmo. Este último permitió una detalladísima interpretación del sueño total sin recurrir para nada a la ayuda de la sujeto, y la abundancia de relaciones entre dos contenidos de ambos fragmentos oníricos mostró que el primero expresaba, aunque más tímidamente, lo mismo

que el segundo, de manera qué éste, el de la polución, contribuyó al total esclarecimiento del primero. Muy justificativamente ha tomado Rank este caso como punto de partida para el estudio de la significación de los sueños de polución con respecto a la teoría de los sueños en general.

Mi experiencia personal me ha demostrado, sin embargo, que no siempre nos llegamos a hallar en situación de interpretar la claridad o confusión de los sueños como seguridad o duda en el material onírico. Más adelante habremos de señalar, en la elaboración onírica, el factor, no mencionado hasta ahora, de cuya actuación depende especialmente esta escala de cualidades del sueño.

Algunos sueños, en los que se mantiene durante cierto tiempo una determinada situación o decoración, aparecen cortados por interrupciones que son descritas en su relato con las palabras siguientes: «Parece luego como si al mismo tiempo fuera un lugar distinto y allí sucede esto y lo otro». Aquello que de este modo interrumpe la acción principal del sueño, la cual puede continuar después al cabo de un intervalo, resulta ser, en las ideas latentes, un elemento accesorio; por ejemplo, un pensamiento intercalado. La condicionalidad dada en las ideas latentes es representada en el sueño por simultaneidad (si-cuando).

¿Cuál es el significado de la sensación de no poder moverse, frecuentísima en el sueño y tan cercana a la angustia? Queremos andar y permanecemos como clavados en un sitio; queremos hacer algo y se nos oponen continuos obstáculos. El tren echa a andar y no podemos alcanzarlo; vamos a levantar la mano para vengar una ofensa y no lo conseguimos, etc. Al examinar los sueños exhibicionistas tropezamos ya con esta sensación, mas no intentamos profundizar seriamente en su sentido. Es muy cómodo, pero también muy insuficiente, responder que durante el reposo existe una parálisis motora que se hace notar al durmiente por dicha sensación; pues, de ser así, habríamos de preguntarnos cómo es que no soñamos de continuo con tales movimientos estorbados. Debemos, pues, suponer que tal sensación, susceptible siempre a surgir durante el reposo, obedece a determinados fines de la representación y no es despertada sino cuando el material onírico precisa de ella para una determinada exteriorización.

La imposibilidad de realizar algo no aparece siempre en el sueño como sensación, sino también, simplemente, como parte del contenido manifiesto. La comunicación de un ejemplo de este género ha de contribuir al esclarecimiento del proceso onírico discutido. Expondré, pues, muy abreviadamente, un sueño en el que aparezco acusado de falta de honradez: «La escena representa una mezcla

de sanatorio particular y varios otros locales. Se presenta un criado y me invita a seguirle para ser objeto de un registro. En el sueño sé que se ha echado algo de menos y que el registro obedece a la sospecha de que soy yo quien se ha apropiado lo que falta. El análisis nos muestra que el concepto *registro* debe ser tomado en doble sentido e incluye también el registro (reconocimiento) médico. Penetrado de mi inocencia y consciente de mi autoridad de médico de cabecera y consejero en aquella casa, sigo tranquilamente al criado. Ante una puerta nos recibe otro, que dice, señalándome: ‘¡Cómo me trae usted a este señor, que es una persona decente!’ Sin que el criado me acompañe ya, paso a un amplio salón en el que se hallan instaladas diversas máquinas y que me recuerda una cámara de tormento con sus infernales torturas. Atado a uno de los potros veo a uno de mis colegas, que, contra lo que era de esperar, no repara atención ninguna en mí. Resulta que ahora puedo ya irme (puedo ya andar). Pero no encuentro mi sombrero y no puedo irme (no puedo andar)».

La realización de deseos de este sueño es evidentemente la de ser reconocido como persona honorable y poder irme. Por tanto, debe existir en las ideas latentes un amplio material contrario a dicha realización. El poder marcharme es señal de que ha sido absuelto y, por tanto, si el sueño trae consigo, al terminar, un incidente que me lo impide, no ha de ser muy aventurado concluir que por medio de este rasgo se exterioriza dicho material contrario, reprimido. Así, pues, el no encontrar el sombrero significa que no soy un hombre honrado. La imposibilidad de realizar algo en el sueño es una expresión de la contradicción, un «no», y, por tanto, habremos de rectificar nuevamente nuestra anterior afirmación de que el sueño no puede expresar el «no»^[412].

En otros sueños en los que la imposibilidad de realizar el movimiento no aparece ya tan sólo como situación, sino como sensación, queda expresada por la sensación de parálisis la misma contradicción, pero más enérgicamente, como una voluntad a la que se opone la voluntad contraria. Así, pues, la sensación de parálisis representa un *conflicto de la voluntad*. Más adelante veremos que precisamente la parálisis motora durante el reposo es una de las condiciones fundamentales del proceso psíquico que se desarrolla en el curso del sueño. El impulso transferido a las vías motoras no es otra cosa que la voluntad y nuestra seguridad de que en el reposo habremos de sentir como coartado dicho impulso hace que todo este proceso sea apropiadísimo para la representación del *querer* y del *no* que al mismo se opone. Después de mi explicación de la angustia, se

comprende fácilmente que la sensación de coerción de la voluntad se nos muestre tan próxima a dicho estado y se enlace con él tan frecuentemente en el sueño. La angustia es un impulso libidinoso que parte de lo inconsciente y es coartado por lo preconscious^[413]. Por tanto, en aquellos sueños o fragmentos del sueño en los que la sensación de parálisis aparece acompañada de angustia, tiene que tratarse de una volición que fue susceptible alguna vez de desarrollar libido, o sea de un impulso sexual.

Más adelante discutiremos lo que significa el juicio «Estoy soñando» o «Esto no es más que un sueño», que con tanta frecuencia surge en nosotros mientras soñamos, y examinaremos a qué poder psíquico hemos de atribuirlo. Adelantaré únicamente que su objeto es rebajar el valor de lo soñado. El problema de qué es lo expresado cuando un cierto contenido es calificado de «soñado» en el sueño mismo; esto es, el problema del «sueño en el sueño», ha sido resuelto en un análogo sentido por W. Stekel, mediante el análisis de varios ejemplos convincentes. El calificar de «soñada» una parte de un sueño dentro del sueño mismo, tiene por objeto rebasar nuevamente su valor y despojarla de su realidad. Aquello que al final de un «sueño en el sueño» continuamos soñando es lo que el deseo onírico quiere sustituir a la extinguida realidad. Podemos, pues, admitir que lo *soñado* contiene la representación de la realidad, el recuerdo verdadero y, por lo contrario, el sueño subsiguiente no entraña sino la representación de lo meramente deseado por el sujeto. Así, pues, la inclusión de determinado contenido en un «sueño en el sueño» habrá de considerarse equivalente al deseo de que lo calificado así de sueño no hubiese sucedido. O dicho de otro modo: cuando un determinado suceso es situado en un sueño por la elaboración onírica misma, podemos considerar este hecho como la más decisiva confirmación de su realidad y su más enérgica *afirmación*. La elaboración onírica emplea el soñar mismo como una forma de repulsa y confirma así la teoría de que el sueño es una realización de deseos.

D) El cuidado de la representabilidad.

La investigación de cómo representa el sueño las relaciones dadas entre las ideas latentes ha constituido hasta aquí nuestro principal objeto: más, sin embargo, nos hemos extendido en varias ocasiones a considerar el problema de cuáles son las transformaciones que la constitución de los sueños impone, en

general, al material onírico. Sabemos ya que este material, despojado de casi todas sus relaciones, experimenta una comprensión, en tanto que la acción simultánea de desplazamiento de intensidad entre sus elementos le impone una transmutación de su valor psíquico. Los desplazamientos que hasta ahora hemos examinado demostraron ser sustituciones de una representación determinada por otra asociativamente contigua a ella y se revelaron como muy útiles para la condensación, permitiendo que en lugar de dos elementos pasase al contenido manifiesto uno sólo intermedio común entre ellos. Pero el proceso de desplazamiento puede también revestir una forma distinta que aún no hemos mencionado y que, según nos muestra el análisis, se manifiesta en una *permuta de la expresión verbal* de las ideas correspondientes. Trátase siempre del mismo proceso —un desplazamiento a lo largo de una cadena de asociaciones—, pero desarrollado en esferas diferentes, y su resultado es que en el primer caso queda constituido un elemento por otro, y en el segundo, cambia un elemento su expresión verbal por otra distinta.

Este segundo género del desplazamiento que se desarrolla en la formación de los sueños presenta, desde luego, un gran interés teórico y es, además, particularmente apropiado para esclarecer la apariencia de fantástico absurdo con la que el sueño se disfraza. El desplazamiento se realiza siempre en el sentido de sustituir una expresión incolora y abstracta de las ideas latentes por otra plástica y concreta. No es difícil comprender la utilidad y con ella el propósito de esta sustitución. Lo plástico es *susceptible de representación* en el sueño y puede ser incluido en una situación, en tanto que la expresión abstracta ofrecería a la representación onírica dificultades análogas a las que hallaríamos al querer ilustrar un artículo de fondo de un diario político. Pero tal cambio de expresión no favorece únicamente la representatividad, sino que resulta también ventajoso para la condensación y la censura. Una vez que la idea latente abstractamente expresada e inutilizable en esta forma es trasladada a un lenguaje político, se producen más fácilmente que antes, entre tal idea en su nueva forma expresiva y el restante material onírico, aquellos contactos e identidades de que la elaboración precisa, hasta el punto de crearlos cuando no los encuentra ciados de antemano, pues los términos concretos son en todo idioma y a consecuencia de su desarrollo más ricos en conexiones que los abstractos. Podemos, pues, representarnos que gran parte de aquella labor intermedia que en la formación de los sueños tiende a reducir las diversas ideas latentes a una expresión unitaria y breve en lo posible queda realizada en esta forma por medio de una adecuada

modificación verbal de los distintos elementos latentes. Aquella idea cuya expresión hubiera de permanecer invariada por una razón cualquiera ejercería una influencia de distribución y selección sobre las posibilidades de expresión de la otra, y esto quizá desde un principio, como sucede en la labor del poeta. Los versos consonantes de una composición rimada han de satisfacer dos condiciones: expresar el sentido que les corresponda y hallar para él una expresión que contenga la rima. Las mejores poesías son aquéllas en las que no se advierte la intención de hallar la rima, habiendo escogido de antemano ambos pensamientos por inducción recíproca una expresión verbal, que mediante una ligera elaboración ulterior haga surgir la consonancia.

La permuta de la expresión verbal favorece en algunos casos la condensación onírica por un camino aún más corto, hallando un giro equívoco susceptible de proporcionar expresión a más de una de las ideas latentes. De este modo resulta aprovechable para la elaboración de los sueños todo el sector del chiste verbal. Esta gran importancia que la palabra nos revela poseer para la formación de los sueños no es cosa que deba asombrarnos. La palabra, como punto de convergencia de múltiples representaciones, es, por decirlo así, un equívoco predestinado, y las neurosis (fobias, representaciones obsesivas) aprovechan, con igual buena voluntad que el sueño, las ventajas que la misma les ofrece para la condensación y el disfraz^[414]. No es difícil demostrar que el desplazamiento de la expresión resulta también favorable al disfraz de los sueños, pues siempre induce en error el que una palabra de doble sentido sustituya a dos de uno solo, y la sustitución de la tímida forma expresiva cotidiana por otra, plástica, detiene nuestra comprensión, sobre todo cuando, como sucede en el sueño, no hay nada que nos indique si los elementos dados han de ser interpretados literalmente o en un sentido indirecto, ni si por mediación de giros usuales intercalados al material del sueño. Ante la interpretación de un elemento onírico es, en general, dudoso:

- a) Si debe ser tomado en sentido positivo o negativo (relación antinómica).
- b) Si debe ser interpretado históricamente (como reminiscencia).
- c) Simbólicamente.
- d) O si debemos utilizar, para nuestra interpretación, su sentido literal.

A pesar de esta multiplicidad de sentidos, puede decirse que las representaciones de la elaboración onírica, *que no pretenden ser comprendidas*, no plantean al traductor mayores dificultades que los antiguos jeroglíficos a sus lectores.

En el presente trabajo hemos expuesto ya repetidos ejemplos de representaciones oníricas, enlazadas únicamente por el doble sentido de la expresión («La boca se abre bien», en el sueño de la inyección de Irma. «No puedo irme (andar) todavía», en el últimamente citado, etc.). Comunicaré ahora un sueño en cuyo análisis desempeña un papel más importante la representación plástica de las ideas abstractas. La diferencia entre esta interpretación onírica y la que se realiza por medio del simbolismo, como en la antigüedad, puede determinarse con toda precisión. En la interpretación simbólica, la clave de la simbolización es elegida por el interpretador, mientras que en nuestros casos de disfraz idiomático, son tales claves generalmente conocidas y aparecen dadas por una fija costumbre del lenguaje. Disponiendo en la ocasión precisa de la ocurrencia exacta, se hace posible interpretar total o fragmentariamente estos sueños sin recurrir para nada al sujeto.

Una señora amiga mía tiene el siguiente sueño: «Está en la ópera. Se representa una obra de Wagner que ha durado hasta las siete y cuarto de la mañana. El patio de butacas está lleno de mesas en las que comen y beben los espectadores. A una de ellas se halla sentado, con su mujer, un primo suyo, que acaba de regresar del viaje de novios. Junto a ellos, un aristócrata. De éste se sabe que la recién casada se lo ha traído de su viaje, franca y abiertamente, como quien se trae un sombrero o un recuerdo de los lugares visitados. En el centro del patio de butacas se alza una alta torre que sustenta una plataforma rodeada de una verja de hierro. Allí arriba, el director de orquesta, cuyo rostro es el de Hans Richter, corre sin descanso de un lado para otro detrás de la verja, suda copiosamente y dirige a los músicos, agrupados abajo en derredor de la base de la torre. La sujeto está sentada en un palco con una amiga (conocida mía). Su hermana menor quiere alcanzarle desde el patio de butacas un gran pedazo de carbón, alegando que no había sabido que iba a durar tanto tiempo y se helaba ahora miserablemente. (Como si durante la larga representación tuviera que ser alimentada la calefacción de los palcos.)»

Se trata, como puede verse, de un sueño harto desatinado, aunque bien concretado en una situación. Sus dos mayores absurdos son la torre que se alza en medio del patio de butacas y desde cuya cima dirige el músico la orquesta, y el trozo de carbón que la hermana de la sujeto alcanza a ésta. Intencionadamente, no sometí este caso al análisis en la forma acostumbrada, y con sólo cierto conocimiento de las circunstancias personales de la sujeto del sueño me fue posible interpretar fragmentos aislados del mismo. Me era sabido que la sujeto

había sentido una extraordinaria inclinación hacia un músico, cuya carrera hubo de quedar prematuramente interrumpida por una enfermedad mental. Me decidí, pues, a interpretar *literalmente* la torre. De ello resulta que el hombre al que ella hubiera querido ver en el lugar de Hans Richter se halla *en una muy elevada posición* como expresión considerada como un *producto mixto por oposición*. Su basamento representa la grandeza del hombre al que los pensamientos de la sujeto se refieren, y la verja de su parte superior, detrás de la cual corre el mismo de un lado para otro, como un prisionero o un animal enjaulado (alusión al nombre del desdichado enfermo)^[415], su triste destino ulterior. «Narrenturm» (literalmente, «torre de locos») sería quizá la palabra en que hubieran podido reunirse los dos pensamientos.

Después de haber descubierto de este modo la forma de representación elegida por el sueño, podría intentarse solucionar, mediante la misma clave, el segundo absurdo; esto es, el carbón que la hermana le alcanza. «Carbón» tenía que significar «amor secreto».

*Ningún fuego ni carbón ninguno
quema tan ardientemente
como el amor secreto,
del que nadie sabe nada.*

(Canción popular alemana.)

Tanto ella como su amiga se *habían quedado sentadas* (giro alemán ‘Sitzen geblieben’ de sentido equivalente al castellano «quedarse para vestir imágenes»). La hermana menor, que tiene aún probabilidades de casarse, le alcanza el carbón «porque no había sabido que iba a durar tanto tiempo». El sueño no nos dice el qué. En un relato completaríamos nosotros la frase, agregando: la representación; pero en el sueño tenemos que atender a la expresión verbal en sí y reconocerla como de doble sentido, añadiendo: «su soltería». La interpretación «amor secreto» queda entonces confirmada por la mención del primo de la durmiente, que se halla con su mujer en el patio de butacas, y por las *públicas relaciones amorosas* atribuidas a la recién casada. Las antinomias entre amor secreto y amor público, entre el ardor de la sujeto y la frialdad de la joven esposa, constituyen el elemento dominante de todo el sueño. En los dos términos de estas antinomias encontramos, además, a una «persona de elevada posición»

como expresión intermedia entre el aristócrata y el músico, en el que se fundaban justificadamente grandes esperanzas.

Las observaciones que anteceden nos descubren, por fin, un tercer factor, cuya participación en la transformación de las ideas latentes en contenido manifiesto debe estimarse harto importante. Este factor es el *cuidado de la representabilidad por medio del material psíquico peculiar de que el sueño se sirve*, o sea casi siempre por medio de imágenes visuales. Entre las diversas conexiones accesorias a las ideas latentes esenciales, será preferida aquella que permita una representación visual y la elaboración onírica no rehuirá el trabajo de fundir primero en una distinta forma verbal —por desacostumbrada que ésta sea— la idea abstracta irrepresentable plásticamente, si con ello ha de conseguir darle una representación y poner término al ahogo psicológico del pensamiento obstruido. Este vaciado del contenido ideológico en otra forma distinta puede también ponerse simultáneamente al servicio de la labor de condensación y crear conexiones, que de otro modo no existirían, con una idea diferente, la cual puede a su vez haber cambiado de antemano su forma expresiva en favor del mismo propósito.

Herbert Silberer ha indicado un excelente procedimiento para observar directamente la transformación de ideas en imágenes que tiene efecto en la formación de los sueños, y estudiar así aisladamente este factor de la elaboración onírica. Cuando hallándose fatigado y adormecido se imponía un esfuerzo mental, le sucedía con frecuencia que la idea buscada se le escapaba y surgía, en cambio, una imagen en la que podía reconocer una sustitución de la misma. Silberer da a esta sustitución el calificativo —no muy apropiado— de «autosimbólica». Quiero reproducir aquí alguno de los ejemplos citados por este autor, ejemplos sobre los cuales habré de retornar más adelante, a causa de determinadas cualidades de los fenómenos en ellos observados:

Ejemplo número 1. Pienso en que tengo que suavizar el estilo, un poco áspero, de algunos párrafos de un artículo.

Símbolo. —Me veo cepillando un trozo de madera.

Ejemplo número 5. Intento hacerme presente el objeto de ciertos estudios metafísicos, que me propongo emprender.

A mi juicio, la utilidad de tales estudios consiste en que la investigación de las causas finales va abriendo camino al investigar hasta formas de conciencia o capas de existencia cada vez más elevadas.

Símbolo. —Introduzco un largo cuchillo por debajo de una tarta como para

servirme un pedazo.

Interpretación. —Mi movimiento con el cuchillo significa el «abrirse camino» de que en mi pensamiento se trata... La base en que este símbolo se funda es la siguiente: en la mesa suelo encargarme alguna vez de cortar y servir a los demás una tarta, utilizando para ello un largo cuchillo flexible, cosa que requiere cierto cuidado. Sobre todo, resulta difícil extraer limpiamente los pedazos una vez cortados, y el cuchillo tiene que ser exactamente introducido por *debajo* de cada uno de ellos (el lento «abrirse paso» para llegar a los fundamentos). Pero aún entraña la imagen más amplio simbolismo. La tarta del símbolo era de aquellas que se hallan compuestas de varias capas de hojaldre, alternando con otras de dulce, o sea una tarta en la que el cuchillo tiene que penetrar al cortarla a través de diferentes *capas* (las capas de la conciencia y el pensamiento).

Ejemplo número 9. Pierdo el hilo de mis pensamientos en un determinado proceso mental. Me esfuerzo en volverlo a hallar, pero tengo que reconocer que el punto de enlace se me ha escapado por completo.

Símbolo. —Un párrafo escrito al que faltan las últimas líneas.

Conociendo el papel que en la vida mental de los hombres cultos desempeñan los chistes, citas, poesías y proverbios, no ha de extrañarnos que para la representación de las ideas latentes sean utilizados con gran frecuencia disfraces de este género. ¿Qué representan, por ejemplo, en un sueño varios carros cargados cada uno con una legumbre diferente? No es difícil adivinar que tal imagen expresa el deseo contrario al significado de la frase hecha *Kraut und Rueben* que entraña la idea de «revoltijo» y significa, por tanto, «desorden», me sorprende que este sueño me ha sido comunicado sólo una vez^[416]. Sólo para escasas materias se ha formado un simbolismo onírico de validez general sobre la base de sustituciones de palabras y alusiones generalmente conocidas. La mayor parte de este simbolismo es, además, común al sueño, a la psiconeurosis, a las leyendas y los usos populares.

Un más detenido examen de esta cuestión nos fuerza a reconocer que la elaboración onírica no realiza con este género de sustituciones nada original. Para la consecución de su fin —la representabilidad exenta de censura, en este caso— no hace sino seguir los caminos que encuentra ya trazados de antemano en el pensamiento inconsciente, prefiriendo aquellas transformaciones del material reprimido, que pueden llegar también a hacerse conscientes a título de

chistes y alusiones, y de las que aparecen colmadas todas las fantasías de los neuróticos. De este modo se nos hacen comprensibles las interpretaciones oníricas de Scherner, cuyo nódulo de verdad defendimos ya en otro lugar de este libro. Las fantasías sobre el propio cuerpo del sujeto no son, en modo alguno, privativas ni siquiera características del sueño. Mis análisis me han demostrado, por el contrario, que constituyen un proceso general del pensamiento inconsciente de los neuróticos y se derivan de la curiosidad sexual, cuyo objeto son para el joven o la muchacha los órganos genitales, tanto los del propio sexo como los del contrario. Pero, como ya lo hacen resaltar muy acertadamente Scherner y Volkelt, no es la casa el único círculo de representaciones que el sueño y las fantasías inconscientes de la neurosis utilizan para la simbolización del cuerpo. Conozco, desde luego, pacientes que han conservado el simbolismo arquitectónico del cuerpo y de los genitales (el interés sexual sobrepasa con exceso el terreno de los genitales exteriores), y para los cuales las columnas y los pilares representan las piernas (como en el *Cantar de los cantares*); cada puerta, una de las aberturas del cuerpo («agujero»); las cañerías, el aparato vesical, etc. Pero también el círculo de representaciones de la vida vegetal o el de la cocina son empleados para el encubrimiento de imágenes sexuales^[417]. En el primero de estos círculos de representaciones hallamos elaborados ya por los usos del idioma un precipitado de metáforas de la fantasía, procedentes de las épocas más antiguas (la «viña» del Señor, la «semilla», el «jardín de la doncella» en el *Cantar de los cantares*). Por medio de alusiones, aparentemente inocentes, a las faenas culinarias pueden también pensarse y soñarse las más repulsivas e íntimas particularidades de la vida sexual, y la sintomática de la histeria se hace ininterpretable si olvidamos que el simbolismo sexual puede ocultarse, mejor que en ningún otro lado, detrás de lo cotidiano e insignificante. El que un niño neurótico no pueda ver la sangre o la carne cruda o vomite a la vista de los huevos o de los fideos, y el enorme incremento que toma en el adulto neurótico el natural temor que al hombre normal inspiran los reptiles; todo ello posee un sentido sexual, y al servirse de tales disfraces no hace la neurosis más que seguir los caminos hollados por la humanidad entera en antiguos períodos de civilización, caminos que, bajo una ligera capa de tierra acumulada por los siglos, continúan aún existiendo hoy día, como lo prueban los usos del lenguaje, las supersticiones y las costumbres.

Añadiré aquí el «sueño de las flores», del que ya tratamos en páginas

precedentes, subrayando en su redacción todo lo que debe interpretarse como sexual. Este bello sueño cesó de gustar a la paciente una vez interpretado.

a) Sueño preliminar: «Va a la cocina, en la que se hallan las dos criadas, y las regaña por no haber terminado aún de hacer “ese poco de comida”. Mientras tanto, ve gran cantidad de groseros utensilios de cocina puestos boca abajo a escurrir y formando un montón». Agregación posterior: «Las dos criadas van por agua. Para ello tienen que meterse en un río que llega hasta la casa o entra en el patio^[418]».

b) Sueño principal^[419]: «Baja de una altura^[420] por encima de una singular pasarela, que es como un seto de mimbres entretejidos formando pequeños cuadrados^[421]. No constituye esto, precisamente, un camino, y la sujeto avanza preocupada de encontrar sitio en que afirmar sus pies, pero al mismo tiempo muy contenta de ver que sus vestidos no quedan enganchados en ningún sitio y puede conservar así un aspecto decente^[422]. En la mano lleva una *gran rama*^[423], como de un árbol, con *flores rojas*^[424] y muy frondosa. En el sueño cree la sujeto que son *flores de cerezo*, pero parecen más bien *camelias*, aunque éstas no crecen en un árbol. La rama muestra primero *una* de estas flores, luego *dos* y luego otra vez *una*^[425]. Al llegar abajo se han deshojado ya casi por completo. En esto se ve a un criado que se diría está peinando a un árbol parecido, pues arranca de él con una madera *gruesos mechones* de pelo que cuelgan de su tronco como si fuera musgo. Otros trabajadores han cortado de un *jardín ramas* semejantes a la suya y las han tirado *a la calle*. *La gente que pasa las recoge*. Ella pregunta si aquello está bien hecho y si también ella *puede coger una*^[426]. En el jardín ve a un joven (un extranjero conocido suyo) y se dirige a él, preguntándole cómo podrán trasplantarse tales *ramas a su propio jardín*^[427]. El joven la abraza, pero ella se resiste y le pregunta cómo se le ocurre pensar que puede abrazarla así. Él dice que no es ninguna falta y que está permitido. Se declara dispuesto a ir con ella al *otro jardín* para enseñarla cómo se hace el trasplante, y le dice algo que ella no comprende: Me faltan, además, tres *metros*—luego dice ella: *metros cuadrados*— o tres brazas de fondo. Es como si quisiera exigir algo de ella a cambio de su anuencia, como si tuviera la intención de *compensarse en su jardín o burlar* alguna ley y aprovecharse sin causarle a ella ningún perjuicio^[428]. No sabe si luego le enseña él realmente algo».

Este sueño que yo he adelantado para mostrar sus elementos simbólicos, se le puede describir como biográfico. Sueños así ocurren frecuentemente durante

el psicoanálisis, pero tal vez escasamente fuera de él^[429].

Poseo, naturalmente, material sobrado de este género, pero su comunicación nos haría adentrarnos demasiado en la discusión de las circunstancias de las neurosis. Baste decir que todo nos lleva a la misma conclusión: la de que no necesitamos admitir en la elaboración onírica especial actividad simbolizante del alma, pues el sueño se sirve de simbolizaciones que ya se hallan contenidas en el pensamiento inconsciente, dado que por escapar a la censura satisfacen, tanto por su representabilidad como ampliamente, tales simbolizaciones todas las exigencias de la formación de los sueños.

E) La representación simbólica en el sueño. Nuevos sueños típicos.

Una vez familiarizados con el extensísimo empleo del simbolismo para la representación del material sexual en el sueño, surge en nosotros la interrogación de si muchos de tales símbolos no poseerán siempre, como ciertos signos de la taquigrafía, una significación fija, y nos sentimos tentados de componer una nueva «clave de los sueños». Pero hemos de observar que este simbolismo no pertenece exclusivamente al sueño, sino que es característico del representar inconsciente, en especial del popular, y se nos muestra en el folklore, los mitos, las fábulas, los modismos, los proverbios y los chistes corrientes de un pueblo, mucho más amplia y completamente aún que en el sueño. Así, pues, para dedicar al símbolo toda la atención que su importancia merece y discutir los numerosos problemas inherentes a su concepto, problemas no resueltos aún en su mayor parte, habríamos de traspasar considerablemente el tema de la interpretación onírica^[430]. Por tanto, nos limitaremos a indicar que si bien la representación simbólica es, desde luego, una representación indirecta, hay múltiples indicios que nos advierten de la conveniencia de no incluirla entre las demás representaciones de este género sin una previa diferenciación basada en la clara inteligencia de aquello que se nos insinúa como peculiarísimo a ella. En toda una serie de casos descubrimos a primera vista la comunidad existente entre el símbolo y el elemento por él representado. Otros, en cambio, mantienen oculta tal comunidad, y entonces nos resulta enigmática la elección del símbolo. Pero precisamente éstos son los que han de esclarecer el último sentido de la relación simbólica, pues indican que la misma es de naturaleza genesíaca. Aquello que en la actualidad se nos muestra enlazado por una relación simbólica se hallaba

probablemente unido en épocas primitivas por una identidad de concepto y de expresión verbal^[431]. La relación simbólica parece ser un resto y un signo de antigua identidad. Puede asimismo observarse que la comunidad de símbolos traspasa en muchos casos la comunidad del idioma, como ya lo afirmó Schubert en 1814^[432]. Algunos símbolos son tan antiguos como el idioma; otros, en cambio, son de creación actual (por ejemplo, el dirigible, el zepelín).

El sueño utiliza, como ya indicamos, este simbolismo para la representación disfrazada de sus ideas latentes. Entre los símbolos así utilizados hay, ciertamente, muchos que entrañan siempre, o casi siempre, la misma significación. Recuérdese ahora la singular plasticidad del material psíquico. Un símbolo incluido en el contenido manifiesto debe ser interpretado con frecuencia en su sentido propio y no simbólicamente. En cambio, puede también suceder que, basándose en un material mnémico especial, se arrogue un sujeto el derecho de utilizar como símbolo sexual algo que no suele nunca recibir tal empleo. Asimismo, cuando el sujeto puede elegir entre varios símbolos para representar cierto contenido, se decidirá por aquel que entrañe, además, relaciones objetivas con su restante material ideológico y permite, por tanto, una motivación individual, a más de la típica.

Las modernas investigaciones sobre los sueños han probado indiscutiblemente la existencia del simbolismo onírico —el mismo H. Ellis confiesa que es imposible negarla—; pero hemos de reconocer que esta circunstancia dificulta en grado sumo la interpretación. La técnica interpretativa, basada en las asociaciones libres del sujeto, se demuestra, en efecto, ineficaz para la solución de los elementos simbólicos del contenido manifiesto. Por otro lado, obvias razones de crítica científica nos impiden entregarnos al arbitrio del interpretador, volviendo a la técnica empleada en la antigüedad y renovada hoy, según parece, en las libres interpretaciones de Stekel. Así, pues, los elementos simbólicos del contenido manifiesto nos obligan a emplear una técnica combinada que se apoya, por un lado, en las asociaciones del sujeto, y completa, por otro, la interpretación con el conocimiento que el interpretador posee del simbolismo. Para eludir todo reproche de arbitrariedad en la interpretación tiene que coincidir una gran prudencia crítica en la solución de los símbolos, con un cuidadoso estudio de los mismos en ejemplos de sueños particularmente transparentes. Las inseguridades inherentes aún a nuestra actividad de onirocríticos provienen, en parte, de la insuficiencia actual de nuestros

conocimientos —insuficiencia que podrá desaparecer ante nuevos progresos de la investigación— y dependen, por lo demás, de ciertas cualidades de los mismos símbolos oníricos. Estos poseen, con frecuencia, múltiples sentidos y su significación exacta depende en cada caso, como sucede con los signos de la escritura china, del contexto en el que se hallan incluidos. A esta multiplicidad de sentidos de los símbolos vienen a agregarse la multiplicidad de interpretaciones de que el sueño es susceptible y su facultad de representar por medio de un mismo contenido diversos impulsos optativos y formaciones ideológicas de naturaleza muy diferente.

Después de estas limitaciones y reservas expondré la significación de algunos símbolos. El emperador y la emperatriz o el rey y la reina representan casi siempre a los padres del sujeto, y este mismo queda simbolizado por el príncipe o la princesa. La misma alta autoridad que al emperador o al rey suele ser concedida a hombres de relevante personalidad, apareciendo así Goethe en muchos sueños como símbolo paterno (Hitschmann). Todos los objetos alargados —bastones, troncos de árboles, sombrillas y paraguas (estos últimos por la semejanza que al abrirlos presenta con la erección)— y todas las armas largas y agudas —cuchillos, puñales, picas— son representaciones del órgano genital masculino. Otro frecuente símbolo del mismo, menos comprensible, es la *lima de las uñas* (quizá por su acción de frotar). Los estuches, cajas, cajones y estufas corresponden al útero, como también las cuevas, los barcos y toda clase de recipientes. Las habitaciones son casi siempre en el sueño mujeres, y la descripción de sus diversas entradas y salidas suele confirmar esta interpretación^[433]. Dado esto se comprenderá la importancia de que la habitación del sueño aparezca «abierta» o «cerrada» (cf. el sueño de Dora, en mi *Fragmento del análisis de una histeria*). No creemos preciso indicar expresamente cuál es la llave que abre la habitación. Este simbolismo de la cerradura y la llave ha sido utilizado con malicioso ingenio por Uhland en el «lied» del *Conde de Eberstein*. El sueño de huir a través de una serie de habitaciones representa el sujeto en un burdel o un harem. Pero según ha demostrado H. Sachs con la comunicación de varios acabados ejemplos, también es utilizado este sueño para la representación del matrimonio (antítesis). Cuando el sujeto sueña con dos habitaciones que antes eran una sola, o ve dividida en dos una habitación conocida, o inversamente, encierra su sueño una interesante relación con la investigación sexual infantil. Durante cierto periodo de la

infancia supone, en efecto, el niño que el órgano genital femenino se halla confundido con el ano (la teoría de la cloaca), y sólo más tarde averigua que esta región del cuerpo comprende dos cavidades distintas y orificios separados. Los escalones, escalas y escaleras y el subir o bajar por éstas son representaciones simbólicas del acto sexual^[434]. Las paredes o muros lisos por los que trepamos en sueños y las fachadas de casas por las que nos descolgamos —a veces con intensa sensación de angustia— corresponden a cuerpos humanos en pie y reproducen probablemente en el sueño el recuerdo del trepar infantil por las piernas de los padres y guardadores. Los muros «lisos» son hombres. En la angustia que sentimos soñando nos agarramos muchas veces a los «salientes» de las casas por cuya fachada descendemos. Las mesas, las mesas puestas para comer y las tablas son también mujeres, quizá por la antítesis de su lisura con las redondeces del cuerpo femenino. La «madera» parece ser, en general, y correlativamente a sus relaciones lingüísticas, una representante de la «materia» femenina. Siendo «mesa y cama» lo que objetivamente constituye el matrimonio, reemplaza en el sueño muchas veces la primera a la segunda, quedando sustituidas en lo posible las representaciones del complejo sexual por las del complejo de alimentación. Entre las prendas del vestir puede interpretarse con frecuencia el sombrero femenino como un seguro símbolo de los genitales masculinos. Lo mismo sucede con el abrigo. En los sueños de los hombres encontramos muchas veces la corbata como símbolo del pene, no sólo por colgar por delante y ser prenda característica del hombre, sino porque puede ser elegida a capricho, cosa que la naturaleza no nos permite hacer con respecto al miembro simbolizado^[435]. Las personas que emplean este símbolo en sus sueños dan gran importancia a las corbatas en su vestido y poseen verdaderas colecciones de ellas. Todas las complicadas maquinarias y aparatos de los sueños son, probablemente, genitales —casi siempre masculinos—, en cuya descripción muestra el simbolismo onírico tan inagotable riqueza como chistoso ingenio. Las armas y herramientas más diversas —arados, martillos, pistolas, revólveres, puñales, sables, etc.— son también empleadas como símbolos del miembro masculino. Asimismo muchos de los paisajes que vemos en sueños, sobre todo aquellos que muestran puentes o montañas cubiertas de bosques, pueden ser reconocidos fácilmente como descripciones de los órganos genitales. Marcinowski ha llevado a cabo el experimento de hacer dibujar a varias personas los paisajes y locales que habían visto en sueños. Tales dibujos

patentizan la diferencia que existe en el sueño entre la significación manifiesta y la latente. A primera vista semejan, en efecto, planos, cartas geográficas, etc.; pero atentamente examinados, se revelan como representantes del cuerpo humano, de los genitales, etc., y sólo una vez descubierta ésta su significación es cuando facilitan la inteligencia del sueño correspondiente (cf. los estudios de Prister sobre criptografía). Cuando el sueño nos presenta neologismos incomprensibles deberemos pensar también en una fusión de elementos de significado sexual. Los niños (los pequeños) suelen también constituir un símbolo de los órganos genitales correlativamente a la costumbre corriente — tanto en las mujeres como en los hombres— de dar al órgano sexual el cariñoso apelativo de «mi pequeño». Jugar con un niño pequeño o pegarle, etc., son con frecuencia representaciones oníricas de la masturbación. La calvicie, el cortarse el pelo, la extracción o caída de una muela y la decapitación son utilizadas para representar simbólicamente la castración. Cuando uno de los usuales símbolos del pene aparece pluralmente en el sueño debemos interpretarlo como un medio preventivo contra la castración. Tal es también el significado de la imagen onírica de una lagartija —animal cuyo rabo crece nuevamente después de cortado (véase el sueño de las lagartijas, cap. 2, apartado *b*)—. Varios de los animales empleados en la mitología y en el folklore como símbolos de los genitales desempeñan también en el sueño este papel. Así, el pez, el caracol, el gato, el ratón (a causa del vello de los genitales) y, sobre todo, la serpiente, símbolo el más importante del miembro viril. Los animales pequeños y los parásitos representan a los niños de poco tiempo; por ejemplo, a los hermanitos cuyo nacimiento viene a perturbar la hegemonía del primogénito. El hallarse invadido por insectos parásitos es con frecuencia símbolo del embarazo. Como un recentísimo símbolo onírico del miembro viril citaremos el globo dirigible, justificado tanto por su relación con el vuelo como por su forma alargada. Stekel cita en sus estudios acompañándola de ejemplos, toda una serie de todos los símbolos, en parte no contrastados aún suficientemente. Los trabajos de este autor, y en particular su libro *El lenguaje de los sueños*, contienen una riquísima colección de soluciones de símbolos, muchas de las cuales han sido agudamente adivinadas y han demostrado luego ser exactas. Así, las contenidas en el capítulo sobre el simbolismo de la muerte. Pero la defectuosa crítica del autor y su tendencia a generalizar a toda costa hacen que otras de sus interpretaciones sean dudosas o francamente inaprovechables, de suerte que es necesario recomendar la mayor prudencia en la aceptación de sus conclusiones. Habré, pues, de

limitarme a hacer resaltar aquí un escaso número de ejemplos.

Derecha e izquierda deben ser siempre interpretadas —según Stekel— en un sentido ético. El camino de la derecha (el camino derecho) significa siempre el camino del Derecho, y, en cambio, el izquierdo, el del delito. De este modo puede el segundo representar la homosexualidad, el incesto y la perversión, y el primero, el matrimonio y el comercio sexual con una mujer, etc. Todo esto considerado siempre desde el punto de vista de la moral individual del soñador (*l. c.*, página 466). Los *parientes*, en general, desempeñan casi siempre en el sueño el papel de genitales (pág. 473). Por mi parte, no he comprobado esta afirmación sino con respecto al hijo, a la hija y a la hermana menor, o sea dentro del sector de aplicación del «pequeño». En cambio, hemos reconocido, en ejemplos indubitables, que las *hermanas* son símbolo de los *senos* y los *hermanos* el de otros hemisferios más voluminosos. *El no alcanzar* un coche que parte sin nosotros es interpretado por Stekel como representación del sentimiento que el sujeto experimenta ante la diferencia de su edad con la de una persona deseada (pág. 479). El *equipaje* con el que viajamos es la carga de pecados que nos abruma (*ibíd.*). Pero precisamente esta imagen se demuestra también con frecuencia como un innegable símbolo de los propios genitales. Stekel ha atribuido, asimismo, significaciones simbólicas fijas a los números que a veces surgen en nuestros sueños; pero estas interpretaciones no nos parecen ni muy seguras ni de una validez general, aunque tengan que ser reconocidas como verosímiles en muchos casos. Sin embargo, el número tres es un comprobado símbolo de los genitales masculinos. Una de las generalizaciones establecidas por Stekel se refiere a la significación de doble sentido de los símbolos genitales. «¡Cuáles serán los símbolos que —por poco que la fantasía lo permita— no puedan ser empleados tanto en el sentido masculino como en el femenino!» La frase intercalada disminuye, desde luego, la seguridad de la afirmación, pues sucede precisamente que no siempre permite la fantasía tal empleo distinto. De todos modos, no creo innecesario hacer constar que, según mi experiencia en la materia, la afirmación general de Stekel queda rotundamente contradicha por la existencia de una gran diversidad. A más de aquellos símbolos que tan pronto representan los genitales masculinos como los femeninos, hay otros que corresponden predominantemente o casi de un modo exclusivo a un solo sexo, y otros de los que sólo es conocida la significación masculina o la femenina. La fantasía no permite, en efecto, el empleo de objetos y armas duros y alargados como símbolos de los genitales femeninos, ni el de huecos (estuches, cajas,

cajones, etc.) como símbolos de los masculinos.

Es innegable que la tendencia del sueño y de las fantasías inconscientes a emplear bisexualmente los símbolos sexuales revela un rasgo arcaico, dado que la infancia desconoce la diferencia de los genitales y atribuye los mismos a ambos sexos.

Los genitales pueden también ser representados en el sueño por otras partes del cuerpo: el miembro viril por la mano o el pie, y el orificio genital femenino por la boca, el oído y hasta el ojo. Las secreciones del cuerpo humano —el moco, las lágrimas, la orina, el semen, etc.— pueden sustituirse entre sí en el sueño. Esta última afirmación de W. Stekel, acertada en conjunto, ha sido exactamente restringida por la observación de R. Reitler (*Int. Zeitscher, f. Psych.*, I, 1913), de que generalmente se trata de la sustitución de una secreción importante —el semen, por ejemplo— por otra indiferente.

Estas indicaciones, muy insuficientes, bastarán, por lo menos, para incitar a otros investigadores a una más cuidadosa labor de colección^[436]. En mis *Lecciones introductorias al psicoanálisis*^[437] va incluida una más amplia exposición del simbolismo onírico.

Añadiré aquí algunos ejemplos del empleo de tales símbolos en los sueños, ejemplos que demostrarán cuán imposible es llegar a la interpretación de un sueño sin tener en cuenta el simbolismo y cuán imperiosamente se nos impone la existencia del mismo en muchos casos. Pero al mismo tiempo quiero advertir expresamente que no es tampoco posible limitar la traducción de los sueños a la de los símbolos, prescindiendo de la técnica del aprovechamiento de las ocurrencias del sujeto. Ambas técnicas de la interpretación onírica tienen que completarse entre sí; pero tanto práctica como teóricamente pertenece el lugar principal al procedimiento primeramente descrito que atribuye la importancia decisiva a las manifestaciones del sujeto, sirviéndose de la traducción de los símbolos como medio auxiliar.

1. *El sombrero como símbolo del hombre (de los genitales masculinos)*^[438] (1911).

(Fragmento del sueño de una mujer joven, agorafóbica a consecuencia del temor a la seducción.)

Es verano y salgo de paseo por las calles. Llevo puesto un sombrero de paja de forma singular, curvado su centro hacia arriba y pendientes los lados (al llegar aquí se detiene un momento la sujeto como si vacilase en continuar su

descripción) de manera que uno de ellos cuelga más bajo que el otro. Me siento alegre y segura, y al pasar junto a un grupo de jóvenes oficiales pienso: «Todos vosotros no podéis nada contra mí».

En el análisis, al ver que la sujeto no asocia nada al sombrero de su sueño, le digo: «El sombrero es, quizá, una representación de los genitales masculinos, con su parte central erecta y las dos partes laterales colgando». Intencionadamente me abstengo de interpretar el detalle de la desigual altura a la que cuelgan los lados del sombrero, aunque precisamente la determinación de semejantes detalles es la que señala el camino a la interpretación. Luego, añado: «Su sueño le indica que, poseyendo un marido con unos genitales tan espléndidos, no tiene usted por qué sentir miedo de los oficiales; esto es, desear nada de ellos, pues sus fantasías, en las que se imagina usted arrastrada por la tentación, son lo que le impide salir de casa sin alguien que la acompañe y por quien se sienta protegida». Fundándome en material distinto, le había dado ya repetidas veces esta misma explicación de su angustia.

La actitud de la paciente después de esta interpretación es interesantísima. Retira su descripción del sombrero y pretende no haber dicho que los lados pendían desigualmente. Pero yo estoy demasiado seguro de haber oído bien para dejarme inducir a error y me mantengo firme. Entonces permanece algún tiempo en silencio y encuentra luego ánimos para preguntarme por qué tendrá su marido un testículo más colgante que otro y si les sucede lo mismo a todos los hombres. Con esto queda esclarecido el singular detalle del sombrero y obligada la paciente a aceptar la interpretación en su totalidad.

El sombrero me era conocido como símbolo onírico desde mucho antes de este caso. Por otros ejemplos menos transparentes creo poder aceptar que también es susceptible de representar los genitales femeninos^[439].

2. *Los niños (los pequeños), como símbolo de los genitales.—El ser atropellado es un símbolo del coito* (1911).

(Otro sueño de la misma paciente agorafóbica.)

«Su madre manda salir a su hija pequeña para que tenga que ir sola. Luego va ella con su madre en el tren y ve a su pequeña adelantarse hacia la vía y colocarse sobre los rieles, de modo que ha de ser forzosamente atropellada. Se oyen crujir los huesos (la sujeto experimenta aquí una sensación desagradable, pero no espanto ni terror). Después mira hacia atrás por la ventanilla, para observar si se ven los pedazos, y reprocha a su madre haber dejado marchar sola

a la pequeña».

Análisis. —No es fácil dar aquí una interpretación completa de este sueño, pues forma, con otros varios, un ciclo onírico y no puede ser comprendido sino en relación con ellos, dada la imposibilidad de reunir de otro modo el material necesario para el esclarecimiento del simbolismo. La paciente opina primero que el viaje en ferrocarril debe ser interpretado históricamente como alusión a su partida de un sanatorio de enfermos nerviosos, de cuyo director se había enamorado. Su madre fue a buscarla, y el médico las despidió en la estación, regalándole un gran ramo de flores. A ella le resultó muy desagradable que su madre fuera testigo de aquella atención. Aparece, pues, aquí la madre como obstáculo a sus aspiraciones amorosas, papel que la severa señora había desempeñado realmente durante la adolescencia de su hija. La asociación siguiente se refiere a la frase «... después mira hacia atrás, para observar si se ven los pedazos...» En la fachada del sueño teníamos, naturalmente, que pensar en los pedazos de su hijita atropellada y destrozada. Pero la asociación aparece orientada en un sentido muy distinto. La sujeto recuerda una ocasión en la que vio a su padre, desnudo y vuelto de espaldas a ella, en el cuarto de baño. Este recuerdo la conduce a hablar de las diferencias sexuales y observa que los genitales masculinos resultan visibles aun hallándose la persona vuelta de espaldas, mientras que los femeninos, no. En conexión con esto interpreta por sí misma que «los pequeños» son los genitales y su «pequeña» (su hija, de cuatro años de edad), sus propios genitales. Reprocha a su madre el haberle exigido que viviese como si no tuviera genitales y vuelve a hallar este reproche en la frase inicial del sueño: «Su madre manda salir a su hija pequeña para que tenga que ir sola». En su fantasía, el ir sola por la calle significa no tener marido ni relación sexual alguna (*coire* = ir juntos), abstinencia a la que ella se resiste. Según propia confesión, su madre se manifestó celosa de ella en su adolescencia por la predilección que el padre le demostraba.

Otro sueño de la misma noche, en el que la sujeto se identificó con su hermano, nos da más profunda interpretación del anterior. De muchacha había sido un poco marimacho y había oído decir repetidas veces que había nacido chica por equivocación. Tal identificación con su hermano nos hace ya ver claramente cómo los «pequeños» significan los genitales. La madre amenaza a su hermano (a ella) con la castración, la cual no puede ser sino un castigo por el vicio de jugar con el propio miembro, y por medio de esta circunstancia nos muestra, además, la identificación que la sujeto se masturbó también de niña,

cosa de la que no ha conservado recuerdo sino con relación a su hermano. El segundo sueño nos revela, asimismo, que en aquella época debió de adquirir un temprano conocimiento, olvidado después, de las características del órgano sexual masculino y alude al mismo tiempo a la infantil teoría sexual de que las niñas no son sino niños castrados. Al exponerle yo esta opinión infantil, confirma la sujeto mi hipótesis de que su sueño alude a ella, recordando la anécdota siguiente: El niño: «¿Es que te lo han cortado?» La niña: «No; he sido siempre así».

El mandar fuera a la pequeña, a los genitales, en el primer sueño, se refiere, pues, también a la amenaza de castración. Por último, reprocha a su madre el no haberla parido chico.

En este sueño no aparece patente que el ser atropellado simbolice el comercio sexual, y no sería posible concluirlo de él si no lo supiéramos ya por otros muchos casos más evidentes.

3. *Representación de los genitales por edificios, escaleras y fosos* (1911).

(Sueño de un joven coartado por el complejo del padre.)

«Pasea con su padre por un lugar que seguramente es el Práter, pues se ve la *rotonda*, y delante de ella, un pequeño *edificio* anejo, al que se halla amarrado un *globo* medio *deshinchado*. Su padre le interroga sobre la utilidad de todo aquello, pregunta que le asombra, pero a la cual da, sin embargo, la explicación pedida. Llegan después a un patio sobre cuyo suelo se extiende una gran plancha de hojalata. El padre quiere arrancar un pedazo de ella, pero antes mira en derredor suyo para cerciorarse de que nadie puede verle. El sujeto le dice entonces que basta con prevenir al guarda para poder arrancar todo lo que se quiera. Partiendo de este patio descende una *escalera a un foso*, cuyas paredes se hallan acolchadas en la misma forma que las cabinas telefónicas. Al extremo de este foso comienza una larga plataforma, después de la cual hay otro foso idéntico...»

Análisis. —Este sujeto pertenecía a un tipo de enfermo cuyo tratamiento terapéutico resulta difícilísimo, pues, no ofreciendo al principio resistencia ninguna al análisis, se hacen luego, en cierto estudio de la misma, completamente inasequibles.

El sueño que antecede fue interpretado por él casi en su totalidad. «La rotonda —dijo— representa mis órganos genitales, y el globo cautivo que se encuentra ante ella no es otra cosa que mi pene, cuya facultad de erección ha disminuido desde hace algún tiempo». O más exactamente traducido: la rotonda

es la región anal —que el niño considera generalmente como parte integrante del aparato genital—, y el pequeño anejo que ante esta rotonda se alza y al que se halla sujeto el globo cautivo representa los genitales. En el sueño le pregunta su padre qué es lo que todo aquello significa; esto es, cuáles son el objeto y la función de los órganos genitales. Sin temor a equivocarnos, podemos invertir la situación y admitir así que es el hijo quien realmente interroga. No habiendo el sujeto planteado nunca en la vida real tal pregunta a su padre, debe considerarse esta idea latente del sueño como un deseo a tomarla condicionalmente; esto es, en la forma que sigue: «Si yo hubiera solicitado de mi padre una información sobre las cuestiones sexuales...» Más adelante hallaremos la continuación y el desarrollo de esta idea.

El patio sobre cuyo suelo se halla extendida la plancha de hojalata no debe ser considerado, en esencia, como un símbolo, pues procede de un recuerdo del local en que el padre ejercía su comercio. Por discreción he sustituido por «hojalata» el artículo en que realmente comercia el padre, sin cambiar en nada más el texto del sueño. El sujeto, que ha comenzado a ayudar al padre en sus negocios, ha visto con gran repugnancia desde el primer día lo incorrecto de algunos de los procedimientos en los que reposa gran parte del beneficio obtenido. Así, pues, podemos dar a la idea que antes dejamos interrumpida la continuación siguiente: («Si yo hubiera preguntado a mi padre, me hubiera engañado como engaña a sus clientes».)

El deseo del padre de arrancar un pedazo de la plancha de hojalata pudiera ser representación de su falta de honradez comercial; pero el mismo sujeto del sueño nos da otra explicación distinta, revelándonos que es un símbolo del onanismo. Esta interpretación coincide con nuestro conocimiento de los símbolos; pero, además, está perfectamente de acuerdo con ella el hecho de que el secreto en que se han de realizar las prácticas masturbadoras queda expresado por la idea antitética (puede arrancar abiertamente lo que quiera). Tampoco extrañamos ver al hijo atribuir al padre el onanismo, del mismo modo que le ha atribuido la interrogación de la primera escena del sueño. El foso acolchado es interpretado por el sujeto como una representación de la vagina, con sus suaves y blancas paredes, interpretación a la que nuestro conocimiento de los símbolos nos permite añadir que el descenso al foso significa, como en otros casos, la realización del coito.

La circunstancia de hallarse el primer foso seguido de una larga plataforma, al final de la cual hay otro nuevo foso, nos la explica el sujeto por un detalle

biográfico. Después de haber tenido frecuentes relaciones sexuales, se halla privado de ellas por inhibiciones patológicas que le impiden realizar el coito y espera que el tratamiento a que se ha sometido le devuelva su perdido vigor. Hacia su final se hace el sueño más impreciso, induciéndonos a sospechar la influencia, ya desde su segunda escena, de un nuevo tema, al que se refiere el comercio del padre, su poco escrupuloso proceder y la vagina representada por la primera fosa, todo lo cual nos mueve a suponer una relación con la madre del sujeto^[440].

4. *Simbolización de los genitales masculinos por personas y de los femeninos por un paisaje* (1911).

(Sueño de una mujer perteneciente a la clase popular, casada con un agente de Policía.—Comunicado por B. Dattner.)

«... Alguien se introdujo entonces en la casa y, llena de angustia, llamo a un agente de Policía. Pero éste, de acuerdo con dos ladrones, había entrado en una iglesia^[441], a la que daba acceso una pequeña escalinata^[442]. Detrás de la iglesia había una montaña^[443], cubierta en su cima de espeso bosque^[444]. El agente de Policía llevaba casco, gola y capote^[445]. Su barba era poblada y negra. Los dos vagabundos que tranquilamente le acompañaban llevaban a la cintura unos delantales abiertos en forma de sacos^[446]. De la iglesia a la montaña se extendía un camino bordeado de matorrales, que se iban haciendo cada vez más espesos, hasta convertirse en un verdadero bosque al llegar a la cima».

5. *Sueños de castración soñados por sujetos infantiles* (1919).

a) Un niño de tres años y cinco meses que ha recibido con visible disgusto la noticia del regreso de su padre, después de una larga ausencia, despierta una mañana muy excitado y repitiendo sin cesar la pregunta: «¿Por qué llevaba papá su cabeza en un plato? Esta noche llevaba papá su cabeza en un plato».

b) Un estudiante, enfermo hoy de una grave neurosis obsesiva, recuerda que a los seis años tuvo repetidas veces el sueño siguiente: va a la peluquería a cortarse el pelo. De pronto aparece una mujer de alta estatura y severo rostro y le corta la cabeza. En esta mujer reconoce a su madre.

6. *Simbolismo urinario* (1914).

El dibujo reproducido a continuación y titulado *Sueño de la niñera francesa* procede de una serie de ellos que Ferenczi halló en una revista humorística húngara (*Fidibusz*) y reconoció como muy apropiado para ilustrar la teoría de los sueños. O. Rank lo ha utilizado ya en su trabajo sobre la acumulación de

símbolos en los sueños provocados por un estímulo exterior que acaba por interrumpir nuestro reposo (pág. 99).

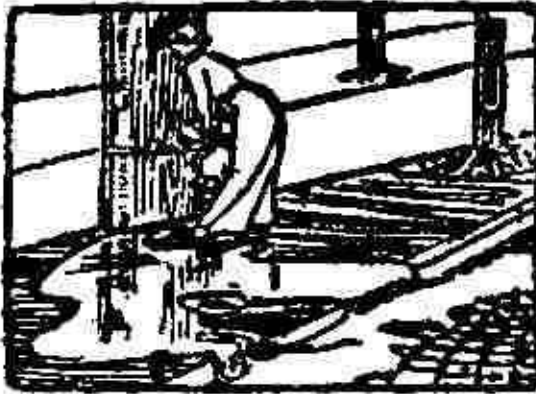
Hasta la última viñeta, que muestra el despertar de la niñera a consecuencia de los gritos del niño, no descubrimos que las siete anteriores representan las fases de un sueño. La primera reconoce el estímulo que ha de interrumpir el reposo. El niño siente una necesidad y solicita la ayuda correspondiente. Pero el sueño cambia el lugar de la acción, sustituyendo la alcoba por un paseo. En la segunda viñeta, la sujeto ha arrimado al niño a una columna; el niño orina —y ella puede, por tanto, continuar durmiendo—. Pero el estímulo despertador no cesa; antes bien, se hace más fuerte; el niño, al ver que no le hacen caso, chilla con más energía. Cuanto mayor es la energía con la que reclama el despertar y la ayuda de la niñera, más seguramente hace ver a ésta su sueño que todo se halla en orden y que no tiene necesidad de interrumpir su reposo, amplificando el símbolo en proporción a la intensidad del estímulo despertador. La líquida corriente que el niño emana se hace cada vez mayor. En la cuarta viñeta navega ya sobre ella un bote; luego, una góndola, un barco velero y, por último, un gran vapor. La lucha entre la imperiosa tenacidad de dormir y el infatigable estímulo despertador queda descrita en el dibujo de la página anterior por el gracioso artista.



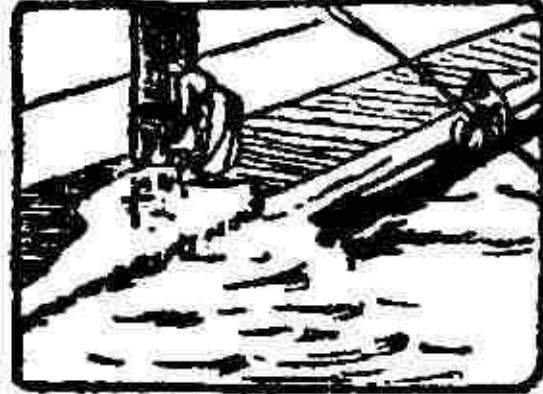
1



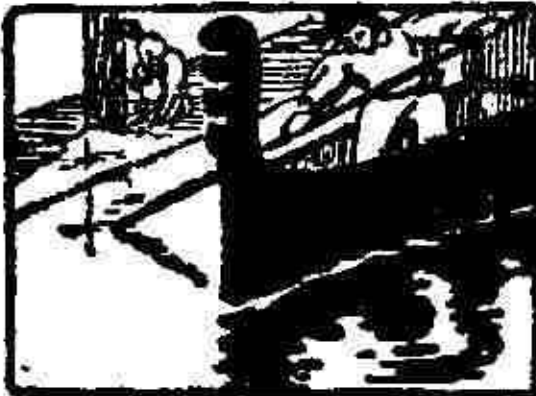
2



3



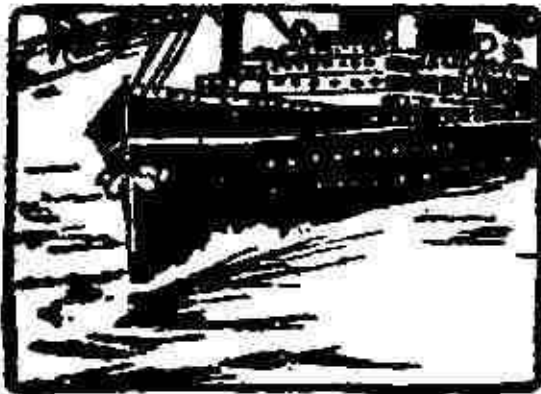
4



5



6



7



8

7. *Un sueño de escaleras* (1911).

(Comunicado e interpretado por Otto Rank.)

Al mismo colega que me comunicó el sueño de estímulo dental que más adelante expondremos debo el relato del siguiente sueño de polución, análogamente transparente:

«Corro escaleras abajo detrás de una niña para castigarla por algo que me ha hecho. Al final de la escalera la detiene alguien (¿una persona adulta femenina?). La cojo y no sé si le llego a pegar, pues de repente me encuentro en mitad de la *escalera*, donde (como si flotara en el aire) realizo el coito con la muchacha. En realidad no es un coito completo, sino que me limito a frotar mi pene contra sus genitales exteriores, apareciéndoseme con extraordinaria claridad tanto esto como la cabeza de la muchacha, vuelta e inclinada hacia un lado. Mientras tanto, veo colgando a mi izquierda y por encima de mí (también como en el aire) dos cuadritos que representan un paisaje, una casa entre verdes árboles. El más pequeño de tales cuadros muestra en el ángulo inferior, donde el pintor debía haber colocado su firma, mi propio nombre, como si me estuviera dedicado como regalo por mi cumpleaños. De los dos cuadritos cuelga, además, una tarjeta, en la que se lee que hay también cuadros aún más baratos (después me veo muy imprecisamente como acostado en una cama situada en un descansillo de la escalera). Al llegar aquí despierto con una sensación de humedad, provocada por la polución».

Interpretación. —La tarde inmediatamente anterior al sueño había estado el sujeto en una librería y se entretuvo mirando unos cuadros que representaban motivos pictóricos análogos a los de su sueño. Un cuadrillo muy pequeño le gustó más que los restantes y se aproximó para ver el nombre del pintor, que le resultó por completo desconocido.

Aquella misma tarde oyó contar de una criada nacida en Bohemia que, hablando de un hijo natural que había tenido, se vanagloriaba de que «se lo habían hecho en la escalera». Extrañado el sujeto ante una circunstancia tan poco corriente, inquirió detalles de la historia y supo que la criada de referencia había ido un día con su novio a casa de sus padres y, no habiendo encontrado ocasión de realizar allí el coito, lo había realizado, a la salida, en medio de la oscura escalera. Modificando entonces el sujeto la frase corrientemente usada para expresar que un vino ha sido falsificado y no procede de los viñedos que su marca indica, dijo en tono humorístico que aquel niño «había nacido en la

escalera de la cueva».

Estas conexiones con sucesos diurnos, que aparecen representadas en el sueño, son espontáneamente reproducidas por el sujeto. Pero al mismo tiempo reproduce también, con igual facilidad, un fragmento de un recuerdo infantil que ha sido asimismo utilizado por el sueño. La escalera que éste le muestra es la de la casa en que pasó la mayor parte de su infancia y en la que trabó su primer conocimiento con los problemas sexuales. Uno de sus juegos consistía en dejarse resbalar, con otros niños de su edad, a horcajadas sobre el pasamanos, ejercicio que despertaba en él excitación sexual. En su sueño baja igualmente la escalera con enorme rapidez; tanta, que, como dice al relatarlo, no toca los escalones, sino que bajaba «volando» y «resbalando». Este comienzo del sueño parece representar el factor excitación sexual de dicho suceso infantil. En tales escaleras y en la casa a la que correspondían había el sujeto jugado de niño con sus compañeros a juegos violentos (luchas, guerras, etc.) de encubierto carácter sexual, en los que hubo de hallar una satisfacción de este género, lograda en forma análoga a la del sueño.

Conociendo por las investigaciones de Freud sobre el simbolismo sexual (cf. *Zentralblattf. Ps.*, A, número 1, página 2) que las escaleras y el subir o bajar por ellas simbolizan casi siempre, en los sueños, el coito, se nos hace este sueño por completo transparente. Su fuerza impulsadora es, como nos lo muestra la polución a que da origen, de naturaleza puramente libidinosa. En el estado de reposo, despierta la excitación sexual (representada en el sueño por el rápido bajar o resbalar por la escalera), cuyo matiz sádico, basado en los juegos violentos del sujeto cuando niño, queda indicado en la persecución y el abuso de la niña. La excitación libidinosa va tomando incremento e impulsa a la acción sexual (representada en el sueño por los actos de apoderarse de la niña y conducirla a la mitad de la escalera). Hasta aquí sería el sueño un puro símbolo sexual, y como tal, nada transparente para los interpretadores poco experimentados. Pero esta satisfacción simbólica que había salvaguardado hasta entonces la tranquilidad del reposo, no basta a la intensísima excitación libidinosa. La excitación conduce al orgasmo, quedando así evidenciado todo el simbolismo de la escalera como una representación del coito. Este sueño parece confirmar, con especial claridad, la opinión freudiana de que el aprovechamiento sexual de dicho simbolismo rítmico de ambos actos, pues el sujeto manifiesta en su relato que el ritmo de su acto sexual con la niña constituyó el elemento más claro y preciso de su sueño.

Hemos de hacer todavía una observación sobre los dos cuadros del sueño que, aparte de su significación real, posean, en sentido simbólico, la de «mujeres» (*Weibsbild*, literalmente «imagen de mujer»), y por extensión corriente, «mujer», cosa que resulta ya del hecho de tratarse de uno grande y otro pequeño, como en el contenido manifiesto, de una mujer (adulta) y una niña («una pequeña»). El que haya también cuadros más baratos conduce al complejo de las prostitutas, como, por otro lado, el nombre de pila del sujeto y la idea de que le han regalado el cuadro por el día de su cumpleaños (*Geburtstag*, literalmente, «día del nacimiento»), al complejo de los padres (nacido en la escalera, creado en el coito).

La imprecisa escena final, en la que el sujeto se ve acostado en una cama situada en el descansillo de la escalera y siente humedad, parece aludir, retrocediendo más allá del onanismo infantil, a períodos más tempranos de la infancia del sujeto y tener, probablemente, como modelo escenas análogamente placenteras en las que quedó *mojada la cama*.

8. *Un sueño de escaleras, modificado* (1911).

Hago a un paciente mío, un abstinente gravemente enfermo, cuya fantasía se halla fijada a su madre y que ha soñado varias veces ir subiendo una escalera en su compañía, la advertencia de que una masturbación mesurada le sería probablemente menos perjudicial que su forzada abstinencia. La influencia de este consejo mío provoca el sueño siguiente:

«Su profesor de piano le reprocha que descuide su práctica de dicho instrumento y no ejercite los estudios de Moscheles ni el *Gradus ad Parnassum*, de Clementi».

Con referencia a este sueño observa el sujeto que el *Gradus* es asimismo una escalera y que el teclado lo es también, puesto que contiene una escala.

Puede decirse que no hay ningún círculo de representaciones que rehúse la simbolización de hechos sexuales.

9. *La sensación de realidad y la representación de la repetición* (1919).

Un individuo de treinta y cinco años relata un sueño que recuerda perfectamente, no obstante haberlo soñado —según cree— cuando tenía cuatro años: *El notario en cuyo estudio se hallaba depositado el testamento de su padre —al que perdió cuando tenía tres años— trajo dos hermosas peras, de las cuales le dieron a él una para comer. La otra quedó sobre el alféizar de la ventana.* El sujeto despertó con el convencimiento de la realidad de lo soñado y pidió tenazmente a su madre la otra pera, que estaba sobre el alféizar de la ventana. La

madre se echó a reír ante el absurdo convencimiento del niño.

Análisis. —El notario era un anciano de carácter jovial, y cree recordar el sujeto que en una ocasión le trajo realmente unas peras. El alféizar de la ventana era tal y como lo vio en su sueño. Con esto terminan sus ocurrencias y asociaciones con respecto al mismo, agregando únicamente que su madre le había relatado, poco tiempo antes, otro sueño, en el que, viendo dos pájaros posados sobre su cabeza, esperaba que se decidirían a emprender de nuevo el vuelo; pero en lugar de hacerlo así, volaba uno de ellos hasta su boca y chupaba de ella con el pico.

La falta de ocurrencia del sujeto nos da el derecho de intentar la interpretación por sustitución de símbolos. Las dos peras —*pommes ou poires*— son los pechos de la madre, que le ha amamantado. El alféizar es la curva saliente del seno, análogamente a los balcones en los sueños que nos presentan cosas. Su sensación de realidad al despertar está justificada, pues la madre le ha amamantado realmente, e incluso mucho más tiempo del acostumbrado, y el niño cree que aún le daría el pecho si se lo pidiera. El sueño puede, pues, traducirse en la forma siguiente: «Mamá, dame (enséñame) otra vez el pecho del que antes mamaba». El «antes» es representado por el acto de comerse una de las peras, y el «otra vez» por la petición de la otra. La *repetición temporal* de un acto se convierte siempre, en el sueño, en la *multiplicación del número* de un objeto.

Es, naturalmente, harto singular que el simbolismo desempeñe ya un papel en el sueño de un niño de cuatro años; pero esta circunstancia, lejos de constituir una excepción, es regla general. Puede decirse que el soñador dispone *ya desde un principio* del simbolismo.

El siguiente recuerdo, exento de toda influencia, de una señora de veintisiete años, nos muestra cuán tempranamente se sirve el hombre, aun fuera de la vida onírica, de la representación simbólica: no ha cumplido aún los cuatro años. La niñera la lleva al retrete, en unión de su hermano, once meses menor que ella, y de una primita de edad intermedia entre las de ambos, con el fin de que todos ellos hagan sus necesidades antes de salir a paseo. Ella, como la mayor de los tres, se sienta en el retrete, y los otros dos, en orinales. Entonces pregunta a su primita: «¿Tienes tú también un *portamonedas*? Walter tiene un *choricito*, y yo un *portamonedas*». Respuesta de la primita: «Sí; yo tengo también un *portamonedas*».

La niña ha oído toda la conversación y la relata, riéndose, a la madre, la cual

regaña a los niños con gran enfado.

Intercalamos aquí un sueño cuyo precioso simbolismo permitió interpretarlo sin recurrir apenas a la ayuda de la sujeto.

10. *Aportación al problema del simbolismo en los sueños de personas sanas*^[447] (1914).

Una de las objeciones más frecuentemente expuestas por los adversarios del psicoanálisis —y últimamente también por Havelock Ellis^[448]— es la de que el simbolismo constituye, quizá, un producto de la psiquis neurótica, pero no existe en los individuos normales. Mas la investigación psicoanalítica no conoce diferencias de principio y sí únicamente cuantitativas entre la vida anímica normal y la neurótica, y el análisis de los sueños, en los que sea normal o neurótico el sujeto, actúan del mismo modo los complejos reprimidos, muestran la completa identidad, tanto de los mecanismos como del simbolismo.

Puede incluso afirmarse que los sueños de los normales contienen con frecuencia un simbolismo mucho más sencillo, transparente y característico que los de personas neuróticas, en los cuales es mucho más atormentado, oscuro y difícil de interpretar, a causa de la más severa y enérgica actuación de la censura y de la más amplia deformación onírica resultante. El sueño que a continuación comunicamos servirá para ilustrar este hecho. Procede de una muchacha no neurótica, honestísima y de carácter más bien serio y retraído. En el curso de la conversación averiguo que está prometida, pero que hay ciertos obstáculos que se oponen, por el momento, a la celebración de su matrimonio y habrán, seguramente, de retrasarlo. Espontáneamente me relata el sueño que sigue:

I arrange the centre of a table with flowers for a birthday («Arreglo con flores el centro de una mesa para una fiesta de cumpleaños».) A preguntas mías responde que en el sueño se hallaba como en su casa natal (que ahora no posee) y experimenta una *sensación de felicidad*.

El simbolismo «popular» me permite interpretar para mí el sueño. Trátase de la expresión de sus deseos de novia. La mesa con el centro de flores es un símbolo de la sujeto misma y de los genitales. La sujeto representa realizados sus deseos para el futuro, ocupándose ya con la idea del nacimiento de un hijo (*Geburtstag*, «cumpleaños», o literalmente «día del nacimiento»). Por tanto, tiene que haberse celebrado la boda hace ya algún tiempo.

Le hago observar que la expresión *the centre of the table* es muy poco usual, reconociéndolo ella; pero, naturalmente, no puedo seguir interrogándola de un

modo directo. Evité con todo cuidado sugerirle la significación de los símbolos y me limité a preguntarle lo que se le ocurría con respecto a cada uno de los fragmentos del sueño. Su carácter retraído y poco comunicativo cedió el paso, durante el análisis, a un gran interés por la interpretación y a una espontánea franqueza. A mi pregunta de cuáles habían sido las flores de su sueño, respondió primero: *Expensive flowers; one has to pay for them*. («Flores caras, por las que hay que pagar».) Y luego, que eran *lilies of the valley, violets and pinks or carnations* («lirios del valle, violetas y claveles»). Supuse que la palabra *lirio* aparecía en este sueño con su significado popular de símbolo de la castidad, y la sujeto confirmó esta hipótesis asociando a *lilie, purity* (pureza). *Valley*, el valle, es un frecuente símbolo onírico femenino, y de este modo, la reunión de ambos símbolos en el nombre de una flor se convierte en un símbolo onírico, destinado a acentuar su preciosa virginidad —*expensive flowers, one has to pay for them*— y a expresar la esperanza de que el hombre al que se halla prometida sabrá estimar su valor. La observación *expensive flowers, etc.*, tiene, como más adelante veremos, una distinta significación con respecto a cada uno de los tres símbolos florales.

Sentando una hipótesis que al principio me incliné a juzgar atrevida en exceso, intenté buscar el sentido secreto de las *violets*, aparentemente tan asexuales, en una relación inconsciente con la palabra francesa *viol* (violación). Mas, para mi sorpresa, asoció la sujeto la palabra inglesa *violate* (violar), de idéntico sentido. La gran analogía causal de las palabras *violet* (violeta) y *violate* (violar) —que sólo se distinguen en la pronunciación por una diferencia de acento en la última sílaba— es utilizada por el sueño para expresar, «por medio de la flor», la idea de la violencia de la desfloración (palabra empleada asimismo por el simbolismo de las flores) y quizá también un rasgo masoquista de la muchacha. Tenemos aquí un interesante ejemplo de los «puentes de palabras» por los que atraviesan los caminos hacia lo inconsciente. El *one has to pay for them* significa la vida, con lo cual podrá la sujeto pagar el convertirse en mujer y madre.

Con respecto a los *pinks* (claveles), que la sujeto denomina también *carnations*, pienso en la relación de esta palabra con lo «carnal». Pero lo que a esta palabra asocia ella es *colour* (color), añadiendo que su prometido le había regalado *con frecuencia y en grandes cantidades* tales flores. Al final de la conversación me confiesa de pronto, espontáneamente, no haberme dicho antes la verdad, pues lo que hubo de asociar a *carnations* no fue *colour*, sino

incarnation (encarnación). Esta palabra es la que yo había esperado que asociase. De todos modos, tampoco puede considerarse muy lejana la asociación *colour*, pues se halla determinada por la significación de *carnation* (color de la carne), o sea por el mismo complejo. La insinceridad de la sujeto nos muestra que es en este punto en el que la resistencia era mayor, correlativamente a una mayor transparencia del simbolismo y a una máxima intensidad de la lucha que en torno a este tema fálico se desarrolla entre la libido y la represión. La observación de que su prometido le ha regalado muy frecuentemente tales flores constituye, con la doble significación de *carnation*, una nueva indicación del sentido fálico de las mismas en el sueño. La ocasión (cumpleaños) en que es hecho el regalo sirve para expresar la idea del regalo sexual y correspondencia al mismo. La sujeto regala su virginidad y espera, en correspondencia, una rica vida de amor. El *expensive flowers, one has to pay for them*, podría tener también aquí una significación realmente financiera. El simbolismo floral del sueño contiene, pues, el símbolo virginal femenino, el masculino y la relación a la desfloración violenta. Indicaremos de paso que el simbolismo floral sexual, extraordinariamente extendido, simboliza los órganos sexuales humanos con las flores, que son los órganos sexuales de las plantas. El regalarse flores, tan acostumbrado entre los que se aman, tiene, quizá, en general, esta significación inconsciente.

La fiesta de cumpleaños que en su sueño prepara la sujeto significa el nacimiento de un niño. De este modo se identifica ella con su prometido y la representa preparándola para un nacimiento; esto es, realizando con ella el coito. La idea latente podría, pues, ser ésta: si yo fuera él, no esperaría, sino que desfloraría a la novia sin consultarla, violentándola. A esta idea alude el *violate*, quedando así de manifiesto el componente sádico de la libido.

En un más profundo estrato del sueño, el *I arrange*, etc., podría tener también una significación autoerótica, o sea infantil.

La sujeto tiene en su sueño un concepto de su cuerpo sólo en sueños posible. Se ve, en efecto, plana como una mesa, y esta circunstancia motiva una mayor acentuación del precioso valor del *centre* (en otra ocasión lo denomina *a center piece of flowers*), o sea de su virginidad. La horizontalidad de la mesa pudo también aportar un elemento al símbolo. La gran concentración de este sueño, en el que nada sobra, siendo cada palabra un símbolo, merece especialísima mención.

Posteriormente aporta la sujeto un nuevo elemento del sueño: *I decorate the*

flowers with green crinkled paper («Adorno las flores con papel verde rizado»), y añade que este papel era el llamado *fane v paper* (papel de fantasía), con el que se suelen revestir las macetas ordinarias. Luego prosigue: *To hide untidy things; whatever was to be seen, which was not pretty to eye; these is a gap, a little space in the flowers*. O sea: «Para ocultar cosas sucias que no son nada agradables a la vista; una hendidura, un pequeño espacio entre las flores». *The paper looks like velvet or moss* («El papel parece terciopelo o musgo»). *A decorate* asocia *decorum* (decoro), como yo esperaba. Al color verde asocia *hope* (esperanza), nueva relación al embarazo. En esta parte del sueño no domina la identificación con el prometido, sino que se imponen ideas de pudor y sinceridad. Se arregla para él y se confiesa sus defectos físicos, de los que se avergüenza y que intenta corregir. Las asociaciones «terciopelo» y «musgo» prueban que se trata de las «crines pubis».

El sueño es una expresión de ideas que apenas conoce el pensamiento despierto de la sujeto. Ideas cuyo tema es el amor sexual y sus órganos. Es «preparada para un día de nacimiento» (cumpleaños), o sea objeto del coito; expresa su temor a la desfloración y, quizá, también el dolor acentuado de placer; se confiesa sus defectos corporales y los compensa y supera por la superestimación del valor de su virginidad. Su pudor excusa la naciente sensualidad, pretendiendo que el objeto de la misma es el niño. Al mismo tiempo quedan también expresadas otras reflexiones materiales, ajenas al sentimiento amoroso. El afecto de este sencillo sueño —la sensación de felicidad— muestra que han hallado satisfacción en él enérgicos complejos sentimentales.

Ferenczi (1917) ha hecho observar, muy acertadamente, con cuánta facilidad dejan adivinar el sentido de los símbolos y el del sueño total casos como este último, en los que el sujeto no puede siquiera sospechar las ideas que constituyen el contenido latente^[449].

El análisis que a continuación exponemos de un sueño de una personalidad histórica contemporánea es incluido aquí por aparecer en él clarísimamente caracterizado como símbolo fálico, merced a la agregación de una determinante, un objeto apropiado ya de por sí para la representación del miembro masculino. El «infinito alargamiento» de una fusta no puede significar fácilmente cosa distinta de la erección. Este sueño constituye, además, un acabado ejemplo de cómo son representadas por material sexual infantil ideas graves y lejanas de lo sexual.

11. *Un sueño de Bismarck*. (Doctor Hanns Sachs.) (1919.)

En sus *Pensamientos y recuerdos* comunica Bismarck una carta dirigida por él al emperador Guillermo I, con fecha 18 de diciembre de 1881, de la que tomamos el siguiente párrafo:

«Lo que V. M. me escribe me anima a relatarle un sueño que tuve en la primavera de 1863, cuando la gravedad de la situación política había llegado a su punto máximo y no se vislumbraba salida ninguna practicable. Así las cosas, soñé una noche —y a la mañana siguiente comuniqué mi sueño a mi mujer y a otras personas— que iba a caballo por una angosta senda alpina, bordeada a la derecha por un abismo y a la izquierda por una roca perpendicular. La senda fue haciéndose cada vez más estrecha, hasta el punto de que el caballo se negó a seguir adelante, resultando también imposible, por falta de sitio, dar la vuelta o apearme. En este apuro, golpeé con la fusta que empuñaba en mi mano izquierda la roca vertical y lisa, invocando el nombre de Dios. La fusta se alargó infinitamente, cayó la roca y apareció ante mis ojos un amplio camino, al fondo del cual se extendía un bello paisaje de colinas y bosques, semejante al de Bohemia, por el que avanzaba un ejército prusiano con sus banderas desplegadas. Al mismo tiempo surgió en mí el pensamiento de cómo podría comunicar rápidamente tal suceso a V. M. Este sueño, del que desperté contento y fortificado, llegó luego a cumplirse».

La acción que el sueño desarrolla aparece dividida en dos partes. En la primera llega a encontrarse el soñador en un grave aprieto, del que es luego salvado, en la segunda, de un modo milagroso. El apurado trance en que el sueño presenta al jinete y a su montura es una deformación onírica fácilmente reconocible de la crítica situación del hombre de Estado, la cual debió pesar especialmente sobre el ánimo de Bismarck al reflexionar, la tarde anterior al sueño, sobre los graves problemas que la política le planteaba por aquellas fechas. Con la misma imagen utilizada como representación por el sueño, describe Bismarck en el párrafo antes copiado de su carta al emperador («no se vislumbra salida ninguna practicable») su apurada situación, prueba de que dicho giro le era usual. Este sueño nos presenta, además, un acabado ejemplo del «fenómeno funcional» de Silberer. Los procesos que se desarrollan en el ánimo del sujeto, cuyas tentativas de solución tropiezan todas con obstáculos insuperables, pero que no puede ni debe, sin embargo, apartar su espíritu de la reflexión sobre los problemas planteados, quedan exactamente representados por el jinete, que no puede avanzar ni volver atrás. El orgullo que le prohíbe ceder y

renunciar a sus proyectos se manifiesta en el sueño por medio de las palabras «imposible dar la vuelta o apearne».

Por su continua y dura labor, puesta constantemente al servicio del bien ajeno, podía Bismarck compararse al caballo, cosa que hizo, en efecto, repetidas veces, por ejemplo, en la conocida frase: «Un buen caballo muere ensillado». Así explicada, la frase «el caballo se negó a seguir adelante» no significa sino que el sujeto, fatigadísimo, experimentaba la necesidad de apartarse de los cuidados de la actualidad, o, dicho de otro modo, que se hallaba en vías de libertarse de las cadenas del principio de la realidad por medio del reposo y del sueño. La realización de deseos, tan enérgicamente lograda en la segunda parte, queda ya preludiada en la primera con las palabras «senda alpina». Por aquellos días tenía ya Bismarck el proyecto de pasar sus próximas vacaciones en los Alpes —en Gastein—. El sueño que allí le trasladaba le libertaba, pues, por completo de todos los abrumadores negocios del Estado.

En la segunda parte muestra el sueño doblemente realizados los deseos del sujeto, una vez franca y comprensiblemente, y otra, simultánea, en forma simbólica. Simbólicamente, por la desaparición del obstáculo, en lugar del cual le muestra un amplio camino, o sea la salida buscada, en su forma más cómoda; abiertamente, por la vista del ejército prusiano en marcha. Para el esclarecimiento de esta profética visión no es preciso establecer conexiones místicas; basta con la teoría freudiana de la realización de deseos. Bismarck ansiaba ya, como la mejor solución de los conflictos internos de Prusia, una guerra victoriosa con Austria. Mostrándole al ejército prusiano en marcha a través de Bohemia, o sea del territorio enemigo, le presenta su sueño la realización de tal deseo, conforme al postulado de Freud. Desde el punto de vista individual, la única circunstancia importante es la de que el sujeto del sueño no se contentó en este caso con la realización onírica, sino que supo conquistar la real. Un detalle que ha de llamar necesariamente la atención de todo conocedor de la técnica de interpretación psicoanalítica es el de la fusta que se «alarga infinitamente». La fusta, el bastón, la pica y otros muchos objetos de este género son corrientes símbolos fálicos. Pero cuando además se atribuye a la fusta la cualidad más singular del falo, esto es, la de dilatarse, no podemos abrigar ya la menor duda. La exageración del fenómeno hasta el «infinito» parece corresponder a una concepción infantil del mismo. El empuñar la fusta es una clara alusión al onanismo referido, naturalmente, no a las circunstancias actuales del sujeto, sino a épocas muy pretéritas de su infancia. Nos resulta en este caso

muy valiosa la interpretación hallada por el doctor Stekel de que la *izquierda* significa en el sueño el delito, o sea en el caso presente, la masturbación infantil practicada contra una expresa prohibición. Entre éste más profundo estrato infantil y el más superficial, constituido por el tema de los planes diurnos del hombre de Estado, descubrimos aún otro, intermedio y relacionado con los dos. Todo el proceso de la salvación conseguida con la ayuda de Dios, golpeando la roca, recuerda evidentemente una escena bíblica, aquélla en que Moisés salva a su pueblo de la sed haciendo brotar agua de una peña al golpe de su vara. Bismarck, perteneciente a una piadosa familia protestante, familiarizada con los textos bíblicos, tenía que conocer tal escena, y por aquellos días de conflicto podía muy bien compararse con Moisés, pues ha puesto, como él, todas sus energías al servicio de su pueblo y se ve también recompensado con el odio, la ingratitud y la rebelión. Esta circunstancia hubo de facilitar el enlace de sus deseos actuales con el citado pasaje de la Biblia, el cual contiene, por otro lado, algunos detalles muy susceptibles de ser utilizados en la fantasía masturbadora. Contraviniendo el mandato de Dios, empuña Moisés la vara, y esta desobediencia es castigada por el Señor con el anuncio de que morirá sin pisar la tierra de promisión, La desobediencia a la prohibición de empuñar la vara — inequívocamente fálica en el sueño—, la producción de un líquido por el acto de golpear con ella y la amenaza de muerte: he aquí reunidos todos los factores de la masturbación infantil. Muy interesante es en este caso la elaboración que ha soldado, por medio del pasaje bíblico, tales dos imágenes, heterogéneas, procedente una de ellas de la psiquis del genial hombre de Estado, y la otra de los impulsos de la primitiva alma infantil, logrando, además, borrar todos los factores displacientes. La circunstancia de que el empuñar la vara es un acto prohibido y rebelde queda indicada simbólicamente por el hecho de ser realizado dicho acto con la mano izquierda. Pero en el sueño manifiesto acompaña al mismo la invocación a Dios, como para rechazar lo más ostensiblemente posible toda idea de ilicitud. De las dos predicciones que Dios hace de Moisés, la de que dará vista a la tierra prometida y la de que no llegará a pisarla, queda claramente representada la realización de la primera (vista de un paisaje de colinas y bosques), y, en cambio, la otra, en extremo displaciente, no es siquiera mencionada. El agua ha sido suprimida, sin duda, por la elaboración secundaria, que aspiraba a la unificación de esta escena con la precedente y queda sustituida por la disgregación de la roca misma.

El final de una fantasía onanista infantil, en la que aparece representado el

tema de la prohibición, ha de ser, a nuestro juicio, el deseo de que las personas a cuya autoridad se halla sometido el niño no averigüen nada de lo sucedido. En el sueño se muestra representado este deseo por su contrario, el de comunicarlo en seguida al rey. Pero esta inversión se armoniza perfectamente y sin esfuerzo alguno con la fantasía victoriosa contenida en el estrato más superficial de las ideas latentes y en una parte del contenido manifiesto. Tales sueños de victoria y avasallamiento son con frecuencia encubridores de deseos eróticos de conquista. Algunos rasgos de éste (por ejemplo, el obstáculo que se opone al avance del sujeto y desaparece después del empleo de la fusta, «que se alarga infinitamente», quedando sustituido por un amplio camino) indicarían algo semejante, pero no son suficientes para concluir la existencia de una orientación ideológica y optativa determinada de todo el sueño. Éste nos ofrece, desde luego, un acabado modelo de deformación onírica perfectamente conseguida.

Lo que decía provocar displacer es elaborado de tal manera que permanece totalmente encubierto por la trama tejida sobre ello, quedando así evitado el desarrollo de angustia. Constituye, pues, este sueño un caso ideal de realización de deseos, conseguida hasta el último extremo sin despertar en absoluto la suspicacia de la censura, resultando así comprensible que el sujeto despertara de él contento y fortificado.

Cerraremos esta serie de ejemplos con el sueño siguiente:

12. *Sueño de un químico* (1909).

El sujeto es un joven químico que trataba de sustituir por el comercio sexual normal con una mujer sus costumbres onanistas.

Información preliminar. —El día inmediatamente anterior al sueño ha estado explicando a un estudiante la reacción de Grignard, por medio de la cual puede convertirse el magnesio, bajo la acción catalítica del yodo, en éter absolutamente puro. Realizado este mismo experimento, se produjo dos días antes una explosión, de la que resultó con quemaduras en las manos uno de los asistentes.

Sueño. —I. Tiene que hacer un compuesto de fenol, magnesio y bromo. Ve clarísimamente todos los aparatos dispuestos para el experimento, pero ha sustituido el magnesio por su propia persona. Se halla en un estado singularmente vacilante y no cesa de repetirse: «Esto va bien, mis pies comienzan ya a disolverse, mis rodillas se ablandan». Luego se palpa los pies, saca (no sabe cómo) sus piernas del alambique y dice: «Esto no puede ser. Pero, sí; está bien hecho». Al llegar aquí despierta parcialmente y se repite el sueño

porque quiere contármelo. Siente ya miedo de lo que habrá de solucionar^[450] su interpretación; experimenta durante este intervalo, en el que permanece medio despierto, una gran excitación y repite sin cesar: «Fenil, fenil...»

II. Se encuentra con toda su familia en (...ing) y está citado con cierta señora a las once y media, pero cuando se despierta es ya esta hora. Se dice: «Ya es tarde; cuando llegue allí serán más de las doce y media». Luego ve a su familia sentada a la mesa, y con particular precisión a su madre y a la criada, que trae la sopera. Entonces se dice: «Bueno; si vamos a comer, no puedo irme».

Análisis. —Está seguro de que ya el primer sueño se halla relacionado con la señora de la cita. (Fue soñado la noche inmediatamente anterior a esta cita.) El estudiante al que explicó la reacción de Grignard es un sujeto repulsivo. Durante el experimento hubo de decirle: «Eso no va bien», al ver que el magnesio permanecía aún intacto, y el interpelado respondió: «No, no va bien», como si todo aquello le tuviese sin cuidado. Este estudiante es él mismo, tan indiferente a su propio *análisis* como aquél a su *síntesis*. En cambio, la persona que lleva a cabo en el sueño la operación química no es él, soy yo, presentado bajo sus apariencias. ¡Cuán repulsivo debe parecerme por su indiferencia hacia el resultado del tratamiento!

También es él, por otro lado, aquello con lo que se hace el análisis (síntesis). Se trata del éxito de la cura. Las piernas que aparecen en el sueño le recuerdan una impresión de anoche. Encontró en el salón de baile a una señora a la que quiere conquistar, y bailando con ella, la apretó tanto contra él, que una de las veces no pudo ella reprimir un grito. Pero cuando luego cesó en su presión contra las piernas de su pareja, sintió que ésta le apretaba a su vez, pegándose a sus muslos hasta por encima de la rodilla; esto es, a la parte de su cuerpo mencionada en el sueño. En esta situación es, pues, la mujer el magnesio de la retorta, con el que, por fin, marchan bien las cosas. El sujeto es femenino con respecto a mí y viril con respecto a la mujer. Puesto que con la señora le va bien, también le irá bien en la cura a que está sometido. El palparse y el reblandecimiento que comprueba en sus rodillas aluden al onanismo y corresponden a su fatiga de la víspera. La cita se hallaba fijada realmente a las once y media. Su deseo de no despertarse a tiempo para permanecer junto a los objetos sexuales domésticos (la masturbación) corresponde a su resistencia.

Con respecto a la repetición de la palabra *fenil*, manifiesta lo siguiente: «Todos estos radicales en *il* me han gustado siempre mucho y son de un

comodísimo empleo: *Bencil*, *acetil*, etc». Esto no nos da luz ninguna, pero cuando le propongo el radical *Schlemihl* se echa a reír y me relata que durante el verano ha leído un libro de Prévost, en uno de cuyos capítulos, titulado «Les exclus de /'amour», se hablaba, efectivamente, de los *schlemihliés* y se los describía en forma que le hizo exclamar: «¡Éste es mi caso!» El no acudir a la cita hubiera sido también una *schlemihlada*^[451].

Parece ser que el simbolismo onírico sexual ha encontrado ya una confirmación experimental directa. En 1912, y a instancias de H. Swoboda, realizó K. Schrötter, doctor en Filosofía, el experimento de provocar, por medio de la sugestión en personas profundamente hipnotizadas, sueños cuyo contenido les marcaba de antemano. Cuando la sugestión entrañaba el mandato de soñar con el comercio sexual normal o anormal, cumplía el sueño este mandato sustituyendo el material sexual por los símbolos ya descubiertos en la interpretación onírica psicoanalítica.

Así, habiéndose sugerido a una sujeto, como tema onírico, el comercio homosexual con una amiga suya, apareció ésta en el sueño llevando en la mano una vieja *maleta* que mostraba pegado un cartelito con las palabras «Sólo para señoras». La sujeto no tenía la menor noticia del simbolismo de los sueños ni de la interpretación onírica. Desgraciadamente, el suicidio del doctor Schrötter, sobrevenido a poco de comenzadas estas importantes investigaciones, nos impide determinar su alcance. De ellas ha quedado únicamente un trabajo publicado en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*.

Hallazgos similares fueron publicados por Roffenstein en 1923. Ciertos experimentos efectuados por Betlheim y Hartmann (1924) son del mayor interés, puesto que ellos no usaron la hipnosis. Estos experimentadores relataron chistes de un marcado carácter sexual a enfermos con el síndrome de Korsakoff y observaron las distorsiones que aparecían cuando se les pedía reproducir esas anécdotas a estos pacientes con tales estados confusionales.

Encontraron que aquellos símbolos familiares a nosotros en la interpretación de los sueños hacían su aparición (ejemplo: subir escaleras, apuñalar o disparar como símbolos de cópula, cortaplumas y cigarrillos como símbolos de pene). Los autores le dieron especial realce a la aparición del símbolo de la escalera, ya que, como bien observan ellos, ningún deseo consciente distorsionador podía haber llegado a un símbolo de este tipo^[452].

Una vez que hemos dedicado al simbolismo onírico toda la atención que

merece, podemos continuar ocupándonos de los *sueños típicos*, cuyo examen interrumpimos en páginas anteriores (véase página 559). Me parece justificado dividir, *grosso modo*, estos sueños en dos clases: aquellos que poseen realmente siempre el mismo sentido y aquellos otros que, no obstante presentar el mismo o análogo contenido, son susceptibles de las más diversas interpretaciones. De los pertenecientes a la clase primera hemos estudiado ya detenidamente el sueño de examen (véase página 514).

Por la analogía de su impresión afectiva pueden ser agregados los sueños en los que perdemos el tren a los de examen, agregación que su esclarecimiento justifica luego plenamente. Son, en efecto, sueños que tienden a mitigar otro sentimiento de angustia experimentado durante el reposo, el miedo a morir. «Partir» es uno de los símbolos más frecuentes y explicables de la muerte. El sueño nos dice entonces, consolándonos: «Tranquilízate, no morirás» (no partirás), del mismo modo que el sueño de examen nos serenaba, diciendo: «No temas; tampoco esta vez te sucederá nada». La dificultad con que tropieza nuestra comprensión de estas dos clases de sueños procede de hallarse ligada la sensación de angustia precisamente a la expresión del consuelo.

El sentido de los *sueños de estímulo dental*, sueños que he tenido numerosas ocasiones de analizar, se me ocultó durante mucho tiempo, pues para mi sorpresa tropezaba siempre su interpretación con resistencias intensísimas.

Por último, se me impuso la evidencia de que en los sujetos masculinos era el placer onanista de la pubertad lo que constituía la fuerza provocadora de estos sueños. Analizaré aquí dos de ellos, uno de los cuales es, al mismo tiempo, un «sueño de vuelo». Ambos proceden de la misma persona, un joven de tendencias homosexuales muy enérgicas, aunque coartadas en la vida real. (Ambos de 1909.)

«Se encuentra presenciando una representación de *Fidelio*, en el patio de butacas de la Opera, al lado de la persona que le es muy simpática y cuya amistad quisiera conquistar. De repente echa a volar oblicuamente por encima del patio de butacas hasta el final del mismo, se lleva luego la mano a la boca y se arranca dos muelas».

El sujeto describe su vuelo diciendo que fue como si le hubieran *tirado o arrojado (geworfen)* al aire. Tratándose de una representación de *Fidelio*, hemos de pensar en los versos:

Aquel que ha conquistado una hermosa mujer.

Pero la conquista de una mujer —por hermosa que fuese— no entra en los deseos del sujeto. Con éstos se hallarán más de acuerdo los versos que vienen a continuación: *Aquel que ha acertado en la gran tirada/de ser el amigo de un amigo*^[453]... (Wurf.).

El sueño contiene esta *tirada*^[454] y no sólo como realización de deseos, pues detrás de ella se esconde también el amargo recuerdo de otras veces que fracasó el sujeto en sus demandas de amistad, siendo *rechazado* (*hinausgeworfen* = «arrojado fuera»), y el temor a que le suceda lo mismo con el joven a cuyo lado asiste a la representación de *Fidelio*. Avergonzado, añade luego la confesión de que una vez que un amigo le hizo objeto de un desprecio se masturbó dos veces seguidas poseído por la excitación sexual que despertó en él la añoranza de la amistad perdida.

Sueño segundo. —«Dos profesores de Universidad conocidos suyos me sustituyen en su tratamiento. Uno de ellos le hace algo en el miembro. El otro le golpea la boca con una barra de hierro, arrancándole los dientes. Luego le vendan con cuatro pañuelos de seda».

No cabe dudar del sentido sexual de este sueño. Los pañuelos de seda corresponden a una identificación con un homosexual conocido suyo. El sujeto, que no ha realizado jamás el coito, ni ha buscado tampoco, en la vida real, el comercio sexual con personas de su propio sexo, se representa el comercio sexual conforme al modelo de la masturbación a la que se entregó en su pubertad.

A mi juicio, también las frecuentes modificaciones del sueño típico de estímulo dental, por ejemplo, la de ser una tercera persona quien extrae una muela al sujeto, etc., se nos hacen comprensibles mientras la misma explicación^[455].

De todos modos, no deja de parecer enigmático que el «estímulo dental» pueda llegar a entrañar tal significado. Haremos observar aquí la tan frecuente transferencia de abajo arriba que encontramos puesta al servicio de la represión sexual y mediante la cual pueden llegar a realizarse en la histeria localizándose en partes del cuerpo exentas de toda objeción sensaciones e intenciones que debían desarrollarse en los genitales. Un caso de esta transferencia se nos ofrece cuando dentro del simbolismo del pensamiento inconsciente quedan sustituidos los genitales por el rostro. Los usos del lenguaje contribuyen a ello con palabras aplicables a dos diferentes partes del cuerpo (carrillos, labios). La nariz es hecha

equivalente al pene en muchas alusiones; la vegetación capilar próxima a ambos miembros completa la analogía. Sólo los dientes y muelas se hallan fuera de toda posibilidad de comparación, y precisamente esta circunstancia, que contrasta con el paralelismo antes detallado, es lo que bajo el empuje de la represión sexual los hace apropiados para los fines de la representación.

No pretendo afirmar que la interpretación de los sueños de estímulo dental como sueños onanistas, justificada, sin duda alguna, haya llegado a ser por completo transparente^[456]. Me limito a exponer todos los datos que para su esclarecimiento he hallado hasta aquí, conviniendo en que aún queda bastante por explicar. En nuestro país existe una grosera expresión para designar el acto de la masturbación: «arrancarse una^[457]». No puedo decir de dónde procede esta expresión ni cuál es el simbolismo en que se basa, pero las «muelas», parecen muy apropiadas para representarla.

Dado que los sueños de la extracción o caída de una muela son interpretados por la creencia popular como anuncio de la muerte de un pariente, mientras que el psicoanálisis no les concede tal significación, sino todo lo más en el sentido paródico arriba indicado, intercalaremos aquí un «sueño de estímulo dental» que nos ha sido comunicado por Otto Rank:

«Un colega que desde hace algún tiempo ha comenzado a interesarse por los problemas de la interpretación onírica me comunica el siguiente caso de “sueño de estímulo dental”:

»Soñé hace poco que estaba en casa del dentista, el cual me horadaba una de las últimas muelas de la mandíbula inferior; pero tanto y tanto trabajaba en ella que acaba por dejármela inservible. Entonces coge la llave y me saca la muela, asombrándome la facilidad con que realiza la extracción. Luego me dice que no me importe, pues no es esta muela la que estaba curándome, y la deposita encima de la mesa, donde queda dividida en varias capas. (Antes compruebo que se trata de un incisivo de la mandíbula superior.) Me levanto del sillón, lleno de curiosidad, y acercándome a la mesa, dirijo una pregunta médica al dentista, el cual me contesta que aquello se relaciona con la pubertad, y que sólo antes de la misma, o tratándose de una mujer en el momento de tener un hijo, pueden extraerse las muelas tan fácilmente. Mientras tanto separa los diversos fragmentos en que ha quedado dividida la muela y los machaca (pulveriza) con un instrumento. Observo después (medio despierto ya) que mi sueño ha sido acompañado de una polución, pero no me es posible situar ésta en un

determinado punto del mismo. Lo más probable me parece que tuviera efecto en el momento de extraerme la muela.

»Continúo luego soñando algo que no me es posible recordar ahora y que termina con que dejo en algún lado (probablemente en el guardarropa del dentista) el sombrero y el traje, confiando en que ya me los enviarán después, y vestido tan sólo con el abrigo, me apresuro para alcanzar todavía un tren que está a punto de salir. En efecto, consigo saltar en el último momento al vagón de cola, donde ya había alguien. Sin embargo, no me es posible penetrar en el coche y tengo que dejarme llevar por el tren, agarrado a la parte exterior, en una violenta postura que por fin logro rectificar, después de varias tentativas. Atravesamos así un gran túnel y al hacerlo nos cruzamos con dos trenes, que pasan a través del nuestro como si éste constituyera el túnel. Luego miro a través de la ventanilla de un vagón como desde el exterior».

Para la interpretación de este sueño poseemos los siguientes sucesos y pensamientos del día inmediatamente anterior:

a) Hace, en efecto, algunos días que padezco continuos dolores en la muela de la mandíbula inferior, que es horadada en el sueño, y voy a casa del dentista, el cual está tardando realmente en curarla más tiempo del que yo quisiera. Habiendo acudido a él la mañana anterior al sueño para ver si lograba acabar con los dolores que tanto me molestaban, me propuso extraerme otra muela de la misma quijada, que era probablemente la que me hacía sufrir. Tratábase de una de las del juicio, que se hallaba en vías de romper. Con tal motivo dirigí al dentista una pregunta, remitiéndome a su conciencia médica.

b) Aquella tarde tuve que disculpar mi mal humor ante una señora, atribuyéndolo, como era cierto, a mi dolor de muelas. A esto siguió una conversación, en la que dicha persona me contó que le daba miedo hacerse extraer la raíz de una muela cuya corona tenía destrozada. Creía que la extracción de los colmillos era especialmente difícil y dolorosa, aunque, por otro lado, le había dicho una amiga que tratándose, como era su caso, de un colmillo de la mandíbula superior, resultaba más fácil. Esta misma amiga le había contado también que una vez le habían extraído equivocadamente una muela sana, suceso que aumentó su miedo a la necesaria operación. Luego me preguntó si los colmillos eran los dientes llamados caninos y qué sabía médicamente sobre ellos. Por mi parte, le hablé del carácter supersticioso de todas las opiniones a que antes se había referido, aunque concediéndole que algunas de tales creencias populares encerraban un nódulo de verdad. A propósito de esto me citó la señora

un proverbio muy antiguo y generalizado, según ella: *Cuando una mujer embarazada tiene dolor de muelas es señal de que parirá un niño.*

c) Este proverbio me interesó por recordarme la interpretación freudiana de los sueños de estímulo dental como sueños onanistas, dado que relaciona en cierto modo las muelas con los genitales masculinos (Un niño), y aquella misma tarde releí las páginas correspondientes de *La interpretación de los sueños*. A ellas pertenecen las observaciones siguientes, cuya influencia sobre mi sueño resulta tan fácilmente reconocible como la de los dos sucesos antes relatados: «Por último, se me impuso la evidencia de que en los sujetos masculinos era el placer onanista de la pubertad lo que constituía la fuerza provocadora de estos sueños». «A mi juicio, también las frecuentes modificaciones del sueño típico de estímulo dental —por ejemplo, la de ser una tercera persona la que extrae una muela al sujeto, etc.— se hacen comprensibles mediante la misma explicación». «Haremos observar aquí la tan frecuente *transferencia de abajo arriba* (en el sueño presente, también de la mandíbula inferior a la superior) que encontramos puesta al servicio de la represión sexual, y mediante la cual pueden llegar a realizarse en la histeria, localizándose en partes del cuerpo exentas de toda objeción, sensaciones e intenciones que debían desarrollarse en los genitales». En nuestro país existe una grosera expresión para designar el acto de la masturbación: ‘Sich einen ausreissen’, ‘sich einen nerunterreissen’ (‘arrancarse una’). Esta expresión me era ya conocida en mis tempranos años juveniles como designación del onanismo. Partiendo de este punto, no será difícil para el intérprete onírico experimentado encontrar el acceso al material infantil en que puede hallarse basado mi sueño. Citaré únicamente todavía que la facilidad con que en el mismo se desprende la muela, que después de extraída se convierte en un incisivo de la mandíbula superior, me recuerda una vez que en mi infancia me *arranqué yo mismo*, fácilmente y sin dolor, *un incisivo de la mandíbula superior*, ya muy vacilante y próximo a caerse. Esta anécdota, presente aún en mi memoria con todos sus detalles, corresponde a aquella misma temprana época en la que se sitúan mis primeras tentativas conscientes de masturbación (recuerdo encubridor).

La cita que hace Freud de una comunicación de C. G. Jung, según la cual los sueños de estímulo dental soñados por mujeres poseen la significación de sueños de nacimiento, y la creencia popular antes citada sobre el sentido del dolor de muelas de las embarazadas, han motivado en mi sueño la oposición del sentido femenino al masculino (pubertad). Con relación a esto recuerdo un sueño

anterior que tuve pocos días después de haberme dado de alta, en otra ocasión, el dentista, y en el que se me desprendían las coronas de oro que me acababa de colocar en varias muelas, accidente que me causaba gran indignación, sin duda por dolerme aún el considerable desembolso realizado. Este sueño se me hace ahora comprensible, relacionándolo con cierto suceso, como alabanza de las ventajas materiales de la masturbación frente al amor objetivo, mucho más desventajoso siempre desde el punto de vista económico (coronas de oro; la «corona» es la unidad monetaria austriaca) (*N. del T.*), y creo que las frases de la citada señora sobre la significación del dolor de muelas en las embarazadas fue lo que volvió a despertar en mí estos pensamientos.

Hasta aquí llega la comunicación, suficientemente luminosa y libre, a juicio, de toda objeción, del colega sujeto de este sueño. Añadiremos únicamente por nuestra cuenta una indicación sobre el probable sentido del segundo fragmento onírico, aunque pasando por los puentes verbales: Muela (tirar-tren; arrancar-viajar) —*Zahn [ziehen-Zug; Zahn-reissen (reisen)]*— representa tanto el paso del soñador desde la masturbación al comercio sexual (túnel a través del cual atraviesan los trenes en distintas direcciones), transición realizada no sin ciertas dificultades, como los peligros del mismo (embarazo, abrigo-preservativo).

Desde el punto de vista teórico, nos parece este caso doblemente interesante. Ante todo, confirma la afirmación freudiana de que la eyaculación sobreviene en el momento de ser extraída la muela en el sueño. La polución tiene que ser considerada siempre como una satisfacción onanista conseguida sin el auxilio de excitaciones mecánicas. Pero, además, en el caso que nos ocupa, la satisfacción lograda por medio de la polución no responde, como de costumbre, a un objeto, siquiera sea sólo imaginativo, sino que carece de él en absoluto, siendo, por tanto, puramente autoerótica, o mostrando, a lo más, un matiz homosexual (dentista).

El segundo punto, que creo interesante hacer resaltar, es el que sigue: Podría objetarse que es innecesario todo empeño en aplicar a este caso la teoría de Freud, dado que los sucesos del día anterior bastan por sí solos para hacer comprensible el contenido del sueño. La visita al dentista, la conversación con la señora y la lectura de *La interpretación de los sueños* explican suficientemente que el sujeto, molestado aun durante el reposo por el dolor de muelas, produjese el sueño relatado, incluso, si se quiere, con el fin de adormecer el dolor que perturba su reposo (por medio de la representación de la extracción de la muela dolorida, acompañada de un simultáneo adormecimiento de la temida sensación

de dolor por el desarrollo de la libido). Pero no puede defenderse seriamente la hipótesis de que la lectura de las explicaciones de Freud haya podido establecer o siquiera reavivar en el sujeto la relación de la extracción de la muela con el acto de la masturbación, si dicha relación no se hallase constituida de antemano hace ya mucho tiempo, como el mismo sujeto lo confiesa («arrancarse una»). La incredulidad con que el sujeto manifiesta haber recibido las afirmaciones de Freud sobre la significación típica de los sueños de estímulo dental al leerlas por vez primera, incredulidad que despertó en él el deseo de comprobar si tal significación se extendía a todos los sueños de este género, es lo que dio vida, a más de su diálogo con la señora, a tal relación. El sueño le ofrece la confirmación deseada, por lo menos en lo que respecta a su propia persona, y le muestra al mismo tiempo el motivo de su incredulidad, constituyendo de este modo la realización de un deseo: el de convencerse del alcance y solidez de la teoría freudiana.

Al segundo grupo de sueños típicos pertenecen aquéllos en los que volamos, flotamos, caemos, nadamos, etc^[458]., sueños para los que no puede señalarse un sentido general, pues significan en cada caso algo distinto, pero cuyo material de sensaciones procede siempre de la misma fuente.

De los datos obtenidos en los psicoanálisis hemos de concluir que también estos sueños repiten impresiones de la infancia, refiriéndose a los juegos de movimiento tan atractivos para los niños. Todos hemos jugado a hacer volar a nuestros hijos o sobrinos o hemos fingido dejarlos caer cuando los teníamos en nuestros brazos o cabalgando sobre nuestras rodillas. Los niños gustan mucho de esta clase de juegos y piden, incansables, su repetición, sobre todo cuando va mezclado a ellos una sensación de sobresalto o vértigo.

En años posteriores se procura el sujeto tal repetición en el sueño, pero suprime en él los brazos que de niño le sostenían y flota o cae así libremente. Conocida es también la predilección de los niños por los juegos de columpiarse y balancearse, juego cuyo recuerdo es reavivado más tarde por los ejercicios de los artistas de circo. En muchos adolescentes no consiste luego la crisis histérica sino en la reproducción de tales ejercicios, que realizan, por cierto con gran destreza, durante la misma. Estos juegos de movimiento, inocentes en sí, provocan, con frecuencia, sensaciones sexuales^[459]. Los sueños en que volamos, caemos, sentimos vértigo, etc., reproducen su agitación, pero transforman en angustia las indicadas sensaciones de placer.

Podemos, pues, rechazar muy fundadamente la teoría que atribuye a nuestras sensaciones epidérmicas durante el reposo y a las emanadas del movimiento respiratorio, etc., la producción de los sueños de volar y caer. Vemos, en efecto, que también tales sensaciones son reproducidas tomándolas de nuestra memoria, y forman, por tanto, parte del contenido del sueño, en lugar de constituir fuentes del mismo.

Este material de sensaciones de movimiento homogéneo y procedente de una misma fuente, es utilizado para la representación de las más diversas ideas latentes. Los sueños de volar o flotar —placenteros en su mayoría— reclaman interpretaciones muy distintas, peculiarísimas en algunos sujetos y de naturaleza típica en otros. Una de mis pacientes solía soñar con gran frecuencia que flotaba a una cierta altura por encima de la calle sin tocar el suelo. La sujeto era de muy poca estatura y repugnaba todas aquellas impurezas que el comercio sexual trae consigo. Su sueño realizaba sus dos deseos, separando sus pies del suelo y haciendo sobresalir su cabeza en elevadas regiones. En otros sujetos el sueño de volar constituía la realización del deseo, expresado en una conocida poesía, de ser un pájaro y poder volar hacia el amado. Otras, por último, se compensaban convirtiéndose por la noche en ángeles, de que nadie les dirigiera tan amoroso calificativo durante el día. La íntima conexión del vuelo con la imagen del pájaro explica que los sueños de volar soñados por sujetos masculinos, posean casi siempre una significación groseramente sexual. Tampoco nos sorprenderá el oír decir al sujeto alguna vez que se sentía orgullósimo durante el sueño, de su nueva facultad.

El doctor Paul Federn (Viena) ha expuesto^[460] la atractiva hipótesis de que gran parte de los sueños de volar son sueños de erección, dado que este fenómeno tan singular y que tan de continuo preocupa a la fantasía humana tiene que hacernos la impresión de una excepción de la ley de gravedad. (Compárense los falos alados de la antigüedad.)

Es curioso que Mourly Void, investigador de gran timidez y contrario a toda interpretación, coincida aquí con nosotros en el sentido erótico asignado a los sueños de volar o flotar, manifestando que el erotismo es su «motivo principal», y alegando, en apoyo de tal aserto, la intensa sensación vibratoria del cuerpo que acompaña a estos sueños y la frecuente conexión de los mismos con erecciones y poluciones.

Los sueños en que caemos muestran muchas veces un carácter angustioso.

Cuando el sujeto es femenino no presenta su interpretación la menor dificultad, pues aceptan siempre el sentido simbólico corriente de la caída, o sea la entrega a una tentación erótica. Pero esto no agota las fuentes infantiles del sueño de caída; casi todos los niños han caído alguna vez, siendo levantados y acariciados o hasta acogidos en el lecho de sus guardadores cuando la caída fue por la noche y desde su cama.

Aquellas personas que tienen frecuentemente el sueño de estar nadando y se abren camino en él por entre las olas, experimentando una sensación agradable, etc., suelen haber tenido de niños la arraigada costumbre de orinarse en la cama, y renuevan en tales sueños un placer al que han aprendido a renunciar hace ya mucho tiempo. En ejemplos subsiguientes veremos a qué representación se prestan fácilmente estos sueños.

Como fundamento de la prohibición de jugar con fuego, suele decirse a los niños que así lo hacen que se orinarán por la noche en la cama. Esta circunstancia justifica nuestra interpretación de los sueños de fuego, que hallamos también basados en la *enuresis nocturna* de los años infantiles. En mi estudio *Fragmento del análisis de una histeria* (1905)^[461] he expuesto el análisis y la síntesis completas de un sueño de fuego perteneciente al historial clínico de la sujeto y he mostrado cuáles son los sentimientos de la edad adulta para cuya representación es utilizado este material infantil.

Si para incluir a un determinado género de los sueños en la categoría de los «típicos» consideramos suficiente el frecuente retorno del mismo contenido manifiesto en sujetos distintos, podremos citar aún toda una serie de ellos. Así, el de avanzar a través de estrechas callejas, el de ladrones nocturnos, con el que se relacionan las medidas de precaución adoptadas por los nerviosos al acostarse, el de escapar a través de una serie de habitaciones, de huir perseguidos por animales furiosos (toros, caballos) o bien amenazados con cuchillos, puñales o lanzas, etc.

Estos dos últimos sueños son característicos de los individuos que padecen de angustia, y sería muy interesante una investigación especial del material por ellos utilizado. En su lugar expondré aquí dos observaciones, advirtiendo previamente que no se refieren de un modo exclusivo a los sueños típicos.

Cuando más nos ocupamos de la interpretación de los sueños, más obligados nos vemos a reconocer que la mayoría de los soñados por sujetos adultos elaboran un material sexual y dan expresión a deseos eróticos. Sólo aquellos investigadores que analizan verdaderamente los sueños, esto es, los que penetran desde el contenido manifiesto hasta el latente, pueden formarse un juicio sobre esta cuestión, nunca aquellos otros que se limitan a examinar el contenido manifiesto (por ejemplo, Näcke en sus trabajos sobre los sueños sexuales). Afirmaremos, pues, desde ahora, que este hecho no constituye sorpresa ninguna para nosotros, sino que coincide perfectamente con los fundamentos de nuestra explicación de los sueños. Ningún instinto ha tenido que soportar, desde la infancia, tantas represiones como el instinto sexual en todos sus numerosos componentes^[462], y de ningún otro perduran tantos y tan intensos deseos inconscientes, que actúan luego durante el estado de reposo provocando sueños. En la interpretación onírica no deberá, pues, olvidarse nunca esta importancia de los complejos sexuales, aunque, naturalmente, sin exagerarla hasta la exclusividad.

Una cuidadosa interpretación nos permitirá reconocer muchos sueños como bisexuales, o sea susceptibles de una segunda solución en la que realizan tendencias homosexuales, contrarias a la actividad sexual normal del sujeto. Pero el que todos los sueños hayan de ser interpretados bisexualmente, como pretenden W. Stekel^[463] y Alf. Adler^[464], me parece una generalización tan indemostrable como inverosímil. No puede olvidarse que existen numerosos sueños que satisfacen necesidades distintas de las eróticas. Así, los de hambre, sed, comodidad, etc. También las análogas afirmaciones de que detrás de todo sueño se descubre «la cláusula de la muerte» (Stekel) y que todo sueño muestra una «progresión desde la línea femenina a la masculina» (Adler) me parecen transgredir los límites de lo permitido a la interpretación onírica. La afirmación de que *todos los sueños reclaman una interpretación sexual*, que tanta oposición ha despertado y en derredor de la cual han surgido tantas polémicas, es ajena a mí y no aparece en ninguna de las seis ediciones publicadas hasta ahora de *La interpretación de los sueños*, hallándose, en cambio, visiblemente contradicha por varios pasajes de la misma.

Lo que sí hemos afirmado y podríamos confirmar con numerosos ejemplos a más de los ya expuestos, es que los sueños de apariencia singularmente *inocente* dan cuerpo casi siempre a groseros deseos eróticos. Asimismo muchos sueños de

aspecto indiferente, en los que a primera vista no observamos nada de particular, quedan referidos, después del análisis, a impulsos optativos indudablemente sexuales y a veces de naturaleza inesperada. Nadie supondría, por ejemplo, antes de la interpretación, que el sueño siguiente encerrase un deseo sexual. «Entre dos magníficos palacios —relata el sujeto— y un poco hacia el fondo, hay una casita cuyas puertas están cerradas. Mi mujer me conduce por el trozo de calle que va hasta la casita y empuja la puerta. Entonces penetro yo rápida y fácilmente en el interior de un estrecho patio en cuesta arriba».

Toda persona algo experimentada en la traducción de sueños recordará en seguida que el penetrar en espacios estrechos y el abrir puertas son símbolos sexuales muy corrientes, y reconocerá sin esfuerzo este sueño como la representación de una tentativa de coito *more ferarum* entre dos magníficos palacios (entre las nalgas del cuerpo femenino). El patio en cuesta arriba es, naturalmente, la vagina y el auxilio que en el sueño presta al sujeto su mujer nos fuerza a la interpretación de que en realidad es sólo la consideración que la misma merece lo que le retiene de intentar con ella la realización del coito.

Informaciones posteriores nos muestran que el mismo día del sueño había entrado a servir en casa del sujeto una criada joven que le había agradado, dándole, además, la impresión de que no habría de negarse a tal intento. La casita entre los dos palacios es una reminiscencia del Hradshin, de Praga, y alude, al mismo tiempo, a la criada de referencia, natural de dicha ciudad.

II

Cuando hago resaltar ante mis pacientes la frecuencia del sueño de Edipo, en el que realiza el sujeto el coito con su propia madre, suelen contestarme que no recuerdan haber tenido nunca tal sueño, pero inmediatamente surge en ellos el recuerdo de otro, irreconocible e indiferente, que han soñado repetidas veces, y el análisis muestra que se trata de un sueño del mismo contenido; esto es, de un sueño de Edipo. Podemos afirmar que los sueños de este género que se presentan bajo un disfraz cualquiera son infinitamente más frecuentes que los sinceros, o sea aquellos que muestran directamente al sujeto en comercio sexual con su madre^[465].

Existen sueños de paisajes o localidades en los que aparece, además, intensamente acentuada, la seguridad de habernos encontrado ya otra vez en

aquellos lugares. (Este *déjà vu* posee una especial significación-1914.) El lugar de que en ellos se trata es siempre el órgano genital materno. Realmente, de ningún otro lugar podemos afirmar con tanta seguridad «habernos encontrado ya en él». Una sola vez ha llegado a hacérseme difícil esta interpretación ante el sueño en que un neurótico obsesivo visitaba una vivienda en la que ya había estado *dos veces*. Pero hube de recordar que algún tiempo antes me había relatado este paciente que una noche que su madre le acogió en su lecho, teniendo él seis años, aprovechó la ocasión para introducir un dedo en los genitales de la durmiente.

Un gran número de sueños, con frecuencia angustiosos, cuyo contenido es el avanzar a través de estrechísimos espacios o hallarnos sumergidos en el agua, aparecen basados en fantasías referentes a la vida intrauterina —la permanencia en el seno materno y el nacimiento—. Reproduciré aquí uno de estos sueños, soñado por un joven, el cual aprovecha en su fantasía la ocasión que le ofrece su situación para espiar un coito de sus padres.

«Se encuentra en un profundo foso, en el que se abre una ventana como en el túnel de Semmering. A través de ella ve al principio un paisaje desierto y compone luego en él un cuadro, que resulta, en el acto, presente. Este cuadro representa una tierra de labor profundamente removida por el arado, y el hermoso ambiente, la idea de trabajo aplicado y los terrenos negroazules, le producen una impresión de serena belleza. Después ve abierto ante él una *Pedagogía*... y se asombra de que se conceda en ella tanta atención a los sentimientos sexuales (del niño), cosa que le hace pensar en mí».

He aquí un bello sueño de agua, soñado por una paciente mía y que fue objeto de un particular aprovechamiento en la cura:

«Se encuentra en su residencia veraniega, junto al lago de..., y se arroja al agua oscura allí donde la pálida luna se refleja en ella».

Los sueños de este género son sueños de nacimiento y llegamos a su interpretación invirtiendo el hecho comunicado en el contenido manifiesto, o sea en lugar de arrojarse al agua, salir del agua; esto es, ser parido^[466]. El lugar del que se nace queda reconocido en cuanto pensamos en el caprichoso sentido que en francés se da a *la lune*. La pálida luna es el blanco trasero del que el niño supone haber salido. ¿Mas, qué puede significar el que la paciente desee «nacer» en su residencia veraniega? Interrogada, me responde sin vacilar: «¿Acaso el tratamiento no me ha dejado como si hubiera *nacido de nuevo*?» De este modo

se convierte el sueño en una invitación a continuar el tratamiento en su residencia estival, o sea a visitarla allí. Por último, contiene, quizá, también, una tímida indicación de su deseo de ser madre^[467].

De un trabajo de E. Jones tomamos el siguiente sueño de nacimiento y su interpretación: «La sujeto se hallaba a la orilla del mar vigilando a un niño —al parecer, su hijo— que andaba por el agua. Poco a poco va el niño entrando mar adentro y metiéndose más en el agua, hasta no dejar fuera sino la cabeza, que la sujeto ve moverse de arriba abajo sobre la superficie. Luego se transforma la escena en el *hall*, lleno de gente, de un hotel. Su marido la abandona y ella entra en conversación con un desconocido».

La segunda mitad del sueño se reveló sin dificultad, en el análisis, como la representación de los hechos de abandonar a su marido y entrar en relaciones íntimas con una tercera persona. La primera constituía una clara fantasía del nacimiento. Tanto en los sueños como en la mitología queda representada la salida del niño del líquido amniótico por un acto contrario, o sea por su inmersión en el agua. Conocidos ejemplos de esta representación son, entre otros muchos, los nacimientos de Adonis, Osiris, Moisés y Baco. La emersión e inmersión de la cabeza del niño, en el sueño, recuerdan inmediatamente a la sujeto la sensación de los movimientos del feto, experimentada durante su único embarazo. La imagen del niño metiéndose en el mar despierta en ella una ensoñación en la que, después de sacarle del agua, le lleva a una habitación, le lava, le viste y le conduce luego a su casa.

La segunda mitad del sueño representa, como ya indicamos, pensamientos referentes a la fuga del hogar conyugal, la cual se halla relacionada con la primera mitad de las ideas latentes. La primera mitad corresponde al contenido latente de la segunda, o sea a la fantasía del nacimiento. Además de la inversión antes mencionada, tienen efecto otras varias en cada una de las dos mitades del sueño. En la primera entra el niño en el agua y después mueve la cabeza; en las ideas latentes correlativas surgen primero tales movimientos y después *abandona* el niño el agua (una doble inversión). En la segunda, la *abandona* su marido; en las ideas latentes le *abandona* ella.

Abraham relata otro sueño de nacimiento, soñado por una señora joven, próxima a su primer alumbramiento. De un cierto lugar del piso de su cuarto parte un canal que va directamente al agua (agua del nacimiento, líquido amniótico). La sujeto abre una trampa que hay en el suelo y ve surgir una figura

vestida con una piel oscura y semejante a una foca. Al quitarse la piel, resulta ser el hermano menor de la sujeto, para con el cual ha desempeñado ésta el papel de madre.

En toda una serie de casos ha demostrado Rank que los sueños de nacimiento se sirven de igual simbolismo que los de estímulo vesical. El estímulo erótico es representado en ellos como vesical y la estratificación de sus significados corresponde a una serie de cambios de sentido, por los que el símbolo ha pasado desde la época infantil.

Podemos retornar aquí el tema del papel que los estímulos orgánicos perturbadores del reposo desempeñan en la formación de los sueños, tema que antes dejamos interrumpido (véase página 399). Los sueños constituidos bajo tales influencias no se limitan a mostrarnos claramente la tendencia a la realización de deseos y el carácter de sueños de comodidad, sino que presentan muchas veces un simbolismo por completo transparente, pues no es nada raro que nos haga despertar un estímulo *cuya satisfacción simbólicamente disfrazada ha sido ya intentada inútilmente*. Esto se aplicable a los sueños de polución y a los provocados por la necesidad de evacuar la vejiga o el intestino. El singular carácter de los sueños de polución nos permite desenmascarar directamente determinados símbolos sexuales reconocidos ya como típicos, pero aún muy discutidos, sin embargo, y nos convence, además, de que algunas situaciones oníricas, aparentemente inocentes, no son sino el preludio simbólico de una escena groseramente sexual, la cual no llega, sin embargo, casi nunca a una representación directa sino en los sueños de polución, relativamente raros, transformándose, en cambio, con frecuencia, en un sueño de angustia que conduce igualmente a la interrupción del reposo.

El simbolismo de los sueños de estímulo vesical es especialmente transparente y ha sido adivinado desde muy antiguo. Hipócrates suponía ya que los sueños en que el sujeto veía surtidores y fuentes indicaban algún trastorno de la vejiga (H. Ellis). Schemer estudió también la diversidad del simbolismo del estímulo vesical y afirmó ya que «el intenso estímulo vesical queda siempre transformado en excitación de la esfera sexual y en formaciones simbólicas correspondientes... El sueño de estímulo urinario es también, con frecuencia, el representante del sueño sexual».

O. Rank, cuyas observaciones en su trabajo sobre «la estratificación de símbolos en el sueño provocado por un estímulo que acaba interrumpiendo el reposo» hemos seguido aquí, ha hecho muy verosímil la atribución de una gran

cantidad de sueños de estímulo vesical a un estímulo sexual que intenta satisfacer primero por el camino de la regresión a la forma infantil del erotismo uretral. Especialmente instructivos son aquellos casos en los que el estímulo urinario así constituido conduce a la interrupción del reposo y a la evacuación de la vejiga, no obstante lo cual continúa luego el sueño, exteriorizando ya entonces su necesidad en imágenes eróticas no encubiertas^[468].

De un modo totalmente análogo encubren los *sueños de estímulo intestinal* el simbolismo correspondiente y confirman simultáneamente la conexión de los conceptos *oro* y *excrementos*, de la cual testimonian también numerosos datos de la psicología de los pueblos. «Así, una mujer que se halla sometida a tratamiento médico a causa de una perturbación intestinal, sueña con un avaro que entierra su *tesoro* cerca de una chocita de madera semejante a aquéllas en que es situado el *retrete* en las casas aldeanas. Un segundo fragmento de este sueño muestra a la sujeto *limpiándole el trasero* a su hija, una niña pequeña que se ha *ensuciado*».

A los *sueños de nacimiento* se agregan sueños de *salvamento*. Salvar a alguien, sobre todo extrayéndolo del agua, es equivalente a parir, cuando es una mujer quien lo sueña, y modifica este sentido cuando es un hombre. (Nota de 1911: Véase un sueño de este género en el trabajo de Pfister: *Ein Fall von psychoanalytischer Seelsorge und Seelenheilung*. Evangelische Freiheit, 1909.) Sobre el símbolo de «salvar», véase mi conferencia «El porvenir de la terapia psicoanalítica» (*Zentralblatt f. Psychoanalyse*, número 1, 1910) y el ensayo titulado «Aportaciones a la psicología de la vida erótica. I. Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre» (*Jahrbuch, f. Ps.*, tomo I, año 1910)^[469].

Los ladrones, los asaltantes nocturnos y los fantasmas de los que se siente miedo antes de acostarse y con los que luego se sueña a veces, proceden de una misma reminiscencia infantil. Son los visitantes nocturnos que han despertado al niño para ponerle en el orinal y evitar que mojase la cama o han levantado cuidadosamente las sábanas para observar la posición de sus manos durante el reposo. En el análisis de algunos de estos sueños de angustia he logrado que el sujeto reconociese la persona del visitante. El ladrón era, casi siempre, representación del padre, y los fantasmas correspondían más bien a personas femeninas vestidas con el largo camisón de dormir.

F) Algunos ejemplos. El cálculo y el discurso oral en el sueño.

Antes de situar el cuarto de los factores que rigen la formación de los sueños en el lugar que le corresponde, quiero comunicar algunos de los ejemplos por mí reunidos que esclarezcan la acción conjunta de los otros tres factores hasta el momento examinados, aporten pruebas de afirmaciones anteriormente consignadas y permitan deducir conclusiones incontrovertibles. En la exposición de la elaboración onírica que venimos desarrollando, nos ha sido muy difícil demostrar por medio de paradigmas la exactitud de nuestras deducciones. Los ejemplos correspondientes a cada uno de los principios establecidos, sólo dentro de la totalidad de un análisis onírico conservan toda su fuerza probatoria. Separados de su contexto, pierden casi por completo su atractivo. Pero una interpretación total —aunque no sea muy profunda— adquiere en seguida amplitud más que suficiente para hacer perder al lector el hilo de la cuestión a cuyo esclarecimiento se la destinaba. Este motivo técnico explica y disculpa que acumulemos ahora una gran cantidad de casos y ejemplos, cuyo único lazo de unión es su general relación con el texto del apartado precedente.

Comenzaremos con algunos ejemplos de formas de representación extrañas o poco corrientes. Una señora sueña lo que sigue: «La criada está subida en una escalera, como para limpiar los cristales de la ventana, y tiene a su lado un chimpancé y un gato de *Gorila* (luego rectifica: de Angora). Al acercarse la sujeto, coge la criada aquellos animales y se los arroja. El chimpancé se abraza a ella, haciéndole experimentar una gran sensación de repugnancia». Este sueño alcanza su objeto por un medio extraordinariamente sencillo; esto es, tomando en sentido literal, y representándola conforme al mismo, una corriente expresión figurada. La palabra «mono» es, en efecto, a más de un nombre zoológico, un insulto usual, y la escena del sueño no significa otra cosa que *ir arrojando insultos a diestro y siniestro*. En mi colección de sueños existen, como veremos, otros muchos ejemplos del empleo de este sencillo artificio por la elaboración onírica.

Muy análogamente procede este otro sueño: «Una mujer con un niño de cráneo singularmente mal conformado. La sujeto ha oído que este defecto obedece a la posición que el niño ocupó en el seno materno. El médico dice que por medio de una compresión podía corregirse la deformidad, aunque corriendo

el peligro de dañar el cerebro del niño. La sujeto piensa que tratándose de un chico tiene menos importancia tal defecto». Este sueño contiene la representación plástica del concepto abstracto *impresiones infantiles*, oído por la sujeto en las explicaciones relativas a su tratamiento.

En el ejemplo siguiente adopta la elaboración onírica un camino algo distinto. El sueño contiene el recuerdo de una excursión al lago de Hilmteich, cerca de Graz: «Fuera hace un tiempo horrible. El hotel es malísimo; las paredes chorrean agua y las camas están húmedas». (La última parte del contenido aparece en el sueño menos directamente de lo que aquí la exponemos.) El significado de este sueño es *superfluo* (*ueberjluessig*). La elaboración onírica hace tomar forzosamente un sentido equívoco a este concepto abstracto, contenido en las ideas latentes, sustituyéndolo por *rebosante* (*ueberfliessend*) o descomponiéndolo en *ueber-fluessig* (*super-líquido o más líquido*) y lo representa luego por medio de una acumulación de impresiones análogas: agua fuera (un tiempo horrible); agua chorreando en las paredes y agua(humedad) en las camas; todo *líquido y más que líquido* (*jluessig und ueber jluessig*). No podemos extrañar que la representación onírica relegue a la ortografía a segundo término, ateniéndose en el primero a la similitud para el cumplimiento de sus fines, pues la rima nos da ya un ejemplo de tales libertades. En un extenso sueño de una muchacha, muy penetrantemente analizado por Rank, va la sujeto paseando por entre los sembrados y corta bellas *espigas* de cebada y de trigo. Luego ve venir a un joven amigo suyo y procura evitar encontrarse con él. El análisis muestra que se trata de un «beso inocente». (*Ein Kuss in Ehren* = un beso inocente; *ein Kuss in Aehren* = un beso entre las espigas.) Las espigas, que no deben ser arrancadas, sino cortadas, sirven en este sueño, y tanto por sí mismas como por su condensación con *honor* (*Ehre*) y *honras* (*Ehrungen*) para la representación de toda una serie de otros pensamientos.

Hay, en cambio, otros casos en los que el sueño ve extraordinariamente facilitada la representación de sus ideas latentes por el idioma, el cual pone a disposición toda una serie de palabras usadas primitivamente en sentido concreto y ahora en sentido abstracto. El sueño no tiene entonces más que devolver a estas palabras su anterior significado o avanzar un poco más en su transformación de sentido. Ejemplos: un individuo sueña que su hermano se halla encerrado en un baúl. En la interpretación queda sustituido el *baúl* por un *armario* (*Schrank*) y la idea latente correlativa revela ser la de que su *hermano debiera restringir sus gastos* (*sich einschraenken*); literalmente, «estrecharse,

meterse dentro de un armario». Otro sujeto sube en su sueño a una montaña, desde la cual descubre un panorama extraordinariamente amplio. El análisis nos muestra que el sujeto se identifica de este modo con un hermano suyo, editor de una revista (*Rundschau*) que se ocupa de nuestras relaciones con los países del Lejano Oriente, o sea con *el hombre que pasa revista al espacio que le rodea* (*Rundschauer*).

En la novela de G. Keller, '*Der Grüne Heinrich*', se relata un sueño: 'un brioso caballo iba y venía por una hermosa pradera de avena, cada grano de la cual estaba formado por almendra, uva y una moneda nueva de un penique... todo envuelto en seda roja y atado con un trozo de cerda'. El autor (o soñante) nos da una inmediata interpretación de este cuadro onírico; el caballo sintiendo una agradable cosquilla gritaba: '*Der Hafer sticht mich*' ('me pica la avena', que en el uso idiomático significa: 'la prosperidad me ha echado a perder').

Las primitivas sagas nórdicas hacen, según Henzen, abundantísimo empleo de estos sueños de frase hecha o juego de palabras, hasta el punto de no encontrarse en ellas casi ninguno que no contenga un equívoco o un chiste.

La reunión de tales formas de representación y su ordenamiento conforme a los principios en que se basan constituiría una labor especial. Muchas de estas representaciones podrían ser calificadas de chistosas, y experimentamos la impresión de que no hubiésemos logrado nunca solucionarlas si el sujeto mismo no nos las hubiese explicado.

1. Un individuo sueña que le preguntan un nombre del que le resulta imposible acordarse, por más esfuerzos que hace. El sujeto mismo nos da la interpretación siguiente: *Esto no puede ocurrírseme ni en sueños* (1911).

He mencionado 'cuidado de la representabilidad' como uno de los factores que influyen la formación de sueños. En el proceso de transformar un pensamiento en una imagen visual se evidencia una facultad especial del soñante y un analista raramente se iguala en seguirlo con su adivinación. Por lo que será de real satisfacción si la percepción intuitiva del soñante —creador de estas representaciones— es capaz de explicar su significado. (Nota que precedía a los sueños 2, 3 y 4 en el trabajo de 1911: '*Nachträge zur Traumdeutung*', que ha sido incorporado a '*La interpretación de los sueños*'. *Nota del E.*)

2. Una paciente relata un sueño cuyos personajes eran todos de proporciones gigantescas. Esto quiere decir —añade— que se trata de un suceso de mi temprana infancia, pues claro es que entonces tenían que parecerme grandísimas las personas adultas que me rodeaban. La propia persona de la sujeto no aparecía

en el contenido manifiesto de este sueño.

El retorno a la infancia es expresado también, en otros casos, por la conversión del tiempo en espacio, y las personas y escenas de que se trate se nos muestran entonces situadas a gran distancia de nosotros, al final de un largo camino o como si las contemplásemos a través de unos gemelos vueltos al revés (1911).

3. Un individuo que gusta de expresarse en formas abstractas e indeterminadas, hallándose, por lo demás, dotado de un vivo ingenio, sueña, dentro de un más amplio contexto, que se encuentra en una estación y ve llegar un tren. Pero luego presencia cómo *el andén es acercado al tren, el cual permanece inmóvil*, absurda inversión de la realidad. Este detalle es un indicio de que en el contenido latente hay también algo invertido. El análisis nos conduce, en efecto, al recuerdo de un libro de estampas, en una de las cuales se veían varios hombres andando cabeza abajo sobre las manos (1911).

4. Este mismo sujeto nos relata, en otra ocasión, un breve sueño, cuya técnica recuerda la de los jeroglíficos. «Va en automóvil con su tío, el cual le da un beso». La interpretación, que no hubiéramos hallado nunca si el sujeto no nos la hubiese proporcionado inmediatamente después de su relato, es «autoerotismo». En la vida despierta hubiéramos podido dar idéntica forma a un chiste elaborado con los mismos materiales (1911).

5. El sujeto *hace salir* de detrás de una cama a una señora. Interpretación: *Leda la preferencia* (juego de palabras ; *hervorziehen* = hacer salir; *Vorzug* = preferencia) (1914).

6. El sujeto se ve vestido con uniforme de oficial y sentado a una mesa enfrente del kaiser: se sitúa en *contraposición* a su padre (1914).

7. El sujeto somete a tratamiento médico a una persona que padece una *fractura* (*Knochenbruch* = rotura de un hueso). El análisis revela esta fractura como representación de un *adulterio* (*Ehebruch* = rotura del matrimonio) (1914).

8. Las horas representan, con frecuencia, en los sueños, épocas de la vida infantil del sujeto. Así, en uno de los casos por mí observados, las seis menos cuarto de la mañana representaban la edad de cinco años y tres meses, en la que tuvo efecto, la vida del sujeto, el importante suceso del nacimiento de un hermanito (1914).

9. Otra representación de fechas de la vida del sujeto: Una mujer se ve en compañía de dos niñas, cuyas edades se diferencian en un año y tres meses. La

sujeto no recuerda familia ninguna conocida en la que se dé tal circunstancia, pero luego interpreta por sí misma la escena onírica diciendo que las dos niñas son representaciones de su propia persona, y que la diferencia de edad entre ellas existente corresponde al intervalo que separó los dos importantes sucesos traumáticos de su infancia (uno cuando tenía tres años y medio y otro al cumplir cuatro años y nueve meses) (1914).

10. No es de extrañar que las personas sometidas a tratamiento psicoanalítico sueñen frecuentemente con las circunstancias del mismo y expresen en sus sueños las ideas y esperanzas que en ellos despierta. La imagen elegida para representar la cura es, generalmente, la de un viaje, casi siempre en *automóvil*; esto es, en un vehículo complicado y nuevo. La velocidad del automóvil, contrastando con la lentitud del tratamiento psicoanalítico, proporciona a las burlas del sujeto un amplio campo en el que explayarse. Cuando lo *inconsciente* tiene que hallar representación en el sueño, a título de elemento de las ideas de la vigilia, encuentra una apropiada sustitución en lugares *subterráneos*, los cuales representan, en otros casos exentos de toda relación con la cura psicoanalítica, los genitales femeninos o el seno materno. «Abajo» constituye muchas veces en el sueño una referencia a los *genitales*, y «arriba», en contraposición, al *rostro*, la *boca* o el *pecho*. La elaboración onírica simboliza generalmente con *animales salvajes* los instintos apasionados —del soñador o de otras personas— que infunden temor al sujeto, o sea, con un mínimo desplazamiento, las personas mismas a que dichos instintos corresponden. De aquí a la representación del temido *padre* por animales feroces, perros o caballos salvajes —representación que nos recuerda el totemismo— no hay más que un paso. Pudiera decirse que los animales salvajes sirven para representar la *libido*, temida por el *yo* y combatida por la represión. La neurosis misma, o sea la «persona enferma», es separada con frecuencia de la persona total del sujeto y representada como figura independiente en el sueño (1919).

11. (H. Sachs.) Por *La interpretación de los sueños* sabemos que la elaboración onírica conoce varios caminos para representar sensiblemente una palabra o un giro verbal. Así, puede aprovechar la circunstancia de ser equívoca la expresión que ha de representar y utilizar el doble sentido para acoger en el contenido manifiesto del sueño el segundo significado en lugar del primero, entrañado en las ideas latentes.

Ejemplo de ello es el breve sueño siguiente, en el que se aprovechan con gran habilidad, como material de representación, las impresiones diurnas

recientes apropiadas para tal empleo.

Durante el día inmediatamente anterior al sueño me había sentido resfriado y había decidido acostarme y no abandonar el lecho para nada en toda la noche. Antes de acostarme estuve recortando y pegando en un cuaderno varios artículos de periódico con cuidado de colocar cada uno en el lugar que le correspondía. El sueño me hace continuar esta ocupación en la forma siguiente:

«Me esfuerzo en pegar un recorte en el cuaderno, *pero no cabe en la página (er geht aber nicht auf die Seite)*, lo cual me causa gran dolor».

En este momento despierto y compruebo que el dolor experimentado en el sueño perdura como dolor físico real, que me obliga a faltar a mi propósito de permanecer en el lecho. El sueño, cumpliendo su misión de «guardián del reposo», me había fingido la realización de dicho deseo con la representación de la frase *er geht aber nicht auf die Seite* (frase de doble sentido: «pero no cabe en la página» y «pero no tiene que levantarse») (1914).

Puede decirse que la elaboración onírica se sirve, para la representación de las ideas latentes, de todos los medios que encuentra a su alcance, aparezcan o no lícitos a la crítica del pensamiento despierto, exponiéndose, de este modo, a las burlas y a la incredulidad de todos aquellos que sólo de oídas conocen la interpretación de los sueños, sin haberla ejercido nunca. La obra de Stekel titulada *El lenguaje de los sueños* contiene gran número de ejemplos de este género, pero evito tomar de ella documento ninguno, porque la falta de crítica y la arbitrariedad técnica del autor habrían de hacer dudar aun a los lectores más libres de prejuicios (1919).

12. De un trabajo de V. Tausk, «Los vestidos y los colores al servicio de la representación onírica» (*Int. Zeitschr. f. Ps.*, A. II, 1914), tomo los siguientes ejemplos:

a) A. sueña ver a su antigua ama de llaves vestida con un vistoso traje negro (*Luesterkleid*) muy ceñido por detrás. Interpretación: Acusa de *concupiscente (luestern)* a la mujer de referencia.

b) C. sueña ver, en la carretera de X, a una muchacha rodeada de un *blanco* halo de luz y vestida con una blusa *blanca*.

El soñador había visto su primera escena de amor en dicha carretera y con una muchacha llamada Blanca.

c) La señora de D. sueña ver al *anciano Blasel* (un conocido actor vienés octogenario) vistiendo *armadura* completa y tendido en un diván. Luego se levanta, salta por encima de mesas y sillas, se mira al espejo y esgrime su espada

como luchando con un enemigo imaginario.

Interpretación: La sujeto padece una *antigua enfermedad de la vejiga*.

Durante el análisis permanece tendida en un diván, y cuando se mira al espejo encuentra que, no obstante sus años y su enfermedad, está aún muy fuerte. (*Der alie Blasel* = el anciano Blasel; *ein altes Blasenleiden* = una antigua enfermedad de la vejiga; *Ruestung* = armadura; *ruesting* = fuerte.)

13. El sujeto sueña que es una mujer próxima a dar a luz y se ve tendido en la cama. Su estado se le hace muy penoso y exclama: «Preferiría...» (en el análisis, y después de recordar a una persona que le asistió durante una enfermedad, agrega: «partir piedras»). A la cabecera de la cama cuelga un mapa cuyo borde inferior es mantenido tenso por un *listón de madera (Holzleiste)*. El *soñador coge este listón (Leiste)* por sus dos extremos y lo arranca de golpe. Pero en vez de quebrarse por su parte media, como era de esperar, dada la manera de arrancarlo, queda el listón dividido longitudinalmente en dos. Con este acto de violencia alivia el sujeto su estado y facilita el parto.

Sin que yo intervenga para nada, interpreta el soñador por sí mismo el arrancamiento del *listón (Leiste)* como un *acto (Leistung)* decisivo, por medio del cual acaba con su desagradable situación (en la cura) y se liberta de su disposición femenina... (Strachey ha señalado un trozo omitido por Freud después de la primera publicación de este sueño: «No se puede hacer ninguna objeción a la propia interpretación del paciente, pero no lo describiría como simplemente “funcional” por sus pensamientos oníricos relacionados con su actitud en el tratamiento. Pensamientos de esta clase sirven de “material” para la construcción de sueños como ninguna otra cosa. Es difícil de ver por qué los pensamientos de una persona en análisis no se relacionan con su conducta durante el tratamiento. En el sentido de Silberer la distinción entre fenómeno “material” y “funcional”, es de importancia solamente cuando —como en las bien conocidas autoobservaciones de Silberer al quedarse dormido— hay una alternativa entre la atención del sujeto dirigida sea a una parte del contenido del pensamiento presente, o sea, a su propio y actual estado físico, y no cuando el estado en sí constituya el contenido de sus pensamientos». [Adición del E.] La absurda rotura del listón en sentido longitudinal queda explicada por el sujeto mediante el recuerdo de que la duplicación de un objeto y su destrucción son un símbolo de la castración. Ésta es representada con gran frecuencia en el sueño por medio de la presencia de dos símbolos del pene, o sea, por una tenaz antítesis optativa. La *ingle (Leiste)* es una región del cuerpo próxima a los

genitales. Concretando su interpretación, dice luego el sujeto que el significado de su sueño es el de que vence la amenaza de castración que ha provocado su disposición femenina^[470] 349.

14. En un análisis que hube de llevar a cabo en francés se presentó la labor de interpretar un sueño en el que el sujeto me vio convertido en elefante. Naturalmente, le pregunté cómo había llegado a representarme bajo tal forma. La respuesta fue: *Vous me trompez* (Usted me engaña). (*Tomper* = engañar; *trompe* = trompa) (1919).

La elaboración onírica consigue representar frecuentemente un muy árido material —por ejemplo: nombres propios—, utilizando de un modo harto forzado relaciones muy lejanas. En uno de mis sueños me ha encomendado el viejo Brücke un trabajo. Compongo un preparado y extraigo de él algo que parece un trozo de papel de plata todo arrugado. (De este sueño nos ocupamos más adelante con mayor detalle.) Después de buscar mucho, asocio la palabra *Staniol* (hoja de estaño) y veo que me refiero a *Stannius*, autor de una obra muy estimable sobre el sistema nervioso de los peces. El primer trabajo científico que mi maestro me encomendó se refería, realmente, al sistema nervioso de un pez, al *ammocoetes*, nombre imposible de representar plásticamente.

No quiero dejar de incluir aquí un sueño de singular contenido, muy notable también como sueño infantil y fácilmente solucionado en el análisis. Una señora nos hace el siguiente relato: «Recuerdo que siendo niña soñé repetidas veces que Dios usaba un puntiagudo gorro de papel. Por aquella época infantil me solían poner, durante las comidas, un gorro semejante, que me tapaba la vista por los lados, para quitarme la costumbre de mirar lo que les servían a mis hermanos y protestar en caso de desigualdad. Como me habían dicho que Dios lo sabía y lo veía todo, mi sueño no podía significar sino que también yo me enteraba de todo, a pesar del gorro con que trataban de impedírmelo».

El examen de los *números* y los *cálculos* que aparecen en nuestros sueños nos muestran muy instructivamente el mecanismo de la elaboración onírica y cómo maneja ésta el material con que labora, o sea las ideas latentes. Los números soñados son considerados además por la superstición vulgar como especialmente significativos y prometedores. Elegiré, pues, algunos ejemplos de este género entre los de mi colección:

Sueño de una señora poco tiempo antes de la terminación de su tratamiento:

«Quiere pagar algo. Su hija le coge del bolsillo 3 *florines* 65 *céntimos*. Pero ella le dice: ‘¿Qué haces? No cuesta más de veintiún céntimos’». Mi conocimiento de las circunstancias particulares de la sujeto me dio la explicación de este sueño sin necesidad de más amplio esclarecimiento. Se trataba de una señora extranjera, que tenía a una hija suya en un establecimiento pedagógico en Viena y podía continuar acudiendo a mi consulta mientras su hija permaneciese en él. El curso y, por tanto, el tratamiento terminaba dentro de tres semanas. El día del sueño le había indicado la directora del establecimiento la conveniencia de dejar en él a su hija un año más. Esta indicación había despertado en la sujeto la idea de que siendo así podría ella prolongar a su vez por un año el tratamiento. A esto se refiere, indudablemente, el sueño, pues un año es igual a 365 *días*, mientras que las tres semanas que faltan para el final del curso y el del tratamiento pueden sustituirse por 21 *días* (aunque no por otras tantas horas de tratamiento). Las cifras que en las ideas latentes se referían a espacios de tiempo quedan referidas, en el contenido manifiesto, a cantidades de dinero, no sin quedar expresado simultáneamente un sentido más profundo, pues *time is money*, el tiempo vale dinero, 365 céntimos son 3 florines 65 céntimos. La pequeñez de las cantidades incluidas en el sueño constituye una abierta realización de deseos. El deseo ha disminuido el coste de su tratamiento y el de los estudios de su hija.

II

En otro sueño conducen los números a relaciones más complicadas. Una señora joven, pero casada hace ya bastantes años, recibe la noticia de que una amiga suya, de casi su misma edad, acaba de prometerse en matrimonio. A la noche inmediata sueña lo siguiente: «Se halla en el teatro con su marido. Una parte del patio de butacas está desocupada. Su marido le cuenta que Elisa L. y su prometido hubieran querido venir también al teatro, pero no habían conseguido sino muy malas localidades, 3 por 1 florín 50 céntimos, y no quisieron tomarlas. Ella piensa que el no haber podido ir aquella noche al teatro no es ninguna desgracia».

¿De dónde procede la cantidad de 1 florín 50 céntimos? De un motivo

indiferente del día anterior. Su cuñada había recibido como regalo de su hermano, el marido de la sujeto, la suma de 150 florines y se había apresurado a gastarlos comprándose una joya. Observaremos que 150 florines son 100 veces 1 florín y 50 céntimos. ¿De dónde procede ahora el número 3, coeficiente de los billetes de teatro? Para él no hallamos más enlace que la circunstancia de que Elisa L., la amiga prometida, es 3 meses menor que la sujeto. La significación del detalle de hallarse vacía una parte del patio de butacas nos lleva a la solución del sueño. Dicho detalle es una clara alusión a un pequeño suceso que motivó las burlas de su marido. Deseando asistir a una cierta representación, había comprado las localidades con tanto adelanto, que tuvo que pagar un sobreprecio. Mas luego, cuando llegó con su marido al teatro, advirtió que sus precauciones habían sido inútiles, pues una parte del patio de butacas estaba casi vacía. No había, pues, necesidad de haberse *apresurado tanto* a tomar las localidades.

Sustituyamos ahora el sueño por las ideas latentes: «Ha sido un *disparate* casarme tan joven: *no tenía necesidad ninguna de apresurarme tanto*. Por el ejemplo de Elisa L. veo que no me hubiese faltado un marido y, además, uno *cien veces mejor* (*Schatz*- marido, novio, tesoro), si hubiese *esperado* (antítesis del *apresuramiento* de la cuñada). Con el mismo dinero (la dote) hubiera podido comprarme *tres* maridos como éste». Observamos que los números incluidos en este sueño han cambiado de contexto y de significado en un grado mucho mayor que los de ejemplos anteriores, y ésta más amplia labor de la deformación onírica nos revela que las ideas latentes han tenido que vencer una resistencia intrapsíquica especialmente intensa. No dejaremos tampoco inadvertida la circunstancia de que este sueño contiene un elemento absurdo: el de que *dos* personas tienen que tomar *tres* localidades. Anticipando una afirmación que más adelante justificaremos al tratar de la interpretación de lo absurdo en el sueño, indicaremos que este absurdo detalle del contenido manifiesto debe ser representación de la más acentuada de las ideas latentes: Fue un *disparate* casarme tan pronto. El 3 (3 meses de diferencia en la edad) contenido en una relación absolutamente secundaria de las dos personas comparadas es hábilmente utilizado luego para la producción del desatino necesario al sueño. El empequeñecimiento de la cantidad real de 150 florines a 1 florín 50 céntimos corresponde al *desprecio* del marido (o «tesoro») existente en los pensamientos reprimidos de la sujeto.

III

Otro ejemplo nos muestra el procedimiento que el sueño sigue en sus cálculos y tanto ha contribuido a desacreditarle. Un individuo sueña lo siguiente: «Se halla en casa de B. (una familia antigua conocida suya), y dice: ‘Ha sido un disparate que no me hayan dado ustedes a Mali’. Luego pregunta a la muchacha así llamada: ‘¿Qué edad tiene usted?’ Respuesta: ‘Nací en 1882’. ‘¡Ah! Entonces tiene usted 28 años’.»

Dado que el sujeto tiene este sueño en 1898, es indudable la inexactitud del cálculo, y la ineptitud matemática del soñador puede, por tanto y caso de no hallar otra mejor explicación, ser comparada a la del paralítico. Mi paciente pertenece a aquellas personas a quienes no hay mujer que no interese. Durante varios meses le había sucedido en mi consulta una señora joven, de la cual me habló varias veces y con la que extremaba su cortesía cada vez que la encontraba al salir de mi gabinete. Según él, debía de tener esta señora unos 28 años, circunstancia que aclara el resultado del cálculo efectuado en el sueño. La cifra que en él aparece —1882— correspondía al año del casamiento del sujeto. Éste no había podido menos de entablar conversación con las otras dos personas femeninas que encontraba en mi casa, las dos criadas, nada jóvenes, que alternativamente le abrían la puerta y, encontrándolas poco asequibles a sus deseos de charlar, lo atribuyó a que le consideraban ya como un hombre serio y *sentado*.

IV

Al doctor B. Dattner debo la comunicación e interpretación del sueño numérico siguiente, caracterizado por su transparente determinación, o más bien superdeterminación (1911):

«Mi patrón, guardia de Seguridad, empleado en las oficinas de Policía, sueña que está de servicio en la calle, circunstancia que constituye una realización de deseos. En esto se le acerca un inspector que lleva en el cuello del uniforme el número 22-62 o 22-26. La cifra total constaba de todos modos de varios doses. Ya la división del número 2262 en el relato del sueño permite deducir que los elementos que lo integran poseen un significado aparte. El sujeto recuerda que el día anterior estuvieron hablando en la oficina de los años de servicio que lleva

cada uno. El motivo de esta conversación fue la jubilación de un inspector que tenía 62 años. El sujeto tiene ahora 22 años de servicios y le faltan 2 años y 2 meses para jubilarse con el 90 por 100 de su sueldo. El sueño le finge primero el cumplimiento de un deseo que abriga hace ya mucho tiempo: el de su promoción a la categoría de inspector. El inspector que se le aparece llevando en el cuello el número 2262 es él mismo; está de servicio en la calle, otro de sus deseos; ha servido ya 2 años y 2 meses y puede jubilarse, como el inspector de 62 años, con el sueldo completo^[471]».

Reuniendo estos ejemplos con otros análogos que más adelante expondremos, podemos afirmar que la elaboración onírica no calcula, ni acertada ni erróneamente; se limita a reunir en forma de cálculo matemático números entrañados en las ideas latentes y que pueden servir de alusiones a un material no representable. Al obrar así considera los números como material propio para la expresión de sus propósitos y los maneja en la misma forma que a las demás representaciones y que a los nombres y los discursos orales reconocibles como representaciones verbales.

Es un hecho probado que la elaboración onírica no puede crear discursos originales. Por amplios que sean los discursos o diálogos —coherentes o desatinados— que en el sueño se desarrollen, nos demuestran siempre en el análisis que la elaboración no ha hecho sino tomar de las ideas latentes fragmentos de discursos reales, oídos o pronunciados por el sujeto, manejándolos además con absoluta arbitrariedad. No sólo los arranca de su contexto primitivo, sino que, acogiendo unos y rechazando otros, forma nuevas totalidades, resultando así que un discurso onírico coherente en apariencia se disgrega luego en tres o cuatro trozos al ser sometido al análisis. La elaboración del sueño suele hacer caso omiso en este proceso del sentido que las palabras poseían en las ideas latentes, atribuyéndoles otro completamente nuevo^[472]. Un más detenido examen nos permite distinguir en el discurso onírico dos clases de elementos: unos precisos y compactos y otros que sirven de aglutinante entre los primeros y que han sido probablemente agregados para llenar un hueco, como agregamos al leer letras o sílabas que un defecto de impresión ha dejado en blanco. El discurso onírico presenta así la estructura de una argamasa constituida por grandes trozos de materias homogéneas unidas entre sí mediante un fuerte cemento.

Esta descripción no es, de todos modos, exacta sino con respecto a aquellos

discursos orales que presentan un marcado carácter sensorial y son reconocidos por el sujeto como oídos o pronunciados en el sueño. Los demás, aquellos de los que el soñador no puede asegurar que fueron dichos u oídos por él durante el sueño (aquellos que no presentaron una co-acentuación acústica o motora), son simplemente ideas, iguales a las que surgen en nuestra actividad intelectual despierta y pasan muchas veces al sueño sin modificación ninguna. La lectura parece constituir asimismo un manantial —tan generoso como difícil de determinar— del material oral indiferente de nuestros sueños. Pero todo lo que en éstos muestra un marcado carácter de discurso oral resulta derivado de discursos reales oídos o dichos por el sujeto.

En los análisis expuestos con otro distinto fin hemos encontrado ya ejemplos de la derivación de tales discursos oníricos. Así, en el sueño «inocente» de la señora que llega tarde al mercado (véanse págs. 459-460), en el que la frase «No queda ya» sirve para identificarse con el carnicero, mientras que un fragmento de la otra: *No he visto nunca cosa semejante. No lo compro*, cumple la misión de dar al sueño un aspecto inocente. El día del sueño había reñido la sujeto a su cocinera, diciéndole: «¡No he visto nunca cosa semejante! ¡Hágame el favor de conducirse más correctamente!» e incluye luego en su sueño la primera parte de esta frase, indiferente en sí, para aludir con ella a la segunda, muy adaptada a la fantasía entrañada en el sueño, pero que de ser incluida en él hubiera relatado dicha fantasía.

Daremos aquí un análogo ejemplo como muestra de otros muchos que conocemos y que prueban todos lo mismo:

«Un amplio patio en el que están quemando unos cadáveres. El sujeto dice: ‘Me voy; no puedo ver esto’. Luego encuentra a dos muchachos, aprendices de carnicero, y les pregunta: ‘Qué, ¿os ha gustado?’ Uno de ellos responde: ‘No; no estaba bueno’.» Como si hubiese sido carne humana.

El inocente motivo de este sueño es el que sigue. El sujeto fue de visita con su mujer, después de cenar, a casa de unos vecinos, gente buena, pero nada *apetitosa* (atractiva). La señora de la casa, una amable anciana, se hallaba cenando a su llegada y *obligó* al sujeto a probar de su cena. (Para designar estas apremiantes invitaciones a tomar algo se usa entre hombres una expresión compuesta de sentido sexual.) El sujeto rehusó repetidamente, alegando que no tenía apetito, pero la buena «señora insistió, diciendo: *No; no se me irá usted sin tomar algo*. Tuvo, pues, que probar lo que le ofrecían, y al acabar dijo: ‘Está muy bueno’.» Después, al volver a casa con su mujer, criticó tanto la pesadez de

la señora como la calidad de lo ofrecido. El *no puedo ver esto*, que no aparece claramente en el sueño como dicho, es un pensamiento que se refiere a los encantos físicos de la señora y quiere decir que el sujeto no encuentra placer ninguno en contemplarla.

Más instructivo aún es el análisis de otro sueño que comunicaré aquí a causa de la clara oración que constituye su centro, pero cuyo esclarecimiento dejaremos para cuando tratemos de los afectos en el sueño. «Es de noche. Estoy en el laboratorio de Brücke y oigo llamar suavemente a la puerta. Abro y doy paso al profesor Fleischl (difunto) que entra con varios amigos y se sienta a su mesa después de cambiar conmigo algunas palabras». Luego sigue un segundo sueño: «Mi amigo Fliess ha venido inesperadamente a Viena en el mes de julio. Le encuentro en la calle con mi amigo P. (difunto) y voy con ellos a un lugar indeterminado, donde se sientan frente a frente en una mesita, acomodándome yo en una de las cabeceras. Fl. habla de su hermana y dice: ‘En tres cuartos de hora quedó muerta’, y luego algo como: ‘Éste es el umbral’. Viendo que P. no le comprende, se dirige Fl. a mí y me pregunta qué es lo que sobre él he contado a P. Embargado entonces por singulares afectos, quiero decir a Fl. que P. (no puede saber nada porque) no vive. Pero dándome perfecta cuenta de que me expreso mal, digo: *Non vixit*. Luego miro penetrantemente a P., que palidece bajo mi mirada, tomando sus ojos un enfermizo color azul, y se va luego disolviendo poco a poco hasta desvanecerse por completo. Ello me causa extraordinaria alegría, haciéndome comprender que Ernesto Fleischl no era tampoco sino una aparición, un *revenant*, y pienso que tales personas (apariciones) no subsisten sino mientras uno quiere, siendo suficiente nuestro deseo para hacerlas desaparecer».

Este acabado sueño reúne muchos de aquellos caracteres de la elaboración onírica que nos parecen enigmáticos: la crítica ejercida durante el sueño al reconocer el error de decir: *Non vixit*, en lugar de *Non vivit*; la inalterable tranquilidad que conservo ante la aparición de personas que el sueño mismo declara difuntas; por último, lo absurdo de mi deducción final y la alegría que me produce. Me encantaría, pues, poder comunicar aquí su solución completa. Pero en la vida real soy incapaz de conducirme como lo hago en este sueño y sacrificar a miras personales las consideraciones que debo a personas muy queridas. Por mucho que quisiera encubrirlo, el sentido del sueño, que me es bien conocido, habría de avergonzarme. Me limitaré, pues, a interpretar, primero aquí y luego más adelante, al tratar de los afectos en el sueño, algunos de los

elementos del que ahora nos ocupa.

La escena en la que aniquilo a P. con la mirada constituye el centro del sueño. Los ojos de mi amigo van adquiriendo un extraño color azul y todo él se disuelve luego. Esta escena es la evidente reproducción de otra realmente vivida. Siendo auxiliar en el Instituto Fisiológico, tenía mi clase por la mañana temprano, y Brücke averiguó que había llegado varias veces un tanto retrasado. Un día se presentó en el laboratorio a la hora fijada para el comienzo de la clase, esperó mi llegada y me amonestó enérgicamente. Pero lo más terrible no fueron sus palabras, sino la fulminante mirada de sus ojos azules, bajo la que quedé realmente aniquilado, como P. en el sueño, el cual invierte a favor mío los papeles. Todos los que conocieron al ilustre hombre de ciencia recordarán sus hermosos ojos azules, cuyo fuego no lograron debilitar los años, y aquellos que le vieron irritado comprenderán sin dificultad los afectos que me sobrecogieron en la ocasión citada.

Durante mucho tiempo me fue imposible encontrar el origen del *non vixit* con el que ejecuto a P. en mi sueño, hasta que recordé que tales dos palabras no aparecían claramente como dichas u oídas, sino como *vistas*, y entonces supe inmediatamente de dónde procedían. En el basamento de la estatua del emperador José se lee la siguiente bella descripción:

Saluti patriæ vixil
non diu sed totus^[473].

De esta inscripción había extraído yo aquellas palabras que se adaptaban a la serie de pensamientos hostiles dada a mis ideas latentes y que habían de significar: «Éste no tiene nada que decir aquí, pues no vive». En seguida recordé que mi sueño se desarrolló pocos días después de la inauguración del monumento a *Fleisch!* en el claustro de la Universidad, ocasión en la que vi también el de Brücke emplazado en el mismo lugar y pensé con dolor (en lo inconsciente) que la prematura muerte de mi amigo P. le ha privado de ocupar un puesto al lado de estos ilustres hombres de ciencia. En mi sueño le elevo el monumento que sus altas dotes y su amor a la ciencia le habrían seguramente conquistado. Mi pobre amigo se llamaba también José, como el emperador, en cuyo monumento consta la inscripción antes citada^[474].

Según las reglas de la interpretación onírica, no tenemos aún el derecho de sustituir el *non vivit* que nos es necesario por el *non vixit* que nos proporciona mi

recuerdo de dicha inscripción. Pero observo que, en la escena de mi sueño, confluyen una corriente de ideas hostiles y otra de ideas cariñosas, referidas a mi amigo P., superficial la primera y encubierta la segunda, corrientes que alcanzan ambas su representación de las palabras *non vixit*. Por sus méritos científicos, elevo a P. un monumento, pero por haberse hecho culpable de un mal deseo (expresado al final del sueño) le aniquilo. Al acabar de redactar la frase precedente en el análisis que voy efectuando, me doy cuenta de que en su estructura ha debido de influir el recuerdo de otra muy conocida. ¿Dónde encontramos una antítesis análoga y una yuxtaposición de dos reacciones contrarias que, hallándose referidas a una misma persona y aspirando ambas a una plena justificación, procuran, sin embargo, no estorbarse? Recordemos el *Julio César* shakespeariano y el discurso en que Bruto trata de justificar su crimen: «Porque César me amaba le lloro; porque era valeroso, le honro; pero porque era ambicioso, le maté». Esta frase presenta idéntica estructura que la redactada por mí en el análisis y entraña la misma antítesis que hemos llegado a descubrir en las ideas latentes de mi sueño. Habré, pues, de suponer que desempeño en éste el papel de Bruto. Veamos si existe algún otro indicio que, agregándose a esta sorprendente conexión colateral, pueda confirmar tal hipótesis. El sueño me dice que mi amigo ha venido a Viena en el mes de *julio*, detalle carente de toda base real. Que yo sepa, jamás ha venido Fl. en tal época a Viena, pero el mes de *julio* debe su nombre a *Julio César*, y podía constituir muy bien el indicio buscado, o sea la alusión en el sueño a la idea de que me arrego el papel del regicida romano^[475].

En realidad, he encarnado una vez tal figura, pues a la edad de catorce años representé, ante un auditorio infantil, la escena que Schiller hace desarrollarse entre Bruto y César en su conocido poema. El papel de César fue desempeñado entonces por mi sobrino John, que había venido de Inglaterra y se hallaba pasando una temporada con nosotros. Este sobrino mío, un año mayor que yo, puede ser considerado como una especie de *revenant*, pues con él vuelve a surgir ante mí el camarada de mis primeros juegos infantiles. Hasta que cumplí cuatro años fuimos inseparables, queriéndonos mucho y peleándonos otro tanto, y esta relación infantil ha fijado decisivamente, como ya hube de indicarlo en otro lugar, la orientación de mis sentimientos en mi trato ulterior con personas de mi edad. Posteriormente ha hallado en mis sueños este sobrino mío múltiples encarnaciones que reavivaban una cualquiera de las facetas de su personalidad

indeleblemente impresa en mi memoria inconsciente. Sin duda debió de tratarme con dureza en alguna ocasión y yo debí de mostrarme valeroso, rebelándome contra mi tirano, pues mis familiares me han relatado que interpelado una vez por mi padre con la frase «¿Por qué has pegado a John?», le respondí: «Le pego porque él me ha pegado antes». Si tenemos en cuenta que para designar estas riñas infantiles se emplea familiarmente la palabra *Wiesen* («zurra»), habremos de deducir que la escena relatada es la que transforma el *non vixit*. La elaboración onírica no desdeña servirse de esta clase de conexiones. Mi hostilidad contra P., carente de todo fundamento real, se deriva, sin duda, de mi complicada relación afectiva infantil con mi sobrino. En efecto, siendo P. muy superior a mí por todos conceptos, podía considerarlo como una nueva edición de mi compañero de niñez.

Más adelante habremos de volver sobre este sueño.

G) Sueños absurdos. Los rendimientos intelectuales en el sueño.

Muchos de los sueños cuyo análisis hemos, desarrollado en páginas precedentes muestran un contenido manifiesto total o fragmentariamente *absurdo*. No creemos, pues, conveniente aplazar por más tiempo la investigación del origen y significado de esta singular circunstancia, que, como ya señalamos, ha ofrecido a los detractores del fenómeno onírico un principalísimo argumento para no ver en él sino un desatinado producto de una actividad mental reducida y disgregada.

Comenzaremos por exponer algunos ejemplos en los que la *absurdimidad* del contenido manifiesto no es sino una apariencia, que se desvanece en cuanto profundizamos algo en el sentido del sueño. Todos ellos coinciden —a primera vista casualmente— en presentar como un personaje principal al difunto padre del sujeto correspondiente.

I

Sueño de un paciente cuyo padre ha muerto hace seis años:

«A su padre le ha sucedido una gran desgracia. Viajaba en el tren de la noche. Ha habido un descarrilamiento, y ha muerto con la cabeza aplastada entre

las paredes del vagón. El sujeto le ve luego tendido en la cama, mostrando una gran herida, que parte del borde de la ceja izquierda y se extiende verticalmente hacia abajo. Se asombra de que su padre haya podido desgraciarse. (Luego agrega en su relato, puesto que estaba ya muerto.) Los ojos del cadáver conservan una gran claridad».

Según la opinión dominante sobre los sueños, habríamos de explicarnos éste en la forma siguiente: el sujeto ha olvidado al principio, mientras se representa el accidente, que su padre descansa ya en la tumba hace varios años. Luego, en el curso de su sueño, despierta en él tal recuerdo y le hace asombrarse del mismo sin dejar de soñar. Pero el análisis nos muestra en seguida el error de una tal explicación. El sujeto había encargado a un escultor el *busto* de su padre, y dos días antes del sueño relatado había ido a ver la escultura al estudio del artista. Este busto es el que le parece haberse *desgraciado* (haber salido mal). El escultor no conoció en vida a su modelo, y hubo de guiarse por un retrato. El mismo día del sueño había mandado el sujeto a un antiguo criado de la familia a casa del artista para ver si confirmaba su opinión de que la cabeza del busto resultaba como *aplastada* por los lados, siendo demasiado corta la distancia de sien a sien. A estos antecedentes se agrega para la construcción del sueño el siguiente material mnémico: cuando se hallaba atormentado por preocupaciones profesionales o familiares, el padre del sujeto acostumbraba apretarse la cabeza entre las manos, colocándosela sobre las sienes, como si el esfuerzo mental hubiese dilatado su cráneo y quisiera comprimirlo. Teniendo cuatro años fue el sujeto testigo de un accidente que le ocurrió a su padre. Manejando éste una pistola que creía descargada, se le disparó, y el fogonazo le ennegreció los ojos (*los ojos conservan una gran claridad*). Cuando el padre del sujeto se hallaba triste o preocupado surcaba su rostro una profunda arruga en el mismo lugar que luego ocupa la herida en el sueño. Esta sustitución alude al segundo motivo del mismo. El sujeto había dejado caer una placa fotográfica que contenía el retrato de su hija pequeña, y al recogerla vio que una hendidura del cristal atravesaba la frente de la niña hasta detenerse en una ceja, simulando una profunda arruga. En esta ocasión no pudo por menos de recordar supersticiosamente que un día antes de morir su madre se le había roto también una placa con su retrato.

Así, pues, la absurdidad de este sueño es simplemente el resultado de la imprecisión con que nos expresamos al juzgar el parecido de un retrato, usando generalmente un giro en el que confundimos la reproducción con el modelo. Así, acostumbramos decir, por ejemplo, ante un retrato de nuestro padre: ¿No

encuentras que papá está muy mal? Por último, observamos que en este sueño hubiera sido facilísimo evitar el absurdo, hasta el punto de que si un solo ejemplo nos diera derecho a sentar un juicio, diríamos que tal apariencia de absurdidad es voluntaria o permitida.

II

Un segundo ejemplo, muy análogo, tomado de mi colección de sueños propios. (Mi padre murió en 1896.) «Mi padre ha desempeñado después de su muerte una misión política entre los magiares, logrando la unión de los partidos». Enlazado con esta idea, veo imprecisamente un pequeño cuadro cuyo contenido es el que sigue: «Una numerosa reunión, como si fuese un Parlamento. Los circunstantes rodean a una persona que se halla encaramada en una silla. Recuerdo que mi padre presentaba en su lecho de muerte un extraordinario parecido con Garibaldi, y celebro que haya llegado a cumplirse lo que tal semejanza prometía».

Todo esto es suficientemente absurdo. Mi sueño se desarrolló por los días en que los húngaros se habían colocado fuera de la ley, ejerciendo una sistemática *obstrucción*, conducta que los llevó a la gravísima crisis resuelta luego por Koloman Széll. La pequeñez de las imágenes que constituyen la escena de mi sueño posee una significación particular, y hemos de tenerla en cuenta para el esclarecimiento de dicha escena. La corriente representación onírica visual de nuestros pensamientos presenta imágenes que nos dan la impresión de ser de tamaño natural. Pero la escena de mi sueño es la reproducción de un grabado en madera que ilustraba una *Historia de Austria* y representaba a María Teresa en el Parlamento de Presburgo, o sea la famosa escena del *Moriamur pro rege nostro*^[476]. Como allí María Teresa, aparecía en mi sueño mi padre, rodeado de la multitud. Pero, además, está sobre una «silla» (*Stuhl*). Es, pues, un juez (*Stuhlrichter*). (Los ha *unido* —actúa aquí de intermediaria la expresión corriente: «No necesitamos *juez ninguno*», empleada para indicar el acuerdo de dos o más personas.) El parecido que en su lecho de muerte presentaba mi padre con Garibaldi fue advertido por todos cuantos le vimos en tal ocasión. Una elevación *postmortal* de la temperatura enrojeció intensamente sus mejillas^[477]. A la cualidad *postmortal* de este fenómeno corresponden en el contenido manifiesto del sueño las palabras *después de su muerte*. Lo que más hubo de

atormentarle en sus últimos días fue una absoluta parálisis intestinal (*obstrucción*). A esta circunstancia se enlazan toda clase de pensamientos irrespetuosos. Un amigo mío de mi misma edad, cuyo padre murió antes de comenzar él sus estudios universitarios, me relató una vez entre burlas el dolor de una parienta suya que al amortajar el cadáver de su padre, muerto de repente en la calle, encontró que en el momento de la muerte o después de ella (*postmortamente*) se había producido una evacuación del intestino. La hija se lamentaba de ver manchado el recuerdo de su padre por este feo detalle. Llegamos aquí al deseo que toma cuerpo en mi sueño. ¿Quién no aspira, en efecto, a *aparecer limpio de toda impureza ante sus hijos después de la muerte*? ¿Y dónde queda ya la absurdidad de este sueño? Lo que le ha prestado tal apariencia es únicamente el hecho de haber sido reproducida en él punto por punto una expresión corriente («aparecer después de la muerte ante nuestros hijos»), cuyo sentido literal contiene un absurdo que la costumbre nos hace dejar inadvertido. Tampoco aquí podemos rechazar la impresión de que la apariencia de absurdidad ha sido creada voluntariamente.

Adición de 1909: La frecuencia con que nuestros sueños resucitan a personas fallecidas ha despertado un indebido asombro y ha dado origen a singulares explicaciones, que revelan claramente la general incomprensión con la que siempre ha tropezado el fenómeno onírico. Y, sin embargo, el esclarecimiento de estos sueños no es nada difícil. El pensamiento «¿Qué diría de esto mi padre, *si* viviera?», es corrientísimo, y este *si* no puede representarlo el sueño sino con la presencia de la persona de que se trate. Así, un joven que ha heredado una considerable fortuna de su abuelo y al que se le reprochan sus excesivos dispendios sueña que el abuelo ha resucitado y le pide cuentas del empleo de la herencia. Aquello que consideramos como rebelión contra el sueño, esto es, la oposición de nuestro convencimiento de que la persona de referencia ha muerto hace ya tiempo, es, en realidad, la idea consoladora de que es mejor que el muerto no haya visto aquello o la satisfacción de que no pueda ya oponerse a nuestros deseos.

Otro género de absurdidad que hallamos en estos sueños con parientes fallecidos no expresa ya la burla y la irrisión, sino que constituye la representación de una insospechable idea reprimida. La solución de estos sueños sólo se nos hace posible teniendo en cuenta que el fenómeno onírico es incapaz de distinguir entre lo real y lo simplemente deseado. Ejemplo: un individuo que ha asistido con todo cariño a su padre durante la enfermedad que le llevó al

sepulcro tiene poco tiempo después el siguiente sueño: «Su padre ha resucitado y dialoga con él como antes; pero (lo singular es que) está, sin embargo, muerto, aunque no lo sabe». Comprenderemos este sueño si a *está, sin embargo, muerto* agregamos a *consecuencia del deseo del sujeto*, y a «aunque no (lo) sabe» añadimos «que el sujeto tenía tal deseo». Durante la enfermedad de su padre había deseado el sujeto piadosamente que la muerte viniera a poner término a los padecimientos del enfermo, ya que no había esperanza alguna de curación. Pero luego, perturbado por el dolor de la irreparable pérdida, llegó a reprocharse gravemente aquel piadoso deseo, como si con él hubiera contribuido, en realidad, a abreviar la vida del enfermo. El resurgimiento de tempranos impulsos infantiles hizo posible la encarnación de este reproche en un sueño; pero la contradicción existente entre el estímulo del sueño y los pensamientos diurnos tenía necesariamente que darle un carácter absurdo (ver «Los dos principios del funcionamiento mental», 1911, vol. V de esta colección).

Los sueños con personas queridas que la muerte nos ha arrebatado plantean a la interpretación onírica difíciles problemas, cuya satisfactoria solución no siempre nos es dado conseguir. Estas dificultades dependen, probablemente, de la intensa *ambivalencia* sentimental dominante en las relaciones del sujeto con la persona fallecida. Es muy corriente que en tales sueños aparezca primero vivo el protagonista, surja después, de repente, la idea de que está muerto y vuelva luego a ser resucitado. Estas alternativas, que en principio nos desorientan, expresan la *indiferencia* del sujeto. («Me es igual que esté vivo o muerto».) Naturalmente, no es esta indiferencia real, sino simplemente deseada; tiende a negar las disposiciones sentimentales del sujeto, muy intensas y a veces contrapuestas, y se constituye así en representación onírica de su *ambivalencia*. La explicación de otros sueños de este género se consigue aplicando la regla siguiente: cuando el sueño no menciona la muerte de la persona en él resucitada es señal de que el sujeto se identifica con dicha persona y sueña, por tanto, con su propia muerte. A esta identificación se opone luego, de repente, la reflexión de que se trate de alguien fallecido hace ya tiempo. De todos modos ha de confesar que la interpretación onírica no ha logrado aún arrancar a los sueños de este género todos sus secretos.

En el ejemplo que sigue sorprendemos ya a la elaboración onírica en la voluntaria creación de un absurdo, para el que no ofrece pretexto ninguno el material dado. Trátase del sueño provocado por mi encuentro con el conde de Thun en la estación de ferrocarril (pág. 473-9).

«Voy en un coche de un caballo, y digo al cochero que me lleve a una estación. Luego, contestando a no sé qué objeción que el cochero me opone, como si hubiese ya retenido demasiado tiempo sus servicios y se hallase fatigado, añado: ‘Por la vía no puedo ir con usted’. Al decir esto me parece como si hubiera recorrido ya en el coche una distancia que se acostumbra recorrer en ferrocarril». Sobre esta absurda y embrollada escena nos suministra el análisis las siguientes aclaraciones: aquella tarde hube de tomar un coche de un caballo para ir a una apartada calle de Dornbach. El cochero ignoraba la situación de tal calle; pero, como es costumbre del oficio, en lugar de preguntarme el camino echó a andar a la aventura, hasta que, dándome cuenta de lo que sucedía, le indiqué la ruta que había de seguir, no sin hacerle de paso algunas observaciones irónicas. Partiendo de la persona de este cochero, se forma una concatenación de ideas que me conduce hasta la del aristócrata al que después encontré en la estación. Me limitaré por ahora a indicar que la afición de los aristócratas a guiar sus carruajes, sustituyendo al cochero, es cosa que despierta en nosotros, plebeyos burgueses, cierta extrañeza. El conde de Thun dirige también el carro (coche) del Estado austríaco. La frase inmediata del sueño se refiere a mi hermano, al que identifico, por tanto, con el cochero de mi historia. Este año he debido suspender, como otras veces, mi viaje por Italia. («Por la vía no puedo ir con usted».) Mi negativa ha sido una especie de castigo por haberse quejado de que llegaba a *fatigarse* (circunstancia que pasa el sueño sin modificación ninguna), en mi afán de no dejar de ver nada interesante, obligándole a correr todo el día de un lado para otro. Mi hermano salió conmigo aquella tarde para acompañarme a la estación; pero poco antes de llegar se bajó del coche para tomar el tranvía de Purkersdorf, sin atender mi indicación de que podía acompañarme un rato más, tomando el mismo tren que yo y yendo en él hasta la mencionada localidad. El sueño refleja estos hechos en la circunstancia de que «he recorrido en el coche una distancia *que se acostumbra recorrer en ferrocarril*», pero invierte la realidad, pues lo que yo había dicho a mi hermano era «que el recorrido que iba a hacer en tranvía podía hacerlo conmigo en el tren». Toda la confusión del sueño proviene de que sustituyo en él el «tranvía» por el «coche», sustitución que favorece, por otro lado, la identificación de mi

hermano con el cochero. De todo esto resulta algo totalmente disparatado y que parece imposible desembrollar, llegando casi a constituir una contradicción a una frase mía anterior. («Por la vía no puedo ir con usted».) Pero teniendo en cuenta la dificultad de confundir un coche con un tranvía, habremos de deducir que la confusión y el absurdo de toda esta enigmática historia han sido voluntariamente producidos.

Mas ¿con qué objeto? Descubrimos ya cuál es la significación de la absurdidad del sueño y por qué motivos es permitida o creada. En el caso que nos ocupa hallamos para este problema la solución siguiente: necesito que mi sueño entrañe un absurdo y algo incomprensible, relacionado con el hecho de *ir en un vehículo (fahren)*, porque entre las ideas latentes hay un determinado juicio que demanda representación. En casa de aquella sociable e ingeniosa señora, que en otra escena del mismo sueño aparece convertida en «ama de llaves», me fueron planteadas una noche dos adivinanzas, que no conseguí resolver. Todas las demás personas presentes las conocían ya, y rieron de mis inútiles esfuerzos por desentrañarlas. Hallábanse basadas, respectivamente, en el doble sentido de las palabras *Nachkommen* («nachkommen», verbo «seguir, venir detrás»; *Nachkommen*, sustantivo, «descendencia») y *Vorfahren* («Vorfahren», verbo, «ir a algún lado con el coche^[478]»; *Vorfahren*, sustantivo, «antepasados»), y su texto era el siguiente:

*El dueño lo manda,
el cochero lo hace;
todos lo tenemos;
descansa en la tumba.*

Solución: *Vorfahren* («ir a algún lado con el coche» —«antepasados»—). Lo que más desorientaba era que la segunda adivinanza comenzaba con los dos mismos versos que la primera:

*El dueño lo manda;
el cochero lo hace;
no todos lo tenemos;
descansa en la cuna.*

Solución: *Nachkommen* («seguir, venir detrás» —«descendencia»—). Cuando luego vi *pasar en coche (vorfahren)* al conde de Thun y recordé,

aprobándolas, las palabras de Fígaro sobre los grandes señores, cuyo único mérito es haberse tomado el trabajo de nacer (de constituir la *descendencia* — *Nachkommen*— de otros), se convirtieron estas adivinanzas en ideas intermedias para la elaboración onírica. La facilidad de confundir a un aristócrata con su cochero, y nuestra antigua costumbre de dar a los cocheros el apelativo de «señor cuñado» (*Herr Schwager*), permitieron que la condensación onírica incluyera a mi hermano en la misma representación. Pero la idea latente que actúa detrás de todo ello es la siguiente: *Es un disparate enorgullecerse de sus antepasados. Por mi parte, prefiero ser el fundador de una estirpe, esto es, el que por sus méritos propios alcanza renombre y lo transmite a su descendencia.* El desatino del sueño refleja, pues, el juicio: «Es un disparate...», contenido en las ideas latentes.

Así, pues, el sueño es hecho absurdo cuando el juicio «esto es un desatino» aparece incluido en el contenido latente, o, en general, cuando alguna de las series de ideas del sujeto entraña burla o crítica. Lo absurdo llega a ser de este modo uno de los medios que la elaboración onírica utiliza para representar la contradicción, debiendo ser agregado, por tanto, como tal a la inversión de una relación de material entre las ideas latentes y el contenido manifiesto y al empleo de la sensación motora de coerción; pero la absurdidad del sueño no puede ser traducida por un simple «no», sino que ha de reproducir simultáneamente la disposición de las ideas latentes y la oposición contra la burla o el insulto. Sólo con este propósito produce la elaboración onírica algo risible. Transforma aquí nuevamente *una parte del contenido latente en una forma manifiesta*^[479].

En realidad, hemos tropezado ya con un ejemplo convincente de esta significación de un sueño absurdo. El sueño de la representación de una ópera de Wagner, que dura hasta las siete y cuarto de la mañana, siendo dirigida la orquesta desde lo alto de una torre, etc. (Pág. 554) —sueño que interpretamos sin necesidad de análisis—, afirma abiertamente lo que sigue: «El mundo marcha al revés y la sociedad está *loca*. Nunca alcanzan las cosas aquellos que las desean y poseen algún mérito, sino aquellos otros que no las merecen ni saben apreciarlas». Con esto alude la sujeto a su propio destino, comparándolo con el de su prima. Tampoco es casual, en modo alguno, que los ejemplos que se nos han ofrecido para ilustrar la absurdidad de los sueños traten todos del difunto padre del sujeto, pues en estos sueños aparecen reunidas de un modo típico las condiciones de la creación de sueños absurdos. La autoridad de que el padre se

halla investido provoca tempranamente la crítica del hijo, y sus severas exigencias educativas inclinan al niño a espiar atentamente toda posible debilidad de su progenitor, viendo en ella una justificación de sus propias faltas. Pero el respeto y el cariño con que nuestro pensamiento envuelve a la figura paterna, sobre todo después de su muerte, agudizan la censura, que aleja de la conciencia toda manifestación de crítica.

IV

Un nuevo sueño absurdo, en el que interviene un padre difunto (de S. Freud)

«Recibo una carta del Ayuntamiento de mi ciudad natal reclamándome el pago de una cantidad por la asistencia prestada en el hospital, el año 1851, a una persona que sufrió un accidente en mi casa. La pretensión del Ayuntamiento me hace reír, pues en 1851 no había yo aún nacido, y mi padre, al que quizá pudiera referirse, ha muerto ya. Voy a buscarle a la habitación contigua. Le encuentro en la cama y le doy cuenta de la carta. Para mi sorpresa, recuerda que en el citado año 1851 se emborrachó una vez y tuvieron que encerrarle o custodiarle. Esto sucedió cuando trabajaba para la casa T. ‘Entonces, ¿también tú has bebido?’, le pregunto. Y luego añado: ‘Te casaste poco después, ¿no?’ Echo la cuenta de que yo nací en 1856, fecha que me parece seguir inmediatamente a la otra».

Guiándonos por nuestras últimas deducciones, interpretaremos la intensidad con que este sueño evidencia su absurdidad como indicio de una polémica particularmente empeñada y apasionada en las ideas latentes. Pero comprobamos con singular asombro que dicha polémica se desarrolla aquí abiertamente y que el padre es francamente designado como la persona a la que van dirigidas las burlas. Tal franqueza parece contradecir nuestros asertos sobre la actividad de la censura durante la elaboración onírica. Pero esta singular circunstancia queda aclarada cuando descubrimos que el padre no es sino una figura encubridora y que la persona combatida es otra, mencionada únicamente en el sueño por una alusión. Lo general es que nuestros sueños nos muestren en rebelión contra personas ajenas a nosotros, detrás de las cuales se esconde la de nuestro padre; pero en este ejemplo hallamos la situación inversa, y es el padre el que se constituye en encubridor de otros. Por este motivo puede aludir aquí abiertamente el sueño a la figura paterna —sagrada para él en toda otra ocasión—, pues en el fondo existe la convicción de que no se refiere realmente a ella. La

motivación del sueño es la que nos descubre este estado de cosas. En efecto: el día anterior me habían dicho que un colega, más antiguo que yo en la profesión y cuyos juicios eran generalmente acatados, había expresado su disconformidad y su asombro al saber que uno de mis pacientes llevaba ya *cinco años* sometido a tratamiento psicoanalítico. Las frases iniciales del sueño indican, bajo un transparente encubrimiento, que dicho colega tomó a su cargo durante algún tiempo los deberes que mi padre no podía ya cumplir (*pago, asistencia en el hospital*), y cuando nuestras relaciones de amistad comenzaron a enfriarse surgió en mí aquel mismo conflicto sentimental que en las diferencias con nuestro padre es provocado por el reconocimiento de todo lo que él mismo ha hecho antes por nosotros. Las ideas latentes se defienden con gran energía contra el reproche de que *no avanzo con toda la rapidez que debiera*, reproche que se refiere primero al tratamiento de mi paciente y se extiende luego a otros temas distintos. ¿Conoce acaso mi colega alguien que pueda avanzar más de prisa en estas cuestiones? ¿Y no sabe que esta clase de estados patológicos se consideran incurables y duran toda la vida? ¿Qué son *cuatro* o *cinco* años comparados con la vida entera, sobre todo cuando, como sucede en este caso, ha logrado el tratamiento hacer mucho menos penosa la existencia del enfermo?

Gran parte de la impresión de absurdidad de este sueño es producida por la yuxtaposición inmediata y sin transición alguna de frases pertenecientes a sectores distintos de las ideas latentes. Así, la frase «Voy a buscarle a la habitación contigua», etc., abandona el tema del que han sido tomadas las precedentes y reproduce con toda fidelidad las circunstancias en las que comuniqué a mi padre mis esponsales con la que hoy es mi mujer, decididos por mí sin consultar a nadie. Quiere, pues, recordarme el noble desinterés que mi anciano padre demostró en aquella ocasión y oponerlo a la conducta de una tercera persona. Advierto ahora que si el sueño puede permitirse en este caso burlarse del padre o denigrarle es porque el mismo es ensalzado en las ideas latentes y presentado a otros como modelo. En la naturaleza de toda censura está el dejar libre paso a conceptos inciertos sobre las cosas prohibidas antes que a los estrictamente verdaderos. La frase inmediata, que contiene el recuerdo de *haberse emborrachado una vez, teniendo que ser encerrado*, no entraña nada que pueda referirse realmente a mi padre. La persona a la que él mismo encubre no es nada menos que la del gran *Meynert*, cuyos trabajos he seguido con fervorosa veneración y cuya conducta para conmigo se transformó, después de un corto periodo de predilección, en franca hostilidad. El sueño me recuerda, en

primer lugar, su propia confesión de que en su juventud había contraído la costumbre de *embriagarse con cloroformo*, teniendo que ingresar a consecuencia de ello en el *hospital*, y en segundo, una conversación que tuve con él poco tiempo antes de su muerte. Habíamos sostenido una empeñadísima polémica sobre la histeria masculina, cuya existencia negaba él, y cuando en su última enfermedad fui a visitarle y le interrogué sobre su estado, me hizo una amplia descripción de sus síntomas, y terminó con las palabras: «He sido siempre un acabado caso de histeria masculina». Resultaba pues, que había terminado por aceptar lo que tan tenazmente hubo antes de combatir, cosa que me satisfizo y *asombró* en extremo. La posibilidad de encubrir en esta escena la figura de Meynert con la de mi padre no depende de una analogía existente entre ambas personas, sino que constituye la representación —muy sintética, pero perfectamente suficiente— de una frase condicional dada en las ideas latentes: «Si yo fuera hijo de un profesor o de un consejero áulico, *hubiera progresado*, con seguridad, *más rápidamente*». En mi sueño confiero a mi padre tales dignidades. El absurdo más grosero y perturbador del sueño reside en el manejo de la fecha 1851, que me parece idéntica a la de 1856, *como si la diferencia de cinco años no significara nada*. Esto es precisamente lo que en las ideas latentes demanda una representación. *Cuatro o cinco años* fue el tiempo que gocé del apoyo del colega inicialmente citado y el plazo que tuvo que esperar mi prometida a que yo me pusiera en condiciones de contraer matrimonio. Asimismo, y por una casual coincidencia que las ideas latentes se apresuran a aprovechar, es también éste el tiempo que lleva mi paciente antes mencionado acudiendo a mi consulta y sometiéndose al tratamiento psicoanalítico. «¿*Qué son cinco años?* —preguntan las ideas latentes—. *Eso no es nada para mí*. Tengo mucho tiempo por delante, y del mismo modo que en aquellas otras ocasiones acabé por conseguir lo que me proponía contra lo que se esperaba, también en este caso terminaré por alcanzar un éxito completo». La cifra 51, aislada de la fecha 1851, muestra además una segunda determinación, contraria a la anterior. La edad de *cincuenta y un años* es la más peligrosa para el hombre. Algunos de mis colegas que no parecían padecer enfermedad ninguna, han muerto en poco tiempo al alcanzarla; entre ellos, uno que, después de largos años de espera, acababa de recibir el deseado título de profesor.

Otro sueño absurdo, que maneja cifras:

«Uno de mis conocidos, el señor M., ha sido atacado en un artículo nada menos que por el propio Goethe. Todos reconocemos la injusticia de tan violento ataque, pero, como es natural, dada la personalidad del atacante, ha quedado M. totalmente aniquilado, y se lamenta con gran amargura ante varias personas reunidas en torno de una mesa. Sin embargo, no ha disminuido su veneración por Goethe. Intento aclarar las circunstancias de tiempo, que me parecen inverosímiles. Goethe murió en 1832. Por tanto, su ataque tiene que ser anterior a esta fecha, y M. debía de ser por entonces muy joven. Me parece plausible que tuviera unos dieciocho años. Mas no sé con seguridad en qué año estamos, y de este modo mi cálculo se hunde en las tinieblas. El ataque a M. se halla contenido en un artículo de Goethe titulado *Naturaleza*».

Sin gran dificultad encontramos los medios de justificar la insensatez de este sueño. M., al que conocí en una *comida*, me pidió hace poco que reconociera a su hermano mayor, el cual presentaba síntomas de *perturbación mental*, dependiente de una *parálisis progresiva*. Durante mi visita se desarrolló una desagradable escena, en la que el enfermo me reveló, sin que yo le diese motivo ni ocasión para ello, las faltas de su hermano, aludiendo a su *disipada juventud*. En este reconocimiento pregunté al paciente la fecha de su nacimiento y le hice verificar luego algunos pequeños cálculos para investigar el grado de debilitación de su memoria, pruebas que sostuvo aún satisfactoriamente. Advierto ya que me conduzco en mi sueño como un paralítico. (*No sé con seguridad en qué año estamos.*) Otra parte del material del sueño procede de una segunda fuente. Un amigo mío, director de una revista médica, había acogido en ella *abrumadora* crítica contra el último libro de mi amigo Fl., de Berlín. El autor de esta crítica era un *joven* nada capacitado aún para enjuiciar obras científicas de importancia. Creyéndome con cierto derecho a intervenir en el asunto, escribí al director de la revista, el cual me contestó que sentía mucho haberme disgustado con la inserción de aquella crítica, pero que no podía poner remedio ninguno al hecho consumado. En vista de esto, le notifiqué mi decisión de no colaborar más en su publicación, *esperando, sin embargo, que lo sucedido no influiría para nada en nuestras relaciones personales*. La tercera fuente de este sueño reside en el relato que de la enfermedad de su hermano me había hecho pocos días antes una paciente mía. Dicho individuo había tenido un ataque de locura frenética en el cual exclamó a grandes gritos: *¡Naturaleza! ¡Naturaleza!* Los médicos habían opinado que tal exclamación provenía del

ensayo de Goethe así titulado y constituía una indicación del exceso de trabajo que había pesado sobre el enfermo en sus estudios. Por mi parte, me parecía más plausible dar a dicha palabra el sentido sexual en que suele ser empleada corrientemente, y el hecho de que el infeliz enfermo atentara poco después contra su integridad física, mutilándose los genitales, pareció darme la razón. Cuando sufrió el primer ataque de locura tenía este individuo dieciocho años.

Teniendo en cuenta que el libro de mi amigo tan duramente criticado («Llega uno a preguntarse si es la obra de un loco o somos nosotros los que hemos perdido la razón», manifiesta otro crítico) trata de las *circunstancias temporales* de la vida y refiere la duración de la vida de Goethe a un múltiplo de una cantidad de significación biológica, resulta fácil deducir que mi sueño me sitúa en el lugar de mi amigo. (*Intento aclarar las circunstancias de tiempo.*) Pero me conduzco como un paralítico y el sueño cae en el absurdo. Esto quiere decir que en las ideas latentes existe el siguiente juicio irónico: «Naturalmente, es él quien está loco, y vosotros sois unos genios que sabéis mucho de estas cosas. ¿No será más bien al revés?» Esta *inversión* aparece ampliamente representada en el contenido del sueño: Goethe ha atacado a un hombre actualmente joven, lo cual es absurdo, mientras que a cualquier joven literato actual le es posible criticar duramente al inmortal escritor. En el sueño calculo tomando como punto de partida el *año de la muerte de Goethe*, mientras que en mi visita al paralítico le hice calcular partiendo del *año de su nacimiento*.

He prometido anteriormente demostrar que ningún sueño es animado sino por sentimientos egoístas. Voy, pues, a justificar el que en este caso haga mío el pleito de mi amigo, sustituyéndome a él. El convencimiento crítico de mi pensamiento despierto no basta para justificar tal sustitución. Pero la historia del infeliz enfermo de dieciocho años y la diferente interpretación de sus exclamaciones —«¡Naturaleza! ¡Naturaleza!»— alude a la oposición en la que mi aserto de la existencia de una etiología sexual de las psiconeurosis me ha colocado con respecto a la mayoría de los médicos. Puedo, en efecto, decirme: «También contra ti se han dirigido y continuarán dirigiéndose duras críticas como las que han acogido el libro de tu amigo». De este modo puedo yo sustituir en las ideas latentes la tercera persona singular por la primera plural y decir «nosotros» en lugar de «él». «Sí, tenéis razón; somos dos locos». La mención del breve ensayo de Goethe titulado *Naturaleza* —tan extraordinariamente bello— me advierte que *mea res agitur*, pues su lectura en una conferencia de educación popular fue lo que me decidió a emprender el estudio de las ciencias naturales:

VI

No he cumplido aún la promesa hecha en páginas anteriores de demostrar el carácter puramente egoísta de otro sueño en el que no toma parte mi yo. Al mencionar un breve sueño en el que el profesor M. me decía: «Mi hijo, el miope...» (cap. 6, apart. f. 3), indiqué que se trataba de un sueño preliminar, seguido de otro principal en el que desempeñaba yo un papel. He aquí dicho sueño principal, que nos plantea la aclaración de un producto verbal ininteligible:

«A causa de ciertos acontecimientos de que ha sido teatro la ciudad de Roma se ha hecho necesario poner en salvo a los niños. La escena se desarrolla luego ante una doble puerta monumental de estilo antiguo. (En el mismo sueño sé que se trata de la Porta romana de Siena.) Me veo sentado al borde de una fuente, muy triste y casi lloroso. Una figura femenina —una camarera o una monja— trae a los dos niños y se los entrega a su padre, que no soy yo. El de más edad es, desde luego, mi hijo mayor. No me es posible ver el rostro del otro. La mujer que los ha traído pide al primero un beso de despedida; pero el niño se lo niega y dice, tendiéndole la mano: *Auf Geseres*. Y, luego, a nosotros dos (o a uno de nosotros): *Auf Unge seres*. Tengo idea de que esto último significa una preferencia».

Este sueño se halla edificado sobre una multitud de pensamientos que me sugirió la representación de una obra teatral titulada *La nueva judería*. Entre las ideas latentes resulta fácil descubrir toda una serie referente al problema judío, a las preocupaciones que nos inspira el porvenir de nuestros hijos, carentes de una patria propia, y al cuidado de darles una educación que los haga independientes.

«Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y aun llorábamos». Siena es famosa, como Roma, por sus bellas fuentes. En el sueño tengo que componer con fragmentos de lugares conocidos una sustitución de Roma. Cerca de la Porta romana de Siena vimos un gran edificio, muy iluminado, que nos dijeron era el manicomio. Poco antes del sueño oí decir que un correligionario mío había tenido que abandonar su puesto en un manicomio del Estado, después de haber luchado mucho tiempo para conseguirlo.

La frase *Auf Geseres* —pronunciada cuando la situación del sueño hacia esperar la de *Hasta la vista* (*Auf Wiedersehen*)— y su contraria, *Auf Ungeseres*,

desprovistas por completo de sentido, despiertan especialmente nuestro interés.

Según los datos que me han proporcionado los entendidos en estas materias, *Geseres* es una palabra netamente hebrea, derivada del verbo *geiser*, y su más aproximada traducción es *fatalidad*. El *argot* popular judío ha desnaturalizado esta significación, sustituyéndola por la de «lamentaciones y quejas». *Ungeseres* es un neologismo inventado por mí en el sueño y me resulta al principio totalmente incomprensible. Pero la pequeña observación que cierra el sueño, indicándome que *Ungeseres* contiene una idea de preferencia en comparación con *Geseres*, abre el camino a las asociaciones y, con ellas, a la solución buscada. Recuerdo, en efecto, que con respecto al caviar se da una análoga relación de preferencia, siendo más estimado el que *no tiene sal* (*ungesalzen*) que el salado (*gesalzen*). El pueblo ve en el caviar una representación de las «aficiones aristocráticas». Ocúltase aquí una burlona alusión a una persona de mi casa, de la que espero se ocupe del porvenir de mis hijos si yo llegase a faltar, pues es más joven que yo. Esta circunstancia queda confirmada por la aparición, en el sueño, de otra persona de mi servidumbre, nuestra buena niñera, personificada en la camarera (o la monja) que trae a los niños. Fáltanos aún un elemento intermedio que facilite el paso desde el pan *sin sal* = *salado* al de *Geseres* = *Ungeseres*. Dicho elemento es, indudablemente, el pan *gesäuert* = *ungesäuert* («con levadura = sin levadura»). En su *fuga* de Egipto no tuvo el pueblo judío tiempo de dejar fermentar la masa de su pan, y en memoria de esto comen hoy sus descendientes pan sin levadura (pan ázimo) durante la época de Pascua. Al llegar a esta parte del análisis surgió en mí una repentina asociación. Recordé, en efecto, que hallándome paseando con mi amigo de Berlín por las calles de Breslau, ciudad a la que fuimos a pasar las últimas vacaciones de Pascua y que visitábamos por vez primera, se acercó a mí una niña, preguntándome por una calle. Después de manifestar mi desconocimiento de la topografía de la ciudad, dije a mi amigo: «Confíemos en que más adelante demuestre esta chica mayor penetración para elegir las personas que hayan de guiarla en la vida». Poco después se ofreció a mi vista una placa en la que ponía: «Doctor Herodes. Consulta de...», y se la indiqué a mi acompañante, comentando: «Es de esperar que, por lo menos, no sea *médico de niños*». Mi amigo me iba exponiendo mientras tanto sus opiniones sobre la significación biológica de la *simetría bilateral* y comenzó una de sus frases con las palabras: «Si tuviéramos un ojo en mitad de la frente, como el cíclope (*Kylop*)...» Estas palabras conducen a la frase del profesor M., en el sueño preliminar: «Mi hijo, el

miope (*Myop*)...», y con ella, a la fuente principal de la palabra *Geseres*. Hace muchos años, cuando dicho hijo del profesor M. —pensador hoy de gran valía— ocupaba aún un sitio en los *bancos escolares*, contrajo una enfermedad de la vista, que el médico declaró grandemente peligrosa, pues si bien no tenía importancia mientras continuase siendo *unilateral*, podía extenderse al otro *ojo* y adquirir entonces extrema gravedad. El ojo atacado curó sin dificultad al poco tiempo, pero entonces enfermó el otro. La madre del paciente llamó, aterrorizada, al médico, haciéndole acudir desde la capital a la lejana finca donde se hallaba pasando el verano. Pero el facultativo la tranquilizó en la misma forma que la primera vez, exponiendo que se trataba del mismo caso: «Ahora, como antes, se trata de una afección *unilateral*, y lo mismo que antes curó *en un lado*, curará ahora en el *otro*». Y empleando la palabra *Geseres* en el sentido que le da el *argot* popular judío, añadió: «¿Ve usted cómo no había motivo para tantos temores y lamentaciones? (*Geseres*)» El enfermo curó, en efecto, sin complicación ninguna.

Veamos ahora las relaciones de este sueño con mi persona y las de mis familiares. El *banco escolar*, en el cual se inició el hijo del profesor M. en los caminos de la sabiduría, ha pasado a ser propiedad de mi hijo mayor —aquél en cuyos labios pone mi sueño las enigmáticas palabras de despedida— por donación de la madre de su anterior propietario. Fácilmente puede adivinarse cuál es uno de los deseos que se enlazan a esta transferencia. Pero, además, tiene dicho *banco* una forma especial encaminada a evitar la *miopía* y la *unilateralidad* que el niño podría contraer si permaneciera durante las largas horas de clase y estudio en una posición viciosa. De aquí, en el sueño, el *miope* (detrás, cíclope) y mi recuerdo, luego, de la discusión sobre la *bilateralidad*. La unilateralidad que deseo evitar a mi hijo se refiere tanto a su desarrollo físico como a su desarrollo intelectual. La misma escena del sueño, dentro de toda su insensatez, parece querer alejar de mí esta preocupación. Observamos, en efecto, que el niño se vuelve primero a un lado, pronunciando unas palabras de despedida, y da luego frente al lado opuesto y pronuncia las palabras contrarias, como para restablecer el equilibrio. ¡*Obra, pues, atendiendo a la simetría bilateral!*

Hemos de deducir, por tanto, que el sueño muestra con frecuencia una máxima sensatez allí donde más disparatado parece. En todos los tiempos han gustado de disfrazarse con los atributos de la locura aquellos que tenían algo que decir y no podían decirlo sin peligro. Aquél a quien se referían las palabras

prohibidas, las toleraba mejor cuando podía reír al oírlas y mitigar su escozor con el pensamiento de que el atrevido crítico gozaba fama de loco. Del mismo modo que el sueño, procede en el drama de Shakespeare el desdichado príncipe que se ve forzado a fingir la demencia, y siendo así, podemos decir de él lo que, sustituyendo las circunstancias verdaderas por otras chistosamente incomprensibles, dice Hamlet de sí mismo: «No estoy loco sino cuando sopla el Nordeste; cuando sopla el Sur distingo perfectamente una garza de un halcón^[480]».

Así, pues, hemos resuelto el problema de la absurdidad de los sueños descubriendo que las ideas latentes de los mismos no son nunca absurdas —por lo menos las de los sueños de personas psíquicamente sanas— y comprobando que la elaboración onírica produce sueños absurdos o con algunos elementos de este género cuando encuentra en las ideas latentes elementos que entrañan crítica, insulto o burla y tiene que representarlos en su peculiar forma expresiva. Fáltanos ahora demostrar que la acción conjunta de los tres factores hasta el momento examinados —y de otro más que aún nos queda por investigar— es lo que constituye la elaboración onírica, la cual no hace, fuera de esto, sino llevar a cabo una traducción de las ideas latentes, ateniéndose a las cuatro condiciones que le son prescritas, y, además, que la cuestión de si el alma labora en el sueño con todas sus facultades o sólo con una parte de las mismas se halla defectuosamente planteada y se aparta de las circunstancias reales. Mas como existen numerosos sueños en los que se juzga, critica y reconoce y en los que surge asombro o extrañeza de algunos de sus elementos, se construyen complicadas argumentaciones o se emprenden tentativas de aclaración, habré de rebatir con la exposición de ejemplos apropiados las objeciones que aparecen fundadas en tales fenómenos.

Mi respuesta a dichas objeciones es la siguiente: *aquello que en los sueños se nos muestra como una aparente actividad de la función del juicio no debe ser considerado como un rendimiento intelectual de la elaboración onírica, pues pertenece al material de ideas latentes y ha llegado desde ellas como un producto terminado al contenido manifiesto*. Aún más: gran parte de los juicios que, *después de despertar*, hacemos recaer sobre el sueño recordado y gran parte de las sensaciones que la reproducción del mismo despierta en nosotros pertenecen al contenido latente y deben ser incluidos en la interpretación del sueño.

I

En páginas anteriores hemos expuesto ya un ejemplo que confirma estas afirmaciones. Una paciente no quiere relatarnos su sueño alegando que es *demasiado oscuro*. Ha visto en él a una persona de la que *no sabe si es su marido o su padre*. A continuación venía un segundo trozo del sueño en el que aparecía un receptáculo para el polvo, lo que llevó al siguiente recuerdo: Cuando estableció por primera vez su hogar había hecho una observación chistosa a un familiar joven, que su actual trabajo era sujetar un nuevo receptáculo para el polvo. Otro trozo del sueño: Al llegar la mañana siguiente lo encontró lleno de lirios del valle. Representa a una frase corriente, ‘no creció en mi propio abono’ (es decir, «no soy responsable de esto»). El análisis nos revela que las ideas latentes tratan del recuerdo de una historia oída por la paciente en su juventud y relativa a una criada que había tenido un niño, *no sabiéndose claramente quién era el padre*. Así, pues, la representación onírica se extiende aquí hasta el pensamiento despierto y deja que uno de los elementos de las ideas latentes sea representado por un juicio, emitido en la vida despierta, sobre la totalidad del sueño.

II

Un caso análogo: uno de mis pacientes tiene un sueño que le parece muy interesante, pues en cuanto despierta se dice: «Esto tengo que contárselo al doctor». Al analizar este sueño hallamos clarísimas alusiones a unas relaciones amorosas iniciadas por el sujeto durante su tratamiento y de las que se había propuesto *no contarme nada*^[481].

III

Tercer ejemplo (soñado por mí): «Voy con P. en dirección al hospital y a través de un sitio lleno de casas y jardines. Mientras tanto surge en mí la idea de que yo he visto varias veces, en sueños, estos lugares. Pero ando un poco desorientado, y P. me indica un camino que conduce a un restaurante (instalado en un salón y no en un jardín). Llegado a él, pregunto por la señora Doni y oigo

que vive al fondo, en un pequeño cuarto y con tres niños. Me dirijo allá, y antes de llegar encuentro a una persona imprecisa que viene con mis dos hijas pequeñas, a las que tomo conmigo después de permanecer un rato ante ellas. Una especie de reproche contra mi mujer por haberlas dejado allí».

Al despertar experimento una gran satisfacción, que atribuyo a mi esperanza de averiguar ahora, con el análisis del sueño, lo que significa el *yo he soñado ya con esto* dentro del mismo sueño^[482]. Pero el análisis no me da luz ninguna sobre esto, limitándose a demostrarme que mi satisfacción pertenece al contenido latente y no a un juicio sobre el sueño. Es la *satisfacción por haber tenido hijos en mi matrimonio*. Pues una persona que ha seguido durante algún tiempo en la vida mi mismo camino, realizando primero iguales progresos que yo y adelantándose luego considerablemente en posición económica y social, no ha tenido hijos en su matrimonio. En este caso no necesitamos realizar un análisis completo, pues la simple mención de los dos motivos del sueño basta para la demostración deseada. Días antes leí en el periódico la esquela mortuoria de una señora llamada *Dona A...* y (nombre que convierto en *Doni* en mi sueño), muerta de resultas de un parto. Mi mujer me dijo luego que la comadrona que había asistido a aquella señora era la misma que la había asistido a ella en sus dos últimos partos. El nombre *Dona* me había llamado la atención por haberlo hallado poco antes en una novela inglesa. El otro motivo del sueño nos es revelado por la fecha en que éste se desarrolló. Fue la noche anterior al cumpleaños de mi hijo mayor, dotado, según parece, de felices aptitudes poéticas.

IV

Idéntica satisfacción experimenté también al despertar del absurdo sueño antes citado de que mi padre había desempeñado, después de su muerte, una importante misión política entre los magiares, hallándose motivada en este caso por la persistencia de la sensación que acompañaba a la última frase del sueño. «Recuerdo que mi padre presentaba en su lecho de muerte un extraordinario parecido con Garibaldi y *celebro* que haya llegado a cumplirse lo que tal semejanza prometía...» (A esto se agrega una continuación olvidada.) El análisis me proporciona el material correspondiente a esta laguna. Trátase de la mención de mi hijo segundo, al que puse el nombre de una gran personalidad histórica

que se había atraído poderosamente mi admiración, sobre todo durante mi estancia en Inglaterra. Durante el embarazo de mi mujer concebí el propósito de poner al esperado descendiente, si resultaba ser varón, el nombre de dicha personalidad, y en cuanto me presentaron al recién nacido le saludé ya muy *satisfecho* con dicho nombre. No es difícil observar que los padres suelen transferir en su pensamiento a sus hijos la consecución de aquellas aspiraciones que ellos se han visto obligados a reprimir, e incluso hemos de ver en esta circunstancia uno de los medios que facilitan dicha ineludible represión. El pequeño ser adquirió el derecho de ser incluido en este sueño por haberle sucedido aquel día el accidente —disculpable en los niños y en los moribundos— de haber ensuciado sus ropas. Recuértese en relación con esto la alusión *Stuhlrichter* (*Stuhlrichter* = juez; *Stunt* = silla; *Stuhlgang* = deposición), y el deseo del sueño; aparecer limpio de toda impureza ante nuestros hijos después de la muerte.

V

Habiendo de presentar ahora ejemplos de juicios emitidos en el sueño y que permanecen limitados a él sin extenderse a la vigilia o, por lo contrario, son transferidos a ella, facilitaré considerablemente mi labor, utilizando con este fin sueños ya expuestos para la demostración de otras particularidades del fenómeno onírico. El sueño del ataque de Goethe contra M. parece contener toda una serie de actos de juicio. «Intento aclarar las circunstancias de tiempo que me parecen inverosímiles». ¿No equivale esto a un sentimiento crítico contra el desatino de que Goethe haya atacado literalmente a un joven conocido mío? «Me parece plausible que tuviera dieciocho años». Esto semeja el resultado de un cálculo, si bien desatinado. Por último, el «No sé con seguridad en qué año estamos» sería un ejemplo de inseguridad o de duda en el sueño.

Pero el análisis de este caso me ha revelado que la expresión verbal de estos actos de juicio, aparentemente realizados por vez primera en el sueño, es susceptible de una distinta inteligencia que los hace valiosísimos para la interpretación onírica y desvanece al mismo tiempo todo absurdo. Con la frase «Intento aclarar las circunstancias de tiempo» me sitúo en el lugar de mi amigo, que intenta realmente aclarar las circunstancias temporales de la vida. Con esto pierde la frase toda significación de juicio contrario a la insensatez de las

precedentes. La interpolación de «que me parecen inverosímiles» debe ser enlazada con la frase posterior: «Me parece plausible». Aproximadamente con las mismas palabras había yo respondido a la señora que me relató la historia de la enfermedad de su hermano: «*Me parece inverosímil* que la exclamación ‘¡Naturaleza! ¡Naturaleza!’ tenga alguna relación con Goethe; creo *más plausible* que tuviera para el enfermo la conocida significación sexual». Existe aquí evidentemente un juicio; pero no ha sido formulado en el sueño, sino en la realidad y en una ocasión que es recordada y aprovechada por las ideas latentes. El contenido manifiesto se apropia este *juicio* como otro cualquier fragmento de las ideas latentes.

El número 18, con el que es disparatadamente enlazado el juicio en el sueño, conserva aún la huella de la totalidad de la que fue desglosado el juicio real. Por último, el «No sé con seguridad en qué año estamos» tiene por objeto establecer mi identificación con el parálítico, para lo cual había surgido realmente en mi visita al mismo un punto de apoyo.

En la solución de los aparentes actos de juicio del sueño podemos recordar la regla señalada al principio para la realización de la labor interpretadora; esto es, la de que hemos de echar a un lado, considerándola como una vana apariencia, la conexión de los elementos oníricos establecida en el sueño y buscar aisladamente la derivación de cada uno de dichos elementos. El sueño es un conglomerado que ha de ser fragmentado de nuevo para los fines de la investigación. Pero, por otra parte, observamos que se exterioriza en los sueños una fuerza psíquica que establece dicha aparente conexión; esto es, somete el material construido por la elaboración onírica a una *elaboración secundaria*. Tenemos aquí manifestaciones de aquel poder, que más tarde examinaremos como el cuarto de los factores que intervienen en la elaboración onírica.

VI

Continuaré buscando otros ejemplos de actos de juicio en los casos ya comunicados. En el sueño absurdo de la reclamación del Ayuntamiento pregunto a mi padre: «Te casaste poco después, ¿no?», y luego *echo la cuenta de que nació en 1856, fecha que me parece suceder inmediatamente a la otra (1851)*. Este fragmento onírico reviste por completo la forma de una *conclusión*: mi padre se casó en 1851, poco después de tener el ataque: yo soy su primogénito y nací en

1856; luego esta fecha es, inmediatamente posterior a la del matrimonio de mi padre. Sabemos que esta conclusión aparece falseada por la realización de deseos y que la frase dominante en las ideas latentes expresa: «Cuatro o cinco años no son nada». Pero cada uno de los términos de la deducción posee, tanto por lo que respecta a su contenido como por lo que a su forma se refiere, una determinación diferente: el enfermo, cuya paciencia admira y critica mi colega, es quien en realidad piensa casarse en cuanto alcance su completa curación. La conversación que en el sueño sostengo con mi padre semeja un interrogatorio o *unexamen* y me recuerda así a un catedrático de la Universidad que al hacer la lista de sus alumnos acostumbraba tomar una completa filiación de cada uno. «¿Nació usted en...?» —1856— «¿Padre?» A esta pregunta tenía uno que contestar con el nombre de su padre en latín o agregándole una desinencia latina, y los estudiantes opinábamos que el señor profesor y consejero áulico deducía del nombre del padre del matriculado *conclusiones* que el de este último no le hubiera facilitado por sí solo. Resulta, pues, que el *deducir* del sueño no es sino la repetición del *deducir* que aparece formando parte del material de las ideas latentes. Descubrimos aquí algo nuevo. Siempre que en el contenido manifiesto aparece una deducción que podemos asegurar que procede del contenido latente, pudiendo hallarse incluida en él a título de parte integrante del material recordado o de enlace lógico entre varias de las ideas que lo integran. Pero la deducción en el sueño constituye siempre la representación de una deducción efectuada en las ideas latentes^[483].

El análisis de este sueño continúa ahora como sigue: al recuerdo del interrogatorio del catedrático sucede el de la lista de los estudiantes de la Universidad, documento que en mis tiempos se redactaba en latín, y luego el de la marcha que seguí en mis estudios. Los *cinco* años que constituían la duración oficial de la carrera de Medicina fueron nuevamente poco para mí, pues proseguí mis estudios más allá de este plazo, sin solicitar el examen de doctorado, dando lugar a que se me creyera insuficientemente preparado y se dudara de verme llegar alguna vez a la *conclusión* de mi carrera. Entonces me decidí *rápidamente* a doctorarme y obtuve brillantemente mi título, *contra lo que el aplazamiento había hecho pensar*. Este recuerdo refuerza las ideas latentes que opongo enérgicamente a los que me critican: «Aunque no queráis creerlo nunca, porque encontráis que me tomo demasiado tiempo, llego, sin embargo, siempre a la *conclusión*. Así os lo he demostrado ya muchas veces».

Este mismo sueño contiene en su principio algunas frases a las que es difícil negar su carácter de argumentación, y de una argumentación nada absurda, que hubiera podido desarrollarse idénticamente en el pensamiento despierto. En el sueño *me causa risa la carta del Ayuntamiento, pues en 1851 no había yo aún nacido, y mi padre, al que pudiera referirse, ha muerto ya*. No sólo son exactas ambas circunstancias, sino que coinciden perfectamente con los argumentos que hubiera alegado si en realidad hubiese recibido tal reclamación. Por el análisis antes efectuado sabemos que este sueño se halla basado en ideas latentes saturadas de amarga burla. Aceptando, además, que la censura ha de haberse mostrado en este caso altamente rigurosa, comprenderemos que la elaboración onírica tiene que haber encontrado en él todas las condiciones para la creación de una *irreproachable refutación de una imputación desatinada*, conforme al modelo contenido en las ideas latentes. Pero el análisis nos muestra que la elaboración onírica no es encargada aquí de una libre creación ulterior, sino que tiene que utilizar para sus fines un material dado en las ideas latentes. Es como si una ecuación compuesta de cifras y signos matemáticos (un +, un —, un exponente y un radical) fuese transcrita por una persona ignorante que, copiando fielmente cifras y signos, trastrocase por completo su orden de sucesión. Los dos argumentos pueden ser referidos al material siguiente: me es desagradable pensar que algunas de las hipótesis en que fundo mi solución psicológica de las psiconeurosis habrán de tropezar con la burla y la incredulidad. Así, he de afirmar que las impresiones recibidas por el sujeto cuando tenía dos años e incluso otras del primer año de su existencia dejan una huella duradera en su vida anímica y, aunque dislocadas y exageradas por el recuerdo, pueden constituir la primera y más profunda base de un síntoma histérico. Algunos pacientes a los que expongo estas explicaciones en el momento oportuno del tratamiento suelen parodiarlas declarándose dispuestos a buscar recuerdos del tiempo *en que aún no habían nacido a la vida*. Análoga acogida esperaba, en mi opinión, al descubrimiento del insospechado papel que en los más tempranos sentimientos sexuales de las enfermas neuróticas hubo de desempeñar la persona del padre (véanse S. de muerte de seres queridos). Y, sin embargo, mis investigaciones me han llevado a la convicción de la absoluta exactitud de ambas hipótesis. Para reforzar mi convencimiento evoco algunos ejemplos de enfermas cuyo padre murió hallándose ellas en su más tierna infancia y en las que determinados fenómenos —inexplicables de otro modo— demostraron que la niña había conservado, sin embargo, inconscientemente, recuerdos de la persona

tan tempranamente desaparecida de su vida. Sé que estas dos afirmaciones más reposan en *deducciones* que habrán de ser enérgicamente combatidas. Así, pues, el aprovechamiento material de *estas deducciones*, cuya discusión espero por la elaboración onírica y para la creación de *deducciones inatacables*, es un rendimiento de la realización de deseos.

VII

En un sueño al que antes aludimos de pasada queda manifiestamente expresado el asombro ante el tema que comienza a iniciarse:

«El anciano Brücke ha debido encargarme un trabajo que se refiere *extrañamente* a la preparación anatómica de la parte inferior de mi propio cuerpo —al abdomen y las piernas—, que veo colocada ante mí como en la sala de disección, aunque no siento su falta ni experimento terror ninguno. Luisa N. está a mi lado y realiza conmigo el trabajo. El abdomen ha sido vaciado, separando la masa intestinal, y muestra unas veces su parte superior y otras su parte inferior, mezclándose y confundiéndose ambos aspectos. Gruesos núcleos de carne roja aparecen visibles (en el sueño pienso al verlos en las hemorroides). Había también que limpiar cuidadosamente algo que se veía sobre ellos y que parecía papel de plata muy arrugado^[484]. Luego volvía a poseer mis piernas y caminaba por la ciudad; pero, sintiéndome fatigado, tomaba un coche. Con gran asombro mío entró éste por el portal de una casa, cuyas puertas se abrieron ante él, dándole paso a través de un pasaje que desembocaba de nuevo en la calle^[485]. Por último, camino atravesando diversos lugares, acompañado por un guía alpino que lleva mi equipaje. Durante un rato me lleva también a mí en vista de la fatiga de mis piernas. El terreno era pantanoso e íbamos por la orilla. Hay mucha gente sentada en el sueño. Parecen indios o gitanos. Entre ellos, una muchacha. Antes había yo andado sin ayuda ninguna sobre aquel suelo escurridizo, continuamente admirado de poder moverme con tanta facilidad después de la preparación. Por fin, llegamos a una pequeña casa de madera en cuyo fondo se abría una ventana. El guía me deja entonces en el suelo y coloca sobre el alféizar de la ventana dos tablones, dispuestos allí de antemano para formar un puente sobre el abismo que se extiende al otro lado. Siento ahora verdaderamente miedo por mis piernas. Pero en vez del peligroso paso esperado veo dos hombres tendidos en unos bancos de madera adosados a la pared de la

casita, y junto a ellos, algo como dos niños durmiendo. Como si no fueran los tablones, sino los niños, los que hubieran de hacer posible el paso. En este punto del sueño despierto sobresaltado».

Aquellos que hayan tenido alguna ocasión de examinar la enorme labor que lleva a cabo la condensación onírica podrán representarse fácilmente el número de páginas que habría de ocupar un análisis detallado de este sueño. Por fortuna para la coherencia de nuestra exposición no tengo que tomar de él sino el ejemplo de admiración dentro del sueño mismo, que se nos ofrece en su principio con la interpolación del adverbio *extrañamente*. Comenzaré por exponer el motivo ocasional del sueño. No es otro que la visita del Luisa N., la misma señora que luego se me muestra ayudándome en mi trabajo anatómico. «Préstame algo que leer», me había dicho. Yo le ofrecí *She*, de Rider Haggard, y queriéndole dar alguna explicación sobre esta obra, añadí: «Es un libro algo *extraño*, pero lleno de un oculto sentido... Lo eterno femenino; la inmortalidad de nuestros afectos». «Lo he leído ya —me interrumpió—. ¿No tienes nada tuyo?» «No; las obras que me han de immortalizar no han sido escritas todavía». «Entonces, ¿cuándo vas a publicar las *Aclaraciones* que nos tienes anunciadas y de las que dijiste que estarían a nuestro alcance?» Adivinando que mi interlocutora hablaba aquí por cuenta ajena, guardé silencio y pensé en la violencia que me cuesta dar a la publicidad mi trabajo sobre los sueños, en el que me veo obligado a revelar tantas intimidades. «Lo mejor que saber puedes no te es dado decirlo a los niños ('Das Beste was du wissen kannst, Darfst du Buben doch nicht sagen', del Fausto de Goethe)». La preparación anatómica de una parte de *mi propio cuerpo* es, por tanto, el *autoanálisis* enlazado a la comunicación de mis sueños. La intervención del viejo Brücke está perfectamente justificada, pues ya en mis primeros años de labor científica había ido dejando impublicado un descubrimiento hecho por mí hasta que su enérgica autoridad me obligó a darlo a conocer. Pero los demás pensamientos que se enlazan a mi conversación con Luisa N. poseen raíces demasiado hondas para hacerse conscientes y quedan desviados hacia el material que la mención de la citada obra de Rider Haggard ha despertado simultáneamente en mí. A este libro y a otro del mismo autor, titulado *Heart of the world*, se refiere el juicio *extrañamente*. Asimismo, numerosos elementos del sueño están tomados de ambas fantásticas novelas. El terreno pantanoso por el que es uno llevado en brazos y el abismo que hay que franquear pasando por unos tablones traídos al efecto proceden de *She*; los indios, la muchacha y la barraca de madera, de *Heart*

of the world. En ambas novelas es una mujer la figura principal y se trata de peligrosas expediciones. *She* desarrolla una aventurada exploración de lo desconocido, donde jamás puso su planta un ser humano. La fatiga de mis piernas era una sensación que experimentaba realmente por aquellos días y correspondía a un estado general de cansancio, susceptible de ser concretado en la pregunta: ¿Cuánto tiempo podrán sostenerme aún mis piernas? (¿Cuánto tiempo puede quedarme de vida?) En *She* termina la aventura con la muerte de la protagonista, que, habiendo salido a la conquista de la inmortalidad para sí y para los suyos, perece en el misterioso fuego central. En las ideas latentes ha surgido, sin duda, un análogo temor. La «casita de madera» es indudablemente el *ataúd*, o sea la tumba. También en la representación de este pensamiento, el más indeseado de todos, por medio de una realización de deseos, ha realizado la elaboración onírica una obra maestra. Me he hallado, en efecto, ya una vez en una tumba; pero fue en una tumba etrusca descubierta cerca de Orvieto: una estrecha cámara con dos bancos de piedra adosados a las paredes y sobre los que yacían dos esqueletos. La casita de mi sueño presenta exactamente esta misma disposición sustituyéndose tan sólo la madera a la piedra. El sueño parece decir: «Si has de ir a la tumba, que sea a la tumba etrusca», y con esta sustitución transforma la más triste de las expectativas en otra muy deseada. Desgraciadamente, no puede el sueño transformar en su contrario, como ya veremos en páginas ulteriores, más que la representación que acompaña al afecto y no el afecto mismo. De aquí el sobresalto con que despierto. Al final de este sueño alcanza también una representación la idea de que quizá los hijos consigan aquello que ha sido negado al padre, nueva alusión a la extraña novela, en la que la identidad de una persona permanece conservada a través de una serie de generaciones durante dos mil años.

VIII

En el desarrollo de otro sueño hallamos igualmente una expresión del asombro que su contenido manifiesto despierta en mí, pero enlazada esta vez con una tentativa de aclaración tan singular y tan ingeniosamente buscada al parecer, que sólo por ella hubiera sometido el sueño completo a un minucioso análisis, aunque no hubiese presentado otras particularidades interesantes. En la noche del 18 al 19 de julio voy durmiendo en el tren de Südbahn y oigo entre sueños:

«Hollthurn, diez minutos». En seguida pienso en la holoturias —en un museo de historia natural— y luego en que es éste el lugar donde un puñado de hombres de valor se defendió en vano contra el poder inmensamente superior de su monarca. ¡Sí; la Contrarreforma en Austria! Como si fuese un lugar de Steiermark o del Tirol. Veo ahora imprecisamente un pequeño museo en el que se conservan los restos o las pertenencias de aquellos hombres. Quisiera bajarme, pero lo dejo para más tarde. Sentadas sobre el andén hay varias mujeres —vendedoras de fruta— que tienden hacia nosotros sus cestos con ademán grandemente invitador. He dudado en bajar porque no sabía si tendría tiempo, y resulta que aún estamos parados. De repente me encuentro en otro departamento, en el que el respaldo y los asientos son tan estrechos, que la espalda se apoya en el trasero del coche^[486]. Experimento asombro, *pero quizá es que he cambiado de coche durmiendo*. Varias personas, entre ellas dos jóvenes ingleses, hermano y hermana. Veo claramente una hilera de libros colocada en un estante adosado a la pared. Entre ellos, dos volúmenes muy gruesos y encuadernados en tela: *Wealth of nations* y *Matters and Motion* (de Maxwell). El joven pregunta a su hermana si ha olvidado un libro de Schiller. Los libros parecen tan pronto pertenecerme como ser propiedad de los otros dos. Quiero mezclarme en la conversación para confirmar o apoyar algo... Despierto bañado en sudor, pues están cerradas todas las ventanillas. El tren se halla parado en la estación de Marburgo.

Al sentar mi sueño por escrito recuerdo otro fragmento olvidado hasta entonces: Refiriéndome a una determinada obra, digo a los hermanos: «It is from...»; pero rectifico al punto: «It is by...» El joven advierte entonces a su hermana: «Lo ha dicho bien».

El sueño comienza oyendo yo gritar el nombre de la estación —*Marburgo*— en la que el tren se había detenido, nombre que queda sustituido por el de *Hollthum*. Pero la mención de *Schiller*, nacido en *Marburgo*, demuestra que fue éste realmente el nombre que oí medio dormido^[487]. A pesar de ir en primera, hice este viaje en condiciones muy incómodas. El tren iba abarrotado y subí en un departamento en el que viajaba un matrimonio de aspecto distinguido, pero que no tuvo la suficiente urbanidad para ocultar el desagrado que mi intrusión le producía o no creyó que valía la pena disimularlo. Mi cortés saludo quedó incontestado: la señora, que se hallaba sentada al lado de su marido, de espaldas a la máquina, se apresuró a colocar su sombrilla en el asiento frontero, junto a la

ventanilla, cerró la puerta de golpe y, advirtiéndome la mala impresión que me había producido la enrarecida atmósfera del departamento, pronunció unas frases malhumoradas sobre lo molesto que sería que alguien abriese las ventanillas. Según mi experiencia de viajero, esta desconsiderada conducta es característica de las personas que poseen billete de favor. En efecto, cuando vino el revisor y, después de picar un billete, pagado sin rebaja alguna, se dirigió a mis compañeros de viaje, resonó una voz amenazadora: «Mi marido tiene pase». La señora era una matrona de imponente aspecto y cara de vinagre. El marido no pronunció palabra alguna ni se movió en todo el tiempo. A pesar del calor y del enrarecimiento del aire en el vagón, cerrado a piedra y lodo, logré dormir. En mi sueño tomé tremenda venganza de mis desagradables compañeros de viaje. No puede imaginarse qué graves insultos y humillaciones se esconden detrás de los inconexos fragmentos de su primera mitad. Una vez satisfecha esta necesidad, se impone un segundo deseo: el de cambiar el coche. El fenómeno onírico varía tantas veces la escena, sin que tales mutaciones nos extrañen, que la sustitución de mis poco amables compañeros por otros agradablemente recordados no me hubiera causado el menor asombro. Pero en el caso presente hay algo que se opone a la mutación de la escena y hace necesaria una explicación. ¿Cómo es que me encuentro de repente en otro departamento, si no recuerdo haber bajado del primero? No puede haber sino una explicación: *Sin duda, he cambiado de coche durmiendo*, suceso extraño, desde luego, pero no sin ejemplo en los anales de la Neuropatología. Sabemos, en efecto, de enfermos neuróticos que emprenden viajes hallándose en un estado de obnubilación no revelado al exterior por signo alguno y que al recobrar la conciencia en un punto cualquiera del trayecto se preguntan asombrados cómo han podido llegar hasta allí. De este modo explico en mi sueño mi conducta como uno de esos casos de *automatismo ambulatorio*.

El análisis permite una solución diferente. La tentativa de explicación que tanto me impresiona, si he de atribuirla a la elaboración onírica, no es original, sino copiada de la neurosis de uno de mis pacientes. Ya en otro lugar he relatado el caso de un individuo de gran cultura y extremadamente bondadoso que, después de la muerte de sus padres, comenzó a acusarse de experimentar tendencias homicidas, atormentándose con las medidas de precaución que se veía obligado a tomar para no hacerse reo de un crimen. Era éste un caso de graves representaciones obsesivas con plena conservación del conocimiento. Siempre que salía a la calle se le imponía la obsesión de darse cuenta de por

dónde desaparecían los transeúntes que con él se cruzaban, y si alguno se escapaba a sus miradas, le quedaba la penosa sensación de que podía haberle asesinado. Entre otras, entrañaba este caso una fantasía fraticida, pues «todos los hombres son hermanos». Dada la imposibilidad de llevar a cabo la labor a que su obsesión le obligaba, renunció el enfermo a salir y se pasaba la vida encerrado en su casa. Pero aun así no le fue posible hallar la tranquilidad, pues cada vez que leía en los periódicos la noticia de un crimen despertaba en su conciencia la sospecha de haber sido él el homicida. La convicción de no haber salido de su casa desde muchas semanas antes le protegió por algún tiempo de tales acusaciones, hasta el día en que surgió en él la idea de haber podido *salir en estado de inconsciencia* y haber cometido así el crimen sin darse cuenta. A partir de este día cerró la puerta de la escalera, entregó la llave a su anciana criada y le prohibió terminantemente que se la entregase, aunque fuera él mismo a pedírsela.

De aquí, procede, pues, la tentativa de explicación de que he cambiado de coche en estado de inconsciencia, explicación que se halla perfectamente concluida en las ideas latentes y ha sido transferida sin modificación alguna al sueño manifiesto, en el cual ha de servir para identificarme con la persona de dicho paciente. Su recuerdo fue despertado en mí por una asociación próxima. Pocas semanas antes había hecho ya un viaje nocturno con dicho sujeto. Se hallaba ya curado y me acompañaba a casa de unos parientes suyos de provincias que habían solicitado mi visita. Tuvimos un vagón para nosotros solos, pudimos dejar las ventanillas abiertas durante toda la noche y conversamos agradablemente hasta que llegó el momento de dormir. La raíz principal de la enfermedad de este individuo se hallaba constituida por impulsos hostiles, de relación sexual, contra su padre, durante su infancia. Identificándome con él, confesaba yo algo análogo. La segunda escena de mi sueño se resuelve, en efecto, en una fantasía cuyo tema es el de mis dos maduros compañeros de viaje se conducen tan groseramente conmigo porque he venido a estorbar con mi presencia sus acostumbradas caricias nocturnas. Esta fantasía se refiere a su vez a una escena infantil en la que el niño, impulsado, sin duda, por la curiosidad sexual, penetra en la alcoba paterna, siendo expulsado por la autoridad del padre.

Creo innecesario continuar acumulando ejemplos, que no harían sino confirmar lo que ya nos han mostrado los que anteceden, o sea que los actos de juicio que aparecen en el sueño no son sino reproducción de un modelo dado en

las ideas latentes. Y generalmente, una reproducción descentrada e incluida en un contexto inadecuado, aunque algunas veces, como sucede en el último de los ejemplos expuestos, sea tan hábilmente utilizada que da al principio la impresión de la existencia de una actividad intelectual independiente en el sueño. Partiendo de aquí podríamos dirigir nuestra atención a aquella actividad psíquica que, aunque no parece colaborar regularmente en la formación de los sueños, procura, cuando lo hace, fundir sensata y admisiblemente los elementos oníricos de origen heterogéneo. Pero creemos más urgente ocuparnos de las manifestaciones afectivas que surgen en el sueño y compararlas con los afectos que el análisis descubre en las ideas latentes.

H) Los afectos en el sueño.

Una atinada observación de Stricker ha atraído nuestra atención sobre el hecho de que las manifestaciones afectivas del sueño no pueden ser comprendidas en el juicio despectivo que al despertar hacemos recaer sobre el contenido manifiesto del mismo. En efecto, «cuando soñamos con ladrones y sentimos miedo, los ladrones son imaginarios, pero el miedo es real», como cualquier otro afecto que en el sueño experimentamos. El testimonio de nuestra sensación nos demuestra que dichos afectos son perfectamente equivalentes a los de igual intensidad surgidos en la vigilia. Más aún que en su contenido de representaciones, apoya el sueño en su contenido afectivo su aspiración a ser comprendido entre las experiencias reales de nuestra alma. Si tal inclusión parece inaceptable a nuestro pensamiento despierto es porque somos incapaces de evaluar psíquicamente un afecto fuera de su conexión con un contenido de representaciones. En cuanto al afecto y la representación no se corresponden en forma e intensidad, queda ya desconcertada nuestra facultad de juicio.

Ha despertado siempre extrañeza el que las representaciones oníricas no traigan consigo muchas veces aquellos afectos que nuestro pensamiento despierto considera necesariamente concomitantes a ellas. Strümpell opinó a este respecto que las representaciones eran despojadas en el sueño de sus valores psíquicos. Pero sucede que también hallamos en él el fenómeno contrario, o sea la aparición de intensas manifestaciones afectivas concomitantes a un contenido que no parece dar ocasión alguna para un desarrollo de afecto. Sueños que nos muestran en una situación espantosa, peligrosa o repulsiva no nos hacen

experimentar el menor miedo ni la más pequeña repugnancia, y, por lo contrario, en otros nos aterrorizamos de cosas inofensivas y nos regocijamos de cosas pueriles.

Este enigma del sueño se desvanece más rápida y completamente que ningún otro en cuanto pasamos del contenido manifiesto al latente, ahorrándonos así más amplia explicación. El análisis nos enseña que *los contenidos de representaciones han pasado por desplazamientos y sustituciones, mientras que los afectos han permanecido intactos*. No es, por tanto, extraño que el contenido de representaciones, transformado por la deformación onírica, no corresponda ya al afecto, el cual se ha conservado idéntico a sí mismo. Pero en cuanto el análisis vuelve a colocar en su lugar primitivo el contenido verdadero, todo vuelve a entrar en un orden lógico y no hay ya motivo ninguno de asombro^[488].

Los afectos constituyen la parte más resistente de aquellos complejos psíquicos que han experimentado la acción de la censura, y, por tanto, la que mejor puede guiarnos en nuestra labor de interpretación. Esta circunstancia se nos revela en las psiconeurosis aún más claramente que en el sueño. En ellas acaba siempre por demostrarse plenamente justificado el afecto, por lo menos en lo que respecta a su cualidad, pues su intensidad puede ser incrementada por desplazamientos de la atención neurótica. El histérico que se asombra de experimentar un miedo increíble ante objetos totalmente inofensivos y el neurótico obsesivo que no puede explicarse por qué se convierten para él en fuentes de amargos reproches actos insignificantes yerran al atribuir la máxima importancia al contenido de representaciones —el objeto inofensivo o el acto insignificante— y combaten inútilmente sus síntomas tomando dicho contenido como punto de partida de sus reflexiones. El psicoanálisis interviene entonces y le muestra el camino acertado, reconociendo la perfecta justificación del afecto y buscando la representación a la que en realidad corresponde, representación que ha sido reprimida y sustituida por otra. Presuponemos al obrar así que el desarrollo de afecto y el contenido de representaciones no constituyen, contra lo que estamos acostumbrados a admitir, una unidad orgánica inseparable, sino que se hallan simplemente soldados entre sí y pueden ser aislados por medio del análisis. La interpretación de los sueños nos demuestra que así sucede, en efecto.

Expondré primero un ejemplo en el que el análisis explica la aparente ausencia de afecto en una representación que debía provocarlo.

I

«La sujeto ve un desierto y en él tres leones, uno de los cuales está riendo; pero no siente miedo ninguno. Sin embargo, debe de haber salido luego huyendo, pues quiere trepar a un árbol; pero encuentra que su prima, la profesora de francés, está ya arriba, etc».

El análisis nos proporciona el material siguiente: el motivo —indiferente— del sueño ha sido una frase de su composición de inglés: la melena es el adorno del *león*. Su padre llevaba una frondosa barba que enmarcaba su rostro como una *melena*. La profesora que le daba lección de inglés se llamaba mis *Lyons* (*lions-leones*). Un conocido suyo le había mandado las *Baladas*, de Loewe (*Loew-león*). Así, pues, son éstos los tres leones de su sueño. ¿Por qué habría de sentir miedo de ellos? Ha leído una historia en la que un negro, perseguido por haber incitado a otros a rebelarse, se refugia en un árbol huyendo de una trama de feroces mastines que siguen sus huellas. Luego surgen diversos recuerdos chistosos, como el de una receta para cazar leones, publicada en la revista humorística *Fliegende Blaetter*: «Se toma un desierto, se cierne la arena y los leones quedan en el cedazo»; y el de la anécdota de un empleado al que se reprochaba mostrar poco interés en conquistarse el favor de su jefe, y que respondió: «No, también yo he intentado trepar por la cucaña de la adulación, pero cuando quise hacerlo *ya había otra arriba*». Todo este material se nos hace comprensible cuando averiguamos que el día del sueño había recibido la sujeto la visita del jefe de su marido, el cual se mostró muy cortés con ella y le besó la mano. Pero la señora *no le tuvo miedo ninguno* (no mostró la menor cortedad), a pesar de saber que su visitante era un *animal considerable* (un personaje importante) y uno de los más admirados leones («elegantes») de la pequeña ciudad en que vivía. Este «león» puede, por tanto, compararse al del *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, que despojado de su máscara, resulta ser Sung, el carpintero, e idénticamente sucede con todas las demás fieras que el sueño nos muestra y ante las que no experimentamos temor alguno.

II

Como segundo ejemplo citaré nuevamente el sueño de aquella muchacha que vio muerto y yacente en el ataúd al hijo de su hermana, sin experimentar ante tal

escena el menor dolor o tristeza.

El análisis nos reveló por qué. Este sueño no hacía sino encubrir su deseo de volver a ver al hombre amado, y el afecto tenía que corresponder al deseo y no a su encubrimiento. No había, pues, motivo ninguno de tristeza.

En algunos sueños conserva por lo menos el afecto cierta conexión con el contenido de representaciones al que en realidad corresponde y que ha sido objeto de una sustitución. En otros queda, en cambio, absolutamente separado de dichas representaciones y aparece incluido en un lugar cualquiera del contenido manifiesto, allí donde resulta posible adaptarlo a la nueva ordenación de los elementos del sueño. Sucede entonces lo mismo que antes comprobamos al examinar los actos de juicio del fenómeno onírico. Si en las ideas latentes existe una conclusión importante, el sueño manifiesto contendrá otra, pero esta última puede aparecer desplazada y referida a otro distinto material. No pocas veces sigue este desplazamiento el principio de la antítesis.

III

Con el ejemplo siguiente, sometido por mí a un minucioso y complejo análisis, ilustraré una tercera y última posibilidad.

«Un castillo a la orilla del mar. Luego no está ya en tal lugar, sino a la orilla de un canal que desemboca en el mar. El gobernador es un cierto señor P. Estoy con él en un gran salón con tres ventanas, ante las que se alza el extremo de una muralla almenada. He sido agregado a la guarnición, en calidad de oficial de Marina voluntario. Tememos la llegada de una escuadra enemiga, pues nos hallamos en guerra. El señor P. tiene el propósito de marcharse y me da instrucciones para la defensa, en el caso de que se confirmaran nuestros temores. Su mujer está enferma y se encuentra con los niños en el castillo amenazado. Cuando el bombardeo comience deberá ser evacuado el salón. El gobernador respira trabajosamente y quiere marcharse, pero le retengo preguntándole de qué manera podré enviarle noticias, si fuese necesario. Me responde algo y cae en el acto muerto. Quizá le he fatigado innecesariamente con mis preguntas. Después de su muerte, que no me causa ninguna impresión, pienso si la viuda permanecerá en el castillo y si debo comunicar la muerte del gobernador a la superioridad y tomar el mando, como me corresponde por ser el oficial de mayor categoría. Me asomo a la ventana e inspecciono los barcos que pasan: son barcos

mercantes que surcan rápidamente las oscuras aguas. Unos tienen varias chimeneas y otros una cubierta convexa (como los techos de las estaciones de ferrocarril vistos en un sueño preliminar, no relatado). En esto llega mi hermano y se coloca a mi lado junto a la ventana, examinando conmigo el canal. La aparición de un barco nos sobresalta y exclamamos: ‘¡Ahí viene el barco de guerra!’ Luego vuelven a pasar en sentido contrario los mismos buques que ya vi antes, y entre ellos un barquito cómicamente cortado por la mitad. Sobre la cubierta aparecen extraños objetos semejantes a copas o cajitas. Simultáneamente exclamamos: ‘Es el barco del desayuno’».

El rápido movimiento de los barcos, el profundo color azul de las aguas y el negro humo de las chimeneas forman un conjunto sombrío e inquietante.

Los lugares de este sueño corresponden a diversas reminiscencias visuales de mis viajes a la costa adriática (Huraware, Duino, Venecia, Aquileja). Poco tiempo antes había aprovechado las vacaciones de Pascua de Resurrección para hacer con mi hermano una breve excursión a Aquileja, que nos resultó agradabilísima. La *guerra naval* que por esta época se desarrollaba entre España y los Estados Unidos y las inquietudes que me inspiraban la suerte de mis allegados residentes en América intervienen también en este sueño, cuyo contenido nos ofrece en dos ocasiones fenómenos afectivos. Primeramente observamos la ausencia de un afecto cuyo desarrollo era de esperar, ausencia que el sueño mismo acentúa (*la muerte del gobernador no me causa impresión ninguna*), y luego me *sobresalta* la aparición del buque de guerra y experimento durante el reposo todas las sensaciones correspondientes a este afecto. La inclusión de los afectos en el contenido manifiesto aparece llevada a cabo en este sueño bien estructurado de manera a evitar toda contradicción chocante. No hay, en efecto, razón ninguna para que me asuste la muerte del comandante, y, en cambio, está justificado que la aparición de un buque de guerra ante una plaza cuyo mando he tomado me produzca sobresalto. El análisis demuestra que el señor P. es un sustituto de mi propio yo (en el sueño soy yo su sustituto). Así, pues, soy yo el gobernador que muere de repente. Las ideas latentes tratan del porvenir de los míos si yo muriera de un modo prematuro —siendo éste el único pensamiento doloroso que en ellos aparece—. El sobresalto concomitante en el sueño a la aparición del buque de guerra debe ser separado de esta representación y unido a la idea de mi muerte prematura. Inversamente, muestra el análisis que la región de las ideas latentes de la que ha sido tomado el buque de guerra entraña las más serenas reminiscencias. Hallándonos en Venecia, un

año antes de este sueño, supimos que se hallaba anunciada la visita de la escuadra inglesa y se preparaban grandes festejos para recibirla. Asomados a la ventana de nuestro cuarto en la Riva Schiavoni, esperamos mi mujer y yo la aparición de los navíos. Hacía una hermosísima tarde, pero las azules aguas de la laguna se mostraban más agitadas que de costumbre. De repente gritó mi mujer con infantil regocijo: *¡Ahí viene el barco de guerra inglés!* Esta misma frase, privada de su último elemento, es la que me sobresalta en mi sueño. Vemos de nuevo que las frases oídas o pronunciadas en los sueños proceden siempre de la realidad. Más adelante demostraré que tampoco el elemento «inglés» ha quedado inempleado por la elaboración onírica. Al pasar de las ideas latentes al contenido manifiesto transformo, pues, la alegría en sobresalto, con lo cual procuro expresión a un fragmento del contenido latente. Nos demuestra este ejemplo que la elaboración onírica puede separar el estímulo afectivo de aquellos elementos a los que se halla enlazado, e incluirlo en cualquier otro lugar del contenido manifiesto.

Aprovecharé aquí la ocasión que accesoriamente se me ofrece de someter a un detallado análisis un elemento —*el barco del desayuno*— cuya aparición en el sueño cierra desatinadamente una situación racional. Parando mayor atención en dicho elemento, recuerdo que el «barco del desayuno» era negro y que la forma en que se hallaba cortado en su parte más ancha le hacía presentar por este extremo una amplia semejanza con un objeto que nos había llamado la atención en los museos de antigüedades etruscas: una bandeja rectangular de barro negro, con dos asas, y sobre ella, objetos parecidos a tazas de té o de café. En conjunto semejava uno de nuestros modernos servicios para el *desayuno*. Según se nos explicó, se trataba del servicio de tocador (*toilette*) de las damas etruscas, y las tacitas estaban destinadas a contener los afeites y los polvos. Bromeando, nos dijimos que no estaría mal llevar a nuestra huésped tal objeto como recuerdo nuestro. Así, pues, el objeto que del sueño nos muestra significa *vestido negro* (*toilettes* = tocador y vestido), o sea luto, y alude directamente a un fallecimiento. Por su otro extremo recuerda la canoa en que las tribus primitivas colocaban los cadáveres, abandonándolos en el mar. A esta circunstancia se enlaza el retorno de los barcos en mi sueño:

*Serenamente, en el bote salvado,
entra en el puerto el anciano.*

(Schiller.)

Es el retorno después del *naufugio* (*Schiffbruch*), pues el «barco del desayuno» se muestra roto (*abgbrochen*) por la mitad (*brechen-roper*; *Bruch* = rotura; *Schiffbruch* — *naufugio*). Pero ¿de dónde procede el nombre de «barco del desayuno»? Aquí es donde interviene el elemento *inglés*, que antes vimos sobraba. En efecto, a la palabra alemana *Fruehstueck* (desayuno) corresponde la inglesa *brakfast*, que equivale literalmente a *romper el ayuno* (desayunar). El *romper* (*brechen*) pertenece de nuevo al *naufugio* (*Schiffbruch*). El *ayunar* se agrega al *vestido negro*.

Pero de este «barco del desayuno» no ha creado el sueño más que el nombre. La cosa ha existido y me recuerda una de las horas más agradables de mi último viaje. Desconfiando de los hoteles de Aquileja, nos habíamos traído de Goerz la comida, a la que luego agregamos una botella de excelente vino de Istria, y mientras nuestro vaporcito surcaba lentamente el canal Delle Mee y luego la desierta laguna de Grado, desayunamos alegremente sobre cubierta. Éste era, pues, el «barco del desayuno», y precisamente detrás de esta reminiscencia de unas horas, en las que gozamos alegremente de la vida, oculta el sueño los sombríos pensamientos referentes a un desconocido e inquietante porvenir.

Este proceso, en el que los afectos quedan separados de los contenidos de representaciones que provocaron su desarrollo, es el más singular de todos aquéllos a los que la elaboración onírica los somete, pero no es la única transformación que sufren en su paso desde el contenido latente al manifiesto, ni tampoco la más importante. Si comparamos los afectos de las ideas latentes con los del sueño, vemos en el acto lo que sigue: todo afecto incluido en el contenido manifiesto lo está también en las ideas latentes, pero no inversamente. El sueño es, en general, menos rico en afectos que el material psíquico de cuya elaboración ha surgido. Cuando reconstruimos las ideas latentes observamos cómo aspiran a imponerse en ellas los más intensos impulsos anímicos, luchando casi siempre con otros que se les oponen. Volviendo luego la vista al sueño manifiesto correspondiente, lo hallamos, en cambio, incoloro y desprovisto de todo intenso matiz afectivo. No sólo el contenido de nuestro pensamiento, sino muchas veces también su matiz afectivo, queda rebajado por la elaboración onírica al nivel de lo indiferente. Pudiera decirse que la elaboración lleva a cabo una *represión de los afectos*. Tomemos, por ejemplo, el sueño de la monografía botánica (véase el índice S. de Freud). A este sueño corresponde en mi

pensamiento una apasionada defensa de mi libertad de obrar como lo hago y encauzar mi vida como lo crea conveniente. El sueño surgido de estos pensamientos se expresa indiferentemente: «He escrito una monografía botánica y tengo ante mí un ejemplar. Lleva varias ilustraciones en colores y algunos ejemplares de plantas disecadas». Al fragor del combate ha sucedido el sepulcral silencio del abandonado campo de batalla.

El sueño puede mostrar también, desde luego, manifestaciones afectivas de una cierta intensidad, pero por el momento queremos limitarnos a examinar el hecho indiscutible de que muchos sueños, cuyas ideas latentes entrañan profunda emoción, presentan un contenido manifiesto en absoluto indiferente.

No podemos exponer aquí una completa explicación teórica de esta represión afectiva que tiene efecto durante la elaboración onírica, pues nos obligaría a penetrar minuciosamente en la teoría de los afectos y en el mecanismo de la represión. Nos limitaremos, pues, a indicar dos ideas. Por determinadas razones hemos de representarnos el desarrollo de afectos como un proceso centrífugo orientado hacia el organismo interno, análogo a los procesos motores o secretorios de inervación. Del mismo modo que la emisión de impulsos motores hacia el mundo exterior aparece suspendida durante el estado de reposo, podría quedar también dificultada la estimulación centrífuga de afectos por el pensamiento inconsciente durante dicho estado. Los sentimientos afectivos nacidos durante el desarrollo de las ideas latentes serían ya de por sí harto débiles, no pudiendo, por tanto, representar gran energía los que pasan al sueño. Según esto, la «represión de los afectos» no sería una consecuencia de la elaboración onírica, sino del estado de reposo. Esto puede ser cierto, pero tiene que haber aún algo más. Hemos de recordar que todo sueño algo complejo se nos revela como el resultado de una transacción entre poderes psíquicos en pugna. Por un lado, las ideas que constituyen el deseo tienen que combatir la oposición de una instancia censora; por otro, hemos visto muchas veces que en el mismo pensamiento inconsciente aparecía emparejada cada idea con su antítesis contradictoria. Dado que todas estas series de ideas son susceptibles de afecto, no habremos de incurrir en grave error considerando la represión afectiva como consecuencia de la coerción que ejercen los elementos antitéticos unos sobre otros y la censura sobre las tendencias por ella reprimidas. *La coerción de los afectos sería entonces la segunda consecuencia de la censura onírica, como la deformación de los sueños fue su primer efecto.*

IV

Incluiré aquí un sueño en el que el indiferente matiz afectivo del contenido manifiesto puede ser explicado por la antinomia de las ideas latentes. Trátase de un breve sueño propio que habrá de causar al lector viva repugnancia.

«Una colina. Sobre ella, algo como un retrete al aire libre: un largo banco, en uno de cuyos extremos se abre un agujero. El borde posterior de este agujero aparece cubierto de excrementos de todos los tamaños y épocas. Detrás de un banco, un matorral. Subido en el banco, me pongo a orinar. El largo chorro de orina lo limpia todo. Los excrementos se disuelven y caen por el agujero. Como si al final quedase aún algo».

¿Por qué no experimenté en este sueño repugnancia ninguna? Nada más sencillo: el análisis me demuestra que en él intervienen las ideas más agradables y satisfactorias. Al comenzar la labor analítica recuerdo en seguida el *establo de Augías*, cuya limpieza lleva Hércules a cabo. Identificándome con este personaje mitológico, me eleva el sueño a la categoría de semidiós. La colina y el matorral pertenecen a Ausée, donde actualmente se hallan mis hijos. Soy el descubridor de la etiología infantil de la neurosis y, de este modo, he preservado a mis hijos de tal enfermedad. El banco es la perfecta reproducción (fuera, claro está, del agujero) de uno que tengo en casa, regalo de una paciente agradecida. Su presencia en el sueño me recuerda cuánto me veneran mis pacientes. Incluso la repugnante exposición de excrementos humanos resulta susceptible de una risueña interpretación. Por grande que sea la repugnancia que ahora, al recordarlo, me inspira, constituye este cuadro, en el sueño, una reminiscencia de la bella tierra de Italia, en cuyas pequeñas ciudades suelen presentar los *water-closet* una parecida ornamentación. El chorro de orina, que todo lo limpia, es una innegable alusión a mi grandeza. En esta misma forma sofoca Gulliver un gran incendio en el reino de Liliput, aunque atrayéndose con este acto la enemistad de la más diminuta de las reinas. Pero también Gargantúa, el superhombre de Rabelais, toma de este modo la venganza de los parisienses, colocándose encima de la iglesia de Nuestra Señora y evacuando su vejiga sobre la ciudad. La noche en que tuve este sueño había estado hojeando las ilustraciones de Garnier a la obra de Rabelais. Pero aún encuentro otra prueba de que soy yo este superhombre. Durante mi estancia en París había sido la plataforma de Nuestra Señora mi lugar favorito, y en cuanto podía disponer de algunas horas de libertad

por la tarde, subía a las torres y paseaba entre las monstruosas y grotescas esculturas que la decoran. La rápida desaparición de los excrementos, bajo el impulso del chorro de orina, alude al lema *Afflavit et dissipati sunt*, con el que me propongo encabezar un ensayo sobre la terapia de la histeria^[489].

Veamos ahora el motivo ocasional del sueño. La tarde anterior había sido muy calurosa —era verano— y durante ella había pronunciado yo, continuando una serie de lecciones, mi conferencia sobre la conexión de las perversiones con la histeria. Pero me hallaba en un estado de ánimo un tanto deprimido y hablé sin entusiasmo, pareciéndome desagradable y falto de interés todo lo que decía. Fatigado y sin hallar el menor placer en mi duro trabajo, ansiaba dar fin a aquel ahondar en las suciedades humanas e ir a reunirme con mis hijos y emprender luego un viaje a la bella nación italiana. En este estado de ánimo salí del aula y me dirigí a la terraza de un café para tomar, al aire libre, una modesta colación, pues tampoco sentía apetito. Pero uno de mis oyentes, que había salido acompañándome, me pidió permiso para sentarse a mi lado mientras yo sorbía el café y mordiscaba unos pasteles, y comenzó a dirigirme grandes alabanzas, diciendo que mis lecciones le habían instruido altamente, que ahora lo veía todo de un modo muy distinto, que había logrado limpiar el *establo de Augías* de los errores y prejuicios acumulados sobre la teoría de las neurosis, etc., etc. En definitiva: que era un gran hombre. No era, ciertamente, mi humor el más apropiado para soportar tanto sahumero, y con el fin de poner término a la repugnancia que aquella adulación me producía, abrevié mi estancia en el café y volví a casa. Antes de acostarme hojeé las obras de Rabelais y leí una novela corta de C. F. Meyer, titulada *Las cuitas de un muchacho*.

De este material surgió luego el sueño. La novelita de Meyer aportó a él la reminiscencia de escenas infantiles (cf. la última escena de mi sueño con el conde de Thun). Mi estado de ánimo, saturado de repugnancia y de tedio, pasa al sueño en tanto en cuanto le es dado aportar casi todo el material del contenido manifiesto. Pero por la noche despertó el estado de ánimo contrario más enérgicamente acentuado y sustituyó al primero. El contenido manifiesto tuvo entonces que estructurarse de manera a hacer posible la expresión de dos tendencias antitéticas —la manía de empequeñecerse y la exagerada estimación de sí mismo por medio del mismo material—. De esta transacción resultó un contenido manifiesto equívoco, y de la recíproca coerción de los contrarios, un matiz afectivo indiferente.

Conforme a la teoría de la realización de deseos no hubiera sido posible este sueño si la serie de ideas de la manía de grandezas, serie antitética y acentuada de placer, aunque reprimida, no hubiera venido a agregarse a la de la repugnancia, pues los elementos penosos o displacientes de nuestros pensamientos diurnos no encuentran acogida en el sueño y sólo pueden pasar a él cuando prestan, simultáneamente, su forma a una realización de deseos.

La elaboración onírica puede realizar aún, con los afectos de las ideas latentes, algo más que darles paso al contenido manifiesto o anularlos, reprimiéndolos. Puede, en efecto, transformarlos en el afecto contrario. Sabemos ya que todo elemento del sueño puede constituir tanto su propia representación como serlo del elemento contrario. Por tanto, no sabremos nunca *a priori* cuál de estas dos significaciones darle y habremos de atenernos a lo que el contexto decida. La conciencia popular ha entrevisto este estado de cosas, pues las vulgares «claves de los sueños» proceden con frecuencia siguiendo este principio del contraste. Esta transformación en lo contrario es facilitada por la íntima conexión asociativa que enlaza en nuestro pensamiento la representación de un objeto a la de su contrario. Como todo otro desplazamiento, se halla esta inversión al servicio de los fines de la censura, pero es también, con frecuencia, obra de la realización de deseos, pues esta realización de deseos no consiste sino en la sustitución de algo desagradable por su contrario. Del mismo modo que las representaciones de objetos, pueden también aparecer invertidos en el sueño los afectos de las ideas latentes, y es muy probable que esta inversión de los afectos sea obra de la censura en la mayoría de los casos. La *represión* y la *inversión de los afectos* son también utilizadas en la vida social, en la que ya encontramos un proceso análogo al de la censura onírica para el *disimulo*. Cuando hablamos con una persona a la que quisiéramos decir algo hostil, viéndonos obligados a callarlo por consideraciones de orden social, habremos de ocultar las manifestaciones de nuestros afectos con el mismo cuidado que ponemos en atenuar la expresión de nuestros pensamientos. En efecto, si mientras le dirigimos palabras corteses le miramos con gesto de odio o de desprecio, el efecto que nuestra actitud producirá a dicha persona no será muy distinto del que hubiéramos logrado arrojándole a la cara nuestro desprecio sin atenuación alguna. La censura nos aconseja, pues, que reprimamos, ante todo, nuestros afectos. Aquellos que llegan a ser maestros en el arte del disimulo consiguen fingir el afecto contrario al que verdaderamente sienten, y sonríen cuando quisieran morder o se muestran cariñosos con los que desearían aniquilar.

Conocemos ya un acabado ejemplo de tal inversión de los afectos en el sueño y al servicio de la censura. En el «sueño de la barba de mi tío» siento gran cariño hacia mi amigo R., mientras que en las ideas latentes le califico de imbécil. De este ejemplo de inversión de los afectos extrajimos el primer indicio de la existencia de una censura onírica. No es tampoco necesario suponer a este respecto que la elaboración onírica crea en todas sus partes tal afecto contrario, pues, generalmente, lo encuentra ya dado en el material latente y se limita a reforzarlo con la energía psíquica de los motivos de repulsa hasta hacerse alcanzar intensidad suficiente para constituirse en elemento dominante de la formación del sueño. En el citado sueño de «la barba de mi tío» procede probablemente el cariñoso afecto contrario de una fuente infantil (como nos indica la continuación del sueño), pues las relaciones entre tío y sobrino han constituido luego para mí, por la especial naturaleza de mis más tempranas experiencias infantiles (véase el análisis del sueño *Non vixit*), la fuente de todas mis amistades y todos mis odios.

Un sueño comunicado por Ferenczi nos ofrece un excelente ejemplo de tal inversión de los afectos^[490]. Un individuo de avanzada edad es despertado una noche por su mujer, asustada de oírle reír entre sueños a grandes carcajadas. El durmiente relató luego haber soñado lo siguiente: «Una persona conocida entra a verme estando yo en la cama. Quiero encender la luz, pero no lo consigo, y todos mis intentos resultan vanos. Entonces se levanta mi mujer de la cama para ayudarme, mas no logra tampoco el resultado apetecido y, avergonzada de mostrarse en paños menores ante un extraño, vuelve a acostarse. Me parece tan cómico todo esto, que no puedo reprimir la risa. Mi mujer me pregunta: ‘¿De qué te ríes?’ Pero yo sigo riendo hasta que despierto». Al día siguiente se sintió el sujeto muy deprimido y tuvo un fuerte dolor de cabeza «de tanto como se había reído aquella noche».

Analíticamente considerado, es éste un sueño mucho menos divertido. La persona ‘conocida’ que entra a ver al sujeto es, en las ideas latentes, ‘la gran incógnita’ —la muerte—, cuya imagen ocupó durante el día anterior los pensamientos del sujeto, anciano ya y enfermo de arteriosclerosis. La risa incoercible que le acomete es una sustitución del llanto enlazado a la idea de que ha de morir. La luz que ya no puede encender es la luz de la vida. Esta melancólica idea se halla, quizá, relacionada, con recientes tentativas de realizar el coito, fracasadas totalmente, sin que le sirviera de nada el auxilio de su mujer

en ropas menores. El sujeto advierte, pues, que va ya cuesta abajo. La elaboración onírica supo transformar la triste idea de la impotencia y de la muerte en una escena cómica, y los sollozos en carcajadas.

Existe cierto género de sueños que merecen el calificativo de *hipócritas* y plantean un difícil problema a la teoría de la realización de deseos. Mi atención recayó sobre ellos cuando la señora Frau Dr. M. Hilferding puso a discusión en la Asociación Psicoanalítica de Viena los sueños siguientes, cuyo relato desarrolla Rosegger en una narración —*'Fremd gemacht'*— incluida en la obra titulada *Waldheimat* (tomo II, pág. 303).

He aquí la parte que de dicha narración nos interesa:

«Gozo, en general, de un apacible reposo. Pero durante una larga época quedó perturbada la serenidad de mis noches por el resurgimiento de mi pasado de oficial de sastre, que venía a interrumpir, como un fantasma inexorable, mi modesta vida de estudiante y literato.

»Este continuo retorno de mi pretérita actividad manual en mis sueños no podía ser atribuido a que su recuerdo ocupara vivamente mis pensamientos diurnos. Un ambicioso, que ha abandonado su piel de filisteo para escalar las alturas y hacerse un lugar en la sociedad, tiene otras cosas que hacer. Pero en esta época de lucha tampoco me preocupaban mis sueños. Sólo después, cuando me acostumbré a meditarlo todo, o quizá cuando el filisteo comenzó a resurgir algo en mí, fue cuando me di cuenta de que siempre que soñaba volvía a ser en mi sueño el antiguo oficial de sastre y que, de este modo, llevaba ya mucho tiempo trabajando gratis por las noches para mi maestro. Mientras me veía a su lado, cosiendo o planchando, tenía, sin embargo, perfecta conciencia de que no era ya aquel mi lugar ni aquellas mis ocupaciones propias; pero siempre acababa por explicarme mi presencia allí alegando alguna causa racional; por ejemplo, la de que estaba en vacaciones o de veraneo y había ido al taller para ayudar un poco a mi maestro. Con frecuencia me inspiraba la tarea intenso desagrado, y lamentaba tener que perder en ella un tiempo que hubiera podido ocupar en cosas más útiles y gratas. Mientras tanto, tenía que aguantar, además, los regaños del maestro cuando una prenda no salía a su gusto. En cambio, no se hablaba jamás de remuneración ni salario algunos. Muchas veces, viéndome encorvado sobre la labor en el oscuro taller, me proponía dejar el trabajo y despedirme. En una ocasión llegué a hacerlo así; pero el maestro no se dio por enterado, y continué trabajando sin chistar.

»¡Cuán bien venido era para mí el despertar después de aquellas largas horas

de tedio! Pero en vano me proponía siempre rechazar lejos de mí, con toda energía, aquel inoportuno sueño, cuando volviera a representarse, gritándole: No eres sino una vana fantasía... Sé que estoy en mi lecho y quiero dormir... La noche siguiente volvía a trasladarme al taller.

»Así pasaron varios años, sin que nada cambiase. Pero una vez, hallándonos trabajando en casa de aquel labrador para el que di mis primeras puntadas de aprendiz, se mostró el maestro muy descontento de mi trabajo, y mirándome ceñudamente, me dijo: 'Quisiera saber en qué estás pensando'. Al oír estas palabras, imaginé que lo más razonable sería abandonar mi sitio, decir al maestro que si estaba allí era únicamente por hacerle un favor ayudándole, y marcharme. Pero no lo hice, y consentí que el maestro tomase un aprendiz y me ordenase que le hiciera sitio en mi banco. Fui a sentarme en un rincón y seguí cosiendo. Aquel mismo día fue admitido otro oficial, que por cierto resultó ser aquel bohemio que había trabajado con nosotros diecinueve años antes y se cayó un día al arroyo yendo a la taberna. Cuando quiso sentarse no había ya sitio para él. Miré entonces interrogativamente al maestro, el cual me dijo: 'No tienes habilidad ninguna para este oficio; *puedes irte, estás despedido*'. Tanto sobresalto me produjeron estas palabras, que desperté de mi sueño.

»La luz del alba comenzaba a penetrar por las ventanas en mi sereno hogar. En torno mío, mis amadas obras de arte adornaban la habitación. En la biblioteca, elegantemente tallada, me esperaban el eterno Homero, el gigantesco Dante, el incomparable Shakespeare, el glorioso Goethe —todos los inmortales—. Desde la habitación vecina llegaban las vocecitas de mis hijos parloteando con su madre. Me parecía haber hallado de nuevo, después de mucho tiempo, esta vida apacible, idílica, tierna, luminosa y henchida de poesía en la que tantas veces he sentido profundamente toda la felicidad a que el hombre puede aspirar. Sin embargo, me desazonaba la idea de no haberme anticipado a mi maestro, dando así lugar a que me despidiera.

»Pero, ¡cosa singular!, desde aquella noche en que fui despedido gozo de completa tranquilidad y no sueño ya con mi lejano pasado de obrero manual, tan alegre en su falta de aspiraciones y que, sin embargo, ha proyectado después tan larga sombra sobre mi vida».

En esta serie de sueños del poeta, que en su juventud había sido oficial de sastre, resulta muy difícil reconocer el dominio de la realización de deseos. Todo lo que puede serle grato pertenece a su vida despierta. En cambio, sus sueños parecen arrastrar de continuo la sombra fantasmal de una insatisfactoria

existencia, por fin superada. El examen de algunos casos análogos me ha permitido arrojar alguna luz sobre los sueños de este género. Recién doctorado, trabajé algún tiempo en un instituto químico, sin adelantar lo más leve en las cuestiones científicas en él estudiadas, razón por la cual no me ha sido nunca grato ocupar mi pensamiento despierto con el recuerdo de aquella época de mis estudios, tan estéril como humillante para mi amor propio. En cambio, sueño con gran frecuencia hallarme en el laboratorio, donde efectúo análisis, me suceden diversas cosas, etc. Estos sueños son tan displacientes como los de examen y nunca muy claros ni precisos. En la interpretación de uno de ellos recayó, por fin, mi atención sobre la palabra «análisis», que me proporcionó la clave de su inteligencia.

Después de aquella época he llegado a ser un «analítico» y efectúo «análisis» que son muy alabados, aunque claro es que no *análisis químicos*, sino *psicoanálisis*. De este modo se me hicieron ya comprensibles tales sueños. Cuando el éxito de esta clase de análisis me ha enorgullecido durante el día y me siento inclinado a vanagloriarme de los grandes progresos realizados en tal materia, me presenta el sueño, por la noche, aquellos otros análisis en los que fracasé y que no me dan ciertamente motivo ninguno de orgullo. Trátase, pues, de sueños primitivos que castigan al *parvenu*, como los del oficial de sastre que ha llegado a ser un festejado poeta. Pero ¿cómo es posible que el sueño, situado ante el conflicto entre el orgullo del *parvenu* y la autocritica, se ponga al servicio de esta última y tome como contenido una advertencia razonable, en lugar de una ilícita realización de deseos? Ya indiqué antes que la respuesta a esta interrogación entraña no poca dificultad. Podríamos concluir que la base del sueño se hallaba constituida primeramente por una presuntuosa fantasía ambiciosa, pero que, en su lugar, ha pasado al contenido manifiesto una atenuación y humillación de la misma. Hemos de recordar que en la vida anímica existen tendencias masoquistas a las que podemos atribuir tal inversión. No tendría nada que oponer a que los sueños de este género fueran separados de los *sueños de realización* de deseos y consideraciones, aparte, como *sueños punitivos*, pues no vería en ello una restricción de la teoría de los sueños hasta aquí defendida, sino simplemente un medio de facilitar la comprensión de este estado de cosas a aquellos que no llegan a concebir la coincidencia de los contrarios. Pero un más penetrante examen de estos sueños nos proporciona aún otros datos. El impreciso contexto de uno de mis sueños con el laboratorio me volvía a la juventud y me situaba en el año más estéril y sombrío de mi carrera

médica, cuando, sin colocación ni clientela ninguna, ignoraba cómo podría ganarme la vida. Pero al mismo tiempo me mostraba en el trance de elegir mujer entre varios partidos que se me ofrecían. Me situaba, pues, de nuevo en plena juventud y, sobre todo, en la época en que también era joven la mujer que compartió mi vida en aquellos años difíciles. De este modo se me reveló el deseo constante de todo hombre cercano ya a la vejez como el inconsciente estímulo provocador de este sueño. La lucha empeñada en otros estratos psíquicos entre la vanidad y la autocritica había determinado, ciertamente, el contenido manifiesto; pero su producción como tal sueño se debía únicamente al deseo de juventud, más profundamente arraigado. Cuántas veces nos decimos despiertos: «Hoy me va muy bien, y, en cambio, aquellos tiempos fueron muy duros para mí; pero entonces poseía algo mejor que todo: la juventud^[491]».

Otro género de sueños, muy frecuentes en mí y también de carácter hipócrita, tienen por contenido mi reconciliación con personas a las que me ligaron lazos de amistad, rotos o debilitados después. El análisis descubre siempre en estos sueños un motivo que podría incitarme a prescindir del resto de consideración que aún guardo a tales antiguos amigos y a tratarlos como extraños o como enemigos. Pero el sueño se complace en pintar la relación contraria.

Al juzgar los sueños comunicados por un poeta en una narración literaria hemos de tener en cuenta que probablemente ha excluido de su relato aquellos detalles del contenido manifiesto que creyó insignificantes o perturbadores. Tales sueños nos plantean de este modo enigmas que una exacta reproducción del contenido manifiesto explicaría en el acto.

O. Rank me ha llamado la atención sobre uno de los cuentos de Grimm —titulado *El sastrecillo valiente* o *Yo maté siete de un golpe*—, en el que se incluye un análogo sueño de un *parvenu*. El sastrecillo, que ha conquistado fama de héroe y se ha casado con la hija del rey, sueña una noche con su antiguo oficio y pronuncia palabras que despiertan sospechas en la princesa. A la noche siguiente hace ésta penetrar en la alcoba a varios hombres de armas con la consigna de espiar las palabras que se le escapan a su marido durante el reposo y apoderarse de él si tales palabras confirman sus sospechas. Pero el sastrecillo, avisado, sabe rectificar su sueño.

La complicación de los procesos de supresión, sustracción e inversión, mediante los cuales pasan los afectos de las ideas latentes a constituir los del sueño manifiesto, se nos evidencia en apropiadas síntesis de sueños totalmente

analizados. Expondré aquí todavía varios ejemplos que ilustrarán algunas de las afirmaciones antes expuestas sobre el fenómeno afectivo en los sueños.

V

En el sueño del extraño trabajo que el viejo Brücke me ha encomendado —el de disecar la mitad inferior de mi propio cuerpo— *echo de menos en el mismo sueño el espanto que tal labor debía, naturalmente, producirme*. Esta circunstancia constituye, en más de un sentido, una realización de deseos. La preparación anatómica representa el amplio autoanálisis contenido en mi libro sobre los sueños, y cuya publicación me es en extremo desagradable, hasta el punto de que, teniendo terminado el manuscrito hace más de un año, no me he decidido aún a enviarlo a la imprenta. Sin embargo, abrigo el deseo de dominar esta sensación que me retiene de dar a conocer mi trabajo, y por este motivo no experimento en el sueño *terror (Grauen)* ninguno. Pero la palabra *Grauen* (terror) tiene también otro sentido (*grauen = encanecer*), en el que tampoco quisiera que pudiera serme aplicada. Hace ya tiempo que mis cabellos han comenzado a «encanecer», indicándome que no debo ya retrasar aquello que desee llevar a cabo en la vida. Ya vimos que al final del sueño queda representada la idea de que habré de abandonar a mis hijos la continuación de mi obra y la alegría de llegar al fin después de difícil peregrinación.

Hemos expuesto antes dos sueños que transfieren a los instantes inmediatamente posteriores al despertar la expresión de la satisfacción. En el primero aparece motivado este afecto por la esperanza de averiguar lo que significa el «Yo he soñado ya esto» dentro del sueño mismo y corresponde en realidad al nacimiento de los primeros hijos. En el segundo se muestra enlazado al convencimiento de que se cumplirá ahora aquello que «signos anteriores anunciaron», y se refiere verdaderamente al nacimiento de mi segundogénito. Ambos contenidos manifiestos muestran afectos idénticos a los dados en sus ideas latentes respectivas; pero esta circunstancia no nos autoriza a suponer que ha tenido efecto un simple paso de dichos afectos de un contenido a otro. El sueño no muestra nunca tanta sencillez. En efecto, profundizando un poco más en el análisis de estos ejemplos, descubrimos que tal satisfacción exenta de toda censura, queda incrementada por un refuerzo suministrado por otra fuente sobre la que habría de recaer el veto de la misma y cuyo afecto despertaría la más

enérgica oposición si no se ocultara detrás del de idéntica cualidad procedente de la fuente permitida, deslizándose así a su amparo. Por desgracia, no me es posible demostrar esta circunstancia en el sueño a que nos venimos refiriendo; pero un ejemplo tomado de otra distinta esfera aclarará suficientemente estas opiniones. Supongamos el caso siguiente: Hay una persona que me inspira odio hasta el punto de hacer surgir en mí una viva tendencia a alegrarme de que le ocurra alguna desgracia. Pero, como mis sentimientos morales no se pliegan a esta tendencia, no me atrevo a exteriorizar mis malos deseos, y si la desgracia recae sobre dicha persona, sin culpa alguna por su parte, reprimiré mi satisfacción y me esforzaré en sentir y exteriorizar la compasión debida. Todos nos hemos hallado alguna vez en esta situación. Pero puede también suceder que la persona odiada cometa una extralimitación cualquiera y atraiga sobre sí de este modo merecidas calamidades. Entonces podremos dejar libre curso a nuestra satisfacción ante el justo castigo recibido por el culpable y nos exteriorizaremos en esta forma, coincidiendo al hacerlo así con toda persona imparcial. Sin embargo, no dejaremos de observar que nuestra satisfacción resulta más intensa que la de los demás, habiendo recibido un refuerzo de la fuente de nuestro odio, a la que hasta entonces había impedido la censura proporcionar afecto ninguno, pero que ha sido ahora libertada de toda coerción por la transformación de las circunstancias. Este caso se realiza en la sociedad siempre que una persona antipática o perteneciente a una minoría mal vista incurre en alguna falta. Su castigo no suele entonces ser proporcionado al delito, pues se agrega a éste la mala voluntad que contra el sujeto se abriga y que ha debido resignarse antes a permanecer estéril. Los jueces cometen, sin duda, así una injusticia; pero la satisfacción que en su interior les produce la cesación de una represión durante tanto tiempo mantenida les impide darse cuenta de ello. En estos casos se halla perfectamente justificado el afecto en lo que a su cualidad se refiere, pero no en lo que respecta a su medida, y la autocrítica, tranquilizada en un punto, descuida fácilmente el examen del segundo. Una vez abierta la puerta, entra fácilmente más gente de la que al principio se pensó admitir

El singularísimo rasgo que presenta el carácter neurótico de reaccionar a un estímulo con afectos cualitativamente justificados, pero desmesurados cuantitativamente, queda explicado de este modo en tanto en cuanto puede ser objeto de una explicación psicológica. Pero el exceso procede de fuentes afectivas inconscientes y reprimidas hasta el momento que logran hallar un enlace asociativo con el motivo real, y a cuyo desarrollo de afecto abre el

camino, deseando una fuente de afectos lícita y libre de toda objeción. De este modo echamos de ver que entre la instancia anímica reprimida y la represora no debemos limitarnos a tener en cuenta únicamente las relaciones de coerción recíproca, pues merecen también igual atención aquellos casos en los que por medio de una acción conjunta y una mutua intensificación producen ambas instancias un efecto patológico. Apliquemos ahora estas observaciones sobre mecánica psíquica a la inteligencia de las manifestaciones afectivas del sueño. Una satisfacción exteriorizada en el sueño y que naturalmente existe también en las ideas latentes, no queda siempre explicada en toda su extensión por este descubrimiento. En todos los casos tendremos que buscarle en las ideas latentes una segunda fuente sobre la que gravita la presión de la censura, y que bajo esta presión no hubiera producido satisfacción, sino el afecto contrario, pero que es colocada por la presencia de la primera fuente onírica en situación de sustraer su afecto de satisfacción a la represión y agregarlo, en calidad de refuerzo, a la satisfacción procedente de otra fuente distinta. Los afectos del sueño resultan, pues, compuestos por aportaciones de diversas fuentes y superdeterminados con respecto a las ideas latentes: *Todas las fuentes susceptibles de producir el mismo afecto se unen a este fin en la elaboración*^[492].

El análisis del acabado sueño, cuyo nódulo central se halla constituido por las palabras *non vixit*, nos aclara un poco este complicado estado de cosas. Este sueño muestra concentradas en dos puntos de su contenido manifiesto exteriorizaciones afectivas de diversas cualidades. Sentimientos hostiles y displacientes en el mismo sueño (se dice: «Embargado entonces por singulares afectos...») se acumulan y superponen en el momento en que aniquilo a mi amigo y adversario con las dos palabras indicadas. Al final del sueño siento gran regocijo y acepto la opinión —reconocidamente absurda— de que existen fantasmas que podemos hacer desaparecer con sólo deseárselo.

No he comunicado aún la motivación de este sueño, esencialísima y que nos hace penetrar profundamente en su inteligencia. Mi amigo de Berlín —al que he designado con las letras Fl— me había escrito que pensaba someterse a una operación quirúrgica y que unos parientes suyos, residentes en Viena, me tendrían al corriente de su estado durante aquellos días. Las primeras noticias posteriores a la operación no fueron nada satisfactorias y me pusieron en cuidado. Hubiera querido acudir al lado de mi amigo; pero precisamente por entonces me hallaba aquejado de una dolorosa enfermedad que convertía en

atroz tortura cada uno de mis movimientos. Las ideas latentes me demuestran que la vida de mi amigo llegó a inspirarme serios temores. Su única hermana, a la que no llegué a conocer, había muerto en plena juventud, después de brevísima enfermedad. (*En el sueño habla Fl. de su hermana y dice: «En tres cuartos de hora quedó muerta».*) Imaginando que la naturaleza de mi amigo no era mucho más resistente, debí figurarme que, después de recibir peores noticias, emprendía, por fin, el viaje... y llegaba demasiado tarde, cosa que me hubiera reprochado eternamente^[493]. Este reproche de haber llegado tarde pasa a constituir el centro del sueño; pero queda representado en una escena en la que Brücke, el venerado maestro de mis años de estudiante, me lo hace presente acompañándolo de una terrible mirada de sus azules ojos. No pudiendo reproducir el sueño esta escena tal como fue vivida, la transforma, atribuyéndome el papel aniquilador, inversión que es, sin duda alguna, obra de la realización de deseos. Los cuidados que me inspira la vida de mi amigo, el reproche de no acudir a su lado, la vergüenza que ello me produce (mi amigo ha venido *inesperadamente* a Viena) y mi necesidad de considerarme perfectamente disculpado por la enfermedad que me impide moverme, son los elementos que componen la tempestad de sentimientos que se desarrolla en la región correspondiente de las ideas latentes y es claramente percibida durante el reposo.

En la motivación del sueño había aún algo más, que produjo en mí un efecto totalmente contrario. Al darme las primeras noticias, nada tranquilizadoras en los días que siguieron a la operación, se me hizo la advertencia de que no las comunicase a nadie, advertencia que me ofendió por el juicio que sobre mi discreción significaba. Sabía, desde luego, que mi amigo no había encargado a nuestro intermediario nada semejante y que se trataba de una oficiosidad de este último; pero el reproche en ella oculto me desagradó extraordinariamente porque no era del todo injustificado. Aquellos reproches en los que no hay algo de verdad no suelen indignarnos tanto. Mi amigo Fl. no podía ciertamente tener motivo ninguno para dudar de mi discreción; pero una vez, en años juveniles, hablé más de lo conveniente y ocasioné un disgusto entre dos personas que me honraban con su amistad, contando a una algo que sobre ella había dicho la otra. Los reproches de que por entonces se me hizo objeto permanecen grabados para siempre en mi memoria. Uno de los amigos entre los que sembré en aquella ocasión la discordia era el profesor Fleischl; el otro puede ser sustituido por el nombre de *José*, que era también el de mi amigo y adversario P., resucitado por

mi sueño.

Del reproche de que no sé guardar nada para mí testimonia en el sueño la pregunta de Fl. («¿Qué es lo que sobre él ha contado a P.?») La intervención de este recuerdo es lo que transfiere desde el presente al tiempo en que iba al laboratorio de Brücke el reproche de que llego tarde. Sustituyendo en la escena del aniquilamiento la persona de mi interlocutor por un «José», hago que esta escena represente no sólo el reproche de que llego tarde, sino también el otro, más rigurosamente sometido a la censura, de que no sé guardar ningún secreto. La labor de condensación y desplazamiento del sueño, así como los motivos del mismo, se hacen aquí evidentes.

Mi disgusto ante la advertencia de conservar el secreto, mitigado ya en el momento del sueño, extrae, en cambio, un refuerzo de fuentes muy profundas, y se convierte de este modo en una impetuosa corriente de sentimientos hostiles contra personas que, en realidad, me son muy queridas. La fuente que proporciona este refuerzo mana en lo infantil. He relatado ya que, tanto mis calurosas amistades como mis enemistades con personas de mi edad, se enlazan a mis relaciones infantiles con mi sobrino John, un año mayor que yo. Ya he indicado repetidamente las características de estas relaciones. Como un sobrino me dominaba por su mayor edad, tuve que aprender tempranamente a defenderme, y vivimos así inseparablemente unidos y queriéndonos mucho, pero también peleándonos, pegándonos —y *acusándonos*—. Todos mis amigos posteriores han constituido y constituyen, en cierto sentido, encarnaciones de esta figura de mi infantil compañero y fantasmales reapariciones^[494] de la misma (*revenants*). Mi sobrino mismo retornó a mi casa en mis años de adolescencia, siendo entonces cuando representamos la escena entre César y Bruto. Un íntimo amigo y un odiado enemigo han sido siempre necesidades imprescindibles de mi vida sentimental, y siempre he sabido procurármelos de nuevo. No pocas veces quedó reconstituido tan completamente este ideal infantil, que amigo y enemigo coincidieron en la misma persona, aunque naturalmente, no al mismo tiempo ni en constante oscilación, como sucedió en mis primeros años.

No podemos emprender aquí la investigación de la forma en que dadas estas conexiones puede un motivo de afecto retroceder hasta otro análogo infantil, para hacerse sustituir por él en el desarrollo de afecto. Es ésta una cuestión que pertenece a la psicología del pensamiento inconsciente, y hallaría su lugar en una

explicación psicológica de las neurosis. Para la interpretación que de momento nos ocupa supondremos que en este punto del análisis surge una reminiscencia infantil —exacta o fantaseada— cuyo contenido es el que sigue: los dos niños comienzan a pelearse por la posesión de un objeto, que dejaremos aquí indeterminado, aunque el recuerdo o la fantasía lo concretan perfectamente. Ambos alegan haber *llegado antes* y tener, por tanto, mejor derecho. Pero como ninguno quiere ceder, vienen a las manos. Por determinadas indicaciones del sueño podría suponerse que la razón no estaba esta vez de mi parte («dándome cuenta de mi error» o «de que me expreso mal»); pero la fuerza decide en mi favor, y quedo dueño del campo de batalla. El vencido acude a mi padre y abuelo suyo para acusarme; pero yo me defiendo con las palabras ya indicadas en mi anterior examen de este sueño y que me fueron repetidas por mi padre en años posteriores: «Le pego porque él me ha pegado antes».

Esta reminiscencia, o más probablemente fantasía, que surge en mí durante el análisis del sueño —sin garantía ninguna y sin que yo mismo sepa cómo— constituye en las ideas latentes un elemento intermedio que reúne los sentimientos afectivos de las mismas, como la concha de una fuente monumental recoge las aguas de los surtidores para verterlas después en la taza. Partiendo de este elemento intermedio, emprenden las ideas latentes los caminos que siguen: Te está muy bien empleado haber tenido que dejarme libre el puesto a la fuerza. ¿Por qué quisiste arrojarme antes de él? No te necesito para nada. Ya encontraré otro con quien jugar, etc. Estos pensamientos siguen luego caminos que vuelven a llevarlos a la representación onírica. En una ocasión hube de reprochar un tal *ôte-toi que je m'y mette* a mi difunto amigo José. Siguiendo mis huellas, había entrado como aspirante en el laboratorio de Brücke, institución en la que el ascenso no solía ser rápido. Mi amigo, que sabía su vida limitada y al que ninguna relación de amistad ligaba con su inmediato superior, manifestó claramente su impaciencia en varias ocasiones. Dado que dicha persona padecía una grave enfermedad, el deseo de verle conseguir un ascenso, esto es, dejar su puesto, podía encubrir otro menos piadoso. Años antes había yo abrigado también, y más vivamente aún, el deseo de que se produjese una vacante. Todo escalafón da siempre motivo a represiones de deseos de este género. Recordemos al príncipe Hal de la obra de Shakespeare—, que no supo resistir a la tentación de probarse la corona del rey, su padre, junto al lecho en que éste yacía enfermo. Mi sueño castiga tan desconsiderada impaciencia; pero, como era

de esperar, no lo hace en mi propia persona, sino en la de mi amigo^[495].

«Porque era ambicioso, le maté». Porque no podía esperar que el otro le dejara el puesto, fue él expulsado del que ocupaba en la vida. Este pensamiento surgió en mí mientras asistía a la inauguración del monumento erigido al otro en la Universidad. Una parte de la satisfacción experimentada en el sueño significa, pues: «Ha sido un justo castigo. Te está bien empleado».

En el entierro de mi amigo (P.) hizo un joven la observación de que el orador que había pronunciado el discurso necrológico se había expresado como si el mundo no pudiese continuar subsistiendo sin aquel hombre, observación a primera vista poco oportuna, pero que respondía al honrado sentimiento del hombre sincero que ve perturbado su dolor por una inútil exageración. A estos conceptos se enlazan luego las ideas latentes de mi sueño. En realidad, nadie es insustituible. ¡A cuántos amigos y conocidos he acompañado yo a la tumba! Pero yo vivo todavía; he sobrevivido a todos y conservo mi puesto. Tal pensamiento, en el instante en que temo no encontrar ya en vida a mi amigo si acudo a su lado, no puede significar sino que me alegro de sobrevivir nuevamente a alguien, de que el que ha muerto haya sido él y no yo, y de que conservo mi puesto, como antes, en la escena infantil fantaseada. Esta satisfacción de conservar mi puesto, procedente de lo infantil, encubre la parte principal del afecto acogido en el sueño. Me alegro de sobrevivir a mi amigo, y lo manifiesto con el ingenuo egoísmo que campea en la conocida anécdota: «El marido, a su mujer: ‘Si uno de nosotros muere, me iría a vivir a París’.»

No puede ocultarse a nadie lo mucho que nos es preciso vencernos para analizar y comunicar nuestros propios sueños, que parecen revelarnos como el único ser perverso entre todas las nobles criaturas que nos rodean. Encuentro, por tanto, muy comprensible que los *revenants* nos sustituyan sólo mientras queremos, que podamos hacerlos desaparecer con sólo desearlo. Esto ha sido lo que ha motivado el castigo de mi amigo José. Por otro lado, los *revenants* son las sucesivas encarnaciones de mi infantil amigo, y de este modo se refiere también mi satisfacción a haber logrado sustituir siempre con otras las amistades perdidas. También para la que ahora estoy a punto de perder encontraré sustitución. Nadie es insustituible.

Mas ¿dónde permanece aquí la censura onírica? ¿Por qué no acude a oponerse enérgicamente a este proceso mental tan groseramente egoísta y no transforma en profundo displacer la satisfacción que a él se muestra enlazada? A

mi juicio, obedece esta conducta a que otros procesos mentales por completo irreprochables provocan también satisfacción y encubren con este afecto el de igual carácter emanado de las fuentes infantiles prohibidas. Durante la solemne inauguración del monumento en la Universidad surgieron también en mí los pensamientos siguientes: He perdido ya muchos y muy queridos amigos; unos me han sido arrebatados por la muerte; otros no han sabido conservar mi amistad. Pero, afortunadamente, he logrado sustituirlos, pues tengo hoy uno que significa para mí más que todos los otros y al que conservaré siempre^[496], pues he llegado ya a una edad en la que es difícil establecer amistades nuevas. La satisfacción de haber hallado tal sustitución de los amigos perdidos puede pasar al sueño sin dificultad ninguna; pero detrás de ella se desliza la satisfacción hostil procedente de una fuente infantil. El cariño infantil contribuye, sin duda, a reforzar el actual; pero también el odio infantil se ha abierto camino en la representación.

El sueño contiene, además, una clara alusión a otro proceso mental del que también emana satisfacción. Mi amigo ha tenido hace poco una hija, después de larga espera. Sé cuánto sintió la muerte de su joven hermana, y le he escrito que transferirá a la niña todo el cariño que su hermana le inspiraba, y logrará así olvidar, por fin, la irreparable pérdida.

Así, pues, también esta serie de pensamientos va a enlazarse a aquella idea intermedia del contenido latente, de la que luego parten diversos caminos en direcciones contrarias: nadie es insustituible. Mira, todos son *revenants*; todo lo que hemos perdido vuelve a nosotros. En este punto quedan estrechados los lazos asociativos de los elementos —tan contradictorios— de las ideas latentes por la circunstancia casual de que la hija recién nacida de mi amigo ha recibido el nombre de *Paulina*, nombre que es también el de una compañera de mis juegos infantiles, niña de mi misma edad y hermana de mi más antiguo amigo y adversario. Esta coincidencia me produce *satisfacción*, y aludo a ella sustituyendo en mi sueño un *José* por otro *José* y escogiendo luego, para designar a mi amigo de Berlín, las iniciales Fl., coincidentes con las de otro personaje del sueño —el profesor Fleischl—. Partiendo de aquí conduce una concatenación de ideas a los nombres de mis propios hijos, en cuya elección no me ha guiado nunca la moda del día, sino el deseo de rememorar a personas queridas. Estos nombres hacen que mi hijos sean también, en cierto modo, *revenants*. Y, en definitiva, ¿no constituyen nuestros hijos nuestro único acceso a

la *inmortalidad*?

Añadiré aún algunas observaciones sobre los afectos del sueño, considerados desde un diferente punto de vista. En el alma del durmiente puede hallarse contenida una inclinación afectiva —la que denominamos estado de ánimo— a título de elemento dominante y contribuir entonces a determinar el sueño. Este estado de ánimo puede surgir de los sucesos y pensamientos del día y puede tener fuentes somáticas. En ambos casos aparecerá acompañado de procesos mentales correspondientes a su naturaleza. Mas para la formación de los sueños es indiferente que este contenido de representaciones aparezca condicionado primariamente por la inclinación afectiva o despertado por una disposición sentimental de origen somático. La formación de los sueños se halla siempre sujeta a la limitación de no poder representar sino lo que constituye una realización de deseos, ni tomar su fuerza motriz psíquica más que del deseo. El estado de ánimo dado de momento recibirá el mismo trato que la sensación surgida durante el reposo (cap. 6, apart. *b*, 5), la cual es despreciada o transformado su sentido en el de una realización de deseos. Los estados de ánimo displacientes dados durante el reposo se constituyen en fuerzas impulsoras del sueño, despertando enérgicos deseos que el mismo ha de cumplir, y el material al que se hallan ligados es elaborado hasta hacerlo utilizable para la expresión de una realización de deseos. Cuanto más intenso y dominante es en las ideas latentes el estado de ánimo displaciente, más seguramente aprovecharon las tendencias optativas reprimidas la ocasión que de conseguir una representación se les of rece, pues encuentran ya realizada, por la existencia actual de un displacer que en caso contrario habrían de engendrar por sí propios, la parte más penosa de la labor que les sería necesario llevar a cabo para pasar el sueño manifiesto. Con estas observaciones rozamos de nuevo el problema de los sueños de angustia, que demostrarán ser el caso límite del rendimiento onírico.

I) La elaboración secundaria.

Llegamos, por fin, a la exposición del cuarto de los factores que participan en la formación de los sueños.

Prosiguiendo la investigación del contenido manifiesto en la forma antes iniciada, o sea inquiriendo en las ideas latentes el origen de aquellos fenómenos que atraen nuestra atención en dicho contenido, tropezamos con elementos para

cuyo esclarecimiento precisamos de una hipótesis totalmente nueva. Recuérdense los casos en que, sin dejar de soñar, nos asombramos o indignamos de un fragmento del mismo contenido manifiesto. La mayor parte de estos sentimientos críticos del sueño no van dirigidos contra el contenido manifiesto, sino que demuestran ser partes del material onírico tomadas de él y adecuadamente utilizadas. Así nos lo han probado con toda claridad los ejemplos correspondientes. Pero hay algo que no consiente tal derivación y para lo que no encontramos en el material onírico elemento ninguno correlativo. ¿Qué significa, por ejemplo, el juicio crítico «Esto no es más que un sueño», tan frecuente dentro del sueño mismo? Es ésta una verdadera crítica del sueño, idéntica a la que pudiera desarrollar nuestro pensamiento despierto. En algunas ocasiones no constituye sino un elemento precursor del despertar, y en otras, más frecuentes, aparece, a su vez, precedida de un sentimiento displaciente, apaciguado luego al comprobar que no se trata sino de un sueño. La idea: «No es más que un sueño», dentro del sueño mismo, tiende a disminuir la importancia de lo que el sujeto viene experimentando y conseguir así que tolere una continuación. Sirve, pues, para adormecer a cierta instancia, que en el momento dado tendría motivos más que suficientes para intervenir y oponer su veto a la prosecución del sueño. Pero es más cómodo seguir durmiendo y tolerar el sueño, «porque no es más que un sueño». Imagino que esta despreciativa crítica surge cuando la censura —nunca totalmente adormecida— se ve sorprendida por un sueño que ha logrado forzar el paso. No pudiendo ya reprimirlo, sale al encuentro de la angustia o del displacer que la sorpresa ha provocado, con la observación indicada. Trátase, pues, de una manifestación de *esprit d'escalier* por parte de la censura psíquica.

Tenemos aquí una evidente demostración de que no todo lo que el sueño contiene procede de las ideas latentes, pues existe una función psíquica no diferenciada de nuestro pensamiento despierto, que puede proporcionar aportaciones al contenido manifiesto. La interrogación que se nos plantea es la de si se trata de algo excepcional o si la instancia psíquica que ejerce la censura participa también regularmente en la formación de los sueños.

Esto último es, indudablemente, lo cierto. No puede negarse que la instancia censora, cuya influencia no hemos reconocido hasta aquí sino en restricciones y omisiones observadas en el contenido manifiesto, introduce también en el mismo ciertas interpolaciones y ampliaciones. Estas interpolaciones son con frecuencia fácilmente reconocibles, pues aparecen tímidamente expuestas, siendo iniciadas con un «como sí», no poseen muy elevada vitalidad y son siempre incluidas en

lugares en los que pueden servir de enlace entre dos fragmentos del contenido manifiesto o para la consecución de una coherencia entre dos partes del sueño. Muestran, además, menor consistencia mnémica que las derivaciones legítimas del material onírico, y cuando el sueño sucumbe al olvido son lo primero que desaparece, hasta el punto de que, a mi juicio, nuestra frecuente observación de que hemos soñado muchas cosas, pero no hemos retenido sino algunos fragmentos dispersos, obedece precisamente a la rápida desaparición de estas ideas aglutinantes. Cuando realizamos un análisis completo descubrimos tales interpolaciones por la ausencia en las ideas latentes de material que a ellas corresponda. Pero después de una minuciosa investigación podemos afirmar que es éste el caso menos frecuente. La mayor parte de las veces nos es posible referir tales ideas interpoladas a un material dado en las ideas latentes, pero a un material que ni por su valor propio ni por superdeterminación podía aspirar a ser acogido en el sueño. La función psíquica cuya actuación en la elaboración de los sueños examinamos ahora, no parece elevarse a creaciones originales, sino muy en último extremo, y utiliza, mientras le es posible, aquellos elementos del material onírico que resultan adecuados a sus fines.

Pero lo que caracteriza y delata a esta parte de la elaboración onírica es su tendencia. Esta función procede, en efecto, como maliciosamente afirma el poeta^[497] que proceden los filósofos; esto es, tapando con sus piezas y remiendos las soluciones de continuidad del edificio del sueño. Consecuencia de esta labor es que el sueño pierde su primitivo aspecto absurdo e incoherente y se aproxima a la contextura de un suceso racional. Pero no siempre corona el éxito estos esfuerzos. Existen muchos sueños así contruidos que parecen a primera vista irreprochablemente lógicos y correctos; parten de una situación posible, la continúan por medio de variaciones libres de toda contradicción y la conducen —aunque con mucho menor frecuencia— a una conclusión adecuada. Estos sueños son los que han sido objeto de más profunda elaboración por la función psíquica análoga al pensamiento despierto; parecen poseer un sentido; pero este sentido se halla también a mil leguas de su verdadera significación. Si los analizamos, nos convencemos de que es en ellos en los que la elaboración secundaria maneja con mayor libertad el material dado y respeta menos las relaciones del mismo. Son éstos sueños que, por decirlo así, han sido interpretados ya una vez antes que en la vigilia los sometiéramos a la interpretación. En otros sueños no ha conseguido avanzar esta elaboración

tendenciosa sino hasta cierto punto, hasta el cual se muestran entonces coherentes, haciéndose después disparatados o embrollados y volviendo luego, a lo mejor, a elevarse por segunda vez hasta una apariencia de comprensibilidad. Por último, hay también sueños en los que falta por completo esta elaboración y se nos muestran como un desatinado montón de fragmentos de contenido.

No quisiéramos negar perentoriamente a este cuarto poder estructurador del sueño que pronto se nos revelará como algo ya conocido en realidad —es el único de los cuatro factores de la elaboración onírica con el que ya nos hallamos familiarizados—; no le quisiéramos negar, repetimos, la capacidad de aportar al sueño creaciones originales. Pero, desde luego, podemos afirmar que su influencia se manifiesta predominantemente, como la de los otros tres, en la selección del material onírico de las ideas latentes. Existe un caso en el que la labor de aplicar al sueño una especie de fachada le resulta ahorrada casi totalmente por la preexistencia en las ideas latentes de tal formación. Estas formaciones, dadas ya de antemano en las ideas latentes, son las que conocemos con el nombre de *fantasías*, y equivalen a aquellas otras, productos del pensamiento despierto, a las que calificamos de *ensoñaciones* o *sueños diurnos*^[498] (*Tagträume*). El papel que en nuestra vida anímica desempeñan no ha sido aún completamente determinado por los psiquiatras. M. Benedikt ha iniciado un estudio muy prometedor, a mi juicio, sobre él. Por otra parte, la significación de los sueños diurnos no ha escapado a la certera y penetrante mirada del poeta: recordemos la descripción que de ellos hace un personaje secundario de *El nabab*, de Daudet. El estudio de las psiconeurosis nos conduce al sorprendente descubrimiento de que estas fantasías o sueños diurnos constituyen el escalón preliminar de los síntomas histéricos, por lo menos de toda una serie de ellos. Estos síntomas no dependen directamente de los recuerdos, sino de las fantasías edificadas sobre ellos. La frecuencia de las fantasías diurnas nos ha facilitado el conocimiento de estas formaciones; pero, además de tales fantasías conscientes, existen otras —numerosísimas— que por su contenido y su procedencia de material reprimido tienen que permanecer inconscientes. Una más minuciosa investigación de los caracteres de estas fantasías diurnas nos muestra con cuánta justicia se les ha dado el mismo nombre que a nuestros productos mentales nocturnos, o sea el de *sueños*. Comparten, en efecto, con los sueños nocturnos gran número de sus cualidades esenciales, y su investigación nos habría podido proporcionar el acceso más

immediate y fácil a la comprensión de los mismos.

Como los sueños, son estas ensoñaciones realizaciones de deseos: tienen en gran parte como base las impresiones provocadas por sucesos infantiles y sus creaciones gozan de cierta benevolencia de la censura. Examinando su construcción, comprobamos que el motivo optativo que ha actuado en su producción ha revuelto el material de que se hallan formadas y ha constituido luego con él, ordenándolo en forma diferente, una nueva totalidad. Con relación a las reminiscencias infantiles a las que se refieren, son lo que algunos palacios barrocos de Roma respecto de las ruinas antiguas cuyos materiales se han utilizado en su construcción.

En la «elaboración secundaria» del contenido onírico, que hemos atribuido al cuarto de los factores de la formación de los sueños, volvemos a hallar la misma actividad que en la creación de los sueños diurnos puede manifestarse libremente, no coartada por otras influencias. Pudiéramos afirmar sin más dilación que este nuestro cuarto factor intenta constituir con el material dado *algo como un sueño diurno*. Pero en aquellos casos en los que aparece ya constituido de antemano tal sueño diurno, relacionado con las ideas latentes del nocturno, se apoderará de él y tenderá a hacerlo pasar al contenido manifiesto. Existen, pues, sueños que no consisten sino en la repetición de una fantasía diurna que ha permanecido, quizá, inconsciente. Así, el del muchacho que se ve conducido por Diomedes en su carro de guerra. La segunda mitad de aquel sueño, en el que creo el neologismo *autodidasker*, es asimismo una fiel reproducción de una fantasía diurna inocente sobre mis relaciones con el profesor M. De la complicación de las condiciones que el sueño ha de cumplir en su formación depende el que la fantasía preexistente no constituya —como es lo más frecuente— sino una parte del sueño, o que sólo un fragmento de la misma llegue a pasar el contenido manifiesto. De ordinario es manejada entonces esta fantasía como cualquier otro elemento del material latente, pero muchas veces continúa constituyendo en el sueño una totalidad. En mis sueños suelen aparecer fragmentos que se distinguen del resto por la distinta impresión que producen. Parecen más fluidos, más coherentes y, sin embargo, más fugitivos que los demás elementos del mismo sueño, y estos caracteres me indican que se trata de fantasías inconscientes relacionadas con el sueño y acogidas por él, pero no me ha sido nunca posible determinarlas. Por lo demás, estas fantasías son acumuladas, condensadas y superpuestas, del mismo modo que todos los demás elementos de las ideas latentes. Sin embargo, puede

observarse la existencia de una escala gradual, que va desde el caso en el que constituyen casi inmodificadas el contenido manifiesto, o, por lo menos, la fachada del sueño, hasta el caso contrario, en el que no se hallan representadas en dicho contenido sino por uno de sus elementos o por una lejana alusión al mismo. En general, el destino de estas fantasías dadas en las ideas latentes depende de las ventajas que puedan ofrecer para satisfacer las exigencias de la censura y las imposiciones de la condensación.

Al escoger los ejemplos destinados a ilustrar la interpretación onírica he procurado eludir en lo posible aquellos sueños en los que desempeñaban un papel importante las fantasías inconscientes, pues la introducción de este elemento psíquico hubiera exigido amplias explicaciones sobre la psicología del pensamiento inconsciente. Pero de todos modos no es posible eludir en estas materias todo contacto con las «fantasías», pues se trata de formaciones que pasan muchas veces íntegras al sueño o se transparentan —y éste es el caso más frecuente— bajo su contenido manifiesto. Expondré, pues, un sueño que aparece compuesto por dos fantasías contrarias, aunque coincidentes en algunos puntos. Una de estas fantasías es más profunda que la otra y viene a constituir su interpretación^[499].

El contenido de este sueño —único del que no conservo anotaciones minuciosas— es aproximadamente el que sigue: El sujeto —un joven soltero— se halla sentado en un café, al que tiene costumbre de ir todos los días. Varias personas entran a buscarle; entre ellas, una que quiere prenderle. Dirigiéndose a sus contertulios, dice: «Me voy. Luego volveré y pagaré». Pero estas palabras son recibidas con burlas y protestas: «No, no; ya sabemos lo que eso quiere decir». Uno de los consumidores le grita: «Otro que se va». Luego es conducido a un estrecho local, en el que se encuentra una mujer con un niño en brazos. Uno de sus acompañantes dice: «Aquí está el señor Müller». Un comisario de Policía o un funcionario semejante hojea un montón de documentos y repite mientras tanto: «Müller, Müller, Müller». Luego le dirige una pregunta, a la que el sujeto contesta con un «sí». A continuación mira a la mujer que encontró al entrar y ve que le ha salido una poblada barba.

Los dos componentes de este sueño resultan fácilmente separables. El más superficial es una *fantasía que gira sobre la prisión del sujeto*, y nos parece constituir un producto original de la elaboración onírica. Pero detrás de ella resulta fácilmente visible el material primitivo, al que la elaboración onírica ha

impuesto una ligera transformación material, que es la *fantasía del matrimonio* del sujeto, y los rasgos comunes a ambos productos resaltan con particular intensidad, como en las fotografías compuestas de Galton. La promesa de volver a su puesto en la tertulia del café, incrédulamente acogida por los amigos, la exclamación: «¡Otro que se va!» (que se casa), y el «sí» con el que contesta al funcionario son detalles fácilmente visibles de la fantasía nupcial. El hojear un montón de papeles repitiendo una y otra vez el mismo nombre corresponde a un detalle secundario, pero bien reconocible, de los festejos nupciales; esto es, a la lectura de los telegramas de felicitación, dirigidos todos a las mismas personas. Con la presencia personal de la novia en el sueño vence la fantasía nupcial a la de prisión que la encubre. Un dato proporcionado por el sujeto nos explica porqué esta novia muestra al final una hermosa barba. Yendo de paseo con un amigo suyo, tan poco inclinado al matrimonio como él, se habían cruzado con una preciosa morena. «¡Lástima que a estas mujeres tan morenas —dijo el amigo— suela salirles luego barba corrida en cuanto pasan de la primera juventud!»

Naturalmente, no faltan en este sueño elementos que han sido objeto de más profunda deformación. Así, la frase «Luego pagaré» alude a la conducta poco agradable que algunos suegros observan en el pago de la dote. Vemos claramente que el sujeto encuentra mil reparos contra el matrimonio, reparos que le impiden entregarse con gusto a la fantasía nupcial. Uno de estos reparos —el de que al casarse pierde el hombre su libertad— queda encarnado en la transformación de la fantasía en una escena de prisión.

El descubrimiento de que la elaboración onírica se sirve con preferencia de una fantasía preexistente en lugar de crear otra original utilizando el material de las ideas latentes, nos da la solución de uno de los problemas más interesantes del sueño. En el apartado IV, capítulo 2, de la presente obra (pág. 364) expusimos el célebre sueño en el que Maury, golpeado en la nuca por la caída de una de las varillas que sostenían las cortinas de su cama, ve desarrollarse una larga serie de escenas de la Revolución francesa. Dada su coherencia y su íntima relación con el estímulo despertador, insospechado por Maury, nos queda como única hipótesis posible la de que todo este denso sueño fue compuesto y se desarrolló en el brevísimo espacio de tiempo transcurrido entre la caída de la varilla sobre el cuello del sujeto y el despertar provocado por el golpe. No pudiendo atribuir al pensamiento despierto tal rapidez, hubimos de reconocer a la elaboración onírica como atributo peculiar una singular aceleración de los procesos mentales.

Contra esta conclusión, que se hizo pronto popular, han elevado vivas objeciones autores más modernos (Le Lorrain, Eggers y otros), poniendo en duda la exactitud de la comunicación de Maury e intentando demostrar que la rapidez de nuestros rendimientos intelectuales despiertos no es menos de la que pueda atribuirse a la elaboración onírica. La discusión se desarrolla sobre problemas de principio que no podemos entrar a examinar aquí. Sin embargo, he de confesar que la argumentación de Eggers contra el sueño antes citado de Maury no me ha parecido muy convincente. Por mi parte, propondría la siguiente explicación de este sueño: ¿Sería muy inverosímil que el sueño de Maury representase una fantasía conservada en su memoria desde mucho tiempo antes y despertada —pudiera decirse aludida— en el momento de percibir el sujeto el estímulo interruptor del reposo? Esta hipótesis hace desaparecer la dificultad que nos plantea la composición de tan larga y detallada historia en el brevísimo tiempo de que para ello ha dispuesto el durmiente, pues supone la preexistencia de la historia completa. Si la varilla hubiese caído sobre el cuello de Maury hallándose éste despierto, habría quizá provocado la siguiente idea: «Parece como si me guillotinaran». Pero Maury está dormido, y la elaboración onírica aprovecha rápidamente el estímulo dado para la producción de una realización de deseos, como si pensase (claro es que esto debe ser tomado figuradamente): «He aquí una buena ocasión para dar cuerpo a la fantasía optativa que en tal o cual épico me inspiró esta o aquella lectura». Que la novela soñada presenta todas las características de aquellas fantasías que suelen construir los jóvenes bajo el imperio de poderosas impresiones es cosa, a mi juicio, indiscutible. ¿Quién no se siente arrastrado —y mucho más siendo francés e historiador— por las descripciones de los años del Terror, en los que la aristocracia francesa, flor de la nación, mostró cómo se puede morir con ánimo sereno y conservar hasta el último momento un sutilísimo ingenio y las más exquisitas maneras? ¡Y cuán atractivo resulta imaginarse ser uno de aquellos hombres que besaban sonrientes la mano de sus compañeros de infortunio antes de subir con paso firme al cadalso, o si la ambición de la fuerza que impulsa nuestra fantasía a identificarnos con una de aquellas formidables individualidades que sólo con el poder de sus ideas y de su ardiente elocuencia se impusieron a la ciudad en la que latía convulsivamente por entonces el corazón de la Humanidad, enviaron millares de hombres a la muerte con fervorosa convicción de servir a un elevadísimo ideal e iniciar una completa transformación de Europa y cayeron a su vez bajo la cuchilla de la guillotina

(Danton, los girondinos)! Un detalle del sueño de Maury —«en medio de una inmensa multitud»— parece indicar que la fantasía que lo constituye era de este carácter ambicioso.

Estas fantasías ha largo tiempo preexistentes no se desarrollan necesariamente durante el reposo en toda su extensión; basta con que sean, por decirlo así, «preludiadas». Quiero decir con esto lo siguiente: cuando la música inicia unos compases, cesando en seguida, y alguien comenta, como sucede en el *Don Juan*: «Esto es de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart», surge en mí de repente una plenitud de reminiscencias, de las que por el momento no llega nada hasta la conciencia. Así, pues, los compases preludiados y la frase a ellos referente constituyen la chispa que pone simultáneamente en movimiento todas las partes de un conjunto. Exactamente lo mismo puede muy bien suceder en el pensamiento inconsciente. El estímulo despertador pone en movimiento la estación psíquica que abre el acceso a toda la fantasía de la guillotina. Pero esta fantasía no se desarrollará durante el reposo, sino luego, en el recuerdo del sujeto despierto. Al despertar recordamos en detalle la fantasía que fue rozada en conjunto durante el sueño, sin que tengamos medio alguno de comprobar que recordamos realmente algo soñado.

Esta misma explicación, o sea la de que se trata de fantasías preexistentes, que son puestas en movimiento como conjuntos por el estímulo despertador, puede también aplicarse a otros sueños distintos de los orientados hacia dicho estímulo; por ejemplo, del sueño de batallas soñado por Napoleón antes de despertar por la explosión de la «máquina infernal». Entre los sueños reunidos por Justina Zbowolska en su disertación sobre la duración aparente en el fenómeno onírico me parece el del autor dramático Casimir Bonjour (citado por Macario, 1857) el más demostrativo. Sentado en un sillón dispuesto entre bastidores, se preparaba este autor a asistir a la primera representación de una de sus obras, cuando, vencido por la fatiga, se quedó dormido en el momento de alzarse el telón. Durante su reposo asistió a la representación de los cinco actos de que su obra constaba y observó la impresión que cada una de las escenas producía en el público. Terminado el último acto, oyó encantado cómo reclamaba el público el nombre del autor y lo recibía con grandes muestras de entusiasmo. Cuál no sería su sorpresa al despertar en este momento y ver que la representación no había pasado aún de los primeros versos de la primera escena. No había, pues, dormido arriba de dos minutos. No parece muy aventurado afirmar con respecto a este sueño que el desarrollo de los cinco actos de la obra y

la observación de las impresiones que cada escena iba despertando en el público no necesitan constituir una creación original producida durante el reposo, sino que puede reproducir una labor anterior de la fantasía en el sentido ya indicado. Justina Zobowolska hace resaltar con otros autores como un carácter común a todos los sueños de acelerado curso de representaciones el ser particularmente coherentes, a diferencia de los demás, y el de que su recuerdo es más bien sumario que detallado. Estas particularidades serían precisamente las que habrían de presentar las fantasías preexistentes rozadas por la elaboración onírica. Pero los autores citados no llegan a deducir esta conclusión. De todos modos, no quiero afirmar que todos los sueños enlazados con un estímulo despertador puedan quedar explicados en esta forma, ni que con ello deje de constituir un problema el curso acelerado de las representaciones en el sueño.

No podemos dejar fuera de esta investigación el examen de las relaciones de la elaboración secundaria del contenido manifiesto con los demás factores de la elaboración onírica. ¿Habremos de suponer que los factores de la formación de los sueños, o sea la tendencia a la condensación, la precisión de eludir la censura y el cuidado de la representabilidad con los medios psíquicos del sueño, construyen primeramente con el material dado un contenido manifiesto interino, que es luego elaborado hasta satisfacer en lo posible las exigencias de una segunda instancia? Ésta es apenas verosímil. Más bien habremos de aceptar que las exigencias de dicha instancia plantean desde el principio una de las condiciones que ha de satisfacer el sueño, y que esta condición ejerce una influencia inductora y de selección sobre todo el material de las ideas latentes, del mismo modo que las demás condiciones derivadas de la condensación, la censura de la resistencia y la representabilidad. Pero de las cuatro condiciones de la formación onírica es ésta la de exigencias menos imperiosas. La identificación de esta función psíquica, que lleva a cabo lo que denominamos elaboración secundaria del contenido manifiesto con la labor de nuestro pensamiento despierto, resulta del siguiente proceso reflexivo: Nuestro pensamiento despierto (preconsciente) se conduce, ante cualquier material de percepción, del mismo modo que la función de que ahora tratamos con respecto al contenido manifiesto. Es inherente a su naturaleza ordenar dicho material, establecer relaciones e incluirlo en un contexto inteligible. En esta labor solemos incluso ir más allá de lo debido. Así, los trucos del prestidigitador nos engañan porque se apoyan en ésta nuestra costumbre intelectual. Nuestra tendencia a reunir inteligiblemente las impresiones sensoriales dadas nos hace caer con frecuencia en singularísimos

errores y hasta falsear la verdad del material que a nuestra percepción se ofrece. Los ejemplos que demuestran este estado de cosas son demasiado conocidos para que hayamos de reproducirlos aquí nuevamente. En la lectura dejamos pasar inadvertidas erratas que alteran el sentido y leemos como si éste no apareciese modificado. Un redactor de un periódico francés apostó que introduciría, como si fuese una errata, las palabras «por delante» o «por detrás» en cada una de las frases de un largo artículo y que ningún lector lo notaría, y ganó la apuesta. En otro periódico hallé hace varios años un cómico ejemplo de falsa conexión. Después de la famosa sesión de la Cámara francesa en la que Dupuy puso fin, con la serena frase *La séance continue*, a la confusión y al espanto producidos por la explosión de una bomba arrojada por un anarquista al hemiciclo, fueron citados a declarar, como testigos, los espectadores que asistían a la sesión desde la tribuna pública. Entre ellos se hallaban dos provincianos que visitaban por primera vez la Cámara. Uno de ellos, llegado a la tribuna pocos momentos antes del atentado, declaró que había oído una detonación, pero creyó que era costumbre del Parlamento disparar una salva cuando un orador terminaba su discurso. El otro, que había llegado antes y oído ya varios discursos, expresó el mismo juicio, pero con la variante de haber creído que la salva no se disparaba sino cuando el orador había obtenido gran éxito con sus palabras.

Así, pues, la instancia psíquica que aspira a hacer comprensible el contenido manifiesto y lo somete con este fin a una primera interpretación, a consecuencia de la cual queda más dificultada que nunca su exacta inteligencia, no es otra que nuestro pensamiento normal. Como ya lo hemos indicado repetidas veces, es norma regular de la interpretación onírica prescindir en todo caso de la aparente coherencia que un sueño pueda ofrecernos y seguir siempre, tanto con los elementos claros como con los confusos, el mismo procedimiento; esto es, la regresión al material de que han surgido.

Vemos ahora de qué depende esencialmente la gradual escala cualitativa de los sueños, que va desde la confusión a la claridad, y a la que nos referimos en páginas anteriores. Nos parecen claras aquellas partes del sueño sobre las que ha podido actuar la elaboración secundaria, y confusas aquellas otras en las que ha fallado totalmente la intervención de tal instancia. Dado que las partes confusas del sueño son también con gran frecuencia las más débilmente animadas, podemos concluir que también depende en parte de la elaboración secundaria la mayor o menor intensidad plástica de los diversos productos oníricos.

La conformación definitiva del sueño, tal y como queda estructurado bajo la

acción del pensamiento normal, puede ser comparada a aquellas enigmáticas inscripciones con las que el semanario humorístico *Fliegende Blaetter* entretuvo durante tanto tiempo a sus lectores. Trátase de que una frase vulgar, chistosa o chocarrera dé la impresión de contener una inscripción latina. Con este fin se forma, utilizando las letras de que la frase se compone y alterando su reunión en sílabas, aunque no su primitivo orden de sucesión, una nueva totalidad. Aquí y allá resultará constituida una verdadera palabra latina, otras nos parecerán abreviaturas de términos de tal idioma, y, por último, en otros puntos de la inscripción nos dejaremos engañar por las apariencias y atribuiremos a lagunas de la misma falta de sentido de algunos de sus fragmentos, en los que no hallamos sino letras aisladas. Si no queremos caer en la trampa, habremos de desechar toda idea de que pueda tratarse de una inscripción y atenernos tan sólo a las letras de que consta, formando con ellas palabras de nuestra lengua.

De los cuatro factores de la elaboración onírica, el de la elaboración secundaria es el que más frecuentemente ha sido observado y estudiado por los investigadores. H. Ellis describe con viva plasticidad su función («Introducción», página 10):

«Podemos imaginar que las cosas suceden de la forma siguiente. La conciencia del reposo se dice: Ahí viene nuestra maestra, la conciencia de la vigilia que tanto valor da a la razón, la lógica, etc. ¡De prisa! ¡Vamos a cogerlo todo y a ordenarlo como sea antes que llegue a tomar posesión de la escena!»

Delacroix afirma con especial precisión la identidad de esta forma de laborar con la del pensamiento despierto (pág. 526):

Cette fonction d'interprétation n'est pas particulière au rêve, c'est le même travail de coordination logique que nous faisons sur nos sensations pendant la veille.

De esta misma opinión son J. Sully y Justina Zobowolska:

Sur ces successions incohérentes d'hallucinations, l'esprit s'efforce de faire le même travail de coordination logique qu'il fait pendant la veille sur les sensations. Il relie entre elles par un lien imaginaire toutes ces images décousues et bouche les écarts trop grands qui si trouvaient entre elles (pág. 93).

Algunos autores hacen comenzar esta actividad ordenatoria e interpretadora durante el mismo sueño y continuar luego en la vigilia. Así, Paulhan (pág. 547):

Cependant j'ai souvent pensé qu'il pouvait y avoir une certaine déformation ou plutôt reformation du rêve dans le souvenir... La tendance systématisante de l'imagination pourrait fort bien achever après le réveil ce qu'elle a ébauché

pendant le sommeil. De la sorte, la rapidité réelle de la pensée serait augmenté en apparence par les perfectionnements dûs à l'imagination éveillée.

Leroy et Zobowolska (pág. 592):

... dans le rêve, au contraire, l'interprétation et la coordination se font non seulement à l'aide des données du rêve, mais encore à l'aide de celles de la veille...

Como no podía menos de suceder, se ha exagerado la importancia de este factor de la elaboración onírica, único generalmente reconocido, atribuyéndole la creación total del sueño, creación que tendría efecto en el momento de despertar, según opinan Goblots y Foucault, los cuales atribuyen al pensamiento despierto la facultad de crear el sueño con los pensamientos surgidos durante el reposo.

De esta concepción dice Leroy y Zobowolska: *On a cru pouvoir placer le rêve au moment du reveil et ils ont attribué à la pensée de la veille la fonction de construire le rêve avec les images présentes dans la pensée du sommeil.*

Al estudio de la elaboración secundaria añadiré el de una nueva aportación de la elaboración onírica, descubierta por las sutiles observaciones de H. Silberer. Este investigador ha logrado sorprender *in fraganti*, como ya lo indicamos en otro lugar, la transformación de ideas en imágenes, forzándose a una actividad intelectual en ocasiones en las que se hallaba muy fatigado o medio dormido. En estos casos se le escapaba la idea elaborada y surgía en su lugar una visión que demostraba ser una sustitución de la idea más abstracta. En estos experimentos sucedió que la imagen surgida, equivalente a un elemento onírico, no representaba la idea sometida a la elaboración, sino algo distinto: la fatiga misma, la dificultad que entrañaba la labor propuesta o el disgusto por tenerla que llevar a cabo; esto es, el estado subjetivo o la forma funcional de la persona que se imponía el esfuerzo mental en lugar del objeto de tal esfuerzo. Silberer dio a este caso, muy frecuente en él, el nombre de «fenómeno *funcional*», para diferenciarlo del fenómeno *material* esperado.

Ejemplo núm. 1.—Estoy tumbado, por la tarde, en el sofá, y casi vencido por el sueño; pero me esfuerzo en meditar sobre un problema filosófico. Intento comparar las opiniones de Kant y Schopenhauer sobre el tiempo. Mi adormecimiento no me permite hacerme presentes simultáneamente ambas concepciones, como para compararlas sería necesario. Después de varias tentativas inútiles, consigo hacerme bien presente la teoría kantiana, y creyendo haberla dejado fuertemente impresa en mi cerebro, paso a la de Schopenhauer para luego efectuar la comparación. Pero cuando he conseguido evocar los

conceptos de Schopenhauer y quiero iniciar el paralelo, encuentro que las ideas de Kant se me han vuelto a escapar y resultan estériles todos mis esfuerzos para rememorarlas. Este inútil esfuerzo para hallar en el acto los conceptos kantianos, perdidos en cualquier rincón de mi cerebro, se me representan de pronto —tengo los ojos cerrados— en un símbolo plástico semejante a una imagen onírica: «Pido un determinado dato a un malhumorado secretario, que, encorvado sobre una mesa, se niega a atenderme. Luego, incorporándose a medias, me dirige una mirada de disgusto y repulsa» (pág. 314).

He aquí otros ejemplos del mismo autor referentes al estado intermedio entre el sueño y la vigilia:

«Ejemplo núm. 2.—Circunstancias: Por la mañana, al despertarme. Me hallo en un estado de adormecimiento. Reflexiono sobre un sueño de aquella noche y siento que voy acercándome al estado de conciencia despierta, pero deseo continuar adormecido.

Escena: Meto un pie en un arroyo, como para atravesarlo; pero lo retiro en seguida y pienso en renunciar a mi propósito.

Ejemplo núm. 3.—Circunstancias: Quiero permanecer todavía en la cama, pero sin dormirme.

Escena: Me despido de alguien y quedo en volverle a ver pronto».

Silberer ha observado principalmente el «fenómeno funcional» —la «representación del estado en lugar de la del objeto»— en el momento de conciliar el reposo y en el de despertar. Naturalmente, es este último caso el único importante desde el punto de vista de la interpretación de los sueños. Por medio de excelentes ejemplos ha mostrado este investigador que los fragmentos finales del contenido manifiesto de muchos sueños, fragmentos a los que siguen inmediatamente la interrupción del reposo, representan el propósito o el proceso mismo del despertar. Representaciones de este género son el acto de atravesar un umbral, el de salir de una habitación para entrar en otra, el de partir de viaje, el de volver a casa, el de separarnos de alguien que nos acompaña, el de sumergirnos en el agua y varios otros. He de observar, sin embargo, que tanto en mis sueños como en los de otras personas he encontrado los elementos referentes al simbolismo del umbral con mucha menor frecuencia de lo que las comunicaciones de Silberer hacen esperar.

No es inverosímil que este «simbolismo del umbral» pueda servir también para explicar algunos elementos situados en la parte central del contenido manifiesto, refiriéndolos, por ejemplo, a fluctuaciones de la profundidad del

reposo o a una tendencia a despertar. Pero no conocemos ejemplo ninguno que pudiera confirmar esta hipótesis. Más frecuentemente parece existir una superdeterminación: esto es, el hecho de que una parte del sueño que extrae su contenido material del acervo de ideas latentes quede utilizada, *además*, para la representación de un estado de actividad anímica.

El interesantísimo fenómeno funcional de Silberer ha sido causa de grandes errores —claro está que sin culpa alguna por parte de su descubridor, pues la antigua tendencia a la interpretación simbólica abstracta de los sueños ha creído hallar en él un firme apoyo. La predilección por la «categoría funcional» llega tan lejos en algunos investigadores, que les hace hablar de fenómeno funcional siempre que en el contenido de las ideas latentes aparecen actividades intelectuales o procesos sentimentales, aunque este material tiene el mismo derecho que todo el restante a entrar en el sueño a título de resto diurno.

Hemos de reconocer que los fenómenos de Silberer representan una segunda aportación del pensamiento despierto a la formación de los sueños, aunque, desde luego, menos constante y de menor importancia que la designada con el nombre de «elaboración secundaria». Habríamos visto que una parte de la atención activa de la vigilia permanece dirigida sobre el sueño durante el estado de reposo, lo fiscaliza y critica y se reserva el poder de interrumpirlo, y estuvimos muy próximos a reconocer en esta instancia anímica que permanece despierta al censor que ejerce una influencia tan intensamente coercitiva sobre la estructura del sueño. Al estudio de esta cuestión aportan las observaciones de Silberer el hecho de que en determinadas circunstancias interviene asimismo una especie de autoobservación que agrega también algo al contenido manifiesto. Sobre las probables relaciones de esta instancia autoobservadora, que puede alcanzar, quizá, gran intensidad en cerebros filosóficos, con la percepción endopsíquica, la manía observadora, la conciencia y el censor onírico, habremos de tratar en otro lugar^[500].

Resumiremos aquí la amplia discusión que llena este larguísimo capítulo dedicado a la elaboración onírica. Se nos planteó el problema de si el alma empleaba en la formación de los sueños todas sus facultades, desplegándolas sin coerción alguna o sólo una parte de las mismas, coartada, además, en su labor. Nuestras investigaciones nos llevan a rechazar este planteamiento del problema por considerarlo inadecuado a las circunstancias verdaderas. Pero si hemos de permanecer sobre el terreno en que la interrogación nos sitúa, habremos de

responder afirmativamente a las dos hipótesis, aparentemente contrarias e incompatibles, contenidas en ella. La labor anímica que se desarrolla en la formación de los sueños se divide en dos funciones: establecimiento de las ideas latentes y transformación de las mismas en contenido manifiesto. Las ideas latentes son perfectamente correctas y en su formación han intervenido todas nuestras facultades psíquicas. Pertenecen a nuestro pensamiento preconsciente, del cual surgen también, mediante cierta transformación, las ideas conscientes. Pero estos enigmas, por muy interesantes y oscuros que sean, no presentan una relación especial con el sueño y no tenemos por qué tratar de ellos en conexión con los problemas oníricos^[501]. En cambio, la segunda función de la actividad mental que transforma las ideas inconscientes en el contenido (atente es peculiar a la vida onírica y característica de la misma. Esta elaboración onírica propiamente dicha se aleja del modelo del pensamiento despierto mucho más de lo que han opinado los investigadores que menos valor han concedido a la función psíquica en el sueño. No es que sea negligente, incorrecta, olvidadiza e incompleta en comparación con el pensamiento despierto; lo que sucede es que constituye algo cualitativamente distinto y, por tanto, nada comparable a él. No piensa, calcula ni juzga; se limita a transformar. Puede describírsele por entero, teniendo en cuenta las condiciones a las que su producto tiene que satisfacer. Este producto —el sueño— ha de ser sustraído, en primer lugar, a la *censura*, y con este fin se sirve la elaboración onírica del *desplazamiento de las intensidades psíquicas*, hasta lograr la transmutación de todos los valores psíquicos. La reproducción de las ideas ha de llevarse exclusiva o predominantemente a cabo por medio de un material de huellas mnémicas visuales y acústicas, y de esta condición nace para la elaboración el *cuidado de la representabilidad*, al que atiende mediante nuevos desplazamientos. Por último, han de ser creadas (probablemente) intensidades mayores de las que durante la noche aparecen dadas en las ideas latentes, y a este fin responde la amplia *condensación* realizada con los elementos de dichas ideas. Las relaciones lógicas del material de ideas latentes son poco atendidas, pero encuentran al fin una oculta representación en particularidades *formales* de los sueños. Los afectos de las ideas latentes pasan por transformaciones menos amplias que su contenido de representaciones. En general, son reprimidos, y cuando permanecen conservados, quedan separados de las representaciones y reunidos los de igual naturaleza. Sólo una parte de la elaboración onírica, la superelaboración de

amplitud inconsciente por el pensamiento normal, fragmentariamente despierto, se adapta a la concepción de la mayoría de los investigadores que nos han precedido en estos estudios sobre la actividad total de la formación de los sueños^[502].

CAPÍTULO VII

PSICOLOGÍA DE LOS PROCESOS ONÍRICOS

ENTRE los sueños que me han sido comunicados por otras personas se encuentra uno que reclama ahora especialmente nuestra atención. Su verdadera fuente me es desconocida, pues me fue relatado por una paciente, que lo oyó, a su vez, en una conferencia sobre el sueño y a la que hizo tal impresión que se apresuró a soñarlo por su cuenta; esto es, a repetir en sus propios sueños algunos de sus elementos para expresar con esta transferencia una coincidencia en un punto determinado.

Los antecedentes de este sueño prototípico son como sigue: un individuo había pasado varios días, sin un instante de reposo, a la cabecera del lecho de su hijo, gravemente enfermo. Muerto el niño, se acostó el padre en la habitación contigua a aquélla en la que se hallaba el cadáver y dejó abierta la puerta, por la que penetraba el resplandor de los cirios. Un anciano, amigo suyo, quedó velando el cadáver. Después de algunas horas de reposo soñó que su hijo se acercaba a la cama en que se hallaba, le tocaba en el brazo y le murmuraba al oído, en tono de amargo reproche: «Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?» A estas palabras despierta sobresaltado, observa un gran resplandor que ilumina la habitación vecina, corre a ella, encuentra dormido al anciano que velaba el cadáver de su hijo y ve que uno de los cirios ha caído sobre el ataúd y ha prendido fuego a una manga de la mortaja.

La explicación de este sueño conmovedor es harto sencilla y fue acertadamente desarrollada, según me comunica mi paciente, por el conferenciante. El resplandor entró por la puerta abierta en la estancia donde se hallaba reposando el sujeto, y al herir sus ojos, provocó la misma conclusión que

hubiera provocado en estado de vigilia; esto es, la de que la llama de un cirio había producido un fuego en un lugar cercano al cadáver. Es también muy posible que, antes de acostarse, pensara el padre en la posibilidad de tal suceso, desconfiando de que el anciano encargado de velar al cadáver pudiera pasar la noche sin pegar los ojos.

Tampoco nosotros encontramos nada que objetar a esta solución y nos limitaremos a agregar que el contenido del sueño tiene que hallarse superdeterminado y que las palabras del niño habrán de proceder de otras pronunciadas por él en la vida real y enlazadas a circunstancias que hubieron de impresionar al padre. La queja «estoy ardiendo» pudo muy bien ser pronunciada por el niño durante su enfermedad bajo los efectos de la fiebre, y las palabras «¿no lo ves?» habrán de corresponder a otra ocasión cualquiera ignorada por nosotros, pero seguramente saturada de afecto.

Una vez que hemos reconocido este sueño como un proceso pleno de sentido y susceptible de ser incluido en la coherencia de la actividad psíquica del sujeto, podemos dar libre curso a nuestro asombro de que en tales circunstancias, en las que lo natural parecería que el sujeto despertase en el acto, haya podido producirse un sueño. Esta circunstancia nos lleva a observar que también en este sueño se da una realización de deseos. El niño se conduce afectivamente en él como si aún viviera y advierte por sí propio a su padre de lo sucedido, llegando hasta su lecho y tocándole en el brazo, como lo hizo probablemente en aquel recuerdo del que el sueño toma la primera parte de sus palabras. Así, pues, si el padre prolonga por un momento su reposo es en obsequio de esta realización de deseos. El sueño quedó antepuesto aquí a la reflexión del pensamiento despierto porque le era dado mostrar al niño nuevamente en vida. Si el padre hubiera despertado primero y deducido después la conclusión que le hizo acudir al lado del cadáver, hubiera abreviado la vida de su hijo en los breves momentos que el sueño se le presentaba.

Sobre la peculiaridad que en este sueño atrae nuestro interés no puede haber la menor duda. Hasta ahora nos hemos ocupado predominantemente de averiguar en qué consiste el sentido oculto de los sueños, por qué camino nos es dado descubrirlo y cuáles son los medios de que se ha servido la elaboración onírica para ocultarlos. Los problemas de la interpretación de los sueños ocupaban hasta aquí el centro de nuestro campo visual; pero en este punto tropezamos con el sueño antes mencionado, que no plantea a la interpretación labor ninguna y cuyo sentido aparece dado sin el menor disfraz; pero que, sin

embargo, conserva los caracteres esenciales que tan singularmente distinguen al fenómeno onírico de nuestro pensamiento despierto. Una vez que hemos agotado todo lo referente a la labor de interpretación, nos es dado observar cuán incompleta continúa siendo nuestra psicología del sueño.

Pero antes de dirigir nuestro pensamiento por estos nuevos derroteros queremos hacer un alto y volver los ojos atrás con objeto de comprobar si en nuestro camino hasta aquí no hemos dejado inadvertido algo importante, pues no nos ocultaremos que hemos recorrido ya la parte cómoda y andadera del mismo. Hasta ahora todos los senderos por los que hubimos de avanzar nos han conducido, si no me equivoco mucho, a lugares despejados, al esclarecimiento y a la comprensión total; pero desde el momento en que queremos penetrar más profundamente en los procesos anímicos que se desarrollan en el sueño, todas nuestras rutas desembocarán en las tinieblas. Ha de sernos imposible esclarecer totalmente el sueño como proceso psíquico, pues esclarecer una cosa significa referirla a otra conocida, y por el momento no existe conocimiento psicológico ninguno al que podamos subordinar aquellos datos que como base de una aclaración pudiéramos deducir del examen psicológico del fenómeno onírico. Por el contrario, nos veremos obligados a establecer una serie de nuevas hipótesis relativas a la estructura del aparato anímico y al funcionamiento de las fuerzas que en él actúan, hipótesis que no podemos desarrollar mucho más allá de su primera conclusión lógica, so pena de ver perderse su valor en lo interminable. Aun cuando no cometamos falta alguna en nuestros procesos deductivos y tengamos en cuenta todas las posibilidades lógicamente resultantes, la probable imperfección de la concatenación de los elementos amenazará echar por tierra todos nuestros cálculos. La más minuciosa investigación del sueño o de otra cualquier función *aislada* no es suficiente para proporcionarnos deducción alguna sobre la construcción y el funcionamiento del instrumento anímico, pues para lograr tal resultado habremos de acumular todo lo que un estudio comparativo de una serie de funciones psíquicas nos demuestre como constantemente necesario. Así, pues, las hipótesis psicológicas que hemos extraído del análisis de los procesos oníricos habrán de esperar hasta que puedan ser agregados a los resultados de otras investigaciones encaminadas a llegar al corazón del mismo problema partiendo de otros distintos puntos de ataque.

A) El olvido de los sueños.

Dirigiremos en primer lugar nuestra atención a un tema del que se deriva una objeción a la que hasta ahora no hemos atendido y que pudiera parecer susceptible de echar por tierra los resultados de los esfuerzos que hemos dedicado a la interpretación de los sueños. Desde diversos sectores se nos ha objetado que, en realidad, desconocemos en absoluto el sueño que queremos interpretar o, mejor dicho, que no poseemos garantía ninguna de la exactitud de nuestro conocimiento del sueño [véase el índice temático]. Aquello que del sueño recordamos, y a lo que aplicamos nuestra técnica interpretadora, aparece, en primer lugar, fragmentado por la infidelidad de nuestra memoria, particularmente incapaz para la conservación del sueño, y ha perdido, quizá, la parte más importante de su contenido. En efecto, cuando comenzamos a conceder atención a nuestros sueños nos quejamos, muchas veces, de no lograr recordar de todo un extenso sueño más que un pequeñísimo fragmento, y aun éste, sin gran confianza en la exactitud de nuestro recuerdo. En segundo lugar, todo nos hace suponer que nuestro recuerdo del sueño no es solamente fragmentario, sino también infiel. Lo mismo que dudamos de que lo soñado haya sido realmente tan incoherente y borroso como en nuestra memoria aparece, podemos poner en duda que el sueño fuera tan coherente como lo relatamos, pues al intentar reproducirlo hemos podido llenar con nuevos materiales, arbitrariamente elegidos, las lagunas dadas o producidas por el olvido, adornando y perfeccionando el sueño hasta hacer imposible determinar cuál fue su verdadero contenido. Así, hemos encontrado en varios autores (Spitta, Foucauld, Tannery) la hipótesis de que todo lo que en el sueño significa orden y coherencia ha sido introducido en él *a posteriori*, al intentar recordarlo y reproducirlo en un relato. Vemos, pues, que corremos el peligro de que nos sea arrebatado de la mano el objeto mismo cuyo valor nos hemos propuesto determinar en estas investigaciones.

Hasta ahora hemos venido haciendo caso omiso de esta advertencia en nuestras interpretaciones y hemos dedicado a los elementos más insignificantes e inseguros del contenido manifiesto la misma atención que a los más precisos y más seguramente recordados. En el sueño de la inyección de Irma encontramos la frase siguiente: «Me apresuro a llamar al doctor M». y supusimos que este pequeño detalle no hubiera llegado al sueño si no hubiera sido susceptible de una derivación especial. En efecto, el examen de este elemento nos llevó a la historia de aquella desdichada paciente, a cuyo lado hice acudir con toda premura a uno de mis colegas, más renombrado y antiguo que yo en la profesión. En el sueño,

aparentemente absurdo, que trata como *quantité négligéable* la diferencia entre 51 y 56, aparecía mencionado varias veces el número 51. En lugar de encontrar natural e indiferente esta repetición, dedujimos de ella la existencia de una segunda serie de pensamientos en el contenido latente, serie que había de llevar el número 51, y persiguiendo sus huellas, llegamos a los temores que me inspiraba la edad de cincuenta y un años, considerada por mí como un momento peligroso para la vida del hombre, idea que se hallaba en absoluta contradicción con la serie dominante que entrañaba un orgulloso desprecio del tiempo. En el sueño *non vixit* hallé una interpolación insignificante, que al principio dejé desatendida: «Viendo que P. no le comprende, me pregunta Fl», etc. Pero luego, cuando la interpretación quedó detenida, volví sobre estas palabras y encontré en ellas el punto de partida del camino que llevaba a una fantasía infantil dada en las ideas latentes como foco intermedio. En este camino me orientaron, además, los conocidos versos: «Pocas veces me habéis comprendido, / pocas veces os he comprendido yo, / sólo cuando nos encontramos en el fango / pudimos comprendernos en seguida^[503]». Cualquier análisis podría proporcionarnos ejemplos de cómo precisamente los rasgos más insignificantes del sueño resultan imprescindibles para la interpretación y del retraso que sufre el análisis cuando los desatendemos al principio. Análoga atención minuciosa hemos dedicado en la interpretación a los matices de la expresión oral en la que el sueño nos era relatado, e incluso cuando esta expresión resultaba insuficiente o desatinada, como si el sujeto no hubiese conseguido construir la versión exacta de su sueño, la hemos aceptado tal y como nos era ofrecida, respetando todos sus defectos. Hemos considerado, pues, como un texto sagrado e intangible algo que, en opinión de los autores, no es más que una rápida y arbitraria improvisación. Este contraste demanda un esclarecimiento.

Pero este esclarecimiento resulta favorable a nuestras opiniones, aunque sin quitar la razón a los investigadores citados. Desde el punto de vista de nuestros nuevos conocimientos sobre el nacimiento del sueño no existe aquí, en efecto, contradicción ninguna. Es cierto que deformamos el sueño al intentar reproducirlo, pues llevamos a cabo un proceso análogo al que describimos como una elaboración secundaria del sueño por la instancia del pensamiento normal. Pero esta deformación no es, a su vez, sino parte de la elaboración por la que pasan regularmente las ideas latentes a consecuencia de la censura. Los investigadores han sospechado u observado aquí la actuación manifiesta de la

deformación onírica; pero a nosotros no puede impresionarnos este fenómeno, pues conocemos otra más amplia deformación, menos fácilmente visible, que ha actuado ya sobre el sueño en sus ideas latentes. La equivocación de los autores reside únicamente en que consideran arbitraria y, por tanto, no susceptible de solución ninguna, y muy apropiada para inspirarnos un erróneo conocimiento del sueño, la modificación que el mismo experimenta al ser recordado y traducido en palabras. Esta opinión supone un desconocimiento de la amplitud que la determinación alcanza en lo psíquico. No hay en tales modificaciones arbitrariedad ninguna. En general, puede demostrarse que cuando una serie de ideas ha dejado indeterminado un elemento, hay siempre otra que toma a su cargo tal determinación. Así, cuando nos proponemos decir al azar un número cualquiera, el que surge en nuestro pensamiento y parece constituir una ocurrencia totalmente libre y espontánea se demuestra siempre determinado en nosotros por ideas que pueden hallarse muy lejos de nuestro propósito momentáneo^[504]. Pues bien, las modificaciones que el sueño experimenta al ser recordado y traducido en la vigilia no son más arbitrarias que tales números; esto es, no lo son en absoluto. Se hallan asociativamente enlazadas con el contenido, al que sustituyen, y sirven para mostrarnos el camino que conduce a este contenido, el cual puede ser, a su vez, sustitución de otro.

Al analizar los sueños de mis pacientes suelo someter esta afirmación a una prueba que jamás me ha fallado. Cuando el relato de un sueño me parece difícilmente comprensible, ruego al sujeto que lo repita, y he podido observar que sólo rarísimas veces lo hace con las mismas palabras. Pero los pasajes en los que modifica la expresión revelan ser, por este mismo hecho, los puntos débiles de la deformación de los sueños, o sea aquellos que menos resistencia habrán de oponer a la penetración analítica. El sujeto advierte por mi ruego que pienso esforzarme especialmente en la solución de aquel sueño, y bajo la presión de la resistencia trata de proteger los puntos débiles de la deformación onírica, sustituyendo una expresión delatora por otra más lejana; pero de este modo me llama la atención sobre la expresión suprimida, y por el esfuerzo que se opone a la solución del sueño me es también posible deducir el cuidado con el que el mismo ha tejido su trama.

Más descaminados andan los autores cuando adscriben tanta importancia a la duda que nuestro juicio opone al relato del sueño. Esta duda echa de menos la existencia de una garantía intelectual, aunque sabe muy bien que nuestra

memoria no conoce, en general, garantía ninguna, no obstante lo cual nos sometemos, con frecuencia mucho mayor de la objetivamente justificada, a la necesidad de dar fe a sus datos. La duda de la exacta reproducción del sueño o de datos aislados del mismo es nuevamente una derivación de la censura de la resistencia que se opone al acceso de las ideas latentes a la conciencia, resistencia que no queda siempre agotada con los desplazamientos y sustituciones por ella provocados y recae entonces, en forma de duda, sobre aquello cuyo paso ha permitido. Esta duda nos oculta fácilmente su verdadero origen, pues sigue la prudente conducta de no atacar nunca a elementos intensos del sueño y sí, únicamente, a los más débiles y borrosos. Pero sabemos ya que entre las ideas latentes y el sueño ha tenido efecto una total transmutación de todos los valores psíquicos, transmutación necesaria para la deformación, cuyos efectos se manifiestan predominantemente y a veces exclusivamente en ella. Cuando un elemento del sueño, ya borroso de por sí, se muestra, además, atacado por la duda, podemos ver en ello una indicación de que constituye un derivado directo de una de las ideas latentes proscritas. Sucede aquí lo que después de una gran revolución sucedía en las repúblicas de la antigüedad o del Renacimiento. Las familias nobles y poderosas, que antes ocupaban el Poder, quedaban desterradas, y todos los puestos eran ocupados por advenedizos, no tolerándose que permaneciera en la ciudad ningún partidario de los caídos, salvo aquellos que por su falta de poder no suponían peligro ninguno para los vencedores, y aun estos pocos quedaban despojados de gran parte de sus derechos y eran vigilados con desconfianza. En nuestro caso, esta desconfianza queda sustituida por la duda. De este modo, al iniciar todo análisis, ruego al sujeto que prescinda en absoluto de todo juicio sobre la precisión de su recuerdo y considere con una absoluta convicción la más pequeña posibilidad de que un elemento determinado haya intervenido en su sueño. Mientras que en la persecución de un elemento onírico no nos decidamos a renunciar a toda consideración de este género, permanece el análisis estacionario. El desprecio de un elemento cualquiera trae consigo, en el analizado, el efecto psíquico de impedir la emergencia de todas las representaciones indeseadas que detrás del mismo se esconden. Este efecto no tiene, en realidad, nada de lógico, pues no sería desatinado que alguien dijese: «No sé con seguridad si este elemento se hallaba contenido en el sueño; pero con respecto a él se me ocurre, de todos modos, lo siguiente...» Mas el sujeto no dice nunca tal cosa, y precisamente este efecto perturbador del análisis es lo que delata a la duda como una derivación y

un instrumento de la resistencia psíquica. El psicoanálisis es justificadamente desconfiado. Una de sus reglas dice: *Todo aquello que interrumpe el progreso de la labor analítica es una resistencia*^[505].

También resulta imposible fundamentar el olvido de los sueños mientras no lo referimos al poder de la censura psíquica. La sensación de que hemos soñado mucho durante una noche y sólo muy poco recordamos puede tener en una serie de casos un sentido diferente, quizá el de que una amplia elaboración onírica no ha dejado en toda la noche tras sí más que aquél sólo sueño. Pero, salvo en estos casos, no podemos dudar de que el sueño se nos va olvidando paulatinamente a partir del momento en que despertamos. Lo olvidamos incluso en ocasiones en que realizamos los mayores esfuerzos para que no se nos escape. Pero, a mi juicio, así como suele exagerarse la amplitud de este olvido, se exagera también la de las lagunas que en el sueño creemos encontrar. Todo aquello que el olvido ha suprimido del contenido manifiesto puede ser reconstruido, con frecuencia, en el análisis. En toda una serie de casos nos es dado descubrir, partiendo del único fragmento recordado, no el sueño mismo, que tampoco es lo importante, sino las ideas latentes en su totalidad. Esta labor reclama, ciertamente, gran atención y gran dominio de sí mismo en el análisis, y esta misma circunstancia nos muestra que en el olvido del sueño no ha dejado de intervenir una intención hostil^[506].

El estudio, durante el análisis, de un grado preliminar del olvido nos proporciona una prueba convincente de la naturaleza tendenciosa del olvido del sueño, puesto al servicio de la resistencia^[507].

Sucede muchas veces que en medio de la labor de interpretación emerge un fragmento del sueño, que hasta el momento se consideraba como olvidado. Este fenómeno onírico arrancado del olvido resulta ser siempre el más importante y más próximo a la solución del sueño, razón por la cual se hallaba más expuestos que ningún otro a la resistencia. Entre los ejemplos de sueños reproducidos en la presente obra hallamos uno de estos casos, en el que hube de completar *a posteriori* un fragmento del contenido manifiesto del sueño realizado. Me refiero al sueño en el que tomo venganza de mis poco agradables compañeros de viaje, sueño que, por su grosero contenido, he dejado casi sin interpretar.

El fragmento suprimido era el siguiente: Refiriéndome a un libro de Schiller, digo: *It is from...*; pero dándome cuenta de mi error, rectifico al punto: *It is by...* El joven advierte entonces a su hermano: «Lo ha dicho bien^[508]».

El hecho de rectificamos a nosotros mismos en el sueño, que tanta

admiración ha despertado en algunos autores, no merece analizarse extensamente. Preferiremos, pues, mostrar el recuerdo que sirvió de modelo a este error de expresión cometido en el sueño. A los diecinueve años hice mi primer viaje a Inglaterra, y me hallaba un día a la orilla del Irish Sea, dedicado a la pesca de los animales marinos que la marea iba dejando al bajar sobre la playa, cuando en el momento en que recogía una estrella de mar (*Holltkurn* y *holoturias* son de los primeros elementos manifiestos de mi sueño) se me acercó una niña y me preguntó: *Is it a starfish? Is it alive?...* Yo respondí: *Yes; he is alive*; pero dándome cuenta de mi error, rectifiqué en seguida. Esta falta gramatical quedó sustituida en el sueño por otra en la que los alemanes solemos incurrir fácilmente. La frase «El libro de Schiller» debe traducirse empleando la palabra *from*, como al principio lo hago. Después de todo lo que hemos averiguado sobre las intenciones de la elaboración onírica y sobre su falta de escrúpulos en la elección de medios, no puede ya asombrarnos comprobar que si la elaboración ha llevado a cabo esta sustitución ha sido porque la similitud de la palabra *from* con el adjetivo alemán *form* (piadoso) hace posible una enorme condensación. Pero ¿qué significa este inocente recuerdo de mi estancia en una playa en conexión con el sueño? Pronto lo descubrimos; el sueño se sirve de él para demostrar con un ejemplo de carácter completamente inofensivo que coloco el artículo —o sea lo sexual— en un lugar indebido (*Geschlechtswort*, artículo, significa literalmente «palabra de género o de sexo»; *das Geschlechtliche* = lo sexual). Es ésta una de las claves de dicho sueño. Aquellos que conozcan la derivación del título del libro ‘*Matter and Motion*^[509] y Molière en *Le Malade imaginaire*’: *La matière est elle laudable? (a motion of the bowels)* podrán completar fácilmente la interpretación.

Por medio de una demostración *ad oculos* nos es posible probar asimismo que el olvido del sueño es, en su mayor parte, un efecto de la resistencia. Un paciente nos dice que ha soñado, pero que ha olvidado por completo su sueño. Por tanto, me hago cuenta de que no hubo tal sueño y continúo mi labor analítica. Pero de repente tropiezo con una resistencia, y para vencerla desarrollo ante el paciente determinada explicación y le ayudo a reconciliarse con una idea displaciente. Apenas he conseguido esta reconciliación, exclama el sujeto: «Ahora recuerdo ya lo que he soñado». La resistencia que había estorbado el desarrollo de su pensamiento despierto era la misma que había provocado el olvido del sueño, y una vez vencida en la vigilia, surgió libremente el recuerdo.

En esta misma forma puede recordar el paciente, al llegar a determinado punto del tratamiento, un sueño que tuvo días antes y que hasta entonces reposaba en el olvido^[510].

La experiencia psicoanalítica nos ha proporcionado otra prueba de que el olvido del sueño depende mucho más de la resistencia que de la diferencia entre el estado de vigilia y el de reposo, como los autores suponen. Me sucede con frecuencia —y también a otros analíticos y a algunos pacientes sometidos a este tratamiento— que, habiendo sido despertado por un sueño, comienzo a interpretarlo inmediatamente, en plena posesión de mi actividad mental. En tales casos no he descansado hasta lograr la total comprensión del sueño, y, sin embargo, me ha sucedido que luego, al despertar, había olvidado tan completamente la labor de interpretación como el contenido manifiesto del sueño, siendo mucho más frecuente la desaparición del sueño en el olvido, arrastrando consigo la interpretación, que la conservación del sueño en la memoria por la actividad intelectual desarrollada. Pero entre la labor de interpretación y el pensamiento despierto no existe aquel abismo psíquico con el que los autores quieren explicar exclusivamente el olvido de los sueños. Cuando Morton Prince intenta refutar mi explicación del olvido de los sueños alegando que no se trata sino de un caso especial de la amnesia de los estados anímicos disociativos y afirma que la imposibilidad de aplicar mi explicación de esta amnesia especial a los demás tipos de amnesia le hace también inadecuada para llevar a cabo su más próximo propósito, recuerda con ello al lector que en todas sus descripciones de estos estados disociativos no aparece ni una sola tentativa de hallar la explicación dinámica de tales fenómenos. De no ser así, hubiera tenido que descubrir que la represión (y correlativamente la resistencia por ella creada) es la causa tanto de estas disociaciones como de la amnesia del contenido psíquico de las mismas.

Un experimento realizado por mí mientras me hallaba consagrado a la redacción de la presente obra me demostró que los sueños no son objeto de un olvido mayor ni menor del que recae sobre los demás actos psíquicos y que su adherencia a la memoria equivale exactamente a la de las funciones anímicas restantes. En mis anotaciones conservaba gran número de sueños propios que no había sometido a análisis o cuya interpretación quedó interrumpida por cualquier circunstancia. Entre estos últimos recogí algunos, soñados más de dos años antes, e intenté su interpretación con objeto de procurarme material para ilustrar

mis afirmaciones. Los resultados de este experimento fueron todos positivos, sin excepción alguna, e incluso me siento inclinado a afirmar que esta interpretación, realizada al cabo de tanto tiempo, tropezó con menos dificultades que la emprendida recién soñados los sueños correspondientes, circunstancia explicable por la desaparición, en el intervalo, de algunas de las resistencias que entonces perturbaron la labor analítica. Comparando las interpretaciones recientes con las realizadas al cabo de dos años, pude comprobar que estas últimas revelaban mayor número de ideas latentes, pero que entre ellas retornaban sin excepción ni modificación alguna todas las halladas en la primera interpretación. Este descubrimiento no llegó a asombrarme demasiado, pues recordé que desde mucho tiempo atrás seguía con mis pacientes el procedimiento de interpretar aquellos sueños que recordaban haber soñado en años anteriores, del mismo modo, que si fueran sueños recientes, empleando en la labor analítica el mismo procedimiento y obteniendo idénticos resultados. Cuando por vez primera llevé a cabo esta tentativa, me proponía al emprenderla comprobar mi sospecha de que el sueño se comportaba aquí en la misma forma que los síntomas neuróticos, hipótesis que demostró ser perfectamente exacta. En efecto, cuando someto al tratamiento psicoanalítico a un psiconeurótico (un histérico, por ejemplo), me es necesario esclarecer tanto los primeros síntomas de su enfermedad, desaparecidos mucho tiempo antes, como los que de momento le atormentan y le han movido a acudir a mi consulta, y siempre tropiezo con menos dificultades en la solución de los primeros que en la de los segundos. Ya en mis *Estudios sobre la histeria*, publicado en 1895, pude comunicar la solución de un primer ataque histérico de angustia padecido por una mujer de cuarenta años (Cecilia M.) cuando sólo había cumplido quince. Aquellos sueños que fueron soñados por el sujeto en sus primeros años infantiles y que con gran frecuencia se conservan con toda precisión en la memoria durante decenios enteros presentan casi siempre gran importancia para la comprensión de la evolución y de la neurosis del sujeto, pues su análisis protege al médico contra errores e inseguridades que podrían confundirle. (Adición 1919.)

Incluiré aquí, aunque no se halle muy estrechamente ligada a la materia, una observación relativa a la interpretación de los sueños que orientará, quizá, al lector, deseoso de comprobar mis afirmaciones analizando los suyos.

No creo que espere nadie poder interpretar fácilmente y sin el menor esfuerzo sus sueños. Ya para la percepción de fenómenos endópticos y de otras

sensaciones sustraídas generalmente a la atención es precisa cierta práctica, aunque no existe ningún motivo psíquico que se rebele contra este grupo de percepciones. Con mucho mayor motivo ha de sernos más difícil apoderarnos de las «representaciones involuntarias». Aquel que a ello aspire deberá seguir fielmente las reglas analíticas que ya en diversas ocasiones hemos indicado y reprimir durante su labor toda crítica, todo prejuicio y toda parcialidad afectiva o intelectual. Su lema deberá ser el que Claude Bernard escogió para el investigador en el laboratorio fisiológico: *Travailler comme une bête*; esto es, con igual resistencia e igual despreocupación de los resultados que pueden obtenerse. Aquellos que sigan estas normas verán grandemente facilitada su labor.

La interpretación de un sueño no se consigue siempre al primer intento. Muchas veces sentimos agotarse nuestra capacidad de rendimiento después de seguir una concatenación de ocurrencias, y el sueño no nos dice ya nada. En tales casos debemos interrumpir nuestra labor y dejarla para el día siguiente. Al volver sobre ella atraerá nuestra atención otro fragmento del contenido manifiesto y hallaremos acceso a una nueva capa de ideas latentes. Este procedimiento puede ser calificado de interpretación onírica «fraccionada».

Lo más difícil es convencer al principiante de que no debe considerar terminada una completa interpretación del sueño que se le muestre coherente, llena de sentido y explique todos los elementos del contenido manifiesto. En efecto, además de esta interpretación, puede haber aún otra distinta que se le ha escapado. No es, realmente, fácil hacerse una idea de la riqueza de los procesos mentales inconscientes que en nuestro pensamiento existen y demandan una expresión, ni tampoco de la habilidad que la elaboración despliega para matar siete moscas de una vez, como el sastre del cuento, hallando formas expresivas de múltiples sentidos. Nuestros lectores tenderán siempre a reprocharnos un excesivo derroche de ingenio; pero aquel que, analizando sus sueños, adquiera cierto conocimiento de la materia tendrá que reconocer lo injusto y equivocado de tal observación.

En cambio, no puedo agregarme a la afirmación expresada por H. Silberer de que todos los sueños —o sólo ciertos grupos de sueños— reclaman dos diversas interpretaciones, que se hallan, además, íntimamente relacionadas entre sí. La primera de estas interpretaciones, a la que califica de interpretación *psicoanalítica*, daría al sueño un sentido cualquiera, generalmente de un carácter sexual infantil; la segunda, más importante y designada por él con el nombre de

interpretación *analógica*, mostraría aquellas ideas más fundamentales, y con frecuencia muy profundas, que la elaboración onírica ha tomado como materia. Silberer no ha demostrado esta afirmación con la comunicación de una serie de sueños analizados por él en ambos sentidos. A mi juicio, se halla total y absolutamente equivocado. La mayor parte de los sueños no reclaman segunda interpretación ninguna y, sobre todo, no son susceptibles de una interpretación analógica. En las teorías de Silberer, como en otros estudios de estos últimos años, se transparenta el influjo de una tendencia que quisiera velar las circunstancias fundamentales de la formación de los sueños y desviar nuestra atención de sus raíces instintivas. En algunos casos, en los que parecían confirmarse las afirmaciones de Silberer, me demostró después el análisis que la elaboración onírica había tenido que llevar a cabo la labor de transformar en un sueño una serie de ideas muy abstractas y no susceptibles de representación directa; labor que intentó solucionar apoderándose de un material ideológico distinto, más fácilmente representable, pero cuya relación con el primero era harto lejana, pudiendo ser calificada de alegoría. La interpretación abstracta de un sueño así formado es proporcionada siempre, directamente, por el sujeto. En cambio, la interpretación exacta del material suplantado tiene que ser buscada por los conocidos medios técnicos.

La pregunta de si todo sueño puede obtener una interpretación debe ser contestada en sentido negativo. No debemos olvidar que aquellos poderes psíquicos de los que depende la deformación de los sueños actúan siempre en contra de la labor interpretadora. Se nos plantea, pues, el problema de si con nuestro interés intelectual, nuestra capacidad para dominarnos, nuestros conocimientos psicológicos y nuestra experiencia en la interpretación de los sueños conseguiremos dominar la resistencia interna. De todos modos, siempre lo conseguimos en grado suficiente para convencernos de que el sueño es un producto que posee un sentido propio e incluso para llegar a sospechar tal sentido. Un sueño inmediatamente posterior nos permite muchas veces confirmar nuestra primera interpretación y continuarla. Toda una serie de sueños que se suceden a través de semanas o meses enteros reposan con frecuencia sobre los mismos fundamentos y deben ser sometidos conjuntamente a la interpretación. En los sueños sucesivos podemos observar muchas veces que uno de ellos toma como centro aquello que en el otro sólo aparece indicado en la periferia, e inversamente, de manera que ambos se completan recíprocamente para la interpretación. Ya hemos demostrado en varios ejemplos que los sueños

diferentes, soñados en la misma noche, deben ser considerados siempre en el análisis como una totalidad.

En los sueños mejor interpretados solemos vernos obligados a dejar en tinieblas determinado punto, pues advertimos que constituye un foco de convergencia de las ideas latentes, un nudo imposible de desatar, pero que por lo demás no ha aportado otros elementos al contenido manifiesto. Esto es entonces lo que podemos considerar como el ombligo del sueño, o sea el punto por el que se halla ligado a lo desconocido. Las ideas latentes descubiertas en el análisis no llegan nunca a un límite y tenemos que dejarlas perderse por todos lados en el tejido reticular de nuestro mundo intelectual. De una parte más densa de este tejido se eleva luego el deseo del sueño.

Volvamos ahora a las circunstancias del olvido del sueño. Observamos que hemos omitido deducir de ellas una importante conclusión. Cuando la vida despierta muestra la evidente intención de olvidar el sueño, formado durante la noche, sea en su totalidad inmediatamente después de despertar o fragmentariamente en el curso del día, y cuando reconocemos en la resistencia anímica el factor principal de este olvido, factor que ya ha actuado victoriosamente durante la noche, surge entre nosotros la interrogación de qué es lo que ha hecho posible la formación de los sueños, a pesar de tal resistencia. Tomemos el caso extremo, en el que la vida despierta suprime por completo el sueño, como si jamás hubiese existido.

Teniendo en cuenta el funcionamiento de las fuerzas psíquicas, hemos de decirnos que el sueño no se hubiera formado si la resistencia hubiera regido durante la noche como en la vigilia. Nuestra conclusión es que la resistencia pierde durante la noche una parte de su poder. Sabemos que no desaparece por completo, pues hemos visto que la deformación impuesta a los sueños dependía directamente de ella. Pero se nos impone la posibilidad de que quede disminuida durante la noche y que esta disminución de la resistencia sea lo que hace posible la formación del sueño, siendo entonces perfectamente natural que al hallar de nuevo, con el despertar, todas sus energías vuelva a suprimir en el acto aquello que tuvo que aceptar mientras se hallaba debilitada. La psicología descriptiva nos enseña que la condición principal de la formación de los sueños es el estado de reposo del alma, afirmación a la que por nuestra parte añadiremos, a título de esclarecimiento, que *el estado de reposo hace posible la formación de los sueños, disminuyendo la censura endopsíquica*.

Nos inclinamos a considerar esta conclusión como la única que es posible

deducir de los hechos del olvido del sueño y a desarrollar otras deducciones sobre las circunstancias energéticas del reposo y de la vigilia, pero preferimos dejar esta labor para más adelante. Una vez que hayamos profundizado algo más en la psicología del sueño veremos que podemos representarnos aún de otro modo distinto la creación de las condiciones que hacen posible su formación. La resistencia opuesta al acceso de las ideas latentes a la conciencia puede, quizá, ser eludida sin necesidad de una previa debilitación. Es también plausible que los dos factores favorables a la formación de los sueños, o sea la debilitación y la sustracción a la censura, dependan simultáneamente del estado de reposo. Interrumpiremos aquí estas consideraciones para reanudarlas más adelante.

Contra nuestro procedimiento de interpretación onírica existe aún otra serie de objeciones, a la que dirigiremos ahora nuestra atención. En la labor analítica procedemos suspendiendo aquellas representaciones finales que en toda otra ocasión dominan el proceso reflexivo, dirigiendo nuestra atención sobre un único elemento del sueño y anotando después aquellas ideas involuntarias que con respecto al mismo surgen espontáneamente en nosotros. A continuación tomamos el elemento siguiente del contenido manifiesto, repetimos con él la misma labor y nos dejamos llevar, sin que la dirección nos preocupe, por tales ocurrencias asociativas espontáneas, con la esperanza de que al final, y sin más esfuerzo por nuestra parte, llegaremos hasta las ideas latentes de las que ha nacido el sueño. Contra esta conducta se elevarán quizá las siguientes objeciones: nada tiene de extraño que, partiendo de un elemento aislado del sueño, lleguemos a alguna parte. A toda representación puede enlazarse asociativamente algo; lo único notable es que esta concatenación arbitraria y exenta de todo fin lleve precisamente a las ideas latentes. Los analíticos se engañan aquí de buena fe siguen la cadena de asociaciones que parte de un elemento hasta que por un motivo cualquiera notan que se interrumpe. Luego, al tomar un segundo elemento como punto de partida, es muy natural que la asociación antes ilimitada, quede ya restringida, pues el recuerdo de la concatenación anterior hará surgir en el análisis algunas ocurrencias que presentarán puntos de contacto con las de dicha concatenación. Al ver esto se imagina el psicoanalítico haber hallado una idea que representa un enlace entre los elementos del sueño. Procediendo con más absoluta libertad en lo relativo a la asociación de ideas, con la única exclusión de aquellas transiciones de una representación a otra que entran en vigor en nuestro pensamiento despierto, le resulta facilísimo reunir una serie de ideas intermedias, a las que da el nombre de

ideas latentes y presenta sin garantía ninguna, como la sustitución psíquica del sueño; pero todo esto no es sino una pura arbitrariedad y un ingenioso aprovechamiento de la casualidad, y todo aquel que quiera tomarse este trabajo inútil hallará para cualquier sueño la interpretación que mejor le parezca.

Si se nos hicieran realmente tales objeciones, podríamos defendernos alegando la impresión que nuestras interpretaciones producen. Las sorprendentes conexiones que el análisis nos revela entre los elementos del sueño y la inverosimilitud de que algo que coincide y aclara tan ampliamente el sueño, como una de nuestras interpretaciones, pudiera conseguirse a no ser por el descubrimiento de enlaces psíquicos preexistentes. Podríamos también alegar, para justificarnos, que el procedimiento empleado en la interpretación de los sueños es idéntico al que aplicamos a la solución de los síntomas histéricos, sector en el que la exactitud del procedimiento queda demostrada por la aparición y desaparición de dichos síntomas. Pero no tenemos motivo ninguno para eludir el problema de cómo por la persecución de una concatenación de ideas que se desarrolla de un modo arbitrario y carente de fin puede llegarse a un fin preexistente, pues si bien no podemos resolver este problema, sí no es dado suprimirlo.

En primer lugar, es inexacto que nos entreguemos a un curso de representaciones falto de fin cuando, como sucede en la labor de interpretación onírica, prescindimos de la reflexión y dejamos emerger las representaciones involuntarias. No es difícil demostrar que podemos renunciar a las representaciones finales conocidas y que con la creación de estas representaciones surgen en el acto representaciones finales desconocidas o, como decimos con expresión no del todo correcta, inconscientes, que mantienen determinado el curso de las representaciones involuntarias. No nos es posible establecer, ejerciendo una influencia sobre nuestra vida anímica, un pensamiento carente de representaciones finales, y, en general, ignoro si existe algún estado de perturbación psíquica en el que se dé tal pensamiento^[511]. Los psiquiatras han renunciado aquí demasiado pronto a la solidez del ajuste psíquico. Sé por experiencia que ni en la histeria ni en la paranoia se da un pensamiento no regulado y exento de representaciones finales, como tampoco en la formación o en la solución de los sueños. Igualmente sucede quizá en las afecciones endógenas psíquicas, pues incluso los delirios de los dementes presentan, según una ingeniosa hipótesis de Leuret, un perfecto sentido, siendo únicamente

algunas omisiones las que los hacen resultar incomprensibles. Siempre que he tenido ocasión de observar estos estados psíquicos he podido llegar a igual convencimiento. Los delirios son la obra de una censura que no se toma el trabajo de ocultar su actuación y que, en lugar de prestar su colaboración a una transformación que no tropiece ya con objeciones de ningún género, tacha sin consideraciones aquello que no le agrada, con lo cual queda lo restante falto de toda coherencia. Esta censura se conduce del mismo modo que la ejercida sobre la prensa extranjera en la frontera rusa, censura que no deja llegar a los lectores sino periódicos mutilados y surcados de negros tachones.

El libre juego de las representaciones conforme a una concatenación asociativa arbitraria se da quizá en los procesos cerebrales orgánicos destructivos. Pero aquello que en las psiconeurosis presenta tal carácter puede ser explicado siempre por la actuación de la censura sobre una serie de ideas a la que representaciones finales ocultas han hecho pasar a primer término. El hecho de que las representaciones (o imágenes) emergentes aparezcan ligadas entre sí por los lazos de las llamadas asociaciones superficiales —asonancia, equívoco verbal o coincidencia temporal sin relación interior de sentido—, esto es, por todas aquellas asociaciones que nos permitimos emplear en el chiste y en el juego de palabras, ha sido considerado como una señal evidente de la asociación exenta de representaciones finales. De esta clase son las asociaciones que nos llevan desde los elementos del contenido manifiesto a los elementos colaterales y de éstos a las verdaderas ideas latentes. En muchos análisis hemos encontrado ya ejemplos de este género, que despertaron nuestra extrañeza. Toda asociación y todo chiste, por lejanos y forzados que sean, pueden constituir el puente entre dos ideas. Pero no es difícil comprender el motivo de esta indulgencia. *Siempre que un elemento psíquico se halla unido a otro por una asociación absurda superficial existe al mismo tiempo entre ambos una conexión correcta y más profunda, que ha sucumbido a la censura de la resistencia*^[512].

La presión de la censura, y no la supresión de las representaciones finales, es lo que constituye la base real del predominio de las asociaciones superficiales. Las asociaciones superficiales sustituyen en la representación a las profundas cuando la censura cierra estos caminos normales de enlace. Sucede en esto como cuando un obstáculo cualquiera corta la circulación por una vía importante y tienen que utilizarse los caminos de segundo orden.

Podemos distinguir aquí dos casos, que en realidad son uno solo: o la censura

se dirige únicamente contra la conexión de dos ideas, que se separan entonces con el fin de eludir sus efectos y pasan sucesivamente a la conciencia, quedando oculta su conexión y apareciendo, en cambio, entre ambos un enlace superficial en el que no habíamos pensado, y que generalmente surge de otro ángulo del complejo de representaciones, distinto de aquel del que parte la conexión reprimida, pero esencial; o ambas ideas quedan sometidas a la censura a causa de su contenido, y entonces surgen ambas en una forma modificada y sustituida, y las dos ideas sustitutivas son elegidas de manera que reproduzcan, por medio de una asociación superficial, la asociación esencial en la que se hallan aquéllas a las que han venido a sustituir. *Bajo la presión de la censura ha tenido efecto en ambos casos un desplazamiento desde una asociación normal a otra superficial y aparentemente absurda.*

El conocimiento que de estos desplazamientos poseemos nos permite confiarnos, sin cuidado ninguno en la interpretación de los sueños, a las asociaciones superficiales^[513].

Los dos principios citados, esto es, el de que con la supresión de las representaciones finales conscientes pasa el dominio del curso de las representaciones a representaciones finales ocultas, y el de que las asociaciones superficiales no son sino una sustitución desplazada de asociaciones reprimidas más profundas, son ampliamente utilizados por el psicoanálisis en las neurosis, pudiendo decirse que constituyen los dos apoyos principales de su técnica. Cuando solicito de un paciente que suprima toda reflexión y me comunique aquello que surja en su cerebro, presupongo que no puede prescindir de las representaciones finales relativas al tratamiento y me creo autorizado a concluir que todo lo que puede comunicarme, por inocente o arbitrario que parezca, se halla en conexión con su estado patológico. Otra representación final de la que el paciente no sospecha nada es la relativa a mi persona. El estudio completo y la completa demostración de estas explicaciones pertenece, por tanto, a la exposición de la técnica psicoanalítica como método terapéutico. Alcanzamos, pues, aquí uno de los puntos de enlace en los que, según nos propusimos, hemos de abandonar el tema de la interpretación de los sueños^[514].

Las especulaciones que anteceden nos han permitido dejar firmemente establecido, a pesar de todas las objeciones, un hecho importantísimo: el de que no necesitamos situar también en la elaboración onírica todas las ocurrencias surgidas en la labor de interpretación. En ésta seguimos un camino que va desde

el sueño manifiesto a las ideas latentes. La elaboración onírica ha seguido el camino contrario, y no es nada verosímil que estos caminos sean transitables en dirección inversa. Comprobamos más bien que en la vigilia surgen nuevas asociaciones de ideas que van a encontrarse con las ideas intermedias y las latentes en diferentes lugares, y podemos ver, en efecto, cómo el material reciente de ideas diurnas se interpola en las series de ideas de la interpretación. Además, la mayor intensidad de la resistencia durante la vigilia impone, probablemente, nuevos y más lejanos rodeos. Pero el número y la naturaleza de las ideas colaterales que de este modo tejemos durante el día carece de toda importancia psicológica, con tal que nos lleven a las ideas latentes buscadas.

B) La regresión.

Una vez que nos hemos precavido contra las objeciones, o hemos indicado, por lo menos, cuáles son las armas que para nuestra defensa poseemos, no debemos aplazar por más tiempo la iniciación de nuestras investigaciones psicológicas, para las que ya nos hallamos preparados. Ante todo, reuniremos los resultados principales que hasta ahora nos ha proporcionado nuestra investigación. El sueño es un acto psíquico importante y completo. Su fuerza impulsora es siempre un deseo por realizar. Su aspecto, en el que nos es imposible reconocer tal deseo, y sus muchas singularidades y absurdidades proceden de la influencia de la censura psíquica que ha actuado sobre él durante su formación. A más de la necesidad de escapar a esta censura, han colaborado en su formación una necesidad de condensar el material psíquico, un cuidado de que fuera posible su representación por medio de imágenes sensoriales y, además —aunque no regularmente—, el cuidado de que el producto onírico total presentase un aspecto racional e inteligente. De cada uno de estos principios parte un camino que conduce a postulados e hipótesis de orden psicológico. Deberemos investigar la relación recíproca existente entre el motivo optativo y las cuatro condiciones indicadas, así como las de estas últimas entre sí. Por último, habremos de incluir al sueño en la totalidad de la vida anímica.

Al principio del presente capítulo hemos expuesto un sueño que nos plantea un enigma cuya solución no hemos emprendido todavía. La interpretación de este sueño no nos opuso dificultad ninguna, pareciéndome únicamente que había de ser completada. Nos preguntamos por qué en este caso se producía un sueño

en vez del inmediato despertar el sujeto, y reconocimos como uno de los motivos del primero el deseo de representar al niño en vida. Más adelante veremos que en este sueño desempeña también un papel otro deseo distinto; pero por lo pronto dejaremos establecido que fue para permitir una realización de deseos por lo que el proceso mental del reposo quedó convertido en un sueño.

Fuera de la realización de deseos no hay más que un solo carácter que separe en este caso los dos géneros de actividad psíquica. La idea latente sería: «Veo un resplandor que viene de la habitación en la que está el cadáver. Quizá haya caído una vela sobre el ataúd y se esté quemando el niño». El sueño reproduce sin modificación alguna el resultado de esta reflexión, pero lo introduce en una situación presente y percibida por los sentidos como un suceso de la vigilia. Éste es, como sabemos, el carácter psicológico más general y evidente del sueño. Una idea, casi siempre la que entraña el deseo, queda objetivizada en el sueño y representada en forma de escena vivida.

¿Cómo podremos explicar esta peculiaridad característica de la elaboración onírica, o, hablando más modestamente, cómo podremos incluirla entre los procesos psíquicos?

Un examen más detenido nos hace observar que la forma aparente de este sueño nos muestra dos caracteres casi independientes entre sí. El primero es la representación en forma de situación presente, omitiendo el «quizá». El otro es la transformación de la idea en imágenes visuales y en palabras.

La transformación que las ideas latentes experimentan por el hecho de quedar representado en presente lo que ellas expresan en futuro no resulta quizá muy evidente en este sueño, circunstancia que depende del particular papel, realmente accesorio, que en él desempeña la realización de deseos. Tomemos otro sueño en el que el deseo onírico no se distinga de la continuación durante el reposo de los pensamientos de la vigilia; por ejemplo, el sueño de la inyección de Irma. En este sueño la idea latente que alcanza una representación aparece en optativo: «¡Ojalá fuese Otto el culpable de la enfermedad de Irma!» El sueño reprime el optativo y lo sustituye por un simple presente: «Sí; Otto tiene la culpa de la enfermedad de Irma». Es ésta, pues, la primera de las transformaciones que todo sueño, incluso aquellos que aparecen libres de deformación, lleva a cabo con las ideas latentes. Pero esta primera singularidad del sueño no habrá de detenernos mucho y nos bastará recordar la existencia de fantasías conscientes y de sueños diurnos que proceden del mismo modo con su contenido de representaciones. Cuando Mr. Joyeuse, el célebre personaje de Daudet, vaga sin

ocupación alguna a través de las calles de París para hacer creer a sus hijas que tiene un destino y se halla desempeñándolo, sueña con los acontecimientos que podrían proporcionarle un protector y una colocación y se los imagina en presente. El fenómeno onírico utiliza, por tanto, el presente en la misma forma y con el mismo derecho que el sueño diurno. El presente es el tiempo en que el deseo es representado como realizado.

El segundo de los caracteres antes mencionados es, en cambio, peculiar al sueño y lo diferencia de la ensoñación diurna. Este carácter es el de que el contenido de representaciones no es pensado, sino que queda transformado en imágenes sensoriales a las que prestamos fe y que creemos vivir. Advertiremos desde luego que no todos los sueños presentan esta transformación de representaciones en imágenes sensoriales. Hay algunos que no se componen sino de ideas, no obstante lo cual nos es imposible discutirles el carácter de sueños. Mi sueño «*autodidasker* la fantasía diurna con el profesor N». es uno de éstos, en los que apenas intervienen elementos sensoriales, como si hubiéramos pensado su contenido durante la vigilia. Asimismo hay en todo sueño algo externo, elementos que no han quedado transformados en imágenes sensoriales y que son simplemente pensados o sabidos del mismo modo que en la vigilia. Recordemos, además, que tal transformación de representaciones en imágenes sensoriales no es exclusiva del sueño, sino que aparece también en la alucinación, esto es, en aquellas visiones que constituyen un síntoma de la psiconeurosis o surgen independientemente de todo estado patológico. La relación que aquí investigamos no es, pues, exclusiva del sueño, pero constituye de todos modos su carácter más notable. Su comprensión exige que ampliemos nuestras especulaciones.

Entre todas las observaciones que sobre la teoría de los sueños nos ofrecen las obras de los autores ajenos al psicoanálisis hallamos una muy digna de atención. En su obra *Psicofísica* (tomo II, pág. 526) influye el gran G. Th. Fechner la hipótesis de que *la escena en la que los sueños se desarrollan es distinta de aquélla en la que se desenvuelve la vida de representación despierta*, y añade que sólo esta hipótesis puede hacernos comprender las singularidades de la vida onírica.

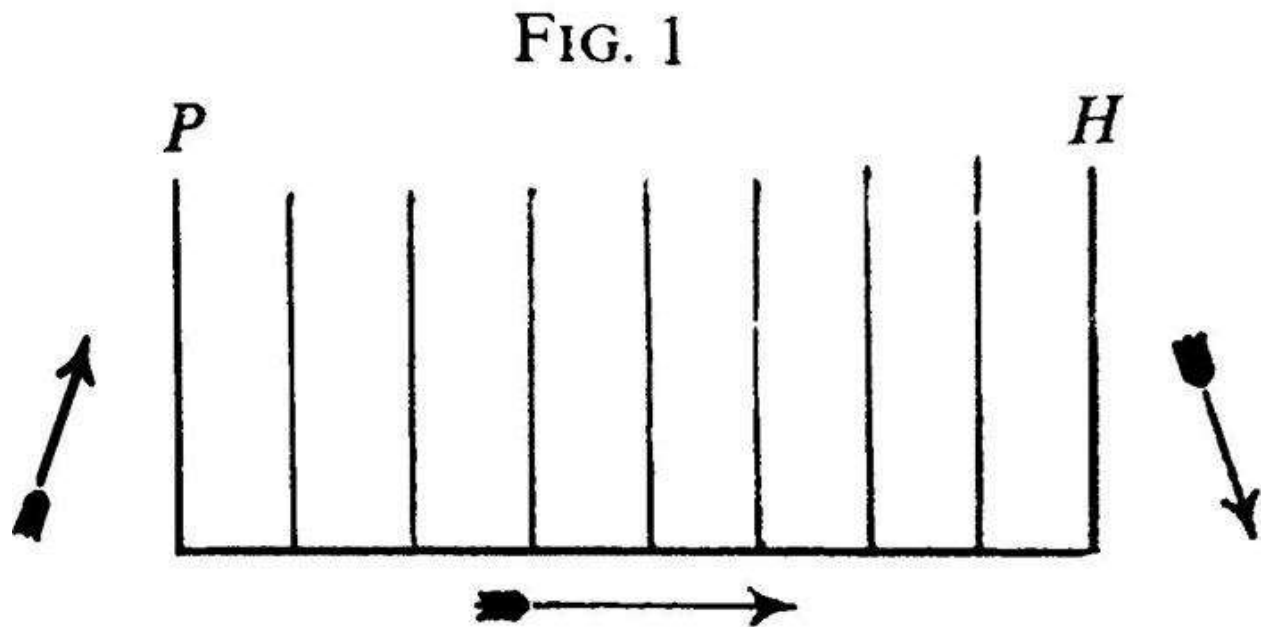
La idea que así se nos ofrece es la de una *localidad psíquica*. Vamos ahora a prescindir por completo de la circunstancia de sernos conocido también anatómicamente el aparato anímico de que aquí se trata y vamos a eludir asimismo toda posible tentación de determinar en dicho sentido la localidad

psíquica. Permaneceremos, pues, en terreno psicológico y no pensaremos sino en obedecer a la invitación de representarnos el instrumento puesto al servicio de las funciones anímicas como un microscopio compuesto, un aparato fotográfico o algo semejante. La localidad psíquica corresponderá entonces a un lugar situado en el interior de este aparato, en el que surge uno de los grados preliminares de la imagen. En el microscopio y en el telescopio son estos lugares puntos ideales; esto es, puntos en los que no se halla situado ningún elemento concreto del aparato. Creo innecesario excusarme por la imperfección de estas imágenes y otras que han de seguir. Estas comparaciones no tienen otro objeto que el de auxiliarnos en una tentativa de llegar a la comprensión de la complicada función psíquica total, dividiéndola y adscribiendo cada una de sus funciones aisladas a uno de los elementos del aparato. La tentativa de adivinar la composición del instrumento psíquico por medio de tal división no ha sido emprendida todavía, que yo sepa. Por mi parte, no encuentro nada que a ella pueda oponerse. Creo que nos es lícito dejar libre curso a nuestras hipótesis, siempre que conservemos una perfecta imparcialidad de juicio y no tomemos nuestra débil armazón por un edificio de absoluta solidez. Como lo que necesitamos son representaciones auxiliares que nos ayuden a conseguir una primera aproximación a algo desconocido, nos serviremos del material más práctico y concreto.

Nos representamos, pues, el aparato anímico como un instrumento compuesto a cuyos elementos damos el nombre de *instancias*, o, para mayor plasticidad, de *sistemas*. Hecho esto, manifestamos nuestra sospecha de que tales sistemas presenten una orientación especial constante entre sí, de un modo semejante a los diversos sistemas de lentes del telescopio, los cuales se hallan situados unos detrás de otros. En realidad no necesitamos establecer la hipótesis de un orden verdaderamente especial de los sistemas psíquicos. Nos basta con que exista un orden fijo de sucesión establecido por la circunstancia de que en determinados procesos psíquicos la excitación recorre los sistemas conforme a una sucesión temporal determinada. Este orden de sucesión puede quedar modificado en otros procesos, posibilidad que queremos dejar señalada, desde luego. De los componentes del aparato hablaremos en adelante con el nombre del «sistema ψ ».

Lo primero que nos llama la atención es que este aparato compuesto de sistema ψ posee una dirección. Toda nuestra actividad psíquica parte de

estímulos (internos o externos) y termina en inervaciones. De este modo adscribimos al aparato un extremo sensible y un extremo motor. En el extremo sensible se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el motor, otro que abre las esclusas de la motilidad. El proceso psíquico se desarrolla en general pasando desde el extremo de percepción hasta el extremo de motilidad. Así, pues, el esquema más general del aparato psíquico presentaría el siguiente aspecto:

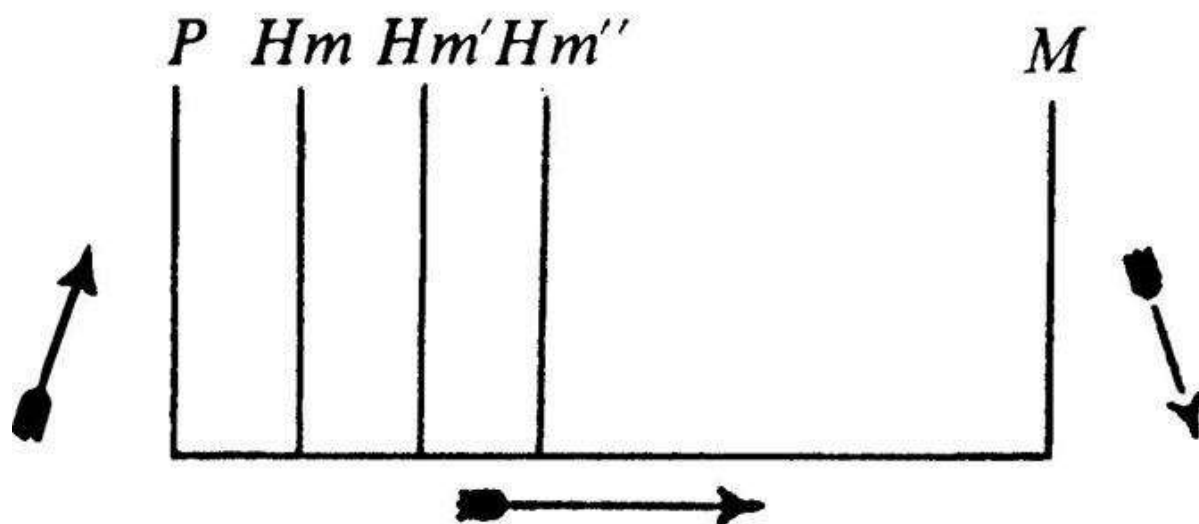


Este esquema no es más que la realización de la hipótesis de que el aparato psíquico tiene que hallarse construido como un aparato reflector. El proceso de reflexión es también el modelo de todas las funciones psíquicas.

Introduciremos ahora fundadamente una primera diferenciación en el extremo sensible. Las percepciones que llegan hasta nosotros dejan en nuestro aparato psíquico una huella a la que podemos dar el nombre de huella *mnémica* (*Erinnerungsspur*). La función que a esta huella mnémica se refiere es la que denominamos memoria. Continuando nuestro propósito de adscribir a diversos sistemas los procesos psíquicos, observamos que la huella mnémica no puede consistir sino en modificaciones permanentes de los elementos del sistema. Ahora bien: como ya hemos indicado en otro lugar, el que un mismo sistema haya de retener fielmente modificaciones de sus elementos y conservar, sin

embargo, una capacidad constante de acoger nuevos motivos de modificación supone no pocas dificultades. Siguiendo el principio que seguía nuestra tentativa, distribuiremos, pues, estas dos funciones en sistemas distintos, suponiendo que los estímulos de percepción son acogidos por un sistema anterior del aparato que no conserva nada de ellos; esto es, que carece de toda memoria, y que detrás de este sistema hay otro que transforma la momentánea excitación del primero en huellas duraderas. La figura número 2 corresponde a este nuevo aspecto del aparato psíquico.

FIG. 2



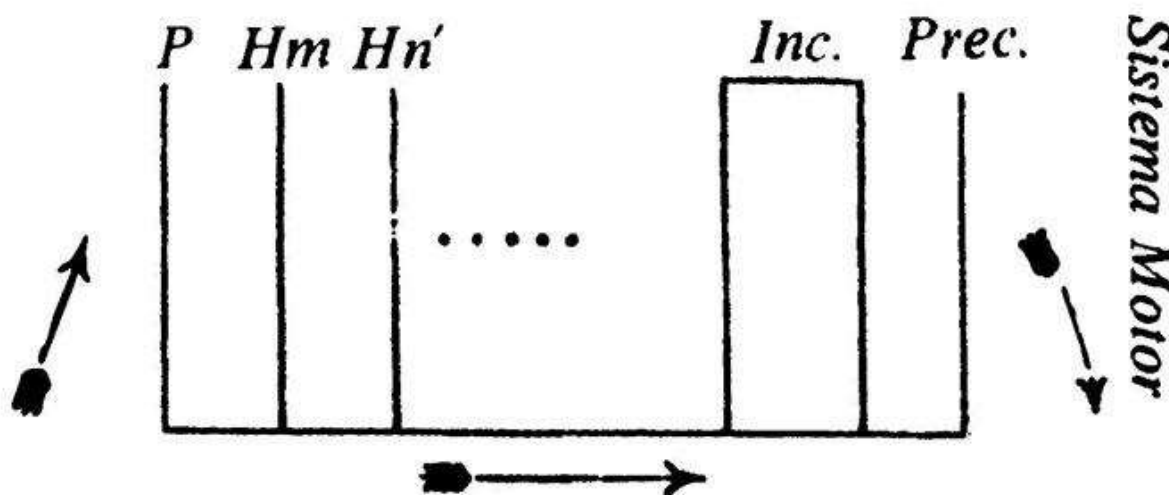
Sabido es que las percepciones que actúan sobre el sistema *P* perduran algo más que su contenido. Nuestras percepciones demuestran hallarse también enlazadas entre sí en la memoria, conforme, ante todo, a su primitiva coincidencia en el tiempo. Este hecho es el que conocemos con el nombre de asociación. Ahora bien: el sistema *P* no puede conservar las huellas para la asociación, puesto que carece de memoria. Cada uno de los elementos *P* quedaría insoportablemente obstruido en su función si un resto de una asociación anterior se opusiera a una nueva percepción. Habremos, pues, de suponer que los sistemas mnémicos constituyen la base de la asociación. Ésta consistirá entonces en que, siguiendo la menor resistencia, se propagará la excitación preferentemente de un primer elemento *Hm* a un segundo elemento, en lugar de

saltar a otro tercero. Un detenido examen nos muestra, pues, la necesidad de aceptar la existencia de más de uno de estos sistemas Hm , en cada uno de los cuales es objeto de una distinta fijación la excitación propagada por los elementos P . El primero de estos sistemas Hm contendrá de todos modos la fijación de la asociación por simultaneidad, y en los más alejados quedará ordenado el mismo material de excitación según otros distintos órdenes de coincidencia, de manera que estos sistemas posteriores representarían, por ejemplo, las relaciones de analogía, etc. Sería, naturalmente, ocioso querer describir la significación psíquica de uno de estos sistemas. Su característica se hallaría en la intimidad de sus relaciones con los elementos del material mnémico bruto; esto es, si queremos aludir a una teoría más profunda, en los escalonamientos de la resistencia conductora de estos elementos.

Habremos de intercalar aquí una *observación* de carácter general que entraña quizá una importantísima indicación. El sistema P , que no posee capacidad para conservar las modificaciones; esto es, que carece de memoria, aporta a nuestra conciencia toda la variedad de las cualidades sensibles. Por el contrario, nuestros recuerdos, sin excluir los más profundos y precisos, son inconscientes en sí. Pueden devenir conscientes, pero no es posible dudar que despliegan todos sus efectos en estado inconsciente. Aquello que denominamos nuestro carácter reposa sobre las huellas mnémicas de nuestras impresiones, y precisamente aquellas impresiones que han actuado más intensamente sobre nosotros, o sea las de nuestra primera juventud, son las que no se hacen conscientes casi nunca. Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo conscientes no muestran cualidad sensorial alguna o sólo muy pequeña, en comparación con las percepciones. Si pudiéramos comprobar que la memoria y la cualidad que caracteriza el devenir consciente se excluyen recíprocamente en los sistemas Ψ , se nos ofrecería una prometedora visión de las condiciones de la excitación de la neurona^[515].

Todo lo que hasta ahora hemos supuesto sobre la composición del aparato psíquico en su extremo sensible ha sido sin tener en cuenta para nada el sueño ni las explicaciones psicológicas que de su estudio pueden deducirse. Este estudio nos proporciona, en cambio, gran ayuda para el conocimiento de otro sector del aparato. Hemos visto que nos era imposible explicar la formación de los sueños si no nos decidíamos a aceptar la existencia de dos instancias psíquicas, una de las cuales somete a una crítica la actividad de la otra; crítica de la que resulta la exclusión de esta última de la conciencia.

FIG. 3



La instancia crítica mantiene con la conciencia relaciones más íntimas que la criticada, hallándose situada entre ésta y la conciencia a manera de pantalla. Hemos encontrado, además, puntos de apoyo para identificar la instancia crítica con aquello que dirige nuestra vida despierta y decide sobre nuestra actividad voluntaria y consciente. Si ahora sustituimos estas instancias por sistemas, quedará situado el sistema crítico en el extremo motor del aparato psíquico supuesto. Incluiremos, pues, ambos sistemas en nuestro esquema y les daremos nombres que indiquen su relación con la conciencia.

Al último de los sistemas situados en el extremo motor le damos el nombre de *preconsciente* para indicar que sus procesos de excitación pueden pasar directamente a la conciencia siempre que aparezcan cumplidas determinadas condiciones; por ejemplo, la de cierta intensidad y cierta distribución de aquella función a la que damos el nombre de atención, etc. Este sistema es también el que posee la llave del acceso a la motilidad voluntaria. Al sistema que se halla detrás de él le damos el nombre de *inconsciente* porque no comunica con la conciencia sino a *través de lo preconsciente*, sistema que impone al proceso de excitación, a manera de peaje, determinadas transformaciones^[516].

¿En cuál de estos sistemas situaremos ahora el estímulo de la formación de los sueños? Para mayor sencillez, en el sistema *Inc.*, aunque, como más adelante explicaremos, no es esto rigurosamente exacto, pues la formación de los sueños se halla forzada a enlazarse con ideas latentes que pertenecen al sistema de lo preconsciente. Pero también averiguaremos en otro lugar, al tratar del deseo

onírico, que la fuerza impulsora del sueño es proporcionada por el sistema *Inc.*, y esta última circunstancia nos mueve a aceptar el sistema inconsciente como el punto de partida de la formación de los sueños. Este estímulo onírico exteriorizará, como todos los demás productos mentales, la tendencia a propagarse al sistema *Prec.* y pasar de éste a la conciencia.

La experiencia nos enseña que durante el día aparece desplazado por la censura de la resistencia, y para las ideas latentes, este camino que conduce a la conciencia a través de lo preconscious. Durante la noche se procuran dichas ideas el acceso a la conciencia, surgiendo aquí la interrogación de por qué camino y merced a qué modificación lo consiguen. Si el acceso de estas ideas latentes a la conciencia dependiera de una disminución nocturna de la resistencia que vigila en la frontera entre lo inconsciente y lo preconscious, tendríamos sueños que no mostrarían el carácter alucinatorio que ahora nos interesa. El relajamiento de la censura entre los dos sistemas *Inc.* y *Prec.* no puede explicarnos, por tanto, sino aquellos productos oníricos exentos de imágenes sensoriales (recuérdese el ejemplo «autodidasker») y no sueños como el detallado al principio del presente capítulo.

Lo que en el sueño alucinatorio sucede no podemos describirlo más que del modo siguiente: la excitación toma un camino regresivo; en lugar de avanzar hacia el extremo motor del aparato, se propaga hacia el extremo sensible, y acaba por llegar al sistema de las percepciones. Si a la dirección seguida en la vigilia por el procedimiento psíquico, que parte de lo inconsciente, le damos el nombre de dirección *progresiva*, podemos decir que el sueño posee un carácter *regresivo*^[517].

Esta regresión es una de las más importantes peculiaridades psicológicas del proceso onírico; pero no debemos olvidar que no es privativa de los sueños. También el recordar voluntario, la reflexión y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a un retroceso, dentro del aparato psíquico, desde cualquier acto complejo de representación al material bruto de las huellas mnémicas en las que se halla basado. Pero durante la vigilia no va nunca esta regresión más allá de las imágenes mnémicas, y no llega a reavivar las imágenes de percepción, convirtiéndolas en alucinaciones. ¿Por qué no sucede también esto en el sueño? Al hablar de la condensación onírica hubimos de suponer que la elaboración del sueño llevaba a cabo una total transmutación de todos los valores psíquicos, despojando de su intensidad a unas representaciones para

transferirlas a otras. Esta modificación del proceso psíquico acostumbrado es la que hace posible cargar el sistema de las P hasta la completa vitalidad en una dirección inversa, o sea partiendo de las ideas.

No creo que nadie incurra en error sobre el alcance de estas explicaciones. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que dar un nombre a un fenómeno inexplicable. Hablamos de regresión cuando la representación queda transformada, en el sueño, en aquella imagen sensible de la que nació anteriormente. De todos modos, también necesitamos justificar este paso, pues podría objetársenos la inutilidad de una calificación que no ha de enseñarnos nada nuevo. Pero, a nuestro juicio, ha de sernos muy útil este nombre de regresión por enlazar un hecho que nos es conocido al esquema antes desarrollado de un aparato psíquico; esquema cuyas ventajas vamos ahora a comprobar por vez primera, pues con su sola ayuda, y sin necesidad de nuevas reflexiones, hallaremos el esclarecimiento de una de las peculiaridades de la formación de los sueños. Considerando el proceso onírico como una regresión dentro del aparato anímico por nosotros supuesto, hallamos la explicación de un hecho antes empíricamente demostrado; esto es, el de que las relaciones intelectuales de las ideas, latentes entre sí, desaparecen en la elaboración del sueño o no encuentran sino muy trabajosamente una expresión. Nos muestra, en efecto, nuestro esquema que estas relaciones intelectuales no se hallan contenidas en los primeros sistemas Hm , sino en otros anteriores a ellos, y tienen que perder su expresión en el proceso regresivo hasta las imágenes de percepción. *La regresión descompone en su material bruto el ajuste de las ideas latentes.*

Mas ¿por qué transformaciones resulta posible esta regresión, imposible durante el día? Sospechamos que se trata de modificaciones de las cargas de energía de cada uno de los sistemas; modificaciones que los hacen más o menos transitables o intransitables para el curso de la excitación. Pero dentro de cada uno de estos aparatos podía producirse este mismo efecto por medio de modificaciones diferentes. Pensamos, naturalmente, en seguida en el estado de reposo y en las modificaciones de la carga psíquica que el mismo provoca en el extremo sensible del aparato. Durante el día existe una corriente continua desde el sistema ψ de las P hasta la motilidad. Pero esta corriente cesa por la noche, y no puede ya presentar obstáculo ninguno a la regresión de la excitación.

Esta circunstancia constituiría aquel «apartamiento del mundo exterior» en el

que algunos autores ven la explicación de los caracteres psicológicos del sueño. Sin embargo, al explicar la regresión del sueño habremos de tener en cuenta aquellas otras regresiones que tienen efecto en los estados patológicos de la vigilia; regresiones a las que nuestra anterior hipótesis resulta inaplicable, pues se desarrolla, a pesar de no hallarse interrumpida la corriente sensible, en dirección progresiva.

Las alucinaciones de la histeria y de la paranoia y las visiones de las personas normales corresponden, efectivamente, a regresiones; esto es, son ideas transformadas en imágenes. Pero en estos casos no experimentan tal transformación más que aquellas ideas que se hallan en íntima conexión con recuerdos reprimidos o inconscientes. Uno de los histéricos más jóvenes que he sometido a tratamiento, un niño de doce años, no puede conciliar el reposo, porque en cuanto lo intenta ve *caras verdes con ojos encamados*, que le causan espanto. La fuente de esta aparición es el recuerdo reprimido, pero primitivamente consciente, de un muchacho, al que vio varias veces hacia cuatro años, y que constituía un modelo de vicios infantiles; entre ellos, el de la masturbación; vicio que también practicó el sujeto, reprochándose ahora amargamente. Su madre había observado por entonces que el vicioso niño tenía un *color verdoso, y los ojos, encarnados* (los párpados, ribeteados). De este recuerdo procede, pues, el fantasma que le impide conciliar el reposo y que está destinado después a recordarle la predicción que le hizo su madre de que tales niños se vuelven idiotas, no consiguen aprender nada en la escuela y mueren jóvenes. Nuestro pequeño paciente demuestra la realización de una parte de esta profecía, pues no avanza en sus estudios, y teniendo conciencia de ello, le espanta que pueda también realizarse la segunda parte. El tratamiento logró devolver en poco tiempo el reposo, hacerle perder el miedo y terminar el año escolar con notas sobresalientes.

Agregaré aquí la solución de una visión que me fue relatada por una histérica de cuarenta años; visión muy anterior a la enfermedad que le llevaba a mi consulta. Al despertar una mañana vio ante sí a su hermano mayor, que se hallaba recluido en un manicomio. Su hijo pequeño dormía en la cama junto a ella, para *evitar que se asustase y le diesen convulsiones* si veía a su tío, le tapó la cabeza con *la colcha*, desvaneciéndose entonces la aparición. Esta visión no era sino la elaboración de un recuerdo infantil, consciente, pero íntimamente enlazado con todo el material inconsciente, dado en la vida anímica de la sujeto. La niñera le había relatado que su madre, muerta cuando ella tenía año y medio,

había padecido convulsiones epilépticas o histéricas desde un susto que le dio su hermano (el *tío* de la sujeto), apareciéndosele a guisa de fantasma con una *colcha* sobre la cabeza. La visión contiene los mismos elementos que el recuerdo: la aparición del hermano, la colcha, el sobresalto y sus efectos; pero estos elementos han sido ordenados en una forma distinta y transferidos a otras personas. El motivo, hartamente transparente, de la visión; esto es, del pensamiento por ella sustituido, es la preocupación de que su hijo pequeño, que presenta un extraordinario parecido físico con su tío, pueda tener igual desgraciado destino.

Los dos ejemplos que anteceden no carecen de cierta relación con el estado de reposo, y son quizá, por tanto, poco apropiados para la demostración que con ellos me proponía alcanzar. Pero mi análisis de una paranoica alucinada^[518], y los resultados de mis estudios, aún no publicados, sobre la psicología de la neurosis robustecen la afirmación de que en estos casos de transformación represiva de las ideas hemos de tener en cuenta la influencia de un recuerdo reprimido o inconsciente, infantil en la mayoría de los casos. Este recuerdo arrastra consigo a la regresión; esto es, a la forma de representación, en la que el mismo se halla dado psíquicamente, a las ideas con él enlazadas y privadas de expresión por la censura. Mencionaremos aquí como un resultado del estudio de la histeria el hecho de que las escenas infantiles (trátese de recuerdos o de fantasías) son vistas alucinatoriamente cuando se consiguen hacerlas conscientes, y sólo después de explicar al paciente su sentido es cuando pierden este carácter. Sabido es también que incluso en personas que no poseen en alto grado la facultad de la reminiscencia visual suelen conservar los recuerdos infantiles más tempranos un carácter de vivacidad sensorial hasta los años más tardíos.

Si recordamos cuál es el papel que en las ideas latentes corresponde a los sucesos infantiles o a las fantasías en ellos basadas; con cuánta frecuencia emergen de nuevo fragmentos de los mismos en el contenido latente, y cómo los mismos deseos del sueño aparecen muchas veces derivados de ellos, no rechazaremos la probabilidad de que la transformación de las ideas en imágenes visuales sea también en el sueño la consecuencia de la atracción que el recuerdo, representado visualmente, y que tiende a resucitar, ejerce sobre las ideas privadas de conciencia, que aspiran a hallar una expresión. Según esta hipótesis, podría también describirse el sueño como la sustitución de la escena infantil, modificada por su transferencia a lo reciente. La escena infantil no puede

conseguir su renovación real y tiene que contentarse con retornar a título de sueño.

El descubrimiento de la importancia, hasta cierto punto prototípica, de las escenas infantiles (o de sus repeticiones fantásticas) para el contenido manifiesto del sueño hace que una de las hipótesis de Schemer sobre las fuentes de estímulos interiores resulte totalmente superflua. Supone Schemer que aquellos sueños que presentan una especial vivacidad de sus elementos visuales, o una particular riqueza en estos elementos, tienen por base una excitación interna del órgano de la visión. Por nuestra parte, y sin entrar a discutir esta hipótesis, admitiremos la existencia de tal estado de excitación en el sistema perceptivo psíquico del órgano de la visión; pero haremos constar que este estado de excitación ha sido creado por el recuerdo y constituye la renovación de la excitación visual, experimentada en el momento real al que corresponde. No poseo ningún ejemplo propio de tal influencia de un recuerdo infantil. Mis sueños son generalmente pobres en elementos sensoriales; pero en el más bello y animado que he tenido durante estos últimos años me fue fácil referir la precisión alucinatoria del contenido manifiesto a cualidades sensibles de impresiones recientes. En páginas anteriores hemos citado un sueño, en el que el profundo azul del agua, el negro de humo arrojado por las chimeneas de los barcos y el rojo oscuro y el sepia de los edificios me dejaron una profunda impresión. Si algún sueño puede ser referido a una excitación visual, ninguno mejor que éste. Pero ¿qué es lo que la había producido? Una impresión reciente, que vino a agregar a una serie de impresiones anteriores. Los colores que vi en mi sueño eran, en primer lugar, los de las piezas de una caja de construcción, con las que mis hijos habían edificado el día inmediatamente anterior a mi sueño un espléndido palacio. En las piezas de esta caja de construcción podía encontrarse el mismo rojo oscuro, el mismo azul y el mismo negro que en mi sueño veo. A esta impresión vinieron a agregarse las de mi último viaje a Italia: el bello color cálido sepia de la tierra. La belleza cromática del sueño no era, pues, sino una repetición de la que el recuerdo me mostraba.

Concretemos ahora todo lo que hemos averiguado sobre aquella peculiaridad del sueño, que consiste en transformar su contenido de representaciones en imágenes sensoriales. No habremos esclarecido este carácter de la elaboración onírica refiriéndolo a leyes conocidas de la Psicología, pero lo hemos extraído en condiciones desconocidas, y lo hemos caracterizado, dándole el nombre de carácter regresivo. Hemos opinado que esta regresión es siempre un efecto de la

resistencia, que se opone al avance de la idea hasta la conciencia por el camino normal, y de la atracción simultánea que los recuerdos sensoriales dados ejercen sobre ella^[519]. La regresión sería hasta posible en el sueño por la cesación de la corriente diurna progresiva de los órganos sensoriales; factor auxiliar que en las otras formas de la regresión podía ser el que contribuyera al robustecimiento de los demás motivos de la misma. No debemos tampoco olvidar que el proceso de la transferencia de energía habrá de ser, tanto en estos casos patológicos de regresión como en el sueño, muy distinto del que se desarrolla en las regresiones de la vida anímica normal, puesto que en los primeros hace posible una completa carga alucinatoria de los sistemas de percepción. Aquello que en el análisis de la elaboración onírica hemos descrito con el nombre de cuidado de la representabilidad podría ser referido a la atracción selectora de las escenas visualmente recordadas, enlazadas a las ideas latentes.

En la teoría de la formación de síntomas neuróticos desempeña la regresión un papel no menos importante que en la de los sueños. Distinguimos aquí tres clases de regresión: *a)* Una regresión *tópica*, en el sentido del esquema de los sistemas ψ . *b)* Una regresión *temporal*, en cuanto se trata de un retorno a formaciones psíquicas anteriores, *c)* Una regresión *formal* cuando las formas de expresión y representación acostumbradas quedan sustituidas por formas correspondientes primitivas. Estas tres clases de regresión son en el fondo una misma cosa, y coinciden en la mayoría de los casos, pues lo más antiguo temporalmente es también lo primitivo en el orden formal, y lo más cercano en la tónica psíquica al extremo de la percepción. (Adición de 1914.)

No podemos abandonar el tema de la regresión en el sueño sin manifestar una impresión que se nos ha impuesto ya varias veces, y que una vez que hayamos profundizado en el estudio de las psiconeurosis retornará robustecida.

Esta impresión es la de que el acto de soñar es por sí una regresión a las más tempranas circunstancias del soñador, una resurrección de su infancia, con todos sus impulsos instintivos y sus formas expresivas. Detrás de esta infancia individual se nos promete una visión de la infancia filogénica y del desarrollo de la raza humana; desarrollo del cual no es el individual, sino una reproducción abreviada e influida por las circunstancias accidentales de la vida. Sospechamos ya cuán acertada es la opinión de Nietzsche de que «el sueño continúa un estado primitivo de la Humanidad, al que apenas podemos llegar por un camino directo», y esperamos que el análisis de los sueños nos conduzca al

conocimiento de la herencia arcaica del hombre y nos permita descubrir en él lo anímicamente innato. Parece como si el sueño y la neurosis nos hubieran conservado una parte insospechada de las antigüedades anímicas, resultando así que el psicoanálisis puede aspirar a un lugar importante entre las ciencias que se esfuerzan en reconstruir las fases más antiguas y oscuras de los comienzos de la Humanidad. (Adición de 1918.)

Esta primera parte de nuestra investigación psicológica del sueño no nos llega a satisfacer por completo. Nos consolaremos pensando en que nos vemos obligados a construir en las tinieblas. Además, si no nos engañamos mucho, hemos de retornar muy pronto a estas mismas regiones por un distinto camino, y quizá sepamos orientarnos mejor.

C) La realización de deseos.

El sueño con que iniciamos el presente capítulo, o sea el del padre al que se le aparece su hijo muerto, nos da ocasión para examinar determinadas dificultades, con las que tropieza la teoría de la realización de deseos. Todos hemos extrañado que el sueño no pueda ser sino una realización de deseos, y no sólo por la contradicción que supone la existencia de sueños de angustia. Después de comprobar por medio del análisis que el sueño entrañaba un sentido y un valor psíquico, no esperábamos en modo alguno una tan limitada y estricta determinación de tal sentido. Según la definición correcta, pero insuficiente, de Aristóteles, el sueño no es sino la continuación del pensamiento durante el estado de reposo. Pero si nuestro pensamiento crea durante el día tan diversos actos psíquicos juicios, conclusiones, refutaciones, hipótesis, propósitos, etc.—, ¿cómo puede quedar obligado luego, durante la noche, a limitarse única y exclusivamente a la producción de deseos? ¿No habrá quizá gran número de sueños que entrañen otro acto psíquico distinto; por ejemplo, una preocupación? ¿Y no será éste realmente el caso del sueño antes expuesto, en el que del resplandor que a través de sus párpados recibe durante el reposo deduce el sujeto la conclusión de que una vela ha caído sobre al ataúd y ha podido prender fuego al cadáver, y transforma esta conclusión en un sueño, dándole la forma de una situación sensible y presente? ¿Qué papel desempeña aquí la realización de deseos? ¿Es acaso posible negar en este sueño el predominio de la idea, continuada desde la vigilia o provocada por la nueva impresión sensorial?

Todo esto es exacto, y nos obliga a examinar más detenidamente el sueño desde los puntos de vista de la realización de deseos y de la significación de los pensamientos de la vigilia en él continuados.

La realización de deseos nos ha hecho ya dividir los sueños en dos grupos. Hemos hallado sueños que mostraban francamente tal realización, y otros en los que no nos era posible descubrirla sino después de un minucioso análisis. En estos últimos sueños reconocimos la actuación de la censura onírica. Los sueños no disfrazados demostraron ser característicos de los niños. En los adultos *parecían* —quiero acentuar esta restricción—, *parecían*, repito, presentarse también sueños optativos, breves y francos.

Podemos preguntarnos ahora de dónde procede en cada caso el deseo que se realiza en el sueño. Pero ¿a qué antítesis o a qué diversidad podemos referir este «de dónde»? A mi juicio, nos es posible referirlo a la antítesis existente entre la vida diurna consciente y una actividad psíquica inconsciente durante el día y que sólo a la noche puede hacerse perceptible. Hallamos entonces tres posibles procedencias del deseo: 1.º Puede haber sido provocado durante el día y no haber hallado satisfacción a causa de circunstancias exteriores, y entonces perdura por la noche un deseo reconocido e *insatisfecho*. 2.ª Puede haber surgido durante el día, pero haber sido rechazado, y entonces perdura en nosotros un deseo insatisfecho, pero reprimido; y 3.º Puede hallarse exento de toda relación con la vida diurna y pertenecer a aquellos deseos que sólo por la noche surgen en nosotros, emergiendo de lo reprimido. Volviendo a nuestro esquema del aparato psíquico localizaremos un deseo de la primera clase en el sistema *Prec.*; de los de la segunda, supondremos que han sido obligados a retroceder desde el sistema *Prec.* al sistema *Inc.*, y que si se han conservado tienen que haberse conservado en él. Por último, de los deseos pertenecientes a la tercera clase, creemos que son totalmente incapaces de salir del sistema *Inc.* ¿Habremos de suponer que sólo los deseos emanados de estas diversas fuentes tienen el poder de provocar un sueño?

Examinados los sueños que pueden proporcionarnos datos para contestar a esta pregunta, observamos en primer lugar la necesidad de considerar como una cuarta fuente de deseos provocados de sueños los impulsos optativos surgidos durante la noche (le sed, la necesidad sexual, etc.), y nos inclinamos después a afirmar que la procedencia del deseo no influye para nada en su capacidad de provocar un sueño. Recordemos el sueño del niño que continúa la travesía interrumpida aquella tarde y todos los demás ejemplos de este género que a su

tiempo expusimos. Todos estos sueños quedan explicados por un deseo insatisfecho, pero no reprimido, del día. Los ejemplos de deseos reprimidos que se exteriorizan en sueños son numerosísimos. Me limitaré a exponer el más sencillo que de esta clase he podido encontrar. La sujeto es una señora un tanto burlona. Durante el día le han preguntado repetidas veces qué juicio le merecía el novio de una amiga suya más joven que ella. Su verdadera opinión es que se trata de un *hombre adocenado*, y la hubiera manifestado gustosa; pero en obsequio a su amiga, la sustituye por grandes alabanzas. Aquella noche sueña que le dirigen la misma pregunta y que responde diciendo: «Cuando en la tienda saben ya de lo que se trata, basta con indicar el número». Por último, nos ha demostrado el análisis que en todos los sueños que han pasado por una deformación procede el deseo de lo inconsciente y no pudo ser observado durante el día. De este modo todos los deseos nos parecen al principio equivalentes y de igual poder para la formación de los sueños.

No puedo demostrar aquí que en realidad suceden las cosas de otro modo; pero me inclino mucho a suponer una más severa condicionalidad del deseo onírico. Los sueños infantiles no permiten dudar de que su estímulo es un deseo insatisfecho durante el día; pero no debemos olvidar que se trata del deseo de un niño, con toda la energía de los impulsos optativos infantiles. En cambio, no me parece verosímil que un deseo insatisfecho pueda bastar para provocar un sueño en un sujeto adulto. Opino más bien que el dominio progresivo de nuestra vida instintiva por la actividad intelectual nos lleva a renunciar cada vez más a la formación o conservación de deseos tan intensos como los que el niño abriga. Claro es que dentro de esto puede haber diferencias individuales y conservar unas personas el tipo infantil de los procesos anímicos durante más tiempo que otras, diferencias que observamos también en la debilitación de la representación visual, originariamente muy precisa. Pero, en general, creo que el deseo insatisfecho durante el día no basta para crear un sueño en los adultos. Concedo que el sentimiento optativo procedente de la conciencia puede contribuir a provocar un sueño, pero nada más. El sueño no nacería si el deseo preconscious no quedase robustecido por otros factores.

Estos factores proceden de lo inconsciente. *Imagino que el deseo consciente sólo se constituye en estímulo del sueño cuando consigue despertar un deseo inconsciente de efecto paralelo con el que reforzar su energía.* Conforme a los indicios deducidos del psicoanálisis de la neurosis, considero que tales deseos inconscientes se hallan siempre en actividad y dispuestos siempre a conseguir

una expresión en cuanto se les ofrece ocasión para aliarse con un sentimiento procedente de lo consciente y transferirle su mayor intensidad^[520]. Parece entonces como si únicamente el deseo consciente se hallara realizado en el sueño; pero una pequeña singularidad en la estructura del mismo nos permitirá seguir las huellas del poderoso auxiliar llegado de lo inconsciente. Estos deseos de nuestro inconsciente, siempre en actividad y, por decirlo así, inmortales, deseos que nos recuerdan a aquellos titanes de la leyenda sobre los cuales pesan desde tiempo inmemorial inmensas montañas que fueron arrojadas sobre ellos por los dioses vencedores y que aún tiemblan de tiempo en tiempo, sacudidas por las convulsiones de sus miembros; estos deseos reprimidos, repito, son también de procedencia infantil, como nos lo ha demostrado la investigación psicológica de las neurosis. Así, pues, retiraré mi afirmación anterior de que la procedencia del deseo era una cuestión indiferente, y la sustituiré por la que sigue: *El deseo representado en el sueño tiene que ser un deseo infantil*. En los adultos procede entonces del *Inc.* En los niños, en los que no existe aún la separación y la censura entre el *Prec.* y el *Inc.*, o en los que comienza a establecerse poco a poco, el deseo es un deseo insatisfecho, pero no reprimido, de la vida despierta. Sé que estas afirmaciones no pueden demostrarse en general; pero insisto en que pueden comprobarse frecuentemente, aun en ocasiones en las que no lo sospechábamos.

Los sentimientos optativos procedentes de la vida despierta consciente pasan, por tanto, a segundo término en la formación de los sueños, pues no podemos atribuirles importancia mayor de la que atribuimos a las sensaciones surgidas durante el reposo en la formación del contenido manifiesto (véase anteriormente). Permaneciendo dentro de los límites que el proceso mental que voy desarrollando me prescribe, dirigiré ahora mi atención a los restantes estímulos psíquicos procedentes de la vida diurna y que no poseen el carácter de deseos. Cuando decidimos entregarnos al reposo podemos conseguir la cesación interina de las cargas psíquicas de nuestro pensamiento despierto. Aquellas personas que así lo logran con facilidad gozan de un tranquilo reposo. Dícese que Napoleón I era un sorprendente ejemplo de este género. Pero no siempre conseguimos tal cosa, y cuando la conseguimos, no siempre por completo. Los problemas aún no solucionados, las preocupaciones que nos atormentan y una multitud de impresiones diversas continúan la actividad mental durante el reposo y mantienen el desarrollo de procesos anímicos en el sistema que hemos

calificado con el nombre de preconscious. Estos estímulos mentales que continúan durante el reposo pueden ser divididos en los grupos siguientes: 1.º Aquellos procesos que durante el día no han podido llegar a tiempo por haber quedado interrumpidos a causa de una circunstancia cualquiera. 2.º Aquello que ha permanecido interminado o sin solución por paralización de nuestra energía mental. 3.º Aquello que hemos rechazado y reprimido durante el día. A estos tres grupos se añade otro más importante, formado por aquello que la labor diurna de lo preconscious ha estimulado en nuestro *Inc.* Por último, podemos agregar, como quinto grupo, el formado por las impresiones diurnas indiferentes y, por tanto, inderivadas.

Las intensidades psíquicas que estos restos de la vida diurna introducen en el estado de reposo, sobre todo las pertenecientes al grupo de lo inderivado, poseen mayor importancia de lo que pudiera creerse, pues constituyen excitaciones que luchan durante la noche por alcanzar una expresión, mientras que el estado de reposo imposibilita el curso acostumbrado del proceso de excitación a través de lo preconscious y su término por el acceso a la conciencia. Mientras tenemos conciencia de nuestros procesos mentales normales nos es imposible, en efecto, conciliar el reposo. No puedo decir cuál es la modificación que el estado de reposo provoca en el sistema *Prec*^[521].; pero es indudable que la característica psicológica del sueño ha de ser buscada esencialmente en las modificaciones de la carga psíquica de este sistema, que domina también el acceso a la motilidad, paralizada durante el reposo. En cambio, no sé de ningún dato de la psicología del sueño que pueda inclinarnos a admitir que el reposo introduce alguna transformación en el sistema *Inc.*, si no es secundariamente. La excitación nocturna desarrollada en el *Prec.* no encuentra otro camino que el seguido por las excitaciones optativas procedentes del *Inc.*, y tiene que buscar refuerzo en este último y dar los rodeos de las excitaciones inconscientes. Pero ¿cuál es la significación de los restos diurnos preconscious con respecto al sueño? No cabe duda de que penetran en gran número en él, utilizan su contenido manifiesto para imponerse a la conciencia también durante la noche, llegando incluso a dominar el contenido del sueño y a obligarle a continuar la labor diurna. Es también indudable que *los restos diurnos pueden tener el carácter de deseos, del mismo modo que cualquier otro*. Resulta muy instructivo y es decisivo para la teoría de la realización de deseos observar cuáles son las condiciones a las que se tienen que someter para hallar acogida en el sueño.

Recordemos uno de los ejemplos antes expuesto: el sueño que me muestra a mi amigo Otto con los signos de la enfermedad de Basedow. El mal aspecto de mi amigo me había preocupado durante el día, y he de suponer que continuó preocupándome durante el reposo. Mi pensamiento se esforzaba sin duda en descubrir qué era lo que podía tener Otto. Esa preocupación halló por la noche una expresión en el sueño citado, cuyo contenido es desatinado y no deja reconocer realización ninguna de deseos. Pero investigando de dónde podía proceder aquella desmesurada representación de mi preocupación diurna, me reveló el análisis la conexión buscada, mostrándome que en el sueño me identificaba con el profesor R. e identificaba a Otto con el barón de L. Esta sustitución de las ideas diurnas no puede tener más explicación que la siguiente: en mi inconsciente debo hallarme dispuesto de continuo a identificarme con el profesor R., puesto que satisfago así uno de los inmortales deseos infantiles, o sea el deseo de grandeza. Determinadas ideas hostiles contra mi amigo Otto, ideas censuradas y que hubieran sido rechazadas en la vigilia, aprovecharon la ocasión para alcanzar una forma expresiva, pero al mismo tiempo también mi preocupación diurna a él relativa quedó expresada por medio de una sustitución en el contenido manifiesto. La idea diurna, que no era un deseo, sino por el contrario, una preocupación dolorosa, tuvo que crearse una conexión con un deseo infantil y reprimido, al que después de prepararlos convenientemente hizo «nacer» en la conciencia. Cuanto más dominante fuera esta preocupación, más poderoso podía ser el enlace que había de ser creado. Entre el contenido del deseo y el de la preocupación no necesitaba existir conexión ninguna, como, en efecto, no existe en nuestro ejemplo.

Creemos ha de ser muy útil dedicar ahora nuestra atención al problema de cómo se conduce el sueño cuando encuentra en las ideas latentes un material de naturaleza opuesta a la realización de deseos, esto es, cuando dichas ideas entrañan una preocupación, una reflexión dolorosa o un conocimiento penoso. En estas circunstancias puede darse la alternativa siguiente: *a)* La elaboración consigue sustituir todas las representaciones displacientes por representaciones contrarias y reprimir los efectos displacientes que a las primeras corresponden, y entonces resulta un puro sueño de satisfacción, o sea una franca realización de deseos, en la que nada tenemos que investigar, *b)* Las representaciones penosas pasan más o menos transformadas, pero bien reconocibles, al contenido manifiesto. Éste es el caso que nos hace dudar de la exactitud de la teoría optativa del sueño y precisa de una mayor investigación. Tales sueños de

contenido penoso pueden desarrollarse en medio de la mayor indiferencia del sujeto, traer consigo afectos displacientes que parecen justificados por su contenido de representaciones o conducir, por último, a la interrupción del reposo mediante el desarrollo de angustia. (Adición de 1919.)

El análisis nos demuestra que también estos sueños displacientes son realizaciones de deseos. Un deseo inconsciente y reprimido, cuya satisfacción habría de ser sentida con displacer por el yo del soñador, ha aprovechado la ocasión que le es ofrecida por la conservación de la carga psíquica de los restos diurnos penosos y le ha prestado su apoyo, haciéndolos susceptibles de provocar un sueño. Pero mientras que en el caso *a*) coincide el deseo inconsciente con el consciente, en el caso *b*) surge la discordia entre lo consciente y lo inconsciente —lo reprimido y el yo— y queda constituida la situación de la fábula de los tres deseos cuya realización concede el hada al anciano matrimonio (véase más adelante). La satisfacción producida por la realización del deseo reprimido puede ser tan grande, que equilibre todos los afectos penosos correspondientes a los restos diurnos, y el sueño presentará entonces un matiz afectivo indiferente, aunque constituye por un lado la realización de un deseo y por otro la realización de algo temido. Pero también puede suceder que el yo dormido tome una parte mayor en la formación del sueño y reaccione con una enérgica indignación contra la satisfacción lograda por el deseo reprimido, reacción que desencadenará afectos displacientes e incluso llegará a poner fin al sueño, interrumpiendo el reposo con el desarrollo de angustia. No es, pues, difícil reconocer que los sueños de angustia y los displacientes son también, como los sueños de satisfacción, realizaciones de deseos.

Los sueños displacientes pueden ser asimismo *sueños punitivos*. Hemos de conceder que al reconocerlo así agregamos a la teoría del sueño algo nuevo en cierto sentido. Aquello que en ellos queda realizado es igualmente un deseo inconsciente. El de un castigo del soñador por un deseo ilícito reprimido. De este modo se adaptan estos sueños a la ley de que la fuerza impulsora de la formación onírica tiene que ser prestada por un deseo perteneciente a lo inconsciente. Un análisis psicológico más útil nos permite reconocer la diferencia que los separa de los demás sueños optativos. En los casos del grupo *b*), el deseo inconsciente provocador del sueño pertenecía a lo reprimido. En los sueños punitivos se trata también de un deseo inconsciente, pero al que no podemos agregar ya a lo reprimido, sino al yo. Los sueños punitivos indican, pues, la posibilidad de una más amplia participación del yo en la formación de los sueños. El mecanismo de

este proceso se nos hace mucho más transparente en cuanto sustituimos la antítesis entre lo «consciente» y lo «inconsciente» por la del *yo* y lo «reprimido». Pero esta sustitución no puede ser llevada a efecto sin un previo conocimiento de los procesos de la psiconeurosis. Me limitaré, pues, a observar que los sueños punitivos no se hallan enlazados generalmente a la condición de la existencia de restos diurnos penosos. Por el contrario, surgen con mayor facilidad en circunstancias contrarias, esto es, cuando los restos diurnos son ideas de naturaleza satisfactoria, pero que expresan satisfacciones ilícitas. Partiendo de estas ideas, no llega entonces al sueño manifiesto elemento ninguno que represente una contradicción directa de las mismas, análogamente a como sucedía en los sueños del grupo *a*). El carácter esencial de los sueños punitivos sería el de que en ellos no es el deseo inconsciente procedente de lo reprimido (del sistema *Inc.*) el que se constituye en formador del sueño, sino el deseo que reacciona a él, procedente del *yo*; aunque también inconsciente (esto es, preconsciente)^[522].

Procuraré aclarar estas afirmaciones con la exposición de un sueño propio, que muestra, sobre todo, la forma en que la elaboración onírica procede con un resto diurno de penosas preocupaciones:

El principio es un tanto borroso: «Digo a mi mujer que tengo que darle una noticia muy satisfactoria. Mi mujer se asusta y no quiere oírme, pero le aseguro que es algo que ha de regocijarla, y comienzo a contarle que el cuerpo de oficiales del Arma a la que nuestro hijo pertenece ha mandado una cantidad de dinero (¿5000 coronas?)..., algo de reconocimiento..., distribución... Mientras tanto, he entrado con mi mujer en un cuartito que parece ser una despensa para sacar algo de él. De repente, veo a mi hijo. No viene de uniforme, sino que trae un traje de *sport* muy ceñido (como la piel de una foca) con una pequeña capita. Se sube sobre una cesta que hay al lado de un cajón, como si quisiera colocar algo encima de este último. Le llamo, pero no me responde. Me parece ver que trae la cara o la frente vendada y que se ajusta algo en la boca introduciendo algo en ella. Sus cabellos han encanecido. Pienso si estará muy agotado y si llevará dientes postizos. Antes de haber podido llamarle por segunda vez despierto sin sentir angustia, pero con palpitaciones. El reloj señala las dos y media».

No siéndome posible comunicar un análisis completo de este sueño, me limitaré a hacer resaltar algunos puntos decisivos. El motivo del sueño estaba constituido por penosas preocupaciones del día. Mi hijo se hallaba combatiendo

en el frente y no teníamos noticias tuyas hacía ya más de una semana. En el contenido latente encuentra expresión el convencimiento de que ha muerto o está herido. Al principio del sueño, observamos un enérgico esfuerzo para sustituir las ideas penosas por sus contrarias. Tengo que comunicar a mi mujer algo muy satisfactorio, el envío de una cantidad, el reconocimiento, la distribución. (La cantidad procede de un satisfactorio deseo real de mi práctica médica e intenta, por tanto, desviar el tema.) Pero este esfuerzo fracasa en absoluto. Mi mujer sospecha algo terrible y no me quiere oír. Los disfraces bajo los que el sueño se presenta son en extremo transparentes, y todos los elementos revelan su relación con aquello que debe ser reprimido. Si mi hijo ha muerto, sus camaradas me remitirán sus efectos y tendré que distribuir su herencia entre sus hermanos. De los oficiales caídos en el campo de batalla se dice que han merecido el reconocimiento de la Patria. El sueño tiende, pues, directamente a dar expresión a aquello que al principio quería negar, proceso en el cual se hace notar, a través de las deformaciones, la tendencia realizadora de deseos. (El cambio de lugar durante el sueño puede ser interpretado, quizá, en el sentido del simbolismo del umbral, establecido por Silberer.) No sospechamos qué es lo que le presta la necesaria fuerza impulsora. En la escena onírica no se nos muestra mi hijo como alguien que «cae», sino como alguien que «sube». En su juventud ha sido un intrépido alpinista. (No se nos aparece de uniforme, sino vestido con un traje de *sport*.) Esto es, el accidente que ahora tememos le haya sucedido ha sido sustituido por otro anterior (una vez que se rompió una pierna patinando). La hechura singular de su traje, con el que parece una foca, nos recuerda a otro individuo, más joven, de nuestra familia, a nuestro gracioso nietecito. El cabello gris alude al padre de este niño, nuestro yerno, duramente castigado por la guerra. ¿Qué quiere esto decir? Pero basta. El lugar en que el sueño se desarrolla —una despensa—, el cajón del que mi hijo quiere coger algo (o sobre el que quiere colocar algo, en el sueño), son indudables alusiones a un accidente que sufrí por mi propia culpa. Teniendo unos dos o tres años quise alcanzar una golosina de un armario de la despensa y me subí sobre una banqueta colocada encima de una mesa, pero me caí y me di un golpe que pudo haberme costado perder los dientes. Este elemento del sueño constituye un reproche: «Te está bien empleado», equivalente a un sentimiento hostil contra mi hijo. Profundizando en el análisis descubrí el sentimiento oculto al que pudiera satisfacer la temida desgracia de mi hijo. Es la envidia de la juventud, envidia que el hombre maduro siente siempre por mucho que crea haberla dominado, y resulta indudable que

precisamente la dolorosísima emoción que habría de surgir si dicha desgracia se confirmara es la que reanima, como atenuante, tal realización reprimida de deseos. (Adición de 1919.)

Podemos ya precisar qué es lo que el deseo inconsciente significa para el sueño. Concedo que existe una clase de sueños cuyo *estimulo* procede predominante o hasta de un modo exclusivo de los restos de la vida diurna, y opino que incluso mi deseo de recibir algún día el título de profesor extraordinario me hubiera dejado dormir tranquilo aquella noche si no hubiera perdurado aún en mí el cuidado que la salud de mi amigo me inspiraba. Pero este cuidado no habría provocado, sin embargo, sueño ninguno, pues la *fuerza impulsora* de que el sueño precisaba tenía que ser reforzada por un deseo. Así, pues, para formar el sueño tuvo mi preocupación que buscar tal deseo y aliarse con él. Trataremos de aclarar estas circunstancias por medio de una comparación tomada de la vida social. Es muy posible que la idea diurna represente en la formación del sueño el papel de *socio industrial*: el socio industrial posee una idea y quiere explotarla; pero no puede hacer nada sin capital y necesita un *socio capitalista* que corra con los gastos. En el sueño el capitalista que corre con el gasto psíquico necesario para la formación del sueño es siempre, cualquiera que sea la idea diurna, *un deseo de lo inconsciente*^[523].

Otras veces se reúnen ambos caracteres en una misma persona, caso el más corriente en el sueño: la labor diurna ha provocado un deseo inconsciente, y éste crea entonces el sueño. También para todas las demás modificaciones posibles de la asociación económica empleada aquí como ejemplo hallamos un paralelo en los procesos oníricos. El socio industrial puede aportar una pequeña suma al capital; varios socios industriales pueden dirigirse al mismo capitalista o varios capitalistas reunir entre sí lo necesario para auxiliar al socio industrial. Correlativamente, hay también sueños mantenidos por más de un deseo. Podríamos continuar así hasta agotar todas las variantes de la relación económica que hemos escogido como término de comparación; pero no lo creemos necesario. Aquello que en estas especulaciones sobre el deseo onírico haya quedado aún incompleto será completado más adelante.

El *tertium comparationis* del paralelo establecido, esto es, la cantidad disponible, puede ser aún más sutilmente utilizado para el esclarecimiento de la estructura del fenómeno onírico. En la mayoría de los sueños hallamos un centro que posee una especial intensidad sensorial. Este centro constituye regularmente

la representación directa de la realización de deseos, pues cuando deshacemos los desplazamientos de la elaboración hallamos sustituida la intensidad psíquica de los elementos de las ideas latentes por la intensidad sensorial de los elementos del contenido manifiesto. Los elementos más próximos a la realización de deseos pueden ser ajenos al sentido de la misma y constituir ramificaciones de ideas displacientes contrarias al deseo, que por medio de una conexión, artificialmente creada muchas veces con los elementos centrales, han obtenido intensidad suficiente para alcanzar una representación. La fuerza representadora de la realización de deseos se extiende de este modo sobre una esfera de conexiones, dentro de la cual todos los elementos, incluso aquellos que de por sí carecen de medios, llegan a la representación. En aquellos sueños que entrañan varios deseos impulsores resulta fácil delimitar las esferas de cada una de las realizaciones de deseos y caracterizar como zonas limítrofes las lagunas que el sueño presenta.

Aunque la importancia de los restos diurnos queda muy disminuida con las observaciones que proceden, vale todavía la pena de concederles alguna atención, pues deben de constituir un ingrediente necesario para la formación onírica desde el momento en que todo sueño revela siempre una conexión con una impresión diurna reciente y a veces indiferente en absoluto. Hasta ahora no hemos logrado explicarnos claramente la necesidad de tal agregación a la formación de los sueños. Pero es que esta necesidad sólo nos revela su esencia cuando descubrimos la misión del deseo inconsciente y la estudiamos en conexión con la psicología de la neurosis. Vemos entonces que la representación inconsciente es absolutamente incapaz, como tal, de llegar a lo preconscious. Lo único que puede hacer es exteriorizar en él un efecto, enlazándose con una representación preconscious no censurable, a la que transfiere su intensidad y detrás de la cual se oculta. Este hecho, al que damos el nombre de *transferencia*, contiene la explicación de muchos singulares procesos de la vida anímica de los neuróticos. La transferencia puede dejar intacta la representación procedente de lo preconscious, la cual alcanza entonces una gran intensidad inmerecida o puede imponerle una modificación paralela al contenido de la representación inconsciente. Ruego se me perdone mi tendencia a buscar comparaciones de la vida cotidiana; pero no puedo por menos de recordar que las circunstancias en las que se nos muestra aquí la representación reprimida resultan muy análogas a las impuestas en nuestro país a los dentistas americanos, los cuales no pueden ejercer su profesión si no les sirve de escudo ante la ley un doctor en Medicina

cuyo título haya sido expedido por una universidad americana. Pero así como no son precisamente los médicos de más clientela los que consienten en tales alianzas con los dentistas, tampoco en lo psíquico consienten en servir de encubrimiento a una representación reprimida aquellas otras representaciones preconscientes o conscientes que han atraído suficientemente sobre sí la atención activa de lo preconsciente. Lo inconsciente se enlazará más bien con aquellas impresiones y representaciones de lo preconsciente que han quedado desatendidas por ser indiferentes o de las que la atención quedó retirada a causa de haber sido condenadas y rechazadas. Por último, según un principio experimentalmente comprobado de la teoría de las asociaciones, aquellas representaciones que han constituido ya una íntima conexión en un sentido, parecen rechazar grupos enteros de nuevas conexiones. En otro lugar hemos intentado utilizar este principio como base de una teoría de las parálisis histéricas.

Si aceptamos para el fenómeno onírico esta necesidad de transferencia de las representaciones reprimidas, descubierta en el análisis de las neurosis, hallaremos de una sola vez la solución de dos de sus enigmas: el de que todo análisis revele la intervención de una impresión reciente en la formación del sueño y el de que este elemento sea muchas veces de carácter trivialísimo e indiferente. Sabemos ya que si tales elementos recientes e indiferentes pasan con tanta frecuencia al sueño como sustituciones de las ideas latentes más antiguas es porque son las que menos tienen que temer por parte de la censura de la resistencia. Pero mientras que la exención de la censura no nos aclara más que la preferencia de que son objeto los elementos triviales, la constancia de los elementos recientes deja transparentar la necesidad de transferencia. Estos dos grupos de impresiones bastan para satisfacer a lo inconsciente en su demanda de material libre aún de asociaciones: las indiferentes, porque no han ofrecido gran ocasión de amplias conexiones, y las recientes, porque no han tenido tiempo de establecerlas.

Vemos, pues, que si los restos diurnos que participan en la formación del sueño toman algo del *Inc.*, esto es, toman fuerza impulsora del deseo reprimido, también ofrecen a su vez a lo inconsciente algo imprescindible: el objeto de la transferencia. Si quisiéramos penetrar aquí más profundamente en los procesos anímicos, tendríamos que iluminar antes con mayor intensidad el juego de las excitaciones entre lo preconsciente y lo inconsciente. Mas para esto habríamos de pasar al estudio de las neurosis, pues el sueño no nos lo permite.

Añadiremos aún una última observación sobre los restos diurnos. Su actuación, y no la del sueño —que ejerce, por el contrario, una acción protectora—, es la que puede calificarse de perturbadora. Más adelante volveremos sobre esta cuestión.

Investigando las características del deseo onírico, lo hemos derivado del dominio del *Inc.*, y hemos analizado su relación con los restos diurnos, los cuales pueden ser, por su parte, deseos, impulsos psíquicos de cualquier otro género o simplemente impresiones recientes. De este modo hemos abierto campo libre a todas las hipótesis favorables a la intervención de la actividad intelectual de la vigilia en la formación de los sueños. No sería siquiera imposible que, fundándonos en los resultados de las anteriores especulaciones, llegásemos a explicar aquellos casos extremos en los que el sueño se constituye en continuador de la labor diurna y lleva a feliz término un proceso mental que el pensamiento despierto dejó pendiente; pero nos falta un ejemplo de este género en el que pudiéramos descubrir, por medio del análisis, la fuente de deseos, infantil o reprimida, cuya atracción hubiese reforzado con tanto éxito la labor de la actividad preconsciente. En cambio, no nos hemos aproximado un solo paso a la solución del problema de porqué lo inconsciente no puede ofrecer durante el reposo otra, cosa que la fuerza impulsora para su realización de deseos. La solución de este enigma tiene que arrojar viva luz sobre la naturaleza psíquica del desear. El esquema del aparato psíquico antes establecido va ahora a ayudarnos a conseguirla.

Es indudable que para llegar a su perfección actual ha tenido que pasar este aparato por una larga evolución. Podemos, pues, representárnoslo en un estado anterior de su capacidad funcional. Determinadas hipótesis nos dicen que el aparato aspiró primeramente a mantenerse libre de estímulos en lo posible y adoptó con este fin, en su primera estructura, el esquema del aparato de reflexión que le permita derivar en el acto por caminos motores las excitaciones sensibles que hasta él llegaban. Pero las ineludibles condiciones de la vida vinieron a perturbar esta sencilla función, dando simultáneamente al aparato el impulso que provocó su ulterior desarrollo. Los primeros estímulos que a él llegaron fueron los correspondientes a las grandes necesidades físicas. La excitación provocada por la necesidad interna buscará una derivación en la motilidad, derivación que podremos calificar; de «modificación interna» o de expresión de las emociones. El niño hambriento grita y patalea; pero esto no modifica en nada su situación, pues la excitación emanada de la necesidad no corresponde a una energía de

efecto momentáneo, sino a una energía de efecto continuado. La situación continuará siendo la misma hasta que por un medio cualquiera —en el caso del niño, por un auxilio ajeno— se llega al conocimiento de la *experiencia de satisfacción*, que suprime la excitación interior. La aparición de cierta percepción (el alimento en este caso), cuya imagen mnémica queda asociada a partir de este momento con la huella mnémica de la excitación emanada de la necesidad, constituye un componente esencial de esta experiencia. En cuanto la necesidad resurja, surgirá también, merced a la relación establecida, un impulso psíquico que cargará de nuevo la imagen mnémica de dicha percepción y provocará nuevamente esta última, éstos es, que tenderá a reconstituir la situación de la primera satisfacción. Tal impulso es lo que calificamos de deseos. La reaparición de la percepción es la realización del deseo, y la carga psíquica completa de la percepción, por la excitación emanada de la necesidad, es el camino más corto para llegar a dicha realización. Nada hay que nos impida aceptar un estado primitivo del aparato psíquico en el que este camino quede recorrido de tal manera que el deseo termine en una alucinación. Esta primera actividad psíquica tiende, por tanto, a una *identidad de percepción*, o sea a la repetición de aquella percepción que se halla enlazada con la satisfacción de la necesidad.

Una amarga experiencia de la vida ha debido de modificar esta actividad mental primitiva, convirtiéndola en una actividad mental secundaria más adecuada al fin. El establecimiento de la identidad de percepción, por el breve camino regresivo en el interior del aparato, no tiene en otro lugar la consecuencia que aparece enlazada desde el exterior con la carga de la misma percepción. La satisfacción no se verifica y la necesidad perdura. Para hacer equivalente la carga interior a la exterior tendría que ser conservada ésta constantemente, como sucede en las psicosis alucinatorias y en las fantasías de hambre, fenómenos que agotan su función psíquica en la *conservación* del objeto deseado. Para alcanzar un aprovechamiento más adecuado de la energía psíquica será necesario detener la regresión, de manera que no vaya más allá de la huella mnémica y pueda buscar, partiendo de ella, otros caminos que la conduzcan al establecimiento de la identidad deseada en el mundo exterior^[524]. Esta coerción y la derivación consiguiente de la excitación constituyen la labor de un segundo sistema, que domina la motilidad voluntaria; esto es, un sistema en cuya función se agrega ahora el empleo de la motilidad para fines antes recordados. Pero toda la complicada actividad mental que se desarrolla desde la huella mnémica hasta

la creación de la identidad de percepción por el mundo exterior no representa sino un *rodeo que la experiencia ha demostrado necesario para llegar a la realización de deseos*^[525]. El acto de pensar no es otra cosa que la sustitución del deseo alucinatorio. Resulta, pues, perfectamente lógico que el sueño sea una realización de deseos, dado que sólo un deseo puede incitar al trabajo a nuestro aparato anímico. Realizando sus deseos por un breve camino regresivo, nos conserva el sueño una muestra del funcionamiento *primario* del aparato psíquico, funcionamiento abandonado luego por inadecuado fin. Aquello que dominaba en la vigilia, cuando la vida psíquica era aún muy joven y poco trabajadora, aparece ahora confinado en la vida nocturna, del mismo modo que las armas primitivas de la Humanidad, el arco y la flecha, han pasado a ser juguetes de los niños. *El soñar es una parte de la vida anímica infantil superada*. En las psicosis se imponen de nuevo estos funcionamientos del aparato psíquico, reprimidos durante la vigilia, y muestran su incapacidad para la satisfacción de nuestras necesidades relacionadas con el mundo exterior^[526].

Los impulsos optativos inconscientes tienden también a imponerse durante el día, y tanto la transferencia como las psicosis nos muestran que dichos impulsos quisieran llegar a la conciencia y al dominio de la motilidad siguiendo los caminos que atraviesan el sistema de lo preconsciente. En la censura entre *Inc.* y *Prec.*, censura cuya existencia nos ha sido revelada por el estudio del sueño, tenemos que reconocer, por tanto, la instancia que vela por nuestra salud mental. ¿No constituirá entonces una imprudencia de este vigilante el hecho de disminuir por la noche su actividad, dejando alcanzar una expresión a los impulsos reprimidos del *Inc.* y haciendo posible de nuevo la regresión alucinatoria? No lo creo, pues cuando este guardián crítico se entrega al reposo —y tenemos además la prueba de que su sueño no es nunca muy profundo— cierra la puerta que conduce a la motilidad. Cualesquiera que sean los impulsos del *Inc.*, coartados en otra ocasión, que surjan ahora a escena, podemos permitirles esa libertad, pues siéndoles imposible poner en movimiento el aparato motor, único que podría influir de una manera modificadora sobre el mundo exterior, resultarán completamente inofensivos. El estado de reposo garantiza la seguridad de la fortaleza, cuya vigilancia ha descuidado la censura. El peligro es mayor cuando el desplazamiento de energías no es provocado por el relajamiento nocturno de la censura crítica, sino por una debilitación patológica de la misma o por un robustecimiento patológico de las excitaciones inconscientes, y tiene efecto

hallándose cargado lo inconsciente y abiertas las puertas de la motilidad. En este caso queda derrotado el guardián; las excitaciones inconscientes logran subyugar a lo preconscious y dominan desde allí nuestras palabras y nuestros actos o conquistan la regresión alucinatoria y dirigen el aparato psíquico, no destinado a ellas, por medio de la atracción que las percepciones ejercen sobre la distribución de nuestra energía psíquica. Este estado es el que conocemos con el nombre de psicosis.

Nos encontramos ahora en buen camino para continuar edificando la armazón psicológica que abandonamos después de incluir en ella los dos sistemas *Inc.* y *Prec.* Pero tenemos todavía motivos suficientes para proseguir el estudio del deseo como única fuerza impulsora del sueño. Hemos hallado la explicación de que el sueño es siempre una realización de deseos, por ser una función del sistema *Inc.*, el cual no tiene otro fin que la realización de deseos y no dispone de fuerzas distintas de los impulsos optativos. Si queremos conservar aún por algunos momentos nuestro derecho a emprender tan amplias especulaciones psicológicas partiendo de la interpretación de los sueños, estaremos obligados a demostrar que tales especulaciones nos permiten llegar a incluir el fenómeno onírico en una totalidad susceptible de entrañar otros productos psíquicos. Si es cierto que existe un sistema inconsciente, no puede ser el sueño su única manifestación. Todo sueño es, desde luego, una realización de deseos; pero tiene que haber también otras formas de realizaciones anormales de deseos distintas del sueño. Así es, en efecto, pues la teoría de todos los síntomas psiconeuróticos culmina en el principio de que *también estos productos tienen que ser considerados como realizaciones de deseos de lo inconsciente*^[527]. Nuestros esclarecimientos hacen del sueño el primer miembro de una serie importantísima para el psiquiatra, pues su comprensión significa la solución de la parte puramente psicológica de la labor psiquiátrica^[528] 387 388. De otros miembros de esta serie de realizaciones de deseos (por ejemplo, de los síntomas histéricos) conocemos un carácter esencial que aún echamos de menos en los sueños. Por las investigaciones a las que tantas veces he aludido en este estudio, he averiguado que para la formación de un síntoma histérico tienen que colaborar las dos corrientes de nuestra vida anímica. El síntoma no es simplemente la expresión de un deseo inconsciente realizado, pues para su formación tiene que concurrir además un deseo preconscious que halle también en él su realización, resultando así doblemente determinado por lo menos, o sea

una vez por cada uno de los sistemas en conflicto. Como en el sueño, queda aquí ilimitado el número de superdeterminaciones. La determinación que no procede de lo inconsciente es, a mi juicio, siempre un proceso de reacción contra el deseo inconsciente; por ejemplo, un autocastigo. Puedo, por tanto, afirmar, en general, *que el síntoma histérico no nace sino cuando dos realizaciones de deseos, contrarias y procedentes cada una de un sistema psíquico distinto, pueden coincidir en una expresión.* (Cf. mis últimas explicaciones del nacimiento de síntomas histéricos en el estudio *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, publicado en la segunda serie de la *Colección de ensayos sobre una teoría de las neurosis*, 1909.)^[529] La exposición de ejemplos nos sería poco útil en esta materia, pues sólo el completo esclarecimiento de su complicación es susceptible de llevarnos a un convencimiento de la exactitud de lo afirmado. Me limitaré, pues, a dejar consignado lo que antecede, y simplemente a título de ilustración, mas no porque pueda poseer fuerza probatoria alguna, expondré un ejemplo de síntoma histérico. En una paciente demostraron ser los vómitos histéricos la realización de una fantasía inconsciente de sus años de pubertad, esto es, la del deseo de hallarse continuamente embarazada, tener muchísimos hijos y tenerlos del mayor número posible de hombres.

Contra este deseo se elevó naturalmente un poderoso impulso defensivo. Pero dado que los continuos vómitos habían de desmejorar a la paciente, haciéndole perder su belleza, de manera que no pudiera inspirar a los hombres ningún deseo, resultaba que también el proceso mental punitivo hallaba su realización en el síntoma. Aprobado así por ambos lados, podía éste pasar a la realidad. Esta forma de realizar un deseo nos recuerda la empleada por la reina de los parthos con el triunviro Craso. Suponiendo que era el ansia de riquezas lo que le había llevado a declararle la guerra, hizo verter oro fundido en la boca del cadáver de su enemigo, diciéndole: «Toma; aquí tienes lo que deseabas».

Del sueño no sabemos hasta ahora sino que expresa una realización de deseos de lo inconsciente, y parece que el sistema dominante preconsciente permite dicha realización después de imponerle determinadas deformaciones. No nos es posible realmente demostrar, en general, la existencia de pensamientos contrarios al deseo del sueño y que se realizaran también en este último. Sólo en algunos casos nos han revelado los análisis indicios de creaciones reactivas; por ejemplo, mi cariño hacia R, en el sueño de mi tío. Pero esta agregación preconsciente que aquí echamos de menos se nos muestra en un lugar distinto. El

sueño puede dar expresión a un deseo de lo inconsciente después de haberle impuesto toda clase de deformaciones, mientras el sistema dominante se ha entregado *al deseo de reposar* y lo realiza por la creación de las modificaciones que le es posible introducir en la carga del aparato psíquico, manteniéndolo realizado a través de toda la duración del reposo^[530].

Este deseo de dormir, mantenido por lo preconscious, ejerce, en general, un efecto favorable a la formación del sueño. Recordemos el sueño del padre al que el resplandor que llega desde la habitación vecina induce a la conclusión de que el cadáver puede estarse quemando. Una de las fuerzas psíquicas que provocan la deducción de esta conclusión, en lugar del despertar del sujeto, es el deseo de prolongar por un momento la vida del niño resucitado en el sueño. No habiendo podido realizar el análisis de este caso, se nos escapan probablemente otros deseos inconscientes en él contenidos. Como su segunda fuerza impulsora podemos considerar la necesidad de reposo del padre. El sueño prolonga al mismo tiempo la vida del niño y el reposo del sujeto. El deseo de continuar durmiendo presta su ayuda en todos los sueños al deseo inconsciente. En páginas anteriores hemos hablado de sueños que se manifiestan francamente como sueños de comodidad. En realidad, todos los sueños pueden recibir justificadamente este nombre. En los sueños que elaboran el estímulo exterior hasta hacerlo compatible con la continuación del reposo es en los que resulta más fácilmente reconocible la actuación del deseo de continuar durmiendo. Pero este deseo tiene que intervenir también en la formación de todos los demás sueños, los cuales sólo desde el interior pueden perturbar el reposo. Cuando el sueño resulta demasiado perturbador advierte el *Prec.* a la conciencia: «Déjalo y sigue durmiendo. No es más que un sueño». Esta advertencia describe la conducta general de nuestra actividad anímica dominante con respecto al sueño. Concluiremos, pues, *que durante todo el estado de reposo sabemos tan seguramente que soñamos como que dormimos*. No debemos conceder importancia ninguna a la objeción de que nuestra conciencia no llega nunca a la percepción de uno de estos conocimientos y a la del otro únicamente en ocasiones determinadas, cuando la censura se siente sorprendida. En cambio, hay personas que se dan perfecta cuenta de que duermen y sueñan, poseyendo, por tanto, una capacidad consciente de dirigir la vida onírica. Cuando uno de estos sujetos no se halla conforme con el giro que toma un sueño, lo interrumpe sin despertar y lo comienza de nuevo para continuarlo en una distinta forma.

Otras veces, cuando el sueño le ha colocado en una situación sexualmente excitante, piensa sin despertar: «No quiero seguir soñando esto para acabar con una polución; prefiero reservar mis fuerzas para una situación real».

El marqués D'Hervey (Vaschidel, pág. 139) afirmaba haber logrado llegar a tal dominio sobre sus sueños, que le era posible acelerar a voluntad su curso y darles la dirección que mejor le parecía. El deseo de dormir dejaba lugar aquí a otro deseo preconsciente, esto es, el de observar los propios sueños y divertirse con ellos. El reposo es tan compatible con tal propósito optativo como con el establecimiento de una determinada condición de despertar (recuérdese el reposo de las nodrizas). Sabido es también que el interés hacia los sueños eleva considerablemente en todos los hombres el número de los recordados al despertar.

Ferenczi(1911), durante una discusión de otros aspectos acerca de la dirección de los sueños, observaba: «Los sueños elaboran los pensamientos que ocupan en ese momento la mente desde todos los ángulos, dejen caer una imagen onírica si ella amenaza el éxito de una realización de deseos y experimentarán con una nueva solución, hasta finalmente tener éxito en construir una realización de deseos que satisfaga ambas entidades mentales en forma de un compromiso». (Adición de 1914.)

D) La interrupción del reposo por el sueño. La función del sueño.

El sueño de angustia.

Desde que sabemos que lo preconsciente abriga durante la noche el deseo de dormir, vemos más claramente el proceso del sueño y podemos perseguir mejor su desarrollo. Pero antes de continuar esta labor queremos resumir los conocimientos adquiridos hasta ahora. Hemos visto que de la actividad del pensamiento durante la vigilia pueden perdurar restos diurnos, a los que no se pudo despojar por completo de su carga de energía psíquica. Dicha actividad puede también haber despertado un deseo inconsciente. Por último, pueden coincidir ambas circunstancias. Ya en el curso del día o luego, durante el estado de reposo, se abre camino el deseo inconsciente hasta los restos diurnos y efectúa su transferencia a ellos. Surge entonces un deseo transferido al material reciente o queda reanimado el deseo reprimido reciente por un refuerzo emanado de lo inconsciente. Este deseo quisiera ahora llegar a la conciencia por el camino

normal de los procesos normales a través del *Prec.*, al que pertenece por uno de sus componentes; pero tropieza con la censura aún vigilante y tiene que someterse a su influencia. Tal encuentro le impone una deformación iniciada ya en su transferencia a lo reciente. Hasta ahora no se halla sino en camino de venir algo análogo a una representación obsesiva o una idea delirante, esto es, una idea reforzada por transferencia y deformada en su expresión por la censura. Pero el estado de reposo de lo preconscious no le permite continuar avanzando. Hemos de suponer que el sistema se ha protegido contra su penetración, disminuyendo sus excitaciones. El proceso onírico toma entonces el camino de la regresión, camino que el estado de reposo deja abierto, y sigue al hacerlo la atracción que sobre él ejercen grupos de recuerdos, dados en parte como cargas visuales y no como traducción a la terminología de los sistemas más tardíos. Por el camino de la regresión conquista la representabilidad. Más adelante trataremos de la comprensión. Ha dejado ya atrás la segunda parte de su curso, que presenta numerosos cambios de dirección. La primera parte del mismo se desarrolló progresivamente desde las escenas de fantasías inconscientes hasta lo preconscious, y la segunda tiende desde la frontera de la censura a las percepciones. Pero al convertirse en un contenido de representaciones, consigue el sueño eludir el obstáculo que la censura y el estado de reposo le oponían en lo preconscious y logra atraer sobre sí la atención y ser advertido por la conciencia. La conciencia, que es como un órgano sensorial destinado a la percepción de cualidades psíquicas, es excitable durante la vida despierta desde dos puntos diferentes. En primer lugar, desde la periferia de todo el aparato, especialmente desde el sistema de la percepción, y además por las excitaciones placientes y displacientes que emergen como única cualidad psíquica en las transformaciones de energía desarrolladas en el interior del aparato. Los procesos de los sistemas ψ y también los del *Prec.* carecen de toda cualidad psíquica y no son, por tanto, objeto de la conciencia, puesto que no desarrollan placer ni displacer ninguno que puedan constituir objeto de percepción. Habremos de decidimos a suponer que *estos desarrollos de placer y displacer regulan automáticamente el curso de los procesos de carga*. Pero después hubo necesidad de hacer que el curso de las representaciones resultara más independiente de los signos de displacer para permitir funciones más sutiles. Con este fin precisaba el sistema *Prec.* de cualidades propias que pudieran atraer a la conciencia, y las recibió muy verosímelmente por el enlace de los procesos

preconscientes con el sistema mnémico, no desprovisto de cualidad, de los signos del idioma. Las cualidades de este sistema convierten a la conciencia, que antes no era sino un órgano sensorial para las percepciones, en órgano sensorial para una parte de nuestros procesos mentales. Comprobarnos ahora la existencia de dos superficies sensoriales, orientada una hacia la percepción y la otra hacia los procesos mentales conscientes.

Hemos de admirar que la superficie sensorial de la conciencia vuelta hacia el *Prec.* queda más insensibilizada por el estado de reposo que la dirigida hacia los sistemas *P.* La cesación del interés hacia los procesos mentales nocturnos es también adecuada al fin. El pensamiento debe mantenerse libre de todo estímulo, pues el *Prec.* demanda el reposo. Una vez que el sueño se ha convertido en percepción, le es posible excitar la conciencia con las cualidades conquistadas. Esta excitación sensorial produce aquello en lo que consiste su función, haciendo recaer sobre el estímulo, a título de atención, una parte de la carga de energía disponible en el *Prec.* De este modo tenemos que conceder que el sueño produce siempre en cierto sentido un despertar, puesto que convierte en actividad una parte de la energía que reposa en el *Prec.* y recibe entonces de ella aquella elaboración secundaria que tiende a hacerlo coherente y comprensible. Quiere esto decir que el sueño es tratado por dicha actividad como otro cualquier contenido de percepciones, siendo sometido a las mismas representaciones de espera, en cuanto su material lo permite. La dirección del curso de esta tercera parte del proceso del sueño es nuevamente progresiva.

Para evitar equivocaciones añadiremos aquí unas palabras sobre las cualidades temporales de estos procesos oníricos. Una hipótesis muy atractiva de Goblots, sugerida claramente por el enigma del célebre sueño de Maury, intenta demostrar que el sueño no ocupa más tiempo que el que transcurre en el período de transición entre el reposo y el despertar. El despertar necesita tiempo, y durante este intervalo es cuando se desarrolla el sueño. Creemos que la última imagen del sueño era tan intensa que provocó el despertar; pero en realidad debía precisamente su intensidad a la proximidad del mismo. *Un rêve c'est un réveil qui commence.*

Ya acentuó Dugas que Goblots había tenido que prescindir de un gran número de hechos para generalizar su tesis. Hay también sueños que no terminan con el despertar; por ejemplo, algunos en los que soñamos que soñamos. Nuestro conocimiento de la elaboración onírica nos hace imposible admitir que no se extienda sino al período del despertar. Por el contrario, es mucho más verosímil

que la primera parte de la elaboración onírica comience ya durante el día y bajo el dominio de lo preconscious. Su segunda parte, la transformación por la censura, la atracción por las escenas inconscientes y el acceso a la percepción, se extiende probablemente a través de toda la noche, circunstancia que justifica nuestra frecuente sensación de que hemos soñado durante toda la noche, aunque no sabemos qué. No creo que sea necesario admitir que los procesos oníricos observan realmente, hasta llegar a la conciencia, la sucesión temporal que hemos descrito, o sea la siguiente: primero existiría el deseo onírico transferido; luego tendría efecto la deformación por la censura; a continuación se efectuaría el cambio regresivo de dirección, etc. Para nuestra descripción resultaba obligado establecer tal orden sucesivo; pero en realidad se trata probablemente más bien de un simultáneo ensayo de varios caminos, esto es, de un ir y venir de la excitación hasta que una de las agrupaciones queda mantenida por resultar la más adecuada distribución. Conforme a una determinada experiencia personal, me inclinaría a creer que la elaboración onírica necesita muchas veces más de un día y una noche para producir su resultado, caso en el que no tendríamos ya por qué asombrarnos del arte que demuestra en la construcción del sueño. El cuidado de la comprensibilidad como proceso de percepción no puede, a mi juicio, ser llevado a efecto antes de atraer el sueño la atención de la conciencia. Desde este punto experimenta el proceso un aceleramiento, dado que el sueño recibe ya el mismo trato que cualquier otra percepción. Resulta, pues, algo semejante a una fiesta de fuegos de artificio, preparados durante muchas horas y consumidos luego en pocos minutos.

La elaboración da al proceso onírico intensidad bastante para atraer sobre sí la conciencia y despertar lo preconscious independientemente del tiempo y de la profundidad del reposo, o, por el contrario, no consigue procurarle intensidad bastante, y entonces permanece preparado hasta que inmediatamente antes de despertar sale a su encuentro la atención, ya más movable. La mayoría de los sueños parecen laborar con intensidades psíquicas pequeñas, pues esperan el momento del despertar. Esto nos explica que siempre percibamos algo soñado cuando nos despiertan repentinamente de un profundo reposo. Nuestra primera mirada encuentra aquí, en el despertar espontáneo, el contenido de percepciones creado por la elaboración onírica y luego la primera impresión del exterior.

Los sueños que resultan susceptibles de despertarnos en medio del más profundo reposo nos inspiran un mayor interés teórico. Hemos de pensar en la general adecuación al fin y preguntarnos por qué el sueño, o sea el deseo

inconsciente, no es despojado del poder de perturbar el reposo, esto es, la realización del deseo preconscious. Quizá dependa esto de relaciones de energía que nos son desconocidas. Si las descubriéramos, encontraríamos probablemente que la aceptación del sueño y del gasto de cierta energía destacada supone para él un ahorro de energía aplicable al caso de que lo inconsciente no pudiera ser mantenido dentro de los límites debidos como durante el día. Aun cuando lo interrumpa varias veces en la misma noche, permanece el sueño enlazado al reposo; despertamos por un momento y volvemos a dormirnos en seguida. Es como cuando despertamos en el acto de espantar una mosca que nos molestaba. Al volver a dormirnos hemos suprimido la perturbación. La realización del deseo de dormir es compatible con cierto gasto de atención orientado en determinado sentido. Recuérdense los ejemplos de la nodriza que despierta al menor movimiento del niño, y el del molinero, que despierta en cuanto el molino deja de funcionar.

Expondremos aquí una objeción basada en un mejor conocimiento de los procesos inconscientes. Hemos dicho que los deseos inconscientes se hallaban siempre en actividad, pero que, a pesar de ello, no poseían durante el día energía suficiente para hacerse notar. Mas cuando surge el estado de reposo y el deseo inconsciente muestra la energía suficiente para formar un sueño y despertar con él a lo preconscious, es extraño que esta energía desaparezca después de haber llevado el sueño al conocimiento. ¿No sería más bien posible que el sueño se renovase continuamente, del mismo modo que la mosca suele tornar una y otra vez a molestarnos después que la hemos espantado? ¿Con qué derecho hemos afirmado que el sueño suprime la perturbación del reposo? Es perfectamente exacto que los deseos inconscientes permanecen siempre en actividad. Representan caminos siempre transitables en cuanto quiere servirse de ellos un *quantum* de excitación. La indestructibilidad constituye una de las singulares peculiaridades de los procesos de este género. Nada hay que pueda ser llevado a término en lo inconsciente, donde no hay tampoco nada pasado ni olvidado. El estudio de las neurosis, especialmente de la histeria, nos da esta impresión con gran intensidad. El camino mental inconsciente, cuya descarga produce el ataque, se hace en seguida nuevamente transitable en cuanto se ha acumulado suficiente energía. La impresión experimentada hace treinta años los convierte en un instante, una vez que ha conseguido acceso a las fuentes afectivas inconscientes. Cuantas veces es evocado su recuerdo resucita y se muestra cargada de excitación, la cual se crea una derivación motora en un ataque.

Precisamente es éste el punto en el que la psicoterapia inicia su actuación. La labor que encuentra ante sí es la de crear un exutorio y un olvido para los procesos inconscientes. Aquello que nos inclinamos a considerar perfectamente natural y como una influencia primaria del tiempo sobre los restos mnémicos anímicos, esto es, la supresión del recuerdo y la debilidad afectiva de las impresiones no recientes, constituye en realidad transformaciones secundarias establecidas con un penoso esfuerzo. Esta labor es dirigida por lo preconscious, *y la psicoterapia no tiene otro camino que el de someter al Inc. al dominio del Prec.*

El proceso de excitación inconsciente puede tener dos destinos. Puede permanecer entregado a sí mismo, y entonces logra emerger en cualquier punto y procura a su excitación una derivación a la motilidad, y puede quedar sometido a la influencia de lo preconscious, quedando entonces ligada su excitación, en lugar de ser derivada. *Esto último es lo que sucede en el proceso del sueño.* La carga que desde lo preconscious sale al encuentro del sueño convertido en percepción, carga que ha sido guiada por la excitación de la conciencia, liga la excitación inconsciente del sueño y lo hace inofensivo. Cuando el soñador despierta por un momento ha espantado realmente la mosca que perturbaba su reposo. Podemos ahora sospechar que sería realmente mucho más sencillo y adecuado al fin aceptar el deseo inconsciente y abrirle el camino de la regresión, para que formara un sueño, y entonces ligar y suprimir este sueño por medio de un pequeño gasto del trabajo preconscious, en vez de mantener a raya a lo inconsciente durante todo el tiempo del reposo. Era de esperar que el sueño, aun no siendo primitivamente un proceso adecuado, se hubiera apoderado de una función en el juego de fuerza de la vida anímica. Vemos en seguida cuál es esta función. Ha tomado a su cargo la labor de someter nuevamente al dominio de lo preconscious la excitación del *Inc.*, que ha quedado libre, y al hacerlo así deriva la excitación del *Inc.*, sirviéndole de válvula, y garantiza al mismo tiempo el reposo de lo preconscious mediante un pequeño gasto de actividad despierta. Constituye, pues, una transacción, como todos los demás productos psíquicos de su serie; transacción que se halla simultáneamente al servicio de los dos sistemas, realizando al mismo tiempo ambos deseos en cuanto los mismos se muestran compatibles. Por tanto, habremos de reconocer que la teoría de Robert es exacta en lo que se refiere a la determinación de la función del sueño. En cambio, no estamos conformes con este autor en lo relativo a los antecedentes

del proceso onírico y a la estimación del mismo como producto psíquico^[531].

La restricción antes expresada y relativa a la *compatibilidad de ambos deseos* alude a aquellos casos en los que la función del sueño fracasa en absoluto. El proceso del sueño es aceptado al principio como realización de deseos de lo inconsciente. Cuando esta realización conmueve intensamente lo preconsciente, amenazando con interrumpir su reposo, es que el sueño ha roto la transacción y no cumple ya la segunda parte de su función. En este caso es interrumpido en el acto y sustituido por el despertar. En realidad, tampoco podemos culpar aquí al sueño de perturbar el reposo. No es éste el único caso en el que funciones adecuadas se convierten en inadecuadas y perturbadoras, en cuanto aparecen modificadas las condiciones de su nacimiento, y en estas circunstancias sirve por lo menos la perturbación para revelar el nuevo fin y la transformación acaecida, despertando los medios reguladores del organismo. Me refiero, naturalmente, al sueño de angustia, y para no dar a entender que eludo su testimonio, contrario a la teoría de la realización de deseos, voy a aproximarme por lo menos a su esclarecimiento con algunas indicaciones.

El hecho de que un proceso psíquico que desarrolla angustia pueda ser, sin embargo, una realización de deseos no contiene ya para nosotros contradicción ninguna. Nos explicamos este fenómeno diciendo que el deseo pertenece a uno de los sistemas, el *Inc.*, y que el otro, el *Prec.*, lo ha rechazado y reprimido^[532]. El sometimiento del *Inc.* por el *Prec.* no llega a ser total ni aun en perfectos estados de salud psíquica. La medida de este sometimiento nos revela el grado de nuestra normalidad psíquica. La aparición de síntomas neuróticos constituye una indicación de que ambos sistemas se hallan en conflicto, pues dichos síntomas constituyen la transacción que de momento lo resuelve. Por una parte, dan al *Inc.* un medio de descargar su excitación, sirviéndola de compuerta, y por otra, proporcionan al *Prec.* la posibilidad de dominar, en cierto modo, al *Inc.* Creemos que será muy instructivo exponer aquí algunos caracteres de las fobias histéricas; por ejemplo, de una agorafobia. El enfermo es incapaz de andar sólo por las calles, incapacidad que consideramos, naturalmente, como un síntoma. Podemos suprimir este síntoma obligando al sujeto a realizar aquel mismo acto del que se cree incapaz; pero entonces se presentará un ataque de angustia, del mismo modo que es con frecuencia un ataque de angustia padecido en la calle lo que motiva la aparición de la agorafobia. Asignamos así que el síntoma ha sido creado precisamente para evitar el desarrollo de angustia.

No podemos continuar estas especulaciones sin entrar en el examen del papel que los afectos desempeñan en estos procesos, cosa que no nos es completamente posible por ahora. Me limitaré, pues, a sentar el principio de que la represión del *Inc.* es necesaria, ante todo, porque el curso de representaciones abandonado a sí mismo en el *Inc.* desarrollaría un afecto que tuvo originariamente un carácter placiente, pero que desde el proceso de la represión muestra el carácter opuesto. La represión tiene por objeto suprimir este desarrollo de displacer y recae sobre el contenido de representaciones del *Inc.*, porque dicho contenido de representaciones podía provocar el desarrollo del displacer. Una hipótesis precisamente determinada sobre la naturaleza del desarrollo de los afectos constituye la base de esta consecuencia. La represión es considerada como una función motora o secretoria cuya intervención depende de las representaciones del *Inc.* El dominio ejercido por el *Prec.* coarta el desarrollo de afecto que estas representaciones podían provocar. El peligro que surge cuando el *Prec.* queda despojado de su carga psíquica consiste, pues, en que las excitaciones inconscientes desarrollan un afecto que, a causa de la represión anterior, no puede ser experimentado sino como displacer o angustia.

Este peligro es desencadenado por la tolerancia del proceso onírico. Sus condiciones previas son las de que haya tenido afectos una represión y que los impulsos optativos reprimidos sean suficientemente intensos. Se hallan, pues, fuera de los límites psicológicos de la formación de los sueños. Si nuestro tema no sé enlazara por este factor de la liberación de lo inconsciente durante el reposo con el teína del desarrollo de angustia, podríamos ahorrarnos aquí el examen del sueño de angustia con todas sus dificultades y oscuridades.

La teoría del sueño de angustia pertenece, como ya hemos indicado repetidamente, a la psicología de las neurosis. Nos atreveríamos incluso a afirmar que el problema de la angustia en el sueño se refiere exclusivamente a la angustia y no al sueño. Una vez indicado su punto de contacto con el tema de los procesos oníricos, nada podemos decir sobre ella. Lo único que haremos será comprobar también en este sector nuestra afirmación de que la angustia procede de fuentes sexuales analizando los sueños de este género para descubrir en sus ideas latentes el material sexual.

Razones de gran peso me impiden reproducir aquí los ejemplos que han puesto a mi disposición mis pacientes neuróticos y me impulsan a elegir sueños de angustia soñados por personas jóvenes.

Por mi parte, hace mucho tiempo que no he tenido ningún verdadero sueño

de angustia. Pero recuerdo uno que soñé a los siete u ocho años y que sometí al análisis cerca de treinta años después. En él vi que mi madre era traída a casa y llevada a su cuarto por dos o tres personas con picos de pájaro, que luego la tendían en el lecho. Su rostro mostraba una serena expresión, como si se hallase dormida. Desperté llorando y gritando e hice despertar a mis padres. Las largas figuras con picos de pájaro y envueltas en singulares túnicas eran una reminiscencia de una ilustración de la Biblia de *Philippson* y creo que correspondían a un relieve egipcio que mostraba varios dioses con cabezas de águila. El análisis hace surgir el recuerdo de un muchacho muy mal educado que jugaba con nosotros en la pradera próxima a la casa y cuyo nombre era *Felipe*. Me parece como si hubiera sido a este muchacho al que hubiese oído por vez primera la palabra vulgar con la que se designa el comercio sexual y que los hombres cultos han sustituido por una palabra latina (*coitieren*). Dicha palabra vulgar (en alemán muy parecida a la palabra «pájaro») queda representada claramente en el sueño por la elección de los personajes con cabezas de ave. Sin duda adiviné la significación sexual de aquel término por la expresión con que lo pronunció mi ineducado maestro. La expresión que la fisonomía de mi madre mostraba en el sueño correspondía a la de mi abuelo cuando le vi, pocos días antes de morir, sumido en estado comatoso. La elaboración secundaria debió de interpretar este sueño en el sentido de la muerte de mi madre, circunstancia con la que se armoniza también la elección de las figuras egipcias correspondientes a una estela funeraria. Lleno de angustia desperté y no paré de llorar hasta despertar a mis padres. Recuerdo que me tranquilicé de repente en cuanto vi a mi madre, como si hubiera necesitado convencerme de que no había muerto. Pero esta interpretación secundaria del sueño tuvo efecto bajo la influencia de la angustia desarrollada. No es que me angustiara por haber soñado que mi madre moría, sino que interpreté el sueño de este modo en la elaboración secundaria porque me hallaba ya bajo el dominio de la angustia. Por último, puede referirse esta angustia a un placer sexual oscuramente adivinado que encontró una excelente expresión en el contenido visual del sueño.

Un hombre de veintisiete años, gravemente enfermo desde un año atrás, tuvo, entre los once y los trece años, repetidamente y con intenso desarrollo de angustia, el siguiente sueño: Un hombre le persigue con un hacha. Quiere correr, pero se halla como paralizado y no puede moverse. Es éste un buen ejemplo de sueño de angustia muy corriente y desprovisto de toda apariencia sexual. En el análisis recuerda el sujeto que su tío fue atacado una vez en la calle por un

individuo sospechoso y deduce de esta ocurrencia que en los días inmediatos al sueño debió de oír relatar un suceso parecido. Con respecto al hacha, recuerda que por aquella época se hirió una vez con un instrumento semejante en ocasión de hallarse partiendo madera. A continuación pasa sin transición alguna a sus relaciones con su hermano menor, al que solía maltratar y despreciar, y recuerda especialmente una vez que le tiró una bota a la cabeza, haciéndole sangre. En esta ocasión dijo su madre: «Me da miedo de que en una de éstas le mates». Luego surge repentinamente en él un recuerdo de sus nueve años. Sus padres habían llegado tarde a casa y, fingiéndose dormido, pudo observar una escena sexual entre los mismos. Sus pensamientos siguientes muestran que había establecido una analogía entre estas relaciones de sus padres y su relación violenta con su hermano menor, subordinando la escena nocturna al concepto de *violencia y riña*, y llegando de este modo, como es muy frecuente en los niños, a una concepción sádica del acto del coito. Esta concepción quedó reforzada un día en que advirtió *manchas de sangre* en la cama de su madre.

El hecho de que el comercio sexual de los adultos es considerado por los niños como algo violento y despierta angustia en ellos, puede ser comprobado cotidianamente. Para esta angustia hemos hallado la explicación de que se trata de una excitación sexual no dominada por su comprensión y que es rechazada, además, por referirse a los padres, transformándose así en angustia. En un período aún más temprano de la vida, el impulso sexual relativo a la madre o al padre, según el sexo del sujeto, no tropieza todavía con la represión y se manifiesta libremente, como ya lo hemos indicado en otro lugar.

Esta misma explicación puede aplicarse a los ataques nocturnos de angustia con alucinaciones, tan frecuentes en los niños (*pavor nocturnas*). En ellos no puede tratarse sino de impulsos sexuales incomprensidos y rechazados, cuya aparición habría de demostrar probablemente una periodicidad temporal, dado que la libido sexual puede quedar incrementada, tanto por las impresiones excitantes casuales como por los progresos sucesivos del desarrollo.

No poseo el necesario material de observaciones para llevar a cabo esta explicación^[533]. En cambio, parecen ignorar los pediatras el único punto de vista que permite la comprensión de toda esta serie de fenómenos, tanto somáticos como psíquicos. Citaré un cómico ejemplo de cómo puede pasarse junto a estos fenómenos sin comprenderlos, cegado por la venda de la mitología médica, ejemplo que he hallado en la tesis de Debacker acerca del *pavor nocturnus*

(1881, página 66).

Un muchacho de trece años y salud débil comenzó a dar claras muestras de angustia padeciendo de insomnios y sufriendo, una vez por semana, un grave ataque de angustia con alucinaciones. El recuerdo de estos sueños era siempre muy preciso. Podía, pues, relatar que el diablo le gritaba: «¡Ya eres nuestro; ya te hemos cogido!», y que después advertía un olor a pez y azufre y se sentía arder. Este sueño le hacía siempre despertar angustiado, hasta el punto de que le era imposible pronunciar palabra. Luego, cuando recobraba la voz, se le oía decir claramente: «No, no; a mí, no; yo no he hecho nada»; o «No, no lo haré más». Otras veces decía también: «Alberto no ha hecho eso». En días ulteriores se negó a desnudarse, alegando que el fuego no llegaba hasta él sino cuando estaba desnudo. Estos sueños pusieron en peligro su salud y tuvo que ser enviado al campo, donde se repuso en año y medio. Años después, cuando ya había cumplido los quince, confesó: *Je n'osais pas l'avouer, mais j'éprouvais continuellement des picotements et des surexcitations aux parties!*

No es difícil, realmente, adivinar:

1.º Que el niño se masturbaba en sus primeros años, habiéndolo negado, probablemente, y habiendo sido amenazado si continuaba entregándose a tal vicio (su confesión: «No lo haré más», y su negativa: «Alberto no ha hecho eso»).

2.º Que bajo la presión de la pubertad surgió de nuevo la tentación de masturbarse, manifestada en el cosquilleo que experimentaba en los genitales.

3.º Que entonces se desarrolló en él un combate de carácter represivo, que reprimió la libido y lo transformó en angustia, la cual hizo renacer los castigos con que en años anteriores se le había amenazado.

Veamos, en cambio, lo que nuestro autor deduce en su tesis. De esta observación se deduce lo siguiente:

1.º La influencia de la pubertad en un niño de salud débil produce un estado de gran debilidad, que puede llegar hasta una anemia cerebral muy considerable.

2.º Esta anemia cerebral crea una modificación del carácter, alucinaciones demonomaníacas y estados de angustia nocturnos, y quizá diurnos, muy violentos.

3.º La demonomanía y los autorreproches del niño dependen de las influencias de la educación religiosa que ha recibido.

4.º Todos los fenómenos han desaparecido después de una larga estancia en el campo, durante la cual actuaron favorablemente el ejercicio físico y el retorno

de las fuerzas a la terminación de la pubertad.

5.º Quizá debamos atribuir a la herencia y a un padecimiento sifilítico del padre una influencia que predispuso a la formación del citado estado mental del niño.

Conclusión final: *Nous avons fait entrer cette observation dans la cadre des délires apyrétiques d'inanition, car c'est à l'ischémie cérébrale que nous rattachons cet état particulier.*

E) El proceso primario y el secundario. La represión.

Acometiendo la tarea de penetrar más profundamente en la psicología de los procesos oníricos, he echado sobre mí una difícil labor, para la que no poseo siquiera el suficiente arte expositivo. Resulta de una dificultad abrumadora describir sucesivamente la simultaneidad de complicadísimos procesos. Pago de este modo el no haber podido seguir en la exposición de la psicología de los sueños el desarrollo histórico de mis conocimientos. Los antecedentes de mi concepción de los sueños me fueron proporcionados por trabajos anteriores sobre la psicología de la neurosis, trabajos a los que no puedo referirme aquí y a los que, sin embargo, tengo que referirme de continuo, mientras me esfuerzo en proceder en dirección inversa y alcanzar el contacto con la psicología de la neurosis, partiendo del estudio de los sueños. Veo muy bien todas las dificultades que esto plantea al lector, pero no encuentro medio alguno de evitarlas.

Mi descontento ante este estado de cosas me hace permanecer gustosamente en la consideración de otro punto de vista que me parece recompensar mejor mis esfuerzos. Me hallé ante un tema sobre el cual se mostraban los investigadores en perfecto desacuerdo, como puede verse en el primer capítulo de esta obra. Después de nuestro estudio de los problemas del sueño parecen haber quedado conciliadas la mayoría de tales contradicciones. Sólo los de las opiniones expuestas, o sea la de que el sueño es un proceso desprovisto de sentido y la que le atribuye un carácter somático, han tropezado con nuestra absoluta negativa. Fuera de esto hemos podido dar la razón a todas las demás teorías, contradictorias entre sí, y hemos podido demostrar que en todas ellas había algo de verdad. El descubrimiento de las ideas latentes ocultas ha confirmado, en general, que el sueño continúa los estímulos e intereses de la vida despierta. Estas ideas latentes no se ocupan sino de aquello que no parece importante y nos

interesa poderosamente. El sueño no se ocupa nunca de pequeñeces. Sin embargo, recoge los restos indiferentes del día y no se puede apoderar de un gran interés diurno sino después que él mismo se ha sustraído, en cierto modo, a la actividad de la vigilia. Esta última circunstancia se nos demostró en el examen del contenido manifiesto, el cual da a las ideas latentes una expresión modificada por deformaciones. El proceso del sueño —dijimos— se apodera más fácilmente, por razones referentes a la mecánica de las asociaciones, del material de representaciones recientes o indiferentes, desatendido por la actividad intelectual despierta; y por motivos dependientes de la censura transfiere la intensidad psíquica de lo importante, pero censurable, a lo indiferente. La hipermnesia del sueño y su dominio del material infantil han pasado a constituir los dos principios fundamentales de nuestra teoría. En ésta hemos adscrito al deseo procedente de lo infantil el papel de motor imprescindible de la formación de los sueños. Naturalmente, no podíamos abrigar duda ninguna de la importancia, experimentalmente demostrada, de los estímulos sensibles exteriores durante el reposo; pero hemos relacionado este material con el deseo del sueño, del mismo modo que los restos de ideas que perduran de la labor diurna. No necesitábamos discutir que el sueño interpreta en la forma de una ilusión el estímulo sensorial objetivo, pero hemos agregado el motivo de esta interpretación, que los autores habían dejado indeterminado. Esta interpretación se lleva a cabo, de modo que el objeto percibido quede hecho inofensivo para el reposo y utilizable para la realización de deseos. El estado subjetivo de excitación de los órganos sensoriales durante el reposo, estado demostrado por las investigaciones de *Trumbull Ladd*, no nos parece constituir una fuente onírica especial, pero lo hemos explicado por una resurrección regresiva de los recuerdos que actúan detrás del sueño. También a las sensaciones orgánicas interiores, que han sido tomadas muchas veces como punto fundamental de la explicación de los sueños, les hemos reconocido en nuestra teoría cierta importancia, aunque más modesta. Representan para nosotros un material dispuesto en todo momento y del que la elaboración onírica se sirve siempre que lo necesita para la expresión de las ideas latentes.

Con respecto a la percepción del sueño ya formado por la conciencia, nos parece exacta la opinión de que el proceso onírico es rápido y momentáneo. Asimismo nos parece posible un curso más lento y vacilante de los estadios anteriores de dicho proceso. Al esclarecimiento del enigma de la acumulación de un extenso contenido en brevísimos instantes hemos contribuido con la hipótesis

de que se trata de una inclusión de productos ya formados de la vida psíquica. Aceptamos igualmente que el sueño es fragmentario y deformado por el recuerdo, pero vimos que esta deformación no era sino el último estadio de los que actúan desde el principio del proceso onírico. En la discusión sobre si la vida anímica dormía durante la noche o disponía, como durante el día, de toda su capacidad funcional, discusión tan empeñada y tan aparentemente poco susceptible de reconciliación, hemos podido dar la razón a ambas partes, aunque a ninguna por completo. En las ideas latentes encontramos la prueba de una función intelectual altamente complicada y que labora con casi todos los medios del aparato anímico, pero no pudimos negar que tales ideas latentes han nacido durante el día. Asimismo hubimos de aceptar que existe un estado de reposo de la vida anímica, y de este modo aceptamos también la teoría del reposo parcial, aunque no vimos la característica del estado del reposo en la disgregación de las conexiones anímicas, sino en el deseo de reposo del sistema psíquico, dominante durante el día. La separación del mundo exterior conservó su significación para nuestra teoría, pues contribuye, aunque no como factor único, a la regresión de la representación onírica. Es indiscutible la renuncia a la dirección voluntaria del curso de las representaciones; pero la vida psíquica no queda por ello desprovista de todo fin, pues hemos visto que después de la supresión de las representaciones finales voluntarias surgen otras involuntarias. La lejana conexión de las asociaciones en el sueño ha sido reconocida también por nosotros, e incluso le hemos dado mayor amplitud de la que se podía sospechar; pero hemos encontrado, en cambio, que no es sino la sustitución forzada de otra conexión correcta y plena de sentido. Reconocimos también la absurdidad del sueño, pero vimos en numerosos ejemplos cuán grande es su prudencia al tomar tal aspecto. De las funciones atribuidas al sueño no hemos contradicho ninguna. El hecho de que el sueño constituye para el alma una especie de válvula de seguridad y el de que convierte todo lo peligroso en inofensivo han sido confirmados, ampliados y esclarecidos por nuestra teoría de la doble realización de deseos. El «retorno al punto embrional de la vida anímica en el sueño» y la fórmula de H. Ellis: «Un mundo arcaico de vastas emociones y pensamientos imperfectos», constituyen felices anticipaciones de nuestra teoría de los funcionamientos primitivos durante el día y libres durante la noche. Asimismo podíamos hacer nuestra por completo la afirmación de Sully de que el sueño nos presenta nuevamente nuestras personalidades anteriores sucesivamente desarrolladas, nuestro antiguo modo de ver las cosas y aquellos impulsos y

formas de reacción que nos dominaron hace mucho tiempo. Como en la teoría de Delage, también en la nuestra lo «reprimido» es la fuerza motora del sueño.

Hemos reconocido en su totalidad el papel que Schemer atribuye a la fantasía onírica, así como las interpretaciones de este autor; pero hemos tenido que señalarles un lugar distinto en el problema. Debemos a Schemer la indicación de la fuente de las ideas latentes; pero casi todo lo que atribuye a la elaboración onírica pertenece a la actividad de lo inconsciente durante el día, actividad de la que parten los estímulos del sueño y de los síntomas neuróticos. Hemos tenido que separar la elaboración onírica de esta actividad, considerándola como algo totalmente distinto y mucho más determinado. Por último, no hemos negado la relación del sueño con las perturbaciones psíquicas; lo único que hemos hecho ha sido colocar a ambos fenómenos en un nuevo terreno más firme.

Hallamos, pues, que nuestra teoría entraña en sí, reuniéndolos y concillándolos, los resultados más diversos de las investigaciones anteriores; resultados que hemos agregado a nuestra construcción, dando a algunos una forma distinta y no rechazando sino muy pocos. Pero también ésta nuestra construcción se nos muestra incompleta. Aparte de las muchas oscuridades que hemos atraído sobre ella, por nuestra incursión en las tinieblas de la Psicología, parece entrañar una nueva contradicción. Por un lado, hemos hecho nacer a las ideas latentes de una labor psíquica totalmente normal, y por otro, hemos encontrado entre dichas ideas y partiendo de ellas hasta llegar al contenido manifiesto una serie de procesos mentales absolutamente anormales, que luego se repiten en la interpretación. Todo aquello que constituye la elaboración onírica parece alejarse tan considerablemente de los procesos psíquicos correctos conocidos que podríamos inclinarnos a aceptar los más duros juicios de los autores sobre el escaso valor del rendimiento psíquico del sueño.

Una mayor profundización puede proporcionarnos el esclarecimiento y la ayuda de que precisamos. Examinaremos una de las constelaciones que llevan la formación de los sueños:

Hemos visto que el sueño constituye la sustitución de ciertos número de ideas procedentes de nuestra vida diurna y ajustadas de una manera perfectamente lógica. Es indudable que estas ideas proceden de nuestra vida mental normal. Todas aquellas cualidades que más altamente estimamos en nuestros procesos mentales, y que los caracterizan de complicadas funciones de un orden elevado, vuelven a mostrárenos en las ideas latentes. Pero no hay necesidad de suponer que esta labor intelectual se desarrolla durante el reposo,

hipótesis opuesta a la representación que hasta ahora venimos haciéndonos del estado de reposo psíquico. Tales ideas pueden muy bien proceder de la vida diurna, haber continuado en actividad después de ser rechazadas por ella y, sin que nuestra conciencia lo haya advertido, llegar a término antes de conciliar el sujeto el reposo. Si de este estado de cosas hemos de deducir alguna conclusión, será, por lo demás, la prueba de *que nos es posible desarrollar las más complicadas funciones intelectuales sin intervención ninguna de la conciencia*, cosa que cualquier psicoanálisis de un histérico o de una persona con representaciones obsesivas tenía que demostrarnos igualmente. Pero estas ideas latentes no son de por sí incapaces de conciencia, y si no han llegado a ella durante el día, ha sido por impedírselo diversas circunstancias. El acceso a la conciencia se halla enlazado con la atracción de determinada función psíquica — la atención—, la cual sólo es gastada, según parece, en cantidades determinadas, que en estos casos aparecerán desviadas de las ideas de referencia. Tales series de ideas pueden también ser sustraídas a la conciencia en la siguiente forma: por el ejemplo de nuestra reflexión consciente sabemos que con una determinada aplicación de la atención podemos recorrer cierto camino. Si por este camino llegamos a una representación que no soporta la crítica, lo interrumpiremos y suprimiremos la carga psíquica de la atención. Parece ser que la serie de ideas comenzada y abandonada puede entonces continuar desarrollándose sin que la atención vuelva a recaer sobre ella, a menos que alcance una intensidad particularmente elevada. Una repulsa inicial, quizá consciente del acto mental, fundada en el juicio de que dicho acto es inexacto o inadecuado al fin que perseguimos, puede ser causa de que dicho proceso mental continúe desarrollándose inadvertido por la conciencia hasta el momento de conciliar el reposo^[534].

Estos procesos mentales son los que denominamos «preconscientes», y los consideramos como perfectamente correctos, pudiendo ser tanto procesos simplemente descuidados como otros rechazados e interrumpidos. Expondremos ahora en qué forma nos imaginamos el curso de las representaciones. Creemos que determinada magnitud de excitación, a la que damos el nombre de energía de carga psíquica, es desplazada partiendo de una representación final a lo largo del camino asociativo elegido por esta representación. Un proceso mental descuidado no ha recibido tal carga, y los reprimidos o rechazados han sido despojados de ella, quedándoles así únicamente sus propias excitaciones. El

proceso mental provisto de un fin llega a ser susceptible, bajo determinadas condiciones, de atraer sobre sí la atención de la conciencia y recibe entonces por su mediación una «sobrecarga». Más adelante expondremos nuestras hipótesis sobre la naturaleza y la función de la conciencia.

Un proceso mental iniciado de este modo en lo preconsciente puede extinguirse espontáneamente o conservarse. El primer caso nos lo representamos suponiendo que su energía se difunde por todas las direcciones asociativas que de ella emanan, provocando en toda la concatenación de ideas un estado de excitación que se mantiene durante algún tiempo, pero que después queda suprimido por *la transformación de la excitación necesitada de derivación en una carga en reposo*. Si esto sucede, el proceso carecerá ya de toda significación para la formación de los sueños. Pero en nuestro preconsciente acechan otras representaciones finales emanadas de nuestros deseos inconscientes y continuamente en actividad. Estas representaciones se apoderan entonces de la excitación del círculo de ideas abandonadas a sí mismo, lo enlazan al deseo inconsciente y le *transfieren* la energía de este último, resultando que, a partir de este momento, el proceso mental, desatendido o reprimido, se halla en estado de conservarse, aunque no recibe por este refuerzo derecho ninguno al acceso a la conciencia. Podemos decir que el proceso mental, hasta el momento preconsciente, ha sido *atraído a lo inconsciente*.

Otras dos constelaciones para la formación de los sueños se dan cuando el proceso mental preconsciente se hallaba desde un principio en conexión con el deseo inconsciente y, por tanto, fue objeto de la repulsa de la carga final dominante, o cuando un deseo inconsciente, despertado por otras razones (quizá somáticas) y sin el auxilio de una transferencia, busca los restos psíquicos no cargados del *Prec*. Los tres casos expuestos coinciden, por último, en que se trata de un proceso mental preconsciente, que ha sido despojado de su carga psíquica preconsciente y ha encontrado otra, inconsciente, procedente de un deseo.

Desde este punto pasa el proceso mental por una serie de transformaciones que no reconocemos ya como procesos psíquicos normales y que nos dan un extraño resultado; esto es, un producto psicopatológico. Vamos a examinar este producto.

1.º Las intensidades de las diversas representaciones se hacen, en su totalidad, susceptibles de derivación y pasan de una representación a la otra, formándose así algunas representaciones provistas de gran intensidad. La repetición de este proceso puede reunir en un único elemento de representación

de la intensidad todo un proceso mental. Este hecho es el que hemos calificado de *comprensión* o *condensación* al estudiar la elaboración onírica. A él se debe, principalmente, la extraña impresión que el sueño nos hace, pues nuestra vida onírica normal, accesible a la conciencia, no nos ha mostrado nunca nada análogo. Hallamos también aquí representaciones que poseen, a título de focos de convergencia o de resultados finales de cadenas de asociaciones, gran importancia psíquica; pero este valor no se exterioriza en un carácter sensible para la percepción interna, y lo que en ellas queda representado no se hace más intenso en modo alguno. En el proceso de condensación se transforma toda la coherencia psíquica en *intensidad* del contenido de representaciones. Sucede aquí como cuando hacemos imprimir en negrillas o cursivas una palabra o una frase que queremos hacer resaltar. Hablando, pronunciaremos dicha palabra o dicha frase en un tono más alto y acentuándola especialmente. La primera comparación nos conduce inmediatamente a uno de los ejemplos de sueños antes expuestos (la trimetilamina, en el sueño de la inyección de Irma). Los historiadores de arte nos llaman la atención sobre el hecho de que las más antiguas esculturas históricas siguen un principio análogo, expresando la importancia de las personas representadas por la magnitud de su reproducción plástica. Así, el rey aparece representado dos o tres veces mayor que las personas de su séquito o que el enemigo vencido.

La dirección en que las condensaciones del sueño se propagan se halla determinada, en primer lugar, por las relaciones preconscientes correctas de las ideas latentes, y, en segundo, por la atracción de los recuerdos visuales dados en lo inconsciente. El resultado de la labor de condensación consigue aquellas intensidades necesarias para el avance hacia el sistema de percepción.

2.º Por medio de la transferencia libre de las intensidades y en favor de la condensación quedan constituidas representaciones intermedias equivalentes a transacciones (cf. los numerosos ejemplos expuestos). Esto es algo inaudito en el curso normal de las representaciones, en el que se trata, sobre todo, de la elección y conservación del verdadero elemento de representación. En cambio, se constituyen formaciones mixtas y transacciones con extraordinaria frecuencia cuando buscamos expresión verbal para las ideas preconscientes, apareciendo como modos de la equivocación oral.

3.º Las representaciones que se transfieren recíprocamente sus intensidades se hallan en relaciones muy lejanas entre sí y están ligadas por aquellas asociaciones que nuestro pensamiento despierto desprecia y sólo emplea para

producir un efecto chistoso. Las asociaciones por similitud y sinonimia son aquí las preferidas.

4.º Los pensamientos contradictorios no tienden a sustituirse, sino que permanecen yuxtapuestos y pasan juntos, como si no existiera contradicción alguna, a constituirse en productos de condensación, o forman transacciones que no perdonaríamos nunca a nuestro pensamiento despierto, aunque muchas veces las aceptamos en nuestros actos.

Éstos serían algunos de los más singulares procesos anormales a los que son sometidas, en el curso de la elaboración onírica, las ideas latentes antes racionalmente formadas. El carácter principal de los mismos es su tendencia a hacer susceptible de derivación la energía de carga. El contenido y la significación de los elementos psíquicos a los que estas cargas se refieren pasan a constituir algo accesorio. Pudiera creerse todavía que la condensación y la formación de transacciones se halla únicamente al servicio de la regresión, que tiende a convertir las ideas en imágenes; pero el análisis y, aún más claramente, la síntesis de los sueños carentes de tal regresión nos muestran los mismos procesos de desplazamiento y de condensación que todos los demás.

No podemos, pues, rechazar la hipótesis de que en la formación de los sueños participan dos procesos psíquicos esencialmente diferentes. Uno de ellos crea ideas latentes completamente correctas y de valor igual a los productos del pensamiento normal; en cambio, el otro maneja tales ideas de un modo extraño e incorrecto. Este último proceso es el que hemos estudiado en nuestro capítulo 7) y constituye la verdadera elaboración onírica. ¿Qué podemos decir ahora con respecto a su derivación?

No podríamos dar aquí respuesta alguna si no hubiéramos penetrado en la psicología de las neurosis, especialmente en la de la histeria. Hemos visto en ella que estos mismos procesos psíquicos incorrectos —y otros muchos— presiden la producción de los síntomas histéricos. También en la histeria encontramos al principio una serie de ideas correctas y por completo equivalentes a las conscientes, ideas de cuya existencia en esta forma no podemos tener, sin embargo, la menor noticia, siendo reconstruidas *a posteriori*. Cuando tales ideas llegan a nuestra percepción, vemos, por el análisis del síntoma formado, que han pasado por un trato anormal y han sido llevadas a constituir el síntoma por medio de *la condensación la formación de transacciones, el paso por asociaciones superficiales bajo el encubrimiento de las contradicciones y, eventualmente, por el camino de la regresión*. Dada esta total identidad entre las

peculiaridades de la elaboración onírica y las de la actividad psíquica que termina en la creación de los síntomas psiconeuróticos, creemos justificado transferir al sueño las conclusiones a que nos obliga el estudio de la histeria.

De la teoría de la histeria tomaremos el principio de que *esta elaboración psíquica anormal de un proceso mental normal sólo tiene efecto cuando tal proceso ha devenido la transferencia de un deseo inconsciente, procedente de lo infantil y reprimido*. Este principio ha sido el que nos ha llevado a construir la teoría del sueño sobre la hipótesis de que el deseo onírico motor procede siempre de lo inconsciente, cosa que, como hemos confesado espontáneamente, no es posible demostrar en todo caso, aunque tampoco sea posible refutarla. Pero para poder definir la *represión*, a la que tantas veces hemos hecho intervenir en estas especulaciones, tenemos que continuar construyendo nuestra armazón psicológica.

Hubimos de aceptar la ficción de un primitivo aparato psíquico, cuya labor era regulada por la tendencia a evitar la acumulación de excitaciones y a mantenerse libre en ella en lo posible. De este modo su estructura respondía al esquema de un aparato de reflexión. La motilidad, que fue al principio el camino conducente a modificaciones interiores del cuerpo, era la ruta de derivación de la que podía disponer. Discutimos después las consecuencias psíquicas de una experiencia de satisfacción y pudimos establecer una segunda hipótesis, esto es, la de que la acumulación de la excitación —conforme a modalidades de las que no tenemos por qué ocuparnos— es sentida como *displacer* y pone actividad al aparato para atraer nuevamente el suceso satisfactorio, en el que la disminución de la excitación es sentida como *placer*. Tal corriente, que parte del *displacer* y tiende hacia el *placer*, es lo que denominamos un deseo, y hemos dicho que sólo un deseo podía ser susceptible de poner en movimiento el aparato y que la derivación de la excitación era regulada automáticamente en él por las percepciones de *placer* y *displacer*. El primer deseo debió de ser una carga alucinatoria del recuerdo de la satisfacción. Esta alucinación demostró que, cuando no podía ser mantenida hasta agotarse, era incapaz para atraer la supresión de la necesidad, o sea el *placer* ligado a la satisfacción.

De este modo se hizo necesaria una segunda actividad —en nuestro ejemplo, la actividad de un segundo sistema—, destinada a no permitir que la carga mnémica avanzara hacia la percepción y ligara desde allí las fuerzas psíquicas, sino que dirigiera por un rodeo la excitación emanada del estímulo de la necesidad, rodeo en el cual quedase el mundo exterior modificado por la

motilidad voluntaria, en forma que hiciese posible la percepción real del objeto de satisfacción. Hasta aquí hemos seguido fielmente el esquema del aparato psíquico; los dos sistemas indicados son el germen de aquello que con la denominación de *Inc.* y *Prec.* situamos en el aparato completamente desarrollado.

Para que la motilidad pueda modificar adecuadamente el mundo exterior es necesario la acumulación de una gran cantidad de experiencias en los sistemas mnémicos y una diversa fijación de las relaciones provocadas en este material mnémico por distintas representaciones finales. Continuaremos, pues, nuestras hipótesis. La actividad del segundo sistema, del que emanan diversas cargas psíquicas, necesita disponer libremente de todo el material mnémico; pero, por otro lado, sería un gasto inútil el enviar grandes cantidades de carga psíquica por los diversos caminos mentales, pues tales cargas se derivarían inadecuadamente y disminuirían la cantidad necesaria para la transformación del mundo exterior. Supondremos, pues, que dicho sistema consigue mantener en reposo la mayor parte de su carga de energía psíquica y sólo emplea una pequeña parte de la misma para emplearla en el desplazamiento. La mecánica de estos procesos me es totalmente desconocida. Aquellos que quisieran continuar esta ideación tendrían que buscar analogías físicas y construir una representación plástica del proceso de movimiento en la excitación de las neuronas. Por mi parte, me limito a mantener la hipótesis de que la actividad del primero de los sistemas ψ tiende a una libre derivación de las cantidades de excitación, y que el segundo sistema provoca, con las cargas que de sí emanan, una coerción de dicha derivación y una transformación de la misma en carga psíquica en reposo. Supongo, por tanto, que la derivación de la excitación es sujeta por el segundo sistema a condiciones mecánicas completamente distintas de las que regulaban su curso bajo el dominio del primero. Cuando el segundo sistema ha llevado a cabo su labor examinadora, levanta la coerción y el estancamiento de las excitaciones y las deja fluir hasta la motilidad.

Dirigiendo nuestra atención hacia las relaciones de esta coerción de la derivación por el segundo sistema, con la regulación por medio del principio del *displacer*, hallamos una interesantísima concatenación de ideas. Busquemos primero la contrapartida de la experiencia de satisfacción primaria, o sea la experiencia de *sobresalto exterior*. Sobre el aparato primitivo actuaría un estímulo de percepción que sería la fuente de una excitación dolorosa. A esto

seguirán entonces desordenadas manifestaciones motoras, hasta que una de ellas sustraiga al aparato la percepción y al mismo tiempo el dolor. Esta manifestación motora, que ha logrado suprimir el estímulo displaciente, surgirá en adelante siempre que el mismo se renueve y no cesará hasta conseguir otra vez su desaparición. Pero en este caso no perdurará inclinación ninguna a cargar de nuevo alucinatoriamente, o en otra forma cualquiera, la percepción de la fuente de dolor. Por el contrario, tenderá el aparato primario a abandonar esta huella mnémica, penosa en cuanto quede nuevamente despertada por algo, pues el curso de su excitación hasta la percepción produciría displacer (o, más exactamente, comienza a producir). La separación del recuerdo, separación que no es sino una repetición de la fuga primitiva ante la percepción, queda facilitada por el hecho de que el recuerdo no posee, como la percepción, cualidad bastante para atraer la atención de la conciencia y procurarse de este modo una nueva carga. Esta sencilla y regular exclusión de lo penoso del proceso psíquico de la memoria nos da el modelo y el primer ejemplo de la *represión psíquica*.

A consecuencia del principio del displacer resulta, pues, totalmente incapaz el primer sistema ψ para incluir algo desagradable en la coherencia mental. Este sistema no puede hacer sino desear. Si esta situación se mantuviera, la actividad mental del segundo sistema, que necesita disponer de todos los recuerdos que reposan en la experiencia, quedaría obstruida. Por tanto, surgen aquí dos nuevas posibilidades. La actividad del segundo sistema puede libertarse por completo del principio del displacer y continuar su marcha sin preocuparse del displacer del recuerdo, o puede también cargar de tal manera el recuerdo displaciente que quede evitado el desarrollo de displacer. La primera posibilidad no nos parece aceptable, pues el principio del displacer es también lo que regula el curso de la excitación del segundo sistema. Admitiremos, pues, la segunda, o sea la de que dicho sistema carga de tal manera un recuerdo que la derivación queda impedida; esto es, también la derivación queda comparable a una inervación motora hasta el desarrollo de displacer.

Dos son los puntos de partida desde los que llegamos a la hipótesis de que la carga por el segundo sistema representa, simultáneamente, una coerción de la derivación de la excitación. Estos dos puntos de partida son el cuidado de adaptarse al principio del displacer y el principio del menor gasto de inervación. Resulta, pues, y ello constituye la clave de la teoría de la represión—, que *el segundo sistema no puede cargar una representación sino cuando se halla en*

estado de coartar el desarrollo de displacer que de ella emana. Aquello que a esta coerción se sustrajera sería también inaccesible para el segundo sistema y quedaría abandonado en seguida en obediencia al principio del displacer. La coerción del displacer no necesita, sin embargo, ser completa. Tiene que producirse siempre un comienzo de tal efecto, que anuncie al segundo sistema la naturaleza del recuerdo y quizá también su defectuosa capacidad para el fin buscado por el pensamiento.

Llamaremos *proceso primario* al único proceso psíquico que puede desarrollarse en el primer sistema, y *proceso secundario* al que se desarrolla bajo la coerción del segundo. Puedo mostrar aún en otro lugar por qué el segundo sistema tiene que corregir el proceso primario. El proceso primario aspira a la derivación de la excitación para crear, con la cantidad de excitación así acumulada, una *identidad de percepción*. El proceso secundario ha abandonado ya este propósito y entraña en su lugar el de conseguir una *identidad mental*. Todo el pensamiento no es sino un rodeo desde el recuerdo de la satisfacción, tomado como representación final, hasta la carga idéntica del mismo recuerdo, que ha de ser alcanzada por el camino que pasa por los caminos que enlazan a las representaciones sin dejarse incluir en error por las intensidades de las mismas. Pero vemos claramente que las condensaciones de representaciones y las formaciones intermediarias y transaccionales constituyen un estorbo para alcanzar este fin de identidad; sustituyendo una representación a otra, desvían del camino que partía de la primera. Por tanto, el pensamiento secundario evita cuidadosamente tales procesos. No es tampoco difícil ver que el principio del displacer, que ofrece importantes puntos de apoyo al proceso intelectual, le estorba también en la persecución de la identidad intelectual. La tendencia del pensamiento tiene, pues, que orientarse a libertarse cada vez más de la regulación exclusiva por medio del principio del displacer y a limitar a un mínimo utilizable como premisa el desarrollo de afectos por la labor intelectual. Este perfeccionamiento de la función debe ser conseguido mediante una sobrecarga proporcionada por la conciencia. Pero sabemos que tal perfeccionamiento sólo raras veces se consigue, aun en la vida anímica más normal, y que nuestro pensamiento permanece siempre accesible a la falsificación por la intervención del principio del displacer.

Mas no es ésta, sin embargo, la laguna de la función de nuestro aparato anímico, que hace posible que los pensamientos que se presentan como resultados de la labor intelectual secundaria sucumban al proceso psíquico

primario, fórmula con la cual podemos describir ahora la labor que conduce al sueño y a los síntomas histéricos. La insuficiencia es creada por la colaboración de dos factores de nuestra historia evolutiva, uno de los cuales pertenece por completo al aparato anímico y ha ejercido una influencia reguladora sobre la relación de los dos sistemas. En cambio, el otro aparece en cantidades muy variables e introduce en la vida anímica fuerzas impulsoras de origen orgánico. Ambos proceden de la vida infantil y son un resto de la transformación que nuestro organismo anímico y somático ha experimentado desde los tiempos infantiles.

Si a uno de los procesos psíquicos que se desarrollan en el aparato anímico le damos el nombre de *proceso primario*, no lo hace atendiendo únicamente a su mayor importancia y a su más amplia capacidad funcional, sino también a las circunstancias temporales. No sabemos que exista ningún aparato psíquico cuyo único proceso sea el primario. Por tanto, el suponer su existencia es una pura ficción teórica. Pero lo que sí constituye un hecho es que los procesos primarios se hallarán dados en él desde un principio, mientras que los secundarios van desarrollándose paulatinamente en el curso de la existencia, coartando y sometiendo a los primarios hasta alcanzar su completo dominio sobre ellos, quizá en el punto culminante de la vida. A causa de este retraso de la aparición de los procesos secundarios continúa constituido el nódulo de nuestro ser por impulsos optativos inconscientes, incoercibles e inaprehensibles para los preconcientes, cuya misión queda limitada de una vez para siempre a indicar a los impulsos optativos procedentes de lo inconsciente los caminos más adecuados. Estos deseos inconscientes representan para todas las aspiraciones anímicas posteriores una coerción a la que tienen que someterse, pudiendo esforzarse en derivarla y dirigirla hacia fines más elevados. Un gran sector del material mnémico permanece también inaccesible a la carga psíquica preconciente a causa de este retraso.

Entre los impulsos optativos indestructibles e incoercibles procedentes de lo infantil existen también algunos cuya realización resulta también contraria a las representaciones finales del pensamiento secundario. La realización de estos deseos no provocaría ya un afecto de placer, sino displaciente, y *precisamente esta transformación de los afectos constituye la esencia de aquello que denominamos «represión»*. La cuestión de por qué caminos y mediante qué fuerzas puede tener efecto tal transformación es lo que constituye el problema de la represión; problema que no necesitamos examinar aquí sino superficialmente.

Nos bastará hacer constar que en el curso del desarrollo aparece una transformación de los afectos (recuérdese la aparición de las repugnancias de que al principio carece la vida infantil), transformación que se halla ligada a la actividad del sistema secundario. Los recuerdos de los que se sirve el deseo inconsciente para provocar la asociación de afectos no fueron jamás accesibles para lo preconsciente, razón por la cual no puede ser coartado su desarrollo de afecto. Este mismo desarrollo de afecto hace que tampoco se pueda llegar ahora a estas representaciones desde las ideas preconscientes a las que han transferido su fuerza de deseos. Por el contrario, se impone el principio del *displacer* y separa al *Prec.* de tales ideas de transferencia, las cuales quedan entonces abandonadas a sí mismas —reprimidas—, constituyéndose así en condición preliminar de la represión la existencia de un acervo de recuerdos sustraído desde el principio del *Prec.*

En el caso más favorable termina el desarrollo de *displacer* en cuanto la idea de transferencia preconsciente es despojada de su carga, y este resultado nos muestra que la intervención del principio del *displacer* es perfectamente adecuada. Otra cosa sucede, en cambio, cuando el deseo inconsciente reprimido recibe un refuerzo orgánico que puede prestar a sus ideas de transferencia, poniéndolas así en situación de intentar exteriormente por medio de su excitación, aun cuando han sido abandonadas por la carga del *Prec.* Surge entonces la lucha defensiva, reforzando el *Prec.* la oposición contra las ideas reprimidas (*contracarga*), y como una ulterior consecuencia, las ideas de transferencia, portadoras del deseo inconsciente, logran abrirse camino bajo una forma cualquiera de transacción por formación de síntomas. Pero desde el momento en que las ideas reprimidas quedan intensamente cargadas por la excitación optativa inconsciente y, en cambio, abandonadas por la carga preconsciente, sucumben al proceso psíquico primario y tienden únicamente a una derivación motora, o, cuando el camino está libre, a una reanimación alucinatoria de la identidad de percepción deseada. Hemos descubierto antes, empíricamente, que los procesos incorrectos descritos se desarrollan tan sólo con ideas reprimidas. Ahora conseguimos una más amplia visión de este problema. Tales procesos incorrectos son los *procesos primarios, los cuales surgen siempre que las representaciones son abandonadas por la carga preconsciente, quedando entregadas a sí mismas y pudiendo realizarse con la energía no coartada de lo inconsciente, que aspira a una derivación*. Otras observaciones nos muestran que estos procesos, llamados *incorrectos*, no son falsificaciones de

los «errores mentales» normales, sino las de funcionamientos psíquicos exentos de coerción. Vemos, de este modo, que la transmisión de la excitación preconsciente a la motilidad se desarrolla conforme a los mismos procesos, y que el enlace de las representaciones inconscientes con palabras muestra fácilmente aquellos mismos desplazamientos y confusiones que suelen ser atribuidos a la falta de atención. Por último, el incremento de trabajo impuesto por la coerción de estos procesos primarios quedaría demostrado por el hecho de que *cuando dejamos penetrar en la conciencia estas formas del pensamiento* conseguimos un efecto cómico, o sea un exceso derivable por medio de la *risa*.

La teoría de las psiconeurosis afirma con absoluta seguridad que no pueden ser sino impulsos sexuales procedentes de lo infantil, que han sucumbido a la represión (transformación del afecto) en los períodos infantiles del desarrollo, y luego, en períodos posteriores de la evolución, resultan susceptibles de una renovación, bien a consecuencia de la constitución sexual que surge de la bisexualidad primitiva, bien como resultado de influencias desfavorables de la vida sexual, proporcionando entonces las fuerzas impulsoras para todas las formaciones de síntomas psiconeuróticos. Únicamente con la introducción de estas fuerzas sexuales pueden llenarse las lagunas que aún encontramos en la teoría de la represión.

En este punto habré de abandonar la investigación del sueño, pues con la hipótesis de que el deseo onírico procede siempre de lo inconsciente ha traspasado ya los límites de lo demostrable^[535]. No quiero tampoco continuar investigando en qué consiste la diferencia del funcionamiento de las energías psíquicas en la formación de los sueños y en la de los síntomas histéricos, pues nos falta el conocimiento de uno de los miembros de la comparación. Pero hay un punto que me atrae especialmente, y confesaré que sólo por él he emprendido aquí todas estas especulaciones sobre los dos sistemas psíquicos, sus formas de laborar y la represión. Nada importa ahora que mis especulaciones psicológicas hayan sido acertadas o que entrañen graves errores, cosa posible dada la dificultad del objeto. Cualesquiera que sean las verdaderas circunstancias de la censura psíquica y de la elaboración correcta y anormal del contenido del sueño, siempre queda el hecho indiscutible de que tales procesos intervienen en la formación de los sueños y muestran la mayor analogía con los descubrimientos en el estudio de la formación de los síntomas histéricos. Pero el sueño no es un fenómeno patológico y no tiene como antecedente una perturbación del

equilibrio psíquico, ni deja tras de sí una debilitación de la capacidad funcional. La objeción de que mis sueños y los de mis pacientes neuróticos no permiten deducir resultados aplicables a los sueños de los hombres normales y sanos debería ser rechazada sin discusión ninguna. Cuando del estudio de estos fenómenos deducimos sus fuerzas impulsoras, reconocemos que el mecanismo psíquico de que se sirve la neurosis no es creado por una perturbación patológica que ataca a la vida anímica, sino que existe ya en la estructura normal del aparato anímico. Los dos sistemas psíquicos, la censura situada entre ambos, la coerción de una actividad por otra, las relaciones de ambas con la conciencia —o todo aquello que en lugar de esto pueda resultar de una más exacta interpretación de las circunstancias efectivas—, todo ello pertenece a la estructura normal de nuestro instrumento anímico, y el sueño constituye uno de los caminos que llevan al conocimiento de dicha estructura. Si queremos contentarnos con un mínimo de conocimientos absolutamente garantizados, diremos que el sueño nos demuestra que *lo reprimido perdura también en los hombres normales y puede desarrollar funciones psíquicas*.

El sueño es una de las manifestaciones de lo reprimido; según la teoría, en todos los casos, y según la experiencia palpable, por lo menos en un gran número. Lo reprimido que fue estorbado en su expresión y separado de la percepción interna encuentra en la vida nocturna y bajo el dominio de las formaciones transaccionales medios y caminos de llegar a la conciencia.

Flectere si nequeo superos acheronta movebo. (Cita de Virgilio.)

Pero la interpretación onírica es la vía regia para el conocimiento de lo inconsciente en la vida anímica.

Persiguiendo el análisis del sueño, llegamos a un conocimiento de la composición de este instrumento, el más maravilloso y enigmático de todos. A un conocimiento muy limitado, es cierto, pero que da el primer impulso para llegar al corazón del problema, partiendo de otros productos de carácter patológico. La enfermedad —por lo menos la llamada justificadamente funcional— no tiene como antecedente necesario la ruina de dicho aparato y la creación en su interior de nuevas disociaciones. Debe explicarse *dinámicamente*, por modificaciones de las energías psíquicas. En otro lugar podría también demostrarse cómo la composición del aparato por las dos instancias da a la función normal una sutileza que a una instancia no le sería dado alcanzar^[536].

F) Lo inconsciente y la conciencia. La realidad.

Bien mirado, no es la existencia de dos sistemas cerca del extremo motor del aparato, sino la de *dos procesos o modos de la derivación de la excitación*, lo que ha quedado explicado con las especulaciones psicológicas del apartado que precede. Pero esto no nos conturba en absoluto, pues debemos hallarnos dispuestos a prescindir de nuestras representaciones auxiliares en cuanto creamos haber llegado a una posibilidad de sustituirlas por otra cosa más aproximada a la realidad desconocida. Intentaremos ahora rectificar algunas opiniones que pudieron ser equivocadamente interpretadas mientras tuvimos ante la vista los dos sistemas, como dos localidades dentro del aparato psíquico. Cuando decimos que una idea inconsciente aspira a una traducción a lo preconsciente, para después emerger en la conciencia, no queremos decir que deba ser formada una segunda idea en un nuevo lugar. Asimismo queremos también separar cuidadosamente de la emergencia en la conciencia toda idea de un cambio de localidad. Cuando decimos que una idea preconsciente queda reprimida y acogida después por lo inconsciente, podían incitarnos estas imágenes a creer que realmente queda disuelta en una de las dos localidades psíquicas una ordenación y sustituida por otra nueva en la otra localidad. En lugar de esto, diremos ahora, en forma que corresponde mejor al verdadero estado de cosas, que una carga de energía es transferida o retirada de una ordenación determinada, de manera que el producto psíquico queda situado bajo el dominio de una instancia o sustraído al mismo. Sustituimos aquí, nuevamente, una representación tópica por una representación dinámica; lo que nos aparece dotado de movimiento no es el producto psíquico, sino su inervación^[537].

Sin embargo, creo adecuado y justificado continuar empleando la representación plástica de los sistemas. Evitaremos todo abuso de esta forma de exposición recordando que las representaciones, las ideas y los productos psíquicos en general no deben ser localizados en elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por decirlo así, *entre ellos*. Todo aquello que puede devenir objeto de nuestra percepción interior, es *virtual*, como la imagen producida por la entrada de los rayos luminosos en el antejo. Los sistemas, que no son en sí nada psíquicos y no resultan nunca accesibles a nuestra percepción psíquica, pueden ser comparados a las lentes del antejo, las cuales proyectan la imagen. Continuando esta comparación, correspondería la censura situada entre

dos sistemas a la refracción de los rayos al pasar a un medio nuevo.

Hasta ahora hemos hecho psicología por nuestra propia cuenta; pero es ya tiempo de que volvamos nuestros ojos a las opiniones teóricas de la psicología actual para compararlas con nuestros resultados. El problema de lo inconsciente en la psicología es, según las rotundas palabras de Lipps^[538], menos un problema psicológico que el problema de la psicología. Mientras que la psicología se limitaba a resolver este problema con la explicación de que lo psíquico era precisamente lo consciente, y que la expresión «procesos psíquicos inconscientes» constituía un contrasentido palpable, quedaba excluido todo aprovechamiento psicológico de las observaciones que el médico podía efectuar en los estados anímicos anormales. El médico y el filósofo sólo se encuentran cuando reconocen ambos que los procesos psíquicos inconscientes constituyen la expresión adecuada y perfectamente justificada de un hecho incontrovertible. El médico no puede sino rechazar con un encogimiento de hombros la afirmación de que la conciencia es el carácter imprescindible de lo psíquico, o si su respeto a las manifestaciones de los filósofos es aún lo bastante fuerte, suponer que no tratan el mismo objeto ni ejercen la misma ciencia. Pero también una sola observación, comprensiva de la vida anímica de un neurótico, o un solo análisis onírico, tienen que imponerle la convicción indestructible de que los procesos intelectuales más complicados y correctos, a los que no es posible negar el nombre de procesos psíquicos, pueden desarrollarse sin intervención de la conciencia del individuo^[539].

El médico no advierte, ciertamente, estos procesos inconscientes hasta que los mismos han ejercido un efecto susceptible de comunicaciones o de observación sobre la conciencia; pero este efecto de conciencia puede mostrar un carácter psíquico completamente distinto del proceso preconsciente, de manera que la percepción interior no pueda reconocer en él una sustitución del mismo. El médico tiene que reservarse el derecho de penetrar inductivamente desde el efecto de la conciencia hasta el proceso psíquico inconsciente. Obrando así descubrirá que el efecto de conciencia no es más que un lejano efecto psíquico del proceso inconsciente y que este último no ha devenido consciente como tal, habiendo existido y actuado sin delatarse en modo alguno a la conciencia. Para llegar a un exacto conocimiento del proceso psíquico es condición imprescindible dar a la conciencia su verdadero valor, tan distinto del que ha venido atribuyéndosele con exageración manifiesta. En lo inconsciente tenemos

que ver, como afirma Lipps, la base general de la vida psíquica. Lo inconsciente es el círculo más amplio en el que se halla inscrito el de lo consciente. Todo lo consciente tiene un grado preliminar inconsciente, mientras que lo inconsciente puede permanecer en este grado y aspirar, sin embargo, al valor completo de una función psíquica. Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real: *su naturaleza interna nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior y nos es dado por el testimonio de nuestra conciencia tan incompletamente como el mundo exterior por el de nuestros órganos sensoriales.*

Una vez que la antigua antítesis de vida consciente y vida onírica ha quedado despojada de toda significación por el reconocimiento del verdadero valor de lo psíquico inconsciente, desaparece toda una serie de problemas oníricos que preocuparon intensamente a los investigadores anteriores. Así, muchas funciones cuyo desarrollo en el sueño resultaba desconcertante, no deben ser ya atribuidas a este fenómeno, sino a la actividad diurna del pensamiento inconsciente.

Cuando Schemer nos descubre en el sueño una representación simbólica del cuerpo, sabemos que se trata del rendimiento de determinadas fantasías inconscientes, que obedecen, probablemente, a impulsos sexuales y que no se manifiestan únicamente en él, sino también en las fobias histéricas y en otros síntomas. Cuando el sueño continúa labores intelectuales diurnas, solucionándolas e incluso extrayendo a la luz ocurrencias valiosísimas, hemos de ver en dichas labores un rendimiento de las mismas fuerzas que las realizan durante la vigilia. Lo único que corresponderá a la elaboración onírica y podrá ser considerado como una intervención de oscuros poderes de los más profundos estratos del alma será el disfraz de sueño con el que la función intelectual se nos presenta. Nos inclinamos asimismo a una exagerada estimación del carácter consciente de la producción intelectual y artística. Por las comunicaciones de algunos hombres altamente productivos, como Goethe y Helmholtz, sabemos que lo más importante y original de sus creaciones surgió en ellos en forma de ocurrencia espontánea, siendo percibido casi siempre como una totalidad perfecta y terminada. El auxilio de la actividad consciente tiene el privilegio de encubrir a todas las que simultáneamente actúan.

No merece la pena plantearnos el examen de la significación histórica de los sueños como un tema especial. Aquellos casos en que un guerrero fue impelido por un sueño a acometer una osada empresa cuyo resultado transformó la Historia, no constituyen un nuevo problema, sino mientras que consideramos al sueño como un poder ajeno a las demás fuerzas anímicas que nos son más

familiares y no como una forma expresiva de impulsos coartados durante el día por una resistencia y reforzados nocturnamente por excitaciones emanadas de fuentes más profundas^[540]. El respeto que el sueño mereció a los pueblos antiguos se hallaba fundado en una exacta estimación psicológica de lo indestructible e indomable existente en el alma humana; esto es, de lo *demoníaco*, dado en nuestro inconsciente y reproducido por el sueño.

No sin intención digo *nuestro inconsciente*, pues aquello que con este nombre designamos no coincide con lo inconsciente de los filósofos ni tampoco con lo inconsciente de Lipps. Los filósofos lo consideran únicamente como la antítesis de lo consciente, y la teoría de que, además de los procesos conscientes, hay también procesos inconscientes, es una de las que más empeñadas discusiones han provocado. Lipps nos muestra un principio de mayor alcance, afirmando que todo lo psíquico se encuentra dado inconscientemente y algo de ello también conscientemente. Pero no es para demostrar este principio por lo que hemos estudiado los fenómenos del sueño y de la formación de los síntomas histéricos. La observación de la vida diurna normal es suficiente para protegerlo contra toda duda. Los nuevos conocimientos que nos ha procurado el análisis de los productos psicopatológicos y, entre ellos, el del sueño, consisten en que lo inconsciente —esto es, lo psíquico— aparece como función de dos síntomas separados y surge ya así en la vida anímica normal. Hay, pues, *dos clases* de inconsciente, diferenciación que no ha sido realizada aún por los psicólogos. Ambas caen dentro de lo que la psicología considera como lo inconsciente, pero desde nuestro punto de vista, es una de ellas, la que hemos denominado *Inc.*, incapaz de *conciencia*, mientras que la otra, o sea el *Prec.*, ha recibido de nosotros este nombre porque sus excitaciones pueden llegar a la conciencia, aunque también adaptándose a determinadas reglas y quizá después de vencer una nueva censura, pero de todos modos sin relación ninguna con el sistema *Inc.* El hecho de que para llegar a la conciencia tengan que pasar las excitaciones por una sucesión invariable; esto es, por una serie de instancias, hecho que nos fue revelado por las transformaciones que la censura les impone, nos sirvió para establecer una comparación especial. Describimos las relaciones de ambos sistemas entre sí y con la conciencia, diciendo que el sistema *Prec.* aparecía como una pantalla entre el sistema *Inc.* y la conciencia. El sistema *Prec.* no sólo cerraba el acceso a la conciencia, sino que dominaba también el acceso a la motilidad voluntaria y disponía de la emisión de una carga de energía psíquica

móvil, de la que no es familiar una parte a título de atención^[541].

También debemos mantenernos alejados de la diferenciación de *conciencia superior* y *subconciencia*, tan gustada por la moderna literatura de la psiconeurosis, pues parece acentuar la equivalencia de lo psíquico y lo consciente.

¿Qué misión queda, pues, en nuestra representación, a la conciencia, antes omnipotente y que todo lo encubría? Sencillamente *la de un órgano sensorial para la percepción de cualidades psíquicas*. Según la idea fundamental de nuestro esquema, no podemos considerar la percepción por la conciencia más que como la función propia de un sistema especial, al que designaremos como sistema *Cc*. Este sistema nos lo representamos compuesto por caracteres mecánicos, análogamente al sistema de percepción *P*; esto es, excitable por cualidades e incapaz de conservar la huella de las modificaciones, o sea carente de memoria. El aparato psíquico, que se halla orientado hacia el mundo exterior con el órgano sensorial de los sistemas *P*, es, a su vez, mundo exterior para el órgano sensorial de los sistemas *Cc*. cuya justificación teleológica reposa en esta circunstancia. El principio de la serie de instancias, que parece dominar la estructura del aparato, nos sale aquí nuevamente al encuentro. El material de excitaciones afluye al órgano sensorial *Cc*. desde dos partes diferentes; esto es, desde el sistema *P*, cuya excitación condicionada por cualidades pasa probablemente por una nueva elaboración hasta que se convierte en sensación consciente, y desde el interior del aparato mismo, cuyos procesos cuantitativos son sentidos como una serie de cualidades de placer y displacer cuando han llegado a ciertas transformaciones

Los físicos, que han sospechado la posibilidad de formaciones intelectuales correctas y altamente complicadas sin intervención de la conciencia, han considerado luego muy difícil señalar a esta última una misión, pues se les mostraba como un reflejo superfluo del proceso psíquico terminado. La analogía de nuestro sistema *Cc*. con el sistema de las percepciones nos ahorra esta dificultad. Vemos que la percepción por nuestros órganos sensoriales trae consigo la consecuencia de dirigir una carga de energía por los caminos por los que se difunde la excitación sensorial afluyente. La excitación cualitativa del sistema *P* sirve para regular el curso de la cantidad móvil en el aparato psíquico. Esta misma misión puede ser atribuida al órgano sensorial del sistema *Cc*. Al percibir nuevas cualidades rinde una nueva aportación a la dirección y

distribución de las cargas móviles de energía. Por medio de la percepción de placer y displacer influye sobre el curso de las cargas dentro del aparato psíquico, que fuera de esto se mantiene inconsciente y labora por medio de desplazamientos de cantidad. Es verosímil que el principio del displacer regule inicialmente los desplazamientos de la carga de un modo automático, pero es muy posible que la conciencia lleve a cabo una segunda regulación más sutil de estas cualidades, regulación que puede incluso oponerse a la primera y que completa y perfecciona la capacidad funcional del aparato, modificando su disposición primitiva para permitirle someter a la carga de energía psíquica y a la elaboración aquello que se halla enlazado con desarrollos de displacer. La psicología de la neurosis nos enseña que esta regulación por la excitación cualitativa del órgano sensorial desempeña un importantísimo papel en la actividad funcional del aparato. El dominio automático del principio primario de displacer y la subsiguiente limitación de la capacidad funcional quedan suprimidos por las regulaciones sensibles, las cuales son nuevamente, de por sí, automatismos. Vemos que la represión adecuada al principio termina en una renuncia perjudicial a la coerción y al dominio anímico, recayendo mucho más fácilmente sobre los recuerdos que sobre las percepciones, pues los primeros carecen del incremento de carga provocado por la excitación del órgano sensorial psíquico. Las ideas rechazables no se hacen conscientes unas veces por haber sucumbido a la represión; pero otras pueden no hallarse reprimidas, sino haber sido sustraídas a la conciencia por otras causas. Éstos son los indicios de que la terapia se sirve para solucionar las represiones.

El valor de la sobrecarga provocada por la influencia reguladora del órgano sensorial Cc. sobre la cantidad móvil queda representado en una conexión teleológica por la creación de nuevas series de cualidades y con ello de una nueva regulación, que pertenece, quizá, a las prerrogativas concedidas al hombre sobre los animales. Los procesos intelectuales carecen en sí de calidad, salvo en lo que respecta a las excitaciones placentes y displacentes concomitantes, que deben ser mantenidas a raya, como posibles perturbaciones del pensamiento. Para prestarles una cualidad quedan asociados en el hombre con recuerdos verbales, cuyos restos cualitativos bastan para atraer sobre ellas la atención de la conciencia.

La diversidad de los problemas de la conciencia se nos muestra en su totalidad en el análisis de los procesos mentales histéricos. Experimentamos entonces la impresión de que también el paso de lo preconsciente a la carga de la

conciencia se halla ligado a una censura análoga a la existente entre *Inc.* y *Prec.* También esta censura comienza a partir de cierto límite cuantitativo, quedando sustraídos a ella los productos mentales poco intensos. Todos los casos posibles de inaccesibilidad a la conciencia, así como los de penetración a la misma bajo ciertas restricciones, aparecen reunidos en el cuadro de los fenómenos psiconeuróticos, y todos estos fenómenos indican la íntima y recíproca conexión existente entre la censura y la conciencia. Con la comunicación de dos casos de este género daremos por terminadas estas especulaciones psicológicas.

En una ocasión fui llamado a consulta para examinar a una muchacha de aspecto inteligente y decidido. Su *toilette* me llamó inmediatamente la atención, pues contra todas las costumbres femeninas, llevaba colgando una media y desabrochados los botones de la blusa. Se quejaba de dolores en una pierna, y sin que yo le hiciera indicación alguna, se quitó la media y me mostró la pantorrilla. Su queja principal es la siguiente, que reproduzco aquí con sus mismas palabras: siente como si tuviera dentro del vientre algo que se moviera de aquí para allá, sensación que le produce profundas emociones. A veces es como si todo su cuerpo se pusiera *rígido*. Al oír estas palabras, el colega que me había llamado a consulta me miró significativamente. No eran, en efecto, nada equívocas. Lo extraño es que la madre de la sujeto no sospechase su sentido, a pesar de que debía de haberse hallado repetidamente en la situación que con ellas describía su hija. Ésta no tiene idea ninguna del alcance de sus palabras, pues si la tuviera no las pronunciaría. Se ha conseguido, por tanto, en este caso cegar de tal manera a la censura, que una fantasía que permanece generalmente en lo preconsciente ha sido acogida en la conciencia bajo el disfraz de una queja y como absolutamente inocente.

Otro ejemplo. Comienzo el tratamiento psicoanalítico de un niño de catorce años que padece de «tic» convulsivo, vómitos histéricos, dolores de cabeza, etcétera, etc. Asegurándole que cerrando los ojos vería imágenes o se le ocurrirían cosas que debería comunicarme, el paciente me responde en imágenes. La última impresión recibida por él antes de venir a verme vive visualmente en su recuerdo. Había estado jugando a las damas con su tío y ve ahora el tablero ante sí. Discute y me explica determinadas posiciones que son favorables o desfavorables y ciertas jugadas que no deben hacerse. Después ve sobre el tablero un puñal, que no es de su tío, sino de su padre, pero que traslada a casa de su tío, colocándolo sobre el tablero. Luego aparece en el mismo lugar una hoz y luego una guadaña, acabando por componerse la imagen de un viejo

labrador que siega la hierba. Después de algunos días llegué a la comprensión de esta yuxtaposición de imágenes. El niño vive en medio de circunstancias familiares que le han excitado: un padre colérico y severo, en perpetua guerra con la madre y cuyo único medio educativo era una constante amenaza; la separación de los cónyuges y el alejamiento de la madre, cariñosa y débil, y el nuevo matrimonio del padre, que apareció una tarde en su casa con una mujer joven y dijo al niño que aquélla era su nueva mamá. Pocos días después de este suceso fue cuando el niño comenzó a enfermar. Su cólera retenida con el padre es lo que ha reunido las imágenes referidas en alusiones fácilmente comprensibles. El material ha sido proporcionado por una reminiscencia de la mitología. La hoz es el arma con que Zeus castró a su padre, y la guadaña y la imagen del segador describen a Cronos, el violento anciano que devora a sus hijos, y del que Zeus toma una venganza tan poco infantil. El matrimonio del padre constituyó una ocasión para devolver los reproches y amenazas que el niño hubo de oír en una ocasión en que fue sorprendido jugando con sus genitales (el tablero, las jugadas prohibidas, el puñal con el que se puede matar). En este caso se introducen furtivamente en la conciencia, fingiéndose imágenes *aparentemente faltas de sentido*, recuerdos ha largo tiempo reprimidos, cuyas ramificaciones han permanecido inconscientes.

Así, pues, el valor teórico del estudio de los sucesos consistiría en sus aportaciones al conocimiento psicológico y en una preparación a la comprensión de la psiconeurosis. ¿Quién puede sospechar hasta dónde puede elevarse aún y qué importancia puede adquirir un conocimiento fundamental de la estructura y las funciones del aparato anímico, cuando ya el estado actual de nuestro conocimiento permite ejercer una influencia terapéutica sobre las formas curables de psiconeurosis? ¿Cuál puede ser ahora —me oigo preguntar— el valor práctico de estos estudios para el conocimiento del alma y el descubrimiento de las cualidades ocultas del carácter individual? Estos impulsos inconscientes que el sueño revela, ¿no tienen, quizá, el valor de poderes reales en la vida anímica? ¿Qué importancia ética hemos de dar a los deseos reprimidos, que así como crean sueños, pueden crear algún día otros productos?

No me creo autorizado para contestar a estas preguntas. Mis pensamientos no han perseguido más allá esta faceta del problema del sueño. Opino únicamente que aquel emperador romano que hizo ejecutar a uno de sus súbditos por haber éste soñado que le asesinaba, no estaba en lo cierto. Debía haberse preocupado antes de lo que el sueño significaba, pues muy probablemente no era aquello que

su contenido manifiesto revelaba, y aun cuando un sueño distinto hubiese tenido esta significación criminal, hubiera debido pensar en las palabras de Platón, de que el hombre virtuoso se contenta con soñar lo que el perverso realiza en la vida. Por tanto, creo que debemos absolver al sueño. No puedo decir en pocas palabras si hemos de reconocer *realidad* a los deseos inconscientes y en qué sentido. Desde luego, habremos de negársela a todas las ideas de transición o de mediación. Una vez que hemos conducido a los deseos inconscientes a su última y más verdadera expresión, vemos que la *realidad psíquica* es una forma especial de existencia que no debe ser confundida con la *realidad material*. Parece entonces injustificado que los hombres se resistan a aceptar la responsabilidad de la inmoralidad de sus sueños. El estudio del funcionamiento del aparato anímico y el conocimiento de la relación entre lo consciente y lo inconsciente hacen desaparecer aquello que nuestros sueños presentan contrario a la moral.

«Al buscar ahora en la conciencia las relaciones que el sueño mostraba con el presente (la realidad), no deberemos extrañarnos si lo que creímos un monstruo al verlo con el cristal de aumento del análisis, se nos muestra ser un infusorio» (H. Sachs).

Para la necesidad práctica de la estimación del carácter del hombre bastan, en la mayoría de los casos, sus manifestaciones conscientes. Ante todo, hemos de colocar en primer término el hecho de que muchos impulsos que han penetrado en la conciencia son suprimidos por poderes reales en la vida anímica antes de su llegada al acto. Si alguna vez no encuentran obstáculo psíquico ninguno en su camino es porque lo inconsciente está seguro de que serán estorbados en otro lugar. De todos modos, siempre es muy instructivo ver el removido suelo sobre el que se alzan, orgullosas, nuestras virtudes. La complicación dinámica de un carácter humano no resulta ya explicable por medio de una simple alternativa, como lo quería nuestra vieja teoría moral.

¿Y el valor del sueño para el conocimiento del porvenir?

En esto no hay, naturalmente, que pensar^[542]. Por gustosos que saludemos, como investigadores modestos y exentos de prejuicios, la tendencia a incluir los fenómenos *ocultos* en el círculo de la investigación científica, mantenemos nuestra convicción de que dichos estudios no llegarán nunca a procurarnos ni la demostración de una segunda existencia en el más allá ni el conocimiento del porvenir. Diríamos, en cambio, que el sueño nos revela el pasado, pues procede

de él en todos sentidos. Sin embargo, la antigua creencia de que el sueño nos muestra el porvenir no carece por completo de verdad. Representándonos un deseo como realizado, nos lleva realmente al porvenir; pero este porvenir que el soñador toma como presente está formado por el deseo indestructible conforme al modelo de dicho pasado.

XVIII

LOS SUEÑOS^[543]

1900 [1901]

I

EN tiempos que podemos llamar precientíficos, la explicación de los sueños era para los hombres cosa corriente. Lo que de ellos recordaban al despertar era interpretado como una manifestación benigna u hostil de poderes sur rater renos, demoníacos o divinos. Con el florecimiento de la disciplina intelectual de las ciencias físicas, toda esta significativa mitología se ha transformado en psicología, y actualmente son muy pocos, entre los hombres cultos, los que dudan aún de que los sueños son una *propia función psíquica* del durmiente.

Pero desde el abandono de la hipótesis mitológica han quedado los sueños necesitados de alguna explicación. Las condiciones de su génesis, su relación con la vida psíquica despierta, su dependencia de estímulos percibidos durante el sueño, las muchas singularidades de su contenido que repugnan al pensamiento despierto, la incongruencia entre sus representaciones y los afectos a ellas ligados y, por último, su fugacidad y su repulsa por el pensamiento despierto, que considerándolos como algo extraño a él los mutila o extingue en la memoria, son problemas que desde hace muchos siglos demandan una satisfactoria solución, aún no hallada. El más interesante de todos ellos es el relativo a la

significación de los sueños, el cual entraña dos interrogaciones principales. Refiérese la primera a la significación psíquica del acto de soñar, al lugar que el sueño ocupa entre los demás procesos anímicos y a su eventual función biológica. La segunda trata de inquirir si los sueños pueden ser *interpretados*; esto es, si cada uno de ellos posee un «sentido», tal como estamos acostumbrados a hallarlos en otros productos psíquicos.

Tres distintas orientaciones se han seguido en el estudio de los sueños. Una de ellas, que ha conservado como un eco de la antigua valoración de este fenómeno, ha sido adoptada por varios filósofos, para los cuales la base de la vida onírica es un estado especial de la actividad psíquica, al que incluso consideran superior al normal. Tal es, por ejemplo, la opinión de Schubert, según el cual el sueño sería la liberación del espíritu del poder de la naturaleza exterior, un desligamiento del alma de las cadenas de la materia. Otros pensadores no van tan lejos, pero mantienen el juicio de que los sueños nacen de estímulos esencialmente anímicos y representan manifestaciones de fuerzas psíquicas (de la fantasía onírica, Scherner, Volkelt) que durante el día se hallan impedidas de desplegarse libremente. Numerosos observadores conceden también a la vida onírica una capacidad de rendimiento superior a la normal por lo menos en determinados sectores (memoria).

En total oposición a estas hipótesis, coincide la mayoría de los autores médicos en una opinión que apenas atribuye a los sueños el valor de un fenómeno psíquico. Según ella, los sueños son provocados exclusivamente por estímulos físicos o sensoriales, que actúan desde el exterior sobre el durmiente, o surgen casualmente en sus órganos internos. Lo soñado no podrá, por tanto, aspirar a significación ni sentido, siendo comparable a la serie de sonidos que los dedos de un individuo profano en música arrancan al piano al recorrer al azar su teclado. Los sueños deben, pues, considerarse como «un proceso físico inútil siempre y en muchos casos patológico» (Binz), y todas las peculiaridades de la vida onírica se explican por la incoherente labor que órganos aislados o grupos de células del cerebro sumido fuera de ellos en el sueño realizan obedeciendo a estímulos fisiológicos.

Poco influida por este juicio de la ciencia e indiferente al problema de las fuentes de los sueños, la opinión popular parece mantenerse en la creencia de que los sueños tienen desde luego un sentido —anuncio del porvenir— que puede ser puesto en claro extrayéndolo de su argumento enigmático y confuso por un procedimiento interpretativo cualquiera. Los más empleados consisten en

sustituir por otro el contenido del sueño tal y como el sujeto lo recuerda, ora trozo a trozo, *conforme a una clave prefijada*, ora en su totalidad y por otra totalidad con respecto a la cual constituye el sueño un *símbolo*. Los hombres serios ríen de estos esfuerzos interpretativos. «Los sueños son vana espuma».

II

PARA mi gran asombro, descubrí un día que no era la concepción médica del sueño, sino la popular, medio arraigada aún en la superstición, la más cercana a la verdad. Tales conclusiones sobre los sueños fueron el resultado de aplicar a ellos un nuevo método de investigación psicológica que me había prestado excelentes servicios en la solución de las fobias, obsesiones y delirios, y que desde entonces había sido aceptado con el nombre de psicoanálisis por toda una escuela de investigadores. Las múltiples analogías de la vida onírica con los más diversos estados psicopatológicos de la vida despierta han sido acertadamente indicadas por numerosos investigadores médicos. Había, pues, desde un principio grandes esperanzas de que un procedimiento investigativo, cuya eficacia se había comprobado en los productos psicopáticos, pudiera aplicarse también a la explicación de los sueños. Las obsesiones y los delirios son tan extraños a la conciencia normal como los sueños a la conciencia despierta, para la cual permanecen igualmente desconocidos los orígenes respectivos de ambas clases de fenómenos. En las citadas formaciones psicopáticas es un interés práctico el que llevó a investigar su procedencia y su génesis, pues la experiencia había enseñado que el descubrimiento de aquellas rutas mentales ocultas a la conciencia, que ponen en comunicación las ideas morbosas con el restante contenido psíquico, equivale a una solución de los síntomas patológicos, solución que trae consigo el dominio de la hasta entonces irrefrenable idea. Así, pues, el procedimiento de que me serví para la interpretación de los sueños procedía de la psicoterapia.

Este método es fácil de describir, aun cuando para emplearlo con éxito sea necesario conocerlo a fondo y haberlo ejercitado. Cuando se emplea en tercera persona (por ejemplo, en un enfermo con representaciones angustiosas), se demanda al paciente que dirija su atención sobre la idea de referencia; mas no, como ya lo ha hecho tantas veces, para meditar sobre ella, sino para observar

claramente y comunicar al médico, *sin excepción alguna, todo aquello que se le ocurra con respecto a ella*. A la afirmación que quizá hace entonces el enfermo de que su atención no logra despertar en él ocurrencia alguna, se opone con la mayor energía la seguridad de que una tal carencia de representaciones es en absoluto imposible. En efecto, no tardan en presentarse numerosas ocurrencias, a las que se ligan otras nuevas, pero que regularmente van acompañadas de un desfavorable juicio del autoobservador que las tacha de insensatas, nimias e impertinentes, y dice que se le han ocurrido casualmente y fuera de toda conexión con el tema tratado. Obsérvase en el acto que tal *crítica* es no sólo lo que ha excluido hasta el momento dichas ocurrencias de toda exteriorización, sino también lo que con anterioridad les impidió hacerse conscientes. Si puede conseguirse que el sujeto renuncie en absoluto a ella y continúe tejiendo las series de ideas que en él surgen mientras prosigue con su atención fija en el tema dado, se obtendrá un material psíquico que se enlazará claramente a la idea morbosa, revelará sus conexiones con otras ideas y permitirá, por último, sustituirla por una nueva que se incluya de una manera inteligible en el acervo ideológico del paciente.

No es esta corta exposición lugar apropiado para examinar detalladamente las hipótesis sobre las que se funda este experimento ni las consecuencias que se deducen de su constante éxito. Tenemos, pues, que limitarnos a consignar el hecho de que la aplicación de este método a cada una de las ideas morbosas nos procura material suficiente para su solución en cuanto dirigimos nuestra atención sobre aquellas asociaciones *involuntarias* que, fuera de este caso, son siempre rechazadas por la crítica como escorias sin valor alguno, que *perturban* nuestra *reflexión*. En la autoaplicación de este procedimiento, el mejor auxilio es escribiendo en el acto las propias ocurrencias, incomprensibles al principio.

Expondré ahora los resultados de emplear este método en la investigación de los sueños. Cualquier sueño podría servirme de ejemplo; mas por diversos motivos escogeré uno propio que parezca falto de todo sentido y cuya brevedad facilite la tarea. Quizá llene estas condiciones lo soñado por mí en la noche pasada. El contenido de este sueño, que fijé por escrito inmediatamente después de despertar, es el siguiente:

Varias personas comiendo juntas. Reunión de invitados o mesa redonda... La señora E. L. se halla sentada junto a mí, y coloca con toda confianza una de sus manos sobre mi rodilla. Yo alejo su mano de mí, rechazándola. Entonces dice la señora: «/Ha tenido usted siempre tan bellos ojos!...» En este punto veo

vagamente algo como dos ojos dibujados o el contorno de los cristales de unos lentes...

Esto es todo el sueño, o, por lo menos, todo lo que de él recuerdo, pareciéndome oscuro y falto de sentido, pero, sobre todo, extraño. La señora E. L. es una persona con la que apenas he tenido relaciones de amistad, y jamás, que yo sepa, he deseado tenerlas más íntimas. No la he visto hace largo tiempo y no creo que en los últimos días hablase yo o me hablasen de ella para nada. El fenómeno onírico no fue en ese caso acompañado por afecto ninguno.

El reflexionar sobre este sueño no lo aproxima en nada a mi inteligencia. Sin propósito determinado y absteniéndome de toda crítica iré, pues, anotando las ocurrencias que surjan en mi autoobservación. Al comenzar a hacerlo observo en seguida que es muy ventajoso dividir el sueño en sus elementos y buscar las ocurrencias que se enlazan a cada uno de ellos.

Reunión de invitados o mesa redonda. A ello se enlaza en el acto el recuerdo de un pequeño suceso con el que terminó la tarde de ayer. Había yo abandonado, en unión de un amigo mío, una poco numerosa reunión. Mi amigo se ofreció a tomar un coche y conducirme en él a mi casa. «Prefiero un cabriolé con taxímetro —dijo—. El verlo funcionar entretiene mientras se va en el coche». Al subir al vehículo y abrir el cochero el aparato, dejando ver la cifra de 60 céntimos, que constituye la suma inicial del precio de la carrera, proseguí yo la broma de mi acompañante diciendo: «Apenas hemos montado y ya le debemos 60 céntimos. Los coches con taxímetro me recuerdan siempre la mesa redonda de los hoteles. Le hacen a uno avaro y egoísta; recordándole de continuo su deuda. A mí me parece que ésta crece demasiado de prisa, y temo que me vaya a faltar dinero para pagar. Igualmente, en la mesa redonda no puedo defenderme de la cómica preocupación de que me sirven poco y debo pensar en sacar el mejor provecho posible a mi dinero». En lejana conexión con esto cité luego los versos: «Nos introducís en la vida / y dejáis que el desdichado llegue a ser deudor^[544]».

Una segunda asociación a la idea de *mesa redonda*: Hace pocas semanas me disgustó profundamente la conducta que mi mujer observaba en la mesa redonda de un balneario tirolés no mostrándose todo lo reservada que yo hubiera deseado con respecto a unos vecinos de mesa con los que no quería yo entrar en relación ninguna. Con tal motivo rogué a mi mujer que se ocupase más de mí y menos de aquellos extraños. Esto es equivalente al hecho de que *en la mesa redonda me*

hubieran atendido poco. Ahora se me parece también la contraposición existente entre la conducta de mi mujer en aquella mesa redonda y la de la señora E. L. en el sueño *dedicándose por completo a mí.*

Prosigamos. Observo ahora que el sueño es la reproducción de una pequeña escena que se desarrolló en idéntica forma entre mi mujer y yo en la época en que le dirigí secretamente mi proposición de matrimonio. La caricia por debajo de la mesa fue la respuesta a la carta en que yo hacía mi petición. Mas en el sueño quedó sustituida mi mujer por la señora E. L., en absoluto extraña a mí.

Esta señora es hija de un hombre al que he *debido dinero.* No puedo menos de observar aquí una insospechada conexión entre los trozos del contenido del sueño y mis ocurrencias. Siguiendo la cadena de asociaciones que parte de un elemento del contenido del sueño llega uno en seguida a otro elemento del mismo. Mis ocurrencias sobre el sueño presentan conexiones que en aquél no se muestran visibles.

Cuando alguien espera que otro cuide de su provecho sin sacar de ello por su parte ventaja alguna, ¿no se suele, acaso, dirigir a tales ingenuos la pregunta de si esperan que haga uno todo aquello *por sus bellos ojos?* Pues entonces la frase «¡Ha tenido usted siempre tan bellos ojos!» no significa otra cosa que «Usted ha logrado siempre de los demás todo lo que ha querido. Así, todo lo ha *tenido usted de balde*». Naturalmente, por lo que a mi vida respecta, la verdad ha sido la contraria. Todo lo que los demás han hecho por mí lo he tenido que pagar con creces. Mas ayer debió de hacerme impresión haber *tenido de balde* el coche en que mi amigo me condujo a casa.

Sin embargo, el amigo en cuya casa nos reunimos ayer sí me ha hecho considerarme varias veces en deuda de gratitud con él. Hace poco dejé pasar sin aprovecharla una ocasión de pagarle sus favores. No ha recibido de mí más que un solo regalo: una copa antigua con ojos pintados en derredor. Reciben estas copas el nombre de *occhiale* y era creencia de que *rechazaban el mal de ojo.* Mi amigo es, además, *oculista*, y aquella misma tarde le había preguntado por una paciente a la que había enviado a su consulta para que le graduara la vista y le indicara los *lentes* que debía usar.

Observamos que ya se hallan incluidos casi todos los trozos del contenido del sueño en su nuevo contexto. Mas podría preguntarse aún por qué el plato que en el sueño se servía a la mesa eran precisamente *espinacas.* Tal preferencia débese al recuerdo de una escena que se había desarrollado en nuestra mesa familiar poco tiempo antes, y en la que un hijo mío —y aquel del que sí podía

decirse con justicia que poseía unos hermosos *ojos*— se negó a probar dicha verdura. También yo, cuando niño, compartí largo tiempo este horror a las *espinacas*, hasta que mucho después se transformó mi gusto y llegaron a ser uno de mis platos favoritos. La mención de este plato establece así una aproximación entre mi niñez y la de mi hijo. «Ya puedes alegrarte de tener qué comer, aunque sean espinacas —había dicho mi mujer al pequeño *gourmet*—. Hay muchos niños que se contentarían con ellas». De este modo se me recuerdan las obligaciones de los padres para con sus hijos, y las palabras de Goethe: «Nos introducís en la vida y dejáis que el desdichado llegue a ser deudor», muestran en esta conexión un nuevo sentido.

Haremos alto aquí para revisar los resultados obtenidos hasta ahora en el análisis del sueño. Siguiendo las asociaciones que se enlazan a cada uno de los elementos del sueño, separado de la totalidad, he llegado hasta una serie de pensamientos y recuerdos en los que tengo que reconocer valiosas manifestaciones de mi vida anímica. Este material, hallado por medio del análisis del sueño, se muestra en íntima relación con el contenido del mismo; pero dicha relación es de tal naturaleza, que del contenido del sueño nunca hubiese podido yo deducir directamente lo hallado. El sueño estaba desprovisto de todo afecto y era incoherente e incomprensible; en cambio, mientras que desarrollo los pensamientos tras de él ocultos voy experimentando intensos y fundados movimientos afectivos y los pensamientos mismos van formando, con admirable docilidad, cadenas lógicamente eslabonadas, en las cuales se repiten como centrales determinadas representaciones. Ideas de este género no representadas por sí mismas en el sueño son en nuestro ejemplo la antítesis *egoísta-desinteresado* y los elementos *ser deudor* y *hacer de balde*. En el tejido cuya trama nos descubre claramente el análisis podría yo ahora separar más los hilos y demostrar que van a unirse todos en un nudo único; pero consideraciones de naturaleza no científica, sino privada, me impiden llevar a cabo en público tal labor. Al efectuarla revelaría muchas cosas íntimas que prefiero permanezcan secretas; cosas de que tampoco yo me había dado clara cuenta hasta que el desarrollo de este análisis las ha puesto ante mis ojos y que aun y mí mismo me cuesta trabajo confesarme. ¿Por qué, pues, no he elegido mejor otro sueño cuyo análisis fuera más comunicable y, por tanto, más apropiado para hacer surgir una convicción sobre el sentido y la conexión del material descubierto? La respuesta a esta interrogación es que *todo* sueño con el que emprendiera mi labor investigadora conduciría sin remedio a cosas difícilmente publicables,

imponiéndome la necesidad de ser discreto. Tampoco evitaría estas dificultades escogiendo para analizarlo un sueño de otra persona, a menos que las circunstancias permitieran prescindir de todo velo sin daño alguno para el que en mí se confiara.

La teoría que sobre los sueños sugiere en principio todo esto es la de que son una especie de *sustitutivos* de aquellas series de pensamientos tan significativas y revestidas de afecto a las cuales hemos llegado al final de nuestro análisis. Aún no conocemos el proceso que ha hecho surgir el sueño de estos pensamientos, pero ya vemos que es injusto considerarlo como un fenómeno puramente físico, exento de toda importancia psíquica y nacido de la actividad aislada de algunas células cerebrales despertadas del reposo en que continúa sumido el resto del organismo.

Aún he observado dos cosas más: que el contenido del sueño es mucho más breve que aquellos pensamientos cuyo sustitutivo he convenido en declararle y que el análisis ha descubierto como *estímulo provocador del sueño* (*Traumerreger*) un nimio suceso del día anterior al mismo.

Claro es que una tan amplia conclusión no he podido fijarla con un único análisis. Mas cuando la experiencia me ha demostrado que por la persecución exenta de crítica de las asociaciones de *todo sueño* puede llegar a tal cadena de pensamientos, entre cuyos elementos reaparecen los componentes del sueño y que están correcta y significativamente enlazados entre sí, no hay más remedio que abandonar la escasa esperanza que aún pudiese quedarnos de que las conexiones observadas la primera vez pudieran resultar casuales. Estará, pues, plenamente justificado fijar nuestros nuevos conocimientos sobre esta materia por medio de tecnicismos propios, y así distinguiremos el sueño, tal y como aparece en nuestro recuerdo, del material correspondiente hallado por medio del análisis, y denominaremos al primero *contenido manifiesto del sueño*, y al segundo —por ahora y sin mayor diferenciación—, *contenido latente* del mismo. Nos hallamos entonces ante dos nuevos problemas no formulados hasta este punto: 1.º Cuál es el proceso psíquico que ha transformado el contenido latente en el manifiesto, que es el que por mi recuerdo conozco. 2.º Qué *motivo* o *motivos* son los que han hecho necesaria esta traducción. El proceso de la conversión del contenido latente en manifiesto lo denominaremos *elaboración del sueño* (*Traumarbeit*), siendo el *análisis* la labor contraria que ya conocemos y que lleva a cabo la transformación opuesta. Los restantes problemas del sueño referentes a los estímulos que lo provocan, a la procedencia del material

anímico, al eventual sentido de lo soñado y a las razones de su olvido las discutiremos no en el contenido manifiesto, sino en el recién descubierto contenido latente. Dada mi opinión de que todas las contradicciones y todos los errores que pululan en la literatura existente sobre el sueño son debidos al desconocimiento de su contenido latente, sólo revelable por el análisis, intentaré en adelante evitar con todo cuidado una posible confusión entre el *sueño manifiesto* y las ideas latentes del sueño.

III

LA transformación de las ideas latentes del sueño en el contenido manifiesto merece toda nuestra atención por ser el primer ejemplo conocido de versión de un material psíquico, de una forma expresiva a otra diferente, siéndonos la primera perfectamente comprensible y viéndonos obligados, en cambio, a efectuar una penosa labor y a servirnos de un guía para penetrar en la inteligencia de la segunda, aunque también tengamos que reconocerla como una función de nuestra actividad psíquica. Por la reacción del contenido latente al manifiesto pueden los sueños dividirse en tres categorías. Distinguiremos en primer lugar aquellos que poseen un *sentido* y que al mismo tiempo son *comprensibles*; esto es, susceptibles de ser incluidos sin violencia en nuestra vida psíquica. Tales sueños, breves en general, son muy frecuentes y no despiertan, en su mayoría, nuestra atención por carecer de todo aquello que pudiera causarnos extrañeza o asombro. Su existencia es, además, un poderoso argumento contra la teoría que hace nacer el sueño de la actividad aislada de ciertos grupos de células cerebrales. En ellos falta todo indicio de una actividad psíquica debilitada o fragmentaria y, sin embargo, no oponemos nunca objeción alguna a su carácter de sueños ni los confundimos con productos de la vigilia. Un segundo grupo está formado por aquellos sueños que, aunque presentan coherencia y poseen un claro sentido, nos causan *extrañeza* por no saber cómo incluir dicho sentido en nuestra vida psíquica. Un tal caso es, por ejemplo, cuando soñamos que un querido pariente nuestro ha muerto de la peste, no teniendo nosotros ningún fundamento para esperarlo, temerlo o sospecharlo deberíamos preguntarnos, llenos de asombro, cómo se nos puede haber ocurrido aquello. Al tercer grupo pertenecen, por último, aquellos sueños que carecen de ambas cualidades:

sentido y comprensibilidad, y se nos muestran *incoherentes, embrollados y faltos de sentido*. La inmensa mayoría de nuestros sueños presenta estos caracteres negativos que motivan nuestro despreciativo juicio sobre ellos y han servido de base a la teoría médica de la actividad psíquica limitada. Sobre esto, los productos oníricos más largos y complicados sólo raras veces dejan de presentar la más absoluta incoherencia.

La distinción entre contenido manifiesto y contenido latente no tiene desde luego significación más que en los sueños de la segunda y tercera categoría, y especialmente en estos últimos. En ellos es donde surgen aquellos enigmas que no desaparecen hasta que se sustituye el contenido manifiesto por el contenido ideológico latente. Un sueño de esta clase, confuso e incomprensible, fue el que antes sometimos al análisis. Mas, contra lo que esperábamos, tropezamos con motivos que nos vedaron llegar al completo conocimiento de las ideas latentes, y la repetición de idéntica experiencia conduce a la hipótesis de que entre *el carácter incomprensible y confuso del sueño y la dificultad de comunicar las ideas del mismo existe una íntima y regular conexión*. Antes de investigar la naturaleza de la misma nos conviene dirigir nuestro interés a los sueños de la primera categoría, más fácilmente comprensibles, en los que el contenido latente coincide con el manifiesto, no existiendo, por tanto, elaboración.

La investigación de estos sueños es recomendable todavía desde otro punto de vista. Los sueños de los *niños* pertenecen precisamente a este género, poseyendo un claro sentido y no causando extrañeza ninguna, cosa que, dicho sea de paso, constituye un nuevo argumento contra la reducción del sueño a una actividad disociada del cerebro, pues no hay razón alguna para suponer que tal depresión de las funciones psíquicas ha de constituir un carácter de los sueños de los adultos y no, en cambio, de los sueños infantiles. Por otro lado, debemos abrigar las mayores y más justificadas esperanzas de que la aclaración de los fenómenos psíquicos en el niño, en el cual deben de hallarse esencialmente simplificados, demuestre ser una labor preliminar, indispensable para la psicología del adulto.

Expondré, pues, algunos ejemplos de sueños infantiles por mí reunidos. Una niña de diecinueve meses es tenuta a dieta durante todo el día, a causa de haber vomitado al levantarse por haberle hecho daño, según declaró la niñera, unas fresas que había comido. En la noche de aquel día de abstinencia se le oye murmurar en sueños su nombre y añadir: «Fresas, frambuesas, bollos, papilla». Sueña, pues, que está comiendo y hace resaltar en su *menú* precisamente aquello

que supone le será negado por algún tiempo. Análogamente sueña con una prohibida golosina un niño de veintidós meses que el día anterior había sido encargado de ofrecer a su tío un cestillo de cerezas, de las cuales, como es natural, sólo le habían dejado probar tres o cuatro. Al despertar exclama, regocijado: «Germán ha comido todas las cerezas». Una niña de tres años y tres meses había hecho durante el día una travesía por el lago, que debió de parecerle corta, pues rompió en llanto cuando la hicieron desembarcar. A la mañana siguiente relató haber navegado por la noche sobre el lago; esto es, haber continuado el interrumpido paseo. Un niño de cinco años y tres meses no pareció muy satisfecho durante una excursión a pie por las inmediaciones de una montaña conocida con el nombre de la Dachstein; cada vez que aparecía a la vista una nueva montaña preguntaba si aquélla era la Dachstein, y se negó después a andar hasta una cascada que visitaron los que con él iban. Achacóse al cansancio esta conducta del niño, pero su verdadero motivo se reveló cuando a la mañana siguiente contó el sueño que había tenido y que era el de *haber subido a la Dachstein*. Sin duda había esperado que el fin de la excursión fuera el de subir a esta montaña y le disgustó mucho no llegar siquiera a verla. Su sueño le compensó de lo que el día le había negado. Idéntico fue el sueño de una niña de seis años, cuyo padre tuvo que interrumpir su paseo, por lo avanzado de la hora, cuando ya llegaban al fin que se habían propuesto alcanzar. Al regresar, había llamado la atención de la niña un nombre inscrito en un poste indicador, y el padre le había prometido llevarla otro día al punto a que correspondía dicho nombre. A la mañana siguiente, lo primero que la niña dijo a su padre fue que había soñado que iba con él, *tanto al sitio que no habían alcanzado la víspera como a aquel otro al que le había prometido llevarla*.

Lo que de común tienen estos sueños infantiles salta a la vista. Todos ellos realizan deseos estimulados durante el día y no cumplidos. Son *simples y francas realizaciones de deseos*.

Igualmente lo es también el siguiente sueño infantil, no del todo comprensible a primera vista. Una niña que aún no había cumplido cuatro años había sido trasladada del campo a la ciudad, a consecuencia de una afección poliomielítica que padecía, y pasó la noche en casa de una tía suya sin hijos, teniendo que dormir en una cama de persona mayor, que para ella resultaba enorme. A la mañana siguiente contó haber soñado que *la cama en que dormía era demasiado pequeña para ella, tan pequeña que apenas si cabía*. La solución de este sueño como sueño optativo es fácil de hallar, recordando que el «ser

grande» es un deseo muy frecuente en los niños. La magnitud del hecho recordó demasiado expresivamente a la infantil ambiciosa su propia pequeñez, haciéndola corregir en su sueño aquella desproporción que le desagradaba y crecer hasta tal punto, que la cama resultaba ya pequeña para ella.

Aun en los casos en que el contenido de los sueños infantiles se complica y sutiliza, no se aleja su solución del cumplimiento de un deseo. Un niño de ocho años soñó que iba con Aquiles en el carro de guerra guiado por Diomedes. Al buscar la solución de este sueño pudo demostrarse que días atrás le había interesado mucho la lectura de las leyendas heroicas griegas, con lo cual fue fácil de confirmar que había tomado por modelo a aquellos héroes y lamentaba no vivir en sus tiempos.

De esta pequeña colección de sueños infantiles surge claramente un segundo carácter de los mismos: *su conexión con la vida diurna*. Los deseos que en ellos se realizan son restos del día, generalmente de la víspera, y han poseído en el pensamiento despierto una intensa acentuación afectiva. Lo nimio e indiferente, o por lo menos lo que así tiene que ser considerado por el niño, no encuentra cabida en el contenido del sueño.

También en los adultos pueden reunirse numerosos ejemplos de tales sueños de tipo infantil; mas, como ya indicamos, son, en general, de breve contenido. De este modo, responden regularmente muchas personas a un nocturno estímulo de sed, con el sueño de hallarse bebiendo, el cual tiende, por tanto, a hacer desaparecer el estímulo y evitar que el durmiente despierte. En algunos individuos se presentan con frecuencia tales *sueños de comodidad* (*Bequemlichkeitsträume*) antes de despertar, cuando llega el momento en que tienen necesidad de levantarse. Sueñan entonces que ya se han levantado y están lavándose, o que se hallan ya en el colegio; la oficina, etc.; esto es, en el lugar en que efectivamente debían hallarse. En la noche anterior a un viaje se suele soñar haber llegado ya al punto de destino, y antes de una representación teatral o una reunión que se esperan con interés, el sueño anticipa no raras veces — impaciente— el placer esperado. Otras veces expresa el sueño la realización del deseo de un modo algo más indirecto, y para reconocer en él tal carácter es necesario el establecimiento de una relación y, por tanto, un comienzo de labor interpretativa. Así, cuando un marido me relata que su mujer ha soñado que se le presentaba la menstruación, he de suponer que la esposa piensa en que si dicho periódico fenómeno no se le presenta es que ha quedado embarazada, y entonces el sentido del sueño es el de mostrar realizado el deseo de no hallarse aún

encinta. En circunstancias extraordinarias y extremas se hacen especialmente frecuentes tales sueños de carácter infantil. El director de una expedición polar cuenta, por ejemplo, que durante la invernada entre los hielos, y sometidos a una monótona y escasa alimentación, soñaban él y sus compañeros con succulentas comidas, montañas de tabaco y cómoda estancia en sus hogares.

Con no escasa frecuencia resalta en un largo sueño complicado, y en general confuso, un trozo especialmente claro, que contiene una innegable realización de deseos, pero que está ligado con el restante material incomprensible. Cuando se intenta analizar también los sueños, impenetrados en apariencia, de los adultos, se ve con asombro que sólo raras veces son tan sencillos como los infantiles, y que detrás de la realización de deseos deben de esconder aún otro sentido.

Sería una simple y satisfactoria solución del enigma de los sueños el que el análisis nos hiciese posible reducir también los sueños de los adultos, confusos y faltos de sentido, al tipo infantil del cumplimiento de un intenso deseo del día. Mas todas las apariencias son contrarias a esta esperanza. Los sueños presentan, en su mayoría, el más extraño e indiferente material, y nada hay en su contenido que pueda considerarse como la realización de un deseo.

No quiero abandonar los sueños infantiles, que son francas realizaciones de deseos, sin hacer mención de un carácter capital del sueño, ha largo tiempo observado, y que precisamente es en este grupo donde con más claridad se muestra. Cada uno de estos sueños lo podemos sustituir por una frase optativa: «¡Ojalá hubiera durado más tiempo el paseo por el lago!» «Me gustaría estar ya lavado y vestido». «Si hubiera podido conservar para mí las cerezas, en lugar de dárselas a mi tío». Pero el sueño muestra algo más que este optativo; muestra el deseo realizado ya, ofrece su realización real y presente, y el material de la representación onírica consiste predominantemente —aunque no con exclusividad— en situaciones e imágenes visuales. También en este grupo existe, pues, una especie de transformación, que puede considerarse como elaboración del sueño. *Una idea en optativa es sustituida por una visión en presente.*

IV

NOS inclinamos a suponer que también en los sueños confusos se ha verificado una tal transmutación, aunque no sepamos todavía si en ellos se trataba asimismo de un optativo. El primero de nuestros ejemplos, cuyo análisis iniciamos, nos hace suponer en dos ocasiones algo semejante. En el análisis aparece el recuerdo de una escena en que mi mujer se dirigió, desatendiéndome, a sus vecinos en la mesa redonda; el sueño contiene la *absoluta antítesis* de este suceso, mostrándome a la persona que en él sustituye a mi mujer, únicamente dedicada a mí. ¿Y a qué deseo puede mejor dar motivo un suceso desagradable que al de que sucediera todo lo contrario, como aparece cumplido en el sueño? En idéntica relación contraria se halla mi amarga reflexión de que nunca he tenido nada de balde, con la frase de la señora en mi sueño: «¡Ha tenido usted siempre tan bellos ojos!» Una parte de las contradicciones entre el contenido manifiesto y el latente podría, pues, reducirse también de este modo a la realización de deseos.

Más visible es todavía otra función de la elaboración onírica, por medio de la cual se forman los sueños incoherentes. Si en un ejemplo cualquiera comparamos el número de los elementos de representación del contenido manifiesto con el de las ideas latentes cuya huella aparece en el sueño y que nos han sido descubiertas por el análisis, no podemos dudar de que la elaboración del sueño ha llevado a cabo una magna comprensión o *condensación (Verdichtung)*, proceso de cuya magnitud no llega uno en principio a darse cuenta exacta, pero que nos va revelando su extrema importancia conforme vamos ahondando en el análisis de los sueños. No se halla entonces un solo elemento del contenido del sueño del cual no partan los hilos de asociación en dos o más direcciones, ni una sola situación que no esté compuesta de dos o más impresiones o sucesos. Soñé yo un día, por ejemplo, que veía una especie de piscina de natación, en la que los bañistas partían nadando en distintas direcciones, mientras que una figura situada en la orilla se inclinaba hacia otra que se hallaba en el agua, como para ayudarla a salir. Esta situación estaba compuesta del recuerdo de un suceso acaecido durante mi pubertad y del de dos cuadros, uno de los cuales había yo contemplado poco tiempo antes del sueño. Tales dos cuadros eran el de la sorpresa en el baño del ciclo «Melusina» de Schwind y otro de autor italiano, que representaba el Diluvio universal. El pequeño suceso de mi pubertad consistía en haber visto en la escuela de natación cómo el profesor ayudaba a salir del agua a una señora que se había retrasado hasta los comienzos de la hora

destinada a los hombres. La situación que aparece en el sueño antes escogido como ejemplo nos conduce al emprender su análisis a una pequeña serie de recuerdos, cada uno de los cuales ha contribuido en algo a la formación del contenido. El primero de ellos es el de la pequeña escena que antes expuse y que tuvo lugar en la época en que pretendí la mano de la que hoy es mi mujer. El apretón de manos que entonces nos dimos a escondidas ha suministrado al sueño el detalle de «por debajo de la mesa». Claro está que en aquella escena no hubo lo de «dirigirse exclusivamente a mí», como luego en el sueño. El análisis me ha mostrado que este elemento es la realización por antítesis del deseo provocado en mí por la conducta de mi mujer en la mesa redonda del balneario. Mas detrás de este reciente recuerdo se esconde una escena muy semejante y de mucha mayor importancia, acaecida durante la época en que mi esposa y yo estábamos ya prometidos, y que dio origen a un disgusto entre nosotros. El íntimo gesto de colocar una mano sobre mi rodilla pertenece a otro suceso muy diferente, en el que intervinieron personas distintas. Ese elemento del sueño constituye ahora a su vez el punto de partida de dos series especiales de ideas, y así sucesivamente.

El acervo de ideas latentes que se ha reunido para formar el contenido manifiesto tiene que ser, desde luego, apropiado para tal empleo. Y para ello precisa integrar uno o varios *elementos comunes* a todos los componentes. La elaboración del sueño procede entonces como Francis Galton en la formación de sus fotografías de familia; esto es, oculta los diversos componentes, superponiéndolos, y hace que surja con toda claridad lo que de común hay en ellos, mientras que los detalles contrarios se destruyen recíprocamente. Este proceso constitutivo aclara también en parte la singular vaguedad de muchos elementos del contenido del sueño. Nuestro arte interpretativo basa en estos conocimientos la regla siguiente: allí donde en el análisis se encuentra una *impresión* que puede resolverse en la *elección alternativa de dos elementos* (o el elemento A o el elemento B), debe sustituirse, para la interpretación, tal alternativa por una agregación (el elemento A y el elemento B), tomando cada uno de los miembros de la aparente alternativa como punto de partida independiente de una serie de ocurrencias.

En aquellos casos en que las ideas latentes carecen de tales *elementos comunes*, la elaboración del sueño se ocupa en *crearlos* para hacer posible la representación común en el contenido manifiesto. El camino más cómodo para aproximar dos ideas del sueño que no tienen aún nada común consiste en variar la expresión verbal de una de ellas; operación a cuyo éxito coadyuva la otra por

una correlativa transformación a otra forma expresiva. Es éste un proceso análogo al que tiene lugar en la composición de aleluyas, en las cuales la rima sustituye muchas veces al elemento común buscado. Una gran parte de la elaboración del sueño consiste en la creación de tales ideas intermedias, a veces muy chistosas, pero con gran frecuencia harto retorcidas y forzadas, que alcanzan desde la representación común en el contenido del sueño hasta las ideas del mismo, de diferente forma y esencia, y motivadas por los estímulos del sueño. También en el análisis de nuestro ejemplo hallamos un tal caso de transformación de una idea encaminada a hacerla coincidir con otra totalmente extraña a ella. Continuando el análisis, tropezamos con la idea de que *yo quisiera también conseguir alguna vez algo de balde*; pero esta forma es inutilizable para el contenido del sueño, y, por tanto, es sustituida por otra: *Quisiera gozar de algo sin que me «costase» nada*. La palabra «costar» («kosten»— *costar* o *probar*, «Kost»=*plato, manjar*) se adapta, con su segundo significado, al ciclo de representaciones de la «mesa redonda», y puede hallar su representación en las *espinacas* servidas en el sueño. Cuando en mi casa se sirve algún plato que mis hijos rechazan, intenta primero su madre hacérselo comer con las palabras: *Aunque no sea más que probarlo (kosten)*. Parece extraño que la elaboración del sueño aproveche tan sin titubeos el doble sentido de las palabras, pero el análisis de los sueños nos muestra que se trata de un proceso regular y corriente.

Por la labor de condensación del sueño se explican también determinados componentes del contenido del mismo que le son peculiares y no se hallan en la ideación dispuesta. Son éstos las personas colectivas y mixtas, y los singulares productos híbridos; creaciones análogas a las composiciones zoomórficas de la fantasía de los pueblos orientales. Mas éstas han llegado a concretarse en nuestro pensamiento como unidades sintéticas; al paso que las composiciones oníricas presentan una inagotable riqueza de nuevas formas. Todos conocemos tales productos por nuestros propios sueños, siendo muy diversos los procesos por medio de los que llegan a constituirse. Podemos formar una tal persona compuesta formando rasgos de dos o más diferentes y atribuyéndoselos a una sola, dándole la figura de una y pensando en nuestro sueño en el nombre de la otra, o representándonos exactamente la imagen de un determinado individuo, pero colocándolo en una situación de la que otro fue protagonista. En todos estos casos es muy significativa tal síntesis de varias personas en una sola, que las representa a todas en el contenido del sueño, y su sentido es el de un «y» o un

«también»; esto es, una equivocación de las personas originales con respecto a una determinada cuestión, que por otra parte puede hallarse indicada asimismo en el sueño. Mas por lo general esta comunidad, existente entre las personas fundidas en una sola, no se descubre sino en el análisis, no hallándose indicada en el contenido del sueño más que por la formación de la persona colectiva.

Igual regla analítica es aplicable a las formaciones mixtas del contenido del sueño, de tan rica composición, y de las que no creo necesario citar ejemplo alguno. Su singularidad desaparece por completo cuando nos decidimos a no colocarlas al lado de los objetos de la percepción despierta, sino que recordamos que representan un rendimiento de la condensación onírica, y hacen resaltar sintéticamente un carácter común de los objetos así combinados; comunidad que también aquí no aparece más que en el análisis. El contenido del sueño nos dice tan sólo que *todas aquellas cosas tienen una X común*. La descomposición de tales productos mixtos por medio del análisis conduce con frecuencia por el camino más corto al significado del sueño. Así, soñé yo una vez que me hallaba sentado, con uno de mis antiguos profesores universitarios, en un banco, que se movía rápidamente hacia adelante entre otros muchos. Era esto una especie de combinación de un aula con un *trottoir roulant*^[545]. Otra vez soñé hallarme en un vagón del ferrocarril, llevando sobre mis rodillas un objeto de la forma de un sombrero de copa, pero del más transparente cristal. La situación me recordó en el acto el conocido proverbio de que «sombrero en mano puede recorrerse toda la Tierra». El sombrero de cristal recuerda, trasde cortos rodeos, a los *mecheros Auer*, haciéndome ver que mi sueño entrañaba el deseo de hacer un descubrimiento que me hiciese tan rico e independiente como el suyo a mi compatriota el doctor Auer, de Welsbach, y que entonces viajaría mucho, en vez de tener que permanecer en Viena. En mi sueño viajó con mi invento —el sombrero de cristal—; objeto, por cierto, nada corriente aún. La elaboración del sueño gusta preferentemente de representar por medio de un solo producto mixto dos ideas contrarias. Así, cuando una mujer se ve en sueños llevando una alta vara florida, como el ángel en los cuadros que representan la Anunciación (inocencia: María es el nombre de la sujeto de este sueño); pero las flores de la vara son grandes, blancas y semejantes a camelias (antítesis de la inocencia: dama de las camelias).

Buena parte de lo que hemos llegado a conocer sobre la condensación del sueño puede resumirse en la fórmula siguiente: cada uno de los elementos del

contenido del sueño está *superdeterminado* por el material de las ideas del sueño; tiene su antecedente no en un solo elemento de las ideas del sueño, sino en toda una serie de ellos que no necesitan estar muy próximos unos a otros dentro del contenido latente, pues pueden pertenecer a los más diferentes sectores del tejido ideológico. El elemento del sueño es en realidad *la representación, en el contenido manifiesto*, de todo este diverso material. El análisis descubre otra faceta de la relación compuesta entre el contenido y las ideas del sueño. Así como desde cada elemento del sueño conducen conexiones a varias ideas latentes, también generalmente *se halla representada una sola idea por más de un elemento*. Los hilos de asociación no convergen simplemente desde las ideas del sueño al contenido del mismo, sino que se cruzan y entretejen de múltiples maneras en el camino.

Junto a la transformación de una idea en una situación (la «dramatization»), es la condensación el carácter más importante y peculiar de la elaboración del sueño. Mas aún no hemos descubierto motivo alguno que haga necesaria esta comprensión del contenido.

V

EN los sueños complicados y confusos, de los que nos ocupamos ahora, no puede atribuirse por completo a los efectos de la condensación y la dramatization la disparidad que se observa a primera vista entre el contenido del sueño y las ideas del mismo, pues existen de la actuación de un tercer factor testimonios muy dignos de ser tenidos en cuenta.

Una vez conseguido por medio del análisis el conocimiento de las ideas del sueño, lo primero que echamos de ver es que el contenido manifiesto del mismo trata materias totalmente distintas que el latente. Mas, en realidad, esto es tan sólo una apariencia, que se desvanece en cuanto la investigación se hace más penetrante, pues entonces hallamos realizado en las ideas del sueño todo el contenido del mismo, y representadas casi todas las ideas por dicho contenido. Sin embargo, queda siempre alguna disparidad. Aquello que en el sueño se presentaba amplia y precisamente como contenido esencial, tiene que contentarse después del análisis con un papel muy secundario entre las ideas del sueño, y lo que mis sentimientos me hacen ver como lo más importante entre

dichas ideas resulta que no se halla representado en el contenido manifiesto, o lo está solamente por una lejana alusión y en la parte más imprecisa del mismo. Este hecho puede describirse en la forma siguiente: *Durante la elaboración del sueño pasa la intensidad psíquica desde las ideas y representaciones, a las que pertenece justificadamente, a otras que, a mi juicio, no tienen derecho alguno a tal acentuación.* Ningún otro proceso contribuye tanto a ocultar el sentido del sueño y a hacer irreconocible la conexión entre el contenido manifiesto y las ideas latentes. Durante este proceso que denominaré *desplazamiento del sueño* (*Traumverschiebung*), veo asimismo transformarse la intensidad psíquica, la importancia y la capacidad de afecto de las ideas en vitalidad material. Lo más claro del contenido del sueño se me aparece a primera vista como lo más importante; pero el análisis nos muestra que un impreciso elemento del sueño constituye con frecuencia el más directo representante de la principal idea latente.

Lo que he denominado *desplazamiento del sueño* hubiera podido calificarlo también de *transmutación de los valores psíquicos*. Mas, para dejar totalmente caracterizado este fenómeno, debo añadir que su actuación varía mucho de intensidad en los diferentes sueños. En algunos de ellos no tiene lugar al menor desplazamiento, y éstos son al mismo tiempo los más llenos de sentido y más comprensibles; por ejemplo, aquellos que hemos reconocido como realizaciones no disfrazadas de deseos. En otros sueños no hay un solo elemento de las ideas latentes que haya conservado su propio valor psíquico, y a veces todo lo esencial de dichas ideas aparece sustituido por elementos secundarios. Entre estos caracteres extremos existe toda una serie de grados intermedios. Cuando más oscuro y confuso es su sueño, más participación debe atribuirse en su formación al factor *desplazamiento*.

En el ejemplo que hemos hecho objeto de nuestro análisis aparece como efecto del desplazamiento el hecho de que su contenido se halla diferentemente *centrado* por las ideas. El contenido del sueño muestra en primer término una situación, en la que parece que mi compañera de mesa me hace una velada declaración amorosa; lo más importante en las ideas del sueño reposa en el deseo de gozar alguna vez un amor desinteresado, que no «cueste nada», y esta idea se oculta detrás de la frase hecha «por mis bellos ojos» y la lejana alusión «espinacas».

Cuando por medio del análisis podemos seguir paso a paso el proceso del desplazamiento, llegamos a adquirir datos seguros sobre dos discutidísimos

problemas de los sueños: sus estímulos y su conexión con la vida despierta. Existen sueños que revelan inmediatamente su enlace con los sucesos del día anterior; pero en otros no se descubre la menor huella de un tal enlace. Acudiendo en estos últimos al análisis puede mostrarse que todo sueño, sin excepción alguna, está ligado a una impresión de los últimos días, o quizá más precisamente del último día antes del sueño (día del sueño). Esta impresión, que constituye el estímulo del sueño, puede ser de una tal importancia que no nos maraville el ocuparnos de ella fuera del mismo, y en este caso decimos con razón que nuestro sueño continúa los importantes intereses de la vida despierta. Mas, en general, cuando en el contenido del sueño aparece una relación con una impresión diurna, suele ser ésta tan insignificante, nimia y merecedora de ser olvidada, que ni siquiera podemos recordarla sino con esfuerzo. El mismo contenido del sueño parece entonces ocuparse —aun en los casos en que se muestra coherente y comprensible— con las más ociosas nimiedades, las cuales serían indignas de nuestro interés despierto. A esta preferencia por lo indiferente y fútil en el contenido del sueño obedece en gran parte el desprecio con que miramos los fenómenos oníricos.

El análisis destruye la apariencia en que se funda este juicio despreciativo. Donde el contenido del sueño presenta en primer término una impresión indiferente como estímulo, el análisis revela siempre el suceso importante —justificado como estímulo—, que, sustituido por la impresión indiferente, ha entrado en conexión con sus enlaces asociativos. Asimismo, en aquellos sueños cuyo contenido manifiesto actúa con un material de representaciones desprovisto de importancia e interés, descubre el análisis las numerosas rutas de enlace, por medio de las cuales se une lo indiferente con lo valioso en la estimación psíquica de cada elemento. *Constituye tan sólo un efecto del proceso de desplazamiento el hecho de que en lugar de la impresión justificadamente estimulante o el material de justificado interés sea lo indiferente lo que llegue a hacerse admitir con el contenido del sueño.* Y si para la solución de los problemas del estímulo de los mismos con la actividad cotidiana se tienen en cuenta los nuevos conocimientos que hemos adquirido al sustituir el contenido manifiesto por el latente, tendremos que convenir en que *el sueño no actúa nunca con nada que no sea digno de ocupar también nuestro pensamiento despierto, y que las pequeñeces que no llegan a atraer nuestro interés durante el día son también impotentes para perseguirnos en nuestro sueño.*

¿Cuál es el estímulo del sueño en el ejemplo que escogimos para nuestro

análisis? El suceso —realmente insignificante— de que un amigo mío me procurase un *gratuito paseo en coche*. La escena de la mesa redonda, en mi sueño, contiene una alusión a este motivo indiferente, pues en mi conversación con mi acompañante había yo establecido un paralelo entre los taxímetros y las comidas en la mesa redonda de los hoteles. Mas también puedo indicar el suceso importante que en mi sueño se deja representar con este otro insignificante: días atrás me había yo desprendido de una cantidad bastante elevada en favor de una persona de mi familia. Entre las ideas latentes está la de que no sería extraño que dicha persona estuviese agradecida a mi beneficio, y que, por tanto, su cariño no fuese *gratuito (kontelos)*. La idea de cariño gratuito es precisamente la que ocupa el primer término entre las que forman el contenido latente del sueño. El hecho de que aún no hace mucho tiempo había yo ido varias veces en coche con el pariente objeto de mi liberalidad hace posible que el paseo en coche dado con mi amigo me recuerde mis relaciones con otra persona. La impresión indiferente, que por tales conexiones se convierte en estímulo del sueño, tiene aún que cumplir otra condición: la de ser *reciente*; esto es, proceder del día del sueño.

No puedo abandonar el tema del desplazamiento sin hacer constar un singular proceso, que tiene lugar en la formación del sueño, y en el que obran conjuntamente la condensación y el desplazamiento. En la primera hemos examinado ya el caso de que dos representaciones de las ideas del sueño que tiene algo de común, en punto de contacto, son situadas en el contenido manifiesto por una representación mixta, en la cual aparece un claro nódulo, que corresponde al elemento común, e imprecisas determinantes accesorias, correspondientes a las peculiaridades de cada una de dichas representaciones. Si a esta condensación se añade un desplazamiento, no se produce una representación mixta, sino que se forma un *producto común intermedio*, que es a los elementos que lo forman lo que en el paralelogramo de las fuerzas son las resultantes a sus componentes. En el contenido de uno de mis sueños se trata, por ejemplo, de una inyección de *propilena*. El análisis me conduce al principio a un suceso diferente, que había actuado como estímulo del sueño, y en el cual se trataba de la *amilena*. Pero al ciclo de ideas del mismo sueño pertenece también el recuerdo de mi primera' visita a Munich, en la que los *propileos* atrajeron mi atención. Los resultados siguientes del análisis me hicieron admitir que el desplazamiento de *amilena* a *propilena* era debido a la influencia del segundo ciclo de representaciones sobre el primero. *Propilena* es, por decirlo así, la representación intermedia entre *amilena* y *propileos*, y como tal se ha

introducido a modo de *transacción* y por una condensación y un desplazamiento simultáneos en el contenido del sueño.

Con mayor fuerza aún que al tratar de la condensación se impone aquí, al examinar el proceso del desplazamiento, la necesidad de hallar un motivo para todos estos misteriosos esfuerzos de la elaboración del sueño.

VI

SI al proceso de desplazamiento se debe principalmente el que no se hallen o no se reconozcan en el contenido del sueño las ideas del mismo —sin que pueda adivinarse el motivo de tal deformación—, otra forma menos intensa de la transformación que sufren las ideas del sueño nos conduce al descubrimiento de una nueva función, más fácilmente comprensible, de la elaboración del mismo. Las primeras ideas latentes que el análisis revela suelen extrañar por su poco corriente apariencia. No parecen presentarse en las tímidas formas expresivas, de las que se sirve preferentemente nuestro pensamiento, sino que se muestran representadas simbólicamente por medio de comparaciones y metáforas, como en un lenguaje poético, rico en imágenes. No es difícil hallar las causas que obligan a adoptar esta forma expresiva a las ideas del sueño. El contenido del mismo se compone casi siempre de situaciones visuales y, por tanto, las ideas del sueño tienen, ante todo, que adoptar una disposición que las haga aptas para esta forma expositiva. Si intentamos sustituir las frases de un artículo político o de un informe forense por una serie de dibujos, comprenderemos fácilmente las transformaciones que la elaboración del sueño se ve obligada a llevar a cabo ante la necesidad de que el material dado pueda ser expuesto en el contenido.

Entre el material psíquico de las ideas latentes se encuentran regularmente recuerdos de sucesos impresionantes, que datan con frecuencia de la más temprana niñez, y han sido percibidos por el sujeto —dado su carácter de sucesos exteriores— como situaciones visuales en su mayor parte. Estos elementos de las ideas latentes ejercen, siempre que les es posible, una influencia determinante sobre la conformación del contenido del sueño, y actúan como núcleo de cristalización sobre el material de las ideas latentes. La situación del sueño no es, con frecuencia, más que una repetición de un tal suceso, modificada y complicada por numerosas intercalaciones. Sólo raras veces nos trae, en

cambio, el sueño reproducciones fieles y no mezcladas de escenas reales. Mas el contenido del sueño no consta exclusivamente de situaciones, sino que encierra fragmentos inconexos de cuadros visuales, discursos y hasta trozos de ideas no transformados. Será quizá muy interesante exponer aquí lo más rápidamente posible los medios de representación de que dispone la elaboración del sueño para reproducir en la peculiar forma expresiva del mismo las ideas latentes.

Estas ideas que el análisis nos revela se nos muestran como un complejo psíquico de una complicadísima estructura, cuyos componentes se hallan unos con otros en las más diversas relaciones lógicas, constituyendo el primero y el último término las condiciones, las divagaciones, las aclaraciones y las objeciones. Casi siempre aparece junto a una ruta mental su reflejo contradictorio. No falta a este material ninguno de los caracteres que nos son conocidos por pertenecer a nuestro pensamiento despierto. Si de todo ello ha de nacer un sueño, sufre este material psíquico una comprensión que lo condensa; una fragmentación y un desplazamiento internos, que crean nuevas superficies, y una influencia seleccionadora, ejercida por los componentes utilizables para la formación de la situación. Dada la génesis de este material, debe darse a un tal proceso el nombre de *regresión*. Los lazos lógicos, que hasta ahora habían mantenido unido el material psíquico, se pierden en esta transformación, de la cual surge el contenido del sueño. La elaboración onírica no toma a su cargo más que el contenido objetivo de las ideas latentes. Al análisis incumbe luego restablecer la conexión destruida por la elaboración.

Así, pues, los medios de expresión del sueño pueden considerarse escasísimos en comparación con los que el idioma nos proporciona para la exteriorización de nuestro pensamiento; mas el sueño no tiene necesariamente que renunciar por completo a la reproducción de las relaciones lógicas entre las ideas latentes. Con mucha frecuencia consigue, por el contrario, sustituirlas por caracteres formales que le son propios.

El sueño reconoce, en primer lugar, la innegable conexión entre todos los elementos de las ideas latentes por el hecho mismo de reunir dicho material para formar una situación. Reproduce la *conexión lógica* como *aproximación en el tiempo y en el espacio*, de un modo análogo al pintor que reúne en un cuadro que quiere representar el Parnaso a todos los poetas, los cuales jamás se han hallado juntos en la cima de una montaña, pero no por ello dejan de constituir una comunidad. El sueño emplea en todos sus detalles esta misma forma representativa, y cuando muestra en su contenido dos elementos próximos uno a

otro delata con esta aproximación un enlace especialmente estrecho entre los correspondientes elementos latentes. Obsérvase además que todos los sueños de una misma noche revelan en el análisis proceder del mismo ciclo de pensamientos.

La *relación causal* entre las ideas queda unas veces sin representación alguna o es sustituida por la *sucesión* inmediata de dos largos trozos del sueño diferentes. A menudo esta última representación tiene lugar a la inversa, o sea que el primer trozo del sueño corresponde a la consecuencia, y el final del mismo al antecedente. La *transformación* directa de un objeto en otro parece representar en el sueño la relación de *causa a efecto*.

La *alternativa* (esto o aquello) no es expresada jamás por el sueño, el cual toma en este caso los dos miembros de la misma como igualmente justificados y los incluye en el mismo contexto. Ya indiqué también que cuando en el sueño aparece reproducida una alternativa (esto o aquello), debe traducirse por una agregación (esto y aquello).

Las ideas contradictorias son representadas preferentemente en el sueño por un mismo y único elemento^[546]. La *oposición* entre dos ideas, la relación de *inversión* halla en el sueño una notabilísima forma representativa, consistente en que otro trozo del sueño es transformado —simultánea o sucesivamente— en su contrario. Más adelante hallaremos otra forma de expresar la *contradicción*. También la sensación tan frecuente en el sueño, de *no poder moverse libremente*, sirve para representar una contradicción entre impulsos, un *conflicto de la voluntad*.

Una sola de las relaciones lógicas, la de *analogía, comunidad o coincidencia*, es aceptada francamente por el mecanismo de la elaboración del sueño, el cual se sirve de estos casos como punto de apoyo para la condensación, reuniendo en una *nueva unidad* todo aquello que muestra tal coincidencia.

Esta corta serie de fugaces observaciones no agota naturalmente la exposición de la plenitud de medios representativos formales que el sueño posee para exponer las relaciones lógicas de las ideas latentes. Los distintos sueños se hallan, respecto a este punto, más sutil o descuidadamente elaborados, se ciñen más o menos al texto dado y hacen un mayor o menor uso de los medios auxiliares de la elaboración. En el último caso resultan oscuros, confusos e incoherentes. Mas cuando el sueño aparece claramente absurdo, encerrando en su contenido un franco contrasentido, es que se ha formado así

intencionadamente, y expresa por medio de su aparente negligencia de todas las reglas lógicas un trozo del contenido intelectual de las ideas latentes. El absurdo en el sueño significa *contradicción*, *injuria* o *burla* en las ideas latentes. Dado que esta explicación nos proporciona la objeción más fuerte contra la teoría que hace surgir al sueño de una actividad psíquica disociada y exenta de crítica, la apoyaremos con la exposición de un ejemplo:

Uno de mis conocidos, el señor M., ha sido atacado en un artículo nada menos que por el propio Goethe. Todos reconocemos que la violencia del ataque es injustificada; pero como es natural, dada la personalidad del atacante, M. ha quedado totalmente hundido, y se lamenta amargamente de la injusticia sufrida ante varias personas, reunidas alrededor de una mesa. Sin embargo, no ha disminuido su veneración por Goethe. Intento aclarar las circunstancias de tiempo, que me parecen inverosímiles. Goethe murió en 1832. Dado que su ataque contra M. tuvo que tener lugar antes de esta fecha, M. debía de ser entonces muy joven. Me parece probable que tuviera unos dieciocho años. Mas no sé con seguridad el año en que nos hallamos actualmente, y de este modo, todo mi cálculo se hunde en las tinieblas. El ataque a M. se halla contenido en el ensayo de Goethe titulado *Naturaleza*.

La falta de sentido de este sueño aparece aún con mayor precisión sabiendo que M. es un hombre de negocios muy apartado de todo interés poético o literario. Mas al penetrar en el análisis puede demostrarse cuánto *método* se oculta detrás de tal falta de sentido. El sueño extrae su material de tres fuentes:

1.^a M., al que conocí en una *comida*, me pidió un día que reconociera a su hermano mayor, que presentaba señales de perturbación mental. En mi diálogo con el enfermo tuvo lugar una penosa escena, en la cual me reveló, sin que yo diese motivo ni ocasión para ello, las faltas de su hermano, aludiendo a su *disipada juventud*. En este reconocimiento hube de preguntar al paciente la *fecha de su nacimiento (año de la muerte en el sueño)*, haciéndole verificar diversos cálculos, con objeto de investigar el grado de debilidad de su memoria.

2.^a Una revista médica, en la que figuraba yo como colaborador, había publicado una *abrumadora crítica*, obra de un *joven* redactor, sobre un libro de mi amigo F., de Berlín. Habiendo reprochado yo al autor del artículo su encarnizamiento, me expresó su pesar por haberme disgustado, pero no pudo prometerme poner remedio alguno a lo hecho. A consecuencia de esto rompí mis relaciones con la revista y expresé en la carta en que notificaba mi separación la esperanza de que lo *sucedido no influiría para nada en nuestras relaciones*

personales. Ésta es la verdadera fuente del sueño. ¡La despreciativa crítica del libro de mi amigo me había causado una profunda impresión, pues a mi juicio contenía su obra un descubrimiento biológico fundamental, que comienza ahora —pasados muchos años— a ser aceptado por sus colegas!

3.^a Una paciente me había contado hacía poco tiempo la historia de la enfermedad de su hermano, el cual había sido atacado de locura frenética, sumiéndose en ella con el grito de *¡Naturaleza, naturaleza!* Los médicos habían opinado que tal exclamación provenía de la lectura del citado ensayo de Goethe, y constituía una indicación del exceso de trabajo que había pesado sobre el enfermo en sus estudios. Por mi parte, había yo observado que me *parecía más plausible* dar a la exclamación *¡Naturaleza!* aquel otro sentido sexual, conocido por todos los hombres, hasta por los de menor cultura. El hecho de que el infeliz paciente se mutilara después los genitales pareció darme la razón. Cuando sufrió el ataque inicial tenía este individuo dieciocho años.

En el contenido del sueño se oculta primeramente detrás del yo el amigo mío tan maltratado por la crítica, *intento aclarar un poco las circunstancias de tiempo*. El libro de mi amigo trata precisamente de las circunstancias *temporales* de la vida y cita repetidamente a Goethe en relación con determinadas opiniones sobre biología.

Mas este yo es comparado a un paralítico^[547]: («No sé con seguridad el año en que nos hallamos».) Por tanto, el sueño representa que mi amigo se conduce como un paralítico y flota en el absurdo. Mas los pensamientos del sueño expresan irónicamente: «Es natural. El es un loco, y vosotros sois unos genios, y sabéis mucho más de estas cosas. ¿No será más bien todo lo *contrario*?» Esta *inversión* se halla representada ampliamente en el contenido del sueño: Goethe ha atacado a un hombre, actualmente joven, lo cual es absurdo; al paso que es muy fácil que cualquier joven literato actual critique duramente al gran Goethe.

Podemos casi seguramente afirmar que ningún sueño es producido por sentimientos distintos de los egoístas. El yo del sueño no representa tan sólo a mi amigo, sino que también me representa a mí mismo. Yo me identifico con él por el hecho de que la suerte corrida por su descubrimiento me muestra cómo han de ser acogidas quizá los *míos propios*. Cuando yo haga pública mi teoría sobre la significación etiológica de la sexualidad en las perturbaciones psiconeuróticas (véase la alusión al enfermo de dieciocho años): «¡Naturaleza, naturaleza!», hallaré críticas idénticas, y de las que desde ahora me burlo con la misma ironía.

Persiguiendo las ideas latentes encuentro siempre *burla y desprecio como correlación a los absurdos del sueño*. El hallazgo de un cráneo de oveja en el Lido veneciano inspiró a Goethe la primera idea de la constitución vertebral del cráneo. Mi amigo se jacta de haber desencadenado, siendo estudiante, una protesta contra un anciano profesor, que muy competente; en años anteriores (sobre todo en esta parte de la anatomía comparada), había llegado a ser, a causa de su ancianidad, totalmente inepto para continuar dando su clase. La agitación promovida por este caso puso remedio a la equivocación que supone el hecho de no existir en Alemania limitación alguna de edad para el ejercicio de la actividad académica. La *edad no protege contra la tontería*. En el hospital de Viena tuve el honor de prestar mis servicios durante muchos años bajo las órdenes de un director *fosilizado* que, notoriamente chocho hacia varios decenios, seguía ejerciendo un cargo lleno de responsabilidades. Una característica correspondiente al hallazgo del Lido acude a mi pensamiento en este punto. Con referencia a este individuo, compusieron mis jóvenes colegas del hospital una variante de unos chistosos versos, populares por entonces. «Eso no lo ha escrito ningún Goethe ni lo ha compuesto ningún Schiller...»

VII

NO hemos terminado aún con el estudio de la elaboración del sueño. Nos vemos obligados a incluir en ella, además de la condensación del desplazamiento y de la disposición visual del material psíquico, otra actividad cuya actuación no es reconocible en todos los sueños. No trataré aquí en detalle esta parte de la elaboración del sueño, y me limitaré a observar que como más rápidamente podemos formarnos una idea de su esencia es aceptando por lo pronto la hipótesis, probablemente inexacta, *de que actúa a posteriori sobre el contenido del sueño ya formado*. Su función es entonces la de ordenar los componentes del sueño de manera que se reúnan aproximadamente para formar una totalidad, una composición onírica. El sueño recibe así una especie de fachada, que de todos modos no cubre por completo el contenido, y sufre al mismo tiempo una primera interpretación provisional que es apoyada por intercalaciones y ligeras variantes. Esta elaboración del contenido del sueño deja subsistir todos sus enigmas y arbitrariedades y no proporciona más que una

equivocada inteligencia de las ideas latentes, siendo necesario prescindir de esta tentativa de interpretación al emprender el análisis.

Esta parte de la elaboración del sueño deja transparentarse mejor que ninguna otra su motivación, que es el *intento de que el sueño resulte comprensible*. El descubrimiento de esta motivación nos revela la procedencia de la actividad a que la misma da origen, la cual se conduce con el contenido del sueño dado como nuestra actividad psíquica normal con cualquier contenido de una percepción que se sitúe ante ella. Nuestra actividad psíquica acoge dicho contenido empleando determinadas representaciones previas y lo ordena ya, al percibirlo, entre las hipótesis comprensibles. Mas, al hacerlo así, corre peligro de falsearlo, y cae, efectivamente, en los más singulares errores, cuando no puede situarlo al lado de algo ya conocido. Sabido es que no podemos contemplar una serie de signos extraños, ni oír una serie de palabras desconocidas, sin falsear primero su percepción, situándolos al lado de algo que nos es conocido, impulsados por la preocupación de la comprensibilidad.

Aquellos sueños que han experimentado esta elaboración por parte de una actividad psíquica totalmente análoga al pensamiento despierto pueden denominarse *bien compuestos*. En otros sueños falta por completo tal actividad; no se ha intentado siquiera establecer en ellos un orden ni una interpretación, y al despertar, sintiéndonos identificados con esta parte de la elaboración onírica, juzgamos que nuestro sueño ha sido «confuso y embrollado». Mas para el análisis tienen tanto valor aquellos sueños que semejan un desordenado montón de fragmentos incoherentes como los que presentan una lisa superficie continua. En el primer caso, nos ahorramos el esfuerzo de destruir de nuevo, por medio del análisis, la elaboración del contenido manifiesto.

Sería, sin embargo, un error no ver en estas fachadas de los sueños más que tales elaboraciones, realmente confusas y asaz arbitrarias, del contenido manifiesto por la instancia consciente de nuestra vida anímica. Para la construcción de la fachada del sueño se emplean con frecuencia fantasías optativas que se hallan ya formadas en las ideas latentes y que son del mismo género que las que conocemos por pertenecer a nuestra vida despierta y llamamos, apropiadamente, «sueños diurnos». Las fantasías optativas que el análisis descubre en los sueños nocturnos revelan ser repeticiones y transformaciones de escenas infantiles, y de este modo nos muestra inmediatamente la fachada del sueño, en algunos de éstos, el verdadero nódulo del mismo, desfigurado por la mezcla con otro material.

Las cuatro actividades mencionadas son las únicas que pueden descubrirse en la elaboración del sueño. Si sostenemos nuestra definición de que el concepto «elaboración del sueño» significa la traslación de las ideas del sueño al contenido del mismo, tendremos que decirnos que dicha elaboración no es, en modo alguno, creadora: no desarrolla ninguna fantasía propia, no juzga ni concluye nada y su función se limita a condensar el material dado, desplazarlo y hacerlo apto para la representación visual, actividades a las que se agrega el último trozo, inconstante, de elaboración interpretativa. Algo hallamos también en el contenido del sueño que quisiéramos considerar como el resultado de una distinta y más elevada función intelectual, pero el análisis demuestra siempre convincentemente *que estas operaciones intelectuales han tenido lugar ya en las ideas del sueño, habiéndose limitado el contenido del sueño a acogerlas en sí*. Una consecuencia en el sueño no es otra cosa que la repetición de una conclusión que ha tenido lugar en las ideas latentes, apareciendo incontrovertible cuando ha pasado al sueño sin sufrir transformación alguna, e insensata cuando ha sido desplazada sobre otro material por la elaboración. Una operación aritmética incluida en el contenido manifiesto no significa otra cosa sino que entre las ideas latentes se encuentra un cálculo, el cual es siempre exacto, mientras que la operación que aparece en el sueño puede dar los más absurdos resultados, por condensación de sus factores y desplazamientos, sobre otro material, del modo de realizarla. Ni siquiera las frases que se hallan en el contenido del sueño son de nueva composición, pues se revelan como construidas con fragmentos de frases pronunciadas, oídas o leídas por el sujeto, y renovadas en las ideas latentes, copiando con toda fidelidad su forma, pero prescindiendo por completo de la causa que las motivó y alterando enormemente su sentido.

No es, quizá, superfluo apoyar con algunos ejemplos estas últimas afirmaciones:

1. Un sueño aparentemente inocente y bien compuesto, de una paciente mía.

«Va al mercado con su cocinera, la cual lleva su cesta. El carnicero, al que piden algo, les contesta: *No hay ya*, y quiere despachar otra cosa diferente, observando: ‘Esto también es bueno’. Ella rehúsa la oferta y se dirige al puesto de la verdulera, la cual quiere venderle una extraña verdura, atada formando manojo y de color negro. Ella dice entonces: *No he visto nunca cosa semejante*. No la compro».

La frase «No hay ya» procede del tratamiento. Yo mismo había explicado a

la paciente, días antes, que en la memoria del adulto *no hay ya* nada de sus antiguos recuerdos infantiles, los cuales han sido sustituidos por transferencias y por sueños. Soy yo, por tanto, el carnicero.

La segunda frase: «No he visto nunca cosa semejante», fue pronunciada en otra ocasión, totalmente distinta. El día anterior había exclamado la paciente, al regañar a su cocinera, que, como hemos visto, aparece también en el sueño: «Tiene usted que conducirse más correctamente. ¡No he visto nunca cosa semejante!», esto es, no permito tal comportamiento. El trozo más inocente de esta frase llegó por desplazamiento a incluirse en el contenido del sueño. En cambio, en las ideas latentes sólo el otro trozo de la frase desempeñaba un papel determinado, pues la elaboración del sueño transformó hasta hacerla irreconocible, y darle el aspecto de una total inocencia, una situación fantástica, en la cual yo me *conducía incorrectamente en cierto sentido* con la señora de referencia. Esta situación, esperada en la fantasía, no es, además, sino una nueva edición de una escena realmente vivida por la paciente en ocasión anterior.

2.Un sueño aparentemente insignificante y en el que aparecen números. «Ella quiere pagar alguna cosa; su hija saca de su bolsillo *3 florines 65 céntimos*. Pero ella le dice: ‘¿Qué haces? No cuesta más que *21 céntimos*’».

El sujeto de este sueño era una señora extranjera, que había hecho ingresar a su hija en un establecimiento pedagógico de Viena y que se sometió a mi tratamiento. En el día del sueño le había indicado la directora del establecimiento la conveniencia de dejar en él a su hija un año más. En este caso hubiera ella podido prolongar por dicho tiempo su tratamiento curativo. Los números del sueño adquieren su significación al recordar que el tiempo es oro. *Time is money*. Un año es igual a 365 días, o expresando en céntimos, a 365 céntimos, 3 florines 65 céntimos. Los 21 céntimos corresponden a las tres semanas que restaban hasta el final del año escolar, y, por tanto, hasta el día en que habría que dar por terminado el tratamiento. Eran seguramente razones económicas las que habían llevado a la señora a rechazar la indicación de la directora del colegio y las que motivaban la pequeñez de la cantidad que aparecía en el sueño.

3.Una joven señora, casada hacía varios años, supo que una amiga suya, de su misma edad Elisa L., había celebrado sus esponsales. Esta noticia motivó el sueño siguiente: «Se halla en el teatro con su marido. Una parte del patio de butacas está desocupada. Su marido le cuenta que Elisa L. y su prometido hubieran querido ir también al teatro, pero no habían conseguido más que muy

malas localidades, tres por 1 florín 50 céntimos, y no quisieron tomarlas. Ella contesta que el no haber podido ir aquella noche al teatro no es ninguna desgracia».

Nos interesa averiguar, en este sueño, de qué ideas latentes proceden los números que aparecen en el contenido manifiesto y cuáles han sido las transformaciones por las que dichas ideas han pasado. ¿De dónde procede la cantidad 1,50 florines? De un motivo indiferente del día anterior. Su cuñada había recibido, como regalo de su hermano, el marido de la protagonista del sueño, la suma de 1,50 florines y se había *apresurado* a gastarlos comprándose un objeto de adorno. Observaremos que 150 florines son 100 veces 1 florín 50 céntimos. Para el número *tres*, de los billetes del teatro, no se encuentra más enlace que el de que Elisa L., la amiga prometida, es precisamente tres meses más joven que la sujeto del sueño. La situación que en éste aparece es la reproducción de un pequeño suceso que motivó las burlas de su esposo. En una ocasión se había *apresurado* a tomar, con gran anticipación, billetes para una representación teatral, y cuando entraron en el teatro vieron que *una parte del patio de butacas quedaba casi vacía*. No había, pues, necesidad de haberse apresurado tanto a tomar las localidades. No dejaremos, por último, pasar inadvertido el *absurdo* detalle del sueño, de que dos personas tengan que tomar tres localidades.

Veamos ahora las ideas latentes de este sueño. Ha sido un *disparate casarme* tan joven; *no tenía necesidad alguna de apresurarme tanto*. En el ejemplo de Elisa L., veo que no me hubiese faltado un marido, y, además, uno cien veces mejor (Schatz = marido, novio, tesoro), si hubiera esperado. *Tres* maridos como éste hubiera podido comprarme con el mismo dinero (dote).

VIII

DESPUÉS del estudio de la elaboración del sueño, que hemos llevado a cabo en los capítulos que anteceden, nos hallaremos inclinados a considerarla como un proceso *psíquico* especial, sin precedente alguno en nuestro conocimiento. De este modo, recae ahora sobre la elaboración onírica la extrañeza que solía antes despertar en nosotros su producto, o sea el sueño mismo. De toda una serie de procesos psíquicos a los que debe atribuirse la

formación de los síntomas histéricos y de las ideas angustiosas, obsesivas y delirantes, la elaboración del sueño es el primero a cuyo conocimiento nos ha sido dado llegar. La condensación, y sobre todo el desplazamiento, son caracteres que nunca faltan en estos procesos. En cambio, la conversión de ideas en imágenes visuales es privativa de la elaboración onírica. Si de nuestras investigaciones resultase la posibilidad de incluir los fenómenos oníricos entre aquellos que deben su origen a la enfermedad psíquica, tanto más importante sería para nosotros averiguar las condiciones esenciales de procesos como el de la formación de los sueños. Pero aunque parezca extraño y casi increíble, ni el dormir ni la enfermedad pertenecen a estas indispensables condiciones. Una gran cantidad de fenómenos de la vida cotidiana de los sanos: el olvido, las equivocaciones orales, los actos de aprehensión errónea y una determinada clase de errores, deben su génesis a un mecanismo psíquico análogo al sueño y a los demás procesos que constituyen la serie antes citada.

El corazón del problema se halla en el desplazamiento, la más singular de las funciones de la elaboración del sueño. Cuando se penetra suficientemente en la materia, se ve que la condición esencial del desplazamiento es puramente psicológica y de la naturaleza de una *motivación*, cuyas huellas aparecen en cuanto se presta atención a ciertos resultados del análisis de los sueños, que no pueden pasar inadvertidos. En el primero de los análisis expuestos tuve que interrumpirme en la comunicación de las ideas latentes, por haber entre ellas algunas que prefería mantener secretas y que no podía revelar sin herir importantes consideraciones. Añadí luego que no traería ventaja ninguna elegir otro ejemplo para comunicar su análisis, pues en todo sueño de contenido oscuro y embrollado llegaría a tropezar con pensamientos que exigirían el secreto. Pero prosiguiendo para sí mismo el análisis, llego a ideas que no conocía existieran en mí y que no sólo me parecen *extrañas*, sino que me son *desagradables* y quisiera negarme a mí mismo, rechazando el análisis cuya inexorable concatenación me fuera, bien a pesar mío, a admitirlas. No puedo explicarme este estado de cosas sino aceptando que tales ideas existían realmente en mi vida psíquica y poseían una cierta intensidad o energía, pero se encontraban en una peculiar situación psicológica, a consecuencia de la cual no podían *hacerseme conscientes*. Este especial estado es el que conocemos con el nombre de estado de *represión*. No puedo entonces por menos de admitir una relación causal entre la oscuridad del contenido del sueño y el estado de represión, o sea la incapacidad de devenir conscientes de algunas de las ideas del sueño, y me veo obligado a concluir que

el sueño tiene que ser oscuro *para no revelar las prohibidas ideas latentes*. De este modo, llego al concepto de la *deformación del sueño*, obra de la elaboración del mismo, puesta al servicio de la *ocultación* de dichas ideas; esto es, del propósito de mantenerlas secretas.

Haré la prueba en el ejemplo del sueño antes sometido al análisis, intentando descubrir cuál es en él la idea que aparece deformada, y que, sin el disfraz adoptado, despertaría mi más enérgica repulsa. Recuerdo que ni gratuito paseo en coche traje a mi memoria otros, no gratuitos, en los que me acompañaba una persona de mi familia; que la interpretación de mi sueño era la de que yo abrigaba el deseo de gozar alguna vez de un afecto desinteresado; y que poco tiempo antes había tenido que desembolsar una crecida cantidad en favor de la referida persona. Ante estos datos que el análisis me proporciona, no puedo rechazar la idea de que *me duele el desembolso realizado*. Sólo al darme cuenta de este sentimiento adquiere un sentido el hecho de desearme en sueños el goce de un afecto que no me ocasione gasto alguno. Y, sin embargo, puedo afirmar honradamente que al decidir desprenderme de aquella suma no experimenté la menor vacilación. El impulso contrario, mi sentimiento por el gasto efectuado, no se hizo consciente en mí. La razón de que permaneciese inconsciente constituye una nueva cuestión que nos llevaría lejos, y cuya solución, que me es conocida, pertenece a otro orden de cosas.

Al someter al análisis, no un sueño propio, sino el de una persona extraña, el resultado es idéntico, pero varían los motivos de convicción. Si se trata del sueño de un individuo sano, no me queda otro medio de forzarle a la aceptación de la idea reprimida hallada que mostrarle el perfecto enlace de las ideas latentes y dejarle que se resista en vano contra la evidencia. Mas si se trata de un neurótico, por ejemplo, de un histérico, la aceptación de la idea reprimida se hace forzosa para él por su conexión con los síntomas de su enfermedad y por la mejoría que experimenta al cambiar estos síntomas por las ideas reprimidas. En el caso de la paciente que tuvo el sueño antes expuesto de los tres billetes de teatro por un florín cincuenta céntimos, tiene en el análisis que aceptar que estima en poco a su marido, que lamenta haberse casado con él y que le cambiaría gustosa por otro. Ella afirma, ciertamente, que ama a su marido y que en su vida sentimental no existe desprecio alguno para él (¡otro cien veces mejor!), pero todos sus síntomas conducen a la misma solución que el sueño, y después de hacer resurgir en ella el recuerdo reprimido de una época durante la cual experimentó hacia su marido un desamor totalmente consciente, quedaron reprimidos tales síntomas y

desapareció la resistencia que se oponía en ella a la interpretación del sueño.

IX

DESPUÉS de haber fijado el concepto de la represión y haber relacionado la deformación del sueño con el material psíquico reprimido, podemos expresar ya, con toda generalidad, el resultado capital del análisis de los sueños. De aquellos que se muestran comprensibles y presentan un claro sentido, hemos averiguado que son francas realizaciones de deseos; esto es, que la situación del sueño constituye en ellos la satisfacción de un deseo conocido de la conciencia, que ha quedado sin realizar en el día y es digno de interés. Sobre los sueños oscuros y embrollados nos enseña también el análisis algo análogo: la situación del sueño presenta también realizado un deseo que surge regularmente de las ideas latentes, pero la representación es irreconocible, no pudiendo aclararse sino por medio del análisis, y el deseo ha sucumbido a la represión y es extraño a la conciencia o está íntimamente ligado a ideas reprimidas que lo sustentan. La fórmula para tales sueños será, pues, la siguiente: *son realizaciones disfrazadas de deseos reprimidos*. Es muy interesante observar aquí que la opinión popular está en lo justo cuando considera el sueño como predicción del porvenir. En realidad, es el porvenir lo que el sueño nos muestra, mas no el porvenir real, sino el que nosotros deseamos. El alma popular se conduce aquí, según su costumbre, creyendo lo que desea.

Por su carácter de realización de deseos se dividen los sueños en tres clases: en primer lugar, aquellos que muestran *francamente* un deseo *no reprimido*. En segundo, los que exteriorizan *disfrazadamente* un deseo *reprimido*; esto es, la mayoría de aquellos que necesitan del análisis. Y en tercer lugar, aquellos otros que, si bien representan un deseo reprimido, lo hacen *sin* disfraz alguno o con un disfraz insuficiente. Estos últimos sueños suelen presentarse acompañados de *angustia*, sensación que acaba por interrumpirlos, y que es aquí un sustitutivo de la deformación, siendo evitada, por la elaboración, en los sueños de la segunda clase. Puede demostrarse, sin gran dificultad, que el contenido ideológico que nos produce angustia o terror fue en su día un deseo y sucumbió después a la represión.

Existen también sueños cuyo contenido es claro y penoso, pero no produce

sensación desagradable alguna. No pueden éstos, por tanto, contarse entre los sueños de angustia, y han servido siempre para demostrar la insignificancia y la falta de valor psíquico de los sueños. El análisis de un tal ejemplo mostrará que se trata de realizaciones, *bien disfrazadas*, de deseos reprimidos, esto es, de sueños pertenecientes a la segunda de las clases establecidas, y nos hará ver, asimismo, con toda claridad, cuán excelentemente lleva a cabo el proceso del desplazamiento la ocultación del deseo prohibido.

Una muchacha soñó que había muerto el único hijo que le quedaba a su hermana, de dos que había tenido, y que su cadáver se hallaba colocado en la misma forma y rodeado por las mismas personas que el de su hermano, fallecido anteriormente. Tal sueño no produjo ningún sentimiento de dolor a la muchacha, pero ésta se resistió luego a aceptar que correspondiera a un deseo suyo. Esto es hasta cierto punto real, pues la verdad del caso es que años atrás había visto y hablado por última vez al hombre a quien amaba junto al ataúd del niño que había muerto. Si ahora muriera el otro, volvería ella seguramente a encontrar a aquel hombre en casa de su hermana. Anhela este encuentro, pero sus sentimientos rechazan la triste ocasión en que podría verificarse. El mismo día del sueño había tomado una entrada para una conferencia que iba a dar aquel hombre, al que seguía amando. Su sueño es, por tanto, un simple sueño de impaciencia, como suelen presentarse de costumbre antes de los viajes, representaciones teatrales u otros placeres vivamente esperados. Mas para ocultar su anhelo, queda desplazada la situación a una ocasión impropia de todo sentimiento de regocijo y que realmente se ha presentado ya una vez. Obsérvese, además, que los afectos que aparecen en el sueño no corresponden al contenido desplazado, sino al verdadero contenido retenido. La situación del sueño adelanta el encuentro tanto tiempo deseado y no ofrece ocasión alguna para una sensación dolorosa.

X

LOS filósofos no han podido hasta ahora ocuparse de una psicología de la represión. Está, pues, justificado que, aproximándonos al aún desconocido estado de cosas, intentemos formarnos una idea de la génesis de la formación de los sueños. El esquema que nuestras investigaciones generales, y no solamente

las del problema de los sueños, nos permiten establecer, es harto complicado, pero no podemos servirnos de otro más sencillo. Suponemos que en nuestro aparato psíquico existen dos instancias generadoras de ideas, la segunda de las cuales posee el privilegio de que sus productos encuentran abierto al acceso a la conciencia, mientras que la actividad de la primera instancia es inconsciente en si y no puede llegar a la conciencia sino pasando por la segunda. En la frontera entre ambas instancias, o sea en el paso de la primera a la segunda, se encuentra una censura que no deja pasar sino aquello que le agrada, deteniendo todo lo demás. Lo rechazado por la censura se halla entonces, según nuestra definición anterior, en estado de represión. Bajo determinadas condiciones, una de las cuales es el sueño, se transforma la relación de las fuerzas entre ambas instancias, de tal modo, que lo reprimido no puede ya ser reprimido por completo. Esto sucede, hallándose dormido el sujeto, por un relajamiento de la censura, y entonces, lo hasta el momento reprimido consigue abrirse camino hasta la conciencia. Mas como la censura no cesa jamás totalmente, sino que lo que hace es sufrir una disminución, tiene lo reprimido que tolerar transformaciones encaminadas a mitigar aquellos de sus caracteres que provocan la repulsa. Lo que en este caso llega a hacerse consciente es una especie de transacción entre lo intentado por una de las instancias y lo permitido por la otra. *Represión —relajamiento de la censura— transacción*, es también el esquema fundamental de la génesis de otras muchas formaciones psicopáticas y no sólo el de la del sueño. En la formación de tales transacciones obsérvanse siempre, y no únicamente en las oníricas, los procesos de condensación, desplazamiento y utilización de asociaciones superficiales, que hemos observado en la elaboración del sueño.

No tenemos motivo alguno para ocultar el elemento de demonismo que ha intervenido en la construcción de nuestro esclarecimiento de la elaboración del sueño. Los resultados de nuestro estudio nos dan la impresión de que la formación de los sueños oscuros se verifica como si una persona, dependiente de otra, tuviera que exteriorizar algo que había de ser desagradable para esta última. Partiendo de este símil, hemos fijado el concepto de la *deformación del sueño*, y el de la censura, y nos hemos esforzado en traducir nuestra impresión en una teoría psicológica, grosera aún; pero, por lo menos, claramente definida. Sea lo que quiera aquello con lo que un más transparente conocimiento de la materia nos permita identificar nuestras dos instancias, esperamos quede confirmada una parte de nuestra hipótesis: la relativa al hecho de que la segunda instancia rige el

acceso a la conciencia y puede impedírselo a la primera.

Cuando el sujeto despierta, la censura recobra rápidamente toda su intensidad, y puede de nuevo destruir todo aquello que durante su debilidad ha dejado escapar. Una experiencia innumerables veces confirmada muestra que nuestro *olvido* del sueño demanda, por lo menos en parte, esta explicación. Durante el relato de un sueño, o durante su análisis, sucede con frecuencia que de repente vuelve a surgir un fragmento del sueño que se creía olvidado. Este fragmento, hurtado al olvido, contiene siempre el mejor y más rápido acceso a la significación del sueño, y precisamente por ello estaba destinado al olvido, esto es, a una nueva represión.

XI

SI conceptuamos el contenido del sueño como la exposición de un deseo realizado y atribuimos su oscuridad a las transformaciones impuestas por la censura al material reprimido, no nos será ya muy difícil deducir la función del sueño. En extraña oposición a las opiniones corrientes, que consideran los sueños como perturbadores del reposo del durmiente, tenemos que reconocer que *los sueños son los protectores del dormir*. Para los sueños infantiles será fácilmente aceptada nuestra afirmación.

El niño concilia el sueño obedeciendo a una decisión de dormir, que les es impuesta por una autoridad exterior o es hecha surgir espontáneamente en él por sensaciones de fatiga. Mas para que tal decisión llegue a cumplirse es imprescindible la ausencia de toda excitación que pudiera impulsar al aparato psíquico hacia fines distintos del dormir. Los medios que sirven para alejar las excitaciones externas nos son a todos conocidos. Mas ¿cuáles son, en cambio, aquéllos de que disponemos para mantener dominadas las excitaciones psíquicas internas que se oponen a la conciliación del sueño? Obsérvese a una madre que duerme a su hijo. El niño manifiesta sin cesar deseos o necesidades, quiere otro beso, le gusta jugar un ratito más. Estos deseos son satisfechos en parte, y en parte aplazados, por la autoridad materna, para el día siguiente. Es indudable que los deseos o las necesidades en actividad constituyen un obstáculo a la conciliación del sueño. ¿Quién no conoce la divertida historia del niño caprichoso que, despertándose a media noche, grita desde su cama: *Quiero el*

rinoceronte? Un niño más juicioso, en vez de despertarse y alborotar, hubiera *soñado* que jugaba con el deseado animal. El sueño, que muestra cumplido el deseo, goza del completo crédito mientras el sujeto duerme, y haciendo cesar durante este tiempo el impulso optativo, consigue que el reposo no se interrumpa. No puede negarse que la imagen del sueño es aceptada como verdadera, pues se reviste con la apariencia de una percepción, y el niño no posee la facultad, que se adquiere más tarde, de distinguir entre fantasía, alucinación y realidad.

El adulto sabe ya establecer esta diferenciación; ha comprendido también la inutilidad de desear, y ha aprendido, tras de largos esfuerzos, a aplazar sus impulsos hasta que la transformación de las circunstancias exteriores facilite su realización. Esta experiencia del adulto hace que sean muy raras en él las realizaciones de deseos por el corto camino psíquico del sueño, y hasta es posible que no se presenten nunca y que todo lo que en nuestros sueños aparece formado conforme al patrón de los infantiles precise de una mucho más complicada solución. En cambio, en el adulto —y sin excepción alguna en todo hombre de plena capacidad mental— se ha formado una diferenciación del material psíquico que no existía en el niño, constituyéndose una instancia psíquica que, instruida por la experiencia de la vida, ejerce con celosa severidad una influencia dominadora y coercitiva sobre los sentimientos anímicos, y posee, por su posición con respecto a la conciencia y a la movilidad contingente, los máximos medios de potencia psíquica. Una parte de los sentimientos infantiles ha sido reprimida, como inútil para la vida, por esta instancia, y todo el material de ideas que de dicha parte se deriva se halla en estado de represión.

Mientras la instancia, en la que reconocemos nuestro *yo* normal, se doblega al deseo de dormir, parece obligada, por las condiciones psicofisiológicas del sueño, a perder parte de la energía con la que durante el día mantenía a raya a lo reprimido. Esta negligencia es, sin embargo, totalmente inocente; los impulsos del alma infantil reprimida pueden, sin peligro alguno, seguir agitándose, pues, a consecuencia del mismo estado del sueño, hallarán dificultoso el acceso a la conciencia y cerrado el que conduce a la motilidad. Mas hay que evitar que perturben el sueño. Llegados a este punto, tenemos que arriesgar la hipótesis de que hasta en el más profundo sueño se mantiene vigilante un cierto acervo de libre atención, como centinela contra las excitaciones sensoriales, que a veces consideran más conveniente despertar al sujeto que dejarle proseguir su sueño. De no ser así, sería inexplicable el hecho de que siempre nos despiertan

excitaciones sensoriales de una determinada *cualidad*, cosa que ya hizo notar el antiguo fisiólogo Burdach. Así, la madre despierta siempre al menor sollozo de su hijo pequeño; el molinero, en el momento en que su molino cesa de andar, y la mayoría de las personas, a su nombre pronunciado en voz baja. Esta vigilante atención se dirige también hacia las excitaciones optativas internas, procedentes de lo reprimido, y forma con ellas el sueño, que, a modo de transacción, satisface simultáneamente a ambas instancias, creando una especie de desahogo psíquico para el deseo reprimido o formado con ayuda de lo reprimido, representándolo como realizado, y haciendo posible al mismo tiempo el reposo. Nuestro yo gusta en esto de conducirse como un niño, y presta fe a las imágenes del sueño, como si quisiera decir: «Sí, tienes razón, pero déjame dormir». El desprecio con que una vez despiertos miramos nuestros sueños, y que fundamos en su confusión y su aparente falta de lógica, no es probablemente más que el juicio que nuestro yo durmiente hace recaer sobre los sentimientos procedentes de lo reprimido, juicio que, más razonablemente que el que formamos ya despiertos, se funda en la impotencia motora de tales perturbadores del sueño. Este juicio despectivo se nos hace a veces consciente en el sueño mismo; así, cuando el contenido del sueño traspasa excesivamente la censura, pensamos: «No es más que un sueño», y seguimos durmiendo.

No hay objeción posible contra esta hipótesis, aunque también en los sueños existan casos extremos en los cuales no pueden ya llevar a cabo su función de proteger el reposo —por ejemplo, en los sueños de angustia, pesadillas—, y tienen que cambiarla por otra: la de interrumpirlo a tiempo. Con esto no hacen más que conducirse como el más concienzudo vigilante nocturno, que cumple su deber intentando primero hacer cesar las perturbaciones, para evitar que se interrumpa el sueño de los vecinos, pero que continúa fiel a su cometido al despertarlos en el momento en que las causas del disturbio le parecen sospechosas y no logra hacerlas cesar por su sola intervención.

Esta función del sueño se nos muestra con especial claridad cuando el durmiente experimenta un estímulo sensorial. El hecho de que las excitaciones sensoriales producidas durante el sueño influyen sobre el contenido del mismo es generalmente conocido, ha sido demostrado experimentalmente y pertenece a los escasos resultados seguros de la investigación médica del sueño, a los cuales se ha concedido, sin embargo, un exagerado valor. Pero a este descubrimiento se ha ligado un problema no resuelto hasta el día. El estímulo sensorial que el experimentador hace actuar sobre el durmiente no es acertadamente reconocido

en el sueño, sino que sucumbe a una interpretación cualquiera, cuya determinación aparece abandonada al capricho psíquico. Mas sabemos que no existe una tal arbitrariedad psíquica. El durmiente puede reaccionar de muy diversos modos a un estímulo sensorial exterior. O se despierta, o consigue, a pesar de todo, proseguir durmiendo. En el último caso, puede servirse del sueño para suprimir la excitación exterior, y esto también de muy diversos modos. Puede, por ejemplo, llevar a cabo tal supresión soñando hallarse en una situación totalmente incompatible con el estímulo excitante. Así, un sujeto cuyo reposo nocturno corría peligro de ser perturbado por el dolor de un absceso que padecía en el periné, soñó que iba a caballo, sirviéndole de silla de montar la cataplasma que se le había puesto para mitigar sus molestias, y de este modo logró superar la excitación producida. O también —y esto es lo más frecuente— experimenta el estímulo exterior un cambio de sentido, que le incluye en el contexto de un deseo reprimido que espía su realización. Tal cambio de sentido despoja entonces al estímulo de su realidad, y lo trata como un fragmento del material psíquico. De este género es el ejemplo siguiente: un individuo sueña que ha escrito una comedia, en la que defiende una determinada tesis. La obra es representada en el teatro, y acaba de terminar el primer acto, con clamoroso éxito. Los aplausos ensordecen... En este sueño, el durmiente debió de conseguir prolongar su reposo más allá de la perturbación, pues al despertar no oyó ya ruido alguno, pero juzgó, muy razonablemente, que debían de haber sacudido o vareado un tapiz o un colchón en las cercanías de su cuarto. A los sueños que se producen inmediatamente antes que un intenso ruido despierte al durmiente han intentado todos negarles el esperado estímulo perturbador del reposo, buscándole otra explicación, y retrasar así un poco más el momento de despertar.

XII

(Adición de 1911)

A QUELLOS que acepten nuestra hipótesis de que la enigmática oscuridad y confusión de los sueños es debida principalmente a la existencia de una *censura*, no se extrañarán de ver entre los resultados de la interpretación onírica

el de que la mayoría de los sueños de los adultos se revelan en el análisis como dependientes de *deseos eróticos*. Esta afirmación no se refiere a los sueños de franco contenido sexual que todos conocemos por propia experiencia, y que hasta ahora han sido considerados como los únicos «sueños sexuales». No obstante su claro contenido, también estos sueños despiertan nuestra extrañeza por su arbitrariedad en la elección de las personas que convierten en objetos sexuales, su desprecio de todas las barreras ante las que en la vida despierta contiene el sujeto sus necesidades sexuales y sus numerosos detalles orientados hacia lo denominado «perverso». Mas el análisis nos muestra que muchos otros sueños que no dejan transparentar nada erótico en su contenido manifiesto se revelan, al ser desenmascarados por la labor interpretativa, como realizaciones de deseos sexuales. Por otra parte, muchas de las ideas sobrantes como *restos diurnos (Tagesreste)* del trabajo mental despierto no llegan a exteriorizarse en el sueño más que por el auxilio de deseos eróticos reprimidos.

En explicación de este estado de cosas indicaremos que ningún otro grupo de instintos ha experimentado un más amplio sojuzgamiento por las exigencias de la educación civilizada como precisamente los sexuales; pero haremos también constar que tales instintos son los que mejor saben escapar, en la mayoría de los hombres, al dominio de las más elevadas instancias psíquicas. Desde que hemos llegado al conocimiento de la sexualidad infantil, que regularmente pasa inadvertida o es mal comprendida, podemos decir justificadamente que casi todo hombre civilizado ha conservado en algún punto la conformación infantil de la vida sexual y comprendemos de este modo que los deseos sexuales infantiles reprimidos proporcionan las más frecuentes y poderosas fuerzas instintivas para la formación de los sueños^[548].

Si aquellos sueños que exteriorizaban deseos eróticos consiguen aparecer inocentemente asexuales en su contenido manifiesto, ello no puede suceder más que de una sola manera. El material de representaciones sexuales no debe ser producido como tal, sino que tiene que ser sustituido en el contenido del sueño por indicaciones o alusiones; pero a diferencia de otros casos de representación indirecta, la usada en el sueño es despojada de la comprensibilidad inmediata. Nos hallamos, pues, en el sueño ante una representación por medio de símbolos, los cuales son objeto de especial interés desde que se ha observado que los sujetos que hablan un mismo idioma se sirven en sus sueños de símbolos idénticos, y también que esta comunidad traspasa en algunos casos las fronteras

del lenguaje. Dado que los que sueñan no conocen la significación de los símbolos por ellos empleados, se nos presenta al principio envuelta en tenebrosa oscuridad la procedencia de su relación con aquello que indican y representan. Mas el hecho mismo es indudable y posee enorme importancia para la técnica de la interpretación de los sueños, pues mediante el conocimiento del simbolismo onírico se hace posible comprender el sentido de elementos aislados del contenido del sueño, de trozos del mismo, o a veces de sueños enteros, sin necesidad de interrogar al sujeto sobre sus asociaciones libres. Nos acercamos de este modo al ideal popular de una traducción de los sueños y retrocedemos, por otro lado, a la técnica interpretativa de los antiguos pueblos, cuya interpretación de los sueños era idéntica a la que se lleva a cabo por medio del simbolismo.

Aun cuando los estudios sobre los símbolos del sueño se hallan muy lejos todavía de un resultado definitivo, podemos ya establecer con seguridad toda una serie de afirmaciones generales y datos particulares que las confirman. Existen símbolos que pueden interpretarse casi siempre del mismo modo. Así, el emperador y la emperatriz (rey y reina) representan a los padres; las habitaciones son símbolo de la mujer y sus accesos significan las aberturas del cuerpo humano. La mayoría de los símbolos oníricos sirve para la representación de personas, parte del cuerpo y actos que poseen interés erótico. Particularmente, los genitales pueden ser representados por una gran cantidad de símbolos, con frecuencia sorprendentes en extremo. Los más diversos objetos son empleados para la designación simbólica de los genitales. Cuando agudas armas y objetos alargados y rígidos tales como troncos de árbol o bastones, representan los genitales masculinos, y armarios, cajas, coches o estufas los femeninos, el *tertium comparationis*, lo común de tales sustituciones nos es inmediatamente comprensible; mas no en todos los símbolos nos es tan fácil la aprehensión de las relaciones de enlace. Símbolos como el de la escalera o del subir, para el comercio sexual, el de la corbata para el miembro masculino y el de la madera para el órgano femenino excitan nuestra duda en tanto que no llegamos por otros caminos al conocimiento de las relaciones simbólicas. Además, muchos de los símbolos del sueño son bisexuales y pueden referirse a los genitales masculinos o a los femeninos, según el contexto en que se hallen incluidos.

Existen símbolos de difusión universal, que se hallan en los sueños de todos los individuos pertenecientes a un mismo grado de civilización o que hablan un mismo idioma, y otros de limitadísima aparición individual, que han sido formados por el sujeto aislado utilizando su material de representaciones propio.

Entre los primeros se distinguen aquéllos cuya aparición a representar lo sexual se halla suficientemente justificada por los usos del idioma (por ejemplo, los símbolos procedentes de la agricultura: reproducción, semilla), y otros cuya relación con lo sexual parece alcanzar a los más antiguos tiempos y a las más oscuras profundidades de la formación de nuestros conceptos. La fuerza creadora de símbolos no ha desaparecido aún en nuestros días. Puede observarse que determinados descubrimientos modernos (tales como los globos dirigibles) son elevados en el acto a la categoría de símbolos sexuales de empleo universal.

Es equivocado esperar que un más fundamental conocimiento del simbolismo del sueño («del lenguaje de los sueños») nos permita prescindir de interrogar al sujeto por sus asociaciones y nos conduzca de nuevo y por completo a la técnica de la antigua interpretación de los sueños. Aparte de los símbolos individuales y de las variantes en el empleo de los universales, no se sabe nunca si un elemento del sueño debe interpretarse simbólicamente o conforme a su verdadero sentido, y se sabe, en cambio, con seguridad, que no todo el contenido del sueño debe interpretarse simbólicamente. El conocimiento del simbolismo del sueño nos proporcionará tan sólo la traducción de algunos componentes del contenido manifiesto, pero no hará innecesarias las reglas técnicas antes expuestas. En cambio, constituiría el más importante medio auxiliar de la interpretación en aquellos casos en que faltan o son insuficientes las ocurrencias del sujeto.

El simbolismo del sueño resulta también imprescindible para la inteligencia de los llamados sueños «típicos» de los hombres y de los sueños «repetidos» del individuo aislado. Si el estudio de la forma expresiva simbólica del sueño ha resultado demasiado incompleto en esta breve exposición, ello está justificado por un hecho que pertenece a los más importantes entre los que con estos problemas se relacionan. El simbolismo onírico va mucho más allá de los sueños. No pertenece a ellos como cosa propia, sino que domina de igual manera la representación en las fábulas, mitos y leyendas, en los chistes y en el folklore, permitiéndonos descubrir las relaciones íntimas del sueño con estas producciones. Mas debemos tener en cuenta que no constituye un producto de la elaboración del sueño, sino que es una peculiaridad —probablemente de nuestro pensamiento inconsciente— que proporciona a dicha elaboración el material para la condensación, el desplazamiento y la dramatización^[549].

XIII

NO aspiro a haber esclarecido todos los problemas de los sueños, ni tampoco a haber resuelto convincentemente lo expuesto y discutido en estos ensayos. Aquéllos a quienes interese la literatura sobre los sueños en toda su amplitud pueden consultar el libro de Sancte de Sanctis titulado *I sogni* (Turin, 1899), y los que quieran hallar una más honda cimentación de la teoría por mi expuesta pueden ver mi obra titulada *La interpretación de los sueños*. Por último, indicaré en qué dirección creo debe proseguirse la labor investigadora.

Cuando fijo como labor de una interpretación de los sueños la sustitución del sueño por las ideas latentes del mismo, o sea la solución de lo que la elaboración del sueño ha tejido, planteo, por un lado, una serie de nuevos problemas psicológicos que se refieren tanto al mecanismo de esta elaboración del sueño como a la naturaleza y condiciones de la llamada represión, y por otro lado, afirmo la existencia de las ideas latentes como un rico material de formaciones psíquicas del orden más elevado, y provistas de todas las características de una función intelectual, material que escapa a la conciencia hasta que le da noticias de sí por medio del contenido del sueño. Debo asimismo admitir que tales pensamientos existen en todo individuo, dado que casi todos los hombres, hasta los más normales, sueñan. A lo inconsciente de las ideas del sueño y a su relación con la conciencia y con la representación se enlazan otros problemas de gran importancia para la Psicología, pero cuya solución habrá de aplazarse hasta que el análisis haya esclarecido la génesis de otras formaciones psicopáticas, tales como los síntomas histéricos y las ideas obsesivas.

XIX

UNA PREMONICIÓN ONÍRICA CUMPLIDA^[550]

1899 [1941]

LA señora de B., una excelente persona, dotada además de agudo sentido crítico, me refiere, sin conexión aparente con el resto de la conversación y sin ninguna segunda intención, que en cierta oportunidad, hace ya algunos años, soñó que se encontraba con su amigo y antiguo médico de cabecera, el doctor K., en plena Kärntnerstrasse^[551], ante la tienda de Hies. A la mañana siguiente, pasando por esa calle, se encuentra efectivamente con dicha persona en el mismo lugar que en el sueño. He aquí el tema del sucedido. Sólo agregaré que ningún hecho ulterior vino a revelar el significado de esta coincidencia milagrosa, o sea que la misma no puede ser explicada por nada ocurrido en el futuro.

El análisis del sueño es facilitado por el interrogatorio, que establece la imposibilidad de demostrar que haya tenido el menor recuerdo del sueño antes de su paseo, es decir, durante la mañana siguiente a la noche en la cual lo soñó. Tal demostración consistiría, por ejemplo, en haber anotado o comunicado a alguien el sueño antes de que se cumpliera su premonición. Por el contrario, la señora en cuestión debe aceptar sin reparos la siguiente sucesión de los hechos, que considero la más probable. Una mañana se pasea por la Kämtnerstrasse y se encuentra con su viejo médico de familia ante la tienda de Hies. Al verlo, se siente convencida de que la noche anterior ha soñado con ese preciso encuentro en ese mismo lugar. De acuerdo con las reglas vigentes para la interpretación de los síntomas neuróticos, tal convicción debe considerarse como justificada. Su

contenido, empero, requiere una interpretación.

Entre los antecedentes de la señora de B. hay un episodio relacionado con el doctor K. Siendo aún joven, fue casada sin su pleno consentimiento con un hombre de cierta edad, pero adinerado, el cual pocos años después perdió su fortuna, enfermó de tuberculosis y murió. Durante varios años, la joven esposa tuvo que mantenerse a sí misma y a su marido enfermo dando clases de música. Con todo, halló amigos en su infortunio, uno de los cuales fue su médico de familia, el doctor K., que se dedicó a la asistencia del marido y la vinculó a ella con sus primeros alumnos. Otro amigo era un abogado, por coincidencia también un doctor K., que puso algún orden en las caóticas finanzas del comerciante arruinado, pero al mismo tiempo cortejó a la joven mujer y también despertó en ella la pasión por primera y última vez. Este amorío no llegó a hacerla realmente feliz, pues los escrúpulos creados por su educación y por su mentalidad le impidieron abandonarse a su pasión mientras estaba casada, y también más tarde, cuando ya era viuda. En la misma ocasión en la cual me narró el sueño, la señora de B. refirió asimismo una ocurrencia real de ese período desgraciado de su vida, ocurrencia que, en su opinión, encierra también una notable coincidencia. Hallábase en su cuarto, arrodillada en el suelo, con la cabeza reclinada en un sillón, y sollozaba presa de apasionado anhelo por su amigo y protector, el abogado, cuando en ese mismo momento se abrió la puerta, al venir éste a visitarla. Nada de extraño vemos en tal coincidencia, si consideramos cuán frecuentemente ella pensaba en él y cuán a menudo éste le habrá visitado. Además, casualidades como ésta, que parecen preconcertadas, se encuentran en todas las historias amorosas. Sin embargo, esta coincidencia quizá represente el verdadero contenido de su sueño y el único fundamento de su convicción de que aquél llegó a cumplirse.

Entre dicha escena, en la cual se cumple un deseo, y este sueño median más de veinticinco años. En el ínterin, la señora de B. llegó a enviudar de un segundo marido, que le dejó un hijo y cierta fortuna. El afecto de la anciana señora sigue dedicado a aquel doctor K., que es ahora su consejero y administrador de sus bienes, y a quien suele ver a menudo. Supongamos que durante los días anteriores al sueño esperó una visita de él, pero que ésta no haya tenido lugar, pues el antiguo cortejante ya no se muestra, ni mucho menos, tan asiduo. Es posible entonces que durante la noche haya tenido un sueño nostálgico que la transportó a los tiempos idos. Su sueño se refirió con toda probabilidad a una cita de la época de su pasión, y la cadena de las ideas oníricas conduce hacia

aquella ocasión, en la cual, sin ningún concierto previo, él llegó precisamente en el momento en que más lo anhelaba. Es probable que actualmente tenga a menudo sueños de esta especie; forman parte del castigo diferido con el cual la mujer paga su crueldad juvenil. Tales sueños, sin embargo, siendo derivados de una corriente coartada de ideas y plenos de reminiscencias a aquellas citas que ya no gusta recordar después de su segundo matrimonio, son eliminados apenas se halla despierta. Posiblemente esto haya ocurrido también con nuestro sueño pretendidamente profético. Luego sale de paseo, y en un punto de la Kärntnerstrasse, que en sí mismo no tiene importancia, se encuentra con su viejo médico de familia, el doctor K., a quien no ha visto desde hace tiempo. Éste se halla íntimamente vinculado a las excitaciones de aquel período feliz y desgraciado a un tiempo, pues también él fue un protector, y podemos aceptar que en sus pensamientos, quizá también en sus sueños, ella lo use como un personaje encubridor, tras el cual oculta la figura más amada del otro doctor K. Este encuentro reanima entonces su recuerdo del sueño. Ella tiene que haber pensado: «Es cierto: anoche he soñado en mi cita con el doctor K». Pero este recuerdo debe sufrir la misma deformación a la cual el sueño sólo pudo escapar merced a que ni siquiera fue recordado. En lugar del amado K. coloca al K. indiferente, que es quien le ha recordado el sueño; el contenido mismo del sueño —la cita— se transfiere a la convicción de haber soñado precisamente con ese lugar, pues una cita consiste en que dos personas acudan a un tiempo a un mismo lugar. Si en tal caso surge la impresión de que una premonición onírica ha llegado a cumplirse, ello sólo significa la reactivación de su recuerdo de aquella escena en la cual había anhelado, sollozando, su presencia, y tal anhelo inmediatamente se había cumplido.

Así, la creación de un sueño después del suceso al cual se refiere, como único mecanismo que posibilita los sueños proféticos, no es sino una forma más de la censura que permite al sueño la irrupción a la consciencia.

10 de noviembre de 1899.

XX

PSICOPATOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA^[552]

1900-1901 [1901]

*Nun ist die Luft von solchem Spuk so voll,
Daß niemand weiß, wie er ihn meiden soll*^[553].

I. —OLVIDO DE NOMBRES PROPIOS

EN el año 1898 publiqué en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie* un pequeño trabajo, titulado «Sobre el mecanismo psíquico del olvido», que quiero reproducir aquí, utilizándolo como punto de partida para más amplias investigaciones. Examinaba en dicho ensayo, sometido al análisis psicológico, un ejemplo observado directamente por mí mismo, el frecuente caso de olvido temporal de un nombre propio, y llegaba a la conclusión de que estos casos de falla de una función psíquica —de la memoria—, nada gratos ni importantes en la práctica, admitían una explicación que iba más allá de la usual valoración atribuida a tales fenómenos.

Si no estoy muy equivocado, un psicólogo a quien se pregunta cómo es que con mucha frecuencia no conseguimos recordar un nombre propio que, sin embargo, estamos ciertos de conocer, se contentaría con responder que los nombres propios son más susceptibles de ser olvidados que otro cualquier contenido de la memoria, y expondría luego plausibles razones para fundamentar esta preferencia del olvido; pero no sospecharía más amplia determinación de tal

hecho.

Por mi parte he tenido ocasión de observar, en minuciosas investigaciones sobre el fenómeno del olvido temporal de los nombres, determinadas particularidades que no en todos, pero sí en muchos de los casos, se manifiestan con claridad suficiente. En tales casos sucede que no sólo *se olvida*, sino que, además, *se recuerda erróneamente*. A la conciencia del sujeto que se esfuerza en recordar el nombre olvidado acuden otros —*nombres sustitutivos*— que son rechazados en el acto como falsos, pero que, sin embargo, continúan presentándose en la memoria con gran tenacidad. El proceso que os había de conducir a la reproducción del nombre buscado se ha *desplazado*, por decirlo así, y nos ha llevado hacia un sustitutivo erróneo. Mi opinión es que tal desplazamiento no se halla a merced de un mero capricho psíquico cualquiera, sino que sigue determinadas trayectorias regulares y perfectamente calculables, o, por decirlo de otro modo, presumo que los nombres sustitutivos están en visible conexión con el buscado, y si consigo demostrar la existencia de esta conexión, espero quedará hecha la luz sobre el proceso y origen del olvido de nombres.

En el ejemplo que en 1898 elegí para someterlo al análisis, el nombre que inútilmente me había esforzado en recordar era el del artista que en la catedral de Orvieto pintó los grandiosos frescos de ‘Las cuatro últimas cosas’. En vez del nombre que buscaba —*Signorelli*— acudieron a mi memoria los de otros dos pintores —*Botticelli* y *Boltraffio*—, que rechacé en seguida como erróneos. Cuando el verdadero nombre me fue comunicado por un testigo de mi olvido, lo reconocí en el acto y sin vacilación alguna. La investigación de por qué influencias y qué caminos asociativos se había desplazado en tal forma la reproducción —desde *Signorelli* hasta *Botticelli* y *Boltraffio*— me dio los resultados siguientes:

a) La razón del olvido del nombre *Signorelli* no debe buscarse en una particularidad del mismo ni tampoco en un especial carácter psicológico del contexto en que se hallaba incluido. El nombre olvidado me era tan familiar como uno de los sustitutivos —*Botticelli*— y mucho más que el otro —*Boltraffio*—, de cuyo poseedor apenas podría dar más indicación que la de su pertenencia a la escuela milanesa. La serie de ideas de la que formaba parte el nombre *Signorelli* en el momento en que el olvido se produjo me parece absolutamente inocente e inapropiada para aclarar en nada el fenómeno producido. Fue en el curso de un viaje en coche desde Ragusa (Dalmacia) a una

estación de la Herzegovina. Iba yo en el coche con un desconocido; trabé conversación con él, y cuando llegamos a hablar de un viaje que había hecho por Italia le pregunté si había estado en Orvieto y visto los famosos frescos de...

b) El olvido del nombre queda aclarado al pensar en el tema de nuestra conversación, que precedió inmediatamente a aquel otro en que el fenómeno se produjo, y se explica como *una perturbación del nuevo tema por el anterior*. Poco antes de preguntar a mi compañero de viaje si había estado en Orvieto, habíamos hablado de las costumbres de los turcos residentes en *Bosnia* y en la *Herzegovina*. Yo conté haber oído a uno de mis colegas, que ejercía la Medicina en aquellos lugares y tenía muchos clientes turcos, que éstos suelen mostrarse llenos de confianza en el médico y de resignación ante el destino. Cuando se les anuncia que la muerte de uno de sus deudos es inevitable y que todo auxilio es inútil, contestan: «¡Señor (*Herr*), qué le vamos a hacer! ¡Sabemos que si hubiera sido posible salvarle, le hubierais salvado!» En estas frases se hallan contenidos los siguientes nombres: *Bosnia*, *Herzegovina* y *Señor (Herr)*, que pueden incluirse en una serie de asociaciones entre *Signorelli*, *Botticelli* y *Boltraffio*.

c) La serie de ideas sobre las costumbres de los turcos en Bosnia, etc., recibió la facultad de perturbar una idea inmediatamente posterior, por el hecho de haber yo apartado de ella mi atención sin haberla agotado. Recuerdo, en efecto, que antes de mudar de tema quise relatar una segunda anécdota que reposaba en mi memoria al lado de la ya referida. Los turcos de que hablábamos estiman el placer sexual sobre todas las cosas, y cuando sufren un trastorno de este orden caen en una desesperación que contrasta extrañamente con su conformidad en el momento de la muerte. Uno de los pacientes que visitaba mi colega le dijo un día: «Tú sabes muy bien, señor (*Herr*), que cuando eso no es ya posible pierde la vida todo su valor».

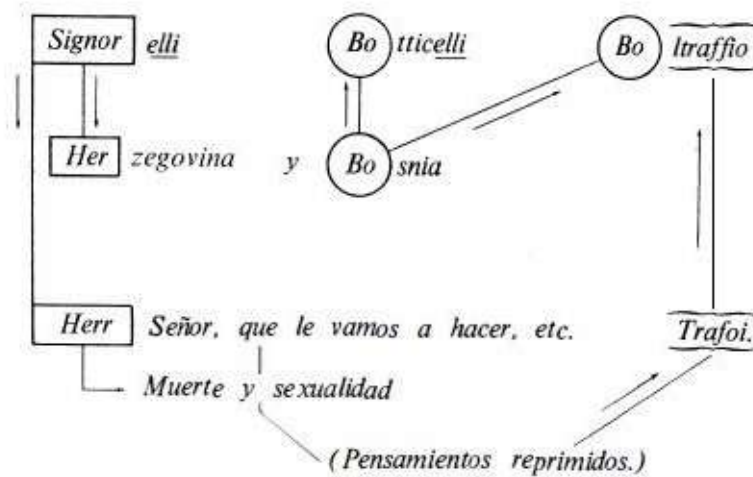
Por no tocar un tema tan escabroso en una conversación con un desconocido reprimí mi intención de relatar este rasgo característico. Pero no fue esto sólo lo que hice, sino que también desvié mi atención de la continuación de aquella serie de pensamientos que me hubiera podido llevar al tema «muerte y sexualidad». Me hallaba entonces bajo los efectos de una noticia que pocas semanas antes había recibido durante una corta estancia en *Trafoi*. Un paciente en cuyo tratamiento había yo trabajado mucho y con gran interés se había suicidado a causa de una incurable perturbación sexual. Estoy seguro de que en todo mi viaje por la Herzegovina no acudió a mi memoria consciente el recuerdo de este triste suceso ni de nada que tuviera conexión con él. Mas la consonancia *Trafoi-*

Boltraffio me obliga a admitir que en aquellos momentos, y a pesar de la voluntaria desviación de mi atención, fue dicha reminiscencia puesta en actividad en mí.

d) No puedo ya, por tanto, considerar el olvido del nombre *Signorelli* como un acontecimiento casual, y tengo que reconocer la influencia de un *motivo* en este suceso. Existían motivos que me indujeron no sólo a interrumpirme en la comunicación de mis pensamientos sobre las costumbres de los turcos, etc., sino también a impedir que se hiciesen conscientes en mí aquellos otros que, asociándose a los anteriores, me hubieran conducido hasta la noticia recibida en Trafoi. Quería yo, por tanto, olvidar algo, y había *reprimido* determinados pensamientos. Claro es que lo que deseaba olvidar era algo muy distinto del nombre del pintor de los frescos de Orvieto; pero aquello que quería olvidar resultó hallarse en conexión asociativa con dicho nombre, de manera que mi volición erró su blanco y *olvidé lo uno contra mi voluntad*, mientras quería *con toda intención* olvidar lo otro. La repugnancia a recordar se refería a un objeto, y la incapacidad de recordar surgió con respecto a otro. El caso sería más sencillo si ambas cosas, rechazo e incapacidad, se hubieran referido a un solo dato. Los nombres sustitutivos no aparecen ya tan injustificados como antes de estas aclaraciones y aluden (como en una especie de transacción) tanto a lo que quería olvidar como a lo que quería recordar, mostrándome que mi intención de olvidar algo no ha triunfado por completo ni tampoco fracasado en absoluto.

e) La naturaleza de la asociación establecida entre el nombre buscado y el tema reprimido (muerte y sexualidad, etc., en el que aparecen las palabras Bosnia, Herzegovina y Trafoi) es especialmente singular. El siguiente esquema, que publiqué con mi referido artículo, trata de representar dicha asociación.

En este proceso asociativo el nombre *Signorelli* quedó dividido en dos trozos. Uno de ellos (*elli*) reapareció sin modificación alguna en uno de los nombres sustitutivos, y el otro entró —por su traducción *Signor-Herr* (Señor)— en numerosas y diversas relaciones con los nombres contenidos en el tema reprimido; pero precisamente por haber sido traducido no pudo prestar ayuda ninguna para llegar a la reproducción buscada. Su sustitución se llevó a cabo como si se hubiera ejecutado un desplazamiento a lo largo de la asociación de los nombres *Herzegovina* y *Bosnia*, sin tener en cuenta para nada el sentido ni la limitación acústica de las sílabas. Así, pues, los nombres fueron manejados en este proceso de un modo análogo a como se manejan las imágenes gráficas representativas de trozos de una frase con la que ha de formarse un jeroglífico.



La coincidencia no advirtió nada de todo el proceso que por tales caminos produjo los nombres sustitutivos en lugar del nombre *Signorelli*. Tampoco parece hallarse a *primera vista* una relación distinta de esta reaparición de las mismas sílabas o, mejor dicho, series de letras entre el tema en el que aparece el nombre *Signorelli* y el que le precedió y fue reprimido.

Quizá no sea ocioso hacer constar que las condiciones de la reproducción y del olvido aceptadas por los psicólogos, y que éstos creen hallar en determinadas relaciones y disposiciones, no son contradichas por la explicación precedente. Lo que hemos hecho es tan sólo añadir, en ciertos casos, un *motivo* más a los factores hace ya tiempo reconocidos como capaces de producir el olvido de un nombre y además aclarar el mecanismo del recuerdo erróneo. Aquellas disposiciones son también, en nuestro caso, de absoluta necesidad para hacer posible que el elemento reprimido se apodere asociativamente del nombre buscado y lo lleve consigo a la represión. En otro nombre de más favorables condiciones para la reproducción quizá no hubiera sucedido esto. Es muy probable que un elemento reprimido esté siempre dispuesto a manifestarse en cualquier otro lugar; pero no lo logrará sino en aquéllos en los que su emergencia pueda ser favorecida por condiciones apropiadas. Otras veces la represión se verifica sin que la función sufra trastorno alguno o, como podríamos decir justificadamente, sin *síntomas*.

El resumen de las condicionantes del olvido de nombres, acompañado del recuerdo erróneo, será, pues, el siguiente:

- 1.º Una determinada disposición para el olvido del nombre de que se trate.

2.º Un proceso represivo llevado a cabo poco tiempo antes.

3.º La posibilidad de una asociación *externa* entre el nombre que se olvida y el elemento anteriormente reprimido.

Esta última condición no debe considerarse muy importante, pues la asociación externa referida se establece con gran facilidad y puede considerarse existente en la mayoría de los casos. Otra cuestión de más profundo alcance es la de si tal asociación externa puede ser condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre buscado o si no será además necesario que exista más íntima conexión entre los temas respectivos. Una observación superficial haría rechazar el último postulado y considerar suficiente la contigüidad temporal, aun siendo los contenidos totalmente distintos; pero si se profundiza más se hallará que los elementos unidos por una asociación externa (el reprimido y el nuevo) poseen con mayor frecuencia una conexión de contenido. El ejemplo *Signorelli* es una prueba de ello.

El valor de lo deducido de este ejemplo depende, naturalmente, de que lo consideremos como un caso típico o como un fenómeno aislado. Por mi parte debo hacer constar que el olvido de un nombre, acompañado de recuerdo erróneo, se presenta con extrema frecuencia en forma igual a la que nos ha revelado nuestro análisis. Casi todas las veces que he tenido ocasión de observar en mí mismo tal fenómeno he podido explicarlo del mismo modo, esto es, como motivado por represión. Existe aún otro argumento en favor de la naturaleza típica de nuestro análisis, y es el que, a mi juicio, no pueden separarse en principio los casos de olvido de nombres con recuerdo erróneo de aquellos otros en que no aparecen nombres sustitutivos equivocados. Estos surgen espontáneamente en muchos casos, y en los que no, puede forzárselos a emerger por medio de un esfuerzo de atención, y entonces muestran, con el elemento reprimido y el nombre buscado, iguales conexiones que si su aparición hubiera sido espontánea. La percepción del nombre sustitutivo por la conciencia parece estar regulada por dos factores: el esfuerzo de atención y una determinante interna inherente al material psíquico. Esta última pudiera buscarse en la mayor o menor facilidad con la que se constituye la necesaria asociación externa entre los dos elementos. Gran parte de los casos de olvido de nombres sin recuerdo erróneo se unen de este modo a los casos con formación de nombres sustitutivos en los cuales rige el mecanismo descubierto en el ejemplo *Signorelli*.

Sin embargo, no me atreveré a afirmar rotundamente que todos los casos de

olvido de nombres puedan ser incluidos en dicho grupo, pues, sin duda, existen algunos que presentan un proceso más sencillo. Así, pues, creemos obrar con prudencia exponiendo el estado de cosas en la siguiente forma: *Junto a los sencillos olvidos de nombres propios aparecen otros motivados por represión.*

II. —OLVIDO DE PALABRAS EXTRANJERAS

EL léxico usual de nuestro idioma propio parece hallarse protegido del olvido dentro de los límites de la función normal. No sucede lo mismo con los vocablos de un idioma extranjero. En éste todas las partes de la oración están igualmente predispuestas a ser olvidadas. Un primer grado de perturbación funcional se revela ya en la desigualdad de nuestro dominio sobre una lengua extranjera, según nuestro estado general y el grado de nuestra fatiga. Este olvido se manifiesta en una serie de casos siguiendo el mecanismo que el análisis nos ha descubierto en el ejemplo *Signorelli*. Para demostrarlo expondremos un solo análisis de un caso de olvido de un vocablo no sustantivo en una cita latina, análisis al que valiosas particularidades dan un extraordinario interés. Séanos permitido exponer con toda amplitud y claridad el pequeño suceso.

En el pasado verano reanudé, durante mi viaje de vacaciones, mi trato con un joven de extensa cultura y que, según pude observar, conocía algunas de mis publicaciones psicológicas. No sé por qué derroteros llegamos en nuestra conversación a tratar de la situación social del pueblo a que ambos pertenecemos, y mi interlocutor, que mostraba ser un tanto ambicioso, comenzó a lamentarse de que su generación estaba, a su juicio, destinada a la atrofia, no pudiendo ni desarrollar sus talentos ni satisfacer sus necesidades. Al acabar su exaltado y apasionado discurso quiso cerrarlo con el conocido verso virgiliano en el cual la desdichada Dido encomienda a la posteridad su venganza sobre Eneas: *Exoriare...*; pero le fue imposible recordar con exactitud la cita, e intentó llenar una notoria laguna que se presentaba en su recuerdo cambiando de lugar las palabras del verso: *Exoriar(e) ex nostris ossibus ultor!* (Virgilio). Por último, exclamó con enfado: «No ponga usted esa cara de burla, como si estuviera gozándose en mi confusión, y ayúdeme un poco. Algo falta en el verso que deseo citar. ¿Puede usted decírmelo completo?»

En el acto accedí con gusto a ello y dije el verso tal y como es:

—Exoriar(e) *aliquis* nostris ex ossibus ultor! ('Deja que alguien surja de mis huesos como vengador'.)

—¡Qué estupidez olvidar una palabra así! Por cierto que usted sostiene que nada se olvida sin una razón determinante. Me gustaría conocer por qué he olvidado ahora el pronombre indefinido *aliquis*.

Esperando obtener una contribución a mi colección de observaciones, acepté en seguida el reto y respondí:

—Eso lo podemos averiguar en seguida, y para ello le ruego a usted que me vaya comunicando *sinceramente y absteniéndose de toda crítica* todo lo que se le ocurre cuando dirige usted sin intención particular su atención sobre la palabra olvidada^[554].

—Está bien. Lo primero que se me ocurre es la ridiculez de considerar la palabra dividida en dos partes: *a* y *liquis*.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Qué más se le ocurre?

—La cosa continúa: *reliquias-licuefacción-fluido-liquido*. ¿Averiguó usted algo?

—No, ni mucho menos. Pero siga usted.

—Pienso —prosiguió, riendo con burla— en Simón de Trento, cuyas reliquias vi hace dos años en una iglesia de aquella ciudad, y luego en la acusación que de nuevo se hace a los judíos de asesinar a un cristiano cuando llega la Pascua para utilizar su sangre en sus ceremonias religiosas^[555]. Recuerdo después el escrito de *Kleinpaul* en el que se consideran estas supuestas víctimas de los judíos como reencarnaciones o nuevas ediciones, por decirlo así, del Redentor.

—Observará usted que estos pensamientos no carecen de conexión con el tema de que tratábamos momentos antes de no poder usted recordar la palabra latina *aliquis*.

—En efecto, ahora pienso en un artículo que leí hace poco en un periódico italiano. Creo que se titulaba «Lo que dice *San Agustín* de las mujeres». ¿Qué hace usted con este dato?

—Por ahora, esperar.

—Ahora aparece algo que seguramente no tiene conexión alguna con nuestro tema...

—Le ruego prescinda de toda crítica y...

—Lo sé, lo sé. Me acuerdo de un arrogante anciano que encontré la semana pasada en el curso de mi viaje. Un verdadero *original*. Su aspecto es el de una gran ave de rapiña. Si le interesa a usted su nombre, le diré que se llama *Benedicto*.

—Hasta ahora tenemos por lo menos una serie de santos y padres de la Iglesia: *San Simón*, *San Agustín*, *San Benedicto* y *Orígenes*. Además, tres de estos nombres son nombres propios, como también *Pablo (Paul)*, que aparece en *Kleinpaul*.

—Luego se me viene a las mientes San Jenaro y el milagro de su sangre creo que esto sigue ya mecánicamente.

—Déjese usted de observaciones. *San Jenaro* y *San Agustín* tienen una relación en el calendario. ¿Quiere usted recordarme en qué consiste el milagro de la sangre de San Jenaro?

—Lo conocerá usted seguramente. En una iglesia de Nápoles se conserva en una ampolla de cristal la sangre de San Jenaro. Esta sangre se licúa milagrosamente todos los años en determinado día festivo. El pueblo se interesa mucho por este milagro y experimenta gran agitación cuando se retrasa, como sucedió una vez durante una ocupación francesa. Entonces, el general que mandaba las tropas, o no sé si estoy equivocado y fue Garibaldi, llamó aparte a los sacerdotes, y mostrándoles con gesto significativo los soldados que ante la iglesia había apostado, dijo que *esperaba* que el milagro se produciría en seguida, y, en efecto, se produ...

—Siga usted. ¿Por qué se detiene?

—Es que en este instante recuerdo algo que... Pero es una cosa demasiado íntima para comunicársela a nadie. Además, no veo que tenga conexión ninguna con nuestro asunto ni que haya necesidad de contarla...

—El buscar la conexión es cosa mía. Claro que no puedo obligarle a contarme lo que a usted le sea penoso comunicar a otra persona; pero entonces no me pida usted que le explique por qué ha olvidado la palabra *aliquis*.

—¿De verdad? Le diré, pues, que de pronto he pensado en una señora de la cual podría fácilmente recibir una noticia sumamente desagradable para ella y para mí.

—¿Que le ha faltado este mes la menstruación?

—¿Cómo ha podido usted adivinarlo?

—No era difícil. Usted mismo me preparó muy bien el camino. Piense usted

en los santos del calendario, la licuefacción de la sangre en un día determinado, la inquietud cuando el suceso no se produce, la expresiva amenaza de que el milagro tiene que realizarse o que si no... Ha transformado usted el milagro de San Jenaro en un magnífico símbolo del período de la mujer.

—Pero sin darme en absoluto cuenta de ello. ¿Y cree usted que realmente mi temerosa expectación ha sido la causa de no haber logrado reproducir la palabra *aliquis*?

—Me parece indudable. Recuerde usted la división que de ella hizo en *a* y *liquis* y luego las asociaciones: *reliquias*, *licuefacción*, *líquido*. ¿Debo también entretejer en estas asociaciones el recuerdo de Simón Trento, *sacrificado en su primera infancia*?

—Más vale que no lo haga usted. Espero que no tome usted en serio esos pensamientos, si es que realmente los he tenido. En cambio, le confesaré que la señora en cuestión es italiana y que visité Nápoles en su compañía. Pero ¿no puede ser todo ello una pura casualidad?

—Dejo a su juicio el determinar si toda esa serie de asociaciones puede explicarse por la intervención de la casualidad. Mas lo que sí le advierto es que todos y cada uno de los casos semejantes que quiera usted someter al análisis le conducirán siempre al descubrimiento de «casualidades» igualmente extrañas^[556].

Estamos muy agradecidos a nuestro compañero de viaje por su autorización para hacer público uso de este pequeño análisis, que estimamos en mucho, dado que en él pudimos utilizar una fuente de observación cuyo acceso nos está vedado de ordinario. En la mayoría de los casos nos vemos obligados a poner como ejemplos de aquellas perturbaciones psicológicas de las funciones en el curso de la vida cotidiana que aquí reunimos, observaciones verificadas en nuestra propia persona, pues evitamos servirnos del rico material que nos ofrecen los enfermos neuróticos que a nosotros acuden, por temor a que se nos objete que los fenómenos que expusiéramos eran consecuencias y manifestaciones de la neurosis. Es, por tanto, de gran valor para nuestros fines el que se ofrezca como objeto de tal investigación una persona fuera de nosotros y mentalmente sana. El análisis que acabamos de exponer es, además, de gran importancia, considerado desde otro punto de vista. Aclara, en efecto, un caso de olvido de una palabra *sin* recuerdos sustitutivos y confirma nuestra anterior afirmación de que la emergencia o la falta de recuerdos sustitutivos equivocados

no puede servir de base para establecer una diferenciación esencial^[557].

El principal valor del ejemplo *aliquis* reside, sin embargo, en algo distinto de su diferencia con el caso *Signorelli*. En este último la reproducción del nombre se vio perturbada por los efectos de una serie de pensamientos que había comenzado a desarrollarse poco tiempo antes y que fue interrumpida de repente, pero cuyo contenido no estaba en conexión con el nuevo tema, en el cual estaba incluido el nombre *Signorelli*. Entre el tema reprimido y el del nombre olvidado existía tan sólo una relación de contigüidad temporal, y ésta era suficiente para que ambos temas pudieran ponerse en contacto por medio de una asociación externa^[558]. En cambio, en el ejemplo *aliquis* no se observa huella ninguna de tal tema, independiente y reprimido, que, habiendo ocupado el pensamiento consciente inmediatamente antes, resonara después, produciendo una perturbación. El trastorno de la reproducción surge aquí del interior del tema tratado y a causa de una contradicción inconsciente que se alza frente al deseo expresado en la cita latina. El orador, después de lamentarse de que la actual generación de su patria sufriera, a su juicio, una disminución de sus derechos, profetizó, imitando a Dido, que la generación siguiente llevaría a cabo la venganza de los oprimidos. Por tanto, había expresado su deseo de tener descendencia. Pero en el mismo momento se interpuso un pensamiento contradictorio: «En realidad, ¿deseas tan vivamente tener descendencia? Eso no es cierto. ¡Cuál no sería tu confusión si recibieras la noticia de que estabas en camino de obtenerla en la persona que tú sabes! No, no; nada de descendencia, aunque sea necesario para nuestra venganza». Esta contradicción muestra su influencia haciendo posible, exactamente como en el ejemplo *Signorelli*, una asociación externa entre uno de sus elementos de representación y un elemento del deseo contradicho, lográndolo en este caso de un modo altamente violento y por medio de un rodeo asociativo, aparentemente artificioso. Una segunda coincidencia esencial con el ejemplo *Signorelli* resulta del hecho de provenir la contradicción de fuentes reprimidas y partir de pensamientos que motivarían una desviación de la atención. Hasta aquí hemos tratado de la diferencia e interno parentesco de los dos paradigmas del olvido de nombres. Hemos aprendido a conocer un segundo mecanismo del olvido: la perturbación de un pensamiento por una contradicción interna proveniente de lo reprimido. En el curso de estas investigaciones volveremos a hallar repetidas veces este hecho, que nos parece el más fácilmente comprensible.

III. —OLVIDO DE NOMBRES Y DE SERIES DE PALABRAS^[559]

EXPERIENCIAS como la anteriormente relatada sobre el proceso del olvido de un trozo de una frase en idioma extranjero excitan la curiosidad de comprobar si el olvido de frases del idioma propio demanda o no una explicación esencialmente distinta. No suele causar asombro el no poder reproducir sino con lagunas e infidelidades una fórmula o una poesía aprendidas de memoria tiempo atrás. Mas como este olvido no alcanza por igual a la totalidad de lo aprendido, sino que parece asimismo desglosar de ello trozos aislados, pudiera ser de interés investigar analíticamente algunos ejemplos de tal reproducción defectuosa.

Uno de mis colegas, más joven que yo, expresó, en el curso de una conversación conmigo, la presunción de que el olvido de poesías escritas en la lengua materna pudiera obedecer a motivos análogos a los que produce el olvido de elementos aislados de una frase de un idioma extranjero, y se ofreció en el acto como objeto de una experiencia que aclarase su suposición. Preguntado con qué poesía deseaba que hiciéramos la prueba, eligió *La prometida de Corinto* (Goethe), composición muy de su agrado y de la que creía poder recitar de memoria por lo menos algunas estrofas. Ya al comienzo de la reproducción surgió una dificultad realmente singular: «¿Es —me preguntó mi colega— ‘de Corinto a Atenas’ o ‘de Atenas a Corinto’?» También yo vacilé por un momento, hasta que, echándome a reír, observé que el título de la poesía, *La prometida de Corinto*, no dejaba lugar a dudas sobre el itinerario seguido por el novio para llegar al lado de ella. La reproducción de la primera estrofa se verificó luego sin tropiezo alguno o, por lo menos, sin que notásemos ninguna infidelidad. Después de la primera línea de la segunda estrofa se detuvo el recitador, y pareció buscar la continuación durante unos instantes; pero en seguida prosiguió diciendo:

Mas ¿será bien recibido por sus huéspedes
ahora que cada día trae consigo algo nuevo?
El es aún pagano, como todos los suyos,
y aquéllos son ya cristianos y están bautizados.

Desde la segunda línea había yo ya sentido cierta extrañeza, y al terminar la

cuarta convinimos ambos en que el verso había sufrido una deformación; pero no siéndonos posible corregirla de memoria, nos trasladamos a mi biblioteca para consultar el original de Goethe, y hallamos con sorpresa que el texto de la segunda línea de la estrofa era en absoluto diferente del producido por la memoria de mi colega y había sido sustituido por algo que, al parecer, no tenía la menor relación con él.

El texto verdadero es como sigue:

Mas ¿será bien recibido por sus huéspedes
si no compra muy caro su favor?

Con «compra» (*erkauft*) rima «bautizados» (*getauft*), y además me pareció muy extraño que la *constelación* paganos, cristianos y bautizados hubiese ayudado tan poco al recitador a reconstruir con acierto el texto.

«¿Puede usted explicarse —pregunté a mi compañero— cómo ha podido usted borrar tan por completo todo un verso de una poesía que le es perfectamente conocida? ¿Sospecha usted de que contexto ha podido usted sacar la frase sustitutiva?»

Podía, en efecto, explicar lo que creía motivo del olvido sufrido de la sustitución efectuada, y, forzándose visiblemente por tener que hablar de cosas poco agradables para él, dijo lo que sigue:

—La frase «ahora que cada día trae consigo algo nuevo» no me suena como totalmente desconocida; he debido de pronunciarla hace poco refiriéndome a mi situación profesional, pues ya sabe usted que mi clientela ha aumentado mucho en estos últimos tiempos, cosa que, como es natural, me tiene satisfecho. Vamos ahora a la cuestión de cómo ha podido introducirse esta frase en sustitución de la verdadera. También aquí creo poder hallar una conexión. La frase «si no compra muy caro su favor» era, sin duda alguna, desagradable para mí, por poderse relacionar con el siguiente hecho: Tiempo atrás pretendí la mano de una mujer y fui rechazado. Ahora que mi situación económica ha mejorado mucho proyecto renovar mi petición. No puedo hablar más sobre este asunto; pero con lo dicho comprenderá que no ha de ser muy agradable para mí, si ahora soy aceptado, el pensar que tanto la negativa anterior como el actual consentimiento han podido obedecer a una especie de cálculo.

Esta explicación me pareció aclarar lo sucedido sin necesidad de conocer más minuciosos detalles. Pero, sin embargo, pregunté: «¿Y qué razón le lleva a

usted a inmiscuir su propia persona y sus asuntos privados en el texto de *La prometida de Corinto*? ¿Existe quizá también en su caso aquella diferencia de creencias religiosas que constituyen uno de los temas de la poesía?»

(Cuando surge una nueva fe,
el amor y la fidelidad son, con frecuencia,
arrancados como perversa cizaña.)

Esta vez no había yo acertado; pero fue curioso observar cómo una de mis preguntas, yendo bien dirigida, iluminó el espíritu de mi colega de tal manera, que le permitió contestarme con una explicación que seguramente había permanecido hasta entonces oculta para él. Mirándome con expresión atormentada y en la que se notaba algún despecho, murmuró como para sí mismo los siguientes versos, que aparecen algo más adelante en la poesía goethiana:

Mírala bien.
Mañana habrá ella encanecido^[560].

Y añadió a poco: «Ella es algo mayor que yo».

Para no penarle más desistí de proseguir la investigación. Además, el caso me pareció suficientemente aclarado. Lo más sorprendente de él era ver cómo el esfuerzo efectuado para hallar la causa de un inocente fallo de la memoria había llegado a herir cuestiones particulares del sujeto de la experiencia, tan lejanas al contenido de ésta y tan íntimas y penosas.

C. G. Jung expone otro caso de olvido de varias palabras consecutivas de una poesía conocida, que quiero copiar aquí tal y como él lo relata^[561].

«Un señor quiere recitar la conocida poesía ‘Un pino se alza solitario...’ etcétera. Al llegar a la línea que comienza Dormita...’ se queda atascado, sin poder continuar. Ha olvidado por completo las palabras siguientes: ‘envuelto en blanco manto’. Este olvido de un verso tan vulgarizado me pareció extraño e hice que la persona que lo había sufrido me comunicase todo aquello que se le fuese ocurriendo al fijar su atención en las palabras olvidadas, las cuales le recordé, obteniendo la serie siguiente: Ante las palabras ‘envuelto en blanco manto’, en lo primero que pienso es en un sudario —un lienzo blanco en el que se envuelve a los muertos—. (*Pausa.*) Luego, en un íntimo amigo mío. Su

hermano ha muerto hace poco de repente; dicen que de una apoplejía. Era *también* muy corpulento. Mi amigo lo es *también*, y varias veces he pensado que podía sucederle lo mismo. Hace una vida muy sedentaria. Cuando me enteré de la muerte de su hermano, me entró el temor de que algún día pudiera yo sufrir igual muerte, pues en mi familia tenemos tendencia a la obesidad, y mi abuelo murió *asimismo* de una apoplejía. También yo me encuentro demasiado grueso y he emprendido en estos días una cura para adelgazar».

Vemos, pues —comenta Jung—, que el sujeto se había identificado en el acto inconscientemente con el pino envuelto en un blanco sudario.

El ejemplo que a continuación exponemos, y que debemos a nuestro amigo S. Ferenczi, de Budapest, se refiere, a diferencia de los anteriores, a una frase no tomada de la obra de un poeta, sino pronunciada por el propio sujeto, que luego no logra recordarla. Además, nos presenta el caso, no muy común, en que el olvido se pone al servicio de nuestra discreción en momentos en que ésta se ve amenazada del peligro de sucumbir a una caprichosa veleidad. De este modo, la falla se convierte en una función útil, y cuando nuestro ánimo se serena hacemos justicia a aquella corriente interna, que anteriormente sólo podía exteriorizarse por una falla, un olvido, o sea una impotencia psíquica.

«En una reunión se mencionó la frase *Tout comprende c'est tout pardonner*. Al oírla hice la observación de que con la primera parte bastaba, siendo un acto de soberbia el meterse a perdonar; misión que se debía dejar a Dios y a los sacerdotes. Uno de los presentes halló muy acertada mi observación, lo cual me animó a seguir hablando, y probablemente para asegurarme la buena opinión del benévolo crítico, le comuniqué que poco tiempo antes había tenido una ocurrencia aún más ingeniosa. Pero cuando quise comenzar a relatarla no conseguí recordar nada de ella. En el acto me retiré un poco de la reunión y anoté las asociaciones encubridoras. Primero acudió el nombre del amigo y el de la calle de Budapest, que fueron testigos del nacimiento de la ocurrencia buscada, y después, el nombre de otro amigo, Max, al que solemos llamar familiarmente Maxi. Este nombre me condujo luego a la palabra *máxima* y al recuerdo de que en aquella ocasión se trataba también, como en la frase inicial de este caso, de la transformación de una máxima muy conocida. Por un extraño proceso, en vez de ocurrírseme a continuación una máxima cualquiera, recordé la frase siguiente: 'Dios creó al hombre a su imagen', y su transformación: 'El hombre creó a Dios a la suya'. Acto seguido surgió el recuerdo buscado, que se

refería a lo siguiente:

»Un amigo mío me dijo, paseando conmigo por la calle de Andrassy: ‘Nada humano me es ajeno’, a lo cual respondí yo, aludiendo a las experiencias psicoanalíticas: ‘Debías continuar y reconocer que tampoco nada animal te es ajeno’.

»Después de haber logrado de este modo hacerme con el recuerdo buscado, me fue imposible relatarlo en la reunión en que me hallaba. La joven esposa del amigo, a quien yo había llamado la atención sobre la animalidad de lo inconsciente, estaba también entre los presentes, y yo sabía que se hallaba poco preparada para el conocimiento de tales poco halagadoras opiniones. El olvido sufrido me ahorró una serie de preguntas desagradables que no hubiera dejado de dirigirme y quizá una inútil discusión, lo cual fue, sin duda, el motivo de mi amnesia temporal.

»Es muy interesante el que se presentase como idea encubridora una frase que rebaja la divinidad hasta considerarla como una invención humana, al par que en la frase buscada se alude a lo que de animal hay en el hombre. Ambas frases tienen, por tanto, común una idea de *capitis diminutio* (privar a uno del status), y todo el proceso es, sin duda, la continuación de la serie de ideas sobre el comprender y el perdonar, sugeridas por la conversación.

»El que en este caso surgiese tan rápidamente lo buscado débese, quizá, a que en el acto de ocurrir el olvido abandoné momentáneamente la reunión, en la que se ejercía una censura sobre ello, para retirarme a un cuarto solitario».

He analizado numerosos casos de olvido o reproducción incorrecta de varias palabras de una frase, y la conformidad de los resultados de estas investigaciones me inclina a admitir que el mecanismo del olvido, descubierto al analizar los casos de *aliquis* y de *La prometida de Corinto*, posee validez casi universal. No es fácil publicar con frecuencia tales ejemplos de análisis, dado que, como se habrá visto por los anteriores, conducen casi siempre a asuntos íntimos del analizado, y a veces hasta desagradables y penosos para él; razón por la cual no añadiré ningún otro a los ya expuestos. Lo que de común tienen todos estos casos, sin distinción del material, es que lo olvidado o deformado entra en conexión, por un camino asociativo cualquiera, con un contenido psíquico inconsciente, del que parte aquella influencia que se manifiesta en forma de olvido.

Volveré, pues, al olvido de nombres, cuya casuística y motivos no han quedado aún agotados por completo, y como esta clase de rendimientos fallidos (*Fehlleistungen*) los puedo observar con bastante frecuencia en mí mismo, no he de hallarme escaso de ejemplos que exponer a mis lectores. Las leves jaquecas que padezco suelen anunciarse unas horas antes de atacarme por el olvido de nombres, y cuando llegan a su punto cumbre, si bien no son lo suficientemente intensas para obligarme a abandonar el trabajo, me privan con frecuencia de la facultad de recordar todos los nombres propios. Casos como este mío pudieran hacer surgir una vigorosa objeción a nuestros esfuerzos analíticos. ¿No habrá, acaso, que deducir de él que la causa de los olvidos, y en especial del olvido de nombres, está en una perturbación circulatoria o funcional del cerebro y que, por tanto, no hay que molestarse en buscar explicaciones psicológicas a tales fenómenos? Mi opinión es en absoluto negativa, y creo que ello equivaldría a confundir el mecanismo de un proceso, igual en todos los casos, con las condiciones variables, y no evitablemente necesarias, que puedan favorecer su desarrollo. En vez de discutir con detención la objeción expuesta, voy a exponer una comparación, con la que creo quedará más claramente anulada.

Supongamos que he cometido la imprudencia de ir a pasear de noche por los desiertos arrabales de una gran ciudad y que, atacado por unos ladrones, me veo despojado de mi dinero y mi reloj. En el puesto de Policía más próximo hago luego la denuncia con las palabras siguientes: «En tal o cual calle, *la soledad y la oscuridad* me han robado el reloj y el dinero». Aunque con esto no diga nada inexacto, correría el peligro de ser considerado —juzgándome por la manera de hacer la denuncia— como un completo chiflado. La correcta expresión de lo sucedido sería decir que, *favorecidos* por la soledad del lugar y *al amparo* de la oscuridad que en él reinaba, me habían despojado de mi dinero y mi reloj *unos desconocidos malhechores*. Ahora bien: la cuestión del olvido de los nombres es algo totalmente idéntico. Un poder psíquico desconocido, favorecido por la fatiga, la perturbación circulatoria y la intoxicación, me despoja de mi dominio sobre los nombres propios pertenecientes a mi memoria, y este poder es el mismo que en otros casos puede producir igual falla de la memoria, gozando el sujeto de perfecta salud y completa capacidad mental.

Al analizar los casos de olvido de nombres propios observados en mí mismo, encuentro casi regularmente que el nombre retenido muestra hallarse en relación con un tema concerniente a mi propia persona y que con frecuencia puede

despertar en mí intensas y a veces penosas emociones. Conforme a la acertada y recomendable práctica de la Escuela de Zurich (Bleuler, Jung, Riklin), puedo expresar esta opinión en la forma siguiente: El nombre perdido ha rozado en mí un «complejo personal». La relación del nombre con mi persona es una relación inesperada y facilitada en la mayoría de los casos por una asociación superficial (doble sentido de la palabra o similitud) y puede reconocerse casi siempre como una asociación lateral. Unos cuantos sencillos ejemplos bastarán para aclarar su naturaleza.

1) Un paciente me pidió que le recomendase un sanatorio situado en la Riviera. Yo conocía uno cerca de Génova y recordaba muy bien el nombre del médico alemán que se hallaba al frente de él; pero por el momento me fue imposible recordar el nombre del lugar en que se hallaba emplazado, aunque sabía que lo conocía perfectamente. No tuve más remedio que rogar al paciente que esperase un momento y recurrir en seguida a las mujeres de mi familia para que me dijese el nombre olvidado. ¿Cómo se llama la población próxima a Génova donde tiene el doctor X su pequeño establecimiento en el que tanto tiempo estuvieron en cura las señoras N. y R.? «¡Es muy natural que hayas olvidado el nombre de esa población! —me respondieron—. Se llama *Nervi*».

En efecto, los nervios y las cuestiones relativas a ellos me dan ya de por sí quehacer suficiente.

2) Otro paciente me habló de una cercana estación veraniega y manifestó que, además de las dos posadas más conocidas, existía una tercera, cuyo nombre no podía decirme en aquel momento y a la que estaban ligados para él determinados recuerdos. Yo le discutí la existencia de esta tercera posada, alegando que había pasado siete veranos en la localidad referida y debía conocerla, por tanto, mejor que él. Excitado por mi contradicción, recordó el paciente el nombre de la posada. Se llama *Der Hochwartner*. Al oír su nombre tuve que reconocer que mi interlocutor tenía razón y confesar, además, que durante siete semanas había vivido en la más próxima vecindad de dicha posada; cuya existencia negaba ahora con tanto empeño. ¿Cuál es la razón de haber olvidado tanto la cosa misma como su nombre? Opino que la de que el nombre *Hochwartner* suena muy parecidamente al apellido de uno de mis colegas vieneses dedicado a mi misma especialidad. Es, pues, en este caso, el «complejo profesional» el que había sido rozado en mí.

3) En otra ocasión, al ir a tomar un boleto en la estación Reichenhall, me fue imposible recordar el nombre, muy familiar para mí, de la más próxima estación importante, por la cual había pasado numerosas veces anteriormente, y me vi obligado a buscarlo en un itinerario. El nombre era Rosenheim (casa de rosas). Al verlo descubrí en seguida cuál era la asociación que me lo había hecho olvidar. Una hora antes había estado en casa de una hermana mía que vive cerca de Reichenhall. Mi hermana se llama Rosa y, por tanto, venía de *casa de Rosa* «Rosenheim». Este nombre me había sido robado por el «complejo familiar».

4) Esta influencia depredadora del «complejo familiar» puede demostrarse con una numerosa serie de ejemplos.

Un día acudió a mi consulta un joven, hermano menor de una de mis clientes, al cual yo había visto innumerables veces y al que acostumbraba llamar por su nombre de pila. Al querer después hablar de su visita me fue imposible recordar dicho nombre, que yo sabía no era nada raro, y no pude reproducirlo por más intentos que hice. En vista de ello, al salir a la calle fui fijándome en los nombres escritos en las muestras de las tiendas y en las placas de anuncios hasta reconocer el nombre buscado en cuanto se presentó ante mis ojos. El análisis me demostró que había yo trazado un paralelo entre el visitante y mi propio hermano, paralelo que culminaba en la siguiente pregunta reprimida: «En un caso semejante, ¿se hubiera conducido mi hermano igualmente o hubiera hecho más bien todo lo contrario?» La conexión exterior entre los pensamientos concernientes a la familia extraña y a la mía propia había sido facilitada por el hecho de que en una y otra llevaba la madre igual nombre: el de Amalia. Subsiguientemente comprendí los nombres sustitutivos, Daniel y Francisco, que se habían presentado sin explicación ninguna. Son éstos, así como Amalia, nombres de personajes de *Los bandidos*, de Schiller, y todos ellos están en conexión con una chanza del popular tipo vienés *Daniel Spitzer*.

5) En otra ocasión me fue imposible hallar el nombre de un paciente que pertenecía a asociaciones de juventud. El análisis no me condujo hasta el nombre buscado sino después de un largo rodeo. El paciente me había manifestado su temor de perder la vista. Esto hizo surgir en mí el recuerdo de un joven que se había quedado ciego a consecuencia de un disparo, y a este recuerdo se agregó el de otro joven que se había suicidado de un tiro. Este último individuo se llamaba de igual modo que el primer paciente, aunque no tenía con él parentesco

ninguno. Pero hasta después de haberme dado cuenta de que en aquellos días abrigaba el temor de que algo análogo a estos dos casos ocurriera a una persona de mi propia familia no me fue posible hallar el nombre buscado.

Así, pues, a través de mi pensamiento circula una incesante corriente de «autorreferencia» (*Eigenbeziehung*), de la cual no tengo noticia alguna generalmente, pero que se manifiesta en tales ocasiones de olvido de nombres. Parece como si hubiera algo que me obligase a comparar con mi propia persona todo lo que sobre personas ajenas oigo y como si mis complejos personales fueran puestos en movimiento al percatarse de la existencia de otros. Esto no puede ser una cualidad individual mía, sino que, por el contrario, debe de constituir una muestra de la manera que todos tenemos de comprender lo que nos es ajeno. Tengo motivos para suponer que a otros individuos les sucede en esta cuestión lo mismo que a mí.

El mejor ejemplo de esta clase me lo ha relatado, como una experiencia personal suya, un cierto señor *Lederer*. En el curso de su viaje de novios encontró en Venecia a un caballero a quien conocía, aunque muy superficialmente, y tuvo que presentarle a su mujer. No recordando el nombre de dicho sujeto, salió del paso con un murmullo ininteligible. Mas al encontrarle por segunda vez y no pudiendo esquivarle, le llamó aparte y le rogó le sacase del apuro diciéndole su nombre, que sentía mucho haber olvidado. La respuesta del desconocido demostró que poseía un superior conocimiento de los hombres: «No me extraña nada que no haya podido usted retener mi nombre. Me llamo igual que usted: ¡Lederer!»

No podemos reprimir una impresión ligeramente desagradable cuando encontramos que un extraño lleva nuestro propio nombre. Yo sentí claramente esta impresión al presentármeme un día en mi consulta un señor S. Freud. (De todos modos, hago constar aquí la afirmación de uno de mis críticos, que asegura comportarse en este punto de un modo opuesto al mío.)

6) El efecto de la referencia personal aparece también en el siguiente ejemplo, comunicado por Jung^[562].

«Un cierto señor Y. se enamoró, sin ser correspondido, de una señorita, la cual se casó poco después con el señor X. A pesar de que el señor Y. conoce al señor X., hace ya mucho tiempo y hasta tiene relaciones comerciales con él, olvida de continuo su nombre, y cuando quiere escribirle tiene que acudir a alguien que se lo recuerde».

La motivación del olvido es, en este caso, más visible que en los anteriores, situados bajo la constelación de la referencia personal. El olvido parece ser aquí la consecuencia directa de la animosidad del señor Y. contra su feliz rival. No quiere saber nada de él.

7) El motivo del olvido de un nombre puede ser también algo más sutil; puede ser, por decirlo así, un rencor «sublimado» contra su portador. La señorita I. von K. relata el siguiente caso:

«Yo me he construido para mi uso particular la pequeña teoría siguiente: Los hombres que poseen aptitudes o talentos pictóricos no suelen comprender la música, y al contrario. Hace algún tiempo hablaba sobre esta cuestión con una persona, y le dije: “Mi observación se ha demostrado siempre como cierta, excepto en un caso” Pero al querer citar al individuo que constituía esta excepción no me fue posible recordar su nombre, no obstante saber que se trataba de uno de mis más íntimos conocidos. Pocos días después oí casualmente el nombre olvidado y lo reconocí en el acto como el del destructor de mi teoría. El rencor que inconscientemente abrigaba contra él se manifestó por el olvido de su nombre, en extremo familiar para mí».

8) El siguiente caso, comunicado por Ferenczi, y cuyo análisis es especialmente instructivo, por la explicación de los pensamientos sustitutivos (como Botticelli y Boltraffio en sustitución de Signorelli), muestra cómo por caminos algo diferentes de los seguidos en los casos anteriores conduce la autorreferencia al olvido de un nombre.

«Una señora que ha oído hablar algo de psicoanálisis no puede recordar en un momento dado el nombre del psiquiatra *Jung*».

En vez de este nombre se presentan los siguientes sustitutivos: *Kl (un nombre) -Wilde-Nietzsche-Hauptmann*.

No le comunico el nombre que busca y le ruego me vaya relatando las asociaciones libres que se presenten al fijar su atención en cada uno de los nombres sustitutivos.

Con *Kl*, piensa en seguida en la *señora de R.* y en que es un tanto cursi y afectada, pero que se conserva muy bien para su edad. «No envejece». Como concepto general y principal sobre *Wilde* y *Nietzsche*, habla de «perturbación mental». Después dice irónicamente: «Ustedes, los *freudianos*, investigarán tanto las causas de las enfermedades mentales, que acabarán por volverse también

locos». Y luego: «No puedo resistir a *Wilde* ni a *Nietzsche*. No los comprendo. He oído que ambos eran homosexuales. *Wilde* se rodeaba siempre de muchachos jóvenes (*junge. Leute*)». Aunque al final de la frase ha pronunciado la palabra buscada (aunque en húngaro), no se ha dado cuenta y no le ha servido para recordarla.

Al fijar la atención en el nombre de Hauptmann asocia a él las palabras *mitad* (*Halbe*) y *juventud* (*Jugend*), y entonces, después de dirigir yo su atención sobre la palabra *juventud* (*Jugend*), cae en que *Jung* era el nombre que buscaba.

Realmente, esta señora, que perdió a su marido a los treinta y nueve años y no tiene probabilidades de casarse otra vez, posee motivos suficientes para evitar el recuerdo de todo aquello que se refiera a la *juventud* o a la vejez. Lo interesante del caso es que las asociaciones de los pensamientos sustitutivos del nombre buscado son puramente de contenido, no presentándose ninguna asociación por similitud.

9) Otra distinta y muy sutil motivación aparece en el siguiente ejemplo de olvido de nombre, aclarado y explicado por el mismo sujeto que lo padeció.

«Al presentarme a un examen de Filosofía, examen que consideraba como algo secundario y al margen de mi verdadera actividad, fui preguntado sobre las doctrinas de Epicuro, y después sobre si sabía quién había resucitado sus teorías en siglos posteriores. Respondí que *Pierre Gassendi*, nombre que había oído citar dos días antes en el café como el de un discípulo de Epicuro. El examinador me preguntó, un tanto asombrado, que de dónde sabía eso, y yo le contesté, lleno de audacia, que hacía ya mucho tiempo que me interesaba *Gassendi* y estudiaba sus obras. Todo esto dio como resultado que la nota obtenida en el examen fuera un *magna cum laude*; pero más tarde me produjo, desgraciadamente, una tenaz inclinación a olvidar el nombre de *Gassendi*, motivada, sin duda, por mis remordimientos. Tampoco hubiera debido conocer anteriormente dicho nombre».

Para poder apreciar la intensidad de la repugnancia que el narrador experimenta al recordar este episodio de examen, hay que reconocer lo mucho en que estima ahora su título de doctor y que por muchas otras cosas le sirve de sustituto.

10) Añadiré aquí un ejemplo^[563] de olvido del nombre de una ciudad, ejemplo que no es quizá tan sencillo como los anteriormente expuestos, pero que parecerá verosímil y valioso a las personas familiarizadas con esta clase de

investigaciones. Trátase en este caso del nombre de una ciudad italiana, que se sustrajo al recuerdo a consecuencia de su gran semejanza con un nombre propio femenino, al que se hallaban ligadas varias reminiscencias saturadas de afecto y no exteriorizadas seguramente hasta su agotamiento. El doctor S. Ferenczi, de Budapest, que observó en mí mismo este caso de olvido, lo trató —y muy acertadamente— como un análisis de un sueño o de una idea neurótica.

«Hallándome de visita en casa de una familia de mi amistad, recayó la conversación sobre las ciudades del norte de Italia. Uno de los presentes observó que en ellas se echa de ver aún la influencia austríaca. A continuación se citaron los nombres de algunas de estas ciudades, y al querer yo citar también el de una de ellas, no logré evocarlo, aunque sí recordaba haber pasado en tal ciudad dos días muy agradables, lo cual no parece muy conforme con la teoría freudiana del olvido. En lugar del buscado nombre de la ciudad se presentaron las siguientes ideas: *Capua-Brescia-El león de Brescia*.

Este león lo veía objetivamente ante mí bajo la forma de una *estatua de mármol*; pero observé en seguida que semejaba mucho menos al león del monumento a la Libertad existente en Brescia (monumento que sólo conozco por fotografía) que a otro marmóreo león visto por mí en el *panteón erigido en el cementerio de Lucerna a la memoria de los soldados de la Guardia Suiza muertos en las Tullerías*, monumento del que poseo una reproducción en miniatura. Por último, acudió a mi memoria el nombre buscado: *Verona*.

Inmediatamente me di cuenta de la causa de la amnesia sufrida, causa que no era otra sino una antigua criada de la familia en cuya casa me hallaba en aquel momento. Esta criada se llamaba *Verónica*, en húngaro *Verona*, y me era extraordinariamente antipática por su repulsiva fisonomía, su voz ronca y destemplada y la inaguantable familiaridad a la que se creía con derecho por los muchos años que llevaba en la casa. También me había parecido insoportable la *tiranía* con que trataba a los hijos pequeños de sus amos. Descubierta esta causa de mi olvido, hallé en el acto la significación de los pensamientos sustitutivos.

Al nombre de *Capua* había asociado en seguida *caput mortuum*, pues con frecuencia había comparado la cabeza de Verónica a una calavera. La palabra húngara *kapzsi* (codicioso) había constituido seguramente una determinante del desplazamiento. Como es natural, hallé también aquellos otros caminos de asociación, mucho más directos, que unen *Capua* y *Verona* como conceptos geográficos y palabras italianas de un mismo ritmo.

Esto último sucede asimismo con respecto a *Brescia*. Pero también aquí

hallamos ocultos caminos laterales de las asociaciones de ideas.

Mi antipatía por Verónica llegó a ser tan intensa, que la vista de la infeliz criada me causaba verdadera repugnancia, pareciéndome imposible que su persona pudiese inspirar alguna vez sentimientos afectuosos. Besarla —dije en una ocasión— tiene que provocar *náuseas* (*Brechreiz*). Sin embargo, esto no explica en nada su relación con los muertos de la Guardia Suiza.

Brescia, por lo menos en Hungría, suele unirse no con el león, sino con otra *fiera*. El hombre más odiado en esta tierra, como también en toda la Italia septentrional, es el del general *Haynau*, al cual se le ha dado el sobrenombre de *la hiena de Brescia*. Del odiado *tirano* Haynau nos lleva, pues, una de las rutas mentales, pasando sobre Brescia, hasta la ciudad de Verona, y la otra, pasando por la idea del *animal sepulturero de ronca voz* (que coadyuva a determinar la emergencia de la representación *monumento funerario*), a la calavera y a la desagradable voz de Verónica, tan atropellada por mi inconsciente. Verónica, en su tiempo, reinaba tan tiránicamente en la casa como el general austríaco sobre los libertarios húngaros e italianos.

A *Lucerna* se asocia la idea de un verano que Verónica pasó con sus amos a orillas del lago de los Cuatro Cantones, *en las proximidades de dicha ciudad*. La Guardia Suiza, a la reminiscencia de que sabía tiranizar no sólo a los niños de la casa, sino también a las personas mayores, complaciéndose en el papel de *gardedame*.

Haré constar especialmente que esta mi antipatía hacia Verónica pertenecía conscientemente a cosas ya pasadas y dominadas. Con el tiempo había cambiado Verónica extraordinariamente y modificado sus maneras de tal modo, que al encontrarla (cosa que de todos modos sucedía raras veces) podía yo hablarle con sincera amabilidad. Mi inconsciente conservaba, sin embargo, como generalmente sucede, las impresiones con una mayor tenacidad. Lo inconsciente es rencoroso.

Las Tullerías constituyen una alusión a una segunda personalidad, a una anciana señora francesa que realmente había “guardado” a las señoras de la casa en distintas ocasiones y a la que todas mostraban grandes consideraciones y hasta quizá *temían* un poco. Yo fui durante algún tiempo alumno (*élève*) suyo de conversación francesa. Ante la palabra *élève* recuerdo, además, que en una visita al cuñado del que en aquel momento era mi huésped, residente en la Bohemia septentrional, me hizo reír mucho el que entre la gente del pueblo de aquella comarca se llamara “leones” (*löwen*) a los alumnos (*élèves*) de la escuela forestal

allí existente. Este divertido recuerdo debió de participar en el desplazamiento de *hiena a león*».

11) El ejemplo que va a continuación^[564] muestra cómo un complejo personal que domina al sujeto en un momento determinado puede producir en dicho momento y en cuestiones apartadas de su naturaleza propia el olvido de un nombre.

Dos individuos, mayor el uno y joven el otro, se hallaban conversando sobre sus recuerdos de los bellos e interesantes días que habían vivido durante un viaje que hacía seis meses habían hecho por Sicilia.

—¿Cómo se llama el lugar —preguntó el joven— donde pernoctamos al emprender nuestra excursión a Selinonte? ¿No era *Catalafimi*?

El mayor rechazó este nombre:

—Estoy seguro —dijo— de que no se llamaba así; pero también yo he olvidado cómo, aunque recuerdo perfectamente todos los detalles de nuestra estancia en aquel sitio. Basta que me dé cuenta de que otra persona ha olvidado un nombre para incurrir en igual olvido. Vamos a tratar de buscar éste. El primero que se me ocurre es *Caltanissetta*, que desde luego no es el verdadero.

—No —respondió el joven—; el nombre que buscamos comienza con *w*; por lo menos hay alguna *w* en él.

—No hay ninguna palabra italiana que tenga una *w* —objetó el mayor,

—Es que me he equivocado. Quería decir una *v* en vez de una *w*. Mi lengua materna me hace confundirlas fácilmente.

El mayor presentó nuevas objeciones contra la existencia de una *v* en el nombre olvidado, y dijo luego:

—Creo que ya se me habrán olvidado muchos nombres sicilianos. Vamos a ver. ¿Cómo se llama, por ejemplo, aquel lugar situado sobre una altura y que los antiguos denominaban *Enna*? ¡Ah, ya lo sé: *Castrogiovanni*!

En el mismo momento en que acabó de pronunciar este nombre descubrió el joven el que ambos habían olvidado antes, y exclamó: ¡*Castelvetrano*!, indicando gozosamente a su interlocutor el hecho de que, en efecto, existía en este nombre la letra *v*, como él había afirmado. El mayor dudó aún algunos momentos antes de reconocer el nombre; pero una vez que aceptó su exactitud pudo también explicar la razón de haberlo olvidado.

—Seguramente —dijo— el olvido se debe a que la parte final del nombre, o sea *vetrano*, me recuerda la palabra *veterano*, pues sé que no me gusta pensar en

la vejez y reacciono con extraña intensidad cuando se me hace recordar. Así, hace poco que dije, un tanto inconvenientemente, a un muy querido amigo mío «que hacía ya mucho tiempo que había pasado de los años juveniles», como en venganza de que dicho amigo, en medio de múltiples alabanzas a mi persona, había dicho un día que «yo no era ya precisamente joven^[565]». La prueba de que mi resistencia surgía tan sólo contra la segunda mitad del nombre *Castelvetrano* es que su primera mitad aparece, aunque algo desfigurada, en el nombre sustitutivo *Caltanissetta*.

—¿Y qué le sugiere a usted este nombre sustitutivo por sí mismo? —preguntó el joven.

—Caltanissetta me pareció siempre un apelativo cariñoso aplicable a una muchacha joven —confesó el interlocutor de más edad.

Algún tiempo después añadió éste:

—El nombre moderno de *Enna* era también un nombre sustitutivo. Se me ocurre ahora que el nombre *Castrogiovanni*, que surgió con ayuda de un raciocinio, alude tan expresivamente a *giovane* = joven, como el olvidado nombre *Castelvetrano* = viejo.

De este modo supuso el mayor haber explicado suficientemente su olvido del nombre. Lo que no fue sometido a investigación fue el motivo de que también el joven sufriera igual olvido.

Debemos interesarnos no sólo por los motivos del olvido de nombres, sino por el mecanismo de su proceso. En un gran número de casos se olvida un nombre no porque haga surgir por sí mismo tales motivos, sino porque roza por similitud con otro nombre contra el cual se dirigen aquéllos. Se comprende que tal debilitación de las condiciones favorezca extraordinariamente la aparición del fenómeno. Así sucede en los siguientes ejemplos:

12) Ed. Hitschmann («Dos casos de olvido de nombres», en *Internat. Zeitsch. für Psychoanalyse*, I, 1913).

«El señor N. quiso indicar a una persona el título de la sociedad *Gilhofer y Ranschburg*, libreros; pero por más esfuerzos que hizo no logró acordarse más que del segundo nombre, *Ranschburg*, a pesar de serle muy familiar y conocida la firma completa. Ligeramente molesto por tal olvido, le concedió importancia suficiente para despertar a su hermano, que se había acostado ya, y preguntarle por la primera parte de la firma. El hermano se la dijo en seguida, y al oír la palabra *Gilhofer* recordó N. en el acto la palabra *Gailhof*, nombre de un lugar

donde meses antes había estado de paseo con una atractiva muchacha, paseo lleno de recuerdos para él. La muchacha le había regalado aquel día un objeto sobre el que se hallaban escritas las siguientes palabras: “En recuerdo de las bellas horas pasadas en *Gailhof*” Pocos días antes del olvido que aquí relatamos había N. estropeado considerablemente, al parecer por casualidad, este objeto al cerrar el cajón en que lo guardaba, cosa de la que N., conocedor del sentido de los actos sintomáticos (*Symptomhandlungen*), se reconocía en cierto modo culpable. Se hallaba en estos días en una situación espiritual un tanto ambivalente con respecto a la señorita de referencia, pues, aunque la quería, no compartía su deseo de contraer matrimonio».

13) Doctor Hans Sachs:

«En una conversación sobre Génova y sus alrededores quiso un joven citar el lugar llamado *Pegli*; mas no pudo recordar su nombre sino después de un rato de intenso esfuerzo mental. Al volver a su casa, pensando en aquel enfadoso olvido de un nombre que le era muy familiar, recordó de repente la palabra *Peli*, de sonido semejante a la olvidada. Sabía que *Peli* era el nombre de una isla del mar del Sur, cuyos habitantes han conservado hasta nuestros días algunas extrañas costumbres. Poco tiempo antes había leído una obra de Etnología que trataba de esta cuestión, y pensaba utilizar los datos en ella contenidos para la construcción de una hipótesis original. Recordó asimismo que *Peli* era el lugar en que se desarrollaba la acción de una novela de Lauridos Bruun titulada *Los tiempos más felices de Van Zanten*, novela que le había gustado e interesado grandemente. Los pensamientos que casi sin interrupción le habían ocupado durante todo aquel día se hallaban ligados a una carta que había recibido por la mañana de una señora a la que amaba, carta cuyo contenido le hacía temer que tuviera que renunciar a una entrevista acordada con anterioridad. Después de haber pasado todo el día de perverso humor, salió al anochecer con el propósito de no atormentarse por más tiempo con tan penosos pensamientos y procurar distraerse agradablemente en la reunión en la que luego surgió su olvido del nombre *Pegli*, reunión que se componía de personas a las que estimaba y cuya compañía le era grata. Puede verse claramente que este propósito de distraer sus desagradables pensamientos quedaba amenazada por la palabra *Pegli*, que por similitud había de sugerir en el acto el nombre *Peli*, el cual, habiendo adquirido por su interés etnológico su valor de autorreferencia, encarnaba no sólo ‘los tiempos más felices de Van Zanten’, sino asimismo los de igual condición del joven y,

por tanto, también los temores y cuidados que este último había abrigado durante todo el día. Es muy característico el hecho de que esta sencilla interpretación del olvido no fuera alcanzada por el sujeto hasta que una segunda carta convirtió sus dudas y temores en alegre certeza de una próxima entrevista con la señora de sus pensamientos».

Recordando ante este ejemplo el anteriormente citado, en el que lo olvidado por el sujeto era el nombre del lugar italiano *Nervi*, se ve cómo el doble sentido de una palabra puede ser sustituido por similitud de dos palabras diferentes.

14) Al estallar en 1915 la guerra con Italia pude observar cómo se sustraía de repente a mi memoria una gran cantidad de nombres de poblaciones italianas que de ordinario había podido citar sin esfuerzo alguno. Como otras muchas personas de nacionalidad germánica, acostumbraba yo pasar una parte de las vacaciones en Italia, y no podía dudar de que tal olvido general de nombres italianos fuera la expresión de la comprensible enemistad hacia Italia, en la que se transformaba, por mandato de las circunstancias, mi anterior predilección por dicho país. Al lado de este olvido de nombres directamente motivados, podía observarse también otro, motivado indirectamente y que podía ser referido a la misma influencia. Durante esta época advertí, en efecto, que también me hallaba inclinado a olvidar nombres de poblaciones no italianas, e investigando estos últimos olvidos hallé que tales nombres se ligaban siempre, por próximas o lejanas semejanzas de sonido, a aquellos otros italianos que mis sentimientos circunstanciales me prohibían recordar. De este modo estuve esforzándome un día en recordar el nombre de la ciudad de *Bisenz*, situada en Moravia, y cuando, por fin, logré recordarlo vi en seguida que el olvido debía ponerse a cargo del *Palazzo Bisenzi*, de Orvieto. En este *Palazzo* se encuentra instalado el hotel Belle Arti, en el cual me había hospedado siempre en todos mis viajes a dicha población. Como es natural, los recuerdos preferidos y más agradables habían sido los más fuertemente perjudicados por la transformación de mis sentimientos.

El rendimiento fallido del olvido de nombres puede ponerse al servicio de diferentes intenciones, como nos lo demuestran los ejemplos que siguen:

15) A. J. Storfer (*Zur Psychopathologie des alltags*, en *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*, II, 1944).

OLVIDO DE UN NOMBRE COMO GARANTÍA DEL OLVIDO DE UN PROPÓSITO

«Una señora de Basilea recibió una mañana la noticia de que una amiga suya de juventud, Selma X., de Berlín, acababa de llegar a Basilea en el curso de su viaje de novios, pero que no permanecería en esta ciudad más que un solo día. Por tanto, fue en seguida a visitarla al hotel. Al despedirse por la mañana, quedaron de acuerdo en verse de nuevo por la tarde para pasar juntas las horas restantes hasta la partida de la recién casada berlinesa.

»Mas la señora de Basilea olvidó por completo la cita. Las determinantes de este olvido no me son conocidas; pero en la situación en que la señora se hallaba (encuentro con *una amiga de juventud recién casada*), se hacen posibles multitud de constelaciones típicas, que pueden producir una represión encaminada a evitar la repetición de dicho encuentro. Lo interesante en este caso es un segundo rendimiento fallido que surgió como inconsciente garantía del primero. A la hora en que debía encontrarse con su amiga berlinesa se hallaba la señora de Basilea en una reunión, en la cual se llegó a hablar de la reciente boda de una cantante de ópera vienesa llamada *Kurtz*. La señora comenzó a criticar (!) dicha boda, y al querer citar el nombre de la cantante vio con sorpresa que sólo recordaba el apellido *Kurtz*, pero que le era imposible recordar el nombre, cosa que le desagradó y extrañó en extremo, dado que sabía le era muy conocido por haber oído cantar frecuentemente a la referida artista y haber hablado de ella citándola por su *nombre y apellido*, pues es cosa corriente, cuando un apellido es monosilábico, agregar a él el nombre propio para nombrar a la persona a quien pertenece. La conversación tomó en seguida otro rumbo antes que nadie subsanase el olvido pronunciando el nombre de la cantante.

»Al anochecer del mismo día se hallaba la señora en otra reunión, compuesta, en parte, por las mismas personas que integraban la de por la tarde. La conversación recayó casualmente de nuevo sobre la boda de la artista vienesa. La señora citó entonces sin ninguna dificultad su nombre completo: *Selma Kurtz*, y en el acto exclamó: ‘¡Caramba! Ahora me acuerdo que he olvidado en absoluto que estaba citada esta tarde con mi amiga *Selma*’. Una mirada al reloj le demostró que su amiga debía de haber continuado ya su viaje».

Quizá no estemos aún suficientemente preparados para hallar todas las importantísimas relaciones que puede encerrar este interesantísimo ejemplo. En el que a continuación transcribimos, menos complicado, no es un nombre, sino

una palabra de un idioma extranjero lo que cae en el olvido por un motivo implícito en la situación del sujeto en el momento de no poder recordarla. (Vemos, pues, que podemos considerar como un solo caso estos olvidos, aunque se refieran a objeto diferente: nombre sustantivo, nombre propio, palabra extranjera o serie de palabras.)

En el siguiente ejemplo olvida un joven la palabra inglesa correspondiente a *oro (gold)*, que es precisamente idéntica en ambos idiomas, alemán e inglés, y la olvida con el fin inconsciente de dar ocasión a una acción deseada.

16) Hans Sachs:

«Un joven que vivía en una pensión conoció en ella a una muchacha inglesa que fue muy de su agrado. Conversando con ella en inglés, idioma que domina bastante bien, la misma noche del día en que la había conocido quiso utilizar en el diálogo la palabra inglesa correspondiente a *oro (gold)*, y a pesar de múltiples esfuerzos, no le fue posible hallarla. En cambio, acudieron a su memoria, como palabras sustitutivas, la francesa *or*, la latina *aurum* y la griega *chrysos*, agolpándose en su pensamiento con tal fuerza, que le costaba trabajo rechazarlas, a pesar de saber con toda seguridad que no tenían parentesco alguno con la palabra buscada. Por último, no halló otro camino para hacerse comprender que el de tocar un anillo que la joven inglesa llevaba en una de sus manos, y quedó todo avergonzado al oírle que la tan buscada traducción de la palabra *oro (gold)* en alemán) era en inglés la idéntica palabra *gold*. El alto valor de tal contacto, proporcionado, por el olvido, no reposa tan sólo en la decorosa satisfacción del instinto de aprehensión o de contacto, satisfacción que puede conseguirse en muchas otras ocasiones ardientemente aprovechadas por los enamorados, sino mucho más en la circunstancia de hacer posible una aclaración de las intenciones del galanteo. El inconsciente de la dama adivinará, sobre todo si está predispuesta en favor de su interlocutor, el objeto erótico del olvido, oculto detrás de un inocente disfraz, y la forma en que la interesada acoja el contacto y dé por válida su motivación puede constituir un signo muy significativo, aunque sea inconsciente en ambos, de su acuerdo sobre el porvenir del recién iniciado *flirt*».

17) Daré también un ejemplo tomado de J. Stärcke que constituye una interesante observación de un caso de olvido y recuerdo posterior de un nombre propio, caracterizado por ligarse en él el olvido del nombre a la alteración de

varias palabras de una poesía, como pasaba en el ejemplo de *La prometida de Corinto*, citada al principio de este capítulo. (Este ejemplo se halla incluido en la edición holandesa del presente libro, titulado *De imbed vans ons onbewuste in ons dajelijksche leven*. Amsterdam, 1916. En alemán apareció en la revista *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*, IV, 1916.)

UN CASO DE OLVIDO DE NOMBRE Y RECUERDO ERRÓNEO

«Un anciano jurisconsulto y filólogo, el señor Z., contaba en una reunión que durante sus años de estudio en Alemania había conocido a un estudiante extraordinariamente tonto y del que podía relatar algunas divertidas anécdotas. De su nombre no se acordaba en aquel momento, y aunque al principio creyó recordar que empezaba con W, retiró después tal suposición, juzgándola equivocada. Lo que sí podía afirmar era que tal estudiante se había hecho después comerciante en vinos (*Weinhändler*). A continuación contó una de las anécdotas a que antes había aludido, y al terminarla expresó de nuevo su extrañeza por no recordar el nombre del protagonista, añadiendo: ‘Era tan burro, que aún me maravilla haber conseguido meterle en la cabeza el latín a fuerza de explicarle y repasarle una y otra vez las lecciones’. Momentos después recordó que el nombre que buscaba terminaba en... *man*, y al preguntarle yo que si se le ocurría en aquel instante otro nombre que tuviera igual terminación, me contestó: ‘Sí, *Erdmann*’. ‘¿Quién lleva ese nombre?’, seguí interrogando. ‘También un estudiante de aquellos tiempos’, repuso Z. Pero su hija, que estaba presente, observó que en la actualidad existía un profesor Erdmann, a quien conocían, y en el curso de la conversación se averiguó que dicho profesor había mutilado y abreviado un trabajo de Z. al publicarlo en una revista por él dirigida, mostrando además su disconformidad con parte de las doctrinas sustentadas por el autor, cosas ambas que habían desagradado bastante a Z. (Aparte de esto, supe después que años atrás había tenido éste la intención de desempeñar una cátedra de la misma disciplina que actualmente enseñaba el profesor Erdmann, y que, por tanto, también a causa de esto podía herir en Z. el nombre de *Erdmann* una cuerda sensible.)

»De repente recordó Z. el nombre del estudiante tonto: ¡*Lindeman*! El haber recordado primeramente que el nombre buscado terminaba en... *man* había hecho que su principio, *Linde* (tilo), permaneciera reprimido aún por más tiempo. Siguiendo mi deseo de averiguar todo el mecanismo del olvido, pregunté

a Z. qué era lo que se le ocurría ante la palabra *Linde* (tilo), contestándome en un principio que no se le ocurría nada. Apremiado por mi afirmación de que no podía dejar de ocurrírsele algo ante dicha palabra, miró hacia lo alto, y haciendo en el aire un gesto con la mano, dijo: ‘Bueno, sí. Un tilo (*Linde*) es un bello árbol’, sin que se le ocurriera nada más. La conversación calló aquí, y cada uno prosiguió su lectura o la ocupación a que se hallaba dedicado, hasta que momentos después comenzó Z. a recitar distraídamente y como ensimismado los siguientes versos:

Si con fuertes y flexibles huesos permanece en pie sobre la *tierra (Erde)*
no llega tampoco
ni siquiera a igualarse al *tilo (Linde)*
o a la *vid*.

»Al oír estos versos lancé una exclamación de triunfo: ¡Ahí tenemos a *Erdmann!* —dije—. Ese *hombre (Mann)* ‘que permanece en pie sobre la tierra’ (*Erde*) y que, por tanto, es el ‘hombre de la tierra’ (*Erdmann*), no puede llegar a compararse con el *tilo (Linde-Lindemann)* o con la *vid* (comerciante en vinos). O sea, con otras palabras: aquel *Lindemann*, el estudiante estúpido, que además se hizo comerciante en vinos, era un burro; pero *Erdmann* es un burro mucho mayor que no puede compararse con *Lindeman*.

»Es muy general que lo inconsciente se permita en sí mismo tales expresiones de burla o de desprecio, y, por tanto, me pareció haber hallado ya la causa fundamental del olvido del nombre.

»Pregunté a Z. de qué poesía provenían las líneas por él citadas, y me dijo que creía eran de una de Goethe que comenzaba:

¡Sea noble el hombre
benéfico y bondadoso!

y que después seguía:

... y si se eleva hacia los cielos
se convierte en juguete de los vientos.

Al día siguiente busqué esta poesía de Goethe y vi que el caso era todavía más interesante, aunque también más complicado de lo que al principio parecía.

a) Las primeras líneas citadas decían así (compárese con la versión de Z.):

Si con fuertes y *vigorosos* huesos permanece en pie...

Huesos *flexibles* era, en efecto, una rara combinación. Pero sobre este punto no queremos ahondar más.

b) Los versos siguientes de esta estrofa son como sigue (compárese con la versión de Z.):

sobre la tierra estable y *permanente*,
no llega tampoco ni siquiera
a igualarse a la *encina*
o a la *vid*.

¡Así, pues, en toda la poesía no aparece para nada ningún *tilo*! (*Linde*). La sustitución de la encina (*Eiche*) por el *tilo* (*Linde*) no se ha verificado más que para hacer posible el juego de palabras.

c) Esta poesía se llama *Los límites del género humano* y contiene una comparación entre la omnipotencia de los dioses y el escaso poder de los hombres. La poesía cuyo principio es:

¡Sea noble el hombre
benéfico y bondadoso!

es otra poesía distinta, que se halla unas páginas más adelante. Se titula *Lo divino*, y contiene asimismo pensamientos sobre los dioses y los hombres. Por no haber continuado las investigaciones sobre estos puntos no puedo sino suponer que en la génesis de este olvido desempeñaron también un papel diverso pensamientos sobre la vida y la muerte, lo temporal y lo eterno, la débil vida propia y la muerte futura.

En alguno de estos ejemplos son necesarias todas las sutilezas de la técnica psicoanalítica para aclarar el olvido. Para aquellos que deseen conocer algo más sobre tal labor indicaremos aquí una comunicación de E. Jones (Londres) publicada en la *Zentralblatt für Psychoanalyse* (año II, núm. 2, 1921) con el título «Análisis de un caso de olvido de un nombre».

18) Ferenczi ha observado que el olvido de nombres puede manifestarse

también como síntoma histérico, y entonces muestra un mecanismo que se aparta mucho del de los rendimientos fallidos. En el siguiente ejemplo puede verse en qué consiste esta diferencia:

Tengo actualmente en tratamiento, entre mis pacientes, a una señorita ya madura que no logra jamás recordar ni siquiera aquellos nombres propios más vulgares o que le son más conocidos, a pesar de poseer en general una buena memoria. En el análisis se demostró que lo que quería era hacer notar su ignorancia por medio de este síntoma. Esta demostrativa exhibición de su ignorancia era, en realidad, un reproche contra sus padres, que no le dejaron seguir una enseñanza superior. Su atormentadora obsesión de limpiar y fregarlo todo (psicosis del ama de casa) procede también, en parte, del mismo origen. Con ella quiere expresar aproximadamente: «Habéis hecho de mí una criada»

Podría multiplicar aquí los ejemplos de olvido de nombres y llevar mucho más adelante su decisión si no quisiera evitar que quedasen ya agotados en este primer tema todos los puntos de vista que han de seguir en otros subsiguientes. Mas lo que sí conviene hacer es resumir concretamente en algunas frases los resultados de los análisis expuestos hasta aquí.

El mecanismo del olvido de nombres, o más bien de su desaparición temporal de la memoria, consiste en la perturbación de la reproducción deseada del nombre por una serie de ideas ajenas a él e inconscientes por el momento. Entre el nombre perturbado y el complejo perturbador, o existe desde un principio una conexión, o se ha formado ésta siguiendo con frecuencia caminos aparentemente artificiosos y alambicados por medio de asociaciones superficiales (exteriores).

Entre los complejos perturbadores se distinguen por su mayor eficacia los pertenecientes a la autorreferencia (complejos familiares, personales y profesionales).

Un nombre que por su pluralidad de sentidos pertenece a varios círculos de pensamientos (complejos) es perturbado en su conexión con una de las series de ideas por su pertenencia a otro complejo más vigoroso.

Entre los motivos de esta perturbación resalta la intención de evitar que el recuerdo despierte una sensación penosa o desagradable.

En general, pueden distinguirse dos casos principales de olvido de nombres: cuando el nombre mismo hiere algo desagradable o cuando se halla en contacto con otro capaz de producir tal efecto, de manera que los nombres pueden ser

perturbados en su reproducción, tanto a causa de sus propias cualidades como por sus próximas o lejanas relaciones de asociación.

Un vistazo a estos principios generales nos permite comprender que el olvido temporal de nombres sea el más frecuente de nuestros rendimientos fallidos.

19) Estamos, sin embargo, aún muy lejos de haber señalado todas las particularidades de este fenómeno. Quiero hacer constar todavía que el olvido de nombres es altamente contagioso. En un diálogo bastará que uno de los interlocutores exprese haber olvidado tal o cual nombre, para hacerlo desaparecer de la memoria del otro. Mas la persona en que el olvido ha sido inducido encontrará el nombre con mayor facilidad que la que lo ha olvidado espontáneamente. Este olvido *colectivo*, que si se considera con precisión es, en realidad, un fenómeno de la psicología de las masas, no ha sido todavía objeto de la investigación analítica. En un caso único, pero sobre manera interesante, ha podido dar Th. Reik excelente explicación de este curioso fenómeno^[566].

«En una pequeña reunión en la que se hallaban dos estudiantes de Filosofía se hablaba de los numerosos problemas que el origen del cristianismo plantea a la historia de la civilización y a la ciencia de las religiones. Una de las señoritas que tomaban parte en la conversación recordó haber hallado en una novela inglesa que había leído recientemente un atractivo cuadro de las numerosas corrientes religiosas que agitaban aquella época. Añadió que en la novela se describía toda la vida de Cristo desde su nacimiento hasta su muerte, pero que no podía recordar el título de la obra. (En cambio, el recuerdo visual de la cubierta del libro y hasta la composición tipográfica del título se presentaban en ella con una precisión más intensa de lo normal.) Tres de los señores presentes declararon conocer también la novela; mas, por una curiosa coincidencia, tampoco pudieron recordar su título».

Sólo la señorita estudiante se sometió al análisis encaminado a hallar la explicación de tal olvido de nombre. El título del libro era *Ben Hur*, y su autor, Lewis Wallace. Los recuerdos sustitutivos fueron: *Eccehomo-homo sum, Quo vadis?* La joven comprendía que había olvidado el nombre *Ben Hur* porque contenía una expresión que ni ella ni ninguna otra muchacha usarían nunca, sobre todo en presencia de hombres jóvenes^[567]. Esta explicación se hizo más completa y profunda por medio de un interesante análisis. En el contexto antes revelado posee también la traducción de *homo* —hombre— una significación sospechosa.

Reik deduce que la joven estudiante consideraba que el pronunciar dicho título sospechoso ante hombres jóvenes constituía algo semejante a una confesión de deseos que condenaba como impropios de su personalidad y penosos para ella. En resumen: la joven consideraba inconscientemente el pronunciar el título *Ben Hur* como una proposición sexual, y su olvido correspondía, por tanto, a su defensa contra una tentación de dicha clase. Tenemos fundamentos para admitir que el olvido sufrido por los jóvenes se hallaba condicionado por un análogo proceso inconsciente. Su subconsciente dio al olvido de la muchacha su verdadera significación y lo interpretó de igual manera. El olvido del título *Ben Hur* en los hombres representó una consideración ante la defensa de la muchacha. Es como si ésta, con su repentina debilidad de memoria, les hubiera hecho una clara señal que ellos hubieran entendido muy bien inconscientemente.

Existe también un continuado olvido de nombres en el cual desaparecen de la memoria series enteras de ellos, y cuando para hallar un nombre olvidado se quiere hacer presa en otros con los que aquél se halla íntimamente enlazado, suelen también huir tales nombres buscados como puntos de apoyo. El olvido salta así de unos nombres a otros como para demostrar la existencia de un obstáculo nada fácil de dominar.

IV. —RECUERDOS INFANTILES Y RECUERDOS ENCUBRIDORES

EN un artículo publicado en 1899 en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologic* pudimos demostrar el carácter tendencioso de nuestros recuerdos, carácter que se nos reveló en aquellos pertenecientes a un insospechado campo. Partimos entonces del hecho singular de que en los más tempranos recuerdos infantiles de una persona parece haberse conservado, en muchos casos, lo más indiferente y secundario, mientras que frecuentemente, aunque no siempre, se halla que de la memoria del adulto han desaparecido sin dejar huella los recuerdos de otras impresiones importantes, intensas y llenas de afecto, pertenecientes a dicha época infantil. Sabiendo que la memoria realiza una selección entre las impresiones que a ella se ofrecen, podría suponerse que dicha selección se verifica en la infancia conforme a principios totalmente

distintos de aquellos otros a los que obedece en la edad de la madurez intelectual. Pero una más penetrante investigación nos evidencia en seguida la inutilidad de tal hipótesis. Los recuerdos infantiles indiferentes deben su existencia a un proceso de desplazamiento y constituyen en la reproducción un sustitutivo de otras impresiones verdaderamente importantes, cuyo recuerdo puede extraerse de ellos por medio del análisis psíquico, pero cuya reproducción directa se halla estorbada por una resistencia. Dado que estos recuerdos infantiles indiferentes deben su conservación no al propio contenido, sino una relación asociativa del mismo con otro contenido reprimido, creemos que está justificado el nombre de *recuerdos encubridores* (*Deckrinnerungen*) con que los designamos.

En el mencionado artículo no hicimos más que rozar, sin agotarlo, el estudio de las numerosas clases de relaciones y significaciones de los recuerdos encubridores. En el ejemplo que allí analizábamos minuciosamente hicimos resaltar en particular una peculiaridad de la relación *temporal* entre el recuerdo encubridor y el contenido que bajo él queda oculto. El contenido del recuerdo encubridor pertenecía en el caso analizado a los primeros años de la niñez, mientras que las experiencias mentales por él reemplazadas en la memoria (y que permanecían casi inconscientes) correspondían a años muy posteriores de la vida del sujeto. Esta clase de desplazamiento fue denominada por mí *retroactivo* o *regresivo*. Quizá con mayor frecuencia se encuentra la relación inversa, siendo una impresión indiferente de la primera infancia la que se fija en la memoria en calidad de recuerdo encubridor, a causa de su asociación con una experiencia anterior, contra cuya reproducción directa se alza una resistencia. En este caso los recuerdos encubridores son *progresivos* o *avanzados*. Lo más importante para la memoria se halla aquí cronológicamente *detrás* del recuerdo encubridor. Por último, puede presentarse también una tercera variedad: la de que el recuerdo encubridor esté asociado a la impresión por él ocultada, no solamente por su contenido, sino también por su contigüidad en el tiempo. Éstos serán recuerdos encubridores *simultáneos* o *contiguos*.

El determinar qué parte del contenido de nuestra memoria pertenece a la categoría de recuerdos encubridores y qué papel desempeñan éstos en los diversos procesos móntales neuróticos son problemas de los que no traté en mi artículo ni habré de tratar ahora. Por el momento me limitaré a hacer resaltar la analogía entre el olvido de nombres con recuerdo erróneo y la formación de los recuerdos encubridores.

Al principio las diferencias entre ambos fenómenos aparecen mucho más visibles que sus presuntas analogías. Trátase, en efecto, en uno de ellos de nombres aislados, y en el otro de impresiones completas de sucesos vividos en la realidad exterior o en el pensamiento. En un lado existe una falla manifiesta de la función del recuerdo, y en el otro, un acto positivo de esta función, cuyos caracteres juzgamos singulares. El olvido de nombres no constituye más que una perturbación momentánea —pues el nombre que se acaba de olvidar ha sido reproducido cien veces con exactitud anteriormente y puede volver a serlo poco tiempo después—; en cambio, los recuerdos encubridores son algo que poseemos durante largo tiempo sin que sufran perturbación alguna, dado que los recuerdos infantiles indiferentes parecen poder acompañarnos, sin perderse, a través de un amplio período de nuestra vida. Así, pues, el problema se presenta a primera vista muy diferentemente orientado en ambos casos. En uno es el haber olvidado, y en el otro, el haber retenido lo que excita nuestra curiosidad científica. Mas en cuanto se profundiza un poco en la cuestión se observa que, a pesar de las diferencias que respecto a material psíquico y duración muestran ambos fenómenos, dominan en ellos las coincidencias. Tanto en uno como en otro se trata de una falla del recuerdo; no se reproduce por la memoria lo que de un modo correcto debía reproducirse, sino algo distinto, un sustitutivo. En el olvido de nombres la memoria no deja de suministrarnos un determinado rendimiento, que surge en forma de nombre sustitutivo. La formación del recuerdo encubridor se basa en el olvido y otras impresiones más importantes, y en ambos fenómenos experimentamos una sensación intelectual que nos indica la intervención de una perturbación, siendo este aviso lo que se presenta bajo una forma diferente, según se trate del fenómeno del olvido de nombres o del recuerdo encubridor. En el olvido de nombres *sabemos* que los nombres sustitutivos son *falsos*, y en los recuerdos encubridores nos *maravillamos* de retenerlos todavía. Cuando el análisis psicológico nos demuestra después que la formación de sustitutivos se ha realizado en ambos casos de la misma manera, o sea por un desplazamiento a lo largo de una asociación superficial, creemos poder decir justificadamente que las diferencias que ambos fenómenos presentan en material, duración y objetivo son circunstancias que hacen más intensa nuestra esperanza de haber hallado algo importante y de un valor general. Esta ley general podría enunciarse diciendo que la falla o la desviación de la función reproductora indica más frecuentemente de lo que se supone la intervención de un factor tendencioso, de un propósito que favorece a uno de los recuerdos

mientras se esfuerza en laborar en contra del otro.

El tema de los recuerdos infantiles me parece tan interesante y de tal importancia, que quiero dedicarle aún algunas observaciones que van más allá de los puntos de vista examinados hasta ahora.

¿Hasta qué estadio de la niñez alcanzan los recuerdos? Me son conocidos algunos de los trabajos realizados sobre esta cuestión, entre ellos los de V. y

C.Henri^[568] y los de Potwin^[569], en los cuales resulta que han aparecido grandes diferencias individuales en los sujetos sometidos a investigación, pues mientras que en algunos el primer recuerdo infantil corresponde a la edad de seis meses, otros no recuerdan nada de su vida anterior a los seis y a veces los ocho años cumplidos. Mas ¿de qué dependen esas diferencias en la conducta de los recuerdos infantiles y cuál es su significado? Para resolver esta cuestión no basta limitarse a reunir el material necesario a la investigación; hay, además, que hacer un estudio minucioso de este material, estudio en el cual tendrá que tomar parte la persona que directamente lo suministre.

Mi opinión es que miramos con demasiada indiferencia el hecho de la amnesia infantil, o sea la pérdida de los recuerdos correspondientes a los primeros años de nuestra vida, y que no nos cuidamos lo bastante de desentrañar el singular problema que dicha amnesia constituye. Olvidamos de cuán altos rendimientos intelectuales y cuán complicadas emociones es capaz un niño de cuatro años, y no nos asombramos como debiéramos de que la memoria de los años posteriores haya conservado generalmente tan poca cosa de estos procesos psíquicos, pues no tenemos en cuenta que existen vigorosas razones para admitir que estas mismas actividades infantiles olvidadas no han desaparecido sin dejar huella en el desarrollo de la persona, sino que han ejercido una influencia determinante sobre su futura vida. Y, sin embargo, se han olvidado, a pesar de su incomparable eficacia. Este hecho indica la existencia de condiciones especialísimas del recuerdo (referentes a la reproducción consciente) que se han sustraído hasta ahora a nuestro conocimiento. Es muy posible que este olvido de nuestra niñez nos pueda dar la clave para la comprensión de aquellas amnesias que, según nuestros nuevos conocimientos, se encuentran en la base de la formación de todos los síntomas neuróticos.

Entre los recuerdos infantiles que conservamos existen unos que comprendemos con facilidad y otros que nos parecen extraños e ininteligibles. No es difícil corregir en ambas clases de recuerdos algunos errores. Si se

someten a un examen analítico los recuerdos que de su infancia ha conservado una persona, puede sentarse fácilmente la conclusión de que no existe ninguna garantía de la exactitud de los mismos. Algunas de las imágenes del recuerdo aparecerán seguramente falseadas, incompletas o desplazadas temporal y espacialmente. Ciertas afirmaciones de las personas sometidas a investigación, como la de que sus primeros recuerdos infantiles corresponden a la época en que ya habían cumplido lo dos años, son inaceptables. En el examen analítico se hallan en seguida motivos que explican la desfiguración y el desplazamiento sufridos por los sucesos objeto del recuerdo, pero que demuestran también que estos errores de la memoria no pueden ser atribuidos a una sencilla infidelidad de la misma. Poderosas fuerzas correspondientes a una época posterior de la vida del sujeto han moldeado la capacidad de ser evocadas de nuestras experiencias infantiles, y estas fuerzas son probablemente las mismas que hacen que la comprensión de nuestros años de niñez sea tan difícil para nosotros.

La facultad de recordar de los adultos opera, como es sabido, con un material psíquico muy vario. Unos recuerdan por medio de imágenes visuales, teniendo, por tanto, sus recuerdos un carácter visual, y, en cambio, otros son casi incapaces de reproducir en su memoria el más simple esquema de sus recuerdos. Siguiendo las calificaciones propuestas por Charcot, se denomina a estos últimos sujetos «auditivos» y «motores», en contraposición a los primeros o «visuales». En los sueños desaparecen estas diferencias; todos nuestros sueños son predominantemente visuales. Algo análogo sucede en los recuerdos infantiles, los cuales poseen también carácter plástico visual hasta en aquellas personas cuya memoria carece después de este carácter. La memoria visual conserva, pues, el tipo del recuerdo infantil. Mis más tempranos recuerdos infantiles son en mí los únicos de carácter visual, y se me presentan además como escenas de una gran plasticidad, sólo comparable a la de aquellas que se presentan sobre un escenario. En estas escenas de niñez, demuéstrense luego como verdaderas o falseadas, aparece regularmente la imagen de la propia persona infantil con sus bien definidos contornos y sus vestidos. Esta circunstancia tiene que sorprendernos, pues los adultos «visuales» no ven ya la imagen de su persona en sus recuerdos de sucesos posteriores^[570]. Además, es contrario a toda nuestra experiencia el aceptar que la atención del niño esté en sí mismo, en lugar de dirigirse exclusivamente sobre las impresiones exteriores. Diferentes datos nos fuerzan, pues, a suponer que en los denominados primeros recuerdos infantiles

no poseen la verdadera huella mnémica, sino una ulterior elaboración de la misma, elaboración que ha sufrido las influencias de diversas fuerzas psíquicas posteriores. De este modo, los «recuerdos infantiles» del individuo van tomando la significación de «recuerdos encubridores» y adquieren una analogía digna de mención con los recuerdos de la infancia de los pueblos, depositados por éstos en sagas y mitos.

Aquel que haya sometido a numerosas personas a una exploración psíquica por el método psicoanalítico, habrá reunido en esta labor gran cantidad de ejemplos de recuerdos encubridores de todas clases. Mas la publicación de estos ejemplos queda extraordinariamente dificultada por la naturaleza antes expuesta de las relaciones de los recuerdos infantiles con la vida posterior del individuo. Para estimar una reminiscencia infantil como recuerdo encubridor habría que relacionar muchas veces por entero la historia de la persona correspondiente. Sólo contadas veces es posible, como en el ejemplo que transcribimos a continuación, aislar de una totalidad, para publicarlo, un delimitado recuerdo infantil.

Un hombre de veinticuatro años conserva en su memoria la siguiente imagen de una escena correspondiente a sus cinco años. Se recuerda sentado en una sillita, en el jardín de una residencia veraniega y al lado de su tía, que se esfuerza en hacerle aprender las letras. El distinguir la *m* de la *n* constituía para él una gran dificultad, y pidió a su tía que le dijese cómo podía conocer cuándo se trataba de una y cuándo de la otra. La tía le hizo observar que la *m* tenía todo un trazo más que la *n*, un tercer palito. En este caso no se halló motivo alguno para dudar de la autenticidad del recuerdo infantil. Mas su significación no fue descubierta hasta después, cuando se demostró que podía adjudicársele la categoría de representación simbólica de otra curiosidad inquisitiva del niño. En efecto, así como primeramente deseaba saber la diferencia existente entre la *m* y la *n*, se esforzó después en averiguar la que había entre los niños y las niñas, y hubiera deseado que la misma persona que le hizo comprender lo primero, esto es, su tía, fuera también la que satisficiera su nueva curiosidad. Al fin acabó por descubrir que la diferencia era en ambos casos análoga, puesto que los niños poseían también todo un trozo más que las niñas, y en la época de este descubrimiento despertó en su memoria el recuerdo de la anterior curiosidad infantil correspondiente.

He aquí otro ejemplo perteneciente a posteriores años infantiles^[571]. Un

hombre de algo más de cuarenta años y cuya vida erótica había sido muy inhibida era el mayor de nueve hermanos. En la época del nacimiento de la menor de sus hermanas tenía él ya quince años, y, sin embargo, afirmaba después, con absoluta convicción, que nunca observó en su madre deformación alguna. Ante mi incredulidad, surgió en él el recuerdo de haber visto una vez, teniendo once o doce años, cómo su madre se *desceñía apresuradamente* el vestido ante un espejo. A esto añadió espontáneamente que su madre acaba de regresar de la calle y se había visto atacada por inesperados dolores. El *desceñimiento (Aujbinden)* del vestido es un recuerdo encubridor sustitutivo del parto (*Entbindung*). En otros varios casos volveremos a hallar tales «puentes de palabras^[572]».

Quisiera mostrar ahora, con un único ejemplo, cómo por medio del procedimiento analítico puede adquirir sentido un recuerdo infantil que anteriormente parecía no poseer ninguno. Cuando habiendo cumplido yo cuarenta y tres años, comencé a dirigir mi interés hacia los restos de recuerdos de mi infancia que aún conservaba, recordé una escena que desde largo tiempo atrás —yo creía que desde siempre— venía acudiendo a mi conciencia de cuando en cuando, escena que, según fuertes indicios, debía situarse cronológicamente antes de haber cumplido yo los tres años. En mi recuerdo me veía yo, rogando y llorando, ante un cajón cuya tapa mantenía abierta mi hermanastro, que era unos veinte años mayor que yo. Hallándonos así, entraba en el cuarto, aparentemente de regreso de la calle, mi madre, a la que yo hallaba bella y esbelta de un modo extraordinario.

Con estas palabras había yo resumido la escena que tan plásticamente veía en mi recuerdo, pero con la que no me era posible construir nada. Si mi hermanastro quería abrir o cerrar el cajón —en la primera traducción de la imagen era éste un armario—, por qué lloraba yo y qué relación tenía con todo ello la llegada de mi madre, eran cosas que se me presentaban con gran oscuridad. Estuve, pues, tentado de contenerme con la explicación de que, sin duda, se trataba del recuerdo de una burla de mi hermanastro para hacerme rabiar, interrumpida por la llegada de mi madre. Esta errónea interpretación de una escena infantil conservada en nuestra memoria es algo muy frecuente. Se recuerda una situación, pero no se logra centrarla; no se sabe sobre qué elemento de la misma debe colocarse el acento psíquico. Un esfuerzo analítico me condujo a una inesperada solución interpretativa de la imagen evocada. Yo había notado

la ausencia de mi madre y había entrado en sospechas de que estaba encerrada en aquel cajón o armario. Por tanto, exigí a mi hermanastro que lo abriese, y cuando me complació, complaciéndome de que mamá no se hallaba dentro, comencé a gritar y llorar. Éste es el instante retenido por el recuerdo, instante al que siguió, calmando mi cuidado o mi ansiedad, la aparición de mi madre. Mas ¿cómo se le ocurrió al niño la idea de buscar dentro de un cajón a la madre ausente? Varios sueños que tuve por esta época aludían oscuramente a una niñera, sobre la cual conservaba algunas otras reminiscencias; por ejemplo, la de que me obligaba concienzudamente a entregarle las pequeñas monedas que yo recibía como regalo, detalle que también puede aspirar por sí mismo a adquirir el valor de un recuerdo encubridor sustitutivo de algo posterior. Ante estas indicaciones de mis sueños decidí hacerme más sencillo el trabajo interpretativo interrogando a mi ya anciana madre sobre tal niñera, y, entre otras muchas cosas, averigüé que la astuta y poco honrada mujer había cometido, durante el tiempo que mi madre hubo de guardar cama a raíz de un parto, importantes sustracciones domésticas y había sido después entregada a la justicia por mi hermanastro. Estas noticias me llevaron a la comprensión de la escena infantil, como si de repente se hubiera hecho luz sobre ella. La repentina desaparición de la niñera no me había sido indiferente, y había preguntado su paradero, precisamente a mi hermanastro, porque, según todas las probabilidades, me había dado cuenta de que él había desempeñado un papel en tal desaparición. Mi hermanastro, indirectamente y entre burlas, como era su costumbre, me había contestado que la niñera «estaba encajonada». Yo comprendí infantilmente esta respuesta y dejé de preguntar, pues realmente ya no quedaba nada por averiguar. Mas cuando poco tiempo después noté un día la ausencia de mi madre, sospeché que el pícaro hermano le había hecho correr igual suerte que a la niñera, y le obligué a abrir el cajón. Ahora comprendo también por qué en la traducción de la visual escena infantil aparece acentuada la esbeltez de mi madre, la cual me debió de aparecer entonces como nueva y restaurada después de un peligro. Yo soy dos años y medio mayor que aquella de mis hermanas que nació entonces, y al cumplir yo tres años cesó mi hermanastro de vivir con nosotros^[573].

V. —EQUIVOCACIONES ORALES (‘Lapsus linguae’)

EL material corriente de nuestra expresión oral en nuestra lengua materna parece hallarse protegido del olvido; pero, en cambio, sucumbe con extraordinaria frecuencia a otra perturbación que conocemos con el nombre de equivocaciones orales o *lapsus linguae*.

Estos *lapsus*, observados en el hombre normal, dan la misma impresión que los primeros síntomas de aquellas «parafasías» que se manifiestan bajo condiciones patológicas.

Por excepción puedo aquí referirme a una obra anterior a mis trabajos sobre esta materia. En 1895 publicaron Meringer y C. Mayer un estudio sobre las *Equivocaciones en la expresión oral y en la lectura*, cuyos puntos de vista se apartan mucho de los míos. Uno de los autores de este estudio, el que en él lleva la palabra, es un filólogo cuyo interés por las cuestiones lingüísticas le llevó a investigar las reglas que rigen tales equivocaciones, esperando poder deducir de estas reglas la existencia de «determinado mecanismo psíquico, en el cual estuvieron asociados y ligados de un modo especial los sonidos de una palabra o de una frase y también las palabras entre sí» (pág. 10).

Los autores de este estudio agrupan en principio los ejemplos de «equivocaciones orales» por ellos coleccionados, conforme a un punto de vista puramente descriptivo, clasificándolos en *intercambios* (por ej.: «la Milo de Venus», en lugar de «la Venus de Milo»); *anticipaciones* (por ej.: «... sentí un pech..., digo, un peso en el pecho»); *ecos y posposiciones* (por ej.: «Traiga-tres tres..., por tres tés»); *contaminaciones* (por ej. : «Cierra el armave», por «Cierra el armario y tráeme la llave»), y *sustituciones* (por ej.: «El escultor perdió su pincel..., digo, su cincel»), categorías principales a las cuales añaden algunas otras menos importantes (o de menor significación para nuestros propósitos). En esta clasificación no se hace diferencia entre que la transposición, desfiguración, fusión, etcétera, afecte a sonidos aislados de la palabra o a sílabas o palabras enteras de la frase.

Para explicar las diversas clases de equivocaciones orales observadas atribuye Meringer un diverso valor psíquico a los sonidos fonéticos. Cuando una invención afecta a la primera sílaba de una palabra o a la primera palabra de una

frase, el proceso estimulante se propaga a los sonidos posteriores o a las palabras siguientes, y en tanto en cuanto estas intervenciones sean sincrónicas pueden influirse mutuamente, motivando transformaciones unas en otras. La excitación o estímulo del sonido de mayor intensidad psíquica resuena anticipadamente o queda como un eco y perturba de este modo los procesos de intervención menos importantes. Se trata, por tanto, de determinar cuáles son los sonidos más importantes de una palabra. Meringer dice que «cuando se desea saber qué sonidos de una palabra poseen mayor intensidad, debe uno observarse a sí mismo en ocasión de estar buscando una palabra que ha olvidado; por ejemplo, un nombre».

«Aquella parte de él que primero acude a la conciencia es invariablemente la que poseía mayor intensidad antes del olvido» (pág. 106). «Así, pues, los sonidos más importantes son el inicial de la sílaba radical o de la misma palabra y la vocal o las vocales acentuadas» (pág. 162).

No puedo por menos de contradecir estas apreciaciones. Pertenezca o no el sonido inicial del nombre a los más importantes elementos de la palabra, lo que no es cierto es que sea lo primero que acude a la conciencia en los casos de olvido, y, por tanto, la regla expuesta es inaceptable. Cuando se observa uno a sí mismo estando buscando un nombre olvidado, se advertirá, con relativa frecuencia, que se está convencido de que la palabra buscada comienza con una determinada letra. Esta convicción resulta luego igual número de veces infundada que verdadera, y hasta me atrevo a afirmar que la mayoría de las veces es falsa nuestra hipotética reproducción del sonido inicial. Así sucede en el ejemplo que expusimos de olvido del nombre *Signorelli*. En él se perdieron, en los nombres sustitutivos, el sonido inicial y las sílabas principales, y precisamente el par de sílabas menos importantes: *elli* es lo que, en el nombre sustitutivo *Boticelli*, volvió primero a la conciencia. El caso que va a continuación nos enseña lo poco que los nombres sustitutivos respetan el sonido inicial del nombre olvidado:

En una ocasión me fue imposible recordar el nombre de la pequeña nación cuya principal ciudad es *Monte Carlo*. Los nombres que en sustitución se presentaron fueron: *Piamonte, Albania, Montevideo, Córico*.

En lugar de Albania apareció en seguida otro nombre: *Montenegro*, y me llamó la atención ver que la sílaba *Mont* (pronunciada *Mon*) apareciera en todos los nombres sustitutivos, excepto en el último. De este modo me fue más fácil hallar el olvidado nombre: *Mónaco*, tomando como punto de partida el de su

soberano: el príncipe Alberto. *Cólico* imita aproximadamente la sucesión de sílabas y el ritmo del nombre olvidado.

Si se acepta la conjetura de que un mecanismo similar al señalado en el olvido de nombres intervenga también en los fenómenos de equivocaciones orales, se llegará a un juicio más fundamentado sobre estos últimos. La perturbación del discurso que se manifiesta en forma de equivocación oral puede, en principio, ser causada por la influencia de otros componentes del mismo discurso; esto es, por un sonido anticipado, por un eco o por tener la frase o su contexto un segundo sentido diferente de aquél en que se desea emplear. A esta clase pertenecen los ejemplos de Meringer y Mayer antes transcritos. Pero, en segundo lugar, puede también producirse dicha perturbación, como en el caso *Signorelli*, por influencias *exteriores* a la palabra, frase o contexto, ejercidas por elementos que no se tiene intención de expresar y de cuyo estímulo sólo por la perturbación producida nos damos cuenta.

La simultaneidad del estímulo constituye la cualidad común a las dos clases de equivocación oral, y la situación interior o exterior del elemento perturbador respecto a la frase o contexto serán su cualidad diferenciadora. Esta diferencia no parece a primera vista tan importante como luego, cuando se la tome en consideración para relacionarla con determinadas conclusiones deducidas de la sintomatología de las equivocaciones orales. Es, sin embargo, evidente que sólo en el primer caso existe una posibilidad de deducir de los fenómenos de equivocación oral conclusiones favorables a la existencia de un mecanismo que ligue entre sí sonidos y palabras, haciendo posible una recíproca influencia sobre su articulación; esto es, conclusiones como las que el filólogo esperaba poder deducir del estudio de las equivocaciones orales. En el caso de perturbación ejercida por influencias exteriores a la misma frase o al contenido del discurso, se trataría, ante todo, de llegar al conocimiento de los elementos perturbadores, y entonces surgirá la cuestión de si también el mecanismo de esta perturbación podía o no sugerir las probables reglas de la formación del discurso.

No se puede afirmar que Meringer y Mayer no hayan visto la posibilidad de perturbaciones del discurso motivadas por «complicadas influencias psíquicas» o elementos exteriores a la palabra, la frase o el discurso. En efecto, tenían que observar que la teoría del diferente valor psíquico de los sonidos no alcanzaba estrictamente más que para explicar la perturbación de los sonidos, las anticipaciones y los ecos. En aquellos casos en que la perturbación de las palabras no puede ser reducida a la de los sonidos, como sucede en las

sustituciones y contaminaciones, han buscado, en efecto, sin vacilar, la causa de las equivocaciones orales *fuera* del contexto del discurso y han demostrado este punto por medio de preciosos ejemplos.

Entre ellos citaré los que siguen:

(Pág. 62.) «Ru. relataba en una ocasión ciertos hechos que interiormente calificaba de ‘cochinerías’ (*Schweinereien*); pero no queriendo pronunciar esta palabra, dijo: ‘Entonces se descubrieron determinados hechos...’ Mas al pronunciar la palabra *Vorschein*, que aparece en esta frase, se equivocó, y pronunció *Vorschwein*. Mayer y yo nos hallábamos presentes, y Ru. nos confesó que al principio había pensado decir: *Schweinereien*. La analogía de ambas palabras explica suficientemente el que la pensada se introdujese en la pronunciada, revelándose».

(Pág. 73.) «También en las sustituciones desempeñan, como en las contaminaciones, y acaso en un grado mucho más elevado, un importantísimo papel las imágenes verbales ‘flotantes’. Aunque éstas se hallan fuera de la conciencia, están, sin embargo, lo bastante cercanas a ellas para poder ser atraídas por una analogía del complejo al que la oración se refiere, y entonces producen una desviación en la serie de palabras del discurso o se cruzan con ella. Las imágenes verbales ‘flotantes’ son con frecuencia, como antes hemos dicho, elementos retrasados de un proceso oral recientemente terminado (ecos)».

(Pág. 97.) «La desviación puede producirse asimismo por analogía cuando una palabra semejante a aquélla en que la equivocación se manifiesta yace en el umbral de la conciencia y muy cerca de ésta, *sin que el sujeto tenga intención de pronunciarla*. Esto es lo que sucede en las sustituciones. Confío en que estas reglas por mí expuestas habrán de ser confirmadas por todo aquel que las someta a una comprobación práctica; pero es necesario que al realizar tal examen, observando una equivocación oral cometida por una tercera persona, *se procure llegar a ver con claridad los pensamientos que ocupaban al sujeto*. He aquí un ejemplo muy instructivo. El señor L. dijo un día ante nosotros: ‘Esa mujer me *inspiraría* miedo’ (*einjagen*), y en la palabra *einjagen* cambió la *j* en *l*, pronunciando *einlagen*. Tal equivocación motivó mi extrañeza, pues me parecía incomprensible aquella sustitución de letras, y me permitió hacer notar a L. que había dicho *einlagen* en vez de *einjagen*, a lo cual me respondió en el acto: ‘Sí, sí, eso ha sido, sin duda, porque estaba pensando: no estoy *en situación* (*Lage*)’».

Otro ejemplo. En una ocasión pregunté a R. v. Schid por el estado de su

caballo, que se hallaba enfermo, R. me respondió: «Sí, esto ‘drurará’ (*'draui'*) quizá todavía un mes». La sobranza de ‘drurará’ me pareció incomprensible, dado que la *r* de ‘durará’ (*dauert*) no podía haber actuado en tal forma, y llamé la atención de V. Schid sobre su *lapsus*, respondiéndome aquél que al oír mi pregunta había pensado: «Es una *triste* (*traurige*) historia». Así, pues, R había tenido en su pensamiento dos respuestas a mi pregunta y las había mezclado al pronunciar una de ellas.

Es innegable que la toma en consideración de las imágenes verbales «flotantes» que se hallan próximas al umbral de la conciencia y no están destinadas a ser pronunciadas, y la recomendación de procurar enterarse de todo lo que el sujeto ha pensado constituye algo muy próximo a las cualidades de nuestros «análisis». También nosotros partimos por el mismo camino en busca del material inconsciente; pero, en cambio, recorreremos, desde las ocurrencias espontáneas del interrogado hasta el descubrimiento del elemento perturbador, un camino más largo a través de una compleja serie de asociaciones.

Los ejemplos de Meringer demuestran otra cosa muy interesante también. Según la opinión del propio autor, es una analogía cualquiera de una palabra de la frase que se tiene intención de expresar con otra palabra que no se propone uno pronunciar, lo que permite emerger a esta última por la constitución de una deformación, una formación mixta o una formación transaccional (contaminación):

jagen, dauert, Vorschein
lagen, traurig...schwein.

En mi obra *La interpretación de los sueños* he expuesto el papel que desempeña el *proceso de condensación* (*Verdichtungsarbeit*) en la formación del llamado contenido manifiesto del sueño a expensas de las ideas latentes del mismo. Una semejanza cualquiera de los objetos o de las representaciones verbales entre dos elementos del material inconsciente es tomada como causa creadora de un tercer elemento que es una formación compuesta o transaccional. Este elemento representa a ambos componentes en el contenido del sueño, y a consecuencia de tal origen se halla frecuentemente recargado de determinantes individuales contradictorias. La formación de sustituciones y contaminaciones en la equivocación oral es, pues, un principio de aquel proceso de condensación que encontramos toma parte activísima en la construcción del sueño.

En un pequeño artículo de vulgarización, publicado en la *Nueve Frie Presse*, en 23 de agosto de 1900, y titulado «Cómo puede uno equivocarse», inició Meringer una interpretación práctica en extremo de ciertos casos de intercambio de palabras, especialmente de aquéllos en los cuales se sustituye una palabra por otra de opuesto sentido. Recordamos aún cómo declaró *abierta* una sesión el presidente de la Cámara de Diputados austríaca: «Señores diputados —dijo—. Habiéndose verificado el recuento de los diputados presentes, se *levanta* la sesión». La general hilaridad le hizo darse cuenta de su error y enmendarlo en el acto. La explicación de este caso es que el presidente *deseaba* ver llegado el momento de levantar la sesión, de la que esperaba poco bueno, y —cosa que sucede con frecuencia— la idea accesoria se abrió camino, por lo menos parcialmente, y el resultado fue la sustitución de «se abre» por se «levanta»; esto es, lo contrario de lo que tenía la intención de decir. Numerosas observaciones me han demostrado que esta sustitución de una palabra por otra de sentido opuesto es algo muy corriente. Tales palabras de sentido contrario se hallan ya asociadas en nuestra conciencia del idioma. Yacen inmediatamente vecinas unas de otras y se evocan con facilidad erróneamente.

No en todos los casos de intercambio de palabras de sentido contrario resulta tan fácil como en el ejemplo anterior hacer admisible la explicación de que el error cometido esté motivado por una contradicción surgida en el fuero interno del orador contra la frase expresada. El análisis del ejemplo *aliquis* nos descubre un mecanismo análogo. En dicho ejemplo la interior contradicción se exteriorizó por el olvido de una palabra en lugar de su sustitución por la de sentido contrario. Mas para compensar esta diferencia haremos constar que la palabra *aliquis* no es capaz de producir un contraste como el existente entre «abrir» y «cerrar» o «levantar» una sesión, y además que «abrir», como parte usual del discurso, no puede hallarse sujeto al olvido.

Habiendo visto en los últimos ejemplos citados de Meringer y Mayer que la perturbación del discurso puede surgir tanto por una influencia de los sonidos anticipados o retrasados, o de las palabras de la misma frase destinadas a ser expresadas, como por el efecto de palabras exteriores a la frase que se intenta pronunciar, y cuyo estímulo no se hubiera sospechado sin la emergencia de la perturbación, tócanos ahora averiguar cómo se pueden separar definitivamente, una de otra, ambas clases de equivocaciones orales y cómo puede distinguirse un ejemplo de una de ellas de un caso de la otra. En este punto de la discusión hay que recordar las afirmaciones de Wundt, el cual, en su reciente obra sobre las

leyes que rigen el desarrollo del lenguaje *Volkers psychologie*, tomo 1, parte primera, págs. 371 y sigs., 1900), trata también de los fenómenos de la equivocación oral. Opina Wundt que en estos fenómenos y otros análogos no faltan jamás determinadas influencias psíquicas. «A ellas pertenece, ante todo, como una determinante positiva, la corriente no inhibida de las *asociaciones de sonidos y de palabras*, estimulada por los sonidos pronunciados. Al lado de esta corriente aparece, como factor negativo, la desaparición o el relajamiento de las influencias de la voluntad que deben inhibir dicha corriente, y de la atención, que también actúa aquí como una función de la voluntad. El que dicho juego de la asociación se manifieste, en que un sonido se anticipe o reproduzca los anteriormente pronunciados, en que un sonido familiar intercale entre otros o, por último, en que palabras totalmente distintas a las que se hallan en relación asociativa con los sonidos pronunciados actúen sobre éstos, todo ello no indica más que diferencias en la dirección y a lo sumo en el campo de acción de las asociaciones que se establecen, pero no en la naturaleza general de las mismas. También en algunos casos puede ser dudoso el decidir qué forma se ha de atribuir a una determinada perturbación, o si no sería más justo referirla, *conforme al principio de la complicación de las causas*, a la concurrencia de varios motivos». (Páginas 380 y 381. Las itálicas son mías.)

Considero absolutamente justificadas y en extremo instructivas estas observaciones de Wundt. Quizá se pudiera acentuar con mayor firmeza el hecho de que el factor positivo favorecedor de las equivocaciones orales —la corriente no inhibida de las asociaciones— y el negativo —el relajamiento de la atención inhibitoria— ejercen regularmente una acción sincrónica, de manera que ambos factores resultan no ser sino diferentes determinantes del mismo proceso. Con el relajamiento o, más precisamente, por el relajamiento de la atención inhibitoria entra en actividad la corriente no inhibida de las asociaciones.

Entre los ejemplos de equivocaciones orales reunidos por mí mismo apenas encuentro uno en el que la perturbación del discurso pueda atribuirse sola y únicamente a lo que Wundt llama «efecto de contacto de los sonidos». Casi siempre descubro, además, una influencia perturbadora procedente de algo *exterior* a aquello que se tiene intención de expresar, y este elemento perturbador es o un pensamiento inconsciente aislado, que se manifiesta por medio de la equivocación y no puede muchas veces ser atraído a la conciencia más que por medio de un penetrante análisis, o un motivo psíquico general, que se dirige contra todo el discurso.

Ejemplos:

1) Viendo el gesto de desagrado que ponía mi hija al morder una manzana agria, quise, bromeando, decirle la siguiente aleluya:

El mono pone cara ridícula
al comer, de manzana, una partícula.

Pero comencé diciendo: *El man...* Esto parece ser una contaminación de «mono» y «manzana» (*formación transaccional*), y puede interpretarse también como una anticipación de la palabra «manzana», preparada ya para ser pronunciada. Sin embargo, la verdadera interpretación es la siguiente: Antes de equivocarme había recitado ya una vez la aleluya, sin incurrir en error alguno, y cuando me equivoqué fue al verme obligado a repetirla, por estar mi hija distraída y no haberme oído la primera vez. Esta repetición, unida a mi impaciencia por desembarazarme de la frase, debe ser incluida en la motivación del error, el cual se presenta como resultante de un proceso de condensación.

2) Mi hija dijo un día: «Estoy escribiendo a la señora de *Schresinger*». El apellido verdadero era *Schlesinger*. Esta equivocación se debió, probablemente, a una tendencia a facilitar la articulación, pues después de varias *r* es difícil pronunciar la *l*: «*Ich schreibe der Frau Schlesinger*». Debo añadir, además, que esta equivocación de mi hija tuvo efecto pocos minutos después de la mía entre «mono» y «manzana» y que las equivocaciones orales son en alto grado contagiosas, a semejanza del olvido de nombres, en el cual han observado Meringer y Mayer este carácter. No conozco la razón de tal contagiosidad psíquica.

3) Una paciente, al comienzo de la sesión de tratamiento y al querer decir que las molestias que experimentaba le hacían «doblarle como una *navaja de bolsillo*» (*Taschenmesser*), cambió las consonantes de esta palabra, y dijo: *Tassenmescher*, equivocación explicable por la dificultad de articulación de tal palabra. Habiéndole llamado la atención sobre su error, replicó prontamente: «Sí, eso me ha sucedido porque antes ha dicho usted también *Ernscht*, en vez de *Ernst*». En efecto, al recibirla había yo dicho: «Hoy ya va la cosa en *serio* (*Ernst*)» —pues era aquélla la última sesión antes de vacaciones—, y, bromeando, había aprovechado el doble sentido de la palabra *Ernst* (*serio* y *Ernesto*) para decir *Ernscht* (apelativo familiar de *Ernesto*), en vez de *Ernst* (*serio*). En el transcurso de la sesión siguió equivocándose la paciente repetidas

veces, haciéndome por fin observar que no se limitaba a imitarme, sino que tenía, además, una razón particular en su inconsciente para continuar considerando la palabra *Ernest*, no como el adjetivo serio, sino como nombre propio: *Ernesto*^[574].

4) La misma paciente, queriendo decir en otra ocasión: «Estoy tan resfriada que no puedo *aspirar* (*atmen*) por la *nariz* (*Nase*)», dijo: «Estoy tan constipada que no puedo *naspirar* (*natmen*) por la *ariz* (*Ase*)», y en el acto se dio cuenta de la causa de su equivocación, explicándola en la siguiente forma: «Todos los días tomo el tranvía en la calle *Hasenauer*. Esta mañana, mientras lo estaba esperando, se me ocurrió pensar que si yo fuese francesa diría *Asenauer*, pues los franceses no pronuncian la *h* aspirándola, como lo hacemos nosotros». Después de esto habló de varios franceses que había conocido, y al cabo de amplios rodeos y divagaciones recordó que teniendo catorce años había representado en una piececilla titulada *El Valaco y la Picarda* el papel de esta última, habiendo tenido que hablar entonces el alemán como una francesa. La casualidad de haberse alojado por aquellos días en la casa de viajeros en que ella habitaba un huésped procedente de París había despertado en ella toda esta serie de recuerdos. El intercambio de sonidos (*Nase atmen* = *Ase natmen*) es, pues, consecuencia de una perturbación producida por un pensamiento inconsciente, perteneciente a un contenido ajeno en absoluto al de la frase expresada.

5) Análogo mecanismo se observa en la equivocación de otra paciente, cuya facultad de recordar desapareció de pronto a la mitad de la reproducción de un recuerdo infantil, que volvía a emerger en la memoria después de haber permanecido olvidado durante mucho tiempo. Lo que su memoria se negaba a comunicar era en qué parte de su cuerpo le había tocado la indiscreta y desvergonzada mano de cierto sujeto. Inmediatamente después de haber sufrido este olvido visitó la paciente a una amiga suya y habló con ella de sus respectivas residencias veraniegas. Preguntada por el lugar en que se hallaba situada la casita que poseía en M., dijo que en las *nalgas* de la montaña (*Berglende*), en vez de en la *vertiente* de la misma (*Berglehne*).

6) Otra paciente, a la que después de la sesión de tratamiento pregunté por un tío suyo, me respondió: «No lo sé. Ahora no le veo más que *in fraganti*». Al siguiente día, en cuanto entró, me dijo: «Estoy avergonzada de mi tonta respuesta de ayer. Ha debido usted de pensar que soy una de esas personas ignorantes que usan siempre equivocadamente las locuciones extranjeras. Lo que

quise decir es que ahora ya no veía a mi tío más que *en passant*». Por el momento no sabíamos de dónde podía haber tomado la paciente las palabras extranjeras equivocadamente empleadas; mas en la misma sesión, continuando el tema de la anterior, apareció una reminiscencia en la que desempeñaba el papel principal el hecho de haber sido sorprendida *in fraganti*. Así, pues, la equivocación del día anterior había *anticipado* este recuerdo, entonces todavía inconsciente.

7) Estando sometiendo a un análisis a otra paciente, le expresé mi sospecha de que en la época de su vida de que entonces tratábamos se hallaba ella avergonzada de su familia y hubiese hecho a su padre un reproche sobre algo que hasta aquel momento nos era aún desconocido. La paciente no recordaba nada de ello, y además dijo que mi suposición le parecía improbable. Mas luego continuó la conversación, haciendo varias observaciones sobre su familia, y al decir: «Lo que hay que concederles es que no son personas vulgares. Todos ellos tienen inteligencia (*Geist*)», se equivocó y dijo: «Todos ellos tienen avaricia (*Geiz*)». Éste era el reproche que por represión había ella expulsado de su memoria. Es un fenómeno muy frecuente el de que en la equivocación se abra paso precisamente aquella idea que se quiere retener (compárese con el caso de Meringer: *Vorschein* = *Vorschwein*). La diferencia entre ambos está tan sólo en que en el caso de Meringer el sujeto quiere inhibir una cosa de la que posee perfecta conciencia, mientras que mi paciente no sabía lo que inhibía, ni siquiera si inhibía alguna cosa.

8) El siguiente ejemplo de equivocación se refiere también, como el de Meringer, a un caso de inhibición intencionada. Durante una excursión por las Dolomitas encontré a dos señoras que vestían trajes de turismo. Fui acompañándolas un trozo de camino y conversamos de los placeres y molestias de las excursiones a pie. Una de las señoras concedió que este deporte tenía su lado incómodo. «Es cierto —dijo— que no resulta nada agradable sentir sobre el cuerpo, después de haber estado andando el día entero, la blusa y la camisa empapadas en sudor». En medio de esta frase tuvo una pequeña vacilación que venció en el acto. Luego continuó, y quiso decir: «Pero cuando se llega a *casa* (*nach Hause*) y puede uno cambiarse de ropa...»; mas en vez de la palabra *Hause* (casa) se equivocó y pronunció la palabra *Hose* (calzones).

Opino que no hace falta examen ninguno para explicar esta equivocación. La señora había tenido claramente el propósito de hacer una más completa enumeración de las prendas interiores, diciendo: «Blusa, camisa y calzones», y

por razones de conveniencia social había retenido el último nombre. Pero en la frase de contenido independiente que a continuación pronunció se abrió paso, contra su voluntad, la palabra inhibida (*Hose*), surgiendo en forma de desfiguración de la palabra *Hause* (casa). [Ejemplo agregado en 1917.]

9) «Si quiere usted comprar algún tapiz, vaya a casa de Kaufmann (apellido alemán que significa, además, *comerciante*), en Matthäusgasse», me dijo un día una señora. Yo repetí: «A Matthäuss..., digo, de *Kaufmann*». Esta equivocación de repetir un nombre en lugar de otro parecía ser simplemente motivada por una distracción mía. En efecto, las palabras de la señora me habían distraído, pues habían dirigido la atención hacia cosas más importantes que los tapices de que me hablaba. En Matthäusgasse se halla la casa donde mi mujer vivía de soltera. La entrada de esta casa daba a otra calle, y en aquel momento me di cuenta de que había olvidado el nombre de esta última, siéndome preciso dar un rodeo mental para llegar a recordarlo. El nombre Matthäuss, que fijó mi atención, era, pues, un nombre sustitutivo del olvidado nombre de la calle, siendo más apto para ella que el nombre de *Kaufmann*, por ser exclusivamente un nombre propio, cosa que no sucede a este último, y llevar la calle olvidada también un nombre propio: *Radetzky*.

10) El caso siguiente podría incluirse, asimismo, entre los «errores», de los que trataré más adelante, pero lo expongo ahora por aparecer en él con especial claridad la relación de sonidos que motiva la equivocación.

Una paciente me relató un sueño que había tenido y que era el siguiente: Un niño había decidido matarse dejándose morder por una serpiente, y, en efecto, llevaba a cabo su propósito. La paciente lo vio en su sueño retorcerse convulsionado bajo los efectos del veneno, etc. Hice que buscara el enlace que su sueño pudiera tener con sus impresiones de la vigilia, y en el acto recordó que la tarde anterior había asistido a una conferencia de vulgarización sobre el modo de prestar los primeros auxilios a las personas mordidas por reptiles venenosos. En ella oyó que cuando han sido mordidos al mismo tiempo un adulto y un niño se debe atender primero a este último. Recordaba también las prescripciones aconsejadas para el tratamiento de estos casos por el conferenciante, el cual había insistido sobre la importancia de saber, ante todo, por qué clase de serpiente había sido atacado el herido. Al llegar aquí interrumpí a mi paciente y le pregunté: «¿Y no dijo el conferenciante que en nuestro país hay muy pocas serpientes venenosas ni tampoco cuáles de las que de esta clase hay son las más temibles?» «Sí —respondió—; habló de la *serpiente de cascabel*

(*Klapperschlange*)». Mi risa le hizo darse cuenta de que había dicho algo equivocado, pero no rectificó el nombre de la serpiente, sustituyéndolo por otro, sino que se limitó a retirarlo, diciendo: «Es verdad; la serpiente de cascabel no existe en nuestro país, y de lo que el conferenciante habló fue de las víboras. No sé cómo he podido referirme a ese reptil». Yo supuse que la aparición de la serpiente de cascabel en la respuesta de mi paciente había obedecido a la intervención de los pensamientos que se hallaban ocultos detrás de su sueño. El suicidio por mordedura de una serpiente no puede apenas ser otra cosa que una alusión a la bella Cleopatra (*Kleopatra*). La amplia analogía de los sonidos de ambas palabras, la común posesión de las letras *Kl... p... r...* en igual orden de sucesión y la acentuación en ambas de la letra *a* deben tenerse muy en cuenta. La favorable relación existente entre los nombres *serpiente de cascabel* (*Klapperschlange*) y *Cleopatra* (*Kleopatra*) motivó en la paciente una momentánea inhibición del juicio, a consecuencia de la cual, y a pesar de saber tan bien como yo que la serpiente de cascabel no pertenecía a la fauna de nuestro país, no halló nada extraña su afirmación de que el conferenciante había expuesto a un público vienés el tratamiento de las mordeduras de dicho reptil. No queremos, en cambio, reprocharle que admitiese con igual ligereza su existencia en Egipto, pues estamos acostumbrados a confundir en un solo montón todo lo exótico, y yo mismo tuve que pararme a meditar un momento, antes de sentar la afirmación de que la serpiente de cascabel pertenece únicamente a la fauna del Nuevo Mundo.

En la continuación del análisis fueron apareciendo diversas confirmaciones de mi hipótesis. La paciente había fijado por vez primera su atención, la tarde anterior al sueño relatado, en el grupo escultórico de Strasser, que representaba a Antonio y Cleopatra, situado en las proximidades de su casa. Éste había sido, pues, el segundo motivo del sueño (el primero fue la conferencia sobre las mordeduras de las serpientes). En la continuación del mismo se vio meciendo a un niño en sus brazos, escena a la cual asoció después la figura de la *Margarita* goethiana. Posteriores ideas espontáneas que surgieron en el análisis fueron reminiscencias referentes a *Arria* y *Mesalina*. La aparición de tantos nombres de obras teatrales en los pensamientos del sueño hace sospechar que en la sujeto existió en años anteriores una viva afición, secretamente mantenida, a la profesión de actriz. El principio del sueño. «Un niño había decidido suicidarse dejándose morder por una serpiente», puede traducirse en estas palabras: «La sujeto se había propuesto en su infancia llegar a ser una actriz famosa». Del

nombre *Mesalina* parte, por fin, el camino mental que conduce al contenido esencial de este sueño. Determinados sucesos recientes habían despertado en mi paciente la preocupación de que su único hermano llegase a contraer un matrimonio desigual, una *mésalliance*, con una mujer de raza distinta, una *no aria*.

11) He aquí un ejemplo^[575] por completo inocente, o que lo creemos así, por no haber sido aclarados totalmente sus motivos. En él se transparenta con gran claridad el mecanismo interior.

Un alemán que viajaba por Italia tuvo necesidad de comprar una correa para sujetar su baúl, que se le había estropeado. En el diccionario encontró la palabra italiana *coreggia*, como correspondiente a la alemana *Riemen* (*correa*). «No me será difícil recordar esta palabra —se dijo—. Bastará con que piense en el nombre del pintor *Correggio*». Después de esto se dirigió a una tienda y pidió una *ribera*. [Ribera, el pintor español del siglo diecisiete.]

Se ve, pues, que el sujeto no había conseguido sustituir en su memoria la palabra alemana por la italiana equivalente, pero que su esfuerzo no había sido totalmente vano. Sabía que tenía que apoyarse en el nombre de un pintor, y obrando de este modo tropezó no con aquél cuyo sonido semejaba a la palabra italiana, sino con otro de sonido aproximado a la palabra alemana *Riemen* (*correa*). Este ejemplo podría colocarse entre los olvidos de nombres lo mismo que aquí, entre las equivocaciones.

Cuando me dedicaba a coleccionar casos de equivocaciones orales para la primera edición de este libro efectuaba yo sólo esta tarea, y para reunir material suficiente sometía al análisis todos los casos que me era dado observar, aun aquellos de escasa importancia. Mas de entonces acá se han dedicado varias otras personas a la entretenida labor de coleccionar y analizar equivocaciones, permitiéndome hacer una selección de casos y ejemplos, extrayendo los más significativos del rico material acumulado.

12)^[576] Un joven dijo a su hermana: «He roto toda relación con D... Ahora ya ni siquiera la saludo». La hermana quiso responderle: «Haces bien. Es una *familia poco recomendable* (*Sippschaft*)»; pero cambió la letra inicial de la palabra *Sippschaft*, y dijo *Lippschaft*. En esta equivocación acumuló dos cosas: que su hermano comenzó tiempo atrás un galanteo con una hija de dicha familia, y que de esta muchacha se dice que poco tiempo antes se había comprometido gravemente entregándose a un amor (*Liebschaft*) prohibido.

13)^[577] Un joven abordó a una muchacha en la calle con las palabras: «Si usted me lo permite, señorita, desearía *acompañarla (begleiten)*»: pero en vez de este verbo *begleiten (acompañar)*, formó un nuevo (*begleitdigen*), compuesto del primero y *beleidigen (ofender)*. Se ve claramente que pensaba en el placer de *acompañarla*, pero que temía *ofenderla* con la proposición. El que estos dos sentimientos encontrados llegasen a ser expresados en una palabra —en la equivocación— indica que las verdaderas intenciones del joven no eran precisamente las más puras, ya que a él mismo le parecían poder ofender a la señorita. Pero su inconsciente le jugó una mala pasada, delatando sus verdaderos propósitos, con lo cual obtuvo, como es natural, la respuesta obligada en estos casos: «¡Qué se ha figurado usted de mí! ¡Cómo puede *ofenderme* de ese modo!» (Comunicado por O. Rank.)

Varios de los ejemplos que van a continuación están tomados por mí de un artículo de W. Stekel, titulado «Confesiones inconscientes», publicado en el *Berliner Tageblatt* de 4 de enero de 1904. [Incluidos en 1907 los ejemplos 14 al 20.]

14) «El caso que sigue me reveló una parte, para mí poco grata, de mis pensamientos inconscientes. Antes de exponerlo quiero hacer constar que en mi profesión de médico no pienso nunca, como es justo, en las ganancias que mis pacientes puedan proporcionarme, sino tan sólo en su propio interés; sin embargo, una vez me sucedió lo siguiente: Me hallaba en casa de un enfermo, convaleciente ya de una grave dolencia. Durante el período de máxima gravedad, ambos, médico y enfermo, habíamos pasado días y noches muy penosos. Iniciada la convalecencia, me sentía muy contento de verle en vías de franca curación y le hablé de los placeres de una estancia en Abazia, que había de reponerle por completo, “si, como yo esperaba, *no* le era posible abandonar pronto el lecho”. Seguramente, este *no* había surgido de un motivo egoísta de mi inconsciente: el de poder continuar visitando un cliente adinerado, deseo completamente extraño a mi conciencia y que si hubiera apuntado en ella hubiera yo rechazado con indignación».

15) Otro ejemplo de W. Stekel: «Mi mujer tomó una institutriz francesa para por las tardes. Después de ponerse de acuerdo con nosotros sobre las condiciones reclamó sus certificados, que nos había entregado, y justificó su petición diciendo: *Je cherche encore pour les après-midis, pardon, pour les avant-midis*. Claramente se veía la intención de buscar otra casa en la que quizá

fuese admitida en mejores condiciones, intención que llevó a cabo».

16) A petición de su marido, tuve un día que reprender enérgicamente a una señora, hallándose aquél escuchando detrás de una puerta para observar el efecto producido por la reprimenda. Ésta causó, realmente, una gran impresión en la señora. Al despedirme de ella lo hice con las palabras: «Beso a usted la mano, caballero», con lo cual si la interesada hubiera sido persona experimentada en estas cuestiones hubiese podido descubrir que mi despedida se dirigía en realidad a aquél por encargo del cual la había yo sermoneado.

17) El doctor Stekel nos refiere de sí mismo que, teniendo una vez en tratamiento a dos pacientes procedentes de Trieste, confundía siempre entre sí sus respectivos nombres, y al saludarlos decía: «Buenos días, señor Peloni», al que se llamaba Askoli, y «Buenos días, señor Askoli», a Peloni. Al principio se inclinó a no atribuir ninguna profunda motivación a este cambio y a explicarlo sencillamente por las varias coincidencias existentes entre ambos sujetos, pero más tarde le fue fácil convencerse de que tan continuada equivocación obedecía al vanidoso deseo de hacer saber de aquel modo a sus dos clientes italianos que no era ninguno de ellos el único habitante de Trieste que había hecho el viaje hasta Viena para acudir a su consulta.

18) El mismo doctor Stekel cuenta que en una tormentosa junta general, queriendo decir: «Pasamos (*wir schreiten*) ahora al punto cuarto de la orden del día», dijo: «Pealemos (*wir streiten*)», etc.

19) Un profesor, en un discurso de toma de posesión de una cátedra, dijo: «No estoy inclinado (*ich bin nicht geneigt*) a hacer el elogio de mi estimado predecesor», queriendo decir: «No soy el llamado (*ich bin nicht geeignet*)».

20) El doctor Stekel dijo a una señora a la que suponía atacada de la enfermedad de Basedow: «Le lleva usted un *bocio* (*Kropf*)... a su hermana», queriendo decir: «Le lleva usted una *cabeza* (*Kopf*) de alto».

21)^[578] Stekel informa: «Alguien quiso describir las relaciones de dos amigos destacando el hecho que uno de ellos era judío. Diciendo: ‘vivían juntos como Castor y Pollak’ (en vez de Pollux, los dos mellizos divinos en la mitología griega). Esto por cierto no fue dicho con intención chistosa, mi interlocutor no se dio cuenta de su error hasta que yo se lo hice ver».

22) A veces la equivocación descubre algo característico del que la sufre. Una casada joven, que ordenaba y mandaba en su casa como jefe supremo, me relataba un día que su marido había ido a consultar al médico sobre el régimen

alimenticio más conveniente para su salud, opinando el doctor que no necesitaba seguir ningún régimen especial. «Así, pues —continuó la mujer—, puede comer y beber lo que yo quiera».

Los dos ejemplos siguientes, publicados por Th. Reik en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, III, 1915, proceden de situaciones en las que se producen con gran facilidad las equivocaciones, pues en ellas se inhibe mucho más de lo que se expresa.

23)^[579] Un caballero hablaba con una joven señora, cuyo marido había fallecido poco tiempo antes. Después de darle el pésame, añadió: «Encontrará usted un consuelo dedicándose (*widmen*) ahora por completo a sus hijos». Pero, abrigando un pensamiento reprimido referente a otro distinto consuelo existente para su interlocutora, esto es, que, siendo una joven y bella *viuda* (*Witwe*), no tardaría en gozar de nuevas alegrías sexuales, confundió los sonidos de las palabras *widmen* (dedicar) y *Witwe* (viuda) y dijo *widwen* en su frase de consuelo.

24) El mismo señor, conversando una noche en una reunión con la misma joven viuda sobre los grandes preparativos que a la sazón se hacían en Berlín para la celebración de las fiestas de Pascua, preguntó a su interlocutora: «¿Ha visto usted hoy el escaparate de Wertheim? Está muy bien *descotado*». No habiendo podido expresar en voz alta su admiración ante el *descote* de la bella señora, su pensamiento retenido se había abierto paso aprovechando la semejanza de las palabras *descotado* y *decorado* y transformando la decoración del escaparate de una tienda en un descote. La palabra *escaparate* fue también empleada en la frase con un inconsciente doble sentido.

Igual motivo se descubre en una observación de Hans Sachs, minuciosamente explicada y analizada por él mismo.

25) Una señora me hablaba de un conocido de ambos, y dijo que la última vez que le había visto había observado que iba, como siempre, elegantísimamente vestido y llevaba unos preciosísimos *zapatos* (*Halbschuhe*) negros. Yo le pregunté que dónde le había encontrado, y ella respondió: «Llamó a la puerta de mi casa y le vi por las rendijas de la mirilla, pero ni le abrí ni di señales de vida, pues no quería que se enterase de mi regreso a la ciudad». Al oír esto pensé que me ocultaba, probablemente, que no le había abierto porque no estaba sola en la casa y, además, porque su *toilette* no era en aquellos momentos la más apropiada para recibir visitas. Con estos pensamientos, le pregunté algo

irónicamente: «¿De manera que a través de la mirilla le fue a usted posible admirar las *zapatillas* (*Hausschuhe*), digo, los *zapatos* (*Halbschuhe*) de nuestro amigo?» En la palabra *zapatillas* (*Hausschuhe*) había surgido el inhibido pensamiento de que la señora se hallaba en *traje de casa* (*Hauskleid*). Por otro lado, la partícula *Halb* (medio) de *Halbschuhe* (zapatos) poseía una tendencia a desaparecer, por constituir el elemento principal la frase que, de no haber sido reprimida, hubiera expresado mi pensamiento, o sea: «No me dice usted más que *media* verdad, pues me oculta que en aquel momento se hallaba usted a *medio vestir*». Mi equivocación fue también facilitada por el hecho de haber estado hablando inmediatamente antes de la vida matrimonial del amigo de referencia y de su «felicidad doméstica», lo cual contribuyó a determinar el desplazamiento sobre su persona. Por último, debo confesar que quizá interviniera también mi envidia en el hecho de hacer andar en zapatillas por la calle al elegante caballero, pues yo había comprado hacía poco unos zapatos negros, que no podían, bajo ningún concepto, ser calificados de «preciosísimos».

Tiempos de guerra como los actuales hacen surgir una gran cantidad de equivocaciones fácilmente explicables y comprensibles:

26) «¿En qué arma sirve su hijo?», preguntaron a una señora. «En los *asesinos* del 42», respondió. (*Mörtern* = morteros; *Mürdem* = asesinos.)

27)^[580] El teniente Elenrik Haiman escribe desde el campo de batalla^[581]: «Estando leyendo un libro de apasionante interés tuve que abandonar la lectura para sustituir por un momento al encargado del teléfono de campaña. Al efectuar la prueba de la línea telefónica de una batería contesté diciendo: “Línea en orden. Silencio”, en lugar de las palabras reglamentarias: “Línea en orden. Final.” Mi equivocación se explica por el enfado que me produjo el verme arrancado de la lectura».

28)^[582] Un sargento recomendó a sus hombres que dieran con precisión sus señas a sus casas respectivas para que no se extraviaran los *paquetes* (*Gepäckstücke*) que de ellas les mandaran; pero pensando en deseadas vituallas mezcló con la palabra *paquetes* (*Gepäckstücke*) la palabra *tocino* (*Speck*), mezcla que produjo *Gespeckstücke*, que fue la palabra que pronunció en su recomendación a los soldados.

29)^[583] El ejemplo que a continuación va, ejemplo de extraordinaria belleza y muy importante por su triste significado, me ha sido comunicado por el doctor L. Czeszer, que observó el caso en su estancia, durante la guerra, en la neutral

Suiza y lo ha analizado sin dejar vacío alguno. Doy aquí su comunicación casi completa, sin más modificación que algunos cortes que no afectan a nada esencial:

«Me voy a permitir comunicarle un caso de ‘equivocación oral’ sufrida por el profesor M. N. en la ciudad de O., durante una de las conferencias que compusieron su curso de verano sobre la psicología de los sentimientos. Debo anticiparle que estas conferencias se celebraban en un aula de la Universidad, ante un público compuesto en su mayoría de estudiantes de la Suiza francesa, partidarios decididos de la Entente y en el que abundaban también los prisioneros de guerra franceses internados en Suiza. En la ciudad de O. se emplea ahora siempre, como en Francia, la palabra *boche* para designar a los alemanes. Claro es que en los actos públicos, conferencias, etc., los altos empleados, los profesores y demás personas responsables se esfuerzan en evitar, por razón de la neutralidad de su país, el pronunciar la ominosa palabra.

»El profesor N. trataba a la sazón de la significación práctica de los afectos, y en una de sus conferencias pensaba citar un ejemplo de intencionada explotación de un afecto, encaminada a convertir en un placer la ejecución de un trabajo muscular interesante por sí mismo y hacerlo con ello más intenso. A este efecto, relató en francés, naturalmente, una historia, reproducida en un periódico pangermanista por los de la localidad y en la que se relataba cómo un maestro de escuela alemán, que hacía trabajar a sus alumnos en un jardín, les invitó, para hacer más intenso su trabajo, a representarse que en cada terrón que machacasen en su labor deshacían el cráneo de un francés. Naturalmente, el profesor N., cada vez que en su relato tropezaba con la palabra ‘alemán’, decía con toda corrección *allemand* y no *boche*. Pero al llegar al final de la historia reprodujo las palabras del maestro en la siguiente forma: *Imaginez vous qu’en chaque moche vous écrasez le crâne d’un français!* Así, pues, en vez de *motte* dijo *moche*.

»¿No se ve aquí perfectamente cómo el correcto hombre de ciencias toma desde el principio de su narración todas las precauciones para resistir el impulso de la costumbre o quizá de una tentación y no dejar escapar desde la altura de una cátedra universitaria una palabra de uso expresamente prohibido por decreto de la Confederación? Mas en el preciso momento en que ha pronunciado por última vez con toda felicidad y corrección las palabras *instituteur allemand* y avanza con un interior suspiro de alivio hacia el ya inmediato final de su historia, el vocablo temido y tan trabajosamente evitado se engancha en su similitud *motte* y la desgracia sucede irreparablemente. El temor de cometer una falta de

tacto político y quizá un reprimido capricho o deseo de usar, a pesar de todo, la palabra habitual y esperada por su auditorio, así como el enfado del republicano y democrático profesor ante toda coacción ejercida contra la libre expresión de sus opiniones, se interpusieron ante su intención principal de relatar correctamente el ejemplo. El orador conoce esta tendencia interferencial y no puede admitir que no haya pensado en ella momentos antes de sufrir su equivocación.

»Ésta no fue advertida por el profesor N. o, por lo menos, no fue corregida por él, cosa que en la mayoría de los casos se suele hacer automáticamente. En cambio, el auditorio, compuesto en su mayor parte de franceses, acogió con verdadera satisfacción el *lapsus*, el cual hizo el efecto de un chiste intencionado. Por mi parte, seguí este suceso, inocente en apariencia, con apasionado interés, pues aunque por razones fácilmente comprensibles tenía que renunciar a hacer al profesor N. las preguntas que el método psicoanalítico prescribe para aclarar la equivocación, ésta constituía para mí una prueba palpable de la verdad de la teoría freudiana de la determinación de los actos fallidos (*Fehlhandlungen*) y de las profundas analogías y conexiones entre la equivocación y el chiste».

30) Bajo las melancólicas impresiones de la época de guerra, surgió también el siguiente caso de equivocación, que nos comunica un oficial austríaco (Teniente T.) al regresar de su cautiverio en Italia:

«Durante algunos de los meses que estuve prisionero en Italia nos hallábamos alojados doscientos oficiales en una estrecha *villa*. En este tiempo murió de la gripe uno de nuestros compañeros. La impresión que este suceso nos produjo fue, como es natural, muy profunda, por las condiciones en que estábamos, dado que la falta de asistencia médica y el desamparo en que se nos tenía hacían más que probable el desarrollo de la epidemia. El cadáver de nuestro compañero había sido colocado, en espera de recibir sepultura, en los sótanos de la casa. Por la noche, dando un paseo alrededor de nuestra *villa* con un amigo mío, coincidimos ambos en el deseo de ver el cadáver. Siendo yo el que primero entró en el sótano, me hallé ante un espectáculo que me sobrecogió, pues no esperaba encontrar el ataúd tan inmediato a la entrada ni ver de repente, tan cercano a mí, el rostro del difunto, cuya inmovilidad parecía alterada por los cambiantes reflejos que las llamas de los cirios arrojaban sobre él al ser movidas por el aire. Todavía bajo la impresión de aquel cuadro, continuamos nuestro paseo. Al llegar a un sitio desde el cual se ofrecía a nuestros ojos el parque entero nadando en la luz de la luna, la pradera surcada por los blancos rayos y al

fondo un ligero manto de niebla, comuniqué a mi compañero mi impresión de ver danzar un círculo de duendes bajo la línea de pinos que cerraba el horizonte.

»A la tarde siguiente enterramos a nuestro camarada. El camino desde nuestra prisión hasta el cementerio de una localidad vecina fue para nosotros amargo y humillante. Una multitud de muchachos, mujeres y ancianos del pueblo, aprovechó la ocasión para desahogar ruidosamente sus sentimientos de curiosidad y de odio hacia sus enemigos prisioneros. La sensación de no poder permanecer libre de insultos ni aun en nuestra inerte situación y el asco ante aquella grosería me dominaron hasta la noche, llenándome de amargura. A la misma hora de la noche anterior, y acompañado por el mismo camarada, comencé a pasear por el enarenado camino que daba vuelta a nuestro alojamiento. Al pasar frente a la puerta del sótano donde estuvo depositado el cadáver acudió a mi memoria el recuerdo de la impresión que a su vista hubo de sobrecogerme. Cuando llegamos al lugar desde el cual se descubría el parque entero, nuevamente iluminado por la luna, me detuve y dije a mi acompañante: ‘Podíamos sentarnos aquí en la *tumba (Grab)* —digo, en la *hierba (Gras)*— y *enterrar (sinken)* —por *entonar (singen)*— una serenata’. Al sufrir la segunda equivocación se fijó mi atención en lo ocurrido, pues la primera la había rectificado sin haberme dado cuenta de su significación. Mas entonces medité sobre ambas y las uní del siguiente modo: ‘enterrar-en la tumba’. Rápidamente se me presentaron las siguientes imágenes; los duendes bailando y flotando en el resplandor lunar, el compañero amortajado, la impresión que me causó su vista y determinadas escenas del entierro. Al mismo tiempo recordé la sensación de repugnancia sentida durante el perturbado duelo, así como ciertas conversaciones sobre la epidemia y los temores expresados por varios oficiales. Más tarde recordé también que aquel día era el aniversario de la muerte de mi padre, cosa que me extrañó, dada mi pésima memoria sobre las fechas.

»Sucesivas meditaciones me hicieron darme cuenta de las coincidencias que presentaban las condiciones exteriores de ambas noches: igual luz de luna, igual hora, igual lugar y la misma persona a mi lado. Recordé el disgusto que había experimentado al conocer el peligro de un desarrollo de la epidemia gripal y, al mismo tiempo también, mi decisión interior de no dejarme dominar por el temor. Entonces me di cuenta del significado de la equivocación: ‘Podríamos *enterrar* (nos) en la *tumba*’ y llegué al convencimiento de que la primera rectificación del error *tumba-hierba*, verificada por mí sin darme cuenta de su sentido, había tenido como consecuencia el segundo error de *enterrar* por *entonar*, encaminado

a asegurar al complejo reprimido una efectividad final.

»Añadiré que en aquella época padecía yo de sueños aterradores, en los cuales vi repetidas veces a una muy próxima pariente mía enferma en su lecho, y una vez, muerta. Inmediatamente antes de ser hecho prisionero había recibido la noticia de que en la región en que dicha persona se hallaba había estallado con gran fuerza la epidemia gripal, y le había expresado mis temores. Desde entonces cesé de saber de ella. Meses después recibí la noticia de que dos semanas antes del suceso anteriormente descrito había sido víctima de la epidemia».

31) El siguiente ejemplo de equivocación oral arroja vivísima luz sobre uno de los dolorosos conflictos que se presentan a los médicos. Un individuo, presuntamente atacado de una mortal dolencia, cuyo diagnóstico no se había fijado todavía con absoluta seguridad, acudió a Viena para tratar de resolver allí su problema, y pidió a un antiguo amigo suyo, médico muy conocido, que se encargase de asistirle, cosa que éste aceptó, no sin alguna resistencia. El enfermo debía ingresar en una casa de salud, y el médico propuso a este fin el Sanatorio Hera. «Pero ese sanatorio no es más que para una especialidad (para partos)», repuso el enfermo. «Nada de eso —replicó vivamente el médico—; en el Sanatorio Hera puede *matarse (umbringen)* —digo, *alojarse (unterbringen)*— a cualquier paciente». Al darse cuenta de lo que había dicho, luchó el médico violentamente contra la significación de su *lapsus*. «Supongo dijo que no creerás que tengo impulsos hostiles contra ti». Pero un cuarto de hora después confesó a la enfermera que había tomado a su cargo el cuidado del paciente y que le acompañaba hasta la puerta del establecimiento: «No he encontrado nada, y no creo aún que tenga esa enfermedad. Pero si la tuviera, le daría una buena dosis de morfina y todo habría terminado». Resulta que su amigo le había puesto la condición de que acortara sus sufrimientos con un medicamento cualquiera en cuanto se viera que su enfermedad era irremediable. Así, pues, el médico había realmente aceptado la misión de matar (*umbringen*) a su amigo.

32) No quisiera prescindir del siguiente caso, altamente instructivo, a pesar de haber sucedido hace ya unos veinte años^[584].

Hablando una señora en una reunión de un tema que, por el apasionamiento de sus palabras, se advertía que despertaba en ella intensas emociones secretas, dijo lo siguiente: «Sí; una mujer necesita ser bella para gustar a los hombres. El hombre tiene menos dificultad para gustar a las mujeres. Basta con que tenga sus

cinco miembros bien derechos». Este ejemplo nos permite penetrar en el íntimo mecanismo de un *lapsus* oral, producido por *condensación* o *contaminación*. Podemos admitir que nos hallamos ante la fusión de dos frases de análogo sentido:

«Basta con que tenga sus cuatro miembros bien derechos».

«Basta con que tenga sus cinco sentidos bien cabales».

O también que el elemento *derechos* (*gerade*) fuera común a dos intenciones de expresión que hubieran sido las siguientes:

«Basta con que tenga sus miembros bien derechos (*gerade*)».

«Por lo demás, podrá dejar que todos los cinco sean *pares* (*gerade*^[585])».

Puede, por tanto, admitirse que *ambas* formas de expresión, la de los cinco sentidos y la de «dejar que todos los cinco sean pares», han cooperado a introducir primero un número y después el misterioso cinco en lugar del sencillo cuatro en la frase de «los miembros bien derechos». Esta fusión no se hubiera verificado seguramente si la frase resultante de la equivocación no hubiera tenido un sentido propio; el de una cínica verdad, que no podía ser descaradamente reconocida por una señora. Por último, no queremos dejar de hacer observar que las palabras de la sujeto, según su sentido literal, podían ser igualmente un excelente chiste que una divertida equivocación. Esto depende tan sólo de que fueran o no pronunciadas intencionadamente. La conducta de la sujeto hacía imposible en este caso la intención y, por tanto, el chiste.

La afinidad entre una equivocación oral y un chiste puede llegar a ser tan grande, que la persona misma que la sufre ría de ella como si de un chiste se tratase. Éste es el caso que se presenta en el siguiente ejemplo, comunicado por O. Rank (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913):

33) Un joven recién casado, cuya mujer, deseosa de no perder su aspecto juvenil, se resistía a concederle con demasiada frecuencia el comercio sexual, me contó la siguiente historia, que había divertido extraordinariamente al matrimonio: «Después de una noche en la que él había quebrantado de nuevo la abstinencia deseada por su mujer, se puso por la mañana a afeitarse en la alcoba común y, como ya lo había hecho otras veces por razones de comodidad, usó para empolvase la cara una borla de polvos que su mujer tenía encima de la

mesa de noche. La esposa, muy cuidadosa de su cutis, le había dicho varias veces que no usara dicha borla, y, enfadada por la nueva desobediencia, exclamó desde el lecho, en que aún se hallaba reposando: “¡Ya estás otra vez *echándome* polvos con tu borla!” La risa de su marido le hizo darse cuenta de su equivocación. Había querido decir: “¡Ya estás otra vez *echándote* polvos con mi borla!”, y sus carcajadas acompañaron a las del marido». («Empolvar o echar polvos» es una expresión conocida por todo vienés como equivalente a «realizar el coito», y la borla constituye indudablemente en este caso un símbolo fálico.)

34)^[586] También en el ejemplo siguiente, proporcionado por Storfer, pudiera ser creído que se intentaba hacer un chiste: «La Sra. B., que sufría una afección de indudable origen psicogénico, se le había recomendado consultar a un psicoanalista, el Dr. X. Ella se resistía persistentemente, alegando que un tratamiento así no podría nunca ser de algún valor, va que el médico equivocadamente señalaría todo lo anterior a cosas sexuales. Llegó finalmente el día en el que estando pronta a seguir el consejo preguntó: *Nun gut, wann ordinärt also dieser Dr. X?* (¿Está bien, cuando este Dr. X, tiene sus horas *de* consulta?), era lo que quería en verdad preguntar; pero en vez de *ordiniert* preguntó por las «ordinarias o vulgares»).

35)^[587] El parentesco entre el chiste y la equivocación oral se manifiesta también en el hecho de que la equivocación no es a veces más que una contracción. Al terminar los estudios secundarios una muchacha siguiendo la moda de la época se decidió estudiar Medicina. Después de un tiempo decidió cambiarse de Medicina a Química. Años más tarde describió este cambio en los siguientes términos: «No estaba del todo asqueada con las disecciones, pero una vez que tuve que extraer una uña del dedo de un cadáver, perdí totalmente mi agrado por la *química*».

36) Añadiré otro caso^[588], cuya interpretación requiere escasa ciencia:

Un profesor de Anatomía se ocupaba en cátedra de la explicación de la cavidad

nasal, que, como es sabido, es uno de los temas más difíciles de la Esplacnología. Habiendo preguntado a su auditorio si había comprendido sus explicaciones, recibió una general respuesta afirmativa, a la que el profesor, del cual se sabía que tenía un alto concepto de sí mismo, repuso: «No me es fácil creer que me hayan entendido todos, pues las personas que conocen estas cuestiones, referentes a la cavidad nasal, pueden, aun en una ciudad de más de

un millón de habitantes, como Viena, contarse con *un dedo*, perdón, *con los dedos de una mano*».

37) El mismo catedrático dijo otra vez: «Por lo que respecta a los órganos genitales femeninos, no se ha podido, a pesar de muchas *tentaciones* (*Versuchungen*), perdón, *tentativas* (*Versuche*)...»

38)^[589] Al doctor Alfred Robitsek, de Viena, debo el relato de dos casos de equivocación oral, observados y publicados por un antiguo escritor francés, y que transcribiré aquí sin traducirlos:

Brantôme (1527-1614). —Vie des dames galantes. Discours second: «Si ay-je cognue une très belle et honnesle dame de par le monde, qui, devisant avec un honneste gentilhomme de la cour des affaires de la guerre durant ces civiles, elle luy dit: ‘J’ay ouy dire que le roi à faict rompre tous les c... de ces pays là’. Elle vouloit dire les ponts. Pensez que, venant de coucher d’avec son mary, ou songeant à son amant, elle avoit encor se nom frais en la bouche; et le gentilhomme s’eschauffa en amour... d’elle pour ce mot».

«Une autre dame que j’ai congneue, entretante une autre grand dame plus quelle, et luy louant et exaltant ses beautez, elle luy dit après: ‘Non, madame, ce que je vous en dis, ce n’est pas pour vous adultérer; voulant dire adula ter, comme elle le rhabilla ainsi: pensez qu’elle songeoit à adultérer’».

39)^[590] Hay por supuesto ejemplos más modernos tales como aquellos términos de doble sentido, uno de ellos sexual (*doubles entendres*) que originan equivocaciones orales. La Sra. F. describía su primera hora de un curso de idiomas: «Es muy interesante, el profesor es un apuesto joven inglés. Ya en la primera hora me dio a comprender *durch die Bluse* ('a través de la camisa'); quiero decir, *durch die Blume* ('a través de las flores') que él quisiera tomarme bajo su tutela personal». (Citado por Storfer.)

En el método psicoterápico que empleo para la solución y remoción de los síntomas neuróticos se encuentra uno con frecuencia ante la labor de descubrir, extrayéndolo de discursos y ocurrencias, en apariencia casuales, de los pacientes, un contenido psíquico que, aunque se esfuerza en ocultarse, no puede dejar de traicionarse a sí mismo, revelándose involuntariamente de muchas maneras diferentes. En estos casos, las equivocaciones suelen prestar los más valiosos servicios, cosa que podríamos demostrar por medio de convincentes y singulares ejemplos. En determinadas ocasiones, los pacientes confunden a los miembros de su familia y, queriendo referirse a una tía suya, dicen «mi madre», o designan

a su marido como su «hermano». De este modo me descubren que «identifican» a estas personas una con otra; esto es, que las han colocado en una única categoría sentimental. He aquí otro caso: un joven de veinte años se presentó a mí en mi consulta con las palabras: «Soy el *padre* de N. N., a quien usted ha asistido. Perdón, quería decir el *hermano*. Él es cuatro años mayor que yo». Esta equivocación me dio a entender que el joven había querido decir que tanto él como su hermano estaban enfermos por la culpa de su padre y que acudía a mí, como su hermano, con el deseo de curarse; pero que en realidad era el padre el que más necesitaba ser sometido a un tratamiento. Otras veces es suficiente una disposición poco usual de las palabras o una expresión forzada para descubrir la participación de un pensamiento reprimido en el discurso del paciente, diferentemente motivado.

Tanto en aquellas perturbaciones del discurso que presentan una burda trama como en aquellas otras más sutiles, pero que pueden también sumarse a las «equivocaciones orales», encuentro que no es la influencia del contacto de los sonidos, sino la de los pensamientos exteriores a la oración que se tiene propósito de pronunciar, lo que determina el origen de la equivocación oral y basta para explicar las faltas orales cometidas. Las leyes según las cuales actúan los sonidos entre sí, transformándose unos a otros, me parecen ciertas; pero no, en cambio, lo suficientemente eficaces para perturbar por sí solas la correcta emisión del discurso. En los casos que he estudiado e investigado más detenidamente no representan estas leyes más que un mecanismo preexistente, del cual se sirve un motivo psíquico más remoto que no forma parte de la esfera de influencia de tales relaciones de sonidos. *En un gran número de sustituciones, aparecidas en equivocaciones orales, no se siguen para nada tales leyes fonéticas.* En este punto me hallo de completo acuerdo con Wundt, que afirma igualmente que las condiciones de la equivocación oral son muy complejas y van más allá de los efectos de contacto de los sonidos.

Dando por seguras estas «remotas influencias psíquicas», según la expresión de Wundt, no veo tampoco inconveniente alguno en admitir que en el discurso emitido rápidamente, y con la atención desviada de él hasta cierto punto, pueden quedar limitadas las causas de la equivocación a las leyes expuestas por Meringer y Mayer. Pero lo más probable es que muchos de los ejemplos coleccionados por estos autores posean más complicada solución.

Tomad, por ejemplo, algunos de los ya mencionados: *Es war mir auf der Schwest... Brust so schwer* (pág. 788). ¿Sucedió aquí simplemente que el sonido

schwe retrotrajo el sonido igualmente equivalente *bru* anticipándolo? Escasamente podría descartarse la idea que el sonido que forma *schwe* se le permitió posteriormente obstruir de esta manera dada una relación especial. Esto pudiera ser únicamente la asociación entre *Schwester* (hermana) *Bruder* (hermano); quizá también *Brust der Schwester* (el seno de la hermana), que lleva a uno a diferentes grupos de pensamientos. Es este invisible ayudante detrás de las escenas que presta al *schwe*, por demás inocente, la fuerza para producir una equivocación oral.

En otros casos de equivocaciones orales puede aceptarse que la similitud con palabras obscenas o la alusión a un sentido de este género constituyen por sí solas el elemento perturbador. El intencionado retorcimiento o desfiguración de palabras y frases, a que tan aficionados son determinados individuos ordinarios, no responde sino al deseo de aludir a lo prohibido con un motivo por completo inocente, y este juego es tan frecuente, que no sería nada extraño que apareciera también no intencionadamente contra la voluntad del sujeto. Sin lugar a dudas que pertenecen a esta categoría los ejemplos de *Eischeissweibchen* en vez de *Eiweiss scheibchen* ('huevo-cagar-mujer'^[591], en vez de tajaditas de clara de huevo); *Apopos Fritz* (en vez de à *propos*, siendo *popo* un apelativo corriente de las nalgas); *Lokuskapitäl* (en vez de *Lotuskapitäl*, W. G en vez de Capital); y tal vez el *Alabüsterbachse* de Santa María Magdalena (en vez del *Alabasterbüchse*. El hacer equivocaciones orales era un síntoma de una paciente mía, que persistió hasta retrotraerlo a un chiste infantil de cambiar *ruinieren* (ruina) por *urinieren* (urinario).

La tentación de usar el artificio de la equivocación oral permitiendo el libre uso de palabras prohibidas e impropias, es la base de las observaciones de Abraham sobre las parapraxias «con propósito de sobrecompensación» (1922). Una paciente tenía la característica de duplicar la primera sílaba de los nombres propios tartamudeando. Cambió Protágoras por Protragoras, poco después de haber dicho A-alexander en vez de Alexander. Interrogada reveló que en su niñez tenía especial agrado en el chiste vulgar de repetir las sílabas *a* y *po* si estaban al comienzo de las palabras, forma de entretención que lleva corrientemente a la tartamudez en los niños. (A-a y Popo, significan heces y nalgas para los niños.) Al pensar en Protágoras se dio cuenta del riesgo de omitir la *r* y llegar a decir *Popo-tágoras*. A manera de protección de la *r* le añadió una segunda *r*. En otra ocasión le ocurrió algo semejante al distorsionar las palabras

Parterre (planta baja) y *Kondolenz* (condolencia) a objeto de evitar decir *Pater* (padre) y *Kondom* (condón), ambas muy unidas en sus asociaciones. Otro de los pacientes de Abraham confesó una inclinación a decir ‘Angora’ todo el tiempo en vez de *Angina* — muy probablemente por el temor de sentirse tentado a reemplazar *vagina* por *angina*. Estas equivocaciones orales deben su existencia, por consiguiente, a que un impulso defensivo retuvo la ventaja en vez del distorsionado; y justamente llama la atención Abraham a la analogía entre este proceso y la formación de síntomas en la neurosis obsesiva. (Nota agregada en 1924.)

Ich fordere Sie auf, auf das Wohl unseres Chefs aufzustossen (‘hipo’, en vez de ‘brindar’), difícilmente sería otra cosa que una parodia inintencionada que resulta ser una perseveración de una con intención. Si yo fuese el *Principal* (Presidente o Director) honrado en la ceremonia en la que el orador cometió esta equivocación, yo seguramente reflexionaría en la sabiduría de los romanos al permitir a los soldados de un general celebrando un triunfo expresar abiertamente, en forma de canciones satíricas, su crítica interna hacia el hombre a quien se le honraba.

Meringer relata que él mismo una vez le dijo a alguien, quién, por ser el mayor del grupo se le llamada familiarmente con el honorífico título de *Senexl* o bien *Altes Senexl: Prost* (su salud), *Senex altesl*. El mismo se impresionó por su equivocación. Podemos, tal vez, interpretar su emoción, si pensamos en lo cerca que *Altesl* está de la frase insultante *alter Esel* (viejo asno). Hay poderosos castigos internos para aquellas contravenciones del respeto que merece la edad (es decir, en términos infantiles, del respeto al padre).

Espero que mis lectores apreciarán la diferencia de valor existente entre las interpretaciones de Meringer y Mayer, no demostradas con nada, y los ejemplos coleccionados por mí mismo y explicados por medio del análisis. Precisamente es una observación del mismo Meringer, muy digna de tenerse en cuenta, lo que mantiene viva mi esperanza de demostrar que también los casos aparentemente simples de equivocación pueden ser explicados por la existencia de una perturbación causada por una idea semirreprimida *exterior* al contexto que se tiene intención de expresar. Dice Meringer que es curioso el hecho de que a nadie le guste reconocer que ha cometido una equivocación oral. Existen muchos individuos, inteligentes y sinceros, que se sienten ofendidos cuando se les dice que han cometido un *lapsus*. Por mi parte, no me arriesgaría a afirmar esto con la generalidad que lo hace Meringer al emplear la palabra «nadie». Sin embargo, la

huella de emoción que se manifiesta en el sujeto al serle demostrado su *lapsus*, emoción que es de la naturaleza de la vergüenza, tiene su significación y puede colocarse al lado del enfado que experimentamos al no recordar un nombre olvidado, o de nuestra admiración ante la tenacidad de un recuerdo aparentemente indiferente, e indica siempre la participación de un motivo en la formación de la perturbación.

La desfiguración de los nombres propios equivale siempre a un insulto cuando se hace intencionadamente, y podría tener igual significado en toda aquella serie de casos en que aparece como *lapsus* involuntario. Aquella persona que, según la comunicación de Mayer, dijo una vez *Freuder* en vez de *Freud*, por tener intención de decirlo poco después de oírme el nombre *Breuer*, y habló otra vez del método de *Freuer-Breud*, queriendo decir el de *Breuer-Freud* (pág. 28), era un colega de facultad y, ciertamente, no un entusiasta de dicho método. Más adelante, al ocuparme de las equivocaciones gráficas, comunicaré un caso de desfiguración de un nombre que no puede explicarse de otra manera^[592].

En estos casos interviene como elemento perturbador una crítica que no debe tenerse en cuenta, por no corresponder en el momento a la intención del orador.

Inversamente, la sustitución de un nombre por otro, la adopción de un nombre que no es el propio o la identificación llevaba a cabo por equivocación de nombres, tiene que significar una apreciación o reconocimiento que momentáneamente y por determinadas razones debe permanecer en segundo término. S. Ferenczi relata una experiencia de este género, que procede de sus años escolares.

«En mis primeros años de colegio tuve que recitar una vez, ante mis condiscípulos, una poesía. Habiéndola preparado y estudiado a conciencia, me quedé muy sorprendido al ver que apenas había comenzado a recitar estallaba en la clase una general carcajada. El profesor me explicó después este singular recibimiento. Había dicho yo el título de la poesía —'Desde la lejanía'— con toda corrección; mas después, en vez del nombre de su autor había pronunciado el mío propio. El poeta se llamaba Alejandro (Sandor) Petöfi, y el llevar yo el mismo nombre de pila favoreció sin duda el intercambio; mas la verdadera causa de éste fue, seguramente, mi secreto deseo de identificarme en aquellos momentos con el héroe-poeta. Conscientemente también, sentía yo entonces por Petöfi un amor y un respeto rayanos en la adoración. Como es natural, todo mi complejo de ambición se ocultaba detrás de esta función fallida».

Una parecida identificación por medio de un cambio de nombres me fue comunicada por un joven médico, que tímida y reverentemente se presentó al famoso *Virchow* con las palabras: «Soy el doctor *Virchow*». El renombrado profesor se volvió lleno de asombro hacia él y le preguntó: «¡Ah!, ¿se llama usted también *Virchow*?» No sé cómo justificaría el ambicioso joven su equivocación, ni si imaginaría la cortés excusa de decir que se sentía tan pequeño ante el grande hombre, que hasta su propio nombre había olvidado, o tendría el valor de confesar que esperaba llegar a ser un día tan grande como *Virchow* y que, por tanto, el señor consejero áulico debía tratarle con toda consideración. Desde luego, uno de estos dos pensamientos, o quizá ambos a la vez, tuvieron que causar el embarazo del joven al hacer su presentación.

Por razones altamente personales debo dejar indeciso si una parecida interpretación puede ser o no aplicable al siguiente caso: En el Congreso Internacional (de Psiquiatría y Neurología) de Amsterdam, en 1907, fue mi teoría de la histeria objeto de una viva discusión. Uno de mis más enérgicos contradictores cometió, al pronunciar su impugnación de mis teorías, repetidas equivocaciones orales, consistentes en ponerse en mi lugar y hablar en mi nombre. Decía, por ejemplo: «Breuer y yo hemos demostrado, como todos saben...», cuando lo que se proponía decir era: «Breuer y *Freud* han...», etc. El nombre de este adversario de mis teorías no presenta la más pequeña semejanza ni similitud con el mío. Tanto este ejemplo como muchos otros de intercambio de nombres, aparecidos en equivocaciones orales, nos indican que la equivocación puede prescindir por completo de aquellas facilidades que le ofrece la similitud y realizarse apoyada tan sólo por ocultas relaciones de contenido.

En otros casos más significativos es una autocrítica, una contradicción que en nuestro fuero interno se eleva contra nuestras propias manifestaciones la que causa la equivocación, llegando hasta forzarnos a sustituir lo que nos proponemos expresar por algo contrario a ella. Entonces se observa con asombro cómo la forma de emitir una afirmación subraya el propósito de la misma y cómo el *lapsus* revela la interior insinceridad^[593]. La equivocación se convierte aquí en un medio de expresión y, con frecuencia, en la expresión misma de lo que no quería uno decir. Con ella nos traicionamos a nosotros mismos. Así, un individuo que en sus relaciones con la mujer no gustaba del llamado «coito normal», exclamó, hablando de una muchacha a la que se reprochaba su

coquetería: «Conmigo se le quitaría pronto esa costumbre de *coitear*». Aquí no cabe duda de que sólo a la influencia de la palabra *coito* es a lo que se puede atribuir la modificación introducida en la palabra *coquetear*, que es la que el individuo tenía intención de pronunciar. Lo mismo sucede en este otro caso: «Un tío nuestro —nos relató un matrimonio— estaba hace algunos meses muy ofendido con nosotros porque no le visitábamos nunca. Por fin, el ofrecerle nuestra nueva casa nos dio motivo para ir a verlo después de mucho tiempo. En apariencia se alegró mucho de vernos, pero al despedirnos nos dijo con gran afabilidad: “Espero que en adelante os veré más *raramente* que hasta ahora”».

Los casuales caprichos del material oral hacen surgir, a veces, equivocaciones que tienen, en unos casos, todo el abrumador efecto de una indiscreta revelación, y en otros, el completamente cómico de un chiste.

Así sucede en el ejemplo siguiente, comunicado y observado por el doctor Reitler:

«Una señora quiso alabar el sombrero de otra y le preguntó en tono admirativo: ‘¿Y ha sido usted misma quien ha adornado ese sombrero?’ Mas al pronunciar la palabra adornado (*aufgeputzt*), cambió la *u* de la última sílaba en *a*, formando un verbo que por su analogía con la palabra *Patzerei* (facha) revelaba la crítica ejercida en el interior de la señora sobre el sombrero de su amiga. Claro es que la azarante y clara equivocación no podía ya ser rectificada, por muchas alabanzas que a continuación se pronunciasen».

Igual cosa se reporta en un caso citado por el Doctor Ferenczi: *Come geschminkt* (pintada) le dijo una de mis pacientes (húngara) a su suegra, en vez de decirle *geschwind* (rápido). Con esta equivocación ella le dio salida justamente a aquello que quería esconderle, su irritación por la vanidad de una señora de edad.

No es nada de raro que alguien que no esté hablando su lengua materna explote su falta de destreza con el propósito de hacer equivocaciones orales significativas en el idioma que le es extraño.

Menos comprometedora, pero también inequívoca, es la crítica expresada en el *lapsus* siguiente (Adición de 1920):

Una señora visita a una conocida suya, y la inagotable y poco interesante charla de esta última le causó pronto fatiga e impaciencia por marcharse. Por fin, consiguió interrumpirla y despedirse; pero al llegar a la antesala, su amiga, que la acompañaba, la detuvo con un nuevo torrente de palabras, y estando ya dispuesta a salir, tuvo que permanecer en pie ante la puerta, escuchándola. Por

fin, la interrumpió diciendo: «¿Recibe usted en la *antesala*?» (*Vorzimmer*), y se dio en seguida cuenta de su equivocación al ver la cara de asombro de su interlocutora. Lo que había querido decir, cansada por la larga permanencia en pie en la antesala y para intentar cortar la charla de su amiga, era: «¿Recibe usted por las *mañanas*?» (*Vormittag*), pero la equivocación reveló su impaciencia.

El siguiente es un caso de autorreferencia presenciado por el doctor Max Graf (adición de 1907):

«En una junta general de la Sociedad de Periodistas Concordia pronunció un joven socio, que sufría de constantes apuros económicos, un violento discurso de oposición, y en su arrebató interpeló a los *miembros de la Comisión de Gobierno interior* de la Sociedad (*Ausschussmitglieder*) con el nombre de miembros de *adelantos* (*Vorschussmitglieder*). En efecto, los miembros de la Comisión de Gobierno interior tenían a su cargo el conceder o no los préstamos solicitados por los socios, y el joven orador acababa de hacer una petición en tal sentido».

En el ejemplo *Vorschwein* hemos visto que la equivocación se produce con facilidad cuando el sujeto procura reprimir alguna palabra insultante, constituyendo el error una especie de desahogo. Adiciones de 1920:

«Un fotógrafo que se había propuesto rehuir todo apelativo zoológico en su trato con sus torpes ayudantes quiso decir un día a un aprendiz que había derramado por el suelo la mitad del líquido contenido en una cubeta al querer trasvasarlo a otro recipiente: ‘Pero, hombre, ¿por qué no ha sacado (*schöpfen Sie*) antes un poco de líquido con cualquier cosa?’ Pero cambió la *f* por una *s*, resultando la palabra *schöps* (carnero = bobo), apelativo que el fotógrafo evitó pronunciar, pero que surgió en el *lapsus*. Otra vez, viendo a una ayudante poner imprudentemente en peligro una docena de valiosas placas, comenzó a dirigirle una larga y airada reprimenda, en la que quiso decir: ‘¿Es que está usted *mala de la cabeza*’? (*hirnverbrannt*)? Mas al pronunciar esta palabra cambió la *i* primera en una *o*, resultando *hornverbrannt* (*mala de los cuernos*)».

El ejemplo que va a continuación constituye un serio caso de confesión involuntaria, llevando a cabo por medio de un *lapsus linguae*. Algunos detalles de interés que en él aparecen justifican que se transcriba aquí íntegra la comunicación que de él publicó A. A. Brill en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 1^[594].

«Paseaba yo una noche con el doctor Frink, hablando de cuestiones referentes a la Sociedad psicoanalítica de Nueva York, cuando encontramos a un

colega, el doctor R., al cual no había visto yo hacía años y de cuya vida privada no conocía nada. Ambos nos alegramos de volver a vernos, y a propuesta mía entramos en un café, en el que permanecemos dos horas conversando animadamente. El doctor R. parecía conocer mis asuntos particulares mejor que yo los suyos, pues tras los saludos de costumbre me preguntó por la salud de mi hijo, declarándome que de tiempo en tiempo tenía noticias mías por conducto de un amigo de ambos y que se interesaba mucho por mi actividad profesional, habiendo leído mis publicaciones en las revistas de Medicina. A mi vez le pregunté si se había casado, contestando él negativamente y añadiendo: ‘Para qué habría de casarse un hombre como yo’.

»Al abandonar el café se dirigió a mí de repente y me dijo: ‘Quisiera saber lo que haría usted en el caso siguiente: Conozco a una enfermera que ha sido declarada cómplice en un proceso de divorcio. La esposa ofendida entabló éste contra su marido, acusándole de adulterio con la susodicha enfermera, y el divorcio se falló a favor de *él*^[595]’. Al llegar aquí le interrumpí, diciendo: ‘Querrá usted decir a favor de *ella*, de la esposa’. R. rectificó en seguida: ‘Claro es; se falló a favor de *ella*’; y siguió su relato, contando que el escándalo producido había impresionado de tal modo a la enfermera, que había comenzado a darse a la bebida y contraído un grave desarreglo nervioso. Al final de su relato me pidió consejo sobre el tratamiento a que debía someterla.

»Al rectificar su equivocación le rogué me la explicara; pero, como sucede habitualmente en estos casos, recibí la asombrada respuesta de que el error había sido por completo casual, que no había motivo para suponer que se ocultase algo detrás de él y que, en fin de cuentas, todo el mundo tenía derecho a equivocarse. A esto repliqué que todas las equivocaciones orales tienen siempre un fundamento, y que si no me hubiera dicho poco antes que era soltero, hubiese estado tentado de considerarle como el protagonista del suceso relatado, porque siendo así quedaría explicada su equivocación por su deseo de no haber sido él, sino su mujer, quien hubiera perdido el pleito, con lo cual hubiese él quedado libre de tenerle que pasar alimentos y con el derecho de volver a casarse en Nueva York. El doctor rechazó, obstinadamente, mi sospecha, fortificándola al mismo tiempo por una exagerada reacción emocional y señales inequívocas de gran excitación, seguidas de ruidosas risotadas. A mi invitación a decir la verdad en interés de la ciencia, contestó diciendo: ‘Si no quiere usted que le mienta, debe seguir creyendo en mi soltería y, por tanto, en que su interpretación

psicoanalítica es falsa en absoluto’. Luego añadió que el trato con un hombre como yo, que se fijaba en tales pequeñeces, era en extremo peligroso, y recordando de repente que tenía que acudir a una cita, se despidió de nosotros.

»Sin embargo, tanto el doctor Frink como yo estábamos convencidos de la exactitud de mi interpretación del *lapsus*, y por mi parte decidí comenzar a informarme para obtener una prueba favorable o adversa. Días después visité a un vecino mío, antiguo amigo del doctor R., el cual confirmó mi hipótesis en todos sus puntos. El pleito se había sentenciado unas semanas antes, y la enfermera había sido declarada cómplice del adulterio. El doctor R. está ahora firmemente convencido de la exactitud de los mecanismos freudianos».

En el siguiente caso, comunicado por O. Rank, aparece también como indudable el hecho de traicionar la equivocación los sufrimientos íntimos del sujeto que la sufre (Adición de 1912):

«Un individuo, carente en absoluto de sentimientos patrióticos y que deseaba educar a sus hijos en esta misma ausencia de ideales, en su opinión superfluos, reprochaba a aquéllos el haber tomado parte en una manifestación patriótica y achacaba su conducta en este caso al ejemplo de un tío de los muchachos: ‘Precisamente es a vuestro tío al que no debéis imitar —les dijo—. Es un *idiota*’. La cara de asombro de sus hijos, no acostumbrados a oír a su padre tratar al tío de aquel modo, le hizo darse cuenta de su equivocación, y disculparse rectificando: ‘Como supondréis, no quería decir *idiota*, sino *patriota*’».

Como una involuntaria confesión en la que el sujeto se traiciona a sí propio es interpretada por aquella persona misma a la que se dirige la frase en la que aparece el error. La equivocación siguiente, comunicada por J. Stärcke (1917), el cual añade a su relato una observación acertada, pero que va más allá de los límites en que debe mantenerse la interpretación.

«Una dentista había convenido con su hermana que la reconocería un día para ver si existía o no *contacto* entre dos de sus muelas; esto es, si las paredes laterales de dichas muelas estaban o no suficientemente juntas para no permitir que quedasen entre ellas partículas de comida. Pasado algún tiempo, la hermana se quejaba de que le hiciera esperar tanto para llevar a cabo el reconocimiento prometido, y dijo, bromeando: ‘Ahora está curando con todo interés a una colega suya. En cambio, yo, su hermana, tengo que esperar días y días’. Por fin, cumplió la dentista su promesa, y al reconocer a su hermana halló, en efecto, una

caries en una de las muelas y dijo: ‘No creí que hubiera caries; sólo pensaba que no tendrías *contante*..., digo *contacto*, entre las dos muelas’. ‘¿Lo ves? — exclamó, riendo, la hermana—. ¿Ves cómo es por avaricia por lo que me has hecho esperar mucho más tiempo que a las pacientes que te pagan?’

»No debo —añade Stärcke— agregar mis propias observaciones a las de la hermana de la dentista ni sacar de ellas conclusión alguna; pero al serme conocido este *lapsus* no pude por menos de pensar que las dos amables e inteligentes mujeres permanecen aún solteras y, además, tratan poco con jóvenes del sexo contrario, y me pregunté a mí mismo si no tendrían más *contacto* con éstos teniendo más *contante*».

Igual valor de confesión involuntaria tiene la siguiente equivocación comunicada por Th. Reik (1915):

«Una muchacha iba a ponerse en relaciones con un individuo por motivo de conveniencia familiar. Para aproximar a ambos jóvenes, sus respectivos padres organizaron una reunión a la que asistieron los futuros novios. La joven supo dominarse lo bastante para no dejar ver su antipatía a su pretendiente, que se mostró muy galante con ella. Mas después, cuando su madre le preguntó cómo le había parecido, queriendo contestar cortésmente: ‘Muy amable (*liebenswürdig*)’, dijo: ‘Muy desagradable (*liebenswidrig*)’».

También constituye una confesión no menos importante el siguiente *lapsus*, calificado por O. Rank de «chistosa equivocación». (*Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*) (1913):

«Una mujer casada, que gusta de oír contar anécdotas y de la que se dice no rechaza pretensiones amorosas extramatrimoniales cuando éstas se apoyan en presentes de alguna consideración, escuchaba cómo un joven que le hacía la corte relataba no sin intención la siguiente conocida historia: “Dos amigos estaban asociados en un negocio, y uno de ellos hacía el amor a la mujer del otro, la cual no se mostraba muy inclinada a concederle sus favores. Por fin le participó que accedería a sus pretensiones a cambio de un regalo de mil duros. En una ocasión en que el marido iba a partir de viaje, su consocio le pidió prestados mil duros, prometiendo entregárselos a su mujer al siguiente día. Naturalmente, esta cantidad quedó en seguida, como supuesto pago de sus favores, en manos de la mujer, la cual, al regresar su marido, pasó por la angustia de creerse descubierta y tuvo que entregar los mil duros y soportar encima silenciosamente su despecho por haber sido burlada. Al llegar el joven, en el

relato de esta historia, al punto en que el seductor dice a su consocio: ‘Yo le *devolveré* mañana el dinero a tu mujer’, su interlocutora le interrumpió con las significativas palabras siguientes: ‘Diga usted, ¿no me ha *devuelto* usted ya eso otra vez?... ¡Ay, perdón!, quería decir *contado*’. Sólo haciendo directamente la proposición hubiera podido indicar mejor la señora su aquiescencia a entregarse bajo las mismas condiciones”».

Un bello caso de confesión, voluntaria, con inocentes resultados, es el que V. Tausk publica en la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV, 1916, bajo el siguiente título:

«LA FE DE LOS PADRES

»Como mi novia era cristiana —cuenta el señor A.— y no quería adoptar la fe judía, tuve yo que pasar del judaísmo al cristianismo para poderme casar con ella. Este cambio de confesión lo realicé no sin resistencia interior; pero el fin que con él me proponía conseguir parecía justificarlo, tanto más cuanto que contra él no podía alegar más que mi exterior pertenencia al culto hebreo, pues carecía de arraigadas convicciones religiosas. Sin embargo, siempre he confesado después pertenecer al judaísmo, y pocos de mis conocidos saben que estoy bautizado.

»De mi matrimonio me han nacido dos hijos, que han sido bautizados cristianamente. Cuando llegaron a edad de comprender las cosas, les revelé su ascendencia judía, con el fin de que las opiniones antisemitas que pudieran actuar sobre ellos en el colegio no influyeran, injustificadamente, en su posición ante mí.

»Hace algunos años pasaba yo el verano con mis hijos, que por entonces iban al colegio de primera enseñanza, en casa de la familia de un profesor de dicho colegio. Hallándonos un día merendando con nuestros huéspedes, que en general eran personas amables, la señora de la casa, ignorante de la ascendencia semita de sus inquilinos veraniegos, lanzó algunas duras palabras contra los judíos. Yo debía haber declarado la verdad para dar a mis hijos un ejemplo del ‘valor de las propias convicciones’; pero tenía las inagotables explicaciones que habían de seguir a mi declaración. Además, me cohibía el temor de tener que abandonar quizá el buen hospedaje que habíamos hallado y abreviar así las cortas vacaciones de que podíamos gozar mis hijos y yo en el caso de que nuestros huéspedes, al averiguar nuestro origen judío, cambiaran de conducta para con

nosotros.

»Por tanto, callé, y suponiendo que mis hijos, si asistían por más tiempo a la conversación, acabarían por revelar franca y decididamente la verdad, quise alejarlos, enviándolos al jardín.

»Con esta intención me dirigí a ellos y les dije: ‘Id al jardín, *judíos (Juden)*’ y advirtiéndome en seguida mi equivocación, rectifiqué: ‘*muchachos (Jungen)*’. Así, pues, mi equivocación fue la puerta por donde halló salida la verdad y la expresión del reprimido ‘valor de las propias convicciones’. Los que me oyeron no sacaron consecuencia ninguna de mi equivocación, pues no le dieron importancia alguna; pero yo, por mi parte, saqué de ella la enseñanza de que ‘la fe de los padres’ no se deja negar sin castigarnos cuando somos hijos y padres a un mismo tiempo».

De consecuencias más graves es la siguiente equivocación, que no publicaría si el mismo juez que tomó la declaración en que se produjo no me la hubiera indicado como propia para ser incluida en mi colección (Adición de 1920):

«Un reservista acusado de robo se refería en su declaración a su servicio militar (*Dienststellung*), y al pronunciar esta palabra se equivocó y dijo: *Diebstellung* (Dieb = Diebstahl = ladrón, robo)».

En los trabajos de psicoanálisis las equivocaciones del paciente sirven muchas veces para aclarar los casos y confirmar aquellas hipótesis expuestas por el médico en el mismo momento en que el paciente las niega con obstinación^[596]. Con uno de mis clientes se trataba un día de interpretar un sueño que había tenido y en el que había aparecido el nombre *Jauner*. El cliente conocía, en efecto, a una persona de este nombre; pero no podíamos descubrir por qué tal persona había sido incluida en el contenido del sueño. Por último, expuse la hipótesis de que ello había sucedido tan sólo por la similitud del nombre *Jauner* con el injurioso calificativo *Gauner* = *rufián*. El paciente rechazó rápida y enérgicamente mi suposición; pero al hacerlo sufrió una equivocación que confirmó mi sospecha, por consistir en el mismo cambio de la letra *g* por una *j*. En efecto, al llamarle yo la atención sobre el *lapsus* cometido reconoció como cierta mi interpretación de su sueño (dijo ‘*jewagt*’ en vez de ‘*gewagt*’).

Cuando en una discusión se sufre uno de los interlocutores uno de estos errores que convierten la intención de la frase en la completamente contraria, queda en posición desventajosa frente a su adversario, el cual raras veces deja de utilizar en provecho suyo tal ventaja.

Esto muestra claramente que en general todo el mundo da a las equivocaciones orales y demás clases de actos fallidos la misma interpretación que se les da en este libro, aunque luego los individuos aislados se nieguen a reconocerlo en teoría y no estén propicios a prescindir, cuando se trata de la propia persona, de la comodidad que supone la indiferente tolerancia con la que se miran tales funciones fallidas. La hilaridad y la burla que estos errores no dejan nunca de provocar cuando aparecen en momentos graves o decisivos son un testimonio contrario a la convención generalmente aceptada de que no son sino menos *lapsus linguae*, sin significación ni importancia psicológica alguna. Nada menos que el canciller alemán príncipe de Bülow tuvo que recordar en una ocasión esta teoría de la falta de significación de las equivocaciones orales para salvar su situación cuando, pronunciando un discurso en defensa de su emperador (noviembre de 1907), sufrió un error que le hizo decir lo contrario de lo que se proponía.

«Por lo que respecta al presente, a la nueva época del emperador Guillermo II —dijo—, he de repetir lo que ya dije hace un año: que es *inícuo e injusto hablar de la existencia de una camarilla de consejeros responsables en torno a nuestro emperador...* (Vivas exclamaciones: ‘¡Irresponsables!’, de consejeros *irresponsables* en torno de nuestro emperador. Perdonen sus señorías el *lapsus linguae*. (Hilaridad.))»

En este caso la frase del príncipe de Bülow perdió importancia ante su auditorio por la acumulación de negaciones entre las que se hallaba la equivocación. Además, la simpatía hacia el orador y la consideración de la difícil situación en que se hallaba hicieron que su error no se aprovechara para combatirlo. Peores consecuencias tuvo el error de otro diputado que un año después y en la misma Cámara, queriendo invitar a sus oyentes a enviar un mensaje *sin consideraciones* (*rückhaltlos*) al emperador, descubrió con una desgraciada equivocación sentimientos distintos que ocultaba en su pecho leal:

LATTMANN:—«Examinemos esta cuestión del mensaje desde el punto de vista reglamentario. Según las leyes, el Reichstag tiene el derecho de dirigir mensajes al emperador, y creemos que el pensamiento y el deseo general del pueblo alemán están en dirigir al emperador en esta ocasión un *manifiesto armónico*, y si podemos hacerlo sin herir los sentimientos monárquicos, también debemos hacerlo *doblando el espinazo* (*rückgratlos, inverttebradamente*). (Hilaridad tempestuosa, que dura varios minutos.) Señores, no he querido decir

sin consideraciones (rückgratlos) sino doblando el espinazo (rückhaltlos) — hilaridad)—, y una manifestación así, sin reserva alguna del pueblo, ha de ser aceptada en estos graves momentos por nuestro emperador».

El periódico *Vorwärts*, en su número del 12 de noviembre de 1908, no dejaba de señalar el significado de esta equivocación:

«DOBLANDO EL ESPINAZO ANTE EL TRONO IMPERIAL

»Nunca se ha demostrado tan claramente en un Parlamento, y por la involuntaria confesión de un diputado, la actitud de éste y de la mayoría de los miembros de la Cámara como lo consiguió el antisemita Lattmann en el segundo día de su interpelación cuando, con festivo *pathos*, dejó escapar la confesión de que él y sus amigos querían decir al emperador su opinión ‘doblando el espinazo’.

»Una tempestuosa hilaridad general ahogó las siguientes palabras del infeliz, que todavía consideró necesario disculparse, tartamudeando que lo que había querido decir era ‘sin consideraciones’».

Agregaré otro ejemplo (adición de 1924) en el que la equivocación oral tomó la forma de una siniestra profecía. Comenzando 1923 hubo una gran conmoción en el mundo financiero cuando el joven banquero X. (probablemente uno de los más recientes *nouveaux riches* en W., y con seguridad el más rico y el más joven) al tomar posesión, después de una corta lucha, de la mayoría de las acciones de un Banco. Como consecuencia posterior hubo lugar una Asamblea General donde los viejos directores del Banco, financistas al estilo antiguo, no fueron elegidos y el joven X. llegó a presidente del Banco.

En el discurso de despedida con que el Director General Dr. Y. quiso honrar al presidente anterior, que no había sido reelegido, muchos notaron una molesta equivocación oral que se repitió una y otra vez. Reiteradamente habló de *dahinscheidend* (expirar), en vez de *ausscheidend* (saliente) presidente. Después de esto, el antiguo presidente que no fue reelecto murió pocos días después de esa asamblea. (Relatado por Storfer.)

Otro bello ejemplo (Adición de 1907) de equivocación, encaminada no tanto a traicionar los sentimientos del personaje como a orientar al auditorio colocado fuera de la escena, se encuentra en el drama de Schiller *Wallenstein, Los Piccolomini* (acto I, escena V), y nos muestra que el poeta que utilizó este medio conocía la significación y el mecanismo de la equivocación oral. En la escena

precedente, Max Piccolomini, lleno de entusiasmo, se ha declarado decidido partidario del duque, anhelando la llegada de la bendita paz, cuyos encantos le fueron descubiertos en su viaje acompañando al campamento a la hija de Wallenstein. A continuación comienza la escena V:

QUESTENBERG.—¡Ay de nosotros! ¿A esto hemos llegado? ¿Vamos, amigo mío, a dejarle marchar en ese error sin llamarle de nuevo y abrirle los ojos en el acto?

OCTAVIO.—(*Saliendo de profunda meditación.*) Ahora acaba él de abrírmelos a mí, y veo más de lo que quisiera ver.

QUESTENBERG.—¿Qué es ello, amigo mío?

OCTAVIO.—¡Maldito sea el tal viaje!

QUESTENBERG.—¿Por qué? ¿Qué sucede?

OCTAVIO.—Venid. Tengo que perseguir inmediatamente la desdichada pista. Tengo que observarla con mis propios ojos. Venid. (*Quiere hacerle salir.*)

QUESTENBERG.—¿Por qué? ¿Dónde?

OCTAVIO.—(*Apresurado.*) Hacia «ella».

QUESTENBERG.—Hacia...

OCTAVIO.—(*Corrigiéndose.*) Hacia el duque. Vamos.

Esta pequeña equivocación —hacia *ella* en vez de hacia *él*— tiene por objeto revelarnos que el padre ha adivinado el motivo de la decisión de su hijo de ponerse al lado de Wallenstein, mientras que Questenberg, el cortesano, no comprendiendo nada, le dice «que le está hablando en adivinanza».

Otto Rank (1910) ha descubierto en Shakespeare otro ejemplo de empleo poético de la equivocación. Transcribo aquí la comunicación de Rank, publicada en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 3:

«Otro ejemplo de equivocación oral, delicadamente motivado, utilizado con gran maestría técnica por un poeta y similar al señalado por Freud en el *Wallenstein*, de Schiller, nos enseña que los poetas conocen muy bien la significación y el mecanismo de esta función fallida y suponen que también lo conoce o comprenderá el público. Este ejemplo lo hallamos en *El mercader de Venecia* (acto III, escena II), de Shakespeare. Porcia, obligada por la voluntad de su padre a tomar por marido a aquel de sus pretendientes que acierte a escoger

una de las tres cajas que le son presentadas, ha tenido hasta el momento la fortuna de que ninguno de aquellos amadores que no le eran gratos acertase en su elección. Por fin encuentra en Bassano al hombre a quien entregaría gustosa su amor, y entonces teme que salga también vencido en la prueba. Quisiera decirle que aun sucediendo así puede estar seguro de que ella le seguirá amando; pero su juramento se lo impide. En este conflicto interior le hace decir el poeta a su afortunado pretendiente:

»'Quisiera reteneros aquí un mes o dos aún antes que aventurarais la elección de que dependo. Podría indicaros cómo escoger con acierto; pero, si así lo hiciera, sería perjura, y no lo seré jamás. Por otra parte, podéis no obtenerme, y si esto sucede, me haríais arrepentir, lo cual sería un pecado, de no haber faltado a mi juramento. ¡Mal hayan vuestros ojos! Se han hecho dueños de mi ser y *lo han dividido en dos partes, de las cuales la una es vuestra y la otra vuestra, digo mía; mas siendo mía es vuestra, y así toda soy vuestra*'.»

Así, pues, aquello que Porcia quería tan sólo indicar ligeramente a Bassano, por ser algo que en realidad debía callarle en absoluto, esto es, que ya antes de la prueba le amaba y era *toda* suya, deja el poeta, con admirable sensibilidad psicológica, que aparezca claramente en la equivocación, y por medio de este artificio consigue calmar tanto la insoportable incertidumbre del amante como la similar tensión del público sobre el resultado de la elección.

Dado el interés que merece tal confirmación por parte de los grandes poetas de nuestra concepción de las equivocaciones orales, creo justificado agregar aún a los anteriores un tercer ejemplo de esta clase, comunicado por E. Jones («Un ejemplo de uso literario de la equivocación oral», en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 10) (1911):

»Otto Rank llama la atención, en un artículo recientemente publicado, sobre un bello ejemplo en el cual Shakespeare hace cometer a una de sus figuras femeninas, a Porcia, una equivocación oral, por medio de la cual quedan revelados sus secretos pensamientos. Por mi parte quiero también señalar un ejemplo análogo existente en *El egoísta*, la obra maestra del gran novelista inglés George Meredith. El argumento de esta novela es el siguiente: Un aristócrata muy admirado en su círculo mundano, sir Willaughby Patterne, se desposa con una tal miss Constancia Durham, la cual, habiendo descubierto en su prometido un desenfrenado egoísmo, que él oculta con habilidad a los ojos de la gente, se escapa, para huir de un matrimonio que le repugna, con un capitán,

Oxford. Años después Patterne y otra mujer, miss Clara Middleton, se dan mutua palabra de casamiento. La mayor parte del libro está destinada a describir minuciosamente el conflicto que surge en el alma de Clara Middleton al descubrir, como antes lo descubrió Constancia Durham, el egoísmo de su prometido. Determinadas circunstancias externas y su propia concepción del honor continúan manteniendo a Clara ligada a su promesa de matrimonio, mientras que cada vez va sintiendo mayor desprecio hacia sir Willaughby. Estos sentimientos los confía en parte a secretario y primo de aquél, Vernon Whitford, con el cual se casa al final de la novela. Pero éste, por su lealtad hacia Patterne y varios motivos, guarda en un principio una actitud de reserva.

En un monólogo en el que Clara da rienda suelta a su dolor dice lo que sigue: «¡Si un hombre noble viera la situación en que me hallo y no desdeñara prestarme su ayuda! ¡Oh, ser libertada de esta prisión donde gimo entre espinas! Por mí sola no puedo abrirme camino. Soy demasiado cobarde. Sólo una señal que con un dedo se me hiciera creo que me transformaría. Desgarrada y sangrante podría huir entre el desprecio y el griterío de la gente a refugiarme en los brazos de una camarada... Constancia halló un soldado. Quizá rezó y fue escuchada su plegaria. Hizo mal. Pero ¡cómo la amo por haber osado! El nombre de él era Harry Oxford... Ella no dudó, rompió sus cadenas y marchó franca y decididamente. Osada muchacha, ¿qué pensarás de mí? Pero yo no tengo ningún Harry *Whitford*; yo estoy sola...»

»La rápida percepción de que había sustituido por otro nombre el de Oxford la anonadó como un mazazo, haciendo cubrirse su rostro de llameante púrpura».

El hecho de que los nombres de los dos sujetos terminasen en «ford» facilita la confusión de la protagonista, y para muchos constituiría una justificación suficiente del error; pero el novelista indica claramente la verdadera causa profunda.

En otra parte del libro aparece de nuevo la misma equivocación, seguida de aquella vacilación y aquel repentino cambio de tema con los que nos familiarizan el psicoanálisis y la obra de Jung sobre las asociaciones, y que no aparecen más que cuando ha sido herido un complejo semiconsciente. Patterne dice en tono de superioridad, refiriéndose a Whitford: «¡Falsa alarma! El bueno de Vernon es incapaz de hacer nada extraordinario». Clara responde: «Pero si, mister *Oxford*..., digo mister *Whitford*... Mirad vuestros cisnes cómo acuden atravesando el lago. ¡Qué bellos están cuando se hallan irritados!» Pero vamos a lo que iba a preguntaros: «Aquellos hombres que son testigos de una visible

admiración que a otros se profesa, ¿no se desanimarán ante ello?» Sir Willaughby se irguió rígidamente. Una repentina luz había iluminado su pensamiento.

Todavía en otro lugar revela Clara con un nuevo *lapsus* su interior deseo de una íntima unión con Vernon Whitford. Dando un recado a un muchacho le dice: «Di esta noche a mister Vernon..., a mister Whitford...»^[597].

La concepción de las equivocaciones orales que se sostiene en este libro ha sido verificada y comprobada hasta en sus más pequeños detalles. Repetidas veces he conseguido demostrar que los más insignificantes y naturales casos de errores verbales tienen su sentido y pueden ser interpretados de igual modo que los casos más extraordinarios. Una paciente que contra toda mi voluntad, pero con firme decisión, emprendía una corta excursión a Budapest justificaba ante mí su desobediencia alegando que no pasaría en dicha ciudad nada más que tres *días*; pero se equivocó, y en vez de tres *días*, dijo tres *semanas*. Con esto reveló que por su gusto, a pesar mío, pasaría mejor tres semanas que tres días con aquellas personas de Budapest cuya sociedad juzgaba yo perjudicial para ella.

Una noche, queriendo excusarme de no haber ido a buscar a mi mujer a la salida de un teatro, dije: «He estado en el teatro a las diez y diez minutos». «¿Querrás decir a las diez *menos* diez?», me repusieron, rectificándome. Naturalmente, era esto lo que había querido decir, pues lo que había realmente dicho no constituía excusa ninguna. Había quedado con mi mujer en ir a buscar a la salida del teatro, y en el programa se decía que la función acabaría antes de las diez. Cuando llegué, el vestíbulo estaba ya a oscuras y el teatro vacío. Indudablemente, la representación había terminado antes de mi llegada, y mi mujer no me había esperado. Saqué el reloj y vi que eran las diez menos cinco minutos; pero me propuse presentar la cuestión en mi casa aún más favorablemente para mí diciendo que eran las diez menos diez. Por desgracia, mi equivocación echó a perder mi propósito y reveló mi insinceridad, haciéndome además confesar un retraso más grave del verdadero.

Partiendo de este punto llegamos a aquellas perturbaciones del discurso que no pueden considerarse ya como equivocaciones orales, porque no afectan sólo a una palabra aislada, sino al ritmo y a la total exteriorización de la oración, como por ejemplo, las repeticiones y el tartamudeo causados por la confusión o el embarazo. Pero tanto en unos casos como en otros, lo que en las perturbaciones del discurso se revela es el conflicto interior. No creo, en verdad, que haya nadie

que se equivoque durante una audiencia con el rey, en una seria y sincera declaración de amor o en una defensa del propio honor ante los jurados; esto es, en aquellos casos en que, según nuestra justa expresión corriente, *pone uno toda su alma*. Hasta al criticar el estilo de un escritor acostumbramos seguir aquel principio explicativo del que no podemos prescindir en la investigación de las equivocaciones aisladas.

Un estilo límpido e inequívoco nos demuestra que el autor está de acuerdo consigo mismo, y, en cambio, una forma de expresión forzada o retorcida nos indica la existencia de una idea no desarrollada totalmente y nos hace percibir la ahogada voz de la autocrítica del autor^[598].

Desde la aparición de la primera edición de este libro han comenzado varios amigos y colegas míos extranjeros a dedicar su atención a las equivocaciones cometidas en la lengua de sus respectivos países. Como era de esperar, han hallado que las leyes de las funciones fallidas son independientes del material oral y han adoptado igual método interpretativo que el empleado por nosotros en las equivocaciones cometidas en lengua alemana. Siendo incontables los ejemplos, no transcribiré aquí más que uno:

El doctor A. A. Brill (Nueva York) comunica la siguiente observación propia: *A friend described to me a nervous patient and wished to know whether I could benefit him. I remarked: I believe that in time I could remove all his symptoms by psychoanalysis because it is a durable case', wishing to say curable.* («A contribution to The Psychopathology of Everiday Life», en *Psychotherapy*, III..... I, 1909^[599]).

Quiero, por último, añadir aquí (Adición 1917), para aquellos lectores que no se asustan ante un esfuerzo de atención y para aquellos otros familiarizados ya con el psicoanálisis, un ejemplo que demuestra a qué profundidades psíquicas puede llegarse en la persecución de los motivos de una equivocación oral.

L. Jekels (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913):

«El día 11 de diciembre, hablando con una dama polaca, me dirigió ésta en su idioma y con cierto tonillo de desafío la pregunta siguiente: “¿Por qué he dicho yo hoy que tenía doce dedos?”»

A mi ruego reprodujo la escena en la que surgió su ocurrencia. Aquel día se había propuesto salir a hacer una visita con su hija, la cual padecía de *dementia praecox* en estado de remisión, y la había mandado a cambiarse de blusa a una

habitación contigua. Al volver la hija ya vestida, encontró a su madre limpiándose las uñas, y entre ambas se desarrolló el siguiente diálogo:

LA HIJA.—Mira, yo ya estoy arreglada, y tú, no.

LA MADRE.—Es verdad; pero también tú no tenías más que hacer que ponerte *una* blusa, y yo, en cambio, tengo que arreglarme *doce* uñas.

LA HIJA.—¿Cómo?

LA MADRE.—(*Impaciente.*) Naturalmente. ¿*No ves que tengo doce dedos?*

Preguntada por un colega mío que asistía a su relato sobre lo que se le ocurría fijando su atención en el número doce, respondió pronta y resueltamente: *Doce no es para mí ninguna fecha (de importancia).*

Pasando a la palabra *dedos*, nos comunicó, después de la ligera vacilación, la asociación siguiente: «En la familia de mi marido tenían todos seis dedos en cada pie. Cuando nacieron mis hijos, lo primero que hicimos fue ver si también tenían seis dedos».

Por causas exteriores al análisis no pudo éste ser continuado aquella noche; pero a la mañana siguiente, día 12 de diciembre, recibí la visita de la señora, que me dijo, visiblemente excitada: «Mire usted lo que me ha sucedido. Desde hace veinte años no he dejado nunca de felicitar a un anciano tío de mi marido en el día de su cumpleaños, que es hoy precisamente. Siempre acostumbro escribirle una carta el día anterior; pero esta vez se me ha olvidado y he tenido que ponerle un telegrama».

Al oír esto recordé e hice recordar a la señora la seguridad con que la noche anterior había contestado a la pregunta de mi colega sobre el número doce, pregunta muy apropiada para haberle recordado el cumpleaños de su tío y a la que ella había respondido que el día 12 no significaba para ella ninguna fecha importante.

Entonces declaró la señora que el tío de su marido era hombre de fortuna y que ella había contado siempre con que le heredaría, pero que ahora pensaba en ello más que nunca, pues su situación económica era un tanto apurada.

Así, pues, cuando una conocida suya le había profetizado días antes, echándole las cartas, que iba a recibir mucho dinero, había pensado en el acto en el tío, es decir, en su fallecimiento. Le había pasado inmediatamente por el cerebro la idea de que dicho pariente era el único de quien podía ella, heredándole sus hijos, recibir dinero. También recordé de repente en aquella

ocasión que ya la mujer del tío había prometido legar algo en su testamento a sus hijos, pero que luego había muerto sin testar y quizá hubiese dejado encargo a su marido de hacerlo a su muerte.

Vese claramente que el deseo de la muerte del tío debió de surgir en ella con gran intensidad, pues la señora que le echaba las cartas le dijo después: «Es usted capaz de incitar a la gente al asesinato».

En los cuatro o cinco días que transcurrieron entre la profecía y el cumpleaños del tío, la señora buscó de continuo en los periódicos de la localidad en que éste vivía su obituario de defunción.

No es, por tanto, ninguna maravilla que con tan intenso deseo de su muerte quedasen el hecho y la fecha del próximo cumpleaños tan vigorosamente reprimidos, que llegara no sólo a poderse producir el olvido de una intención cumplida sin falta tantos años seguidos, sino que tampoco fuese ésta recordada por la pregunta de mi colega.

En el *lapsus* «doce dedos» se abrió camino el reprimido «doce», contribuyendo también al fallo de la función.

Digo *contribuyendo*, porque la asociación que surgió en el análisis ante la palabra «dedos» nos hace sospechar la existencia de otras motivaciones, explicándonos al mismo tiempo por qué razón el «doce» llegó a falsear la inocente frase de los diez dedos.

La asociación era: «En la familia de mi marido tenían todos seis dedos en cada pie».... ..

Seis dedos en cada pie constituyen una anormalidad.

Seis dedos significan un niño anormal, y doce dedos, *dos* niños anormales.

Efectivamente, ésta era la realidad, pues tal señora se había casado muy joven con un hombre reconocidamente excéntrico y anormal, que al poco tiempo acabó por suicidarse, dejándole como única herencia dos hijas, declaradas anormales por varios médicos, que habían señalado en ellas graves taras hereditarias.

La mayor de las hijas había vuelto a su casa hacía poco tiempo, después de grave ataque catatónico y la menor, que se hallaba en la pubertad, enfermó también meses después de una grave neurosis.

El hecho de que la anormalidad de las hijas se agregue aquí al deseo de la muerte del tío y se condense con este elemento, reprimido con fuerza distinta y de mayor valencia psíquica, nos obliga a aceptar, como segunda determinación de la equivocación, el *deseo de la muerte de las dos hijas anormales*.

La significación prevaleciente del doce como deseo de muerte se aclara por el hecho de hallarse muy íntimamente asociada al concepto de muerte en la representación del sujeto, pues el marido se había suicidado en un día 13 de diciembre; esto es, un día después del cumpleaños del tío, cuya mujer dijo en esta ocasión a la joven viuda: «Ayer nos felicitó aún tan cariñosa y amablemente..., ¡y hoy...!»

Quiero añadir además que la señora tenía, en realidad, razones más que suficientes para desear la muerte de sus hijas, las cuales no le proporcionaban ninguna alegría, sino sólo preocupaciones, imponiéndole penosas limitaciones de su propia vida y habiéndole obligado a renunciar, por cariño a ellas, a toda posible felicidad sentimental y amorosa.

También aquel día se había esforzado en evitar toda ocasión de irritar a la hija con la que iba a la visita, y es fácil hacerse una idea del gasto de paciencia y abnegación que esto supone tratándose de una enferma de *dementia praecox*, y cuántos sentimientos e impulsos de cólera es necesario dominar.

Conforme a todo lo anterior, el sentido de la equivocación sería el siguiente:

El tío debe morir; estas hijas anormales deben morir (en general, toda esta familia anormal), y yo debo heredar su dinero.

La equivocación posee, a mi juicio, varios signos de una estructura inhabitual, que son:

- 1.º La existencia de dos determinantes condensadas en un elemento.
- 2.º La existencia de las dos determinantes se refleja en la duplicación de la equivocación (doce uñas, doce dedos).
- 3.º Es singular el que una de las significaciones del «doce», los doce dedos representativos de la anormalidad de las hijas, constituya una representación indirecta. La anormalidad psíquica está aquí representada por la física; la superior, por la inferior.

VI. —EQUIVOCACIONES EN LA LECTURA Y EN LA ESCRITURA

EL hecho de que a las equivocaciones en la lectura y en la escritura puedan aplicarse las mismas consideraciones y observaciones que a los *lapsus* orales no resulta nada sorprendente conociendo el íntimo parentesco que existe

entre todas estas funciones. Así, pues, me limitaré a exponer algunos ejemplos cuidadosamente analizados, sin intentar incluir aquí la totalidad de los fenómenos.

I. Equivocaciones en la lectura.

1) Hojeando en el café un ejemplar del *Leipzig Illustrierte*, que mantenía un tanto oblicuamente ante mis ojos, leí al pie de una ilustración que ocupaba toda una página las siguientes palabras: «Una boda *en la Odisea*». Asombrado por aquel extraño título, rectifiqué la posición del periódico y leí de nuevo, corrigiéndome: «Una boda *en el Ostsee (mar Báltico)*». ¿Cómo había podido cometer tan absurdo error? Mis pensamientos se dirigieron en seguida hacia un libro de Ruths titulado *Investigaciones experimentales sobre las imágenes musicales*, etc., que recientemente había leído con gran detenimiento por tratar de cuestiones muy cercanas a los problemas psicológicos objeto de mi actividad. El autor anunciaba en este libro la próxima publicación de otro, que había de titularse *Análisis y leyes fundamentales de los fenómenos oníricos*, y habiendo yo publicado poco tiempo antes una *Interpretación de los sueños*, no es extraño que esperara con gran interés la aparición de tal obra. En el libro de Ruth sobre las imágenes musicales hallé, al recorrer el índice, el anuncio de una detallada demostración inductiva de que los antiguos mitos y tradiciones helénicos poseen sus principales raíces en las imágenes musicales, en los fenómenos oníricos y en los delirios. Al ver esto abrí inmediatamente el libro por la página correspondiente para ver si el autor conocía la hipótesis que interpreta la escena de la *aparición de Ulises ante Nausicaa*, basándola en el vulgar sueño de desnudez. Uno de mis amigos me había llamado la atención sobre el bello pasaje de la obra de G. Keller *Enrique el Verde*, en el que este episodio de la *Odisea* se interpreta como una objetivación de los sueños del navegante, al que los elementos hacen vagar por mares lejanos a su patria. A esta interpretación había añadido yo la referencia al sueño exhibicionista de la propia desnudez. Nada de esto descubrí en el libro de Ruth. Resulta, pues, que lo que en este caso me preocupaba era un pensamiento de prioridad.

2) Veamos cómo pude cometer un día el error de leer en un periódico: «*En tonel (Im Fass)*, por Europa», en vez de «*A pie (Zu Fuss)* por Europa». La solución de este error me llevó mucho tiempo y estuvo llena de dificultades. Las

primeras asociaciones que se presentaron fueron que *En tonel...* tenía que referirse al tonel de Diógenes, y luego, que en una *Historia del arte* había leído hacía poco tiempo algo sobre el arte en la época de Alejandro. De aquí no había más que un paso hasta el recuerdo de la conocida frase de este rey: «Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes». Recordé asimismo, muy vagamente, algo relativo a cierto *Hermann Zeitung* que había hecho un viaje encerrado en un cajón. Aquí cesaron de presentarse nuevas asociaciones, y no fue tampoco posible hallar la página de la *Historia del arte* en la que había leído la observación a que antes me he referido. Meses después me volví a ocupar de este problema de interpretación, que había abandonado antes de llegar a resolverlo, y esta vez se presentó acompañado ya de su solución. Recordé haber leído en un periódico (*Zeitung*) un artículo sobre los múltiples y a veces extravagantes medios de *transporte (Beförderung)*^[600] utilizados en aquellos días por las gentes para trasladarse a París, donde se celebraba la Exposición Universal, artículo en el que, según creo, se comentaba humorísticamente el propósito de cierto individuo de hacer el camino hasta París metido dentro de un tonel que otro sujeto haría rodar. Como es natural, estos excéntricos no se proponían con estas locuras más que llamar la atención sobre sus personas. *Hermann Zeitung* era, en realidad, el nombre del individuo que había dado el primer ejemplo de tales desacostumbrados medios *de transporte (Beförderung)*. Después recordé que en una ocasión había asistido a un paciente cuyo morboso miedo a los periódicos reveló ser una reacción contra la *ambición* patológica de ver su nombre impreso en ellos como el de un personaje de renombre. Alejandro Magno fue seguramente uno de los hombres más ambiciosos que han existido. Se lamentaba de que no le fuera dado encontrar un Homero que cantase sus hazañas. Mas ¿cómo no se me había ocurrido antes *pensar* en otro *Alejandro* muy próximo a mí, en mi propio hermano menor, así llamado? Al llegar a este punto hallé en el acto tanto el pensamiento que refiriéndose a este Alejandro había sufrido una represión por su naturaleza desagradable como las circunstancias que ahora le habían permitido acudir a mi memoria. Mi hermano estaba muy versado en las cuestiones de tarifas y *transportes*, y en una determinada época estuvo a punto de obtener el título de profesor de una Escuela Superior de Comercio. También yo estaba propuesto desde hacía varios años para una *promoción (Beförderung)* al título de profesor de la Universidad. Nuestra madre manifestó por entonces su extrañeza de que su hijo menor

alcanzara antes que el mayor el título por ambos deseado. Ésta era la situación en la época en la que me fue imposible hallar la solución de mi error en la lectura. Después tropezó también mi hermano con graves inconvenientes. Sus probabilidades de alcanzar el título de profesor quedaron por bajo de las mías, y entonces, como si esta disminución de las probabilidades de mi hermano de obtener el deseado título hubiera apartado un obstáculo, fue cuando de repente se me apareció con toda claridad el sentido de mi equivocación en la lectura. Lo sucedido era que me había conducido como si leyera en el periódico el nombramiento de mi hermano, y me dije a mí mismo: «Es curioso que por tales tonterías (las ocupaciones profesionales de mi hermano) pueda salir en un periódico (esto es, pueda uno ser nombrado profesor)». En el acto me fue posible hallar sin dificultad ninguna en la *Historia del arte* el párrafo sobre el arte helénico en tiempo de Alejandro, viendo con asombro que en mis pasadas investigaciones había leído varias veces la página de referencia y todas ellas había saltado, como poseído por una alucinación negativa, la tan buscada frase. Por otra parte, ésta no contenía nada que hubiese podido iluminarme ni tampoco nada que por desagradable hubiera tenido que ser olvidado. A mi juicio, el síntoma de no encontrar en el libro la frase buscada no apareció más que para inducirme a error, haciéndome buscar la continuación de la asociación de ideas precisamente allí donde se hallaba colocado un obstáculo en el camino de mi investigación; esto es, en cualquier idea sobre Alejandro Magno, con lo cual había de quedar desviado mi pensamiento de mi hermano del mismo nombre. Esto se produjo, en efecto, pues yo dirigí toda mi actividad a encontrar en la *Historia del arte* la perdida página.

El doble sentido de la palabra *Beförderung* (transporte-promoción) constituye en este caso el puente asociativo entre los dos complejos^[601]: uno, de escasa importancia, excitado por la noticia leída en el periódico, y otro, más interesante, pero desagradable, que se manifestó como perturbación de lo que se trataba de leer. Este ejemplo nos muestra que no son siempre fáciles de esclarecer fenómenos de la especie de esta equivocación. En ocasiones llega a ser preciso aplazar para una época más favorable la solución del problema. Pero cuanto más difícil se presenta la labor de interpretación, con más seguridad se puede esperar que la idea perturbadora, una vez descubierta, sea juzgada por nuestro pensamiento consciente como extraña y contradictoria.

3) Un día recibí una carta en la que se me comunicaba una mala noticia.

Inmediatamente llamé a mi mujer para transmitírsela, informándola de que la pobre señora de Wilhelm M. había sido desahuciada por los médicos. En las palabras con que expresé mi sentimiento debió de haber, sin embargo, algo que, sonando a falso, hizo concebir a mi mujer alguna sospecha, pues me pidió la carta para verla, haciéndome observar que estaba segura de que en ella no constaba la noticia en la misma forma en que yo se la había comunicado, porque, en primer lugar, nadie acostumbra aquí designar a la mujer sólo por el apellido del marido, y además la persona que nos escribía conocía perfectamente el nombre de pila de la citada señora. Yo defendí tenazmente mi afirmación, alegando como argumento la redacción usual de las tarjetas de visita, en las cuales la mujer suele designarse a sí misma por el apellido del marido. Por último, tuve que mostrar la carta, y, efectivamente, leímos en ella no sólo «*el* pobre W. M.», sino «*el pobre doctor W. M.*», cosa que me había escapado antes por completo. Mi equivocación en la lectura había significado un esfuerzo espasmódico, por decirlo así, encaminado a transportar del marido a la mujer la triste noticia. El título incluido entre el adjetivo y el apellido no se adaptaba a mi pretensión de que la noticia se refiriese a la mujer, y, por tanto, fue omitido en la lectura. El motivo de esta falsificación no fue, sin embargo, el de que la mujer me fuese menos simpática que el marido, sino la preocupación que la desgracia de éste despertó en mí con respecto a una persona allegada que padecía igual enfermedad.

4)^[602] Más irritante y ridícula es otra equivocación en la lectura a la que sucumbo con gran frecuencia cuando en épocas de vacaciones me hallo en alguna ciudad extranjera y paseo por sus calles. En otras ocasiones leo la palabra «Antigüedades» en todas las muestras de las tiendas en las que consta algún término parecido, equivocación en la que surge al exterior el deseo de hallazgos interesantes que siempre abriga el coleccionista.

5)^[603] Bleuler relata en su importante obra titulada *Afectividad, sugestibilidad, paranoia* (1906, pág. 121) el siguiente caso: Estando leyendo, tuve una vez la sensación intelectual de ver escrito mi nombre dos líneas más abajo. Para mi sorpresa, no hallé, al buscarlo, más que la palabra *corpúsculos de la sangre* (*Blutkörperchen*). De los muchos millares de casos analizados por mí de equivocaciones en la lectura, surgidas en palabras situadas tanto en el campo visual periférico como en el central, era éste el más interesante. Siempre que antes había imaginado ver mi nombre, la palabra que motivaba la equivocación

había sido mucho más semejante a él, y en la mayoría de los casos tenían que existir en los lugares inmediatos todas las letras que lo componen para que yo llegara a cometer el error. Sin embargo, en este caso no fue difícil hallar los fundamentos de la ilusión sufrida, pues lo que estaba leyendo era precisamente el final de una crítica en la que se calificaban de equivocados determinados trabajos científicos, entre los cuales sospechaba yo pudieran incluirse los míos.

6) (Adición de 1919.) Hanns Sachs contó haber leído: «Las cosas que impresionan a los demás son sobrepasadas por él en su *Steifleinenheit* (erudición pedante). Esta palabra me sorprendió, continuaba diciendo Sachs, y observándole con detención descubrí que era *Stilfeinheit* (estilo elegante)». Este pasaje sucedió en el curso de unas observaciones por un autor al que admiraba, que alababa exageradamente a un historiador al que yo no tenía simpatía por exhibir el «modo magistral germano» en forma muy marcada.

7) El doctor Marcell Eibenschütz comunica el siguiente caso de equivocación en la lectura, cometida en una investigación filológica (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 5-6) (1911).

«Trabajo actualmente en la traducción del *Libro de los mártires*, conjunto de leyendas escritas en alemán arcaico. Mi traducción está destinada a aparecer en la serie de ‘Textos alemanes de la Edad Media’ que publica la Academia de Ciencias prusiana. Las referencias sobre este ciclo de leyendas, inédito aún, son muy escasas; el único escrito conocido sobre él es un estudio de J. Haupt titulado *Sobre el “Libro de los mártires”, obra de la Edad Media alemana*». Haupt no utilizó para su trabajo un manuscrito antiguo, sino una copia moderna (del siglo XIX) del Códice principal C (Klosterneuburg), copia que se conserva en la Biblioteca Real. Al final de esta copia existe la siguiente inscripción:

ANNO DOMINI MDCCCL IN VIGILIA EXALTATIONIS SANCTE CRUCIS CEPTUS EST
ISTE LÍBER ET IN VIGILIA PASCE ANNI SUBSEQUENTIS FINITUS CUM AUDITORIO
OMNIPOTENTE PER ME HARTMANUM DE KRASNA TUNC TEMPORIS ECCLESIE
NIWENBURGENSIS CUSTODEM.

Haupt incluye en su estudio esta inscripción, creyéndola de mano del mismo autor del manuscrito C, y, sin embargo, no modifica su afirmación de que éste fue escrito en el año 1350, lo cual supone haber leído equivocadamente la fecha de 1850 que consta con toda claridad en números romanos, e incurre en este error, a pesar de haber tenido que copiar la inscripción entera, en la cual aparece

la citada fecha de *MDCCCL*.

El trabajo de Haupt ha constituido para mí un manantial de confusiones. Al principio, hallándome por completo como novicio en la ciencia filológica, bajo la influencia de la autoridad de Haupt, cometí durante mucho tiempo igual error que él y leí en la citada inscripción 1350 en vez de 1850; mas luego vi que en el manuscrito principal C, por mí utilizado, no existía la menor huella de tal inscripción, y descubrí además que en todo el siglo XIV no había habido en Klosterneuburg ningún monje llamado Hartmann. Cuando por fin cayó el velo que oscurecía mi vista, adiviné todo lo sucedido, y subsiguientes investigaciones confirmaron mi hipótesis en todos sus puntos. La tan repetida inscripción no existe más que en la copia utilizada por Haupt y proviene de mano del copista, el padre Hartmann Zeibig, natural de Krasna (Moravia), fraile agustino y canónigo de Klosterneuburg, el cual copió en 1850, siendo tesorero de la Orden, el manuscrito principal C, y se citó a sí mismo, según costumbre antigua, al final de la copia. El estilo medieval y la arcaica fotografía de la inscripción, unidos *al deseo de Haupt* de dar el mayor número posible de datos sobre la obra objeto de su estudio y, por tanto, *de precisar la fecha del manuscrito C*, contribuyeron a hacerle leer siempre 1350 en vez de 1850. (Motivo del acto fallido.)

8)^[604] Entre las *Ocurrencias chistosas y satíricas*, de Lichtenberg, se encuentra una que seguramente ha sido tomada de la realidad y encierra en sí casi toda la teoría de las equivocaciones en la lectura. Es la que sigue: «Había leído tanto a Homero, que siempre que aparecía ante su vista la palabra *angenommen* (admitido) leía *Agamemnon* (Agamenón)».

En una numerosísima cantidad de ejemplos^[605] es la predisposición del lector la que transforma el texto a sus ojos, haciéndole leer algo relativo a los pensamientos que en aquel momento le ocupan. El texto mismo no necesita coadyuvar a la equivocación más que presentando alguna semejanza en la imagen de las palabras, semejanza que pueda servir de base al lector para verificar la transformación que su tendencia momentánea le sugiere. El que la lectura sea rápida y, sobre todo, el que el sujeto padezca algún defecto, no corregido, de la visión son factores que coadyuven a la aparición de tales ilusiones, pero que no constituyen en ningún modo condiciones necesarias.

9) La pasada época de guerra, haciendo surgir en toda persona intensas y duraderas preocupaciones, favoreció la comisión de equivocaciones en la lectura más que en la de ningún otro rendimiento fallido. Durante dichos años pude

hacer una gran cantidad de observaciones, de las que, por desgracia, sólo he anotado algunas. Un día cogí un periódico y hallé en él impresa en grandes letras la frase siguiente: «La paz de Göerz» (*Der Friede von Göerz*). Mas en seguida vi que me había equivocado y que lo que realmente constaba allí era «El enemigo ante Göerz» (*Die Feinde von Göerz*). No es extraño que quien tenía dos hijos combatiendo en dicho punto cometiese tal error. Otra persona halló en un determinado contexto una referencia a «antiguos bonos de pan» (*alte Brotkarte*), bonos que, al fijar su atención en la lectura, tuvo que cambiar por «brocados antiguos» (*alte Brokate*). Vale la pena de hacer constar que el individuo que sufrió este error era frecuentemente invitado a comer por una familia amiga y solía corresponder a tal amabilidad y hacerse grato a la señora de la casa cediéndole los bonos de pan que podía procurarse. Un ingeniero, preocupado porque su equipo de faena no había podido nunca resistir sin destrozarse en poco tiempo la humedad que reinaba en el túnel en cuya construcción trabajaba, leyó un día, quedándose asombrado, un anuncio de «objetos de piel malísima» (*Schundleder* —textualmente: piel indecente—). Pero los comerciantes rara vez son tan sinceros. Lo que el anuncio recomendaba eran objetos de «piel de foca» (*See hundleder*).

La profesión o situación actual del lector determinan también el resultado de sus equivocaciones. Un filólogo que, a causa de sus últimos y excelentes trabajos, se halla en controversia con sus colegas, leyó en una ocasión «estrategia del idioma» (*Sprachstrategie*), en vez de «estrategia del ajedrez» (*Schachstrategie*). Un sujeto que paseaba por las calles de una ciudad extranjera, al llegar la hora en que el médico que le curaba de una enfermedad intestinal le había prescrito la diaria y regular realización de un acto necesario, leyó en una gran muestra colocada en el primer piso de un alto almacén la palabra *Closet*; mas a su satisfacción de haber hallado lo que le permitía no infringir su plan curativo se mezcló cierta extrañeza por la inhabitual instalación de aquellas necesarias habitaciones. Al mirar de nuevo la muestra desapareció su satisfacción, pues lo que realmente había escrito en ella era *Corset-House*.

10) Existe un segundo grupo de casos en el que la participación del texto en el error que se comete en su lectura es más considerable. En tales casos, el contenido del texto es algo que provoca una resistencia en el lector o constituye una exigencia o noticia dolorosa para él, y la equivocación altera dicho texto y lo convierte en algo expresivo de la defensa del sujeto contra lo que le desagrada o en una realización de sus deseos. Hemos de admitir, por tanto, que en esta clase

de equivocaciones se percibe y se juzga el texto antes de corregirlo, aunque la conciencia no se percate en absoluto de esta primera lectura.

Un ejemplo de este género es el señalado con el número (3) en páginas anteriores, y otro, el que a continuación transcribimos, observado por el doctor Eitingon durante su permanencia en el hospital militar de Ygló (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1915):

«El teniente X., que se encuentra en nuestro hospital enfermo de una neurosis traumática de guerra, me leía una tarde la estrofa final de una poesía del malogrado Walter Heymann, caído en la lucha. Al llegar a los últimos versos, X., visiblemente emocionado, los leyó en la siguiente forma:

»—Mas ¿dónde está escrito, me pregunto, que sea yo el que entre todos permanezca en vida y sea otro el que en mi lugar caiga? Todo aquel que de vosotros muere, muere seguramente por mí. ¿Y de de ser yo el que quede con vida? ¿*Por qué no?*

»Mi extrañeza llamó la atención del lector, que, un poco confuso, rectificó:

»—¿Y he de ser yo el que quede con vida? ¿*Por qué yo?*»

Este caso me permitió penetrar analíticamente en la naturaleza del material psíquico de las «neurosis traumáticas de guerra» y avanzar en la investigación de sus causas un poco más allá de las explosiones de las granadas, a las que tanta importancia se ha concedido en este punto.

En el caso expuesto se presentaban también a la menor excitación los graves temblores que caracterizan a estas neurosis, así como la angustia y la propensión al llanto, a los ataques de furor, con manifestaciones motoras convulsivas de tipo infantil, y a los vómitos.

El origen psíquico de estos síntomas, sobre todo del último, hubiera debido ser percibido por todo el mundo, pues la aparición del médico mayor que visitaba de cuando en cuando a los convalecientes o la frase de un conocido que al encontrar a uno en la calle le dijese: «Tiene usted muy buen aspecto. Seguramente está usted ya curado», bastaban para provocar en el acto un vómito.

«Curado..., volver al frente..., ¿por qué yo?»

El doctor Hans Sachs ha reunido y comunicado algunos otros casos de equivocaciones en la lectura motivadas por las circunstancias especiales de la época de guerra (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, IV, 1916-17):

11) «Un conocido mío me había dicho repetidas veces que cuando fuera llamado a filas no haría uso del derecho que su título facultativo le concedía de

prestar sus servicios en el interior y, por tanto, iría al frente de batalla. Poco tiempo antes de llegarle su turno me comunicó un día, con seca concisión, que había presentado su título para hacer valer sus derechos y que, en consecuencia, había sido destinado a una actividad industrial. Al día siguiente nos encontramos en una oficina. Yo me hallaba escribiendo ante un pupitre, y mi amigo se situó detrás de mí y estuvo mirando un momento lo que yo escribía. Luego dijo: ‘La palabra esa de ahí arriba es *Druckbogen* (pliego), ¿no? Antes había leído *Drückeberger* (cobarde)’».

12) «Yendo sentado en un tranvía iba pensando en que algunos de mis amigos de juventud que siempre habían sido tenidos por delicados y débiles se hallaban ahora en estado de resistir penosas marchas, a las que yo seguramente sucumbiría. En medio de estos pocos agradables pensamientos leí a la ligera y de pasada en la muestra de una tienda las palabras ‘Constituciones de hierro’, escritas en grandes letras negras. Un segundo después caí en que estas palabras no eran apropiadas para constar en el rótulo de ningún comercio y, volviéndome, conseguí echar aún una rápida ojeada sobre el letrero. Lo que realmente se leía en él era: ‘Construcciones de hierro’».

13) «En los periódicos vi un día un despacho de la agencia Reuter con la noticia, desmentida más tarde, de que Hughes había sido elegido presidente de la República de los Estados Unidos. Al pie de esta noticia venía una corta biografía del supuesto elegido, y en ella leí que Hughes había cursado sus estudios en la Universidad de *Bonn*, extrañando no haber encontrado este dato en ninguno de los artículos periodísticos que, con motivo de la elección presidencial en Norteamérica, venían publicándose hacía ya algunas semanas. Una nueva lectura me demostró que la Universidad citada era la de *Brown*. Este rotundo caso, en el cual hubo de ser necesaria una fuerte violencia para la producción del error, se explica por la ligereza con la que suelo leer los periódicos; pero, sobre todo, por el hecho de que la simpatía del nuevo presidente hacia las potencias centrales me parecía deseable como fundamento de futuras buenas relaciones y no sólo por motivos políticos, sino también de índole personal».

II. Equivocaciones en la escritura.

1) En una hoja de papel que contenía principalmente notas diarias de interés profesional encontré con sorpresa la fecha equivocada, «Jueves, 20 octubre»,

escrita en vez de la verdadera, que correspondía al mismo día del mes de septiembre. No es difícil explicar esta anticipación como expresión de un deseo. En efecto, días antes había regresado con nuevas fuerzas de mi viaje de vacaciones y me sentía dispuesto a reanudar mi actividad médica, pero el número de pacientes era aún pequeño. A mi llegada había hallado una carta, en la que un enfermo anunciaba su visita para el día 20 de octubre. Al escribir la fecha del mismo día del mes de septiembre debí de pensar: «Ya podía estar aquí X. ¡Qué lástima tener que perder un mes entero!», y con esta idea anticipé la fecha. Como el pensamiento perturbador no podía calificarse en este caso de desagradable, hallé sin dificultad la explicación de mi error en cuanto me di cuenta de él. Al otoño siguiente cometí de nuevo un error análogo y similarmente motivado. E. Jones ha estudiado estos casos de equivocación en la escritura de las fechas, hallándolos, en su mayoría, dependientes de un motivo.

2) Habiendo recibido las pruebas de mi contribución a la Memoria anual sobre Neurología y Psiquiatría^[606], me dediqué con especial cuidado a revisar los nombres de los autores extranjeros citados en mi trabajo, nombres que por pertenecer a personas de diversas nacionalidades presentan siempre alguna dificultad para los cajistas. En efecto, hallé varias erratas de esta clase, que tuve que corregir; pero lo curioso fue que el cajista había rectificado, en cambio, en las pruebas un nombre que yo había escrito erróneamente en las cuartillas. En mi artículo alababa yo el trabajo del tocólogo *Burckhardt* sobre la influencia del nacimiento en el origen de la parálisis infantil, y al escribir dicho nombre me había equivocado y había escrito *Buckrhardt*, error que el cajista corrigió, componiendo el nombre correctamente. Mi equivocación no provenía de que yo abrigase contra el tocólogo una enemistad que me hubiera hecho desfigurar su nombre al escribirlo; pero era el caso que su mismo apellido lo llevaba también un escritor vienés que me había irritado con una crítica poco comprensiva de mi *Interpretación de los sueños*, y de este modo, lo sucedido fue como si al escribir el apellido *Burckhardt*, con el que quería designar al tocólogo, hubiera pensado algo desagradable del otro escritor de igual apellido, cometiendo entonces el error que desfiguró aquél, acto que, como ya indicamos antes, significa desprecio hacia la persona correspondiente^[607].

3) Esta afirmación aparece confirmada y robustecida por una autoobservación, en la que A. J. Storfer expone con franqueza digna de encomio los motivos que le hicieron recordar inexactamente primero y escribir luego,

desfigurándolo, el nombre de un supuesto émulo científico (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1914):

«UNA OBSTINADA DESFIGURACIÓN DE UN NOMBRE»:

«En diciembre de 1910 vi en el escaparate de una librería de Zurich el entonces reciente libro del doctor Eduard *Hitschmann* sobre la teoría freudiana de las neurosis. Por aquellos días trabajaba yo precisamente en una conferencia, que debía pronunciar en una sociedad científica, sobre la Psicología de Freud. En la ya escrita introducción a mi conferencia hablaba yo del desarrollo histórico de la Psicología freudiana, observando que por tener ésta su punto de partida en investigaciones de carácter práctico, se hacía muy difícil exponer en un breve resumen sus líneas fundamentales, no habiendo hasta el momento nadie que hubiese emprendido tal tarea. Al ver aquel libro, de autor hasta entonces desconocido para mí, no pensé al principio comprarlo, y cuando días después decidí lo contrario, el libro no estaba ya en el escaparate. Al dar en la tienda el título de la obra recién publicada nombré como autor al doctor Eduard *Hartmann*. El librero me corrigió, diciendo: ‘Querrá usted decir *Hitschmann*’, y me trajo el libro deseado.

»El motivo inconsciente del rendimiento fallido era fácil de descubrir: Yo contaba ya, en cierto modo, con hacerme un mérito de haber resumido antes que nadie las líneas fundamentales de la teoría psicoanalítica, y, por tanto, había visto con enfado y envidia la aparición del libro de Hitschmann, que disminuía mis merecimientos. La deformación del nombre de su autor constituía, pues, conforme a las teorías sustentadas en la *Psicopatología de la vida cotidiana*, un acto de hostilidad inconsciente. Con esta explicación me di entonces por satisfecho.

»Semanas después anoté por escrito las circunstancias del rendimiento fallido relatado, y al hacerlo se me ocurrió pensar en cuál sería la razón de haber transformado el nombre de Eduard *Hitschmann* precisamente en Eduard *Hartmann*. ¿Habría sido tan sólo la semejanza entre ambos nombres la que me había hecho escoger como sustitutivo el del renombrado filósofo? Mi primera asociación fue el recuerdo de que el profesor Hugo Meltzl, apasionado admirador de Schopenhauer, había dicho un día lo siguiente: ‘Eduard von Hartmann es Schopenhauer desfigurado, Schopenhauer, vuelto hacia la

izquierda’. Así, pues, la tendencia afectiva que había determinado la imagen sustitutiva del nombre olvidado era ésta: ‘El tal Hitschmann y su exposición compendiada de las teorías de Freud no deben de ser nada que valga la pena. Hitschmann debe de ser, con respecto a Freud, lo que Hartmann con respecto a Schopenhauer’.

»Al cabo de seis meses cayó ante mi vista la hoja en que había anotado este caso de olvido determinado y acompañado de recuerdo sustitutivo, y al leerla observé que nuevamente había desfigurado en mi relato el nombre de *Hitschmann*, escribiendo *Hintschmann*».

4) He aquí otro caso de equivocación en la escritura, aparentemente grave, y que pudiera ser también incluido entre los casos de «actos de término erróneo» (*Vergreifen*):

«En una ocasión me proponía sacar de la Caja Postal de Ahorros la cantidad de 300 coronas, que deseaba enviar a un pariente mío, residente fuera de Viena, para hacer posible emprender una cura de aguas prescrita por su médico. Al ocuparme de este asunto vi que mi cuenta corriente ascendía a 4380 coronas, y decidí dejarla reducida a 4000, cantidad redonda que debía permanecer intacta en calidad de reserva para futuras contingencias. Después de extender el cheque en forma regular y haber cortado en la libreta los cupones correspondientes a la cantidad deseada, me di cuenta de que había solicitado extraer de la Caja de Ahorros no 380 coronas, como quería, sino exactamente 438, y quedé asustado de la poca seguridad con que ejecutaba mis propios actos. En seguida reconocí lo injustificado de mi miedo, pues mi error no me hubiera hecho más pobre de lo que era antes de él. Pero hube de reflexionar un rato con objeto de descubrir la influencia que había modificado mi primera intención, sin advertir antes de ello a mi conciencia. Al principio me dirigí por caminos equivocados. Sustraje 380 coronas de 438 y me quedé sin saber qué hacer de la diferencia obtenida. Mas al fin caí en la verdadera conexión: ¡438 era el *diez por ciento* de 4380, total de mi cuenta corriente! ¡Y el *diez por ciento* es el descuento que hacen los *libreros*! Recordé que días antes había buscado en mi biblioteca, y reunido aparte, una cantidad de obras de Medicina que habían perdido su interés para mí con objeto de ofrecérselas al librero, precisamente por 300 coronas. El librero encontró demasiado elevado el precio y quedó en darme algunos días después su definitiva respuesta. En caso de aceptar el precio pedido, me habría reembolsado la suma que yo tenía que enviar a mi enfermo pariente. No cabía, pues, dudar de que en el fondo lamentaba tener que disponer de aquella suma en favor de otro.

La emoción que experimenté al darme cuenta de mi error queda mejor explicada ahora, interpretándola como un temor de arruinarme con tales gastos. Pero ambas cosas, el disgusto de tener que enviar la cantidad y el miedo a arruinarme con él ligado, eran completamente extrañas a mi conciencia. No sentí la menor huella de disgusto al prometer enviar dicha suma y hubiera encontrado risible la motivación del mismo. Nunca me hubiera creído capaz de abrigar tales sentimientos si mi costumbre de someter a los pacientes al análisis psíquico no me hubiera familiarizado hasta cierto punto con los elementos reprimidos de la vida anímica, y si, además, no hubiera tenido días antes un sueño que reclamaba igual interpretación^[608]».

5) El caso que va a continuación y cuya autenticidad puedo garantizar, está tomado de una comunicación de W. Stekel:

«En la redacción de un difundido semanario ocurrió recientemente un increíble caso de equivocación en la escritura y en la lectura. La dirección de dicho semanario había sido tachada de ‘vendida’, y se trataba de contestar en un artículo rechazando con indignación el insultante calificativo. El redactor jefe y el autor de dicho artículo leyeron éste repetidas veces, tanto en las cuartillas como en las pruebas, y ambos quedaron satisfechos. De repente llegó a su presencia el corrector, haciéndoles notar una pequeña errata que se les había escapado a todos. En el artículo se leía con toda claridad lo siguiente: ‘Nuestros lectores testimoniarán que nosotros hemos defendido siempre *interesadamente* el bien general’. Como es lógico, lo que allí se había querido decir era *desinteresadamente*. Pero los verdaderos pensamientos se abrieron camino a través del patético discurso».

6) Una lectora del *Pester Lloyd*, la señora Kata Levy, de Budapest, observó un caso similar de sinceridad involuntaria en una afirmación de un telegrama de Viena publicado por dicho periódico el 11 de octubre de 1918.

Decía así: «A causa de la absoluta confianza que durante toda la guerra ha reinado entre nosotros y nuestros aliados alemanes, debe suponerse como cosa indudable que ambas potencias obrarán conjuntamente en todas las ocasiones y, por tanto, es ocioso añadir que también en esta fase de la guerra laboran de *imperfecto* acuerdo los Cuerpos diplomáticos de ambos países».

Pocas semanas después se pudo hablar con más libertad de dicha «absoluta confianza», sin tener que recurrir a las equivocaciones en la escritura o en la composición.

7) Un americano que había venido a Europa, dejando en su país a su mujer, después de algunos disgustos conyugales, creyó llegada, en un determinado momento, la ocasión de reconciliarse con ella y la invitó a atravesar el Océano y venir a su lado. «Estaría muy bien —le escribió— que pudieras hacer la travesía en el *Mauritania*, como yo la hice». Al releer la carta rompió el pliego en que iba la frase anterior y lo escribió de nuevo, no queriendo que su mujer viera la corrección que le había sido necesario efectuar en el nombre del barco. La primera vez había escrito *Lusitania*.

Este *lapsus calami* no necesita explicación y puede interpretarse en el acto. Pero cabe añadir lo siguiente: la mujer del americano había ido a Europa por primera vez a raíz de la muerte de su única hermana, y si no me equivoco, el *Mauritania* es el buque gemelo del *Lusitania*, perdido durante la guerra. (Agregado en 1920.)

8) Un médico examinó a un niño y puso una receta en cuya composición entraba *alcohol*. Mientras redactaba su prescripción, la madre del niño hubo de fatigarle con preguntas ociosas. El médico se propuso interiormente no molestarse por tal inoportunidad, consiguiéndolo, en efecto, pero se equivocó al escribir, y puso, en lugar de *alcohol*, *achol* (aproximadamente, «nada de cólera»). (Agregado en 1910.)

9)^[609] A causa de la semejanza en el contenido, añadiré aquí un caso observado por E. Jones en su colega A. A. Brill. Este último, que es abstemio, bebió un día un poco de vino, obligado por las obstinadas instancias de un amigo. A la mañana siguiente un violento dolor de cabeza le dio motivo para lamentar el haber cedido. En aquellos instantes tuvo que escribir el nombre de una paciente llamada *Ethel*, y en lugar de esto escribió *Ethyl* (Etil-alcohol). A ello coadyuvó el hecho de que la aludida paciente acostumbraba beber más de lo que le hubiera convenido.

10) Dado que una equivocación de un médico al escribir una receta posee una importancia que sobrepasa el general valor práctico de los funcionamientos fallidos, transcribiré aquí con todo detalle el único análisis publicado hasta el día de tal error en la escritura (*Internationale Zeitschrift /. Psychoanalyse*, I, 1913):

DOCTOR EDUARD HITSCHMANN

”Un colega me contó un día que en el transcurso de varios años le había sucedido repetidas veces equivocarse al prescribir un determinado medicamento a pacientes femeninas de edad ya madura. En dos casos recetó una dosis diez veces mayor de la que se proponía, y después, al darse repentina cuenta de su error, tuvo que regresar (lleno de temor de haber perjudicado a las pacientes y de atraer sobre sí mismo graves complicaciones) al lugar donde había dejado las recetas, para pedir que se las devolvieran. Este raro acto sintomático (*Symptomhandlug*) merece ser detenidamente observado, exponiendo por separado y con todo detalle las diversas ocasiones en que se manifestó.

Primer caso. El referido médico recetó a una mujer, situada ya en el umbral de la ancianidad, supositorios de belladona diez veces más fuertes de lo que se proponía. Después abandonó la clínica, y cerca de una hora más tarde, cuando estaba ya en su casa almorzando y leyendo el periódico, se dio de repente cuenta de su error. Sobrecogido, corrió a la clínica para preguntar las señas de la paciente, y luego a casa de ésta, situada en un barrio apartado. Por fin encontró a la mujer, que aún no había hecho uso de la receta, y logró que se la devolviera, regresando a su casa tranquilo y satisfecho. Como disculpa ante sí mismo alegó, no sin razón, que mientras estaba escribiendo la receta, el jefe de la ambulancia, persona muy habladora, estuvo detrás de él mirando lo que escribía, por encima de su hombro, y molestándole.

Segundo caso. El mismo médico tuvo un día que dejar su consulta, arrancándose del lado de una bella y coqueta paciente, para ir a visitar a una solterona vieja, a cuya casa se dirigió en automóvil, pues le urgía terminar pronto su visita para reunirse luego secretamente, a una hora determinada, con una muchacha joven, a la que amaba. También en esta visita a la anciana paciente recetó belladona contra igual padecimiento que el del caso anterior, y también cometió el error de prescribir una composición diez veces más fuerte. La enferma le habló durante la visita de algunas cosas interesantes sin relación con su enfermedad; pero el médico dejó advertir su impaciencia, aunque negándola con corteses palabras, y se retiró con tiempo más que sobrado para acudir a su amorosa cita. Cerca de doce horas después, hacia las siete de la mañana, se dio cuenta, al despertar, del error cometido y, lleno de sobresalto, envió un recado a casa de la paciente, con la esperanza de que no hubiera aún enviado la receta al

farmacéutico y se la devolviera para revisarla. En efecto, recibió la receta, pero ésta había sido ya servida. Con cierta resignación estoica y el optimismo que da la experiencia fue entonces a la farmacia, donde el encargado le tranquilizó, diciendo que, naturalmente (¿quizá también por un descuido?), había aminorado mucho la dosis prescrita en la receta al servir el medicamento.

Tercer caso. El mismo médico quiso recetar a una anciana tía suya, hermana de su madre, una mezcla de *Tinct. belladonnae* y *Tinct. Opii*, en dosis inofensivas. La criada llevó en seguida la receta a la botica. Poco tiempo después recordó el médico que había escrito «extract» en vez de «tinctura», y a los pocos momentos le telefoneó el farmacéutico interpeándole sobre este error. El médico se disculpó con la mentida excusa de que no había acabado de escribir la receta y, habiéndola dejado sobre la mesa, la había cogido la criada sin estar terminada.

Las singulares coincidencias que presentan estos tres casos de error en la escritura de una receta consisten en que, hasta hoy, no le ha sucedido esto al referido médico más que con un *único* medicamento, tratándose de pacientes femeninas de edad avanzada y siendo siempre demasiado *fuerte* la dosis prescrita. Un corto análisis reveló que el carácter de las relaciones familiares entre el médico y su madre tenía que ser de una importancia decisiva en este caso. Uno de sus recuerdos durante el análisis fue el de haber prescrito — probablemente *antes* de estos actos sintomáticos— a su también anciana madre la misma receta, y, por cierto, en una dosis de 0,03, a pesar de que la usual de 0,02 era la que él acostumbraba prescribir, pensando con tal aumento curarla más radicalmente. El enérgico medicamento produjo en la enferma, cuyo estado era delicado, una fuerte reacción, acompañada de manifestaciones congestivas y desagradable sequedad de garganta. La enferma se quejó de ello, aludiendo, medio en serio, medio en broma, al peligro de los remedios prescritos por su hijo. Ya en otras ocasiones había rechazado la madre, hija también de un médico, los medicamentos recetados por su hijo, haciendo semihumorísticas observaciones sobre una posibilidad de envenenamiento.

De lo que por el análisis se pudo deducir sobre las relaciones familiares entre el médico y su madre resulta que el amor filial del primero era puramente instintivo y que la estimación espiritual en que tenía a su madre y su respeto hacia ella no eran ciertamente exagerados. El tener que habitar en la misma casa con su madre y su hermano, un año menor que él, constituía para el médico una coacción de su libertad erótica, y nuestra experiencia psicoanalítica nos ha demostrado la influencia de este sentimiento de coacción en la vida íntima del

individuo.

El médico aceptó el análisis, regularmente satisfecho de la explicación que daba a sus errores, y añadió sonriendo que la palabra «belladona» (bella mujer) podía tener también un inconsciente significado erótico. También él había usado en alguna ocasión anterior dicho medicamento.”

No creo nada aventurado afirmar que tales graves rendimientos fallidos siguen idénticos caminos que los otros, más inofensivos, antes analizados.

11)^[610] El siguiente *lapsus calami*, comunicado por S. Ferenczi, puede incluirse entre los más inocentes e interpretarse simplemente como un rendimiento fallido producido por condensación motivada por impaciencia (compárese con la equivocación oral «el man...», capítulo 5), mientras un análisis más profundo no demuestre la existencia de un elemento perturbador más vigoroso.

«Queriendo escribir: Aquí viene bien la *anécdota* (*Anekdote*)..., escribí esta última palabra en la siguiente forma: *Anektode*. En efecto, la anécdota a que yo me refería era la de un gitano *condenado a muerte* (*zu Tode verurteilt*), que solicitó como última gracia el escoger por sí mismo el árbol del que habían de ahorcarle y, como es natural, no encontró, a pesar de buscarlo con afán, ninguno que le pareciera bien».

12) Otras veces, contrastando con el inofensivo caso anterior, puede una insignificante errata revelar un peligroso sentido que se quiere mantener secreto. Así, en el siguiente ejemplo, que se nos comunica anónimamente:

«Al final de una carta escribí las palabras: ‘Salude usted cordialmente a su esposa y a su hijo (*ihren Sohn*)’. En el momento de cerrar el sobre noté haber cometido el error de escribir la palabra ‘ihren’ con minúscula, con lo cual el sentido de la frase era el siguiente: ‘Salude usted a su esposa y a su hijo (*de ella*)’. Claro es que corregí la errata antes de enviar la carta. Al regresar de mi última visita a esta familia, la señora que me acompañaba me hizo notar que el hijo se parecía muchísimo a un íntimo amigo de la casa, el cual debía de ser, sin duda, su verdadero padre».

13) Una señora escribía a su hermana dándole la enhorabuena por su instalación en una nueva casa, más cómoda y espaciosa que la que antes ocupaba. Una amiga que se hallaba presente observó que la señora había puesto a su carta una dirección equivocada, y ni siquiera la de la casa que la hermana acababa de abandonar, sino la otra en la que había vivido a raíz de casarse y

había dejado hacía ya mucho tiempo. Advirtió a su amiga el error, y ésta tuvo que confesarlo, diciendo: «Tiene usted razón; pero ¿cómo es posible que me haya equivocado de tal modo? ¿Y por qué?» La amiga opinó: «Seguramente es que le envidia usted la casa cómoda y amplia a que ahora se traslada ella, mientras que usted tiene que seguir viviendo en una menos espaciosa. Ese sentimiento es el que le hace a usted mudar a su hermana a su primera casa, en la que también carecía de comodidades». «Sí que la envidio», confesó sinceramente la señora, y añadió: «¡Qué fastidio que en estas cosas tenga una siempre tan vulgares sentimientos, a pesar de una misma!» (Agregado en 1910).

14)^[611] E. Jones comunica el siguiente ejemplo de equivocaciones en la escritura, observado por A. A. Brill: Un paciente dirigió al doctor Brill una carta, en la que se esforzaba en achacar su nerviosidad a los cuidados y a la tensión espiritual que le producía la marcha de sus negocios ante la crisis por la que atravesaba el mercado algodonero. En dicha carta se leía lo siguiente: ... *my trouble is all due to that damned frigid «wave»* (literalmente: «... toda mi perturbación es debida a esta maldita ola frígida». La expresión «ola frígida» designa la «ola de baja» que había invadido el mercado del algodón). Pero el paciente, al escribir la frase citada, escribió *wife* (mujer), en vez de *wave* (ola). En realidad, abrigaba en su corazón amargos reproches contra su mujer, motivados por su frigidez conyugal y su esterilidad, y no se hallaba muy lejos de reconocer que la privación que este estado de cosas le imponía era culpable en mucha parte de la enfermedad que le aquejaba.

15) El doctor R. Wagner comunica la siguiente autoobservación en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 12 (1911):

«Al releer un antiguo cuaderno de apuntes universitarios hallé que la rapidez que es necesario desarrollar para tomar las notas siguiendo la explicación del profesor me había hecho cometer un pequeño *lapsus*. En vez de *Epithel* (epitelio), había escrito *Edithel*, diminutivo de un nombre femenino. El análisis retrospectivo de este caso es en extremo sencillo. Por la época en que cometí la equivocación mi amistad con la muchacha que llevaba dicho nombre era muy superficial y hasta mucho tiempo después no se convirtió en íntima. Mi error constituye, pues, una excelente prueba de la emergencia de una amorosa inclinación inconsciente en una época en la que yo mismo no tenía aún la menor idea de ella. Los sentimientos que acompañaban a mi error se manifiestan en la forma de diminutivo que cogió para exteriorizarse».

16) La señora del doctor Von Hug-Hellmuth relata en su contribución al capítulo «Equivocaciones en la escritura y en la lectura (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, 11, 5 (1912), el siguiente caso:

»Un médico prescribió a una paciente ‘agua de *levítico*’, en vez de ‘agua de *Levico*’. Este error, que dio pie al farmacéutico para hacer algunas observaciones impertinentes, puede ser interpretado más benignamente, investigando sus determinantes inconscientes y no negando a éstos, *a priori*, una cierta verosimilitud, aunque no sean más que hipótesis subjetivas de una persona lejana a dicho médico. Éste poseía una numerosa clientela, a pesar de la rudeza con que solía sermonear (*leer los Levitas*) a sus pacientes, reprochándoles su irracional régimen de alimentación, y su casa se llenaba durante las horas de consulta. Esta aglomeración justificaba el deseo de que sus clientes, una vez terminado el examen, se vistiesen lo más rápidamente posible; *vite, vite* (francés; *de prisa, de prisa*). Si no recuerdo mal, la mujer del médico era de origen francés, circunstancia que justifica mi atrevida hipótesis de que para expresar el deseo antedicho usara aquél palabras pertenecientes a tal idioma. Aparte de esto, es costumbre de muchas personas el usar locuciones extranjeras en algunos casos. Mi padre solía invitarnos a andar de prisa, cuando de niños nos sacaba a paseo, con las frases: *Avanti, gioventù*, o *Marchez au pas*, y un médico, ya entrado en años, que me asistió en una enfermedad de garganta, exclamaba siempre: “Piano, piano”, para tratar de refrenar mis rápidos movimientos. Así, pues, me parece muy probable que el médico citado tuviera esta costumbre de decir *vite, vite* para dar prisa a sus clientes, y de este modo se equivocase al poner la receta, escribiendo *levítico* en vez de *levico*».

En este mismo trabajo publica su autora algunas equivocaciones más, cometidas en su juventud (*fracés* por *francés*). Errónea escritura del nombre «Karl».

17)^[612] A la amable comunicación del señor J. G., de quien ya hemos citado algunos ejemplos por él observados, debo el siguiente relato de un caso que coincide con un conocido chiste, pero en el que hay que rechazar toda intención preconcebida de burla:

Hallándome en un sanatorio, en curación de una enfermedad pulmonar, recibí la sensible noticia de que un próximo pariente mío había contraído el mismo mal de que yo padecía.

En una carta le aconsejé que fuera a consultar con un especialista, un

conocido médico, que era el mismo que a mí me asistía y de cuya autoridad científica me hallaba plenamente convencido, teniendo, por otra parte, alguna queja de su escasa amabilidad, pues poco tiempo antes me había negado un certificado que era para mí de la mayor importancia.

En su respuesta me llamó la atención mi pariente sobre una errata contenida en mi carta; errata que, siéndome conocida su causa, me divirtió extraordinariamente.

El párrafo de mi carta era como sigue: «... además, te aconsejo que, sin más tardar, vayas a *insultar* al doctor X». Como es natural, lo que yo había querido decir era *consultar*.

18) Es evidente que las omisiones en la escritura deben ser juzgadas de la misma manera que las equivocaciones en la misma. En la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 12 (1911), comunicó el doctor en Derecho, B. Dattner, un curioso ejemplo de «error histórico». En uno de los artículos de la ley sobre obligaciones financieras de Austria y Hungría, modificadas en 1867, con motivo del acuerdo entre ambos países sobre esta cuestión, fue omitida en la traducción húngara la palabra *efectivo*. Dattner cree verosímil que el deseo de los miembros húngaros que tomaron parte en la redacción de ley, de conceder a Austria la menor cantidad de ventajas posible, no dejó de influir en la omisión cometida.

Existen también poderosas razones para admitir que las repeticiones de una misma palabra, tan frecuentes al escribir y al copiar, *perseveraciones*, tienen también su significación. Cuando el que escribe repite una palabra, demuestra con ello que le ha sido difícil continuar después de haberla escrito la primera vez, por pensar que en aquel punto hubiera podido agregar cosas que determinadas razones le hacen omitir o por otra causa análoga. La «perseveración» en la copia parece sustituir a la expresión de un «también yo» del copista. En largos informes de médicos forenses que he tenido que leer he hallado, en determinados párrafos, repetidas «perseveraciones» del copista, susceptibles de interpretarse como un desahogo de éste, que, cansado de su papel impersonal, hubiera querido añadir al informe una glosa particular, diciendo: «Exactamente el caso mío» o «Esto es precisamente lo que me sucede».

19) No existe tampoco inconveniente en considerar las erratas de imprenta como «equivocaciones en la escritura» cometidas por el cajista y aceptar también su dependencia de un motivo. No he intentado nunca hacer una reunión sistemática de tales errores, colección que hubiera sido muy instructiva y divertida. Jones ha dedicado en su ya citada obra un capítulo a estas erratas de

imprensa. Las desfiguraciones de los telegramas pueden ser interpretadas asimismo algunas veces como errores en la escritura cometidos por los telegrafistas. Durante las vacaciones veraniegas recibí un telegrama de mi casa editorial, cuyo texto me fue al principio ininteligible. Decía así:

«Recibido *provisiones (Vorräte)*, urge *invitación (Einladung)*.—X».

La solución de esta adivinanza me fue dada por el nombre X., incluido en ella; X. es el autor de una obra a la que yo debía poner una *introducción (Einleitung)*, la cual se convirtió en *invitación (Einladung)* en el telegrama. Por otra parte, recordé que días antes había enviado a la casa editorial un *prólogo (Vorrede)* para otro libro, *prólogo* que el telegrafista había transformado en *provisiones (Vorräte)*. Así, pues, el texto real del telegrama debía ser el siguiente:

«Recibido prólogo, urge introducción.—X».

Debemos admitir que la transformación fue causada por el «complejo de hambre» del telegrafista, bajo cuya influencia quedó establecida, además, entre los dos trozos de la frase, una conexión más íntima de lo que el expedidor del telegrama se proponía. H. Silberer señala la posibilidad de erratas tendenciosas (1922).

20)^[613] Otros varios autores han señalado erratas de imprenta a las que no se puede negar una tendencia determinada. Así, la comunicación por J. Storfer en la *Zentralblatt für Psychoanalyse* (II, 1914, y III, 1915), y que transcribimos a continuación:

«UNA ERRATA POLÍTICA.— En el periódico *März* del 25 de abril de este año encontramos una errata de esta clase. En una carta dirigida al periódico desde Argyrokastron se consignan ciertas manifestaciones de Zographos, jefe de los epirotas rebeldes de Albania (o, si se quiere, presidente de la Regencia independiente del Epiro). Entre otras cosas, dice dicha carta: ‘Créame usted: un Epiro autónomo sería algo de gran importancia para los intereses del príncipe de Wied. Sobre él podría el príncipe *caerse* (errata: *sichstürzen* = caerse, por *sich stützen* = apoyarse)’. Que el aceptar el *apoyo (Stütze)* que los epirotas ofrecen traería consigo su caída (*Sturz*), es cosa que de sobra sabe el príncipe de Albania, sin que se lo indiquen con tan fatales erratas».

21) Hace poco leí yo mismo, en uno de nuestros periódicos vieneses, un artículo cuyo título, «La Bucovina bajo el dominio *rumano*», era, por lo menos, muy prematuro, pues en aquella fecha aún no habían declarado los rumanos su

hostilidad hacia nosotros. El contenido del artículo demostraba, indudablemente, que en el título se había puesto, por equivocación, *rumano* en vez de *ruso*; pero lo anunciado en él no debió parecer a nadie muy inverosímil, cuando ni en la censura misma fue advertida la errata.

Wundt da una interesante razón para el hecho, fácilmente comprobable, de que nos equivocamos con mucha mayor facilidad al escribir que al hablar (*l. c.*, página 374): En el curso de la oración normal la función inhibitoria de la voluntad se halla constantemente ocupada en manejar la armonía entre el curso de las representaciones y los movimientos de articulación. En cambio, cuando, como sucede en la escritura, el movimiento de expresión subsiguiente a las representaciones se retrasa por causas mecánicas, se producen con gran facilidad tales anticipaciones.

La observación de las condiciones que determinan la producción de las equivocaciones en la lectura da lugar a una duda que no quiero dejar de mencionar, pues, a mi juicio, puede constituir el punto de partida de fructuosas investigaciones. Todo el mundo sabe que en la lectura en voz alta la atención del lector queda frecuentemente desviada del texto y orientada hacia cuestiones personales. Consecuencia de esta fuga de la atención es que el lector no sabe dar cuenta de lo que ha leído cuando se le pregunta por ello, interrumpiéndole en la lectura. Ha leído automáticamente, y, sin embargo, ha leído, casi siempre, sin equivocarse. No creo que en estas condiciones se multipliquen los errores de una manera notable. Estamos acostumbrados a admitir el hecho de que toda una serie de funciones se realizan con mayor exactitud cuando las llevamos a cabo automáticamente; esto es, cuando van acompañadas de una atención apenas consciente. De esto parece deducirse que las condiciones de la atención en las equivocaciones al hablar, leer y escribir deben determinarse de manera distinta de la de Wundt (ausencia o negligencia de la atención). Los ejemplos que hemos sometido al análisis no nos han dado realmente el derecho de aceptar una disminución cuantitativa de dicha facultad. En ellos encontramos, lo que quizá no es lo mismo, una *perturbación* de la misma, producida por un pensamiento extraño.

(Adición de 1919): Entre las equivocaciones de la escritura y los olvidos debe incluirse el caso de que alguien omita el colocar su firma en cualquier carta o documento. Un cheque no firmado supone lo mismo que un cheque olvidado. Para exponer la interpretación de un olvido similar, quiero transcribir aquí un

análisis, verificado por el doctor H. Sachs, de una situación de esta clase, incluida en una novela:

La novela *The Island Pharisees*, de John Galsworthy, nos ofrece un ejemplo muy instructivo y transparente de la seguridad con que los poetas saben utilizar el mecanismo de los actos fallidos y sintomáticos según su sentido psicoanalítico. La acción principal de la novela está constituida por las vacilaciones de un joven de la clase media acaudalada, entre un profundo sentimiento de comunidad social y las conveniencias sociales de su clase.

En el capítulo XXVII se describe la manera de reaccionar del protagonista ante una carta de un joven vagabundo al que, atraído por su original concepción de la vida, ha prestado ya auxilio alguna vez. La carta no contiene una petición directa de dinero, pero sí el relato de una apuradísima situación, que no puede ser interpretado en otra forma. El destinatario rechaza primero la idea de arrojar su dinero al incorregible en vez de reservarlo a establecimientos benéficos: «Extender una mano auxiliadora, un trozo de uno mismo; hacer un signo de camaradería a nuestro prójimo sin propósito ni fin alguno y tan sólo porque le vemos en mala situación, ¡qué locura sentimental! Alguna vez se ha de poner un término». Pero mientras murmuraba estas conclusiones sintió cómo su sinceridad se alzaba contra él, diciéndole: «¡Farsante! Quieres conservar tu dinero. Eso es todo».

Después de estas dudas, escribe una amable carta al vagabundo, y termina con las palabras: «Le incluyo un cheque. Sinceramente suyo, *Richard Shelton*».

«Antes de extender el cheque, distrajo su atención una polilla que revoloteaba alrededor de la llama de la vela. Se levantó para atraparla y soltarla fuera, y al hacerlo olvidó que no había metido el cheque con la carta». Ésta va, tal como estaba, al correo.

Pero el olvido está aún más sutilmente motivado que por la victoria final de la tendencia egoísta de ahorrarse el dinero, que al principio parecía vencida.

Shelton se siente aislado en la residencia campestre de sus futuros suegros y entre su novia, la familia de ésta y sus invitados. Por medio de su acto fallido se indica que el joven desea la presencia de su protegido, que, por su pasado y su concepción de la vida, constituye el extremo contrario a las personas que le rodean, cortadas todas ellas por el mismo irreprochable patrón de las conveniencias sociales. En efecto, el vagabundo, que sin auxilio no puede mantenerse en el puesto en que se hallaba, llega unos días después, solicitando la explicación de la ausencia del anunciado cheque.

VII. —OLVIDO DE IMPRESIONES Y PROPOSITOS

SI alguien mostrase inclinación a valorar exageradamente nuestro conocimiento actual de la vida psíquica, bastaría para obligarle a recobrar la humildad hacerle fijarse en la función de la memoria. Hasta el día, ninguna teoría psicológica ha logrado explicar conjuntamente los fenómenos fundamentales del olvido y del recuerdo, y ni siquiera se ha llevado a cabo el análisis completo de aquello que nos es dado observar en la realidad más inmediata. El olvido ha llegado a ser hoy, para nosotros, quizá más misterioso que el recuerdo, sobre todo desde que el estudio de los sueños y de los fenómenos patológicos nos ha enseñado que aquello que creíamos haber olvidado para mucho tiempo puede volver de repente a surgir en la conciencia^[614].

Poseemos, sin embargo, algunos datos cuya exactitud esperamos será generalmente reconocida. Aceptamos que el olvido es un proceso espontáneo al que se puede atribuir un determinado curso temporal; hacemos resaltar el hecho de que en el olvido se verifica cierta selección entre las impresiones existentes, así como entre las particularidades de cada impresión o suceso, y conocemos algunas de las condiciones necesarias para la conservación y emergencia en la memoria de aquello que sin su cumplimiento sería olvidado. Pero, no obstante, en innumerables ocasiones de la vida cotidiana podemos observar cuán incompleto y poco satisfactorio es nuestro conocimiento. Escuchando a dos personas cambiar sus recuerdos de impresiones recibidas conjuntamente del exterior, por ejemplo, de las correspondientes a un viaje hecho en compañía, se verá siempre que mucho de aquello que ha permanecido fijo en la memoria de una de ellas ha sido olvidado por la otra, a pesar de no existir razón alguna para afirmar que la impresión haya sido más importante, psíquicamente, para una que para la otra. Es indudable que una gran cantidad de los factores que determinan la selección verificada por la memoria escapa a nuestro conocimiento.

Con el propósito de aportar al conocimiento de las condiciones del olvido una pequeña contribución, acostumbro someter a un análisis psicológico mis propios olvidos. Regularmente no me ocupo más que de un cierto grupo de tales fenómenos; esto es, de aquéllos en los cuales el olvido me causa sorpresa, por

creer que debía recordar por entero aquello que ha desaparecido de mi memoria. Quiero asimismo hacer constar que, en general, no soy propenso a olvidar (las cosas vividas, no las aprendidas), y que durante un corto período de juventud me fue posible dar algunas poco ordinarias pruebas de memoria. En mis años de colegial no hallaba dificultad alguna en recitar de memoria la página que acababa de leer, y poco antes de ingresar en la Universidad me era dado transcribir casi a la letra, inmediatamente después de oírlas, conferencias enteras de vulgarización de un asunto científico. En mi tensión de espíritu ante el examen final de la carrera de Medicina debí de hacer aún uso de un resto de esta facultad, pues en algunos temas di a los examinadores respuestas que parecían automáticas y que demostraron coincidir exactamente con las explicaciones del libro de texto, el cual no había sino hojeado a toda prisa.

Desde entonces ha ido disminuyendo cada vez más mi dominio sobre mi memoria, pero en los últimos tiempos me he convencido de que con ayuda de un determinado artificio puedo conseguir recordar más de lo que al principio creo posible. Cuando, por ejemplo, me hace observar en la consulta algún paciente que ya le he visto con anterioridad y no puedo recordar ni el hecho ni la fecha, me pongo a adivinar; esto es, dejo acudir rápidamente a mi conciencia un número arbitrario de años y lo resto de aquél en que me hallo. En aquellos casos en los que mi adivinación ha podido ser confrontada con indicaciones o seguras afirmaciones de los pacientes, se ha demostrado que en *lapsus* superiores a diez años no me había equivocado, al adivinar, en más de seis meses^[615]. Análogamente procedo cuando me encuentro a algún lejano conocido y quiero preguntarle cortésmente por sus hijos. Si me habla de ellos, refiriéndome sus progresos, trató de adivinar qué edad tendrán en la actualidad, y comparada mi espontánea ocurrencia con los datos que el padre me proporciona en el curso de la conversación, compruebo siempre que, cuando más, me he equivocado en tres meses, a pesar de que no podría decir en qué he apoyado mi afirmación. Por último, he llegado a confiar tanto en mi acierto, que ya exteriorizo siempre osadamente mis hipótesis, sin correr el peligro de equivocarme y herir al padre con mi desconocimiento de lo referente a sus retoños. De este modo, amplió mi memoria consciente invocando la ayuda de mi memoria inconsciente, mucho más rica en contenido.

Relataré aquí varios interesantes casos de olvido, observados en su mayor parte en mi propio. Distingo entre casos de olvido de impresiones y de sucesos

vivididos; esto es, de conocimientos y casos de olvido de intenciones y propósitos, o sea omisiones. El resultado uniforme de toda esta serie de observaciones puede formularse como sigue: *En todos los casos queda probado que el olvido está fundado en un motivo de displacer.*

I. Olvido de impresiones y conocimientos.

1) Hallándome veraneando con mi mujer, me causó su conducta, en una determinada ocasión, un violento enfado, aunque el motivo era en sí harto nimio. Estábamos sentados a la mesa redonda de un restaurante, y frente a nosotros se hallaba un caballero de Viena, al que conocía, y tenía también que reconocerme a primera vista, pero con el que no quería trabar conversación, pues tenía mis razones para rehuir su trato. Mi mujer, que no le conocía más que de oídas y sabía que era persona distinguida, demostró con su actitud estar escuchando la conversación que dicho señor mantenía con sus vecinos de mesa, y de cuando en cuando se dirigía a mí con preguntas que recogían el hilo del diálogo que aquéllos mantenían. Esta conducta me impacientó y acabó por irritarme. Pocas semanas después quise hablar, en casa de un pariente mío, del enfado que me había causado la inoportunidad de mi mujer, y al hacerlo me fue imposible recordar ni una sola palabra de lo que el caballero citado había dicho en la mesa. Como soy más bien rencoroso y de costumbre incapaz de olvidar los menores detalles de un suceso que me haya irritado, mi amnesia tenía en este caso que estar motivada por un sentimiento de respeto hacia mi mujer.

Algo análogo me sucedió de nuevo hace poco tiempo. Hablando con un íntimo amigo, quise divertirme a costa de mi mujer relatando una cosa que ésta había dicho hacía pocas horas; pero me encontré detenido en mi intención por haber olvidado de lo que se trataba, y tuve que pedir a mi misma mujer que me lo recordase. Es fácil comprender que mi olvido debe ser considerado en este caso análogo a la típica perturbación del juicio a la que sucumbimos cuando se trata de nuestros próximos familiares.

2) En una ocasión me había comprometido, por cortesía, con una señora extranjera, recién llegada a Viena, a proporcionarle una pequeña caja de fondos en la que pudiera guardar sus documentos y su dinero. Al ofrecerme a ello, flotaba ante mí, con extraordinaria intensidad visual, la imagen de un escaparate situado en el centro de la ciudad, en el que estaba convencido de haber visto

unas cajas del modelo deseado. En cambio, no me era dado recordar el nombre de la calle en que se hallaba la tienda a que el tal escaparate pertenecía; pero estaba seguro de encontrarlo dando un paseo por las calles centrales, pues mi memoria me decía que había pasado innumerables veces ante ella. Para desesperación mía, me fue imposible hallar el escaparate en que antes había visto tales cajas, a pesar de haber cruzado el centro de todas direcciones. Entonces pensé que no me quedaba más recurso que consultar en una guía comercial las señas de todos los fabricantes del objeto deseado y comenzar de nuevo, con estos datos, mis paseos en busca del dicho escaparate. Afortunadamente, pude ahorrarme este trabajo, pues entre las señas contenidas en la guía había unas que se me revelaron en seguida como las olvidadas. En efecto, había pasado innumerables veces ante la tienda a que correspondían, y precisamente siempre que había ido a visitar a la familia M. que vivía en la misma casa. Pero más tarde, cuando a mi íntimo trato con dicha familia sucedió un total apartamiento, tomé, sin darme cuenta, la costumbre de evitar el paso por aquellos lugares y ante aquella casa. En mi paseo por la ciudad en busca del escaparate en el que recordaba haber visto las cajas que deseaba, había visitado todas las calles de los alrededores; pero no había entrado en aquella otra, como si ello me estuviera prohibido. El motivo de disgusto responsable de mi orientación aparece aquí con gran claridad. En cambio, el mecanismo del olvido no es tan sencillo como en el ejemplo anterior. Mi aversión no iba dirigida, como es natural, hacia el fabricante de cajas de caudales, sino hacia otra persona de la que no quería tener noticia; pero se trasladó de ésta al incidente en el cual produjo el olvido. Análogamente, en el caso *Burckhardt* mi rencor contra una persona motivó la comisión de un error al escribir el nombre de otra. Lo que entonces llevó a cabo la semejanza de los nombres estableciendo una conexión entre dos grupos de ideas esencialmente diferentes, fue ejecutado en el ejemplo presente por la contigüidad en el espacio y la inseparable vecindad. Además, en este último caso existía aún una segunda conexión de los contenidos, pues entre las razones que motivaron mi apartamiento de la familia que vivía en la misma casa en que se hallaba la tienda olvidada había desempeñado el dinero un papel ‘principal’ [palabra omitida después de 1907].

3) De las oficinas de B. R. y Compañía me avisaron un día para que fuera a prestar asistencia médica a uno de sus empleados. En mi camino hacia la casa donde éste vivía se me ocurrió la idea de que ya había estado repetidas veces en el edificio donde se hallaban instaladas las oficinas de la citada firma. Me

parecía haber visto en un piso bajo la muestra con el título de la Compañía en ocasión de haber ido a hacer una visita profesional en otro más alto de la misma casa. Mas no conseguí recordar la casa de que se trataba ni a quién había visitado en ella. Aunque toda esta cuestión era indiferente y carecía de importancia, no desprecié seguir ocupándome de ella, y llegué a averiguar por el usual método indirecto, esto es, reuniendo todas las ideas que en conexión con el asunto se me ocurrían, que en el piso inmediato superior a las oficinas de B. R. y Compañía se hallaba la pensión Fischer, en la que había tenido con frecuencia pacientes que visitar. Al recordar esto, recordé también cuál era la casa donde se hallaban instaladas la pensión y las oficinas. Pero lo que seguía para mí en el misterio era el motivo que había intervenido en el olvido. Ni en la Compañía B. R. ni en la pensión Fischer o en los pacientes que en ella habían habitado encontraba nada desagradable para mí que pudiera haber dificultado el recuerdo de la casa y del paciente en ella visitado. De todos modos, supuse que no se podía tratar de nada muy penoso, pues, de ser así, no me hubiera sido factible apoderarme de nuevo de lo olvidado por un medio indirecto y sin recurrir, como en el ejemplo anterior, a ayudas exteriores. Por último, se me ocurrió que inmediatamente antes, al emprender el camino hacia la casa del enfermo en cuyo auxilio había sido llamado, había encontrado y saludado a un señor al que me costó trabajo reconocer. Se trataba de una persona a la que había visitado meses antes, hallándola en un estado aparentemente grave y diagnosticando su enfermedad de parálisis progresiva. Tiempo después llegó a mí la noticia de su restablecimiento y, por tanto, de mi equivocación en el diagnóstico, a menos que se tratase de una de aquellas remisiones que suelen aparecer en la *dementia paralytica*. De este encuentro emanó la influencia que me hizo olvidar cuál era la vecindad de B. R. y Compañía. Mi interés en hallar lo olvidado se había trasladado a ello desde el discutido diagnóstico. La conexión asociativa entre ambos alejados sistemas quedó establecida por una semejanza en los nombres de los dos pacientes y además por el hecho de que el individuo restablecido contra mi esperanza era asimismo empleado en unas grandes oficinas que también acostumbraban hacer que yo visitase a sus empleados enfermos. El doctor que reconoció conmigo al supuesto atacado de parálisis progresiva se llamaba Fischer, igual que la pensión olvidada.

4) Extraviar un objeto no significa en muchas ocasiones más que olvidar dónde se ha colocado. Como la mayoría de las personas que escriben mucho y utilizan gran número de libros, sé orientarme muy bien en mi mesa de trabajo y

encontrar en seguida en ella lo que deseo. Lo que a los demás les parece desorden es para mí un orden conocido e histórico. ¿Por qué, pues, extravié hace poco un catálogo de librería, y lo extravié de tal modo que no me ha sido posible hallarlo, a pesar de haber tenido el propósito de encargar un libro en él anunciado? Era tal libro, titulado *Sobre el idioma*, obra de un autor cuyo ingenioso y vivo estilo es muy de mi gusto y cuyas opiniones sobre psicología e historia de la civilización estimo altamente. Tengo la costumbre de prestar a mis amigos obras de este autor para su provecho intelectual, y en una ocasión me dijo uno de ellos al devolverme el libro prestado: «El estilo me recuerda mucho el de usted, y también la manera de pensar es la misma en ambos». El que me dijo esto no sabía la cuerda sensible que hería en mí con su observación. Años antes, siendo aún joven y estando necesitado de apoyo moral, uno de mis colegas, de más edad que yo, me había dicho idénticas palabras al oírme alabar las obras de un conocido escritor sobre cuestiones de Medicina: «Su estilo y su manera de pensar son idénticos a los de usted». Influido por esta observación, escribí a dicho autor una carta en la que solicitaba entrar en relación más íntima con él; pero una fría contestación me hizo volver a mi puesto. Quizá detrás de esta experiencia se escondiesen otras anteriores igualmente desalentadoras, pues no he podido llegar a encontrar el catálogo extraviado, y ello me ha hecho no encargar el libro anunciado, a pesar de que con el extravío no ha surgido ningún obstáculo real, dado que he conservado en la memoria el nombre del libro y del autor^[616].

5)^[617] Otro caso de extravío que merece nuestro interés por las condiciones en las que se volvió a encontrar lo perdido es el siguiente: Un joven me contaba un día: «Hace varios años tuve algún disgusto con mi mujer, a la que encontraba demasiado indiferente, y aunque reconocía sus otras excelentes cualidades, vivíamos sin recíproca ternura. Un día, al volver de paseo, me trajo un libro que había comprado por creer debía interesarme. Le di las gracias por esta muestra de *atención*, prometiendo leerlo, y lo guardé, siéndome después imposible encontrarlo. Así pasaron varios meses, durante los cuales recordé de cuando en cuando el perdido libro y lo busqué inútilmente. Cerca de medio año después enfermó mi madre, a la que yo quería muchísimo y que vivía en una casa aparte de la nuestra. Mi mujer fue a su domicilio a cuidarla. El estado de la enferma se agravó y dio ocasión a que mi mujer demostrase lo mejor de sí misma. Agradecido y entusiasmado por su conducta, regresé una noche a mi casa, y sin

intención determinada, pero con seguridad de sonámbulo, fui a mi mesa de trabajo y abrí uno de sus cajones, encontrando encima de todo lo que contenía el extraviado y tan buscado libro».

6) J. Stürcke relata (1916) un caso de extravío que coincide con el anterior en su carácter final: esto es, en la maravillosa seguridad del hallazgo una vez desaparecido el motivo de la pérdida. (Adición de 1917):

«Una muchachita había echado a perder un trozo de tela al querer cortarlo para hacerse un cuello, y tuvo que llamar a una costurera que intentase arreglar el entuerto. Cuando aquélla hubo llegado y quiso la muchacha sacar el estropeado cuello de la cómoda en la que creía haberlo metido, no consiguió encontrarlo. En vano lo revolvió de arriba abajo. Al renunciar, encolerizada, a buscarlo por más tiempo, se preguntó a sí misma por qué había desaparecido aquello tan de repente y si sería que en realidad *no quería* ella encontrarlo. Meditando sobre ello, cayó en la cuenta de que lo que le sucedía era que se avergonzaba de qué la costurera viera que no había sabido hacer una cosa tan sencilla como cortar un cuello, y en cuanto hubo pensado esto fue derecha a otro armario y al primer intento sacó el cuello extraviado».

7) El siguiente ejemplo de extravío corresponde a un tipo que ha llegado a ser familiar a todo psicoanalítico. Debo hacer constar que el sujeto que fue víctima de él halló por sí mismo su explicación. (Adición de 1910):

«Un paciente sometido a tratamiento psicoanalítico y que durante la interrupción veraniega de la cura cayó en un período de resistencia y malestar, dejó, o creyó dejar, al desnudarse, sus llaves en el sitio de costumbre. Después recordó que para el día siguiente, último del tratamiento y en el que antes de partir debía satisfacer los honorarios devengados, tenía que sacar algunas cosas de una mesa de escritorio en la que guardaba también su dinero; mas al ir a efectuarlo halló que las llaves habían desaparecido. Entonces comenzó a registrar sistemáticamente, pero con creciente irritación, su pequeña vivienda. Todo fue inútil. Reconociendo el extravío de las llaves como un acto *sintomático*, esto es, intencionado, despertó a su criado para seguir buscando con la ayuda de una persona *libre de prejuicios*. Al cabo de una hora abandonó la busca, temiendo ya haber perdido las llaves, y al siguiente día encargó unas nuevas que debían serle entregadas a toda prisa. Dos amigos suyos que el día anterior le habían acompañado en coche hasta su casa quisieron recordar haber oído sonar algo contra el suelo cuando bajó del coche, y con todo esto quedó nuestro individuo convencido de que las llaves se le habían caído del bolsillo.

Mas por la noche, al llegar a su casa, se las presentó el criado con aire de triunfo. Las había hallado entre un grueso libro y un delgado folleto (un trabajo de uno de mis discípulos) que el paciente había apartado para leerlos durante las vacaciones de verano, y habían sido tan hábilmente disimuladas en aquel lugar, que nadie hubiera sospechado estuvieran en él. Después fue imposible volver a colocarlas en el mismo sitio de manera que permanecieran tan invisibles como antes. La inconsciente habilidad con la que se *extravía* un objeto bajo la influencia de motivos secretos, pero vigorosos, recuerda por completo la *seguridad del sonámbulo*. En este caso el motivo era, naturalmente, el disgusto por la interrupción del tratamiento y la secreta cólera por tener que pagar, hallándose aún en mal estado, honorarios considerables».

8) «Un individuo (relata A. A. Brill, 1912) fue un día apremiado por su mujer para asistir a una reunión que no le ofrecía ningún atractivo. Por último, se rindió a sus ruegos y comenzó a sacar de un baúl, que no necesitaba llave para quedar cerrado, pero sí para ser abierto, su traje de etiqueta; mas se interrumpió en esta operación, decidiendo afeitarse antes. Cuando hubo terminado de hacerlo volvió a dirigirse al baúl, encontrándolo cerrado y no logrando hallar la llave. Siendo domingo y ya de noche, no era posible hacer venir a un cerrajero, y tuvo el matrimonio que renunciar a asistir a la fiesta. A la mañana siguiente, abierto el baúl, se encontró dentro la llave. El marido, distraído, la había arrojado en él, dejando caer después la tapa. Al relatarme el caso me aseguró haberlo hecho sin darse cuenta y sin intención ninguna; pero sabemos que no quería ir a la fiesta y que, por tanto, el extravío de la llave no careció de motivo».

E. Jones observó que acostumbraba extraviar su pipa siempre que por haber fumado ya mucho sentía algún malestar. En estos casos la pipa se encontraba luego en los sitios más inverosímiles.

9) Dora Müller relata un caso inofensivo con motivos confesados (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, III, 1915). (Adición de 1917.):

«La señorita Erna A. me contó dos días antes de Nochebuena lo que sigue:

»'Anoche, al sacar un paquete de galletas para comer unas cuantas, pensé que cuando viniese a darme las buenas noches la señorita S. tendría que ofrecerle algunas, y me propuse no dejar de hacerlo, a pesar de que hubiera preferido guardar las galletas para mí sola. Cuando llegó el momento extendí la mano hacia mi mesita para coger el paquete, que creía haber dejado allí; pero me encontré con que había desaparecido. Me puse a buscarlo y lo hallé dentro de mi armario, donde, sin darme cuenta, lo había encerrado'. No había necesidad de

someter este caso al análisis, pues la sujeto se daba perfecta cuenta de su significación. El deseo recién reprimido de conservar las galletas para ella sola se había abierto paso en un acto automático, aunque para frustrarse de nuevo por la acción consciente que vino a continuación».

10) H. Sachs describe cómo escapó en una ocasión, por uno de estos *extravíos*, a la obligación de trabajar:

»El domingo pasado por la tarde estuve dudando un rato entre ponerme a trabajar o salir de paseo y hacer después algunas visitas, decidiéndome por lo primero después de luchar un poco conmigo mismo. Mas al cabo de una hora observé que se me había acabado el papel. Sabía que en un cajón tenía guardado hacía ya años un fajo de cuartillas; pero fue en vano que lo buscara en mi mesa de trabajo y en otros lugares en los que esperaba hallarlo, tomándome mucho trabajo y revolviendo una gran cantidad de libros, folletos y documentos antiguos. De este modo tuve que abandonar el trabajo y salir a la calle. Cuando a la noche regresé a casa me senté en un sofá, mirando distraídamente la biblioteca que ante mí tenía. Mis ojos se fijaron en uno de sus cajones, y recordé que hacía mucho tiempo que no había revisado su contenido. Me levanté, y dirigiéndome a él, lo abrí. Encima de todo había una cartera de cuero y en ella papel blanco intacto. Pero hasta que lo hube sacado de la cartera y estaba a punto de guardarlo en la mesa de trabajo no recordé que aquél era el papel que había buscado inútilmente por la tarde. Debo añadir que, aunque para otras cosas no soy ahorrativo, acostumbro aprovechar el papel lo más que puedo y guardo todo trozo de él que me parezca utilizable. Esta costumbre, alimentada por una inclinación instintiva, es la que, sin duda, me llevó en seguida a la rectificación de mi olvido en cuanto desapareció la actualidad de su motivo».

Un ligero examen de los casos de extravío nos fuerza a aceptar su general dependencia de una intención inconsciente:

11) En el verano de 1901 dije en una ocasión a un amigo mío^[618], con el que mantenía entonces un activo cambio de ideas sobre cuestiones científicas, las siguientes palabras: «Estos problemas neuróticos no tienen solución posible sino aceptando ante todo y por completo una bisexualidad original en todo individuo». Mi amigo me respondió: «Eso ya te lo dije yo hace dos años y medio en Br. una noche que paseamos juntos. Entonces no me quisiste hacer el menor caso». Es muy desagradable verse invitado de esta manera a renunciar a lo que uno se figura una originalidad propia, y, por tanto, me fue imposible recordar la

conversación que mi amigo me citaba ni lo que en ella afirmaba haber dicho. Uno de nosotros tenía que engañarse, y, según el principio de *Quid prodest*^[619]?, debía ser yo el equivocado. En efecto, durante el curso de la semana siguiente recordé toda la cuestión tal y como mi interlocutor había querido despertarla en mi memoria, y hasta la respuesta que di a sus palabras, y que era: «No he llegado a eso aún y no quiero meterme a discutirlo por ahora». Desde entonces me he hecho algo más tolerante cuando en algún trozo de literatura médica hallo alguna de las pocas ideas a las que puede ir unido mi nombre y veo que éste no ha sido citado al lado de ellas.

Censuras a la propia mujer, amistad que se transforma en todo lo contrario, error en un diagnóstico, repulsas de colegas interesados en iguales cuestiones científicas que uno, apropiación de ideas ajenas; no puede considerarse como meramente accidental el que una serie de casos de olvido, expuestos sin verificar la menor selección, necesiten todos, para ser explicados, su referencia a tales temas, penosos para la víctima del olvido. A mi juicio, toda persona que quiera someter los olvidos en que incurre a un examen encaminado a descubrir los motivos de los mismos reunirá siempre un parecido muestrario de contrariedades o vejaciones. La propensión a olvidar lo desagradable me parece ser general, siendo la capacidad para olvidarlo lo que está diferentemente desarrollada en las diversas personas. Determinadas *falsas negativas* que solemos encontrar en nuestra actividad médica deben ser atribuidas a *olvidos*^[620].

Nuestra concepción de tales olvidos limita su diferencia de las falsas negativas a relaciones puramente psicológicas y nos permite ver en ambas formas de reacción la expresión de los mismos motivos. De todos los numerosos ejemplos de negativa a recordar temas desagradables que he observado en los allegados de los enfermos ha quedado uno impreso en mi memoria como especialmente singular.

Una madre me informa sobre los años infantiles de su hijo, ya púber y enfermo de los nervios, y me decía que tanto él como sus hermanas habían padecido hasta muy mayores incontinencia nocturna de la orina, cosa que para el historial de un neurótico no carece de importancia. Semanas después, queriendo enterarse la madre de la marcha del tratamiento, tuve ocasión de hacerle notar los signos de predisposición morbosa constitucional que presentaba el muchacho, y al hacerlo me referí a la incontinencia de que ella me había hablado. Para mi sorpresa, negó entonces la madre tal hecho, tanto respecto al

hijo enfermo como a los demás hermanos, preguntándome de dónde había sacado aquello, hasta que, por último, tuve que decirle que había sido ella misma quien me lo había referido, olvidándolo después^[621].

Así, pues, también en individuos sanos, no neuróticos, hallamos indicios abundantes de una resistencia que se opone al recuerdo de impresiones penosas y a la representación de pensamientos desagradables^[622]. Mas para estimar cumplidamente la significación de este fenómeno es necesario penetrar en la psicología de los neuróticos. Por poco que en ella nos adentremos, se nos impondrá, en efecto, el indicado *impulso defensivo elemental* contri; las representaciones susceptibles de despertar sensaciones desagradables, impulso sólo comparable al reflejo de fuga ante los estímulos dolorosos, como una de las principales bases de sustentación de los síntomas histéricos. Contra la hipótesis de tal tendencia defensiva, no se puede objetar que, por el contrario, nos es imposible muchas veces escapar a recuerdos penosos que nos persiguen y espantan, afectos dolorosos, tales como los remordimientos y los reproches de nuestra conciencia, pues no afirmamos que dicha tendencia venza siempre y que no pueda tropezar, en el juego de las fuerzas psíquicas, con factores que persigan para fines distintos lo contrario que ella y lo consigan a su pesar. *El principio arquitectónico del aparato psíquico parece ser la estratificación, esto es, la composición por instancias superpuestas unas a otras*, y es muy posible que el impulso defensivo a que nos venimos refiriendo pertenezca a una instancia psíquica inferior, coartada por otras superiores. De todos modos, el que podamos referir a esta tendencia a la defensa procesos como los que encontramos en nuestros ejemplos de olvido es algo que testimonia en favor de su existencia y poderío. Sabemos que algunas cosas se olvidan por sí mismas; en aquellas otras en que esto no es posible, la tendencia defensiva desplaza su fin y lleva al olvido algo diferente y de menor importancia que ha llegado a ponerse en conexión asociativa con el material efectivamente penoso.

El punto de vista aquí desarrollado de que los recuerdos penosos sucumben con especial facilidad al olvido motivado merecía ser aplicado en varias esferas en las cuales no ha sido aún tomado suficientemente en consideración. Así, me parece que no se tiene en cuenta la importancia que podía tener aplicado a las declaraciones de los testigos ante los tribunales, en los cuales se concede al juramento una excesiva influencia purificadora sobre el juego de fuerzas psíquicas del individuo^[623]. Universalmente se admite que en el origen de las

tradiciones y de la historia legendaria de un pueblo hay que tener en cuenta la existencia de tal motivo, que arranca del recuerdo colectivo, lo que resulta penoso para el sentimiento nacional. Quizá continuando cuidadosamente estas investigaciones llegaría a poderse establecer una perfecta analogía entre la formación de las tradiciones nacionales y la de los recuerdos infantiles del individuo aislado. El gran Darwin observó este motivo de desagrado en el olvido y formuló una *regla dorada* para uso de los trabajadores científicos^[624].

Al igual de lo que sucede en el olvido de nombres, pueden también aparecer en el de impresiones recuerdos equivocados, los cuales, si son aceptados como verdaderos, habrán de ser designados como ilusiones de la memoria. La observación de tales ilusiones de la memoria en los casos patológicos (en las paranoias, por ejemplo, desempeñan precisamente el papel de un factor de la formación de delirios) han dado lugar a una extensa literatura, en la cual echo de menos una indicación sobre sus motivos. Pero este tema pertenece ya a la psicología de la neurosis y traspasa los límites dentro de los cuales nos hemos propuesto mantenernos en el presente libro. En cambio, referiré aquí un extraordinario caso de ilusión mnémica sufrida por mí mismo, en el cual la motivación por material inconsciente y reprimido y la forma de la conexión con el mismo pueden verse muy claramente.

Cuando estaba escribiendo los últimos capítulos de mi libro sobre la interpretación de los sueños me hallaba veraneando en un lugar lejano a toda biblioteca y en el que me era imposible consultar los libros de los cuales deseaba extraer alguna cita. Tuve, pues, que escribir tales citas y referencias de memoria, reservando para más tarde rectificarlas y corregirlas con los correspondientes textos a la vista. En el capítulo de los sueños diurnos o en estado de vigilia pensé incluir el interesante tipo del pobre tenedor de libros que aparece en *El Nabab*, de Alfonso Daudet, tipo al que el poeta quiso, sin duda, atribuir sus propios ensueños. Me parecía recordar con toda precisión una de las fantasías que este personaje —al cual atribuía el nombre de M. Jocelyn— construye en sus paseos por las calles de París, y comencé a reproducirla de memoria. En este ensueño se figura el pobre tenedor de libros que viendo un coche cuyo caballo se ha desbocado se arroja valerosamente a detenerlo, y cuando lo ha logrado ve abrirse la portezuela del coche y descender de él una alta personalidad que le estrecha la mano, diciendo: «Me ha salvado usted la vida. ¿Qué podría yo hacer en cambio por usted?»

Al transcribir de memoria esta fantasía pensaba que si en mi versión existía alguna inexactitud me sería fácil corregirla luego, al regresar a mi casa, con el texto de *El Nabab* a la vista. Mas cuando comencé a hojear *El Nabab* para comparar el pasaje citado con mis cuartillas y poder mandar éstas a la imprenta quedé avergonzado y consternado al ver que en la novela no existía tal fantasía de M. Jocelyn y, además, que el desdichado tenedor de libros ni siquiera llevaba este nombre, sino el de M. *Joyeuse*. Este segundo error me dio pronto la clave del primero, o sea de mi engaño en el recuerdo. El adjetivo *joyeux* (alegre), del cual constituye *joyeuse* (el verdadero nombre del personaje de Daudet) la forma femenina, es la traducción exacta al francés de mi propio nombre: *Freud*. ¿De dónde, pues, procedía la fantasía falsamente recordada y atribuida por mí a Daudet? No podía ser más que un producto personal, un ensueño construido por mí mismo y que no había llegado a ser consciente, o que, si lo fue alguna vez, había sido olvidado después en absoluto.

Quizá esta mi fantasía proviniese del tiempo en que me hallaba en París, donde con harta frecuencia paseé solitario por las calles, muy necesitado de alguien que me ayudase y protegiese, hasta que Charcot me admitió a su trato, introduciéndome en su círculo. Luego, en casa de Charcot, vi repetidas veces al autor de *El Nabab*^[625].

Otro ejemplo de recuerdo erróneo del que fue posible hallar una explicación satisfactoria se aproxima a la *fausse reconnaissance*, de la que después trataré. Había yo dicho a uno de mis pacientes, hombre ambicioso y de gran capacidad, que un joven estudiante se había agregado recientemente al grupo de mis discípulos con la presentación de un interesante trabajo titulado *El artista. Intento de una psicología sexual*^[626]. Cuando, quince meses después, vio impreso dicho trabajo afirmó mi paciente recordar con seguridad haber leído en alguna parte, quizá en una librería, el anuncio de su publicación algún tiempo antes (un mes o medio año) de que yo le hablase de él. Recordaba también que ya cuando le hablé había pensado haber visto tal anuncio, y además hizo la observación de que el autor había cambiado el título, pues no lo llamaba como antes, *Intento de*, sino *Aportación a una psicología sexual*. Una cuidadosa investigación con el autor y la comparación de fechas demostraron que nunca había aparecido en ningún lado anuncio alguno de la obra de referencia, y mucho menos quince meses antes de su impresión. Al emprender la busca de la solución de este recuerdo erróneo expresó el sujeto una renovación de la equivocación,

diciéndome que recordaba haber visto hacía poco tiempo en el escaparate de una librería un escrito sobre la agorafobia y que en la actualidad lo estaba buscando, para adquirirlo, en todos los catálogos editoriales. Al llegar a este punto me fue ya posible explicarle por qué razón este trabajo tenía que ser completamente vano. El escrito sobre agorafobia no existía más que en su fantasía como una resolución inconsciente de escribir él mismo una obra sobre tal materia. Su ambición de emular al joven estudiante autor de otro trabajo e ingresar entre mis discípulos por medio de un escrito científico le había llevado a ambos recuerdos erróneos. Meditando sobre esto, recordó luego que el anuncio visto en la librería y que le había servido para su falso reconocimiento se refería a una obra titulada *Génesis. La ley de la reproducción*. La modificación que había indicado en el título de la obra del joven estudiante había sido producida por mí, pues recordé que al citarle el título había cometido la inexactitud de decir *Intento de...*, en lugar de *Aportaciones a...*

II. Olvido de propósitos e intenciones.

Ningún otro grupo de fenómenos es más apropiado que el olvido de propósitos para la demostración de la tesis de que la escasez de atención no basta por sí sola a explicar los rendimientos fallidos. Un propósito es un impulso a la acción, que ha sido ya aprobado, pero cuya ejecución ha quedado aplazada hasta el momento propicio para llevarla a cabo. Ahora bien: en el intervalo creado de este modo pueden sufrir los motivos del propósito una modificación que traiga consigo la inejecución del mismo; pero entonces no puede decirse que olvidamos el propósito formado, pues lo que hacemos es revisarlo y omitirlo por el momento. El olvido de propósitos al cual sucumbimos cotidianamente y en las más diversas situaciones no acostumbramos explicárnoslo por una modificación inmediata de los motivos, sino que lo dejamos, en general, sin explicar o le buscamos una explicación psicológica consistente en admitir que al tiempo de ejecutar el propósito ha fallado la atención requerida por el acto correspondiente, la cual era condición indispensable para dicha ejecución del propósito y existía a nuestra disposición cuando formamos aquél. Pero la observación de nuestra conducta normal ante nuestros propósitos nos hace rechazar como arbitraria esta tentativa de explicación. Cuando por la mañana formo un propósito que debe ser llevado a cabo por la noche, puedo recordarlo algunas veces durante el día, pero

no es necesario que permanezca consciente a través de todo él. Luego, al acercarse el momento de su ejecución, surgirá de repente en mí y me inducirá a llevar a cabo la preparación necesaria a la acción propuesta. Si al salir a paseo cojo una carta para echarla al correo, no necesito, siendo un individuo normal y no nervioso, llevarla todo el tiempo en la mano e ir mirando continuamente para descubrir un buzón, sino que meteré la carta en un bolsillo y seguiré con toda libertad mi camino, dejando vagar mi pensamiento y contando con que uno de los buzones que encuentre al paso excitara mi atención, induciéndome a sacar la carta y depositarla en él. La conducta normal ante un propósito ya formado coincide con la producida experimentalmente en las personas sometidas a la llamada «sugestión posthipnótica a largo plazo^[627]». Este fenómeno se describe de costumbre en la forma siguiente: el propósito sugerido dormita en las personas referidas hasta que se aproxima el tiempo de su ejecución. Al llegar éste, despierta en ellas dicho propósito y las induce a la acción.

En dos situaciones de la vida se da también el profano en estas cuestiones perfecta cuenta de que el olvido de propósitos no puede considerarse como un fenómeno elemental que queda reducido a sí mismo, sino que en definitiva depende de motivos inconfesados. Estas dos situaciones son las relaciones amorosas y el servicio militar. Un enamorado que haya dejado de acudir a una cita se disculpará en vano diciendo haberla olvidado. A estas palabras contestará ella siempre: «Hace un año no lo hubieras olvidado. Ya no soy para ti lo que antes». Aun cuando hiciera uso de la explicación psicológica antes citada, queriendo disculpar su olvido por la acumulación de ocupaciones, sólo conseguiría que la dama —con una penetración análoga a la del médico en el psicoanálisis— le respondiera: «Es curioso que antes no te perturbaran de esa manera tus asuntos». Seguramente la dama no quiere con esto rechazar la posibilidad de un olvido; pero sí cree, y no sin razón, que del olvido inintencionado hay que deducir, lo mismo que si se tratase de un subterfugio consciente, una cierta desgana.

Asimismo se niega, y muy fundadamente, en el servicio militar la distinción entre las omisiones por olvido y las intencionadas. El soldado no *debe* olvidar nada de lo que de él exige el servicio. Si, a pesar de esto, olvida algo de lo que sabe tiene que hacer, ello es debido a que a los motivos que urgen el cumplimiento de los deberes militares se oponen otros motivos contrarios. El soldado que al pasar revista se disculpa diciendo que ha *olvidado* limpiar los

botones de su uniforme, puede estar seguro de no escapar al castigo. Pero este castigo puede considerarse insignificante en comparación de aquel otro a que se expondría si se confesara a sí mismo y confesara a sus superiores el motivo de su omisión: «Estoy harto del maldito servicio». En razón a este ahorro de castigo se sirve el soldado del olvido como excusa o se manifiesta aquél espontáneamente como una transacción.

Tanto el servicio de las damas como el servicio militar tiene el privilegio de que todo lo que a ellos se refiere debe sustraerse al olvido, y de este modo sugieren la opinión de que el olvido es permisible en las cosas triviales, al paso que en las importantes es signo de que se las quisiera tratar como si no lo fuesen y, por tanto, de que se discute toda su importancia^[628].

En efecto, en esta cuestión no se puede negar el punto de vista de la valoración psíquica. Ningún hombre olvida ejecutar actos que le parecen importantes sin exponerse a que lo crean un perturbado mental. Nuestra investigación no puede, por tanto, extenderse más que a propósitos más o menos secundarios, no considerando ninguno como por completo indiferente, pues en este caso no se hubiera formado.

Como lo hice con las anteriores perturbaciones funcionales, he reunido e intentado explicar también los casos de omisión por olvido observados en mí mismo, y he hallado que podían ser atribuidos siempre a una intervención de motivos desconocidos e inadmitidos por el sujeto mismo o, como podríamos decir, a un *deseo contrario*. En una serie de casos de este género me hallaba yo en una situación similar al servicio, esto es, bajo una coacción contra la cual no había dejado por completo de resistirme, manifestando aún mi protesta por medio de olvidos. A estos casos corresponde el hecho de que olvido con especial facilidad el felicitar a las personas en sus días, cumpleaños, bodas o ascensos. Continuamente me propongo no dejar de hacerlo; pero cada vez me convenzo más de que no conseguiré nunca verificarlo con exactitud.

En la actualidad estoy a punto de renunciar ya por completo y dar la razón a los motivos que a ello se resisten. Una vez predije a un amigo mío, que me rogó enviase en su nombre un telegrama de felicitación en una determinada fecha en que yo debía mandar otro, que con seguridad se me olvidarían ambos, y, en efecto, se cumplió mi profecía, sin que ello me extrañara en modo alguno. Dolorosas experiencias de mi vida hacen que me sea imposible expresar interés o simpatía en ocasiones en que obligadamente tengo que exagerar mis

sentimientos al expresarlos, dado que no podría emplear la expresión correspondiente a su poca intensidad. Desde que he visto que muchas veces me he equivocado tomando como verdadera la pretendida simpatía que hacia mí mostraban otras personas, me he rebelado contra estas convenciones de expresión de simpatía, cuya utilidad social, por otra parte, reconozco. De esta conducta debo excluir los pésames en caso de muerte; cuando he resuelto expresar a alguien mi condolencia por uno de estos casos no omito nunca el hacerlo. En aquellas ocasiones en que mi participación emocional no tiene nada que ver con los deberes sociales, su expresión no es jamás inhibida por el olvido.

El teniente T. nos relata el siguiente caso de un olvido en el que un primer propósito reprimido se abrió camino en calidad de «deseo contrario», dando origen a una situación desagradable. (Ejemplo agregado en 1920):

«Un caso de omisión.—El más antiguo de los oficiales internados en un campamento de prisioneros fue ofendido por uno de sus camaradas. Para evitarse posibles consecuencias quiso hacer uso del único medio coercitivo que en su poder estaba, esto es, alejar al ofensor, haciéndole trasladar a otro campamento, y fueron necesarios los consejos de varios amigos suyos para hacerle desistir de su propósito y emprender en el acto el camino que el honor le marcaba, decisión que había de traer consigo una multitud de consecuencias desagradables.

»En la misma mañana que esto sucedió tenía el comandante que pasar lista bajo la comprobación de uno de nuestros vigilantes. Conociendo ya a todos sus compañeros de cautiverio por el largo tiempo que con ellos llevaba, no había cometido hasta entonces error ninguno en la lectura de la lista. Pero aquella mañana omitió el nombre del ofensor, haciendo que, mientras que los demás oficiales se retiraban una vez comprobada su presencia, tuviese aquél que permanecer allí sólo hasta que se deshizo el error. El nombre omitido constaba claramente en una página de la lista.

»Este incidente fue considerado de un lado como molestia intencionadamente infligida, y de otro como una desgraciada casualidad que podía ser erróneamente interpretada. El comandante que cometió la omisión llegó a poder juzgar con acierto lo sucedido después de leer la *Psicopatología*, de Freud».

Análogamente se explican, por el antagonismo entre un deber convencional y una desfavorable opinión interior no confesada, aquellos casos en los que se olvida ejecutar determinados actos que se han prometido llevar a cabo en favor

de otras personas. En estos casos se demuestra siempre que es sólo el favorecedor el que cree en el poder eximente del olvido, mientras que el pretendiente se da a sí mismo, sin duda, la respuesta justa: «No se ha tomado interés ninguno; si no, no lo hubiera olvidado». Existen individuos a los que todo el mundo califica de olvidadizos y a quienes, por ser así, se les disculpan generalmente sus faltas como se disculpa al corto de vista que no nos ha saludado en la calle^[629]. Estas personas olvidan todas las pequeñas promesas que han hecho, dejan incumplidos todos los encargos que reciben y demuestran de este modo ser indignos de confianza en las cosas pequeñas; pero al mismo tiempo exigen que no se les tomen a mal tales pequeñas faltas, esto es, que no se les explique por su carácter personal, sino que se les atribuya a una peculiaridad orgánica^[630]. Personalmente no pertenezco a esta clase de individuos ni tampoco he tenido ocasión de analizar los actos de ninguno de ellos para descubrir en la selección verificada por el olvido los motivos del mismo. Sin embargo, no puedo dejar de formar, *per analogiam*, la hipótesis de que en estos casos es una gran cantidad de desprecio hasta los demás el motivo que el factor constitucional explota para sus fines^[631].

En otros casos los motivos del olvido son menos fáciles de descubrir, y cuando se descubren causan una mayor extrañeza. Así observé años atrás que, de una gran cantidad de visitas profesionales que debía efectuar, no olvidaba nunca sino aquéllas en que el enfermo era algún colega mío o alguna otra persona a quien tenía que asistir gratuitamente. La vergüenza que me causó este descubrimiento hizo que me acostumbrase a anotar por la mañana las visitas que me proponía llevar a cabo en el transcurso del día. No sé si otros médicos han llegado a hacer lo mismo por iguales razones. Pero con esto se forma una idea de lo que induce a los llamados neurasténicos, cuando van a consultar a un médico, a llevar escritos en una nota todos aquellos datos que desean comunicarle, desconfiando de la capacidad reproductiva de su memoria. Esto no es desacertado; pero la escena de la consulta se desarrolla casi siempre en la siguiente forma: el enfermo ha relatado ya con gran amplitud sus diversas molestias y ha hecho infinidad de preguntas. Al terminar hace una pequeña pausa y extrae su nota, diciendo en son de disculpa: «He apuntado algunas cosas, porque, si no, no me acordaría de nada». Con la nota en la mano repite cada uno de los puntos ya expuestos, y va respondiéndose a sí mismo: «Esto ya lo he consultado». Así, pues, con su memorándum no demuestra probablemente más

que uno de sus síntomas: la frecuencia con que sus propósitos son perturbados por la interferencia de oscuros motivos.

Llego ahora a tratar de un trastorno al que está sujeta la mayoría de las personas sanas que yo conozco y al que tampoco he escapado yo mismo. Me refiero al olvido, sufrido con gran facilidad y por largo tiempo, de devolver los libros que a uno le han prestado y al hecho de diferir, también por olvido, el pago de cuentas pendientes. Ambas cosas me han sucedido repetidas veces. Hace poco tiempo abandoné una mañana el estanco en que a diario me proveo de tabaco sin haber satisfecho el importe de la compra efectuada. Fue ésta una omisión por completo inocente, puesto que en dicho estanco me conocían y podían recordarme mi deuda a la mañana siguiente; pero tal pequeña negligencia, el intento de contraer deudas, no dejaba de hallarse en conexión con ciertas reflexiones concernientes a mi presupuesto que me habían ocupado todo el día anterior. En relación con los temas referentes al dinero y a la posesión puede descubrirse con facilidad, en la mayoría de las personas llamadas honorables, una conducta equívoca. La primitiva ansia del niño de pecho que le hace intentar apoderarse de todos los objetos (para llevárselos a la boca) aparece en general incompletamente vencida por el crecimiento y la educación^[632].

Con los ejemplos anteriores temo haber entrado un tanto en la vulgaridad. Pero es un placer para mí encontrar materias que todo el mundo conoce y comprende del mismo modo, puesto que lo que me propongo es reunir lo cotidiano y utilizarlo científicamente. No concibo por qué la sabiduría, que es, por decirlo así, el sedimento de las experiencias cotidianas, ha de ver negada su admisión entre las adquisiciones de la ciencia. No es la diversidad de los objetos, sino el más estricto método de establecer hechos y la tendencia a más amplias conexiones, lo que constituye el carácter esencial de la labor científica.

Hemos hallado, en general, que los propósitos de alguna importancia caen en el olvido cuando se alzan contra ellos oscuros motivos. En los propósitos menos importantes hallamos como segundo mecanismo del olvido el hecho de que un deseo contradictorio se transfiere al propósito desde otro lugar después de haberse establecido entre este último y el contenido del propósito una asociación *exterior*. A este orden pertenece el siguiente ejemplo: una tarde me propuse comprar papel secante a mi paso por el centro de la ciudad, y tanto aquel día como los cuatro siguientes olvidé tal propósito, preguntándome, al darme cuenta de la repetida omisión, qué causas podrían haberla motivado. Con facilidad

encontré, después de meditar un poco, que el artículo deseado podía designarse con dos nombres sinónimos: *Löschpapier* y *Fliesspapier*, y que, si bien usaba yo el primer término en la escritura, acostumbraba, en cambio, utilizar el segundo de palabra. *Fliess* era el nombre de un amigo mío residente en Berlín, el cual me había ocasionado por aquellos días dolorosas preocupaciones. No me era posible escapar a dichos penosos pensamientos; pero la *tendencia defensiva* se exteriorizaba trasladándose por medio de la identidad de las palabras al propósito indiferente, que por ser así presentaba escasa resistencia.

Voluntad contraria directa y motivación lejana se manifiestan unidas en el siguiente caso de aplazamiento: en la colección «Cuestiones de la vida nerviosa y psíquica» había yo escrito un corto tratado que resumía el contenido de mi *Interpretación de los sueños*. Bergmann, el editor de Wiesbaden, me había mandado las pruebas, rogándome se las devolviese en seguida corregidas, pues quería publicar el folleto antes de Navidad. En aquella misma noche hice la corrección, y dejé las pruebas sobre mi mesa de trabajo para cogerlas a la mañana siguiente. Al llegar la mañana me olvidé de ellas y no volví a acordarme hasta cuando por la tarde las vi de nuevo en el sitio en que las había dejado. Sin embargo, allí volvieron a quedar olvidadas aquella tarde, a la noche y a la mañana siguiente, hasta que, por fin, en la tarde del segundo día las cogí al verlas y fui en el acto a depositarlas en un buzón, asombrado de tan repetido aplazamiento y pensando cuál sería su causa. Veía que no quería remitir las pruebas al editor; pero no podía adivinar por qué. Después de depositar las pruebas en el correo entré en casa del editor de mis obras en Viena, el cual había publicado también el libro sobre los sueños, le hice algunas recomendaciones y, después, como llevado por un súbita ocurrencia, le dije: «¿Sabe usted que he escrito de nuevo mi libro de los sueños?» «¡Ah, sí! Entonces —exclamó— tengo que rogarle a usted que...» «Tranquilícese —repuse—. No es el libro completo, sino tan sólo un pequeño resumen para la colección Löwenfeld-Kurella». De todos modos aún no estaba muy satisfecho el editor, pues temía que el folleto perjudicase la venta del libro. Discutimos, y, por último, le pregunté: «Si se lo hubiera dicho a usted antes, ¿hubiera usted opuesto alguna objeción a la publicación del folleto?» «No; eso de ningún modo», me respondió. Personalmente creía haber obrado con completo derecho y no haber hecho nada desacostumbrado; pero, sin embargo, me parecía seguro que un pensamiento similar al expresado por el editor era el motivo de mi vacilación en enviar las pruebas corregidas. Este pensamiento se apoyaba en una ocasión anterior, en la

que otro editor puso dificultades a mi obligada resolución de tomar algunas páginas de una obra mía sobre la parálisis cerebral infantil para incluirlas sin modificación alguna en un folleto sobre el mismo tema publicado en los «Manuales Nothnagel». Tampoco en este caso podía hacérseme ningún reproche, pues también había advertido lealmente mi intención al primer editor, como lo hice en el caso de *La interpretación de los sueños*. Persiguiendo aún más atrás esta serie de recuerdos, encontré otra ocasión análoga anterior en la que, al traducir una obra del francés, lesioné realmente los derechos de propiedad del autor, pues añadí al texto, sin su permiso, varias notas, y algunos años después pude ver que mi acción arbitraria le había disgustado.

Existe un proverbio que revela el conocimiento popular de que el olvido de propósitos no es accidental: «Lo que se olvida hacer una vez se volverá a olvidar con frecuencia».

En realidad, no puede uno sustraerse a la sensación de que cuanto se pueda decir sobre los olvidos y los actos fallidos es ya cosa conocida y admitida por todos como algo evidente y natural. Lo extraño es que sea necesario todavía colocar a los hombres ante la conciencia cosas tan conocidas. Cuántas veces he oído decir: «No me encargues eso. Seguramente lo olvidaré». La verificación de esta profecía no tiene nada de místico. El que así habló percibía en sí mismo el propósito de no cumplir el encargo y rehusaba confesárselo.

El olvido de propósitos recibe mucha luz de algo que pudiéramos designar con el nombre de «formación de falsos propósitos».

Una vez había yo prometido a un joven autor escribir una revisión de su pequeña obra, pero a causa de resistencias interiores que no me eran desconocidas iba aplazando el cumplimiento de mi promesa de un día para otro, hasta que, vencido por el insistente apremio del interesado, me comprometí de nuevo un día a dejarle complacido aquella misma noche. Tenía reales intenciones de hacerlo así, pero después recordé que aquella noche debía ocuparme imprescindiblemente en la redacción de un informe de medicina legal. Al reconocer entonces mi propósito como falso cesé en mi lucha contra mis resistencias interiores y rehusé en firme la crítica pedida.

VIII —TORPEZAS O ACTOS DE TERMINO ERRONEO

DE la obra de Meringer y Mayer, anteriormente citada, transcribo aún las siguientes líneas (1895, página 98):

«Las equivocaciones orales no son algo que se manifieste aislado dentro de su género, sino que va unido a los demás errores que los hombres cometen con frecuencia en sus diversas actividades, errores a los que solemos dar un tanto arbitrariamente el nombre de *distracciones*».

Así, pues, no soy yo el primero que sospecha la existencia de un sentido y una intención detrás de las pequeñas perturbaciones funcionales de la vida cotidiana de los individuos sanos^[633].

Si las equivocaciones en el discurso, el cual es, sin duda alguna, una función motora, admiten una concepción como la que hemos expuesto, es de esperar que ésta pueda aplicarse a nuestras demás funciones motoras. He formado en este punto dos grupos. Todos los casos en los cuales el efecto fallido, esto es, el extravío de la intención, parece ser lo principal los designo con el nombre de *actos de término erróneo (Vergreifen)*, y los otros, en los que la acción total aparece inadecuada a su fin, los denomino *actos sintomáticos y casuales (Symptomnud Zufallshandlungen)*. Pero entre ambos géneros no puede trazarse un límite preciso, y debo hacer constar que todas las clasificaciones y divisiones usadas en el presente libro no tienen más que una significación puramente descriptiva y en el fondo contradicen la unidad interior de su campo de manifestación.

La inclusión de los actos de término erróneo entre las manifestaciones de la «ataxia», o, especialmente, de la «ataxia cortical», no nos facilita en manera alguna su *comprensión* psicológica. Mejor es intentar reducir los ejemplos individuales a sus propias determinantes. Para ello utilizaré también observaciones personales, aunque en mí mismo no he hallado sino muy escasas ocasiones de verificarlas.

(a) Años atrás, cuando hacía más visitas profesionales que en la actualidad, me sucedió muchas veces que al llegar ante la puerta de una casa, en vez de tocar el timbre o golpear con el llamador, sacaba del bolsillo el llavero de mi

propio domicilio para, como es natural, volver en seguida a guardarlo un tanto avergonzado. Fijándome en qué casas me ocurría esto, tuve que admitir que mi error de sacar mi llavero en vez de llamar significaba un homenaje a la casa ante cuya puerta lo cometía, siendo equivalente al pensamiento: «Aquí estoy como en mi casa», pues sólo me sucedía en los domicilios de aquellos pacientes a los que había tomado cariño. El error inverso, o sea llamar a la puerta de mi propia casa, no me ocurrió jamás.

Por tanto, tal acto fallido era una representación simbólica de un pensamiento definido, pero no aceptado aún conscientemente como serio, dado que el neurólogo sabe siempre muy bien que, en realidad, el enfermo no le conserva unido sino mientras espera de él algún beneficio, y que él mismo no demuestra un interés excesivamente caluroso por sus enfermos más que en razón a la vida psíquica que en la curación pueda esto prestarle.

Numerosas autoobservaciones de otras personas demuestran que la significativa maniobra descrita, con el propio llavero, no es, en ningún modo, una particularidad mía.

A. Maeder relata una repetición casi idéntica de mi experiencia (*Contributions à la psychopathologie de la vie quotidienne*, en *Arch. de Psychol.*, VI, 1906): «A todos nos ha sucedido sacar nuestro llavero al llegar ante la puerta de un amigo particularmente querido y sorprendernos intentando abrir con nuestra llave, como si estuviéramos en nuestra casa. Esta maniobra supone un retraso —puesto que al fin y al cabo hay que llamar—, pero es una prueba de que al lado del amigo que allí habita nos sentimos —o quisiéramos sentirnos— como en nuestra casa^[634]».

De E. Jones (1911, pág. 509) transcribo lo que sigue: «El uso de las llaves es un fértil manantial de incidentes de este género, de los cuales vamos a referir dos ejemplos. Cuando estando en mi casa dedicado a algún trabajo interesante tengo que interrumpirlo para ir al hospital y emprender en él alguna labor rutinaria, me sorprende con mucha frecuencia intentando abrir la puerta del laboratorio con la llave del despacho de mi domicilio, a pesar de ser completamente diferentes una de otra. Mi error demuestra inconscientemente dónde preferiría hallarme en aquel momento. Hace años ocupaba una posición subordinada en una cierta institución cuya puerta principal se hallaba siempre cerrada y, por tanto, había que llamar al timbre para que le franqueasen a uno la entrada. En varias ocasiones me sorprendí intentando abrir dicha puerta con la llave de mi casa.

Cada uno de los médicos permanentes de la institución, cargo al que yo aspiraba, poseía una llave de la referida entrada para evitarse la molestia de esperar a que le abriesen. Mi error expresaba, pues, mi deseo de igualarme a ellos y estar allí como ‘at home’»^[635].

El doctor Hans Sachs, de Viena, relata algo análogo: «Acostumbro llevar siempre conmigo dos llaves, de las cuales corresponde una a la puerta de mi oficina y otra a la de mi casa. Siendo la primera, por lo menos, tres veces mayor que la segunda, no son, desde luego, nada fáciles de confundir, y, además, llevo siempre la una en el bolsillo del pantalón y la otra en el del chaleco. A pesar de todo esto, me sucedió con frecuencia el darme cuenta, al llegar ante una de las dos puertas, de que mientras subía la escalera había sacado del bolsillo la llave correspondiente a la otra. Decidí hacer un experimento estadístico, pues dado que diariamente llegaba ante las dos mismas puertas en un casi idéntico estado emocional, el intercambio de las llaves tenía que demostrar una tendencia regular, aunque psíquicamente estuviera determinado de manera distinta. Observando los casos siguientes, resultó que ante la puerta de la oficina extraía regularmente la llave de mi casa, y sólo una vez se presentó el caso contrario en la siguiente forma: regresaba yo fatigado a mi domicilio, en el cual sabía que me esperaba una persona a la que había invitado. Al llegar a la puerta intenté abrir con la llave de la oficina, que, naturalmente, era demasiado grande para entrar en la cerradura».

(b) En una casa a la que durante seis años seguidos iba yo dos veces diarias me sucedió dos veces, con un corto intervalo, subir un piso más arriba de aquél al que me dirigía. La primera vez me hallaba perdido en una fantasía ambiciosa que me hacía «elevarme cada día más», y ni siquiera me di cuenta de que la puerta ante la que debía haber esperado se abrió cuando comenzaba yo a subir el tramo que conducía al tercer piso. La segunda vez también fui demasiado lejos, «abstraído en mis pensamientos». Cuando me di cuenta y bajé lo que de más había subido, quise adivinar la fantasía que me había dominado, hallando que en aquellos momentos me irritaba contra una crítica (fantaseada) de mis obras, en la cual se me hacía el reproche de «ir demasiado lejos», reproche que yo sustituía por el no menos respetuoso «de haber trepado demasiado arriba».

(c) Sobre mi mesa de trabajo yacen juntos hace muchos años un martillo para buscar reflejos y un diapasón. Un día tuve que salir precipitadamente después de

la consulta para alcanzar un tren, y a pesar de estar dichos objetos a la plena luz del día, cogí e introduje en el bolsillo de la americana el diapasón en lugar del martillo, que es lo que deseaba llevar conmigo. El peso del diapasón en mi bolsillo fue lo que me hizo notar mi error. Aquel que no esté acostumbrado a reflexionar ante ocurrencias tan pequeñas explicaría o disculparía mi acto erróneo por la precipitación del momento. Yo, sin embargo, preferí preguntarme por qué razón había cogido el diapasón en lugar del martillo. La prisa hubiera podido ser igualmente un motivo de ejecutar el acto con acierto, para no perder tiempo luego teniendo que corregirlo.

La primera pregunta que acudió a mi mente fue: «¿Quién cogió últimamente el diapasón?» El último que lo había cogido había sido, pocos días antes, un niño idiota cuya atención a las impresiones sensoriales estaba yo examinando y al que había fascinado de tal manera el diapasón, que me fue difícil quitárselo luego de las manos. ¿Querría decir esto que soy un idiota? Realmente parecería ser así, pues la primera idea que se asoció a *martillo (Hammer)* fue *Chamer* (en hebreo, *burro*).

Mas ¿por qué tales conceptos insultantes? Sobre este punto había que interrogar la situación del momento. Yo me dirigía entonces a celebrar una consulta en un lugar situado en la línea del ferrocarril del Este, en el que residía un enfermo que, conforme a las informaciones que me habían escrito, se había caído por un balcón meses antes, quedando desde entonces imposibilitado para andar. El médico que me llamaba a consulta me escribía que no sabía si se trataba de una lesión medular o de una neurosis traumática (histeria). Esto era lo que yo tenía que decidir. En el error examinado debía de existir una advertencia sobre la necesidad de mostrarme muy prudente en el espinoso diagnóstico diferencial. Aun así y todo, mis colegas opinan que se diagnostica con ligereza una histeria en casos en que se trata de cosas más graves. Mas todo esto no era suficiente para justificar los insultos. La asociación siguiente fue el recuerdo de que la pequeña estación a que me dirigía era la del mismo lugar en que años antes había visitado a un hombre joven que desde cierto trauma emocional había perdido la facultad de andar. Diagnostiqué una histeria y sometí después al enfermo al tratamiento psíquico, demostrándose posteriormente que si mi diagnóstico no había sido del todo equivocado, tampoco había habido en él un total acierto. Gran cantidad de los síntomas del enfermo habían sido histéricos y desaparecieron con rapidez en el curso del tratamiento, mas detrás de ellos quedaba visible un remanente que permanecería inatacable por la terapia y que

pudo ser atribuido a una esclerosis múltiple. Los que tras de mí reconocieron al enfermo pudieron apreciar con facilidad la afección orgánica, pero yo no podía antes haber juzgado ni procedido de otro modo. No obstante, la impresión era la de un grave error, y la promesa que de una completa curación había dado al enfermo era imposible de mantener. El error de coger el diapasón en lugar del martillo podía traducirse en las siguientes palabras: «¡Imbécil! ¡Asno! ¡Ten cuidado esta vez y no vayas a diagnosticar de nuevo una histeria en un caso de enfermedad incurable, como lo hiciste en este mismo lugar, hace años, con aquel pobre hombre!» Para suerte de este pequeño análisis, mas para mi mal humor, dicho individuo, atacado en la actualidad de una grave parálisis espasmódica, había estado dos veces en mi consulta pocos días antes y uno después del niño idiota.

Obsérvese que en este caso es la voz de la autocrítica la que se hace oír por medio del acto de aprehensión errónea. Éste es especialmente apto para expresar autorreproches. El error actual intenta representar el que en otro lugar y tiempo cometimos.

(d) Claro es que el coger un objeto por otro o cogerlo mal es un acto erróneo que puede obedecer a toda una serie de oscuros propósitos. He aquí un ejemplo. Raras veces rompo algo. No soy extraordinariamente diestro; pero, dada la integridad anatómica de mis sistemas nervioso y muscular, no hay razones que provoquen en mí movimientos torpes de resultado no deseado. Así, pues, no recuerdo haber roto nunca ningún objeto de los existentes en mi casa. La poca amplitud de mi cuarto de estudio me obliga en ocasiones a trabajar con escasa libertad de movimientos y entre gran cantidad de objetos antiguos de greda y piedra, de los que tengo una pequeña colección. Los que me ven moverme entre tanta cosa me han expresado siempre su temor de que tirase algo al suelo, rompiéndolo, pero esto no ha sucedido nunca. ¿Por qué, pues, tiré un día al suelo y rompí la tapa de mármol de un sencillo tintero que tenía sobre mi mesa?

Dicho tintero estaba constituido por una placa de mármol con un orificio, en el que quedaba metido el recipiente de cristal destinado a la tinta. Este recipiente tenía una tapadera también de mármol con un saliente para cogerla. Detrás del tintero había, colocadas en semicírculo, varias estatuillas de bronce y terracota. Escribiendo sentado y ante la mesa hice con la mano en la que tenía la pluma un movimiento extrañamente torpe y tiré al suelo la tapa del tintero. La explicación de mi torpeza no fue difícil de hallar. Unas horas antes había entrado mi hermana

en el cuarto para ver algunas nuevas adquisiciones mías, encontrándolas muy bonitas, diciendo: «Ahora presenta tu mesa de trabajo un aspecto precioso. Lo único que se despega un poco es el tintero. Tienes que poner otro más bonito» Salí luego del cuarto acompañando a mi hermana y no regresé hasta pasadas algunas horas, siendo entonces cuando llevé a cabo la ejecución del tintero, juzgado ya y condenado. ¿Deduje acaso de las palabras de mi hermana su propósito de regalarme un tintero más bonito en la primera ocasión festiva y me apresuré, por tanto, a romper el otro, antiguo y feo, para forzarla a realizar el propósito que había indicado? Si así fuera, mi movimiento que arrojó al suelo la tapadera no habría sido torpe más que en apariencia, pues en realidad había sido muy hábil, poseyendo completa conciencia de su fin y habiendo sabido respetar, además, todos los valiosos objetos que se hallaban próximos.

Mi opinión es que hay que aceptar esta explicación para toda una serie de movimientos casualmente torpes en apariencia. Es cierto que tales movimientos parecen mostrar algo violento, impulsivo y como espasmodicoatáxico; pero, sometidos a un examen, se demuestran como dominados por una intención y consiguen su fin con una seguridad que no puede atribuirse, en general, a los movimientos voluntarios y conscientes. Ambos caracteres, violencia y seguridad, les son comunes con las manifestaciones motoras de la neurosis histérica y, en parte, con los rendimientos motores del somnambulismo, indicando una misma desconocida modificación del proceso de intervención.

La siguiente autoobservación de la señora Lou Andreas-Salomé nos muestra de un modo convincente cómo una «torpeza» tenazmente repetida sirve con extrema habilidad a intenciones inconfesadas [Ejemplo de 1919]:

«Precisamente en los días de guerra, en los que la leche comenzó a ser materia rara y preciosa, me sucedió, para mi sorpresa y enfado, el dejarla cocer siempre con exceso y salirse, por tanto, del recipiente que la contenía. Aunque de costumbre no suelo comportarme tan descuidada o distraídamente, en esta ocasión fue inútil que tratara de corregirme. Tal conducta me hubiera parecido quizá explicable en los días que siguieron a la muerte de mi querido *terrier* blanco, al que con igual justificación que a cualquier hombre llamaba yo *Druzhok* (en ruso, amigo). Pero en aquellos días y después no volví a dejar salir ni una sola gota de leche al cocerla. Cuando noté esto, mi primer pensamiento fue: ‘Me alegro, porque ahora la leche vertida no tendría ni siquiera quien la aprovechara’, y en el mismo momento recordé que mi ‘amigo’ solía ponerse a mi lado durante la cocción de la leche, vigilando con ansia el resultado, inclinando

la cabeza y moviendo la cola lleno de esperanza, con la consoladora seguridad de que había de suceder la maravillosa desgracia. Con esto quedó explicado todo para mí y vi también que quería a mi perro más de lo que yo misma me daba cuenta».

En los últimos años^[636] y desde que vengo reuniendo esta clase de observaciones he vuelto a romper algún objeto de valor; mas el examen de estos casos me ha demostrado que nunca fueron resultados de la casualidad o de una torpeza inintencionada. Así, una mañana, atravesando una habitación al salir del baño, en bata y zapatillas de paja, arrojé pronto una de éstas, con un rápido movimiento del pie y como obedeciendo a un repentino impulso, contra la pared, donde fue a chocar con una pequeña Venus de mármol que había encima de una consola, tirándola al suelo. Mientras veía hacerse pedazos la bella estatuilla cité inmovible los siguientes versos de Busch: *Ach! die Venus ist perdü/Klickeradoms!/ von Médici*^[637]!.

Esta loca acción y mi tranquilidad ante el daño producido tienen su explicación en las circunstancias del momento. Teníamos entonces gravemente enferma a una persona de la familia, de cuya curación había yo desesperado. Aquella misma mañana se recibió la noticia de una notable mejoría, ante la cual recordaba yo haber exclamado: «Aún va a escapar con vida». Por tanto, mi ataque de furor destructivo había servido de medio de expresión a un sentimiento agradecido al Destino y me había permitido llevar a cabo un *acto de sacrificio*, como si hubiera prometido que si el enfermo recobraba la salud sacrificaría en acción de gracias tal o cual cosa. El haber escogido la Venus de Médicis como víctima no podía ser más que un galante homenaje a la convaleciente. Lo que de este caso ha permanecido incomprensible para mí ha sido cómo decidí tan rápidamente y apunté con tal precisión que di al objeto deseado sin tocar ninguno de los que junto a él se hallaban,

Otro caso de rotura de un objeto, en el cual me serví de nuevo de la pluma escapada de mi mano, tuvo también la significación de un sacrificio; pero esta vez de ofrenda petitoria para evitar un mal. En esta ocasión me había complacido en hacer un reproche a un fiel y servicial amigo mío, reproche únicamente fundado en la interpretación de algunos signos de su inconsciente. Mi amigo lo tomó a mal y me escribió una carta en la que me rogaba que no sometiese a mis amigos al psicoanálisis. Tuve que confesarme que tenía razón y le aplaqué con mi respuesta. Mientras la estaba escribiendo tenía delante de mí mi última

adquisición de coleccionista, una figurita egipcia preciosamente vidriada. La rompí en la forma mencionada y me di cuenta en seguida de que había provocado aquella desgracia en evitación de otra mayor. Por fortuna, ambas cosas —la amistad y la figurita— pudieron componerse con tal perfección que no se notaron las roturas.

Una tercera rotura tuvo menos seria conexión. Fue, para usar el término de Theodor Vischer en *Auch Einer*, una «ejecución» disfrazada de un objeto que no era ya de mi gusto. Durante algún tiempo había usado un bastón con puño de plata. La delgada lámina de este material que formaba el puño sufrió, sin culpa por mi parte, un desperfecto y fue muy mal reparada. Poco tiempo después, jugando alegremente con uno de mis hijos, me serví del bastón para agarrarle por una pierna con el curvado puño. Al hacerlo se partió, como era de esperar, y me vi libre de él.

La indiferencia con que se acepta en estos casos el daño resultante debe ser considerada como demostración de la existencia de un propósito inconsciente.

Investigando los fundamentos de actos fallidos tan nimios como la rotura de objetos, descubrimos a veces que dichos actos se hallan íntimamente enlazados al pasado del sujeto, apareciendo al mismo tiempo en estrecha conexión con su situación presente. El siguiente análisis de L. Jekel (*International Zeitschrift f. Psychoanalyse*, I, 1913) es un ejemplo de este género de casos:

Un médico poseía un jarrón de loza nada valioso, pero sí muy bonito, que en unión de otros muchos objetos, algunos de ellos de alto precio, le había sido regalado por una paciente (casada). Cuando se manifestó claramente que dicha señora padecía una psicosis, el médico devolvió todos aquellos regalos a los allegados de la enferma, conservando tan sólo un modesto jarrón, del que, sin duda por su belleza, no acertó a separarse.

Esta ocultación no dejó, sin embargo, de promover en el médico, hombre muy escrupuloso, una cierta lucha interior. Comprendía la incorrección de su conducta, y para defenderse contra sus remordimientos, se daba a sí mismo la excusa de que el tal jarrón carecía de todo valor material, era difícil de empaquetar para mandarlo a su destino, etc.

Cuando meses después se le discutió el pago de un resto de sus honorarios por la asistencia a dicha paciente y se propuso encargar a un abogado el reclamarlo y hacerlos efectivos por la vía legal, volvió a reprocharse su ocultación. De repente le sobrecogió el miedo de que fuera descubierto por los parientes de la enferma y éstos opusieran por ello una reconvención a su

demanda.

En los primeros momentos, sobre todo, fue tan fuerte este miedo que llegó a pensar en renunciar a sus honorarios, de un valor cien veces mayor al del objeto referido. Sin embargo, logró dominar este pensamiento, dándolo de lado como absurdo.

Durante esta situación le sucedió, a pesar de que raras veces rompía algo y de dominar muy bien su sistema muscular, que, estando renovando el agua del jarrón para poner en él unas flores, y por un movimiento no relacionado orgánicamente con dicho acto y extrañamente torpe, lo tiró al suelo, donde se rompió en cinco o seis grandes pedazos. Y esto después de haberse decidido la noche anterior, al cabo de grandes vacilaciones, a colocar precisamente este jarrón lleno de flores en la mesa, ante sus convidados, y después de haber pensado en él poco antes de romperlo, haberlo echado de menos en su cuarto y haberlo traído desde otra habitación por su propia mano.

Después de la primera sorpresa comenzó a recoger del suelo los pedazos, y en el momento en que, viendo que éstos calzaban perfectamente, se dio cuenta de que el jarrón podía reconstruirse sin defecto alguno, volvieron a escapársele de las manos dos de los pedazos más grandes, haciéndose añicos y quedando perdida toda esperanza de reconstitución.

Sin disputa alguna, el acto fallido cometido poseía la tendencia actual de hacer posible al médico la prosecución de su derecho, libertándole de aquello que le retenía y le impedía en cierto modo reclamar lo que le era debido.

Pero, además de esta determinación directa, posee este rendimiento fallido, para todo psicoanalítico, una determinación *simbólica* más amplia, profunda e importante, pues el jarrón es un indudable símbolo de la mujer.

El héroe de esta historia había perdido de un modo trágico a su joven y bella mujer, a la que amaba ardientemente. Después de su desgracia contrajo una neurosis, cuya nota predominante era creerse culpable de aquélla. («Haber roto un bello jarrón».)

Asimismo le era imposible entrar en relaciones con ninguna mujer y repugnaba casarse de nuevo o emprender amores duraderos, que en su inconsciente eran valorados como una infidelidad a su difunta mujer; pero que su conciencia racionalizaba, acusándole de atraer la desdicha sobre las mujeres y causarles la muerte, etc. («Siendo así, no podía conservar duraderamente el jarrón».)

Dada su fuerte libido, no es de extrañar que se presentaran ante él, como las

más adecuadas, las relaciones pasajeras con mujeres casadas. (Por ello conservó o retuvo el jarrón a otro perteneciente.)

A consecuencia de su neurosis se sometió a tratamiento psicoanalítico, y los datos siguientes nos proporcionan una preciosa confirmación del simbolismo antes apuntado.

En el curso de la sesión en la que relató la rotura del jarrón «de tierra» volvió a hablar de sus relaciones con las mujeres y expresó que era en ellas de una exigencia casi insensata, exigiendo, por ejemplo, que la amada fuera de una «belleza extraterrena». Esto constituye una clara acentuación de que aún se hallaba ligado a su mujer (muerta; esto es, extraterrena) y que no quería saber nada de «bellezas terrenales». De aquí la rotura del jarrón «de tierra».

Precisamente por los días en los que, según demostró el análisis, forjaba la fantasía de pedir en matrimonio a la hija de su médico regaló a éste un jarrón, indicando así cuál era la correspondencia que deseaba.

A priori se dejó cambiar de varias maneras la significación simbólica del acto erróneo; por ejemplo, no querer llenar el vaso, etc. Mas lo que me parece interesante es la consideración de que la existencia de varios, por lo menos de dos motivos actuales, desde lo preconscious a lo inconsciente y probablemente separados, se refleje en la duplicación de acto erróneo: tirar al suelo el jarrón y luego los pedazos.

(e) El dejar caer algún objeto, tirarlo o romperlo parece ser utilizado con gran frecuencia para la expresión de series de pensamientos inconscientes, cosa que se puede demostrar por medio del análisis, pero que también podría adivinarse casi siempre por las interpretaciones que a tales accidentes da, por burla o por superstición, el sentido popular. Conocida es la interpretación que se da a los actos de derramar la sal o el vino o de que un cuchillo que caiga al suelo quede clavado de punta en él, etc. Más adelante expondré el derecho que a ser tomadas en consideración tienen tales interpretaciones supersticiosas. Por ahora sólo haré observar que tales torpezas no tienen, de ningún modo, un sentido constante, sino que, según las circunstancias, se ofrecen como medio de representaciones de intenciones en absoluto indiferentes.

Hace poco hubo en mi casa una temporada durante la cual se rompió en ella una extraordinaria cantidad de objetos de cristal y porcelana. Yo mismo contribuí a tal destrozo repetidas veces. Esta pequeña epidemia psíquica fue fácil de explicar. Eran aquéllos los días que precedieron al matrimonio de mi hija mayor.

En tales fiestas se suele romper intencionadamente un utensilio, haciendo al mismo tiempo un voto de felicidad. Esta costumbre debe significar un sacrificio y expresar algún otro sentido simbólico.

Cuando los criados destruyen objetos frágiles dejándolos caer al suelo, nadie suele pensar, ante todo, en una explicación psicológica de ello, y, sin embargo, no es improbable la existencia de oscuros motivos que coadyuven a tales actos. Nada más lejano a las personas ineducadas que la apreciación del arte y de las obras de arte. Una sorda hostilidad contra estos productos domina a nuestros criados, sobre todo cuando tales objetos, cuyo valor no aprecian, constituyen un motivo de trabajo para ellos. En cambio, personas de igual origen que se hallan empleadas en alguna institución científica se distinguen por la gran destreza y seguridad con que manejan los más delicados objetos en cuanto comienzan a identificarse con sus amos y a contarse entre el personal esencial del establecimiento.

Incluso aquí la comunicación de un joven técnico, que nos permite penetrar en el mecanismo del desperfecto de objetos [Ejemplo de 1912]:

«Hace algún tiempo trabajaba con varios colegas en el laboratorio de la Escuela Superior, en una serie de complicados experimentos de elasticidad, labor emprendida voluntariamente, pero que comenzaba a ocuparnos más tiempo de lo que hubiésemos deseado. Yendo un día hacia el laboratorio en compañía de mi colega el señor F., expresó éste lo desagradable que era para él verse obligado a perder aquel día tanto tiempo, pues tenía mucho trabajo en su casa. Yo asentí a sus palabras y añadí, medio en broma, aludiendo a un incidente de la pasada semana: ‘Por fortuna, es de esperar que la máquina falle otra vez y tengamos que interrumpir el experimento. Así podremos marcharnos pronto’.

En la distribución del trabajo tocó a F. regular la válvula de la prensa; esto es, iría abriendo con prudencia para dejar pasar poco a poco el líquido presionador desde los acumuladores al cilindro de la prensa hidráulica. El director del experimento se hallaba observando el manómetro, y cuando éste marcó la presión deseada, gritó: ‘¡Alto!’ Al oír esta voz de mando cogió F. la válvula y le dio vuelta con toda su fuerza hacia la izquierda. (Todas las válvulas, sin excepción, se cierran hacia la derecha.) Esta falsa maniobra hizo que la presión del acumulador actuara de golpe sobre la prensa, cosa para la cual no estaba preparada la tubería, y que hizo estallar una unión de ésta, accidente nada grave para la máquina, pero que nos obligó a abandonar el trabajo por aquel día y regresar a nuestras casas.

Aparte de esto, es muy característico el hecho de que algún tiempo después, hablando de este incidente, no pudo F. recordar las palabras que le dije al dirigirnos juntos al laboratorio, palabras que yo recordaba con toda seguridad».

Caerse, tropezar o resbalar son actos que no deben ser interpretados siempre como una falla puramente casual de una función motora. El doble sentido lingüístico de estas expresiones indica ya las ocultas fantasías que puede hallar una representación en tales perturbaciones del equilibrio corporal. Recuerdo gran número de ligeras enfermedades nerviosas surgidas en sujetos femeninos después de una caída en la que no sufrieron herida alguna y diagnosticadas como histerias traumáticas subsiguientes al susto. Ya estos casos me dieron la impresión de que la relación de causa a efecto era distinta de la que se suponía y de que la caída era un anuncio de la neurosis y una expresión de las fantasías inconscientes de contenido sexual de la misma, fantasías que deben considerarse como fuerzas actuantes detrás de los síntomas. ¿Acaso no expresa esta misma idea el proverbio que dice: «Cuando una muchacha cae, cae siempre de espaldas»?

Entre los actos de término erróneo puede incluirse el de dar a un mendigo una moneda de oro por una de cobre o de plata. La explicación de tales errores es muy sencilla. Son actos de sacrificio destinados a apaciguar al Destino, desviar una desgracia, etc. Si antes de salir a paseo se ha oído hablar a una madre o parienta amorosa de su preocupación por la salud de un hijo o allegado, y luego se las ve proceder con la involuntaria generosidad citada, no se podrá dudar del sentido del aparentemente indeseado incidente. De esta manera, nuestros actos erróneos hacen posible el ejercicio de aquellas piadosas y supersticiosas costumbres, que a causa de la resistencia de nuestra razón, que se ha hecho descreída, tienen que rehuir la luz de la conciencia.

(f) El campo de acción de la actividad sexual, dentro del cual parece borrarse por completo la delimitación entre lo casual y lo intencionado, nos ofrece una prueba evidente de la intencionalidad real de estos actos, aparentemente casuales.

Yo mismo he vivido hace algunos años un ejemplo de cómo un movimiento torpe en apariencia puede ser utilizado para un fin sexual de la más refinada de las maneras. En una casa amiga hallé en una ocasión a una muchacha que despertó en mí un placer creído extinto, haciéndome mostrarme jovial, locuaz y complaciente. También me preocupó en esta ocasión el descubrimiento de los

motivos de aquella impresión, pues la misma muchacha me había dejado completamente frío un año antes. Al entrar el tío de la muchacha, persona muy anciana, en la habitación en que nos hallábamos, nos levantamos ella y yo para acercarle una silla que en un rincón había. Más ágil ella y también más cercana a la silla, la cogió antes que yo y la trajo ante sí, teniéndola con el respaldo hacia atrás y ambas manos en los lados del asiento. Al llegar yo a su lado y no renunciar a mi propósito de coger la silla, me hallé de repente pegado por detrás de la muchacha, abrazándola con ambos brazos, y mis manos se encontraron un momento sobre su pecho. Como es natural, puse término a esta situación con la misma rapidez con que se había producido, y nadie pareció darse cuenta de lo hábilmente que yo había aprovechado mi torpe movimiento.

Debe admitirse asimismo que nuestros torpes y enfadosos regates cuando, al encontrarnos ante una persona en la calle, empezamos a dar pasos a uno y otro lado, pero siempre en igual dirección que el otro o la otra, hasta quedar ambos inmóviles frente a frente, acto que resulta como «cerrar el camino a alguien», renueva una incorrecta y provocativa costumbre de los años juveniles y persigue intenciones sexuales bajo el disfraz de una torpeza. Mis psicoanálisis de neuróticos me han enseñado que lo que consideramos como ingenuidad en los adolescentes y en los niños no es, con frecuencia, más que un disfraz bajo el cual les es posible hacer o decir, sin avergonzarse, algo indecoroso.

W. Stekel ha comunicado varias autoobservaciones análogas: «Al entrar en una casa alargué mi mano a la señora de ella y desaté al hacerlo el lazo que sujetaba su suelta bata matinal. No abrigaba yo, inconscientemente, ningún poco honrado propósito y, sin embargo, llevé a cabo dicho torpe movimiento con la habilidad de un prestidigitador».

Repetidas veces he incluido aquí pruebas de que los poetas juzgan los movimientos fallidos igual que nosotros en este libro, esto es, como significativos y motivados. No nos admirará, por tanto, ver en un nuevo ejemplo cómo un poeta da una intensa significación a un movimiento equivocado y le hace ser un presagio de ulteriores acontecimientos.

En la novela de Theodor Fontane *La adúltera* hallamos las siguientes líneas (tomo II, pág. 64, de la edición de las obras completas de Th. Fontane.—S. Fischer):

«... y Melania se levantó y arrojó a su marido, a manera de saludo, uno de los grandes balones. Pero apuntó mal, y la pelota, volando hacia un lado, fue a parar a manos de Rubén. Al regreso de la excursión en que esto sucede se

desarrolla un diálogo entre Melania y Rubén, en el cual comienza ya a surgir el trote de un naciente amor. Este amor crece luego hasta el apasionamiento, y Melania abandona, por último, a su marido para pertenecer por entero al hombre amado». (Comunicado por H. Sachs.)

(g) Los efectos que producen los actos de aprehensión errónea de las personas normales son, regularmente, inofensivos. Por ello mismo es de gran interés el investigar si otros errores de mayor importancia (por ejemplo, los de un médico o un farmacéutico) pueden ser también interpretados conforme a nuestro punto de vista.

Personalmente me hallo muy escasas veces en situación de observar actos correspondientes a una actividad médica general, y de este modo no puedo comunicar aquí más que un solo caso de error médico observado en mí mismo. Desde hace algunos años vengo visitando dos veces al día a una señora anciana, y mi labor de la visita matinal se reduce a dos actos: echarle en los ojos un par de gotas de un colirio y ponerle una inyección de morfina. A estos efectos hay siempre preparadas dos botellitas, una azul para el colirio y otra blanca para la morfina. Mientras llevo a cabo los dos actos acostumbrados, mis pensamientos suelen estar ocupados en otra cosa, pues he repetido tantas veces la misma faena que la atención necesaria para efectuarla se comporta ya como libre e independiente. Sin embargo, en una ocasión trabajó el autómatas equivocadamente. Introduje el cuentagotas en la botellita blanca en lugar de en la azul, y lo que eché en los ojos de la enferma fue morfina y no colirio. Al darme cuenta quedé sobrecogido, tranquilizándome después con la reflexión de que unas gotas de una solución de morfina al dos por ciento no podía causar ningún daño a la conjuntiva. Así, pues, la causa del miedo sentido debía de ser distinta.

En mi intento de analizar mi pequeño error, la primera cosa que acudió a mi pensamiento fue la frase «atentar contra la anciana^[638]», la cual podía indicarme un rápido camino hacia la solución. Me hallaba yo bajo la impresión de un sueño que me había sido relatado la noche anterior por un joven, sueño, cuyo contenido no podía interpretarse más que como el comercio sexual del sujeto con su propia madre^[639]. La extraña circunstancia de que la leyenda no tenga en cuenta la ancianidad de la reina Yocasta me pareció confirmar la afirmación de que en el enamoramiento de la propia madre no se trata nunca de la persona actual, sino de su recuerdo juvenil, procedente de los años infantiles.

Tales incongruencias aparecen siempre cuando una fantasía vacilante entre dos épocas se hace consciente y queda así ligada a una época definida. Abstraído en estos pensamientos llegué a casa de mi paciente, que frisaba en los noventa años, y debía de hallarme en camino de considerar el general carácter humano de la fábula de Edipo como la correlación de la fatal profecía expresada por el oráculo, pues «me equivoqué con» o «atenté contra la anciana». Mi acto erróneo fue también en este caso inofensivo. De los dos errores posibles: usar la morfina para echarla en los ojos o el colirio para la inyección, había escogido el más inocente. Queda aún la cuestión de si en errores susceptibles de ocasionar graves daños puede suponerse la existencia de una intención inconsciente, como sucede en los hasta aquí examinados.

Aquí se agota, como era de esperar, el material de que podía disponer y quedo reducido a exponer aproximaciones e hipótesis. Conocido es que en los casos graves de psiconeurosis aparecen a veces automutilaciones como síntomas de la enfermedad y que no se puede considerar en tales casos excluido el suicidio como final del conflicto psíquico. Sé por experiencia, y lo expondré algún día con ejemplos convincentes, que muchos daños que, aparentemente por casualidad, suceden a tales enfermos son, en realidad, maltratos que los pacientes se infligen a sí mismos. Estos accidentes son producidos por una tendencia constantemente vigilante al autocastigo; tendencia que de ordinario se manifiesta como autorreproche, o coadyuva a la formación de síntomas y utiliza diestramente una situación exterior que se ofrezca casualmente o la ayuda hasta conducirla a la consecución del efecto dañoso deseado. Tales sucesos no son tampoco raros en los casos de moderada gravedad y revelan la participación de la intención inconsciente por una serie de signos especiales; por ejemplo, por la extraña presencia de espíritus que manifiestan los enfermos durante los pretendidos accidentes^[640].

En vez de muchos ejemplos relataré con todo detalle uno solo, observado en el ejercicio de mi actividad médica: una joven casada se rompió una pierna en un accidente de coche, teniendo que guardar cama durante varias semanas, y al asistirla me extrañó la falta de manifestaciones de dolor y la tranquilidad con que llevaba su desgracia. El accidente hizo aparecer una larga y grave neurosis que, por último, se curó por el tratamiento psicoanalítico. En el curso de este último averigüé las circunstancias que rodearon el accidente, así como determinadas represiones que le precedieron. La joven mujer se hallaba con su marido, hombre

muy celoso, pasando una temporada en la finca de una hermana suya, en compañía de sus numerosos hermanos y hermanas y sus respectivos cónyuges. Una noche dio en este íntimo círculo una representación de una de sus habilidades, bailando un cancan conforme a todas las reglas del arte y obteniendo gran éxito con todos los parientes; pero descontentando a su marido, que le murmuró después al oído: «Te has vuelto a conducir como una prostituta». La palabra hizo su efecto, y queremos dejar indeciso si precisamente por el baile. Aquella noche durmió mal, y a la mañana quiso dar un paseo en coche. Por sí misma escogió los caballos, rehusando una pareja y eligiendo otra. La más joven de sus hermanas quiso que fuera en el coche un hijo suyo de pecho con el ama, pero ella se opuso enérgicamente. Durante el paseo se mostró nerviosa, advirtió al cochero que los caballos iban a espantarse, y cuando los inquietos animales tuvieron en realidad un momento de indisciplina, se levantó sobrecoyida y se arrojó del coche, rompiéndose una pierna, mientras que los que permanecieron dentro no sufrieron daño alguno. Después de descubrir estos detalles no se puede dudar de que el accidente estaba preparado y no debemos dejar de admirar la habilidad que obligó a la casualidad a distribuir un castigo tan correlativo a la falta cometida, pues, en efecto, ya no podría bailar el cancan en mucho tiempo.

No me es posible relatar casos en que me haya infligido daños a mí mismo en épocas de tranquilidad, pero no me creo incapaz de cometer tales actos bajo condiciones extraordinarias. Cuando un miembro de mi familia se queja de haberse mordido la lengua, aplastado un dedo, etc., lo primero que hago, en lugar de compadecerle, es preguntarle: «¿Por qué has hecho eso?» Yo mismo me cogí un dedo muy dolorosamente después de haber oído a un joven paciente expresar en la consulta su deseo (que, como es natural, no había de tomar en serio) de contraer matrimonio con mi hija mayor, la cual se hallaba a la sazón en un sanatorio y en peligro de muerte.

Uno de mis hijos, cuyo vivo temperamento dificultaba mucho la tarea de cuidarle cuando se hallaba enfermo, tuvo una mañana un fuerte acceso de cólera porque se le ordenó que permaneciera en el lecho durante toda la tarde y amenazó con suicidarse, amenaza que le había sido sugerida por la lectura de los periódicos. Aquella misma tarde me enseñó un cardenal que se había hecho en un lado de la caja torácica al chocar contra una puerta y darse un fuerte golpe con el saliente del picaporte. Le pregunté irónicamente por qué había hecho aquello, y el niño, que no tenía más que once años, me contestó como

ilusionado: «Eso ha sido el intento de suicidio con que os amenacé esta mañana». No creo que mis opiniones sobre los daños infligidos por una persona a sí misma fueran por entonces accesibles a mis hijos.

Aquellos que crean en la existencia de estos automaltratos semiintencionados —si se me permite emplear esta poco diestra expresión—, se hallarán preparados a admitir también el hecho de que, además del suicidio conscientemente intencionado, hay otra clase de suicidio, con intención inconsciente, la cual es capaz de utilizar con destreza un peligro de muerte y disfrazarlo de desgracia casual. En efecto, la tendencia a la autodestrucción existe con cierta intensidad en un número de individuos mucho mayor del de aquellos en que llega a manifestarse victoriosa. Los daños autoinfligidos son regularmente una transacción entre este impulso y las fuerzas que aún actúan contra él. También en los casos en que se llega al suicidio ha existido anteriormente, durante largo tiempo, dicha inclinación, con menor fuerza o como tendencia inconsciente y reprimida.

También la intención consciente de suicidarse escoge su tiempo, sus medios y su ocasión. Paralelamente obra la intención inconsciente al esperar la aparición de un motivo que pueda tomar sobre sí una parte de la responsabilidad y, acaparando las fuerzas defensivas de la persona, la libertad de la presión que sobre ella ejercen^[641]. Estas discusiones no son ociosas bajo ningún concepto. He conocido más de un caso de desgracia aparentemente casual (accidentes de caballo o de coche) cuyas circunstancias justifican una sospecha de suicidio inconscientemente tolerado. Tal es el caso de un oficial que durante una carrera de caballos cayó del que montaba, hiriéndose tan gravemente que murió varios días después. Su conducta al volver en sí después del accidente fue un tanto singular. Pero aún lo había sido más la que venía observando desde algún tiempo antes. Entristecido por la muerte de su madre, a la que quería mucho, se echaba a llorar estando con sus camaradas, y expresó varias veces a sus íntimos su cansancio de la vida y su deseo de abandonar el servicio para ir a África a tomar parte en una campaña que allí se desarrollaba y que no debía ofrecer ningún interés para él^[642]. Siendo un valiente jinete, evitaba en aquellos días montar a Caballo. Por último, antes de la carrera, en la que no podía excusarse de tomar parte, expresó un triste presentimiento.

Nuestra concepción de estos casos hace que no podamos extrañarnos de que el presentimiento se realizara. Se me opondrá que en tal estado de depresión

nerviosa no le es posible a un hombre dominar al caballo con igual maestría que en época de plena salud. Convengo en ello; pero creo más acertado buscar el mecanismo de tal inhibición motora por «nerviosidad» en la intención autodestructora aquí acentuada.

S. Ferenczi, de Budapest, me ha autorizado a publicar el siguiente análisis, verificado por él, un caso de herida por arma de fuego, pretendidamente casual, y que él explica como un intento inconsciente de suicidio, explicación con la que estoy en un todo conforme. [Ejemplo agregado en 1910.]

«J. Ad., de veintidós años de edad, oficial de carpintero, vino a mi consulta el 18 de enero de 1908. Quería que le dijese si le debía y podía ser extraída una bala que tenía alojada en la sien izquierda desde el 20 de marzo de 1907. Aparte de algunos dolores de cabeza, no demasiado violentos, que le atacan de cuando en cuando, se siente completamente sano. El reconocimiento objetivo no descubrió nada importante, fuera de la cicatriz característica del disparo y ennegrecida por la pólvora en la sien izquierda. En vista de ello me mostré contrario a toda operación. Preguntado por las circunstancias del caso, contestó haberse herido casualmente. Jugaba con un revólver de su hermano; *creyendo que no estaba cargado*, se lo apoyó con la mano izquierda en la sien izquierda (no es zurdo), colocó el dedo en el gatillo y el tiro salió. *En el arma, que era de seis tiros, había tres cartuchos*. Le pregunté luego cómo había llegado a la idea de coger el revólver, y me contestó que por entonces era el tiempo de su entrada en quintas, y que la noche antes había cogido el revólver para ir a una taberna, temiendo que en ella se promoviera alguna pelea. En el reconocimiento médico-militar fue declarado inútil por padecer varices, cosa que le avergonzó sobre manera. Al regresar a su casa se puso a jugar con el revólver, no teniendo intención de causarse ningún daño, y entonces fue cuando surgió el accidente. Interrogado sobre si, en general, estaba contento con su suerte, me relató, suspirando, su historia amorosa con una muchacha que le quería; pero que, sin embargo, le abandonó para emigrar a América, empujada por el deseo de hacer fortuna. Él quiso seguirla, pero se lo impidieron sus padres. Su amada había partido el 20 de enero de 1907; esto es, dos meses antes del suceso. A pesar de todos estos elementos sospechosos, sostuvo el paciente que el disparo había sido un ‘accidente desgraciado’. Sin embargo, estoy firmemente convencido de que la negligencia de no haber comprobado si el revólver estaba o no cargado antes de ponerse a jugar con él, así como el daño autoinfligido, se hallaban determinados psíquicamente. El individuo de referencia se encontraba aún bajo los afectos

depresivos de su desdichado amor y quería ‘olvidar’ en el servicio de las armas. Cuando también le fue arrancada esta esperanza fue cuando llegó a jugar con el revólver; esto es, a un inconsciente intento de suicidio. El hecho de tomar el arma con la mano izquierda y no con la derecha es una prueba decisiva de que, en realidad, no hacía más que jugar, o sea de que no quería, conscientemente, suicidarse».

Otro caso de daño autoinfligido, de apariencia casual, cuya publicación me ha sido autorizada por la persona que lo observó directamente (Van Emden, 1911), nos recuerda el proverbio que dice: «Aquel que cava una fosa para otro cae él mismo en ella^[643]».

«La señora de X., perteneciente a una familia de la clase media, está casada y tiene tres hijos. Es algo nerviosa, mas nunca necesitó someterse a un tratamiento enérgico, pues posee firmeza suficiente para adaptarse a la vida. Un día se produjo una considerable pero pasajera desfiguración de su rostro en la siguiente forma:

Al atravesar una calle en la que estaban arreglando el pavimento tropezó con un montón de piedras y fue a dar de cara contra el muro de una casa, quedando con el rostro todo arañado y magullado. Los párpados se le pusieron azules y edematosos, y llamó al médico, temiendo que también hubieran sufrido sus ojos algún daño. Después de tranquilizarla respecto a esta cuestión, le pregunté: ‘Pero ¿cómo se ha caído usted de ese modo...?’ La señora repuso que precisamente antes del accidente había recomendado a su marido, el cual padecía desde hacía algunos meses una afección articular que le dificultaba la deambulación, que tuviese cuidado al pasar por dicha calle, y que sabía por repetidas experiencias que en casos como éste le ocurría sufrir aquellos mismos accidentes contra los que prevenía a los demás.

Yo no me contenté con esta determinación del suceso y le pregunté si no tenía alguna cosa más que relatarme. En efecto, me dijo que en el momento que precedió a la caída había visto en una tienda de la acera opuesta un lindo cuadro y que, de repente, le entraron deseos de comprarlo para adorno del cuarto de sus hijos. Entonces se dirigió derechamente hacia la tienda, sin cuidarse del estado de la calle, tropezó con el montón de piedras y fue a dar de cara contra el muro de una casa, sin hacer siquiera el menor intento de librarse del golpe con las manos. El propósito de comprar el cuadro quedó olvidado en el acto, y la señora regresó a toda prisa a su domicilio.

—Pero ¿cómo no miró usted con más cuidado dónde pisaba? —seguí preguntándole.

—¡Ay! —me respondió—. Ha sido, quizá, un *castigo* por la historia que ya confié a usted.

—¿La sigue atormentando esa historia?

—Sí; después he sentido mucho haber hecho lo que hice. Me he encontrado perversa, criminal e inmoral. Pero en aquellos días mis nervios me tenían casi loca.

Se trataba de un aborto que, de acuerdo con su marido, y queriendo ambos evitar por razones económicas el nacimiento de más hijos, había hecho provocar por una curandera, y en cuyo desenlace fue asistida por un especialista.

—Con frecuencia me he reprochado haber dejado matar a mi hijo —siguió diciendo— y he tenido miedo de que tal crimen no podía quedar impune. Ahora, que me ha asegurado usted que no me pasará nada en los ojos, me quedo ya tranquila. Así como así, estoy ya *suficientemente castigada*.

Salta, pues a la vista que el accidente había sido un autocastigo infligido no sólo en penitencia de la mala acción cometida, sino también para escapar a otro mayor castigo desconocido, cuyo advenimiento venía la señora temiendo hacía ya varios meses.

En el momento en que se dirigió apresuradamente hacia la tienda para comprar el cuadrito, el recuerdo de su falta —ya bastante activo en su inconsciente cuando recomendó cuidado a su esposo— había llegado a ser dominante y se hubiera podido expresar con las siguientes palabras:

¿Para qué quieres comprar ningún adorno para el cuarto de tus hijos, si has dejado matar a uno de ellos? ¡Criminal! ¡El gran castigo está ya próximo!’

Este pensamiento no llegó a hacerse consciente; pero, no obstante, la señora utilizó la situación dada en aquel momento psicológico para aprovechar el montón de piedras en su autocastigo. Por esta razón no extendió siquiera las manos al caer ni experimentó tampoco un susto violento. La segunda determinación, probablemente menor, del accidente fue otro autocastigo por su *inconsciente* deseo de librarse de su marido, cómplice en todo el penoso asunto del aborto. Este deseo se revela en la recomendación, totalmente superflua, dé que tuviera cuidado al atravesar la calle en reforma, ya que el marido, precisamente por su enfermedad, había de andar con gran prudencia^[644]».

Considerando las circunstancias que rodean el caso siguiente de daño auto-

infligido de apariencia casual, hay que dar la razón a J. Störcke (*l. c.*), el cual lo interpreta como un «acto de sacrificio» [Agregado en 1917];

«Una señora, cuyo yerno tenía que partir para Alemania con el fin de cumplir allí sus deberes militares, se quemó un pie, vertiéndose sobre él un hirviente líquido, en las circunstancias siguientes: su hija estaba próxima a alumbrar, y el pensamiento de los peligros que en la guerra iba a correr el marido no era, como es natural, para que el estado de ánimo de toda la familia fuese muy alegre. El día antes de la partida de su yerno, la señora había convidado a comer al matrimonio. Por sí misma preparaba la comida en la cocina, después de haber sustituido, contra su costumbre, sus botas, altas y sin tacones, con las que andaba muy cómodamente, por unas zapatillas de su marido, muy grandes y abiertas por arriba. Al coger del fuego una gran cazuela llena de sopa hirviente la dejó caer y se escaldó gravemente un pie, sobre todo el empeine, no protegido por la zapatilla. Claro es que el accidente se puso a cuenta de la ‘nerviosidad’, comprensible dada la situación de la familia. En los días siguientes a tal ‘acto de sacrificio’ se condujo muy prudentemente en el manejo de objetos calientes; pero ello no impidió que días después se volviese a escaldar una muñeca^[645]».

Si tal furor contra la propia integridad y la propia vida puede ocultarse así detrás de una torpeza, aparentemente casual, y de una insuficiencia motora, no ha de resultarnos ya difícil aceptar la transferencia de igual concepción a aquellos actos erróneos que ponen en grave peligro la vida y la salud de otras personas. Los documentos que puedo alegar en favor de la exactitud de esta afirmación están tomados de mis experiencias en el tratamiento de neuróticos y, por tanto, no se adaptan por completo a lo que no se trata de demostrar. De todos modos, expondré aquí un caso, en el que no precisamente un acto erróneo, sino lo que más bien puede denominarse un acto sintomático o casual, me puso sobre una pista que me llevó a conseguir la solución del conflicto en que el paciente se hallaba. En una ocasión me propuse mejorar las relaciones matrimoniales de un individuo muy inteligente, cuyas diferencias con su joven mujer, la cual le amaba con ternura, podían basarse en fundamentos reales; pero que, como él mismo confesaba, no quedaba, ni aun así, totalmente explicadas. Sin cesar se atormentaba el marido con el pensamiento de una separación; pensamiento que siempre rechazaba por su amor hacia sus dos tiernos hijos. A pesar de esto, volvía siempre a la misma idea y no intentaba ningún medio de hacerse tolerable la situación. Éste no resolver nunca el conflicto me pareció una prueba de la

existencia de motivos inconscientes y reprimidos que reforzaban los motivos conscientes que mantenían la lucha. En estos casos, mi intervención consiste en dar fin al conflicto por medio del análisis psíquico. El marido me relató un día un pequeño incidente que le había asustado sobre manera. Jugaba con su hijo mayor, que era su preferido, subiéndole y bajándole en sus brazos, y una de las veces le alzó tan alto y en tal lugar de la habitación, que la cabeza del niño estuvo a punto de chocar con la pesada araña de gas que pendía del techo. *Le faltó muy poco*, pero no llegó. Aunque el niño no sufrió daño alguno, medio se desmayó del susto. El padre permaneció quieto y espantado con él en brazos, y la madre fue presa de un ataque histérico. La especial destreza de tal movimiento imprudente y la violencia de la reacción de los padres me hicieron buscar en esta casualidad un acto sintomático que debía de expresar una perversa intención contra tan querido hijo. La contradicción entre el acto sintomático y la ternura actual del padre hacia su niño podía salvarse retrotrayendo el impulso damnificante a la época en que este niño había sido hijo único y tan pequeño que el padre no había llegado aún a interesarse tiernamente por él. Siendo así, podía admitirse que el marido, poco satisfecho de su mujer, hubiera tenido por entonces el pensamiento siguiente: «Si este pequeño ser, que nada me importa, muere, quedo libre y podré separarme de mi mujer». Por tanto, debía de seguir existiendo inconscientemente en él un deseo de muerte del ahora ya tan querido niño. Desde este punto era fácil encontrar el camino hacia la fijación inconsciente de este deseo. Una poderosa determinante del acto realizado estaba constituida por un recuerdo infantil del paciente, relativo a la muerte de un hermano pequeño, que la madre achacaba al abandono de su marido, y que había dado lugar a violentas explicaciones entre los cónyuges, en las que había sonado una amenaza de separación. Mi hipótesis quedó confirmada por el éxito terapéutico del análisis y la modificación que sobrevino en las relaciones conyugales de mi paciente.

J. Störcke (1916) nos da cuenta en un ejemplo de cómo los poetas no vacilan en colocar un acto erróneo en lugar de otro intencionado, haciendo al primero causa de las más graves consecuencias.

En uno de los *Apuntes*, de *Hayermans*^[646], aparece un ejemplo de acto erróneo, utilizado por el autor como motivo dramático.

El apunte se titula *Tom y Teddie*. En un teatro de variedades trabaja una pareja de buceadores, hombre y mujer, que permanecen bajo el agua largo

tiempo, dentro de una piscina de paredes de cristal, y realizan, sumergidos, diferentes habilidades. La mujer es, desde hace poco tiempo antes, la amante de un domador que trabaja en el mismo teatro, y el buceador los ha sorprendido en el vestuario minutos antes de tener que salir a escena, limitándose, por esta causa, a dirigirles una amenazadora mirada y murmurar: «Luego veremos». La representación comienza. El buzo va aquella noche a presentar su número más difícil, consistente en permanecer «bajo el agua, y encerrado herméticamente en un cajón, dos minutos y medio». Este número lo habían hecho ya varias veces. La caja quedaba cerrada, y Teddie enseñaba la llave, mientras el público comprobaba, reloj en mano, el tiempo que transcurría. Luego dejaba caer un par de veces la llave en la piscina y se tiraba al agua tras ella para no retrasarse cuando llegaba el momento de abrir el cajón.

En esta noche, la del 31 de enero, fue Tom encerrado, como de costumbre, por los pequeños dedos de la alegre y vivaracha mujercita. Tom sonreía detrás de la mirilla del cajón. Ella jugaba con la llave y esperaba la señal para abrir. Entre bastidores se hallaba el domador, con su frac impecable, su corbata blanca y su látigo de montar. Para llamarle la atención dio un breve silbido. Ella miró hacia él, sonrió y, con el gesto torpe de alguien cuya atención se ve distraída, arrojó la llave hacia lo alto con tal fuerza, que cuando terminaban los dos minutos y veinte segundos, bien contados, cayó al lado de la piscina, entre los pliegues de una bandera que disimulaba los pies de la misma. Nadie vio dónde había caído. Desde la sala, la ilusión óptica fue tal, que todos los espectadores vieron caer la llave a través del agua.

Tampoco ninguno de los empleados del teatro se dio cuenta de la verdad, pues el paño de la bandera mitigó el sonido.

Sonriendo y sin vacilar trepó Teddie por las paredes de la piscina. Sonriendo —Tom aguantaba bien—, volvió a bajar. Sonriendo ella desapareció bajo los pies de la piscina para buscar allí la llave, y al no encontrarla en seguida se inclinó hacia la parte anterior de la bandera con un gesto cansado, como si quisiera decir: «¡Ay, Dios mío! ¡Cuánta molestia!»

Entre tanto, Tom seguía haciendo sus cómicos gestos detrás de la mirilla, como si también él se intranquilizase. Se veía blanquear su dentadura postiza y moverse sus labios bajo el bigote recortado y aparecieron las mismas cómicas burbujillas de aire que antes, cuando comió una manzana bajo el agua. Se vio retorcerse y engarabitarse sus pálidos dedos, huesudos, y el público rió, como ya había reído con frecuencia aquella noche.

Dos minutos y cincuenta y ocho segundos...

Tres minutos y siete segundos..., y doce segundos...

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

En esto surgió cierta intranquilidad en la sala, y el público comenzó a patear al ver que también los criados del domador comenzaban a buscar la llave y que el telón caía antes que la tapa de la caja fuese levantada.

En el escenario aparecieron luego seis bailarinas inglesas. Después, el hombre de los caballitos, los monos y los perros, y así sucesivamente.

Hasta la mañana siguiente no se enteró el público de que había sucedido una desgracia, y que Teddie quedaba viuda y sola en el mundo...

Por lo citado se ve cuán excelentemente ha tenido que comprender el artista la naturaleza de la acción sintomática para presentarnos con tal acierto la profunda causa de la mortal torpeza.”

IX.—ACTOS SINTOMÁTICOS Y CASUALES

LOS actos que hasta ahora hemos descrito y reconocido como ejecuciones de intenciones inconscientes se manifestaban como perturbaciones de otros actos intencionados y se ocultaban bajo la excusa de la torpeza. Los actos casuales de los cuales vamos a tratar ahora no se diferencian de los actos de término erróneo más que en que desprecian apoyarse en una intención consciente y, por tanto, no necesitan excusa ni pretexto alguno para manifestarse. Surgen con una absoluta independencia y son aceptados, naturalmente, porque no se sospecha de ellos finalidad ni intención alguna. Se ejecutan estos actos «sin idea ninguna», por «pura casualidad» o por «entreteener en algo las manos», y se confía en que tales explicaciones bastarán a aquel que quiera investigar su significación. Para poder gozar de esta situación excepcional tienen que llenar estos actos, que no requieren ya la torpeza como excusa, determinadas condiciones. Deben, pues, pasar inadvertidos; esto es, no despertar extrañeza ninguna y producir efectos insignificantes.

Tanto en mí mismo como en otras personas he observado un buen número de estos *actos casuales*, y después de examinar con todo cuidado cada una de las observaciones por mí reunidas, opino que pueden denominarse más propiamente *actos sintomáticos*, pues expresan algo que ni el mismo actor sospecha que

exista en ellos, y que regularmente no habría de comunicar a los demás, sino, por el contrario, reservaría para sí mismo. Así, pues, estos actos, al igual que todos los otros fenómenos de que hasta ahora hemos tratado, desempeñan el papel de síntomas.

En el tratamiento psicoanalítico de los neuróticos es donde se puede observar mayor número de tales actos, sintomáticos o casuales. Expondré aquí dos ejemplos de dicha procedencia, en los cuales se ve cuán lejana y sutilmente es regida por pensamientos inconscientes la determinación de estos actos tan poco llamativos. La línea de demarcación entre los actos sintomáticos y los de término erróneo es tan indefinida, que los ejemplos que siguen podrían lo mismo haber sido incluidos en el capítulo anterior.

1) Una casada joven me relató durante una sesión del tratamiento psicoanalítico, en la cual debía ir diciendo con libertad todo lo que fuera acudiendo a su mente, que el día anterior, al arreglarse las uñas, «se había herido en la carne al querer empujar la cutícula de una uña para hacerla desaparecer en la raíz de la misma». Este hecho es tan poco interesante, que asombra que la sujeto lo recuerde y lo mencione, induciendo por lo mismo a sospechar se trate de un acto sintomático. El dedo que sufrió el pequeñísimo accidente fue el anular, dedo en el cual se acostumbraba llevar el anillo del matrimonio, y, además, ello sucedió en el día aniversario de la boda de mi cliente, lo cual da la herida de la fina cutícula una significación bien definida y fácil de adivinar. Al mismo tiempo me relató también la paciente un sueño que había tenido y que aludía a la torpeza de su marido y a su propia anestesia como mujer. Mas ¿por qué fue en el anular de la mano izquierda en el que se hirió, siendo en el de la derecha donde se lleva el anillo de matrimonio? Su marido era doctor en Derecho, y siendo ella muchacha había sentido un secreto amor hacia un médico al que se sobrenombraba en broma «Doctor en Izquierdo». También el término «matrimonio de la mano izquierda» tiene una determinada significación.

2) Una joven soltera me dijo en una ocasión lo siguiente: «Ayer he roto, sin querer, en dos pedazos un billete de cien florines^[647] y he dado una de las dos mitades a una señora que había venido a visitarme. ¿Será esto también un acto sintomático?» Examinando el caso aparecieron los siguientes detalles: la interesada dedicaba una parte de su tiempo y de su fortuna a obras benéficas. Una de éstas era que, en unión de otra señora, sufragaba los gastos de la educación de un huérfano. Los cien florines eran la cantidad que dicha otra

señora le había enviado para tal objeto, y que ella había metido en un sobre y dejado provisionalmente encima del escritorio.

La visitante, una distinguida dama que colaboraba con ella en otras obras caritativas, había ido a pedirle una lista de nombres de personas de las que se podían solicitar apoyo para tales asuntos. No teniendo otro papel a mano, cogió mi paciente el sobre que estaba encima del escritorio y, sin reflexionar en lo que contenía, lo rompió en dos pedazos, de los cuales dio uno a su amiga con la lista de nombres pedida y conservó el otro con un duplicado de dicha lista. Obsérvese la absoluta inocencia de este inútil manejo. Sabido es que un billete no sufre ninguna minoración en su valor cuando se rompe, siempre que pueda reconstituirse por entero con los pedazos, y no cabía duda de que la señora no tiraría el trozo de sobre, dada la importancia que para ella tenían los nombres en él consignados, ni tampoco cuando descubriera el medio billete se apresuraría a devolverlo.

Pero entonces, ¿qué pensamientos inconscientes habían sido los que habían encontrado su expresión en este acto casual, hecho posible por un olvido? La dama visitante estaba en una bien definida relación con la cura que yo realizaba de la enfermedad que su joven amiga padecía, pues había sido la que me había recomendado como médico a la paciente, la cual, si no me equivoco, se halla muy agradecida a la señora por tal indicación. ¿Debería acaso representar aquel medio billete un pago por su mediación? Esto seguiría siendo aún muy extraño.

Mas a lo anterior se añadió nuevo material. Un día antes había preguntado una mediadora de un género completamente distinto, a un pariente de la joven, si ésta quería conocer a cierto caballero, y a la mañana siguiente, pocas horas antes de la visita de la señora, había llegado una carta de declaración del referido pretendiente, carta que había producido gran regocijo. Cuando la visitante comenzó después la conversación, preguntando por su estado de salud a mi paciente, pudo ésta muy bien haber pensado: «Tú me recomendaste el médico que me convenía; pero si ahora, y con igual acierto, me ayudas a hallar un marido (y un hijo), te estaría aún más reconocida». Este pensamiento reprimido hizo que se confundieran, en una sola, las dos mediadoras, y la joven alargó a la visitante los honorarios que en su fantasía estaba dispuesta a dar a la otra. Teniendo en cuenta que la tarde anterior había yo hablado a mi paciente de los actos casuales o sintomáticos, se nos mostrará la solución antedicha como la única posible, pues habremos de suponer que la joven aprovechó la primera ocasión que hubo de presentársele para cometer uno de tales actos.

Puede intentarse formar una agrupación de estos actos casuales y sintomáticos, tan extraordinariamente frecuentes, atendiendo a su manera de manifestarse y según sean habituales, regulares en determinadas circunstancias o aislados. Los primeros (como el jugar con la cadena del reloj, mesarse la barba, etc.), que pueden considerarse como una característica de las personas que lo llevan a cabo, están próximos a los numerosos movimientos llamados «tics», y deben ser tratados en unión de ellos. En el segundo grupo coloco el jugar con el bastón, trazar garabatos con un lápiz que se tiene en la mano, hacer resonar las monedas en los bolsillos, fabricar bolitas de miga de pan u otras materias plásticas y los mil y un arreglos del propio vestido. Tales juguetes, cuando se manifiestan durante el tratamiento psíquico, ocultan, por lo regular, un sentido y una significación a los que todo otro medio de expresión ha sido negado. En general, la persona que ejecuta estos actos no se da la menor cuenta de ellos, ni de cuándo continúa ejecutándolos en la misma forma que siempre y cuándo introduce en ellos alguna modificación. Tampoco ve ni oye sus efectos (por ejemplo, el ruido que producen las monedas al ser revueltas por su mano dentro del bolsillo), y se asombra cuando se le llama la atención sobre ellos. Igualmente significativos y dignos de la atención del médico son todos aquellos arreglos o modificaciones que, sin causa que los justifiquen, suelen hacer en los vestidos. Todo cambio en la acostumbrada manera de vestir, toda pequeña negligencia (por ejemplo, un botón sin abrochar) y todo principio de desnudez quieren expresar algo que el propietario del traje no desea decir directamente y de lo que, siendo inconsciente de ello, no sabría, en la mayoría de los casos, decir nada. Las circunstancias que rodean la aparición de estos actos casuales, los temas recientemente tratados en la conversación y las ideas que emergen en la mente del sujeto cuando se dirige su atención sobre ellos, proporcionan siempre datos suficientes, tanto para interpretarlos como para comprobar si la interpretación ha sido o no acertada. Por esta razón no apoyaré aquí, como de costumbre, mis afirmaciones con la exposición de ejemplos y de sus análisis correspondientes. Menciono, de todos modos, estos actos, porque opino que en los individuos sanos poseen igual significación que en mis pacientes neuróticos.

No puedo, sin embargo, renunciar a mostrar, por lo menos con un solo ejemplo^[648], cuán estrechamente ligado puede estar un acto simbólico habitual con lo más íntimo e importante de la vida de un individuo sano^[649].

»Como nos ha enseñado el profesor Freud, el simbolismo desempeña en la

vida infantil del individuo normal un papel más importante de lo que anteriores experiencias psicoanalíticas nos habían hecho esperar. A este respecto, posee el corto análisis siguiente un cierto interés, sobre todo por sus caracteres médicos:

Un médico encontró, al arreglar sus muebles y objetos en una nueva casa a la que se había trasladado, un estetoscopio recto de madera. Después de reflexionar un momento sobre dónde habría de colocarlo, se vio impelido a dejarlo a un lado de su mesa de trabajo y precisamente de manera que quedase entre su silla y aquélla en la que acostumbraba hacer sentarse a sus pacientes. Este acto era ya en sí algo extraño, por dos razones: primeramente, dicho médico no necesitaba para nada un estetoscopio (era un neurólogo), y las pocas veces que tenía que emplear tal aparato no utilizaba aquel que había dejado sobre la mesa, sino otro doble; esto es, para ambos oídos. En segundo lugar, tenía todos sus instrumentos profesionales metidos en armarios ex profeso y aquél era el único que había dejado fuera. No pensaba ya en esta cuestión, cuando un día una paciente que no había visto jamás un estetoscopio recto le preguntó qué era aquello. Él se lo dijo, y entonces ella preguntó de nuevo por qué razón lo había colocado precisamente en aquel sitio, a lo cual contestó el médico en el acto que lo mismo le daba que el estetoscopio estuviese allí o en cualquier otro lado. Sin embargo, esto le hizo pensar si en el fondo de su acto no existiría un motivo inconsciente, y siéndole conocido el método psicoanalítico, decidió investigar la cuestión.

El primer recuerdo que acudió a su memoria fue el de que siendo estudiante de Medicina le había chocado la costumbre observada por un médico del hospital de llevar siempre en la mano su estetoscopio recto, que jamás utilizaba, mientras hacía la visita a los enfermos de su sala. En aquella época había admirado mucho a dicho médico y le había profesado gran afecto. Más tarde, cuando llegó a ser interno en el hospital, adoptó también igual costumbre, y se hubiera sentido a disgusto si por olvido hubiera salido de su cuarto, para pasar la visita, sin llevar en la mano el preciado instrumento. La inutilidad de tal costumbre se mostraba no sólo en el hecho de que el único estetoscopio de que se servía siempre era otro doble, que llevaba en el bolsillo, sino también en que no la interrumpió cuando estuvo practicando en la sala de Cirugía, en la que para nada tenía que usar dicho aparato. La importancia de estas observaciones queda fijada y explicada en cuanto se descubre la naturaleza fálica de este acto simbólico.

El recuerdo siguiente fue el de que siendo niño le había llamado la atención la costumbre del médico de su familia de llevar un estetoscopio recto en el

interior de su sombrero. Encontraba entonces interesante que el doctor tuviera siempre a mano su instrumento principal cuando iba a visitar a sus pacientes y que no necesitara más que despojarse del sombrero (esto es, de una parte de su vestimenta) y «sacarlo». Durante su niñez había cobrado extraordinario afecto a este médico, y por medio de un corto autoanálisis descubrió que teniendo tres años y medio había construido una fantasía relativa al nacimiento de una hermanita y consistente en imaginar, primero, que la niña era suya y de su madre, y después, del médico y suya. Así, pues, en esta fantasía desempeñaba él, indistintamente, el papel masculino o el femenino. Recordó también que teniendo seis años había sido examinado por el referido médico y había experimentado una sensación de voluptuosidad al sentir próxima la cabeza del doctor, que le apretaba el estetoscopio contra el pecho mientras él respiraba con un rítmico movimiento de vaivén. A los tres años había padecido una enfermedad crónica del pecho, y tuvo que ser examinado repetidas veces, aunque esto ya no lo recordaba con precisión.

Posteriormente, teniendo ya ocho años, le impresionó mucho la confianza que le hizo otro muchacho de más edad de que el médico tenía la costumbre de acostarse con sus pacientes del sexo femenino. Realmente, existía fundamento para este rumor, y lo cierto es que todas las señoras de la vecindad, incluso su propia madre, veían con gran simpatía al joven y elegante doctor. También el médico del ejemplo presente había deseado sexualmente en varias ocasiones a enfermas a las que prestaba su asistencia, se había enamorado de clientes suyas y, por último, había contraído matrimonio con una de éstas. Es apenas dudoso que su identificación inconsciente con el tal doctor fuese la razón principal que le inclinó a dedicarse a la Medicina. Por otros análisis cabe afirmar que éste es, con seguridad, el motivo más frecuente de las vocaciones (aunque es difícil determinar con qué frecuencia). En el caso actual está condicionado doblemente. Primero, por la superioridad en varias ocasiones demostrada del médico sobre el padre del sujeto, del que éste sentía grandes celos, y en segundo lugar, por el conocimiento que el médico poseía de cosas prohibidas y las ocasiones de satisfacción sexual que se le presentaban.

Después apareció en el análisis el recuerdo de un sueño del que ya hemos tratado por extenso en otro lado^[650], sueño de clara naturaleza homosexual-masquista, en el cual un hombre, figura sustitutiva del médico, atacaba al soñador con una «espada». Ésta le recordó una parte de la saga nibelúngica en la

que Sigurd coloca su espada desnuda entre él y la dormida Brunilda. Igual situación aparece en la saga de Arthus, también conocida por el sujeto de este ejemplo.

Aquí se aclara ya el sentido del acto sintomático. El médico había colocado el estetoscopio sencillo entre él y sus pacientes femeninas, al igual que Sigurd su espada entre él y la mujer a la que no debía tocar. El acto era una formación transaccional; esto es, obedecía a dos impulsos: ceder en su imaginación al deseo reprimido de entrar en relación sexual con alguna bella paciente y recordarle, al mismo tiempo, que este deseo no podía realizarse. Era, para decirlo así, un escudo mágico contra los ataques de la tentación.

Añadiremos que en nuestro médico, siendo niño, hizo gran impresión el pasaje del *Richelieu*, de lord Lytton, que dice así:

*Beneath the rule of men entirely great.
The pen is mightier than the sword*^[651]

y que ha llegado a ser un fecundo escritor y usa para escribir una gran pluma estilográfica. Al preguntarle yo un día para qué necesitaba una pluma de tal tamaño, me respondió de un modo muy característico: ‘¡Tengo tantas cosas que expresar!... ’

Este análisis nos indica de nuevo lo mucho que los actos ‘inocentes’ y ‘sin sentido alguno’ nos permiten adentrarnos en los dominios de la vida psíquica y cuán tempranamente se desarrolla en esa vida psíquica la tendencia a la simbolización.

Puedo también relatar, tomándolo de mi experiencia psicoterápica, un caso en el que una mano que jugaba con un migote de pan tuvo toda la elocuencia de una declaración oral. Mi paciente era un muchacho que no había cumplido aún los trece años y hacía ya dos que padecía una grave histeria. Después de una larga e infructuosa estancia en un establecimiento hidroterápico, decidí someterle al tratamiento psicoanalítico. Suponía yo que el muchacho había hecho descubrimientos sexuales y que, como correspondía a su edad, se hallaba atormentado por interrogaciones de dicho orden; pero me guardé muy bien de acudir en su ayuda con aclaraciones o explicaciones hasta haber puesto a prueba mi hipótesis. Tenía, pues, gran curiosidad por ver cómo y por qué

manifestaciones se revelaba en él lo que yo buscaba. En esto me llamó un día la atención ver que amasaba algo entre los dedos de su mano derecha, la metía luego con ello en el bolsillo y seguía dentro de él su manejo, para volver luego a sacarla, etcétera. No le pregunté qué era aquello con que jugaba; pero él mismo me lo mostró abriendo de repente la mano, y vi que era un migote de pan todo sobado y aplastado. A la sesión siguiente volvió a traer su migote; pero entonces se dedicó, mientras conversábamos, a formar con trozos de él unas figuritas que despertaron mi curiosidad y que iba haciendo con increíble rapidez y teniendo cerrados los ojos. Tales figuritas eran, indudablemente, hombrecillos con su cabeza, dos brazos y dos piernas, como los groseros ídolos primitivos; pero tenían además, entre las piernas, un apéndice, al que el muchachito le hacía una larga punta. Apenas había terminado ésta, volvía a amasar el hombrecillo entre sus dedos. Luego, lo dejó subsistir; mas para ocultar la significación del primer apéndice agregó otro igual en la espalda, y después otro más en diversos sitios. Yo quise demostrarle que le había comprendido, haciéndole imposible al mismo tiempo la excusa de decir que en su actividad creadora no llevaba idea ninguna. Con esta intención le pregunté de repente si se acordaba de la historia de aquel rey romano que dio en su jardín a un enviado de su hijo una respuesta mímica a la consulta que éste le formulaba. El muchachito no quería acordarse de tal anécdota, a pesar de que tenía que haberla leído hacía poco tiempo y, desde luego, mucho más recientemente que yo. Me preguntó si era ésta la historia de aquel esclavo emisario al que se le escribió la respuesta sobre el afeitado cráneo. Le dije que no, que ésa era otra anécdota perteneciente a la historia griega, y le relaté aquélla a que yo me refería. El rey Tarquino el Soberbio había inducido a su hijo Sexto a entrar subrepticamente en una ciudad latina enemiga. Ya en ella, se había Sexto atraído algunos partidarios, y en este punto mandó a su padre un emisario para que le preguntase qué más debía hacer. El rey no dio al principio respuesta alguna, y llevando al emisario a su jardín, hizo que le repitiese su pregunta y cortó ante él, en silencio, las más altas y bellas flores de adormidera. El enviado no pudo hacer más que contar a Sexto la escena que había presenciado, y Sexto, comprendiendo a su padre, hizo asesinar a los ciudadanos más distinguidos de la plaza enemiga.

Durante mi relato suspendió el muchachito su manejo con la miga de pan, y cuando, al llegar el momento en que el rey lleva al jardín al emisario de su hijo, pronuncié las palabras «cortó en silencio», arrancó con rapidísimo movimiento la cabeza del hombrecillo que conservaba en la mano, demostrando haberme

comprendido y darse cuenta de que también yo le había comprendido a él. Podía, pues, interrogarle directamente, y así lo hice, dándole luego las informaciones que deseaba y consiguiendo con ello poner pronto término a su neurosis.

Los actos sintomáticos, que pueden observarse en una casi inagotable abundancia tanto en los individuos sanos como en los enfermos, merecen nuestro interés por más de una razón. Para el médico constituyen inapreciables indicaciones que le marcan su orientación en circunstancias nuevas o desconocidas, y el hombre observador verá reveladas por ellos todas las cosas y a veces muchas más de las que deseaba saber. Aquel que se halle familiarizado con su interpretación se sentirá en muchas ocasiones semejante al rey Salomón, que, según la leyenda oriental, comprendía el lenguaje de los animales. Un día tuve yo que visitar en casa de una señora a un joven, hijo suyo, al que yo desconocía totalmente. Al encontrarme frente a él me chocó ver en sus pantalones una gran mancha que por sus bordes rígidos y como almidonados reconocí en seguida ser de clara de huevo. El joven se disculpó, después de un momento de embarazo, diciéndome que por hallarse un poco ronco acababa de tomarse un huevo crudo, cuya resbaladiza albúmina se había vertido sobre su ropa. Para justificar tal afirmación me mostró un plato que había sobre un mueble y que contenía aún una cáscara de huevo. Con esto quedaba explicada la sospechosa mancha; pero cuando la madre nos dejó solos comencé a hablar al joven, dándole las gracias por haber facilitado de tal modo mi diagnóstico, y sin dilación ninguna tomé como materia de nuestro diálogo su confesión de que sufría bajo los efectos perturbadores de la masturbación.

Otra vez fui a visitar a una señora, tan rica como avariciosa y extravagante, que acostumbraba dar al médico el trabajo de buscar su camino a través de un embrollado cúmulo de lamentaciones antes de poder llegar a darse cuenta de los más sencillos fundamentos de su estado. Al entrar en su casa la hallé sentada delante de una mesita y dedicada a hacer pequeñas pilas de monedas de plata. Cuando me vio, se levantó y tiró al suelo algunas monedas. La ayudé a recogerlas, y luego corté sus acostumbradas lamentaciones con la pregunta: «¿Le cuesta a usted ahora mucho dinero su hijo político?» La señora me respondió con una irritada negativa; pero poco después se contradijo, relatándome la lamentable historia de la continua excitación en que la tenían las prodigalidades de su yerno. Después no ha vuelto a llamarme. No puedo afirmar que siempre se

gane una amistad entre aquellas personas a las que se comunica la significación de sus actos sintomáticos.

El doctor J. E. G. van Emden (La Haya) comunica el siguiente caso de «confesión involuntaria por medio de un acto fallido» [Adición de 1919]:

«Al pagar mi cuenta en un pequeño restaurante de Berlín me afirmó el camarero que el precio de determinado plato había subido diez céntimos a causa de la guerra, a lo cual objeté que dicha elevación no constaba en la lista de precios. El camarero me contestó que ello se debía, sin duda, a una omisión, pero que estaba seguro de que lo que había dicho era cierto. Inmediatamente, y al hacerse cargo del importe de la cuenta, dejó caer por descuido ante mí, y sobre la mesa, una moneda de diez céntimos.

—Ahora es cuando estoy seguro —le dije— que me ha cobrado usted de más. ¿Quiere usted que vaya a comprobarlo a la caja?

—Permítame... Un momento.

Y desapareció presuroso.

Como es natural, no le impedí aquella retirada, y cuando, dos minutos después, volvió, disculpándose con que había confundido aquel plato con otro, le di los diez céntimos discutidos en pago de su contribución a la psicopatología de la vida cotidiana».

Aquel que se dedique a fijar su atención en la conducta de sus congéneres durante las comidas descubrirá en ellos los más interesantes e instructivos actos sintomáticos. [Este párrafo y los cuatro ejemplos siguientes son de 1912.]

El doctor Hans Sachs relata lo siguiente:

«En una ocasión me hallé durante la comida en casa de unos parientes míos que llevaban muchos años de matrimonio. La mujer padecía del estómago y tenía que observar un régimen muy severo. El marido se acababa de servir el asado, y pidió a su mujer, la cual no podía comer de dicho plato, que le alcanzara la mostaza. La señora se dirigió al aparador, lo abrió, y volviendo a la mesa, puso ante su marido la botellita de las gotas medicinales que ella tomaba. Entre el bote en forma de tonel que contenía la mostaza y la pequeña botellita del medicamento no existía la menor semejanza que pudiera explicar el error. Sin embargo, la mujer no notó su equivocación hasta que su marido, riendo, le llamó la atención sobre ella.

El sentido de este acto sintomático no necesita explicación».

El doctor Bernh. Dattner (Viena) comunica un precioso ejemplo de este género, muy hábilmente investigado por el observador:

«Un día me hallaba almorzando en un restaurante con mi colega H., doctor en Filosofía. Hablándome éste de las injusticias que se cometían en los exámenes, indicó de pasada que en la época en que estaba finalizando su carrera había desempeñado el cargo de secretario del embajador y ministro plenipotenciario de Chile. Después —prosiguió— fue trasladado aquel ministro, y yo no me presenté al que vino a sustituirle. Mientras pronunciaba esta última frase se llevó a la boca un pedazo de pastel con la punta del cuchillo; pero con un movimiento desmañado hizo caer el pedazo al suelo. Yo advertí en seguida el oculto sentido de aquel acto sintomático, y exclamé, dirigiéndome a mi colega, nada familiarizado con las cuestiones psicoanalíticas: ‘Ahí ha dejado usted perderse un buen bocado’. Mas él no cayó en que mis palabras podían aplicarse a su acto sintomático, y repitió con vivacidad sorprendente las mismas palabras que yo acababa de pronunciar: ‘Sí; era realmente un buen bocado el que he dejado perderse’. A continuación se desahogó, relatándome con todo detalle las circunstancias de la torpe conducta, que le había hecho perder un puesto tan bien retribuido.

El sentido de este simbólico acto sintomático queda aclarado teniendo en cuenta que, no siendo yo persona de su intimidad, sentía mi colega cierto escrúpulo en ponerme al corriente de su precaria situación económica, y entonces el pensamiento que le ocupaba, pero que no quería expresar, se disfrazó en un acto sintomático, que expresaba simbólicamente lo que tenía que ser ocultado, desahogando así el sujeto su inconsciente».

Los ejemplos que siguen muestran cuán significativo puede ser el acto de llevarnos sin intención aparente pequeños objetos que no nos pertenecen.

1. Doctor B. Dattner:

«Uno de mis colegas fue a hacer su primera visita, después de su matrimonio, a una amiga de su juventud, a la que profesaba gran afecto. Relatándome las circunstancias de esta visita, me expresó su sorpresa por no haber podido cumplir su deliberado propósito de emplear en ella muy pocos momentos. A continuación me contó un extraño acto fallido que en tal ocasión había ejecutado.

El marido de su amiga, que se hallaba presente, buscó en un momento determinado una caja de cerillas que estaba seguro de haber dejado poco antes

sobre la mesa. Mi colega había también registrado sus bolsillos para ver si por casualidad ‘la había guardado’ en ellos.

Por el momento no la encontró; pero algún tiempo después halló, en efecto, que se la había ‘metido’ en un bolsillo, y al sacarla le chocó la circunstancia de que no contenía más que una sola cerilla.

Un sueño que tuvo dos días después, y en cuyo contenido aparecía el simbolismo de la caja en relación con la referida amiga, confirmó mi explicación de que mi colega reclamaba con su acto sintomático sus derechos de prioridad, y quería representar la exclusividad de su posesión (una sola cerilla dentro)».

2. Doctor Hans Sachs:

«A nuestra criada le gusta muchísimo un pastel que solemos comer de postre. Esta referencia es indudable, pues es el único plato que le sale bien, sin excepción alguna, todas las veces que lo prepara. Un domingo, al servírnoslo a la mesa, lo dejó sobre el trinchero, retiró luego los platos y cubiertos del servicio anterior, colocándolos para llevárselos en la bandeja en que había traído el pastel, y a continuación, en vez de poner éste sobre la mesa, lo colocó encima de la pila de platos que en la bandeja llevaba, y salió con todo ello hacia la cocina. Al principio creímos que había encontrado algo que rectificar en el postre; mas al ver que no volvía, la llamó mi mujer y le pregunto: ‘Betty, ¿qué pasa con el pastel?’ La muchacha contestó sin comprender: ‘¿Cómo?’ Y tuvimos que explicarle que se había llevado el postre sin servirlo. Lo había puesto en la bandeja, trasladado a la cocina y dejado en ella ‘sin darse cuenta’.

Al día siguiente, cuando nos disponíamos a comer lo que del pastel había sobrado la víspera, observó mi mujer que la muchacha había despreciado la parte que de su manjar preferido le correspondía.

Preguntada por qué razón no había probado el pastel, respondió con algún embarazo que no había tenido gana.

La actitud infantil de la criada es muy clara en ambas ocasiones. Primero, la pueril glotonería, que no quiere compartir con nadie el objeto de sus deseos, y luego, la reacción despechada, igualmente pueril: ‘Si no me lo dais, podéis guardarlo todo para vosotros. Ahora ya no lo quiero’».

Los actos casuales o sintomáticos que aparecen en la vida conyugal tienen con frecuencia grave significación y podrían inducir a aquellos que no quieren ocuparse de la psicología de lo inconsciente a creer en los presagios. [Ad. 1907.]

El que una recién casada pierda, aunque sea para volver a encontrarlo enseguida, su anillo de bodas, será siempre un mal augurio para el porvenir del

matrimonio. Conozco a una señora, hoy separada de su marido, que en varias ocasiones firmó documentos relativos a la administración de su fortuna con su nombre de soltera, y esto muchos años antes que la separación le hiciera volver a tener que adoptarlo de nuevo. Una vez me hallaba yo en casa de un matrimonio recién casado, y la mujer me contó riendo que al día siguiente a su regreso del viaje de novios había ido a buscar a su hermana soltera para salir con ella de compras, como antes de casarse acostumbraba hacerlo, mientras su marido se hallaba ocupado en sus negocios. De repente había visto venir a un señor por la acera opuesta, y llamando la atención a su hermana, le había dicho: «Mira, ahí va el señor L», olvidando que tal señor era desde hacía algunas semanas su marido. Al oír esto sentí un escalofrío; pero por entonces no sospeché que pudiera constituir un dato sobre el porvenir de los cónyuges. Años después recordé esta pequeña historia cuando supe que el tal matrimonio había tenido un desdichadísimo fin.

3. A. Maeder [Adición de 1910]:

De los notables trabajos de Alphonse Maeder (Zurich)^[652], publicados en lengua francesa, transcribo la siguiente observación, que también hubiera podido ser incluida entre los «olvidos»:

«Una señora nos contaba recientemente que cuando se fue a casar había olvidado probarse el traje de novia y que no se acordó de que tenía que hacerlo hasta las ocho de la noche anterior a la ceremonia nupcial, cuando la costurera desesperaba ya de que fuera a la prueba. Este detalle muestra suficientemente que la novia no cifraba mucha felicidad en ponerse el traje de boda y que trataba de olvidar una representación que le resultaba penosa. Hoy en día se halla divorciada^[653]».

Un amigo mío que ha aprendido a atender a los pequeños signos, me contó que la gran actriz Eleonora Duse introducía en la interpretación de uno de los tipos por ella creados un acto sintomático, lo cual prueba lo por entero que se entregaba a su papel. Se trataba de un drama de adulterio. La mujer, después de una violenta escena con su marido, se halla sola, abstraída en sus pensamientos, y el seductor no ha llegado todavía. En este corto intervalo jugaba la Duse con el anillo nupcial que llevaba al dedo, quitándoselo y poniéndoselo. Con este acto revelaba estar pronta a caer en los brazos del otro. [Ad. 1907.]

4. Theodor Reik [Agregado en 1917]:

Aquí viene bien lo que Th. Reik comunica sobre otros actos sintomáticos en

los que el anillo desempeña un principal papel (*Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*, II, 1915):

«Conocemos los actos sintomáticos que llevan a cabo las personas casadas quitándose y poniéndose el anillo de matrimonio. Mi colega M. ejecutó en una ocasión una serie de actos sintomáticos análogos. Una muchacha a quien él quería le había regalado un anillo, diciéndole que no lo perdiera, pues si así sucedía lo consideraría ella como signo de que ya no la amaba. En la época que siguió a este regalo padeció M. una constante preocupación de no perderlo. Si, por ejemplo, se lo quitaba para lavarse las manos, lo dejaba casi siempre olvidado, y a veces necesitaba estar buscándolo mucho tiempo para volver a encontrarlo. Cuando echaba alguna carta en un buzón no podía nunca reprimir un ligero miedo de que sus dedos tropezasen contra los bordes de aquél y se cayera dentro la sortija. Una de estas veces obró, en efecto, tan desmañadamente, que el anillo cayó al fondo del buzón. La carta que echaba cuando esto le ocurrió contenía una despedida a una anterior amada suya, hacia la que se sentía culpable. Al mismo tiempo despertó en él una añoranza de esta mujer, que fue a ponerse en conflicto con su inclinación por el actual objeto de su amor».

En este tema del «anillo» se ve de nuevo cuán difícil es para el psicoanalítico hallar algo nuevo, algo que un poeta no haya sabido antes que él. En la novela *Ante la tormenta*, de Fontane, dice el consejero de Justicia Turgany, presenciando un juego de prendas: «¿Querrán ustedes creer, señoras mías, que en este juego se revelan, al entregar las prendas, los más profundos secretos de la Naturaleza?» Entre los ejemplos con que ratifica su afirmación hay uno que merece especialmente nuestro interés. «Recuerdo —dice— que una señora, ya *jamona*, mujer de un profesor, se quitó varias veces el anillo de boda para darlo como prenda. Háganme ustedes el favor de figurarse la felicidad conyugal que debía de reinar en aquella casa». Más adelante continúa diciendo: «En la misma reunión se hallaba un señor que no se cansaba de depositar su cortaplumas inglesa —diez hojas, sacacorchos y eslabón— en el regazo de la señora encargada de recoger las prendas, hasta que el tal monstruo de diez hojas, después de haber enganchado y desgarrado varios vestidos de seda, tuvo que desaparecer ante un clamor de indignación general».

5. No ha de extrañarnos que un objeto de tan rica significación simbólica como el anillo sea utilizado en significativos actos fallidos también cuando no tiene el carácter de anillo nupcial o esponsalicio y no representa, por tanto, un lazo erótico. El doctor M. Kardos ha puesto a mi disposición el siguiente

ejemplo de un incidente de esta clase:

«Hace varios años que mantengo un ininterrumpido trato con un individuo mucho más joven que yo, el cual participa de mis empeños espirituales y se halla con respecto a mí en relación de discípulo a maestro. Un día le regalé un anillo, que le ha dado ya ocasión de ejecutar varios actos sintomáticos, los cuales han surgido cada vez que en nuestras relaciones ha aparecido alguna circunstancia que ha despertado su disconformidad. Hace poco me comunicó el siguiente caso, especialmente transparente. Había dejado de venir a verme el día que semanalmente teníamos señalado para ello, excusándose con un pretexto cualquiera y siendo la verdadera causa una cita que le había dado una muchacha para aquel mismo día. A la mañana siguiente se dio cuenta, estando ya lejos de su casa, de que no llevaba el anillo que yo le había regalado; pero no se inquietó por ello, suponiendo que lo habría dejado olvidado sobre la mesilla de noche, donde acostumbraba colocarlo al acostarse, y que lo encontraría a su regreso. Mas al volver a casa vio que tampoco se hallaba el anillo en el sitio indicado, y empezó entonces a buscarlo por todas partes, con igual resultado negativo. Por último, se le ocurrió que como solía dejar todas las noches, desde hacía más de un año, el anillo y una navajita en el mismo lugar, podía haber cogido ambas cosas juntas por la mañana y haberse metido también ‘por distracción’ la sortija en el mismo bolsillo que la navaja. En efecto, esto era lo que había sucedido.

»El anillo en el bolsillo del chaleco es el proverbial manejo de todo hombre que se propone engañar a la mujer que se lo regaló. El sentido de culpabilidad que surgió en mi discípulo le indujo primero a un autocastigo (‘No eres ya digno de llevar esa sortija’), y en segundo lugar, a la confesión de la pequeña infidelidad cometida, confesión que surgió al relatarme su acto fallido, o sea la pérdida temporal del objeto por mí regalado».

Conozco también el caso de un señor ya de edad madura que se casó con una muchacha muy joven y decidió no salir de viaje en el mismo día, sino pasar la noche de bodas en un hotel de la ciudad. Apenas llegó a éste, advirtió asustado que no llevaba la billetera, en la que había metido el dinero destinado al viaje de bodas, y que, por tanto, la debía haber perdido o dejado olvidada en algún sitio. Por fortuna, pudo aún telefonear a su criado, el cual halló la billetera en su bolsillo del traje que había llevado el novio en la ceremonia y cambiado luego por uno de viaje, y fue en seguida al hotel, entregándosela al recién casado que tan «desprovisto de medios» entraba en la vida matrimonial. En la noche de bodas permaneció también, como él ya lo temía, «desprovisto de medios»

(impotente).

Es consolador el pensar que la «pérdida de objetos» constituye una insospechada exención de un acto sintomático y que, por tanto, tiene que resultar, en último término, vista con agrado por una secreta intención del perdidoso. Con frecuencia la pérdida no es más que una expresión de lo poco que se aprecia el objeto perdido o de una secreta repugnancia hacia el mismo o hacia la persona de quien proviene. Sucede también que la tendencia a la pérdida se transfiere al objeto perdido desde otros objetos de mayor importancia y por medio de una asociación simbólica. La pérdida de objetos valiosos sirve de expresión a muy diversas sensaciones y puede representar simbólicamente un pensamiento reprimido —esto es, recordarnos algo que preferiríamos quedase olvidado— o, y esto ante todo, representar un sacrificio a las oscuras potencias del Destino, cuyo culto no se ha extinguido todavía entre nosotros.

Los siguientes ejemplos ilustrarán estas consideraciones sobre la «pérdida de objetos»:

Doctor B. Dattner. [Adición de 1912]:

«Un colega me comunicó que había perdido de un modo especial un lapicero metálico que poseía hacía ya dos años y al que por su cómodo uso y excelente calidad había tomado cariño. Sometido el caso al análisis, se revelaron los hechos siguientes: el día anterior había recibido una carta extraordinariamente desagradable de su cuñado, carta que terminaba con esta frase: ‘Por ahora no tengo ganas ni tiempo de apoyar tu ligereza y tu holgazanería’. La poderosa reacción emotiva que esta carta produjo en mi colega le hizo apresurarse a sacrificar al día siguiente el cómodo lapicero —*regalo* de su cuñado— para no tener que deber favor ninguno».

Una señora, conocida mía, se abstuvo, como es comprensible, de ir al teatro durante su luto por la muerte de su anciana madre. Al faltar ya muy pocos días para el término del año de luto riguroso, se dejó convencer por las reiteradas instancias de sus amigos y adquirió una localidad para una representación de extraordinario interés; pero luego, al llegar al teatro, descubrió que había perdido su billete. Después supuso que lo había tirado en unión del billete del tranvía al bajar de éste. Esta señora se precia, de ordinario, de no perder nunca nada por descuido o distracción, y, por tanto, debe aceptarse la existencia de un motivo en otro caso de «pérdida» que le sucedió, y es el siguiente:

Habiendo llegado a un balneario, decidió hospedarse en una pensión en la que ya había estado otra vez. Recibida como antigua conocida de la casa, fue

bien hospedada, y cuando quiso satisfacer el importe de su estancia se le dijo que debía considerarse como invitada, no teniendo, por tanto, nada que pagar, cosa que no lo encontró propio. Sólo se le consintió que dejase una propina destinada a la camarera que le había servido. Para hacerlo así abrió su bolso y extrajo de él un billete, que dejó sobre la mesa de su cuarto. Por la noche el criado de la pensión fue a llevarle otro billete de cinco marcos que había hallado debajo de la mesa y que, según creía la dueña de la pensión, debía de pertenecerle. Este billete tuvo que caer al suelo al sacar del bolso el otro para la camarera. La señora no quería, pues, dejar de pagar su cuenta.

En un largo estudio (*La «pérdida de objetos» como acto sintomático*, en *Zentralblatt f. Psychoanalyse*. I, 10-11) ha declarado Otto Rank, con ayuda de análisis de sueños, la profunda motivación de estos actos y la tendencia sacrificadora que constituye su fundamento^[654]. Es muy interesante, en el referido trabajo de Rank, su afirmación de que no sólo el perder objetos aparece determinado, sino también el encontrarlos. La observación de Rank, que a continuación transcribo, nos da el sentido en que su hipótesis debe comprenderse. Es claro que en los casos de «pérdidas» se conoce el objeto, y, por el contrario, en los de «hallazgos» es aquél el que tiene que ser buscado (*Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*, III, 1915).

«Una muchacha que dependía económicamente de sus padres deseaba comprarse un objeto de adorno. Al preguntar en una tienda por el precio del objeto deseado se enteró con desilusión de que sobrepasaba la cantidad a que ascendían sus ahorros. Tan sólo dos coronas eran las que le faltaban, privándola de aquella pequeña alegría. Melancólicamente regresó a su casa a través de las calles de la ciudad, llenas de animación en aquella hora crepuscular. En una de las plazas más frecuentadas fijó de pronto su atención —a pesar de que, según decía al relatar el suceso, iba abstraída en sus pensamientos— en un pequeño papel que había en el suelo y sobre el cual acababa de pasar sin haberlo visto antes. Se volvió y lo recogió, viendo con sorpresa que era un billete de dos coronas doblado por la mitad. Su primer pensamiento fue el de que aquel billete se lo había deparado el Destino para que pudiese comprarse el ansiado adorno, y emprendió de nuevo el camino hacia la tienda para seguir aquella indicación de la fortuna. Mas en el mismo momento cambió de intención, pensando que el dinero encontrado es un dinero de buena suerte que no debe gastarse.

El pequeño análisis necesario para la comprensión de este ‘acto casual’

puede llevarse a cabo sin la declaración personal de la interesada y deducirse directamente de los hechos. Entre los pensamientos que ocupaban a la muchacha al regresar a su casa tuvo que figurar en primer término el de su pobreza y estrechez material, pensamiento al que nos es lícito suponer que acompañaría el deseo de ver llegado algo que pusiese término a dicha situación. Por otro lado, la idea de cómo podía llegar con mayor facilidad a la obtención de la suma que le hacía falta para satisfacer su pequeño capricho tuvo que sugerirle la solución más sencilla, o sea la del 'hallazgo'. De este modo quedó sin inconsciente (o preconscious) dispuesto a 'hallar', aun cuando tal pensamiento no se hizo por completo consciente en ella, por estar ocupada su atención en otras cosas ('iba abstraída en sus pensamientos'). Podemos, pues, afirmar, fundándonos en análisis de otros casos semejantes, que la 'disposición a buscar' *inconsciente* puede conducirnos hasta un resultado positivo mucho antes que una atención conscientemente dirigida. Si no, sería casi inexplicable el que sólo esta persona, entre cientos de transeúntes y yendo además en condiciones desfavorables por la escasa luz crepuscular y la aglomeración, pudiese hacer un hallazgo del que ella misma fue la primera en quedar sorprendida. El extraño hecho de que después del hallazgo del billete, y cuando, por tanto, su disposición había llegado a ser superflua y había ya escapado con toda seguridad a la atención consciente, hiciese la muchacha un nuevo hallazgo, consistente en un pañuelo, antes de llegar a su casa y en una oscura y solitaria calle de las afueras de la ciudad, nos muestra en qué alta medida existía en ella esta inconsciente o preconscious disposición a encontrar».

Hay que convenir en que precisamente estos actos sintomáticos nos dan a veces el mejor acceso al conocimiento de la íntima vida psíquica del hombre.

Expondré ahora un ejemplo de acto casual que sin necesidad de someterlo al análisis mostró una profunda significación, ejemplo que aclara maravillosamente las condiciones bajo las cuales pueden aparecer tales síntomas sin llamar la atención y del que puede deducirse una observación de gran importancia práctica.

En el curso de un viaje veraniego tuve que pasar unos cuantos días en cierta localidad en espera de que vinieran a reunírseme en ella determinadas personas con las que pensaba proseguir mi viaje. En tales días hice conocimiento con un hombre joven que, como yo, parecía sentirse allí solitario y que se me agregó gustoso. Hallándonos en el mismo hotel, se nos hizo fácil comer juntos y salir juntos a paseo. Al tercer día, después de almorzar, me comunicó de repente que

aquella tarde esperaba a su mujer, que llegaría en el expreso. Esto despertó mi interés psicológico, pues me había ya chocado aquella mañana que mi compañero rehusase emprender una excursión algo larga y se negase luego, durante el breve paseo que dimos, a subir por un camino, alegando que era demasiado pendiente y algo peligroso. Paseando luego por la tarde afirmó de pronto que yo tenía que sentir ya apetito y que no debía aplazar mi cena por causa suya, pues él iba a esperar a su mujer y cenaría luego con ella. Yo comprendí la indirecta, y me senté a la mesa, mientras él se dirigía a la estación.

A la mañana siguiente nos volvimos a encontrar en el *hall* del hotel. Me presentó a su mujer y añadió: «Almorzará usted con nosotros, ¿no?» Yo tenía que hacer aún una pequeña comisión en una calle cercana al hotel; pero aseguré que regresaría en seguida. Al entrar luego en el comedor vi que la pareja se había sentado al mismo lado de una pequeña mesa colocada junto a una ventana. Frente a ellos quedaba una única silla, sobre cuyo respaldo y cubriendo el asiento se hallaba un grande y pesado abrigo perteneciente al marido. Yo comprendí en seguida el sentido de esta colocación, inconsciente, pero, por lo mismo, más expresiva. Quería decir: «Aquí no hay sitio para ti. Ya no me haces falta». El marido no se dio cuenta de que yo permanecía en pie ante la mesa sin poder sentarme. La mujer, en cambio, sí lo notó, y dándole con el codo murmuró: «Has ocupado con tu abrigo el sitio del señor».

En este y otros casos análogos me he dicho siempre que los actos inintencionados tienen que ser de continuo un manantial de malas inteligencias en el trato entre los hombres. El que los ejecuta ignora en absoluto la intención a ellos ligada, y no teniéndola, por tanto, en cuenta, no se considera responsable de los mismos. En cambio, el que los observa utiliza, igual que los demás de su interlocutor, para deducir sus intenciones y propósitos, y de este modo llegar a averiguar de sus procesos psíquicos más de lo que aquél está dispuesto a comunicarle o cree haberle comunicado. El adivinado se indigna cuando se le muestran tales conclusiones deducidas de sus actos sintomáticos, y las declara infundadas, puesto que al ejecutar dichos actos le ha faltado la conciencia de la intención, quejándose de mala comprensión por parte de los demás. Observada con detenimiento tal incompreensión, se ve que reposa en el hecho de comprender demasiado bien y demasiado sutilmente.

Cuanto más «nerviosos» son dos hombres, tanto más pronto se darán motivos uno a otro para diferencias que los separen y cuyo fundamento negará cada cual con respecto a sí mismo con la misma seguridad con que lo afirmará

para el otro. Éste es el castigo de la insinceridad interior a la que permiten los hombres manifestarse bajo el disfraz de olvidos, actos de término erróneo y actos inintencionados, que sería mejor que se confesasen a sí mismos y confesasen a los demás cuando no pudieran ya dominarlos. Se puede afirmar, en general, que todos practicamos constantemente análisis psíquicos de nuestros semejantes y que a consecuencia de ello aprendemos a conocerlos mejor que cada uno de ellos a sí mismo. El estudio de las propias acciones y omisiones aparentemente casuales es el mejor camino para llegar a conocerse a sí mismo^[655].

De todos los poetas que han escrito algo sobre los pequeños actos sintomáticos y los rendimientos fallidos o los han utilizado en sus obras, ninguno ha reconocido con tanta claridad su secreta naturaleza ni les ha infundido una vida tan inquietante como Strindberg, cuyo genio fue ciertamente auxiliado en esta cuestión por su profunda anormalidad psíquica [Ad. de 1917].

El doctor Karl Weiss (Viena) ha llamado la atención sobre el siguiente trozo de una de las obras de Strindberg (*Internat. Zeitschrift für Psychoanalyse*, I, 1913, pág. 268):

«Al cabo de algún tiempo llegó realmente el conde y se acercó con serenidad a Esther, como si le hubiera dado cita.

—¿Has esperado mucho tiempo? —le preguntó con su voz velada.

—Seis meses; ya lo sabes —respondió Esther—. ¿Me has visto hoy?

—Sí. En el tranvía. Y te miré a los ojos de tal manera, que creía estar hablando contigo.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez.

—Sí. Creí que todo había terminado entre nosotros.

—¿Cómo?

—Todos los pequeños regalos que de ti había recibido se fueron rompiendo, y todos ellos de un modo misterioso. Pero esto es una antigua advertencia.

—¿Qué dices? Ahora recuerdo un gran número de casos de esta clase que yo creí casualidad. Una vez me regaló mi abuela unos lentes cuando aún estábamos en buenas relaciones. Eran de cristal de roca y se veía con ellos divinamente: una verdadera maravilla que yo trataba con todo cuidado. Un día *rompí* con la anciana, y ésta me tomó odio... La primera vez que después de esto me puse los lentes se cayeron los cristales sin causa ninguna. Creí en un simple desperfecto, y los mandé arreglar. Pero no; siguieron rehusando prestar su servicio, y tuve

que relegarlos a un cajón, del que luego desaparecieron.

—Es extraño que todo aquello que a los ojos se refiere sea lo que muestra una más sensible naturaleza. Un amigo me regaló una vez unos gemelos de teatro. Se adaptaban tan bien a mi vista, que era un placer para mí el usarlos. Mi amigo y yo nos convertimos en enemigos. Ya sabes tú que a esto se llega sin causa visible, como si le pareciese a uno que ya no se debe seguir unidos. Al querer utilizar después los gemelos me fue imposible ver claramente con ellos. El eje transversal resultaba corto, y ante mis ojos aparecían dos imágenes. No necesito decirte que ni el eje se había acortado ni tampoco había crecido la distancia entre mis ojos. Es un milagro que sucede todos los días y que los malos observadores no notan. ¿Explicación? *La fuerza psíquica del odio es mayor de lo que creemos*. La sortija que me diste ha perdido su piedra y no se deja reparar, no se deja. ¿Quieres ahora separarte de mí?...» (*Las habitaciones góticas*, pág. 258.)

También en el campo de los actos sintomáticos tiene que ceder la observación psíquica la prioridad a los poetas y no puede hacer más que repetir lo que éstos han dicho ya hace mucho tiempo. El señor Wilhelm Stross me llamó la atención sobre el siguiente trozo del *Tristram Shandy*, la conocida novela humorística de Lawrence Sterne (IV parte, cap. V):

«Y no me extraña nada que Gregorio Nacianceno, al observar los gestos rápidos y fugitivos de Juliano, predijese su apostasía. Ni que San Ambrosio despidiese a su amanuense por los incorrectos movimientos de su cabeza, que iba y venía como un látigo de trillar. Ni que Demócrito notase en seguida que Protágoras era un sabio por el hecho de ver cómo al hacer un haz de leña ponía los sarmientos más finos en medio. Hay mil rendijas que pasan así inadvertidas —continuó mi padre—, a través de las cuales una mirada penetrante puede descubrir de una vez el alma, y yo afirmo —añadió— que un hombre razonable no puede dejar su sombrero al entrar en una habitación o cogerlo para marcharse sin que se le escape algo que nos revele su íntimo ser».

[Adición de 1907.] He aquí aún una pequeña colección de diversos actos sintomáticos observados tanto en individuos sanos como neuróticos: un colega mío, ya de edad avanzada y al que disgusta mucho perder en los juegos de naipes, perdió una noche una crecida suma, que pagó sin lamentarse, pero dejando transparentar un particular estado de ánimo. Después de su marcha se descubrió que había dejado sobre la mesa casi todo lo que llevaba en los bolsillos: los lentes, la petaca y el pañuelo. Este olvido debe ser traducido en la

forma siguiente: «¡Bandidos! ¡Me habéis saqueado!»

Un sujeto que padecía de impotencia sexual en algunas ocasiones, pero no crónicamente, impotencia que tenía su origen en la intimidad de sus relaciones infantiles con su madre, me comunicó que tenía la costumbre de ornar algunos escritos y notas con una S, letra inicial del nombre de aquélla, y que no podía tolerar que las cartas que recibía de su casa anduviesen revueltas sobre su mesa con otra clase de correspondencia *non sancta*, sintiéndose forzado a conservar las primeras en sitio aparte.

Una señora joven abrió de repente un día la puerta del cuarto en el que recibo a mis pacientes antes que saliera de él la enferma que la precedía. En el acto se excusó diciendo lo había hecho «sin pensar», pero pronto se descubrió que le había impulsado a ello la misma curiosidad que en su infancia la llevaba a penetrar repentinamente en la alcoba de sus padres. Aquellas muchachas que están orgullosas de su bella cabellera saben siempre enredar tan hábilmente con sus horquillas y peinetas, que consiguen que en medio de la conversación se les suelte el pelo.

Muchos individuos que durante un reconocimiento o tratamiento médicos tienen que permanecer echados suelen desparramar por el suelo una cantidad mayor o menor de dinero que llevan en el bolsillo del pantalón, pagando así, según en lo que estiman, el trabajo del médico. Aquel que olvida en casa del médico algún objeto: lentes, guantes, bolsillo, etc., manifiesta con ello un sentimiento de gratitud o simpatía y su deseo de volver nuevamente. E. Jones dice: «Se puede medir el éxito con que un médico practica la psicoterapia por la colección que en un mes pueda hacer de sombrillas y paraguas, pañuelos y carteras olvidados en su casa por los clientes». Los más pequeños actos habituales llevados a cabo con un mínimo de atención, tales como dar cuerda al reloj antes de acostarse, apagar la luz al salir de una habitación, etc., están sometidos ocasionalmente a perturbaciones que demuestran la influencia de los complejos inconscientes sobre aquellas «costumbres» que se tienen por más arraigadas. Maeder relata en la revista *Coenobium* el caso de un médico interno de un hospital, que, estando de guardia y no debiendo abandonar su puesto, tuvo que hacerlo, sin embargo, por reclamarle en otro lado un asunto de importancia. Cuando volvió notó con sorpresa que había luz en su cuarto. Al salir se le había olvidado apagarla, cosa que jamás le había ocurrido antes. Reflexionando sobre el caso, halló en seguida el motivo a que obedecía su olvido. El director del hospital, que residía en él, debía deducir de la iluminación del cuarto de su

interno la presencia de éste. Un individuo, abrumado de preocupaciones y sujeto a temporales depresiones de ánimo, me aseguró que cuando por la noche se acostaba cansado de lo duro y penoso de su vida hallaba siempre, al despertarse por la mañana, que se le había parado el reloj por haberse olvidado de darle cuerda. Con tal olvido simbolizaba su indiferencia de vivir o no al día siguiente. Otro sujeto [Ad. de 1912] al que no conozco personalmente, me escribió: «Habiéndome ocurrido una dolorosa desgracia, se me pareció la vida tan penosa y desagradable que me imaginaba no hallar fuerza suficiente para mantenerme vivo al siguiente día, y en esta época me di cuenta de que casi a diario me olvidaba de dar cuerda al reloj, cosa que nunca había omitido y que llevaba a cabo mecánicamente al acostarme. Sólo me acordaba de hacerlo cuando al siguiente día tenía alguna ocupación importante o de gran interés para mí. ¿Será esto también un acto sintomático? No podría, si no, explicármelo». Aquel que, como Jung (*Sobre la psicología de la «dementia praecox»*, 1902, pág. 62), o como Maeder (*Une voie nouvelle en Psychologie: Freud et son école*, en *Coenobium*, Lugano, 1909), quiera tomarse el trabajo de prestar atención a las melodías que se tararean al descuido y sin intención hallará regularmente la relación existente entre el texto de la melodía y un tema que ocupa el pensamiento de la persona que la canta.

También la sutil determinación de la expresión del pensamiento en el discurso o en la escritura merece una observación cuidadosa. En general, se cree poder elegir las palabras con que revestir nuestro pensamiento o la imagen que ha de representarlo. Una más cuidadosa observación muestra tanto la existencia de otras consideraciones que deciden tal elección como también que en la forma en que se traduce el pensamiento se transparenta a veces un sentido más profundo y que el orador y escritor no se ha propuesto expresar. Las imágenes y modos de expresión de que una persona hace uso preferente no son, en la mayoría de los casos, indiferentes para la formación de un juicio sobre ella, y en ocasiones se muestran como alusiones a un tema que por el momento se retiene en último término, porque ha impresionado honradamente al orador. En una determinada época oí usar varias veces a un sujeto, en el curso de conversaciones teóricas, la expresión «Cuando le pasa a uno algo de repente por la cabeza». No me extrañó ver esta locución repetidas veces en boca del referido sujeto, pues sabía que poco tiempo antes había recibido la noticia de que un proyectil ruso había atravesado de parte a parte el gorro de campaña de su

hijo^[656].

X.—ERRORES

LOS errores de la memoria no se distinguen de los olvidos acompañados de recuerdo erróneo más que en un solo rasgo, esto es, en que el error (el recuerdo erróneo) no es reconocido como tal, sino aceptado como cierto. El uso del término «error» parece, sin embargo, depender todavía de otra condición. Hablamos de «errar» y no de «recordar erróneamente» en aquellos casos en que el material psíquico que se trata de reproducir posee el carácter de realidad objetiva, esto es, cuando lo que se quiere recordar es algo distinto de un hecho de nuestra vida psíquica propia, algo más bien que puede ser sometido a una confirmación o una refutación por la memoria de otras personas. Lo contrario a un error de memoria está constituido, en este sentido, por la ignorancia.

En mi libro *La interpretación de los sueños* me hice responsable de una serie de errores en citas históricas y, sobre todo, en la exposición de algunos hechos, errores de los que con gran sorpresa me di cuenta una vez ya publicada la obra. Después de examinarlos hallé que no eran imputables a ignorancia mía, sino que constituían errores de memoria explicables por medio del análisis.

1) En una de sus páginas señalé como lugar natal de *Schiller* la ciudad alemana de *Marburg*, nombre que lleva también una ciudad de Estiria. El error se encuentra en el análisis de un sueño que tuve durante una noche de viaje, y del cual me despertó la voz del empleado, que gritaba: ¡*Marburg!*, al llegar el tren a dicha estación. En el contenido de este sueño se preguntaba por un libro de *Schiller*. Éste no nació en la ciudad universitaria de *Marburg*, sino en una ciudad de Suabia llamada *Marbach*, cosa que jamás he ignorado.

2) En otro lugar se dice que Asdrúbal era el padre de Aníbal. Este error me irritó especialmente; pero, en cambio, fue el que más me confirmó en mi concepción de tales equivocaciones. Pocos lectores de mi libro estarán tan familiarizados como yo con la historia de los Barquidas, y, sin embargo, cometí ese error al escribir mi obra y no lo rectifiqué en las pruebas que por tres veces repasé con todo cuidado. El nombre del padre de Aníbal era Amílcar Barca. Asdrúbal era el de su hermano y también el de su cuñado y predecesor en el mando de los ejércitos.

3) También afirmé por error que *Zeus* había castrado y arrojado del trono a su padre, *Cronos*. Por error retrasé ese crimen en una generación, pues, según la mitología griega, fue *Cronos* quien lo cometió en la persona de su padre, *Urano*^[657].

¿Cómo se explica que mi memoria me suministrara sobre estos puntos datos erróneos, cuando, como pueden comprobar los lectores de mi libro, puso acertadamente a mi disposición en todo lo demás los materiales más remotos y poco comunes? ¿Y cómo pudieron escapárseme tales errores, como si estuviera ciego, en las tres cuidadosas correcciones de pruebas que llevé a cabo?

Goethe dijo de Lichtenberg: «Allí donde dice una chanza, yace oculto un problema». Algo análogo podría afirmarse de los trozos de mi libro antes transcritos: «Allí donde aparece un error, yace detrás una represión», o, mejor dicho, una insinceridad, una desfiguración de la verdad, basada, en último término, en un material reprimido. En efecto, en los análisis de los sueños que en dicha obra se exponen me había visto obligado, por la desnuda naturaleza de los temas a los que se referían los pensamientos del sueño, a interrumpir algunos análisis antes de llegar a su término verdadero, y otras veces a mitigar la osadía de un detalle indiscreto, desfigurándolo ligeramente. No podía obrar de otra manera ni cabía llevar a cabo selección ninguna si quería exponer ejemplos e ilustraciones. Ésta mi forzada situación provenía necesariamente de la particularidad de los sueños de dar expresión a lo reprimido, esto es, a lo incapaz de devenir consciente. A pesar de todo, quedó en mi libro lo suficiente para que espíritus más delicados se sintiesen ofendidos. La desfiguración u ocultación de los pensamientos que quedaban sin exponer y que yo conocía no pudo ser ejecutada sin dejar alguna huella. Lo que yo no quería decir consiguió con frecuencia abrirse camino, contra mi voluntad, hasta lo que había admitido como comunicable y se manifestó en ello en forma de errores que pasaron inadvertidos para mí. Los tres casos citados se refieren al mismo tema fundamental, y los errores son resultantes de pensamientos reprimidos relacionados con mi difunto padre.

1) Aquel que lea en uno de los sueños analizados encontrará francamente expuesto en parte, y podrá en parte adivinarlo por las indicaciones que allí constan, que interrumpí el análisis al llegar a pensamientos que hubieran contenido una poco favorable crítica de la persona de mi padre. En la continuación de esta cadena de pensamientos y recuerdos yace una enfadosa

historia, en la cual desempeñan principal papel unos libros y un compañero de negocios de mi padre llamado Marburg, nombre igual al de la estación de la línea de ferrocarriles del Sur, con el que me despertó el empleado del tren. En el análisis expuesto en mi libro quise suprimir, tanto para mí mismo como para mis lectores, al tal señor Marburg, el cual se vengó introduciéndose luego en donde nada tenía que hacer y transformando *Marbach*, nombre de la ciudad natal de Schiller, en *Marburg*.

2) El error de escribir Asdrúbal en vez de Aníbal, esto es, el nombre del hermano en lugar del del padre, se produjo por una asociación con determinadas fantasías relacionadas con Aníbal, construidas por mi imaginación en mis sueños de colegial, y con mi disgusto por la conducta de mi padre ante los «enemigos de nuestro pueblo». Podía haber proseguido y haber contado la transformación acaecida en mis relaciones con mi padre a causa de un viaje que hice a Inglaterra y en el que conocí a mi hermanastro, nacido de un anterior matrimonio de mi padre. Mi hermanastro tenía un hijo de mi misma edad, y mis fantasías imaginativas sobre cuán distinta sería mi situación si en vez de hijo de mi padre lo fuese de mi hermanastro no encontraron, por tanto, obstáculo ninguno referente a la cuestión de la edad. Estas fantasías reprimidas fueron las que falsearon, en el lugar en que interrumpí el análisis, el texto de mi libro, obligándome a escribir el nombre del hermano en lugar del del padre.

3) Atribuyo asimismo a la influencia de recuerdos referentes a mi hermanastro el haber retrasado en una generación el mitológico crimen de las deidades griegas. De las advertencias que mi hermanastro me hizo hubo una que retuve durante mucho tiempo en mi memoria. «No olvides —me dijo—, para regir tu conducta en la vida, que perteneces no a la generación siguiente a tu padre, sino a la otra inmediata posterior». Nuestro padre se había vuelto a casar ya en edad avanzada y llevaba, por tanto, muchos años a los hijos que tuvo en este segundo matrimonio. El error mencionado fue cometido por mí en un lugar de mi libro en que hablo precisamente del amor entre padres e hijos.

Me ha sucedido también algunas veces que amigos o pacientes, cuyos sueños había yo relatado o a los que aludía en análisis de otros sueños, me han advertido que en la exposición de mis investigaciones habían hallado algunas inexactitudes. Éstas consistían también siempre en errores históricos. Al examinar y rectificar estos casos me he convencido de que mi recuerdo de los hechos no se mostraba infiel más que en aquellas ocasiones en las que en la exposición del análisis había desfigurado u ocultado algo intencionadamente.

Así, pues, también hallamos aquí un *error inadvertido como sustitutivo de una ocultación o represión intencionadas*.

De estos errores originados por una represión hay que distinguir otros debidos a ignorancia real. Así, fue debido a ignorancia el que durante una excursión por Wachau creyera, al llegar a una localidad, que se trataba de la residencia del revolucionario *Fischhof*. En efecto, el lugar donde residía *Fischhof* se, llamaba también *Emmersdorf* pero no estaba situado en Wachau, sino en *Corintia*. Pero esto no lo sabía yo.

4)^[658] He aquí otro error vergonzoso, pero muy instructivo y que puede considerarse como un ejemplo de ignorancia temporal. Un paciente me recordó un día mi promesa de darle dos libros que yo poseía sobre Venecia, ciudad que iba a visitar en un viaje que pensaba hacer durante las vacaciones de Pascua. Yo le respondí que ya los tenía separados para entregárselos y fui a mi biblioteca para cogerlos. La verdad era que se me había olvidado buscarlos, pues no estaba muy conforme con el viaje de mi paciente, que me parecía una innecesaria interrupción del tratamiento y una pérdida económica para el médico. Al llegar a mi biblioteca eché un rápido vistazo sobre los libros para tratar de hallar los dos que había prometido prestar a mi cliente. Encontré uno titulado *Venecia, ciudad de arte*, y luego, queriendo buscar otra obra histórica, cogí un libro titulado *Los Médicis* y salí con ambos de la biblioteca para regresar a ella inmediatamente, avergonzado de mi error al haber creído por un momento que los Médicis tenían algo que ver con Venecia, a pesar de saber perfectamente lo contrario. Dado que había hecho ver a mi paciente sus propios actos sintomáticos, no tuve más remedio que salvar mi autoridad, que obrar con justicia y confesarle honradamente los ocultos motivos del disgusto que su viaje me causaba.

Puede admirarse, en general, el hecho de que el impulso de decir la verdad es en los hombres mucho más fuerte de lo que se acostumbra creer. Quizá sea una consecuencia de mi ocupación con el psicoanálisis la dificultad que experimento para mentir. En cuanto trato de desfigurar algo, sucumbo a un error o a otro funcionamiento fallido cualquiera, por medio del que se revela mi insinceridad, como en los ejemplos anteriores ha podido verse.

El mecanismo del error parece ser el más superficial de todos los de los funcionamientos fallidos, pues la emergencia del error muestra, en general, que la actividad psíquica correspondiente ha tenido que luchar con una influencia perturbadora, pero sin que haya quedado determinada la naturaleza del error por

la de la idea perturbadora, que permanece oculta en la oscuridad. Añadiremos aquí que en muchos casos sencillos de equivocaciones orales o gráficas debe admitirse el mismo estado de cosas. Cada vez que al hablar o al escribir nos equivocamos, debemos deducir la existencia de una perturbación causada por procesos psíquicos exteriores a la intención; pero hay también que admitir que la equivocación oral o gráfica sigue con frecuencia las leyes de la analogía, de la comodidad o de una tendencia a la aceleración, sin que el elemento perturbador consiga imprimir su carácter propio a las equivocaciones resultantes. El apoyo del material lingüístico es lo que hace posible la determinación de la falla, al mismo tiempo que le señala un límite.

Para que consten aquí algunos ejemplos de errores que no sean exclusivamente los míos personales, citaré todavía unos cuantos, que hubiera podido incluir igualmente entre las equivocaciones orales o los actos de término erróneo, pero que, dada la equivalencia de todas estas clases de rendimientos fallidos, no importa que sean incluidos en cualquiera de ellas.

5) En una ocasión prohibí a un paciente mío que hablara por teléfono con su amante, con la que él mismo deseaba romper, para evitar que cada nueva conversación hiciera más difícil la lucha interior que sostenía. Estaba ya decidido a comunicarle por escrito su irrevocable decisión, pero encontraba dificultades para hacer llegar la carta a sus manos. En esta situación, me visitó un día a la una de la tarde para comunicarme que había encontrado un medio de salvar dichas dificultades y preguntarme, entre otras cosas, si le permitía referirse a mi autoridad médica. A las dos, hallándose escribiendo la carta de ruptura, se interrumpió de repente y dijo a su madre: «Se me ha olvidado preguntar al doctor si debo dar su nombre en la carta». A continuación fue al teléfono, pidió un número y, cuando le pusieron en comunicación, preguntó: «¿Podría decirme si el señor doctor recibe en consulta después del almuerzo?» La respuesta fue un asombrado «¿Te has vuelto loco, Adolfo?», pronunciado con aquella voz que yo le había prohibido volver a oír. Se había «equivocado» al pedir la comunicación y había dado el número de su amante en vez del número del médico.

6)^[659] Una señora joven tenía que visitar a una amiga suya, recién casada, que vivía en la calle de Habsburgo (*Habsburgergasse*). Al referirse a esto durante la comida se equivocó y dijo que tenía que ir a la *calle* de Babenberg (*Babenbergergasse*). Sus familiares se echaron a reír al oírla, haciéndole notar su

error, o, si se quiere, su equivocación oral. Dos días antes se había proclamado la República en Viena; los colores nacionales, amarillo y negro, habían sido sustituidos por los antiguos^[660], rojo, blanco, rojo, y los *Habsburgos* habían sido destronados. La señora introdujo esta modificación en las señas de su amiga. En efecto, existe en Viena, y es muy conocida, una *avenida* de Babenberg (*Babenbergerstrasse*), pero ningún vienés la denominaría *calle* (*Gasse*).

7) En un lugar de veraneo, el maestro de escuela, un joven pobre como las ratas, pero de apuesta figura, hizo la corte a la hija de un propietario de la ciudad, que poseía allí una villa, consiguiendo enamorar a la muchacha de tal modo, que logró arrancar a sus padres el consentimiento para la boda, a pesar de la diferencia de posición y raza existente entre los novios. Así las cosas, el maestro escribió a su hermano una carta en la que le decía lo siguiente: «La tal muchacha no es nada bonita, pero sí muy amable, y con ello me basta. Lo que no te puedo decir aún es si me decidiré o no a casarme con una judía». Esta carta llegó a manos de la novia al mismo tiempo que el hermano se quedaba asombrado ante las ternezas amorosas que contenía la carta por él recibida. El que me relató este caso me aseguró que se trataba realmente de un error y no de una astucia encaminada a provocar la ruptura. También he conocido otro caso similar, en el que una anciana señora, descontenta de su médico y no queriendo decírselo francamente, utilizó este medio de cambiar las cartas para alcanzar su objeto, y esta vez sí puedo testimoniar que fue el error y no una astucia consciente lo que se sirvió de la conocida estratagema de comedia.

8)^[661] Brill relata el caso de una señora que, al preguntar a otra por la salud de una amiga común, la designó por su nombre de soltera. Al llamarle la atención sobre su error tuvo que confesar que no le era simpático el marido de su amiga y que el matrimonio de ésta le había disgustado.

9) Un caso de error que puede ser también considerado como de equivocación oral: Un hombre joven fue a inscribir en el Registro el nacimiento de su segunda hija. Preguntado por el nombre que le iba a poner, respondió que Ana, a lo cual repuso el empleado que cómo le ponía el mismo que a su primera hija. Como puede comprenderse, no era ésta su intención y rectificó el nombre en el acto, debiendo deducirse de tal error que la segunda hija no había sido tan bien recibida como la primera.

10)^[662] Añado aquí algunas otras observaciones de cambio de nombres, que pudieran también haber sido incluidas en otros capítulos de este libro.

Una señora tenía tres hijas, de las cuales dos se hallaban casadas hacía ya largo tiempo, mientras que la tercera esperaba aún la llegada del marido que el Destino le designase. Una amiga suya había hecho a las hijas casadas, en ocasión de su matrimonio, un igual regalo, consistente en un valioso servicio de plata para té. Siempre que la madre hablaba de este utensilio nombrada equivocadamente como dueña de él a la hija soltera. Se ve con toda claridad que este error expresa el deseo de la madre de ver casada a la hija que le queda. Supone, además, que también había de recibir el mismo regalo de boda.

Análogamente fáciles de interpretar son los frecuentes casos en que una madre confunde los nombres de sus hijas, hijos, yernos y nueras.

11) De una autoobservación del señor J. G., verificada durante su estancia en un sanatorio, tomo el siguiente precioso ejemplo de tenaz confusión de nombres:

«Mientras cenaba en el sanatorio dirigí, en el curso de una conversación que me interesaba poco y que era llevada en un tono por completo superficial, una frase especialmente amable a mi vecina de mesa. Ésta, una soltera ya algo madura, no pudo por menos de observar que aquella frase mía era una excepción, pues no solía mostrarme de costumbre tan amable y galante con ella; observación que era, por un lado, muestra de sentimiento y, por otro, un alfilerazo dirigido a otra muchacha que ambos conocíamos y a la que yo solía mostrar más atención.

Como es natural, comprendió en seguida la alusión. En el transcurso de la conversación que después se desarrolló tuve que hacerme llamar varias veces la atención por mi interlocutora, cosa que me fue harto penosa, por haber confundido su nombre con el de la otra muchacha, a la que no sin razón consideraba ella como su feliz rival».

12)^[663] Como un caso de «error» expondré aquí un suceso, grave en el fondo, que me fue relatado por un testigo presencial. Una señora había estado paseando por la noche con su marido y dos amigos de éste. Uno de estos últimos era su amante, circunstancia que los otros dos personajes ignoraban y no debían descubrir jamás. Los dos amigos acompañaron al matrimonio hasta la puerta de su casa y comenzaron a despedirse mientras esperaban que vinieran a abrir la puerta. La señora saludó a uno de los amigos dándole la mano y dirigiéndole unas palabras de cortesía. Luego se cogió del brazo de su amante y, volviéndose a su marido, quiso despedirse de él en la misma forma. El marido entró en la situación y, quitándose el sombrero, dijo con exquisita cortesía: «A los pies de

usted, señora». La mujer, asustada, se desprendió del brazo del amante y, antes que se abriera la puerta de su casa, tuvo aún tiempo de decir: «¡Parece mentira que pueda pasarle a uno una cosa así!» El marido era de aquellos que tienen por imposible una infidelidad de su mujer. Repetidas veces había jurado que en un caso tal peligraría más de una vida. Así, pues, poseía los más fuertes obstáculos internos para llegar a darse cuenta del desafío que el error de su mujer constituía.

13)^[664] He aquí un error cometido por un paciente mío y que, por repetirse después en sentido inverso, resulta especialmente instructivo: Tras una larga lucha interior se había decidido el joven a contraer matrimonio con una muchacha que le quería y a la que también él amaba. El día en que le comunicó su resolución la acompañó hasta su casa, se despidió de ella y tomó un tranvía, en el cual pidió al cobrador *dos boletos*. Medio año después, ya casado, siente que no puede acostumbrarse a la vida conyugal, duda de si ha hecho bien en casarse, echa de menos sus amistades de soltero y tiene mil cosas que reprochar a sus suegros. Una tarde fue a casa de éstos a recoger a su mujer, subió con ella en un tranvía y al acercarse al cobrador le pidió *un solo boleto*.

14)^[665] Maedernos relata un precioso ejemplo de cómo por medio de un error puede satisfacerse un deseo reprimido a disgusto («Nouvelles contributions», etcétera, en *Arch. de Psych.*, VI, 1908): «Un colega deseaba gozar por entero, y sin tener que ocuparse de nada, de un día de vacaciones, pero tenía precisamente que hacer una visita poco agradable en Lucerna, y después de largas vacilaciones se decidió ir a dicha ciudad. Para distraerse durante el viaje de Zurich a Goldau se puso a leer los periódicos. Al llegar a Goldau cambió de tren y prosiguió su lectura. Ya en marcha el tren, el revisor le advirtió que se había equivocado en el transbordo y, en vez de tomar el tren que iba a Lucerna, había subido en otro que regresaba a Zurich».

15) El doctor V. Tausk comunica, bajo el título *Rutas falsas*, un intento análogo, pero fracasado, de realización de un deseo reprimido por medio de un error (*Internat. Zeitschrift f. derztl. Psychoanalyse*, IV, 1916-17):

«Durante la campaña vine una vez desde el frente a Viena con permiso, y un antiguo cliente mío que se enteró de mi estancia en la capital me avisó para que fuese a visitarle, pues se hallaba enfermo en cama. Accedí a su petición y fui a verle, permaneciendo dos horas en su casa. Al despedirme me preguntó el enfermo cuánto me debía por mi visita.

—Estoy aquí sólo por unos días, hasta que acabe mi permiso —le contesté

—, y no visito ni ejerzo mi profesión durante ellos. Considere usted mi visita como un servicio amistoso.

El enfermo vaciló en aceptar mi oferta, sintiendo que no tenía derecho a considerar un servicio profesional como un favor gratuito; pero, por último, se decidió a hacerlo así, expresando, con una cortesía que le dictó su satisfacción ante el ahorro de su dinero, que, siendo yo perito en psicoanálisis, debía obrar siempre con acierto.

A mí mismo me entraron también pocos momentos después ciertas sospechas sobre la sinceridad de mi generosa conducta, y asaltado de dudas —que apenas admitían una solución equívoca—, tomé el tranvía eléctrico de la línea X. Después de un corto viaje en éste tranvía debía apearme de él para tomar el de la línea Y. Mientras esperaba que llegase este último olvidé la cuestión de mis honorarios y comencé a pensar en los síntomas que el paciente presentaba. Entre tanto llegó el tranvía que yo esperaba y monté en él. Mas en la primera parada tuve que apearme, pues, por error y sin darme cuenta, había tomado, en vez de un tranvía de la línea Y, uno de la línea X, que pasaba en dirección contraria y me hacía regresar, por tanto, hacia la casa del paciente al que no había querido cobrar honorarios ningunos. *Mi inconsciente, en cambio, quería ir a buscar tales honorarios».*

16) En una ocasión llevé yo también a cabo una habilidad semejante a la del sujeto del ejemplo 14. Había prometido a mi hermano mayor irle a visitar durante el verano a una playa de la costa inglesa en la que él se hallaba, y dado el poco tiempo de que podía disponer, me había obligado a hacer el viaje por el camino más corto y a no detenerme en ningún punto. Pedí a mi hermano que me concediera quedarme un día en Holanda, pero me lo negó, diciendo que después, al regresar, podía hacer lo que me pareciese. Así, pues, emprendí mi viaje desde Munich, pasando por Colonia, hasta Rotterdam y Hook, de donde, a medianoche, salía un barco para Harwich. En Colonia tenía que cambiar de tren, para tomar el rápido de Rotterdam. Descendí de mi vagón y me puse a buscar dicho rápido, sin lograr descubrirlo en parte alguna. Pregunté a varios empleados, fui enviado de un andén para otro, caí en una exagerada desesperación y, al cabo de todo esto, pude suponer que durante mis vanas investigaciones debía ya de haber salido el tren buscado. Cuando ello me fue confirmado reflexioné si debía quedarme aquella noche en Colonia, cosa a la que, entre otros motivos, me inducía un sentimiento familiar, pues, según una vieja tradición nuestra, unos antepasados míos se habían refugiado en esta

ciudad huyendo de una persecución contra los judíos. Sin embargo, resolví tomar un tren posterior para Rotterdam, adonde llegué muy entrada la noche, y, por tanto, tuve que pasar todo el día siguiente en Holanda. Esta estancia me permitió realizar un deseo que abrigaba hacía ya mucho tiempo: el de admirar los magníficos cuadros de Rembrandt existentes en La Haya y en el Museo Real de Amsterdam. Hasta la mañana siguiente, cuando, durante el viaje en un tren inglés, pude resumir mis impresiones, no surgió en mí el indudable recuerdo de haber visto en la estación de Colonia, a pocos pasos del sitio donde me apeé del tren y en el mismo andén, un gran cartel con la indicación «Rotterdam-Hook de Holanda». Allí esperaba con seguridad el tren en el que había debido continuar mi viaje. Si no se quiere admitir que, contra las órdenes de mi hermano, quería a toda costa admirar los cuadros de Rembrandt en mi viaje de ida, habrá que considerar el incidente como una inexplicable «ceguera» mía. Todo lo restante, mi bien fingida perplejidad y la emergencia de la pía intención familiar de quedarme aquella noche en Colonia, fue tan sólo un dispositivo destinado a encubrir mi propósito hasta que hubiera sido ejecutado por completo.

17) J. Stärcke expone (*l. c.*) otro caso observado en sí propio y en el que una «distracción» facilita la realización de un deseo al que el sujeto cree haber renunciado:

«En una ocasión tenía que dar en un pueblo una conferencia con proyecciones de diapositivas. Tal conferencia había sido fijada para un día determinado y después aplazada por ocho días. Este aplazamiento me fue comunicado en una carta, a la que contesté, anotando después en un memorándum la nueva fecha fijada. Debiendo ser la conferencia por la noche, me propuse llegar por la tarde a la localidad indicada para tener tiempo de hacer una visita a un escritor conocido mío que allí residía. Por desgracia, el día de la conferencia tuve por la tarde ocupaciones inexcusables y me fue preciso renunciar con gran sentimiento a la visita deseada. Al llegar la noche cogí un maletín lleno de placas fotográficas para las proyecciones y salí a toda prisa hacia la estación. Para poder alcanzar el tren tuve que tomar un taxi. (Es cosa que me sucede con gran frecuencia; mi innata indecisión a veces me ha obligado a tomar un automóvil para alcanzar el tren.) Al llegar a la localidad a que me dirigía me asombró no encontrar a nadie esperándome en la estación, según es costumbre cuando se va a dar una conferencia en tales pequeñas poblaciones. De pronto recordé que la fecha de la conferencia se había retrasado en una semana y que, siendo aquel día el primeramente fijado, había hecho un viaje inútil.

Después de maldecir de todo corazón mis ‘distracciones’ pensé en tomar el primer tren para regresar a mi casa; pero, reflexionando, hallé que tenía una gran ocasión para hacer la visita deseada. En el camino hacia la casa de mi amigo el escritor caí en que mi deseo de tener tiempo suficiente para visitarle era sin duda lo que había tramado toda aquella conspiración, haciéndome olvidar el aplazamiento de la conferencia. Mi apresuramiento para alcanzar el tren y el ir cargado con el pesado maletín lleno de placas eran cosas que sirvieron para que la intención inconsciente quedase mejor oculta detrás de ellas».

No se estará quizá muy propicio a considerar esta clase de errores aquí explicados como muy numerosos e importantes. Pero he de invitar a los lectores a reflexionar si no se tiene razón para extender estas mismas consideraciones a la concepción de los más importantes *errores de juicio* que los hombres cometen en la vida y en la ciencia. Sólo los espíritus más selectos y equilibrados parecen poder preservar la imagen de la realidad externa por ellos percibida de la desfiguración que sufre en su tránsito a través de la individualidad psíquica del perceptor.

XI.—ACTOS FALLIDOS COMBINADOS^[666]

DOS de los ejemplos últimamente expuestos, mi error al transportar los Médicis a Venecia y el del joven paciente mío que supo transgredir mi prohibición de hablar con su amante por teléfono, no han sido, en realidad, descritos con toda precisión, y un examen más detenido nos lo muestra como una unión de un olvido con un error. Esta misma unión puede señalarse con mayor claridad en otros ejemplos.

1) Un amigo mío me relató el siguiente suceso: «Hace algunos años me presté a ser elegido miembro del Comité de una cierta Sociedad literaria, creyendo que ésta me ayudaría a lograr fuese representado un drama del que yo era autor, y aunque no me interesaba gran cosa, asistía con regularidad a las sesiones que dicha Sociedad celebraba todos los viernes. Hace algunos meses quedó asegurada la representación de uno de mis dramas en el teatro F., y desde entonces *olvidé* siempre acudir a las referidas sesiones. Cuando leí su libro de usted sobre estas cuestiones me avergonzó de mi olvido, reprochándome haber abandonado a mis consocios ahora que ya no necesitaba de ellos, y resolví no

dejar de asistir a la reunión del viernes siguiente. Recordé de continuo este propósito hasta que llegó el momento de realizarlo y me dirigí al domicilio social. Al llegar ante la puerta del salón de actos me sorprendió verla cerrada. La reunión había celebrado ya y nada menos que dos días antes.

Me había equivocado de día y había ido en domingo».

2) El ejemplo siguiente es una combinación de un acto sintomático, con una pérdida temporal de un objeto, y ha llegado a mi conocimiento muy indirectamente, pero por conducto fidedigno.

Una señora hizo un viaje a Roma con su cuñado, artista de gran fama. Éste fue muy festejado por los alemanes residentes en dicha ciudad, y, entre otros regalos, recibió el de una antigua medalla de oro. La señora vio con disgusto que su cuñado no sabía apreciar el valor del artístico presente. Días después llegó a Roma su hermana, y ella retornó a su casa. Al deshacer el equipaje vio con sorpresa que —sin saber cómo— había metido en él la preciada medalla, e inmediatamente escribió a su cuñado comunicándoselo y anunciándole a su día siguiente se la restituiría, enviándosela a Roma. Pero cuando quiso hacerlo halló que había «perdido» u «ocultado» la medalla con tanta habilidad que por más que hizo no le fue posible encontrarla. Entonces sospechó la señora lo que su «distracción» significaba; esto es, su deseo de conservar el objeto para sí.

3)^[667] He aquí unos cuantos casos en que el acto fallido se repite tenazmente, cambiando cada vez de medios:

Jones (*l. c.*, pág. 483): Por motivos desconocidos para él, había Jones dejado sobre su mesa, durante varios días, una carta, sin acordarse de echarla. Por último, se decidió a hacerlo, pero al poco tiempo le fue devuelta por las oficinas de Correos, a causa de habersele olvidado consignar las señas. Corregida esta omisión, echó la carta, olvidándose esta vez de ponerle el sello. Después de esto no pudo dejar ya de ver su repugnancia a mandar dicha carta.

4) En una pequeña comunicación del doctor Karl Weiss (Viena) sobre un caso de olvido se describen muy precisamente los inútiles esfuerzos que se llevan a cabo para ejecutar un acto al que se opone una íntima resistencia (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 9): «El caso siguiente constituye una prueba de la persistencia con que lo inconsciente sabe llegar a conseguir su propósito cuando tiene algún motivo para impedir llegue a ejecución una intención determinada y de lo difícil que es asegurarse contra tales tendencias. Un conocido mío me rogó que le prestase un libro y que se lo llevase al siguiente

día. Accedí en el acto a su petición, sintiendo, sin embargo, un vivo disgusto cuya causa no pude explicarme al principio, pero que después se me apareció claramente. El tal sujeto me debía hacía muchos años una cantidad que, por lo visto, no pensaba devolverme. Recordando esto, dejé de pensar en la cuestión para no volverla a recordar, por cierto con igual sentimiento de disgusto, hasta la mañana siguiente. Entonces me dije: ‘Tu inconsciente ha de laborar para que olvides el libro. Pero tú no querrás parecer poco amable y, por tanto, harás todo lo posible para no olvidarlo’. Al llegar a casa envolví el libro en un papel y lo dejé junto a mí, sobre la mesa, mientras escribía unas cartas.

Pasado un rato me levanté y me marché. A poco recordé que había dejado sobre la mesa las cartas que pensaba llevar al correo. (Advertiré de paso que en una de éstas me había visto obligado a decir algo desagradable a una persona de la que en una futura ocasión había de necesitar.) Di la vuelta, recogí las cartas y volví a salir. Yendo ya en un tranvía, recordé que había prometido a mi mujer hacer una compra para ella y me satisfizo el pensar que no me causaría molestia ninguna complacerla, por ser poco voluminoso el paquete del que tenía que hacerme cargo. Al llegar a este punto surgió de repente la asociación ‘paquete-libro’, y eché de ver que no llevaba este último. Así, pues, no sólo lo había olvidado la primera vez que salí de casa, sino que tampoco lo había visto al recoger las cartas que se hallaban junto a él».

5) Iguales elementos hallamos en la siguiente observación de Otto Rank, penetrantemente analizada (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 5, 1912):

«Un individuo ordenado hasta la exageración y ridículamente metódico me relató la siguiente aventura que, dada su manera de ser, consideraba en absoluto extraordinaria. Una tarde, yendo por la calle, quiso saber la hora, y al echar mano al reloj vio que se lo había dejado en su casa, olvido en el que no recordaba haber incurrido nunca. Teniendo aquella tarde misma una cita, a la que deseaba acudir con toda puntualidad, y no quedándole ya tiempo para regresar a su casa en busca del reloj, aprovechó una visita que hizo a una señora amiga suya para rogarle le prestase uno, cosa tanto más hacedera cuanto que habían quedado en verse a la mañana siguiente a este día y, por tanto, podía entonces devolverle su reloj, como así lo prometió al tomarlo. Cuando, en efecto, a la siguiente mañana, fue a casa de la señora para efectuar la devolución prometida, vio con sorpresa que se había dejado en casa el reloj de la señora y, en cambio, había cogido el suyo propio. Entonces se propuso firmemente no dejar de llevárselo aquella misma tarde y cumplió su propósito; pero al salir de casa de la

señora y querer mirar la hora vio, ya con infinito asombro y enfado, que si se había acordado de traer el reloj prestado, había, en cambio, olvidado coger el suyo. Esta repetición de actos fallidos pareció al metódico y ordenado sujeto de un carácter tan patológico que me expresó su deseo de conocer su motivación psíquica. Estos motivos se encontraron en seguida, en cuanto en el interrogatorio psicoanalítico se llegó a la pregunta de si en el día crítico del primer olvido le había sucedido algo desagradable. A esta pregunta contestó el sujeto relatando que después de almorzar, y pocos momentos antes que saliera a la calle dejándose olvidado el reloj, había tenido una conversación con su madre en la que ésta le había contado que un pariente suyo, persona un tanto ligera y que ya le había costado muchas preocupaciones y desembolsos, había empeñado el reloj y luego había venido a solicitar dinero para sacarlo, diciendo que lo necesitaban en su casa. Esta manera, un tanto forzada, de sacarle el dinero había disgustado mucho a nuestro individuo y le había recordado, además, todas las contrariedades que desde muchos años atrás venía causándole el citado pariente. Su acto sintomático muestra, por tanto, múltiples determinantes. En primer lugar, constituye la expresión de una serie de pensamientos que viene a decir: ‘No me dejo yo sacar el dinero por tales medios, y si para ello es necesaria la intervención de un reloj, llegaré hasta dejar en casa el mío propio’. Mas como necesitaba su reloj para llegar con puntualidad a la cita que tenía aquella misma tarde, la intención expresada por dichos pensamientos no podía lograrse sino de una manera inconsciente, o sea por medio de un acto sintomático. En segundo lugar, el olvido expresa algo como: ‘Los continuos desembolsos que tengo que hacer por causa de ese inútil acabarán por arruinarme y hacerme dar todo lo que tengo’. Aunque, según la declaración del interesado, su enfado ante el incidente fue tan sólo momentáneo, la repetición del acto sintomático muestra que dicho sentimiento continuó actuando con intensidad en lo inconsciente, de un modo análogo a cuando con completa conciencia se dice: ‘Esto o aquello no se me quita de la cabeza’.^[668] Después de conocer esta actitud de lo inconsciente no puede extrañarnos que el reloj de la señora corriera luego igual suerte, aunque quizá esta transferencia sobre el ‘inocente’ reloj femenino fuera también favorecida por motivos especiales, de los cuales el más próximo es el de que al sujeto le hubiera probablemente gustado conservarlo en sustitución del suyo, que ya consideraba haber sacrificado, siendo ésta la causa de que olvidara devolverlo a la mañana siguiente. Quizá también hubiera deseado quedarse con el reloj

como un recuerdo de la señora. Aparte de todo esto, el olvido del reloj femenino le proporcionaba ocasión de hacer una segunda visita a su dueña, por la que sentía cierta inclinación. Teniendo de todas maneras que verla por la mañana, por haberlo acordado así con anterioridad, y para asunto en el que nada tenía que ver la devolución del reloj, le parecía rebajar la importancia que él concedía a dicha visita, utilizándola para entregar el objeto prestado. El doble olvido del propio reloj y la devolución del ajeno, hecha posible por el segundo olvido del otro, parecen revelar que nuestro hombre evitaba inconscientemente llevar ambos relojes a la vez, cosa que consideraba como una ostentación superflua que había de contrastar con la estrechez económica de su pariente. Por otro lado, ello constituía una autoadmonición ante su aparente deseo de contraer matrimonio con la referida señora, admonición que había de recordarle los inexcusables deberes que le ligaban a su familia (a su madre). Otra razón más para el olvido del reloj femenino puede buscarse en el hecho de que la noche anterior había temido que sus conocidas, que le sabían soltero, le vieran sacar un reloj de señora, y, por tanto, se había visto obligado a mirar la hora a hurtadillas, situación embarazosa en la que no quería volver a encontrarse y que evitaba dejándose el reloj en casa. Pero como tenía que cogerlo para devolverlo, resulta también aquí un acto sintomático, inconsciente ejecutado, que demuestra ser una formación transaccional entre sentimientos emocionales en conflicto, y una victoria, caramente pagada, de la instancia inconsciente».

He aquí algunas observaciones de J. Stärrcke (1916) [Ejemplos 6, 7 y 8]:

(6) *Pérdida temporal, rotura y olvido como expresión de una repugnancia reprimida.*

EN una ocasión me pidió mi hermano que le prestara unas cuantas fotografías de una colección que yo había reunido para ilustrar un trabajo científico: fotografías que él pensaba utilizar como proyecciones en una conferencia. Aunque por un momento tuve el pensamiento de que preferiría que nadie utilizase o publicase aquellas reproducciones, que tanto trabajo me había costado reunir, hasta que yo hubiera podido hacerlo por mí mismo, le prometí, sin embargo, buscar las negativas de las fotografías que necesitaba y sacar de ellas positivas para la linterna de proyección. Pero cuando me dediqué a buscar las negativas me fue imposible dar con ninguna de las que me había pedido. Revisé todo el montón de cajas de placas que contenían asuntos referentes a la

materia de que iba a tratar mi hermano y tuve en la mano más de doscientas negativas, sin encontrar las deseadas, cosa que me hizo suponer que no me hallaba, en realidad, nada dispuesto a acceder a lo que de mí se había solicitado. Después de adquirir conciencia de este pensamiento y luchar con él, observé que había puesto a un lado, sin revisar su contenido, la primera caja de las que formaban el montón, y precisamente esta caja era la que contenía las negativas tan buscadas. Sobre la tapa tenía una corta inscripción, que señalaba su contenido; inscripción que yo debía, probablemente, haber visto con una rápida mirada antes de apartar la caja a un lado.

Sin embargo, la idea contradictoria no pareció quedar vencida, pues sucedieron todavía mil y un accidentes antes de enviar las positivas a mi hermano. Una de ellas la rompí, apretándola entre los dedos, mientras la limpiaba por la parte del cristal (jamás antes había yo roto de esta manera ninguna placa). Luego, cuando hube hecho un nuevo ejemplar de esta misma placa, se me cayó de las manos y no se rompió porque extendí un pie y la recibí en él. Al montar las positivas en el depósito de la linterna de proyecciones se cayó aquél al suelo con todo su contenido, aunque, por fortuna, no se rompió nada. Por último, pasaron muchos días antes que lograra embalar todos los diapositivos y expedirlos definitivamente, pues, aunque todos los días hacía el firme propósito de verificarlo, todos los días se me volvía a olvidar.

(7) *Olvido repetido y acto fallido en la ejecución definitiva del acto olvidado.*

EN una ocasión tenía que enviar una postal a un conocido mío y lo fui olvidando durante varias fechas consecutivas. La causa de tales olvidos sospechaba yo fuese la siguiente: El referido sujeto me había comunicado en una carta que en el transcurso de aquella semana vendría a visitarme una persona a la que yo no tenía muchos deseos de ver. Una vez pasada dicha semana, y cuando ya se había alejado la perspectiva de tal visita, escribí, por fin, la postal debida, en la cual fijaba la hora en que se me podía ver. Al escribirla quise comenzar diciendo que no había contestado antes por pesar sobre mí una gran cantidad de *trabajo acumulado y urgente (Druckwerk)*; pero, por último, no dije nada de esto, pensando que nadie presta ya fe a tan vulgar excusa. Ignoro si esta pequeña mentira que por un momento me propuse decir tenía o no forzosamente que surgir a la luz; pero el caso es que cuando eché la postal en el buzón, la introduje, por error, en la abertura destinada a los *impresos (Druckwerk-*

Drucksachen).

(8) *Olvido y error*.

» **U**na muchacha fue una mañana que hacía un tiempo hermoso al “Ryksmuseum”, con el fin de dibujar en él. Aunque le hubiera gustado más salir a pasear y gozar de la hermosa mañana, se había decidido a ser aplicada y dibujar afanosamente. Ante todo, tenía que comprar el papel necesario. Fue a la tienda, situada a unos diez minutos del Museo, y compró lápices y otros útiles de dibujo, pero se le olvidó el papel. Luego se dirigió al Museo, y cuando ya lo había preparado todo y se sentó ante el tablero, dispuesta a empezar, se dio cuenta de su olvido, teniendo que volver a la tienda para subsanarlo. Una vez hecho esto se puso por fin a dibujar, avanzando con rapidez en su trabajo hasta que oyó dar al reloj de la torre del Museo una gran cantidad de campanadas, y pensó: “Deben de ser ya las doce.” Luego continuó trabajando hasta que el reloj dio otras campanadas, que la muchacha pensó ser las correspondientes a las doce y cuarto. Entonces recogió sus bártulos y decidió ir paseando a través de un parque hacia casa de su hermana y tomar allí el café. Al llegar frente al Museo Suasso vio con asombro que, en vez de las doce y media, no eran todavía más que las doce. Lo hermoso y atractivo de la mañana habían engañado a su deseo de trabajar y le habían hecho creer, al dar las once y media, que la hora que daba eran las doce, sin dejarla caer en la cuenta de que los relojes de torre dan también, al señalar los cuartos de hora, la hora que a éstos corresponde».

9)^[669] Como ya lo demuestran algunas de las observaciones antes expuestas, la tendencia inconscientemente perturbadora puede también conseguir su propósito, repitiendo con tenacidad la misma clase de funcionamiento fallido. Como ejemplo de este caso transcribiré una divertida historia, contenida en un librito titulado *Frank Wedekind y el teatro*, publicado por la casa editorial Drey Masken, de Munich, advirtiéndole que dejo al autor de tal libro toda la responsabilidad de la historieta, contada a la manera de Mark Twain.

En la escena más importante de la pieza en un acto *La censura*, de Wedekind, aparece la frase «El miedo a la muerte es un error intelectual» (*Denkfehler*). El autor, que sentía especial predilección por esta escena, rogó en el ensayo al actor a quien correspondía decir esa frase que antes de las palabras

«error intelectual» (*Denkfehler*) hiciera una pequeña pausa. En la representación, el actor entró por completo en su papel y observó la pausa prescrita, pero pronunció la frase en un tono festivo y dijo erróneamente: «El miedo a la muerte es una *errata*» (*Druckfehler*). Cuando al finalizar la obra preguntó el actor a Wedekind si estaba satisfecho de su interpretación del personaje, le contestó que no tenía nada que objetarle, pero que la frase referida era «El miedo a la muerte es un error intelectual (*Denkfehler*), y no una *errata* (*Druckfehler*)».

A la siguiente representación de *La censura* dijo el actor en el mismo tono festivo: ‘El miedo a la muerte es un *memorándum* (*Denkzettel*)’. Wedekind colmó de elogios a su intérprete: pero, de pasada y como cosa secundaria, le advirtió que la frase no decía que el miedo a la muerte era un *memorándum*, sino un error intelectual.

A la noche siguiente volvió a representarse *La censura*, y el actor, que ya había trabado amistad con Wedekind y había estado hablando con él sobre cuestiones de arte, volvió a decir con su gesto más festivo: «El miedo a la muerte es un impreso» (*Druckzettel*).

El cómico volvió a obtener la más calurosa aprobación del autor, y la obra se representó muchas veces más, pero Wedekind tuvo que renunciar a oír la palabra *Denkfehler*.

Rank (1912-1915) ha dedicado también su atención a las interesantísimas relaciones entre el acto erróneo y el sueño (*Zentralblatt für Psychoanalyse e Internat. Zeitschrift für Psychoanal.*, III, 1915), relaciones que no pueden descubrirse sin un penetrante y detenido análisis del sueño, que se agrega al acto fallido.

En una ocasión soñé, dentro de un más largo contexto, que había perdido mi portamonedas. A la mañana siguiente lo eche, en efecto, de menos al vestirme. La noche anterior, al desnudarme, se me había olvidado sacarlo del bolsillo del pantalón y colocarlo en el sitio en que acostumbraba hacerlo.

Así, pues, este olvido no me había pasado inadvertido, y probablemente estaba destinado a dar expresión a un pensamiento inconsciente, que se hallaba dispuesto para emerger en el sueño^[670].

No quiero afirmar que estos casos de actos fallidos combinados puedan enseñarnos algo nuevo que no pudiéramos ver ya en los actos fallidos simples; pero de todos modos, esta metamorfosis del acto fallido da, alcanzando igual resultado, la impresión plástica de una voluntad que tiende hacia un fin

determinado y contradice aún más enérgicamente la concepción de que el acto fallido sea puramente casual y no necesitado de explicación alguna. No es menos notable el hecho de que en los ejemplos expuestos sea imposible, para el propósito consciente, impedir el éxito del acto fallido. Mi amigo no consiguió asistir a la sesión de la sociedad literaria y la señora no pudo separarse de la medalla. Aquello desconocido que se opone a estos propósitos encuentra siempre una salida cuando se le obstruye el primer camino. Para dominar el motivo desconocido es necesario algo más que la contrarresolución consciente; es necesaria una labor psíquica que convierta lo desconocido en conocido a la conciencia.

XII. —DETERMINISMO, CREENCIA EN LA CASUALIDAD Y EN LA SUPERSTICION. CONSIDERACIONES

COMO resultado general de todo lo expuesto puede enunciarse el siguiente principio: *Ciertas insuficiencias de nuestros funcionamientos psíquicos — cuyo carácter común determinaremos a continuación más precisamente— y ciertos actos aparentemente inintencionados se demuestran motivados y determinados por motivos desconocidos de la conciencia cuando se los somete a la investigación psicoanalítica.*

Para ser incluido en el orden de fenómenos a los que puede aplicarse esta explicación, un funcionamiento psíquico fallido tiene que llenar las condiciones siguientes:

a) No exceder de cierta medida fijamente establecida por nuestra estimación y que designamos con los términos «dentro de los límites de lo normal».

b) Poseer el carácter de perturbación momentánea y temporal. Debemos haber ejecutado antes el mismo acto correctamente o sabernos capaces de ejecutarlo así en toda ocasión. Si otras personas nos rectifican al presenciar nuestro acto fallido, debemos admitir la rectificación y reconocer en seguida la incorrección de nuestro propio acto psíquico.

c) Si nos damos cuenta del funcionamiento fallido, no debemos percibir la menor huella de una motivación del mismo, sino que debemos inclinarnos a explicarlo por «inatención» o como «casualidades».

Quedan, pues, incluidos en este grupo los casos de olvido, los errores

cometidos en la exposición de materias que nos son perfectamente conocidas, las equivocaciones en la lectura y las orales y gráficas, los actos de término erróneo y los llamados actos casuales, fenómenos todos de una gran analogía interior. La explicación de todos estos procesos psíquicos tan definidos está ligada con una serie de observaciones que poseen en parte un interés propio.

A.—No admitir la existencia de representaciones de propósito definido como explicación de una parte de nuestros funcionamientos psíquicos supone desconocer totalmente la amplitud de la determinación en la vida psíquica. El determinismo alcanza aquí, y también en otros sectores, mucho más allá de lo que sospechamos. En 1900 leí un ensayo, publicado por el historiador de literatura R. M. Meyer en el *Zeit*, en el que se mantenía, ilustrándola con ejemplos, la opinión de que era completamente imposible componer intencionada y arbitrariamente algo falto en absoluto de sentido. Desde hace mucho tiempo sé que no es posible pensar un número ni un nombre con absoluta y total libertad voluntaria. Si se examina una cantidad cualquiera y de cualquier número de cifras, pronunciada con una aparente arbitrariedad y sin relacionarla con nada, se demostrará su estricta determinación, cuya existencia no se creía posible. Explicaré primero un ejemplo de nombre propio «arbitrariamente escogido» y luego otro análogo de una cifra «lanzada al azar».

1) Hallándome ocupado en redactar el historial de una paciente^[671] para publicarlo, me detuve a pensar qué nombre le daría a mi relato. La elección parecía fácil, dado el gran campo que para ella se me presentaba. Algunos nombres quedaban desde luego excluidos, entre ellos el verdadero, los pertenecientes a personas de mi familia, los cuales no me hubiera agradado usar, y, por último, algunos otros nombres femeninos poco o nada usuales. Era, pues, de esperar, y así lo esperaba yo, que se presentara a mi disposición toda una legión de nombres de mujer. Mas, en vez de esto, no emergió en mi pensamiento más que uno solo: *Dora*, sin que ningún otro lo acompañase. Entonces me pregunté cuál sería su determinación. ¿Quién se llamaba Dora? Mi primera ocurrencia fue la de que así se llamaba la niñera que estaba al servicio de mi hermana, ocurrencia que en un principio estuve a punto de rechazar como falsa. Pero poseo tanto dominio de mí mismo en estas cuestiones, o tanta práctica en analizar, que conservé con firmeza dicha idea y seguí dándole vueltas.

En seguida recordé un pequeño incidente ocurrido la noche anterior y que me reveló la determinación buscada. Sobre la mesa del comedor de casa de mi

hermana había visto una carta dirigida a la señorita Rosa W. Extrañado, pregunté quién de la casa se llamaba así, y se me dijo que el verdadero nombre de la niñera, a la que llamaban Dora, era Rosa, pero que al entrar al servicio de mi hermana había tenido que cambiárselo para evitar confusiones, pues mi hermana se llamaba también Rosa. Al oír esto había dicho yo compasivamente: «¡Pobre gente! Ni siquiera pueden conservar su nombre». Como ahora recordaba, permanecí luego un rato en silencio y me abstraí en graves reflexiones, cuyo contenido se sumió después en la oscuridad, pero fácilmente pude luego hacer volver a la conciencia. Cuando al día siguiente comencé a buscar un nombre para una persona que *no debía conservar el suyo propio*, no se me ocurrió otro que Dora. Esta exclusividad reposaba en una firme conexión del contenido, pues en la historia de mi paciente intervenía con una influencia decisiva la persona de una sirvienta, un ama de llaves.

Este pequeño incidente tuvo años después una inesperada continuación. Al exponer en cátedra la ya publicada historia patológica de la muchacha a quien yo había dado el nombre de Dora, se me ocurrió que una de las dos señoras que acudían a mis conferencias llevaba este mismo nombre, que tantas veces había yo de pronunciar en mis lecciones, ligándolo a las cosas más diversas, y me dirigí a mi joven colega, a la que conocía personalmente, con la excusa de que no había pensado en que se llamaba así, pero que estaba dispuesto a sustituir en mi conferencia dicho nombre por otro. Tenía, pues, que escoger rápidamente otro nombre, y al hacerlo pensé que debía evitar elegir el de la otra oyente y dar de este modo a mis colegas, ya versados en psicoanálisis, un mal ejemplo. Así, pues, me quedé muy satisfecho cuando, como sustitutivo de Dora, se me ocurrió el nombre de Erna, del cual hice uso en la conferencia. Después de ésta me pregunté de dónde provendría tal nombre, y tuve que echarme a reír cuando vi que la posibilidad temida había vencido, por lo menos parcialmente, al escoger el nombre sustitutivo. La otra oyente se llamaba de apellido *Lucerna*, del cual es *Erna* una parte.

2) En una carta a un amigo mío^[672] le comunicaba que había dado fin a la corrección de mi obra *La interpretación de los sueños* y que ya no cambiaría nada en ella, «aunque luego resultase que contenía 2467 erratas». En cuanto escribí esta frase intenté aclarar la aparición de la cifra en ella contenida y añadí a mi carta, en calidad de posdata, el pequeño análisis realizado. Lo mejor será copiar aquí dicha posdata, tal y como fue escrita recién verificado el análisis:

«Añadiré brevemente una contribución más a la psicopatología de la vida cotidiana. Habrás encontrado en mi carta la cifra 2467, como representativa de una jocosa estimación arbitraria de las erratas que podrán aparecer en la edición de mi *Interpretación de los sueños*. Quería indicar una gran cantidad cualquiera y se presentó aquélla espontáneamente. Pero en lo psíquico no existe nada arbitrario ni indeterminado. Por tanto, esperarás, y con todo derecho, que lo inconsciente se haya apresurado en este caso a determinar la cifra que la conciencia había dejado libre. En efecto, pero antes había leído en el periódico que el general E. M., persona que me inspira un determinado interés, había pasado a la reserva con el empleo de inspector general de Artillería.

En la época en que, siendo estudiante de Medicina, cumplía mi servicio militar en calidad de sanitario vino una vez E. M., entonces coronel, al hospital y dijo al médico: ‘Tiene usted que curarme en ocho días. Estoy encargado de una misión cuyo resultado espera el emperador’. Desde aquel día me propuse seguir el curso de la carrera de aquel hombre, y he aquí que hoy (1899) ha llegado al fin de la misma y pasa a la reserva con el grado antes dicho. Al leer la noticia quise calcular en cuánto tiempo había recorrido este camino y acepté como punto de partida el dato de que cuando le conocí en el hospital era el año 1882. Habían, pues, pasado diecisiete años. Relaté todo esto a mi mujer, la cual observó: ‘Entonces tú también debías estar ya en el retiro’, ante lo que protesté exclamando: ‘¡Dios me libre!’ Después de esta conversación me puse a escribirte. La anterior cadena de pensamientos continuó, sin embargo, su camino, muy justificadamente por cierto, pues mi cálculo había sido erróneo. Mi memoria me proporciona ahora un firmísimo punto de referencia, consistente en el prerrecurso de que celebré, estando arrestado por haberme ausentado sin permiso, mi mayoría de edad; esto es, el día en que cumplí los 24 años. Por tanto, el año de mi servicio militar fue el de 1880, y desde entonces han transcurrido diecinueve años y no diecisiete, como creí primero. Ya tienes aquí el número 24, que forma parte de 2467. Toma ahora el número de años que tengo hoy: 43; añade 24, y tendrás 67, la segunda parte de la cifra arbitraria. Esto quiere decir que, al oír la pregunta de mi mujer sobre si desearía retirarme yo de la vida activa, me deseé en mi fuero interno veintitrés años de trabajo. Seguramente me irritaba el pensamiento de que en el intervalo durante el cual había seguido el curso de la carrera del coronel M. no había hecho yo, por mi parte, toda la labor que hubiera deseado y, por otro lado, experimentaba una sensación como de triunfo al ver que para él había terminado todo, mientras que

yo lo tenía aún ante mí. Podemos, pues, decir con absoluto derecho que ni uno sólo de los elementos de la cifra 2467 carecía de su determinación inconsciente».

Después de este primer ejemplo de interpretación de una cantidad arbitrariamente elegida en apariencia, he repetido muchas veces igual experimento con idéntico resultado; pero la mayoría de tales casos son de un contenido tan íntimo, que no es posible publicarlo.

3) Por esta misma razón no quiero dejar de exponer aquí^[673] un interesantísimo análisis de «cantidad arbitraria», comunicado al doctor Alfred Adler (Viena) por un individuo conocido suyo y perfectamente sano^[674]: A. me escribe:

Anoche me dediqué a leer la *Psicopatología de la vida cotidiana*, y la hubiera terminado si no me lo hubiera impedido una curiosa incidencia. Al llegar a la parte en que se dice que todo número que con aparente arbitrariedad hacemos surgir de nuestra conciencia tiene una significación bien definida, resolví hacer una prueba de ello. Se me ocurrió el número 1734. Rápidamente aparecieron las siguientes asociaciones: 1734: 17 = 102; 102: 17 = 6. Después separé el número en 17 y 34. Tengo 34 años y, como ya creo haberle dicho a usted, considero esta edad como el último año de la juventud, lo cual hizo que el día de mi pasado cumpleaños me sintiera grandemente melancólico. Al final de mis 17 años comenzó para mí un bello e interesante período de mi desarrollo espiritual. Tengo el principio de dividir mi vida en períodos de 17 años. ¿Qué significan, pues, las divisiones efectuadas? Mi asociación al número 102 fue el volumen 102 de la Biblioteca Universal Reclam, volumen que contiene la obra de Kotzebue titulada *Misanropía y remordimientos*.

Mi actual estado psíquico es en realidad de misantropía y remordimiento. El volumen número 6 de la Biblioteca (sé de memoria las obras que corresponden al número de orden de muchos volúmenes) contiene la *Culpa*, de Müllner. El pensamiento de que por mi 'culpa' no he llegado a ser todo lo que conforme a mis aptitudes hubiera podido es algo que me atormenta de continuo. La asociación siguiente fue que el volumen número 34 de la Biblioteca Universal contenía una narración del mismo Müllner titulada *Der Kaliber*. Dividí esta palabra en Ka-liber, y mi primera asociación fue el pensamiento de que en ella se contenían otras dos, 'Ali' y 'Kali' (potasa). Esto me recordó que una vez estaba jugando con mi hijo Ali, niño de seis años, a componer aleluyas y le dije que buscara una palabra que rimase con Ali. No se le ocurrió ninguna, y al pedirme

que se la dijese yo, le hice la frase siguiente: «Ali se lava la boca con hipermanganato de *potasa (Kali)*». Nos reímos los dos mucho de esta ocurrencia, y Ali fue muy bueno aquel día. En estos últimos días me ha disgustado averiguar que mi hijo *no ha sido un buen Ali (ka [kein] lieber Ali)*.

Al llegar a este número me pregunté: ‘¿Qué obra es la contenida en el número 17 de la Biblioteca Universal?’, y no pude recordarla. Sin embargo, estoy seguro de que antes lo sabía perfectamente y, por tanto, tuve que admitir que lo había querido olvidar por algún motivo. Todo esfuerzo para recordarlo fue inútil. Quise seguir leyendo, pero no pude hacerlo más que mecánicamente y sin conseguir enterarme de una sola palabra, pues el tal número 17 continuaba atormentándome. Apagué la luz y seguí buscando. Por fin se me ocurrió que el volumen 17 tenía que contener una obra de Shakespeare. Pero ¿cuál? Se me vino a las mientes *Hero y Landre*, mas vi en seguida claramente que esta idea era tan sólo un insensato intento de mi voluntad de apartarme del camino. Resolví levantarme de la cama para consultar el catálogo de la B. U. y hallé en él que el volumen 17 contenía el *Macbeth*. Para mi sorpresa descubrí que, a pesar de haber leído esta obra con igual detenimiento e interés que las demás tragedias shakespearianas, no recordaba casi nada de ella. Las asociaciones fueron tan sólo: asesino, lady Macbeth, hechiceras, ‘Lo bello es feo’ y el recuerdo de haber hallado muy bella la traducción que de esta obra hizo Schiller. Sin duda he querido olvidar el *Macbeth*. Después se me ocurrió aún que 17 y 34 divididos por 17 dan como cocientes 1 y 2, respectivamente. Los números 1 y 2 de la B. U. corresponden al *Fausto*, de Goethe. Siempre he hallado en mí algo semejante a este personaje».

Debemos lamentar que la discreción del médico no nos haya permitido penetrar en la profunda significación de esta serie de asociaciones. Adler observa que el sujeto no consiguió realizar la síntesis de su análisis. No nos habrían parecido éstas dignas de comunicarse si en su continuación no surgiese algo que nos da la clave para la comprensión del número 1734 y de toda la serie de asociaciones:

«Esta mañana me sucedió algo que habla muy en favor de la teoría freudiana. Mi mujer, a la que había despertado por la noche cuando me levanté a consultar el catálogo de la Biblioteca Universal, me preguntó qué es lo que había tenido que buscar en aquél a tales horas. Yo le relaté toda la historia, y ella encontró que todo aquello era un embrollo, menos —cosa muy interesante— lo referente a mi aversión hacia el *Macbeth*. Luego añadió que a ella no se le

ocurría nada cuando pensaba en un número, y yo le respondí: ‘Vamos a hacer la prueba’. Mi mujer nombró el número 117, y en cuanto lo oí repuse: ‘17 está en relación con lo que te acabo de contar y, además, recuerda que ayer te dije: Cuando una mujer tiene 82 años y su marido 35, el matrimonio resulta una equivocación irritante’. Desde días atrás venía yo haciendo rabiar a mi mujer con la broma de que parecía una viejecita de 82 años. $82 + 35 = 117$ ».

El marido, que no había conseguido determinar su propio número, encontró, en cambio, inmediatamente la solución cuando su mujer le expresó otro, arbitrariamente elegido en apariencia. En realidad, la mujer había hallado con gran acierto de qué complejo provenía el número de su marido y escogió el número propio tomándolo del mismo complejo, que con seguridad era común a ambos, dado que se trataba de la proporción de sus edades respectivas. Ahora nos es ya fácil interpretar el número escogido por el marido. Como Adler indica, dicho número expresa un deseo reprimido de aquél, deseo que, totalmente desarrollado, diría lo siguiente: «Para un hombre de treinta y cuatro años, como yo, lo que le conviene es una mujer de diecisiete».

Con el fin de que no se piense demasiado despectivamente de estos «entretenimientos», añadiré aquí que, según me ha comunicado hace poco el doctor Adler, el individuo referido se separó de su mujer un año después de la publicación del anterior análisis^[675].

Análogas explicaciones da Adler para el origen de números obsesivos.

4)^[676] La elección de los llamados «números favoritos» no deja tampoco de estar en relación con la vida del sujeto y presenta un cierto interés psicológico.

Un señor que reconocía su especial predilección por los números 17 y 19 pudo explicarla después de corta meditación, diciendo que a los diecisiete años fue cuando comenzó su independiente vida universitaria, durante largo tiempo deseada, y que a los diecinueve emprendió su primer viaje importante e hizo poco después de éste su primer descubrimiento científico. La fijación de su predilección por dichos números no se verificó, sin embargo, hasta dos lustros después, cuando aquéllos adquirieron asimismo una relación importante con su vida erótica. También a aquellos números que con aparente arbitrariedad se pronuncian frecuentemente en relación con determinados contextos puede hallárseles, por medio del análisis, un sentido inesperado. Así sucedió a uno de mis clientes, que solía exclamar cuando se hallaba impaciente o disgustado; «Esto te lo he dicho ya diecisiete o treinta y seis veces», y quiso saber si para la

aparición constante de dichas cifras de la misma clase existía alguna motivación. En cuanto reflexionó sobre ello se le ocurrió que había nacido el día 27 de un mes y su hermano menor el 26 de otro, y que podía quejarse de que el Destino le había robado muchos bienes vitales para concedérselos a su hermano pequeño. Así, pues, representaba esta parcialidad del Destino restando diez de la fecha de su nacimiento y agregándolos a la de su hermano. «Soy el mayor y, sin embargo, he sido disminuido».

5)^[677] Insisto en estos análisis de ocurrencias de números porque no conozco otra clase de observaciones individuales que demuestren tan claramente la existencia de procesos mentales de tan gran coherencia y que, sin embargo, permanezcan desconocidos para la conciencia, ni ejemplo mejor de análisis en los que no pueda intervenir para nada la cooperación del médico (sugestión), a la que con tanta frecuencia se atribuyen los resultados de otros experimentos psicoanalíticos. Por tanto, comunicaré aquí, con la autorización del interesado, el análisis de una ocurrencia de número de un paciente mío, del cual no tengo necesidad de dar más datos que los de que era el menor de una serie de hermanos y que su padre, al que él quería y admiraba mucho, había muerto siendo él aún un niño. Hallándose en un sereno y alegre estado de ánimo, dejó que se le ocurriese el número 426 718 y se preguntó: «Vamos a ver, ¿qué es lo que se me ocurre ante este número? En primer lugar, el siguiente chiste que oí una vez: Cuando se tiene un constipado y se llama al médico, le dura a uno 42 días, y si no se llama al médico ni se ocupa uno de la enfermedad, 6 semanas». Esto corresponde a las primeras cifras del número $42 = 6 \times 7$. Después de esta primera solución no pudo ya mi paciente seguir adelante, y yo le ayudé llamándole la atención sobre el hecho de que en el número de seis cifras por él escogido existían los ocho primeros números, a excepción del 3 y del 5. Entonces halló en seguida la continuación del análisis. «Somos dijo— 7 hermanos, yo el más pequeño de todos. El número 3 corresponde en esta serie a mi hermana A., y el 5 a mi hermano L. Ambos se gozaban en hacerme rabiar cuando todos éramos niños, y por entonces acostumbraba yo rogar a Dios, todas las noches, que quitase la vida a mis dos atormentadores. En el caso actual me parece haber realizado este deseo por mí mismo. En efecto, 3 y 5, el perverso hermano y la odiada hermana, han desaparecido». «Entonces —observé yo—, si el número por usted expresado quiere significar la serie de hermanos, ¿a qué viene el 18 que aparece al final? Ustedes no son más que 7». «He pensado

muchas veces —me replicó mi paciente— que si mi padre hubiera vivido más tiempo, no hubiera sido yo el menor de mis hermanos. Si hubiese nacido uno más, hubiéramos sido 8, y yo hubiera tenido detrás de mí un hermanito con quien poder hacer de hermano mayor».

Con esto quedó explicado el número que se le había ocurrido; pero nos quedaba todavía que reconstituir la conexión entre la primera y la segunda parte del análisis, cosa que nos fue fácil partiendo de la condición necesaria a las últimas cifras; esto es, que el padre hubiera vivido más tiempo; $42 = 6 \times 7$ significaba la burla contra los médicos que no habían podido impedir la muerte del padre, y, por tanto, expresaba de esta forma el deseo de que el padre hubiese continuado viviendo. El número total correspondía, en realidad, a la realización de sus dos deseos infantiles relativos a su círculo familiar: la muerte de los dos perversos hermanos y el nacimiento de un hermanito, deseos que pueden concretarse en la frase siguiente: «¡Cuánto mejor sería que hubieran muerto mis dos hermanos en lugar de mi querido padre!»^[678].

6)^[679] Un pequeño ejemplo que me ha sido comunicado por uno de mis corresponsales. El jefe de Telégrafos de L. me escribió que su hijo, un muchacho de dieciocho años y medio, que deseaba estudiar Medicina, se ocupa ya de la Psicopatología de la vida cotidiana, e intentaba convencer a sus padres de la verdad de mis teorías. Doy aquí uno de sus intentos, sin juzgar la discusión que hace del caso:

«Mi hijo hablaba con mi mujer de lo denominado *casual* y le explicaba que le sería imposible citar una sola poesía o un solo número que pudiese considerarse que se le había ocurrido por completo *casualmente*. Sobre esto se desarrolló la conversación que sigue:

El hijo.—Dime un número cualquiera.

La madre.—79.

—¿Qué se te ocurre en relación con él?

—Pienso en un precioso sombrero que vi ayer.

—¿Cuánto costaba?

—158 marcos.

—Ahí lo tenemos: $158: 2 = 79$. Te pareció muy caro el sombrero y pensaste seguramente: ‘Si costase la mitad, me lo compraría’.

Con esta opinión de mi hijo alegué, en primer lugar, la objeción de que las señoras no suelen estar muy fuertes en matemáticas y que lo más seguro era que

su madre no había visto claramente que 79 era la mitad de 158, deduciéndose de esto que su teoría suponía que lo subconsciente calculaba mejor que la conciencia normal. Mi hijo me respondió: “Nada de eso. Aun concediendo que mamá no haya hecho el cálculo de $158:2 = 79$, puede muy bien haber visto en algún lado esta igualdad o también haberse ocupado en sueños del sombrero y haberse dicho: ‘¡Cuán caro sería, aunque no costase más que la mitad!’”»

7)^[680] De la obra de Jones, tantas veces citada (pág. 478), tomo el siguiente análisis de un número: Un conocido del autor dijo al azar el número 986 y le desafió a que lo refiriera a un pensamiento suyo. «La primera asociación del sujeto fue el recuerdo de un chiste que hacía ya mucho tiempo había olvidado. Seis años antes, en el día más caluroso del verano, había dado un periódico la noticia de que el termómetro había alcanzado 986° Fahrenheit, grotesca exageración de la cifra real de 98°6. Durante esta conversación nos hallábamos sentados ante una chimenea en la que ardía gran fuego, del que el sujeto se había retirado, expresando luego, no sin razón, que el calor que sentía era lo que le había hecho recordar la anécdota referida. Sin embargo, yo no me di por satisfecho tan fácilmente y pedí que me explicase cómo aquel recuerdo había quedado tan fuertemente impreso en él. Entonces me dijo que la chistosa errata le había hecho reír de tal manera, que no podía dejar de divertirse aún cada vez que la recordaba. Mas como yo no encontraba que el error fuese en realidad tan gracioso, me confirmé cada vez más en mi sospecha de que detrás de todo aquello había algún sentido oculto. Su siguiente pensamiento fue el de que la representación del calor había sido siempre muy importante para él. El calor era lo más importante del mundo, la fuente de toda la vida, etc. Tal entusiasmo en un joven tímido en general no dejó de parecerme sospechoso, y le rogué que continuase sus asociaciones. La primera de éstas se refirió a la chimenea de una fábrica que él veía desde la ventana de su alcoba. Por las noches acostumbraba fijar su vista en ella, meditando en la lamentable pérdida de energía que suponía el no haber medio de utilizar el calor que con el humo y las chispas que por ella salían se desperdiciaba. Calor, fuego, fuente de vida, energía perdida al salir por un tubo: no era difícil adivinar por estas asociaciones que la representación ‘calor y fuego’ estaba ligada en él con la representación del amor, como sucede habitualmente en el pensamiento simbólico, y que su ocurrencia numérica había sido motivada por un fuerte complejo de masturbación».

Aquellos que quieran adquirir un conocimiento preciso de cómo se elabora

en el pensamiento inconsciente el material numérico, pueden consultar el trabajo de C. G. Jung titulado *Contribuciones al conocimiento de los sueños de números* (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, I, 1912) y otro de E. Jones: *Unconscious manipulations of numbers* (*Ibid.*, II, 5, 1912).

En análisis de este género personales me han llamado especialmente la atención dos hechos: primero, la seguridad de somnábulo, con lo cual voy derecho siempre al fin desconocido para mí, sumiéndome en una reflexión matemática que llega de repente al número buscado, y la rapidez con la que se verifica toda la labor subsiguiente; y segundo, el hecho de que los números se presenten con tan gran facilidad a la disposición de mi pensamiento inconsciente, siendo como soy un desastroso matemático y costándome las mayores dificultades poder recordar conscientemente fechas, números de casas y datos análogos. Además en estas operaciones mentales inconscientes con cifras encuentro en mí una tendencia a la superstición, cuyo origen ha permanecido durante largo tiempo desconocido para mí^{[681][682]}.

No ha de sorprendernos hallar que no sólo las ocurrencias espontáneas de números, sino también las de palabras de otro orden, se demuestran al ser sometidas al análisis como perfectamente determinadas.

8) Jung nos presenta un precioso ejemplo de derivación de una palabra obsesiva (*Diagnost. Assoziationsstudien*, IV, página 215, 1906: «Una señora me relató que desde hacía algunos días se le venía constantemente a la boca la palabra *Taganrog*, sin que tuviese la menor idea de cuál podría ser la causa de esta obsesión. A mi pregunta sobre qué sucesos importantes le habían acaecido y qué deseos reprimidos había tenido en los días anteriores, respondió, después de vacilar un poco, que le hubiera gustado mucho comprarse una *bata de levantarse* (*Morgenrock*), pero que su marido no parecía muy inclinado a satisfacerla. *Morgenrock* (bata de levantarse) y *Taganrog* tienen no sólo una semejanza de sonido, sino también, en parte, de sentido. (*Morgen*-mañana, *Tag*-día, *Rock*-traje.) La determinación de la forma rusa *Taganrog* provenía de que la señora había conocido por aquellos días a una persona residente en dicha ciudad eslava».

9) Al doctor E. Hitschmann debo la solución de otro caso, en el cual un verso se presenta espontáneamente en la memoria del sujeto siempre que éste pasaba por determinado lugar geográfico y sin que apareciesen visibles su origen ni sus relaciones.

Relato del señor E., doctor en Derecho: «Hace seis años iba yo desde Biarritz a San Sebastián. La línea férrea pasa sobre el Bidasoa, que en aquel sitio constituye la frontera entre Francia y España. Desde el puente que atraviesa dicho río se goza de una preciosa vista. A un lado, un amplio valle que termina en los Pirineos, y al otro, el mar. Era un bello y claro día estival todo lleno de luz y de sol, y yo me hallaba en viaje de vacaciones, muy contento de ir a visitar España. En este lugar y esta situación se me ocurrieron de repente los siguientes versos: *Pero el alma está ya libre - flotando en un mar de luz.*

Recuerdo que pensé entonces de dónde procederían tales versos, sin serme posible averiguarlo. Dado su ritmo, tenían aquellas frases que tomar parte de una poesía, pero el resto de ésta y hasta el título y autor habían desaparecido por completo de mi memoria. También creo que después, habiendo vuelto a recordarlos repetidas veces, pregunté sobre ellos a diversas personas, sin que nadie me sacase de dudas.

El año pasado volví a recorrer igual camino a mi regreso de otro viaje por España. Era noche cerrada y oscura y estaba lloviendo. Miré por la ventanilla para ver si estábamos ya cerca de la frontera y me di cuenta de que nos hallábamos en el puente sobre el Bidasoa. Inmediatamente volvieron a emerger en mi memoria los versos mencionados, sin que tampoco pudiera acordarme de su origen.

Varios meses después cogí en casa un tomo de poesías de Uhland, y al abrirlo se presentaron ante mi vista los versos *Pero el alma está ya libre - flotando en un mar de luz*, que constituyen el final de una composición titulada *El peregrino*. Leí ésta y recordé muy oscuramente haberla conocido muchos años atrás. El lugar de la acción es España, y ésta me pareció ser la única que el verso recordado tenía con el lugar en que había emergido en mi memoria. No me quedé muy satisfecho con tal descubrimiento y seguí hojeando el libro. Los versos *Pero el alma está ya libre*, etc., eran los últimos de una página, y al dar la vuelta a la hoja encontré que la poesía que comenzaba en la página siguiente se titulaba *El puente del Bidasoa*.

Quiero observar aún que el contenido de esta poesía me pareció todavía más desconocido que el de la primera, y que las palabras con que comienza son las siguientes: *Sobre el puente del Bidasoa está en pie un anciano santo, bendiciendo a su derecha las montañas españolas y a su izquierda los valles franceses*».

B.—Esta comprensión de la determinación de nombres y números elegidos arbitrariamente en apariencia puede, quizá, contribuir al esclarecimiento de otro problema. Conocido es que gran número de personas alega, en contra de la afirmación de un absoluto determinismo psíquico, su intenso sentimiento de convicción de la existencia de la voluntad libre. Esta convicción sentimental no es incompatible con la creencia en el determinismo. Como todos los sentimientos normales, tiene que estar justificada por algo. Pero, por lo que yo he podido observar, no se manifiesta en las grandes e importantes decisiones, en las cuales se tiene más bien la sensación de una coacción psíquica y se justifica uno con ella. («Me es imposible hacer otra cosa».)^[683] En cambio, en las resoluciones triviales e indiferentes se siente uno seguro de haber podido obrar lo mismo de otra manera; esto es, de haber obrado con libre voluntad no motivada. Después de nuestros análisis no hace falta discutir el derecho al sentimiento de convicción de la existencia del libre albedrío. Si distinguimos la motivación consciente de la motivación inconsciente, este sentimiento de convicción consciente no se extiende a todas nuestras decisiones motoras. *De minimis non curat lex*. Pero lo que por este lado queda libre recibe su motivación por el otro, por lo inconsciente, y de este modo queda conseguida, sin solución alguna de continuidad, la determinación en el reino psíquico^[684].

C. — Aunque el conocimiento de la motivación de los rendimientos fallidos antes descritos debe escapar por completo al pensamiento consciente, sería, sin embargo, de desear que se descubriese una prueba psíquica de la existencia de la misma, y, en realidad, por razones que se nos revelan conforme vamos penetrando en el conocimiento de lo inconsciente, parece probable que tales pruebas puedan hallarse en algún lado. En dos lugares pueden señalarse, en efecto, determinados fenómenos que parecen corresponder a un conocimiento inconsciente y, por tanto, desplazado de dicha motivación.

a) Un rasgo singular y generalmente observado de la conducta de los paranoicos es el de interpretar y utilizar como base de subsiguientes deducciones, dándoles gran importancia, los pequeños y triviales detalles que observan en la conducta de los demás, detalles a los que los normales ni siquiera prestamos atención. El último paranoico que he tratado dedujo que existía determinada confabulación entre todos los que le rodeaban por haber visto al salir de viaje que toda la gente que quedaba en la estación al partir el tren hacia

un mismo o parecido gesto con una mano. Otro observó la manera que la gente tiene de andar por la calle, llevar el bastón, etc^[685].

La categoría de lo accidental, de lo no necesitado de motivación, en la que el individuo normal incluye parte de sus propias actividades psíquicas y de sus rendimientos fallidos, es rechazada por el paranoico con relación a las manifestaciones psíquicas de los demás. Todo lo que en los demás observa es significativo e interpretable. Mas ¿cómo llega a considerarlo así? Probablemente aquí, como en otros muchos casos análogos, proyecta en la vida psíquica de los demás lo que en la suya existe inconscientemente. En la paranoia se hacen conscientes muchas cosas que en los individuos normales o en los neuróticos permanecen en lo inconsciente, y cuya existencia en este sistema sólo por medio del psicoanálisis llega a revelarse^[686]. Así, pues, el paranoico tiene aquí razón en cierto sentido. Percibe algo que escapa al individuo normal, ve más claramente que un hombre de capacidad intelectual normal, pero el desplazamiento de lo así percibido en otros anula el valor del conocimiento adquirido. Confío en que no se esperará de mí que justifique aquí todas y cada una de las interpretaciones paranoicas. Pero sí haré observar que este principio de justificación que concedemos a las paranoicas en nuestra concepción de los actos casuales nos facilitará la comprensión psicológica de la convicción que en el paranoico se liga a estas sus interpretaciones. *En ellas hay realmente algo de verdad*, nuestros errores de juicio, que no son calificados de patológicos, adquieren de igual manera su sentimiento de convicción. Este sentimiento aparece justificado con respecto a determinado trozo del proceso mental erróneo o a la fuente de que proviene, y lo extendemos nosotros luego al contexto restante.

b) Los fenómenos de la superstición nos dan otras indicaciones sobre el conocimiento desplazado e inconsciente de la motivación de los funcionamientos casuales y fallidos. Trataré de exponer claramente mi opinión sobre estas cuestiones relatando un sencillo suceso que constituye para mí el punto de partida de estas reflexiones.

Al volver de mis vacaciones veraniegas, mis pensamientos se dirigieron en seguida hacia los pacientes que habían de ocupar mi actividad durante el año de trabajo que para mí empezaba. Mi primera visita fue a una anciana señora, a la cual venía viendo dos veces al día desde años atrás, para prestarle cada una de ellas iguales atenciones profesionales [Cf. págs. 859 y 867]. Esta monotonía de mi labor había sido aprovechada con gran frecuencia por mis pensamientos

inconscientes para hallar un medio de exteriorizarse, tanto durante el camino hacia casa de la anciana paciente como estando prestándole mi asistencia. Como la referida señora había llegado a los noventa años, podía yo preguntarme al principio de cada temporada si llegaría aún con vida al final de ella. El día en que me sucedió lo que aquí quiero relatar me hallaba falto de tiempo y tomé un coche para dirigirme a casa de mi cliente. Todos los cocheros de la parada que hay frente a mi casa conocen ya las señas de la anciana señora por haberme llevado a su domicilio repetidas veces, mas aquel día sucedió que el que me llevó se equivocó y detuvo su coche en una casa del mismo número, pero situada en una próxima calle, paralela a la verdadera. Advertí el error y reproché su descuido al cochero, el cual se disculpó un tanto confuso. ¿Debería tener alguna significación aquel hecho de conducirme el coche a una casa en la cual no vivía la anciana paciente? Para mí, ninguna; pero si yo fuese *supersticioso* hubiera visto en este suceso un aviso del Destino de que aquel año iba a ser el último de la señora. Gran número de presagios conservados en la Historia no se muestran fundados en un mejor simbolismo. Sin embargo, yo considero este incidente como una simple casualidad, sin más significado.

El caso sería muy distinto si hubiera hecho el camino a pie y «sumido en mis pensamientos» o, «distráido», hubiera ido a parar a una calle distinta de la verdadera. Esto no lo denominaría yo de ninguna manera «casualidad», sino que lo consideraría como un acto llevado a cabo con intención inconsciente y necesitado de interpretación. Mi explicación de este error de dirección sería la de que esperaba no encontrar ya próximamente en su casa a la anciana señora.

Así, pues, me diferencio de un supersticioso en lo siguiente:

No creo que un suceso en el que toma parte mi vida psíquica me pueda revelar la futura conformación de la realidad, pero sí que una manifestación inintencional de mi propia vida psíquica me descubre algo oculto que pertenece también exclusivamente a ella. Creo en accidentes casuales exteriores (reales), pero no en una casualidad interior (psíquica). Por lo contrario, el supersticioso ignora en absoluto la motivación de sus actos casuales y funcionamientos fallidos y cree en la existencia de casualidades psíquicas, estando, por tanto, inclinado a atribuir al accidente exterior una significación que se manifestará más tarde en una realidad y a ver en lo casual un medio de exteriorización de algo exterior a él, pero que permanece oculto a sus ojos. La diferencia entre el supersticioso y yo se manifiesta en dos cosas. Primeramente, el supersticioso proyecta hacia el exterior una motivación que yo busco en el interior, y en

segundo lugar, interpreta el accidente por un suceso real que yo reduzco a un pensamiento. Pero en el supersticioso el elemento oculto corresponde a lo que en mí es lo inconsciente, y a ambos nos es común el impulso a no dejar pasar to casual como tal, sino a interpretarlo^[687].

Admito, pues, que de este desconocimiento consciente y conocimiento inconsciente de la motivación de las casualidades psíquicas sea una de las raíces psíquicas de la superstición. El supersticioso, *por* ignorar la motivación de los propios actos casuales y *porque* el hecho de esta motivación lucha por ocupar un lugar en su reconocimiento, se ve obligado a transportarla, por medio de un desplazamiento, al mundo exterior. Si esta conexión existe, no estará seguramente limitada a ese caso aislado. Creo, en efecto, que gran parte de aquella concepción mitológica del mundo que perdura aún en la entraña de las religiones más modernas *no es otra cosa que psicología proyectada en el mundo exterior*. La oscura percepción^[688] (podríamos decir percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y relaciones de lo inconsciente se refleja —es difícil expresarlo de otro modo y tenemos que apoyarnos para hacerlo en las analogías que esta cuestión presenta con la paranoia—, se refleja, decíamos, en la construcción de una *realidad sobrenatural* que debe ser vuelta a transformar por la ciencia en *psicología de lo inconsciente*. Podríamos, pues, atrevernos de este modo, o sea transformando la *metafísica* en *metapsicología*^[689], a solucionar los mitos del Paraíso, del Pecado original, de Dios, del Bien y el Mal, de la inmortalidad, etc. La diferencia existente entre el desplazamiento del supersticioso y el del paranoico es menor de lo que a primera vista parece. Cuando los hombres comenzaron a pensar se hallaron, indudablemente, compelidos a interpretar antropomórficamente el mundo exterior como una pluralidad de personalidades de su propia imagen. Por tanto, las casualidades, a las que daban una interpretación supersticiosa, eran para ellos actos y manifestaciones de personas, y, en consecuencia, se conducían como los paranoicos, que sacan deducciones y conclusiones de los signos insignificantes que observan en los demás, y como los individuos sanos, que utilizan muy justificadamente, como fundamento de su estimación del carácter de sus semejantes, los actos casuales e inintencionados que en ellos observan. Nuestra moderna concepción del mundo, científica pero aún no definitivamente fijada ni mucho menos, es lo que hace que la superstición nos parezca tan fuera de lugar en la actualidad. En la concepción del mundo que se tenía en tiempos y por

pueblos precientíficos, la superstición estaba justificada y era lógica.

El romano que al observar en su camino un vuelo de pájaros, que constituía mal presagio, abandonaba una importante empresa, tenía una relativa razón de hacerlo así, pues obraba conforme a sus principios. Pero cuando abandonaba la empresa por haber tropezado en el umbral de su casa (*Un romain retournerait*) se mostraba muy superior a nosotros los descreídos y mucho mejor psicólogo de lo que nos esforzamos en llegar a ser, pues dicho tropezón debía revelar la existencia de una duda, de una contracorriente interior cuya fuerza era suficiente para burlar el poder de su propósito consciente en el momento de iniciar su ejecución. No se puede estar seguro de un éxito completo más que cuando todas las fuerzas psíquicas tienden de consumo hacia el fin propuesto. ¿Qué es lo que responde el Guillermo Tell, de Schiller, que tanto tiempo ha dudado antes de tirar a la manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, cuando el bailío le pregunta para qué ha guardado en el seno otra flecha?

«Con esta flecha os hubiera traspasado si con la otra hubiera herido a mi hijo. Y a vos, creedme, no os habría errado».

D.—[Capítulo agregado en 1907.] Todo aquel que haya tenido ocasión de investigar por los medios psicoanalíticos los ocultos movimientos psíquicos de los hombres, podrá exponer muchas cosas nuevas sobre la calidad de los motivos inconscientes que se manifiestan en la superstición. En los individuos nerviosos que padecen ideas y estados obsesivos, y que son con mucha frecuencia personas de claro entendimiento, es en los que con mayor claridad se ve que la superstición es originada por impulsos hostiles y crueles reprimidos. La superstición es en gran parte un temor de desgracias futuras, y aquellas personas que frecuentemente desean mal a otras, pero que a consecuencia de una educación orientada hacia la bondad han reprimido tales deseos, rechazándolos hasta lo inconsciente, están especialmente próximas al temor de que como castigo a dicha maldad inconsciente les acaezca alguna desgracia que caiga sobre ellos viniendo de la realidad exterior.

Convenimos en que con estas consideraciones no hemos agotado, ni mucho menos, la psicología de la superstición; pero, por otro lado, no queremos dejar de examinar la cuestión de si ha de negarse siempre que la superstición tenga raíces reales y que existan presentimientos, sueños proféticos, experiencias telepáticas, manifestaciones de fuerzas sobrenaturales, etc. Nada más lejos de mí que rechazar, desde luego, y sin formación de causa, estos fenómenos, sobre los

cuales existen tantas y tan penetrantes observaciones de hombres de alta intelectualidad y que deben, desde luego, seguir siendo objeto de investigación. Es de esperar que algunas de estas observaciones lleguen a ser totalmente aclaradas por medio de nuestro paciente conocimiento de los procesos psíquicos inconscientes y sin obligarnos a una transformación fundamental de nuestras concepciones actuales^[690], Si llegaran a demostrarse otros fenómenos (por ejemplo, los afirmados por los espiritistas), emprenderíamos las modificaciones de nuestras «leyes» exigidas por las nuevas experiencias, sin que ello trajera consigo para nosotros una confusión en las relaciones de los objetos en el mundo.

Dentro de los límites de estas consideraciones no me es posible contestar a todas las interrogaciones que sobre esta materia se acumulan más que subjetivamente, esto es, conforme a mi experiencia personal. He de confesar que, por desgracia, pertenezco a aquellos indignos individuos a cuyos ojos ocultan los espíritus su actividad y de los cuales se aparta lo sobrenatural, de manera que jamás me ha sucedido nada que haya hecho surgir en mí la fe en lo maravilloso. Como todos los hombres, he tenido presentimientos y me han sucedido desgracias; pero nunca han correspondido éstas a aquéllos. Mis presentimientos no se han realizado, y las desgracias han llegado a mí sin anunciarse. En la época en que, siendo muy joven, vivía en una ciudad extranjera^[691], me sucedió oír varias veces mi nombre pronunciado por una querida voz inconfundible, y siempre apunté el momento en que sufría tal alucinación para preguntar a mis familiares ausentes lo que en dicho momento les había ocurrido. Nunca coincidió mi alucinación con ningún suceso. En cambio, posteriormente estuve en una ocasión prestando asistencia a mis pacientes con absoluta tranquilidad y sin sospecha alguna, mientras mi hijo se hallaba en peligro de muerte a causa de una hemorragia. Tampoco ninguno de los presentimientos que me han sido relatados por mis pacientes ha podido nunca llegar a conseguir mi reconocimiento como fenómeno real.

La creencia en los sueños proféticos cuenta con gran número de adeptos por el hecho de que encuentra un fundamento en que determinadas cosas suceden en la realidad futura tal y como el deseo las ha construido en el sueño^[692]. Mas esto tiene poco de maravilloso, y siempre entre el sueño y su realización aparecen grandes diferencias que la credulidad del sujeto suele no tomar en consideración. Una paciente mía, persona muy inteligente y sincera, me procuró una vez

ocasión de analizar con toda precisión un sueño suyo que justificadamente podía calificarse de profético. Había soñado encontrar en determinada calle y frente a determinada tienda a su médico de cabecera y antiguo amigo de su casa, y a la mañana siguiente, yendo por el centro de la ciudad, le encontró realmente en el sitio preciso en el que le había visto en sueños. Debo hacer constar que este maravilloso encuentro no revistió luego significación importante ninguna, pues no resultaron de él consecuencias apreciables, y que, por tanto, no puede quedar justificado como una señal de acontecimientos futuros.

Un cuidadoso examen demostró que no existía prueba alguna de que la señora hubiese recordado dicho sueño durante la mañana siguiente a la noche en la que afirmaba haberlo tenido, esto es, antes de salir a la calle y verificarse el encuentro real. Tampoco puedo alegar nada contrario a mi concepción del suceso, que quitaba a éste todo aspecto maravilloso y lo dejaba reducido a un interesantísimo problema psicológico. Para mí lo sucedido era que, habiendo salido la señora por la mañana y encontrado en una calle y ante una tienda a su antiguo médico y amigo, había adquirido en el momento de verle la convicción de haber tenido la noche anterior un sueño en el que se encontraba a la misma persona y en aquel mismo sitio. El análisis pudo después indicar con gran verosimilitud cómo la señora había podido llegar a adquirir tal convicción. Un encuentro en un sitio determinado y después de una espera más o menos larga constituye una cita. El antiguo médico de la casa hizo surgir en la señora el recuerdo de tiempos pasados, en los que sus encuentros con *una tercera persona*, amiga también del médico, eran algo muy importante para ella. Sus relaciones con dicha persona no se habían interrumpido todavía, y el día anterior al pretendido sueño la había estado esperando sin que acudiera. Si me fuera posible comunicar aquí más detalladamente todo lo que a este caso se refiere, me sería muy fácil demostrar que la ilusión del sueño profético que surgió en la señora al ver a su médico y amigo de los pasados tiempos era equivalente a la siguiente exclamación: «¡Ay doctor! Me recuerda usted ahora aquellos tiempos en que nunca esperaba en vano la llegada de N. cuando nos habíamos dado una cita».

En mí mismo he observado un sencillo ejemplo fácilmente interpretable de aquellos «singulares encuentros» en los que nos hallamos de pronto ante la persona que precisamente ocupaba nuestros pensamientos, ejemplo que constituye un buen modelo de éstos y análogos casos. Pocos días después de serme otorgado el título de profesor, el cual da gran autoridad aun en los países de régimen monárquico, se entregaron mis pensamientos, mientras iba dando un

paseo por las calles de la ciudad, a una infantil fantasía vengativa dirigida contra determinado matrimonio que meses antes me había llamado para asistir a una hija suya en la que se había presentado una curiosa obsesión después de un sueño que había tenido. Yo me tomé gran interés por aquel caso, cuya curación creía posible llegar a obtener; pero los padres rechazaron el tratamiento que propuse, dándome a entender su propósito de dirigirse a una autoridad médica extranjera que aplicaba un procedimiento curativo basado en el hipnotismo. Mi fantasía suponía que los padres, después del completo fracaso de este método, me rogaban volviese a asistir a su hija, manifestándome que tenían absoluta confianza en mí, etc. Yo les respondí: «Sí; ahora que me han nombrado profesor, tienen ustedes confianza en mí. Pero el título no puede haber cambiado mis aptitudes, y si antes no les servía a ustedes, también pueden pasarse sin mí ahora». Al llegar a este punto quedó mi fantasía interrumpida por el saludo: «Adiós, señor profesor», que en voz alta me fue dirigido, y al alzar la vista vi que se cruzaba conmigo el matrimonio del cual acababa de tomar ideal venganza rechazando su ruego de volver a encargarme de la curación de su hija. La apariencia sobrenatural de este encuentro desapareció en cuanto comencé a reflexionar sobre él.

Iba yo por una calle muy ancha, recta y casi desierta, y había visto con una rápida ojeada al corpulento matrimonio cuando aún me hallaba a veinte pasos de él; pero por aquellos motivos afectivos, que luego desarrollaron su influencia en mi fantasía vengativa, aparentemente espontánea, había rechazado —según sucede con las alucinaciones negativas— dicha percepción.

Otto Rank publicó en la *Zentralblatt für Psychoanalyse*, II, 5, 1912, la siguiente «Solución de un supuesto presentimiento»:

«Hace algún tiempo viví una extraña variante de aquellas ‘coincidencias singulares’ en las que se encuentra uno a la persona en la que en aquel preciso momento iba pensando. Días antes de Navidad me dirigía al Banco Austro-Húngaro para obtener en él diez monedas de plata de nuevo cuño, destinadas a determinados regalos que pensaba hacer con motivo de las próximas fiestas. Sumido en ambiciosas fantasías, en las que comparaba mis escasos medios económicos con las enormes sumas acumuladas en el Banco, entré en la estrecha calle en que aquél se halla situado. Ante la puerta del edificio bancario, por la que entraba y salía mucha gente, se hallaba parado un automóvil. Lo que yo vengo a hacer aquí —pensé— no dará mucho trabajo a los empleados. No tengo

más que sacar mi billete y decir: ‘Háganme el favor de darme *oro*’. En el acto me di cuenta de mi error —lo que yo quería obtener era *plata*— y desperté a mi fantasía. Me encontraba a pocos pasos de la entrada, y de repente vi venir hacia mí a un joven, al que me pareció reconocer, pero cuya personalidad no pude fijar al pronto a causa de mi miopía. Cuando llegó a mi lado vi que era un condiscípulo de mi hermano, apellidado *Gold*, que a su vez tenía un hermano, conocido escritor, con cuya ayuda había yo contado al principio de mi carrera literaria. Estas esperanzas no se habían realizado, y con ellas había desaparecido también el éxito económico que ocupaba mi fantasía durante mi camino hacia el Banco. Debía, pues, abstraído en mis fantasías, haber percibido la proximidad del señor *Gold*, percepción que en mi conciencia, ocupada en un sueño referente al éxito económico, se transformó en mi resolución de demandar al cajero *oro* en vez de plata, metal menos valioso. Por otro lado, el hecho paradójico de que mi inconsciente pudiera recibir un objeto antes que éste fuera reconocido por mis ojos queda explicado en parte por la ‘disposición al complejo’ (*Komplexbereitsschaft*), de que habla Bleuler, la cual se hallaba dirigida hacia la cuestión económica y guió desde un principio mis pasos, a pesar de mi mejor conocimiento, a aquel edificio, en donde únicamente se cambia oro y papel moneda».

[693] A la categoría de lo maravilloso y siniestro pertenece también la peculiar sensación que se experimenta en algunos momentos y situaciones de haber vivido ya aquello mismo otra vez, de haberse encontrado antes en idéntica situación, pero sin que consigamos, por mucho que en ello nos esforcemos, recordar claramente tales experiencias y situaciones anteriores. Sé que al designar con el nombre de «sensación» aquello que se manifiesta en nosotros en tales momentos no hago más que emplear el impreciso lenguaje vulgar, pues de lo que se trata es de un juicio, y, en realidad, de un juicio de reconocimiento; pero estos casos tienen, no obstante, un carácter peculiarísimo, y no debemos olvidar que en ellos nunca logramos recordar lo que queremos. No sé si este fenómeno de *Déjà-vu* ha sido considerado seriamente como una prueba de una anterior existencia psíquica del individuo; lo cierto es que los psicólogos le han dedicado su interés y han intentado llegar a la solución del problema que plantea por los más diversos caminos especulativos. Ninguna de las hipótesis explicativas expuestas hasta el día me parece acertada, pues en ninguna de ellas se toma en cuenta algo más que las manifestaciones que acompañan al fenómeno

y las condiciones que lo favorecen. Aquellos procesos psíquicos que, según mis observaciones, deben considerarse como los únicos responsables para una explicación de lo *Déjà-vu*, esto es, las fantasías inconscientes, han sido y son aún hoy en día descuidadas por los psicólogos.

En mi opinión, es un error calificar de ilusión la sensación de «haber vivido ya una cosa». Por lo contrario, nos hallamos en tales momentos ante algo que en realidad se ha vivido ya, pero que no puede ser recordado conscientemente, porque no fue jamás consciente. En concreto: la sensación de *Déjà-vu* corresponde al recuerdo de una fantasía inconsciente. Existen fantasías inconscientes (o sueños diurnos), lo mismo que análogas creaciones conscientes que todos conocemos por experiencia propia.

Reconozco que esta cuestión sería digna de un estudio detenidísimo; pero no quiero exponer aquí más que el análisis de un caso de *Déjà-vu*, en el cual la sensación correspondiente se significó por una especial intensidad y duración. Una señora de treinta y siete años afirmaba recordar clarísimamente que cuando tenía doce hizo una primera visita a unas condiscípulas suyas que vivían en el campo, y al entrar en el jardín de la casa en la que aquéllas habitaban experimentó en el acto la sensación de haber estado ya allí otra vez. Esta sensación se repitió al entrar en las habitaciones de la casa, y de tal manera, que le parecía saber de antemano qué cuarto era el contiguo a aquél en que se hallaba, qué panorama se divisaba desde sus ventanas, etc. Sin embargo, podía rechazarse con absoluta seguridad, y así lo confirmaron sus padres cuando les preguntó sobre ello, la sospecha de que ésta, sensación de reconocimiento estuviese justificada por otra visita que hubiese hecho a dicha casa en su primera infancia. La señora que me comunicaba este caso no le había buscado una explicación psicológica, sino que había visto en dicha sensación una señal profética de la importancia que aquellas amigas suyas habían de adquirir en lo futuro para su vida sentimental. La apreciación de las circunstancias en las cuales surgió en ella el fenómeno referido nos indica el camino hacia otra distinta concepción del mismo. Cuando decidió visitar a sus condiscípulas sabía ya que el único hermano de éstas se hallaba gravemente enfermo. Durante su visita tuvo ocasión de verle, y al comprobar su mal aspecto pensó que no tardaría mucho en morir. Esto coincidía con el hecho de que meses antes había sufrido su propio hermano una grave infección diftérica, durante la cual fue ella alejada de la casa de sus padres para evitar el contagio y estuvo viviendo en la de un cercano pariente. Creía recordar que su hermano, ya curado, la había

acompañado en su visita a sus condiscípulas, y hasta que aquélla era la primera salida duradera que el convaleciente había hecho después de su enfermedad; mas este recuerdo se presentaba en ella singularmente impreciso, mientras que todos los demás detalles del suceso, y en especial del traje que ella llevaba aquel día, aparecían con la mayor claridad ante sus ojos. Para el perito en estas cuestiones no resulta nada difícil deducir de estos signos que en la muchacha desempeñaba por entonces un importantísimo papel la esperanza de que su hermano muriera, sentimiento que o no llegó jamás a hacerse consciente o fue enérgicamente reprimido después de la curación de aquél. Si el hermano no hubiese curado, la muchacha hubiera tenido que llevar otro vestido, esto es, un vestido de luto. En casa de sus amigas se halló con una análoga situación, o sea que el único hermano estaba en peligro de morir en breve, cosa que en efecto sucedió. La muchacha debió de recordar conscientemente que hacía pocos meses se había ella encontrado en situación análoga; pero en vez de recordar esto, que se hallaba inhibido por la represión llevada a cabo, transportó la sensación de recordar sobre la localidad, el jardín y la casa, y cayó en *fausse reconnaissance* de haber ya visto todo aquello otra vez. Del hecho de la represión podemos deducir que la esperanza que había abrigado de que su hermano muriera no estaba muy lejos de poseer el carácter de una fantasía-deseo. Muerto su hermano, quedaría ella como hija única. En la neurosis que padeció más tarde sufrió intensamente bajo el miedo de perder a sus padres, detrás del cual el análisis pudo descubrir, como de costumbre, el deseo inconsciente de igual contenido.

Siempre me ha sido posible derivar en análoga forma mis pasajeras experiencias personales de *Déjà-vu* de la constelación emocional del momento. Estos casos de *Déjà-vu* podían definirse como: «una ocasión más para tener fantasías de la vida despierta (inconscientes e ignoradas) formadas dentro de mí en la actualidad o en el pasado y que respondían al deseo de ver mejorar la situación».

Esta explicación del fenómeno de *Déjà-vu* no ha sido apreciada hasta ahora más que por un solo observador, el doctor Ferenczi, a quien tantas y tan valiosas aportaciones debe la tercera edición de este libro, y que me escribe lo siguiente: «Las observaciones que tanto en mí mismo como en otras personas he verificado me han llevado a la convicción de que el inexplicable sentimiento de “haber vivido o visto ya una cosa” puede referirse a fantasías inconscientes que nos son recordadas inconscientemente en una situación actual. En una de mis pacientes parecía a primera vista que este fenómeno seguía un proceso diferente; pero en

realidad era el mismo. Dicho sentimiento surgía en ella con gran frecuencia, mas demostrando proceder siempre de *un trozo olvidado (reprimido) de un sueño* de la noche anterior. Parece, por tanto, que el fenómeno de *Déjà-vu* puede proceder no sólo de sueños diurnos, sino también de sueños nocturnos». (Posteriormente he sabido que Grasset dio en 1904 una explicación de este fenómeno muy cercana a la mía.)^[694].

En breve ensayo publicado en 1913 he descrito otro fenómeno muy análogo al de *Déjà-vu*. Es el de *Déjà-raconté* la ilusión de haber relatado ya algo, ilusión particularmente interesante cuando surge durante el tratamiento psicoanalítico. El paciente afirma entonces, dando muestras de la mayor seguridad subjetiva, haber relatado ya un determinado recuerdo. Pero el médico está seguro de lo contrario, y por lo general logra convencer al paciente de su error. La explicación de esta interesante falla funcional es probablemente la de que el sujeto ha tenido el propósito de comunicar el recuerdo de que se trata, pero no lo ha realizado, y sustituye luego el recuerdo de dicho propósito por el de su realización.

Análoga forma y probablemente igual mecanismo muestran los «actos fallidos supuestos» de que nos habla Ferenczi. El sujeto cree haber olvidado, extraviado o perdido algo —un objeto—; pero comprueba al punto que nada de ello ha sucedido. Por ejemplo, una paciente que acaba de salir del gabinete de consultas vuelve a entrar enseguida, alegando haberse dejado el paraguas..., que en realidad trae en la mano. Existía, pues, en la sujeto el impulso a cometer tal acto fallido, y este impulso bastó para sustituir la realización del mismo, siendo este último detalle lo único en que tales «actos fallidos supuestos» se diferencia de los verdaderos.

E.—Uno de mis colegas, persona de amplia cultura filosófica, al que recientemente tuve ocasión de exponer algunos ejemplos de olvido de nombres con sus análisis correspondientes, se apresuró a responderme: «Sí; todo eso es muy bonito; pero en mi el olvido de nombres se manifiesta de otra manera». Estas cuestiones no pueden nunca juzgarse con tal ligereza. No creo que mi colega hubiera pensado jamás en someter a un análisis cualquier olvido de nombre y, por tanto, no podía decir en qué difería en él el proceso de tales olvidos del que mostraban los ejemplos por mí expuestos. Pero su observación toca, sin embargo, un problema que muchos estarán inclinados a colocar en primer término. La solución de los actos fallidos y actos casuales que aquí

damos, ¿puede aplicarse en general o sólo en casos particulares? Y si lo que sucede es esto último, ¿cuáles son las condiciones en las cuales puede aplicarse a la explicación de los otros fenómenos? Mi experiencia no es suficiente para permitirme contestar a esta pregunta. Mas lo que sí puedo hacer es advertir que no se deben creer escasas las ocasiones en que aparece en dichos fenómenos las conexiones por nosotros señaladas, pues siempre que he hecho la prueba en mí mismo o en mis pacientes se han manifestado aquéllas con toda evidencia, como puede verse en los ejemplos expuestos, o, por lo menos, han aparecido vigorosas razones para sospechar su existencia. No es de admirar que no todas las veces se consiga hallar el oculto sentido de los actos sintomáticos, pues hay que tener en cuenta que la magnitud de las resistencias interiores que se oponen a la solución debe considerarse como un factor decisivo. Tampoco es siempre posible interpretar todos y cada uno de los sueños propios o de los pacientes; mas para confirmar la validez general de la teoría es suficiente que nos permita penetrar algo en las asociaciones ocultas. El sueño que se muestra refractario a un intento de solución, realizado al día siguiente de su aparición, se deja con frecuencia arrancar su secreto una semana o un mes después, cuando una transformación real, surgida en el intervalo, ha debilitado los factores psíquicos, que luchan unos contra otros. Esto mismo debe también tenerse en cuenta en la solución de los actos fallidos y sintomáticos. El ejemplo de equivocación en la lectura *En tonel por Europa*, expuesto en el capítulo VI, me permitió demostrar cómo un síntoma, al principio ininterpretable, llega a ser accesible al análisis cuando nuestro *interés real* respecto a los pensamientos reprimidos se ha debilitado^[695]. Mientras existió la posibilidad de que mi hermano alcanzase antes que yo el envidiable título, se resistió la referida equivocación en la lectura a todos los esfuerzos analíticos; mas en cuanto se demostró lo improbable de la temida preferencia, se iluminó ante mí el camino que había de conducirme hasta la solución del error.

Sería, por tanto, desacertado afirmar que todos aquellos casos que se resisten al análisis son efectos de mecanismos diferentes al mecanismo psíquico aquí demostrado. Para admitir tal afirmación harían falta otras pruebas y no solamente las puramente negativas. La general disposición de los individuos de salud normal a creer en otra distinta explicación de los actos fallidos y sintomáticos carece también de toda fuerza probatoria, y no es, naturalmente, más que una manifestación de las mismas fuerzas psíquicas, que han establecido

el misterio y que se cuidan asimismo de mantenerlo, resistiéndose a su revelación.

Por otra parte, no debemos dejar de tener en cuenta que los pensamientos y sentimientos reprimidos no crean por sí mismos su exteriorización en forma de actos sintomáticos y fallidos. La posibilidad técnica de tal desliz de las inervaciones tiene que darse independientemente de ellos, y entonces es aprovechada por la intención de lo reprimido de llegar a una exteriorización consciente. En el caso de los rendimientos fallidos lingüísticos se ha intentado en penetrantes investigaciones, llevadas a cabo por filósofos y filólogos, fijar las relaciones estructurales y funcionales que se ponen al servicio de la referida intención. Si en las condiciones determinantes de los actos fallidos y sintomáticos consideramos separadamente el motivo inconsciente y las relaciones fisiológicas y psicofísicas que en su auxilio acuden, quedará en pie la cuestión de si dentro de los límites de la salud normal pueden o no existir otros factores que, al igual y en sustitución del motivo inconsciente, sean susceptibles de originar, valiéndose de estas relaciones, los actos sintomáticos y fallidos. Pero no es a mí a quien compete resolver este problema^[696]. No es tampoco mi intención exagerar las diferencias, ya de por sí harto grandes, entre la concepción vulgar de los rendimientos fallidos y su concepción psicoanalítica. Por el contrario, quisiera señalar algunos casos en los que dichas diferencias aparecen muy reducidas. La interpretación de los ejemplos más sencillos y menos singulares de equivocaciones orales y gráficas, que no pasan de ser una confusión de dos palabras en una o una omisión de letras o palabras, carece de toda complicación. Desde el punto de vista psicoanalítico hay que afirmar que en estos casos se ha anunciado una perturbación de la intención; pero no se puede señalar de dónde procede dicha perturbación ni cuáles fueran sus intenciones. Lo único que logró fue dar cuenta de su existencia. En estos mismos casos se ve también actuar, cosa que nunca hemos discutido, la ayuda prestada al rendimiento fallido por relaciones de valores fonéticos y asociaciones psicológicas próximas. Pero, de todos modos, es una natural conducta científica el juzgar tales casos rudimentarios de equivocaciones orales o gráficas conforme a otros más importantes y significativos, cuya investigación nos ha dado tan inequívocas conclusiones sobre la causa de los rendimientos fallidos.

F.—Desde la discusión de las equivocaciones orales nos hemos contentado con demostrar que los rendimientos fallidos poseen una motivación oculta y con

abrirnos camino, por medio del psicoanálisis, hasta el conocimiento de dicha motivación. La naturaleza general y las peculiaridades de los factores psíquicos que se exteriorizan en los rendimientos fallidos no han sido hasta aquí objeto de nuestras consideraciones o, por lo menos, no hemos tratado de definirlos ni de investigar sus leyes. Tampoco intentaremos ahora llevar a cabo una elucidación fundamental de esta cuestión, pues los primeros pasos que por este camino diéramos nos demostrarían que atacando el asunto por otro lado nos sería más fácil penetrar en este campo^[697]. Sobre este punto podemos plantear varias cuestiones que quiero citar aquí en el orden en que se presentan: 1.^a ¿Cuál es el contenido y origen de los pensamientos y sentimientos que se revelan por medio de los actos fallidos y casuales? 2.^a ¿Cuáles son las condiciones que fuerzan a un pensamiento o un sentimiento a servirse de tales ocurrencias como medio de expresión y los ponen en situación de hacerlo así? 3.^a ¿Puede demostrarse la existencia de asociaciones constantes y definidas entre el carácter de los rendimientos fallidos y las cualidades de lo que por medio de ellos se exterioriza?

Comenzaré por reunir y aportar algún material para la respuesta a la última de las anteriores interrogaciones. En la discusión de los ejemplos de equivocación oral hemos encontrado que era necesario ir más allá del contenido del discurso que se tenía intención de expresar y hemos tenido que buscar la causa de la perturbación del discurso fuera de la intención. Esta causa aparecía claramente en una serie de datos y era conocida de la conciencia del orador. En los ejemplos aparentemente más sencillos y transparentes era una segunda concepción del pensamiento que se tenía intención de expresar la que perturbaba la expresión de éste, sin que fuera posible decir por qué había sucumbido la una y emergido victoriosamente la otra (contaminación, según Meringer y Mayer). En el segundo grupo de casos sucumbía una de las concepciones a un motivo que, sin embargo, no tenía fuerza suficiente para hacerla desaparecer por completo (ejemplo *Vorschwein*). También en este caso era claramente consciente la concepción retenida. Únicamente del tercer grupo es del que puede afirmarse sin reserva alguna que en él era diferente el pensamiento perturbador del que se tenía intención de expresar, y, naturalmente, puede establecerse una distinción esencial. El pensamiento perturbador, o está ligado con el perturbado por asociaciones de ideas (perturbación por contradicción interior), o es sustancialmente extraño a él, y la palabra perturbada se halla ligada al

pensamiento perturbador, con frecuencia inconsciente, por una sorprendente y singular asociación *externa*. En los ejemplos expuestos de psicoanálisis verificados por mí se halla el discurso entero bajo la influencia de pensamientos entrados simultáneamente en actividad, pero totalmente inconscientes, que o se revelan por la misma perturbación (ejemplo: serpiente de cascabel —Cleopatra—), o exteriorizan una influencia indirecta, haciendo posible que los trozos aislados del discurso que conscientemente se tiene intención de expresar se perturben unos a otros, como sucede con el ejemplo *naspirar por la ariz*, en el cual se ocultaba detrás de la equivocación el nombre de la calle de Hasenauer y reminiscencias referentes a una francesa. Los pensamientos retenidos o inconscientes de los que parte la perturbación del discurso son de muy diverso origen. Así, pues, por este lado no se descubre ninguna posible generalización.

El examen comparativo de las equivocaciones en la lectura y escritura nos conduce a los mismos resultados. Casos aislados parecen, como en las equivocaciones orales, no deber su origen más que a un proceso de condensación carente de más amplios motivos (ejemplo: «el man... pone cara ridícula», etc.). Sin embargo, nos satisfaría saber si no es indispensable el cumplimiento de condiciones especiales para que tenga lugar tal condensación, que es un funcionamiento regular en el proceso del sueño y fallido en el del pensamiento despierto. Mas de los ejemplos no puede deducirse nada de esto. No obstante, tampoco deduciría yo de ella la no existencia de condiciones distintas del relajamiento de la atención consciente, pues sé, por otras cuestiones, que precisamente los actos automáticos se distinguen por su corrección y seguridad. Prefiero hacer resaltar el hecho de que aquí, como frecuentemente sucede en la biología, son las relaciones normales o aproximadas a lo normal objeto menos favorable a la investigación que las patológicas. Aquello que en la explicación de estas sencillas perturbaciones permanece aún oscuro, espero quedará aclarado por la de perturbaciones más graves.

Tampoco en las equivocaciones en la lectura y la escritura faltan ejemplos que dejan observar una lejana y complicada motivación. *En tonel por Europa* es una perturbación de la lectura que se explica por la influencia de un pensamiento remoto y sustancialmente extraño, originado por un sentimiento reprimido de celos y ambición, sentimiento que utiliza el «cambio» de la palabra «transporte» (*Beförderung*) para su asociación con el tema indiferente e inocente que había de ser leído. En el caso *Burckhardí* es en sí una ‘palabra-conmutador’.

Es indudable que las perturbaciones de las funciones orales se producen con

mayor facilidad y exigen un menor esfuerzo de las fuerzas perturbadoras que las de los demás rendimientos psíquicos.

A otro terreno diferente nos lleva el examen del olvido propiamente dicho; esto es, del olvido de sucesos pasados, que debemos distinguir del olvido temporal de nombres propios, palabras extranjeras, series de palabras y propósitos expuestos en los primeros capítulos de este libro. Las condiciones fundamentales del proceso normal del olvido nos son desconocidas^[698]. En él notamos que no hemos olvidado todo lo que creíamos. Nuestra explicación se refiere únicamente a aquellos casos en los cuales el olvido nos produce asombro por infringir la regla de que lo que se olvida es lo indiferente y, en cambio, lo importante es conservado por la memoria. El análisis de aquellos olvidos que nos parecen exigir una especial explicación da siempre como motivo del olvido una repugnancia a recordar lo que puede despertar en nosotros sensaciones penosas. Llegamos a la sospecha de que este motivo lucha universalmente por exteriorizarse en la vida psíquica, pero que su manifestación regular es impedida por otras fuerzas que actúan en contra. La amplitud y la significación de esta repugnancia a recordar parecen ser dignas del más cuidadoso examen psicológico. El problema de qué condiciones especiales son las que hacen posible el olvido en cada caso no encuentra tampoco su solución en ésta más amplia asociación^[699].

En el olvido de propósitos aparece en primer término otro factor. Aquel conflicto que en la represión de lo penoso de recordar no hacemos más que sospechar se hace aquí tangible, y en los análisis se descubre regularmente una repugnancia que se opone al propósito sin hacerlo cesar. Como en rendimientos fallidos, anteriormente discutidos, se observan aquí dos tipos del proceso psíquico: en uno la repugnancia se dirige directamente contra el propósito (en intenciones de alguna consecuencia), y en el otro es dicha repugnancia sustancialmente extraña al propósito y establece su conexión con él por medio de una asociación *externa* (en propósitos casi indiferentes).

El mismo conflicto rige los fenómenos de los actos de término erróneo o torpezas. El impulso que se manifiesta en la perturbación del acto es muchas veces un impulso contrario a éste; pero aún con mayor frecuencia es un impulso totalmente extraño a él y que no hace más que aprovechar la ocasión de llegar a manifestarse en la ejecución del acto por una perturbación del mismo. Los casos en los que la perturbación resulta de una contradicción interior son los más

significativos y conciernen a las más importantes actividades.

El conflicto interno pasa a segundo término en los actos sintomáticos o casuales.

Estas manifestaciones motoras, poco estimadas o totalmente despreciadas por la conciencia, sirven de expresión a numerosos y diversos sentimientos inconscientes o retenidos. En su mayor parte representan simbólicamente fantasías o deseos.

Podemos contestar a la primera de las interrogaciones expuestas, o sea a la de cuál es el origen de los pensamientos y sentimientos que se exteriorizan en los rendimientos fallidos, haciendo observar que en una serie de casos puede verse inequívocamente el origen de los pensamientos perturbadores en sentimientos reprimidos de la vida psíquica. Sentimientos e impulsos egoístas, celosos y hostiles, sobre los cuales gravita el peso de la educación moral, utilizan en las personas sanas el camino de los rendimientos fallidos para manifestar de cualquier modo su poder innegable, pero no reconocido por superiores instancias psíquicas. El dejar ocurrir estos actos fallidos y casuales corresponde, en gran parte, a una cómoda tolerancia de lo inmoral. Entre estos sentimientos reprimidos desempeñan un importante papel las diversas corrientes sexuales.

El que estas corrientes sexuales aparezcan tan raras veces entre los pensamientos revelados por el análisis en los ejemplos expuestos en este libro débese tan sólo a que como los ejemplos que he sometido aquí al análisis procedían, en su mayor parte, de mi propia vida psíquica, la selección efectuada tenía que ser parcial desde el primer momento, dado que tenía que existir en mí una tendencia a excluir todo material sexual.

Otras veces parecen ser inocentes objeciones y consideraciones lo que constituye el origen de los pensamientos perturbadores.

Llegamos ahora a la respuesta a la segunda interrogación: ¿cuáles son las condiciones psicológicas responsables de que un pensamiento no pueda manifestarse en forma completa, sino que tenga que buscar su exteriorización de un modo parasitario, como modificación y perturbación de otro? De los más singulares casos de actos fallidos puede deducirse fácilmente que tales condiciones deben buscarse en relación con el grado de capacidad de devenir consciente del material «reprimido», esto es, con su más o menos firme carácter de tal. Mas el examen de la serie de ejemplos expuestos no nos da más que muy imprecisas indicaciones para la fijación de este carácter. La tendencia a dejar de lado algo que nos roba tiempo y la creencia de que el referido pensamiento no

pertenece propiamente a la materia de que se tiene intención de tratar parecen desempeñar, como motivos para la represión de un pensamiento destinado después a manifestarse por medio de la perturbación de otro, el mismo papel que la condenación moral de un rebelde sentimiento emocional o que el origen de cadenas de pensamientos totalmente inconscientes. Por este camino no es posible llegar a una visión de la naturaleza general de la condicionalidad de los rendimientos fallidos y casuales.

Un único hecho importante nos es dado por esta investigación: cuanto más inocente es la motivación del rendimiento fallido y cuanto menos desagradable y, por tanto, menos incapaz de devenir consciente es el pensamiento que en aquél logra exteriorizarse, tanto más fácil se presenta la solución del fenómeno cuando dirigimos nuestra atención sobre él. Los más sencillos casos de olvido se notan en seguida y se corrigen en el acto. En los casos en que se trata de una motivación por sentimientos realmente reprimidos, la solución requiere un cuidadoso análisis que a veces puede tropezar también con dificultades y hasta fracasar.

Está, pues, justificado el tomar el resultado de esta última investigación como una señal de que la explicación satisfactoria de las determinantes psicológicas de los actos fallidos y casuales debe buscarse por otros caminos y en otros lados.

El lector indulgente no habrá, pues, de ver en esta discusión más que el examen de las superficies de fractura de una parte de la cuestión, extraída un tanto artificialmente de una más amplia totalidad.

G.—Con algunas palabras indicaremos, por lo menos, la dirección en que debemos buscar ésta más amplia totalidad. El mecanismo de los actos fallidos y casuales, tal y como nos lo ha enseñado la aplicación del análisis, muestra en los puntos más esenciales una coincidencia con el mecanismo de la formación de los sueños, discutido por mí en el capítulo titulado «La elaboración del sueño», de mi libro sobre la interpretación de los fenómenos oníricos. En uno y otro lado pueden hallarse las condensaciones y las formaciones transaccionales (contaminaciones), siendo, además, la situación idéntica: pensamientos inconscientes que por desusados caminos y asociaciones externas llegan a manifestarse como modificaciones de otros pensamientos. Las incongruencias, absurdos y errores del contenido del sueño, a consecuencia de las cuales apenas si se puede reconocer el fenómeno onírico como producto de un funcionamiento

psíquico, se originan del mismo modo —aunque con más libre utilización de los medios existentes— que los comunes errores de nuestra vida cotidiana. *Aquí, como allí, se explica la apariencia de la función incorrecta por la peculiar interferencia de dos o más funcionamientos correctos.* De este encuentro puede deducirse una importante conclusión: el peculiar modo de laborar, cuyo rendimiento más singular reconocemos en el contenido del sueño, no debe achacarse al estado durmiente de la vida psíquica, poseyendo como poseemos en los actos fallidos tantas pruebas de su actividad durante la vida despierta. La misma conexión nos prohíbe también considerar como determinantes de estos procesos psíquicos que nos parecen anormales y extraños un profundo relajamiento de la actividad psíquica o patológicos estados de la función^[700].

Llegamos a un acertado juicio de la extraña labor psíquica, que permite originarse tanto el funcionamiento fallido como las imágenes oníricas cuando observamos que los síntomas neuróticos, especialmente las formaciones psíquicas de la histeria y de la neurosis obsesiva, repiten en su mecanismo todos los rasgos esenciales de este modo de laborar. En este punto deberá, pues, comenzar la continuación de nuestras investigaciones. Para nosotros tiene, sin embargo, todavía un especial interés considerar los actos fallidos, casuales y sintomáticos a la luz de esta última analogía. Si los comparamos con los rendimientos de los psiconeuróticos y con los síntomas neuróticos, aumentarán los fundamentos de dos afirmaciones que repetidas veces se han expuesto, esto es, que el límite entre la normalidad y la anormalidad nerviosa es indistinto y que todos somos un poco nerviosos.

Fuera de toda experiencia médica pueden señalarse diversos tipos de tal nerviosidad simplemente indicada —de las *formes frustes* de la neurosis—, casos en los cuales no aparecen sino muy pocos síntomas o aparecen éstos muy raras veces y sin violencia ninguna, debiendo, por tanto, atribuirse la atenuación a la cantidad, intensidad y extensión temporal de los fenómenos patológicos. Puede así suceder que precisamente el tipo que constituye la más frecuente transición entre salud y enfermedad sea el que no se descubra nunca. El tipo que hemos examinado, y cuyas manifestaciones patológicas son los actos fallidos y sintomáticos, se caracteriza por el hecho de que los síntomas son trasladados a los funcionamientos psíquicos de menor importancia, mientras que todo aquello que puede pretender un más alto valor psíquico sigue su marcha regular, sin sufrir perturbación alguna. La inversa disposición de los síntomas, esto es, su

emergencia en los funcionamientos o rendimientos individuales y sociales de importancia, perturbando la alimentación, las relaciones sexuales, el trabajo profesional y la vida social, corresponde a los casos graves de neurosis y caracteriza a éstos mejor que la multiformidad o violencia de las manifestaciones patológicas.

El carácter común a los casos benignos y a los graves, carácter del cual participan también los actos fallidos y casuales, yace en *la posibilidad de referir los fenómenos a un material psíquico incompletamente reprimido, que es rechazado por la conciencia, pero al que no se ha despojado de toda capacidad de exteriorizarse.*

XXI

ANÁLISIS FRAGMENTARIO DE UNA HISTERIA^[701]

(‘CASO DORA’)

1901 [1905]

INTRODUCCIÓN (A LA EDICIÓN DE 1925 DE «HISTORIALES CLÍNICOS»)

AL disponerme hoy (1925), después de un largo intervalo, a apoyar las afirmaciones por mí sentadas en 1895 y 1896 sobre la patogénesis de los síntomas histéricos y los procesos psíquicos de la histeria con la exposición detallada de un historial clínico, creo imprescindible iniciar esta labor con un breve preámbulo, destinado, en primer lugar, a justificar desde diversos puntos de vista mi conducta pretérita y presente en cuanto a la publicación de tales documentos, y en segundo, a reducir a una modesta medida las esperanzas que en aquélla pueden fundarse.

Ya fue ciertamente muy espinoso tener que publicar los resultados de mi labor investigadora, que a más de resultar harto sorprendentes y de naturaleza nada grata, no podían ser objeto de comprobación alguna por parte de mis colegas de Facultad. Apenas lo es menos ahora comenzar a ofrecer al juicio general una parte del material del que hube de extraer tales resultados. Si antes se me reprochó no comunicar dato alguno sobre mis enfermos, hoy se me

reprochará hacer público algo que el secreto profesional impone silenciar. Espero, sin embargo, que habrán de ser las mismas personas las que de este modo cambien de pretexto para sus reparos, y renuncio por anticipado a desarmar jamás a tales críticos.

De todos modos, aun prescindiendo por completo de semejantes malquerencias incomprensivas, la publicación de los historiales clínicos me plantea graves dificultades, de orden técnico en parte, y en parte derivadas de sus mismas circunstancias intrínsecas. Si es cierto que la causación de las enfermedades histéricas reside en las intimidades de la vida psicosexual de los enfermos y que los síntomas histéricos son la expresión de sus más secretos deseos reprimidos, la aclaración de un caso de histeria no podrá menos de descubrir tales intimidades y revelar tales secretos. Es indudable que los enfermos habrían silenciado unas y otros a la menor sospecha de que sus confidencias habrían de ser científicamente aprovechables, y desde luego sería inútil solicitar su autorización para publicarlas. En estas circunstancias, las personas de fina sensibilidad y las de escasa resolución situarían en primer término el secreto profesional y renunciarían a todo intento de publicación, lamentando no poder prestar en este punto servicio alguno a la ciencia. Mas, por mi parte, opino que la profesión médica no impone sólo deberes para con los enfermos individualmente considerados, sino también para con la ciencia, o lo que es lo mismo, para con el gran núcleo de individuos que padecen igual dolencia o la padecerán en lo por venir. La publicación de aquello que uno cree saber sobre la causación y la estructura de la histeria se nos impone entonces como un deber, y si podemos cumplirlo evitando todo perjuicio personal y directo al enfermo, sería una cobardía no hacerlo. En lo que a mí respecta, creo haber hecho todo lo posible por evitar tales perjuicios a la paciente cuyo historial clínico motiva estas líneas preliminares. He elegido una persona cuyos destinos transcurren lejos de Viena, siendo, por tanto, completamente desconocidas sus circunstancias personales en nuestra capital. He guardado desde un principio y tan celosamente el secreto del tratamiento, que sólo uno de mis colegas^[702], digno de máxima confianza, ha podido reconocer en la muchacha de quien se trata a una antigua paciente mía. Una vez terminado el tratamiento, he detenido aún la publicación del caso durante cuatro años, hasta haber tenido noticia de un importante cambio sobrevenido en la vida de la paciente, y que seguramente habría desvanecido su propio interés hacia los sucesos y los procesos anímicos

relatados en el historial. Desde luego, no ha quedado en todo el relato un solo nombre que pudiese poner sobre la pista a algún lector ajeno a la clase médica, curiosos indiscretos contra los cuales ya supone una garantía la publicación del historial en una revista profesional especializada y rigurosamente científica. Naturalmente, no puedo impedir que la paciente misma sufra una impresión desagradable si la casualidad llega a poner algún día en sus manos su propio historial clínico. Pero, en último caso, no habrá de encontrar en él y acerca de sí misma nada que no sepa ya de sobra, y reconocerá, además, la imposibilidad de que ninguna otra persona sospeche que se trata de ella.

No ignoro que hay muchos médicos —por lo menos en Viena— que esperan con repugnante curiosidad la publicación de algunos de mis historiales clínicos, para leerlos no como una contribución a la psicopatología de la neurosis, sino como una novela con clave, destinada a su particular entretenimiento. Desde ahora, quiero asegurar a esta especie de lectores que todos los historiales que haya de publicar aparecerán protegidos contra su maliciosa penetración por análogas garantías del secreto, aunque tal propósito haya de limitar extraordinariamente mi libre disposición del material acumulado en muchos años de labor investigadora.

En el historial clínico a continuación expuesto, único que hasta ahora he podido sustraer a las limitaciones de la discreción médica y a la desfavorable constelación de las circunstancias intrínsecas, se tratan con toda libertad relaciones de carácter sexual, se aplica a los órganos y a las funciones de la vida sexual sus nombres verdaderos, y el lector casto extraerá desde luego de su lectura la convicción que no me ha intimidado tratar de semejantes cuestiones y en tal lenguaje con una muchacha. ¿Habré de defenderme también de tal reproche? Me limitaré simplemente a reclamar para mí los derechos que nadie niega al ginecólogo —o más exactamente aún, una parte muy restringida de tales derechos— y a denunciar como un signo de salacidad perversa o singular la sospecha, en alguien posible, de que tales conversaciones sean un buen medio para excitar o satisfacer deseos sexuales. Unas cuantas palabras singularmente acertadas de otro autor acabarán de concretar, mejor que yo pudiera hacerlo, mi juicio sobre esta cuestión.

«Es lamentable tener que hacer lugar en una obra científica a semejantes explicaciones y advertencias. Pero no es a mí a quien ello debe ser reprochado, sino al espíritu contemporáneo, que nos ha llevado hasta el punto de que ningún

libro serio posee hoy garantías de vida^[703]».

Pasaré ahora a exponer en qué forma he vencido en este historial clínico las dificultades técnicas de su comunicación. Tales dificultades son muy arduas para el médico que lleva adelante diariamente cinco o seis tratamientos psicoterápicos de este género y no puede tomar nota alguna durante las sesiones, pues despertaría con ello la desconfianza de los enfermos y perturbaría su propia aprehensión del material aprovechable. Para mí constituye todavía un problema cómo fijar por escrito, para su comunicación ulterior, el historial de un tratamiento de larga duración. En el caso presente vinieron a mi ayuda dos circunstancias: la breve duración del tratamiento —tres meses— y el hecho de que las soluciones del caso se agruparon en torno de dos sueños relatados por la paciente a la mitad y al final, respectivamente, de la cura, anotados por mí al término de la sesión correspondiente, ateniéndome a la descripción verbal que de ellos me había hecho la enferma, y que me proporcionaron un seguro punto de apoyo para desentrañar la trama de interpretaciones y recuerdos a ellos ligada. El historial clínico mismo lo escribí una vez terminado el tratamiento, cuando su recuerdo conservaba aún absoluta claridad en mi memoria, estimulada, además, por mi interés en publicarlo. Entraña, pues, máximas garantías de exactitud, aunque no pueda aspirar a la absoluta fidelidad de una reproducción fotográfica. Nada esencial he alterado en él. Sólo, en algún lugar, la sucesión de las soluciones, y ello para dar una mayor coherencia a la exposición.

Anticipándome a los lectores, precisaré ya lo que en mi relato habrán de encontrar y lo que en él echarán de menos. Al principio pensé titularlo *Los sueños y la histeria*, porque me parecía extraordinariamente apropiado para mostrar cómo la interpretación onírica se entreteje en el historial del tratamiento y cómo logramos, con su ayuda, segar las amnesias y llegar a la solución de los síntomas. No sin razones muy fundadas hice preceder, en 1900, un laborioso y penetrante estudio de los sueños^[704] a los trabajos que me proponía publicar sobre la psicología de la neurosis, si bien, por otra parte, la acogida que encontré dicho estudio me hiciera ver cuán escasa comprensión pueden esperar semejantes esfuerzos por parte de mis colegas de Facultad. En este caso, no podía ya objetarse la imposibilidad de comprobar mis afirmaciones por silenciar yo el material del que las había deducido, pues todo el mundo puede someter a la investigación psicoanalítica sus propios sueños, y la técnica de la interpretación onírica no es nada difícil de aprender siguiendo mis indicaciones y los ejemplos

por mí expuestos. Hoy, como entonces, he de afirmar que el estudio de los problemas de los sueños es condición previa indispensable para la comprensión de los procesos psíquicos de la histeria y de las demás psiconeurosis. De tal manera que resulta imposible adentrarse en este último sector sin haber cumplido a conciencia aquella labor preparatoria. Por tanto, como el presente historial clínico presupone un conocimiento de la interpretación de los sueños, su lectura dejará una impresión muy poco satisfactoria en aquéllos en quienes no se cumpla tal condición. En lugar de la explicación buscada hallarán tan sólo motivos de extrañeza y proyectarán ésta sobre el autor, tachándole de fantástico. En realidad, las singularidades que engendran tal extrañeza son inherentes a los fenómenos de la neurosis, y sólo podríamos desterrarla totalmente si consiguiéramos derivar sin residuo alguno la neurosis de los factores a cuyo conocimiento hemos llegado hasta ahora. Pero lo más probable es, por el contrario, que el estudio de la neurosis haya de llevarnos a nuevas hipótesis que podrán ir convirtiéndose luego, paulatinamente, en certidumbres. Y lo nuevo ha despertado siempre extrañeza y oposición.

Sería erróneo creer que los sueños y su interpretación alcanzan en todos los psicoanálisis la misma importancia que en este ejemplo.

Pero si el historial clínico que sigue muestra una riqueza excepcional en cuanto al aprovechamiento del material onírico, resulta, en cambio, en otros puntos más pobre de lo que yo hubiera deseado. Sólo que sus defectos se hallan directamente enlazados con aquellas circunstancias a las que se debe la posibilidad de publicarlo. Ya he hecho constar que no había encontrado aún manera de dominar el material de un tratamiento prolongado, por ejemplo, a través de todo un año. Este historial de sólo tres meses era fácil de recordar y de abarcar en conjunto. Pero sus resultados han sido incompletos en más de un sentido. El tratamiento no fue llevado hasta su último fin, pues quedó interrumpido por voluntad de la paciente al llegar a un punto determinado, y en tal momento no habían sido siquiera atacados algunos de los enigmas del caso y sólo incompletamente aclarados otros, mientras que la continuación de la labor terapéutica hubiera penetrado seguramente en todos los puntos hasta la última aclaración posible. No puedo ofrecer aquí, por tanto, más que el fragmento de un análisis.

Quizá algún lector familiarizado ya con la técnica del análisis, expuesta en mis *Estudios sobre la histeria*, se asombrará de que en tres meses no nos fuese posible llevar a su última solución siquiera los síntomas sobre los cuales

convergió la investigación. Para disipar semejante extrañeza advertiré que la técnica psicoanalítica ha sufrido una transformación fundamental desde la época de los *Estudios*. Por entonces, el análisis partía de los síntomas y se proponía, como fin, ir solucionándolos uno tras otro. Posteriormente he abandonado esta técnica por parecerme inadecuada a la estructura sutil de la neurosis. Ahora dejo que el paciente mismo determine el tema de nuestra labor cotidiana. Parto así, cada vez, de la superficie que lo inconsciente ofrece de momento a su atención, y voy obteniendo fragmentado, entretejido, en diversos contextos y distribuido entre épocas muy distantes todo el material correspondiente a la solución de un síntoma. Mas, a pesar de esta desventaja aparente, la nueva técnica es muy superior a la primitiva, y sin disputa, la única posible.

Ante lo incompleto de mis resultados analíticos, me vi obligado a imitar el ejemplo de aquellos afortunados investigadores que logran extraer a la luz los restos, no por mutilados menos preciosos, de épocas pretéritas, completándolos luego por deducción y conforme a modelos ya conocidos. Me decidí, pues, a proceder, análogamente, aunque haciendo constar siempre, como un honrado arqueólogo, dónde termina lo auténtico y comienza lo reconstruido.

De otra distinta insuficiencia soy yo directa e intencionadamente culpable. En efecto, no he expuesto, en general, la labor de interpretación que hubo de recaer sobre las asociaciones y comunicaciones del enfermo, sino tan sólo los resultados de la misma. De este modo, y salvo en lo que respecta a los sueños, sólo en algunos puntos aparece detallada la técnica de la investigación analítica. Con este historial clínico me importaba especialmente mostrar la determinación de los síntomas y la estructura interna de la neurosis. Una tentativa de llevar a cabo simultáneamente la otra labor hubiera producido una confusión irremediable, pues para fundamentar las reglas técnicas, empíricamente halladas en su mayor parte, hubiera sido indispensable presentar reunido el material de muchos historiales clínicos. Sin embargo, en el caso presente no debe creerse que la omisión de la técnica haya abreviado gran cosa su exposición. Precisamente en el tratamiento de esta enferma no hubo lugar a desarrollar la parte más espinosa de la labor psicoanalítica, pues la «transferencia afectiva» de la que tratamos brevemente al término del historial no llegó a emerger en el breve curso de la cura.

De una tercera insuficiencia de este historial no puede ya hacérseme responsable, ni tampoco a la enferma. Lo natural es, en efecto, que un solo y único historial, aunque fuese completo e indiscutible, no pueda dar respuesta a

todas las interrogaciones que plantea el problema de la histeria. No puede dar a conocer todos los tipos de la enfermedad, las formas todas de la estructura interior de la neurosis, ni todas las relaciones posibles en la histeria entre lo psíquico y lo somático. No se puede exigir de un solo caso más de lo que puede dar. Asimismo, aquellos que hasta ahora se han negado a aceptar la validez general y exclusiva de la etiología psicosexual en cuanto a la histeria, no llegarán tampoco a una convicción opuesta con el conocimiento de un solo historial, sino que aplazarán su juicio hasta haber alcanzado, con una labor personal, el derecho a semejante convicción.

* * *

Adición de 1923. El tratamiento cuyo historial comunicamos a continuación quedó interrumpido el 31 de diciembre de 1900. Su exposición, escrita en las dos semanas siguientes, no se publicó hasta 1905. No es de esperar que más de veinte años de labor ininterrumpida no hayan modificado nada en la interpretación y exposición de tal caso patológico, pero carecería totalmente de sentido querer adaptar ahora la exposición de su historial, corrigiéndola y ampliándola, al estado actual de nuestro conocimiento. La he dejado, pues, casi intacta, limitándome a rectificar algunas impresiones sobre las que me llamaron la atención mis excelentes traductores ingleses, mister y mistress James Strachey. Las advertencias críticas que me han parecido necesarias las he incluido como adiciones al historial, de modo que en aquellos puntos en que tales notas no contradicen el texto, el lector tiene derecho a suponer que sigo manteniendo las mismas opiniones de entonces. El problema de la discreción profesional, del que me ocupo en esta introducción, no surge ya en los otros historiales clínicos siguientes^[705], pues tres de ellos se publican con autorización expresa de los interesados —el de Juanito, con la de su padre—, y en un caso (Schreber), el objeto del análisis no es realmente una persona, sino el libro por ella escrito. En el caso de Dora, el secreto se ha conservado hasta este mismo año. He sabido recientemente que la sujeto, de la que no había vuelto a tener noticia alguna en muchos años, había confiado a uno de mis colegas haber sido sometida por mí en su juventud al análisis, confidencia que permitió a mi colega, muy versado en estas cuestiones, reconocer en su paciente a aquella Dora de 1900. El hecho de que los tres meses de tratamiento logaran tan sólo solucionar

el conflicto de entonces, sin dejar tras de sí una salvaguardia contra posteriores enfermedades neuróticas, no creo que pueda convertirse honradamente en un reproche contra la terapia analítica.

A) EL CUADRO CLÍNICO^[706]

DESPUÉS de haber mostrado en mi *Interpretación de los sueños* (1900) que los sueños son, en general, interpretables y que una vez llevada a término la labor interpretadora pueden ser reemplazados por ideas irreprochablemente estructuradas, susceptibles de ser interpoladas en un lugar determinado y conocido de la continuidad anímica, quisiera presentar, en las páginas que siguen, un ejemplo de aquella única aplicación práctica de que hasta ahora parece susceptible el arte onirocrítico. En mi obra antes citada expuse ya cómo llegué a encontrarme ante el problema de los sueños. Se alzó de pronto en mi camino, cuando intentaba lograr la curación de las psiconeurosis por medio de un procedimiento psicoterápico especial, y los enfermos comenzaron a comunicarme, entre otros procesos de su vida anímica, sueños por ellos soñados que parecían demandar un lugar entre las relaciones del síntoma patológico con la idea patógena. Aprendí por entonces a traducir al lenguaje vulgar el idioma de los sueños, y actualmente puedo afirmar que tal conocimiento es indispensable para el psicoanalítico, pues los sueños nos muestran el camino por el que puede llegar a la conciencia aquel material psíquico que, a causa de la resistencia provocada por su contenido, ha quedado reprimido y confinado fuera de la conciencia, haciéndose con ello patógeno. O más brevemente, los sueños son uno de los rodeos que permiten eludir la represión; uno de los medios principales de la llamada representación psíquica indirecta. La presente comunicación fragmentaria del historial clínico de una muchacha histérica intenta mostrar cómo la interpretación de los sueños interviene en la labor analítica. Me procura, además, una ocasión de propugnar públicamente y por vez primera, con toda la amplitud necesaria para su mejor comprensión, una parte de mis opiniones sobre los procesos psíquicos y sobre las condiciones orgánicas de la histeria. Reconocido, ya, en general, que para aproximarse a la solución de los grandes problemas que la histeria plantea al médico y al investigador es preciso un fervoroso y profundo estudio y errónea la anterior actitud de despreciativa

ligereza, no creo tener que disculparme de la amplitud con que he tratado el tema.

Ya que:

Nicht Kunst und Wissenschaft allein, Geduld will bei dem Werke sein (La ciencia y el arte a solas no sirven, en el trabajo debe mostrarse la paciencia; del *Fausto*, de Goethe).

Ofrecer al lector un historial clínico acabadamente preciso y sin la menor laguna supondría situarle desde un principio en condiciones muy distintas a las del observador médico. Los informes de los familiares del enfermo —en este caso los suministrados por el padre de la paciente— suelen no procurar sino una imagen muy poco fiel del curso de la enfermedad. Naturalmente, yo inicio luego el tratamiento, haciendo que el sujeto me relate su historia y la de su enfermedad; pero lo que así consigo averiguar no llega tampoco a proporcionarme orientación suficiente. Este primer relato puede compararse a un río no navegable, cuyo curso es desviado unas veces por masas de rocas y dividido otras por bancos de arena que le quitan profundidad. No puede menos de producirme asombro encontrar en los autores médicos historiales clínicos minuciosamente precisos y coherentes de casos de histeria. En realidad, los enfermos son incapaces de proporcionar sobre sí mismos informes tan exactos; pueden ilustrar al médico con amplitud y coherencia suficientes sobre alguna época de su vida; pero a estos períodos siguen otros en los que sus informes se agotan, presentan lagunas y plantean enigmas hasta situarnos ante épocas totalmente oscuras, faltas de toda aclaración aprovechable. No existe entre los sucesos relatados la debida conexión, y su orden de sucesión aparece inseguro. En el curso mismo del relato, el enfermo rectifica repetidamente algunos datos o una fecha, volviendo luego muchas veces a su primera versión. La incapacidad de los enfermos para desarrollar una exposición ordenada de la historia de su vida en cuanto la misma coincide con la de su enfermedad no es sólo característica de la neurosis^[707], sino que integra, además, una gran importancia teórica. Depende de varias causas: en primer lugar, el enfermo silencia conscientemente y con toda intención una parte de lo que sabe y debía relatar, fundándose para ello en impedimentos que aún no ha logrado superar: la repugnancia a comunicar sus intimidades, el pudor o la discreción cuando se trata de otras personas. Tal sería la parte de insinceridad consciente. En segundo lugar, una parte de los conocimientos anamnésicos del paciente, sobre la cual

dispone éste en toda otra ocasión sin dificultad alguna, escapa a su dominio durante su relato, sin que el enfermo se proponga conscientemente silenciarla. Por último, no faltan nunca amnesias verdaderas, lagunas mnémicas, en las que se hunden no sólo recuerdos antiguos, sino también recuerdos muy recientes. Ni tampoco falsos recuerdos, formados secundariamente para segar tales lagunas^[708]. Cuando los sucesos se han conservado en la memoria, la intención en que la amnesia se basa queda conseguida con idéntica seguridad por la alteración de la continuidad, y el medio más seguro de desgarrar la continuidad es trastornar el orden de sucesión temporal de los acontecimientos. Este orden es siempre el elemento más vulnerable del acervo mnémico y el que antes sucumbe a la represión. Hay incluso algunos recuerdos que se nos presentan ya, por decirlo así, en un primer estadio de represión, pues se nos muestran penetrados de dudas. Cierta tiempo después, esta duda quedaría sustituida por el olvido o por un recuerdo falso^[709].

Esta condición de los recuerdos relativos a la enfermedad es la correlación necesaria teóricamente exigida de los síntomas patológicos. En el curso del tratamiento va luego exponiendo el enfermo aquello que ha silenciado antes o que no acudió a su pensamiento. Los recuerdos falsos se demuestran insostenibles y quedan segadas las lagunas mnémicas. Sólo hacia el final de la cura se ofrece ya a nuestra vista un historial patológico consecuente, inteligible y sin soluciones de continuidad. Si el fin práctico del tratamiento está en suprimir todos los síntomas posibles y sustituirlos por ideas conscientes, el fin teórico estará en curar todos los fallos de la memoria del enfermo. Ambos fines coinciden. Alcanzando uno de ellos, queda conseguido el otro. Un mismo camino conduce hasta los dos.

De la naturaleza misma del material del psicoanálisis resulta que en nuestros historiales patológicos deberemos dedicar tanta atención a las circunstancias puramente humanas y sociales de los enfermos como a los datos somáticos y a los síntomas patológicos. Ante todo dedicaremos interés preferentemente a las circunstancias familiares de los enfermos, y ello, como luego veremos, también por razones distintas de la herencia.

En el caso cuyo historial nos disponemos a comunicar, el círculo familiar de la paciente —una muchacha de dieciocho años— comprendía a sus padres y a un único hermano, año y medio mayor que ella. La persona dominante era el padre, tanto por su inteligencia y sus condiciones de carácter como por las

circunstancias externas de su vida, las cuales marcaron el curso de la historia infantil y patológica de la sujeto. Gran industrial, de infatigable actividad y dotes intelectuales poco vulgares, se hallaba en excelente situación económica, y su edad, al encargarme yo del tratamiento de su hija, pasaba ya de los cuarenta y cinco años. La muchacha le profesaba intenso cariño, y su espíritu crítico tempranamente despierto condenaba tanto más dolorosamente ciertos actos y singularidades de su progenitor.

Las muchas y graves enfermedades que el padre había padecido a partir de la época en que su hija llegó a los seis años habían coadyuvado a intensificar tal ternura. Por dicha época enfermó el padre de tuberculosis, trasladándose toda la familia a la pequeña ciudad de B., situada en nuestras provincias del Sur y favorecida por un clima benigno y seco. La infección tuberculosa mejoró allí rápidamente, pero la familia continuó residiendo en B. durante cerca de diez años. El padre hacía de cuando en cuando un viaje para visitar sus fábricas, y sólo en verano se trasladaban todos a un balneario de altura. Al cumplir la muchacha los diez años, el padre sufrió un desprendimiento de retina que le impuso una cura de oscuridad y le dejó como huella una gran debilitación de la vista. Pero su enfermedad más grave le atacó aproximadamente dos años después, y consistió en un acceso de confusión mental, al que se agregaron síntomas de parálisis y ligeros trastornos psíquicos. Un amigo del enfermo, del que más adelante habremos de ocuparnos ampliamente, movió a aquél a venir a Viena con su médico de cabecera para consultarme. En un principio dudé de diagnosticar una taboparálisis, pero no tardé en decidirme a admitir una afección vascular difusa, y una vez que el enfermo me confesó haber padecido antes de su matrimonio una infección específica, le sometí a una enérgica cura antiluética, que hizo desaparecer todos los trastornos que aún le aquejaban. A esta afortunada intervención médica debo sin duda que el padre acudiera a mí cuatro años después con su hija, aquejada de claros síntomas neuróticos, y resolviera luego, al cabo de otros dos años, confiármela para intentar su curación por medio del tratamiento psicoterápico.

En el intervalo había yo conocido a una hermana del padre, poco mayor que él, que padecía una grave psiconeurosis desprovista de síntomas histéricos característicos. Esta mujer murió, después de una vida atormentada por un matrimonio desgraciado, consumida por los fenómenos, no del todo explicables, de un rápido marasmo.

Otro de sus hermanos, al que conocí por casualidad, era un solterón

hipocondríaco.

La muchacha, que al serme confiada para su tratamiento acababa de cumplir los dieciocho años, había orientado siempre sus simpatías hacia la familia de su padre, y desde que había enfermado veía su modelo y el ejemplo de su destino en aquella tía suya antes mencionada. Tanto sus dones intelectuales, prematuramente desarrollados, como su disposición a la enfermedad demostraban que predominaba en ella la herencia de la rama paterna. No llegué a conocer a su madre; pero de los informes que sobre ella hubieron de proporcionarme el padre y la hija hube de deducir que se trataba de una mujer poco ilustrada y, sobre todo, poco inteligente, que al enfermar su marido había concentrado todos sus intereses en el gobierno del hogar, ofreciendo una imagen completa de aquello que podemos calificar de «psicosis del ama de casa». Falta de toda comprensión para los intereses espirituales de sus hijos, se pasaba el día velando por la limpieza de las habitaciones, los muebles y los utensilios con una exageración tal, que hacía casi imposible servirse de ellos. Este estado, del cual encontramos con bastante frecuencia claros indicios en mujeres normales, se aproxima a ciertas formas de la obsesión patológica de limpieza. Pero tanto en estas mujeres como en la madre de nuestra paciente falta todo conocimiento de la enfermedad, y con ello uno de los caracteres más esenciales de la neurosis obsesiva. Las relaciones entre madre e hija eran muy poco amistosas desde hacía ya bastantes años. La hija no se ocupaba de su madre, la criticaba duramente y había escapado por completo a su influencia^[710].

La sujeto tenía un único hermano, año y medio mayor que ella, en el cual había visto durante su infancia el modelo conforme al cual debiera forjar su personalidad. Las relaciones entre ambos hermanos se habían enfriado mucho en los últimos años. El muchacho procuraba sustraerse en lo posible a las complicaciones familiares, y cuando no tenía más remedio que tomar partido, se colocaba siempre al lado de la madre. De este modo, la atracción sexual habitual había aproximado afectivamente, de un lado, al padre y a la hija, y de otro, a la madre y al hijo.

Nuestra paciente, a la que llamaremos Dora en lo sucesivo, mostró ya a la edad de ocho años síntomas nerviosos. Por esta época enfermó de disnea permanente, con accesos periódicos a veces muy intensos. Esta dolencia la atacó por vez primera después de una pequeña excursión a la montaña y fue atribuida al principio a un exceso de fatiga. Seis meses de reposo y cuidados consiguieron

mitigarla y hacerla desaparecer. El médico de la familia no vaciló en diagnosticar una afección puramente nerviosa, excluyendo desde el primer momento la posibilidad de una causación orgánica de la disnea, aunque, por lo visto, creía conciliable tal diagnóstico con la etiología de la fatiga^[711].

La niña sufrió sin daño permanente las habituales enfermedades infantiles. Durante el tratamiento me contó con intención simbolizante que su hermano contraía regularmente en primer lugar y de un modo muy leve tales enfermedades, siguiéndole ella luego, siempre con mayor gravedad. Al llegar a los doce años comenzó a padecer frecuentes jaquecas y ataques de tos nerviosa, síntomas que al principio aparecían siempre unidos, separándose luego para seguir un distinto desarrollo. La jaqueca fue haciéndose cada vez menos frecuente, hasta desaparecer por completo al cumplir la sujeta dieciséis años. En cambio, los ataques de tos nerviosa, cuya primera aparición fue quizá provocada por un catarro vulgar, siguieron atormentándola. Cuando, a los dieciocho años, me fue confiada para su tratamiento, tosía de nuevo en forma característica.

No fue posible fijar el número de tales ataques; su duración oscilaba entre tres y cinco semanas, llegando una vez a varios meses. En su primera fase, el síntoma más penoso había sido, por lo menos en los últimos años, una afonía completa. Se había fijado nuevamente y con plena seguridad el diagnóstico de neurosis; pero ninguno de los tratamientos usuales, incluso la hidroterapia y la electroterapia local, logró el menor resultado positivo. La muchacha, que a través de estos estados patológicos había llegado a ser ya casi una mujer de inteligencia clara y juicio muy independiente, acabó por acostumbrarse a despreciar los esfuerzos de los médicos, hasta el punto de renunciar por completo a su auxilio, y aunque la persona del médico de su familia no le inspiraba disgusto ni antipatía, eludía en lo posible acudir a él, resistiéndose también tenazmente a consultar a cualquier otro desconocido. Así, para que acudiera a mi clínica fue necesario que su padre se lo impusiera.

La vi por vez primera a principios del verano en que cumplía sus dieciséis años, aquejada de tos y ronquera, y ya por entonces propuse una cura psíquica que no llegó a iniciarse porque también este acceso, que le había durado ya más de lo acostumbrado, acabó por desaparecer espontáneamente. Al invierno siguiente, hallándose pasando una temporada en casa de su tío, a raíz de la muerte de la mujer de éste, a la cual tanto quería la sujeta, enfermó de pronto y con fiebre alta, diagnosticándose su estado como un ataque de apendicitis^[712].

Al otoño siguiente, la familia abandonó definitivamente la ciudad de B., pues la salud del padre parecía ya consentirlo, trasladándose primero al lugar donde aquél tenía su fábrica, y apenas un año después a Viena.

Dora había llegado a ser entre tanto una gallarda adolescente de fisonomía inteligente y atractiva, pero constituía un motivo constante de preocupación para sus padres. El signo capital de su enfermedad consistía ahora en una constante depresión de ánimo y una alteración del carácter. Se veía que no estaba satisfecha de sí misma ni de los suyos; trataba secamente a su padre y no se entendía ya ni poco ni mucho con su madre, que quería a toda costa hacerla participar en los cuidados de la casa. Evitaba el trato social, alegando fatiga constante, y ocupaba su tiempo con serios estudios y asistiendo a cursos y conferencias para señoras. Un día, sus padres se quedaron aterrados al encontrar encima de su escritorio una carta en la que Dora se despedía de ellos para siempre, alegando que no podía soportar la vida por más tiempo^[713]. La aguda penetración del padre le hizo suponer desde el primer momento que no se trataba de un propósito serio de quitarse la vida, pero quedó consternado, y cuando más tarde, después de una ligera discusión con su hija, tuvo ésta un primer acceso de inconsciencia^[714], del cual no quedó luego en su memoria recuerdo alguno, decidió, a pesar de la franca resistencia de la muchacha, confiarme su tratamiento.

El historial clínico hasta ahora esbozado no parece ciertamente entrañar un gran interés. Presenta todas las características de una *petite hystérie* con los síntomas somáticos y psíquicos más vulgares: disnea, tos nerviosa, afonía, jaquecas, depresión de ánimo, excitabilidad histérica y un pretendido *taedium vitae*. Se han publicado desde luego, historiales clínicos mucho más interesantes y más cuidadosamente estructurados de sujetos histéricos; así, pues, tampoco en la continuación de éste hallaremos nada de estigmas de la sensibilidad cutánea, limitación del campo visual, etc. Me permitiré tan sólo la observación de que todas las colecciones de fenómenos histéricos singulares y extraños no nos han proporcionado gran cosa en el conocimiento de esta enfermedad, tan enigmática aún. Lo que precisamente necesitamos es la aclaración de los casos más vulgares y de los síntomas típicos más frecuentes.

Por mi parte me bastaría que las circunstancias me hubiesen permitido hallar una explicación completa de este caso de pequeña histeria. Por mi experiencia con otros enfermos no dudo de que mis medios analíticos hubieran sido

suficientes para conseguir tal resultado.

En 1896, poco después de la publicación de mis *Estudios sobre la histeria*, en colaboración con el doctor J. Breuer, rogué a uno de mis colegas más sobresalientes que me expusiera su juicio sobre la teoría psicológica de la histeria, que en dichos estudios propugnábamos. El colega así consultado me respondió sinceramente que la consideraba una generalización injustificada de conclusiones que podían ser exactas en algunos casos aislados. Desde entonces he visto numerosos casos de histeria, cuyo análisis me ha ocupado meses e incluso años enteros, y en ninguno de ellos he echado de menos las condiciones psíquicas postuladas en dicha obra: el trauma psíquico, el conflicto de los afectos y, como hube de añadir en publicaciones ulteriores, la intervención de la esfera sexual. Tratándose de cosas que han llegado a hacerse patógenas por su tendencia a ocultarse, no se debe esperar que los enfermos las confíen espontáneamente al médico, el cual tampoco debe contentarse con el primer «no» que los pacientes opongan a su investigación^[715].

En el caso de Dora debí a la aguda comprensión del padre, ya varias veces reconocida, la facilidad de no tener que buscar por mí mismo el enlace de la enfermedad, por lo menos en su última estructura, con la historia externa de la paciente. El padre me informó de que tanto él como su familia habían hecho en B. íntima amistad con un matrimonio residente allí desde varios años atrás: los señores de K. La señora de K. le había cuidado durante su última más grave enfermedad, adquiriendo con ello un derecho a su reconocimiento, y su marido se había mostrado siempre muy amable con Dora, acompañándola en sus paseos y haciéndole pequeños regalos, sin que nadie hubiera hallado nunca el menor mal propósito en su conducta. Dora había cuidado cariñosamente de los dos niños pequeños de aquel matrimonio, mostrándose con ellos verdaderamente maternal. Cuando, dos años antes, el padre y la hija vinieron a visitarme, a principios de verano, estaban de paso en Viena y se proponían continuar su viaje para reunirse con los señores de K. en un lugar de veraneo situado a orillas de uno de nuestros lagos alpinos. El padre se proponía regresar al cabo de pocos días, dejando a Dora en casa de sus amigos por unas cuantas semanas. Pero cuando se dispuso a retornar a Viena, Dora declaró resueltamente su deseo de acompañarle, y así lo hizo. Días después explicó su singular conducta, contando a su madre, para que ésta a su vez lo pusiese en conocimiento del padre, que el señor K. se había atrevido a hacerle proposiciones amorosas durante un paseo

que dieron a solas.

El acusado, al que en la primera ocasión pidieron explicaciones el padre y el tío de la muchacha, negó categóricamente el hecho, y a su vez acusó a Dora diciendo que su mujer le había llamado la atención sobre el interés que la muchacha sentía hacia todo lo relacionado con la cuestión sexual, hasta el punto de que durante los días que había pasado en su casa, sus lecturas habían sido obras tales como *Fisiología del amor*, de Mantegazza. Acalorada, sin duda, por semejantes lecturas, había fantaseado la escena amorosa de la que ahora le acusaban.

«No dudo —dijo el padre— que este incidente es el que ha provocado la depresión de ánimo de Dora, su excitabilidad y sus ideas de suicidio. Ahora me exige que rompa toda relación con el matrimonio K., y muy especialmente con la mujer, a la que adoraba. Pero yo no puedo complacerla, pues, en primer lugar, creo también que la acusación que Dora ha lanzado sobre K. no es más que una fantasía suya, y en segundo, me enlaza a la señora K. una honrada amistad y no quiero causarle disgusto alguno. La pobre mujer es ya bastante desdichada con su marido, del cual no tengo, por lo demás, la mejor opinión; ha estado también gravemente enfermo de los nervios y ve en mí su único apoyo moral. No necesito decirle a usted que, dado mi mal estado de salud, estas relaciones mías con la señora de K. no entrañan nada ilícito. Somos dos desgraciados para quienes nuestra amistad constituye un consuelo. Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí. Pero Dora, que ha heredado mi testarudez, no consiente en deponer su hostilidad contra el matrimonio K. Su último acceso nervioso fue consecutivo a una conversación conmigo en la que volvió a plantearme la exigencia de ruptura. Espero que usted consiga llevarla ahora a un mejor camino».

No acababan de coincidir estas confidencias con otras manifestaciones anteriores del padre, atribuyendo a la madre, cuyas manías perturbaban la vida del hogar, la culpa principal del carácter insoportable de su hija. Pero yo me había propuesto desde el principio aplazar mi juicio sobre la cuestión hasta haber escuchado a la otra parte interesada.

Así, pues, la aventura con K. —sus proposiciones amorosas y su ulterior acusación ofensiva— habría constituido, para nuestra paciente, el trauma psíquico que Breuer y yo hubimos de considerar indispensable para la génesis de una enfermedad histérica. Pero este caso presenta ya todas aquellas dificultades

que acabaron por decidirme a ir más allá de tal teoría^[716], agravada por otra de un orden distinto. En efecto, como en tantos otros historiales patológicos de sujetos histéricos, el trauma descubierto en la vida de la enferma no explica la peculiaridad de los síntomas; esto es, no demuestra hallarse con ellos en una relación determinada de su especial naturaleza. No aprehendemos así del enlace causal buscado ni más ni menos que si los síntomas resultantes del trauma no hubiesen sido la tos nerviosa, la afonía, la depresión de ánimo y el *taedium vitae*, sino otros totalmente distintos. Pero, además, ha de tenerse en cuenta, en este caso, que algunos de estos síntomas —la tos y la afonía— aquejaban ya a la sujeto años antes del trauma y que los primeros fenómenos nerviosos pertenecen a su infancia, pues aparecieron cuando Dora acababa de cumplir los ocho años.

En consecuencia, si no queremos abandonar la teoría traumática, habremos de retroceder hasta la infancia de la sujeto para buscar en ella influjos e impresiones que puedan haber ejercido acción análoga a la de un trauma, retroceso tanto más obligado cuanto que incluso en la investigación de casos cuyos primeros síntomas no habían surgido en época infantil he hallado siempre algo que me ha impulsado a perseguir hasta dicha época temprana la historia de los pacientes^[717].

Una vez vencidas las primeras dificultades de la cura, la sujeto me comunicó un incidente anterior con K. mucho más apropiado para haber ejercido sobre ella una acción traumática. Dora tenía por entonces catorce años; K. había convenido con ella y con su mujer que ambas acudirían por la tarde a su comercio, situado en la plaza principal de B., para presenciar desde él una fiesta religiosa. Pero luego hizo que su mujer se quedase en casa, despidió a los dependientes y esperó sólo en la tienda la llegada de Dora. Próximo ya el momento en que la procesión iba a llegar ante la casa, indicó a la muchacha que le esperase junto a la escalera que conducía al piso superior, mientras él cerraba la puerta exterior y bajaba los cierres metálicos. Pero luego, en lugar de subir con ella la escalera, se detuvo al llegar a su lado, la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la boca. Esta situación así era apropiada para provocar en una muchacha virgen, de catorce años, una clara sensación de excitación sexual. Pero Dora sintió en aquel momento una violenta repugnancia; se desprendió de los brazos de K. y salió corriendo a la calle por la puerta interior. Este incidente no originó, sin embargo, una ruptura de sus relaciones de amistad con K. Ninguno de ellos volvió a mencionarlo, y Dora aseguraba haberlo mantenido secreto hasta su relato en la

cura. De todos modos, evitó durante algún tiempo permanecer a solas con K. Éste y su mujer habían proyectado por entonces una excursión de varios días, en la que debía participar Dora; pero la muchacha se negó a ello después del incidente relatado, aunque sin explicar el verdadero motivo de su negativa.

En esta escena, segunda en cuanto a su comunicación en la cura, pero primera en cuanto a su situación en el tiempo, la conducta de Dora, muchacha entonces de catorce años, es ya totalmente histérica. Ante toda persona que en una ocasión favorable a la excitación sexual desarrolla predominante o exclusivamente sensaciones de repugnancia, no vacilaré ni un momento en diagnosticar una histeria, existan o no síntomas somáticos. La explicación de esta inversión de los afectos es uno de los puntos más importantes, pero también más arduos, de la psicología de las neurosis. Por mi parte, me creo aún muy lejos de haber hallado tal explicación; pero he de advertir que tampoco este historial clínico me of rece ocasión favorable para exponer los progresos realizados en mi camino hacia ella.

El caso de nuestra paciente no queda aún bastante caracterizado, acentuando esta inversión afectiva; ha de tenerse en cuenta también que nos encontramos ante un desplazamiento de la sensación. En lugar de la sensación genital que una muchacha sana no hubiera dejado de experimentar en tales circunstancias^[718], aparece en ella una sensación de displacer adscrita a las mucosas correspondientes a la entrada del tubo digestivo, o sea la repugnancia y la náusea. En esta localización hubo de influir, desde luego, la excitación de la mucosa labial por el beso, pero también, y muy significativamente, otro factor distinto^[719].

El asco entonces sentido no llegó a convertirse en un síntoma permanente, y tampoco en la época del tratamiento existía sino en potencia, manifestándose, quizá, tan sólo en una leve repugnancia a los alimentos. En cambio, la escena citada había dejado tras de sí una huella distinta: una alucinación sensorial que se hacía sentir de tiempo en tiempo y apareció también durante el relato. La sujeto decía sentir aún en el busto la presión de aquel brazo. Determinadas reglas de la formación de síntomas y ciertas singularidades inexplicables de la enferma (como, por ejemplo, que eludía pasar cerca de un hombre que se hallaba conversando animada o cariñosamente con una mujer) me permitieron hacer del proceso de aquella escena la siguiente reconstrucción. A mi juicio, Dora no sintió tan sólo el abrazo apasionado y el beso en los labios, sino también la

presión del miembro en erección contra su cuerpo. Esta sensación, para ella repugnante, quedó reprimida en su recuerdo y sustituida por la sensación inocente de la presión sentida en el tórax, la cual extrae de la fuente reprimida su excesiva intensidad. Trátase, pues, de un desplazamiento desde la parte inferior del cuerpo a la parte superior^[720]. En cambio, la obsesión antes mencionada parece tener su origen en el recuerdo no modificado. Dora evita acercarse a un hombre que supone sexualmente excitado, para no advertir de nuevo el signo somático de tal excitación.

Es singular ver surgir en este caso, de un solo suceso, tres síntomas —la repugnancia, la sensación de presión en el busto y la resistencia a acercarse a individuos abstraídos en un diálogo amoroso— y comprobar cómo la referencia recíproca de estos tres signos hace posible la inteligencia del proceso genético de la formación de síntomas. La repugnancia corresponde al síntoma de represión de la zona erógena oral, viciada, como más adelante veremos, por el *chupeteo* (infantil). La aproximación del miembro en erección hubo de tener seguramente como consecuencia una transformación análoga del órgano femenino correspondiente, el clítoris, y la excitación de esta segunda zona erógena quedó transferida, por desplazamiento, sobre la sensación simultánea de presión en el tórax. La resistencia a acercarse a individuos presuntamente en igual estado de excitación sexual sigue el mecanismo de una fobia para asegurarse contra una nueva emergencia de la percepción reprimida.

Para convencerme de la posibilidad de esta reconstrucción de la escena traumática pregunté con gran prudencia a la sujeto si conocía algo de los signos somáticos de la excitación sexual en el hombre. La respuesta fue afirmativa en cuanto al presente y dubitativa en cuanto a la época en que la escena hubo de desarrollarse. En el tratamiento de esta paciente tuve, desde un principio, el mayor cuidado en no proporcionarle ningún nuevo conocimiento en cuanto a la sexualidad, y ello no sólo por motivos de conciencia, sino también porque deseaba someter en este caso a una rigurosa prueba mis premisas teóricas. Así, pues, sólo me aventuraba a designar directamente algo cuando anteriores alusiones muy claras hacían ya que su mención directa no constituyera osadía ninguna. Dora respondía regularmente, sin vacilaciones y con honrada sinceridad, que aquello le era ya conocido; pero no logré hacerle recordar cuál había sido la fuente de tales conocimientos. Había olvidado por completo el origen de todos ellos^[721].

Representándome así la escena que se desarrolló en la tienda, llego a la siguiente derivación de la repugnancia^[722]: La sensación de repugnancia aparece ser originariamente la reacción al olor —y luego también a la visión— de las heces. Ahora bien: los genitales, especialmente los masculinos, pueden recordar las funciones excrementales, puesto que el órgano genital masculino sirve tanto para la función sexual como para la micción, siendo incluso esta última función la primeramente conocida y, desde luego, la única conocida en la época presexual. Así es como la repugnancia llega a quedar integrada entre las manifestaciones afectivas de la vida sexual. La conocida sentencia de un padre de la Iglesia, *Inter urinas et faeces nascimur*, ha quedado adscrita a la vida sexual y no puede separarse de ella, a pesar de todos los esfuerzos realizados para idealizarla. Pero quiero hacer constar que no considero aún resuelto el problema con la mera indicación de este camino asociativo. Si tal asociación puede aparecer, ello no explica que efectivamente sea así y, desde luego, no se presentará nunca en circunstancias normales. El conocimiento de los caminos no dispensa el de las fuerzas que por ellos siguen su curso^[723].

Por lo demás, no me era nada fácil orientar la atención de mi paciente sobre sus relaciones con K. Afirmaba siempre haber terminado por completo con él. El estrato superior de todas sus asociaciones en las sesiones del tratamiento, todo lo que se le hacía fácilmente consciente y todo lo que recordaba conscientemente de los sucesos del día anterior, se refería siempre a su padre. Era exacto que no podía perdonarle la prosecución de sus relaciones con K. y, sobre todo, con la mujer del mismo. Pero su interpretación de estas últimas era ciertamente muy distinta de lo que el padre deseaba. Para Dora no cabía duda de que se trataba de unas relaciones eróticas entre su padre y la mujer de K., joven y bonita. Nada de lo que podía afirmar en ella esta convicción escapaba a su percepción implacablemente aguda en este punto, con respecto al cual no existía tampoco en su memoria la menor laguna. La amistad con el matrimonio K. hubo de iniciarse ya antes de la grave enfermedad del padre, aunque no se hiciera íntima hasta la época en que la mujer ejerció oficio de enfermera cuidadosa y constante, en tanto que la madre de Dora apenas se acercaba al lecho del enfermo. En los primeros veraneos después de la curación sucedieron cosas que hubieran abierto los ojos de cualquiera sobre la verdadera naturaleza de aquella amistad. Ambas familias vivían en el mismo piso del hotel. Un buen día la señora de K. declaró que no podía seguir ocupando el cuarto que hasta entonces había compartido con

sus hijos, y poco después también el padre de Dora se trasladó de cuarto, yendo a ocupar otro situado al final del corredor y enfrente del de la señora de K. Ambas habitaciones quedaban así muy próximas y separadas, en cambio, de las del resto de la familia. Cuando la muchacha reprochaba luego a su padre la amistad con la señora de K., solía él contestarle que no comprendía semejante hostilidad, pues tanto ella como su hermano debían estarle, por el contrario, muy agradecidos. La madre, a la que en una de estas ocasiones pidió que le explicara aquellas palabras, le contestó que en la época de su enfermedad se había sentido el padre tan desesperado que había salido un día camino del bosque con intención de suicidarse. La señora de K. había sospechado su propósito y le había seguido, logrando hacerle desistir de ello y seguir viviendo para los suyos. Naturalmente, Dora no creyó tal explicación y supuso que su padre habría inventado el cuento del suicidio para justificar una cita con la mujer de K.^[724], con la cual había sido sorprendido en el bosque.

Cuando luego volvieron a B., el padre iba diariamente a visitar a la mujer de K., y siempre a la hora en que el marido se hallaba en la tienda. Todo el mundo criticaba aquella amistad y aludía a ella irónicamente delante de Dora. El mismo K. se había quejado varias veces de la actitud indiferente de la madre de Dora a este respecto, pero evitando siempre hacer ante esta última la menor alusión al asunto, cosa que la muchacha parecía agradecerle como una muestra de delicadeza. En los paseos familiares, el padre y la señora de K. se las arreglaban siempre de manera que pudieran quedarse solos. No cabía duda de que ella aceptaba de él dinero, pues hacía gastos imposibles de justificar con sus propios medios o los de su marido. El padre comenzó también a hacerle regalos de importancia, y para encubrirlos se mostró particularmente generoso con su propia mujer y con Dora. La señora de K., que hasta entonces había estado muy delicada de salud e incluso había tenido que pasar una temporada en un sanatorio de enfermos nerviosos, a causa de una dolencia neurótica que llegó casi a privarla de la facultad de andar, había recobrado por completo la salud desde entonces y se mostraba contenta y gozosa de vivir.

También después de su partida de B. continuó esta amistad, pues el padre declaraba de cuando en cuando no poder soportar por más tiempo el clima de su nueva residencia y empezaba a toser y a quejarse hasta que un día se marchaba resueltamente a B., desde donde escribía luego cartas rebosantes de alegría. Todas aquellas enfermedades no eran sino pretextos para volver a ver a su

amiga. Cuando más adelante reveló el padre su proyecto de trasladarse a Viena, Dora sospechó un nuevo manejo para reunirse con la señora de K., y, en efecto, a las tres semanas de estar en Viena se enteró de que también el matrimonio K. se había trasladado allí. Comenzó a encontrar frecuentemente en la calle a la señora de K. en compañía de su padre, y también a K., el cual la seguía siempre con la vista, y una vez que la vio sola fue detrás de ella largo rato para ver adónde iba y convencerse de que no tenía ninguna cita.

Durante las sesiones del tratamiento, Dora criticó repetidas veces amargamente a su padre, diciendo que era poco sincero, no pensaba más que en su propia satisfacción y poseía el don de representarse las cosas tal y como le convenían; críticas que arreciaban especialmente en aquellas ocasiones en que el padre se sentía peor y salía precipitadamente para B.; no tardaba Dora en averiguar que también la señora de K. había salido con igual destino para visitar a unos parientes suyos.

En general no era posible defender al padre contra estos reproches y se veía fácilmente cuál de ellos era el más justificado. Cuando Dora se sentía amargada, se le imponía la idea de que su padre la entregaba a K., como compensación de su tolerancia de las relaciones con su mujer, y dado el cariño filial de la muchacha, no es difícil imaginar la ira que tal idea despertaba en ella. En otras épocas se daba perfecta cuenta de que con tales imaginaciones se hacía culpable de una exageración injustificada. Naturalmente, los dos hombres no habían concertado jamás pacto alguno formal en el que ella figurase como objeto de una transacción, y, sobre todo, el padre hubiera retrocedido espantado ante tal sospecha. Pero pertenecía a aquel género de individuos que saben eludir un conflicto falseando arbitrariamente su percepción de la más evidente realidad. Si alguien le hubiera advertido el peligro de aquellas relaciones constantes y no vigiladas por nadie de una muchacha adolescente con un hombre descontento de su mujer, hubiera respondido seguramente que tenía plena confianza en su hija, para la cual no podía resultar jamás peligroso un hombre como K., y que este mismo era, además, incapaz de semejante traición a la amistad que le profesaba. O también que Dora era todavía una chiquilla, y K. la trataba como tal. Pero, en realidad, cada uno de aquellos hombres evitaba cuidadosamente deducir de la conducta del otro aquellas conclusiones que podían estorbar la satisfacción de sus propios deseos. De este modo, K. pudo mandar diariamente, durante un año entero, un ramo de flores a Dora, aprovechar todo su tiempo libre para gozar de su compañía y hacerle costosos regalos, sin que a sus padres les pareciera

sospechosa tal conducta.

Cuando en el tratamiento psicoanalítico aparece una serie de ideas correctamente fundamentadas e irreprochables, surge también para el médico un momento de perplejidad, pudiendo el paciente tomar cierta ventaja al preguntar: «Esto es en su totalidad bien pensado y cierto, ¿no le parece? ¿Qué quisiera usted cambiar de lo que yo le he contado?» Pero no tardamos en observar que tales ideas, inatacables por el análisis, han sido utilizadas por el enfermo para encubrir otras que tratan de escapar a su crítica y a su conciencia. Una serie de reproches contra otros nos hace sospechar la existencia, detrás de ella, de una serie de reproches de igual contenido contra la propia persona. Nos bastará entonces referir sucesivamente cada uno de ellos a la persona del enfermo. Este modo de defenderse contra un reproche referido a uno mismo, transfiriéndolo a otra persona, muestra algo innegablemente automático y tiene su modelo en la conducta de los niños pequeños, que siempre que se les reprocha alguna mentira responden: «El mentiroso eres tú». El adulto respondería intentando subrayar algún defecto real del adversario, en lugar de emplear como defensa la repetición del mismo reproche. En la paranoia se hace manifiesta, como proceso constructor de delirios, esta proyección del reproche sobre otra persona, sin modificación alguna de su contenido y, por tanto, sin base ninguna real.

También los reproches de Dora contra su padre se superponen en toda su extensión a reproches de igual contenido contra sí misma, como vamos a demostrar detalladamente. Tenía razón al afirmar que el padre no quería enterarse del verdadero carácter de la conducta de K. para con ella, con objeto de no verse perturbado en sus relaciones amorosas. Pero Dora había obrado exactamente igual. Se había hecho cómplice de tales relaciones, rechazando todos los indicios que testimoniaban de la verdadera naturaleza de las mismas. Así, su comprensión de dicho carácter y las exigencias de ruptura planteadas al padre databan sólo de su aventura con K. en la excursión por el lago. Hasta este momento y durante años enteros había protegido en lo posible las relaciones de su padre con la mujer de K., a la cual no iba nunca a visitar cuando sospechaba que su padre se encontraba con ella, y sabiendo que durante aquellas horas los niños habrían sido mandados fuera de la casa, marchaba a su encuentro y seguía con ellos su paseo. Durante algún tiempo había habido en su casa una persona que quiso abrirle los ojos sobre las relaciones de su padre con la mujer de K. e impulsarla a tomar partido contra esta última. Tal persona había sido su última

institutriz, una mujer ya no joven, muy linda y de opiniones harto libres^[725]. La institutriz y la alumna mantuvieron excelentes relaciones durante algún tiempo, hasta que Dora se enemistó repentinamente con ella y consiguió que la despidieran. Mientras la institutriz ejerció alguna influencia en la casa, la utilizó en contra de la señora de K. Manifestó a la madre que no era digno por parte suya tolerar tal intimidad de su marido con otra mujer y llamó la atención de Dora sobre cuantos indicios hacían sospechosas aquellas relaciones. Pero sus esfuerzos fueron inútiles. Dora siguió profesando a la señora de K. una tierna amistad y no veía motivo alguno para considerar intolerable las relaciones de su padre con ella. Pero, además, se daba cuenta exacta de los motivos que regían la conducta de su institutriz. Ciega para unas cosas, veía perfectamente otras, y así, no tardó en observar que la institutriz estaba enamorada de su padre. Cuando éste se hallaba en casa, la institutriz parecía otra persona y se mostraba afectuosa y servicial. Durante la época en que la familia vivía en la ciudad donde el padre tenía su fábrica y desaparecía, por tanto, del horizonte familiar la señora de K., su hostilidad se tornaba contra la madre, en la que veía entonces una rival. Pero Dora no llegó a tomarle a mal nada de esto. En cambio, se indignó contra ella cuando advirtió que por sí misma le era totalmente indiferente y que el cariño que le mostraba no era más que un reflejo del que ofrendaba a su padre. Durante las ausencias del padre, la institutriz no le hacía el menor caso, no quería salir con ella a paseo ni se interesaba por sus estudios. En cambio, en cuanto el padre regresaba, la institutriz volvía a mostrarse amable, servicial e interesada en su educación. Al darse cuenta de esto fue cuando hizo que la despidieran.

La infeliz había hecho ver a Dora, con claridad indeseada, una parte de su propia conducta. Lo mismo que la institutriz se había conducido con ella a temporadas, se comportaba ella con los hijos de K. Desempeñaba cerca de ellos el pape' de madre; dirigía sus estudios, los llevaba de paseo, y los compensaba así del escaso interés que su madre les dedicaba. El matrimonio K. había estado varias veces a punto de separarse, no llegando a hacerlo porque el marido no se resignaba a renunciar a ninguno de sus hijos. El cariño a los niños había constituido desde un principio un enlace entre K. y Dora, y el ocuparse de ellos había sido para esta última el pretexto que debía ocultar a los ojos de los demás y a los suyos mismos algo distinto.

Su conducta para con los niños, tal y como hubo de quedar explicada por su relato del comportamiento de la institutriz para con ella, imponía la misma

consecuencia que su tolerancia silenciosa de las relaciones de su padre con la mujer de K.; esto es, que durante todos aquellos años había estado ella enamorada de K. Al expresarle yo esta deducción mía no obtuve su confirmación, pero en el acto me comunicó que también otras personas (por ejemplo, una prima suya que había pasado con ellos una temporada en B.) la habían acusado de hallarse perdidamente enamorada de aquel hombre, aunque por su parte no recordara ella haber abrigado jamás tal sentimiento. Más tarde, cuando la plenitud del material emergente le hizo ya difícil negar rotundamente mi hipótesis, concedió que quizá hubiera estado enamorada de K. durante la época que habían pasado en B., pero que aquel amor se había desvanecido por completo desde la escena del lago^[726]. De todas maneras, quedó probado así que el reproche de haber negado a dar oídos a deberes ineludibles y haberse imaginado las cosas de la manera más cómoda y más favorable a sus sentimientos amorosos, o sea el reproche que dirigía a su padre, recaía por completo sobre su propia persona^[727].

El otro reproche, de que su padre utilizaba sus enfermedades como pretexto y medio para sus fines encubre de nuevo toda una parte de su propia historia secreta. Un día se quejaba de un síntoma presuntamente nuevo: de agudos dolores de estómago, y al preguntarle yo: «¿A quién imita usted ahora?», di de lleno en el blanco. La tarde anterior había ido a visitar a sus primas, hijas de su difunta tía. La más joven estaba a punto de casarse. La mayor había enfermado por aquellos días de agudos dolores de estómago, y la familia se disponía a llevarla a pasar una temporada a Semmering para ver si se reponía. Dora opinaba que la enfermedad de la mayor no era más que envidia, pues acostumbraba fingir una dolencia siempre que quería conseguir algo, y en esta ocasión lo que quería era alejarse de su casa para no ser testigo de la felicidad de su hermana^[728]. Sus propios dolores de estómago cesaron al descubrirle yo que se identificaba con su prima, a la que acusaba de simulación, sea porque también ella envidiaba el amor de que era objeto otra mujer o porque veía reflejado su propio destino en el de la hermana mayor, que había pasado poco tiempo antes por la contrariedad de ver desenlazarse desdichadamente unas relaciones amorosas^[729]. También la conducta de la señora K. le había mostrado lo útiles que en ciertos casos pueden ser las enfermedades. K. pasaba fuera de su casa, en viajes de negocios una parte del año y siempre que volvía encontraba enferma a su mujer, a la que veinticuatro horas antes Dora había visto en perfecta salud. La muchacha

comprendió así que la presencia del marido hacía enfermar en el acto a la mujer y que ésta consideraba bien venida la enfermedad, puesto que le permitía eludir el cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Una observación sobre sus propias alternativas de salud y enfermedad durante los primeros años que pasó en B. me hizo sospechar una análoga dependencia de su salud. Una de las reglas técnicas psicoanalíticas pretende que una conexión interna, aun oculta, se manifiesta por la contigüidad de las asociaciones, de la misma manera que en la escritura una *a* puesta al lado de una *b* significa que hemos de formar con ambas letras la sílaba *ab*. Dora había padecido toda una serie de accesos de tos acompañados de afonía. ¿Habría influido para algo la presencia o la ausencia del hombre amado en esta aparición y desaparición de los fenómenos patológicos? Si así era, habríamos de hallar en algún lado una coincidencia delatora. Pregunté, pues, cuál había sido la duración media de aquellos accesos. De tres a seis semanas. Luego, ¿cuánto habían durado las ausencias de K.? Dora hubo de confesar que también de tres a seis semanas. Demostraba así, con su enfermedad, su amor por K., del mismo modo que la mujer de este último su desamor. Pero entonces habríamos de suponer que Dora se había conducido al revés que la esposa, enfermando mientras K. estaba ausente y sanando en cuanto llegaba. Así pareció haber sucedido realmente, por lo menos durante el primer período de los accesos, pues en épocas ulteriores se impuso la necesidad de encubrir la coincidencia del acceso con la ausencia del hombre secretamente amado, para evitar que la constancia del fenómeno llegase a descubrir el secreto y a partir de entonces la duración del ataque se conservó como signo de su significación primera.

En este punto recordaré haber visto y oído en la clínica de Charcot que en las personas aquejadas de mutismo histérico la escritura se hacía más fácil, en compensación del habla. Escribían, pues, con mayor soltura, rapidez y corrección que las demás y que ellas mismas antes del acceso de mutismo. Así habría sucedido también en el caso de Dora. En los primeros días de su afonía le era siempre grato y fácil escribir. Esta singularidad no exigía ninguna explicación psicológica especial, puesto que constituía la manifestación de una función fisiológica sustitutiva creada por la necesidad; pero, de todos modos, fue singular la facilidad con que en el acto surgió tal explicación. K. solía comunicarle con frecuencia sus impresiones del viaje y le mandaba numerosas postales, hasta el punto de que Dora sabía, antes que la propia mujer de K., la fecha de su retorno. El hecho de corresponder con un ausente, con el que no se

puede hablar, no es menos natural que el de tratar de hacerse comprender por medio de la escritura cuando se está afónico. La afonía de Dora permitía, por tanto, la siguiente interpretación simbólica: cuando el hombre amado estaba ausente, renunciaba ella a hablar; el habla no tenía ya para ella valor ninguno, puesto que no le servía para comunicarse con él. En cambio adquiriría mucha más importancia la escritura, como el único medio de seguir en relación con el ausente.

No me propongo sentar ahora la afirmación de que en todos los casos de afonía periódica pueda orientarse el diagnóstico hacia la existencia de un hombre amado temporalmente ausente. La determinación del síntoma en el caso de Dora es demasiado específica para poder pensar en un frecuente retorno de la misma etiología accidental. ¿Qué valor tendrá, pues, nuestra explicación de la afonía? ¿No nos habremos dejado engañar por un azar? No lo creo. Habremos de recordar más bien la cuestión, tantas veces planteada, de si los síntomas de la histeria son de origen psíquico o somático, o reconociéndolos de origen psíquico, si necesariamente han de hallarse todos psíquicamente determinados. Esta cuestión es, como tantas otras en cuya solución vemos esforzarse continuamente en vano a los investigadores, inadecuada. No integra, en su alternativa, el verdadero estado de cosa. A mi juicio, todo síntoma histérico necesita aportaciones de ambos lados. No puede formarse sin cierta colaboración somática facilitada por un proceso normal o patológico en algún órgano del cuerpo. No surge más de una vez —y para que un síntoma tenga carácter histérico es necesario que posea la capacidad de repetirse—, cuando no tiene una significación psíquica, un sentido. Y este sentido no lo trae ya consigo el síntoma histérico, sino que le es prestado, le es arreglado y puede ser distinto en cada caso, según la composición de las ideas reprimidas que pugnan por encontrar una expresión. Claro está que toda una serie de factores actúa en el sentido de que las relaciones entre las ideas inconscientes y los procesos somáticos de que disponen como medio de expresión se estructuren de un modo menos arbitrario, aproximándose a varios enlaces típicos. Para la terapia, las determinaciones dadas en el material psíquico accidental son las más importantes, pues solucionamos los síntomas investigando su significación psíquica. Pero una vez desvanecido todo lo que es posible suprimir por medio del psicoanálisis podemos construir muchas hipótesis, probablemente acertadas, sobre las bases somáticas, regularmente orgánico-constitucionales, de los síntomas. También

para los accesos de tos y afonía, en el caso de Dora, habremos de ir más allá de la interpretación psicoanalítica y buscar detrás de la misma el factor orgánico del que partió la colaboración somática que facilitó la expresión del amor a un hombre temporalmente ausente. Y si el enlace entre la expresión sintomática y el contenido ideológico inconsciente nos sorprende en este caso por su hábil artificio, habremos de tener en cuenta que esta misma impresión habrá de hacernos en todo otro caso y en todo otro ejemplo.

Se me objetará quizá que no supone ciertamente un gran progreso el hecho de que, merced al psicoanálisis, no hayamos de buscar ya el enigma de la histeria en un «desequilibrio especial de la molécula nerviosa» o en la posibilidad de los estados hipnoides, sino en una colaboración somática. Pero contra esta observación he de hacer constar que tal enigma no queda así meramente desplazado, sino también muy disminuido. No se trata ya de su totalidad, sino de un fragmento del mismo que integra aquel carácter peculiar de la histeria que la diferencia de las demás psiconeurosis. Los procesos psíquicos son, en todas las psiconeurosis, los mismos durante todo un principio, y sólo luego ha de tenerse en cuenta la colaboración somática que deriva hacia lo somático los procesos psíquicos inconscientes. Allí donde este factor no aparece surge algo distinto de un síntoma histérico, aunque siempre algo afín al mismo; esto es, una fobia o una idea obsesiva; en concreto: un síntoma psíquico.

Volveremos ahora al reproche de simulación que Dora dirigía a su padre. No tardamos en observar que a tal reproche no correspondían solamente los que Dora se hacía a sí misma con relación a pasadas enfermedades suyas, sino también a otros relativos a la época presente. En estas circunstancias se plantea generalmente el médico la labor de adivinar y completar aquello que el análisis sólo le indica con signos poco evidentes. Tuve, pues, que llamar la atención de la paciente sobre el hecho de que su enfermedad actual se mostraba tan tendenciosa como la que aquejaba periódicamente a la mujer de K., e idénticamente motivada. No cabía duda de que Dora perseguía un fin que esperaba alcanzar por medio de su enfermedad; tal fin no podía ser otro que el de separar a su padre de aquella mujer. Ya que no lo conseguía con ruegos y argumentos, esperaba lograrlo atemorizando al padre (recuérdese la carta de despedida) y despertando su compasión (con sus accesos de inconsciencia). Y si tampoco todo aquello le servía de nada, por lo menos la vengaba de él. Sabía muy bien cuán grande era el cariño que su padre le profesaba, y que cada vez que alguien le preguntaba por

su estado de salud asomaban las lágrimas a sus ojos. Por mi parte, estaba convencido de que su enfermedad desaparecería por completo en cuanto su padre se declarara dispuesto a sacrificar por su salud su amistad con la señora de K. Pero esperaba que el padre no llegaría a hacerlo, pues entonces Dora se daría cuenta del arma poderosa que tenía en sus manos y no dejaría de aprovecharla en adelante simulando enfermedades cada vez que quisiera conseguir algo. De todos modos, si el padre no cedía, estaba seguro de que Dora no renunciaría tan fácilmente a su enfermedad.

Paso por alto los detalles que confirmaron plenamente la exactitud de estas deducciones mías, prefiriendo exponer, en relación con ellas, algunas observaciones generales sobre la actuación de los «motivos de la enfermedad» en la histeria. Tales motivos de la enfermedad pueden diferenciarse con toda precisión de las posibilidades de la enfermedad y del material que compone los síntomas. No tienen la menor participación en la formación de estos últimos ni existen siquiera al principio de la enfermedad, sino que se agregan a ella secundariamente, pero sólo con su aparición queda plenamente constituido el estado patológico^[730]. Puede contarse con su existencia en todos aquellos casos que constituyen una verdadera enfermedad y se prolongan durante mucho tiempo. El síntoma empieza siendo en la vida psíquica un intruso indeseado, al que todo es adverso, situación que nos explica su frecuente desaparición espontánea y en apariencia por la sola acción del tiempo. Al principio no ejerce función alguna en la economía psíquica, pero en muchos casos la encuentra luego secundariamente. Una corriente psíquica cualquiera encuentra cómodo servirse del síntoma, y éste llega así a una función secundaria, quedando ya fijamente adherido a la vida anímica. Si queremos curar al enfermo, tropezamos entonces, para nuestra máxima sorpresa, con una gran resistencia, que nos demuestra cómo su intención de lograr la curación no es todo lo sincera que creíamos^[731]. Imaginemos un obrero, un albañil, por ejemplo, al que la caída de un andamio lo ha inutilizado para el trabajo y pide ahora limosna en una esquina. Si nos llegamos a él y le prometemos restablecer plenamente su integridad física, esperaremos quizá ver pintarse en su rostro una expresión de infinita alegría. Pero es muy posible que nos equivoquemos. Seguramente, a raíz de quedar inválido, se sintió extraordinariamente desdichado al advertir que nunca más podría trabajar y tendría que morir de hambre o vivir de limosna; pero desde entonces, aquello mismo que le dejó sin trabajo ha llegado a ser su fuente de

ingresos. Vive precisamente de su invalidez, y si se la quitamos, le dejaremos, quizá, sin medio alguno de ganarse la vida, pues entre tanto ha olvidado su oficio, ha perdido el hábito de trabajar y se ha habituado a la ociosidad y acaso a la bebida.

Los motivos de la enfermedad empiezan a actuar muchas veces ya en la infancia. La niña ansiosa de cariño y que sólo a disgusto comparte con sus hermanos la ternura de sus padres observa que esta ternura se concentra exclusivamente sobre ella cuando está enferma. Descubre así un medio de provocar el cariño de sus padres y se servirá de él en cuanto disponga del material psíquico necesario para producir una enfermedad. Cuando luego llega a ser mujer y un matrimonio poco afortunado la sitúa en circunstancias contrarias a las que ha exigido desde su infancia, pues su marido le guarda escasas atenciones, tiraniza su voluntad, aprovecha sin consideraciones su capacidad de trabajo y no le ofrece compensaciones morales ni materiales, su única arma para afirmarse en la vida será la enfermedad, que le procurará las consideraciones deseadas, obligará al hombre a sacrificios en cuidados y en dinero, que nunca hubiese hecho por una mujer sana, y le forzará a seguir tratándola delicadamente después de la curación, para evitar una recaída. El carácter aparentemente objetivo e involuntario de la enfermedad, carácter que el médico se ve también obligado a reconocer, hasta que la sujeto pueda emplear, sin reproche alguno consciente contra sí misma, este medio cuya utilidad descubrió ya en su infancia.

Y, sin embargo, toda la enfermedad es intencionada. Los estados patológicos aparecen dedicados regularmente a una persona determinada y se desvanecen en cuanto tal persona se aleja. Aquel juicio vulgar sobre la histeria, en el que suelen coincidir los familiares menos ilustrados de los enfermos, es hasta cierto punto exacto. Es indudable que una histérica paralítica saltaría espontáneamente del lecho en que lleva postrada largos meses si se declarase un fuego en su habitación, y que la esposa de continuo doliente e insatisfecha olvidaría todas sus quejas y sus enfermedades en cuanto un hijo suyo enfermase gravemente o surgiera una catástrofe que amenazase perturbar la vida del hogar. Todos los que hablan así de los enfermos histéricos tienen razón en cierto modo, y sólo puede reprochárseles olvidar la diferencia psicológica entre lo consciente y lo inconsciente, olvido permisible aun cuando se trata de un niño, pero no en el caso de un adulto, y que hace inútil todo intento de persuadir a los enfermos de que les bastaría un esfuerzo de voluntad para curarse. Es preciso primeramente convencerlos, por medio del análisis, de la existencia de su propósito de

enfermar.

La lucha contra los motivos de la enfermedad es en la histeria el punto débil de toda terapia, incluso de la psicoanalítica. El destino logra más fácilmente la victoria, pues no precisa atacar la constitución del enfermo ni tampoco su material patógeno. Destruye simplemente el motivo de la enfermedad y libra de ella al sujeto, por lo menos temporalmente, y a veces de un modo definitivo. Si los médicos pudieran averiguar más a menudo los intereses personales de sus enfermos, que éstos suelen ocultarles cuidadosamente, admitirían muchos menos casos de curación milagrosa y de desaparición espontánea de los síntomas. En estos casos, lo que suele suceder es que ha transcurrido un determinado plazo, ha desaparecido la consideración debida a una segunda persona o se ha modificado fundamentalmente la situación por sucesos exteriores, cesando en el acto la enfermedad, espontáneamente en apariencia, pero realmente por la desaparición del motivo que la hacía útil en la vida del sujeto.

En todos los casos llegados a un pleno desarrollo descubriremos motivos que apoyan la enfermedad. Pero hay algunos que muestran motivos puramente internos, tales como el autocastigo, esto es, el remordimiento y la penitencia, y en ellos la labor terapéutica se hace mucho más fácil que en aquéllos en los que la enfermedad se relaciona con la consecuencia de un fin exterior^[732]. Este fin era indudablemente para Dora obligar a su padre a romper su amistad con la mujer de K.

Ninguno de los actos del padre había llegado a indignarla tanto como la facilidad con que aceptó la opinión de que la escena junto al lago no había sido más que un producto de la fantasía de su hija. Se ponía fuera de sí cuando oía decir que en aquella ocasión podía haberse imaginado algo inexacto. Durante mucho tiempo no conseguía averiguar qué reproche contra sí misma podía esconderse detrás de su apasionada repulsa de tal explicación. Estaba justificada la sospecha de que encubriera algo importante, pues un reproche inexacto no suele ofender por mucho tiempo. Mas, por otro lado, hube de concluir que el relato de Dora correspondía a la verdad. En cuanto había comprendido las intenciones de K., no le había dejado continuar hablando, le había abofeteado y había echado a correr. Su conducta hubo de parecer al rechazado tan incomprensible como nos lo parece a nosotros, pues debía de haber deducido ya, por innumerables indicios harto significativos, el cariño que la muchacha le profesaba. En el análisis del segundo sueño hallamos, por fin, tanto la solución

de este enigma como el autorreproche que al principio buscamos inútilmente.

Al comprobar que las acusaciones contra el padre retornaban con fatigosa monotonía, en tanto que la tos nerviosa perduraba sin el menor alivio, hube de pensar que tal síntoma debía tener una significación referente al padre. Las exigencias que acostumbro plantear a la aclaración de un síntoma para aceptarlo como verdadero no llegaban a cumplirse. Según una regla, confirmada siempre hasta entonces, pero a la que no me había decidido aún a dar un carácter general, un síntoma significa la representación —realización— de una fantasía de contenido sexual y, por tanto, de una situación sexual. O mejor dicho, por lo menos uno de los sentidos de un síntoma se refiere siempre a una fantasía sexual, en tanto que para sus demás significaciones no existe tal limitación de contenido. El hecho de que un síntoma tiene más de un sentido y sirve simultáneamente de expresión a varios procesos mentales inconscientes es uno de los primeros que comprobamos en la labor psicoanalítica. Y todavía podemos añadir que un único proceso mental inconsciente o una única fantasía no bastan casi nunca para producir un síntoma.

No tardó en presentarse una ocasión que permitió interpretar la tos nerviosa de la sujeto como expresión de una situación sexual fantaseada. Cuando la enferma repitió una vez más que la mujer de K. amaba solamente a su padre porque se trataba de un hombre «de recursos» (*ein vermögender Mann*), observé, por ciertos detalles secundarios de su expresión, que dejaré sin mencionar, como en general todo lo puramente técnico de la labor de análisis, que detrás de aquel giro se escondía la idea antitética, esto es, la de que el padre era un hombre «sin recursos» (*ein unvermögender Mann*). Esto podía tener tan sólo una interpretación sexual, o sea la de que el padre era impotente^[733]. Una vez confirmada conscientemente por la sujeto esta interpretación, le hice observar que se contradecía al afirmar por un lado que las relaciones de su padre con la mujer de K. eran de carácter íntimo, sosteniendo por otro que el padre era impotente y, por tanto, incapaz de tales relaciones. Su respuesta mostró que no existía tal contradicción. Sabía, dijo, que había más de una forma de satisfacción sexual, aunque no pudo indicar de dónde había extraído tal conocimiento, y al preguntarle yo a continuación si se refería al empleo de órganos distintos de los genitales en el comercio sexual, asintió a mi suposición, y pude observar que pensaba precisamente en aquellos órganos que en ella se hallaban en estado de excitación (la boca y la garganta). Aquí no obtuve ya su confirmación expresa,

pero precisamente para la reproducción del síntoma que nos ocupaba era requisito indispensable que la representación sexual correspondiente no fuese claramente consciente. Había, pues, que deducir que con aquella tos periódica, originada, como generalmente sucede, por un cosquilleo en la garganta, expresaba una situación de satisfacción sexual *per os* entre las dos personas cuyas relaciones amorosas la ocupaban de continuo. El hecho de que poco tiempo después de esta explicación, que la paciente escuchó en silencio, desapareciese por completo la tos, parecía confirmarla. Pero no queremos dar demasiado valor demostrativo a tal desaparición, ya que se había presentado otras veces espontáneamente.

Este fragmento del análisis despertará quizá en el lector médico, además de la incredulidad a la que tiene perfecto derecho, extrañeza y horror. Pero estoy dispuesto a someter a prueba la justificación de ambas reacciones. La extrañeza me la figuro motivada por mi osadía al tratar de cuestiones tan espinosas con una muchacha. El horror proviene probablemente de la posibilidad de que una muchacha virgen conozca ya tales prácticas y ocupe con ellas su fantasía. En ambos puntos aconsejaría yo moderación y reflexión. Ninguno de tales dos hechos da motivo para indignarse. Puede hablarse con muchachas y mujeres de cuestiones sexuales sin perjudicarlas en absoluto ni tampoco hacerse uno sospechoso. Basta con hacerlo de cierta manera y saber despertar en ellas la convicción de que es necesario e inevitable. En idénticas circunstancias se permite el ginecólogo someterlas a los más audaces contactos. La mejor manera de hablar de estas cosas es directa y secamente, pues contrasta de un modo rotundo con la complacencia con que se tratan veladamente en sociedad los mismos temas, complacencia a la cual se hallan de sobra acostumbradas las mujeres. En mi consulta doy tanto a los órganos como a los procesos sexuales sus nombres técnicos, y cuando las pacientes no conocen tales nombres, se los comunico, *J'appelle un chat, un chat*. Sé, desde luego, que dentro y fuera de la profesión médica hay muchas personas a quienes escandaliza una terapia en la que se habla de tales cosas y que parecen envidiarme o envidiar a mis pacientes la excitación, que, a su juicio, han de producir semejantes conversaciones. Pero conozco muy bien la moralidad de estos señores para que su opinión me produzca algún efecto. No caeré en la tentación de escribir una sátira. Pero sí he de hacer constar la satisfacción que me produce oír a muchas enfermas que al principio tropezaban con grandes dificultades para discurrir francamente sobre las cuestiones de orden sexual, frases análogas a la siguiente: «Su tratamiento es,

desde luego, harto más correcto que las conversaciones de muchos caballeros».

Antes de emprender el tratamiento de una histeria es necesario hallarse convencido de que ha de ser inevitable tratar de cosas sexuales o estar dispuesto a dejarse convencer por la experiencia. La adecuada actitud se resume en la frase: «pour faire une omelette il faut casser des oeufs». Los pacientes mismos se convencen pronto, pues en el curso del tratamiento encuentran múltiples ocasiones para ello. Por nuestra parte nos bastará con no hacernos un reproche de tratar con ellos cuestiones de la vida sexual normal o anormal. Si obramos con prudencia, no haremos más que traducirles a lo consciente aquello que ya inconscientemente saben, y toda la acción de la cura reposa en el conocimiento de que la influencia afectiva de una idea inconsciente es más enérgica y más perjudicial que la de una idea consciente, pues no es susceptible de contención. Por lo demás, no se corre nunca peligro alguno de pervertir a una muchacha inexperimentada, pues en aquellos casos en los que no existe ya un conocimiento inconsciente de los procesos sexuales no llega jamás a producirse síntoma histérico alguno. Allí donde surge una histeria no puede hablarse ya de inocencia en el sentido que los padres y los educadores dan a este concepto. En niños y niñas de diez, doce y catorce años he llegado a convencerme de la absoluta exactitud de este principio.

Por lo que respecta a la segunda reacción, afectiva, orientado no ya hacia mí, sino hacia la paciente, el horror provocado por el carácter perverso de su fantasía, quisiera hacer constar que tales juicios apasionados no son nada propios de un médico. Encuentro innecesario que un médico que escribe un trabajo sobre las aberraciones del instinto sexual aproveche toda ocasión para intercalar en el texto la expresión de su horror personal ante cosas tan repugnantes. Se trata de hechos reales a los que hemos de habituarnos, sin tener para nada en cuenta nuestras directivas estéticas. Es preciso hablar sin indignación ninguna de aquello a lo quedamos el nombre de perversiones sexuales, o sea de las extralimitaciones de la función sexual en cuanto a la región somática y al objeto sexual. Ya la variabilidad de los límites asignados a la vida sexual considerada normal en las diversas razas y épocas debía bastar para enfriar nuestro celo. No debemos olvidar que la más extraña de estas perversiones, la homosexualidad masculina, fue tolerada e incluso encargada de importantes funciones sociales en un pueblo de civilización tan superior como el griego. Cada uno de nosotros traspasa a veces en su propia vida sexual las limitadas fronteras de lo considerado como normal. Las perversiones no constituyen una bestialidad ni

una degeneración en el sentido emocional de la palabra; son el desarrollo de gérmenes contenidos en la disposición sexual indiferenciada del niño y cuya represión u orientación hacia fines asexuales más elevados —sublimación— está destinada a producir buena parte de nuestros rendimientos culturales. Así, pues, cuando alguien ha llegado a ser grosera y manifiestamente perverso, será más exacto decir que ha permanecido tal y representa un estadio de una inhibición del desarrollo. Los psiconeuróticos son todos ellos personas de inclinaciones perversas enérgicamente desarrolladas, pero reprimidas en el curso del desarrollo y relegadas a lo inconsciente. Sus fantasías inconscientes muestran, en consecuencia, exactamente el mismo contenido que los actos de los perversos, aun cuando no hayan leído la *Psicopatía sexual*, de Krafft Ebing, a la cual atribuyen muchas personas ingenuas tanta culpa en la génesis de inclinaciones perversas. Las psiconeurosis son, por decirlo así, el negativo de las perversiones. La constitución sexual, en la cual queda integrada la herencia, colabora en los neuróticos con influencias accidentales de la vida, que perturban el desarrollo de la sexualidad normal. Las corrientes que tropiezan con un obstáculo en su curso refluyen a otros lechos antiguos que, de no ser así, hubieran permanecido en seco. Las energías de la producción de síntomas histéricos no son aportadas tan sólo por la sexualidad normal reprimida, sino también por los impulsos perversos inconscientes^[734].

Las perversiones sexuales menos repulsivas gozan de gran difusión entre nuestros contemporáneos, cosa que sabe todo el mundo, menos los autores médicos que han escrito sobre esta cuestión. O, mejor dicho, tales autores lo saben también, pero se esfuerzan en olvidarlo al coger la pluma para escribir sobre ello. No es, pues, de extrañar que nuestra paciente histérica hubiera oído ya hablar, bordeando recién los diecinueve años, del comercio sexual *per os* (succión del pene) o hubiera desarrollado una fantasía inconsciente con semejante contenido y la hubiera expresado por medio de la sensación de cosquilleo en la garganta y la tos. Tampoco habría de extrañarnos que hubiera llegado a tal fantasía sin revelación especial exterior ninguna previa, pues en otras pacientes hemos podido comprobar con toda seguridad procesos semejantes. La premisa somática de tal creación autística de una fantasía coincidente luego con los actos de los perversos habría sido constituida en ella por una circunstancia personal. Dora recordaba muy bien haber observado en sus años infantiles, hasta épocas muy tardías, la costumbre del «chupeteo». También

el padre recordaba que sólo había logrado hacerle prescindir de él cuando tenía cuatro o cinco años. La misma sujeto evocaba claramente una escena habitual de sus años infantiles, en la que se veía sentada en el suelo en un rincón, chupándose el dedo gordo de la mano izquierda, mientras pellizcaba con la mano derecha el lóbulo de la oreja de su hermano, tranquilamente sentado junto a ella. Es ésta una forma completa de auto-satisfacción que me ha sido relatada por otras muchas sujetos, anestésicas e histéricas luego. Una de ellas me proporcionó un dato que arroja viva luz sobre el origen de este hábito singular. Tratábase de una mujer joven que no había logrado aún prescindir de aquella costumbre infantil. En su recuerdo se veía a la edad de año y medio en brazos de su ama y tomando el pecho en tanto le pellizcaba rítmicamente el lóbulo de la oreja.

Es innegable que las mucosas labiales y bucales son una zona erógena primaria, carácter que conservan permanentemente en el beso, considerado como un acto sexual normal. Una intensa actividad temprana de esta zona erógena constituye, pues, premisa necesaria de la colaboración somática ulterior de toda la mucosa que comienza en los labios. Cuando luego, en una época en que el objeto sexual propiamente dicho, el miembro viril es ya conocido y se dan circunstancias que intensifican la excitación de la zona erógena bucal, no hace falta gran fuerza creadora para sustituir en la situación de satisfacción sexual el pecho de la nodriza o el propio dedo, primer subrogado del pezón, por el miembro viril. De esta manera, la fantasía perversa de la satisfacción sexual *per os* tiene un origen absolutamente inocente, siendo tan sólo una transformación de la impresión que pudiéramos denominar prehistórica de tomar el pecho de la madre o de la nodriza, impresión reanimada luego, habitualmente, por la vista de niños pequeños en el acto de ser amamantados. Por lo general, la ubre de la vaca sirve de representación transitoria entre el pezón de la nodriza y el miembro viril.

Esta interpretación del síntoma faríngeo de Dora puede dar motivo a una nueva objeción. Puede preguntárenos cómo esta situación sexual fantaseada resulta compatible con la otra explicación de que la aparición y desaparición de los fenómenos patológicos limita la presencia y la ausencia del hombre amado; esto es, expresa, integrando la conducta de la mujer de K., la idea siguiente: «Si yo fuera su mujer, le querría de muy distinto modo y enfermaría (de pena) cuando estuviera ausente, curándome (de gozo) en cuanto volviera a casa». Fundándonos en nuestra experiencia en la solución de síntomas histéricos,

responderíamos a esta observación lo que sigue: No es necesario que las distintas significaciones de un síntoma sean compatibles entre sí; esto es, que se complementen formando un todo unitario. Basta que tal unidad resulte de ser un solo y mismo tema el que ha dado origen a las distintas fantasías. En nuestro caso no queda excluida, además, aquella compatibilidad. Uno de los sentidos del síntoma es expresado por la tos, y el otro por la afonía y el curso de los estados patológicos. Un análisis más sutil hubiera demostrado probablemente una mayor espiritualización de los detalles de la enfermedad. Hemos visto ya que un síntoma integra siempre *simultáneamente* varios sentidos. Añadiremos ahora que también puede expresar *sucesivamente* varias significaciones. Puede cambiar por otro, en el transcurso de los años, uno de sus sentidos, incluso el capital, y esta importancia principal puede quedar transferida de un sentido a otro. Hallamos en la neurosis un rasgo conservador en cuanto el síntoma, una vez constituido, tiende a perdurar, aunque la idea inconsciente que halló en él su expresión haya perdido su significación primaria. Pero tampoco es difícil explicar mecánicamente esta tendencia a la conservación del síntoma. La constitución de un síntoma es tan ardua, la transferencia de la excitación puramente psíquica a lo somático —proceso que he denominado ‘conversión’— se halla ligada a tantas condiciones favorables y es tan difícil de obtener la colaboración somática indispensable para ella, que el impulso a la derivación lleva al estímulo emanado de lo inconsciente a satisfacerse, si es posible, con el exutorio preexistente. Mucho más fácil que el desarrollo de una nueva conversión es la constitución de relaciones asociativas entre una idea nueva necesitada de derivación y la antigua que ha perdido ya tal necesidad. Por el camino así abierto fluye la excitación procedente de la nueva fuente de estímulo hasta la antigua salida, y el síntoma semeja entonces, según la expresión bíblica, un odre viejo lleno de vino nuevo. Si después de estas aclaraciones la parte somática del síntoma histérico aparece como la más permanente y la más difícil de sustituir y la psíquica como el elemento variable fácilmente reemplazado, no habremos de deducir de este hecho un orden de primacía entre ambas. Para la terapia psíquica es siempre la parte psíquica la más importante.

La repetición incesante de las mismas ideas relativas a los amores de su padre con la mujer de K. ofreció al análisis de Dora ocasión de otros distintos descubrimientos.

Tales ideas pueden calificarse de «prepotentes» o, mejor aún, de

«reforzadas» o de «sobrevaloradas» en el sentido de Wernicke. Se demuestran patológicas, no obstante su contenido aparentemente correcto, por la invencible resistencia que oponen a todos los esfuerzos mentales conscientes y voluntarios que el sujeto realiza para sustituirlas o alejarlas de su pensamiento. Una idea normal, por intensa que sea, no resiste jamás a tales esfuerzos. Dora se daba perfecta cuenta de que sus ideas con respecto a su padre tenían un carácter especial. «No puedo pensar en otra cosa —lamentaba repetidamente—. Mi hermano me dice que no tenemos derecho a criticar los actos de nuestro padre. En todo caso, debíamos alegrarnos de que haya encontrado una mujer a la que pueda dedicar su corazón, y que mamá no le comprende. Estas ideas de mi hermano me parecen muy justas, y quisiera pensar como él, pero no puedo; no puedo perdonar a mi padre su conducta^[735]».

¿Qué hacer, pues, ante tal idea cuando conocemos ya su base consciente y las vanas objeciones que contra ella eleva el sujeto? Concluimos que *debe su intensificación a lo inconsciente*. No puede ser resuelta por una labor mental, bien porque alcanza con sus raíces hasta el material inconsciente reunido o porque se esconde detrás de ella otra idea inconsciente, la cual es entonces casi siempre su antítesis directa. Las antítesis se hallan siempre estrechamente enlazadas entre sí y con frecuencia apareadas de tal modo, que *una de las ideas es intensamente consciente, y la otra, en cambio, inconsciente y reprimida*. Esta situación es consecuencia de una modalidad especial del proceso de la represión. La represión se constituye a veces de manera que la antítesis de la idea que ha de ser reprimida queda extraordinariamente reforzada. Damos a este proceso el nombre de intensificación por reacción, y a la idea que se afirma intensamente en lo consciente y se muestra irreprimible como si de un prejuicio se tratase, el de idea de reacción. Merced a cierto exceso de intensidad, la idea de reacción mantiene reprimida a la otra, pero simultáneamente queda a su vez como desvanecida y protegida contra la labor mental consciente. El camino para despojar de su excesiva intensidad a la idea dominante es hacer consciente la antítesis reprimida.

No podemos excluir tampoco el caso de que la preponderancia de una idea no sea el producto de uno sólo de los procesos reseñados, sino de ambos conjuntamente. Pueden también presentarse otras complicaciones fácilmente reducibles a las indicadas.

Veamos qué resulta de aplicar a este caso la hipótesis de que Dora

desconocía la raíz de su preocupación obsesiva en torno de las relaciones de su padre con la mujer de K. por ser dicha raíz inconsciente en ella. Los datos obtenidos en el análisis nos revelan cuál era. La conducta de Dora iba más allá de su condición final. Sentía y obraba más bien como una mujer celosa, tal y como hubiera parecido comprensible que obrase su madre. Con el dilema que a su padre planteaba —«Esa mujer o yo»—, los reproches que le dirigía y su amenaza de suicidio, se situaba claramente en el lugar de la madre. Pero al mismo tiempo, si la fantasía en que se basaban sus accesos de tos ha sido exactamente reconstruida por nosotros, resultará que se identificaba en ella con la mujer de K. Se identificaba, pues, con las dos mujeres a quienes su padre había amado. Hemos de concluir, por tanto, que obraba como si ella misma supiera o estuviera dispuesta a reconocer que se hallaba enamorada de su padre.

Mi experiencia psicoanalítica me ha enseñado a ver en estas relaciones inconscientes entre padre e hija o madre e hijo, reconocibles en sus consecuencias anormales, una reviviscencia de gérmenes sensitivos infantiles. Ya en otro lugar^[736] hemos expuesto cuán tempranamente se establece la atracción sexual entre padres e hijos y hemos demostrado que la fábula de Edipo constituye probablemente una elaboración poética del nódulo típico de estas relaciones. Esta temprana inclinación de la hija hacia el padre y del hijo hacia la madre, de la cual entrañan casi todos los hombres clara huella, ha de ser supuesta muy intensa en los niños constitucionalmente predispuestos a la neurosis, tempranamente maduros y ansiosos de cariño.

Intervienen luego determinadas influencias que ahora no podemos entrar a describir, y que fijan el impulso amoroso rudimentario o lo intensifican de tal manera, que ya en los años infantiles o luego en la época de la pubertad se convierte en algo equivalente a una inclinación sexual, atrayendo a sí, como ésta, una carga de libido^[737]. Las circunstancias externas de la vida de nuestra paciente no son nada desfavorables a tal hipótesis. Su disposición congénita la había impulsado siempre hacia el padre, cuyas numerosas enfermedades hubieron de intensificar su cariño por él. En algunas de ellas, el padre no consentía que le cuidara más que Dora, y orgulloso de su inteligencia tempranamente desarrollada, había hecho de ella, desde muy niña, su persona de confianza. La aparición de la mujer de K. la había suplantado, pues, realmente, en muchos sentidos, más que a su madre.

Cuando comuniqué a Dora mi sospecha de que su inclinación hacia el padre

había integrado ya tempranamente un preciso carácter de enamoramiento, la sujeto me dio su respuesta habitual: «No me acuerdo». Pero en el acto relató algo totalmente análogo de una primita suya de siete años en la que creía ver un reflejo de su propia niñez. Esta pequeña había sido testigo una vez de una violenta discusión entre sus padres, y cuando poco después fue Dora a visitarla, se acercó a ella y le murmuró al oído: «No puedes figurarte cuánto odio a esa mujer (refiriéndose a su madre). Cuando se muera, me casaré con papá». En tales asociaciones, que armonizan con una afirmación mía anterior, acostumbro ver una confirmación de la misma, procedente de lo inconsciente. No es posible extraer del inconsciente otro tipo de ‘Sí’, no existe en absoluto un ‘No’ para el inconsciente^[738].

Este amor a su padre no se había manifestado en mucho tiempo. Por el contrario, Dora había vivido durante muchos años en perfecta armonía con aquella mujer que la había suplantado cerca de su padre, e incluso había fomentado sus relaciones con éste, como ya hemos visto por sus autorreproches. Este amor había sido intensificado ahora, aunque no sabemos por qué ni con qué fin. Seguramente como síntoma de reacción para reprimir otro impulso más poderoso en lo inconsciente. Ante el aspecto que las cosas presentaban, hube de pensar, en primer lugar, que tal elemento reprimido era el amor a K. Había de suponer que su enamoramiento duraba aún, pero que desde la escena del lago — y por motivos desconocidos— había surgido en ella una violenta resistencia contra aquel amor, renaciendo entonces su antigua inclinación hacia el padre, intensificada con objeto de desvanecer su recuerdo consciente de aquel amor displaciente de sus primeros años infantiles. Pero luego descubrí un conflicto muy apropiado para conmover la vida anímica de la muchacha. Por un lado, lamentaba haber rechazado las pretensiones de aquel hombre tan enamorado de ella; pero por otro se resistían contra ello poderosos motivos, entre los cuales se traslucía fácilmente su orgullo. Había llegado así a convencerse de haber alejado totalmente de su pensamiento a K. —tal era la ventaja extraída en el proceso de represión— y, sin embargo, tuvo que evocar y exagerar, para protegerse contra él, su inclinación infantil hacia el padre. El hecho de que entonces la dominase constantemente una celosa irritación parecía correspondiente a otra determinación suplementaria^[739].

No era contrario a mis esperanzas el hecho de que al desarrollar esta explicación ante Dora la recibiese ella con la más violenta repulsa. La negativa

que nos opone el paciente cuando situamos por vez primera ante su percepción consciente la idea reprimida, no hace más que confirmar la represión. Si eludimos interpretar tal negativa como la expresión de un juicio imparcial, del que no es capaz el enfermo, la dejamos de lado y continuamos nuestra labor, no tardan en presentarse pruebas de que el «no» significa en tales casos el «si» deseado. Dora confesó que no le era posible guardar a K. todo el rencor que por su conducta para con ella merecía, y relató que un día se había cruzado con él en la calle, yendo acompañada por una prima suya que no le conocía. Su prima le había dicho: «¿Qué te pasa, Dora? Te has puesto pálida como una muerta». Ella misma no había sentido nada que pudiera hacerle sospechar semejante transformación exterior, y entonces le expliqué que la expresión de los afectos obedece más a lo inconsciente que a la conciencia y delata frecuentemente los impulsos de aquél^[740]. Otro día llegó a la consulta de muy mal humor, sin que pudiera explicarme por qué. Dijo tan sólo que aquel día era el cumpleaños de su tío, y que, sin saber por qué motivo, le molestaba mucho tener que ir a felicitarle. Mi arte interpretativo carecía aquel día de penetración. Dejé, pues, hablar a la paciente hasta que recordó de pronto que aquel mismo día era también el cumpleaños de K., hecho sobre el cual hube de atraer su atención. No fue difícil entonces hallar también la explicación de por qué los regalos que había recibido días antes, con motivo de su cumpleaños, no le habían proporcionado la menor alegría. Faltaba entre ellos el de K., que antes había sido para Dora el más valioso.

Entre tanto, seguía contradiciendo mi afirmación, hasta que al final ya del análisis pude obtener su confirmación completa.

He de tratar ahora de una nueva complicación, de la que no hablaría seguramente si hubiera de inventar tal estado de ánimo para una novela en lugar de analizarlo como médico. El elemento al que ahora voy a aludir puede tan sólo desvanecer y enturbiar el bello conflicto poético que suponemos de Dora, y seguramente sería suprimido por el poeta, que siempre tiende a simplificar y a abstraer cuando actúa como psicólogo. Pero en la realidad que aquí me esfuerzo en describir es regla general la complicación de los motivos y la acumulación y composición de los impulsos anímicos, o sea la superdeterminación.

Detrás de la serie de ideas preponderantes que giraban en derredor de las relaciones del padre con la mujer de K. se escondía también un impulso de celos cuyo objeto era aquella mujer; un impulso, pues, que sólo podía reposar sobre

una inclinación hacia el propio sexo. Conocido es, y ha sido múltiplemente acentuado, que tanto los muchachos como las muchachas muestran en los años de la pubertad, y aun siendo normales, claros indicios de una inclinación homosexual. La amistad apasionada por una compañera de colegio, con promesas de correspondencia constante y celosa sensibilidad, suele ser premisa del primer amor intenso a un hombre. En condiciones favorables, la corriente homosexual queda totalmente cegada; pero cuando el amor hacia el hombre resulta desdichado, dicha corriente es reanimada por la libido, en años posteriores, hasta diferentes grados de intensidad. Si en las personas sanas nos es difícil comprobar regularmente tales hechos, nuestras observaciones anteriores sobre el más amplio desarrollo de los gérmenes normales de perversión en los neuróticos nos prepararán a encontrar también en la constitución de estos últimos una disposición homosexual considerablemente más intensa. Y así debe ser, en efecto, pues en mi psicoanálisis de sujetos masculinos o femeninos he hallado siempre, y sin excepción, tal corriente homosexual. En aquellos casos de mujeres o muchachas histéricas cuya libido sexual orientada hacia el hombre ha quedado enérgicamente reprimida, aparece regularmente intensificada la corriente homosexual, que a veces llega a hacerse consciente.

Este tema, indispensable para la inteligencia de la histeria masculina, no puede ser desarrollado aquí porque el análisis de Dora quedó interrumpido antes de poder arrojar ninguna luz sobre él. Recordemos, sin embargo, a aquella institutriz con la que al principio vivió en íntima comunión espiritual hasta advertir que su afecto era simplemente un reflejo del que a su padre profesaba, momento en el cual obligó a su familia a despedirla. También surgió con especial frecuencia entre sus confesiones el relato de otro análogo desengaño. Con aquella prima suya que luego se había casado había mantenido Dora relaciones muy cordiales, compartiendo con ella todos sus secretos. La primera vez que el padre volvió a B., después de la interrumpida visita a los K. en su residencia veraniega a orillas del lago, y Dora se negó, naturalmente, a acompañarle, hizo que fuese con él aquella otra muchacha. Este hecho enfrió el cariño de Dora hasta tal punto, que ella misma extrañaba cuán indiferente había llegado a serle aquella prima suya, tan querida antes, sin que pudiera explicárselo. Ello me llevó a preguntarle cuáles habían sido sus relaciones con la mujer de K. hasta la ruptura definitiva. Averigüé entonces que entre la joven casada y la tierna adolescente había subsistido durante años enteros una estrecha y confiada amistad. Durante las temporadas que Dora pasaba en casa de los K.,

compartía con la mujer el lecho conyugal, del cual quedaba temporalmente desterrado el marido. En todas las dificultades de la vida matrimonial había sido confidente y consejera de la mujer, que no tenía para Dora secreto alguno. Medea consentía gustosa que Kreusa se ganase el cariño de sus hijos, y no hizo tampoco nada para estorbar sus relaciones con el padre de los mismos. El hecho de que Dora llegase a amar a aquel hombre, tan duramente criticado por su dilecta amiga, plantea un interesante problema psicológico, cuya solución nos la da acaso nuestro conocimiento de que en lo inconsciente coexisten sin violencia las ideas más dispares y antitéticas, coexistencia que subsiste frecuentemente aún en la conciencia.

Cuando la sujeto hablaba de la mujer de K., alababa su «cuerpo blanquísimo» con un acento más propio de una enamorada que de una rival vencida. En otra ocasión mostró más melancolía que enfado al comunicarme su convicción de que los regalos que su padre le hacía eran elegidos por la mujer de K., pues reconocía en ellos su gusto, y otra vez hizo resaltar que muchos de los regalos recibidos los debía, en realidad, a aquella mujer, que le había oído manifestar el deseo de poseer tal o cual cosa y se lo había comunicado a su padre.

En general, puedo afirmar no haber oído nunca a Dora palabra alguna hostil contra aquella mujer, en la que hubiera debido ver, sin embargo, dada la orientación de su idea predominante, la causa principal de sus desdichas. Se conducía, pues, de un modo inconsecuente, pero esta inconsecuencia era precisamente la expresión de una corriente afectiva complicadora.

En efecto: ¿cómo se había portado con ella su amiga, tan apasionadamente querida? Cuando la sujeto denunció la conducta de K. y éste recibió una carta del padre pidiéndole explicaciones, contestó a ella haciendo resaltar el respeto y la consideración que siempre le había inspirado la muchacha y ofreciéndose a acudir a B. para desvanecer el equívoco. Pero cuando unas semanas después habló efectivamente en B. con el padre de la muchacha, no tuvo ya consideración alguna con ella, sino que la atacó duramente, alegando en defensa de su proceder que una muchacha que leía libros como la *Fisiología del amor* y se interesaba por aquellas cosas no podía exigir respeto de un hombre.

Así, pues, la mujer de K. la había traicionado, pues sólo con ella había hablado Dora del libro de Mantegazza y sobre temas sexuales. Le había pasado con ella lo mismo que antes con la institutriz. Tampoco la mujer de K. la había querido por ella misma, sino por su padre, y la había sacrificado sin la menor

vacilación para no ver estorbadas sus relaciones con aquél.

Esta ofensa dolió más a Dora y ejerció sobre ella más intensa acción patógena que aquella otra idea con la cual tendía a encubirla; esto es, la de haber sido sacrificada por su padre. La obstinada amnesia de la sujeto en cuanto a las fuentes de sus conocimientos sexuales señalaba directamente el valor afectivo de la acusación y, en consecuencia, la traición de la amiga.

No creo, pues, errar al suponer que la idea predominante de Dora, la de las relaciones ilícitas de su padre con la mujer de K., estaba destinada, no sólo a reprimir su amor, antes consciente, hacia aquel hombre, sino también a encubrir su amor a la mujer de K., inconsciente en el más profundo sentido. Con esta última corriente se hallaba dicha idea en absoluta y manifiesta oposición. La sujeto se decía sin cesar que su padre la había sacrificado a aquella mujer, demostraba ruidosamente que no se resignaba a ceder su padre y se ocultaba así lo contrario; esto es, que no se resignaba a ceder aquella mujer a su padre y que no había perdonado a la mujer amada el desengaño que le había causado su traición. Los celos de la muchacha se hallaban apareados en lo inconsciente a unos celos de carácter masculino. Estas corrientes afectivas masculinas, o, más exactamente dicho, ginecofílicas, son típicas de la vida amorosa inconsciente de las muchachas histéricas.

B) EL PRIMER SUEÑO

En un momento en que el análisis parecía llegar al esclarecimiento de un período oscuro de la vida infantil de Dora me comunicó ésta haber tenido de nuevo, noches antes, un sueño ya soñado por ella varias veces en idéntica forma. Tal sueño de retorno periódico había de despertar mi curiosidad, y en interés del tratamiento debía ser interpolado en la marcha del análisis. Decidí, pues, analizarlo con toda minuciosidad.

Dora lo describió en la forma siguiente:

«Hay fuego en casa^[741]. Mi padre ha acudido a mi alcoba a despertarme y está en pie al lado de mi cama. Me visto a toda prisa. Mamá quiere poner aún en salvo el cofrecito de sus joyas. Pero papá protesta: ‘No quiero que por causa de su cofrecito ardamos los chicos y yo’. Bajamos corriendo. Al salir a la calle despierto».

Como se trata de un sueño reiterado, comienzo por preguntar a Dora cuándo lo ha soñado por vez primera. No lo sabe. Pero recuerda haberlo soñado tres noches consecutivas durante su estancia en L. (la localidad junto al lago en la que se había desarrollado la escena con K.). Luego había vuelto a tenerlo hacia unas cuantas noches aquí en Viena^[742]. La conexión así establecida entre el sueño y los sucesos acaecidos en L. me hace fundar, naturalmente, mayores esperanzas en la solución de aquél. Pero quisiera primero averiguar el motivo de su último retorno, y con tal fin invito a la sujeto a descomponer el sueño en sus elementos y a comunicarme lo que se le ocurra con respecto a cada uno de ellos:

—Lo que primero se me ocurre es algo que no puede tener relación ninguna con mi sueño, pues se refiere a cosas muy recientes y posteriores a la primera vez que lo soñé.

—No importa. Dígamelo usted.

—Se trata de que papá ha tenido en estos últimos días una discusión con mamá, porque mamá se empeña en dejar cerrado con llave el comedor por las noches. La alcoba de mi hermano no tiene otra salida, y papá no quiere que mi hermano se quede así encerrado. Dice que por la noche puede pasar algo que le obligue a uno a salir.

—¿Y usted, pensó en seguida en la posibilidad de un incendio?

—Sí.

—Retenga usted bien sus propias palabras. Quizá hayamos de volver sobre ellas. Ha dicho usted, textualmente, *que por la noche puede pasar algo que le obligue a uno a salir de la pieza*^[743].

Pero la sujeto ha encontrado ya el enlace entre los motivos recientes del sueño y los que antes lo provocaron, pues prosigue en la forma siguiente:

—Cuando llegamos a L., papá expresó directamente su temor a un incendio. Llegamos en medio de una fuerte tormenta, y la casita que íbamos a habitar era toda de madera y no tenía pararrayos. Su temor era, pues, justificado.

Me interesa ahora descubrir la relación entre los sucesos que se desarrollaron en L. y los sueños idénticos de entonces. Con tal intención pregunto a Dora:

—¿Tuvo usted esos sueños en las primeras noches de su estancia en L., o luego, en las inmediatamente anteriores a su partida? O lo que es lo mismo, ¿antes o después de la escena con K. en el bosque?

Dora responde primero: «No lo sé». Y al cabo de un rato: «Creo que después».

Quedaba así averiguado que el sueño era una reacción a aquel suceso. Mas ¿por qué hubo de repetirse por tres veces en aquellos días? Seguí preguntando: «¿Cuánto tiempo permaneció usted aún en L. después de la escena con K.?»

—Cuatro días. Al quinto partí con mi padre.

—Ahora estoy ya seguro de que su sueño fue por entonces efecto inmediato del suceso con K. Lo soñó usted allí por vez primera, y si antes pretendía usted no recordarlo así con seguridad, era para borrar ante si misma tal relación^[744]. Lo que no acabo de explicarme es el número de las repeticiones. Si todavía permaneció usted en L. cuatro noches, pudo usted soñarlo cuatro veces. ¿O quizá fue así?

La sujeto no contradice ya mi afirmación, pero en lugar de contestar a mi pregunta continúa diciendo^[745]:

—K. y yo regresamos a mediodía de nuestro paseo por el lago. Después de almorzar me eché en un sofá de la alcoba del matrimonio para reposar un rato. De pronto, desperté sobresaltada y vi a K. en pie junto al sofá...

—Como en el sueño, a su padre, al lado de la cama...

—Sí. Le pregunté qué venía a hacer allí, y me contestó que había venido a buscar unas cosas, y que, además, nadie podía impedirle entrar en su alcoba cuando quisiera. Este incidente me hizo la necesidad de tomar alguna precaución. Pedí, pues, a la mujer de K. la llave del cuarto, y a la mañana siguiente (el segundo día) cerré por dentro mientras me arreglaba. Pero luego, a la hora de la siesta, cuando quise volver a cerrar para echarme tranquilamente en el sofá, no encontré ya la llave en su sitio. Estoy segura de que fue K. quien la quitó.

—Tal es, pues, el tema de cerrar o no cerrar una habitación que surge en su primera ocurrencia con respecto al sueño, y ha desempeñado también, casualmente, un papel en la reciente motivación ocasional del mismo. Sospecho, aunque aún no se lo he dicho a Dora, que ella captó este elemento en relación al sentido simbólico que posee. *Zimmer* (pieza) en los sueños reemplaza habitualmente a *Frauenzimmer* (término levemente desvalorizante de una mujer, literalmente ‘departamentos de mujer’). El asunto de saber si una mujer (pieza) está ‘abierta’ o ‘cerrada’ no puede ser obviamente algo indiferente. Es bien sabido, además, qué tipo de ‘llave’ abre en tal caso. ¿No tendrá también la frase «Me visto a toda prisa» una relación con estos sucesos?

—Fue entonces cuando me propuse no quedarme en casa de K. sin mi padre.

En las mañanas siguientes *me vestí a toda prisa*, temiendo siempre la aparición de K. Papá vivía en el hotel y la mujer de K. salía temprano para dar un paseo con él. Pero K. no volvió a importunarme.

—Ahora voy ya viendo claro. En la tarde del segundo día se propuso usted sustraerse a aquella persecución, y en las noches segunda, tercera y cuarta, después de la escena del bosque, renovó usted en el sueño tal propósito. En la segunda tarde, o sea antes del sueño, sabía usted ya que a la mañana siguiente — la tercera— no podría usted encerrarse durante su tocado, puesto que la llave había desaparecido, y se propuso usted vestirse lo más rápidamente posible. Su sueño retornaba todas las noches por corresponder precisamente a un propósito. Un propósito subsiste hasta que es realizado. Es como si se hubiera usted dicho: «Aquí no tengo tranquilidad». No podré dormir tranquilamente hasta que salga de esta casa. En el sueño dice usted inversamente: «Al salir a la calle despierto».

Interrumpí aquí la comunicación del análisis para comprobar cómo responde este fragmento de una interpretación de un sueño a mis principios generales sobre el mecanismo de la producción onírica. En mi *Interpretación de los sueños* hube de afirmar que todo sueño era la representación de la realización de un deseo, que tal representación aparecía deformada y encubierta cuando se trataba de un deseo reprimido, confiando en lo inconsciente, y que, salvo en los niños, sólo un deseo inconsciente poseía fuerza bastante para producir un sueño. Creo que hubiera obtenido más general aquiescencia si me hubiese limitado a afirmar que todo sueño entrañaba un sentido hasta el cual podíamos llegar por medio de la labor interpretadora.

Una vez llevada a cabo la interpretación, se podía sustituir el sueño por ideas localizadas en un punto fácilmente determinable de la vida anímica despierta. Hubiera podido proseguir, diciendo que este sentido del sueño se demuestra tan vario como los procesos mentales de la vigilia.

Unas veces es un deseo cumplido; otras, un temor, una reflexión continuada durante el reposo, un propósito (como en el sueño de Dora), etc. Esta exposición más fácilmente aprehensible, hubiera captado mejor el ánimo de mis lectores y hubiera podido apoyarse en numerosos ejemplos de sueños acabadamente interpretados, tales como el que aquí hemos empezado a analizar.

Pero en lugar de proceder así sentí una afirmación general que limita el sentido de los sueños a una única forma mental, a la representación de deseos, y despertó con ello la tendencia general a la contradicción. Pero no me creía

obligado a simplificar, para hacerlo más aceptable a mis lectores, un proceso psicológico, porque ofreciera a mi investigación dificultades que podían tener más adelante su solución unitaria.

Me interesará, pues, extraordinariamente mostrar que las excepciones aparentes, como este sueño de Dora, que en un principio se nos revela como un propósito diurno continuado durante el reposo, acaban por confirmar la regla discutida.

Todavía nos quedaba por interpretar buena parte del sueño. Seguí, pues, preguntando:

—¿Qué se le ocurre a usted con respecto al cofrecito que su madre quería poner en salvo?

—Mamá es muy aficionada a las joyas, y papá le ha regalado muchas.

—¿Y usted?

—Antes también me gustaban. Pero desde que estoy enferma no llevo ninguna... Hace cuatro años (un año antes del sueño) mis padres tuvieron un disgusto por causa de una joya. Mamá quería unos pendientes, unas «gotas^[746]» de perlas. Pero a papá no le gustaban y le compró una pulsera. Mamá se puso furiosa y se negó a tomarla, diciéndole que podía regalársela a quien quisiera, ya que se había gastado tanto dinero en una cosa que ella no quería.

—Y usted pensó que si su padre se la ofrecía, la aceptaría encantada, ¿no?

—No lo sé^[747]. Ni tampoco cómo llegó mamá a intervenir en mi sueño, puesto que no estaba entonces en L. con nosotros^[748].

—Yo se lo explicaré más adelante. ¿No se le ocurre a usted nada más con respecto al cofrecillo? Hasta ahora me ha hablado usted sólo de las joyas, pero no del cofrecillo.

—Sí. K. me había regalado poco antes un cofrecillo precioso.

—Estaba, pues, justificado que usted le regalase algo en correspondencia. Quizá no sabe usted aún que la palabra «cofrecillo» sirve corrientemente para denominar aquello mismo a lo que antes ha aludido usted jugueteando con el bolsillito^[749], o sea el genital femenino.

—Sabía que iba usted a decirme eso^[750].

—Lo cual quiere decir que sabía usted la denominación indicada. El sentido de su sueño se hace ya más claro. Se dijo usted: «Ese hombre anda detrás de mí; quiere entrar en mi cuarto; mi “cofrecillo” corre peligro, y si sucede algo, la

culpa será de mi padre». Por ello integra usted en el sueño una situación que expresa todo lo contrario: un peligro del cual la salva su padre. En esta región del sueño queda todo transformado en su contrario. Pronto verá usted por qué. La clave nos la da precisamente la figura de su madre. ¿Cómo? Usted ve en ella a una antigua rival en el cariño de su padre. En el incidente de la pulsera pensó usted en aceptar gustosa lo que ella rechazaba. Vamos a sustituir ahora «aceptar» por «dar» y «rechazar» por «negar». Hallaremos así que usted estaba dispuesta a dar a su padre lo que mamá le negaba, y que se trataba algo de relacionado con las joyas^[751]. Recuerde usted ahora el cofrecillo que le había regalado K. Tiene usted aquí el punto inicial de una serie paralela de ideas en la cual, como en la situación de hallarse en pie junto a su cama, debe sustituirse K. por su padre. K. le ha regalado a usted un cofrecillo, y ahora debe usted regalarle a él el de usted. Por eso le hablé antes de un regalo «en correspondencia». En esta serie de ideas habremos de sustituir a su mamá por la señora de K., la cual sí estaba entonces con ustedes. Usted se halla, pues, dispuesta a dar a K. lo que su mujer le niega. Tal es la idea que con tanto esfuerzo ha de ser reprimida y hace así necesaria la transformación de todos los elementos en sus contrarios respectivos. Como ya indiqué a usted antes de iniciar el análisis, este sueño confirma que usted se esfuerza en despertar de nuevo su antiguo amor a su padre para defenderse contra el amor a K. ¿Qué demuestran todos estos esfuerzos? No sólo que teme usted a K., sino que aún se teme usted más a sí misma y teme a la tentación de cederá sus deseos. Confirma usted, pues, con ello cuán intenso era su amor a K.
^[752].

Como era de esperar, esta última parte de la interpretación no logró el asentimiento de Dora.

Pero la interpretación de su sueño no terminaba aquí. Tenía una continuación que me parecía indispensable tanto para la anamnesis del caso como para la teoría del sueño. Prometí, pues, a Dora comunicársela en la sesión siguiente.

No podía olvidar, en efecto, la indicación que parecía desprenderse de las palabras equívocas antes subrayadas («que por la noche puede pasar algo; que puede ser necesario salir de la pieza»). Agregábase a esto que la aclaración del sueño me parecía incompleta en tanto no se cumpliera cierta condición a la que no quiero atribuir carácter general, pero cuyo cumplimiento busco siempre. Un sueño regular posee dos puntos de sustentación: el motivo esencial actual y un suceso infantil de graves consecuencias. Entre estos dos puntos, el suceso

infantil y el actual, establece el sueño un enlace e intenta transformar el presente conforme al modelo del más temprano pretérito. El deseo que crea el sueño procede siempre de la infancia: quiere volver la infancia a la realidad, corregir el presente conforme al modelo de la infancia. En el contenido del sueño de Dora me parecía ya reconocer aquellos fragmentos con los que podía componerse una alusión a un suceso infantil.

Comencé la investigación correspondiente con un pequeño experimento que, como de costumbre, salió bien. Encima de mi mesa había casualmente una cerillera de amplias proporciones. Pedí a Dora que observase si sobre la mesa había algo desacostumbrado. No vio nada. A continuación le pregunté si sabía por qué se prohibía a los niños jugar con cerillas.

—Sí. Por temor a que ocasionen un incendio. A los chicos de mi tío les gusta mucho jugar con cerillas.

—No es sólo por eso. Se les prohíbe jugar con fuego porque se cree que tales juegos tienen determinadas consecuencias...

Dora ignoraba a qué podía yo referirme.

—Se cree que si juegan con fuego, mojarán por la noche la cama. Esta creencia se funda quizá en la antítesis entre el agua y el fuego, suponiéndose, por ejemplo, que soñarán con fuego e intentarán apagarlo con agua. No puedo dar una explicación exacta. Pero veo que la antítesis entre el agua y el fuego le ha prestado a usted excelentes servicios en su sueño. Su madre quiere poner en salvo el cofrecillo para que no *arda*, y en las ideas latentes del sueño, de lo que se trata es de que el «cofrecillo» no *se moje*. El concepto fuego no es empleado únicamente como antítesis del concepto agua; sirve también para representar el amor. Del concepto fuego parte así un camino que conduce, a través de esta significación simbólica, hasta las ideas amorosas, y otro que, a través del concepto antitético agua, y luego de ramificarse en una relación con el amor, que también *moja*, llega a lugar distinto. ¿Adonde? Piense usted en sus palabras de antes: «Puede suceder por la noche algo que le obligue a uno a salir». ¿No pueden referirse a una necesidad física? Y si las transfiere usted a la infancia, ¿pueden referirse a cosa distinta de que el niño moje la cama? ¿Y qué es lo que se suele hacer para evitar que los niños mojen la cama? Despertarlos por la noche, como en su sueño la despierta a usted su padre. Tal sería, pues, el suceso que le da a usted el derecho de sustituir a K., el cual la despierta a usted cuando dormía la siesta, por la figura de su padre. Debo, pues, concluir que la enuresis nocturna duró en usted más tiempo del corriente en los niños. Lo mismo debió

de sucederle a su hermano, pues su padre dice: «No quiero que mis dos hijos... perezcan». Fuera de esto, no tiene su hermano nada que ver con la situación de entonces en casa de K., pues ni siquiera estaba en L. ¿Qué recuerdos surgen en usted a propósito de todo esto?

—Con respecto a mí misma, ninguno —respondió Dora—. De mi hermano recuerdo que se orinaba en la cama hasta los seis o siete años. Y a veces también durante el día.

Me disponía a indicarle cuánto más fácil era recordar tales cosas de un hermano que de uno mismo, cuando continuó con un recuerdo nuevo:

—Sí. También yo padecí enuresis nocturna durante una temporada. Pero cuando ya tenía siete u ocho años. Tanto, que tuvieron que consultar al médico. Fue poco antes de empezarme el asma nerviosa.

—¿Y qué dijo el doctor?

—Lo atribuyó a debilidad nerviosa y me recetó un tónico, asegurando que sería una cosa pasajera^[753].

La interpretación del sueño parecía así quedar terminada^[754]. La sujeto aportó aún, días después, un nuevo detalle del mismo. Había olvidado decirme que cuantas veces había soñado aquel sueño había advertido al despertar olor a humo. El humo concordaba muy bien con el fuego e indicaba que el sueño tenía una relación especial con mi persona, pues cuando la sujeto alegaba que detrás de algún punto no se ocultaba nada, solía yo argüir que «no hay humo sin fuego». Pero contra esta interpretación exclusivamente personal oponía Dora que su padre y K. eran, como yo, fumadores impenitentes. También ella fumaba, y cuando K. inició su desgraciada declaración amorosa, acababa de liarle un cigarrillo. Creía recordar también con seguridad que el olor a humo no había surgido por vez primera en la última repetición de su sueño, sino ya en las tres veces consecutivas que los había soñado en L. Como no me proporcionó más aclaraciones, quedó de cuenta mía incluir este detalle del olor a humo en el tejido de las ideas latentes del sueño. Podía servirme de punto de apoyo el hecho de que la sensación de humo había aparecido como apéndice a su relato del sueño, habiendo tenido que vencer, por tanto, un esfuerzo especial de la represión. En consecuencia, pertenecía probablemente a la idea mejor reprimida y más oscuramente representada en el sueño, o sea a la de la tentación de ceder a los deseos de su enamorado, y siendo así, apenas podía significar otra cosa que el deseo de recibir un beso, caricia que si es hecha por un fumador, ha de saber

siempre a humo. Ya dos años antes había K. besado una vez a la muchacha, y si ésta hubiera acogido ahora sus pretensiones amorosas, tales caricias se hubieran renovado con frecuencia. Las ideas de tentación parecen haber retrocedido así hasta la pretérita escena de la tienda y haber despertado el recuerdo de aquel primer beso contra cuya seducción se defendió por entonces la sujeto desarrollando una sensación de repugnancia. Reuniendo ahora todos aquellos indicios que hacen verosímil una transferencia sobre mí, facilitada por el hecho de ser yo también el fumador, llego a la conclusión de que en alguna de las sesiones del tratamiento se le ocurrió a la paciente desear que yo la besase. Tal hubiera sido entonces el motivo de la repetición del sueño admonitorio y de su resolución de abandonar la cura. Esta hipótesis nada improbable no pudo, sin embargo, ser demostrada a causa de las singularidades de la «transferencia».

Podía ahora vacilar entre aplicar al historial de nuestro caso los datos obtenidos en el análisis de este sueño o rebatir antes la objeción que del mismo parece deducirse contra mi teoría del fenómeno onírico. Elegiré lo primero.

Vale la pena profundizar en la significación de la enuresis nocturna en la prehistoria de los neuróticos. Para evitar confusiones me limitaré a hacer constar que el caso de enuresis nocturna de Dora no era de los corrientes. No sólo se había prolongado más allá del tiempo considerado como normal, según la propia manifestación de Dora, sino que había desaparecido primero para reaparecer luego en época relativamente tardía, cuando la sujeto había cumplido ya los seis años. Una incontinencia de este género no puede tener, a mi juicio, causa distinta de la masturbación, la cual desempeña en la etiología de la enuresis un papel insuficientemente apreciado hasta ahora. Según toda mi experiencia en la materia, los mismos niños se dan cuenta perfecta de esta relación, y todas las consecuencias psíquicas ulteriores se derivan de este conocimiento como si los sujetos no lo hubieran olvidado jamás. Ahora bien: en el momento en que Dora desarrolló el relato de su sueño, la investigación analítica seguía una trayectoria que hubo de conducir a tal confesión de la masturbación infantil. Poco tiempo antes la sujeto había planteado la cuestión de la causa de su enfermedad, y antes que yo iniciase observación alguna a este respecto, se había respondido a sí misma imputando a su padre toda la culpa de su estado. Tal imputación no se basaba, además, en ideas inconscientes, sino en un conocimiento consciente. Para mi mayor sorpresa resultó, en efecto, que la muchacha sabía de qué género había sido la enfermedad de su padre. Al volver éste de su primer viaje a Viena

para consultarme, Dora había sorprendido una conversación en la que se había citado el nombre de la enfermedad. En años anteriores, cuando el padre sufrió el desprendimiento de retina, el oculista llamado a consulta debió de indicar la etiología luética de la enfermedad, pues la muchacha, preocupada y curiosa, oyó por entonces a una anciana tía suya decir a su madre: «Y a estaba enfermo antes de casarse contigo», añadiendo luego algo que Dora no comprendió de momento y luego refirió a cosas ilícitas.

Así, pues, el padre, había enfermado a consecuencia de su vida libertina, y Dora suponía que le había transmitido hereditariamente la enfermedad. Por mi parte evité cuidadosamente comunicarle mi opinión, ya antes expuesta, de que los descendientes de individuos luéticos integraban una predisposición especial a graves neuropsicosis. La continuación de esta serie de ideas acusadoras contra el padre avanzaba a través de material inconsciente. Dora se identificó durante algunos días en ciertos síntomas y singularidades con su madre, lo que le dio ocasión a mostrarse particularmente insoportable, y me dejó luego adivinar que pensaba pasar una temporada en el balneario de Franzensbad, donde ya había estado otra vez —no sé ya en qué año, acompañando a su madre. Esta última padecía de dolores en el bajo vientre y flujo blanco —catarro genital—, síntomas que aconsejaban las aguas de Franzensbad. Dora suponía —probablemente con razón— que aquella enfermedad era también imputable al padre, que había contagiado a su madre su afección sexual. No tenía nada de extraño que en esta deducción confundiera la sujeto, como en general la mayoría de los profanos, la gonorrea con la sífilis y la transmisión hereditaria con el contagio por el coito. Su persistencia en la identificación con la madre me obligó a casi preguntarle si también ella padecía una enfermedad genital, resultando que, en efecto, venía aquejada de flujo blanco, sin que pudiera precisar exactamente desde cuándo.

Comprendí ahora que detrás de la serie de ideas francamente acusadoras contra el padre se ocultaba, como de costumbre, una acusación contra la propia persona, y salí a su encuentro asegurando a Dora que el flujo blanco constituía en las jóvenes solteras un indicio de masturbación y que, a mi juicio, todas las demás causas a las que solía atribuirse tal enfermedad quedaban muy en segundo término comparadas con la masturbación^[755]. En consecuencia, parecía estar a punto de contestarse a sí misma la interrogación que antes había planteado sobre el origen de su enfermedad con la confesión de haberse entregado a la masturbación probablemente en sus años infantiles. Dora negó resueltamente

recordar nada de este orden, pero días después dejó ver algo que había de considerarse como un nuevo paso hacia tal confesión. Por primera y última vez en todo el tratamiento trajo colgado del antebrazo un bolsillo de piel, con el que empezó a jugar mientras hablaba, abriéndolo y cerrándolo, metiendo en él un dedo, etc. Observé durante un rato este manejo de la paciente y le expliqué después el concepto del acto sintomático^[756]. Llamamos así a aquellos actos que los hombres ejecutan automática e inconscientemente, sin darse cuenta de ellos, como jugando, y a los que niegan toda significación, declarándolos indiferentes y casuales cuando se los interroga sobre ellos. Pero una más cuidadosa observación muestra que tales actos, de los cuales la conciencia no sabe o no quiere saber nada, exteriorizan ideas e impulsos inconscientes, resultando así muy valiosos e instructivos como manifestaciones permitidas de lo inconsciente. La conducta consciente ante los actos sintomáticos es de dos clases. Cuando el sujeto puede motivarlos sin esfuerzo, suele darse cuenta de ellos; pero si no le es posible justificarlos así ante su conciencia, entonces los ignora por completo y no advierte que los ejecuta. En el caso de Dora no era difícil la motivación: «¿Por qué no voy a usar un bolsillo como todo el mundo?» Pero tal justificación no excluye la posibilidad del origen inconsciente del acto de que se trate, aunque no sea posible, en general, demostrar irrefutablemente al sujeto dicho origen y el sentido que atribuimos al acto. Hemos de contentarnos con hacer constar que tal sentido armoniza muy bien con la situación del momento y con la orden del día de lo inconsciente.

En otra ocasión expondremos toda una serie de estos actos sintomáticos, observables tanto en los nerviosos como en los sanos. Su interpretación se hace a veces muy fácil. El bolsillito bivalvo de Dora no era otra cosa que una representación del genital femenino, y el acto de jugar con él abriéndolo e introduciendo un dedo constituía una inconfundible exteriorización mímica de la masturbación. Recientemente he tenido ocasión de observar en mi consulta un caso análogo que resultó muy divertido. Una paciente, ya de cierta edad, sacó del bolsillo una cajita con pretexto de tomar de ella un caramelo refrescante, la abrió con cierto trabajo, y cerrándola de nuevo, me la entregó para que me convenciese por mí mismo de lo difícil que era abrirla. Manifesté entonces mi sospecha de que la aparición de aquella cajita tuviera alguna significación especial, ya que era la primera vez que la veía en manos de la paciente, sometida a tratamiento desde hacía más de un año. «Pero ¡si la llevo conmigo siempre y a

todas partes!», replicó vivamente la sujeto, y no se tranquilizó hasta que yo le hice ver, riendo, cuán perfectamente se adaptaban sus palabras a otro sentido. La caja —*box*, *πύξις*— es, como el bolsillo y el cofrecillo, una representación del genital femenino.

Hay en la vida muchos de estos símbolos que generalmente no advertimos. Cuando hube de plantearme la labor de prescindir del hipnotismo para extraer a la luz aquello que los hombres ocultan, guiándome tan sólo por sus palabras y sus actos, creí que habría de serme más difícil de lo que realmente es. Teniendo ojos para ver y oídos para escuchar, no tarda uno en convencerse de que los mortales no pueden ocultar secreto alguno. Aquéllos cuyos labios callan, hablan con los dedos. Todos sus movimientos los delatan. Y así resulta fácilmente realizable la labor de hacer consciente lo anímico más oculto.

El acto sintomático con el bolsillito no fue el primer brote del sueño, pues Dora inició la sesión que culminó en su relato del mismo con otro acto de igual naturaleza. Al entrar yo en la habitación en que me esperaba, escondió rápidamente una carta que estaba leyendo. Naturalmente, le pregunté de quien era aquella carta, y al principio se negó a decírmelo. Luego resultó que carecía de toda importancia y no tenía la menor relación con nuestra cura. Era una carta en la que su abuela le pedía que le escribiera con mayor frecuencia. Es de suponer que Dora quería sólo mostrarse primero misteriosa conmigo para indicar que ahora sí se dejaba ya arrancar su secreto por el médico. Su repugnancia a consultar a nuevos médicos se explica por el miedo a que el reconocimiento (flujo blanco) o la anamnesis (averiguación de la enuresis) descubrieran la causa de su dolencia, o sea la masturbación.

Acusaciones contra el padre, que le habría transmitido su enfermedad, y detrás de ellas una acusación contra sí misma —flujo blanco, jugueteo sintomático con el bolsillo, incontinencia posterior a los seis años—, secreto que la enferma se resiste a dejarse arrancar por los médicos; todo esto me parece constituir una prueba indiciaría irreprochable de la masturbación infantil. Ya había yo empezado a sospecharla cuando la paciente me habló de los dolores de estómago que aquejaban a su prima y se identificó luego con ella acusando durante algunos días el mismo síntoma. Sabido es con cuánta frecuencia padecen los masturbadores estos trastornos. Según una comunicación personal de W. Fliess, son precisamente estas gastralgias las que pueden ser interrumpidas cocainizando en la nariz el punto correspondiente al estómago, por él localizado,

y curadas totalmente cauterizándolo. Dora me confirmó conscientemente dos cosas: que había padecido con frecuencia tales gastralgias y que tenía fundadas razones para creer que su prima se masturbaba. No es nada raro que los enfermos descubran en otras personas cosas que en sí mismas no logran reconocer, por oponerse a ello intensas resistencias afectivas. De todos modos, no oponía ya a la sospecha de masturbación negativa alguna, aunque no recordase aún nada que pudiera confirmarla. También la determinación cronológica de la duración de la incontinencia «hasta poco antes del primer acceso de asma nerviosa» me parecía clínicamente aprovechable. Los síntomas histéricos no aparecen casi nunca mientras los niños continúan masturbándose, sino luego, en los períodos de abstinencia^[757], pues representan una sustitución de la satisfacción masturbadora que lo inconsciente continúa demandando mientras no surge otra distinta satisfacción más normal, cuando tal satisfacción no se ha hecho ya imposible. De esta última condición depende la posibilidad de la curación de la histeria por medio del matrimonio y del comercio sexual normal. Si la satisfacción cesa luego en el matrimonio por la práctica del coito interrumpido o el extrañamiento psíquico de los cónyuges, etc., la libido vuelve a buscar su antiguo curso y se manifiesta de nuevo en síntomas histéricos.

Quisiera indicar aún con seguridad cuándo y bajo qué influencia especial abandonó Dora la masturbación, pero lo incompleto del análisis me obliga a aducir aquí material insuficiente. Ya hemos visto que la enuresis se prolongó casi hasta el primer acceso de disnea. Ahora bien: lo único que la sujeto supo aportar para la aclaración de este primer acceso fue que en aquellos días su padre había salido de viaje por vez primera después de su grave enfermedad. Este detalle conservado en su memoria debía integrar una relación con la etiología de la disnea. Ciertos actos sintomáticos y otros diversos indicios me hicieron suponer que la niña, cuya alcoba comunicaba directamente con la de sus padres, había sorprendido alguna noche una escena de amor entre ellos, oyendo jadear a su padre, cuya respiración era ya habitualmente fatigosa, en la excitación del coito. En tales casos, los niños sospechan lo sexual en los ruidos inquietantes, pues integran ya, como mecanismos congénitos, los movimientos expresivos de la excitación sexual. Hace ya muchos años afirmé que la disnea y las palpitaciones de la histeria y la neurosis de angustia no son sino trozos aislados del acto del coito, y en muchos casos, como en este de Dora, me ha sido posible retrotraer el síntoma de la disnea, el asma nerviosa, a la misma causa ocasional; esto es, al

hecho de haber escuchado los ruidos producidos por una pareja adulta en el acto del coito. A la influencia de la excitación entonces sentida puede atribuirse fundadamente aquella transformación que se inició por entonces en la sexualidad de la infantil sujeto y sustituyó la tendencia a la masturbación por la tendencia al miedo. Algún tiempo después, cuando el padre estaba ausente y la niña lo echaba de menos, repitió aquella impresión bajo la forma de un acceso de asma. El hecho de esta ausencia, conservada en la memoria de Dora como motivo ocasional de su enfermedad, relata el angustiado proceso mental que acompañó al ataque. Dora sufrió el primer acceso de asma después de una excursión por la montaña, en la que debió de sentir realmente alguna fatiga. A esta sensación física se agregó primero la idea de que los médicos habían prohibido a su padre andar por terreno accidentado, pues debía evitar todo esfuerzo, y luego el recuerdo de la fatiga que en aquella ocasión nocturna delataba su respiración jadeante. Este recuerdo la llevó a preguntarse si ella misma no se habría dañado gravemente con la masturbación, conducente también al órgano sexual, acompañado siempre de una ligera disnea, y luego, al retorno intensificado de esta disnea, como síntoma. Una parte de este material surgió en el análisis. La otra hube yo de completarla. La comprobación de la masturbación nos ha mostrado la forma en que el material de un tema puede ser únicamente reunido fragmentariamente en diversos tiempos y relaciones distintas^[758].

Surge aquí toda una serie de interrogaciones importantísimas para la etiología de la histeria; por ejemplo, si el caso de Dora ha de considerarse típico desde el punto de vista etiológico y si presentad único tipo de la causación, etcétera. Pero creo obrar prudentemente aplazando la contestación a estas preguntas hasta haber expuesto una más amplia serie de casos análogamente analizados. Además, quisiera empezar por plantear detalladamente la cuestión. En lugar de limitarme a contestar con un «sí» o un «no» a la interrogación de si la etiología de este caso patológico ha de buscarse en la masturbación infantil, habría de fijar previamente el concepto de la etiología en las psiconeurosis. El punto de vista desde el cual podría contestar se demostraría muy alejado de aquel otro desde el cual se me dirige la interrogación. Bastará que en este caso lleguemos a la convicción de que ha sido posible descubrir la masturbación y que la misma no ha sido nada casual ni indiferente para la estructura del cuadro patológico^[759].

Todavía conseguiremos más amplia comprensión de los síntomas de Dora

atendiendo a la significación de la dolencia —el flujo blanco— por ella confesada. La palabra «catarro», con la que aprendió a designar su afección cuando un padecimiento análogo de su madre hizo necesaria una cura en el balneario de Franzensbad, es nuevamente un «equivoco» que faculta una exteriorización, en el síntoma de la tos, a toda la serie de ideas sobre la culpabilidad del padre en la causación de la enfermedad. Esta tos, que tuvo seguramente su origen en un catarro real insignificante, constituía, por otro lado, una imitación del padre enfermo del pecho, y podía dar expresión a la piedad filial de la muchacha. Pero además exteriorizaba algo de lo cual la sujeto no tenía quizá aún conciencia por entonces: «Soy hija de mi padre. Tengo, como él, un catarro. Me ha contagiado su enfermedad, como antes la contagió a mi madre. También me ha transmitido malas pasiones, de las cuales es castigo la enfermedad^[760]».

Intentaremos ahora reunir las distintas determinaciones halladas para los accesos de tos y de afonía. En el estrato más profundo hemos de suponer la existencia de un estímulo de la tos, orgánicamente condicionado, que sería el grano de arena en torno al cual forma el molusco la perla. Tal estímulo es susceptible de fijación por corresponder a una región somática que ha conservado en la muchacha un intenso carácter de zona erógena. Es, pues, muy adecuado para dar expresión de la libido excitada. Queda fijado por su primer disfraz psíquico la imitación compasiva del padre enfermo y luego por los autorreproches a causa del «catarro». Este mismo grupo de síntomas se muestra además adecuado para presentar las relaciones con el señor K., lamentar su ausencia y expresar el deseo de ser para él una esposa mejor que la suya. Cuando una parte de la libido se orientó nuevamente hacia el padre, el síntoma adquirió su quizá última significación para representar el comercio sexual con el padre en identificación con la señora de K. Estoy plenamente seguro de que las ideas expuestas no son todas las que en este caso actuaron. Pero la interrupción del análisis no me permitió, desgraciadamente, perseguir hasta agotarlos todos los cambios de sentido de los síntomas en el transcurso del tiempo, ni tampoco aclarar el orden de sucesiones y la coexistencia de tales distintos sentidos. A un análisis completo sí pueden plantearse estas exigencias.

No quiero dejar de referirme a otras relaciones del catarro genital de Dora con sus síntomas histéricos. En una época en la que aún no se vislumbraba una explicación psíquica de la histeria oí afirmar a colegas de mayor edad y

experiencia que en las pacientes histéricas aquejadas de flujo blanco toda gravitación del catarro genital provocaba una agudización de la afección histérica y muy especialmente de la anorexia y de los vómitos. Nadie se explicaba claramente tal relación, existiendo, creo, una cierta tendencia a aceptar la opinión de los ginecólogos, según la cual las afecciones genitales ejercían una influencia directa y orgánicamente perturbadora sobre las funciones nerviosas, hipótesis que, desgraciadamente, no admite prueba terapéutica alguna. El estado actual de nuestro conocimiento no permite aún excluir tal influencia orgánica directa, pero sí hace más fácil demostrar su disfraz psíquico. El orgullo que inspira a la mujer una acabada conformación de sus genitales constituye uno de los elementos más importantes de la vanidad femenina, y aquellas afecciones de dichos órganos que la sujeto juzga susceptibles de inspirar desagrado o hasta repugnancia la mortifican gravemente, disminuyendo su propia estimación y haciéndola irritable, susceptible y desconfiada. La secreción anormal de la mucosa vaginal es una de estas dolencias consideradas susceptibles de inspirar repugnancia.

Recordemos que el beso de K. provocó en Dora una viva sensación de asco y que encontramos fundamentos para completar su relato de esta escena suponiendo que sintió contra su cuerpo, al ser abrazada, la presión del miembro viril en erección. Averiguamos después que aquella misma institutriz, cuyo despido provocó Dora, ofendida por la insinceridad de su afecto, le había advertido, fundándose en su propia experiencia, que todos los hombres eran inconscientes y falsos. Para Dora aquello había de significar que todos los hombres eran iguales a su padre, y como creía que su padre padecía una enfermedad sexual que había contagiado a su madre y a ella, podía imaginarse que todos los hombres padecían la misma enfermedad. Ahora bien: su concepto de la enfermedad genital se basaba, naturalmente, en su única experiencia de este género, estrictamente personal además, y en consecuencia, padecer una enfermedad sexual significaba, para ella, verse aquejada de un flujo repulsivo. ¿No podía ser ésta una nueva motivación del asco experimentado en el momento del abrazo? Tal repugnancia, transferida al contacto del hombre, sería entonces una repugnancia proyectada conforme al mecanismo primitivo, citado en páginas anteriores, y referida, en último término, al flujo blanco de la propia sujeto.

Trátase aquí, a mi juicio, de procesos mentales inconscientes superpuestos a relaciones orgánicas preformadas, como las ramas de una planta trepadora a un enverjado, existiendo así la posibilidad de hallar aún otras distintas rutas

mentales entre los mismos puntos inicial y final. El conocimiento de las asociaciones de idea que sucesivamente actuaron entraña, desde luego, un valor insustituible para la solución de los síntomas, y si en el caso de Dora hubimos de recurrir a suposiciones y complementos, nuestra única justificación está en la prematura interrupción del análisis. De todos modos, haremos constar que aquello que aportamos para cegar las lagunas debidas a tal interrupción se apoya en otros casos fundamentadamente analizados.

El sueño, cuyo análisis nos ha llevado a las conclusiones que anteceden, corresponde, como vimos, a un propósito que Dora se llevó consigo al reposo, razón por la cual se repite una noche tras otra hasta que el propósito queda cumplido, y reaparece años después al surgir una nueva ocasión de formar un propósito análogo. Traducido a lo consciente, podría expresarse en la forma que sigue: Tengo que salir de esta casa, en la cual, como ya se ha visto, corre peligro mi virginidad. Partiré con mi padre, y mañana, mientras me visto, tomaré mis precauciones para que nadie me sorprenda. Estas ideas encuentran clara expresión en el sueño. Pertenecen a una corriente que ha alcanzado conciencia y predominio en la vida despierta. Detrás de ellas se trasluce otra serie de ideas, oscuramente representadas, que corresponden a la corriente opuesta y han sucumbido, por tanto, a la represión. Esta serie de ideas culmina en la tentación de entregarse a su pretendiente en agradecimiento al amor que el mismo le había demostrado durante los últimos años, y evoca quizá el recuerdo del único beso que de él había recibido hasta entonces. Pero, según la teoría desarrollada en mi *Interpretación de los sueños*, tales elementos no bastan para producir un sueño. Un sueño no es la realización de un propósito, sino el cumplimiento de un deseo, y precisamente de un deseo procedente de la vida infantil. Tenemos la obligación de comprobar si este principio nuestro no queda contradicho por el sueño aquí analizado.

El sueño contiene, en efecto, material infantil que no delata relación ninguna, perceptible a primera vista, con el propósito de huir de la casa de su enamorado y de la tentación que de él emanaba. ¿A qué fin responde la emergencia del recuerdo de la neurosis infantil y del esfuerzo que el padre hubo de desarrollar para habituar a la niña a la limpieza? Porque sólo con ayuda de esta serie de ideas resultaba posible reprimir las intensas ideas relativas a la tentación y lograr el predominio del propósito formado contra ellas. La muchacha decide huir con su padre. En realidad, lo que hace es refugiarse al amparo de su padre en su

temor al hombre que la persigue. Reanima en sí una pretérita inclinación infantil hacia su padre, destinada a protegerla contra la inclinación presente hacia aquel hombre. El padre es responsable, en parte, del peligro que ahora la amenaza, pues la ha entregado a su pretendiente para mejor lograr sus propios intereses amorosos. ¡Cuánto mejor hubiera sido que no hubiese querido a nadie más que a ella y se hubiera consagrado a salvarla de los peligros que la amenazaban! El deseo infantil, inconsciente hoy, de situar al padre en el lugar de un enamorado es ya un poder capaz de producir un sueño. Si ha habido una situación que, siendo análoga a alguna de las actuales, se diferenciase, sin embargo, de ella en tal intercambio de personas, se instituirá en situación capital del sueño. Así, sucede, efectivamente. Lo mismo que K., el día anterior, se llegaba ante su padre junto a la cama en que ella dormía y la despertaba quizá con un beso, como acaso pensara hacerlo su enamorado. El propósito de huir de la casa no es, pues, por sí mismo, susceptible de producir un sueño y sólo adquiere esta capacidad al agregársele otro apoyado en deseos infantiles. El deseo de reemplazar a K. por el padre es el que proporciona la energía productora del sueño. Recordemos cómo la serie de ideas preponderantes sobre los amores del padre con la mujer de K. nos forzó a admitir una reviviscencia del amor infantil de la sujeto hacia su padre, provocada para poder mantener la represión del amor hacia K. El sueño refleja este cambio de orientación de la vida anímica de la enferma.

Sobre la relación existente entre los pensamientos de la vigilia continuados en el reposo —los restos diurnos— y el deseo inconsciente productor del sueño, expuse ya en mi *Interpretación de los sueños* algunas observaciones que transcribiré aquí literalmente, pues no tengo nada que agregar a ellas, y el análisis de este sueño de Dora demuestra una vez más su exactitud:

«Concedo que existe una clase de sueños cuyo estímulo procede predominantemente, o hasta de un modo exclusivo, de los restos de la vida diurna, y opino que incluso mi deseo de recibir algún día el título de ‘profesor extraordinario’ me hubiera dejado dormir tranquilo aquella noche si no hubiera perdurado aún en mí el cuidado que la salud de mi amigo me inspiraba. Pero este cuidado no habría provocado, sin embargo, sueño ninguno, pues la fuerza impulsora de que el sueño precisaba tenía que ser reforzada por un deseo. Así, pues, para formar el sueño, tuvo mi preocupación que buscar tal deseo y aliarse con él. Trataremos de aclarar estas circunstancias por medio de una comparación tomada de la vida social. Es muy posible que la idea diurna represente en la formación del sueño el papel de socio industrial. El socio industrial posee una

idea y quiere explotarla, pero no puede hacer nada sin capital y necesita un socio capitalista que corra con los gastos. En el fenómeno onírico, el capitalista que corre con el gasto psíquico necesario para la formación del sueño es siempre, cualquiera que sea la idea diurna, un deseo de lo inconsciente^[761]».

Conociendo la sutil estructura de productos psíquicos tales como los sueños, no puede sorprendernos hallar que el deseo de que el padre ocupe el lugar del hombre que supone una tentación para la sujeto no aporte al recuerdo un material cualquiera infantil, sino precisamente aquel que integra también íntimas relaciones con la represión de dicha tentación. Pues si Dora se siente incapaz de ceder a su amor hacia aquel hombre y en lugar de abandonarse a tal amor lo reprime, esta resolución no se enlaza a ningún otro factor tan íntimamente como a su prematura actividad sexual y a las consecuencias de la misma, la enuresis, el catarro genital y las náuseas. Tal prehistoria puede servir luego de base en la edad adulta a dos actitudes distintas, según las condiciones constitucionales del sujeto ante la invitación al amor: la entrega sin resistencia alguna y hasta la perversión de la sexualidad o, por reacción, la repulsa de la sexualidad y la neurosis. La constitución de nuestra paciente y el nivel de su educación moral e intelectual hubieron de orientarla en el segundo sentido.

Quiero aún hacer constar que el análisis de este sueño nos ha descubierto ciertos detalles de los sucesos patógenos que no hubieran sido susceptibles de recuerdo o, por lo menos, de reproducción. En efecto, el recuerdo de la enuresis infantil había sucumbido ya totalmente a la represión y sobre los detalles de la persecución amorosa de K. no había dicho jamás Dora una sola palabra. No habían acudido a su pensamiento.

Todavía algunas observaciones para la síntesis de este sueño. La elaboración onírica se inicia en la tarde del segundo día, después de la escena en el bosque, al advertir Dora que no puede ya cerrar la puerta de su cuarto. Se dice entonces: «Corro aquí un grave peligro», y forma el propósito de no permanecer sola en aquella casa, sino partir con su padre. Este propósito queda capacitado para producir un sueño al encontrar una posibilidad de continuación en lo inconsciente, instancia en la cual corresponde a él el proceso en que la sujeto despierta su pretérito amor infantil a su padre como protección contra la tentación actual. La transformación que así se desarrolla en ella queda luego fijada y la conduce al punto de vista representado por sus ideas preponderantes (celos de la mujer de K. a causa de su padre, como si estuviera enamorado de él).

Luchan en Dora la tentación de ceder a su pretendiente y la resistencia contra ella. Esta resistencia es el producto de varios factores: motivos de honestidad y de cordura, impulsos hostiles provocados por las confidencias de la institutriz (celos, orgullo ofendido) y un elemento neurótico, la parte de repulsa sexual pronta en ella y basada en su historial infantil. El amor hacia su padre, despertado como protección contra la tentación, procede de esta historia infantil.

El sueño transforma el propósito inconsciente de refugiarse al amparo del padre en una situación que muestra cumplido el deseo de que el padre la salve del peligro. Para conseguirlo así tiene que echar a un lado una idea contraria: la de que el padre es precisamente quien la ha expuesto a aquel peligro. El impulso hostil contra el padre (deseo de venganza) en este punto reprimido constituye luego uno de los motores del segundo sueño.

Conforme a las condiciones de la producción onírica, la situación fantaseada es elegida tal que reproduzca una escena infantil. Para la elaboración de sueños supone un triunfo conseguir la transformación de una situación reciente, quizá, la del mismo motivo ocasional del sueño, en una situación infantil. En ese caso lo consigue por una pura casualidad del material. Exactamente en la misma forma en que su enamorado se había aproximado a su lecho, despertándola, lo hacía su padre en la infancia. Toda su transformación queda simbolizada exactamente sustituyendo en esta situación la persona de K. por la del padre.

Pero el padre la despertaba en su tiempo para que no mojase la cama.

Esta idea de «mojar» determina todo el resto del sueño, aunque sólo aparezca representado por una alusión lejana y por una antítesis.

La antítesis de «mojar», «agua», puede ser muy bien «ardor», «fuego». La casualidad de que el padre hubiera expresado al llegar a L. su temor a un posible incendio coadyuda a decidir que el peligro de que el padre la salva sea un fuego. En esta casualidad y en la antítesis de la idea de «mojar» se apoya la situación elegida para la imagen onírica. Hay fuego y el padre acude junto a su lecho para despertarla. El temor casualmente manifestado por el padre no hubiera llegado a adquirir esta significación en el contenido del sueño si no hubiera armonizado tan bien con la corriente afectiva victoriosa que tendía a hallar a toda costa en el padre auxilio y salvación. El sueño muestra así que el padre se ha dado cuenta inmediata del peligro y ha acudido en auxilio de su hija. (En realidad, lo que había hecho era exponer a la muchacha a tal peligro.)

En las ideas latentes del sueño, el concepto «mojado» desempeña el papel de un foco de convergencia de varios núcleos de representaciones. Pertenece no

sólo al de la enuresis nocturna, sino también al de la tentación sexual, reprimido y oculto detrás de aquel contenido del sueño. La sujeto sabe que también en el comercio sexual queda «mojada» la mujer, que el hombre da a la mujer en el coito algo liquido en forma de «gotas». Sabe que precisamente en ello está el peligro y que debe evitar que sus órganos genitales sean mojados.

Con los conceptos «mojado» y «gotas» se inicia simultáneamente el otro núcleo de asociaciones, esto es, el del repulsivo catarro genital que en los años de juventud de la sujeto tuvo para ella la misma significación vergonzosa que la enuresis en su infancia. «Mojado» equivale aquí a «contaminado». El órgano genital, que ha de ser conservado puro y limpio, está ya contaminado por el catarro, y tanto en su madre como en ella. Dora parece comprender aquí que la manía de limpieza de su madre no es sino la reacción a aquella impureza.

Ambos núcleos coinciden en un punto: la madre ha recibido del padre las dos cosas, la «mojadura sexual» y el flujo contaminador. Los celos contra la madre son inseparables del círculo de ideas correspondientes al amor al padre despertado como protección. Este material no es aún capaz de representación. Pero en cuanto pueda encontrarse un recuerdo que esté en igual relación aprovechable con los dos círculos del «mojado» y eluda la repugnancia, tal recuerdo pasará a representar dicho material en el contenido del sueño.

El recuerdo buscado es hallado en el suceso de las «gotas» de perlas que la madre deseaba recibir como «adorno». Aparentemente, el enlace de esta reminiscencia con los dos círculos de la humedad sexual y de la impureza es sólo exterior, superficial y meramente verbal, ya que las «gotas» aparecen empleadas como equivoco, como palabra de doble sentido, y «adorno» es, como «limpio», una antítesis un tanto forzada de «impuro» (contaminado). Pero en realidad no es difícil señalar íntimos enlaces de contenido. El recuerdo proviene del material de los celos, de raíz infantil, pero continuados luego contra la madre. A través de los dos puentes de palabras indicados puede ser transferida a la reminiscencia de las «gotas» toda la significación concomitante a las representaciones del comercio sexual entre los padres, el flujo blanco y la atormentada manía de la limpieza de la madre.

Pero todavía ha de tener lugar otro desplazamiento. Lo que llega a ser acogido en el contenido del sueño no son las «gotas», más cercanas al «mojado» primitivo, sino las «joyas», más lejanas a él. Así, pues, si este elemento hubiera quedado incluido en la situación onírica ya fijada, el fragmento correspondiente del sueño habría sido: la madre quiere aún salvar las «joyas». Pero en la nueva

variante —«joyero»— se impone *a posteriori* el influjo de elementos pertenecientes al círculo de la tentación emanada de K. Éste no había regalado a Dora una «joya», pero sí un «joyero», representación de todas las tiernas atenciones por las cuales le había de estar agradecida la muchacha. El «joyero» así acogido en el contenido manifiesto del sueño tiene todavía un valor representativo especial. ¿No es acaso una imagen usual para designar el genital femenino intacto e impoluto? ¿Y, por otro lado, una palabra inocente y, en consecuencia, muy adecuada tanto para indicar como para encubrir las ideas sexuales ocultas detrás del sueño?

De este modo el contenido del sueño incluye en dos puntos el «joyero de la madre», y este elemento sustituye la mención de los celos infantiles, de las gotas y, por tanto, de la humedad sexual y de la contaminación por el flujo, y por otro lado, la de las ideas actuales de tentación que impulsan a la sujeto a corresponder al amor de su pretendiente y pintar la situación sexual inminente, deseada y temida. El elemento «joyero» es como ningún otro un resultado de la condensación y del desplazamiento y una transacción entre corrientes antitéticas. Su doble aparición en el contenido del sueño indica su múltiple origen de fuentes actuales e infantiles.

El sueño es la reacción a un suceso reciente y excitante que hubo de despertar el recuerdo del único acontecimiento análogo de años anteriores, esto es, el de la escena de la tienda, el beso y la repugnancia sentida al recibirlo. Pero a esta escena puede llegarse también por caminos asociativos distintos, partiendo del círculo de ideas relativo al catarro y del referente a la tentación actual. Aporta, pues, al contenido del sueño una contribución propia que ha de adaptarse a la situación preformada. Hay fuego..., y como el beso supo a humo, la sujeto advierte olor a humo en el contenido del sueño, el cual se prolonga, en este caso, más allá del despertar.

En el análisis de este sueño he dejado, desgraciadamente y por inadvertencia, una laguna. El padre dice en él: «No quiero que mis dos hijos perezcan...» (Las ideas latentes continuarían; a consecuencia de la masturbación.) Tales frases emergentes en los sueños se componen regularmente de fragmentos de frases realmente dichas u oídas por el sujeto. Hubiera debido, por tanto, informarme del origen real de aquélla. El resultado de esta investigación hubiera señalado una mayor complicación de la estructura del sueño, pero también la hubiera hecho más transparente.

¿Habremos de suponer que este sueño integró antes en L. exactamente el

mismo contenido que en su repetición durante la cura? No parece necesario. La experiencia muestra que los hombres afirman muchas veces haber soñado reiteradamente idéntico sueño, cuando en realidad las distintas apariciones del mismo se han diferenciado en numerosos detalles y amplias variantes. Así, una de mis pacientes me comunicó en una ocasión haber vuelto a soñar por aquellos días en la misma forma que siempre su sueño favorito, en el que se veía nadando en un mar intensamente azul cuyas olas surcaba gozosa, etc. Una investigación más detenida reveló que el sueño mostraba en sus repeticiones detalles diferentes sobre el mismo fondo. Por ejemplo: en una de las repeticiones del sueño el mar estaba helado y la sujeto nadaba entre grandes témpanos. Otros sueños que la paciente no intentaba ya dar como repeticiones del mismo mostraban con éste reiterado un íntimo enlace. Así, en uno de ellos veía la isla de Heligoland, que conocía por fotografías, un barco en el mar y a su bordo dos amigos suyos de juventud, etc.

Lo indudable es que el sueño de Dora, emergido durante la cura, había adquirido un sentido nuevo actual sin modificar quizá su contenido manifiesto. Integraba entre sus ideas latentes una relación con el tratamiento y correspondía a una renovación del propósito pretérito de escapar a un peligro. Si no sufría un error mnémico al afirmar que ya en L. había advertido olor a humo al despertar de su sueño, ha de reconocerse que supo introducir muy hábilmente mi frase «No hay humo sin fuego» en aquel fragmento onírico ya forjado en el que aparece utilizada para la super determinación del último elemento. Un innegable azar fue que el último motivo ocasional actual, el hecho de que la madre cerrara con llave el comedor por las noches, dejando prisionero al hermano en su alcoba, trajera consigo un enlace con la ocultación de la llave por K. en L., acto que maduró el propósito de fuga de Dora al ver que no podía ya encerrarse en su cuarto. Quizá el hermano no apareciera en los sueños de entonces, en cuyo caso la frase «mis dos hijos» no habría llegado a ser integrada en el sueño hasta después del último motivo ocasional.

C) EL SEGUNDO SUEÑO

Pocas semanas después del primer sueño emergió el segundo, cuya solución coincidió con el prematuro final del análisis, interrumpido en este punto por

causas ajenas a mi voluntad. Este segundo sueño no pudo ser tan plenamente esclarecido como el primero, pero trajo consigo la deseada confirmación de cierta hipótesis, ineludible ya sobre el estado psíquico de la paciente, cegó una laguna mnémica y descubrió la génesis de otro de los síntomas que Dora presentaba.

La sujeto hizo de él el relato siguiente:

—Voy paseando por una ciudad desconocida y veo calles y plazas totalmente nuevas para mí^[762]. Entro luego en una casa en la que resido, voy a mi cuarto y encuentro una carta de mi madre. Me dice que habiendo yo abandonado el hogar familiar sin su consentimiento no había ella querido escribirme antes para comunicarme que mi padre estaba enfermo. Ahora ha muerto, y si quieres^[763] puedes venir. Voy a la estación y pregunto unas cien veces: «¿Dónde está la estación?» Me contestan siempre lo mismo: «Cinco minutos». Veo entonces ante mí un bosque muy espeso. Penetro en él y encuentro a un hombre al que dirijo de nuevo la misma pregunta. Me dice: «Todavía dos horas y media^[764]». Se ofrece a acompañarme. Rehúso y continúo andando sola. Veo ante mí la estación, pero no consigo llegar a ella y experimento aquella angustia que siempre se sufre en estos sueños en que nos sentimos como paralizados. Luego me encuentro ya en mi casa. En el intervalo debo haber viajado en tren, pero no tengo la menor idea de ello. Entro en la portería y pregunto cuál es nuestro piso. La criada me abre la puerta y me contesta: «Su madre y los demás están ya en el cementerio^[765]».

La interpretación de este sueño no dejó de presentar dificultades. A consecuencia de las especialísimas circunstancias, íntimamente enlazadas a su mismo contenido, que provocaron la interrupción del tratamiento, no pudo ser totalmente aclarado. A ellas ha de imputarse también el hecho de que mi recuerdo del orden de sucesión de las soluciones logradas no sea muy seguro. Indicaré también cuál era el tema sobre el que recaía el análisis en el momento en que surgió el sueño. Dora trataba de fijar, por aquellos días, la relación de sus propios actos con los motivos que podían haberlos provocado. Se preguntaba, así, por qué en los días siguientes a la escena con K. en los alrededores del lago había silenciado celosamente lo sucedido y por qué luego, de repente, se había decidido a contárselo todo a sus padres. Por mi parte encontraba también necesario aclarar por qué Dora se había sentido tan gravemente ofendida por la declaración amorosa, tanto más cuanto que empezaba a vislumbrar que tampoco

para K. se trataba de una liviana tentativa de seducción, sino de un hondo y sincero enamoramiento. El hecho de que la muchacha denunciase a sus padres lo sucedido me parecía constituir un acto anormal, provocado ya por un deseo patológico de venganza. A mi juicio, una muchacha normal hubiera resuelto la situación por sí sola.

Expondré ahora, en el orden en que va surgiendo en mi recuerdo, el material que emergió en el análisis de este sueño.

«Va paseando por una ciudad desconocida y ve calles y plazas». La sujeto asegura que no se trataba de B., como ya suponía en un principio, sino de una ciudad en la que jamás había estado. Le hice observar que podía haber visto cuadros o fotografías de las que luego hubiera extraído el escenario de su sueño. A esta observación mía enlazó Dora la ampliación antes citada de su primer relato: «En una plaza veo un monumento», y en el acto descubrió la fuente de que provenían las imágenes de su sueño. En Navidad había recibido un álbum con vistas de un balneario alemán, y el mismo día del sueño lo había sacado de una caja en que guardaba multitud de estampas y fotografías, para enseñárselo a unos parientes suyos. Con tal motivo había preguntado a su madre: «¿Dónde está la caja?»^[766]. Una de las vistas que el álbum contenía era la de una plaza en cuyo centro se alzaba un monumento. El álbum era regalo de un joven ingeniero al que había conocido en la ciudad en que el padre tenía sus fábricas. Este ingeniero, deseoso de crearse pronto una situación independiente, había aceptado una colocación ventajosa en Alemania y aprovechaba toda ocasión de hacerse recordar por Dora, demostrando su intención de pedirla en matrimonio en cuanto su situación se lo permitiese. Pero había que esperar.

El acto de vagar por una ciudad desconocida aparecía superdeterminado. Conducía a uno de los motivos diurnos ocasionales del sueño. Durante las fiestas de Navidad había acudido a Viena un joven provinciano, primo de Dora, al que la muchacha tuvo que pilotear por la capital. Este motivo diurno ocasional era totalmente indiferente. Pero aquel joven pariente recordó a Dora una estancia suya en Dresden, durante la cual paseó por aquella ciudad en la que nunca había estado, y visitó, naturalmente, la famosa Galería pictórica. Otro primo suyo que iba con ella y conocía ya Dresden se ofreció a guiarla en esta visita, pero Dora rechazó su ofrecimiento y fue sola, recorriendo las salas con todo espacio y deteniéndose largamente ante los cuadros que más llamaron su atención. Ante la «Madonna» sextina permaneció dos horas en serena ensoñación admirativa.

Cuando luego le preguntaron qué era lo que tanto le había gustado en aquella pintura no supo explicarse claramente. Por último dijo: «La ‘Madonna’».

Es indudable que todas estas asociaciones pertenecen al material productor del sueño, pues integran elementos que retornan sin modificación alguna en el mismo (rechazó su ofrecimiento y siguió sola —dos horas—). Observo ya que las «imágenes» corresponden a un foco de convergencia del tejido de las ideas latentes del sueño (las fotografías del álbum —las pinturas de Dresden—). También el tema de la «Madonna», de la madre virgen, nos ofrece un punto de apoyo para ulteriores deducciones. Pero, ante todo, veo que en esta primera parte del sueño Dora se identifica con un hombre joven. Vaga por un país extranjero, se esfuerza en alcanzar un fin, pero hay algo que le detiene; precisa tener paciencia y esperar. Si Dora pensaba aquí en el ingeniero, el fin perseguido en su sueño hubiera podido ser la posesión de una mujer, la posesión de su propia persona. Pero en lugar de esto era una estación. Sin embargo, conforme a la relación de la pregunta formulada en el sueño con la que realmente hubo de formular durante el día inmediatamente anterior al mismo, podemos sustituir la estación por una caja^[767] y en el simbolismo onírico caja y mujer son ya conceptos próximos.

«Pregunta unas cien veces...» Esto nos lleva a otro motivo ocasional del sueño menos indiferente ya. La noche misma de su sueño su padre le había pedido, al retirarse a dormir, que le trajese la botella de coñac, pues si no bebía un poco al acostarse no lograba conciliar el sueño. Dora pidió la llave del aparador a su madre, pero ésta se hallaba tan abstraída en una conversación, que no oyó su demanda hasta que la muchacha exclamó, con exageración impaciente: «¿Quieres decirme dónde está la llave del aparador? Te lo he preguntado ya cien veces». En realidad, no habría repetido naturalmente su pregunta más de unas cinco veces^[768].

La pregunta «¿Dónde está la llave?» me parece constituir la contrapartida masculina de la otra interrogación: «¿Dónde está la caja?» (Véase el primer sueño.) Trátase, pues, de interrogaciones referentes a los genitales.

Aquella misma noche, en la cena con que habían obsequiado a varios parientes, uno de ellos había brindado por el padre, expresando su deseo de que gozara de salud por muchos años, etc. Dora había visto entonces dibujarse en el fatigado rostro de su padre una contracción melancólica y había adivinado las tristes ideas que en él despertaban tales votos. ¡Pobre padre tan gastado ya y tan

enfermo! ¡Quién podía saber cuánto tiempo le quedaba aún de vida!

Con esto llegamos al contenido de la carta que aparece en el sueño, y según la cual Dora había abandonado el hogar familiar y su padre había muerto. En este punto recordé a la sujeto la carta de despedida que en otra ocasión había dirigido a sus familiares. Aquella carta estaba destinada a atemorizar a su padre impulsándole a romper sus relaciones con la señora de K., o, por lo menos, a vengarse de él si ni aún así lograba imponerle tal ruptura. Nos hallamos, pues, ante el tema de la muerte de la propia Dora y de la muerte de su padre (el «cementerio» luego en el sueño). ¿Erraremos mucho suponiendo que la situación que forma la fachada del sueño corresponde a una fantasía de venganza contra el padre? Las ideas compasivas del día anterior armonizarían muy bien con esta hipótesis. Tal fantasía sería como sigue: ella abandonaría a sus padres, marchándose al extranjero, y su padre se moría de pena, quedando así vengada ella. Comprendía muy bien lo que ahora le faltaba al padre hasta el punto de que le fuera imposible conciliar el sueño sin beber coñac^[769].

Dejaremos consignado este deseo de venganza como un nuevo elemento para una síntesis ulterior de las ideas latentes del sueño.

Pero el contenido de la carta había de tener más amplia determinación. Se imponía buscar la procedencia de las palabras «si ¿quieres?».

Al llegar a este punto, aportó Dora una adición a su primer relato del sueño, manifestando que la palabra «quieres» estaba en interrogación, y seguidamente reconoció la frase como una cita de la carta que la señora de K. le había escrito, invitándola a pasar con ellos una temporada en L. (la estación veraniega junto al lago). Dicha carta contenía, en efecto, un signo de interrogación completamente fuera de lugar y en medio de frase, después de las palabras «... si ¿quieres venir?»

Retornamos, pues, a la escena a orillas del lago y a los enigmas con ella enlazados. Rogué a Dora que me relatase una vez más, con todo detalle, tal escena. Al principio no aportó dato ninguno nuevo de importancia. K. había iniciado su declaración amorosa en serias reflexiones destinadas a justificarla, pero la muchacha no le dejó desarrollarlas, pues en cuanto comprendió de lo que se trataba, le abofeteó y huyó de su lado. Quise saber cuáles habían sido exactamente las palabras de K., pero Dora sólo recordaba una de sus frases de justificación: «Ya sabe usted que mi mujer no es nada para mí^[770]». Para no volver a tropezar con K., Dora quiso regresar a L. a pie, rodeando el lago y

preguntó a un hombre, al que encontró en su camino, cuánto tardaría en llegar. «Dos horas y media» fue la respuesta. Dora renunció entonces a su propósito y embarcó de nuevo en el vaporcito que los había traído. En él volvió a encontrar a K., que se acercó a ella para pedirle perdón y rogarle que no contase a nadie lo sucedido. Dora no se dignó contestarle. El bosque de su sueño era idéntico al que cubría la orilla del lago en la que se había desarrollado la escena nuevamente descrita. Pero también el día anterior al sueño había visto la sujeto un bosque análogamente poblado en un cuadro de una exposición. Este cuadro mostraba en segundo término varias figuras de ninfas^[771].

Quedaba así confirmada una sospecha que ya venía asaltándome. En efecto, los conceptos de estación^[772] (*Bahnhof*) y cementerio (*Friedhof*) me habían parecido harto extraños e inhabituales como símbolos de los genitales femeninos y esta singularidad había orientado mi atención hacia la palabra *Vorhof* (vestíbulo), de análoga formación, empleada también como término anatómico para designar una determinada región de los genitales de la mujer. Pero esto podía ser un error mío. La nueva asociación relativa a las «ninfas» en el fondo de su «espeso bosque» vino ahora a disipar por completo tales dudas, confirmando plenamente mi hipótesis, pues estaba de lleno en la geografía simbólica sexual. «Ninfas» es un término anatómico, totalmente desconocido en este sentido por los profanos e incluso poco usado por los mismos médicos, con el que se designan los pequeños labios del genital femenino situado al fondo del «espeso bosque» del vello sexual. Ahora bien: una sujeto que empleaba términos técnicos tales como *Vorhof* y «ninfas», tenía que haber adquirido semejantes conocimientos leyendo algún tratado de Anatomía o consultando una enciclopedia, refugio habitual esta última de la juventud devorada por la curiosidad sexual. Así, pues, detrás de la primera situación del sueño se ocultaba, si mi interpretación no era errónea, una fantasía de desfloración; esto es, cómo un hombre se esfuerza en penetrar el genital femenino^[773].

Estas deducciones mías debieron de impresionar profundamente a la sujeto, pues hicieron emerger en ella el recuerdo de un trozo olvidado de su sueño: «Voy tranquilamente^[774] a mi cuarto y me pongo a leer un libro muy voluminoso que encuentro encima de mi escritorio». Detalles importantes son aquí la «tranquilidad» de la sujeto y el «volumen» del libro. A mi pregunta de si el formato de este último era el habitual en las enciclopedias, respondió en el acto afirmativamente. Ahora bien: cuando los niños cogen una enciclopedia para

satisfacer su curiosidad sobre materias prohibidas, no leen nunca tranquilamente. Tiemblan y miran a cada momento en torno suyo, temiendo que sus familiares los sorprendan. Pero la fuerza cumplidora de deseos del sueño había mejorado fundamentalmente tan inquietante situación. El padre había muerto y los demás habían ido al cementerio. Dora podía leer tranquilamente lo que quisiera. ¿No indicaría acaso esto que una de las razones que impulsaban a Dora a la venganza era la rebeldía contra la coerción ejercida por los padres? Muerto el padre, podía ella leer y amar con plena libertad. Al principio no quiso recordar haber consultado nunca una enciclopedia, pero luego acabó por comunicarme tal recuerdo, si bien por completo inocente. Cuando aquella tía suya, a la que tanto quería, enfermó gravemente y Dora había decidido ya trasladarse a Viena para estar a su lado, recibió una carta de otro tío suyo comunicándole que, por su parte, le era imposible ponerse en camino, pues uno de sus hijos, primo de Dora, por tanto, había caído en cama con un ataque de apendicitis. En esta ocasión había consultado la sujeto una enciclopedia para enterarse de cuáles eran los síntomas de la apendicitis. De su lectura recordaba aún el dolor característico en el vientre.

Recordé entonces que poco después de la muerte de su tía, y hallándose aún en Viena, había Dora pasado una enfermedad que se supuso apendicitis. Hasta el momento no me había yo atrevido a contar esta enfermedad entre sus dolencias histéricas. La sujeto relataba haber tenido fiebre alta los primeros días y haber sufrido aquel dolor en el vientre que la enciclopedia señalaba como uno de los síntomas de la apendicitis. Le habían recetado compresas frías, pero no había podido resistirlas. El segundo día, y entre violentos dolores, se le había presentado el período, muy irregular en ella desde que había comenzado a estar enferma. Por aquella época padecía un estreñimiento pertinaz.

No parecía factible considerar tal estado como puramente histérico. No obstante estar plenamente comprobada la existencia de fiebres histéricas, parecía arbitrario atribuir a la histeria y no a una causa orgánica la fiebre de esta dudosa enfermedad de Dora. Me disponía, pues, a abandonar esta pista cuando la misma sujeto vino en mi ayuda, aportando una última adición a su sueño: «Me veo subiendo la escalera».

Naturalmente, demandé en el acto una especial determinación de este detalle. Dora objetó, probablemente sin tomarlo ella misma en serio, que para llegar al piso en que habitaban no tenía más remedio que subir la escalera; pero yo rebatí fácilmente tal objeción, haciéndole observar que si su sueño la había trasladado

desde la ciudad desconocida en la que se iniciaba hasta Viena, prescindiendo en absoluto de todo detalle referente al viaje en ferrocarril, también podía haber prescindido de aquel acto, mucho menos importante, de subir la escalera. Entonces continuó en la forma siguiente: Después de la apendicitis se le había hecho difícil andar, pues le costaba trabajo avanzar el pie derecho. Esta dificultad, prolongada durante bastante tiempo, la había llevado a evitar en lo posible las escaleras. Todavía arrastraba a veces trabajosamente el pie derecho. Los médicos a los que su padre les hizo acudir en consulta extrañaron mucho aquel residuo inhabitual de una apendicitis, tanto más cuanto que el dolor abdominal no había vuelto a presentarse ni acompañaba siquiera el esfuerzo que la paciente había de hacer para avanzar el pie^[775].

Se trataba, pues, de un verdadero síntoma histérico. Aunque la fiebre hubiera obedecido a una causa orgánica circunstancial —quizá a una afección de tipo gripal sin localización especial alguna—, quedaba demostrado que la neurosis había aprovechado la ocasión utilizándola para una de sus manifestaciones. Dora se había procurado aquella enfermedad cuyos síntomas había leído en la enciclopedia, se había castigado así por tal lectura y había de decirse que el castigo no correspondía a la lectura del artículo «apendicitis», totalmente inocente, sino que había surgido por un proceso de desplazamiento, una vez que a tal lectura vino a agregarse otra, más culpable, que hoy se ocultaba detrás de la primera, inocente^[776]. Quizá pudiera investigarse todavía cuáles habían sido los temas de la otra lectura.

¿Qué significaba, pues, aquel estado que quería imitar una peritífritis? El resto de aquella enfermedad, la dificultad para avanzar una pierna, no correspondía a una peritífritis; debía armonizar mejor con la significación secreta, posiblemente sexual, del cuadro patológico, y su aclaración habría de arrojar alguna luz sobre dicha buscada significación. El sueño había integrado indicaciones de tiempo, concepto nada indiferente en cuanto atañe al suceder biológico. Pregunté, pues, a la sujeto cuándo había sufrido aquel ataque de apendicitis, si antes o después de la escena junto al lago. Rápidamente y sin titubeos produjo Dora una respuesta que resolvía ya de una vez todas las dificultades: nueve meses después. No podía darse un plazo más característico. Así, pues, la supuesta apendicitis había realizado la fantasía de un parto, utilizando para ello los modestos medios de que la paciente disponía: dolores y hemorragia menstrual^[777]. Dora conocía, naturalmente, la significación de

semejante plazo y no pudo negar toda verosimilitud a mi sospecha de que también hubiese consultado la enciclopedia en lo referente al embarazo y al parto. Pero ¿qué podía significar aquella dificultad para avanzar una pierna? En este punto tenía que arriesgarme a adivinar. Andamos así cuando nos hemos lastimado un pie. Ahora bien: si los síntomas de Dora, nueve meses después de la escena junto al lago, transferían a la realidad su fantasía inconsciente de un parto, ello quería decir que la muchacha había dado en aquella otra fecha anterior un «mal paso», a lo que es lo mismo, un «paso en falso». Mas para considerar acertada esta adivinación mía me era preciso obtener de la paciente una determinada confirmación. Tengo la convicción de que síntomas tales como este del pie no surgen jamás cuando la vida infantil del paciente no integra un suceso que pueda servirles de antecedente y modelo. Los recuerdos de épocas posteriores no entrañan, según toda mi experiencia en la materia, fuerza suficiente para exteriorizarse como síntomas. En el caso de Dora no me atrevía casi a esperar que la sujeto me proporcionase el material buscado, procedente de su vida infantil, pues aunque el principio antes expuesto me parecía rigurosamente exacto, no podía, sin embargo, atribuirle con plena seguridad alcance general. Pero precisamente con esta enferma obtuve en el acto su confirmación. Siendo niña había rodado por la escalera de su casa en B., y se había lastimado un pie, el mismo que ahora le costaba trabajo avanzar. Se lo vendaron y tuvo que permanecer en reposo semanas enteras. Ello sucedió teniendo la paciente ocho años y poco antes de presentársele el primer acceso de asma nerviosa.

Tratábase ahora de utilizar el descubrimiento de la fantasía inconsciente antes descrita, y lo hice en la siguiente forma: «El hecho de que nueve meses después de la escena a orillas del lago simule usted inconscientemente un parto y arrastre luego hasta hoy la consecuencia de aquel “paso en falso”, demuestra que en su inconsciente lamenta usted el desenlace de aquella escena, sentimiento que la ha llevado a rectificarlo en su pensamiento inconsciente. Su fantasía de un parto exige como premisa la condición de que por entonces hubiera ocurrido realmente algo^[778] y hubiese usted vivido y experimentado en aquella ocasión todo lo que después hubo de buscar en la enciclopedia. Ya ve usted cómo su amor a K. no terminó con aquella escena y continúa vivo hasta hoy, como desde un principio sostuve yo contra su opinión, aunque no tenga usted conciencia de ella». Dora no me contradijo ya^[779].

Esta labor, encaminada a lograr la explicación del segundo sueño, nos llevó dos horas, o sea dos sesiones completas del tratamiento. Cuando al final de la segunda hora manifesté mi satisfacción ante los resultados conseguidos, Dora observó despreciativamente: «No veo que haya salido a luz nada de particular», preparándome así a la proximidad de nuevas revelaciones.

La sesión inmediata la inició Dora con las palabras siguientes:

—¿Sabe usted, doctor, que hoy es la última vez que vengo aquí?

—¡Cómo voy a saberlo si hasta ahora no me ha dicho usted nada que pudiera hacérmelo prever!

—Sí. Resolví seguir viniendo hasta Año Nuevo^[780], pero ni un día más. No quiero esperar por más tiempo la curación.

—Ya sabe usted que puede interrumpir el tratamiento cuando quiera. Pero hoy vamos a trabajar todavía. ¿Cuándo tomó usted esa resolución?

—Hace quince días.

—Quince días. Parece como si se tratase del despido de una criada o de una institutriz. Es el plazo habitual para anunciarles o anunciar ellas su despido.

—Cuando fui a L. a pasar unos días con los K. tenían éstos en su casa una institutriz que se despidió poco después.

—¡Ah!, ¿sí? Nunca me ha hablado usted de ella. Cuénteme.

—Sí. Tenían una institutriz para los niños; una muchacha cuya conducta para con el amo de la casa me pareció muy singular desde el primer momento. No le saludaba ni le dirigía la palabra, ni siquiera hacía ademán de alcanzarle las cosas que pedía en la mesa. Parecía como si no existiese para ella. Tampoco él se mostraba, ciertamente, muy cortés para con la muchacha. Uno o dos días antes de la escena a orillas del lago, la institutriz me llamó aparte y me contó que durante una temporada que la mujer de K. había estado ausente, el marido la había cortejado con insistencia, apremiándola tenazmente y asegurándole que su mujer no era nada para él, etc.

—Las mismas palabras que acababa de pronunciar en su declaración a usted cuando usted le abofeteó, ¿no?

—Sí; la institutriz acabó por ceder a sus deseos. Pero K. dejó de ocuparse de ella al poco tiempo, y la muchacha le odiaba desde entonces.

—¿Y se despidió durante su estancia de usted en L.?

—No. Pensaba hacerlo. Me dijo que al verse abandonada había comunicado a sus padres, residentes en Alemania, todo lo sucedido. Sus padres le

aconsejaron que abandonara en el acto aquella casa, y al ver que no lo hacía, le escribieron rompiendo toda relación con ella y prohibiéndole volver jamás a su lado.

—¿Y por qué no se había marchado?

—Me dijo que quería esperar aún algún tiempo para ver si K. modificaba su conducta. En caso contrario, se despediría.

—¿Qué ha sido de la muchacha?

—No sé nada. Sólo que se marchó de la casa.

—¿No quedó embarazada a consecuencia de aquella aventura?

—No.

Había surgido, pues, en medio del análisis —cosa perfectamente normal— un trozo de material real que ayudaba a resolver problemas anteriormente planteados.

Podía ya decir a Dora: «Ahora conozco el motivo de aquella bofetada con la que respondió usted a la declaración de su amor. No fue la indignación provocada por suponerla a usted capaz de aceptar tales proposiciones de un hombre casado, sino un impulso de celosa venganza. Cuando la institutriz le contó su historia, usted hizo aún uso de su destreza habitual para echar a un lado todo aquello que contrariaba sus sentimientos. Pero en el momento en que K. le dirigió las mismas palabras que antes a la otra muchacha “Mi mujer no es nada para mí”—, despertaron en usted nuevos impulsos, y la balanza se inclinó decisivamente. Se dijo usted: “Este hombre se atreve a tratarme como a una institutriz, como a una persona subordinada.” Y esta ofensa inferida a su orgullo, sumada a sus celos y a los restantes motivos conscientes y razonados, colmó ya las medidas^[781]. Para demostrarle hasta qué punto se halla usted aún bajo la influencia de la historia de la institutriz, me bastará hacerle observar cuán repetidamente se identifica usted con ella en sus sueños y en su conducta. Se despide usted de mí como una institutriz tomándose un plazo de quince días. La carta de su sueño, autorizándola a usted para retornar a su casa, es la contrapartida de la carta en que los padres de la institutriz prohibían a ésta presentarse ante ellos.

»—¿Por qué no se lo conté entonces todo inmediatamente a mis padres?

»—¿Qué tiempo dejó usted pasar?

»—La escena con K. fue el último día de junio. Hasta el 14 de julio siguiente no se lo conté a mi madre.

»—Otra vez el plazo de quince días, característico para el despido de una sirviente. Ahora puedo ya contestar a su pregunta anterior. Comprendió usted muy bien a aquella pobre muchacha. No quiso despedirse en el acto porque esperaba que K. le otorgara de nuevo su cariño. Tal fue también el motivo que determinó su propia conducta. Se dio usted un plazo para ver si K. renovaba su declaración, demostrándole así la seriedad de sus intenciones y que no trataba solamente de jugar con usted como antes con la institutriz.

»—Pocos días después de su partida, aún me escribió una postal^[782].

»—Bien. Pero luego, al no volver a recibir noticias suyas, dio usted libre curso a su venganza. Aunque no es nada inverosímil que también su acusación contra K. obedeciese, en segundo término, a la intención de moverle a acudir a su lado para justificarse ante los suyos.

»—Tal fue, en efecto, mi primera intención.

»—Y entonces hubiera quedado cumplido su ardiente deseo de volver a verle (Dora asintió aquí, cosa que yo no esperaba) y hubiera podido darle la satisfacción que usted demandaba.

»—¿Qué satisfacción?

»—Empiezo a sospechar que toda esta historia con K. ha sido para usted mucho más seria de lo que hasta ahora ha querido reconocer. ¿No se habló varias veces de separación en el matrimonio K.?

»—Sí. Primero no quiso ella, por causa de los hijos. Ahora quiere, pero su marido no.

»—¿Y no ha pensado usted nunca que K. quería separarse de su mujer para casarse con usted? ¿Y que si ahora no quiere es porque no tiene ya tal compensación? Hace dos años era usted, desde luego, demasiado joven para casarse; pero usted misma me ha contado que su madre se prometió a los diecisiete años y esperó luego dos años. La historia amorosa de la madre constituye, habitualmente, un modelo para la hija. Quería usted, pues, esperar a K. y suponía que por su parte sólo esperaba a que usted tuviera edad para casarse con él^[783]. He de suponer que usted llegó a edificar seriamente todo un plan de vida sobre esta base. No puede usted negar que K. abrigaba aquella intención, y en el curso del análisis han surgido muchas cosas que indican directamente la existencia de tal propósito^[784]. La conducta de su enamorado en L. no integra tampoco prueba alguna en contrario. No le dejó usted acabar de explicarse e ignora, por tanto, lo que en definitiva quería decirle. Su matrimonio con K. no

hubiera sido en realidad tan imposible. Las relaciones de su padre con la señora de K., relaciones que usted protegió en tanto resultaban favorables a sus propias intenciones, eran una garantía segura de que dicha señora consentiría en el divorcio, y en cuanto a su padre, siempre ha conseguido usted de él lo que ha querido, e incluso hubiera sido ésta la única solución posible para todos si los sucesos desarrollados en L. hubieran tenido otro desenlace. Por haberlo comprendido así lamentó usted luego tan hondamente el desenlace por usted misma provocado y lo corrigió en la fantasía inconsciente que hubo de exteriorizarse bajo la forma de una apendicitis. Lue, pues, para usted un doloroso desengaño ver que su enamorado, en lugar de reaccionar a su acusación renovando seriamente sus pretensiones, la acusaba a su vez calumniosamente. Ha confesado usted que lo que más le indigna es la suposición de que la escena a orillas del lago sea pura imaginación suya. Ahora sé ya lo que no quiere usted que se le recuerde: que imaginó usted serias y sinceras las pretensiones amorosas de K. y creyó que no cejaría en ellas hasta conseguirla en matrimonio».

Dora me oyó sin contradecirme, como solía. Parecía impresionada. Se despidió amablemente de mí, deseándome toda clase de venturas en el nuevo año..., y no volvió a aparecer por mi consulta. El padre, que aún me visitó varias veces, me aseguró que volvería, pues se la notaba deseosa de continuar el tratamiento. Pero no creo que hablara sinceramente. Había intervenido en favor de la cura mientras supuso que yo iba a convencer a Dora de que entre él y la señora de K. no existía sino una pura amistad. Pero al advertir que no entraba en mis cálculos tal cosa, se desinteresó por completo del tratamiento. Yo sabía muy bien que Dora no volvería a mi consulta. La inesperada interrupción del tratamiento, cuando mis esperanzas de éxito habían adquirido ya máxima consistencia, destruyéndolas así de golpe, constituía por su parte un indudable acto de venganza y satisfacía al propio tiempo la tendencia de la paciente a dañarse a sí misma. Quien como yo despierta a los perversos demonios que habitan, imperfectamente domados, un alma humana, para combatirlos ha de hallarse preparado a no salir indemne de tal lucha. Surge aquí la cuestión de si hubiera quizá logrado retener a la paciente prestándome a desempeñar un papel insincero; esto es, exagerando el valor que para mí había de tener la continuación del tratamiento y mostrando a Dora un caluroso interés que, no obstante las limitaciones impuestas por mi situación profesional, habría sido acogido por ella como una sustitución del cariño que tanto ansiaba. No lo sé. Pero teniendo en cuenta que una parte de los factores que se oponen en calidad de resistencia

permanece siempre y en todo caso incógnita, he huido constantemente de toda insinceridad, contentándome con ejercer desinteresadamente el arte psicológico. Con todo mi interés teórico y mis mejores deseos profesionales de ayudar a los enfermos, no olvido nunca que el influjo psíquico tiene necesariamente sus fronteras y respeto como tales el juicio y la voluntad de los pacientes.

No sé tampoco si el señor K. hubiera conseguido más si alguien le hubiera revelado que aquella bofetada de Dora no significaba en modo alguno un «no» definitivo y correspondía en realidad a los celos en ella a última hora despertados, en tanto que los más fuertes impulsos de su alma le eran francamente favorables. Si K. hubiera hecho caso omiso de aquel «no» y hubiera continuado pretendiendo a Dora con apasionamiento convincente, es muy posible que la inclinación de la muchacha hubiese superado todas las dificultades internas. Pero también podría haber ocurrido que tal insistencia no hubiese hecho sino incitar a Dora a satisfacer todavía más ampliamente en K. sus ansias de venganza. En la lucha de unos motivos contra otros no es posible prever de qué lado habrá de inclinarse la solución; esto es, si habrá de levantar la represión o, por el contrario, reforzarla. La incapacidad de satisfacer una demanda real de amor es uno de los rasgos característicos esenciales de la neurosis. Los enfermos se hallan dominados por la antítesis entre la realidad y la fantasía. Cuando encuentran en la realidad aquello mismo que más intensamente desean en su fantasía, huyen presurosamente de ello, entregándose con tanto mayor abandono a sus fantasías cuanto menos tiene que temer su realización. Desde luego, la barrera erigida por la represión puede también caer ante el ataque de violentas emociones de origen real, quedando así dominada y vencida la neurosis por la acción de la realidad. Pero no podemos saber, en general, en qué casos y cómo puede ser posible tal curación^[785] 554.

EPÍLOGO

No obstante haberme anticipado a hacer constar que el presente trabajo integraba tan sólo un fragmento de un análisis, algunos lectores lo habrán encontrado más incompleto aún de lo que así era de esperar. Habré, pues, de aducir los motivos de las omisiones, plenamente voluntarias, que en él se advierten.

Falta, en primer lugar, toda una serie de resultados del análisis. Unos porque al tiempo de la interrupción del tratamiento no aparecía aún suficientemente garantizada su exactitud. Otros porque hubieran precisado ser continuados hasta una conclusión de carácter general. En algunas ocasiones he indicado la continuación probable de ciertas soluciones. Por otro lado, he omitido también toda referencia a la técnica mediante la cual extraemos el contenido de ideas inconscientes, integrado en la masa total de asociaciones espontáneas de los enfermos, omisión que trae consigo el inconveniente de impedir al lector apreciar la corrección de mis procedimientos en este proceso expositivo. Pero juzgaba totalmente irrealizable tratar simultáneamente de la técnica de un análisis y de la estructura interna de un caso de histeria. Ni yo hubiera podido desarrollar con claridad suficiente tal exposición ni el lector hubiera podido orientarse en ella. La técnica requiere una exposición por separado, ilustrada con numerosos ejemplos tomados de los casos más diversos e independiente del resultado final de cada uno. Tampoco he intentado justificar ni fundamentar las premisas psicológicas que se traslucen en mis descripciones de fenómenos psíquicos. Una fundamentación incompleta y superficial no sería de utilidad alguna, y la tentativa de desarrollarla con la debida minuciosidad constituiría por sí sola una extensa labor. Puedo tan sólo asegurar que el emprender el estudio de los fenómenos que nos revela la observación de los psiconeuróticos no me hallaba influido por ningún sistema psicológico y que he ido formando y modificando mis opiniones hasta que me parecieron adaptarse perfectamente a lo observado. No tengo a orgullo haber evitado la especulación, pero sí quiero hacer constar que el material en que se basan mis hipótesis ha sido producto de una prolongada y laboriosa observación. Habrá de extrañar especialmente mi resuelta actitud en la cuestión de lo inconsciente, actitud que me lleva a operar con los impulsos, ideas y representaciones inconscientes cual si fuesen objeto tan indudable de la Psicología como todo lo consciente. Pero estoy seguro de que todo aquel que emprenda con igual método la investigación de tales fenómenos acabará por compartir mi actitud, a pesar de todas las advertencias de los filósofos.

Aquellos de mis colegas que consideran puramente psicología mi teoría de la histeria, declarándola así, *a priori*, incapaz de resolver un problema patológico, verán en el presente trabajo cómo su reproche transfiere injustificadamente a la teoría un carácter de la técnica. Sólo la técnica terapéutica es puramente psicológica. La teoría no omite señalar la base orgánica de la neurosis, aunque

no la busque en una alteración anatomopatológica y sustituya la supuesta alteración química inaprehensible aún, por la interinidad de la función orgánica. No creo que nadie intente negar carácter de factor orgánico a la función sexual, en la que vemos la base tanto de la histeria como de las psiconeurosis. Ninguna teoría sexual puede prescindir, a mi juicio, de la hipótesis de la existencia de ciertas materias sexuales de acción excitante. Los fenómenos de intoxicación y abstinencia provocados por el uso de ciertos venenos crónicos se aproximan al cuadro patológico de las psiconeurosis genuinas mucho más que a ningún otro.

No he incluido tampoco en este trabajo lo que hoy puede decirse sobre la colaboración somática, los gérmenes infantiles de perversión, las zonas erógenas y la disposición a la bisexualidad, limitándome a señalar aquellos puntos en los que el análisis tropieza con estos fundamentos de los síntomas. No era posible hacer más en la exposición de un caso aislado.

Tan incompleta publicación tiende, sin embargo, a conseguir dos fines. En primer lugar, y como complemento a mi libro sobre la interpretación de los sueños, a demostrar cómo el arte onirocrítico puede ser utilizado para descubrir los elementos ocultos y reprimidos de la vida anímica. En el análisis de los dos sueños aquí comunicados se ha tenido también en cuenta la técnica de la interpretación onírica, análoga a la psicoanalítica. En segundo, quería despertar el interés de mis lectores hacia toda una serie de circunstancias desconocidas aún hoy en día para la ciencia, puesto que sólo se hacen visibles en la aplicación de este procedimiento especial. Nadie hasta ahora ha podido formarse una idea exacta de la complicación de los procesos psíquicos en la histeria, de la yuxtaposición de los impulsos más diversos, de la mutua conexión de las antítesis, de las represiones y los desplazamientos, etc. La teoría de Janet de la «idea fija» que se convierte en síntoma no es más que una esquematización, insuficiente a todas luces. No podemos sustraernos, además, a la sospecha de que las excitaciones basadas en representaciones carentes de capacidad de conciencia actúan distintamente, siguen un curso diferente y conducen a manifestaciones distintas que aquellas otras a las que denominamos «normales» y cuyo contenido ideológico se nos hace consciente. Admitido esto, nada se opone ya a la comprensión de una terapia que suprima los síntomas neuróticos al transformar aquellas primeras representaciones en representaciones normales.

Me interesaba también demostrar que la sexualidad no interviene como un *deus ex machina*, emergente una sola vez en el curso de los procesos característicos de la histeria, sino que constituye la fuerza impulsora de cada uno

de los síntomas y de cada una de las manifestaciones de los mismos. Los fenómenos patológicos constituyen la *actividad sexual de los enfermos*. Un sólo caso no podrá jamás demostrar un principio tan general; pero toda mi experiencia en la materia me fuerza a repetir que la sexualidad es la clave del problema de las psiconeurosis y neurosis. Nadie que no lo reconozca así llegará jamás a solucionarlo. Aún espero las investigaciones que hayan de moverse a abandonar o restringir tal principio. Lo que hasta ahora he oído en contra del mismo han sido tan sólo manifestaciones de desagrado o incredulidad puramente personales, a las cuales basta oponer la frase de Charcot: *Ça n'empêche pas d'exister*.

El caso de cuyo historial publicamos aquí un fragmento no es tampoco nada apropiado para darnos una idea exacta del valor de la terapia psicoanalítica. No sólo la escasa duración del tratamiento —apenas tres meses—, sino también cierto factor intrínseco del caso, impidieron que la cura terminase con un alivio reconocido tanto por el enfermo como por sus familiares y más o menos próximos a la curación total. Tales resultados satisfactorios se consiguen siempre que los fenómenos patológicos son mantenidos exclusivamente por el conflicto interno entre los impulsos de orden sexual. En estos casos vemos mejorar a los enfermos en la misma exacta medida en que vamos contribuyendo a la solución de sus conflictos psíquicos por medio de la traducción del material patógeno en material normal. En cambio, aquellos otros casos en que los síntomas han entrado al servicio de motivos exteriores de la vida, como en el de Dora durante los dos últimos años, siguen muy distinto curso. En ellos extraña y puede incluso inducir a error ver que el estado del enfermo no presenta modificación alguna visible, aun estando ya muy avanzado el análisis. Pero en realidad no es tan negativo el resultado del mismo. Los síntomas no desaparecen durante el desarrollo de la labor analítica, pero sí una vez terminada ésta y disueltas las relaciones del paciente con el médico. El retraso de la curación o del alivio tiene, efectivamente, su causa en la propia persona del médico.

Para explicar esta circunstancia hemos de partir de muy atrás. Durante una cura psicoanalítica queda regularmente interrumpida la producción de nuevos síntomas. Pero la productividad de la neurosis no se extingue con ello, sino que actúa en la creación de un orden especial de productos mentales, inconscientes en su mayor parte, a los que podemos dar el nombre de «transferencias».

¿Qué son las transferencias? Reediciones o productos facsímiles de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos conscientes durante el

desarrollo del análisis y que entrañan como singularidad característica de su especie la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. O para decirlo de otro modo: toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobran de nuevo vida, pero no ya como pasado, sino como relación actual con la persona del médico. Algunas de estas transferencias se distinguen tan sólo de su modelo en la sustitución de persona. Son, pues, insistiendo en nuestra comparación anterior, simples reproducciones o reediciones invariadas. Otras muestran un mayor artificio; han experimentado una modificación de su contenido, una sublimación, según nuestro término técnico, y pueden incluso hacerse conscientes apoyándose en alguna singularidad real, hábilmente aprovechada, de la persona o las circunstancias del médico. Estas transferencias serán ya reediciones corregidas y no meras reproducciones.

Penetrando en la teoría de la técnica analítica, hallamos que la transferencia es un factor imprescindible y necesario. Prácticamente se convence uno, por lo menos, de que no hay medio hábil de eludirla, haciéndose necesario combatir esta última creación de la enfermedad como todas las anteriores. Y esta faceta de la labor analítica es, con mucho, la más difícil. La interpretación de los sueños, la extracción de las ideas y los recuerdos inconscientes integrados en el material de asociaciones espontáneas del enfermo y otras artes análogas de traducción son fáciles de aprender, pues el paciente mismo nos suministra el texto. En cambio, la transferencia hemos de adivinarla sin auxilio ninguno ajeno, guiándonos tan sólo por levísimos indicios y evitando incurrir en arbitrariedad. Lo que no puede hacerse es eludirla, pues es utilizada para constituir todos aquellos obstáculos que hacen inaccesible el material de la cura y, además, la convicción de la exactitud de los resultados obtenidos en el análisis no surge nunca en el enfermo hasta después de resuelta la transferencia.

Se considerará, quizá, como un grave inconveniente del procedimiento analítico, ya harto espinoso de por sí, el hecho de hacer todavía más ardua la labor del médico creando una nueva especie de productos psíquicos patológicos, e incluso se querrá derivar de la existencia de las transferencias la posibilidad de que el tratamiento analítico dañe a los enfermos. Ambas cosas serían erróneas. La transferencia no hace más penosa la labor del médico, para el cual puede ser indiferente que el impulso que en el enfermo ha de vencer se refiera a su persona o a otra cualquiera, ni impone tampoco al paciente rendimiento alguno nuevo que no hubiera tenido que realizar sin ella. La curación de casos de neurosis en sanatorios en los que no se practica el método psicoanalítico, la opinión vulgar

de que la histeria no es curada por el tratamiento, sino por el médico, y la ciega dependencia duradera que liga al enfermo con el médico que lo ha librado de sus síntomas por medio de la sugestión hipnótica tienen su explicación científica en las transferencias que el paciente hace recaer regularmente sobre la persona del médico. El tratamiento psicoanalítico no crea la transferencia; se limita a descubrirla como descubre otras tantas cosas ocultas de la vida psíquica. La única diferencia está en que, espontáneamente, el paciente sólo produce transferencias afectuosas y amigables, y cuando por cualquier causa no son posibles tales transferencias, se desliga rápidamente del médico que no le es «simpático», sin que este último haya conseguido ejercer sobre él la menor influencia. En cambio, en el psicoanálisis, y a consecuencia de una distinta disposición de los motivos, son despertados todos los impulsos, también los hostiles, y utilizados, haciéndolos conscientes para los fines del análisis, quedando luego destruida en todo caso la transferencia. La transferencia, destinada a ser el mayor obstáculo del psicoanálisis, se convierte en su más poderoso auxiliar cuando el médico consigue adivinarla y traducírsela al enfermo^[786].

He tenido que hablar de la transferencia porque sólo teniéndola en cuenta resulta posible explicar las singularidades del análisis de Dora. La cualidad más excelente de este análisis, aquella que lo hace tan apropiado para una primera publicación introductiva, su máxima transparencia, se halla íntimamente ligada a su mayor defecto, responsable de su prematura interrupción. No conseguí adueñarme a tiempo de la transferencia. La buena voluntad con la que Dora puso a mi disposición en el tratamiento una parte del material patológico me hizo olvidar la precaución de atender a los primeros signos de la transferencia que me preparaba con otra parte, desconocida para mí, del mismo material. Al principio se advertía claramente que yo sustituía para ella, en la fantasía, a su padre, como era natural, dada la diferencia entre nuestras edades respectivas. Dora me comparaba también de continuo conscientemente con él, buscando siempre convencerse de mi sinceridad para con ella, pues el padre «prefería siempre el misterio y los caminos torcidos». Cuando luego llegó el primer sueño, en el que Dora se proponía abandonar la cura, como antes la casa de K., hubiera yo debido darme cuenta de la advertencia que el sueño encerraba y haber dicho a la paciente: «Ahora ha realizado usted una transferencia de K. a mi persona. ¿Ha advertido usted algo que la lleve a deducir que yo abrigo hacia usted malas

intenciones, análogas (directamente o por sublimación) a las de K., o ha observado en mi persona o sabido de mí algo que fuere su inclinación, como antes en K.?» Esto hubiera orientado su atención hacia un detalle cualquiera de nuestras relaciones, de mi persona o de mis circunstancias, detrás del cual se mantuviera oculto algo análogo, aunque de importancia mucho menor, referente a K., y la solución de esta transferencia hubiera procurado al análisis el acceso a nuevo material mnémico. Pero incurrí en el error de descuidar esta primera advertencia, pensando disponer aún de tiempo más que suficiente, ya que no se presentaban nuevas etapas de la transferencia ni parecía agotarse aún el material analizable. De este modo, la transferencia me sorprendió desprevenido, y a causa de un «algo» en que yo le recordaba a K., Dora hizo recaer sobre mí la venganza que quería ejercitar contra K. y me abandonó como ella creía haber sido engañada y abandonada por él. La paciente *actuó*^[787] así de nuevo un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías en lugar de reproducirlo verbalmente en la cura. No sé, naturalmente, qué podía ser aquello que había servido de punto de partida para la transferencia. Sospecho tan sólo que tenía alguna relación con el dinero o eran celos de otra paciente, que después de su curación había continuado tratando a mi familia. En aquellos casos en que las transferencias se dejan integrar tempranamente en el análisis, se hace más lento y menos transparente el curso del mismo, pero su desarrollo queda más asegurado contra súbitas resistencias incoercibles.

En el segundo sueño de Dora, la transferencia aparece representada por varias alusiones clarísimas. Cuando me lo relató, no sabía yo aún —hasta dos días después no lo supe— que sólo teníamos ya ante nosotros dos horas de trabajo, el mismo tiempo que la sujeto había permanecido ante la «Madonna» sextina y el mismo que mediante una corrección (dos horas en vez de dos horas y media) había convertido en medida de tiempo necesario para retornar a pie a L. bordeando el lago. La espera del sueño, que se refería al joven ingeniero residente en Alemania y procedía de su propia espera hasta que el señor K. pudiera matrimoniarla, se había ya exteriorizado algunos días antes de la transferencia: la cura se le hacía demasiado larga; no tendría paciencia para esperar tanto tiempo. En cambio, durante las primeras semanas había mostrado comprensión suficiente para aceptar, sin tales objeciones, mi advertencia de que su curación habría de exigir cerca de un año de tratamiento. El acto de rechazar la compañía ofrecida, prefiriendo continuar sola su camino, detalle onírico

procedente también de su visita a la Galería de Dresden, hubo de ser repetido por Dora a mi respecto el día previamente marcado para ello. Su significación sería la siguiente: Puesto que todos los hombres son tan asquerosos, prefiero no casarme. Tal es mi venganza^[788].

En aquellos casos en los que el enfermo transfiere sobre el médico, en el curso del tratamiento, impulsos de crueldad y motivos de venganza utilizados ya para mantener los síntomas, y antes que aquél haya tenido tiempo de desligarlos de su persona, retrotrayéndolos a sus fuentes, no podemos extrañar que el estado del enfermo no aparezca influido por la labor terapéutica. En efecto: ¿qué venganza mejor para el enfermo que mostrar en su propia persona cuán impotente e incapaz es el médico? No obstante, me inclino a atribuir un valor terapéutico nada escaso a tratamientos tan fragmentarios, incluso como este de Dora.

Sólo cinco trimestres después de interrumpido el tratamiento y escritas las notas que preceden tuve noticias del estado de mi paciente, y con ellas del resultado de la cura. En una fecha no del todo indiferente, en 1.º de Abril —ya sabemos que los períodos de tiempo no carecían nunca de significación en su caso, apareció Dora en mi consulta para, según dijo, terminar de relatarme su historia y solicitar de nuevo mi ayuda. Pero su expresión al hablarme así delataba claramente la insinceridad de su demanda de auxilio. Después de la interrupción del tratamiento había pasado más de un mes muy «trastornada», según su propia expresión. Luego se inició una considerable mejoría: los ataques se hicieron menos frecuentes y su estado de ánimo mostró un gran alivio. En mayo del año anterior murió uno de los hijos del matrimonio K., enfermizo de siempre. Dora visitó con este motivo a los K. para darles el pésame y fue recibida por sus antiguos amigos como si nada hubiera sucedido entre ellos en los tres últimos años. En esta ocasión se reconcilió con el matrimonio, se vengó de él y llevó todo el asunto a un desenlace satisfactorio para ella. A la mujer le dijo que estaba perfectamente al tanto de sus relaciones ilícitas con su padre, sin que la interesada se atreviese a protestar. Luego obligó al marido a confesar la verdad de la escena junto al lago y se la comunicó así a su padre, quedando ya plenamente justificada ante él. Después de esto no volvió a reanudar sus relaciones con el matrimonio.

Siguió bien hasta mediados de octubre, fecha en la que padeció un nuevo ataque de afonía, prolongado durante seis semanas. Sorprendido ante esta

noticia, pregunté a Dora cuál podía haber sido la causa de aquel acceso. Al principio se limitó a manifestar que había sido consecuencia del susto experimentado al presenciar en la calle un atropello. Pero después de algunas vacilaciones acabó por confesar que el atropellado había sido el propio K. Lo había encontrado una tarde en una calle de mucho tránsito. K. la había visto en el momento en que cruzaba la calzada y se había detenido de pronto, tan impresionado y aturdido, que se dejó derribar por un coche^[789]. Afortunadamente, no sufrió lesión ninguna, y Dora le vio levantarse del suelo y seguir andando, totalmente indemne. La sujeto experimentaba aún alguna emoción cuando oía hablar de las relaciones de su padre con la mujer de K., en las cuales no se mezclaba ya para nada. Vivía consagrada a sus estudios y no pensaba casarse.

Acudía a mí por causa de una neuralgia facial que ahora la atormentaba día y noche. «¿Desde cuándo?» «Desde hace exactamente quince días^[790]».. No pude reprimir una sonrisa, pues podía demostrarle que precisamente hacía quince días había leído en los periódicos una noticia sobre mí^[791]. Dora lo reconoció así sin dificultad ninguna.

La supuesta neuralgia facial correspondía, pues, a un autocastigo, al remordimiento por la bofetada propinada a K. y por la transferencia sobre mí de los sentimientos de venganza extraídos de aquella situación. No sé qué clase de auxilio quería demandarme, pero le aseguré que le había perdonado haberme privado de la satisfacción de haberla libertado más fundamentalmente de sus dolencias.

Desde esta visita de Dora han pasado ya varios años. Dora se ha casado, y precisamente con aquel joven ingeniero al que aludían, si no me equivoco mucho, sus asociaciones iniciales en el análisis del segundo sueño. Del mismo modo que el primer sueño significaba el desligamiento del hombre amado y el retorno al padre, o sea la huida de la vida y el refugio en la enfermedad, este segundo sueño anunciaba que Dora se desligaría de su padre, ganada de nuevo para la vida.

XXII

EL MÉTODO PSICOANALÍTICO DE FREUD^[792]

1903 [1904]

EL singular método psicoterápico practicado por Freud y conocido con el nombre de psicoanálisis tiene su punto de partida en el procedimiento «catártico», cuya descripción nos han hecho J. Breuer y el mismo Freud en la obra por ellos publicada bajo el título de *Estudios sobre la histeria*^[793] (1895). La terapia catártica era un descubrimiento de Breuer, que había obtenido con ella, diez años antes, la curación de una histérica, en cuyo tratamiento llegó además a vislumbrar la patogénesis de los síntomas que la enferma presentaba. Siguiendo una indicación personal de Breuer, se decidió luego Freud a ensayar de nuevo el método y lo aplicó a un mayor número de pacientes.

El procedimiento catártico tenía como premisa que el paciente fuera hipnotizable y reposaba en la ampliación del campo de la conciencia durante la hipnosis. Tendía a la supresión de los síntomas y la conseguía retrotrayendo al paciente al estado psíquico en el cual había surgido cada uno de ellos por vez primera. Emergían entonces en el hipnotizado recuerdos, ideas e impulsos ausentes hasta entonces de su conciencia, y una vez que el sujeto comunicaba al médico, entre intensas manifestaciones afectivas, tales procesos anímicos, quedaban vencidos los síntomas y evitada su reaparición. Breuer y Freud explicaban en su obra este proceso, repetidamente comprobado, alegando que el síntoma representaba una sustitución de procesos psíquicos que no habían podido llegar a la conciencia, o sea una transformación («conversión») de tales procesos, y atribuían la eficacia terapéutica de su procedimiento a la derivación

del afecto concomitante a los actos psíquicos retenidos, afecto que había quedado detenido en su curso normal y como «represado». Pero este sencillo esquema de la intervención terapéutica se complicaba en casi todos los casos, pues resultaba que en la génesis del síntoma no participaba una única impresión («traumática»), sino generalmente toda una serie de ellas.

El carácter principal del método catártico, que lo diferencia de todos los demás procedimientos psicoterápicos, reside, pues, en que su eficacia terapéutica no depende de una sugestión prohibitiva del médico. Por el contrario, espera que los síntomas desaparezcan espontáneamente en cuanto la intervención médica, basada en ciertas hipótesis sobre el mecanismo psíquico, haya conseguido dar a los procesos anímicos un curso distinto al que venían siguiendo y que condujo a la producción de síntomas.

Las modificaciones introducidas por Freud en el procedimiento catártico de Breuer fueron en un principio meramente técnicas; pero al traer consigo nuevos resultados, acabaron por imponer una concepción distinta, aunque no contradictoria, de la labor terapéutica.

Si el método catártico había renunciado a la sugestión, Freud avanzó un paso más y renunció también a la hipnosis. Actualmente trata a sus enfermos sin someterlos a influencia ninguna personal, haciéndoles adoptar simplemente una postura cómoda sobre un diván y situándose él a su espalda, fuera del alcance de su vista. No les pide tampoco que cierren los ojos, y evita todo contacto, así como cualquier otro manejo que pudiera recordar la hipnosis. Una tal sesión transcurre, pues, como un diálogo entre dos personas igualmente dueñas de sí, una de las cuales evita simplemente todo esfuerzo muscular y toda impresión sensorial que pudiera distraerla y perturbar la concentración de su atención sobre su propia actividad anímica.

Como la posibilidad de hipnotizar a una persona no depende tan sólo de la mayor o menor destreza del médico, sino sobre todo de la personalidad del sujeto, existiendo muchos pacientes neuróticos a los que no hay modo de sumir en la hipnosis, la renuncia al hipnotismo hacía posible la aplicación del procedimiento a un número ilimitado de enfermos. Pero, por otro lado, suprimía aquella ampliación del campo de la conciencia que había suministrado precisamente al médico el material psíquico de representaciones y recuerdos con cuyo auxilio se conseguía transformar los síntomas y liberar los afectos. Así, pues, para mantener la eficacia terapéutica del tratamiento era preciso hallar algo que sustituyese a la hipnosis.

Freud halló tal sustitución, plenamente suficiente, en las ocurrencias espontáneas de los pacientes, esto es, en aquellas asociaciones involuntarias que suelen surgir habitualmente en la trayectoria de un proceso mental determinado, siendo apartadas por el sujeto, que no ve en ellas sino una perturbación del curso de sus pensamientos. Para apoderarse de estas ocurrencias. Freud invita a sus pacientes a comunicarle todo aquello que acuda a su pensamiento, aunque lo juzgue secundario, impertinente o incoherente. Pero, sobre todo, les exige que no excluyan de la comunicación ninguna idea ni ocurrencia ninguna por parecerles vergonzosa o penosa su confesión. En su labor de reunir este material de ideas espontáneas, al que generalmente no se concede atención ninguna, realizó Freud observaciones fundamentales luego para su teoría. Ya en el relato de su historial patológico revelaban los enfermos ciertas lagunas de su memoria: un olvido de hechos reales, una confusión de las circunstancias de tiempo o un relajamiento de las relaciones causales, que hacía incomprensibles los efectos. No hay ningún historial patológico neurótico en el que no aparezca alguna de estas formas de la amnesia. Pero cuando se apremia al sujeto para que llene estas lagunas de su memoria por miedo de un esfuerzo de atención, se observa que intenta rechazar, con todo género de críticas, las asociaciones entonces emergentes, y acaba por sentir una molestia directa cuando por fin surge el recuerdo buscado. De esta experiencia deduce Freud que las amnesias son el resultado de un proceso al que da el nombre de *represión* y cuyo motivo ve en sensaciones displacientes. En la *resistencia* que se opone a la reconstitución del recuerdo cree vislumbrar las fuerzas psíquicas que produjeron la represión.

El factor «resistencia» ha llegado a ser luego uno de los fundamentos de su teoría. En las ocurrencias espontáneas, generalmente desatendidas, ve ramificaciones de los productos psíquicos reprimidos (ideas e impulsos) o deformaciones impuestas a los mismos por la resistencia que se opone a su reproducción.

Cuanto más intensa sea la resistencia, tanto mayor será esta deformación. En esta relación de las ocurrencias inintencionadas con el material psíquico reprimido reposa su valor para la técnica terapéutica. Si poseemos un procedimiento que hace posible llegar a lo reprimido partiendo de las ocurrencias y deducir de las deformaciones lo deformado, podremos hacer también asequible a la conciencia, sin recurrir al hipnotismo, lo que antes era inconsciente en la vida anímica.

Freud ha fundado en estas bases un arte de interpretación al que corresponde

la función de extraer del mineral representado por las ocurrencias involuntarias el metal de ideas reprimidas en ellas contenidas. Objeto de esta interpretación no son sólo las ocurrencias del enfermo, sino también sus sueños, los cuales facilitan un acceso directo al conocimiento de lo inconsciente, sus actos involuntarios y casuales (actos sintomáticos) y los errores de su vida cotidiana (equivocaciones orales, extravío de objetos, etc.). Los detalles de este arte de interpretación o traducción no han sido aún publicados por Freud. Trátase, según sus indicaciones, de una serie de reglas empíricamente deducidas para extraer, de las ocurrencias, el material psíquico, indicaciones sobre el sentido que ha de darse a una ausencia o cesación de tales ocurrencias en el enfermo, y experiencia sobre las principales resistencias típicas que se presentan en el curso de tal tratamiento. Una extensa obra publicada por Freud en 1900, con el título de *Interpretación de los sueños*, representa ya el primer paso de tal introducción a la técnica psicoanalítica.

De estas indicaciones sobre la técnica del método psicoanalítico podría deducirse que su inventor se ha impuesto un esfuerzo superfluo y ha obrado equivocadamente al abandonar el procedimiento hipnótico, mucho menos complicado. Pero, en primer lugar, el ejercicio de la técnica psicoanalítica, una vez aprendida ésta, es mucho menos difícil de lo que por descripción parece, y en segundo, no existe ningún otro camino que conduzca al fin propuesto, y por tanto, el camino más penoso es, de todos modos, el más corto. La hipnosis encubre la resistencia oculta así, a los ojos del médico, el funcionamiento de las fuerzas psíquicas. Pero no vence la resistencia, sino que se limita a eludirla, y de este modo sólo procura datos incompletos y éxitos pasajeros.

La labor que el método psicoanalítico tiende a llevar a cabo puede expresarse en diversas fórmulas, equivalentes todas en el fondo. Puede decirse que el fin del tratamiento es suprimir las amnesias. Una vez cegadas todas las lagunas de la memoria y aclarados todos los misteriosos afectos de la vida psíquica, se hace imposible la persistencia de la enfermedad e incluso todo nuevo brote de la misma. Puede decirse también que el fin perseguido es el de destruir todas las represiones, pues el estado psíquico resultante es el mismo que el obtenido una vez resueltas todas las amnesias. Empleando una fórmula más amplia, puede decirse también que se trata de hacer accesible a la conciencia lo inconsciente, lo cual se logra con el vencimiento de la resistencia. Pero no debe olvidarse en todo esto que semejante estado ideal no existe tampoco en el hombre normal y que sólo raras veces se hace posible llevar tan lejos el tratamiento. Del mismo modo

que entre la salud y la enfermedad no existe una frontera definida y sólo prácticamente podemos establecerla, el tratamiento no podrá proponerse otro fin que la curación del enfermo, el restablecimiento de su capacidad de trabajo y de goce. Cuando el tratamiento no ha sido suficientemente prolongado o no ha alcanzado éxito suficiente, se consigue, por lo menos, un importante alivio del estado psíquico general, aunque los síntomas continúen subsistiendo, aminorada siempre su importancia para el sujeto y sin hacer de él un enfermo.

El procedimiento terapéutico es, con pequeñas modificaciones, el mismo para todos los cuadros sintomáticos de las múltiples formas de la histeria y para todas las formas de la neurosis obsesiva. Pero su empleo no es, desde luego, ilimitado. La naturaleza del método psicoanalítico crea indicaciones y contraindicaciones, tanto por lo que se refiere a las personas a las cuales ha de aplicarse el tratamiento como el cuadro patológico. Los casos más favorables para su aplicación son los de psiconeurosis crónica, con síntomas poco violentos y peligrosos, esto es, en primer lugar, todas las formas de neurosis obsesivas, ideas o actos obsesivos, aquellas histerias en las que desempeñan un papel principal las fobias y las abulias, y, por último, todas las formas somáticas de la histeria, en tanto no impongan al médico, como en la anorexia, la necesidad de hacer desaparecer rápidamente el síntoma. En los casos agudos de histeria habrá de esperarse la aparición de una fase más tranquila, y en aquéllos en los cuales predomina el agotamiento nervioso, deberá evitarse un tratamiento que exige por sí mismo un cierto esfuerzo, no realiza sino muy lentos progresos y tiene que prescindir durante algún tiempo de la subsistencia de los síntomas.

Para que el tratamiento tenga amplias probabilidades de éxito, debe también reunir el sujeto determinadas condiciones. En primer lugar, debe ser capaz de un estado psíquico normal, pues en períodos de confusión mental o de depresión melancólica no es posible intentar nada, ni siquiera en los casos de histeria. Deberá poseer asimismo un cierto grado de inteligencia natural y un cierto nivel ético. Con las personas de escaso valor pierde pronto el médico el interés que le capacita para ahondar en la vida anímica del enfermo. Las deformaciones graves del carácter y los rasgos de una constitución verdaderamente degenerada se hacen sentir durante el tratamiento como fuentes de resistencias apenas superables. La constitución pone, pues, en esta medida un límite a la eficacia de la Psicoterapia. También una edad próxima a los cincuenta años crea condiciones desfavorables para el psicoanálisis. La acumulación de material psíquico dificulta ya su manejo, el tiempo necesario para el restablecimiento resulta

demasiado largo y la facultad de dar un nuevo curso a los procesos psíquicos comienza a paralizarse.

No obstante estas restricciones, el número de personas a quienes puede aplicarse el método psicoanalítico es extraordinariamente amplio, y muy considerable también, según las afirmaciones de Freud, la extensión de nuestro poder terapéutico. Freud señala como duración del tratamiento un período muy amplio, de seis meses a tres años; pero hace constar que por diversas circunstancias, fácilmente adivinables, sólo ha podido probarlo en casos muy graves, en enfermos muy antiguos, llegados ya a una plena incapacidad funcional, que se han visto defraudados por todos los demás tratamientos y acuden, como último recurso, al discutido método psicoanalítico. En casos menos graves, la duración del tratamiento habría de ser mucho menor y se alcanzaría una mayor garantía de curación para el porvenir.

XXIII

SOBRE PSICOTERAPIA

1904 [1905]

Conferencia pronunciada en el Colegio de Médicos de Viena en 1904^[794]

U NA invitación de vuestro llorado presidente, el profesor Von Reder, me permitió desarrollar ante vosotros, hace ya ocho años, algunas consideraciones sobre la histeria. Poco tiempo antes, en 1895, había publicado, en colaboración con el doctor José Breuer, los *Estudios sobre la histeria*, y basándome en los descubrimientos realizados por mi colaborador, había iniciado la tentativa de introducir un nuevo tratamiento de la neurosis. La labor concretada en aquellos *Estudios* no ha sido felizmente vana. Las ideas en ellos mantenidas sobre la acción patógena de los traumas psíquicos a consecuencia de la retención del afecto y la concepción de los síntomas histéricos como resultados de una excitación transferida desde lo anímico a lo somático, ideas para las cuales creamos los términos de «descarga por reacción» y «conversión», son hoy generalmente conocidas y comprendidas. Ninguna descripción de la histeria —por lo menos ninguna de las publicadas por autores de lengua alemana— deja ya de tener en cuenta tales ideas, y su aceptación, por lo menos parcial, se ha generalizado entre nuestros colegas. Pero a su aparición hubieron de provocar singular extrañeza.

No puede decirse lo mismo del método terapéutico propuesto simultáneamente a la exposición de tales teorías. Este lucha aún por ser aceptado. La causa de semejante desigualdad puede buscarse en razones

especiales. La técnica del nuevo método se hallaba aún muy poco desarrollada al publicarse los *Estudios sobre la histeria*, privándome así de dar en ellos, a los lectores médicos, las indicaciones que hubiesen podido capacitarlos para llevar a cabo, por sí mismos y hasta el final, tal tratamiento. Pero, además de estos motivos particulares, han actuado otros de carácter general. Muchos médicos ven todavía en la Psicoterapia un producto del misticismo moderno y la consideran anticientífica e indigna del interés del investigador, comparada con nuestros medios curativos físicoquímicos, cuyo empleo se basa en descubrimientos fisiológicos. Vais a permitirme que me constituya en defensor de la causa de la Psicoterapia y señale a vuestros ojos lo que semejante opinión tiene de injusta y de errónea.

En primer lugar, haré constar que la Psicoterapia no es ningún método curativo moderno. Por el contrario, es la terapia más antigua de la Medicina. En la instructiva *Psicoterapia general*, de Löwenfeld, podéis leer cuáles fueron los métodos de la Medicina antigua y primitiva. En su mayoría pertenecen a la Psicoterapia. Para alcanzar la curación de los enfermos se provocaba en ellos un estado de «espera crédula», que todavía nos rinde actualmente igual servicio. Tampoco después de haber descubierto los médicos otros medios curativos han desaparecido nunca por completo del campo de la Medicina las tendencias psicoterápicas.

En segundo lugar, he de advertiros que nosotros, los médicos, no podemos prescindir de la Psicoterapia, por la sencilla razón de que la otra parte interesada en el proceso curativo, o sea el enfermo, no tiene la menor intención de renunciar a ella. Y conocéis las luminosas explicaciones que sobre esta cuestión debemos a la escuela de Nancy (Liébaux, Bernheim). Sin que el médico se lo proponga, a todo tratamiento por él iniciado se agrega en el acto, favoreciéndolo casi siempre, pero también, a veces, contrariándolo, un factor dependiente de la disposición psíquica del enfermo. Hemos aprendido a aplicar a este hecho el concepto de «sugestión», y Moebius nos ha mostrado que la inseguridad que reprochamos a muchos de nuestros métodos terapéuticos debe ser atribuida precisamente a la acción perturbadora de este poderoso factor. Así, pues, todos nosotros practicamos constantemente la Psicoterapia, aun en aquellos casos en que no nos lo proponemos ni nos damos cuenta de ello. Pero el abandonar así al arbitrio del enfermo, en vuestra actuación sobre él, el factor psíquico, tiene el grave inconveniente de que dicho factor escapa a vuestra vigilancia, sin que podáis dosificarlo ni incrementar su intensidad. ¿No será entonces una

aspiración injustificada del médico la de apoderarse de este factor, servirse de él intencionadamente, guiarlo e intensificarlo? Pues esto y sólo esto es lo que os propone la psicoterapia científica.

En tercer lugar, habré de recordaros el hecho generalmente conocido de que ciertas enfermedades, y muy especialmente las psiconeurosis, resultan mucho más asequibles a las influencias psíquicas que a ninguna otra medicación. Según un dicho muy antiguo, lo que cura estas enfermedades no es la medicina, sino el médico, o sea la personalidad del médico, en cuanto el mismo ejerce, por medio de ella, un influjo psíquico. Sé muy bien que entre vosotros goza de gran favor aquella teoría a la que Vischer ha dado una expresión clásica en su parodia del *Fausto* goethiano:

*‘Ich weiß, das Physikalische
wirkt Öfters aufs Moralische’*

Sobre la moral, lo físico
en toda ocasión influye.

Pero ¿no habrá de ser mucho más adecuado y posible influir sobre la moral de un hombre con medios morales, o sea psíquicos?

La Psicoterapia nos ofrece procedimientos y caminos muy diferentes. Cualquiera de ellos que nos conduzca al fin propuesto, a la curación del enfermo, será bueno. Las promesas de mejoría que prodigamos consoladoramente a los enfermos corresponden ya a uno de los métodos psicoterápicos. Pero al ahondar en la esencia de las neurosis no hemos hallado nada que nos obligue a limitarnos a semejante consuelo y hemos desarrollado las técnicas de la sugestión hipnótica y las de la Psicoterapia por distracción y entretenimiento y por provocación de afectos favorables. Todas ellas me parecen estimables y las emplearía en circunstancias apropiadas. Si, en realidad, me he limitado a un único método, al que Breuer denominó «catártico» y yo prefiero llamar «analítico», ha sido tan sólo por razones subjetivas. A consecuencia de mi participación en la génesis de esta terapia me siento personalmente obligado a consagrarme a su investigación y al perfeccionamiento de su técnica. Puedo afirmar que la Psicoterapia analítica es la más poderosa, la de más amplio alcance y la que consigue una mayor transformación del enfermo. Abandonando por un momento el punto de vista terapéutico, puedo afirmar también que es la

más interesante y la única que nos instruye sobre la génesis y la conexión de los fenómenos patológicos. Por la visión que nos procura del mecanismo de la enfermedad anímica, es también la única que puede conducirnos más allá de sus propios límites e indicarnos el camino de otras formas de influjo terapéutico.

Con relación a este método psicoterápico, catártico o analítico, vais a permitirme que rectifique algunos errores y exponga algunas aclaraciones:

a) He observado que este método es confundido frecuentemente con el tratamiento por sugestión hipnótica, pues, entre otras cosas, algunos colegas que no suelen considerarme, en general, como su hombre de confianza, me envían a veces enfermos —enfermos refractarios, naturalmente—, con el encargo de que los hipnotice. Ahora bien: hace casi ocho años que no empleo ya el hipnotismo para fines terapéuticos (salvo en algunos ensayos aislados), y, por tanto, suelo devolver tales envíos con el consejo de que quienes confían en la terapia hipnótica deben practicarla por sí mismos. En realidad, entre la técnica sugestiva y la analítica existe una máxima oposición, aquella misma oposición que respecto a las artes encerró Leonardo de Vinci en las fórmulas *per via di porre* y *per via di levare*. La pintura, dice Leonardo, opera *per via di porre*, esto es, va poniendo colores donde antes no los había, sobre el blanco lienzo. En cambio, la escultura procede *per via di levare*, quitando de la piedra la masa que encubre la superficie de la estatua en ella contenida. Idénticamente, la técnica sugestiva actúa *per via di porre*; no se preocupa del origen, la fuerza y el sentido de los síntomas patológicos, sino que les sobrepone algo —la sugestión— que supone ha de ser lo bastante fuerte para impedir la exteriorización de la idea patógena. En cambio, la terapia analítica no quiere agregar nada, no quiere introducir nada nuevo, sino, por el contrario, quitar y extraer algo, y con este fin se preocupa de la génesis de los síntomas patológicos y de las conexiones de la idea patógena que se propone hacer desaparecer. Esta investigación nos ha procurado importantes conocimientos. Por mi parte renuncié tempranamente a la técnica sugestiva, y con ella a la hipnosis, porque dudaba mucho que la sugestión tuviera fuerza y persistencia suficientes para garantizar una curación duradera. En todos los casos graves vi desvanecerse pronto la sugestión sobrepuesta y reaparecer la enfermedad o una sustitución equivalente. Además, esta técnica tiene el inconveniente de ocultarnos el funcionamiento de las fuerzas psíquicas, no dejándonos reconocer, por ejemplo, la *resistencia*, con la cual se aferran los enfermos a su enfermedad y se rebelan contra la curación, factor que es

precisamente el único que puede facilitarnos la comprensión de su conducta en la vida.

b) También me parece muy difundido entre mis colegas el error de creer que la técnica de la investigación de los agentes patológicos y la supresión de los síntomas por dicha investigación son cosas fáciles y naturales. Sólo así puedo explicarme que ninguno de los muchos colegas a quienes interesa mi terapia y opina resueltamente sobre ella me haya pedido nunca información sobre la forma de aplicarla. Alguna vez he oído también con asombro que en tal o cual sala del hospital el médico director había encargado a uno de sus jóvenes ayudantes el «psicoanálisis» de un histérico. Tengo la seguridad de que si se tratase del análisis de un tumor extirpado a un enfermo, el mismo médico director no lo encargaría a un ayudante al que no supiera perfectamente impuesto en la técnica histológica. Por último, llega también a mí de cuando en cuando la noticia de que algún colega está sometiendo a uno de sus pacientes a una cura psíquica, y como me consta que ignora en absoluto la técnica de tal cura, he de suponer que confía en que el enfermo le revele espontáneamente sus secretos o busca la salvación en una especie de confesión o confidencia. No me extrañaría nada que semejante tratamiento dañase al enfermo en lugar de beneficiarle. El instrumento anímico no es nada fácil de tañer. En estos casos, recuerdo siempre las palabras de un neurótico famoso en todo el mundo, pero que nunca fue tratado por ningún médico, pues sólo vivió en la imaginación de un poeta. Me refiero al príncipe Hamlet, de Dinamarca. El rey ha enviado junto a él a dos cortesanos para sondearle y arrancarle el secreto de su melancolía. Hamlet los rechaza. En este punto, traen a escena unas flautas. Hamlet toma una y se la tiende a uno de los inoportunos, invitándole a tañerla. El cortesano se excusa, alegando su completa ignorancia de aquel arte, y Hamlet exclama: «Pues mira tú en qué opinión más baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿O juzgas que se me tañe a mí con más facilidad que una flauta? No; dame el nombre del instrumento que quieras; por más que lo manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido». (Acto III, escena 2.^a)

c) Por algunas de mis observaciones habréis podido ya adivinar que la cura

analítica entraña ciertas particularidades, por las que dista mucho de ser una terapia ideal. *Tuto, cito, jucunde*; la investigación y la rebusca en que se basa no auguran ciertamente una rápida obtención del fin curativo, y la mención de la resistencia os habrá hecho sospechar la emergencia de dificultades poco gratas en el curso del tratamiento. Efectivamente, el tratamiento psicoanalítico plantea grandes exigencias, tanto al enfermo como al médico. Para el enfermo se hace demasiado largo y, en consecuencia, muy costoso, aparte del sacrificio que ha de suponerle comunicar con plena sinceridad cosas que preferiría silenciar. Para el médico a más de la prolongada labor que ha de dedicar a cada paciente, resulta harto trabajoso, por técnica especialísima que ha de aprender a aplicar. Por mi parte no tendría nada que oponer al empleo de procedimientos terapéuticos más cómodos, siempre que con ellos se obtuvieran también resultados positivos. Pero mientras que un tratamiento penoso y largo cure mejor que otro sencillo y breve, habremos de preferir siempre el primero, no obstante sus inconvenientes. Así, la moderna terapia del lupus es, desde luego, mucho más incómoda y costosa que los antiguos raspados y cauterios, y, sin embargo, significa un gran progreso, pues obtiene la curación radical. Sin que ello suponga extremar la comparación, puede afirmarse que el método psicoanalítico tiene también derecho a igual privilegio. Hasta ahora sólo he podido desarrollarlo y contrastarlo en casos muy graves, en enfermos que habían pasado años enteros recluidos en un sanatorio y habían probado ya todos los procedimientos terapéuticos, sin encontrar alivio. No puedo, por tanto, precisar aún la acción de mi terapia en aquellas otras enfermedades menos graves, de emergencia episódica, que vemos desaparecer bajo los más diversos influjos o incluso espontáneamente. La terapia analítica ha sido creada para enfermos prolongadamente incapacitados para la vida, se ha ido perfeccionando en su tratamiento, y su mayor triunfo ha sido devolver a un número muy satisfactorio de estos enfermos su plena capacidad. Ante estos resultados, todo esfuerzo ha de aparecer pequeño.

d) Las numerosas dificultades prácticas con las que ha tropezado mi actividad me impiden daros ya una relación definitiva de las indicaciones y contraindicaciones del tratamiento analítico. Convendrá, sin embargo, aclarar algunos puntos:

1. No debemos atender tan sólo a la enfermedad, sino también al valor individual del sujeto, y habremos de rechazar a aquellos enfermos que no posean un cierto nivel cultural y condiciones de carácter en las que podamos confiar

hasta cierto punto. No debe olvidarse que también hay hombres sanos carentes de todo valor, y que siempre nos inclinamos demasiado a atribuir su inferioridad a la enfermedad en cuanto hallamos en ellos algún signo de neurosis. A mi juicio, la neurosis no implica necesariamente la «degeneración», aunque no sea nada raro encontrarla coexistiendo con fenómenos de degeneración en el mismo individuo. Pero la Psicoterapia analítica no es un tratamiento de la degeneración neurótica, que, por el contrario, pone un límite a su eficacia. Tampoco es aplicable a personas que, al someterse a tratamiento, no lo hagan espontáneamente, sino por imposición de sus familiares. Más adelante nos ocuparemos de otra condición capital para la aplicación del tratamiento psicoanalítico: la de que el sujeto sea aún susceptible de educación.

2. Si queremos avanzar seguramente, habremos de limitar nuestra elección a personas capaces de un estado normal, pues el procedimiento psicoanalítico tiene en él su punto de partida para llegar a apoderarse de lo patológico. Las psicosis y los estados de confusión mental y de melancolía profunda (pudiéramos decir tóxica) contraindican así la aplicación del psicoanálisis, por lo menos tal y como hoy se practica. De todos modos, no creo imposible que una vez adecuadamente modificado el método analítico quede superada esta contraindicación y pueda crear una psicoterapia de las psicosis.

3. La edad de los enfermos desempeña también un papel en su selección para el tratamiento analítico, pues, en primer lugar, las personas próximas a los cincuenta años suelen carecer de la plasticidad de los procesos anímicos, con la cual cuenta la terapia —los viejos no ya educables—, y en segundo, la acumulación de material psíquico prolongaría excesivamente el análisis. El límite opuesto sólo individualmente puede determinarse; los individuos muy jóvenes, impúberes aún, son a veces muy asequibles a la influencia analítica.

4. No se acudirá tampoco al psicoanálisis cuando se trate de la rápida supresión de fenómenos amenazadores; por ejemplo, en una anorexia histérica.

Ante esta serie de contraindicaciones pensaréis quizá que el campo de aplicación del psicoanálisis es extraordinariamente limitado. Quedan, no obstante, formas y casos patológicos más que suficientes en los que contrastar nuestra terapia; todas las formas crónicas de histeria, el amplio sector de los estados obsesivos, las abulias y otras perturbaciones análogas.

Consignaremos, por último, con satisfacción que la eficacia y la rapidez de nuestra terapia crecen en razón directa del valor individual del sujeto y de su nivel moral e intelectual.

e) Queréis seguramente preguntarme si la aplicación del psicoanálisis no puede causar algún daño a los pacientes. Puedo afirmaros que una cura analítica desarrollada por un médico perito en la técnica del análisis no supone peligro alguno para el enfermo, y espero que otorguéis a nuestra terapia la misma benevolencia crítica que en general estáis dispuestos a conceder a otros métodos terapéuticos; Sólo pueden juzgarla de otro modo aquellos profanos que acostumbran imputar al tratamiento cuantos fenómenos surgen en un caso patológico. No hace mucho tiempo existía aún un prejuicio semejante contra los balnearios. Algún enfermo a quien se aconsejaba visitar un establecimiento de este orden se resistía, alegando que un conocido suyo había ido a un balneario en busca de la curación de un ligero padecimiento nervioso y se había vuelto loco en el curso del tratamiento hidroterápico. Como adivinaréis, se trataba de casos incipientes de parálisis general, que en su estadio inicial podían ser enviados a un balneario y que siguieron en él su curso fatal hasta la demencia manifiesta. Mas, para los profanos, la culpa de aquella agravación no podía ser sino el agua. Tampoco los médicos se muestran libres de estos prejuicios cuando se trata de métodos nuevos. En una ocasión emprendí la cura psicoterápica de una mujer que había pasado gran parte de su vida en alternativas de manía y melancolía, haciéndome cargo de la enferma al final de una fase de melancolía. Durante dos semanas pareció mejorar, pero a la tercera se inició una nueva fase de manía. Tratábase, seguramente, de una modificación espontánea del cuadro patológico, pues quince días son un plazo muy corto para que el psicoanálisis comience a producir algún efecto; pero el ilustre médico —ya fallecido— que asistía conmigo a la enferma no pudo retener su opinión de que aquella «agravación» era imputable a la Psicoterapia. Estoy seguro de que en otras circunstancias hubiera demostrado mejor sentido crítico.

f) Para terminar he de decirme que no es justo venir reteniendo ya tanto tiempo vuestra atención en favor de la Psicoterapia analítica sin explicaros en qué consiste semejante tratamiento y en qué se funda. Claro es que la brevedad a que estoy forzado no me permite daros más que ligeras indicaciones. Así, pues, os diré que nuestra terapia se funda en el conocimiento de que las representaciones inconscientes —o mejor dicho, la naturaleza inconsciente de ciertos procesos anímicos— es la causa primera de los síntomas patológicos. Compartimos esta convicción con la escuela francesa (Janet), que refiere el

síntoma histérico a la «idea fija» inconsciente. Pero no temáis que por este camino nos adentremos en el sector más oscuro de la Filosofía. Nuestro inconsciente no es el mismo que el de los filósofos, y, además, la mayoría de los filósofos no quiere saber nada de «lo psíquico inconsciente». Pero si os colocáis en nuestro punto de vista, advertiréis en seguida que la traducción a lo consciente del material inconsciente dado en la vida anímica del enfermo tiene que corregir su desviación de lo normal y destruir la coerción que pesa sobre su vida psíquica. La voluntad consciente no alcanza más allá de los procesos psíquicos conscientes, y toda coerción psíquica se funda en el psiquismo inconsciente. Tampoco habréis de temer que la conmoción producida por la entrada de lo inconsciente en la conciencia perjudique al sujeto, pues ya teóricamente puede demostrarse que la acción somática y psíquica de los impulsos anímicos hechos conscientes no puede ser nunca tan fuerte como la de los inconscientes. Sabido es que el dominio de todos nuestros impulsos lo conseguimos haciendo actuar sobre ellos nuestras funciones psíquicas más altas, dotadas de conciencia.

Pero también podéis elegir otro punto de vista para la comprensión del tratamiento psicoanalítico. El descubrimiento y la traducción de lo inconsciente se lleva a cabo contra una continua «resistencia» del enfermo. La emergencia de lo inconsciente va enlazada a sensaciones de displacer, a causa de las cuales es rechazado siempre de nuevo. En este conflicto que se desarrolla en la vida anímica del enfermo interviene el médico. Si consigue llevar al enfermo a aceptar algo que hasta entonces había rechazado (reprimido) a consecuencia de la regulación automática determinada por el displacer, habrá logrado llevar a buen término una parte importante de labor educativa. Ya el hecho de mover a madrugar a un individuo que sólo a disgusto abandonaba el lecho es una labor educativa. Pues bien: el tratamiento psicoanalítico puede ser considerado como una segunda educación, encaminada al vencimiento de las resistencias internas. En los nerviosos, la necesidad de esta segunda educación se hace sentir especialmente en cuanto al elemento anímico de su vida sexual. En ningún lado han producido la civilización y la educación daños tan graves como en este sector, en el cual hallamos las etiologías principales de la neurosis. El otro elemento etiológico, la aportación constitucional, nos es dado como algo inmutable y fatal. Surge aquí una condición importantísima para el médico. Ha de poseer un alto nivel moral y haber vencido en sí mismo aquella mezcla de salacidad y mojigatería, con la cual acostumbran enfrentarse muchas personas

con los problemas sexuales.

Surge aquí una nueva observación. Sé que mi acentuación del papel de la sexualidad en la génesis de las neurosis se ha difundido en círculos muy amplios. Pero también sé que las restricciones y la minuciosidad sirven de poco con el gran público. La multitud tiene poco sitio en la memoria y no conserva de las afirmaciones más que su nódulo, creándose extremos fácilmente visibles. También algunos médicos creen que mi teoría refiere en último término las neurosis a la privación sexual. No falta ciertamente tal privación de las condiciones de vida de nuestra sociedad. Dada semejante premisa, lo inmediato sería eludir el penoso rodeo a través de la cura psíquica y buscar directamente la curación, recomendando al enfermo, como medicina, la actividad sexual. Si esta deducción fuera exacta, no veo nada que pudiera detenerme de hacer al paciente tal recomendación. Pero la cuestión es muy distinta. La privación sexual es tan sólo uno de los factores que intervienen en el mecanismo de la neurosis. Si fuera el único, la consecuencia no sería la enfermedad, sino el desenfreno sexual. El otro factor, igualmente imprescindible y que se suele olvidar demasiado fácilmente, es la repugnancia sexual de los neuróticos, su incapacidad de amar, aquel rasgo psíquico al que hemos dado el nombre de «represión». Sólo del conflicto entre ambas tendencias surge la enfermedad neurótica y, por tanto, la libre actividad sexual sólo en muy contados casos puede ser recomendable en las psiconeurosis.

Para terminar, habréis de permitirme unas palabras de defensa. Queremos esperar que vuestro interés por el psicoanálisis, despojado de todo prejuicio hostil, nos apoyará en la labor de conseguir también resultados positivos en el tratamiento de casos graves de psiconeurosis.

XXIV

PSICOTERAPIA (TRATAMIENTO POR EL ESPÍRITU)^[795]

1905

PSIQUE es una palabra griega que en nuestra lengua significa *alma*. Por tanto, el «tratamiento psíquico» [«psicoterapia»] ha de llamarse *tratamiento del alma*. Podríase suponer que se entiende como tal el tratamiento de las manifestaciones morbosas de la vida anímica, mas no es ése el significado del término. «Tratamiento psíquico» denota más bien el tratamiento desde el alma, un tratamiento de los trastornos anímicos tanto como corporales — con medios que actúan directa e inmediatamente sobre lo anímico del ser humano.

Un medio semejante es, ante todo, la palabra, y las palabras son, en efecto, los instrumentos esenciales del tratamiento anímico. El profano seguramente hallará difícil comprender que los trastornos patológicos del cuerpo y del alma puedan ser eliminados por medio de las «meras» palabras del médico. Supondrá, sin duda, que se espera de él una fe ciega en el poder de la magia, y no estará del todo errado, pues las palabras que usamos cotidianamente no son otra cosa sino magia atenuada. Mas será necesario que nos explayemos un tanto para explicar cómo la ciencia ha logrado restituir a la palabra humana una parte, por lo menos, de su antigua fuerza mágica.

Aun los médicos científicamente instruidos han llegado sólo recientemente a reconocer el valor del tratamiento anímico. Ello se explica con facilidad recordando el desarrollo que la medicina siguió durante el último medio siglo.

Luego de una época bastante estéril durante la cual estuvo subordinada a la sedicente filosofía de la naturaleza, la medicina realizó, bajo la feliz influencia de las ciencias naturales, los más grandes progresos como ciencia y como arte; exploró la estructuración de los organismos a partir de unidades microscópicamente pequeñas (las células), llegó a comprender física y químicamente cada uno de los mecanismos vitales (las funciones), diferenció las modificaciones visibles y palpables de las partes del cuerpo que originan los distintos procesos patológicos, y por otro lado, descubrió también los signos por medio de los cuales los procesos patológicos más ocultos se traducen ya en el ser vivo; finalmente, reveló gran número de agentes patógenos animados, y con ayuda de estos nuevos conocimientos logró reducir en medida extraordinaria los riesgos de las intervenciones operatorias más serias. Todos estos progresos y descubrimientos se refirieron a lo somático en el ser humano, y así se llegó, debido a una equivocada pero fácilmente comprensible orientación del juicio, a que los médicos restringieran su interés a lo somático y abandonaran el estudio de lo psíquico a los tan menospreciados filósofos.

La moderna medicina tuvo, por cierto, motivos suficientes para estudiar la innegable vinculación entre lo corporal y lo anímico; pero al abordarla, nunca dejó de representar lo anímico como algo determinado por lo somático y dependiente de éste. Así, destacóse siempre que las funciones espirituales dependen de la preexistencia de un cerebro normalmente desarrollado y suficientemente nutrido, siendo perturbadas aquéllas por cualquier afección de este órgano; que la introducción de tóxicos en la circulación permite despertar determinados estados psicopatológicos; o bien, en escala menor, que los sueños del durmiente pueden ser modificados de acuerdo con los estímulos que experimentalmente se hace actuar sobre aquél.

La relación entre lo somático y lo anímico es, en el animal como en el hombre, una interacción recíproca, pero su otra faz —la acción de lo anímico sobre el cuerpo— resultó en los primeros tiempos poco grata a los médicos. Parecían resistirse a conceder cierta autonomía a la vida anímica, como si con ello se vieran expuestos a abandonar el firme terreno de lo científico.

Esta orientación unilateral de la medicina hacia lo somático experimentó en el último decenio y medio una paulatina modificación, surgida directamente de la medicina práctica. Existe, en efecto, un grupo muy numeroso de enfermos leves o graves cuyos continuos trastornos y padecimientos plantean graves

problemas a la habilidad del médico, a pesar de que ni en condiciones clínicas ni en el examen postmortal permiten descubrir signos tangibles o visibles de un proceso patológico, pese a todos los adelantos de los métodos de exploración que aplica la medicina científica. Determinado grupo de estos enfermos se destaca por la variedad y la exuberancia del cuadro clínico; son personas que no pueden realizar ningún esfuerzo mental a causa de sus dolores de cabeza o de su falta de concentración, los ojos les duelen al leer, las piernas se les fatigan al caminar, sintiéndolas sordamente doloridas y como embotadas; su digestión está perturbada por sensaciones molestas, por eructos o por espasmos gástricos; las evacuaciones sólo las realizan con ayuda de medicamentos; dormir les resulta imposible, etc. Todos estos trastornos pueden presentarlos simultánea, sucesiva o sólo parcialmente; mas en todos los casos trátase a todas luces de una y la misma enfermedad. Además, los síntomas suelen ser muy variables y sustituirse o sucederse mutuamente; el mismo enfermo que hasta el momento estaba impedido de trabajar por los dolores de cabeza, sin que lo molestara su digestión, puede sentirse al día siguiente totalmente aliviado de aquéllos, pero desde ese instante no soportará, por ejemplo, casi ningún alimento. Los trastornos también pueden desaparecer súbitamente ante una modificación profunda de sus condiciones de vida; en un viaje, por ejemplo, podrá sentirse muy bien y saborear sin trastornos las más diversas comidas, pero apenas vuelto a su casa debe limitarse a ingerir leche cuajada. En algunos de estos enfermos el trastorno —un dolor, una debilidad paralizante— hasta puede trocar de pronto el lado del cuerpo afectado, saltando del derecho a la misma región del lado izquierdo. Mas en todos los casos es posible confirmar que los síntomas se hallan bajo la influencia directa de las excitaciones, de las conmociones emocionales, las preocupaciones, etc., y que pueden desaparecer, cediendo la plaza a una perfecta salud, sin dejar rastro alguno, aunque sean de larga data.

Por fin, la investigación médica ha llegado a revelar que tales personas no deben ser consideradas ni tratadas como enfermos del estómago, de la vista, etcétera, sino que nos encontramos en ellos con una afección del sistema nervioso en su totalidad. Sin embargo, el estudio del cerebro y de los nervios no ha permitido hallar hasta ahora ninguna modificación apreciable, y ciertos rasgos del cuadro clínico aún excluyen totalmente la posibilidad de que en el futuro, disponiendo de medios de exploración más sutiles, se llegue a demostrar tales alteraciones, susceptibles de explicar los aspectos clínicos de la enfermedad. Estos estados han sido calificados de «nerviosidad» (neurastenia, histeria) y

considerados como padecimientos meramente «funcionales» del sistema nervioso. Por otra parte, también en muchas afecciones nerviosas más estables y en aquellas que sólo producen síntomas psíquicos —las denominadas ideas obsesivas, las ideas delirantes, la demencia—, la investigación detenida del cerebro, una vez muerto el enfermo, ha sido totalmente infructuosa.

Así, viéronse los médicos ante el problema de estudiar la naturaleza y el origen de las manifestaciones morbosas en estos individuos nerviosos o neuróticos. Al abordarlo, descubrióse que, por lo menos en una parte de ellos, los signos clínicos tienen por único origen una *influencia alterada de su vida psíquica sobre su organismo*, o sea que la causa directa del trastorno ha de buscarse en el psiquismo. ¿Cuáles son las causas más alejadas de aquel trastorno que ha afectado lo anímico, haciéndolo perturbar a su vez lo somático? He aquí otro problema que por ahora podemos dejar fuera de consideración. La ciencia médica, empero, halló en este punto el nexo que le permitió dirigir su plena atención a esta faz, hasta entonces descuidada, de la interrelación entre cuerpo y alma.

Sólo estudiando lo morbozo llegase a comprender lo normal. Así, gran parte de los procesos relativos a la influencia de lo anímico sobre el cuerpo siempre fueron conocidos, pero sólo ahora pudieron ser observados bajo su verdadera luz. El ejemplo más común de acción psíquica sobre el cuerpo, observable siempre y en cualquier individuo, nos lo ofrece la denominada *expresión de las emociones*. Casi todos los estados anímicos de una persona se exteriorizan por tensiones y relajamientos de su musculatura facial, por la orientación de sus ojos, la ingurgitación de su piel, la actividad de su aparato vocal y las actitudes de sus miembros; ante todo, de sus manos. Estos cambios corporales concomitantes, por lo general, no le ofrecen al sujeto provecho alguno; muy al contrario, suelen malograr sus intenciones cuando se propone ocultar al prójimo sus movimientos anímicos, pero sirven a los demás, precisamente, como signos fidedignos para deducir aquellos procesos anímicos, y generalmente se confía más en ellos que en las simultáneas expresiones intencionadas por medio de la palabra. Si se logra observar detenidamente a una persona en el curso de ciertas actividades psíquicas, hállanse otras consecuencias somáticas de las mismas en las alteraciones de su actividad cardíaca, en las fluctuaciones de la distribución sanguínea en el organismo y en otros fenómenos semejantes.

En numerosos estados anímicos que se denominan *afectos*, la participación

del cuerpo es tan notable y espectacular, que muchos psicólogos han llegado a aceptar que la esencia de los afectos residiría únicamente en estas sus manifestaciones corporales. Son de todos conocidas las extraordinarias alteraciones de la expresión facial, de la circulación sanguínea, de las secreciones, del estado excitativo de la musculatura voluntaria, que pueden producirse bajo la influencia del miedo, de la ira, del dolor anímico, del éxtasis sexual y de otras emociones. Menos conocidas, pero absolutamente indudables, son otras acciones somáticas de los afectos que ya no forman parte de la expresión directa de los mismos. Así, ciertos estados afectivos permanentes de naturaleza penosa o, como suele decirse, «depresiva», como la congoja, las preocupaciones y la aflicción, reducen en su totalidad la nutrición del organismo, llevan al encanecimiento precoz, a la desaparición del tejido adiposo y a alteraciones patológicas de los vasos sanguíneos. Recíprocamente, bajo la influencia de excitaciones gozosas, de la «felicidad», obsérvase cómo todo el organismo florece y la persona recupera algunas manifestaciones de la juventud. Los grandes afectos tienen, evidentemente, íntima relación con la capacidad de resistencia frente a las enfermedades infecciosas; buen ejemplo de ello es la observación, efectuada por médicos militares, de que la susceptibilidad a las enfermedades epidémicas y a la disentería es mucho mayor entre los contingentes de un ejército derrotado que entre los vencedores. Mas los afectos —casi exclusivamente los depresivos— a menudo son también por sí mismos causas directas de enfermedades tanto del sistema nervioso —con alteraciones anatómicamente demostrables— como también de otros órganos, debiendo aceptarse en tales casos la preexistencia de una propensión a dicha enfermedad, hasta ese momento inactiva.

A su vez, estados patológicos ya establecidos pueden ser profundamente influidos por afectos tumultuosos, por lo general en el sentido del empeoramiento; pero tampoco faltan ejemplos de que un gran susto, una repentina aflicción, por una curiosa revulsión de todo el organismo, hayan influido favorablemente sobre una enfermedad crónica o aun la hayan curado por completo. Por fin, no cabe duda de que la duración de la vida puede ser considerablemente abreviada por afectos depresivos y que un susto violento, una *injuria*^[796] u ofensa candentes son susceptibles de poner repentino fin a la existencia; por extraño que parezca, esta última repercusión obsérvase también en ocasiones a consecuencia de una grande e inesperada alegría.

Los afectos en sentido estricto se caracterizan por una muy particular vinculación con los procesos corporales; pero en realidad todos los estados anímicos, incluso aquellos que solemos considerar como «procesos intelectivos», también son en cierto modo *afectivos*, y a ninguno le falta la expresión somática y la capacidad de alterar procesos corporales. Hasta en el pensamiento más reposado, por medio de «representaciones», descárganse continuamente, de acuerdo con el contenido de dichas representaciones, estímulos hacia los músculos lisos y estriados, que se pueden revelar por medio de una adecuada intensificación y que permiten explicar numerosos fenómenos harto notables, pretendidamente «sobrenaturales». Así se explica, entre otros fenómenos, la denominada *adivinación del pensamiento* por los pequeños movimientos involuntarios que realiza el *médium* durante la experiencia, consistente, por ejemplo, en dejarse guiar por él hacia un objeto escondido. Todo este fenómeno merece más bien el calificativo de *revelación del pensamiento*.

Los procesos de la voluntad y de la atención son asimismo susceptibles de influir profundamente sobre los procesos corporales y de desempeñar un gran papel como estimulantes o inhibidores de enfermedades orgánicas. Un celebrado médico inglés ha dicho de sí mismo que consigue provocar las más diversas sensaciones y dolores en cualquier parte de su cuerpo a la cual dirija la atención, y la mayoría de los seres parecen tener parecida capacidad. Al considerar los dolores, que por lo común se incluyen entre las manifestaciones somáticas, siempre debe tenerse en cuenta su estrechísima dependencia de las condiciones anímicas. Los profanos, que tienden a englobar tales influencias psíquicas bajo el rótulo de «imaginación», suelen tener poco respecto a los dolores «imaginarios», en contraste con los provocados por heridas, enfermedad o inflamación. Mas ello es flagrantemente injusto: cualquiera que sea la causa del dolor, aunque se trate de la imaginación, los dolores mismos no por ello son menos reales y menos violentos.

Tal como los dolores pueden ser provocados o exacerbados dirigiendo la atención sobre ellos, también desaparecen al apartarse ésta. Dicha experiencia se aplica comúnmente para calmar a un niño dolorido; el guerrero adulto no siente el dolor de sus heridas en el febril ardor del combate; es muy probable que el mártir, en la exaltación de sus sentimientos religiosos, en la sumisión de todos sus pensamientos hacia la recompensa celestial que le espera, se torne totalmente insensible al dolor de su tormento. No es tan fácil abonar por medio de ejemplos la influencia de la voluntad sobre los procesos morbosos orgánicos; pero es muy

posible que el propósito de sanar o la voluntad de morir no carezcan de importancia para el desenlace de algunas enfermedades, aun graves y de dudoso carácter.

Un especialísimo interés reviste el estado anímico de la *expectación*, merced al cual toda una serie de las más activas fuerzas psíquicas pueden ponerse en juego para determinar la provocación y la curación de afecciones corporales. No cabe duda con respecto al papel de la expectación *ansiosa*, y sería importante establecer con certeza si tiene efectivamente la influencia que se le atribuye en relación con las enfermedades: si, por ejemplo, es cierto que durante el dominio de una epidemia, los más expuestos son precisamente los que más temen contraer la infección. El estado opuesto, la *expectación confiada* o esperanzada, es una fuerza curativa con la que en realidad tenemos que contar en todos nuestros esfuerzos terapéuticos o curativos. No de otro modo podríanse explicar los peculiares efectos que observamos con los medicamentos y con otras intervenciones terapéuticas. Donde la *expectación confiada* es más notable, empero, es en las denominadas «curas milagrosas», que aún hoy tenemos oportunidad de comprobar sin intervención alguna del arte médica. Las verdaderas curas milagrosas prodúcense en creyentes bajo la influencia de ceremonias destinadas a exaltar los sentimientos religiosos, o bien en los sitios de veneración de imágenes milagrosas, donde un personaje santo o divino se ha mostrado a las criaturas humanas y les ha prometido alivio a sus sufrimientos en recompensa de su adoración, o bien donde se guardan como un tesoro las reliquias de algún santo. La fe religiosa, por sí sola, no parece hallar fácil el desplazamiento de la enfermedad con la única ayuda de la expectación, pues en todas las curas milagrosas suelen intervenir además otras ceremonias o actividades. Así, las épocas en que se recurre a la benevolencia divina deben caracterizarse por determinadas relaciones; los esfuerzos corporales que se impone el propio enfermo, como las molestias y los sacrificios de la peregrinación, deben hacerlo particularmente merecedor de dicha benevolencia.

Sería cómodo pero hartamente inexacto si se pretendiera retirar todo crédito a estas curas milagrosas explicando las noticias sobre las mismas por una combinación de artimañas piadosas y observaciones imprecisas. Por más frecuentes que sean los casos en los cuales esta explicación es acertada, no por ello queda excluido el hecho real de las curas milagrosas. Estas ocurren efectivamente, siempre han ocurrido, y no sólo afectan los padecimientos de origen anímico, que podrían

tener origen en la «imaginación», o sea que podrían ser particularmente influidos por las circunstancias de la peregrinación, sino que también influyen sobre las enfermedades «orgánicamente» fundadas, que hasta ese momento habían resistido a todos los esfuerzos médicos.

Para explicar las curaciones milagrosas no es necesario, sin embargo, recurrir a factores distintos de los poderes anímicos. En efecto, aun bajo estas condiciones no se manifiestan reacciones que podrían resultar incomprensibles a nuestro raciocinio: todo ocurre en forma natural; el poderío de la fe religiosa experimenta aquí un reforzamiento en virtud de varias fuerzas impulsoras de índole genuinamente humana. La fe piadosa del individuo es exaltada por el entusiasmo de la multitud, sumido en cuyo seno aquél suele acercarse al santuario. Merced a tal efecto de masas, todos los movimientos del alma humana individual pueden exaltarse hasta lo desmesurado. Cuando una persona aislada busca su curación en un lugar milagroso, la influencia de la multitud es sustituida por la fama, la reputación de aquel lugar, o sea que nuevamente vuelve a hacerse sentir el poderío de la masa. Tal influencia puede ejercerse también a través de otro camino. Siendo conocido que la misericordia divina sólo se vuelca siempre sobre unos pocos entre los muchos que la solicitan, cada uno quisiera contarse entre esos preferidos y elegidos, y así la vanidad yacente en todo ser humano viene en ayuda de la fe religiosa. Cuando tantas fuerzas poderosas se aúnan, no hemos de admirarnos porque en ocasiones realmente se alcance el objetivo perseguido.

Mas tampoco los incrédulos ante la religión necesitan renunciar por ello a las curaciones milagrosas. En ellos la fama y la acción de la masa sustituyen totalmente la fe religiosa. Siempre existen tratamientos y médicos de moda que dominan particularmente a la alta sociedad, donde el afán de contarse entre los primeros y de emular a los más encumbrados constituye la más poderosa fuerza impulsora del alma. Tales tratamientos de moda tienen efectos absolutamente ajenos a su acción propia, y un mismo recurso terapéutico, en manos de un médico de moda, conocido quizá por haber asistido a un personaje destacado, tiene una acción mucho más poderosa que si fuera aplicado por otros médicos. Así, existen milagreros seculares, a semejanza de los sagrados, con la única diferencia de que aquéllos, encumbrados por el favor de la moda y de la imitación, se gastan rápidamente, como corresponde a la naturaleza de las fuerzas que obran en su favor.

La comprensible disconformidad con el arte médica, tan ineficiente a

menudo, y quizá también la sublevación interior contra el carácter autoritario del pensamiento científico, que enfrenta al hombre con la inexorabilidad de la Naturaleza, han creado siempre —y también de nuevo en nuestros días— una extraña condición para la posible influencia terapéutica, tanto de las personas como de los recursos curativos. En efecto, sólo llega a establecerse una sólida expectación confiada, una esperanza en la curación, cuando el terapeuta no es médico y, más aún, cuando puede vanagloriarse de ignorar los fundamentos científicos de la terapéutica, o tratándose de remedios, cuando no han sido aprobados por ensayos minuciosos, sino que los recomienda únicamente la preferencia popular. De ahí el sinnúmero de artes y de practicantes naturistas que vuelven a competir con los médicos en el ejercicio de su profesión, y de los cuales podemos afirmar, por lo menos con ciertos visos de certeza, que dañan a los enfermos con más frecuencia que los benefician. Si hallamos aquí un motivo para condenar la expectación confiada del enfermo, no olvidemos tampoco que la misma fuerza apoya siempre nuestros propios esfuerzos médicos. La eficacia de quizá todos los medios que el médico prescribe, de todas las intervenciones que realiza, se compone de dos partes. La una, ora mayor, ora menor, pero nunca desdeñable, está representada por la acción psíquica del enfermo. La expectación confiada con que viene al encuentro de la influencia directa ejercida por el agente terapéutico depende, por un lado, de la magnitud de su propio anhelo de curación, y por el otro, de su confianza en haber emprendido los pasos adecuados para alcanzarla, o sea de su respeto ante el arte médica en general y del poderío que conceda a la persona de su médico, así como de la simpatía puramente humana que éste sepa despertar en él. Hay médicos más capaces que otros para conquistar la confianza del enfermo; en tal caso, el paciente ya percibe un alivio cuando ve al médico aproximarse a su lecho.

Siempre, en tiempos pasados mucho más aún que en el presente, los médicos han practicado la psicoterapia. Si comprendemos como tal los esfuerzos encaminados a despertar en el enfermo las condiciones y los estados psíquicos favorables a la curación, entonces esa forma de tratamiento médico es históricamente la más antigua. Los pueblos primitivos apenas disponían de algo más que de la psicoterapia; además, nunca dejaban de apoyar el efecto de los brebajes curativos y de las maniobras terapéuticas por medio de un insistente tratamiento psíquico. La conocida aplicación de fórmulas mágicas, las abluciones purificadoras, la suscitación de sueños proféticos haciendo dormir al

paciente en el recinto del templo, etc., sólo pueden haber actuado terapéuticamente por vía psíquica. La persona misma del médico creábase un respeto derivado directamente del poder divino, pues en sus orígenes el arte terapéutica estaba exclusivamente en manos de los sacerdotes. Así, entonces como ahora, la personalidad del médico era uno de los factores cardinales para crear en el enfermo el estado anímico favorable a la curación.

Comenzamos ahora a comprender también en todo su alcance la «magia» de la palabra. En efecto, la palabra es el medio más poderoso que permite a un hombre influir sobre otro; la palabra es un excelente recurso para despertar movimientos anímicos en su destinatario, y por eso ya no nos parecerá tan enigmática la afirmación de que la magia de la palabra pueda eliminar manifestaciones morbosas, particularmente aquellas que reposan a su vez en estados anímicos.

Todas las influencias psíquicas que han demostrado ser eficaces para la eliminación de la enfermedad poseen cierto elemento de inconstancia. Los afectos, la orientación de la voluntad, el alejamiento de la atención, la expectación confiada, todos estos poderes, que en ocasiones anulan la enfermedad, no lo hacen en otros casos, sin que su variable eficacia pudiera atribuirse a la índole del mal. Trátase, evidentemente, de la soberana personalidad, psíquicamente tan distinta en cada caso, que se opone a la regularidad y constancia de la eficacia terapéutica. Desde que los médicos han reconocido, empero, la importancia del estado anímico para la curación, nada más natural que esforzarse por imponer deliberadamente, por medios adecuados, el estado anímico más favorable, en lugar de dejar librada al paciente la magnitud de la disposición anímica que pueda aportar a los recursos terapéuticos. Con dichos esfuerzos tuvo su comienzo el moderno *tratamiento por el espíritu*.

Resulta así toda una serie de formas terapéuticas, algunas de ellas evidentes, otras sólo comprensibles sobre la base de complicadas premisas. Así, es evidente y natural que el médico, que ya no puede despertar admiración en calidad de sacerdote o de portador de una ciencia oculta, oriente su personalidad de manera tal que pueda cautivar la confianza y buena parte de la simpatía de su paciente. En estas condiciones sólo ha de servir a una eficaz selección si tal resultado se alcanza únicamente en un número limitado de enfermos, mientras que los demás, por su grado de cultura o por su simpatía, se sienten atraídos por otros médicos. Mas la abolición de la libre elección del médico elimina una importante

precondición de la influencia psíquica sobre el enfermo.

Toda una serie de recursos psíquicos sumamente eficaces se sustraen por fuerza a la acción del médico, ya sea porque no tiene el poder o porque carece del derecho de aplicarlos. Esto rige, ante todo, para la provocación de fuertes afectos, es decir, de los recursos más importantes por medio de los cuales lo psíquico actúa sobre lo somático. El destino cura a menudo enfermedades mediante conmociones felices, por la satisfacción de necesidades, la realización de deseos; con él no puede competir el médico, que, fuera de su arte específica, suele estar condenado a la impotencia. Quizá esté más al alcance de sus facultades el despertar el miedo y el susto con fines terapéuticos; pero, excepto en el niño, vacilará mucho en recurrir a tales armas de doble filo. Por otro lado, toda vinculación con el paciente basada en sentimientos tiernos ha de quedar excluida para el médico a causa de la importancia fundamental de los estados anímicos así suscitados. Por tanto, las facultades del médico para modificar el psiquismo de sus pacientes parecen, en principio, tan limitadas, que la psicoterapia deliberadamente orientada no ofrecería, frente a la forma anterior, ventaja alguna.

El médico puede, por ejemplo, tratar de dirigir la voluntad y la atención del paciente, y en distintas enfermedades tiene buenos motivos para hacerlo. Si se empeña en inducir a quien se cree parálítico para que ejecute los movimientos que pretende no poder realizar, o si se niega a examinar a una persona pusilánime que exige ser revisada por una enfermedad que evidentemente no padece, el médico habrá adoptado el correcto proceder; pero estas ocasiones aisladas difícilmente justificarán el establecimiento de la psicoterapia como un procedimiento terapéutico particular. En cambio, por otro camino extraño e imprevisible se le ha abierto al médico la posibilidad de ejercer sobre la vida psíquica de sus enfermos una influencia profunda, aunque transitoria, aprovechándola con fines curativos.

Desde hace largo tiempo se conoce —pero en los últimos decenios se ha sustraído a toda duda la posibilidad de colocar a una persona, mediante determinados influjos suaves, en un estado psíquico muy peculiar, bastante análogo al sueño, que por ello mismo se denomina *hipnosis*. Los métodos para provocarla no tienen, a primera vista, gran semejanza entre sí. Es posible hipnotizar a alguien haciéndolo mirar fijamente, durante algunos minutos, un objeto brillante, o aplicándole un reloj a la oreja durante idéntico tiempo, o

pasándole repetidas veces las manos, a corta distancia, sobre la cara y los miembros. Sin embargo, lo mismo se consigue anunciando a la persona a la que se quiere hipnotizar la inminencia del estado hipnótico y de sus particularidades con tranquila seguridad, o sea «inculcándole» la hipnosis. También es posible combinar ambos métodos entre sí: por ejemplo, se puede hacer sentar a la persona, colocarle un dedo ante los ojos, pedirle que lo mire fijamente y decirle entonces: «Usted se siente cansado. Sus ojos ya se le caen; no los puede mantener abiertos. Sus miembros están pesados; ya no puede moverlos. Usted se está durmiendo», etc. Se advierte que todos estos procedimientos tienen en común el cautivamiento de la atención; en los primeros que mencioné interviene su cansancio por estímulos sensoriales atenuados y uniformes. Todavía no se ha aclarado satisfactoriamente por qué la simple insinuación verbal tiene exactamente el mismo efecto que los demás métodos. Los hipnotizadores expertos afirman que de tal modo es posible despertar una modificación evidentemente hipnótica en alrededor del 80 por 100 de las personas. No existen, empero, indicios que permitan predecir qué personas son hipnotizables y cuáles son refractarias. Entre las condiciones de la hipnosis no se cuentan, en modo alguno, las enfermedades. Los seres normales serían hipnotizables con particular facilidad, y de los nerviosos, muchos son sumamente reacios a la hipnosis, mientras que los enfermos mentales son totalmente refractarios. El estado hipnótico tiene muy distintas gradaciones; en su grado más leve, el hipnotizado sólo siente un ligero adormecimiento; el grado más profundo, caracterizado por particularidades muy especiales, se denomina *sonambulismo*, en virtud de su semejanza con el fenómeno natural del mismo nombre. Sin embargo, la hipnosis no es, ni mucho menos, un sueño como el de nuestro nocturno dormir, ni como el artificial, provocado por hipnóticos. Aparecen en aquélla ciertas modificaciones y se conservan funciones psíquicas que están abolidas en el sueño normal.

Algunas manifestaciones de la hipnosis, como por ejemplo las modificaciones de la actividad muscular, tienen sólo interés científico. Pero el signo más importante de la hipnosis —y el de mayor valor para nosotros— radica en la conducta del hipnotizado frente a su hipnotizador. En efecto, mientras el sujeto se conduce con respecto al mundo exterior como un durmiente, o sea que le sustrae todos sus sentidos, se mantiene *despierto* para la persona que lo ha colocado en hipnosis, y sólo ve, comprende y responde a ésta. Este fenómeno, que se denomina *rapport* en la hipnosis, tiene su parangón en la

forma en que duermen ciertas personas; por ejemplo, la madre que amamanta a su hijo. Es una manifestación tan notable, que bien puede permitirnos comprender la relación entre hipnotizado e hipnotizador.

El hecho de que el mundo del hipnotizado se restringe, por así decirlo, al hipnotizador no es la única característica de este estado. Agrégase la particular docilidad de aquél frente a éste, al punto de que en la hipnosis profunda se toma *obediente y crédulo* en grado casi ilimitado. La ejecución de esta obediencia y de esta credulidad demuestra, como característica del estado hipnótico, que la influencia de la vida psíquica sobre lo corporal se halla extraordinariamente aumentada en el hipnotizado. Cuando el hipnotizador le dice que no puede mover el brazo, éste cae, privado de toda movilidad; el sujeto apela manifiestamente a todas sus fuerzas, pero no alcanza a moverlo. Cuando el hipnotizador le dice que el brazo se mueve solo y que no puede detenerlo, este miembro se mueve efectivamente y se advierte cómo el hipnotizado realiza inútiles esfuerzos por mantenerlo quieto. La representación que el hipnotizador ha puesto en el hipnotizado por medio de su palabra despertó en él precisamente aquella actitud corporal que corresponde a su contenido. En todo esto hay, por un lado, obediencia; pero, por el otro, también se expresa la exageración de la influencia corporal de una idea. En este caso, la palabra realmente ha vuelto a recuperar su poder mágico.

Otro tanto ocurre en el terreno de las percepciones sensoriales. El hipnotizador dice: «Usted ve una serpiente, huele una rosa, oye la más hermosa música», y el hipnotizado ve, huele y oye lo que le indica la representación insinuada. ¿Cómo sabemos que el hipnotizado tiene realmente estas percepciones? Podríamos suponer que sólo aparenta tenerlas; pero no hay motivo alguno para dudarlo, pues se conduce enteramente como si las sintiera en realidad, expresa todos los afectos correspondientes, y en ciertas circunstancias también puede referir, después de la hipnosis, sus percepciones y vivencias imaginarias. Adviértese entonces que ha visto y oído de la misma manera en que vemos y oímos en sueños, es decir, *alucinatoriamente*. Se encuentra, evidentemente, presa de tal credulidad con respecto al hipnotizador, que está *convencido* de que habrá de ver una serpiente cuando aquél se lo anuncie, y esta convicción actúa tan poderosamente sobre lo corporal, que, en efecto, ve la serpiente, como por otro lado, en ocasiones puede suceder también en personas no hipnotizadas.

De pasada señalaremos que una credulidad como la que el hipnotizado

ofrece a su hipnotizador sólo se encuentra en la vida real, fuera de la hipnosis, en la *actitud del niño para con sus amados padres*, y semejante conformación de la propia vida psíquica a la de otra persona, con análogo sometimiento, tiene un único parangón —pero éste es absoluto— en *ciertas relaciones amorosas* con abandono total. En general, la coincidencia de una valoración exclusiva con una crédula obediencia constituye una de las características básicas del amor^[797].

Aún resta algo por decir acerca del estado hipnótico. El discurso del hipnotizador, que ejerce en forma casi mágica los efectos descritos, se denomina *sugestión*, habiéndose adoptado la costumbre de aplicar también este término cuando existe tan sólo el propósito de despertar un efecto análogo. Igual que el movimiento y la sensibilidad, también las restantes actividades psíquicas del hipnotizado obedecen a esta sugestión, mientras que no suele efectuar ningún acto por propia iniciativa. La obediencia hipnótica puede asimismo ser aprovechada para una serie de experiencias harto extrañas, que ofrecen una profunda visión del funcionamiento psíquico y confieren al observador la inquebrantable convicción del insospechado poderío de lo psíquico sobre lo corporal. Tal como es posible inducir al hipnotizado a ver lo que no existe, también se le puede prohibir que vea algo que existe y que se impone a sus sentidos, como, por ejemplo, determinada persona (la denominada *alucinación negativa*); en tal caso, a dicha persona le resultará imposible hacerse notar por el hipnotizado, cualquiera que sea la estimulación que aplique; aquél la tratará «como si fuera aire». Se puede impartir al hipnotizado la sugestión de que realice determinado acto, pero solamente cierto tiempo después de despertar de la hipnosis (*sugestión posthipnótica*), y el sujeto no sólo se ajusta al plazo, sino que ejecuta la acción sugerida en medio de su estado vigil, sin atinar a explicarla con motivo alguno. Si se le pregunta entonces por qué acaba de hacer tal cosa, invocará un oscuro impulso que no logra comprender, o bien inventará un pretexto medianamente adecuado, pero sin recordar nunca el verdadero motivo, o sea la sugestión que le ha sido impartida.

El despertar de la hipnosis se produce sin esfuerzo alguno, mediante la simple orden en tal sentido impartida por el hipnotizador. En las hipnosis más profundas falta luego el recuerdo de cuanto fue experimentado durante el sueño hipnótico bajo la influencia del hipnotizador. Este sector de la vida psíquica queda, en cierto modo, aislado de todo lo demás. Otros sujetos hipnotizados conservan un recuerdo nebuloso, y otros aun, si bien lo recuerdan todo,

manifiestan haberse encontrado bajo el dominio de un imperio psíquico contra el que no había resistencia posible.

Sería difícil pecar por exceso al estimar el beneficio científico que el conocimiento de los fenómenos hipnóticos ha reportado a médicos y psicólogos por igual. Para apreciar, sin embargo, la importancia práctica de estos nuevos conocimientos Es preciso sustituir al hipnotizador por el médico, al hipnotizado por el paciente. ¿Acaso la hipnosis no parecería estar destinada a satisfacer todas las necesidades del médico en la medida en que éste pretende actuar frente a sus pacientes como un «médico de almas»? En efecto, el hipnotismo le confiere una autoridad como quizá nunca la haya poseído un sacerdote o un milagrero, pues concentra la totalidad del interés psíquico del hipnotizado sobre la persona del médico; anula en el paciente la autonomía anímica, que, como hemos visto, es el veleidoso impedimento para la manifestación de las influencias psíquicas sobre el cuerpo; en sí misma representa una exacerbación del dominio anímico sobre lo corporal, a un punto que en otras circunstancias únicamente podría producirse por los más poderosos despliegues afectivos. Finalmente, la posibilidad de que todo lo infundido al paciente durante la hipnosis sólo llegue a manifestarse más tarde en el estado normal (sugestión posthipnótica), pone en manos del médico un recurso para aplicar su enorme poderío durante la hipnosis, a fin de modificar el estado y la conducta del paciente en su vida vigil. He aquí, pues, un ejemplo muy simple del tipo de curación que se alcanza por medio del tratamiento anímico. El médico coloca al paciente en estado hipnótico; le imparte la sugestión, adaptada a las circunstancias particulares de cada caso, de que no se halla enfermo, de que, una vez despierto, ya nada sentirá de sus padecimientos; lo despierta luego, y puede confiar en que la sugestión ha cumplido su influencia frente a la enfermedad. Si una sola intervención de esta índole no bastara, podría repetirse idéntico procedimiento un suficiente número de veces.

Un solo escrúpulo sería susceptible de inducir, tanto al médico como al paciente, a la abstención de un método terapéutico tan promisorio: si resultara que la inducción de la hipnosis fuese un arma de doble filo, malogrando su utilidad con un perjuicio en otro respecto, como, por ejemplo, dejando tras sí un permanente trastorno o debilitamiento en la vida psíquica del sujeto. Las experiencias hasta ahora realizadas, empero, bastan ya para excluir esta reserva; las hipnotizaciones aisladas son absolutamente inocuas, y aun su repetición frecuente no ejerce, en general, efectos deletéreos. Sólo cabe destacar una

consecuencia: cuando las circunstancias exigen la aplicación continuada de la hipnosis, establécese una habituación a la misma y cierta dependencia del médico hipnotizante que no se contaba entre los propósitos iniciales del tratamiento.

El tratamiento hipnótico implica realmente una considerable ampliación del campo de la actividad terapéutica, y con ello un progreso del arte curativa. Es lícito aconsejar a todo enfermo recurrir al mismo, siempre que sea ejercido por un médico experto y digno de confianza. Sin embargo, sería preciso aplicar la hipnosis en una forma muy distinta de la que hoy suele prevalecer. Por lo común recurrese únicamente a este método cuando todos los demás recursos han fracasado, cuando el enfermo ya se encuentra abatido y decepcionado. Es entonces cuando abandona a su médico, que no sabe o no quiere hipnotizar, para recurrir a un médico desconocido, que por lo común no practica ni conoce sino el hipnotismo. Ambas circunstancias son adversas para el enfermo. El propio médico de cabecera debería estar familiarizado con la hipnosis terapéutica y aplicarla desde un principio, cuando considere que el caso y la persona así lo indican. Dentro de los límites de sus indicaciones terapéuticas, el hipnotismo debería ocupar el mismo rango que los demás métodos curativos y no ser considerado como un último recurso ni como un rebajamiento de lo científico al nivel del charlatanismo. Mas la hipnosis terapéutica no sólo es eficaz frente a todos los estados nerviosos y a los trastornos «imaginarios», así como para el desacostumbramiento de los hábitos compulsivos, como el alcoholismo, la morfinomanía y las aberraciones sexuales, sino también en muchas enfermedades orgánicas, aun en las inflamatorias, siempre que se tenga la perspectiva de eliminar los síntomas que más molestan al enfermo, como los dolores, las parálisis, etc., aun cuando persista el proceso básico y originario de los mismos. La selección de los casos apropiados para aplicar el método hipnótico ha de reposar siempre en el criterio del médico.

Es llegado el momento de desvirtuar la impresión de que el recurso auxiliar de la hipnosis abriría al médico una época de cómoda actividad milagrera. En efecto, cabe considerar todavía múltiples circunstancias susceptibles de abatir considerablemente nuestra expectativa en cuanto a las posibilidades terapéuticas del hipnotismo, reduciendo también en el enfermo las esperanzas que en él pueden haberse despertado. En primer término, demuestra ser insostenible la premisa básica de que mediante la hipnosis lograríamos librar a los enfermos de

la molesta autonomía psíquica vigente en su aparato anímico. Por el contrario, la conservan y la manifiestan ya en su actitud frente al intento de hipnotizarlos. Si antes hemos dicho que es posible hipnotizar al 80 por 100 aproximadamente de los seres humanos, cabe señalar que esta alta proporción únicamente se alcanza incluyendo entre los casos positivos a todos aquellos que evidencian sólo un rastro de influenciación hipnótica. Las hipnosis realmente profundas, con docilidad total, como el ejemplo elegido para nuestra exposición, son en realidad raras y en todo caso no tan frecuentes como sería deseable en el interés de la terapéutica. Esta objeción se atenúa a su vez, recordando que la profundidad de la hipnosis y la docilidad a las sugerencias no son proporcionales entre sí, de modo que a menudo es dable observar un buen efecto sugestivo, aun con un ligero embotamiento hipnótico. Sin embargo, aunque se adopte la docilidad hipnótica por sí sola como elemento esencial de dicho estado, cabe admitir que las distintas personas evidencian su particularidad individual por dejarse influir sólo hasta determinado grado de docilidad, en el cual se detienen tenazmente. Por tanto, las distintas personas manifiestan susceptibilidades muy dispares a la hipnosis terapéutica. Si se lograra hallar un recurso mediante el cual fuese posible profundizar todas estas fases del estado hipnótico hasta alcanzar la hipnosis completa, quedarían eliminadas las disparidades originadas por la susceptibilidad individual y se tendría realizado el ideal de la psicoterapia. Mas este progreso no ha sido alcanzado aún, y el grado de docilidad accesible a la sugestión depende todavía mucho más del paciente que del médico o sea que la acción terapéutica sigue estando librada al enfermo.

Más importante todavía es un segundo argumento. Cuando se describen los resultados harto extraños de la sugestión en el estado hipnótico, suele olvidarse que aquí, como en todas las reacciones anímicas, se trata siempre de relaciones de magnitud o de fuerzas. Si a una persona sana se la coloca en hipnosis profunda y se le imparte la orden de hincar el diente en una papa que se le ofrece como si fuese una pera, o si se le inculca que ve a un conocido y que debe saludarlo, será fácil lograr una total docilidad, porque el hipnotizado no tiene motivos de peso para resistirse contra la sugestión. Otras órdenes, empero — como, por ejemplo, la de desnudarse, impartida a una mujer habitualmente pudorosa, o la de robar un objeto valioso dada a un hombre honesto—, permiten advertir en el hipnotizado una resistencia que puede llegar al punto de impedirle totalmente obedecer a la sugestión. Ello nos demuestra que, aun con la mejor hipnosis, el poder que ejerce la sugestión no es ilimitado, sino sólo de

determinada magnitud. El sujeto hipnotizado se muestra dispuesto a hacer pequeños sacrificios; pero es reacto a los grandes, igual que en la vida vigil. Si nos encontramos ante un enfermo y lo impulsamos mediante la sugestión a abandonar su enfermedad, advertimos al punto que esto no representa para él un pequeño sacrificio, sino uno grande. Es cierto que el poderío de la sugestión enfrenta, también entonces, a la fuerza que ha creado y que mantiene las manifestaciones patológicas; pero la experiencia demuestra que esta última es de una magnitud totalmente distinta de la del influjo hipnótico. El mismo enfermo que se adapta dócilmente a cualquier situación —no precisamente escandalosa— que le sea sugerida, puede mostrarse absolutamente reacto a la sugestión que pretende quitarle, por ejemplo, su parálisis imaginaria. A ello se agrega en la práctica la circunstancia de que precisamente los enfermos nerviosos suelen ser los menos hipnotizables, de modo que la lucha contra las poderosas fuerzas que afianzan la enfermedad en la vida anímica no puede ser emprendida con el pleno despliegue de la influencia hipnótica, sino sólo con una mínima parte de ésta.

Por consiguiente, la sugestión no siempre tiene asegurado desde un principio el triunfo sobre la enfermedad, aun cuando se haya alcanzado la hipnosis y aunque ésta haya llegado a un nivel profundo. Queda todavía una lucha por librar, una contienda cuyo desenlace es a menudo incierto. De ahí que frente a los trastornos más graves de origen psíquico nada se alcance con una sola hipnotización. Mas la repetición de ésta redundaría en perjuicio de la impresión de milagro que el enfermo probablemente haya esperado. Siempre es posible entonces que al repetirse la hipnotización se acentúe cada vez más la influencia sobre la enfermedad, inaparente al principio, hasta lograr por fin un satisfactorio resultado terapéutico. Semejante tratamiento hipnótico, empero, bien puede llegar a ser tan arduo y prolongado como otro cualquiera.

Otra forma de traducirse la relativa debilidad de la sugestión, comparada con la tenacidad del padecimiento a combatir, consiste en que, si bien aquélla logra eliminar las manifestaciones morbosas, sólo ejerce tal efecto por poco tiempo. Al cabo de cierto período, los síntomas reaparecen y es preciso volver a combatirlos por una nueva hipnosis con sugestión. Si este ciclo se repite a menudo, generalmente concluye por agotar la paciencia del enfermo y la del médico, llevando al abandono del tratamiento hipnótico. Además, son éstos los casos en los cuales suele desarrollarse una dependencia del médico y una especie de manía por la hipnosis.

Conviene que el paciente conozca estos defectos del método hipnótico y que

prevea la posibilidad de que la aplicación terapéutica resulte defraudante. La acción curativa de la sugestión hipnótica es, en efecto, un hecho real que no necesita de exageraciones encomiásticas. Por otra parte, es comprensible que los médicos a quienes la psicoterapia hipnótica pareció prometerles tanto más de lo que fue capaz de cumplir no se cansen de buscar otros métodos que permitan ejercer sobre el alma del enfermo una influencia más profunda o menos veleidosa. Es dable abandonarse a la certeza de que la moderna y concienzuda psicoterapia, que representa un novísimo renacimiento de viejos métodos curativos, habrá de poner en manos del médico armas mucho más poderosas todavía para combatir la enfermedad. Los medios y los caminos conducentes a tal objetivo surgirán de una comprensión profundizada de los procesos de la vida anímica, cuyos primeros atisbos reposan precisamente en las experiencias hipnóticas.

XXV

EL CHISTE Y SU RELACIÓN CON LO INCONSCIENTE^[798]

1905

A) PARTE ANALÍTICA

1.— Introducción

(1)

TODO aquel que haya buceado en las obras de Estética y de Psicología a la rebusca de una aclaración sobre la esencia y las relaciones del chiste, habrá de confesar que la investigación filosófica no ha concedido al mismo hasta el momento toda aquella atención a que se hace acreedor por el importante papel que en nuestra vida anímica desempeña. Sólo una escasísima minoría de pensadores se ha ocupado seriamente de los problemas que a él se refieren. Ciertamente es que entre los investigadores del chiste hallamos los brillantes nombres del poeta Jean Paul (Richter) y de los filósofos Th. Vischer, Kuno Fischer y Th. Lipps; mas también todos estos autores relegan a un segundo término el tema del chiste y dirigen su interés principal a la investigación del problema de lo cómico, más amplio y atractivo.

La literatura existente sobre esta materia nos produce al principio la impresión de que no es posible tratar del chiste sino en conexión con el tema de lo cómico.

Según Th. Lipps (*Komik und Humor* 1898)^[799], el chiste es «la comicidad privativamente subjetiva»; esto es, aquella comicidad «que nosotros hacemos surgir, que reside en nuestros actos como tales, y con respecto a la cual nuestra posición es la del sujeto que se halla por encima de ella y nunca la de objeto, ni siquiera voluntario» (pág. 80). «La siguiente observación aclara un tanto estos conceptos; se denomina chiste “todo aquello que hábil y conscientemente hace surgir la comicidad, sea de la idea o de la situación”» (pág. 78).

K. Fischer explica la relación del chiste con lo cómico por medio de la caricatura, a la que sitúa entre ambos (*Ueber den Witz*, 1889). Lo feo, en cualquiera de sus manifestaciones, es objeto de la comicidad. «Dondequiera que se halle escondido, es descubierto a la luz de la observación cómica, y cuando no es visible o lo es apenas, queda forzado a manifestarse o precisarse, hasta surgir clara y francamente a la luz del día... De este modo nace la caricatura» (pág. 45). «No todo nuestro mundo espiritual, el reino intelectual de nuestros pensamientos y representaciones, se desarrolla ante la mirada de la observación exterior ni se deja representar inmediatamente de una manera plástica y visible. También él contiene sus estancamientos, fallos y defectos, así como un rico acervo de ridículo y de contrastes cómicos. Para hacer resaltar todo esto y someterlo a la observación estética será necesaria una fuerza que sea capaz no sólo de representar inmediatamente objetos, sino también de arrojar luz sobre tales representaciones, precisándolas; esto es, una fuerza que ilumine y aclare las ideas. Tal fuerza es únicamente el *juicio*. El juicio generador del contraste cómico es el *chiste*, que ha intervenido ya calladamente en la caricatura, pero que sólo en el juicio alcanza su forma característica y un libre campo en que desarrollarse» (pág. 49).

Como puede verse, para Lipps es la actividad, la conducta activa del sujeto el carácter que distingue al chiste dentro de lo cómico, mientras que Fischer caracteriza el chiste por la relación a su objeto, debiendo considerarse como tal todo lo feo que en nuestro mundo intelectual se oculta. La verdad de estas definiciones escapa a toda comprobación, y ellas mismas resultan casi ininteligibles, considerándolas, como aquí lo hacemos, aisladas del contexto al que pertenecen. Será, pues, preciso estudiar en su totalidad la exposición que de

lo cómico hacen estos autores para hallar en ella lo referente al chiste. No obstante, podrá observarse que en determinados lugares de su obra saben también estos investigadores indicar caracteres generales y esenciales del chiste, sin tener para nada en cuenta su relación con lo cómico.

Entre todos los intentos que K. Fischer hace de fijar el concepto del chiste, el que más le satisface es el siguiente: «El chiste es un juicio jugueton» (página 51). Para explicar esta definición nos recuerda el autor su teoría de que «la libertad estética consiste en la observación juguetona de las cosas» (pág. 50). En otro lugar (pág. 20) caracteriza Fischer la conducta estética ante un objeto por la condición de que no demandamos nada de él; no le pedimos, sobre todo, una satisfacción de nuestras necesidades, sino que nos contentamos con el goce que nos proporciona su contemplación. En oposición al trabajo, la conducta estética no es sino un juego. «Podría ser que de la libertad estética surgiese un juicio de peculiar naturaleza, desligado de las generales condiciones de limitación y orientación, al que por su origen llamaremos ‘juicio jugueton’». En este concepto se hallaría contenida la condición primera para la solución de nuestro problema, o quizá dicha solución misma. «La libertad produce el chiste, y el chiste es un simple juego con ideas» (pág. 24).

Se ha definido con preferencia el chiste diciendo que es la habilidad de hallar analogías entre lo disparate; esto es, analogías ocultas. Juan Pablo expresó chistosamente este mismo pensamiento: «El chiste —escribe— es el cura disfrazado que desposa a toda pareja», frase que continuó Th. Vischer, añadiendo: «Y con preferencia a aquéllas cuyo matrimonio no quieren tolerar sus familias». Mas al mismo tiempo objeta Vischer que existen chistes en los que no aparece la menor huella de comparación, o sea de hallazgo de una analogía. Por tanto, define el chiste, separándose de la teoría de Juan Pablo, como la habilidad de ligar con sorprendente rapidez, y formando una unidad, varias representaciones, que por su valor intrínseco y por el nexo a que pertenecen son totalmente extrañas unas a otras. K. Fischer observa que en una gran cantidad de juicios curiosos no hallamos analogías, sino, por el contrario, diferencias, y Lipps, a su vez, hace resaltar el hecho de que todas estas definiciones se refieren a la cualidad propia del sujeto chistoso; pero no al chiste mismo, fruto de dicha cualidad.

Otros puntos de vista, relacionados entre sí en cierto sentido, y que han sido adoptados en la definición o descripción del chiste, son los del *contraste de representaciones*, del «sentido en lo desatinado» y del «desconcierto y

esclarecimiento».

Varias definiciones establecen como factor principal el contraste de representaciones. Así, Kraepelin considera el chiste como la «caprichosa conexión o ligadura, conseguida generalmente por asociación verbal, de dos representaciones que contrastan entre sí de un modo cualquiera». Para un crítico como Lipps no resulta nada difícil demostrar la grave insuficiencia de tal fórmula; pero tampoco él excluye el factor contraste, sino que se limita a situarlo, por desplazamiento, en un lugar distinto. «El contraste continúa existiendo; pero no es un contraste determinado de las representaciones ligadas por medio de la expresión oral, sino contraste o contradicción de la significación y falta de significación de las palabras» (pág. 87). Con varios ejemplos aclara Lipps el sentido de la última parte de su definición: «Nace un contraste cuando concedemos... a sus palabras un significado que, sin embargo, vemos que es imposible concederles».

En el desarrollo de esta última determinante aparece la antítesis de «sentido y desatino». Lo que en un momento hemos aceptado como sensato se nos muestra inmediatamente falto de todo sentido. Tal es la esencia, en este caso, del proceso cómico (págs. 85 y siguientes). «Un dicho nos parece chistoso cuando le atribuimos una significación con necesidad psicológica y en el acto de atribuírsela tenemos que negársela. El concepto de tal significación puede fijarse de diversos modos. Prestamos a un dicho un *sentido* y sabemos que lógicamente no puede corresponderle. Encontramos en él una *verdad*, que luego, ciñéndonos a las leyes de la experiencia o a los hábitos generales de nuestro pensamiento, nos es imposible reconocer en él. La concedemos una consecuencia lógica o práctica que sobrepasa su verdadero contenido, y negamos en seguida tal consecuencia en cuanto examinamos la constitución del dicho en sí. El proceso psicológico que el dicho chistoso provoca en nosotros y en el que reposa el sentimiento de la comicidad consiste siempre en el inmediato paso de los actos de prestar un sentido, tener por verdadero o conceder una consecuencia a la conciencia o impresión de una relativa nulidad».

A pesar de lo penetrante de este análisis cabe preguntar si la contraposición de lo significativo y lo falto de sentido, en la que reposa el sentimiento de la comicidad, puede contribuir en algo a la fijación del concepto del chiste en tanto en cuanto este último se halla diferenciado de lo cómico.

También el factor «desconcierto y esclarecimiento» nos hace penetrar profundamente en la relación del chiste con la comicidad. Kant dice que

constituye una singular cualidad de lo cómico el no podernos engañar más que por un instante. Heymans (*Zeischr. für Psychologie*, XI, 1896) expone cómo el efecto de un chiste es producido por la sucesión de desconcierto y esclarecimiento y explica su teoría analizando un excelente chiste que Heine pone en boca de uno de sus personajes, el agente de lotería Hirsch-Hyacinth, pobre diablo que se vanagloria de que el poderoso barón de Rothschild, al que ha tenido que visitar, le ha acogido como a un igual y le ha tratado muy *famillionariamente*. En este chiste nos aparece al principio la palabra que lo constituye simplemente como una defectuosa composición verbal, incomprensible y misteriosa. Nuestra primera impresión es, pues, la de desconcierto. La comicidad resultaría del término puesto a la singular formación verbal. Lipps añade que a este primer estadio del esclarecimiento, en el que comprendemos la doble significación de la palabra, sigue otro, en el que vemos que la palabra falta de sentido nos ha asombrado primero y revelado luego su justa significación. Este segundo esclarecimiento, la comprensión de que todo el proceso ha sido debido a un término que en el uso corriente del idioma carece de todo sentido, es lo que hace nacer la comicidad (pág. 95).

Sea cualquiera de estas dos teorías la que nos parezca más luminosa, el caso es que el punto de vista del «desconcierto y esclarecimiento» nos proporciona una determinada orientación. Si el efecto cómico del chiste de Heine, antes expuesto, reposa en la solución de la palabra aparentemente falta de sentido, quizá debe buscarse el «chiste» en la formación de tal palabra y en el carácter que presenta.

Fuera de toda conexión con los puntos de vista antes consignados, aparece otra singularidad del chiste que es considerada como esencial por todos los autores. «La brevedad es el cuerpo y el espíritu de todo chiste, y hasta podíamos decir que es lo que precisamente lo constituye», escribe Juan Pablo (*Vorschule der Aesthetik*, I, párr. 45), frase que no es sino una modificación de la que Shakespeare pone en boca del charlatán Polonio (*Hamlet*, acto II, esc. II): «Como la brevedad es el alma del ingenio, y la prolijidad, su cuerpo y ornato exterior, he de ser muy breve».

Muy importante es la descripción que de la brevedad del chiste hace Lipps (pág. 10): «El chiste dice lo que ha de decir; no siempre en pocas palabras, pero sí en menos de las necesarias; esto es, en palabras que conforme a una estricta lógica o a la corriente manera de pensar y expresarse no son las suficientes. Por último, puede también decir todo lo que se propone silenciándolo totalmente».

Ya en la yuxtaposición del chiste y la caricatura se nos hizo ver «que el chiste tiene que hacer surgir algo *oculto* o *escondido*» (K. Fischer, pág. 51). Hago resaltar aquí nuevamente esta determinante por referirse más a la esencia del chiste que a su pertenencia a la comicidad.

(2)

Sé muy bien que con las fragmentarias citas anteriores, extraídas de los trabajos de investigación del chiste, no se puede dar una idea de la importancia de los mismos ni de los altos merecimientos de sus autores. A consecuencia de las dificultades que se oponen a una exposición, libre de erróneas interpretaciones, de pensamientos tan complicados y sutiles, no puedo ahorrar a aquellos que quieran conocerlos a fondo el trabajo de documentarse en las fuentes originales. Mas tampoco me es posible asegurarles que hallarán en ellas una total satisfacción de su curiosidad. Las cualidades y caracteres que al chiste atribuyen los autores antes citados —la actividad, la relación con el contenido de nuestro pensamiento, el carácter de juicio juguetón, el apareamiento de lo heterogéneo, el contraste de representaciones, el «sentido en lo desatinado», la sucesión de asombro y esclarecimiento, el descubrimiento de lo escondido y la peculiar brevedad del chiste —nos parecen a primera vista tan verdaderos y tan fácilmente demostrables por medio del examen de ejemplos, que no corremos peligro de negar la estimación debida a tales concepciones; pero son éstas *disjecta membra* las que desearíamos ver reunidas en una totalidad orgánica. No aportan, en realidad, más material para el conocimiento del chiste que lo que aportaría una serie de anécdotas a la característica de una personalidad cuya biografía quisiéramos conocer.

Fáltanos totalmente el conocimiento de la natural conexión de las determinantes aisladas y de la relación que la brevedad del chiste pueda tener con su carácter de juicio juguetón. Tampoco sabemos si el chiste debe, para serlo realmente, llenar todas las condiciones expuestas o sólo algunas de ellas, y en este caso cuáles son las imprescindibles y cuáles las que pueden ser sustituidas por otras. Desearíamos, por último, obtener una agrupación y una división de los chistes en función de las cualidades señaladas. La clasificación hecha hasta ahora se basa, por un lado, en los medios técnicos, y por otro, en el empleo del chiste en el discurso oral (chiste por efecto del sonido, juego de palabras, chiste

caricaturizante, chiste caracterizante, satisfacción chistosa).

No nos costaría, pues, trabajo alguno indicar sus fines a una más amplia investigación del chiste. Para poder esperar algún éxito tendríamos que introducir nuevos puntos de vista en nuestra labor o intentar adentrarnos más en la materia intensificando nuestra atención y agudizando nuestro interés. Podemos, por lo menos, proponernos no desaprovechar este último medio. Es singular la escasísima cantidad de ejemplos reconocidamente chistosos que los investigadores han considerado suficiente para su labor, y es asimismo un poco extraño que todos hayan tomado como base de su trabajo los mismos chistes utilizados por sus antecesores. No queremos nosotros tampoco sustraernos a la obligación de analizar los mismos ejemplos de que se han servido los clásicos de la investigación de estos problemas, pero sí nos proponemos aportar, además, nuevo material para conseguir una más amplia base en que fundamentar nuestras conclusiones. Naturalmente, tomaremos como objeto de nuestra investigación aquellos chistes que nos han hecho mayor impresión y provocado más intensamente nuestra hilaridad.

No creo pueda dudarse de que el tema del chiste sea merecedor de tales esfuerzos. Prescindiendo de los motivos personales que me impulsan a investigar el problema del chiste y que ya se irán revelando en el curso de este estudio, puedo alegar el hecho innegable de la íntima conexión de todos los sucesos anímicos, conexión merced a la cual un descubrimiento realizado en un dominio psíquico cualquiera adquiere, con relación a otro diferente dominio, un valor extraordinariamente mayor que el que en un principio nos pareció poseer aplicado al lugar en que se nos reveló. Débese también tener en cuenta el singular y casi fascinador encanto que el chiste posee en nuestra sociedad. Un nuevo chiste se considera casi como un acontecimiento de interés general y pasa de boca en boca como la noticia de una recentísima victoria. Hasta importantes personalidades que juzgan digno de comunicar a los demás cómo han llegado a ser lo que son, qué ciudades y países han visto y con qué otros hombres de relieve han tratado no desdeñan tampoco acoger en su biografía tales o cuales excelentes chistes que han oído^[800].

2. — La técnica del chiste

ESCOJAMOS el primer chiste que el azar hizo acudir a nuestra pluma al escribir el capítulo anterior.

En el fragmento de los *Reisebilder* titulado «Los baños de Lucas» nos presenta Heine la regocijante figura de Hirsch-Hyacynth, agente de lotería y extractador de granos, que, vanagloriándose de sus relaciones con el opulento barón de Rothschild, exclama: «Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy “famillionariamente” (*familionär*)».

Este excelente chiste ha sido utilizado como ejemplo por Heymans y Lipps para explicar el efecto cómico del chiste en función del proceso de «desconcierto y aclaramiento». Mas dejemos por ahora esta cuestión para plantearnos la de qué es lo que hace que el dicho de Hirsch-Hyacynth constituya un chiste. Pueden suceder dos cosas: o es el pensamiento expresado en la frase lo que lleva en sí el carácter chistoso, o el chiste es privativo de la expresión que el pensamiento ha hallado en la frase. Tratemos, pues, de perseguir el carácter chistoso y descubrir en qué lugar se oculta.

Un pensamiento puede ser expresado por medio de diferentes formas verbales —o palabras— que todas ellas lo reproducen con igual fidelidad. En la frase de Hirsch-Hyacynth tenemos una determinada expresión de un pensamiento, expresión que sospechamos es un tanto singular y desde luego no la más fácilmente comprensible. Intentemos expresar con la mayor fidelidad el mismo pensamiento en palabras distintas. Esta labor ya ha sido llevada a cabo por Lipps de manera a explicar hasta cierto punto la idea de Heine. «Comprendemos —escribe Lipps— que Heine quiere decir que la acogida de Rothschild a Hirsch-Hyacynth fue harto familiar; esto es, de aquella naturaleza poco corriente en los millonarios» (pág. 7). No alteraremos en nada este sentido, dando al pensamiento otra forma que quizá se adapta más a la frase de Hirsch-Hyacynth. «Rothschild me trató como a su igual, *muy familiarmente*, aunque claro es que sólo en la medida en que esto es posible a un *millonario*». «La benevolencia de un rico es siempre algo dudosa para aquel que es objeto de ella», añadiríamos nosotros^[801].

Con cualquiera de estas dos versiones del mismo pensamiento que demos

por buena vemos que la interrogación que nos planteamos ha quedado resuelta. El carácter chistoso no pertenece en este ejemplo al pensamiento. Lo que Heine pone en labios de Hirsch-Hyacinth es una justa y penetrante observación, que entraña una innegable amargura y nos parece muy comprensible en un pobre diablo que se encuentre ante la enorme fortuna de un plutócrata, pero que nunca nos atreveríamos a calificar de chistosa. Si alguien, no pudiendo olvidar la forma original de la frase, insistiera en que el pensamiento en sí era también chistoso, no habría más que hacerle ver que si la frase de Hirsch-Hyacinth nos hacía reír, en cambio la fidelísima versión del mismo pensamiento hecha por Lipps o la que nosotros hemos después efectuado pueden movernos a reflexionar, pero nunca excitar nuestra hilaridad.

Mas si el carácter chistoso de nuestro ejemplo no se esconde en el pensamiento, tendremos que buscarlo en la forma de la expresión verbal. Examinando la singularidad de dicha expresión, descubrimos en seguida lo que podemos considerar como técnica verbal o expresiva de este chiste, la cual tiene que hallarse en íntima relación con la esencia del mismo, dado que todo su carácter y el efecto que produce desaparecen en cuanto se lleva a cabo su sustitución. Concediendo un tan importante valor a la forma verbal del chiste, nos hallamos de perfecto acuerdo con los que en la investigación de esta materia nos han precedido. Así, dice K. Fischer (pág. 72): «En principio, es simplemente la forma lo que convierte al juicio en chiste». Recordamos aquí una frase de Juan Pablo en la que se expone y demuestra esta naturaleza del chiste: «Plasta tal punto vence simplemente la colocación, sea de los ejércitos, sea de las frases».

¿En qué consiste, pues, la «técnica» de este chiste? ¿Por qué proceso ha pasado el pensamiento descubierto por nuestra interpretación hasta convertirse en un chiste que nos mueve a risa? Comparando nuestra interpretación con la forma en que el poeta ha encerrado tal pensamiento, hallamos una doble elaboración. En primer lugar, ha tenido efecto una abreviación. Para expresar totalmente el pensamiento contenido en el chiste teníamos que añadir a la frase «R. me trató como a un igual, muy familiarmente» en segunda proposición, «hasta el punto en que ello es posible a un millonario», y hecho esto, sentimos todavía la necesidad de otra sentencia aclaratoria^[802]. El poeta expresa el mismo pensamiento con mucha brevedad:

«R. me trató como a un igual, muy FAMILLIONARMENTE (FAMILLIONAR)». La limitación que la segunda frase impone a la primera, en la que se señala lo

familiar del trato, desaparece en el chiste.

Mas no queda excluida sin dejar un sustitutivo por el que nos es posible reconstruirla. Ha tenido lugar una segunda modificación. La palabra familiarmente (*familiär*), que aparece en la interpretación no chistosa del pensamiento, se muestra en el chiste transformada en *famillionariamente*. Sin duda alguna es en esta nueva forma verbal donde reside el carácter chistoso y el efecto hilarante del chiste. La palabra así formada coincide en sus comienzos con la palabra «familiarmente» (*familiär*), que aparece en la primera frase, y luego con la palabra «millonario» (*millionär*), que forma parte de la segunda; representa así a esta última y nos permite adivinar su texto, omitido en el chiste. Es, pues, la nueva palabra una formación mixta de los dos componentes «familiarmente» y «millonario» y podemos representar gráficamente su génesis en la forma que sigue^[803]:

F	A	M	I	L	I		A	R					
						M	I	L	I	O	N	A	R
F	A	M	I	L	I	O	N	A	R				

El proceso que ha convertido en chiste el pensamiento podemos también representarlo en una forma que, aunque al principio parece un tanto fantástica, reproduce exactamente el resultado real:

«R. me trató muy familiarmente (familiar), aunque claro es que sólo en la medida en que esto es posible a un millonario (millionär)».

Imagínese ahora una fuerza compresora que actuara sobre esta frase y supóngase que por cualquier razón sea su segundo trozo el que menos resistencia puede oponer a dicha fuerza. Tal segundo trozo se vería entonces forzado a desaparecer, y su más valioso componente, la palabra «millonario» (*millionär*), único que presentaría una mayor resistencia, quedaría incorporado a la primera parte de la frase por su fusión con la palabra «familiarmente» (*familiär*), análoga a él. Precisamente esta casual posibilidad de salvar lo más importante del segundo trozo de la frase favorece la desaparición de los restantes elementos menos valiosos. De este modo nace entonces el chiste:

R. me trató muy famillionariamente
 (famili on är)
 ↙ ↘
 (mili) (är)

Aparte de esta fuerza comprensiva, que nos es desconocida, podemos describir en este caso el proceso de la formación del chiste, o sea la técnica del mismo, con una *condensación* con *formación de sustitutivo*. Esta formación consistiría en nuestro ejemplo, en la constitución de una *palabra mixta* —«FAMILLIONAR»— incomprensible en sí, pero cuyo sentido nos es descubierto en el acto por el contexto en el que se halla incluida. Esta palabra mixta es la que entraña el efecto hilarante del chiste, efecto de cuyo mecanismo nada hemos logrado averiguar con el descubrimiento de la técnica. ¿Hasta qué punto puede regocijarse y forzarnos a reír un proceso de condensación verbal acompañado de una formación sustitutiva? Éste es otro problema muy distinto y del que no podemos ocuparnos hasta hallar un camino por el que aproximarnos a él. Permaneceremos, pues, por ahora en lo que respecta a la técnica del chiste.

Nuestra esperanza de que la técnica del chiste no podía por menos de revelarnos la íntima esencia del mismo nos mueve, ante todo, a investigar la existencia de otros chistes de formación semejante a la del anteriormente examinado. En realidad, no existen muchos chistes de este tipo, mas sí los suficientes para formar un pequeño grupo caracterizado por la formación de una palabra mixta. El mismo Heine, copiándose a sí mismo, ha utilizado por segunda vez la palabra «millonario» (*millionär*) para hacer otro chiste. Habla, en efecto, en uno de sus libros (*Idem*, cap. XIV) de un «millionär», transparente condensación de las palabras «millonario» (*millionär*) y «loco» (*narr*), que expresa, como en el primer ejemplo, un oculto pensamiento accesorio.

Expondré aquí otros ejemplos del mismo tipo que hasta mí han llegado. Existe una fuente ('Brunnen') en Berlín cuya construcción produjo mucho descontento hacia el burgomaestre Forckenbeck. Los berlineses la llaman la *Forckenbecken*, dando un efecto chistoso, aunque para ello fue necesario reemplazar la palabra *brunnen* por un equivalente en desuso *becken*, a objeto de combinarlo en una totalidad con el nombre del burgomaestre. La malicia europea transformó en «Cleopoldo» el verdadero nombre —Leopoldo— de un alto personaje, de quien se murmuraba mantenía íntimas relaciones con una bella

dama llamada *Cleo*. De este modo, el rendimiento de un sencillo proceso de condensación en el que no entraba en juego sino una sola letra, conservaba siempre viva una maligna alusión. Los nombres propios caen con especial facilidad bajo este proceso de la técnica del chiste. En Viena existían dos hermanos, *Salinger* de apellido, uno de los cuales era corredor de Bolsa (*Bönsensensal*). Esta circunstancia dio pie para que a este último se le conociera con el nombre de *Sensalinger* (condensación de Sensal, corredor, y Salinger, su apellido) y a su hermano con el menos agradable de *Scheusalinger* (condensación de *Scheusal*, espantajo, y el apellido común). La ocurrencia es fácil e ingeniosa, aunque ignoro si estaría justificada. Mas el chiste no suele preocuparse mucho de tales justificaciones.

Me contaron la siguiente condensación chistosa. Un hombre joven que había llevado hasta el momento una vida por demás placentera en el extranjero, después de una prolongada ausencia efectúa una visita a un amigo en esta ciudad. El último se sorprende de verle un *Ehering* (anillo de esponsales) en la mano de su visitante, y le pregunta si se ha casado. A lo que responde que sí '*Trauring* pero cierto'. El chiste es excelente. La palabra *Trauring* combina ambos elementos: *Ehering* cambiada a *Trauring* junto a la frase *trauring, aber wahr* ('triste pero cierto'). Aquí se emplea una palabra que coincide totalmente con uno de los dos elementos y no una palabra ininteligible como en *famillionär*.

En una conversación proporcioné yo mismo, involuntariamente, el material para la formación de un chiste por completo análogo al primero que de Heine hemos reproducido. Relataba yo a una señora los grandes merecimientos de un investigador cuyo valor creía yo injustamente desconocido por sus contemporáneos. «Pero ese hombre merece un monumento», me replicó la señora. «Y es muy probable que alguna vez lo tenga —repuse yo—, pero, momentáneamente, su éxito es bien escaso». «Monumento» y «momentáneo» son dos conceptos opuestos. Mi interlocutora los reunió en su respuesta, diciendo: «Entonces le desearemos un éxito *monumentáneo*».

En un excelente trabajo inglés sobre este mismo tema (A. A. Brill, *Freud's Theory of wit*, en *Journal of abnormal Psychologie*, 1911) se incluyen algunos ejemplos en idiomas diferentes del alemán, que muestran todos el mismo mecanismo de condensación que el chiste de Heine^[804].

El escritor inglés De Quincey —relata Brill— escribe en una ocasión que los ancianos suelen caer con frecuencia en el *anecdote*. Esta palabra es una

formación mixta de otras dos, coincidentes en parte:

anecdote y
dotage (charlar pueril).

En una historieta anónima halló Brill calificadas las Navidades como *the alcoholidays*, igual fusión de:

alcohol y
holidays (días festivos).

Hablando Sainte-Beuve de la famosa novela de Flaubert *Salambô*, cuya acción se desarrolla en la antigua Cartago, la califica irónicamente de *Carthaginoiserie*, aludiendo a la paciente minuciosidad con que el autor se esfuerza en reproducir el ambiente y costumbres del antiguo pueblo africano:

Carthaginois
chinoiserie.

El mejor chiste de este tipo se debe a una de las personalidades austríacas de mayor relieve, que después de una importante actividad científica y pública ocupa actualmente uno de los más altos puestos del Estado. He de tomarme la libertad de utilizar para estas investigaciones los chistes atribuidos a esta personalidad y que, en efecto, llevan todos un mismo inconfundible sello. Sírvenme de justificación el hecho de que difícilmente hubiera podido hallar mejor material^[805].

Se hablaba un día, delante de esta persona, de un escritor al que se conocía por una aburrida serie de artículos, publicados en un diario vienés sobre insignificantes episodios de las relaciones políticas y guerreras entre Napoleón I y el de Austria. El autor de estos artículos ostenta una abundante cabellera de un espléndido color rojo. Al oír su nombre exclamó el señor N.: *¿No es ése el rojo Fadian^[806] que se extiende por toda la historia de los Napoleónidas?*

Para hallar la técnica de este chiste le someteremos a aquel método de reducción que hace desaparecer su carácter chistoso, variando su forma

expresiva, y restaura, en cambio, su primitivo sentido, fácilmente adivinable en todo buen chiste. El presente ejemplo ha surgido de dos componentes: un juicio adverso al escritor en cuestión y una reminiscencia de la famosa comparación con que Goethe encabeza, en *Las afinidades electivas*, los extractos del «Diario de Otilia^[807]». La adversa crítica podría expresarse en la forma siguiente: «¡De modo que es éste el sujeto que no sabe escribir una y otra vez más que aburridos folletos sobre Napoleón en Austria!» Esta manifestación no tiene nada de chistosa. Tampoco puede moverse a risa la bella comparación de Goethe. Sólo cuando ambos conceptos son puestos en relación y sometidos a un singular proceso de condensación y fusión es cuando surge un chiste, excelente por cierto^[808]. La conexión entre el adverso juicio sobre el tedioso historiador y la bella metáfora goethiana se ha constituido aquí, por razones que aún no me es dado hacer comprensibles, de un modo harto menos sencillo que en otros casos análogos. Intentaré, por lo menos, sustituir el probable proceso de génesis de este chiste por la construcción siguiente: en primer lugar, la circunstancia del constante retorno del mismo tema en los artículos del insulso escritor debió de despertar en N. una ligera reminiscencia de la conocida comparación goethiana de *Las afinidades electivas*, comparación que es erróneamente citada casi siempre con la palabra «se extiende como un rojo hilo». El «rojo hilo» de la comparación ejerció una acción modificadora sobre la expresión de la primera frase merced a la circunstancia casual de ser también *rojo*; esto es, poseer rojos cabellos el escritor criticado. Llegado el proceso a este punto, la expresión del pensamiento sería quizá la siguiente: *De modo que ese individuo rojo es el que escribe unos artículos tan aburridos sobre Napoleón*. Entra ahora en juego el proceso que condensó en uno ambos trozos. Bajo la presión de este proceso, que encuentra su primer punto de apoyo en la igualdad proporcionada por el elemento «rojo», se asimiló «aburrido» (*langweiling*) a «hilo» (*Faden*), transformándose en un sinónimo *fad* (aburrido, insulso), y entonces pudieron ya fundirse ambos elementos para constituir la expresión verbal del chiste, en la que esta vez tiene mayor importancia la cita goethiana que el juicio despectivo, el cual seguramente fue el primero en surgir aisladamente en el pensamiento de N.

De modo que es ese rojo sujeto quien escribe los 'fade' artículos sobre N(apoleón). El.....rojo..... 'Faden' (hilo) que se extiende por todo.

¿No es ése el rojo Fadian que se extiende por toda la historia de los
N(apoleónidas)?

Más adelante, cuando nos sea posible analizar este chiste desde otros puntos de vista distintos de los puramente formales, justificaremos esa representación gráfica y, al mismo tiempo, la someteremos a una necesaria rectificación. Lo que en ella pudiera ser objeto de duda, el hecho de haber tenido lugar una condensación, aparece con evidencia innegable. El resultado de la condensación es nuevamente, por un lado, una considerable abreviación y, por otro, en lugar de una singular formación verbal mixta, más bien una infiltración de los elementos constitutivos de ambos componentes. La expresión *roter Fadian* sería siempre viable por sí misma con una calificación peyorativa: mas en nuestro caso es, con seguridad, el producto de una condensación.

Si al llegar a este punto se sintiera el lector disgustado ante nuestra manera de enfocar esta cuestión, que amenaza destruir el placer que en el chiste pudiera hallar, sin explicarle, en cambio, ni siquiera la fuente de que dicho placer mana, yo le ruego reprima su impaciencia. Nos hallamos ahora ante el problema de la técnica del chiste, cuya investigación nos promete, cuando lleguemos a profundizar suficientemente, interesantes descubrimientos.

Por el análisis del último ejemplo nos hallamos preparados a hallar, cuando en otros casos encontremos de nuevo un proceso de condensación, la sustitución de lo suprimido no sólo en una formación verbal mixta, sino también en una distinta modificación de la expresión. Los siguientes chistes, debidos asimismo al fértil ingenio del señor N., nos indicarán en qué consiste este distinto sustitutivo:

«Sí; he viajado con él TÊTE-À-BÊTE». Nada más fácil que reducir este chiste. Su significado tiene que ser: «He viajado *tête-à-tête* con X., y X. es un *animal*».

Ninguna de las dos frases es chistosa. Reduciéndola a una sola: «He viajado *tête-à-tête* con el animal de X.», tampoco encontramos en ella nada que nos mueva a risa. El chiste se constituye en el momento en que se hace desaparecer la palabra «animal», y para sustituirla se cambia por una *b* la *t* de la segunda *tête*, modificación pequeñísima, pero suficiente para que vuelva a surgir el concepto «animal», antes desaparecido. La técnica de este grupo de chistes puede

describirse como *condensación con ligera modificación*, y sospechamos que el chiste será tanto mejor cuanto más pequeña sea la modificación sustitutiva.

Análoga, aunque no exenta de complicación, es la técnica de otro chiste. Hablando de una persona que al lado de excelentes cualidades presentaba grandes defectos, dice N.: «Sí; la vanidad es uno de sus CUATRO TALONES DE AQUILES^[809]». La pequeña modificación consiste aquí en suponer que la persona a la que el chiste se refiere posee *cuatro* talones, o sea cuatro pies, como los animales. Así, pues, las dos ideas condensadas en el chiste serían:

«X es un hombre de sobresalientes cualidades, fuera de su extremada vanidad; pero no obstante, no es una persona que me sea grata, pues me parece un animal^[810]».

Muy semejante, pero mucho más sencillo, es otro chiste *in statu nascendi* del que fui testigo en un pequeño círculo familiar, al que pertenecían dos hermanos, uno de los cuales era considerado como modelo de aplicación en sus estudios, mientras que el otro no pasaba de ser un medianísimo escolar. En una ocasión, el buen estudiante sufrió un fracaso en sus exámenes, y su madre, hablando del suceso, expresó su preocupación de que constituyera el comienzo de una regresión en las buenas cualidades de su hijo. El hermano holgazán, que hasta aquel momento había permanecido oscurecido por el buen estudiante, acogió con placer aquella excelente ocasión de tomar su desquite, y exclamó: «Sí; Carlos va ahora hacia atrás *sobre sus cuatro pies*».

La modificación consiste aquí en un pequeño agregado a la afirmación de que también, a su juicio, retrocede el hermano abandonando el buen camino. Mas esta modificación aparece como el sustitutivo de una apasionada defensa de la propia causa: «No creáis que él es más inteligente que yo por que obtiene éxitos en la escuela. No es más que un animal; esto es, más estúpido aún que yo».

Otro chiste muy conocido de N. nos da un bello ejemplo de condensación con ligera modificación. Hablando de una personalidad política, dijo: «Este hombre tiene UN GRAN PORVENIR DETRÁS DE ÉL». Tratábase de un joven que por su apellido, educación y cualidades personales pareció durante algún tiempo llamado a llegar a la jefatura de un gran partido político y con ella al Gobierno de la nación. Mas las circunstancias cambiaron de repente y el partido de referencia se vio imposibilitado de llegar al Poder, siendo sospechable que el hombre predestinado a asumir su jefatura no llegue ya a los altos puestos que se

creía. La más breve interpretación deducida de este chiste sería: «Ese hombre ha tenido ante sí un gran porvenir, pero ahora ya no lo tiene». En lugar de «ha tenido» y de la frase final, aparece en la frase principal la modificación de sustituir el «ante sí» por su contrario «detrás de él^[811]».

De una modificación casi idéntica se sirvió N. en otra de sus ocurrencias. Había sido nombrado ministro de Agricultura un caballero al que no se reconocía otro mérito para ocupar dicho puesto que el de explotar personalmente sus propiedades agrícolas. La opinión pública pudo comprobar, durante su gestión ministerial, que se trataba del más inepto de cuantos ministros habían desempeñado aquella cartera. Cuando dimitió y volvió a sus ocupaciones agrícolas particulares, comentó N.: «Como Cincinato, ha vuelta a su puesto ante el arado».

El ilustre romano, al que se apartó de sus faenas agrícolas para conferirle la investidura de dictador, volvió, al abandonar la vida pública, a su puesto *detrás* del arado. *Delante* del mismo no han ido nunca, ni en la época romana ni en la actual, más que los bueyes.

Otro caso de condensación con modificación es un chiste de Karl Kraus que, refiriéndose a un periodista de ínfima categoría, dedicado al chantaje, dijo que había salido para los Balcanes en el *Orienterpresszug*, formación verbal producto de la condensación de dos palabras: *Orientexpresszug* (tren expreso del Oriente) y *Erpressung* (chantaje).

Podríamos aumentar grandemente la colección de ejemplos de esta clase; mas creo que con los expuestos quedan suficientemente aclarados los caracteres de la técnica del chiste —condensación con modificaciones— en este segundo grupo. Comparándolo ahora con el primero, cuya técnica consistía en la condensación con formación de una expresión verbal mixta, vemos con toda claridad que sus diferencias no son esenciales y la transición de uno a otro se efectúa sin violencia alguna. Tanto la formación verbal mixta como la modificación se subordinan al concepto de la formación de sustitutivos, y si queremos podemos describir la formación de palabra mixta también con modificación de la palabra fundamental por el segundo elemento.

(2)

Hagamos aquí un primer alto para preguntarnos con qué factor expuesto ya

en la literatura existente sobre esta materia coincide total o parcialmente este primer resultado de nuestra labor. Desde luego con el de la brevedad, a la que Juan Pablo califica de alma del chiste. La brevedad no es en sí chistosa; si no, toda sentencia lacónica constituiría un chiste. La brevedad del chiste tiene que ser de una especial naturaleza. Recordamos que Lipps ha intentado describir detalladamente la peculiaridad de la abreviación chistosa. Nuestra investigación ha demostrado, partiendo de este punto, que la brevedad del chiste es con frecuencia el resultado de un proceso especial que en la expresión verbal del mismo ha dejado una segunda huella: la formación sustitutiva. Empleando el procedimiento de reducción, que intenta recorrer en sentido inverso el camino seguido por el proceso de condensación, hallamos también que el chiste depende tan sólo de la expresión verbal resultante del proceso de condensación. Naturalmente, nuestro interés se dirigía en el acto hacia este proceso tan singular como poco estudiado hasta el momento, pero no llegamos a comprender cómo puede surgir de él lo más valioso del chiste: la consecución del placer que el mismo trae consigo.

Veamos si en algún otro dominio psíquico se han descubierto ya procesos análogos a los que aquí describimos como técnica del chiste. Únicamente, en uno muy distante en apariencia. En 1900 publiqué una obra titulada *La interpretación de los sueños*, en la cual, como su título indica, intenté aclarar el misterio de los sueños y presentarlos como un producto de la normal función anímica. En esta obra opongo repetidamente el *contenido manifiesto del sueño*, con frecuencia harto singular, a las *ideas latentes* del mismo, totalmente correctas, de las que procede, y emprendo la investigación de los procesos que, partiendo de dichas ideas, hacen surgir el sueño, y de las fuerzas psíquicas que toman parte en esta transformación. El conjunto de los procesos de transformación es denominado por mi *elaboración del sueño*, y como un fragmento de la misma he descrito un proceso de condensación que muestra la mayor analogía con el que aparece en la técnica del chiste, pues produce como éste una abreviación y crea formaciones sustitutivas de idéntico carácter. Todos conocemos por nuestros propios sueños las formaciones mixtas de personas y hasta de objetos que en ellos aparecen. El sueño llega también a crear formaciones mixtas de palabras que luego podemos descomponer en el análisis (por ejemplo: Autodidasker = autodidacta + Lasker)^[812]. Otras veces, y con mayor frecuencia, el proceso de condensación del sueño no crea formaciones

mixtas, sino imágenes que, salvo en una modificación o agregación procedente de distinta fuente, coinciden por completo con una persona o un objeto determinados. Son, por tanto, tales modificaciones idénticas a las que nos muestran los chistes de N., y no podemos ya poner en duda que en ambos casos tenemos ante nosotros el mismo proceso psíquico, reconocible por su idéntico resultado. Tan amplia analogía de la técnica del chiste con la elaboración del sueño no dejará de intensificar nuestro interés por la primera, haciéndonos concebir la esperanza de que una comparación entre el chiste y los sueños contribuya extraordinariamente a descubrirnos la esencial de aquél. Mas antes de emprender esta labor comparativa tenemos aún que investigar más ampliamente la técnica del chiste, pues el número de análisis que hasta ahora hemos llevado a cabo es todavía insuficiente para dejar perfectamente establecida, con un carácter general, la analogía descubierta en los hasta ahora examinados. Abandonaremos, pues, por ahora, la comparación con el sueño y tornaremos a la técnica del chiste, dejando suelto en este punto de nuestra investigación un cabo, que más adelante recogeremos.

(3)

Lo primero que necesitamos saber es si el proceso de condensación con formación sustitutiva aparece en todos los chistes y puede, por tanto, considerarse como el carácter general de la técnica que investigamos.

Recuerdo aquí un chiste que a consecuencia de especiales circunstancias permanece grabado en mi memoria, a pesar del tiempo transcurrido desde que lo oí. Un reputado catedrático, a cuya clase asistía yo en mi primera juventud y al que todos creíamos tan incapaz de estimar el valor de un chiste oportuno como de hacerlo por su cuenta, llegó un día muy regocijado al Instituto, y mostrándose más asequible que de costumbre, nos explicó lo que motivaba su buen humor: «He leído —dijo— un excelente chiste. En una reunión de París fue presentado un joven al que por llevar el apellido *Rousseau* se suponía pariente del gran Juan Jacobo. Una de las particularidades de este joven era el rojo color de su pelo. Mas sus atractivos espirituales se demostraron tan escasos, que al despedirse su introductor de la dueña de la casa, le dijo ésta: “*Vous m’avez fait connaître un jeune homme roux et sot, mais non pas un Rousseau*”». Y nuestro buen profesor siguió riendo alborozadamente.

Es éste, según la nomenclatura establecida por los autores que nos han precedido en la investigación de estas materias, un chiste por similicadencia, y por cierto de la más baja categoría, pues es de aquellos que juegan con un nombre propio, a semejanza del que pone término al parlamento del capuchino en la primera parte del *Wallenstein*, de Schiller:

«Se hace llamar *Wallenstein* (Stein-piedra), y es ciertamente, para todos nosotros *piedra* de escándalo (allen-todos; Stein-piedra)...»^[813].

Mas ¿cuál es la técnica del chiste que tanto hizo reír a nuestro profesor?

Vemos en seguida que aquel carácter que quizá esperábamos hallar generalmente no aparece ya en este primer nuevo ejemplo. No existe en él omisión alguna; apenas una abreviación. La señora dice en el chiste todo lo que podemos suponer en su pensamiento. «Me ha hecho usted esperar con gran interés el reconocimiento de un pariente de J. J. Rousseau, incitándome a suponer que habría heredado algo de la inteligencia de su genial antepasado. Y resulta que el tal individuo es un joven de cabellos rojos y completamente tonto (*roux et sot*)». En esta interpretación podremos añadir o intercalar algo por cuenta propia; pero tal intento de reducción no hace desaparecer el chiste, que permanece intacto, basado en la similicadencia ^{Rousseau/}_{Roux sot}. Queda, pues, demostrado que la condensación con formación sustitutiva no toma parte alguna en la constitución de este chiste.

¿Cuál es, pues, el proceso de su génesis? Nuevos intentos de reducción nos prueban que el chiste continuará subsistiendo mientras el nombre *Rousseau* no sea sustituido por otro. Así, sustituyéndolo por el de *Racine*, la crítica expresada por la señora permanece intacta, pero pierde todo carácter de chiste. De este modo vemos dónde tenemos que buscar en este caso la técnica del chiste, aunque podamos dudar todavía cómo formularla. Intentemos, sin embargo, definirla: la técnica de este chiste estriba en el hecho de que una misma palabra —el nombre— aparece empleado en dos formas distintas, una vez completo y otra dividido en sus sílabas como en una charada.

Puedo exponer unos cuantos ejemplos de idéntica técnica.

Con un chiste^[814] basado en esta técnica del doble empleo hubo de vengarse una dama italiana de una impertinencia de Napoleón I, el cual le dijo en un baile de corte, llamando su atención hacia sus compatriotas: *Tutti gli italiani danzano si male*. Y la señora respondió en el acto: *Non tutti, ma buonaparte*. (Brill, l. c.)

En ocasión de representarse en Berlín la tragedia griega *Antígona* (*Antigone*),

reprochó la crítica que se había despojado a esta obra de todo su carácter antiguo. El ingenio berlinés se apropió esta crítica en la forma siguiente: *Antik? Oh, nee!* («¿Antigua? ¡Oh, no!»)

Muy conocido es en los círculos médicos un análogo chiste por división. Un doctor pregunta a un joven paciente si en alguna época ha sido dominado por el vicio de la *masturbación*. La respuesta es: *¡O na, nie!* (Onanie = onanismo: *O na, nie* = «¡Oh, jamás!»).

En todos estos ejemplos, que juzgamos suficientes para dejar caracterizado el grupo a que pertenecen, descubrimos idéntica técnica: un mismo nombre doblemente empleado una vez en su totalidad y otra dividido en sus sílabas, división que le presta otro sentido diferente^[815].

El múltiple empleo de la misma palabra, íntegra primero y dividida por sílabas después, ha sido el primer caso por nosotros hallado de una técnica en la que no aparece el proceso de condensación. Tras de corta reflexión, tenemos, sin embargo, que ver (en la gran cantidad de ejemplos que a nuestro recuerdo acude) que la nueva técnica por nosotros descubierta no puede limitarse a este único medio. Existe seguramente una gran cantidad, no determinable por el momento, de posibilidades de dar en una frase a la misma palabra o al mismo material verbal más de un empleo. ¿Hemos de considerar como medios técnicos del chiste todas estas posibilidades? Así nos parece a primera vista, y los ejemplos que siguen se encargarán de demostrarlo.

Puede, en primer lugar, tomarse dos veces el mismo material alterando solamente su orden.

Cuanto menor sea la alteración y antes se experimente la impresión de que se han dicho cosas distintas con las mismas palabras, tanto más excelente será el chiste por lo que a la técnica se refiere.

Daniel Spitzer, en su obra *Wiener Spaziergaenge* (t. II, pág. 42) (1912):

«El matrimonio X vive a lo grande. Según unos, el marido *ha ganado mucho y dado poco*; según otros, es la mujer la que *se ha dado un poco y ganado mucho*».

¡Excelente chiste, verdaderamente diabólico y conseguido con un mínimo de medios! Ha ganado mucho y dado poco —(se) ha dado (un) poco y ganado mucho^[816]—. Es tan sólo por una inversión de estas frases por lo que se distingue lo que se expresa del marido de lo que se sugiere de la mujer^[817].

Un amplio campo se abre a la técnica del chiste extendiendo el *múltiple*

empleo del mismo material a aquellos casos en que la palabra o palabras en las que reside el chiste se muestran una vez sin modificación alguna y otra habiendo sufrido una *pequeña modificación*.

Véase como ejemplo otro chiste de N.:

Un individuo de origen judío, que hablando con N. se expresó despectivamente sobre los caracteres peculiares a sus correligionarios, obtuvo la siguiente respuesta: «Ya conocía yo su *ante semitismo*, señor consejero; pero su *antisemitismo* es cosa nueva para mí».

La modificación consiste aquí en el cambio de una sola letra, cambio que apenas es perceptible en la expresión verbal. Recuerda este chiste a otros antes expuestos del mismo personaje, pero a diferencia de ellos, no tiene en él lugar condensación alguna. Expresa todo lo que su autor tenía que decir, o sea: «Sé que usted es de origen judío, y, por tanto, me maravilla que hable usted así de los que fueron sus correligionarios».

Otro excelente ejemplos de tal chiste de modificación es la conocida frase: *Traduttore-tradittore!* La analogía de ambas palabras, lindante con la identidad, nos ofrece una precisa representación de la necesidad en que el traductor se halla a veces de pecar contra el autor traducido^[818].

He aquí un chiste que se dice tuvo lugar durante un examen de jurisprudencia. El candidato debía traducir un pasaje del '*Corpus Juris*': '*Labeo ait* = yo caigo, dijo él'. 'Usted cae, digo yo', replicó el examinador, y puso fin al examen. Cualquiera que equivoque el nombre del gran jurista (*Labeo*) confundiéndolo con una declinación verbal y aún más, en forma errónea ('*labeo*' por '*labeor*', o sea, 'yo caigo'), sin lugar a dudas que no merece nada mejor. Pero la técnica del chiste reside en el hecho que casi las mismas palabras que señalaban la ignorancia del candidato fueron usadas por el examinador para pronunciar su castigo.

Es tan grande en estos chistes la variedad de las pequeñas modificaciones posibles, que ninguno es igual a otro.

Las palabras constituyen un material plástico de una gran maleabilidad. Existen algunas que llegan a perder totalmente su primitiva significación cuando se emplean en un determinado contexto. Un chiste de Lichtenberg se basa precisamente en esta circunstancia:

«¿Cómo anda usted?», preguntó el ciego al paralítico. «¿Como usted ve?», respondió el paralítico al *ciego*.

También existen palabras que pueden ser empleadas en más de un sentido, despojándolas de su primitiva significación. De dos diferentes derivados de la misma raíz puede haberse desarrollado uno hasta formar una palabra llena de significación, y el otro, no constituir más que un afijo, y conservar ambas, sin embargo, idéntico sonido. La identidad del sonido entre una palabra plenamente significativa y una sílaba vacía de sentido puede también ser causal. En ambos casos es dado a la técnica del chiste aprovechar tales peculiaridades del material verbal.

Así, se atribuye a Schleiermacher un chiste que constituye un puro ejemplo del empleo de tales medios técnicos: *Eifersucht ist eine Leidenschaft die mit Eifer sucht, was Leiden schafft*^[819].

No puede negarse que esta frase constituye un chiste, aunque no de gran efecto. Desaparece aquí una gran cantidad de factores que en el análisis de otros chistes pueden inducirnos en error al tener que investigar cada uno de ellos por separado. El pensamiento expresado en la frase carece de todo valor, no constituyendo más que una muy insignificante definición de los celos. No puede hablarse en este ejemplo de «sentido en lo desatinado», «sentido oculto» o «desconcierto» y «esclarecimiento». Asimismo resulta imposible hallar un contraste de representaciones, y sólo con gran esfuerzo puede sospecharse un contraste entre las palabras y lo que significan. No podemos hablar tampoco de contracción: la frase nos hace más bien un efecto de ampulosidad. Y, sin embargo, constituye un excelente chiste. Su única singularidad es, al mismo tiempo, aquel carácter cuya desaparición traería consigo la del chiste; esto es, el hecho de hallarse empleadas las mismas palabras en diferente forma. Podremos entonces escoger entre agregar este chiste a aquella subdivisión en la que las palabras son empleadas una vez completas y otra divididas (Rousseau, Antígona), o aquella otra en la que la diversidad queda constituida por la posesión o carencia de sentido de partes de las palabras. A más de este factor, hallamos otro digno de tener en consideración para la técnica del chiste. Se constituye aquí una singular conexión, una especie de *unificación* por el hecho de que los celos quedan definidos por su nombre propio; esto es, por sí mismos. También esto constituye, como más adelante veremos, una técnica del chiste. Tales dos factores tienen, por tanto, que ser suficientes para dar a una expresión verbal el buscado carácter chistoso.

Penetrando aún más en la diversidad del «múltiple empleo» de la misma

palabra, echamos de ver que tenemos ante nosotros formas de «doble sentido» o del «juego de palabras», que son generalmente conocidas, ha largo tiempo, como medios técnicos del chiste. ¿Para qué, entonces, nos hemos tomado el trabajo de descubrir como nuevo algo que hubiéramos podido hallar en cualquiera obra sobre el chiste? Para justificarnos sólo podemos alegar por ahora que en tales fenómenos de la expresión oral hacemos nosotros resaltar una nueva faceta. Lo que los investigadores anteriores consideran como prueba del carácter «juguetón» del chiste lo incluimos nosotros en nuestro punto de vista del «múltiple empleo».

Los casos de múltiple empleo que por su «doble sentido» pueden reunirse para formar un tercer grupo se dejan fácilmente incluir en subdivisiones que, como sucede con todo el tercer grupo con respecto al segundo, no se distinguen unas de otras por diferencias esenciales. De este modo tendremos:

a) Los casos de doble sentido de un nombre propio y su significado objetivo: *Pistola, corre, disparate y deja nuestra compañía* (Shakespeare, Enrique IV).

Más *Hof* (cortejamiento) que *Freiung* (casamiento) decía una mordaz vienesa de ciertas simpáticas jovencitas admiradoras por años pero que nunca habían encontrado marido. *Hof* y *Freiung* son los nombres de dos cuerdas vecinas en el centro de Viena.

Heine: «Aquí, en Hamburgo, no reina el inicuo Macbeth; aquí reina *Banko* (*Banquo*)».

Cuando el nombre propio no es utilizable en su forma total para el chiste, puede buscarse el doble sentido por medio de una de las pequeñas modificaciones que ya conocemos.

«¿Por qué los franceses han silbado el *Lohengrin*? (Elsas wegen)». A causa De ^{Alsacia}/_{Elsa} (Elsa = Elsa; Elsass = sacia).

b) El doble sentido de la significación *objetiva* y *metafórica* de una palabra, el cual es una generosa fuente de la técnica del chiste. Citaremos tan sólo un ejemplo:

Uno de mis colegas, conocido por su fino ingenio, dijo una vez al poeta Arturo Schnitzler: «No me maravilla que hayas llegado a ser un gran poeta. Ya tu padre *hizo reflejarse en su espejo* a sus contemporáneos». El espejo usado por el padre de Schnitzler, reputado médico, era el *laringoscopio*. Por otra parte, según una conocida frase shakespeariana (*Hamlet*, acto III, escena II), el fin de la

comedia y, por tanto, el del poeta, es «presentar un espejo a la Naturaleza; mostrar a la virtud sus propios rasgos, su imagen al vicio, y a los tiempos sus caracteres y singularidades».

c) El doble sentido propiamente dicho, o *juego de palabras*, que es, por decirlo así, el caso ideal del múltiple empleo; la palabra no sufre aquí la menor violencia; no es dividida por sílabas ni sometida a modificación ninguna. Tampoco necesita abandonar la esfera a que pertenece (por ejemplo, la de los nombres propios) e incluirse en otra diferente. Tal y como es y se halla dentro de la frase, debe, merced a determinadas circunstancias, expresar dos diferentes sentidos.

No faltan ejemplos de esta clase.

K. Fischer: Uno de los primeros actos de Napoleón III al asumir el poder fue la confiscación de los bienes de la casa de Orleáns, acto que dio origen a un excelente juego de palabras: *C'est le premier vol de l'aigle*. (*Vol* = vuelo y robo.)

En una ocasión quiso Luis XV poner a prueba el ingenio de uno de sus cortesanos, y le ordenó que hiciera un chiste sobre su propia real persona. El mismo monarca quería ser sujeto (*sujet*) del chiste. *Sire* —respondió el cortesano—, *le roi n'est pas sujet*. (*Sujet* = sujeto y súbdito.)

Un médico que acaba de reconocer a una señora dice al marido de la enferma: «No me gusta nada». «Hace mucho tiempo que a mí tampoco», se apresura a confirmar el interpelado.

El médico se refiere, naturalmente, al estado de la mujer, pero expresa su preocupación con tales palabras, que el marido halla en ellas la confirmación de su aversión matrimonial.

Heine dijo en una comedia satírica: «Esta sátira no hubiese sido tan *mordiente* si el autor hubiese tenido más que *morder*».

Este chiste es un ejemplo de doble sentido metafórico y común, más bien que un juego de palabras. Pero ¿quién puede fijar aquí los límites entre estos grupos?

Otro buen ejemplo de juego de palabras es relatado por Heymans y Lipps en forma ininteligible. No hace mucho que di con la versión correcta de la anécdota en una colección de chistes poco usada (Hermann, 1904):

Un día se encuentran Sapin y Rothschild, después de charlar un rato, Sapin le dice: Oye Rothschild, mis reservas han disminuido, pudieras prestarme cien ducados'. 'Cómo no', le dice Rothschild, 'eso me parece apropiado, pero con la

condición que hagas un chiste'. 'Lo que a mí también me parece apropiado', responde Sapin. 'Entonces, bien, ven a mi oficina mañana'. Sapin llega puntualmente 'Hola', dice Rothschild al verlo llegar, *Sie Kommen um ihre 100 Dukaten* ('has venido por los cien ducados'). 'No', contestó Sapin, *Sie Kommen um ihre 100 Dukaten* ('Vas a perder tus cien ducados') puesto que ni soñar de pagarte antes del Juicio Final^[820].

El mismo Heine dice en el *Viaje por el Harz*: «No recuerdo en este momento los nombres de todos los estudiantes, y entre los profesores hay algunos que todavía no lo tienen». Y más adelante empezaremos a tener práctica, espero, en el diagnóstico diferencial si aquí insertamos otro chiste bien conocido sobre profesores. «La diferencia entre profesores ordinarios (*ordentlich*) y extraordinarios (*ausserordentlich*) es que los ordinarios no hacen nada de extraordinario, en tanto que los Extraordinarios no hacen nada *ordentlich* (propiamente)». El doble significado de las palabras *ordentlich* y *ausserordentlich* permite el juego de palabras, significado 'dentro y fuera del Establecimiento' y por otro lado 'eficiente y sobresaliente'. Aquí el significado múltiple es bastante más notable que el doble significado de otros chistes. A través de toda la frase no oímos nada sino la recurrencia constante de la palabra *ordentlich*, a veces en esa forma, a veces modificada en su sentido negativo. El ingenio nuevamente está en definir un concepto usando las mismas palabras o más precisamente en definir dos conceptos correlativos por medio de otro, lo que produce un ingenioso entrelazamiento. Finalmente y destacando aquí el aspecto unificador de extraer una conexión más íntima entre los elementos de la sentencia que lo que uno tendría derecho a esperar de su naturaleza.

«El bedel Schäfer^[821] me saludó muy afectuosamente, pues también él es escritor y me ha citado muchas veces, llevando su amabilidad hasta dejar escrita la cita con tiza sobre mi puerta cuando no me hallaba en mi cuarto».

Otro chiste, debido al ingenio de aquel nuestro chistoso colega que citamos en páginas anteriores, nos facilita la transición a una nueva especie de la técnica del doble sentido. En la época en que el asunto Dreyfus se hallaba a la orden del día, dijo nuestro burlón amigo:

«Esa muchacha me recuerda a Dreyfus; el ejército no cree en su *inocencia*».

La palabra *inocencia*, sobre cuyo doble sentido se halla construido el chiste, tiene, al referirse a Dreyfus, la significación corriente opuesta a crimen o delito, y al referirse a la muchacha, una significación sexual opuesta a la experiencia en

esta materia. Existen muchos ejemplos de esta clase de doble sentido, y en todos ellos es el sentido sexual el esencial para el efecto del chiste. Pudiéramos reservar para este grupo la calificación de *equivoco*.

El chiste de D. Spitzer incluido en páginas anteriores es un excelente ejemplo de tal equívoco.

«Según unos, el marido *ha ganado mucho y dado poco*; según otros, es la mujer la que *(se) ha dado (un) poco y ganado mucho*».

Mas si comparamos este chiste de doble sentido con equívoco con otros ejemplos, advertiremos en seguida una diferencia muy importante para la técnica. En el chiste de la «inocencia», ambos sentidos de la palabra se hallan igualmente cerca de nuestra comprensión; no sabríamos diferenciar cuál de los dos —el sexual o el no sexual— es más corriente y conocido. Muy distinto es, en cambio, el ejemplo de Daniel Spitzer. En él el sentido vulgar cubre casi por completo al sentido sexual, hasta el punto de hacerlo invisible para un espíritu poco malicioso. A modo de contraste permítasenos consignar otro ejemplo de doble significado en el que no se intenta ocultar el sentido sexual. Heine al describir el carácter condescendiente de una dama: «Ella no podía *abschlagen* (rehusar-orinar) nada excepto su propia agua». Esto suena a obscenidad y escasamente nos da la impresión de chiste. Esta diferencia acentuada de las dos significaciones del doble sentido aparece también en los chistes desprovistos de toda relación sexual, bien por ser una de ellas la más usual y corriente, bien por colocarse en primer término su conexión con otros elementos de la frase; por ejemplo: *C'est le premier vol de l'aigle*. Todos estos casos los reuniremos bajo la calificación de *doble sentido con alusión*.

(4)

Hemos llegado a conocer ya tantas y tan diversas técnicas del chiste, que convendrá formar una relación de ellas para evitar olvidos o confusiones. Tratemos entonces de resumirlas:

I. Condensación:

- a) con formación de palabras mixtas;
- b) con modificaciones.

II. Empleo múltiple de un mismo material:

- c) total o fragmentariamente;

- d) con variación del orden;
- e) con ligeras modificaciones;
- f) con las mismas palabras, con o sin sentido.

III. Doble sentido:

- g) significando tanto un nombre como una cosa;
- h) significación metafórica y literal;
- i) doble sentido propiamente dicho (juego de palabras);
- j) equívoco (*double entendre*);
- k) doble sentido con alusión.

Tanta variedad nos confunde un poco. Pudiera hacernos lamentar el haber dedicado nuestro interés al examen de los medios técnicos del chiste e inducirnos a sospechar exagerada la importancia que a dichos medios hemos atribuido en la investigación de la esencia del mismo. Pero al paso de esta sospecha sale siempre el hecho innegable de que el chiste desaparece en el momento en que prescindimos, en la expresión verbal, de los efectos de tales técnicas. Esta circunstancia nos indica además que debemos buscar la unidad dentro de la variedad que ante nuestros ojos se ofrece. Debe ser posible reunir todas estas técnicas en un solo haz. Ya dijimos antes que la reunión de los grupos segundo y tercero en uno sólo no presenta grandes dificultades. El doble sentido, el juego de palabras, es tan sólo el caso ideal del empleo del mismo material, concepto más amplio que lo comprende en sí. Los ejemplos de fragmentación, variación del orden dentro del mismo material y empleo múltiple con ligera modificación —c), d), e)—, podrían incluirse, aunque no sin esfuerzo, dentro del concepto del doble sentido. Mas ¿qué comunidad existe entre el primer grupo —condensación con formación sustitutiva— y cada uno de los dos restantes de empleo múltiple del mismo material?

La respuesta es, a mi juicio, harto sencilla. El empleo del mismo material es tan sólo un caso especial de la condensación. El juego de palabras no es más que una condensación sin formación de sustitutivo. De este modo permanece siendo la condensación la categoría superior. Una tendencia compresora o, mejor dicho, economizante domina todas estas técnicas. Todo parece ser —como dice el príncipe Hamlet— cuestión de economía (Thrift, Horatio, thrift).

Probemos la existencia de esta tendencia economizadora en los ejemplos antes expuestos. *C'est le premier vol de l'aigle*. Es el primer vuelo del águila; pero además es un vuelo en el que ha ejercitado su condición de ave de rapiña.

Vol, para dicha de la existencia de este chiste, significa tanto «vuelo» como «robo». ¿No existe aquí condensación o economía? Desde luego, pues toda la segunda idea ha sido omitida y, además, sin que aparezca sustitutivo alguno que la represente. El doble sentido de la palabra *vol* hace inútil tal sustitutivo, o, mejor dicho, la palabra *vol* contiene en sí el sustitutivo del pensamiento reprimido, sin que por ello necesite la primera parte de agregado o modificación algunos. En esto precisamente consiste la ventaja del doble sentido.

En estos ejemplos es innegable la condensación y, por tanto, la economía. Pero debemos hallarla en todos los demás. ¿Y dónde se encuentra en otros chistes, tales como los de *Rousseau-roux et sot* y *Antigone-Antik*? O, *nee*, en los que vimos ya que no era posible descubrir condensación alguna, y nos movieron, por tanto, a establecer la técnica del múltiple empleo del mismo material? Mas si el concepto de la condensación es inaplicable a tales casos, no sucede lo mismo con el de la economía, al que el primero está subordinado. Fácilmente advertimos qué es lo que nos ahorramos en los ejemplos citados: nos ahorramos expresar una crítica y formar un juicio, cosas ambas que aparecen implícitas ya en el nombre. En el ejemplo *Eifersucht-Leidenschaft* nos ahorramos el esfuerzo de hallar una definición: *Eifersucht-Leidenschaft* y *Eifer sucht, Leiden Schaft*; unas cuantas palabras más de relleno, y la definición queda constituida. Análogamente en todos los demás ejemplos hasta ahora analizados. Donde encontrar un ‘ahorro’ mínimo como lo hay en el juego de palabras de Sapin (*Sie Kommen um...*) se ahorra buscar una nueva palabra para responder, las palabras de la pregunta bastan para la respuesta. No se ahorra mucho, pero en eso reside el chiste. El múltiple empleo de las mismas palabras en la interpelación y en la respuesta constituyen también un «ahorro». Recordemos la frase en que Hamlet define la rapidez con que, tras de la muerte de su padre, contrajo su madre nuevas nupcias: «El asado del banquete funerario se sirvió fiambre en la comida de bodas».

Mas antes de aceptar la «tendencia al ahorro» como el carácter general del chiste y comenzar la investigación de su origen, significación y causas a que obedece la consecución de placer que motiva, entraremos en la discusión de una duda que merece ser tenida en cuenta. Es, desde luego, posible que toda técnica del chiste muestre la tendencia al ahorro en la expresión verbal; mas esta relación no es susceptible de ser invertida. No toda economía en la expresión verbal es chistosa. Ya anteriormente topamos con esta conclusión cuando esperábamos hallar en todo chiste un proceso de condensación, y ya entonces

hicimos observar que no toda expresión lacónica constituía un chiste. Tiene, por tanto, que ser una clase especial de abreviación y de ahorro la que traiga consigo el carácter de chiste, y hasta tanto que conozcamos esta singularidad no será posible que el descubrimiento de los elementos comunes de la técnica del chiste nos aproxime al fin de nuestra investigación.

Además, confesamos que las economías que la técnica del chiste lleva a cabo no nos parecen de gran importancia. Semejan más bien la forma de ahorrar de ciertas excelentes amas de casa que toman un coche para adquirir en un extremo de la ciudad un artículo que hallan en él por algunos céntimos menos que en el mercado próximo a su casa. ¿Qué es lo que el chiste ahorra por medio de su técnica? Tan sólo el trabajo de buscar y ordenar unas cuantas palabras que hubieran acudido sin esfuerzo alguno. A cambio de esto tiene que tomarse el trabajo de descubrir aquella única palabra que cubra ambas ideas, y para ello se ve con frecuencia obligado a variar la expresión verbal de una de las ideas, haciéndola revestir una forma poco corriente que facilite la unión con la segunda. ¿No hubiera sido más sencillo, fácil y hasta económico expresar ambas ideas tal y como se presentaron aunque de este modo no existiese una comunidad en su expresión? ¿No es compensado —o más bien superado— el ahorro en la expresión verbal por el gasto de rendimiento intelectual? Y quien efectúa el ahorro, ¿a quién beneficia?

Evitemos por ahora estas dudas desplazándolas. ¿Conocemos ya realmente todas las clases de chiste? Será, sin duda, más prudente reunir nuevos ejemplos y someterlos al análisis.

(5)

Influidos, sin duda, por la escasa estimación que se les concede, no nos hemos ocupado hasta ahora de aquellos chistes que forman el grupo más numeroso y conocido. Son éstos los denominados «retruécanos», que pasan por pertenecer a la clase más ínfima del chiste verbal, por ser los que con mayor facilidad y menor gasto de ingenio se producen. En realidad, el retruécano requiere escasísima técnica, en contraposición al juego de palabras que es el chiste, en el que la misma se hace más amplia y complicada. Si en este último tienen que hallar su expresión las dos significaciones de una misma palabra empleada una sola vez, basta, en cambio, en el retruécano que dos palabras —

una para cada significación— se recuerden mutuamente por medio de cualquier manifiesta analogía, sea por una general semejanza de su estructura o por similitud, comunidad de algunas letras, etc. Pero una multitud de tales ejemplos, no muy acertadamente denominados «chistes por similitud», se halla incluida en el parlamento del capuchino, de la primera parte del *Wallenstein*, de Schiller^[822].

Esta clase de chistes modifica con especial frecuencia una de las vocales de la palabra: de un poeta italiano que, a pesar de su republicanismo, se vio obligado a componer un poema en hexámetros alabando a un emperador alemán, dice Hevesi (*Almanaccando, Bilder aus Italien*, 1888) «Ya que no podía destronar a los *Cäsaren* (Césares), prescindía de las *Cäsuren* (pausas gramaticales)».

K. Fischer ha dedicado gran atención a esta clase de chistes, a la que separa definitivamente de los «juegos de palabras» (pág. 78). «El retruécano es un mal juego de palabras, pues no juega con ellas como tales, sino únicamente como sonido». En cambio, el juego de palabras «pasa desde el sonido de la palabra a la palabra misma». Mas, por otra parte, incluye chistes como los de «famillionario», Antigone (*Antik? O, nee*), etc., entre los chistes por similitud, inclusión, a nuestro juicio, equivocada. También en el juego de palabras son éstas, para nosotros, únicamente una imagen sonora, a la que atribuimos este o aquel sentido. Tampoco aquí hacen los usos del lenguaje grandes diferencias, y si tratamos despectivamente al retruécano y con cierto respeto al juego de palabras, ello se funda en consideraciones muy alejadas de la técnica. Obsérvese la naturaleza de aquellos chistes que denominamos «retruécanos». Hay personas que poseen el don de contestar con un chiste de esta clase (en alemán *Kalauer*) a toda frase que se les dirija. Uno de mis colegas, modesto hasta el exceso cuando se trata de los importantes resultados de su labor científica, acostumbra vanagloriarse de poseer esta cualidad. En una ocasión en la que su inagotable vena producía el asombro de una íntima reunión familiar respondió a los aplausos que se le prodigaban: *Ja, ich liege hier auf der Ka-Lauer (auf del Lauer liegen* —estar en acecho, *Kalauer*— retruécano); y luego, al pedirle que diera por terminada la prueba, repuso: «Bueno; pero con la condición de que se me conceda ahora mismo el título de poeta ka-laureado». Fácilmente advertimos que ambos retruécanos son excelentes chistes por condensación con formación de palabra mixta. «Estoy aquí en *acecho (Lauer)* para hacer *retruécanos (Kalauer)*

sobre todo lo que ustedes dicen».

De todos modos, vemos ya por estas discusiones sobre la delimitación entre el retruécano y el juego de palabras que el primero no puede auxiliarnos mucho en la investigación de una nueva técnica del chiste. Cuando no hallamos en él el empleo en distintos sentidos de un mismo material, tropezamos, en cambio, con el retorno de lo ya conocido, retorno que se nos muestra en la coincidencia de las dos palabras puestas al servicio del chiste. Así, pues, el retruécano no es más que una subdivisión del grupo, que culmina en el juego de palabras propiamente dicho.

(6)

Existen, sin embargo, chistes cuya técnica carece realmente de toda conexión con la de los grupos examinados hasta ahora.

Una conocida anécdota refiere que hallándose Heine una noche dialogando con el poeta Soulié, entró en el salón en que ambos escritores se hallaban un conocido millonario, al que se le solía comparar, y no sólo por su inmensa fortuna, con el fabuloso rey Midas. Un numeroso grupo de invitados rodeó en el acto, con grandes muestras de obsequiosa admiración, al recién llegado. «Observe usted —dijo entonces Soulié a Heine— cómo nuestro siglo diecinueve adora al becerro de oro». Heine, tras de contemplar la figura del personaje, confirmó: *Sí, ya veo; pero me parece que le quita usted años.* (K. Fischer, pág. 82.)

¿Cuál es la técnica de este excelente chiste? K. Fischer opina que se trata de un juego de palabras. La expresión «becerro de oro» puede referirse tanto al Mammon como al culto idolátrico. En el primer caso, lo principal es el oro; en el segundo, la imagen zoomórfica; también puede servir dicha expresión para designar en un sentido peyorativo a un individuo más rico en dinero que en inteligencia (pág. 82). Si realizamos la prueba y prescindimos de la expresión «becerro de oro», desaparece, en efecto, el chiste. Hagamos decir a Soulié: «Mire usted cómo la gente rodea a ese imbécil únicamente porque es rico», y no sólo desaparecerá el chiste, sino también la posibilidad de la réplica de Heine.

Pero reflexionemos y recordemos que no se trata de la comparación de Soulié, desde luego, chistosa, sino de la réplica de Heine, que aún lo es mucho más. Siendo así, no tenemos el derecho de tocar a la expresión «becerro de oro»,

la cual debe permanecer intacta, como un antecedente de la frase de Heine, y la reducción tendrá que limitarse a esta última. Si hacemos desaparecer las palabras «pero me parece que le quita usted años», no podremos sustituirlas sino por la frase siguiente: «Eso ya no es un becerro; es todo un buey». Por tanto, el chiste de Heine se basa en que su autor no toma la expresión «becerro de oro» metafóricamente, sino en un sentido personal, y la refiere directamente al rico personaje. Aunque quizá este doble sentido estuviera ya en la intención de Soulié.

Mas observemos ahora que la reducción efectuada no destruye por completo el chiste de Heine, sino que deja intacto lo esencial del mismo. En la nueva redacción, la anécdota sería como sigue. Dice Soulié: «Vea usted cómo nuestro siglo diecinueve adora al becerro de oro». Y Heine responde: «¡Oh! Eso ya no es un becerro; es todo un buey». En esta interpretación reducida continúa vivo el chiste. Y es, además, la única reducción posible.

Lástima que este bello ejemplo contenga tan complicadas condiciones técnicas, que nos sea imposible por ahora extraer de él esclarecimiento alguno. Debemos, pues, abandonarlo y buscar otro en el que sospechemos algún parentesco con los anteriormente analizados.

Sea este nuevo chiste uno de los muchos que pintan la aversión de los judíos de la Galitzia austríaca a bañarse. Observaremos de paso que no exigimos de nuestros ejemplos cartas de nobleza; no nos preocupa su procedencia y sí solamente su calidad como tales chistes, siéndonos suficiente para acogerlos el que cumplan su cometido de despertar nuestra hilaridad y sean dignos de nuestro interés teórico. Y tales chistes sobre los judíos llenan mejor que otros ningunos ambas condiciones.

Dos judíos se encuentran cerca de un establecimiento de baños: «¿Has tomado un baño?», pregunta uno de ellos. «¿Cómo? —responde el otro—. ¿Falta alguno?»

Cuando un chiste nos hace reír no estamos en las mejores condiciones para investigar su técnica, y se nos hace difícil llevar a cabo un penetrante análisis. En el ejemplo último, lo primero que se nos ocurre es: «¡Qué equivocación más cómica!» Pero ¿cuál es la técnica de este chiste? Ciertamente, el empleo en doble sentido de la palabra «tomar». Para uno de los interlocutores ha perdido este verbo su primitiva significación. En cambio, para el otro la conserva plenamente. Nos hallamos, pues, ante un ejemplo de aquellos chistes en los que una misma palabra es tomada alternativamente con y sin su propio sentido

(grupo II, f). Sustituyamos la expresión «tomado un baño» por su equivalente «bañarse», y el chiste desaparecerá. La respuesta resultaría ya inadecuada. Así, pues, el chiste se halla contenido en la expresión «tomado un baño».

Todo esto es cierto; mas también aquí observamos que hemos efectuado la reducción en lugar indebido. El chiste no reside en la pregunta del primer judío, sino en la respuesta del interpelado: *¿Cómo? ¿Falta alguno?* Y esta réplica no puede ser despojada de su carácter chistoso por medio de ninguna ampliación o modificación que conserve su sentido. Sospechamos que en ella tiene más importancia el hecho de que no acuda siquiera a la imaginación del judío la idea de que pudiera haberse bañado que la mala inteligencia de la palabra «tomar». Pero tampoco aquí vemos claro. Busquemos un tercer ejemplo.

Será éste otro chiste de protagonistas judíos, pero que contiene un nódulo general humano. Ciertamente, también este ejemplo presenta complicaciones, mas por fortuna distintas de las que hasta ahora nos han impedido ver con claridad.

Un individuo arruinado había conseguido que un amigo suyo, persona acomodada, le prestara 25 florines, compadecido por la pintura que de su situación le había hecho, recargándola con los más negros tonos. En el mismo día le encuentra su favorecedor sentado en un restaurante ante un apetitoso plato de salmón con mayonesa, y le reprocha, sorprendido, su prodigalidad: «¿Cómo? ¿Me pide usted un préstamo para aliviar su angustiosa situación, y le veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba usted mi dinero?» «No acierto a comprenderle —responde el inculpado—. Cuando no tengo dinero no *puedo* comer salmón con mayonesa; ahora que tengo dinero, resulta que no *debo* comer salmón con mayonesa. *Entonces, ¿cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?*»

Por fin, aquí falta la más pequeña huella de doble sentido. El retorno de las palabras «salmón con mayonesa» no puede constituir la técnica de este chiste, pues no se trata de un empleo repetido del mismo material, sino que es una verdadera repetición de lo idéntico, obligada por el contenido. Ante esta anécdota permanecemos un tanto perplejos, y estamos quizá tentados de hallar una salida negándole, a pesar de habernos hecho reír, el carácter del chiste.

¿Qué pudiéramos observar de interesante en la respuesta del arruinado *gourmet*? En primer lugar, la estricta lógica de su respuesta. Mas esta lógica es tan sólo aparente y se desvanece en cuanto reflexionamos un poco. El interpelado se defiende contra la acusación de haber invertido el dinero prestado

en una golosina, y pregunta, con aparente fundamento, *cuándo* va a gozar de su plato favorito. Mas no es ésta la respuesta adecuada; su favorecedor no le reprocha el haber satisfecho su capricho en el mismo día de haber pedido y obtenido el préstamo, sino que le advierte que, dada su situación económica, *carece en absoluto* del derecho a pensar en tales lujos. Este único sentido posible del reproche es echado a un lado por el alegre vividor, el cual responde, como si hubiera comprendido mal, a otra cosa totalmente distinta.

¿Se hallará, pues, la técnica de este chiste precisamente en la desviación de la respuesta del sentido del reproche? Una tal variación del punto de apoyo o desplazamiento del acento psíquico podría entonces también demostrarse en los dos ejemplos anteriores, de reconocido parentesco con este último.

En efecto, tal demostración resulta ya facilísima y nos descubre por completo la técnica de todos estos ejemplos. Soulié llama la atención a Heine sobre el hecho de que la sociedad ochocentista adora todavía al becerro de oro, como primitivamente los judíos en el desierto. La respuesta adecuada de Heine hubiera sido algo como: «Sí; la humana naturaleza es siempre igual; nada ha modificado en ella el transcurso de los siglos». Pero Heine se desvía del pensamiento verdadero y no responde a él, sino que se sirve del doble sentido posible de la expresión «becerro de oro» para torcer por un camino lateral; se apodera de uno de los elementos de dicha expresión, la palabra «becerro», y contesta como si sobre tal concepto recayera el acento en la frase de Soulié: «¡Oh, ése ya no es un becerro!», etc^[823]..

Aún más visible se nos muestra la desviación en el chiste del baño. Podemos representarla gráficamente:

Pregunta el primero: «¿Has tomado *un baño*?» El acento recae sobre el elemento baño.

El segundo responde como si la pregunta hubiera sido: «¿Has *tomado* un baño?»

La expresión «tomado un baño» hace posible este desplazamiento del acento. Si en lugar de ella se dijese: «¿Te has bañado?», todo desplazamiento resultaría imposible. La respuesta, despojada de todo carácter chistoso, sería entonces: «¿Que si me he bañado? No sé lo que es eso». La técnica del chiste reside exclusivamente en el desplazamiento del acento desde «baño» a «tomado^[824]».

Volvamos al ejemplo del «salmón con mayonesa» como al de más pura calidad. Su novedad ocupará nuestra atención en varias direcciones diferentes.

Ante todo, demos un nombre a la técnica que acabamos de descubrir. A mi juicio, el que mejor le cuadra es el de *desplazamiento*, pues lo esencial de ella es la desviación del proceso mental el desplazamiento del acento psíquico sobre un tema distinto del iniciado. Establecida esta calificación comenzaremos a investigar en qué relación se halla la técnica de desplazamiento con la expresión verbal del chiste. Nuestro ejemplo (salmón con mayonesa) nos deja reconocer que el chiste por desplazamiento es en alto grado independiente de la expresión verbal. No depende de las palabras, sino del proceso mental, y de este modo resulta infructuosa toda sustitución que, dejando a salvo el sentido, intentemos en las palabras. La reducción sólo se hace posible alterando el sentido y haciendo que el desaprensivo *gourmet* conteste directamente al reproche en lugar de buscar, con el chiste, una evasiva. La forma reducida sería: «No puedo negarme al capricho de comer aquello que me gusta, y me tiene sin cuidado la procedencia del dinero que ello me cuesta. Ahí tiene usted por qué me encuentra saboreando un plato de salmón con mayonesa dos horas después de haber pedido un préstamo». Mas esto no sería chistoso, sino cínico.

Será hartamente instructivo comparar este chiste con otro muy semejante:

Un individuo entregado a la bebida gana su vida dando lecciones en una pequeña ciudad. Mas poco a poco va siendo conocido el vicio que le domina y disminuyendo el número de sus alumnos. Compadecido de él, comienza un amigo a sermonearle: «Podría usted ser el profesor más solicitado de toda la ciudad tan sólo con abandonar la bebida. ¿Por qué no hace así?» «¿Y eso es todo lo que a usted se le ocurre? —responde indignado el bebedor—. ¡Conque si doy lecciones es para poder beber, y voy a dejar de beber para tener lecciones!»

También este chiste presenta aquella apariencia de lógica que nos extrañó en el del «salmón con mayonesa»; pero ya no es un chiste por desplazamiento. La respuesta es directa. El cinismo que dicha apariencia encubre es confesado aquí abiertamente: «Para mí lo principal es beber». La técnica de este chiste es realmente hartamente pobre y no explica el efecto del mismo. Reside exclusivamente en una variación del orden de un mismo material, o, más precisamente, en la inversión de las relaciones de medio a fin entre el beber y el dar lecciones o ser encargado de ellas. En cuanto se deja de acentuar este factor en la reducción, desaparece el chiste. Veámoslo: «¿Qué tontería es ésa? Para mí lo principal es la bebida y no las lecciones. Éstas no las considero sino como un medio para poder seguir bebiendo». Así, pues, el chiste reside realmente en la expresión verbal.

En el chiste del baño es innegable la dependencia del chiste de la expresión

verbal (¿Has tomado un baño?), y la modificación de la misma trae consigo la desaparición de aquél. La técnica es aquí un tanto complicada, consistiendo en una unión del doble sentido (subgrupo *f*) con el desplazamiento. La expresión verbal de la pregunta permite un doble sentido y el chiste queda constituido por el hecho de que la respuesta no se liga al sentido que a la pregunta se ha dado, sino a su sentido accesorio. Podemos, por tanto, hallar una reducción que deje subsistir el doble sentido en la expresión, y, sin embargo, haga desaparecer el chiste, o sea una reducción que se limita a destruir los efectos del desplazamiento.

«¿Has tomado un baño?» «¿Que dices que si he tomado? ¿Un baño? ¿Qué es eso?» En esta forma no hay chiste alguno, y sí sólo una maligna o burlona exageración.

Un idéntico papel desempeña el doble sentido en el chiste de Heine sobre el «becerro de oro», facilitando la desviación de la respuesta del proceso mental iniciado, desviación que en el chiste del «salmón con mayonesa» tiene lugar sin necesidad de tal apoyo en la expresión verbal. Reducidas la frase de Soulié y la respuesta de Heine, dirían, aproximadamente, así: «La forma en que los invitados rodean a ese hombre, tan sólo por su opulencia, recuerda la adoración del becerro». Y Heine: «No es lo más indignante que ese hombre se vea tan obsequiado por su riqueza, sino que ésta haga olvidar o perdonar su imbecilidad». De este modo, quedando intacto el doble sentido, desaparece el chiste por desplazamiento.

Al llegar a este punto debemos prepararnos contra la objeción, que no dejará de hacérsenos, de que todas estas sutiles distinciones intentan separar algo que debe constituir un todo coherente. ¿Acaso no da todo doble sentido ocasión a un desplazamiento, a una desviación del proceso mental desde un sentido a otro diferente? Y entonces, ¿cómo hacer del «doble sentido» y del «desplazamiento» los representantes de dos técnicas del chiste completamente diferentes? Desde luego, subsiste la consignada relación entre el doble sentido y desplazamiento, pero es en absoluto independiente de nuestra diferenciación de las técnicas del chiste. En el doble sentido no contiene el chiste más que una palabra susceptible de una múltiple interpretación, que permite al oyente hallar el paso de un pensamiento a otro, paso que —siempre un tanto forzadamente— puede hacerse equivaler a un desplazamiento. Mas en el chiste por desplazamiento contiene el chiste mismo un proceso mental en el que aquél se ha llevado a cabo. El desplazamiento pertenece aquí a la labor que ha formado el chiste, no a aquella

otra necesaria para su inteligencia. Si esta distinción no nos aclara suficientemente la materia, tendremos en los experimentos de reducción un medio inagotable de presentarla toda precisión ante nuestros ojos. Sin embargo, no queremos negar a la objeción expuesta un cierto valor, pues nos hace observar que no debemos confundir los procesos psíquicos que tienen lugar en la formación del chiste (elaboración del chiste) con aquellos otros que se verifican a su percepción (labor de comprensión). Sólo los primeros son, por ahora, objeto de nuestro interés investigador^[825]. De los segundos trataremos en capítulos posteriores.

Los chistes por desplazamiento son muy poco corrientes. El que a continuación exponemos es un ejemplo puro de esta técnica, al que falta también aquella apariencia de lógica que tanto nos sorprendió hallar en otros anteriores:

Un chalán pondera las excelencias de un caballo a su presunto comprador: «Se monta usted en este caballo a las cuatro de la mañana, y a las seis y media está usted en Presburgo». «¿Y qué hago yo en Presburgo a las seis y media de la mañana?»

El desplazamiento es aquí patentísimo. El chalán cita la temprana hora de llegada a Presburgo con la sola intención de demostrar con un dato concreto las grandes cualidades de su caballo. En cambio, el comprador echa a un lado esta cuestión, que ni siquiera se toma el trabajo de poner en duda, y atiende tan sólo a las indicaciones de tiempo dadas por el chalán en el ejemplo que éste ha escogido como prueba. La reducción de este chiste resulta sencillísima.

Más dificultades nos ofrece otro ejemplo, de técnica nada transparente, pero que el análisis nos descubre al fin como un caso de doble sentido con desplazamiento. El protagonista de este ejemplo es uno de aquellos judíos ‘Schadchen’ que tiene por oficio concertar los matrimonios entre los de su raza, institución que ha dado lugar a infinidad de chistes, que nos proporcionan un rico material para nuestra investigación.

El agente matrimonial ha asegurado al novio que el padre de su futura no vivía ya. Después de los esponsales averigua el prometido que su suegro vive, pero que se halla en la cárcel cumpliendo condena, y reprocha el engaño al intermediario. «No; no te he engañado —responde éste—. ¿Acaso es eso vivir?»

El doble sentido reside en la palabra *vivir*, y el desplazamiento consiste en que el intermediario pasa del sentido corriente de la palabra, o sea la antítesis de «morir», al sentido que la palabra *vivir* toma en la frase: «Eso no es vivir». De

este modo declara que sus anteriores manifestaciones escondían un doble sentido, aunque tal múltiple significación no pudiera sospecharse fácilmente. Hasta este punto la técnica sería análoga a la de los chistes del «baño» y del «becerro de oro»; pero existe en este ejemplo otro factor muy digno de ser tomado en consideración y que perturba, por su inoportunidad, la comprensión de esta técnica. Pudiéramos decir que es éste un chiste «caracterizante», pues se esfuerza en ilustrar con un ejemplo aquella mezcla de mentirosa habilidad y pronto ingenio que caracteriza a tales judíos casamenteros. Más adelante veremos que esto es tan sólo la fachada del chiste, su aspecto exterior, y que su sentido, esto es, su intención, resulta por completo diferente. También aplazaremos por ahora el experimento de reducción^[826].

Después de estos ejemplos, complicados y difíciles de analizar, nos descansará conocer un caso puro y transparente de chiste por desplazamiento: Un sablista ‘Schnorrer’ acude a un opulento barón en demanda de auxilio pecuniario para pasar una temporada en Ostende, pues el médico le ha recomendado los baños de mar. «Está bien —le responde el barón—. Pero ¿por qué tiene usted que ir a Ostende, el más caro de los balnearios?» «Señor barón —replica el sablista—, siendo en bien de mi salud no miro el dinero». Ciertamente, es éste un acertado punto de vista, pero no precisamente para el peticionario. Su respuesta sería justa en labios de un individuo acomodado. El sablista se conduce como si fuera su propio dinero el que sacrificara en beneficio de su salud y como si salud y dinero se refirieran a la misma persona.

(7)

Volvamos ahora al instructivo ejemplo del «salmón con mayonesa». Una de sus facetas ofrecía a nuestra vista un proceso lógico que el análisis demostró estar destinado a encubrir un error intelectual, constituido en este caso por un desplazamiento del proceso mental. Este hecho nos recuerda, por contraste, otros chistes que presentan abiertamente algo desatinado: un contrasentido o una simpleza. Veamos cuál es la técnica de estos últimos.

Expondremos, desde luego, el mejor y más puro ejemplo de todo este grupo. Trátase nuevamente de un chiste sobre los judíos.

Itzig ha entrado en quintas y ha sido destinado a servir en la Artillería. Es un muchacho inteligente, pero algo indisciplinado y poco amante del servicio. Uno

de sus jefes, que le profesa cierta simpatía, le llama aparte y le aconseja: Itzig, tú no aprovechas para esta vida. *Cómprate un cañón, y hazte independiente.*

El risible consejo es un franco contrasentido. No hay cañones a la venta para todo aquel que quiera adquirirlos, y, además, uno sólo no constituye fuerza bastante para *hacerse independiente* o, como diríamos en términos comerciales, *establecerse por cuenta propia*. Sin embargo, no podemos dudar ni por un momento de que este consejo es algo más que una necesidad; es una necesidad chistosa, un excelente chiste. ¿Qué es, por tanto, lo que convierte la necesidad en chiste?

No necesitaremos reflexionar largo tiempo. De las especulaciones de diversos autores sobre esta materia, que hemos expuesto en nuestra intraducción, podemos adivinar que en tal necesidad chistosa se esconde un sentido y que este que este sentido, en lo desatinado, es lo que convierte a la necesidad en chiste. Tal sentido es fácil de hallar en nuestro ejemplo. El oficial que da a Itzig el desatinado consejo se hace el tonto únicamente para demostrar a Itzig lo estúpido de su propia conducta. Imita a Itzig, como queriendo decirle: «Ahora te voy a dar un consejo tan estúpido como tú». Se apodera de la estupidez del judío y trata de mostrársela a sus propios ojos, haciéndola servir de fundamento a una propuesta que tiene que corresponder a los deseos del mismo, pues si poseyera un cañón propio e hiciera la guerra por su propia cuenta, ¡cuánto brillarían entonces su inteligencia y su ambición! ¡Y cómo cuidaría de su cañón, teniéndolo siempre en buen estado y estudiando a fondo su mecanismo, para resistir la competencia de los demás poseedores del mismo artículo!

Interrumpiremos aquí el análisis de este ejemplo para demostrar en otro, más corto y sencillo, pero también menos agudo, el mismo sentido en el desatino.

«*No nacer nunca sería lo mejor para los mortales humanos*». «En efecto — comentan los sabios del *Fliegende Blätter*^[827]—; pero es cosa que de cada cien mil hombres apenas si sucede a uno».

El moderno comentario al viejo aforismo es un claro desatino, al que el prudente «apenas» presta un aire todavía más estúpido. Pero aparece ligado, como una limitación indiscutiblemente justa, a la primera frase, y nos hace ver que la sabia sentencia, que aceptamos con respeto, no está tampoco muy lejos del desatino. Quien no ha nacido no es un ser humano, y para él no hay nada bueno ni mejor. El desatino del chiste sirve aquí, por tanto, para descubrir y presentar otro desatino, lo mismo que en el ejemplo del cañón.

Podemos aún citar otro ejemplo de este género, que, por su contenido y por la amplia exposición de que precisa, apenas sería digno de figurar en estas páginas; pero, en cambio, tiene la ventaja de presentar con especial claridad el empleo de un desatino en el chiste para conseguir la revelación de otro semejante.

«Un individuo confía a su hija, en vísperas de un largo viaje, a uno de sus amigos, rogándole vele por su virtud durante su ausencia. Meses después torna de su viaje y halla a su hija encinta. Naturalmente, colma de reproches al amigo, el cual no acierta a comprender cómo ha podido suceder aquello. “¿Dónde dormía mi hija?”, pregunta, por último, el indignado padre. “En la alcoba de mi hijo”. “Pero ¿cómo pones a los dos en una misma alcoba, después de haberte yo encargado principalmente que velases por la virtud de mi hija?”. “Es que puse dos camas y, separándolas, un biombo”. “Bueno, ¿y si tu hijo ha dado la vuelta al biombo?”. “Sí —responde el celoso guardador, después de reflexionar un rato —; tienes razón. *Así sí ha podido ser*”».

Este chiste, poco o nada brillante, tiene para nosotros el mérito de ser fácilmente reducible. Su reducción sería la siguiente: «No tienes derecho alguno a reprocharme nada. ¿No es una *estupidez* dejar a tu hija en una casa en la que necesariamente había de estar en constante contacto con un muchacho? ¡Creerás que es muy fácil para un extraño velar en estas condiciones por la virtud de una joven!» La aparente simpleza del amigo no es aquí, por tanto, más que el reflejo de la candidez del padre. Por medio de la reducción hemos hecho desaparecer del chiste toda simpleza, y con ella el chiste mismo. Del elemento *simpleza* no hemos podido, sin embargo, prescindir, pues ha hallado otro lugar en la reducción efectuada.

Intentamos ahora reducir el chiste del cañón. El oficial quería decir: «Itzig, sé que eres un inteligente comerciante. Pero, créeme, es una *gran simpleza* no comprender que el servicio militar es algo muy diferente de la vida comercial, en la que cada uno trabaja para sí y contra los demás. En el servicio hay que subordinarse y actuar como parte de un conjunto».

La técnica de los chistes por desatino que hemos examinado hasta ahora consiste, por tanto, realmente, en la introducción de algo simple o desatinado, cuyo sentido es la revelación de otro desatino o simpleza.

¿Tendrá, entonces, siempre el empleo del desatino en la técnica del chiste esta misma significación?

He aquí otro ejemplo que resuelve la cuestión afirmativamente:

Foción^[828], calurosamente aplaudido al finalizar un discurso, se volvió hacia sus amigos y les preguntó: «¿He dicho acaso alguna tontería?»

Esta pregunta parece al principio falta de todo sentido. Pero no tardamos en comprenderla. Foción quiere decir: «¿Qué he dicho que haya podido gustar de tal manera a este estúpido pueblo? El éxito de mi discurso debiera avergonzarnos. Aquello que ha gustado a los tontos no debe de ser cosa muy cuerda».

Otros ejemplos podrán mostrarnos, a su vez que el contrasentido es empleado muchas veces en la técnica del chiste, sin que su fin sea la revelación de otro diferente desatino.

Un conocido catedrático de Universidad, que acostumbraba sazonar con numerosos chistes su poco amena disciplina, es felicitado por el nacimiento de un nuevo hijo, que llega al mundo hallándose el padre en edad harto avanzada. «Gracias, gracias —responde el felicitado—. Ya ve usted de qué maravillas es capaz la mano del hombre». Esta respuesta nos parece totalmente desprovista de sentido y fuera de lugar. Los niños suele decirse que son una divina bendición, en oposición, precisamente, a las obras de la mano del hombre. Mas no tardamos en comprender que la extraña frase tiene un sentido, y por cierto marcadamente obsceno. No es que el feliz padre se haga el tonto para revelar la simpleza de otra cosa o persona. Su respuesta, aparentemente desatinada, nos produce un efecto de sorpresa o, como dicen los investigadores que anteriormente han tratado estas materias, de desconcierto. Ya hemos visto anteriormente que dichos autores derivan todo el efecto de estos chistes de la transición de «desconcierto y esclarecimiento». Más tarde trataremos de formar un juicio sobre este punto, contentándonos por ahora con hacer resaltar que la técnica de este chiste consiste en la introducción de dicho elemento desconcertante y desatinado.

Entre esta clase de chistes ocupa un lugar especialísimo uno debido a Lichtenberg.

Se maravilla este escritor de que los gatos presenten dos agujeros en la piel, precisamente en el sitio en que tienen los ojos. Maravillarse de algo naturalísimo es, ciertamente, una simpleza. Nos recuerda este chiste una exclamación que Michelet incluye con absoluta seriedad en su libro sobre la mujer^[829], y que, si mi memoria no me engaña, es, poco más o menos, como sigue: «¡Cuán excelentemente se halla dispuesto por la Naturaleza que el niño encuentre en cuanto llega al mundo una madre pronta a encargarse de su cuidado!» La frase

de Michelet es, en realidad, una simpleza, pero la de Lichtenberg es un chiste que utiliza la simpleza para la consecución de un determinado fin, tras del cual se esconde algo. ¿El qué? No podemos aún ni siquiera indicarlo.

(8)

Hemos visto en dos grupos de ejemplos que la elaboración del chiste se sirve de desviaciones del pensamiento normal, el desplazamiento y el contrasentido, como medio técnico para elaborar la expresión chistosa. Estará, pues, justificada la esperanza de que también otros errores intelectuales puedan hallar igual empleo. Realmente, podemos exponer algunos ejemplos de este género.

Un señor entra en una pastelería y pide en el mostrador una tarta, pero la devuelve en seguida, pidiendo, en cambio, una copa de licor. Después de bebería se aleja sin pagar. El dueño de la tienda le llama la atención. «¿Qué desea usted?», pregunta el parroquiano. «Se olvida usted de pagar la copa de licor que ha tomado». «Ha sido a cambio del pastel». «Sí, pero es que el pastel tampoco lo había usted pagado». «¡Claro, como que no me lo he comido!»

También esta historia tiene su apariencia de lógica, apariencia que reconocemos como una fachada destinada a encubrir un error intelectual. Este reside en el hecho de que el astuto parroquiano establece una relación inexistente entre la devolución del pastel y su cambio por una copa de licor. La cuestión se divide realmente en dos sucesos que para el vendedor son independientes uno de otro y sólo para la intención del parroquiano se hallan en una relación de cambio. El desaprensivo sujeto ha tomado el pastel y luego lo ha devuelto, quedando al hacer así libre de toda deuda. Pero luego ha bebido una copa de licor, y ésta es la que tiene que pagar. Podemos decir que el parroquiano emplea la relación «en cambio» en un doble sentido o, mejor dicho, que constituye, por medio de un doble sentido, una relación que objetivamente no existe^[830].

Creemos llegado aquí el momento de hacer una importante confesión. Dedicamos nuestra labor a investigar en diferentes ejemplos la técnica del chiste, y debiéramos, por tanto, estar seguros de que los ejemplos por nosotros reunidos son realmente chistes. Mas sucede que en algunos casos dudamos si el ejemplo escogido merece ser considerado como tal, y además no podemos disponer de un criterio fijo para resolver nuestras vacilaciones hasta tanto que nuestra investigación nos lo proporcione. Tampoco podemos confiarnos a los usos y

costumbres del lenguaje, los cuales necesitan asimismo de una prueba que los justifique. De este modo nuestra decisión no puede apoyarse más que en cierta «sensación», que podemos interpretar suponiendo que en nuestro juicio se verifica la decisión según criterios determinados no accesibles a nuestro conocimiento. Mas esta «sensación» no puede alegarse como fundamento suficiente. Así, ante el último ejemplo citado dudamos si exponerlo como chiste, como un chiste sofisticado, o simplemente como un sofisma. No sabemos todavía en qué reside el carácter del chiste.

En cambio, el ejemplo siguiente, que descubre el error intelectual que pudiéramos llamar complementario, es innegablemente un chiste. Trátase nuevamente de una historia sobre los intermediarios matrimoniales judíos:

«El agente matrimonial defiende a la muchacha por él propuesta contra los defectos que en ella encuentra el presunto marido: “Su madre —dice éste— es estúpida y perversa.” ¿Y eso qué le importa? ¿Se va usted a casar con la madre o con la hija?» «Bueno, pero es que la hija no es joven ni bonita». «Mejor; así no hay peligro de que le engañe». «Además, no tiene dinero». «¿Y quién habla aquí de eso? Usted no quiere dinero; lo que quiere es una buena mujer». «¡Pero si es jorobada!» «¡Hombre, algún defecto había de tener!»

Trátase, pues, realmente, de una mujer vieja, fea, pobre, contrahecha y con una madre harto peligrosa como suegra, condiciones poco recomendables, ciertamente, para casarse con ella. El intermediario se las arregla para oponer a cada defecto el punto de vista desde el cual resulta el mismo perdonable, y cuando llega a hablarse de la joroba, defecto inexcusable, lo trata como si fuese el único y constituyese aquella falta que hay que disculpar en toda persona. Muéstrase de nuevo aquí aquella apariencia de lógica que caracteriza al sofisma y tiene por objeto encubrir el error intelectual. La muchacha presenta múltiples defectos: varios que pudieran disculparse y uno imperdonable. La boda es, por tanto, imposible. El agente obra como si cada uno de los inconvenientes quedase salvado por su razonamiento, mientras que, en realidad, lo que sucede es que cada uno de ellos deja un resto de descrédito que se suma al siguiente. Se empeña en ver aisladamente cada factor y se niega a reunirlos en una suma.

Análoga omisión constituye el nódulo de otro sofisma, muy celebrado, pero al que no creemos justificado calificar de chiste.

B. ha prestado a A. un caldero de cobre. Al serle devuelto advierte que presenta un gran agujero en el fondo y reclama una indemnización. A. se defiende diciendo: «Primeramente, B. no me ha prestado ningún caldero; en

segundo lugar el caldero estaba ya agujereado, y, por último, yo he devuelto a B. el caldero completamente intacto». Cada uno de estos argumentos es válido por sí solo, pero excluye a los otros dos. A. trata aisladamente algo que tiene que ser considerado en conjunto, actuando así del mismo modo que el agente matrimonial con los defectos de la novia. Podríamos decir asimismo que A. constituye una suma allí donde únicamente es posible una alternativa.

En la siguiente historieta encontramos de nuevo un sofisma:

«Nuestro conocido intermediario judío defiende a su elegida contra los reproches que, fundándose en la marcada cojera que la misma padece, le hace el presunto novio: No tiene usted razón —le dice—. Supongamos que se casa usted con una mujer que tenga todos sus miembros bien sanos y derechos. ¿Qué sale usted ganando con ello? Cualquiera día se cae, se rompe una pierna y queda coja para toda su vida. Entonces tiene usted que soportar el disgusto, la enfermedad, la cojera y, para acabarlo de arreglar, ¡la cuenta del médico! En cambio, casándose con la muchacha que le propongo se librará usted de todo eso, pues se encuentra usted ya ante un *hecho consumado*».

La apariencia de lógica es, ciertamente, en este caso harto fugitiva. Nadie prefiere una desgracia ya «consumada» a otra tan sólo posible. El error contenido en el proceso intelectual será más fácilmente demostrable en este otro ejemplo:

El gran rabino de Cracovia se halla orando con sus discípulos en la sinagoga. De pronto exhala un doloroso grito. Los fieles le rodean asustados. «En este momento —les dice— acaba de fallecer el gran rabino de Lemberg». La triste noticia cunde inmediatamente por la ciudad y todos los judíos visten luto. Mas al día siguiente se averigua que el gran rabino de Lemberg sigue bueno y sano, no habiéndole sucedido el menor accidente en el momento en que su colega de Cracovia sentía telepáticamente su muerte. Un forastero aprovecha la ocasión para burlarse de los judíos y dice a uno de ellos: «¡Vaya una plancha la de vuestro gran rabino! Ver morir a su colega de Lemberg, anunciar su visión a todo el mundo y resultar luego que todo era falso». «De todos modos —responde el judío—, no me negará usted que eso de *Kück*^[831] desde Cracovia a Lemberg no es algo maravilloso».

Muéstrase aquí abiertamente el error intelectual común a los dos ejemplos últimos. El valor de la representación imaginativa es considerado superior al de la realidad, la posibilidad se iguala casi a la verdad. La visión a distancia, desde

Cracovia a Lemberg, había sido realmente un maravilloso fenómeno telepático si sus resultados hubieran sido ciertos; pero esto último es lo de menos para el ferviente discípulo del gran rabino. Cabe siempre la posibilidad de que el rabino de Lemberg hubiese muerto en el momento en que el de Cracovia lo anunció. Pensando de este modo, desplaza el discípulo el acento psíquico, desde la condición necesaria para que la visión de su maestro fuese digna de admiración a la incondicional admiración de la misma. *In magnis rebus voluisse sal est*^[832] sería la perfecta definición de tal punto de vista. Así como en este ejemplo se desprecia la realidad en favor de la posibilidad, así supone, en el que le precede, el agente matrimonial que el novio ha de dar la máxima importancia a la posibilidad de que su mujer pueda quedarse coja a causa de un accidente, quedando de este modo relegada a último término la cuestión de que la novia sea ya coja.

A este grupo de errores intelectuales *sofísticos* se agrega otro, muy interesante, en el que el error intelectual puede calificarse de *automático*. Quizá por un capricho del azar todos los ejemplos que de esta clase expondremos a continuación pertenecen de nuevo al grupo de historietas matrimoniales judías:

«Un agente matrimonial se ha hecho acompañar, para convencer al presunto novio, de un auxiliar que robustezca y confirme sus afirmaciones. “La muchacha —empieza el primero— es alta como un pino.” “Como un pino”, repite el complaciente eco. “Y tiene unos ojos divinos”. “¡Pero qué ojos!”, comenta el auxiliar. “Además, posee una educación excelente”. “¡Excelentísima!”, pondera el eco. “Ahora le confesaré —prosigue el intermediario— que tiene un pequeño defecto. Es algo cargada de espaldas”. “¿Algo cargada de espaldas? —prorrumpe el eco, entusiasmado—; *lo que tiene es una joroba estupenda*”».

Los demás ejemplos son totalmente análogos, aunque más significativos:

«El intermediario presenta a su cliente la muchacha que le ha escogido para novia. Desagradablemente impresionado, llama el joven aparte a su acompañante y le llena de reproches: “¿Para qué me ha traído usted aquí? Es fea, vieja, bizca, desdentada y...” “Puede usted hablar alto —interrumpe el agente—; *también es sorda*”».

«El novio hace su primera visita a casa de la elegida, y mientras espera en la sala le llama el intermediario la atención sobre una vitrina llena de espléndidos objetos de plata. “Ya ve usted como es gente de dinero”, le dice. “Pero ¿no pudiera ser —pregunta el desconfiado joven— que todas estas cosas las

hubiesen pedido prestadas para hacerme creer que son ricos?” “¡Ca! —deniega el agente—. *¡Cualquiera les presta a éstos nada!»*”

En todos estos tres casos sucede lo mismo. Una persona que ha reaccionado varias veces sucesivas en la misma forma continúa haciéndolo, una vez más, en ocasión en que sus manifestaciones resultan ya inadecuadas y opuestas a su propia intención. Olvida aquí el sujeto adaptarse a las circunstancias y se deja llevar por el automatismo de la costumbre. Así, el auxiliar de la primera historieta olvida que ha venido para inclinar al joven que desea casarse en favor de la muchacha propuesta por el agente, y sabiendo que hasta entonces ha cumplido su cometido al ponderar las excelencias cantadas por el intermediario, pondera también la joroba, defecto tímidamente confesado y cuya importancia hubiera debido él aminorar. El protagonista de la segunda historieta queda tan fascinado por la indignada enumeración que su cliente le hace de los defectos y males de la propuesta novia, que olvida su papel y, contra su intención y sus intereses, completa la lista, añadiendo un achaque hasta el momento no advertido por el novio. Por último, en la tercera historieta se deja arrastrar el intermediario por su entusiasmo en convencer a su cliente del acomodo de su futura, hasta el punto de que para demostrar la verdad de una sola de sus afirmaciones aduce un argumento que necesariamente echa por tierra todos sus demás esfuerzos. En todos estos casos triunfa el automatismo sobre la adecuada variación del pensamiento y de la expresión.

Esta circunstancia, fácilmente visible, nos produce cierta confusión, pues nos hace observar que las tres historietas expuestas por nosotros como «chistosas» pueden ser, con igual derecho, calificadas de cómicas. La revelación del automatismo psíquico pertenece a la técnica de lo cómico, como todo lo que consiste en arrancar un antifaz o provocar una autodelación. Nos encontramos, por tanto, repentinamente ante el problema de la relación del chiste con la comicidad, que pensábamos eludir. Estas historietas, ¿serán sólo «cómicas» y no «chistosas» al mismo tiempo? ¿Labora en ellas la comicidad con los mismos medios que el chiste? Y nuevamente, ¿en qué consiste el carácter especial de lo chistoso?

Dejaremos, desde luego, fijado que la técnica del último grupo de chistes investigados no reside sino en la revelación de «errores intelectuales», pero nos vemos obligados a confesar que su análisis no nos ha proporcionado luz alguna. No desesperamos, sin embargo, de llegar, por medio de un más completo conocimiento de las técnicas del chiste, a un resultado que puede servirnos de

punto de partida para ulteriores descubrimientos.

(9)

Los primeros ejemplos de chiste con los que vamos a proseguir nuestra investigación no han de hacer muy difícil nuestra labor, pues su técnica nos recuerda algo ya conocido:

Un chiste de Lichtenberg:

Enero es el mes en que hacemos votos por la dicha de nuestros amigos, y los meses restantes son aquéllos en los que vemos cómo dichos votos no se cumplen.

Dado que estos chistes se caracterizan más por su sutileza que por su gran efecto, y dado que laboran con medios poco enérgicos, preferimos robustecer su impresión exponiendo varios sucesivamente.

La vida humana se divide en dos épocas. Durante la primera se desea que llegue la segunda y durante la segunda se desea que vuelva la primera.

La experiencia consiste en el experimentar aquello que no desearíamos haber experimentado.

Es inevitable ante estos ejemplos el recuerdo de aquel otro grupo, antes examinado, que se caracterizaba por el «múltiple empleo del mismo material». Especialmente el último ejemplo nos induce a preguntarnos por qué no lo incluimos en aquel grupo en lugar de presentarlo aquí formando parte de otro nuevo. La experiencia es definida en él por su propio nombre, como antes los celos (*Eifersucht*). Tampoco nosotros habríamos de poner grandes inconvenientes a dicha inclusión. Mas en los otros dos ejemplos, de un análogo carácter, opino, sin embargo, que existe un factor más significativo e importante que el múltiple empleo de las mismas palabras, mecanismo que se separa aquí de todo lo que pudiera suponer doble sentido. Quisiera, además, hacer resaltar que en estos casos descubrimos nuevas e inesperadas unidades, relaciones recíprocas de representaciones y definiciones mutuas o por referencia a un tercer elemento común. Este proceso, que denominaremos «unificación», es análogo a la condensación por comprensión de dos elementos en la misma palabra. De este modo se describen las dos mitades de la vida humana por medio de una recíproca relación entre ellas descubierta: en la primera se desea que la segunda llegue y la segunda que la primera vuelva. Dicho con mayor precisión: se trata de dos muy análogas relaciones que son escogidas para la exposición. A la

analogía de las relaciones corresponde después la analogía de las palabras, que podía recordarnos el múltiple empleo del mismo material. En el chiste de Lichtenberg quedan caracterizados enero y los meses a él opuestos por una relación modificada a un tercer elemento, constituido por las bienandanzas que se nos desean en el primer mes y luego en los restantes no se cumplen. La diferencia entre este grupo y el caracterizado por el múltiple empleo del mismo material, próximo ya al del doble sentido, es aquí muy visible^[833].

El siguiente chiste, no necesitado de explicación alguna, es un bello ejemplo de unificación.

J. J. Rousseau, poeta francés cuya especialidad fueron las odas, escribió una titulada *Oda a la posteridad*. Voltaire, opinando que el mérito de esta composición no era suficiente para pasar a las futuras generaciones, dijo chistosamente: *Esa poesía no llegará seguramente a su destino*.

Este último ejemplo nos advierte que la unificación es el fundamento esencial de aquellos chistes que demuestran lo que denominamos un «ingenio rápido». Tal rapidez consiste en la inmediata sucesión de agresión y defensa, en «volver el arma contra el atacante» o «pagarle en la misma moneda», esto es, en la constitución de una inesperada unidad entre ataque y contraataque.

Por ejemplo: «El panadero dice al tabernero, el cual tiene un dedo malo: *¿Qué te pasa? ¿Es que has mojado el dedo en tu vino? No* —contesta el tabernero—; *es que se me ha metido uno de tus panecillos debajo de una uña*».

«Serenísimo recorre sus estados. Entre la gente que acude a vitorearle, ve a un individuo que se le parece extraordinariamente. Le hace acercarse y le pregunta: *¿Recuerda usted si su madre sirvió en Palacio alguna vez? No, alteza* —responde el interrogado—; *pero sí mi padre*».

Carlos, duque de Wutemberg, pasa a caballo ante la puerta de un tintorero. *¿Podría usted teñir de azul a mi caballo blanco? Desde luego, alteza, si soporta el agua hirviendo*.

En este último y excelente ejemplo de contestación a una proposición desatinada con una condición más imposible, si cabe, actúa otro factor técnico, que no aparecería si la respuesta del tintorero hubiera sido la siguiente: *No, alteza; temo que el caballo no soporte el agua hirviendo*.

La unificación dispone aún de otro especialísimo y muy interesante medio técnico: la agregación por medio de la conjunción y. Esta agregación tiene necesariamente que significar conexión; otra cosa sería incomprensible para

nosotros. Cuando Heine, en el *Viaje por el Harz*, y hablando de la ciudad de Gotinga, declara que, *en general, se dividen los habitantes de Gotinga en estudiantes, profesores, filisteos y ganado*, comprendemos desde luego tal unión en el sentido que luego Heine subraya añadiendo: «... cuatro estados perfectamente delimitados». O cuando habla del colegio en que *tanto latín, tantas palizas y tanta geografía* tuvo que aguantar, la agregación, subrayada por la colocación de las palizas entre el latín y la geografía, nos indica el interés que en el escolar despertaban dichas dos asignaturas.

En Lipps hallamos, entre los ejemplos de «agregación chistosa» («coordinación») y como el de mayor parentesco con el chiste de Heine «estudiantes, profesores, filisteos y ganado», el siguiente dicho:

«Con un tenedor y con esfuerzo le sacó su madre de estofado», como si el esfuerzo fuera, al igual del tenedor, un instrumento manejable. Sin embargo, sentimos la impresión de que este dicho no es chistoso, aunque sí muy cómico, mientras que la agregación de Heine constituye, indudablemente, un chiste. Más tarde, cuando no necesitamos eludir el problema de la relación entre el chiste y la comicidad, volveremos quizá sobre estos ejemplos.

(10)

En el ejemplo del duque y el tintorero hemos observado que continuaría siendo un chiste por unificación, aunque el tintorero contestase: «No, alteza; temo que el caballo no resista el agua hirviendo». Pero la respuesta fue: «Desde luego, alteza, si soporta el agua hirviendo». En la sustitución del realmente adecuado «no» por un «sí» reside un nuevo medio técnico del chiste, cuyo empleo perseguiremos en otros ejemplos.

Más sencillo es un chiste, análogo al anterior, que encontramos expuesto en la obra de K. Fischer: Federico el Grande oyó hablar de un predicador de Silesia que tenía fama de hallarse en tratos con los espíritus. Deseoso de averiguar lo que de verdad había en tales rumores, hizo acudir a su presencia al predicador y le recibió con la pregunta siguiente: *¿Puede usted conjurar a los espíritus? Si, majestad; pero nunca acuden*. Claramente se ve que el medio técnico de este chiste no consiste sino en la sustitución del «no», única contestación posible, por su contrario. Para llevar a cabo esta sustitución tuvo que agregarse al «sí» un «pero», de tal manera que ambas palabras, unidas en la frase, equivalen a un

«no».

Esta «representación antinómica», nombre que queremos dar a la nueva técnica, se pone al servicio de la elaboración del chiste en muy diversas circunstancias. En los dos ejemplos que a continuación exponemos aparece casi en su completa pureza.

Heine: *Aquella mujer se parecía en muchas cosas a la Venus de Milo. Como ella, era extraordinariamente vieja, no tenía dientes y presentaba algunas manchas blancas en la amarillenta superficie de su cuerpo.*

Es ésta una representación de la fealdad por coincidencia con la máxima belleza; coincidencia que naturalmente sólo puede consistir en cualidades expresadas con doble sentido o accesorias. Esto último sucede en el ejemplo siguiente:

Lichtenberg. «El genio»:

Había reunido en sí las cualidades de los más grandes hombres: llevaba la cabeza ladeada como Alejandro, se hurgaba continuamente el cabello como César, podía beber mucho café como Leibniz, y cuando se arrellanaba en su sillón, se olvidaba de comer y beber, como Newton, y como a éste había que sacarle de su sueño; peinaba, por último, su peluca como el doctor Johnson y llevaba siempre desabrochado un botón de la pretina, como Cervantes.

De un viaje por Irlanda trajo J. v. Falke un excelente ejemplo de representación antinómica, en el cual se renuncia por completo al empleo de palabras de doble sentido. La escena sucede en una muestra de figuras de cera. El dueño acompaña a un grupo de visitantes explicándoles lo que aquellas figuras representan. «Esta figura representa al duque de Wellington en su caballo». Burlonamente interroga una joven: «¿Cuál es el duque y cuál su caballo?» «Como usted quiera, señorita —replica el guía—; ha pagado usted su entrada y tiene derecho a escoger». (*Lebenserinnerungen*, pág. 271.)

La reducción de este chiste irlandés sería como sigue: «¡Es inaudita la desvergüenza de estos saltimbanquis! ¡Atreverse a presentar al público tales mamarrachos anunciando pomposamente un museo de figuras de cera! No se sabe siquiera cuál es el caballo y cuál el jinete. (Exageración burlona.) ¡Y para ver esto le sacan a uno el dinero!» Estas indignadas reflexiones cristalizan, dramatizándose, en la pequeña historieta. En representación del público general toma la palabra una señorita, y la figura de cera queda individualmente determinada. Tiene que ser el duque de Wellington, tan extraordinariamente popular en Irlanda. La desvergüenza del dueño de la muestra que saca el dinero

al público por enseñarle cuatro mamarrachos es representada antinómicamente por una frase en la que el mismo se nos muestra como un concienzudo hombre de negocios, cuya única preocupación es respetar los derechos que el público ha adquirido al pagar su entrada. Observamos también que la técnica de este chiste no es nada sencilla. El hecho de haber hallado un medio de que el desaprensivo negociante pondere su estrecha conciencia comercial, incluye este chiste entre los de representación antinómica; pero la circunstancia de hacerle pronunciar dicha frase en una ocasión en la que se le pide cosa muy distinta de la ratificación de su formalidad comercial, dado que la crítica ya dirigida contra el parecido en las figuras, constituye un caso de desplazamiento. La técnica del chiste será, por tanto, una combinación de ambos medios.

No muy lejano a este ejemplo se halla un pequeño grupo de chistes que pudiéramos denominar *chistes de superación*. En ellos se sustituye el «sí», que aparecía en la reducción, por un «no»; pero este «no» equivale por su contenido a una enérgica confirmación. El mismo mecanismo puede también tener lugar a la inversa. La contradicción aparece sustituyendo a una confirmación superada. Así, en el epigrama de Lessing:

Dicen que la buena Galatea tiñe de negro sus cabellos, mas lo cierto es que éstos eran ya negros cuando los compró.

O la maligna defensa aparente que Lichtenberg hace de la filosofía universitaria:

«Hay más cosas en el cielo y sobre la tierra de las que supone vuestra filosofía», dijo despectivamente Hamlet. Lichtenberg sabe que este juicio condenatorio no es aún suficientemente severo, pues no emplea todo lo que contra tal filosofía se puede objetar, y añade todavía: «Pero también hay en la filosofía muchas cosas que no existen en el cielo ni en la tierra». En esta frase se acentúa algo que parece compensar la falta observada por Hamlet, pero tal compensación entraña un nuevo y mayor reproche.

Más transparentes aún, por hallarse libres de toda huella de desplazamiento, son los dos siguientes chistes, un tanto groseros, ciertamente:

«Dos judíos hablan de baños (termales) “Yo —dice uno de ellos—, *lo necesite o no, tomo un baño todos los años*”».

Claramente vemos que por la exagerada vanagloria de su limpieza queda convicto el buen judío de todo lo contrario.

«Un judío observa en la barba de otro restos de comida: “¿*A que adivino lo*

que has comido ayer?” “Dilo”. “Lentejas”. “Has perdido. Eso fue anteayer”».

El siguiente chiste por superación, fácilmente reducible a una representación antinómica, es un excelente ejemplo de este grupo:

El rey se digna visitar una clínica quirúrgica y halla al médico director amputando una pierna a un enfermo. Su majestad sigue con interés la marcha de la operación, y expresa, en diferentes momentos, su admiración por la maestría del cirujano: «¡Bravo, bravo, querido doctor!» Terminada su labor se acerca el médico al monarca, e inclinándose profundamente ante él, le pregunta: «¿Desea vuestra majestad que ampute la otra pierna?»

Mientras el rey expresaba su aprobación tan entusiásticamente, los pensamientos del médico hubieran podido expresarse seguramente en la siguiente forma: «Se diría que estoy amputándole la pierna a este infeliz por encargo expreso del rey y para proporcionarle un interesante espectáculo. Afortunadamente para mi conciencia, son muy distintas las razones que tengo para dejar cojo a este pobre diablo». Pero terminada su labor, va hacia el rey y le dice: «La voluntad de vuestra majestad es suficiente para que yo opere a cualquiera, y la aprobación que se ha dignado manifestar me ha honrado tanto, que estoy dispuesto, si así lo desea, a amputar al enfermo la pierna sana que le queda». De este modo consigue el médico hacerse comprender indirectamente, expresando todo lo contrario de lo que piensa y tiene que guardar para sí.

La representación antinómica es, como vemos en estos ejemplos, un medio muy frecuentemente empleado y de poderoso efecto de la técnica del chiste. Pero no debemos perder de vista otra circunstancia importantísima, y es que tal técnica no es privativa únicamente del chiste. Cuando Marco Antonio, después de haber conseguido con su discurso hacer variar totalmente la opinión del pueblo sobre la muerte de César, exclama de nuevo: «Pero Bruto es un hombre *honrado*», sabe ya que el pueblo le gritará el verdadero sentido de sus palabras: «*Son traidores* esos hombres honrados».

Asimismo, cuando en el *Simplicissimus*^[834] se publica una colección de inauditos cinismos y brutalidades bajo el epígrafe de «La bondad humana», se trata también de una exposición antinómica. Mas esto se denomina «ironía» y no «chiste». La técnica de la ironía es precisamente la representación antinómica. Oímos, además, hablar del «chiste irónico». No puede dudarse ya de que la técnica sola no basta para caracterizar al chiste. Tiene que agregarse a ella algo más que hasta ahora no hemos hallado. Mas, por otra parte, hemos demostrado,

de un modo incontrovertible, que destejendo la labor de la técnica queda destruido el chiste. De todos modos nos es muy difícil imaginar unidos los dos puntos fijos que hemos conquistado para el esclarecimiento del chiste.

(11)

El hecho de que la representación antinómica pertenezca a los medios técnicos del chiste despierta en nosotros la esperanza de que éste pueda hacer uso asimismo de un medio inverso; esto es, de la representación por lo análogo o próximo. Continuando nuestra investigación hallamos, en efecto, que esta última técnica corresponde a un nuevo grupo de chistes intelectuales, especialmente amplio. Describiremos la peculiaridad de esta técnica con bastante mayor precisión, dominándola, en lugar de *representación por lo análogo*, *representación por lo homogéneo o conexo*. Iniciemos, desde luego, nuestro examen de esta técnica por el último de los caracteres citados y aclaremos la cuestión con un ejemplo:

Es una anécdota americana: Dos hombres de negocios nada escrupulosos han logrado, merced a osadas especulaciones, reunir una considerable fortuna y se esfuerzan ahora en conseguir su admisión en la buena sociedad. Uno de los medios que para ello ponen en práctica es encargar sus retratos al pintor más distinguido y caro de la ciudad, artista cuyas obras son siempre esperadas con gran interés por todo el pequeño mundo aristocrático. Terminados los retratos, los colocan en un salón lado a lado, e invitan a sus conocidos a una gran velada. Entre los invitados figura el crítico de arte más leído e influyente de la ciudad, el cual es acaparado desde su entrada en la casa por los dos retratados y conducido en el acto al salón en que sus efigies se hallan expuestas. Los avispados negociantes esperan de él un juicio admirativo que poder luego hacer cundir por toda la ciudad. Pero, en lugar de esto, el crítico permanece un buen rato silencioso ante los cuadros, busca con la vista algo que parece echar de menos, y luego, indicando el espacio vacío que entre los retratos queda, pregunta: *And where is the Saviour?* («Y el Redentor, ¿dónde está?» o «Echo de menos la imagen del Redentor».)

El sentido de esta frase se nos muestra en el acto. Trátase una vez más de la exteriorización de algo que no puede ser expresado directamente. Mas ¿cómo se forma tal «representación indirecta»? A través de una serie de asociaciones y

conclusiones de fácil constitución podemos recorrer en sentido inverso el camino de su formación, partiendo del chiste mismo.

La pregunta «Y el Redentor (o la imagen del Redentor), ¿dónde está?» nos deja adivinar que el crítico recuerda, ante los dos retratos, la composición pictórica, generalmente conocida, en la que aparece la figura de Cristo crucificado entre los dos ladrones. La analogía es facilitada por las dos imágenes presentes, que en el chiste son transportadas a derecha e izquierda del Salvador, y no puede consistir más que en el hecho de que las dos figuras que adornan el muro del salón sean también las de dos ladrones. Lo que el crítico quería y no podía decir era: «Sois un par de bribones. ¿Qué me importan a mí vuestros retratos?» Este pensamiento es el que por fin ha exteriorizado, después de hacerlo pasar por algunas asociaciones y conclusiones, y en una forma que calificamos de *alusión*.

Recordemos ahora que ya anteriormente tropezamos con esta forma alusiva al ocuparnos del doble sentido. Cuando de las dos significaciones que encuentran su expresión en la misma palabra se halla la primera como la más usual y corriente tan en primer término que tiene que acudir antes que ninguna a nuestra imaginación, mientras que la segunda, como más lejana, queda retrasada, calificamos el caso de doble sentido con alusión. En toda la serie de los ejemplos examinados hasta ahora observamos una técnica hartamente complicada y descubrimos la alusión como el factor ocasionante de tal complicación. (Véanse los chistes: «Ha ganado mucho y dado poco», etc., y «De qué maravillas es capaz la mano del hombre».)

En la anécdota americana encontramos la alusión libre de todo doble sentido, y su carácter esencial se nos muestra como una sustitución por algo que se halla ligado a nuestros pensamientos sobre la materia. Fácilmente se adivina que tal conexión utilizable puede ser de muy diversos géneros. Para no perdernos en dicha variedad no examinaremos sino las variaciones más importantes, y éstas en escasos ejemplos:

La conexión utilizada para la sustitución puede ser una simple similitud, de manera que este grupo será análogo a aquel que en los chistes verbales comprende al retruécano. Mas, a diferencia de éste, no se trata aquí de la similitud de dos palabras, sino de la de dos frases enteras o de series características de palabras, etc.

Ejemplo: Lichtenberg ha hecho popular la frase «Baños nuevos curan bien», que nos recuerda en el acto al refrán *Escobas nuevas barren bien*, con el que

tiene de común varias palabras, a más de la estructura general. Seguramente surgió esta frase en el cerebro del divertido pensador como una imitación del conocido proverbio. Es, pues, una alusión al mismo. Por medio de esta alusión se nos indica algo que no es expresado directamente; esto es, que en el efecto de los baños medicinales interviene un factor totalmente distinto de las cualidades constantes del agua termal.

De técnica muy semejante es otro chiste del mismo autor: «Una muchacha que apenas ha cumplido doce *modas*». Esto suena como una determinación de tiempo (*Moden*-modas, *Monden*-lunas-meses), y fue quizá, en un principio, una simple errata. Pero posee desde luego un excelente sentido el emplear la cambiante moda en lugar de la cambiante luna, para fijar la edad de una mujer.

La conexión subsiste, por tanto, aunque tenga lugar una *pequeña modificación*, circunstancia que nos muestra cómo esta técnica corre paralela a la técnica verbal. Ambos géneros de chistes provocan igual efecto, pero pueden diferenciarse muy bien por los procesos que se verifican en su respectiva elaboración.

Un ejemplo de tal chiste verbal o retruécano: un cantante, Edmundo de nombre, y tan famoso por su gordura como por su voz, tuvo que sufrir que se empleara el título de una obra teatral, inspirada en una conocidísima novela de Julio Verne, como alusión a su poco elegante físico. La frase *El viaje alrededor de Edmundo en ochenta días* se hizo pronto popular. Otro ejemplo: *Cada toesa una reina*, modificación de las famosas palabras shakesperianas: *Cada pulgada un rey*, y alusión a ellas fue frase que se aplicó una noble dama de estatura desmesurada. Ninguna objeción sería podría tampoco hacerse al que quisiera incluir este chiste entre aquellos que son productos de la condensación con modificación como formaciones sustitutivas (ejemplo: tête-à-bête).

Las partículas negativas hacen posible excelentes alusiones con pequeñísimas modificaciones: «Spinoza, mi compañero de *irreligión*», dice Heine, y Lichtenberg comienza con la frase: «Nosotros, por la *desgracia* de Dios, jornaleros, siervos, negros», etc., un manifiesto de estos infelices que ciertamente tienen más derecho a tal título que los reyes y príncipes al no modificado.

Otra frase de la alusión es la *omisión*, comparable a la condensación sin formación de sustitutivo. Realmente se omite algo en toda alusión, pues se omiten las rutas mentales que hasta ella conducen. La diferencia consiste en que lo más patente sea la solución de continuidad o el sustitutivo que en la expresión

verbal de la alusión oculta a aquélla parcialmente. De este modo llegaríamos a través de una serie de ejemplos, desde la simple omisión hasta la alusión propiamente dicha.

En el siguiente ejemplo hallamos una alusión sin sustitutivo. En Viena reside un ingenioso y agresivo escritor que repetidas veces ha sido maltratado de obra por aquéllos a quienes su pluma satirizaba. Hablándose, en una reunión, de una fechoría cometida por uno de los habituales adversarios del escritor, exclamó un tercero: «*Si X oye esto, recibirá otra bofetada más*». A la técnica de este chiste pertenece en primer lugar el desconcierto ante el aparente contrasentido expresado, pues no comprendemos cómo el haber oído algo puede tener, como inmediata consecuencia, el recibir una bofetada. El contrasentido desaparece en cuanto se llena el vacío dejado por la omisión: «*Si X oye esto, escribirá un tremendo artículo contra Z, y entonces recibirá otra bofetada más*». Así, pues, los medios técnicos de este chiste son la alusión con omisión y el contrasentido.

Otro chiste judío: Dos judíos se encuentran delante de una casa de baños. «*¡Ay! —suspira uno de ellos—. ¡Qué pronto ha pasado el año!*»

Estos ejemplos demuestran, sin dejar lugar a duda alguna, que la omisión pertenece a los medios de la alusión.

En otro ejemplo, que exponemos a continuación y que es, desde luego, un auténtico y legítimo chiste alusivo, hallamos, sin embargo, una extraña solución de continuidad. Trátase de la siguiente singularísima sentencia:

La esposa es como un paraguas. Siempre se acaba por tomar un ‘simón’.

Un paraguas no protege contra la lluvia. El «siempre se acaba» no puede significar más que «cuando la lluvia aprieta», y un «simón» es el nombre corriente de los coches de alquiler (de uso público). Mas como nos hallamos aquí ante una comparación, vamos a dejar el análisis de este chiste para cuando más adelante tratemos de ellas.

La obra *Los baños de Lucca*, de Heine, es un avispero de punzantes alusiones. Su autor es maestro en el arte de utilizar esta forma del chiste para fines polémicos (contra el Conde de Platen). Mucho antes que el lector pueda sospechar la finalidad polémica, comienza Heine a preludiar, por medio de alusiones sacadas del más variado material, cierto tema muy poco apropiado para la exposición directa. Más adelante, los sucesos relatados por el autor toman un giro que al principio no parece obedecer más que a un grosero capricho de Heine; pero que pronto descubren su relación simbólica con la intención polémica y se revelan, por tanto, como alusiones. Por último, se desencadena el

ataque contra el Conde de Platen y de cada frase que Heine dirige contra el talento y el carácter de su adversario, surgen inagotables alusiones al conocido tema de la homosexualidad del mismo.

«Aunque las musas no le son propicias, tiene en su poder al genio del idioma, o mejor dicho, sabe hacerle fuerza, pues no goza del espontáneo amor de este genio, sino que tiene que correr tras él como tras otros efebos y no sabe sino apoderarse de sus formas exteriores, que, a pesar de su bella redondez, carecen de nobleza en su expresión».

«Le sucede entonces como al avestruz, que se cree oculto enterrando su cabeza en la arena y dejando sólo visible la rabadilla. Nuestro noble pájaro hubiera obrado mejor enterrando su rabadilla en la arena y enseñándonos tan sólo su cabeza».

La alusión es quizá el más corriente y manejable de todos los medios del chiste y constituye el fundamento de la mayoría de los chistes de corta vida que acostumbramos introducir en nuestra conversación, los cuales no pueden subsistir por sí mismos ni soportan ser desarraigados del terreno en que nacen. Pero precisamente en ellos observamos de nuevo aquella relación que comenzó a confundirnos en nuestra valoración del chiste. Tampoco la alusión es chistosa en sí; existen alusiones de correcta elaboración que no pueden pretender tal carácter. Sólo la alusión «chistosa» lo posee. Vemos, pues, que la característica del chiste, que hemos perseguido hasta las profundidades de la técnica, ha escapado a nuestros reiterados esfuerzos.

Calificamos ocasionalmente la alusión de «representación indirecta», y observamos ahora que podemos muy bien reunir en un solo grupo los diversos géneros de alusión, la representación antinómica y varias otras técnicas de que más adelante trataremos. La calificación más comprensiva para este considerable grupo sería la de *representación indirecta*. Errores intelectuales, unificación y representación indirecta serán, por tanto, los puntos de vista desde los cuales se dejan ordenar aquellas técnicas del chiste intelectual que hasta ahora hemos llegado a conocer.

Continuando la investigación de nuestro material, creemos describir una nueva subdivisión de la representación indirecta, fácilmente caracterizable, pero de la que sólo poseemos escasos ejemplos. Es éste el de la representación *por una minucia*, técnica que resuelve el problema de lograr por medio de un insignificante detalle la total expresión de un carácter. La agregación de este grupo a la alusión queda facilitada por la circunstancia de que tal minucia se

halla en conexión con lo que de representar se trata, derivándose de ello como una consecuencia.

Ejemplo. Un judío de la Galitzia austriaca hace un viaje en ferrocarril. Hallándose sólo en el vagón, se retrepa cómodamente en el respaldo, pone los pies en el asiento frontero y se desabrocha la túnica. En una parada sube al departamento un caballero vestido a la moderna, y el judío toma instantáneamente una posición más correcta. El recién llegado hojea un librito, calcula, reflexiona y se dirige, por último, al judío con la pregunta: «Perdone usted. ¿Cuándo es Yomkipur? (día de reconciliación)». *Aesoi*, responde el judío, y vuelve en el acto a recobrar su primitiva y cómoda postura.

No puede negarse que esta representación por una minucia se halla ligada a aquella tendencia al ahorro que tras la investigación de la técnica del chiste verbal fijamos como el elemento común a todas las técnicas.

Otro ejemplo análogo. El médico llamado para asistir a la señora baronesa, próxima a dar a luz, propone al barón que, mientras llega el momento de intervenir, entretengan el tiempo jugando un *écarté* en una habitación contigua. Al cabo de algún tiempo, oyen quejarse a la paciente: *Ah, mon Dieu, que je souffre!* El marido se levanta; pero el médico le tranquiliza, diciendo: «No es nada; sigamos jugando». Pasa un rato y vuelve a oírse: «¡Dios mío, qué dolores!» «¿No quiere usted pasar ya a la alcoba, doctor?», interroga el barón. «No, no; todavía es pronto». Por último se oyen unos gritos ininteligibles: «¡Ay, aaay, aayy!» El médico tira las cartas y exclama: «Ahora es el momento».

Este chiste nos muestra excelentemente, con la modificación gradual de los quejidos de la distinguida parturienta, cómo el dolor deja abrirse paso a la naturaleza primitiva a través de las diferentes capas de la educación y cómo una importante decisión puede hacerse depender con plena justificación de una manifestación aparentemente nimia.

(12)

De otro distinto género de representación indirecta de que el chiste se sirve —la metáfora— no hemos querido tratar hasta ahora por tropezar su investigación con nuevas dificultades, a más de aquellas otras que ya en anteriores ocasiones nos han salido al paso. Ya convinimos antes en que, en muchos de los ejemplos sometidos al análisis, no lográbamos desterrar cierta

vacilación al considerarlos como chistes, y hemos reconocido, en esta inseguridad, una alarmante debilidad de los fundamentos de nuestra investigación. Con ningún otro material se hace más marcada y frecuente ésta nuestra inseguridad como al analizar los chistes por comparación. La sensación que me hace decir —y no sólo a mí, sino, en iguales circunstancias, a un gran número de personas—: «Esto es un chiste y hay que considerarlo como tal aun antes de haber descubierto el carácter esencial del chiste»; esta sensación me abandona con mayor frecuencia que en ningún otro caso en los chistes por comparación. Cuando sin reflexionar he calificado de chiste una metáfora, creo observar instantes después que el placer que me ha proporcionado es de diferente cualidad que aquel que suelo deber a los chistes, y la circunstancia de que las metáforas chistosas sólo rara vez provocan la explosión de risa que confirma a un buen chiste, me hace imposible salir de mis dudas, obligándome a limitarme a los mejores y más eficaces ejemplos de este género.

La existencia de excelentes y eficaces ejemplos de metáforas que no nos hacen en absoluto la impresión de chistes es fácilmente demostrable. La bella comparación de la ternura que corre a través del *Diario de Otilia*, con el rojo hilo de los cordajes de la Marina inglesa, es una de ellas; otra, que aún no me he cansado de admirar y que siempre me produce una impresión igualmente viva, es aquélla con la que Fernando Lasalle cierra una de sus famosas defensas (*La Ciencia y los trabajadores*): «Un hombre que, como ya antes os he expuesto, ha consagrado su vida al lema “La Ciencia y los trabajadores”, no sentirá ante una condena más impresión que aquella que la explosión de una retorta pudiera causar a un químico absorto en sus experimentos científicos. Con un ligero fruncimiento de cejas ante la resistencia de la materia continuará el investigador serenamente —una vez terminada la interrupción— sus análisis y experimentos».

Las obras de Lichtenberg nos ofrecen un rico y selecto acervo de chistosas metáforas. De ellas tomaré el material necesario a nuestra investigación.

Es casi imposible atravesar una muchedumbre llevando en la mano la antorcha de la verdad sin chamuscar a alguien las barbas.

Realmente presenta esta frase apariencias de chiste; pero considerándola detenidamente se echa de ver que el efecto chistoso no parte de la comparación misma, sino de una cualidad accesoria. La «antorcha de la verdad» no es ciertamente una metáfora nueva, sino por lo contrario, muy usada, y convertida ha largo tiempo en frase hecha, como sucede con toda comparación que por su

acierto es recogida por el uso verbal. Mientras que en la expresión «la antorcha de la verdad» apenas si observamos ya la comparación, Lichtenberg vuelve a darle toda su energía primitiva edificando de nuevo sobre la metáfora y sacando de ella expresiones, que han perdido su fuerza significativa, nos es ya conocida como técnica del chiste y la incluimos en el múltiple empleo del mismo material. Pudiera muy bien suceder que la impresión chistosa producida por la frase de Lichtenberg procediese exclusivamente de esta conexión con la técnica del chiste.

Por un motivo del chiste, pero igualmente explicable, parece chistosa la comparación siguiente:

«*Las críticas me parecen una especie de enfermedad infantil que ataca con mayor o menor virulencia a los libros recién nacidos, acarreando a veces la muerte a los más saludables, mientras que los débiles suelen salir indemnes. Algunos, muy pocos, se libran de ella. Se ha intentado con frecuencia protegerlos por medio de amuletos, tales como prólogos, dedicatorias y hasta autocríticas, pero todo ha sido en vano*».

La comparación de las críticas con las enfermedades infantiles se limita al principio a la circunstancia de atacar al libro o al sujeto, respectivamente, como después de haber visto la luz. Hasta este punto no nos decidimos a atribuirle un carácter chistoso. Pero la comparación continúa: Resulta que el subsiguiente destino de los nuevos libros puede ser representado, dentro de la misma comparación, por medio de otras nuevas en ella fundadas. Esta prolongación de una comparación es indudablemente chistosa, pero ya sabemos a merced de qué técnica nos aparece como tal; se trata de un caso de unificación, o sea de constitución de una conexión inesperada. El carácter de la unificación no varía, en cambio, por consistir ésta aquí en la agregación a una primera metáfora.

En varias otras comparaciones nos vemos inclinados a desplazar la innegable impresión chistosa sobre un factor totalmente extraño a la naturaleza de las mismas. Tales comparaciones contienen una singular yuxtaposición y a veces un enlace de absurda apariencia, o se sustituyen, por medio de uno de estos elementos, al resultado de la labor comparativa. La mayoría de los ejemplos de Lichtenberg pertenecen a este grupo.

Todo hombre tiene también su trasero moral, que no enseña sin necesidad, y que cubre, mientras puede, con los calzones de la buena educación.

El «trasero moral» es la singular asociación que aparece como resultado de la labor comparativa. Mas a ella se agrega una continuación de la metáfora con un

juego de palabras («necesidad») y una segunda unión todavía más extraordinaria («los calzones de la buena educación»), que quizá es chistosa por sí misma. No puede entonces maravillarnos recibir de la totalidad la impresión de una muy chistosa comparación, y comenzamos a darnos cuenta de que tendemos generalmente a extender, en nuestra valoración a una totalidad, el carácter que sólo corresponde a una parte de la misma. Los «calzones de la buena educación» nos recuerdan un verso de Heine, análogamente desconcertante:

«Hasta que, por fin, me estallaron todos los botones —del pantalón de la paciencia».

Es innegable que estos dos últimos ejemplos entrañan un carácter que no encontramos en todas las buenas y acertadas comparaciones. Son metáforas «degradantes», pues presentan un objeto de elevada categoría, una abstracción (la buena educación, la paciencia), unido a otro de naturaleza muy concreta y hasta de un bajo género (los calzones). Más adelante examinaremos la cuestión de si esta singularidad tiene o no algo que ver con el chiste. Intentemos, por ahora, analizar otro ejemplo en el que aparece con especial claridad este carácter «degradante». El hortera Weinberl, personaje de una comedia burlesca de Nestroy, describe cómo recordará, cuando llegue a ser un acaudalado comerciante, los tiempos juveniles, y dice: «Cuando así, en una íntima conversación *se barre la nieve que obstruye la entrada del almacén de los recuerdos, se abren de nuevo los cierres del pretérito y se colma el mostrador de la fantasía con las mercancías de tiempos pasados...*» Son éstas, ciertamente, comparaciones de abstracciones con objetos concretos muy vulgares; pero el chiste se halla —exclusiva o parcialmente— en la circunstancia de ser un hortera el que se sirve de tales comparaciones tomadas de los dominios de su cotidiana actividad. El hecho de poner en relación lo abstracto con lo vulgar, que le rodea de continuo, es un acto de *unificación*.

Volvamos a las metáforas de Lichtenberg:

Los motivos que para obrar tenemos los hombres podían ordenarse del mismo modo que los 32 vientos (temas de un compás) y recibir una denominación análogamente compuesta; por ejemplo: pan-pan-fama o fama-fama-pan.

Como muy frecuentemente en los chistes de Lichtenberg, es aquí la impresión de acierto, ingenio y sutileza tan predominante, que nuestro juicio sobre el carácter de lo chistoso es inducido en error. Cuando en tal aforismo se mezcla algo de chiste al excelente sentido total, somos siempre inducidos a

considerar la totalidad como un excelente chiste. Mas, a mi juicio, todo lo que en este ejemplo es chistoso surge de la extrañeza que nos produce la singular combinación «pan-pan-fama». Lo que en él hay de chiste es, por tanto, una representación por contrasentido. La reunión singular o la asociación absurda pueden ser expuestas también aisladamente como resultado de una comparación.

Si hasta ahora hemos hallado que siempre que una comparación nos parecía chistosa debía el producir esta impresión a una intromisión de alguna de las técnicas del chiste que ya conocemos, otros ejemplos parecen confirmar que una comparación puede también ser chistosa por sí misma.

Lichtenberg caracteriza determinadas odas con las siguientes palabras:

«Son en la poesía lo que en la prosa las inmortales obras de Jakob Böhme: *una especie de picnic en el que el autor pone las palabras y el lector el sentido*».

Cuando filosofa vierte generalmente sobre los objetos una agradable luz de luna que nos complace, pero que resulta insuficiente para hacernos distinguir con precisión uno sólo de ellos.

Heine: *Su rostro semejava un palimpsesto, en el que, bajo la más reciente escritura de la copia monacal de un texto debido a un Padre de la Iglesia, aparecieran los medio borrados versos de un erótico poeta griego.*

O la continuada comparación, de tendencia marcadamente degradante, incluida en *Los baños de Lucca*:

«El *sacerdote católico* obra como un dependiente de una *gran casa comercial*: la Iglesia, cuyo principal es el Papa, y que le señala una actividad determinada y un salario fijo. De este modo, trabaja indolentemente, como quien no lo hace por cuenta propia, tiene muchos colegas y permanece fácilmente inobservado en medio del gran tráfico comercial. Sólo le interesa el crédito de la casa y su conservación, para evitar que la bancarrota le prive de sus medios de subsistir. El *cura protestante*, en cambio, es en todas partes su propio jefe y lleva por su cuenta los negocios peligrosos. No comerciar al por mayor, como su colega católico, sino solamente *al por menor*, y como tiene que atender personalmente a todo, es activo y vigilante, pondera a la gente sus *artículos de fe* y desprecia los de sus competidores. Como buen comerciante al por menor, se halla siempre en su tenducho, lleno de envidia contra todas las grandes casas comerciales y especialmente contra la romana, que tiene a sueldo muchos millares de tenedores de libros y ha establecido factoría en las restantes partes del mundo».

Ante este ejemplo, como antes otros muchos, no podemos negar que una

comparación puede ser chistosa por sí misma y sin que haya necesidad de achacar la impresión que produce a una complicación con una de las técnicas del chiste que nos son conocidas. Mas nos escapa entonces por completo qué es lo que determina el carácter chistoso de la comparación, dado que éste no reside, desde luego, en la forma de expresión del pensamiento ni en la operación de comparar. No podemos, por tanto, hacer otra cosa que incluir la comparación entre los géneros de «exposición indirecta» de los que se sirve la técnica del chiste, y tenemos que abandonar, sin resolverlo, este problema, que al tratar de la comparación se ha alzado ante nosotros mucho más claramente que cuando examinamos los restantes medios del chiste. A razones especiales debe también de obedecer el hecho de que la decisión sobre si algo es o no un chiste nos haya presentado en la comparación mayor dificultad que en anteriores formas expresivas.

Sin embargo, esta solución de continuidad en nuestra comprensión del chiste no es lo que pudiera hacernos lamentar que esta primera parte de nuestra investigación no haya tenido resultado. Dada la íntima conexión que teníamos que estar preparados a atribuir a las diversas cualidades del chiste, hubiera sido imprudente abrigar la esperanza de poder aclarar una faceta de la cuestión antes de haber dirigido nuestra mirada sobre las demás. Tendremos, pues, que atacar el problema por otro frente.

¿Estamos seguros de que ninguna de las posibles técnicas del chiste ha escapado a nuestra investigación? Desde luego, no; pero continuando el examen de nuevo material, podemos convencernos de que hemos llegado a conocer los más frecuentes y esenciales medios de la elaboración del chiste y, por lo menos, los suficientes para formarnos un juicio sobre la naturaleza de este proceso psíquico. Y aunque no lo hayamos formado aún, hemos descubierto, en cambio, valiosas indicaciones acerca de la dirección en que debemos buscar más amplio esclarecimiento. Los interesantes procesos de la condensación con formación de sustitutos, que se nos han revelado como el nódulo de la técnica del chiste verbal, nos orientaron hacia la formación de los sueños, en cuyos mecanismos han sido descubiertos los mismos procesos psíquicos. Igual orientación nos marcan también las técnicas del chiste intelectual: desplazamiento, errores intelectuales, contrasentido, representación indirecta y representación antinómica, que, juntas o separadas, retornan en la técnica de la elaboración de los sueños.

Al desplazamiento deben los sueños su extraña apariencia que nos impide ver en ellos la continuación de nuestros pensamientos diurnos. El empleo que en el sueño encuentran el contrasentido y el absurdo ha hecho perder a aquél la dignidad del producto psíquico e inducido a los investigadores a aceptar, como condiciones del mismo, el relajamiento de las actividades anímicas y la suspensión de la crítica, la moral y la lógica. La representación antinómica es en el sueño tan corriente, que hasta los mismos libritos populares, tan erróneos, sobre la interpretación de los sueños suelen contar con ella.

La representación indirecta, la sustitución de la idea del sueño por una alusión, una nimiedad o un simbolismo análogo a la comparación es precisamente aquello que diferencia la forma expresiva de los sueños de la de nuestra ideación despierta. Tan amplia coincidencia como la que existe entre los medios de la elaboración del chiste y los de la del sueño no creemos pueda ser casual. Demostrar detalladamente esta coincidencia e investigar sus fundamentos será uno de los objetos de nuestra futura labor.

3.— Las intenciones del chiste

(1)

CUANDO al final del capítulo precedente copiaba yo las frases en que Heine compara al sacerdote católico con el dependiente de una gran casa comercial y al protestante con un tendero al por menor establecido por su cuenta, me sentía un tanto cohibido, como si algo me aconsejara no citar *in extenso* tal comparación, advirtiéndome que entre mis lectores habría seguramente algunos para los que el máximo respeto debido a la religión se extiende a aquellos que la administran y representan. Estos lectores, indignados ante los atrevimientos de Heine, perderían todo interés en seguir investigando con nosotros si la comparación era chistosa en sí o únicamente merced a ciertos elementos accesorios. En otras comparaciones, tales como aquella que atribuye a determinada filosofía la vaguedad de la luz lunar, no teníamos que temer perjudicara a nuestra labor tal influjo perturbador ejercido por el mismo ejemplo analizado sobre una parte de nuestros lectores. El más piadoso de ellos no encontraría en estos casos nada que perturbase su capacidad de juicio sobre el

problema por nosotros planteado.

Fácilmente se adivina cuál es el carácter de chiste, del que depende la diversidad de la reacción que el mismo despierta en el que lo oye. El chiste tiene unas veces en sí mismo su fin y no se halla al servicio de intención determinada alguna; otras, en cambio, se pone al servicio de tal intención, convirtiéndose *en tendencioso*. Sólo aquellos chistes que poseen una tendencia corren peligro de tropezar con personas para las que sea desagradable escucharlos.

El chiste no tendencioso ha sido calificado por T. Vischer de chiste *abstracto*. Nosotros preferimos denominarlo chiste *inocente*.

Dado que antes hemos dividido el chiste, atendiendo al material objeto de la técnica, en verbal e intelectual, deberemos ahora investigar la relación existente entre esta clasificación y la que acabamos de verificar. Lo primero que observamos es que dicha relación entre chiste verbal e intelectual, de un lado, y chiste abstracto y tendencioso, del otro, no es, desde luego, una relación de influencias. Trátase de dos divisiones totalmente independientes una de otra.

Quizá algún lector se haya formado la idea de que los chistes inocentes son generalmente verbales, mientras que la complicada técnica de los chistes intelectuales es puesta casi siempre al servicio de marcadas tendencias; pero lo cierto es que, así como existen chistes inocentes que utilizan el juego de palabras y la similitud, hay otros, no menos abstractos e inofensivos, que se sirven de todos los medios del chiste intelectual. Con análoga facilidad cabe demostrar que el chiste tendencioso puede muy bien ser, por lo que a su técnica respecta, puramente verbal. Así, aquellos chistes que «juegan» con los nombres propios suelen ser frecuentemente de naturaleza ofensiva, siendo, sin embargo, exclusivamente verbales. Esto no impide tampoco que los chistes más inocentes pertenezcan también a este género.

Así, por ejemplo, las *Schüttelreime* (rimas forzadas), que tan populares se han puesto recientemente y en las que la técnica es el uso múltiple del mismo material con una modificación muy peculiar al mismo:

*Und weil er Geld in Menge hatte,
lag stets er in der Hängematte*^[835].

Se esperaba que nadie objetaría que la diversión obtenida de estas rimas, poco pretenciosas por lo demás, es la misma por la que reconocemos a los chistes.

Entre las metáforas de Lichtenberg se encuentran excelentes ejemplos de chistes intelectuales abstractos o inocentes. A los ya expuestos en páginas anteriores añadiremos, por ahora, los siguientes:

Habían enviado a Gotinga un tomito en octavo menor y recibían ahora, en cuerpo y alma, un robusto in quarto.

Para dar a este edificio la solidez necesaria debemos proveerle de buenos cimientos, y los más firmes, a mi juicio, serán aquéllos en los que una hilada en pro alterne con otra en contra.

Uno crea la idea, el otro la bautiza, un tercero tiene hijos con ella, un cuarto la asiste en su agonía y el último la entierra. (Comparación con unificación.)

No sólo no creía en los fantasmas, sino que ni siquiera se asustaba de ellos. El chiste reside aquí exclusivamente en el contrasentido de la exposición. Renunciando a este ropaje chistoso, la idea sería: «Es más fácil desechar teóricamente el miedo a los fantasmas que dominarlo cuando se nos aparece alguno». Falta ya aquí todo carácter de chiste, y lo que resta es un hecho psicológico al que en general se concede menos importancia de la que posee; el mismo que Lessing expone en su conocida frase: «No son libres todos aquellos que se burlan de sus cadenas».

Antes de seguir adelante quiero salir al paso de una mala inteligencia posible. Los calificativos «inocente» o «abstracto», aplicados al chiste, no significan nada equivalente a «falta de contenido», sino que se limitan a caracterizar a un género determinado de chistes, oponiéndolos a los «tendenciosos», de que a continuación trataremos.

Como en el último ejemplo hemos visto, un chiste «inocente», esto es, desprovisto de toda tendenciosidad, puede poseer un rico contenido y exponer algo muy valioso. El contenido de un chiste, por completo independiente del chiste mismo, es el contenido del pensamiento, que en estos casos es expresado, merced a una disposición especial, de una manera chistosa. Ciertamente es, sin embargo, que así como los relojes escogen una preciosa caja para encerrar en ella su más excelente maquinaria, así también suele suceder en el chiste: que los mejores productos de la elaboración del mismo sean utilizados para revestir los pensamientos de más valioso contenido.

Examinando penetrantemente en los chistes intelectuales la dualidad de contenido ideológico y revestimiento chistoso, llegamos a descubrir algo que puede aclarar muchas de las dudas con que hemos tropezado en nuestra investigación. Resulta, para nuestra sorpresa, que la complacencia que un chiste

nos produce nos la inspira la impresión conjunta de contenido y rendimiento chistoso, dándose el caso de que uno cualquiera de estos dos factores puede hacernos errar en la valoración del otro hasta que, reduciendo el chiste, nos damos cuenta del engaño sufrido.

Análogamente sucede en el chiste verbal. Cuando oímos que «la experiencia consiste en experimentar lo que no desearíamos haber experimentado» quedamos un tanto desconcertados y creemos escuchar una nueva verdad. Mas en seguida advertimos que no se trata sino de una disfrazada trivialidad: «De los escarmentados nacen los avisados». El excelente rendimiento chistoso de definir la «experiencia» casi exclusivamente por el empleo de la palabra «experimentar» nos engaña de tal modo, que estimamos en más de lo que vale el contenido de la frase. Lo mismo nos sucede ante el chiste por unificación en que Lichtenberg opone el mes de enero a los demás del año, chiste que sólo nos dice algo que sabemos de toda la vida; esto es, que las felicidades que nuestros amigos nos desean en los días del Año Nuevo se cumplen tan raras veces como todos nuestros otros deseos.

Todo lo contrario sucede en otros ejemplos, en los cuales nos deslumbra lo acertado y justo del pensamiento, haciéndonos calificar de excelente chiste la frase en que el pensamiento queda expresado, aun siendo este último todo el mérito de la misma, y en cambio, muy deficiente el rendimiento de la elaboración chistosa. Precisamente, en los chistes de Lichtenberg es el nódulo intelectual, con mucha frecuencia, harto más valioso que el revestimiento chistoso, al cual extendemos indebidamente desde el primero nuestra valoración. Así, la observación sobre la «antorcha de la verdad» es una comparación apenas chistosa; pero tan acertada, que la frase en que se expresa nos parece un excelente chiste.

Los chistes de Lichtenberg sobresalen, ante todo, por su contenido intelectual y la seguridad con que hieren en el punto preciso. Muy justificadamente dijo de él Goethe que sus ocurrencias chistosas o chanceras esconden interesantísimos problemas o, mejor dicho, rozan la solución de los mismos. Así, cuando escribe: «Había leído tanto a Homero, que siempre que topaba con la palabra *angenommen* (admitido) leía *Agamenón*» (técnica: simpleza + similitud), descubre nada menos que el secreto de las equivocaciones en la lectura^[836]. Muy análogo es aquel otro chiste cuya técnica nos pareció antes harto insatisfactoria:

Se maravillaba de que los gatos tuviesen dos agujeros en la piel,

precisamente en el sitio de los ojos. La simpleza que en esta frase parece revelarse es tan sólo aparente; en realidad, detrás de la ingenua observación se esconde el magno problema de la teología en la anatomía animal. Hasta que la historia de la evolución no nos lo explique, no tenemos por qué considerar como natural y lógica la coincidencia de que la abertura de los párpados aparezca precisamente allí donde la córnea debe surgir al exterior.

Retengamos, por ahora, que de una frase chistosa recibimos una impresión de conjunto en la que no somos capaces de separar la participación del contenido intelectual de la que corresponde a la elaboración del chiste. Quizá encontremos más tarde otro hecho muy importante, paralelo a éste.

(2)

Para nuestro esclarecimiento teórico de la esencia del chiste han de sernos más valiosos los chistes inocentes que los tendenciosos, y los faltos de contenido más que los profundos. Los chistes inocentes de palabras y los falsos de contenido nos presentarán el problema del chiste en su más puro aspecto, pues en ellos no corremos peligro alguno de que la tendencia nos confunda o engañe nuestro juicio el acierto del pensamiento expresado. El análisis de este material puede hacer progresar considerablemente nuestros conocimientos.

Escogeremos un chiste de la mayor inocencia posible:

Hallándome cenando en casa de unos amigos, nos sirven de postre el plato conocido con el nombre de *roulard*, cuya confección exige cierta maestría culinaria. Otro de los invitados pregunta: «¿Lo han hecho ustedes en casa?» Y el anfitrión responde: «Sí; es un *homeroulard*». (*Homerule*.)

Dejaremos para más adelante la investigación de la técnica de este ejemplo, dirigiendo ahora nuestra atención a otro factor que presenta la máxima importancia. El improvisado chiste produjo un general regocijo entre los circunstantes, que lo acogieron con grandes risas. En éste, como en otros muchos casos, la sensación de placer del auditorio no puede provenir de la tendencia ni tampoco del contenido intelectual del chiste. No nos queda, por tanto, más remedio que relacionar dicha sensación con la técnica del mismo. Los medios técnicos del chiste antes descritos por nosotros —condensación, desplazamiento, representación indirecta, etc.— son, pues, capaces de hacer surgir en el auditorio una sensación de placer, aunque no sepamos todavía cómo tal poder les es

inherente. Éste será el segundo resultado positivo de nuestra investigación, encaminada al esclarecimiento del chiste. El primero fue descubrir que el carácter del chiste depende de la forma expresiva. Mas a poco que reflexionemos no dejaremos de observar que nuestro segundo resultado, últimamente deducido, no es para nosotros en realidad nada nuevo. Se limita a presentar aislado algo ya contenido antes en nuestra experiencia. Recordamos muy bien que cuando nos fue dado reducir el chiste, esto es, sustituir por otra su expresión, conservando cuidadosamente el sentido, desaparecía no sólo el carácter chistoso, sino también el efecto hilarante y, por tanto, el placer que en el chiste pudiera hallarse.

No podemos seguir adelante sin repasar lo que las autoridades filosóficas exponen sobre este punto de la cuestión.

Los filósofos que agregan el chiste a lo cómico e incluyen esta materia dentro de la estética caracterizan la manifestación estética por la condición de que en ella no queremos nada de las cosas; no las necesitamos para satisfacer una de nuestras grandes necesidades vitales, sino que nos contentamos con su contemplación y con el goce de la manifestación misma. «Esta clase de manifestación es la puramente estética, que no reposa sino en sí misma y tiene su única finalidad en sí propia, con exclusión de todo otro fin vital» (K. Fischer, pág. 68).

Por nuestra parte, nos hallamos casi de completo acuerdo con estas palabras de K. Fischer. Quizá no hacemos más que introducir sus pensamientos a nuestro lenguaje particular cuando insistimos en que la actividad chistosa no puede calificarse de falta de objeto o de fin, dado que se propone innegablemente el despertar la hilaridad del auditorio. No creo, además, que podamos emprender nada desprovisto por completo de intención. Cuando no nos es preciso nuestro aparato anímico para la consecución de alguna de nuestras imprescindibles necesidades, le dejamos trabajar por puro placer; esto es, buscamos extraer placer de su propia actividad. Sospecho que ésta es, en general, la condición primera de toda manifestación estética; pero mi conocimiento de la estética es harto escaso para que me atreva a dejar fijada esta afirmación. Del chiste, en cambio, sí puedo afirmar, basándome en los conocimientos obtenidos en nuestra investigación, que es una actividad que tiende a extraer placer de los procesos psíquicos, sean éstas intelectuales o de otro género cualquiera. Ciertamente existen otras actividades de idéntico fin; pero que quizá se diferencien del chiste en el sector de la actividad anímica, del que quieren extraer placer, o quizá en el procedimiento que para ello emplean. Por el momento no podemos dejar resuelta

esta cuestión; mas sí dejaremos sentado el hecho de que la técnica del chiste y la tendencia economizados que en parte la domina se ponen en contacto para la producción de placer.

Antes de entrar a resolver el problema de cómo los medios técnicos de la elaboración del chiste pueden hacer surgir placer en el oyente queremos recordar que para simplificar y hacer más transparente nuestra investigación dejamos antes a un lado los chistes tendenciosos. Mas ahora tenemos obligadamente que intentar esclarecer cuáles son las tendencias del chiste y en qué forma obedece éste a las mismas.

Hay sobre todo una circunstancia que nos advierte la necesidad de no prescindir del chiste tendencioso en la investigación del origen del placer en el chiste. El efecto placiente del chiste inocente es casi siempre mediano; una clara aprobación y una ligera sonrisa es lo más que llega a obtener del auditorio, y de este efecto hay todavía que atribuir una parte a su contenido intelectual, como ya lo hemos demostrado con apropiados ejemplos. Casi nunca logra el chiste inocente o abstracto aquella repentina explosión de risa que hace tan irresistible al tendencioso. Dado que la técnica puede en ambos ser la misma, estará justificado sospechar que el chiste tendencioso dispone, merced a su tendencia, de fuentes de placer inaccesibles al chiste inocente.

Las tendencias del chiste son fácilmente definibles. Cuando no tiene en sí mismo su fin, o sea cuando no es inocente, no se pone al servicio sino de dos únicas tendencias, que, además, pueden, desde cierto punto de vista, reunirse en una sola. El chiste tendencioso será o bien *hostil* (destinado a la agresión, la sátira o la defensa) o bien *obsceno* (destinado a mostrarnos una desnudez). Desde luego, la clase técnica del chiste —chiste verbal o chiste intelectual— no tiene relación alguna con estas dos tendencias.

Más difícil resulta fijar la forma en que el chiste las sirve. En esta investigación preferimos anteponer el chiste desnudador al hostil. El primero ha sido más raramente sometido al análisis como si la repugnancia a tratar este género de asuntos se hubiese trasladado desde la materia a lo objetivo. Mas nosotros no queremos dejarnos inducir en error por este desplazamiento, pues tropezamos en seguida con un caso límite del chiste, que promete proporcionarnos un amplio esclarecimiento sobre varios puntos oscuros.

Sabemos lo que se entiende por un dicho «verde^[837]»; esto es, la acentuación intencionada, por medio de la expresión verbal, de hechos o circunstancias

sexuales. Sin embargo, esta definición no es, ni mucho menos, completa. Una conferencia sobre la anatomía de los órganos sexuales o sobre fisiología de la procreación no presenta, a pesar de la anterior definición, punto de contacto alguno con el dicho «verde». Es preciso, además, que éste vaya dirigido a una persona determinada, que nos excita sexualmente, y que por medio de él se da cuenta de la excitación del que lo profiere, quedando en unos casos contagiada, y en otros, avergonzada o confusa. Esto último no excluye la excitación sexual, sino que, por el contrario, supone una reacción contra la misma y constituye su indirecta confesión. El dicho «verde» se dirigía, pues, originariamente, tan sólo a la mujer y suponía un intento de seducción. Cuando, después, un hombre se complace refiriendo o escuchando tales dichos en la compañía exclusiva de otros hombres, la situación primitiva, que a consecuencia de los obstáculos sociales no puede ya constituirse, queda con ello representada. Aquel que ríe del dicho referido, ríe como el espectador de una agresión sexual.

El contenido sexual del dicho «verde» comprende algo más de lo privativo de cada sexo; comprende también aquello que, aun siendo común a ambos, se considera como pudendo, o sea todo lo relativo a los excrementos. Mas éste es precisamente el alcance que lo sexual tiene en la vida infantil, en la que el sujeto imagina la existencia de una cloaca, dentro de la cual lo sexual y lo excremental quedan casi o por completo confundidos^[838]. Asimismo, en todo el dominio ideológico de la psicología de las neurosis lo sexual incluye lo excrementicio; esto es, queda interpretado en el antiguo sentido infantil.

El dicho «verde» es como un desnudamiento de la persona de diferente sexo a la cual va dirigido. Con sus palabras obscenas obliga a la persona atacada a representarse la parte del cuerpo o el acto a que las mismas corresponden y le hace ver que el atacante se las representa ya. No puede dudarse de que el placer de contemplar lo sexual sin velo alguno es el motivo originario de este género de dichos.

Retrocedamos ahora, para lograr un mayor esclarecimiento, hasta los fundamentos de esta cuestión. La tendencia a contemplar despojado de todo velo aquello que caracteriza a cada sexo es uno de los componentes primitivos de nuestra libido. Probablemente constituye en sí mismo una sustitución obligada del placer, que hemos de suponer primario, de tocar lo sexual. Como en otros muchos casos, también aquí la visión ha sustituido al acto^[839]. La libido visual o táctil es en todo individuo de dos clases: activa y pasiva, masculina y femenina,

y se desarrolla según cuál de estos dos caracteres sexuales adquiera la supremacía predominantemente en uno u otro sentido. En los niños de corta edad es fácil observar una tendencia a exponer su propia desnudez. Allí donde esta tendencia no experimenta, como generalmente sucede, una represión se desarrolla hasta constituir aquella obsesión perversa del adulto denominada exhibicionismo. En la mujer, la tendencia exhibicionista pasiva queda vencida por la reacción del pudor sexual; pero dispone siempre del portillo de escape que le proporciona los caprichos de la moda. No creo preciso insistir en lo elástico, convencional y variable de la cantidad de exhibición que queda siempre permitida a la mujer.

El hombre conserva gran parte de esta tendencia como elemento constitutivo de la libido puesto al servicio de la preparación del acto sexual. Cuando esta tendencia se manifiesta ante la proximidad femenina tiene que servirse de la expresión verbal por dos diferentes razones. En primer lugar, para darse a conocer a la mujer, y en segundo, por ser la expresión oral lo que, despertando en aquélla la representación imaginativa, puede hacer sugerir en ella la excitación correspondiente y provocar la tendencia recíproca a la exhibición pasiva. Esta demanda oral no es aún el dicho «verde», pero si el estadio que lo precede. Allí donde la aquiescencia de la mujer aparece rápidamente, el discurso obsceno muere en seguida, pues cede el puesto, inmediatamente, al acto sexual. No así cuando no puede contarse con el pronto asentimiento de la mujer y aparecen, en cambio, intensas reacciones defensivas.

En este caso la oración sexual excitante encuentra, convirtiéndose en dicho «verde», en sí misma su propio fin. Quedando detenida la agresión sexual en su progreso hasta el acto, permanece en la génesis de excitación y extrae placer de los signos por los que la misma se manifiesta en la mujer. La agresión transforma también entonces su carácter en el mismo sentido que todo sentimiento libidinoso al que se opone un obstáculo; esto es, se hace directa, hostil y cruel, llamando en su auxilio, para combatir el obstáculo, a todos los componentes sádicos del instinto sexual.

La resistencia de la mujer es, por tanto, la primera condición para la génesis del dicho «verde», aunque sea de tal naturaleza que signifique tan sólo un aplazamiento y no haga desesperar del éxito de posteriores tentativas. El caso ideal de tal resistencia femenina se da con la presencia simultánea de otro hombre, de un testigo, pues tal presencia excluye totalmente el rendimiento inmediato de la solicitada. Este tercer personaje adquiere rápidamente una

máxima importancia para el desarrollo del dicho «verde». Mas primero trataremos de la presencia de la mujer.

En los lugares a que acude el pueblo, por ejemplo, los cafés de segundo orden, puede observarse que es precisamente la entrada de la camarera lo que provoca el tiroteo de tales dichos. Inversamente, entre las clases sociales más elevadas, la presencia femenina pone inmediato fin a toda conversación de este género. Los hombres reservan aquí estas conversaciones, que primitivamente dependían de la presencia de una mujer a la que avergonzar, para cuando estén entre ellos. De este modo, el espectador, ahora oyente, deviene poco a poco, en lugar de la mujer, la instancia a la que la procacidad va destinada, y ésta se acerca ya, merced a tal transformación, al carácter del chiste.

Al llegar a este punto es requerida nuestra atención por dos importantes factores: el papel desempeñado por el tercero, el oyente, y las condiciones de contenido del dicho mismo.

El chiste tendencioso precisa, en general, de tres personas. Además de aquella que lo dice, una segunda a la que se toma por objeto de la agresión hostil y sexual, y una tercera en la que se cumple la intención creadora de placer del chiste. Más tarde buscaremos más profunda fundamentación de estas circunstancias, contentándonos por ahora con dejar fijado el hecho de que no es el que dice el chiste quien lo ríe y goza, por tanto, de su efecto placiente, sino el inactivo oyente. En la misma relación se encuentran los tres personajes que intervienen en el dicho «verde», cuyo proceso puede describirse en la siguiente forma: el impulso libidinoso del primero desarrolla, al encontrar detenida su satisfacción por la resistencia de la mujer, una tendencia hostil hacia esta segunda persona y llama en su auxilio, como aliado contra ella, a una tercera, que en la situación primitiva hubiese constituido un estorbo. Por el procaz discurso de la primera queda la mujer desnuda ante este tercero, en el que la satisfacción de su propia libido, conseguida sin esfuerzo alguno por parte suya, actúa a modo de soborno.

Es singular que este tiroteo de procacidades sea cosa tan amada por el pueblo bajo, hasta el punto de constituir algo que no deja nunca de formar parte integrante de sus regocijos. Mas también es digno de tenerse en cuenta que en esta complicada manifestación, que lleva en sí tantos caracteres de chiste tendencioso, no se requieran al dicho «verde» ninguna de las condiciones formales que caracterizan al chiste. Expresar la plena desnudez produce placer al primero y hace reír al tercero.

Sólo cuando llegamos a más alto grado social se agrega la condición formal del chiste. La procacidad no es ya tolerada más que siendo chistosa. El medio técnico de que más generalmente se sirve es la alusión; esto es, la sustitución por una minucia o por algo muy lejano que el oyente recoge para reconstruir con ello la obscenidad plena y directa. Cuanto mayor es la heterogeneidad entre lo directamente expresado en la frase procaz y lo sugerido necesariamente por ello en el oyente, tanto más sutil será el chiste y tanto mayores sus posibilidades de acceso a la buena sociedad. A más de la alusión, grosera o sutil, dispone la procacidad —como fácilmente puede demostrarse con numerosos ejemplos— de todos los demás medios del chiste verbal o intelectual.

Vemos ya claramente lo que el chiste lleva a cabo en servicio de su tendencia. Hace posible la satisfacción de un instinto (el instinto libidinoso y hostil) en contra de un obstáculo que se le opone y extrae de este modo placer de una fuente a la que tal obstáculo impide el acceso. El impedimento que sale al paso del instinto no es otro que la incapacidad de la mujer —creciente en razón directa de su cultura y grado social— para soportar lo abiertamente sexual. La mujer, que en la situación primitiva suponemos presente, sigue siendo considerada como tal o su influencia actúa, aun hallándose ausente, intimidando a los hombres. Puede observarse cómo individuos de las más altas clases sociales abandonan, en la compañía de mujeres de clase más baja, la procacidad chistosa para caer en la procacidad simple.

El poder que dificulta a la mujer, y en menor grado también al hombre, el goce de la obscenidad no encubierta, es aquel que nosotros denominamos «represión», y reconocemos en él el mismo proceso psíquico que en graves casos patológicos mantiene alejados de la conciencia complejos enteros de sentimientos en unión de todos sus derivados, proceso que se ha demostrado como un factor principal en la patogénesis de las llamadas psiconeurosis. Concedemos a la cultura y a la buena educación gran influencia sobre el desarrollo de la represión y admitimos que tales factores llevan a cabo una transformación de la organización psíquica —que puede también ser un carácter hereditario y, por tanto, innato— merced a la cual sensaciones que habrían de percibirse con agrado resultan inaceptables y son rechazadas con todas nuestras energías psíquicas. Por la labor represora de la civilización se pierden posibilidades primarias de placer que son rechazadas por la censura psíquica. Mas para la psiquis del hombre es muy violenta cualquier renunciación y halla un expediente en el chiste tendencioso, que nos proporciona un medio de hacer

ineficaz dicha renuncia y ganar nuevamente lo perdido. Cuando reímos de un sutil chiste obsceno, reímos de lo mismo que hace reír a un campesino en una grosera procacidad; en ambos casos procede el placer de la misma fuente; pero una persona educada no ríe ante la procacidad grosera, sino que se avergüenza o la encuentra repugnante. Sólo podrá reír cuando el chiste le preste su auxilio.

Parece, pues, confirmarse lo que al principio supusimos, esto es, que el chiste tendencioso dispone de fuentes de placer distintas de las del chiste inocente, en el cual todo el placer depende, en diversas formas, de la técnica. Podemos también insistir de nuevo en que en el chiste tendencioso no nos es dado distinguir por nuestra propia sensación qué parte de placer es producida por la técnica y cuál otra por la tendencia. *No sabemos, por tanto, fijamente, de qué reímos.* En todos los chistes obscenos sucumbimos a crasos errores de juicio sobre la «bondad» del chiste, en tanto en cuanto ésta depende de condiciones formales; la técnica de estos chistes es con frecuencia hartó pobre y, en cambio, su éxito de risa, extraordinario.

(3)

Queremos investigar ahora si es este mismo el papel que el chiste desempeña al servicio de una tendencia hostil. Desde un principio tropezamos con las mismas condiciones. Los impulsos hostiles contra nuestros semejantes sucumben desde nuestra niñez individual, como desde la época infantil de la civilización humana, a iguales limitaciones y a la misma represión progresiva que nuestros impulsos sexuales. No hemos llegado todavía a amar a nuestros enemigos ni a ofrecerles la mejilla izquierda cuando nos han golpeado la derecha, y, además, todos aquellos preceptos morales de la limitación del odio activo se resienten de un vicio de origen: el de no hallarse destinados, cuando fueron dictados, más que a una pequeña comunidad de hombres de igual raza. De este modo, en tanto en cuanto los hombres modernos nos consideramos como parte integrante de una nación, nos permitimos prescindir en absoluto de tales preceptos con respecto a otro pueblo extranjero. Pero dentro de nuestro propio círculo hemos realizado, desde luego, grandes progresos en el dominio de los sentimientos hostiles. Lichtenberg expresa esta idea en la siguiente acertada frase: «En las ocasiones en que ahora decimos ‘usted dispense’ se andaba antes a bofetadas». La hostilidad violenta, prohibida por la ley, ha quedado sustituida

por la invectiva verbal, y nuestra mejor inteligencia del encadenamiento de los sentimientos humanos nos roba por su consecuencia —*Tout comprendre c'est tout pardonner*— una parte cada día mayor de nuestra capacidad de encolerizarnos contra aquellos de nuestros semejantes que entorpecen nuestro camino.

Dotados en nuestra niñez de enérgica disposición a la hostilidad, la cultura personal nos enseña después que es indigno el insulto. Desde que hemos tenido que renunciar a la expresión de la hostilidad por medio de la acción —impedidos de ello por un tercero desapasionado, en cuyo interés se halla la conservación de la seguridad personal— hemos desarrollado, del mismo modo que en la agresión sexual, una nueva técnica del insulto que tiende a hacernos de dicha tercera persona desapasionada un aliado contra nuestro enemigo. Presentando a este último como insignificante, despreciable y cómico, nos proporcionamos indirectamente el placer de su derrota, de la que testimonia la tercera persona, que no ha realizado ningún esfuerzo con sus risas.

Suponemos, pues, cuál puede ser el papel del chiste en la agresión hostil. Nos permitirá emplear contra nuestro enemigo el arma del ridículo, a cuyo empleo directo se oponen obstáculos insuperables, y, por tanto, *elude nuevamente determinadas limitaciones y abre fuentes de placer que habían devenido inaccesibles*. Inclinará asimismo al oyente a ponerse a nuestro lado sin gran examen de la bondad de nuestra causa, de igual manera que en otras ocasiones obramos nosotros, concediendo mayor estimación de la merecida al contenido de una frase chistosa, sobornados por el efecto del chiste inocente. Recordar la frase tan corriente: *die Lacher auf seine seite ziehen* (inclinar a nuestra causa al que ríe).

Véanse, por ejemplo, los chistes de N., expuestos en el capítulo anterior. Todos ellos son insultos. Es como si N. quisiera gritar a toda voz: «¡El ministro de Agricultura es un buey! ¡No me habléis de X.; revienta de vanidad! ¡En mi vida he leído nada más aburrido que los artículos de ese historiador sobre Napoleón!» Pero su propia categoría social le hace imposible dar a sus juicios tal forma directa. Llaman, pues, éstos en su ayuda al chiste, que les asegura en el oyente una acogida mucho más favorable de la que, no obstante su posible certeza, hubieran obtenido expresados en forma no chistosa. Uno de estos chistes, el del «rojo Fadian» —quizá el más arrollador de todos—, es altamente instructivo. ¿Qué es lo que en él nos obliga a reír y nos aparta tan por completo de la cuestión de si aquello constituye o no una injusticia para con el infeliz

escritor? Desde luego, la forma chistosa. Mas ¿de qué reímos? Indudablemente, de la persona misma que se nos presenta calificada de «rojo Fadian» y especialmente del rojo color de su pelo. Mas el hombre culto se ha acostumbrado a no reír de los defectos físicos, y, además, el poseer rojos cabellos no es tampoco un defecto que excite nuestra hilaridad. En cambio, sí es considerado como tal entre los colegiales o entre el pueblo bajo y hasta en el grado de cultura de algunos de nuestros representantes municipales y parlamentarios. Y, sin embargo, este chiste de N. ha hecho posible que nosotros, personas adultas de fina sensibilidad, riámos como colegiales de los rojos cabellos que X. No era ésta, seguramente, la intención de N.; pero es muy dudoso que aquel que lanza un chiste se dé exacta cuenta de toda la intención del mismo.

Si en ese caso el obstáculo opuesto a la agresión y que el chiste ayudó a eludir era de orden interior —la repulsión estética al insulto—, otras veces puede asimismo ser puramente externo. Así, en el ejemplo en que Serenísimo pregunta al desconocido, cuya semejanza con su real persona le ha extrañado: «Su madre de usted, ¿sirvió alguna vez en Palacio?», y obtiene la rápida respuesta: «No, alteza; pero sí mi padre». El interrogado hubiera querido maltratar de obra al descarado que con su alusión osaba insultar la memoria de una persona amada; pero el tal descarado es nada menos que Serenísimo, al que es imposible no ya maltratar de obra, sino ni siquiera de palabra, a menos de pagar la venganza con la propia vida. No habría, por tanto, más remedio que tragar en silencio la ofensa. Mas, afortunadamente, abre el chiste el camino a una venganza exenta de todo peligro, recogiendo la alusión y devolviéndola, merced al medio técnico de la unificación, contra el ofensor. La impresión de lo chistoso queda aquí tan determinada por la tendencia, que, ante la chistosa respuesta, olvidamos que la pregunta del atacante es también, por sí misma, chistosa.

El estorbo del insulto o de la respuesta ofensiva, por circunstancias exteriores, es un caso tan frecuente, que el chiste tendencioso es usado con especialísima preferencia para hacer viable la agresión o la crítica contra superiores provistos de autoridad. El chiste representa entonces una rebelión contra tal autoridad, una liberación del yugo de la misma. En este factor yace asimismo el encanto de la caricatura, de la cual reímos, aunque su acierto sea mínimo, simplemente porque contamos como mérito de la misma dicha rebelión contra la autoridad.

Esta idea de que el chiste tendencioso es tan grandemente apropiado para el ataque contra lo elevado, digno y poderoso, que se halla protegido por

obstáculos interiores o circunstancias externas contra todo rebajamiento directo, nos fuerza a una especial concepción de determinados grupos de chistes que parecen dirigirse a personas de menor valer y más indefensas. Me refiero a las historietas sobre los intermediarios matrimoniales judíos, de las cuales hemos expuesto algunas al investigar las diversas técnicas del chiste intelectual. En varias de ellas, por ejemplo, las de «¡También es sorda!» y «¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!», hemos reído del intermediario como de un hombre imprudente y ligero, que se nos hace cómico por escapársele la verdad automáticamente. Pero ¿corresponde, tanto lo que hemos averiguado de la naturaleza del chiste tendencioso como la magnitud de nuestra complacencia ante estas historietas, a la infeliz condición de las personas sobre las que el chiste parece reír? ¿Son éstos adversarios dignos del chiste? ¿No parece más bien que el mismo presenta en primer término al intermediario matrimonial para herir encubiertamente algo más importante? No debemos despreciar estas sospechas.

La anterior interpretación de las historietas sobre los intermediarios judíos permite aún ser continuada. Ciertamente es que puedo no intentarlo y contentarme con ver en estas historietas simples «cuentos», negándoles el carácter de chiste. Existe, pues, también una condicionalidad subjetiva del chiste, que ha llamado ahora nuestra atención y que deberemos investigar más adelante. Tal condicionalidad marca que sólo es un chiste aquello que yo admito como tal. Lo que para mí es un chiste puede, para otra persona, ser simplemente una cómica historieta. Mas si un chiste permite esta duda, ello no puede ser más que por el hecho de que posee una fachada —en este caso, cómica— en la que se detiene satisfecha la mirada de unos, mientras que otros intentan ver lo que hay detrás. Podemos, igualmente, sospechar que esta fachada se halla destinada a deslumbrar la mirada inquisitiva y que, por tanto, tales historietas tienen algo que ocultar.

De todos modos, si estas historietas son chistes, lo son de excelente calidad, pues gracias a su fachada pueden ocultar no sólo lo que tienen que decir, sino hasta que tienen que decir algo prohibido. Pero podemos intentar una interpretación que descubra lo prohibido y revele a estas historietas de cómica fachada como chiste tendencioso. Todo aquel que en un momento de distracción deja escapar la verdad, se alegra en realidad de verse libre del impuesto disfraz. Esto es un probado hecho psicológico. Sin tal consentimiento interior nadie se deja dominar por el automatismo que hace aquí surgir la verdad^[840]. Mas con tal

automática confesión se transforma la ridícula personalidad del intermediario en simpática y digna de compasión. Qué felicidad debe de ser para el pobre hombre poder arrojar por fin la carga del engaño, cuando aprovecha en el acto la primera ocasión para gritar al novio toda la verdad. En cuanto se da cuenta de que todo se ha perdido y que la propuesta novia no es del gusto de su cliente, confiesa encantado todos los demás defectos de la primera, que el segundo no ha observado todavía, o aprovecha la ocasión para exponer, por medio de un detalle, un decisivo argumento con el que expresa su desprecio por las gentes a cuyo servicio viene actuando: «¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!» Todo el ridículo cae entonces, no sólo sobre la familia de la novia, de la que en el resto de la historieta apenas si se ha hablado y que es capaz de poner en práctica tal engaño con tal de colocar a la muchacha, sino también sobre la miserable condición moral de tales mujeres, que se dejan caer de un modo tan poco decoroso, y sobre la indignidad de los matrimonios celebrados merced a semejantes manejos. El intermediario es, precisamente, el llamado a exponer esta crítica, por ser el que mejor enterado está de tan vergonzosos expedientes; pero no puede hacerlo abiertamente, pues es un pobre diablo que tiene que vivir de ellos. En un idéntico conflicto se encuentra también el espíritu popular que ha creado esta historieta y otras semejantes, pues sabe muy bien que la santidad del matrimonio padece mucho con el descubrimiento de los incidentes que acompañaron su preparación.

Recordemos también cómo en la investigación de la técnica del chiste observamos que el contrasentido que aparece en el mismo es con frecuencia una sustitución de la burla o la crítica existentes en los pensamientos que tras el chiste se esconden, cosa en la que la elaboración del chiste actúa en forma idéntica a la de los sueños. Ahora encontramos confirmado de nuevo este estado de cosas. Tales burla y crítica no se refieren al intermediario, según pudiera deducirse de los ejemplos anteriores, pues existe toda otra serie de chistes de igual género en los que el mismo nos es presentado, muy al contrario, como persona en extremo inteligente, cuya dialéctica sabe vencer toda dificultad. Son estas últimas historietas su fachada lógica, en lugar de cómica, chistes intelectuales sofísticos. En uno de ellos, el intermediario se las arregla para cerrar la boca al novio, que se queja de la cojera de la muchacha, con una razón incontrovertible en apariencia. La cojera de la novia es, por lo menos, un «hecho consumado», mientras que otra mujer, libre de tal defecto, con la que pudiera casarse, estaría siempre en peligro de caer, rompiéndose una pierna, y entonces

vendrían los dolores, la enfermedad y los gastos consiguientes, cosas todas que podría ahorrarse matrimoniando a la ya coja. Asimismo, en otra historieta análoga se las arregla el intermediario para rechazar con excelentes argumentos toda una serie de inconvenientes aducidos por el novio y salir luego al paso del último, irrefutable ya, con la exclamación: «¡Hombre, alguna falta había de tener!», como si de las anteriores alegaciones no hubiese de haber quedado necesariamente un suficiente resto. No es difícil señalar, en estos dos ejemplos, el punto débil de la argumentación, y así lo hemos hecho al investigar su técnica. Mas ahora nuestro interés se dirige hacia otro lado. Si las frases del intermediario muestran tal apariencia lógica, que se desvanece en cuanto las sometemos a un reflexivo examen, ello se debe a que, en el fondo, es a él a quien el chiste da la razón. Pero no atreviéndose a dársela rigurosamente en su contenido ideológico, lo hace por medio de la apariencia lógica que presenta su expresión verbal. Sin embargo, en este caso, como en otros muchos, la chistosa fachada deja entrever la interior seriedad. No será, pues, equivocado aceptar que todas las historietas que presentan una fachada lógica quieren realmente decir aquello que afirman, basándose en fundamentos intencionadamente defectuosos. Este empleo del sofisma para la encubierta exposición de la verdad es precisamente lo que les presta el carácter del chiste, el cual depende, por tanto, principalmente, de la tendencia. Aquello que las dos historietas que ahora analizamos quieren indicar es que el pretendiente resulta ridículo rebuscando tan cuidadosamente las cualidades de la novia, que todas le resultan negativas, sin tener en cuenta, que sea esta u otra cualquiera la mujer que ha de hacer suya, siempre será una criatura humana con sus inevitables defectos, mientras que las únicas cualidades que harían posible el matrimonio, salvando la más o menos defectuosa personalidad de la mujer, serían la mutua inclinación y la recíproca disposición a adaptarse cariñosamente, cosas ambas a las que ni siquiera se hace la menor alusión en todo el trato.

La burla contra el pretendiente contenida en todos estos ejemplos, en los que el intermediario desempeña con gran propiedad el papel de hombre superior, aparece mucho más definida en otras historietas análogas. Cuanto más precisas son estas historietas, menos técnica poseen, constituyendo tan sólo casos límites del chiste, con cuya técnica no presentan más punto común que la formación de una fachada. Pero a causa de su tendencia y de la ocultación de la misma tras de una fachada adquieren totalmente el efecto de un chiste. La pobreza de sus medios técnicos explica también que muchos chistes de esta clase no pueden

prescindir en su expresión, sin perder gran parte de su poder, o sea del *argot*, elemento cómico de efecto análogo al de la técnica del chiste.

Expondremos aquí una de estas historietas, que, poseyendo toda la fuerza del chiste tendencioso, no deja traslucir indicio alguno de la técnica del mismo. El intermediario pregunta: «¿Qué cualidades exige usted de la novia?» Respuesta: «Tiene que ser bonita, rica e instruida». «Bien —replica el intermediario—; pero de eso hago yo tres partidos». Aquí la burla del intermediario es expresada directamente, y ya no encubierta por los ropajes del chiste.

En los ejemplos expuestos hasta ahora, la encubierta agresión se dirigía aún contra personas; así, en los chistes matrimoniales, contra todas las partes interesadas en la boda: novia, pretendiente y familia. Mas el chiste puede atacar igualmente a aquellas instituciones, personas representativas de las mismas, preceptos morales o religiosos e ideas, que, por gozar de elevada consideración, sólo bajo la máscara del chiste, y precisamente de un chiste cubierto por su correspondiente fachada, nos atrevemos a arremeter contra ellas. Obraremos, a mi juicio, acertadamente reuniendo estos chistes bajo una denominación especial, que determinaremos después de analizar algunos ejemplos de esta clase.

Recordemos ahora los ejemplos del arruinado *gourmet* ('salmón con mayonesa') y del alcohólico profesor, que incluimos entre los chistes sofísticos por desplazamiento, y prosigamos su interpretación. Hemos visto después que cuando la fachada de una historieta muestra una apariencia lógica, el pensamiento de la misma da la razón a su protagonista; pero, cohibido por determinados obstáculos, no se ha atrevido a verificarlo más que en un solo punto en el que la sinrazón del sujeto es fácilmente demostrable. La *pointe* ahí elegida es la justa transacción entre su razón y su sinrazón, término medio que, naturalmente, no resuelve el dilema, pero sí corresponde al conflicto que en nosotros mismos hace al tratar de enjuiciar el caso. Ambas historietas son sencillamente epicúreas, pues lo que quieren decir es: «Sí; ese hombre tiene razón; no hay nada superior al placer, y es indiferente la forma en que podamos proporcionárnoslo». Esto parece francamente inmoral, y en el fondo no es otra cosa que el *carpe diem* del poeta, basado en la inseguridad de la vida humana y en la esterilidad de la renunciación virtuosa. Si la idea de que el arruinado *gourmet* del chiste obra justamente, no privándose de su plato favorito, repugna tanto a nuestra conciencia, ello se debe tan sólo a tratarse aquí de un placer inferior que nos parece fácilmente renunciable. En realidad, todos y cada uno de

nosotros hemos tenido épocas en las que hemos dado la razón a esta filosofía, rebelándonos contra una moral que sólo sabe exigirnos continuos sacrificios sin ofrecernos compensación alguna. Desde que la existencia de un más allá, en el que toda renunciación ha de ser premiada, no es aceptada ya por los hombres — y habría, además, muy pocos creyentes si la fe se midiera por la capacidad de renunciación—. se ha convertido el *carpe diem* en una seria advertencia. Quisiéramos aplazar la satisfacción, pero ¿sabemos acaso si mañana nos hallaremos aún con vida?

Di doman' non c'è certezza^[841].

Renunciaríamos con gusto a aquellos caminos de la satisfacción que la sociedad nos prohíbe, más ¿estamos seguros de que aquélla premiará tal renuncia abriéndonos —aunque sea tras de una larga espera— un camino permitido? Puede decirse en voz alta lo que estos chistes se atreven tan sólo a murmurar; esto es, que los deseos y anhelos de los hombres tienen un derecho a hacerse oír al lado de las amplias y desconsideradas exigencias de la moral, y no ha faltado en nuestros días quien con acertada y firme frase ha dicho que nuestra moral es únicamente la egoísta prescripción de una minoría de ricos y poderosos que pueden satisfacer a toda hora, sin aplazamiento alguno, todos sus deseos. Hasta tanto que la Medicina haya logrado asegurar nuestra vida y contribuyan las normas sociales a hacerla más satisfactoria, no podrá ser ahogada en nosotros la voz que se alza contra las exigencias de la Moral. Por lo menos, todo hombre sincero ha de hacerse eco íntimamente de esta confesión. Sólo indirectamente y mediante una nueva ideología es posible resolver este conflicto. Debemos ligar nuestra vida a la de los demás e identificarnos con ellos de tal modo, que la brevedad de la propia duración resulte superable. Pensando así, no debemos intentar a toda costa la satisfacción de nuestras necesidades, aun por no existir razones según las cuales debamos dejarlas insatisfechas, dado que sólo la perduración de tantos deseos incumplidos puede desarrollar un día poder suficiente para transformar el orden social. Mas como no todas las necesidades personales pueden ser desplazadas de este modo y transferidas a otros, no existirá, por tanto, una general y definitiva solución del conflicto.

Sabemos, pues, ya cómo hemos de denominar los chistes del género últimamente analizados: son chistes *cínicos*. Lo que en ellos ocultan es un *cinismo*.

Entre las instituciones que el chiste cínico acostumbra atacar ninguna posee

mayor importancia ni se halla más protegida por los preceptos morales que el matrimonio, pero también ninguna otra invita más al ataque. De aquí que sea aquélla sobre la que ha caído la mayor cantidad de chistes cínicos. No existe aspiración personal más enérgica que la de la libertad sexual, y en ningún otro sector ha intentado ejercer la civilización una opresión más fuerte que en el de la sexualidad. Para nuestras intenciones nos bastará con un único ejemplo, que ya expusimos en páginas anteriores.

«La mujer propia es como un paraguas. Siempre se acaba por tomar un simón». Ya analizamos la complicada técnica de este ejemplo. Se trata de una comparación desconcertante y, en apariencia, imposible; pero que, como ahora veremos, no es chistosa en sí. A más, una alusión (*simón* o *coche público*), y, en calidad de enérgico medio técnico, una omisión que la hace casi ininteligible. La comparación podría explicarse en la siguiente forma: se casa uno para asegurarse contra los ataques de la sexualidad y luego resulta que el matrimonio no permite la total satisfacción de la misma, exactamente como sucede cuando se toma un paraguas para librarse de la lluvia, y, sin embargo, se moja uno en cuanto el agua cae con cierta violencia. En ambos casos tiene uno que buscar una más eficaz protección, un coche público o una mujer asequible por dinero. De este modo queda el chiste casi por completo sustituido por un cinismo. Que el matrimonio no es suficiente a satisfacer la sexualidad del hombre es cosa que no nos atrevemos a declarar abierta y públicamente, a menos que no nos impulse a ello un amor a la verdad y un celo reformador como los de Cristián von Ehrenfels^[842]. La fuerza de este chiste consiste en haber expresado tal idea, aunque con toda clase de rodeos.

Un caso especialmente favorable para el chiste tendencioso aparece cuando la crítica rebelde se dirige contra la propia persona, en tanto en cuanto forma parte de una colectividad; por ejemplo, la propia raza o nacionalidad. Esta condición de la autocrítica nos explica que precisamente sobre el suelo de la vida popular judía haya fructificado una gran cosecha de excelentes chistes, de la que hemos dado suficientes muestras en páginas anteriores. Son historietas creadas por individuos del pueblo judío y dirigidas contra peculiaridades de su propia raza. Los chistes que sobre los judíos han sido hechos por personas no pertenecientes a su pueblo son generalmente brutales chanzas en las que todo chiste es ahorrado por el hecho de constituir siempre el judío para los extraños una figura cómica. También los chistes de los judíos sobre sí mismos conceden

este hecho, pero su mejor conocimiento de sus verdaderos defectos y de la conexión de éstos con sus buenas cualidades, así como la participación de la propia persona en lo criticable, crean la condición subjetiva de la elaboración del chiste, muy difícil de establecer en otro caso.

Como ejemplo de este género, indicaremos aquella historieta, ya antes expuesta, en la que un judío depone toda corrección en cuanto ve que su nuevo compañero de viaje es un correligionario. Hemos examinado este chiste como un caso de exposición por una minucia, y su misión es indicarnos la democrática manera de pensar de los judíos, que no reconocen entre ellos superiores e inferiores, concepción que, si bien tiene su lado bueno, impide también toda disciplina y toda acción conjunta. Otra serie de chistes, especialmente interesantes, describe las relaciones entre los judíos ricos y sus correligionarios pobres. Los héroes de estas historietas son el mísero «sablista» ('Schnorrer') y el rico negociante o ennoblecido barón. El sablista, que acude a almorzar todos los domingos a la misma casa, aparece un día acompañado de un joven desconocido, que pasa con él al comedor. «¿Quién es este joven?», pregunta el dueño de la casa. «Mi yerno —responde el invitado—; se casó con mi hija la semana pasada y me he comprometido a darle de comer durante un año». Todos estos chistes poseen igual tendencia, que se nos muestra claramente en otra historieta ya expuesta: «El sablista pide al rico barón el dinero necesario para pasar una temporada en Ostende, pues el médico le ha recomendado los baños de mar. El barón encuentra que Ostende es un lugar carísimo y que en cualquier otra playa más modesta tendrían los baños iguales efectos medicinales. Pero el sablista rechaza la idea, exclamando: “Tratándose de mi salud, nada me parece caro”». Es éste un excelente chiste por desplazamiento, que podemos tomar como modelo de su género. El barón quiere ahorrarse dinero, mas el sablista le responde como si el dinero del barón fuera el suyo propio, que sí podría él sacrificar su salud. El descaro de su pretensión nos invita a reír; pero, excepcionalmente, no están estos chistes provistos de una fachada cuya comprensión induzca a error. La verdad que en ellos se esconde es que el sablista, que trata imaginativamente el dinero del barón como si fuese suyo, tiene —conforme a los sagrados preceptos del pueblo judío— un casi pleno derecho a obrar así. Naturalmente, la rebelión que ha dado origen a este chiste se dirige contra tal ley, que constituye una penosa carga hasta para los más piadosos.

Otra historia: Un sablista encuentra en la escalera de un rico negociante a otro pobre diablo del mismo oficio, que le aconseja no continúe su camino. “No

subas hoy; el barón está de mal humor. Lo más que da es un florín”. “¡Ya lo creo que subo! —responde el primero—. ¿Por qué he de regalarle un florín? ¿Acaso me regala él algo a mí?”.

Este chiste se sirve de la técnica del contrasentido, haciendo afirmar al sablista que el barón no le regala nada en el mismo momento en que se dispone a mendigar su regalo. Pero el contrasentido es tan sólo aparente, pues es casi cierto que el rico barón no le regala nada obligado como está por la ley religiosa a dar limosna, y debe incluso agradecer al sablista que le dé ocasión de ejercer la caridad. La vulgar concepción burguesa de la limosna se halla aquí en contradicción con la religiosa y se rebela abiertamente contra ella en otra historieta en la que el barón, emocionado ante la lamentable historia que el sablista le cuenta, llama a sus criados, y exclama: «¡Echad a este hombre! ¡Me está angustiendo con sus lágrimas!» Esta franca exposición de la tendencia constituye un nuevo caso límite del chiste. De la queja no chistosa: «No es realmente ventaja ninguna ser rico, siendo judío. La miseria ajena no le deja a uno gozar de la propia felicidad». No se alejan estas dos últimas historietas casi más que por su exposición en forma anecdótica.

Otras historietas que representan asimismo, técnicamente, casos límites del chiste, testimonian de un cinismo profundamente pesimista: «Un sordo consulta su dolencia al médico, el cual diagnostica que la sordera es debida al abuso que el paciente hace de las bebidas espirituosas, y como primera medida curativa le aconseja una completa abstención. Tiempo después, el médico encuentra en la calle al enfermo y le pregunta, alzando la voz, por su estado de salud. “Ya estoy bien —responde el interrogado—. No necesita usted gritarme. Dejé de beber aguardiente y he recobrado el oído”. De nuevo pasa el tiempo y vuelven a encontrarse ambos individuos. El médico se dirige ya esta vez a su cliente en voz natural, pero advierte que no le oye. “Me parece que ha vuelto usted a beber —le grita entonces—, y por eso no oye bien otra vez”. “Puede que tenga usted razón —responde el sordo—. He vuelto a beber aguardiente y le voy a explicar a usted por qué. Mientras dejé de beber oía bien, pero nada de lo que oía era tan bueno como el aguardiente”». Este chiste carece de todo medio técnico; el *argot* y las artes del relato tienen que contribuir a provocar la risa, mas detrás de ella espía una triste interrogación: ¿No tendrá el individuo razón sobrada en elegir como lo ha hecho?

Estas historietas pesimistas aluden todas ellas a la diversa y desesperanzada miseria de los judíos, y a causa de esta conexión tenemos que incluirlas entre los

chistes tendenciosos.

Otros chistes, cínicos en análogo sentido, y no todos judíos, atacan a los dogmas religiosos y a la misma fe. La historia de la «visión del rabino», cuya técnica consistía en el error intelectual de la equivalencia de fantasía y realidad (también sería defendible su inclinación entre los chistes por desplazamiento), es uno de tales chistes cínicos o críticos, que se dirige contra los hacedores de milagros y seguramente contra la fe en estos últimos. Un chiste directamente blasfemo sería el que se atribuye a Heine en su agonía. Cuando el sacerdote le exhortaba cariñosamente a confiar en la gracia divina y a esperar que hallaría en Dios perdón para sus pecados, hubo de contestar: «Bien sûr qu'il me pardonnera; *c'est son métier*». Es ésta una rebajante comparación y, técnicamente, no posee más valor que el de una alusión. Mas la fuerza del chiste se halla en su tendencia. Lo que quiere decir es: «Claro que me perdonará; para eso está y para eso precisamente me lo he procurado» (como se procura uno un médico o un abogado). De este modo se halla viva aún en el impotente agonizante la conciencia de haber creado a Dios y haberle conferido un determinado poder para servirse de El en la ocasión propicia. La criatura mortal se da a conocer, aun en el momento de su destrucción, como creadora.

(4)

A las especies hasta ahora examinadas del chiste tendencioso, o sea a los chistes desnudadores u obscenos, agresivo (hostil) y cínico (crítico, blasfemo), queremos agregar como la más rara una nueva, cuyo carácter aclararemos por medio de un excelente ejemplo:

Dos judíos se encuentran en un vagón de un ferrocarril de Galitzia.

«¿Adonde vas?» pregunta uno de ellos. «A Cracovia», responde el otro. «¿Ves lo mentiroso que eres? —salta indignado el primero—. Si dices que vas a Cracovia, es para hacerme creer que vas a Lemberg. Pero ahora sé que de verdad vas a Cracovia. Entonces, ¿para qué mientes?»

Esta graciosísima historieta, que demuestra un gran ingenio, actúa claramente por medio de la técnica del contrasentido. ¿De manera que el judío se ve acusado de mentiroso por haber dicho que va a Cracovia, término efectivo de su viaje? Este enérgico medio técnico —el contrasentido— se halla, sin embargo, apareado en este caso con una técnica distinta, la exposición

antinómica, pues conforme a la no rebatida afirmación del primero, el segundo miente cuando dice la verdad y dice la verdad por medio de una mentira. El más serio contenido de este chiste es, sin embargo, la interrogación que abre sobre las condiciones de la verdad: señala nuevamente un problema y aprovecha la inseguridad de uno de nuestros usuales conceptos. ¿Decimos verdad cuando describimos las cosas tal como son, sin ocuparnos de cómo el que nos oye interpretará nuestras palabras? ¿O es ésta tan sólo una verdad jesuítica y la legítima veracidad consistirá más bien en tener en cuenta al que nos escucha y procurarle un fiel retrato de su propio conocimiento? Los chistes de este género me parecen suficientemente distintos de los demás para colocarlos en lugar aparte. Aquello que atacan no es una persona ni una institución, sino la seguridad de nuestro conocimiento mismo, uno de nuestros bienes especulativos. Les corresponderá, por tanto, el nombre de chistes *escépticos*.

(5)

En el curso de nuestro examen de las tendencias del chiste hemos conseguido numerosas aclaraciones y hallado muchas cosas que nos impulsan a proseguir nuestra investigación; pero los resultados obtenidos en este capítulo plantean, al agregarse a los que decimos en el anterior, un difícil problema. Si es cierto que el placer que el chiste produce depende, por un lado, de la técnica, y por otro de la tendencia, ¿desde qué punto de vista común se dejarían reunir estas dos fuentes de placer —tan diversas— del chiste?

B) PARTE SINTÉTICA

4. — El mecanismo de placer y la psicogénesis del chiste

(1)

C ONOCEMOS ya de qué fuentes proviene el singular placer que el chiste nos proporciona. Podemos incurrir en el error de confundir el agrado que el contenido ideológico del dicho chistoso nos produce con el placer privativo del chiste mismo; pero sabemos que este placer posee dos fuentes esenciales: la técnica y las tendencias del chiste. Lo que ahora quisiéramos averiguar es en qué forma surge el placer de estas fuentes, o sea cuál es el mecanismo del efecto de placer; y como suponemos que esta investigación nos ha de ser más fácil en el chiste tendencioso que en el inocente, comenzaremos por el primero nuestro análisis.

En el chiste tendencioso surge el placer ante la satisfacción de una tendencia que sin el chiste hubiera permanecido incumplida. No creo ya necesario insistir en las causas de que tal satisfacción constituya una fuente de placer. Mas la forma en que el chiste la consigue se halla ligada a condiciones especiales, cuyo examen puede ampliar considerablemente nuestros conocimientos. Debemos distinguir dos casos. El más sencillo es aquél en que a la satisfacción de la tendencia se opone un obstáculo exterior que es eludido por el chiste. Así en la respuesta que Serenísimo recibe a su impertinente pregunta y en la frase del crítico de arte al que los enriquecidos especuladores muestran sus retratos. Es el primer ejemplo, la tendencia es la de replicar a una ofensa con otra equivalente; en el segundo, la de pronunciar un insulto en lugar de las esperadas manifestaciones admirativas. Y lo que en ambos se opone a dichas tendencias es un factor puramente externo; el poder o la autoridad de las personas a quienes la ofensa va dirigida. Extrañamos, sin embargo, que estos chistes y otros análogos de naturaleza tendenciosa carezcan, a pesar de obtener nuestro beneplácito, de la facultad de producir un intenso efecto hilarante.

Muy distinta es la cuestión cuando no son factores externos, sino un obstáculo interior lo que se opone a la directa satisfacción de la tendencia; esto es, cuando un sentimiento íntimo se coloca frente a ella. Así sucede, a nuestro juicio, en los agresivos chistes de N., persona en la que una marcada tendencia a la invectiva aparece vigilada y contenida por una elevada cultura estética. Mas con ayuda del chiste queda, en este caso, vencido el obstáculo interior y suprimida la coerción; proceso que, como en los ejemplos de obstáculos exteriores, hace posible la satisfacción de la tendencia y evita, además, una cohibición y el «estancamiento psíquico» que la acompaña.

Al llegar a este punto de nuestra labor nos sentimos inclinados a penetrar más profundamente en las diferencias que la situación psicológica ha de presentar, según la clase del obstáculo, pues sospechamos que la aportación de placer es mucho más grande al ser removido un obstáculo interno que cuando se trata de uno exterior. Pero creemos será más prudente declararnos satisfechos por el momento con uno de los resultados ya obtenidos, esencial para la prosecución de nuestro trabajo y que podemos formular en la forma siguiente: los casos de obstáculo exterior y los de obstáculo interior se diferencian entre sí tan sólo en que en los segundos se remueve una coerción preexistente, y en los primeros lo que se hace es evitar la formación de una nueva.

No creemos constituya ningún atrevimiento especulativo afirmar ahora que tanto para la formación como para el mantenimiento de una coerción psíquica es necesario un «gasto psíquico». Y si agregamos a esto que en ambos casos del empleo del chiste tendencioso se consigue una aportación de placer, no será muy aventurada la hipótesis de que *tal aportación de placer corresponde al gasto psíquico ahorrado*.

De este modo habríamos llegado de nuevo al principio de la *economía*, con el que topamos por vez primera al ocuparnos de la técnica del chiste verbal. Mas si entonces creímos hallar el ahorro en el empleo del menor número posible de palabras o en el de palabras iguales, sospechamos ahora la existencia de una más amplia y general economía de gasto psíquico y tenemos que dar paso a la esperanza de que una más precisa determinación de este concepto —aún oscuro— del «gasto psíquico» nos aproxime considerablemente al conocimiento de la esencia del chiste.

Al examinar el mecanismo del placer en el chiste tendencioso no pudimos vencer por completo una cierta imprecisión, y tuvimos que aceptarla resignadamente como castigo a nuestro atrevimiento de anteponer lo complicado

a lo sencillo, intentando esclarecer el chiste tendencioso antes que el inocente. Pasaremos, pues, ahora al examen de este último; mas antes de hacerlo, dejaremos establecida nuestra hipótesis de que el secreto del efecto de placer del chiste tendencioso consiste en el *ahorro de gastos de coerción o cohibición*.

De aquellos ejemplos de chiste inocente en los que no existía peligro alguno de que nuestro juicio fuera inducido en error por el contenido o la tendencia, tuvimos que deducir la conclusión de que las técnicas del chiste son por sí mismas fuentes de placer. Examinemos ahora si tal placer puede ser atribuido al ahorro de gasto psíquico. En un grupo de estos chistes (los juegos de palabras) consistía la técnica en dirigir nuestra atención psíquica hacia el sonido de las palabras en lugar de hacia su sentido, y dejar que la imagen verbal (acústica) se sustituya a la significación determinada por relaciones con las representaciones objetivas. Parece justificado sospechar que este proceso origina una considerable minoración del trabajo psíquico y que, inversamente, el abstenernos de este cómodo procedimiento, en el apropiado y riguroso empleo de las palabras, es cosa que no llevamos a cabo sin un cierto esfuerzo. Podemos asimismo observar que, en aquellos estados patológicos de la actividad mental en los que se halla efectivamente limitada la posibilidad de concentrar gastos psíquicos en un punto determinado, la imagen sonora de las palabras sustituye a la significación de las mismas, y el enfermo avanza en su discurso siguiendo las asociaciones «externas» de la representación verbal en lugar de las «internas». También en el niño, acostumbrado aún a manejar las palabras como objetos, observamos la tendencia a buscar tras de un mismo o análogo sonido verbal igual significación, tendencia que es fuente de graciosos errores que hacen reír a los adultos. Cuando después, en el chiste, hallamos un innegable placer al trasladarnos, por el uso de la misma palabra o de otra análoga, de un círculo de representación a otro muy lejano (como en el ejemplo del *home-roulard*, desde el de la cocina al de la política), este placer puede muy bien atribuirse al ahorro de gasto psíquico. El placer que proporciona tal «corto circuito» parece asimismo ser tanto mayor cuanto más extraños son entre sí los dos círculos de representaciones enlazadas por la palabra igual; esto es, cuanto más alejados se hallan uno de otro y, por tanto, cuanto mayor es el ahorro de camino mental, procurado por el medio técnico del chiste. Anotemos, por último, que el chiste se sirve aquí de un medio de conexión que a menudo es rechazado y cuidadosamente evitado por el pensamiento regular^[843].

Un segundo grupo de medios técnicos del chiste —unificación, similitud, múltiple empleo, modificación de conocidos modismos, alusión a citas literarias— muestra el definido carácter común de ofrecernos algo ya conocido allí donde esperábamos encontrar algo nuevo. Este reencuentro de lo conocido es en extremo placiente, y no hallamos dificultad alguna para reconocer tal placer como placer de ahorro y tributo al ahorro de gasto psíquico.

Parece generalmente aceptado el hecho de que el reencuentro de lo conocido produce placer. Así escribe Groos^[844]: «El reconocimiento se halla siempre ligado allí donde no ha llegado a mecanizarse excesivamente (como en el acto de vestirnos, etc.), a sensaciones de placer. Ya la simple cualidad de lo conocido se muestra acompañada por aquel suave bienestar que invade a Fausto cuando, tras de un sospechoso encuentro, penetra de nuevo en su laboratorio...» «Si el acto del reconocimiento es de este modo productor de placer, podremos esperar que el nombre incurra en el deseo de ejercitar esta facultad por sí misma, y, por tanto, experimente con ella un juego. Efectivamente, Aristóteles ve en la alegría del reconocimiento la base del goce artístico, y no puede negarse que este principio no debe ser perdido de vista, aunque no posea tan amplia significación como Aristóteles le atribuye».

Groos analiza después los juegos, cuyo carácter consiste en intensificar la alegría del reconocimiento, colocando obstáculos en el camino del mismo; esto es, provocando un «estancamiento psíquico» que es suprimido por el acto del reconocimiento. Mas en su intento explicativo abandona la hipótesis de que el reconocimiento es placiente por sí mismo, y refiere el placer que en estos juegos se produce a la *alegría* de la conciencia de *poder* o de la superación de una dificultad. A nuestro juicio, este último factor es secundario, y no vemos en él motivo alguno para abandonar nuestra más sencilla hipótesis de que el reconocimiento es placiente en sí, esto es, por la aminoración del gasto psíquico, y que los juegos fundados en la consecución de este placer se sirven del mecanismo del estancamiento psíquico, exclusivamente para elevar la magnitud del mismo.

Se acepta asimismo que la rima, la aliteración, el estribillo y otras formas de la repetición de sonidos verbales análogos, en la poesía, utilizan la misma fuente de placer, o sea el reencuentro de lo conocido. En estas técnicas, que tantas coincidencias muestran con la del «múltiple empleo», en el chiste no desempeña papel alguno visible un «sentimiento de poder».

Dada la estrecha relación existente entre reconocimiento y recuerdo, no creemos muy aventurada la hipótesis de que existe también un placer de recuerdo; esto es, que el acto de recordar produce por sí mismo una sensación de placer de análogo origen. Groos no parece muy contrario a tal hipótesis, pero deriva nuevamente el placer del recuerdo de aquella «sensación de poder», en la que, erróneamente, a nuestro juicio, busca la razón principal del goce en casi todos los juegos.

En el «reencuentro de lo conocido» reposa también el empleo de otro medio auxiliar técnico del chiste, del que no hemos hablado hasta ahora. Me refiero al factor «actualidad», que, a más de constituir en muchos chistes una generosa fuente de placer, explica varias singularidades de la historia vital del dicho chistoso.

Por razones harto comprensibles no nos es posible utilizar como ejemplos en un tratado sobre el chiste más que aquellos que precisamente carecen de esta condición de «actualidad». Pero no debemos olvidar que quizá más que de tales chistes perennes hemos reído de otros que ahora ya no nos decidimos a comunicar, porque necesitarían de largos comentarios y ni con este auxilio llegarían a producir el efecto que antes alcanzaron. Tales chistes no contenían más que alusiones a personas o sucesos que en épocas pasadas fueron de «actualidad», habiendo despertado y conservado durante cierto tiempo el interés general. Extinguido este interés, y terminado el suceso correspondiente, perdieron ya estos chistes una gran parte de su efecto placiente. Así, el chiste que sobre el postre que nos servían hizo nuestro anfitrión, calificándolo de *home-roulard*, no me parece ahora tan bueno como entonces, cuando el *Home-Rule* era uno de los temas imprescindibles en la sección política de todo periódico. Si ahora intento realzar el mérito de este chiste por la circunstancia de que la palabra en la que reside nos conduce, ahorrándonos un largo rodeo mental, desde el círculo de representaciones de la cocina al tan lejano a éste de la política, en aquella época hubiera tenido que modificar mi descripción, diciendo que «la palabra chistosa nos conducía desde el círculo de representaciones de la cocina al de la política, muy alejado del primero, pero que había seguramente de interesarnos por estar ocupando de continuo nuestra atención». Otro chiste: «Esa muchacha me recuerda a Dreyfus; el ejército no cree en su inocencia», ha perdido hoy también gran parte de su efecto, a pesar de que sus medios técnicos no han sufrido modificación alguna. El desconcierto producido por la comparación en él expuesta y el doble sentido de la palabra «inocencia» no son

suficientes para compensar la pérdida de efecto que supone el que la alusión, dirigida entonces a un suceso reciente y revestido de interés inmediato, recuerde hoy tan sólo algo ya indiferente y casi olvidado. Otros chistes de esta clase, que hoy nos producen irresistible efecto, lo perderán en gran parte dentro de poco tiempo, y más tarde, cuando sea imposible relatarlos sin el auxilio de un comentario aclaratorio, serán totalmente nulos, a pesar de todas las excelencias de su técnica.

Una gran cantidad de los chistes lanzados a la circulación recorre de este modo un curso vital en el que a una época de florecimiento sucede otra de decadencia, y luego un total olvido. Mas por cada chiste que de este modo perece, creamos, impulsados por la necesidad de extraer placer de nuestros propios procesos mentales y, apoyándonos en los nuevos intereses de «actualidad», otro que lo sustituye. La fuerza vital de este género de chistes no es algo a ellos inherente, sino tomado, por medio de la alusión, de aquellos otros intereses cuyo curso determina los destinos del chiste. El factor «actualidad», que se agrega como una pasajera pero generosa fuente de placer a las propias del chiste mismo, no puede ser juzgado equivalente al reencuentro de lo conocido. Trátase más bien de una serie de cualidades especiales de lo conocido, o sea las de ser reciente y preciso y no hallarse aún empañado por el olvido. También en la formación de los sueños hallamos una especial preferencia por lo reciente, y no podemos por menos de sospechar que la asociación con lo inmediato es recompensada con una especial prima de placer, o sea facilitada.

La unificación, que no es otra cosa que la repetición, pero ya no en el sector del material verbal, sino en el del contenido ideológico, ha sido considerada por Th. Fechner como una especial fuente de placer del chiste. Así, escribe este autor (*Vorschule der Aesthetik*, I, XVII): «A mi juicio, el principio de la conexión unitaria de lo diverso desempeña en el sector de que nos ocupamos el papel principal; mas precisa, sin embargo, de circunstancias accesorias que le apoyen para hacer surgir con su singular carácter el placer de los casos de que tratamos pueden proporcionar^[845]».

En todos estos casos de repetición del mismo contexto o del mismo material verbal, o de reencuentro de lo conocido y reciente, no podrá discutírsenos la facultad de derivar el placer que experimentamos del ahorro de gasto psíquico, siempre y cuando este punto de vista demuestre ser utilísimo no sólo para esclarecer numerosos detalles del problema investigador, sino también para el

descubrimiento de nuevas generalidades. Mas antes de entrar en la aplicación de nuestra hipótesis deberemos poner en claro la forma en que tal ahorro se efectúa y determinar con mayor precisión el sentido de la expresión «gasto psíquico».

El tercer grupo de las técnicas del chiste —sobre todo del chiste intelectual—, en el que quedan comprendidos los errores intelectuales, el desplazamiento, el contrasentido, la exposición antinómica, etc., puede presentar a primera vista un carácter especial y no delatar parentesco alguno con las técnicas del reencuentro de lo conocido o de la sustitución de las asociaciones objetivas por las asociaciones verbales; esto no obstante, resulta harto fácil aplicar también a estos casos el punto de vista del ahorro o minoración del gasto psíquico.

No puede dudarse de que es más fácil y cómodo desviarse de una ruta mental iniciada que conservarse en ella, confundir lo heterogéneo que establece marcadas antítesis, y sobre todo admitir como válidas consecuencias que la lógica rechaza o prescindir en la unión de palabras o pensamientos, de la condición de que formen un sentido.

Y precisamente es esto lo que realizan las técnicas de que ahora tratamos. Mas lo extraño es que tal actividad de la elaboración del chiste constituye una fuente de placer, siendo así que todos estos rendimientos defectuosos de la actividad mental sólo sensaciones de placer nos proporcionan en otros sectores diferentes.

El «placer de disparatar» —como pudiéramos denominarlo abreviadamente— se halla encubierto hasta su completa ocultación en la vida corriente. Para descubrirlo tenemos que colocarnos ante dos casos especiales en los que es aún visible o se hace visible de nuevo; la conducta del niño mientras aprende a manejar su idioma y la del adulto que se halla bajo los efectos de una acción tóxica. En la época en que el niño aprende a manejar el tesoro verbal de su lengua materna le proporciona un franco placer de «experimentar en juego» (Groos) con este material y une las palabras sin tener en cuenta para nada su sentido, con el único objeto de alcanzar de este modo el efecto placiente del ritmo o de la rima. Este placer va siéndole prohibido al niño cada día más por su propia razón, hasta dejarlo limitado a aquellas uniones de palabras que forman un sentido. Todavía en años posteriores da la tendencia a superar las aprendidas limitaciones en el uso del material verbal muestras de su actividad en el sujeto, haciéndole modificar las palabras por medio de determinados afijos, transformar sus formas merced a dispositivos especiales (reduplicación) o hasta crear, para entenderse con sus camaradas de juego, un idioma especial, esfuerzos todos que

después surgen de nuevo en determinadas categorías de enfermos mentales.

A mi juicio, sea cualquiera el motivo a que obedeció el niño al comenzar estos juegos, más adelante los prosigue, dándose perfecta cuenta de que son desatinados y hallando el placer en el atractivo de infringir las prohibiciones de la razón. No utiliza el juego más que para eludir el peso de la razón crítica. Pero las limitaciones que la misma establece en este punto son bien poca cosa comparadas con las que luego, durante la educación, tienen que ser constituidas para lograr la exactitud del pensamiento y enseñarle a distinguir en la realidad lo verdadero de lo falso. A éstas más poderosas limitaciones corresponde una más honda y duradera rebeldía del sujeto contra la coerción intelectual y real, rebeldía en la que quedan comprendidos los fenómenos de la actividad imaginativa. El poder de la crítica llega a ser tan grande en el último estadio de la niñez y en el período de aprendizaje que va más allá de la pubertad, que el «placer de disparatar» no se aventura ya a manifestarse directamente sino muy raras veces. Los muchachos ya casi adolescentes no se atreven a disparatar sin rebozo alguno, pero su característica tendencia a una actividad sin objeto me parece ser una derivación directa del placer de disparatar. En los casos patológicos se ve muy frecuentemente cómo esta tendencia se intensifica hasta el punto de volver a dominar las conferencias y respuestas de los escolares; en algunos de éstos, atacados de neurosis, he podido comprobar que el placer inconsciente que les producían sus propios desatinos tenía en lo equivocado de sus respuestas una participación equivalente a la de su ignorancia.

Más tarde el estudiante no prescinde tampoco de manifestar esta rebeldía contra la coerción intelectual y real, cuyo dominio sobre su individualidad siente hacerse cada vez más ilimitado e intolerante. Una gran parte de los chistes estudiantiles tienen su origen en esta reacción. Con el alegre disparatar que reina en las reuniones juveniles en torno de la mesa de una cervecería, intenta el estudiante salvar el placer de la libertad del pensamiento que la disciplina universitaria va aminorando cada vez más. Todavía en épocas posteriores, cuando el alegre estudiante se ha convertido en hombre maduro y, reunido con otros de su talla en un Congreso científico, se ha sentido trasladado de nuevo a su época de aprendizaje, busca al terminar las sesiones un periódico satírico o una humorística conversación que, tomando a burla disparatadamente los nuevos conocimientos adquiridos, le compensen de las nuevas coerciones intelectuales que los mismos han traído consigo.

Mas en la edad adulta la crítica que ha reprimido el placer de disparatar llega

a adquirir tal fuerza, que no puede ser eludida, ni siquiera temporalmente, sin la cooperación de medios auxiliares tóxicos. El valioso servicio que el alcohol rinde al hombre es el de transformar su estado de ánimo; de aquí que no en todos los casos sea fácil prescindir de tal «veneno». El buen humor surgido endógenamente o tóxicamente provocado debilita las fuerzas coercitivas, entre ellas la crítica, y hace accesibles de este modo fuentes de placer sobre las que pesaba la coerción. Es harto instructivo ver cómo conforme el buen humor va imponiendo su reinado van disminuyendo las cualidades que del chiste se exigen. El buen humor sustituye al chiste, como éste tiene, a su vez, que esforzarse en sustituir al primero, cuando falta, para evitar que permanezcan reprimidas duramente determinadas posibilidades de placer, entre ellas el placer de disparatar.

Bajo la influencia del alcohol el adulto se convierte nuevamente en niño, al que proporciona placer la libre disposición del curso de sus pensamientos sin observación de la coerción lógica.

Esperamos haber demostrado que las técnicas de contrasentido del chiste corresponden a una fuente de placer. Recordemos ahora únicamente que este placer surge del ahorro de gasto psíquico y de la liberación de la coerción de la crítica.

Una revisión de las técnicas del chiste, que antes dividimos en tres grupos, nos hace observar que el primero y el tercero de ellos, la sustitución de las asociaciones objetivas por asociaciones verbales y el empleo del contrasentido, pueden reunirse en uno sólo como procedimientos de restablecer antiguas libertades y de descargar al sujeto del peso de las coerciones impuestas por la educación intelectual. Estas técnicas son, por decirlo así, «reducciones de la carga psíquica», y podemos colocarlas hasta cierto punto en contraposición al ahorro que la técnica realiza en el segundo grupo. Por tanto, la reducción del gasto psíquico ya existente y el ahorro del venidero son los dos principios sobre los que descansan la técnica del chiste y todo el placer que la misma produce. Las dos clases de técnica y de aportación de placer coinciden, por lo demás —en conjunto—, con la división del chiste en verbal e intelectual.

Las reflexiones que anteceden nos han aproximado al conocimiento de una psicogénesis del chiste, en la que intentaremos penetrar ahora más hondamente. Hemos llegado a conocer ciertos grados preliminares del chiste, cuyo desarrollo hasta el chiste tendencioso nos puede seguramente descubrir nuevas relaciones entre los diversos caracteres del chiste. Anterior a éste es algo que podemos calificar de juego y que aparece en el niño mientras aprende a emplear palabras y a unir ideas, obedeciendo probablemente a uno de los instintos que obligan al niño a ejercitar sus facultades (Groos). En este ejercicio descubre el sujeto infantil efectos de placer surgidos de la repetición de lo análogo y del reencuentro de lo conocido, que demuestran ser inesperados ahorros de gasto psíquico. No es de admirar que estos efectos de placer impulsen al niño a dedicarse con entusiasmo a su juego, sin tener para nada en cuenta la significación de las palabras y la coherencia de las frases. Así, pues, el primer grado preliminar del chiste sería el juego con palabras e ideas, motivado por determinados efectos placientes del ahorro.

A este juego pone fin el robustecimiento de un factor que merece ser calificado de crítica o razón. El juego es entonces rechazado como fallo de sentido o francamente disparatado; la crítica le ha hecho ya imposible. Al mismo tiempo queda también excluida por completo la consecución de placer de fuentes tales como el reencuentro de lo conocido, etc., salvo casualmente cuando se apodere del sujeto un alegre estado de ánimo que, como la alegría infantil, suprima la coerción crítica. Sólo en este caso se hace de nuevo posible el antiguo juego aportador de placer; pero el hombre no se conforma con esperar la aparición de estas circunstancias, renunciando a procurarse el placer a voluntad, sino que busca medios que hagan al mismo independiente de su estado de ánimo. El subsiguiente desarrollo del juego hasta el chiste es recogido por dos aspiraciones: la de eludir la crítica y la de subsistir el estado de ánimo.

De este modo se constituye el segundo grado preliminar del chiste, o sea la «chanza». Se trata de continuar la aportación de placer del juego y amordazar las exigencias de la crítica, que no dejarían surgir la sensación de placer. Para alcanzar este fin no existe sino un único camino. La yuxtaposición disparatada de palabras o la sucesión contra sentido de pensamientos tiene forzosamente que adquirir un sentido. Todo el arte de la elaboración del chiste se dedica a hallar aquellas palabras o constelaciones de ideas en que esta condición se muestre cumplida. Ya aquí, en la chanza encuentran empleo todos los medios técnicos del

chiste, y los usos del lenguaje no hacen entre chanza y chiste ninguna distinción importante. Lo que diferencia a la chanza del chiste es que el sentido de la frase arrancada a la crítica no necesita ser valioso, nuevo, ni siquiera bueno; basta con que pueda expresarse en la forma escogida, aunque sea desacostumbrado superfluo e inútil expresarlo así. En la chanza aparece en primer término la satisfacción de haber realizado lo que la crítica prohibía.

Así, es únicamente una chanza cuando Schleiermacher define los celos como la pasión que busca con celo lo que dolor produce (*Eifersucht* ist eine *Leidenschaft*, die mit *Eifer sucht* más *Leidenschafft* t). También constituye una chanza el siguiente dicho del profesor Kästner, que en el siglo XVIII explicaba Física —y hacía chistes— en la Universidad de Gotinga: «Viendo, al pasar lista a sus alumnos, que había uno cuyo nombre era Guerra, le preguntó qué edad tenía. “Treinta años”, contestó el estudiante. “¡Ah!, entonces tengo el honor de contemplar la guerra de los Treinta Años^[846]”». Con una chanza respondió Rokitsky a un individuo que le preguntaba qué profesión había escogido cada uno de sus cuatro hijos: «*Dos curan (heilen)* y *dos aúllan (heulen)*». Similicadencia «heilen, heulen»; esto es, dos son médicos y los otros dos cantantes. La respuesta era justa y en ella no se decía nada que no estuviese expresado en la frase normal: dos son médicos y otros dos cantantes. Es, por tanto, indudable que si la frase tomó una forma anormal fue tan sólo por el placer derivado de la unificación y la similicadencia de los dos verbos empleados.

Me parece que vamos viendo ya claramente en esta cuestión. Hemos visto estorbada de continuo nuestra valoración de las técnicas del chiste por el hecho de no ser éstas privativas del mismo y, sin embargo, parecía depender de ellas toda su esencia, dado que, suprimiéndolas por medio de la reducción, desaparecerían tanto el placer como el carácter mismo del chiste. Mas observamos ahora que lo que hemos descrito como técnicas del chiste, y en cierto sentido tenemos que seguir denominando así, son más bien las *fuentes* de las que el chiste extrae el placer. No podremos, por tanto, extrañar en adelante que otros procedimientos encaminados al mismo fin extraigan placer de las mismas fuentes. En cambio, la técnica peculiar y exclusiva del chiste se hallará en su procedimiento de proteger el empleo de estos medios productores de placer contra las exigencias de la crítica, que motivarían la desaparición del mismo. De este procedimiento no podemos por ahora decir casi nada con carácter general; la

elaboración del chiste se manifiesta, como ya hemos indicado, en la selección de aquel material verbal y aquellas situaciones intelectuales que permiten al antiguo juego, con palabras e ideas, soportar victoriosamente el examen de la crítica. Para este fin tienen que ser aprovechadas con máxima habilidad todas las peculiaridades del tesoro verbal y todas las constelaciones de la conexión ideológica. Quizá nos hallemos más adelante en situación de caracterizar la elaboración del chiste por medio de una determinada propiedad; mas, por lo pronto, tenemos que dejar inexplicado cómo se realiza la selección necesaria al chiste. La tendencia y la función del chiste, consistentes en proteger de la crítica las conexiones verbales e ideológicas productoras del placer, se muestran ya en la chanza como sus más esenciales características. Desde el principio su función es la de suprimir coerciones internas y alumbrar fuentes que las mismas habían cegado. Más adelante hallaremos cómo permanece fiel a este carácter a través de todo su desarrollo.

Nos hallamos ahora en situación de fijar al factor del «sentido en lo desatinado», al que los autores conceden tan grande importancia para la caracterización del chiste y para la explicación de su efecto, de placer, en justa situación. Los dos puntos fijos de la condicionalidad del chiste, su tendencia a continuar el juego productor de placer y su esfuerzo en protegerlo de la crítica de la razón, aclaran, sin necesidad de más amplias explicaciones, por qué el chiste aislado, cuando se nos muestra disparatado desde un punto de vista, tiene, desde otro, que parecemos sensato o, por lo menos, admisible. A la elaboración del chiste corresponde lograr este efecto; allí donde no lo consigue, es rechazado aquél como un desatino. Mas no tenemos necesidad de derivar el efecto de placer del chiste de la pugna de las sensaciones que surgen del sentido y al mismo tiempo desatino del mismo, sea directamente, sea por el camino del «desconcierto y esclarecimiento». Tampoco nos vemos precisados a aproximarnos más al problema de cómo puede surgir el placer, de la alternativa de tener por disparatado y reconocer como sensato el chiste. La psicogénesis del mismo nos ha enseñado que el placer del chiste procede del juego con palabras o del desencadenamiento del desatino, y que su sentido se halla destinado exclusivamente a proteger este placer contra su supresión por la crítica.

Con esto habríamos explicado en la «chanza» el esencial carácter del chiste. Podremos, por tanto, dirigir ahora nuestra atención al subsiguiente desarrollo de la chanza hasta culminar en el chiste tendencioso. La chanza coloca aún en primer término la tendencia a agradarnos y se contenta con que su expresión no

nos parezca desatinada o falsa de todo contenido. Cuando esta misma expresión se muestra plena de contenido o de valor se transforma la chanza en *chiste*. Un pensamiento que hubiera sido digno de todo nuestro interés, aun expresado en la forma más sencilla, aparece revestido de una forma que tiene que despertar, por sí misma, nuestro agrado, haciéndonos pensar, además, que una tal coincidencia no ha surgido, ciertamente, sin propósito determinado. Impulsados por esta idea, nos esforzamos en adivinar las intenciones en que la formación del chiste se basa. Una observación que antes hicimos como de pasada nos servirá ahora de guía. Hemos advertido antes que un buen chiste nos produce un agradable efecto de conjunto en el que no podemos distinguir qué parte del placer se debe a la forma chistosa y qué otra al excelente contenido ideológico. Constantemente nos equivocamos en esta valoración, sobreestimado unas veces la bondad del chiste, a consecuencia de nuestra admiración por el pensamiento en él contenido y otras el valor de tal pensamiento impulsados por el placer que el revestimiento chistoso nos proporciona. No sabemos lo que nos causa placer ni de qué reímos. Esta inseguridad de nuestro juicio puede quizá haber proporcionado el motivo para la formación de lo que estrictamente denominamos «chiste». El pensamiento busca el ropaje chistoso porque por medio del mismo se recomienda a nuestra atención y puede parecernos más importante y valioso, pero ante todo, porque tales vestiduras sobornan y confunden a nuestra crítica. Nos inclinamos a atribuir al pensamiento la complacencia que la forma chistosa nos ha producido y tendemos a no hallar equivocado lo que nos ha causado placer, para no cegar de este modo una fuente del mismo. Si el chiste nos hace reír, queda establecida en nosotros una disposición desfavorable a la crítica, pues se nos impone desde el exterior aquel estado de ánimo que antes se satisfacía con el juego y que el chiste se ha esforzado en sustituir por todos los medios. Aunque, anteriormente, hemos establecido que tales chistes debían denominarse inocentes, esto es, no tendenciosos, nos vemos ahora obligados a reconocer que, en sentido estricto, sólo la chanza carece de toda tendencia, no obedeciendo a otra intención que a la de crear placer. El chiste —aunque el pensamiento que contenga carezca de todo propósito y sirva, por tanto, únicamente a un interés intelectual teórico —no carece nunca de tendencia, pues persigue una segunda intención: la de mejorar el pensamiento, fortificándolo, y asegurarlo así contra la crítica. De este modo exterioriza el chiste su naturaleza primitiva, colocándose enfrente de un poder limitador y coercitivo: el juicio crítico.

Esta primera utilidad del chiste, que va más allá de la producción de placer,

señala el camino a sus demás funciones. El chiste queda ya reconocido como un factor de poder psíquico, cuya intervención puede ser decisiva. Los grandes instintos y tendencias de la vida anímica lo toman a su servicio para alcanzar sus fines. El chiste, primitivamente exento de tendencias y que comenzó como juego, entra, *secundariamente*, en relación con tendencias a las que, en definitiva, nada de lo que se constituye en la vida anímica puede escapar. Sabemos ya lo que puede rendir al servicio de las tendencias desnudadora, hostil, cínica y escéptica. En el chiste obsceno, derivado del chiste «verde», convierte a aquella tercera persona que constituía un estorbo en la situación sexual primitiva —sobornándola al compartir con ella el placer conquistado— en un aliado ante el que la mujer tiene que avergonzarse. En la tendencia agresiva transforma por igual medio al oyente, imparcial al principio, en un secuaz de su odio o su desprecio y hace surgir contra el enemigo un poderoso ejército allí donde antes no existía sino un solo combatiente. En el primer caso, domina la coerción del pudor y de la decencia por medio de la prima de placer que ofrece; en el segundo, elude de nuevo el juicio crítico, que sin él hubiese examinado el caso discutido. En los casos tercero y cuarto, al servicio de la tendencia cínica y escéptica, destruye el chiste, fortificando el argumento aducido y constituyendo un nuevo modo de ataque, el respeto a instituciones y verdades admitidas por el oyente. Allí donde el argumento intenta atraer la crítica de aquél, tiende el chiste a evitarlo, dándole de lado. No cabe duda de que el chiste ha escogido el camino más eficaz psicológicamente.

En esta revisión de la función del chiste tendencioso hemos hallado, en primer término, algo muy fácil de observar: el efecto del chiste en aquel que lo escucha. Pero mucho más importantes para la inteligencia de estos problemas son las funciones que el chiste lleva a cabo en la vida anímica de aquel que lo dice, o dicho con mayor precisión, de aquél a quien se le ocurre. Ya antes nos propusimos —y hallamos aquí ocasión para renovar nuestros propósitos— estudiar los procesos psíquicos del chiste, teniendo en cuenta su relación a dos personas diferentes. Por lo pronto, manifestaremos nuestra sospecha de que el proceso estimulado por el chiste en el oyente reproduce, en la mayoría de los casos, el que antes ha tenido lugar en el autor. Al obstáculo exterior que ha de ser vencido en el primero, corresponde en este último un obstáculo interno, que, como mínimo, será la representación coercitiva del obstáculo externo que ha de vencer. En algunos casos, el obstáculo interno que es vencido por el chiste tendencioso resulta evidente. Así, de los chistes de N. tenemos que suponer que

no se limitan a proporcionar al oyente el placer de la agresión injuriosa, sino que, ante todo, facilitan al mismo N. la producción de dichas injurias, constituyendo el único camino por el que se le es posible exteriorizarlas. Entre las especies de la coerción o cohibición interna existe una especialmente digna de nuestro interés, por ser la de mayor amplitud. Es ésta la que conocemos con el nombre de «represión», y se caracteriza por sus efectos, consistentes en excluir de la conciencia los sentimientos que caen bajo su acción, con todos sus derivados y ramificaciones. Ya veremos, más adelante, cómo el chiste tendencioso consigue extraer placer incluso de estas fuentes sometidas a la represión. Si, como antes indicamos, es posible referir de este modo el vencimiento de obstáculos exteriores al de coerciones y represiones interiores, podremos decir que el chiste tendencioso demuestra más claramente que ningún otro de los grados evolutivos del chiste el carácter esencial de la elaboración del mismo, constituido por el hecho de dar libertad a magnitudes de placer por medio de la remoción de coerciones. El chiste tendencioso fortifica las tendencias a cuyo servicio se coloca, aportándoles auxilios procedentes de sentimientos reprimidos o entra abiertamente al servicio de tendencias reprimidas.

Podemos admitir sin dificultad que éstas son las funciones del chiste tendencioso; pero, al hacerlo, reflexionamos que no hemos llegado aún a comprender en qué forma le es posible llevarlas a cabo. Toda la fuerza de estos chistes se halla en el placer que extraen del juego con palabras y de la liberación del disparate, y si hemos de juzgar por la impresión que hemos recibido de las chanzas desprovistas de tendencia, no podemos atribuir a este placer tan considerable magnitud que nos sea dable suponerle poder suficiente para remover arraigados obstáculos e intensas represiones. Pero lo que realmente sucede, en este punto concreto, es que no se trata de la sencilla actuación de una fuerza, sino de un complicado sistema de fuerzas combinadas. En lugar de exponer aquí el largo rodeo por el que he llegado al conocimiento de esta circunstancia, trataré de representarla por un corto camino sintético.

G. Th. Fechner ha establecido en *La introducción a la Estética* (T. I. V.) el «principio de la cooperación» o puja estética, exponiéndolo en la forma siguiente: *De la unión de condiciones de placer, de escasa potencia cada una, surge un resultado de placer, superior, a veces considerablemente, al que corresponde al valor de placer de tales condiciones tomadas por separado, y mayor aún de lo que pudiera explicarse por la suma de cada uno de los efectos. Por medio de tal reunión puede hasta conseguirse un positivo resultado de*

placer, incluso cuando cada uno de los factores es por sí solo incapaz de lograrlo. A mi juicio, el tema del chiste no nos ofrece grandes ocasiones de confirmar la certeza de este principio, demostrable en muchas otras creaciones artísticas. Sin embargo, nuestra investigación nos ha enseñado algo que, por lo menos, muestra cierta relación con la hipótesis de Fechner; pues hemos visto que en la actuación conjunta de varios factores productores de placer no nos es posible atribuir a cada uno de ellos la parte que realmente le corresponde en el resultado. Lo que sí haremos es modificar la situación supuesta en el principio de la cooperación y establecer para estas nuevas condiciones una serie de interrogantes merecedoras de aclaración.

¿Qué sucede, en general, cuando en una constelación aparecen condiciones de placer junto a condiciones de displacer? ¿De qué depende entonces el resultado y en qué se manifiesta? El caso del chiste tendencioso es un caso especial entre estas posibilidades. Existe un sentimiento o aspiración que quería extraer placer de una determinada fuente y lo hubiera conseguido de no tropezar con un obstáculo; de otra parte, existe otra aspiración que actúa en contra de este desarrollo de placer, estorbándolo o reprimiéndolo. La aspiración represora tiene que ser, como lo demuestra el resultado, más fuerte, en una cierta magnitud, que la reprimida, la cual no por ello desaparece.

Agrégase ahora una nueva aspiración que extraería placer del mismo proceso, aunque de distintas fuentes, aspiración que actúa, por tanto, en el mismo sentido que la reprimida. ¿Cuál será en este caso el resultado? Un ejemplo nos orientará mejor que cualquier esquematización. Supongamos existente la aspiración a insultar a una determinada persona; mas al paso de esta aspiración salen el sentimiento del propio decoro y la cultura estética, con tal fuerza, que el insulto tiene que ser retenido, y si pudiera surgir mediante una transformación de la situación o del estado de ánimo, esta victoria de la tendencia insultante sería sentida después con displacer. Queda, pues, suprimido el insulto. Mas se ofrece la posibilidad de extraer un buen chiste del material de palabras y pensamientos que habían de servir para expresarlo, o sea una ocasión de extraer placer de otras fuentes distintas, cuyo acceso no está prohibido por la misma represión. Sin embargo, esta segunda conquista de placer no podría realizarse si el insulto hubiera de ser abandonado; mas en cuanto éste es admitido, en su nueva forma expresiva, queda ligada también a él la nueva consecución de placer. Nuestra experiencia del chiste tendencioso nos muestra que en tales circunstancias puede recibir la tendencia reprimida, con la ayuda del

placer del chiste, la energía suficiente para vencer la coerción, que de otro modo la superaría en energía. Se insulta porque con ello se hace el chiste. Pero el placer a que se aspira no es el producido por el chiste; es incomparablemente superior, y tanto mayor que el placer del chiste cuanto que debemos suponer que la tendencia antes reprimida ha conseguido imponerse y manifestarse por entero. En estas circunstancias es en las que el chiste tendencioso excita más nuestra hilaridad.

La investigación de las condiciones de la risa nos llevará quizá a una más definida representación del proceso por el que el chiste coadyuva a la lucha contra la represión. Pero vamos también ahora que el caso del chiste tendencioso es un caso especial del principio de la cooperación. Una posibilidad de desarrollo de placer se agrega a una situación en la que otra posibilidad se halla cohibida de tal manera, que no podría por sí sola producir placer ninguno. El resultado de esta agregación es un desarrollo de placer muy superior al de la posibilidad agregada, la cual ha actuado como *prima de atracción*; por medio de la oferta de una pequeña magnitud de placer se ha conquistado una gran cantidad del mismo, que de otro modo hubiera sido difícil de lograr. Resulta ahora muy justificada la sospecha de que este principio corresponde a un proceso que se verifica en muchos y muy alejados dominios de la vida anímica y creo muy apropiado calificar de *placer preliminar* (*Vorlust*) el placer que actúa como prima de atracción para conseguir la libertad de una magnitud mucho más considerable. El principio que de este modo dejamos establecido será, pues, el *principio del placer preliminar*.

Podemos ya exponer la fórmula del mecanismo del chiste tendencioso; se pone éste al servicio de determinadas tendencias con el fin de engendrar nuevo placer, suprimiendo retenciones y represiones por medio del placer del chiste, que actúa en calidad de placer preliminar. Examinando su desarrollo, podemos decir que el chiste ha permanecido fiel a su esencia desde su origen hasta su perfección. Comienza como un juego dedicado a extraer placer del libre empleo de palabras e ideas. Luego, en cuanto el robustecimiento de la razón rechaza, como falto de sentido, el juego con las palabras, y como disparatado aquél en que intervienen ideas, se transforma en chanza para conservar estas fuentes de placer y poder conquistar nuevo placer por medio de la liberación del disparate. Como chiste propiamente dicho, aun exento de toda tendencia, presta su ayuda a las ideas y las fortalece contra los ataques del juicio crítico, actividad en la que se sirve del principio de la confusión de las fuentes de placer; por último, entra al

servicio de importantes tendencias que luchan contra represión y se consagra a suprimir obstáculos interiores, conforme al principio del placer preliminar. La razón —el juicio crítico— y la represión son los poderes que uno tras otro va combatiendo, mientras conserva las primitivas fuentes de placer verbal y se abre paso, a partir del grado de la chanza, hasta otras nuevas, por medio de la remoción de obstáculos. El placer que produce, sea placer de juego o de remoción, lo podemos derivar, en cada caso, del ahorro de gasto psíquico, siempre que esta concepción no se manifieste contraria a la esencia del placer y demuestre ser fructífera en otros campos^[847].

5. — Los motivos del chiste. El chiste como fenómeno social.

HABIENDO reconocido como motivo suficiente de la elaboración del chiste la intención de conseguir placer, parece ahora inútil resucitar esta cuestión. Mas, por un lado, no es imposible que otros motivos diferentes tomen parte en la producción del chiste, y por otro, no debemos dejar de incluir en nuestra investigación el problema de la condicionalidad subjetiva del mismo.

Dos hechos nos impulsan ante todo a hacerlo así. La elaboración del chiste es, desde luego, un excelente medio de extraer placer de los procesos psíquicos; mas no todos los hombres se hallan igualmente capacitados para servirse de él. No se halla a disposición de todo el mundo, y, ampliamente, sólo a la de contadas personas, a las que caracterizamos diciendo que tienen «chiste». En este sentido se nos muestra el «chiste» como una especial capacidad perteneciente a la categoría de las antiguas «potencias del alma», pero casi por completo independiente de las restantes: inteligencia, fantasía, memoria, etc. Deberemos, pues, suponer en los sujetos chistosos especiales disposiciones o condiciones psíquicas que permiten o favorecen la elaboración del chiste. Temo que no nos ha de ser posible profundizar mucho en este punto. Sólo en ocasiones aisladas logramos avanzar desde la comprensión de un chiste hasta el reconocimiento de las condiciones subjetivas existentes en el espíritu de su autor. A una feliz casualidad se debe, no más, que precisamente el ejemplo con cuyo análisis hemos inaugurado nuestra investigación de las técnicas nos permita penetrar hasta la condicionalidad subjetiva del chiste. Me refiero a la chistosa frase de Heine, que antes que nosotros analizaron ya Hayman y Lipps:

«Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy *famillionarmente* (famillionär)».

Esta frase la pone Heine en boca de un personaje cómico: el hamburgués Hirsch-Hyacinth, agente de lotería, casado, callista y ayuda de cámara del distinguido barón Cristóforo Gumpelino (antes Gumpel). Se ve que el poeta siente especial predilección por ésta su criatura, pues le hace llevar la voz cantante en el relato y enunciar las más osadas y divertidas ideas, prestándole la práctica sabiduría de un Sancho Panza. Lástima que, llevado Heine por su falta de afición a la forma dramática, deje perderse tan pronto esta deliciosa figura. Sin embargo, en más de una ocasión nos quiere parecer que Hirsch-Hyacinth no es sino una transparente máscara, detrás de la cual es el poeta mismo quien habla, y a poco que reflexionemos, adquirimos la certeza de que el cómico personaje constituye una autoparodia del propio Heine. Así, cuando Hirsch relata la razón de haber abandonado su verdadero nombre adoptando el de Hyacinth. «Este nombre —dice— lo escogí porque empezaba con H, como el mío, y me evitaba hacer grabar de nuevo mis iniciales». Es esto, exactamente, lo que sucedió a Heine cuando, al bautizarse, cambió su nombre —Harry— por el de Heinrich. Además, todo aquel que conozca la biografía de Heine recordará que el poeta tenía en Hamburgo, ciudad de la que hace natural a Hirsch-Hyacinth, un tío de su mismo apellido que desempeñaba en la familia el papel de pariente adinerado y ejerció en la vida de nuestro autor una decisiva influencia. Su nombre era Salomon, como el del viejo Rothschild, que hubo de acoger al infeliz Hirsch tan *famillionarmente*. De este modo, lo que en boca de Hirsch-Hyacinth nos parecía una chanza, muestra un fondo de amargura, atribuido al sobrino Harry-Heinrich. Sabemos que éste quiso estrechar los lazos de unión con esta parte de su familia, y que fue su más ardiente deseo contraer matrimonio con una hija de su tío Salomón; pero la muchacha le rechazó, y el padre le trató siempre harto *famillionarmente*, como a un pariente pobre. Sus opulentos primos de Hamburgo nunca le miraron tampoco con afecto. Recuerdo aquí lo que me contó una anciana tía mía, que por su matrimonio entró a formar parte de la familia de Heine. Un día en que, recién casada, fue a comer a casa de Salomón tuvo por vecino de mesa a un joven silencioso y desganado, al que los demás trataban con cierto desdén. Por su parte, también tuvo ella ocasión de mostrarse muy afectuosa con su vecino, y sólo muchos años después supo que aquel taciturno y desdeñado joven era el poeta Enrique Heine. Este desvío de sus ricos parientes

hizo sufrir mucho a Heine, tanto en su juventud como en años posteriores, y tales emociones subjetivas dieron cuerpo al chiste cuyo análisis nos ocupa.

También en otros chistes de este gran humorista podemos suponer la existencia de análogas condiciones subjetivas, pero no conozco ningún ejemplo más en el que las mismas aparezcan tan evidentemente. No es, por tanto, nada sencillo precisar la naturaleza de tales condiciones subjetivas, ni podemos suponer *a priori* a cada chiste producto de tan complicada génesis. Tampoco en las producciones chistosas de otros famosos ingenios hallamos camino más accesible para nuestra investigación. A veces, como cuando nos enteramos de que Lichtenberg era un hipocondríaco, sujeto a las más originales rarezas, nos inclinamos a pensar que las condiciones subjetivas de la elaboración del chiste no se hallan muy alejadas de las de la enfermedad neurótica. La gran mayoría de los chistes, especialmente de aquellos que surgen apoyándose en los nuevos intereses de cada día, es de procedencia anónima y nos hace preguntarnos con curiosidad qué clase de personas serán sus autores. Cuando en el ejercicio de la Medicina se tiene ocasión de conocer a uno de aquellos individuos que sin presentar, por lo demás, sobresalientes cualidades, son conocidos en su círculo como chistosos y autores de muchos de los chistes en circulación, se experimenta con frecuencia la sorpresa de ver que se trata de sujetos predispuestos a enfermedades nerviosas. Mas por insuficiencia de pruebas nos abstenemos desde luego de erigir tal constitución psiconeurótica en condición subjetiva necesaria o regular de la formación del chiste.

Constituyen, en cambio, un caso más transparente aquellos chistes judíos, que ya conocemos, debidos a individuos de raza israelita, pues los que proceden de personas extrañas no pasan nunca, como ya hemos visto, del nivel de la comicidad o de la burla brutal. En ellos parece cumplirse, como en el chiste de Heine antes examinado, la condición de que la propia persona participe en el contenido del chiste; condición cuya importancia estriba en el hecho de dificultar al sujeto la crítica o agresión directa, obligándole a buscar un rodeo.

Otras condiciones que hacen posibles o favorecen la elaboración del chiste se muestran más claramente ante nuestros ojos. El móvil de la producción de chistes inocentes es con gran frecuencia el vanidoso impulso de mostrar nuestro propio ingenio dándonos en espectáculo; esto es, un instinto equivalente a la exhibición en el terreno sexual. La existencia de numerosos instintos retenidos, cuya cohibición presenta cierto grado de inestabilidad, producirá la disposición favorable a la producción del chiste tendencioso. Componentes aislados de la

constitución sexual de un individuo pueden de este modo actuar como motivos de la formación de chistes. Toda una serie de chistes obscenos permite deducir en sus autores una oculta tendencia a la exhibición. Los chistes tendenciosos agresivos resultan especialmente fáciles para aquellos sujetos en cuya sexualidad puede demostrarse la existencia de poderosos componentes sadistas, más o menos cohibidos en su vida individual.

La otra circunstancia que nos impulsa a investigar la condicionalidad subjetiva del chiste es el hecho, generalmente conocido, de que nadie se contenta con hacer un chiste únicamente para sí. A la elaboración del chiste se halla indisolublemente ligado el impulso a comunicarlo, y este impulso es tan poderoso, que se impone con frecuencia, a despecho de importantes consideraciones. También la comunicación de lo cómico nos proporciona un placer, pero el impulso que a ellas nos lleva no es ya tan imperativo: lo cómico puede ser gozado aisladamente allí donde surge ante nosotros. En cambio, nos vemos obligados a comunicar el chiste. El proceso psíquico de la formación del chiste no parece terminar con el acto de ocurrírsenos; queda aún algo, que tiende a cerrar, con la comunicación de la ocurrencia, el desconocido mecanismo de su producción.

No nos es dado adivinar al principio en qué puede fundarse esta tendencia a la comunicación del chiste. Mas observamos en éste una nueva peculiaridad que agregar a aquellas que lo diferencian de lo cómico. Cuando lo cómico surge ante nosotros, lo primero que hacemos es reír de ello, sin ocuparnos de hacer a nadie partícipe de nuestra risa. Posteriormente, después de haber reído a nuestro gusto, es cuando quizá encontremos un nuevo placer en comunicar lo que nos ha divertido. En cambio, no reímos jamás del chiste que se nos ocurre, a pesar del innegable contenido que el mismo nos produce. Es, por tanto, posible que nuestra necesidad de comunicar el chiste se halle relacionada de algún modo con tal efecto hilarante, que nos es negado como autores, pero que se manifiesta con todo su poder en las personas a las que comunicamos nuestra ocurrencia.

¿Por qué reímos de nuestros propios chistes? ¿Y qué papel desempeña el oyente?

Examinamos en primer lugar esta última interrogación. En lo cómico toman parte dos personas: a más de nuestro propio yo, aquella otra en la que hallamos la comicidad. Asimismo, cuando encontramos cómico un objeto es merced a una especie de personificación, nada rara en nuestra vida ideológica. Estas dos personas, el yo y la persona-objeto, son suficientes para el proceso cómico.

Puede agregarse a ellas una tercera, más no obligada ni necesariamente. Cuando el chiste no es aún sino un juego con las propias palabras o ideas, prescinde todavía de una persona-objeto, pero ya en el grado preliminar de la chanza, cuando ha conseguido proteger el juego y el desatino de la censura de la razón, requiere una segunda persona a la que poder comunicar su resultado. Mas esta segunda persona del chiste no corresponde a la persona-objeto de la comicidad, sino a aquella tercera persona a la que se comunica el hallazgo cómico. En la chanza parece someterse a la segunda persona de decisión de si la elaboración del chiste ha cumplido o no su cometido como si el yo no confiase en la seguridad de su propio juicio. También el chiste inocente, que sabemos destinado a robustecer los pensamientos, necesita de una segunda persona para probar si ha alcanzado su intención. Cuando el chiste se pone al servicio de tendencias desnudadoras u hostiles, podemos describirlo como un proceso psíquico entre tres personas, las mismas que participan en la comicidad, pero el papel desempeñado por la tercera es muy distinto: el proceso psíquico se cumple entre la primera, o sea el yo, y la tercera, o sea el oyente, y no como en la comicidad entre el yo y la persona-objeto.

También en la tercera persona del chiste tropieza éste con condiciones subjetivas que pueden privarle de alcanzar su fin de conseguir placer. Como Shakespeare advierte (*Love's Labour's Lost*, V. 2):

*A jest's prosperity lies in the ear
Of him that hears it, never in the tongue
Of him that makes it*^[848]....

Aquél cuyo estado de ánimo depende de graves pensamientos no será el juez más apropiado para confirmar con sus risas que el chiste ha conseguido su propósito de salvar el placer verbal. Para poder constituir la tercera persona del chiste tiene el sujeto que hallarse de buen humor o, por lo menos, indiferente. Idéntico obstáculo encuentra el chiste inocente y el tendencioso, agregándose en este último un nuevo peligro posible: la oposición a la tendencia que el mismo intenta favorecer. La disposición a reír de un excelente chiste obsceno no podrá constituirse cuando el mismo se refiera a una persona estimada por el oyente o ligada a él por lazos de familia. En una reunión de sacerdotes católicos y pastores evangélicos no se atreverá nadie a citar la comparación de Heine que antes expusimos, y ante un auditorio compuesto de amigos de un adversario mío,

las más chistosas invectivas que contra éste pudieran ocurrírseme no serían acogidas como chistes, sino como invectivas, y producirían indignación en lugar de placer. Cierta grado de complicidad o de indiferencia y la falta de todos aquellos factores que pudieran hacer surgir poderosos sentimientos contrarios a la tendencia son condiciones precisas para que la tercera persona pueda coadyuvar a la perfección del chiste.

Allí donde no aparecen estos obstáculos, oponiéndose al efecto del chiste, surge el fenómeno cuya investigación nos ocupa, o sea el de que el placer que el chiste ha producido se muestra con mucha más claridad en la tercera persona que en su propio autor. Tenemos que contentarnos con decir «más claramente», aunque nuestro deseo sería preguntarnos si el placer del oyente no es mucho más intenso que el del autor; pero, como puede comprenderse, nos falta todo medio de comparación a medida. Vemos, sin embargo, que el oyente testimonia su placer con grandes risas después que la primera persona ha relatado, generalmente con grave gesto, el chiste, y que al contar de nuevo un chiste que hemos oído, nos vemos obligados, para no echar por tierra su efecto, a conducirnos en el relato, en la misma forma que su autor se condujo al comunicárselo. Surge aquí la cuestión de si podremos deducir de esta condicionalidad de la risa alguna conclusión sobre el proceso psíquico de la elaboración del chiste.

No podemos intentar una revisión de todo lo que se ha afirmado y publicado sobre la naturaleza de la risa. De tal propósito nos apartaría, además, la frase que Dugas, un discípulo de Ribot, coloca al frente de su libro *Psychologie du rire* (1902): *Il n'est pas de fait plus banal et plus étudié que le rire; il rien est pas qui ait eu le don d'exciter davantage la curiosité du vulgaire et celle des philosophes, il n'en est pas sur lequel on ait recueilli plus d'observations et bâti plus des théories et avec cela il n'en est pas qui demeure plus inexpliqué; on serait tenté de dire avec les sceptiques qu'il faut être content de rire et de ne pas chercher à savoir pourquoi on rit, d'autant que peut-être la reflexion tue la rire, et qu'ilserait alors contradictoire qu'elle en découvrit les causes.*

No dejaremos, en cambio, de aprovechar para nuestros propósitos una hipótesis sobre el mecanismo de la risa, que se incluye excelentemente en nuestro círculo de ideas. Me refiero al intento de explicación de dicho mecanismo, que Spencer lleva a cabo en su *Physiology of laughter*^[849].

Según Spencer, la risa es un fenómeno de la descarga de excitación anímica,

y constituye una prueba de que el empleo psíquico de tal excitación ha tropezado bruscamente con un obstáculo. La situación psicológica que se resuelve en la risa es descrita por este autor en la forma siguiente: *Laughter naturally results only when consciousness is unawares transferred from great things to small — only when there is what we may call a descending incongruity*^[850].

En un análogo sentido definen los autores franceses (Dugas) la risa como una *détente*, o sea un fenómeno de distensión. También la fórmula de A. Bain: *Laughter is a relief from constraint*, se aparta, a mi juicio, de la teoría de Spencer menos de lo que algunos investigadores intentan hacernos creer.

Sentimos ciertamente la necesidad de modificar el pensamiento de Spencer, determinando, en parte, más precisamente las representaciones en él contenidas y, en parte, transformándolas.

Diríamos nosotros que la risa surge cuando cierta magnitud de energía psíquica, dedicada anteriormente al revestimiento de determinados caminos psíquicos, llega a hacerse inutilizable y puede, por tanto, experimentar una libre descarga. Tenemos perfecta conciencia de la peligrosa sombra que arroja sobre nosotros este enunciado; mas para que nos sirva de escudo citaremos una frase de la obra de Lipps sobre la comicidad y el humor; obra en la que podemos hallar luminosos esclarecimientos sobre muy distintos problemas: «Al fin y al cabo todo problema psicológico nos conduce a las profundidades de la Psicología; de modo que, en el fondo, ninguno de ellos se deja tratar aisladamente». Los conceptos «energía psíquica» y «descarga» y el manejo de la energía psíquica como una cantidad son familiares a mi pensamiento desde que he comenzado a considerar filosóficamente los hechos de la Psicopatología. Ya en mi *Interpretación de los sueños* (1900) he intentado estatuir, de acuerdo con la idea de Lipps, los procesos psíquicos inconscientes en sí, y no los contenidos de la conciencia, como lo «psíquicamente eficiente^[851]»⁵⁹⁹. Tan sólo al hablar del «revestimiento de caminos psíquicos» parece que me alejo de las metáforas usadas por Lipps. Las experiencias sobre la capacidad de desplazamiento de la energía psíquica a lo largo de determinadas asociaciones, y sobre la casi indeleble conservación de las huellas de los procesos psíquicos, es lo que me ha inducido a intentar representar en esta forma lo desconocido. Para evitar una mala inteligencia posible, debo añadir que no intento proclamar como tales caminos a las células y fibras o, en su lugar, al moderno sistema de las neuronas, aunque los mismos deberían representarse, en una forma aún no determinable,

por elementos orgánicos del sistema nervioso.

Así, pues, según nuestra hipótesis, se dan en la risa las condiciones para que una suma de energía psíquica, utilizada hasta entonces como carga ‘catexis’, o revestimiento (*Besetzung*), sucumba a una libre descarga, y dado que, aunque no toda la risa, sí aquella que es producida por el chiste es un signo de placer, nos inclinaremos a referir tal placer a la remoción de la carga. Cuando vemos que el oyente ríe y, en cambio, el autor del chiste no, tenemos que pensar que en el primero es removido derivado un gasto de revestimiento (*Besetzungsaufwand*), mientras que en la elaboración del chiste surgen obstáculos, que se oponen ora a la remoción, ora a la descarga. Podemos caracterizar con gran precisión el proceso que se verifica en el oyente —la tercera persona del chiste—, haciendo resaltar el hecho de que él mismo se proporciona, con escasísimo gusto por su parte, el placer del chiste. Se diría que tal placer le resulta regalado. Las palabras del chiste hacen surgir en su espíritu aquella representación o asociación de ideas cuya formación tropezaba también en él con grandes obstáculos. Para construir espontáneamente, como primera persona, dicha representación o asociación hubiera tenido que poner en juego un esfuerzo propio, equivalente, por lo menos, a la cantidad de gasto psíquico necesario para vencer la energía del estorbo, cohibición o represión. Resulta, pues, que el oyente se ahorra todo este gasto psíquico, y conforme a nuestros anteriores resultados, diríamos que su placer corresponde a este ahorro. Mas ahora, tras de nuestro conocimiento del mecanismo de la risa, diremos más bien que la energía de revestimiento, dedicada a la retención, ha devenido a causa del establecimiento de la representación prohibida, logrado por medio de la percepción auditiva, repentinamente superflua, quedando removida y dispuesta a descargarse en la risa. De todos modos, ambas explicaciones de este proceso corren paralelas, pues el gasto ahorrado corresponde exactamente a la retención devenida superflua. Pero la segunda es más evidente y, además, nos permite decir que el oyente del chiste ríe con la magnitud de energía psíquica que ha quedado en libertad por la remoción de la carga de retención (*Hemmungsbesetzung*); el oyente gasta riendo esta magnitud.

Dijimos antes que la circunstancia de que la persona en la que el chiste se forma no pudiera reír indicaba que el proceso se verificaba en ella de una manera diferente a como en la tercera persona; diferencia que podría hallarse en la remoción de la carga de retención o en la posibilidad de descarga de la misma. Mas el primero de estos dos casos tiene que ser excluido, como en seguida

veremos. La carga de retención debe ser removida también en la primera persona; pues si no hubiera llegado a existir el chiste, cuya formación supone el vencimiento de tal resistencia, no sería posible que la primera persona sintiera el placer que al mismo acompaña, y que tenemos que derivar de la remoción de la retención. No queda, pues, más que el otro caso, o sea que la primera persona no puede reír, aunque siente placer, porque la posibilidad de descarga se halla perturbada. Tal perturbación en la posibilidad de la descarga, que constituye una condición de la risa, puede ser producida por el inmediato destino de la energía de revestimiento, libertada a un distinto empleo endopsíquico. Esta posibilidad es, a nuestro juicio, importantísima, y habremos de dedicarle todo nuestro interés. Mas en la primera persona del chiste puede hallarse realizada otra condición, que conduce al mismo resultado. A pesar de la conseguida remoción del revestimiento de retención, puede no haber quedado libre una magnitud de energía capaz de exteriorizarse. En la primera persona del chiste se verifica el trabajo de elaboración del mismo, que necesariamente ha de exigir cierta magnitud de nuevo gasto psíquico. La primera persona hace, pues, surgir por sí misma la energía que remueve la retención, de lo cual extrae, sin duda, un placer, que en el caso del chiste tendencioso llega a ser muy considerable, dado que el placer preliminar, conquistado por la elaboración del chiste, toma a su cargo la restante remoción de la retención. Pero la cuantía del gasto producido por la elaboración del chiste aminora, como un sustraendo, la ganancia conseguida por dicha remoción. Este gasto es el mismo que tiene lugar en el oyente del chiste. Para apoyar todas estas afirmaciones podemos aducir aún que el chiste pierde también en la tercera persona su efecto hilarante en el momento en que necesita un gasto de trabajo intelectual. Las alusiones del chiste tienen que ser evidentes, y el vacío dejado por las omisiones debe poderse colmar con facilidad. El efecto del chiste es regularmente destruido con la aparición del interés intelectual, circunstancia que constituye una importante diferencia entre el chiste y las adivinanzas. Quizá la constelación psíquica no sea favorable durante la elaboración del chiste a la libre descarga de lo conseguido. Mas no nos hallamos por ahora en situación de hacer más profundo nuestro conocimiento de estos extremos. Hemos podido esclarecer una parte de nuestro problema: la de por qué ríe la tercera persona mejor que la parte restante, o sea por qué la primera no ríe.

De todos modos, apoyándonos en estos juicios sobre las condiciones de la risa y sobre el proceso psíquico que se verifica en la tercera persona, nos hallamos facultados para esclarecer satisfactoriamente toda una serie de

peculiaridades del chiste, que ya conocemos, pero en cuya inteligencia aún no hemos penetrado. Si en la tercera persona ha de ser libertada una magnitud de energía de revestimiento capaz de descargar, habrán de cumplirse varias condiciones, o, por lo menos, será su cumplimiento muy favorable. Tales condiciones son:

1.^a Ha de quedar asegurado que la tercera persona lleva a cabo realmente este gasto de revestimiento.

2.^a Debe evitarse que el mismo, una vez libre, halle un empleo distinto en lugar de ofrecerse a la descarga motora.

3.^a Será en extremo ventajoso que el revestimiento sea intensificado previamente en la tercera persona.

Al servicio de estas condiciones se hallan determinados medios de la elaboración del chiste, que podemos reunir como técnicas secundarias o auxiliares.

1) La primera de las condiciones señaladas fija una de las cualidades de la tercera persona como oyente del chiste. Tiene éste que coincidir psíquicamente con la primera persona lo bastante para disponer de las mismas retenciones internas que la elaboración del chiste ha vencido en la misma. El individuo acostumbrado a dichos crudamente «verdes» no podrá extraer placer alguno de un ingenioso y sutil chiste desnudador, y las agresiones de N. no serán comprendidas por las personas acostumbradas a dar libre curso a su tendencia al insulto. De este modo, cada chiste exige su público especial, y el reír de los mismos chistes prueba una amplia coincidencia psíquica.

Tocamos aquí un punto que nos permite vislumbrar con mayor precisión las circunstancias del proceso en la tercera persona. Ésta debe poder constituir habitualmente en sí la misma retención que el chiste ha vencido en la primera, de manera que al oír el chiste despierte en ella, obsesiva o automáticamente, la disposición a dicha retención. Tal disposición de la retención, que debemos representarnos como un verdadero gasto de energía, análogo a la movilización de un ejército, es reconocida simultáneamente como superflua o retrasada, y es descargada de este modo *in statu nascendi* por medio de la risa^[852].

2) La segunda condición para el establecimiento de la descarga libre, o sea de que sea evitado un diferente empleo de la energía libertada, nos parece,

desde luego, la más importante. Hallamos en ella la explicación teórica de la

inseguridad del efecto del chiste cuando en el oyente son despertadas representaciones fuertemente excitantes por los pensamientos expresados en el mismo; circunstancias en la que de la coincidencia o contradicción entre las tendencias del chiste y la serie de pensamientos que domina al oyente depende que se conceda o niegue atención al proceso chistoso. Pero todavía presenta mucho mayor interés teórico una serie de técnicas auxiliares del chiste, que se hallan evidentemente al servicio de la intención de apartar la atención del oyente del proceso del chiste y dejar que el mismo se realice automáticamente. Decimos con toda intención «automáticamente» y no «inconscientemente», porque este último calificativo pudiera inducirnos en error. Trátase aquí tan sólo de mantener alejada la sobrecarga de la atención del proceso psíquico, incitando por la audición del chiste, y la utilidad de estas técnicas auxiliares nos hace sospechar que precisamente el revestimiento de atención toma una gran parte en la vigilia y nuevo empleo de la energía de revestimiento que queda libertada.

No parece fácil evitar, en general, el empleo endopsíquico de cargas que han devenido superfluas, pues en nuestros procesos mentales nos ejercitamos de continuo en desplazar de un camino a otro tales revestimientos, sin dejarles perder por descarga nada de su energía. El chiste se sirve a este fin de los medios siguientes: en primer lugar, tiende a una expresión lo más breve posible, para ofrecer a la atención un mínimo de superficie atacable. En segundo, cumple la condición, antes indicada, de ser fácilmente comprensible; pues en cuanto exigiera una labor intelectual, una selección entre diversas rutas mentales, peligraría su efecto, no sólo por el inevitable gasto intelectual, sino también por el despertar de la atención. Pero, además de estos medios, utiliza el habilísimo de desviar la atención, ofreciéndole en la expresión del chiste algo que la encadene mientras se lleva a cabo la liberación del revestimiento impediendo y su final descarga. Ya las omisiones en la expresión verbal del chiste cumplen esta intención, incitando a llenar los huecos por ellas producidos y alejando de este modo la atención del proceso del chiste. Aquí se coloca al servicio de la elaboración del mismo la técnica de la adivinanza, que llama así la atención. Pero aún más eficaces son las formaciones de fachadas que hemos hallado en algunos grupos de chistes tendenciosos. Las fachadas silogísticas cumplen a maravilla la misión de retener la atención, planteándole un problema. Mientras comenzamos a reflexionar en la solución del mismo, nos vemos dominados por la risa; nuestra atención ha sido vencida por sorpresa, y la descarga del revestimiento impediendo se ha efectuado por completo. Lo mismo puede decirse

de los chistes con fachada cómica, en los cuales la comicidad presta su auxilio a la técnica del chiste. Una fachada cómica favorece en diversos modos el efecto del chiste, no sólo facilitando el automatismo del proceso chistoso por el encadenamiento de la atención, sino coadyuvando a la descarga producto del chiste con la producción de una descarga preliminar, debida a lo cómico. La comicidad actúa aquí a manera de soborno, como el placer preliminar, y de este modo comprendemos que algunos chistes puedan prescindir por completo de dicho placer, que por muy diversos medios podrían hacer surgir, y utilicen tan sólo la comicidad como tal placer preliminar. Entre las técnicas del chiste propiamente dichas son el desplazamiento y la representación por lo absurdo, las que, a más de sus especiales aptitudes, muestran en mayor parte la desviación de la atención, que ha de favorecer el curso automático del proceso del chiste^[853].

Sospechamos ya, y más adelante lo confirmaremos, que con la desviación de la atención hemos descubierto un rasgo esencial del proceso psíquico en el oyente del chiste. Por su enlace con este descubrimiento quedan aclarados otros muchos extremos. En primer lugar, vemos por qué no sabemos casi nunca en el chiste de qué reímos, aunque después lo podamos precisar por medio de una investigación analítica. Esta risa es el resultado de un proceso automático, que fue hecho posible por el alejamiento de nuestra atención consciente. En segundo lugar, llegamos a la inteligencia de aquella singularidad del chiste, consistente en no manifestar su completo efecto en el oyente más que cuando constituye una novedad y una sorpresa para el mismo. Esta peculiaridad del chiste, que condiciona su corta vida e incita a la continua producción de otros nuevos, se deriva claramente de que la esencia de toda sorpresa está en no lograrse por segunda vez. En la repetición de un chiste, la atención es guiada por el recuerdo de su audición primera. Partiendo de aquí llegamos a la comprensión del impulso a contar a otros que aún no lo conocen el chiste que acabamos de oír. Probablemente, la impresión que el mismo produce en el nuevo oyente nos compensa en parte de la pérdida de posibilidades de goce que supone su falta de novedad para nosotros. Un análogo motivo será también el que impulse al creador del chiste a comunicarlo a los demás.

3) No ya como condiciones del proceso del chiste, pero sí como circunstancias que le favorecen en extremo, indicaré, por último, aquellos medios técnicos auxiliares de la elaboración del mismo, que se hallan destinados a elevar la magnitud que llega a la descarga e intensifican de este modo el efecto

del chiste. Estos medios auxiliares acrecen también, en la mayoría de los casos, la atención dirigida hacia el chiste; pero, al mismo tiempo, anulan su posible influencia, encadenándola y estorbando su movilidad. En estos dos sentidos actúa todo aquello que despierta interés y produce desconcierto, o sea, ante todo, el disparate, la contradicción y aquel «contraste de representaciones» de que los investigadores quieren hacer el carácter esencial del chiste y en el que yo no veo sino un medio de intensificar el efecto del mismo. Todo lo desconcertante provoca en el oyente aquel estado de la distribución de la energía que Lipps ha calificado de «estancamiento psíquico», deduciendo luego, muy justificadamente, que la «descarga» será tanto más fuerte cuanto más elevado sea el estancamiento anterior. La exposición de Lipps no se refiere, ciertamente, al chiste, sino a lo cómico en general; pero nos parece muy verosímil que la descarga que deriva en el chiste un revestimiento impediendo puede ser intensificada de igual modo por el estancamiento.

Vemos ahora que la técnica del chiste es determinada, en general, por dos clases de tendencias: aquellas que hacen posible la formación del chiste en la primera persona y aquellas otras que deben procurar al chiste el mayor efecto posible en la tercera. Esta doble faz que, como Jano, posee el chiste, destinada a proteger su primitiva conquista del placer de los ataques de la razón crítica y el mecanismo del placer preliminar, pertenecen a la primera tendencia; la restante complicación de la técnica por las condiciones señaladas en este capítulo surge en función de la tercera persona del chiste. Es, pues, el chiste, un aprovechado bribón que sirve al mismo tiempo a dos señores. Todo lo que se dirige a la consecución de placer está calculado en el chiste con vistas a la tercera persona, como si obstáculos internos insuperables se opusieran a dicha consecución en la primera. Recibimos así la impresión de que la tercera persona es insustituible para la conclusión del proceso del chiste. Pero mientras que en la tercera persona podemos llegar a un satisfactorio conocimiento de dicho proceso, el proceso correspondiente en la primera permanece aún harto oscuro para nosotros. De las dos interrogaciones: ¿por qué no podemos reír de los chistes de que somos autores? y ¿por qué somos impulsados a relatar a otros nuestros propios chistes?, ha escapado hasta ahora la primera a toda solución. Podemos únicamente sospechar que entre los dos hechos que de esclarecer se trata existe un íntimo enlace, y que si tenemos que comunicar a los demás nuestros propios chistes es *precisamente por* no poder reír nosotros de ellos. De nuestro conocimiento de las condiciones de la consecución y descarga de placer en esta tercera persona

pudimos decir, para la primera, que en ella faltan las condiciones para la descarga y sólo existen las necesidades a la consecución de placer, aunque también imperfectamente cumplidas. No puede entonces rechazarse la hipótesis de que completamos nuestro placer alcanzando la risa que, como autores del chiste, nos está velada en la impresión de la tercera persona a la que incitamos a reír. De este modo reímos *par ricochet*^[854], según la expresión de Dugas. La risa pertenece a las manifestaciones más contagiosas de los estados psíquicos. Al hacer reír a otras personas, relatándoles mi chiste, me sirvo realmente de ellas para despertar mi propia risa, y puede, en efecto, observarse que quien primero ha relatado, con gesto grave, el chiste, hace después coro riendo mesuradamente a las carcajadas de los demás. La comunicación de mi chiste a los demás servirá, pues, a varias intenciones: en primer lugar, nos proporcionará la seguridad objetiva del éxito de la elaboración del chiste; en segundo, completará nuestro propio placer por el efecto que de rebote nos produce el del oyente y, por último —en la repetición de un chiste del que no somos autores—, compensará la pérdida de placer ocasionada por la desaparición de la novedad.

Al finalizar esta discusión sobre los procesos psíquicos del chiste, en tanto en cuanto se realizan entre dos personas, podemos dirigir una mirada retrospectiva hacia el factor economía, que tan importante para la concepción psicológica del chiste ha demostrado ser desde los primeros esclarecimientos de la técnica del mismo. Desde muy atrás nos hemos apartado totalmente de la más próxima, pero también más ingenua, concepción de ésta economía, o sea la de que consistía en evitar gasto psíquico, en general, fuera por limitación en el uso de palabra o en la constitución de cadenas de pensamientos. Ya entonces decíamos: lo breve, lo lacónico no es aún chistoso. La brevedad del chiste es una brevedad especial; esto es, brevedad «chistosa». La primitiva consecución de placer, que era proporcionada por el juego con palabras y pensamientos, prevenía, en efecto, exclusivamente, de ahorro de gasto; pero con el desarrollo del juego hasta el chiste tuvo también que variar sus fines la tendencia economizante, pues frente al gigantesco gasto de nuestra actividad mental no supondría nada lo que pudiera ahorrarse por el empleo de las mismas palabras o la evitación de una nueva interpolación de pensamientos. Podemos seguramente permitirnos la comparación de la economía psíquica con una empresa de negocios. Mientras el tráfico es pequeño, habrá de limitarse lo más posible todo gasto y especialmente los de gerencia y personal. El ahorro se refiere aún a la altura absoluta del gasto.

Más tarde, a medida que las transacciones aumentan, disminuye la importancia de los gastos de gerencia. No hay ya que tener en cuenta el montante total de los gastos, siempre que tráfico y rendimiento puedan ser aumentados. La tacañería en los gastos de dirección sería ya ridícula y produciría pérdidas. Pero, sin embargo, sería inexacto admitir que en los grandes gastos no hay ya lugar a economía. El sentido económico de la dirección se dirigía ahora a lograr un ahorro en sectores aislados del negocio y se sentirá satisfecho cuando la misma operación que antes ocasionaba cuantiosos dispendios logre hacerse más económicamente por muy pequeño que el ahorro parezca comparado con la totalidad de los gastos. Análogamente constituye en nuestro complicado tráfico psíquico una fuente de placer cualquier economía aislada. Aquella persona que iluminaba antes su habitación por medio de una lámpara de petróleo y ha instalado después la luz eléctrica experimentará durante toda una temporada una precisa sensación de placer al encender sin más trabajo que dar vuelta a la llave, y esta sensación durará tanto como dure el recuerdo de las complicaciones y molestias que presentaba el encender la lámpara de petróleo. Del mismo modo, las economías de gasto de retención, tan pequeñas si se las compara con el gasto psíquico total, serán siempre una fuente de placer para nosotros, porque por ellas se nos ahorra un gasto aislado que estamos acostumbrados a realizar y que en cada caso nos disponemos a llevar a efecto. La circunstancia de sernos conocido el gasto y hallarnos preparados a efectuarlo posee, sin duda, máxima importancia.

Un ahorro localizado como el que acabamos de considerar no dejará nunca de proporcionarnos un momentáneo placer, pero no producirá jamás una duradera economía mientras lo economizado pueda ser empleado en otro lugar. Sólo cuando este distinto empleo puede ser evitado se transforma de nuevo el ahorro especial en una minoración general del gasto psíquico. Aparece, pues, ahora que hemos profundizado más en nuestro conocimiento de los procesos psíquicos, un nuevo factor: la minoración en lugar de la economía. Vemos claramente que el primero produce una sensación de placer mucho más importante. El proceso crea placer, en la primera persona del chiste, por la remoción de una inhibición y la minoración del gasto local. Mas no pare luego detenerse hasta haber alcanzado, por mediación de la tercera persona interpelada, la minoración general, resultado de la descarga.

C) PARTE TEORICA

6.— Relación del chiste con los sueños y lo inconsciente.

AL final del capítulo dedicado a la investigación de la técnica del chiste indicábamos que los procesos de condensación, con o sin formación de sustitutivo, de desplazamiento y de representación por contrasentido, antinómica e indirecta, etcétera, que coadyuvaban a la génesis del chiste, mostraban una amplia coincidencia con los procesos de la elaboración de los sueños. En consecuencia, nos propusimos estudiar oportunamente con todo cuidado tales analogías y además investigar la comunidad que las mismas revelaban entre el chiste y los sueños. Esta labor comparativa quedaría en extremo simplificada si pudiéramos suponer conocido por nuestros lectores uno de los términos sobre los que ha de recaer: la elaboración del sueño. Pero creo que obraremos más acertadamente prescindiendo de tal suposición. Se me figura que mi *Interpretación de los sueños*, publicada en 1900, produjo en mis colegas de disciplina más «desconcierto» que «esclarecimiento», y sé que otros círculos de lectores se han contentado con reducir el contenido de mi teoría a una fórmula («realización de deseos») de fácil retención, pero hartamente susceptible de equivocado empleo.

En el continuo manejo de los problemas en dicha obra tratados a que da motivo mi actividad médica de psicoterapeuta, no he tropezado aún con nada que me obligara a modificar o rectificar los conceptos en ella vertidos. Puedo, por tanto, esperar con toda tranquilidad que una más amplia comprensión me justifique o que una penetrante crítica logre patentizar la existencia de errores fundamentales en mi teoría. En este lugar, y para hacer posible la labor comparativa que interesa a nuestra investigación, expondré concretamente algunos extremos de mi concepción de los sueños y de su elaboración psíquica.

Conocemos tan sólo nuestros sueños por el recuerdo de apariencia generalmente fragmentaria que de ellos poseemos al despertar. Se nos muestran entonces como un conjunto de impresiones sensoriales —visuales en su mayoría, pero también de otro género— que nos han fingido un suceso y con las cuales pueden hallarse mezclados procesos mentales (el «saber» en el sueño) y manifestaciones afectivas. Este recuerdo de nuestro sueño ha sido calificado por

mí de *contenido manifiesto del sueño*, y es muchas veces totalmente absurdo y embrollado, y otras, sólo lo primero o lo segundo. Pero aun en aquellas ocasiones en que se muestra por completo coherente, como sucede en algunos sueños de angustia, constituye algo extraño a nuestra vida psíquica y de cuyo origen nos es imposible darnos cuenta. La explicación de estos caracteres del sueño se ha buscado hasta ahora en el sueño mismo, considerándolos como manifestación de una actividad irregular, disociada y —por decirlo así— «dormida» de los elementos nerviosos.

Inversamente, he mostrado yo que el singular «contenido manifiesto del sueño» puede siempre hacerse comprensible considerándolo como la transcripción deformada e incompleta de determinadas formaciones psíquicas correctas, a las que puede aplicarse el nombre de *ideas latentes del sueño*. Al conocimiento de estas ideas podemos llegar dividiendo en sus elementos el contenido manifiesto, sin tener para nada en cuenta su eventual sentido aparente y persiguiendo después los hilos de asociación que parten de cada uno de los elementos aislados. Estos hilos de asociación se entretrejen unos con otros y conducen, por último, a una trama de pensamientos que no sólo son totalmente correctos, sino que pueden ser incluidos sin esfuerzo alguno en aquel conjunto de nuestros procesos psíquicos, del que poseemos perfecta conciencia. Por medio de este «análisis» queda despojado el contenido del sueño de todas aquellas singularidades que antes nos causaban extrañeza; mas, si esta labor analítica ha de lograr sus fines, nos será necesario rechazar firmemente las objeciones críticas que durante ella se elevaron en nosotros contra la reproducción de las asociaciones provocadas por cada elemento del contenido manifiesto.

De la comparación del contenido manifiesto del sueño con las ideas latentes descubiertas por medio de análisis surge el concepto de la «elaboración del sueño», nombre con el que designamos el conjunto de procesos de transformación que han convertido las ideas latentes en el contenido manifiesto. Producto de esta elaboración son aquellas singularidades del fenómeno onírico que tan extrañas parecen a nuestro pensamiento despierto.

La función de la elaboración onírica puede ser descrita en la siguiente forma: un complicado conjunto de ideas construido durante el día y que no ha llegado a resolverse —un resto diurno— conserva todavía durante la noche su correspondiente acervo de energía —el interés— y amenaza con perturbar el reposo nocturno. Para evitarlo, se apodera entonces de él la elaboración y lo

transforma en un sueño, fenómeno alucinatorio inofensivo para el reposo.

Tal resto diurno deberá ser apto, si ha de ofrecer un punto de apoyo a la elaboración de los sueños, para hacer surgir un deseo, condición nada difícil de llenar. Este deseo —que surge de las ideas latentes— constituye el grado preliminar y luego el nódulo del sueño. La experiencia adquirida en los innumerables análisis verificados —y no únicamente la especulación teórica— nos dice que en el niño basta un deseo cualquiera, restante de la vida despierta, para provocar un sueño que se muestra en estos casos comprensible y coherente, breve casi siempre y reconocible como una «realización de deseos». En el adulto parece constituir condición general del deseo provocador del fenómeno onírico la de ser extraño al pensamiento consciente; esto es, la de ser un deseo reprimido o hallarse intensificado por circunstancias desconocidas de la conciencia. Sin aceptar lo inconsciente en el sentido antes indicado, nos sería imposible desarrollar la teoría del sueño ni interpretar los datos suministrados por los análisis. La actuación de este deseo inconsciente sobre el correcto material consciente de las ideas latentes produce, pues, el sueño, el cual es entonces hecho descender a lo inconsciente, o mejor dicho, sometido al procedimiento peculiar de los procesos mentales inconscientes y característico de los mismos. Lo que de los caracteres del pensamiento inconsciente y de sus diferencias del «preconsciente», capaz de conciencia, conocemos, se debe, hasta ahora, únicamente a los resultados de la «elaboración onírica».

Una teoría totalmente nueva, nada sencilla, y contraria a nuestros hábitos mentales no puede ganar en luminosidad al ser expuesta abreviadamente. Con estas explicaciones no puedo, por tanto, pretender otra cosa que remitir al lector al extenso análisis que de lo inconsciente llevo a cabo en mi *Interpretación de los sueños* y a los trabajos de Lipps, que, a mi juicio, son de una capital importancia en esta materia. Sé perfectamente que todas aquellas personas que hayan seguido fielmente una disciplina filosófica determinada o se agrupen bajo la enseña de algunos de los llamados sistemas filosóficos, repugnarán aceptar la existencia de «lo psíquico inconsciente» en el sentido de Lipps y mío, y querrán demostrarnos su imposibilidad por la definición misma de lo psíquico. Mas aparte de que todas las definiciones son convencionales y pueden modificarse fácilmente, he visto con frecuencia que personas que negaban lo inconsciente como absurdo e imposible no conocían siquiera aquellas fuentes de las que, al menos para mí, ha surgido la necesaria aceptación de dicho concepto. Estos adversarios de lo inconsciente no habían presenciado jamás los efectos de una

sugestión posthipnótica, y aquellos datos que como muestra les comunicaba yo de mis análisis de sujetos neuróticos no hipnotizados les causaban el mayor asombro. No habían nunca reflexionado que lo inconsciente es, en realidad, algo que no «sabemos», pero que nos vemos obligados a deducir, y lo suponían algo capaz de la percatación consciente, pero en lo que no se había pensado todavía por hallarse fuera del «punto de mira de la atención». Nunca tampoco habían intentado convencerse de la existencia de tales pensamientos en su propia vida anímica por medio de un análisis de alguno de sus sueños, y cuando yo les he guiado en la realización de tal análisis han quedado asombrados y confusos ante sus propias ocurrencias o asociaciones libres. Mi impresión es la de que la aceptación de lo inconsciente halla en su camino grandes obstáculos afectivos, fundados en que no queremos conocer nuestro inconsciente y, por tanto, hallamos un cómodo expediente en negar en absoluto su posibilidad.

Así, pues, la elaboración del sueño, a la que retornamos después de la anterior digresión, somete el material ideológico, que le es dado en optativo, a un singularísimo proceso. En primer lugar, le hace pasar del optativo al presente, sustituyendo el «¡Ojalá fuera!» por un «es». Este «presente» es el destinado a la representación alucinatoria, proceso que yo he calificado de «regresión» de la elaboración del sueño; esto es, el recorrido desde los pensamientos a las imágenes de percepción, o, si queremos hablar en función de la tópica —aún desconocida y no interpretable anatómicamente— del aparato psíquico: desde el campo de las formaciones ideológicas al de las percepciones sensoriales. Por este camino, opuesto a la dirección evolutiva de las complicaciones anímicas, llegan las ideas del sueño a adquirir perceptibilidad y se constituye una escena plástica como nódulo de la imagen onírica manifiesta. Para alcanzar tal capacidad de representación sensorial han tenido ya que experimentar las ideas latentes profundas transformaciones en su expresión. Mas durante la transformación regresiva de las ideas en imágenes sensoriales, son aquéllas objeto de nuevas modificaciones, que en parte reconocemos como necesarias y en parte nos producen sorpresa. Como obligada consecuencia accesoria de la regresión, desaparecen en el contenido manifiesto casi todas aquellas relaciones que mantenían formando un todo a las ideas latentes. La elaboración del sueño no se hace cargo para exponerlo en el contenido manifiesto más que del material bruto de las representaciones y no de las relaciones intelectuales que las enlazan y entretejen. No podemos, en cambio, derivar de la regresión que supone la transformación de las ideas en imágenes sensoriales otra parte de la elaboración

del sueño, y precisamente aquella que nos es más importante para establecer la analogía de la misma con la elaboración del chiste. El material de las ideas latentes experimenta durante la elaboración onírica una extraordinaria comprensión o *condensación*, cuyos puntos de partida son las coincidencias que casualmente, o conforme al contenido, existen entre las ideas latentes. Cuando estas coincidencias no nos son suficientes para una amplia condensación se crean otras nuevas pasajeras y artificiosas, y para este fin se emplean preferentemente palabras capaces de varios diferentes sentidos. Estas nuevas coincidencias encaminadas a facilitar la condensación pasan, como representantes de las ideas latentes, al contenido manifiesto, de manera que un elemento del sueño corresponde a un nudo o cruce de las ideas latentes, y con relación a las mismas, tiene que calificársele de «superdeterminado». La condensación es la parte más fácilmente visible de la elaboración del sueño. Para hallarla nos bastará comparar la extensión de la relación escrita del contenido manifiesto de un sueño con la de las ideas latentes del mismo descubiertas por el análisis.

Menos sencillo resulta convencerse de la segunda gran transformación que la elaboración del sueño hace experimentar a las ideas latentes, o sea de aquel proceso que hemos calificado de «desplazamiento del sueño». Este proceso se revela por el hecho de aparecer centralmente y con gran intensidad sensorial en el contenido manifiesto lo que en las ideas latentes era periférico y accesorio, o a la inversa. El sueño se muestra entonces desplazado con respecto a las ideas latentes, y principalmente a este desplazamiento se debe que aparezca como extraño e incomprensible para la vida anímica despierta. Para que tal desplazamiento pueda realizarse tiene que pasar libremente la energía de carga desde las representaciones importantes a las triviales, proceso que en el pensamiento normal susceptible de conciencia hace siempre la impresión de un error intelectual.

La condensación, el desplazamiento y la transformación encaminada a facilitar la representación son las tres grandes funciones que hemos de atribuir a la elaboración onírica. Agrégase a ellas una cuarta función, a la que en la *Interpretación de los sueños* no concedimos quizá toda la atención que merece y de la que tampoco aquí podemos ocuparnos por no tener punto alguno de contacto con los fines de nuestra actual investigación. En un penetrante y cuidadoso desarrollo de las ideas de la «tópica del aparato anímico» y de la «regresión» —y sólo un estudio de esta clase daría todo su valor a estas hipótesis

— debiera intentarse determinar en qué estaciones de la regresión se realiza cada una de las diversas transformaciones de las ideas latentes. Este intento no ha sido emprendido aún por nadie; mas, no obstante, podemos asegurar que el desplazamiento del material ideológico se lleva a cabo mientras éste se halla aún en el grado de los procesos inconscientes. En cambio, la condensación deberemos representárnosla como un mecanismo que actúa a lo largo de todo el proceso hasta su llegada a los dominios de la percepción, o por lo menos como una actuación simultánea de todas las fuerzas que toman parte en la elaboración. Por último, y dada la prudencia que es necesario observar en el manejo de estos problemas, me contentaré con indicar que la elaboración del sueño, o sea el proceso que lo prepara, debe situarse en la región de lo inconsciente. De este modo tendríamos que distinguir en la elaboración onírica tres etapas: en primer lugar, el paso de los restos diurnos preconscientes a lo inconsciente, paso al que tendrán que coadyuvar las condiciones del reposo nocturno; en segundo, la elaboración del sueño propiamente dicha en lo inconsciente, y, por último, la regresión del material onírico así elaborado a la percepción en la que el sueño se hace consciente.

Las fuerzas que participan en la elaboración del sueño son las siguientes: el deseo de dormir; la carga de energía restante aún en los restos diurnos después de su minoración por el estado de reposo; la energía psíquica del deseo inconsciente provocador del sueño y la fuerza contraria de la «censura», que reina en nuestra vida despierta y no queda del todo suprimida durante el sueño. A la elaboración del sueño corresponde, sobre todo, la misión de vencer la coerción de la censura, y precisamente esta misión es la que es llevada a cabo por el desplazamiento de la energía psíquica dentro del material de las ideas latentes.

Recordemos en qué ocasión nos hizo pensar nuestra investigación del chiste en los sueños. Al descubrir que el carácter y el efecto del chiste se hallaban ligados a determinadas formas expresivas o medios técnicos, entre los cuales los más singulares eran las diversas especies de condensación, desplazamiento y representación indirecta, vimos que procesos de idénticos resultados nos eran ya conocidos como peculiares a la elaboración de los sueños. Coincidencia tal tiene que hacernos deducir que la elaboración del chiste y la de los sueños han de ser idénticas, por lo menos en un punto esencial. La elaboración de los sueños nos ha descubierto, a mi juicio, con toda claridad sus principales caracteres. En cambio, de los procesos del chiste queda aún encubierta precisamente aquella

parte que podríamos comparar a la elaboración onírica: el proceso de la elaboración del chiste en la primera persona. ¿Por qué no abandonarnos a la tentación de reconstruir este proceso por analogía con la formación del sueño? Algunos de los rasgos del sueño son tan extraños al chiste que nos es imposible transportar la parte de elaboración onírica que a ellos corresponde sobre la elaboración de los chistes. La regresión del proceso mental a la percepción falta seguramente en el chiste; mas los otros dos estadios de la elaboración de los sueños, el descenso de un pensamiento preconsciente a lo inconsciente y la elaboración inconsciente, nos proporcionarían, transportados a la elaboración del chiste, idénticos resultados a los que en la misma podemos observar. Nos decidiremos, por tanto, a suponer que el proceso de la formación del chiste en la primera persona es el siguiente: *Un pensamiento preconsciente es abandonado por un momento a la elaboración inconsciente, siendo luego acogido en el acto el resultado por la percepción consciente.*

Antes de examinar en detalles esta hipótesis saldremos al paso de una posible objeción. Partiendo nosotros del hecho de que las técnicas del chiste muestran procesos idénticos a los que nos son conocidos como peculiaridades de la elaboración de los sueños, se nos pudiera objetar fácilmente que no habiéramos descrito las técnicas del chiste como condensación, desplazamiento, etc., ni habiéramos hallado tan amplias coincidencias entre los medios representativos del chiste y los del sueño, si nuestro anterior conocimiento de la elaboración onírica no hubiera inclinado ya en este sentido nuestra concepción de la técnica del chiste. Tal génesis de dichas coincidencias no constituiría, ciertamente, la más firme garantía de su real existencia fuera de nuestro prejuicio. Y si a todo esto agregamos la circunstancia de que los investigadores que en el examen de estos problemas nos han precedido no mencionan para nada tales procesos, parecerá harto justificada la objeción opuesta a nuestra teoría. Pero lo mismo hubiera podido suceder que la fuerza de penetración que el previo conocimiento de la elaboración de los sueños ha prestado a nuestra labor investigadora, fuese precisamente lo que nos ha permitido descubrir las coincidencias observadas, que antes permanecían ocultas. En último término siempre podrá quedar resuelta esta cuestión por medio de un examen crítico que, analizando ejemplos de chistes, demuestre que nuestra teoría de su técnica es forzada o artificiosa y que existen otras más evidentes y profundas que hemos dado de lado en favor de la nuestra, o compruebe la existencia efectiva de las coincidencias por nosotros señaladas. A mi juicio, no tenemos por qué temer tal crítica; nuestros

experimentos de reducción nos han mostrado en qué formas expresivas habíamos de buscar las técnicas del chiste, y dando a éstas nombres que anticipaban el resultado de coincidencia de la técnica del chiste con la elaboración del sueño no hicimos nada a que no tuviésemos derecho, pues realmente todo ello no constituye más que una simplificación fácilmente justificable.

Aún podrá hacérsenos otra objeción que, si bien presenta una menor importancia, nos es, en cambio, imposible rebatir tan fundamentalmente. Pudiera opinarse que las técnicas del chiste por nosotros descubiertas son efectivamente admisibles; pero que no son todas las existentes, pues, influidos por el modelo de la elaboración onírica, no habríamos buscado más que aquellas técnicas que con ella se hallasen de acuerdo, mientras que otras, desdeñadas por nosotros, hubiesen demostrado que la coincidencia deducida no era, ni mucho menos, general. No nos atrevemos a afirmar, desde luego, que hayamos conseguido explicar la técnica de todos los chistes que se encuentran en circulación y, por tanto, admitimos la posibilidad de que nuestra enumeración de las técnicas del chiste demuestre ser incompleta; pero, por otra parte, estamos seguros de no haber omitido intencionadamente ninguna de las que han aparecido a nuestra vista, y podemos afirmar que los más frecuentes, importantes y característicos medios técnicos del chiste no han escapado a nuestra atención.

El chiste posee aún otro carácter que se adapta satisfactoriamente a nuestra teoría de su elaboración, establecida por analogía con la del sueño. Decimos que «hacemos» el chiste, pero nos damos perfecta cuenta de que en este acto nos conducimos de muy distinto modo a cuando exponemos un juicio o presentamos una objeción. El chiste posee en alto grado el carácter de «ocurrencia involuntaria». Un instante antes no sabemos cuál es el chiste que vamos a hacer y pronto sólo necesitamos revestirlo de palabras. Se siente más bien algo indefinible, que compararíamos, más que a nada, a una *absence* (ausencia), a una repentina desaparición de la tensión intelectual, y en el acto surge el chiste de un solo golpe, y la mayor parte de las veces provisto ya de su revestimiento verbal. Algunos de los medios del chiste hallan también empleo fuera del mismo en la expresión de nuestros pensamientos; por ejemplo: la metáfora y la alusión. Podemos hacer una alusión intencionadamente. En este caso, nos damos cuenta (por la audición interna) de la forma expresiva directa de nuestro pensamiento; pero un obstáculo, producto de la situación externa, nos impide manifestarla en dicha forma. Entonces nos proponemos sustituir la-expresión directa por una

forma de la indirecta y escogemos la alusión. Mas la alusión así nacida bajo nuestro ininterrumpido control no será nunca chistosa, por muy acertada que sea. En cambio, la alusión chistosa surge sin que hayamos podido perseguir en nuestro pensamiento tales etapas preparatorias. No queremos evaluar exageradamente esta diferencia, que no creemos constituya nada decisivo; pero, de todos modos, sí haremos constar que se adapta perfectamente a nuestra hipótesis de que en la elaboración del chiste dejamos caer por un momento en lo inconsciente un proceso mental que surge luego de nuevo en calidad de chiste.

Los chistes muestran también asociativamente una diferente conducta. Con frecuencia rehúsan acudir a nuestro pensamiento en el momento en que los requerimos y, en cambio, surgen otras veces, como involuntariamente y en puntos de nuestro proceso mental en que no comprendemos cómo han podido entretrejerse. Son éstos caracteres de escasa importancia, pero que de todos modos constituyen indicaciones de la procedencia inconsciente del chiste.

Resumamos ahora todos aquellos caracteres del mismo que pueden considerarse producto de su formación en lo inconsciente. Ante todo, hallamos la singular brevedad del chiste, signo no indispensable, pero sí muy característico. Cuando lo hallamos por primera vez nos inclinamos a ver en él una manifestación de la tendencia economizadora, pero rechazamos en seguida tal concepción ante importantes concepciones contrarias. Actualmente nos parece más bien un signo de la elaboración inconsciente que el pensamiento del chiste ha experimentado. Lo que a este carácter corresponde en el sueño —la condensación— no lo podemos hacer coincidir con ningún otro factor más que con la localización en lo inconsciente, y tenemos que suponer que en el proceso mental inconsciente se dan las condiciones que para tal condensación faltan en lo preconscious^[855]. No podemos extrañar que en el proceso de condensación se pierdan algunos de los elementos a él sometidos, mientras otros, a los que pasa su energía de carga, quedan intensificados y robustecidos. La brevedad del chiste sería, como la del sueño, un necesario fenómeno concomitante de la condensación que en ambos tiene lugar; esto es, un resultado del proceso de condensación. A este origen debería también la brevedad del chiste su especialísimo carácter, que no nos es posible precisar más, pero que sentimos como algo muy singular.

Hemos definido antes varios de los resultados de la condensación, el múltiple empleo del mismo material, el juego de palabras y la similitud como

economía localizada, y hemos derivado de tal economía el placer que el chiste (inocente) nos procura. Posteriormente descubrimos la intención original del chiste en la consecución de dicho placer por medio del manejo de palabras, cosa que le era aún permitida como juego; pero que luego, en el curso del desarrollo intelectual, le fue prohibida por la crítica de la razón. Por fin, ahora nos hemos decidido a aceptar que tales condensaciones, puestas al servicio de la técnica del chiste, nacen automáticamente, sin intención determinada, en lo inconsciente durante el proceso mental. Mas ¿no aparecen aquí dos distintas teorías incompatibles sobre el mismo hecho? No lo creo; trátase, ciertamente, de dos distintas teorías que necesitaremos armonizar, pero que desde luego no son contradictorias. Una es sencillamente extraña a la otra, y cuando lleguemos a establecer una relación entre ellas habremos realizado un considerable progreso en nuestro conocimiento. Que tales condensaciones son fuentes de placer es cosa muy compatible con la hipótesis de que hallan en lo inconsciente las condiciones de su génesis; en cambio, vemos el motivo de la sumersión en lo inconsciente en la circunstancia de que en él se logra fácilmente la condensación productora de placer que el chiste precisa. También otros dos factores que a primera vista parecen totalmente extraños entre sí y que se encuentran, como por un indeseado azar se demostrarán, en cuanto profundicemos un poco, como íntimamente unidos y hasta consustanciales. Me refiero a las dos conclusiones antes establecidas de que el chiste podía hacer surgir al principio de su desarrollo en el grado de juego; esto es, en la infancia de la razón, tales condensaciones aportadoras de placer y de que, por otra parte, lleva a cabo la misma función en grados más elevados mediante la sumersión del pensamiento en lo inconsciente. Lo que sucede es que lo infantil es la fuente de lo inconsciente y que los procesos mentales de este género son precisamente los únicos posibles durante la primera época infantil. El pensamiento que para la formación del chiste se sumerge en lo inconsciente busca allí la antigua sede del pasado juego con palabras. La función intelectual retrocede por un momento al grado infantil para apoderarse así nuevamente de la infantil fuente de placer. Si la investigación de la psicología de las neurosis no nos lo hubiera revelado ya, la del chiste nos haría sospechar que la singular elaboración inconsciente no es otra cosa que el tipo infantil de la labor intelectual. Mas no es nada fácil descubrir en el niño esta ideación infantil, cuyas singularidades conserva luego el adulto en su inconsciente, pues en la mayoría de los casos queda, por decirlo así, rectificada *in statu nascendi*. Algunas veces consigue, sin embargo, manifestarse, y en ellas

reímos de lo que denominamos «simpleza infantil». Todo descubrimiento de tal inconsciente nos hace, en general, un efecto «cómico^[856]».

Los caracteres de estos procesos mentales inconscientes se muestran con mayor claridad en las manifestaciones de los enfermos atacados de algunas perturbaciones psíquicas. Es muy verosímil que, conforme a la antigua hipótesis de Griesinger, nos fuese más fácil llegar a la comprensión de los delirios de los enfermos mentales, prescindiendo para interpretarlos de las exigencias del pensamiento consciente y aplicándoles un procedimiento interpretativo análogo al que aplicamos a los sueños^[857]. También para el sueño hemos hecho valer nosotros, a su tiempo, este punto de vista del «retorno de la vida anímica al estado embrional^[858]».

Hemos examinado tan minuciosamente, en lo que respecta a los procesos de condensación, la significación de la analogía entre el chiste y el sueño, que en los procesos restantes podemos ser ya más concisos. Sabemos que los desplazamientos que aparecen en la elaboración del sueño indican la actuación de la censura del pensamiento consciente, y, por tanto, al hallar el desplazamiento entre las técnicas del chiste nos inclinaremos a suponer que también en la elaboración del mismo interviene un poder coercitivo. Así es, en efecto; la tendencia del chiste a conseguir el antiguo placer en el disparate o en el juego con palabras encuentra, hallándose el sujeto en un estado de ánimo normal, el obstáculo que debe ser vencido en cada caso. Mas en la forma en que la elaboración del chiste consigue esta victoria es en donde se muestra una diferencia decisiva entre el chiste y el sueño. En la elaboración onírica, el vencimiento del obstáculo se realiza siempre mediante desplazamientos y por la elección de representaciones lo bastante lejanas a las efectivamente dadas para poder traspasar la censura; pero, sin embargo, derivadas de ellas y provistas de toda su carga psíquica, que han adquirido por una completa transferencia. Así, pues, en ningún sueño dejan de existir desplazamiento —y, por cierto, más amplios que en ningún otro proceso—, debiéndose considerar como tales no sólo las desviaciones de la ruta mental, sino también todas las especies de representación indirecta y especialmente la sustitución de un elemento importante, pero que sería repelido por la censura, por otro indiferente que parezca inocente a la misma, aun constituyendo una lejana alusión al primero. Asimismo, la sustitución por un simbolismo, una metáfora o una minucia. No puede negarse que trozos de esta representación indirecta se constituyen ya en

las ideas inconscientes del sueño; por ejemplo, la representación simbólica y metafórica, pues, si no, no hubiese llegado la idea representada al grado de la expresión preconsciente. Las representaciones indirectas de este género y aquellas alusiones cuya relación con lo aludido puede establecerse fácilmente son también habituales medios de expresión de nuestro pensamiento consciente. Mas la elaboración del sueño exagera hasta lo ilimitado el empleo de estos medios de la representación indirecta. Bajo la presión de la censura cualquier conexión resulta suficiente para que la sustitución por la alusión quede constituida y el desplazamiento se verifica con toda libertad y sin sujetarse a condición alguna. Especialmente singular y muy característica de la elaboración del sueño es la sustitución de las asociaciones internas (analogía, causalidad, etc.) por las llamadas externas (simultaneidad, contigüidad en el espacio, similitud).

Todos estos medios del desplazamiento constituyen también técnicas del chiste; pero cuando se muestran como tales respetan casi siempre aquellos límites impuestos a su empleo en el pensamiento consciente y pueden asimismo faltar, aunque el chiste tenga casi siempre la misión de remover un obstáculo. Se comprenderá esta falta de desplazamiento en la elaboración del chiste recordando que éste dispone, en general, para defenderse de la coerción, de otra técnica distinta que constituye, además, su más singular característica. El chiste no establece, como el sueño, transacciones; no elude el obstáculo, sino que se obstina en mantener intacto el juego verbal o desatinado; pero se limita a elegir casos en los que el juego o el disparate pueden aparecer admisibles (chanza) o atinados (chiste) merced al múltiple significado de las palabras y a la diversidad de las relaciones intelectuales. Nada distingue mejor al chiste de las demás formaciones psíquicas que esta bilateralidad, y por lo menos en este punto han logrado aproximarse grandemente los investigadores al conocimiento de su esencia al acentuar el extremo del «sentido en lo desatinado».

Dada la eficacia de esta técnica peculiarísima del chiste para el vencimiento de los obstáculos que al mismo se oponen, pudiéramos hallar superfluo el que en ocasiones emplee también el desplazamiento; mas, por un lado, determinadas especies de esta última técnica son siempre valiosos para el chiste en calidad de fines y fuentes de placer —así, el desplazamiento propiamente dicho (desviación de las ideas), que participa de la naturaleza del disparate—; y por otro, no debe olvidarse que el grado superior del chiste —el chiste tendencioso— tiene con frecuencia que vencer obstáculos de dos clases: aquellos que se oponen a su

propia consecución y aquellos otros que se oponen a su tendencia, siendo las alusiones y los desplazamientos en extremo apropiados para lograr la remoción de estos últimos.

El amplio e ilimitado empleo de la representación indirecta, del desplazamiento y especialmente de las alusiones en la elaboración del sueño tiene una consecuencia que no cito aquí por su importancia, sino porque constituyó para mí la ocasión subjetiva de ocuparme del problema del chiste. Cuando comunicamos a un profano el análisis de un sueño, análisis en el que naturalmente se hacen visibles los extraños medios, tan contrarios al pensamiento despierto, utilizados por la elaboración onírica, tales como la alusión y el desplazamiento, experimenta nuestro oyente una singular impresión de descontento y califica nuestras interpretaciones de «chistosas»; pero no ve en ellas chistes conseguidos, sino extremadamente forzados y contrarios, sin que pueda determinar en qué a las leyes del chiste. Esta impresión es fácilmente explicable: proviene de que la elaboración del sueño actúa con iguales medios que la del chiste, pero traspasa en su empleo los límites dentro de los que el mismo se mantiene. Pronto veremos que el chiste, a consecuencia del papel desempeñado por la tercera persona, se encuentra ligado a cierta condición de la que el sueño se halla libre.

Entre las técnicas comunes al chiste y al sueño presentan un especial interés la representación antinómica y el empleo del contrasentido. Pertenece la primera a los medios más enérgicos del chiste, como podemos ver en los ejemplos que calificamos de «chistes por superación». La representación antinómica no consigue sustraerse, cual otras técnicas del chiste, a la atención consciente; aquel que procura lo más intencionadamente posible poner en actividad en sí el mecanismo de la elaboración del chiste —esto es, el sujeto habitualmente chistoso— suele encontrar en seguida que cuanto más fácilmente se contesta con un chiste a una afirmación es cuando se opina contrariamente a la misma y se deja a la ocurrencia del momento el cuidado de eludir, por medio de una transformación del sentido, un argumento o una réplica. Quizá deba la representación antinómica esta ventaja a la circunstancia de constituir el nódulo de otra forma expresiva, productora de placer, del pensamiento. Me refiero aquí a la *ironía*, que se aproxima mucho al chiste y ha sido incluida entre los subgrupos de la comicidad. Su esencia consiste en expresar lo contrario de lo que deseamos comunicar a nuestro interlocutor; pero ahorra a éste al mismo tiempo toda réplica, dándole a entender por medio del tono, de los gestos o, si se

trata de lenguaje escrito, de pequeños signos del estilo, que uno mismo piensa lo contrario de lo que manifiesta. La ironía no puede emplearse más que cuando el oyente está preparado a oírnos contradecirle, de manera que existe en él, *a priori*, una tendencia a la contrarreplica. A consecuencia de esta condicionalidad, la ironía se halla muy expuesta al peligro de no ser comprendida; pero siempre procura al que la emplea la ventaja de eludir fácilmente las dificultades de la expresión directa; por ejemplo, en las invectivas. En el oyente despierta probablemente placer moviéndose a un gasto de contradicción que es reconocido en el acto como superfluo. Tal comparación del chiste con una especie no lejana a él de lo cómico robustece nuestra hipótesis de que la relación con lo inconsciente es una cualidad peculiarísima del mismo y quizá lo que le diferencia de la comicidad^[859].

En la elaboración del sueño corresponde a la representación antinómica un papel mucho más considerable que el que desempeña en el chiste. El sueño gusta no sólo de representar dos contrarios por una y la misma formación mixta, sino que transforma también con tal frecuencia un objeto incluido en las ideas latentes en su contrario, que ello constituye gran dificultad para la labor interpretativa. «De ningún elemento de las ideas del sueño puede afirmarse, *a priori*, que no represente precisamente a su contrario^[860]».

Es éste un hecho que permanece aún totalmente incomprendido. Más parece indicar un importante carácter del pensamiento inconsciente: la carencia de un proceso comparable al de «juzgar». En lugar del juicio encontramos en lo inconsciente la «represión». Ésta puede ser acertadamente descrita como el grado intermedio entre un reflejo de defensa y un juicio condenatorio^[861].

El disparate y el absurdo, que con tanta frecuencia aparecen en el sueño y le han atraído tan inmerecido desprecio, no nacen nunca casualmente de la acumulación de elementos de representación, sino que son siempre, como puede probarse en cada caso, permitidos por la elaboración onírica y se hallan destinados a la representación de una amarga crítica o una contradicción desdeñosa existente en las ideas del sueño. El absurdo que aparece en el contenido manifiesta del sueño sustituye en él a un juicio despreciativo incluido entre las ideas latentes. En mi *Interpretación de los sueños* he insistido grandemente en esta circunstancia por creer que constituye la mejor refutación del difundido error de que el sueño no es un fenómeno psíquico, error que cierra el camino del conocimiento de lo inconsciente. Antes, al analizar determinados

chistes tendenciosos, hemos visto que el disparate es utilizado en el chiste para idénticos fines de representación, y sabemos también que una fachada especialmente disparatada del chiste es en extremo apropiada para elevar el gasto psíquico en el oyente y aumentar con ello la magnitud libertada en la descarga por medio de la risa. Aparte de esto, no queremos olvidar que el desatino constituye en el chiste un fin en sí, dado que la intención de reconquistar el antiguo placer del disparate es uno de los motivos de la elaboración. Existen aún otros caminos para reconquistar el disparate y extraer de él placer. La caricatura, la parodia y la exageración se sirven de ellos y crean de este modo el «disparate cómico». Sometiendo estas formas de expresión a un análisis semejante al que hemos llevado a cabo en el chiste hallaremos que en ninguna de ellas surge ocasión de referimos, para explicarlas, a procesos inconscientes de nuestra vida anímica. Comprendemos ahora también por qué el carácter de lo «chistoso» puede añadirse, como un agregado, a la caricatura, parodia o exageración; lo que hace posible que esto suceda es la diversidad de la «escena psíquica^[862]».

El hecho de situar la elaboración del chiste en el sistema de lo inconsciente ha ganado considerablemente en importancia desde que nos ha descubierto que las técnicas de las que el chiste depende no son, sin embargo, de su exclusiva propiedad. De este modo hallaremos ahora resueltas varias dudas que en la investigación inicial de las técnicas tuvimos que dejar inexplicadas. Pero pudiera sospecharse que la innegable relación del chiste con lo inconsciente sólo existe en determinadas categorías del chiste tendencioso y no en todos y cada uno de los grados evolutivos y especies del chiste, como nosotros suponemos. Es ésta una objeción de suficiente importancia para no dejarla pasar sin un detenido examen.

El caso innegable de formación del chiste en lo inconsciente es aquél en que se trata de chistes al servicio de tendencias inconscientes o reforzadas por lo inconsciente; esto es, en la mayoría de los chistes «cínicos». En estos casos, la tendencia inconsciente hace descender hasta ella a la idea preconscious, sumergiéndola en lo inconsciente para transformarla allí, proceso muy análogo a otros descubiertos por la psicología de las neurosis. En los chistes tendenciosos de otro género, en el chiste inocente y en la chanza, parece, en cambio, faltar esta fuerza atractiva y es, por tanto, dudosa la relación del chiste con lo inconsciente.

Mas examinaremos el caso de expresión chistosa de un pensamiento valioso de por sí y surgido en conexión con cualquier proceso mental. Para convertir en chiste dicho pensamiento se necesitará llevar a cabo una selección entre las diversas formas expresivas posibles, con el fin de encontrar precisamente aquella que haya de traer consigo la consecución de placer verbal. Por autoobservación sabemos que no es la atención consciente la que lleva a cabo esta selección; pero sí, en cambio, permitirá que la carga psíquica de los pensamientos preconscientes sea atraída a lo inconsciente, pues en este sistema los caminos de enlace que parten de la palabra son tratados, como vimos al examinar la elaboración del sueño, en igual forma que las relaciones objetivas. La carga psíquica inconsciente ofrece las condiciones más favorables para la elección de expresión verbal. Podemos, además, suponer, desde luego, que la posibilidad de expresión que encierra en sí la consecución de placer verbal actúa sobre la aún vacilante concepción del pensamiento preconsciente, haciéndola descender, del mismo modo que en el primer caso, de la tendencia inconsciente. Para el orden más simple del chiste podemos representarnos que una intención constantemente vigilante, la de conseguir placer verbal, se apodera de la ocasión dada precisamente en lo preconsciente para atraer a lo inconsciente, en la forma ya conocida, el proceso de revestimiento (catectización).

Quisiera hallar la posibilidad de exponer con claridad meridiana y robustecer con incontrovertibles argumentos este punto decisivo de mi teoría del chiste. Pero ninguno de ambos deseos me es dado lograr, pues resultan interdependientes. Si no puedo presentar más clara exposición de mi teoría es porque no dispongo de más pruebas demostrativas que las ya aducidas. Mi concepción del chiste es fruto del estudio de su técnica y de la comparación de su elaboración con la de los sueños. Trátase, pues, de una serie de deducciones que hemos visto se adaptan, en general, perfectamente a las singularidades del chiste. Mas como tales deducciones nos han llevado no a un terreno conocido, sino a dominios totalmente nuevos y un tanto desconcertantes para nuestro pensamiento, nos limitamos a considerar su totalidad como una «hipótesis» y no estimamos como «prueba» la relación de la misma con el material del que ha sido deducida. Sólo la consideraremos demostrada cuando lleguemos de nuevo a ella por otros caminos deductivos y podamos indicar como punto de reunión de otras distintas rutas mentales. Pero esta demostración es imposible en el estado aún naciente de nuestro conocimiento de los procesos inconscientes. Sabiendo, pues, que nos hallamos ante un terreno inexplorado, y nos contentaremos con

tender desde nuestro punto de observación un único y vacilante puente hacia lo desconocido.

Relacionando los diversos grados del chiste con las disposiciones anímicas favorables a cada uno de ellos, podremos establecer lo que sigue: la *chanza* nace de un bien dispuesto estado de ánimo al que parece peculiar una tendencia a una minoración de las cargas anímicas. Se sirve ya de todas las técnicas características del chiste y cumple igualmente la condición fundamental del mismo mediante la selección de un material verbal o un enlace de ideas que satisfagan tanto las exigencias de la consecución de placer como las de la crítica comprensiva. Deduciremos, pues, que el descenso de la carga mental al grado inconsciente, facilitado por el buen estado de ánimo, se verifica ya en la *chanza*. En el chiste *inocente*, pero ligado a la expresión de un pensamiento valioso, falta este auxilio proporcionado por el estado de ánimo y, por tanto, tendremos que suponer existente una especial *aptitud personal* para abandonar la carga psíquica preconscious y cambiarla durante un momento por la inconsciente. Una tendencia, de continuo vigilante, a renovar la primitiva consecución de placer del chiste actúa aquí, atrayendo a lo inconsciente la expresión preconscious del pensamiento aún indecisa. En una alegre disposición espiritual, la mayoría de los hombres es capaz de producir chanzas, y la aptitud para el chiste sólo en contadísimas personas es independiente el estado de ánimo. Por último, actúa como el más enérgico estímulo para la elaboración del chiste la existencia de intensas tendencias que se extienden hasta lo inconsciente y representan una especial aptitud para la producción chistosa, constituyendo al mismo tiempo una explicación de que las condiciones subjetivas del chiste aparezcan cumplidas con gran frecuencia en personas neuróticas. Bajo la influencia de enérgicas tendencias puede convertirse en chistoso el sujeto antes inepto para el chiste.

Con esta última aportación al esclarecimiento aún hipotético de la elaboración del chiste en la primera persona queda en realidad agotado nuestro interés por el chiste. Réstanos tan sólo una corta comparación del mismo con los sueños, comparación fundada en la esperanza de que funciones anímicas tan distintas tienen que presentar, al lado de la coincidencia entre ellas descubierta, decisivas diferencias. La principal de éstas yace en su conducta social. El sueño es un producto anímico totalmente asocial. No tiene nada que comunicar a nadie. Nacido en lo íntimo del sujeto como transacción entre las fuerzas psíquicas que en él luchan, permanece incomprensible incluso para el mismo y carece, por tanto, de todo interés para los demás. No sólo no necesita aspirar a ser

comprendido, sino que tiene que evitar llegar a serlo, pues entonces quedaría destruido. Los sueños sólo pueden subsistir encubiertos por su disfraz. Pueden, pues, servirse libremente del mecanismo que rige los procesos inconscientes hasta lograr una deformación que los haga irreconocibles. En cambio, el chiste es la más social de todas las funciones anímicas encaminadas a la consecución de placer. Precisa muchas veces de tres personas, y su perfeccionamiento requiere la participación de un extraño en los procesos anímicos por él estimulados. Tiene, por tanto, que hallarse ligado a la condición de comprensibilidad y la deformación, que por medio de la condensación y del desplazamiento pueda sufrir en lo inconsciente, tendrá que detenerse antes de hacerlo irreconocible por tercera persona. Por lo restante, sueño y chiste surgen en dominios totalmente diferentes de la vida anímica y en puntos del sistema psicológico muy alejados uno de otro. El sueño es siempre un deseo, aunque irreconocible, y el chiste, un juego desarrollado. El sueño conserva, a pesar de su nulidad práctica, una relación con grandes intereses vitales. Busca satisfacer las necesidades por medio del rodeo regresivo de la alucinación y debe su posibilidad a la única necesidad activa durante el estado de reposo nocturno: la necesidad de dormir. En cambio, el chiste busca extraer una pequeña consecuencia de placer de la simple actividad —carente de toda necesidad— de nuestro aparato anímico, y más tarde, lograr tal aportación de la actividad del mismo, y de este modo llega *secundariamente* a importantes funciones dirigidas hacia el mundo exterior. El sueño se encamina predominantemente al ahorro de displacer, y el chiste, a la consecución de placer. Pero no hay que olvidar que a estos dos fines concurren todas nuestras actividades anímicas.

7.— El chiste y las especies de lo cómico.

(1)

EL camino por el que hemos logrado aproximarnos a los problemas de lo cómico se aparta bastante de los seguidos por investigadores anteriores. Pareciéndonos que el chiste, considerado generalmente como un subgrupo de la comicidad, ofrecía suficientes peculiaridades para ser objeto por sí mismo de una investigación directa, hemos ido eludiendo, mientras nos ha sido posible, su

relación con la más amplia categoría de lo cómico, aunque no sin hallar en el en el curso de nuestra labor algunos muy importantes para el conocimiento de la comicidad. Así, hemos descubierto, sin gran dificultad, que la conducta social de lo cómico es distinta de la del chiste. Lo cómico no precisa sino de dos personas: una que lo descubre y otra en la que es descubierto. La participación de una tercera persona, a la que lo cómico es comunicado, intensifica el proceso cómico, pero no agrega a él nada nuevo. Por el contrario, el chiste precisa obligadamente de dicha tercera persona para la perfección del proceso aportador de placer, pudiendo, en cambio, prescindir de la segunda cuando no es agresivo o tendencioso. El chiste «se hace», y la comicidad «se descubre», o sea, en primer lugar, en las personas, o, secundariamente y merced a una transferencia, en los objetos, situaciones, etc. En nuestro análisis del chiste hemos averiguado que no es en personas extrañas a nosotros, sino en nuestros propios procesos mentales, donde el mismo halla las fuentes de placer que de alumbrar se trata. Vemos también que el chiste sabe abrir de nuevo fuentes de placer que habían devenido inaccesibles, y que lo cómico le sirve con frecuencia de fachada y se sustituye al placer preliminar que tendría que lograr por medio de la técnica ya investigada en capítulos anteriores, circunstancias todas que indican la existencia de múltiples relaciones entre el chiste y la comicidad. Mas los problemas de lo cómico muestran tal complicación y han eludido tan obstinadamente los esfuerzos de la investigación filosófica, que no podemos abrigar la esperanza de que, partiendo del estudio del chiste, hemos de lograr resolverlos sin dificultad. Además, si para la investigación del chiste disponíamos de un instrumento —el conocimiento de la elaboración de los sueños— del que no pudieron servirse los que en el estudio de esta materia nos han precedido, para el investigador de la comicidad no poseemos nada análogo que facilite nuestra labor. Debemos, pues, hallarnos preparados a no descubrir de la esencia de la comicidad mucho más de lo que ya se nos ha revelado al estudiar el chiste como parte hasta cierto punto integrante de la misma, que entrañaba en su esencia —intactos o modificados— determinados rasgos de lo cómico.

Lo *ingenuo* es la especie de lo cómico más cercana al chiste. Es, en general, «descubierto» como la comicidad, y no «hecho», como el chiste, carácter que presenta con mayor exclusividad que ninguna otra especie de lo cómico, pues dentro de lo cómico puro cabe todavía cierta voluntad de hacer surgir la comicidad; esto es, de aquello que, por analogía con la corriente expresión de «poner en ridículo», pudiéramos denominar «poner en cómico». Lo ingenuo

tiene que producirse, sin nuestra intervención, en los actos o palabras de otras personas, que ocupan el lugar de la *segunda* persona del chiste o de la comicidad, y nace cuando el sujeto parece vencer sin esfuerzo alguno una coerción que en realidad no existe en él. Esta sensación, en el sujeto, de la coerción que nosotros suponemos existente es condición precisa de lo ingenuo, pues, si no, no lo calificaríamos de tal, sino de desvergonzado, y no despertaría nuestra hilaridad, sino nuestra indignación. El efecto de lo ingenuo es irresistible y nada difícil de comprender. Un gasto de coerción efectuado habitualmente por nosotros deviene de pronto superfluo por la audición de la ingenuidad y es descargado en la risa, sin que sea necesaria desviación alguna de la atención, dado que la remoción del obstáculo se lleva a cabo directamente y no por medio de un proceso puesto en actividad por un estímulo determinado. Nos conducimos aquí de un modo análogo al de la tercera persona del chiste, a la que el ahorro de coerción es regalado sin necesidad de esfuerzo alguno por su parte.

Tras el conocimiento que de la génesis del chiste hemos adquirido persiguiendo el desarrollo de este último desde su grado de juego, no puede maravillarnos que lo ingenuo aparezca sobre todo en los niños y, secundariamente, en los adultos poco cultivados, a los que, por su escaso desarrollo intelectual, podemos considerar como niños. Naturalmente, los dichos ingenuos se prestarán mejor que los actos de igual naturaleza para establecer una comparación de la ingenuidad con el chiste dado que éste encuentra su habitual forma expresiva en la palabra y no en la acción. Ahora bien: es muy significativo el hecho de que determinadas manifestaciones ingenuas, como las de los niños, puedan, sin violencia alguna, ser igualmente calificadas de «chistes ingenuos». En algunos ejemplos podremos ver con facilidad tanto aquello en lo que el chiste y la ingenuidad coinciden como aquello en que difieren.

Una niña de tres años y medio advierte a su hermano: «No comas tanto. Te pondrás malo y tendrás que tomar una Bubizin (por medicina)». «¿Bubizin? —pregunta la madre—. ¿Qué es eso?» «Sí —replica la niña—; cuando yo estuve mala, también tuve que tomar una ‘Medizin’» La niña cree que el remedio que le prescribió el médico se llamaba ‘Mädi-zin’ por estar destinada a ella (*Mädi* = = niña, nena); y deduce que, siendo para su hermanito, deberá llamarse *Bubi-zin* (*Bubi* = niño, nene). Las palabras de la niña se nos muestran como un chiste verbal por similitud; pero considerándolas como tal chiste, apenas si nos harán sonreír forzosamente. En cambio, como ingenuidad nos parece excelentes y nos mueven a risa. Mas ¿qué es lo que en este caso constituye la diferencia

entre el chiste y lo ingenuo? Observamos, desde luego, que tal diferencia no estriba en la expresión verbal ni tampoco en la técnica, que son idénticas para ambas posibilidades, sino en un factor a la primera vista muy alejado de las mismas. La determinación dependerá exclusivamente de que supongamos que el sujeto ha tenido la intención de hacer un chiste o que, por el contrario, no ha hecho sino deducir de buena fe una consecuencia, dejándose guiar por su infantil ignorancia. Sólo en este último caso se tratará de una ingenuidad.

Vemos, pues, que lo ingenuo nos ofrece, por vez primera en el curso de estas investigaciones, un caso de transporte del oyente al proceso psíquico de las personas productoras. El análisis de un segundo ejemplo confirmará esta hipótesis:

Dos hermanos, una niña de doce años y un niño de diez, representan ante un público familiar una obra teatral de la que ellos mismos son autores. La escena representa una cabaña a orillas del mar. En el primer acto se lamentan los dos únicos personajes, un pobre pescador y su mujer, de lo trabajoso y miserable de su vida. El marido decide embarcar en un bote y salir a buscar fortuna en lejanos países. Una cariñosa despedida pone fin al primer acto. Al comenzar el segundo han pasado varios años. El pescador ha hecho fortuna y torna a su hogar con una gran bolsa de dinero. Encuentra a su mujer esperándole en la puerta de la choza y le hace el relato de sus aventuras. La buena mujer, no queriendo ser menos, le responde, llena de orgullo: «Tampoco yo he estado holgazaneando todo este tiempo. Mira». Y abriendo la puerta de la cabaña, le muestra doce niños —todos los muñecos de los actores-autores— durmiendo en el suelo... Al llegar a este punto quedó la representación interrumpida por las estruendosas carcajadas del auditorio, y los intérpretes enmudecieron, llenos de asombro, ante aquella inesperada hilaridad de sus familiares, que hasta entonces habían constituido un público modelo de corrección. Estas risas se explican por la circunstancia de que los espectadores suponen, naturalmente, que los infantiles autores desconocen aún por completo las condiciones del nacimiento de los niños y creen, por tanto, que una mujer puede vanagloriarse de la descendencia obtenida durante una larga ausencia del esposo y que éste ha de regocijarse del fausto suceso. Aquello que los autores han producido basándose en su ignorancia puede calificarse de absurdo o desatinado, y esta ignorancia infantil, que tan radicalmente transforma el proceso psíquico en el oyente, es lo que constituye la esencia de la ingenuidad. Es fácil, por tanto, incurrir en error al apreciar lo ingenuo, suponiendo existente en el niño una ignorancia ya desaparecida, error que es con frecuencia

aprovechado por el sujeto infantil para permitirse, simulando ingenuamente, libertades que de otro modo no le serían consentidas.

El análisis de estos ejemplos nos descubre y aclara la posición de lo ingenuo entre el chiste y lo cómico. La ingenuidad (verbal) coincide con el chiste en la expresión y en el contenido, haciendo nacer un equivocado empleo de palabras, un absurdo o un «dicho verde». Pero el proceso psíquico que se realiza en la primera persona y que tan interesante y misterioso se nos ha mostrado en el chiste falta aquí por completo. La persona ingenua cree haberse servido normalmente de sus medios expresivos e intelectuales. No abriga la menor *arrière pensée* (segunda intención) ni extrae placer alguno de la producción de la ingenuidad. Todos los caracteres de la misma dependen tan sólo de la interpretación del oyente, el cual ocupa aquí el lugar de la tercera persona del chiste. La primera persona —el autor de la ingenuidad— crea ésta sin esfuerzo alguno, y la complicada técnica, destinada en el chiste a paralizar la coerción que la razón crítica pudiera ejercer, no tiene por qué existir en la ingenuidad, puesto que la misma se halla aún libre de tal coerción y puede producir directamente —sin recurrir a transacción ninguna— el desatino o la procacidad. En este sentido constituye lo ingenuo aquel caso límite del chiste que resultaría de hacer igual a cero, en la fórmula de la elaboración del mismo, la magnitud de la censura. Si para la eficacia del chiste era condición que ambas personas se hallasen sometidas a idénticas o muy análogas coerciones o resistencias internas, en cambio, lo será de la ingenuidad que una de las personas posea coerciones de las que la otra está libre. De estas personas, la primera será la que decida si algo constituye o no una ingenuidad y, además, la única en la que lo ingenuo producirá una aportación de placer. Este placer que la ingenuidad hace surgir podemos determinarlo como producto de la remoción de una coerción, y dado que el placer del chiste posee idéntico origen —un nódulo de placer verbal o disparatado y una envoltura de placer de remoción y de minoración—, podremos fundar en la analogía de sus relaciones con la coerción el íntimo parentesco del chiste con la ingenuidad. En ambos nace placer de la remoción de una coerción interna; más el proceso psíquico que se verifica en la persona receptora (que en la ingenuidad es, generalmente, nuestro propio yo, mientras que en el chiste puede éste ocupar el puesto de persona productora) es en la ingenuidad mucho más complicado que en el chiste y, en cambio, mucho más sencillo el correspondiente a la persona productora. Sobre la persona receptora tiene la ingenuidad oída que actuar, desde cierto punto de vista, como chiste —

circunstancia que aparece patente en los ejemplos antes expuestos—, pues, como en el chiste sucede, facilita en dicha persona, y sin el menor esfuerzo por parte de la misma, la remoción de la censura. Mas sólo una parte del placer provocado por la ingenuidad puede explicarse por este proceso, y aun esta parte desaparecería en casos como el de la procacidad ingenua, ante la cual podríamos reaccionar con igual indignación que ante una franca procacidad, si un diferente factor no nos ahorrara dicha indignación y produjera al mismo tiempo la parte más importante del placer de lo ingenuo.

Este otro factor está constituido por la condición, antes indicada, de que para aceptar algo como una ingenuidad tiene que sernos conocida la falta de coerción íntima en la persona productora. Sólo cuando esta falta nos consta reímos en lugar de indignarnos. Tomamos, por tanto, en cuenta el estado psíquico de la persona productora y nos transportamos a él tratando de comprenderlo por medio de su comparación con el nuestro propio, comparación de la que resulta un ahorro de gasto que descargamos por medio de la risa. A esta explicación pudiéramos preferir otra más sencilla, consistente en suponer que, al darnos cuenta de que la persona productora no tenía necesidad de dominar ninguna coerción, devenía superflua nuestra indignación. De este modo, la risa nacería de la indignación ahorrada. Mas para alejarnos de esta hipótesis, que habría de inducirnos en error, estableceremos una definida separación entre dos casos que antes expusimos conjuntamente. Lo ingenuo que ante nosotros aparece puede ser de la naturaleza del chiste, como en los ejemplos expuestos, y también de la del «dicho verde», o, en general, pertenecer a aquello que motiva nuestra repulsa, sobre todo si se trata no ya de palabras, sino de actos. Este último caso es especialmente apto para confundir nuestro juicio, pues en él pudiéramos aceptar que el placer nacía de la indignación ahorrada y transformada. Pero el primer caso, el de la ingenuidad puramente verbal, nos sirve de guía. Así, la ingenua frase de la ‘Bubizin’ puede hacer de por sí el efecto de un chiste harto débil y no da el menor motivo de indignación. Es éste, ciertamente, el caso menos frecuente, pero también el más puro e instructivo. Al aceptar que la niña cree de buena fe y sin segunda intención alguna de la identidad de las sílabas *Medí* de *Medizin* con el nombre que cariñosamente le dan sus familiares (*Mädi* = nena), experimenta nuestro placer una intensificación que no tiene ya nada que ver con el placer del chiste. Consideramos, pues, lo dicho por la niña desde dos puntos de vista, una vez, tal y como en ella se ha producido, y otra, tal y como se produciría en nosotros. De esta comparación resulta que la niña ha hallado una

identidad que sabemos inexistente y ha traspasado una barrera que en nosotros continúa alzada, y prosiguiendo luego nuestra reflexión nos damos cuenta de que si queremos comprender la ingenuidad podemos ahorrarnos el gesto necesario para mantener en pie dicha barrera. El gasto que como resultado de esta comparación queda libre constituye la fuente del placer de la ingenuidad y es descargado por medio de la risa, siendo el mismo que hubiéramos transformado en indignación si el infantil proarrollo intelectual de la persona productora y la naturaleza de lo manifestado no excluyera en este caso todo motivo para ello. Mas tomando ahora al chiste ingenuo como modelo para el caso restante, o sea el de lo ingenuo que es objeto de nuestra repulsa, veremos que también en esta clase de ingenuidades puede nacer el ahorro de coerción directamente del proceso comparativo, no siendo necesario suponer una naciente indignación ahogada en sus comienzos. Tal indignación no sería, por tanto, sino el empleo en otro lugar del gasto libertado, empleo contra el cual eran necesarios en el chiste complicados dispositivos protectores.

Esta comparación y este ahorro de gasto resultante de nuestra identificación con el proceso psíquico que se verifica en la persona productora, sólo no siendo privativos de lo ingenuo podrán adquirir cierta importancia. Y realmente surge en nosotros la sospecha de que este mecanismo, totalmente extraño al chiste, es una parte, y quizá la esencia, del proceso psíquico de lo cómico. De este modo, lo ingenuo no sería sino una de las especies de la comicidad, y lo que en nuestros ejemplos de ingenuidades verbales se agrega al placer del chiste sería placer «cómico», producido, en general, por el ahorro de gasto resultante de la comparación de las manifestaciones de otra persona con las nuestras propias. Mas dado que al llegar a este punto nos hallamos ante cuestiones que pueden llevarnos muy lejos, terminaremos ante todo nuestro examen de la ingenuidad. Ésta sería, pues, una de las especies de lo cómico en tanto en cuanto su placer nace de la diferencia de gasto resultante de la comparación estimulada por nuestro deseo de comprender determinada manifestación de otra persona, y se aproximaría al chiste por la condición de que el gasto ahorrado en dicha comparación tiene que ser un gasto de coerción^[863].

Establezcamos aún, rápidamente, algunas analogías y diferencias entre los conceptos a los que hemos llegado últimamente y aquellos otros que constan ha largo tiempo en la psicología de la comicidad. La identificación, el querer comprender, no son otra cosa que el «prestar cómico» que desde Jean Paul

desempeña un papel en el análisis de la comicidad. La «comparación» de un proceso psíquico que se realiza en otra persona con el nuestro propio corresponde al «contraste psicológico», para el cual hallamos por fin aquí un lugar, después de haberle buscado inútilmente alguna aplicación en el chiste. Mas en la explicación del placer cómico nos separamos de muchos investigadores para los que dicho placer nace de la oscilación de la atención entre las representaciones que han de ser contrastadas. Pareciéndonos incomprensible tal mecanismo del placer, preferimos indicar que de la comparación de los contrastes nace una diferencia de gasto que cuando no recibe empleo distinto es susceptible de ser descargada y constituye, por tanto, una fuente de placer^[864].

Al aproximarnos al problema de lo cómico, lo hacemos con cierto temor. Sería presuntuoso esperar que nuestro esfuerzo consiguiera aportar algo decisivo para la solución de un problema que la intensa labor de toda una serie de brillantes pensadores no ha logrado aún esclarecer satisfactoriamente en todos sus aspectos. No nos proponemos, por tanto, más que perseguir por algún trecho, en los dominios de lo cómico, aquellos puntos de vista que en la investigación del chiste han demostrado poseer un innegable valor.

Lo cómico aparece primeramente como un involuntario hallazgo que hacemos en las personas; esto es, en sus movimientos, formas, actos y rasgos característicos, y probablemente al principio tan sólo en sus cualidades físicas, pero luego también en las morales y en aquello en que éstas se manifiestan. Más tarde, y por una especie de personificación muy frecuente, encontramos lo cómico en los animales y en objetos inanimados. Resulta, pues, la comicidad susceptible de ser separada de las personas siempre que de antemano conozcamos las condiciones en que las mismas resultan cómicas. De este modo nace la comicidad de la situación, y con tal conocimiento aparece la posibilidad de hacer resultar cómica, a voluntad, a una persona, colocándola en situaciones en las que dichas condiciones de lo cómico se muestran ligadas a sus actos. El descubrimiento de que está en nuestro poder el hacer resultar cómica a una persona cualquiera —incluso la nuestra propia— abre el acceso a insospechadas consecuciones de placer cómico y da origen a una técnica muy amplia. Los medios de que para ello disponemos son, entre otros muchos, la imitación, el disfraz, la caricatura, la parodia y, sobre todo, el colocar a la persona de que se trate en una situación cómica. Naturalmente, pueden todas estas técnicas entrar

al servicio de tendencias hostiles y agresivas, haciendo resultar cómica a una persona con el fin de mostrarla ante los demás como desprovista de toda autoridad o dignidad y sin derecho a consideración ni respeto. Mas aun cuando tal intención constituyera siempre el fondo de todo intento de hacer resultar cómica a una persona no tendría por qué ser éste el sentido de lo cómico espontáneo.

Ya con esta desordenada revisión de las manifestaciones de la comicidad nos damos cuenta de que debemos atribuir a la misma condiciones de origen mucho más amplias que a lo ingenuo. Para descubrir el rastro de tales condiciones, lo principal será acertar en la elección del punto de partida de nuestra labor, y recordando que la representación escénica más primitiva, la pantomima, utiliza la comicidad de los movimientos para provocar la risa, elegiremos esta especie de lo cómico para comenzar por ella la investigación que nos proponemos. A la interrogación de por qué reímos de los movimientos de los *clowns* responderíamos que porque nos parecen excesivos e inapropiados. Reímos, pues, de un gesto desproporcionado. Busquemos ahora la condición fuera de la comicidad artificialmente provocada; esto es, allí donde aparece involuntariamente. Los movimientos infantiles no nos parecen cómicos, aunque el niño patalea y salta sin objeto visible. En cambio, sí hallamos cómico el que el niño que aprende a escribir saque la lengua y siga con ella los movimientos de la pluma. En este manejo vemos un superfluo gasto de movimiento que nosotros ahorraríamos al dedicarnos a igual actividad. Del mismo modo hallamos cómico, en el adulto, otros movimientos que acompañan innecesariamente a la actividad principal o que simplemente nos parecen superar la medida normal del gesto expresivo. Casos puros de esta clase de comicidad son aquellos movimientos que el jugador de bolos ejecuta después de haber arrojado la bola, como si con ellos quisiera regular su curso, y también los gestos que exageran la expresión normal de nuestros pensamientos, aunque sean involuntarios, como sucede en los enfermos de corea (baile de San Vito). Igualmente parecerán cómicos los movimientos de nuestros modernos directores de orquesta a todas aquellas personas poco versadas en música que no comprendan a qué fin corresponden. De esta comicidad de los movimientos se deriva la de las formas corporales y de los rasgos fisonómicos, que son considerados como el resultado de un movimiento exagerado e inútil. Unos ojos demasiado abiertos, una nariz ganchuda, unas orejas muy separadas del cráneo, una joroba o cualquier análogo defecto físico, sólo se hacen cómicos en tanto en cuanto nos representamos los

movimientos que serían necesarios para su constitución, representación en la que atribuimos a las partes del cuerpo correspondientes mayor movilidad de la que realmente poseen. Encontramos innegablemente cómico que una persona pudiera mover las orejas y aún nos lo parecería más que pudiera mover la nariz. Gran parte de la comicidad que en los animales hallamos procede de que vemos en ellos movimientos que no podemos imitar.

Mas ¿cómo llegamos a reír cuando reconocemos como inútiles y exagerados los movimientos de otros? A mi juicio, lo que nos lleva a reír es la comparación de los movimientos observados en los demás con los que, hallándonos en su lugar, hubiésemos ejecutado. Claro es que a los dos términos de la comparación habremos de aplicar la misma medida, y ésta será precisamente aquel gesto de inervación que va ligado con la representación del movimiento correspondiente a cada uno de ellos. Esta afirmación necesitará ser ampliada y explicada.

Lo que aquí ponemos en relación es, por un lado, el gasto psíquico correspondiente a determinada representación, y por otro, el contenido de esta última. Nuestra afirmación implica que el primero de dichos factores no es esencial y generalmente independiente del segundo; esto es, del contenido de la representación de algo considerable necesita de un gasto mayor que la de algo pequeño. Mientras no se trata más que de la representación de diversos grandes movimientos, el establecimiento de nuestra afirmación ni su comprobación experimental, no presenta graves dificultades, pues vemos en seguida que en este caso coincide una cualidad de la representación con otra de lo representado, aunque la Psicología nos prevenga siempre contra tales confusiones.

La representación de determinado movimiento considerable la adquirimos al ejecutarlo por vez primera espontáneamente o por imitación, acto en el que, además, descubrimos en nuestras sensaciones de inervación una medida para tal movimiento^[865].

Cuando observamos en otra persona un movimiento análogo a cualquiera de los que por experiencia propia conocemos, el camino más seguro para la comprensión o percepción del mismo será el ejecutarlo por imitación, y entonces podemos decidir, por comparación, en qué movimiento —el nuestro o el ajeno imitado— fue mayor el gesto por nosotros efectuado. Tal impulso a la imitación aparece seguramente siempre que observemos un movimiento. Mas, en realidad, no llevamos a cabo tal imitación, como tampoco seguimos deletreando cuando el deletrear nos ha enseñado ya a leer. En el lugar de la imitación muscular del

movimiento colocamos la representación del mismo por medio de nuestro recuerdo de los gastos efectuados en movimientos análogos. La representación o «pensamiento» se diferencia, ante todo, de la acción o ejecución, por ser mucho más pequeña la carga psíquica cuyo desplazamiento provoca y por impedir la descarga del gasto principal. Mas ¿de qué manera se manifiesta en la representación el factor cuantitativo —la mayor o menor magnitud— del movimiento percibido? Y si falta una exposición de la cantidad en la representación formada por cualidades, ¿cómo podremos diferenciar las representaciones de movimientos diferentemente grandes y establecer la comparación que constituye aquí la cuestión capital?

En este punto nos indica el camino la Fisiología, mostrándonos que también durante el proceso de ideación parten inervaciones hacia los músculos, aunque no correspondan sino a un modestísimo gasto, lo cual nos hace suponer que este gasto de inervación que acompaña al proceso representativo es empleado en la exposición del factor cuantitativo de la representación y ha de ser mayor cuando es representado un movimiento considerable que cuando se trata de uno pequeño. La representación del movimiento mayor sería también realmente la mayor; esto es, la acompañada de mayor gasto.

La observación nos muestra directamente que los hombres nos hallamos acostumbrados a expresar lo grande y lo pequeño de los contenidos de nuestras representaciones por un diverso gasto, como en una especie de *mímica de ideación*.

Cuando un niño, un adulto poco cultivado o un sujeto perteneciente a ciertas razas de escaso desarrollo intelectual describen o comunican algo, puede verse fácilmente que no se contentan con hacer comprensible su representación por la elección de palabras apropiadas, sino que exponen también el contenido de la misma por medio de movimientos expresivos, uniendo de este modo la exposición mímica a la verdad e indicando al mismo tiempo las cantidades y las intensidades. Al decir «una alta montaña» elevarían la mano por encima de su cabeza, y si su frase es «un enano chiquitín», la bajarán hasta cerca del suelo. En aquellos casos en que tales sujetos han perdido ya el hábito de pintar con sus manos aquello que describen, lo harán elevando o bajando la voz, y si también logran dominar esta costumbre puede apostarse que abrirán mucho los ojos al hablar de algo grande y los entornarán cuando se refieran a algo pequeño. Lo que de este modo expresan no son sus sentimientos personales, sino realmente el contenido de su representación.

¿Habremos, pues, de suponer que esta necesidad de mímica es despertada por las exigencias de la comunicación y que gran parte de este medio expositivo escapa en general a la atención del oyente? Creo más bien que esta mímica, aunque menos marcada, subsiste con independencia de toda comunicación y aparece también cuando el sujeto se representa algo a sí mismo exclusivamente o piensa algo de una manera plástica. Por tanto, los individuos antes señalados expresarán por medio de modificaciones somáticas y del mismo modo que en la descripción verbal su representación íntima de lo grande y lo pequeño, aunque tales modificaciones pueden quedar reducidas a una diversa inervación de los rasgos fisonómicos y los órganos sensorios. Esto nos hace pensar que la inervación física consensual al contenido de lo representado fue el comienzo y origen de la mímica destinada a la comunicación. Para hacerse inteligible a los demás no necesitó dicha inervación más que intensificarse hasta resultar fácilmente perceptible. Claro es que al exponer de este modo mi opinión de que a la expresión de los sentimientos, conocida como efecto físico concomitante de los procesos anímicos, debiera añadirse esta «expresión del contenido de las representaciones», me doy perfecta cuenta de que mis observaciones sobre las categorías de lo grande y lo pequeño no agotan el tema. Todavía pudiéramos agregar muchas interesantes consideraciones de tensión por los que una persona revela físicamente la concentración de su atención y el nivel de abstracción que alcanza, en un momento determinado, su pensamiento. Creo importantísima esta materia y opino que la prosecución del estudio de la mímica ideativa sería tan útil en otros dominios de la Estética como lo ha sido aquí para la inteligencia de lo cómico.

Volviendo a la comicidad del movimiento, repetiremos que con la percepción de determinado ademán nace el impulso a su representación por cierto gasto. Realizamos, pues, en la percepción de dicho movimiento, o sea en nuestra voluntad de comprenderlo, cierto gasto, conduciéndonos en esta parte del proceso psíquico exactamente como si nos situáramos en el lugar de la persona observada. Probablemente, al mismo tiempo advertimos el fin a que tiende dicho movimiento y podemos estimar, por anterior experiencia, la magnitud de gasto necesaria para alcanzar tal fin.

En este punto prescindimos ya de la persona observada y nos conducimos como si quisiéramos lograr por nuestra cuenta el fin al que el movimiento tiende. Estas dos posibilidades de representación nos llevan a una comparación del movimiento observado con el nuestro propio. Ante un movimiento inadecuado y

excesivo de la persona observada, nuestro incremento de gasto para la comprensión es cohibido en el acto, *in statu nascendi*, esto es, declarado superfluo en el mismo momento de su movilización, y queda libre para un distinto empleo o, eventualmente, para su descarga por medio de la risa. De esta clase sería, coadyuvando otras condiciones favorables, la génesis del placer producido por los movimientos cómicos: un gasto de inervación devenido inútil, como exceso, en la comparación del movimiento ajeno con el propio.

Dos diferentes problemas se presentan ahora a nuestra labor investigativa: el de fijar las condiciones de la descarga del exceso resultante de la comparación y el de comprobar si nuestra hipótesis sobre la génesis de la comicidad de los movimientos son aplicables a las demás especies de lo cómico.

Dediquémonos, ante todo, a esta segunda labor y sometamos a investigación, tras de lo cómico del movimiento y de la acción, la comicidad que hallamos en los rendimientos anímicos y en los rasgos característicos de los demás.

Podemos tomar como modelo de este género los disparates cómicos que los estudiantes poco aplicados producen en los exámenes. Más difícil nos sería dar un sencillo ejemplo de comicidad de un rasgo característico. No debe inducirnos en error el que el disparate y la simpleza, que con tanta frecuencia producen un efecto cómico, no pueden ser, sin embargo, sentidos siempre como cómicos análogamente a como sucede con un mismo rasgo característico, del que unas veces reímos, pero otras nos puede parecer despreciable y hasta odioso. Este hecho, que no debemos olvidarnos de tener en cuenta, indica tan sólo que en el efecto cómico intervienen, a más de la comparación antes detallada, otros factores distintos, que iremos descubriendo en el curso de nuestra investigación.

La comicidad que hallamos en las cualidades anímicas e intelectuales de otras personas es también, claramente, el resultado de una comparación entre las mismas y nuestro propio yo, mas con la singularidad de que el producto de esta comparación es, la mayoría de las veces, el opuesto del de la que llevábamos a cabo en el caso del movimiento o acto cómicos. En este caso nacía la comicidad cuando la persona-objeto realizaba un gasto mayor de lo que nosotros imaginábamos necesario. En cambio, tratándose de una función anímica lo cómico surge cuando la persona-objeto ahorra un gasto que consideramos indispensable, pues el desatino y la simpleza son rendimientos imperfectos. En el primer caso reímos viendo cómo la persona observada se ha dificultado determinado rendimiento, y en segundo, cómo se lo ha hecho excesivamente fácil. Por tanto, parece que el efecto cómico no depende sino de la diferencia

entre ambos gastos de carga psíquica o revestimiento el del yo y el de la otra persona apreciada por la *empatía* o «proyección simpática^[866]» y no de aquello a lo que favorezca tal diferencia. Mas esta singularidad, que al principio nos desorienta desaparece en cuanto reflexionamos que el limitar el trabajo muscular e intensificar, en cambio, el intelectual es una de las características de la tendencia evolutiva del hombre hacia un más alto grado de civilización. Intensificando el gasto intelectual dedicado a la ejecución de un acto cualquiera alcanzamos una minoración del gasto de movimiento necesario para su realización, éxito cultural del que testimonian nuestras máquinas^[867]. Comprendemos ahora que nos parezcan igualmente cómicos aquel que comparado con nosotros emplea demasiado gasto en sus rendimientos físicos o aquel que emplea demasiado poco en los anímicos, y no podemos negar que nuestra risa es en ambos casos la expresión de un placiente sentimiento de superioridad. Cuando la proporción se hace en ambos casos inversa, esto es, cuando el gasto somático de la persona observada se nos muestra menos que el nuestro y mayor el gasto psíquico entonces ya no reímos, sino que experimentamos asombro o admiración^[868].

El origen que aquí atribuimos al placer cómico, haciéndolo nacer de la comparación de la persona observada con nuestro propio yo, o sea de la diferencia entre el gasto de la «proyección simpática» y el propio, es probablemente el más importante, aunque no el único. Ya en ocasiones anteriores vimos que era posible prescindir de este género de comparación y hallar la diferencia productora de placer en un solo elemento, fuera éste la proyección simpática o los procesos en nuestro propio yo, con lo cual queda demostrado que el sentimiento de superioridad no tiene una relación esencial con el placer cómico. Mas, de todos modos, para la génesis de este placer es indispensable una comparación, que, como hemos visto, se realiza entre dos gastos consecutivos de revestimientos referentes al mismo rendimiento y provocados por nuestra proyección simpática en la persona observada, o independientemente de la misma, por nuestros propios procesos psíquicos. El primer caso, en el cual desempeña todavía un papel la persona observada, aunque ya no su comparación con nuestro propio yo, aparece cuando la diferencia productora de placer de los gastos de revestimiento queda establecida por influencias exteriores que podemos reunir formando una «situación», razón por la cual es denominada esta clase de comicidad *comicidad de la situación*.

Las cualidades de la persona que proporciona lo cómico no influyen en esto esencialmente, pues reímos aunque tengamos que confesarnos que en idéntica situación hubiéramos obrado de la misma manera. Extraemos aquí la comicidad de la relación del hombre con el mundo exterior, que tan tiránicamente actúa con gran frecuencia sobre sus procesos psíquicos. A este mundo exterior pertenecen no sólo las imposiciones y conveniencias sociales, sino nuestras propias necesidades físicas. Un caso típico de esta última clase aparece cuando una persona es interrumpida en el ejercicio de una actividad anímica por un dolor o una necesidad excrementicia. La antítesis que en la empatía hace nacer la diferencia cómica es la existencia entre el alto interés que el individuo muestra por tal actividad psíquica antes de sobrevenir la perturbación somática y el escasísimo que le concede una vez sobrevenida la misma. La persona que nos dé esta diferencia se hace cómica de nuevo por inferioridad, pero no es inferior más que comparada con su yo anterior y no con nosotros, pues sabemos que en el mismo caso no podríamos conducirnos diferentemente. Es, de todos modos, singular que esta inferioridad del hombre no nos resulte cómica más que en el caso de proyección simpática, o sea en personas extrañas a la nuestra propia, mientras que cuando nos hallamos personalmente en tales situaciones no experimentamos sino penosos sentimientos. Seguramente, la ausencia de dolor propio es la que nos permite hallar placer en la diferencia resultante de la comparación de los diversos revestimientos sucesivos.

Otra fuente de comicidad, que hallamos en nuestros propios cambios de revestimiento, surge de nuestra relación con lo venidero, cuya llegada acostumbramos anticipar por medio de nuestras representaciones de espera. A mi juicio, tales representaciones entrañan un gasto cuantitativamente determinado, que, al no cumplirse lo esperado, queda aminorado en cierta diferencia, y para completar esta hipótesis recordaremos las observaciones que antes hicimos sobre la «mímica de representaciones». Pero en estos casos de espera resulta mucho más fácil de llevar a cabo la determinación del gasto de revestimiento efectivamente realizado. En toda una serie de ejemplos de este género vemos con completa claridad que la expresión de la espera está constituida por preparativos motores, sobre todo cuando el suceso esperado ha de exigir un rendimiento de nuestra motilidad, y tales preparativos pueden, desde luego, determinarse cuantitativamente. Cuando espero coger una pelota que me ha sido lanzada, determino en mi cuerpo tensiones que le han de permitir resistir el choque, y los movimientos superfluos que habrían de hacer si la pelota resulta

menos pesada de lo que yo esperaba me harán resultar cómicos a los ojos de los espectadores. Mi representación anticipada me ha hecho errar, impulsándome a un excesivo gasto de movimiento. Lo mismo sucederá al sacar de un cesto una fruta que juzgamos pesada y que resulta luego hueca e imitada en cera. Nuestra mano se alzaré rápidamente revelando que habíamos preparado una inervación excesiva para el fin propuesto, y los que nos vean reirán de nuestro error. Existe, por lo menos, un caso en el que la catexis de expectación puede ser medido por medio de un experimento fisiológico. Nos referimos a los experimentos de Pavlov sobre las secreciones salivares, en los cuales se provee a varios perros de un aparato especial para la acumulación de la saliva, y se les muestran después diversos alimentos. La saliva secretada varía según el perro ve o no confirmada su esperanza de recibir el alimento que le es enseñado.

También cuando lo esperado ha de exigir simplemente un rendimiento de los órganos sensorios y no de la motilidad tenemos que suponer que la expectación se manifiesta en cierto gasto motor encaminado a la tensión de los sentidos y a detener otras impresiones distintas de la esperada, y hemos de considerar la concentración de la atención como un rendimiento motor equivalente a cierto gasto. Podemos, además, adelantar que la actividad preparatoria de la espera no será independiente de la magnitud de la impresión esperada, sino que manifestaremos la importancia o pequeñez de la misma mímicamente, por medio de un mayor o menor gasto de preparación, como en el caso de la comunicación o en el del pensamiento. En esta catexis de espera habremos de tener en cuenta diversos factores, lo mismo que en el caso en que quedemos decepcionados, bien por ser lo que realmente llegue mayor o menor que lo esperado, bien por no ser digno del interés con que lo esperábamos. De este modo llegamos a tomar en consideración, además del gasto para la representación de lo grande o lo pequeño (la mímica de representación), la catexis de tensión de la atención (catexis de espera) y, por último, en otros casos, la catexis de abstracción. Mas todas estas otras clases de catexis pueden reducirse a la de la mímica de representación, dado que lo más interesante, lo más elevado y hasta lo más abstracto son tan sólo casos especiales y especialmente cualificados de lo mayor. Si a todo esto agregamos que, según Lipps y otros autores, se debe considerar en primer lugar como fuente del placer cómico al contraste *cuantitativo* y no el *cualitativo*, tendremos motivo más que suficiente para felicitarnos de haber escogido como punto de partida de nuestra investigación lo cómico de los movimientos.

Desarrollando el principio kantiano de que «lo cómico es una espera decepcionada», ha intentado Lipps, en su obra citada, derivar, en general, de la espera el placer cómico. Mas, a pesar de los valiosos resultados que este intento ha producido, tenemos que unirnos a otros autores que opinan que Lipps ha limitado extraordinariamente el terreno de origen de lo cómico y no ha podido, por tanto, someter a su fórmula, sino muy forzadamente, los fenómenos correspondientes.

(2)

Los hombres no se han contentado con gozar de lo cómico allí donde ha aparecido ante ellos, sino que han tendido a sustituirlo intencionadamente. De este modo, como mejor puede llegarse al conocimiento de la esencia de lo cómico es estudiando los medios encaminados a hacer surgir artificialmente la comicidad. En primer lugar podemos hacer surgir lo cómico en nuestra propia persona, con objeto de divertir a los demás, fingiéndonos por ejemplo, simples o desmañados. Obrando de esta forma creamos la comicidad exactamente, como si la torpeza o tontería fuesen reales, pues provocamos aquella comparación de la que nace la diferencia de gasto, pero no nos hacemos ridículos o despreciables, sino que, en determinadas circunstancias, podemos incluso provocar admiración, pues el sentimiento de superioridad no surge en los espectadores cuando éstos saben que el sujeto finge aquello que le hace resultar cómico, circunstancia que nos proporciona una nueva y excelente prueba de cómo la comicidad es por completo independiente de dicho sentimiento.

El medio más socorrido de hacer resultar cómico a un individuo es colocarlo, sin tener para nada en cuenta sus cualidades personales, en aquellas situaciones a las que la general dependencia del hombre, de las circunstancias exteriores, y especialmente de las de la vida social, da una marcada comicidad. Entra, pues, aquí en juego lo que antes denominamos «comicidad de la situación». Tales situaciones cómicas pueden ser reales, *a practical joke* = poner en alguien la zancadilla y hacer que caiga al suelo dando la impresión de torpeza en sus movimientos, hacerle aparecer tonto explotando su credulidad, etc.; pero pueden también ser fingidas por la palabra o el juego. La agresión, a cuyo servicio se pone con gran frecuencia este medio de hacer que un individuo resulte cómico, halla un eficacísimo auxiliar en la circunstancia de ser el placer cómico

independiente de la realidad de la situación que lo produce, de manera que todos y cada uno de nosotros nos hallamos indefensos ante aquellos que, utilizando este procedimiento, quieran reír a costa nuestra.

Aún existen, para la consecución de este mismo fin, otros medios que merecen ser objeto de un examen especial y que, en parte, revelan nuevos orígenes del placer cómico. Entre ellos encontramos, por ejemplo, la *imitación*, que produce en el oyente un placer extraordinario y hace resultar cómico al que es objeto de ella, aun cuando se mantenga alejada de la exageración caricaturizante. Resuelta mucho más fácil explicar el efecto cómico de la *caricatura* que el de la simple imitación. La caricatura y la parodia, así como su antítesis práctica, el «desenmascaramiento», se dirigen contra personas y objetos respetables e investidos de autoridad. Son procedimientos de *degradar* objetos *eminentes*^[869]. No siendo «lo eminente» más que lo que en el terreno psíquico corresponde a «lo grande» en el físico, podríamos arriesgar la hipótesis de que es representado, lo mismo que lo grande somático, por medio de un incremento de catexis. No es preciso ser muy observador para darse cuenta de que cuando hablamos de lo eminente inervamos de distinta nuestra voz, al mismo tiempo que modificamos nuestro gesto e intentamos armonizar nuestra actitud con la dignidad de lo que representamos. Nos imponemos, en este caso, una actitud solemne, análogamente a cuando hemos de hallarnos en presencia de una eminente personalidad, un monarca o un príncipe de la ciencia. No creo equivocarme suponiendo que esta distinta inervación de la mímica representativa corresponde a un incremento de catexis. El tercer caso de tal incremento aparece cuando nos entregamos a pensamientos abstractos abandonando las habituales representaciones concretas y plásticas. En aquellas ocasiones en que los procedimientos antes examinados de degradación de lo eminente nos llevan a representárnoslo como algo vulgar a lo que no tenemos que guardar consideración alguna, ahorramos el incremento de catexis que supone la solemnidad que habríamos de imponernos, y la comparación de esta forma de representación, con aquella otra que hasta el momento nos era habitual y que intenta establecerse simultáneamente, crea de nuevo la diferencia de gasto que puede ser descargada por medio de la risa.

La *caricatura* lleva a cabo la degradación extrayendo del conjunto del objeto eminente un rasgo aislado que resulta cómico, pero que antes, mientras permanecía formando parte de la totalidad, pasaba inadvertido. Por este medio se

consigue un efecto cómico que en nuestro recuerdo es hecho extensivo a la totalidad, siendo condición para ello que la presencia de lo eminente no nos mantenga en una disposición respetuosa. En los casos en que no existe tal rasgo cómico que ha pasado inadvertido, es éste creado por la caricatura misma, exagerando uno cualquiera que no era cómico de por sí. Hallamos, pues, de nuevo, como característica del origen del placer cómico, la circunstancia de que el efecto de la caricatura no es esencialmente influido por tal satisfacción de la realidad.

La *parodia* y el *disfraz* alcanza la degradación de lo eminente por otro camino distinto, destruyendo la unidad entre los caracteres que de una persona conocemos y sus palabras o actos, por medio de la sustitución de las personas eminentes o de sus manifestaciones, por otras más bajas. En esto se diferencia la parodia de la caricatura y no, en cambio, en el mecanismo de la producción de placer cómico. El mismo mecanismo sirve también para el *desenmascaramiento*, que sólo aparece cuando alguien se ha investido de dignidad y autoridad por medio de un engaño, debiendo, en realidad, ser despojado de ellas. En algunos chistes anteriormente analizados hemos aprendido a conocer el efecto cómico de este género de la comicidad; por ejemplo, en aquella historieta de la distinguida dama, que al sentir los primeros dolores del parto, exclama: *Ah, mon Dieu!*, y a la que el médico no quiere hacer caso hasta que comienza a proferir chillidos inarticulados. Después de haber descubierto los caracteres de lo cómico no podemos ya negar que esta historieta es realmente un ejemplo de desenmascaramiento cómico y no tiene derecho alguno a ser calificada de chiste. Sólo recuerda al chiste por su escenificación y por el medio técnico de la «representación de una minucia», la cual es, en este caso, el grito inarticulado considerado por el médico como indicación suficiente de la proximidad del parto. Sin embargo, debemos confesar que nuestro sentimiento del idioma no opone dificultad ninguna a dar a esta historieta el calificativo de chiste, circunstancia cuya explicación se hallará quizá en el hecho de que los usos del lenguaje no parten del conocimiento científico de la esencia del chiste que nuestra laboriosa investigación nos ha procurado. Mas, teniendo en cuenta que el volver a hacer accesibles fuentes de placer cegadas por un determinado proceso represivo constituye una de las funciones del chiste, nada hay que nos impida dar este nombre, por analogía, a todo artificio que no haga surgir a la luz una franca comicidad. Esto se aplicará, sobre todo, al desenmascaramiento y a algunos otros medios de hacer resultar cómica a una persona.

En el desenmascaramiento podemos incluir también aquel medio de hacer surgir la comicidad, que degrada la dignidad del individuo atrayendo nuestra atención sobre su debilidad específicamente humana, y en especial sobre la dependencia de sus rendimientos psíquicos, de sus necesidades corporales. El desenmascaramiento equivaldrá entonces a la siguiente advertencia: «Ese individuo, al que admiras y veneras como a un semidiós, no es sino un hombre como tú». También pertenecen a esta comicidad todos los esfuerzos encaminados a revelar, tras de la riqueza y la aparente contingencia de las funciones anímicas, el monótono automatismo psíquico. En las historietas de intermediarios matrimoniales judíos hallamos ya algunos casos de desenmascaramiento y experimentamos la duda de si podíamos o no calificarlos de chistes. Ahora podemos ya afirmar con mayor seguridad que, por ejemplo, aquella historieta en que el acompañante que el intermediario ha traído consigo acentúa fielmente todos los elogios que el mismo hace de la novia, y, por último, pondera también la joroba, tímidamente confesada, es un ejemplo de desenmascaramiento del automatismo psíquico. Pero la historieta cómica no actúa en este caso más que como fachada para todo aquel que no quiera eludir el oculto sentido de tales historietas matrimoniales, ésta a que ahora nos referimos constituirá un chiste excelentemente escenificado.

En cambio, aquellos otros que no penetren de este modo en su esencia continuarán considerándola como una historieta cómica. Análogamente sucede en el otro chiste que nos muestra cómo el intermediario, queriendo rebatir una objeción de su cliente, confiesa toda la verdad, al exclamar: «¡Quién se atreve a prestar nada a esta gente!», caso que nos presenta una revelación cómica como fachada de un chiste. Pero aquí el carácter de chiste resulta más patente, pues la frase del intermediario es, al mismo tiempo, una representación antinómica. Queriendo demostrar que la familia de la novia es rica, demuestra que no sólo no lo es, sino que es muy pobre. El chiste y la comicidad se combinan en este caso y nos enseñan que la misma frase puede ser, simultáneamente, cómica y chistosa.

Aprovecharemos aquí la ocasión de volver al chiste desde la comicidad del desenmascaramiento, puesto que el esclarecimiento de la relación entre el chiste y la comicidad, y no la determinación de la esencia de lo cómico, es lo que constituye el verdadero fin de nuestra labor. Así, pues, nos limitamos a agregar estos casos de descubrimiento del automatismo psíquico, de los que no hemos podido determinar si eran cómicos o chistosos, a aquellos otros en los que vimos

se confundían, del mismo modo, el chiste y la comicidad; esto es, a los chistes disparatados. Más adelante hemos de ver cómo nuestra investigación nos muestra que en estos últimos resulta teóricamente explicable dicha confusión.

En la investigación de las técnicas del chiste hemos hallado que la aceptación de aquellos procesos mentales que son regla habitual en lo inconsciente, pero que la conciencia tiene que calificar de «errores intelectuales», constituye el medio técnico de muchos chistes, cuyo carácter chistoso aparecía tan inseguro que hasta nos inclinábamos a considerarlos simplemente como historietas cómicas. No pudimos entonces resolver esta duda por no sernos conocido aún el carácter esencial del chiste. Más tarde, dirigidos por nuestro conocimiento de la elaboración de los sueños, hallamos que dicho carácter consistía en la función transaccional de la elaboración del chiste entre las exigencias de la razón crítica y el instinto de no renunciar al antiguo placer producido por el juego verbal o por el disparate. Lo que en calidad de transacción nacía de este modo, cuando la parte preconscious del pensamiento era abandonada por un momento a la elaboración inconsciente, satisfacía en todos los casos a las dos encontradas exigencias, pero se presentaba a la crítica en formas distintas y tenía que permitir que la misma hiciera recaer sobre ellas diversos juicios. El chiste conseguía unas veces introducirse sigilosamente bajo la forma de una frase falta de significación, pero que podía eludir la censura, y otras, como expresión de un valioso pensamiento. En el caso límite de la función transaccional había, sin embargo, renunciado a satisfacer a la crítica y se presentaba desafiador ante ella sin temor de despertar su repulsa, pues podía contar con que el oyente rectificaría la transformación que la forma expresiva había sufrido en lo inconsciente, y restablecería así el verdadero sentido.

¿En qué caso aparece entonces el chiste como disparate entre la crítica? Especialmente cuando se sirve de aquellos procedimientos mentales peculiares a lo inconsciente, pero prohibidos a la conciencia; esto es, de los errores intelectuales. Algunos procesos mentales de lo inconsciente han sido, sin embargo, aceptados por la conciencia. Así, determinadas clases de representación indirecta, alusión, etc., aunque su empleo consciente tiene que mantenerse dentro de ciertos límites. Con estas técnicas no despertará el chiste repulsa alguna por parte de la crítica, pues esta repulsa no tiene lugar más que cuando aquél utiliza como técnica los medios rechazados por el pensamiento consciente. Sin embargo, el chiste puede aún evitar la repulsa, ocultando el error intelectual empleado, o sea disfrazándose con una apariencia de lógica, como en

la historieta del pastel y la copa de licor. Mas, si el error intelectual aparece al descubierto, es segura la repulsa crítica.

En este último caso acude aún un factor en auxilio del chiste. Los errores intelectuales que como procedimientos mentales de lo inconsciente emplean su técnica son juzgados por la crítica —aunque no regularmente— como cómicos. La aceptación consciente de los defectuosos procedimientos de lo inconsciente es un medio para la producción de placer cómico, cosa fácil de comprender, pues para la constitución de un revestimiento preconsciente es preciso desde luego una mayor catexis que para la aceptación del inconsciente. Comparando el pensamiento que parece creado en lo inconsciente con su rectificación, nace para nosotros la diferencia de gasto de la que surge el placer cómico. Un chiste que se sirve de este procedimiento intelectual como técnica y aparezca, por tanto, desatinado, puede, pues, actuar simultáneamente como cómico. De este modo, si no logramos hallar las huellas del chiste, siempre nos quedará la historia cómica.

Recordemos una de las historietas que expusimos en la primera parte de nuestra investigación: un individuo ha pedido prestado un caldero y lo devuelve agujereado. El propietario le reclama una indemnización, pero él se defiende, alegando: «Primeramente, nadie me ha prestado ningún caldero; en segundo lugar, el caldero estaba ya agujereado, y, por último, yo he devuelto el caldero a su dueño completamente intacto». Es éste un excelente ejemplo de efecto puramente cómico por aceptación de un método intelectual inconsciente, pues en lo inconsciente no existe la exclusión recíproca de pensamientos incompatibles, aunque aisladamente bien motivados. El sueño, en el que se patentizan los procedimientos intelectuales inconscientes, no conoce, por tanto, alternativas (esto o aquello^[870], sino tan sólo yuxtaposiciones. Uno de mis sueños que, a pesar de su complicación, elegí en mi obra sobre los mismos, para presentar un ejemplo del arte interpretativo, me ofrecía simultáneamente y para desvanecer el reproche que en él me hacía de no haber sabido hacer desaparecer, por medio del tratamiento psíquico, la enfermedad de una de mis pacientes, las razones que siguen: 1.^a, la paciente misma tenía la culpa de seguir enferma por no haber aceptado mis consejos; 2.^a, su enfermedad era de origen orgánico y, por tanto, se hallaba fuera de mi especialidad; 3.^a, su enfermedad era una consecuencia de su viudez, de la que yo no tenía la culpa, y 4.^a, su enfermedad procedía de que alguien le había dado una inyección con una jeringuilla sucia. Todas estas razones aparecían en el sueño consecutivamente, como si cada una de ellas no

excluyera a las demás. Para no caer en el disparate, habría, pues, que sustituir la agregación por una alternativa.

La siguiente historieta cómica es totalmente análoga. Un herrero de un pueblo húngaro cometió un sangriento crimen y fue sentenciado a morir en horca. Pero el alcalde, fundándose en que en el pueblo no había más que aquel herrero y, en cambio, dos sastres, mandó ahorcar a uno de éstos para que el delito no quedara impune. Tal desplazamiento de la pena contradice todas las leyes de la lógica consciente, pero se halla de completo acuerdo con la disciplina intelectual de lo inconsciente. No nos atrevemos a calificar de cómica esta historieta, a pesar de haber incluido entre los chistes la del caldero. Pero tenemos que conceder que también esta última es más propiamente «cómica» que chistosa. Comprendemos ahora cómo aquella sensación, tan segura otras veces, que nos indicaba si una cosa debía ser calificada de cómica o de chistosa, nos deja aquí en la duda. Sucede que nos hallamos precisamente ante el caso en el que no podemos decidir fundándonos en la sensación; esto es, cuando la comicidad nace por el descubrimiento de los procedimientos intelectuales exclusivamente peculiares a lo inconsciente. Tal historia puede ser al mismo tiempo cómica y chistosa, pero hará impresión de chiste aunque sea exclusivamente cómica, pues el empleo de los errores intelectuales de lo inconsciente no recuerda al chiste como antes lo hacían los procedimientos encaminados al descubrimiento de la comicidad.

Tenemos que esforzarnos en esclarecer este importantísimo punto de nuestra investigación, o sea la relación del chiste con la comicidad, y para conseguirlo añadiremos a lo antes expuesto algunas otras consideraciones. Haremos observar, ante todo, que el caso que ahora examinaremos, de unión del chiste con la comicidad, no es el mismo del que nos ocupamos en páginas anteriores. Es ésta, sin duda, una sutil diferenciación, pero puede hacerse sin peligro de incurrir en error.

En el caso anterior la comicidad provenía del descubrimiento del automatismo psíquico, el cual no es, en ningún modo, privilegio de lo inconsciente y no desempeña tampoco papel alguno de importancia entre las técnicas del chiste. El descubrimiento no entra sino casualmente en relación con el chiste, poniéndose al servicio de otra técnica del mismo, por ejemplo, de la representación antinómica. En el caso de la aceptación de métodos intelectuales inconscientes es, en cambio, necesaria la reunión del chiste y la comicidad, porque el mismo medio empleado en la primera persona del chiste para la

técnica de la consecución de placer crea, conforme a su naturaleza, placer cómico en la tercera persona.

Pudiera caerse en la tentación de generalizar este último caso y buscar la relación entre el chiste y la comicidad en la circunstancia de que el efecto del chiste en la tercera persona se verifica siguiendo el mecanismo de la comicidad. Pero esto sería totalmente erróneo; la relación con lo cómico no aparece en todos los chistes, ni siquiera en la mayoría de ellos; por el contrario, puede casi siempre separarse muy definitivamente el chiste de la comicidad. Siempre que el chiste consigue eludir la apariencia de desatino, esto es, en la mayor parte de los chistes de doble sentido y alusivos, resulta imposible descubrir en el oyente efecto ninguno análogo a la comicidad. Puede hacerse la prueba en los ejemplos hasta aquí expuestos y en estos otros que ahora agregamos:

Un telegrama de felicitación dirigido a un jugador el día en que cumple setenta años: «Treinta y cuarenta». (Fragmentación con alusión.)

Madame de *Maintenon* era llamada madame de *Maintenant*. (Modificación de nombre.)

El conde Andrásy, ministro del Exterior, era denominado el *ministro del bello exterior*.

Pudiera creerse que por lo menos los chistes de fachada disparatada muestran una apariencia cómica y tienen que producir un efecto de dicho género. Pero debemos recordar aquí que tales chistes producen en el oyente, con gran frecuencia, muy distinto efecto, despertando en él el desconcierto y la tendencia a la repulsa. Dependerá, pues, el efecto de que el disparate del chiste se muestre francamente cómico o aparezca como un simple desatino corriente, circunstancia cuyas condiciones no hemos investigado aún. Por tanto, nos limitamos a dejar establecida la conclusión de que el chiste y la comicidad poseen naturaleza muy distinta, coincidiendo únicamente en casos especiales y en la tendencia a extraer placer de las fuentes intelectuales.

En el curso de esta investigación de las relaciones del chiste con la comicidad se nos ha revelado una diferencia entre ambos, a la que debemos atribuir una máxima importancia y que nos señala uno de los principales caracteres de la comicidad. La fuente del placer del chiste tuvimos que situarla en lo inconsciente; en cambio, en la comicidad no encontramos motivo alguno para tal localización. Mas bien indican todos los análisis hasta ahora efectuados que la fuente del placer cómico es la comparación de dos gastos, localizados ambos en lo preconscious. El chiste y la comicidad se diferencian, pues, ante

todo en su localización psíquica, y el primero es, por decirlo así, la *aportación que lo inconsciente procura a la comicidad*.

(3)

No puede acusárenos de habernos desviado, con las consideraciones que anteceden, del fin principal de nuestra labor, pues precisamente la relación del chiste con la comicidad es lo que nos ha obligado a emprender la investigación de esta última. Mas es tiempo ya de que volvamos al tema con que inauguramos dicha investigación; esto es, al examen de los medios de que nos servimos para hacer surgir artificialmente la comicidad. Hemos llevado a cabo, en primer lugar, la investigación de la caricatura y del desenmascaramiento porque ella podía proporcionarnos preciosos datos para el análisis de la comicidad de la *imitación*. Esta última se halla mezclada casi siempre con algo de caricatura —exageración de ciertos rasgos que normalmente pasan inadvertidos— y constituye también una degradación. Pero tales caracteres no parecen constituir toda su esencia, pues la hilaridad que despierta cuando es acertada demuestra que es en sí y por sí sola una de las más ricas fuentes del placer cómico, circunstancia cuya explicación resulta harto difícil, a menos de aceptar la hipótesis bergsoniana^[871] que aproxima la comicidad de la imitación a la producida por el descubrimiento del automatismo. Opina Bergson que todo aquello que en una persona nos hace pensar en un mecanismo inanimado produce un efecto cómico y encierra esta hipótesis en la fórmula *mécanisation de la vie*. Para su esclarecimiento de la comicidad de la imitación elige, como punto de partida, el problema que Pascal plantea en sus *Pensamientos*: de por qué nos hace reír la comparación de dos fisonomías semejantes, que consideradas separadamente no producen efecto cómico alguno. «Nunca esperamos que lo animado se repita idénticamente, y allí donde encontramos tal repetición sospechamos, detrás de lo animado, la existencia de un mecanismo». Viendo dos caras de marcada semejanza pensamos en dos copias sacadas del mismo molde o en el producto de cualquier procedimiento mecánico análogo. La causa de la risa será, pues, en estos casos la desviación de lo animado hacia lo inanimado o, como nosotros diríamos, la degradación de lo animado hasta lo inanimado. Al aceptar esta concepción bergsoniana vemos que, sin violencia alguna, podemos someterla a nuestra propia fórmula. Sabiendo por experiencia que lo animado no se repite, y que

cada una de sus manifestaciones exige de nuestra comprensión un gasto especial, nos encontramos decepcionados cuando a consecuencia de una total identidad o una engañadora imitación resulta superfluo el nuevo gasto que nos disponíamos a realizar. Pero esta decepción trae consigo una minoración de la carga psíquica y el gasto de expectación, devenido superfluo, es descargado por medio de la risa. Esta misma fórmula será asimismo aplicable a todos los casos examinados por Bergson de la cómica rigidez (*raideur*) de los hábitos profesionales, las ideas fijas y las muletillas verbales. En todos estos casos se produciría la comparación del gasto de expectación con el necesario para la inteligencia de lo idéntico, siendo debida la superior magnitud del primero a nuestra experiencia de la diversidad y plasticidad individual de lo animado. Así, pues, en la imitación no sería la comicidad de la situación, sino la de la expectación la fuente del placer cómico.

Derivado, como lo hacemos, el placer cómico, en general, de una comparación, deberemos investigar también la comicidad de la comparación misma, que constituye de por sí uno de los medios de hacer surgir la comicidad. El interés que este problema nos inspira se hará más intenso recordando que al tratar de la metáfora nos dejó con gran frecuencia en la estacada aquella «sensación» que nos orientaba para decidir si algo podía ser calificado de chistoso o simplemente de cómico.

Merece ciertamente este tema un más minucioso examen del que aquí podemos dedicarle. La principal cualidad que en una metáfora buscamos es la de su eficacia; esto es, que llame realmente la atención sobre una coincidencia de dos objetos heterogéneos. El placer primitivo del reencuentro de lo conocido (*Groos*) no es el único factor que favorece el empleo de la metáfora; agrégase a él el hecho de ser ésta susceptible de un empleo que nos preocupa una minoración del trabajo intelectual. Nos referimos a la habitual comparación de lo desconocido y de lo abstracto con lo concreto, por medio de la cual esclarecemos lo que nos parece difícil o extraño. Cada una de estas comparaciones, y especialmente la de lo abstracto con lo objetivo, trae consigo cierta degradación y cierto ahorro de gasto de abstracción (en el sentido de una mínima representativa); pero, como es natural, esta minoración no es suficiente para producir la comicidad, la cual no surge de improviso, sino poco a poco, del placer de minoración resultante del proceso comparativo. Existen numerosos casos que no hacen sino rozar la comicidad y a los que vacilamos en atribuir el carácter cómico. La comparación sólo resulta indudablemente cómica cuando el

gasto de abstracción exigido por cada uno de los dos términos comparados presenta una gran diferencia de nivel; esto es, cuando algo importante y singular, especialmente de naturaleza intelectual o moral, es comparado con algo trivial y bajo. Quizá el placer de minoración y las particulares condiciones de la mímica de representación expliquen el paso paulatino, determinado por circunstancias cuantitativas, que de lo placiente en general a lo cómico se efectúa en la comparación. Para evitar probables errores en la inteligencia de esta hipótesis, haremos de nuevo resaltar que no derivamos el placer cómico producido por la metáfora del contraste de los dos términos comparados, sino de la diferencia existente entre los dos gastos de abstracción correspondientes uno a cada uno de dichos términos. Aquello que por su calidad de extraño, abstracto o intelectualmente elevado nos resulta difícil de comprender, lo aproximamos a nuestra inteligencia afirmándolo coincidente con algo trivial y bajo que nos es familiar y para cuya representación no precisamos de gasto de abstracción ninguno. Resulta, pues, que la comicidad de la comparación se reduce a un caso de degradación.

Como anteriormente observamos, la comparación puede también ser chistosa sin mezcla de comicidad alguna, caso que se nos presenta cuando la misma elude toda degradación. Así, la comparación de la verdad con una antorcha que no se puede llevar a través de una multitud sin chamuscar a alguien las barbas, es puramente chistosa, pues da un valor vivo a una expresión que, al convertirse en lugar común, ha perdido su verdadero significado —«la antorcha de la verdad»— y no tiene nada de cómica, por ser la antorcha un objeto que, aunque concreto, no carece de cierta dignidad. Pero, de todos modos, una comparación puede ser al mismo tiempo cómica y chistosa, presentando ambos caracteres con absoluta independencia uno de otro, pues puede constituir un medio auxiliar de determinadas técnicas del chiste, por ejemplo, de la unificación o de la alusión. Un ejemplo de este género es la frase antes citada (pág. 1075), en que un personaje de Nestroy compara la memoria con un «almacén», comparación que resulta cómica y chistosa simultáneamente, lo primero por la extraordinaria degradación que sufre el concepto psicológico al ser comparado con un almacén, y lo segundo porque, siendo un hortera quien la establece, queda constituida una inesperada unificación entre la Psicología y la actividad comercial del sujeto. La frase de Heine: «Hasta que, por fin, me estallaron todos los botones del pantalón de la paciencia», se nos muestra al principio tan sólo como un excelente ejemplo de una comparación cómicamente degradada; pero, a poco que reflexionemos,

tenemos que concederle el carácter de chiste, pues poniéndose al servicio de la alusión roza los dominios de la obscenidad que la misma produce. Resulta, pues, que de un mismo material nacen simultáneamente para nosotros, por una coincidencia no del todo casual, consecuciones de placer cómico y chistoso, y aunque observamos que las condiciones de uno de estos caracteres favorecen la génesis de otro, siempre ejercerá esta coincidencia un influjo desorientador sobre la «sensación» que ha de indicarnos si nos hallamos ante un caso de chiste o de comicidad, y sólo podemos decidirlo por medio de una cuidadosa investigación independiente de la disposición del placer.

Por muy atractivo que me parezca el examen de esta condicionalidad íntima de la consecución de placer cómico, tengo aquí que renunciar a él, pues ni mi preparación científica ni mi actividad profesional me dan derecho a llevar mis investigaciones mucho más allá de la esfera del chiste, y, además, debo confesar que precisamente el tema de la comparación cómica me hace sentir más que otro ninguno mi incompetencia.

Veamos, pues, lo que sobre estos problemas opinan otros investigadores. Lo primero que hallamos es que muchos de ellos no reconocen la definida separación, conceptual y objetiva, que entre el chiste y la comicidad nos hemos visto llevados a establecer, y consideran simplemente el chiste como «lo cómico del discurso» o «de las palabras». Para examinar estas opiniones elegiremos un ejemplo de comicidad voluntaria y otro de comicidad involuntaria del discurso, y los compararemos con el chiste. Ya anteriormente hemos hecho constar que creemos poder distinguir fácilmente el discurso cómico del discurso chistoso.

Así, el dicho «Con un tenedor y con esfuerzo le sacó su madre del estofado» es simplemente cómico, y, en cambio, la frase de Heine sobre las cuatro castas en que se dividía la población de Gotinga, «profesores, estudiantes, filisteos y ganado», es exquisitamente chistosa.

Como ejemplo de comicidad voluntaria del discurso escogeremos el *Wippchen*, de Stettenheim, autor que posee una destreza poco común para hacer surgir la comicidad. Es innegable que las cartas de Wippchen son, a más de cómicas, chistosas, pues contienen numerosos chistes de toda clase, y entre ellos algunos de extraordinaria bondad. Pero lo que presta a esta obra su singular carácter no son estos chistes aislados, sino la continuada e inagotable comicidad del discurso. Wippchen fue seguramente concebido al principio como una figura satírica, análoga al Schmock, de G. Freytag; esto es, como uno de aquellos individuos pocos cultivados que manejan a ciegas e incurriendo en las mayores

equivocaciones el tesoro de la cultura; pero la satisfacción que el autor fue hallando, conforme avanzaba su obra, en los cómicos efectos que con su protagonista obtenía, le hicieron ir relegando poco a poco a un segundo término la tendencia satírica. Las ocurrencias de Wippchen son, en su mayoría, «disparates cómicos», y el autor se ha servido del placiente estado de ánimo producido en el autor por la acumulación de tales producciones para introducir otras cosas, harto insulsas, que por sí solas hubieran resultado intolerables. Una técnica especial da a los desatinos de Wippchen un carácter específico. Examinando con cierta detención sus «chistes», hallamos algunos que atraen preferentemente nuestra atención y resultan pertenecer todos a un mismo género, que imprimen su sello a los restantes. Wippchen se sirve, sobre todo, de las fusiones, de la modificación de lugares comunes y conocidas citas literarias y de la sustitución de triviales elementos de las mismas por expresiones más altisonantes, técnicas que no se apartan mucho de las del chiste.

Un ejemplo de fusión: los turcos tienen dinero *Wie Heu am Meere*. Que proviene de dos expresiones: *Dinero wie Heu* (como heno, es decir, como suciedad); y, *Dinero wie Sand am Meere* (como arena en el mar, océanos de dinero). Otro ejemplo: «No soy ya más que una seca columna que testimonia de antiguas grandezas», frase resultante de la condensación de otras dos, «un seco árbol» y «una columna que...», etc., conocidísimas ambas como lugares comunes de la literatura pedestre. En otro ejemplo de este mismo género: «¿Dónde está el hilo de Ariadna que me guíe fuera de la peligrosa Escila de este establo de Augias?», contribuyen a la formación de la frase, con un elemento cada una, tres distintas leyendas griegas.

Las modificaciones y las sustituciones podemos considerarlas conjuntamente sin gran violencia. Su carácter aparece con toda claridad en el siguiente ejemplo, característico de Wippchen: «Desde muy temprana edad alentaba en mí un Pegaso». Sustituyendo «poeta» a «Pegaso» quedará una frase que constituye un lugar común por lo muy empleada que ha sido en las autografías. «Pegaso» no es una apropiada sustitución de «poeta», pero se halla en una relación ideológica con este concepto y es, además, una palabra altisonante.

Del cúmulo de ocurrencias de Wippchen pueden también extraerse algunos ejemplos de pura comicidad. Así, en calidad de decepción cómica, la siguiente frase: «La victoria osciló mucho tiempo entre ambos bandos, y por fin, quedó indecisa», o como desenmascaramiento cómico (de la ignorancia), esta otra: «Clío, la Medusa de la Historia», y citas como la siguiente: *Habent sua fata*

morgana^[872]. Pero nuestro interés se dirige preferentemente hacia las fusiones y modificaciones, por recordarnos estas conocidas técnicas del chiste. Compárense, por ejemplo, con las modificaciones, chistes como el de «Ese hombre tiene un gran porvenir detrás de él», o los chistes, por modificación, de Lichtenberg: «Baños nuevos curan bien», etc. ¿Deberemos, pues, calificar de chistes las creaciones —de idénticas técnicas— de Wippchen? Y en caso negativo, ¿en qué se diferencian éstas del chiste?

No es, ciertamente, muy difícil contestar a estas interrogaciones. Recordemos que el chiste muestra al oyente una doble fisonomía y le obliga a dos diversas interpretaciones. En los chistes disparatados, como los últimamente expuestos, una de estas interpretaciones, basándose exclusivamente en el sonido verbal, concluye que se trata de un disparate, y, en cambio, la otra, guiada por determinados indicios, halla el sentido del chiste recorriendo, en lo inconsciente de la persona receptora, el mismo camino que aquél ha seguido antes, para constituirse en lo inconsciente de su autor. En las ocurrencias de Wippchen, que a primera vista nos parecen chistosas, falta, como si hubiese quedado atrofiada, una de las dos fisonomías que forman la doble faz característica del chiste. Creemos ver la cabeza de Jano; pero al examinarla observamos que sólo una de sus dos caras ha llegado a desarrollarse. De este modo, si engañados por la técnica de estas ocurrencias recorremos los caminos de lo inconsciente, no hallaremos en ellos cosa alguna. Tampoco entre las fusiones encontramos ningún caso en el que los dos elementos fundidos den realmente un nuevo sentido y en cuanto llevamos a cabo un intento de análisis se separan por completo. Las modificaciones y sustituciones conducen, como en el chiste, a una expresión conocida y usual, pero carecen de todo sentido propio. No pueden considerarse, por tanto, estos «chistes» más que como disparatados, y lo único que depende de nuestra voluntad es decidir si tales creaciones, que se han separado de uno de los caracteres más esenciales del chiste, pueden calificarse de chistes «malos» o hemos de negarles en redondo la cualidad chistosa.

Lo que sí es indudable es que estos chistes imperfectos producen un efecto cómico diversamente explicable. Su comicidad puede nacer del descubrimiento de los procedimientos intelectuales de lo inconsciente, como en los casos antes examinados, y puede también ser el resultado de su comparación con el chiste perfecto. Nada nos impide suponer que ambas formas de la génesis del placer cómico obran en este caso conjuntamente, pues no puede negarse que el apoyo

que buscan estas ocurrencias, aproximándose al chiste, es lo que al demostrarse insuficiente convierte al disparate en disparate cómico.

Existen, en efecto, casos harto transparentes, en los cuales tal insuficiencia hace irresistiblemente cómico al disparate, por su comparación con el rendimiento que hubiera debido producir. La adivinanza puede darnos aquí mejores ejemplos que el chiste mismo. Una de estas adivinanzas chistosas es la siguiente: «¿Qué es una cosa que se cuelga de la pared y con la que podemos secarnos las manos?» Si la solución fuese: «Una toalla», la adivinanza sería bien tonta. Pero esta solución es rechazada: «No, no es una toalla, es un arenque». «Pero ¡si un arenque no se cuelga nunca de la pared!», será la asombrada respuesta. «Lo puedes colgar si quieres». «Además, a nadie se le ocurre secarse las manos con un arenque». «En efecto, no es lo más a propósito, pero también se puede hacer». Estas explicaciones, que reposan en dos típicos desplazamientos, muestran lo lejos que esta pregunta se halla de ser una verdadera adivinanza, y a causa de esta absoluta insuficiencia se nos muestra, en lugar de simplemente disparatada, irresistiblemente cómica. De este modo, por la transgresión de ciertas condiciones esenciales, pueden convertirse aquellos chistes, adivinanzas, etc., que no producen de por sí placer cómico, en abundantes fuentes del mismo.

Aún más fácilmente comprensibles resultan los casos de comicidad involuntaria del discurso, de la cual podemos hallar numerosísimos ejemplos en las poesías de Friederike Kempner. Así, la siguiente cuarteta, titulada «Contra la vivisección»:

Un desconocido lazo de las almas
une al hombre con los pobres animales.
El animal tiene una voluntad —ergo un alma—,
aunque más pequeña que la nuestra.

O esta otra, que figura un diálogo entre dos tiernos esposos (*El contraste*):

«¡Qué feliz soy!», murmura ella.
«También yo —exclama el esposo—.
Tu manera de ser me enorgullece,
mostrándome el acierto de mi elección».

No hay aquí nada que nos recuerde al chiste. La insuficiencia de estas

poesías, lo pedestre de su estilo, la simpleza de las ideas expresadas y la falta de toda huella poética es, indudablemente lo que las hace resultar cómicas. Mas no es cosa tan natural que así nos lo parezca, pues muchas creaciones análogas no nos hacen tal impresión, sino que las calificamos únicamente de *malas* y nos irritan en lugar de causarnos risa. Precisamente, lo mucho que se apartan de las cualidades que exigimos a la poesía es lo que nos inclina a considerarlas como cómicas; si tal distancia fuese menor, en lugar de reír de ellas las criticaríamos. Además, este efecto cómico de las poesías de la Kempner depende de varias circunstancias accesorias, entre ellas la innegable buena intención de la autora y cierta sensibilidad que descubrimos tras de sus torpes frases y que desarma nuestra burla. Todo esto dirige ahora nuestra atención sobre un problema cuyo examen hemos eludido hasta el momento. La diferencia de gasto es seguramente la condición fundamental del placer cómico, pero la observación nos muestra que no siempre surge el placer de tal diferencia. ¿Qué condiciones tendrán entonces que cumplirse o qué perturbaciones tendrán que ser evitadas para que pueda surgir realmente placer de la diferencia de gasto? Antes de dedicarnos a esclarecer esta cuestión, dejaremos establecido el resultado de la labor investigadora que antecede. El chiste no coincide con lo cómico del discurso; tiene, por tanto, que ser algo distinto de esta comicidad.

(4)

Al disponernos a contestar la interrogación antes expuesta, relativa a las condiciones de la génesis del placer cómico derivado de la diferencia de gasto, observamos que la exacta solución del problema que dicha interrogación plantea equivaldría a una total exposición de la naturaleza de lo cómico. Mas como esta labor sobrepasa nuestra competencia, nos contentaremos con esclarecer el problema de la comicidad hasta lograr que sus contornos se destaquen con toda precisión, independientemente de los del problema del chiste.

Todas las teorías de lo cómico han incurrido, según los críticos, en un mismo defecto: el de olvidar en su definición aquello que constituye precisamente la esencia de la comicidad. Lo cómico —dicen estas teorías— reposa en un contraste de representación: sí, pero sólo cuando este contraste produce un efecto cómico y no de otro género. El sentimiento de lo cómico procede de la decepción que nos causa algo que esperábamos; desde luego, pero sólo cuando

la decepción no es dolorosa. Estas objeciones están, ciertamente, justificadas, pero se les concede un valor exagerado al deducir de ellas que la esencial característica de lo cómico ha escapado hasta ahora a toda investigación. Si las definiciones citadas no poseen una validez general, ello se debe a determinadas condiciones que resultan indispensables para la génesis del placer cómico, pero en las que no hemos de ver obligadamente la esencia de la comicidad. Sin embargo, sólo aceptando nuestra teoría de que el placer cómico nace de la diferencia resultante de la comparación de dos gastos resulta fácil rebatir las objeciones antes consignadas. El placer cómico y el efecto en que el mismo se manifiesta —o sea la risa— no pueden surgir sino cuando tal diferencia deviene inútil y, por tanto, susceptible de descarga. Cuando, por el contrario, recibe inmediatamente después de su aparición cualquier otro empleo no experimentamos ningún efecto de placer, sino, a lo más, una fugitiva sensación placentera exenta de todo carácter cómico. Así como en el chiste tiene que constituirse determinados dispositivos para evitar el aprovechamiento del gasto reconocido como superfluo, también el placer cómico tiene que contar, para producirse, con circunstancias favorables que llenen igual cometido. De este modo, siendo innumerables los casos en los que en nuestra vida ideológica nacen tales diferencias de gasto, son, en cambio, comparativamente raros aquéllos en que las mismas producen comicidad.

Dos circunstancias principales surgen a los ojos de todo observador que dedique alguna atención a la generación de lo cómico por la diferencia de gasto. En primer lugar verá que existen casos en los que la comicidad surge de un modo regular y como necesariamente, y, por lo contrario, otros, en los que su aparición se muestra independiente en absoluto de las condiciones particulares de cada caso y del punto de vista del observador. En segundo lugar descubrirá que cuando las diferencias alcanzan una considerable magnitud, logran con gran frecuencia vencer el obstáculo opuesto a la génesis de la comicidad por condiciones desfavorables, de manera que el sentimiento cómico surge, a pesar de las mismas. Con relación a la primera de estas observaciones, podríamos establecer dos clases de comicidad: la comicidad forzosa y la comicidad ocasional, aunque ya al establecerlas sepamos que en la primera de ellas tenemos que admitir numerosas excepciones. Resultará muy interesante perseguir ahora las condiciones que regulan ambas clases de lo cómico.

Para la segunda, las condiciones esenciales son aquellas mismas que en gran parte reunimos bajo la calificación de «aislamiento» del caso cómico. Un más

minucioso análisis nos da a conocer las siguientes circunstancias:

a) La condición más favorable para la génesis del placer cómico es aquel sereno estado de ánimo en el que nos hallamos «dispuestos a reír». Cuando tal estado de ánimo ha sido producido tóxicamente en nosotros, nos parece cómico casi todo, probablemente por comparación con el gasto necesario en estado normal. El chiste, la comicidad y todos los demás métodos de conseguir placer extrayéndolo de nuestra propia actividad anímica no son sino medios de restablecer, con un pretexto cualquiera, este buen estado de ánimo —la euforia— cuando el mismo no aparece como una disposición general de la psiquis.

b) En un análogo sentido favorable actúa la expectación de lo cómico, o sea nuestra disposición a experimentar placer de este género, circunstancia a la que se debe que para conseguir el propósito de hacer resultar cómica a una persona basten, cuando dicho propósito no halla obstáculo en los espectadores, diferencias tan pequeñas, que habrían pasado inadvertidas si hubiera surgido en un proceso inintencionado. Aquel que emprende una lectura cómica o va al teatro a ver una farsa de este género debe a esta intención el que le causen risa cosas que en su vida normal apenas si hubiera considerado cómicas. Por último, llegamos a reír ante el recuerdo de haber reído, o en expectación de reír, en cuanto aparece en escena el actor cómico y antes que éste pueda intentar provocar nuestra hilaridad. A tal punto llega esta influencia de la expectación, que muchas veces nos avergonzamos de haber podido reír, en el teatro, de verdaderas insulseces.

c) Del género de actividad espiritual que en el momento ocupe al individuo pueden surgir condiciones desfavorables para la comicidad. Un trabajo intelectual dirigido a fines interesantes perturba la capacidad de descarga de los revestimientos, de los cuales precisa para los desplazamientos que ha de efectuar, y de este modo, sólo grandes e inesperadas diferencias de gasto pueden llegar a imponer el placer cómico. Especialmente desfavorables a la comicidad son todas aquellas formas de los procesos mentales que se alejan de lo plástico lo suficiente para hacer cesar toda mímica de representación. Así, la reflexión abstracta no deja lugar alguno a la comicidad, salvo cuando es interrumpida repentinamente.

d) La posibilidad de producción de placer cómico desaparece también cuando la atención se halla fija precisamente en la comparación de la que la comicidad puede surgir. En tales circunstancias pierde su fuerza cómica incluso aquello que con toda regularidad produce un efecto de este género. Un

movimiento o una producción anímica no pueden resultar cómicos para aquél cuyo interés se dirige, en el mismo momento en que se producen, a compararlos con una medida de la que tiene clara y perfecta conciencia. De este modo, el examinador no encuentra cómicos, sino irritantes, los disparates de un alumno ignorante, mientras que los colegas del examinado, a los que interesa más la habilidad que éste pueda mostrar en sortear las dificultades del examen que la amplitud de sus conocimientos, ríen de todo corazón a cada desatino. Sólo raras veces observará un profesor de gimnasia o de baile la comicidad de los movimientos de sus alumnos, y el predicador no verá jamás el lado cómico de las debilidades humanas, que, en cambio, el comediógrafo sabrá explotar con gran destreza. El proceso cómico no soporta la sobrecarga producida por la atención: análogamente al del chiste, tiene, para llegar a su fin... que poder pasar totalmente inadvertido en su desarrollo. Pero sería contrario a la calificación de «procesos de la conciencia», que justificadamente di a este género de procesos en mi *Interpretación de los sueños*, el considerar al que ahora nos ocupa como *inconsciente*. Pertenece más bien a lo *preconsciente*, y a estos procesos que se desarrollan en lo preconsciente y carecen de la carga o revestimiento de atención inherente a la conciencia podemos calificarlos, con toda propiedad, de «automáticos». Así, pues, el proceso de la comparación de los gastos tendrá que ser automático si ha de crear placer cómico.

e) La génesis de la comicidad resulta perturbada cuando el caso de que ha de surgir da simultáneamente ocasión al nacimiento de intensos afectos, pues queda entonces excluida la descarga de la diferencia productora de placer. Los afectos individuales y la diversa disposición espiritual explican, en cada caso particular, la génesis o la ausencia de la comicidad. De este modo, sólo en casos excepcionales puede existir una comicidad absoluta, y esta dependencia o relatividad de lo cómico resulta mucho mayor que la del chiste, el cual no se rinde nunca y es «hecho» siempre, pues en su formación pueden tenerse en cuenta las circunstancias en que se produce. El desarrollo de afectos es, en cambio, la más intensa de todas las circunstancias perturbadoras de la comicidad, y ha sido reconocida como tal sin excepción alguna^[873]. Por esta razón se dice que el sentimiento cómico nace con mayor facilidad que nunca en los casos indiferentes, allí donde no existen intensos sentimientos ni grandes intereses. Sin embargo, podemos observar que diferencias de gasto muy considerables suelen crear, precisamente en casos de gran desarrollo afectivo, el

automatismo de la descarga. Cuando el coronel Butler^[874] contesta, riendo despechadamente a las advertencias de Octavio, con la exclamación *¡La gratitud de la casa de Austria!*, su despecho no le impide reír, y lo que provoca su risa es el recuerdo de la decepción que cree haber sufrido. Por otra parte, el poeta no podía describir más impresionantemente la magnitud de la decepción que mostrándola capaz de imponer la risa en medio de la tempestad de los afectos desencadenados. A mi juicio, esta explicación es aplicable a todos aquellos casos en los que la risa aparece en ocasiones distintas de las plácidas y se une a intensos sentimientos dolorosos o a un estado cualquiera de tensión espiritual.

f) Si a todo lo que antecede añadimos que el desarrollo del placer cómico puede ser facilitado por cualquier otra agregación placiente como por una especie de afecto de contacto —a semejanza de como lo hace el placer preliminar en el chiste tendencioso—, no habremos agotado la investigación de las condiciones del placer cómico, pero sí conseguido el fin que nos proponíamos, pues vemos ahora con toda claridad que tales condiciones, así como la inconstancia y dependencia del efecto cómico, se adaptan, mejor que a otra hipótesis ninguna, a la que deriva el placer cómico de la descarga de una diferencia que hubiera podido recibir un empleo distinto.

(5)

La comicidad de lo sexual y de lo obsceno merecería un examen más detenido que el que aquí podemos dedicarle y cuyo punto de partida sería de nuevo el desnudamiento. Un desnudamiento casual nos produce un efecto cómico porque comparamos la facilidad con que gozamos del espectáculo de la desnudez con el gran gasto que hubiera sido necesario para conseguir por otro camino el mismo fin. Aproxímanse así estos casos a los de ingenuidad cómica, aunque son mucho menos complicados. Todo desnudamiento del que se nos hace testigos por un tercero equivale a hacer resultar cómica a la persona desnudada. Hemos visto antes que una de las funciones del chiste era la de sustituir al dicho obscuro y hacer accesibles de este modo perdidas fuentes de placer cómico. En cambio, el espiar a escondidas una desnudez no es, para el que lo hace, un caso de comicidad, pues el esfuerzo que realiza es por completo contrario a la condición del placer cómico, y no pudiendo éste producirse, el espectador de la desnudez no gozará sino del placer puramente sexual que lo contemplado

produzca. Mas, en el relato que el mismo hace luego de su aventura, vuelve a resultar cómica la persona espiada, pues predomina entonces de nuevo el punto de vista de que aquélla ha dejado de realizar el gasto necesario para ocultar sus intimidades a ojos extraños. Fuera de estos casos, lo sexual y lo obsceno ofrecen las más numerosas ocasiones para la producción de placer cómico al mismo tiempo que para la de excitación sexual, sea mostrado al hombre dependiente de sus necesidades corporales (degradación), o sea descubriendo detrás del amor espiritual las exigencias carnales (desenmascaramiento).

(6)

De la obra de Bergson, tan bellamente sugestiva, sobre estos problemas (*Le rire*), ha surgido para nosotros, en forma inesperada, el deseo de buscar también la comprensión de lo cómico por la investigación de su psicogénesis. Bergson, cuya teoría del carácter cómico puede encerrarse en las fórmulas *mécanisation de la vie* y *substitution quelconque de l'artificiel au naturel*, pasa, por medio de una natural asociación de ideas, del automatismo al autómatas e intenta explicar una serie de efectos cómicos por nuestro ya empaldecido recuerdo de juguete infantil. Persiguiendo esta idea, la lleva hasta el punto de intentar derivar lo cómico del efecto a larga distancia de las alegrías infantiles, pero la abandona antes de llegar a conclusión definitiva alguna. *Peut-être même devrions-nous pousser la simplification plus loin encore, remonter à nos souvenirs les plus anciens, chercher dans les jeux qui amusèrent l'enfant, la première ébauche des combinaisons qui font rire nous méconnaissons ce qu'il y a encore d'enfantin, pour ainsi dire, dans la plupart de nos émotions joyeuses* (pág. y sgs.). Habiendo nosotros perseguido el chiste hasta hallarlo como un juego infantil con palabras e ideas, tiene necesariamente que atraernos la labor de investigar estas raíces infantiles de la comicidad, cuya existencia sospecha Bergson.

En realidad, al investigar la relación de la comicidad con el niño tropezamos con toda una serie de conexiones que nos parecen harto significativas. El niño mismo no nos resulta cómico, aunque muestra cumplidas en su persona todas aquellas condiciones que, comparadas con las nuestras, producen una diferencia cómica, o sea, entre otras, el excesivo gasto de movimiento y el insuficiente gasto espiritual y la sumisión de las funciones anímicas o las somáticas. Sin embargo, no hallamos cómico al sujeto infantil cuando se comporta como tal,

sino únicamente cuando se disfraza con la gravedad del adulto, y entonces el efecto cómico que produce es idéntico al que hallamos en el disfraz de cualquier otra persona. En cambio, mientras permanece fiel a su esencia infantil, su percepción nos produce un placer puro, que quizá —y solamente quizá— recuerde algo al placer cómico. De este modo, calificamos de ingenuo al niño cuando nos muestra su carencia de coerciones y aceptamos en calidad de ingenuocómicas aquellas de sus manifestaciones que en otra persona hubiéramos juzgado obscenas o chistosas.

El niño carece, además, del sentido de la comicidad. Esto parece al principio significar únicamente que dicho sentido no se constituye sino en un estadio algo más avanzado del desarrollo anímico, cosa que, de todos modos, no tendría nada de singular, tanto más cuanto que el mismo surge todavía con toda claridad en años que aún tenemos que contar entre los infantiles. Pero puede demostrarse que la afirmación de que el niño carece del sentido de la comicidad va más allá de ser algo que cae por su propio peso. En primer lugar, resulta fácilmente visible que ello no puede ser de otro modo si no es equivocada nuestra teoría que deriva el sentido cómico de la diferencia de gasto que resulta al querer comprender alguna cosa.

Elijamos de nuevo, como ejemplo, la comicidad del movimiento. La comparación productora de la diferencia sería, reducida a una fórmula consciente, como sigue: «Así lo hace ése», y «Así debiera hacerlo, así lo he hecho». Mas en el niño falta la medida contenida en la segunda de estas frases. Comprende exclusivamente por medio de la imitación; esto es, haciendo lo mismo que ha visto hacer. Por otro lado, la educación mantiene siempre ante él el precepto: «Haz esto así», y si el niño se sirve de él a su vez en la comparación llegará con facilidad a las conclusiones siguientes: «Ése no lo ha hecho bien» y «Yo puedo hacerlo mejor». En este caso ríe el niño con burla del otro, sintiéndose superior a él. También esta risa puede ser derivada, sin inconveniente alguno, de la diferencia de gasto; pero, por analogía con los casos en los que hemos reído a costa de los otros, tenemos que deducir que en la risa que el sentimiento de superioridad provoca en el niño no aparece la menor huella del sentido de lo cómico. Es una risa de puro placer. El adulto que percibe claramente su propia superioridad se limita a sonreír, o cuando ríe, puede distinguir con toda precisión la percatación de su superioridad de la comicidad que provoca su risa.

Es probablemente acertado suponer que el niño ríe de puro placer en diversas

circunstancias que nos dan la sensación de «cómic», pero cuyos motivos no encontramos, mientras que los motivos del niño son siempre bien definidos y patentes. Cuando, por ejemplo, alguien resbala y cae en la calle ante nosotros, reímos porque la caída nos produce —sin que sepamos la causa una impresión cómica. En igual caso, lo que provoca la risa del niño es el sentido de su superioridad o la alegría del daño ajeno: «Tú te has caído y yo no». Ciertos motivos de placer del niño parecen perdidos para el adulto, el cual, como compensación, goza en las mismas circunstancias del placer cómico.

Si pudiéramos permitirnos una generalización, sería muy atractivo deducir de las anteriores consideraciones que el carácter específico de la comicidad era precisamente este renacimiento de lo infantil, y considerar lo cómico como la «perdida risa infantil» reconquistada. Podríamos entonces decir que reímos de una diferencia de gasto entre la persona-objeto y nosotros, siempre que en la primera hallamos de nuevo al niño. De este modo la comparación de la que nace la comicidad sería la siguiente:

Así lo hace ése
Yo lo hago de otra manera
Ése lo hace como yo lo he hecho de niño.

La risa surgirá, por tanto, de la comparación entre el yo del adulto y el yo considerado como niño. La misma dualidad del sentido de la diferencia cómica, en la que tan pronto el exceso como el defecto de gasto nos resultan cómicos, se halla de acuerdo con las condiciones infantiles, pues en uno y otro caso la comicidad surge siempre del lado en que aparece lo infantil.

A nada de esto contradice el que el niño mismo no nos produzca, como objeto de la comparación, una impresión cómica, sino puramente placiente, ni tampoco que esta comparación con lo infantil no ocasione un efecto cómico más que cuando es evitado un distinto aprovechamiento de la diferencia, pues de lo que dependen estas circunstancias es de las condiciones necesarias para la descarga. Todo aquello que inscribe a un proceso psíquico en una determinada totalidad actúa en contra de la descarga del revestimiento sobrante y lo conduce a un distinto aprovechamiento; en cambio, todo lo que contribuye a aislar un acto psíquico favorece la descarga. Nuestra conciencia de la situación del niño como término de la comparación hace imposible la descarga necesaria para el placer cómico; sólo dado un revestimiento o carga preconsciente se produce un

aislamiento aproximado, que es además el que corresponde en general a los procesos anímicos infantiles. El agregado «así lo he hecho yo también cuando niño», que añadimos a la comparación y del que parte el efecto cómico, sólo tendrá, por tanto, eficacia, dada una diferencia media, cuando ninguna otra totalidad pueda apoderarse del exceso que queda libre.

Si queremos proseguir nuestro intento de hallar la esencia de lo cómico en la conexión preconscious con lo infantil hemos de avanzar más allá de las teorías bergsonianas y conceder que la comparación productora de lo cómico no tiene necesidad de despertar todo el antiguo placer y todo el antiguo juego infantiles, sino que bastará con que toque a la esencia general infantil y quizá hasta al dolor infantil mismo. Con esto nos apartamos de Bergson, pero permanecemos de acuerdo con nosotros mismos refiriendo el placer cómico no a placer recordado, sino, como siempre, a una comparación. Quizá los casos del primero de estos géneros encubran, ocultándolo, lo regular e irresistiblemente cómico. Recordaremos aquí el esquema antes detallado de las posibilidades cómicas. Dijimos que la diferencia cómica era hallada alternativamente:

- a) Por medio de una comparación entre el prójimo y el yo.
- b) Por medio de una comparación totalmente dentro del prójimo.
- c) Por medio de una comparación totalmente dentro del yo.

(a) En el primer caso, el prójimo se me aparecía como niño; en el segundo, descendería por sí mismo hasta la categoría infantil, y en el tercero, encontraríamos el niño en nuestro propio yo. Al primero pertenece la comicidad del movimiento y de las formas, de la función espiritual, y del carácter. Los caracteres infantiles correspondientes a estos géneros de lo cómico serían el impulso al movimiento y el incompleto desarrollo espiritual y moral del niño. De este modo el individuo simple nos resultaría cómico por recordarnos a un niño perezoso e ignorante, y el perverso, a su vez, aun niño malo. De un placer infantil perdido para el adulto no podremos hablar más que en aquellos casos que muestren una relación con el placer que el movimiento inmotivado causa al niño.

(b) El segundo caso, en el cual la comicidad reposa por completo en la «proyección simpática», es el de más amplio contenido, dando origen a la comicidad de la situación, de la exageración (caricatura), de la imitación, de la degradación y del desenmascaramiento. Al mismo tiempo es también el caso a que resulta más fácilmente aplicable nuestra hipótesis de relación con lo infantil, pues la comicidad de la situación se funda, la mayor parte de las veces, en una

embarazada conducta del sujeto, tras de la que adivinamos la torpeza infantil. La más irritante de estas situaciones embarazosas, la perturbación de las funciones anímicas por las imperiosas exigencias de las necesidades naturales, encuentra su correspondiente carácter infantil en la falta de dominio del niño sobre sus funciones somáticas. Del mismo modo aquella comicidad de la situación que se basa en la continuada repetición corresponde a un carácter infantil: el afán de repetición (preguntas, cuentos), del que el niño extrae placer y con el que acaba por aburrir a sus guardadores. La exageración, que produce placer al adulto cuando el mismo acierta a justificarla ante la crítica, tendrá su raíz infantil en la peculiar falta de medida del niño y en su ignorancia de todas las relaciones cuantitativas que el sujeto infantil no llega a conocer, sino mucho después de las cualitativas. La medida y la templanza, aun en los sentimientos lícitos, son frutos posteriores de la educación y quedan establecidas por la coerción que recíprocamente ejercen entre sí las actividades anímicas pertenecientes a una sola totalidad. Allí donde esta cohesión se debilita —en lo inconsciente de los sueños o en la monoideación de las psiconeurosis— aparece de nuevo la falta de medida peculiar al niño.

El esclarecimiento de la comicidad de la imitación hubo de presentar dificultades relativamente grandes mientras no tuvimos en cuenta en ella el factor infantil, mas precisamente se nos muestra éste aquí con especial claridad, pues la imitación es el arte que mejor domina el niño y el motivo ocasional de la mayor parte de sus juegos. La ambición infantil tiende menos a hacer significarse al niño entre sus compañeros que a la imitación de los mayores. La relación del niño con los adultos constituye también la raíz infantil de la comicidad de la degradación, la cual corresponde a la benevolencia que el adulto suele demostrar al niño poniéndose a su nivel. Pocas cosas producen al niño un placer mayor que ver cómo el adulto desciende hasta él, prescindiendo de su abrumadora superioridad, y se convierte en su compañero de juego. La minoración, que procura al niño placer puro, se convierte para el adulto, como degradación, en un medio de hacer resultar cómica a otra persona y en una fuente de placer cómico. Por último, del desenmascaramiento sabemos que, en definitiva, se reduce a la degradación.

(c) Donde mayores dificultades hallamos para descubrir la conexión con lo infantil es en el tercer caso, o sea, en la comicidad de la expectación, circunstancia que nos explica el que los investigadores que han tomado este caso como punto de partida de un examen de lo cómico no hayan encontrado ocasión

de introducir en la comicidad el factor infantil. La comicidad de la expectación es, en efecto, la más extraña al niño y la que más tarde aparece en él. En la mayoría de los casos de este género, que el adulto considera cómicos, no experimenta el niño sino una decepción. Sin embargo, pudiera establecerse un enlace de estos casos con la ansiosa expectación del niño y con su credulidad para explicarnos por qué nos sentimos cómicos, «como niños», cuando sufrimos una decepción cómica.

Si bien es cierto que de todo lo que antecede pudiera deducirse la posibilidad de una interpretación del sentimiento cómico, que resumiríamos en la fórmula de que *lo cómico es aquello que no resulta propio del adulto*, no nos sentimos, dada nuestra posición total ante el problema de lo cómico, con valor suficiente para defender esta hipótesis con igual empeño que las anteriores. Así, pues, dejaremos indeciso si el descenso o degradación al grado infantil es tan sólo un caso especial de la degradación cómica o si toda comicidad reposa, en el fondo, en un descenso o degradación a dicho estadio^[875].

(7)

Nuestra investigación de la comicidad, aun siendo tan poco detenida, quedaría harto incompleta si no contuviese algunas observaciones sobre el *humor*. El esencial parentesco entre ambos procesos es tan poco dudoso, que una tentativa de esclarecer lo cómico tiene que proporcionarnos, por lo menos, algún dato para la inteligencia del humor. De este modo, y aun sabiendo lo mucho y acertado que por otros autores se ha escrito sobre el humor, el cual, siendo uno de los más elevados rendimientos psíquicos, se ha atraído el especial favor de toda una serie de pensadores, no podemos eludir la labor de establecer una definición de su esencia por aproximación a las fórmulas antes halladas para el chiste y la comicidad.

Hemos visto que el desarrollo de afectos dolorosos constituye el obstáculo más importante para el efecto cómico. En cuanto el movimiento inútil produce un daño, lleva la simpleza a la desgracia o causa dolor la decepción, desaparece la posibilidad de todo efecto cómico, por lo menos para aquellos sobre los que recae el displacer resultante o tienen que participar de él, mientras que las personas extrañas al suceso testimonian, con su conducta, que en el mismo se halla contenido todo lo necesario para un efecto cómico. El humor es entonces

un medio de conseguir placer a pesar de los afectos dolorosos que a ello se oponen y aparece en sustitución de los mismos. La condición que regula su génesis queda cumplida cuando se constituye una situación en la que, hallándonos dispuestos, siguiendo un hábito, a desarrollar afectos penosos actúen simultáneamente sobre nosotros motivos que nos impulsan a cohibir tales afectos, *in statu nascendi*. En estos casos, la persona sobre la que recae el daño, el dolor, etc., puede conseguir placer humorístico, mientras que los extraños ríen sintiendo placer cómico. No tenemos, pues, más remedio que admitir que el placer del humor surge a costa del desarrollo del afecto cohibido; esto es, del ahorro de un gasto de afecto.

El humor es la menos complicada de todas las especies de lo cómico. Su proceso se realiza en una sola persona y la participación de otra no añade a él nada nuevo. Nada hay tampoco que nos impulse a comunicar el placer humorístico que en nosotros ha surgido y podamos gozar de él aisladamente. Es harto difícil descubrir lo que se realiza en el sujeto durante la génesis del placer humorístico, pero podemos aproximarnos algo al conocimiento de este proceso cuando alguna persona nos comunica un caso propio, y al comprenderlo experimentamos el mismo placer que antes a ella le produjo. Los casos más sencillos de esta comicidad, tales como el contenido en la historieta que a continuación reproducimos, pueden servirnos de guía para la inteligencia de otros más sutiles. «¿Qué día es hoy?», pregunta un condenado a muerte a quien conducen a la horca. «Lunes». «¡Vaya; buen principio de semana!» Nos hallamos aquí, en realidad, ante un chiste, pues la observación del reo es de por sí muy acertada; mas si tenemos en cuenta que para su autor ya no ocurrirá nada bueno ni malo en los días siguientes, la encontraremos desatinadamente fuera de lugar. De todos modos, habremos de convenir en el extraordinario humor necesario para hacer tal chiste; esto es, para echar a un lado aquello en que tal principio de semana se diferencia de todos los demás y negar esta diferencia de la que habrían de surgir poderosos motivos para especialísimos sentimientos. El mismo caso se nos presenta en otra historieta en la que el condenado, camino del cadalso, pide una bufanda para abrigarse y no pescar un catarro, medida prudentísima en toda otra circunstancia, pero totalmente superflua y fuera de lugar en la situación dada. Todos estos casos de humor nos ofrecen algo semejante a lo que denominamos «grandeza de ánimo» en la energía con la que el sujeto se aferra a su ser habitual, volviendo la espalda a todo aquello que le conduce a la muerte y puede antes provocar su desesperación. Esta especie de

superioridad del humor se hace patente en aquellos casos en que nuestra admiración no se encuentra cohibida por las circunstancias personales del sujeto humorístico.

En el *Hernani*, de Víctor Hugo, cae el protagonista, cabecilla de una conjuración contra el emperador Carlos I de España y V de Alemania, en manos de su poderoso enemigo. Reo de alta traición, sabe la suerte que le espera: su cabeza caerá bajo el hacha del verdugo. Pero esta conciencia de su próximo fin no le impide darse a conocer como grande de España y declarar que no renunciará a los derechos inherentes a tal título. Uno de éstos es el de permanecer cubierto ante rey. Aplicándolo, pues, a su actual situación, dirá:

Nos têtes ont le droit.

De tomber couvertes devant toi.

Es éste un elevado humorismo, y si no nos reímos al oír la frase en que se manifiesta, ello se debe a que nuestra admiración es más fuerte que el placer humorístico y lo encubre por completo. En el caso antes expuesto del bribón que, camino de la muerte, pide una bufanda para no resfriarse, reímos, en cambio, de todas veras, a pesar de que la situación, que debiera desesperar dolorosamente al reo, podría hacernos sentir una intensa compasión. Pero esta compasión queda cohibida en nosotros al comprender que el propio interesado no se apura grandemente de su próximo fin, y a consecuencia de esta comprensión el gasto que a la compasión estábamos dispuestos a dedicar deviene de repente inútil y es descargado en la risa. La indiferencia de que el reo hace gala se apodera, por contagio, de nosotros, a pesar de darnos cuenta perfecta de que le ha costado un enorme gasto de labor psíquica.

La compasión ahorrada es una de las más generosas fuentes del placer humorístico. El humor de Mark Twain labora habitualmente con este mecanismo. Cuando, relatando la vida de su hermano, nos cuenta que siendo el mismo capataz de una gran empresa de construcción de carretera fuera lanzado al aire por la inesperada explosión de un barreno, yendo a caer muy lejos del puesto que tenía señalado, surgen inevitablemente en nosotros sentimientos de compasión hacia la víctima del accidente, y quisiéramos preguntar el daño que éste le produjo. Pero la continuación de la historia, que nos hace saber cómo el desgraciado capataz fue multado con un día de haber, «por alejarse de su puesto sin permiso», nos desvía por completo de todo sentimiento compasivo y nos

hace casi tan duros de corazón como el contratista y tan indiferentes como él al posible daño corporal del accidentado. En otra ocasión nos describe Mark Twain su árbol genealógico, que hácele remontarse hasta uno de los compañeros de Cristóbal Colón. Mas, cuando después, entre las noticias que nos da de éste su antepasado, vemos la de que al desembarcar en América consistía todo su equipaje en unas cuantas piezas de ropa blanca, cada una con diferentes iniciales, reímos a costa del grave sentimiento de veneración familiar que pensábamos iba a despertar en nosotros la historia. El mecanismo del placer humorístico no sufre aquí perturbación alguna por nuestra conciencia de que el relato familiar es fingido y de que esta ficción se halla al servicio de la tendencia satírica de revelar la mentira de la mayor parte de los ilustres hechos que se suelen atribuir a antepasados poco brillantes, y hasta totalmente ficticios, por las personas atacadas de la vanidad de nobleza. Resulta, pues, dicho mecanismo —como ya sucedía con el de hacer cómica a una persona— totalmente independiente de la condición de la realidad. Otra historia de Mark Twain nos relata que su hermano se instaló una vez en un foso capaz para contener una cama, una mesa y una lámpara, y lo techó tendiendo sobre él una vela con un agujero en el medio. Pero cuando, terminada su tarea, se acostó y dormía como un bendito, cayó por el agujero de la vela y sobre la mesa una vaca, volcando la lámpara y perturbando toda la instalación. Pacientemente ayudó el despertado inquilino a sacar la vaca del foso y se dedicó después a reorganizar su vivienda. Pero a la noche siguiente se repitió la escena, y luego, cotidianamente, durante una larga temporada, comportándose siempre el buen hombre con igual resignación y paciencia. Esta historia se hace, desde luego, cómica por la repetición. Pero cuando no podemos retener ya nuestro placer humorístico es cuando Mark Twain nos cuenta que a la noche número ciento cuarenta y seis observó su hermano que la cosa se iba haciendo ya algo monótona, pues hace mucho tiempo que esperábamos que el paciente individuo llegase a irritarse. Los pequeños rasgos humorísticos que producimos a veces en nuestra vida cotidiana surgen realmente en nosotros a costa de la irritación; los producimos en lugar de enfadarnos^[876].

El humor comprende numerosísimas especies, cada una de las cuales corresponde a la naturaleza peculiar del sentimiento emotivo que es ahorrado en favor del placer humorístico: compasión, disgusto, dolor, enternecimiento, etc. Además, el número de estas especies parece ilimitado, pues los dominios del humor se amplían cada vez que el artista o el escritor logran someter al

humorismo emociones que antes reinaban libremente y convertirlas en fuentes de placer humorístico por medio de procedimientos análogos a los de los casos antes examinados. Así, los ilustradores y dibujantes del *Simplicissimus* han llevado hasta un punto insospechable el arte de extraer humor de lo horrible, cruel o repugnante. Hay que tener también en cuenta que los fenómenos del humor son determinados por dos circunstancias relacionadas con las condiciones de su génesis. El humor puede, en primer lugar, aparecer fundido con el chiste o con cualquiera otra especie de lo cómico, hallándose, en estos casos, encargado de alejar una posibilidad de desarrollo afectivo contenida en la situación y que constituiría un obstáculo para el efecto de placer. En segundo lugar, puede también suprimir este desarrollo afectivo, por completo o sólo parcialmente, caso este último el más frecuente por su sencillez y del que surgen las diversas formas del humor «discontinuo»; o sea, de aquel humor que sonríe entre lágrimas y que, sustrayéndose al afecto una parte de su energía, le da, en cambio, el acompañamiento humorístico.

El placer humorístico que conseguimos al conocer y, por tanto, sentir *a posteriori* algo que ha sucedido a otra persona nace, como pudimos ver en los ejemplos que anteceden, de una técnica especial, comparable al desplazamiento, por medio de la cual queda hecho superfluo el desarrollo afectivo que nos hallábamos dispuestos a llevar a cabo y es guiada la carga psíquica hacia otro elemento con frecuencia accesorio. Pero con esto no ganamos nada para la comprensión del proceso por medio del cual se realiza en la persona humorística el desplazamiento que la aleja del desarrollo afectivo. Vemos que la persona receptora realiza, por imitación, los procesos anímicos que antes se desarrollaron en el sujeto; pero esta observación no nos proporciona dato alguno que nos aproxime al conocimiento de las fuerzas que hacen posible este proceso imitativo.

Podemos decir únicamente que cuando alguien consigue, por ejemplo, sobreponerse a un afecto doloroso, comparando la magnitud de los intereses universales con la propia pequeñez individual, no vemos en ello un rendimiento del humor, sino del pensamiento filosófico, y no logramos tampoco consecución ninguna de placer al trasladarnos al proceso mental del sujeto. El desplazamiento humorístico es, pues, tan imposible cuando nuestra atención vigila como, en igual caso, la comparación cómica, y se halla, por tanto, ligado como la misma a la condición de permanecer preconsciente o automático.

Sólo considerando el desplazamiento humorístico como un proceso de

defensa podremos establecer algunas conclusiones sobre él. Los procesos de defensa son los que en lo psíquico corresponden a los reflejos de fuga, y su misión es la de evitar el nacimiento de displacer producido por fuentes internas. Constituyen, pues, una especie de regulación de la vida anímica; pero por su automatismo llegan a resultar perjudiciales y tienen, por tanto, que ser sometidos al dominio del pensamiento consciente. Así, de una clase especial de esta defensa, la represión fallida ha demostrado que constituía el mecanismo de la génesis de las psiconeurosis. Podemos ahora considerar el humor como la principal de estas funciones de defensa, que —a diferencia de la represión— desprecia sustraer a la atención el contenido de representaciones ligado al efecto doloroso, y de este modo domina al automatismo defensivo. Para conseguirlo encuentra además el medio de despojar de su energía a la preparada producción de displacer y la convierte en placer sometiéndola a la descarga. Es también sospechable que sea de nuevo la conexión con lo infantil lo que le permite llevar a cabo esta función, pues en la vida del niño se producen intensos efectos dolorosos, de los que el adulto reiría como ríe el humorista de los de igual género que le asaltan en la edad madura. Aquella superioridad del propio yo, de la que testimonia el desplazamiento y cuya interpretación podría muy bien encerrarse en la fórmula: «Soy ya demasiado grande para que esto pueda causarme disgusto», pudiera muy bien ser el resultado de la comparación efectuada por el sujeto de su yo presente con su yo infantil. Esta hipótesis parece, hasta cierto punto, robustecida por el papel que desempeña lo infantil en los procesos neuróticos de represión.

En conjunto, se halla el humor más cerca de la comicidad que del chiste. Con la primera tiene de común la localización psíquica en lo preconscious, mientras que el chiste queda formado, como antes dedujimos, a manera de transacción entre lo inconsciente y lo preconscious. En cambio, no tiene el humor participación alguna en un singular carácter en el que coinciden el chiste y la comicidad y que quizá no hemos hecho resaltar hasta ahora suficientemente. Es condición de la génesis de lo cómico que nos veamos impulsados a emplear, *simultáneamente o en rápida sucesión*, para la misma función representativa, dos distintas formas de representación, entre las cuales se realiza luego la «comparación», de la que resulta la diferencia de gasto. Tales diferencias de gasto nacen entre lo extraño y lo propio, lo habitual y lo modificado, lo esperado y lo sucedido^[877].

En el chiste, la diferencia entre dos diversas interpretaciones que laboran con distinto gasto adquiere tan sólo un valor con relación al proceso que se realiza en el oyente. Una de estas interpretaciones recorre, obedeciendo a las indicaciones contenidas en el chiste, el camino que el pensamiento ha seguido antes a través de lo inconsciente, y la otra permanece en la superficie y presenta al chiste como una expresión verbal preconscious devenida consciente. No sería quizá muy equivocado derivar el placer que nos produce el chiste oído de la diferencia de estas dos formas de representación^[878].

Lo que aquí decimos del chiste es lo mismo que antes, cuando desconocíamos aún la relación del mismo con la comicidad, describíamos diciendo que el chiste poseía una doble faz, como Jano^[879].

En el humor pasa a último término el carácter que aquí aparece en el primero. Experimentamos, ciertamente, el placer humorístico allí donde es evitado un sentimiento emotivo que esperábamos como inherente a la situación, y hasta este punto cae también el humor bajo el concepto, ampliado, de la comicidad de la expectación. Mas en el humor no se trata ya de dos formas representativas del mismo contenido. El hecho de que la situación es dominada por los sentimientos emotivos de carácter displaciente que deben ser evitados pone fin a la posibilidad de comparación con el carácter de lo cómico o del chiste. El desplazamiento humorístico es, en realidad, un caso de aquel aprovechamiento de un gasto sobrante que tan peligroso demostró ser para el efecto cómico.

(8)

Una vez que hemos logrado reducir también el mecanismo del placer humorístico a una fórmula análoga a las que hallamos para el placer cómico y para el chiste, tocaremos el término de nuestra labor. El placer del chiste nos pareció surgir de *gasto de inhibición ahorrado*; el de la comicidad, del *gasto de representación (de catexis) ahorrado*, y el del humor, de *gasto de sentimiento ahorrado*.

En los tres mecanismos de nuestro aparato anímico proviene, pues, el placer de un ahorro, y los tres coinciden en constituir métodos de reconquistar, extrayéndolo de la actividad anímica, un placer que se había perdido precisamente a causa del desarrollo de esta actividad, pues la euforia que

tendemos a alcanzar por estos caminos no es otra cosa que el estado de ánimo de una época de nuestra vida en la que podíamos llevar a cabo nuestra labor psíquica con muy escaso gasto; esto es, el estado de ánimo de nuestra infancia, en la que no conocíamos lo cómico, no éramos capaces del chiste y no necesitábamos del humor para sentirnos felices en la vida.

XXVI

TRES ENSAYOS PARA UNA TEORÍA SEXUAL ^[880]

1905

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

1909

Lejos está el autor de esta pequeña obra de ilusionarse por ella dadas las deficiencias y oscuridades que contiene. Pese a todo ha resistido la tentación de introducir en ella resultados de investigaciones de los últimos cinco años, con el propósito de no destruir su unidad y su carácter documentarlo. Por consiguiente, ha reimpresso el texto original con pequeñas modificaciones, contentándose con añadir unas pocas notas al pie de página. Su más ferviente deseo es que el libro crezca rápidamente y que lo que un tiempo fue novedad sea algo aceptado por todos y que lo que era imperfecto sea reemplazado por algo mejor.

Viena, diciembre 1909.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN

1914 [1915]

Habiendo observado durante un decenio la recepción y la influencia que tuvo este libro, quisiera dotar su tercera edición con algunas advertencias destinadas a evitar malentendidos y pretensiones desmesuradas que pudieran plantearse. Por tanto, señalaré ante todo que la presente exposición parte siempre de la experiencia médica cotidiana, procurando profundizarla y conferirle significación científica merced a los resultados de la investigación psicoanalítica. Estos *Tres ensayos para una teoría sexual* no pueden contener sino lo que el psicoanálisis obliga a aceptar o permite confirmar. De ahí que sea imposible ampliarlos jamás hasta integrar una completa «teoría sexual», y comprensible que ni siquiera adopten posición frente a muchos problemas importantes de la vida sexual. Pero no se crea que por eso que dichos capítulos omitidos del magno tema quedaron ignorados por el autor o fueron relegados por considerarlos accesorios.

Mas la subordinación de este trabajo, a las experiencias psicoanalíticas que estimularon su redacción no se expresa únicamente en la selección del material, sino también en su disposición. En todas sus partes se mantiene determinada jerarquía: los factores accidentales ocupan el primer plano, mientras que los disposicionales quedan en el fondo; la evolución ontogenética se considera con preferencia a la filogenética. Sucede que lo accidental desempeña en el análisis el principal papel y puede ser elaborado casi íntegramente por éste; lo disposicional, en cambio, sólo surge tras lo accidental, como algo evocado por lo vivenciado, pero cuya consideración excedería ampliamente el campo de acción del psicoanálisis.

Análogas condiciones dominan la relación entre ontogenia y filogenia. La ontogenia puede ser considerada como repetición de la filogenia, en la medida en que ésta no sea modificada por vivencias más recientes. La disposición filogenética se manifiesta tras el proceso ontogenético. En el fondo, empero, la disposición no es sino el sedimento de las vivencias pretéritas de la especie, a las cuales se agregan las vivencias más recientes del individuo como suma de los factores accidentales.

Junto a la constante subordinación a la investigación psicoanalítica, debo destacar, como característica de este trabajo mío, la deliberada independencia de la investigación biológica. He procurado evitar la introducción de expectativas científicas basadas en la biología sexual general o en la de especies determinadas en este estudio, al cual la técnica del psicoanálisis nos permite someter la

función sexual del ser humano. Ciertamente es que mi objetivo consistía en explorar las nociones que la investigación psicológica puede aportar a la biología de la vida sexual humana. De tal manera logré señalar conexiones y analogías que resultan de esta exploración; mas no por ello hubo de confundirme la circunstancia de que el método psicoanalítico condujera en muchos puntos importantes a concepciones y resultados que discrepaban apreciablemente de los fundados únicamente en la biología.

En esta tercera edición he introducido numerosas adiciones, pero renuncié a individualizarlas en el texto, como en ediciones anteriores. La labor científica en nuestro campo de estudio ha moderado actualmente el ritmo de sus progresos, pero ciertos complementos a este trabajo eran imprescindibles para que mantuviera su congruencia con la literatura psicoanalítica más reciente.

Viena, octubre de 1914.

PRÓLOGO DE LA CUARTA EDICIÓN

1920

Concluido el reflujo de la marea bélica, podemos comprobar satisfechos que el interés por la investigación psicoanalítica se ha mantenido incólume en toda la amplitud del mundo. Sin embargo, no todas las partes de nuestra doctrina han tenido idéntico destino. Las nociones y los postulados puramente psicológicos del psicoanálisis acerca del inconsciente, la represión, el conflicto patógeno, el beneficio derivado de la enfermedad, los mecanismos de la formación de síntomas, entre otros, gozan de creciente aceptación y son reconocidos hasta por quienes son, en principio, nuestros adversarios. Mas el lector de nuestra doctrina que linda con la biología, y cuyos fundamentos expone este pequeño trabajo, sigue suscitando permanente antagonismo y aun ha sido motivo de que personas que durante largo tiempo se dedicaron intensamente al psicoanálisis se apartaran del mismo y adoptaran nuevas concepciones tendientes a reducir el papel del factor sexual, tanto en la vida psíquica del ser normal como en la del enfermo.

Sin embargo, no puedo resolverme a creer que esta parte de la ciencia psicoanalítica discrepe de la realidad en medida mucho mayor que sus demás

sectores, tanto el recuerdo como las comprobaciones incesantemente renovadas me demuestran que es el producto de una observación no menos minuciosa y libre de preconceptos. Por otro lado, no es difícil explicar aquella disociación del reconocimiento público. En primer lugar, sólo aquellos investigadores dotados de la paciencia y la habilidad técnica necesarias para llevar el análisis hasta los primeros años infantiles del paciente, podrán confirmar los comienzos de la vida sexual humana que aquí se describen. Con frecuencia se carece aun de la posibilidad de realizar dicha exploración, pues la acción médica exige una resolución más rápida del caso clínico. En cuanto a las personas no médicas que ejercen el psicoanálisis, ni siquiera tienen acceso a este sector y carecen de toda posibilidad de formarse un juicio sustraído a la influencia de sus propias repulsiones y de sus prejuicios. En efecto, si el hombre supiera cómo aprender algo de la observación directa del niño, estos tres ensayos bien podrían haber quedado sin ser escritos.

Luego, es menester recordar que gran parte del contenido de este trabajo —la acentuación de la importancia de la vida sexual para todas las actividades humanas y la ampliación del concepto de sexualidad, aquí intentada— ha suscitado siempre las más enconadas resistencias contra el psicoanálisis. Dejándose llevar por la inclinación hacia las frases grandilocuentes, se ha llegado a hablar del «pansexualismo» en el psicoanálisis, lanzándole el reproche absurdo de que pretendería explicarlo «todo» a partir de la sexualidad. Podría asombrarnos semejante actitud si olvidáramos hasta qué punto los propios factores afectivos inducen a la confusión y al olvido. En efecto, ya hace tiempo el filósofo Arturo Schopenhauer enfrentó al hombre con toda la extensión de las influencias que los impulsos sexuales —en el sentido cotidiano del término— ejercen sobre sus actos y sus aspiraciones: ¡y un mundo entero de lectores habría sido incapaz de olvidar tan completamente una advertencia tan perentoria! En lo que se refiere a la «ampliación» del concepto de la sexualidad, impuesta por el análisis de los niños y de los denominados perversos, recordaré a cuantos contemplan desdeñosamente el psicoanálisis desde su encumbrado punto de vista cuán estrechamente coincide la sexualidad ampliada del psicoanálisis con el Eros del divino Platón^[881].

Viena, mayo de 1920.

TRES ENSAYOS PARA UNA TEORIA SEXUAL

1. LAS ABERRACIONES SEXUALES^[882]

PARA explicar las necesidades sexuales del hombre y del animal supone la Biología la existencia de un «instinto sexual», del mismo modo que supone para explicar el hambre de un instinto de nutrición. Pero el lenguaje popular carece de un término que corresponda al de «hambre» en lo relativo a lo sexual. La ciencia usa en este sentido la palabra *libido*^[883].

La opinión popular posee una bien definida idea de la naturaleza y caracteres de este instinto sexual. Se cree firmemente que falta en absoluto en la infancia; que se constituye en el proceso de maduración de la pubertad, y en relación con él, que se exterioriza en los fenómenos de irresistible atracción que un sexo ejerce sobre el otro, y que su fin está constituido por la cópula sexual o a lo menos por aquellos actos que a ella conducen.

Existen, sin embargo, poderosas razones para no ver en estos juicios más que un reflejo harto infiel de la realidad. Analizándolos detenidamente, descubrimos en ellos multitud de errores, inexactitudes e inadvertencias.

Antes de entrar en su discusión fijaremos el sentido de los términos que en la misma hemos de emplear. La persona de la cual parte la atracción sexual la denominaremos *objeto sexual*, y el acto hacia el cual impulsa el instinto, *fin sexual*. La experiencia científica nos muestra que tanto respecto al objeto como al fin existen múltiples desviaciones, y que es necesaria una penetrante investigación para establecer las relaciones que dichas anormalidades guardan con lo considerado como normal.

(1) DESVIACIONES RESPECTO AL OBJETO SEXUAL

A la teoría popular del instinto sexual corresponde la poética fábula de la división del ser humano en dos mitades —hombre y mujer—, que tienden a reunirse en el amor. Causa, pues, una gran extrañeza oír que existen hombres y mujeres cuyo objeto sexual no es una persona de sexo contrario, sino otra de su mismo sexo. A estas personas se las denomina homosexuales; o mejor, invertidas, y el hecho mismo, *inversión*. Su número es muy elevado, aunque sea difícil establecerlo con alguna exactitud^[884].

A) LA INVERSIÓN

Conducta de los invertidos. —Los invertidos se conducen muy diferentemente unos de otros:

a) Son invertidos *absolutos*; esto es, su objeto sexual tiene necesariamente que ser de su mismo sexo, no siendo nunca el sexo opuesto objeto de su deseo sexual, sino que los deja fríos o despierta en ellos manifiesta repulsión sexual.

Los invertidos absolutos masculinos son, en general, incapaces de realizar el acto sexual normal o no experimentan placer alguno al realizarlo.

b) Son invertidos *anfigenos* (hermafroditas psicosexuales); esto es, su objeto sexual puede pertenecer indistintamente a uno u otro sexo. La inversión carece, pues, aquí de exclusividad.

c) Son invertidos *ocasionales*, o sea que bajo determinadas condiciones exteriores —de las cuales ocupan el primer lugar la carencia de objeto sexual normal y la imitación— pueden adoptar como objeto sexual a una persona de su mismo sexo y hallar satisfacción en el acto sexual con ella realizado.

Los invertidos muestran asimismo múltiples diferencias en lo que respecta a su manera de juzgar el peculiar carácter de su instinto sexual. Para unos, la inversión es algo tan natural como para el hombre normal la orientación heterosexual de su libido, y defienden calurosamente su licitud. Otros, en cambio, se rebelan contra ella y la consideran como una compulsión morbosa^[885].

Otras variantes se refieren a las circunstancias temporales. La inversión puede datar de la primera época a que alcanzan los recuerdos del individuo o no haber aparecido hasta un determinado momento, anterior o posterior a su

pubertad^[886]. Asimismo puede conservarse durante toda la vida, desaparecer temporalmente, no representar sino un episodio en el curso del desarrollo normal, y hasta manifestarse en un estado avanzado de la existencia del sujeto, después de un largo período de actividad sexual normal. Se ha observado también una oscilación periódica entre el objeto sexual normal y el invertido. De particular interés son aquellos casos en los que la libido cambia de rumbo, Orientándose hacia la inversión después de una penosa experiencia con el objeto sexual normal.

Estas diversas variantes se manifiestan, en general, independientemente unas de otras. En los casos extremos de inversión puede suponerse casi siempre que dicha tendencia ha existido desde muy temprana edad en el sujeto y que él mismo se siente de perfecto acuerdo con ella.

Muchos autores rehúsan formar una unidad con los diversos casos antes indicados y prefieren acentuar las diferencias existentes entre estos grupos en lugar de sus caracteres comunes; conducta inspirada en su concepto favorito de la inversión. Mas por muy justificadas que estén tales diferenciaciones no puede dejar de reconocerse la existencia de numerosos grados intermedios, pareciendo así imponerse la idea de una serie gradual.

Concepto de la inversión. — El primer juicio sobre la inversión consistió en considerarla como un signo congénito de degeneración nerviosa; juicio fundado en que los observadores científicos la hallaron primeramente en individuos enfermos de los nervios o que producían la impresión de estarlo. Esta teoría entraña dos asertos, que deben ser juzgados independientemente: el innatismo y la degeneración.

Degeneración. — El empleo arbitrario del término «degeneración» suscita en este caso, como en todos, múltiples objeciones.

Ha llegado a ser costumbre atribuir a degeneración todos aquellos síntomas patológicos que no son de origen traumático o infeccioso. La clasificación de Magnan de los degenerados ha hecho compatible un diagnóstico de degeneración con el más perfecto funcionamiento del sistema nervioso. En tales circunstancias puede preguntarse qué utilidad y qué nuevo contenido posee aún tal diagnóstico. Parece más apropiado, por tanto, no hablar de degeneración: primero, en aquellos casos en que no aparecen juntas varias graves anormalidades y, segundo, cuando no aparece gravemente dañada, en general, la

capacidad de existencia y funcionamiento^[887].

Varios hechos nos demuestran que los invertidos no pueden considerarse en este sentido como degenerados:

1.º Porque se halla la inversión en personas que no muestran otras graves anormalidades.

2.º Porque aparece asimismo en personas cuya capacidad funcional no se halla perturbada, y hasta en algunas que se distinguen por un gran desarrollo intelectual y elevada cultura ética^[888].

3.º Porque cuando se prescinde ante estos pacientes de la propia experiencia médica y se tiende a abarcar un horizonte más amplio se tropieza, en dos direcciones distintas, con hechos que impiden considerar la inversión como signo degenerativo.

a) Debe tenerse muy en cuenta que la inversión fue una manifestación frecuentísima, y casi una institución, encargada de importantes funciones, en los pueblos antiguos en el cénit de su civilización, b) Se la encuentra extraordinariamente difundida en muchos pueblos salvajes y primitivos, mientras que el concepto de degeneración suele limitarse a civilizaciones elevadas (J. Bloch). Hasta en los pueblos civilizados europeos ejercen máxima influencia sobre la difusión y el concepto de la inversión las condiciones climatológicas y raciales^[889].

Innatismo. — El innatismo sólo se ha aceptado, como puede suponerse, para la primera y más extensa categoría de los invertidos, y precisamente por la afirmación de tales personas de no haberse manifestado en ellas en ninguna época de su vida otra distinta dirección del instinto sexual. La existencia de las otras dos clases, en especial de la tercera, es difícil ya de conciliar con la tesis de un carácter congénito. De aquí la tendencia de todos los representantes de esta opinión a separar de los demás el grupo de los invertidos absolutos, lo cual implica la renuncia a establecer un juicio de valor general sobre la inversión. Ésta sería, pues, en unos casos de carácter innato y, en otros, habría aparecido de modo distinto.

La opinión contraria a ésta sostiene que la inversión es un carácter *adquirido* del instinto sexual. En defensa de esta hipótesis se alegan los hechos siguientes:

1,º En muchos invertidos (aun en los absolutos) puede señalarse una impresión sexual que actuó intensamente sobre ellos en las primeras épocas de

su vida, y de la cual constituye una perdurable consecuencia la inclinación homosexual.

2.º En otros muchos puede revelarse la actuación de determinadas influencias exteriores de la vida, que en época más o menos temprana han conducido a la fijación de la inversión (trato exclusivo con individuos del mismo sexo, vida común en la guerra o prisión, peligros del comercio heterosexual, celibato, debilidad sexual, etc.). 3.º La inversión puede ser suprimida por sugestión hipnótica, cosa que constituiría un milagro si se tratase de un carácter congénito.

Desde este punto de vista, puede negarse, en general, la existencia de una inversión congénita. Puede objetarse (Havelock Ellis) que un penetrante examen de los casos considerados como de inversión innata revelaría siempre la existencia de un suceso infantil, determinante de la dirección de la libido, no conservado en la memoria del individuo, pero susceptible de ser atraído a ella por un tratamiento psíquico apropiado. Siguiendo a estos autores, podría definirse la inversión como una frecuente variante del instinto sexual, determinada por cierto número de circunstancias exteriores de la vida.

Esta afirmación, aparentemente plausible, queda, sin embargo, contradicha por la observación de que muchas personas caen en la adolescencia bajo iguales influencias sexuales —seducción, masturbación mutua—, sin hacerse por ello invertidos o seguir siéndolo perdurablemente. Así, pues, se llega obligadamente a suponer que la alternativa —innatismo o adquisición— o es incompleta o no entraña todas las circunstancias de la inversión.

Explicación de la inversión. — Ni con la hipótesis de la inversión congénita ni con la contraria de la inversión adquirida queda explicada la esencia de la inversión. En el primer caso habrá que especificar qué es lo que se considera innato en ella si no se quiere aceptar la burda explicación de que una persona trae ya establecida al nacer la conexión de su instinto sexual con un objeto sexual predeterminado. En la segunda hipótesis se plantea la cuestión de si las diversas influencias accidentales bastan por sí solas para explicar la adquisición sin la existencia de algo favorable a la misma en el individuo, cosa inadmisible, según ya hemos visto.

Bisexualidad. — Para explicar la posibilidad de una inversión sexual se ha seguido, desde Frank Lydstone, Kiernan y Chevalier, una ruta intelectual que

entraña una nueva contradicción de las opiniones corrientes. Según éstas, el individuo humano no puede ser más que hombre o mujer. Pero la ciencia conoce casos en los que los caracteres sexuales aparecen borrosos, dificultando la determinación del sexo ya en el terreno anatómico. Los genitales de estos sujetos de sexo indeterminado reúnen caracteres masculinos y femeninos (hermafroditismo). En algunos casos excepcionales coexisten en el mismo individuo los órganos genitales de los dos sexos (hermafroditismo propiamente dicho), aunque por lo general aparezcan ambos más o menos atrofiados^[890].

Lo más importante de estas anomalías es que facilitan de un modo inesperado la comprensión de la constitución normal, a la cual corresponde cierto grado de hermafroditismo anatómico. En ningún individuo masculino o femenino, normalmente desarrollado, dejan de encontrarse huellas del aparato genital del sexo contrario que o perduran sin función alguna como órganos rudimentarios o han sufrido una transformación, dirigida a la adaptación de funciones distintas.

La hipótesis deducible de estos hechos anatómicos, ha largo tiempo conocidos, es la de una disposición bisexual originaria, que en el curso de la evolución se ha ido orientando hacia la monosexualidad, pero conservando algunos restos atrofiados del sexo contrario.

De aquí no había más que un paso para transportar esta hipótesis al dominio psíquico y explicar la inversión como manifestación de un hermafroditismo psíquico. Para dejar resuelto el problema sólo faltaba comprobar una coincidencia regular de la inversión con los signos anímicos y somáticos del hermafroditismo.

Mas esta esperada coincidencia no se presentó. No se pueden imaginar tan estrechas las relaciones entre el supuesto hermafroditismo psíquico y el comprobado hermafroditismo anatómico. Lo que sí se encuentra con frecuencia en los invertidos es una disminución del instinto sexual (Havelock Ellis) y ligeras atrofas anatómicas de los órganos. Con frecuencia, pero no regularmente, ni siquiera en la mayoría de los casos. Esto obliga a reconocer que la inversión y el hermafroditismo somático son totalmente independientes una de otro.

Se ha atribuido, asimismo, un gran valor a los llamados caracteres sexuales secundarios y terciarios, y se ha hecho resaltar su conjunta aparición en los invertidos (H. Ellis). También en esto hay algo verdadero; mas no debe olvidarse

que los caracteres sexuales secundarios y terciarios surgen con frecuencia en el sexo contrario, constituyendo indicios de hermafroditismo, pero sin que al mismo tiempo se muestre modificado el objeto sexual en el sentido de una inversión.

El hermafroditismo psíquico ganaría en verosimilitud si paralelamente a la inversión del objeto sexual apareciera una modificación de los demás caracteres, tendencias y cualidades anímicas.

Mas tal inversión del carácter sólo puede esperarse hallarla con alguna regularidad en las mujeres invertidas; en los hombres puede coincidir con la inversión la más completa virilidad psíquica. Si se quiere mantener la hipótesis del hermafroditismo psíquico, habrá de añadirse, por lo menos, que sus diversas manifestaciones no muestran sino muy escasa condicionalidad recíproca. Igualmente sucede en el hermafroditismo somático. Según J. Halban^[891], también las atrofas orgánicas aisladas y los caracteres sexuales secundarios aparecen relativamente independientes entre sí.

La teoría de la sexualidad ha sido expuesta en su forma más simple por uno de los defensores de los invertidos masculinos: «Cerebro femenino en cuerpo masculino». Mas no conocemos los caracteres de un «cerebro femenino».

La sustitución del problema psicológico por el anatómico es tan ociosa como injustificada. La tentativa de explicación de Krafft-Ebing parece más exactamente planteada que la de Ulrich, pero en esencia es similar a ella.

Krafft-Ebing ponía que la disposición bisexual da al individuo centros cerebrales masculinos y femeninos, al mismo tiempo que órganos sexuales somáticos de ambos sexos. Dichos centros no se desarrollan hasta la época de la pubertad, y principalmente, bajo la influencia de la glándula sexual, independiente de ellos en la disposición. Pero hablar de «centros» masculinos y femeninos es lo mismo que hablar de cerebros de uno u otro sexo, y ni siquiera sabemos si podemos aceptar para las funciones sexuales localizaciones cerebrales (centros) como las aceptamos para la palabra.

Habremos de retener, sin embargo, dos ideas: que también en cuanto a la inversión debe tenerse en cuenta la disposición bisexual, aunque no sepamos en qué puede consistir tal disposición fuera de lo puramente anatómico, y se trata de perturbaciones que atacan el instinto sexual durante su desarrollo^[892].

Objeto sexual de los invertidos. — La teoría del hermafroditismo psíquico supone que el objeto sexual del invertido es el contrario al del normal. El

hombre sucumbiría, como la mujer, al encanto emanado de las cualidades físicas y espirituales masculinas, y, sintiéndose mujer, buscaría al hombre.

Mas aun cuando esto sea exacto para toda una serie de invertidos, está, sin embargo, muy lejos de revelar un carácter general de la inversión. Es innegable que muchos invertidos masculinos conservan los caracteres psíquicos de su sexo; no poseen sino muy pocos caracteres secundarios del otro sexo y buscan, en su objeto sexual, rasgos psíquicos propiamente femeninos. Si esto no fuera así, no se explicaría por qué la prostitución masculina que se ofrece a los invertidos trata —hoy como en la antigüedad— de copiar a las mujeres en los vestidos, aspecto exterior y modales, sin que esta imitación parezca ofender al ideal de los homosexuales masculinos. En la Grecia antigua, donde hombres de una máxima virilidad aparecen entre los invertidos, se ve claramente que no era el carácter masculino de los efebos, sino su proximidad física a la mujer, así como sus cualidades psíquicas femeninas —timidez, recato y necesidad de alguien que les sirva de maestro y apoyo—, lo que encendía el amor de los hombres. En cuanto el efebo se hacía hombre dejaba de ser objeto sexual para los individuos del mismo sexo y se convertía quizá, a su vez, en pederasta. El objeto sexual es, por tanto, en este caso, como en otros muchos, no el sexo igual, sino la reunión de los dos caracteres sexuales, la transacción entre dos deseos orientados hacia cada uno de los dos sexos, transacción en la que se conserva como condición la masculinidad del cuerpo (de los genitales) y que constituye, por decirlo así, el reflejo de la propia naturaleza bisexual^[893].

Más inequívocas son las manifestaciones homosexuales en la mujer. Las invertidas activas presentan con gran frecuencia caracteres somáticos y psíquicos masculinos, y los exigen femeninos en su objeto sexual. De todos modos, también la homosexualidad femenina presenta formas muy diversas y múltiples variantes.

Fin sexual de los invertidos. — Hemos de retener como un hecho importante el de que el fin sexual de los invertidos no es, en modo alguno, unitario. Entre los hombres, la inversión no supone necesariamente el coito *per arium*. La masturbación aparece muchas veces como fin exclusivo, y las limitaciones del fin sexual —hasta la mera efusión sentimental— son aquí más frecuentes aún que en el amor heterosexual. En las mujeres son también muy diversos los fines sexuales de las invertidas, y entre ellos parece ser preferido el contacto con las mucosas bucales.

Conclusión. — No nos es posible deducir de lo hasta aquí expuesto una explicación satisfactoria de la génesis de la inversión, pero sí podemos observar que nuestras investigaciones nos han conducido a un resultado que puede ser de mayor importancia que la solución del problema en un principio planteado. Resulta que nos habíamos representado como excesivamente íntima la conexión del instinto sexual con el objeto sexual. La experiencia adquirida en la observación de aquellos casos que consideramos anormales nos enseña que entre el instinto sexual y el objeto sexual existe una soldadura cuya percepción puede escaparnos en la vida sexual normal, en la cual el instinto parece traer consigo su objeto. Se nos indica así la necesidad de disociar hasta cierto punto en nuestras reflexiones el instinto y el objeto. Probablemente, el instinto sexual es un principio independiente de su objeto, y no debe su origen a las excitaciones emanadas de los atractivos del mismo.

B) IMPÚBERES Y ANIMALES COMO OBJETOS SEXUALES

Mientras que las personas cuyo objeto sexual no pertenece al sexo normalmente apropiado para serlo —esto es, los invertidos— se presentan a los ojos del observador como un conjunto de individuos sin más tara quizá que su desviación sexual, aquellas otras que eligen como objeto sexual sujetos impúberes (niños) nos parecen constituir casos aislados de aberración. Sólo excepcionalmente son los impúberes objeto sexual exclusivo; en la mayoría de los casos llegan tan sólo a serlo cuando un individuo cobarde e impotente acepta tal subrogado, o cuando un instinto impulsivo inaplazable no puede apoderarse en el momento de un objeto más apropiado. De todos modos, no deja de arrojar cierta luz sobre la naturaleza del instinto sexual el hecho de permitir tanta variación y tal degradación de su objeto, cosa que el hambre, mucho más estrictamente ligada al suyo, sólo admitiría en los casos extremos. Lo mismo puede decirse con respecto al comercio sexual con animales, nada raro entre los campesinos, y en el que la atracción sexual rebasa los límites de la especie.

Por razones estéticas limitaríamos gustosamente a los enfermos mentales estas y otras graves aberraciones del instinto sexual, pero ello no es posible. La experiencia enseña que en tales enfermos no se observan aberraciones sexuales distintas de las que aparecen en individuos sanos y en razas y clases sociales

enteras. Así, encontramos con desoladora frecuencia atentados sexuales cometidos en niños por sus maestros y guardadores, tan sólo porque a éstos se les presentan más ocasiones para ello que a otras personas. Los enfermos mentales muestran únicamente tales aberraciones en un grado más elevado o cosa especialmente significativa— llevadas a la exclusividad y sustituyendo a la satisfacción sexual normal.

Esta singular relación de las variantes sexuales con la escala gradual que va desde la salud a la perturbación mental da mucho que pensar. Me inclino a opinar que los problemas que aquí se nos plantean constituyen una indicación de que los impulsos de la vida sexual pertenecen a aquellos que aun normalmente son los peor dominados por las actividades anímicas más elevadas. Aquellos individuos que son mentalmente anormales en un aspecto cualquiera, ético o social, son asimismo —conforme me ha mostrado mi experiencia— anormales en su vida sexual.

En cambio, son anormales sexuales muchas personas que en todas las demás cuestiones se hallan dentro del tipo general y han seguido el desarrollo cultural humano, cuyo punto débil continúa siendo la sexualidad.

Como resultado general de estas elucidaciones deduciríamos que bajo una gran cantidad de condiciones, y sorprendentemente, en muchos individuos, la naturaleza y el valor del objeto sexual pasan a un lugar secundario, siendo algo diferente de esto lo esencial y constante en el instinto sexual^[894].

(2) DESVIACIONES RELATIVAS AL FIN SEXUAL

Como fin sexual normal se considera la conjunción de los genitales en el acto denominado *coito*, que conduce a la solución de la tensión sexual y a la extinción temporal del instinto sexual (satisfacción análoga a la saciedad en el hombre). Pero aun el acto sexual más normal integra visiblemente aquellos elementos cuyo desarrollo conduce a las aberraciones que hemos descrito como *perversiones*. En calidad de fines sexuales preliminares se admiten ciertas relaciones intermediarias (existentes en el camino que conduce al coito) con el objeto sexual, tales como la contemplación y tocamiento del mismo. Estos actos están, de una parte, ligados con una sensación de placer por sí mismos, y de otra, elevan la excitación, que debe durar hasta la realización del fin sexual definitivo. Uno de estos contactos, el de ambas mucosas labiales, ha obtenido después —

constituyendo el beso— un alto valor sexual en muchos pueblos (entre ellos los más civilizados), a pesar de que las partes del cuerpo que en él entran en juego no pertenecen al aparato genital, sino que forman la entrada del digestivo. Existen, pues, factores que permiten ligar las perversiones a la vida sexual normal y son aprovechables para la clasificación de las mismas. Las perversiones son alternativamente: *a)* transgresiones anatómicas de los dominios corporales destinados a la unión sexual; o *b)* detenciones en aquellas relaciones intermedias con el objeto sexual que normalmente deben ser rápidamente recorridas en el camino hacia el fin sexual definitivo.

A) TRANSGRESIONES ANATÓMICAS

Supervaloración del objeto sexual. — La valoración psíquica que recae sobre el objeto sexual como fin del instinto sexual no se limita, más que en rarísimos casos, a los genitales del mismo, sino que se extiende a todo su cuerpo y posee la tendencia de incluir todas las sensaciones emanadas del objeto. Igual sobreestimación aparece en el campo psíquico, mostrándose como una ofuscación lógica (debilidad del juicio) respecto a las funciones anímicas y perfecciones del objeto sexual y como una docilidad crédula para con los juicios exteriorizados por el mismo. La credulidad del amor constituye así una fuente importante, si no la primitiva, de la autoridad^[895].

Esta supervaloración sexual es lo que tan mal tolera la limitación del fin sexual a la conjunción de los genitales y lo que ayuda a elevar a la categoría de fin sexual actos en que entran en juego otras partes del cuerpo^[896].

La importancia de la supervaloración sexual puede estudiarse fácilmente en el hombre, cuya vida erótica ha llegado a ser asequible a la investigación, mientras que la de la mujer, en parte por las limitaciones impuestas por la cultura y, en parte, por la silenciación convencional y la insinceridad de las mujeres, permanece aún envuelta en impenetrable oscuridad^[897].

Empleo sexual de las mucosas bucales y labiales. — El empleo de la boca como órgano sexual se considera una perversión cuando los labios o la lengua de una persona entran en contacto con los genitales de la otra, y no, en cambio, cuando ambas mucosas labiales tocan una con otra. En esta excepción yace la conexión con lo normal. El que abomina de las otras prácticas, usadas quizá

desde los más primitivos tiempos de la Humanidad, considerándolas como perversiones, obedece a una bien definida sensación de *repugnancia* que le protege de la aceptación de tal fin sexual. Los límites de esta repugnancia son, sin embargo, puramente convencionales: individuos que besan con pasión los labios de una bella muchacha no podrán emplear sin repugnancia su cepillo de dientes, aun no teniendo razón ninguna para suponer que su propia cavidad bucal, que no les produce asco, está más limpia que la de la muchacha. La repugnancia se nos muestra aquí como un factor susceptible de cerrar el camino a la sobreestimación sexual, pero también de ser vencido por la libido. Habremos, pues, de considerarla como uno de los poderes que contribuyen a limitar el fin sexual. Estos poderes se detienen ante los genitales mismos; pero no cabe duda de que también los genitales del sexo contrario pueden ser por sí mismo objeto de repugnancia y que esta conducta corresponde a las características de todos los histéricos (especialmente de los del sexo femenino). La fuerza del instinto sexual se complace en dedicarse al vencimiento de esta repugnancia.

Empleo sexual del orificio anal. — En el empleo sexual del ano se ve más claramente que en el caso anterior el hecho de ser la repugnancia lo que imprima a este fin sexual el carácter de perversión. A mi sentir —y espero que no se vea en esta observación un decidido prejuicio teórico— la razón en que se funda esta repugnancia, o sea, la de que dicha parte del cuerpo sirve para la excreción y entra en contacto con lo repugnante en sí —los excrementos—, no es mucho más sólida que la que dan las muchachas histéricas para explicar su repugnancia ante los genitales masculinos; esto es, que sirven para la expulsión de la orina.

El papel sexual de la mucosa anal no se halla en ningún modo limitado al comercio sexual entre individuos masculinos. Su preferencia no constituye nada característico de la inversión. Parece, al contrario, que la *poedicatio* del hombre debe su papel a la analogía con el acto realizado con la mujer, al paso que la masturbación recíproca es el fin sexual más frecuente en los invertidos.

Importancia de otras partes del cuerpo. — La extensión sexual a otras partes del cuerpo no ofrece en ninguna de sus variantes nada esencialmente nuevo, ni añade nada para el conocimiento del instinto sexual, que sólo en esto exterioriza su intención de apoderarse del objeto sexual en su totalidad. Mas, al lado de la supervaloración sexual, aparece en las extralimitaciones anatómicas

un segundo factor extraño al conocimiento vulgar de estas cuestiones. Determinadas partes del cuerpo, como las mucosas bucales y anales, que aparecen siempre en estas prácticas, reclaman un derecho a ser consideradas y tratadas como genitales. Y a veremos cómo esta pretensión queda justificada por el desarrollo del instinto sexual y satisfecha en la sintomatología de ciertos estados patológicos.

Sustitución inapropiada del objeto sexual. Fetichismo. — Una particularísima impresión nos es producida por aquellos casos en que el objeto sexual normal es sustituido por otro relacionado con él, pero al mismo tiempo totalmente inapropiado para servir al fin sexual normal. Quizá hubiésemos hecho mejor, desde el punto de vista del orden expositivo, en citar este interesantísimo grupo de aberraciones del instinto sexual al tratar de las desviaciones con respecto al objeto, pero lo aplazamos hasta haber expuesto el factor de la super valoración sexual, del cual dependen estos fenómenos, a los cuales se enlaza una renuncia al fin sexual.

El sustitutivo del objeto sexual es, en general, una parte del cuerpo muy poco apropiada para fines sexuales (los pies o el cabello) o un objeto inanimado que está en visible relación con la persona sexual, y especialmente con la sexualidad de la misma (prendas de vestir, ropa blanca). Este sustitutivo se compara, no sin razón, con el fetiche en el que el salvaje encarna a su dios.

El tipo de transición a las formas de fetichismo, con renuncia a un fin sexual normal o perverso, lo constituyen aquellos casos en los cuales, para que el fin sexual haya de ser realizado, es preciso que el objeto sexual posea una condición fetichista (un determinado color de cabello, un traje especial o hasta un defecto físico). Ninguna otra de las variantes del instinto sexual limítrofes ya con lo patológico merece tanto nuestra atención como ésta, por la singularidad de los fenómenos cuya aparición motiva. Para todos estos casos parece constituir una condición previa la disminución del impulso hacia el fin sexual normal (debilidad funcional del aparato sexual^[898]). La conexión con lo normal se nos ofrece en la necesaria supervaloración sexual psicológica del objeto sexual, que se extiende inevitablemente a todo lo que con él se halla en conexión asociativa. Así, pues, es regularmente propio del amor normal cierto grado de tal fetichismo, sobre todo en aquellos estadios del enamoramiento en los que el fin sexual normal es inasequible o en los que su realización aparece aplazada.

*¡Dadme un pañuelo de su pecho,
o una liga que presionare su rodilla!*
[Goethe: FAUSTO.]

El caso patológico surge cuando el deseo hacia el fetiche se fija pasando sobre esta condición y se coloca en lugar del fin normal o cuando el fetiche se separa de la persona determinada y deviene por sí mismo único fin sexual. Éstas son las condiciones generales para el paso de simples variantes del instinto sexual a aberración patológica.

En la elección del fetiche se demuestra —como Binet fue el primero en afirmar y ha sido confirmado después por numerosas pruebas— la influencia continuada de una intimidación sexual experimentada, la mayor parte de las veces, en la primera infancia, fenómeno comparable a la proverbial capacidad de perdurar del primer amor en los normales. (*On revient toujours à ses premiers amours.*) Tal motivación es especialmente clara en los casos de simple condicionalidad fetichista del objeto sexual. Más adelante volveremos a encontrar en otras cuestiones la importancia de las tempranas impresiones sexuales^[899].

En otros casos es una asociación de ideas simbólicas, casi siempre inconsciente en el sujeto, lo que le ha conducido a la sustitución del objeto por el fetiche. Los caminos seguidos para establecer estas asociaciones no siempre pueden indicarse con seguridad (el pie es, por ejemplo, un antiquísimo símbolo sexual que aparece ya en el mito^[900], y las pieles deben quizá su papel de fetiche a la asociación con el cabello que recubre el *mons veneris*). Mas, tampoco este simbolismo parece ser siempre independiente de sucesos sexuales infantiles^[901].

B) FIJACIÓN DE LOS FINES SEXUALES PRELIMINARES

Aparición de nuevos fines sexuales. — Todas las circunstancias externas e internas que dificultan o alejan la consecución del fin sexual normal (impotencia, coste elevado del objeto sexual, peligros del acto sexual) favorecen, como es comprensible, la tendencia a permanecer en los actos preparativos, convirtiéndolos en nuevos fines sexuales que pueden sustituirse al normal. Un penetrante examen muestra siempre que estos nuevos fines se hallan todos —

hasta los de más extraña apariencia— indicados en el acto sexual normal.

Tocamiento y contemplación. — Para la consecución del fin sexual normal es indispensable —por lo menos al hombre— una cierta medida de tocamiento. Son, además, universalmente conocidos el aumento de excitación y la nueva fuente de placer que aportan las sensaciones del contacto con la epidermis del objeto sexual. Así, pues, la detención en el tocar no puede apenas contarse entre las perversiones cuando el acto sexual continúa luego hasta su fin.

Igual sucede con la contemplación derivada del tocamiento en último término. La impresión visual es el camino por el que más frecuentemente es despertada la excitación libidinosa, y con ella —si es permisible esta manera teleológica de considerar la cuestión— cuenta la selección dejando desarrollarse hasta la belleza al objeto sexual. La ocultación del cuerpo, exigida por la civilización, mantiene despierta la curiosidad sexual, que tiende a contemplar el objeto por descubrimiento de las partes ocultas, pero que puede derivarse hacia el arte (sublimación)^[902] cuando es posible arrancar su interés de los genitales y dirigirlo a la forma física y total^[903]. Una detención en este fin sexual intermediario de la contemplación sexualmente acentuado es, en cierto grado, patrimonio de todos los normales y hasta es lo que les da la posibilidad de dirigir cierta cantidad de su libido hacia fines artísticos más elevados. Por el contrario, la contemplación constituye una perversión: *a)* cuando se limita exclusivamente a los genitales; *b)* cuando aparece ligada con el vencimiento de una repugnancia (*voyeurs*), espectadores del acto de excreción; *c)* cuando en vez de preparar el fin sexual normal, lo reprime. Esto último es lo que constituye el carácter típico de los exhibicionistas, los cuales, si se me permite concluir un resultado general del único caso de esta perversión que me ha sido posible someter al análisis^[904], muestran sus genitales para que, en reciprocidad, les sean enseñados los de la parte contraria^[905].

En los *voyeurs* y los exhibicionistas resulta un curioso carácter que nos ocupará aún más intensamente en las aberraciones que a continuación examinaremos. El fin sexual se encuentra aquí en un doble desarrollo en forma *activa y pasiva*.

El poder que se opone al deseo de contemplar o ser contemplado y que es vencido a veces por éste es el pudor (como antes la repugnancia).

Sadismo y masoquismo. — La tendencia a causar dolor al objeto sexual o

ser maltratado por él es la más frecuente e importante de las perversiones, y sus dos formas, activa y pasiva, han sido denominadas, respectivamente, por Krafft-Ebing sadismo y masoquismo. Otros autores prefieren denominarla *algolagnia*, nombre que hace resaltar el placer de causar dolor, la crueldad, mientras que el nombre escogido por Krafft-Ebing acentúa, o pone en primer término, el placer de sufrir toda clase de humillaciones y sometimiento. Las raíces de la algolagnia activa o sadismo pueden hallarse fácilmente en el sujeto normal. La sexualidad de la mayor parte de los hombres muestra una mezcla de *agresión*, de tendencia a dominar, cuya significación biológica estará quizá en la necesidad de vencer la resistencia del objeto sexual de un modo distinto a por los actos de cortejo. El sadismo corresponderá entonces a un componente agresivo del instinto sexual exagerado, devenido independiente y colocado en primer término por medio de un desplazamiento^[906]. El concepto del sadismo comprende desde una posición activa y dominadora con respecto al objeto sexual hasta la exclusiva conexión de la satisfacción con la humillación y mal trato del mismo. En sentido estricto, solamente el último caso extremo puede denominarse perversión.

De un modo análogo, el concepto de masoquismo reúne todas las actitudes pasivas con respecto a la vida erótica y al objeto sexual, siendo la posición extrema la conexión de la satisfacción con el voluntario padecimiento de dolor físico o anímico producido por el objeto sexual. El masoquismo, como perversión, parece alejarse más del fin sexual normal que la perversión contraria; es dudoso si aparece originariamente o si más bien se desarrolla siempre partiendo del sadismo y por una transformación de éste^[907]. Con frecuencia puede verse que el masoquismo no es otra cosa que una continuación del sadismo, dirigida contra el propio yo, que se coloca ahora en el puesto del anterior objeto sexual. El análisis clínico de los casos extremos de perversión masoquista lleva siempre a revelar la acción conjunta de una amplia serie de factores que exageran la predisposición original pasiva y le hacen experimentar una fijación (complejo de castración, conciencia de la culpa). El dolor que en esta perversión ha de ser superado constituye, como antes la repugnancia y el pudor, la resistencia que se coloca enfrente de la libido.

El sadismo y el masoquismo ocupan entre las perversiones un lugar particular, pues la antítesis de actividad y pasividad que constituye su fundamento pertenece a los caracteres generales de la vida sexual.

La historia de la civilización humana nos enseña, sin dejar lugar a dudas, que

la crueldad y el instinto sexual están íntimamente ligados; pero en las tentativas de explicar esta conexión no se ha ido más allá de hacer resaltar los elementos agresivos de la libido.

Según algunos autores, este elemento agresivo, mezclado al instinto sexual, constituye un resto de los placeres caníbales; eso es, una participación del aparato de aprehensión puesto al servicio de la satisfacción de la otra gran necesidad, más antigua ontogénicamente^[908]. Se ha afirmado también que cada dolor lleva en sí y por sí mismo la posibilidad de una sensación de placer. Por lo pronto, nos contentaremos con hacer constar nuestra creencia de que la explicación dada hasta ahora a esta perversión no es, ni con mucho, satisfactoria y que es probable que en ella se reúnan varias tendencias psíquicas para producir un solo efecto^[909].

La particularidad más singular de esta perversión está, sin embargo, constituida por el hecho de que sus dos formas, activa y pasiva, aparecen siempre conjuntamente en la misma persona. Aquel que halla placer en producir dolor a otros en la relación sexual está también capacitado por gozar del dolor que puede serle ocasionado en dicha relación como de un placer. Un sádico es siempre, al mismo tiempo, un masoquista, y al contrario. Lo que sucede es que una de las dos formas de la perversión, la activa o la pasiva, puede hallarse más desarrollada en el individuo y constituir el carácter dominante de su actividad sexual^[910].

Vemos así aparecer, regularmente, determinadas tendencias perversas como *pares contradictorios*, hecho cuya alta importancia teórica comprobaremos más adelante^[911]. Es indudable que la existencia del par contradictorio sadismo-masiquismo no se puede derivar directamente de la existencia de una mezcla agresiva. En cambio, nos sentimos inclinados a relacionar tales antítesis con la de masculino y femenino, que se presenta en la bisexualidad; contradicción que en el psicoanálisis queda reducida a la de actividad y pasividad.

(3) GENERALIDADES SOBRE LAS PERVERSIONES EN CONJUNTO

Variación y enfermedad. — Los médicos que primero estudiaron las perversiones en casos típicos y bajo condiciones especiales se inclinaron,

naturalmente, a atribuirles el carácter de un estigma patológico o degenerativo, como ya vimos al tratar de la inversión. Sin embargo, es más fácil demostrar aquí, en los casos de inversión, el error de estas opiniones. La experiencia cotidiana muestra que la mayoría de estas extralimitaciones, o por lo menos las menos importantes entre ellas, constituyen parte integrante de la vida sexual del hombre normal y son juzgadas por éste del mismo modo que otras de sus intimidades. En circunstancias favorables, también el hombre normal puede sustituir durante largo tiempo el fin sexual normal por una de estas perversiones o practicarla simultáneamente. En ningún hombre normal falta una agregación de carácter perverso al fin sexual normal, y esta generalidad es suficiente para hacer notar la impropiedad de emplear el término «perversión» en un sentido peyorativo. Precisamente en los dominios de la vida sexual se tropieza con especiales dificultades, a veces insolubles, cuando se quiere establecer una frontera definitiva entre las simples variantes dentro de la amplitud fisiológica y los síntomas patológicos.

En algunas de estas perversiones es, sin embargo, de tal naturaleza el nuevo fin sexual, que necesitan ser estudiadas separadamente. Ciertas perversiones se alejan tanto de lo normal, que no podemos por menos de declararlas patológicas, particularmente aquéllas —coprofagia, violación de cadáveres— en las cuales el fin sexual produce asombrosos rendimientos en lo que respecta al vencimiento de las resistencias (pudor, repugnancia, espanto o dolor). Pero tampoco en estos casos puede esperarse con seguridad hallar regularmente en el sujeto otras anormalidades de carácter grave o una perturbación mental. Tampoco aquí puede negarse el hecho de que personas de conducta normal en todas las actividades pueden, sin embargo, presentar caracteres patológicos en lo relativo a la vida sexual y bajo el dominio del más desenfrenado de todos los instintos. En cambio, una manifiesta anormalidad en otras relaciones vitales se halla siempre en conexión con una conducta sexual anormal.

En la mayoría de los casos, el carácter patológico de la perversión no se manifiesta en el contenido del nuevo fin sexual, sino en su relación con el normal. Cuando la perversión no aparece al lado de lo normal (fin sexual y objeto), sino que, alentada por circunstancias que la favorecen y que se oponen en cambio a las tendencias normales, logra reprimir y sustituir por completo a estas últimas; esto es, cuando presenta los caracteres de exclusividad y fijación, es cuando podremos considerarla justificadamente como un síntoma patológico.

Participación psíquica en las perversiones. — Quizá precisamente en las más horribles perversiones es donde puede reconocerse la máxima participación psíquica en la transformación del instinto sexual. Prodúcese aquí una labor anímica a la que, no obstante sus espantosos resultados, no se puede negar la calidad de una idealización del instinto. La omnipotencia del amor no se muestra quizá en ningún otro lado tan enérgica como en estas aberraciones. Lo más alto y lo más bajo se hallan más íntima y enérgicamente reunidos que en ningún otro lado como en la sexualidad: *Vom Himmel durch die Welt zur Hölle* («Desde el cielo, a través del mundo, hasta el infierno», Goethe, *Fausto*).

Dos conclusiones. — En el estudio de las perversiones hemos llegado al conocimiento de que el instinto sexual tiene que luchar contra determinados poderes psíquicos que se le oponen en calidad de resistencia, siendo entre ellos los que más claramente se muestran: el pudor y la repugnancia. Aparece, pues, justificada la sospecha de que estos poderes participan en la labor de mantener el instinto dentro de los límites de lo considerado como normal, y cuando se desarrollan tempranamente, antes que el instinto sexual alce su plena fuerza, son los que marcan la dirección del desarrollo del mismo^[912].

Hemos observado también que algunas de las perversiones investigadas sólo llegan a ser comprensibles por la conjunción de varios motivos. Cuando pueden someterse al análisis, esto es, a una descomposición, es señal de que son de naturaleza compuesta. De aquí podemos deducir que el instinto sexual no es, quizá, algo simple, sino compuesto, y cuyos componentes vuelven a separarse unos de otros en las perversiones. De este modo, la clínica habría atraído nuestra atención sobre *fusiones* que en la uniforme conducta normal habrían perdido su expresión^[913].

(4) EL INSTINTO SEXUAL EN LOS NEURÓTICOS

El psicoanálisis. — Una importantísima aportación para el conocimiento del instinto sexual, en personas que se hallan próximas a la normal, nos es dada por una fuente a la que sólo podemos llegar por un determinado camino. No hay más que un medio de obtener resultados fundamentales y acertados sobre la vida sexual de los denominados psiconeuróticos (histeria, neurosis obsesiva, la

falsamente denominada «neurastenia», la *dementia praecox* y la paranoia). Este medio es someterlos a la investigación psicoanalítica, de la que se sirve el procedimiento curativo que J. Breuer y yo comenzamos a emplear en 1893 y que denominamos, por entonces, «catártico».

Debo anticipar aquí, y repetir con respecto a otras publicaciones mías, que estas psiconeurosis reposan, por lo que de mi experiencia clínica he podido concluir, sobre fuerzas instintivas de carácter sexual. No quiero decir con esto que la energía del instinto sexual proporcione una ayuda a las fuerzas que mantienen los fenómenos patológicos (síntomas). Mi afirmación se refiere únicamente a que esta participación es la única constante y constituye la fuente enérgica más importante de la neurosis, de manera que la vida sexual de dichas personas se exterioriza exclusiva, predominante o parcialmente en estos síntomas, los cuales, como ya lo hemos indicado en otro lugar, no son sino la expresión de la vida sexual de los enfermos. La prueba de esta afirmación ha sido dada por una cantidad cada día mayor de psicoanálisis verificados durante veinticinco años en personas histéricas o atacadas de otras neurosis diferentes. De los resultados de estos análisis he dado cuenta en otros libros y seguiré dándola en mis publicaciones sucesivas^[914].

El psicoanálisis llega a suprimir los síntomas histéricos, partiendo de la hipótesis de que son la sustitución o transcripción de una serie de procesos, tendencias y deseos anímicos afectivos, a los que un particular proceso psíquico (la *represión*) ha impedido llegar a su normal exutorio por medio de la actividad anímica consciente. Estos complejos psíquicos retenidos en estado inconsciente tienden a una exteriorización correspondiente a su valor afectivo, a una descarga, y la encuentran en la histeria por el proceso de la conversión en fenómenos somáticos; esto es, en síntomas histéricos. Por medio de una técnica especial, que permite reducir de nuevo tales síntomas a representaciones afectivas ya conscientes, se puede hallar la naturaleza y el origen de estos productos psíquicos anteriormente inconscientes.

Hallazgos del psicoanálisis. — De este modo se ha llegado al conocimiento de que los síntomas representan un sustitutivo de tendencias que toman su fuerza de las fuentes del instinto sexual.

De completo acuerdo con esto se halla lo que sabemos sobre los histéricos, tomados aquí como ejemplo de los psiconeuróticos en general, sobre su carácter antes de contraer la enfermedad y sobre las causas que la originaron. El carácter

histérico deja revelarse una *represión sexual* que sobrepasa la medida normal y un desarrollo exagerado de aquellas resistencias contra el instinto sexual que se nos han dado a conocer como pudor, repugnancia y moral, manifestándose en estos enfermos una aversión instintiva a ocupar su pensamiento en la reflexión sobre las cuestiones sexuales, aversión que en los casos típicos da el resultado de conservarlos en una total ignorancia sexual hasta los años de la madurez sexual^[915].

Este rasgo característico, esencial de la histeria, queda encubierto con frecuencia a la vista del observador superficial por el segundo factor constitucional de la enfermedad; esto es, por el poderoso desarrollo del instinto sexual; pero el análisis psicológico logra descubrirlo siempre, y resuelve el misterio lleno de contradicción de la histeria por el establecimiento del par contradictorio formado por una necesidad sexual superior a la normal y una exagerada repulsa de todo lo sexual.

La ocasión favorable a la aparición de la enfermedad surge en las personas predispuestas a la histeria cuando, como resultado del propio proceso de maduración o de circunstancias exteriores, se presenta en ellas la exigencia sexual de un modo imperativo. Entre el apremio del instinto y la resistencia de la repulsa sexual surge entonces, como recurso, la enfermedad, que no resuelve el conflicto, sino que intenta eludirlo por la transformación de las ideas libidinosas en síntomas. Constituye tan sólo una excepción aparente el que una persona histérica —por ejemplo, un hombre— haya contraído su enfermedad a causa de una emoción trivial o de un conflicto en cuyo punto medio no se halle el interés sexual. El psicoanálisis puede entonces demostrar regularmente que el componente sexual del conflicto es el que ha hecho posible la aparición de la enfermedad, privando a los procesos psíquicos de su normal exutorio.

Neurosis y perversión. — Gran parte de las contradicciones surgidas contra estas opiniones mías se explica por el hecho de que se considera coincidente la sexualidad, de la que yo derivo los síntomas psiconeuróticos, con el instinto sexual normal. Pero el psicoanálisis nos aclara aún más esta cuestión, mostrándonos que los síntomas no se originan nunca (o por lo menos exclusiva y predominantemente) a costa del instinto sexual denominado normal, sino que representan una exteriorización de aquellos instintos que se considerarían como *perversos* en el más amplio sentido de la palabra, y se exteriorizan directa y conscientemente en propósitos fantaseados o en actos. Los síntomas se originan,

por tanto, en parte, a costa de la sexualidad anormal. *La neurosis es, por decirlo así, el negativo de la perversión*^[916].

El instinto sexual de los psiconeuróticos muestra todas las aberraciones que hemos estudiado como desviaciones de la vida sexual normal y manifestaciones de una vida sexual patológica.

a) En la vida anímica inconsciente de todos los neuróticos puede comprobarse una tendencia a la inversión y a la fijación de la libido sobre personas del mismo sexo. Sería necesario un profundo y detenido estudio para recoger toda la importancia de este factor en la constitución del cuadro de la enfermedad. Mas, por ahora, nos limitaremos a asegurar que la tendencia inconsciente a la inversión no falta nunca en la histeria masculina y presta los mayores servicios para su explicación^[917].

b) En el psiquismo inconsciente de los psiconeuróticos existen y actúan como agentes de la producción síntomas todas aquellas tendencias a las extralimitaciones anatómicas que hemos estudiado antes, y entre ellas, con particular frecuencia e intensidad aquellas que hacen elevarse a la categoría de genitales las mucosas bucales y anales.

c) Entre las causas de la formación de síntomas psiconeuróticos desempeñan un papel importante los instintos parciales, que aparecen casi siempre formando pares antitéticos y que hemos estudiado como aportadores de nuevos fines sexuales; esto es, los instintos de contemplación y de exhibición y el instinto pasivo y activo de crueldad. La presencia de este último instinto es indispensable para la comprensión de la naturaleza dolorosa de los síntomas y rige casi siempre una parte de la conducta social del enfermo. Por medio de esta conexión de la libido con la crueldad tiene lugar la transformación del amor en odio y de los sentimientos cariñosos en hostiles, que es característica en una gran serie de neurosis, especialmente en la paranoia.

El interés de estos resultados queda acrecentado por determinadas peculiaridades de los hechos objeto de este estudio.

α) Cuando se descubre en lo inconsciente uno de estos instintos, apto para formar con su contrario uno de los pares de que hemos hablado, aparece siempre actuando simultáneamente este otro instinto antitético. Toda perversión «activa» queda así acompañada siempre, en estos casos, del factor antagónico correspondiente. El sujeto que es exhibicionista inconsciente es al mismo tiempo voyeur, y aquel que sufre de las consecuencias de una represión de tendencias

sádicas sufre también de síntomas producidos por fuentes de inclinación masoquista. La coincidencia absoluta con la conducta de la perversión «positiva» correspondiente es un dato que debe tenerse muy en cuenta. Mas, en el cuadro de la enfermedad desempeñan indistintamente una u otra de las tendencias antitéticas el papel dominante.

β) En los casos definidos de psiconeurosis, sólo raras veces se encuentra desarrollado uno sólo de estos instintos perversos. En general, se halla una gran cantidad de los mismos totalmente desarrollados y aparecen huellas de todos los restantes, pero la intensidad de cada uno es independiente del desarrollo de los demás. También para esto nos proporciona el estudio de las perversiones positivas la exacta contrapartida.

(5) INSTINTOS PARCIALES Y ZONAS ERÓGENAS

Si revisamos los resultados de nuestra investigación de las perversiones positivas y negativas, nos inclinaremos a referirlas a una serie de «instintos parciales», que no constituyen nada primario, sino que permiten un subsiguiente análisis^[918]. Bajo el concepto de «instinto» no comprendemos primero más que la representación psíquica de una fuente de excitación, continuamente corriente o intrasomática, a diferencia del «estímulo» producido por excitaciones aisladas procedentes del exterior. Instinto es, pues, uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico. La hipótesis más sencilla y próxima sobre la naturaleza de los instintos sería la de que no poseen por sí cualidad alguna, debiendo considerarse tan sólo como cantidades de exigencia de trabajo para la vida psíquica. Lo que diferencia a los instintos unos de otros y les da sus cualidades específicas es su relación con sus *fuentes* somáticas y sus fines.

La fuente del instinto es un proceso excitante en un órgano, y su fin más próximo está en hacer cesar la excitación de dicho órgano^[919].

Otra hipótesis interina de la teoría del instinto, a la cual no nos podemos sustraer, es la de que de los órganos del cuerpo emanan excitaciones de dos clases, fundadas en diferencias de naturaleza química. Una de estas clases de excitación la designaremos como la específicamente sexual, y el órgano correspondiente como «zona erógena» del instinto parcial de ella emanado^[920].

En las tendencias perversas que dan a la cavidad bucal y al orificio anal una

significación sexual, el papel de la zona erógena se descubre sin dificultad ninguna, pues puede observarse con toda precisión que dicha zona se conduce como una parte del aparato genital. En la histeria, estas partes del cuerpo y las mucosas que a ellas corresponden llegan a ser, bajo la excitación de los procesos sexuales normales, la residencia de nuevas sensaciones y transformaciones de la inervación —y hasta de procesos que pueden compararse a la erección—, al igual de los genitales propiamente dichos.

La importancia de las zonas erógenas como aparatos accesorios y subrogados de los genitales aparece en la histeria más claramente que en ninguna otra de la psiconeurosis, con lo cual no quiero afirmar que en otras formas de la enfermedad deba concedérsele una menor atención. Lo que pasa es que en estas otras formas aparece menos claramente su actuación, porque en ellas (neurosis obsesiva, paranoia) la formación de síntomas tiene lugar en las regiones del aparato psíquico más alejadas de los centros que rigen las funciones físicas. En la neurosis obsesiva lo más singular es la importancia de los impulsos, los cuales crean nuevos fines de las zonas erógenas. Sin embargo, en el placer de contemplación y exhibición, el ojo constituye una zona erógena, y en los componentes de dolor y de crueldad del instinto sexual lo que adopta esta misión es la piel, que en determinadas partes del cuerpo se ha diferenciado para constituir los órganos de los sentidos y ha sufrido modificaciones hasta formar las mucosas, siendo, por tanto, la zona erógena *ατ' ἐξοχην* (por excelencia)^[921].

(6) EXPLICACIÓN DEL APARENTE PREDOMINIO DE LA SEXUALIDAD PERVERSA EN LAS PSICONEUROSIS

Las explicaciones anteriores han falseado, quizá, el concepto de la sexualidad de los psiconeuróticos. Parece resultar de ellas que la disposición constitucional de los mismos los aproxima a la perversión, alejándolos, en cambio, otro tanto de lo normal. Es muy posible, en efecto, que la disposición constitucional de estos enfermos, además de una exagerada cantidad de represión sexual y una exagerada energía del instinto sexual, contenga una extraordinaria inclinación perversa en su más amplio sentido. Pero la investigación de los casos menos graves enseña que esta última hipótesis no es absolutamente necesaria, o por lo menos no debe contarse con ella

obligadamente en el juicio de los efectos morbosos. En la mayoría de los psiconeuróticos la enfermedad aparece después de la pubertad y bajo las exigencias de la vida sexual normal. Contra ésta se alza ante todo la represión o surge la enfermedad a causa de que la libido ve llegada su satisfacción por medios normales. En ambos casos la libido se conduce como una corriente cuyo lecho principal fuera desplazado y llenase los caminos colaterales, que hasta el momento habían permanecido, quizá, vacíos. De este modo, la tendencia de los psiconeuróticos a las perversiones —tan intensa aparentemente y siempre negativa— está, quizá, colateralmente condicionada o, por lo menos, colateralmente reforzada. El hecho es que la represión sexual debe colocarse como factor interior al lado de aquellos otros, exteriores, constituidos por la limitación de libertad, inasequibilidad del objeto normal sexual, peligros del acto sexual normal, etc., factores que hacen aparecer todo género de perversiones en individuos que de otro modo hubieran permanecido normales.

En los casos individuales de neurosis pueden aparecer grandes diferencias, siendo unas veces el factor regulador el grado innato de inclinación a la perversión, y otras, la elevación colateral del mismo por el apartamiento de la libido del objeto y del fin sexual normal. Sería injusto construir una antítesis donde lo que hay es una relación de cooperación. La neurosis producirá sus más altos rendimientos cuando la constitución y los sucesos exteriores actúen conjuntamente en el mismo sentido. Una constitución francamente orientada hacia la neurosis podrá prescindir del apoyo de las experiencias vividas, y un suceso traumático podrá producir la neurosis en un individuo de constitución media. Este punto de vista es también válido en otros distintos sectores en cuanto se trata de la importancia etiológica del elemento congénito y del elemento adquirido. Si se prefiere suponer que la tendencia a las perversiones es una de las características de la constitución psiconeurótica, cabrá diferenciar muy diversas constituciones de este género, según la zona erógena o el instinto parcial que predominen. Lo que aún no se ha averiguado es si existe una relación particular entre cierta disposición perversa y una determinada forma patológica.

Este punto, como muchos otros de ese sector, no ha sido todavía estudiado.

(7) INDICACIÓN DEL INFANTILISMO DE LA SEXUALIDAD

El descubrimiento de los impulsos perversos como agentes de la producción

de síntomas en las psiconeurosis ha elevado considerablemente el número de hombres que pueden contarse entre los perversos. No es sólo que los neuróticos constituyan una numerosa clase humana; es también que la neurosis, con todas sus formas, constituye una serie que conduce hasta el tipo normal, circunstancia que ha permitido a Moebius afirmar muy justificadamente que todos somos algo histéricos. En consecuencia, la extraordinaria difusión de las perversiones nos impone la hipótesis de que tampoco la disposición a las mismas es una excepción, sino que forma parte de la constitución considerada como normal.

Como ya hemos visto, se ha discutido mucho sobre si las perversiones dependen de condiciones congénitas o tienen su origen en impresiones casuales, según lo admite Binet con respecto al fetichismo. Por nuestra parte, creemos posible decidir la cuestión con la hipótesis de que en las perversiones existe, desde luego, algo congénito, pero algo *que es congénito en todos los hombres*, constituyendo una disposición general de intensidad variable, que puede ser acentuada por las influencias exteriores. Se trata de raíces innatas del instinto sexual, que, en una serie de casos, se desarrollan hasta constituirse en verdaderos substratos de la actividad sexual (perversión) y otras veces experimentan una represión insuficiente y, dando un rodeo, se apoderan, como síntomas patológicos, de una gran parte de la energía sexual, mientras que en los casos más favorables, entre ambos extremos hacen surgir, por una limitación efectiva y una elaboración determinada, la vida sexual normal.

Diremos, además, que la constitución supuesta que muestra las semillas de todas las perversiones no puede ser revelada más que en los niños, aunque en ellos no aparezcan todos estos instintos más que en una modesta intensidad. De esta manera llegamos a la fórmula de que los neuróticos conservan su sexualidad en estado infantil o han retrocedido hasta él. Por tanto, nuestro interés se dirigirá hacia la vida sexual de los niños, y perseguiremos en ellos el funcionamiento de las influencias que rigen el proceso evolutivo de la sexualidad infantil hasta su desembocadura en la perversión, en la neurosis o en la vida sexual normal.

2 — LA SEXUALIDAD INFANTIL

Negligencia de lo infantil. — De la concepción popular del instinto sexual forma parte la creencia de que falta durante la niñez, no apareciendo hasta

el período de la pubertad. Constituye esta creencia un error de consecuencias graves, pues a ella se debe principalmente nuestro actual desconocimiento de las circunstancias fundamentales de la vida sexual. Un penetrante estudio de las manifestaciones sexuales infantiles nos revelaría probablemente los rasgos esenciales del instinto sexual, descubriéndonos su desarrollo y su composición de elementos procedentes de diversas fuentes.

No deja de ser singular el hecho de que todos los autores que se han ocupado de la investigación y explicación de las cualidades y reacciones del individuo adulto hayan dedicado mucha más atención a aquellos tiempos que caen fuera de la vida del mismo; esto es, a la vida de sus antepasados que a la época infantil del sujeto, reconociendo, por tanto, mucha más influencia a la herencia que a la niñez. Y, sin embargo, la influencia de este período de la vida sería más fácil de comprender que la de la herencia y debería ser estudiada preferentemente^[922].

En la literatura existente sobre esta materia hallamos, desde luego, algunas observaciones referentes a prematuras actividades sexuales infantiles, erecciones, masturbación o incluso actos análogos al coito, pero siempre como sucesos excepcionales y curiosos o como ejemplos de una temprana corrupción. No sé de ningún autor que haya reconocido claramente la existencia de un instinto sexual en la infancia, y en los numerosos trabajos sobre el desarrollo del niño falta siempre el capítulo relativo al desarrollo sexual^[923].

Amnesia infantil. — La razón de esta singular negligencia me parece hallarse, en parte, en consideraciones convencionales de los autores, consecuencia de su propia educación, y, por otro lado, en un fenómeno psíquico que hasta ahora ha eludido toda explicación. Me refiero a la peculiar *amnesia* que oculta a los ojos de la mayoría de los hombres, aunque no de todos, los primeros años de su infancia hasta el séptimo o el octavo. No se nos habría ocurrido hasta ahora maravillarnos de esta amnesia, aunque había gran razón para ello, pues los que durante la infancia nos han rodeado nos comunican posteriormente que en estos años, de los que nada hemos retenido en nuestra memoria, fuera de algunos incomprensibles recuerdos fragmentarios, hubimos de reaccionar vivamente ante determinadas impresiones, sabiendo ya exteriorizar en forma humana dolores y alegrías, mostrando abrigar amor, celos y otras pasiones que nos conmovían violentamente, y ejecutando actos que fueron tomados por los adultos como prueba de una naciente capacidad de juicio. Mas de esto no recordamos nada al llegar a la edad adulta. ¿Por qué razón permanece

tan retrasada nuestra memoria con respecto a nuestras demás actividades anímicas, cuando tenemos fundados motivos para suponer que en ninguna otra época es esta facultad tan apta como en los años de la infancia para recoger las impresiones y reproducirlas luego^[924]?

De otro lado hemos de suponer, o podemos convencernos de ello por la investigación psicológica, que las impresiones olvidadas, no por haberlo sido, han desaparecido de nuestra memoria sin dejar hondísima huella en nuestra vida psíquica y haber constituido una enérgica determinante de todo nuestro ulterior desarrollo. No puede existir, por tanto, una real desaparición de las impresiones infantiles; debe más bien tratarse de una amnesia análoga a aquella que comprobamos en los neuróticos con respecto a los sucesos sobrevenidos en épocas más avanzadas de la vida y que consiste en una mera exclusión de la conciencia (represión). Mas ¿cuáles son las fuerzas que llevan a cabo esta represión de las impresiones infantiles? El que resolviera este problema habría aclarado definitivamente la esencia de la amnesia histérica.

De todos modos, hemos de señalar que la existencia de la amnesia infantil nos proporciona un nuevo punto de comparación entre el estado anímico del niño y el del psiconeurótico, entre los cuales descubrimos ya una analogía al inferir que la sexualidad de los psiconeuróticos conserva la esencia infantil o ha retrocedido hasta ella. ¿Por qué, pues, no ha de poder referirse también la amnesia infantil a las emociones sexuales de la niñez?

Esta posible conexión de la amnesia infantil con la histérica entraña máxima importancia. La amnesia histérica, puesta al servicio de la represión, es tan sólo explicable por la circunstancia de que ya el individuo posee un acervo de huellas mnémicas que han sido sustraídas a la disposición consciente y que atraen, por conexión asociativa, aquellos elementos sobre los cuales actúan, desde la conciencia, las fuerzas repelentes de la represión^[925]. Sin la amnesia infantil puede decirse que no existiría la amnesia histérica.

Opino, pues, que la amnesia infantil, que convierte para cada individuo la propia niñez en algo análogo a una época *prehistórica* y oculta a sus ojos los comienzos de su vida sexual, es la culpable de que, en general, no se conceda al período infantil un valor en cuanto al desarrollo de la vida sexual. Un único observador no puede llenar las lagunas que esto ha producido en nuestro conocimiento. Ya en 1896 hice yo resaltar la importancia de los años infantiles en la génesis de determinados fenómenos esenciales, dependientes de la vida

sexual, y desde entonces no se ha cesado de llamar la atención sobre el factor infantil en todo lo referente a las cuestiones sexuales.

(1) EL PERIODO DE LATENCIA SEXUAL DE LA INFANCIA Y SUS INTERRUPCIONES

Los hallazgos extraordinariamente frecuentes de impulsos sexuales, supuestamente excepcionales en la infancia, así como el descubrimiento de los recuerdos infantiles inconscientes de los neuróticos, permiten bosquejar el siguiente cuadro de la conducta sexual durante la época infantil^[926].

Parece cierto que el recién nacido trae consigo al mundo impulsos sexuales en germen, que, después de un período de desarrollo, van sucumbiendo a una represión progresiva, la cual puede ser interrumpida a su vez por avances regulares del desarrollo sexual o detenida por particularidades individuales. Sobre las leyes y períodos de este proceso evolutivo oscilante no se conoce nada con seguridad. Parece, sin embargo, que la vida sexual de los niños se manifiesta ya en una forma observable hacia los años tercero y cuarto^[927].

Inhibiciones sexuales. — Durante este período de latencia, total o simplemente parcial, se constituyen los poderes anímicos que luego se oponen al instinto sexual y lo canalizan, marcándole su curso a manera de dique. Ante los niños nacidos en una sociedad civilizada experimentamos la sensación de que estos diques son una obra de la educación, lo cual no deja de ser, en gran parte, cierto. Pero, en realidad, esta evolución se halla orgánicamente condicionada y fijada por la herencia y puede producirse sin auxilio ninguno por parte de la educación. Esta última se mantendrá dentro de sus límites, constriñéndose a seguir las huellas de lo orgánicamente preformado, imprimirlo más profundamente y depurarlo.

Formación reactiva y sublimación. — ¿Con qué elementos se constituyen estos diques tan importantes para la cultura y la normalidad ulteriores del individuo? Probablemente a costa de los mismos impulsos sexuales infantiles, que no han dejado de afluir durante este período de latencia, pero cuya energía es desviada en todo o en parte de la utilización sexual y orientada hacia otros fines. Los historiadores de la civilización coinciden en aceptar que este proceso, en el

que las fuerzas instintivas sexuales son desviadas de sus fines sexuales y orientadas hacia otros distintos —proceso al que se da el nombre de sublimación—, proporciona poderosos elementos para todas las funciones culturales. Por nuestra parte añadiremos que tal proceso interviene igualmente en el desarrollo individual y que sus orígenes se remontan al período de latencia sexual infantil^[928].

También sobre el mecanismo de esta sublimación puede formularse una hipótesis. Los impulsos sexuales de estos años infantiles serían inaprovechables, puesto que la función reproductora no ha aparecido todavía, circunstancia que constituye el carácter esencial del período de latencia. Pero, además, tales impulsos habrían de ser perversos de por sí, partiendo de zonas erógenas e implicando tendencias que, dada la orientación del desarrollo del individuo, sólo podrían provocar sensaciones displacientes. Harán, pues, surgir fuerzas psíquicas contrarias que erigirán para la supresión de tales sensaciones displacientes los diques psíquicos ya citados (repugnancia, pudor, moral)^[929].

Interrupciones del periodo de latencia. — Sin hacernos ilusiones sobre la naturaleza hipotética y la deficiente claridad de nuestro conocimiento de los procesos del período de latencia infantil, queremos volver a la realidad para observar que esta utilización de la sexualidad infantil representa un ideal educativo, del cual se desvía casi siempre el desarrollo del individuo en algún punto y con frecuencia en muchos. En la mayoría de los casos logra abrirse camino un fragmento de la vida sexual que ha escapado a la sublimación, o se conserva una actividad sexual a través de todo el período de latencia hasta el impetuoso florecimiento del instinto sexual en la pubertad. Los educadores se conducen —cuando conceden alguna atención a la sexualidad infantil— como si compartieran nuestras opiniones sobre la formación de los poderes morales de defensa a costa de la sexualidad, y como si supieran que la actividad sexual hace a los niños ineducados, pues persiguen todas las manifestaciones sexuales del niño como «vicios», aunque sin conseguir grandes victorias sobre ellos. Debemos, por tanto, dedicar todo nuestro interés a estos fenómenos tan temidos por la educación, pues esperamos que ellos nos permitan llegar al conocimiento de la constitución originaria del instinto sexual.

(2) MANIFESTACIONES DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

El «chupeteo» del pulgar. — Por motivos que veremos más adelante, tomaremos como tipo de las manifestaciones sexuales infantiles el «chupeteo» (succión productora del placer), a la cual ha dedicado un excelente estudio el pediatra húngaro Lindner^[930].

La succión o el «chupeteo», que aparece ya en los niños de pecho y puede subsistir hasta la edad adulta e incluso conservarse en ocasiones a través de toda la vida, consiste en un contacto succionador rítmicamente repetido y verificado con los labios, acto al que falta todo fin de absorción de alimento. Una parte de los mismos labios, la lengua o cualquier otro punto asequible de la piel del mismo individuo (a veces hasta el dedo gordo de un pie), son tomados como objeto de la succión. Al mismo tiempo aparece a veces un instinto de aprehensión, que se manifiesta por un simultáneo pellizcar rítmico del lóbulo de la oreja, y puede también apoderarse de esta misma u otra cualquiera parte del cuerpo de otra persona con el mismo fin. La succión productora de placer está ligada con un total embargo de la atención y conduce a conciliar el sueño o a una reacción motora de la naturaleza del orgasmo^[931].

Con frecuencia se combina con la succión productora de placer el frotamiento de determinadas partes del cuerpo de gran sensibilidad: el pecho o los genitales exteriores. Muchos niños pasan así de la succión a la masturbación.

Lindner^[932] ha reconocido claramente y ha hecho resaltar con toda audacia la naturaleza sexual de este acto. Frecuentemente se considera el «chupeteo» como una de las «mañas» sexuales del niño. Numerosos pediatras y neurólogos niegan en absoluto esta hipótesis; mas su contraria opinión, fundada en una confusión entre lo sexual y lo genital, plantea el difícil e inevitable problema de establecer qué carácter general debe atribuirse a las manifestaciones sexuales de los niños. Por mi parte, opino que el conjunto de aquellas manifestaciones en cuya esencia hemos penetrado por medio de la investigación psicoanalítica nos da derecho a considerar el «chupeteo» como una manifestación sexual y a estudiar en ella precisamente los caracteres esenciales de la actividad sexual infantil^[933].

Autoerotismo. — Debemos dedicar toda nuestra atención a este ejemplo. Hagamos resaltar, como el carácter más notable de esta actividad sexual, el hecho de que el instinto no se orienta en ella hacia otras personas. Encuentra su satisfacción en el propio cuerpo; esto es, es un instinto autoerótico para

calificarlo con el feliz neologismo puesto en circulación por Havelock Ellis^[934].

Se ve claramente que el acto de la succión es determinado en la niñez por la busca de un placer ya experimentado y recordado. Con la succión rítmica de una parte de su piel o de sus mucosas encuentra el niño, por el medio más sencillo, la satisfacción buscada.

Es también fácil adivinar en qué ocasión halla por primera vez el niño este placer, hacia el cual, una vez hallado, tiende siempre de nuevo. La primera actividad del niño y la de más importancia vital para él, la succión del pecho de la madre (o de sus subrogados), le ha hecho conocer, apenas nacido, este placer. Diríase que los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de la leche la causa de la primera sensación de placer. En un principio la satisfacción de la zona erógena aparece asociada con la del hambre. La actividad sexual se apoya primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la conservación de la vida, pero luego se hace independiente de ella. Viendo a un niño que ha saciado su apetito y que se retira del pecho de la madre con las mejillas enrojecidas y una bienaventurada sonrisa, para caer en seguida en un profundo sueño, hemos de reconocer en este cuadro el modelo y la expresión de la satisfacción sexual que el sujeto conocerá más tarde. Posteriormente la necesidad de volver a hallar la satisfacción sexual se separa de la necesidad de satisfacer el apetito, separación inevitable cuando aparecen los dientes y la alimentación no es ya exclusivamente succionada, sino mascada.

El niño no se sirve, para la succión, de un objeto exterior a él, sino preferentemente de una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le es más cómodo como porque de este modo se hace independiente del mundo exterior, que no le es posible dominar aún, y crea, además, una segunda zona erógena, aunque de menos valor. El menor valor de esta segunda zona le hará buscar posteriormente las zonas correspondientes de otras personas; esto es, los labios. (Pudiera atribuirse al niño la frase siguiente: «Lástima que no pueda besar mis propios labios».)

No todos los niños realizan este acto de la succión. Debe suponerse que llegan a él aquéllos en los cuales la importancia erógena de la zona labial se halla constitucionalmente reforzada

Si esta importancia se conserva, tales niños llegan a ser, en su edad adulta, inclinados a besos perversos, a la bebida y al exceso en el fumar; mas, si aparece

la represión, padecerán de repugnancia ante la comida y de vómitos histéricos. Por la duplicidad de funciones de la zona labial, la represión se extenderá al instinto de alimentación. Muchas de mis pacientes con perturbaciones anoréxicas, globo histérico, opresión en la garganta y vómitos, habían sido en sus años infantiles grandes «chupeteadores».

En el acto de la succión productora de placer hemos podido observar los tres caracteres esenciales de una manifestación sexual infantil. Ésta se origina apoyada en alguna de las funciones fisiológicas de más importancia vital, no conoce ningún objeto sexual, es *autoerótica*, y su fin sexual se halla bajo el dominio de una *zona erógena*. Anticiparemos ya que estos caracteres son aplicables asimismo a la mayoría de las demás actividades del instinto sexual infantil.

(3) EL FIN SEXUAL DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

Caracteres de las zonas erógenas. — Del ejemplo de la succión pueden deducirse aún muchos datos para el conocimiento de las zonas erógenas. Son éstas parte de la epidermis o de las mucosas en las cuales ciertos estímulos hacen surgir una sensación de placer de una determinada cualidad. No cabe duda que los estímulos productores de placer están ligados a condiciones especiales que no conocemos. El carácter rítmico debe juzgar entre ellas un importante papel. Menos decidida aún está la cuestión de si se puede considerar como «específico» el carácter de la sensación de placer que la excitación hace surgir. En esta «especificidad» estaría contenido el factor sexual. En las cuestiones del placer y del dolor anda aún la Psicología tan a tientas, que la hipótesis más prudente es la que debe preferirse. Más tarde llegaremos quizá a bases sólidas sobre las cuales podamos apoyar la «especificidad» de la sensación de placer.

La cualidad erógena puede hallarse señaladamente adscrita a determinadas partes del cuerpo. Existen zonas erógenas predestinadas, como nos enseña el ejemplo del «chupeteo»; pero el mismo ejemplo nos demuestra también que cualquier otra región de la epidermis o de la mucosa puede servir de zona erógena; esto es, que posea *a priori* una determinada capacidad para serlo. Así, pues, la cualidad del estímulo influye más en la producción de placer que el carácter de la parte del cuerpo correspondiente. El niño que ejecuta la succión busca por todo su cuerpo y escoge una parte cualquiera de él, que después, por la

costumbre, será la preferida. Cuando en esta busca tropieza con una de las partes predestinadas (pezón, genitales), conservará ésta siempre tal preferencia. Una capacidad de desplazamiento análoga reaparece después en la sintomatología de la histeria. En esta neurosis, la represión recae principalmente sobre las zonas genitales propiamente dichas y éstas transmiten su excitabilidad a las restantes zonas erógenas, que en la vida adulta han pasado a un segundo término y que en estos casos vuelven a comportarse nuevamente como genitales. Pero, además, como sucede en la succión, toda otra parte del cuerpo puede llegar a adquirir igual excitabilidad que los genitales y ser elevada a la categoría de zona erógena. Las zonas erógenas y las histerógenas muestran los mismo caracteres^[935].

Fin sexual infantil. — El fin sexual del instinto infantil consiste en hacer surgir la satisfacción por el estímulo apropiado de una zona erógena elegida de una u otra manera. Esta satisfacción tiene que haber sido experimentada anteriormente para dejar una necesidad de repetirla, y no debe sorprendernos hallar que la naturaleza ha encontrado medio seguro de no dejar entregado al azar el hallazgo de tal satisfacción^[936]. Con respecto a la zona bucal, hemos visto ya que el dispositivo que llena esta función es la simultánea conexión de esta parte del cuerpo con la ingestión de los alimentos. Ya iremos encontrando otros dispositivos análogos como fuentes de la sexualidad. El estado de necesidad que exige el retorno de la satisfacción se revela en dos formas distintas: por una peculiar sensación de tensión, que tiene más bien un carácter displaciente, y por un estímulo o prurito, *centralmente condicionado* y proyectado en la zona erógena periférica. Puede, por tanto, formularse también el fin sexual diciendo que está constituido por el acto de sustituir el estímulo proyectado en la zona erógena por aquella otra excitación exterior que hace cesar la sensación de prurito, haciendo surgir la de satisfacción. Esta excitación exterior consistirá, en la mayoría de los casos, en una manipulación análoga a la succión.

El hecho de que la necesidad pueda ser también despertada periféricamente, por una verdadera transformación de la zona erógena, concuerda perfectamente con nuestros conocimientos psicológicos. Únicamente puede extrañarnos que una excitación necesite para cesar una segunda y nueva excitación producida en mismo sitio.

(4) LAS MANIFESTACIONES SEXUALES MASTURBATORIAS^[937]

Comprobamos con satisfacción que ya no nos queda mucho que averiguar acerca de la actividad sexual infantil, una vez que el examen de una única zona erógena nos ha revelado los caracteres esenciales del instinto. Las diferencias principales se refieren tan sólo al procedimiento empleado para alcanzar la satisfacción. Este procedimiento, que para la zona buco-labial consistía, según ya hemos visto, en la succión, quedaría constituido por otras distintas actividades musculares, según la situación y las propiedades de la zona erógena de que se trate.

Actividad de la zona anal. — También la zona anal es, como la zona bucolabial, muy apropiada por su situación para permitir el *apoyo* de la sexualidad en otras funciones fisiológicas. La importancia erógena originaria de esta zona ha de suponerse muy considerable. Por medio del psicoanálisis llegamos a conocer, no sin asombro, qué transformación experimentan las excitaciones sexuales emanadas de la zona anal y con cuánta frecuencia conserva esta última, a través de toda la vida, cierto grado de excitabilidad genital^[938]. Los trastornos intestinales, tan frecuentes en los años infantiles, hacen que no falten nunca a esta zona intensas excitaciones. Los catarros intestinales padecidos en la infancia convierten al sujeto —empleando la expresión corriente— en un individuo «nervioso», y ejercen, en posteriores enfermedades de carácter neurótico, una influencia determinante sobre las manifestaciones sintomáticas de la neurosis, a cuya disposición ponen una gran cantidad de trastornos digestivos. Teniendo en cuenta el carácter erógeno de la zona anal, el cual es conservado permanentemente por la misma, cuando menos en una forma modificada, no podremos ya burlarnos de la antigua opinión médica que atribuía a las hemorroides una gran importancia para la génesis de ciertos estados neuróticos.

Aquellos niños que utilizan la excitabilidad erógena de la zona anal, lo revelan por el hecho de retardar el acto de la excreción, hasta que la acumulación de las materias fecales produce violentas contracciones musculares, y su paso por el esfínter, una viva excitación de las mucosas. En este acto, y al lado de la sensación dolorosa, debe de aparecer una sensación de voluptuosidad. Uno de

los mejores signos de futura anormalidad o nerviosidad es, en el niño de pecho, la negativa a verificar el acto de la excreción cuando se le sienta sobre el orinal; esto es, cuando le parece oportuno a la persona que está a su cuidado, reservándose el niño tal función para cuando a él le parece oportuno verificarla. Naturalmente, el niño no da importancia a ensuciar su cuna o sus vestidos, y sólo tiene cuidado de que al defecar no se le escape la sensación de placer accesoria. Las personas que rodean a los niños sospechan también aquí la verdadera significación de este acto, considerando como un «vicio» del niño la resistencia a defecar en el orinal.

El contenido intestinal^[939] se conduce, pues, al desempeñar la función de cuerpo excitante de una mucosa sexualmente sensible, como precursor de otro órgano que no entrará en acción sino después de la infancia. Pero, además, entraña para el infantil sujeto otras varias e importantes significaciones. El niño considera los excrementos como una parte de su cuerpo y les da la significación de un «primer regalo», con el cual puede mostrar su docilidad a las personas que le rodean o su negativa a complacerlas. Desde esta significación de «regalo» pasan los excrementos a la significación de «niño»; esto es, que según una de las teorías sexuales infantiles representan un niño concebido por el acto de la alimentación y parido por el recto.

La retención de las masas fecales intencionada, por tanto, al principio, para utilizarlas en calidad de excitación masturbadora de la zona anal o como un medio de relación del niño, constituye además una de las raíces del estreñimiento tan corriente en los neurópatas. La importancia de la zona anal se refleja luego en el hecho de que se encuentran pocos neuróticos que no posean sus usos y ceremonias especiales, escatológicos, mantenidos por ellos en el más profundo secreto^[940].

En los niños de más edad no es nada raro hallar una excitación masturbatoria de la zona anal con ayuda de los dedos y provocada por un prurito condicionado centralmente o mantenido periféricamente.

Actividad de las zonas genitales. — Entre las zonas erógenas del cuerpo infantil hállase una que, si ciertamente no desempeña el papel principal ni puede ser tampoco el substráete de las primeras excitaciones sexuales, está, sin embargo, destinada a adquirir una gran importancia en el porvenir. Tanto en el sexo masculino como en el femenino se halla esta zona relacionada con la micción (pene, clítoris), y en los varones, encerrada en un saco mucoso, de

manera que no pueden faltarle estímulos, producidos por las secreciones, que aviven tempranamente la excitación sexual.

Las actividades sexuales de esta zona erógena, que pertenecen al verdadero aparato sexual, constituyen el comienzo de la ulterior vida sexual «normal».

La situación anatómica, el contacto con las secreciones, los lavados y frotamientos de la higiene corporal y determinadas excitaciones accidentales (como la emigración de los oxiuros en las niñas), hacen inevitable que la sensación de placer que puede emanar de esta parte del cuerpo se haga notar en los niños ya en su más temprana infancia y despierte en ellos un deseo de repetición. Si consideramos el conjunto de circunstancias antes apuntadas y pensamos que la aplicación de las reglas de higiene corporal produce resultados excitantes iguales a los que la suciedad produciría, habremos de concluir que el onanismo del niño de pecho, al cual no escapa ningún individuo, prepara la futura primacía de esta zona erógena con respecto a la actividad sexual. El acto que hace cesar el estímulo y determina la satisfacción consiste en un frotamiento con la mano o en una presión en los muslos, uno contra otro. Este último acto es el más frecuente en las muchachas. La preferencia de los niños por el frotamiento con la mano nos indica qué importantes aportaciones proporcionará en lo futuro el instinto de aprehensión a la actividad sexual masculina^[941].

Para mayor claridad, distinguiremos tres fases de la masturbación infantil; la primera de ellas pertenece a la edad de la lactancia; la segunda, a la corta época de florecimiento de la actividad sexual, aproximadamente hacia el cuarto año, y solamente la tercera corresponde a la masturbación de la pubertad, que es casi la única a que hasta hoy se ha dado importancia.

Segunda fase de la masturbación infantil. — La masturbación del niño de pecho desaparece aparentemente después de corto tiempo, pero puede conservarse sin solución de continuidad hasta la pubertad, constituyendo entonces la primera gran desviación del desarrollo propuesto a todo hombre civilizado. En los años infantiles posteriores a la lactancia, generalmente antes del cuarto año, suele despertar nuevamente el instinto sexual de esta zona genital y conservarse hasta una nueva represión o continuar sin interrupción ninguna. Se presentan aquí casos muy diferentes, para cuya explicación habríamos de analizar cada uno de ellos en particular, pero todas las peculiaridades de esta *segunda* actividad sexual infantil dejan en la memoria del individuo las más profundas huellas (inconscientes) y determinan el desarrollo de su carácter

cuando sigue poseyendo salud, o la sintomatología de su neurosis cuando enferma después de la pubertad^[942]. En este último caso se olvida este período sexual y se desplazan los recuerdos conscientes con él ligados. Ya he formulado mi opinión de que la amnesia infantil normal está ligada a esta actividad sexual infantil. La investigación psicoanalítica consigue volver a traer a la conciencia lo olvidado y hacer desaparecer de esta manera una obsesión emanada de este material psíquico inconsciente.

Retorno de la masturbación del niño de pecho. — La excitación sexual de la época de la lactancia retorna en los años infantiles antes indicados, como un prurito centralmente condicionado, que impulsa a la satisfacción onanista o como un proceso que, al igual de la polución que aparece en la época de la pubertad, alcanza la satisfacción sin ayuda de acto ninguno. Este último caso es el más frecuente en las muchachas durante la segunda mitad de la infancia. No se ha llegado a comprender totalmente su condicionalidad, y parece ser consecuencia, muchas veces, de un período anterior de onanismo activo. La sintomatología de estas manifestaciones sexuales es muy escasa. El aparato urinario aparece aquí en lugar del aparato genital, aún no desarrollado. La mayoría de las cistopatías que sufren los niños en esta época son perturbaciones sexuales. La *enuresis* nocturna corresponde, cuando no representa un ataque epiléptico, a una polución.

La reaparición de la actividad sexual depende de causas internas y motivos externos. La sintomatología de la neurosis y la investigación psicoanalítica nos ayudan a descubrir estas causas y a determinarlas con la mayor fijeza.

Más tarde hablaremos de las causas internas. Los motivos externos casuales presentan en esta época una importancia extraordinaria y duradera. Ante todo, hallamos la influencia de la seducción o corrupción, que trata a los niños tempranamente como objetos sexuales y les enseña, bajo circunstancias impresionantes, cómo lograr la satisfacción de las zonas genitales, satisfacción que luego permanecen, en la mayoría de los casos, obligados a renovar por medio del onanismo. Dicha influencia puede ser efectuada por personas adultas o por otros niños. No tengo que arrepentirme de la importancia dada por mí, en mi artículo sobre la etiología de la histeria, publicado en 1896, a estos casos de corrupción, aunque entonces no sabía aún cuántos individuos que no han salido, en años posteriores, de la normalidad sexual, puede también haber pasado por las mismas experiencias, y atribuí, por tanto, mayor importancia a la corrupción que

a los factores dados en la constitución y en el desarrollo^[943]. Es indudable que en los niños no es necesaria la corrupción o seducción para que en ellos se despierte la vida sexual, pues ésta puede surgir espontáneamente por causas interiores.

Disposición perversa polimórfica. — Es muy interesante comprobar que bajo la influencia de la seducción puede el niño hacerse polimórficamente perverso; es decir, ser inducido a toda clase de extralimitaciones sexuales. Nos enseña esto que en su disposición peculiar trae ya consigo una capacidad para ello. La adquisición de las perversiones y su práctica encuentran, por tanto, en él muy pequeñas resistencias, porque los diques anímicos contra las extralimitaciones sexuales; o sea, el pudor, la repugnancia y la moral, no están aún constituidos en esta época de la vida infantil o su desarrollo es muy pequeño. El niño se conduce en estos casos igual que el tipo corriente de mujer poco educada, en la cual perdura, a través de toda la vida, dicha disposición polimórfica perversa, pudiendo conservarse normalmente sexual, pero también aceptar la dirección de un hábil seductor y hallar gusto en toda clase de perversiones, adoptándolas en su actividad sexual. Esta disposición polimórfica, y, por tanto, infantil, es utilizada por la prostituta para sus actividades profesionales, y dado el inmenso número de mujeres prostitutas y de aquéllas a las cuales hay que reconocer capacidad para la prostitución, aunque hayan escapado a su ejercicio profesional, es imposible no ver en esta disposición a todas las perversiones algo generalmente humano y originario.

Instintos parciales. — Por lo demás la influencia de la seducción no nos ayuda a descubrir los primeros misterios del instinto sexual, sino que nubla nuestra capacidad de penetración hasta los mismos, guiando a los niños tempranamente hasta el objeto sexual del que en un principio no siente necesidad alguna el instinto sexual infantil. Sin embargo, debemos reconocer que la vida sexual infantil entraña también, por grande que sea el predominio de las zonas erógenas, tendencias orientadas hacia un objeto sexual exterior. A este orden pertenecen los instintos de contemplación, exhibición y crueldad, que más tarde se enlazarán estrechamente a la vida genital, pero que existen ya en la infancia, aunque con plena independencia de la actividad sexual erógena. El niño carece en absoluto de pudor y encuentra en determinados años de su vida un inequívoco placer en desnudar su cuerpo, haciendo resaltar especialmente sus órganos

genitales. La contrapartida de esta tendencia, considerada perversa, es la curiosidad por ver los genitales de otras personas, y aparece en años infantiles algo posteriores, cuando el obstáculo que supone el pudor ha alcanzado ya un determinado desarrollo. Bajo la influencia de la seducción, la curiosidad perversa puede alcanzar una gran importancia en la vida sexual del niño. Mas de mis investigaciones de los años infantiles, tanto de personas sanas como neuróticas, debo concluir que el instinto de contemplación puede surgir en el niño como una manifestación sexual espontánea. Aquellos niños de corta edad, cuya atención ha sido dirigida alguna vez —y en la mayoría de los casos por medio de la masturbación— sobre sus propios genitales, suelen encontrar la gradación siguiente sin auxilio exterior ninguno, desarrollando así un vivo interés por los genitales de sus compañeros de juego. Dado que la ocasión de satisfacer tal curiosidad no se presenta generalmente más que en el acto de la satisfacción de las dos necesidades excrementales, conviértense estos niños en *voyeurs*; esto es, en interesados espectadores de la expulsión de la orina o de los excrementos, verificada por otra persona. Tras de la represión de estas tendencias, consérvese la curiosidad de ver los genitales de otras personas (del sexo propio o del contrario) como un impulso martirizador que en algunos casos de neurosis constituye la más enérgica fuerza instintiva de formación de síntomas. Con una independencia aún mayor del resto de la actividad sexual, ligada a las zonas erógenas, se desarrollan en el niño los componentes crueles del instinto sexual. La crueldad es algo que forma parte del carácter infantil, dado que aún no se ha formado en él el obstáculo que detiene al instinto de aprehensión ante el dolor de los demás; esto es, la capacidad de compadecer. Aún no se ha logrado realizar satisfactoriamente el análisis psicológico de este instinto, pero debemos aceptar que la impulsión cruel proviene del instinto de dominio y aparece en la vida sexual en una época en la cual los genitales no se han atribuido todavía su posterior papel. Por tanto, la crueldad predomina durante toda una fase de la vida sexual, que más tarde describiremos como organización pregenital^[944]. Aquellos niños que se distinguen por una especial crueldad contra los animales y contra sus compañeros de juego despiertan, generalmente con razón, la sospecha de una intensa y temprana actividad sexual de las zonas erógenas. En igual temprana madurez de todos los instintos sexuales, la actividad sexual erógena parece ser la primaria. La falta de resistencia constituida por la compasión trae consigo el peligro de que esta

conexión infantil de los instintos crueles con los erógenos se conserve inmutable durante toda la vida.

Todos los educadores saben, desde las *Confesiones*, de J. J. Rousseau, que la dolorosa excitación de la piel de las nalgas constituye una raíz erógena del instinto pasivo de crueldad; esto es, del masoquismo, y, por tanto, han deducido, con razón, que es necesario prescindir de aquellos castigos corporales que producen la excitación de esta parte del cuerpo de los niños, cuya libido puede ser empujada hacia caminos colaterales por las posteriores exigencias de la educación^[945].

(5) LA INVESTIGACIÓN SEXUAL INFANTIL

El instinto de saber. — Hacia la misma época en que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, esto es, del tercero al quinto año, aparecen en él los primeros indicios de esta actividad, denominada instinto de saber (*Wissenstrieb*) o instinto de investigación. El instinto de saber no puede contarse entre los componentes instintivos elementales ni colocarse exclusivamente bajo el dominio de la sexualidad. Su actividad corresponde, por un lado, a una aprehensión sublimada, y por otro, actúa con la energía del placer de contemplación. Sus relaciones con la vida sexual son, sin embargo, especialmente importantes, pues el psicoanálisis nos ha enseñado que el instinto de saber infantil es atraído —y hasta quizá despertado— por los problemas sexuales en edad sorprendentemente temprana y con insospechada intensidad.

El enigma de la esfinge. — Intereses prácticos, y no sólo teóricos, son los que ponen en marcha en el niño la obra de la actividad investigadora. La amenaza de sus condiciones de existencia por la aparición, real o simplemente sospechada, de un nuevo niño, y el temor de la pérdida que este suceso ha de acarrear para él con respecto a los cuidados y al amor de los que le rodean, le hacen meditar y tratar de averiguar el problema de esta aparición del hermanito. El primer problema de que el niño se ocupa no es, por tanto, el de la diferencia de los sexos, sino el enigma de la procedencia de los niños. Bajo un disfraz fácilmente penetrable, es también éste el problema cuya solución propone la esfinge tebana. El hecho de la existencia de dos sexos lo acepta el niño al

principio sin resistencia ni sospecha alguna.

Para el niño es natural la suposición de que todas las personas que conoce poseen un órgano genital exacto al suyo y no puede sospechar en nadie la falta de este órgano.

Complejo de castración y envidia por la posesión del pene. — Esta convicción es enérgicamente conservada por el sujeto infantil, que la defiende frente a las contradicciones que la observación le muestra en seguida, y no la pierde hasta después de graves luchas interiores (complejo de castración). Las formaciones sustitutivas de éste pene, que el niño supone perdido en la mujer, juegan en la morfología de numerosas y diversas perversiones un importantísimo papel^[946].

La hipótesis de que ambos sexos poseen el mismo aparato genital (el masculino) es la primera de estas teorías sexuales infantiles, tan singulares y que tan graves consecuencias pueden acarrear. De poco sirve al niño que la ciencia biológica dé la razón a sus prejuicios y reconozca el clítoris femenino como un verdadero equivalente del pene. La niña no crea una teoría parecida al ver los órganos genitales del niño diferentes de los suyos. Lo que hace es sucumbir a la envidia del pene, que culmina en el deseo, muy importante por sus consecuencias, de ser también un muchacho.

Teorías sobre el nacimiento. — Muchos hombres recuerdan claramente la intensidad con que se interesaron, en la época anterior a la pubertad, por el problema de la procedencia de los niños. Las infantiles soluciones anatómicas dadas al enigma son muy diversas: los niños salen del pecho, son sacados cortando el cuerpo de la mujer o surgen abriéndose paso por el ombligo^[947]. Estas investigaciones de los tempranos años infantiles se recuerdan raramente fuera del análisis, pues han sucumbido a la represión; pero sus resultados, cuando se logra atraerlos a la memoria, muestran todos una íntima analogía. Otra de las teorías infantiles es la de que los niños se conciben al comer alguna cosa determinada (como en las fábulas) y nacen saliendo del intestino como en el acto excrementicio. Estas teorías del niño recuerdan la forma del parto en el reino animal, y especialmente la cloaca de aquellos tipos zoológicos de especies inferiores a los mamíferos.

Concepción sádica del acto sexual. — Cuando los niños son espectadores,

en esta edad temprana, del acto sexual entre los adultos, a lo cual da facilidades la convicción corriente de que el niño no llega a comprender aún nada de carácter sexual, no pueden por menos de considerar el acto sexual como una especie de maltratado o del abuso de poder; esto es, en un sentido sádico. El psicoanálisis nos demuestra que tal impresión, recibida en temprana edad infantil, tiene gran importancia para originar una predisposición a un posterior desplazamiento sádico del fin sexual. Los niños que han contemplado una vez la realización del acto sexual siguen ocupándose con el problema de en qué consiste aquel acto o, como ellos dicen, en qué consiste el estar casado, y buscan la solución del misterio en una comunidad facilitada por la función de expulsar la orina o los excrementos.

Fracaso típico de la investigación sexual infantil. — En general puede decirse que las teorías sexuales infantiles son imágenes de la propia constitución sexual del niño, y que, a pesar de sus grotescos errores, indican más comprensión de los procesos sexuales de la que se sospecharía en sus creadores.

Los niños advierten la transformación producida por el embarazo en su madre y saben interpretarla muy justamente.

La fábula de la cigüeña es escuchada a veces por ellos con una profunda desconfianza, generalmente muda; pero, dado que la investigación sexual infantil desconoce siempre los elementos: el papel fecundante del semen y la existencia del orificio vaginal, puntos en los cuales la organización infantil aún no está completada, los trabajos de la investigación infantil permanecen infructuosos y terminan en una renuncia que produce muchas veces una interrupción duradera del instinto de saber. La investigación sexual de estos años infantiles es llevada siempre a cabo solitariamente y constituye un primer paso del niño hacia su orientación independiente en el mundo, alejándole de las personas que le rodean y que antes habían gozado de su completa confianza.

(6) FASES EVOLUTIVAS DE LA ORGANIZACIÓN SEXUAL^[948]

Hasta ahora hemos hecho resaltar como caracteres de la vida sexual infantil su esencia autoerótica; esto es, el encontrar su objeto en el propio cuerpo y el hecho de permanecer aislados y sin conexión todos los instintos parciales, tendiendo independientemente cada uno hacia la obtención de placer. El final del

desarrollo está constituido por la llamada vida sexual normal del adulto, en la cual la consecución de placer entra al servicio de la función reproductora, habiendo formado los instintos parciales bajo la primacía de una única zona erógena; una firme organización para la consecución del fin sexual en un objeto sexual exterior.

Organizaciones pregenitales. — El estudio psicoanalítico de las inhibiciones y perturbaciones que aparecen en este proceso evolutivo nos permite descubrir nuevos agregados y grados preliminares de tal organización de los instintos parciales, que nos dejan deducir una especie de régimen sexual. Estas fases de la organización sexual transcurren normalmente sin dejar advertir su paso más que por muy breves indicios. Sólo en los casos patológicos se activan y aparecen reconocibles a la investigación exterior.

Denominaremos pregenitales a aquellas organizaciones de la vida sexual en las cuales las zonas genitales no han llegado todavía a su papel predominante. Hasta ahora hemos conocido dos de estas organizaciones, que pueden considerarse como regresiones a primitivos estados zoomórficos.

La primera de estas organizaciones sexuales pregenitales es la *oral* o, si se quiere, *caníbal*. En ella, la actividad sexual no está separada de la absorción de alimentos. El objeto de una de estas actividades es también objeto de la otra, y el fin sexual consiste en la *asimilación* del objeto, modelo de aquello que después desempeñará un importantísimo papel psíquico como *identificación*.

Como resto de esta fase de organización ficticia y que sólo la patología nos fuerza a admitir puede considerarse la succión, en la cual la actividad alimenticia ha sustituido el objeto exterior por uno del propio cuerpo (chupeteo del pulgar) [949].

Una segunda fase pregenital es la de la organización *sádico-anal*. En ella, la antítesis que se extiende a través de toda la vida sexual está ya desarrollada; pero no puede ser aún denominada *masculina* y *femenina*, sino simplemente *activa* y *pasiva*. La actividad está representada por el instinto de aprehensión, y como órgano con fin sexual pasivo aparece principalmente la mucosa intestinal erógena. Para ambas tendencias existen objetos, pero no coincidentes. Al mismo tiempo actúan autoeróticamente otros instintos parciales. En esta fase aparecen ya, por tanto, la polaridad sexual y el objeto exterior. La organización y la subordinación a la función reproductora faltan todavía [950].

Ambivalencia. — Esta forma de organización sexual puede conservarse a través de toda la vida y apropiarse gran parte de la actividad sexual. El predominio del sadismo y el papel de cloaca en la zona anal le prestan un marcado sello arcaico. Otro de sus caracteres es el de que las tendencias antagónicas son de igual fuerza, circunstancia para la cual ha creado Bleuler el término «ambivalencia».

La hipótesis de la existencia de organizaciones pregenitales en la vida sexual está fundada en el análisis de las neurosis, y solamente en relación con estos análisis puede estudiársela. Debemos esperar que continuadas investigaciones analíticas nos proporcionen más datos sobre la construcción y el desarrollo de la función sexual normal.

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil debe añadirse que con frecuencia o regularmente tiene ya lugar en los años infantiles una elección de objeto tal y como vimos era característica de la fase de la pubertad; elección que se verifica orientándose todos los instintos sexuales hacia una única persona, en la cual desean conseguir sus fines. Ésta es la mayor aproximación posible en los años infantiles a la constitución definitiva de la vida sexual posterior a la pubertad. La diferencia está tan sólo en que la síntesis de los instintos parciales y su subordinación a la primacía de los genitales no se verifica en la niñez, o sólo se verifica muy imperfectamente. La formación de esta primacía en aras de la reproducción, es, por tanto, la última fase de la organización sexual^[951].

Los dos tiempos de la elección de objeto. — Puede considerarse como un fenómeno típico el que la elección de objeto se verifique en dos fases: la primera comienza en los años que van del segundo al quinto, es detenida o forzada a una regresión por la época de latencia y se caracteriza por la naturaleza infantil de sus fines sexuales. La segunda comienza con la pubertad y determina la constitución definitiva de la vida sexual.

El hecho de que la elección de objeto se realice en dos períodos separados por el de latencia, es de gran importancia en cuanto a la génesis de ulteriores trastornos del estado definitivo. Los resultados de la elección infantil de objeto alcanzan hasta épocas muy posteriores, pues conservan intacto su peculiar carácter o experimentan en la pubertad una renovación. Mas llegado este período, y a consecuencia de la represión que tiene lugar entre ambas fases, se demuestran, sin embargo, como utilizables. Sus fines sexuales han

experimentado una atenuación y representan entonces aquello que pudiéramos denominar *corriente de ternura de la vida sexual*.

Sólo la investigación psicoanalítica puede demostrar que detrás de esta ternura, respecto y consideración se esconden las antiguas corrientes sexuales de los instintos parciales infantiles, ahora inutilizables.

La elección de objeto en la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y comenzar de nuevo como corriente *sensual*. La no coincidencia de ambas corrientes da con frecuencia el resultado de que uno de los ideales de la vida sexual, la reunión de todos los deseos en un solo objeto, no pueda ser alcanzado.

(7) FUENTES DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

En la labor de perseguir los orígenes del instinto sexual hemos encontrado hasta ahora que la excitación sexual se origina:

- a) Como formación consecutiva a una satisfacción experimentada en conexión con otros procesos orgánicos.
- b) Por un apropiado estímulo periférico de las zonas erógenas.
- c) Como manifestación de ciertos instintos cuyo origen no nos es totalmente conocido, tales como el instinto de contemplación y el de crueldad.

La investigación psicoanalítica regresiva, que descubre la niñez del adulto analizado, y la investigación directa de la vida infantil, nos han revelado otras fuentes regulares de la excitación sexual. La observación directa de los niños tiene el inconveniente de trabajar con objetos en los que fácilmente se incurre en error, y el psicoanálisis queda dificultado por el hecho de no poder llegar a sus objetos ni a sus resultados más que por medio de grandes rodeos. Mas con la acción conjunta de ambos métodos investigativos se consigue un grado satisfactorio de seguridad de conocimiento.

En la investigación de las zonas eróticas hemos encontrado que estas partes de la epidermis no muestran más que una especial elevación de un género de excitabilidad que, en cierto modo, es poseído por toda la superficie del cuerpo. Por tanto, no nos maravillemos de ver que determinadas excitaciones generales de la epidermis poseen afectos erógenos muy definidos. Entre ellas debemos hacer resaltar las producidas por la temperatura, hecho que nos ayuda a comprender los efectos terapéuticos de los baños calientes.

Excitaciones mecánicas. — Debemos añadir aquí la producción de la excitación sexual por conmociones mecánicas rítmicas del cuerpo, las cuales producen tres clases de efectos estimulantes, a saber: sobre el aparato sensorial de los nervios vestibulares, sobre la piel y sobre partes más profundas; esto es, los músculos y las articulaciones.

Antes de analizar las sensaciones de placer producidas por las excitaciones mecánicas haremos observar que en lo que sigue emplearemos indistintamente los términos «excitación» y «satisfacción», reservándonos para más adelante precisar el sentido de cada uno. El que el niño guste tanto de juegos en los que se produce un movimiento pasivo, como el de mecerse, y demande continuamente su repetición constituye una prueba del placer producido por ciertos movimientos mecánicos^[952]. Sabido es lo mucho que se usa el mecer a los niños de carácter inquieto para lograr hacerles conciliar el sueño. El movimiento producido por los viajes en coche y más tarde en ferrocarril ejerce un efecto tan fascinador sobre el niño ya de alguna edad, que todos los muchachos tienen alguna vez en su vida el deseo de llegar a ser conductores o cocheros. Abrigan un misterioso interés de extraordinaria intensidad por todo lo referente a los viajes en ferrocarril y los convierten, en la época de la actividad fantástica (poco antes de la pubertad), en nódulo central de un simbolismo exquisitamente sexual. La obsesiva conexión del viaje en ferrocarril con la sexualidad procede sin duda del carácter de placer de las sensaciones de movimiento. Si aparece una represión a este respecto, represión que transforma gran parte de las preferencias infantiles en objetos de desagrado, estos niños, cuando llegan a ser adultos, reaccionan con malestar y náuseas a todos los movimientos de carácter de columpio o vaivén, quedan agotados extraordinariamente por un viaje en ferrocarril o tienen ataques de angustia durante el viaje y se defienden contra la repetición de la experiencia penosa por medio de aquella neurosis cuyo síntoma es el miedo al ferrocarril.

Aquí se agrega (sin que aún haya podido llegarse a su comprensión) el hecho de que por la coincidencia del miedo al movimiento mecánico, con una conmoción mecánica, quede producida la grave neurosis traumática histeriforme. Debe suponerse, por lo menos, que estas influencias, que cuando son de pequeña intensidad devienen fuentes de excitación sexual, hacen surgir, cuando actúan en grado elevado, una profunda perturbación del mecanismo sexual.

Actividad muscular. — La actividad muscular es para los niños una necesidad de cuya satisfacción extraen un placer extraordinario. Que este placer tenga algo que ver con la sexualidad, ya entrañando una satisfacción sexual, ya originando una excitación de tal carácter, es una hipótesis que podrá sucumbir a las objeciones críticas que se alcen contra ella y que no dejarán de oponerse asimismo a la afirmación antes expuesta de que el placer producido por sensaciones de movimientos pasivos es de naturaleza sexual o actúa como excitante sexual. Pero el hecho es que muchos individuos nos han comunicado que los primeros signos de excitabilidad de sus genitales aparecieron durante un cuerpo a cuerpo con sus compañeros de juego, situación en la cual, además del esfuerzo muscular general, actúa el contacto de la piel del niño con la de su contrincante. La tendencia a la lucha muscular con determinada persona, así como, en años posteriores, la tendencia a la lucha oral, pertenece a los signos claros de la elección de objeto orientada hacia dicha persona^[953]. En la producción de la excitación sexual por la actividad muscular se hallará quizá una de las raíces del instinto sádico. Para muchos individuos la conexión entre la lucha y la excitación sexual codetermina la posterior orientación preferida de su instinto sexual^[954].

Procesos afectivos. — Menos dudas aparecen en la observación de las restantes fuentes de excitación sexual de los niños. Es fácil fijar, por observaciones directas o por investigaciones posteriores, que todos los procesos afectivos intensos, hasta las mismas excitaciones aterrizantes, se extienden hasta el dominio de la sexualidad, hecho que puede constituir asimismo una aportación a la inteligencia del efecto patógeno de tales emociones. En los colegiales, el miedo al examen o la tensión ante un deber de difícil solución pueden tener gran importancia, tanto para la aparición de manifestaciones sexuales como para su conducta en la escuela, pues en tales circunstancias aparece con frecuencia una sensación de excitación que lleva al tocamiento de los genitales o a un proceso análogo a la polución, con todas sus consecuencias perturbadoras. La conducta del niño en la escuela, que tantos problemas plantea a los profesores, debe relacionarse, en general, con su naciente sexualidad. El efecto sexualmente excitante de algunos afectos desagradables en sí; el temor, el miedo o el horror, se conserva en gran cantidad de hombres a través de toda la vida adulta y constituye la explicación de que tantas personas busquen la ocasión

de experimentar tales sensaciones cuando determinadas circunstancias accesorias, esto es, la pertenencia de tales sensaciones a un mundo aparente, como el de la lectura o el del teatro, mitigan la gravedad de las mismas.

Si pudiera suponerse que también las sensaciones intensamente dolorosas poseen igual efecto erógeno, sobre todo cuando el dolor es mitigado o alejado por una circunstancia accesoria, podría hallarse en esta situación una de las raíces principales del instinto sádico-masoquista, en cuya heterogénea composición vamos penetrando poco a poco^[955] 691.

Trabajo intelectual. — Es, por último, innegable que la concentración de la atención en un trabajo intelectual, y en general toda tensión anímica, tienen por consecuencia una coexcitación sexual en muchos hombres, tanto adolescentes como adultos, excitación que es probablemente el único fundamento justificado para la de otra manera tan dudosa atribución de las perturbaciones nerviosas al «surmenage» psíquico.

Volviendo a considerar, después de estas indicaciones y pruebas, no expuestas aquí en su totalidad ni de un modo completo, las fuentes de la excitación sexual infantil, pueden sospecharse o reconocerse las siguientes generalidades: parece existir un especial cuidado en que el proceso de la excitación sexual, cuya esencia nos es cada vez más misteriosa, sea puesto en marcha, cuidando de ella ante todo, de un modo más o menos directo, las excitaciones de las superficies sensibles —tegumentos y órganos sensoriales— y de un modo inmediato los efectos excitantes ejercidos sobre determinadas partes consideradas como zonas erógenas. En estas fuentes de la excitación sexual, el elemento regulador es la calidad de la excitación, aunque el elemento intensidad (en el dolor) no sea por completo indiferente. Pero, además, existen disposiciones orgánicas cuya consecuencia es la de hacer surgir la excitación sexual como efecto accesorio de una numerosa serie de procesos interiores en cuanto la intensidad de estos procesos ha traspasado determinadas fronteras cuantitativas. Los que hemos denominado instintos parciales de la sexualidad se derivan directamente de estas fuentes internas de la excitación sexual o se componen de aportaciones de tales fuentes y de las zonas erógenas. Es posible que nada importante suceda en el organismo que no contribuya con sus componentes a la excitación del instinto sexual.

No me parece posible, por ahora, lograr mayor claridad y seguridad en estas deducciones generales, y de esta imposibilidad hago responsable a dos factores.

Es el primero, la novedad de este modo de considerar la cuestión, y el segundo, el hecho de que la esencia de la excitación sexual no es aún totalmente desconocida. Sin embargo, no quiero renunciar a hacer constar dos observaciones que permiten ampliar nuestro horizonte:

Diversas constituciones sexuales. — Así como antes vimos la posibilidad de fundamentar una diversidad de las constituciones sexuales innatas en la diversa formación y desarrollo de las zonas erógenas, podemos también intentar algo análogo con relación a las fuentes indirectas de la excitación sexual. Podemos aceptar que estas fuentes producen aportaciones en todos los individuos, pero no en todos de igual intensidad, y que en el mayor desarrollo de determinadas fuentes de la excitación sexual se halla un nuevo dato para la diferenciación de las diversas constituciones sexuales^[956].

Caminos de influjo recíproco. — Dejando aparte la expresión figurada en la que durante tanto tiempo hablamos de «fuente» de excitación sexual, podemos llegar a la hipótesis de que todos los caminos de enlace que nos conducen a la sexualidad partiendo de otras funciones pueden ser recorridos también en sentido inverso. Si, por ejemplo, la dualidad de funciones de la zona labial es el fundamento de que en la alimentación surja simultáneamente una satisfacción sexual, el mismo factor nos permitiría también llegar a la comprensión de las perturbaciones de las funciones alimenticias cuando las funciones erógenas de la zona común estén perturbadas. Sabiendo que la concentración de la atención puede hacer surgir una excitación sexual, podemos llegar a la hipótesis de que por una actuación en el mismo camino, pero en dirección opuesta, el estado de excitación sexual puede influir en nuestra disponibilidad sobre la atención susceptible de ser dirigida. Gran parte de la sintomatología de aquellas neurosis que yo derivo de las perturbaciones de los procesos sexuales se manifiesta en la perturbación de otras funciones físicas no sexuales, y esta influencia, hasta ahora incomprensible, se hace menos misteriosa cuando no representa más que la parte correspondiente en sentido opuesto a las influencias, entre las cuales se halla la producción de la excitación sexual.

Los mismos caminos por los que las perturbaciones sexuales se extienden a las restantes funciones físicas tienen también que servir a otras funciones importantes en estados normales. Por estos mismos caminos tienen que tener lugar la orientación del instinto sexual; esto es, la sublimación de la sexualidad.

Debemos cerrar este capítulo con la confesión de que sobre estos caminos, que existen ciertamente y que probablemente pueden recorrerse en ambos sentidos, existe muy poco seguramente conocido.

3. — LA METAMORFOSIS DE LA PUBERTAD

CON el advenimiento de la pubertad comienzan las transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal

El instinto sexual, hasta entonces predominantemente autoerótico, encuentra por fin el objeto sexual. Hasta este momento actuaba partiendo de instintos aislados y de zonas erógenas que, independientemente unas de otras, buscaban como único fin sexual determinado placer. Ahora aparece un nuevo fin sexual, a cuya consecución tienden de consumo todos los instintos parciales, al paso de las zonas erógenas se subordinan a la primacía de la zona genital^[957]. Dado que el nuevo fin sexual determina funciones diferentes para cada uno de los dos sexos, las evoluciones sexuales respectivas divergirán considerablemente. La del hombre es la más consecuente y la más asequible a nuestro conocimiento, mientras que en la de la mujer aparece una especie de regresión. La normalidad de la vida sexual se produce por la confluencia de las dos corrientes dirigidas sobre el objeto sexual y el fin sexual, la de ternura y la de sensualidad, la primera de las cuales acoge en sí lo que resta del florecimiento infantil de la sexualidad, constituyendo este proceso algo como la perforación de un túnel comenzada por ambos extremos simultáneamente.

El nuevo fin sexual, consistente, en el hombre, en la descarga de los productos sexuales, no es totalmente distinto del antiguo fin que se proponía tan sólo la consecución del placer, pues precisamente a este acto final del proceso sexual se enlaza un máximo placer. El instinto sexual se pone ahora al servicio de la función reproductora; puede decirse que se hace altruísta. Para que esta transformación quede perfectamente conseguida tiene que ser facilitada por la disposición original y por todas las peculiaridades del instinto.

Como siempre que en el organismo han de establecerse nuevas síntesis y conexiones para formar un complicado mecanismo, aparece también aquí el peligro de perturbaciones morbosas por defectuosa constitución de estos nuevos órdenes. Todas las perturbaciones morbosas de la vida sexual pueden

considerarse justificadamente como inhibición del desarrollo.

(1) PRIMACÍA DE LAS ZONAS GENITALES Y PLACER PRELIMINAR

Ante nuestros ojos aparecen claramente el punto inicial y el final del proceso evolutivo descrito; pero las transiciones merced a las cuales va constituyéndose este desarrollo permanecen todavía en la oscuridad y tendremos que dejar sin resolver más de un problema con ellas ligado.

Se ha escogido como lo esencial en los procesos de la pubertad lo más singular de los mismos; esto es, el manifiesto crecimiento de los genitales exteriores, que durante el período de latencia de la niñez había quedado interrumpido hasta cierto punto. Simultáneamente, el desarrollo de los genitales internos ha avanzado tanto que pueden ya ser capaces de proporcionar productos sexuales, o, en el sexo femenino, acogerlos para la formación de un nuevo ser. De esta manera queda constituido un complicado aparato que espera su utilización.

Este aparato debe ser puesto en actividad por estímulos apropiados, los cuales pueden llegar a él por tres caminos diferentes: partiendo del mundo exterior, por excitación de las zonas erógenas que ya conocemos; del interior orgánico, por caminos que aún han de ser investigados, y de la vida anímica, que constituye un almacén de impresiones exteriores y una estación receptora de estímulos internos. Por todos estos tres caminos puede surgir la misma cosa: un estado que se denomina «excitación sexual» y se manifiesta por signos de dos géneros: anímicos y somáticos. Los signos anímicos consisten en una peculiar sensación de tensión, de un carácter altamente apremiante. Entre los diversos signos físicos aparece, en primer término, una serie de transformaciones de los genitales que tienen un sentido indudable, el de hallarse éstos *dispuestos* al acto sexual; o sea, preparados para su ejecución (erección del miembro viril y lubricación de la vagina).

La tensión sexual. — El carácter de tensión de la excitación sexual plantea un problema, cuya solución se muestra tan difícil como importante sería para la inteligencia de los procesos sexuales. A pesar de la diversidad de opiniones reinante sobre esta cuestión en la Psicología moderna, he de mantener mi aserto

de que una sensación de tensión tiene que ser de carácter displaciente. Prueba de ello es que tal sensación trae consigo un impulso a modificar la situación psicológica, cosa totalmente opuesta a la naturaleza del placer. Pero si se cuenta la tensión de la excitación sexual entre las sensaciones displacientes se tropieza en seguida con que dicha tensión es sentida como un placer. La tensión provocada por los procesos sexuales aparece siempre acompañada de placer, e incluso, las modificaciones preparatorias del aparato genital traen consigo una especie de satisfacción. ¿Cómo conciliar, entonces, la tensión displaciente con la sensación de placer?

Todo lo que se enlaza al problema del placer y el dolor toca en uno de los puntos más sensibles de la Psicología moderna. Procuraremos extraer del examen del caso particular aquí planteado la mayor suma de datos posibles, sin abarcar el problema en su totalidad. Consideremos primero la forma en que las zonas erógenas se someten al nuevo orden. Como ya sabemos, desempeñan en la iniciación de la excitación sexual un papel muy importante. Los ojos, que forman la zona erógena más alejada del objeto sexual, son también la más frecuentemente estimulada en el proceso de la elección por aquella excitación especial que emana de la belleza del objeto, a cuyas excelencias damos, así, el nombre de «estímulos» o «encantos^[958]». Esta excitación origina, al mismo tiempo que un determinado placer, un incremento de la excitación sexual o un llamamiento a la misma. Si a esto se añade la excitación de otra zona erógena, por ejemplo, de la mano que toca, el efecto es el mismo: una sensación de placer, incrementada en seguida por el placer producido por las transformaciones preparatorias, y, simultáneamente, una nueva elevación de la tensión sexual, que se convierte pronto en un displacer claramente perceptible cuando no le es permitido producir nuevo placer. Más transparente es aún otro caso: cuando, por ejemplo, en una persona no excitada sexualmente se estimula una zona erógena por medio de un tocamiento. Este tocamiento hace surgir una sensación de placer; pero al mismo tiempo es más apto que ningún otro proceso para despertar la excitación sexual que demanda una mayoración de placer. El problema está en cómo el placer experimentado hace surgir la necesidad de un placer mayor (es tocar el pecho de una mujer).

Mecanismo del placer preliminar. — Claramente aparece el papel desempeñado en esta cuestión por la zonas erógenas. Lo que era aplicable a una puede aplicarse a las demás. Todas ellas son utilizadas para producir, bajo un

estímulo apropiado, determinada aportación de placer, de la cual surge la elevación de la tensión, que por su parte debe hacer surgir la energía motora necesaria para llevar a término el acto sexual. La penúltima fase del mismo es, nuevamente, la apropiada excitación de una zona erógena, de la zona genital misma en el *glans penis*, por el objeto más apropiado para ello; esto es, la mucosa vaginal; bajo el placer que esta excitación produce se gana ahora, por caminos reflejos, la energía motora necesaria para hacer brotar la materia seminal. Este último placer es el de mayor intensidad y se diferencia de los demás en su mecanismo, siendo producido totalmente por una descarga y constituyendo un placer de satisfacción, con el cual se extingue temporalmente la tensión de la libido.

No me parece injustificado fijar por medio de un término especial esta diferencia esencial entre el placer producido por la excitación de las zonas erógenas y el producido por la descarga de la materia sexual. El primero puede ser denominado apropiadamente *placer preliminar*, en oposición al *placer final* o placer satisfactorio de la actividad sexual. El placer preliminar es el mismo que ya hubieron de provocar, aunque en menor escala, los instintos sexuales infantiles. El placer final es nuevo y, por tanto, se halla ligado probablemente a condiciones que no han aparecido hasta la pubertad. La fórmula para la nueva función de las zonas erógenas sería la siguiente: son utilizadas para hacer posible la aparición de mayor placer de satisfacción por medio del placer preliminar que producen y que se iguala al que producían en la vida infantil.

Hace poco tiempo he podido explicar otro ejemplo, perteneciente a un sector psíquico totalmente distinto, y en el cual un mayor efecto de placer era conseguido por medio de una sensación menor, que actuaba como cebo. También allí teníamos ocasión de aproximarnos a la esencia del placer^[959].

Peligros del placer preliminar. — La conexión del placer preliminar con la vida sexual infantil queda corroborada por la función patógena que el primero puede ejercer. El mecanismo en que está incluido el placer preliminar entraña un peligro para la consecución del fin sexual normal; peligro que aparece cuando en un momento cualquiera de los procesos sexuales preparatorios resulta el placer preliminar demasiado grande, y su parte de tensión, demasiado pequeña. En este caso desaparece la energía instintiva necesaria para llevar a cabo o continuar el proceso sexual; el camino se acorta, y la acción preparatoria correspondiente se sustituye al fin sexual normal. La práctica psicoanalítica nos ha revelado que

esta sustitución indeseable tiene como premisa un excesivo aprovechamiento anterior de la zona erógena o el instinto parcial correspondiente, para la consecución de placer, durante la infancia. Si a esta premisa infantil se agregan luego otros factores que tiendan a crear una fijación, surgirá fácilmente una coerción de carácter obsesivo, que se opondrá a la inclusión del placer preliminar de que se trate en un nuevo mecanismo. Muchas perversiones no son, en efecto, sino tal detención en los actos preparatorios del proceso sexual.

La mejor garantía para este fallo del mecanismo sexual por la acción del placer preliminar estaría en una preformación infantil de la primacía de la zona genital. Esta primacía puede comenzar a indicarse en la segunda infancia (entre los ocho años y la pubertad). Las zonas genitales se conducen ya en esta época casi del mismo modo que en la madurez, apareciendo como substracto de excitaciones y de modificaciones preparatorias al ser experimentado un placer procedente de la satisfacción de otras zonas erógenas, aunque tales efectos carezcan aún de todo fin; eso es, no aporten nada conducente a la continuación del proceso sexual. Así, pues, ya en los años infantiles surge con el placer de satisfacción una cierta tensión sexual, si bien menos constante y más limitada. Se nos hace ahora comprensible cómo al tratar de las fuentes de la sexualidad pudimos afirmar justificadamente que el proceso de que venimos tratando actuaba produciendo una satisfacción sexual y, al mismo tiempo, como excitante sexual. Por último, observamos también que en un principio exageramos las diferencias entre la vida sexual infantil y la del adulto, debiendo ahora rectificar tales exageraciones. Las manifestaciones infantiles de la sexualidad no determinan tan sólo las desviaciones, sino también la estructura normal de la vida sexual del adulto.

(2) EL PROBLEMA DE LA EXCITACIÓN SEXUAL

Hemos dejado sin aclarar el origen y la esencia de la tensión sexual, que surge simultáneamente con el placer en la satisfacción de las zonas erógenas^[960]. La hipótesis más próxima, o sea, la de que esta tensión surja del mismo placer, no sólo es por sí mismo inverosímil, sino que sucumbe a la observación de que en el máximo placer, o sea, el ligado a la descarga de los productos sexuales, no se produce tensión ninguna, sino que, por el contrario, cesa ésta en absoluto. El placer y la tensión sexuales no pueden, por tanto, estar ligados más que de un

modo indirecto.

Función de las materias sexuales. —Además de que normalmente sólo la descarga de las materias sexuales pone fin a la excitación sexual, existen otros puntos de apoyo para relacionar la tensión sexual con los productos sexuales. En una vida continente acostumbra el aparato sexual descargarse de la materia sexual en períodos variables, pero no totalmente irregulares; descarga que va acompañada de una sensación de placer y tiene lugar durante una alucinación onírica nocturna, cuyo contenido es el acto sexual. En este proceso —la polución nocturna— es difícil negarse a reconocer que la tensión sexual, que sabe hallar como sustitutivo del acto sexual el corto camino alucinatorio, es una función de la acumulación de semen en el continente de los productos sexuales. En el mismo sentido testimonian las experiencias hechas sobre el agotamiento del mecanismo sexual. Cuando el acopio de semen se agota, no sólo es imposible la ejecución del acto sexual, sino que también falla la excitabilidad de las zonas erógenas, cuyo apropiado estímulo es incapaz entonces de producir placer. De este modo vemos que hasta para la excitabilidad de las zonas erógenas es imprescindible un determinado grado de tensión sexual.

Nos vemos, pues, impulsados a aceptar la hipótesis —que si no me equivoco está muy generalmente difundida— de que la acumulación de las materias sexuales crea y mantiene la tensión sexual quizá por el hecho de que la presión de estos productos sobre las paredes de los continentes actúa como estímulo sobre un centro medular, el cual transmite su excitación a centros superiores, surgiendo entonces en la conciencia la sensación de tensión. Si la excitación de las zonas erógenas eleva la tensión, ello tiene que suceder en razón a que dichas zonas están en una previa conexión anatómica con estos centros, en los que elevan el grado de la excitación, poniendo en marcha el acto sexual cuando la excitación es suficiente o estimulando cuando no lo es la producción de las materias sexuales.

El punto débil de esta teoría, aceptada por Krafft-Ebing en su descripción de los procesos sexuales, está en que, habiendo sido construida para explicar la actividad sexual del hombre adulto, dedica escasa atención a tres circunstancias, cuya explicación debería igualmente proporcionar. Son estas circunstancias las que se dan en la mujer, en el niño y en el castrado masculino. En estos tres casos no existe, en el mismo sentido que en el hombre, una acumulación de productos sexuales, lo cual quita valencia general a la teoría. Quizá puedan encontrarse, sin

embargo, datos que permitan incluir en ellas estos casos. De todos modos queda indicado que no se debe atribuir al efecto de la acumulación de productos sexuales funciones para las que parece incapaz.

Valoración de los órganos sexuales internos. —De observaciones verificadas en algunos castrados masculinos, en los que excepcionalmente la libido no había experimentado modificación ninguna tras de la castración, parece poder deducirse que la excitación sexual puede ser en un grado importante independiente de la producción de materiales sexuales. Además, es ya muy conocido que enfermedades que han destruido la producción de células sexuales masculinas han dejado intactas la libido y la potencia del individuo, no produciendo en el mismo más efecto que la esterilidad. No están maravilloso, como supone C. Rieger, el que la pérdida de las glándulas seminales masculinas en la edad madura pueda tener lugar sin producir influencia ninguna sobre la conducta psíquica del individuo. La castración efectuada en épocas anteriores a la pubertad se acerca, en cambio, en sus resultados, a una desaparición de los caracteres sexuales; mas, también en esto pudiera influir, además de la pérdida de las glándulas sexuales, una detención en el desarrollo de otros factores, ligado con la desaparición de aquéllas.

Teoría química. — Los experimentos verificados en animales vertebrados, efectuando la ablación de las glándulas seminales (testículos y ovarios), y el correspondiente injerto de nuevos órganos de este género (Lipschütz, 1919, *locus citato*, pág. 13) han aclarado, por fin, parcialmente el origen de la excitación sexual, rechazando aún más la importancia de una supuesta acumulación de los productos sexuales celulares. Ha sido posible realizar así el experimento (E. Steinach) de transformar un macho en hembra, y viceversa, experimento en el cual la conducta psicosexual del animal se transforma al mismo tiempo y en igual sentido que sus caracteres sexuales somáticos. Esta influencia determinante sexual no es, sin embargo, atribuible a la glándula seminal, que produce las células específicas sexuales (espermatozoo-óvulo), sino al tejido intersticial de la misma, el cual ha sido denominado «glándula de la pubertad». Es muy posible que investigaciones subsiguientes descubran que la glándula de la pubertad posee normalmente una disposición hermafrodita, con la cual quedaría fundamentada automáticamente la teoría de la bisexualidad de los animales superiores, y ya es, por el momento, muy verosímil que no sea esta

glándula el único órgano relacionado con la producción de la excitación sexual y los caracteres sexuales. De todos modos, este nuevo descubrimiento biológico se relaciona con el anteriormente verificado sobre la significación de la glándula tiroides para la sexualidad. Debemos, pues, creer que en la parte intersticial de las glándulas seminales se producen materias químicas especiales, que son acogidas por la corriente sanguínea, produciendo la carga de tensión sexual de determinadas partes del sistema nervioso central. Nos son ya conocidos varios ejemplos de tal transformación de una excitación tóxica, producida por sustancias tóxicas, introducidas en el organismo, en una excitación especial de un órgano. Cómo se origina la excitación sexual por estimulación de las zonas erógenas, dada una previa carga de los aparatos centrales, y qué mezcla de efectos excitantes, puramente tóxicos o fisiológicos, aparecen en estos procesos sexuales, es cosa de la que no podemos tratar ni siquiera hipotéticamente, pues no constituye una labor que pueda emprenderse por ahora. Como esencial para esta concepción de, los procesos sexuales nos bastará por el momento la hipótesis de la existencia de materias especiales derivadas del metabolismo sexual^[961]. Esta concepción, aparentemente caprichosa, está apoyada por un conocimiento poco tenido en cuenta, pero muy digno de que se le dé mayor importancia: aquellas neurosis que sólo pueden ser referidas a perturbaciones de la vida sexual muestran la mayor analogía clínica con los fenómenos de intoxicación y abstinencia, consecutivos a la ingestión habitual de materias tóxicas productoras de placer (alcaloides).

(3) LA TEORÍA DE LA LIBIDO^[962]

Estas hipótesis sobre el fundamento químico de la excitación sexual se hallan de perfecto acuerdo con las representaciones auxiliares que hubimos de crear para llegar a la comprensión de las manifestaciones psíquicas de la vida sexual. Hemos fijado el concepto de la libido como una fuerza cuantitativamente variable, que nos permite medir los procesos y las transformaciones de la excitación sexual. Separamos esta libido, por su origen particular, de la energía en que deben basarse los procesos anímicos, y, por tanto, le atribuimos también un carácter cualitativo. En la distinción entre energías psíquicas libidinosas y otras de carácter distinto expresamos la suposición de que los procesos sexuales del organismo se diferencian, por un quimismo particular, de los procesos de la

nutrición. El análisis de las perversiones y psiconeurosis nos ha llevado al conocimiento de que esta excitación sexual no es producida únicamente por los órganos llamados sexuales, sino por todos los del cuerpo. Construimos, por tanto, la idea de un *libidoquantum*, cuya representación psíquica denominamos «libido del yo» (*ichlibido*), y cuya producción, aumento, disminución, distribución y desplazamiento deben ofrecernos las posibilidades de explicación de los fenómenos psicosexuales observados.

Esta libido del yo no aparece cómodamente asequible al estudio analítico más que cuando ha encontrado su empleo psíquico en el revestimiento de objetos sexuales; esto es, cuando se ha convertido en «libido del objeto». La vemos entonces concentrarse en objetos, fijarse en ellos, o en ocasiones abandonándolos, trasladándose de unos a otros, y dirigiendo desde estas posiciones la actividad sexual del individuo, que conduce a la satisfacción; esto es, a la extensión parcial y temporal de la libido. El psicoanálisis de las llamadas neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva) nos permite hallar aquí un fijo y seguro conocimiento.

De los destinos de la libido del objeto podemos aún averiguar que es retirada de los objetos, quedando flotante en determinados estados de tensión, hasta recaer de nuevo en el yo, de manera a volver a convertirse en libido del yo. Esta libido del yo la denominamos, en oposición a la del objeto, libido «narcisista». Desde el psicoanálisis miramos como desde una frontera, cuya transgresión no nos está permitida, la actuación de la libido narcisista y nos formamos una idea de su relación con la del objeto^[963]. La libido del yo o libido narcisista aparece como una gran represa de la cual parten las corrientes de revestimiento del objeto y a la cual retornan. El revestimiento del yo por la libido narcisista se nos muestra como el estado original, que aparece en la primera infancia y es encubierto por las posteriores emanaciones de la libido, pero que en realidad permanece siempre latente detrás de las mismas.

La misión de una teoría de las perturbaciones neuróticas y psicóticas, fundada en el concepto de la libido, debe ser expresar todos los fenómenos y procesos observados en los términos de la economía de la misma. Es fácil adivinar que los destinos de la libido del yo alcanzarán en tal teoría la máxima importancia, especialmente en aquellos casos en que se trate de la explicación de las más profundas perturbaciones psicóticas. La dificultad aparece en el hecho de que el instrumento de nuestras investigaciones —el psicoanálisis— no nos

proporciona, por lo pronto, datos seguros más que sobre las transformaciones de la libido del objeto^[964], pero no es capaz de separar la libido del yo de las otras energías actuantes en el mismo^[965]. Una continuación de la teoría de la libido es en consecuencia sólo posible, por lo pronto, en un camino especulativo; pero sería renunciar a todo lo ganado por medio de la observación psicoanalítica si, conforme a lo expuesto por C. G. Jung, se huyese del concepto mismo de la libido, haciéndola coincidir con la fuerza instintiva psíquica.

La separación de las emociones instintivas sexuales de las demás y, por tanto, la limitación de las primeras del concepto de la libido, encuentra fuerte apoyo en la hipótesis antes discutida de un quimismo especial de la función sexual.

(4) DIFERENCIACIÓN DE LOS SEXOS

Sabido es que hasta la pubertad no aparece una definida diferenciación entre el carácter masculino y el femenino, antítesis que influye más decisivamente que ninguna otra sobre el curso de la vida humana. Sin embargo, las disposiciones masculina y femenina resultan ya claramente reconocibles en la infancia. El desarrollo de los diques sexuales (pudor, repugnancia, compasión, etc.) aparece en las niñas más tempranamente y encontrando una resistencia menor que en los niños. Asimismo, es en las niñas mucho mayor la inclinación a la represión sexual, y cuando surgen en ellas instintos parciales de la sexualidad escogen con preferencia la forma pasiva. La actividad autoerótica de las zonas erógenas es en ambos sexos la misma, y por esta coincidencia falta en los años infantiles una diferenciación sexual tal y como aparece después de la pubertad. Con referencia a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbaciones pudiera decirse que la sexualidad de las niñas tiene un absoluto carácter masculino, y si fuera posible atribuir un contenido más preciso a los conceptos «masculino» y «femenino», se podría también sentar la afirmación de que *la libido es regularmente de naturaleza masculina, aparezca en el hombre o en la mujer e independientemente de su objeto, sea éste el hombre o la mujer*^[966].

Desde que llegamos al conocimiento de la teoría de la bisexualidad consideramos este factor como el que aquí ha de darnos la pauta, y opinamos que sin tener en cuenta la bisexualidad no podrá llegarse a la inteligencia de las

manifestaciones sexuales observables en el hombre y en la mujer.

Zonas directivas en el hombre y en la mujer. — Sentado esto, sólo añadiremos las siguientes observaciones: en la niña, la zona erógena directiva es el clítoris, localización homóloga a la de la zona erógena directiva masculina en el glande. Todo lo que he podido investigar sobre la masturbación en las niñas se refería exclusivamente al clítoris y no a las otras partes de los genitales exteriores, importante para las funciones sexuales posteriores. Dudo que la niña, bajo la influencia de la seducción o de la corrupción, llegue a otra cosa que a la masturbación clitoridiana, y si esto sucede alguna vez, ello constituye una rara excepción. Las descargas espontáneas de la excitación sexual, tan frecuentes en las niñas, se manifiestan en contracciones del clítoris, y las frecuentes erecciones del mismo hacen posible a la niña el juzgar acertadamente y sin indicación alguna exterior las manifestaciones sexuales del sexo contrario, transfiriendo simplemente al sexo masculino las sensaciones de sus propios procesos sexuales.

Si se quiere comprender la evolución que convierte a la niña en mujer tiene que seguirse el camino recorrido por esta excitabilidad del clítoris. La pubertad, que produce en el niño aquel grave avance de la libido de que ya tratamos, se caracteriza en la niña por una nueva ola de represión que recae precisamente sobre la sexualidad clitoridiana. Lo que sucumbe a la represión es un trozo de vida sexual masculina. La fortificación de los obstáculos sexuales creada por esta represión de la pubertad en la mujer constituye después un estímulo más para la libido del hombre y obliga a la misma a elevar sus rendimientos. Con el grado de la libido se eleva entonces también la sobrevaloración sexual, que recae con toda su fuerza en la mujer que se niega al hombre y rechaza su propia sexualidad. El clítoris conserva entonces el papel de cuando es excitado en el por fin consentido acto sexual, transmitir esta excitación a los órganos femeninos vecinos, así como una astilla de pino es utilizada para transmitir el fuego a la demás leña, más difícil de prender. Con frecuencia es necesario determinado tiempo para que llegue a verificarse por completo esta transferencia, y durante esta época la joven permanece totalmente anestésica. Esta anestesia puede ser duradera cuando la zona clitoridiana se niega a transmitir su excitabilidad, cosa que sucede cuando durante los años infantiles ha sido excesiva su actividad erógena. Conocido es que la anestesia en la mujer es, con frecuencia, sólo aparente y local. Son anestésicas en la entrada de la vagina, pero en ningún modo inexcitables en el clítoris y hasta en otras zonas. A estas causas erógenas

de la anestesia se juntan después las psíquicas, igualmente determinadas por represión.

Cuando la transferencia de la excitabilidad erógena desde el clítoris a la entrada de la vagina queda establecida, ha cambiado la mujer la zona directiva de su posterior actividad sexual, mientras que el hombre conserva la suya sin cambio alguno desde la niñez. En este cambio de las zonas erógenas directivas, así como en el avance represivo de la pubertad que, echa a un lado la virilidad infantil, yacen las condiciones principales para la facilidad de adquisición de la neurosis por la mujer, especialmente de la histeria. Estas condiciones están ligadas, por tanto, íntimamente con la esencia de la femineidad^[967].

(5) EL HALLAZGO DE OBJETO

Mientras que por los procesos de la pubertad queda fijada la primacía de las zonas erógenas, y la erección del miembro viril indica apremiantemente al sujeto el nuevo fin sexual, esto es, la penetración en una cavidad excitadora de la zona genital, tiene lugar en los dominios psíquicos el hallazgo de objeto, momento que se ha venido preparando desde la más temprana niñez. Cuando la primitiva satisfacción sexual estaba aún ligada con la absorción de alimentos, el instinto sexual tenía en el pecho materno un objeto sexual exterior al cuerpo del niño. Este objeto sexual desaparece después, y quizá precisamente en la época en que fue posible para el niño construir la representación total de la persona a la cual pertenecía el órgano productor de satisfacción. El instinto sexual se hace en este momento autoerótico, hasta que, terminado el periodo de latencia, vuelve a formarse la relación primitiva. No sin gran fundamento ha llegado a ser la succión del niño del pecho de la madre modelo de toda relación erótica. El hallazgo de objeto no es realmente más que un retorno al pasado^[968].

Objeto sexual de la época de lactancia. — De estas primeras y más importantes relaciones sexuales queda gran parte como resto, después de separada la actividad sexual, de la alimentación. Este resto prepara la elección del objeto; esto es, ayuda a volver a constituir la felicidad perdida. Durante todo el período de latencia aprende el niño a amar a las personas que satisfacen sus necesidades y le auxilian en su carencia de adaptación a la vida. Y aprende a amarlas conforme al modelo y como una continuación de sus relaciones de

lactancia con la madre o la nodriza. Quizá no se quiera aceptar el hecho de que el tierno sentimiento y la estimación del niño hacia las personas que le cuidan haya de identificarse con el amor sexual; pero, en mi opinión, una investigación psicológica cuidadosa lijará siempre y sin dejar lugar a dudas esta identidad. La relación del niño con dichas personas es para él una inagotable fuente de excitación sexual y de satisfacción de las zonas erógenas. La madre, sobre todo, atiende al niño con sentimiento procedente de su propia vida sexual, y le acaricia, besa y mece tomándole claramente como sustitutivo de un completo objeto sexual^[969].

La madre se horrorizaría probablemente al conocer esta explicación y ver que con su ternura despierta el instinto sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. Considera sus actos como manifestaciones de «puro» amor asexual, puesto que evita con todo cuidado excitar los genitales del niño más de lo imprescindible necesario al proceder a la higiene de su cuerpo. Pero el instinto sexual no es tan sólo despertado por excitaciones de la zona genital. Lo que llamamos ternura exteriorizará notablemente un día el efecto ejercido sobre las zonas erógenas. Si la madre comprendiera mejor la alta significación del instinto para la total vida psíquica y para todas las funciones éticas y anímicas, no se haría ningún reproche aun cuando admitiera totalmente nuestra concepción. Enseñando a amar a su hijo, no hace más que cumplir uno de sus deberes. El niño tiene que llegar a ser un hombre completo, con necesidades sexuales enérgicas, y llevar a cabo durante su vida todo aquello a lo que el instinto impulsa al hombre. Un exceso de ternura materna quizá sea perjudicial para el niño por acelerar su madurez sexual, acostumbrarle mal y hacerle incapaz, en posteriores épocas de su vida, de renunciar temporalmente al amor o contentarse con una pequeña parte de él. Los niños que demuestran ser insaciables en su demanda de ternura materna presentan con ello uno de los más claros síntomas de futura nerviosidad. Por otra parte, los padres neurópatas son, en general, los más inclinados a una ternura sin medida, despertando así en sus hijos, antes que nadie y por sus caricias, la disposición a posteriores enfermedades neuróticas. Vemos, pues, que los padres neuróticos disponen de un camino distinto de la herencia para legar a sus hijos su enfermedad.

Angustia infantil. — Los mismos niños se conducen desde sus años más tempranos como si su dependencia hacia las personas que los cuidan fuera de la naturaleza del amor sexual. La angustia de los niños no es, en un principio, más

que una manifestación de que echan de menos la presencia de la persona querida. Así, experimentan miedo ante personas desconocidas y se asustan de la oscuridad porque en ella no ven a la persona amada, tranquilizándose cuando ésta les coge de la mano. Se exagera el efecto de los relatos terroríficos de las niñeras cuando se culpa a éstas de originar el miedo en los niños que tienen a su cuidado. Aquellos niños inclinados a terrores infantiles son precisamente los que pueden ser influidos por tales relatos, que no ejercen, en cambio, acción alguna sobre aquellos otros no predispuestos. Y precisamente al miedo no se inclinan más que los niños que poseen un instinto sexual exagerado, desarrollado prematuramente o devenido exigente por un exceso de mimo. El niño se conduce aquí como el adulto, transformando en angustia su libido cuando no logra satisfacerla, así como el adulto se conducirá completamente igual que el niño cuando por insatisfacción de su libido haya llegado a contraer la neurosis, pues comenzará a angustiarse en cuanto esté solo; esto es, sin una persona de cuyo amor se crea seguro, e intentará hacer desaparecer este miedo por los procedimientos más infantiles^[970].

Diques contra el incesto. — Cuando la ternura de los padres hacia el niño ha evitado felizmente desarrollar de una manera prematura el instinto sexual del mismo; esto es, despertarlo antes de alcanzadas las condiciones físicas de la pubertad, y despertarlo de tal manera, que la excitación anímica se abra paso hasta el sistema genital, puede acabar de cumplir su misión, dirigiendo a este niño en la edad de la madurez en la elección del objeto sexual. Lo más fácil para el niño será elegir, como objeto sexual, a aquellas mismas personas a las que ha amado y ama desde su niñez con una libido que podríamos calificar de mitigada^[971]. Mas por la avanzada época en que tiene lugar la maduración sexual se ha llegado al momento en que es necesario alzar; al lado de otros diques sexuales, los que han de oponerse a la tendencia al incesto; esto es, inculcar al niño aquellos preceptos morales que excluyen de la elección de objeto a las personas queridas durante la niñez y a los parientes consanguíneos. El respeto de estos límites es, ante todo, una exigencia civilizadora de la sociedad, que tiene que defenderse de la concentración, en la familia, de intereses que le son necesarios para la constitución de unidades sociales más elevadas, y actúa, por tanto, en todos, y especialmente en el adolescente, para desatar o aflojar los lazos contraídos en la niñez con la familia^[972].

La elección de objeto es llevada a cabo al principio tan sólo imaginativamente, pues la vida sexual de la juventud en maduración tiene apenas otro campo de acción que el de las fantasías; esto es, el de las representaciones no destinadas a convertirse en actos^[973].

En estas fantasías resurgen en todos los hombres las tendencias infantiles, fortificadas ahora por la energía somática, y entre ellas, con frecuencia, y en primer lugar, la impulsión sexual del niño hacia sus padres, diferenciada, en la mayoría de los casos, por la atracción de los sexos; esto es, del hijo por la madre y de la hija por el padre^[974]. Simultáneamente al vencimiento y repulsa de estas fantasías claramente incestuosas tiene lugar una de las reacciones psíquicas más importantes y también más dolorosas de la pubertad: la liberación del individuo de la autoridad de sus padres, por medio de la cual queda creada la contradicción de la nueva generación con respecto a la antigua, tan importante para el progreso de la civilización. En todas las estaciones del proceso evolutivo por las que el sujeto debe pasar quedan fijos algunos individuos, y así hay personas que no han vencido nunca la autoridad de los padres y no han conseguido retirar de ellos por completo o en absoluto su ternura. Estos casos están constituidos en su mayoría por muchachas que para alegría de sus padres conservan después de la pubertad todo su amor infantil hacia ellos. Y es muy instructivo comprobar que tales muchachas repugnan en su ulterior vida matrimonial conceder a sus maridos lo que les es debido. Llegan a ser esposas frías y permanecen sexualmente anestésicas. Esto nos muestra que el amor hacia los padres, aparentemente asexual, y el amor sexual proceden de las mismas fuentes; esto es, que el primero no corresponde más que a una fijación infantil de la libido.

Cuanto más se acerca uno a las hondas perturbaciones del desarrollo psicosexual, más innegable aparece la importancia de la elección de objeto incestuoso. En los psiconeuróticos queda relegada a lo inconsciente, a consecuencia de la repulsa sexual, una gran parte o la totalidad de las actividades psicosexuales de la elección de objeto. Para las muchachas de una exagerada necesidad de ternura y un horror igualmente exagerado ante las exigencias reales de la vida sexual, llega a ser una tentación irresistible asegurarse, por una parte, la idea del amor asexual en su vida y esconder, por otra, su libido detrás de una ternura que puedan exteriorizar sin autorreproches, conservando así, durante toda la vida, su inclinación infantil hacia los padres o hermanos, que volvió a surgir en ellas al llegar a la pubertad. El psicoanálisis puede demostrar sin

trabajo alguno a estas personas que están enamoradas, en el sentido corriente de la palabra, de sus parientes consanguíneos, investigando sus pensamientos inconscientes y atrayéndolos a su conciencia con la ayuda de los síntomas y de otras manifestaciones de la enfermedad. También en los casos en que una persona, primitivamente sana, ha enfermado después de una desgraciada experiencia erótica, puede verse claramente que el mecanismo de tal aparición de la enfermedad es el retorno de su libido a las personas que prefirió durante su infancia.

Influencia duradera de la elección infantil de objeto. — Tampoco aquellos que han evitado la fijación incestuosa de su libido puede decirse que han escapado por completo a la influencia de la misma. Un claro eco de esta fase evolutiva está constituido por el hecho de que, como suele ser muy frecuente, el primer amor del adolescente recaiga en una mujer ya madura, así como el de la muchacha en un hombre entrado en años y revestido de autoridad, o sea, en uno y otro sexo, personas que para el sujeto presentan analogía con la madre o el padre, respectivamente^[975]. La elección de objeto se verifica siempre más o menos libremente conforme a este patrón. Ante todo, busca el hombre, en su objeto sexual, la semejanza con aquella imagen de su madre que, en su más temprana edad, quedó impresa en su memoria. Aquellos casos en los que la madre, viva aún, ve con hostilidad la elección de objeto realizada por su hijo, constituyen una afirmación de nuestra hipótesis. Dada esta importancia de las relaciones infantiles con los padres para la posterior elección del objeto sexual, es fácil comprender que cada perturbación de estas relaciones infantiles origine después los más graves resultados para la vida sexual posterior a la pubertad. Los celos del amante no carecen tampoco nunca de una raíz infantil o, por lo menos, de algo infantil que eleva su intensidad. Las diferencias entre los mismos padres, los matrimonios desgraciados, producen en los hijos la más grave predisposición a un desarrollo sexual perturbado o a la adquisición de enfermedades neuróticas.

La inclinación infantil hacia los padres es quizá el más importante, pero no el único de los sentimientos, que, renovados en la pubertad, marcan después el camino a la elección de objeto. Otros factores del mismo origen permiten al hombre, siempre en relación con su infancia, desarrollar más de una única serie sexual y exigir muy diferentes condiciones para la elección de objeto^[976].

Prevención de la inversión. — Uno de los requisitos de la elección normal de objeto es el de recaer precisamente en el sexo contrario. Como hemos visto, no llega a efectuarse así sin alguna vacilación. Los primeros sentimientos subsiguientes a la pubertad aparecen —sin que ello constituya una falta duradera— como totalmente erróneos. Dessoir ha llamado muy justificadamente la atención sobre la exagerada inclinación que aparece regularmente entre los adolescentes por sus compañeros del mismo sexo. El poder más importante entre los que se oponen a una inversión duradera del objeto sexual es, ciertamente, la atracción que manifiestan los caracteres sexuales opuestos, unos por otros. La explicación de este fenómeno no encuentra lugar apropiado dentro de nuestro estudio^[977]; pero sí haremos constar que tal atracción no alcanza por sí sola a excluir totalmente la inversión, siendo necesario que aparezcan otros factores auxiliares. Ante todo, el obstáculo autoritario de la sociedad. En aquellos países en que la inversión no es considerada como un delito, puede verse que corresponde por completo a la inclinación sexual de un considerable número de individuos. Además, debe aceptarse, con respecto al hombre, el hecho de que los recuerdos infantiles de las ternuras de la madre y de otras personas femeninas ayudan enérgicamente a dirigir su elección hacia la mujer y por otro lado, la restricción de las actividades sexuales tempranamente experimentada por parte del padre y la posición de competitividad con respecto a él desvían al sujeto de las personas de su mismo sexo.

Ambos factores son valederos también con respecto a la muchacha, cuya actividad sexual se halla bajo la guarda especial de la madre. De esta manera se constituye una relación hostil con respecto al propio sexo, que influye decisivamente en la elección de objeto, orientándola hacia lo normal. La educación del niño por personas masculinas (en la antigüedad los esclavos) parece favorecer la homosexualidad. En la aristocracia contemporánea, la frecuencia de la inversión se hace comprensible por el empleo de servidumbre masculina y por la escasez de cuidados personales de que la madre hace objeto a sus hijos. En algunos históricos ha podido demostrarse que la temprana desaparición de uno de los padres, por muerte o divorcio, motivando la acumulación de todo el amor del niño en la persona restante, fue la condición para el sexo de la persona elegida después como objeto sexual, haciendo posible así la inversión duradera.

SÍNTESIS

HA llegado el momento de intentar resumir lo que he dicho. Partíamos desde las aberraciones del instinto sexual con relación a sus objetos y de sus fines y nos hallábamos frente al problema de si dichas aberraciones nacen de una disposición innata o son adquiridas a resultas de influencias de la vida. La solución de este problema nos fue dada por el conocimiento de las características del instinto sexual de los psiconeuróticos; esto es, de un numeroso grupo de hombres no muy apartados de los sanos. Este conocimiento lo adquirimos por medio del psicoanálisis, y hallamos que en tales personas pueden revelarse las tendencias a todas las perversiones como poderes inconscientes, que actúan en calidad de generadores de síntomas. Pudimos, pues, decir que la neurosis era el negativo de la perversión. Ante la gran difusión de las tendencias perversas se nos impuso la hipótesis de que la disposición a las perversiones era norma primitiva y general del instinto sexual humano, partiendo de la cual se desarrollaba la conducta normal sexual a consecuencia de transformaciones orgánicas y de inhibiciones psíquicas, aparecidas en el curso de la maduración. La disposición primitiva esperábamos poder hallarla en la infancia, y entre los poderes limitadores de la dirección del instinto sexual hicimos resaltar el pudor, la repugnancia, la compasión y las construcciones sociales de la moral y de la autoridad. De este modo, tuvimos que considerar en cada una de las aberraciones de la vida sexual normal algo de obstrucción del desarrollo y algo de infantilismo. Hicimos resaltar la importancia de las variantes de la disposición primitiva y aceptamos, entre ellas y las influencias de la vida, una relación cooperativa y no antitética. Por otro lado, nos aparecía el instinto sexual mismo, dado que la disposición primitiva tenía que ser compleja, como algo compuesto de muchos factores, que en las perversiones se separaban unos de otros. Las perversiones se demostraron así, por un lado, como inhibiciones y, por otro, como disociaciones del desarrollo normal, uniéndose ambas concepciones en la hipótesis de que el instinto sexual del adulto quedaba originado por la reunión de muy diversos impulsos de la vida infantil, en una unidad, en una tendencia, orientada hacia un solo y único fin.

Añadimos todavía una explicación del predominio de las inclinaciones perversas en los psiconeuróticos, reconociéndolo como un llenamiento colateral de canales accesorios por un desplazamiento del lecho de la corriente principal,

originado por represión, y nos volvimos entonces hacia el examen de la vida sexual en la infancia^[978]. Encontramos muy de lamentar que se negara a la infancia el instinto sexual, considerándose las manifestaciones sexuales infantiles, tan frecuentemente observables, como fenómenos excepcionales. Nos parecía más bien que el niño trae consigo al mundo gérmenes de actividad sexual, y que ya en la absorción de alimentos goza accesoriamente de una satisfacción sexual, la cual intenta luego renovar de continuo con la conocidísima actividad de la succión. La actividad sexual del niño no se desarrolla paralelamente a sus otras funciones, sino que después de un corto período de florecimiento, que se extiende desde el segundo al quinto año, entra en el llamado período de latencia. En el mismo no cesa de ningún modo la producción de la excitación sexual, sino que ésta sufre únicamente una detención, produciendo un acopio de energía, utilizado, en su mayor parte, para fines distintos de los sexuales; esto es, por un lado, para la cesión de componentes sexuales destinados a formar sentimientos sociales, y por otro, mediante la represión y la formación de reacciones, para la construcción de los posteriores diques sexuales. Así, pues, los poderes destinados a conservar en un determinado camino el instinto sexual son contruidos en la infancia a costa de impulsos, en su mayor parte perversos, y con el auxilio de la educación. Otra parte de las emociones sexuales infantiles escapa a esta utilización, y puede exteriorizarse como una actividad sexual. Vimos después que la excitación sexual del niño proviene de muy diversas fuentes. Ante todo, se produciría una satisfacción por la excitación apropiada de las llamadas zonas erógenas, pudiendo funcionar como tales cada una de las partes de la piel y cada órgano de los sentidos —en realidad, todos y cada uno de los órganos—, mientras que existen determinadas zonas erógenas especiales, cuya excitación queda asegurada desde un principio por ciertos mecanismos orgánicos. Origínase, además, una excitación sexual, como producto accesorio, en una amplia serie de procesos orgánicos, en cuanto éstos alcanzan una determinada intensidad, y especialmente en todas las emociones intensas, aunque presenten un carácter penoso. Las excitaciones surgidas de todas estas fuentes no actuarían todavía conjuntamente, sino que cada una perseguiría su fin especial, limitado exclusivamente a la consecución de un determinado placer. Por consiguiente, en la niñez el instinto sexual no está unificado e inicialmente no tiene objeto, es decir es autoerótico.

Aun durante los años infantiles comenzaría a hacerse notar la zona erógena genital, produciendo, como toda otra zona erógena, una satisfacción ante una estimulación sensible apropiada u originándose de una manera no del todo comprensible, y simultáneamente a la satisfacción procedente de otras fuentes, una excitación sexual, relacionada especialmente con la zona genital. Hemos tenido que lamentar no poder alcanzar una explicación suficiente de las relaciones entre la satisfacción sexual y la excitación sexual, así como entre la actividad de la zona genital y la de las restantes fuentes de la sexualidad.

Por el estudio de las perturbaciones neuróticas hemos observado que la vida sexual infantil presenta desde un principio indicios de una organización de los componentes instintivos sexuales. En una primera fase, muy temprana, se halla en primer término el erotismo oral. Una segunda de estas organizaciones «progenitales» está caracterizada por el predominio del *sadismo* y del *erotismo anal*, y únicamente en una tercera fase es codeterminada la vida sexual por la participación de las zonas genitales propiamente dichas, desarrollándose en los niños solamente hasta alcanzar la primacía del falo. [Adición de 1924.]

Hemos fijado después como uno de los resultados más sorprendentes de nuestra investigación el de que este primer florecimiento de la vida sexual infantil, entre los dos y los cinco años, muestra también una elección de objeto, con todas sus reacciones anímicas; de manera que la fase correspondiente, a pesar de la defectuosa síntesis de los componentes sexuales y de la inseguridad del fin sexual, debe estimarse como antecedente muy importante de la posterior organización sexual definitiva.

La división de dos períodos del desarrollo sexual del hombre, esto es, la interrupción de este desarrollo por la época de la latencia, nos parece digna de una especial atención, pues creemos que contiene una de las condiciones de la evolución del hombre hacia una civilización, pero también de su predisposición a las neurosis. En los animales más próximos al hombre no ha podido demostrarse, que yo sepa, nada análogo. La derivación del origen de esta cualidad humana habrá de buscarse en la historia primitiva del género humano.

No podemos decir qué cantidad de manifestaciones sexuales debe considerarse como normal y no perjudicial a un posterior desarrollo de la infancia. El carácter de las manifestaciones sexuales se manifiesta predominante como masturbación, y por experiencia admitimos, además, que las influencias exteriores, la seducción o corrupción pueden hacer surgir interrupciones temporales del período de latencia y hasta traer consigo la total cesación del

mismo, produciéndose el resultado de conservar en el niño un instinto sexual polimórficamente perverso. Vemos, asimismo, que esta prematura actividad sexual del niño influye sobre su educabilidad.

A pesar de lo fragmentario de nuestros conocimientos de la vida sexual infantil, tuvimos que intentar estudiar las transformaciones motivadas en ella por la aparición de la pubertad. Como las más importantes, escogimos dos: la subordinación de todos los orígenes de excitación sexual bajo la primacía de las zonas genitales y el proceso del hallazgo de objeto. Ambas han quedado ya predeterminadas en la infancia. La subordinación de las excitaciones sexuales se realiza por medio de un mecanismo, que utiliza el placer preliminar; de modo que los actos sexuales productores de placer y excitación, independientes hasta entonces unos de otros, se convierten en actos preparatorios del nuevo fin sexual —la descarga de los productos genitales—, cuya consecución, acompañada de intenso placer, pone fin a la excitación sexual. Hubimos de tener en cuenta, al ocuparnos de esta cuestión, la diferenciación del ser sexual en hombre y mujer, y encontrándonos que para la maduración femenina es necesaria una nueva represión, que hace desaparecer una parte de virilidad infantil y prepara a la mujer para el cambio de la zona genital directiva. Por último, encontramos dirigida la elección de objeto por la inclinación infantil del sujeto, renovada en la pubertad, hacia sus padres o guardadores, y orientada por la barrera, puesta durante esta época, al incesto, hacia otras personas análogas a éstas, pero distintas de ellas. Añadamos, por último, que durante el período de transición de la pubertad marchan inconexos, pero unos junto a otros, los procesos evolutivos somáticos y psíquicos, hasta que con la aparición de una intensa emoción erótica psíquica, que produce la invasión de los genitales, queda constituida la unidad de la función erótica, normalmente necesaria.

Factores perturbadores del desarrollo. — Cada etapa de este largo período evolutivo puede convertirse en un punto de fijación, y cada junta de esta síntesis tan complicada, en motivo de disociación del instinto sexual, como ya hemos visto en el examen de diferentes ejemplos. Quédanos sólo llevar a cabo un ligero examen de los diversos factores, internos y externos, perturbadores del desarrollo, y ver qué punto del mecanismo es atacado por la perturbación de ellos emanada. Estos factores, que expondremos seguidamente, no son, ni mucho menos, de un igual valor, y debemos estar preparados a las dificultades que surgirán al tratar de dar a cada uno de ellos la valoración correspondiente.

Constitución y herencia. — En primer lugar debemos citar aquí la innata *diversidad de la constitución sexual*, factor el más importante; pero que, como puede comprenderse, sólo es deducible de sus manifestaciones posteriores, y no siempre con seguridad. Bajo el concepto de diversidad innata de la constitución sexual nos representamos un predominio de esta o aquella fuente de excitación sexual y creemos que tal diversidad de las disposiciones tiene que exteriorizarse en el último resultado, aunque éste consiga mantenerse dentro de los límites de lo normal. Ciertamente es que pueden sospecharse variaciones tales de la disposición original que necesariamente y sin ayuda ninguna conduzcan al desarrollo de una vida sexual anormal. Estas variaciones pueden denominarse *degenerativas*, y considerarse como manifestaciones de una degeneración heredada. Con respecto a esto debo hacer constar un hecho singular. En más de la mitad de los casos graves de histeria, neurosis obsesiva, etc., sometidos por mí a la Psicoterapia, he logrado hallar la prueba de que uno de los progenitores del sujeto había padecido antes del matrimonio una infección sifilítica; dato que me ha sido proporcionado ya por confesarme el sujeto que uno de sus ascendientes había padecido o padecía una tabes o una parálisis progresiva, ya de otro modo cualquiera en el curso de la anamnesis. Hago constar especialmente que los niños enfermos de neurosis por mí tratados no presentaban signo físico alguno de sífilis hereditaria; de manera que la constitución sexual anormal podía considerarse en ellos como la última ramificación de la herencia luética. De este modo, hallándome lejos de considerar como condición etiológica regular o indispensable para la constitución neuropática la sífilis de los progenitores, tengo de todas maneras que reconocer como muy importantes, y no sólo debidas a la casualidad, las coincidencias por mí observadas.

Las circunstancias hereditarias de los perversos positivos son menos conocidas, pues estos sujetos saben eludir la investigación. Está, sin embargo, justificado el aceptar que a las perversiones puede aplicarse algo análogo a lo que aplicamos a la neurosis. Con frecuencia encontramos la perversión y la psiconeurosis en la misma familia, y distribuidas de tal manera con respecto a los sexos, que los miembros masculinos o uno de ellos son perversos positivos, y, en cambio, los femeninos, correlativamente a la tendencia de su sexo a la represión, son perversos negativos o histéricos, cosa que constituye una buena prueba de las relaciones esenciales halladas por nosotros entre ambas perturbaciones.

Elaboración ulterior. — No puede, sin embargo, afirmarse que con la agregación de los diversos componentes de la constitución sexual quede inequívocamente determinado el carácter de la vida sexual. La condicionalidad continúa y aparecen otras posibilidades, según el destino que corresponda a las diversas agregaciones de sexualidad, procedentes de cada una de las fuentes. Esta elaboración posterior es claramente el factor decisivo, mientras que una misma constitución puede conducir a tres resultados distintos:

a) Cuando todos los componentes se conservan en la interrelación aceptada como anormal y se fortifican con la maduración, el resultado final no puede ser más que una vida sexual perversa. El análisis de tales disposiciones constitucionales anormales no ha sido llevado a cabo seriamente todavía, pero conocemos ya casos que encuentran fácilmente su explicación en esta hipótesis. Ciertos autores opinan, por ejemplo, que toda una serie de perversiones por fijación tiene como condición necesaria una debilidad innata del instinto sexual. En esta forma me parece inaceptable tal concepción, que se convierte, en cambio, en una hipótesis muy significativa cuando se refiere no a una debilidad innata del instinto sexual, sino a una debilidad constitucional de uno de los factores del mismo; esto es, de la zona genital, a la cual ha de corresponder más tarde la función de coordinar todas estas actividades sexuales aisladas a los fines de la procreación. Esta síntesis exigida en la pubertad tiene que fracasar en estos casos, y los más fuertes entre los demás componentes de la sexualidad conseguirán exteriorizarse como perversiones^[979].

Represión. — b) Otro resultado final aparece cuando en el curso del desarrollo experimentan el proceso de represión algunos de los componentes de excesiva energía, debiendo tenerse en cuenta que este proceso de represión no corresponde por completo a una desaparición total de los elementos reprimidos. Los impulsos que sucumben a este proceso originándose; pero que un obstáculo psíquico les impide llegar hasta su fin, rechazándolos hacia otros caminos, hasta que logran manifestarse en calidad de síntomas. El resultado puede ser una vida sexual aproximadamente normal —en general muy limitada—, pero que se completa por la enfermedad psiconeurótica. Precisamente estos casos nos han llegado a ser muy conocidos por la investigación psicoanalítica de los neuróticos. La vida sexual de tales personas ha empezado como la de los perversos, y una gran parte de su infancia está llena de actividades sexuales

perversas que en ocasiones se extienden hasta llenar un gran período de la época de madurez. Posteriormente, y por causas internas (en la mayoría de los casos antes de la pubertad, pero en algunos bastante tiempo después), tiene lugar una transformación represiva, y desde este momento en el lugar de la perversión aparece la neurosis, sin que por esto desaparezcan los antiguos sentimientos. Esto nos recuerda el refrán «Joven prostituta, vieja beata». Pero lo que sucede es que la juventud ha sido aquí excesivamente corta. Tal solución de la perversión por la neurosis, en la vida de la misma persona, así como la distribución antes indicada de perversión y neurosis en diversas personas de la misma familia, debe considerarse relacionada con nuestro conocimiento de que la neurosis es el negativo de la perversión.

Sublimación. — c) El tercer desenlace a que puede llegar una disposición anormal se hace posible por el proceso de la *sublimación*, en el cual es proporcionada una derivación y una utilización, en campos distintos, a las excitaciones de energía excesiva, procedentes de las diversas fuentes de la sexualidad; de manera que de la peligrosa disposición surge una elevación de la capacidad de rendimiento psíquico.

Hállase aquí, por supuesto, una de las fuentes de la actividad artística, y según que tal sublimación sea completa o incompleta, el análisis del carácter de personas de alta intelectualidad, y en especial de las que poseen aptitudes artísticas, revelará con mayor o menor precisión esta relación mixta entre la capacidad de rendimiento, la perversión y la neurosis. Una especie de sublimación es también el dominio de los impulsos sexuales por medio de las *formaciones reactivas*, que tiene lugar al comienzo del período de latencia infantil y continúa durante toda la vida en los casos favorables. Lo que llamamos el «carácter» de un hombre está construido en gran parte con un material de excitaciones sexuales, y se compone de los instintos fijados desde la niñez, de construcciones dadas por sublimación y de aquellas construcciones destinadas al sometimiento efectivo de los impulsos perversos y reconocidos como inutilizables^[980].

Así, pues, la disposición sexual general perversa de la infancia puede considerarse como la fuente de toda una serie de nuestras virtudes, en cuanto da motivo a la creación de las mismas por la formación reactiva^[981].

Sucesos accidentales. — Enfrente de los procesos de represión y

sublimación, cuyas condiciones internas nos son totalmente desconocidas, muestran menos significado e importancia todas las demás influencias. Aquel que considere la represión y la sublimación como partes integrantes de la disposición constitucional y exteriorizaciones de la misma, podrá afirmar, desde luego, que la constitución definitiva de la vida sexual es, ante todo, el resultado de la constitución innata. Pero no se puede negar que en tal acción conjunta de factores puede también haber lugar para la influencia modificante de los sucesos vividos accidentalmente en la infancia y en las épocas posteriores a ella. No es fácil valorar la acción de los factores constitucionales y accidentales en su recíproca relación. En teoría existe una inclinación a exagerar la valoración de los primeros. La práctica terapéutica hace resaltar, en cambio, la importancia de los últimos. No deberá nunca olvidarse que entre unos y otros existe siempre una relación de cooperación y no de exclusión. El factor constitucional debe esperar sucesos que le hagan entrar en acción, y el factor accidental necesita apoyarse en el constitucional para comenzar a actuar. En la mayoría de los casos debemos representarnos una serie de combinaciones «complementarias», en la cual la intensidad que se debilita en uno de los factores es equilibrada por la del otro, que aumenta en grado proporcional. Pero no tiene objeto ninguno negar la existencia de casos extremos en los puntos finales de la serie.

Conforme a la investigación psicoanalítica, debe atribuirse a los sucesos de la primera infancia un puesto principal entre los factores accidentales. Una de las series etiológicas se divide entonces en dos, que pueden denominarse, respectivamente, *serie dispositional* y *serie definitiva*. En la primera actúan la constitución y los sucesos accidentales de la misma manera conjunta que en la segunda la disposición y los posteriores sucesos traumáticos. Todos los factores perjudiciales para el desarrollo sexual exteriorizan su acción haciendo surgir una *regresión*: esto es, un retorno a una fase evolutiva anterior.

Continuaremos aquí nuestra labor de exponer los factores que hemos llegado a conocer como más influyentes en el desarrollo sexual, sea que representen poderes efectivos o simplemente manifestaciones de los mismos.

Madurez precoz. — Uno de tales factores es la precocidad sexual espontánea, que se revela invariablemente en la etiología de las neurosis, aunque, como todos los demás factores, no alcance tampoco por sí solo a constituir causa suficiente del proceso patológico. Se manifiesta en una

interrupción, una abreviación o una supresión del período de latencia infantil, y ocasiona perturbaciones, provocando manifestaciones sexuales que, dado el débil desarrollo de las inhibiciones sexuales y el escaso desarrollo del sistema genital, no pueden presentar otro carácter que el de perversiones. Estas tendencias a la perversión pueden conservarse como tales, o devenir, tras de la aparición de represiones, fuerzas originantes de síntomas neuróticos. En todo caso, la temprana madurez sexual dificulta el dominio posterior del instinto sexual por las instancias psíquicas superiores y eleva el carácter obsesivo, inherente ya a las representaciones psíquicas del instinto.

La madurez sexual temprana aparece con frecuencia paralelamente a un desarrollo intelectual prematuro; circunstancias ambas que se encuentran unidas en la historia infantil de los individuos más eminentes, pareciendo, por tanto, no actuar tan patógenamente cuando aparecen juntas como cuando sólo tienen lugar la precoz maduración sexual.

Factores temporales. —También el factor tiempo reclama particular atención. La filogénesis parece haber fijado el orden en que han de ser activadas las diferentes tendencias y la duración de sus actividades hasta ser sustituidas por otras nuevas o sucumbir a una represión. Sin embargo, tanto en la sucesión como en la duración de estas tendencias existen variantes susceptibles de ejercer una influencia decisiva sobre el resultado final. No puede ser indiferente que una determinada corriente surja antes o después de la corriente antagónica correspondiente, pues los efectos de una represión no pueden ya anularse. La alteración del orden temporal en la síntesis de los componentes del instinto sexual se reflejará en una modificación del resultado. Por otra parte, el curso de aquellas tendencias que surgen con cierta intensidad puede ser de una rapidez sorprendente. Así sucede, por ejemplo, con la tendencia heterosexual de los futuros homosexuales manifiestos. Las tendencias infantiles, por muy violentas que parezcan, no justifican el temor de que puedan dominar duraderamente el carácter del adulto, y debe esperarse su desaparición y sustitución por sus contrarias ‘Gestrenges Herren regieren nicht lange’ [«los tiranos suelen reinar poco tiempo»].

No podemos ni siquiera indicar de qué pueden depender tales perturbaciones temporales de los procesos evolutivos. Se abre aquí una visión sobre una falange de problemas biológicos y quizá históricos, a los que no nos hemos acercado aún lo suficiente para comenzar un combate.

Adherencia de las impresiones precoces. — La importancia de todas las manifestaciones sexuales precoces es acrecentada por la existencia de un factor psíquico de origen desconocido en el que no podemos ver por ahora más que un concepto psicológico provisional. Se trata de la *adherencia* o *fijación* prolongada de estas tempranas impresiones sexuales en los futuros neuróticos o perversos, pues en los demás individuos no llegan a ejercer una influencia suficiente para forzarlos obsesivamente a buscar su repetición y determinar para toda la vida la dirección de su instinto sexual. La explicación de esta adherencia estaría quizá en otro hecho psicológico, del que no es posible prescindir en la etiología de las neurosis. Nos referimos al predominio de las huellas mnémicas sobre las impresiones recientes. Este hecho psicológico depende, desde luego, del grado de desarrollo intelectual, y su importancia aumenta en razón directa de la cultura personal del sujeto. Inversamente, se dice que los salvajes son los «desdichados hijos del momento»^[982]. A causa de la relación antagónica existente entre la civilización y el libre desarrollo de la sexualidad, relación cuyas consecuencias podemos perseguir hasta estratos muy profundos de la conformación de nuestra vida, la forma en que se haya desarrollado la vida sexual del niño entrañará máxima importancia para su existencia ulterior en las civilizaciones y capas sociales superiores, y será indiferente en las más bajas.

Fijación. — Los citados factores psíquicos influyen tan sólo sobre las excitaciones accidentales experimentadas por la sexualidad infantil. Tales excitaciones, y en primer lugar la seducción por otros niños o por adultos, aportan el material, que con ayuda de dichos factores puede quedar fijado en una perturbación duradera. Una buena parte de las desviaciones posteriores observables de la vida sexual normal ha sido fijada desde el principio en los perversos y en los neuróticos por impresiones del período infantil, aparentemente libre de toda sexualidad.

En la causación intervienen la constitución, la madurez temprana, la intensidad de la adherencia y la casual excitación del instinto sexual por influencias exteriores.

El resultado, poco satisfactorio, de estas investigaciones sobre las perturbaciones de la vida sexual se debe a nuestra ignorancia de los procesos biológicos, que constituyen la esencia de la sexualidad, no siéndonos posible construir con los escasos datos que poseemos una teoría capaz de explicar

suficientemente los caracteres, tanto normales como patológicos, de la actividad sexual.

XXVII

MIS OPINIONES ACERCA DEL ROL DE LA SEXUALIDAD EN LA ETIOLOGÍA DE LA NEUROSIS^[983]

1905 [1906]

A mi juicio, el mejor camino para llegar a la comprensión de mi teoría sobre la significación de la sexualidad en la etiología de las neurosis es seguir paso a paso su desarrollo. No he de negar, en efecto, que dicha teoría ha pasado por una amplia evolución, modificándose en su trayectoria. En esta confesión podrán ver mis colegas una garantía de que mis afirmaciones son la resultante de una continuada serie de experiencias y no el fruto de una especulación, el cual puede, por el contrario, surgir de una sola vez en forma ya definitiva e invariable.

Mi teoría se refería en un principio tan sólo a aquellos cuadros patológicos concretados generalmente bajo el nombre de «neurastenia», entre los cuales atrajeron predominantemente mi atención dos tipos determinados, que en ocasiones aparecían también en forma pura y cuya descripción llevé a cabo diferenciándolos con los nombres de *neurastenia propiamente dicha* y «*neurosis*» *de angustia*. Se aceptaba en general que en la causación de tales formas patológicas podían intervenir factores sexuales; pero no había llegado a comprobarse su actuación regular, ni se pensaba siquiera en concederles algún predominio sobre las demás influencias etiológicas. Por lo que a mí respecta, me sorprendió desde un principio la frecuente existencia de graves perturbaciones en

la vida sexual de los nerviosos. Conforme fui avanzando en la labor de buscar tales perturbaciones, guiado por la idea de que los hombres ocultan siempre la verdad en lo que a la sexualidad se refiere, y según fui adquiriendo mayor destreza en la prosecución de esta labor investigadora, no obstante la negativa inicial de los pacientes, fue haciéndose más constante el descubrimiento de tales factores sexuales etiológicos, hasta convencerme casi de su generalidad. Dada la extrema coerción que en este orden de cosas ejercen sobre el individuo las normas sociales, la frecuencia de semejantes irregularidades sexuales era de antemano sospechable, y sólo faltaba por precisar qué medida había de alcanzar la anormalidad sexual para poder ser considerada como causa de enfermedad. Había, pues, de conceder al descubrimiento regular de dichas desviaciones sexuales menor valor que a otra circunstancia que me pareció mucho más unívoca. Resultó, en efecto, que la forma de la enfermedad —neurastenia o neurosis de angustia— aparecía en relación constante con el orden de la anormalidad sexual descubierta. Los casos típicos de neurastenia tenían en general como precedente la masturbación habitual o continuadas poluciones espontáneas, y en los de neurosis de angustia se revelaban factores tales como el coito interrumpido, «excitación frustrada» y otros semejantes, en todos los cuales podía apreciarse, como carácter común, una descarga insuficiente de la libido generada. Sólo después de este descubrimiento, nada difícil y constantemente comprobable, me decidí a demandar para las influencias sexuales un lugar preferente en la etiología de las neurosis. A ello se añadió luego que en las frecuentísimas formas mixtas de neurastenia y neurosis de angustia comprobamos también una combinación de las etiologías supuestas para dichas formas patológicas, pareciendo, además, que tal dualidad de las formas neuróticas armonizaba muy bien con el carácter polar de la sexualidad (masculino y femenino).

En esta misma época en que comencé a atribuir a la sexualidad una intervención en la génesis de las neurosis simples, sostenía con respecto a las psiconeurosis (histeria y neurosis obsesiva) una teoría puramente psicológica, que no concedía al factor sexual importancia mayor que a las demás fuentes emotivas. En unión del doctor J. Breuer, y continuando ciertas observaciones por él realizadas diez años atrás en una enferma de histeria, había estudiado, por medio de evocación de los recuerdos del paciente durante la hipnosis, el mecanismo de la génesis de los síntomas histéricos, deduciendo conclusiones que permitían tender un puente entre la histeria traumática de Charcot y la

histeria común no traumática. Llegamos así a la teoría de que los síntomas histéricos son efectos perdurables de traumas psíquicos, cuya carga de afecto quedó excluida por determinadas circunstancias de una elaboración consciente, habiendo tenido que abrirse paso, en consecuencia, por un camino anormal conducente a la inervación somática. Los términos «afecto coartado», «conversión» y «derivación reactiva» sintetizan lo más característico de esta teoría.

Las relaciones de las psiconeurosis con las neurosis simples, tan estrechas que el diagnóstico diferencial no es siempre fácil para el médico poco experimentado, hacían prever que lo descubierto en uno de tales sectores se diera también en el otro. Pero, además, la investigación del mecanismo psíquico de los síntomas histéricos nos condujo a idénticos resultados. En efecto: al investigar por medio del método catártico, obra de Breuer y mía, los traumas psíquicos de los que se derivan los síntomas histéricos, llegamos, en último término, a sucesos de orden sexual vividos por el enfermo en edad infantil, y esto aun en aquellos casos en los que la explosión de la enfermedad aparecía provocada por una emoción trivial de carácter no sexual. Sin tener en cuenta tales traumas sexuales infantiles resultaba imposible explicar los síntomas, llegar a la inteligencia de su determinación y prevenir su retorno. De este modo quedó ya indudablemente fijada la singular importancia de los sucesos sexuales en la etiología de las psiconeurosis, hecho que continúa constituyendo una de las bases fundamentales de nuestra teoría.

Esta teoría podrá parecer extraña si nos limitamos a formularla diciendo que la causa de la neurosis histérica, prolongada a través de toda una vida, reposa en las experiencias sexuales, insignificantes casi siempre en sí, vividas por el sujeto en su temprana infancia. Pero si atendemos a su evolución histórica y concretamos su contenido esencial en el principio de que la histeria es la expresión de una conducta especial de la función sexual del individuo, determinada y regulada por las primeras influencias y experiencias sexuales infantiles, nuestras afirmaciones perderán todo carácter paradójico y pasarán a constituir un poderoso motivo para orientar la atención científica hacia los efectos ulteriores de las impresiones infantiles, tan importantes como desatendidos hasta ahora.

Reservando para más adelante la cuestión de si las experiencias sexuales infantiles pueden ser consideradas como causa etiológica de la histeria (y de la neurosis obsesiva), volveremos a la descripción de nuestra teoría tal y como

hubimos de presentarla en algunos breves trabajos provisionales, publicados en los años de 1895 y 1896. La acentuación de los factores etiológicos supuestos permitía por entonces oponer las neurosis comunes, como enfermedades con etiología actual, a las psiconeurosis, cuya etiología había de ser buscada predominantemente en las experiencias sexuales de la temprana infancia. La teoría culminaba en el principio siguiente: dada una vida sexual normal es imposible una neurosis.

Aunque las afirmaciones que preceden continúan pareciéndome, en el fondo, exactas, no extrañará que en diez años de ininterrumpida labor se haya hecho más preciso y profundo mi conocimiento de la cuestión, siéndome hoy posible corregir los defectos de que al principio adoleció mi teoría.

El material por entonces reunido, escaso aún, integraba casualmente un número desproporcionado de casos en cuya historia infantil desempeñaba el papel principal la iniciación sexual del sujeto por individuos adultos o por otros niños de más edad, circunstancia que me sugirió una idea exagerada de la frecuencia de tales sucesos, tanto más cuanto que por aquella época no había llegado aún a poder distinguir con seguridad los falsos recuerdos infantiles de los histéricos, de las huellas dejadas en su memoria por sucesos realmente acaecidos. De entonces acá he aprendido a ver en algunas de aquellas fantasías mnémicas de iniciación sexual tentativas de defensa contra el recuerdo de la propia actividad sexual (masturbación infantil), habiendo debido abandonar, en consecuencia, la acentuación del elemento «traumático» en las experiencias infantiles para retener tan sólo el hecho de que la actividad sexual infantil (espontánea o provocada) marca decisivamente la dirección de la vida sexual ulterior al adulto. Esta aclaración, que vino a rectificar el más importante de mis errores iniciales, debía modificar también mi concepción del mecanismo de los síntomas histéricos, los cuales no se me aparecieron ya como derivaciones directas de los recuerdos reprimidos de experiencias sexuales infantiles, pues entre ellos y las impresiones infantiles vinieron ahora a interpolarse las fantasías mnémicas de los enfermos (recuerdos imaginarios, fantaseados por lo general en los años de la pubertad), fantasías éstas que, por un lado, aparecían construidas sobre la base y con los materiales de los recuerdos infantiles y se convertían, por otro, en síntomas. Esta introducción de las fantasías histéricas nos descubrió ya la contextura de las neurosis y su relación con la vida del enfermo, revelándonos al mismo tiempo una sorprendente analogía entre tales fantasías

y aquellas que se hacen conscientes en los delirios de los paranoicos^[984].

Después de esta rectificación, los «traumas sexuales infantiles» quedaron, en cierto modo, sustituidos por el «infantilismo de la sexualidad». No se hizo esperar una segunda modificación de la teoría primitiva. Con la supuesta frecuencia de la iniciación sexual en época infantil cayó también por tierra la importancia predominante de la gran influencia *accidental* de la sexualidad, a la cual me inclinaba yo a atribuir el papel principal en la causación de la enfermedad, aunque sin negar la intervención de factores constitucionales y hereditarios. Había llegado incluso a concebir esperanzas de resolver el problema de la elección de neurosis descubriendo una relación constante entre los detalles de las experiencias sexuales infantiles del enfermo y la forma de su psiconeurosis ulterior, y opinaba —si bien con ciertas reservas— que una conducta pasiva en tales sucesos generaba la disposición a la histeria, y, en cambio, una conducta activa, la disposición a la neurosis obsesiva. Posteriormente hube de renunciar por completo a esta hipótesis, si bien existen ciertos hechos que imponen mantener hasta cierto punto la sospechada relación entre la pasividad y la histeria y la actividad y la neurosis obsesiva. Con la renuncia a esta influencia accidental de la sexualidad recobraban la supremacía los factores constitucionales y hereditarios; pero, a diferencia de la opinión por entonces dominante, la «constitución sexual» se sustituía, para mí, a la disposición neuropática general. En mi obra *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905) llevé a cabo una tentativa de describir la diversidad de esta constitución sexual, el carácter compuesto del instinto sexual en general y su origen en diversas fuentes del organismo.

Siempre, como consecuencia de la rectificación introducida en mi concepción de los «traumas sexuales infantiles», fue desarrollándose ahora mi teoría en una dirección iniciada ya en mis publicaciones de los años 1894 a 1896. Por esta época, y antes de situar la sexualidad en el lugar que le correspondía en la etiología, habíamos indicado ya, como condición de la eficacia patógena de una experiencia, el que ésta pareciese intolerable al yo y despertase una tendencia a la defensa. A esta defensa atribuía yo la disociación psíquica —o, como antes se decía, la disociación de la conciencia— emergente en la histeria. Si la defensa triunfara, la experiencia intolerable quedaba expulsada, en todas sus secuelas afectivas de la conciencia y del recuerdo del yo. Pero en determinadas circunstancias lo expulsado desarrollaba, ya como algo

inconsciente, una intensa eficacia y retornaba a la conciencia por medio de los síntomas y de los afectos a ellos concomitantes, correspondiendo así la enfermedad a un fracaso de la defensa. Esta concepción tenía ya el mérito de penetrar en el funcionamiento de las fuerzas psíquicas y aproximar así los procesos anímicos de la histeria a los normales, en lugar de transferir la característica de la neurosis a una perturbación enigmática o inanalizable.

Cuando la investigación de sujetos que habían permanecido normales nos llevó luego al resultado inesperado de que la historia sexual infantil de tales personas no precisaba diferenciarse esencialmente de la de los neuróticos, ni siquiera en lo relativo a la temprana iniciación sexual, las influencias accidentales fueron cediendo aún más el puesto a la de la *represión* (término que comencé entonces a sustituir al de «defensa»). Así, pues, lo importante no eran ya las excitaciones sexuales que el individuo hubiera experimentado en su infancia, sino sobre todo su reacción a tales impresiones y el haber respondido o no a ellas con la represión. En muchos casos de actividad sexual infantil espontánea pudo demostrarse que tal actividad quedaba interrumpida en el curso del desarrollo por una represión. Resultó así que el neurótico adulto traía consigo desde su infancia cierta medida de «represión sexual» que se exteriorizaba luego bajo la presión de las exigencias de la vida real. Los psicoanálisis de sujetos histéricos mostraron que su enfermedad era el resultado de un conflicto entre la libido y la represión sexual y que sus síntomas constituían una transacción entre ambas corrientes anímicas.

Para continuar explicando esta parte de mi teoría habría que desarrollar previamente una experiencia detallada de mis ideas sobre la represión. Pero me limitaré a remitir al lector a mis *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), en los que he intentado arrojar alguna luz sobre los procesos somáticos en que ha de buscarse la esencia de la sexualidad. Indiqué en ellos que la disposición sexual constitucional del niño es mucho más compuesta de lo que podía sospecharse, debiendo ser considerada como «polimórficamente perversa», y que de esta disposición nace, por medio de la represión de determinados componentes, la conducta llamada normal de la función sexual. Apoyándome en los caracteres infantiles de la sexualidad, me fue posible establecer una sencilla conexión entre la salud, la perversión y la neurosis. La normalidad resultaba de la represión de ciertos instintos parciales y determinados componentes de las disposiciones infantiles y de la subordinación de los demás a la primacía de las zonas genitales en servicio de la reproducción. Las perversiones correspondían a perturbaciones

de esta síntesis por un desarrollo exagerado y como obsesivo de alguno de aquellos instintos parciales, y la neurosis se reducía a una represión excesiva de las tendencias libidinosas. La posibilidad de señalar siempre en la neurosis la existencia de casi todos los instintos perversos de la disposición infantil como fuerzas productoras de síntomas me llevó a definir la neurosis como el «negativo» de la perversión.

Creo conveniente hacer resaltar que mis opiniones sobre la etiología de las psiconeurosis han sostenido siempre, a través de todas sus modificaciones, dos puntos de vista: la importancia de la *sexualidad* y la del *infantilismo*. En cambio, las influencias accidentales han sido sustituidas por factores constitucionales, y la «defensa», puramente psicológica, por la «represión sexual» orgánica. Se nos preguntará quizá dónde es posible hallar una prueba concluyente de la importancia que atribuimos a los factores sexuales en la etiología de las psiconeurosis, perturbaciones que vemos surgir consecutivamente a las emociones más triviales e incluso a estímulos somáticos, ya que, por nuestra parte, hemos tenido que renunciar a referir a una etiología específica constituida por determinadas experiencias infantiles. En respuesta a tal interrogación señalaremos la investigación psicoanalítica como fuente de nuestra discutida convicción. Empleando este insustituible método de investigación descubrimos que *los síntomas representan la actividad sexual de los enfermos*, total o sólo en parte, emanada de instintos parciales, normales o perversos de la sexualidad. No es sólo que gran parte de la sintomatología histérica se halle constituida por manifestaciones de la excitación sexual ni que una serie de zonas erógenas se eleve en la neurosis y por intensificación de las cualidades infantiles a la categoría de genitales; es también que incluso los síntomas más complicados se nos revelan como representaciones disfrazadas de fantasías cuyo contenido es una situación sexual. Sabiendo interpretar el lenguaje de la histeria se ve claramente que el nódulo de la neurosis no es sino la sexualidad reprimida de los enfermos, extendiendo, desde luego, la función sexual en toda su verdadera amplitud, circunscrita por la disposición infantil. En aquellos casos en los que ha de aceptarse la intervención de una emoción trivial en la causación de la enfermedad demuestra el análisis que el efecto patógeno ha sido obra del componente sexual, siempre existente, del suceso traumático.

Inadvertidamente hemos pasado del problema de la causación de las psiconeurosis al de su esencia. Si se quieren tener en cuenta los descubrimientos psicoanalíticos, ha de afirmarse que la esencia de estas enfermedades reposa en

perturbaciones de los procesos sexuales, de aquellos procesos orgánicos que determinan la producción y el empleo de la libido sexual. En último término, no podemos por menos de representarnos estos procesos como de orden químico, viendo así en las neurosis actuales los efectos somáticos, y en las psiconeurosis, además, los psíquicos de los trastornos del metabolismo sexual. La analogía de las neurosis con los fenómenos de intoxicación y de abstinencia, consecutivos al uso de ciertos alcaloides, y con la enfermedad de Basedow y la de Addison, se impone clínicamente, y del mismo modo que estas dos últimas enfermedades no pueden ser ya descritas como «enfermedades de los nervios», también las «neurosis» propiamente dichas habrán de ser excluidas de tal categoría, no obstante su nombre.

A la etiología de las neurosis pertenece además todo aquello que puede actuar dañosamente sobre los procesos que se desarrollan al servicio de la función sexual. Así, pues, en primer término, aquellas desviaciones que afectan a la propia función sexual, en cuanto pueden significar un daño de la constitución sexual, variable según el grado de cultura y educación. En segundo, aquellas otras distintas desviaciones y aquellos traumas que, dañando en general el organismo, perturban secundariamente los procesos sexuales que en él se desarrollan.

Pero no debe olvidarse que el problema etiológico de las neurosis es, por lo menos, tan complicado como el de cualquier otra enfermedad. Casi nunca resulta suficiente una única influencia patógena. Por lo general, se hace precisa una multiplicidad de factores etiológicos, que se apoyan entre sí, y no deben, por tanto, ser opuestos unos a otros. De aquí también que el estado patológico neurótico no aparezca precisamente diferenciado de la salud.

La enfermedad es el resultado de una acumulación, y la medida de las condiciones etiológicas puede ser completada desde cualquier sector. Buscar la etiología de las neurosis exclusivamente en la herencia o en la constitución sería tan unilateral como elevar tan sólo a la categoría etiológica las influencias accidentales ejercidas sobre la sexualidad en el curso vital del sujeto, aunque hayamos descubierto que la esencia de estas enfermedades consiste tan sólo en una perturbación de los procesos sexuales que se desarrollan en el organismo.

Viena, junio 1905.

XXVIII

LA ILUSTRACIÓN SEXUAL DEL NIÑO^[985]

Carta abierta al doctor M. Fürst

1907

Querido Dr. Fürst,

A L pedirme unas declaraciones sobre «La ilustración sexual de los niños» supongo que no esperará usted obtener de mí un tratado completo y minucioso de la cuestión, en el que se tenga en cuenta toda la amplísima literatura existente sobre la materia, sino tan sólo el juicio independiente de un médico al que su actividad profesional ha estimulado especialmente a ocuparse de los problemas sexuales. Sé que ha seguido usted con interés mis trabajos científicos y que no rechaza sin previo examen mis hipótesis, como muchos otros colegas lo hacen, por ver yo en la constitución psicosexual y en las alteraciones de la vida sexual las causas principales de las enfermedades neuróticas, tan frecuentes hoy. De ahí que mis *Tres ensayos para una teoría sexual*, en los que expuse la composición del instinto sexual y las perturbaciones del mismo en la evolución, que le conduce a constituir la función sexual, hallaran en la revista de su digna dirección un eco amistoso.

Me plantea usted, pues, la cuestión de si, en general, debe facilitarse a los niños una explicación de los hechos de la vida sexual, y en caso afirmativo, qué edad ha de escogerse para ello y de qué modo ha de llevarse a cabo.

Desde un principio haré constar que encuentro perfectamente justificada la discusión en lo que respecta a los dos últimos puntos, pero que no concibo cómo

pueden existir juicios divergentes en lo que respecta al primero. ¿Qué se intenta alcanzar negando a los niños —o si se quiere, a los adolescentes— tales explicaciones sobre la vida sexual humana? ¿Se teme quizá despertar prematuramente su interés por estas cuestiones, antes que nazca espontáneamente en ellos? ¿Se espera con semejante ocultación encadenar el instinto sexual hasta la época en que sea posible dirigirlo por los caminos que el orden social considera lícitos? ¿Se supone acaso que los niños no mostrarán interés ninguno hacia los hechos y los enigmas de la vida sexual si no se atrae su atención sobre ellos? ¿Se cree quizá que el conocimiento que se les niega no habrá de serles aportado por otros caminos? ¿O es que se persigue realmente y con toda seriedad el propósito de que más tarde juzguen todo lo sexual como algo bajo y despreciable, de lo cual procuraron mantenerlos alejados el mayor tiempo posible sus padres y maestros?

No sé, en verdad, en cuál de estos propósitos he de ver el motivo de ocultar a los niños, como sistemáticamente se viene haciendo, todo lo concerniente a la vida sexual. Sólo sé que todos ellos son igualmente especiosos y no merecen siquiera una razonada controversia. Pero recuerdo haber hallado en las cartas familiares del gran pensador y filántropo Multatuli unas ideas más que suficientes como respuesta^[986]:

«En mi sentir se encubren excesivamente algunas cosas. Se obra con acierto procurando conservar pura la imaginación de los niños; pero la ignorancia no es el mejor medio para conseguirlo. Por el contrario, creo que la ocultación hace que el niño llegue a sospechar mucho antes la verdad. La curiosidad nos lleva a preocuparnos de cosas que nos inspirarían escaso interés si se nos hubieran comunicado franca y sencillamente. Si fuera posible mantener al niño en una absoluta ignorancia, todavía admitiríamos el procedimiento; pero el infantil sujeto oye a otros o lee en los libros que caen en sus manos cosas que le inducen a meditar, y precisamente el disimulo que sus padres y educadores observan sobre ellas intensifica su ansia de saber. Este deseo, sólo parcial, y secretamente satisfecho, acalora y pervierte su fantasía, y el niño comienza ya a pecar en tiempos en los que sus padres creen que ignora aún lo que es pecado».

Nada mejor puede decirse sobre la cuestión, y sí tan sólo añadir algo. Lo que impulsa a los adultos a observar esta conducta de «disimulo» para con los niños es, desde luego, la mojigatería usual y la propia mala conciencia en lo concerniente a la sexualidad, pero quizá también cierta ignorancia teórica, a la

que no es imposible poner remedio. Se cree, en efecto, que los niños carecen de instinto sexual, no apareciendo éste en ellos hasta la pubertad, con la madurez de los órganos sexuales. Es éste un grave error, de lamentables consecuencias, tanto teóricas como prácticas, y resulta tan fácil de rectificar por medio de la mera observación que admira haya podido incurrirse en él. La verdad es que el recién nacido trae ya consigo al mundo su sexualidad.

Determinadas sensaciones sexuales acompañan su desarrollo a través del período de lactancia y de la época infantil, siendo muy pocos los niños que llegan a la pubertad sin haber pasado por actividades y sensaciones sexuales. Aquellos lectores a quienes pueda interesar una detallada exposición de estas afirmaciones, la hallarán en mis *Tres ensayos para una teoría sexual*^[987].

Verán allí que los órganos de la reproducción no son la única parte del cuerpo que puede generar sensaciones de placer sexual, y que la Naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que aun en la más temprana infancia resultan inevitables ciertos estímulos de los genitales. Esta época de la vida individual, en la cual el estímulo de distintos lugares de la epidermis (zonas erógenas), la acción de ciertos instintos biológicos y la excitación concomitante a muchos estados afectivos engendran cierta magnitud de placer, innegablemente sexual, es conocida con el nombre de período del *autoerotismo*, según expresión introducida por Havelock Ellis. La pubertad se limita a procurar a los genitales la primacía sobre todas las zonas y fuentes erógenas, obligando así al erotismo a ponerse al servicio de la función reproductora; proceso cuya evolución puede ser perturbada por determinadas coerciones, y que en muchos individuos —los ulteriores perversos y neuróticos— no se desarrolla sino muy imperfectamente. Por otro lado, el niño es capaz de la mayor parte de las funciones psíquicas de la vida erótica (la ternura, los celos) mucho antes de alcanzar la pubertad, y la frecuente unión de estos estados psíquicos con sensaciones somáticas de excitación sexual revela al niño la íntima relación de ambos fenómenos. En resumen: el niño aparece perfectamente capacitado para la vida erótica —excepción hecha de la reproducción— mucho antes de la pubertad, y puede afirmarse que al ocultarle sistemáticamente lo sexual sólo se consigue privarle de la capacidad de dominar intelectualmente aquellas funciones para las cuales posee ya una preparación psíquica y una disposición somática.

El interés intelectual del niño por los enigmas de la vida sexual, su curiosidad sexual, se manifiesta también en época insospechadamente temprana.

Sólo pensando que los padres oponen a este interés infantil una inexplicable ceguera o se esfuerzan inmediatamente en yugarlo cuando no han podido dejar de advertirlo, podemos explicarnos la escasez de observaciones del orden siguiente: Cuento entre mis amistades a un espléndido chiquillo, que acaba de cumplir los cuatro años, cuyos padres, muy comprensivos e inteligentes, han renunciado a reprimir violentamente una parte del desarrollo de su hijo. El pequeño Juanito, que desde luego no ha sido objeto de incitación sexual alguna por parte de sus guardadores, muestra, hace ya algún tiempo, el más vivo interés por una determinada parte de su cuerpo, a la que llama «la cosita de hacer pipí». Ya a los tres años preguntó una vez a su madre: «Mamá, ¿tienes tú también una cosita de hacer pipí?» A lo cual le respondió la madre: «Naturalmente que sí. ¿Qué te habías creído?» También a su padre hubo de dirigirle repetidamente igual pregunta.

Próximamente por la misma época, al visitar por vez primera un establo y ver ordeñar una vaca, exclamó, asombrado: «¡Mira: de la cosita de hacer pipí sale leche!» A los tres años y nueve meses parece hallarse ya en camino de descubrir por sí mismo, con ayuda de sus observaciones, categorías exactas. Ve desaguar la caldera de una locomotora y dice: «Fíjate, la locomotora hace pipí. ¿Dónde tiene la cosita?» Y poco tiempo después expone el resultado de sus reflexiones: «Un perro y un caballo tienen una cosita de hacer pipí: una mesa y una silla, no». Hace poco ha presenciado el baño de una hermanita suya, nacida una semana antes, observando: «¡Qué pequeña tiene aún la cosita! Ya le crecerá cuando sea mayor». (Esta actitud ante el problema de la diferencia de los sexos es frecuente entre los niños de la edad de Juanito.) He de hacer constar que Juanito no es un niño que muestre una especial disposición sexual o patológica. Lo que, a mi juicio, sucede es que no ha sido intimidado ni se ve atormentado por un sentimiento de culpa, y comunica, por tanto, con la mayor inocencia, sus procesos mentales^[988].

El segundo grave problema que se plantea al pensamiento infantil —aunque ya en años posteriores— es el del origen de los niños, suscitado generalmente por la aparición indeseada de un hermanito o hermanita. Es ésta la interrogación más antigua y ardiente de la Humanidad. Aquellos que han aprendido a descifrar el oculto sentido de los mitos y las tradiciones la sienten palpar ya en el enigma que la esfinge tebana propone a Edipo. Las respuestas habituales en la *nursery* hieren el honrado instinto de investigación del niño, defraudando por vez

primera su confianza en sus padres. A partir de aquí comenzará a desconfiar de los adultos y a ocultarles sus pensamientos más íntimos. El pequeño documento que a continuación transcribimos demuestra cuán atormentadora puede llegar a ser esta ansia de saber, aun en niños ya mayores. Trátase de una carta de una niña de once años y medio, huérfana de madre, que ha discutido largamente la cuestión con su hermanita menor:

«Querida tía Mali: Hazme el favor de escribirme contándome cómo has tenido a Cristina o a Pablito. Tú tienes que saberlo, puesto que estás casada. Hemos discutido mucho anoche hablando de esto, y queremos saber la verdad. Pero no tenemos a nadie más que a ti a quien poder preguntar. ¿Cuándo vienes a Salzburgo? No podemos comprender, querida tía Mali, cómo trae la cigüeña a los niños. Trudel cree que los trae vestidos sólo con una camisita. Quisiéramos saber también si los recoge del estanque, y por qué cuando nosotros vamos al estanque no vemos nunca en él ningún niño. Dinos también cómo es que cuando se va a tener un niño se sabe ya desde antes. Escríbeme muy largo contándomelo todo.

Muchos recuerdos y muchos besos de todos nosotros.

Tu curiosa,

Lili».

No creo que esta enternecedora misiva procurase a las dos hermanas la explicación deseada. La mayor enfermó ulteriormente de aquella neurosis que se deriva de interrogaciones inconscientes no contestadas^[989].

No creo que exista razón alguna aceptable para negar a los niños la explicación demandada por su ansia de saber. Ahora bien: si el propósito del educador es impedir cuanto antes que el niño llegue a pensar por su cuenta, sacrificando su independencia intelectual al deseo de que sea lo que se llama «un niño juicioso», el mejor camino es, ciertamente, el engaño en el terreno sexual y la intimidación en el terreno religioso. Los sujetos de naturaleza más enérgica rechazan, desde luego, tales influencias, y adoptan ante la autoridad de los padres una actitud de rebeldía, que luego mantienen a través de toda su vida con respecto a cualquier otra autoridad. En general, cuando los niños se ven negadas aquellas explicaciones que demandan de los adultos, prosiguen atormentándose en secreto con tales problemas y construyen tentativas de solución, en las cuales la verdad sospechada aparece mezclada con grotescos errores, o se comunican

unos a otros sigilosamente sus descubrimientos, en los cuales el sentimiento de culpabilidad del infantil investigador imprime a la vida sexual el sello de lo repugnante y prohibido. Estas teorías sexuales infantiles serían muy merecedoras de colección y estudio. Por lo general, pierden los niños, a partir de este punto, la única posición exacta ante los problemas sexuales, y muchos de ellos para no volverla a recuperar.

Parece ser que la inmensa mayoría de los autores, tanto masculinos como femeninos, que han escrito sobre la ilustración sexual de los niños han resuelto la cuestión en sentido afirmativo. Pero la torpeza de las propuestas sobre el momento y el modo de llevarla a cabo nos inclina a deducir que tal decisión no les ha sido nada fácil. La encantadora carta explicativa que Emma Eckstein^[990] figura dirigir a un hijo suyo de diez años constituye —que yo sepa— un caso aislado. La práctica general de ocultar a los niños el mayor tiempo posible todo conocimiento sexual para otorgarles luego, con frases ampulosas y solemnes, una media explicación, que casi siempre llega tarde, es, francamente, equivocada. La mayor parte de las respuestas a la pregunta «¿cómo decírselo a mi hijo?», me dan tan lamentable impresión que incluso preferiría que los padres no se ocuparan de la ilustración sexual infantil. Lo verdaderamente importante es que los niños no se formen la idea de que, entre todo aquello que no alcanzan aún a comprender, lo que más cuidadosamente se les oculta son los hechos de la vida sexual. Para conseguirlo así es necesario que lo sexual sea tratado, desde un principio, en la misma forma que cualquier otro orden de cosas dignas de ser sabidas. Ante todo, es labor de la escuela no eludir la mención de lo sexual, iniciando los grandes hechos de la reproducción en el estudio del mundo animal y haciendo constar, inmediatamente, que el hombre comparte todo lo esencial de su organización con los animales superiores. Si el ambiente familiar no tiende a intimidar el pensamiento infantil, no será raro oír frases como la siguiente, sorprendida por mí en una conversación entre un niño y su hermanita: «Pero ¿cómo puedes creer todavía que la cigüeña trae a los niños pequeños? ¡Te han dicho ya que el hombre es un mamífero, y supongo que no creerás que también a los demás mamíferos les trae la cigüeña sus crías!» De este modo, la curiosidad del niño no alcanzará nunca un alto grado si en cada estadio de la enseñanza encuentra su correspondiente satisfacción. La explicación de las características puramente humanas de la vida sexual y de la significación social de esta última podrían darse entonces al término de la primera enseñanza; esto es, al cumplir el

niño los diez años. Por último, el momento de la confirmación sería el más apropiado para explicar al niño, al corriente ya de lo somático, las obligaciones morales enlazadas al ejercicio del instinto. Tal ilustración gradual, no interrumpida en época alguna e iniciada en y por la misma escuela primaria, me parece ser la única adaptada al desarrollo del niño y evita así todo posible peligro.

La sustitución del catecismo por un tratado elemental de los derechos y deberes del ciudadano, llevada a cabo por el Estado francés, me parece un gran progreso en la educación infantil. Pero esta instrucción elemental resultará aun lamentablemente incompleta si no incluye lo referente a la vida sexual. Es ésta una laguna a cuya desaparición deben tender los esfuerzos de los pedagogos y los reformadores. En aquellos Estados que han abandonado la educación en manos de las Órdenes religiosas no cabe, naturalmente, suscitar la cuestión. El sacerdote no admitirá jamás la igualdad esencial del hombre y el animal, pues no puede renunciar al alma inmortal, que le es precisa para fundar en ella la moral. Queda así demostrado, una vez más, cuán necio es poner a un traje destrozado un remiendo de paño nuevo y cuán imposible llevar a cabo una reforma aislada sin transformar las bases del sistema.

XXIX

LA MORAL SEXUAL «CULTURAL» Y LA NERVIOSIDAD MODERNA^[991]

1908

EN su *Ética sexual*, recientemente publicada, establece von Ehrenfels (1907) una distinción entre moral sexual «natural» y moral sexual «cultural». Por moral sexual natural entiende aquella bajo cuyo régimen puede una raza conservarse duraderamente en plena salud y capacidad vital. Moral sexual cultural sería, en cambio, aquélla cuyos dictados impulsan al hombre a una obra de cultura más productiva e intensa. Esta antítesis se nos hará más transparente si oponemos entre sí el acervo *constitutivo* de un pueblo y su acervo *cultural*. Remitiendo a la citada obra de Ehrenfels a aquellos lectores que quieran seguir hasta su fin este importante proceso mental, me limitaré aquí a desarrollarlo lo estrictamente necesario para enlazar con él algunas aportaciones personales.

No es arriesgado suponer que bajo el imperio de una moral sexual cultural pueden quedar expuestas a ciertos daños la salud y la energía vital individuales, y que este daño, infligido a los individuos por los sacrificios que les son impuestos, alcanza, por último, tan alto grado que llega a constituir también un peligro para el fin social. Ehrenfels señala, realmente, toda una serie de daños de los que se ha de hacer responsable a la moral sexual dominante en nuestra sociedad occidental contemporánea, y aunque la reconoce muy apropiada para el progreso de la cultura, concluye postulando la necesidad de reformarla. Las características de la moral sexual cultural bajo cuyo régimen vivimos serían —

según nuestro autor— la transferencia de las reglas de la vida sexual femenina a la masculina y la prohibición de todo comercio sexual fuera de la monogamia conyugal. Pero las diferencias naturales de los sexos habrían impuesto mayor tolerancia para las transgresiones sexuales del hombre, creándose así en favor de éste una segunda moral. Ahora bien: una sociedad que tolera esta *doble* moral no puede superar cierta medida, hartó limitada, de «amor a la verdad, honradez y humanidad», y ha de impulsar a sus miembros a ocultar la verdad, a pintar las cosas con falsos colores, a engañarse a sí mismos y a engañar a los demás. Otro daño, aún más grave, imputable a la moral sexual cultural, sería el de paralizar —con la exaltación de la monogamia— la *selección viril*, único influjo susceptible de procurar una mejora de la constitución, ya que los pueblos civilizados han reducido al mínimo, por humanidad y por higiene, la *selección vital*.

Entre estos perjuicios, imputados a la moral sexual cultural, ha de echar de menos el médico uno cuya importancia analizaremos aquí detenidamente. Me refiero a la difusión, a ella imputable, de la nerviosidad en nuestra sociedad moderna. En ocasiones es el mismo enfermo nervioso quien llama la atención del médico sobre la antítesis, observable en la causación de la enfermedad, entre la constitución y las exigencias culturales, diciéndole: «En nuestra familia todos hemos enfermado de los nervios por haber querido llegar a ser algo más de lo que nuestro origen nos permitía». No es tampoco raro que el médico se vea movido a reflexionar por la observación de que precisamente sucumben a la nerviosidad los descendientes de aquellos hombres de origen campesino, sencillo y sano, procedentes de familias rudas, pero fuertes, que emigraron a la ciudad y conquistaron en ella posición y fortuna, haciendo que sus hijos se elevasen en un corto período de tiempo a un alto nivel cultural. Pero, además, los mismos neurólogos proclaman ya la relación del «incremento de la nerviosidad» con la moderna vida cultural. Algunas manifestaciones de los observadores más autorizados en este sector nos indicarán dónde se cree ver el fundamento de tal dependencia:

W. Erb^[992]: «La cuestión planteada es la de si las causas de la nerviosidad antes expuestas se hallan realmente dadas en la vida moderna en tan elevada medida que expliquen el extraordinario incremento de tal enfermedad, y a esta interrogación hemos de contestar en el acto afirmativamente, pues nos basta para ello echar una rápida ojeada sobre nuestra vida moderna y su particular

estructura.

»La simple enunciación de una serie de hechos generales basta ya para demostrar nuestro postulado; las extraordinarias conquistas de la Edad Moderna, los descubrimientos e invenciones en todos los sectores y la conservación del terreno conquistado contra la competencia cada vez mayor no se han alcanzado sino mediante una enorme labor intelectual, y sólo mediante ella pueden ser mantenidos. Las exigencias planteadas a nuestra capacidad funcional en la lucha por la existencia son cada vez más altas, y sólo podemos satisfacerlas poniendo en el empeño la totalidad de nuestras energías anímicas. Al mismo tiempo, las necesidades individuales y el ansia de goces han crecido en todos los sectores; un lujo inaudito se ha extendido hasta penetrar en capas sociales a las que jamás había llegado antes; la irreligiosidad, el descontento y la ambición han aumentado en amplios sectores del pueblo; el extraordinario incremento del comercio y las redes de telégrafos y teléfonos que envuelven el mundo han modificado totalmente el ritmo de la vida; todo es prisa y agitación; la noche se aprovecha para viajar; el día, para los negocios, y hasta los ‘viajes de recreo’ exigen un esfuerzo al sistema nervioso. Las grandes crisis políticas, industriales o financieras llevan su agitación a círculos sociales mucho más extensos. La participación en la vida política se ha hecho general. Las luchas sociales, políticas y religiosas; la actividad de los partidos, la agitación electoral y la vida corporativa, intensificada hasta lo infinito, acaloran los cerebros e imponen a los espíritus un nuevo esfuerzo cada día, robando el tiempo al descanso, al sueño y a la recuperación de energías. La vida de las grandes ciudades es cada vez más refinada e intranquila. Los nervios agotados, buscan fuerzas en excitantes cada vez más fuertes, en placeres intensamente especiados, fatigándose aún más en ellos. La literatura moderna se ocupa preferentemente de problemas sospechosos, que hacen fermentar todas las pasiones y fomentar sensualidad, el ansia de placer y el desprecio de todos los principios éticos y todos los ideales, presentando a los lectores figuras patológicas y cuestiones psicopáticosexuales y fomentan sensualidad, el ansia sobreexcitado por una música ruidosa y violenta; los teatros captan todos los sentidos en sus representaciones excitantes, e incluso las artes plásticas se orientan con preferencia hacia lo feo, repugnante o excitante, sin espantarse de presentar a nuestros ojos, con un repugnante realismo, lo más horrible que la realidad puede ofrecernos.

»Este cuadro general, que nos señala ya en nuestra cultura moderna toda una serie de peligros, puede ser aún completado con la adición de algunos detalles».

Binswanger^[993]: «Se indica especialmente la neurastenia como una enfermedad por completo moderna, y Beard, a quien debemos su primera descripción detallada, creía haber descubierto una nueva enfermedad nerviosa nacida en suelo americano. Esta hipótesis era, naturalmente, errónea; pero el hecho de haber sido un médico americano quien primeramente pudiese aprehender y retener, como secuela de una amplia experiencia clínica, los singulares rasgos de esta enfermedad, demuestra la íntima conexión de la misma con la vida moderna, con la fiebre de dinero y con los enormes progresos técnicos que han echado por tierra todos los obstáculos de tiempo y espacio opuestos antes a la vida de relación».

Von Krafft-Ebing^[994]: «En nuestras modernas sociedades civilizadas es infinito el número de hombres cuya vida integra una plenitud de factores antihigiénicos más que suficiente para explicar el incremento de la nerviosidad, pues tales factores actúan primero y principalmente sobre el cerebro. Las circunstancias sociales y políticas, y más aún las mercantiles, industriales y agrarias de las naciones civilizadas, han sufrido, en el curso del último decenio, modificaciones que han transformado por completo la propiedad y las actividades profesionales y ciudadanas, todo ello a costa del sistema nervioso, que se ve obligado a responder al incremento de las exigencias sociales y económicas con un gasto mayor de energía, para cuya reposición no se le concede, además, descanso suficiente».

De estas teorías, así como de otras muchas de análogo contenido, no podemos decir que sean totalmente inexactas, pero sí que resultan insuficientes para explicar las peculiaridades de las perturbaciones nerviosas y, sobre todo, que desatienden precisamente el factor etiológico más importante. Prescindiendo, en efecto, de los estados indeterminados de «nerviosidad» y ateniéndonos tan sólo a las formas neuropatológicas propiamente dichas, vemos reducirse la influencia perjudicial de la cultura a una coerción nociva de la vida sexual de los pueblos civilizados (o de los estratos sociales cultos) por la moral sexual cultural en ellos imperante.

En esta serie de escritos profesionales he tratado ya de aportar la prueba de esta afirmación. No he de repetirla aquí; pero sí extrastraré los argumentos principales deducidos de mis investigaciones.

Una continua y penetrante observación clínica nos autoriza a distinguir en los estados neuropatológicos dos grandes grupos: las *neurosis* propiamente

dichas y las *psiconeurosis*. En las primeras los síntomas somáticos o psíquicos parecen ser de naturaleza *tóxica*, comportándose idénticamente a los fenómenos consecutivos a una incorporación exagerada o a una privación repentina de ciertos tóxicos del sistema nervioso. Estas neurosis —sintetizadas generalmente bajo el concepto de neurastenia— pueden ser originadas, sin que sea indispensable la colaboración de una tara hereditaria, por ciertas anormalidades nocivas de la vida sexual, correspondiendo precisamente la forma de la enfermedad a la naturaleza especial de dichas anormalidades, y ello de tal manera que del cuadro clínico puede deducirse directamente muchas veces la especial etiología sexual. Ahora bien: entre la forma de la enfermedad nerviosa y las restantes influencias nocivas de la cultura, señaladas por los distintos autores, no aparece jamás tal correspondencia regular. Habremos, pues, de considerar el factor sexual como el más esencial en la causación de las neurosis propiamente dichas.

En las *psiconeurosis* es más importante la influencia hereditaria y menos transparente la causación. Un método singular de investigación, conocido con el nombre de psicoanálisis, ha permitido descubrir que los síntomas de estos padecimientos (histeria, neurosis obsesiva, etc.) son de carácter *psicógeno* y dependen de la acción de complejos inconscientes (reprimidos) de representaciones. Este mismo método nos ha llevado también al conocimiento de tales complejos, revelándonos que integran en general un contenido sexual, pues nacen de las necesidades sexuales de individuos insatisfechos y representan para ellos una especie de satisfacción sustitutiva. De este modo habremos de ver en todos aquellos factores que dañan la vida sexual, cohíben su actividad o desplazan sus fines, factores patógenos también de las *psiconeurosis*.

El valor de la diferenciación teórica entre neurosis tóxica y neurosis psicógena no queda disminuido por el hecho de que en la mayoría de las personas nerviosas puedan observarse perturbaciones de ambos orígenes.

Aquellos que se hallen dispuestos a buscar conmigo la etiología de la nerviosidad en ciertas anormalidades nocivas de la vida sexual leerán con interés los desarrollos que siguen, destinados a insertar el tema del incremento de la nerviosidad en más amplio contexto.

Nuestra cultura descansa totalmente en la coerción de los instintos. Todos y cada uno hemos renunciado a una parte de las tendencias agresivas y vindicativas de nuestra personalidad, y de estas aportaciones ha nacido la común propiedad cultural de bienes materiales e ideales. La vida misma, y quizá

también muy principalmente los sentimientos familiares, derivados del erotismo, han sido los factores que han motivado al hombre a tal renuncia, la cual ha ido haciéndose cada vez más amplia en el curso del desarrollo de la cultura. Por su parte, la religión se ha apresurado a sancionar inmediatamente tales limitaciones progresivas, ofrendando a la divinidad como un sacrificio cada nueva renuncia a la satisfacción de los instintos y declarando «sagrado» el nuevo provecho así aportado a la colectividad. Aquellos individuos a quienes una constitución indomable impide incorporarse a esta represión general de los instintos son considerados por la sociedad como «delincuentes» y declarados fuera de la ley, a menos que su posición social o sus cualidades sobresalientes les permitan imponerse como «grandes hombres» o como «héroes».

El instinto sexual —o, mejor dicho, los instintos sexuales, pues la investigación analítica enseña que el instinto sexual es un compuesto de muchos instintos parciales— se halla probablemente más desarrollado en el hombre que en los demás animales superiores, y es, desde luego, en él mucho más constante, puesto que ha superado casi por completo la periodicidad, a la cual aparece sujeto en los animales. Pone a la disposición de la labor cultural grandes magnitudes de energía, pues posee en alto grado la peculiaridad de poder desplazar su fin sin perder grandemente en intensidad. Esta posibilidad de cambiar el fin sexual primitivo por otro, ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero, es lo que designamos con el nombre de capacidad de *sublimación*. Contrastando con tal facultad de desplazamiento que constituye su valor cultural, el instinto sexual es también susceptible de tenaces fijaciones, que lo inutilizan para todo fin cultural y lo degeneran, conduciéndolo a las llamadas anormalidades sexuales. La energía original del instinto sexual varía probablemente en cada cual e igualmente, desde luego, su parte susceptible de sublimación. A nuestro juicio, la organización congénita es la que primeramente decide qué parte del instinto podrá ser susceptible de sublimación en cada individuo; pero, además, las influencias de la vida y la acción del intelecto sobre el aparato anímico consiguen sublimar otra nueva parte. Claro está que este proceso de desplazamiento no puede ser continuado hasta lo infinito, como tampoco puede serlo la transformación del calor en trabajo mecánico en nuestras maquinarias. Para la inmensa mayoría de las organizaciones parece imprescindible cierta medida de satisfacción sexual directa, y la privación de esta medida, individualmente variable, se paga con fenómenos que, por su daño funcional y su carácter subjetivo displaciente, hemos de considerar como

patológicos.

Aún se nos abren nuevas perspectivas al atender al hecho de que el instinto sexual del hombre no tiene originariamente como fin la reproducción, sino determinadas formas de la consecución del placer. Así se manifiesta efectivamente en la niñez individual, en la que alcanza tal consecución de placer no sólo en los órganos genitales, sino también en otros lugares del cuerpo (zonas erógenas), y puede, por tanto, prescindir de todo otro objeto erótico menos cómodo. Damos a esta fase el nombre de estadio de *autoerotismo*, y adscribimos a la educación la labor de limitarlo, pues la permanencia en él del instinto sexual le haría incoercible e inaprovechable ulteriormente. El desarrollo del instinto sexual pasa luego del autoerotismo al amor a un objeto, y de la autonomía de las zonas erógenas a la subordinación de las mismas, a la primacía de los genitales, puestos al servicio de la reproducción. En el curso de esta evolución, una parte de la excitación sexual, emanada del propio cuerpo, es inhibida como inaprovechable para la reproducción, y en el caso más favorable, conducida a la sublimación. Resulta así que mucha parte de las energías utilizables para la labor cultural tiene su origen en la represión de los elementos perversos de la excitación sexual.

Ateniéndonos a estas fases evolutivas del instinto sexual, podremos distinguir tres grados de cultura: uno, en el cual la actividad del instinto sexual va libremente más allá de la reproducción; otro, en el que el instinto sexual queda coartado en su totalidad, salvo en la parte puesta al servicio de la reproducción, y un tercero, en fin, en el cual sólo la reproducción legítima es considerada y permitida como fin sexual. A este tercer estadio corresponde nuestra presente moral sexual «cultural».

Tomando como nivel el segundo de estos estadios, comprobamos ya la existencia de muchas personas a quienes su organismo no permite plegarse a las normas en él imperantes. Hallamos, en efecto, series enteras de individuos, en los cuales la citada evolución del instinto sexual, desde el autoerotismo al amor a un objeto, con la reunión de los genitales como fin, no ha tenido efecto de un modo correcto y completo, y de estas perturbaciones del desarrollo resultan dos distintas desviaciones nocivas de la sexualidad normal; esto es, propulsoras de la cultura y desviaciones que se comportan entre sí como un positivo y un negativo. Trátase aquí —exceptuando a aquellas personas que presentan un instinto sexual exageradamente intenso e indomable— de las diversas especies de *perversos*, en los que una fijación infantil a un fin sexual provisional ha detenido la primacía

de la función reproductora, y en segundo lugar, de los *homosexuales* o *invertidos*, en los cuales, y de un modo aún no explicado por completo, el instinto sexual ha quedado desviado del sexo contrario. Si el daño de estas dos clases de perturbaciones del desarrollo es en realidad menor de lo que podría esperarse, ello se debe, sin duda, a la compleja composición del instinto sexual, que permite una estructuración final aprovechable a la vida sexual, aun cuando uno o varios componentes del instinto hayan quedado excluidos del desarrollo. Así, la constitución de los invertidos u homosexuales se caracteriza frecuentemente por una especial aptitud del instinto sexual para la sublimación cultural.

De todos modos, un desarrollo intenso o hasta exclusivo de las perversiones o de la homosexualidad hace desgraciado al sujeto correspondiente y le inutiliza socialmente, resultando así que ya las exigencias culturales del segundo grado han de ser reconocidas como una fuente de dolor para cierto sector de la Humanidad. Los destinos de estas personas, cuya constitución difiere de la de sus congéneres, son muy diversos según la menor o mayor energía de su instinto sexual. Dado un instinto sexual débil, pueden los perversos alcanzar una coerción total de aquellas tendencias que los sitúan en conflicto con las exigencias morales de su grado de cultura. Pero éste es también su único rendimiento, pues agotan en tal inhibición de sus instintos sexuales todas las energías, que de otro modo aplicarían su labor cultural. Quedan reducidos a su propia lucha interior y paralizados para toda acción exterior. Se da en ellos el mismo caso que más adelante volveremos a hallar al ocuparnos de la abstinencia exigida en el tercer grado cultural.

Dado un instinto sexual muy intenso, pero perverso, pueden esperarse dos desenlaces. El primero, que bastará con enunciar, es que el sujeto permanezca perverso y condenado a soportar las consecuencias de su divergencia del nivel cultural. El segundo es mucho más interesante, y consiste en que, bajo la influencia de la educación y de las exigencias sociales, se alcanza, sí, una cierta inhibición de los instintos perversos, pero una inhibición que en realidad no logra por completo su fin, pudiendo calificarse de inhibición frustrada. Los instintos sexuales, coartados, no se exteriorizan ya, desde luego, como tales —y en esto consiste el éxito parcial del proceso inhibitorio—, pero sí en otra forma igualmente nociva para el individuo y que le inutiliza para toda labor social tan en absoluto como le hubiera inutilizado la satisfacción inmodificada de los instintos inhibidos. En esto último consiste el fracaso parcial del proceso, fracaso

que a la larga anula el éxito. Los fenómenos sustitutivos, provocados en este caso por la inhibición de los instintos, constituyen aquello que designamos con el nombre de nerviosidad y más especialmente con el de psiconeurosis. Los neuróticos son aquellos hombres que, poseyendo una organización desfavorable, llevan a cabo, bajo el influjo de las exigencias culturales, una inhibición aparente, y en el fondo fracasada, de sus instintos, y que, por ello, sólo con un enorme gasto de energías y sufriendo un continuo empobrecimiento interior pueden sostener su colaboración en la obra cultural o tienen que abandonarla temporalmente por enfermedad. Calificamos a las neurosis de «negativo» de las perversiones porque contienen en estado de «represión» las mismas tendencias, las cuales, después del proceso represor, continúan actuando desde lo inconsciente.

La experiencia enseña que para la mayoría de los hombres existe una frontera, más allá de la cual no puede seguir su constitución las exigencias culturales. Todos aquellos que quieren ser más nobles de lo que su constitución les permite sucumben a la neurosis. Se encontrarían mejor si les hubiera sido posible ser peores. La afirmación de que la perversión y la neurosis se comportan como un positivo o un negativo encuentra con frecuencia una prueba inequívoca en la observación de sujetos pertenecientes a una misma generación. No es raro encontrar una pareja de hermanos en la que el varón es un perverso sexual y la hembra, dotada como tal de un instinto sexual más débil, una neurótica, pero con la particularidad de que sus síntomas expresan las mismas tendencias que las perversiones del hermano, más activamente sexual. Correlativamente, en muchas familias son los hombres sanos, pero inmorales hasta un punto indeseable, y las mujeres, nobles y refinadas, pero gravemente nerviosas.

Una de las más evidentes injusticias sociales es la de que el *standard* cultural exija de todas las personas la misma conducta sexual, que, fácil de observar para aquéllas cuya constitución se lo permite, impone a otros los más graves sacrificios psíquicos. Aunque claro está que esta injusticia queda eludida en la mayor parte de los casos por la transgresión de los preceptos morales.

Hasta aquí hemos desarrollado nuestras observaciones refiriéndonos a las exigencias planteadas al individuo en el segundo de los grados de cultura por nosotros supuesto, en el cual sólo quedan prohibidas las actividades sexuales llamadas perversas, concediéndose, en cambio, amplia libertad al comercio sexual considerado como normal. Hemos comprobado que ya con esta

distribución de las libertades y las restricciones sexuales queda situado al margen, como perverso, todo un grupo de individuos y sacrificado a la nerviosidad otro, formado por aquellos sujetos que se esfuerzan en no ser perversos, debiéndolo ser por su constitución. No es ya difícil prever el resultado que habrá de obtenerse al restringir aún más la libertad sexual prohibiendo toda actividad de este orden fuera del matrimonio legítimo, como sucede en el tercero de los grados de cultura antes supuestos. El número de individuos fuertes que habrán de situarse en franca rebeldía contra las exigencias culturales aumentará de un modo extraordinario, e igualmente el de los débiles que en su conflicto entre la presión de las influencias culturales y la resistencia de la constitución se refugiarán en la enfermedad neurótica.

Surgen aquí tres interrogaciones.

1.^aCuál es la labor que las exigencias del tercer grado de cultura plantean al individuo.

2.^a Si la satisfacción sexual legítima permitida consigue ofrecer una compensación aceptable de la renuncia exigida.

3.^aCuál es la proporción entre los daños eventuales de tal renuncia y sus provechos culturales.

La respuesta a la primera cuestión roza un problema varias veces tratado ya y cuya discusión no es posible agotar aquí: el problema de la abstinencia sexual. Lo que nuestro tercer grado de cultura exige al individuo es, en ambos sexos, la abstinencia hasta el matrimonio o hasta el fin de la vida para aquellos que no lo contraigan. La afirmación, grata a todas las autoridades, de que la abstinencia sexual no trae consigo daño alguno ni es siquiera difícil de observar, ha sido sostenida también por muchos médicos. Pero no es arriesgado asegurar que la tarea de dominar por medios distintos de la satisfacción un impulso tan poderoso como el instinto sexual es tan ardua que puede acaparar todas las energías del individuo. El dominio por medio de la sublimación, esto es, por la desviación de las fuerzas instintivas sexuales hacia fines culturales elevados, no es asequible sino a una limitada minoría, y aun a ésta sólo temporalmente y con máxima dificultad durante la fogosa época juvenil. La inmensa mayoría sucumbe a la neurosis o sufre otros distintos daños. La experiencia demuestra que la mayor parte de las personas que componen nuestra sociedad no poseen el temple constitucional necesario para la labor que plantea la observación de abstinencia. Aquéllos que hubieran enfermado dada una menor restricción sexual, enferman antes y más intensamente bajo las exigencias de nuestra moral sexual cultural

contemporánea, pues contra la amenaza de la tendencia sexual normal por disposiciones defectuosas o trastornos del desarrollo no conocemos garantía más segura que la misma satisfacción sexual. Cuanto mayor es la disposición de una persona a la neurosis, peor soporta la abstinencia, toda vez que los instintos parciales que se sustraen al desarrollo normal antes descrito se hacen, al mismo tiempo, tanto más incoercibles. Pero también aquellos sujetos que, bajo las exigencias del segundo grado de cultura, hubieran permanecido sanos sucumben aquí a la neurosis en gran número, pues la prohibición eleva considerablemente el valor psíquico de la satisfacción sexual. La libido estancada se hace apta para percibir algunos de los puntos débiles que jamás faltan en la estructura de una *vita sexualis* y se abre paso por él hasta la satisfacción sustitutiva neurótica en forma de síntomas patológicos. Aprendiendo a penetrar en la condicionalidad de las enfermedades nerviosas se adquiere pronto la convicción de que su incremento en nuestra sociedad moderna procede del aumento de las restricciones sexuales.

Tócanos examinar ahora la cuestión de si el comercio sexual dentro del matrimonio legítimo puede ofrecer una compensación total de la restricción sexual anterior al mismo. El material en que fundamentar una respuesta negativa se nos ofrece tan abundante, que sólo muy sintéticamente podremos exponerlo. Recordaremos, ante todo, que nuestra moral sexual cultural restringe también el comercio sexual aun dentro del matrimonio mismo, obligando a los cónyuges a satisfacerse con un número por lo general muy limitado de concepciones. Por esta circunstancia no existe tampoco en el matrimonio un comercio sexual satisfactorio más que durante algunos años, de los cuales habrá de deducir, además, aquellos períodos en los que la mujer debe ser respetada por razones higiénicas. Al cabo de estos tres, cuatro o cinco años, el matrimonio falla por completo en cuanto ha prometido la satisfacción de las necesidades sexuales, pues todos los medios inventados hasta el día para evitar la concepción disminuyen el placer sexual, repugnan a la sensibilidad de los cónyuges o son directamente perjudiciales para la salud. El temor a las consecuencias del comercio sexual hace desaparecer primero la ternura física de los esposos y más tarde, casi siempre, también la mutua inclinación psíquica destinada a recoger la herencia de la intensa pasión inicial. Bajo la desilusión anímica y la privación corporal, que es así el destino de la mayor parte de los matrimonios, se encuentran de nuevo transferidos los cónyuges al estado anterior a su enlace, pero con una ilusión menos y sujetos de nuevo a la tarea de dominar y desviar su

instinto sexual. No hemos de entrar a investigar en qué medida lo logra el hombre llegado a plena madurez; la experiencia nos muestra que hace uso frecuente de la parte de libertad sexual que aun en el más riguroso orden sexual le concede, si bien en secreto y a disgusto. La «doble» moral sexual existente para el hombre en nuestra sociedad es la mejor confesión de que la sociedad misma que ha promulgado los preceptos restrictivos no cree posible su observancia.

Por su parte, las mujeres que, en calidad de sustratos propiamente dichos de los intereses sexuales de los hombres, no poseen sino en muy escasa medida el don de la sublimación, y para las cuales sólo durante la lactancia pueden constituir los hijos una sustitución suficiente del objeto sexual; las mujeres, repetimos, llegan a contraer, bajo el influjo de las desilusiones aportadas por la vida conyugal graves neurosis que perturban duraderamente su existencia. Bajo las actuales normas culturales, el matrimonio ha cesado de ser hace mucho tiempo el remedio general de todas las afecciones nerviosas de la mujer. Los médicos sabemos ya, por el contrario, que para «soportar» el matrimonio han de poseer las mujeres una gran salud, y tratamos de disuadir a nuestros clientes de contraerlo con jóvenes que ya de solteras han dado muestras de nerviosidad. Inversamente, el remedio de la nerviosidad originada por el matrimonio sería la infidelidad conyugal. Pero cuanto más severamente educada ha sido una mujer y más seriamente se ha sometido a las exigencias de la cultura, tanto más temor le inspira este recurso, y en su conflicto entre sus deseos y sus deberes busca un refugio en la neurosis. Nada protege tan seguramente su virtud como la enfermedad. El matrimonio, ofrecido como perspectiva consoladora al instinto sexual del hombre culto durante toda la juventud, no llega, pues, a constituir siquiera una solución durante su tiempo. No digamos ya a compensar la renuncia anterior.

Aun reconociendo estos prejuicios de la moral sexual cultural, se puede todavía responder a nuestra tercera interrogación alegando que las conquistas culturales consiguientes a tan severa restricción sexual compensan e incluso superan tales prejuicios individuales, que, en definitiva, sólo llegan a alcanzar cierta gravedad en una limitada minoría. Por mi parte, me declaro incapaz de establecer aquí un balance de pérdidas y ganancias. Sólo podría aportar aún numerosos datos para la valoración de las pérdidas. Volviendo al tema, antes iniciado, de la abstinencia, he de afirmar que la misma trae aún consigo otros prejuicios diferentes de las neurosis, las cuales integran, además, mucho mayor

importancia de la que en general se les concede.

La demora del desarrollo y de la actividad sexuales, a la que aspiran nuestra educación y nuestra cultura, no trae consigo, en un principio, peligro alguno e incluso constituye una necesidad si tenemos en cuenta cuán tarde comienzan los jóvenes de nuestras clases ilustradas a valérselas por sí mismos y a ganar su vida, circunstancia en que se nos muestra además la íntima relación de todas nuestras instituciones culturales y la dificultad de modificar alguno de sus elementos sin atender a los restantes. Pero, pasados los veinte años, la abstinencia no está ya exenta de peligros para el hombre, y cuando no conduce a la nerviosidad trae consigo otros distintos daños. Suele decirse que la lucha con el poderoso instinto sexual y la necesaria acentuación en ella de todos los poderes éticos y estéticos de la vida anímica «aceran» el carácter. Esto es exacto para algunas naturalezas favorablemente organizadas. Asimismo, ha de concederse que la diferenciación de los caracteres individuales, tan acentuada hoy día, ha sido hecha posible por la restricción sexual. Pero en la inmensa mayoría de los casos la lucha contra la sexualidad agota las energías disponibles del carácter, y ello en una época en la que el joven precisa de todas sus fuerzas para conquistar su participación y su puesto en la sociedad. La relación entre la sublimación posible y la actividad sexual necesaria oscila, naturalmente, mucho según el individuo e incluso según la profesión. Un artista abstinente es algo apenas posible. Por el contrario, no son nada raros los casos de abstinencia entre los jóvenes consagrados a una disciplina científica. Estos últimos pueden extraer de la abstinencia nuevas energías para el estudio. En cambio, el artista hallará en la actividad sexual un excitante de función creadora. En general, tengo la impresión de que la abstinencia no contribuye a formar hombres de acción, enérgicos e independientes, ni pensadores originales o valerosos reformadores, sino más bien honradas medianías que se sumergen luego en la gran masa, acostumbrada a seguir con cierta resistencia los impulsos iniciados por individuos enérgicos.

En los resultados de la lucha por la abstinencia se revela también la conducta voluntariosa y rebelde del instinto sexual. La educación cultural no tendería quizá sino a su coerción temporal hasta el matrimonio, con la intención de dejarlo luego libre para servirse de él. Pero contra el instinto tienen más éxito las medidas extremas que las contempORIZACIONES. La coerción va con frecuencia demasiado lejos, dando lugar a que al llegar al momento de conceder libertad al instinto sexual, presente éste ya daños duraderos, resultado al que no se tendía

ciertamente. De aquí que la completa abstinencia durante la juventud no sea para la mejor preparación al matrimonio. Así lo sospechan las mujeres, y prefieren entre sus pretendientes aquellos que han demostrado ya con otras mujeres su masculinidad. Los perjuicios de la severa abstinencia exigida a las mujeres antes del matrimonio son especialmente evidentes. La educación no debe considerar nada fácil la labor de coartar la sensualidad de la joven hasta su matrimonio, pues recurre para ello a los medios más poderosos. No sólo prohíbe el comercio sexual y ofrece elevadas primas a la conservación de la inocencia, sino que trata de evitar a las adolescentes toda tentación, manteniéndolas en la ignorancia del papel que les está reservado y no tolerándoles impulso amoroso alguno que no pueda conducir al matrimonio. El resultado es que las muchachas, cuando de pronto se ven autorizadas a enamorarse por las autoridades familiares, no llegan a poder realizar la función psíquica correspondiente y van al matrimonio sin la seguridad de sus propios sentimientos. A consecuencia de la demora artificial de la función erótica sólo desilusiones procuran al hombre que ha ahorrado para ellas todos sus deseos. Sus sentimientos anímicos permanecen aún ligados a sus padres, cuya autoridad creó en ellas la coerción sexual, y su conducta corporal adolece de frigidez, con lo cual queda el hombre privado de todo placer sexual intenso. Ignoro si el tipo de mujer anestésica existe fuera de nuestras civilizaciones, aunque lo creo muy probable; pero lo cierto es que nuestra educación cultural se esfuerza precisamente en cultivarlo, y estas mujeres que conciben sin placer no se muestran muy dispuestas a parir frecuentemente con dolor. Resulta así que la preparación al matrimonio no consigue sino hacer fracasar los fines del mismo. Más tarde, cuando la mujer vence ya la demora artificialmente impuesta a su desarrollo sexual, llega a la cima de su existencia femenina y siente despertar en ella la plena capacidad de amar, se encuentra con que las relaciones conyugales se han enfriado hace ya tiempo, y, como premio a su docilidad anterior, le queda la elección entre el deseo insatisfecho, la infidelidad o la neurosis.

La conducta sexual de una persona constituye el «prototipo» de todas sus demás reacciones. A aquellos hombres que conquistan enérgicamente su objeto sexual les suponemos análoga energía en la persecución de otros fines. En cambio, aquellos que por atender a toda clase de consideraciones renuncian a la satisfacción de sus poderosos instintos sexuales serán, en los demás casos, más conciliadores y resignados que activos. En las mujeres puede comprobarse fácilmente un caso especial de este principio de la condición prototípica de la

vida sexual con respecto al ejercicio de las demás funciones. La educación les prohíbe toda elaboración intelectual de los problemas sexuales, los cuales les inspiran siempre máxima curiosidad, y las atemoriza con la afirmación de que tal curiosidad es poco femenina y denota una disposición viciosa. Esta intimidación coarta su actividad intelectual y rebasa en su ánimo el valor de todo conocimiento, pues la prohibición de pensar se extiende más allá de la esfera sexual, en parte a consecuencia de relaciones inevitables y en parte automáticamente, proceso análogo al que provocan los dogmas en el pensamiento del hombre religioso o las ideas dinásticas en el de los monárquicos incondicionales. No creo que la antítesis biológica entre trabajo intelectual y actividad sexual explique la «debilidad mental fisiológica» de la mujer, como pretende Moebius en su discutida obra. En cambio, opino que la indudable inferioridad intelectual de tantas mujeres ha de atribuirse a la coerción mental necesaria para la coerción sexual.

Al tratar de la abstinencia no se suele distinguir suficientemente dos formas de la misma; la abstención de toda actividad sexual en general y la abstención del comercio sexual con el sexo contrario. Muchas personas que se vanaglorian de la abstinencia no la mantienen, quizá, sino con el auxilio de la masturbación o de prácticas análogas relacionadas con las actividades sexuales autoeróticas de la primera infancia. Pero precisamente a causa de esta relación, tales medios sustitutivos de satisfacción sexual no son nada inofensivos, pues crean una disposición a aquellas numerosas formas de neurosis y psicosis que tienen por condición la regresión de la vida sexual a sus formas infantiles. Tampoco la masturbación corresponde a las exigencias ideales de la moral sexual cultural y provoca en el ánimo de los jóvenes aquellos mismos conflictos con el ideal educativo a los que intentaban sustraerse por medio de la abstinencia. Además, pervierte el carácter en más de un sentido, haciéndole adquirir hábitos perjudiciales, pues, en primer lugar, y conforme a la *condición prototípica* de la sexualidad, le acostumbra a alcanzar fines importantes sin esfuerzo alguno, por caminos fáciles y no mediante un intenso desarrollo de energía, y en segundo, eleva el objeto sexual, en las fantasías concomitantes a la satisfacción, a perfecciones difíciles de hallar luego en la realidad. De este modo ha podido proclamar un ingenioso escritor (Karl Kraus), invirtiendo los términos, que «el coito no es sino un subrogado insuficiente del onanismo».

La severidad de las normas culturales y la dificultad de observar la abstinencia han coadyuvado a concretar esta última en la abstención del coito

con personas de sexo distinto y a favorecer otras prácticas sexuales, equivalentes, por decirlo así, a una semiobediencia. Dado que el comercio sexual normal es implacablemente perseguido por la moral —y también por la higiene, a causa de la posibilidad de contagio—, ha aumentado considerablemente en importancia social aquellas prácticas sexuales, entre individuos de sexo diferente, a las que se da el nombre de perversas y en las cuales es usurpada por otras partes del cuerpo la función de los genitales. Pero estas prácticas no pueden ser consideradas tan inocuas como otras análogas transgresiones cometidas en el comercio sexual; son condenables desde el punto de vista ético, puesto que convierten las relaciones eróticas entre dos seres, de algo muy fundamental, en un cómodo juego sin peligro ni participación anímica. Otra de las consecuencias de la restricción de la vida sexual normal ha sido el incremento de la satisfacción homosexual. A todos aquellos que ya son homosexuales por su organización o han pasado a serlo en la niñez viene a agregarse un gran número de individuos de edad adulta, cuya libido, viendo obstruido su curso principal, deriva por el canal secundario homosexual.

Todas estas secuelas inevitables e indeseadas de la abstinencia impuesta por nuestra civilización concluyen en una consecuencia común, consistente en trastornar fundamentalmente la preparación al matrimonio, el cual había de ser, no obstante, según la intención de la moral sexual cultural, el único heredero de las tendencias sexuales. Todos aquellos hombres que a consecuencia de prácticas sexuales onanistas o perversas han enlazado su libido a situaciones y condiciones distintas de las normales desarrollan en el matrimonio una potencia disminuida. Igualmente, las mujeres que sólo mediante tales ayudas han conseguido conservar su virginidad muestran en el matrimonio una anestesia total para el comercio sexual normal. Estos matrimonios, en los que ambos cónyuges adolecen ya, desde un principio, de una disminución de sus facultades eróticas, sucumben mucho más rápidamente al proceso de disolución. A causa de la escasa potencia del hombre, la mujer queda insatisfecha y permanece anestésica aun en aquellos casos en que su disposición a la frigidez, obra de la educación, hubiera cedido a la acción de intensas experiencias sexuales. Para tales parejas resulta aún más difícil que para las sanas evitar la concepción, pues la potencia disminuida del hombre soporta mal el empleo de medidas preventivas. En esta perplejidad, el comercio conyugal queda pronto interrumpido, como fuente de preocupaciones y molestias, y abandonado así el fundamento de la vida matrimonial.

Todas las personas peritas en estas materias habrán de reconocer que no exagero en modo alguno, sino que me limito a describir hechos comprobables en todo momento. Para los no iniciados ha de resultar increíble lo raro que es hallar en los matrimonios situados bajo el imperio de nuestra moral sexual cultural una potencia normal del marido, y lo frecuente, en cambio, de la frigidez de la mujer. No sospechan, ciertamente, cuántos renunciamentos trae consigo, a veces para ambas partes, el matrimonio, ni a lo que queda reducida la felicidad de la vida conyugal, tan apasionadamente deseada. Ya indicamos que en tales circunstancias el desenlace más próximo es la enfermedad nerviosa. Describiremos ahora en qué forma actúa tal matrimonio sobre el hijo único o los pocos hijos de él nacidos. A primera vista nos parece encontrarlos, en estos casos, ante una transferencia hereditaria, que, detenidamente examinada, resulta no ser sino el efecto de intensas impresiones infantiles. La mujer no satisfecha por su marido y, a consecuencia de ello neurótica, hace objeto a sus hijos de una exagerada ternura, atormentada por constantes zozobras, pues concentra en ellos su necesidad de amor y despierta en ellos una prematura madurez sexual. Por otro lado, el desacuerdo reinante entre los padres excita la vida sentimental del niño y le hace experimentar, ya en la más tierna edad, amor, odio y celos. Luego, la severa educación que no tolera actividad alguna a esta vida sexual tan tempranamente despertada, interviene como poder represor, y el conflicto surgido así en edad tan tierna del sujeto integra todos los factores precisos para la causación de una nerviosidad que ya no le abandonará en toda su vida.

Vuelvo ahora a mi afirmación anterior de que al juzgar las neurosis no se les concede, por lo general, toda su verdadera importancia. Al hablar así no me refiero a aquella equivocada apreciación de estos estados que se manifiesta en un descuido absoluto por parte de los familiares del enfermo y en las seguridades, eventualmente dadas por los médicos, de unas cuantas semanas de tratamiento hidroterápico o algunos meses de reposo conseguirán dar al traste con la enfermedad. Esta actitud no es adoptada hoy en día más que por gentes ignorantes, sean o no médicos, o tienden tan sólo a procurar al paciente un consuelo de corta duración. Por lo general, se sabe ya que una neurosis crónica, si bien no destruye por completo las facultades del enfermo, representa para él una pesada carga, tan pesada quizá como una tuberculosis o una enfermedad del corazón. Aún podríamos darnos en cierto modo por conformes si las neurosis se limitaran a excluir de la labor cultural a cierto número de individuos, de todos modos débiles, consintiendo participar en ella a los demás, a costa sólo de

algunas molestias subjetivas. Pero lo que sucede, y a ello se refiere precisamente mi afirmación inicial, es que la neurosis, sea cualquiera el individuo a quien ataque, sabe hacer fracasar, en toda la amplitud de su radio de acción, la intención cultural, ejecutando así la labor de las fuerzas anímicas, enemigas de la cultura y por ello reprimidas. De este modo, si la sociedad paga con un incremento de la nerviosidad la docilidad a sus preceptos restrictivos, no podrá hablarse de una ventaja social obtenida mediante sacrificios individuales, sino de un sacrificio totalmente inútil. Examinemos, por ejemplo, el caso frecuentísimo de una mujer que no quiere a su marido porque las circunstancias que presidieron su enlace y la experiencia de su ulterior vida conyugal no le han aportado motivo alguno para quererle, pero que desearía querer amarlo, por ser esto lo único que corresponde al ideal del matrimonio en el que fue educada. Sojuzgará, pues, todos los impulsos que tienden a expresar la verdad y contradicen su ideal, y se esforzará en representar el papel de esposa amante, tierna y cuidadosa. Consecuencia de esta autoimposición será la enfermedad neurótica, la cual tomará en breve plazo completa venganza del esposo insatisfactorio, haciéndole víctima de tantas molestias y preocupaciones como le hubiera causado la franca confesión de la verdad. Es éste uno de los ejemplos más típicos de los rendimientos de las neurosis. La represión de otros impulsos no directamente sexuales, enemigos de la cultura, va seguido de un análogo fracaso de la compensación. Así, un individuo que, sojuzgando violentamente su inclinación a la dureza y la crueldad, ha llegado a ser extremadamente bondadoso, pierde de tal proceso, muchas veces, tan gran parte de sus energías que no llega a poner en obra todo lo correspondiente a sus impulsos compensadores y hace, en definitiva, menos bien del que hubiera hecho sin yugular sus tendencias constitucionales.

Agregamos aún que, al limitar la actividad sexual de un pueblo, se incrementa en general la angustia vital y el miedo a la muerte, factores que perturban la capacidad individual de goce, suprimen la disposición individual a arrostrar la muerte por la consecuencia de un fin, disminuyen el deseo de engendrar descendencia y excluyen, en fin, al pueblo o al grupo de que se trate de toda participación en el porvenir. Ante estos resultados habremos de preguntarnos si nuestra moral sexual cultural vale la pena del sacrificio que nos impone, sobre todo si no nos hemos libertado aún suficientemente del hedonismo para no ingresar en los fines de nuestra evolución cultural cierta dosis de felicidad individual. No es, ciertamente, labor del médico la de proponer

reformas sociales; pero he creído poder apoyar su urgente necesidad ampliando la exposición hecha por Ehrenfels de los daños imputables a nuestra moral sexual cultural con la indicación de su responsabilidad en el incremento de la nerviosidad moderna.

XXX

TEORÍAS SEXUALES INFANTILES^[995]

1908

L OS materiales del presente estudio proceden de diversas fuentes. En primer lugar, de la observación inmediata de las manifestaciones y actividades infantiles; en segundo, de los recuerdos infantiles conscientes, comunicados por individuos neuróticos adultos, durante el tratamiento psicoanalítico, y, por último, de la traducción a lo consciente de los recuerdos inconscientes de tales individuos neuróticos y de las deducciones y conclusiones resultantes de sus análisis.

El hecho de que la primera de tales fuentes no haya proporcionado ya, por sí sola, todo el material interesante depende de la conducta generalmente observada por los adultos con respecto a la vida sexual infantil. Pretendiendo que el niño no desarrolla actividad sexual alguna, se omite realizar una labor de observación en este sentido, y, por otro lado, se coartan apresuradamente todas aquellas manifestaciones infantiles que pudieran ser signos de tal actividad y, como tales, merecedoras de atención y estudio. Así, pues, las ocasiones de utilizar esta fuente, la más pura y generosa de todas, son limitadísimas. Con respecto al material precedente de las manifestaciones espontáneas de individuos adultos sobre sus recuerdos infantiles conscientes, podrá objetarse, a lo más, la posibilidad de una alteración de tales recuerdos al ser evocados en el análisis; pero, aparte de esto, habrá de tenerse en cuenta, al valorarlo, que los sujetos correspondientes han enfermado, ulteriormente, de neurosis. Por último, el material extraído de la tercera de las fuentes citadas será objeto de todos aquellos

ataques que se acostumbra dirigir contra las garantías de la investigación psicoanalítica y la seguridad de las conclusiones de ellas deducidas. Por nuestra parte, sólo aduciremos aquí que el conocimiento y la práctica de la técnica psicoanalítica procuran en plazo brevísimo una amplia confianza con sus resultados. Con referencia a los que integran este trabajo, puedo garantizar haber procedido en su deducción con máximo cuidado.

Otra cuestión harto difícil de decidir es la de hasta qué punto debe presuponerse en todo sujeto infantil, sin excepción alguna, lo que aquí nos proponemos exponer sobre los niños en general. El influjo de la educación y la distinta intensidad del instinto sexual han de dar, seguramente, origen a grandes oscilaciones individuales en la conducta sexual infantil, determinando, especialmente, la emergencia más o menos temprana del interés sexual. Por esta causa no he articulado mi exposición conforme a épocas infantiles sucesivas, prefiriendo presentar reunido todo aquello que la vida infantil nos ofrece en épocas más o menos tempranas, según el sujeto. Desde luego, tengo la convicción de que ningún niño —o por lo menos, ningún niño de inteligencia completa o superior— llega a la pubertad sin que los problemas sexuales hayan ocupado ya su pensamiento en los años anteriores a la misma.

No me parece grandemente atendible la alegación de que los neuróticos constituyen una clase especial de individuos, caracterizados por una disposición degenerativa, de cuya vida infantil no es lícito deducir conclusiones sobre la infancia en general. Los neuróticos son hombres como los demás, sin que sea posible diferenciarlos con precisión de los normales, ni distinguirlos en su infancia de los que luego se conservan sanos. Uno de los más valiosos resultados de nuestras investigaciones psicoanalíticas ha sido el de comprobar que las neurosis no poseen un contenido psíquico peculiar y exclusivo suyo, pudiéndose afirmar así, según expresión de C. G. Jung, que los neuróticos enferman a consecuencia de aquellos mismos complejos con los cuales luchan los sanos. La diferencia está en que los sanos saben dominar tales complejos sin sufrir graves daños, prácticamente comprobables, mientras que el nervioso no consigue dominarlos sino al precio de costosos productos sustitutivos, cuya emergencia equivale prácticamente al fracaso de la labor desarrollada para alcanzar tal dominio. Las diferencias entre nerviosos y normales son mucho menores en la infancia, por lo cual no podemos considerar como un error de método el aprovechamiento de los recuerdos infantiles de los neuróticos, para deducir por ellos, por analogía, conclusiones sobre la infancia normal. Además, como los

individuos ulteriormente neuróticos suelen traer consigo al mundo en su constitución, un instinto sexual muy intenso, que tiende a madurar y manifestarse prematuramente, sus recuerdos de la niñez nos permitirán aprehender gran parte de la actividad sexual infantil, con una claridad y una precisión mucho mayores de las que nos es posible obtener aplicando directamente a otros niños nuestras facultades de observación, nada penetrantes de por sí. De todos modos, el valor verdadero de este material procedente de las manifestaciones de individuos neuróticos adultos no podrá ser fijado hasta que se recojan también los recuerdos infantiles de los adultos normales, labor que ya hubo de iniciar Havelock Ellis.

A causa de las desfavorables circunstancias que presiden este género de investigaciones, nuestro presente trabajo se refiere casi exclusivamente al desarrollo sexual en los individuos masculinos. Pero el valor de una colección como la que aquí intentamos presentar puede no ser meramente descriptivo. El conocimiento de las teorías sexuales infantiles, tal y como el pensamiento infantil las conforma, puede ser interesante en más de un sentido, y así resulta serlo también, sorprendentemente, para la interpretación de los sueños y fábulas de la antigüedad. Mas, para lo que se demuestra indispensable es para la concepción de las neurosis mismas, en las cuales conserven aún todo su valor tales teorías infantiles y ejercen una influencia determinante sobre la estructura de los síntomas.

Si nos fuera posible renunciar a nuestra envoltura corporal, y una vez convertidos así en seres sólo pensamiento, procedentes, por ejemplo, de otro planeta, observar con mirada nueva y exenta de todo prejuicio las cosas terrenas, lo que más extrañaríamos sería, quizá, la existencia de dos sexos que, siendo tan *semejantes*, evidencian, no obstante, su diversidad con signos manifiestos. Mas, no parece que los niños tomen también este hecho fundamental como punto de partida de sus investigaciones sobre los problemas sexuales. Conociendo desde el principio de su vida un padre y una madre, aceptan su existencia como una realidad que no precisa de investigación alguna. Idéntica conducta sigue el niño con respecto a una hermanita de la que no le separen sino uno o dos años. La curiosidad sexual de los niños no se despierta espontáneamente a consecuencia de una necesidad congénita de casualidad, sino bajo el aguijón de los instintos egoístas en ellos dominantes, cuando al cumplir, por ejemplo, los dos años se ven sorprendidos por la aparición de un nuevo niño. Aquellos niños que

permanecen únicos en su casa se transfieren también a tal situación por sus observaciones en otras familias. La disminución —experimentada o temida— del cuidado de sus padres y la previsión de que en adelante deberá compartirlo todo con el recién llegado, despiertan la sensibilidad del sujeto y aguzan su pensamiento. El niño mayor manifiesta una franca hostilidad a su competidor, exteriorizándola en juicios nada amables sobre el mismo, en el deseo de que «se lo vuelva a llevar la cigüeña», y a veces, incluso, en pequeños atentados contra la criatura que yace inerte en su cuna. Una mayor diferencia de edad debilita, por lo general, la expresión de esta hostilidad primaria. Asimismo, en el niño que permanece único puede llegar a dominar, más adelante, el deseo de tener un hermanito que le secunde en sus juegos como ha observado en otras casas.

Bajo el estímulo de estos sentimientos y preocupaciones comienza el niño a reflexionar sobre el primero y magno problema de la vida, y se pregunta *de dónde vienen los niños*, o, mejor dicho, en un principio, tan sólo de dónde ha venido aquel niño que ha puesto fin a su privilegiada situación. En muchos de los enigmas que nos plantean los mitos y leyendas creemos percibir el eco de esta primera interrogación, que por su parte es, como toda investigación, un producto de la lucha del hombre con la vida, como si en el pensamiento se viese planteada la labor de prevenir la repetición de un suceso tan temido. Supongamos, sin embargo, que el pensamiento del niño se libera pronto de la excitación en él provocada por el suceso indeseado y continúa laborando como instinto espontáneo de investigación. Si el niño no ha sido ya muy intimidado tomará, antes o después, el camino más próximo y acudirá en demanda de respuesta a sus padres y guardadores, que representan para él la fuente de todo conocimiento. Pero este camino falla en absoluto. Las personas interrogadas eluden la respuesta, reprochan al niño su curiosidad o salen del paso recurriendo a una fábula cualquiera —en los países germanos, a la de la cigüeña, muy importante desde el punto de vista mitológico, y según el cual es esta ave la que trae a los niños, cogiéndolos del agua—. Tengo mis razones para suponer que el número de los niños que no se satisfacen con esta explicación y la acogen con intensa incredulidad es mucho mayor de lo que los padres suponen. Sé de un niño de tres años que pocos momentos después de obtener tal explicación fue echado de menos en su casa y hallado a la orilla de un estanque próximo, adonde había acudido para ver a los niños que la cigüeña iba a buscar en él. Otro dio tímida expresión a su incredulidad, asegurando en el acto que quien traía a los niños no era la cigüeña, sino... la garza real. Las múltiples observaciones que he

realizado o me han sido comunicadas me han llevado a creer que los niños rehúsan toda fe a la teoría de la cigüeña, y que a partir de este primer engaño alimentan en sí una gran desconfianza hacia los «mayores» y mantienen ya secreta la prosecución de sus investigaciones. Pero en tales sucesos viven ya la primera ocasión de un «conflicto psíquico», puesto que ciertas opiniones suyas, por las que siente una predilección de carácter instintivo, pero que no «parece bien» a los mayores, chocan con las mantenidas por la autoridad de los mismos y que a ellos no les parecen aceptables. Este conflicto psíquico puede dar rápido origen a una «disociación psíquica». La opinión «oficial», cuya aceptación dará al niño nota de «juicioso», al mismo tiempo que coartará su actividad reflexiva, llegará a dominar en su psiquismo consciente; la otra, en cuyo favor ha aportado, entre tanto, la labor investigadora nuevas pruebas, que, sin embargo, habrán de ser rechazadas, será sojuzgada y pervivirá en estado inconsciente, quedando así constituido el complejo nodular de la neurosis.

Con el análisis de un niño de cinco años^[996] llevado a cabo por su propio padre, que luego me autorizó a publicarlo, he aportado no hace mucho la prueba irrefutable de un descubrimiento hacia el cual me habían orientado ya mucho antes mis psicoanálisis de adultos. Sé ahora, fijamente, que las transformaciones provocadas en el aspecto de la madre por el embarazo no escapan a los ojos del niño, el cual no tarda luego en establecer la relación exacta entre un aumento de volumen de la madre y la aparición del nuevo infante. En el caso antes citado el niño tenía tres años y medio cuando nació su hermanita, y cuatro años y nueve meses cuando dejó ver, con transparentes alusiones, su exacto conocimiento de lo sucedido. Pero este temprano conocimiento es siempre mantenido secreto, y sucumbe más tarde a la represión y al olvido con todos los demás resultados de la investigación sexual infantil.

Así, pues, la fábula de la cigüeña no pertenece al número de las teorías sexuales infantiles. Por el contrario, la observación de los animales, que no disimulan su vida sexual y a los que tan afín se siente el niño, es lo que más coadyuva a robustecer su incredulidad. Con el descubrimiento de que la criatura se forma dentro del cuerpo de la madre, descubrimiento que el niño realiza aún por sí mismo y sin auxilio ninguno ajeno, se encontraría ya el infantil investigador en camino de resolver el problema en que primeramente pone a prueba sus energías intelectuales. Pero llegado a este punto ve impedido el progreso ulterior de su labor investigadora por el desconocimiento de un dato

insustituible y por teorías erróneas que le son inspiradas por el estado de su propia sexualidad.

Estas falsas teorías sexuales, que ahora examinaremos, muestran un singularísimo carácter común. Aunque todas yerran de un modo grotesco, cada una de ellas contiene alguna parte de verdad, asemejándose en esto a aquellas teorías que calificamos de «geniales», edificadas por los adultos como tentativas de resolver los problemas universales que desafían el pensamiento humano. La parte de verdad integrada en estas teorías sexuales infantiles se explica por su derivación de los componentes del instinto sexual, activos ya en el niño, pues tales hipótesis no son el fruto de un capricho psíquico ni de impresiones casuales, sino de una necesidad de la constitución psicosexual, siendo ésta la razón de que podamos hablar de teorías sexuales infantiles típicas y hallemos en todos aquellos niños en cuya vida sexual no es posible penetrar las mismas opiniones erróneas.

La primera de tales teorías se enlaza con el desconocimiento de las diferencias sexuales, indicando ya antes como característica infantil, que consiste en *atribuir a toda persona, incluso a las de sexo femenino, órganos genitales masculinos* como los que el niño conoce por su propio cuerpo. Precisamente en aquella constitución sexual que reconocemos como «normal» es ya en la infancia el pene la zona erógena directiva y el principal objeto sexual autoerótico, y el valor que el sujeto le concede se refleja lógicamente en una imposibilidad de representarse a una personalidad análoga a él *yo* sin un elemento tan esencial. Cuando el niño ve desnuda a una hermanita suya o a otra niña, sus manifestaciones demuestran que su prejuicio ha llegado a ser lo bastante enérgico para falsear la percepción de lo real. Así, no comprueba la falta del miembro, sino que dice *regularmente*, como con intención consoladora y conciliante: «El... es aún pequeñito, pero ya le crecerá cuando vaya siendo mayor». La imagen de la mujer provista de un miembro viril retorna aún en los sueños de los adultos. El durmiente, presa de intensa excitación sexual, se dispone a realizar el coito con una mujer; pero al desnudarla descubre, en lugar de los genitales femeninos, un cumplido miembro viril, y esta visión pone fin al sueño y a la excitación sexual. Las numerosas figuras hermafroditas que la antigüedad clásica nos ha legado reproducen fielmente esta representación infantil, generalmente extendida un día, siendo de observar que tal imagen no hiere la sensibilidad de la mayoría de los hombres normales, mientras que los casos reales de hermafroditismo genital despiertan casi siempre máxima

repugnancia.

Cuando esta representación de la mujer provista de un miembro viril llega a quedar «fijada» en el niño, resistiendo a todas las influencias de la vida ulterior y creando la incapacidad de renunciar al pene en el objeto sexual, el sujeto —cuya vida sexual puede permanecer normal en todo otro aspecto— se hace necesariamente homosexual, y busca sus objetos sexuales entre hombres que por algunos caracteres somáticos o anímicos recuerden a la mujer. La mujer real, tal y como luego la descubre, no puede constituir nunca para él un objeto sexual, pues carece a sus ojos del atractivo sexual esencial, e incluso, puede llegar a inspirarle horror, por su relación con otra impresión de su vida infantil. El niño en el que domina principalmente la excitación del pene contrae, por lo general, el hábito de procurarse placer por medio de estímulos manuales, y al ser sorprendido alguna vez por sus padres o guardadores en tales manejos es atemorizado con la amenaza de cortarle el miembro. El efecto de esta «amenaza de castración» es, como corresponde a la alta valoración del órgano amenazado, extraordinariamente profundo y duradero. Las leyendas y los mitos testimonian de la excitación y el espanto que en la sensibilidad infantil se enlazan a este complejo de la castración, el cual sólo muy a disgusto es recordado luego por la conciencia. La visión ulterior de los genitales femeninos, cuya forma interpreta como el resultado de una mutilación, recuerda al sujeto la amenaza anterior, despertando así aquéllos, en el homosexual, espanto en lugar de placer. Esta reacción no es ya susceptible de modificación alguna cuando el homosexual llega al conocimiento científico de que la hipótesis infantil que atribuye a la mujer la posesión de un pene no es, en realidad, tan errónea. La anatomía ha reconocido en el clítoris femenino el órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha añadido que éste pene incipiente y no susceptible de mayor desarrollo se conduce en la infancia de la mujer como un verdadero pene y constituye la sede de estímulos que incitan a la sujeto a maniobras de carácter onanista, prestando su excitabilidad un marcado carácter masculino a la actividad sexual de la niña y haciéndose necesario, en los años de la pubertad, un avance de la represión destinado a desvanecer esta sexualidad masculina y dar nacimiento a la mujer. La persistencia de la excitabilidad clitoridiana disminuye la función sexual de la mujer, haciéndola anestésica para el coito. Inversamente, la represión antes indicada puede también resultar excesiva y quedar entonces parcialmente anulados sus efectos por la emergencia de productos sustitutivos histéricos. Todos estos hechos no contradicen, ciertamente, la teoría sexual

infantil de que la mujer posee, como el hombre, un pene.

No es difícil observar que la niña comparte la elevada valoración que su hermano concede a los genitales masculinos. Muestra por esta parte del cuerpo de los niños un vivo interés, en el que no tarda en transparentarse la envidia. Se siente desaventajada, intenta orinar en la misma postura que los niños y afirma que hubiese preferido ser un chico. No creemos necesario puntualizar qué falta habría de compensar la realización de tal deseo.

Si el niño pudiera aprovechar para sus deducciones la indicación que supone la excitación experimentada en sus órganos genitales, se aproximaría considerablemente a la solución de su problema. El que el niño se forme dentro del cuerpo de la madre no es, desde luego, una explicación suficiente. ¿Cómo penetra en él? ¿Quién provoca su desarrollo? Es muy probable que el padre tenga algo que ver en ello, puesto que declara que el niño es «suyo^[997]». Por otro lado, la excitación que el niño siente en sus órganos genitales siempre que maneja en su pensamiento estas cuestiones, le hace sospechar que el pene ha de tener alguna intervención en tales enigmáticos procesos. A esta excitación se enlazan, además, impulsos que el niño no acierta a explicarse, oscuros impulsos a un acto violento, a una penetración, romper algo o abrir un agujero en alguna parte. Pero cuando el niño parece hallarse así en el mejor camino para postular la existencia de la vagina y descubrir, en la penetración del pene paterno en el cuerpo de la madre, el acto por medio del cual nace la criatura en el seno materno, queda bruscamente interrumpida la investigación al tropezar con la teoría de que la madre posee también, como el padre, un pene. La existencia de la cavidad que acoge al pene permanece, pues, ignorada por el niño, y el fracaso de sus meditaciones le hace cesar en ellas y olvidarlas más tarde. Pero tales cavilaciones y dudas se constituyen en prototipo de todo proceso mental ulterior encaminado a la solución de problemas, y el primer fracaso ejerce ya, para siempre, una influencia paralizante.

El desconocimiento de la vagina afirma también al niño la segunda de sus teorías sexuales. Si el niño se forma dentro del cuerpo de la madre, desprendiéndose luego de él, tal separación no puede tener efecto sino por un solo camino; esto es, por el conducto intestinal. *El niño es expulsado como un excremento, en una deposición.* Cuando en años infantiles ulteriores vuelve esta cuestión al pensamiento del niño o llega a ser objeto de una conversación con alguno de sus compañeros, surge, como nueva explicación, la de que los niños

nacen a través del ombligo o de una abertura practicada en el vientre de la madre, para extraerlos, como a la Caperucita Roja, de la barriga del lobo. Estas teorías son expuestas en voz alta y recordadas luego conscientemente, pues no contienen ya nada repulsivo. En cambio, los mismos niños han olvidado por completo que en años anteriores creían en otra distinta teoría del nacimiento, a la que se opone ahora la represión de los componentes sexuales anales, sobrevenida en el intervalo. En aquellos primeros tiempos, la defecación era algo de lo que se podía hablar sin asco en la *nursery*. El niño no se hallaba aún tan lejos de sus tendencias constitucionales coprófilas y no era para él nada degradante haber venido al mundo como una masa fecal, no condenada aún por la repugnancia. La teoría de la cloaca, exacta en tantos animales, era la más natural y la única que el niño podía encontrar verosímil.

Pensando consecuentemente, niega el niño a la mujer el doloroso privilegio de parir hijos. Si los niños son paridos por el ano, también el hombre puede parirlos. Así, pues, el niño puede fantasear que da a luz a un hijo, sin que por ello hayamos de imputarle tendencias femeninas. Tales fantasías no son sino un resto de actividad de su erotismo anal.

Cuando la teoría de la cloaca perdura en la conciencia del niño en ulteriores años infantiles, cosa que sucede algunas veces, trae también consigo una solución del problema de la génesis de los niños, aunque ya no de carácter primitivo. Sucede entonces como en los cuentos. Se tiene un niño por haber comido una determinada cosa. Las enfermas mentales suelen luego reanimar esta teoría infantil. Así, una maniaca, al recibir la visita del médico, le conducirá ante un montón de excrementos que ha depositado en un rincón de su celda, y se lo mostrará diciendo: «Mire usted el niño que he tenido hoy».

La tercera de las teorías sexuales infantiles típicas surge cuando los niños llegan a ser testigos casuales del comercio sexual de sus padres, aunque, naturalmente, no hayan conseguido más que una percepción muy incompleta del mismo. Pero cualquiera que haya sido el objeto de su percepción —la situación recíproca de los dos protagonistas, los ruidos o ciertos detalles accesorios—, *su interpretación del coito es siempre de carácter sádico*, viendo en él algo que la parte más fuerte impone violentamente a la más débil y comparándolo, sobre todos los observadores masculinos, a una lucha cuerpo a cuerpo, como las que ellos sostienen con sus camaradas de juego, y que no dejan de integrar una cierta mezcla de excitación sexual. No he podido comprobar que los niños descubran en tales escenas por ellos sorprendidas el dato que les faltaba para la solución de

su problema. En muchos casos parecía que si tal relación permanecía oculta a los ojos de los niños, era precisamente por haber interpretado el acto erótico como un acto de violencia. Pero esta interpretación parece a su vez, un retorno de aquel oscuro impulso a una acción cruel que se enlazaba con la excitación del pene en las primeras meditaciones del infantil sujeto sobre el problema del origen de los niños. No puede negarse tampoco la posibilidad de que aquel temprano impulso sádico, que casi habría dejado adivinar el coito, surgiera por su parte bajo el influjo de oscurísimas reminiscencias del comercio sexual de los padres; reminiscencias cuyo material habría reunido el niño, sin utilizarlo aún, durante los primeros años de su vida, en los que compartió la alcoba de sus progenitores^[998].

La teoría sádica del coito, que, al no ser relacionada con otras impresiones, induce al sujeto en error en lugar de aportarle una confirmación de sus hipótesis, es, a su vez, expresión de uno de los componentes sexuales congénitos, más o menos intenso en cada niño, y en consecuencia resulta parcialmente exacta, adivinando en parte la esencia del acto sexual y la «lucha de los sexos» que a él precede. No es tampoco raro que el niño encuentre confirmada esta teoría suya por observaciones casuales que aprehende en parte exacta y en parte erróneamente, o incluso de un modo antitético. En muchos matrimonios se resiste realmente la mujer al abrazo conyugal, que no le proporciona placer alguno, y trae, en cambio, consigo el peligro de un nuevo embarazo. La madre ofrece así al niño, que supone dormido (o que finge estarlo), una impresión que no puede ser interpretada sino como una defensa contra un acto de violencia. Otras veces es toda la vida conyugal la que ofrece al niño el espectáculo de una continua disputa expresada en palabras y gestos hostiles, no pudiendo así extrañar al infantil observador que tal disputa prosiga por la noche y tenga el mismo desenlace violento que sus diferencias con sus hermanos o compañeros de juegos.

Las huellas de sangre en las sábanas o en la ropa interior de la madre confirman también las hipótesis sádicas del niño, que ve en ellas una prueba de que el padre ha repetido durante la noche sus violencias, cuando la interpretación real sería más bien la de una pausa en el comercio sexual. El «horror a la sangre» de ciertos nerviosos sólo resulta explicable relacionándolo con estas impresiones infantiles. El error infantil integra aquí de nuevo alguna parte de verdad, puesto que la efusión de sangre constituye, en determinadas circunstancias, una prueba

de la iniciación sexual.

En una relación menos estrecha con el insoluble problema del origen de los niños se pregunta también el sujeto infantil en qué consiste el «estar casado», y da a esta interrogación respuestas distintas, según las coincidencias de sus observaciones ocasionales de las relaciones de sus padres con sus propios instintos parciales, aun revestidos de placer. Tales respuestas no parecen integrar más que un solo elemento común: el de prometerse en el matrimonio una consecuencia de placer y una superación del pudor. La teoría más frecuentemente hallada por mí ha sido la de que los casados *orinan uno delante de otro, o que el marido orina en el orinal de la mujer*, variante que parece querer indicar simbólicamente un más exacto conocimiento.

Otras veces se transfiere el sentido del matrimonio al hecho de *enseñarse mutuamente el trasero* (sin avergonzarse).

En un caso en el que la educación había conseguido retrasar más de lo corriente el conocimiento de lo sexual, la sujeto, una muchacha de catorce años, en la que ya se había iniciado la menstruación, concibió, bajo la sugerencia de sus lecturas, la idea de que el matrimonio consistía en que los cónyuges *mezclaban su sangre*, y como su hermana menor no menstruaba aún, intentó una agresión sexual contra una amiga que le comunicó hallarse menstruando a la sazón, queriendo obligarla a una tal «mezcla de sangre».

Las opiniones infantiles sobre la esencia del matrimonio suelen perdurar en la memoria consciente del sujeto y entrañan gran importancia para la sintomática de las eventuales neurosis ulteriores. En un principio, se crean expresiones en aquellos juegos infantiles en los cuales realizan los niños unos con otros aquellos actos que suponen constituir el matrimonio, y posteriormente el deseo de estar casado puede elegir la expresión infantil y emerger en una fobia inexplicable a primera vista, o en un síntoma correspondiente^[999].

Tales serían las principales teorías sexuales típicas del niño, estructuradas por él espontáneamente, en temprana edad infantil, bajo la sola influencia de los componentes instintivos sexuales. Sé muy bien que no he conseguido aún reunir todo el material existente ni relacionar sin solución de continuidad alguna estos productos mentales con el resto de la vida infantil. Por lo menos, añadiré todavía algunas observaciones que toda persona conocedora de la cuestión habrá de echar de menos. Así, la importante teoría de que los niños son engendrados en un beso, teoría que delata claramente el predominio de la zona erógena bucal.

Que yo sepa, esta teoría es exclusivamente femenina y la hallamos a veces con carácter patógeno en muchachas cuya investigación sexual infantil ha sido rigurosamente coartada por sus padres o guardadores. Una de mis pacientes llegó por sí sola, merced a una observación casual, a la teoría de la *couvade*, que, como es sabido, constituye en algunos pueblos una costumbre general, encaminada muy probablemente a desvanecer las dudas sobre la paternidad, nunca libre de ellas. Habiendo advertido que un tío suyo, individuo un tanto original, permanecía varios días sin salir de casa después de tener su mujer un niño y recibía a las visitas en bata, dedujo que ambos cónyuges participaban en el parto y tenían que guardar cama.

Hacia los diez o los once años suelen llegar a los niños las primeras revelaciones sexuales. Un niño, criado en un ambiente social más libre o que ha tenido mejores ocasiones de observar hechos sexuales, comunica a los demás sus descubrimientos, porque le hacen aparecer «más hombre» ante sus camaradas. Lo que así descubren los niños es casi siempre la verdad; esto es, la existencia de la vagina y su destino; mas, aparte de esto, las revelaciones que así se hacen unos niños a otros suelen contener también errores y residuos de las anteriores teorías sexuales infantiles. Casi nunca son completas ni suficientes para la solución del problema primitivo. El desconocimiento de la sustancia seminal impide ahora, como antes el de la vagina, la solución definitiva, pues el niño no puede adivinar que el miembro viril destila una sustancia distinta de la orina. A estas revelaciones de los años próximos a la pubertad se enlaza un nuevo impulso de la investigación sexual infantil. Pero las teorías que ahora constituyen los niños carecen ya de aquel sello típico y primitivo que caracteriza a las tempranas teorías sexuales infantiles primarias, edificadas durante una época en la que los componentes sexuales podían emerger en ellas sin obstáculos ni modificación algunos. No me ha parecido que los esfuerzos mentales ulteriores merezcan ser recogidos, no pudiendo tampoco serles atribuida una importancia patógena. Su diversidad depende, naturalmente, en primer término, de la naturaleza de las explicaciones comunicadas al niño, y su importancia está en que vuelven a despertar las huellas, ya inconscientes, de aquel primer período de interés sexual, no siendo raro ver enlazarse a ellos una actividad sexual onanista y un principio de extrañamiento sentimental de los padres. De aquí el juicio condenatorio de los educadores que pretenden que tales revelaciones sexuales en estos años «pervierten» a los niños.

Unos cuantos ejemplos nos mostrarán qué elementos integran estas ulteriores

cavilaciones sexuales de los niños. Una niña confiesa haber oído decir a sus condiscípulas que el marido da a la mujer un huevo que ella empolla dentro de su cuerpo. Un niño, a quien también ha sido comunicada esta teoría, identifica el «huevo» con los testículos, y se rompe los cascos pensando cómo puede renovarse en cada caso el contenido del escroto. Las revelaciones infantiles son casi siempre insuficientes para prevenir dudas esenciales sobre el proceso de la vida sexual. Así, hay niñas que suponen que el acto sexual es realizado una sola vez y dura largo tiempo, hasta veinticuatro horas, procediendo luego de esta única vez, sucesivamente, todos los hijos. Podría sospecharse que esta teoría había sido sugerida a tales niñas por un previo conocimiento de la reproducción de ciertos insectos. Pero esta hipótesis no se confirma jamás. Otras niñas no advierten la duración del embarazo y suponen que el niño nace inmediatamente después de la primera noche conyugal. Marcel Prévost ha utilizado este error de las adolescentes en una divertida narración, que forma parte de sus *Cartas de mujeres*. El tema de esta ulterior investigación sexual de los niños o de los adolescentes que han permanecido en una fase infantil es difícil de agotar y no carece, en general, de interés; mas por ahora habré de limitarme a indicar que en tal investigación llegan también los niños a conclusiones erróneas, destinadas a contradecir otros conocimientos anteriores, más exactos, pero reprimidos y ya en inconscientes.

También tiene su importancia la forma en que los niños reaccionan a las explicaciones que les son dadas. En algunos de ellos ha alcanzado ya la represión sexual tan alto grado, que se niegan a dar oídos a toda explicación y logran permanecer ignorantes hasta una época avanzada, o por lo menos aparentemente ignorantes, pues en los análisis de individuos neuróticos surgen a la luz los conocimientos sexuales que el sujeto poseyó en su temprana infancia y sucumbieron luego a la represión, quedando relegados a lo inconsciente. Sé también de dos niños, entre los diez y los trece años, que después de escuchar serenamente una explicación sexual, respondieron a su iniciador: «Es posible que tu padre y otras personas hagan eso, pero de nuestro padre estamos seguros que no lo haría jamás». Mas, por distinta que pueda ser esta conducta ulterior de los niños ante la satisfacción de su curiosidad sexual, hemos de aceptar, para sus primeros años infantiles, un proceder totalmente uniforme y creer que, por entonces, se afanaban por averiguar lo que los padres hacían entre sí para tener niños.

XXXI

PERSONAJES PSICOPÁTICOS EN EL TEATRO^[1000]

1905-6 (?) (1942)

SI, como desde los tiempos de Aristóteles viniese admitiendo, es la función del drama despertar la piedad y el temor, provocando así una «catarsis de las emociones», bien podemos describir esta misma finalidad expresando que se trata de procurarnos acceso a fuentes de placer y de goce yacentes en nuestra vida afectiva, tal como el chiste y lo cómico lo hacen en la esfera del intelecto, cuya acción es precisamente la que nos ha tornado inaccesibles múltiples fuentes de dicha especie. No cabe duda de que, a este respecto, el principal papel le corresponde a la liberación de los propios afectos del sujeto, y el goce consiguiente ha de corresponder, pues, por un lado, al alivio que despierta su libre descarga, y por el otro, muy probablemente, a la estimulación sexual concomitante que, según es dable suponer, representa el subproducto ineludible de toda excitación emocional, inspirando en el sujeto ese tan caramente estimado sentimiento de exaltación de su nivel psíquico. La contemplación apreciativa de una representación dramática cumple en el adulto la misma función que el juego desempeña en el niño, al satisfacer su perpetua esperanza de poder hacer cuanto los adultos hacen. El espectador del drama es un individuo sediento de experiencia; se siente como ese «Mísero, al que nada importante puede ocurrirle»; hace ya mucho tiempo que se encuentra obligado a moderar, mejor dicho, a dirigir en otro sentido su ambición de ocupar una plaza central en la corriente del suceder universal; anhela sentir, actuar, modelar el

mundo a la luz de sus deseos; en suma, ser un protagonista^[1001]. Y he aquí que el autor y los actores del drama le posibilitan todo esto al ofrecerle la oportunidad de identificarse con un protagonista. Pero de este modo le evitan también cierta experiencia, pues el espectador bien sabe que si asumiera en su propia persona el papel del protagonista, debería incurrir en tales pesares, sufrimientos y espantosos terrores que le malograrían por completo, o poco menos, el placer implícito. Sabe, además, que sólo tiene una vida que vivir, y que bien podría perecer ya en la primera de las múltiples batallas que el protagonista debe librar con los hados. De ahí que su goce dependa de una ilusión, pues presupone la atenuación de su sufrimiento merced a la certeza de que, en primer término, es otro, y no él, quien actúa y sufre en la escena y en segundo lugar, trátase sólo de una ficción que nunca podría llegar a amenazar su seguridad personal. Es en tales circunstancias cuando puede permitirse el lujo de ser un héroe y protagonista, cuando puede abandonarse sin vergüenza a sus impulsos coartados, como la demanda de libertad en cuestiones religiosas, políticas, sociales o sexuales, y cuando puede también dejarse llevar dondequiera sus arrebatos quieran llevarlo, en cuanta gran escena de la vida se represente en el escenario.

Todos estos prerequisites del goce, empero, son comunes a varias otras formas de la creación artística. La poesía épica sirve en primer lugar a la liberación de sentimientos intensos, pero simples, como en su esfera de influencia lo hace también la danza. Cabe afirmar que el poema épico facilita particularmente la identificación con la gran personalidad heroica en medio de sus triunfos, mientras que del drama se espera que ahonde más en las posibilidades emocionales y que logre transformar aún las más sombrías amenazas del destino en algo disfrutable, de modo que representa al héroe acosado por la calamidad, haciéndolo sucumbir con cierta satisfacción masoquista. En efecto, podría caracterizar el drama precisamente por esta relación suya con el sufrimiento y con la desgracia, ya sea que, como en la comedia dramática, se limite a despertar la ansiedad para aplacarla luego, ya sea que, como en la tragedia, el sufrimiento realmente sea desplegado hasta sus términos últimos. Es indudable que este significado del drama guarda cierta relación con su descendencia de los ritos sacrificiales (el chivo y el chivo emisario) en el culto de los dioses: el drama aplaca, en cierta manera, la incipiente rebelión contra el orden divino que decretó el imperio del sufrimiento.

El héroe es, en principio, un rebelde contra Dios y lo divino; y es del sentimiento de miseria que la débil criatura siente enfrentada con el poderío divino de donde el placer puede considerarse derivado, a través de la satisfacción masoquista y del goce directo del personaje, cuya grandeza el drama tiende, con todo, a destacar. He aquí, en efecto, la actitud prometeica del ser humano, quien, animado de un espíritu de mezquina complacencia, está dispuesto a dejarse aplacar por el momento con una gratificación meramente transitoria.

Todas las formas y variedades del sufrimiento pueden constituir, pues, temas del drama, que con ellas promete crear placer para el espectador. De aquí emana la condición primera que este género artístico ha de cumplir: no causar sufrimiento alguno al espectador y hallar los medios de compensar mediante las gratificaciones que posibilita la piedad que ha suscitado —una regla ésta que los dramaturgos modernos se han entregado a violar con particular frecuencia. Dicho sufrimiento, empero, no tarda en quedar restringido a la angustia psíquica, pues nadie desea presenciar el sufrimiento físico, teniendo presente la facilidad con que las sensaciones corporales así despertadas ponen fin a toda posibilidad de goce psíquico. Quien está enfermo conoce sólo un deseo: curar; salir de su condición actual; que el médico acuda con sus medicamentos; que cese el hechizo del juego de la fantasía— ese hechizo que nos ha corrompido al extremo de permiternos derivar goce aun de nuestro sufrimiento. Cuando el espectador se coloca en el lugar de quien sufre una afección física, nada encuentra en sí mismo que pueda procurarle un goce o que le permita un trueque psicológico, y por eso una persona físicamente enferma sólo es admisible en el teatro a título secundario, pero no como protagonista, salvo que algún aspecto psíquico particular de la enfermedad sea susceptible de una elaboración psicológica, como, por ejemplo, en el abandono de Filoctetes enfermo o en la desesperanza de los enfermos presentados en las obras de Strindberg.

El sufrimiento psíquico, empero, se reconoce particularmente en relación con las circunstancias de las cuales se ha desarrollado; de ahí que el drama requiera una acción de la que dicho sufrimiento emana, y de ahí que comience por presentar esa acción al espectador. El hecho de que obras tales como *Ajax* y *Filoctetes* presenten un sufrimiento psíquico ya existente, sólo es excepcional en apariencia, pues debido a la familiaridad de los temas para el público, en los dramas griegos el telón se levanta siempre, por decirlo así, en el medio de la representación. Ahora bien: es fácil definir las condiciones que dicha acción debe reunir. Es preciso que exista en ella un juego de fuerzas contendientes; la

acción habrá de llevar implícito un anhelo de la voluntad y alguna oposición a éste. El primero y más grandioso ejemplo en el cual se dieron tales condiciones fue la lucha contra la divinidad. Ya se ha dicho que la esencia de esta tragedia es la rebelión, con el dramaturgo y el espectador adoptando el partido del rebelde. A medida que se va reduciendo luego lo que se atribuye a la divinidad, acreciéntase paulatinamente el elemento humano, que al profundizarse la comprensión tórnase cada vez más responsable del sufrimiento. Así, la lucha siguiente, la del héroe-protagonista contra la comunidad social, se convierte en la tragedia social. Una nueva situación en la cual vuelven a cumplirse las mencionadas condiciones la hallamos en la lucha de los hombres mismos entre sí, esto es, en el drama de caracteres, que lleva implícitas todas las características agonistas, debiendo tener, pues, más de un protagonista y desenvolverse preferentemente entre personalidades notables, libres de todas las restricciones impuestas por las instituciones humanas. Naturalmente, nada se opone a la combinación entre los dos géneros dramáticos antedichos; por ejemplo, en la forma de una lucha del protagonista contra instituciones encarnadas en personajes fuertes y poderosos. Al genuino drama de caracteres le faltan las fuentes de goce ofrecidas por el tema de la rebelión, que en las piezas sociales, como las de Ibsen, vuelve a destacarse en primer plano, con el mismo poderío que tenía en las obras históricas del clasicismo griego. Mientras los dramas religiosos, de caracteres y social difieren principalmente entre sí con respecto a la escena en la cual tiene lugar la acción y de la que emana el sufrimiento, cabe considerar ahora otra situación dramática, en la cual el drama se convierte en psicológico, pues el alma misma del protagonista es la que constituye el campo de una angustiosa batalla entre diversos impulsos contrapuestos: una batalla que debe concluir, no con el aniquilamiento del protagonista, sino con el de uno de los impulsos contendientes, o sea, con un renunciamiento. Naturalmente, todas las combinaciones imaginables entre esta situación y la de los géneros dramáticos anteriores —el social y el de caracteres— son posibles, en la medida en que también las instituciones sociales suscitan idénticos conflictos internos, y así sucesivamente. Es aquí donde cabe situar el drama de amor, ya que la coartación de éste —sea en aras de las costumbres, de las convenciones o del conflicto entre «el amor y el deber»; tan conocido a través de la ópera— constituye el punto de partida de una casi infinita variedad de situaciones conflictuales, tan infinitas en su variedad como lo son las fantasías eróticas del género humano. Con todo, las posibilidades no se agotan aquí, pues el drama

psicológico se convierte en psicopatológico cuando la fuente de ese sufrimiento, que hemos de compartir y del cual se espera que derivemos nuestro placer, no es ya un conflicto entre dos motivaciones inconscientes casi por igual, sino entre motivaciones conscientes y reprimidas. Aquí, la condición previa para que se dé el goce es que también el espectador sea neurótico. En efecto, sólo a un neurótico podrá depararle placer la liberación y, en cierta medida, también la aceptación consciente de la motivación reprimida, en vez de despertar su repulsión, como ocurriría en toda persona no neurótica, que, además de rechazar dicha motivación, se dispondrá a repetir el acto represivo, ya que en ella la represión ha tenido pleno éxito. El impulso reprimido se mantiene en perfecto equilibrio con la fuerza originaria de la represión. En el neurótico, por el contrario, la represión está siempre a punto de fracasar: es inestable y requiere esfuerzos incesantemente renovados para mantenerse, esfuerzos que podrían ser evitados mediante el reconocimiento de lo reprimido. Sólo en el neurótico existe, pues, una puja de índole tal que pueda convertirse en asunto dramático; también en él, empero, el dramaturgo despertará no sólo el placer derivado de la liberación, sino también la resistencia consiguiente a la misma.

El máximo drama moderno de esta especie es *Hamlet*, que expone el tema de un hombre normal tornado neurótico a causa de la índole particular de la misión que se le impone; un hombre en el cual trata de imponerse un impulso que hasta ese momento ha estado eficazmente reprimido. *Hamlet* se distingue por tres características que parecen importantes para nuestra consideración: 1) No es un protagonista psicopático, pero llega a serlo en el curso de la acción que hemos de presenciar. 2) El deseo reprimido pertenece a la categoría de aquellos que están igualmente reprimidos en todos nosotros y cuya represión forma parte de una de las más precoces fases de nuestro desarrollo individual, mientras que la situación planteada en el drama está destinada, precisamente, a aniquilar esa represión. En virtud de estas dos características nos resulta fácil reconocernos a nosotros mismos en el protagonista, pues somos víctimas de los mismos conflictos que él, ya que «quien no pierde la razón bajo ciertas provocaciones, ninguna razón tiene que perder». 3) Parecería, sin embargo, que uno de los prerequisites de este género artístico consistiese en que la puja del impulso reprimido por tornarse consciente, aunque indentificable en sí misma, aparece tan soslayada que el proceso de su conscienciación llévase a cabo en el espectador mientras su atención se halla distraída y mientras se encuentra tan preso de sus emociones que no es capaz de un juicio racional. De tal modo queda apreciablemente

reducida la resistencia, a semejanza de lo que ocurre en el tratamiento psicoanalítico cuando los derivados de los pensamientos y afectos reprimidos emergen a la consciencia como resultado de una atenuación de la resistencia y mediante un proceso que no se halla al alcance del propio material reprimido. En efecto, el conflicto de *Hamlet* se encuentra tan profundamente oculto que en un principio sólo atiné a sospechar su existencia.

Posiblemente sea a causa del descuido de estas tres condiciones, ineludibles, por lo que tantos otros personajes psicopáticos son tan poco aptos para el teatro como lo son para la vida misma. Pues el neurótico es, para nosotros, por cierto, un ser humano de cuyo conflicto no podemos obtener la menor comprensión (empatía), cuando nos lo exhibe en la forma de un producto final. Recíprocamente, una vez que nos hemos familiarizado con dicho conflicto, olvidamos que se trata de un enfermo, tal como él mismo deja de estar enfermo al familiarizarse con el conflicto. Es así tarea del dramaturgo transportarnos dentro de la misma enfermedad, cosa que se logra mejor si nos vemos obligados a seguirlo a través de todo su desarrollo. Esto será particularmente necesario si la represión no se encuentra ya establecida en nosotros y si, por consiguiente, debe ser efectuada de nuevo cada vez, lo cual representaría un paso más allá de *Hamlet* en cuanto a la utilización de la neurosis en el teatro. Cuando en la vida real nos topamos con tal neurosis enigmática y plenamente desarrollada, llamamos al médico y no vacilamos en considerar a la persona en cuestión como inapta para convertirse en personaje dramático.

En términos generales quizá podría dejarse establecido que la labilidad neurótica del público y el arte del dramaturgo para aprovechar la resistencia y para suministrar un preplacer son los únicos elementos que fijan límites a la utilización de personajes anormales en el teatro.

XXXII

EL PSICOANÁLISIS Y EL DIAGNÓSTICO DE LOS HECHOS EN LOS PROCEDIMIENTOS JUDICIALES^[1002]

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL SEMINARIO DEL PROFESOR
LÖFFLER, DE LA UNIVERSIDAD DE VIENA

1906

S EÑORES, la sospecha, cada vez más fundada, de la falta de garantía de la prueba testifical, que a pesar de ello sigue constituyendo la base de tantas sentencias condenatorias en casos discutibles, ha intensificado en todos vosotros, futuros jueces y defensores, el interés hacia un nuevo método de investigación, que habría de forzar al acusado mismo a probar, por medio de signos objetivos, su culpabilidad o su inocencia.

Trátase de un experimento psicológico, fundado en trabajos de orden psicológico y estrechamente relacionado con determinadas teorías que la psicología médica no ha tomado en consideración hasta hace poco. Sé que os estáis ocupando de experimentar el manejo y el alcance de este nuevo método y he aceptado gustoso la invitación que vuestro catedrático el profesor Löffler me hiciera, de explicaros detalladamente las relaciones de dicho método con la Psicología.

Todos conocéis aquel juego infantil y de la sociedad, en el que una persona dice a otra una palabra cualquiera, a la cual debe el interpelado añadir otra que

forme con la primera una palabra compuesta. Por ejemplo: *Dampf* (vapor). *Schiff* (barco), o sea, *Dampfschiff* (barco de vapor). Pues bien: el experimento de asociación, introducido en la Psicología por la escuela de Wundt, no es más que una modificación de este juego infantil, en la que se prescinde tan sólo de una de sus condiciones. Consiste, pues, en decir a una persona una palabra —la *palabra-estímulo*—, a la cual responde aquélla, lo más rápidamente posible, con una segunda palabra —la llamada «reacción» que asocia a la primera, sin que nada limite su elección. El tiempo empleado en la reacción y la relación entre la palabra-estímulo y la reacción, relación que puede ser muy diversa, son los objetos de la observación. Ahora bien: no puede afirmarse que estos experimentos dieran en un principio mucho fruto. Lo cual es comprensible, pues fueron realizados sin un programa fijo ni una finalidad determinada. Sólo cuando Bleuler y sus discípulos, especialmente Jung, comenzaron a ocuparse, en Zurich, de tales «experimentos de asociación» recibieron éstos un sentido y dieron fruto. Pero lo que les dio ya un valor positivo fue la hipótesis de que la reacción a la palabra-estímulo no podía ser puramente casual, sino algo estrictamente determinado por un contenido ideológico preexistente en el sujeto de la reacción.

Nos hemos acostumbrado a dar a tal contenido ideológico, susceptible de influir en la reacción a la palabra-estímulo, el nombre de «complejo». Tal influencia se desarrolla o bien porque la palabra-estímulo roza directamente el complejo, o bien porque este último consigue ponerse en relación con ella por la intervención de elementos intermedios. Esta determinación de la reacción es un hecho muy singular; en los trabajos existentes sobre el tema hallaréis abiertamente reflejado el asombro que despierta.

Pero su exactitud es indudable, pues se hace posible de ordinario indicar el complejo influyente y llegar por él a la comprensión de las reacciones, incomprensibles de otro modo, interrogando al sujeto mismo del experimento sobre los motivos de su reacción.

Ejemplos como los contenidos en las páginas 6 y 8-9 de la obra de Jung^[1003] son muy propios para hacernos dudar de la casualidad y la pretendida arbitrariedad del suceder anímico.

Echad ahora conmigo una ojeada a la prehistoria de la hipótesis de Bleuler-Jung sobre la determinación de la reacción por el complejo de la persona examinada. En 1901 expuse yo en un extenso trabajo^[1004] cómo toda una serie de acciones que se creían inmotivadas se hallan, por el contrario, estrictamente

determinadas y contribuí de este modo a limitar un tanto la arbitrariedad psíquica. Tomé como objeto los pequeños actos fallidos: el olvido, las equivocaciones orales y escritas y el extravío temporal de cosas, y demostré que cuando una persona comete un *lapsus linguae* no se debe hacer responsable del mismo a la casualidad ni tampoco únicamente a dificultades de articulación o a analogías fonéticas, sino que en todos los casos puede descubrirse un contenido ideológico perturbado —un complejo—, que altera conforme a su tendencia y convierte aparentemente en una equivocación las palabras que el sujeto se proponía pronunciar. Estudié también los pequeños actos aparentemente inintencionados y casuales de los hombres —ademanes y jugueteos, etc.— y demostré su condición de «actos sintomáticos» relacionados con un sentido oculto y encaminados a procurarles una expresión discreta. Encontré también que no podemos hacer que se nos ocurra al azar ni siquiera un nombre propio que no se halle determinado por un poderoso contenido ideológico, y que hasta los números que en apariencia elegimos arbitrariamente pueden ser referidos a un tal complejo oculto. Uno de mis colegas, el doctor Alfredo Adler, ha podido ilustrar, años después, con varios acabados ejemplos, esta última proposición mía, la más singular de todas^[1005]. Una vez habituados a una tal concepción de la condicionalidad de la vida psíquica inferimos justificadamente, de los resultados de la psicología de la vida cotidiana, que las ocurrencias del sujeto en el experimento de asociación pueden también no ser arbitrarias, hallándose, por el contrario, condicionadas por un contenido ideológico activo en el sujeto.

Volvamos de nuevo al experimento de asociación. En los casos hasta ahora considerados era la misma persona examinada la que nos ilustraba sobre la procedencia de las reacciones, y esta circunstancia quita realmente todo interés al experimento en cuanto a su empleo en la administración de justicia. Pero ¿qué sucederá si modificamos la ordenación del experimento, análogamente a como una ecuación con varias magnitudes puede ser resuelta respecto a cualquiera de las mismas, convirtiendo la *a* o la *b* en ellas dadas en la *x* buscada? Plasta aquí el complejo nos era desconocido a los examinadores; experimentábamos con palabras-estímulos arbitrariamente elegidas, y el sujeto del experimento nos denunciaba el complejo que las palabras-estímulos habían hecho emerger y manifestarse. Procedamos ahora de otro modo; tomemos un complejo conocido, reaccionemos a él con palabras-estímulos intencionadamente elegidas y desplacemos la *x* sobre el sujeto del experimento: ¿Será entonces posible deducir

de las reacciones si la persona examinada entraña igualmente el complejo elegido? Como veréis, esta ordenación del experimento corresponde precisamente al caso del juez de instrucción, que quisiera saber si un cierto hecho o un conjunto de hechos que *él* conoce es conocido también por el acusado como autor del mismo. Parece ser que Wertheimer y Klein, dos discípulos de Hans Gross, profesor de Derecho penal en Praga, han sido los primeros en llevar a cabo esta modificación de las condiciones del experimento, tan importante para nosotros^[1006].

Sabéis ya, por los experimentos que personalmente habéis realizado, como, dado un tal planteamiento del mismo, resultan de las reacciones cuatro distintos puntos de apoyo para determinar si la persona examinada posee el mismo complejo al que vosotros reaccionáis con palabras-estímulos. Tales puntos de apoyo son: 1), un contenido inhabitual de la reacción, que precisa ser explicado; 2), la prolongación de la reacción, pues resulta que aquellas palabras-estímulos que hieren el complejo, sólo después de un sensible retraso (frecuentemente un múltiplo del tiempo de reacción corriente) son contestadas con la reacción; 3), el error en la reproducción. Ya conocéis en qué consiste este hecho singular. Cuando, poco tiempo después de terminar el experimento practicado con una larga serie de palabras-estímulos, se proponen de nuevo las mismas al sujeto, éste repite las reacciones de la primera vez. Sólo antes aquellas palabras-estímulos que han herido directamente el complejo sustituye sin dificultad por otra distinta la reacción anterior. Y 4), el hecho de la perseveración. Sucede, efectivamente, con frecuencia que el efecto de la estimulación del complejo por una palabra-estímulo a él correspondiente («palabra crítica»), por ejemplo, la prolongación del tiempo de reacción, perdura y modifica aún las reacciones a las palabras no críticas siguientes. Cuando todos estos signos o varios de ellos coinciden es prueba de que el complejo que nos es conocido existe, como elemento psíquico perturbador, en el sujeto de experiencia. Tal perturbación la explicamos suponiendo que el complejo existente en el sujeto está cargado de afecto, siendo así susceptible de sustraer atención a la tarea de reaccionar, y vemos, por tanto, en ella una «autodelación psíquica».

Sé que os ocupáis actualmente de estudiar las posibilidades y las dificultades de este procedimiento que ha de llevar al acusado a la autodelación objetiva, y en consecuencia, he de llamaros la atención sobre el hecho de que un procedimiento muy semejante para el descubrimiento de lo psíquico oculto o

encubierto está ya en uso, en otro sector, hace más de diez años.

Mi labor consistirá en mostraros la analogía y la diversidad de las circunstancias en uno y otro caso.

El sector a que me refiero es muy diferente del vuestro. Es, en efecto, el tratamiento de ciertas «enfermedades de los nerviosos», de las llamadas psiconeurosis, de las cuales podéis tomar como ejemplo la histeria y la neurosis obsesiva. El procedimiento que nos ocupa se llama, en este sector, psicoanálisis y ha sido desarrollado por mí, partiendo del método terapéutico «catártico», que el doctor J. Breuer, de Viena, fue el primero en practicar^[1007]. Para salir al encuentro de vuestra extrañeza empezaré por establecer una analogía entre el delincuente y el histérico. En ambos se trata de un secreto, de algo recóndito. Mas, para no incurrir en paradoja, haré también resaltar a continuación la diferencia. En el delincuente se trata de un secreto que el sujeto sabe y oculta; en el histérico, de un secreto que él mismo no sabe, un secreto que a él mismo se le oculta. ¿Cómo es posible tal cosa? Pues bien: investigaciones muy laboriosas nos han mostrado que estas enfermedades tienen por fundamento el hecho de que tales personas han conseguido reprimir ciertos recuerdos y representaciones poderosamente cargadas de afecto, así como los deseos en ellos basados, y de tal modo, que no desempeñan ya papel ninguno en su pensamiento, no emergen en su conciencia y permanece así secretos para el sujeto mismo. Pero de este material psíquico reprimido, de estos «complejos», proceden los síntomas somáticos y psíquicos que atormentan a los enfermos, a la manera de remordimientos de conciencia. Así, pues, la diferencia entre el delincuente y el histérico es fundamental en este punto concreto.

Ahora bien: la labor del terapeuta es la misma que la del juez instructor: tenemos que describir lo psíquico oculto y hemos inventado con este fin una serie de artes «detectivescas», algunas de las cuales tendrán que copiarnos ahora los señores juristas.

Para vuestra labor os interesará saber de qué manera procedemos nosotros los médicos en el psicoanálisis. Después que el enfermo nos ha relatado por vez primera su historia, le invitamos a abandonarse por completo a sus asociaciones espontáneas y a manifestar, sin reserva crítica alguna, todo lo que se le venga a las mientes. Partimos, pues, de la hipótesis, no compartida en absoluto por el sujeto, de que tales ocurrencias no han de ser arbitrarias, sino determinadas por la relación con su secreto, con su complejo, pudiendo ser interpretadas, por

decirlo así, como ramificaciones de tal complejo. Como veréis, se trata exactamente de la misma hipótesis con cuyo auxilio habéis hallado interpretables los experimentos de asociación. Pero el enfermo, al que se recomienda la más absoluta obediencia a la regla de comunicar todas sus ocurrencias, no parece hallarse en situación de hacerlo. Retiene algunas de ellas, trata de justificar con diversas razones, alegando que se trata de algo insignificante, impertinente o totalmente sin sentido. Entonces le pedimos que comunique y persiga la ocurrencia de que se trate, a pesar de tales objeciones; pues precisamente la crítica que en ellas se exterioriza es una prueba de que la ocurrencia correspondiente pertenece al complejo que tratamos de descubrir. En esta conducta del paciente vemos una manifestación de la «resistencia» en él dada, que no le abandonará ya en todo el curso del tratamiento. Este concepto de la resistencia ha logrado máxima significación para nuestra inteligencia de la génesis de la enfermedad y del mecanismo de la curación.

En vuestros experimentos no observaréis directamente una tal crítica de las asociaciones; en cambio, nosotros en el psicoanálisis estamos en situación de observar todos los signos, que tan singulares os parecen, de la existencia de un complejo. Cuando el paciente no se atreve ya a infringir la regla que se le ha impuesto observamos, sin embargo, que de cuando en cuando se corta, vacila y hace pausas en la reproducción de las ocurrencias. Cada una de estas vacilaciones es para nosotros una manifestación de la resistencia y nos sirve de señal de la pertenencia al complejo de la asociación de que se trate. Constituye incluso el indicio más importante de tal pertenencia, lo mismo que para vosotros la prolongación del tiempo de reacción. Estamos acostumbrados a interpretar en este sentido las vacilaciones del sujeto, incluso cuando el contenido de la ocurrencia retenida no parece provocar repulsa ninguna, y el paciente asegura que no tiene la menor idea de por qué habría de vacilar en comunicarla. Las pausas que en el psicoanálisis surgen son, por lo regular, mucho más prolongadas que los retrasos que observáis en los experimentos a reacción.

También el cambio de contenido que en vuestro experimento indican la existencia del complejo desempeña un papel en la técnica del psicoanálisis. Hasta en aquellas ligeras desviaciones de la forma expresiva habitual que observamos en nuestro enfermo acostumbramos a ver indicios de un sentido secreto y nos exponemos gustosos por algún tiempo a sus burlas con tales interpretaciones. Acechamos precisamente aquellas manifestaciones que encierran algún equívoco, y en las que el sentido oculto se transporta bajo la

expresión inocente. No sólo el enfermo, sino también aquellos de nuestros colegas que desconocen la técnica psicoanalítica y sus especiales circunstancias, nos niegan en este punto su fe y nos acusan de arbitrariedad; pero casi siempre se demuestra que éramos nosotros los que estábamos en lo cierto. Al fin y al cabo, no es tan difícil comprender que un secreto cuidadosamente guardado puede delatarse, a lo sumo, en indicaciones sutilísimas, equívocas. Por último, el enfermo se acostumbra a procurarnos, por medio de la llamada «expresión indirecta», todo aquello que necesitamos para el descubrimiento del complejo.

Del tercero de los indicios de la existencia del complejo, el error, o sea, la alteración en la reproducción, hacemos en la técnica del psicoanálisis un uso más restringido, limitando su aplicación a un sector determinado. Una de las tareas que frecuentemente se nos plantean es la interpretación de los sueños; esto es, la sustitución del contenido onírico recordado por su sentido oculto. En esta labor no sabemos a veces por dónde empezar, y entonces aplicamos una regla, empíricamente deducida y que consiste en hacer repetir al sujeto el relato de su sueño. Al hacerlo así, el paciente suele modificar su primera versión en algunos puntos, repitiéndola fielmente en todos los demás. Y entonces nosotros nos asimos a aquellos lugares en los que la reproducción aparece defectuosa por alteración y frecuentemente también por omisión, pues semejantes infidelidades garantizan la pertenencia al complejo y prometen el mejor acceso al sentido secreto del sueño^[1008] 730.

Pasando ahora al tercero de los indicios apuntados, he de manifestaros que en el psicoanálisis no surge fenómeno análogo al de la «perseveración». Mas no por ello debéis creer agotada la coincidencia que vamos persiguiendo. Esta diferencia aparente procede tan sólo de las condiciones especiales de vuestros experimentos. En ello no dejáis a la acción del complejo tiempo suficiente para desarrollarse; apenas iniciada, distraéis la atención del examinado con una nueva palabra-estímulo, probablemente inocente, y entonces podéis observar que a pesar de tal perturbación el sujeto continúa pendiente del complejo. Nosotros, por el contrario, evitamos en el psicoanálisis tales perturbaciones; hacemos que el sujeto siga ocupándose del complejo, y como de este modo todo es, por decirlo así, perseveración, no nos es dado observar tal fenómeno en calidad del suceso aislado.

Nuestra experiencia nos permite sentar la afirmación de que por medio de técnicas como las apuntadas se consigue hacer consciente al enfermo lo

reprimido, su secreto, y suprimir así la condicionabilidad psíquica de sus síntomas. Ahora bien: antes que deduzcáis de estos resultados favorables conclusión alguna sobre las posibilidades de éxito de vuestros trabajos quiero subrayar aquí y allá las diferencias dadas en la situación psicológica.

Ya indicamos antes cuál era la diferencia principal: en el neurótico se trata de algo secreto para su propia conciencia, y en el delincuente, de algo únicamente secreto para vosotros. En el primero existe una ignorancia auténtica, si bien no en todos los sentidos; en el segundo, sólo una simulación de ignorancia. A esto se enlaza otra diferencia mucho más importante desde el punto de vista práctico. En el psicoanálisis, el enfermo nos ayuda a vencer su resistencia, pues espera del examen un beneficio: la curación; en cambio, el delincuente no colabora con vosotros y trabajará su *yo* contra todo. Tenéis, desde luego, la compensación de que en vuestras investigaciones sólo se trata de que logréis una convicción objetiva, mientras que el tratamiento exige que el mismo enfermo llegue personalmente a igual convicción. Pero hemos de esperar hasta ver qué dificultades o alteraciones suscita en vuestro procedimiento la falta de la colaboración del investigado. Es ésta una situación que no podéis constituir en vuestro seminario, pues aquel de vuestros colegas al que encarguéis de representar el papel de acusado no podrá dejar de ser un colaborador vuestro y os ayuda, a pesar de su propósito consciente de no delatarse.

Prosiguiendo la comparación de las dos situaciones, vemos, en general, que en el psicoanálisis se plantea un caso especial de la labor de descubrir elementos ocultos de la vida psíquica, y, en cambio, en vuestro experimento un caso menos sencillo y más amplio. El hecho de que en los psiconeuróticos se trate siempre de un complejo sexual reprimido no entra en juego para vosotros como diferencia. Sí, en cambio, otra circunstancia. La labor del psicoanálisis es, para todos los casos, absolutamente uniforme: trátase de descubrir complejos que han sido reprimidos a causa de los sentimientos de displacer concomitantes con ellos y que al intentar llevarlos a la consciencia hacen surgir indicios de la resistencia. Tal resistencia está como localizada; nace en el límite entre lo consciente y lo inconsciente. En vuestros casos se trata de una resistencia procedente por entero de la consciencia. No podéis dejar de tener en cuenta esta diferencia y habréis de determinar primero, por medio de una serie de experimentos, si la resistencia consciente se delata exactamente por los mismos indicios que la inconsciente. Opino, además, que no podéis estar aún seguros de si ha de ser lícito interpretar como «resistencia», del mismo modo que nosotros, los

psicoterapeutas, vuestros indicios objetivos de la existencia del complejo. En las personas a las que sometéis a vuestro experimento puede muy bien darse el caso —poco frecuente, desde luego, en los delincuentes— de que el complejo herido sea un complejo de acento agradable, y hemos de preguntarnos si este último producirá las mismas reacciones que un complejo de acento desagradable.

Quisiera hacer resaltar también que vuestro experimento puede sufrir una intromisión que en el psicoanálisis es cosa natural y corriente. Podéis ser inducidos a error en vuestra investigación por un neurótico que reaccione como si fuera culpable, aunque sea inocente, porque un sentimiento de culpabilidad preexistente en él y en acecho constante de una ocasión propicia se apodere de la acusación de que se trate. No tengáis este caso por una invención ociosa. Pensad en la *nursery*, en el cual se puede observar frecuentemente. Sucede, en efecto, que un niño al cual se reprocha una falta niega resueltamente la culpa, pero al mismo tiempo llora como un pecador convicto. Opinaréis, quizá, que el niño miente al asegurar su inocencia, pero el caso puede ser muy otro. El niño no ha cometido la falta que le atribuíis; pero sí, en cambio, otra que vosotros ignoráis y de la que no le inculpáis. Niega, pues, su culpabilidad —en cuanto a la una—; pero, al mismo tiempo, delata su sentimiento de culpabilidad por la otra. El neurótico adulto se conduce en este punto —y en muchos otros— enteramente como un niño. De estos hombres hay muchos, y es aún discutible que vuestra técnica consiga descubrir en tales autoacusadores a los verdaderamente culpables. Y, por último, sabéis muy bien que las normas del procedimiento judicial os prohíben toda actuación que pueda sorprender al acusado. Éste habrá, pues, de conocer previamente lo importante que es para él no delatarse en el experimento, y nada nos permite afirmar que una vez fija la atención del sujeto en el complejo, sus reacciones hayan de ser las mismas que cuando su atención está apartada de él, ni sabemos tampoco hasta qué punto puede influir, en personas distintas, el propósito de ocultación sobre su manera de reaccionar.

Precisamente por la diversidad de las situaciones que sirven de base a vuestro experimento, la Psicología espera con vivísimo interés sus resultados, y quisiéramos rogaros que no desconfiarais demasiado pronto de la utilidad práctica del mismo. Aunque el campo de mis actividades se halla muy lejos de la práctica judicial, voy a permitirme haceros una proposición. Los experimentos realizados entre vosotros aquí en el seminario son, desde luego, indispensables como preparación y adiestramiento, pero jamás lograréis crear en ellos la situación psicológica correspondiente a un proceso criminal. No es posible, por

tanto, deducir de tales ejercicios la utilidad práctica del experimento en su aplicación a la administración de justicia. Y si no queréis prescindir de tal aplicación, tendréis que emprender otro camino. Habréis de lograr que os sea permitido, o incluso impuesto como un deber, el desarrollo de tales investigaciones durante un cierto número de años en todos los procesos criminales, pero *sin que los resultados de las mismas hayan de influir para nada en la decisión judicial*.

Lo mejor sería que los jueces no llegaran siquiera a conocer las conclusiones a las que vuestra investigación os hubiera llevado en cuanto a la culpabilidad del acusado. Al cabo de varios años de una tal recolección y elaboración comparativa de los datos así obtenidos habrían resuelto probablemente todas las dudas sobre la utilidad procesal de este procedimiento psicológico de investigación.

Claro está que la realización de esta propuesta no depende tan sólo de vosotros ni de vuestro digno profesor.

XXXIII

EL DELIRIO Y LOS SUEÑOS EN LA «GRADIVA», DE W. JENSEN^[1009]

1906 [1907]

I

EN un círculo de personas que poseen la convicción de que los esenciales problemas del sueño han sido resueltos por la labor investigadora del autor del presente trabajo, surgió un día la curiosidad de examinar los sueños que no han sido nunca soñados; esto es, aquellos que el artista atribuye a los personajes de su obra y no pasan, por tanto, de ser una pura invención poética. La proposición de investigar esta clase de sueños pudiera parecer ociosa y un tanto singular; pero, desde cierto punto de vista, no deja de estar justificada. No es ni con mucho opinión general que los sueños poseen un sentido y pueden ser interpretados. La ciencia y la mayoría de los hombres cultos sonríen cuando se les habla de una interpretación onírica. Tan sólo la supersticiosa clase popular, que en esta cuestión parece constituirse en depositaria de antiguas creencias, permanece fiel a la idea de una posible interpretación de los sueños, y el autor de estas líneas ha osado, en una de sus obras, colocarse enfrente de los severos principios científicos y al lado de la superstición y de las antiguas opiniones. Claro es que está muy lejos de reconocer en los sueños aquella revelación del porvenir a cuyo descubrimiento tiende la Humanidad, en vano, desde sus comienzos y por toda clase de medios, a veces harto ilícitos. Pero tampoco

puede rechazar por completo cierta relación de los sueños con lo futuro, pues al término de una penosa labor interpretativa se le demostró el sueño como un *deseo* del sujeto, que el fenómeno onírico le presentaba *cumplido*, y nadie puede negar que los deseos humanos se orienten predominantemente hacia el porvenir.

Afirmamos, pues, que el sueño es un deseo cumplido. Aquellos que no teman emprender una difícil lectura y no exijan que para ahorrarles trabajo se les presente, aun a costa de la fidelidad y de la verdad, como sencillo y fácil un complicado problema, hallarán en mi obra *La interpretación de los sueños* una amplia prueba de esta afirmación. Mientras tanto, y para seguirnos en este trabajo, tendrán que echar a un lado las objeciones que seguramente surgirán en ellos contra esta definición de los sueños como realizaciones de deseos.

Pero hemos entrado de buenas a primeras en el examen de algo que pertenece ya a un estadio muy avanzado de la investigación de los sueños. El primer problema que a esta investigación se presenta no es el de determinar si el sentido de los sueños ha de ser siempre una realización de deseos y no otro cualquiera, tal como una expectación, un propósito, una reflexión, etc. Anterior a estas interrogaciones es la de si en realidad poseen los sueños un sentido y puede dárseles el valor de procesos psíquicos. La ciencia responde negativamente y explica los sueños como simples procesos fisiológicos, detrás de los cuales no hay necesidad de buscar sentido, significado ni atención alguna. Durante el reposo nocturno actúan —según esta teoría— ciertos estímulos somáticos sobre nuestra vida anímica, llevando a la conciencia tan pronto unas como otras representaciones robadas a la coherencia psíquica. De este modo podrían ser comparados los sueños a contracciones de la vida psíquica, pero nunca a movimientos expresivos de la misma.

En esta discusión sobre la naturaleza del sueño parecen los poetas situarse al lado de los antiguos, de la superstición popular y del autor de estas líneas y de *La interpretación de los sueños*, pues cuando hacen soñar a los personajes creados por su fantasía no sólo se conforman a la cotidiana experiencia de que el pensamiento y la sensibilidad de los hombres continúan vivos en el estado de reposo nocturno, sino que al presentarnos los sueños de sus personajes, su intención es precisamente la de darnos a conocer por medio de ellos los estados de alma de los mismos. Y los poetas son valiosísimos aliados, cuyo testimonio debe estimarse en alto grado, pues suelen conocer muchas cosas existentes entre el cielo y la tierra y que ni siquiera sospecha nuestra filosofía. En la Psicología, sobre todo, se hallan muy encima de nosotros los hombres vulgares, pues beben

en fuentes que no hemos logrado aún hacer accesibles a la ciencia. Desgraciadamente, esta aceptación por los escritores de la naturaleza significativa de los sueños no es todo lo inequívoco que fuera de desear, pues una penetrante crítica pudiera objetarnos que el poeta no toma partido en pro ni en contra de la significación psíquica de cada sueño, sino que se limita a mostrar cómo el alma dormida se contrae bajo el efecto de las excitaciones que, como restos de la vida despierta, han permanecido vivas en ellas.

El que los escritores no nos ofrezcan todo el apoyo que de ellos esperábamos no ha de debilitar, sin embargo, el interés que nos inspira la forma en que se sirven de los sueños como medio auxiliar de la creación artística. Aunque nuestra investigación no haya de descubrirnos nada nuevo sobre la esencia del fenómeno anímico, nos presentará quizá una visión, bajo un nuevo ángulo, de la naturaleza de la producción poética. Pero si los verdaderos sueños pasan por ser creaciones totalmente contingentes y desprovistas de toda norma, ¿que no serán las libres imitaciones poéticas de los mismos! Afortunadamente, la vida anímica posee mucha menos libertad y arbitrariedad de lo que suponemos, y hasta quizá carezca de ellas en absoluto. Lo que en el mundo exterior nos hallamos acostumbrados a calificar de casualidad, demuestra luego hallarse compuesto de múltiples leyes, y también lo que en el mundo psíquico denominamos arbitrariedad, reposa sobre estrictas normas que, por ahora, sólo oscuramente sospechamos.

Dos caminos distintos se nos ofrecen para emprender esta investigación. Sería uno el profundizar en un caso especial; esto es, en los sueños atribuidos por un poeta a los personajes de una de sus obras. El otro consistiría en la exposición conjunta y paralela de todos los ejemplos de empleo literario de los sueños que pudiésemos hallar en las obras de diversos autores. Este segundo camino me parece el más conveniente y quizá el único justificado, pues nos protegería contra los peligros que para nuestra labor ha de suponer la aceptación de un artificial concepto unitario —«el poeta»— que en la investigación se fragmentaría individualizándose y dando paso a la diversidad de los muchos «poetas» conocidos, a los que estimamos muy diferentemente y entre los que estamos acostumbrados a hallar aquellas figuras que aislamos del conjunto para venerarlas como las de los más profundos conocedores del alma humana. No obstante, tenemos que emprender en el presente trabajo el primero de los caminos antes señalados. Débese esto a que una de las personas^[1010] del círculo

en que surgió la idea de esta investigación manifestó haber leído últimamente, con agrado, una obra literaria en la que se hallaban contenidos varios sueños, los cuales, por presentar aquellas características que su estudio del fenómeno onírico le habían hecho familiares, le invitaban a aplicar a ellos el método de interpretación expuesto en nuestra antes citada obra. Confesó, además, la persona en quien surgió esta idea que el agrado que le había producido la lectura de la obra a que se refería dependía con seguridad, en gran parte, de circunstancias puramente subjetivas, pues el desarrollarse la acción en Pompeya y ser el protagonista un joven arqueólogo que traslada todo su interés, desde la vida real, a los restos de la antigüedad clásica, hasta que por un medio directo, pero perfectamente admisible, es atraído de nuevo a la vida presente, eran hechos que despertaron en él íntimas resonancias. La obra a que nuestro amigo se refería era la novelita titulada *Gradiva*, a la que W. Jensen, su autor, califica de «fantasía pompeyana».

Ruego ahora a mis lectores que abandonen el presente libro y lo sustituyan por la novela citada, aparecida en 1903, con objeto de que, en adelante, pueda yo referirme a algo conocido. Para aquellos otros que conocen ya la *Gradiva* expondré aquí una ligera síntesis de su contenido, que despierte en su memoria el recuerdo de la totalidad, y confío en que, al mismo tiempo, el de las bellezas que en la misma se contienen y que en una síntesis no pueden por menos de desaparecer.

Un joven arqueólogo, Norberto Hanold, descubre en un museo de Roma una figura en bajorrelieve, que desde el primer momento ejerce sobre él una particular atracción. Deseoso de contemplarla y estudiarla con todo detenimiento, hace sacar una copia en escayola y la transporta a su domicilio, en una ciudad universitaria alemana, colocándola en sitio preferente de su gabinete de estudio. La figura representada en el bajorrelieve es la de una muchacha, ya plenamente formada, que en actitud de andar, recoge sus amplias vestiduras, dejando ver sus pies, calzados de sandalias, uno de los cuales reposa por entero en el suelo, mientras el otro sólo se apoya sobre las puntas de los dedos, quedando la planta y el talón casi perpendicular a tierra. Este paso, poco vulgar, cuyo especial atractivo quiso el artista fijar en su obra escultórica, es también lo que siglos después encadena la atención de nuestro arqueólogo.

El interés que la figura descrita despierta en el protagonista de la novela constituye el hecho psicológico fundamental de la misma y resulta un tanto singular, pues «el doctor Norberto Hanold, catedrático de Arqueología, no

hallaba en aquel relieve nada que desde el punto de vista científico de su disciplina justificara una especial atención». «No conseguía explicarse lo que en él le había interesado; sólo sabía que desde el primer momento se había sentido dominado por una intensa atracción que el tiempo no lograba debilitar». Su fantasía no deja un solo momento de ocuparse de la singular imagen, en la que halla algo vivo y «presente», como si el artista hubiera trasladado a su obra una visión «del natural» percibida momentos antes en un paseo por las calles. Tanta vida toma en su imaginación aquella figura, que acaba por darle el nombre de «Gradiva» —«la que avanza»— y suponerla perteneciente a un noble familia, hija quizá «de un edil patricio que ejercía su cargo bajo la advocación de Ceres». El relieve la representaría en el momento de dirigirse hacia el templo de esta diosa. Mas, después, le parece contrario a la serena naturaleza de la figura encuadrarla en el bullicio de una ciudad, y llega a la convicción de que el vivo modelo copiado por el desconocido artista no pudo habitar sino en Pompeya, donde con su andar característico hollaría aquellas singulares hileras de piedras, descubiertas en las excavaciones, que, sin estorbar el tránsito rodado, permitían a los transeúntes atravesar las calles a pie enjuto en tiempo de lluvia. Por otro lado, pareciéndole hallar en los rasgos fisonómicos de Gradiva cierto corte *griego*, deduce que los ascendientes de la bella muchacha debieron de ser de origen *heleno*. De este modo va nuestro buen arqueólogo poniendo toda su ciencia de la antigüedad al servicio de sus fantasías sobre el modelo de bajorrelieve.

En medio de tales imaginaciones, surge en él una interrogación, crítica, que crece científicamente motivada. Trátase de determinar «si el artista ha reproducido en su obra una realidad viva»; esto es, si el singular movimiento con que Gradiva avanza corresponde a algo efectivo, aunque poco común. No pudiendo Hanold resolver este problema sino por medio de la observación directa, se ve forzado a emprender una actividad totalmente opuesta a sus hábitos personales. En efecto, «el sexo femenino no había sido para él, hasta aquel momento, más que un concepto expresado en mármol o bronce, sin que jamás hubiese concedido la menor atención a aquellas representantes del mismo que vivían y alentaban en derredor suyo». Los deberes sociales le habían parecido siempre una insoportable molestia, y cuando alguna vez pasaba breves instantes en una reunión femenina, se fijaba tan poco en sus interlocutoras, que en días sucesivos pasaba a su lado sin saludarlas, cosa que, naturalmente, no le hacía ganar muchas simpatías entre las mujeres. Mas ahora, la misión científica que se había impuesto le obligaba a observar a todas las que encontraba,

fijándose con especial interés en su modo de pisar. Esta actividad hubo de valerle numerosas miradas femeninas, tanto disgustadas como halagadas, «sin que él llegara nunca a darse cuenta del significado de unas ni de otras». Como resultado de este cuidadoso estudio, tuvo que admitir que el modo de andar de Gradiva no se daba en la realidad, conclusión que le produjo gran disgusto.

Poco después tiene un terrible sueño en el que se ve transportado a la antigua Pompeya, precisamente en el día en que la erupción del Vesubio sepulta la ciudad bajo su ardiente lava. «Hallándose en el Foro, cerca del templo de Júpiter, ve de repente ante sí a la propia Gradiva. Hasta aquel momento no había ni siquiera imaginado que pudiera hallarla en aquellos lugares, mas en el acto le parece naturalísimo el encuentro, puesto que se trata de una pompeyana que vive en su ciudad natal, *y sin que él tuviera de ello la menor sospecha*, en la misma época que él». Sabiendo el peligro inminente que a todos amenaza, lanza Harold un grito, como queriendo prevenir a la bella muchacha. Gradiva se vuelve un instante hacia él, pero después sigue indiferente su camino hacia el templo y, sentándose en la escalinata del pórtico, reclina lentamente su cabeza sobre la fría piedra, mientras su rostro va adquiriendo la rígida palidez del mármol. Norberto se dirige hacia ella, pero al llegar a su lado la encuentra como sumida, con serena expresión, en un profundo sueño. La lluvia de cenizas, haciéndose cada vez más densa, acaba por enterrar la bella figura yacente.

Al despertar de su sueño resuenan aún en los oídos de Norberto los gritos de angustia de los pompeyanos y el sordo mugir del mar embravecido. Pero aun después de recobrar el dominio sobre el pensamiento y reconocer en tales ruidos los de la populosa calle a la que da su alcoba, continúa por largo tiempo creyendo en la realidad de lo soñado, y todavía después de haber rechazado la idea de que dos mil años antes había asistido a la destrucción de Pompeya, perdura en él la convicción de que Gradiva había vivido en dicha ciudad y pereció en la catástrofe que la sepultó el año 79. Este sueño da tal impulso a las fantasías del joven arqueólogo, que el pensamiento de la muerte de Gradiva le produce igual emoción que si se tratase de una persona querida.

Asomado a la ventana, dejaba así vagar sus pensamientos, cuando los trinos de un canario que cantaba dentro de su jaula, colgada en la abierta ventana de la casa frontera, atrajeron su atención. Bruscamente, como si fuera ahora cuando despertase de su sueño, salió de su ensimismamiento, y al dirigir su mirada hacia la calle creyó ver pasar ante su casa una figura femenina semejante a su Gradiva y hasta quiso reconocer el paso característico que tan en vano hubo de buscar

anteriormente. Sin darse exacta cuenta de sus actos, salió de su casa en persecución de la desconocida, y sólo el asombro y la burla de la gente, al verle correr por las calles a medio vestir, hiciéronle retornar a su habitación sin haber conseguido su propósito. Acodado de nuevo a la ventana, se comparó con aquel canario que cantaba en la casa vecina. También a él le parecía hallarse prisionero, pero si quería podía evadirse de su jaula. Como una nueva consecuencia de su sueño, y quizá también por el influjo del dulce ambiente primaveral, surgió en él la decisión de emprender un viaje a Italia, para el que halló en seguida un pretexto científico, aunque reconocía que «el impulso a emprender aquel viaje había sido determinado en él por una sensación indefinible».

Hemos de detenernos un momento, al llegar a esta decisión tan vagamente motivada, con objeto de formarnos una más concreta idea de la personalidad y la conducta de nuestro héroe, el cual nos resulta hasta ahora un tanto incomprensible e insensato, pues no conocemos aún por qué caminos llegará a adquirir su particular locura un carácter general humano que despierte nuestra simpatía. Mas el dejarnos en tal inseguridad durante algún tiempo es un derecho innegable del poeta, que con la belleza de su estilo y la ingeniosidad de su trama imaginativa recompensa la confianza que en él ponemos y la simpatía que nos hallamos dispuestos a conceder al protagonista de su obra. Entre los datos que sobre el mismo nos proporciona, hallamos los de que fue, desde luego, consagrado, por tradición de familia, a la ciencia arqueológica, y que cuando, a la muerte de sus padres, quedó aislado e independiente, se sumió por completo en sus estudios, apartándose de la vida exterior y de los goces que la misma ofrece a la juventud. El mármol y el bronce fueron para él lo verdaderamente vivo y lo único que podía dar objeto y valor a la existencia. Mas la Naturaleza — quizá con piadosa intención— hubo de dotarle con una cualidad nada científica que sirviese de correctivo a las anteriores: una arrebatada fantasía, que no se manifestaba tan sólo en sus sueños, sino también, a veces, en su actividad despierta. Tal disociación entre su labor intelectual y su fantasía le predestinaba a acabaren poeta o en neurótico, incluyéndolo entre aquellos hombres cuyo reino no es de este mundo. Así pudo suceder que permaneciera obsesionado por la juvenil figura femenina del bajorrelieve, y que, entretejiéndola en su fantasía, la personificara, dándole un nombre y situando su vida en la ciudad de Pompeya, destruida por el Vesubio mil ochocientos años atrás. Por último, después de un

singular sueño de angustia, o pesadilla, pasa esta fantasía de la existencia y muerte de la personificada Gradiva a constituirse en un delirio que influye ya en sus actos. Estos fenómenos de la fantasía nos parecerían extraños e incomprensibles si los hallásemos en una persona viva. Mas como Norberto Hanold, nuestro héroe, no pasa de ser un ente de ficción creado por el poeta, quisiéramos arriesgarnos a dirigir a éste la pregunta de si su fantasía no ha sido quizá determinada por poderes distintos de su propia voluntad contingente.

Abandonamos antes a nuestro joven arqueólogo en el momento en que el canto de un canario enjaulado parece sugerirle la idea de un viaje a Italia, sin que él mismo se dé cuenta exacta del motivo que le impulsa a partir ni tampoco del fin y objeto que con el tal viaje se propone. Llegado a Italia, un íntimo desasosiego le lleva de ciudad en ciudad, mezclado con la nube de turistas y jóvenes parejas en viaje de novios que invade en primavera la bella península latina. La ternura de los amorosos recién casados le parece incomprensible y le lleva a sentar la conclusión de que entre todas las locuras humanas «la mayor y más incomprensible es el matrimonio; sobre todo, coronado por el neciamente indispensable viaje a Italia». Huyendo de una de tales tiernas parejas, que no cesa de arrullarse en la habitación vecina a la suya, sale de Roma para Nápoles; mas allí tropieza con otras de igual género, y al enterarse de que la mayoría de ellas, siguiendo un clásico itinerario, no hacen sino una rapidísima visita a Pompeya y salen luego para Capri, decide, para librarse de ellas, seguir una opuesta conducta. De este modo, y «contrariamente a lo que se había propuesto al emprender el viaje», llega a Pompeya a los pocos días de salir de su casa.

Más tampoco allí encuentra la deseada paz. La misión de mantener su ánimo en un continuo estado de irritación y desasosiego, de la que hasta entonces se habían encargado los amorosos matrimonios recientes, es asumida ahora por los innumerables y pegajosas moscas meridionales, en las que acaba por ver Norberto la encarnación de lo absolutamente perverso e inútil. Reuniendo en una unidad las dos plagas que le han atormentado, le parece volver a hallar a las parejas conyugales en las moscas que revolotean dos a dos, y supone que, en su idioma, se interpelarán con los mismos dulces apelativos. Sin embargo, acaba por darse cuenta de que «su disgusto no depende únicamente de circunstancias exteriores, sino que tiene, en parte, un origen íntimo», pues «siente que se halla malhumorado porque le falta algo, sin que pueda precisar el qué».

A la mañana siguiente se encamina hacia la destruida ciudad y, después de

despedir al guía, se pone a recorrerla al azar, sin acordarse siquiera, por un singular olvido, de su reciente sueño, en el que fue testigo de la catástrofe que hubo de sepultarla. Cuando luego, en la «cálida y divina» hora de mediodía, que para los antiguos era la de los espíritus, han desaparecido todos los visitantes y no quedan ante él sino las solitarias ruinas bañadas por el ardiente sol, surge en el arqueólogo la capacidad de trasladarse a las pasadas épocas, más no ya con ayuda de la ciencia. «Lo que ésta enseña es una fría concepción arqueológica expresada en un muerto idioma filológico e insuficiente para llegar a la comprensión del alma de las cosas. Aquel que sienta el anhelo de adentrarse en la íntima realidad de Pompeya habrá de pasar solitario esta ardiente hora meridiana entre los restos del pasado y mirar y oír con algo de más sutil capacidad de percepción que los ojos y los oídos. Sólo entonces verá despertar de nuevo a los muertos y comenzará a vivir Pompeya ante él».

Hallándose Hanold entregado a esta evocación del pasado en su fantasía, ve de repente salir de una casa cercana y atravesar la calle a la propia Gradiva del bajorrelieve tal y como en su sueño se le había aparecido camino del templo de Apolo. «Este recuerdo de su sueño le hizo darse cuenta de algo de que hasta el momento no había tenido conciencia. Si, aun ignorando el impulso interior que le había decidido a emprender el viaje, había partido para Italia y, sin detenerse en Roma ni Nápoles, había llegado hasta Pompeya, era con el propósito de buscar en esta ciudad las huellas de su Gradiva. Y precisamente las huellas en el propio y estricto sentido de la palabra, pues el característico paso de la fantástica beldad debía de haber dejado una impronta inconfundible en la ceniza de las calles pompeyanas».

La tensión en que nos mantiene el poeta se eleva ahora por unos momentos hasta la categoría de una penosa confusión. Encontramos ya desconcertante no sólo el franco desequilibrio del protagonista, sino la aparición de Gradiva, que hasta ahora no había pasado de ser, primero, una figura escultórica, y luego, una creación de la fantasía de Hanold. ¿Se trata de una alucinación de éste, perturbado por el delirio, de un fantasma «real» o de una persona de carne y hueso? Claro es que esta interrogación no implica el que creamos en los aparecidos. El poeta, que califica su obra en «fantasía», no nos ha dicho aún si se propone dejarnos en nuestro mundo, regido por las leyes científicas, o, por el contrario, intenta conducirnos a otro mundo fantástico en el que se concede realidad a los espíritus y al que, recordando los ejemplos de Hamlet y del

Macbeth shakesperianos, nos hallamos, en calidad de lectores, dispuestos a seguirle, aunque el delirio del imaginativo arqueólogo sea de muy distinto género. Considerando la inverosimilitud de la real existencia de una persona cuyo aspecto exterior copie fielmente el de una escultura antigua, habremos de pensar que la aparición de Gradiva entre las ruinas de Pompeya no puede ser sino una alucinación de Hanold o un fantasma meridiano. Mas un detalle del relato excluye la primera de estas dos interpretaciones. Una gran lagartija yace inmóvil tomando el sol sobre una piedra, y al acercarse Gradiva, huye asustada a su madriguera. No se trata, pues, de una alucinación de Norberto, sino de algo por completo exterior a él. Mas, por otra parte, no creemos que un fantasma pueda con su ingrátido paso turbar la tranquilidad de una lagartija.

Llegada ante la casa de Meleagro, desaparece la figura de Gradiva. No nos maravilla que Norberto Hanold prosiga ahora su delirio suponiendo que la antigua Pompeya revive en la hora del mediodía, consagrada a los espíritus, y que, de este modo, es la propia Gradiva, resucitada, la que, pasando ante él, ha entrado en la casa que habitó hasta el fatal día de agosto del año 79, en que el Vesubio sepultó a la ciudad entre lava y cenizas. Por la imaginación de Norberto Hanold cruzan rápidamente las más sutiles hipótesis sobre la personalidad del dueño de aquella casa y el parentesco que Gradiva pudiera tener con él, probándonos que su ciencia arqueológica se ha colocado ya por completo al servicio de su fantasía. Al penetrar, a su vez, en la casa, halla de nuevo ante sí a la singular aparición, sentada en una pequeña gradería entre dos columnas. «Sobre sus rodillas mantenía extendido algo muy blanco, cuya naturaleza no pudo Hanold determinar a primera vista, pero que le pareció ser una hoja de papiro». Habiendo atribuido a Gradiva en una de sus imaginaciones un origen griego, la interpela en esta lengua, lleno de ansiedad por averiguar si la aparición posee en su ficticia vida el don de la palabra. Luego, al no obtener respuesta, comienza a interrogarla en latín. Y he aquí que el bello fantasma sonríe dulcemente y exclama: «Si quiere que le comprenda, hableme en alemán».

¡Qué vergüenza para nosotros los lectores! Resulta que el poeta se ha burlado de nosotros, y para obligarnos a juzgar con una mayor benevolencia a su héroe, nos ha hecho caer en un pequeño delirio, como si sobre nuestras facultades intelectuales hubiese actuado un reflejo de aquel ardiente sol de mediodía pompeyano, que cae a plomo sobre la frente del infeliz Norberto. Mas, curados

ya de nuestro momentáneo desvarío, vemos ahora que la Gradiva, que creímos fantasmal aparición, no es sino una muchacha alemana de carne y hueso, hipótesis que antes rechazamos como la más inverosímil. Podemos ya, por tanto, esperar con toda calma y serenidad que el poeta nos muestre, en primer lugar, la relación existente entre esta muchacha y su imagen de piedra, y, en segundo, cómo el joven arqueólogo ha podido llegar a las fantasías que atribuían, no sin cierta razón por lo que vemos, una existencia real a dicha imagen.

En cambio, el delirio de Hanold no queda tan rápidamente disipado como el nuestro, pues la dicha que al encontrar realizada su fantasía le produce, le hace admitir las más inverosímiles circunstancias, y, además, su delirio posee seguramente raíces íntimas, de las que nada sabemos y que al nuestro faltan por completo. Para hacerle volver a la realidad ha de ser necesario un penetrante y duradero tratamiento, y de este modo, lo único que por el momento podrá hacer es adaptar a su delirio su nueva y maravillosa aventura. Gradiva, muerta entre la ceniza que sepultó a Pompeya, no puede ser para él más que un fantasma que sale de su tumba a la hora meridiana, consagrada a los espíritus. Mas, entonces, ¿por qué al oír las palabras que la muchacha pronuncia en alemán exclama, sin un instante de vacilación: «Ya sabía yo que tu voz resonaba así»? Es ésta una interrogación que, como nosotros, hubo de presentar la muchacha, y Hanold se ve obligado a conceder que no oyó nunca ante su voz, pero que esperó oírla cuando en su sueño le habló, mientras ella, silenciosa, se reclinaba para dormir y morir sobre las gradas de la escalinata del templo. Norberto le pide ahora que repita aquella escena; más, al oírle, se levanta la muchacha y, mirándole con extrañeza, se aleja, desapareciendo a poco entre las columnas del patio, sin contestar a la pregunta que él le hace de si volverá a la misma hora del siguiente día. Poco antes había revoloteado en torno de ella una bella mariposa, en la que Hanold ve después un emisario de Hades, el dios infernal, comisionado para advertir a Gradiva el próximo final del breve plazo concedido a los espíritus para vagar fuera de sus tumbas. Pero nosotros podemos ya permitirnos interpretaciones menos fantásticas y nos quiere parecer como si la muchacha, desconociendo el sueño del joven arqueólogo, hubiese hallado algo incorrecto en la proposición del mismo y se retirara ofendida. Quizá su sensibilidad percibiera la naturaleza erótica del deseo de Hanold, que para éste resultara únicamente motivado por una relación con su sueño.

Tras la desaparición de Gradiva pasa Norberto revista a los huéspedes del

Hotel Diomede y del Hotel Suisse, las dos únicas hospederías que le son conocidas en Pompeya, y en ninguna de las dos encuentra muchacha alguna que presente una semejanza, siquiera lejana, con su bello fantasma, resultado que se conforma en todo a sus esperanzas, pues desde el primer momento había rechazado como inverosímil e insensata la hipótesis contraria. El vino fermentado en los cálidos lagares del suelo vesubiano hace luego más intenso el desvarío en que Hanold pasa aquella tarde.

Al día siguiente, dando tiempo a que llegase la hora meridiana, en la que de nuevo debe hallarse en la casa de Meleagro, entra Hanold en las ruinas, a despecho de todos los reglamentos, por una brecha del viejo murallón de la ciudad. A su paso halla una florida rama de asfódelo, y recordando que los antiguos decían ser ésta la flor que crecía en el Averno, la corta y lleva consigo como la más apropiada a las circunstancias. Mientras, impaciente, recorre ruinas, piensa en que la Arqueología es ya para él lo más inútil e indiferente del mundo, pues otro distinto interés se ha apoderado por completo de sus facultades intelectuales. Trátese de hallar «de qué sustancia puede ser la aparición corpórea de un ser como Gradiva, que simultáneamente está muerto y, aunque tan sólo durante la hora meridiana, vivo». Al mismo tiempo que da vueltas a estos pensamientos, teme no hallar a la esperada aparición, suponiendo que quizá sólo con largos intervalos le es permitido retornar al mundo, y cuando vuelve a encontrarla en el mismo lugar e idéntica actitud que la víspera, la cree primero una alucinación de su acalorada fantasía y exclama dolorosamente: «¡Oh, si fuese verdad y vivieras!» Pero esta vez ha dudado con exceso del testimonio de sus sentidos, pues la aparición deja de nuevo oír su voz, preguntándole si aquellas flores que en la mano trae las ha cogido para ella, y entabla luego con él, nuevamente desconcertado, un largo coloquio. Para nosotros, los lectores, a los que nos interesa ya Gradiva como una viva personalidad, observa el poeta que el disgusto y la repulsa que se leían el día anterior en sus ojos se ha trocado en una expresión de curioso interés. Efectivamente, la bella desconocida somete a Hanold a un minucioso interrogatorio, encaminado a lograr una explicación de su extraña demanda del día anterior. Norberto le revela su sueño y toda la historia de la atracción que su elástico paso ejerció sobre él desde el primer instante. A ruegos del joven, consiente luego ella en andar unos pasos ante él, y camina, realmente, del mismo gracioso modo que mostraba la escultura. Sólo una diferencia halla el arqueólogo: a las sandalias que la figura del bajorrelieve calzaba se sustituían ahora unas finas botas de cuero amarillento, sustitución que

ella explica por la necesidad de adaptarse a los nuevos usos. En todo este diálogo observamos que la muchacha sigue dócilmente el delirio de Hanold, y sin contradecirle nunca logra que el joven vaya descubriéndole su fantasía en toda su amplitud. Una sola vez parece que un sentimiento propio va a apartarla de su papel, cuando él, pensando en la figura del bajorrelieve, dice que en cuanto la vio entre las ruinas de Pompeya la reconoció sin vacilar un instante. Como en este lugar del diálogo no ha hablado aún Hanold para nada de la escultura del museo romano, tiene ella un movimiento de sorpresa, pero se repone en seguida, y desde este momento nos quiere parecer que algunas de sus frases presentan un doble sentido; esto es, que además de su conexión con el delirio de Norberto se refieren ocultamente a algo real y presente; por ejemplo, cuando, lamentando el fracaso del arqueólogo al querer comprobar la existencia real de los andares de la escultura, exclama: «¡Qué lástima; quizá hubieras podido ahorrarte el largo viaje hasta Pompeya!» Hanold le revela después el nombre de «Gradiva» que dio a su imagen escultórica, y ella le dice que el suyo verdadero es el de Zoé. «Es un bello nombre —objeta Hanold—; mas a mis oídos suena como una amarga burla, pues significa *vida*». «Hay que aceptar lo irremediable y ya hace largo tiempo que me he acostumbrado a estar muerta», replica ella, y con la promesa de retornar a igual hora del día siguiente, se despide, después de pedirle la rama de asfódelo que todavía conserva él en su mano. «A las mujeres que aún alientan sobre la tierra es costumbre ofrecer rosas en primavera; para mí es más apropiado recibir de tus manos la flor del olvido».

Comenzamos ahora a comprender y una esperanza surge, aún vacilante, en nosotros. Si la muchacha en cuya figura ha encarnado Hanold a su Gradiva se adapta tan de buen grado al delirio del joven arqueólogo es, probablemente, para librarle de él. No existe otro camino para ello, y la contradicción alejaría esta única posibilidad de cura. El mismo tratamiento médico de tal dolencia psíquica no tendría tampoco más remedio que situarse, al principio, en el plano de la fantástica construcción mental del sujeto para poder investigarla lo más completamente posible. Si Zoé se hallaba capacitada para tal empresa, la continuación de la novela nos mostrará en qué forma se lleva a cabo la curación de un delirio como el de nuestro héroe. Mas también quisiéramos saber en qué condiciones se verifica la génesis de tal perturbación. Sería singular —aunque no sin precedentes— que el tratamiento y la investigación de un delirio de este género coincidieran y que la explicación de la génesis del mismo surgiera de su

propio análisis. Sospechamos ciertamente, que nuestro caso patológico podrá entonces resolverse en una «vulgar» historia amorosa; pero, de todos modos, no debe despreciarse el amor como poder curativo de los delirios y debemos tener en cuenta que la atracción ejercida sobre nuestro héroe por la figura escultórica de Gradiva no es, en definitiva, sino un enamoramiento, aunque sea de algo pretérito e inanimado.

Al desaparecer Gradiva tras de esta última entrevista se oye en la lejanía algo como una aguda risa, el grito quizá de un pájaro que vuela sobre las ruinas. Norberto ve en el suelo un objeto blanco que la Gradiva ha dejado olvidado, el mismo que ayer creyó un papiro y que, en realidad, no es sino un libro de apuntes con algunos dibujos a lápiz de diversos rincones de Pompeya. Nosotros, psicoanalíticos, diríamos que este olvido de Gradiva constituye una prenda de su retorno, pues sabemos que nada se olvida sin una secreta razón o un oculto motivo.

El resto del día proporciona a Hanold multitud de revelaciones y conclusiones, que, sin embargo, desdeña rehuir formando una totalidad. En el muro del pórtico por el que Gradiva ha desaparecido descubre hoy Norberto una hendidura que, aunque estrecha, puede dar paso perfectamente a una persona de extraordinaria delgadez. De este modo reconoce nuestro héroe que Zoe-Gradiva no necesitó para desaparecer, sumirse en las entrañas de la tierra, cosa que ahora le parece tan irracional, que se avergüenza de haberlo antes creído, sino que podría utilizar aquel camino para volver a su tumba, situada quizá al final de una larga calle, frente a la llamada «Villa de Diomèdes», lugar por el que cree luego Norberto ve alejarse una fugacísima sombra.

Entregado por completo a su delirio, recorrió aquella tarde el arqueólogo los alrededores de Pompeya, dando vueltas en su imaginación al mismo problema que el día anterior; esto es, cuál pudiera ser la constitución física de Zoe-Gradiva y si se experimentaría o no alguna sensación táctil al tocar su mano. Un singular impulso le inducía a intentar este experimento; más, al mismo tiempo, la sola idea de realizarlo le producía espanto. En la soleada vertiente de una colina encontró a un señor ya maduro, que por los atavíos de que iba armado tenía que ser un zoólogo o botanista, y se hallaba, al parecer, ocupado en la busca de algún ejemplar interesante. Al sentir los pasos de Hanold volvió la cabeza y, como reconociéndole, le dijo: «¿Se interesa usted también por los *faraglionesis*? No creí yo que pudieran encontrarse fuera de la isla de Capri., pero ahora me parece

muy probable que también existan en el continente. El medio que mi colega Eimer ha inventado para cazarlos es excelente. Yo lo he experimentado ya varias veces con éxito satisfactorio. Estése usted quieto un momento». Interrumpióse aquí el zoólogo y mantuvo sobre una grieta del suelo, por la que asomaba la verdosa cabeza de una lagartija, un lazo formado por un largo tallo de hierba. Hanold aprovechó esta ocasión de alejarse y prosiguió su paseo pensando con burlona crítica en la increíble necesidad de las gentes que por tan absurdos motivos como el de cazar un lagarto emprenden el largo y fatigoso viaje hasta Pompeya. Mas en esta crítica no se incluye a sí mismo, olvidando que lo que hasta la muerta ciudad le ha traído a él es algo aún más singular: el propósito de buscar en las cenizas de Pompeya las huellas de la Gradiva. Al mismo tiempo, la fisonomía del cazador de lagartos que se había dirigido a él como a persona de su trato le parecía conocida, quizá por haberle visto de pasada en uno de los dos hoteles que había visitado. Continuando su paseo, llega luego Norberto, por un camino lateral, a una hospedería cuya existencia no sospechaba: el «Albergo del Sole». El posadero, ocioso a aquella hora, aprovecha la ocasión para recomendarle su casa y los tesoros que, a su decir, contiene. Entre otras cosas, afirma haberse hallado presente cuando en las proximidades del Foro fueron descubiertos los cuerpos de unos jóvenes amantes que, al sentir cercana su última hora en la catástrofe que aniquiló la ciudad, se abrazaron estrechamente y esperaron así la muerte. Hanold conocía ya esta historia y la había considerado siempre como una mentirosa fábula; pero hoy hallaron en él las palabras del hostelero una total credulidad, que se hizo aún mayor cuando el avisado comerciante le enseñó una fíbula de bronce recubierta de verdosa pátina, pretendiendo haber presenciado su descubrimiento entre las cenizas que cubrían los cuerpos de los amantes. Hanold compró la fíbula sin la menor vacilación crítica, y cuando al abandonar el «albergo» vio en el pretil de una abierta ventana una florida rama de asfódelo, le pareció que la presencia de la funeraria flor en aquellos lugares constituía una confirmación de la legitimidad de la joya adquirida.

Pero con esta adquisición se apoderó de él un nuevo delirio, o más bien realizó el antiguo su progreso, síntoma nada favorable al éxito de la terapia iniciada. La amante pareja había sido descubierta cerca del Foro, y en estos mismos lugares se hallaba el templo de Apolo, en cuya escalinata había él visto reclinarse a Gradiva en su sueño. ¿No sería posible que, en realidad, hubiese ella seguido andando hasta reunirse a alguien con el que luego hubiese muerto? Un

atormentador sentimiento, que quizá podemos hacer equivalente a los celos, surgió de esta sospecha para Hanold; pero, pensando en lo imposible de su hipótesis, logró dominar su agitación y entró a cenar en el Hotel Diomède. Dos nuevos huéspedes, que le parecieron hermanos por cierta semejanza que entre ellos creyó hallar, a pesar del diferente color de sus cabellos —rubio él y morena ella—, atrajeron en primer lugar su atención. Era ésta, de todas las parejas que en su viaje había hallado, la primera que le producía una impresión simpática. Una rosa de Sorrento que la joven llevaba en el pecho despertó en él un indefinible recuerdo; pero por más que meditó, le fue imposible precisarlo. Por último, se acostó rendido, y tuvo un sueño singularmente desatinado, aunque constituido por la reunión de sus aventuras de aquel día. «Gradiva se hallaba sentada al sol, y mientras fabricaba con un largo tallo de hierba un lazo para cazar una lagartija, decía: ‘Estate quieto un momento. Mi colega tiene razón. Este medio es realmente eficaz, y ella lo ha empleado con éxito’». Aún dormido, criticó Hanold la insensatez de este sueño y luchó por despertarse, consiguiéndolo al fin al oír el grito, semejante a una risotada de un pájaro, que, lanzándose sobre el lagarto, se lo llevó en el pico.

A pesar de todos estos fantasmas oníricos, despertó con una sensación de claridad intelectual y fortaleza física. Un rosal, de rosas iguales a la que la tarde anterior adornaba el pecho de su nueva compañera de hospedaje, le recordó haber oído en la noche una voz que le decía: «En la primavera se ofrecen rosas». Sin reflexionar, cogió unas cuantas, y, al hacerlo, sintió calmarse su agitación como por una oculta virtud de las aromáticas flores. Despojado de su misantropía, emprendió esta vez el camino general hacia Pompeya, llevando consigo las rosas, la fíbula y el libro de apuntes, y dando vueltas en su imaginación a diferentes problemas que todos gritaban en torno a la Gradiva. El antiguo delirio había llegado a tomar proporciones gigantescas, haciéndole ya pensar si también a otras horas, y no únicamente a la del mediodía, le sería posible hallar a Gradiva entre las ruinas. El acento psicológico se había desplazado, yendo ahora a caer sobre la parte más reciente de su delirio, y los celos que la misma había traído consigo le atormentaban, tomando las más diversas formas. Casi deseaba que la aparición sólo para él resultase visible y escapase a la percepción de los demás, pues de este modo podría él considerarla como de su exclusiva propiedad. Durante sus paseos en espera de la hora meridiana tuvo un sorprendente encuentro. En la casa del Fauno topó con dos figuras que en un rincón, y creyéndose sin duda al abrigo de toda mirada

indiscreta, estaban abrazadas, besándose largamente en los labios. Lleno de sorpresa, reconoció Norberto a la simpática pareja llegada la tarde anterior. Mas, para ser fraternales, le resultaban aquel abrazo y aquellos besos demasiado sostenidos. Tratábase, pues, de una nueva pareja amorosa; seguramente, un joven matrimonio como los que antes le habían causado tan grave irritación. Sin embargo, esta nueva pareja no despertó en él sino agradables sentimientos, y, temeroso de perturbar su ternura, se retiró el silencio, como si no quisiera interrumpir un devoto culto. Un respeto de que antes carecía volvía ahora a surgir en él.

Llegado ante la casa de Meleagro, se apoderó de él nuevamente, y con tal violencia, el temor de hallar a Gradiva acompañada, que cuando la misma apareció ante sus ojos, su primera frase fue para preguntarle si se hallaba sola. Con gran dificultad consigue luego la muchacha hacer percatarse a Norberto de que ha cogido las rosas para ella, y logra que le confiese la última imaginación de su delirio, en la que supone que fue ella la joven que las excavaciones del Foro descubrieron abrazada a su amante y a la que perteneció la fibula por él adquirida. No sin burla, le pregunta ella entonces si ha encontrado la joya al sol, cuya fuerza produce en los países mediterráneos graves trastornos cerebrales. A continuación, y para curarle de un mareo que Hanold dice experimentar, le propone Gradiva partir con ella su colación y le ofrece la mitad de un tierno panecillo que lleva envuelto en un papel de seda, comiendo ella la otra mitad con visible apetito. Entre sus rojos, carnales labios, puede entonces Hanold observar una hilera de blancos y pequeños dientes, que al hincarse en la corteza del panecillo producen un ligero crujido. Gradiva reanuda luego el diálogo, diciendo: «Me parece como si ya otra vez, hace dos mil años, hubiéramos partido de este modo el alimento. ¿No te acuerdas?» Pero Norberto no supo qué contestar, pues todos aquellos signos que de una realidad presente le iba ella demostrando actuaban con fuerza sobre él. La razón comenzaba a imponerse en su pensamiento, haciéndole ya dudar de que, como su delirio afirmaba, no fuera Gradiva sino un incorpóreo fantasma. Pero entonces, ¿cómo explicarse las palabras que la muchacha acababa de pronunciar, pretendiendo haber partido ya otra vez su comida con él dos mil años antes? En este conflicto se le ofreció un medio para salir de dudas, y, sin vacilar ya, lo puso en práctica, hábil y decididamente. Gradiva tenía apoyada en la rodilla su mano izquierda, y una mosca, de aquéllas cuyo descaro e inutilidad tanto habían antes irritado a Norberto, vino a posarse sobre uno de los largos y afilados dedos. Con rápido

ademán golpeó Hanold, como para alejar al pegajoso insecto, aquella mano, y para su regocijada sorpresa halló bajo la suya algo vivo, cálido y totalmente real: una tierna manita femenina. Mas aún había de ser mayor su asombro, pues Gradiva, sorprendida por su inexplicable acción, se alzó de la gradería en que se hallaba sentada y exclamó con tono ofendido: «¿Estás loco, Norberto Hanold?» Es sabido que el mejor medio para despertar a un somnámbulo, o simplemente a una persona dormida, es llamarle por su nombre. Pero, desgraciadamente, no llegamos a observar qué consecuencia inmediata tuvo para Hanold el oír a Gradiva pronunciar su nombre, que a nadie había él aún comunicado en Pompeya, pues en este crítico momento aparece en escena la simpática pareja amorosa que antes halló en la casa de Fauno, y la joven señora exclamó con gozosa sorpresa: «¡Zoé! ¿También tú por aquí y también en viaje de novios? ¿Cómo no me has escrito?» Hanold, ante esta nueva prueba de la realidad viviente de su Gradiva, huye lleno de confusión.

Tampoco Zoe-Gradiva se muestra muy agradablemente sorprendida por la inesperada visita, que al parecer la interrumpe en una importante labor. Mas, recobrándose pronto, responde con amabilidad a su amiga, poniéndole al corriente de la situación —y también a nosotros, los lectores— y hallando en seguida un medio cortés de zafarse de la inoportuna compañía. Ante todo, deshace el error de suponerla también en viaje de novios. «El joven que se alejó al aparecer vosotros tiene un poco trastornada la cabeza, como si dentro de ella le anduviera zumbando una mosca. Bien es verdad que muy pocos son los que pueden alabarse de no tener algún insectillo perturbador que embrolla sus ideas. Afortunadamente, yo entiendo algo de entomología y puedo ser de alguna utilidad en estos casos. Mi padre y yo vivimos en el “Albergo del Sole”, pero venimos a Pompeya todos los días. Él se dedica a sus investigaciones, y yo le he prometido no distraerle de ellas y entretenerme por mi cuenta, pues suponía que siempre lograría desenterrar algo interesante de entre estas cenizas. Pero nunca supuse que encontraría lo que he encontrado...; esto es, a mi buena amiga Gisela». Dicho esto, se excusa, pretextando tener que llegar a tiempo para acompañar a su padre en el almuerzo, y se aleja después de habérsenos presentado como la hija del zoólogo cazador de lagartijas que Hanold halló el día anterior, y haber revelado, por el doble sentido de algunas de sus frases, a más de su intención terapéutica, otros distintos propósitos que parecen con una menor transparencia. Mas, al alejarse, no lo hace en dirección del «albergo», en el que pretextó la esperaba su padre, sino que creyendo a su vez ver una sombra

que en los alrededores de la Villa de Diomèdes busca su túmulo y desaparece entre los monumentos *sepulcrales*, encamina sus pasos hacia aquellos lugares. En ellos había también buscado Hanold refugio y paseaba sin cesar de un lado a otro, concentrando todo su pensamiento en la solución de lo que aún permanece para él oscuro en el problema suscitado por la aparición de Gradiva. Veía ya, por lo menos, claramente su insensatez anterior al creer tener ante sí a una joven pompeyana rediviva y encarnada en una forma más o menos corpórea, reconocimiento de su pasada locura que constituye un considerable progreso en su camino de retorno hacia la sana razón. Mas, por otra parte, aquella desconocida con la que otras personas trataban como con una criatura viva a ellas semejante, confesaba ser Gradiva, y, sin que él pudiera explicárselo, conocía su nombre. Eran éstos dos misteriosos problemas que su razón, aún vacilante, no acertaba a desembrollar. Ciertamente es que tampoco sus agitados sentimientos le permitían hacer un gran esfuerzo de atención y que su más ardiente deseo era, por el momento, hallarse sepultado entre las cenizas de la Villa de Diomèdes para estar seguro de no volverse a encontrar frente a frente con Zoe-Gradiva. Sin embargo, un violento anhelo de volverla a ver combatía en su interior con la tendencia a huir de ella.

Al doblar uno de los ángulos de la galería de columnas retrocedió, asustado. Sobre una piedra del derruido paredón se hallaba sentada una muchacha, quizá una de las que habían hallado la muerte en aquellos lugares. Pero fue éste un último intento, en el acto dominado, de refugiarse de nuevo en el reino de la locura. Pronto vio Hanold que aquella figura no era otra que Gradiva, la cual acudía, sin duda, a poner en práctica la última parte de su tratamiento curativo. Interpretando con todo acierto el ademán que Hanold hizo al verla, frustró su intento de alejarse, indicándole que fuera había comenzado a diluviar. Luego, sin piedad ante la confusión del joven, comenzó de nuevo su examen, preguntándole qué se proponía antes al golpear su mano con el pretexto de ahuyentar a una mosca. Hanold no se atrevió ya en su respuesta a tutearla ni tampoco a tratarla de usted; pero en cambio sí halló valor suficiente para algo más importante; esto es, para plantear la interrogación decisiva: «Me hallaba —confiesa— un poco trastornado, como vulgarmente se dice, y ruego me perdone el haber golpeado su mano...; no sé cómo pude aturdirme hasta tal punto... Pero lo que no llego a comprender es cómo la graciosa propietaria de aquella manita pudo luego, al reconvenirme, llamarme por mi nombre».

«Veo —replica Zoe-Gradiva— que sigue habiendo algo en que tu

entendimiento no logra penetrar. Pero no me maravilla, pues me tienes acostumbrada a esa ceguedad. Para comprobarla una vez más hubiera podido ahorrarme el venir hasta Pompeya, y tú hubieras podido confirmármela mil leguas más cerca».

«Sí; mil leguas más cerca —añade después, dando, por fin, una explicación al atónito Hanold—. En la casa que, casi frontera a la tuya, hace esquina se abre la ventana de mi cuarto, y en ella hay colgada una jaula con un canario».

Estas últimas palabras despertaron en Norberto un lejano recuerdo. Era aquel pájaro enjaulado el que con su cántico había hecho surgir en él la decisión de partir para Italia.

«En esa casa —prosigue ella— habita mi padre, el profesor de Zoología Ricardo Bertgang».

Así, pues, Zoé conocía la persona y el nombre de Hanold por habitar en una casa vecina a la suya. De ser ésta la total solución, prevemos que su vulgaridad ha de decepcionarnos, pareciéndonos indigna del interés que la historia había en nosotros despertado.

Norberto Hanold muestra en su respuesta que su pensamiento no ha conquistado todavía una total independencia, pues repite los últimos conceptos de la joven. «Entonces..., entonces, ¿es usted la señorita Zoé Bertgang? Pero aquélla tenía un aspecto muy distinto...»

La réplica de Zoé Bertgang nos revela luego que entre ambos han existido en tiempos relaciones distintas de las de vecindad. Con graciosas frases, y alegando pasados derechos, sale a la defensa de aquel «tú» que Hanold consideró natural al dirigirse a un fantasma, pero que luego sustituyó por el «usted», en cuanto la aparición se transformó en una persona de carne y hueso: «Si crees que entre nosotros es hoy más apropiado el “usted”, también yo habré de emplearlo. Pero el “tú” surgía más espontáneamente en mis labios. No sé si mi aspecto es ahora muy distinto del que tenía antes, cuando en nuestros juegos cotidianos andábamos a golpes o rodábamos por el suelo. Lo que sí puedo decirle es que si en estos últimos años se hubiera usted dignado dirigirme una sola mirada, hubiera visto que hace mucho tiempo soy tal y como ahora me ve».

Así, pues, había existido entre ambos una amistad infantil y hasta quizá un infantil amor, que justificaba ahora el tuteo. Mas ¿acaso no es esta solución tan trivial como la que primero sospechábamos? A nuestro juicio, no; pues nos sugiere la idea de que tales relaciones infantiles esclarecen de un modo inesperado algunos de los detalles de lo que entre ellos ha sucedido ahora. Aquel

golpe que Hanold dio en la mano de Zoe-Gradiva, motivándolo tan excelentemente por el deseo de solucionar de un modo experimental el problema de la corporeidad de Gradiva, se nos muestra ahora como un renacer del impulso infantil a los juegos violentos de que testimonian las palabras de Zoé. Y cuando Gradiva pregunta al arqueólogo si no recuerda que ya dos mil años antes partieron otras veces su comida, ¿no se nos revela ahora esta pregunta, que antes hubo de parecernos incomprensible, como una alusión no a un remoto pasado histórico, sino a un pretérito estrictamente personal, a los tiempos infantiles de ambos, cuyo recuerdo se mantiene vivo en la muchacha, mientras que en Hanold parece haberse perdido en absoluto? Por último, ¿no surge en nosotros de repente la idea de que las fantasías del joven sobre su Gradiva pudieran muy bien ser un eco de estos perdidos recuerdos infantiles? Siendo así, no serían arbitrarias producciones de su fantasía, sino que se hallarían determinadas, sin que Norberto tuviera conciencia de ello, por el acervo de impresiones infantiles, olvidadas, pero eficientes. Podríamos, pues, aunque sólo hipotéticamente, demostrar este origen para cada una de dichas fantasías. Así, cuando, por ejemplo, se obstina Hanold en que Gradiva tiene que ser de origen *griego* e hija de un elevado personaje, quizá un sacerdote de Ceres, no parece muy aventurado suponer que estas ideas deben su origen a un efecto del latente conocimiento de Hanold del nombre (Zoé) de la muchacha y de la pertenencia a ésta a la familia de un profesor de Zoología. Mas si estas fantasías de Hanold no son sino recuerdos modificados, hemos de esperar que las palabras de Zoé Bertgang nos muestren las fuentes de que las mismas provienen. Escuchándolas veremos que, tras de habernos revelado su íntima amistad infantil con Hanold, nos descubrirá el subsiguiente desarrollo de esta relación en años posteriores:

«En aquellos tiempos a que antes me he referido era en mí habitual un singular apego a su persona, y creía que no habría de hallar en todo el mundo un mejor amigo. No tenía madre, hermanos ni hermanas, y para mi padre, una lagartija conservada en alcohol resultaba mucho más interesante que mi pequeña persona. Aun para una niña es necesario algo que ocupe su pensamiento y pueda atraer su interés. Y esto es lo que entonces fue usted para mí. Mas cuando la Arqueología se apoderó de usted por entero descubrí que te habías —perdone usted, pero el tratamiento que ahora se le ha ocurrido introducir en nuestro trato suena mal en mis oídos y no se adapta bien a lo que voy a decir—, descubrí que te habías transformado en un hombre insoportable, que, por lo menos para mí,

parecía ciego y mudo y se había olvidado de la amistad de toda nuestra infancia. Por esta razón me encuentras ahora muy distinta a la imagen que de mí recuerdas, pues cuando nos encontrábamos en sociedad —el invierno pasado, sin ir más lejos— no me mirabas ni me veías; ni siquiera me dejabas oír tu voz. Claro es que con esto no hacías en mi honor nada extraordinario, pues lo mismo te comportabas con todas las mujeres. Yo no era para ti sino una sombra, y tú, con tus rubios cabellos, de los que tantas veces yo te había tirado jugando, te mostrabas tan aburrido, seco y silencioso como una cacatúa disecada, y tan solemne e importante como..., como el Archeopterix, que así creo se llama el monstruoso pájaro antediluviano recién descubierto. Lo que nunca me hubiese imaginado es que tu cabeza albergase tan ardiente fantasía, que al hallarme aquí, en Pompeya, me tomases por un fantasma del pasado. Tanto es así, que cuando inesperadamente surgiste ante mi vista me costó mucho trabajo conseguir explicarme la telaraña que tu imaginación había tejido en tu cerebro. Pero después llegó a interesarme y divertirme, a pesar de su locura, pues repito que no esperaba de ti cosa semejante».

Como puede verse, Zoé nos comunica con toda claridad la suerte que su amistad infantil con Hanold corrió en el transcurso de los años. En ella se intensificó, hasta constituir un tierno enamoramiento, siendo Hanold aquel «algo» en que desde muchacha puso su corazón y su pensamiento. Zoé Bertgang, la bella mujer, en la que vemos ahora la encarnación de la prudencia y la claridad espiritual, nos revela también transparentemente toda su vida anímica. Si es regla general que toda muchacha normalmente constituida dirija, antes que hacia otra persona, su inclinación hacia su propio padre, Zoé se hallaba en circunstancias especialmente favorables para ello por constituir él mismo toda su familia. Pero el padre no podía hacerle gran caso, abstraído en sus investigaciones científicas, y entonces buscó ella en torno suyo alguien a quien dedicar su afecto, hallándolo en la persona de su joven compañero de juegos. Más tarde, cuando Hanold no tuvo ya ojos para ella, su amor, en lugar de desaparecer, creció, pues con ello se igualaba Norberto a su padre, quedando, como éste, absorbido por la ciencia y alejado por ella de la vida y de Zoé; circunstancias que permitían a la muchacha permanecer fiel aun dentro de la infidelidad, pues encontraba de nuevo a su padre en la persona amada, y le era posible comprender a los dos en el mismo sentimiento, o, como pudiéramos decir, identificar a ambos en su sentir.

La justificación del pequeño análisis psicológico que antecede, y que pudiera

parecer arbitrario, nos la ofrece el mismo poeta en un único pero altamente característico detalle de su obra. Cuando Zoé describe la transformación —tan dolorosa para ella— que en su antiguo compañero de juego hubo de realizarse, le insulta burlonamente comparándole a un Archeopterix, alado monstruo antediluviano, perteneciente a lo que pudiéramos llamar Arqueología biológica. Ha hallado, pues, para la identificación de ambas personas una única expresión concreta, y su enfado hiere al amado y al padre simultáneamente con la misma palabra. El Archeopterix es, por decirlo así, la representación transaccional o media, en la que coincide la idea de la necesidad del amado con la del análogo defecto del padre.

Muy distinto es el proceso que se verificó en el joven. La Arqueología se apoderó en todas sus facultades y apartó su interés de toda mujer distinta de las de piedra o bronce. De este modo, la amistad infantil naufragó en lugar de intensificarse hasta constituir una pasión, y sus recuerdos de aquel tiempo cayeron en tan profundo olvido, que no reconocía ya ni prestaba, por tanto, la menor atención a su compañera de juegos cuando la encontraba en sociedad. Sin embargo, teniendo en cuenta todo lo después ocurrido, podemos poner en duda que sea «olvido» la justa calificación psicológica de la suerte que tales recuerdos corrieron en la memoria de nuestro arqueólogo. Existe un género de olvido que se caracteriza por lo difícil que resulta, aun a los más enérgicos estímulos exteriores, despertar el recuerdo, como si una resistencia interna se opusiera a su resurgimiento. Este olvido ha recibido en la Psicopatología el nombre de «represión», y el caso que el poeta nos presenta en su obra parece ser un ejemplo de este género. Ahora bien: no sabemos si el olvido de una impresión se halla ligado siempre a la desaparición de la correspondiente huella mnémica (*Erinnerungspur*) en la vida anímica; mas, en cambio, de la represión sí podemos asegurar con toda certeza que no coincide con la pérdida o extinción del recuerdo. Lo reprimido no puede, es cierto, surgir desde luego en calidad de recuerdo, pero conserva su capacidad funcional y eficiente, y provoca un día, bajo la influencia de un estímulo exterior, consecuencias que pueden considerarse como productos de la modificación de los recuerdos olvidados, y que de no interpretarlas en esta forma resultan incomprensibles. En las fantasías de Norberto Hanold sobre Gradiva creímos ver ya anteriormente ramificaciones de los recuerdos reprimidos de su amistad infantil con Zoé Bertgang. Tal retorno de lo reprimido debe esperarse con especial regularidad cuando a las impresiones reprimidas se halla adherido el sentir erótico del individuo; esto es,

cuando lo que ha caído bajo el yugo de la represión es su vida amorosa. Estos casos dan la razón al viejo proverbio latino *naturam expelles furca, tamenusque recurret*, que quizá en su origen se refería tan sólo a la expulsión por influencias exteriores y no a conflictos internos. Pero este proverbio no lo expresa todo, pues se limita a exponer el hecho del retorno de la parte de naturaleza expulsada, mas no describe la forma, harto singular, en que dicho retorno se verifica, como sirviéndose de una astuta traición. Precisamente aquello que es elegido como medio de la represión —como la «furca» del proverbio— se constituye luego en aportador de lo que retorna. En las fuerzas represivas y hasta en su misma íntima esencia es donde se impone, al fin, victorioso lo reprimido. Un conocido aguafuerte de Félicien Rops ilustra este hecho, poco tenido en cuenta, y al que se debía conceder toda su verdadera importancia, más impresionantemente que pudiera hacerlo una minuciosa explicación. El artista ha escogido para su obra el caso típico de represión en la vida de los santos y penitentes. Un ascético monje se ha refugiado —huyendo seguramente de las tentaciones del mundo— a los pies del Redentor, crucificado; pero la cruz va hundiéndose en sombras, y en su lugar aparece, radiante, la imagen de una bella mujer desnuda, también en actitud de crucificada. Otros pintores de menor agudeza psicológica han representado en tales alegorías de la tentación al pecado irguiéndose, con la expresión de triunfo, junto a la imagen del Crucificado. Únicamente Rops le ha hecho ocupar en la cruz el puesto mismo del Redentor, pareciendo saber que lo reprimido surge en su retorno del elemento represor mismo.

Resulta harto interesante observar en los casos patológicos la exquisita sensibilidad que en el estado de represión muestra la vida anímica del hombre para la percepción de la proximidad de lo reprimido, y ver cuán ligeras y sutiles analogías bastan para que detrás del factor represivo, y a través del mismo, adquieran efectividad tales elementos. Personalmente tuve una vez ocasión de observar en el ejercicio de mi actividad médica a un hombre joven, casi un adolescente, que tras una primera experiencia sexual indeseada huía de todos los deseos eróticos que en él surgían, y se servía para ello de diversos medios de la represión intensificando su amor al estudio, exagerando su infantil apego a su madre y adoptando, en general, una conducta pueril. No quiero exponer aquí con todo detalle cómo precisamente en su relación con su madre se abrió paso de nuevo la sexualidad reprimida; pero describiré, en cambio, un caso más extraño y original de otro individuo que vio destruidas sus obras de defensa contra el resurgimiento de lo reprimido por factores a los que jamás hubiera podido

sospecharse capaces de tal efecto. Las matemáticas gozan de extendido renombre como disciplinas apropiadísimas para desviar la atención de lo sexual. Ya J. J. Rousseau recibió un día de una dama, a la que había disgustado, un consejo de este género, expresado con las palabras *Lascia le donne e studia la matematica*. En igual forma, el individuo a que nos referimos se entregó con redoblado celo, huyendo de sus ideas sexuales, al estudio de estas ciencias, hasta que un día el dominio que sobre su pensamiento había logrado desapareció por completo ante los enunciados de algunos problemas, de apariencia en absoluto inocente. Dos de estos enunciados pudieron reconstruirse más tarde. Era uno: «Dos cuerpos chocan uno contra otro con una velocidad», etc., y el otro: «En un cilindro de un diámetro dado inscribir un cono», etc. Las alusiones sexuales contenidas en estos enunciados no hubieran seguramente sido descubiertas por ningún otro individuo; pero nuestro paciente al hallarlas se vio traicionado también por las matemáticas, y abandonó su estudio.

Si Norberto Hanold fuese una persona extraída de la realidad, que hubiese de este modo alejado por medio del estudio de la Arqueología el amor y los recuerdos de su amistad infantil, estaría de conformidad con las leyes de la represión el que precisamente fuese un bajo relieve antiguo lo que despertase en él el olvidado recuerdo de aquélla a la que antes amó con infantil sentimiento, y sería su bien merecido destino el enamorarse luego de la estatua de Gradiva, tras la cual, merced a una semejanza aún no explicada, actúa la viviente Zoé, por él desdeñada.

La misma Zoé parece compartir nuestra interpretación del delirio del arqueólogo, pues la satisfacción que expresa al final de la larga reprimenda, «franca, extensa o instructiva», que a Norberto dirige, no estaría justificada sino por su comprensión del papel que sin que el mismo interesado tuviese la menor conciencia de ello ha desempeñado ella en el fantástico enamoramiento de Hanold. Esto es precisamente aquello de que no le creía capaz, y lo que reconoció en él, a pesar de todos los disfraces del delirio. Mas al llegar a este punto, el tratamiento psíquico a que Zoé había sometido a Hanold había ejercido ya su total efecto curativo, y el joven arqueólogo se sentía libertado por completo de su delirio, puesto que el mismo había sido sustituido por aquello, de lo cual no podía ser sino una disfrazada e insuficiente copia. Dándose perfecta cuenta de ello, no vacila ya el joven en evocar sus recuerdos y reconocer a Zoé como su buena, alegre y juiciosa compañera, que en el fondo en nada había

cambiado. Pero había aún algo que le parecía altamente extraño...

«¿Que alguien tenga que morir para llegar a estar viva? —opinó la muchacha—. Pero eso es cosa exigida por tu actividad arqueológica». Como se ve, no le había perdonado aún el rodeo que Hanold había efectuado, intercalando la Arqueología entre su amistad infantil y sus nuevas recientes relaciones.

«No, no es eso —replica Norberto—; me refiero a tu nombre. Bertgang significa exactamente lo mismo que Gradiva; esto es, ‘la que esplende al avanzar’».

A esto sí que no nos hallamos preparados. Nuestro héroe comienza ahora a abandonar su humilde postura y a desempeñar un papel activo. Se halla, desde luego, por completo curado de su delirio: lo ha superado y nos lo demuestra rompiendo los últimos hilos del fantástico tejido. Exactamente del mismo modo se conducen aquellos enfermos a los que se ha libertado de la obsesión de sus pensamientos delirantes por medio del descubrimiento de lo reprimido que tras los mismos se ocultaba. En el instante en que comprenden esta relación, aportan, espontáneamente y por medio de ocurrencias que surgen con gran rapidez en ellos, las soluciones de los últimos y más importantes secretos de su singular estado. Ya hubimos de sospechar anteriormente que el origen griego de la fantástica Gradiva era un oscuro efecto del nombre griego Zoé; pero no nos habíamos atrevido a tocar al nombre de Gradiva, dejándolo pasar como una libre creación de la fantasía de Norberto Hanold. Y he aquí que precisamente este nombre se nos demuestra como una consecuencia y hasta, en realidad, como una traducción del reprimido apellido de la amada infantil, aparentemente olvidada.

La derivación y la solución del delirio quedan ya logradas por completo. Lo que a seguidas nos cuenta el poeta se encamina tan sólo a la armónica conclusión de la obra. Con relación a lo por venir ha de hacernos un agradable efecto el que la rehabilitación del hombre que tan lamentable papel de enfermo necesitado de curación desempeñó ante nosotros, continúa avanzando hasta hacer posible que surjan en él aquellos afectos de los que hasta entonces no ha sido sino pasivo objeto. Y así sucede, en efecto. Hanold, continuando el diálogo que surge al terminar Zoé su reprimenda, despierta los celos de la muchacha hablándole con elogio de la joven señora que antes, en la casa de Meleagro, perturbó su coloquio, y confesándole que ha sido aquélla la primera mujer que en todo su viaje ha hallado bella y simpática. Zoé, celosa, quiere entonces despedirse fríamente de Hanold, exclamando: «Ahora que ya todo ha vuelto a ser razonable,

incluso yo misma, puede ir en busca de Gisela Hartleben, o como ahora, de casada, se llame, y auxiliarla con sus conocimientos científicos durante su estancia en Pompeya. Yo tengo que ir al ‘Albergo del Sole’, donde papá me espera. Adiós, y hasta que nos veamos en alguna reunión en Alemania o en la luna». Pero Hanold, tomando de nuevo como pretexto una mosca que dice haberse posado en el rostro de Zoé, la besa en la mejilla y luego en los labios, poniendo en práctica la agresión sexual, obligado deber del hombre en los juegos de amor. Una sola vez parece caer aún una sombra sobre su felicidad: cuando Zoé le dice que tiene realmente que ir a reunirse con su padre que estará esperándola, muerto de hambre, en el hotel. «Y tu padre, ¿qué va a decir?» Mas la inteligente muchacha sabe desvanecer en seguida la preocupación de Hanold. «Mi padre no hará ni dirá, probablemente, nada. No soy ningún ejemplar indispensable en su colección zoológica; si lo fuese, quizá mi corazón no se hubiese unido al tuyo imprudentemente». Mas si el padre fuera de la opinión contraria, habría aún un medio seguro de arrancarle el consentimiento. No necesitaba Hanold más que ir a la isla de Capri, cazar allí un *lacerta faraglioneensis* por el medio que ella le enseñaría, soltar al pequeño animal en los alrededores de Pompeya, cazarlo luego de nuevo ante los ojos del zoólogo y darle a elegir entre él y Zoé. Esta proposición de la muchacha, en la que se transparenta una burlona ironía mezclada con cierta amargura, contiene una advertencia para Hanold: la de no copiar con excesiva fidelidad al modelo por el que Zoé le ha elegido. Pero Norberto tranquiliza las dudas que aún pudiéramos abrigar respecto a este punto, pues manifiesta claramente la gran transformación que en él se ha realizado, llegando incluso a expresar el deseo de hacer con su Zoé el viaje de novios por Italia y Pompeya, como si jamás se hubiese indignado ante las parejas de recién casados que emprendían la misma excursión. De su memoria ha desaparecido por completo todo lo que contra tales felices parejas pensaba días antes y lo necio que le parecía el venir a pasear su ternura a más de cien leguas de sus patrias de origen. El presentarnos esta debilitación de la memoria como el más valioso signo de una transformación anímica constituye un nuevo acierto del poeta. Al proyecto de Hanold, *su amigo de la niñez, desenterrado como la misma Pompeya de entre las cenizas que lo sepultaban*, responde Zoé que para tales decisiones geográficas no se siente aún lo suficientemente viva.

La bella realidad ha vencido, pues, por completo al delirio; mas antes de abandonar Pompeya quieren los amantes honrar por última vez a la pasada

fantasía. Llegados a la puerta de Hércules, donde al comienzo de la *Strada consolare* atraviesa la calle una hilera de gruesas piedras, se queda Hanold atrás y ruega a la muchacha que pase precediéndole. Comprende ella su pensamiento, y «alzando un poco su vestido con la mano izquierda, la Gradiva rediviva —Zoé Bertgang—, seguida por la mirada ensoñadora de su enamorado, cruzó la calle con aquél su dulce paso sereno, bajo la vibrante luz del claro sol meridional». Con el triunfo del erotismo reconocemos y damos su justo valor a lo que en el delirio era bello y digno de estimación.

En la última metáfora citada: «el amigo de la infancia desenterrado de entre las cenizas que lo sepultaban», nos ha dado el poeta la clave del simbolismo que el delirio del protagonista utilizó para disfrazar el recuerdo reprimido. No existe, en realidad, analogía mejor para la represión que el sepultamiento, pues hace inaccesible algo anímico, pero al mismo tiempo lo conserva, lo mismo que a Pompeya las cenizas que la sepultaron y de entre las cuales resurgió en las excavaciones. Por esta razón era obligado que el joven arqueólogo situase imaginativamente en esta ciudad el modelo del bajorrelieve que le recordaba, aunque inconscientemente, a su olvidada amada infantil. Mas el poeta obra muy justificadamente no penetrando en esta profunda causalidad interna y limitándose a permanecer en la valiosa semejanza que su sutil sensibilidad le hacía percibir entre un trozo de vida psíquica individual y un aislado suceso de la historia de la Humanidad.

II

AL emprender el presente estudio dijimos que nuestro propósito se limitaba a investigar, con ayuda de ciertos métodos analíticos, los dos o tres sueños incluidos en la obra de Jensen. Parece, pues, que al llevar a cabo, como lo venimos haciendo, el análisis de la totalidad del novelesco relato y el de los procesos psíquicos de sus dos protagonistas, rebasamos los límites a que pensábamos concretar nuestra labor. Pero es necesario tener en cuenta que tales análisis constituyen una ineludible investigación preliminar y que también cuando queremos llegar a comprender los sueños efectivos de una persona real tenemos que conceder gran atención al carácter y a los destinos de dicha persona, penetrando no sólo en aquellos sucesos de su vida próximos a la fecha

del sueño, sino asimismo, en su más lejano pasado. Por tanto, antes de entrar en lo que constituye el nódulo de nuestro presente estudio, deberemos todavía dar fin al análisis de conjunto iniciado en el capítulo precedente y llevar a cabo otros trabajos preliminares.

Sin duda, habrá sorprendido a nuestros lectores ver que, hasta ahora, hemos considerado las manifestaciones y actividades psíquicas de Norberto Hanold y de Zoé Bertgang como si éstos fuesen individuos reales y no ficciones poéticas o como si el entendimiento neutro, incapaz de ejercer acción ninguna deformadora. Este nuestro proceder ha de resultar tanto más extraño cuanto que Jensen renuncia desde un principio a toda pretensión de verosimilitud al dar a su obra el título de «fantasía». Pero a pesar de esto, nos parece constituir el poético relato tan fidelísima copia de la realidad, que no presentaríamos la menor objeción si, en lugar de titularlo de dicho modo, lo hubiese calificado de estudio psiquiátrico. Únicamente en dos ocasiones ha hecho uso el poeta de su indiscutible derecho a apartarse de las normas reales. Es la primera cuando hace hallar al joven arqueólogo un bajorrelieve que, a pesar de ser auténticamente antiguo, reproduce no sólo la singular posición del pie en la marcha, sino también los rasgos fisonómicos y las formas corporales de una persona que vive muchos siglos después, llegando esta semejanza hasta el punto de que al hallarse Hanold ante tal persona la puede tomar por la escultura misma a la que se hubiera infundido vida. La segunda de tales libertades es la de hacerle encontrar a Zoé precisamente en Pompeya, lugar en el que su fantasía había situado a la muerta Grativa, siendo así que al trasladarse a Italia lo que hacía era alejarse de la Grativa viva, a la que había visto pasar por las calles de la ciudad en la que tenía establecida su residencia. Mas esta segunda libertad del autor no parece, de todos modos, alejarse excesivamente de las posibilidades reales, pues puede muy bien justificarse por la intervención de la casualidad, que innegablemente desempeña un importantísimo papel en los destinos de muchos hombres. Además, en este caso, adquiere el azar un bello sentido poético no muy apartado de lo efectivo, que refleja aquella fatalidad singular, pero frecuente en la vida humana, que convierte nuestra huida en el medio más seguro de tropezar con aquello que deseábamos eludir. Así, pues, lo único que en la obra de Jensen nos parece constituir algo por completo fantástico y arbitrario es el dato que le sirve de punto de partida; o sea la amplia semejanza de la escultura con la muchacha viva; semejanza que quizá encontrásemos más verosímil si el autor la hubiese

limitado exclusivamente a la posición del pie en la marcha. Siendo así, lograríamos quizá, poniendo en juego nuestra propia fantasía, constituir un enlace de tal coincidencia con la realidad. Primeramente, el apellido Bertgang podía deber su origen al hecho de haberse singularizado en los tiempos antiguos las ascendientes femeninas de Zoé por su bello modo de andar, y en segundo lugar, la raza germánica de los Bertgang podía descender de una estirpe romana a la que perteneciera la mujer que había inspirado al artista la idea de fijar en mármol aquel gracioso paso. Dado que las variaciones de la forma humana no son independientes unas de otras y que el resurgimiento, en épocas modernas, de los tipos antiguos tal y como los hallamos en los museos constituye un hecho efectivo y probado, no sería totalmente imposible que una Bertgang moderna mostrase un minucioso parecido con una antigua ascendiente suya. Claro es que más prudente que abandonarse a estas especulaciones sería interrogar al autor mismo sobre las fuentes de que surgió esta parte de su creación, pues de este modo lograríamos hacer profunda nuestra inteligencia de la misma y fijar nuevamente como determinadas y regulares muchas de las cosas que aún nos parecen en ella por completo arbitrarias. Mas no siéndonos permitido el acceso a las fuentes de la vida anímica del poeta, dejaremos intacto su derecho a fundar un desarrollo totalmente verosímil en una hipótesis inverosímil, derecho del que, por ejemplo, hizo también uso Shakespeare en su *Rey Lear*.

Excepción hecha de estos detalles, insistimos en que la obra de Jensen constituye un estudio psiquiátrico en el que se nos muestra hasta qué punto puede llegar nuestra comprensión de la vida psíquica, y, al mismo tiempo, una especie de historial clínico que parece destinado a la demostración de determinadas teorías fundamentales de la psicología médica. Pero no dejaría de ser muy extraño que hubiese sido ésta la intención del poeta; lo más probable es que, interrogado el mismo sobre esta cuestión, negara haber concebido siquiera tal propósito, y en este caso resultaría que siendo, a veces, fácil establecer analogías inexistentes y colocar sin fundamento alguno una obra bajo una determinada etiqueta, seríamos nosotros los que, erróneamente, habríamos atribuido a la bella fábula poética un sentido en el que jamás pensó el autor. No deja esto de ser posible, pero ya volveremos sobre ello más adelante. Por ahora, nos limitaremos a hacer constar que para guardarnos de caer en una total interpretación tendenciosa hemos cuidado de reproducir en nuestra síntesis, siempre que podíamos hacerlo, el texto mismo del original, y cuando esto no era factible, nos hemos ceñido en todo momento y con toda fidelidad al relato del

poeta. Aquellos que quieran comparar nuestro resumen con el original de Jensen no tendrán más remedio que ratificar estas afirmaciones.

Seguramente estarán en mayoría los que opinen que si calificamos de estudio psiquiátrico la obra de que aquí nos ocupamos hacemos a su autor un flaco servicio. El poeta —oímos decir— debe evitar todo contacto con la Psiquiatría y dejar al médico el cuidado de describir los estados patológicos. Mas, en realidad, todos los poetas dignos de tal nombre han transgredido este precepto y han considerado como su misión verdadera la descripción de la vida psíquica de los hombres, llegando a ser, no pocas veces, precursores de la ciencia psicológica. Por otro lado, el límite entre los estados anímicos normales y los considerados como patológicos es tan convencional y variable, que seguramente todos y cada uno de nosotros lo traspasamos varias veces en el curso de cada día.

Volviendo ahora nuestros ojos al campo de la Psiquiatría observamos que constituía un error de la misma el concretarse con exclusividad al estudio de las graves enfermedades originadas por considerables trastornos del delicado aparato anímico. Así, pues, aquellas otras anomalías más ligeras y susceptibles de compensación, a las que por ahora tenemos que considerar como debidas a una perturbación del funcionamiento de las energías psíquicas, constituyen también objeto de estudio para dicha ciencia y forman precisamente el punto de referencia que facilita la comprensión, tanto de lo normal como de los síntomas de perturbaciones graves. Todo esto nos demuestra que el poeta no puede por menos de ser algo psiquiatra, así como el psiquiatra algo poeta, y, además, que puede muy bien tratarse poéticamente un tema de Psiquiatría y poseer la obra resultante un pleno valor estético y literario.

Esto es, en efecto, lo que sucede en la obra que nos ocupa, y que no es sino la exposición poética de la historia de una enfermedad y de su acertado tratamiento.

Una vez terminada la síntesis que del relato de Jensen hemos efectuado y satisfecho el interés que su trama despierta en el lector, podemos examinarlo con mayor atención y analizarlo cuidadosamente, empleando el tecnicismo de nuestra disciplina, labor en la que necesariamente hemos de incurrir en repeticiones.

El estado de Norberto Hanold es calificado repetidas veces de «delirio» por el propio autor del relato poético, y nosotros no tenemos motivo ninguno para rechazar esta calificación. Dos caracteres principales, aunque no únicos,

distinguen al «delirio» de otras perturbaciones. En primer lugar, pertenece a aquel grupo de estados patológicos que no ejercen una inmediata influencia sobre el soma, sino que se manifiestan tan sólo por síntomas anímicos; en segundo lugar, se caracteriza por el hecho de que en él adquieren las «fantasías» el supremo dominio; esto es, encuentran fe en el sujeto e influyen sobre sus actos. Así, el viaje de Norberto a Pompeya en busca de las peculiares huellas de Gradiva constituye un excelente ejemplo de un acto ejecutado bajo el dominio del delirio. El psiquiatra incluirá quizá la perturbación de Hanold en el amplio grupo de las paranoias y la calificará de «erotomanía fetichista», por hallar su rasgo más saliente en el enamoramiento del arqueólogo inspirado por la figura escultórica y parecerle sospechoso de «fetichismo» el interés que muestra por los pies y el pisar de las personas femeninas. Mas no hay que olvidar que todas esas calificaciones y divisiones del delirio, basadas en el contenido del mismo, son harto inseguras e inútiles^[1011].

El severo psiquiatra marcaría después a nuestro héroe con el estigma de «degenerado», fundándose en la facilidad con la que su singular enamoramiento se convierte en avasallador delirio, y se dedicaría en seguida a investigar las taras hereditarias que habían llevado a Hanold a tal estado patológico. Pero aquí —y con razón— no le sigue el poeta. Lo que éste desea es aproximar a nosotros al protagonista de su relato, facilitando así nuestra «proyección empática» (*Einfühlung*), y con el diagnóstico de «degeneración», justificado o no científicamente, habría de producirse un efecto contrario, quedando el joven arqueólogo separado por completo del núcleo de los hombres normales, y, por tanto, de los lectores. Tampoco las condiciones preliminares, hereditarias y constitucionales del estado de Hanold preocupan mucho al poeta, que, en cambio, ahondan en el estado de ánimo personal que puede dar origen a tal delirio.

En una cuestión muy importante es la conducta de Hanold en absoluto diferente de la de los hombres normales. Las mujeres de carne y hueso no presentan para él interés ninguno, pues la ciencia, a cuyo servicio se ha colocado por entero, se ha apoderado de tal interés y lo ha desplazado sobre las mujeres de piedra o de bronce, circunstancia que no debemos considerar como una singularidad indiferente, dado que constituye el dato fundamental que sirve de punto de partida a todo el relato. En efecto, sucede que una de aquellas muertas figuras femeninas atrae a sí todo aquel interés erótico al que sólo una mujer viva

hubiera tenido derecho, y de este modo aparece el delirio. Ante nuestros ojos se desarrolla luego el proceso por el que merced a una feliz coincidencia queda curada esta perturbación, desplazándose de nuevo, pero inversamente, el interés; o sea desde la piedra hasta la mujer viva. Lo que no nos deja ver el poeta es por qué influencias ha llegado nuestro héroe al estado de apartamiento de la mujer en que desde el primer instante nos lo muestra, y sólo nos indica que tal conducta no queda explicada por su idiosincrasia, que, por el contrario, entraña una gran parte de necesidad fantástica y —nos atreveríamos nosotros a añadir— erótica. También vemos, más tarde, que en su niñez no huía de otros niños y mantenía una estrecha amistad infantil con una muchachita, mostrándose inseparable de ella, partiendo con ella sus meriendas, forcejeando con ella en sus juegos y dejando que le golpeará y tirara de los pelos. En este apego y esta reunión de la ternura con la tendencia agresiva se exterioriza el inmaduro erotismo de la vida infantil, que durante esta época sólo el médico o el poeta suelen reconocer como tal y cuyos defectos se manifiestan muy posteriormente, pero entonces con fuerza irreducible. Nuestro autor nos da claramente a entender que ésta y no otra es su propia interpretación de la infantil amistad de Hanold y Zoé, pues hace luego surgir en su héroe, en ocasión apropiada, un repentino interés vivísimo por el andar y la posición de los pies femeninos, interés que tanto la ciencia como las mujeres de la ciudad en que Norberto vive tiene que interpretar como una manifestación del «fetichismo», pero que para nosotros se deriva necesariamente del recuerdo de la infantil compañera. Zoé mostraba ya, seguramente, de niña, aquel paso peculiar en que el pie que quedaba atrás aparecía perpendicular al suelo y apoyado tan sólo en las puntas de los dedos, y precisamente por la representación plástica de este andar es por lo que un antiguo bajorrelieve adquiere para Norberto Hanold la inmensa importancia que conocemos. En toda esta derivación del singular fetichismo de Hanold se nos muestra el poeta de completo acuerdo con las opiniones científicas, pues desde A. Binet todos los investigadores de estas materias atribuimos la génesis del fetichismo a impresiones eróticas de la infancia.

El apartamiento duradero de la mujer produce en el sujeto la aptitud personal para la formación de un delirio, o, como diríamos técnicamente, la disposición al mismo. Dada esta disposición, el desarrollo de la perturbación anímica comenzará en el mismo momento en que una impresión casual despierte aquellos sucesos infantiles olvidados, que, aunque mínima, posean una huella de erotismo. Mas, al usar el término «despertar», cometemos una impropiedad, pues

el proceso que se verifica realmente en estos casos posee un carácter muy distinto, como hemos de ver al traducir el relato del poeta a la terminología científica de nuestra disciplina psicológica. Norberto Hanold no recuerda, al contemplar la figura del bajorrelieve, haber visto ya en su infantil amiga aquel gracioso andar; no recuerda nada de esto, y, sin embargo, todo el efecto que el bajorrelieve ejerce sobre él reposa en su enlace con aquella impresión infantil. Así, pues, esta impresión deviene activa y comienza, incluso, a motivar efectos, pero no llega a la conciencia; esto es, permanece «inconsciente», como acostumbramos decir usando un término ya imprescindible en la Psicología. Este término y el concepto a que corresponde quisiéramos verlos libres de las acostumbradas discusiones que todo neologismo y su significado suscitan, tanto entre los filósofos como entre los naturalistas^[1012], y que no suelen tener con frecuencia otra significación que la puramente etimológica. Haremos, pues, constar que con este calificativo de «inconsciente» nos referimos con exclusividad a aquellos procesos psíquicos que, comportándose activamente, no llegan, sin embargo, a la conciencia del sujeto. Si algunos pensadores quisieran negar como paradójica la existencia de tal inconsciente, tendríamos que suponer que no habiéndose ocupado jamás de los fenómenos anímicos de este género seguían aferrados a la errónea creencia de que todo lo anímico que deviene activo e intenso se hace al mismo tiempo consciente. Tendrían, pues, que aprender lo que nuestro poeta sabe ya a maravilla; esto es, que existen procesos anímicos que, a pesar de ser muy intensos y provocar enérgicos efectos, permanecen alejados de la conciencia.

Indicamos antes que los recuerdos de su infantil camaradería con Zoé se hallan en Hanold en estado de «represión», y ahora los calificamos de recuerdos «inconscientes». Habremos, pues, de aclarar esta relación entre tales dos tecnicismos que, al parecer, hemos empleado como sinónimos. La explicación es harto sencilla. «Inconsciente» es el concepto amplio o general, y «reprimido», el especial o restringido. Todo lo que se halla reprimido es inconsciente, pero no de todo lo inconsciente podemos afirmar que se halla en estado de represión. Si al ver el bajorrelieve hubiera recordado Hanold el andar de su amiga Zoé, hubiera devenido en él, simultáneamente, activo y consciente, un recuerdo antes inconsciente, que, de este modo, hubiese demostrado que no se hallaba reprimido. «Inconsciente» es, por tanto, un término puramente descriptivo y en diversos aspectos indeterminado; pudiéramos decir que es un término «estático».

En cambio, «reprimido» es una expresión «dinámica» que tiene en cuenta el juego de las fuerzas psíquicas y afirma la existencia de un impulso a exteriorizar todos los efectos psíquicos, entre ellos también los del devenir consciente; pero asimismo la de una fuerza contraria, una resistencia capaz de impedir una parte de estos efectos psíquicos, incluyendo nuevamente los de la percatación por la conciencia. La característica de lo reprimido es, precisamente, que, a pesar de su intensidad, no logra abrirse camino hasta la conciencia. En el caso de Hanold se trata, por tanto, desde el momento en que ve el bajorrelieve, de un inconsciente reprimido, o sea simplemente de algo reprimido.

En este estado de represión se hallan en Norberto Hanold los recuerdos de su trato infantil con la muchachita del bello andar, pero no es ésta aún la justa interpretación de la situación psicológica. Mientras no tratemos sino de recuerdos y representaciones, no habremos pasado de la superficie de la cuestión. Lo único que en la vida anímica tiene un valor son los sentimientos, y toda la importancia de las fuerzas psíquicas reside en su capacidad de hacerlos surgir. Si las ideas sucumben también a la represión, ella es tan sólo por su enlace con la producción de sentimientos, que deben ser evitados, o, más precisamente dicho, la represión recae sobre los sentimientos; pero éstos no son perceptibles sino en su enlace con las representaciones. Así, pues, al quedar reprimidos en Norberto Hanold los sentimientos eróticos, y dado que su erotismo no conoce o ha conocido otro objeto en su niñez que Zoé Bertgang, quedan simultáneamente olvidados todos los recuerdos a la misma referentes. El antiguo bajorrelieve despierta luego este dormido erotismo y hace devenir activos a los recuerdos infantiles; mas a causa de una resistencia existente en Hanold contra el erotismo no pueden los mismos adquirir eficiencia sino en calidad de inconscientes. Lo que a continuación se desarrolla en su intimidad psíquica no es sino una lucha entre el poder del erotismo y las fuerzas represoras, y aquello que de esta lucha surge al exterior es un delirio.

Nuestro poeta ha omitido fijar las causas que motivan la represión de la vida amorosa en su héroe, pues la continua abstracción del mismo en su disciplina científica es tan sólo el medio del que la represión se sirve para lograr sus fines. El médico tendrá que profundizar más en este punto, aunque quizá no consiguiese mayores resultados. Lo que, en cambio, no ha dejado Jensen de exponer con todo acierto —y ya hemos acentuado antes la importancia de este hecho y la admiración que nos producía— es cómo el erotismo reprimido surge de nuevo precisamente de entre los mismos medios puestos al servicio de la

represión. Como era debido, es una obra del arte antiguo, una figura escultórica femenina, lo que arranca a nuestro arqueólogo de su apartamiento del amor y le advierte la obligación de satisfacer a la vida la deuda que desde nuestro nacimiento pesa sobre nosotros.

Las primeras manifestaciones del proceso estimulado en Hanold por la contemplación del bajo relieve son fantasías que giran en derredor de la persona en él representada, la cual se le muestra como algo «actual» en el sentido de haber producido el artista, «del natural», la viva figura de una mujer a la que hubiera visto a su paso por la calle. Continuando luego sus imaginaciones, da a la muchacha de la escultura el nombre de «Gradiva», formándolo a semejanza del apelativo que designaba al dios de la guerra dirigiéndose al combate —Mars Gradivus—, y poco a poco va dotándola de una detallada personalidad. Tiene que ser hija de un hombre considerable, quizá de un *patricio* que desempeñase un cargo religioso ligado al *culto* de una divinidad; su rostro posee rasgos que revelan su origen *griego*, y, por último, su apacible serenidad la hace incompatible con el bullicio de la populosa metrópoli romana. De este modo llega el arqueólogo a completar la imagen de la muchacha que sirvió de modelo al bajo relieve y la sitúa en la tranquila Pompeya, en donde ve la figura cruzando las calles con su paso singular por encima de las grandes hiladas de piedras destinadas a facilitar el tránsito de los peatones. Estos rendimientos de la fantasía de Hanold se nos muestran harto arbitrarios; pero, al mismo tiempo, inocentes y nada equívocos. Todavía, más adelante, cuando de estas imaginaciones surge por vez primera un impulso a la acción; esto es, cuando el arqueólogo, obsesionado por el problema de si aquel gracioso andar puede o no hallarse en la realidad, comienza a observar a las mujeres que en su camino encuentra, mirando con toda atención el movimiento de los pies femeninos; todavía —repetimos— queda encubierta esta actividad por motivos científicos en él conscientes, como si todo su interés por la figura estatuaría de Gradiva se fundara en sus estudios profesionales de Arqueología. Claro es que las mujeres que con él se cruzan y a las que toma como objetos de su investigación tienen que interpretar de un modo muy distinto, groseramente erótico, su singular conducta, y nosotros no podemos por menos de concederles la razón. Mas para nosotros no cabe duda de que Hanold ignora tan en absoluto los motivos de su investigación como el origen de sus fantasías sobre la Gradiva. Estas últimas son, como después descubrimos, reminiscencias de sus recuerdos y transformaciones y deformaciones adoptadas por los mismos, después de haber intentado sin éxito abrirse paso, en forma no

modificada, hasta la conciencia. El supuesto juicio crítico concebido por Norberto de que la estatua representaba algo «actual» no es sino una sustitución de su conocimiento de que aquel paso tan lleno de graciosa elegancia era la característica de una contemporánea suya a la que conocía ha largos años y que en la época «presente» andaba así por las calles. Tras de la impresión de que la figura estaba copiada «del natural» y la fantasía del origen heleno de Gradiva se esconde el recuerdo del nombre Zoé, que en griego significa «vida». Gradiva es —como el mismo Hanold nos lo dice al alcanzar su total curación— una buena traducción latina del germánico apellido Bertgang, que significa algo como «la que espande al avanzar». Los detalles fantásticos sobre la personalidad del padre de Gradiva proceden del conocimiento de que Zoé Bertgang es hija de un reputado profesor de la Universidad, empleo que puede sin gran violencia traducirse a lo antiguo por el desempeño de un elevado cargo religioso. Por último, si la fantasía de Hanold sitúa a Gradiva en Pompeya no es porque, como él cree, «lo exige así su apacible y sereno continente», sino porque no halla dentro de algo que tenga una relación con su ciencia arqueológica ninguna mejor analogía con aquél su singular estado en el que por un oscuro atisbo percibe vagamente los recuerdos de su amistad infantil. Habiéndose servido del pasado clásico para encubrir algo tan próximo a él como su propia infancia, el sepultamiento de Pompeya, en el que las cenizas del Vesubio hacen desaparecer todo un pasado, pero al mismo tiempo lo conservan, constituye una excelente analogía con la «represión», de la que Hanold tiene conocimiento por una percepción que pudiéramos calificar de «endopsíquica».

«Me decía a mí misma que no dejaría de desenterrar aquí, por mi cuenta, algo interesante. Pero lo cierto es que el descubrimiento que en realidad he hecho... ni siquiera había cruzado por mi pensamiento». Y más adelante habla Zoé de «su amigo de la infancia, al que podía decirse que había desenterrado de entre las cenizas de Pompeya».

De este modo hallamos ya en los primeros rendimientos de las fantasías y de los actos que el delirio inspira a Hanold una doble determinación, pues podemos derivarlos de dos distintas fuentes. Una de estas determinaciones es la que Hanold supone y de la que tiene perfecta conciencia. La otra, inconsciente en él, es la que se nos revela al examinar sus procesos psíquicos. Derívase la primera, en su totalidad, del círculo de representaciones de la ciencia arqueológica, y, en cambio, la segunda procede de los recuerdos infantiles reprimidos, puestos en actividad en Hanold y de los impulsos sentimentales con ellos enlazados. Por

último, la determinación consciente es como superficial y encubre por completo a la otra, que se esconde tras de ella. Pudiera decirse que la motivación científica sirve de pretexto a la erótica inconsciente y que la ciencia se ha puesto por entero al servicio del delirio. Pero no debe olvidarse que la determinación inconsciente no puede llevar a cabo más que lo que simultáneamente consienta la científica. Los síntomas del delirio —fantasías y actos— no son otra cosa que transacciones entre las dos corrientes anímicas opuestas, y en una transacción se satisface siempre una parte de las exigencias de cada uno de los correspondientes, pero también cada uno de ellos tiene que renunciar a parte de lo que quería conseguir. Allí donde llega a constituirse una transacción es que ha habido una lucha, que en este caso es el conflicto que ya descubrimos entre el erotismo reprimido y los poderes que en tal estado lo mantienen. Una vez surgido el delirio, este conflicto puede muy bien no terminar jamás. Ataque y resistencia se renovarán tras de cada formación transaccional, y ninguna de éstas llegará a ser considerada suficiente. Esto lo sabe también nuestro poeta y por ello deja que en su héroe domine siempre durante este estadio de la perturbación un sentimiento de insatisfacción y un singular desasosiego, que son garantías y anticipaciones de nuevos síntomas del delirio.

Estas importantes singularidades, o sea la doble determinación de fantasías y decisiones y la formación de pretextos conscientes para la ejecución de actos cuya motivación depende, en su mayor parte, de lo reprimido, nos saldrán al paso en páginas más avanzadas de este estudio, con mayor frecuencia y quizá mayor claridad que hasta ahora, pues el poeta se sirve de ellas con todo acierto para exponer el carácter principal y constante de los procesos anímicos patológicos.

El delirio de Norberto Hanold recibe un nuevo impulso con un sueño que, no hallándose motivado por ningún nuevo suceso, parece proceder en su totalidad de su vida anímica, en pleno conflicto. Mas antes de examinar si el poeta muestra, como esperamos, una profunda compensación de los sueños en la construcción de aquellos que atribuye al protagonista de su obra, deberemos preguntarnos qué es lo que la ciencia opina de sus hipótesis sobre la génesis de un delirio y cuál es la posición que la misma adopta frente al papel desempeñado por la represión y por lo inconsciente, y frente al conflicto psíquico y la formación de transacciones. Queremos, pues, averiguar en concreto si la exposición poética de la génesis de un delirio puede ser aprobada por la crítica

científica.

La respuesta, quizá inesperada, a estas interrogaciones es la de que, desgraciadamente, sucede todo lo contrario: la ciencia es la que queda vencida por la creación del poeta. Entre las condiciones preliminares, hereditarias y constitucionales, y las creaciones del delirio, que aparecen ya como algo totalmente acabado, deja la ciencia una considerable solución de continuidad, que en la concepción poética no existe. La ciencia no sospecha siquiera la importancia de la represión, no reconoce que para el esclarecimiento de los fenómenos psicopatológicos se precisa en absoluto de lo inconsciente y no busca el fundamento del delirio en un conflicto psíquico ni tampoco considera los síntomas del mismo como una formación de transacciones. Así, pues, el poeta ¿se hallará aislado frente a toda la ciencia? No, por cierto; las cosas no llegan hasta tal punto, siempre que se permita al autor de estas líneas contar sus propios trabajos entre los de orden científico, pues desde hace largos años —y hasta la última época casi solitariamente^[1013]— defiende todas aquellas teorías que aquí ha extraído de la obra de Jensen y ha expuesto en términos de su tecnicismo profesional. Con particular minuciosidad hemos señalado, como condición individual de la perturbación psíquica en aquellos estados conocidos con los nombres de histeria y obsesión, la represión de una parte de la vida instintiva y de las representaciones correspondientes al instinto reprimido, teoría que luego hemos aplicado asimismo a algunas formas del delirio. El problema de si los instintos que deben ser tenidos en cuenta en esta causación son siempre componentes del instinto sexual o pueden también ser de diferente género no atañe para nada al análisis de la *Gradiva*, pues en el caso elegido por el poeta es seguro que no se trata sino de la represión del sentimiento erótico. Los puntos de vista del conflicto psíquico y de la formación de síntomas por transacciones entre las dos corrientes anímicas en lucha han sido deducidos por nosotros de la observación directa y el tratamiento médico de casos patológicos, observación a la que lo mismo hubiéramos podido someter al personaje creado por Jensen^[1014]. La atribución, de los rendimientos patológicos de las enfermedades nerviosas, y especialmente de las histéricas, al poder de pensamientos inconscientes, fue efectuada, antes que por nosotros, por P. Janet, discípulo del gran Charcot, y luego, con nuestra colaboración, por el doctor J. Breuer, de Viena^[1015].

Cuando, en los años siguientes al de 1893, nos entregamos a tales investigaciones sobre la génesis de las perturbaciones anímicas, no se nos había

ocurrido, ciertamente, buscar en la obra de los poetas una confirmación de los resultados que obteníamos, y, por tanto, fue muy grande nuestra sorpresa cuando al leer la *Gradiva*, publicada en 1903, vimos que el autor basaba su creación en aquellos mismos datos que nosotros suponíamos alumbrar por vez primera de las fuentes de la experiencia médica. ¿Cómo pudo entonces el poeta llegar a idéntico conocimiento que el médico o, por lo menos, a conducirse como si dicha identidad existiera?

Dijimos antes que el delirio de Norberto Hanold recibía un nuevo impulso merced a un sueño que tiene una noche, en la época en que se halla dedicado a buscar por las calles de su ciudad una mujer cuyo paso semeje el de su *Gradiva*. El contenido de este sueño puede exponerse en pocas palabras. El durmiente se encuentra en Pompeya el día preciso en que la ciudad es sepultada por las cenizas y lavas del Vesubio. Comparte las angustias de los aterrorizados habitantes, pero no corre por sí mismo peligro alguno. De repente ve pasar a *Gradiva* y se da cuenta, hallándolo por completo natural, de que siendo *Gradiva* pompeyana, vive en su ciudad natal y, «sin que él lo hubiese sospechado, en la misma época que él». Sintiendo el peligro que la amenaza, le grita como para prevenirla y ella vuelve por un instante su rostro. Pero sin parar mientes en Hanold, sigue adelante, reclinándose sobre la escalinata del templo de Apolo y siendo enterrada allí por la lluvia de cenizas, después que su rostro ha palidecido como si se convirtiera en mármol, hasta parecer por completo el de una estatua. Al despertar Norberto de su sueño supone que el ruido de la populosa calle a la que da su alcoba es lo que él ha creído en su alucinación onírica los gritos de auxilio de los habitantes de Pompeya y el rugir del mar embravecido. Largo tiempo después de despertar le obsesiona aún el sentimiento de haber vivido realmente aquello que ha soñado, y la convicción de que *Gradiva* vivió en Pompeya y murió en el día funesto de la catástrofe permanece como un resto de aquel sueño, en calidad de nuevo agregado de su delirio.

Menos fácil es averiguar lo que el poeta se proponía con este sueño y lo que le ha llevado a ligar precisamente con un fenómeno onírico el desarrollo del delirio. Laboriosos investigadores han reunido ejemplos bastantes de cómo la perturbación mental se enlaza a los sueños y surge de ellos^[1016], y también en las vidas de hombres sobresalientes se nos relata que sueños que tuvieron crearon en ellos impulsos a hechos importantes y motivaron enérgicas decisiones. Pero nuestra comprensión no avanza grandemente por tales analogías.

Permanezcamos, pues, en nuestro caso, limitándonos al sueño atribuido por el poeta al arqueólogo Norberto Hanold y busquemos los puntos de contacto que el mismo habrá de tener con la totalidad del relato, si es que no lo hemos de considerar como un innecesario adorno de la trama novelesca.

Quizá al llegar a este punto afirmen nuestros lectores que tal sueño es fácilmente explicable, pues se trata simplemente de una pesadilla motivada por el ruido que hasta la alcoba llega y que el arqueólogo, obsesionado por su Gradiva pompeyana, transforma nada menos que en el clamor de la catástrofe que sepultó a la antigua ciudad. Dado el general desprecio en que se tienen los rendimientos del sueño, se suele limitar el intento de explicarlos a buscar un estímulo exterior que pueda haber provocado una parte de su contenido. Así, pues, en nuestro caso, el estímulo externo provocador del sueño sería aquel mismo ruido que luego despierta al durmiente. Con esto quedaría resuelto lo referente al sueño de Hanold y satisfecha la curiosidad que en nosotros hubiese hecho surgir. Únicamente nos hace falta una razón para suponer que la ciudad se mostraba más ruidosa aquella mañana que de costumbre. Pero no tenemos dato alguno para sospecharlo, ni tampoco el poeta nos facilita el camino, comunicándonos, por ejemplo, que Hanold había dormido aquella noche, contra su costumbre, con la ventana abierta; no existiendo ninguno de estos datos y no siendo una pesadilla cosa tan fácilmente explicable, no podemos dar por satisfecha nuestra curiosidad con la solución que precede.

La relación con un estímulo sensorial exterior no es nada esencial para la formación de un sueño. El durmiente puede no tener en cuenta para nada tal estímulo, puede ser despertado por él sin antes haber formado con él ningún sueño y puede también entretejerlo en un sueño, como sucede en el caso que ahora examinamos cuando, por otros motivos cualesquiera, lo cree conveniente. Además, existen numerosos sueños en los que no es posible hallar tal determinación por un estímulo exterior que llega hasta los sentidos del durmiente. Veamos, pues, que debemos buscar el esclarecimiento del sueño por otros caminos.

Quizá hallemos esta explicación en la huella que el sueño deja en la vida despierta de Hanold. Hasta aquel momento, su idea de que Gradiva era natural de Pompeya no había pasado de ser una fantasía suya. Pero después de su sueño se convierte tal hipótesis en una convicción, a la que se añade la certeza de que la bella muchacha fue víctima de la catástrofe que en el año 79 sepultó la ciudad. Este progreso del delirio aparece acompañado de melancólicos sentimientos, que

constituyen algo como un eco de la angustia de la pesadilla. Tal nuevo dolor por la Gradiva no acaba de parecernos comprensible, pues aunque se hubiera salvado de la catástrofe de Pompeya, no por eso dejaría de haber pagado, hace muchos siglos, su tributo a la muerte. Así, pues, tampoco aquí hallamos camino alguno que nos pueda llevar a un esclarecimiento. De todos modos, haremos constar el hecho de que con el impulso que el delirio extrae de este sueño se enlaza una acentuación sentimental intensamente dolorosa.

Mas nuestras dudas no se aclaran con esto en modo alguno. Este sueño no se explica, pues, por sí mismo, y tendremos que dedicarnos a recurrir a nuestra *Interpretación de los sueños* y aplicar al que ahora nos ocupa las reglas que en esta obra se prescriben para hallar el sentido de los fenómenos oníricos.

Una de tales reglas es la de que todo sueño se halla enlazado a las actividades que el sujeto desarrolló durante el día inmediatamente anterior. El poeta parece indicar que ha seguido esta norma al enlazar directamente el sueño con las investigaciones de Hanold sobre el andar femenino. Mas tales investigaciones no significan en el fondo otra cosa que la busca de la Gradiva, a la que habrá de reconocer en su característico paso. De este modo, el sueño contendría una indicación del lugar en el que podrá Norberto hallar a su Gradiva. Y en realidad contiene tal indicación, pues se la muestra en Pompeya; pero esto no es ninguna novedad para nosotros.

Otra regla de la interpretación de los sueños nos dice que, cuando después de alguno de ellos se mantiene viva por un tiempo desacostumbrado nuestra creencia en las imágenes oníricas, de modo que no podemos llegar a arrancarnos por completo del sueño, no debemos considerar este fenómeno como un error de juicio provocado por la intensidad de tales imágenes, sino como un acto psíquico independiente, equivalente a la afirmación de que una parte del contenido de nuestro sueño constituye un fiel reflejo de la realidad, y que, por tanto, obraremos con cordura prestándole completa fe. Si estas dos reglas son ciertas, el sueño de Hanold habrá de contener una indicación real y verdadera sobre la residencia de la buscada Gradiva. Veamos ahora si, aplicando a dichos sueños tales reglas interpretativas, obtenemos un resultado que presente un sentido admisible.

Así es, en efecto. Lo que sucede es que este sentido se halla de tal manera disfrazado, que a primera vista resulta difícil de reconocer. Hanold averigua en su sueño que Gradiva habita en una ciudad y vive en la misma época que él, cosas ambas que resultan verdaderas aplicadas a Zoé Bertgang, salvo que en el

sueño no es tal ciudad aquélla en que ella y Hanold viven, sino Pompeya, y que la época no es el presente, sino el año -79 de nuestra era. Los datos reales han sufrido, pues, una desfiguración por desplazamiento. En lugar de situar a la Gradiva en el «presente», traslada el sueño a Hanold a un lejano pretérito. Mas lo que de esencial y nuevo indica el fenómeno onírico es que *Hanold vive en el mismo lugar y en la misma época de la mujer a la que busca*. ¿Para qué, entonces, la desfiguración y el disfraz que han de engañar sobre el sentido real del sueño y sobre su verdadero contenido tanto al sujeto del sueño como a nosotros mismos? Afortunadamente poseemos ya los medios de dar a esta interrogación una satisfactoria respuesta.

Recordemos todo aquello que sobre la naturaleza y el orden de las fantasías, en su calidad de precursoras del delirio, hemos dicho hasta aquí, o sea que son sustituciones y ramificaciones de recuerdos reprimidos, a los que una resistencia impide llegar intactos a la conciencia, pero que consiguen abrirse paso hasta ella eludiendo la censura por medio de modificaciones y deformaciones que los hacen irreconocibles. Una vez llevada a cabo esta transacción, quedan convertidos dichos recuerdos en fantasías, cuyo sentido interpretará erróneamente el sujeto, dejándose llevar por la influencia de la corriente psíquica dominante. Representémonos ahora a las imágenes oníricas como creaciones delirantes fisiológicas del hombre, o sea como los resultados transaccionales de aquella lucha entre lo reprimido y lo dominante que existe con seguridad en todo individuo, aun en los de mayor salud anímica. Siendo así, deberemos considerar a dichas imágenes como algo desfigurado, tras de lo cual ha de buscarse algo no desfigurado, pero repulsivo en cierto sentido, del mismo modo que detrás de las fantasías de Hanold buscamos y hallamos sus recuerdos reprimidos. La dualidad que de este modo descubrimos quedará expresada diferenciando aquello que del sueño recuerda el sujeto al despertar de lo que constituía el fundamento del mismo antes de la desfiguración por la censura, y dando a lo primero el nombre de *contenido manifiesto* y a lo segundo el de *ideas latentes* del fenómeno onírico. Interpretar un sueño equivaldría, por tanto, a sustituir el contenido manifiesto por las ideas latentes, deshaciendo la desfiguración a que dichas ideas han tenido que someterse ante la censura de la resistencia. Aplicando estas reglas al sueño que nos ocupa, hallamos que la idea latente del mismo tiene que ser como sigue: «La muchacha que posee aquel bello andar que buscas vive realmente en la misma ciudad que tú». Pero en esta forma no podía esta idea hacerse consciente, pues tropezaba con el obstáculo de que una fantasía había

establecido, como resultado de una anterior transacción, que Gradiva habitaba en Pompeya. Por tanto, si el hecho real de la simultaneidad de lugar y tiempo había de ser expresado, no quedaba otro camino que admitir la desfiguración siguiente: «Tú vives en Pompeya en la misma época que Gradiva», y ésta es entonces la idea que el contenido manifiesto del sueño dramatiza y muestra como una realidad vivida en presente.

Sólo en muy raros casos es un sueño la exposición o, como pudiéramos decir, la escenificación de una única idea. La mayor parte de ellos exponen toda una serie de las mismas en complicado trama. De este modo podemos extraer aún del sueño de Hanold otro de los componentes de su contenido, fácilmente reconocible a través de su desfiguración y que, por tanto, nos revela la idea latente a la que representa. Es éste un fragmento del sueño que refleja fielmente la realidad. Antes de quedar enterrada bajo la lluvia de cenizas va convirtiéndose Gradiva poco a poco en estatua ante los ojos de Hanold; metamorfosis que no es sino una significativa y poética exposición del proceso verdadero. Hanold había trasladado su interés desde la mujer viva a la estatua; esto es, la mujer amada se le había convertido en la pétrea figura de un bajorrelieve. Las ideas latentes de este fragmento del sueño, que tienen que permanecer inconscientes, desean llevar a cabo la transformación inversa de esta figura en la mujer viviente, y su sentido aproximado será como sigue: «Si te interesas por el relieve de la Gradiva, es tan sólo porque te recuerda a Zoé, presente y viva en tu misma ciudad». Pero si esta idea se hiciese consciente traería consigo el término del delirio.

Vistos los resultados que anteceden, ¿habremos de continuar sustituyendo en igual forma, para alcanzar la interpretación deseada, cada uno de los fragmentos del contenido manifiesto del sueño por ideas inconscientes? Creemos que sí, pues en la interpretación de un sueño verdaderamente soñado no deberíamos eludir esta labor si queríamos obtener un satisfactorio resultado. Además, en tal caso tendría el sujeto que coadyuvar a nuestros análisis comunicándonos todas sus asociaciones a cada uno de los elementos de su sueño. Claro está que tales requisitos no pueden ser cumplidos en un ente de ficción, creado por el poeta; pero, de todos modos, no podemos contentarnos con la labor verificada hasta aquí, pues nos queda todavía por someter a la interpretación el contenido principal del sueño de Hanold.

Este sueño es, desde luego, una pesadilla o sueño de angustia. De contenido temeroso, hace experimentar al sujeto sensaciones de angustia y deja tras de sí,

como resto, dolorosos sentimientos. Esta circunstancia complica considerablemente nuestra labor aclaratoria y nos obliga a recurrir más de lo que esperábamos a nuestra teoría sobre la interpretación de los sueños, la cual nos advierte ante todo que no debemos caer en el error de derivar la angustia que en un sueño sentimos del contenido del mismo, dando a éste equivocadamente igual categoría que a un contenido de representaciones de la vida despierta. En segundo lugar, nuestro arte interpretativo nos llama la atención sobre las muchas veces que soñamos cosas espontáneas, sin experimentar por ello la menor sensación de angustia. Lo que sucede es que la verdadera esencia de estos sueños es muy distinta de lo que generalmente se supone. La angustia de la pesadilla corresponde a un afecto sexual, a una sensación libidinosa como, en general, toda angustia nerviosa, y surge de la libido por el proceso de la represión^[1017]. En la interpretación del sueño habrá, pues, que sustituir la angustia por la excitación sexual. La angustia surgida de este modo ejerce —no siempre, mas sí con gran frecuencia— una acción seleccionadora sobre el contenido del sueño, y lleva a éste elementos que la interpretación consciente y equivocada del sueño considera apropiados para producir la sensación angustiosa. Mas, como ya antes hemos advertido, no es esto lo que siempre sucede, pues existen muchas pesadillas cuyo contenido no es nada temeroso, y en las que, por tanto, no puede explicarse la sensación de angustia por la percatación de algo horrorizante.

Sé que esta explicación de la angustia en el sueño parece hartamente extraña y no encuentra fácil aceptación; pero creo es la única acertada, y, por tanto, he de aconsejar a mis lectores que traten de familiarizarse con ella. No dejaría de ser curioso que ya el sueño de Elanold aquí examinado pudiese esclarecerse aplicando a él esta hipótesis sobre la angustia onírica. Diríamos entonces que el anhelo erótico del joven arqueólogo entraba en actividad en él nocturnamente, realizando un enérgico esfuerzo para llevar a su conciencia el recuerdo de la amada y arrancarle así del delirio; pero al experimentar una nueva repulsa se transforma en angustia, la cual a su vez llevaba al contenido del sueño las terribles imágenes que le suministraba la erudición histórica del durmiente. De este modo quedaba el real contenido inconsciente del sueño —la amorosa añoranza de la olvidada Zoé— transformado en el contenido manifiesto, que hace presenciar al durmiente la catástrofe de Pompeya y la muerte de Gradiva.

Creemos que hasta aquí resulta admisible nuestra interpretación. Pero pudiera pretenderse que si las ideas latentes de este sueño poseen el carácter de

deseos eróticos, habrá de ser posible señalar también en el contenido manifiesto del mismo algún indicio de dicho carácter. Quizá un detalle posterior de la poética narración pueda suministrarnos claramente tal indicio. En el primer encuentro de Hanold con la supuesta Gradiva recuerda el arqueólogo su sueño y dirige a la aparición el ruego de que se recline en la escalinata, como entonces la había visto hacer^[1018]. Mas al oír la extraña demanda se levanta indignada la joven y se aleja de su singular interlocutor, a través de cuyas palabras, inspiradas por el delirio, ha adivinado un incorrecto deseo erótico. A mi juicio, debemos hacer nuestra esta interpretación de Zoe-Gradiva y considerarnos satisfechos con la indicación que nos proporciona sobre el carácter erótico de uno de los componentes del sueño manifiesto de Hanold, pues creemos que tampoco en su sueño real podríamos exigir una exposición más precisa de los deseos eróticos latentes.

Por todo lo que antecede vemos que aplicando al primero de los sueños de Hanold nuestras reglas interpretativas hemos conseguido llegar a la perfecta comprensión de los principales rasgos del mismo y hallar su enlace lógico con el resto del novelesco relato. Habremos, pues, de averiguar que el poeta ha creado el sueño de su protagonista ciñéndose a tales reglas, y sólo podremos ya preguntarnos por qué razón introduce en su obra tal sueño como motivación de un nuevo desarrollo del delirio del arqueólogo. A nuestro juicio, también esto constituye un ingenioso acierto de Jensen y un fiel reflejo de la realidad, pues sabemos que en los casos patológicos reales se enlaza frecuentemente la formación de un delirio con un sueño del sujeto. Además, después de nuestro esclarecimiento de la esencia de los sueños, no necesitamos ver un nuevo problema en esta circunstancia. El sueño y el delirio proceden de la misma fuente; esto es, de lo reprimido, y el sueño es, por decirlo así, el delirio fisiológico del hombre normal. Antes que lo reprimido haya devenido lo suficientemente fuerte para imponerse en la vida despierta en calidad de delirio, puede haber logrado su primera victoria aprovechando las más favorables condiciones, ofrecidas por el reposo nocturno, para surgir en forma de sueño de duradero efecto. Durante el reposo nocturno, la depresión de la actividad psíquica trae consigo la de la energía de la resistencia que los poderes psíquicos dominantes oponen a lo reprimido. Esta depresión es la que hace posible la formación de sueños, los cuales constituyen para nosotros el mejor acceso al conocimiento de lo anímico inconsciente. Al volver a constituirse las cargas

psíquicas de la vida despierta, y desaparecer, por tanto, el fenómeno onírico, lo inconsciente pierde de nuevo el terreno conquistado durante el reposo.

III

LA obra de Jensen nos ofrece todavía otro sueño, cuya interpretación, encaminada a mostrar su incoherencia con el conjunto de procesos que constituyen la vida anímica del protagonista, presenta un interés aún mayor que la del anteriormente analizado. Pero adelantáramos muy poco abandonando el hilo de la poética narración para entrar directamente en el examen de dicho sueño, pues todo aquel que quiera interpretar lo soñado por otra persona no puede por menos de ocuparse con el mayor detalle posible de los sucesos vividos por la misma, tanto en su vida interior como en la de relación social. Será, por tanto, mejor continuar como hasta ahora, ciñéndonos al desarrollo del relato y comentándolo con nuestras glosas.

La nueva creación del delirio, referente a la muerte de Gradiva en el sepultamiento de Pompeya, el año 79, no es la única consecuencia del primer sueño por nosotros analizado. Inmediatamente después del mismo decide Hanold emprender un viaje a Italia, y llevando a la práctica su decisión, se encuentra a los pocos días en Pompeya. Pero antes que esta resolución se le imponga tiene una singular aventura. Hallándose asomado a la ventana de su cuarto cree ver pasar por la calle una figura femenina semejante en un todo a la Gradiva. Sin darse cuenta de que se halla a medio vestir, sale de su casa en pos de ella, pero el asombro y la burla de los transeúntes le obligan a retornar sin haber conseguido su propósito. De nuevo en su habitación, los trinos de un canario, cuya jaula cuelga en una ventana de la casa frontera, le sugieren la idea singular de que también él es un prisionero ansioso de libertad, y el viaje a Italia queda decidido y es emprendido inmediatamente.

El poeta ha cuidado de arrojar clara luz sobre este viaje de su héroe, llegando hasta hacer que el mismo Hanold se dé cuenta parcial de los íntimos procesos que lo motivan. Claro es que en un principio intenta justificar ante sí mismo su decisión con un pretexto científico, pero no logra engañarse por mucho tiempo. Sabe muy bien «que el impulso a emprender aquel viaje había sido determinado en él por una sensación indefinible». Un singular desasosiego hace que nada le

satisfaga, y le lleva de Roma a Nápoles, y de aquí a Pompeya, sin que tampoco en este último lugar logre encontrarse a gusto. La necesidad de los jóvenes matrimonios en viaje de novios le irrita sobre manera, y las moscas que pueblan los hoteles de Pompeya exacerban con su pegajosa obstinación su constante mal humor. Finalmente, acaba por comprender que «su disgusto no depende tan sólo de circunstancias exteriores, sino que tiene en parte un origen íntimo». Se da cuenta de su sobreexcitación y siente «que se halla malhumorado porque le falta algo, sin que pueda precisar el qué. Y este mal humor lo va llevando él consigo a todas partes». En tal estado de ánimo llega a rebelarse incluso contra la ciencia arqueológica, su dueña y señora. Durante su primer paseo, bajo el ardiente sol del mediodía, por entre las ruinas de Pompeya, siente que «no sólo ha huido de él toda su ciencia, sino que no tiene el menor deseo de volverla a hallar, pues su recuerdo de ella es lejanísimo, como pudiera ser el de una de esas viejas parientes, momificadas y tediosas, a las que se considera como los seres más inútiles y coriáceos de la Tierra».

Dando vueltas a estos desasosegados y confusos pensamientos halla de pronto, en el momento en que por vez primera ve andar a Gradiva entre las ruinas de la antigua ciudad, la solución de uno de los problemas referentes a su viaje. En este instante llega a darse cuenta «de algo de que hasta el momento no había tenido conciencia». Si aun ignorando el impulso interior que le había decidido a emprender el viaje había partido para Italia, y sin detenerse en Roma ni en Nápoles había llegado hasta Pompeya, era con el propósito de buscar en esta ciudad las huellas de su Gradiva. Y precisamente las huellas en el propio estricto sentido de la palabra, pues el característico paso de la fantástica beldad debía de haber dejado una impronta inconfundible en la ceniza de las calles pompeyanas.

La minuciosidad con que el poeta expone todo lo referente a este viaje ha de invitarnos a esclarecer su relación con el delirio del protagonista y a precisar su significado e importancia dentro del conjunto de sucesos que la poética narración nos ofrece. Tal viaje obedece a motivos que el sujeto mismo desconoce al principio y sólo más tarde logra hallar, motivos que el poeta califica directamente de «inconscientes». Estas circunstancias constituyen un fiel reflejo de la realidad, pues ni siquiera es necesario hallarse presa de un delirio para obrar de tal modo. Constituye, en efecto, un hecho muy corriente, aun en personas de salud normal, el engañarse sobre los motivos de los propios actos y no percatarse de los mismos sino *a posteriori* en aquellos casos en que un

conflicto entre varias corrientes sentimentales facilita tal confusión. Así, pues, el viaje de Hanold no obedece desde el primer momento sino a una tendencia favorecedora de su delirio, que le lleva a Pompeya para continuar allí su apasionada busca de Gradiva. Ya hemos visto y recordamos ahora que antes, e inmediatamente después del sueño, se hallaba el arqueólogo entregado por completo a tal actividad inquisitiva, y que el sueño mismo no era sino una respuesta, ahogada por su conciencia, a la interrogación del cuál pudiera ser el paradero de Gradiva. Mas un indeterminado poder, cuya naturaleza ignoramos por el momento, impide al principio el acceso a la conciencia del propósito inspirado por el delirio; de manera que la motivación consciente del viaje se ve forzada a basarse en insuficientes pretextos que de tiempo en tiempo tienen que ser renovados. El poeta nos plantea aquí un nuevo problema, haciendo sucederse como casualidades, faltas de toda íntima conexión, el sueño, el paso de la supuesta Gradiva ante la casa de Hanold y la decisión al viaje bajo la influencia ejercida sobre el ánimo del arqueólogo por el canto del canario.

Con ayuda de las aclaraciones que hallamos después en las palabras de Zoé Bertgang llegamos a la comprensión de esta oscura parte del relato. La mujer que Hanold vio pasar desde su ventana, y a la que hubiera podido alcanzar en seguida, era verdaderamente el vivo original de la Gradiva escultórica, la propia Zoé, su vecina. El dato contenido en el sueño —«ella vive actualmente, y en la misma ciudad que tú»— hubiera, pues, podido recibir una evidente confirmación, que habría acabado con la interior resistencia del joven. Por otra parte, el canario, cuyo canto inspira a Hanold la idea de partir, pertenecía a Zoé, y su jaula se hallaba colgada en su ventana, frente a la casa de nuestro héroe. Éste, que, según la dolida acusación de la muchacha, poseía el don de la «alucinación negativa», o sea el arte de no ver ni reconocer a las personas que ante él se hallaban, tiene desde un principio que poseer el conocimiento inconsciente de todas estas circunstancias, que a nosotros nos son reveladas mucho después. Los signos de la proximidad de Zoé, o sea su paso por la calle, y el canto de su canario tan cerca de la ventana del arqueólogo, refuerzan el efecto del sueño de Hanold, el cual, ante esta situación tan peligrosa para su resistencia contra el erotismo, emprende la fuga. El viaje corresponde, pues, a una enérgica movilización de tal resistencia contra el ataque que el anhelo erótico lleva a cabo en el sueño y a un intento de fuga ante la amada, corpórea y presente. Prácticamente significa una victoria de la represión, que esta vez predomina en el delirio, como antes predominaba el erotismo en la actividad investigadora de

Hanold sobre el andar femenino, inspirada también por la delirante perturbación. Pero a través de todas estas oscilaciones de la lucha se conserva siempre la naturaleza transaccional de los resultados. La huida a Pompeya, que ha de apartar a Hanold de Zoé, la Gradiva viviente, le conduce por lo menos a su sustitución: la Gradiva muerta. El viaje es emprendido ciertamente en contra de las ideas latentes, pero en cambio sigue el itinerario marcado por el contenido manifiesto del sueño. De este modo triunfa siempre el delirio en cada nueva lucha entre el erotismo y la resistencia.

Esta interpretación del viaje de Hanold como una fuga ante el amoroso anhelo que hacia la amada —tan cercana— va despertando en él, es la única que armoniza con sus estados de alma durante su estancia en Italia. La repulsa del erotismo, dominándole por completo, se manifiesta en su horror a los jóvenes matrimonios en viaje de novios. Un corto sueño que tiene durante su estancia en un «albergue» de Roma y que es motivado por el tierno diálogo nocturno de una de estas parejas, oído a través del delgado tabique de su habitación, arroja *a posteriori* una viva luz sobre las tendencias eróticas de su primer sueño. En este otro se ve trasladado de nuevo a Pompeya, y también en el día de la erupción vesubiana, circunstancia que nos revela su enlace con aquel primero, que ha continuado ejerciendo sobre el sujeto sus efectos durante todo el viaje. Mas entre las personas cuya vida amenaza la catástrofe no se encuentra ya Gradiva ni tampoco él mismo, sino tan sólo el Apolo del Belvedere y la Venus capitolina, seguramente una irónica alusión a la amorosa pareja del cuarto vecino. El Apolo coge en sus brazos a la Venus y se aleja con ella, depositándola sobre un objeto situado en la oscuridad y que debe de ser un coche o un carro, pues a poco suena un «sordo chirrido» que va perdiéndose en la lejanía. Este sueño no necesita arte ninguno para ser interpretado.

Nuestro poeta, del que ya hace tiempo sabemos que no incluye en su narración ningún rasgo ocioso o inútil, nos da aún otro testimonio de la corriente sexual que domina a Hanold en todo su viaje. Durante su largo vagar entre las ruinas pompeyanas no recuerda ni una sola vez «haber soñado pocos días antes presenciar la erupción del Vesubio que sepultó a la ciudad el año 79». Sólo cuando ve por vez primera a Gradiva recuerda de repente su sueño, y, al mismo tiempo, se percata del misterioso motivo de su viaje, inspirado por el delirio. Este olvido del sueño y la muralla alzada por las fuerzas represoras entre el mismo y los estados de alma de Hanold durante el viaje han de interpretarse como una clara indicación de que este último no ha sido emprendido

obedeciendo a un estímulo directo del sueño, sino que, por lo contrario, constituye una rebelión contra el mismo; esto es, una manifestación de un poder anímico que no quiere saber nada del secreto sentido del sueño.

Mas, por otro lado, Hanold no halla alegría ninguna en esta victoria sobre su erotismo. El sentimiento reprimido conserva energía suficiente para vengarse de las fuerzas represoras, provocando sensaciones de displacer y estableciendo nuevas coerciones en el sujeto. De este modo, el deseo amoroso de Norberto es convertido en un atormentador desasosiego que le hace reputar insensato su viaje, y la verdadera motivación del mismo queda vedada a su percatación consciente, al mismo tiempo que su personalidad científica parece anularse en circunstancias en las que todo lo que le rodea debiera imponer un efecto contrario. Así, pues, el poeta nos muestra a su héroe, tras de su huida del amor, en un estado de confusión y desconcierto semejante al que suele aparecer en el período culminante de los estados patológicos, cuando ninguno de los poderes combatientes es lo suficientemente superior al otro para que la diferencia de sus energías pueda establecer un riguroso régimen anímico. Mas una vez que ha llevado la situación hasta este punto culminante, interviene para mitigar su tensión y resolverla, haciendo entrar en escena a Gradiva, la cual emprende la curación del delirio. Con su poder de dirigir a un feliz desenlace los destinos de las criaturas por él creadas, traslada el autor a Zoé a la misma ciudad en la que —precisamente huyendo de ella— se ha refugiado Hanold y corrige así la simpleza que el delirio inspiró a éste, haciéndole dejar la residencia de su amada viva por el sepulcro de la que en su fantasía la ha sustituido.

Con la aparición de Zoé Bertgang, que señala el punto culminante del relato, toma nuestro interés un distinto curso. Hasta este momento hemos asistido al desarrollo de un delirio; ahora vamos a ser testigos de su curación. Lo primero que se nos ocurre preguntarnos ante esta nueva fase del relato es si el autor procederá con absoluta libertad al exponernos la historia de la curación de Hanold o, por el contrario, se ajustará a las posibilidades reales. Las palabras de Zoé en su diálogo con su amiga no dejan lugar a duda sobre sus propósitos curativos. Pero ¿cómo logrará llevarlos a cabo? Después de dominar la indignación que hubo de producirle el deseo expresado por Hanold de verla reclinarse para dormir «como entonces» sobre la escalinata del templo, retorna a la hora meridiana del siguiente día al mismo sitio y arranca al arqueólogo todos aquellos secretos de su delirante fantasía, cuyo desconocimiento le impidió explicarse su conducta al día anterior. Norberto le habla de su sueño, del

bajorrelieve con la figura de Gradiva y del singularísimo modo de andar en que con ella coincide. Zoé acepta el papel de fantasma meridiano, que comprende ser el que el delirio de Hanold le atribuye, y usando frases de doble sentido, señala discretamente al joven una nueva situación con respecto a ella, aceptando de sus manos la funeraria flor que él ha cortado sin propósito consistente y expresando su melancólico sentimiento por no ser rosas lo que Hanold le ofrece, como lo haría a una mujer viva.

Nuestro interés por la conducta de la prudente y juiciosa muchacha, que después de descubrir tras del delirio de Hanold, y como fuerza impulsora del mismo, el amor que ella le inspira, decide curarle de su trastorno mental y hacer su esposo al hombre en que desde pequeña puso su corazón, queda, en esta parte del relato, un tanto debilitado por la extrañeza que nos produce el grado a que el delirio del arqueólogo llega. La última creación de este delirio, o sea la creencia de que Gradiva, muerta el año 79 de nuestra era, surge cotidianamente de su tumba para dialogar con él durante una hora, transcurrida la cual vuelve a la tierra; esta fantástica imaginación, que no se detiene ante la vista del calzado moderno de Zoe-Gradiva, ni ante su ignorancia del latín y del griego, y, en cambio, su conocimiento del alemán, idioma que no existía aún en la época del sepultamiento de Pompeya, parece justificar la denominación de «fantasía pompeyana» que Jensen da a su obra y excluir por completo toda posible verdad clínica. Mas, a nuestro juicio, esta aparente inverosimilitud del delirio desaparece en cuanto reflexionamos un poco sobre las causas a que es debida nuestra impresión. Una gran parte de la culpa la ha tomado sobre sí el poeta, al presentar como punto de partida de su relato la total semejanza de Zoé Bertgang con la figura del bajorrelieve. Debemos, pues, cuidarnos de no desplazar la inverosimilitud de este antecedente sobre su consecuencia, o sea el hecho de que Norberto tome a la muchacha por la propia Gradiva resucitada, error singular que necesariamente hemos de atribuir a la influencia perturbadora del delirio que a Hanold domina, pues el poeta no nos proporciona para él explicación racional alguna. Únicamente, y en calidad de circunstancias atenuantes de las extravagancias de su héroe, hace contribuir a ellas la influencia del ardiente sol de la Campania y la del fuerte vino del Vesubio. Pero el más impórtame de los factores que disculpan el estado de Hanold sigue siendo la facilidad con la que nuestro pensamiento se decide a aceptar un absurdo cuando tal aceptación satisface a sentimientos saturados de afecto. Es sorprendente, aunque en general no se le dé toda la importancia que posee, la facilidad con la que incluso

personas de gran inteligencia muestran, bajo tales constelaciones psicológicas, reacciones propias de una parcial debilidad mental. Todo aquel que no posea una idea excesivamente alta de sí mismo podrá observar esto en su propia persona, sobre todo cuando una parte de los procesos mentales que someta a tal observación dependan de motivos inconscientes o reprimidos. Citaré aquí lo que sobre esta cuestión me escribió un filósofo: «También yo he comenzado a anotar los errores en que personalmente incurro, actos irreflexivos que motiva uno *a posteriori* y por cierto hartó irracionalmente. Es asombrosa, pero típica, la cantidad de tonterías que de este modo descubrimos en nosotros mismos». Añádase ahora a todo esto que la creencia en los espíritus, apariciones y fantasmas, que tanto apoyo encuentra en todas las religiones, a alguna de las cuales hemos pertenecido todos, por lo menos de niños, no ha desaparecido por completo, ni aun entre las clases cultivadas, muchos de cuyos miembros encuentran todavía posible conciliar el espiritismo con la razón. Por otro lado, hasta los más incrédulos en estas materias vuelven con gran facilidad a aceptar las más groseras supersticiones cuando en circunstancias emocionantes se hallan ante algo que les parece inexplicable. Sé de un médico que había perdido a una de sus pacientes, atacada de la enfermedad de Basedow, y no podía alejar de su ánimo la sospecha de que quizá por una imprudente medicación había él contribuido al funesto desenlace. Un día, varios años después, entró en su gabinete de consulta una muchacha en la que, a pesar de toda su resistencia a tales supersticiones, tuvo que reconocer a la enferma fallecida. Durante unos instantes se le impuso la idea de que era cierto que los muertos retornaban a la tierra, pero las primeras frases de la supuesta aparición desvanecieron su terror, dejándole avergonzado y confuso ante su pueril falta de reflexión. La visitante no era sino una hermana de la muerta y padecía igual dolencia. Sabido es que los atacados de la enfermedad de Basedow presentan todos cierto parecido en sus rasgos fisonómicos, y en el caso presente, este parecido típico se agregaba al familiar. Diré ahora que el médico de esta historia soy yo mismo, y que, por tanto, no me es posible rechazar la posibilidad clínica de delirio en que Norberto Hanold cree ver en Zoé a Gradiva resucitada. Por último, todo psiquiatra sabe perfectamente que en los casos graves de delirio crónico (paranoia) construyen los enfermos con sorprendente ingeniosidad y sutileza los mayores absurdos.

Después de su primer encuentro con Gradiva visitó Hanold los dos hoteles que en Pompeya le eran conocidos y bebió vino en ellos mientras los demás huéspedes almorzaban. «Naturalmente, no le pasó por la imaginación ni un solo

momento la insensata sospecha» de que obraba así para averiguar en qué hotel vivía Gradiva; pero claro es que, aunque él se lo oculte a sí mismo, es éste el sentido de su conducta. El día en que por segunda vez pasa la hora del mediodía dialogando con Gradiva en la casa de Meleagro, le suceden infinidad de cosas aparentemente sin conexión alguna entre si; halla una estrecha hendidura en el muro del pórtico por donde desapareció Gradiva, tropieza con el extravagante cazador de lagartijas, que le dirige la palabra como a persona conocida; descubre una tercera hospedería, el «Albergo del Sole», cuyo huésped le hace comprar como legítima una fibula que dice haber hallado en las excavaciones, junto a los restos de una muchacha pompeyana, y, por último, encuentra en su hotel a una joven pareja, que supone hermano y hermana, y que despierta su simpatía. Todas estas impresiones se entretejen para formar el siguiente sueño, «singularmente desatinado»:

«Gradiva se hallaba sentada al sol, y mientras fabricaba, con un largo tallo de hierba, un lazo para cazar una lagartija, decía: ‘Estate quieto un momento’. Mi colega tiene razón. Este medio es realmente eficaz, y *ella* lo ha empleado con éxito».

Contra este sueño se rebela Hanold aun antes de despertar, pensando que constituye un completo desatino y esforzándose en libertarse de él, cosa que al fin consigue con el auxilio de un invisible pájaro que, lanzando un grito semejante a una risotada, se apodera de la lagartija y se la lleva en el pico.

Intentaremos también llevar a cabo la interpretación de este sueño, o sea sustituirlo por las ideas latentes de cuya deformación tiene que haber surgido. Ante todo, observamos que constituye un completo absurdo, carácter casi general en los sueños y en el que se apoya la teoría que les niega la cualidad de actos psíquicos independientes y los hace surgir de una arbitraria excitación de los elementos psíquicos.

Podemos aplicar a este sueño la técnica regular de la interpretación onírica, consistente en no ocuparse de la aparente conexión de los elementos del sueño manifiesto, sino investigar por separado cada uno de ellos y buscar su origen latente por medio de los datos que nos proporcionen las impresiones, recuerdos y ocurrencias libres del sujeto. Mas como no podemos someter a Hanold a tal examen, tendremos que contentarnos con inquirir la relación de los elementos del sueño manifiesto con sus impresiones y sustituir tímidamente nuestras propias ocurrencias.

Gradiva se halla sentada al sol, cazando lagartijas, y dice... ¿A qué impresión de las recibidas por Hanold aquella tarde alude esta parte de su sueño? Indudablemente, a su encuentro con el cazador de lacértidos, el cual se hallará, pues, en el sueño, sustituido por Gradiva. Hanold lo halló sentado o tumbado en la «soleada» vertiente de una colina, y fue también interpelado por él. Las frases que el sueño pone en boca de Gradiva son, asimismo, copia de las que dicho individuo dirigió a Norberto: «El medio que mi colega Eimer ha inventado para cazarlos es excelente. Yo lo he experimentado ya varias veces con éxito satisfactorio. Estése usted quieto un momento». Estas mismas palabras son las que luego pronuncia Gradiva en el sueño, sustituyendo al colega Eimer por una «colega» suya, a la que no nombra, omitiendo el «varias veces» de la segunda frase y alterando ligeramente el orden del discurso. Parece, pues, que esta aventura de la tarde anterior ha sido transformada en el sueño por medio de algunas modificaciones y deformaciones. Mas ¿por qué precisamente ésta? ¿Y qué significan las deformaciones, la sustitución del viejo señor de las lagartijas por la Gradiva y la introducción de un nuevo personaje: la misteriosa «colega»?

Es regla general de la interpretación onírica que las palabras incluidas en el sueño proceden siempre de frases oídas o pronunciadas por el sujeto en la vida despierta. Esta regla parece haber sido observada en el caso que nos ocupa, pues las palabras de Gradiva no son sino una modificación de las que Hanold oyó por la tarde al zoólogo. Otra regla de dicha interpretación expresa que la sustitución de una persona por otra o la mezcla de dos distintas, colocando a una de ellas en una situación de la que la otra ha sido sujeto, significa una equiparación de ambas y equivale a la expresión de una coincidencia existente entre ellas. Aplicado este nuevo precepto a nuestro caso, tendríamos la siguiente interpretación: «Gradiva caza lagartijas como aquel viejo zoólogo, y como él, sabe el medio de aprisionarlas». Pero esto no nos resulta todavía comprensible. Volvámonos, pues, hacia otro de los problemas que el sueño plantea. ¿A qué impresión de Hanold durante el día anterior debemos referir aquella «colega» de Gradiva que sustituye al «colega Eimer», del que habló el zoólogo? El campo en que escoger se halla aquí harto limitado, afortunadamente. Gradiva no puede referirse, al hablar de una «colega» suya —esto es, de otra muchacha—, más que a aquella simpática recién casada que Norberto creyó hermana del joven que con ella viajaba. «Llevaba en el pecho una roja rosa de Sorrento que despertó en él un indefinible recuerdo, pero, por más que meditó, le fue imposible precisarlo». Esta observación del poeta nos da derecho a suponer que la «colega» a que

Gradiva alude en el sueño es, en efecto, la joven recién casada, pues aquello que Hanold no lograba recordar no era seguramente otra cosa que las palabras de la supuesta Gradiva, cuando al pedirle la blanca rama de asfódelo, añadió que a otras mujeres más dichosas que ella se les ofrecían rosas. Pero en estas palabras se transparenta claramente una amorosa solicitud. ¿Qué «caza» será, pues, la que con tanto éxito ha llevado a cabo aquélla más feliz colega?

Al día siguiente sorprende Hanold a los supuestos hermanos fundidos en tierno abrazo y se ve obligado a rectificar su error. Como más adelante vemos confirmado, cuando la pareja interrumpe con su aparición la tercera entrevista de Hanold y Zoé, se trata, nuevamente, de unos recién casados en viaje de novios. Admitiendo que Hanold, creyéndolos, conscientemente, hermanos, descubriera desde un principio, en su inconsciencia, la verdadera relación que entre ellos existía y que al siguiente día se le revela de un modo inequívoco, encontramos un excelente sentido para las palabras de Gradiva en el sueño. La roja rosa se convierte entonces en un símbolo de la relación erótica, y Hanold comprende que aquel hombre y aquella mujer son uno para el otro, lo que él y Gradiva han de llegar a ser; la caza de lagartijas, la significación de la caza del hombre por la mujer, y las palabras de Gradiva querrán decir, aproximadamente: «Tú déjame hacer, y verás cómo yo sé, tan bien como esa otra muchacha, encontrar un marido».

Mas ¿por qué esta adivinación de los propósitos de Zoé tuvo que manifestarse en el sueño bajo la forma de las palabras del anciano zoólogo? ¿Y por qué la habilidad de la muchacha en la caza matrimonial hubo de ser representada por la del mismo a la caza de lagartijas? La respuesta a ambas interrogaciones es harto sencilla. Hace ya largo tiempo hemos adivinado que el cazador de lacértidos no es otro que el profesor de Zoología Ricardo Bertgang, padre de Zoé, al que Hanold tiene que conocer de antiguo, por lo cual nos explicamos que fuera interpelado por él, al encontrarlo, de una manera familiar. Habremos de admitir, asimismo, que Hanold, en su inconsciente, hubo de reconocer en seguida al zoólogo. «Le parecía recordar oscuramente haber visto ya alguna vez la fisonomía del cazador de lacértidos, probablemente en alguno de los dos hoteles». De este modo queda explicado el singular disfraz del propósito que el sueño atribuye a Zoé. Es la hija del cazador de lagartijas y ha heredado de él su habilidad.

La sustitución del zoólogo por Gradiva en el contenido del sueño es, por tanto, la exposición del parentesco de ambos reconocida por Hanold en su

inconsciente; y la introducción de la «colega», en lugar del «colega Eimer», permite al sueño expresar la amorosa solicitud de la muchacha. El sueño ha fundido —o, como decimos técnicamente, condensado— en una sola situación dos diferentes sucesos del día inmediatamente anterior, con objeto de procurar una expresión —aunque harto irreconocible— a dos representaciones que no deben hacerse conscientes. Pero aún podemos proseguir nuestra labor interpretadora, aminorando la singularidad del sueño y descubriendo la influencia de los restantes sucesos del día sobre la formación del contenido manifiesto.

Podríamos declarar que no llegaba a satisfacernos la explicación dada hasta ahora al hecho de que la escena de la caza de lagartijas pase precisamente a constituir el nódulo del sueño, y sospechar que otros elementos más de las ideas latentes habían influido en la importancia que la «lagartija» adquiere en el contenido manifiesto. Y realmente pudiera muy bien suceder así. Recordamos que Hanold había descubierto en el muro del pórtico por donde Gradiva desapareció una hendidura que, aunque estrecha, «podía dejar paso a una persona de extraordinaria delgadez». Este descubrimiento provoca una modificación en el delirio de Hanold. Gradiva no se hunde ya en la tierra al desaparecer de su vista, sino que busca por aquella hendidura el camino hasta su tumba. En su pensamiento inconsciente tiene ahora Hanold que decirse que ha hallado la natural explicación de la sorprendente desaparición de la muchacha. Mas este introducirse y desaparecer por una estrecha hendidura, ¿no tiene acaso que recordar necesariamente las costumbres de los lacértidos? En efecto, Gradiva se comporta aquí como la más ágil y flexible lagartija. Opinamos, por tanto, que el descubrimiento de aquella hendidura coadyuvó a determinar la elección del elemento «lagartija» para su inclusión en el contenido manifiesto del sueño. La escena de la caza representaría, pues, tanto a esta impresión del día como al encuentro con el zoólogo, padre de Zoé.

Los resultados anteriores nos animan a buscar todavía en el contenido del sueño la representación de otra de las impresiones del día anterior que aún no hemos incluido en nuestra labor interpretadora: el descubrimiento del «Albergo del Sole». El poeta ha expuesto tan minuciosamente este episodio y ha hecho depender de él tantas cosas, que nos admiraría que fuese el único que no hubiese contribuido a la formación del sueño. Hanold entra en este «albergo», ignorado antes por su apartado emplazamiento y la distancia a que de la estación se halla, para tomar una botella de gaseosa que mitigue su estado congestivo. El dueño

del «albergo» aprovecha la ocasión para ponderarle las antigüedades que tiene en venta, y le muestra una fíbula perteneciente —según dice— a aquella muchacha cuyo cuerpo fue hallado en las inmediaciones del Foro, unido en estrecho abrazo al de su amado. Hanold, que conocía esta historia y nunca le había prestado fe, se ve ahora impelido por una inexplicable fuerza a aceptar su verdad y la autenticidad de la fíbula; adquiere esta última y abandona el «albergo». Al salir, ve en una ventana un florero con una blanca y florida rama de asfódelo e interpreta la presencia en aquel lugar de la funeraria flor como una prueba de la autenticidad de su adquisición. Al mismo tiempo se le impone la convicción de que la fibula perteneció a Gradiva y que ésta es la muchacha cuyo cuerpo fue descubierto junto al de su amado. Este pensamiento hace surgir en su ánimo atormentadores celos, que logra, por último, dominar, proponiéndose mostrar a Gradiva su fibula al día siguiente y confirmar o desvanecer así sus sospechas. Todo esto constituye un singular nuevo desarrollo del delirio, del que necesariamente hemos de hallar alguna huella en el sueño de Hanold.

Ha de sernos muy útil para nuestra labor interpretativa llegar a la clara comprensión de este progreso del delirio, investigando las ideas inconscientes a las que el nuevo agregado delirante sustituye. Este agregado surge bajo la influencia del dueño del «albergo», cuyas palabras encuentran en Hanold una credulidad sólo comparable a la que se obtiene por sugestión. El avisado comerciante le muestra como auténtica y perteneciente a la muchacha, cuyos restos fueron hallados, confundidos con los de su amante en las excavaciones practicadas cerca del Foro, una fibula de metal, y Hanold, cuya erudición en estas materias le permitía, más que a cualquier otra persona, poner en cuarentena la autenticidad, tanto de la fibula como de la amorosa historia, cree ambas cosas a pies juntillas y adquiere sin la menor vacilación la más que dudosa antigüedad. Esta conducta del arqueólogo resulta un tanto incomprensible y nada nos puede llevar a suponer que la personalidad del dueño del «albergo» puede darnos la clave de este misterio. Pero en este episodio se nos muestra aún otro problema, y es sabido que, a veces, dos misterios suelen aclararse recíprocamente. Al salir del «albergo» ve Hanold una rama de asfódelo colocada en un florero sobre el pretil de una ventana e interpreta el encuentro de la blanca flor como una confirmación de la autenticidad de la fibula. ¿Por qué? Afortunadamente, este último detalle resulta fácil de explicar. La florida rama es, sin duda alguna, la misma que al mediodía ofreció él a Gradiva, y es perfectamente natural que su presencia en la ventana del «albergo» constituya una confirmación de algo. Pero

este algo no es, ciertamente, la autenticidad de la fibula, sino otra cosa muy distinta que ya Hanold ha descubierto al hallar el «albergo», cuya existencia desconocía hasta el momento. El día anterior había visitado los dos hoteles que en Pompeya conocía, buscando, aunque sin confesárselo, en cuál de ellos viviría la mujer a la que había tomado por la resucitada Gradiva. Ahora, al tropezar tan inesperadamente con un tercer hotel, cuya existencia ignoraba, tiene que decirse, en su inconsciente, que allí es donde vive la mujer que él busca, y luego, al ver la florida rama, tiene que sentir confirmada aquella idea y ver en aquella ventana la del cuarto en que la misma habita. Éste sería, pues, el descubrimiento que, no debiendo hacerse consciente, es sustituido por el nuevo agregado delirante, pues implica que Gradiva es una persona real a la que conoció en época nada lejana, idea que no debe hallar paso hasta su conciencia.

Mas ¿en qué forma se ha realizado la sustitución del nuevo conocimiento por el delirio? A mi juicio, afirmándose y conservándose el sentimiento de convicción inherente al nuevo dato, mientras que en el lugar de éste —incapaz de conciencia— aparecía otro contenido de representaciones, ligado, sin embargo, a él por asociación mental. De esta manera entró en contacto el sentimiento de convicción con un contenido extraño a él, y este último logró, en calidad de delirio, una aceptación que no le correspondía. Hanold traslada su convencimiento de que Gradiva vive en aquella casa a otras impresiones que, hallándose en la misma, recibe, mostrándose de este modo crédulo a las palabras del huésped sobre la autenticidad de la fíbula y de la anécdota de los amantes pompeyanos, pero tal credulidad no se debe más que a la conexión que establece entre aquello que en el «albergo» oye y su amada Gradiva. Los celos, dispuestos a surgir en él ante el menor estímulo, se apoderan de este material y provocan, aun en contradicción con su primer sueño, el delirio de que Gradiva era aquella muchacha muerta en brazos de su amante y a la que la fíbula perteneció en vida.

Advertimos ahora que el último diálogo con Gradiva y la discreta solicitud amorosa de ésta por medio de su alusión a las flores que a otras mujeres se ofrecen, han provocado importantes modificaciones en Hanold. En él han despertado ya elementos de deseo viril, componentes de la libido, pero que no pueden aún prescindir de ocultarse tras de pretextos conscientes. Mas el problema de la constitución física de Gradiva, que le persigue durante todo este día, no puede negar su procedencia de la curiosidad erótica del adolescente por el cuerpo femenino, aunque en este caso la acentuación consciente de la singular oscilación de Gradiva entre la muerte y la vida dé a tal curiosidad un carácter

científico. Los celos de Hanold son también un signo del despertar de su actividad amorosa y los exterioriza con su primera frase de la siguiente entrevista con Gradiva, en la cual, y con ayuda de un nuevo pretexto, se atreve ya a tocar el cuerpo de la muchacha y, como en épocas pasadas, a golpearla.

Es ya tiempo de que nos preguntemos si el camino seguido por el delirio en su génesis y desarrollo, tal y como lo hemos deducido de la exposición del poeta, es el que suele seguir ésta clase de perturbaciones o, por el contrario, es totalmente imposible y caprichosa. Nuestra respuesta, fundada en el conocimiento médico de estas cuestiones, es la de que, en efecto, el camino indicado en la narración es acertado y hasta el único por el que el delirio puede llegar a aquélla su firme aceptación por el sujeto, que constituye uno de sus caracteres clínicos. Esta fe que el enfermo presta a su delirio no depende de un trastorno de su capacidad de juicio ni procede tampoco de aquella que en el delirio es erróneo. Lo que sucede es que en todo delirio existe un grano de verdad, digno de completa fe, el cual constituye la fuente de la convicción del enfermo. Mas este elemento verdadero se halla ha largo tiempo reprimido, y si logra llegar a la conciencia es después de haber sufrido una deformación que le hace irreconocible. En cambio, como para compensar esta deformación, queda intensificado el sentimiento de convicción que le era inherente y que ahora viene a recaer sobre el sustitutivo deformado de lo verdadero reprimido, protegiendo a esto último contra todo ataque de la crítica. Así, pues, la convicción se desplaza desde lo verdadero inconsciente a lo erróneo consciente a ello ligado y queda fija en tal lugar a consecuencia de este desplazamiento. El caso de deformación del delirio resultante del primer sueño de Hanold es un ejemplo de tal desplazamiento. Puede asimismo afirmarse que el proceso de génesis de la convicción en el delirio que acabamos de describir no es siquiera fundamentalmente distinto del que se realiza en los casos normales, cuando no entra en juego la represión. Todos adherimos nuestra convicción a contenidos mentales en los que se halla reunido lo verdadero con lo falso y dejamos que la misma se extienda de lo primero a lo segundo, difundiéndose de lo verdadero a lo falso con ello asociado y defendiendo a esto último —aunque no tan invariablemente como en el delirio— contra la merecida crítica.

Volviendo ahora al sueño cuyo análisis nos ocupa, haremos resaltar un rasgo interesante que establece un enlace entre dos de los elementos del mismo.

Gradiva había opuesto en cierto modo la blanca flor de asfódelo a la roja rosa. El reencuentro del asfódelo en la ventana del «Albergo del Sole» constituye una prueba importante del conocimiento inconsciente de Hanold, que se manifiesta en el nuevo delirio, y a todo esto se agrega el que la roja rosa que adorna el vestido de la simpática amiga de Zoé auxilia a Hanold para reconocer la verdadera relación de la misma con su acompañante, permitiendo esto que luego, en el sueño, surja como «colega».

Lo que aún no hemos hallado es dónde se encuentra, en el contenido manifiesto del sueño, la huella y la representación del descubrimiento realizado por Hanold de que Gradiva y su padre vivían en un tercer hotel que hasta entonces le era desconocido, descubrimiento que hemos visto sustituido por el nuevo delirio. Esta circunstancia aparece, sin embargo, en dicho contenido y ni siquiera excesivamente deformada. Ahora que no me he atrevido hasta este momento a indicarlo, pues sé que incluso aquellos lectores que hayan tenido paciencia para seguirme hasta aquí han de resistirse enérgicamente a aceptar estas mis tentativas de interpretación. Sin embargo, repetimos, el descubrimiento de Hanold nos es comunicado por el sueño en su totalidad, pero se halla tan hábilmente ocultado, que necesariamente pasa inadvertido, pues se esconde tras de un juego de palabras o un equívoco. El dato del contenido manifiesto que hemos expresado en la frase «Gradiva se hallaba sentada al sol» lo hemos referido, justificadamente, al lugar en que Hanold encontró al zoólogo, padre de Zoé. Pero ¿no podrá significar que «en el Sol», esto es, en el «Albergo del Sol», vive Gradiva? Y la vaguedad en que se deja el lugar, del cual no se dice sino que está «al sol», siendo así que el sitio en que Hanold encontró al zoólogo podía haber aparecido perfectamente detallado en el sueño, ¿no será una fingida imprecisión encaminada a ocultar la verdadera naturaleza de este elemento, o sea la precisa fijación de la residencia de Gradiva? Mi larga experiencia en la interpretación de sueños reales me hace considerar innegable esta significación del equívoco, pero no hubiera expuesto a mis lectores esta parte de mi labor interpretadora si el poeta no viniera aquí en mi auxilio, ofreciéndome su poderosa ayuda. En efecto, al día siguiente a este sueño, pone Jensen en boca de Zoé el mismo juego de palabras, dándole idéntico sentido al que nosotros le prestamos para la interpretación del elemento correspondiente del contenido manifiesto del sueño. Al enseñarle Hanold la fíbula, le pregunta Zoé si la ha encontrado «al sol» (o «en el Sol» —*im Sonne*—), y añade que éste produce en aquellas tierras los más curiosos efectos cerebrales. Luego, al ver que Hanold no

comprende sus palabras, le explica que se refiere al «Albergo del Sole», cuyo dueño hubo de mostrarle también a ella la fíbula que luego adquirió el arqueólogo.

Quisiéramos ahora intentar la empresa de sustituir el sueño de Hanold, «singularmente desatinado», por las ideas inconscientes tras él ocultas y que al pasar al contenido manifiesto han sufrido una deformación que las hace irreconocibles. Tales ideas latentes serían, aproximadamente, las que siguen: «Ella vive en el ‘Sol’ con su padre. ¿Por qué juega conmigo de esta manera? ¿Querrá tan sólo burlarse de mí? ¿O será posible que me ame y quiera hacerme su esposo?» Esta última posibilidad es rechazada dentro del mismo sueño por el juicio en que el durmiente declara insensato todo aquello, juicio que en apariencia se extiende sobre el total contenido manifiesto de la alucinación onírica.

Nuestros lectores tendrán derecho a ejercitar su crítica preguntándonos ahora por la procedencia de la sospecha que aparece entre las ideas latentes de que Gradiva quiere quizá burlarse del durmiente, sospecha que hasta ahora no hemos fundamentado. A esto nos responde *La interpretación de los sueños* expresando que cuando en las ideas del sueño exista burla, desprecio o ironía, quedan exteriorizadas estas circunstancias por la desatinada constitución del contenido manifiesto, o sea por el absurdo de éste. Esta insensatez del sueño no significa, pues, una paralización de la actividad psíquica, sino que es uno de los medios expositivos de que se sirve la elaboración onírica. Como ya en otras dificultades, acude aquí el poeta en nuestra ayuda. El desatinado sueño tiene un estrambote en el que un pájaro, lanzando un grito semejante a una aguda risa, se apodera de la lagartija y se la lleva en el pico. Pero este grito riente ya lo había oído Hanold en una ocasión al desaparecer Gradiva entre las ruinas. En realidad, fue Zoé la que rió al verse lejos de la presencia de Hanold y poder desprenderse de su grave y melancólico papel de aparición del otro mundo. Así, pues, Gradiva se había reído, efectivamente, de nuestro héroe. La escena del sueño en la que el pájaro se lleva al lagarto en el pico recuerda la de un sueño anterior en la que el Apolo del Belvedere se alejaba llevando en sus brazos a la Venus capitolina.

Quizá perdure en alguno de nuestros lectores la opinión de que la traducción de la caza de lacértidos por la idea de la sollicitación amorosa no resulta suficientemente justificada. Mas en nuestro apoyo podemos citar aquí el hecho de que Zoé reconoce en su diálogo con su colega aquello mismo que de ella sospechan las ideas de Hanold, pues comunica a su amigo que estaba segura de

«desenterrar» en Pompeya algo interesante. Con esta idea, próxima a la de «excavaciones arqueológicas», entra Zoé en el círculo de representaciones de la ciencia de Norberto, así como él entra en el campo de la Zoología con su metáfora de la caza de lacértidos. De este modo aparece como si ambos tendieran uno hacia otro queriendo adoptar cada uno las ideas peculiares del ser amado.

Así, pues, habríamos conseguido llegar también a la interpretación de este segundo sueño. Ambos se han hecho accesibles a nuestra comprensión partiendo de la hipótesis de que el sujeto sabe en su pensamiento inconsciente todo aquello que el consciente ignora y juzga con acierto en el primero lo que en el segundo equivoca delirantemente. En esta labor hemos tenido que sentar algunas afirmaciones que, siendo completamente nuevas para el lector, han tenido que parecerle harto extrañas y han despertado en él, sin duda alguna, la sospecha de que atribuimos a la obra del poeta un sentido que sólo en nuestra imaginación existe. Mas nos hallamos dispuestos a emplear todos los medios posibles para desvanecer esta sospecha, y con este propósito insistiremos con mayor minuciosidad en uno de los puntos más oscuros y delicados; esto es, en el empleo de palabras y frases de doble sentido, como en el ejemplo: «Gradiva se hallaba sentada al sol» (o «en el sol» —*im Sonne*—).

Todo lector de la obra de Jensen tiene que observar con cuánta frecuencia coloca el autor en boca de los dos protagonistas frases de doble sentido. Hanold no tiene en cuenta al pronunciarlas más que uno sólo de los sentidos en que las mismas pueden interpretarse, pero su interlocutora descubre el otro. Así, cuando la primera vez que la oye hablar, exclama: «¡Ya sabía yo que tu voz resonaba así!», y Zoé —ignorante aún del sueño anterior de Hanold— tiene que preguntarle cómo es eso posible, ya que nunca antes le había oído hablar. En la segunda entrevista interpreta Zoé equivocadamente por un momento el delirio de Hanold al oír asegurar que la ha reconocido en el acto. Zoe tiene que dar a estas palabras el sentido que realmente tienen en lo inconsciente de Hanold; esto es, el de un reconocimiento de su pasada amistad infantil, mientras que el arqueólogo ignora en absoluto este alcance de sus palabras y las funda exclusivamente en su relación con el delirio que le domina. En cambio, las palabras de Zoé, en las que encarna el poeta la perfecta claridad espiritual contrapuesta al delirio del arqueólogo, poseen un doble sentido voluntario. Uno de los dos sentidos se ciñe al delirio de Hanold para facilitar la comprensión consciente del mismo y el otro

se eleva por encima de él y nos da realmente su traducción a la verdad consciente que representa. Constituye un triunfo del equívoco el poder expresar la verdad y el delirio por el medio de una sola forma expresiva.

Llenas de tales equívocos se hallan las frases en las que Zoé explica la situación a su amiga, al mismo tiempo que procura desembarazarse de su inoportuna presencia, frases que en realidad van dirigidas más a los lectores que a la feliz «colega» de la amorosa muchacha. En los diálogos con Hanold, el doble sentido se basa la mayor parte de las veces en que Zoé se sirve del simbolismo que ya encontramos en el primero de los sueños analizados, o sea de la equivalencia de la represión con el sepultamiento y de Pompeya con la infantil amistad olvidada. De este modo puede Zoé conservar en sus palabras el papel que el delirio de Hanold le ha señalado y al mismo tiempo referirse a las circunstancias reales y despertar en lo inconsciente de Hanold la comprensión de las mismas.

«Hace largo tiempo que me he acostumbrado a estar muerta» y «para mí es más apropiado recibir de tus manos la flor del olvido», son frases en las que se transparenta discretamente el reproche que luego surge con toda claridad en la catilinaria que le dedica en su última entrevista y en la que le compara con el Archeopteris. En otra: «¿Que alguien tenga que morir para llegar a estar viva? Pero eso es cosa exigida por tu actividad arqueológica», nos da Zoé, después de conseguir la curación de Hanold, la clave de sus anteriores equívocos. Pero cuando con más fortuna emplea este simbolismo es cuando pregunta: «Me parece como si ya otra vez, hace dos mil años, hubiéramos partido de este modo el alimento. ¿No te acuerdas?», interrogación en la que se nos muestran patentes la sustitución de la infancia por el pasado histórico y el esfuerzo por despertar en Hanold el recuerdo de la primera.

No deja de extrañar a primera vista esta singular preferencia por las frases de doble sentido en la obra de Jensen y quisiéramos preguntarnos a qué razón obedece. Lejos de mostrárenos como una circunstancia casual aparece esta preferencia como consecuencia necesaria del desarrollo de la narración, y no es otra cosa que la forma correspondiente a la doble determinación de los síntomas, en tanto en cuanto las palabras lo son también y nacen, como ellos, de transacciones entre lo consciente y lo inconsciente. La única diferencia se halla en que este doble origen se muestra más claramente en las palabras que en los actos, y cuando se consigue —cosa que la maleabilidad del material verbal hace posible con frecuencia— procurar en la misma reunión de palabras una buena